



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

56

ENERO DE 1962

ALBERT O. HIRSCHMAN • YPSILON • LINCOLN GORDON
ESTADOS UNIDOS Y LATINOAMERICA

ENRIQUE TIERNO GALVAN
LOS FALSOS RADICALISMOS

H. A. MURENA
TEXTOS DE IMAGINACION

RICARDO GULLON • E. FERNANDEZ MENDEZ
JUAN RAMON JIMENEZ Y EL MODERNISMO

MELVIN J. LASKY
AFRICA PARA PRINCIPIANTES

JUSTO PASTOR BENITEZ
LA SITUACION EN EL PARAGUAY

ALBERTO BAEZA FLORES
CONVERSACION CON HAYA DE LA TORRE

4. P. 5926



BIBLIOTECA FORMENTOR

ULTIMAS NOVEDADES

EL PROFETA, por Fernando Morán

Fernando Morán nos ofrece en esta segunda novela un libro excepcional dentro de las corrientes de la nueva narrativa española, no sólo por el exotismo del tema —la violenta situación segregacionista en la Unión Sudafricana— sino también por la originalidad formal de la narración.

BILLAR A LAS NUEVE Y MEDIA, por Heinrich Böll

Obra ambiciosa y escrita con gran rigor literario, en la que su autor —una de las mentalidades más importantes del catolicismo progresista alemán— ofrece una visión acerbamente crítica de esa Alemania del Siglo XX que en aras de la gloria militar y de la prosperidad material ha sacrificado tantas veces los principios de la moral cristiana.

EN PLAZO, por Fernando Avalos

Novela de ambiente popular madrileño. Una casa va a ser vendida por pisos y el plazo que el propietario pone a sus inquilinos se trenza a sus historias, estrangula sus proyectos, envenena sus esperanzas.

UN CIELO DIFICILMENTE AZUL, por Alfonso Grosso

Un cielo difícilmente azul es la novela de una fatalidad. Siguiendo a unos camioneros que en viaje de transporte van a tierras cacereñas, asistimos a un angustioso drama rural, en el que instintos primordiales se cruzan con arraigados prejuicios y bruscos conatos de rebelión, en un ambiente de rudo primitivismo magistralmente evocado.

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

Provenza 219, Barcelona 8, España



MEMORIAS DE TITULACION

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

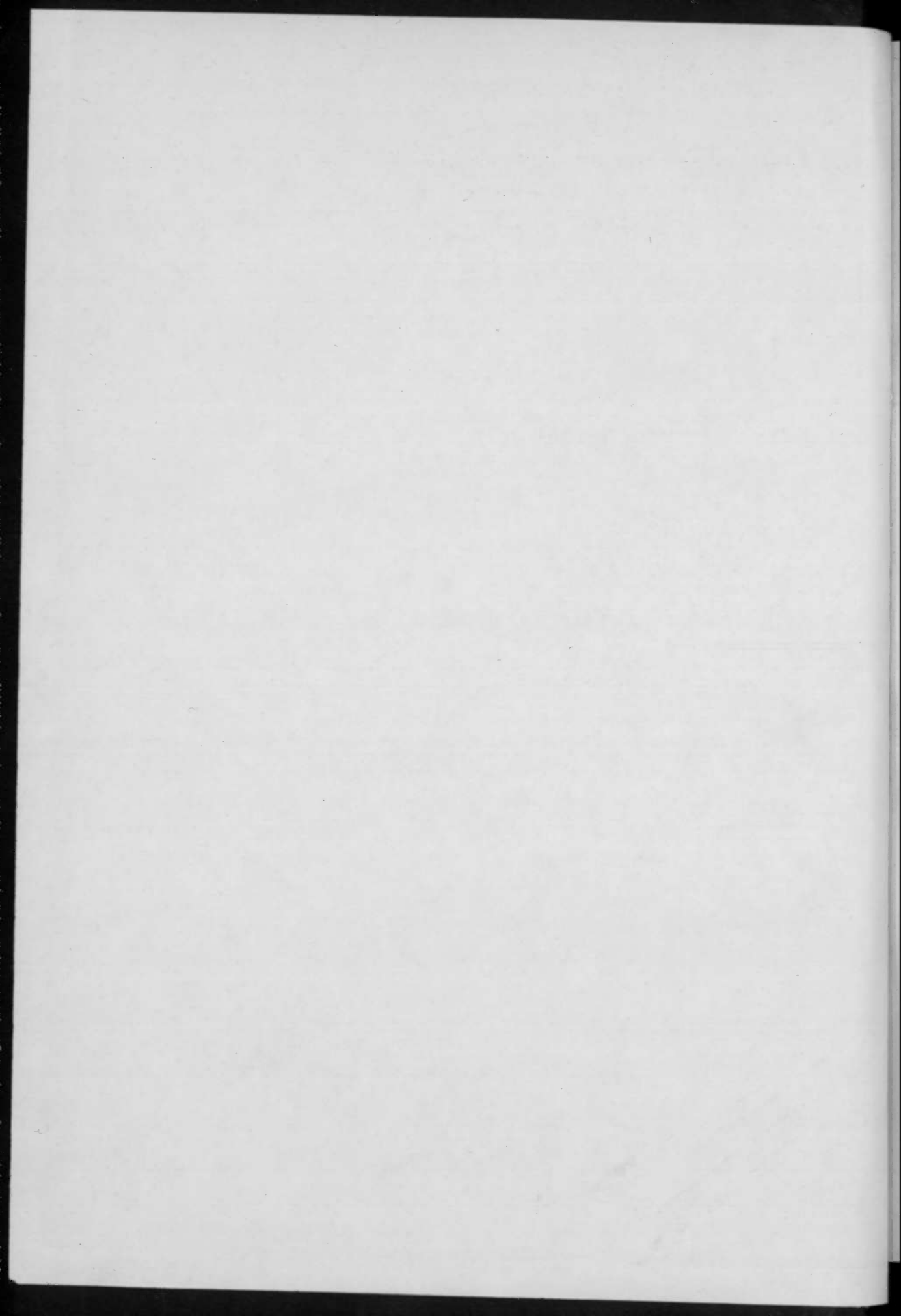
Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado

Nombre del Titulado





INDICE DE MATERIAS DE "CUADERNOS"

1962.
Jan - Jun

(Enero 1962 - Junio 1962)

ARTICULOS		N°	Pág.		N°	Pág.
Juan Ramón Jiménez y el modernismo (Ricardo Gullón y Fernández-Méndez)	56	3		Hombre, angustia e Historia (Mariano Picón-Salas)	58	3
Radicalismos estéticos o falsos radicalismos (Enrique Tierno Galván)	56	18		Viejo y nuevo cesarismo (Antonio Stempel Paris)	58	12
Textos de imaginación (H.A. Murena)	56	25		El comunismo de Castro (Theodore Draper)	58	19
Las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica (Ypsilon, A.O. Hirshman y L. Gordon)	56	37		Nacionalismo y protesta social en la literatura hispanoamericana (Luis Monguió)	58	41
África para principiantes (J. Melvin Lasky)	56	48		Una literatura del aburrimiento (Jean Bloch-Michel)	58	49
La Alianza para el Progreso : la confianza, factor decisivo (José María Aguirre)	56	55		De Unamuno y sus virtudes actuales (Paulino Garagorri)	59	3
Fuerza y flaqueza de la economía brasileña (Franz Aschinger)	56	59		La mutación de los intelectuales franceses (Georges Suffert)	59	15
Las agonías de la razón (Alfonso Reyes)	57	3		Kruschef y la destalinización (Richard Lowenthal)	59	21
La Inquisición en sus postrimerías (Vicente Llorens)	57	7		La « Alianza para el Progreso » : su verdadera significación (Jerónimo Mallo)	59	29
Los monopolizadores de la verdad (K. Papaioannou)	57	15		La « Alianza para el Progreso » : perspectivas económicas (Jorge Freyre)	59	35
Oligarquía y militarismo (F. Cossio del Pomar)	57	27		La « Alianza para el Progreso » : obstáculos y posibilidades (Victor Alba)	59	43
Sindicalismo y política (François Bourricaud)	57	32		Europa, América y la literatura de viajes (Estuardo Núñez)	59	52
El Aprismo y las próximas elecciones generales (A. Townsend Ezcurra)	57	43		La aceleración del tiempo artístico (Guillermo de Torre)	59	59
La revolución agraria en Cuba (Boris Goldenberg)	57	48		Literatura comparada como disciplina literaria (José de Onís)	59	63
Fidel Castro y Herbert Matthews (Léo Sauvage)	57	57		Las cuatro Américas (Germán Arciniegas)	60	3
« El Abuelo » de Galdós (Joaquín Calsalduero)	57	64		El estridor del conformismo (H.A. Murena)	60	10
En torno a una nueva retórica (Claudio Giacconi)	57	71		¿A dónde van las democracias populares? (Nicole Dethoor y Thomas Schreiber)	60	26
				Mis relaciones con el « Che » Guevara (Luis Simón)	60	35

468
5926

El español, colonia lingüística del inglés (<i>Salvador de Madariaga</i>)	60	45
El descubrimiento de la literatura hispanoamericana en Francia (<i>Sylvia Molloy</i>)	60	50
Ideas e ideales políticos de los jóvenes latinoamericanos (<i>Carlos Alberto Floria</i>)	60	58
Los estudiantes indios : unos rebeldes sin causa verdadera (<i>Edward Shils</i>)	60	65
La prosa de José Martí en « La Edad de Oro » (<i>Elba M. Larrea</i>)	61	3
Machado y Don Sen Tob (<i>S. Serrano Poncela</i>)	61	11
El Marqués de Sade (<i>Geoffrey Gorer</i>)	61	17
La gran incógnita de las juventudes soviéticas (<i>Jean Marabini</i>)	61	23
El cambio social y la juventud en Estados Unidos (<i>Kenneth Keniston</i>)	61	34
América Latina : Vecindad y frontera (<i>Mariano Picón-Salas</i>)	61	45
El contrahecho español (<i>J. García Pradas</i>)	61	53
China contra su modelo ruso (<i>François Fejtö</i>)	61	58

ENTREVISTAS

Conversación con Haya de la Torre (<i>Alberto Baeza Flores</i>)	56	31
Conversación con Silone (<i>Kenneth Allsop</i>)	59	12

NARRACIONES

Las tres llaves (<i>Carlos Edmundo de Ory</i>)	56	63
« Lo mejor que Dios ha hecho : un día después del otro » (<i>Ramón Sender</i>)	58	57
El anfibio (<i>Augusto Lunel</i>)	60	43

BELLAS ARTES

La obsesión de la « materia » en cierta pintura actual (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	56	65
Arte « otro » y protesta (<i>K.A. Jelenski</i>)	58	63
Humor y caricatura en España (<i>Ramón Xuriguera</i>)	59	70
Treinta y cinco siglos de arte mexicano (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	61	67

CRONICAS

La situación política en el Paraguay (<i>Justo Pastor Benítez</i>)	56	69
El fiasco de las reformas agrarias comunistas (<i>Constantine Fitzgibbon</i>)	56	73

Dinamarca, pueblo feliz (<i>Antonio Díaz</i>)	56	76
« Balcón de París » (<i>Ramón Xuriguera</i>)	56	83
Moscú y Tirana frente a frente (<i>Armand Gaspard</i>)	57	76
Chile en la encrucijada de la democracia (<i>Jacinto Almeida</i>)	57	76
Cheddi Jagan y el futuro de la Guayana británica (<i>Edward de Graff</i>)	57	83
Los 85 años de Pablo Casals (<i>José Ma. Corredor</i>)	57	81
« Balcón de París » (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	57	89
Venezuela hace su reforma agraria (<i>Victor Alba</i>)	58	72
Lecciones de las Américas (<i>Aquilino Duque</i>)	58	76
Estados Unidos : consecuencias de la guerra fría (<i>William Phillips</i>)	58	79
« Balcón de París » (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	58	83
Punta del Este : un síntoma (<i>Alex Pe-reyra Formoso</i>)	59	73
Macapagal toma el poder en Filipinas (<i>William B. Fink</i>)	59	77
Obreros españoles en Alemania (<i>Francisco Ayala</i>)	59	81
« Balcón de París » (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	59	86
Ojeada sobre el colonialismo (<i>Jorge Vela</i>)	60	73
La Guinea frente a sus dificultades (<i>Philippe Decraene</i>)	60	77
Los grandes muertos de la emigración española (<i>Julián Gorkin</i>)	60	82
« Balcón de París » (<i>Damián Carlos Bayón</i>)	60	85
Argentina : la crisis cumple 34 años (<i>Edmundo E. Eichelbaum</i>)	61	71
Argelia hacia su independencia (<i>Jean Bloch-Michel</i>)	61	75
Las elecciones peruanas y la democracia indoamericana (<i>Eugenio Chang-Rodríguez</i>)	61	78
« Balcón de París » (<i>Ramón Xuriguera</i>)	61	81

POESIA

La cifra (<i>Jorge Carrera Andrade</i>)	56	47
Hoy sólo mi vacío (<i>Augusto Lunel</i>)	56	58
Luz en el Aso Yama (<i>Pascual Venegas Filardo</i>)	57	47
Lágrimas que dejé (<i>Miguel Arteche</i>)	57	63
Dos poemas (<i>Gregorio San Juan</i>)	58	39
Dos poemas (<i>Raúl Vera Ocampo</i>)	59	51
Círculo (<i>Miguel Arteche</i>)	59	69
Dos poemas (<i>José Ma. de Basaldúa</i>)	60	25
Esa es la mía (<i>Arturo Serrano Plaja</i>)	60	49
Día para no estar (<i>Olga Orozco</i>)	61	22
La casa muerta (<i>Carlos Edmundo de Ory</i>)	61	52

REVISTAS

Revistas de Inglaterra (<i>E. Salazar Chapelá</i>)	56	98
Revistas de Francia (<i>I. Iglesias</i>)	57	98
Revistas de Hispanoamérica (<i>Alberto Baeza Flores</i>)	58	92
Revistas de Austria y Alemania (<i>François Bondy</i>)	59	96
Revistas de Estados Unidos (<i>R. Esquenazi-Mayo</i>)	60	96
Revistas de Italia (<i>Pierre Bonuzzi</i>)	61	90

LIBROS

Sobre la fama (La obra de José Ricardo Morales) (<i>José Ferrater Mora</i>) ..	56	88
« Church and State in Franco's Spain », de William Ebenstein (<i>Manuel Maldonado Denis</i>)	56	91
« En algunas ocasiones », de Dionisio Ridruejo (<i>Antonio Dorta</i>)	56	92
« Semblanza de tres líderes », de José R. Tarditi (<i>Antonio Salgado</i>)	56	92
« Árbol de ruinas », de Ricardo Paseyro (<i>C.E. de Ory</i>)	56	93
Los poetas y la poesía (<i>Alberto Baeza Flores</i>)	56	94
« Signos de América », de Salvador Pineda (<i>A.B.F.</i>)	56	95
« Teatro europeo contemporáneo », de Domingo Pérez Minik (<i>J.R. Marra-López</i>)	56	95
« Veinte cuentos españoles del siglo XX », de Enrique Anderson Imbert y L.B. Kiddle (<i>José Luis Cano</i>)	56	96
« Los Extraordinarios », de Ana Mairena (<i>J.R.M.L.</i>)	56	96
« Preludio indiano y otros poemas », de Clara Silva (<i>A. de Undurraga</i>) ..	56	97
« Hombre a solas », de Carlos Clarimón (<i>Luis López Alvarez</i>)	56	97
Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura en Chile (<i>Carlos de Baráibar</i>)	57	92
« El fiel de la balanza », de Guillermo de Torre (<i>J.L.C.</i>)	57	93
« Una República para España », de José Ma. de Semprún Gurrea (<i>César Alvarez</i>)	57	94
« Biografía de Haya de la Torre », de F. Cossío del Pomar (<i>A.B.F.</i>)	57	94
« Cuentos republicanos », de F. García Pavón (<i>L.L.A.</i>)	57	95
« 4 poetas de hoy : Maruri, Basaldúa, de Nicolás, San Juan (<i>A.B.F.</i>)	57	95
« La ciudad de los muertos », de Consuelo Alvarez (<i>J.R.M.L.</i>)	57	96
« Un verde paraíso », de Marcos Victoria (<i>Ángel Fernández Santos</i>)	57	96

« Arriba pasa el viento », de Fernando Lorenzo (<i>Augusto Lunel</i>)	57	97
« No hay burlas con el Señor », de Hellen Ferro (<i>A.L.</i>)	57	97
« Revolución económica e industrialización en América Latina », de Pedro C.M. Teichert (<i>José Bullejos</i>)	58	86
« De la edad conflictiva », de Américo Castro (<i>José Durand</i>)	58	87
« Estudios sobre Juan Ramón Jiménez », de Ricardo Gullón (<i>J.L.C.</i>) ..	58	88
« Estudios de literatura argentina », de E. Carilla (<i>Antonio Porras</i>)	58	89
« Autores y personajes », de R. García Pinto (<i>A.P.</i>)	58	89
« Psicología de Sarmiento », de Nerio Rojas (<i>A.S.</i>)	58	90
« Valoración de Martín Fierro », de Héctor Adolfo Cordero (<i>A.L.</i>)	58	90
« La Criba », de Daniel Sueiro (<i>J.R.M.L.</i>)	58	91
« Los Cuadernos del destierro », de Rafael Cárdenas (<i>Juan Sánchez Peláez</i>)	58	91
Historiografía soviética iberoamericanista (<i>I. Iglesias</i>)	59	89
« México, 50 años de revolución. II. La Vida social » (<i>J.B.</i>)	59	91
« Homo atomicus », de H.A. Murena (<i>A.B.F.</i>)	59	92
« Espronceda », de Joaquín Casaldueiro (<i>J.R.M.L.</i>)	59	93
« Desde el espectáculo a la trivialización », de Enrique Tierno Galván (<i>J.R.M.L.</i>)	59	93
« La gran temporada », de Fernando Quiñones (<i>A.F.S.</i>)	59	94
« La materia religiosa en la política argentina », de David Peña (<i>A.S.</i>)	59	94
« Chile a lápiz », de Felipe Massiani (<i>E. Salazar Chapelá</i>)	59	95
« La poesía del simbolismo », de Leonidas de Vedia (<i>A.L.</i>)	59	95
« Historia de la persecución religiosa en España » (<i>Rodolfo Llopis</i>)	60	88
« A History of Spanish Fascism », de Stanley G. Payne (<i>Francisco Fernández Santos</i>)	60	89
« La tentación de vivir », de Manuel Arce (<i>I.I.</i>)	60	90
« Góngora el 'Polifemo' », de Dámaso Alonso (<i>J.L.C.</i>)	60	91
« Rito de Sombra », de Juan Liscano (<i>A.B.F.</i>)	60	91
« Los regímenes políticos contemporáneos », de Giménez de Parga (<i>A.P.</i>)	60	92
« La ciudad de nadie », de A. Uslar Pietri (<i>J.R.M.L.</i>)	60	93
« Zig-Zas! 106 Columpios », de Antoniorrobes (<i>C.A.</i>)	60	93
« Encuentro con Ilitia », de Antonio		

Prieto (Roger Noël-Mayer)	60	94
« Poesías de guerra de Antonio Machado », de Aurora de Albornoz (J.L.C.)	60	94
« Diario poético » de Damián Carlos Bayón (A.B.F.)	60	95
Poesía de soledad y nostalgia (Hugo Rodríguez-Alcalá)	61	84
« Three Spanish Poets », de José Antonio Balbontín (E.S.Ch.)	61	86
« Spain and defence of the West », de		

Arthur P. Whitaker (F. Farreras) ..	61	87
« El profeta », de Fernando Morán (J. R.M.L.)	61	88
« En plazo », de Fernando Avalos (J. R.M.L.)	61	88
« Los perros mueren en la calle », de Castillo-Navarro (Juan García Atienza)	61	88
« El curso », de Juan Antonio Payno (J.G.A.)	61	88

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

AGUIRRE José M.a : <i>La Alianza para el Progreso : la confianza, factor decisivo</i>	56	55
ALBA Víctor : <i>Venezuela hace su reforma agraria</i>	58	72
La « Alianza para el Progreso » : obstáculos y posibilidades	59	43
ALMEIDA Jacinto : <i>Chile en la encrucijada de la democracia</i>	57	79
ALLSOP Kenneth : <i>Conversación con Silone</i>	59	12
ALVAJAR César : « Una República para España », de José Ma. de Semprún Gurrea	57	94
« ¡Zig-Zas! 106 Columpios », de Antoniorrobles	60	93
ARCINIEGAS Germán : <i>Las cuatro Américas</i>	60	3
ARTECHE Miguel : <i>Lágrimas que dejé (Poema)</i>	57	63
<i>Círculo (Poema)</i>	59	69
ASCHINGER Franz : <i>Fuerza y flaqueza de la economía brasileña</i>	56	59
AYALA Francisco : <i>Obreros españoles en Alemania</i>	59	81
BAEZA FLORES Alberto : <i>Conversación con Haya de la Torre</i>	56	31
<i>Los poetas y la poesía</i>	56	94
« Signos de América », de Salvador Pineda	56	95
« Biografía de Haya de la Torre », de F. Cossío del Pomar	57	94
« 4 poetas de hoy : Maruri, Basaldúa, de Nicolás, San Juan	57	95
<i>Revistas de Hispanoamérica</i>	58	92
« Homo atomicus », de H.A. Muirena	59	92
« Rito de Sombra », de Juan Liscano	60	91
« Diario poético », de Damián Carlos Bayón	60	95

BARAIBAR Carlos de : <i>Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura en Chile</i>	57	92
BASALDUA José María de : <i>Dos poemas</i>	60	25
BAYON Damián Carlos : <i>La obsesión de la « materia » en cierta pintura actual</i>	56	65
« Balcón de París »	57	89
« Balcón de París »	58	83
« Balcón de París »	59	86
« Balcón de París »	60	85
<i>Treinta y cinco siglos de arte mexicano</i>	61	67
BENITEZ Justo Pastor : <i>La situación política en el Paraguay</i>	56	69
BLOCH-MICHEL Jean : <i>Una literatura del aburrimiento</i>	58	49
<i>Argelia hacia su independencia</i>	61	75
BONDY François : <i>Revistas de Austria y Alemania</i>	59	96
BONUZZI Pierre : <i>Revistas de Italia</i>	61	90
BOURRICAUD François : <i>Sindicalismo y política</i>	57	32
BULLEJOS José : « Revolución económica e industrialización en América Latina », de Pedro C.M. Teichert ..	58	86
« México, 50 años de revolución. II. La vida social »	59	91
CANO José Luis : « Veinte cuentos españoles del siglo XX », de Enrique Anderson Imbert y L.B. Kiddle ..	56	96
« El fiel de la balanza », de Guillermo de Torre	57	93
« Estudios sobre Juan Ramón Jiménez », de Ricardo Gullón	58	88
« Góngora el 'Polifemo' », de Dámaso Alonso	60	91
« Poesías de guerra de Antonio Machado », de Aurora de Albornoz ..	60	94

CARRERA ANDRADE Jorge : <i>La cifra (Poema)</i>	56	47	de Castillo-Navarro	61	89
CASALDUERO Joaquín : « <i>El abuelo</i> » de Galdós	57	64	GARCIA PRADAS J. : <i>El contrahecho español</i>	61	53
CORREDOR José María : <i>Los 85 años de Pablo Casals</i>	57	87	GASPARD Armand : <i>Moscú y Tirana frente a frente</i>	57	75
COSSIO DEL POMAR Felipe : <i>Oligarquía y militarismo</i>	57	27	GIACONI Claudio : <i>En torno a una nueva retórica</i>	57	71
CHANG-RODRIGUEZ Eugenio : <i>Las elecciones peruanas y la democracia indoamericana</i>	61	78	GOLDENBERG Boris : <i>La revolución agraria en Cuba</i>	57	48
DECRAENE Philippe : <i>La Guinea frente a sus dificultades</i>	60	77	GORDON L. : <i>Las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica</i>	56	44
DETHOOR Nicole : <i>¿A dónde van las democracias populares?</i>	60	26	GORER Geoffrey : <i>El Marqués de Sade</i>	61	17
DIAZ Antonio : <i>Dinamarca, pueblo feliz</i>	56	79	GORKIN Julián : <i>Los grandes muertos de la emigración española</i>	60	82
DORTA Antonio : « <i>En algunas ocasiones</i> », de Dionisio Ridruejo	56	92	GRAFF Edward de : <i>Cheddi Jagan y el futuro de la Guayana británica</i>	57	83
DRAPER Theodore : <i>El comunismo de Castro</i>	58	19	GULLON Ricardo : <i>Juan Ramón Jiménez y el modernismo</i>	56	3
DUQUE Aquilino : <i>Lecciones de las Américas</i>	58	76	HIRSHMAN A.O. : <i>Las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica</i> ..	56	41
DURAND José : « <i>De la edad conflictiva</i> », de Américo Castro	58	87	IGLESIAS Ignacio : <i>Revistas de Francia</i>	57	98
EICHELBAUM Edmundo E. : <i>Argentina : la crisis cumple 34 años</i>	61	71	« <i>Historiografía soviética iberoamericana</i> »	59	89
ESQUENAZI-MAYO Roberto : <i>Revistas de Estados Unidos</i>	60	96	« <i>La tentación de vivir</i> », de Manuel Arce	60	90
FARRERAS Francisco : « <i>Spain and defence of the West</i> », de Arthur P. Whitaker	61	87	JELENSKI K.A. : <i>Arte « otro » y protesta</i>	58	63
FEJTO François : <i>China contra su modelo ruso</i>	61	58	KENISTON Kenneth : <i>El cambio social y la juventud en Estados Unidos</i> ..	61	34
FERNANDEZ-MENDEZ E. : <i>Juan Ramón Jiménez y el modernismo</i> ..	56	3	LARREA Elba M. : <i>La prosa de José Martí en la « Edad de Oro »</i>	61	3
FERNANDEZ SANTOS Angel : « <i>Un verde paraíso</i> », de Marcos Victoria « <i>La gran temporada</i> », de Fernando Quiñones	57	96	LASKY Melvin J. : <i>África para principiantes</i>	56	48
FERNANDEZ SANTOS Francisco : « <i>A History of Spanish Fascism</i> », de Stanley G. Payne	60	89	LOPEZ ALVAREZ Luis : « <i>Hombre a solas</i> », de Carlos Clarimón	56	97
FERRATER MORA José : <i>Sobre la fama (La obra de José Ricardo Morales)</i>	56	88	« <i>Cuentos republicanos</i> », de F. García Pavón	57	95
FINK William B. : <i>Macapagal toma el poder en Filipinas</i>	59	77	LOWENTHAL Richard : <i>Kruschef y la destalinización</i>	59	21
FITZGIBBON Constantine : <i>El fiasco de las reformas agrarias comunistas</i> ..	56	73	LUNEL Augusto : <i>Hoy sólo mi vacío (Poema)</i>	56	58
FLORIA Carlos Alberto : <i>Ideas e ideales políticos de los jóvenes latinoamericanos</i>	60	58	« <i>Arriba pasa el viento</i> », de Fernando Lorenzo	57	97
FREYRE Jorge : <i>La « Alianza para el Progreso » : perspectivas económicas</i> ..	59	35	« <i>No hay burlas con el Señor</i> », de Hellen Ferro	57	97
GARAGORRI Paulino : <i>De Unamuno y sus virtudes actuales</i>	59	3	« <i>Valoración de Martín Fierro</i> », de Héctor Adolfo Cordero	58	90
GARCIA ATIENZA J. : « <i>El curso</i> », de Juan Antonio Payno	61	89	« <i>La poesía del Simbolismo</i> », de Leonidas de Vedia	59	95
			<i>El anfíbio (Cuento)</i>	60	43
			LLOPIS Rodolfo : « <i>Historia de la persecución religiosa en España</i> »	60	88
			LLORENS Vicente : <i>La Inquisición en sus postrimerías</i>	57	7
			MADARIAGA Salvador de : <i>El español, colonia lingüística del inglés</i> ..	60	45
			MALDONADO DENIS Manuel : « <i>Church and State in Franco's Spain</i> », de William Ebenstein	56	91

MALLO Jerónimo : <i>La « Alianza para el Progreso » : su verdadera significación</i>	59	29	RODRIGUEZ-ALCALA Hugo : <i>Poesía de soledad y nostalgia</i>	61	84
MARABINI Jean : <i>La gran incógnita de las juventudes soviéticas</i>	61	23	REYES Alfonso : <i>Las agonías de la razón</i>	57	3
MARRA-LOPEZ J.R. : « <i>Teatro europeo contemporáneo</i> », de Domingo Pérez Minik	56	95	SALAZAR CHAPELA E. : <i>Revistas de Inglaterra</i>	56	98
« <i>Los Extraordinarios</i> », de Ana Mairena	56	96	« <i>Chile a lápiz</i> », de Felipe Massiani	59	95
« <i>La ciudad de los muertos</i> », de Consuelo Alvarez	57	96	« <i>Three Spanish Poets</i> », de José Antonio Balbontín	61	86
« <i>La Criba</i> », de Daniel Sueiro	58	91	SALGADO Antonio : « <i>Semblanza de tres líderes</i> », de José R. Tarditi ..	56	92
« <i>Desde el espectáculo a la trivialización</i> », de Enrique Tierno Galván ..	59	93	« <i>Psicología de Sarmiento</i> », de Nerio Rojas	58	90
« <i>Espronceda</i> », de Joaquín Casaldueño	59	93	« <i>La materia religiosa en la política argentina</i> », de David Peña	59	94
« <i>La ciudad de nadie</i> », de A. Uslar Pietri	60	93	SANCHEZ-PELAEZ Juan : « <i>Los Cuadernos del destierro</i> », de Rafael Cárdenas	58	91
« <i>El Profeta</i> », de Fernando Morán ..	61	88	SAN JUAN Gregorio : <i>Dos poemas</i> ..	58	39
« <i>En plazo</i> », de Fernando Avalos ..	61	88	SAUVAGE Léo : <i>Fidel Castro y Herbert Matthews</i>	57	57
MOLLOY Sylvia : <i>El descubrimiento de la literatura hispanoamericana en Francia</i>	60	50	SCHREIBER Thomas : « <i>A dónde van las democracias populares?</i> »	60	26
MONGUIO Luis : <i>Nacionalismo y protesta social en la literatura hispanoamericana</i>	58	41	SENDER Ramón : « <i>Lo mejor que Dios ha hecho : un día después del otro</i> »	58	57
MURENA H.A. : <i>Textos de imaginación</i>	56	25	SERRANO PLAJA Arturo : <i>Esa es la mía (Poema)</i>	60	49
<i>El estridor del conformismo</i>	60	10	SERRANO PONCELA S. : <i>Machado y Don Sen Tob</i>	61	11
NOEL MAYER Roger : « <i>Encuentro con Iltia</i> », de Antonio Prieto	60	94	SHILS Edward : <i>Los estudiantes indios : unos rebeldes sin causa verdadera</i>	60	65
NUÑEZ Estuardo : <i>Europa, América y la literatura de viajes</i>	59	52	SIMON Luis : <i>Mis relaciones con el « Che » Guevara</i>	60	35
ONIS José de : <i>Literatura comparada como disciplina literaria</i>	59	63	STEMPEL PARIS Antonio : <i>Viejo y nuevo cesarismo</i>	58	12
OROZCO Olga : <i>Día para no estar (Poema)</i>	61	22	SUFFERT Georges : <i>La mutación de los intelectuales franceses</i>	59	15
ORY Carlos Edmundo de : <i>Las tres llaves (Cuento)</i>	56	63	TIERNO GALVAN Enrique : <i>Radicalismos estéticos o falsos radicalismos</i> ..	56	18
« <i>Árbol de ruínas</i> », de Ricardo Paseyro	56	93	TOWNSEND EZCURRA Andrés : <i>El Aprismo y las próximas elecciones generales</i>	57	43
<i>La casa muerta (Poema)</i>	61	52	TORRE Guillermo de : <i>La aceleración del tiempo artístico</i>	59	59
PAPAIANOANNOU Kostas : <i>Los monopolizadores de la verdad</i>	57	15	UNDURRAGA Antonio de : « <i>Preludio indiano y otros poemas</i> », de Clara Silva	56	97
PEREYRA FORMOSO Alex : <i>Punta del Este : un síntoma</i>	59	73	VELA Jorge : <i>Ojeada sobre el colonialismo</i>	60	73
PHILLIPS William : <i>Estados Unidos : consecuencias de la guerra fría</i>	58	79	VENEGAS FILARDO Pascual : <i>Luz en el Aso Yama (Poema)</i>	57	47
PICON-SALAS Mariano : <i>Hombre, angustia e Historia</i>	58	3	VERA OCAMPO Raúl : <i>Dos poemas</i> ..	59	51
<i>América Latina : Vecindad y frontera</i>	61	45	XURIGUERA Ramón : « <i>Balcón de París</i> »	56	85
PORRAS Antonio : « <i>Estudios de literatura argentina</i> », de E. Carilla ..	58	89	<i>Humor y caricatura en España</i>	59	70
« <i>Autores y personajes</i> », de R. García Pinto	58	89	« <i>Balcón de París</i> »	61	81
« <i>Los regímenes políticos contemporáneos</i> », de Giménez de Parga ..	60	92	YPSILON : <i>Las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica</i>	56	37

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a *Cuadernos* que nos envíe el nombre y la dirección de un nuevo suscriptor incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :

JOSE LUIS ARANGUREN : Crítica y meditación.
JULIAN MARIAS : El método histórico de las sensaciones.
GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
PIO BAROJA : Triptico.
AMERICO CASTRO : Hacia Cervantes.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.
JUAN GARCIA HORTELANO : Nuevas amistades.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
JULIAN GORKIN : España, primer ensayo de democracia popular.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
RAMON MENENDEZ PIDAL : Mis páginas preferidas.
JOSE ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
JOSE ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
JOSE EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ : De ayer y de hoy.
S. SERRANO PONCELA : Un olor a crisantemo.
IGNAZIO SILONE : Un puñado de moras.
GUILLERMO DE TORRE : El fiel de la balanza.
GUILLERMO DE TORRE : La aventura y el orden.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (2 tomos).

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de a partir del N°, a nombre de (1) :

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF
Europa : 1 año : 28 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA
América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia
1 año : 25 NF
6 meses : 13 NF

Otros países europeos
1 año : 28 NF
6 meses : 15 NF

América del Norte
1 año : 6 \$ USA
6 meses : 3,25 \$ USA

América Latina
Informarse cerca del corresponsal de cada país.

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO, suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA

BOGOTA, Vicens, Mestre y Cia., av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue. — MIAMI (32), R. del Campo, 704 Seybold Bldg.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Feria del Libro, 6a, Av. 15-65, zona 1.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1. « Encounter », Pantom House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2 Zlenov Street.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoung.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy, P.O. Box 3.511 - Librería Campos, Allen esq. San José, Apart. 961. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR

SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.



SUMARIO

NUMERO 56

ENERO DE 1962

Juan Ramón Jiménez y el modernismo ..	R. GULLON Y E. FERNANDEZ MENDEZ	3
Radicalismos estéticos o falsos radicalismos	ENRIQUE TIERNO GALVAN	18
Textos de imaginación	H. A. MURENA	25
Conversación con Haya de la Torre	ALBERTO BAEZA FLORES	31
Las relaciones de Estados Unidos con Latino- américa	YPSILON, A.O. HIRSCHMAN Y L. GORDON	37
La cifra (Poema)	JORGE CARRERA ANDRADE	47
África para principiantes	MELVIN J. LASKY	48
La Alianza para el Progreso : la confianza, factor decisivo	JOSE MARIA AGUIRRE	55
Hoy sólo mi vacío (Poema)	AUGUSTO LUNEL	58
Fuerza y flaqueza de la economía brasileña	FRANZ ASCHINGER	59
Las tres llaves (Cuento)	CARLOS EDMUNDO DE ORY	63

Bellas Artes

La obsesión de la « materia » en cierta pin- tura actual	DAMIAN CARLOS BAYON	65
---	---------------------------	----

Crónicas

La situación política en el Paraguay	JUSTO PASTOR BENITEZ	69
El fiasco de las reformas agrarias comunistas	CONSTANTINE FITZGIBBON	73
Dinamarca, pueblo feliz	ANTONIO DIAZ	79
<i>Balcón de París</i>	RAMON XURIGUERA	85

Libros - Revistas - Colaboradores

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador de MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

RICARDO GULLON
EUGENIO FERNANDEZ MENDEZ

Juan Ramón Jiménez y el modernismo

EL INTERÉS POR EL MODERNISMO como fenómeno literario y estético aparece en Juan Ramón relativamente tarde. Como es lógico, en los comienzos es modernista sin saberlo y habla el lenguaje de los renovadores por instintiva afinidad espiritual con ellos. Hasta los años inmediatamente anteriores a la guerra civil española no empieza a evocar, con afecto y nostalgia, figuras y sucesos modernistas, y todavía necesitará más tiempo para que la perspectiva y el correr de los días le permitan advertir todo el alcance del fenómeno y su carácter « epocal ». Pienso que las teorías de Pedro Salinas y las tentativas de otros escritores que pretendieron separar (cuando no enfrentar) modernismo y generación del 98 excitaron los jugos mentales del autor de *Platero* y provocaron la noción determinante de cuanto luego escribió en torno al tema.

El modernismo es una época

El modernismo venía siendo considerado como un movimiento literario de escasa duración, señalándosele en España e Hispanoamérica precursores que marcaban la ruptura con lo anterior. Lo primero que Juan Ramón hará es buscar y encontrar antecedentes y signos inequívocos del cambio en un fondo más remoto y distante. No se

quedará en Rueda y Martí, sino que, con audacia y acierto, encontrará en Bécquer y Rosalía señales premonitorias de la evolución. Hasta él, Bécquer era un poniente : el del romanticismo ; desde entonces pasa a ser una aurora : la de la poesía moderna (aurora : tintes indecisos, pero anuncio inequívoco del nuevo día). En lo mejor del modernismo sigue vigente el impulso interiorizante y sentimental de la poesía becqueriana (mezclado con otras muchas cosas), y en fecha tan tardía como 1923 publicó don Miguel de Unamuno la colección de rimas titulada *Teresa*, sobre cuya filiación no cabe ni sombra de una duda.

Salinas en su gran ensayo sobre la generación del 98 dio por supuesto que ésta y el modernismo eran entidades diferentes. Es un punto de vista defendible, pero los casi treinta años transcurridos desde que ese ensayo se escribió aconsejan revisar la cuestión. Otros críticos, siguiendo a Salinas y exagerando la tendencia, llegaron a oponer el uno a la otra, como si entre ambos no pudiera darse sino conflicto. La dureza con que Juan Ramón Jiménez reaccionó contra estas opiniones fue en alguna ocasión excesiva, mas sin duda quienes enfrentaron modernismo y 98 supervaloraron la supuesta unidad noventaiochista y desdeñaron el impulso renovador y la negación de mucha parte de lo anterior, común a los escritores de ambos grupos (que quizá era uno sólo, con dos vertientes o aspectos, siquiera la una se manifestara en el ámbito de lo estético y la otra en el de lo

Publicamos este ensayo por cortesía de la Editorial Aguilar, de México, que lo insertará como Introducción al libro de Juan Ramón Jiménez El Modernismo, actualmente en prensa.

político y social). Juan Ramón sitúa a la cabeza del modernismo, junto a Rubén Darío « exterior », a Unamuno « interior ». Con tales calificaciones no pretende minorar la grandeza de Rubén, sino aludir al cariz de su influencia. Y el gran Rector de Salamanca fue, según las convenciones, aún vigentes, el máximo exponente del noventaiochismo.

Las discrepancias entre críticos dependen, como se advierte en seguida, de divergencias en la demarcación y definición del modernismo. La idea de Juan Ramón, reiteradamente explicada, es que se trata de una época y no de un movimiento : Modernismo como se diría Romanticismo, Renacimiento o Barroco (1). Y en las cuartillas que redactó a petición de don Sebastián González García, Decano de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, explicando lo que iba a ser su curso en ese centro, habla del « siglo modernista » y define como tal al nuestro. En esas páginas resume lo sustancial de su pensamiento y allí puede verse cómo trató de ensanchar el concepto del modernismo incluyendo en él, junto a lo estético, lo científico y lo teológico. De ahí su interés en relacionar a Unamuno con el Padre Loisy y sugerir que él mismo había leído al heterodoxo francés en fecha muy temprana.

Sobre este punto hay algo que vale la pena señalar. Por la correspondencia entre Unamuno y González Ilundain sabemos cuál fue el momento preciso en que aquél leyó por vez primera las obras de Loisy : Ilundain se las envió a principios de 1904 y don Miguel habla de ellas en carta del 18 abril de ese año (2). En *El sentimiento trágico de la vida* (1912) ataca al sacerdote francés. Pues bien : Juan Ramón declaró que estaba leyendo a Loisy el día que Ortega fue a despedirse de él para marchar

(1) J. M. Martínez Cachero en su « Nota sobre el modernismo », publicada en *Archivum*, Oviedo, enero-diciembre 1951, exhumó un artículo de José Nogales, sin fecha, pero casi seguramente anterior a 1907, en el que se decía : « El Modernismo no es escuela : es ambiente, es manifestación de algo vivo y vibrante, tan propio a nuestra edad como el corazón a nuestro cuerpo. »

(2) Recogido en Hernán Benítez : *El drama religioso de Unamuno*, páginas 391 y siguientes.

a Alemania, viaje realizado en 1905. Según esto la fecha en que entra en contacto con el modernismo teológico es casi la misma en que lo hace Unamuno, mucho más vivamente interesado por estos temas.

Tal vez la memoria de Juan Ramón confundía fechas y circunstancias, pues, en cualquier caso, pasaron casi treinta años antes de que relacionara las doctrinas de Loisy y la teología alemana renovadora con el impulso determinante de la transformación operada simultáneamente en la literatura de lengua española. La lectura de Loisy, si tuvo lugar en el momento indicado por Juan Ramón, sugiere la posibilidad de que desde muy pronto recibiera su espíritu la semilla de una idea cuya germinación fue lenta. Y aún más tardía la toma de conciencia en cuanto a la universalidad del modernismo ; hemos seguido con él, en 1953, el descubrimiento de las afinidades entre la renovación operada, al filo de la frontera entre los siglos XIX y XX, en las letras españolas e hispanoamericanas, y la experimentada en la literatura rusa en el primer decenio del XX. Bastante antes, hacia 1939-40, fijáramos el momento en que advirtió en la poesía de Estados Unidos señales de un cambio paralelo al de la poesía hispánica, y registrado en las mismas fechas.

Gracias al admirable y entusiasta Manuel García Blanco quedaron documentadas afinidades e influencias entre tres poetas norteamericanos (aparte Poe y Whitman) y Unamuno. Se trata de líricos cuya obra Juan Ramón, por su parte, conocía y citaba : Sidney Lanier, William Vaughan Moody y Carl Sandburg. Importa aquí citar una de las anotaciones unamunianas de la poesía de Moody ; sobre coincidir con lo dicho por el autor de *Platero* —que no podía conocerla, pues se halla en el ejemplar de *Poems and Plays* que fue propiedad de don Miguel, y no fue dada a conocer hasta 1959— (3), revela el reconocimiento de un parentesco :

« Influencias en Moody. Y todas ellas —él era « ship of souls »—, su pueblo, sus yos, acaban por con-versar y no dia-logar.

(3) Manuel García Blanco : *Unamuno y tres poetas norteamericanos*, en « Asomante », año XV, N° 2, abril-junio 1959, pág. 42.

Todos los poetas son uno, un poeta colectivo. Conciudadanos de los santos. Dia-logar es di-versar. Auto-diálogo. Pero hay auto-conversación. O si se quiere auto-silogo (sylloge). El silogismo es lo contrario de la dialéctica, pero se va por ella. (Véase lo que canta Pandora en el acto I de « The Fire-bringer », pág. 208.) Y lo que se juntó en Moody a todos esos espíritus fue Dios hecho campo y aún más, la mar. Vio el todo (véase la segunda estrofa de « Road-Hymn for the Start »). Lengua que ha de ser. (Véase « I am the Woman », p. 129.) Llegar a los arrabales del sueño de Dios. (Véase lo que dice Raphael en « The Masque of Judgment », acto I, p. 306.) La paz de la lucha en que los sueños se hacen verdad. »

Guillermo de Torre, Enrique Díez Canedo y José Luis Cano, entre otros, han señalado lo que fue para Juan Ramón el encuentro con los Estados Unidos y la poesía norteamericana. Importa destacar, como ya lo hizo Cano (4), las versiones de Emily Dickinson publicadas en *Diario de un poeta recién casado*, y la de un poema de Amy Lovell, abanderada del imaginismo, todas ellas escritas en 1916, y testimonios (como en el caso de Unamuno) de parentesco espiritual.

La fecunda idea del modernismo como época no podía aflorar demasiado pronto. Pedir anticipaciones extemporáneas equivaldría a colocarse en la actitud de quien ve partir al soldado para la guerra de los treinta años. Pero el transcurso del tiempo y el análisis de lo acontecido en las literaturas hispánicas y en las restantes del mundo occidental, permite ver los hechos con suficiente perspectiva y comprobar que el medio siglo modernista (1880-1960, fechas aproximadas) es una realidad, diferente de cuanto aconteció antes, aunque, según ocurre en estos cambios, la transformación no liquidara, al instante, en forma explosiva, el estado de cosas vigente.

El modernismo es una actitud

En el diario madrileño *La Voz*, 18 marzo 1935, aparecieron unas declaraciones

(4) J. L. Cano : *Poesía española del siglo XX*, Ed. Guadarrama, Madrid 1960, págs. 146-147.

de Juan Ramón : en ellas expuso con claridad su punto de vista. Conviene recordarlas porque recogieron lo sustancial de su pensamiento : « El modernismo —dijo— no fue solamente una tendencia literaria : el modernismo fue una tendencia general. Alcanzó a todo. Creo que el nombre vino de Alemania, donde se producía un movimiento reformador por los curas llamados modernistas. Y aquí, en España, la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Porque lo que se llama modernismo no es cosa de escuela ni de forma, sino de actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo : un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza. »

No hace falta insistir en la importancia del fragmento, ya destacado por Angel del Río y Benardete en su preciosa antología *El concepto contemporáneo de España*, pero sí conviene hacer notar que dos veces, en estas líneas, se hace consistir el modernismo en una « actitud ». Es un acierto completo, y si la precisión juanramoniana hubiera sido tenida en cuenta, la disputa en cuanto a lo que fue el modernismo y quiénes los modernistas se habría zanjado pronto. ¿Hay acaso, en España, figura más representativa del modernismo que la de Miguel de Unamuno, pese a su reiterada repulsa de ciertos elementos —los menos profundos y significativos— de la tendencia? Sólo quienes tengan una idea muy estrecha de lo que ésta representa, reduciéndola a cisnes, princesas, versallerías y otras exterioridades, dejarán de advertir el entronque profundo del autor de *Teresa* con el cambio que en la vida y en el arte operó el modernismo.

El calificativo « burguesa » aplicado por Juan Ramón a la poesía, no tiene en sus labios el significado político usual ; debe traducirse como equivalente de vulgaridad, de trivialidad, exhibidas con ostentación, en insolente alarde de mal gusto. Contra el conformismo y la pereza mental se rebelan los modernistas, y nadie en forma tan vigorosa y acre como Unamuno. Lo que ocurre es que la renovación preconizada por él no se apoya, como la del Rubén Darío más

visible, en primores de la versificación y en novedades temáticas ; pretende expresar con sencillez emociones muy hondas, paisajes del alma en donde se la revele cabalmente, es decir desnudamente. Pensaba que la palabra es, ante todo, medio de revelación, tal vez el único apropiado para expresar lo que el alma siente. La poesía — y no tanto el verso— fluían naturalmente de su interior y en el agua viva del manantial hallamos el corazón del poeta con su dolorido sentir y su agudísimo presentir.

Quienes pretenden reducir el modernismo a una fantasmagoría de puerilidades, carnaval de figuras vistosas pero intrascendentes, se niegan a incluir a Unamuno en esa corriente. Y con razón, pero su error consiste en negarse a entender la complejidad y anchura del fenómeno modernista. El propio don Miguel, en su afán de no ser confundido con la bandada de líricos sinsontes que nubló el cielo hispánico durante dos decenios, contribuyó al equívoco, al repudiar reiteradamente tendencias de pirotecnia verbal con las que nada tenía en común, llamándolas « modernistas ». Su integración en el modernismo era inevitable siendo éste lo que vemos fue : una época renovadora con notas distintivas muy acusadas ; un neorromanticismo a cuyo impulso se desvanecieron los desviados ecos de los retoricistas suplantadores y volvieron, como las oscuras golondrinas, los dulces acentos de la gran poesía anterior.

Bécquer y Rosalía estaban allí, atrayendo con su fragante sencillez a los más puros, y cuando pasa el cortejo, cuando se diluyen en el viento los sonos de la marcha triunfal, vuelven a oírse en el aire limpio de la espaciosa y triste España (y mucho más lejos también) las palabras dichas un día por los dos grandes románticos de poco antes. Y no se entenderá el modernismo si no se entiende cuanto hay en él, en los más grandes —Martí, Darío, Silva, Unamuno, Machado, Juan Ramón— de confidencia apasionada, es decir, de lirismo becqueriano. En todos los poetas citados reaparece el acento de las *Rimas*, y vimos cómo Unamuno, maduro, escribió ese libro extraño y poco leído que lleva por título *Teresa*. Comentar aquí esta obra impondría una digresión demasiado extensa, basta indicar que en ella estallan sentimientos con-

tenidos (tal vez negados en el plano de la conciencia) y utilizando el gastado pretexto de ajenas confidencias, deja quien la escribe traslucir algo de sus represiones. Entre el lector y él interpone a su personaje, y beneficiándose de tan cándida coartada abre las compuertas del secreto recinto del alma, dejando irrumpir en campo abierto el agua remansada e impaciente de la intimidad.

El empeño en demostrar la adscripción de Unamuno al modernismo puede parecer redundante cuando la idea de considerar a éste como una época se abre camino por todas partes ; no sobrarán, sin embargo, algunas precisiones, pues los rezagados cuentan con la pereza mental del lector común, generalmente poco dispuesto a revisar las ideas recibidas y los tópicos predominantes. Para alejar a don Miguel del modernismo se le aleja de la poesía, caracterizando la suya como suma de conceptos puestos en verso por un esfuerzo puramente intelectual. Se le niega « oído », sentido del ritmo, fluidez verbal..., olvidando declaraciones suyas nada ambiguas contra la « canturria adormecedora » de ciertos versos, irritantes para quien deseaba mantenerse bien despierto. Además se citan pasajes polémicos de sus obras —de sus artículos, casi siempre— sin advertir que los supuestos ataques contra el modernismo se dirigen contra los vicios y las deformaciones de los epígonos y no contra cuanto de grande, nuevo y genuino aportaron los poetas.

Para fundamentar este aserto citaremos unos párrafos de su prólogo a las *Poesías* de José Asunción Silva, el atormentado colombiano autor del misterioso *Nocturno* que constituye una de las cumbres de nuestra poesía. « Y puros —dice—, purísimos son por lo común los pensamientos que Silva puso en sus versos. Tan puros. que como tales pensamientos no pocas veces se diluyen en la música interior, en el ritmo. Son un mero soporte de sentimientos. Y cuando estos pensamientos se acusan, cuando resalta de relieve el elemento conceptual de Silva, es cuando me gusta menos. Su melancolía, su desesperación no son melancolía y desesperación reflexivas como eran las de Antero de Quental, quien, como Silva, se abrió por su mano la puerta de las tinieblas soterrañas. El portugués

pensó su huída ; el colombiano la sintió. » A la identificación entre pensamiento y sentimiento tendió Unamuno y por eso la señala en Silva con acento elogioso, advirtiendo cómo los pensamientos se diluían « en la música interior, en el ritmo », digeridos y asimilados por la integradora corriente lírica. No, no será Silva —o Darío, o Martí— uno de los repetidores o simuladores cuya obra desagradaba a don Miguel : « No sé lo que es el modernismo literario, pero en muchos de los llamados modernistas, en los más de ellos, encuentro cosas que encontré antes en Silva. Sólo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan. »

Está por hacer el estudio pormenorizado de los elementos modernistas en la poesía de Unamuno, y ni apuntados en cuanto se refiere a su prosa narrativa, tan interiorizada y representativa de una actitud ante la vida que, en lo fundamental, es la misma del Rubén Darío de *Lo fatal* y del Machado de las secretas galerías del alma. No cabe aquí esbozar siquiera ese estudio, pero no sólo creo evidente su « modernismo », sino que, como Juan Ramón pensaba, el Unamuno interior me parece figura clave del siglo modernista. Quienes, como Machado y Juan Ramón (ambos nacidos antes a la poesía) recibieron su influencia, profundizaron gracias a ella en sí mismos y añadieron algo a lo mejor de su esfuerzo precedente.

El modernismo y las literaturas hispánicas

Y quizá llegó la hora de preguntarse si el modernismo, como dicen los doctores de su ley, señala el momento en que la literatura hispanoamericana llega a la mayoría de edad y logra su independencia intelectual respecto de « la madre patria », o si constituye, en su aspecto afirmativo, la iniciación de un nuevo y fructífero período en el cual los escritores españoles e hispanoamericanos van a integrarse en obra multiforme, pero en suma común, que podrá mostrarse como ejemplo de impulso colectivo, con raíces nutricias en tierras muy diversas, hacia una variadísima comunidad de creación.

Si se acepta este parecer (al menos como hipótesis de trabajo, pues en modo alguno aspira a ser recibido como un dogma) veremos cómo van superándose los osados confucionarios provincianismos de los historiadores empecinados en arrimar el ascua modernista a la sardina de su parcialidad, y entenderemos también cómo el fin del poder político español sobre tierras americanas resultó condición inexcusable para que, sobre los escombros, pudiera forjarse la nueva y duradera fraternidad de la invención literaria y de la poesía.

Hasta el modernismo casi sólo podía hablarse de literatura española, ya fuese escrita dentro o fuera de la Península ; a partir de él la realidad es otra : surge la literatura hispánica, con divergencias saludables, pero también con integración genuina. Mil corrientes de comunicación vuelan sobre el Atlántico, en las dos direcciones, y van de país en país, de mar a mar, del altiplano a la pampa, tejiendo fortísima red de hilillos invisibles. Así como el romanticismo penetró en España por diferentes caminos, el modernismo (es decir, las corrientes marcadas con esa etiqueta) fecunda el mundo hispánico por distintas vías y más o menos hacia los mismos años. El modernismo estaba en el aire e irrumpió súbitamente, como la primavera. Empeñarse en dilucidar si Moréas o Leconte de Lisle llegaron « antes » a Colombia, Argentina o España, revela la vocación para la minucia (a veces iluminadora, a veces oscurecedora de lo más característico) y lleva consigo el riesgo de olvidar lo esencial. Y lo esencial es, a mi juicio, la simultaneidad con que el impulso renovador aparece, en Andalucía como en Chile, en Cuba como en Colombia.

Actitud, impulso : palabras un tanto vagas ; pero a veces la vaguedad puede ser tan expresiva como la precisión con que se pretende describir en dos páginas, o en doscientas, un modo de instalarse en la vida diferente de los anteriores. El cisne pudo ser, a lo sumo, emblema transitorio de una modernidad que halló en las mitologías el atajo para llegar al fondo de su diferencia. Esta diferencia es cuanto en verdad separa a los modernistas de sus predecesores : a Martí de Olmedo, a Rubén de Bello, a Unamuno de Campoamor.

Podemos identificar a los modernistas

mediante rápida confrontación con quienes no lo son, pues en aquéllos se advierte en seguida el sentimiento de adscripción a la corriente transformadora. Se mueven, y en la misma dirección, mientras los academizantes permanecen inmóviles. La atención a lo intrahistórico, en Unamuno, se corresponde con el indigenismo de los hispano-americanos o con el castellanismo sustancial de Antonio Machado. Los modernistas, aun cuando ahonden en busca de las raíces, no cesan de marchar hacia adelante; los predecesores viven instalados en un convencionalismo sin futuro. La tradición del modernismo es la tradición eterna, mientras la de aquéllos es la histórica: la del pretérito, embellecido por la nostalgia, que pretende suplantar al presente, condenar a la vida en nombre de la tradición. Modernismo dinámico frente a prosaísmo estático y retórica hueras. La partida estaba ganada desde antes de jugarse.

Cuando críticos como Max Enríquez Ureña señalan que los modernistas, tras una etapa inicial preciosista, se esfuerzan en expresar con sentido « genuinamente americano » el sentimiento ante los misterios de la vida y de la muerte, sus palabras aluden a un designio de dudoso sentido. ¿Quién no quiere decirse y revelarse con plenitud de verdad? Cada hombre siente esos misterios desde su propia, irreductible personalidad, en cuya formación entran, en proporción variable, junto al temor y temblor de cada cual, influencias del ambiente y de la casta. Pero lo decisivo, lo que transforma esas actitudes, y las hace significantes, es su universalidad: la convicción, tan unamunesca, tan martiana, de que, bajo el hombre de este tiempo y este lugar, palpita un corazón cuyos latidos dicen algo que puede ser entendido como cosa propia por cualquier otro.

El modernismo y su héroe

Más importante parece recordar que el modernismo creó su propio tipo de héroe y se magnificó al hacerlo. Para los románticos la figura arquetípica fue la de don Juan con su extraña ambivalencia entre el deseo de acumular « conquistas », tan pronto desdeñadas como conseguidas, y el soterrado afán de encontrar la mujer ideal (el

ángel de amor) ante quien rendirse y por quien redimirse. El poeta soñó a menudo —Byron, Shelley, Espronceda— con vivir esa aventura y hacer de la vida una pasión inacabable, de la poesía una estrofa de intensidad excepcional. A fines del siglo XIX los poetas malditos podían soportar condenación y aislamiento porque se reconocían superiores; porque se identificaban —nada menos— con el Héroe. Eran los héroes de nuestro tiempo, y así los llamó Juan Ramón; pero, mucho antes, Rubén había escrito:

¡Torres de Dios! ¡Poetas!

Y Unamuno los había igualado a los profetas, y no porque éstos predijeran el futuro, sino por ser quienes declaraban « lo que los otros callan o no quieren ver », revelando « la verdad de hoy », « lo oculto en las honduras presentes », y haciéndolos a imagen de Dios, capaces de crear con la palabra (5).

Rubén dipsómano, Silva suicida, Martí voz de la patria, Delmira asesinada, Juan Ramón retraído, Unamuno proscrito... se saben vencedores del tiempo y por encima de la sociedad en que viven. En la mitología modernista los poetas son reflejo de Dios porque como él pueden crear y sentirse prolongados en la obra de arte, pero, sobre todo, son héroes frente a la mediocridad burguesa que ni siquiera los combate, pues los ignora. Sí, suicidios, locura, drogas, soledad y silencio, son las benévolas formas de crucifixión a que se ven abocados los poetas. Justo precio a su desmesurada pretensión de aparecer ante « el vulgo municipal y espeso » como representantes de ese Ser perturbador y pasado de moda: Dios. ¡Torres de Dios! Nada menos; y sus visiones se proyectarán hacia el interior del hombre y verán en él, tejido en la intrincada urdimbre de lo futuro, el hilo conductor del destino. Serán los suyos cantos de experiencia y también profecías, iluminaciones: un poco de luz y una música de fondo (hondo) para acompañar la soledad de quien se pierde en la selva oscura de su propia soberbia.

(5) « Yo, individuo, poeta, profeta y mito », en *Mi vida y otros recuerdos personales*, artículos recopilados y prologados por M. García Blanco, Ed. Losada, Buenos Aires, 1959.

A las caducas imágenes del romanticismo las sucederán, contradictorias a veces, figuras diversas del heroísmo creador en un ambiente materialista que, por contraste, incitará a afirmar la convicción de una diferencia que es, al mismo tiempo, una superioridad. Edipos sin esfinge, los poetas arrastrarán consigo la fatalidad de un destino que a menudo les hará sentirse desesperados. Kierkegaard había diagnosticado anticipadamente su enfermedad mortal, y no es preciso forzar la interpretación ni un ápice para encontrar síntomas inequívocos en los citados, y antes en Rosalía o en Gutiérrez Nájera, como en el pobre Julián del Casal y, más tarde, hecha ya certeza de la nada, en el gran Machado.

La convicción de que la poesía, la obra, es el último baluarte, el único reducto invulnerable del ser (contra la aniquilación), les hizo dedicarse con plenitud de esperanza a la invención salvadora, y de ahí la paradoja del esteticismo, entendida por tantos como fuga de la vida cuando en verdad simbolizaba el ansia de afirmarla, de hacerla eterna, trasmutándola en palabras imperecederas.

De los modernistas, incluso los tardíos, puede decirse lo que Víctor Castre dijo de los surrealistas : entran en poesía como otros en religión. La poesía como misión, y la misión vista con mirada profética : Martí y Unamuno, ejemplos de singular altura. Un paso más y Juan Ramón juntará ética y estética como entidades complementarias y buscará a Dios en la poesía. Es injusto, pues, reprocharles su esteticismo, un amor a la perfección que en modo alguno les aleja de la vida. Reléanse las páginas del *Diario de un poeta recién casado* en que Juan Ramón recoge sus impresiones de Estados Unidos y se advertirá cuanto se equivocan quienes imaginan a este gran lírico (el menos « comprometido », según la idea divulgada) desligado de la realidad social e indiferente a ella.

Complejidades, contradicciones

El modo familiar con que los modernistas —y en especial Juan Ramón— utilizan los símbolos, es testimonio de una vinculación entrañable con la vida. Dialogar con la Naturaleza simbolizándola en un borri-

quillo es situarse en los antípodas del romántico que, como Espronceda, no se contenta con menos de parar al Sol, nuevo Josué melenudo y enlevitado, para hablar con él, vis a vis, y comparársele.

El estudio pormenorizado de la simbología modernista (salvo el del cisne, encarnación de la belleza) está por hacer ; pero, juzgando por impresión más que por análisis, es fácil observar que tras la fugaz etapa exotista no tardó en aparecer una tendencia a la sencillez imaginista que, en casos como los de Martí y Machado, es perceptible desde el primer momento. Y Martí, no lo olvidemos, está en el umbral del modernismo, y es acaso la mayor influencia sobre la prosa y la poesía de Rubén. Aquel Martí de quien su fervoroso decía : « Antes que nadie, hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América » (6). (Castelariano, sí, aunque se pretenda relegar el hecho al olvido.)

Martí logró el difícil equilibrio, la ponderación justa de la palabra a la vez intensa y sencilla, según el modelo de los romances y canciones de antaño. Nutrido de lo popular mejor y lo artístico más depurado manejó los medios tradicionales de expresión poética con flexibilidad y gracia, poniendo en ellos acento nuevo, espontaneidad que dio carácter de autobiografía espiritual a su obra. Es curioso que al tratar de los orígenes del modernismo se haya insistido tanto en las influencias francesas y suela omitirse, o cuando menos soslayarse, cuanto hubo en él de retorno a nuestra poesía (nuestra : de los hispano-americanos, tanto como de los españoles) de los siglos medios, y no sólo por la readaptación de añejas formas estróficas a la sensibilidad novecentista, sino por la inclinación a lo sencillo y primaveral en que Martí, Machado, el mejor Juan Ramón, coincidieron con Berceo y los líricos medievales, más cercanos a ellos, tal vez, que los grandes creadores del siglo de oro. Junto al abate y el vizconde, junto a la artificial risa de Eulalia, la imagen natural de doña

(6) Rubén Darío : *Los raros*. Edición O. C. Mundo Latino, Madrid, 1918, pág. 234.

Endrina y el radiante paisaje del abril castellano.

Un fenómeno tan vasto y complejo como el modernismo no puede ser reducido a esquemas rígidos. Es una conjunción de diversidades regida por signos complementarios. Tan pronto señalamos en él una tendencia, advertimos cómo, en el mismo lugar, en el mismo instante y en el mismo poeta apunta la contraria. Quizá por eso debemos contentarnos con trazar la línea directriz que ideológicamente parece proceder de una extraña fusión, de una contradictoria mezcla entre el krausismo peninsular (calificado por Pierre Jobit como una especie de premodernismo) y el positivismo de los precursores hispanoamericanos. La antinomia se plantea en la conciencia de cada uno de los modernistas, y de ahí la inseguridad y precariedad de las generalizaciones intentadas.

Un crítico (7), comentando la afirmación juanramoniana de que « entre krausistas españoles y modernismo hay alguna relación » se opone « rotundamente » a ella y opina que la confusión se habría evitado si el poeta hubiera leído el *Compendio de Estética*, de Krause.

No sabemos si Juan Ramón lo leyó, pero sí que convivió con los krausistas y fue influido por ellos. Los conocía bien. El comentarista confunde a Krause con los krausistas y ese error vicia la transparencia de su visión. Juan Ramón hablaba de « krausismo español » y, para decirlo más exactamente, de « krausistas españoles », cuya relación con los modernistas es un hecho y no una opinión. El abate Jobit es suficientemente explícito al estudiar este problema (8), pero no sobraría insistir una vez más sobre algo tan evidente como la transformación de los movimientos filosóficos y artísticos (y en especial éste) al pasar los Pirineos: cambian de signo, se españolizan y las doctrinas se convierten en vida.

La filosofía de Krause fue el fermento

(7) Juan Jacobo Bajarlía: « Conversaciones con J.R.J. ». *Caballo de fuego*, La Habana, octubre 1960, pág. 12.

(8) Pierre Jobit: *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*. I) *Les Krausistes*. Bib. de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, Paris, 1936, pág. 230 y todo el ap. III del cap. V.

que operó sobre un grupo de españoles y les incitó a buscar nuevas formas de vida para sí y para su país, formulando un programa educativo y regenerador. Don Francisco Giner, su más noble y grande heredero, vivió el krausismo apasionadamente, y no sería exagerado llamarle discípulo, más o menos remoto, del filósofo alemán (9). El impulso idealista procede de éste y en Giner se manifiesta como entrañable necesidad de transformar la vida española y el hombre español. No se entenderá la historia del pensamiento y la literatura en España si no se empieza por delimitar con cuidado las semejanzas y las diferencias entre los movimientos renovadores según se manifiestan fuera de España o en ella.

Krausismo, como romanticismo, como surrealismo, son distintos en cuanto penetran en la Península. En su modalidad española se insertan en la corriente general de que forman parte, mas diferenciándose por poner el acento en lo vital, convirtiendo en sangre y sueño lo que en otros lugares fue principalmente letra e idea.

Manuel Pedro González señaló cómo los premodernistas de Hispanoamérica, entre los cuales incluye acertadamente a Sarmiento, Alberdi, Varona, Hostos y otros, « predicaron la necesidad de renovar no sólo el pensamiento filosófico en América sino también el arte de escribir » (10). Y su actitud de rebeldía frente al dogma coincidirá en este punto con la del modernismo teológico y con la de Unamuno. Entre krausismo y positivismo no hay solamente divergencia, sino oposición; ésta desaparece cuando, por diferentes razones, se enfrentan al dogmatismo religioso y declaran que el hombre tiene el derecho y el deber de pensar por sí. Ahí se declara el nuevo espíritu.

En los comienzos del modernismo advertimos notas, símbolos frecuentemente aceptados como elementos caracterizadores: el cisne, Versalles, lo azul... No son todo el modernismo, pero están en él y tienen sentido. El cisne, emblema de la blancu-

(9) « Giner fue de los « que conservaron mejor el espíritu, si no la letra del krausismo ». Jobit: *ibidem*, pág. 64.

(10) *Notas en torno al modernismo*. Universidad Nacional, México, 1958, pág. 34.

ra, lo es también de la belleza, y fue adoptado por los poetas para expresarla en una época dominada por las ideas de utilidad y beneficio. ¿Para qué sirven las rosas?, preguntaba el político de un olvidado apólogo. La rosa, o el cisne, sirven para que el hombre viva humanamente, y a veces pueden alzarse como enseña de rebeldía. En la edad de oro del capitalismo, cuando nada parecía tener sentido si no producía ventajas económicas, los rebeldes contra la ola materialista levantaron la bandera de la belleza pura. Se fue tanto más rebelde cuanto más capaz de sustraerse a las sutiles influencias predominantes.

Y aquí señalaremos la contradicción apuntada hace un momento. El positivismo constituyó uno de los estímulos originarios del modernismo, pero no lo dominó. Al revés: el modernismo suscitó una reacción contra las terminantes negaciones de la escuela positivista, y en Martí, Rubén, Unamuno, Juan Ramón... acabó derivando hacia peculiares formas de neo-espiritualismo. Son contradicciones naturales, vitales, y en ellas hallamos la sustancia de una época, es decir, de un período de tiempo limitado y delimitado (sin mucho rigor), en cuyo curso van mezclándose cada día, cada hora, nuevos elementos, a los ya activos y operantes, formando, en sucesivas mezclas, una materia cambiante, sometida sin cesar a reacciones imprevisibles.

Y esta es una de las dificultades inherentes al estudio del modernismo: su complejidad, tejida de contradicciones. Si volvemos por un momento a los símbolos iniciales y los analizamos en su contexto « epocal » y no situándolos en otro orden de realidades, en una situación (la nuestra) totalmente distinta, se entenderá que el cisne y Versalles y las princesas tienen sentido. Son armas contra la vulgaridad y la chabacanería del ensoberbecido burgués; no imágenes de una evasión, sino instrumentos para combatir la imagen de la realidad que se les quería imponer.

Si hay evasión, no será de lo real, sino del mundo hostil y retrógrado que les cerca. La evasión puede ser en el tiempo o en el espacio; hacia dentro o hacia la lejanía. Rimbaud vive una « temporada en el infierno »; Rubén en Versalles; Machado en las secretas galerías del alma; Guiller-

mo Valencia en Grecia; Valle-Inclán en un mítico pasado bárbaro-heroico... Cielo o infierno, umbrales del sueño o puertas de la eternidad; es lo mismo. Oyen voces y se saben visionarios de una realidad honda, humanísima, imperecedera, cuya existencia no les ciega, ni les impide ver y combatir a su modo el miserabilismo asediante. ¿Podría decirse que ninguno de ellos desconocería y menos negara ese obsesivo apremio?

Con frecuencia el poeta se refugia en lo pretérito para oponerlo al mediocre presente, impulsado por la idea falaz de que cualquier tiempo pasado fue mejor. (Espejismos de la nostalgia.) Pero no se trata de comprobar si quienes piensan así tienen razón, sino de reconocer la sinceridad de tal modo de sentir lo pasado, embelleciéndolo involuntariamente y depurándolo, por instintiva omisión de los aspectos negativos, hasta el punto de la idealización. Incluso, en determinadas coyunturas, la frivolidad podrá ser un arma contra el utilitarismo triturador, a condición de que lo frívolo se salve por la belleza.

Quizá olvidamos la romántica identificación (establecida por Keats y por Novalis en fórmulas inolvidables) entre belleza y verdad; quizá desde la altura de la era atómica estamos incurriendo en un positivismo exacerbado, en una negación de cuantos valores no sirven de modo directo e inmediato a una finalidad: la de promover el progreso social y el bienestar del pueblo. Quien escucha en la mañana de mayo el canto del ruiseñor; quien goza el puro deleite de soñar en el silencio de los espacios eternos; quien se deja acariciar por el sol y la brisa, junto al mar o en la montaña, sentirá de pronto un interior reproche, la mala conciencia de haberse extraviado, de haber cometido el pecado inconfesable e imperdonable de vivir para sí, reír acaso cuando otros lloran, gozar mientras alguien sufre. Inexorables y puros censores le acusarán de deserción, tal vez de traición...

Como en tiempo de guerra, muchos piensan que cuanto no sirve directamente para ganarla es no solamente inútil sino reprochable. Pero la creación de un ámbito de belleza nunca será inútil; el hombre eterno, el de la intrahistoria, como decía Unamuno, hallará en esa esfera verdades

inmarchitables, que hablarán siempre a su corazón. Juan Marinello censura a Rubén por haber sido « el vehículo deslumbrante de una evasión repudiable, el brillante minero de una grieta desnutridora » (11). Tras estas palabras creo ver un equívoco, o tal vez una consideración limitada de lo que fue y representó el autor de la « Oda a Roosevelt » y otros poemas de inspiración análoga, pues en ellos se refleja una definida toma de posición distante del escapismo y la indiferencia ; un choque con la realidad política del momento le convierte en precursor o adelantado de corrientes que ahora vemos en pleno desarrollo. En el prólogo a *Cantos de vida y esperanza* ya dijo : « Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas » ; y con más precisión : « Mañana podemos ser yanquis (y es lo más probable) ; de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter. » Raimundo Lida destacó « esa abundante parte de su poesía juvenil donde los temas políticos, sociales y religiosos se tratan con tan exaltada elocuencia », recordando cuentos tan comprometidos como « El fardo », « El rey burgués » o « La canción del oro » (12).

El caso Rubén parece más perturbador porque textos suyos, poéticos y programáticos, pueden esgrimirse en defensa de todas las parcialidades. Quiso primero ser « moderno » y declaró capitales los problemas de la forma. Sintió el afán de perfección como lo sienten todos los verdaderos creadores, pero insistió en declararlo más que nadie (salvo Juan Ramón Jiménez) y las gentes creyeron que lo demás no importaba o importaba secundariamente. Es un error : la reflexión moral y la preocupación política se dan de alta en su obra, como se dieron de alta en la de sus precursores.

El legado romántico

La oposición contra el mundo de la mediocridad y la chabacanería, contra lo vul-

(11) *Sobre el modernismo*. Universidad Nacional, México, 1958, pág. 26.

(12) *Letras hispánicas*. Fondo de cultura económica, México, 1958, pág. 255.

gar y lo mezquino, contra la hipocresía y la crueldad de la « moral » burguesa, procede del romanticismo. El héroe romántico es el rebelde, el hombre en pugna contra la sociedad corruptora ; como es bien sabido, nació bueno y bueno sigue mientras permanece en estado natural ; al contacto con el mundo se transformará y será a la vez corrompido y corruptor, víctima potencial y verdugo posible. Si no cede será el proscrito, el pirata, el aventurero al margen de la sociedad, el que dicta su propia ley.

La devoción al pasado y el reconocimiento del pasado como tiempo histórico idealizado es también herencia romántica : Versalles y los abates en lugar de Ponferrada y los templarios ; Caupolicán en vez de Hernani y Ruy Blas, pero el mecanismo transfigurador funciona de igual modo. El tiempo de la creación poética fundirá el ayer y el presente, según ocurre en las leyendas de Valle-Inclán. El tiempo abolido resucita a través de un lenguaje donde el arcaísmo, como purgación de lo prosaico cotidiano, tiene significado renovador.

No insistiremos acerca de la significación de Bécquer y Rosalía : la cuestión está clara, salvo para quien se empeñe en enturbiarla y cambiar el color de las aguas ; ni alegaremos declaraciones explícitas o tácticas de romanticismo, hartas manidas y citadas. Resumiremos lo esencial del legado romántico, mucho más rico de lo imaginado a primera vista : el predominio de la pasión sobre la razón es observable en las piezas capitales del modernismo, desde el *Nocturno*, de José Asunción Silva, hasta *Dios deseado y deseante*, de Juan Ramón Jiménez. La tensión emocional, si arrojada por la puerta, no tarda en colarse por la ventana. El amor « fatal » no sólo está en la obra, sino en la vida de los modernistas, y, en el caso de Silva, apunta incluso a un desvarío incestuoso con inequívoco sabor byroniano.

La muerte está presente obsesivamente entre ellos, y varios se « suicidan » de un modo u otro : literalmente, Silva, Lugones y Alfonsina Storni ; por persona interpuesta, Delmira Agustini y Chocano ; en sus personajes (como Goethe en *Werther*), Unamuno ; drogándose, Rubén ; refugiándose en la locura, María Eugenia Vaz Ferreira ;

desdeñando la dolencia que les roía, Julián del Casal (13), Alejandro Sawa... Actitudes heredadas en las cuales se reflejan las dolientes sombras de Kleist, Hölderlin, Nerval, Keats, Shelley y la de aquel príncipe de la luz y las tinieblas : Edgardo Allan Poe.

Ellos también serán capaces de advertir en la sombra que ronda su jardín (como el Juan Ramón de *Jardines lejanos*) el yo futuro, el viejo de mañana, si no el cadáver de pasado mañana, según alcanzó a ver el esproncediano don Félix de Montemar. El mundo del misterio cala insidiosamente en el modernismo y hasta en la poesía de Antonio Machado, tamizada de sol andaluz y viento castellano (elementos hostiles a lo sobrenatural), se oyen las voces del sueño, y galgos invisibles caminan a nuestro lado. Las imágenes llegan impregnadas del escalofrío que lo irracional suscita en el corazón cuando hace vibrar oscuramente su fibra más secreta, y « blancos fantasmas lares / van encendiendo estrellas », o el barco negro espera al pasajero todavía asido al amor y a la esperanza (en *Víspera*, también de Juan Ramón).

No sobraré recordar que las orillas del Duero, en Soria, donde Machado paseó a menudo, « entre San Polo y San Saturio », quedan a tiro de piedra del monte de las Ánimas, cuya leyenda puso Bécquer en prosa, ni es excusado citar al Lugones de *Las fuerzas extrañas*, con su sorprendente fantasía, ya contagiada, en ocasiones, de juliovernismo, y curiosamente teñida de reminiscencias mitológicas e invenciones a lo Hoffman y a lo Poe (cuando no de medievalismo a lo Nerval —« El milagro de San Wilfrido »—) o al Jaimes Freyre de *Castalia bárbara*, obra caracterizada por el peculiar acento « gótico » de las leyendas escandinavas y los extraños dioses incorporados al panorama del olimpo occidental, a través de la versión de los *Eddas* realizada en los años del Romanticismo.

Las tendencias a la evasión, antes indicadas y explicadas, tienen sus raíces en la

(13) Cada una de estas afirmaciones puede documentarse. En cuanto a Casal, véase el excelente estudio de José María Monner Sans : *Julián del Casal y el modernismo hispanoamericano*, págs. 38, 39 y 92.

época romántica, y de ahí la permanente inclinación al desarraigo espacial, al viaje, que en definitiva expresa la imperecedera inquietud. El exotismo se explica por la misma entrañable razón. Y aquí conviene aportar de nuevo el testimonio de Rubén, tomado esta vez de las « Palabras liminares » a *Prosas profanas* : « yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer ; y a un presidente de la República no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh, Halagaball, de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueño... ». Y estas palabras van seguidas por aquella afirmación de que si hay poesía « en nuestra América, ella está en las cosas viejas [...], en el indio legendario y en el inca sensual y fino ». Indigenismo, pues, como forma de evasión al pasado, no tanto histórico cuanto legendario.

El gusto por los raros no deja de acompañarse a veces por una extravagancia, o natural o aprendida, que en Gutiérrez Nájera suena a dandismo, en Herrera Reissig a delirio y en Casal a tedio. Sentirse aparte, incontaminado de vulgaridad, es lo importante. Hölderlin, protegido por la demencia, es invulnerable a los ataques de la mediocridad que le obsedía ; Unamuno, dialogando consigo mismo (Miguel, único posible sustituto si falta Dios, el convocado interlocutor), puede convertir a los antagonistas de la realidad histórica en personajes o fantasmas de su novela personal. Así, los más grandes. Rubén, insólito, navegaba, según fue visto en *Españoles de tres mundos*, como fabuloso monstruo marino, en su propia caparazón de gigante, ocultando bajo el rostro impenetrable su saber del bien y del mal, el conocimiento de las verdades últimas. Imagino que hubiera hecho suya aquella orgullosa declaración de Percy Bysshe Shelley (en *A Defense of Poetry*) : « La poesía, pues, hace inmortal todo lo mejor y más bello del mundo. [...] La poesía salva de la caducidad los instantes en que el hombre siente el roce de lo divino. »

En el modernismo, como en el romanticismo, hallaremos —y dentro del mismo hombre— junto al esteta el comprometido, el melancólico al lado del belicoso, el apagado lindando con el exaltado, y todos poseídos por la convicción de vivir un Des-

tino (con mayúscula), sintiéndose capaces de reconocer, revelar y crear la belleza. De ahí (entre otras razones) el orgullo « satánico », agresivo en Unamuno ; apareciendo esporádicamente (pero siempre agazapado y dispuesto a saltar) en Rubén ; pueril y algo enfermizo en Casal ; temperado por tanta radical bondad en Antonio Machado ; espectacular en Chocano ; insolente en Valle-Inclán...

La idea del combate contra la sociedad podemos hallarla también en las etapas intermedias entre romanticismo y modernismo. Es una constante de la *intelligentia* occidental desde mediado el siglo XVIII. Los novelistas llamados « realistas » la ejemplificaron reiteradamente y si Stendhal o Balzac pueden ser recusados como testigos por su adscripción al romanticismo, prescindiremos de Julián Sorel y de Rastignac para evocar las figuras (nacidas en los ochenta del XIX) de la galdosiana Isidora Rufete y el dostoyevskiano Raskolnikov. Y en los cuatro encontramos la soberbia que les incita a señorear el mundo con su ley : el orgullo de Byron, Espronceda, Rosalía, Silva, Herrera Reissig...

El mal del siglo romántico fue el tedio ; el de la época modernista, la angustia. El hombre moderno siente su soledad y en ella, o más allá, el silencio de una libertad que le fuerza a decidir por sí en todas las oportunidades, menos en las decisivas : el nacer para la muerte y el morir sin saber para qué. En « Lo fatal », de Rubén, encuentra la angustia expresión intensa y agónica :

« ... ¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!... »

en « La respuesta de la Tierra », José Asunción Silva se pregunta :

« ¿Qué somos? ¿A dó vamos? ¿Por qué has-
[ta aquí venimos? »

y entre tantos ejemplos unamunianos como podrían recogerse, seleccionaremos únicamente los dramáticos interrogantes de Teresa (rima 7) :

« ¿Por qué, Teresa, y para qué nacimos?
¿Por qué y para qué fuimos los dos?
¿Por qué y para qué es todo nada?
¿Por qué nos hizo Dios? »

Unamuno, en vida y en obra, no hizo

otra cosa que buscar respuesta a esas cuestiones.

Algunos temas iniciales del modernismo, como el del parque viejo, no sólo son románticos, sino que en su día fueron tratados románticamente, con similitud de sensibilidad y acento. Influencias directas y semejanzas manifiestas entre los poetas del romanticismo y los modernistas han sido señalados por la crítica en numerosas ocasiones. ¿Dónde está el poeta hispanoamericano finisecular en cuya obra no aparezca la huella de Víctor Hugo? Edwin K. Mapes, Castro Leal, Monner Sans, Díez-Canedo, Torres Ríoseco, Henríquez Ureña, Pedro Salinas, Raimundo Lida y Díaz Plaja, entre otros, han señalado esta deuda, y muchas más, no siempre referidas a los dioses mayores del olimpo francés. En los escritos de esos críticos podrán encontrarse abundantes ejemplos.

La tradición liberal

En el famoso prólogo-manifiesto a *Hernani*, Víctor Hugo declaró que el romanticismo, después de todo, no era sino el liberalismo en la literatura. No todo el romanticismo (ni siquiera en Francia ; recordemos a Chateaubriand) es liberalismo, pero podríamos convenir en que el núcleo central y más importante se identifica con la corriente liberal que entre otros acontecimientos dio lugar a la Declaración de Independencia norteamericana en 1776.

Frente a un conservadurismo unas veces agresivo y otras situado a la defensiva, pero siempre con raíces vigorosas y profundas, fue creándose una tradición liberal que hasta finales del siglo XIX pareció ser la única a que podían acogerse los poetas. Esa tradición estaba viva y fecunda en la hora auroral del modernismo, y en América la encarnaba José Martí, en quien se dan de alta al mismo tiempo la vertiente idealista y el lado positivista de aquélla. Ambas vertientes estaban impregnadas de humanismo, si por él se entiende la creencia en la aptitud del hombre para afrontar su propio destino.

Liberalismo es tolerancia, respeto, convivencia. Es el « ismo » de la libertad proyectado sobre todas las manifestaciones de la vida humana, y armoniza perfectamente

con el de una modernidad cuyo acento recaía sobre el derecho a discrepar de las convenciones predominantes y a buscar nuevas respuestas a los problemas planteados, especialmente en el ámbito de la creación artística.

La tradición liberal proporcionará a los modernistas adecuada compensación al sentimiento de soledad inherente a la imagen romántica del héroe ; si tal vez reduce las proporciones del titanismo asociado a ésta, fomenta, en cambio, la seguridad de vivir adscrito a una corriente de sensibilidad y pensamiento que no tendría sentido sin la convicción de que el prójimo existe, y no sólo entre los afines : entre los adversarios.

En la dialéctica del modernismo el pensamiento liberal representa (en líneas generales y sintetizando un tanto rudamente el fenómeno) la línea humanizante, atenta a posibilidades y a reformas, mientras las supervivencias románticas incitan a imposibilidades y a rebeldías. La tradición liberal impulsa —hasta cierto grado— a la transigencia y la evolución ; la exaltación romántica fomenta la discordia y la revolución.

No es extraño, pues, que el modernismo presente esta doble faz, expresión del radical dilema de su tiempo, del conflicto entre la rebeldía como forma de vida y la necesidad de facilitar una convivencia que sólo se logrará mediante renuncia a parte de las libertades consideradas como inalienables. El escritor « modernista » es en primer término hombre moderno, y como tal tiene conciencia de su deber como ciudadano y cree en la posibilidad de la reforma política y social. En España serán institucionistas, seguidores y admiradores de Giner ; en América afines a tendencias que, salvadas las distancias y la diferente problemática, pueden considerarse equivalentes.

Junto al grito romántico, la convicción de que la acción común, concertada y serena, puede servir eficazmente al « progreso » (cualquier cosa que éste pueda ser). A menudo hallamos un radicalismo que, en casos como el de Machado, no ocultará su filiación jacobina ; más a menudo será creyente en los beneficios de la ciencia natural, el secularismo y la democracia.

Sí, la democracia, pues pese al aparte de

Rubén, dirigido a Walt Whitman, el ejemplo norteamericano influía en los modernistas, de quienes se puede afirmar que estuvieron y permanecieron dentro de la tradición liberal en cuanto ésta tiene de más significativo : oposición a todas las formas de explotación del hombre por el hombre, y a las represiones políticas. Nadie habrá olvidado cómo reaccionaron, cuando puestos a prueba, Martí, Unamuno, Díaz Mirón, Valle-Inclán, Antonio Machado...

El punto en donde la tradición liberal se aleja inicialmente del romanticismo coincide con las ideas de Rousseau acerca del pecado original ; mientras el autor de *Emilio*, y un sector del pensamiento —o sentimiento— romántico, creían que el hombre nace inocente, siendo la sociedad quien lo corrompe, el liberalismo confía en la educación como medio de transformar a quienes, entregados al instinto, se inclinarían a la violencia y a parejas modalidades de barbarie.

Y justamente, la conjunción de idealismo romántico y liberalismo práctico fecundará el modernismo y atenuará las limitaciones de aquéllos. Sólo esa conjunción permitirá esquivar los riesgos de la « masificación » inminente y el cientifismo desalmado, impidiendo que el hombre sea tratado como conejillo de laboratorio, según el neobárbaro cientifista se siente inclinado a hacer. (El difunto profesor Kinsey y sus asociados demostraron cómo la probidad y la competencia « científicas » pueden aliarse con una mentalidad inhumana.)

Los modernistas nunca perdieron de vista el inalienable derecho del hombre a vivir una vida natural y propiamente humana, y la vocación de regeneradores, tan visible en Martí como en Unamuno, les hizo mirar como manifestaciones de hipocresía y perversidad las doctrinas tendientes a socavar esa dirección elevada de un ser que deseaban inmortal. Los valores eternos radican en la persona y no en las instituciones, y si éstas pretenden suplantarla y supeditarla a sus propios fines cometen el más grave de los delitos : el pecado imperdonable contra el espíritu.

Sin la tradición liberal, el riesgo de perderse en el nuberío o en la declamación idealista hubiera sido grande. La convicción de formar parte de una comunidad

les obligó a pensar de modo realista y penetró la obra literaria. Incluso en extremos como *Prosas profanas* o *Almas de violeta* aparece clara la toma de conciencia de una evasión, realizada, como vimos, en función de una realidad insoportable, y para así negarla, primer paso del cambio que se consideraba necesario. La negación de la negación (pues esto era la sociedad finisecular antimodernista) implicaba una afirmación constructiva hacia lo futuro. Y los primeros poemas juanramonianos en *Vida nueva*, adaptaciones de Ibsen o elucubraciones propias (recuérdese, por ejemplo, *Las amantes del miserable*), tenían la misma inequívoca significación crítico-social que los cuadros de Picasso pintados en la época azul, 1902-1903.

En este siglo, la creencia en la ley natural ha quedado reducida a una vaga hipótesis según la cual todos los hombres coinciden en el deseo (en la necesidad), instintivamente sentido, de alcanzar una plenitud de existencia que podrá lograrse si no se interfieren ciertas fuerzas oscuras y degradantes, contrarias al desarrollo de cuanto hay de mejor en ellos. Hay una verdad (ya lo hemos visto) encarnada en la belleza, una ética vinculada a la estética, a la armonía vital y creadora; esa ética refleja la luz de los valores inmarchitables: amor, libertad y justicia, tan ligados entre sí que quien ataca a uno los ataca a todos.

Suficientemente perspicaces para ver las cosas según eran, los modernistas ni se negaron ni se ocultaron la diferencia entre el punto de vista personal y el de su pueblo. La tradición liberal, opuesta en esto al roussonismo, les hizo creer en las virtudes de la educación y en cuanto puede estimularla una minoría activa y vigorosa operando sobre el cuerpo social. Si Juan Ramón dedica su obra « a la minoría », lo hace pensando en el grupo de reformadores a quien conoce y con el cual convive: institucionistas, residentes (de la Residencia de Estudiantes, inspirada y regida por Jiménez Fraud), poetas y escritores se sienten atraídos por el pueblo y reciben de él tanto, por lo menos, como ellos le entregan.

Por ser realistas pueden ver al pueblo sin idealización intempestiva y buscar con lucidez medios adecuados para eliminar la diferencia, la distancia que les separa de

él. Ningún procedimiento les pareció tan eficaz como la creación de minorías activas, cada día más numerosas, vocadas a la educación popular y a la difusión de la cultura. Minoría, pero inmensa. Y esto no por aristocratismo, sino por entender la situación en sus verdaderos términos, por ver las cosas como son y no según nuestro sueño las prefigura. Sería absurdo pensar en complejos de superioridad, pues sabían, con saber del alma, que lo mejor y más puro de su ser era pueblo: esa zona de coincidencia en lo esencial humano que encontró su más bella forma de expresión en la más espontánea: la súbitamente brotada de la tierra, y no por encanto, sino porque antes corrió soterraña leguas y leguas, bajo la bruma del inconsciente colectivo, como agua que viniendo oculta desde muy lejos surge fresca en el manantial vivo.

El minoritario puede, a pesar de todo, llevar al pueblo algo de que éste carece: acercarle a una cultura para la cual se le supone instintivamente preparado: poesía de San Juan de la Cruz, música de Bach, pintura de Picasso. Los modernistas no tenían frente a ellos al pueblo, sino a quienes se arrogaban falazmente su representación y so pretexto de fácil comunicación negaban la posibilidad de hablarle con la voz delicada y profunda del arte genuino. Crimen de lesa estupidez, pues en la memoria del pueblo se guardaron durante siglos romances, canciones, refranes, música y danzas; misterios sacramentales, primores de aguja y telar..., testimonios de una cultura que vive y se transmite en la costumbre.

La tradición liberal, cuando llegó a los modernistas, estaba curada de progresismo, ingenua ilusión que sitúa arcadias y paraísos terrenales en lo futuro, no en lo pasado. Pero seguía creyendo en la cultura como medio para servir al hombre, ayudándole a lograr la plenitud a que nos referimos hace un momento. Crear algo bello es contribuir al enriquecimiento del alma colectiva y estimular una cadena de sensaciones y sentimientos que favorecerán (aun cuando en proceso lentísimo, incierto y de complicadas circunvoluciones) la eliminación de situaciones injustas. Escribir un poema, escribir poesía es expresar una verdad significante y honda al nivel de la hu-

manidad. Esto cuenta : la verdad entrañada en la invención artística implica una toma de conciencia y el lector se verá incitado a decidir. Los modernistas, tanto en España como en América, favorecerán a la vez el conocimiento de « la verdad » y cierta dosis de escepticismo que les aconseja rebelarse contra el dogmatismo y la coacción que a menudo la acompañan.

Amplitud de la modernidad y postmodernismo

Los críticos e historiadores de la literatura suelen dejar a un lado manifestaciones del modernismo ajenas a su especialidad, limitación injustificada y errónea, pues la sincronía en el cambio es reveladora. Picasso y Falla son exponentes de la modernidad tan significativos como Rubén Darío o Juan Ramón Jiménez. La voluntad de ir más allá de donde hasta entonces se había llegado, de no seguir haciendo « lo mismo de siempre », la encarna ejemplarmente el pintor malagueño ; el proteísmo, las incasantes metamorfosis, son consecuencia estéticamente fatal de su indomable lucha contra las ideas recibidas, contra el dogmatismo de la pseudo tradición clásica, y simbolizan la necesidad de romperla para mejor continuarla en formas diferentes.

No es posible tratar aquí tema tan vasto, complejo y rico. Nos limitamos a sugerir la conveniencia de escribir estudios más amplios y completos, para que se advierta la extensión del fenómeno y la singularidad de sus aspectos, que no estorban al reconocimiento de analogías y coincidencias en lo esencial. Teniendo en cuenta las manifestaciones del espíritu modernista en la música y en las artes plásticas, siquiera como punto de referencia, se advertirán las dimensiones de la renovación y la generalidad de la actitud, cuyos precedentes en la teología ya vimos. Un crítico norteamericano ha recordado recientemente que el modernismo fue « condenado como herejía, en todas las esferas » (14), y cómo, en la terminología de Toynbee, nuestra época es

llamada « postmodernismo », sin duda partiendo de la plena admisión, asimilación y vigencia, como tolerables supuestos de vida y de creación, de las un día consideradas espantables heterodoxias.

La justificada y demoledora revisión de los *angry young men* ingleses ; el sonambulismo de la droga y el sexo —tomado también como estupefaciente y no como natural fuente de delicias— de los *beatniks* californianos ; el desolado vacío de los muchachos españoles ; la cretinización sistemática fomentada por charlatanes de toda laya y pretensiones científicas ; el objetivismo paupérrimo de los petulantes anti-novelistas franceses ; el agresivo y pueril nacionalismo de que alardean las mocedades de Hispanoamérica (y de tantos otros países), y hechos de análogo sentido, son síntomas reveladores del postmodernismo. Pero no parecerá injustificada ingenuidad considerar estas actitudes regresivas como expresión de un período histórico en donde el hombre se ha visto forzado a reconocer como propia la abominable imagen proyectada en el fidelísimo cristal del tiempo por su crueldad y su miseria. El modo angustiado de sentir la futilidad y el miserabilismo de la existencia fomentó actitudes negativas ; pronto el instinto descubrirá (está descubriendo) razones para vivir y para crear. Quizá ya el tono del presente sea un pesimismo moderado capaz de encontrar en la desesperación, en el fondo de la decepción y la sombra, un fragilísimo hilillo de esperanza. (En España lo estamos viendo ya y vislumbramos un futuro digno de ser vivido.)

La nueva vanguardia está a las puertas. Si no la identificamos fácilmente es porque, tratando de reconocerla, buscamos en su rostro todavía difuso los rasgos de la caduca. No será neomodernista (es decir, estéril, sospechosa y turbia reedición de lo pasado), sino algo en consonancia con la situación y la complejidad presentes. Advertimos ahora mismo impulsos reveladores de cómo el hombre puede « recuperar » rápidamente la nunca perdida capacidad de inventar y soñar. En poesía, pintura, novela, música, teatro... testimonios e invenciones se suceden, eslabones de la ininterrumpida cadena. Sí ; los herederos surgen y poco a poco van situándose en su lugar.

(14) Harry Levin : What was Modernism? *The Massachusetts Review*, I, 4, Aug. 1960, p. 612.

ENRIQUE TIERNO GALVAN

Radicalismos estéticos o falsos radicalismos

UN HECHO coetáneo que parece incuestionable, al menos en el orden político, es la división del mapa del mundo en dos grandes partes, de distribución relativamente irregular : una que comprende los sistemas y actitudes radicalizantes y otra los incapaces, o en apariencia incapaces, de radicalización. Quizás sea el hecho más obvio y el que permite una clasificación más inmediata. Las poblaciones indígenas del Congo pueden radicalizarse, la población francesa, la italiana o la norteamericana, difícilmente. Es este un esquema que está, incluso, por encima de las diferencias raciales y espirituales. Dos hombres « radicalizados », por diferente que sea su origen y educación, se entienden desde el plano común de la radicalidad ; dos comunistas, por ejemplo. Dos personas no radicalizadas necesitan para entenderse de sistemas institucionales intermediarios. Un inglés y un francés se entienden no desde sus radicalismos, sino desde sus instituciones y el conocimiento de sus instituciones. Cuando existe un elemento radicalizante común, los humanos se entienden al margen de las instituciones o según una institución o acontecimiento. Cuando no ocurre así el entendimiento se produce por el juego institucional que ordena y condiciona la convivencia. Dicho en otros términos, los radicalismos son simplificadores y simplificar significa aumentar el número de lo que se considera superfluo.

Por otra parte, la radicalización produce definiciones. La salida de la ambigüedad

sólo es tradicionalmente una : la radicalización. El hombre radical es el hombre no ambiguo, en cuanto ha trazado un límite claro entre lo valioso y lo no valioso. Este límite claro equivale a una definición incluso en el orden conceptual. Cuando el radicalismo nos posee con tanta fuerza que define la mayor parte de nuestras actitudes, el número de posibilidades de perplejidad tiende a cero. En este sentido radicalismo y humanismo son contradictorios. No se puede ser radical y « humano » al mismo tiempo y en el mismo nivel, porque « humano » en cuanto comprensión y tolerancia niega la radicalidad. Radicalismo o es intolerancia o es un pseudorradicalismo, y ningún humanismo, al menos en el sentido convencional de la palabra, es intolerante. A la pregunta si el marxismo es un humanismo, se puede responder que no, en cuanto es radical.

De todo esto se va induciendo cierta configuración del hombre radical ; es un intolerante que exige por su propia condición definiciones. No se trata de situaciones radicales, sino de hombres radicales. Es más, no hay situaciones *radicales*. Radicalismo es un concepto que se refiere al comportamiento y sólo en la medida en la cual se refiere al comportamiento, se refiere a la situación. No se puede decir cuándo una situación es radical, sino simplemente cuándo un comportamiento se ha radicalizado. En este sentido radicalismo es una respuesta excluyente respecto de la pretensión de vigencia y eficacia de ciertas concepciones

del mundo. Así por ejemplo, el mahometismo tiene determinadas pretensiones históricas de exclusividad. Si responde positivamente a estas pretensiones el mahometismo excluye cualquiera otra religión ; considera falsa la cristiana, la budista, etc. Lo mismo ocurre con el comunismo. En este sentido, sólo en este sentido, radicalismo se opone a trivialización y ambigüedad. Nada ambiguo es radical. Nada que esté trivializado es radical. En su ámbito la radicalización exige intolerancia. Precisamente cuando se vive en un ámbito en el cual hay tolerancia se puede afirmar que se vive en un ámbito en el cual apenas hay radicalidad.

La palabra intolerancia suele tomarse en el sentido de negación agresiva ante cualquier posible convivencia con aquello que se excluye. Puede emplearse en otro sentido, un sentido clínico, podríamos decir, según el cual intolerancia equivale a la ausencia de respuestas específicas de adaptación. En este caso la intolerancia no significa agresividad. Somos intolerantes, por ejemplo, al totalitarismo por repulsión moral y nos hacemos ciudadanos de un país democrático. Hay, pues, dos clases de intolerancia : intolerancia sin agresión e intolerancia con agresión. A mi juicio la experiencia histórica demuestra, incluso con un criterio estadístico, que los radicalismos más eficaces son los agresivos y que las actitudes ejemplares de radicalidad sin agresión tienden a producir radicalizaciones agresivas. El mejor ejemplo es el cristianismo, que procediendo de una actitud de mansedumbre ejemplarizadora ha producido multitud de guerras santas, que han disminuído su ambigüedad.

Sócrates es un excelente ejemplo de radicalización sin agresión. Platón expuso con claridad la posición de Sócrates, en la *Apología*. Quizás las palabras que se atribuyen a Sócrates en la alocución a los jueces sean efectivamente del propio Sócrates, quien vino en resumen a decir : « Yo he sido un hombre honrado que he defendido siempre ciertos principios. Dejaría de ser un hombre honrado y nadie creería en mis principios si ahora, por miedo a la muerte, me retractara de ellos. Por consiguiente prefiero morir. » Platón —o la tradición platónica inmediata— puso en boca de Sócrates

razones de más alcance y elevación en otros diálogos, pero la *Apología* conserva cierto tono de rudeza y autenticidad de mayor efecto estético. « No me hubieran faltado buenas defensas —dice en 38 d.— ; me faltan el atrevimiento y la desvergüenza para decir lo que tanto os hubiera satisfecho ; cosas indignas de mí, en labios de un Sócrates sollozante. No por cierto, no haré cobardías para escapar del peligro y no me arrepiento de mi propia defensa. » Su defensa había consistido en sostener sus principios. Sin embargo, no promovió ninguna agresión. Su intolerancia no pasó de una actitud negativa. Me parece que al ejemplo de Sócrates se pueden oponer otros muchos en los cuales el radicalismo arrastró a la agresión. Después veremos ejemplos especialmente políticos. Ahora, antes de proseguir, adelantemos una definición del radicalismo tradicional : « Hay radicalismo cuando las concepciones del mundo determinan por modo absoluto la conducta. » En esta definición entra el radicalismo filosófico y moral. Para que quepa también el radicalismo político, la definición habría que completarla así : « Hay radicalismo cuando las ideas políticas determinan por modo absoluto la conducta y la obligan inexorablemente a la destrucción de lo contrario en cualquier nivel que se ofrezca. » En otras palabras, el radicalismo político es operativo. No sólo defiende la exclusividad, sino que la impone como resultado de la dinámica de su propia condición. De aquí que tenga escaso sentido decir « liberal radical ». Un liberal radical es menos liberal en la medida en que radicaliza el liberalismo. Si el liberalismo se radicaliza de modo total deja de ser radicalismo político convirtiéndose en un radicalismo moral o filosófico.

EL LECTOR habrá observado que en una definición he utilizado la expresión concepción del mundo y en otra ideas. En efecto, si una concepción del mundo define absolutamente la conducta, puede haber un radicalismo político, por ejemplo el comunismo en la lucha de clases. Pero puede ocurrir que el radicalismo político no proceda de una concepción del mundo, sino de representaciones mentales, vagas e inarticuladas, o de resentimientos intelectual-

mente justificados. En este caso, entendemos que el radicalismo define la conducta desde ideas, a veces sumamente ingenuas, por ejemplo, la idea de que la muerte de una o varias personas representativas de una estructura social produce el cambio automático de esa estructura social.

Robespierre será siempre, a mi juicio, un ejemplo insustituible de radical concepción del mundo. Las ideas regulaban, para él, los hechos, y los hechos se sometían a la fuerza. Un hombre radicalizado desde una concepción del mundo vive ajeno a la praxis, en una especie de plano irreal en el cual la fuerza cobra todo su sentido. Sólo se puede aplicar la fuerza con indiferencia absoluta a sus consecuencias perturbadoras cuando se admite que « todo lo racional es real ». En este caso la fuerza al servicio de la razón sirve a la realidad. Los radicalismos modernos tienen todos el carácter hegeliano que se desprende de la máxima de Hegel que acabamos de citar. Robespierre se comportaba como un radical convencido en cuanto hombre de principios absolutos a los que pretendía obedecer. El « Mercurio Nacional » o « Diario del Estado y del ciudadano », decía, con motivo del discurso de Robespierre, respondiendo a la moción de M. l'Abbé Jacquemart : « M. Robespierre, défenseur constant des principes, parce qu'il est intimement persuadé de cette vérité, dont les législateurs doivent être pénétrés, savoir dès qu'on s'écarte d'un principe on cominet une faute, que la peine suit nécessairement... »

El lector disculpará que insista en las citas, pero estoy leyendo las obras de Robespierre, en la edición de « Presses Universitaires », y encuentro con frecuencia párrafos semejantes a éste :

« Généraux citoyens, vous avez défendu la liberté dans un temps où nous n'osions l'espérer encore. Vous avez souffert pour elle ; vous triomphez avec elle et votre triomphe est le nôtre. Unissons-nous pour la conserver toujours : et que ses lâches ennemis pâlisent d'effroi, à la vue de cette sainte confédération qui, d'une extrémité de l'Europe à l'autre, doit rallier sous ses étendards tous les amis de la raison, de l'humanité, de la vertu. »

Y la conciencia que el propio Robespierre tenía de su radicalidad de acuerdo con la

nota de intolerancia y exclusión, la expresó muy bien en el discurso relativo a los acuerdos que había que tomar por la fuga del Rey, en unas frases sutiles e inteligentes : « Mais ce ne sont point ces circonstances qui m'effraient. Que toute l'Europe se ligue contre nous et l'Europe sera vaincue. Ce qui m'épouvante, moi, Messieurs, c'est cela même qui me paraît rassurer tout le monde. Ici, j'ai besoin qu'on m'entende jusqu'au bout ; ce qui m'épouvante encore une fois, c'est précisément cela même qui semble rassurer tous les autres. C'est que depuis ce matin tous nos ennemis parlent le même langage que nous. Tout le monde est réuni. Tous ont le même visage... »

Es evidente que según el radicalismo tradicional dos radicales no pueden hablar el mismo lenguaje. Particularmente en política un radicalismo debe vencer a cualquier otro. De aquí que en la noción política del radicalismo entre la idea de la aplicación continua del poder y del gobierno. Los radicales propenden por la mecánica de su propia ideología a lo que llamaba Mirabeau, que no era radical, *el furor de gobernar*, « la plus funeste maladie des gouvernements modernes ».

Al final de este artículo explicaré por qué considero tradicional el radicalismo que estoy describiendo. Ahora deseo subrayar que en los pseudoradicalismos se puede « hablar el mismo lenguaje ». La retórica tolera esta igualdad. Se puede incluso tener la misma cara aunque se digan cosas en apariencia distintas. Cabe que el lenguaje sea en apariencia diferente y los rostros diferentes, pero el pseudoradical posee la conciencia profunda de que nadie arriesgará nada fundamental para defender las cosas que dice.

TODO LO ANTERIOR prepara y ayuda a plantear las cuestiones fundamentales que conviene discutir, cuestiones que se refieren más a la *radicalización* que al radicalismo. En cierto modo la cuestión que guía a las demás cuestiones es ésta : ¿Si tenemos conciencia de la necesidad de la radicalidad política, debemos radicalizarnos? Téngase en cuenta que radicalizar en el orden político, según nuestra tesis, significa entre otras cosas *destruir*.

Desde luego no es posible confundir radi-

calidad con violencia. La violencia puede ser un resultado de la radicalidad, pero puede incluso haber radicalización sin violencia si la nueva radicalidad de la actitud logra los resultados propuestos sin destrucción. Sin embargo, en el orden político radicalización suele ir vinculada a violencia. Por otra parte la objeción más común a las actividades violentas en política se fundamenta en que la violencia « no consigue nada » y en que la conversación y el acuerdo la sustituyen plenamente. Según esta tesis, la violencia habría dejado de ser « ultima ratio » y, por consiguiente, el radicalismo no pasaría de una fórmula teórica. En el fondo de esta afirmación se esconde otra : que la revolución en cuanto expresión violenta del radicalismo, no es eficaz o es más perjudicial que cualesquiera otras fórmulas. Esta afirmación es muy discutible, sobre todo si se tiene en cuenta nuestra tesis de que en la mecánica del radicalismo político está como condición inexcusable su operatividad. Según este criterio el radicalismo político se perfecciona en la revolución.

Existe también, y es de necesidad comentarlo, un pseudorradicalismo o radicalismo retórico. Es incuestionable que la radicalización es un procedimiento estético de primer orden, y utilizada solamente en este sentido produce el efecto general que el arte produce cuando toma como asunto la política, un proceso cuya conexión con los hechos es puramente fortuita y no deseada. Esta clase de radicalización se aproxima mucho a la demagogia, que suele ser un radicalismo sin intención revolucionaria. Hay una especie de demagogia inconsciente, y constante, en los jóvenes de la clase culta que se sienten radicales y piden la radicalización a los grupos generacionales más viejos. Este radicalismo juvenil es característicamente estético en cuanto va unido a la satisfacción de diferenciarse del común y afianzar la propia personalidad por la exageración de las actitudes ; si no se recoge y encauza por radicales auténticos empieza y acaba en veladas literarias o en el reparto de hojas clandestinas sin mayor trascendencia. Esto no quiere decir que el pseudorradicalismo no sea útil ; lo es y mucho. Quiere decir que si no hay más que el pseudorradicalismo se produce una situa-

ción política y social sumamente incómoda en cuanto la provocación y exigencias de las palabras no producen actitudes equivalentes, situación que genera una especie de lejanía convencional de la acción política a trueque de calificar a todo de « burgués », « conservador » y « antirradical ». Por otra parte, la extensión de este pseudorradicalismo puede llevar a la equivocación de que algún político ingenuo o ambicioso redacte un programa radical que acabará en demagogia o estética. Este fue, a mi juicio, el caso en España de Joaquín Costa.

Quizás el lector se pregunte si existen algunas condiciones generales que definan aproximadamente las situaciones propicias a la pseudorradicalización. A mi juicio estas condiciones se recogen en la expresión « semidesarrollo ». Entiendo por semidesarrollo la situación del grupo humano que dentro de una región económica desarrollada, y participando, con limitaciones, de la estructura cultural de los sectores desarrollados, está en el comienzo de su época histórica de industrialización de alto nivel y conserva la estructura clasista y los sistemas sociales de prejuicios propios del subdesarrollo.

A mi juicio, pues, en un país subdesarrollado la clase directora ofrece posibilidades de radicalización en el orden moral y político a través de una interpretación altruista de las diferencias sociales o de la toma de conciencia de la tensión entre privilegios de grupo. En un país desarrollado la radicalización es posible en los grupos más cultos a través de ideologías que ofrezcan una misión colectiva, en virtud de la cual la conducta social individual cobre un sentido especialmente valioso. Suelen ser radicalismos de base metafísica, como ocurría en el radicalismo nazi.

Los países semidesarrollados son, a mi modo de ver, los menos aptos para la radicalización, tal y como la hemos configurado en este ensayo, y los más aptos para la pseudorradicalización. Las razones me parecen claras ; existe una clase directora con mala conciencia y alto nivel de vida, que concentra el poder social, económico y político. Los sistemas de prejuicios tradicionales tienen mucha fuerza en el grupo intelectual, que suele ser en la mayoría de los casos parasitario del Estado. La tensión

social es grande y los sistemas institucionales insuficientes para encauzarla. Existe un lento, pero constante desarrollo económico que sirve de base a la « idea » que dice que el hombre trabajador triunfa, que el espíritu de empresa tiene buen éxito en el mercado, que la lucha de clases es un fenómeno superable por la legislación social y la actividad del Estado, etc. Por otra parte, el bienestar parece asequible y los países desarrollados próximos introducen modelos culturales substancialmente ajenos a la radicalización, tales como el proletariado satisfecho, el rico amable e indiferente al dinero, la felicidad doméstica, etc. Estos hechos llevan a la radicalización retórica o pseudorradicalización. Hay suficientes elementos para, en esta condición, imaginar que las cosas van bien y que una revolución anularía sin compensaciones el incipiente bienestar. No obstante, las injusticias son muchas y la estructura arcaica de la sociedad, indiscutible, sobre todo si se consideran las ideas de los países de más alto nivel. De aquí que las clases dirigentes se pseudorradicalicen. « No hay más arreglo que una revolución » ; pero esto se afirma al mismo tiempo que se hacen esfuerzos inauditos para ascender en la escala de la jerarquización burguesa.

YA SÉ QUE ESTE CRITERIO que he expuesto no tiene el valor de un esquema seguro en cualquier lugar y momento, pero explica con claridad lo que ocurre hoy en los países semidesarrollados. En los países semidesarrollados apenas hay radicales auténticos. La defensa obstinada de ciertos intereses es lo que más se asemeja a la radicalidad. Me parece que, en términos generales, en Occidente el radicalismo se va convirtiendo en un privilegio que sólo poseen ciertos intelectuales y que produce los *Beats*. El caso de los países semidesarrollados es por consiguiente de sumo interés para estudiar el pseudorradicalismo.

A mi juicio, en un país semidesarrollado, al nivel actual de la técnica, la concepción del mundo con más posibilidades de buen éxito es la de un autoritarismo de hecho que descansa en el esquema democrático liberal de la convivencia apoyado en el primado del bienestar. Dentro de este esquema la radicalización es difícil y la pseudo-

radicalización fácil. Repito que en Europa el radicalismo es poco efectivo y que una operación inteligente de radicalización tiene que negar autenticidad a los pseudorradicales.

En Iberoamérica y algún país europeo en situación parecida está extendido el pseudorradicalismo. En cierto modo es de mal gusto no serlo, e incluso se podría decir que de mala educación. Es un radicalismo que no se toma en cierta medida en serio, precisamente porque se tiene conciencia del contenido estético que anima a esta actitud. Enumeraré los pseudorradicalismos más evidentes, y que poseen un mayor carácter de tóxico.

a) *El pseudorradicalismo del « clero joven ».*

A mi juicio, es el más superficial de todos. Se trata de protestas contra la situación actual apoyándose fundamentalmente en « la inmoralidad administrativa », en la ausencia de libertades básicas y en el escaso valor combativo y promotor del catolicismo. Este radicalismo no sólo no sacrifica nada, sino que es, en el fondo, una protección preliminar a posibles radicalismos futuros. Es incuestionable que algunos sacerdotes jóvenes, defienden de buena fe y con ardor que se eleve el jornal de los obreros. Alegan entre otras razones que no ya la familia, ni siquiera el propio obrero, puede tener vestido y alimentación suficiente con el salario que reciben. No obstante, la dieta del sacerdote joven no se somete apenas en ningún caso a privaciones parecidas a las que tanto se censura con relación a los obreros. Es una actitud que no procede de ningún radicalismo político o moral y de la que no cabe esperar una protesta seria.

b) *El pseudorradicalismo de los obreros.*

Acabo de poner un ejemplo en el que relaciono al clero joven con los obreros mal alimentados, y creo conveniente aclarar a continuación que los obreros en general, incluyendo los de alimentación insuficiente, no están radicalizados. Esto no quiere decir que no estén propicios a la violencia, quiero decir, simplemente, que no son radicales. Es, quizás, el caso más claro, pues el obrero en los países semidesarrollados no tiene ideologías orientadoras ni organización que favorezca a la radicalidad. Su ambición máxima consiste en mejorar de ni-

vel de vida y huye sistemáticamente del compromiso político que se está acostumbrando a considerar asunto de señoritos. Es muy difícil radicalizarse políticamente sin participar de algún modo en la política activa. Por otra parte, la demagogia de los gobernantes ha producido un escepticismo popular que unido a la mentalidad, cuidada y protegida por la propaganda oficial, de que el bienestar da sentido a la vida, ha eliminado el radicalismo. Quizás en ciertos sectores sociales haya agresividad, pero no radicalismo. No olvidemos que si existiesen actitudes radicales, habría huelgas y atentados.

c) *Las profesiones liberales.*

En este estrato la radicalización estética se halla sumamente extendida. El propio Monsieur Maximilien Robespierre se sentiría muy preocupado ante las afirmaciones dogmáticas de médicos, abogados y profesores, según las cuales los problemas sociales exigen una reforma a fondo, « caiga quien caiga ». Entre estas cosas que han de caer incluyen la banca, los grandes terratenientes, la burocracia, los malversadores de caudales públicos, cualquiera que sea su acción y nivel. De ordinario, cuando en la conversación intervienen varias personas, cada una se esfuerza en ser más radical que las demás. Actúa en este proceso un mecanismo psicológico complicado. Por un lado la exageración — toda exageración — es un sistema de seguridad. Por otro, está el convencimiento, más o menos formulado, de que quien habla no quiere que haya una revolución e incluso está dispuesto a luchar contra ella.

Esta pseudorradicalización se orienta, preferentemente, en un sentido social, ya que la demagogia gubernamental quita peligrosidad a esta clase de radicalismos no oficiales. Conviene tener presente que quienes ejercen en el ámbito del semidesarrollo una profesión liberal, poseen una cultura de alguna extensión, escuchan radios extranjeras y, en casos aislados, leen prensa extranjera. Esto produce el radicalismo característico de la situación actual en Iberoamérica, el radicalismo de la información, cuya fuerza y seducción está precisamente en su simplicidad. Una cifra tomada a veces al azar — la producción de hierro de la Gran Bretaña o el número de abortos en Japón — sirven de

fundamento para defender ideas radicales de protesta, tanto en quienes se dicen conservadores como en quienes se califican de lo contrario. El radicalismo estético de esta clase de personas cultas y reflexivas favorece la admisión del principio general que afirma que en una sociedad de competencia, la propia fricción entre criterios y actitudes distintas reduce la exageración y el esteticismo, mientras que en las sociedades cerradas, sometidas a criterios unitarios, ambas aumentan. Cabe suponer que cuando el semidesarrollo entre políticamente en una etapa democrática, esta pseudorradicalización disminuirá.

d) *El pseudorradicalismo de los intelectuales.*

Entiendo aquí por intelectual quien se dedica a la combinación y formulación de representaciones mentales, consciente de que es una función socialmente diferenciada. No deseo extenderme en consideraciones accesorias, recordaré, simplemente, que en los países latinos o de origen latino, el intelectual propende a las afirmaciones absolutas. Cuando está radicalizado de verdad, el intelectual se eleva a alturas socráticas. Sacrifica su propia vida por sus principios. En los casos en los cuales el intelectual es un pseudorradical, su capacidad de invención y expresión pone en marcha un mecanismo cuyos efectos son imprevisibles aunque efectivos y, por esta misma razón, sumamente peligrosos. En este caso los supuestos son sólo estéticos, sobre todo si el intelectual está en una situación en la que el radicalismo no actúa competitivamente, es decir, hay zonas de radicalismo permitidas, zonas toleradas y zonas amplias y prohibidas. En el orden de los que llamo intelectuales es necesario incluir, sospecho que casi en toda situación de semidesarrollo, a profesionales de actividades que, con un criterio de clasificación riguroso, no cabrían en esta categoría. Sin embargo, el alto índice de ociosidad de las clases directoras obliga a muchas personas a dedicar parte de su tiempo a la especulación intelectual, en cierto modo desinteresada. Hay que incluir en este cupo a muchos estudiantes con aficiones literarias y mucho tiempo libre que han sustituido las aficiones estéticas tradicionales por la retórica del pseudorradicalismo. Los « intelectuales » pseudorradicalizantes abun-

dan, tanto en el radicalismo de derechas como en el de izquierdas. El sector en el que coinciden, sin duda porque es, como antes he dicho, el más cómodo, es el sector que llaman de « lo social ». Hay, sin embargo, una especie de sexto sentido que permite descubrir quien está verdaderamente radicalizado. La apoyatura facticia de esa intuición está sin duda en el nivel de vida. Cuesta trabajo admitir que tenga autenticidad intelectual y emocional la defensa radicalizada de la revolución, si la hace un señorito rico y ocioso o uno de los innumerables burócratas que disfrutan, en un alto nivel económico, del ocio vicario. No obstante, esta clase de pseudoradicalización es en algunos casos peligrosa, porque produce perplejidad y un descontento sin base firme. Algunos profesores disfrutaban del suave heroísmo de la anécdota radical en las explicaciones de cátedra.

No creo necesario detenerme a explicar la pseudoradicalización gubernamental. El mejor ejemplo está en los discursos de algunos jefes de Estado, que han afirmado o negado, según las circunstancias, con la mayor radicalidad, pero sin convicciones permanentes, a juzgar por los hechos. Me parece que podemos, ahora, con cierto fundamento, volver a la pregunta que formulé párrafos atrás : Si tenemos conciencia de la necesidad de la radicalidad política, ¿debemos radicalizarnos?

COBRAR CONCIENCIA de la necesidad de radicalización significa, por lo pronto, que no se parta de una ideología que cuente entre sus principios la propia radicalización. Un racista blanco está siempre dispuesto a ir contra los negros, un comunista ingenuo a eliminar al burgués, y ambos morirán por sus ideas si es preciso. Pero quien se pregunta ¿debo radicalizarme y acabar con los negros (o con el burgués)? se está preguntando « si es conveniente », pues en ese sentido tomo aquí el verbo deber. La pregunta ¿es conveniente?, denota aquí una especie de superradicalismo ; un radicalismo definido por los hechos y no por las concepciones del mundo.

A mi juicio este radicalismo es el que tiene posibilidades en la cultura del bienestar. Es, por otra parte, la negación del pseudoradicalismo. Al nivel intelectual y

material de grupos humanos en desarrollo o semidesarrollo, el radicalismo tiene mucho menos vigor si se formula desde las ideas generales y concepciones del mundo que desde los hechos. En una palabra, a mi juicio, es conveniente radicalizarse cuando los hechos lo pidan : radicalizarse desde los hechos. Desde este punto de vista sería conveniente que las minorías directoras se arriesgaran, e incluso arriesgasen la vida, defendiendo un salario suficiente, o la apertura de un mercado intelectual cerrado en el cual están excluidas ciertas producciones, etc. ; pero no que se arriesgasen por defender abstracciones de contenido sumamente impreciso. El radicalismo desde los hechos permite la tolerancia de las ideas y no tiene otra base que el sentido común o consenso universal de un grupo acerca de lo que conviene al grupo. Es una nueva radicalidad que se aviene con la mentalidad del bienestar y que podría formularse así : « Enfrentarse *radicalmente* con los hechos de acuerdo con las exigencias de sentido común implícitas en los hechos. » Es en cierto modo una nueva formulación del viejo concepto de *praxis*, del que se ha eludido la carga ideológica tradicional. Además, significa eludir parte de la simplificación propia de los radicalismos.

Por último, voy a permitirme acabar con una advertencia. La radicalización estética favorece a las dictaduras. Los ataques pseudoradicales, por ejemplo, a la derecha liberal que se opone a una dictadura desde dentro de la dictadura, son perfectamente conciliables con los ataques demagógicos gubernamentales a esa derecha liberal, que es sin duda la oposición que más teme. Así ocurre que los gobiernos dictatoriales toleran los radicalismos estéticos contra los conservadores, pues destruyen el enemigo y permiten zonas de coincidencia con la « juventud avanzada », ya que la demagogia gubernamental emplea los mismos trucos.

No tengo demasiada confianza en que el radicalismo desde los hechos prospere en países semidesarrollados. Probablemente crezca el radicalismo estético, para mal de todos. Sin embargo, hacen falta radicales auténticos desde una *praxis* intolerosa de acuerdo con la exigencia de los hechos. Es lo más adecuado a las condiciones del semidesarrollo.

H. A. MURENA

Textos de imaginación

"Close-up"

MIENTRAS VUELVO LAS HOJAS de una revista extranjera doy de pronto con una fotografía en colores que me impresiona. La fotografía reproduce una cara, aunque ocupa la página entera. Sin embargo, se asemeja a un paisaje : allí, la estriada planicie de la frente ; luego, la montaña gibosa y afilada de la nariz ; acá, el bosque color nieve sucia de la barba. Porque se trata de un viejo, pese a que produzca sensación de gran vigor. A causar tal efecto quizá contribuya ese tinte de la piel intensamente ocre, rojizo, de quienes viven expuestos al sol. Cuando le hicieron la fotografía también se hallaba al sol. Caminaría con fatigada dignidad y entonces se detuvo. Pero el sol no le da en la cara, pues la capucha del albornoz, que le cubre la cabeza, proyecta sobre el rostro sombra. La blancura del lienzo, redoblada por la luz, deslumbra como una aureola : es el imán del Yemen, según acabo de enterarme por la leyenda que el grabado lleva al pie. No la he leído toda, atraído de vuelta por la imagen. Por los ojos, en efecto, en los que el limo de turbiedad dejado por los años no alcanza a celar el fulgor que ahora incendia esos verdes lagos. ¿Qué ve? La rigidez de las mandíbulas, al mezclarse con la anormal intensidad de la mirada, hace pensar que está ante algo absoluto, que lo sobrepasa, en el instante en que la cámara lo enfoca. ¿En medio de un interminable recitado de suras tuvo la mística visión del

Profeta circuido de rosas y huríes? Es difícil: si los fotógrafos de hoy hubieran registrado la figura del Profeta mismo, la apreciaríamos en lugar del rostro del imán. Además, por el pliegue de leve e irónica satisfacción que se advierte en torno a los ojos, diríase que es el hombre que cazó su presa, al fin. Frente a él, acaso, media docena de esclavos despliegan el tesoro de los omeyas, descubierto después de siglos, con la temible perla negra de Cleopatra engarzada en un prendedor de turbante... Aunque la sensualidad suele estar ligada a la posesión de bienes, hay empero en la boca entreabierta, en los labios morados y húmedos, una ansiedad que aleja la idea de riquezas. En tal caso, podría hallarse considerando la belleza de la nueva esposa que desde el día siguiente ocuparía el recinto central de su harén. ¿Es el enamoramiento súbito lo que infunde aire de paradisíaca felicidad a esa paja seca? ¿Qué ve?

No ve nada de eso. No ve lo divino, no ve las joyas, no ve la belleza. Ve un ajusticiamiento, el momento en que el alfanje inyectado de mediodía cae sobre un cuello. La leyenda inscrita al pie dice que el imán contemplaba la ejecución de su propio hermano, quien había comandado una revuelta para desalojarlo del poder. Añade un detalle curioso : la pena capital le fue impuesta no por la sedición, en verdad, sino porque al rebelarse de noche había violado la antigua norma árabe según la cual un ataque nocturno es cobardía.

Dónde están todos

DIO EXPLICACIONES en los comienzos : incluso habrían sido largas. Luego se tornó oscuro. Lo conocí cuando se limitaba a pocas frases crípticas. Delgado, cetrino, ausente, permanecía sentado en un ángulo del vestíbulo de la casa de departamentos. Si al principio sorprendía, pronto resultaba natural, insignificante, añadiría. Mayor desasosiego podían ocasionar los objetos que yacían junto a él : una pava negra, periódicos, una radio en marcha : nunca lo vi prestarles atención, diríase alimentos erróneos para un pájaro cuyos gustos se ignoran. En el quinto piso, en respiros de la tortuosa sintaxis de Cicerón, mi compañero se refería con incrédulo estupor a su vecino. Pues el hombre ocupaba un departamento abajo. Aunque prefería el vestíbulo, acaso porque un día se plantó allí. Mi amigo no podía precisar el tiempo que llevaba en el vestíbulo, años, sin duda. Tampoco sabía con certeza las causas : una desgracia que perturbó su mente o, al revés, una iluminación apacible, o descubrir una coincidencia que frustraba un singular esfuerzo suyo, eran hipótesis. El hombre no pedía nada, no hacía nada, simplemente estaba allí entrecruzadas las manos de dedos simiescos—, mientras lo dejaran. Porque algunos inquilinos veían en él una afrenta, deseaban su desaparición : optaban por trasladarlo a su departamento. Otros lo tenían por presuntamente sagrado. Para acentuar esa sospecha se les ocurría cultivarle una barba profética o cubrirlo con una manta blanca y alguien se encaprichó en tonsurarlo. Pero le pagaban el alquiler, lo devolvían al vestíbulo. Le acontecía cualquier noche que lo expulsaran a la calle : él no se oponía a nada. Recuerdo oírlo sentenciar impávido, con voz fantasmal : « La vida es un instante. » « Sí, sí », decía sin reflexionar la afanosa mujercita que le introducía trozos de carne en la boca. Más explícita, si se quiere, fue su réplica a un caballero bien intencionado que le aconsejó moverse : « Cuando camino, me detengo. » En cierta ocasión, empero, una anciana esmirriada, colérica, lo increpó : « Sinvergüenza. » Y se ofendió al musitar él : « No hay que engañarse con uno mismo », y buscaba llamar a un policía. Pero el equilibrio entre

enemigos y partidarios —aunque crease escándalos— impedía que se llegara a extremos. Si sus defensores languidecían, la impaciencia de un recién llegado avivaba el celo. ¿Se refería a ello cuando decidía : « Aquí están todos » ? ¿Deseaba señalar que permaneciendo quieto conseguía que el mundo entero acudiese a él? Aunque la frase fue respuesta a una pregunta sobre sus parientes. Y parientes no tenía. Ni nombre : en el dormitorio se halló un documento de identidad semidevorado por el moho, ilegible. Era lo único que quedaba en su departamento, fuera del caído revoque de las paredes en el piso. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando le propusieron pintarle el aposento, pero respondió : « Yo soy. » Al fin un atardecer me acerqué a él mientras se rascaba lentamente una mejilla y le pregunté qué hacía. Sin interrumpirse, sin mirarme, declaró melancólico : « Amo. » Pocas veces lo vi luego. Pero lo recordé con frecuencia. Es un extraño personaje. Y quien lo desee puede ir a verlo. Tengo la certidumbre de que aún está allí.

La última cena

LA HISTORIA de los trabajos de Leonardo de Vinci es confusa. La extremada reserva del maestro, el recelo que lo llevó incluso a escribir de derecha a izquierda, el aura de misterio que le conferían las estatuillas de ídolos bárbaros, de las que no se separaba, todo, en fin, hizo no sólo que muchos lo tuvieran por mago e impío, sino también que numerosas circunstancias de su vida y sus obras permaneciesen ignoradas. Dentro de esta incertidumbre, nada más incierto que el caso de « La Última Cena », del convento de Santa Maria delle Grazie, en Milán. Matteo Bandello manifiesta que tardó quince años en ejecutarla y que Ludovico el Moro se enfadaba por la lentitud de su *protégé*. Sin embargo, Luca Pacioli la da por concluida en 1497, o sea seis años después del establecimiento de Leonardo en Milán. Una versión de Vasari parece confirmar lo aseverado por Bandello. Narra que el maestro, nunca satisfecho con los modelos que posaban para esta pintura, vagaba por las campiñas vecinas a la ciudad en busca de hombres con

rasgos que se aproximaran a lo que él imaginaba. Así halló a su Cristo, joven leñador de rostro muy hermoso y espiritual. La fortuna, en cambio, se le habría mostrado adversa en cuanto al modelo para Judas Iscariote. Transcurrieron los años y el cuadro continuaba inconcluso, porque al maestro no terminaba de complacerle ninguno de los dispuestos a posar para tal imagen. Un día, en una taberna de los suburbios encontró al hombre con la cara deseada. Comenta Vasari que Leonardo, al examinar al sujeto a la luz, apenas habría podido contener una exclamación, a causa de la exactitud con que aquellas facciones crueles y angustiadas respondían a lo que él había concebido. Pero cuando supo que era el mismo leñador que años atrás posara como modelo para Cristo, el mismo leñador que desde entonces se había vuelto criminal y ladrón, Leonardo se quedó, por decirlo así, tranquilizado. Hizo que lo acompañara a su taller, a paso sin duda lento.

La evolución del trabajo

LAS TÉCNICAS del trabajo oficinesco concluyeron por simplificarse radicalmente. En cualquiera de las múltiples empresas la labor comenzaba con la entrega de una pértiga de hierro a cada empleado. La longitud de tales instrumentos difería entre uno y cinco o seis metros, pero todos se hallaban rematados por un filoso gancho. Pértiga en mano, los trabajadores pasaban al recinto que tenían asignado : a veces era de proporciones corrientes ; otras, muy extenso y de techo incómodamente bajo ; otras, alto de diez metros, pero estrecho en exceso. No resultaba infrecuente que a empleados con pértigas de cinco metros se les indicase un recinto de tres de alto. Pero esto no constituía una norma ; era sólo consecuencia del principio de que no había que tomar nada como garantía de nada. De igual suerte, pese a que cada uno era sometido a una minuciosa revisión médica, no extrañaba que al cardíaco se le encomendasen las tareas más pesadas, y viceversa. Y como había recintos que reproducían el sofocante calor de los trópicos, podían pasar a ellos sin transición individuos procedentes de divisiones con temperaturas polares, etc. Pero nadie veía ya en

ello crueldad o desidia, sino, por el contrario, el deseo de permitir que se manifestase libremente ese azar que rige la vida y templa a los hombres. En su recinto, cada trabajador contaba con un puesto fijo, que no podía cambiar salvo con órdenes expresas. Los puestos no estaban solamente en tierra : los había también en el aire, en pequeñas plataformas colgantes, a alturas diversas. El personal ubicado comenzaba la tarea. Consistía en tomar objetos de una pila y formar con ellos otra. La tarea se cumplía mediante las pértigas y, si bien hubiera podido suponerse que la misión de quienes estaban en lo alto radicaba en vigilar, en verdad todos trabajaban. Los objetos eran atrapados con la pértiga, pero tal operación debía ejecutarse con cautela, pues cierta variedad de ellos consistía en pequeñas sacas llenas de aserrín, el cual, al escurrirse por los tajos, hacía que tales objetos resultasen después prácticamente inaprehensibles. Por lo demás, en teoría, no existían razones para que el trabajo se interrumpiese, dado que una vez que se levantaba una pila se la podía deshacer para alzar otra. Sin embargo, tampoco había reglas que dispusieran que la tarea fuese continuada. De hecho, no se interrumpía más que cuando se defendían todos, pues había que cuidarse de las pértigas de los otros, contra las cuales la única defensa era el movimiento de la propia pértiga. Si el trabajo se interrumpía, los empleados por lo común descansaban, pero en ocasiones solían entregarse al juego de dados y a veces también entonaban himnos con voz atronadora. La oscilación de una sola pértiga bastaba para acabar con el recreo. Naturalmente, se producía cada día cierto número de heridos, de gravedad variable, no sólo porque ello era inevitable en una labor con tales instrumentos, sino también porque muy a menudo el traslado de los objetos se utilizaba sin más como pretexto para atacar a alguien. Pues aunque un puesto vacante no significaba para nadie la certidumbre de ser llamado a ocuparlo (situación que tampoco hubiese deparado ventajas), se consideraba que toda disminución del número de personas en un recinto representaba mayor seguridad. Los más atacados, fuera de duda, eran los que se hallaban arriba, en los puestos colgantes, a

quienes supersticiosamente se les atribuía una condición de superioridad. Y como caer equivalía a perder el lugar, éstos se defendían con apasionamiento conmovedor de esa desgracia. Yo he visto a uno de ellos, a unos tres metros de altura, con una pértiga que le entraba por la espalda y le salía por el pecho, manando sangre, pero aferrándose aún a su plataforma : daba grandes gritos, aunque apenas se oían debido a la música funcional que acompañaba siempre las tareas. El número de bajas, por otro lado, no podía preocupar a las empresas, porque el trabajo verdadero era cumplido por una máquina pequeña, del tamaño de una caja de zapatos, que no requería supervisores ni se descomponía jamás.

La fuerza del amor

EL PORTERO DE MI CASA es alto, corpulento, un poco encorvado por la edad. Como además sus ojos azules resultan fríos, pienso que en cierto modo debe amedrentar a quienes no lo conocen. Es un hombre dulce, sin embargo, se limita a menear la cabeza, sonriendo, cuando algo le parece mal. Por lo común, debe menearla a causa de su mujer. Ella es nerviosa, de cuerpo menudo, soberbia cabellera blanca, un temperamento trágico. Diríase que absorbe todo el dolor que su marido consigue eliminar. Él, en cambio, la quiere sin limitaciones. Esto tiene importancia, porque a veces la conducta de la mujer no elude lo extravagante. Aunque llegó a este país hace más de cuarenta años, declara de improviso sentirse aquejada por la nostalgia de su patria, llora, se recluye en la cama. Otra vez encuentra groseras a las gentes, grosera la vida en conjunto, se cruza de brazos y es su marido quien debe cargar con las faenas domésticas e incluso cocinar. Por otro lado, se tiene la impresión de que tales arrebatos son como papeles que eligiese para dar curso a un estro singular. Así esta mujercita, con un simple gesto, logra evocar en un suburbio de Buenos Aires la intolerable ausencia del *château* de una gran dama. Durante mucho tiempo los perros paliaron la situación. Primero fue una hembra, que huyó a los pocos meses, sin duda en busca de un destino que consideraba no

haber hallado. La sustituyó un cachorro grande, vulgar y vivaz. Al principio levantaba una sola oreja y atendía los discursos de su ama con algún desconcierto. En seguida entendió : se transformó en rey y paje de ella, en hijo y padre, refugio y preocupación. Pendientes el día entero cada cual del otro, se llamaban con ladridos y gritos en las breves separaciones, se acariciaban y reñían, intercambiaban sus cuitas con total libertad. En invierno el animal durmió en la cama del matrimonio y llegó a modular de tal suerte los ladridos, que introdujo matices humanos en su rudimentario medio de comunicación. Mi portero aceptaba todo, casi satisfecho. Pero un día, al cabo de los años, un automóvil mató al perro frente a la puerta misma de la casa. Pasados el dolor y la pena más violentos, ella cayó en un melancólico mutismo. El marido temió. Y el temor —me cuenta— le avivó una mañana el genio : se puso a cuatro patas y le arrancó a su mujer la primera y aún triste sonrisa, sin necesidad de palabras. Dice que al comienzo cometía muchos errores : ronroneaba, por ejemplo, en lugar de gruñir. Mejora, sin embargo, puesto que se la oye a ella hablarle como si fuera su predecesor : a veces hasta abre la puerta y lo reclama con el mismo nombre —por lo demás, simpático— que llevaba el animal. En ocasiones en que lo noto un poco ronco, menea la cabeza y me confía que no le resultan fáciles los ladridos. ¿Utiliza por azar la escudilla? ¿Duerme alguna noche en el suelo? No lo sé. Pero estoy persuadido de que hará lo necesario para conservar la ilusión. Dice que también él gana una especie de paz con su nueva vida. Y pese a que la casa ya no brille como antes, pese a otros detalles que no es preciso mencionar, todos lo secundamos cuando vemos que esa mujer día tras día resucita.

El Dios

ME CONTARON una historia que puede no ser real ; sin embargo, resulta verosímil. Su protagonista es un ingeniero apellidado Krauss, que cumple tareas de investigación en un laboratorio no se sabe si meteorológico o astronómico. Se vacila también en cuanto a situar los hechos en

Córdoba o en la provincia de Buenos Aires. Pero se asegura que el hombre es obeso y enérgico : está casado con una mujer diez años menor que él, Ana. En apariencia se trata de un matrimonio bien avenido, hasta feliz ; lo cierto es que Ana detesta a su marido, acaso porque es hermético y le teme, acaso porque se ha negado a darle hijos, acaso sólo porque hay en él una veta de vulgaridad (quien me narra la historia recuerda que quien se la narró recordaba ver a Krauss camino de su casa, calzado con sandalias y el saco al brazo, mostrando los tirantes y una camisa manchada de sudor). Un viejo amigo —¿de Krauss?, ¿de Ana?—, a quien no ven desde hace años, los visita. Lo invitan a permanecer unos días. Ana no tarda en provocarlo. Lo hace ostensiblemente, a la hora de las comidas, en los paseos en común : una noche en que están los tres en el jardín Ana le toma al amigo una mano y se la estrecha con vehemencia. Es obvio que el hombre —sonriente, de mirada intensa aunque huidiza— no carece de experiencia en esas lides y lo previsible acontece. En las largas tardes en que Krauss está ausente los abrazos se suceden : Ana se abandona, se descuida hasta lo temerario y esto no deja de envanecer a su amante, que ahora canturrea. Krauss parece no ver, no oír, no advertir nada ; cumple los mismos gestos de gentileza, formula los sólitos comentarios convencionales. Las pálidas relaciones íntimas del matrimonio han cesado, pero diríase que por acuerdo tácito. Ana contrae la costumbre de beber y en una ocasión en que ha abusado del vino deja el dormitorio común y marcha al cuarto del huésped, en el primer piso. Allí prosigue bebiendo y, extraviada, da en golpear contra el suelo, según declara « para que a Krauss (que duerme abajo) no le queden dudas ». Su amante la contempla con alarma inocultable : a la mañana siguiente Ana comprueba que el hombre ha huído. Con terror, espera las represalias de Krauss. Éste, sin embargo, no se altera, halla incluso una explicación plausible para la fuga del hombre. Durante dos meses, tres, una pacífica incomunicación reina entre los dos habitantes de la casa. Ana a veces siente vergüenza, vago agradecimiento hacia su marido. Una noche la relación conyugal se reanuda y la

mujer imagina que puede olvidar su aventura como un mal sueño. Al cabo de un lapso debe comunicar a su marido que se halla encinta. Krauss recibe la nueva con sonrisa quizá fría, pero se muestra gentil, solícito. Trascurren meses de placidez. La última escena se desarrolla de noche. El matrimonio ha terminado de comer. Krauss enciende un cigarro, lo deja sobre el cenicero. Mi narrador quiere que en ese instante Ana esté pensando que es feliz. Krauss se levanta entonces y marcha hacia ella, la toma por un brazo. Ana (muy manifiestas las señales del embarazo) está desconcertada. Krauss la conduce hasta la puerta, la abre, extiende el brazo señalando el vacío, susurra con palidísima boca : « Fuera. » Vertiginosamente Ana entiende todo, sale, se pierde en la sombra.

Un gesto de amistad

ESMARDU Y SIRNETH crecieron juntos en el barrio de las murallas intermedias, en un tiempo feliz para Persépolis. Iguales fueron sus estudios ; en común, desdichas y correrías juveniles ; sus pasiones, casi paralelas. Más que por amigos, tomábaselos por hermanos. Y hasta lanzaron al unísono la muerte en pesadas flechas hacia el enemigo acorralado contra el fragor del Eufrates. Descendientes de familias ligadas por tradición a la carrera administrativa, entraron ambos con ambicioso orgullo al servicio del Rey de los Reyes. No se vieron defraudados. Aunque no llegasen todavía a la consideración de los jefes principales, sus superiores inmediatos les concedían cada vez más poder y honores. Así se casaron con muchachas que añadieron linaje, hermosura, a carreras que ya suscitaban envidia. Bajo el dominio incontestado de Artajerjes Ocos, en los atardeceres de una capital gloriosa, cuando la turba de esclavos griegos e indios, caucásicos y egipcios se retiraba a sus ergástulas como viva cifra del poder del reino, Esmardu y Sirneth no lograban diferenciar sus destinos del de su patria. Algo ocurre de pronto. En un ascenso de rutina Sirneth es postergado. Confían en una pronta reparación de la injusticia, pero no acontece. Buscan investigar las causas y les dan razones que por su misma sensatez parecen falsas. Al ser rele-

gado Sirneth por segunda vez, interponen influencias de cierto vigor : resulta vano. Sirneth comienza a ensombrecerse. Una distancia surge entre los amigos, y sus relaciones cambian. También cambia la relación entre los matrimonios, antaño alegre y generosa. Algunas noches Esmardu acude con su mujer a golpear a la puerta de Sirneth ; éste sabe quién llama, pero cuando su mujer se adelanta para abrir la toma por el brazo y la detiene, imponiéndole silencio. Entretanto, Esmardu, en el centro de recaudación de impuestos extranjeros, no cesa de progresar. Se avergüenza de ello al dar de tarde en tarde con Sirneth, camino a la oficina de aprovisionamiento de ejércitos, y comprobar que sigue estancado. En cuatro ocasiones Esmardu descubre a su amigo en una taberna frecuentada por la ralea. Se acongoja intensamente y en secreto hace gestiones para mejorar la condición de Sirneth : lo que obtiene es ínfimo y comprende que será para éste una afrenta. Luego pierde todo contacto, toda noticia de él : cuando lo recuerda siente que desearía abrazarlo. Sin embargo, no se atreve a marchar en su búsqueda. Le costaría

hallarlo. Como Esmardu es ahora un funcionario encumbrado y Sirneth un servidor casi oscuro, Sirneth conoce con minucia cada paso de Esmardu. Y le huye. En interminables jornadas de amargura Sirneth ha llegado a convencerse de que Esmardu es quien apagó su estrella, quien lo urdió todo para brillar solo. Si lo elude, es porque sabe que el odio que le tiene le impediría afrontarlo. Pero como el odio se ha convertido en su razón de vivir, el odio crece. Decide matar a Esmardu, aunque reconoce que debe planearlo con cautela. La fortuna no le da tiempo. Un mediodía de primavera, en una de las callejas apartadas que suele recorrer, se topa con Esmardu. Solos, cada uno en un extremo, a unos cuarenta metros de distancia, se reconocen, se detienen casi a la vez. Durante un instante Sirneth piensa en huir. Luego ve que Esmardu alza los brazos abiertos, como para acogerlo entre ellos, lo ve sonreír con expresión fraterna. Entonces no distingue más que el resplandor de una túnica amarilla, mientras algo estalla en su interior. Se le doblan las rodillas, se desploma muerto.

HA MUERTO en el hospitalario Uruguay, donde se había refugiado, nuestro excelente colaborador y amigo F. Ferrándiz Alborz, secretario desde 1953 del Comité por la Libertad de la Cultura.

Dirigió la revista alicantina Espartaco y, al final de la guerra civil española, El Socialista. Terminada ésta, anduvo oculto por las montañas durante un año ; detenido y condenado a muerte, vio conmutada su pena y, años más tarde, fue puesto en libertad. Su propia odisea y los sufrimientos y las torturas que presenció, recogidos quedan en un libro extraordinario : La bestia contra España. Es autor asimismo de algunas obras teatrales y de numerosos ensayos literarios.

Había recorrido los principales países hispanoamericanos y conocía a fondo sus literaturas. Cada domingo, en el diario de Montevideo El Día, aparecía un galano y brillante ensayo suyo. Y sobre la novelística latinoamericana trabajaba desde hacía años en una obra monumental. « Llevo auestas todo el dolor de España », dice en el libro antes referido. Y el dolor de España le ha matado al fin. A sus familiares y a los socialistas españoles y uruguayos — y en primer lugar al venerable Dr. Emilio Frugoni, su gran amigo y protector —, nuestro más profundo pésame.



CONVERSACION CON HAYA DE LA TORRE

POR ALBERTO BAEZA FLORES

EN AMÉRICA LATINA estamos viviendo uno de esos « momentos estelares », como calificó un escritor contemporáneo a las situaciones que determinan un futuro. Importa el examen de nuestros problemas tanto como el estudio de sus posibles soluciones.

Me propongo recoger lo que he preguntado y lo que me ha dicho un reformador e ideólogo como Víctor Raúl Haya de la Torre. Comprendo que no es tarea fácil transmitir, en todo su alcance, la calidad expresiva de un pensamiento como el de Haya de la Torre, que si es muy claro y original en su fondo, posee en su forma como un resplandor ígneo que recuerda la condición del fuego volcánico andino. Haya de la Torre habla también con sus gestos, con sus manos, con los matices de su voz y hasta con esos relampagueantes silencios que sirven para acentuar el mensaje de la idea recién expuesta o para preparar la atención sobre el concepto que ha de venir.

Han sido prédicas constantes de Haya de la Torre y del Apra : la unidad económica y política de América Latina o Indoamérica, la tesis del Espacio-Tiempo histórico que pide soluciones propias a problemas situados aquí y no en lo extracontinental,

la necesidad del equilibrio entre nuestro feudalismo retrasado y el industrialismo superacelerado, proponiendo junto a la reforma agraria la manera de tratar con los capitales extranjeros que necesitan nuestros países subdesarrollados. Otros dos de los puntos básicos de su doctrina son hoy pilares para nuestra democracia social : la realización de una democracia « con pan y libertad » y la relación de la intercontinentalidad expresada en el « interamericanismo democrático sin imperio ». No otra cosa pretende realizar ahora, con la ayuda de la democracia latinoamericana, la Alianza para el Progreso. Creo que nos interesa mucho observar las coincidencias de las tesis sustentadas ayer por Haya de la Torre con la tesis de hoy de dicha Alianza para el Progreso, que no viene a ser otra cosa que la síntesis de lo que hemos reclamado desde América Latina para solucionar nuestros desniveles sociales, salir de nuestro subdesarrollo económico, técnico y cultural y realizar las necesarias reformas.

— ¿Cómo ve usted, Haya de la Torre, el mundo latinoamericano (o indoamericano) al finalizar 1961?

— Creo que la etapa de la hipertrofia ante el caso cubano ya pasó. Estimo que la conciencia general de América Latina ha

despertado ante la situación de Cuba, en la que hubo mucho de mito. Como la política de Estados Unidos ha cambiado en forma radical hacia América Latina, esta situación ha producido un efecto favorable para formar un criterio acertado sobre la realidad. En general, en 1961 hemos progresado bastante en el camino de la democracia. La solución que tuvo el conflicto del Brasil puede considerarse que fue un paso magnífico hacia la democratización, porque el vencedor fue el derecho jurídico y el respeto a la legitimidad del sufragio. En este aspecto creo que nada ha sido más infeliz para el régimen cubano de Castro que su alegación contra el sufragio. El lema de la Revolución mexicana fue y es : « Sufragio efectivo ; no reelección ». Cuando Castro proclamó el lema de « No elecciones » (« Elecciones, ¿para qué? »), se enfrentó con la tradición revolucionaria latinoamericana expresada en el lema de la revolución mexicana, y con la ideología de todos los movimientos revolucionarios de Latinoamérica hechos en nombre de la libertad. Esta situación ha contribuido en 1961 a fijar el criterio público respecto a la revolución cubana, tanto como el cambio que ella ha experimentado al ser traspasada a factores extraños a nuestra tradición humana en América Latina, donde el signo de toda nuestra lucha ha sido siempre la libertad.

Hay también cosas inquietantes en 1961 : la persistencia de la demagogia fascista en Argentina y el sabotaje a la economía de América Latina por medio de huelgas sin la debida justificación.

A este respecto, las elecciones que deberán efectuarse en el Perú, Colombia y Costa Rica han de servir como termómetros para apreciar los progresos de la democracia.

— *De todas las maneras, América Latina se halla en una verdadera encrucijada política y social, de la cual surgirá posiblemente una orientación nueva. ¿Lo considera usted así? ¿Y cuál será esa orientación?*

— Esta nueva orientación está relacionada con el factor de las exigencias recíprocas de las dos Américas. Nace de nuevas actitudes y es también un gran problema psicológico de América Latina frente a Estados Unidos y de Estados Unidos frente a

América Latina. Hay una exacerbación causada por los errores que cometió anteriormente la política de Estados Unidos en América Latina, pero uno de los aspectos psicológicos nos corresponde asimismo, y es que debemos ser un poco más protagonistas en esta acción interamericana. El día que el Canal de Panamá sea administrado por un directorio de las 21 Repúblicas nos sentiremos todos iguales y esa empresa dará dividendos psicológicos. Hace cerca de cuarenta años que sustentamos esa idea de la empresa conjunta.

No basta la O.E.A. tal como es. Debe ser un parlamento interamericano. Es importante que la O.E.A. vigile las elecciones en la República Dominicana, porque eso supone un poder interamericano de más amplio radio de acción y con más categoría de parlamento hemisférico. Es necesario perfilar los organismos interamericanos de planeamientos financieros.

La nueva orientación de América Latina está relacionada con el cambio de actitud de Estados Unidos hacia ella. Pero es necesario, por nuestro lado, un cambio psicológico. La actitud antinorteamericana es en gran parte poco profunda ; trátase de la reacción ante errores que fueron cometiendo los Estados Unidos. No se le ha dado a América Latina la ayuda económica que, por ejemplo, se les dio a Asia y Europa. Siempre he creído en la definición de Cicerón, según el cual el ciudadano es tanto más libre cuanto más participe en la dirección de los asuntos del Estado. Así nosotros debemos exaltar el principio de la interdependencia. Necesitamos realizar en cada república una transformación de nuestros conceptos básicos para afirmar la idea de la interdependencia de nuestros pueblos y la intercontinentalidad. Somos un hemisferio, y mientras el mundo esté poblado tendremos que resolver el problema de nuestra vecindad. Para ello necesitamos nuestra unidad, la que hemos llamado la unión económica y política de los Estados latino o indoamericanos. Así será posible, usando lenguaje de toreros, tratar los problemas de potencia a potencia.

En cuanto a la intercontinentalidad debemos empezar por destruir el complejo de reconocernos solamente necesitados, sin reconocernos al mismo tiempo necesarios.

Necesitamos, de ambas partes, un cambio de actitud psicológica. No dijimos APRAL sino APRA, y afirmamos de esta manera la necesidad de resolver nuestros problemas y buscar remedios hemisféricos. El Apra ha sostenido la necesidad de los futuros Estados Unidos de Indoamérica.

— *Se calcula que este año nuestra América Latina alcanzará los doscientos millones de habitantes. Son, « grosso modo », cinco millones más cada año, con todo lo que supone esta entrada en escena de nuevas generaciones. Hacen falta más escuelas, más maestros, más viviendas, más empleos, más de todo. ¿Cómo hacer frente a esta situación cada día más angustiosa?*

— Debemos dinamizar los espacios vacíos. Tenemos sitio para dos mil millones de habitantes en América Latina. Dinamizar nuestros espacios es hacer productivas nuestras riquezas potenciales. Somos, con relación a los espacios geográficos poblados, una infrapoblación, si nos comparamos con los países europeos y asiáticos. El Perú tiene tres veces el área del Japón, y el Japón llega a los 100 millones de habitantes. El Brasil es tres veces más extenso que la India, y mientras la India tiene 350 millones de habitantes el Brasil sólo tiene 60. La isla de Cuba tiene poco más de 6 millones de habitantes, pero la isla de Java, que es territorialmente casi como Cuba, posee más de 50 millones. Teniendo Cuba una gran extensión sin poblar ni aprovechar, Castro lanzó a la revolución cubana sobre la riqueza obtenida por los seis millones de cubanos, paralizando lo ya obtenido y sin crear riqueza nueva. Para los países europeos superpoblados resulta imperativa la división de su gran riqueza ya existente, pero para nosotros la tarea es diferente porque nuestros problemas son distintos, y uno de ellos es el de la creación de más riqueza en los inmensos espacios vacíos. La dinamización del espacio geográfico, o sea su transformación, es posible por medio de la técnica. La técnica moderna, por ejemplo, perfecciona ahora los costos para darle agua a los desiertos mediante la transformación del agua de mar en agua dulce. Es necesario crear riquezas para los que vienen.

El programa de electrificación de Chile, la irrigación de Atacama, el aprovechamiento

de las pampas, la irrigación de la costa del Perú sólo aprovechada hoy en un 4,5 % o un 5 %, crearán nuevas riquezas. Las zonas del Amazonas y del Orinoco son otras tantas perspectivas. Dinamizar el espacio vacío, poblarlo y obtener riquezas para el que no las tiene, son dos formas de revolución.

— *Para dinamizar el espacio vital se requieren, sin duda, capitales. Hace justamente 33 años usted afirmó que era necesario que América Latina tomara de los países de más alta economía y cultura lo que requieran nuestro desarrollo material y el engrandecimiento de nuestra vida espiritual, indicando que a la tesis de los gobiernos feudales de « todo capital es bueno » se opone la antítesis de los radicales obtusos de « no necesitamos capitales », ofreciendo el Aprismo la síntesis en el sentido de que mientras subsista el presente orden económico en el mundo hay capitales necesarios y buenos y otros innecesarios y peligrosos. ¿Continúa pensando así?*

— La respuesta la encontré en el pueblo. De regreso al Perú después de un largo destierro, hube de visitar a Trujillo. Encontré una compañía explotadora del cobre que llevó allí métodos modernos. Los obreros de la compañía me declararon que eran apristas y que se dejarían matar en defensa del Aprismo, pero me pidieron que les explicara hasta dónde llevaríamos la tesis antimperialista y si eso significaría el cierre de las fuentes de trabajo de la compañía extranjera. En Pasco, cuando fui como candidato del Aprismo en el proceso electoral de 1931, como opositor a Sánchez Cerro, unos obreros quisieron hablar conmigo. « ¿Va a destruir estas industrias? ¿Nos va a mandar a las haciendas con los gamonales que nos pagarán, como antes, solamente unos centavos? » Eso me obligó a esclarecer el problema. De ellos aprendí no poco.

Los comunistas proclaman el imperialismo como la última etapa del capitalismo; pero he sostenido que para la realidad de América Latina, subdesarrollada, el imperialismo es la « primera » etapa del capitalismo. Para nuestro desarrollo y progreso necesitamos capitales. Mientras subsista el capitalismo en los países más avanzados, tendremos nosotros que tratar con el capi-

talismo. Los países subdesarrollados necesitan de los países desarrollados. El Aprismo sostiene que es necesario un trato democrático, sin hegemonías o imperio de los fuertes sobre los débiles, y que es preciso escoger el capital que nos ayude sin exigirnos condiciones políticas de sometimiento.

— *En su libro El Antimperialismo y el Apra, publicado en 1928, usted definió el comunismo y otros movimientos como fenómenos específicamente europeos determinados por una realidad social, con un grado de evolución económica bastante lejos de la nuestra de América Latina; usted afirmó que siendo las realidades diversas, eran diversos los problemas y las soluciones, y que era necesario situar nuestro problema económico, social y político en su propio escenario y no pedir de encargo para resolverlo doctrinas y recetas europeas, como quien adquiere una máquina o un traje. ¿Significa todo esto que existe una diferencia entre la teoría del Aprismo y la del socialismo?*

— En Asia me interrogaron también sobre esta diferencia. Respondí que el socialismo es una concepción europea, el producto de una evolución social europea que resulta inaplicable en América Latina. El socialismo surge para países superpoblados, con objeto de redistribuir la riqueza ya lograda. La justicia socialista es la redistribución de la riqueza imperfectamente distribuida en países superpoblados sin mayor espacio disponible. En América Latina, en cambio, la situación es la de los países subdesarrollados que necesitan no solamente capitales, sino técnica. La gran cuestión es saber tratar con esos capitales, no como súbditos, sino como iguales.

Creo que es necesario reconocer la relación de Espacio y Tiempo histórico para apreciar las fases o grados de evolución entre ambas realidades: la europea y la nuestra.

— *Siete países (Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Uruguay y Perú), representando 143 millones de habitantes, iniciaron y establecieron la Zona de Libre Comercio en América Latina o Indoamérica, merced a la cual se intenta crear una verdadera alianza económica, rompiendo con los sistemas económicos cerrados. ¿Con-*

sidera necesario reforzar este Mercado Común? ¿No cree que el Mercado Común Europeo pudiera servir de modelo?

— Es menester que a medida que se refuerce el sistema de Mercado Común en América Latina o Indoamérica, se avance asimismo en el enlace con las razones político-psicológicas que nos señala el Mercado Común Europeo. Debemos aprender en América Latina cómo ha sido factible esta transformación psicológica de Europa que ha hecho posible el Mercado Común Europeo.

La primera postguerra en Europa fue la etapa de los nacionalismos rabiosos que culminaron en el fascismo y el nazismo. Existía entonces un estado de ánimo enconado y receloso, enconado también en lo cultural. La segunda postguerra motivó en cambio la transformación psicológica de Europa al punto que el nacionalismo resulta hoy, en ella, una forma de reacción abominable. Este es el resultado de una nueva concepción. Son fenómenos de tipo pedagógico que nos enseñan cómo un pueblo de conciencia imperialista, como el alemán, puede transformarse en cooperativista, formando parte del Mercado Común.

Los países escandinavos y Alemania Occidental son hoy una gran cooperativa democrática. Lo curioso es que eso ha ocurrido precisamente en esos y en los demás países europeos que Marx señaló como los más próximos a ser conquistados para el comunismo; pero resulta que al crearse estas fuerzas cooperativistas el comunismo sufre allí derrotas. Todo esto debemos aprenderlo en América Latina.

Frente a nuestro recíproco aislamiento, el Mercado Común Europeo nos muestra como ejemplo y solución esa transformación psicológica ocurrida después de la segunda postguerra.

— *Dentro de los graves problemas de nuestra América, el que se refiere a la posesión y explotación de la tierra (el latifundio y el minifundio), aparece como uno de los de más urgente solución. ¿Cómo ve usted la correcta realización de las reformas agrarias que necesita Indoamérica o América Latina? ¿Está usted en favor de las reformas agrarias o de las colonizaciones agrarias?*

— Si se trata del Perú debemos mirar el mapa, consultar lo que llama Arnold Toynbee « el desafío de la civilización ».

Los incas constituyeron una civilización en las montañas. En inmensas repisas, a tres mil metros, iniciaron sus cultivos. Los extendieron en las laderas de esas montañas y fueron descendiendo. Luego buscaron tierras llanas. Muchas de esas tierras llanas son desiertos, y el problema fundamental es de irrigación. Resulta fundamental resolver este problema en zonas de la costa y en zonas de las sierras.

La forma tradicional en la comunidad indígena es la esencia de la cooperativa. Una tarea que hay que abordar es la transformación en cooperativas modernas de las cooperativas de las viejas civilizaciones indígenas.

Creo necesaria la utilización de las tierras que no se cultivan. Esas tierras, acumuladas en medida feudal, impiden la técnica adecuada para su productividad.

Hay males simultáneos en América Latina contra los que nos alzamos. Aparte el problema del latifundio, es necesario evitar el minifundio, y para ello el cooperativismo es el antídoto. El cooperativismo enmienda el daño de la propiedad muy dividida. Me ha interesado, en este aspecto, lo hecho en Israel. He visitado ahora las cooperativas de Baviera. He visto lo que pudieron hacer las cooperativas organizadas allí y que reúnen setecientas mil familias.

Esta labor de las cooperativas alcanza hasta a la formación de empresas que el Estado quería establecer en Baviera. Las cooperativas han llegado allí a la producción en factorías, industrializando la producción de patatas y frutas y obteniendo copiosos productos químicos mediante una experiencia muy interesante.

En Alemania las cooperativas han resuelto el problema de la justicia económica. Frente a nuestros problemas agrarios de América Latina soy muy partidario del sistema cooperativista.

Los puntos de vista respecto a los problemas del feudalismo fueron estudiados por nosotros hace 33 años. Ahora el Aprismo ha vuelto a reiterar los puntos de vista proclamados en 1928 y en los que hemos

insistido tanto. Constan incluso en un folleto reciente que recuerda lo que escribimos en 1928. Nuestra economía tiene dos velocidades : una de ellas señala los extremos de un feudalismo retrasado y la otra una industrialización acelerada. El Apra ha preconizado la liquidación del feudalismo mediante la industrialización. Desde su fundación, ha venido sosteniendo el Aprismo la necesidad de la reforma agraria. Declaramos en *El antimperialismo y el Apra* que un programa práctico de lucha contra el imperialismo en Indoamérica no puede ser una ensalada rusa de promesas. Nuestra ideología está ligada a la lucha contra el feudalismo, para la emancipación económica y cultural del campesino en América Latina.

— *A propósito de lo que usted ha llamado « ensalada rusa de promesas », el castrismo o filocastrismo como fenómeno político, social y económico intenta ser el Caballo de Troya del comunismo en América Latina, y aunque desde el punto de vista marxista ortodoxo no existen las bases históricas necesarias para que pueda prosperar esta maniobra, ¿cómo interpreta usted la presunción castrista de ser un « modelo » o « arquetipo » de caso de revolución latinoamericana?*

— El fenómeno cubano tiene influencia, pero América Latina va descubriendo que no es un fenómeno prototípico. Además, la revolución cubana no abarca los otros casos de la revolución latinoamericana. La revolución mexicana se produce en un escenario étnico, indígena, en un escenario histórico, en la vecindad directa de una potencia como Estados Unidos. En la revolución mexicana se dan las síntesis de todos los fenómenos ; en cambio en la revolución cubana sólo se ofrece un aspecto de los fenómenos de nuestros pueblos.

En Cuba no se presenta, como en México, el problema de la colonización. Cuba era más bien un apéndice. Merced a su población de seis millones también ofrece un aspecto diferente al de la revolución mexicana. En Cuba no existe el problema de las altitudes, el del hombre que trabaja a cuatro mil metros, el del clima y del mestizaje indígena, ni se plantean en la revolución cubana los problemas de las amplias zonas.

Por otra parte, en cuanto al problema republicano, Cuba es el caso de la República independizada a última hora, que se independiza en condiciones diferentes al resto de los países de América Latina. Cuba queda sujeta, con una cadena en el tobillo, por la Enmienda Platt.

La revolución cubana no se produce en un escenario de grandes problemas, ni geográficos ni sociológicos. La revolución mexicana continúa siendo, con sus errores y aciertos, la revolución arquetípica de América Latina. La revolución boliviana, anterior a la cubana, no es tampoco prototípica porque es unilateral. La revolución mexicana ofrece, además de todos los otros problemas, el de las relaciones históricas con Estados Unidos.

Los que voceaban contra el imperialismo fumaban en Cuba cigarrillos « Lucky-Strike ». La revolución cubana no puede ser prototípica porque Cuba no representa a la América continental. Fidel Castro es un hijo de español y no es un criollo como nosotros (los indo o latinoamericanos). En Cuba se reprodujo el fenómeno de la guerra civil española, con sus fusilamientos. Por todas estas razones deja de ser una revolución prototípica de América Latina.

— *En la reciente reunión interamericana de Punta del Este se ha planificado y concretado la Alianza para el Progreso, mediante un financiamiento de 20.000 millones de dólares. ¿Qué factores pudieran malograr este plan y cuáles pudieran llevarlo a su buen éxito?*

— Creo que todo depende, fundamentalmente, de la situación mundial ; de la existencia de la paz que necesitamos en nuestros pueblos.

La Alianza para el Progreso requiere organismos eficientes y suficientes para rea-

lizar su trabajo. No puede haber temor si el mundo nos facilita perspectivas en tal sentido para crear los sistemas, los planes de inversión, y si la cooperación de nuestras Repúblicas y su interdependencia son efectivas. Para alcanzar esto es necesario que cada República sepa que forma parte de un gran todo y pueda así coordinarse una política hemisférica de gran estilo.

No creo que nadie desdeñe este camino.

— *Aunque dado el cúmulo de conflictos y problemas actuales toda conjetura es difícil y arriesgada, acaso sea posible, sin embargo, cierta presunción o sospecha, basada en indicios, y en ese caso sería interesante saber de usted cómo considera a nuestra América y al mundo al tender la mirada hacia el año 2000.*

— No soy augur, ni pretendo hacer profecías ; pero si la humanidad no cae en la locura suicida de una guerra, llegaremos a una democratización cooperativa del mundo. Incluso Rusia, por su industrialización, debe avanzar hacia una democratización efectiva. Tendrá que forjarse una síntesis de los varios sistemas. Creo que puede triunfar la razón, lo que vendría a ser, en suma, el triunfo de la justicia. Los países escandinavos están dando al mundo el ejemplo de cómo el mundo puede resolver sus problemas. Lo que ansía Kruschef para Rusia en veinte años más, se está alcanzando hoy en Escandinavia, con la diferencia de que Escandinavia nos muestra ya una industrialización sin dictadura. Lo realizado en los países escandinavos nos hace ver que la naturaleza humana puede disfrutar del pan y de la libertad conjuntamente.

Soy optimista. Soy entusiasta. Creo en la bondad de la naturaleza humana, a pesar de los pícaros y los tiranos, y a pesar de todos los Stalin.

Las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica

La Twentieth Century Fund organizó a finales de 1959 y comienzos de 1960 una especie de mesa redonda para discutir los problemas inherentes a las relaciones interamericanas, particularmente las de Estados Unidos con América Latina. Participaron diversos universitarios norteamericanos, en su mayoría economistas. Las más importantes contribuciones a dicha discusión fueron reunidas en un volumen con el título Latin American Issues (Essays and Comments), publicado por « The Twentieth Century Fund » (Nueva York, 1961). Ofrecemos a nuestros lectores las tres intervenciones que hemos juzgado más interesantes. (N. de la R.)

YPSILON :

EN EL CURSO DEL PRIMER DEBATE se manifestó el criterio de que actualmente el estado de ánimo inquieto e indeciso de América Latina es parecido al que se registraba en Estados Unidos alrededor de 1930. Esta comparación es exacta en muchos aspectos ; pero entre ambas situaciones existe una diferencia que nos parece digna de tomarse en consideración. Es el sentimiento desproporcionado de dependencia, en relación con Estados Unidos, en que se basan muchas actitudes y reacciones latinoamericanas.

Al iniciarse la depresión de 1930, el pueblo norteamericano estaba desorientado y desconcertado. Tuvo que revisar sus convicciones más arraigadas sobre la invulnerabilidad de la nación y la legitimidad del orden económico ; pero en general nunca dejó de creer que el destino de su país se hallaba, en último término, en sus manos, y que en cuanto llegase a ver con claridad el camino que podría emprender avanzaría por él, sin depender de la ayuda o me-

diación del exterior. No había logrado imponerse la opinión del Presidente Hoover, según la cual nuestra depresión era sencillamente un efecto de la resaca producida por la crisis europea, que había sumergido a la economía norteamericana, sin la cual ésta hubiera continuado siendo sana y estable. Pero la América Latina de nuestros días no refleja esta confianza en sí misma (1). Y esta falta de confianza —el sentimiento dominante entre los latinoamericanos es que no son realmente dueños de sus destinos— puede ser en parte la causa de su incapacidad para afrontar y resolver las situaciones políticas difíciles, hasta

(1) Por supuesto, este criterio no es igual en todos los países de la América Latina. Tiene menos justificación en México, por ejemplo, que en el resto de la región del Caribe, y menos aún en la parte más meridional de Sudamérica, que en la porción situada al Noroeste del continente. Estas distinciones no se discuten en el debate siguiente, no porque se consideren poco importantes, sino para evitar complicaciones inútiles.

cuando bastaría para ello con tomar decisiones de carácter interno, así como del frecuente malhumor y del violento antagonismo de que dan pruebas a veces en relación con Estados Unidos.

Cierto sentimiento de frustración e impotencia tiene evidentemente una justificación indiscutible en las duras realidades económicas: la dependencia de la mayoría de las economías latinoamericanas en lo que concierne a algunos escasos productos de exportación, la vulnerabilidad de dichos productos en los mercados mundiales y la baja general de los precios de los mismos durante los últimos años; la aparición de nuevos productores y de sustitutivos, que viene a debilitar más aún el mercado latinoamericano; la creciente preponderancia de Estados Unidos como país comprador y fuente de capitales, y nuestra defensa de los precios interiores y las normas que regulan los excedentes de ciertas mercancías, todo esto viene a sumarse a la oposición de dichos países a las medidas de estabilización internacional de los productos. Pero esta tesis económica fundamental se halla reforzada y complicada por las estridencias políticas que hieren una cuerda todavía más sensible del sentimiento popular latinoamericano. Las emociones producidas por estas disonancias pueden impedir —o por lo menos paralizar en gran parte— una acción racional encaminada a resolver los auténticos problemas sociales y económicos de dicha región, sobre todo cuando las medidas necesarias para ello requieren la cooperación norteamericana.

Por supuesto, estas actitudes son peculiares de América Latina. Forman parte de la psicología del desarrollo político-económico, de la esperada transición para lograr la verdadera independencia en todo el mundo. Pero el caso latinoamericano presenta algunas complicaciones particulares. En primer lugar existe el hecho de que estos países se sacudieron el yugo colonial hace ciento cuarenta años, de modo que una buena parte del prestigio que tenía a sus ojos la independencia política y de su valor para cimentar la unidad nacional está ya gastado. No pueden esperar —como tal vez lo esperan todavía los nacientes Estados africanos y asiáticos— que la efectividad de su independencia nacional abra por

sí sola la puerta a la solución de sus problemas.

Más importantes aún son las relaciones especiales de Latinoamérica con Estados Unidos, que arrancan de un complejo de factores tradicionales, sentimentales, estratégicos, económicos e institucionales. Los norteamericanos no somos propensos a analizar estas relaciones; tendemos a considerarlas como una cosa natural o las disimulamos con generalidades como la buena vecindad, la no intervención y la solidaridad del hemisferio. Y en todo caso, sólo ocupan un lugar secundario entre nuestros intereses nacionales e internacionales. Ahora bien, para la mayoría de los países latinoamericanos, su asociación con Estados Unidos y las actitudes ambivalentes que la rodean son de capital importancia, tanto para su política interna como para sus relaciones internacionales.

La metáfora empleada con tanta frecuencia de una « familia » interamericana ha dado lugar a que Estados Unidos se considerasen como un hermano mayor, un tío rico y hasta como el cabeza de familia. Históricamente hemos sostenido, de conformidad con la doctrina de Monroe, el derecho y el deber de proteger a los miembros más jóvenes de esta familia, y según el corolario de Teodoro Roosevelt, de castigarlos si fuere necesario. Esta situación fue aceptada quizás en los primeros años, pero acabó pareciendo insoportable a esos mismos miembros más jóvenes de la familia, a medida que iba aumentando la desigualdad en la riqueza y en la fuerza, y a medida que la actitud de Estados Unidos iba haciéndose más protectora y dogmática, y los países latinoamericanos adquirían más conciencia de su retraso. Esta susceptibilidad se ha visto agravada por la sospecha —sentimientos contradictorios, pero que se refuerzan mutuamente—, por una parte, de que la explotación norteamericana era la causa del lento progreso de los pueblos latinos, y por otra, por la creencia de que su fracaso se debía, en cierto modo, a su condición de inferioridad respecto de los « gringos ».

En los últimos años, Estados Unidos, seriamente comprometidos en la intensa lucha mundial, se han preocupado

menos de las relaciones familiares interamericanas. La actitud de Washington en relación con ellos debe parecer sin duda algo retraída a los países latinoamericanos, pero sin dejar de ser protectora : porque les reprendemos por sus prodigalidades y pagamos sus cuentas en los momentos críticos, en consideración a sus promesas de enmendarse en lo sucesivo, y con la esperanza de que se unan con nosotros para apoyar nuestras posiciones en las Naciones Unidas. Es probable que el sentimiento de creerse dominados por Norteamérica haya disminuído (aun cuando subsista un considerable peso de resentimiento) ; pero esta ventaja se ha visto contrarrestada por otro agravio : Estados Unidos han traicionado, al parecer, los vínculos familiares, prestando una importante ayuda a países ajenos al hemisferio, para favorecer el desarrollo de la industria en Europa y el Japón, y estimulando la producción de materias primas en Africa y Asia, sin dejar de esperar por eso que América Latina se dé por satisfecha con los « duros » préstamos del Banco de Exportación e Importación y con una economía agrícola subalterna.

Estas quejas contienen gran parte de exageración y de incoherencia. Por regla general, no se manifiestan claramente ni predominan en toda Latinoamérica ; pero es indudable que van ganando terreno y ejercen suma influencia en la mentalidad de la mayoría de los países latinoamericanos, al mismo tiempo que plantean problemas enojosos a sus dirigentes responsables, y especialmente en lo que concierne al programa político de Estados Unidos. Hagamos lo que hagamos, siempre seremos culpables. Se espera de nosotros que favorezcamos a las naciones del hemisferio como miembros de la familia, unidos a nosotros por vínculos históricos y sentimentales y, sobre todo, por el interés ; pero a estas alturas es casi imposible mantener verdaderas relaciones familiares, dado el contraste de riqueza, fuerza y posibilidades entre Estados Unidos y los demás países. En las reuniones de representantes de países soberanos, la proporción es de uno a veinte, pero en todas las demás manifestaciones el equilibrio se desplaza en sentido contrario. En realidad la idea de la analogía familiar induce a ambas partes en error, al suscitar es-

peranzas cuya frustración engendra inevitablemente desencántos y rencores.

Las soluciones para este problema político-psicológico fundamental para las relaciones interamericanas habrán de ser, a largo plazo, múltiples. De una manera general deberían tal vez buscarse teniendo en cuenta las normas siguientes :

a) mediante una acción eficaz para reducir el sentimiento —y naturalmente, el hecho— de inferioridad y dependencia latinoamericanas en relación con Estados Unidos ; y

b) quitando importancia al vínculo *especial* interamericano —por suponerlo semi-exclusivo—, a las relaciones de « familia » y situando muchos aspectos de nuestro comportamiento en relación con América Latina en un contexto más vasto.

La primera tentativa habría de consistir principalmente en la promoción del desarrollo económico, considerando este proceso menos como un fin en sí mismo que como un medio de : 1) aumentar la potencia económica de América Latina, tanto en relación con Estados Unidos como con carácter absoluto ; 2) buscar un procedimiento más aceptable y eficaz que la intervención política o militar, para ejercer una influencia constructiva en la dirección y ordenación del desarrollo político-económico de América Latina ; 3) dar pruebas tangibles de la importancia que tienen los países latinoamericanos para Estados Unidos, con lo cual se estimulará su orgullo y su sentido de la responsabilidad ; y 4) subrayar nuestros intereses comunes, refutando las afirmaciones doctrinales marxistas acerca del carácter de explotación de nuestras relaciones. También conviene conseguir la unión política y económica entre los países latinoamericanos, pues además de su valor estrictamente económico, sería útil desde el punto de vista psicológico, como elemento compensador parcial de la preponderancia de Estados Unidos.

La idea de quitar importancia a la solidaridad del hemisferio parece más discutible ; es contraria al criterio profundamente arraigado y a los intereses que están en juego en América del Norte y en la del Sur. Pero las relaciones existentes en la actualidad son ambiguas y desengañadoras para ambas partes. Es evidente que sus pre-

misas y sus objetivos han de examinarse de nuevo a la luz de los cambios que ha experimentado la situación y de los criterios dominantes en las dos partes del hemisferio.

Estados Unidos no pueden volver a su teoría del aislamiento de toda América, que sostuvieron antes de la guerra. Aun cuando exista una gran parte de verdad en la acusación de que hemos « descuidado » América Latina, subsiste el hecho de que hoy el hemisferio constituye sólo una de las varias esferas de responsabilidad e interés de nuestro país. Por consiguiente, no podemos pretender que siga siendo nuestra esfera exclusiva de influencia (o de gran preponderancia). En las relaciones debe haber cierta reciprocidad, pues de lo contrario acabarían haciéndose intolerables.

Los latinoamericanos, por su parte, defraudados por nuestra manera de corresponder a su pretensión de trato preferencial como miembros de la familia, han ido reconociendo, no obstante, que existe de su lado una comunidad de intereses y de opiniones con otros países menos avanzados de Asia y África. Este conocimiento trabaja contra toda verdadera unificación política y económica del hemisferio, que pudiera abarcar a Estados Unidos y colocarse bajo su dirección. La soberanía, en relación con los países menos desarrollados, se considera como la protección indispensable contra la explotación y la condenación permanente a la producción agrícola o de materias primas.

Estas tendencias ponen de manifiesto también la ventaja que podría tener para los países latinoamericanos la asociación con otras naciones, para desarrollar su comercio y abrirse otras fuentes de capital y de tecnología. Los países industriales de la Europa occidental, el Japón y Canadá estarían dispuestos a colaborar con ellos. La vulnerabilidad de sus propias esferas tradicionales de influencia y la penetración norteamericana en ellas deberían estimular la diversificación de sus intereses económicos. Hay muchas razones para que Estados Unidos favorezcan la participación activa de otros países industriales del mundo occidental en el desarrollo de América Latina, siempre que se realice de conformidad con un programa general de objetivos y de re-

glas de conducta comunes —y en la medida de lo posible, a través de instituciones comunes—, más bien que en un ambiente de escaramuzas comerciales. La participación dentro de este programa facilitaría la confrontación de los intereses y aspiraciones latinoamericanos, que de otro modo resultaría violenta, con una actitud de Washington, que siempre habrá de parecerles amenazadora. Es de esperar que las naciones industriales simpatizantes con el Occidente vendrán a apoyar el profundo interés de Estados Unidos por crear una economía sana y disciplinada, y moderar las exigencias latinoamericanas de un trato especial de favor, dándoles al mismo tiempo la satisfacción moral de sentir que su expansión cuenta con la simpatía y la protección más amplias. De este modo podrían servir como aliados y como contrapeso de Estados Unidos cuando se discutan los enojosos problemas del desarrollo en dicho hemisferio.

La posibilidad de una participación del bloque soviético en el incremento económico de América Latina crearía mayores dificultades. No parece probable, sin embargo, que los halagos de los soviéticos logren atraer a los países de este hemisferio, siempre que Estados Unidos y sus asociados den muestras de una dosis razonable de comprensión para las necesidades de Latinoamérica, tanto psicológicas como materiales, y cuiden de resolverlas eficazmente.

En resumen : una verdadera unificación política e institucional de ambos continentes, que supusiese una cierta fusión de soberanía de los órganos nacionales dotados de poderes de decisión mediante voto, no parece probable en un porvenir inmediato. Acurrería riesgos y tensiones inaceptables, tanto para Estados Unidos como para América Latina. La otra posibilidad parece ser la evolución del sistema interamericano hacia una estructura mejor equilibrada de miembros independientes —la agrupación de los países latinoamericanos en entidades menos numerosas, pero más fuertes y orientadas hacia el resto del mundo, a la vez que *hacia el norte*, en dirección a Estados Unidos.

¿Qué puede significar esto en comparación con la utilidad y el posible desarrollo de las instituciones del hemisferio? Estas

se agruparían principalmente en dos categorías : a) las que persiguieran objetivos de *seguridad política* —defensa del hemisferio, prevención de la agresión o conciliación de los desacuerdos entre las Repúblicas americanas, etc.—, y b) las que se interesaran por la promoción del *desarrollo económico y social*. Existen ciertos vínculos formales entre ambas categorías, pero su mecanismo y su manera de actuar son en realidad muy distintos. Las realidades estratégicas exigen sin duda que Estados Unidos participen en los principales organismos de seguridad del hemisferio, pero en lo relativo al fomento del desarrollo económico, las relaciones pueden no ser forzosamente iguales. Para esta última función sería preferible estimular en las instituciones regionales la asociación latinoamericana, más bien que la interamericana. Este cambio en la apreciación de las soluciones habría de servir para :

1) consolidar las tendencias hacia una verdadera unificación de los programas y actividades económicos entre los países latinoamericanos, a diferencia del objetivo, que en último término pudiera considerarse preferible, de unificar el continente entero, pero que no pasa de ser una ilusión, por lo menos en un porvenir inmediato ;

2) estimular a los latinoamericanos para que traten con un criterio realista los problemas económicos cuya solución *está* a su alcance, en vez de concentrar su atención en aquéllos que hayan de resolver en gran parte las naciones industriales, o que dentro del contexto interamericano sean de la exclusiva competencia de Estados Unidos ;

3) plantear estos últimos problemas —inversiones internacionales, ayuda técnica y financiera, estabilización de las mercancías, etc.— en el seno de una entidad (o mejor dicho, de una agrupación institucional organizada) en la que todos los países verdaderamente interesados —los europeos por una parte, los asiáticos y africanos por otra— estuvieran representados ;

4) atenuar todo lo posible la idea de que América Latina es una reserva de Estados Unidos ; y

5) crear de este modo una atmósfera más segura y favorable para nuestro esfuerzo conjunto, destinado a favorecer el desarrollo económico.

Esto no significa que hubiésemos de ser menos amigos y peores vecinos de América Latina ; pero tanto en las relaciones internacionales como en las personales, es evidente la máxima de que « los buenos vallados hacen los buenos vecinos », sobre todo cuando existe entre ellos una gran diferencia de riqueza y de fuerza.

ALBERT O. HIRSCHMAN :

LA IDEA más sugestiva del trabajo de Ypsilon es su propuesta de « restar importancia al vínculo interamericano » y concentrarse en la creación de instituciones latinoamericanas, más bien que interamericanas. La proposición se presenta, *nota bene*, como un medio para mejorar las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, pues el autor parece decir, en efecto, que nos entenderemos mejor si reconocemos y confirmamos sinceramente lo que nos separa, en vez de esforzarnos por vivir bajo el mismo techo y hacer una gran exhibición de amistad y armonía.

En apoyo de su tesis, Ypsilon empieza haciendo notar que América Latina es solamente una de las varias regiones del mundo por las que Estados Unidos se interesan con preferencia ; dadas estas circunstancias, no podemos esperar que América Latina mantenga con nosotros un lazo exclusivo y preferencial. Puede argüirse que, en realidad, Estados Unidos ganarían mucho, no sólo quitando importancia a las relaciones interamericanas y reduciendo la fraseología hueca acerca de la solidaridad del hemisferio, sino que, además, un aflojamiento de nuestros lazos con América Latina nos sería muy provechoso. La verdad es que nuestra posición de fuerza en dicha zona no guarda proporción con nuestro enorme interés por su vida económica. Como consecuencia de ello, estamos recogiendo sin duda alguna la peor parte de ambos mundos : el grado de intervención e influencia que ejercemos es realmente bastante limitado, y no obstante se nos hace responsables de todo lo que sale mal. Por lo tanto, habría mucho que hablar, desde un punto de vista puramente egoísta, en cuanto a favorecer los contactos

de los países latinoamericanos entre sí y con otros países.

Pero el argumento en favor de una mayor distancia tiene fundamentos más hondos. Como todas las naciones en pleno desarrollo, pero quizás más aún como consecuencia de su situación geográfica y de las pretensiones del « espíritu del panamericanismo », los países latinoamericanos se encuentran ante una disyuntiva : por una parte, desean industrializarse y modernizarse, y de ahí su necesidad y su deseo de parecerse más a nosotros en muchos aspectos ; pero esto significa precisamente que han de esforzarse también, al mismo tiempo, por conservar ciertas diferencias con nosotros, para que les sirvan de contrapeso y les ayuden a mantener o adquirir el sentimiento de su propia personalidad. Por consiguiente, cuanto más eficaces sean sus esfuerzos para desarrollarse y modernizarse, más apremiante habrá de ser su afán por afirmar su personalidad, por lo menos fuera del ámbito de la tecnología.

Así, pues, para favorecer el desarrollo de América Latina hemos de aprender a vivir con este impulso correlativo hacia la consolidación de su personalidad. Ahora bien, respetar y estimar las « peculiaridades ajenas » parece ser una de las dificultades básicas de nuestras relaciones con « los demás ». Prácticamente, ha de decírsenos, en honor a la verdad, que nos moriremos sin haber reconocido las « peculiaridades ajenas » y sin haber abandonado la « convicción de que, en cuanto conozcamos a todos los pueblos del mundo, descubriremos que, fundamentalmente, son lo mismo que nosotros : gentes razonables que, una vez al corriente de nuestras concepciones básicas y de nuestros sistemas de valores, abrazarán con entusiasmo nuestro modo de vivir ». Este « anhelo sentimental de un mundo único, que ha hecho tan difíciles la comprensión y la cooperación básicas » (1), se ha visto, cosa extraña, todavía más acorralado por la presencia del bloque soviético : aquí tenemos un grupo de países con los cuales aceptamos no tener *nada* de común ; por consiguiente, hemos llegado

con demasiada facilidad a la conclusión de que en el « mundo libre » debería existir un acuerdo *total* sobre los ideales y los objetivos. Precisamente por habernos resignado a la simple coexistencia con el bloque soviético, esperamos vivir con el resto del mundo en la intimidad que permiten los objetivos compartidos y los valores aceptados.

Por supuesto, si tuviéramos un criterio realista la coexistencia sería efectivamente un término excelente para designar las relaciones a que deberíamos aspirar con muchos de los países situados *fuera* del bloque soviético. La difícil fase de desarrollo que están atravesando puede exigir que su actitud hacia nosotros aparezca distante y reservada, y que la solución de sus problemas deba ser francamente distinta de la que conviene a los nuestros. La proposición de Nixon a su regreso de América Latina — demos un « abrazo a los dirigentes democráticos, pero sólo un apretón de manos formulario a los dictadores » (2)— que fue celebrada como un enorme progreso en nuestra manera de pensar acerca de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, da la medida de nuestra ingenuidad. Al parecer, nadie ha pensado que los « dirigentes democráticos » no sienten un interés particular por nuestro « abrazo » y que, dado el ambiente especial de exaltación nacionalista, gracias al cual esos dirigentes llegan con frecuencia al poder, hasta puede suceder que teman ese abrazo como un beso mortal, puesto que una parte de su propaganda política ha podido basarse en su voluntad de *no dejarse abrazar*.

Conviene mencionar de pasada que nuestros esfuerzos por ganarnos la simpatía y la comprensión perfecta de dichos pueblos, puede transformarse, a fuerza de desencantamientos, como es lógico, en un sentimiento contrario. Así es como tenemos hoy en Estados Unidos un grupo no desdeñable de eruditos y técnicos en cuestiones latinoamericanas que se muestran desencantados y hostiles en relación con el campo de su especialidad.

(2) Esta proposición fue confirmada de nuevo en el Informe de Milton Eisenhower al Presidente, el 27 de diciembre de 1958. Publicación del Departamento de Estado 6769, pág. 15.

(1) F. B. Pike : *Freedom and Reform in Latin America*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Ind., 1959.

lidad, lo que constituye siempre un espectáculo descorazonador.

Nuestra insistencia para obtener el consenso de los demás, que por otra parte insisten igualmente en no concertarse con nosotros, produce el resultado desagradable de impulsarles a adoptar actitudes cada vez más extremas y hostiles. Nuestra misma sensatez y nuestro deseo de comprensión pueden llevar a los demás a ser insensatos y a desear zaherirnos. Hemos de acabar aceptando la hipótesis de que si alguien discrepa de nosotros, no es porque la lógica de sus ideas o de las nuestras haya sido imperfecta, sino porque concede un valor positivo a su desacuerdo con nosotros. Allí donde se produce este hecho, cualquier intento afortunado de nuestra parte para suprimir el desacuerdo (respecto a un caso aislado), sólo puede dar lugar a que surja súbitamente en algún otro punto y, con seguridad, en una forma más virulenta. En general, se adopta a veces una actitud agresiva y hasta ofensiva, con el propósito de desasirse de un abrazo no deseado, y es probable que nadie se hubiera atrevido a hacerlo si no fuéramos tan tenaces en nuestras pretensiones.

Como corolario a nuestra posición conviene añadir que sería contraproducente presentar el caso de Puerto Rico como un modelo que deberían estudiar, meditar e imitar los latinoamericanos. Los progresos de Puerto Rico son realmente considerables, pero tal vez sea preferible no insistir en su importancia, porque nunca podrá demostrarse de manera irrefutable que ese desarrollo económico no ha costado una cantidad de independencia nacional que otros países latinoamericanos no están dispuestos a pagar. No perdamos de vista que podrían rechazar el ejemplo del desarrollo portorriqueño por razones muy parecidas a las que nosotros tenemos para insistir en que no deben tomarse en consideración los indudables adelantos económicos de los países situados en la órbita soviética.

Pero la razón más importante que me hace abogar por la disminución de nuestra insistencia en la solidaridad interamericana es que, haciéndolo así, aumentaríamos efectivamente la esfera de acción de la cooperación práctica en las actividades destinadas a resolver los problemas entre Estados Uni-

dos y América Latina. La impresión que producen actualmente las relaciones entre los países de este hemisferio es la de que tenemos muchos valores fundamentales en común y que gradualmente podríamos ponernos de acuerdo sobre otros, siempre que fuésemos razonables y avanzásemos paulatinamente. Es de suponer que nuestros programas de ayuda técnica y financiera habrán de fundarse en esta clase de consenso. Sin embargo, esta suposición es en gran parte ficticia: Estados Unidos y los países latinoamericanos no emprenden una serie de acciones conjuntas, porque juntos persiguen unos objetivos bien definidos y perfectamente compartidos. Será más fácil establecer y consolidar los lazos cuando emprendamos juntos la realización de programas comunes, en el curso de la cual podamos perseguir objetivos distintos, por lo menos al principio.

El reconocimiento sincero de esta situación puede contribuir a ensanchar considerablemente la esfera de cooperación y el número de problemas que podemos abordar mediante nuestros esfuerzos conjugados: no es necesario estar de acuerdo sobre el valor del sistema de precios, como si fuera un mecanismo destinado a procurar recursos para adoptar ciertas medidas en común y con buen sentido, o para combatir las fluctuaciones evidentemente exageradas de los precios de las mercancías; tampoco es necesario concertarse sobre proyectos de desarrollo muy vastos para sostener una gran variedad de planes indudablemente útiles y productivos. Estados Unidos no deben retirar su ayuda a un Mercado Común en la América Latina, porque algunos defensores de dicho mercado tengan objetivos que nosotros hemos reprobado. En este y en otros muchos aspectos, en vez de reclamar la unanimidad y la armonía al principio, deberíamos esperar una aproximación de los criterios, inicialmente divergentes, como una consecuencia secundaria de una acertada acción común.

En realidad, ésta es la base sobre la cual resolvemos nuestros problemas internos. Y es extraño que en nuestras relaciones internacionales actuemos a menudo como si creyésemos que la ciencia política no debe ir más allá de nuestras fronteras.

LINCOLN GORDON :

EN LA EVOLUCIÓN de sus relaciones internacionales, Estados Unidos han de arrostrar constantemente reclamaciones contradictorias de lealtad a diferentes regiones, reclamaciones que nuestro país ha de ajustar a un programa global de prioridades y subvenciones. Tomadas separadamente, las pretensiones de las diversas regiones parecen muy justas. La hermandad de « buena vecindad » de las Repúblicas americanas es la más antigua del hemisferio occidental. La Comunidad Atlántica, que une a América del Norte con la Europa occidental, se halla ligada ahora por los compromisos militares de mayor alcance y se basa en los fundamentos políticos más sólidos que jamás se han conocido. Entre los pueblos insuficientemente desarrollados, se elevan voces que piden con urgencia la prioridad para las naciones del Pacífico occidental y del Asia sudoriental, por ser las que están más expuestas al « inminente peligro de una agresión china ». Algunos defienden la situación de la India y del Pakistán, diciendo que son « el terreno de experimentación para la carrera entre las instituciones libres y las comunistas en el desarrollo económico de Asia ». Otros presentan el Oriente Medio como « la encrucijada de los tres continentes », vital para la estrategia mundial y veneno indispensable de petróleo para el mundo occidental. A estas reclamaciones han venido a añadirse otras más recientes que llegan de África, « el continente que despierta y que es la clave del siglo XXI ».

Nosotros participamos activamente, tanto en el grupo de los países ribereños del Atlántico, como en la asociación del hemisferio occidental, y todos nos reconocen como miembro directivo. Hombres de negocios responsables e influyentes han abogado para que sigamos fomentando la unificación económica y hasta la política de estas dos regiones. Y sobre la base de estos hechos, se ha propuesto que Estados Unidos entren a formar parte de un Mercado Común europeo ampliado, de un mercado común o zona de comercio libre del hemisferio occidental y que contribuyamos a constituir una especie de « confederación » con

la Comunidad Atlántica y la Interamericana.

La fuerza de los argumentos de Ypsilon tiende precisamente hacia la dirección opuesta. Su propósito es mejorar las relaciones interamericanas, consolidando al mismo tiempo América Latina, ambas cosas con la participación de Estados Unidos y con carácter absoluto. También desea modificar estas relaciones « reduciendo la importancia del vínculo *especial* interamericano, situando muchos aspectos de nuestros asuntos con América Latina en un contexto más vasto... ».

La primera mitad de sus preceptos no provocará muchas disensiones. Se caracteriza por un interesante parecido familiar con la idea de promover la unidad de la Europa occidental, no sólo aumentando su fuerza, sino también convirtiéndola en un asociado de Estados Unidos con igualdad de derechos y, por consiguiente, más eficaz. Pero la segunda mitad plantea problemas más difíciles y de mayor amplitud. Parece implicar que el centro para el estudio multilateral de las cuestiones políticas interamericanas debe trasladarse de la Organización de los Estados Americanos a las Naciones Unidas ; que las actividades financieras multilaterales pasen del Banco para el Desarrollo Interamericano al Banco Mundial y a su filial, la Asociación para el Desarrollo Internacional, y tal vez que el nuevo programa de asistencia y desarrollo sociales, aprobado en Bogotá en 1960, pase a los organismos correspondientes de las Naciones Unidas, para tratar los problemas de enseñanza, higiene, vivienda y reforma agraria sobre una base mundial. Sin ánimo de subestimar en lo más mínimo el objetivo de Ypsilon, destinado a suprimir la hipocresía de las protestas convencionales en favor de la unidad, de la solidaridad y de la similitud de ideas en el hemisferio —objetivo expuesto de manera todavía más convincente en los comentarios de Albert Hirschman—, no por ello dejaremos de registrar nuestro enérgico desacuerdo con estas implicaciones políticas.

La cuestión de los acuerdos especiales de carácter institucional para llevar a la práctica la cooperación política, militar o económica de Estados Unidos y América Latina, no debe confundirse con el trato preferen-

cial. En realidad, interesa tanto a los norteamericanos como a los latinoamericanos que los viejos vínculos culturales entre Europa y América Latina se mantengan, mediante una intervención europea más amplia, con la aportación de capitales y de asistencia técnica a los países de Hispanoamérica. Crear esferas preferenciales de influencia en las diferentes regiones insuficientemente desarrolladas de una parte cualquiera del mundo libre industrializado, desde el punto de vista político, podría ser un peligro para las naciones más avanzadas, y perjudicial económicamente para las que están en vías de desarrollo (1).

No obstante, es probable que el radio de acción de la cooperación norteamericana en América Latina llegue a ser más vasto que el europeo y el japonés, y que la diferencia de extensión pueda reflejarse en una diferencia en la calidad de las instituciones. Europa y el Japón deberían organizar sus relaciones con América Latina, mediante una acción bilateral o general en el seno de las Naciones Unidas; pero en lo que concierne a la función de Estados Unidos, se considera casi indispensable la creación de instituciones especiales en el hemisferio occidental.

El objetivo de una colaboración más estrecha entre los países latinoamericanos tampoco es incompatible con el mantenimiento o la ampliación de las instituciones destinadas a la cooperación con dicho hemisferio. Con excepción de América Central, nuestra imaginación está obsesionada con la idea expuesta por Ypsilon de que los países hispanoamericanos deberían « agruparse tal vez en entidades menos numerosas, pero más fuertes », lo que significa sin duda que es necesario crear confederaciones subregionales de uno u otro tipo. Pero la proposición de una unificación más estrecha de los países latinoamericanos, por medio de una zona libre de comercio o de acuerdos para constituir una unión aduanera en la que no figurasen Estados Unidos, o mediante otras formas de cooperación económica y cultural, es sumamente interesan-

te. Sería una gran desgracia que la cohesión posible se viera disminuída porque las pretensiones de los latinoamericanos rebasaran el límite máximo que Estados Unidos estuvieran dispuestos a aceptar por su cuenta.

Las razones positivas para favorecer las diferentes instituciones del hemisferio occidental y establecer en él una cooperación política y económica se fundan en las relaciones « especiales » que Estados Unidos sostienen con América Latina y que tienen sus raíces en una historia variada, pero que ahora precisamente está alcanzando su madurez para realizar un gran esfuerzo conjunto encaminado a acelerar el desarrollo de la región meridional del hemisferio. Desde el punto de vista cultural e ideológico, estas relaciones especiales reflejan una identidad menos acentuada que la existente entre Estados Unidos y la parte norte de la Europa occidental, pero que no difiere mucho de la que une a Estados Unidos con la Europa meridional y sin duda alguna se parece bastante a la que tienen con las civilizaciones no occidentales de Asia y África.

En cuanto a la política de desarrollo, la relativa abundancia de recursos naturales —por lo menos en la parte sur del continente—, los núcleos de industrialización ya importantes, la consolidación gradual de la clase media y la formación de un grupo de empresas llenas de vitalidad, aunque a menudo indisciplinadas, son realidades que permiten esperar que, mediante un esfuerzo de cooperación bien organizado, la mayor parte de América Latina pueda equipararse económicamente con el mundo moderno en el plazo de unos diez años. Este conjunto singular de oportunidades, más aún que los meros accidentes de proximidad geográfica (que no es precisamente muy grande en la parte meridional de Sudamérica), o el miedo negativo al comunismo o al fidelismo, son los que justifican realmente un esfuerzo especial en favor del desarrollo de Latinoamérica, no a expensas de los que deben efectuarse en otras regiones del mundo, sino sumándolo a ellos.

Algunos aspectos de esta cooperación no pueden llevarse a la práctica simplemente con acuerdos bilaterales. Para realizar reformas estructurales de carácter social y

(1) Desarrollo este punto de vista en mi artículo « Economic Regionalism Reconsidered », publicado en *World Politics* (Enero de 1961).

económico sin provocar una revolución violenta, será preciso dedicar los medios necesarios para fomentar la reforma agraria y modificar el sistema de tributación, así como preparar un programa eficaz de desarrollo económico y atacar los espinosos problemas sociales, tales como el de las poblaciones indias no asimiladas. Para ayudar a poner en marcha este proceso es esencial la creación de un organismo mediador multilateral compuesto principalmente de latinoamericanos, pero con una participación estadounidense. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional quedan excluidos por estar dominados por norteamericanos y europeos, y por considerárseles en América Latina como meras ampliaciones del sistema político de Estados Unidos. Los organismos de las Naciones Unidas, obligados a repartir sus esfuerzos de conformidad con las normas mundiales de equidad y orientados para intervenir en lo sucesivo en los continentes africano y asiático, que disponen de la mayoría de los votos en la Asamblea General, no es probable que puedan responder a estas necesidades.

Aparte su evidente misión, debida a la importante aportación de fondos al extranjero y sin que ello signifique buscar una situación de privilegio, los Estados Unidos pueden poner a disposición de América Latina, por medio de las instituciones especializadas del hemisferio occidental, muchas de sus experiencias, técnicas y procedimientos que aquélla tanto desea y necesita. No se trata sólo de una cuestión de tecnología industrial, aun cuando no sea desdeñable, sino de la enseñanza de los sistemas modernos para cultivar la tierra, de la formación profesional y técnica al nivel de la segunda enseñanza y la superior, de la organización y administración de un conjunto de escuelas primarias y de segunda enseñanza de carácter verdaderamente universal, de la explotación coordinada para fines múltiples de las cuencas fluviales, y del tesoro de experiencia, frecuentemente olvidado, que procura la asociación voluntaria, tanto para fines lucrativos como altruistas.

El argumento más sutil en favor de la « coexistencia » más que del « abrazo » sugerido por Hirschman, es la necesidad de abandonar la idea demasiado optimista de

que actualmente tenemos una verdadera comunidad de valores fundamentales con América Latina. Con respecto a la política de desarrollo económico, dice este autor que no es forzoso estar de acuerdo sobre la importancia del sistema de precios, el planeamiento del desarrollo o la integración regional para cooperar en tareas específicas inmediatas y prácticas. Sus afirmaciones implican que podemos discrepar, del mismo modo que la Unión Soviética y Estados Unidos parecen discrepar en cuanto a sus objetivos básicos, mientras siga siendo posible ponerse de acuerdo sobre medidas específicas para el control de los armamentos.

A mi entender, Hirschman supone con excesiva facilidad que Estados Unidos y América Latina deben examinar sus relaciones sobre la base de dos series dogmáticas de programas económicos estereotipados : una que apruebe los precios de los mercados en todas las circunstancias y condene toda forma de planeamiento económico, y otra que permita a los latinoamericanos empezar con unas premisas exactamente opuestas. Es cierto que nos hemos equivocado suponiendo una identidad de valores sociales entre América Latina y Estados Unidos. Las diferencias de estos valores, así como de las condiciones económicas, habrán de dictar diferentes arreglos y tácticas de carácter económico. Pero un análisis económico no es una cuestión de gusto. Pueden reconocerse con agrado las diversas formas latinoamericanas de arte, literatura y filosofía ; pero no debería existir « una economía latinoamericana », como no debería haber una física o unas matemáticas latinoamericanas. Los medios económicos más adecuados para conseguir determinados fines sociales pueden ser objeto de controversias, pero no hay ninguna razón para imponer sistemáticamente a los latinoamericanos una escuela ideológica y a los norteamericanos otra.

Por consiguiente, sin llegar a « pedir el consenso y la armonía al principio », soy partidario de no abandonar el consenso y la armonía, por considerarlos deseables y, en último término, realizables. El desarrollo latinoamericano será tanto más eficaz cuanto antes se consiga este consenso.

JORGE CARRERA ANDRADE

La cifra

En el orbe del cero
duerme el dios de los números,
pequeño dios que crea
de la nada los mundos.

¿Ilusión? En miríadas
la unidad multiplica.
Cero : ¿eres nada o todo?
De ti nace la cifra.

Números en millares :
infinita colmena
Labran su miel mental
las abstractas abejas.

En arenas y en astros
su transparente círculo
esconde el cero eterno
¡oh, huevo del guarismo!

Mago de los espejos,
dios del número : ábreme
tu cueva de tesoros,
tu caja de caudales.

¡Cuánta riqueza oculta!
Aun los siglos solos
multiplican las cosas :
El Número es de oro.

Aves, peces, insectos,
árboles, piedras : números.
Sin el pequeño dios
no existiría el mundo.

MELVIN J. LASKY

Africa para principiantes

(De un carnet de viaje)

TODO COMENZÓ bajo malos auspicios, y si yo entonces hubiera sabido lo que ahora sé sobre augurios y adivinaciones me habría sentido debidamente prevenido. La primera señal fue el taxi, que apenas avanzaba en medio del tráfico ciudadano y que sólo cuando bajé de él para pasearme salió de repente a toda velocidad, llevándose consigo la lista que yo había hecho meticulosamente de los lectores, escritores y revolucionarios a los que tenía que ver. La segunda señal me la proporcionó el ascensor de la casa donde vivía, el cual se paró entre dos pisos y me tuvo prisionero durante una hora en medio de la oscuridad. Luego, en el aeropuerto, hu-
be de sufrir la prueba final : la de la partida. Todo el mundo había pasado ya, la aduana había despachado el equipaje, pero los pliegues de acordeón de mi pasaporte seguían siendo inspeccionados como si fueran los fragmentos de un antiguo pergamino.

« Los papeles no están completamente en regla », fue la seca y brusca conclusión de los funcionarios del aeropuerto, acompañada de la absurda recomendación de que intentara coger otro avión cinco días después, en cuya fecha podría disponer ya de todos los visados y demás papeles de aduana necesarios.

¡Ridículo!, grité. Pero ellos se mostraron duros como el diamante. Imploré con vehemencia y siguieron inmovibles. No tenía más remedio que tomar aquel avión,

les dije. A ellos les pareció poco verosímil lo que les conté : me iba a esperar un grupo entero de miembros de una tribu que descenderían en sus camellos desde Kano. Pero siguieron mostrándose completamente indiferentes a las consecuencias tanto diplomáticas como antropológicas de la crisis.

¿Era imaginable que todos los demás tuvieran sus papeles perfectamente en regla y que sólo yo careciera de visado? Por un momento me sentí profundamente turbado : con remordimientos de conciencia, desconcertado por mi alegre irresponsabilidad y obseso por la grotesca amnesia que había hecho que yo iniciara mi viaje por Africa armado exclusivamente de pluma, lapicero y quinina.

« ¿Los demás? Todos los demás tienen su oportuno visado, o bien se hallan simplemente en tránsito. »

¿Tránsito?, grité yo. Exacto. Yo también estoy... *en tránsito*.

Pero en tránsito, ¿hacia dónde? Carecía de visado para trasladarme a Accra, o a Jartum, o a Addis Abeba, o a Nairobi, o a Zanzíbar, o a cualquier otro lugar entre el Nilo y el Níger. ¿No había ningún lugar perdido en toda Africa en el que poder aterrizar? : ¿Chad? ¿Gabón? ¿Togo? ¿Alto Volta? Todos estos países exigían ya los oportunos visados, como correspondía a su dignidad oficial de nuevas naciones. Los viajes modernos tienen sus peligros, de los que nada sabían Burton, Livingstone y Stanley.

« De Lagos a Roma hay un avión diario,

« ¿no es así? », grité ásperamente como último recurso.

En efecto, lo había. En tal caso yo estaba —podía estarlo— legal y oficialmente en tránsito... y con prisa, con prisa...

« Pero, señor, es un locura volar de Londres a Roma vía Lagos, Nigeria. »

Con un gesto de furia cogí y pagué un nuevo billete de vuelta a través del Sahara y el Mediterráneo y me precipité hacia mi asiento en el avión.

A la mañana siguiente, en Lagos, donde continué negándome a admitir mi derrota y a seguir hasta Roma, los funcionarios del aeropuerto amontonaron mi equipaje, recogieron mi pasaporte, me hicieron sentarme en una sala de espera bajo un ventilador y una foto de Zik y al cabo de varias horas vinieron a hacerme el siguiente discurso : « Se ve que usted es un principiante. Nosotros somos una nación orgullosa. Pero usted es un extranjero que ha venido a visitarnos. Así, pues, le daremos permiso para que comience su viaje aquí. Nos honrará usted si se siente favorablemente impresionado. Nos cabe sólo esperar que no oiremos nada que no sea digno de la alta categoría... ».

Anécdotas

La primera ojeada o la primera impresión en los nuevos países extraños no es verdaderamente decisiva ni siempre muy reveladora, especialmente cuando el viajero, como ocurre en mi caso, acostumbra dar un paseo perezosamente para comprar los periódicos locales en lugar de precipitarse ávidamente en la mañana brillante hacia el mercado o la mezquita, al acecho de colores y olores extraños. Aquí, en Lagos, en el *West African Pilot* de esta mañana, encuentro un editorial en el que se pide « la nacionalización de la magia » :

¡NACIONALICEMOS LA MAGIA!

Ha llegado ya la hora de que nacionalicemos la magia en Nigeria. Y debemos hacerlo con el fin de poner término al perenne daño que se está haciendo a la humanidad desde hace milenios.

Permítanme decir francamente que la magia en manos de hombres civilizados es un mandato de Dios, pero que en manos de los ignorantes constituye un instrumen-

to diabólico. Es como un escalpelo (instrumento para salvar la vida) en manos de un cirujano o una daga en manos de un lúatico.

Debe tenerse en cuenta que en los países civilizados la magia, en cuanto elemento de promoción científica, está siendo nacionalizada y se están construyendo observatorios nacionales para promover la investigación en torno a ella. Esta es la razón de que a muchos Estados civilizados grandes o pequeños se les considere Potencias Mundiales. Nosotros no podemos convertirnos en una potencia mundial si ignoramos este hecho.

Para que nuestra independencia sea digna de tal nombre, yo sugeriría que el Gobierno federal o alguna de sus agencias crease inmediatamente una comisión encargada de buscar los cuarteles adecuados, ya que en ello reside nuestra esperanza de tener un escudo nacional.

Nada más en dicho periódico, salvo el texto de un discurso pronunciado por un ministro que « invitó a los nigerianos a trabajar intensamente con el fin de hacer de este país una máscara riente a los ojos del mundo ». Y otro editorial en el que se advierte contra la visita de los industriales británicos : « Deberíamos aplicar el viejo principio británico de *caveat temptor...* ».



En la primera página del *Daily Express* de Lagos, propiedad de la cadena Roy Thompson, se lee : « Un hombre de la aldea de Babechi, en el Emirato de Bornu, salió en busca del amante de su mujer empuñando un machete. Le encontró junto a la puerta de una casa y sin una palabra le cortó la cabeza. El hombre, Isa Banana, fue declarado el viernes pasado culpable de homicidio por el Tribunal de Shehu en Maidaguri y condenado a muerte por haber dado muerte a Dan Biu, también de la aldea de Babechi... ».

En el *Daily Times*, también de Lagos,

propiedad de la cadena Cecil King, leemos la siguiente historia :

« Un comerciante de veinticinco años, Sunday Omega, declaró a un tribunal de Onitsha que su padre practicaba la magia contra él. Sunday hablaba en defensa propia contra la acusación de haber producido voluntariamente daños en propiedades de su padre. El acusado afirmó que las cosas que él dañó eran precisamente lo que él pensaba le servía a su padre como instrumento para practicar la magia... Una noche en que Sunday no podía dormir y sospechó que su padre era el causante de ello, penetró en la casa y causó daños en la propiedad. El presidente del tribunal dijo que concedía a Sunday el beneficio de la duda. Por lo cual, después de ser amonestado, se le puso en libertad. »

El Poeta

La mayor parte de la tarde la pasé sentado en el « café literario », viendo como el gato negro mataba lagartos de cabeza roja y hablando sobre todo con un joven poeta llamado « Salty » Jones. Bebimos, como de costumbre, cerveza, y nos trasladábamos de mesa para huir del sol abrasador, que tuve la satisfacción de observar le molestaba tanto al poeta como a mí.

« Ustedes los europeos todavía tienen que aprender a comprender... Van a una recepción con el Oné de Ifé y siempre se sienten estúpidamente sorprendidos cuando los Viejos entran y se prosternan. Cuando yo voy a mi casa, todavía me prosterno delante de mis hermanos mayores, y los más jóvenes que yo delante de mí... ».

Le pido que me hable de su familia. « En realidad, poco es lo que puedo decir. Es una



familia con arreglo al modelo corriente. Mis hermanos y hermanas son mayores o menores que yo en múltiples de tres... ¿Por

qué? Porque no existen relaciones sexuales durante el embarazo y durante el largo período de amamantamiento del niño... Naturalmente, tengo que incluir también a mis medio hermanos, puesto que mi padre tiene diez esposas... Pero están cambiando los tiempos. Mi bisabuelo tenía 85 esposas, mi abuelo sólo 35... Naturalmente, éstos no son datos *precisos*. ¿Cómo podrían serlo? Mi padre nunca cuenta el número de sus hijos —sería tentar a los hados. Jamás se le ocurriría decir que tiene cinco o diez dedos. Sería un reto especificar cuántos tiene. Si le preguntase usted directamente, diría : « dos esposas, o algo así », y quizá « cinco o seis hijos », aunque en realidad sean el doble o tal vez el triple ; no estoy muy seguro del número, dado el tiempo que llevo fuera de casa... Por lo que a mí respecta, ¿cómo podría permitirme tener más de una esposa según el sistema moderno? ¿Y cómo podría proporcionar una educación superior a más de dos o tres hijos? Así, pues, me casaré por amor romántico y para bien o para mal fundaré una familia monogámica. No tengo alternativa. Ya ha visto usted algunos de los grupos de viviendas : sesenta libras al mes por un piso de tres o cuatro habitaciones. ¿Cómo podría yo pagar un alquiler como éste cuando empiezo ganando en el servicio público un sueldo de setecientas cincuenta libras al año? »

Se ofreció a acompañarme en mi próximo paseo y ambos vagamos por las calles, pasamos ante las tiendas con máquinas de escribir portátiles de origen alemán, transistores japoneses y Fiats italianos, en medio de un agrio olor a bares, urinarios y sudor. Desde la colina próxima a la ciudad, contemplando en el atardecer las decenas de miles de chozas de barro con sus techos de metal herrumbroso, se nos ofrecía un admirable panorama con los colores parduzcos característicos de un Braque.

« Ya ve usted —dijo el poeta—, todo puede ser bello. »

Mientras estábamos allí, me pidió que no mencionara el hecho de que no hubiéramos ido en coche. El suyo, que acababa de salir del taller de reparaciones, estaba de nuevo averiado.

« ¿Qué es lo que no funciona? No lo sé con exactitud. Siempre ocurre alguna cosa.

Mi padre se ha disgustado terriblemente. Hasta el punto de que ha estado consultando a los oráculos de la aldea. Me ordenó que utilizara un chófer hasta tanto no supiéramos con seguridad lo que le pasaba al coche. Al parecer ahora sabe lo que le pasa. En su última carta me decía que fuera a casa. Todo esto tiene que ver con mi tío. Sí, mi tío, que va ser desenterrado de un lugar impropio y malo para enterrarle de nuevo en un lugar consagrado. Esto puede resolverlo todo. Pero ¿aceptará la policía toda esta explicación si me ocurre otro accidente antes de que llegue ese momento? »

Yo eché a andar renqueando, cubierto de polvo y agotado, y le prometí no decir nada de nuestro paseo. Al pasar oímos a unas cuantas personas que discutían. Sobre el cacao. Una decía : « ¡No hay que extrañarse de que seamos unos mendigos en el mundo! ¿Qué hacemos con nuestro cacao? ¿Lo tratamos aquí? No. ¿Tenemos una fábrica? No. ¿Hacemos chocolate? No. Ni siquiera nos bebemos el jarabe... Las cosas tienen que cambiar, pero ¿nos dejarán los viejos Cadburys? ». Otra persona tomó por su cuenta el tema (aparentemente dirigiéndose a mí) : « Debe usted saber que no fabricamos nada localmente, ni siquiera un alfiler. Bueno, sí, ustedes nos dejaron hacer una cosa : la cerveza. Para que nos emborracháramos y estuviéramos contentos... ».

El color de Dios

¿De qué color es Dios? Si la cristiandad europea llegó a convencer a los africanos de que Dios es blanco, el nacionalismo africano ha venido a convencerles de que en realidad es negro. Esta es una transvaloración perfectamente natural de los valores colorísticos, y en el estudio de Sundkler sobre los profetas bantúes pueden encontrarse descripciones de lo que sería un « apartheid » celeste : en las puertas adornadas de perlas había un letrero que decía : SÓLO PARA HOMBRES NEGROS. De Isaiah Shembe (conocido con los sobrenombres de « el Prometido » y de « el Liberador » porque él vino a desalojar al pálido Cristo de las Misiones) escribe Sundkler : « Jesús vino primero como hombre blanco. Pero ahora ha

venido como un negro, en la carne, a través de Shembe... ».

El liberalismo africano comienza bajo el embrujo del principio de la blancura, pero la « militancia » africana triunfa con su contrario. En la autobiografía del Jefe Awo- lowo he leído que cuando era joven creía que « el hombre blanco era un superhombre. Para mí, su color simbolizaba la delicadeza, la inocencia y la pureza... Qué poderoso hombre pensaba yo que era, tan especialmente favorecido por Dios que poseía una piel blanca y ocupaba una posición de tan gran superioridad ».

En su libro *Nationalism in Colonial Africa*, Hodgkin afirma : « ... incluso en la Costa de Oro, con su nivel superior de desarrollo económico y educativo, el esfuerzo del Convention People's Party para crear un movimiento político de masas exigía la utilización de rituales religiosos : cantar ciertas canciones, la recitación de oraciones nacionales y un Credo en el que Kwame Nkrumah ocupaba el lugar de Cristo y Sir Charles Arden-Clarke sustituía a Poncio Pilato ».

Pero ¿qué ocurre cuando los profetas nacionalistas obtienen su victoria y cuando se alcanza la tierra prometida? La profecía puede teñirse de marxismo, como en la Guinea de Seku Turé. O bien el Líder puede quizá instalarse en el puesto de « Cristo negro », como en la Ghana de Nkrumah. He estado leyendo algunos de los periódicos del África occidental y en el *Evening News* de Accra (26 de enero de 1960) encuentro un editorial en el que se afirma que « el nkrumahismo es la forma más alta del cristianismo » y se nos recuerda que « el niño Jesús buscó refugio en África y cuando Cristo era conducido al Gólgota fue un vo-



luntario africano el que le ayudó a llevar la pesada carga ». Tras mencionar el Congo, el Sahara, Holanda y Argelia, el editorial con-

cluye afirmando : « ... la civilización cristiana se afana hoy por arrastrar a Cristo hacia el Gólgota y de nuevo es un africano el que lleva la cruz en lugar del hijo del hombre. Este africano es Kwame Nkrumah. Vosotros, hombres de poca fe, fariseos, falsos profetas y amigos, mirad : viene disfrazado. Pero para África y para el mundo puede muy bien ser el segundo Cristo que llega cuando los niños en el vientre de sus madres sufren ya del estroncio 90... ».

¿Y en Nigeria? Sospecho que aquí hay pocas carreras y profesiones públicas abiertas a los talentos místicos y proféticos. Dos historias locales parecen dar a entender que esos talentos se dedican a los negocios particulares o a las utopías privadas.

La primera de esas historias se refiere a nuestro amigo Odumosu, que tiene desde hace algún tiempo problemas legales con algunos familiares de sus discípulos. Sus dificultades comenzaron cuando se elevó a sí mismo del papel de « Mesías » (Esperado) al de « Jesús » (Salvador) ; y su caída se inició con su última promoción ; es decir, cuando se ascendió a sí mismo a la categoría de « Dios ». Sus seguidores comprendían la razón de trabajar por un Mesías e incluso de sacrificarse por un Cristo ; pero si Immanuel Olufunmilayo Odumosu es realmente el Todopoderoso, ¿qué necesidad puede tener de sus servicios domésticos y de sus tributos mensuales? Odumosu continúa insistiendo en que « yo soy el Señor, yo soy EL GRANDE, la Trinidad, el Padre, y aquel que en mí crea recibirá la vida eterna ». Cuando le preguntaron si su reciente ascenso no equivalía a una blasfemia, Odumosu contestó : « ¿Qué quiere usted decir con blasfemia? ¡Yo soy el Padre! ¡Dios! ¿Contra qué otro ser puedo yo blasfemar?... Si usted no quiere aceptarme como Dios, vaya a decir al Dios en que crea que envíe contra mí el rayo para que me destruya. ¡Yo le reto a su estúpido Dios! Vaya a decírselo ». Por lo que respecta a las acusaciones de corrupción e inmoralidad en su Galilea, Odumosu dijo : « Yo me he casado porque soy el Padre que ha descendido a la tierra en cuerpo para mostrar al pueblo de la tierra un ejemplo de cómo hay que vivir. Mi relación con mis esposas es la de un padre con sus hijos, no la de un marido... ¿Y en cuanto al dinero? No significa nada en mi

reino. Yo soy la fuente de toda riqueza, y toda riqueza me pertenece. El trabajo es el medio de llegar a la gracia... ».

Pero ¿qué pasa con las prohibiciones contra los médicos, las medicinas y los hospitales? ¿Y qué con los beneficios procedentes del negocio de los transportes, el abastecimiento, las lavanderías y las mercerías? ¿Y con los aparatos de televisión, los coches de lujo y la gran vida? (Nugotaf, que era quien sostenía el coloquio con Odumosu, era un interrogador incansable.)

« Me di cuenta de que algunos miembros no tenían fe en mis oraciones ni en mis poderes de curación, y por eso he anulado la ley. Ahora, siempre que estén enfermos, pueden ir al médico. »

« Y usted... ¿tiene miedo de la enfermedad o de la muerte? »

« No, amigo mío. Yo nunca moriré. No tengo ningún pecado. *Mi* alma está salva. Y puedo salvar *la suya*, incluso ahora mismo. »

« Si usted desea convertirme, puede hacerlo con gran facilidad. No tiene más que nombrarme tesorero e interventor de todos sus negocios. »

« ¡Oh, no! », exclamó Odumosu con una carcajada, « ¡no tan de prisa! No puede usted ascender con tanta rapidez. Tiene que pasar primero por las filas de mis seguidores y obedecer todas mis leyes y hacer todo lo que yo le diga. ¡Primero tengo que salvar su alma! »

« ¿Y qué pasará con su alma, no haciendo usted sacrificios ni llevando ninguna cruz? »

« El primer Jesucristo vino para sacrificarse y para sufrir. Él se ocupó de todo lo relativo a llevar la cruz y a ser crucificado. El segundo Jesucristo viene para gozar y divertirse. ¡Yo he venido para gozar de la vida, amigo mío! »

Y, con una carcajada, Odumosu se volvió hacia los discípulos que aún le quedaban, para pedir su asentimiento ; todos inclinaron la cabeza afirmativamente.

*

La otra historia se refiere al falansterio creado por ese hombre notable que lleva el nombre de Ethiopia Eratan. Eratan diri-

gía una pequeña banda de sus « Querubines y Serafines » a los que había apartado de sus vidas intolerables (« infanticidio, idolatría, adulterio, fornicación y otros horribles crímenes »), y en nombre de una nueva iglesia de los santos apóstoles creó una especie de « Utopía flotante » que hubiera gustado a algún hijo furierista de un dux veneciano. En su ciudad sobre zancos, construida encima del agua, donde un millar de familias llevan una vida comunal,



Ethiopia Eratan (que ahora lleva el nombre de Oba Peter) acaba de terminar su palacio, con sus tres pisos, sus setenta habitaciones, su aire acondicionado y... sus 100.000 libras de costo. Como me dice B.G., que acaba de volver del lugar, situado a unas cien millas de Lagos : « Dios ha sonreído a esta gente. Comenzaron con nada, salvo quizá su sueño, su visión... y los preceptos del Nuevo Testamento. Al principio trabajaban sólo como pescadores. Cuando sus vecinos les persiguieron, abrieron un paso de siete millas de longitud entre la selva de mangles para construir un canal hasta el Mahin Lagoon. Hoy el canal tiene una anchura de ochenta pies y pronto irán a pedir a algún gobierno una draga para facilitar el paso a sus nuevas grandes lanchas. Siguen aún comiendo todos juntos y compran y venden en común. Algunos siguen pescando, mientras otros se dedican a tejer y a fabricar muebles. Y todos los niños saben leer y escribir lo mismo en yoruba que en inglés. Poseen varias nuevas plantas eléctricas provistas de motores diesel y tres de sus muchachos jóvenes están estudiando ingeniería en Alemania. Si esto no es la Utopía, ¿no es por lo menos la democracia cristiana en su forma más pura? No encontré ni cárcel ni hospital, ni vi que se tuviera necesidad de ellos. No oí hablar ni de divorcio ni de embriaguez. » Pero, por desgracia, las puertas de Utopía están cerradas. No aceptan candidatos para el santo apostolado, y el matrimonio con forasteros

se halla rigurosamente prohibido. Por eso hasta el ferviente anhelo de mi amigo de unirse a la ciudad flotante se quedó en nada. Quizá Dios sea negro, pero todavía es demasiado exclusivo...

Boca de miel

Paseando por las retorcidas y sinuosas callejuelas de Oshogbo con Ulli Beier (que allí vive), le pregunto : ¿Qué cambiará aquí en los próximos cinco o diez años? Él sospecha que muy poco. Unas cuantas bombas de agua más en unas cuantas esquinas ; una « especie dudosa de progreso », ya que el agua se está siempre saliendo, fluye colina abajo y termina por estancarse en pequeños charcos delante de las chozas y las tiendas. ¿Alcantarillado? Apenas. ¿Más electricidad? Difícilmente. Quizá unas cuantas gasolineras adicionales, construidas probablemente de tal manera que terminarán obstruyendo completamente la visión de la bella mezquita de Oshogbo. Echamos una ojeada al Popular Club y nos tomamos una cerveza en el Gemini Bar.

Pero en todas partes los niños gritan, ríen y apuntan hacia mí. ¿De qué se trata?, ¿de mi barba, de mi piel, de mi nariz, de mis pies? A algunos misioneros del siglo XIX se les daba el nombre de « espíritus sin dedos en los pies » (porque llevaban zapatos, naturalmente). Y, aun antes, aquel escocés observante que fue Mungo Park nos cuenta como los indígenas « se me acercaron hablando con gran alegría de diversos temas, particularmente de la blancura de mi piel y de la prominencia de mi nariz. Se empeñaron en que ambas eran artificiales. La primera, decían, se produjo cuando



yo era niño, para lo cual me bañaron en leche. Y se empeñaron en que a mi nariz le habían dado tirones todos los días hasta adquirir su fea y antinatural conformación presente. Por mi parte, sin negar mi propia

deformida, les felicité repetidamente por la belleza de los africanos. Alabé el lustroso color azabache de su piel y la encantadora depresión de sus narices ; pero ellos dijeron que esta adulación o, como ellos la llamaban enfáticamente, *boca de miel*, no era estimada en Bondou... ».

Apenas ha cambiado nada desde entonces y la alegre algazara de los chicos continúa, especialmente después que Ulli me asegura que la palabra *oyimbo* (hombre blanco) no supone en Oshogbo la ironía y la agresividad que tiene en otros lugares de Yorubaland. El resto de la tarde me la paso en la *veranda* de mi casa, dedicado a hacer yo también mi inadecuado papel de *boca de miel* : cantando trozos de canciones y de ritmos para una banda de niños incansables que bailan y giran durante horas enteras y alejan a los perros, terneros y ovejas de la puerta principal.

Diario

Por la mañana atravesamos varios centenares de millas de bella sabana y pasamos delante de iglesias y escuelas bautistas (son la mayoría) y de otras iglesias y misiones católicas. La carretera, punteada de gasolineras, nos lleva, más allá de la leprosería, a la casa del primer ministro yoruba, jefe Akintola, en Ogbomosho. Su bello rostro aparece marcado por profundas cicatrices en forma de V que ascienden desde las mejillas hasta la frente. Akintola produce una notable impresión de placidez y suavidad. Sonríe y suelta carcajadas durante la mayor parte de nuestra conversación. Está indignado por la « traición de la izquierda europea », porque ¿a qué viene que los socialistas busquen excusas a las personalidades dictatoriales de la política africana? Insiste en la importancia de una oposición. Se muestra escéptico en cuanto al futuro del « Club Nasser » en la política panafricana, critica el papel de Ghana en el Congo y se siente agradecido a Israel por la asistencia y consejos técnicos prestados. Se muestra orgulloso de la modernización de Nigeria y me señala a través de la ventana la carretera pavimentada por la que he venido y los cables eléctricos, todo nuevo. Se halla

un tanto apenado por los estallidos de estrecho partidismo político desde la concesión de la independencia y afirma que la ropa sucia hay que lavarla en público porque ello es mejor que no lavarla de ninguna manera. Hace observar que la democracia significa gobierno por el pueblo y no necesariamente por las gentes instruídas y sabias. Confiesa que la gente es a menudo estúpida y que él se equivoca con no menor frecuencia, pero que « sin embargo siempre hemos de poder beber una cerveza juntos y reír un poco... ».

Por la tarde, visita al fiscal general, quien descubre que faltan diez páginas en uno de sus libros sobre temas legales, maldice a los impresores de Lagos y manda a buscar el manuscrito original. Habla apasionadamente del Estado de Derecho y critica duramente las « fechorías » de Accra y Kumasi. Detesta la intimidación y el miedo en la vida pública y preferiría « volver a las chozas de barro » antes que ser un ministro que necesitara protección de la policía política.

En la oficina del jefe Akintola, un funcionario de edad avanzada. Fue alumno de Laski, del que sólo le ha quedado en la memoria una lección : « las relaciones entre el intelectual y los pobres, cómo enfrentarse con la pobreza, cómo comprenderla y cambiarla... ». Se considera a sí mismo hoy como un laborista de izquierda, o quizá también como un liberal. Cree que el mayor peligro es la ineficacia, que conduce a la corrupción, la que a su vez conduce a la ambición de poder. Se muestra desdeñoso para con los ingenuos y cándidos. ¿Una fábrica de chocolate en Nigeria?, ¿para qué mercado?, ¿con qué especialistas y profesionales?, ¿con qué dinero para comprar la maquinaria? ; y después habrá que elevar las tarifas aduaneras para que los productos extranjeros sean más caros. Y ¿quién pagará todo esto? El contribuyente. « No, no, ese no es el camino. Tenemos que pensar más y trabajar mejor que todo eso si queremos progresar. » Finalmente, me habla de una vía media entre los ultraradicales y su simplismo y los conservadores que se aferran al poder sin tener la menor idea de lo que hay que hacer con él.

JOSE MARIA AGUIRRE

La Alianza para el Progreso : la confianza, factor decisivo

TODA EMPRESA HUMANA se enfrenta con obstáculos no siempre previstos a la hora de su planeamiento. Y con frecuencia ocurre que, al materializarse un programa, lo realizado dista mucho de asemejarse siquiera a lo que se quiso hacer. Esto podría suceder con el plan de « Alianza para el Progreso » del Presidente Kennedy, si en un lapso de tiempo, que necesariamente tendría que ser muy breve, no se modifican una serie de circunstancias características del ambiente interamericano.

Mejora de la gestión autóctona

Constituye motivo de descanso para la conciencia de las personas y de los grupos responsables del presente y del porvenir de las naciones latinas del hemisferio occidental atribuir los fallos, las deficiencias, las carencias y hasta las calamidades que perturban el normal desenvolvimiento de los pueblos hacia el progreso general a causas y factores ajenos a lo que podríamos llamar gestión exclusivamente autóctona.

Estamos acostumbrados a culpar al comunismo y a sus agentes de hechos y de circunstancias que no son en realidad ellos quienes los han determinado. Simplemente los explotan, desde luego agravándolos, en beneficio propio. El comunismo no es responsable de las desigualdades sociales, del ambiente de corrupción, de la insinceridad de los programas políticos de grupos o de personajes, ni tampoco de la ingenuidad

provinciana que, en proporciones abrumadoras, constituyen rasgos comunes de las sociedades latinoamericanas. Los pone únicamente de manifiesto, desorbitándolos, y los utiliza como *slogans* en su atronadora propaganda. El comunismo tampoco es responsable de la estrecha mentalidad con que, no sólo las llamadas clases pudientes iberoamericanas han venido considerando los grandes problemas que afectan a la evolución económica y social de nuestros pueblos, sino también, en gran medida, las misiones diplomáticas de Estados Unidos en Latinoamérica, cuyos personeros han estimado que solamente merecía la pena establecer contactos, primero, y después llegar a convenios, con los representantes de los grupos poseedores o con los clanes detentadores del poder político.

El morboso prestigio de la riqueza y del mando

En general, en América —en toda América— el prestigio de la riqueza y del mando son tales, que aquellos que al Sur del Río Bravo no poseen bienestar material o no ejercen funciones directivas, sólo merecieron hasta hace poco el desdén de los observadores, de los informadores o de los gestores que Estados Unidos han enviado tradicionalmente al Centro y al Sur del Continente cada vez que en la gran república del Norte se han concebido programas de

asistencia a las naciones latinas, muchos de los cuales nunca pasaron de la fase de los tanteos previos.

Evolución de las mentalidades, pero no de los procedimientos

Las mentalidades van, es cierto, evolucionando, tanto en la América anglosajona, desarrollada y próspera, como en la América latina, aún generalmente subdesarrollada, pero ya penetrada del convencimiento de que es absolutamente necesario avanzar a ritmo acelerado.

Tal evolución era fundamental para el progreso de las naciones latinas y para un sincero y útil entendimiento entre éstas y sus vecinos del Norte. Al cambio de las mentalidades, ya en avanzada fase, no ha correspondido sin embargo el de los procedimientos. Los que ya enjuician los problemas con criterio más amplio y más flexible que sus predecesores en la dirección de los asuntos públicos, no disponen todavía de los instrumentos de ejecución y de acción que exige la apremiante necesidad de que los anuncios y los proyectos cristalicen rápidamente en hechos tangibles.

Que todo ello es así lo demuestra el hecho de que, en América Latina, el sentimiento general respecto a la actual política hemisférica de Washington se expresa en conceptos como éste: « El Presidente Kennedy hace magníficas exposiciones, pero no parece poseer el necesario aparato para poner en práctica sus planes. » Y, en Estados Unidos, al hablar, en privado o en público —con más frecuencia, naturalmente, en privado—, de la realidad latinoamericana, se manifiesta el temor de que los pronunciamientos de los gobiernos, de los partidos políticos e incluso de las organizaciones obreras democráticas nunca lleguen a plasmar en acciones modificadoras de una realidad lamentable.

Así, por el momento, unos y otros coincidimos en los propósitos. Pero la mutua desconfianza dificulta la ejecución de programas que, al ser expuestos, parecen ideales para erradicar definitivamente del hemisferio occidental el desequilibrio económico y sus dos inmediatas consecuencias: la inestabilidad de los regímenes políticos

de contenido democrático y los ambientes propicios a la agitación procomunista.

En tales condiciones, ¿cuándo y cómo se transformarán en realidad operante las intenciones que inspiraron el programa de « Alianza para el Progreso » y los postulados de la Carta de Punta del Este?

Porvenir de la "Alianza para el Progreso"

Todo dependerá de la aparición de un factor que todavía no se ha dado: confianza recíproca entre ambas partes, entre los mecenas del Norte y los necesitados de ayuda del Centro y del Sur.

La confianza sólo sobrevendrá cuando existan plenos entendimiento y comprensión. América Latina debe darse cuenta de que la expansión y el afianzamiento de su economía (que determinarán la estabilidad de las instituciones políticas y ambientes de paz social, sin los cuales no es posible iniciar empresas a largo plazo) no dependen exclusivamente de la ayuda exterior. Cada país debe, como dicen los norteamericanos, ayudarse a sí mismo. Es decir, poner el propio esfuerzo a contribución del progreso anhelado. Ello no es posible sin que se logre una armoniosa integración de la sociedad nacional.

Factores de la integración nacional

Factores *sine qua non* de la integración nacional son los siguientes: desaparición de privilegios y de exclusividades en beneficio de la colectividad; espíritu de servicio y de sacrificio en los gobernantes y administradores; enfoque y solución de los problemas con miras al bien público y no en provecho de grupos o de castas; políticas fiscales adecuadas; presupuestos tendientes a reducir gastos superfluos; nivelación de las balanzas de pagos, y políticas no inflacionistas, consistentes no en reducir los créditos ni en congelar los salarios, sino en limitar al mínimo imprescindible los capítulos de gastos improductivos o no fomentadores del progreso económico y social.

Es indudable que cuando en los países de Latinoamérica existan ambientes propicios a la integración nacional y al equili-

brio político-social, en Estados Unidos desaparecerán los prejuicios a través de los cuales se enfoca todavía generalmente la contemplación de América Latina.

Comprensión de la realidad latinoamericana

De otra parte, en Estados Unidos debe llegarse a comprender que las naciones latinoamericanas han dado, en el último decenio, grandes pasos hacia ese estado de perfeccionamiento que se exige de ellos en los círculos llamados a distribuir los fondos destinados a su expansión económica y a su progreso social. Y ello a pesar de que, en general, en Washington se hizo muy poco —más bien nada— para ayudar a que las corrientes políticas y sociales de contenido innovador derrocasen sistemas de estancamiento o de atraso como los que predominaron hasta no hace mucho en Perú, en Colombia, en Argentina y en Venezuela, y como los que aún subsisten en la República Dominicana, en Haití, en Paraguay y en Nicaragua. El caso de Cuba hay que considerarlo aparte.

Es verdad que, en los últimos tiempos, Estados Unidos han contribuido poderosamente a debilitar la dictadura de la familia Trujillo, ya tambaleante, en la República Dominicana. Pero no lo es menos que todavía parecen dudar de la conveniencia de que en Nicaragua se ponga fin a la dinastía de los Somoza.

El fenómeno castrista, que preocupa tanto en los medios responsables de América Latina como en los círculos dirigentes de Washington, se debe, en gran parte, a errores de la política general latinoamericana del State Department. Y si el castrismo parece robustecido después de la deplorable tentativa de desembarco en la Bahía de Cochinos de abril último, ello es imputable a falta de decisión y de clarividencia por parte de Estados Unidos.

Las actitudes de « no intervencionismo » que se adoptan en varios países de América Latina, que sin duda favorecen a Castro, es decir, a la agitación prosoviética en el hemisferio occidental, responden, más que a repugnancia respecto a la intervención, a falta de confianza en las tentativas

intervencionistas. Es decir, que —prescindiendo de eufemismos— lo que más asusta no es la intervención, sino el fracaso de la intervención.

Cuando en Estados Unidos se considera la realidad latinoamericana a través de un prisma de acierto y comprensión auténticos, no hay duda de que en los países del Centro y del Sur del Continente se creara la atmósfera de confianza imprescindible para la cooperación. Recíprocamente, hasta que el conjunto de países de Latinoamérica no demuestren —como ya lo demostraron algunos de ellos— madurez política y eficiencia administrativa, al norte del Río Bravo persistirán la suspicacia y la duda.

En definitiva, el futuro de la « Alianza para el Progreso » y la feliz puesta en práctica de las decisiones de Punta del Este dependen, más que de la voluntad de realización que sin duda inspira a unos y a otros, de factores psicológicos que es necesario forzar mediante esfuerzos recíprocos de buena voluntad, de comprensión y de acercamiento. Sin ello, las ayudas, ahora más cuantiosas que las prestadas en ocasiones anteriores en dirección de Norte a Sur, al canalizarse por conductos extraviados u otorgarse y administrarse con un espíritu de recelo, podrían, más que otra cosa, ahondar grietas y agravar problemas.

Urgente necesidad de una acción positiva

En todo caso, es urgente que se conviertan en realidad los planes elaborados en Punta del Este.

Los gobernantes de los países de América tienen que percatarse de que los anuncios de buenos propósitos no bastan para satisfacer a las masas sedientas de realidades. El ciudadano medio de Latinoamérica, que vive aún en la incertidumbre, en la inseguridad y en el desamparo, exige actos inmediatos y resultados tangibles.

El mejor medio de hacer frente a las amenazas contra la paz, la libertad y la democracia consiste en asegurar a nuestros países una existencia que merezca ser defendida contra toda clase de asechanzas. Cuando grandes sectores de los pueblos vi-

ven en la miseria, en la ignorancia y en el abandono, no se les puede pedir que luchen ni que desoigan cánticos de sirena si tienen la convicción de que, después, van a seguir viviendo en el mismo submundo de injusticia y de dolor que tratan de explotar los agitadores insolventes.

La Carta de Punta del Este define cabalmente las aspiraciones de mejora económica y social de los países menos desarrollados de nuestro hemisferio. Pero si los

propósitos enunciados en los programas aprobados por los gobiernos no se transforman pronto en realidad, la decepción y la desconfianza malograrán los esfuerzos y las intenciones, y el innegable proceso de descomposición de la democracia continental —fácilmente conjurable si la Carta de Punta del Este se materializa— entraría en una fase de aceleramiento imposible de detener a base de nuevas reuniones o conferencias puramente teorizantes.

Hoy sólo mi vacío...

*EL CUERNO DE CAZA nos llama desde los bosques del sol.
¡Salgamos de tempestad! ;
¡soltemos nuestros perros, cuya piel no los separa del aire! ;
¡atrapemos el poema en su propia respiración!*

*Ciervo de carrera azul
enjoyado por el viento,
en cuyas astas la velocidad nunca se detiene,
el estallido de tu corazón se abre en mi pecho.
Claro reino del movimiento,
donde detenerse es oscurecer,
te dejo arder en la noche,
te veo florecer abarcando todo el bosque,
desnudar el aire como a una doncella,
incendiar las praderas a tu paso,
deslumbrar el espacio de ojo voraz.
Tu piel veloz detiene el tiempo.
Un rayo de sol te abre las espaldas.*

*Precipicio de estrella, cuando corres,
una muchacha tenía un pañuelo
para llenar el vacío que dejabas ;
hoy no alcanza el tesoro que el verano acumula,
ni el aire que te llevas en las astas
dejándome sin aliento.
Hoy sólo mi vacío puede llenar el tuyo.*

AUGUSTO LUNEL

FRANZ ASCHINGER

Fuerza y flaqueza de la economía brasileña

PARA JUZGAR EN SU CONJUNTO el desarrollo del Brasil, conviene estudiar no solamente el próspero triángulo industrial circunscrito entre Río de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte. Es menester que se vea el estancamiento del Noreste, que abarca los nueve Estados de Maranhão, Piauí, Ceará, Río Grande do Norte, Paraíba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe y Bahía, con una extensión total de 1 millón y medio de kilómetros cuadrados, o sea el 18 por ciento de la superficie total del Brasil, y unos 22 millones y medio de habitantes, es decir, un tercio de la población del país. El promedio de renta por individuo es de 70 dólares anuales, equivalente más o menos al 40 por ciento del ingreso medio brasileño.

Diferencia de prosperidad

La diferencia en el bienestar salta a la vista, sobre todo cuando se compara la situación del noreste con la del centro industrializado del sur. En esta última zona, tres quintas partes de la población ganan aproximadamente el 85 por ciento de toda la renta nacional, mientras que la parte que corresponde al noreste, con un tercio de la población, no llega siquiera al 15 por ciento. Y esta situación sigue agravándose, porque la desigualdad aumenta constantemente. Si antes de la segunda guerra mundial el noreste figuraba con un 30 por ciento de la renta nacional, actualmente esta proporción ha bajado a menos de la mitad.

Aun cuando el aumento de la población haya sido casi igual en ambas regiones y la producción durante el siglo pasado haya crecido en el noreste más que la población, pero esencialmente menos que en el sur, el incremento de la renta media no representa siquiera la mitad del que se ha registrado en el centro y en el sur. Si el desarrollo se mantuviera al mismo ritmo que hasta ahora, es indudable que en el año 1970 la renta por individuo en el noreste sólo representaría una cuarta parte de la del sur y del centro del Brasil. La situación del noreste puede empeorar todavía más por el hecho de que el sur va haciéndose cada vez más autárquico y el capital que se constituye en el noreste tiene cada día mayor tendencia a emigrar hacia el sur, donde encuentra posibilidades de inversión más productivas.

Esta evolución ha creado en las regiones del noreste un descontento general y un creciente resentimiento contra el sur y, en particular, contra el Estado de São Paulo, al que suele reprocharse el rápido enriquecimiento de los últimos años a expensas del noreste. Mientras la cuenca industrial del sur experimenta una constante falta de mano de obra, en el noreste predomina un desempleo creciente. En las ciudades y en las zonas costeras del noreste, de clima húmedo, donde se cultiva principalmente la caña de azúcar y, en el extremo meridional, también el cacao, la situación social es algo mejor. Pero el nivel de vida más bajo se observa entre los trabajadores agrícolas

que trabajan en los latifundios del « Ser-tao », la extensa región seca del interior. Mientras los beneficios producidos por la ganadería van a los grandes propietarios, las ganancias de las plantaciones de algodón se reparten entre los propietarios y los obreros. Además, se cede a los trabajadores de la tierra una parcela por familia, que cultivan ellos mismos y que suministra la parte más importante de su alimentación. Pero las épocas de sequía, que reaparecen periódicamente, privan a esta población de sus medios de subsistencia, ya de por sí escasos, y la ponen en trance de morir de hambre. Así, pues, no es de extrañar que en tales circunstancias exista un fuerte mal-estar social y político. Allí donde se encuentran esos focos de inquietud, los comunistas continúan desarrollando sus actividades subversivas. El noreste del Brasil es su campo de acción más favorable. Aun cuando el Partido Comunista se halle oficialmente prohibido en el país, las *Ligas Camponesas* de Francisco Julião, con tendencia de extrema izquierda, están capitaneadas por un criptocomunista.

Las causas del atraso

Las causas del impresionante atraso económico del noreste, en comparación con el sur, se hallan en primer lugar en la pobreza del suelo, del que han de vivir aproximadamente las tres cuartas partes de la población. A esto viene a sumarse el hecho de que la superficie cultivada que corresponde allí por agricultor, es poco más o menos la mitad de la que se atribuye en las regiones meridionales a esta clase de obreros, y que el capital invertido en la tierra sólo representa una cuarta parte de lo que se hubiera pagado por ella en el sur. A menudo se debe también el atraso a la falta de iniciativa de los terratenientes y de los obreros del campo. Si antes podían obtenerse en Cuba, en condiciones semejantes, 250 toneladas de azúcar por hectárea, en Pernambuco sólo se obtienen 70. Además, en el norte, las posibilidades de riego continúan todavía en gran parte sin aprovechar.

La creciente desigualdad en el grado de bienestar que existe entre el norte y el sur tiene asimismo otros motivos: el mercado

menos importante, el poder adquisitivo relativamente más bajo y las enormes distancias que separan a las dos regiones, han sido la causa de que la industria de la zona noreste, incluso en las ciudades del litoral, haya ido quedándose rezagada en relación con los progresos del sur. Otro factor esencial que ha contribuido a aumentar este desequilibrio ha sido, en el curso de los últimos años, el sistema de la multiplicidad de tipos de cambio, practicado de manera que una considerable parte del producto de las exportaciones del noreste se empleaba para abaratar las importaciones de los productos esenciales del sur, mientras que el noreste, como consecuencia de la protección industrial, tenía que comprar los productos manufacturados del sur del Brasil bastante más caros que los extranjeros. La política practicada durante muchos años para mantener un tipo de cambio artificialmente elevado, había hecho perder su posición en el mercado mundial a los productos de exportación típicos del noreste, es decir, el cacao, el azúcar y el algodón. Es cierto que la exportación hacia el sur había aumentado en los últimos tiempos más que la exportación hacia el extranjero; pero los intercambios con el sur no llegaban a absorber la creciente producción de esta zona, por lo que el mercado meridional mostraba una creciente tendencia a la autarquía. La mala administración de los Estados del noreste, así como el defectuoso sistema tributario y su pésima distribución, han contribuido igualmente al abandono económico que se observa en esta región.

Pero, en todo caso, el Gobierno Federal ha tratado desde hace algún tiempo de compensar hasta cierto punto los inconvenientes y las debilidades de la economía del noreste, mediante vastas inversiones destinadas a su desarrollo. En 1953, las inversiones en el noreste del Gobierno Federal representaron más del 40 por ciento del total de las que se hicieron allí. Hoy parece que han alcanzado hasta el 50 por ciento. Pero no debe olvidarse que esta transferencia de capitales del sur hacia el norte se halla neutralizada por una creciente transferencia del capital privado del norte hacia el sur. De este modo ha sido imposible impedir el aumento de las disparidades regionales.

Medidas adoptadas

Para superar el estancamiento económico en que se encuentra el noreste, debería situarse la producción agrícola sobre una base más amplia. Desde hace unos años a esta parte, se han emprendido ya diferentes acciones destinadas a mejorar el suministro de aguas en la región de las sabanas. Con esto se ha evitado que la sed diezmasa el ganado y se ha hecho más remuneradora la ganadería; pero no se ha aportado una mayor cantidad de alimentos a los habitantes de dicha zona, cuya densidad va incluso en aumento. De ahí la convicción de que las medidas adoptadas para ir en ayuda de esa región no deben limitarse a practicar la agricultura en las zonas secas, con métodos más racionales, sino que además es necesario encontrar soluciones de mayor amplitud y a largo plazo, tales como vastos proyectos de riegos, roturación de nuevas tierras y fomento de la producción industrial. Sólo así será posible reducir el número de parados de las ciudades y acrecentar intensamente la población rural.

Este criterio ha llevado al Gobierno Federal y a los gobernadores de los diversos pequeños Estados del noreste a aumentar y coordinar sus esfuerzos en todos los terrenos. A fines de 1958 se creó en la « Superintendencia do Desenvolvimento do Noreste » (Sudene) una delegación especial del Gobierno, cuya misión es estudiar una política de desarrollo para dicha zona, y al mismo tiempo vigilar y coordinar su realización. Por su carácter de órgano consultivo, habrá de comprender también a los representantes de los gobiernos de los demás Estados federados y de los Bancos del Estado para el Desarrollo, entre los que figura el Banco do Noreste do Brasil, creado ya en 1954. La « Sudene », que inició sus trabajos a principios de 1960, basa sus actividades en un programa que abarca, en particular, los siguientes objetivos: coordinar ante todo las inversiones públicas en el ámbito de la infraestructura, especialmente las vías de comunicación y la energía eléctrica, con el fin de elevar las inversiones de capitales particulares. Para el aprovechamiento máximo de las reservas de agua, será menester transformar por completo la tradicional política local. Deberán ponerse

en marcha grandes proyectos de riegos e iniciarse el cultivo de nuevas tierras situadas fuera de la zona seca, tales como el Estado de Maranhão, al sur de Bahía. Más adelante habrán de explotarse asimismo, de manera intensa y sistemática, todas las superficies adecuadas a los cultivos de regadío que hasta ahora sólo se habían colonizado parcialmente, con objeto de mejorar el nivel de la alimentación y crear nuevas bases para la elaboración industrial de los productos agrícolas. Debe hacerse lo posible para que las regiones consideradas secas puedan resistir mejor los períodos de sequía. El aumento de la producción agrícola habrá de permitir la creación de mayores reservas de alimentos, que se utilizarán en épocas de carestía.

Por otra parte, se fundan grandes esperanzas en el establecimiento de nuevas industrias, en el noreste. La ventaja de la mano de obra menos costosa —se calcula que, en comparación con la del sur, la del noreste resulta nominalmente un 30 por ciento más barata, desde luego con un promedio más bajo de productividad— deberá completarse creando unas condiciones tributarias más favorables y dando mayores facilidades de crédito. Se aportará a la industria textil tradicional, que se encuentra en una situación penosa, la ayuda técnica y financiera que le permita levantarse de nuevo. Además, será preciso intensificar en el noreste la búsqueda de riquezas del subsuelo cuya explotación resulte económica, pues se fundan en ella grandes esperanzas.

La « Sudene » está todavía en la fase de la planificación. Basándose en los trabajos ya efectuados, elaboró el año pasado un plan de desarrollo para el noreste, que prevé, de 1961 a 1965, unas inversiones del Gobierno Federal no menores de 76 mil millones de cruzeiros, de los cuales 23.000 se dedicarán a vías de comunicación, 28.000 al suministro de energía, 13.000 a sanidad y escuelas y 8.000 a mejorar la agricultura.

Estos proyectos de ayuda al noreste comprenden también un plan de cooperación de carácter privado, de acuerdo con la acción de la UNICEF, plan que se debe a la iniciativa de la Nestlé brasileña. La escasez de proteínas en los alimentos de la población de las regiones secas del noreste ha inspirado a la Nestlé la idea de produ-

cir una bebida barata de elevado tenor proteínico con los excedentes de la producción agrícola del sur. Dicha bebida constituye un importante sucedáneo de la leche. En cuanto el proyecto sea aceptado por el Gobierno, se construirá una fábrica en Recife para la elaboración de este producto, sin carácter lucrativo alguno, conformándose con cubrir los gastos.

Estímulos locales

Además de los esfuerzos del Gobierno Federal para ayudar al noreste, diversos Estados federados han tomado también iniciativas con el fin de mejorar por su cuenta la situación en otros aspectos. Sus miradas tienden sobre todo a los Estados de Pernambuco y Bahía, que son los más importantes de dicha región y los más densamente poblados, el primero de los cuales se halla bajo la enérgica dirección del gobernador Sid Sampaio, y el otro bajo la no menos enérgica del general Juracy Magalhães.

Pernambuco posee, desde 1952, un organismo destinado a fomentar el desarrollo económico (CODEPE), que se dedica principalmente a estimular la creación de nuevas industrias. Como aliciente para las empresas que se establezcan allí, este Estado ofrece la exención de todos los tributos durante un período de seis a nueve años, incluso del impuesto sobre el volumen de los negocios. Dicho organismo ayuda además a estas empresas, procurándoles créditos del Banco del Estado; y en caso necesario les facilita asimismo ayuda técnica. Esta oficina gubernamental, que prácticamente sólo hace dos años que funciona, puede apuntarse ya un buen éxito inicial: las empresas industriales que existían hasta ahora en el Estado de Pernambuco ocupaban 65.000 obreros y empleados, siendo así que con las nuevas industrias montadas en los últimos años han encontrado trabajo 10.000 personas más. Entre las empresas puestas a prueba y asistidas por la CODEPE, ya han empezado sus actividades dieciocho, muchas de las cuales se dedican a la metalurgia; actualmente hay otras cinco en construcción. Un progreso interesante, tanto para la agricultura como para la industria, es el descubrimiento y la explotación de yaci-

mientos de fosfato en las cercanías de Pernambuco. En la actualidad, la « Fosforite Olinda, S.A. » proyecta ampliar su producción, estableciendo una fábrica de superfosfatos. Pero a pesar de este incremento industrial, el desarrollo de Recife, que cuenta con unos 600.000 habitantes, avanza muy lentamente en comparación con el sur; y si se tiene en cuenta el aumento de la población en aquella parte del país, este progreso resulta todavía insuficiente.

También Bahía, llamada Salvador, que es la antigua capital del Brasil, lamenta no haber encontrado aún el modo de alcanzar el nivel de la industria moderna. En sus proximidades están los únicos campos petrolíferos del Brasil, cuya explotación por la empresa nacionalizada « Petrobras » suministra al Estado de Bahía los ingresos para la intensificación de su programa de desarrollo, especialmente la construcción de carreteras, que ha aumentado considerablemente, y para la producción de energía. Por iniciativa del Gobierno se ha estimulado nuevamente al sur de Bahía, y sobre una amplia base, la plantación de goma, que se había abandonado en el curso de los últimos decenios. El cultivo del cacao, que es el producto agrícola más importante de Bahía, utilizará en gran parte las plantas llamadas de grano blanco, para hacer posible la fabricación de chocolate fino.

El gobierno actual de Bahía, igual que el de Pernambuco, dedica sus mayores esfuerzos a fomentar la creación de nuevas industrias, con objeto de combatir el desempleo estructural. De conformidad con esta política, unas cincuenta empresas industriales han obtenido ya en Bahía la exención de impuestos. El Estado inicia también importantes trabajos para fomentar la enseñanza científica. Y Bahía, que posee una antigua Universidad muy célebre, ha construido hace poco una Escuela Politécnica de dimensiones monumentales. De algún tiempo a esta parte Bahía ha recordado también que tiene un atractivo turístico como antigua ciudad colonial, y ha levantado dos hoteles modernos. No obstante, comparada con São Paulo aún produce Bahía la impresión de una ciudad romántica y rezagada. Pero el turista se alegra de que, en un Brasil obsesionado por el progreso, aún subsistan ciudades de esta clase.

Las tres llaves

LAS TRES PUERTAS estaban cerradas. Cada llave abría una puerta distinta. Era el día de la cita que los tres hombres se habían dado veinte años atrás cuando se separaron para realizar la experiencia individual. Antes de partir se abrazaron y cambiaron de nombre. Así, al cabo de la etapa convenida, se volverían a encontrar en la casa de las tres puertas y se presentarían con sus nombres secretos : Ormuz, Moruz y Zumor.

El convenio era el siguiente :

Los tres amigos inseparables hasta entonces, dedicados afanosamente a la búsqueda de las fuentes, insatisfechos de los resultados obtenidos mediante el estudio conjunto, decidieron un día interrumpir la labor unisona y lanzarse al mundo independientemente a fin de hallar algo verdadero. Después de veinte años de separación se encontrarían en la casa vacía y aquel que hubiese realizado la mayor experiencia de maestría sería el maestro de los otros dos.

De modo que para que la cita pudiese efectuarse con pleno éxito habría que, no sólo obtener cada cual una llave transcendental, sino que era necesario acordarse del nombre y poseer forzosamente las llaves materiales de acceso a la casa.

*

Ormuz abrió el primero y se dirigió a la habitación. En efecto, estaba solo y debía esperar. La habitación hallábase situada lejos de las puertas, al fondo de la casa. Ormuz, que había llegado cansado, se durmió sentado en el sofá.

Continuaba dormido, cuando entró Moruz en el cuarto. Faltaba Zumor y no qui-

so despertar al que dormía. Se sentó en el otro extremo del sofá y, cansado como estaba también, no tardó en dormirse.

Finalmente entró Zumor. Iba a despertarlos cuando ellos mismos abrieron los ojos. Se levantaron.

*

— Yo soy Zumor —dijo Zumor—. Pido excusas.

Y permaneció inmóvil sin tender la mano a los otros.

— Yo soy Ormuz —dijo Ormuz y tendió la mano a Zumor. Zumor y Ormuz miraron a Moruz. Éste dijo :

— Yo soy Moruz.

Le tendieron la mano.

*

Se sentaron, casi inexpresivos, sin la menor señal de alegría por haberse encontrado. Había llegado la hora del informe oral. Después, uno de ellos sería elegido maestro de los demás.

— Comienza tú, Ormuz —dijo Zumor.

En pocas palabras contó su vida desde que se separaron. Tras un largo período de contemplación, incomunicado en el desierto de un paraje remoto, hubo de ser admitido como discípulo de un hombre que le inició en la percepción auditiva de las cosas creadas. Habló de una secta desconocida por Zumor y Moruz y, poseído de una extraordinaria calma, expresó lo que había acontecido en su ser durante el período de prueba. Por último, ante el asombro de los dos oyentes, dijo :

— A partir de aquí no puedo referir con palabras lo que sé. Tal conocimiento pertenece al silencio.

— Cuenta de algún modo...

— Cuenta, sin embargo...

Le respondieron con igual calma :

— ... conocemos el silencio.

Entonces Ormuz dibujó una sonrisa en sus labios. Los otros sonrieron igualmente. De pronto Ormuz rió y de su risa se desprendió un largo rebuzno.

Cuando calló ya había terminado su informe.

*

Sucedió una corta pausa. Zumor se dirigió a Moruz mediante un gesto para que éste hablase.

Moruz habló :

— Mientras Ormuz rebuznaba yo he sido colmado por el silencio de la creación. Agradezco a Ormuz su rebuzno. Yo no he vivido en un monasterio ni he sido el discípulo predilecto de un monje. No obstante, conozco la experiencia de Ormuz. Esto es todo. En cuanto a mi vida, ha sido de disipación y, sin embargo, he conservado la llave y el nombre con que me habéis reconocido. Que hable ahora Zumor.

Tras una corta pausa habló Zumor y dijo :

— Es grandioso, en verdad, lo que dice Moruz. Haber vivido en la disipación y poder escuchar el silencio puro en el ruido impuro. Esto quiere decir que su espíritu planea sobre las fronteras de los opuestos. ¿Cómo puede ser ello? Porque, sin duda, Ormuz no puede oír el rebuzno de un burro en el silencio. Pero, juzgad de mis poderes. Yo no tengo llave y estoy aquí con vosotros y me he presentado como Zumor.

*

Zumor se calló. Los tres informes estaban dados.

Hubo un instante de meditación. Moruz dijo :

— Pongamos las llaves sobre la mesa.

Y puso la suya. Ormuz hizo lo mismo.

Esperaron. Zumor, que permaneció inmóvil, dijo :

— Venid conmigo. Veréis cómo mi puerta permanece cerrada.

Fueron y luego que se hubieron percatado de que era cierto retornaron al cuarto.

*

Era el instante de la elección.

Ormuz pidió la palabra y dijo :

— Ciertamente, como ha dicho Zumor, no me es dado oír el ruido en el silencio. Pero, en cambio, oigo el silencio del vacío en todas las formas aparentes. Aquí no estamos tres hombres, sino dos. Porque Zumor es el fantasma de nuestro amigo Zumor, que ha muerto. Por eso has entrado sin llave.

Ni siquiera acabó de decirlo, cuando Zumor desapareció.

*

Con toda calma Ormuz miró a Moruz. Éste se había puesto pálido.

Moruz dijo a Ormuz :

— Eso sí que yo no lo sabía. Tú sabes más que yo. Sé mi maestro.

Entonces Ormuz contestó :

— ¡Cómo dices eso! Aunque tú fueras Moruz, ya no somos tres.

— ¡Qué importa el número! Yo soy Moruz y tengo la llave —replicó Moruz vivamente agitado.

— ¿Es cierto lo que afirmas? —repuso con voz calma Ormuz—. Si así fuera, tú serías mi maestro, puesto que tú conoces la disipación y la superas.

— ¡Ah, eso es verdad! Mi vida ha sido lo contrario que la tuya. Y sin embargo, oí el silencio en tu rebuzno.

— Yo sé la causa —dijo calmamente Ormuz.

— En cambio, yo no la sé. Tú debes ser mi maestro.

*

Ormuz se puso de pie y con una voz reposada dijo a Moruz :

— Te irás y me dejarás solo. Tu llave pertenece a la muerte.

Al oír esto, Moruz palideció intensamente.

— ¿Cómo sabes? —dijo.

— Por deducción —repuso Ormuz—. Nuestro pacto era firme y nos prometimos una vida ejemplar. El rebuzno eres tú mismo y el silencio que oíste dentro de ti, es tu padre, nuestro viejo amigo Moruz. Confíesalo.

— Sí, soy el hijo de Moruz. Y sólo he heredado la llave de su puerta.

bellas artes

La obsesión de la « materia » en cierta pintura actual

POR DAMIAN CARLOS BAYON

HAY UNA PROBLEMATICA del arte actual tan densa, tan tupida, que el que escribe de estas materias se tiene que proteger del peligro de desviarse continuamente de lo que quiere decir. Así yo hoy, dudando —como el asno de Buridán— entre varios montones de paja igualmente tentadores, me decido, no obstante, por éste referente a la « materia » y que me parece se presta a unas cuantas reflexiones útiles. Creo que no es demasiado arriesgado, en efecto, afirmar que la misión fundamental de la crítica es la de tratar de dar a cada César lo suyo, desenmascarando a los audaces, rebajando a los falsamente exaltados, insistiendo hasta la monotonía en lo que hay de más sano y justificado, de más « exploratorio » en el arte contemporáneo.

Pero ¿cómo llegar a ese plano superior de la justicia sin repartir a diestro y siniestro unos cuantos mandobles? ¿Cómo también no parecer reaccionario si hay que poner en tela de juicio precisamente a algunos de los artistas más cotizados en el momento actual? Considero que una posible salida es la de asumir una objetividad casi científica, anotando ciertos puntos que nos

parecen firmes y bien probados y desde esa orilla relativamente segura tratar de arriesgar alguna opinión que pueda poner unos cuantos puntos sobre las íes. No para profetizar ni para darle una lección a nadie, sino más bien para intentar comprender un poco mejor en qué estamos exactamente.

Conste que esta meditación no se ha producido por generación espontánea, ni mucho menos. Desde el año pasado en Buenos Aires, Nueva York y París he tenido

la oportunidad de ver varias exposiciones individuales y colectivas de los más sobresalientes pintores de la vanguardia española. Si a ese hecho se agrega la lectura de textos esclarecedores y el intercambio de ideas con amigos inteligentes y sensibles, se tendrá más o menos el panorama de lo que hoy me lleva a ocuparme de la para mí exagerada importancia que ese grupo de pintores concede a la « materia », en detrimento de otros aspectos ineludibles del arte de pintar. En estas mismas páginas (1) me he referido ya al problema aunque de una manera más general ; hoy quisiera



(1) « Peligro de la Bienal de Venecia ». Cuadernos, n° 35 (marzo-abril de 1959).

—con todo el respeto debido a esos artistas— hacer un nuevo alto de meditación para tratar de enjuiciar posición tan extrema.

Es algo comunmente admitido que hoy, en 1961, no hay pintores entre cuarenta y cincuenta años que tengan detrás de sí obra tan importante y lograda como la que habían realizado respectivamente a esa edad Matisse, Léger, Picasso o Braque, por no citar sino a los principales. Esto puede deberse a muchos motivos, uno de los cuales cabría resumirlo en este conocido lugar común: « Lo que se gana en superficie se pierde en profundidad. » En efecto, aun suponiendo que la cantidad de talento distribuido en el mundo sea el mismo que hace cincuenta años, se podría decir que, como en economía, estamos presenciando una nueva repartición de los dones artísticos: si bien hay menos « genios » o grandes artistas universales, también es justo decir que nunca ha habido tantos pintores en el mundo.

Es evidente por otra parte que la velocidad en los medios de difusión permite hoy una especie de « especulación colectiva », a la escala mundial. En verdad no hay ningún inconveniente en que el arte ilegale a ser colectivo; lo fue muchas otras veces en la historia. Lo que ocurre es que antes, al ser colectivo, era al mismo tiempo anónimo. Pero no creo que nuestra época esté dispuesta a perder la « individualidad » y más tratándose del artista que es el último baluarte —con el pensador— en la defensa del individuo. Quizá más justo sería en ese caso emplear la noción de « trabajo en equipo », totalmente familiar desde hace unos años en la ciencia y hasta en la arquitectura, disciplina esta última que está a caballo entre la ciencia y el arte. No, no es demasiado grave que el arte se haga colectivo como en otras épocas. Si fuéramos hacia el anónimo tendríamos la agradable sorpresa de ayudar a combatir lo que Cocteau definió tan bien como el « monstruo sagrado », actual encarnación del culto de los héroes que ya estaba en los grandes pensadores del siglo XIX: Carlyle o Nietzsche.

Claro que no se debe postular como necesaria esta situación que he supuesto: o sea, que dada una misma cantidad de talento pictórico en 1900 y ahora, entonces

« tocara » a más entre unos pocos y ahora « toque » a menos entre una infinidad. Nada de eso; en problemas de cultura pueden darse todos los casos. El muy pesimista dirá sencillamente que nuestra época tiene un arte inferior, a secas, que no acaba de expresarse y de expresarnos. Sea como fuere, creo que ya podemos pasar a otra afirmación bien sentada: los artistas contemporáneos parecen no tener la fuerza de los grandes artistas antiguos, cuya intención les decía que debían actuar en varios planos simultáneamente para operar también en varios niveles. Me explico: un cuadro es un nudo muy apretado de significaciones. El tema, la composición, el dibujo, el color, la luz, el empaste de la materia, todo, en una palabra, debe formar un « complejo » lo más rico posible. Y conste que enuncio estos elementos como separados entre sí solamente por razones didácticas y de claridad. Lo cierto es que ninguno de esos elementos se da como algo separado y distinto, sino siempre integrado con la totalidad de los otros.

Parecería que en los últimos cien años los grandes pintores se hubieran propuesto —sin saberlo quizá demasiado conscientemente— revisar todos y cada uno de los elementos a que acabo de hacer alusión. El tema, cargado de significación desde el Renacimiento, se rebaja en los mejores al *paisaje* o a la *naturaleza muerta*, las dos formas menos comprometidas de pintar algo, puesto que había que seguir « pintando algo ». Quizá a esa tiranía aludían Walter Pater y Schopenhauer cuando —cada uno a su manera— afirmaban que « las artes aspiran a la condición de la música », única forma de arte que ha prescindido del tema para llegar a ser un puro ejercicio en la composición de sonidos. Después de rebajar el tema, los impresionistas se lanzaron con entusiasmo al problema de la luz: imbuídos de teoría y de intuición cambiaron radicalmente la historia de la pintura. Los cubistas de primera hora —siguiendo una de las líneas de Cézanne— se proponen no « divagar en colores », sino ajustarse a una composición rica, articulada, firme, para lo cual no titubean en recurrir a los grises y los ocres casi exclusivamente. Los *fauves*, en cambio, casi contemporáneamente, piensan en términos de

« color en libertad ». No se trata ya, en efecto, del color capaz de recrear las condiciones de la luz solar como en los mejores impresionistas, sino de la especulación sobre el color puro, especialmente considerado como tinta plana.

A estas alturas de la demostración se ve ahora hasta qué punto, para los mejores pintores de la época, el tema es apenas una excusa para explayar lo que quieren decir con su dibujo, su color. Los precursores del arte abstracto (Malevitch, Kandinsky, Delaunay, Mondrian) realizan, pues, sus ejercicios en una línea que no desmiente la anterior y que hoy se integra para nosotros —cincuenta años después— de una manera totalmente armoniosa con la obra de los otros grandes pintores que he citado. Quedaba, de todos los elementos básicos de la pintura, un aspecto que reivindicar: la « materia », el empaste, la manera misma de cubrir la tela con pintura. En ese sentido hay que hacer justicia a Braque, que siempre tuvo el gusto, el amor de las superficies lisas o rugosas, admirablemente trabajadas por él, a pesar de sus incursiones por el fauvismo, por el cubismo analítico. Pero una golondrina no hace verano...

El artista de nuestros días, el dotado, el lleno de intuición ha tenido quizá en un momento dado la impresión de que ese era un territorio abandonado en el que había que insistir. Es bastante característico de nuestra época este « énfasis en un solo sentido ». Del complejo que es la obra de arte se retiene sólo un elemento y se lo lleva al límite. Toda la expresión entonces quedará concentrada en un aspecto: sea el dibujo de línea geométrica, sea el color que se escapa por toda la tela sin ningún rigor ni ninguna composición, sea por último —y es nuestro caso actual— en la importancia casi exclusiva atribuida a los valores táctiles, sensoriales de la materia. Lo que en la gran pintura era el « soporte » digno, noble, de los otros elementos ineludibles, adquiere ahora en algunos pintores —sobre todo en algunos españoles contemporáneos de los cuales Tapiés es el más cabal representante— una importancia absorbente y total.

No es este fenómeno demasiado nuevo. Cada vez que el artista se ha dejado tentar por su dominio de la materia ha ocurrido algo semejante. En el arte helenístico

el mármol se agujerea y se dobllega a todos los caprichos del cincel del escultor sabio, « demasiado sabio » diríamos, que tomando un simple medio de expresión por un fin en sí mismo se entretiene en el mero juego de plegar las telas, en el de disponer los rizos del cabello sin importársele ya mucho del dios o del hombre o la mujer que está haciendo nacer con su arte. ¿Otro ejemplo? Mientras el gótico lucha por levantarse cada vez más esbelto, tenemos maravillas ambiciosas como la catedral de Beauvais, cuyas presuntuosas naves cayeron tres veces hasta el punto que la obra quedó sin terminar. Ese es el período de búsqueda patética. Un poco después, cuando los maestros de obras dominan todas las técnicas, se entretendrán en labrar primorosas piedras y en hacerlas colgar como *pendentifs* de lo alto de las bóvedas de crucería. ¿Para qué? ¿Qué expresión fundamental de ese estilo logran dar con ello? Ninguna, simplemente es el placer de dominar todos los registros y « escucharse hablar a sí mismo » con delectación.

El público de « élite », al que van dirigidas esas obras, aprueba. Ese público culto, refinado tiene, sin embargo, « estómago delicado ». Prefiere, él también, una sola nota repetida desmesuradamente —en este caso la materia, en otros la geometría o el color— que no le obliga a la captación global de un complejo rico, polivalente, cambiante, heterogéneo, lleno de significaciones y de niveles diferentes de captación. Pero no nos engañemos: los grandes artistas hasta hace cincuenta años actuaban más en todos los planos simultáneamente; si sus obras resultan prácticamente inagotables es porque han sido creadas con intuición y astucia.

Nuestro público exquisito y de poca resistencia goza con el desnudo cuadro geométrico o con la montañosa acumulación de materia, porque tanto en un caso como en otro lo llaman de un solo lado, y así puede prestar atención alternativamente a una única voz muy contundente y perentoria. La modula de música compleja le parece confusa, por no decir *pompier*. Estamos en el dominio del « buen gusto » como casi supremo valor. Claro que el buen gusto de la gente refinada de hoy día no se parece en nada al de hace veinte o cin-

cuenta años. Hoy, con una superficie gris apenas rasguñada o un planteo muy elemental, se proclama el máximo valor. Por eso, en la tergiversación de los valores, se confunde gran arte con supremo buen gusto. Sin embargo, los grandes artistas han resultado a veces chocantes y hasta groseros. Sus obras pueden ser leves, pero también densas, pesadas, a los ojos del refinamiento superficial. Pero eso sí, no se agotan rápidamente, son capaces de durar —y duran, de hecho— a través del tiempo y de los distintos enfoques con que las generaciones las van analizando sucesivamente.

Después de los caminos por la liberación de nuestro arte —supresión del tema, ejercicios en la composición, el dibujo, el color, incursiones en el subconsciente, en el dominio del arte de los salvajes, los niños, los locos— he aquí que un grupo de artistas y de los más dotados e interesantes, empieza a conceder un interés —para mí exagerado— al « soporte » mismo de sus pinturas : a su materia. Y no es pintando bien a la manera tradicional como ejercitan esta reivindicación, sino intentando una cantidad de fórmulas nuevas. Unas veces puede ser arena pegada —los cubistas lo habían hecho con timidez—, como Tapiés ; otras veces creando sus cuadros con arpilleras y trapos de colores pintados, como Manolo Millares (en la misma línea que el italiano Burri) ; otras, en fin, por medio de tejidos metálicos, alambres, etc. No hay duda que en todos estos casos la atención está volcada supremamente a la superficie, al material mismo de que está compuesta la obra. Conste que no se me ocurre, ni por asomo, criticar el uso de esos inesperados medios de expresión : el artista tiene derecho a expresarse como quiere y puede. No, no me escandalizan los procedimientos (en Dubuffet y en Fautrier me parecen perfectamente justificados porque apuntan a otros fines), pero sigo creyendo que prestar exclusivamente atención a ese aspecto de la pintura constituye, en sí mismo, una limitación gravísima. Porque la verdad es que por acentuar ese aspecto de la cuestión se han descuidado todos los otros. Este error es muy nuestro, muy de nuestra época : el énfasis se pone en uno solo de los elementos... y se supone que los otros no interesan. Claro que en este sistema de me-

días palabras en que hoy por hoy tratamos todos de entendernos, obras así exageradas y al mismo tiempo de supremo buen gusto, de un refinamiento que busca sólo lo más simple, lo más pobre, resultan más fáciles, menos problemáticas que las grandes obras antiguas.

Ya sé y lo he dicho varias veces que es el artista quien nos « hace ver » el mundo, nos lo descubre y que, entre todos estos pintores y algunos otros de tendencia parecida, nos han hecho ganar un territorio enorme dentro de lo que se consideraba « feo », sin más. Lo sé, repito, y les quedo agradecido por esa nueva dimensión. Pero aun a ese nivel se puede ser muy rico, complejo —como Dubuffet, por ejemplo— o deliberadamente limitado. Hace muchos años que sigo la pintura de Tapiés y sé que él es capaz de otras muchísimas perspectivas en su búsqueda. Que no se quede en una sola dirección porque los críticos lo elogiaron desmesuradamente (haciendo muchas veces *literatura* y mala literatura), ni porque los clientes pudientes y al día se « arrancan » sus cuadros a cualquier precio.

¿Atención a la materia? ¡Por supuesto, quién dice lo contrario! Pero cuidado también con las materias : las hay nobles y las hay innobles. El artista parece un improvisador, pero debe trabajar del lado del tiempo, contando con él, teniéndolo de aliado y no de enemigo. Cuando la arena se descascara, cuando los trapos envejecen tristemente y los tejidos de alambre se oxidan y decaen, las obras mismas, cuyo soporte eran, sufren, por no decir : dejan de existir. Lo que yo quiero decir —trabajosamente— a estos pintores valientes y dotados es que sean más ambiciosos y no se contenten con poco. Su refinamiento nos sugiere playas desiertas, muros carcomidos... Es exquisito quizá, pero no es mucho. Cuando el interlocutor tiene poco que decirnos nos aburrirnos pronto de él, dejamos de escucharle perorar. En arte, una obra que no nos interesa deja automáticamente de « emitir » señales. Sigue ocupando un lugar en el espacio, pero no nos preocupa y, por ende, no la vivimos. La vemos sin mirarla, como quien ve lo obvio : una grieta en el muro, una puerta que sigue estando en su sitio. El arte tiene que aspirar a mucho más que a eso en la vida del hombre.

La situación política en el Paraguay

POR JUSTO PASTOR BENITEZ



EN 1911 la República del Paraguay celebró, sin brillo, el centenario de su independencia bajo la prepotencia de un coronel. El pueblo y el estudiantado se retorcieron en protesta viril y meses después derrotaban al déspota galoneado. Hoy se celebra el sesquicentenario en situación similar, anómala, puesto que existen restricciones, para los derechos del ciudadano. Impera el orden, pero no se vota ; no hay propiamente una prensa libre, a pesar de manifestaciones esporádicas : no existe libertad de reunión ni los partidos actúan ampliamente ; no pueden convocar a sus huestes para manifestaciones públicas, sino en muy raras ocasiones, con la venia del jefe de la policía. La oposición dirige sus ataques desde el extranjero.

Múltiples causas han provocado la crisis de la democracia representativa, a raíz de la guerra del Chaco. La organización jurídica de 1870 se vino abajo y no pudo restaurarse plenamente a pesar de los esfuer-

zos de algunos Presidentes provisionales como el Dr. Félix Paiva y de algunos líderes políticos. En este período de resistencia o esfuerzo para la restauración, la punta de lanza ha sido la juventud estudiosa, que viene batiéndose con denuedo y sufriendo persecuciones, torturas y destierros. Alguna solución tiene que encontrarse para esa situación anómala ; por el gobierno, apoyado en un gran partido como es el Colorado, o por la oposición integrada por los partidos Liberal y Febrerista, el Movimiento Demócrata Cristiano y un sector del propio partido Colorado. En este momento el Paraguay es una isla en la América del Sur democratizada : tiene que alcanzarle el movimiento renovador que cunde en América.

Al amparo de la Constitución de 1870, aparecieron en 1887 dos partidos : el Partido Liberal, fundado por jóvenes progresistas, y el Partido Colorado, organizado a la sombra del prestigio del general Bernardino Caballero. Este partido fue apoyado por los terratenientes y hacendados ; su política fue conservadora y se asentó en la tradición histórica. Gobernó hasta diciembre de 1904.

El Partido Liberal gobernó hasta 1936. Los tres Presidentes que terminaron sus períodos fueron civiles. Su programa liberal individualista fue reformado en 1916, admitiendo la intervención del Estado en la vida económica. Se vio anulado por el movimiento militar del 17 de febrero de 1936.

Durante sesenta años, ambos partidos fueron los canales de circulación de la ciu-

dadanía y se disputaron los puestos parlamentarios. Las leyes electorales que regían fueron : la de 1870, por simple pluralidad de sufragios, en distritos ; luego, en 1918, el sistema de la lista incompleta, con voto secreto y representación forzosa de la minoría ; y, finalmente, la de 1927, por acuerdo de los partidos, a base de listas invariables. Este régimen fue modificado en 1960, pero la Cámara continúa siendo gubernamental.

En 1936 surgió el Partido Revolucionario Febrerista, de tendencia izquierdista. No llegó a propagarse en el seno del pueblo, fuera de la capital, pero tiene una dirección y una base juveniles, con capacidad de lucha, de resistencia, que le han permitido sobrevivir a la persecución de varios años. No llegaron a cuajar ni el Partido Nacional, intentado en 1911 por el Presidente coronel Albino Jara ; ni la Liga Nacional Independiente, grupo de jóvenes intelectuales (1927-1936) : ni el « tiempismo », que terminó por adherirse al gobierno del general Morínigo. En nuestros días se inicia el movimiento Demócrata Cristiano con un excelente núcleo juvenil. El comunismo, no legalizado, actúa en la clandestinidad.

*

Los partidos tradicionales tienen mucho fondo emocional, doctrina democrática y divisas. A causa del período de anormalidad que arranca de 1936, no han recibido la carga de ideas y la influencia de los movimientos sociales. Tienen raigambre en el campo sin ser agrarios ni postular reformas avanzadas, fuera de la repartición de lotes de tierra en un país que vivió cerca de ochenta años bajo el peso de los latifundios, felizmente corregido en estos últimos tiempos a partir de las leyes de 1926, las reformas agrarias de 1936 y 1940 y la actual. La tensión política no permite a los partidos aplicarse a los problemas socioeconómicos. Las dictaduras tampoco ofrecen el orden y la paz necesarios para el desarrollo del país ; para eso serían necesarios los partidos organizados modernamente. Tenemos que comprender que la evolución acelerada es más eficiente que la revolución violenta, como se comprueba con los ejemplos del Brasil, del Uruguay y de Costa Rica. Se confirma la opinión de Frank Tannenbaum sobre lo

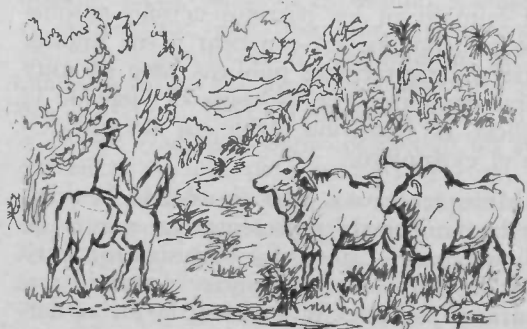
funesto de la presión militarista, al impedir el libre desenvolvimiento de los partidos, intermediarios ante el pueblo y canalizadores de la opinión pública.

La Constitución de 1870 era de contenido liberal individualista, superior a la cultura general del país, que nunca había votado en elecciones universales libres. Sirvió de marco para la organización institucional, pero a su amparo no pudo consolidarse la paz. La Carta política otorgada por el Presidente Estigarribia en 1940 cargó la tónica sobre los problemas socioeconómicos ; rige hasta hoy, pero ha sido utilizada para suprimir las libertades públicas.

La legislación electoral garantiza el acceso de la oposición a las Cámaras, pero hoy el Parlamento es gubernamental. Vale decir que para garantizar la democracia no bastan las leyes, si no existen la voluntad de cumplirlas, el espíritu público para velar por ellas y los factores socioeconómicos y culturales que la condicionan. Son construcciones románticas que prescinden de la realidad social, a la cual no siempre hay que someterse, pero que conviene consultar. Últimamente se ha concedido el voto a la mujer. El electorado, pues, debe llegar a medio millón.

Los caudales de la ciudadanía, repetimos, circularon por los cauces de dichos partidos durante medio siglo. Han aparecido nuevas fuerzas, pero no se ha encontrado la fórmula para la convivencia.

Estéril sería ensayar una « unión nacional », vigorosamente producida durante la guerra del Chaco. Hoy las pasiones arden al rojo vivo y los políticos paraguayos se caracterizan por la intransigencia. Los cuadros partidistas se afirman en posiciones irreductibles. La oposición exige amnistía,



elecciones libres, libertad de reunión y de prensa como condiciones previas. El partido gubernamental quiere marchar por etapas, temeroso de que una amplia libertad favorezca las revueltas.

Más aconsejable sería iniciar la restauración a base del ejercicio de la democracia, que postula como principio fundamental la pluralidad de los partidos y la prensa libre. El ideal consiste en alcanzar un clima en que el paraguayo piense que su adversario es un compatriota y no un rival. Contribuye también a mantener el actual estado fluctuante la inclinación de los partidos a los vecinos fronterizos, grave error que conduciría al sometimiento a políticas extrañas en lugar de buscar la colaboración solidaria de Argentina y Brasil para la solución de los problemas de mercado y provisión. Algo de esto se vislumbra en el Mercado Común Sudamericano y en la Conferencia de Punta del Este. La consolidación de la democracia paralelamente a las instituciones políticas y la electoral, requiere la difusión de la enseñanza, la supresión de la miseria, el fomento económico para una mayor productividad, una economía que no se base en explotaciones, sino en el trabajo libre remunerado. La mediterraneidad encarece el flete, que se busca corregir con la marina mercante nacional y la obtención de nuevos mercados en el Brasil. Llegar al Atlántico por buenos caminos o por agua.

*

El problema político consiste en el encauzamiento del país hacia la convivencia pacífica y el debate libre. Se abusa del poder, pero también se carga con dinamita la oposición como reacción contra los abusos. La libertad y el orden son términos de una ecuación, los dos lados del principio de organización social. No habrá consolidación de la democracia mientras los partidos no se avengan a un régimen de actividad legal, renunciando recíprocamente a la persecución y a la violencia. Habría que conducir la dialéctica de los partidos hacia el debate libre, con el establecimiento de garantías para la tribuna, la prensa, la radiodifusión; elaborar un nuevo registro electoral y la revisión de las leyes del sufragio, para prepararse a elecciones parla-

mentarias sinceras, o directamente a una Convención Nacional que reforme la Carta política de 1940. Decimos la reforma de la Carta, y no la restauración de la caduca Constitución de 1870. Trátase de la adopción de una Carta moderna que abarque, además de los derechos políticos, los problemas sociales y económicos, la sanidad y la cultura.

Las perturbaciones esporádicas, la agitación permanente, la insatisfacción demuestran que el país no ha alcanzado, 150 años después de la independencia, la estabilidad que permita el funcionamiento regular de las instituciones. Pero tampoco se ha sometido al yugo de los dictadores. Urge encaminar el país hacia el Estado de Derecho. Llamo estabilidad social al ejercicio de los derechos, la primacía de la ley, campo abierto a la iniciativa privada y a la expansión de la personalidad. El orden policial no es la paz. Sin estabilidad, un país es un campamento: los partidos políticos se agrupan en « vivac », se movilizan para la guerra; en lugar de dirigirse a las urnas se dirigen a los cuarteles. En ambientes viciados por la opresión o la anarquía, no puede prosperar el pensamiento político.

La democracia paraguaya tuvo durante el período constitucional grandes líderes, dirigentes y tribunos como Manuel Gondra, Eusebio Ayala, Lisandro Díaz León, Ignacio A. Pane y Antolín Irala. Hoy sobresalen pocas figuras concentradoras. Los diversos núcleos no se comunican, ni discuten: viven en compartimientos estancos. El centro « Blas Garay » colorado, el « Club Alón » liberal, la « Juventud Febrerista » y la Juventud Demócrata Cristiana se contemplan desde los muros de Troya, se aíslan en vez de competir y de adiestrarse a plena luz. ¿De dónde surgirán los líderes? ¿Cómo contrastar las doctrinas? ¿Cómo dosificar las convicciones, si en vez de la discusión no se hace sino vegetar dentro de sí mismo? ¿Dónde estarán los puntos de coincidencia sobre problemas nacionales? Si prosigue este período de enclaustramiento, la generación actual corre el peligro de frustrarse en el monólogo.

Por otra parte, se verifican *síntomas de progreso*. La capital ha crecido y se acerca a los 300.000 habitantes; se construye y moderniza con buenos edificios públicos,

especialmente para ministerios y cuarteles. Se puede recorrer gran parte del país por buenas carreteras. Y la riqueza agropecuaria ha aumentado, aunque la producción agrícola no ha crecido paralelamente, a causa del éxodo de los campesinos pobres.

*

El drama paraguayo comprende problemas políticos, económicos y sociales. Ofrece su aspecto patético en el éxodo. Diversas explicaciones se le han buscado: la economía incipiente, la anarquía, la persecución política, la índole migratoria del paraguayo, el atractivo de comodidades de centros más desarrollados, etc. El hecho es que se emigra por millares. Hay períodos en que esa sangría parece un torrente. Es un pueblo en éxodo, en permanente diáspora. Se calcula en 400.000 el número de emigrados, o sea casi la cuarta parte de la población. Se pierde mucha sangre en ese éxodo, mucha energía. La población aumenta vegetativamente en 40.000 personas por año, pero emigran más de 10.000. Fuera de la colonización japonesa no hay otra corriente inmigratoria más importante.

La situación de 1936 se ha modificado profundamente. Se ha ampliado el área, a pesar de la desvalorización monetaria, de la inflación, de los gravosos impuestos. El Chaco se ha incorporado económicamente con una próspera ganadería, pero las fábricas de tanino han decaído; también el alto Paraguay está en decadencia. Pero esto se compensa en parte con el cultivo del café y la ruta al Brasil. Existen asimismo fábricas de tejidos y una industria de aceites vegetales.

El país cuenta con escuelas agropecuarias y con la asistencia del Punto 4° para el fomento de la agricultura. Se ha conseguido una aportación importante del Banco Interamericano de Desarrollo, para fundar el Banco de Fomento. Mas la vida campesina continúa siendo rutinaria, a pesar de que le va llegando la asistencia técnica y los

elementos modernos de trabajo. Por desgracia no ha aumentado la producción de alimentos ni el nivel de vida del campesino.

La cría del ganado vacuno se va modernizando y aumenta la exportación de carne: en gran parte la ganadería contribuye a reforzar los recursos fiscales, que tienen en ella su fuente principal, casi el 42 %.

*

Tanta urgencia como los problemas políticos, reclaman los campesinos. A grandes rasgos son: la valorización del hombre del agro, la reforma agraria y la modernización de la agricultura. Paralelamente, el mejoramiento de los ranchos de paja, precios remuneradores, mejora de la actual alimentación que se basa en maíz, mandioca, porotos, zapallos, frutas tropicales y exigua ración de carne, de pescado y leche. El país produce azúcar en abundancia, pero tiene que importar trigo. El arroz cubre el consumo interno. Una gran sangría de divisas causa la nafta, así como la importación injustificada de tejidos finos y de « whisky ». La balanza comercial apenas se equilibra y está seriamente amenazada por el contrabando, que da la ilusión de una importación visible reducida, y oculta la importación invisible. Se exporta madera de gran volumen, en vigas y rollizos, en lugar de la madera compensada. Y la yerba mate, cultivo tradicional desde el coloniaje, ha decaído.

El principal obstáculo para el aumento de la producción es la exigüidad de los habitantes. Es un país que no cuenta con otro combustible que la leña. (Las exploraciones petrolíferas aún no han tenido buen éxito y no se ha explotado la hulla blanca.)

Tales son las dificultades más ostensibles para el desarrollo económico de un país con una población de 1.700.000 habitantes, blanca y mestiza, con pocos indios, pues según la última estadística su total no pasa de 29 mil.

CONSTANTINE FITZGIBBON

El fiasco de las reformas agrarias comunistas

COMO DE COSTUMBRE cuando se trata de asuntos comunistas, la confusión semántica debe ser eliminada. Una granja colectiva rusa o koljos no es una granja cultivada colectivamente por un grupo de campesinos, con sus herramientas propias y en su propio interés. No tiene nada en común con un riesgo colectivo. Los campesinos son forzados por los representantes del Estado o por las burocracias del partido a sacrificar la mayor parte o la totalidad de sus tierras, sus ganados y sus aperos. Dirigen la granja los burócratas del Estado, con orden de producir cierta cuota o « norma » : en caso de que no se obtenga esta « norma », se es castigado, mientras que el buen éxito en la obtención de la « norma » provoca, muy a menudo, un aumento de la misma.

En general se está de acuerdo en que un propietario ausente es un fardo, una carga para el campo, a menos de que su hacienda sea administrada por un intendente extremadamente competente y honrado ; en efecto, en los asuntos del campo, aunque la orientación general puede ser dictada desde arriba, deben tomarse decisiones locales muchas veces al año. Por supuesto, hay cierto número de koljosos modelo perfectamente dirigidos en la Unión Soviética ; políticos y periodistas extranjeros los han visitado regularmente durante un cuarto de siglo. Hace ciento veinte años había en Irlanda cierto número de granjas perfectamente dirigidas. Pero en ambos casos los resultados de la dirección lejana han producido por igual

un nivel fantásticamente alto de ineficacia, de confusión y de miseria.

Ciertamente, el parecido con Irlanda es muy justo, si no es completamente fortuito. En ambos casos un campesinado sin tierra soportaba una organización descomunal de personas interesadas simplemente por lo que se podía sacar de la tierra y no por la forma en que se obtenía ; en uno y otro caso el método empleado para obligar al campesinado a producir artículos para el mercado, mientras ellos mismos vegetaban en un nivel próximo a la inanición, fue la crueldad y las amenazas por parte de los intendentes del propietario ausente o por los delegados del Estado ; también en ambos casos hubo enormes fugas del campo, semivoluntarias por lo que respecta a los millones de campesinos irlandeses que escaparon hacia las ciudades de América y de Inglaterra ; completamente forzada en el caso de los millones de kulaks obligados a marchar a los campos de trabajos forzados en Siberia y en la región del Ártico. Y en ambos casos la economía agrícola fracasó más o menos.

La agricultura rusa es un establo de Augías de ineficacia : la corrupción y la esterilidad son aceptadas por todo el mundo, incluido Nikita Kruschef. Las tentativas para encontrar una solución a este problema humano —tales como la aplicación en masa de las nociones sobrenaturales de Lysenko o los fantásticos experimentos de las llamadas « tierras vírgenes » en barbecho— han producido solamente una confusión

mayor, y los aumentos en la producción de alimentos han sido temporales e inciertos. Y es que el sistema de base es erróneo —y su defecto ha sido probado una y otra vez por la historia—, por lo que cada vez que se han hecho tentativas para imponer a los campesinos decisiones tomadas lejos del campesino y de la tierra que éste trabaja, y para ignorar deliberadamente la unidad orgánica que debe prevalecer entre el suelo y aquellos que lo cultivan, el fracaso ha sido rotundo. Este defecto se evidenció en Polonia, y cuando en 1956 el 80 por ciento de las tierras fue descolectivizado, se registró un aumento inmediato y fulminante de la productividad. Y sin embargo este sistema fue impuesto « voluntariamente » en 1960 en Alemania del Este. ¿Por qué?

Stalin colectivizó la tierra al menos por dos razones, relacionadas ambas con la industrialización forzada establecida por los planes quinquenales. Por un lado, los planes exigían un aprovisionamiento descomunal de obreros para las minas, fábricas y construcción de los medios de comunicación, y en Rusia estos obreros podían reclutarse solamente en el campo. (Pedro el Grande había hecho lo mismo cuando las poblaciones de pueblos enteros fueron bautizadas « siervos de la fábrica », transportadas a las fábricas y obligadas al trabajo.) La mecanización debía reemplazar a los hombres que faltaban, por lo que se construyeron grandes fábricas de tractores. Pero se consideró que la mecanización no era posible económicamente en las granjas pequeñas e incluso en las de extensión media. De esto vino la creación de los koljoses y de los sovjoses, que son granjas del Estado, teóricamente menos independientes que los koljoses. Y como los campesinos no quisieron entregar sus tierras voluntariamente —pues ningún campesino propietario ha querido jamás hacerlo, a menos de ser inepto o tan perezoso que la tierra le fuera inútil—, murieron de inanición o simplemente fueron desterrados.

Otra razón, la segunda, para esta exterminación del campesino fue que la concentración de la industria pesada significaba una carestía de los bienes de consumo; los campesinos, naturalmente, fueron reacios a entregar sus productos contra servicios inexistentes y las ciudades sufrieron una gran

penuria de alimentos. Por consiguiente los campesinos tuvieron que ser forzados a trabajar por nada. Y con arreglo a la lógica del Kremlin, mientras tuvieran una independencia parcial no serían muy sensibles a los rigores del Estado.

El resultado inmediato de la política de Stalin fue aumentar la carestía en las ciudades, mientras que aparecía el hambre en los pueblos. Los campesinos hambrientos comían las patatas y el trigo de la siembra, y mataron el ganado bovino y porcino que les quedaba. Esto constituyó un sabotaje, pues deberían haber muerto tranquilamente de inanición en provecho de la planificación de Stalin. Muchos millones de campesinos fueron deportados. Las granjas que el Estado tomó por su cuenta se encontraban en situación ruinosas. Y el resultado lejano ha sido la condición deplorable de la agricultura rusa en la actualidad.

*

Se podría pensar que con estas terribles experiencias el grupo dirigente del Kremlin cambiase con gusto su política agrícola, ya sea al finalizar la guerra o bien después de la muerte de Stalin. Pero éste no parece haber dudado nunca de las virtudes de la colectivización; y en cuanto a Kruschef, en su famoso « discurso secreto » en el XX congreso se las arregló para excluir de la lista de los crímenes de Stalin el fracaso agrícola y la matanza de kulaks, quizás porque él mismo estaba profundamente comprometido en ambos. Los dos, Stalin y Kruschef, han perseguido el mismo objetivo de colectivización total en su propio país y en las regiones ocupadas por el Ejército Rojo. Así hacen todavía los comunistas chinos en los vastos territorios que controlan, con resultados similares, aun cuando esto puede ser un paralelo más que una repetición. En los países de Europa Oriental ha sido simplemente cuestión de repetición. ¿Por qué han querido hacerlo así?

Cierto número de explicaciones es posible. Una de ellas es que el dogmatismo bizantino de los bolcheviques rusos los ata a la colectivización marxista-leninista-stalinista como Ixión a su rueda. Probablemente hay algo de cierto en ello, aunque otros elementos del marxismo-leninismo, como la igualdad económica, la política de instruc-

ción elevada y en todo caso la metafísica completa de la desaparición gradual del Estado —que deberían aparecer al menos como muy importantes— han sido echados por la borda.

Pero si el establecimiento de la granja colectiva presenta históricamente poco sentido —y menos todavía económicamente—, políticamente hay mucho que decir. Mientras que más de la mitad de la población de Rusia podía por lo menos alimentarse a sí misma, en cambio la sujeción a sus amos no era ni podía ser total. Podían ser reducidos y mantenidos al nivel de aquellos campesinos que La Bruyère vio pensando en los campos de la Francia de Luis XIV. que « cuando levantan sus cabezas vemos que son hombres ».

Pero unas generaciones más tarde levantaron sus cabezas de veras y las de sus amos y explotadores cayeron. Uno de los objetivos, probablemente el principal, del totalitarismo es hacer esta rebelión no sólo imposible, sino realmente inconcebible. Por consiguiente, el campesino tiene que ser atomizado de hecho por la privación hasta del mínimo de independencia que lleva consigo la vida agrícola y las decisiones del calendario del agricultor. No solamente debe depender por completo de sus amos para su alimento, domicilio y las necesidades básicas de su vida, sino que debe incluso aceptar sus órdenes referentes a dónde y cuándo tiene que sembrar, segar y apacentar sus vacas, sin tener en cuenta lo desacertadas que puedan ser estas órdenes. Y, ciertamente, cuanto más desacertadas son esas órdenes más desapegado y atomizado estará. De hecho debe convertirse en un « siervo de la fábrica » que trabaja la tierra.

La política agrícola en Alemania del Este ha sido una repetición de lo ocurrido en Rusia entre las dos guerras, al menos en los puntos más importantes. En primer lugar las grandes propiedades, principalmente en la región de Mecklemburgo, fueron fraccionadas en 1945, al mismo tiempo que se crearon las primeras granjas colectivas. Alemania Oriental se transformó en un país de más de 600.000 granjas, la mayor parte de las cuales medía 20 hectáreas o menos de superficie. Muchas de estas granjas fueron entregadas a campesinos expulsados de Prusia Oriental, zona oriental de la línea

Oder-Neisse, o de otros países de Europa del Este.

Esta redistribución de la tierra entró en su segunda fase en 1948-1949, cuando las granjas más grandes (20 hectáreas o más) fueron fraccionadas a su vez. Los pequeños campesinos carecían de la fuerza económica necesaria para poder resistir a las presiones que se ejercieron sobre ellos, cuando empezó la tercera fase: la colectivización. Entretanto, la infraestructura para la colectivización total del país había sido preparada mediante la creación de las « Estaciones de tractores », el control completo del sistema de bancos y de crédito agrícola, la creación de un monopolio de Estado de abonos artificiales y otros productos indispensables, y la introducción del sistema de cuotas.

Casi tan pronto como los grandes cultivadores fueron abatidos (aunque sólo fuese por el hecho de privárseles de obreros), se empezó a colectivizar a los restantes. Había dos razones para desear realizarlo a toda velocidad: constituía una anomalía la existencia de granjas independientes en Alemania Oriental, siendo así que al mismo tiempo se procedía sin piedad a la colectivización forzada en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Había asimismo los acontecimientos de 1948-1949, el fracaso del bloqueo de Berlín y la reforma monetaria en Alemania Occidental, lo que significaba que Rusia no había logrado apoderarse de toda Alemania y que Alemania Occidental iba a resurgir muy pronto como un Estado fuerte y próspero. Fue entonces cuando Stalin decidió que la división permanente de Alemania era la mejor solución a que él pudiera aspirar. Decidió reconstruir Alemania Oriental de tal manera que las dos mitades no pudieran jamás ajustarse armoniosamente. Ignorando de modo deliberado las condiciones totalmente diferentes entre los dos países, los métodos rusos fueron aplicados en Alemania del Este, con la colectivización forzada como proveedor de mano de obra de las nuevas minas y fábricas, así como de las obras públicas. Y la oportunidad política les animó igualmente a repetir la misma política agrícola desastrosa realizada veinte años antes en Rusia. Se tomó en serio el reducir a los campesinos: en 1953 una cuarta parte aproximadamente de la agricultura alemana esta-

ba controlada directamente por el Estado, 13,8 por ciento de las tierras formando parte de los L.P.G., 3,8 por ciento constituida en sovjoses (granjas de Estado), y el restante 8,4 por ciento, controlado directamente por las « Estaciones de tractores ».

Pero esta política condujo de manera inevitable, como de costumbre, a un nivel general de vida inferior al precedente. Y este nivel inferior de vida produjo la sublevación del 17 de Junio de 1953, cuando cerca de 40.000 cultivadores se pasaron de Alemania Oriental a Alemania Occidental, la mayor parte por Berlín. Esta cifra tan importante constituía no solamente el 12 por ciento de los refugiados, sino alrededor del 10 por ciento de los cultivadores independientes o campesinos que entonces trabajaban la tierra en Alemania Oriental.

Incluso después de la sublevación, los comunistas continuaron su política de clemencia iniciada después de la muerte de Stalin. Durante la etapa de la lucha interna por el poder en el Kremlin, el período del llamado « deshielo », la opresión fue menor de lo que había sido o de lo que iba a ser. Pero cuando Kruschef se estableció firmemente en el lugar de Stalin y reunió en sus manos casi todas las riendas que éste último había sostenido, la política rusa se hizo de nuevo claramente agresiva.

Esto ocurrió aproximadamente hacia mediados de 1958. Los polacos habían aprovechado esta fase de relativa debilidad rusa para descolectivizar su agricultura. Entretanto, en Alemania Oriental la colectivización « voluntaria » había continuado, aunque en proporciones muy inferiores. A principios de 1958 el 65 por ciento de toda la agricultura era en Alemania Oriental propiedad privada y los pequeños campesinos independientes —o *Einzelbauer*, para usar la jergonza comunista—, lo pasaban relativamente bien. Incluso el aumento del 10 por ciento en el número de las granjas colectivas que se había realizado entre 1953 y 1958, fue en realidad el resultado de una redistribución administrativa, merced a la cual las granjas abandonadas por sus propietarios, huídos al oeste, fueron calificadas de « granjas locales » y transformadas en L.P.G.

Durante este período relativamente tranquilo, la producción de víveres en la zona

oriental aumentó hasta tal punto que el racionamiento oficial vigente hasta entonces pudo ser suprimido. A Kruschef —y quizás incluso a Ulbricht— le debió parecer que Alemania Oriental podía después de todo llegar a ser económicamente viable a pesar de la industrialización forzada. Pero durante estos años se había producido en Alemania Occidental el llamado « milagro económico ». Y cuando a fines de 1958 Kruschef quiso proseguir la política agresiva de Stalin, su mayor deseo fue hacer permanente la división de Alemania. Se ejercieron toda clase de presiones sobre las potencias occidentales para que abandonasen a Berlín, al mismo tiempo que se trataba de que los campesinos de Alemania Oriental se unieran a los L.P.G. En noviembre de 1958 Kruschef pronunció su ultimátum sobre Berlín.

Por varias razones (en las que puede incluirse o no el vuelo precipitado del Sr. Macmillan a Moscú a principios del año 1959 y la actitud conciliadora del Presidente Eisenhower en Camp David, durante el verano del mismo año), Kruschef parece haber creído que le bastaba con un fruncimiento de cejas para que el Oeste le concediera lo que él quería. Como primer resultado había obtenido la convocatoria de una Conferencia en la cumbre, para la primavera de 1960. No sabemos qué es lo que esperaba ganar exactamente en esta conferencia, pero parece posible que estaba dispuesto, con ciertas condiciones designadas por él, a retirar la mayor parte o todo el Ejército Rojo de Alemania Oriental.

Sabemos que se esforzaba en obtener una Confederación Alemana desarmada, en la cual el lamentable equipo de Ulbricht hubiera compartido, en un plano de igualdad con la República Federal, la soberanía sobre toda Alemania. Quizás creyó, incluso, que las potencias occidentales aceptarían esta aspiración fantástica, prólogo de una Alemania unificada comunista. Pero para tener la seguridad de que la Confederación adoptase la dirección comunista, era esencial que ciertas precauciones fueran tomadas en Alemania Oriental, para impedir que esta zona resbalara pura y simplemente, por su propio peso económico, hacia los brazos de la República Federal. En realidad era necesario transformar la zona oriental en una pre-

sa erizada de espinas, a fin de que la zona occidental no pudiera absorberla sin reformar profundamente sus bases administrativas, a las que los rusos podían oponer el derecho de veto. Y una de las formas de obtener este resultado era la colectivización total de la agricultura de Alemania del Este, como una parte de la socialización total de la zona oriental prevista por el Plan septenal, publicado el 1 de octubre de 1959.

El gobierno de Ulbricht se encontró enfrentado con una verdadera disyuntiva, situación para la cual parece haberse especialmente inventado la dialéctica marxista. Por un lado el estatuto legal de la llamada República Democrática Alemana proclamó el 30 de abril de 1959 que « la entrada en las cooperativas es voluntaria » ; por otro, los campesinos se mostraban, como siempre, muy reacios al voluntariado. La respuesta era, pues, *obligarles* a ser voluntarios. En el cuadro del Plan septenal se impuso a los cultivadores independientes normas imposibles de alcanzar y condiciones de cultivo intolerables.

En febrero de 1960 se celebró en Moscú una Conferencia agrícola de los partidos comunistas del Bloque Soviético, en la cual se decidió que se debía realizar la colectivización a marchas forzadas. Esta decisión, empero, no era aplicable a Polonia (aunque el turno de Polonia llegará a su hora, si el problema de Alemania Oriental se resuelve de manera satisfactoria para los rusos). Tampoco se hizo gran cosa para acrecentar el rendimiento de la recolección en Hungría, a causa del fracaso registrado en ese país en 1956. Pero en Alemania del Este la máquina colectivista se puso en marcha de nuevo. Ulbricht recibió las órdenes oportunas : toda la agricultura debía estar completa y directamente controlada por el Estado en el momento de la celebración de la Conferencia en la cumbre, que estaba convocada para mediados de abril.

En enero de 1960 la mitad poco más o menos de la agricultura de Alemania Oriental era todavía libre. Esto —debemos recordarlo— significaba que la mitad de los campesinos se habían negado obstinadamente durante cerca de doce años, a pesar de las considerables presiones ejercidas, a entregar sus propiedades a las colectividades. Sin embargo, tres meses después, el 14 de abril, to-

dos ellos se habían adherido « voluntariamente » a los L.P.G., excepto unos dos mil quinientos que decidieron huir hacia el Oeste.

*

Un índice de la importancia que los comunistas concedían a la terminación de la colectivización antes de la Conferencia en la cumbre, es el hecho de que estaban dispuestos a tomar las medidas más severas precisamente durante el período vital de las siembras de primavera, con los consiguientes e inevitables efectos sobre las cosechas de otoño. Pero una indiferencia tan completa hacia las exigencias de la naturaleza ha caracterizado durante mucho tiempo la actividad comunista, y ciertamente es la causa esencial de los fracasos repetidos de su política agrícola. A la gran presión económica que se ejercía sobre los campesinos de Alemania del Este se añadió una presión social directa. Fueron enviados equipos de agitadores de las ciudades y villas a los pueblos y aldeas, para persuadir al campesinado recalcitrante de que se adhirió voluntariamente a las colectividades.

Los agitadores se pusieron a trabajar, aunque algunos de ellos prefirieron huir al Oeste, por Berlín, antes que participar en tal campaña. Procedían de las oficinas del gobierno y del partido, algunas de las cuales cesaron provisionalmente sus funciones, pues la totalidad de su personal se encontraba ausente « persuadiendo » a los campesinos. Hasta los maestros de escuela fueron enviados a los pueblos para convencer a las gentes del campo. Otros procedían de los « grupos de combate de trabajadores » de las fábricas, desorganizando así la producción en éstas. Llegaban en grupos de dos, cuatro, ocho o más. Siempre había agentes de policía entre ellos, para que su presencia se añadiese al peso de los « argumentos ».

Sus argumentos resultaban curiosamente absurdos. Se preguntaba a un campesino si deseaba crear o adherirse a un L.P.G., es decir, entregar sus tierras y su ganado al Estado. Por lo general respondía que no lo deseaba. Se le pedía sus razones. En esto ya había una trampa : si contestaba que los L.P.G. eran ineficaces, o que no pagaban un salario decente, o simplemente que amaba su tierra, se le decía que la colecti-

vización era la política del gobierno « democrático » que le gobernaba, y que formaba parte esencial del Plan septenal. ¿Es que él estaba contra el gobierno y contra el plan? ¿Es que era, en realidad, un enemigo del pueblo? Estos cultivadores habían vivido uno u otro régimen totalitario durante veintisiete años, por lo que se forjaban pocas ilusiones sobre el destino que espera a los « enemigos del pueblo ». El coche de la policía esperaba fuera.

Una actitud de resistencia con mejores posibilidades, sería la simple repetición de la confirmación de que la ley no le obligaba a adherirse a un L.P.G. En efecto, en el *Bauernfibel*, manual elemental editado por el S.E.D. con destino a los campesinos, se especificaba : « El que trate de obligar a los cultivadores a adherirse por cualquier medio a un L.P.G., deberá responder de su conducta ante los tribunales. » Muchos campesinos, ateniéndose prudentemente a la legalidad ofrecida por las dictaduras, repetían sólo que no deseaban adherirse, sin dar más razones.

Esto, por lo general, hacía irse al primer grupo de agitadores ; pero pronto volvían con refuerzos. Forzaban el camino hasta el domicilio del cultivador y durante seis, ocho o diez horas le hacían preguntas, utilizando el sistema de « relevos » que se practica en las cárceles con los prisioneros políticos. La pregunta era siempre la misma : « ¿Eres partidario del socialismo y de la paz, o de Adenauer y de la guerra? » Cuando el pobre hombre daba la única respuesta posible, se le decía inmediatamente que mentía. Si se oponía a adherirse al L.P.G. local, esto significaba que estaba en contra del Plan septenal, y por consiguiente que era partidario de Adenauer y de la guerra.

Esto es la dialéctica en acción. Muchos cultivadores se escondieron en sus graneros o en los bosques para escapar a tal tormento, que se renovaba cada día y cada noche. Se les dio caza, se les atrapó, y la serie interminable de preguntas absurdas y de insultos empezaba de nuevo. Algunos todavía resistieron. Se instalaron camiones equipados con altavoces delante de sus casas, anunciando día y noche que el cultivador Fulano de Tal era un enemigo del pueblo, un factor de guerra y un partidario del gobierno nazi-revanchista de Bonn.

Los nervios de muchos de estos hombres y de sus mujeres cedieron ante la extrema tensión.

Y algunos todavía resistieron. La Conferencia en la cumbre se avecinaba y quedaba poco tiempo. Si un cultivador testarudo tenía hijos en la Universidad, se le decía que no se les permitiría proseguir sus estudios. Los cables eléctricos de sus granjas y sus lecherías fueron cortados. Hubo casos en que los agitadores derribaron las chimeneas. Y naturalmente, estas gentes estaban de continuo en la granja, vociferando sin tregua sus preguntas idiotas.

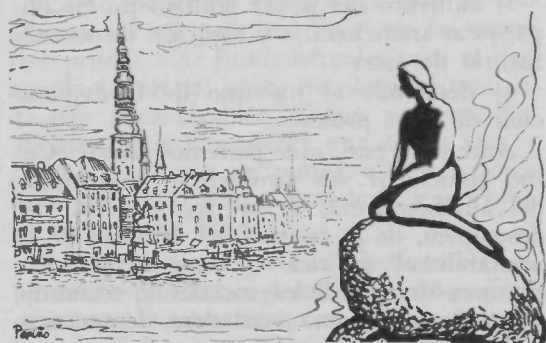
Entre el 1 de marzo y el 14 de abril de 1960, los últimos 140.000 cultivadores independientes cedieron sus granjas. En muchos casos, cada una de estas propiedades había pertenecido a una misma familia durante varias generaciones. El 14 de abril de 1960, el gobierno de Ulbricht pudo anunciar que el último distrito, el de Chemnitz, estaba socializado completamente. El calendario de Kruschef había sido respetado.

Algunos cultivadores se ahorcaron, muchos otros se escaparon al Oeste. Sin embargo, esta fuga resultaba difícil. La policía había recibido la orden de detener a los hombres que viajaban en los trenes hacia Berlín, si sus tarjetas de identidad llevaban como profesión cultivadores o trabajadores del campo. No obstante, millares de ellos pasaron al Oeste. La producción agrícola disminuyó rápidamente, y en el verano de 1960 Ulbricht tuvo que establecer de nuevo el racionamiento.

Esto era admitir en forma humillante su fracaso, y ni siquiera Ulbricht podía pretender entonces que Alemania Oriental se estaba convirtiendo en una unidad viable económicamente. Lo que había sido el granero de Alemania no se bastaba a sí mismo. El ganado fue llevado al matadero debido a la falta de pastos, mientras que las cosechas se pudrían en el campo, y los burocratas descargaban su rabia y su miedo sobre los infortunados campesinos sin tierra. Cada vez más, los campesinos se unieron a los profesores y a los especialistas en su fuga hacia el Oeste, hasta que el 13 de agosto de 1961 Ulbricht, temiendo la desintegración total y final de su miserable sapatría, levantó su célebre Muralla de China en medio de Berlín.

ANTONIO DIAZ

Dinamarca : pueblo feliz



MUCHOS CREEN que la felicidad de un pueblo radica exclusivamente en la extensión de su territorio ; y actualmente las posibilidades de desenvolvimiento económico sólo se calculan a través de la existencia de ciertas materias primas y la situación estratégica de las mismas. Si el país posee estas materias se recomienda desde luego la industrialización ; pero si no las tiene, está condenado a ser un país subdesarrollado y pobre.

Mas, aun en el caso de que el país tenga las materias primas deseadas y situadas muy estratégicamente, se necesitarán otros ingredientes que muevan el proceso de in-

dustrialización, como capital, técnica, medios de transporte, etc. También se necesitará de una élite intelectual y política que tenga ideas modernas, que empuje el cambio social y que transforme la estructura tradicional analfabeta por una estructura social alfabetizada industrializada. Esta élite debe tener una idea clara de los problemas sociales, políticos y económicos ; debe crear una ideología que ayude el desarrollo económico y la transformación del país. Pero ¿cómo conseguir esas élites si la mayoría de los países subdesarrollados tienen un analfabetismo que muchas veces pasa del 60 %, y los pocos alfabetos que hay son producto de una educación defectuosa, tradicional, poco práctica, que lejos de ayudar al cambio social son un obstáculo? En estas condiciones, un país subdesarrollado tiene muy pocas esperanzas de cambiar. Por desdicha sus problemas empeoran de día en día, pues aumenta la población, aumenta la miseria, se produce menos y se consume más : y en la mayoría de los casos la poca riqueza del país y los instrumentos de producción se hallan en manos de pequeños grupos que forman las oligarquías tradicionales opuestas a todo cambio social y al mejoramiento de las masas. Estos grupos oligárquicos, que por lo general son incapaces de organizar y planificar la producción económica, se limitan simplemente a colaborar con el capital extranjero a través del cual adquieren más riqueza y controlan más fácilmente el poder político. Por otro lado, el capital extranjero utiliza a estos grupos oligárquicos como simples canales de sus operaciones económicas de explotación.

Este trabajo se realizó durante mi visita a Dinamarca en el verano de 1960 y gracias a la ayuda de K. Pentter, al que expreso una vez más mi agradecimiento. (N. del A.)

Ante todo esto, ¿cuál es la solución? Y sobre todo, ¿cuál es la solución urgente? ¿Qué se puede hacer para que los países subdesarrollados resuelvan sus problemas y mejoren sus condiciones de vida?

En busca de una respuesta estos países consideran con enorme admiración los ejemplos de desarrollo económico alcanzado por Estados Unidos, la U.R.S.S., y actualmente por la China y la India. Mas, ¿hasta qué punto pueden ser útiles estas experiencias? ¿Hasta qué punto podemos aplicarlas a las realidades sociales y económicas de los países subdesarrollados? ¿Es que esos modelos no son desmesurados y por consiguiente, inoperantes en estos medios? ¿O creemos que las condiciones que hicieron posible la transformación y el desarrollo de dichos países existen también en todos los países subdesarrollados?

Sin embargo, cuando se toman estos modelos siempre se hace hincapié en el desarrollo industrial. Los países subdesarrollados, tengan o no los elementos necesarios, quieren industrializarse, sin considerar los problemas que la industrialización ha producido en tales países. Por ejemplo, la U.R.S.S. ha tenido y tiene serios problemas con su producción agrícola, por haber dado prioridad al desarrollo de la industria pesada al comienzo de su planificación económica. India, aunque ha dado mayor importancia al desarrollo rural de las comunidades, así como también al de la industria pesada, no ha resuelto aún su problema demográfico, que absorbe toda la riqueza que se obtiene a base de la planificación económica.

Pero, ¿es que sólo la industrialización es la primera cosa que se debe hacer? Sin duda alguna la industrialización trae consigo la transformación de un país; significa más riqueza, más trabajo, más organización, nuevas clases sociales, nuevas formas de poder, etc. Y el desarrollo de la industria pesada significa rápida capitalización y expansión industrial. Mas si esta industrialización se produce por el capital y la técnica extranjera con la colaboración de los grupos oligárquicos tradicionales, que como sabemos no están interesados en mejorar las condiciones de vida de las mayorías, resultaría extemadamente grave, porque el

capital extranjero añadido a las oligarquías ocasionaría:

a) orientación de la producción hacia los productos que más necesita el país proveedor del capital, lo que convertiría en monocultores a los países subdesarrollados, v.g. productores de cobre, estaño, petróleo, bananas, azúcar, etc.;

b) dislocación de la economía interna;

c) fuga de la materia prima y de la riqueza que ésta produce;

d) imposibilidad de capitalizar, vulnerabilidad y amenaza constante de presiones económicas;

e) dependencia de capital, técnica y mercado extranjero;

f) aumento del poder político de las oligarquías tradicionales y creación de nuevas formas de éstas;

g) desarrollo al máximo de la explotación de las « proles ».

Ante todo esto, ¿qué podemos hacer? ¿Cómo solucionar los problemas angustiosos del analfabetismo, de la desnutrición, del desempleo, de la mortalidad infantil, de la inestabilidad política? ¿Cómo reducir las enormes desigualdades sociales y económicas, para crear una verdadera democracia en estos pueblos?

El caso de Dinamarca

Dinamarca ha llegado a desarrollarse más que los países que poseen gigantescas plantas industriales o que los países que son cien veces más grandes, tanto en población como en extensión geográfica, hecho que ha causado la admiración y el respeto del mundo.

Como sabemos, Dinamarca es un país pequeño (apenas tiene 45.000 km², sin contar las islas Feroé ni Groenlandia), con una población de 4.500.000 de habitantes; a más de ser pequeño, su geografía es bastante difícil, pues se halla fraccionado en más de 500 islas. Dinamarca es, pues, casi un archipiélago, con muchas regiones áridas, con un suelo poco fértil y con un subsuelo extremadamente pobre, ya que no posee ni carbón, ni hierro, ni petróleo, ni bosques, ni ríos. La electricidad la compra a Noruega y a Suecia, e importa todas las materias primas para mover su industria, que crece en

forma considerable. Pero a pesar de todo esto, Dinamarca construye grandes barcos de pasajeros, barcos de carga, barcos tanques, tractores, maquinaria agrícola, de elaboración de alimentos, grandes plantas de cemento, molinos, todo tipo de maquinaria para la producción de energía eléctrica, etc. Tiene la agricultura más rica del mundo y el 60 % de sus exportaciones son productos agrícolas. También posee un excelente ganado vacuno, porcino y una gran avicultura que gracias a su número y calidad han dado origen a la formación de varias industrias, v.g. quesos, mantequilla, etc., de los cuales, Alemania e Inglaterra son sus mejores mercados.

¿Cómo podemos explicarnos que siendo Dinamarca un país que no tiene las materias primas más fundamentales para el desarrollo industrial posee no obstante una industria considerable? ¿Cómo podemos explicarnos que sin poseer una tierra rica y sin un territorio extremadamente grande tiene una agricultura, ganadería y avicultura de primera calidad?

En 1807 Dinamarca fue cruelmente bombardeada por los ingleses ; en 1864 sufrió grandes pérdidas de su territorio (Lauenburgo, Holstein y Slesvig) ; y en 1940-45 soportó la invasión y ocupación nazi, la cual causó muchos estragos en su economía. Y sin embargo es uno de los países que actualmente tienen un nivel de vida más elevado y mejor distribuido entre sus habitantes : ingreso per capita 1.200 dólares.

¿Es que esto es el resultado del capital o de la técnica extranjera? Pues no ; es el resultado de la educación, del trabajo, del profundo amor a la patria y de las transformaciones sociales que han hecho de Dinamarca un pueblo próspero, libre y feliz.

Causas de su adelanto

Varias y múltiples han sido las causas que han originado el adelanto de Dinamarca. Muchos autores argumentan que la transformación ya comenzó en el siglo IX, cuando los vikings navegantes, guerreros y aventureros, se convirtieron en comerciantes, surcando luego con sus naves todo el Mar del Norte, llegando incluso a extenderse, ocupar y formar prósperas colonias en In-

glaterra, Irlanda, Países Bajos, Normandía y varios países del Mediterráneo : o que la causa radicó principalmente en la formación de la Confederación Nórdica entre daneses, suecos y noruegos, unidos por razones comerciales y de defensa contra los comerciantes alemanes del septentrión, que formaban la poderosa Liga Hanseática que amenazaba el comercio del Mar del Norte y del Báltico ; o que el mismo absolutismo danés fue una de las principales causas del actual adelanto ; o que fue la inflación producida por las riquezas traídas del Nuevo Mundo la que dio la oportunidad a los daneses de vender más y más caros sus productos agrícolas, gracias a lo cual resultó posible su desarrollo. Otros, finalmente, indican que la transformación de la producción danesa de simples productores primarios de granos en productores de artículos agrícolas elaborados fue la causa de la transformación, ya que esto equivalió a una revolución industrial en el país.

Si es cierto que estas causas y muchas otras han contribuido a la transformación y progreso de Dinamarca, no cabe duda que las siguientes han tenido un papel decisivo y preponderante : la reforma agraria, el movimiento cooperativista y la educación.

Reforma agraria

La transformación radical del sistema de propiedad, que empezó en el siglo XVIII, constituye uno de los aspectos más importantes del desarrollo danés, gracias al cual se dio tierra y libertad a los campesinos, creándose en el transcurso del tiempo una sólida clase de propietarios independientes que han impulsado el desarrollo económico y establecido una fuerte democracia.

Actualmente la propiedad se halla dividida en la forma siguiente :

Explotaciones	Nº de propiedades	Hect. miles
de 0,55 a 5 hect.	40.800	113
de 5 a 10 hect.	54.000	378
de 10 a 30 hect.	81.600	1.386
de 30 a 60 hect.	20.800	784
de 60 a 120 hect.	3.300	246
de 120 hect. y más	900	185
Total :	201.400	3.092

Si consideramos este cuadro, advertiremos que el tipo de propiedad que domina en Dinamarca es la media, que va de 10 a 60 hect., y que constituye casi el 75 % de las propiedades que poseen alrededor del 70 % de la superficie total cultivable ; luego tenemos la pequeña propiedad, que va de 5 a 10 hect., representadas por 54.00 explotaciones con 378.000 hect. ; finalmente tenemos la que podríamos llamar propiedad mínima, que va de 0,55 a 5 hect. Si tomamos todas las propiedades mínimas, pequeñas y medias veremos que representan alrededor del 85 % de la superficie total cultivable.

En la actualidad se observa que el número de las grandes propiedades (que tienen de 60 a más de 120 hect.) y de las propiedades mínimas tiende a desaparecer. Las unas porque son demasiado grandes para Dinamarca y las otras porque resultan harto pequeñas y no pueden rendir lo suficiente para el sostenimiento de una familia.

Sin embargo, debemos indicar que las explotaciones mínimas desaparecen dentro de nuevas formas agrícolas de organización, como las llamadas « Empresas Agrícolas de Pequeños Cultivadores », que en muchos casos se forman a base de tierras parceladas por el Estado y que provienen de las grandes propiedades, y en otros a base de las mismas tierras mínimas unidas entre sí.

Además de que la propiedad está dividida, los agricultores daneses cultivan el 95 % del total de la superficie laborable del país. Tienen una agricultura mecanizada y predomina el cultivo intensivo. Se estima que el 60 % de las explotaciones agrícolas cuentan con tractores y maquinaria agrícola moderna.

El agricultor danés no sólo se dedica al cultivo del campo, sino también a la cría de ganado porcino, vacuno y también a la avicultura : se calcula que hay en todo el país alrededor de 25 millones de aves de corral y 4,9 millones de cerdos, con lo que se crean nuevas fuentes de ingreso y de producción.

El cuadro siguiente nos puede indicar la distribución de los animales domésticos, según la extensión de la propiedad :

N° de animales domésticos por cada 100 hect. en 1954

	0,55 a 10 hect.	10 a 60 hect.	60 hect. y más
caballos	23	10	5
ganado bovino	125	102	73
vacas lecheras	69	57	33
ganado porcino	207	159	88
aves de corral	1.727	620	194
otros animales	225	157	98

Si observamos estas cifras, encontraremos que los mínimos y pequeños propietarios son los que poseen más número de vacas lecheras, ganado porcino, aves de corral, etc. Esto se puede explicar muy fácilmente, ya que es la forma en que estos propietarios se defienden, nivelan y mejoran su ingreso, compensando el desnivel que puede ocasionar la producción de sus propiedades, debido especialmente a la pequeña extensión de las mismas.

La gran producción de estos agricultores independientes, a base de agricultura intensiva, mecanizada, gran trabajo y técnica agrícola, está unida a otro elemento fundamental de la sociedad y de la economía danesa : las cooperativas.

Las cooperativas

Estas constituyen otro de los principales motores de la vida y de la organización danesa. El desarrollo del movimiento cooperativista es muy antiguo en Dinamarca, pues ya se inició en 1866. En la actualidad, más del 40 % de la población total forma parte de diferentes sociedades cooperativas. Sin embargo, su desarrollo y beneficio ha sido más intenso en las regiones rurales que en las urbanas :

Sociedades cooperativas urbanas 620 ; miembros 475.000.

Sociedades cooperativas rurales 8.304 ; miembros 2.208.691.

Por lo general, los agricultores daneses entregan a las cooperativas cualquier cantidad de lo que producen, por ejemplo leche, y las cooperativas transforman este artículo con su poderosa y moderna maquinaria en mantequilla, quesos, leche condensada, etc. ; después de que el artículo ha sido elaborado, se encargan de buscar los mejores precios en el mercado internacional.

Casi toda la producción de leche, huevos y carne, ha sido enormemente impulsada por las cooperativas en beneficio exclusivo de los agricultores ; en la actualidad, de las 1.450 lecherías que existen en todo el país, 1.250 pertenecen a las cooperativas, las mismas que absorben el 90 % de la producción total de leche destinada al consumo y a la fabricación de mantequilla y queso.

A través de las cooperativas el agricultor vende sus productos, pero también compra muchas de las cosas que necesita para cubrir sus necesidades personales y las que demandan su trabajo : semillas, fertilizantes, maquinaria agrícola, etc. Asimismo recibe constantes consejos de los laboratorios que poseen las sociedades cooperativas agrícolas, sobre el uso de nuevas técnicas o de nuevos abonos químicos. Y por mediación de los bancos cooperativos realiza sus transacciones diarias o recibe préstamos con bajo interés para mejorar sus técnicas de trabajo.

Las cooperativas, además de constituir un canal económico del agricultor, le han dado a éste independencia y libertad.

El siguiente cuadro nos puede facilitar una idea clara de la organización de las cooperativas agrícolas de producción y de algunas cooperativas de consumo donde el agricultor se provee de los artículos que necesita :

Sociedades cooperativas de producción en 1960

	Nº de coop.	Nº de miembros
Cooperativas lecheras	1.192	165.000
Asociaciones de export. de mantequilla	9	746
Asociaciones de export. de quesos	3	79
Fábricas cooperativas de tocino	62	192.000
Coop. de actividades especiales	19	—
Fábricas coop. de tocino y export. de huevos	7	—
Coop. de agricultores daneses (export.)	1.394	85.000
Asociación de exportadores de ganado	21	40.000
Coop. de agricultores daneses para venta de ganado	36	78.880

Coop. de rastro de aves de corral	4	119.000
Sociedad Coop. danesa de semillas	1	5.578
Total :	2.748	686.283

Sociedades cooperativas de consumo

Sociedades Coop. de alimentación	1.773	102.800
Soc. Coop. de fertilizantes	1.755	—
Soc. de venta de motores y plantas de lecherías	1	1.888
Estaciones de maquinaria agrícola	19	2.550
Total	3.548	107.238

Los agricultores daneses no sólo pertenecen a una cooperativa de consumo o de producción, sino que en la mayoría de los casos son miembros de 10 o 15 sociedades cooperativas a la vez. Además, se hallan organizados en otro tipo de sociedades a través de las cuales estimulan la educación agrícola y técnica, el mejoramiento económico y la actividad política. Así, los pequeños, medianos y grandes propietarios se hallan agrupados en sociedades locales, provinciales y federaciones nacionales, como son la Federación de Agricultores Daneses, la Federación de Pequeños Propietarios, etc.

La actividad política la realizan a través de los diferentes partidos. Pero por lo general los medianos propietarios prefieren el Partido Socialdemócrata o el Venstre ; los pequeños propietarios el « Det radikale Venstre » y los grandes propietarios el Partido Conservador.

El cuadro siguiente nos muestra la evolución y la distribución del poder político en el Parlamento en 1953, 1957 y 1960 :

Partidos políticos	1953	1957	1960
	(puestos)		
Socialdemócratas (social.)	75	70	77
Venstre (liberal)	43	45	39
Det radikale Venstre (social liberal)	14	14	11
Conservador			32
Independiente	6	9	6
Comunista	8	6	11
Islas Feroé	2	2	2
Groenlandia	2	2	2

El hecho de que Dinamarca desarrolle una gran actividad agrícola, no significa que este país tenga la mayor parte de su población activa ocupada en la agricultura ; si miramos la distribución de la población económicamente activa entre las diferentes ramas de trabajo, encontraremos que hay más personas en la industria y en la artesanía que en la agricultura.

Distribución de la población económicamente activa

Agricultura y pesca	28 %
Industria y artesanía	33 %
Comercio	13 %

Estos datos pueden servirnos para admirar aún más a los agricultores daneses.

Educación

Dinamarca es el país que, aparte de no poseer analfabetos, tiene uno de los mejores sistemas de educación y de orientación de la infancia y de la juventud, cuya influencia se ha dejado sentir en toda Escandinavia, Alemania, Inglaterra, U.S.A. y Argentina.

La transformación de la propiedad, de la agricultura, de la técnica y el desarrollo del espíritu cooperativo sólo han sido posibles gracias al alto grado de educación alcanzado por el pueblo danés mediante las Escuelas Populares, las mismas que han ejercido una influencia fundamental en la formación de las generaciones que han transformado este país.

Las Escuelas Populares, creadas en 1844 por N.F.S. Grundtvig, gran poeta y educador, impulsadas por el dinamismo de Cristian Kold, fundador de las Escuelas Libres, han ayudado en forma muy especial a los campesinos transformándoles en ciudadanos

conscientes, libres y activos en la vida política.

La mayor preocupación del gran Grundtvig no fue simplemente el establecimiento de una escuela rural donde se enseñe a leer y escribir a los analfabetos, sino sobre todo el hacer de ellos seres humanos y ciudadanos útiles, a base de enseñarles a « amar a su comunidad compartiendo en forma activa las instituciones que la comunidad ha creado », por intermedio de la música, el canto, la literatura, la historia, la tierra, las tradiciones y todo el folklore, es decir la ciencia y el arte del pueblo.

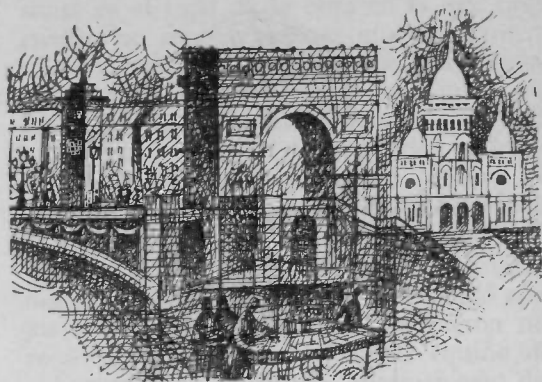
Estas escuelas vivifican la mente de los jóvenes, antes que ilustrarlas con miles de nombres y datos muertos que asfixian el desarrollo personal y que se olvidan tan pronto se ha obtenido el título o diploma. Estas escuelas ayudan el desenvolvimiento armónico de la mente, de la personalidad y del carácter. Se enseña en ellas a pensar, a juzgar y a criticar ; se enseña al individuo a ser un verdadero hombre que ama la vida, lo que posteriormente despierta en él un deseo « espontáneo de conocimiento ».

Otro de los aspectos vitales de este sistema son las relaciones de los estudiantes con los profesores, los cuales aparte de compartir muchas actividades de la vida estudiantil y orientar constantemente con su ejemplo, realizan la enseñanza en la forma más sencilla, amena y útil.

Estas son las Escuelas del Pueblo, abiertas a todos sin diferencias de clase, raza, religión o ideas políticas. Escuelas sin exámenes, sin diplomas ni títulos. Escuelas de y para los seres humanos, en donde se aprende a pensar, a amar la vida, el trabajo, el país y el mundo. Escuelas que han dado a Dinamarca felicidad y democracia.

balcón de París

POR RAMON XURIGUERA



Los ochenta años de Pablo Picasso

ESTE ANIVERSARIO DE PICASSO ha sido una movilización general de críticos y de comentaristas. La prensa diaria y los papeles ilustrados se han sumado a las revistas y a las publicaciones especializadas en este homenaje espectacular que se le tributa. Caso extraordinario de popularidad de un artista.

Picasso es un fenómeno de sugestión colectiva. No ya respecto de los que se interesan por los problemas del arte, sino aun de los profanos, de los que permanecen más ajenos a las cuestiones artísticas. No hay país, no hay clase social donde el nombre de Picasso no esté incorporado al lenguaje familiar. Su rostro, con la centelleante vitalidad de sus ojos, ha sido infinidad de veces difundido por el mundo entero. Sus muecas, sus supercherías, sus pintorescas babuchas y su torso desnudo ocupan repetidamente los lugares más visibles de las hojas impresas. Es un caso de fascinación. Y de este hechizo participan a la vez los exegetas informados y el público más ignaro del movimiento artístico. Más de quinientos libros andan por ahí publicados hablando de Picasso. Ninguna producción ha sido tan reproducida. Los artículos y comentarios que le fueron consagrados se cuentan por millares. Cuanto hace, cuanto dice es intencionalmente glosado y comentado. Y no siendo precisamente el amor al comentario artístico ni el gusto por la teoría

lo que caracteriza al pintor, es sorprendente ver sus hechos y sus dichos envueltos en un ropaje trascendental como si fueran sentencias profundas.

A ningún otro artista de su época se le ha gratificado con tan pródiga abundancia como se ha hecho con él, con el epíteto de genio: genial es su arte, geniales sus ocurrencias. Incluso sus detractores, los que se refieren a su obra con distingos y reservas, lo hacen entre plácemes y loas. Y como es de ley cuando al hombre se le reconoce genio, cuanto de cerca o de lejos le alcanza, es materia de detenido examen. Así, por ejemplo, el intrincado desorden de la casa de campo donde vive, los nombres de sus gatos y sus perros, la luz del cielo de Málaga que el artista dejó de ver antes de tomar los pinceles, la genealogía materna y paterna con aledaños no siempre claros ni fieles. Hasta los nombres de pila han sido minuciosamente enumerados previo cotejo del acta de nacimiento y de la partida de bautismo; nombres de pila por cierto numerosos: Pablo, Diego, José, Francisco de Paula, Juan Nepomuceno, María de los Remedios y Crispiniano de la Santísima Trinidad.

Sus exposiciones son verdaderos acontecimientos. Los museos y las galerías más famosas se las disputan. La celebrada en el Museo de Artes Decorativas de París, el año de 1956, vio desfilar más de ochocientas



PICASSO : « AUTORRETRATO »

mil personas. La de la Tate Gallery, de Londres, el año pasado, más de cuatrocientas mil.

¿Cómo se explica esta curiosidad por un arte que ni es fácil de abordar ni es placentero? ¿Cómo justificar la gloria universal de un hombre que ni es estrella de cine, ni jefe de Estado ni astronauta?

Será este uno de los enigmas de nuestra época que sin duda dará que meditar a los exegetas futuros.

*

Fama y contagio aparte, la producción de Picasso se impone entre nosotros por su fuerza revulsiva y por la actitud de constancia que ante ella ha observado el pintor. Antes de Picasso la pintura revelaba ciertos indicios de protesta. Del romanticismo de Delacroix a los impresionistas se traduce un descontento ante la prolongación de la expresión clásica. Se deseaba renovar la pintura, descubrir otro lenguaje. El impresionismo ofrece esa posibilidad. Es un mensaje subjetivo, la puerta de la libertad. Picasso arrancará de él y orientará su óptica hacia la duda y el revisionismo de su tiempo. El inconformismo es su guía. En la forma lo hallará en el Greco y en Toulouse-Lautrec. En el fondo, en el miserabilismo de la calle : en los pobres, en los lisiados y en los borrachos.

El movimiento social de Barcelona favorece esa inclinación. Quizás también el eco intelectual de Nietzsche y de Ibsen, muy en boga en aquel momento en Cataluña. Y hay que atribuir al individualismo anarquizante heredado en Barcelona, la saña con que en París opone a la imagen de un mundo bien nutrido y egoísta sus seres harapientos y enfermizos.

Su rebelión hurgaba las leyes de una lógica con los embates de otra : la de la destrucción.

La destrucción es el fruto de su rebeldía y será la finalidad primordial de su obra. Unos treinta años más tarde se lo dirá a Cristián Zervos.

Lo que Picasso intenta destruir, y con ello la evolución del arte a la que tanto ha contribuido, es la prolongación del clasicismo, la continuidad de una expresión ya definida y completa.

« En arte —anota Camilo José Cela refiriéndose a Picasso— todo el interés se encuentra en el comienzo. » A lo que Picasso añade en otra parte, como si fuera una réplica : « Hay que empezar por algo. »

Este algo es el cubismo, es el gigantismo ingresco, es la desarticulación facial, el mutacionismo, las variaciones apoyadas en la obra de Cranach, de Grünewald, de Delacroix, de Velázquez, de Matisse, es la improvisación y lo imprevisto.

Empezar, empezar constantemente, descubrir nuevos elementos, remozarlos, depurarlos y volverlos a tomar, combinándolos, comentándolos, dándoles otro sentido, infundiéndoles una nueva dimensión.

Puede empezarse con lo propio o valerse de lo ajeno. Cuando se destroza algo, lo que se elige para iniciar una nueva experiencia no es más que un pretexto. Lo que realmente interesa al destructor es deshacer la unidad. Y a partir de la demolición suscitar una presencia nueva. Es lo que induce a Picasso a imaginar otro toro, otra guitarra, otra botella.

De ahí la aparición del cubismo. Corte radical con la consabida tradición. El cubismo es acaso una sorpresa, pero caída en un claustro ávido de concepción. Sin esa dispuesta receptibilidad pudiera no haber sido discernido, ni explorado. El cubismo es el

triunfo de la rebelión de Picasso, es su genuina creación. Sin él la protesta picassiana quizás no hubiera sido más que negativa. Con él dio el arte un paso de gigante en la línea de su actual evolución.

Destruir y ofrecer a la vez con el derribo la base de una expresión inédita es una aventura inusitada y por ende la propia creación. Y quizás resida ahí la atracción intelectual que ha promovido Picasso.

La intuición, este factor creador que le hizo descubrir la orientación de un arte nuevo, le ha mantenido durante toda su vida en los ámbitos de la innovación. Paraje ingrato y muy comprometido para quien no posea dotes certeras de mago. Y este inquieto buscar y destrozarse en pos de la sorpresa, es lo que le ha hecho múltiple y proteico. Pues mientras Gleizes, Braque y Gris convertían el cubismo descubierto en una disciplina, él lo sometía a examen y se tomaba con él no pocas libertades y licencias.

Así y todo, el cubismo es la base más frecuente de su producción. Y aún cuando se debate con alejados problemas, éstos lo contienen como un sentimiento.

*

La variedad de la obra de Picasso adquiere convergencia cuando se la considera como estilo. Entonces lo dispar parece adquirir coherencia. Quizás porque la óptica del pintor abarca un horizonte cuyo tra-

sunto es el total de la obra en la que cada cuadro no representa más que un elemento del conjunto. Por eso resulta azaroso examinar a Picasso parcelado. Todo juicio solicita un retroceso en el tiempo, demanda una perspectiva. Así lo entienden galerías y museos, los cuales presentan la obra picassiana organizando exposiciones retrospectivas.

Y en este hecho toman pie las variaciones del artista reanudando e ilustrando añejos temas. ¿Cuántos caballos le fueron necesarios para llegar al ejemplar equino de « Guernica »? ¿Cuántas alteraciones del rostro para acabar con la dislocación facial de las « Meninas »?

Es posible que de esta serie cuantiosa de ensayos no surja una sola faceta completa y terminada. El sino de Picasso parece más bien ser el de creador de instrumentos que el de ejecutor de una obra acabada.

Puesto que su genio es demoler y no construir, su valor con relación al arte quizás consista ante todo en su actitud. Una vida entera, luenga y lúcida como la suya, consagrada a desentrañar los fundamentos, a derribar con tesón a fin de rehacerlo todo, no carece de relieve en un tiempo como el nuestro, demoledor por excelencia (dadaísmo, superrealismo, afiguración, amén de la descomposición extra-artística), si a la vez la destrucción revela los fecundos anticipos o barruntos de toda época de transición.

72.57R



Sobre la fama

(La obra de José Ricardo Morales)

POR JOSE FERRATER MORA



La fama es asunto misterioso y un tanto inquietante. ¿A qué se debe? ¿Cómo viene? Sobre todo, ¿cómo no viene? No me refiero a esas famas que Azorín llamaba « horizontales », la fama inflada por el político a fuerza de pulmones ; la fama vertiginosamente acumulada (y a veces más vertiginosamente gastada) por la actriz que se suelta el pelo, por el futbolista que da pie con bola, por el asesino que sabe escoger a sus víctimas. No porque estas frenéticas famas no tengan asimismo su intrínquilis ; al fin y al cabo, hay muchos políticos que se desgañitan, muchas actrices que se descocan, muchos futbolistas que cumplen y hasta no pocos asesinos que dan en el blanco y que, sin embargo, no alcanzan, como sus más venturosos colegas, a ser famosos. Me refiero a las famas que son, también en palabras de Azorín, más « verticales », a las menos vociferantes y más duraderas. Por ejemplo, a la fama del biólogo que no es sino biólogo, a la del novelista que es sólo novelista. ¿Por qué dan unos tanto que hablar y otros son innominados? O, mejor, ¿por qué unos tan celebrados y otros, aunque con mucha pena, tan sin gloria?

Ya sé que a ello puede responderse de varios modos ; por ejemplo, que tal biólogo alcanza la fama porque ha sido agraciado con el Premio Nóbel, o que tal novelista alcanza renombre porque ha recibido el Premio de la Crítica. Pero la cuestión no hace sino retrotraerse : ¿por qué uno recibe el Premio Nóbel y otro —que, después de todo...— no? ¿Por qué uno consigue el Premio de la Crítica y otro ni siquiera —¡oh, qué bien le vendría!— ni siquiera una enérgica repulsa o hasta un bofetón bien plantado? No

se me venga con que todo es lo mejor en el mejor de los mundos posibles ; que quienes reciben premios, alabanzas —o, lo que a veces suscita análogos estremecimientos, denuestos— se lo merecen, en tanto que los no agraciados se lo tienen bien ganado. Aquí, como en todo, la regla es tan antigua como su inventor, Pero Grullo : pues a veces sí y a veces no. Mas supongamos que nadie reciba, sin que sea digno de él, su beneficio, ¿no habrá algunos otros que merezcan, tanto como ellos, los galardones de que no gozan? Y, por lo demás, no todo consiste en honores y en recompensas : la celebridad, inclusive la más « vertical », la más « profunda », hasta la más especializada y minoritaria, se posa sobre el elegido por modos muy diversos : circunstancias históricas, ocasiones cogidas por los pelos, manos poderosas, ciudades afortunadas. En todos los casos, los motivos no son siempre razones. Y las razones, cuando las hay, no son siempre convincentes. La fama sigue siendo, pues, un misterio —a menos que sea un embrollo, o una intriga.

Con lo cual no quiero decir —aunque por poco se me escapa— que ninguna fama sea auténtica. La fama de Proust, de Pirandello o de Picasso, una vez de contado cuanto quiera descontarse, tiene un aire genuino y plausible. Pero en la mayor parte de los casos nada se parece tanto a la fama como las finanzas públicas : como en éstas hay en aquélla un frecuente, y acaso inevitable, desequilibrio entre el caudal de reservas y el papel moneda circulante. A veces —demasiadas— se le ha ido la mano a la misteriosa empresa que imprime los billetes. La máquina funciona sin reposo ; es la inflación. Cuando ésta es obvia, no debe causar zozobras ; de hecho, comienza ya a resultar reveladora, o por lo menos interesante. Pero con frecuencia no es obvia ; el engaño —o la ilusión— son entonces uni-

versales. A veces hay más reservas que papel. A veces, no hay ni siquiera papel. Los casos de desequilibrio abundan. Hay acuerdo bastante general en que Valle-Inclán fue un gran escritor. Pero ¡diablos!, ¿por qué no se le reconoce, en la Gran Bretaña lo mismo que en la Gran Canaria, como uno de los más grandes escritores de este siglo, a la par con otros de circulación harta más vasta? Françoise Sagan usufructúa virtudes literarias nada desdeñables. Pero, ¿por qué ese aparatoso tren del « primer Sagan », del « segundo Sagan », del « tercer Sagan », del « cuarto Sagan », como si se nos propusieran los cuatro Evangelios? Los casos citados son todavía leves; no costaría trabajo traer a colación otros mucho más desconcertantes, o irritantes. Y no se diga que la historia se encarga de poner las cosas en su punto, porque la historia suelen hacerla los mismos hombres — u otros similares — que producen los anteriores efectos. Por lo demás, éstos tienen a menudo curiosas causas; como en el buen billar, abundan en este terreno las carambolas. Una frase que maldita la gracia le hizo al autor puede llegar a pesar más que una laboriosa obra: una leyenda, más que una realidad. Más que un buen entender puede pesar un oportuno malentendido.

He armado toda esa artillería con el siguiente propósito: presentar — y en cierto modo denunciar — un caso de desequilibrio entre el mérito y su reconocimiento. Por ser el mérito abundante y el reconocimiento escaso, un ejemplo de excesiva deflación.

Se trata de un escritor español de mi propia generación: José Ricardo Morales. Puede que algunos lectores discrepen: « Pero ya sabemos quien es José Ricardo Morales: le hemos oído tal o cual conferencia; hemos asistido a la representación de una o varias de sus obras teatrales; hemos observado que se ocupaban de él tal o cual revista o tal o cual periódico; hasta hemos tomado café con él, ¡valiente descubrimiento! » Pero sospecho que la gran mayoría de los lectores fruncirán el ceño: « ¿Que quién dijo? » O: « ¿Genio desconocido tenemos? Esta especie está extinguida ». No sé, pero sea cual fuere el radio de difusión de la persona y la obra de Morales, apuesto triple contra sencillo que es muy inferior a lo que ambas merecen. Puede que José Ricardo Morales sea conocido de algunos, y en la región geográfica en que normalmente se mueve — en Chile; seamos más precisos: en Santiago — archiconocido de muchos. Pero hasta ahora no he visto que se hablase de él en la misma proporción en que se ha hablado de otros autores contemporáneos de lengua española cuyos merecimientos son harta más dudosos. Las comparaciones son odiosas — aunque sean interesantes; me atengo por lo pronto a la frase hecha y uso la fenomenológica cautela de ponerlas en

tre paréntesis. Es lástima, porque si rompiera mis cautelas aparecerían más transparentes mis razones. José Ricardo Morales no es un desconocido. Pero nadie es totalmente un desconocido. ¿De qué se trata, pues? De poner de relieve que en su caso se revela sin recato el aspecto misterioso e inquietante de la fama, aun la relativa fama de una razonable celebridad literaria.

He aquí unos datos. José Ricardo Morales vive en Chile desde que terminó la guerra civil española — veintidós años de exilio —. En Santiago terminó sus estudios de Filosofía y Letras. Allí profesa desde hace más de tres lustros. Su especialidad académica es la historia del arte. Tengo la tranquila confianza de que las obras que prepara en esta materia van a ser de elevados quilates. Morales es un historiador del arte, y especialmente de la arquitectura, que ve más allá de los datos — los cuales, por lo demás, conoce al dedillo —. Pero no me interesa hablar de Morales como historiador del arte. En primer lugar, ha publicado todavía muy poco sobre la materia, y no es decoroso basarse en meras presunciones. En segundo término, la historia del arte no es asunto adecuado para difundir el nombre de sus cultivadores — bien que Wölfflin, Worringer, Panofsky o Wittkower no sean precisamente unos desconocidos —. El Morales de que me interesa hablar brevemente es el Morales escritor, el Morales dramaturgo. Y aquí comienzan mis perplejidades. Porque lo que de él he visto representado, y lo que no he alcanzado a ver representado, pero he leído, me parece sencillamente admirable. Este adjetivo, lo sé, no dice gran cosa; habría que mostrar con detalle por qué lo admirable es admirable. Pero mi propósito actual es harta modesto: no pretendo analizar la obra de teatro de José Ricardo Morales, sino simplemente llamar la atención sobre ella. No es, por cierto, una obra vasta. He aquí el inventario: una « Bagatela para fantoches » titulada *Burlilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante*, escrita cuando el autor era combatiente en España, representada por un grupo teatral de la Federación Universitaria Española, y publicada en Santiago de Chile en 1945; una farsa trágica en tres actos, *El embustero en su enredo*, representada varias veces por la Compañía de Margarita Xirgu y hasta ahora inédita; una tragedia o, como el autor la llama, « un caso de conciencia », *Barbara Fidele*, en seis cuadros, premiada por el Teatro Universitario de la Universidad de Chile en 1948 y publicada en Santiago de Chile en 1952; tres piezas en un acto — « De puertas adentro », « Pequeñas causas », « A ojos cerrados » — publicadas, también en Santiago, en 1955, con el título *La vida imposible*; una adaptación escénica de *La Celestina*, representada con moderada frecuencia en Chile, Argentina y el Uruguay y publicada asimismo en

Santiago, en 1958 ; una « tragedia », aún inédita —en busca de un editor— y no representada —en busca de unos actores— que lleva por título *El juego de la verdad*. Puedo olvidar algunas cosas, pero confío no haber omitido nada esencial.

No, la obra no es vasta. Pero espero que no se tome pie en este hecho para apilar objeciones. La obra, además, no es vasta porque pertenece a la naturaleza del teatro de Morales el ceñirse a lo esencial, el evitar el desaliño, la gratuidad, la vana retórica. Autores hay que conservan todavía la responsabilidad del artifice : Morales es uno de ellos. Lo cual no le quita a la obra teatral de Morales un ápice de impulso creador. El artifice no es necesariamente un comadrón de menudencias ; conforme al sentido etimológico del vocablo (*artifex*), es más bien el plasmador, el creador. Creador a la buena manera, según ley —aunque sea la propia ley—, y no a la buena de Dios ; digamos, al buen tuntún.

No tengo a mano en estos instantes más que dos libros de Morales : *Barbara Fidele* y *La vida imposible*. Pero me bastan ; al releerlos, me admira su lenguaje, su penetración y, en el buen sentido de la palabra, su teatralidad. Morales tiene el sentido del escenario. Pero me admira otra cosa. Releo *Barbara Fidele* : aquí está el problema de *El diablo y el buen Dios*, de Sartre, presentado antes que Sartre y —me interesa hacer constar que no estoy dispuesto a escatimarle a éste su gran talento— con mayor tino, y hasta mayor fuerza, que Sartre. Releo las tres piezas agrupadas en *La vida imposible*, en la misma sazón en que estoy asistiendo, en París, a representaciones de obras de Beckett, de Genêt, de Ionesco. Y no puedo evitar preguntarme varias cosas. Por ejemplo : ¿cómo es posible que estas tres piezas de José Ricardo Morales, terminadas en 1946 y 1947, contengan, tan clara y hondamente, motivos tan justamente celebrados en los mencionados autores, motivos que han contribuído no poco a dar a tales autores la merecida fama que usufructúan? El hábil uso de la frase hecha para revelar la personalidad y la situación ; la espera de algo que no llega ni acaso llegue jamás, o porque es un vacío, una nada, o al contrario, si no a la vez, una plenitud ; la mostración del sentido trascendente de la vida en la existencia y en la minucia cotidianas ; la realidad que se oculta a sí misma para hacer el juego consigo misma : eso lo encuentro, y a manos llenas, en estas obras de Morales. Lo que me maravilla, sin embargo, no es sólo la anticipación ; al fin y al cabo, la anticipación es una curiosidad histórica, asunto para arqueólogos. Es el hecho de que desde 1946, y antes, Morales ha estado produciendo un teatro que es a la vez suyo y de la época. Es suyo, porque —y reitero que sólo un análisis acabado podría mostrarlo— este teatro tiene un sabor propio, irreducible a

los de Ionesco o Beckett. Es de la época, porque Ionesco o Beckett, o quien fuere, y Morales, son todos, en cierto modo, unos, aunque no sean en modo alguno los mismos.

Que Morales haya producido —y, espero, siga produciendo— su teatro a partir de una tradición española —que conoce admirablemente— en la que figuran, entre otros, Cervantes y Valle-Inclán, es una razón más para que nos interese. Aquí no estamos ante el clásico pasmo y apresurada imitación de las modas que lanzan los grandes empresarios literarios europeos. Estamos ante un fenómeno que debería por lo menos aguijonear nuestra curiosidad : el de un autor español que, desde un rincón austral de América, está de lleno, como hoy se dice, « en Europa ». Está en Europa sin necesidad de poner los ojos en blanco, o de retorcerse en imitativas contorsiones. Sin patetismo y, que el autor me perdone, sin esfuerzo.

¿Por qué, pues, no es José Ricardo Morales más conocido? ¿Por qué no se representan sus obras de modo que acabe por serlo de veras? ¿Por qué no se las publican editores menos recoletos? ¡Los misterios de la fama! Aunque, a decir verdad, no son sólo misterios. Morales no pertenece a ninguna iglesia, a ningún partido, a ninguna bandería. Sus obras no pueden ser utilizadas para ensalzar —o denostar— el nuevo Estado de Israel, para penetrar en las intenciones de Kruschef, para defender las virtudes de la tradición o la democracia parlamentaria o la reforma agraria. Sólo pueden ser utilizadas para entender el misterio del hombre y el del lenguaje —que acaso sean, como ahora viene a decir Heidegger, la misma cosa—. Por si fuese poco, Morales no hace nada, o menos que nada, para que se reconozca siquiera su existencia. No habla de sí, no escribe cartas ansiosas a los presuntos críticos, no envía sus obras a los que puedan, o quieran, hablar de ellas. No me las envía ni siquiera a mí, que me interesé por ellas desde el principio. En lo que toca a lo que los norteamericanos llaman *promotion* y *public relations*, José Ricardo Morales es un completo desastre. Una perfecta calamidad. Que no se queje, pues —pero, ¡ahí está!, tampoco se queja—, si no se habla de él.

No pretendo con estas páginas « lanzar » a José Ricardo Morales. Para presentar debidamente un autor a esa dama veleidosa y misteriosa que es la Fama —inclusive la fama con letra menuda y en minúscula— el introductor debería ser, a su vez, famoso. Pero no me preocupa mi ausencia de títulos. Tengo todavía suficiente confianza en el nudo poder de la letra impresa. Por ella, que no por mí, espero que no se echen en saco rato estas cartas credenciales.

JOSE FERRATER MORA

William Ebenstein : « Church and State in Franco's Spain »

EL PROFESOR William Ebenstein acaba de publicar un estudio titulado *Church and State in Franco's Spain* (Center of International Studies, Princeton University, 1960), en el cual se fijan con claridad los lineamientos generales de las relaciones entre Franco y la Iglesia Católica en España. Sus hallazgos son una confirmación del papel preeminente que la Iglesia Católica ha jugado bajo el régimen franquista.

La Iglesia Católica, nos dice Ebenstein, « ha sido singularmente la fuente más importante de estabilidad para el régimen de Franco ». En vista de que la Iglesia —continúa él— ha considerado algunos de los principios cardinales del liberalismo como « errores » (en el « Syllabus de Errores » de 1864 de Pío IX y en « De la Libertad Humana » de 1888 de León XIII), pero al mismo tiempo no ha sido igualmente condenatoria del totalitarismo (excepto de algunos de sus principios como el racismo, que son contrarios a la teología católica, según el Papa Pío XI en *Mit Brennender Sorge*), no debemos extrañarnos de su apoyo al régimen de Franco. No obstante, Ebenstein establece terminantemente que dicho régimen no es totalitario, sino autoritario, puesto que —según la definición de nuestro autor— aquel sistema es francamente revolucionario con relación a las instituciones tradicionales, mientras que éste intenta conservarlas. Pero dejando esta fina distinción a un lado, Ebenstein explica, a base de su profundo conocimiento de la filosofía política, que no hay inconsecuencia alguna entre los principios fundamentales de la Iglesia Católica y su sostén a un régimen represivo y tiránico. Su explicación es la siguiente : « Mientras la Iglesia pueda funcionar libremente, no le interesa mucho la política económica o la política en general. Ella juzga a los Estados, no por el grado en que son democráticos, autoritarios o totalitarios, sino primordialmente en términos de sus propios intereses como una entidad establecida (going concern). »

En España, según nuestro autor, la cosa se agrava aún más, debido a que la Iglesia española es la rama más intransigente, conservadora y autoritaria que tiene la Iglesia Católica en el mundo. No debemos olvidar que muchos autores han señalado cómo España rehusó « modernizarse » y entrar —como lo hizo el resto del Occidente— por la puerta de la Reforma. Ni siquiera el humanismo de Erasmo de Rotterdam logró hacer mella suficiente en una Iglesia que

se aferraba tenazmente a un medievalismo anacrónico. Esta tendencia a aislarse del resto del mundo occidental, que con las fuerzas ilustradoras y progresistas de la Revolución francesa emprendió el camino hacia la secularización del pensamiento y de la acción política, ha mantenido a España al margen del resto de los países europeos, empeñada la « España oficial » de que hablaba Ortega en ahogar por completo la emergencia de la « España vital » por la cual clamaba el filósofo español. Esta tendencia oscurantista ha llegado hasta tal punto, dice Ebenstein, que la Iglesia ve con desconfianza los vínculos de Franco con Estados Unidos, puesto que la nación norteamericana es demasiado « moderna » para el gusto de la Iglesia.

En realidad la Iglesia Católica influye de tal forma sobre la estructura social de España a través de un conjunto de asociaciones —de las cuales la más prominente es el « Opus Dei »— que « apenas hay una alta institución educativa, científica o gubernamental que no tenga un miembro del clero en su cuerpo directivo ». Esto también se aplica a las ceremonias y funciones públicas de todas clases, tanto políticas como no políticas. El « Opus Dei », que es una asociación secreta con una estructura y unos procedimientos análogos a los de los jesuitas, se ha infiltrado en los altos niveles educativos y culturales, siendo uno de sus mayores logros la creación de una Universidad Católica en Pamplona. Este grupo, fundado en 1928 por José María Escrivá de Balaguer, se basa sobre los votos de obediencia, pobreza y castidad de sus miembros, quienes fieles a estos postulados llevan a su labor gran celo y devoción por el fin que se han trazado : transformar el mundo por medio de un apostolado. El secreto es una de sus mejores armas, así como su fanática y celosa devoción a la Iglesia Católica.

En 1953 la Iglesia Católica formalizó un Concordato con Franco, en el cual se establece que el catolicismo es la religión oficial de España, prohibiéndose todas las ceremonias y manifestaciones externas de cualquier otro culto. Franco conserva el « derecho al patronazgo », pues nombra en última instancia los obispos de las diferentes diócesis. (Según el art. 7, Franco somete seis nombres al Vaticano ; éste selecciona tres, de entre los cuales Franco tiene el poder último de selección.) La Iglesia está exenta de impuestos, recibe además un subsidio anual del gobierno de Franco y sienta las pautas en cuanto a los matrimonios, de acuerdo con la ley canónica. (arts. 19, 20, 23). En los artículos 26-31 se establece que la enseñanza de la religión católica en todos los niveles de la enseñanza es obligatoria. Como la instrucción tiene que ajustarse a « los principios y dogmas » de la Iglesia Católica, ésta tiene derecho a censurar y

a prohibir la lectura de todos los libros y revistas que considere contrarios a la moral católica.

El profesor Ebenstein concluye su estudio con una nota de admonición para Estados Unidos, puesto que su política exterior, favorable al régimen de Franco, está postulada sobre la base de que, si cae el Caudillo, España volverá a la situación de 1931. Según él : « Esta falta de flexibilidad de parte del gobierno de los Estados Unidos y de la jerarquía católica norteamericana no contribuye a la conciliación de las fuerzas liberales-seculares y las pro-Iglesia en España, que deben desarrollarse si ésta ha de convertirse en un miembro —en el sentido más cabal— de una comunidad europea libre y evolutiva. »

MANUEL MALDONADO DENIS

Dionisio Ridruejo :

« En algunas ocasiones »

COMO ES NATURAL que ocurra siempre en España, los más se han impuesto a los mejores. Vencedores y vencidos —tanto da— han hecho y hacen lo posible por mantener la desunión española, fomentando los unos la vanagloria punitiva, los otros el espíritu de desquite. Para los españoles que ya rondamos los treinta años, que teníamos cinco o seis cuando los sucesos, y que por lo tanto nos hallamos exentos de vinculaciones épicas, tiene bien poca relevancia la problemática de 1936. No podemos ordenar nuestro presente en función de unas pasiones que no hemos vivido y, por consiguiente, no nos interesan las posturas que desembocaron en aquella abominación, sino los hombres que, en uno y otro bando, han sabido superar las posturas mencionadas.

Pero de la misma manera que hay hombres con espíritu joven de edad, hay, por desgracia, jóvenes de espíritu senil, y mientras los primeros abdicar de las glorias pretéritas y abrazan la causa de la esperanza, los segundos se obcecaban con la nostalgia de lo desconocido. La mala semilla germina a veces y muchos son los modos de ser reaccionario. Así, hace pocos meses tuve ocasión de conocer en Heidelberg a unos españoles, estudiantes de Derecho, que en aquella Universidad preparaban sendas memorias doctorales sobre el sufrido tema de la guerra civil española. Llevaban estos muchachos tan a lo vivo su plan de trabajo que hacían apasionadas conjeturas sobre la repercusión que en el desenlace de la contienda hubiera podido tener tal frase de tal estadista republicano o tal de-

cisión de tal general levantisco, como si las operaciones bélicas estuvieran aún por decidir.

Pero menos mal que en España queda gente que no sólo no confunde las distancias del pasado, sino que toma o procura tomar las del presente y el porvenir ; gente que actúa en función de hechos y realidades, no de cosas que no son, pero que acaso con un poquito de suerte pudieran haber sido. De éstos es Dionisio Ridruejo. Rebelde a todo fatalismo, consciente de la parte de culpa que recae sobre toda inhibición, se echa al monte con su guerrilla —única manera española de actuar— y se expone a los tropiezos y altibajos de que están libres por supuesto aquellos espíritus críticos que se limitan a « verlas venir ». Sus armas son las letras, y de la nobleza de su manejo da fe el hecho de que un libro como *En algunas ocasiones. Crónicas y Comentarios (1943-1956)* (Edit. Aguilar, Madrid, 1960), obra miscelánea, compuesta a base de materiales acarreados sin prisa, pero sin pausa, a lo largo de trece años, alcance cierta condición intemporal y perdurable por dos razones, a saber, la evolución coherente de un pensamiento ; el empeño y el tino en fijarse en lo que lo ocasional encierra de permanente. Porque a través del diverso temario de estos artículos subsiste la preocupación de explicar, no lo que los hombres *han hecho*, sino lo que *han sido*. Dicho de otro modo, estos comentarios de prensa tienen más talante de ensayos que de artículos, ya que, con el pretexto de tal crónica o efemérides, su autor nos ha ido dejando, limpias para la acción más pura, ideas potenciadoras y esperanzadas (la libertad como disciplina de las cosas, el ejemplo liberal de Italia, la integración creadora de Europa), resultantes, bajo el doble magisterio de d'Ors y de Ortega, de dos componentes de cuño español, de sendos conceptos de política y revolución aún, ¡ay!, por aplicar en España : una política de la cultura. Una revolución en cuanto transformación de la manera de ser.

A. D.

José R. Tarditi :

« Semblanza de tres líderes »

HIPÓLITO IRIGOYEN, Lisandro de la Torre y Juan B. Justo simbolizaron, en su momento histórico, tres polarizaciones disímiles de los anhelos políticos argentinos : Irigoyen, caudillo sin retórica del radicalismo ; de la Torre, voz quijotesca del liberalismo progresista ; y Justo, patriarca sereno de los afanes socialistas

de una auténtica democracia. De los tres, sólo el primero pudo influir desde la presidencia de la República en el porvenir de su patria, aunque su obra todavía siga siendo objeto de controversias. Los otros dos, desde los escaños parlamentarios, fueron voces admonitorias y encarnaron movimientos que podrían haber evitado al país los días oscuros de las oligarquías reaccionarias y los más negros aún de la turbulencia demagógica de un tirano irresponsable. Sobre estas tres personalidades de excepción ha escrito semblanzas objetivas el periodista argentino José Rodríguez Tarditi. Su libro —distribuido por la Editorial Bases, de Buenos Aires— se subtítulo « Teoría y acción en la política argentina » ; su lectura deja claras enseñanzas.

Irigoyen encarnó la esperanza de las clases medias argentinas. Hizo de su hermetismo una mística, la más eficaz arma política ; en su torno se agrupan los sectores intransigentes de la vieja política de la Unión Cívica para formar la Unión Cívica Radical, cuya bandera era el sufragio popular y libre, sin vacilar, para conseguir su objetivo, en recurrir al terreno revolucionario. El deplorable espectáculo de un país donde se consideraba subversiva toda reclamación proletaria, frenadas por legislaturas elegidas sin verdaderas consultas populares, influyó en Roque Sáenz Peña para su proyecto de ley electoral encaminado a desterrar los fraudes comiciales. Merced a ese instrumento llegó al poder Irigoyen en 1916. Su segunda presidencia terminó con el golpe dictatorial de 1930, « principio de una era grave y difícil para el país ».

Lisandro de la Torre, fundador del Partido Demócrata Progresista como fuerza opositora a los radicales, anheló aglutinar las mejores inteligencias y salvar de la catástrofe a la democracia burguesa. Pero su esfuerzo resultó estéril, salvo en la provincia de Santa Fe, donde sus adeptos promulgaron una constitución progresista. Desilusionado y entristecido, acabó eliminándose. Su elocuencia en los debates parlamentarios deja testimonios firmes de su pasión por las libertades.

Juan B. Justo llega al socialismo por el camino de la ciencia. El filósofo Korn nos informa que unificó las incipientes tendencias de las masas proletarias y creó una organización política coherente, con ética clara, iniciando la educación democrática del pueblo. Diputado primero, más tarde senador, sus intervenciones constituyen todavía vivos testimonios de los módulos socialistas de gobierno. En el orden intelectual, sus libros sobre el socialismo complementaron la obra del organizador político.

Rodríguez Tarditi condensa en estas tres semblanzas todo el panorama político que se inicia con la revolución de 1890 y desemboca en el

golpe militar de Uriburu. Sus análisis de la vida y obra de los tres líderes deberán ser tenidos en cuenta para comprender las horas posteriores de la Argentina.

ANTONIO SALGADO

Ricardo Paseyro : « Arbol de ruinas »

LOS CUATRO LIBROS DE POESÍA que se reúnen aquí (Ediciones Índice, Madrid, 1961) fijan el derrotero, cumplido en el tiempo, de una marcha apasionada, más de búsqueda de « la poesía silenciosa » que de encuentro con el mundo retórico de las imágenes. La suma se presenta como un alegórico « árbol de ruinas verdes, la memoria », metáfora de un verso inédito de Paseyro que ciertamente define su poética ; « Plegaria por las Cosas » abre este itinerario, a la vez ferviente y pesimista, que terminará entonando una « Música para Buhos ». A través del soñador panteísmo, pleno de temblor ontológico, traspasado de angustia existencial, toda una lírica íntima, colmada de sentimiento, se desliza en versos de apretada síntesis musical y conceptual ; versos clásicamente puros, de una transparencia constante, desnudos de artificios, pulcros y ligeros como una brisa. Poesía española por los cuatro costados, de veta idiomática rica en armonías perfectamente acordes a una sensibilidad poética formada en la tradición cristalina del verso hispánico perenne ; sensibilidad y nervio atemperados en la magia de lo fluyente, de lo rítmico puro. La novedad de esta poesía consiste en su autenticidad, en lo renovado y fresco de su sintaxis castellana forjando una belleza propia, cuyas principales características son elegancia y finura, o si se quiere gusto exquisito y estilización. Mucho debe Paseyro a los maestros españoles de su elección, de cuyo magisterio él mismo se ufana con su tendencia a la paráfrasis al inicio de un poema ; ese deseo suyo de identificación con la poesía esencial. La descubrimos, así, en la música de agua corriente de Manrique, en los ríos lingüísticos de Quevedo, en las melancólicas lluvias de Machado, en los céfiros románticos de Juan Ramón, en las clarividencias rotundas de Unamuno, en los encajes metafóricos de Góngora, en las desnudeces místicas de San Juan de la Cruz. Dentro de la inconfundible tonalidad de esta poesía, corre un mantal sonoro, armonioso, que recuerda poderosamente la ternura chopiniana y hay también una dulzura de encanto plástico, angelical, a lo Melozzo da Forlì.

Es una poesía de meditación, una suerte de

éxtasis ante el milagro de lo mortal y el pensamiento de lo imperecedero. Cada poema es un estado de alma convertido en dialecto puro que quisiera ser acento inefable, pero que no es para el propio poeta sino « lo poco, lo poquísimo que le resta en palabras », vale decir su modo de balbucear, su arte de hablar de lo que le toca y duele. ¿No vemos que en esta poesía se cobija un tono de monólogo interior que la palabra recoge de paso? Un son continuo de salmodia nace de las sílabas ; su léxico, mejor dicho su lógica diurna, abarcada por el ritmo, se transforma en letanía cadenciosa de demente. Habla como dormido, sueña. Su retahila discursiva, en los poemas largos, se torna divagación sonora en los más cortos, casi lapidarios :

« ¡Ah vértigo desnudo! Prisa
de poseer, amor sin fondo
de toda ausencia. Y más allá
algo le aguarda aún, ¡nunca colmado
envite! »

La desesperación de esta poesía arraigada al recuerdo nace, precisamente, del sacrificio de las cosas por culpa de lo efímero. El Tiempo, como en su maestro Antonio Machado, es hacha sacrificial. El poeta es el gran decapitado, con su cabeza entre las manos : la memoria.

C.E. DE O.

Los poetas y la poesía

UNA CITA DE WILLIAM FAULKNER : « La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde », le sirve a Raúl Vera Ocampo como umbral de su *Diminuendo 1957*, editado dos años más tarde (Aguiles, Buenos Aires). La poesía es para Vera Ocampo una ciudad donde resuena el mundo. Las galerías del alma y las calles son las vías para esta conversación poética con el destino. Poesía que parte de los materiales de acarreo lírico de T.S. Eliot y camina, dueña de sí, hacia sus propias verdades. Examen, análisis, meditación, puro pensamiento sensitivo que se asoma al dolor con melancolía.

SAÚL IBARGOYEN ISLAS publica en Ediciones Deslinde (Montevideo, 1960) su cuarto libro : *Un lugar en la tierra*, que es siempre un lugar en el corazón. El poema inicial —« Llamado »— nos indica que para Ibarгойen Islas todo cabe en la poesía, siempre que el inventariador del mundo sea un poeta. Una nota de lirismo irónico unifica el recuento de las cosas. Así es el libro, hasta el fin : lo cotidiano se hace trascendente ; a veces el verso es conversación de la calle y sube hasta lo trágico. (« Sí, / sí, lo reconozco. / Cuando puedo, voy / descalzo, haciendo / una esfera de papel / con mi llanto ».)

Y el final es un aún más afilado estilete entre la ironía y el llanto (« *Gracias, señor, / gracias. Pero la vida ¿sabe?, / es otra cosa. Y punto.* »)

ODÓN MIRAVALLÉS en *Sencillez* (La Casa de las Revistas, de Bahía Blanca, Argentina, 1958), fija el destino de la poesía como « luz agradable y discreta » que pasa a los demás a través del canto ; pero su poema « Año de 1958 » toca un tema áspero. El cuaderno es, sin embargo, talismán de adolescencia, vehemencia de primavera amorosa juvenil, deseo, transparencia. (« *El aire contiene vino sutil? / ¿Canela levisima?* »). A veces la soledad se convierte en nocturno y música y la lágrima se disuelve, en su poesía, en clara tarde de enamorada alegría,

UNA SENTENCIA de Antonio Machado —« Por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre »— y un verso, casi sentencia, de Vicente Aleixandre —« *Baja, baja despacio, búscate entre los otros* »— señalan el clima de *Contrapunto en tres tiempos*, de Rafael Melero (Colección Orejudín, Zaragoza). Tres libros —« De los Nuevos Bailarines », « De la Calle y de la Choza » y « De Nuestra Voz »— compendían la arquitectura de este *Contrapunto*. La imagen es parpadeante (« Ciudad, diamante de mis sueños »), el tono es efusivo, de ancho ritmo, moderno, capaz de asociar el remoto ayer al tumultuoso hoy. La simbología aprovecha asuntos ciudadanos con cierta melancolía de « blues » —de lenta música de jazz—, como en « El suicida ».

UN NUEVO LIBRO LÍRICO de la salvadoreña Claribel Alegría : *Huésped de mi tiempo* (Americalee, Buenos Aires, 1961). La poesía de Claribel Alegría anduvo por los pasadizos de los sueños en sus primeros cuadernos. Ahora, sin dejar de ser del amor, se ha convertido en la poesía de su tiempo, de la pasión, del destino. Su « *Requiem*, Budapest 1956 » o su « *Diálogo* » —amor intenso— fijan este mensaje en el dolor y la ternura. « *Mi penúltima rosa / fue una flor de palabras* ». En vano quiere cubrir con símbolos terrestres ese esplendor de soledad que crece de lo cotidiano hacia el mundo, porque esta poesía —huésped de su tiempo— es también huésped de la melancolía más allá de todo tiempo.

LA POESÍA de Manuel Pacheco ha ido desde Badajoz (España) hasta interesar a numerosos lectores y poetas en América Latina. Acaso su libro *Presencia Mía* pueda explicar algo de este interés. Los poemas corresponden a una labor de seis años (1949-1955). Aunque Pacheco es fiel a la tradición poética de la mejor España lírica, ha sabido encontrar un acento propio, un tono suyo. Sorprende la riqueza madrugadora de sus

imágenes, la primaveral arquitectura musical de su poesía, el desenfado discursivo-lírico de su inventario sentimental de la vida. « *Viene la primavera como el brillo de un toro...* » « *Mirad la primavera sin escribir Jazmín...* ». En Venezuela fue, acaso, donde encontró mayor eco inicial esta voz lírica y desde allí recorrió otros países. El final de *Presencia Mía* es casi una poética en dos versos : « *Dejadme una vereda azul de música / para inventar la historia de una nueva canción.* »

A. BAEZA FLORES

Salvador Pineda :

« Signos de América »

EMPIEZA SALVADOR PINEDA por afirmar su fe en la América mestiza, sin contraponer la figura de Cuauhtemoc a la imagen de Cortés, sino más bien fundiéndolas en una sola expresión. Frente a España, separa la limpia y generosa de la pretoriana. « Somos el producto de dos razas, o, mejor dicho, el resultado de dos culturas. » Este volumen (Libro Mex, México, 1961) reúne las corrientes del hombre político y las meditaciones del estudioso que hay en Salvador Pineda ; la urgencia del compromiso periodístico y la lucidez sensitiva del viajero lírico.

« Crónicas y ensayos », ha denominado el mexicano Salvador Pineda su libro, y en él la crónica avanza hacia el ensayo y el ensayo se encamina hacia la crónica. En sus viajes por el Perú y Chile, que son crónicas de ver y andar, nos muestra el encanto de lo ingenuo junto a la elevada meditación. Cuando se inclina sobre la novelística de nuestra América capta la lucha entre lo humano y lo geográfico que se plasma en ella y señala que nuestra América es una « novela de antología » por el drama del hombre con la tierra.

En « Perfiles Líricos » estudia Salvador Pineda figuras, aparentemente ubicadas en géneros y momentos distintos —como Martí, el héroe civil ; Rómulo Gallegos y Ciro Alegría, novelistas ; Andrés Bello Blanco, el poeta ; y Germán Arciniegas, el ensayista—, unidos sin embargo por una devoción humana y una honda fe en la vida.

Como centro importante de *Signos de América* está su ancho estudio « Actualidad de Bolívar », que nos parece lo más cuajado y ejemplar de su libro. La sección que cierra el volumen —« Apéndice Literario »— dirige la mirada inquieta hacia otros mundos : Zweig, Malraux, Thomas Mann, D.H. Lawrence, Cocteau, Camus, etc. La preocupación por el destino de

nuestro tiempo late, como una vena humana, como un resplandor sostenido, desde las páginas finales del libro de Salvador Pineda.

A.B.F.

Otros libros

D. PEREZ MINIK : Teatro europeo contemporáneo

Debemos a Pérez Minik una labor importante en el campo ensayístico español del momento actual. Ya con *Novelistas españoles de los siglos XIX y XX* y con *Debates sobre el teatro español* había dejado constancia de su sensibilidad y valía crítica, de su honradez y compromiso intelectual. Ahora, este nuevo volumen sobre el teatro contemporáneo coloca a Pérez Minik en un plano sobresaliente de nuestras letras. No son corrientes en España los libros sobre teatro, que analicen con tanta precisión y rigor el fenómeno escénico en el mundo desde la época de entreguerras, dada su problematicidad y las enojosas derivaciones que supone examinarlas hasta sus últimas consecuencias.

Si es cierto que examinar la historia literaria de nuestra época es mostrar la rebeldía y el ansia de transformar el mundo por parte de los escritores más señeros, este fenómeno es quizá más acentuado en el ámbito escénico y de una forma más violenta después de la guerra mundial. De Eliot a Beckett y Adamov, pasando por Sartre, Camus, Betti, Miller, etc., *Teatro europeo contemporáneo* (Madrid, Guadarrama, 1961), nos muestran los esfuerzos realizados desde diversos campos y ángulos para, en última instancia, luchar en favor del hombre contemporáneo, en clara actitud « disidente ».

Todo esto es problemático de examinar desde el ángulo español, pues significa aceptar esa disidencia, un tanto sospechosa para ciertas mentes, y llegar después a la conclusión de que, entre tanto, los escenarios españoles han permanecido vacíos o albergando pálidas figuras del pasado. Mientras en los escenarios del mundo se debatían tan graves y acuciantes problemas, en los nuestros, deliberadamente y debido a unas graves circunstancias, triunfaba la comedia burguesa llena de convencionalismos apaciguadores.

Por eso si la primera parte del libro, dedicada al teatro mundial, es penetrante y valiosa, la segunda, que analiza nuestros escenarios, resulta verdaderamente ejemplar, abierta, objetiva y comprometida a la vez, mostrando que desde la aparición de Buero Vallejo y Sastre, como adelantados, ha empezado a surgir un nuevo grupo de autores con voluntad de testimonio,

sin concesiones a la generalidad del público, a la burguesía acomodada, decidido a mostrar la realidad nacional y enlazado con el más problemático teatro actual.

Todo ello hace de *Teatro europeo contemporáneo*, revelador para muchos, un libro riguroso y apasionante, de verdadero interés.

J. R. M. L.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT y L.B. KIDDLE:
Veinte cuentos españoles del siglo XX

Es sabido que el cuento o narración breve es la cenicienta de los géneros literarios, sobre todo en España, donde suele chocar con la indiferencia de los editores y del público. Así como la novela y la poesía españolas contemporáneas han llegado a alcanzar cierto prestigio fuera de España, el cuento español es casi desconocido más allá de las fronteras hispánicas. Cabe esperar, sin embargo, que esta situación se modifique favorablemente, y algunos síntomas parecen justificar nuestra esperanza. Son varias ya las editoriales españolas —Taurus, Rocas, etc.— que publican colecciones de cuentos, expresamente creadas para recoger la producción breve de la nueva generación de narradores, cuya quintaesencia ha sido reunida por Francisco García Pavón en su excelente *Antología de cuentistas españoles contemporáneos*, publicada hace un par de años por la editorial Gredos. Por otra parte, en América comienzan a darse cuenta del interés del cuento español de hoy. En 1959, un hispanista norteamericano, William H. Shoemaker, de la universidad de Illinois, publicó una antología titulada *Cuentos de la joven generación*, en la que incluía a 16 jóvenes cuentistas, desde Jorge Campos a Carmen Martín Gaité. Y muy recientemente se ha publicado en Estados Unidos la antología *Veinte cuentos españoles del siglo XX* (Appleton, Nueva York, 1961), realizada por los profesores Enrique Anderson Imbert y Lawrence B. Kiddle, de la universidad de Michigan. El nombre de Anderson Imbert, tan conocido por sus libros de crítica literaria y su ya famoso manual de *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, es ya una garantía al frente de un volumen antológico como el que comentamos. El tema le ha interesado siempre, y ya en 1959 publicó un librito sobre *El cuento español* (Ed. Columba, Buenos Aires). Para esta reciente antología, Anderson Imbert ha escrito un prólogo en que señala ceñidamente los rasgos característicos y la evolución del cuento en España, de modo que esas breves páginas constituyen una excelente introducción para que el lector —el americano principalmente, al que va destinado el libro— se adentre con curiosidad en los relatos que siguen. La selección se inicia con Blasco

Ibáñez, y continúa con algunas figuras del 98: Unamuno, Baroja y Azorín. Siguen dos representantes de la generación postnoventaiochista —Gabriel Miró y Ramón Gómez de la Serna—. De la generación de la República, o de anteguerra como escriben otros, se incluyen cuentos de Francisco Ayala y Juan Antonio Zunzunegui, pero he echado de menos los nombres de Ramón Sender y S. Serrano Poncela. En cambio, es nutrida la representación de las generaciones que se han dado a conocer después de la guerra civil, desde Cela a Ana María Matute. Los antólogos presentan a cada autor en un par de páginas que informan al lector oportunamente acerca de su obra y le suministran una concisa noticia biográfica.

Enrique Anderson Imbert y Lawrence B. Kiddle merecen gratitud por esta lúcida muestra del cuento español, que servirá para que muchos estudiantes de nuestro idioma, norteamericanos, conozcan una faceta importante de las letras españolas contemporáneas.

J. L. C.

ANA MAIRENA : Los Extraordinarios

Esta novela (Seix Barral, Barcelona, 1961) de Ana Mairena fue finalista del premio « Biblioteca Breve » de 1960, desierto por falta de quorum. Añadamos que el nombre de Ana Mairena encubre a una dama mexicana, desconocida en el ambiente literario español.

Ante todo, el lector que se enfrenta con *Los Extraordinarios* halla una estructura narrativa de la más amplia modernidad, basada en el desdoblamiento de la unidad de tiempo, en un contrapunto pasado-presente ejecutado con gran maestría técnica. La acción dura aproximadamente lo que la lectura del libro, sometido todo él al « suspense » del asesinato previsto desde el principio, cometido por Jacinto, el protagonista.

Pero por debajo de este tratamiento técnico casi policíaco, el lector recorre la vida de Jacinto, pintor de vocación y mecánico por imperativos materiales, a quien una serie de circunstancias deciden al asesinato. Y junto con Jacinto, relacionadas con él, una serie de vidas ciudadanas hábilmente entretejidas que van desde lo más alto a lo más bajo de la capital de la nación, mostrando una dura realidad social y humana, llena de crueldad e injusticia. Así, pues, no nos llamemos a engaño: lo que Ana Mairena ha querido mostrarnos es su alegato contra las diferencias de vida y de oportunidades que existen en la sociedad de su país, como en la mayor parte del mundo. Y ciertas escenas que presenta —como las de las damas de la alta sociedad que pasan hambre y se alimentan de pas-

tillas para no engordar, desdeñando una espléndida cena, mientras en la ciudad hay centenares de personas que se van a la cama con el estómago vacío a la fuerza— poseen una dura y amarga ironía, verdaderamente lograda. Junto a estas, otras de carácter más sencillo, en las que muestra a los humillados y ofendidos, o a los endemoniados y rebeldes.

El gran acierto de Ana Mairena es haber sabido conjugar de forma magnífica la modernidad técnica, que va cargándose de « suspense », sin decaer, hasta el « climax » final, y el profundo alegato social presente desde las primeras páginas, con el que demuestra estar unida a la más joven e importante novelística hispanoamericana.

Hay que tener en cuenta, ya, a la desconocida Ana Mairena. Y aguardamos con esperanza sus próximas obras.

J. R. M. L.

CLARA SILVA : Preludio indiano y otros poemas

En un cuadernillo de 64 páginas y formato muy pequeño, se publicó en Caracas, en 1960, este volumen de poemas de la escritora uruguaya Clara Silva, vastamente conocida como poetisa y por su brillante relato intitulado *La sobreviviente*.

A nuestro juicio es lo más valioso que ha publicado la poetisa por la pluralidad de tonos, de temas y el gran vigor que emana de todos sus versos. En « Violetas » hace gala de un bello tono menor y nos dice : « Vuelven por el invierno / vuelven a los jardines / su olor entre las hojas. / Se duermen y aparecen / memoria en el sendero / se van y se despiertan / en inocente asombro. / Nunca estuvieron muertas / nunca estuvieron vivas. »

Su voz está hermanada con la mejor tradición de la poesía uruguaya ; busca una especie de grito conceptual, vital, la lejana y mejor herencia de Sabat Ercasty, de Vaz Ferreira y otros. No olvido a Parra del Riego, nacido peruano y muerto uruguayo. En su « Autobiografía », nos dice : « Era más, todo eso y mucho más y nada, / una mujer que gritaba su nombre para un eco / y se peinaba de nubes / en lo más aciago de los ferrocarriles. »

Clara Silva, con su hermana Concepción Silva Bélinzon, pertenece al coro de las grandes mujeres americanas.

A. DE U.

CARLOS CLARIMÓN : Hombre a solas

Trátase de un libro de narraciones, vinculadas entre sí por un estado de ánimo común a los diversos personajes.

Son varios los hombres o mujeres que a tra-

vés de las páginas del libro vemos consumirse en el recuerdo o en la espera. En los personajes de *Hombre a solas* (Ediciones Taurus, Madrid, 1961), arde la llama recóndita de los que se niegan a resignarse por completo y que por ello sufren en silencio.

Los seres entrañables que pueblan *Hombre a solas* tienen profunda carnación humana. La unidad psicológica se hace palpable y sugestiva gracias al procedimiento de las narraciones. Contrariamente a lo que sucede con los capítulos de una novela, el autor puede permitirse el lujo de mantener el mismo tono y el mismo ambiente, de sorprender a los personajes en situaciones similares sin que ello conduzca a monotonía o degeneren en machacona insistencia. Hasta nos atreveríamos a afirmar que el talento literario de Carlos Clarimón encuentra su cauce normal en esas narraciones. La más larga, la titulada « Aquel día », se acerca, en efecto, un poco al convencionalismo de la *novela del sábado*.

El estilo de Carlos Clarimón es clásico, seguro, preñado de matices. El mejor elogio que de él puede hacerse es notar que llega a transmitir la congoja de los personajes al lector.

L.L.A.

Premio Editorial Losada 1961

En Buenos Aires, a los tres días del mes de noviembre de mil novecientos sesenta y uno, reunidos en la sede central de Editorial Losada, Alsina 1131, los miembros del Jurado del « Premio Internacional de Novela Editorial Losada 1961 », señora Beatriz Guido y señores Miguel Angel Asturias y Marco Denevi, en presencia del escribano público José León Torterola y de los representantes de la editorial, proceden a la ratificación del fallo expedido con fecha 27 de octubre ppdo., del que han resultado premiadas las obras correspondientes a los siguientes autores : PRIMER PREMIO Detrás del grito, presentada bajo el seudónimo de « Sureño », a Iverna Codina, con domicilio en la calle Ayacucho 341, Buenos Aires ; SEGUNDO PREMIO Unos cuantos días, presentada bajo el seudónimo de « Aspern » a Luis Pico Estrada, con domicilio en la calle Paraguay 1302, Buenos Aires ; TERCER PREMIO Gente conmigo, presentada bajo el seudónimo de « Isondu » a Syria Poletti, con domicilio en la calle Venezuela 1449, Buenos Aires. Después de leída la presente, la firman los señores miembros del jurado, el escribano José León Torterola y el señor Gonzalo Losada en representación de la Editorial.

Firmado : Beatriz Guido ; Miguel Angel Asturias ; Marco Denevi ; José León Torterola ; Gonzalo Losada.

revistas

Inglaterra



THE LISTENER (26 de octubre). Trátase de una de las revistas semanales de Londres más interesantes y mejor compuestas. Está formada en buena parte por las mejores charlas de radio del « Home Service » y del « Third Programme », este último el programa de los selectos y para los selectos. Por sus páginas desfilan continuamente los más distinguidos escritores y los más acreditados especialistas en ciencias, artes y letras. El presente número se abre con un comentario de Thomas Barman, corresponsal diplomático de la B.B.C., sobre las últimas actividades de Kruschef. Afirma el comentarista que « el mal está en que no hay acuerdo en las potencias occidentales sobre cómo habérselas con el primer ministro ruso ». « La resistencia a toda discusión con Kruschef viene esta vez del general De Gaulle. Éste cree que no tiene sentido preparar una conferencia mientras los rusos sigan usando un lenguaje de amenazas. El peligro está en que dejemos con ello la iniciativa a Kruschef. Pero quizá De Gaulle lleve razón después de todo. Acaso sea mejor para Occidente permanecer silencioso e imperturbable ante la presión rusa. Todas las evidencias nos demuestran que el pueblo ruso se ha estremecido en la misma medida que la Europa occidental ante la peligrosa maniobra de Kruschef. Es posible que los rusos no estén tan seguros de su potencia bélica. Acaso por este motivo Kruschef dijo al Congreso del Partido Comunista que ya no insiste en la firma del tratado de paz con la Alemania oriental para fin de este año. Pero los problemas con que se enfrentan las potencias occidentales no han cambiado al descubrir que la opinión pública rusa tiene sus puntos débiles. Habrá que establecer un frente unido occidental para resistir la peligrosa política bélica de Kruschef. »

Otros comentarios y charlas de la misma revista versan sobre los más variados temas, tales como los argelinos musulmanes que viven en

Francia, la reina Isabel I de Inglaterra en sus relaciones con el papa Pío IV, los estudiantes universitarios, la niñez de Lord Byron, etc. Como todos sus números, el presente contiene una extensa información crítica de los libros nuevos.

NEW STATESMAN (27 de octubre). Su editorial, titulado « Asesinos y fariseos », se refiere a las pruebas atómicas rusas. « Los acontecimientos de esta semana en Rusia han subrayado la monumental hipocresía de la dedicación soviética a la hermandad de los hombres. » No es posible calcular las repercusiones físicas de la última prueba rusa, pero es cierto que « puede darnos un gigante empujón que nos lleve a los umbrales de un peligro universal ». El editoralista se refiere principalmente con ello « a los norteamericanos que piden al Presidente Kennedy se lance a otra serie enorme de pruebas ». Esos norteamericanos se ven muy reforzados en su petición por las mismas palabras del mariscal Malinovsky (« que habría envidiado Goering »), según las cuales los rusos pueden ya derribar en el aire cohetes proyectiles. No es partidario el *New Statesman* de que Estados Unidos reanuden pruebas atómicas ni mucho menos que las reanude Inglaterra. « Debemos impedir a todo trance la petición de las pruebas británicas. En este punto el Partido Laborista está de veras unido y cuenta con un vasto apoyo de opinión. »

Otro comentario de la misma publicación es de su corresponsal en Albania. Este se refiere principalmente al presidente Enver Hoxha, « quien puede afrontar la desaprobación de Kruschef con la calma de un superviviente profesional ». « Todos los miembros del Comité Central elegido en 1943 —cuando el partido comunista albanés se reconstruía bajo la protección de Tito— fueron fusilados, encarcelados o depuestos. Desde entonces Hoxha pasó a otros patronos : a Moscú en 1948, a Pekín en 1959. » El mismo comentarista dice que en Albania no hubo nunca « un sector moscovita » dentro del Partido Comunista, debido en parte al hecho de que muy pocos de sus líderes fueron entrenados en Moscú. « Cuando Moscú sonríe a Belgrado es que Tirana no va bien. Kruschef ha hecho un intento vano para derrocar la dinastía de

Hoxha. La cólera de Kruschef se desata precisamente porque él se ha dado cuenta de su impotencia. »

THE SPECTATOR (27 de octubre). Su principal comentario está dedicado al vigésimo segundo congreso del Partido Comunista Soviético. Considera esta revista que el abandono del ultimátum sobre Berlín y la consecuente humillación de Herr Ulbricht supone « un sedante considerable en la tensión internacional ». Por otra parte, « la contaminación de la atmósfera de otros países con las pruebas atómicas demuestra palmariamente que Kruschef es capaz de la más brutal indiferencia ante la opinión mundial ». « Durante el congreso Kruschef ha insistido en la desestalinización en el frente interior y en una menor intransigencia en el frente exterior, pero nadie puede decir cuándo va a considerar necesario volver a las amenazas y al chantaje. » En estas circunstancias cree *The Spectator* que « la actitud de Occidente debe combinar la firmeza con la mejor voluntad para negociar ».

ENCOUNTER (Noviembre). El primer trabajo de este número es un breve artículo del poeta W. A. Auden sobre el fallecido Dag Hammarskjöld, secretario general que fue de las Naciones Unidas, a quien el autor conoció personalmente. Varios interesantes estudios versan a continuación, respectivamente, sobre Belgrado, Budapest y Eichmann, pero sin duda es lo más vivaz de este número (también lo de mayor actualidad) la visión directa que nos da de Berlín y su división el novelista Robert Kee —autor de un reciente libro sobre los refugiados—, en una crónica que ostenta un título por lo demás elocuente y gráfico : « El muro ». En efecto, no se olvide que, desde el 13 de agosto último, un muro de más de cuarenta kilómetros de largo separa la ciudad berlinesa en dos mitades.

La visión que nos ofrece Robert Kee de la antigua capital alemana, sobre la cual coinciden en estos últimos tiempos las miradas del mundo entero, es extremadamente viva. Entré las múltiples conversaciones que el autor mantuvo con alemanes de la zona occidental y que reproduce en su artículo, sobresalen de singular modo por su fuerza emotiva las siguientes palabras de un chófer : « Los alemanes no debemos olvidar. Los alemanes no podemos permitirnos olvidar las terribles cosas que hicimos en toda Europa a millares de seres humanos. Los alemanes no tenemos derecho a quejarnos de las cosas que usted acaba de ver. (Se refería el chófer a tantas tragedias familiares como se dan en la frontera berlinesa.) Nosotros trajimos todo esto. ¿Qué derecho tenemos a quejarnos de que nuestras familias sean separadas, cuando nosotros deshicimos millones y millones de familias judías y las matamos? Al menos aquí no hay matanzas. »

E.S.CH.

Colaboradores

- JOSE MARIA AGUIRRE, de nacionalidad cubana, es miembro del Secretariado de la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores). Dirige las publicaciones de la misma, así como el departamento de Asuntos Económicos y Sociales.
- FRANZ ASCHINGER, especialista de problemas latinoamericanos en el periódico suizo *Neue Zürcher Zeitung*, acaba de publicar un libro sobre el Brasil, titulado *Stärken und Schwächen der Brasilianischen Wirtschaft*, del cual ofrecemos un capítulo a nuestros lectores.
- EUGENIO FERNANDEZ MENDEZ, escritor y poeta, se graduó en la Universidad de Puerto Rico, donde actualmente enseña como profesor.
- CONSTANTINE FITZGIBBON, colaborador de *Spectator*, de Londres, donde apareció el artículo que reproducimos, publicó recientemente un libro que ha obtenido un excelente éxito : *When the Kissing had to stop*, curiosa fantasía en la que finge y comenta la conquista del poder en Inglaterra por los soviéticos.
- LINCOLN GORDON es profesor de Relaciones Económicas Internacionales en la Universidad de Harvard.
- RICARDO GULLON, profesor y notable ensayista español, autor de numerosos libros, entre los que cabe señalar *Vida de Pereda*, *De Goya al arte abstracto*, *Galdós, novelista moderno*, *Las secretas galerías de Antonio Machado* y *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*. Ha sido profesor de la Universidad de Puerto Rico y actualmente lo es de la Universidad de Texas.
- ALBERT O. HIRSCHMAN es profesor de Relaciones Económicas Internacionales en la Universidad de Columbia.
- MELVIN J. LASKY, que durante varios años dirigió en Berlín la revista *Der Monat*, dirige actualmente, con Stephen Spender, la revista inglesa *Encounter*.
- JUSTO PASTOR BENITEZ, escritor y político paraguayo, habita en Brasil desde hace varios años y es autor de una vasta obra publicada en varios países iberoamericanos.
- ENRIQUE TIERNO GALVAN, conocido ensayista, fue profesor en la Universidad de Salamanca y actualmente lo es en la de Princeton (Estados Unidos). Hace poco publicó un magnífico libro de ensayos, con el título *Desde el espectáculo a la trivialización*.
- YPSILON es el seudónimo de un distinguido profesor norteamericano, que en la actualidad ocupa un cargo de carácter oficial.

EDITORIAL GREDOS

Benito Gutiérrez, 26. Madrid-8

BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA

Director : Dámaso Alonso

PROXIMAS NOVEDADES

Alonso Zamora Vicente : Lope de Vega.

Lope de Vega : El villano en su rincón. Edición anotada por Alonso Zamora Vicente.

Enrique Moreno Báez : Nosotros y nuestros clásicos.

Evaristo Correa Calderón : Baltasar Gracián. Su vida y su obra.

Dámaso Alonso : Cuatro poetas españoles (Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado).

Del Siglo de Oro a la literatura hispanoamericana.

Alvaro Galmes de Fuentes : Las sibilantes en la Romania.

Antonio M. Badía Margarit : Gramática catalana.

Joaquín Casaldueiro : Estudios sobre el teatro español.

Pilar Vázquez Cuesta y María Albertina Mendes da Luz : Gramática portuguesa.

Nigel Glendinning : José de Cadalso. Su vida y su obra.

Kurt Baldinger : La formación de los dominios lingüísticos en la península ibérica.

Luis Jenaro MacLennan : El problema del aspecto verbal.

Sanford Shepard : La philosophia antigua poética de López Pinciano y los preceptos aristotélicos en el Siglo de Oro.

Eugenio Coseriu : Teoría del lenguaje y lingüística general. Cinco estudios. Sincronía, discronía e historia. El problema del cambio lingüístico.

Lope de Vega : Cancionero de tipo tradicional. Estudio preliminar, edición y notas de Eulalia Galvarriato.

Gloria Videla : El Ultraísmo. Estudios sobre movimientos poéticos de vanguardia en España.

Paul Ilié : Camilo José Cela.

Stephen Ullmann : Principios de semántica.

Gustavo Correa : El simbolismo religioso en la novela galdosiana.

Luis Alberto Sánchez : Escritores representativos de América (2.^a serie).

Joaquín Arce Fernández : Gramática italiana.

Roberto Mansberger Amorós : Estudio y forma interior del lenguaje.



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

57

FEBRERO DE 1962

F. COSSIO DEL POMAR • F. BOURRICAUD • ANDRES TOWNSEND

ALGUNOS ASPECTOS DEL PERU

VICENTE LLORENS

La Inquisición en sus postrimerías

CLAUDIO GIACONI

En torno a una nueva retórica

BORIS GOLDENBERG

La revolución agraria en Cuba

JACINTO ALMEIDA

Chile en la encrucijada de la democracia

ARMAND GASPARD

Moscú y Tirana frente a frente

UN TEXTO INEDITO DE ALFONSO REYES

16º P. 5926

EDITORIAL GREDOS

Benito Gutiérrez, 26. Madrid-8.

BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA

Director : Dámaso Alonso

ALONSO ZAMORA VICENTE : Lope de Vega. Su vida y su obra.

Bellísima visión general sobre lo que fue el vivir de Lope en su ambiente y en su obra entera. No se dejan leer estas páginas sin contagiarnos de la sensibilidad, las agudas intuiciones, el abierto saber de su autor.

DAMASO ALONSO : Cuatro poetas españoles.

Nada menos que Garcilaso, Góngora, Maragall y Antonio Machado. Cuatro mundos poéticos y cuatro maestrías que se abren al lector para siempre, en la coherencia de su total unidad, gracias al poder mágico del crítico.

ENRIQUE MORENO BAEZ : Nosotros y nuestros clásicos.

Teoría e interpretación literarias de la más grata lectura, diáfana y reconfortante. El autor nos explica el modo de leer, entender y estudiar a nuestros grandes clásicos y los beneficios indudables que de ello podemos obtener.

Con estos libros inicia la Biblioteca Románica Hispánica una nueva sección, «La ventana abierta», donde se busca presentar las cuestiones más vitalmente importantes de nuestra lengua y literatura, pero con la transparencia y la flexibilidad necesarias para que lleguen al mayor número de lectores, incluso a los no especialistas en estas materias. Todo ello dentro de la exactitud científica que es norma de la Románica Hispánica.



SUMARIO

NUMERO 57

FEBRERO DE 1962

Las agonías de la razón	ALFONSO REYES	3
La Inquisición en sus postrimerías	VICENTE LLORENS	7
Los monopolizadores de la verdad	K. PAPAIOANNOU	15
<i>Perú 1962 :</i>		
Oligarquía y militarismo	F. COSSIO DEL POMAR	27
Sindicalismo y política	FRANÇOIS BOURRICAUD	32
El Aprismo y las próximas elecciones generales	ANDRES TOWNSEND EZCURRA	43
Luz en el Aso Yama (Poema)	PASCUAL VENEGAS FILARDO	47
La revolución agraria en Cuba	BORIS GOLDENBERG	48
Fidel Castro y Herbert Matthews o el caso del historiador amoroso	LEO SAUVAGE	57
Lágrimas que dejé (Poema)	MIGUEL ARTECHE	63
« El Abuelo », de Galdós	JOAQUIN CASALDUERO	64
En torno a una nueva retórica	CLAUDIO GIACONI	71

Crónicas

Moscú y Tirana frente a frente	ARMAND GASPARD	75
Chile en la encrucijada de la democracia ..	JACINTO ALMEIDA	79
Cheddi Jagan y el futuro de la Guayana británica	EDWARD DE GRAFF	83
Los 85 años de Pablo Casals	JOSE MARIA CORREDOR	87
<i>Balcón de París</i>	DAMIAN CARLOS BAYON	89

Libros - Revistas - Colaboradores

Documentos - Correspondencia

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

ALFONSO REYES

Las agonías de la razón

EXAMINABAMOS algunas fotografías de la Acrópolis, y mi amigo exclamó de pronto : « No sé si me entiendes. Me cansan las cosas griegas, están demasiado llenas de razón. »

Entiendo, sí. Hemos presenciado una serie de catástrofes. Hemos presenciado y hemos sufrido terribles experiencias. Ya nadie se atrevería a repetir con ciertos ingenuos filósofos de antaño que la inteligencia y la bondad se confunden. La parte irracional del hombre viene amagando de tiempo atrás, y al fin ha desatado una guerra sin cuartel. Y ella es con frecuencia —hay que confesarlo— un fácil vehículo para la maldad, cualquiera sea el nombre con que nuestra cobardía la disfrace. En el pensar teórico, esta campaña comenzó con lo que vagamente se llama « el anti-intelectualismo » y llega hasta « el existencialismo ». En la psicología, los profundos sondeos del psicoanálisis y otras exploraciones del subconsciente han sacado a luz los secretos más cenagosos del alma, dando carta de ciudadanía a esa fiera que llevamos dentro y que los ingleses llaman « el viejo Adán ». La novelística y la literatura de las confesiones han envalentonado, hasta

legitimarlas, algunas aberraciones que antes se callaban o disimulaban. En la poesía, las más recientes aventuras recorren una intrincada selva, desde el Romanticismo hasta el Suprarrealismo, pasando por el Simbolismo, el Futurismo (« la imaginación sin frenos y las palabras en libertad »), el Dadaísmo y, entre nosotros, el Estridentismo y el Creacionismo. Y adviértase que definir no es siempre, ni necesariamente, censurar. En la música, la revolución ha llegado a hacer música contra la música, después de contaminarse con todas las pulsaciones del arrebato primitivo. Pues la pintura, ¿no ha cruzado las tembladeras del Impresionismo, el Puntillismo, el Futurismo otra vez, el Cubismo, el Expresionismo, el Abstraccionismo y el Concretismo? Se han desenterrado culturas del todo ajenas a la candorosa imitación racional. El descubrimiento de las esculturas africanas no hace mucho estremecía a París —conciencia artística del mundo—, en tanto que fueron a deslumbrarlo las maravillas del México vetusto. En la obra de Picasso, como en un viviente registro, pueden rastrearse las huellas de estas convulsiones. Jules Romains ha escrito estas palabras sobre la Europa de 1933, pero que tienen aplicación más amplia :

« En esta Europa enferma, aun el espíritu apolíneo se había enfermado, aun las Musas se pervirtieron. Las jóvenes, herederas de las gracias de las Panateneas, se enorgullecían de plegar dócilmente sus lindos cuerpos al tam-tam de las selvas ecuatoriales. Los escultores, que habían recibi-

Nos es grato ofrecer a nuestros lectores un artículo inédito del inolvidable maestro Alfonso Reyes, artículo que debemos a la generosidad de su viuda, doña Manuela M. de Reyes. (N. de la R.)

do en patrimonio la tradición de Fidias y de Miguel Ángel, se declaraban humildes discípulos de los hacedores de fetiches. Por primera vez el público culto aplaudía, como en una delectación morosa, obras de las cuales no entendía nada... ».

¡La parte irracional del hombre! Pero ¿acaso la ignoraban los griegos? En modo alguno : su cultura fue una cultura de murallas contra la barbarie que por todas partes los rodeaba, y no sólo entre los pueblos extraños, sino en cuanto salían de la ciudad y daban algunos pasos campo adentro ; contra la barbarie de cuyo pesado sueño ellos acababan de salir, al punto de que vivían acautelándose ante las posibles recaídas. La obra de Apolo consistió en domesticar a Dioniso, que por sí solo hubiera arrastrado a Grecia en un torbellino de locura. No, los griegos no ignoraban la inseguridad del suelo que pisamos. Este sentimiento asoma desde el alba homérica y no desaparece más de las letras. Algún día consagraremos a este tema la atención que merece. Entonces procuraremos rectificar la falsificación insensible que los humanistas « ortodoxos » han venido haciendo de Grecia.

Entretanto, es innegable que, hacia el crepúsculo de la Grecia clásica, se pretendió canalizar tan estrechamente a la razón que por fuerza sobrevinieron la asfixia y la recuperación desordenada, mientras se espacía el alivio del Cristianismo. Por eso he acabado con estas palabras mi libro sobre *La antigua retórica* : « ... un día, grande y trágico para los destinos del alma, los griegos se volvieron locos con la razón ».

Y en verdad, los humanistas contemporáneos han insistido en la bancarrota interior del racionalismo griego. « La gente estaba harta de tanto discutir —dice Festugière—, y ya se había cansado de hablar ; ya sólo quedaba la técnica. » Frase, esta última, que nos suena a cosa conocida y despierta en nuestra conciencia ecos inquietantes. « El racionalismo se consumió —nos dice Nilsson— como una lámpara que se extingue, falta de combustible. » Pero ¿por qué la falta de combustible? La respuesta habitual consiste en decir que la ciencia griega no había logrado desarrollar el método experimental, lo que es verdad hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto

punto. Y si ahora preguntamos por qué aconteció esto con la ciencia griega, nos salen con que el giro de la mente griega era deductivo : otra de esas explicaciones que meramente repiten el problema. El análisis marxista ha acertado aquí con una explicación más plausible : no se llegó a la experimentación por carecer de tecnología verdadera ; y no había verdadera tecnología porque el trabajo humano era barato ; y tal trabajo era barato por la abundancia de esclavos. Y así, por un sorites o cadena de inferencias, llegamos a pensar que la ruina del racionalismo griego depende de la institución de la esclavitud. Pero el argumento es demasiado frágil para soportar toda la respuesta a nuestro enigma. Más se aplica a la física, por ejemplo, que no a la matemática o a la medicina, y desde luego, no incumbe a la religión ni a la filosofía. Tampoco explica realmente la inmensa fuga de la razón a que se entregó la gente en general.

En todo proceso de acontecimientos tan complejos como éste, los factores económicos y sociales no pueden dejar de obrar a su modo. Pero, en el fondo, la crisis era espiritual ; es decir : significaba o suponía un cambio en la reacción total de la mente humana ante el mundo circundante. Y si de veras queremos entenderlo, tenemos que bajar a un nivel más hondo y dinámico, donde la motivación es menos lógica y menos consciente. Pensamos al decir esto en algo como lo que se ha llamado en nuestros días « el miedo a la libertad » ; o sea, el encogimiento inconsciente del individuo ante el grave peso de la deliberación personal que la concepción racional del mundo le echa encima. Cuando ya han operado los ácidos del racionalismo clásico sobre la fábrica heredada de costumbres y de creencias, cuando ya Alejandro el Grande ha roto las barreras que separaban entre sí a los Estados-Ciudades de la Grecia clásica, y todavía los sumerge en el vasto mundo antes desconocido, los hombres se encuentran de pronto tan libres como desamparados, mucho más que en las generaciones anteriores, y ante una naturaleza mucho más energética y vasta. Cada uno es dueño y señor de escoger su propia filosofía, donde ahora hay tantas, o de escoger sus propios bienes ; cada uno es libre de vivir a

su gusto en los ensanchados límites del orbe, de abrirse su vida según sus medios materiales ; libre de ser él mismo, y libre hasta sentirse solo ante el vértigo de las realidades exteriores. Y aquí está el peligro, en lo mismo que parece un tesoro.

En efecto, las mayores dificultades del hombre comienzan cuando le es dable ya hacer cuanto le place. Yo creo que los griegos de la era post-clásica descubrieron esta incómoda verdad. Todavía durante unas cuantas generaciones les será posible vivir encarados con su propia libertad intelectual. Luego darán la media vuelta, horrorizados ante la audaz perspectiva. Los obstáculos eran semejantes a los de nuestros días ; la escapatoria estaba en negar la realidad de la libertad. De aquí el recurso a la astrología : era preferible el rígido determinismo de los babilonios al peso terrible de la diaria responsabilidad. De aquí también la popularidad que alcanzó la noción cíclica de la historia : ya todo ha sucedido antes, todo volverá a suceder igual mañana y pasado mañana, por el tiempo infinito. El progreso era una ilusión. El mañana ya había caducado antes de amanecer. La gente de temperamento más crítico buscó refugio en el escepticismo : si nada es cierto, la elección racional resulta imposible, y la responsabilidad desaparece. Otros predicaron las virtudes de la vida sencilla ; pues entonces, como hoy, se podía escapar a los problemáticos resultados de la cultura urbana portándose como si ella no existiera. Otros, por último, buscaron el alivio en la deliberada aceptación de la autoridad, y esta fue la solución que prevaleció a fin de cuentas. (¿No ha hablado Rémy de Gourmont de la aceptación y la obediencia como una « senda de terciopelo »?) Para este propósito, los dioses de la antigua ciudad ya no eran adecuados. Aún sobrevivían, cierto, pero su autoridad había caído con las instituciones políticas y sociales de que ellos habían sido parte.

Y aquí vemos hasta qué punto el desconcierto de entonces es comparable al de nuestros días, y cómo ambos han dado origen al mismo síntoma : la adulación de las masas a los reyes y a los dictadores. El culto helenístico y romano al gobernante era sin duda, en parte, un recurso político ; pero sólo pudo ser dable acudir a se-

mejante recurso porque las masas necesitaban un auxiliar mágico. Cuando los antiguos dioses abandonaron sus tronos, los tronos vacíos estaban pidiendo sucesores y, con algo de buena fortuna, cualquier bribón podía adueñarse del sitio. A los reyes esto les era singularmente fácil, puesto que la mayoría de los hombres tiende a identificar a los reyes con los padres, de modo inconsciente. Pero los reyes no eran los únicos auxiliares mágicos a la vista. Conforme maduraron o empeoraron los tiempos y la especulación religiosa fue cuajando en dogma, los grandes pensadores de antaño —un Pitágoras, un Platón, hasta un Epicuro— vinieron a ser considerados como los poseedores privilegiados de alguna virtud sobrehumana, videncia o poder superiores a toda crítica racional. También Aldous Huxley nos habla por ahí de sabios que, « por haber modificado su modo de ser meramente humano, son capaces de un conocimiento más que humano ».

Hechos como éstos parecieron llevarnos a la suposición de que las masas humanas son y serán siempre incapaces de la verdadera libertad. Pero, antes de aceptar una conclusión tan repugnante, conviene que reparemos en dos circunstancias. Una es que, si podemos retrasar el reloj, no por eso podemos modificar la marcha del tiempo. Una vez que el armazón de nuestras creencias se ha derrumbado, una vez que los hombres se han enfrentado con las posibilidades de la libertad, pareciera que sólo pueden rehusar a sus responsabilidades mediante cierto precio. Las murallas defensivas con que el hombre encierra su libertad tienen que pagarse mediante ciertos inconscientes sentimientos de culpabilidad, cuya expresión consciente es el miedo. Todo aquel mundo de la antigüedad decadente parece vivir bajo la amenaza de miedos irracionales : no sólo el miedo al fuego del infierno, tan común entonces entre paganos como entre cristianos, sino también otros temores más inmediatos. En la última época imperial, tanto los paganos como los cristianos imploraban la protección contra el mal de ojo y las posesiones demoníacas, contra las pesadillas temerosas y las cosas que andan en el aire, contra los « demonios engañosos », o contra el « perro sin cabeza ». Tertuliano decía que

casi todos los hombres eran perseguidos por algún mal espíritu ; Porfirio pensaba que todas las casas están llenas de duendes. Hoy por hoy, es verdad, no tememos —o mejor, *todavía* no tememos— a los duendes, trasgos, etc. Pero ya es un lugar común que el repliegue actual frente a la razón viene acompañado de singulares angustias, algunas acaso racionales, muchas sin disputa de origen meramente neurótico. Hay que tenerlo muy presente : el precio que ayer se pagó bien puede volver a pagarse, a cambio de la libertad que cobardemente se rehusa.

Y la otra circunstancia a que he querido referirme es que, a pesar de ciertas apariencias, la historia no es cíclica. No estamos otra vez en el siglo I a. J.C. No sólo nuestra situación material es muy distinta, sino que hoy contamos con algo que ignoraron los contemporáneos de Cicerón e ignoró igualmente el siglo XVIII, a saber : los comienzos de un entendimiento racional de la razón humana. Y a la luz de este conocimiento en progreso, vemos que los racionalistas helenísticos incurrieron en varios lamentables errores. Su concepción de la vida racional deja mucho que desear : era muy estrecha, muy arrogante, muy insensible ; desestimaba de una manera desastrosa las fuerzas oscuras que el hombre debe vencer dentro de su propio corazón. Y, como lo he dicho ya, estas fuerzas oscuras acabaron por tomar un desquite espantoso. Si no me equivoco, el racionalismo griego fracasó, no porque todo racionalismo esté condenado al inevitable fracaso, sino en parte al menos porque, habiendo entendido poco y mal la inseguridad de la humana condición, concibió la tarea de la razón

de una manera muy estrecha, e hizo en nombre de la razón algunas demandas imposibles, « buscando cotufas en el golfo », como aún se decía hace cien años. Sus errores fueron repetidos en principio por los racionalistas de los siglos XVIII y XIX, y hoy estamos probando los amargos frutos de la reacción por tales errores provocada. Para un racionalista lúcido, tal reacción es un desafío : no significa la exigencia de entregar el territorio que ya la razón había conquistado, sino la de adoptar una estrategia más inteligente y más realista. La razón tiene que conocer bien a sus adversarios, lo que los griegos de la última hora rehusaron hacer. Debe admitir que la civilización —como alguien se ha atrevido a decirlo— « es una delgada y precaria costra sostenida por la voluntad y la personalidad de unos cuantos hombres ». La razón debe reconocer las fuerzas irracionales que tan hondamente remecen los pensamientos y la conducta de los hombres, sin que éstos se percaten siquiera ; como siempre lo han comprendido, de un modo instintivo, los escritores dotados de verdadera imaginación. Y, para luchar contra estas fuerzas, debe entenderse su dinámica, y hay que penetrarse de qué no se las combate con argumentos (pues ello sería inútil), no con negativas (que es peligroso), sino aplicando pacientemente aquel método o freno social que Aristóteles llamó *ethismos* : consciente ejercitación y reiteración de una virtud para al fin llegar a adquirirla, remedio pragmático. En esta guerra no puede haber victoria final ; pero si se la conduce con sabiduría, hay esperanzas de escapar a la derrota que dio al traste con el racionalismo griego.

VICENTE LLORÉNS

La Inquisición en sus postrimerías

ES BIEN COMPRENSIBLE que los escritores españoles hayan protestado recientemente contra la arbitrariedad de la censura. Mas esa protesta parte de un supuesto erróneo. La censura española de nuestros días trata de oponerse, por motivos políticos o religiosos, no simplemente a tal o cual sistema, a estas o las otras ideas, a uno o varios escritores, sino que retrotrayéndose, o poco menos, a los principios y dogmas del Estado teocrático español de la Contrarreforma, hace frente por igual a la Ilustración, al panteísmo romántico, al liberalismo, al socialismo, al darwinismo, a la democracia, al existencialismo ; por no decir nada de las doctrinas religiosas que considera heterodoxas. En una palabra, esa censura quiere impedir nada menos que la difusión entre españoles de lo que constituye esencialmente la cultura occidental de los últimos tres siglos. De ahí la arbitrariedad. Cuando se tiene delante a la mayor parte de la literatura universal, incluyendo una porción nada escasa de la española, desde Fernando de Rojas y Juan de Valdés hasta Unamuno y Baroja, no es posible proceder sino ateniéndose casuísticamente a las más diversas consideraciones y circunstancias, so pena de un colapso total. Un breve pasaje del *Quijote* que niega la eficacia de las buenas obras sin la fe, expurgado ya en el siglo XVII, podría eliminarse en una edición escolar ; pero no creo que a nadie se le ocurra suprimir el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, aunque allí se dé una interpretación « profana e irreligiosa » del dogma de la comunión de los santos, según señalaba escandalizado un periódico católico hace

más de un siglo, al publicarse el drama por primera vez.

En el fondo, la ortodoxia española ha tenido que adoptar en tiempos modernos una posición semejante a la de la Iglesia cristiana primitiva frente a la literatura pagana : tolerarla, puesto que no había otros modelos, pero haciendo en la obra literaria una artificiosa separación entre fondo y forma ; condenable el primero y transmisible la segunda. El formalismo general a que tanto se ha inclinado siempre la crítica literaria española, quizá obedece a la misma preocupación.

Así se explica que de las prensas españolas salgan multitud de escritos en discrepancia manifiesta con los principios que parecen sustentar los mismos que autorizan su publicación. Con todo, no es menos cierto que en la situación actual hay cotos vedados, zonas que no pueden atravesarse sin peligro.

Entre los libros de carácter histórico que han aparecido en los últimos años sobre el siglo XVIII, hay uno de autor español y publicado en España, que estudia la sociedad española de esa época. Libro apreciable, ciertamente, pero con una tara inicial que le quita gran parte de su valor. No obstante haber dedicado sus esfuerzos al estudio de muy diversos aspectos de la sociedad española del siglo XVIII, el autor advierte que ha prescindido de la Inquisición.

Ahora bien, el Santo Oficio no sólo representa socialmente un organismo eclesiástico de capital importancia. Mientras existió, fue el más representativo, el que dio su tono a la Iglesia española, y, por otra

parte, el más íntimamente vinculado a la vida española, hasta el punto de que apenas hubo en ella resquicio en que no penetrara. Estudiar aquella sociedad pasando en silencio la Inquisición es como querer conocer el cuerpo humano prescindiendo del sistema nervioso o del aparato respiratorio.

No cabe tampoco alegar que en el siglo XVIII la Inquisición tuvo menos importancia que antes en la vida española. En la primera mitad, hasta se produjo un recrudescimiento de su actividad, para decaer luego notablemente. Mas esto no es razón para dejar de estudiarla. Si los orígenes y los momentos de apogeo atraen la atención del historiador, los períodos de crisis o las postrimerías no pueden dejarlo indiferente.

Pues bien, ¿cómo actuó en sus últimos años, digamos en la España de Godoy, aquella formidable institución? Pocos episodios lo ilustran mejor que el caso del cura de Esco, encarcelado por hereje en 1802.

Don Miguel Antonio Solano, natural de Verdún, cura de Esco en la diócesis de Jaca, había escrito un libro en donde exponía sus ideas teológicas, nada ortodoxas al parecer. Como el obispo de su diócesis, a quien lo había enviado para examen, no le respondiera, decidió remitirlo a la Facultad de Teología de la Universidad de Zaragoza. Los teólogos zaragozanos pusieron el libro en manos de la Inquisición, y a Solano lo encerraron en las cárceles del Santo Oficio en Zaragoza. Parece ser que algunos amigos le ayudaron a escapar a Francia, y que residió algún tiempo en Olerón. Pero el buen cura, después de considerar su caso, tomó la heroica resolución de sostener su verdad a costa de la vida, y volvió voluntariamente a las cárceles inquisitoriales.

El Inquisidor general era entonces Don Ramón José de Arce, arzobispo de Santiago, íntimo amigo de Godoy, que como éste habría de morir en la expatriación por afrancesado, y a quien se tenía por ateo. Cuando la sentencia del tribunal de Aragón, condenando a Solano a las llamas, fue presentada a la Suprema para su confirmación, Arce, a quien por lo visto le horrorizaba la idea de un acto de fe, procuró por todos los medios aplazar la ejecución. Se ordenó un nuevo examen de testigos, mientras se prevenía a Solano del inminente peligro que corría. Nada ni nadie pudo sacar-

le de sus trece. Confirmada la primera sentencia, no quedaba sino el *exequatur* superior. Arce suspendió, sin embargo, la sentencia, y mandó que se investigara el estado mental del acusado. Mas no había insanidad. Entretanto una grave enfermedad tuvo recluido a Solano en la cárcel por tres años. Los esfuerzos para convertirle fueron vanos, a pesar de que la Inquisición puso el asunto en manos de los mejores teólogos de Zaragoza, y hasta se requirieron los buenos oficios del obispo auxiliar de Santander, Don Miguel Suárez —refugiado también en Francia años después como afrancesado—, que tan humano y persuasivo era, según se decía, en sus exhortaciones. Agradeciéolas Solano, pero murió sin retractarse de sus errores en 1805. Por supuesto, no se le dio sepultura cristiana. Los inquisidores aragoneses informaron de lo ocurrido a sus superiores, y éstos echaron tierra al asunto para no verse en la necesidad de quemar en efígie al fallecido hereje.

Tal era la situación pocos años antes de ser abolido el Santo Oficio por José Bonaparte y las Cortes de Cádiz. Aunque seguía funcionando, la Inquisición ya no era sino una sombra del pasado. Con el transcurso del tiempo los viejos enemigos —luteranos, judaizantes, moriscos— habían ido desapareciendo. Es verdad que en 1707, más de dos siglos después de expulsados los judíos, se descubre una sinagoga clandestina en Madrid; es verdad que en 1728 se procesa en Granada a unas trescientas familias que ocultamente practican su religión mahometana, siglo y medio después de expulsados los moriscos de aquella ciudad a consecuencia de la rebelión de las Alpujarras; y que todavía en 1769 el Islam tenía fieles en Cartagena.

Pero si esos enemigos tradicionales, que tanto había costado desarraigar, se extinguen al fin durante el siglo XVIII, en el mismo siglo aparecieron otros nuevos: masones, jansenistas, filósofos. Ahora bien, frente a estos nuevos herejes la vieja institución inquisitorial no pudo operar igual que antes. Apenas se ponían bajo su alcance, desaparecían como por encanto. El santo tribunal —dice un contemporáneo— parecía engañado por una ilusión óptica:

« Los inquisidores, aunque celosos en la persecución de infieles filosóficos, quedaban muy

sorprendidos y desconcertados al encontrar que la nueva herejía era una especie de ilusión óptica : un monstruo enorme cuando no se le perseguía, y una pura sombra cuando la miraban de cerca. Las manos de los sacros jueces parecían poseer la fatal naturaleza de Midas ; apenas tocaban a un discípulo de Voltaire o Rousseau cuando toda aquella impía masa heterodoxa se convertía inmediatamente en el oro de la más pura fe católica. Enemigos tan fantasmagóricos no eran los más a propósito para fortalecer la ortodoxia española prestándose a exhibirse en la horca. Su cautela y circunspección eran extremadas, y aunque la predilección por ciertos estudios poco desarrollados en las universidades y un cierto modo analítico de razonar eran en seguida interpretados por los inquisidores y sus amigos como síntoma evidente de filosofismo, no conocemos más que un solo caso [el de Olavide] en que la nueva secta ofreciera una oportunidad para ser castigada con los estigmas de la infamia, y en ningún caso corrió peligro la vida del acusado. »

El escéptico no tiene ciertamente alma de mártir. Había, de todas maneras, otro factor que contribuyó a limitar la eficacia represiva de la Inquisición : el poder real, el regalismo borbónico. Factor cuya importancia en España resalta en seguida teniendo en cuenta lo que había sido la alianza del poder civil y eclesiástico en aquel Estado teocrático y autoritario de los Habsburgos. « Ambas Majestades » se decía aún en el siglo XVIII refiriéndose a Dios y al Rey. Iglesia y Estado constituyeron una unidad, bien comprensible en un país de reinos, razas y religiones diferentes hasta fines del siglo XV, donde el proceso de unificación había corrido principalmente a cargo de la Iglesia. Desde el momento en que los monarcas, de acuerdo con los principios del absolutismo, se consideraron como la encarnación plena del Estado, podía suceder y sucedió que la autoridad eclesiástica quedara relegada a segundo término. La expulsión de los jesuitas a mediados de siglo es el ejemplo más notorio. La Inquisición también hubo de padecer las consecuencias. Uno de los monarcas borbónicos la abolió en Sicilia en 1782, fundándose en que lejos de someterse a la forma prescrita por las leyes y el derecho, proseguía su antiguo sistema « fabricando procesos fundados en denuncias secretas, y comprobándolos con testigos ocultos, denegando al acusado el conocimiento del acusador, y privándole de

este modo del derecho de las excepciones ».

En España no se llegó a tanto, pero más de una vez la autoridad real rompió el arma más efectiva en los procedimientos inquisitoriales, el secreto. En 1801 la Inquisición de Valladolid expidió auto de prisión como herejes jansenistas contra Gerónimo de la Cuesta, canónigo y penitenciario, y su hermano Antonio de la Cuesta, arcediano de Ávila. Este último escapó en traje de campesino poco antes de ser allanada su casa por los ministriles del Santo Oficio, y se refugió en París. Su hermano Gerónimo fue encarcelado. A los tres años de prisión, cinco teólogos del Colegio de San Gregorio lo declararon inocente, y el 18 de abril de 1804 el tribunal de Valladolid sentenciaba en su favor. La Suprema, sin embargo, no lo puso en libertad. Entonces el rey tomó en sus manos el asunto. El 7 de mayo de 1806 el ministro de Gracia y Justicia en comunicación al Santo Oficio declaraba el arresto de Don Gerónimo irregular en la forma, ordenaba su libertad inmediata y la restitución de su prebenda con todos los honores, preeminencias y distinciones, además de leer en la iglesia con toda solemnidad la resolución real. Una segunda orden del ministro multaba con fuertes sumas —más de cien mil reales en total— a los que habían denunciado a los hermanos Cuesta. Entre los multados figuraba el obispo de Ávila. Por último, se ordenaba que todo el expediente quedara archivado no en la Inquisición sino en el Ministerio de Gracia y Justicia.

La autoridad del rey podía, pues, en ciertos casos, corregir los abusos de la Inquisición ; pero a sus intentos no escapaban ni los personajes más poderosos. Cuenta J. L. Villanueva :

« El Príncipe de la Paz fue por tres veces delatado como sospechoso de ateísmo en los años 1796 y 1797. El apoyo de esta acusación era que en los ocho años anteriores no había cumplido el precepto eclesiástico de la confesión y comunión parroquial ; que estaba casado a un tiempo con dos mujeres, y que era de vida licenciosa. Como al mismo tiempo se le había urdido una secreta trama para derrocarlo de su alta privanza y desterrarle de Madrid, ¿quién sabe si fueron ruedas de esta máquina y no celadores de la moral los tres frailes que dieron la cara para tan santa obra? El cardenal Lorenzana, entonces Inquisidor general... era comedido en to-

do lo que pudiera dar pesadumbre a los reyes ; esta timidez le contuvo para que no se procediese a examinar testigos, ni aun a exigir la ratificación de los delatores. Instábase para que se procediese a la sumaria y a la prisión, así Muzquiz, entonces confesor de la reina y arzobispo de Seleucia, como el de Sevilla, Antonio Despuig y Dameto, que después fue cardenal ; asegurábanle que a todo se prestaría el rey si llegase a persuadirsele de que era Godoy ateaista. Mas como ni aun con esta promesa hubiese cedido el inquisidor, escribió Despuig a su amigo el cardenal Vincenti... para que por su influjo reconviniese Pío VI a Lorenzana por su indolencia en no atajar aquel escándalo. Parece que este prelado se había comprometido a proceder contra aquel personaje, caso que juzgase el Papa estar obligado a ello. Surtieron el deseado efecto los oficios de Vincenti ; mas así su contestación a Despuig como la carta de Pío VI al cardenal inquisidor fueron interceptadas en Génova por Bonaparte, general entonces de su república. Deseaba él consolidar la amistad de aquel nuevo gobierno con la monarquía española, y le ocurrió que pudiera contribuir a ello el poner las cartas interceptadas en manos del valido, como lo hizo por medio del embajador Pérignon. Descubierta esta mina, preparó el Príncipe de la Paz el ánimo del rey con tal arte que al momento mandó que saliesen para Italia Lorenzana, Despuig y Muzquiz y color de visitar de su parte al Papa, y acompañarle y consolarle en los trabajos consiguientes a su emigración. »

Si el Príncipe de la Paz, el omnipotente favorito de los Reyes, podía estar al alcance del Santo Oficio, se comprende que en la vasta « monarquía española de ambos mundos » nadie se sintiera seguro. La persecución de Jovellanos, puesta en claro por Edith Helman, constituye la mejor prueba. Aunque ya no se encendiesen las hogueras, aunque el instrumento represivo, viejo y desgastado, estuviese en manos benignas. *La canóniga buena, la cabilda mala*, era el dicho que se ponía por entonces en boca de una esclava negra, para señalar el contraste entre la manera de proceder de los individuos aislados y la de la corporación de que formaban parte. El temor a la Inquisición, como a cualquier otro organismo de la misma índole, ya sea eclesiástico o civil, procedía del sistema. Así debió entenderlo el inquisidor Abad y Lasierra al confesar a un amigo que nunca había temido a la Inquisición hasta verse nombrado inquisidor. Poco importaba que actuase rigurosa o benignamente mientras se fundara en la delación

y el secreto. Y de este pecado original, que la hizo temible durante siglos, proceden no pocas de las consecuencias sociales que produjo, a veces escasamente perceptibles. Si parte de su acción era invisible por lo secreta, el alcance social tampoco podía verse siempre desde fuera. Escapaba desde luego al extranjero que —ayer como hoy— cree poder ver en fugaz visita lo que en realidad no está a la vista.

« Llega un caballero inglés —dice José María Blanco—, no libre aún de las impresiones que el nombre *Inquisición* ha excitado en él (no injustamente) en sus primeros años. Pregunta si puede ver la célebre Inquisición de Sevilla, y se le franquea la entrada con toda la urbanidad posible. Ve un salón sencillamente adornado en donde se reúnen los jueces. Vuelve los ojos a ver si descubre los instrumentos de la tortura, y no los halla ; pregunta por ellos y se le responde con una sonrisa. Llévanlo a las cárceles, y encuentra unas pequeñas habitaciones bastante claras y aseadas. Háblanle de la comodidad con que están los reos, de la benignidad con que se les trata. Sale de allí y se burla él mismo de sus antiguas aprensiones. »

Engañoso cuadro. Una cosa es la visita superficial del extranjero que no ve sino lo que le quieren mostrar, y otra muy diversa la del que tiene que vivir en el país bajo la amenaza diaria de un organismo semejante.

« Figúrese usted —prosigue nuestro autor— un joven que empieza sus estudios en España, y que después de algunos años de Universidad, o por su natural talento, o por las insinuaciones de algún hombre ilustrado, empieza a ver qué el trabajo en que se afana es perdido, y que es preciso que busque la ciencia en otra parte que en las aulas. Aunque éstas ocupan indispensablemente su tiempo, el ansia de saber le da fuerzas, y busca libros en que saciarla. ¡Oh, la Historia! Sí, la Historia es indispensable. ¿Mas dónde la aprenderé? Leer los originales es obra imposible para un joven que ha de dar de memoria cada día cuatro o seis hojas de Santo Tomás o de Vinnio. Pero lecciones de Historia no hay que puedan leerse en conciencia. La Santa Inquisición las ha prohibido todas, y hay una excomunión para quien las tenga. Millot, Condillac, Voltaire, es excusado nombrarlos. En España no se han escrito obras elementales de esta clase ; es preciso buscarlas en una lengua que se entienda fácilmente, y las extranjeras todas tropiezan en las usurpaciones y los hijos de los Papas. La Inquisición prefiere que no sepan los jóvenes Historia. Aun la eclesiástica es materia peligrosa, porque Fleury es sospechoso : sus

discursos están prohibidos. ¡Racine!, no es lícito leerlo ni aun a los que disfrutaban licencia ; y por lo que hace a Mosheim han declarado que destila ponzoña. Atengámonos a Alexandro Natal. ¿Mas no sería excelente que para desengrasar la memoria de aquellas Lógicas de *Barbara, Celarent*, y de las Metafísicas en que se nos describen los Angeles, viésemos algo de esa ciencia que analiza el pensamiento y descubre el admirable artificio del lenguaje, dando orden y exactitud a nuestras ideas generales? Sí, la ciencia de Locke. Pero Locke está prohibido, igualmente que cuantos libros podemos hallar en España de los que han seguido sus huellas. ¿Por lo menos podríamos estudiar algo de la famosa ciencia del Derecho Natural y de Gentes, y de los principios de Legislación? ¡Oh, no ; de ninguna manera! Esa es la gran piedra de escándalo. El Índice Expurgatorio no perdona a nadie que trate de leyes ni política ; y desde el astuto Machiavello hasta el modesto Filangieri, todos están bajo el más negro anatema. Leed, si queréis leyes, la *Nueva Recopilación* y el *Febrero*. »

Lo que hizo la Inquisición con los libros extranjeros destinados a la enseñanza en el Instituto Asturiano de Jovellanos, demuestra que el cuadro trazado por Blanco no peca de exageración. Todos aquellos autores, en efecto, y muchos otros, estaban prohibidos ; pues la Inquisición, como se sabe, no se limitaba al examen de libros religiosos. El último Índice de libros prohibidos y expurgados del siglo XVIII es el del Inquisidor Don Agustín Rubín de Ceballos, impreso en 1790, el cual contiene todos los del Índice de 1747 más los comprendidos en edictos posteriores hasta fines de 1789. Luego, para ponerlo al día, se le añadieron varios suplementos y apéndices.

Pues bien, el primer suplemento del propio año 1790, al acabar de imprimirse el Índice de Rubín de Ceballos, no contiene sino libros, folletos, periódicos y discursos políticos que tratan de la Revolución francesa. « Todos los Papeles, Tratados y Libros que se esparcieron sobre las turbaciones actuales de Francia, y pudiesen inspirar espíritu de sedición, se mandan entregar a algún ministro del Santo Oficio ». Y allí hay, en su original francés o en traducción española, varios cuadernos, catecismos y discursos sobre el Tercer Estado y los bienes del Clero, el *Courrier Patriotique*, la historia de los Estados Generales, los *Derechos y deberes del Ciudadano* del abate Mably, etc.

Si el breve suplemento de 1790 tiene in-

terés en relación con la literatura revolucionaria francesa, el de 1805 presenta un campo de observación mucho más vasto. Sigue habiendo obras revolucionarias, pero es curioso que al lado de ellas figuren las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* de Edmond Burke ; o sea, que se prohibía la literatura revolucionaria, y al mismo tiempo la más famosa obra que se había escrito contra la revolución. A no dudar, el individualismo liberal-protestante de Burke era la causa principal.

Los más conocidos tratados filosóficos, históricos y políticos del siglo, claro está que figuran bajo prohibición severa : Condillac, Condorcet, Filangieri, Montesquieu, Locke, Puffendorf, etc., etc. Las letras extranjeras contemporáneas están bien representadas. No sorprende ciertamente ver condenadas las poco decentes *Galanterías* del joven caballero de Faublas, pero allí figuran igualmente las obras completas del moralizante y tierno bucólico Gessner, tan imitado por Meléndez Valdés, y las tragedias de Alfieri.

Las traducciones españolas corren la misma suerte o se expurgan. La prohibición de *La muerte de César* de Voltaire va acompañada de esta nota : « Y se previene que todas las obras de este autor están prohibidas, aun para los que tienen licencia, en cualquier idioma que se hallen. » Nada dice, sin embargo, del autor de la traducción y del discurso preliminar, Don Mariano José de Urquijo, personaje bien conocido, sobre todo para la Inquisición. Pues Urquijo, años antes, había sido denunciado al Santo Oficio como propenso « a las máximas de la filosofía moderna », lo que era cierto. En 1792 se preparaba contra él auto de prisión, cuando se produjo la caída de Floridablanca y el ascenso del Conde de Aranda al Ministerio. Aranda nombró a Urquijo oficial de su Secretaría, y entonces el auto de prisión se trocó en las llamadas audiencias de cargo. La causa acabó sentenciándolo a abjurar como sospechoso *de levi*, e imponiéndole una penitencia secreta. Urquijo consintió en que se prohibiese su traducción de Voltaire, mas en el edicto se calló su nombre.

Respecto a las obras españolas nadie puede extrañarse de ver incluida la narración titulada *Borrorquia o la Víctima de la In-*

quisición —impresa naturalmente fuera de España—, pero sí que los primeros *Ensayos poéticos* de Juan Bautista Arriaza sufran un expurgo considerable. Se prohíben varios números del *Correo de Madrid*, *Correo de Europa*, *Mercurio de España*, y todo *El Duende de Madrid*. Entre otras varias obras figuran las *Poesías póstumas* de Iglesias de la Casa y *El Eusebio* de Montengón, ambos eclesiásticos.

En el teatro hay asimismo algunas sorpresas. Desde los primeros Índices del siglo XVI la *Celestina* figura entre las obras expurgadas ; ahora en el moralizante siglo XVIII se prohíbe del todo. Mas no es el único caso de prohibición tardía : *La fianza satisfecha* de Lope de Vega corre la misma suerte en el edicto del 18 de marzo de 1801. Entre las piezas contemporáneas nada sabemos de un sainete titulado *Juanito* y *Juanita* impreso en 1791 y prohibido en 1799 ; pero el pobre Comella también está representado con una comedia heroica, *El sitio de Cales*, prohibida en 1801.

La inclusión en el *Índice* de esta y otras obras españolas contemporáneas, originales o traducidas, pone de manifiesto las dificultades que se oponían al escritor nacional, aun cuando se abstuviera de entrar en los dos grandes campos vedados : la religión y la política, según hace constar Cadalso al principio de sus *Cartas marruecas*. Era aplicable que la condenación inquisitorial se aplicara a las obras extranjeras o españolas impresas fuera de España. Pero las que se imprimían dentro del país tenían que someterse previamente a la censura eclesiástico-gubernativa ; aquella censura que bajo el Consejo de Castilla o el Juez de Imprentas oscilaba entre la apreciación atinada de un sabio como Jovellanos y la incomprensión de un clérigo ignorante. Es decir, que la obra literaria estaba expuesta a la prohibición antes y después de publicarse.

Frente a todo esto alguien podrá decir lo que ya se ha dicho otras veces, y es que, a pesar de tantos obstáculos y limitaciones, las obras prohibidas circulaban. Yo diré más : a veces se hablaba de ellas públicamente, y en ocasiones hasta delante de quienes las prohibían. Varios de los autores señalados por Blanco en el pasaje citado anteriormente, y otros más, aparecen mencionados con elogio en el discurso que él mismo pronun-

ció en 1807 en el Instituto Pestalozziano de Madrid con motivo de una solemne ceremonia patrocinada por el Príncipe de la Paz, a la que no pudieron faltar altos personajes del Gobierno y de la Iglesia.

Sí, tarde o temprano, el joven estudioso podía leer aquellas obras que figuraban en el *Índice*. Pero pensemos por un momento en lo que significaba para ese joven enfrentarse con un libro prohibido. Veamos lo que sintió José María Blanco al leer el primero, no por propia iniciativa, sino autorizado por su consejero, Don Manuel María Arjona, sacerdote y poeta cordobés :

« Hasta entonces nunca tuve valor para tomar en las manos un libro prohibido. La inminente excomunión que *ipso facto* hubiera recaído sobre mí era en verdad demasiado terrible para mi experiencia. Deleitado por la elocuencia y la poesía, nunca había abrigado dudas en materia religiosa, o mejor dicho, dada mi adhesión sincera a la fe católica, que considera el examen de tales dudas crimen tan grave como negar el artículo de la fe afectado por ellas, yo siempre había retrocedido con terror ante cualquier sugestión heterodoxa. Pero mi entonces íntimo amigo y consejero —Arjona— se había dedicado especialmente al derecho canónico. La historia eclesiástica, en que era muy versado, le había convertido, sin debilitar sus principios católicos, en un adepto de aquella escuela de canonistas que, tanto en Alemania como en Italia, habiendo puesto de relieve las imposturas de que se ha valido el Papado para mantener su poder sobre toda autoridad humana, se mostraban visiblemente dispuestos a separarse de Roma. Mi amigo negaba la existencia de cualquier poder en la Iglesia autorizado para infligir la excomunión sin sentencia declaratoria tras el proceso del ofensor. Para persuadirme de la fuerza de esta doctrina me hizo leer los *Discursos de Historia Eclesiástica* del Abate Fleury... Estoy seguro de que el corazón de Eva al llevarse a los labios la manzana,

« *her rash hand in evil hour
forth reaching to the fruit, she pluck'd, she ate* »
no pudo haber latido más convulsivamente que el mío al abrir el libro prohibido. Vagos temores y dudas se agitaron en mi conciencia durante varios días. Pero mi amigo, además de ser un católico sincero, era un hombre devoto. Hacía poco que se había ordenado de sacerdote, y era no sólo mi director literario, sino espiritual. »

Mas estas inquietudes no agitaban tan sólo la conciencia del creyente por simple temor religioso ante la expectativa de posibles dudas o contagios ; la posesión sin licencia

del libro prohibido era motivo de acusación al confesarse, y podía negarse la absolución, a menos de acusar a quien lo hubiera prestado. Puesto en esta disyuntiva, alguno hubo que se atrevió a decir a su confesor : Más quiero ir al infierno que traicionar a mi amigo. Otros en cambio delataron, y sin verse obligados a ello. Así, por ejemplo, el bachiller D. Manuel Fraguas, estudiante de teología en la Universidad de Alcalá de Henares, denunció a su profesor Don Antonio de la Parra, y en su denuncia señalaba concretamente la habitación donde había de hacerse el registro, sin olvidar un armario que había a la entrada detrás de la puerta, ni varios cajones del escritorio, que tenían una cerradura muy complicada. ¿Eran motivos religiosos los que impulsaron al joven bachiller a denunciar a su maestro, quien, a juzgar por los detalles domésticos referidos, debía de tratarlo con intimidad y confianza? ¿Le exigía demasiado en sus estudios? ¿Le resultaba odioso o antipático? No lo sabemos, ni hace falta. La delación secreta lo permitía todo : discrepancia de ideas, envidia personal, rivalidad profesional.

¿Estarían movidos por celo religioso los que denunciaron a Moratín a raíz del estreno de *El sí de las niñas*? Veamos lo que dice el propio autor :

« ¿Cuánta debió ser entonces la indignación de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos a la sociedad como favorables a sus privados intereses? La aprobación pública reprimió los ímpetus de los críticos particulares : nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones a que dio ocasión, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito. Por consiguiente, no podían bastar estos imperfectos desahogos a satisfacer la animosidad de los émulos del autor, ni el encono de los que resisten a toda ilustración, y se obstinan en perpetuar las tinieblas de la ignorancia. Estos acudieron al medio más cómodo, más pronto y más eficaz, y si no lograron el resultado que esperaban, no hay que atribuirlo a su poca diligencia. Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al tribunal de la Inquisición. Los calificadores tuvieron no poco que

hacer en examinarlas, y fijar su opinión acerca de los pasajes citados como reprehensibles ; y en efecto no era pequeña dificultad hallarlos tales, en una obra en que no existe ni una sola proposición opuesta al dogma ni a la moral cristiana.

« Un ministro, cuya principal obligación era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos más feroces, y anunciaba la ruina del autor de *El sí de las niñas* como la de un delincuente, merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces, y esta oposición poderosa han debido temer los que han dedicado en ella su aplicación, y su talento a la indagación de verdades útiles, y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes. Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó a la presencia del Príncipe de la Paz : su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas, que no atreviéndose por entonces a moverse, remitieron su venganza para ocasión más favorable. »

Antes de que Moratín escribiera estas palabras, su comedia había sufrido, aunque probablemente por otros motivos, la condena de la Inquisición restaurada. *El sí de las niñas* figura en la lista de obras prohibidas en 1815.

No puede haber duda sobre las consecuencias moralmente degradantes de un sistema como el inquisitorial que de tal modo favorecía la delación ; y lo que admira es la fortaleza del pueblo que ha podido sobrevivir a tal prueba. « En aucun pays du monde —decía Desdevises du Desert— la délation n'a fleuri comme dans l'Espagne de l'Inquisition ; jamais un peuple, naturellement franc et loyal, n'a été soumis à un joug plus dégradant et il fallait que l'âme espagnole fût remarquablement forte pour ne pas avoir été brisée à jamais par cette longue et effrayante contrainte. »

Mas no paran aquí los efectos que la mera presencia del Santo Oficio producía en todos los ámbitos de la vida española. Al tratar de los libros prohibidos no nos hemos referido a otro aspecto que señala también Blanco White. El lector de un libro ¿lo lee de la misma manera cuando circula libremente que cuando lo sabe prohibido? No. La lectura del libro prohibido es, por decirlo así, una lectura anormal, donde se mezcla la fruición con la irritación, tanto más intensa una y otra cuanto

más valioso sea el libro. El joven que se sienta atraído en su lectura clandestina por el escritor que tiene en las manos acabará siendo más papista que el Papa y condenando en su fuero interno a quienes lo prohibieron en público. Así debió devorar Blanco las obras completas de Juan Jacobo Rousseau en la edición de Ginebra de 1782, y así se entiende que el magistral de la catedral de Sevilla se convirtiera en un jacobino.

La radicalización de las ideas u opiniones hay que verla juntamente con un fenómeno social que, aunque sólo en parte, tiene también el mismo origen. Me refiero a la creciente separación entre la minoría de los dirigentes y la mayoría de los dirigidos. En la España de Godoy, como en la de nuestros días, el que supiera alguna lengua extranjera, y entonces bastaba el francés, podía, aun con las dificultades que hemos visto, estar al corriente más o menos de las « novedades » del pensamiento europeo contemporáneo. Pero con ello se desarrollaban dos grupos muy desiguales y al mismo tiempo opuestos. El primero, muy pequeño, imbuído de ideas de reforma; el segundo, la inmensa mayoría, no sólo reactivo sino adverso a aquellas novedades, que sabía condenadas en instancia superior.

La gran obsesión nacional de la limpieza de sangre había contribuido ya desde el siglo XVI a enfrenar al de abajo con el de arriba. El cristiano viejo más obtuso se consideraba superior al converso más inteligente, por el simple hecho de su pureza de sangre. Aristocratismo al revés, no muy diferente del que se produjo en la Alemania de Hitler, donde un ario cualquiera valía más que el judío mejor dotado. A esta subversión social, estudiada recientemente por Albert Sicroff, y cuyas derivaciones literarias ha puesto de relieve Don Américo Castro en estas mismas páginas de *Cuadernos*, hay que añadir la degradación social que acompañaba a todo disidente acusado de herejía, el estigma de aquellos sambenitos que perpetuaban de generación en generación el supuesto delito del antecesor, y que las gentes se precipitaron a quitar de las iglesias apenas fue la Inquisición abolida por las Cortes de Cádiz. Tales eran las consecuencias de toda especie de hete-

rodoxia, y apenas había novedad que no fuese sospechosa de herejía.

El siglo de las luces, amigo como ninguno de novedades, siglo antiséptico, como dijo Whitehead, cuya misión era desterrar prejuicios y preocupaciones vulgares, tropezaba en España con un vulgo acostumbrado a mirar con sospecha e insolencia a todo innovador, por elevada que fuera su posición. El divorcio se hizo visible en el propio seno de la Iglesia. Conviene recordar que entre los reformadores de fines del XVIII y los primeros liberales del XIX abundan los eclesiásticos, pero frente a ellos se levantan no sólo los jerarcas del partido ultramontano y la Inquisición, sino la masa clerical en su gran mayoría.

El caso del obispo Tavira, el gran amigo de Jovellanos, es sobradamente significativo. Don Antonio Tavira, catedrático de filosofía en Salamanca, capellán real con Carlos III, figura destacada en aquella tertulia de la Condesa de Montijo, que acabó por desaparecer bajo sospechas de jansenismo, fue nombrado a fines de 1791 obispo de Canarias. Al llegar a su diócesis se creyó obligado a intervenir en relación con el culto que allí se rendía a la Virgen, considerando que, aunque extendido entre el pueblo, no estaba en conformidad con los principios religiosos. A la imagen de la Virgen se solía dirigir la nube de incienso antes que a Dios, siendo así que de acuerdo con el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Hostia Consagrada, éste objeto supremo de veneración debía tener precedencia al exponerlo a la vista de los fieles. En vano debió argüir el nuevo obispo, insistiendo en el principio aristotélico de la transubstanciación; las sutilezas teológicas valían poco ante la creciente devoción popular. De todos modos, alegando la autoridad de la Iglesia, ordenó que cuando en la misa se ofreciera incienso al altar, el incensario debía dirigirse primero a la Sagrada Forma e inmediatamente después a la Virgen. Ello no obstante, cuando el obispo Tavira apareció en la catedral de Las Palmas, el sacerdote que oficiaba, al llegar el momento decisivo, no sólo dirigió la nube de incienso en primer término a la Virgen, sino que añadió estas palabras, como si hablara con la imagen: *Que te la quite el obispo.*

KOSTAS PAPAIOANNOU

Los monopolizadores de la verdad

PROMETEO Y LUCIFER, esas dos máscaras del rebelde romántico, acompañaron a Marx a todo lo largo de su existencia. Ya en sus primeros artículos hallamos a Prometeo glorificado e inscrito en primera fila de los « mártires y santos filosóficos ». « Siento odio por todos los dioses » : mediante esta exclamación de Prometeo, Marx evocó por vez primera el poder de la filosofía, la cual —afirmó— opondrá siempre la divisa prometeica « a todos los dioses del cielo y de la tierra que no reconocen la conciencia humana como divinidad suprema ». También evoca al Tentador en uno de sus poemas juveniles : Marx aparecerá siempre con la impronta de sus coquetterías con el Demonio. Estos rayos de cruda luz, esos rasgos sardónicos deliberadamente blasfematorios, esos sarcasmos enormes que con brusquedad atraviesan su prosa, incluso la osadía y el esplendor a veces lúgubres de sus fulgores, todo eso tiene origen en su enemistad prometeica contra el orden de los dioses implacables que vio reinar en un Olimpo de necedad, de infamia y de tiranía.

Mas he aquí que el Prometeo filosófico, el Lucifer miltoniano, ha adquirido en nuestros días un aspecto que lo asemeja a los barbudos genios que guardaban los palacios de Nínive... El pedagogo que quiso aclimatarnos a la vida en tierra, presidió la divinización de un Pantocrator oriental cuyo culto, celebrado en templos enormes, quemó tanto incienso como todos los dioses juntos, esos dioses a los cuales Prometeo gritaba

su odio. ¿Era eso, pues, la « realización de la filosofía » ?

« Las ideas se deshonran si permanecen separadas de los intereses » (1). También Marx dijo eso. Tan cierto estaba de ello que sus ideas eran y lo serían siempre inseparables de los intereses de los oprimidos : así como su filosofía buscaba en el proletariado sus « armas materiales », el proletariado hallaría en su filosofía sus « armas intelectuales » (2). Pero fue de manera harto distinta como sus ideas adquirieron la « honorabilidad » que les confieren los dueños del poder totalitario. Para someter a las masas obreras y campesinas, para organizar el poder, para llegar a controlar *todos* los aspectos de la vida, aquéllos tenían absoluta necesidad de cadenas más sutiles que las de la sola violencia : precisaban una doctrina homogénea, una explicación acabada del mundo, en fin, una « verdad » que se refiriese al conjunto de la vida ; no sólo a la economía y a la política, sino asimismo al pensamiento y a la sensibilidad, al arte y a la religión, a toda la cultura, incluso a la vida privada.

¿Es que por el hecho de que la hayan encontrado en el marxismo es obligado deducir que éste se prestaba a ello, como lo afirmaron Proudhon y Bakunin, el uno al

(1) Marx-Engels : *Die Heilige Familie*. Ed. Dietz, 1953, pág. 196.

(2) Marx : *Die Frühschriften*. Ed. Kröner, 1951, pág. 223.

comienzo y el otro al final de la carrera de Marx?

Dos profecías

En el temperamento mismo de Marx, en su talante espiritual absolutista, Proudhon creyó percibir los gérmenes del marxismo ortodoxo. En una carta que escribió a Marx el 17 de mayo de 1846, contestaba a un ofrecimiento de colaboración en unos términos más atinados de lo que a simple vista parece :

Si usted quiere, busquemos conjuntamente las leyes de la sociedad, cómo estas leyes se realizan, el progreso según el cual logramos descubrirlas ; pero, ¡por Dios!, no pensemos en adoctrinar al pueblo después de haber derrocado a priori todos los dogmatismos (...) no preparemos un nuevo trabajo para el género humano mediante nuevos embrollos. Acepto de todo corazón su idea de que todas las opiniones se expongan a la luz del día ; polemicemos lealmente ; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia inteligente y previsor, pero, precisamente porque nos hallamos al frente de un movimiento, no nos convirtamos en los jefes de una nueva intolerancia, no nos presentemos como los apóstoles de una nueva religión, aunque fuese la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas, condenemos todas las exclusiones, todos los misticismos ; no consideremos jamás una cuestión como agotada, y cuando hayamos empleado hasta nuestro último argumento, recomencemos si es necesario con elocuencia e ironía. Con placer entraré en su asociación si acepta estas condiciones ; si no es así, ¡no!

Los mismos argumentos emplea Bakunin desde la fundación de la Primera Internacional. Su polémica con Marx pone ya de manifiesto las ambiciones que encierra el concepto mismo de « socialismo científico » :

« Habiendo adoptado por base el principio de que la ciencia sociológica debe convertirse en el punto de partida de los levantamientos sociales y de la reconstrucción socialista, han llegado a la ineluctable conclusión de que el pensamiento, la teoría y la ciencia eran, al menos durante el presente, propiedad exclusiva de un reducido número de personas y de que esta minoría [inteligente] debería dirigir la vida social... La expresión socialismo científico, de la que se sirven sin cesar en sus obras y sus discursos los lassallianos y los marxistas, muestra por sí misma que el pretendido Estado popular no será otra cosa que la dirección despótica de las masas populares por

una nueva y reducida aristocracia de reales o supuestos doctos. Como el pueblo no está instruido, todo esto significa que se verá libre de las preocupaciones del gobierno y será totalmente recluido en el establo de los gobernados... » (3).

¿Es que la « ciencia » de que habló Bakunin no se parece punto por punto a la ortodoxia del marxismo-leninismo? Pero mucho más significativa es la respuesta de Marx :

« El término socialismo científico se emplea sólo por oposición al socialismo utópico, el cual quiere inculcar al pueblo nuevas pampinas en lugar de limitar la ciencia al conocimiento del movimiento social llevado a cabo por el pueblo mismo » (4).

En este texto sereno no se habla para nada de las pretendidas leyes dialécticas que rigen el universo y menos aún de una ciencia que interese « al químico, al biólogo, al físico » (5). ¿Cómo no sorprenderse, pues, de ver a los marxistas esforzarse en confirmar las más pesimistas previsiones de Bakunin? Éste ironizaba respecto al « socialismo científico » y a la pretensión de los « jefes del partido comunista » de ser los « profesores » del proletariado. No podía imaginarse lo acertado que estaba. Con la añagaza de la « desaparición del Estado », se han resucitado métodos de servidumbre viejos como el mundo, que toda una generación de marxistas formados en el arte de vaciar las palabras de su verdadero sentido han saludado como la liberación del hombre. No obstante, Marx que no perdió jamás la ocasión de fustigar el « culto servil del Estado » en todas sus formas, expresó lo más claramente posible sus puntos de vista sobre lo que una propaganda edénica denomina « la misión educativa del Estado socialista ». He aquí las reflexiones que le sugirió un artículo del programa del partido obrero alemán, en el que se reclamaba « la educación del pueblo por el Estado » :

« Una educación del pueblo por el Estado es cosa absolutamente condenable. Determinar mediante una ley general los recursos de las escue-

(3) Bakunin : *L'Etat et l'Anarchie*, 1873.

(4) Marx-Engels : *Contre l'Anarchie*, París, 1935, pág. 47.

(5) Son los términos empleados por F. Joliot-Curie en su artículo « Staline, le marxisme et la science ». (*Lettres françaises*, núm. 456, 12 de mayo de 1953.)

las primarias, las aptitudes exigidas al personal docente, las disciplinas enseñadas, etc., y, como acontece en Estados Unidos, vigilar mediante inspectores del Estado la ejecución de esas prescripciones legales, es cosa absolutamente diferente a la de hacer del Estado el educador del pueblo. Más aún : es preciso prohibir en la escuela toda influencia del gobierno y de la Iglesia (...) Por el contrario, es el Estado el que tiene necesidad de ser educado de manera ruda por el pueblo » (6).

Como puede verse, estamos lejos del estado de cosas que permitió a un secretario general reinar como dueño absoluto sobre las ciencias, las letras y las artes. Es el antípoda de la mentalidad que ha llevado a los « militantes » del mundo entero a identificar la « edificación del socialismo » con una política de planificación en materia de cultura, cuyo carácter inquisitorial —ya que no su absurdidad pura y simple— no debiera haber escapado a nadie.

Mas *habent sua fata ideologiae* : ya en la Alemania guillermina el marxismo había adoptado la forma de una *Weltanschauung* universal, que los doctores de la socialdemocracia desarrollaban medianamente en las nocturnas universidades populares ; transplantado a Rusia, dio nacimiento a una Iglesia oriental en la que el culto a los iconos y el constante llamamiento al brazo secular han terminado por disociar completamente la ideología de las ideas en que había tenido su origen.

El marxismo ortodoxo

El pensamiento del profanador, que loaba a la burguesía por haber despojado al mundo de lo sagrado, ha sido reemplazado por un conformismo universal, cuya autoridad política determina soberanamente las modalidades. Ahora bien : esta estatificación de la verdad no parece constituir un hecho nuevo en la historia rusa. Es más bien un carácter propio de la autocracia moscovita basada en el soberano concebido, a la manera bizantina, a la vez como jefe político y como protector de la fe. Fue asimismo de esta fuente « bizantina » de don-

de la *intelligentsia* revolucionaria del siglo XIX extrajo su concepción particular de la ciencia. Esa *intelligentsia* consideraba el relativismo y el pluralismo como emanaciones del espíritu burgués corrompido, al cual oponía una idolatría de la ciencia que excluía toda actitud más o menos escéptica, toda reserva crítica. El darwinismo, el materialismo, el marxismo, etc., es decir, todo cuanto en Occidente era *todavía* una hipótesis de trabajo y no un sustituto de Dios, se convertía allí en un sistema cerrado, en una especie de « oscurantismo racionalista » (Berdiaev) en el que la razón importada se anexaba curiosamente los prejuicios de la fe nacional : « Lamarck era un traidor porque Darwin tenía razón. »

Lenin, heredero directo de la *intelligentsia* revolucionaria, estaba imbuído de ese absolutismo de la ciencia, del que no dejó de servirse cuando se vio obligado a justificar su concepción, tan poco democrática, del partido monolítico. Negaba la libertad de discusión y la pluralidad de fracciones en el interior del Partido evocando una concepción de la « ciencia » que podía parecer absurda fuera de las fronteras rusas, pero que para su público resultaba una verdad evidente, indiscutible :

« Individuos verdaderamente convencidos de haber hecho avanzar la ciencia no reclamarían jamás la libertad para que las nuevas concepciones existan paralelamente a las antiguas, sino el reemplazo de éstas por aquéllas » (7).

Todo esto no facilitaba la atenuación de las tendencias dogmáticas que sus discípulos heredaron a la vez del pasado ruso y de la socialdemocracia alemana. Los habituales vaticinios sobre la « verdad proletaria » no tardaron en dar sus frutos. Al decretar que el proletariado es el sujeto de la verdad histórica y transfigurando el partido proletario en una entidad encargada de un destino gnóstico, el de imponer la verdad, la ortodoxia actual no ha hecho sino ejecutar lo que unos años antes era algo implícito o puramente verbal. En 1923, Lukacs veía en el proletariado el portador de las « verdades innatas » de la antigua metafísica : « La conciencia de clase del proletariado — afirmó entonces— va intencionalmente dirigida

(6) Marx : *Critique des programmes de Gotha et d'Erfurt*. Paris, 1950, pág. 37.

(7) Lenin : *Que faire?* (*Ceuvres choisies*. Moscú, 1945, pág. 179.)

hacia la verdad, incluso cuando comete errores » (8). De ésto a afirmar que el Partido tiene siempre razón —incluso cuando se equivoca— no hay más que un paso. No deja de ser uno de los hechos menos sorprendentes de su carrera el que Lukacs haya podido empero sobrevivir.

Por otra parte, cada día resultaba más difícil insinuar que el Partido pudiese tener una política errónea. El bolchevismo tuvo desde su origen una certidumbre inmunizada contra cualquier otra posibilidad. Esta certidumbre, que le autoriza a regular la vida en todas sus manifestaciones, la expresó por vez primera Bujarin, entonces teórico oficial de la Internacional Comunista. Su libro sobre el materialismo histórico (1921), exposición clásica del marxismo vulgar, se inicia efectivamente con esta inquietante declaración :

« Es fácil comprender que la ciencia del proletariado [es decir, la ciencia, real o pretendida, del propio Bujarin] es superior a la de la burguesía (...) y que nosotros, los marxistas, estamos autorizados a considerar la ciencia proletaria como la verdadera ciencia y a exigir [sic] que sea generalmente reconocida como tal » (9).

Entre el año 1921, fecha en la que Bujarin se arrogó el derecho de imponer su « ciencia » al reconocimiento universal, y 1938, año en que fue fusilado como « traidor » y « agente del extranjero », la ciencia proletaria, convertida en ciencia stalinista, confirió a su héroe epónimo un poder de mando absoluto, sin equivalente alguno en la historia de la cultura. La verdad se ha transformado en asunto del Estado y la ciencia fue anexada a la política. « Si Plejanov y Bujarin —escribió un filósofo del Partido poco antes de los procesos de Moscú— no estaban en condiciones de ofrecer una exposición indiscutible del materialismo dialéctico, fue, en última instancia, porque no tenían en política una línea indiscutible » (10). Era necesario tener una línea « indiscutible » en política —es decir, haber liquidado toda oposición y reducido

la población a una obediencia de cadáver—, para poder presentar una exposición « indiscutible » de la doctrina fabulosa que purgaría a la humanidad del error.

Fue el reinado de este « verdadero socialismo » lo que Marx había denunciado de manera precisa : « Desde que esta locura idealista se hace activa, su carácter maligno no tarda en mostrarse a la luz del día : anhelo clerical de dominación, fanatismo religioso, charlatanería, hipocresía pietista, piadoso engaño » (11). Este « anhelo clerical de dominación » y esta intolerancia que la Iglesia perdió desde hace tiempo, se han convertido en la esencia misma de los regímenes que reivindicaban a Marx : en materia de charlatanería y de fanatismo, de hipocresía y de engaño, ninguna clase de la sociedad moderna fue tan lejos como la burocracia « marxista ».

El comunismo, afirmaba Marx, « hará imposible todo cuanto existe independientemente de los individuos » (12) ; declaración tan generosa como irrealizable, que debe leerse con todas las reservas posibles. Pero, ¿quién habría podido pensar que el marxismo serviría de coartada ideológica a una pretendida vanguardia, cuyo « anhelo clerical de dominación », tan poco común como su indigencia intelectual, sería alimentado, estimulado y finalmente llevado a su paroxismo por la ilusión de omnisciencia que extraería de las simplificaciones marxistas?

La secta educadora

Al lado del rey de los poetas y del « señor de los que saben », Dante vio en los infiernos a *Cesare armato con li occhi grifagni*. Nosotros, que vivimos en la tierra, hemos visto otros césares : una multitud de césares intercambiables marchando a pasos, que armados con el marxismo-leninismo han pretendido ser los educadores de la sociedad, los depositarios de su conciencia, los filósofos-reyes que enseñan al poeta y al sabio, al obrero y al campesino, al médico y al ingeniero, al músico y al atleta, la verdad común de su existencia.

(11) Marx-Engels : *Die Deutsche Ideologie*. Ed. Dietz, 1953, pág. 579.

(12) *Ibid.*, pág. 71.

(8) G. Lukacs : *Geschichte und Klassenbewusstsein*. 1923, pág. 85.

(9) N. Bujarin : *La Théorie du matérialisme historique*. París, sin fecha, págs. 11-12.

(10) L. Rudas en *The Communist* (ed. norteamericana). 1935, pág. 348.

Desde que la palabra « educación » existe, jamás se vieron tantos educadores. Como decía Joseph Revai, el principal artesano del hundimiento de la cultura burguesa, « el objetivo final de toda nuestra educación popular, es hacer entrar en la gente las verdades de la doctrina de Marx, Engels, Lenin y Stalin » (13). Así fue como la administración penitenciaria se incorporó al personal docente y los campos de trabajo forzoso se convirtieron en « campos de reeducación »...

El hombre « total » soñó por Marx, el hombre abierto a « todos » los dominios, pertenecía, pues, al Partido omnisciente e infalible que se reservaba el monopolio de la educación del pueblo : el Partido sería la personificación de la perfección de la « especie humana ». En realidad era la realización perfecta de ese tipo ideal de censor prusiano que el joven Marx había cubierto de sarcasmos :

« Nos piden que practiquemos la modestia, pero tienen al mismo tiempo la pretensión de transformar a ciertos servidores del Estado en espías del corazón, en gente omnisciente, en filósofos, teólogos, políticos, en oráculos de Delfos... La verdadera jactancia consiste en atribuir a determinados individuos la perfección de la especie. Ustedes creen que sus instituciones estatales son lo suficientemente fuertes como para cambiar a un débil mortal, a un funcionario, en santo, y hacerle posible lo imposible » (14).

Comparadas con las prácticas de los discípulos de Marx, las pretensiones de la censura prusiana de 1842 podían parecer el colmo del liberalismo. Transformados por la gracia del marxismo-leninismo en « seres omniscientes » y en « oráculos de Delfos », simples débiles mortales, cuyo único título intelectual era el carnet del Partido, crearon un vasto mecanismo de reeducación mediante iniciativas realmente invasoras. Introdujeron el marxismo-leninismo en *todos* los dominios, incluso en los más lejanos, con un ardor tanto más grande cuanto que desde hacía mucho tiempo habían dejado de saber apreciar el valor real de un pensador, de un investigador, de un artista

(13) Citado por F. Fejtö : *Histoire des démocraties populaires*. París, 1952, pág. 397.

(14) Marx : *Remarques sur la censure prussienne*, en *Marx-Engels Gesamtausgabe*, I, 1º, pág. 169.

en su propio dominio. Estos educadores, cuya especialidad abarcaba todo y que se hallaban desprovistos por completo de cualquier otra calificación, fueron bautizados « camarada Kucsera » por el viejo dramaturgo comunista Julius Hay, que trazó de ellos un feroz retrato :

« Kucsera no conocía nada a fondo y en consecuencia se mezclaba en todo, claro está, al nivel más elevado. ¿No se limitaba su función a lanzar orientaciones? En el plano de los principios ; a propósito de cualquier cosa ; a cada dos por tres. ¿Cómo puedo exigirle que tenga algún conocimiento? »

Enbriagándose con las palabras de « vanguardia » y de « ciencia proletaria », estos educadores analfabetos exigieron de los físicos, de los biólogos, de los artistas, de los filósofos, etc., la asimilación del marxismo-leninismo, el repudio del « objetivismo que quiere mantener las ciencias por encima del bien y del mal », es decir, que renegasen de sus propias convicciones para glorificar la « ciencia » fabulosa de la que el Partido conservaba celosamente el monopolio y el secreto.

Cuando se piensa en esa ciencia hermética cuyas manifestaciones exotéricas se reducen a una repetición monótona de fórmulas aprendidas de memoria, y de citas de las que se saca tal o cual muestra según las necesidades del momento, resulta imposible no pensar en la ciencia imaginaria que Marx atribuía a los censores prusianos :

« Se exige que los redactores de la prensa diaria sean hombres absolutamente irreprochables. Como primera garantía de esta integridad, se cita 'el saber y la competencia'. Pero no se formula la menor duda sobre el saber y la competencia del censor que enjuicia los saberes y las competencias de toda clase. Si existe en Prusia una cohorte tal de genios universales, que el gobierno conoce, ¿por qué no hacen literatura? En lugar de recurrir a la censura para poner un término final a los extravíos de la prensa, esos funcionarios, todopoderosos por su número, más poderosos aún por su saber y su genio, no tendrían más que levantarse de golpe para aplastar con su peso a los miserables escritores que no practican sino un único género y esto sin que su capacidad haya sido oficialmente comprobada. ¿Por qué esos malignos guardan silencio, cuando a ejemplo de los gansos romanos podían con su charlatanería salvar el Capitolio? Son de una discreción exagerada. El público literario los ignora, pero el gobierno los conoce. Si esos hombres son como jamás un Estado pudo encontrarlos, ya que ja-

más un Estado conoció clases enteras integradas únicamente por genios universales y polihistoriadores, ¿cuál no debe ser el genio de los que les eligen? ¿Cuál no debe ser su ciencia infusa, para que funcionarios desconocidos en la república de las letras puedan expedir un certificado atestiguando una capacidad universal. »

Traducir este texto extraordinario de lucidez y de vigor en lenguaje moderno, equivaldría a hacer la historia casi completa del totalitarismo *marxista*. Limitémonos a señalar que los genios enciclopédicos que llenaban las oficinas de la censura prusiana se congregan en nuestros días en una persona colectiva, el Partido, al cual transmiten su saber y su competencia. La vanguardia que monopolizaba la conciencia de la sociedad fue justamente concebida como la retirada de esos « polihistoriadores » invisibles cuya sabiduría infusa irradiaba hasta lo más bajo de la escala humana, permitiendo a tal o cual funcionario servil reinar como dueño absoluto sobre las ciencias y las letras.

Fue, a decir verdad, el primer Estado en la historia del mundo cuyos servidores llevaron la « polihistoria » hasta incluir en ella la música al mismo título que la economía, la biología al mismo tiempo que la mecánica ondulatoria. Y, efectivamente, aplastan con todo su peso a los miserables músicos, economistas, biólogos o físicos « que no practican más que un solo género »... Como conocen todo, conocen el fondo de la pintura impresionista mejor que los pintores, los cuales sin duda por puro formalismo se limitaban únicamente a las apariencias. Pero si los servidores de ese Estado « omnisciente » han sido hombres tales que ningún Estado supo aún disponer de ellos, ¿cuál no debió de ser el genio de los hombres que los eligieron? Es que ellos disponían del « marxismo-leninismo », la verdadera ciencia de la música, de la pintura, de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño ; la que, « limitados a sus únicas fuerzas », músicos, pintores o físicos serían incapaces de alcanzar. A los « educadores », pues, les corresponde enseñar la verdadera ciencia, respecto a la cual todas las ciencias reales no son otra cosa que desviación y degradación.

« Imitad a Pompeyo —decía Marx a los apologistas de la censura— ; golpead la tie-

rra con el pie y de cada edificio oficial surgirá una Palas Atenea armada de los pies a la cabeza. » Marx no conocía la nueva « Minerva del Norte », la que su « discípulo más genial » hizo surgir del suelo después de haber herido —a muerte— el espíritu del marxismo. Fue durante su reinado cuando los censores omniscientes de Marx se convirtieron efectivamente en omnipresentes y lograron la figura de superhombres « tallados en una madera especial », según la fórmula de Stalin.

« Todo el mundo no puede ser miembro de tal partido », decía éste último unos años antes de demostrar que los representantes más eminentes de ese partido de superhombres no eran otra cosa que vulgares espías, asesinos o saboteadores. Como totalidad abstracta, el Partido era « la juventud del mundo », el guía supremo de la humanidad. Por lo tanto, poco importaba saber si sus miembros empíricos podían en cualquier momento hacerse « desenmascarar » como traidores y « otros monstruos ». En el interior de esta élite, que no reconocía nada más sublime que el título de miembro del Partido, cada militante tomado individualmente ocultaba un « asesino » virtual, un « degenerado » cuyas fechorías podían arrancar de los primeros días de la revolución ; reunidos, formaban no obstante la unidad que se convertía en todas las cosas en la instancia autorizada : aquella ante la cual las pretensiones del espíritu a una investigación desinteresada, a una creación artística o a la justicia « abstracta » tenían que justificarse.

Para afirmar su poder, la burocracia totalitaria no podía tolerar nada exterior a la política, por importante que fuese, por insignificante que resultara. Con este fin se introdujeron en la cultura términos tomados de un vocabulario militar desconocido incluso durante los mejores tiempos del militarismo burgués : hubo un « frente de la música », así como también un « frente de la biología », de la poesía lírica, etc. Y una vez que los espíritus se familiarizaron con estas expresiones tan bárbaras como absurdas, el « Estado Mayor bolchevique » pudo desencadenar toda clase de operaciones de limpieza « en todos los frentes ». De esta manera, la « danza báquica de la verdad » de que habla la dialéctica terminó por con-

vertirse en una marcha militar cada día más monótona y aburrida, pero no menos capaz de regular con eficacia « el paso acompasado de los batallones de hierro del proletariado » (15).

Ortodoxia y pretorianismo

Por lo tanto, la ciencia fue definida oficialmente como patrimonio total del partido gubernamental, y en lo sucesivo tuvo que servir sus intereses y expresar sus necesidades. Y al mismo tiempo que en Alemania se denunciaba la « ciencia judía » y el « arte degenerado », seres ignorantes a los cuales el carnet del Partido otorgaba un mando absoluto en materia de cultura lanzaban su anatema contra la « ciencia burguesa » y las « diabluras de la mecánica ondulatoria », contra la pintura impresionista —de la que nadie había sospechado aún sus esencias contrarrevolucionarias— o contra la música dodecafónica.

Sabido es que el principal reproche formulado por Jdanov contra la obra de Alexandrov —*Historia de la filosofía en Europa occidental*—, fue el de « objetivismo » : objetividad e imparcialidad se habían convertido en sinónimos de error, mientras que el « espíritu bolchevique de partido » —es decir, la sumisión incondicional a las instrucciones procedentes de un Comité Central incontrolable, por otra parte pleno de traidores y de « otros monstruos »— constituyó en lo sucesivo el criterio de la verdad.

Basándose en este criterio, el Partido denunció la teoría de Einstein, la teoría de los cuantos de la escuela de Copenhague y la cibernética como idealistas. Se rechazaron con una saña desconocida después de las polémicas antidarwinistas de la Iglesia todas las contribuciones de este siglo en materia de ciencias humanas. Y al mismo tiempo que propagandistas incultos o ideólogos aterrorizados —pensamos en Lukacs y en su obra indigna *La destrucción de la razón*— « liquidaban » a Bergson o a Freud, a Max Weber o a Keynes, entre otros, con el mis-

mo ardor con que se liquidaba en el campo a los *kulaks*, Lyssenko, biólogo de segunda categoría, era puesto por las nubes por el hecho de que su teoría sobre la herencia de los caracteres adquiridos coincidía con los pretendidos « principios » del marxismo-leninismo.

No se contentaron con « depurar » las bibliotecas, sino que se redujo el número de sabios y artistas mediante destituciones, detenciones, exilios, etc. La desaparición de Riazanov, el editor mundialmente respetado de Marx, así como la suspensión de la edición de las Obras completas de Marx y Engels, viene a ser todo un símbolo; e igual que en la España de la Inquisición, la Biblia editada por los protestantes fue tildada de herejía. Cada vez más se reprochó a los sabios y artistas inculcados según métodos eminentemente policíacos no sólo sus « errores », sino asimismo una actitud « trotskista » u otras desviaciones políticas indeseables, entre las cuales es menester mencionar el llamado « individualismo académico ». El único método de pensamiento permitido era el determinado soberanamente por el Comité central y su secretario general ; toda otra concepción debería ser condenada.

“Kulturkampf”

Por otra parte, la ortodoxia no halló dificultad alguna para subordinar el mito marxista de la « verdad de clase » a la imaginaria mesiánica de la nación providencial. Después de los ukases de Jdanov, atribuir cualquier mérito a la cultura occidental resultaba un grave pecado de « cosmopolitismo burgués » y de « postración ante el extranjero ». Si ciertas denominaciones plenas de imágenes, como por ejemplo « engendro sin pasaporte », resultan divertidas para que su concepto pueda ser tomado en serio, no es menos cierto que con esas imprecaciones es la esencia misma de la ideología la que se manifiesta. Así la revista doctrinaria *Bolchevik* nos asegura que...

« ... como mercachifles de la ideología burguesa, los cosmopolitas idolatran la cultura burguesa podrida. En la gran cultura del pueblo ruso no ven otra cosa que reflejos y estribillos de la cultura burguesa de Occidente... La cuestión de la prioridad de la ciencia, de la literatura y del arte rusos es uno de los puntos cruciales de la

(15) La expresión es de Lenin. (*Œuvres choisies*, II, 406.) Fue la primera intrusión del simbolismo militar en el lenguaje hasta entonces civil de los partidos políticos.

lucha del socialismo contra el capitalismo. Por eso los enemigos del socialismo intentan ocultar o negar la prioridad de la ciencia y de la técnica soviéticas, la incommensurable superexcelencia de la literatura y del arte de la Unión Soviética. Tal es el motivo de sus ataques venenosos contra la cultura del gran pueblo ruso, que es la más eminente nación de todas las naciones de la Unión Soviética » (16).

No fue necesario mucho tiempo para que el complejo de inferioridad ruso se convirtiese en un complejo de superioridad, gracias a los historiadores y teóricos del Partido que se empeñaron en demostrar que los rusos habían sido los principales artífices del progreso y los iniciadores de los grandes cambios de la historia universal. De esta manera se revisó la tradicional interpretación de la autocracia zarista y la anexión por parte del imperio moscovita de los pueblos alógenas ; y la pérdida de independencia de estos últimos se interpretó como una etapa de su futura liberación por el bolchevismo. Después de la intervención de Stalin en el « debate lingüístico », el imperio zarista —la « prisión de los pueblos », según Lenin— quedó justificado como representante del progreso frente a los particularismos nacionalistas ; y los héroes nacionales, hasta entonces glorificados como campeones del progreso, fueron execrados como paladines de corrientes reaccionarias y agentes del extranjero.

« Incluso en la ciencia, el Estado no debe ver sino un medio de estimular el orgullo nacional. No sólo la historia del mundo debe ser enseñada desde este punto de vista, sino igualmente toda la historia de la civilización. El inventor no debe aparecer como un gran hombre en su simple calidad de inventor, sino como representante de su nación. »

Este texto pudo haber sido escrito por un nacionalista reaccionario, de la misma manera que por un « marxista ortodoxo » de la era stalinista. De hecho trátase de una cita de *Mein Kampf* (17). Ahora bien, contrariamente al nazismo, que quiso movilizar todos los grandes nombres de Alemania al servicio de su « romanticismo de acero », la ideología pseudomarxista se veía obligada,

(16) Citado por el diario *Le Monde*. París, 30 de abril de 1949.

(17) Citado por Ernest Erich Not en *La Tragédie de la jeunesse allemande*, 1934, pág. 160.

por su propia naturaleza, a negar lo que sin duda alguna constituye la aportación más original de Rusia a la cultura universal, o sea su tradición espiritual, así como también a atribuir a los rusos todos los inventos técnicos, desde el pararrayos hasta la bomba atómica, lo que en más de una ocasión rebasa los límites de lo absurdo.

Ni un solo aspecto ha escapado a la « omnisciencia » de esa pretendida « vanguardia » que no presentase la impronta de su genio enciclopédico. Para los profanos, para los que soportaron el monopolio ideológico, ese Partido distribuidor de verdades supremas, que planificaba la cultura de la misma manera que racionaba el abastecimiento, se transformaba cada vez más en una asamblea de funcionarios dóciles, de dependientes, de perseguidores perseguidos. Mas, de acuerdo con su imagen ideal, que sólo tomaban en serio aquellos que resultaban los beneficiarios directos, o también los militantes que moraban en las tinieblas exteriores, era el éter de la verdad pura, el domicilio social del « hombre total », el empíreo donde el proletariado comunicaba su sabiduría precisamente a aquellos que privaban a los proletarios auténticos de todo derecho de voto, de asociación, de información, de huelga, etc. Allí se hallaba el *liber vivus* de la ciencia proletaria ; allí podía leerse...

*... legato con amore in un volume
ciò che per l'universo si squaderna.*

Por desgracia ese « Libro » no tenía más que páginas en blanco. Como decía Custine respecto asimismo de Rusia : « Si ustedes abren el libro, no encontrarán nada de lo que anuncia ; todos los capítulos están rotulados, pero todos están sin hacer. » Esto que sólo era una simple salida de tono, la extinción del marxismo lo ha hecho real.

Extinción del marxismo

Apenas existe tesis teórica del marxismo que la exégesis ortodoxa no haya reducido a vulgar catecismo primario para uso y abuso de agitadores. Esto basta por sí solo para explicar el marasmo actual del marxismo, incluso en aquellos aspectos que eran tradicionalmente los suyos. « La teoría eco-

nómica del marxismo no ha hecho progreso alguno esencial desde 1930 », comprueba un economista marxista tan ortodoxo como Paul Sweezy (18). Pero, ¿cuál podía ser la teoría económica en un país que ha erigido en dogma el « secreto » de los negocios, secreto tan reprochado a los capitalistas? El objetivo sistemáticamente perseguido por la ideología es el de substraer la realidad —tanto la realidad capitalista como la de la « nueva tierra » providencial— a la reflexión crítica de sus partidarios.

En toda época de fermento o de revolución religiosa, el hombre se esfuerza en presentar el conjunto de la nueva fe lo más coherentemente posible. Intenta profundizar esa fe, comunicarla a los demás, formularla de manera clara, precisa y definitiva, así como de defenderla contra los enemigos de la ortodoxia. A este respecto, cabe insistir sobre la importancia de ese clima apologetico y polémico, así como sobre las consecuencias que de él se derivan para la teología cristiana. Consideremos, por ejemplo, la polémica antipelagiana de San Agustín: gracias a ella pasó éste a la posteridad como el teólogo definidor del pecado original, de la predestinación, de la gracia, etc. De este esfuerzo incesantemente reanudado por las Iglesias para definir el dogma, para manifestar y para realizar el acuerdo entre la razón y la fe, no se ve la menor traza en la historia reciente del marxismo. Los marxistas viven actualmente merced a un capital de palabras que ya no piensan, con la particularidad de que el valor de las más esenciales es lo que se ha evaporado más rápidamente: las referentes a la sociedad y a la revolución, a la libertad y a la opresión, a la cultura.

San Agustín tuvo que compilar en un catálogo todas las herejías —88 en total—; en él encontramos gran número de indicaciones sobre las ideas que con razón o sin ella se imputaron a los herejes. Ningún doctor oficial ha pensado aún en concretar en una definición el sentido de las innumerables formas bajo las cuales se presentan las desviaciones de « izquierda », de « derecha » y de « centro ». De tal manera que las actitudes anticonformistas estigmatiza-

das por los términos objetivismo y subjetivismo, extremismo y conciliacionismo, patrioterismo y cosmopolitismo, teoricismo y practicismo, burocratismo y autonomismo, aristocratismo e igualitarismo, revisionismo y dogmatismo, etc., etc., significan casi siempre una « sobrestimación » o una « subestimación » de « factores » en torno a los cuales la ortodoxia mantiene celosamente una especie de *no man's land* teórico: sólo los jefes de las tropas de la policía política conocen el peso exacto de los factores sobrestimados o subestimados por sus víctimas. Y como éstas no pueden ni quieren defenderse y obligar a los ortodoxos a « refutarles » definiendo la nueva fe, el contenido real de las desviaciones, si desviaciones existen, así como el credo, continúan siendo ignorados y se convierten en misterios, conocidos exclusivamente por los que manejan el *malleus maleficarum*.

Después de la era de la « psicología sin alma », ¿veremos la de la ideología sin doctrina, de la ortodoxia sin dogma?

La ortodoxia sin dogma

La originalidad de la ortodoxia marxista con respecto a las precedentes, es que corre el riesgo de ser inconcebible porque ha resultado informulable. En todas partes donde el marxismo ortodoxo se ha impuesto como norma del pensamiento filosófico, sociológico, económico, político, etc., el *orthon dogma* se ha convertido en *agraphon*, no escrito: ya no se sabe lo que *es* el verdadero marxismo, pero se sabe siempre *post festum*, tras la condena irrecusable de las « desviaciones », *lo que no es*. Además, estas condenas sin recurso no ofrecen la menor definición de la desviación que es necesario evitar; y como se formulan en un lenguaje más o menos apócrifo, no contribuyen en modo alguno a hacer perceptible el camino real del recto conocimiento.

Jamás el movimiento marxista supo obtener, en el curso de su historia, la adhesión apasionada de tantos sabios e intelectuales; nunca tantos espíritus distinguidos se mostraron tan « vigilantes », dispuestos siempre a descubrir y denunciar la menor desviación; jamás, pues, las condiciones necesarias para la *instauratio magna* del marxis-

(18) P. Sweezy: *The Theory of Capitalist Development*, 1949, pág. 209.

mo triunfador en la mitad del planeta se dieron tan plenamente. Empero, nunca ortodoxia alguna resultó tan sumaria cual la ortodoxia marxista. Jamás se habló tanto de « teoría marxista » ; nunca teoría con pretensiones a la omnisciencia fue expuesta en tan aburridos y minúsculos folletos.

Nada ilustra mejor esta ortodoxia incognoscible como el destino del célebre libro *ABC del comunismo*, de Bujarin y Preobrajenski. Después de haberse liquidado la « desviación de izquierda », fue suprimida la parte escrita por Preobrajenski ; y cuando triunfó la verdadera « ciencia » merced a la liquidación de la « desviación de derecha », fue depurada la parte escrita por Bujarin. Dicho de otro modo : el libro desapareció de la circulación. La ortodoxia se vio purgada del error, mas fue reducida a la pureza del « no ser »...

La transformación de Stalin en « corifeo de las ciencias y de las artes » vino a consumir esa extinción del marxismo. A partir de este momento, el marxismo se halló reducido a varios principios elementales y rígidos, a un catecismo simplificado, a una mitología grosera cuya única función era servir de « aureola » ideológica al « culto de la personalidad ». Sería un error creer que todo esto pudo turbar la beatitud de los intérpretes autorizados de la verdad suprema. De creerles, uno sería más bien tentado a ver en Marx un oscuro precursor de su « discípulo más genial ».

Pero el pretendido « culto de la personalidad » no era otra cosa que un pretendido seudoculto y sólo se dirigía a la superficie del alma. El fanatismo artificial que supo entretener únicamente puede compararse al escepticismo receloso sobre el cual se erigió sin lograr vencerlo. La prueba es la sorprendente facilidad con que se han enterrado los textos « luminosos » del jefe sólo unos meses después de su muerte. El mismo aparato de propaganda que había permitido a Stalin « desenmascarar » como traidores y monstruos a la mayor parte de los jefes unánimemente adorados del régimen, se volvió finalmente contra él ; después de haberlo adornado con todas las virtudes en todos los aspectos, ahora se guarda silencio sobre una « obra teórica » calificada hasta entonces de « inmensa ».

¿Hacia el fin de la ortodoxia?

El futuro demostrará si, como decía Marx, el « culto de la autoridad » es la « religión de la burocracia ». Lo que ya es actualmente cierto, es el vacío del fanatismo seudomarxista, la inautenticidad radical de esa seudorreligiosidad totalitaria.

La parálisis del espíritu crítico, el desajuste colectivo del pensamiento que han presidido la divinización del jefe infalible, serían humanamente comprensibles si se debieran a un culto sincero, a una verdadera fe. Pero nada de esto es cierto. Esa fe no suponía la menor fidelidad ; el entusiasmo de todos se acomodaba muy bien a la incredulidad de cada uno. La unanimidad en los aplausos —y sobre todo la paridad en las maldiciones— daba la ilusión de que existía una comunidad y ofrecía las apariencias de una unidad a la muchedumbre de solitarios, escépticos e indiferentes cuya reunión pasajera y superficial formó el primer movimiento en la historia de los partidos políticos que se enorgullecía de su « monolitismo ». La obediencia reclamada resultaba fácilmente aceptada por no implicar ninguna adhesión personal real : por lo tanto, los destinados al culto de la personalidad podían cambiar soberanamente los signos y convertir al « maestro venerado » en un chivo expiatorio. Esta *despersonalización* de los jefes, entregados totalmente al aparato de propaganda que los lanza y retira de la circulación como si se tratase de vulgares objetos domésticos, revela la verdadera naturaleza del « culto de la personalidad » : no obstante sus apariencias seudorreligiosas, la ideología degenerada apenas se distingue del anuncio publicitario.

Este enfriamiento de la ideología puede comprobarse en el nivel más elevado. En efecto, cuando se considera la fecundidad del marxismo durante la época kautskista o leninista, se está tentado a comprender —o al menos a excusar— las pretensiones infantiles de Bujarin. Por otra parte, lo cual resulta más importante, Stalin mismo era un personaje del pasado, y fue sin duda comparándose a verdaderos intelectuales, cual su predecesor Lenin y su rival Trotsky, como debió de sentir la necesidad de forjarse una reputación de « corifeo de la cien-

cia ». Los semiintelectuales —entre los cuales el socialismo reclutaba sus « prácticos » y sus « permanentes »— tenían en todos los países una tendencia acusadísima a considerar el marxismo, es decir, las fórmulas simplificadas que les transmitían los vulgarizadores de la doctrina, como el alfa y el omega de la ciencia. Cuando uno de ellos, Stalin, tomó el poder, su « concepción del mundo », su mentalidad, su jerigonza impersonal, así como sus vagas reminiscencias y nostalgias intelectuales, adquirieron fuerza de ley y rechazaron cualquier otra manera de pensar y de expresarse. Pero, educada en esa terrible escuela, la nueva *intelligentsia* tenía que rechazar con desprecio todo interés de índole teórica e incluso política. La técnica y la administración de las cosas, los problemas prácticos de la gestión, eran para ellos mucho más interesantes que las salmodias doctrinales.

Los semiintelectuales que habían conocido a Plejanov y a Lenin, a Trotski y a Bujarin, o que se habían encontrado en el mismo camino que ellos, aún podían apasionarse por la « dialéctica » y su confirmación mediante el ejemplo incansablemente repetido del agua que se congela a 0° y se evapora a 100°. Pero, por la gracia de Stalin, el *diamat* se convirtió en algo aburrido. Por tal motivo, durante la « desestalinización » los estudiantes, los futuros cuadros del régimen, reclamaban en todas partes, tanto en Budapest como en Varsovia o en Moscú, la supresión de los cursos de marxismo-leninismo, que según el periódico juvenil *Komsomolskaia Pravda* (18 de octubre de 1956) encontraban francamente enojosos. Es esa indiferencia ideológica —el mitridatismo de la ideología obsesional— lo que la prensa oficial denuncia en la nueva generación ; evidentemente, no es ésta la que continuará la gigantesca empresa, cada día más grotesca, del « reacondicionamiento » de los espíritus y del « cuadrículado » mental que de Lenin a Stalin ha transformado la sociedad en un inmenso campo de reeducación.

Además, posiblemente los nuevos dirigentes —surgidos directamente del *Herrenklub* de los funcionarios y pasados por el rodillo compresor de la burocracia anónima— consideren ya toda actividad teórica, real o pretendida, como una muestra de provincialis-

mo. ¿Cuál es la personalidad de cada uno de esos hombres? Apenas se observa en sus manifestaciones públicas. En vano se buscaría la menor idea original en sus discursos plenos de cifras y de fórmulas mil veces escuchadas. Desde que dieron sus primeros pasos en política, sufrieron la influencia del terrible genio : nadie duda de que se hallen suficientemente inmunizados contra la tentación del terrorismo intelectual. Hay un alivio al comprobar que las citas de Marx y Engels han sido reemplazadas por los adagios populares y las referencias al cultivo del maíz. Llegados al grado cero de la expresión, esos césares de pacotilla no parecen conocer y reconocer más que una sola actividad « ideológica » : aquella que consiste en mostrar solemnemente estadísticas falsificadas o en todo caso incontrolables ante las asambleas de funcionarios dóciles. Esta forma de « carisma » completamente burocratizada, desembarazada de todos los vestigios de la era de los tribunos y de los escritores, ¿no es la que conviene mejor a la sociedad burocratizada que han contribuido a modelar y en la que ahora ocupan los puestos más elevados? ¿Por qué entonces no habrían de ver en ello una manifestación suprema del principio del placer?

La ortodoxia seudorreligiosa ha caducado : lo que era el alma de una empresa mesiánica se ha reducido hasta convertirse en un *digest* de trivialidades. Si la ortodoxia, en nombre de la cual los visionarios de la verdad futura se hicieron los mistificadores del presente, se hunde y se disgrega, es como consecuencia de su propio desenvolvimiento interno : después de haber sido llevada a su paroxismo, hoy no es más que un verbalismo sin sostén alguno. Los « conflictos ideológicos » giran en el vacío ; las citas rituales suenan a hueco ; el fundamento último, o sea la seguridad vertiginosa de poseer la verdad, aparece quebrantado. Las prohibiciones vacilan sobre sus bases y los hombres vuelven a pensar de nuevo por sí mismos.

Hace un siglo, Marx elogiaba a la burguesía por haber creado un mundo en el que el hombre « estaba al fin obligado a mirar la realidad con ojos desengañados ». Fue necesario pasar por el « marxismo ortodoxo » para comprender cuán justo era ese elogio y cuán frágil este mundo.

Post scriptum

Teniendo en cuenta que el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se dedicó a una frenética puja respecto a las cuestiones esenciales de este estudio, me interesa señalar algunos de los rasgos más sobresalientes de esta especie de *strip-tease* ideológico, que resultó asimismo un ajuste de cuentas digno de una novela de *gangsters*.

1° *La ortodoxia*. Ningún miramiento para reconocer su total vacío. Como dijo Leónidas Ilyitchef, jefe de la sección de agitación y propaganda del Comité Central, « no es puro azar que durante tantos años no se publicase un solo trabajo, por poco importante que fuese, sobre economía, filosofía e historia. El pensamiento vivo no se encontraba a sus anchas, puesto que se miraba con recelo toda tentativa de examinar los hechos y de interpretarlos según una óptica nueva ». La apatía con que los turiferarios de la « ciencia proletaria » acogieron esta « revelación », nos autoriza a establecer la hipótesis siguiente : Si los personajes que mutuamente se arrojaron paletadas de cieno en torno al trono vacío del « corifeo de la ciencia », se deciden un día a abandonar el materialismo dialéctico e histórico y convertirse a la religión del Gran Espíritu o al culto de las piedras —lo cual se nos antoja la superestructura ideológica más adecuada para ese régimen que se enorgullece de su monolitismo—, nadie duda de que habrá unos cuantos montañeses albaneses que continuarán apasionándose por la « contradicción dialéctica » y los « saltos cualitativos ». Al ritmo a que se suceden los congresos, todo es posible. Por otra parte, ¿está nadie seguro de que Marx haya existido?

2° *El culto a la personalidad*. El indecente trajín de cadáveres « desmausoleizados » y tal vez « desmomificados », que con el sincronismo de rigor siguió a los debates del XXII Congreso, tanto en Moscú como en Praga, hace un poco ilusoria la analogía que establecimos entre la técnica publicitaria y el culto de Stalin. En efecto, cuando

una marca antigua de automóvil se reemplaza por otra nueva, la técnica publicitaria consiste en elogiar esta última y no en atacar a la otra, lo cual no es el caso de los que hicieron la publicidad del « Padre de los pueblos ». Más que en Ionesco y en su obra teatral *¿Cómo desembarazarse de ello?*, o en Hitchcock con sus cadáveres que desaparecen y reaparecen cambiando constantemente de lugar, uno piensa en los conserjes necrófagos de Henri Monnier, sin el humor de éste, claro está. Ese cuerpo místico que formaban Stalin y los suyos, según Pablo Neruda, aparece en realidad como una familia strindbergiana, biliosa a causa del odio, del resentimiento y de la depravación, condenada a la destrucción mutua.

3° *El culto burocrático de la autoridad*. Los elogios de encargo hechos a Kruschef por sus acólitos no ofrecen nada de común con el delirio ideológico de la época stalinista. Esa gente conoce mejor que nosotros el vacío de la « ciencia proletaria ». Durante la interminable época en que tuvieron que dejarse pisotear por el « corifeo de la ciencia », sin duda acumularon tal desprecio por la cohorte de verdaderos o falsos intelectuales que libre y espontáneamente, sin que les obligara ninguna GPU, se inclinaron en el mundo entero ante el tirano analfabeto, que no sintieron el menor deseo de renovar las abstractas letanías. Su temperamento lo exteriorizaron de otra manera. En realidad, su manera de adorar revela el tipo humano que el régimen ha producido tras medio siglo de ímprobos esfuerzos. Los cortesanos de Luis XIV o de Felipe II resultan casi unos anarquistas comparados a la nueva élite que ocupa el poder en la URSS. La vulgaridad de sus palabras deja ver claramente la verdadera personalidad de esa gente.

Marx había señalado la necesidad de disfrazarse que sienten los hombres comprometidos en la acción histórica. Por ejemplo, los revolucionarios franceses se disfrazaron de héroes de Plutarco. Pero, ¿quién habría de suponer que los teóricos del « salto al reino de la libertad » iban a terminar por disfrazarse de *gangsters*?

F. COSSIO DEL POMAR

Oligarquía y militarismo en el Perú

OLIGARQUÍA es la forma de gobierno en la que el poder supremo se ejerce por un reducido grupo de personas pertenecientes a una misma clase social y unida por intereses comunes. Y si algo es auténticamente latinoamericano, es la oligarquía. Nació de circunstancias propias, de auténtica materia social indoamericana, con matices originales, de hondo calado histórico matizado por la idiosincrasia y el estilo de nuestros hombres.

Por lo que al Perú se refiere, podemos asegurar que desde su independencia de España, con pocas excepciones, siempre ha gobernado un miembro o un representante de la oligarquía en quien se ha delegado una función, sobre todo administrativa.

La transformación económica y social del mundo, la marcha del progreso, poco ha tenido que ver con la inviolabilidad de los privilegios conquistados por esta casta a través de siglos de dominio. La oligarquía peruana, más que tradición económico-política representa tradición de clase. Esto se debe en gran parte, entre otros factores, al poco efecto que han tenido las ideologías en América. Las más novedosas ideas y doctrinas políticas han sido aceptadas con aparente entusiasmo, y hasta incorporadas, cuando el caso lo requirió, a las constituciones de las diferentes repúblicas. Tal como se recibían las Leyes de Indias con un « acátese, pero no se cumpla », los dirigentes y sus personeros oligárquicos aceptaban, como pura fórmula, las más

nuevas doctrinas sociales y avanzadas reformas. Nada de lo que aparecía en el continente europeo como prueba de preocupación justiciera, de progreso humano, era repudiado. Al contrario, se le glorificaba en discursos y ceremonias, pero sin llegar a tocar los objetivos proclamados, desviando su trayectoria histórica y ocultando las razones que habían dado origen a esas reformas. « Evolución y no revolución » era el consejo que daba desde su cátedra uno de los profesores más distinguidos de la Universidad Mayor de San Marcos, don Alejandro Deustua. Así se subvertía la necesidad apremiante de revolucionar que demandaba la realidad de los hechos, y se mantenían incólumes las enquistadas supervivencias coloniales.

La mayoría de los países de América deben al liberalismo la existencia de sociedades libres, abiertas, de gobiernos verdaderamente representativos. Es el caso de Chile, es el caso del Uruguay y el caso, aún más elocuente, de México, a pesar de que en este país el liberalismo fue desvirtuado por el porfirismo. En la República de Colombia, tan cautelosa en guardar sus principios conservadores, gracias al liberalismo se estableció una provechosa oposición dialéctica en el cerrado campo político que dominaba el país, ensamblando una estructura provechosa para todos.

En el Perú no ha ocurrido nada parecido. La clase dirigente se sintió inmovible y veló siempre por la inalterabilidad

de la tradición. Es una oligarquía absorbente, unificada, que no permite ni siquiera la formación de nuevas oligarquías políticas capaces de actuar por su cuenta, fuera del control de los clásicos derechos aristocráticos. Las dos instituciones claves de la República, el Clero y el Ejército, dependían en sus privilegios y jerarquías del poder emanado de la oligarquía. Los individuos que forman el alto clero han sido seleccionados entre familias ricas y poderosas y entre los más capaces de servir los intereses del grupo minoritario. Uno de los cuidados del alto clero era impedir el acceso de un bajo clero autóctono a las altas dignidades de la Iglesia.

También el ejército ha sido deformado en sus funciones por su intromisión en la política, ajena a la institución militar. Pero, al contrario de lo que pasó con el clero, en el ejército « los de abajo » llegan a ocupar puestos de importancia. Por medios harto conocidos de protección, compadrazgo e influencias económicas, gracias a la docilidad de los poderes públicos y a la intriga de los personeros del gobierno, se ha logrado que el ejército, a pesar de la disciplina y preparación técnica que le reconocemos, se convierta en una institución al servicio de la clase privilegiada que representa la « autoridad constituída », en el caso del Perú, la oligarquía. De manera que el clero y el ejército, al menos hasta que Odría dejó el poder, han sido instituciones la mayor parte de las veces a las órdenes de la plutocracia, que dictaba el *status* en materia de relaciones del Estado y la Iglesia, y de las fuerzas armadas y la nación.

*

Se han dado muchos casos en que camarillas militares lograron alterar el orden establecido tomando el poder por la fuerza, pero en la historia del Perú republicano son pocos los militares que han retenido por mucho tiempo el control supremo sin el asentimiento de la oligarquía. El caso del mariscal Castilla no es una excepción. Los demás gobiernos militares tuvieron vida efímera cuando no fueron dirigidos y controlados por oligarcas. Fueron derrocados, no por intentar reformas sociales, sino por la ignorancia que revelaron de los métodos

de gobernar, y la crisis que desataron en las instituciones con desmedro y perjuicio de los bienes hereditarios.

Tenemos que reconocer que hasta la primera guerra mundial la oligarquía peruana detentaba, con el poder económico, el monopolio de la cultura. Era una clase preparada y fortalecida por el mismo peso de su dogmatismo individualista. Llenaba funciones de « élite ». De sus filas salieron los representantes de la inteligencia peruana (iba a decir el pensamiento peruano, lo que hubiera sido arbitrario). Nombres de prestancia internacional como Paz Soldán, Pardo y Aliaga, los García Calderón, Riva-Agüero. Los otros, los representantes de la protesta, los que se quedaron en casa predicando rebeldías, escribiendo poesías o tradiciones, no figuraron en la vida nacional. Esperaron llegara la hora de figurar en la historia que hoy escribe Jorge Basadre. Sus nombres han perdurado para inscribirlos en ella : Francisco González de Paula Vigil, introductor de las ideas liberales en el Perú ; González Prada, desertor de la aristocracia ; Ricardo Palma, el tradicionista ; José Santos Chocano, el cantor de América ; y José Carlos Mariátegui, el investigador de la realidad peruana. Ninguno de ellos pertenece a lo que se denominaba « la clase pudiente », pero todos representan los ideales nacionales de nuestro verdadero proceso histórico. Son los autores genuinos del acaecer histórico.

Gracias a la preparación de un grupo selecto, la clase oligárquica en el Perú pudo mantenerse más de lo que permiten las etapas sociales en normal desenvolvimiento. Es verdad que en los últimos tiempos la decadente oligarquía se vio reforzada por miembros de la clase media, valiosos elementos industriales, técnicos o comerciales que representaban nuevos intereses de una clase propietaria. Así fue reforzando, ya que no modificando, su conducta social. Esta siguió siendo de miras estrechas, de egoísmos comarcanos e intolerante en cuanto se trataba de intervenir en algo que afectara a sus derechos heredados, considerados como divinos.

¿Podía esta oligarquía estar de acuerdo con el plan de acción inmediata proclamado por el Partido Aprista en 1931? ¿Podía

esta oligarquía consentir las reformas sociales, en el fondo mínimas, que reclamaban los ciudadanos del Perú? Para la clase monopolista resultaba monstruosa una doctrina política partidaria de la democracia representativa y partidaria de reformas institucionales que permitieran la plena expresión de la libertad, iguales derechos para todos e iguales oportunidades para elevar el nivel cívico de los ciudadanos demostrando que no hay democracia si el pueblo no tiene la posibilidad de ejercer el derecho de cambiar a sus gobernantes.

*

Conviene recordar en pocas líneas el contenido de este programa en los puntos que tan intensamente conmovieron a los detentadores de la cosa pública en el Perú. Insignificantes resultan los reclamos, si consideramos las monstruosas injusticias que en realidad exigían mucho más profundas medidas de profilaxis nacional.

Uno de los puntos que despertaron mayor inquietud es el que se refiere a la reforma agraria :

« Se expropiará el latifundio con una justa indemnización, lo mismo que las grandes haciendas que por vecindad con las ciudades les impiden desarrollarse.

« Los terrenos sin cultivo serán tasados con grandes impuestos.

« Se llevará a cabo una reforma completa en la industria minera. Se revisarán las concesiones...

« Se incorporará el indio a la vida civil. »

La oligarquía peruana comprendió el peligro que entrañaba el programa de reformas planteado por el Partido Aprista y la revolución que produciría desde el punto de vista social. Sabido es que en nuestra América el mito de la repartición de tierras ha entretenido por muchos años el hambre del campesinado. El Apra no iba a incurrir en el mismo engaño, utilizando el « hambre de la tierra » con miras políticas oportunistas. Estaba decidido a realizar lo que prometía en su programa ; lo cual significaba para la reacción —o sea la oligarquía— nada menos que la pérdida del con-

trol de los instrumentos de riqueza y dominio político.

Durante años, los gobiernos, uno después de otro, habían considerado inevitable la necesidad de esta reforma, por razones políticas y psicológicas. Largo tiempo el campesino peruano, que constituye el 63 % de la población, ha mantenido la esperanza de que cambie su situación calamitosa. En los congresos del Perú, al menos hasta la aparición del Partido Aprista, nunca faltaron esos proyectos en manos de comisiones encargadas de estudiar indefinidamente el *modus operandi* que permitiera llevar a cabo de manera efectiva, realista, esa reforma. Pero antes de lanzarse, decían ellos, a dar empíricas leyes contrarias a la realidad sociológica del país, leyes que resultarían destructivas, pasaron decenios estudiando pros y contras, sin remediar para nada la injusta situación de la propiedad rural, posponiendo indefinidamente el deber urgente de repartir las grandes extensiones, propiedad de una familia o de un individuo, para la conveniencia económica de la República, y así llevar a cabo la equidad social que reclama cada rincón de América Latina. Mientras los congresos, formados por individuos escogidos por la oligarquía, no hicieron otra cosa que dejar correr el tiempo y seguir la vieja táctica de las promesas.

Es incalculable el número de hectáreas que son propiedad del Estado en manos de organismos estatales o de sociedades de beneficencia, o de congregaciones que malamente se encargan de hacerlas producir. Los latifundios propiedad de empresas extranjeras también son monstruosas anomalías explicables sólo por la impunidad que han gozado algunos gobernantes sin escrúpulos. Repetimos : no se trataba de pregonar reformas de carácter efímero como las que se han hecho en Rusia y China. El plan de reforma agraria propugnado por el Apra se basa en una situación objetiva y nada tiene que ver con el propósito de ganar el favor popular. Esto y el planteamiento de una economía que beneficiara a las mayorías paupérrimas : la reforma fiscal tributaria que comprende el establecimiento de impuestos directos y no indirectos, porque éstos afectan a la gran masa de la población, especialmente a las clases asalariadas ; la reforma arancelaria

y aduanera, la modificación y reorganización de los organismos a cargo de la función pública forman los básicos propósitos del Partido, una vez en el gobierno.

Como vemos, se trata de reformas primarias, insignificantes, comparadas con las tremendas injusticias que hay por reparar en el país. La reacción no lo entendió así; encerrada en sus prejuicios, su visión apenas llegaba hasta los límites de la frontera peruana. No advertía que alrededor del Perú el mundo avanzaba vertiginosamente con rumbo a profundas transformaciones de todo orden. Era negar la evidencia el parapetarse detrás del falso argumento de que para transformar la estructura de un país es necesario un período preparatorio, una etapa de transición. Hay dos maneras de bajar una escalera, explican los conservadores: echándose en el vacío o bajándola peldaño a peldaño. En el primer caso se llega más rápido, aunque magullado; en el segundo se llega con relativa lentitud, pero intacto. Con este lento moverse de peldaño a peldaño, los países subdesarrollados, sin experiencia de la libertad, donde los individuos han desconocido siempre el alcance de sus derechos, nunca llegan a ningún descanso bienhechor. Naturalmente que hay que educar, preparar, condicionar primero las instituciones para que la nación, en sus cambios fundamentales, no sufra los trastornos de la violencia. Pero esta labor preparatoria no implica posponer constantemente remedios urgentes y hacer que las reformas sigan esperando plazos sin límite definido, que al fin y al cabo encubren una trampa. Está, pues, de más invocar el tiempo « prudencial » que aconsejan los « logizantes ». Los tiempos de ahora requieren hacer las cosas pronto y revolucionando. Los mismos dictadores, desde el mariscal Benavides al general Odría, convencidos de la existencia de una creciente conciencia revolucionaria, se apresuraron a llevar a cabo algunos de los cambios propuestos por el Apra, sin tener en cuenta que estos cambios si no van acompañados de una revolución social resultan contraproducentes. Adlai Stevenson, en un reciente discurso, confirma esta tesis: « El desarrollo económico —dice— puede acarrear el desastre político si beneficia sólo a los afortunados, en tanto que el abismo entre

pobres y ricos se va ampliando más rigurosamente. »

Las obras públicas de relumbrón emprendidas por Benavides y sus secuaces sólo hicieron eso: ensanchar el abismo, contrastar el claroscuro entre la arrogancia de la abundancia y la humildad de la escasez, entre el opresor y el oprimido. Esta realidad no podía ocultarse tras los grandes edificios, ni la rebeldía ante la injusticia social en gran escala iba a poder encerrarse en las cárceles. La mano de hierro de los dictadores es cada día más impotente. Las persecuciones concluyen por precipitar a los países al verdadero caos o a desastres irremediables. Nada se gana con fusilar, encarcelar, deportar a los que luchan por la dignidad humana.

*

Ante el diario fracaso, la oligarquía comprendió que poco podía esperar de la fuerza militar. Los métodos de violencia que ahora vemos aplicar a contados tiranos caribes, sólo conducen a la ruina de todos. Había que encontrar un hombre capaz de afrontar los graves peligros que entrañaba el nuevo partido político del Perú, que supiera hacer frente a una amenaza considerada peligrosa, ante todo por sus consecuencias. Pues aunque nunca llegó a considerarse al Apra, al menos en sus primeros años, sino como una « secta » de fanáticos subversivos condenados a desaparecer, representaba una propaganda de ideas « disociadoras », capaces de perturbar el orden y la « buena marcha » de la nación.

Para vencer o suprimir ese « molesto » obstáculo se necesitaba, más que un hombre de espada, un hombre de toga. Con buenos fundamentos, la oligarquía comenzó a darse cuenta, quizás un poco tarde,



del peligro que entrañaba el militarismo, considerado hasta entonces como un mal menor. Fomentar su permanencia en la dirección de los asuntos del gobierno hubiera sido un acto suicida. Por eso buscó un hombre capaz de llevar el país a la estabilidad política y al crecimiento económico. Este hombre fue Manuel Prado, genuino representante de la más rancia aristocracia peruana, inteligente y con sentido de mando. Por sus innegables cualidades de carácter, Manuel Prado estaba en condiciones de actuar con sagacidad, refrenar la ambición de los militares y terminar con los apristas. El fraude electoral para él, como para la clase de los intereses que representaba, era un acto de patriotismo justificado por la crítica situación nacional. Él mismo, llevado por la convincente retórica de los alarmistas, así lo supuso. Sin conocer a Víctor Raúl Haya de la Torre sino por la mendaz propaganda de los calumniadores, y convencido quizás de la eficacia del prudente sentido evolutivo, Prado aceptó la responsabilidad del poder.

El mariscal Benavides y la clase social que lo apoyaba eligieron bien su hombre para las elecciones presidenciales de 1939.

Tenemos que declarar paladinamente que Prado al llegar al poder heredó, con la presidencia, la misión de destruir el Aprismo; pero en nada tuvo que intervenir para organizar la maquinaria represiva. Ésta ya estaba montada; la crueldad era sagrada consigna en cada prefecto, subprefecto, alguacil o gendarme; y los métodos eran los aprobados y experimentados desde la llegada al poder de Sánchez Cerro. Prado no tuvo el valor, o la fuerza, de enmendar las cosas. Por buena voluntad que pusiera para hacerlas de otro modo, le fue imposible conceder ningún progreso económico y social con justicia al hombre común. Materialmente imposible. No hubiera durado en la presidencia una semana. Eso lo comprendimos todos. Nada podía la buena voluntad de un hombre. Se trataba de un basurero nacional de odio, de incompreensión e ignominia. Hacía falta un partido para pegarle fuego.

En 1945 termina el gobierno de Prado. Las circunstancias históricas favorecían el resurgimiento de las dictaduras militares:

la falta de una burguesía industrial, la poca solidez de la estructura sindical, el país subdesarrollado hacía posible esta clase de dictaduras. Prado, durante el período de su gobierno (1939-1945), controló al ejército, mas no lo dominó. Estamos seguros que muy a su pesar tuvo que aceptar la candidatura oficial de otro mariscal: Eloy Ureta. Por su parte el Partido Aprista, todavía fuera de la ley, aprovechando las garantías que daba el gobierno de Prado, organizó un frente democrático y llevó como candidato civil al doctor José Luis Bustamante, abogado de bien limitada visión política. La victoria del candidato aprista fue fácil. Por el candidato militar votó, al decir de Andrés Townsend Ezcurra, ese « sector popular sin conciencia clasista ni política, cívicamente, supersticiosamente adicto al hombre fuerte ». Por el desconocido doctor Bustamante votó la mayoría del Perú.

Al subir Bustamante a la presidencia de la República la oligarquía se encontraba dividida. Un sector, principalmente provinciano, lo apoyaba. El otro, llevado por su intransigencia, se plegó al militarismo político cada vez más poderoso y exigente. Bustamante, con pocas condiciones de mando, se vio pronto rodeado por un grupo de generales y almirantes que no tardaron en echarlo del poder —tan pronto declaró fuera de la ley al Partido Aprista— mediante un golpe militar encabezado por el general Manuel Odría.

Este último es el ex dictador que con el apoyo de la tambaleante oligarquía recalcitante se presenta como candidato para las elecciones de 1962. No importa el antecedente de su derrota en la elección presidencial de 1956, cuando salió triunfante Manuel Prado apoyado por el Partido Aprista. Seguramente lleva la seguridad de ser derrotado una vez más, pero esto lo colocará en la antesala del golpe de Estado, esa táctica vergonzosa que ya no toleran los países que han logrado desarrollar una conciencia nacional, cosa que sin duda no ha sido tenida en cuenta por los cultivadores de la fuerza. Si no lo entienden así, será una gran lástima para ellos y para la convivencia pacífica de todos los países de América.

FRANÇOIS BOURRICAUD

Sindicalismo y política

I

SI TUVIÉRAMOS que caracterizar en términos muy generales los cambios de que hemos sido testigos en el Perú durante los últimos diez años, someteríamos a nuestra atención dos de ellos, por lo demás estrechamente relacionados entre sí. En primer lugar, la « cuestión indígena » ha cesado de ser el problema social número uno. Entiéndase bien : nadie discute la existencia de millones de indios analfabetos, desprovistos de tierra, « mal integrados » en la comunidad nacional y en la sociedad moderna. Pero el personaje del indio se ha enriquecido con unos cuantos rasgos nuevos. En toda la región andina el indio americano está accediendo a la categoría de « campesino ». En un notable ensayo (1), Richard Patch ha observado con penetración en la Bolivia actual las ambigüedades que lleva aparejadas la palabra « indio ». « Oficialmente, el nuevo gobierno constituye el más sólido apoyo para las esperanzas y las empresas del campesino. Sin embargo, en un nivel psicológico más profundo, el mismo gobierno actual parece mostrarse un poco ambivalente para con esa parte de la población que tanto ha hecho por liberar. De otro modo sería difícil comprender por qué se ha ins-

(1) Richard Patch, « Bolivia and U.S. assistance », en *Social change in Latin America to-day*, Harper and brothers, Nueva York, 1960, página 142.

tituido el día 2 de agosto como « Día del Indio », cosa que da a entender que el indio se alegra de una conmemoración anual que le recuerda el desprecio de que en otro tiempo se le hacía objeto a causa de su pertenencia a un grupo étnico ». Igualmente, en un Congreso de los sindicatos agrícolas de la región central del Perú, celebrado en Huancayo a fines de 1959, se presentó una moción en la que se pedía que la denominación ofensiva de « indígenas » dejara de utilizarse para calificar a las « comunidades » ; es decir que también el indio peruano, al menos en la región del Mantaro, prefiere que se le llame « campesino ». En cuanto a las viejísimas comunidades, se las rebautizará con el nombre de « cooperativas » o incluso de « sindicatos ». Pero el indio convertido en campesino, ¿está también accediendo a la condición más general de « trabajador »? Desde hace tiempo trabajaba en las minas. Al menos desde comienzos del siglo actual, el equilibrio social del valle del Mantaro descansaba sobre la combinación de una agricultura de minifundios y de una poderosa industria de extracción minera (zinc y plomo). Pero el indio que ha descendido de la Sierra se amontona hoy en los suburbios de las grandes ciudades, hinchando las barriadas de Lima, Chimbote o aun de Cuzco y Arequipa. En cierto sentido, hoy como en 1930 el indio sigue ocupando el centro del paisaje social peruano. Pero ha cambiado de rostro. Y la « cuestión indígena » aparece hoy como uno de los aspectos de

un problema más general : el subdesarrollo.

Analicemos ahora un segundo fenómeno. Los campesinos, los mineros y los empleados comienzan a organizarse, y sus organizaciones, aun estando lejos de imponer siempre su opinión, hacen oír su voz cada vez con mayor fuerza. La característica de la vida peruana durante largo tiempo había sido una atonía cortada por accesos de violencia. Estamos mal informados sobre los movimientos sociales limeños que acompañaron la gran efervescencia política de la era pierolista (en particular los años 1890-1910, entre la crisis que siguió a la guerra del Pacífico y el régimen « civilista »). Pero las tentativas de adoctrinamiento y de organización se limitaban a Lima, y todo lo más llegaban hasta los colonos instalados en las grandes fincas de los valles próximos a la capital (la región de Huacho, por ejemplo). La masa indígena del interior continuaba inmóvil ; las sublevaciones quedaban estrictamente localizadas, y las primeras que fueron « organizadas » en forma estallaron en la provincia de Huaraz en relación con el joven partido aprista. En 1945, el Perú era un país aún muy poco industrializado, con fábricas textiles y mecánicas en Lima, astilleros de reparación en El Callao, industrias de tejidos en Cuzco y Arequipa y una densa concentración de mineros en la región central. Durante el régimen del presidente Bustamente (1945-48), en que por primera vez el Apra pudo manifestarse abierta y públicamente, el movimiento sindical se organiza con gran rapidez y sobre una base reivindicativa. Merece la pena destacar este extremo : en otros países —pensamos sobre todo en el Brasil de Getulio Vargas— el sindicalismo se engendra y, por decirlo así, se incuba por el poder político. En el Perú se desarrolla en simbiosis con un gran partido de izquierda, el Apra, de ideología revolucionaria, pero que pronto se resignó a la « convivencia », sin que por lo demás todos sus jefes hayan aceptado claramente las consecuencias de este reformismo a contrapelo. Así con el Apra apoyando —al menos al principio— al doctor Bustamente, sin « participar » en su gobierno sino en forma simbólica, los sindicatos que en él se inspiraban tan pronto adoptaban posiciones muy combativas como se dedicaban a calmar,

según los azares de la coyuntura parlamentaria, los ardores que habían suscitado. El 28 de octubre de 1948, el general Odría derroca al presidente Bustamente, disuelve el Apra y hasta 1956 ejerce un control muy estrecho sobre los partidos de izquierda y los sindicatos. A partir de la reelección de Manuel Prado se observa de nuevo una tendencia a organizarse entre los campesinos, los mineros, los empleados y los asalariados de diversas categorías. ¿Es este movimiento de la misma naturaleza y amplitud que el que se produjo entre 1945 y 1948? Es muy probable que el nuevo movimiento tenga una base más amplia. La industrialización del país, su urbanización sobre todo, han progresado durante los diez años últimos. Por otra parte, la sociedad indígena es más receptiva. Sólo que, si bien la base de la acción reivindicativa se ha ampliado, su dirección resulta hoy menos sólida y su orientación menos clara. En 1945 apenas se discutía la autoridad del Apra dentro del movimiento sindical. Hoy ya no ocurre lo mismo : en primer lugar, las tensiones entre las diversas tendencias del Apra son más vivas y, sobre todo, se han hecho públicas. Después, el Apra se ve amenazado, o al menos vivamente atacado, en su ala izquierda. Finalmente, el Apra se halla hoy más directamente asociado al poder de lo que estaba entre 1945 y 1948 ; con lo cual la libertad de manobra de los dirigentes sindicales que en él se inspiran resulta más limitada.

Además, el movimiento sindical no sólo se halla implantado entre los mineros, sino que es también muy fuerte entre los empleados públicos y privados, situación que merece ser destacada. La legislación peruana distingue claramente entre empleados y obreros y concede a los primeros ventajas apreciables que niega a los segundos, en particular en lo que se refiere a la duración de las vacaciones pagadas y a la jubilación. Por otra parte, obreros y empleados están afiliados a distintas cajas de seguros sociales ; no existe un « régimen general » como en Francia y las prestaciones del « régimen obrero » son inferiores a las del « régimen empleado ». La distinción entre empleados y obreros no siempre es fácil. Así, es empleado un recadero de banco, y hasta un conductor de autobús. Den-

tro del grupo de los empleados se distinguen los « bancarios », cuyo sindicato llevó a cabo en 1957 y 1958 huelgas prolongadas en toda la extensión del territorio. Por su parte, a los empleados públicos se les discute el derecho de huelga. Pero durante el invierno de 1960 los maestros, lanzados a la huelga, obligaron al gobierno a que aumentase su remuneración.

II

Para mejor apreciar la fuerza del sindicalismo peruano, nos proponemos considerarlo en sus luchas contra las sociedades mineras y contra las grandes explotaciones agrícolas de la costa. La situación en la industria minera va a permitirnos precisar algunos de los objetivos y de los límites de la acción sindical. Nos limitaremos a la región central, donde, aunque no sea totalmente controlada por las dos grandes sociedades extranjeras : Huarón y Cerro de Pasco, la producción minera está muy concentrada. Precisamente, la única fundición instalada en el Perú se encuentra en Oroya y pertenece a la Cerro de Pasco. Por ello los productores nacionales, incluso cuando su empresa es de importancia media, dependen para el tratamiento de su mineral y están « dominados » por su competidor y colega norteamericano. Además, existen grandes extensiones de pastos propiedad de la Cerro de Pasco, la cual es a la vez el mayor patrono, el mayor productor y el mayor propietario rústico de la región. Si se quisiera estudiar con detalle el « efecto de dominación » sobre la economía peruana de una gran firma ligada para la venta de sus productos, la obtención de sus capitales y el aprovisionamiento de su equipo técnico —si no de sus técnicos— al mercado internacional, no podría elegirse mejor ejemplo que el de la Cerro de Pasco.

Tradicionalmente, a la Sierra central se la presenta como una región de desarrollo rápido y armonioso. Pero si vamos más allá de esta retórica lisonjera, nos damos cuenta de que este juicio relativamente favorable se basaba en una combinación de factores y de circunstancias bastante excepcionales. El pequeño campesino aguantaba gracias a que podía escapar a las consecuencias fatales de la parcelación de sus

tierras sirviéndose de varios recursos auxiliares. Este pequeño campesino era a menudo minero, pues la organización del trabajo en las minas resultaba lo suficientemente flexible para que no se viera obligado a abandonar sus tierras. Así, iba y venía de la mina a su aldea y, gracias a este trabajo asalariado, pero intermitente, conseguía mantener a su familia sin cortar jamás los lazos con su tierra natal.

Las visitas realizadas en 1960 a las compañías más poderosas (Huarón y Cerro de Pasco) nos dejaron dos impresiones bastante diferentes. En primer lugar, se observa una tendencia a la limitación y a la estabilización del empleo. Quizá el esquema tradicional del « minero-campesino », vigente durante tanto tiempo, pertenece ya hoy al pasado. Ello se debe a que —al menos por lo que se refiere a los mineros que trabajan para las grandes sociedades— las compañías parecen tener interés no sólo en reducir, sino también en « fijar » una parte lo más amplia posible de su mano de obra proporcionándole un empleo estable. En diez años Huarón ha duplicado casi su producción, pero los efectivos obreros han pasado de unos 2.000 en 1954 a un poco menos de 1.800 en 1959, mientras que el grupo de los empleados aumentaba de 228 a 313. Por lo que se refiere a la Cerro de Pasco, no disponemos de cifras tan concretas, pero los funcionarios de la compañía con los que hemos tenido ocasión de conversar no nos han dejado lugar a dudas : por lo menos desde 1957 se ha intentado sistemáticamente limitar los efectivos obreros, y nuestros interlocutores afirman que los aumentos de producción registrados desde aquella fecha se han conseguido con efectivos obreros estables o ligeramente reducidos. Las razones de esta política son dos : la compañía ha tenido que enfrentarse con una presión sindical cada vez más fuerte a partir de 1956, en el momento mismo en que los precios en dólares del mineral bajaban bruscamente (más del 20 %). La política de la mano de obra ha estado sometida a tres reglas : no despedir, no contratar, « especializar » en lo posible la mano de obra ya empleada. El despido aparecía como un asunto muy delicado ; no sólo se habrían rebelado contra él los obreros y sus sindicatos, sino que además el

gobierno peruano habría opuesto seguramente obstáculos por su cuenta. No quedaba, pues, más que limitar la contratación al mínimo —y emplear la amenaza del despido, arma que por lo demás ha demostrado ser eficaz— para hacer frente a las peticiones de aumento de salarios. En cuanto a los obreros que conservaba, la compañía iba a tratar de darles mejor formación para obtener de ellos mejor rendimiento. A partir de 1957 las soluciones productivistas atraen todo el interés de los dirigentes de las sociedades. Se nos han proporcionado diferentes índices relativos a la utilización de las nuevas máquinas, a los gastos de combustible y de engrase y a la duración de servicio de las máquinas, índices que permiten apreciar una mejora de los rendimientos, especialmente en lo que se refiere a la fundición de la Oroya. Pero recalquemos el hecho de que estas mejoras han podido conseguirse sin grandes inversiones netas. En cambio, los programas de formación del personal han adquirido una gran importancia.

Frente a este esfuerzo de racionalización, ¿cómo reaccionan los obreros? Hemos de subrayar en primer lugar que los sindicatos reúnen actualmente la mayor parte de los trabajadores. El reclutamiento parece efectuarse sin dificultades ni coacciones; a los obreros la adhesión al sindicato les parece una cosa perfectamente natural. Se trata, además, de un sindicalismo netamente reivindicativo, cuyo origen no ha de buscarse, como con gran frecuencia ocurre en América Latina, en iniciativas « paternalistas », sino en el esfuerzo de los obreros mismos para defenderse y organizarse. En cuanto a la cohesión actual de los sindicatos, se presta a apreciaciones variadas; los dirigentes con los que hemos podido conversar declaran que « controlan perfectamente la situación » y que la base está completamente de acuerdo con sus directivas. La muy rigurosa organización —derivada en gran medida de las necesidades de la acción revolucionaria o, al menos, clandestina— que los jefes apristas de los años 40 impusieron a sus tropas dio al movimiento obrero cierta rigidez jerárquica. Por otra parte, parece natural que una mano de obra recientemente contratada y aún mal adaptada a su nuevo medio de vida y

de trabajo se vuelva hacia sus representantes para obtener de ellos protección y orientaciones. Por su parte, los funcionarios de la Cerro de Pasco afirman que la base escapa cada vez más a los dirigentes sindicales. Ello no les satisface plenamente, y es que las negociaciones son cada vez más difíciles, debido a que los representantes obreros, al dudar ellos mismos de su representatividad, vacilan en comprometerse y se muestran cada vez más preocupados por las reticencias de sus representados, frente a los cuales tratan de cubrirse; y una vez concluido el acuerdo, les es cada día más difícil conseguir su estricta ejecución. No nos es fácil pronunciarnos sobre la exactitud de esta apreciación. En todo caso, nuestro interlocutor parecía muy deseoso de darnos a entender que los dirigentes sindicales se hallaban ya « desbordados » y que los verdaderos amos de la situación no son ya los dirigentes tradicionalmente ligados al partido aprista, sino « agitadores comunistas » apenas camuflados. Como es natural, entre los representantes sindicales con los que pudimos conversar la canción era distinta. Según ellos, la compañía invoca abusivamente el « peligro rojo » y agita, con más o menos habilidad, el espantajo comunista para tratar de desacreditar a los sindicatos y para hacer que las autoridades políticas y administrativas se pongan de su parte.

Sea como sea, el hecho es que la organización sindical resulta hoy lo bastante fuerte para imponer a la compañía, en relación con los salarios y las condiciones de trabajo, una negociación muy difícil y muy laboriosa a cuyo desenlace sólo se ha podido llegar en 1960 en el plano nacional, tras una intervención del poder político. Hemos tenido ocasión de seguir, merced a documentos públicos, las etapas de la última negociación, que terminó en agosto de 1960 con un aumento de salarios de algo menos del 15 %. El asunto duró desde febrero hasta agosto. Se inició ante la comisión de conciliación reunida en Cerro de Pasco el 19 de febrero de 1960. Las partes interesadas —la compañía y trece sindicatos que representaban a los trabajadores de los diferentes centros mineros pertenecientes a la sociedad— examinaron el « pedido de reclamos » presentado por los obreros. La

lista es larga y bastante heterogénea. Pero, una vez solucionados sin excesivas dificultades por trato directo cierto número de asuntos menudos, queda por resolver una petición de aumento de salarios (pliego salarial) del 50 %. La compañía protesta y ofrece como contraproposición un 5 %. Merece observarse el hecho de que a pesar de tan grande diferencia inicial pudiera abrirse la negociación y que ésta concluyera sin huelga ni violencias y, según parece, a satisfacción de todos. Vamos a examinar los argumentos utilizados por ambas partes, los medios de presión y de chantaje de una y otra y, finalmente, el desenlace por el cual, tras varios meses de ásperas discusiones, la compañía y sus « servidores » se pusieron de acuerdo sobre un aumento de los salarios de un poco menos del 15 %. Del lado obrero, se insistió sobre la evolución de los costos de producción favorable a la compañía y sobre la evolución del coste de la vida desfavorable a sus « servidores ». Para sacar todo el partido posible a este argumento, los consejeros de la delegación obrera cifraban en dólares tanto los costos de producción del mineral como los gastos de la familia de un minero establecido en la Oroya. Pues bien, durante los años de 1958 y 1959 los cambios peruanos empeoraron rápidamente, perdiendo el sol el 25 % de su valor en relación con el dólar. Por ello, mientras los ingresos de la empresa aumentaban por ser el alza de sus costos de producción en soles menor que la baja de la moneda nacional, el obrero, cuya remuneración había aumentado en una proporción inferior a la mengua del sol, veía por su parte disminuir sus ingresos reales, si por ello se entienden sus ingresos expresados en dólares. La compañía replicaba que, puesto que hasta nueva orden el minero de Cerro de Pasco no hace sus compras en Nueva York, resulta abusivo, al apreciar la evolución de sus ingresos reales, traducir a moneda norteamericana los precios del mercado local; mientras que, proseguían los representantes de la compañía, el mineral se vende en mercados en los que todos los pagos se efectúan en dólares.

Cualesquiera que sean las derivaciones y el alcance económico de este argumento, nos parece digno de tenerse en cuenta. Los

sindicatos ponen de relieve con toda claridad el carácter internacional o, mejor, no nacional de la compañía, y al « capital extranjero » se le reprocha explícitamente el tratar de compensar las bajas en el precio de venta en dólares del mineral con una baja en los costes de producción, obtenida a expensas de los asalariados mediante manipulaciones más o menos hábiles de la tasa de cambio. Los sindicatos perciben sólo muy confusamente los mecanismos monetarios y su efectos sobre el nivel de vida de los mineros, por lo que a la compañía no le es difícil hacer ver lo que hay de discutible y de forzado en el argumento utilizado por aquéllos. Pero, a través de estas argucias, lo que interesa retener es esta recriminación contra la « explotación » extranjera: según los sindicatos, los beneficios obtenidos por la compañía gracias al trabajo « nacional » son, por decirlo así, abusivamente sustraídos y hábilmente dirigidos hacia el extranjero sin que ningún organismo nacional pueda asegurar su control y su empleo. Este reproche, fundado o no, nos parece tanto más digno de atención cuanto que no deja de tener un eco de simpatía entre personas distintas de los mineros y sus dirigentes. Por lo demás, para darse cuenta de su alcance, habría que saber con exactitud lo relativo a la baja de los ingresos reales a que se refieren los representantes obreros. Todas las discusiones al respecto resultan prácticamente inútiles dada la ausencia de un índice del coste de la vida sobre cuya validez estén de acuerdo las partes interesadas. Por nuestra parte, lo que más nos sorprende es que las acusaciones más agrias contra la compañía se refieren al problema de la vivienda. Una de las secuelas de la política de la mano de obra inaugurada en 1957 es haber planteado el problema de la vivienda en una forma verdaderamente dramática. Al tratar de « fijar » una parte lo más amplia posible de la mano de obra, la compañía se ve en la obligación de proporcionarle una vivienda más aceptable que la que podía parecer suficiente a los trabajadores volantes. Entre las preocupaciones de los dirigentes sindicales, tal como nos han sido dadas a conocer en diversas conversaciones, la construcción de nuevas casas aparece, inmediatamente después de la de los sala-

rios, como un problema de la más alta importancia. Ello responde a varias razones: en primer lugar, la situación, especialmente en Cerro de Pasco, es tal que los dirigentes sindicales se sienten tentados de utilizarla como argumento contra la compañía. Por otra parte, la acomodación de los recién llegados podría constituir, dada la escasez de viviendas, un medio de acción y de presión en manos de la compañía, que le permitiría tanto domar a los revoltosos como seducir y controlar a los trabajadores más dóciles. En todo caso, ¿no autoriza esta insistencia en el tema de la vivienda a suponer que las necesidades en materia alimenticia y quizá en materia de vestidos se hallan, si no racionalmente satisfechas, si al menos globalmente y *grosso modo* cubiertas? A decir verdad, no sabemos nada al respecto. Lo único que podemos ofrecer aquí es una impresión cuyo alcance resulta muy limitado. Hemos tenido ocasión de visitar con algún detenimiento la cantina de Huarón y de enterarnos de algunas cifras sobre la evolución del consumo a partir de 1955. Pues bien, parece ser que el consumo es cuantitativamente creciente en lo que se refiere a los artículos de primera necesidad (arroz, materias grasas, carne, etc.) y cada vez más diversificado cualitativamente. En Cerro de Pasco y en la Oroya las cosas son algo diferentes debido a que la cantina entra en competencia con el abastecimiento ordinario que los compradores pueden encontrar en los comercios de la ciudad. Pero no nos parece fuera de razón suponer que el consumo de los productos de base se mantiene a un nivel constante y que tiende probablemente a mejorar. Añadamos que este resultado se ha obtenido en un período relativamente difícil para la industria minera. ¿Hay que deducir de ello que la presión sindical ha defendido eficazmente el nivel de vida de los obreros? Personalmente nos inclinamos más bien a creer que sí; pero también en este punto nuestra encuesta ha sido demasiado rápida para que pudiéramos llegar a conclusiones lo bastante sólidas. En todo caso, nos ha sorprendido la combatividad de los obreros, así como la tendencia de sus representantes a plantear los problemas que discuten con la compañía en términos lo suficientemente generales para atraer y re-

tener la atención de la opinión política nacional.

Pero la lista de los argumentos intercambiados entre la compañía y sus « servidores » no es tan sólo instructiva por lo que contiene, sino también por sus omisiones. No se hace mención alguna de los problemas de autoridad y de gestión en el interior de la empresa. Los sindicatos no parecen interesarse para que se les asocie a la marcha del negocio. El problema de la disciplina industrial en Cerro de Pasco continúa planteándose en términos perfectamente tradicionales, al menos por parte de los dirigentes. Por lo demás, la empresa se niega a compartir sus poderes en materia de contratación y de política de formación y promoción. A este efecto, la distinción entre empleados y obreros aparece como uno de los medios más eficaces con que cuenta la compañía para atraerse y ofrecer una carrera a algunos de sus mejores « servidores ». De todos modos, cierto número de empleos manuales de especialización relativamente alta (entre los trabajadores de la fundición y del taller de reparación y entre los fogoneros y mecánicos del tren que va de la Oroya a Cerro de Pasco) están clasificados como puestos de empleados y gozan de las ventajas considerables que este estatuto concede a sus titulares en lo relativo a la estabilidad, a la duración de los permisos y a las diversas remuneraciones y socorros sociales. Durante nuestra breve visita no pudimos examinar a fondo cómo acogían los sindicatos la política de formación profesional que la compañía llevaba adelante con un espíritu netamente « productivista ». Es cierto que en ella ven una amenaza para el volumen y la estabilidad del empleo. Pero no es seguro que vean también en ella una maniobra para apartar de ellos a los obreros más hábiles y despiertos, a los que una promoción rápida podría volver más favorables a las intenciones de la compañía.

¿De qué fuerza de presión y de chantaje disponían ambas partes durante la laboriosa negociación que va de febrero a agosto de 1960? Al final los obreros terminaron por amenazar con la huelga. Pero ¿qué peso podía tener esta amenaza a los ojos de los dirigentes de la compañía? Los recursos de los huelguistas y de sus familias son

muy limitados y las cajas de los sindicatos no parecen disponer de medios suficientes para alimentar una huelga durante mucho tiempo. En opinión de nuestros informadores de uno y otro bando, difícilmente habrían podido los obreros prolongar su huelga más allá de dos o tres semanas. ¿Podía de todos modos contrariar esta interrupción los planes de la empresa? Nos ha sido imposible formarnos una idea suficientemente clara al respecto. La demanda corriente, el estado de los stocks y las previsiones relativas a la demanda a corto plazo son los únicos factores que pueden determinar si una interrupción de la producción podía o no perjudicar a la compañía y obligarla a transigir. Por lo demás, la huelga podría haberle convenido a la compañía si al reanudarse el trabajo le permitía reducir aún más sus efectivos o desembarazarse de algunos individuos « peligrosos ». En todo caso, hacemos notar la vivacidad con que reaccionaron los sindicatos obreros cuando, en un momento particularmente difícil de la negociación, la compañía dio a entender discretamente que iba a disminuir la actividad de la fundición instalada en la Oroya. De todos modos, la compañía desmintió la noticia, que al parecer provocó una gran conmoción entre los obreros. ¿Percibieron éstos la amenaza como un chantaje demasiado abierto? ¿O bien la tomaron demasiado en serio y la violencia de la reacción testimonia solamente de su inquietud ante una posible reducción del empleo? Nosotros nos inclináramos por la segunda hipótesis. Parece ser que ambas partes estaban decididas a evitar la huelga, por razones desde luego opuestas. Del lado patronal no se deseaba una prueba de fuerza cuyas consecuencias psicológicas y políticas hubieran podido ser desagradables. Del lado obrero se temía el paro y en general toda reducción del empleo. La conducta del árbitro o conciliador gubernamental fue muy hábil, si se la examina en detalle, y sus grandes líneas son fáciles de determinar. En términos generales, se intentaba evitar la huelga esforzándose al mismo tiempo por obtener algunas concesiones de la compañía. En este punto entra en la apreciación del árbitro el siguiente dato : como la Cerro de Pasco constituye con mucho la más poderosa em-

presa minera, un convenio de salarios concluido entre ella y sus sindicatos tiende naturalmente a extenderse a las demás empresas mineras, cuyo costo de producción, por hallarse peor situadas y equipadas, cesaría de ser competitivo, es decir de producir un « beneficio normal », habida cuenta del precio mundial sobre el que estas empresas pequeñas o medias no ejercen prácticamente ninguna influencia. Sería curioso profundizar un poco este análisis y preguntarse en provecho de quién se ejerce en fin de cuentas el arbitraje. Observemos en primer lugar que el gobierno desea no tomar partido abiertamente y recomienda a las partes interesadas que comiencen a examinar entre sí las dificultades. De hecho, el árbitro dispone de medios de presión apreciables que parece haber utilizado con habilidad. Puede hacer comprender a la compañía que una resistencia obstinada sería inconveniente y le pondría a él mismo en una situación difícil frente a una fracción de su mayoría parlamentaria. Puede también hacer ver a los sindicatos que una huelga ilegal les colocaría en una situación muy incómoda y que, si se metían en tan mal paso, « en adelante no se podría hacer nada por ellos ». Finalmente, la ventaja obtenida por los obreros parece escasa, si se la compara con sus pretensiones iniciales. De todos modos, no es despreciable, a menos que el aumento del 15 % quede compensado por una disminución correspondiente de los efectivos que mantendría la remuneración global sensiblemente en el mismo nivel (lo que parece difícil) o que el alza de los precios de detalle « se coma » durante el año en curso el alza de salario nominal concedida a los obreros (lo que parece poco probable).

III

Observaciones bastante parecidas se nos imponen en lo relativo al sindicalismo agrícola en las grandes plantaciones azucareras de los valles de la costa. Es un hecho conocido que la producción ha alcanzado desde hace tiempo un grado de eficacia que apenas deja nada que desear y unos rendimientos que colocan a los productores peruanos en la primera fila de los productores de todo el mundo. No podemos detenernos aquí a considerar otro hecho que ha retenido

la atención de todos los observadores : la extremada concentración de la propiedad en las regiones de la caña azucarera. No sólo está concentrado el cultivo de ésta, sino que, como consecuencia de ello, las « fábricas » son poco numerosas y se emplean en condiciones de gran eficacia. La concentración máxima se alcanza en el valle de Chicama (al norte de Trujillo), donde tres grandes fundos controlan prácticamente la totalidad de las tierras cultivables, y las « fábricas » de estos tres importantes « grupos » trabajan casi exclusivamente en el tratamiento de la cosecha de las fincas en que se hallan instaladas. En la región de Chiclayo, en cambio, los pequeños plantadores entregan su cosecha al ingenio del gran fundo según modalidades de pago que no parecen nada desfavorables al dueño de la fábrica.

Esta extremada concentración de la propiedad es seguramente la causa y el efecto, a la vez, de los rápidos progresos técnicos realizados en la producción del azúcar. En términos generales, hasta la guerra de 1939 los progresos más decisivos fueron los conseguidos en la instalación de los ingenios y en la utilización cada vez mayor de los abonos. El período que se abre tras la segunda guerra mundial se caracteriza por la mecanización intensiva de los cultivos (por medio de tractores y traíllas, etc.). Entramos ahora en una tercera etapa : la mecanización de la recolección misma. Hemos de precisar que en todas partes menos en Cartavio (en el valle de Chicama) la recolección siguen aún realizándola los « cortadores ». El volumen de la mano de obra necesaria para recolectar la caña en una hectárea de terreno continúa siendo relativamente elevado. Además, como la recolección dura casi todo el año —salvo durante el período, generalmente de un mes, en que se interrumpe el funcionamiento de la fábrica a efectos de revisión y reparación—, la gran explotación se veía obligada a mantener una mano de obra permanente. En 1960 se introdujo en Cartavio una cortadora mecánica, que vino a reemplazar a un número importante de trabajadores. Sobre las razones que indujeron a la empresa a importar con grandes gastos una máquina ya de por sí costosa, cabe hacer diversas suposiciones. Todas apuntan a un propósi-

to por parte de los dirigentes de la firma de mostrar a los obreros, y *sobre todo a los sindicatos*, que la mano de obra puede ser reemplazada en gran parte y que deben tener en cuenta al formular sus reivindicaciones salariales las posibilidades de sustitución de los « servidores » demasiado exigentes por las máquinas. Según se nos dijo, la cosa no dio lugar a choque alguno y los sindicatos no se opusieron a la introducción de la nueva máquina, pero la empresa, por su parte, se comprometió —y parece que lo cumplió— a no despedir a nadie y a dar nuevo empleo a los individuos a los que la cortadora hizo perder su trabajo.

De cualquier modo, el problema decisivo en esta región parece ser la búsqueda por las empresas agrícolas de una productividad cada vez mayor y la conciencia cada vez más viva por parte de los trabajadores de la necesidad en que se encuentran de organizarse y defender sus intereses en negociaciones colectivas con sus patronos. Desde este punto de vista, la región de Chicama ofrece un contraste muy instructivo con la de Chiclayo. En el primer caso, una organización sindical muy combativa dotada de sólidas tradiciones ; en el segundo, una ausencia casi total de organización obrera. Sabida es la implantación relativamente antigua y aun hoy día muy sólida del partido aprista en la región de Trujillo. Más o menos ligados a dicho partido, se han desarrollado una serie de sindicatos que, desde 1956, han vuelto a aparecer a plena luz y constituyen un factor decisivo en la determinación de la tasa de los salarios. Estos no los fija unilateralmente el patrono, sino que se discuten públicamente, y la huelga es utilizada con mayor o menor acierto y habilidad como un arma de que los sindicatos se sirven para arrancar concesiones a sus adversarios. El contenido de las reivindicaciones merece ser estudiado con detalle. Su objeto no es sólo la remuneración misma, sino también las condiciones de alojamiento y ciertas facilidades o ventajas en especie (arroz y azúcar, suministrados por la empresa a precios muy reducidos o incluso entregados gratuitamente a los trabajadores, productos textiles puestos a su alcance y al de sus familias en condiciones relativamente ventajosas). De esto se derivan, en relación con el salario, diferencias

de óptica muy acusadas : para los dirigentes de las empresas azucareras, el salario comprende el conjunto de las remuneraciones directas e indirectas efectivamente desembolsadas. Así, el gerente de Cartavio llega a incluir en el coste del trabajo los gastos de mantenimiento de la escuela, que según la ley son de cargo de la empresa. El resultado es que en su opinión, para tener una idea exacta del salario percibido por el obrero, hay que añadir aproximadamente un 60 o un 70 % al montante de la hoja de paga. Naturalmente, este punto de vista, al explicárselo a ciertos dirigentes sindicales, les pareció inaceptable e incluso escandaloso ; para ellos, las diversas ventajas que van unidas al salario no son otra cosa que « derechos », en sentido estricto, que la acción reivindicativa ha obligado a la empresa a reconocer a sus obreros.

En relación con el crecimiento del movimiento sindical, habría que detenerse sobre un aspecto cuya apreciación es a la vez muy importante y muy difícil. ¿Hasta qué punto nació el sindicato espontáneamente o se implantó, en cambio, como consecuencia de una acción llevada a cabo desde el exterior por los dirigentes políticos? Durante mucho tiempo los patronos han hecho todo lo posible para mantener a sus « servidores » al abrigo de toda contaminación. Aun así, habría que tener en cuenta ciertos matices. En las fincas que pertenecen a las grandes familias, la resistencia ha sido seguramente más obstinada y más eficaz que en las explotaciones controladas por una sociedad extranjera, como ocurre con Paramonga o Cartavio, que dependen de la « Grace ». Hechas estas reservas, es probable que los dirigentes patronales hayan tratado de contrarrestar la influencia sindical mediante una política paternalista que pretendía « proteger » a su personal aislándolo. En tales condiciones, no era de esperar que surgieran espontáneamente de las filas mismas de los trabajadores representantes capaces de adoptar frente a la empresa actitudes enérgicas y combativas. Pero si, dada la naturaleza de las cosas, toda acción sindical ha de llevarse a cabo desde el exterior, puesto que las grandes explotaciones constituyen, desde el punto de vista social y psicológico, una especie de fortalezas (simbolizándose su aislamiento en la dificultad

en que se encuentra el forastero o el viajero para entrar en ellas y para ser recibido por los gerentes, ya que no por los dueños), es probable que la acción reivindicativa, llevada a cabo por jefes políticos o, al menos, politizados, se oriente mucho más según una perspectiva nacional que no según las necesidades locales. Y, sin embargo, los dirigentes sindicales han tenido que recomendar con mucha frecuencia a sus afiliados que ciertos problemas más generales que las simples reivindicaciones o recriminaciones de carácter local deben disfrutar de prioridad. En cuanto el sindicato se organiza, aunque sea desde el exterior, los obreros consideran los problemas interiores como los más urgentes. Este carácter « corporativo » de sus reivindicaciones resulta particularmente manifiesto en una petición presentada en 1959 ante el sindicato de Cartavio. Los obreros deseaban que la empresa se comprometiera por medio de una cláusula explícita del contrato colectivo, no sólo a contratar con prioridad a los hijos de los trabajadores ya empleados por ella, sino también a *garantizarles* un empleo. Naturalmente, esta reivindicación fue descartada sin dificultad, ya que contravenía las disposiciones legales relativas a la libertad del trabajo. Pero la petición ponía a los sindicatos en una posición no menos embarazosa que a los patronos ; nacida en la base misma y aunque expresando bastante bien la preocupación de los obreros por su seguridad personal y familiar, la iniciativa fue acogida con mucha reserva, si no con frialdad, por los dirigentes sindicales, que advertían claramente sus peligros a escala regional e incluso nacional. Su formación política les conducía a plantear sus reivindicaciones en el marco de una política de conjunto, mostrándose por ello más sensibles a las consecuencias últimas de las reivindicaciones parciales y locales.

Un cultivo como el del azúcar, ligado al mercado internacional y dependiente de técnicas de producción muy modernas, acarrea probablemente dos series de consecuencias sociales. En primer lugar, hace surgir islotes de alta productividad, unidades de producción excelentemente organizadas, capaces no sólo de remunerar el capital invertido con altos porcentajes de beneficios, sino también de proporcionar a

una mano de obra por decirlo así *privilegiada* un nivel de vida creciente. Esta apreciación sorprenderá, chocará incluso ; hemos, pues, de explicarla y justificarla. Comencemos por la siguiente observación : el jornal, en la región de Chicama, es doble que en la de Chiclayo. Sin embargo, las condiciones técnicas son prácticamente las mismas en ambos casos. Pero una diferencia salta a la vista : en el primer caso, existe una organización sindical muy eficaz y muy combativa ; en el segundo, los patronos han impedido hasta ahora la creación de sindicatos. Por otra parte, la mecanización y la tecnificación están, creemos, mucho más avanzadas en el primer caso que en el segundo. Cartavio acaba de comprar, por ejemplo, la primera cortadora, y Casa Grande proyecta hacer el mismo gasto próximamente, mientras que hasta ahora no parece que se haya considerado seriamente tal hipótesis en ninguno de los fundos de Chiclayo de los que poseemos alguna información. En resumen, el desarrollo del sindicato, su agresividad, dan la impresión de haber obligado a las empresas a una política « productivista » ; y para defender sus beneficios amenazados por las reivindicaciones de sus asalariados, las empresas sometidas a una mayor presión sindical se han visto obligadas a modernizarse y a organizarse más rápida y más metódicamente que las demás. ¿No estamos en presencia de una situación favorable en la que los progresos de la productividad permiten a la mano de obra conquistar una mejor remuneración (a condición de que los sindicatos ejerzan una presión eficaz e inteligente), sin que la parte reservada al beneficio capitalista resulte peligrosamente amenazada? Este cuadro optimista debe completarse con unos cuantos toques menos color de rosa. En primer lugar, esta situación va ligada a cierto estado del mercado internacional del azúcar ; en segundo, las ventajas que la mano de obra organizada y defendida por sus sindicatos consigue así arrancar sólo se le conceden porque su volumen no aumenta tan de prisa como la producción. En la región de Chicama, la mejora de la productividad permite una elevación incontestable del salario nominal y, aunque en menor medida, de los ingresos reales. Pero el precio que hay que pagar en ambos casos es una

cierta dosis de subempleo crónico. Todos los administradores se quejan de la existencia en sus fundos de una mano de obra flotante a la que acusan de « parasitismo ». Esta queja la hemos oído lo mismo en Paramonga que en Cartavio y en Casa Grande (en la región de Trujillo) ; los trabajadores se ven obligados a mantener y a alojar a hijos o hermanos a los que la empresa no proporciona trabajo o a los que, como máximo, sólo ofrece un trabajo episódico. El problema hay que considerarlo en principio desde el punto de vista del crecimiento vegetativo de la población : hay jefes de familia en la plenitud de sus fuerzas que tienen a menudo hijos pretendientes a un empleo. Si la empresa no está en condiciones de asegurárselo, estos jóvenes tienen que ir a buscar trabajo en Trujillo, por ejemplo, donde, dado el escasísimo desarrollo industrial, no encuentran la forma de emplearse. Les será, pues, más ventajoso volver a casa de sus padres y amontonarse en las « rancherías » en busca de una ocupación más o menos problemática. De ello se derivan dos consecuencias tan desagradables la una como la otra. En primer lugar, el asalariado que tiene así a su cargo la manutención de otro trabajador (su hijo), normalmente capaz de proveer a su propia subsistencia, considerará su propia remuneración insuficiente y su alojamiento demasiado estrecho y exigirá salarios más altos y casas más amplias. En otros términos, a través de un rodeo más o menos largo, será la empresa misma la que haya de cubrir, al menos parcialmente, los gastos de manutención del joven trabajador al que no quiere o no puede emplear. Por otra parte, esta mano de obra flotante no sólo es cara, sino que además aparece a los ojos de los gerentes como potencialmente peligrosa. A este primer grupo de hechos viene a añadirse otro : no sólo los hijos de los trabajadores no encuentran una salida segura en el mercado del trabajo de la hacienda, sino que además los padres que se quedaron en la sierra, y que de cuando en cuando podían ir a trabajar durante un período más o menos largo, ven cómo esta demanda se agota. Las grandes explotaciones azucareras no son ya peticionarias de mano de obra ; peor aún, una parte de los jóvenes trabajadores nacidos en estos fundos corren el riesgo de ser des-

pedidos de ellos y de topar con ciertas dificultades para encontrar un empleo.

Vemos, pues, en qué sentido se les puede considerar a los obreros protegidos y defendidos por sus sindicatos y trabajando en una producción altamente rentable como privilegiados. Naturalmente, no se trata de presentar la situación de los trabajadores de la caña de azúcar tal como es actualmente como la mejor posible, ni de considerar en todos los puntos equitativo el trato que se les da. Pero el hecho es que las organizaciones sindicales parecen haber obtenido aumentos de salarios y mejoras en las condiciones de trabajo que se traducen en un aumento de los ingresos *netos*, si no por familia, sí al menos por persona activa. Este hecho no tiene sólo una importancia económica, no significa únicamente que, en el caso de una producción moderna y bien situada en el mercado internacional, una parte de los beneficios puede serles arrancado a los « capitalistas » mediante una acción sindical eficaz y que la situación del trabajador puede ser, si no mejorada, sí al menos estabilizada. Ese hecho nos advierte sobre todo que un grupo de dirigentes sindicales está en vías de formación y que será muy difícil no reconocerle voz y voto. El predominio del patrón o de la gran empresa familiar que, a través de su gerente, sus capataces y sus cuadros, fijaba unilateralmente las condiciones del contrato y de la remuneración, es ya muy probablemente cosa del pasado. Sin duda aparecen también como probables evoluciones de carácter bastante diferente : o bien los sindicatos continuarán desarrollándose de manera autónoma y concederán una importancia creciente en sus reivindicaciones a las demandas y a las aspiraciones de la base, o bien se convertirán en los instrumentos de partidos políticos que intentarán utilizarlos para sus propios fines con miras a la conquista del poder, o bien, finalmente, gobiernos autoritarios conseguirán servirse de ellos para « encuadrar » a los trabajadores del campo. Pero, en cualquiera de los tres casos, el aislamiento y la segregación en que los dirigentes tradicionales de las grandes explotaciones azucareras habían conseguido confinar a sus « servidores », se mantendrán cada vez con mayores dificultades. Estas observaciones las presen-

tamos con muchas reservas y admitimos de buena gana su limitación. En primer lugar, nuestra tesis de que en la industria de la caña los ingresos reales por persona empleada han aumentado desde 1956 la discutirían enérgicamente los sindicatos. De todos modos, nosotros la tenemos por muy plausible. Pero hay que añadir dos observaciones. La primera es que esta mejora no interesa en todo caso más que a los trabajadores sindicados, y si estableciéramos una comparación, aunque fuera rápida, entre el valle de Chicama y el de Chiclayo en relación con los trabajadores del azúcar, se nos aparecería en seguida la situación privilegiada de los primeros respecto de los segundos. Pero quizá habría lugar a preguntarse *quién* paga este privilegio : no es del todo seguro que sean las empresas. La reducción o cuando menos la limitación muy rigurosa de los efectivos empleados constituyen muy verosímilmente la contrapartida de las ventajas de que gozan los mejor pagados —y los mejor organizados— entre los trabajadores del campo. Su situación de privilegio es considerable si se compara su suerte con la de sus compañeros no sindicados ; y más aún si se piensa en los que habrían podido venir a emplearse en la explotación azucarera y se han visto obligados a causa de la tecnificación a quedarse en sus pobres tierras del interior.

Nada hemos dicho de las organizaciones de campesinos que se desarrollan en los latifundios del interior. En estas grandes explotaciones no existe, ni puede existir, acción reivindicativa. En ellas la presión del patrono —o del « gamonal »— es demasiado directa, demasiado cruda. La efervescencia adopta espontáneamente la forma de una « lucha por la tierra ». Si comparásemos las condiciones de la actividad reivindicativa en el medio, ya técnica y socialmente evolucionado, de la mina o de la gran explotación agrícola costera con las condiciones en que aún siguen viviendo las « comunidades » indígenas o los colonos de las grandes explotaciones agrícolas del interior, comprenderíamos las resistencias con que choca la transformación del indio en campesino o trabajador, y por qué esa transformación sólo puede llevarse a cabo mediante una acción concertada a la vez en el terreno sindical y en el político.

ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA

El Partido Aprista y las elecciones generales de 1962

PARA EL DOMINGO 10 DE JUNIO DE 1962 han sido convocados los peruanos que saben leer y escribir, varones y mujeres mayores de veintiún años, que en número aproximado de dos millones constituyen el electorado del país. Les toca elegir en esa jornada al Presidente de la República, a los vicepresidentes, senadores y diputados para el período constitucional de 1962-1968, que debe iniciarse el 28 de julio del año venidero, al concluir el sexenio legal de Manuel Prado.

En la inquieta historia de nuestras repúblicas siempre reviste interés la conclusión legal de un período y la convocatoria normal a elecciones para comenzar otro. Anatole France hubiera incluido al Perú entre aquellas repúblicas latinoamericanas donde, según su irónico comentario, « hasta la Constitución a veces se cumple ». En el caso que nos ocupa el hecho tiene, además, considerable importancia nacional e indudable trascendencia hemisférica.

Debe señalarse, como primer rasgo sugestivo, que las elecciones de 1962 serán las primeras auténticamente democráticas que se realicen en el Perú desde la implantación del voto secreto en 1931. Aquel año, al aparecer el Partido Aprista Peruano, se produce un sacudimiento sin precedentes en la vida política del país. Fue su promotor y abanderado Víctor Raúl Haya de la Torre, entonces en la edad mínima constitucional para aspirar a la presidencia. Haya de la Torre ganó aquella elección y

así lo reconoce hasta la insospechable *Encyclopaedia Britannica*. Pero un diestro barajar de cifras en los jurados electorales dio por triunfador al candidato militar de la oligarquía, el general Sánchez Cerro.

Siguieron duros años de contienda civil, que costaron al movimiento aprista millares de mártires, ejecutados frente al primer paredón en grande que conocieran las luchas fratricidas de América : los muros centenarios de la precolombina Chán-Chán, cerca de Trujillo. El propio Sánchez Cerro sucumbió envuelto por aquella ola de sangre y le sucedió el general Oscar R. Benavides.

En la fecha electoral de 1936 el aprismo estaba en la ilegalidad e impedido de presentar candidatos por el supuesto carácter « internacional » de su programa de unionismo latinoamericano. En semejantes condiciones fue preciso que diera sus sufragios a un candidato ajeno a sus filas, el mismo que estaba venciendo abrumadoramente cuando Benavides anuló las elecciones, prolongó su mandato presidencial e intensificó la persecución implacable contra el partido que acababa de demostrar su poderío mayoritario. Cuando en 1939 Benavides decidió convocar a elecciones, el aprismo continuaba maniatado. Su acción se dejaba sentir en una resistencia larga y heroica, que mantuvo viva la adhesión del pueblo.

En 1945, año de universal ascenso democrático, fue indudable que al Apra no se le podía mantener proscrito por más tiempo. No hubo prisa, sin embargo, en el pro-

ceso de restauración de sus derechos. El 15 de mayo de aquel año fue reconocido legalmente el Partido del Pueblo. Tres semanas después debía votar por un candidato no aprista, que había aceptado oficialmente constituirse en « Presidente de transición ». De transición, se entiende, a un orden democrático sin trabas, orden dentro del cual no cupieran ya partidos con derechos recortados ni « semiciudadanos » obligados a elegir, pero sin derecho a ser elegidos. El doctor José Luis Bustamante y Rivero era el candidato en cuestión y resultó triunfante por amplia mayoría. El sacrificio de la candidatura de Haya de la Torre, ya proscrita en 1936 y en 1939, a favor de este personaje « transicional », fue el alto precio que el Apra debió pagar por el tardío reconocimiento de su existencia legal.

Dicho sacrificio, a la postre, resultó vano, pues Bustamante se entregó a las fuerzas reaccionarias del país, y a los tres años su régimen culminaba en el insólito resultado de ilegalizar nuevamente al partido cuyos votos lo habían hecho posible. De semejante inconsecuencia, los grupos conspiradores que alentaba la plutocracia supieron aprovecharse y Bustamante fue depuesto, sin drama ni grandeza, veinte días después de su parricida decreto de proscripción.

La nueva dictadura duró ocho años. Su personaje protagónico fue el general Manuel A. Odría quien, después de presidir una junta militar de gobierno, se hizo « elegir » en julio de 1950 y por los seis años que fija la Constitución. El plazo fue lo único constitucional de esta presidencia que empezó reanudando la guerra sin cuartel contra el aprismo, asesinando a su secretario general, el gran líder obrero Luis Negreiros, y anulando toda pretensión de candidatura que no fuera la del Presidente *de facto*. Sobra decir que tampoco en 1950 el Apra pudo votar a su gusto y que Haya de la Torre, en el segundo año de su célebre y prolongado asilo, estaba más que nunca impedido para ejercer sus derechos ciudadanos.

Seis años después la ilegalidad pesaba todavía sobre el partido mayoritario y el comando de acción que había dirigido sagazmente el movimiento, bajo la dirección de Ramiro Priale, debió escoger, como otras veces, el camino de reconquistar la liber-

tad para sí y para todos los peruanos. Lo hizo aceptando la solemne promesa, formulada por Manuel Prado, de restablecer una democracia sin regateos, organizada bajo el signo conciliador de la « convivencia democrática ». La votación aprista decidió categóricamente el triunfo de Prado, pero también en esta oportunidad las circunstancias impusieron una nueva e injusta exclusión de Haya de la Torre y de los personeros parlamentarios del partido.

La presidencia que está a punto de terminar constituye un ejemplo loable de régimen que cumple su mandato fundamental : dar vida y solvencia a un Estado de derecho. Por su carácter y por la tendencia de sus gabinetes hubiera sido utópico e irrealista demandarle mayores extremos ni audaces propósitos. Si, como todo permite suponer, Prado preside elecciones libres en 1962, su misión resultará comparable a la de Sáenz Peña, el Presidente conservador argentino que entregó al pueblo una soberanía que hasta entonces le había sido esca-moteada.

Es evidente que la presencia del aprismo en plenitud de derechos es factor que modifica sustancialmente los términos conocidos del problema electoral peruano. A lo largo del período que llega a su fin, los sectores más reaccionarios de la derecha, equiparables por su castiza y cerril intransigencia al arquetipo cavernario de la derecha española confiaron en que, según ocurrió en otras oportunidades, el Partido Aprista recaería en la ilegalidad, y con tal objeto no faltaron múltiples provocaciones. Mas el aprismo, educado en la adversidad, dio muestras de extraordinaria madurez y sin abandonar su postura independiente, y a menudo severamente crítica respecto al gobierno, respaldó con lealtad al régimen. Las masas comprendieron la característica transicional del período y los riesgos de la regresión dictatorial y ello las indujo a moderar sus aspiraciones para no dar pretexto al « golpe ». Sus esperanzas de superación y mejores niveles de vida han sido proyectadas para después de 1962 y la moderación habrá sido el precio de una victoria.

Descartada por imposible la derrota colectiva del aprismo, las fuerzas conservadoras han patrocinado otras formas atenuadas

pero evidentes de proscripción. Con insistencia se ha afirmado que el aprismo « no podrá presentar candidato propio a la presidencia », en virtud de un supuesto veto de las fuerzas armadas. De semejante premisa, a veces acompañada por conmovedoras reflexiones sobre lo que « conviene más » al aprismo, se deduce que el Partido del Pueblo estará obligado —¡por sexta vez!— a renunciar a la aspiración más natural y legítima dentro de una democracia. También han advertido los oficiosos augures que una candidatura aprista, y en especial la del fundador y jefe del Partido, aparea el riesgo de impulsar a una alianza de fuerzas contrarias y la certeza, casi matemática, de perder frente a una coalición tan vasta como heterogénea.

Estas hipótesis merecen análisis. El argumento según el cual el aprismo no debe postular por temor a ingerencias de la fuerza armada es de tipo extraconstitucional y no puede admitirse como premisa condicional de un proceso electoral democrático. Constituye, desde luego, una gratuita ofensa a las fuerzas armadas del Perú que han expresado, por intermedio de sus más altos personeros, que están resueltas a perseverar en la defensa del orden legal, garantizando unas elecciones libres. Esta es justamente su misión, y al cumplirla puntualmente se eluden las solicitaciones sediciosas de aquellos grupos políticos que, ayunos de apoyo popular, quisieran utilizar a los institutos armados como instrumento de predominio.

En el caso, improbable hasta ahora, de que semejante ingerencia « golpista » se produjera, ella plantea responsabilidades indeclinables a los mismos que hoy aconse-

jan al Apra el sacrificio de su candidatura. Pues los augures, periodistas o políticos, que pronostican una subversión, son peruanos, vivirán en el Perú de 1962 y les será forzoso optar entre el orden legal, emanado de una soberanía popular triunfante, o consentir y aceptar el golpe, lo que equivaldría a convertirlos en cómplices del cuartelazo. Pasividad semejante ni siquiera los protegería contra los desafueros de un nuevo dictador, y el propio ejemplo del Perú es elocuente. Personas que cooperaron decisivamente al golpe de Odría acabaron como presos o perseguidos políticos de aquel cuyo poder contribuyeron a crear. Si las revoluciones devoran a sus hijos, los cuartelazos liquidan a sus padres y padrinos.

La posibilidad de una intromisión de la fuerza parece improbable, y si se produjese, hay nuevos factores ponderables de resistencia ciudadana. Uno de ellos, la organización y poderío del movimiento sindical, dirigido por la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), de claro norte democrático y expresamente comprometida a defender las libertades en caso de intentona « golpista ». Otro factor es la presencia de nuevos partidos políticos. Cuando el aprismo era el único partido organizado, los golpes se hacían a sus expensas, como depositario único de la opinión democrática. En la actualidad, y este es uno de los resultados positivos de la etapa, existen otras fuerzas interesadas en conservar un régimen que les permita crecer, desarrollarse y gravitar en los destinos del país por las vías normales del sufragio.

Cabría añadir que las experiencias más recientes de América Latina indican que el peso de la opinión se ha hecho decisivo. En el Brasil se truncó una aventura « golpista » y el magistrado que designaba la Constitución para suceder al Presidente renunciante fue reconocido como tal. En el Ecuador se ha registrado un caso semejante. Venezuela estabiliza su sistema democrático y ha vencido diversas intentonas gracias al apoyo leal del pueblo y de las fuerzas armadas, e igual ocurre en Colombia. En Argentina, a pesar de repetidos conatos, permanece firme la legalidad constitucional. Y desde Washington y Punta del Este, al definirse la « Alianza para el Progreso », ha llegado la repetida advertencia de que sus



ventajas no pueden alcanzar a los regímenes nacidos de la usurpación o violadores de los derechos humanos.

Fortalecidas así las bases de un proceso que debe ser libre y pacífico, cabe señalar que además de la candidatura aprista son varias las que solicitan el apoyo del electorado peruano. Para compulsar fuerzas y sin vehementes pretensiones de victoria, el Partido Demócrata Cristiano apoya al Dr Héctor Cornejo Chávez. Fernando Belaúnde Terry, candidato derrotado en 1956, agrupa en torno suyo sectores muy heterogéneos. Bajo una retórica indefinición opositorista su partido cobija tanto a « El Comercio » de Lima, de vieja solera fascista, como a sectores fidelistas y comunizantes. Estos últimos tienen el control de la organización provinciana y universitaria del belaundismo. El ex dictador Odría ha fundado otro movimiento de inspiración caudillista (la « Unión Nacional Odriista ») y se presenta con predicaciones oportunistas de ataque a una oligarquía cuyo servidor fue en otro tiempo.

Pedro E. Beltrán, hasta hace poco ministro de Hacienda y presidente del Consejo de Ministros, es candidato en potencia, con más apoyo en los sectores económicamente poderosos que en la masa popular.

Lo copioso de las candidaturas contrarias favorece sin duda las posibilidades de buen éxito del Apra, pero de ninguna manera ha infundido en ella una arrogancia exclusivista o sectaria. Por el contrario : proclama la necesidad nacional de una afirmación democrática pre y postelectoral, y con tal objeto ha propuesto, por intermedio de Manuel Seoane, a todos los partidos, un compromiso de honor cuyas estipulaciones esenciales serían : 1°) supresión de la violencia en la campaña que se inicia ; 2°) acatamiento de los resultados del sufragio ; 3°) confrontación de los programas de go-

bierno con miras a un plan mínimo de urgencia nacional, integrado por los puntos de coincidencia que en ellos se encontraran ; 4°) posibilidad ulterior de formar un gobierno nacional comprometido a la realización de los objetivos urgentes y comunes. Este acuerdo, sobra decirlo, no excluye la presentación de las diversas candidaturas.

En América Latina un triunfo democrático del aprismo en 1962 estaría llamado a tener gran resonancia. El Apra es el hermano mayor de los « partidos del pueblo » indoamericanos, también llamados « partidos de izquierda democrática » o « partidos populares ». En países donde el socialismo de cuño europeo resultó planta adventicia, incapaz de echar raíces extensas o profundas y cuyos retoños resultan hoy, en su mayoría, tributarios del comunismo, la moderna democracia social tiene, como instrumento propio de realización, los partidos del pueblo, cuyo arquetipo es el Partido Aprista Peruano. En estos movimientos populares se conjugan características esenciales del nuevo tiempo latinoamericano : la afirmación apasionada de la libertad, el programa de reforma estructural con criterio de justicia ; el nuevo nacionalismo continental ; el antimperialismo sin xenofobia y el antitotalitarismo categórico ; la concepción de una teoría del desarrollo con aceptación condicionada del capitalismo extranjero ; la reforma agraria antifeudal. Tesis, en suma, postuladas por Haya de la Torre con lustros de anticipación a modernas concepciones políticas y, según las cuales, cada continente (cada « pueblo-continente », para utilizar una designación feliz de Antenor Orrego) tiene su propio camino para llegar a la justicia social. Que en nuestra América ese camino no implica el sacrificio de la libertad, es principio que el aprismo se propone demostrar desde el gobierno.

Luz en el Aso Yama

TIENE la noche un raro color de adolescencia,
un alma transparente de dilatados ecos.
Siento bajo mis pasos el pulso de la tierra
como si estuviésemos más cerca
de ese caudal de fuego
que ruga contenido en misterioso arcano.
Allá distante duerme el volcán con sus luces
apenas traducidas en mínimas hogueras
de una voz que se eleva en rosadas volutas.

Kiu Siu de hondos misterios,
en Aso Yama mido el clímax de tu vida.
Sus fauces descarnadas me llaman sordamente.
Mido toda la angustia de la muerte en tus fuegos
bajo esta noche tierna, poblada de presagios.

Aquí en estas montañas donde la tierra es joven
cuando el geólogo indaga la historia de tus venas,
donde el mar es un juego de islas y riberas,
se pierden tus pupilas buscando los caminos
de tu olvidada infancia,
oh niña de ojos dulces y de tez como el lirio,
de cabellos que flotan en el aire de mayo.
¿Cuántas veces tejieron tus pies de breve marco
estos senderos rudos de lava y dura roca
donde el árbol se aferra con angustia a la vida?
La fumarola pone una cálida música
al viento frío que baja rodando por los montes.
Un alma sulfurosa corona los silencios
que apenas quiebra leve tu voz de río y estrella.

Y mientras en la noche color de adolescencia
el Aso nos vigila con su pupila inmensa
una luna de estaño se insinúa en la penumbra
ceñida de misterios.

BORIS GOLDENBERG

La revolución agraria cubana

I

LA REVOLUCIÓN AGRARIA DE CUBA no brotó de un movimiento espontáneo de las masas campesinas, ni iba encaminada a la satisfacción de los deseos particulares de la población agrícola. Fue más bien una transformación impuesta desde arriba con miras a un cambio total de la sociedad, a la actualización de la riqueza potencial del país y la superación del subdesarrollo económico.

El problema fundamental de la economía cubana consistía en la pésima e insuficiente utilización de los tres recursos fundamentales : tierra, trabajo y capital. Muchas tierras quedaban baldías, otras se trabajaban de manera poco productiva. Por otra parte, una enorme proporción de cubanos se hallaba desempleada o subempleada ; otros eran « mal » empleados, es decir que tenían ocupaciones poco provechosas para el progreso de la nación. Finalmente, una gran parte de la riqueza —de aquella de las altas capas— se despilfarraba en « gastos conspicuos », otra se guardaba en forma de dinero « líquido ». La que se transformaba en capital, en parte emigraba al extranjero y en parte se invertía en formas que producían poco beneficio a la colectividad.

Para superar estas deficiencias hacía falta una « productivización » de la economía, su diversificación e industrialización. La « Ley de la Reforma Agraria » debía provocar esta transformación. Su propósito fundamental era doble : *incrementar la pro-*

ductividad de la agricultura mediante una mejor utilización del suelo y el fomento de la producción de bienes de consumo y de materias primas, que anteriormente se importaban ; 2) *aumentar el poder adquisitivo de las masas en el campo*, para crear un mercado interno suficiente para el desarrollo de industrias nacionales, proporcionando a los obreros eventuales trabajo permanente, liberando a los arrendatarios de toda clase de censos y eliminando los intermediarios con sus ganancias exorbitantes. Para lograr estos fines había que cambiar todo el sistema agrícola de Cuba y sus bases jurídicas.

II

Una transformación radical de la agricultura tenía necesariamente que lesionar muchos intereses, desbaratar muchos derechos bien o mal adquiridos. Por eso es muy dudoso que hubiera podido ser lograda mediante reformas paulatinas y dentro del marco de la legalidad prerrevolucionaria. No es mera casualidad que la mayor parte de las reformas agrarias logradas en algunos países presupusiesen revoluciones ; ni tampoco que las reformas prometidas en otros países quedasen sin realizar, como sucedió con la « prohibición del latifundio » en la Constitución cubana de 1940. Con razón dice Galbraith : « Una reforma agraria es un proceso revolucionario. Transfiere poder, propiedad y *status* de una capa social a otra. Cuando el gobierno de un país está dominado o fuertemente influido

por grandes propietarios de tierra no se puede esperar una reforma agraria realizada desde arriba » (1). Los gobiernos cubanos estaban sin duda fuertemente influídos por intereses opuestos a todo cambio radical de la agricultura, siendo esta la razón principal de que no se llevasen a cabo las reformas ansiadas desde hace mucho tiempo. Por esto la reforma agraria tenía que tener características revolucionarias, aunque sus propósitos no hubieran sido « socialistas » ni hubiesen rebasado el marco « capitalista ».

En la situación cubana la revolución agraria no podía ser encaminada hacia la creación de una agricultura basada en la pequeña propiedad campesina, ni podía quedarse dentro del marco de la « economía libre » del capitalismo clásico.

III

Es cierto que en Cuba había una excesiva concentración de la propiedad agrícola, que existían latifundios y que la mayoría de la población que trabajaba en el campo no poseía tierra propia. Pero los latifundios cubanos no pertenecían al tipo feudal, sino que eran creaciones capitalistas, siendo muchos de ellos grandes empresas agropecuarias. La destrucción de estas empresas y su distribución entre los campesinos pobres hubiese conducido a una merma considerable de la producción agrícola. Tal política distributiva tampoco hubiese podido dar un mínimo necesario de tierras y de aperos agrícolas a los cientos de miles de obreros del campo. Muchos de los campesinos carecían tanto de los elementos necesarios como de la preparación subjetiva para un trabajo agrícola productivo. Dar a cada uno de ellos tierras en plena propiedad sólo hubiese conducido a ventas en bloque, a la reaparición de latifundios por un lado y de un proletariado sin tierra por el otro. Dotar a cada productor agrícola independiente de créditos, herramientas, casas, etc., hubiese rebasado las disponibilidades del país. Por estas razones era imposible basar la agricultura cubana en la pequeña propiedad generalizada.

(1) Citado por G. Myrdal : *An International Economy*. New York, 1956, pág. 184.

IV

La reforma agraria no podía hacerse dentro del marco del libre juego de las fuerzas económicas y sin imponer un papel preponderante del Estado.

El monocultivo y el latifundismo habían sido precisamente un resultado de ese libre juego de las fuerzas económicas y se hubiesen reconstituído de nuevo por la acción de esos mismos factores. El mantenimiento de las grandes empresas agrícolas expropiadas imponía la necesidad de un trabajo colectivo, la formación de cooperativas de producción, lo que era imposible sin papel director del Estado, máxime en un país que carecía de tradición de trabajo comunal. Ya en 1950 se había declarado en un memorándum de la Organización para la Agricultura y Alimentación de las Naciones Unidas (FAO) que las « explotaciones agrícolas cooperativas pueden contribuir muchísimo a mejorar el régimen de tierras en los países del Caribe ». Y en una publicación de las Naciones Unidas (*La Reforma Agraria*, 1951) se escribía que « es poco probable que el movimiento [cooperativista] adquiera suficiente vigor si se le deja evolucionar con criterio voluntario, pues la iniciativa y la asistencia del Estado pueden ser condición esencial para su progreso ».

En cuanto a los pequeños propietarios, tenían necesidad inmediata de créditos, de toda clase de ayuda y de educación, así como de un mercado asegurado para sus productos. Además, había que prevenir que hiciesen un uso improductivo de sus tierras o que procedieran a venderlas. Por lo tanto el pequeño productor no podía permanecer realmente independiente y su propiedad tenía que transformarse en un derecho al usufructo de la tierra. Esto, sea dicho de paso, sucedió en parte aun en reformas agrarias que no tenían ningún carácter socialista, como en Taiwan (Formosa), donde se prohibió a los campesinos vender sus tierras o transferirlas libremente por herencia (2).

V

La « Ley de la Reforma Agraria » de 1959 tenía, pues, desde sus principios, orien-

(2) Véase la publicación de la FAO *The State of Food and Agriculture* 1961, pág. 98.

taciones revolucionarias : encaminaba la agricultura cubana hacia la preponderancia de las grandes empresas e iba más allá del capitalismo. Al mismo tiempo no era socialista : no proclamaba la nacionalización del suelo ; reconocía la propiedad privada —incluso con respecto a fincas hasta 30 y aun en casos excepcionales hasta 100 caballerías ; prometía una indemnización por las tierras expropiadas (3) y no mencionaba la expropiación forzosa de casas, aperos y ganado ; preveía que antes de proceder a las expropiaciones se distribuirían las tierras propiedad del Estado ; entregaba a los cooperativistas la propiedad colectiva de las tierras y les ofrecía una participación en los beneficios.

La realización de la reforma agraria fue, como es sabido, mucho más radical que la prevista por la ley, se desarrolló en forma caótica y desembocó en una agricultura « socialista ».

Se procedió en seguida a la expropiación de fincas privadas, sin dejar ni una sola que alcanzase 100 caballerías y pocas que rebasaran las 30 caballerías ; se confiscaron las casas, los instrumentos y el ganado ; no se establecieron los llamados « tribunales de la tierra » y se imposibilitó cualquier recurso contra las acciones revolucionarias de los jefes locales encargados de la reforma agraria, que hacían lo que les venía en gana en cada una de sus zonas.

El INRA llegó a dominar, de hecho y derecho, toda la agricultura. Las cooperativas creadas autoritariamente y dirigidas por el INRA tenían, como lo afirmaron ya en 1960 dos autores procastristas, un carácter que les asemejaba más a los sovjoses que a los koljoses rusos (4). A fines de 1960 se formaron, además, sovjoses genuinos bajo el nombre de « Granjas del Pueblo », y a principios del 1961 una organización de pe-

(3) Es cierto que el valor de la indemnización debía ser casi siempre muy inferior al valor real de las tierras y que no se pagaría en especies, sino en bonos ; pero en ambos casos la indemnización prevista se asemejaba a lo que sucedió con la reforma agraria impuesta por los norteamericanos en el Japón. (Véase ONU : *Progress in Land Reform*, 1954, pág. 63.)

(4) Sweezy-Hubermann *Cuba : Anatomy of a Revolution*. New York, 1960, pág. 122.

queños agricultores (ANAP) enteramente sometida al control estatal (5).

VI

A) *La organización de la agricultura*

Según los datos oficiales —comunicados por el INRA a fines de mayo de 1961 y completados por lo que se dijo en el curso de la « Primera Reunión Nacional de Producción », a fines de agosto del mismo año— el Estado controla directamente el 80 % de la producción agrícola. El 20 % restante —y puede considerarse con seguridad que este porcentaje está en descenso constante y rápido— queda aún en manos de agricultores privados, que poseen más de 5 caballerías cada uno. Los 80 % « socializados » se dividen en tres categorías : 1) Los miembros de la ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños) ; de éstos hay unos 200 mil padres de familia (6) que controlan, en su conjunto, el 39 % de las tierras cultivadas. 2) Las cooperativas, de las cuales hay unas 620 que cultivan unas 80 mil caballerías (11,8 % de la tierra) ; a fines de mayo de 1961 había en ellas 122 mil cooperativistas, así como 46 mil trabajadores eventuales (7). 3) Las Granjas del Pueblo, de las cuales hay unas 300 ; se extienden sobre 197 mil caballerías (29,1 % de las tierras cultivadas) y en ellas trabajaban en agosto último 104 mil obreros.

La diferencia oficial entre las tres categorías es la siguiente : los miembros de la ANAP son, aunque ayudados y parcial-

(5) Es interesante citar los deseos que animaban, según Guevara, a aquellos guajiros que combatían en las filas de los rebeldes de la Sierra Maestra. Según el « Che », « los soldados que formaron nuestro primer ejército guerrillero provenían de una capa social que mostraba de manera más agresiva su mentalidad pequeño-burguesa. Combatían porque deseaban poseer tierra, tenerla en plena propiedad, usarla, venderla y enriquecerse. » (*Verde Olivo*, 9 de abril 1961. Citado según la traducción inglesa en *Monthly Review*, New York, vol. 13, n° 3/4, julio-agosto de 1961.) Si los jefes revolucionarios han « traicionado » a alguien ha sido, pues, en primer lugar a los que combatían a su lado.

(6) José Ramírez en la Primera Reunión Nacional de la Producción.

(7) *Bohemia*. La Habana, 28 de mayo de 1961. José Ramírez. *Hoy*. La Habana, 16-8-1961.

mente controlados por el Estado, propietarios individuales ; los miembros de las Cooperativas (mayormente constituidas a base de los antiguos latifundios azucareros) tienen la propiedad colectiva de la tierra y perciben utilidades ; los trabajadores de las Granjas del Pueblo (antiguos latifundios ganaderos y arroceros) son obreros estatales.

Las distinciones reales no se basan en principios de ninguna clase, sino en consideraciones acerca de lo que es, en cada momento, más útil para el Estado y para el desarrollo de la economía « socialista ». La tendencia general se orienta hacia la desaparición total del sector privado, la transformación progresiva de los pequeños propietarios en cooperativistas u obreros agrícolas y la equiparación de las cooperativas con las llamadas Granjas del Pueblo.

Los pequeños propietarios son tan poco « independientes » que sus productos van a parar a las cooperativas y granjas del pueblo (8). Se trata en gran parte de campesinos que cultivan tierras pobres en los montes y que viven en fincas aisladas. Por el momento el Estado no dispone de los medios para transformarlos en cooperativistas u obreros de las Granjas del Pueblo, lo que obligaría a reagruparlos y a construirles casas. Cuando llegue el momento en que el Estado necesite las tierras pobres trabajadas por ellos y disponga de medios para formar con ellos nuevos centros de trabajo colectivo, aquello se hará. Hasta entonces no se les obliga a abandonar su *status* de propietario, aunque hubo casos de tal presión (9), y sólo se les permite transformarse en cooperativistas si lo deciden por su propia voluntad. Sin embargo, ya es bastante característico que a pesar del número de 200 mil pequeños agricultores ya mencionado, no se entregaron hasta fines de mayo último más

de 31 mil títulos de propiedad. La tendencia general puede verse en las declaraciones oficiales de los jefes revolucionarios :

« Puede ser una revolución socialista sin socializar todas las tierras... El pequeño agricultor es un aliado de la clase obrera y a ese aliado hay que ayudarlo. Segundo, porque ese es un productor en las montañas produciendo en tierras que no son las más ricas, y haciendo un esfuerzo... Hay pequeños propietarios de parcelas que han pedido ingresar en las Granjas del Pueblo. Ahora, cuando un campesino ha pedido su ingreso, entonces se ha estudiado la posibilidad de darle esa oportunidad o no. Han llegado muchos casos en que pequeños agricultores, cuando han visto todas las ventajas que tiene la cooperativa... han preferido la cooperativa. Pero cuando han venido a solicitarlo, nosotros hemos dicho que no. Primero hemos preguntado : ¿Todos están de acuerdo? Bueno, si hay uno que no esté de acuerdo, no... La Revolución le da al pequeño agricultor todas las ventajas que puede, pero como cada uno vive a distancia del otro es imposible organizar la vida social de la misma manera que se organiza en una cooperativa » (10).

En el mismo discurso, Fidel Castro explica las ventajas que tienen por el momento las cooperativas, al compararlas con las Granjas del Pueblo :

« De momento una cooperativa produce más económicamente todavía que una Granja. Como que en la cooperativa trabajan por su cuenta, el

(8) José Ramírez : *Hoy*. La Habana, 16 de agosto de 1961.

(9) « Nada de compulsión al campesino pobre para organizar cooperativas. Por aquí, en algunos lugares también algunos desesperados de estos llegaron y les dijeron a los campesinos, bueno, esta tierra es de ustedes si se organizan en cooperativas y si no lo que tienen es que irse de aquí. Son errores que se han cometido aisladamente, pero al fin han creado ciertas dificultades en algunas regiones. » (Blas Roca. « Discurso en la cuarta reunión de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria ». *Hoy*, 26 de julio de 1961.)

(10) Fidel Castro : « Discurso en la Plenaria de la ANAP » en *Obra Revolucionaria*, n° 21, 29 de mayo de 1961. Sin embargo, en otro discurso de meses más tarde, el propio Castro afirmó : « El campesino, incluso, es alérgico —ese pequeño campesino que da dolores de cabeza en Matanzas y en cualquier parte—, es alérgico a la cooperativa ; no le gusta ni oír las mentar, le han metido miedo con esa palabra » (*Revolución*, La Habana, 11 de noviembre de 1961.)



INRA facilita créditos. Entonces ellos en la cooperativa, pues, tratan de ahorrar lo más posible. En la granja están todos los gastos que hay que hacer en maquinaria, en vivienda, en escuela, en salarios, todo por cuenta del Estado. Todo eso hace que el costo de la producción... Es decir, las inversiones de las granjas tengan que ser mayores que en las cooperativas » (11).

Esto fue dicho en mayo de 1961. Ya por aquel entonces no se prometía pagar a los cooperativistas más del 20 % de las ganancias obtenidas, mientras que el 80 % de éstas se dedicaría a la construcción de viviendas, escuelas, etc. Aun esta esperanza de ganancias (que les impulsaba a trabajar mejor que los obreros de las granjas) se ha visto frustrada. Y a fines de marzo de 1961, hablando de las Escuelas para los Instructores del Arte, y del plan de organizar una instrucción artística en el campo, Fidel Castro declaró que « en las cooperativas se invertiría el 80 % de las utilidades en la construcción de viviendas, y el 20 % que actualmente se distribuye, más ciertos fondos de contribuciones agrícolas, servirían para desarrollar este plan » (12). En la Primera Reunión de Producción, celebrada a fines de agosto, se anunció que en septiembre se distribuirían en las cooperativas utilidades a razón de 50 pesos por cooperativista (13), lo que demuestra una vez más que no se trata de verdaderas « utilidades » relacionadas con las ganancias logradas en cada cooperativa, sino de una suma global y uniforme que corresponde más bien a la bonificación de un asalariado. Es cada vez más claro —incluso a los cooperativistas— que ellos no son propietarios de ninguna clase, desapareciendo así el acicate que había mencionado Fidel Castro más arriba (14). No es, pues, de extrañar noticias como la publicada en *Bohemia*, La Habana, el 30 de abril de 1961 : « Una Cooperativa (Ciro Redondo) ha sido elevada a la categoría de Granja del Pueblo ». Ni tampoco hay que sorprenderse de las quejas sobre el insuficiente entusiasmo demostrado recientemente en el trabajo por cooperativistas y obreros de las granjas, como la siguiente :

(11) *Obra Revolucionaria*, n° 21, 29 de mayo de 1961.

(12) *Bohemia*, La Habana, 2 de abril 1961.

« Encontramos a muchos cooperativistas y trabajadores de granjas que laboraban en las mismas con un concepto totalmente distinto a la razón que nos llevó a organizar ambos tipos de explotación... que trabajaban en las mismas como se trabajaba antes en dependencias estatales, y no viendo estas granjas y estas cooperativas como algo que es de ellos » (15).

Ya en las cooperativas no cuentan con aquellas parcelas « privadas » donde los miembros de los koljoses rusos crían vacas y plantan frutas que venden libremente en los mercados « libres » de la Unión Soviética ; la cooperativa se asemeja cada vez más a un sovjos —como lo es ya oficialmente la Granja del Pueblo— tal como lo afirmaron en 1960 Sweezy y Hubermann, y como lo repite Dumont diciendo que las cooperativas en Cuba se acercan más al tipo de los sovjoses o de las comunas chinas que a los koljoses soviéticos (16). De hecho, la agricultura cubana está ya más avanzada en el camino de la socialización que la de muchos países « socialistas » del Este : en Polonia se hizo, desde 1956, marcha atrás en lo que atañe a la colectivización, y predomina la propiedad privada ; en Yugoslavia sucedió lo mismo, y ahora sólo el 3,4 % de la tierra cultivada se encuentra en manos de los cooperativistas ; incluso en la Unión Soviética el 40 % de las patatas, vegetales y carnes consumidas provienen del sector privado (17).

B) Los logros económicos

Según el informe del INRA, éste ha invertido en el curso de los dos años de su

(13) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, pág. 27.

(14) Cuando el Profesor Dumont propuso, en 1960, introducir algunos cambios en la organización de las cooperativas que hubiesen desarrollado un mayor sentido de ser propietarios en los cooperativistas, « Che Guevara... me achacaba haber puesto énfasis sobre el sentimiento de copropiedad, mientras que él... prefería fomentar el sentimiento de responsabilidad, tanto más cuanto que muchos de los cooperativistas van a ser desplazados ». (Dumont : « Une réforme agraire accélérée », *Esprit*, París, abril de 1961.)

(15) Intervención de Vergelino Zaldívar en la Reunión Nacional de Producción. *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 96.

(16) *Esprit*. París, abril de 1961.

(17) FAO : *The State of Food and Agriculture* 1961, págs. 88-89.

existencia más de 400 millones de pesos. Sólo durante el año 1960-61 se constituyeron cientos de aldeas, con 12.500 casas bonitas y cómodamente amuebladas. Todas las aldeas tienen luz eléctrica, agua corriente, escuelas, tiendas del pueblo y centros de recreo. Se han creado miles de clases rurales, y miles de muchachas y muchachos campesinos viven disfrutando becas en La Habana. El INRA establece en todas partes clínicas y dispensarios, ocupa a más de 1.700 médicos y 80 dentistas en zonas anteriormente casi desprovistas de cuidados médicos. El INRA dirige más de 2.000 tiendas del pueblo, que venden, por lo general, a precios inferiores a los que se pagaban an-

tes en el campo, en las tiendas privadas. Así se ha mejorado la vida material y moral de muchos miles de seres humanos, que otrora vivían en situaciones precarias o aun en la miseria.

No menos impresionantes parecen los buenos éxitos puramente económicos. Núñez Jiménez declaró que la reforma agraria cubana era la única que ha conducido, de modo inmediato, a un extraordinario auge de la producción.

He aquí algunos datos oficiales (publicados en *Bohemia*, La Habana, el 28 de mayo de 1961) acerca de la producción en los años 1958 y 1960 y las metas para el año 1961 (en miles de quintales) :

Año	Arroz	Maíz	Frijoles	Tomates	Maní	Algodón
1958	4.502	3.220	220	1.200	82	4
1960	6.664	4.651	806	2.528	549	473
1961	9.511	8.688	2.446	3.374	976	1.172

Año	Malanga	Boniato	Papas	Ganado Vacuno	Pollos
1958	4.906	3.473	1.534	5.385.000	20.000.000
1960	5.581	5.011	2.200	5.532.000	33.600.000
1961	6.492	5.039	3.300	5.607.000	83.500.000

No es, pues, de extrañar que tantos observadores extranjeros se llenasen de júbilo por estos éxitos, aunque parece extraño que dados tales logros pueda existir en Cuba una penuria aguda de víveres de toda clase, incluso de aquellos bienes cuya producción ha aumentado a un ritmo tan extraordinario. Y es esta particularidad la que nos obliga a hacer algunas críticas.

VII

A) Los logros sociales

Es obvio que la más enérgica y rápida revolución social no puede resolver todos los problemas del campo en un plazo de dos años. Lo que nuestra investigación crítica persigue no es más que enjuiciar con criterio realista lo que realmente se ha logrado. Lo que más llama la atención de los visitantes son dos hechos : la transformación de obreros eventuales, la mayoría de los cuales sólo trabajaban durante 3 a 4 meses, en trabajadores permanentes ; y los cambios de vida, que se revelan en las nuevas aldeas y las casas bonitas. Sin embargo, es obligado subrayar que todo lo que se ha logrado no puede considerarse más que

como un primer paso en la solución de los problemas agrícolas.

El número exacto de obreros agrícolas no es conocido. Pero debe de haber alcanzado en 1958-59 un número superior a 600 mil. Según las cifras oficiales, a mediados de 1961 había 122 mil cooperativistas y 104 mil obreros en las Granjas del Pueblo, o sea unos 226 mil cuya situación puede considerarse como « resuelta ». No se sabe a ciencia cierta cuántos obreros trabajan en el « sector privado », fuera del ANAP, cuyos miembros trabajan sin ser asalariados. Pero no pueden ser muchos, ya que este sector privado está en baja constante. No se ha resuelto el problema de unos 300 mil obreros, aunque es posible y aun probable que muchos de éstos hayan emigrado a las ciudades, creando así una insuficiencia de mano de obra en la agricultura y una agudización de la falta de viviendas en las urbes.

12.500 casas (una para cada familia de 5 a 6 personas) parece ser un número importante, y lo es, considerando que estas viviendas se han construido en el curso de un solo año. No obstante, basta un simple cálculo para ver que, si consideramos las

necesidades existentes, estas 12.500 casas no constituyen sino un pequeño avance. La población de Cuba se aproxima a los 7 millones. Un 40 % de sus habitantes viven en el campo, es decir, cerca de 2 millones 800 mil. La población cubana crece en un 2.3 % anual, y el crecimiento demográfico es en el campo más elevado que en las ciudades. Calculándolo en un 2.5 % resulta que cada año se necesitan viviendas para unas 70 mil personas, lo que corresponde a más de 11 mil casas. Esto significa que las 12.500 casas edificadas apenas rebasan las necesidades del aumento demográfico. A este ritmo no se ve cuándo casas de este tipo moderno podrán sustituir a los « bohíos », de los que había más de 50 mil en los campos cubanos (18).

Es cierto que se ha prometido construir otras 25 mil viviendas el año próximo. Pero esta cifra rebasa mucho las posibilidades reales. En la Primera Reunión de Producción, Fidel Castro mencionó que existía el propósito de construir 30 mil viviendas en total para las ciudades y el campo, y no parecía muy seguro de las posibilidades de realizar este plan, al decir: « Vamos a ver si las hacen » (19).

El progreso en el bienestar social de la población agrícola depende de los progresos económicos logrados. Y éstos son muy problemáticos, pese a las cifras triunfales.

B) Los éxitos económicos

Hay tres críticas que deben hacerse con respecto a las cifras que hemos mencionado:

1) Parten de datos para 1958, que era un año « malo a causa de la guerra civil » que se desarrolló durante los cuatro últimos meses del año en las partes orientales del país. Además, las cifras dadas ahora para 1958 no corresponden frecuentemente a aquellas que fueron comunicadas anteriormente por fuentes oficiales y serias;

2) No toman en consideración el principio de la rentabilidad al mencionar los cos-

tos de la producción, que parecen haber sido enormes. Tuvo razón Carlos Rafael Rodríguez cuando, en su intervención en la Reunión Nacional de Producción, se quejó de que nadie había hablado de costos y que, en general, se había olvidado la rentabilidad de la economía (20);

3) Las cifras para los años 1960-1961 están refutadas en parte por las afirmaciones de diferentes líderes revolucionarios, y no pueden corresponder a la realidad. Fidel Castro exclamó en la Reunión de Producción:

« Sin embargo se ha olvidado la malanga, a pesar de las veces que hemos dicho que si no hay nada que comer comeremos malanga. Sin embargo, no había malanga por ninguna parte, y, naturalmente, la falta de malanga ocasionó una presión inmediata sobre el boniato. Entonces, al escasear ambos, el consumidor fue en busca de papas, y el stock de diez mil quintales diarios, calculado para situaciones normales, resultó insuficiente » (21).

Mientras que Castro declara que « se olvidó » la malanga, las cifras oficiales citadas más arriba muestran un incremento de la producción en más del 32 %. Aun cuando esta cifra hubiese sido exagerada, tendría que haber bastado el boniato, ya que según las mismas cifras oficiales su producción se había incrementado en no menos del 45,5 % (desde el año 1958). Como faltó el boniato tiene que ser falsa esta cifra también. Finalmente, no era cierto —como afirmaban las estadísticas oficiales del INRA— que la producción de papas « bastara para situaciones normales », ya que se había duplicado.

Este ejemplo nos prueba que los aumentos en la producción de malanga, de boniato y de la papa han sido, en gran parte, imaginarios. (Naturalmente se puede pensar que la cifra para 1961 no era más que una « meta », que no fue alcanzada. Pero otras informaciones oficiales contradicen se-

(18) Fidel Castro dijo en un discurso: « Vamos por las carreteras de la Ciénaga de Zapata, donde se están construyendo cientos de casas... Y sin embargo, a lo largo de la carretera empiezan a edificarse bohíos » (*Revolución*, La Habana, 11 de noviembre de 1961.)

(19) *Obra Revolucionaria*, n.º 30, 1961, pág. 217.

(20) *Obra Revolucionaria*, n.º 30, 1961, págs. 206-207. El profesor Dumont se había quejado en 1960 de que no hubiese podido aseverar ni en un solo caso si una cooperativa arrojaba beneficios o daba pérdidas (*L'Express*, París, 8 de septiembre de 1960.)

(21) *Obra Revolucionaria*, n.º 30, 1961, pág. 9.

mejante opinión, ya que se publicaron en la prensa cubana repetidas declaraciones afirmando que los objetivos para 1961 habían sido ya superados. Así, por ejemplo, leemos en *Hoy* del 23 de julio que las Granjas del Pueblo de la provincia de La Habana habían superado la producción calculada en principio de malanga, boniato y papas...).

Si las cifras para los tres productos mencionados son, pues, falsas, las dadas para el arroz parecen sumamente dudosas. Aquí nos encontramos con el caso de que se parte de una cifra falsa para la época pre-castrista.

Con respecto a la producción arrocerera, el INRA publica dos cifras diferentes en la misma *Bohemia* del 28 de mayo de 1961. En el cuadro estadístico se dice que la producción de arroz subió de 4,5 millones de quintales en 1958 a 6,7 en 1960 y 9,5 en 1961. (Es de advertir que se trata de arroz con cáscara.) En cambio, en el texto mismo se dan dos cifras que parecen referirse a arroz limpio (descascarado); se dice al pie de la letra: « En 1958 Cuba produjo 2.974.814 quintales de arroz, mientras que en 1961 la producción nacional fue de 4.450.650 quintales. » (La diferencia considerable en la tasa de aumento —110 % según el cuadro y 50 % según el texto—, puede explicarse, acaso, si se considera la « meta » del cuadro como plan para el año 1961-1962, mientras que la cifra del texto se refiere a los resultados del año 1960-1961, ya que el año arrocerero va de julio a junio.) La cifra del texto corresponde bastante bien con las informaciones dadas en la Reunión de Producción por Santos Ríos, quien comunicó que del consumo total de 8,8 millones de quintales se habían producido en Cuba 4,8 millones, importándose el resto de China (22). Pero el propio Núñez Jiménez había escrito en su libro *Geografía de Cuba*, publicado en 1959, que Cuba había producido en 1958 no 2.974, sino 3.431 millones de quintales de arroz limpio, y que en 1956-1957 el consumo del país había alcanzado 7.567 millones de quintales, de los cuales 4.534 millones se habían producido en Cuba. Aceptando como ciertos los datos de Núñez Jiménez para 1956-1957, y compa-

rándolos con los comunicados por Santos Ríos, resulta: 1) que la producción doméstica de arroz en 1961 sólo ha superado la de 1956-1957 en un 7 %, siendo así que de acuerdo con el texto del INRA publicado con anterioridad y citado más arriba, la producción actual sería más baja que la de 1956-1957; 2) que Cuba importó en 1960-1961 un porcentaje mayor de su consumo (45 %) que en 1956-1957 (40 %).

El caso de los frijoles no es menos extraño. Hemos citado las cifras acerca del enorme aumento de su producción. Al mismo tiempo hubo una importación muy considerable. Alberto Morá, ministro de Comercio Exterior, comunicó que de hecho se habían ya importado, hasta agosto de 1961, 21 mil toneladas métricas, quedando por llegar hasta septiembre otras 22.500 (23). Sin embargo, todo el mundo sabe que escasean los frijoles negros desde hace mucho tiempo. Por algo Carlos Rafael Rodríguez tuvo que decir irónicamente:

« Durante las sesiones de esta asamblea ha sido un poco la broma de los que estamos en la presidencia el preguntarle a sus compañeros, después que terminaban sus explicaciones: Bueno, y ¿dónde está la carne, y dónde está el pescado, y dónde está la pasta de dientes, a pesar de todo eso? » (24).

No es menos característico lo dicho por el responsable del Departamento de Pesca, Salvador Pérez:

« A veces uno se encuentra con algunos compañeros que están constantemente con la pregunta del pescado; algunos lo preguntan en forma jocosa o alegre; sin embargo, algunos otros lo preguntaban un poco bravos. El otro día, sin embargo, nos encontramos con un compañero que trabaja en la Sección Avícola —sección de pollos— y me dijo: Ven acá, chico, ¿dónde está el pescado? Yo no me podía aguantar más, y le dije: ¿Y dónde está el pollo? Estamos parejos, porque, en definitiva, él no debe alegrarse porque no haya pescado, ni nosotros debemos alegrarnos porque no haya pollo » (25).

Esta declaración de un delegado responsable en la Reunión de Producción no puede menos de arrojar una luz sorprendente sobre las citadas cifras oficiales, que mues-

(22) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, pág. 32.

(23) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, pág. 151.

(24) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 204.

(25) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 83.

tran un aumento realmente enorme en la producción de pollos.

Sí ; algunas de las cifras oficiales son manifiestamente falsas, otras dudosas y otras indican aumentos exagerados porque se fundan en cifras que son falsas aplicadas al período prerrevolucionario. Hay además informaciones estadísticas cuyo propósito parece ser engañar al público : tal es el caso del ganado vacuno. El informe del INRA que hemos citado señala 5.385.000 cabezas de ganado y da el número de 5.607.000 para 1961. En agosto de 1961 se hizo un censo ganadero, cuyo resultado, comunicado por Fidel Castro en la Reunión de Producción, era 5.574.777 cabezas (26). Aun así parece, pues, que hubo un aumento comparado con 1958, lo que no puede menos que extrañar : el propio Castro mencionó que desde la revolución ha habido una « matanza de vacas tremenda » (27), y aunque hubo también importaciones de grandes cantidades de ganado (28), no parece probable que ésto haya podido compensar las repetidas matanzas. La realidad pudiera ser la siguiente : hubo una disminución notable de ganado, enmascarada con datos estadísticos falaces. Según fuentes fidedignas (29), el número de cabezas en 1958 no era de 5.385.000, sino de 5.700.000 de cabezas, y entre estos animales no se contaban los terneros hasta la edad de un año, que sí figuran en el censo actual. Según Fidel Castro, hay 1.053.366 terneros, y este número debe restarse de la cifra total de 1961. Las dos ci-

fras verdaderas por comparar rezan, pues, así :

1958 cerca de 5.700.000

1961 cerca de 4.523.000

Hubo por consiguiente una disminución de 1.200.000 cabezas de ganado vacuno, lo que explica la falta de carne y el racionamiento introducido.

VIII

Repetimos que sería prematuro e injusto enjuiciar una revolución agraria a base de sus primeros resultados. Pero no es menos cierto que estos resultados distan mucho de coincidir con los que divulga la propaganda oficial, y que son mucho menos alentadores de lo que parecen a ciertos visitantes extranjeros, la mayoría de los cuales no sabe nada de la Cuba prerrevolucionaria.

Es posible que en lo futuro se superen algunas de las fallas y que en muchos capítulos se eleve la producción agrícola. Pero las promesas no bastan. Cuando se hicieron sentir las primeras escaseces de víveres, en otoño de 1960, Fidel Castro afirmó que no habría falta de alimentos el año que viene (es decir el año 1961), añadiendo :

« Y recuerden bien lo que les digo, que los alimentos que habrá en diciembre no volverán a faltar » (30).

La gente que recuerda esta promesa no creará tan fácilmente las promesas más recientes. Entre tanto, aumentan las dificultades, especialmente en el sector industrial y en el del transporte, y se apaga el entusiasmo de los productores agrícolas. Siendo este el caso, no es probable que pueda haber un considerable aumento de la producción agrícola global en un futuro próximo, mientras que resulta seguro que los beneficios de tipo social tendrán que ser restringidos. En esta situación, es un signo particularmente alarmante el que los dirigentes revolucionarios proclamen resultados inexistentes, falsifiquen estadísticas y sustituyan la verdad por la propaganda falaz.

(26) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 236.

(27) *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 237.

(28) Según declaración del Ingeniero Julio Serrate. (« Administración Nacional de Granjas del Pueblo », *Obra Revolucionaria*, n° 30, 1961, p. 43.)

(29) U.S. Department of Agriculture : *Foreign Crops and Markets. World-Summaries*, 27 de abril de 1951.

(30) *Obra Revolucionaria*, n° 28, 1960, 9 de noviembre de 1960.

LEO SAUVAGE

Fidel Castro y Herbert Matthews o el caso del historiador amoroso

MUCHO SE HA ESCRITO en favor de Fidel Castro, después de aquel memorable 1º de enero de 1959 que señaló el fin de la dictadura de Fulgencio Batista.

Existen los panegiristas como Jean-Paul Sartre o el profesor C. Wright Mills, cuya monumental ignorancia, plena de un sublime desdén por la verdad, ha hallado en forma de libro de bolsillo un productivo mercado en los *drug stores* de Estados Unidos. Hay también los ensayos atormentados a lo Claude Julien, que se esfuerzan en justificar un entusiasmo preestablecido mediante una realidad hartó movediza, por lo que desesperadamente intenta a veces adaptar la realidad al entusiasmo. Por último, existe el alegato patético y abrumador que Herbert Matthews acaba de publicar en Nueva York con el título de *The Cuban Story*. Patético porque, indudablemente, el autor lo ha escrito al dictado de su corazón y trata de convencernos de que tiene razón; abrumador porque, hartó honrado para hacer juegos malabares con los hechos, se ve obligado a pesar suyo a llegar a conclusiones de las que precisamente quisiera apartarnos.

Matthews fue el primer periodista que hizo una interviú a Fidel Castro en Sierra Maestra. Publicada en el *New York Times*, dio muy pronto a Castro una importancia internacional. Matthews no exagera —si bien tampoco peca por exceso de modestia— cuando se refiere al « formidable im-

pacto » que significaron sus artículos. Mas cuando cita sin desagrado alguno una frase que el diario *El Tiempo* de Bogotá atribuyó al escritor y diplomático colombiano Germán Arciniegas, su respuesta nos obliga a entrar de lleno en lo más vivo del debate. Comprobando con pavor que Matthews continúa defendiendo « al Fidel Castro de hoy », Arciniegas denunció « el caso de un padre que no quiere reconocer los errores de su hijo ». Matthews no niega la paternidad. Sólo afirma que es capaz de ver « innumerables errores », y añade : « La última vez que he visto a Fidel Castro, en La Habana, éste reconoció que tanto él como sus amigos habían cometido muchos errores. »

¿Errores admitidos por Fidel? Ya es curioso que el autor de *The Cuban Story* no mencione ninguno a todo lo largo de su libro, si bien no es nada sorprendente si se tiene en cuenta que tres páginas más adelante confiesa que « la convicción de que todo cuanto hace es justo, constituye un rasgo fundamental de su carácter ». Y, por lo demás, continúa luego señalando lo inverosímil de su afirmación : « Fidel está siempre seguro de que obra bien y de que tiene razón, tanto moral como prácticamente. »

Es un comienzo de retrato que no ofrece nada de halagador; verdad es que si bien Matthews se siente padre, no por ello deja de ver claramente los defectos de su hijo. Ni siquiera trata de embellecerlos o ate-

nuarlos, sino que los expone rudamente con toda su enormidad. Sin embargo, después los perdona o los olvida, lo que poco más o menos significa la misma cosa. Mas parece incapaz de comprender que otros, ante tales taras, no puedan hacer lo mismo. De hecho, a medida que se adelanta en la lectura del libro, se descubre con malestar creciente que la imagen del padre que ve claro pero que perdona no basta para explicar las fantásticas contradicciones. Se asemeja a la amante de la canción, la cual, engañada y maltratada, plenamente consciente de que se ha enamorado de un granuja, no quiere separarse de él porque es « su » hombre.

Se encuentran en el libro de Matthews algunos de los juicios más duros y definitivos que jamás se hayan escrito sobre Fidel Castro en relación con cualquiera de sus aspectos : « Los que hemos estado en relación personal con él y le hemos podido observar desde el comienzo, nos vemos obligados a preguntarnos si la conocida máxima de Lord Acton —la que dice que todo poder corrompe y que el poder absoluto corrompe absolutamente— no se aplica a Fidel. Pues bien —¡ay!— ella efectivamente se aplica. En el caso de Fidel se ve la manera como se ha convertido cada vez más en un autócrata. Tenía sed de poder y la sed le ha aumentado bebiendo... ».

Esto no es todo. Matthews no ha olvidado, particularmente, cierto discurso de marzo de 1959, siniestro precursor de los horribles días que siguieron puesto que, tras dos rigidos rabiosos condenando al tribunal militar de Santiago por haber absuelto a varios acusados contra los cuales no existía prueba alguna, el líder máximo de la revolución se adjudicó el derecho de revocar la decisión de un tribunal de justicia. Eso es, comenta el autor del libro, « uno de los primeros indicios que muestran que Fidel Castro no tenía idea alguna de lo que normalmente se llama justicia, y que, además, era absolutamente despiadado ».

Más aún. Tratando de explicar la evolución política de Castro, Matthews comprueba que « no conocía ni jamás conocería la verdadera significación de las palabras libertad y democracia ». Y añade : « Sólo como consecuencia del desenvolvimiento progresivo de los acontecimientos cubanos se

hizo claro que mientras Fidel Castro permanezca en el poder no habrá ni podrá haber democracia y libertad en Cuba. »

Mientras Fidel Castro permanezca en el poder no habrá ni podrá haber democracia y libertad en Cuba... La frase es digna de figurar en el manifiesto de cualquier movimiento insurreccional que tienda a derrocar el régimen de Castro mediante las armas. ¿Es que el hecho de que figure en *The Cuban Story* significa que Herbert Matthews ha dado su adhesión a un movimiento así? De ningún modo : « Conservo mi simpatía, mi admiración por Fidel Castro... ». En efecto, eso es lo que afirma el mismo Matthews al llegar a su capítulo de conclusión.

*

« Desde que los franceses —escribe Matthews— desencadenaron en 1789 la primera de las modernas revoluciones sociales, todas han presentado ciertos rasgos aproximadamente semejantes. De hecho, el paralelo entre la revolución francesa y la cubana resulta sorprendente... ». Efectivamente, el autor de *The Cuban Story* comienza explicando que las dos revoluciones fueron la obra de los girondinos, que repitiendo una definición del historiador inglés H.A.L. Fischer considerara desdeñosamente como « los últimos apóstoles de la idea liberal ». Luego se asistió a la subida al poder de los jacobinos, « fanáticos, tiránicos, violentos ». Pero ¿qué se produce cuando Robespierre y sus amigos fueron guillotinado en 1794 y los girondinos intentaron recuperar su situación anterior? Todo el mundo lo sabe : « Napoleón Bonaparte subió al poder. »

Es decir que según Matthews, Fidel Castro, después de haber sido sucesivamente el jefe de los girondinos y de los jacobinos de la revolución cubana ¿ha terminado por convertirse asimismo en Bonaparte? La conclusión parece lógica y las opiniones —desde luego, impublicables en Cuba— que el autor procastrista expresa sobre el temperamento autoritario de su héroe tienden a confirmar que es eso precisamente lo que quiere decir. Mas cuando Matthews, citando esta vez un ensayo histórico de Louis Kronenberger, descubre un nuevo paralelo entre las dos revoluciones, pone sumo cuidado en dar formalmente de lado a la conclusión que se impone más que nunca.

« A la caída de la Bastilla —escribió Kronenberger en el párrafo citado por Matthews—, la mayor parte de los ingleses se alegraron, suponiendo que los franceses iban a establecer una constitución y una forma de gobierno de acuerdo en un todo con las de Inglaterra. Pero las pasiones mal contenidas, los abusos acumulados en el curso de numerosas generaciones, hicieron inevitable un final menos elegante. La excitación condujo en Francia a la confusión y la confusión al terror. Los franceses alentaron a otras naciones a sublevarse y comenzaron una campaña de agresión que desembocó en Napoleón y que sólo se apaciguó en Waterloo. » Comentario de Matthews : « Reemplazando Francia por Cuba e Inglaterra por Estados Unidos, obtendremos indudablemente un paralelo sorprendente, salvo que no se ve en el horizonte un Napoleón cubano... ».

Henos, pues, ante dos « paralelos sorprendentes » ; pero Herbert Matthews, después de haber seguido una línea recta hasta el final y cuando ya se encuentra ineluctablemente adentrado en el camino de la conclusión, se detiene de manera brusca y poco hábil, corriendo incluso el riesgo de dar por tierra con todo su pensamiento. No es, por otra parte, porque considere que Fidel Castro no es de la madera de un Napoleón. Si nos atenemos al retrato que de él traza habría que llegar a la conclusión de que es más bien de la madera de un Hitler : no sólo es « cada vez más autócrata », sino que no tiene sentimiento alguno de justicia, de libertad o de democracia, es totalmente « despiadado » y tiene « sed de poder ».

De hecho, el objetivo casi confesado del autor de *The Cuban Story* al invocar el precedente de la revolución francesa, es llamar la atención de los « girondinos » cubanos contra toda tentativa de acabar con el dominio de los « jacobinos », o sea, según Matthews, del Castro actual : les advierte que no deben llevar a cabo nada contra Castro y su banda de « fanáticos, tiránicos y violentos », porque entonces sería salir de Caribdis para caer en Escila ; dicho con otras palabras, que vendrían a dar de bruces con cualquier dictador comunista, en lugar del actual dictador « jacobino ».

Esto supone, claro está, que los comunistas no se encuentran todavía en el poder.

Y, además, que es preferible que los que son perseguidos, encarcelados, fusilados, obligados al exilio o simplemente privados de sus derechos naturales de hombres y de ciudadanos, lo sean por los « jacobinos » y no por los comunistas.

*

Por último, el actual régimen cubano ¿es o no es comunista? Por desdicha para la reputación intelectual de nuestro historiador, la manera como responde a esta cuestión resulta tan incoherente como la que le dicta su pasión incurable cuando se debate con los rasgos personales del dictador adorado.

Nos hallamos, ante todo, ante un *leitmotiv* que Matthews repite incansablemente : Cuba no es comunista porque « los jóvenes revolucionarios cubanos no lucharon contra lo que llamaban imperialismo yanqui para caer luego bajo el yugo del imperialismo ruso ». La conclusión es falsa, pero la premisa es verdadera. Es precisamente porque los jóvenes revolucionarios cubanos no lucharon contra el imperialismo yanqui para caer bajo el yugo del imperialismo ruso, por lo que están ahora dispuestos a luchar contra Castro.

Hay un segundo *leitmotiv*, corolario del anterior, que consiste en afirmar que si Cuba evolucionase efectivamente hacia el comunismo, el régimen se hundiría por sí solo : « Teniendo en cuenta las armas y el poder que un sistema totalitario pone en manos de un gobierno moderno, continúa creyendo que el comunismo no podrá sobrevivir en Cuba. El pueblo cubano es demasado vehemente y valeroso, al mismo tiempo que harto individualista, para adaptarse indefinidamente a un régimen totalitario. » O sea, « los cubanos, a la larga, se desembarazarían del comunismo », y no sin razón Matthews añade, dirigiéndose a sus compatriotas, que esta tarea se facilitaría « si dejamos hacer a los cubanos y no nos lanzamos a otras empresas insensatas, cual la invasión de abril de 1961 ». Sin embargo, no dice de qué manera ni en qué momento podrán los cubanos —admitiendo que la C.I.A. se vaya con la música a otra parte y no se meta en más « complots »— poner en juego su violencia, su valor y su individualismo. Puesto que, ¿qué significa ese « a

la larga »? De todas maneras, una de las consecuencias del razonamiento de Matthews es que resulta inútil luchar para impedir que el comunismo conquiste el poder en Cuba, ya que en todo caso no logrará estabilizarse en él.

Otra es que ello sería asimismo de poca importancia, puesto que apenas podría evitarse el pasar por esa fase : « La triste lección de todas las revoluciones sociales modernas es que los elementos moderados, liberales y democráticos deben esperar hasta que la revolución haya agotado su impulso. » Llegado ese momento, los elementos moderados, liberales y democráticos —suponiendo que sobrevivan— no tendrán otra cosa que hacer sino heredar una revolución juiciosa y suavizada, dispuesta a dejarse modelar a imagen de sus ideales moderados, liberales y democráticos. Parece mentira que un hombre como Herbert Matthews pueda razonar de tal manera ; sólo se explica porque razona con el corazón y no con la cabeza.

Efectivamente, su cabeza le impone comprobaciones mucho menos idílicas, incluso cuando para tranquilizar los latidos de su corazón se agarra desesperadamente a la coartada del *si* condicional. Verdad es que en *The Cuban Story* un *si* no deja de desalojar a otro *si* ; nadie como Matthews para destruir, seca y categóricamente, las coartadas penosamente elaboradas por Matthews. Esto resulta particularmente claro en sus esfuerzos para cargar lo del comunismo en La Habana en la cuenta del anticomunismo de Washington. Mas esto resulta ya evidente en sus tergiversaciones y contradicciones destinadas a poner en tela de juicio la realidad de que, cualesquiera que sean las causas, en La Habana existe un régimen comunista. Y es que Matthews no se contenta con reconocer que el régimen de Castro « se ha comprometido cada día más con el campo comunista », y que « *si* esta tendencia continúa, tendremos una variedad cubana del comunismo ». En el mismo libro y en múltiples pasajes reconoce que la evolución se ha terminado y que « la variedad cubana del comunismo » constituye ya un estado de hecho.

Por ejemplo, se puede leer en la página 120 de *The Cuban Story* que en determinado momento « él (Fidel) y sus principa-

les consejeros llegaron a la conclusión de que la respuesta a sus problemas revolucionarios se hallaba en los métodos del comunismo totalitario ». Matthews se encuentra en condiciones de concretar cuándo fue ese momento, es decir, cuándo se tomó « la decisión final a este respecto » : a fines del verano o comienzos del otoño de 1960 por lo que respecta a Fidel, antes por lo que concierne a Raúl y al « Che » Guevara, los cuales « indudablemente influyeron a Fidel ». Diez páginas más adelante damos un paso más de frente, al mismo tiempo —como en el tango— que un paso de lado : « Cuando el año 1961 llega, Cuba se había hecho —para forjar una expresión— comunista. »

El autor no deja de recordar, por si fuese poco, las declaraciones hechas en el mismo sentido en otras ocasiones. En agosto de 1960, por ejemplo, escribió en una publicación de la Universidad de Stanford : « El régimen consiste en una dictadura, sin libertad alguna, bajo el control de un solo hombre ; la ley es allí un concepto arbitrario. » En junio de 1961 produjo pena a sus « admiradores cubanos » —sic!—, al declarar en el curso de una conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia que « Cuba es en lo sucesivo —y lo es ya desde hace algún tiempo— un Estado político totalitario ».

¿Pero qué consecuencias saca ahora de esas comprobaciones poco divertidas? Ante todo trata de distinguir entre el régimen de Castro y la pertenencia política personal de éste, olvidando el régimen para hablar sólo del hombre : « Nuevas pruebas pueden hacer cambiar el cuadro, mas basándome en los elementos puestos a nuestra disposición y en mi conocimiento personal de Fidel Castro, siempre dije, y continúo afirmándolo, que no ha sido ni es comunista. » La distinción entre el hombre y el régimen es tan falaz que Matthews —que lo sabe tan bien como el que más— no tarda en abandonarla.

Menciona —un ejemplo más— la imagen que según el semanario inglés *The Economist* se forman de Fidel millones de latinoamericanos : « un hombre, más atractivo que un artista de cine, dio la tierra a los pobres, desplumó a los ricos y puso a los gringos en su sitio ». Lo hace así para com-

pararla a otra imagen, « más próxima de la verdad », que corre por Estados Unidos y que manifiestamente le parece por completo deformada : « un Estado policíaco comunista, odioso y detestado, donde el pueblo está reducido a la esclavitud, no siendo el país otra cosa que un satélite del bloque chino-soviético ».

En fin, « el régimen de Castro no es aún comunista, no obstante la propaganda de Washington ». No obstante asimismo el hecho de que a fines del verano o comienzos del otoño tomó la « decisión final », según el propio Matthews, de adoptar los « métodos del comunismo totalitario ». Ahora bien : ¿qué diferencia ve Matthews entre « un Estado policíaco comunista » —según expresión corriente en Estados Unidos y que él rechaza— y « un Estado policíaco totalitario », que es la definición dada por él? Sin duda alguna nos hallamos en plena esquizofrenia, si me atengo a la definición del *Nuevo Pequeño Larousse*, que es la siguiente : « Desorden psíquico caracterizado por la incoherencia mental. » Ciertamente es que el autor de *The Cuban Story* tuvo conciencia bruscamente, en un momento determinado, de esa « incoherencia » que preside su libro, puesto que se detiene en las últimas líneas de la página 116 para darnos su definición personal de un comunista. Hela aquí, tal como la ofreció, según nos afirma, a Hays Sulzberger, director del *Times*, el cual se había mostrado « intrigado » —como muchos otros, sea dicho de paso— ante la insistencia de Matthews en negar, incluso actualmente, que Castro sea comunista : « Un comunista es un hombre —o una mujer— que, 1º, pertenece abiertamente al partido comunista, o 2º, es un criptocomunista. En ambos casos, la persona recibe las órdenes de su partido o movimiento, es responsable ante el mismo y es un agente de Moscú. »

Así, pues, el hecho de someterse en todo a las posiciones del partido comunista, de aplicar todas sus decisiones, de seguir todos sus virajes, de ayudar a sus agentes, de destruir todos sus enemigos, en fin, de comportarse durante las veinticuatro horas del día como el militante más celoso y más dócil, no basta para catalogar a una persona como comunista. Matthews exige, además, la prueba de que esa persona no ha actua-

do por iniciativa propia, por convicción íntima, astucia, fanatismo o ambición, sino únicamente merced a instrucciones recibidas de los superiores. Sería cosa de preguntarse si Stalin, que no tenía a nadie como superior suyo para darle órdenes en nombre del partido, no resultaba para Matthews tan poco comunista como Fidel Castro.

Tarde o temprano, cuando hay que entenderse con los que, por oposición a los simples panegiristas, he denominado defensores atormentados del « Líder Máximo », se recuerda el caso del ladrón que juraba no haber robado el reloj, pero que en todo caso —añadía— éste no era de oro. En efecto, el último argumento de los defensores atormentados —atormentados porque no obstante reconocer, al menos parcialmente, la evidencia de los hechos, no pueden resignarse a extraer las conclusiones evidentes— es por lo general el siguiente : Fidel Castro no es comunista y además, de todas maneras, la culpa es de los norteamericanos.

Claude Julien, en su libro *La revolución cubana*, aportó incluso un perfeccionamiento refinado al sugerir que, de oro o no, el robado pudo haberse hecho robar el reloj expresamente, para jugarle así una mala partida al ladrón : « Washington —escribió— se ha adiestrado en empujar la revolución cubana lo más lejos posible, con la esperanza de que así zozobraré y Moscú terminará por cansarse... ». El autor de *The Cuban Story*, por su parte, aporta una variante no menos fascinadora al introducir una pizca de psicoanálisis —sin el cual no existe *hit* serio en Broadway—, puesto que da a entender, tras haber negado el robo, que el ladrón no hubiera robado el reloj si el robado no le hubiese tratado antes de ladrón : « La psicología de Fidel Castro y de los otros jóvenes revolucionarios era tal que, cuanto más se les acusaba de comunistas o de ser juguetes de ellos, más difícil les resultaba oponerse al comunismo si deseaban hacerlo. Para Fidel, en particular, adoptar una posición contra los rojos hubiera parecido lo mismo que rebajarse ante Estados Unidos, que inclinarse ante los ataques norteamericanos. Y antes de hacer esto se habría dejado cortar la cabeza... ».

No obstante, al comienzo del capítulo ti-

tulado « Estados Unidos » había intentado puntualizar las cosas muy objetivamente : « Desde principios de 1960, la política de Estados Unidos con respecto a Cuba tenía por objeto destruir el régimen de Castro. » Desde principios de 1960... Es decir, que durante todo el año 1959, Estados Unidos intentaron una posibilidad de coexistencia con el régimen castrista. Matthews lo reconoce así, como reconoce que los dirigentes cubanos « persiguieron muy a menudo una política que provocaba deliberadamente una reacción norteamericana ». Castro —añade— « hizo y dijo cosas que a los norteamericanos nos parecían increíbles, si no se supiese que era capaz de todo... ».

Cuando, más adelante, Matthews recuerda que se ha preguntado « cuánta paciencia podrían o deberían tener los Estados Unidos hacia el régimen de Castro », no cabe duda de que el solo hecho de que una pregunta así haya podido hacerse, constituye una abrumadora acusación contra Cuba. Después de todo, un año de paciencia « frente a las provocaciones cubanas » no deja de tener su importancia en la historia de las relaciones internacionales. Casi constituiría un « record » si no existiese el precedente —poco recomendable por lo demás— de la larga paciencia franco-británica ante las provocaciones nazis. Matthews mismo lo señala, al elegir otra comparación no menos valedera : « Sin duda no es necesario recordar que, en circunstancias análogas, el Primer ministro Kruschef hubiese actuado antes y de manera totalmente violenta... ».

Su conclusión, empero, se limita a cargar la responsabilidad sobre las dos partes : « La Historia, que a fin de cuentas mantiene su balanza impasible, dirá sin duda que ambas partes eran responsables, que cada cual provocó al otro, que la acción suscitó la reacción en un encadenamiento casi ineluctable o —cambiando de fórmula— en un círculo vicioso. » Ciertamente es que existe el gravoso pasivo histórico de Estados Unidos en Cuba : medio siglo de explotación económica, el sostén a Batista, la *Legion of Merit* entregada solemnemente en noviembre de 1957 al coronel Tabernilla, que dos meses antes había ahogado en sangre el levantamiento del puerto de Cienfuegos. Pero Matthews apenas encuentra

« provocaciones norteamericanas » que poder citar después de la subida al poder de Castro, o sea durante el único período al cual se aplica precisamente su razonamiento. Considera incluso que no era un « desatino » la negativa de las compañías petroleras a refinar el petróleo bruto soviético, siendo así que esta negativa fue invocada en La Habana como la provocación suprema del imperialismo yanqui, que justificaba todas las « represalias » cubanas.

Entonces ¿qué queda? La campaña de la prensa norteamericana contra las ejecuciones de los batistianos a comienzos de 1959 ; la « bienvenida » oficiosa a otros batistianos por la Subcomisión senatorial —denominada de « seguridad interior »— presidida por James Eastland, senador racista del Misisipí ; las incursiones de aviones-taxis procedentes de pequeños aerodromos privados de Florida ; el « desalentar el turismo durante todos los meses en que La Habana era una ciudad más segura que Nueva York »...

Incluso si no damos de lado a este último reproche —y es obligado rechazarlo, puesto que es absolutamente contrario a la verdad, ya que la paralización del turismo fue el resultado directo del falso « bombardeo de La Habana », o sea de una provocación tan insensata como deliberada de Castro—, el conjunto no representa gran cosa. Nada, sobre todo, puede ser atribuido a una decisión o a un acto cualquiera del gobierno de Estados Unidos. Comparto, por ejemplo, la indignación de Matthews ante la increíble hipocresía de una parte de la prensa norteamericana, la cual, después de haber dejado sin protesta a los policías de Batista torturar y matar a la élite de la juventud cubana, expresa su emoción cuando los barbudos fusilan a cierto número de policías. Pero, ¿es que puede ponerse en los mismos platillos de una balanza un artículo del *Time* o de *Life* y el sometimiento oficial de Cuba al Kremlin?

Aparentemente sí, según la óptica de Matthews, puesto que refugiándose detrás de la Historia —que según él debe decidir cuál de ambos países cometió « más pecados »— persiste en absolver a Castro, repartiendo equitativamente las responsabilidades : « Ninguno de los dos puede ser

absuelto de errores, de equívocos, de injusticias y de estupideces... ».

*

Las múltiples citas precedentes nos dispensan de describir la consternación que uno siente al cerrar *The Cuban Story*. Sin duda el autor debió de sufrir un verdadero martirio antes de escribir el libro, al escribirlo y finalmente al darlo a la imprenta. En efecto, no es sólo el caso del padre que perdona a su hijo, ni el de la mujer que canta « Me agrada como él es... ». Trátase más bien del historiador enamorado del tema hasta el extremo de sacrificar su reputación a su voluntad de amar. Sin embargo, basta con abrir el libro por la página 154 para, en este caso, no sentir la menor simpatía hacia la víctima.

Las páginas 154 y 155 de *The Cuban Story* son las que Matthews dedica al caso de Huber Matos. Este antiguo comandante del Ejército Rebelde, adicto a Castro, fue arrojado a la cárcel y condenado a veinte años de prisión por « traidor », después de un simulacro de proceso en el curso del cual nada pudo demostrarse contra él, salvo sus opiniones anticomunistas. Matthews reconoce que el asunto era « completamente chocante », pero lo justifica acto seguido al exclamar que « *a revolution*

is not a tea party », lo que constituye una manera muy norteamericana de decir que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Para Matthews la condena de Matos fue « un hecho lógico aunque reprensible, e incluso tal vez inevitable ». Solicitado para que interviniera, se negó. El hecho —explicó entonces a un cubano y nos explica ahora en su libro— « plantea el problema extremadamente delicado y esencialmente subjetivo de saber de modo concreto lo que es y lo que no es traición durante una revolución ».

Este problema « extremadamente delicado y esencialmente subjetivo », lo resuelve Herbert Matthews sin rodeos ni florituras al final de la página 155 : « De acuerdo con la lógica de la revolución, Huber Matos era un traidor. Los que condenan la manera indigna como se vio tratado, no hacen sino condenar la revolución ». Es la misma dialéctica que permitió a ciertos intelectuales de los años 30 justificar los procesos de Moscú.

Así finaliza la carrera de Herbert Matthews, el cual, empero, contrariamente a Jean-Paul Sartre o al profesor C. Wright Mills, no es un stalinista « reprimido ». Trátase sólo de un historiador descarriado por su pasión y de una víctima más de Fidel Castro.

Lágrimas que dejé

*Lágrimas que dejé tras la montaña.
Ojos que no veré sino en la muerte.
A través del adiós, ¿quién me acompaña
si mis ojos que ven no pueden verte?*

*Lágrimas y ojos que estarán mañana
tan atrás del ayer.
Aquí, donde no se abre la ventana,
aquí la tierra mana
lágrimas y ojos que no te han de ver.*

MIGUEL ARTECHE

JOAQUÍN CASALDUERO

« El Abuelo », de Galdós

HAY DOS REDACCIONES de *El Abuelo*, una larga (1897), y otra para la escena (1904). La destrucción de los géneros literarios la logró con buen éxito completo el Romanticismo ; después, todo el siglo XIX perdió incluso la actitud psíquica y sentimental de la literatura como géneros literarios la logró con un éxito la edición de 1897 para darse cuenta de cómo el autor lucha inútilmente por establecer una diferencia entre la novela y el drama. Galdós, al parecer, creía que bastaba con que los personajes dialogaran para encontrarse con una obra representable, y si no se podía representar se debía al cambio de los tiempos, que hacía que el público del XIX fuera incapaz de permanecer en el teatro tantas horas como el auditorio de Shakespeare.

Ahora nos interesa solamente ver en Galdós un testigo de la desaparición de todo género literario, en una época en que no ya los géneros se mezclaban y confundían en servicio de la creación artística, sino las artes todas se unían : música y pintura y escultura y drama y poesía.

Cambios entre las dos redacciones de « El Abuelo »

De la redacción larga de *El Abuelo* a la escénica hay todos los cambios que había que esperar : reducción de personajes, supresión de escenas, cambio del orden de las mismas (Jornada III, 1, para el teatro Acto II, 1) ; abreviación del diálogo, algunos parlamentos los dice otro personaje y

por diferentes motivos técnicos. En la redacción de 1897 se queda solo el conde al final de la jornada primera. De esta imprecación se suprime en el teatro la parte del comienzo, en la que el conde exponía sus dudas acerca del comportamiento del cura y del médico, porque viven en un « ambiente formado por las conveniencias, el egoísmo y la hipocresía », características de la sociedad europea a finales del siglo XIX. La exploración y explicación novelísticas son sustituidas por una enérgica plasticidad dramática.

La disposición de la escena cambia (J. III, 4-Act. III, 1). La animosidad del conde hacia el cura y el médico aparece antes y más marcadamente en la redacción larga que en la escénica.

Junto a esas alteraciones hay otras de índole particular, pues aunque se deben al hecho de la representación, se hacen pensando en la situación de la obra en el nuevo medio, relación no ya con el lector sino con el público. Las bromas al cura y al médico, la manera de tratar a Venancio y Gregoria son mucho más contenidas y decorosas en la escena. La idea de decoro es esencial en estos cambios, pues quieren evitar la desvirtuación dramática. En el teatro le dice el conde a Lucrecia : « Fue Ud. una hija de paso » (Act. II, 8) ; en la redacción larga, Lucrecia contesta « *(esforzándose en sonreír para engañar su miedo)* : Y a las hijas de paso... cañazo » (J. III, 5). Se disminuye la familiaridad ; la actitud hacia los personajes es otra. En 1897, hay, al comienzo, una gran falta de simpatía por D. Pío ; en 1904 el humorismo con que el

conde habla al maestro está lleno de cordialidad y sentido humano.

Se eliminan las descripciones informativas de la redacción larga y gracias a una lenta decantación se trasvasa la verdad, la cual se ofrece en 1904 en todo su depurado acendramiento.

Los nombres significativos

Entre los personajes suprimidos se encuentra el prior del monasterio de Zaratán, Baldomero Maroto : « su nombre —se explica en 1897, J. III, 10— y apellido no carecen de simbolismo, porque el hombre es el puro espíritu de la conciliación ». Alusión al general carlista. Zaratán de 1897 se convierte en Zaratay. No quería Galdós que en el teatro se reprodujeran los mismos hechos que en el estreno de *Electra*. El monasterio, el cáncer que roe el pecho de España económicamente y sobre todo moral, espiritual e intelectualmente, podía dar a la obra otro cariz. Galdós no cree invalidada su manera de ver y sentir la Historia de España, es más, al final de su carrera tiene una decisión y acometividad mayores que al escribir *Doña Perfecta*. Pero quería purificar su mensaje espiritual en *El Abuelo* representable y alejarlo de todo contacto histórico-político, tema prominente en la edición dedicada a la lectura.

Los nombres de la obra son significativos. El alcalde Monedero es el hombre que sabe ganar y conservar el dinero, no un falsificador, como alguien ha entendido. Don Pío Coronado, con ese nombre tan representativo del 98, debe su apellido a la desgracia matrimonial que le ha perseguido toda su vida. Lucrecia será la naturaleza (*Lucrecio*). Nell y Dolly apuntan a la extranjería de la madre. El nombre de « El Abuelo », D. Rodrigo Arista-Potestad, abre una lejana perspectiva histórica y alude a su autoridad e imperio, que residen ya sólo en el nombre. Pero más que los nombres de los personajes son alusiones los de los lugares. Zaratán queda explicado. Jerusa parece un apócope de Jerusalén, y la entrada de Lucrecia en la ciudad es lo opuesto de la entrada de Jesús, aunque el recibimiento sea el mismo. El camino ancho y el estrecho en 1897, son « calle de Potestad », que el Alcalde quiere rotular del

« Siglo XIX », y « callejón del Cristo ». El Abuelo va al « Calvario » ; la reunión de Don Pío Coronado —bondad sin dirección—, Dolly —la ilegitimidad— y el Abuelo, tiene lugar en las « Tres cruces ». Del suicidio se ha estado hablando con cruel humorismo. En las obras anteriores, el protagonista se suicidaba o moría de una muerte-suicidio. Pero el desenlace de *El Abuelo*, desenlace feliz, se logra dirigiéndose a Rocamor y ya antes habían huído « hacia Occidente ».

Esa huída tan característica del Romanticismo —cuando quizás comienza—, que hace que el protagonista deambule en la noche oscura de sus pasiones, atormentado y angustiado por sus pensamientos, ya la utilizó Galdós desde *El Audaz*, llamándola *Via crucis*. Es fácil interpretar la función de la tempestad, además el mismo Galdós le explica : « la duda ». (Act. III, 2 y 3.)

« Motivos » en la obra galdosiana

La casi ceguera del conde, tan opuesta a la de Pablo (*Mariñela*), el que recobra la vista, está en la misma línea que la de Rafael (serie de *Torquemada*) y Almudena (*Misericordia*). Cada una de estas cegueras sirve para presentar un aspecto de la relación del hombre con la realidad del espíritu. Junto a la trabazón de este motivo en la obra galdosiana, tenemos en *El Abuelo* aquellos temas que está superando en sus últimos años creadores : la « buena administración », la ambición realizada por medio del trabajo honesto o deshonesto, la ciencia ; la aristocracia caída, España y América, el elevarse de la plebe. No es que ahora rechace la buena administración, el trabajo incesante y honesto, la ciencia, sino que los presenta en su compleja relación con el Espíritu y la Libertad, además los subordina a esos valores más altos. Los nuevos temas de sus últimas etapas creadoras, « ser otro » (*La de San Quintín*), « el desacuerdo entre la ley y la naturaleza » (*Fortunata y Jacinta*) son esenciales en *El Abuelo*.

Prefiguración de personajes

Los tipos comunes a la novelística y al teatro del siglo XIX —la finústica, la cu-

riosa de los chismes, el inoportuno— que se encuentran en la redacción larga, desaparecen en la escénica. En cambio con los seres propiamente galdosianos se consiguen nuevas vistas, un problematismo diferente, un sentido humano diverso y quizás mayor. El molde de D. Pío Coronado está en D. Eduardo Olivá (*Mendizábal*), en Maxi (*Fortunata y Jacinta*) y D. Tomé (*Ángel Guerra*). Las niñas Nicolasa y Pepita (16 y 14 años respectivamente (*Estafeta Romántica*)) recuerdan por la vida que hacen a las nietas de *El Abuelo*. El padre de Dolly es el hombre naturalista —cuando comienza la acción ya ha muerto.

Shakespeare, Ibsen, Cervantes y Don Quijote

La crítica ha asociado insistentemente *El Abuelo* con *King Lear*, filiación que yo no puedo ver ni sentir. Berkowitz en la Introducción a su edición de *El Abuelo* (D. Appleton-Cantury Company. N.Y., London, 1929) indica cómo el punto de partida de esa actitud de la crítica hay que buscarlo en una noticia periodística (p. XXXIV). En el misterioso secreto de la creación me parece muy difícil discernir si Galdós infundió su aliento en *King Lear*, leyendo la tragedia y vitalizándola a lo siglo XIX, o si al leer a Shakespeare concibió su mente el mundo de *El Abuelo*. Lo cierto es que incluso las dimensiones colosales y enigmáticas, que en la redacción de 1897 se apoyan en Miguel Ángel como referencia (J. III, 9), son inherentes al mundo del novelista. Manuel Bueno dice: « Si fuese lícito asignar puesto a las obras de arte, yo la pondría (a *El Abuelo*) entre *El rey Lear* y *Brand*, esto es entre lo más intenso de Shakespeare y lo más hondo de Ibsen » (citado por Berkowitz). Manuel Bueno pensó en Ibsen con razón, no porque haya ninguna influencia del dramaturgo noruego en el español, sino porque ambos crean la época en que viven y son creados por ella. Si no el cervantismo, el quijotismo a lo siglo XIX es el fondo que Galdós ha querido para « el abuelo ». En 1897 al cura se le llama constantemente pastor Curiambro, se dice « leoncitos a mí » y el conde « vientecitos a mí ». El cura trata de encerrar al Conde-Quijote

para bien de éste. Pero a lo que me refiero es a la escena entre el conde y D. Pío (J. IV, 12. Acto IV, 11). El diálogo tiene en la redacción larga un dinamismo trágico que da al humorismo su tono y color. En el teatro queda confiado este fondo a los dos actores —voz, gesto, actitud, movimiento facial. El conde dice a D. Pío: « Yo estoy en el mundo para combatir y anular las usurpaciones de estado civil... ». El tema de *El Abuelo* nada tiene que ver con Don Quijote; la lucha del conde, sin embargo, la ve Galdós como algo quijotesco. Quizás el mismo novelista contemplaba su propia vida, de incesante combate con los males de la Historia y los vicios de la sociedad y del hombre, como una forma de quijotismo. Sin hacer diferencia entre cervantismo —vida puesta al servicio del ideal, de la justicia, del bien, de la hermosura— y quijotismo, forma grotescamente conmovedora de este servicio: vivir el presente con los ojos y el corazón puestos en el pasado.

Historia-Mitología

En todo autor del siglo XIX nos encontramos con la Historia, unas veces como tema esencial, otras como acompañamiento: complementando el tema principal, haciéndole resaltar, sirviéndole de fondo y como de caja de resonancia, situándolo. Para el autor de *La Fontana de Oro* es su tema. La Historia en la creación artística del siglo XIX sustituye a la Mitología de las centurias precedentes. Gracias a ella el escritor puede dar sentido a la realidad humana, cauce al destino de la humanidad. La Historia hace de Mercurio y de Fortuna, de Minerva y de Júpiter, de Parcas y Euménides, de Marte y hasta de Venus. Cuando el siglo finaliza se vuelve a la Mitología, una Mitología nueva. El hecho singular y siempre local sólo adquiere sentido si se le vuelve a la corriente infinita del tiempo, si se le transmuta en universal. Don Pío: « No me confundáis la Historia con la Mitología », y Nell responde: « Si mentira es una, mentira es otra » (Act. II, 1). Mentira, esto es, poesía, el conocimiento intuitivo, lo que no puede observarse y probarse con documentos.

Los tres tiempos

Galdós irá a dar a esa zona de la fantasía creadora de valores sólo al final de su obra, pero en los períodos de la Libertad y del Espiritualismo está forcejeando para romper las cadenas de la Historia. En *El Abuelo* nos presenta la emoción y el sentimiento de tres tiempos diferentes: el de la Naturaleza, el de la Historia y el del Hombre: naturaleza e historia juntamente. Se habla de la « arboleda frondosa en la finca señorial »; de la casa, « de antiquísima, venerable y noble arquitectura »; de los « corpulentos árboles de robustos troncos ». Si la arquitectura nos da el tiempo en toda la nobleza de su presencia antiquísima, la arboleda nos ofrece la duración, la perduración: « Ya estoy otra vez entre vosotros, árboles soberanos que disteis sombra a los juegos de mi infancia. Sois más viejos que yo, mucho más. Pero el tiempo no amengua vuestra grandeza y hermosura. Las generaciones que han crecido a vuestra sombra se gastan, se concluyen, y vosotros inmóviles, viéndonos pasar, viéndonos caer, viéndonos morir... » (Act. I, 6). No puede haber sentimiento de eternidad, pero al tiempo se le salva de su fugacidad, se aleja infinitamente su calidad perecedera: « La eternidad ¿qué cosa es más que el continuo barajar de las generaciones? » (J. V. Esc. final). El conde de Albrit « es un hermoso y noble anciano, de lengua barba blanca y corpulenta figura, ligeramente encorvado ». Las primeras citas son de la acotación con que comienza el Act. I; la que describe al conde es de la Esc. 5, el momento de su entrada, una gran entrada dramática. Al aparecer en la alameda el conde se detiene y contempla inmóvil a Nell y Dolly; éstas quedan como sobrecogidas y atemorizadas. Es un momento sagrado: la vida en su capullo como remansada y detenida por la presencia sobrecogedora del tiempo humano. En labios del conde: « todo cuanto aquí vive se queda en suspenso... no sé cómo decirlo... se para y mira... para ver pasar al desdichado conde de Albrit » (I, 5). En el ritmo de la acción dramática ese compás relativamente breve de silencio y suspensión encierra el dinamismo de toda la obra. El ritmo de la acción en 1904 va desarrollando y exteriori-

rizando el dramatismo por medio de los finales de acto. El clima está en el III, y luego (IV y V) se va descendiendo, apaciguando, hasta llegar al desenlace feliz, felicidad que consiste en haberse posesionado de una verdad con la cual se da sentido a la vida y discordia humanas.

El apuntar de la vida y la vejez

Galdós nos ha dejado esta pintura impresionista: Jerusa es « un montón de tejados rojos y de ventanales blancos... más allá, manchas de verde lozano » (J. I, 5). Nell y Dolly pudieron ser creadas sólo en el Impresionismo. Encarnan la vida, son ahora vida solamente. Apenas empezada la obra con esa escena entre Gregoria y Venancio, tan pesada en su materialidad, hacen una fugaz aparición las dos niñas sin ser vistas por los campesinos. Estos hablaban de la llegada de todos los personajes, reduciéndola a espesa materia social y, mientras tanto, tocan las hortalizas. Las contemplan, las manosean, recreándose en ellas como producto de su trabajo y sudor, no como hermosura de la tierra, cuando a ellos viene a unirse Senén, que es un labriego que trabaja las tierras de las oficinas y de los empleos, cuyos frutos se recogen en el presupuesto. Antes de hacer su entrada este hombre bajo y servil, antiguo criado, cruzan el escenario, sin ser vistas ni oídas, Nell y Dolly. Se cambian entre las dos unas cuantas frases breves. Dolly: « Vamos al vivero. » Nell: « Sí, lejos, lejos... (*Huyen por la izquierda*) ». Su presencia, hecha de movilidad, de deseo y ansia de vida, de un ir lejos, que es pura energía más que ciego e instintivo huir del mundo de los Venancios y Senenes, nos da la sensación de esas tiernas hierbecillas, que con su fuerza vital se abren paso a través de la dura costra del terreno hacia el aire y el sol.

Ante esas niñas, esas mujercitas que son vida pura, no contaminadas aún por los valores morales, se presenta inesperadamente la figura corpulenta y noble de un anciano. Es una cumbre de tiempo, socavada y roída por el laboreo incesante del bien y del mal. Lo dual y lo uno frente a frente. Es un choque fatal ni buscado ni rehuído,

sin adherencias de ninguna clase. De ahí la ternura de ese encuentro sobrecogedor y en seguida la conciencia del hombre poniendo en la naturaleza, quizás anodina, el acento de su vivir, de su ocaso: « ¡Oh, infinita tristeza, llanto amarguísimo de las cosas! » (I, 5).

Es claro que el Abuelo en Galdós tiene que representar, y representa, la decadencia de la aristocracia como clase social y como clase de gobierno. Como España, y si su encierro en el monasterio alude a Carlos V, su ida a América es concebida de una manera muy « regeneradora » como un error, como uno de los grandes errores de la España moderna. Este es un signo galdosiano y a él se oponen el cura, el médico, el alcalde, Gregoria. Todos ellos se han alimentado de su sangre, pero mientras el conde caía por sus prodigalidades, por su falta de administración, por su imposibilidad de dedicarse al trabajo manual e industrial y científico, esos otros hombres medraban y se elevaban, incluso el ambiciosillo trepador, el servil Senén. Mas precisamente, a estos signos, a este vocabulario por él creado le está dando un nuevo significado, lo maneja en una acepción diferente. Ni el rechazar el encierro en el monasterio, cuando habla el Abuelo de que quieren privarle del pensamiento y de la libertad, hemos de hacerlo sonar históricamente. Ya lo he dicho, Galdós ni reniega ni rectifica. Zaratán es Zaratán. Pero si puede llegar a encontrar la solución política —muerte de Fernando VII, sobre todo muerte de Doña Perfecta— se debe a que ha encontrado el desenlace metafísico de su conflicto. El tema de *El Abuelo* no es histórico, sino metafísico.

Del cura a Senén tenemos toda la línea de topos que va incansable abriéndose camino sin necesidad de contemplar el sol. El anciano y las niñas son los dos extremos de la vida, es también un labor continuo para pasar del instinto a la conciencia. El conflicto surge porque en ese paso se lucha con la Naturaleza, ciega engendradora del bien y del mal: el Abuelo enfrente a Lucrecia. « Tú y yo solos, frente a frente. »

Lucrecia es « un monstruo de liviandad, una infame falsaria », según el conde casi ciego. Su pérdida de la vista le permite só-

lo ver las cosas grandes, el cielo, el mar. Lucrecia es « grande como el mar » (II, 9), como el medio originario engendradora de la vida. Si todos los hijos de Lucrecia hubieran sido ilegítimos, si ella llevara consigo el deshonor por todas partes, no habría conflicto para el conde. Pero ella ha dado vida también a los hijos legítimos.

La presencia del bien y del mal

Lucrecia es un mal conocido que todos desprecian, pero que todos adoran y respetan, desde el prior y el cura hasta Senén. Lucrecia ha sustituido al conde. Éste llega a Jerusa vencido; ella viene triunfadora. Todos están a su servicio, rendidos. Sólo la vemos mortificada por dos presencias, la del conde y la de Senén. El criado la angustia y con su ambición mezquina la sofoca y rebaja, el Abuelo es el otro extremo. El uno sabe la verdad, utilizándola vilmente; el otro la busca. Su tragedia « espiritualista » consiste en que Lucrecia junto a la ilegítima tiene una hija legítima. El mal engendra el bien; lo contrario, pues, también es posible. Galdós y su época se plantean de nuevo el problema del mal en el mundo en varios de sus aspectos, el de la coexistencia con el bien y sobre todo el de la capacidad de engendrar su contrario. Las leyes de la herencia y del medio no pueden explicarlo todo, quizás no rigen en lo esencial. Lo que importa además no es hallar una explicación, sino captar una realidad que, por ahora, acaso no podamos explicar, que acaso guarda siempre su secreto, pero no por eso deja de ser menos real. Realidad innegable y que se impone. El conde va en busca de una verdad y acaba encontrándola, aunque ni Lucrecia se la confiesa, ni el análisis del temperamento y de los caracteres de las nietas le ayuda a descubrirla. Se lamenta de su ceguera, no puede observar a las muchachas. La falta de la vista no le ayuda, pero no impide que al fin sepa quién es la legítima y cuál la ilegítima. Con ojos ciegos e inútiles descubre la verdad que no buscaba, la verdad, empero, que Galdós está buscando desde *Gloria*: lo único que une a los hombres es el amor y éste nada tiene que hacer con legitimidades. Al final de su obra siente el amor con todo su misterio, también con

toda la fuerza de su existencia. El amor es una realidad, el amor es el bien. En 1897, lo que se señala es la perturbadora relación de los contrarios : « El mal... es el bien » ; en 1904, puede afirmar « amor... la verdad eterna ».

Salvarse y elegir

Lucrecia como naturaleza ciega a los valores morales entra en la obra, en 1904 y en 1897, para enfrentarse con el conde y sufrir el martirio de la conciencia. Jerusa, que la ha recibido con vítores, será también el lugar de su pasión. En la edición de 1897, se dispone la entrevista inmediatamente, pues Lucrecia quiere partir el próximo día. Con un gran acierto, en el teatro, desearía posponerla para mañana ; la llegada del conde a la Pardina lo impide, resignándose Lucrecia. « No hay remedio, no hay salvación » (II, 7). Salvación aquí significa evitar, escapar, « no hay manera de evitarlo », « no hay medio de escapar ». En la escena siguiente, la de la entrevista, el conde apremia : « La verdad, Lucrecia, la verdad es la que salva. » En 1897 (J. II. 5), también indica el conde con la misma frase el camino de la redención. A pesar del diálogo, la acción de Lucrecia durante toda la obra es una lucha interior. En 1897, el análisis muestra los múltiples aspectos de ese conflicto, su torturadora complejidad. En 1904 (V, 6), la imposibilidad de exteriorizarse, de revelar la intimidad ; no es que no se quiera, es que no se puede. La palabra es un recipiente muy frágil para que el hombre deposite en ella lo más secreto de su ser. La conciencia sólo puede entrar en comunicación con Dios, quizás por medio del angustioso silencio. Es el silencio de la perfección imposible de Mallarmé, el silencio desesperadamente moral del fin de siglo ; el último límite al que llega el hombre : dar en lo inefable o en la mudez.

Quizás por comunicarse rápidamente, acaso por temor de no ser entendido si hablaba de otra manera, el caso es que Galdós alude a la confesión. Lucrecia se ha confesado con el prior y le ha autorizado para comunicar al conde la verdad. Pero en 1897 muestra bien que esa confesión no es la religiosa en el sentido corriente. « Viene

usted a remover en mi corazón heces muy amargas, a trastornar de nuevo mi espíritu, queriendo penetrar los misterios más profundos del alma y de la Naturaleza... Eso, señor mío, eso que aun de nosotros mismos quisiéramos recatar, porque el pensarlo sólo nos avergüenza ; eso a que no doy nombre, porque si lo tiene yo lo ignoro... (con solemnidad), ya lo he dicho a Dios, único a quien debo decirlo... Y crea usted que para expresarlo, he tenido que violentar mi voluntad de un modo espantoso. Todo el que no sea Dios es un extraño, es un profano, sin derecho ninguno a recibir declaración tan grave » (J: V, 8). En 1904, este parlamento se reduce a esta frase : « La sinceridad está en mi espíritu ; pero aún no tiene fuerza para pasar del espíritu al lenguaje. » Estas palabras pueden hacernos recordar el Evangelio, y acaso no está mal que lo recordemos si nos ayudan a captar toda la diferencia entre el Nuevo Testamento y el Nuevo Mensaje.

Aluden a la confesión, al arrepentimiento ; incluso intentan explicar éste por el fracaso de sus pretensiones, por los disgustos amorosos que ha tenido Lucrecia en Verola, al ir a ver a su amante. Es todo un arrastre naturalista. La acción decantada muestra que el proceso vital de Lucrecia es un desprenderse de lo bajo y vil (Senén) por un acto de voluntad que le permite elevarse hasta la conciencia de sí misma (el conde). El paso de la materia inerte a la conciencia de su propio ser es un proceso doloroso, porque la Naturaleza encierra en su seno el bien y el mal, con palabras de Lucrecia « el deber y el error ». Tener conciencia de sí misma quiere decir saber la diferencia entre el bien y el mal, saber que todo acto humano, que toda intención llevan el acento del bien o del mal, más aún, quizás de ambos.

Con Lucrecia se ha presentado un proceso. Nell y Dolly nos hacen ver que la legitimidad, el bien no son un estado, no son algo inerte, sino un hecho espiritual y como tal un acto, una decisión del ser. El Abuelo quería descubrir y descubre quién era la ilegítima. Su verdadero hallazgo consiste en ver que frente a la autoridad (de la ley —sociedad— de la materia —herencia biológica—) está la libertad. El espíritu es libre, es creador, por eso es responsable.

Vivir es una constante elección. Nell elige, Dolly elige, y cuando suena la voz de Dolly llamando al Abuelo no es la voz de la sangre, es la voz del espíritu. Nell ha elegido la sociedad, desde ella está dispuesta a proteger y a amparar a su Abuelo. Dolly ha elegido entregarse al conde desamparado, le hace su abuelo y se hace su nieta. No es el pasado el que rige al presente, es el presente el que hace la Historia, el que le da sentido. La Arqueología es objetiva, la Historia es subjetiva; la primera es lo hecho, la segunda lo que está haciéndose. Don Pío confundía ya los hechos históricos (II, 1). Nell le dice a su abuelo que les enseñará la Historia; éste contesta: « No, esa vosotros me la enseñaréis a mí » (II, 9). Se pasa de la confusión (comienzo del acto) a la enseñanza viva (final del acto). En 1897, Don Pío confiesa recordar únicamente la Mitología.

Voluntad y corazón

El lector adivina inmediatamente que hay una estrecha relación entre D. Pío y el conde, relación que parece difícil de explicar y captar, sobre todo en el teatro, pues la redacción larga la hace muy explícita. Don Pío está rodeado de hijas adulterinas; lo sabe, las ha mantenido y amado. Ellas le han pagado con ingratitud, llegando hasta a maltratarle. Ni supo hacerse respetar de su mujer ni de sus hijas. De él es la frase « qué malo es ser bueno ». En 1897, los sucesivos encuentros entre el conde y Don Pío van desde el mal disimulado desprecio al humorismo profundo. Con el humorismo se ilumina lo absurdo de la vida y del hombre, se ilumina la unión necesaria de las dos figuras, que de una manera esperpéntica van superando la tristeza del hombre, su ridiculez, su desconocimiento de los puros valores morales.

Don Pío, arrastrado por el viento, parece un fantoche, pero en más fantoche que el viento le convierte su falta de carácter y de ánimo. También el conde tiene una figura grotesca. Se opone a todos y a todo, sin fuerza y sin medios para lograr lo que se propone; y al rechazar el amor de Dolly por ser ilegítima, aún concediéndole una

cierta razón, se siente cómo sus rasgos se desfiguran, yendo a dar en lo ridículo. A cada uno de ellos le falta lo que al otro le sobra.

Los personajes galdosianos inmediatamente anteriores a esta etapa se suicidaban; ahora se supera la muerte, que va a dar en el vacío. Es el momento en que el humorismo llega a su punto más alto. El conde será *la voluntad* que le falta a Don Pío. Él piensa ayudarle a suicidarse, dándole un suave empujoncito. Don Pío quiere dejarlo para la noche siguiente, y cuando esa noche llega le parece el agua muy fría, luego tiene hambre. Pero ya no hay más excusas para aceptar el momento final y después de él irá el conde, que no necesita que nadie le empuje. Don Pío es *el corazón* que le falta al conde. El maestro, sí, él puede morir, pero no permitirá que el Abuelo muera. Legítima o ilegítima, él cuenta con el amor de Dolly —el amor, la única verdad, la eterna.

El mundo de Galdós había sido un mundo antihegeliano en el que no existían más que la tesis y la antítesis, pero en Hegel encuentra ahora la solución. « Pío, te nombro mi amigo, te hago la síntesis de la amistad » (J. V, Esc. última), Tesis, antítesis y síntesis. Lograda la armonía de los complementarios opuestos, el suicidio queda invalidado. « ¡Matarme yo, que tengo a Dolly! ¡Matarte a ti..., que me tienes a mí! Ven y esperaremos a morirnos de viejos. » Dolly ilegítima, sí, pero portadora de vida —la vida del amor. Ella es el primer eslabón de esa cadena vital que no se rompe. Al tiempo de la Naturaleza y al de la Historia se une el tiempo humano formado por la síntesis de la voluntad y el corazón.

Quizás havamos conseguido explicar la obra, pero aún más importante me parece darse cuenta de que el tema no pudo encontrarlo Galdós hasta ese momento del desarrollo de su total creación, que coincide misteriosa y naturalmente con la época —fin de siglo. Y sólo entonces puede dar en el desenlace: esa encarnación de la fuerza vital, del impulso vital —Dolly—, expresión del espíritu, el cual es sentimiento y generación, creación.

CLAUDIO GIACONI

En torno a una nueva retórica

HACE más de treinta años, se habló por vez primera de la deshumanización del arte y del colapso de los géneros narrativos. Era la hora de las torvas profecías. Spengler había completado su ciclo sobre el inexorable declinar de Occidente. Siguiéndole, Ortega y Gasset daba la voz de alarma respecto a las formas narrativas. Surgen, desde entonces, muchas voces agoreras hasta que, finalmente, viene a sumarse a la teoría de la « decadencia de la novela », una muy autorizada : la de Wladimir Weidlé, quien en su *Ensayo sobre el destino actual de las Letras y las Artes*, asegura que los autores modernos no perciben, como un Tolstoi o un Thomas Hardy, la unidad esencial del ser.

« De ahí que se note —observa— cierto grado de regresión en la vitalidad de los seres humanos que crean, regresión que puede comprobarse en las obras de Proust, donde éste jamás nos muestra al hombre tal como es, sino tal como se le presenta al autor mencionado ; donde no hay más que una sola alma, inagotable es cierto, la suya misma... ».

Tal vez por haberse formado en la gran tradición de la novela burguesa, Weidlé no advierte la trascendencia del paso del objeto al sujeto, pregonado por Proust. Se trata, ni más ni menos, de una nueva óptica de observación. Los héroes modernos adolecen, para el sucesor de Ortega, de estolidez ; en suma, exhiben la personalidad infusa del propio creador, sirviéndole para que busque en ellos, febrilmente, su yo. En

el fondo, se duele de la pérdida paulatina de emotividad de la obra artística.

El yo, empero, también tiene su objeto y su sujeto. Es cierto que, en obras tales como *Finnegans Wake*, la anomalía denunciada por Weidlé alcanza un grado de exasperación. Pero con posterioridad, el yo —que invade toda la novelística de los últimos veinticinco años— pasa a calidad de sujeto con el « sentido del tú » ; es decir, ya no la singularidad, sino la pluralidad del ser en convivencia con los demás.

No es superfluo añadir que la existencia humana como « continuidad esencial » en la novela del siglo XIX, por su estilo, forma y proyecciones, estaba ligada a la raigambre burguesa que la precedía. Ya nos hemos familiarizado, gracias a la moderna sociología literaria, con la idea de que la evolución de las formas corre paralela, indisolublemente unida, a la evolución de las clases sociales. Recuérdese, en fin, que el arte de la Edad Media —y aun el del Renacimiento— no era un arte autónomo : más bien era el mecenas quien imponía su gusto. El teatro isabelino, destinado a satisfacer no ya a un protector, sino a un público constituido, sirve de puente a la gran novela social, que irrumpe junto con el liberalismo económico y con el advenimiento de la burguesía como clase dirigente y, en consecuencia, rectora del gusto. A ninguno de los grandes novelistas de la pasada centuria —un Balzac, un Dickens, un Zola— podría aislársele del sustrato social de su época. Pero antes de fi-

nalizar el siglo, cuando la concepción novelesca asentada en el protectorado burgués llega a su cenit, el novelista habla de *épa-ter le bourgeois*. La « plenitud del hombre » cede entonces a otros requerimientos, cuya presión produce el consiguiente cambio.

No tendría mayor importancia que el *Ensayo* de Weidlé denunciara las tres anomalías básicas (presencia obvia del creador en su creación, progresiva « desnovelización » de la novela, uso de los personajes para la búsqueda del yo), si, precisamente en ello, no estuviese operándose el cambio de óptica. Ese yo, puesto en primer plano, no debe inspirar prejuicios : también se convierte en sujeto. « Antepongo a toda literatura un objeto que me interesa en primer término : yo mismo », decía Arland. En la medida en que el escritor transmute su yo en sujeto, estará realizando la transferencia de su *ego* a un *ego* general humano. Al referir su yo a la generalidad de la experiencia humana, el novelista elimina su (más antipático) *yo-autor*, logrando una perfecta objetividad. « Literatura sin autor », ha llamado el crítico español José M. Castellet a esta conquista.

Explica Castellet : « La novela del siglo XIX, por ejemplo, no conocía otro punto de vista narrativo que el del autor. »

Era éste el creador absoluto : inundaba con su *yo-autor* todo el ámbito de su creación.

Continúa Castellet : « Disponía totalmente de los actos de sus personajes, los dirigía, los encaminaba conscientemente hacia el fin que se había propuesto y no vacilaba en inmiscuirse en la acción de la novela, haciendo comentarios, describiendo con ironía, amor y odio a sus criaturas o anunciando al lector cómo iba a terminar la novela o qué les iba a suceder a sus héroes, antes de que la misma anécdota lo revelara... En realidad, el punto de vista narrativo del autor provenía de su conciencia de ser superior, de creador absoluto que hacía lo que se le antojaba, sin perder nunca el sentido de su propia personalidad... »

¿Qué pasaría si el amor o el odio trascendieran del personaje mismo? ¿Si el propio personaje *hiciera* la novela? He ahí el cambio de óptica : pase del objeto al sujeto.

Tampoco escapa a Castellet la importan-

cia del *humus* sociológico, pues añade que la consecuencia de semejante fecundación determinista era una literatura « analítica », la cual « respondía perfectamente a una concepción burguesa de la vida. Y si la burguesía, intelectualmente, *puede ser definida por el empleo que hace del espíritu de análisis*, el novelista del siglo pasado se nos aparece como coherentemente vinculado a su época y utilizando los recursos metódicos intelectuales que ésta le ofrecía, en todos sus aspectos » (1).

Algunos decenios más tarde el autor ya no es dueño absoluto de su obra : en ella se desliza tal o cual elemento inefable. Consecuencia de que, como hombre, ya no sea tampoco enteramente dueño de sí mismo. El creador, desde que ha dejado de asumir el papel « absolutista, autoritario », permanece inmerso en su propia creación, « disuelto — como se ha dicho — en la argamasa del relato ».

Ya el mismo Ortega y Gasset protestaba contra el predominio de la definición en detrimento de la sugerencia. Decir : « Juan es flojo », según el concepto orteguiano, es como si el autor obligase a que el lector « realice » en su fantasía la flojera de Juan, a partir de su definición. Esto equivale — por supuesto — a que se exige que el lector sea el novelista. Sugerir, de modo que « la flojera de Juan » se desprenda por sí misma — no por su descripción — : ésta es la nueva eficacia novelesca.

*

Sería injusto acallar una circunstancia significativa. En descargo, puede decirse que Weidlé escribió su *Ensayo* con antelación al más rotundo de los vuelcos sufridos por la humanidad en toda su historia. De haberlo escrito tocado ya por la experiencia, a fuer de hombre sensible, quién sabe si hubiese dado otro rumbo a su teoría. Habría visto no ya el *cómo*, sino lo único importante : el *porqué* del cambio ; principalmente, en lo que va desde el « bovarismo » estético de entreguerras hasta el giro del último decenio, surgido de los escombros, de prefente orientación ética. A

(1) José M. Castellet : *La hora del lector*, Barcelona, 1957.

partir de 1945 el mundo se empequeñece. Una fuerza desencadenada por el hombre enfrenta a éste —cazador cazado— con una situación radicalmente nueva : la posibilidad de autodestruirse. ¿Quién ha de dudar de que aquí reside la raíz del cambio? Ya no se trata de un modo de vida o de un sistema en falencia (aquél que condujo al error histórico de emplear destructivamente esa fuerza), sino de un choque registrado por todos los sismógrafos sensibles, que obliga a las más arduas revisiones y que repercute en las más heterogéneas actividades humanas. Por de pronto, en la más receptiva de todas : en el arte, así como en el pasado los descubrimientos de Newton o Copérnico repercutieron en las concepciones artísticas. La desintegración de la existencia como unidad esencial, reemplazada por la atomización, ¿no adquiere sentido desde que 1945 esparce a los cuatro vientos una probable desintegración total? Si el mundo físico ha sufrido semejante distorsión, ¿cómo no ha de sufrirla también su respectiva representación mental?

Innumerables artistas, los más sensibles, después de 1945 empiezan a ver la realidad con otros ojos menos seguros, como peregrinos de paso en una realidad quebradiza y precaria. Si bien el artista, en el momento de la creación no se plantea conscientemente las tremendas mutaciones que la experiencia humana ha sufrido en los últimos veinte años, es indudable que éstas han dejado un sedimento, cuyo influjo es obvio. Weidlé, ignorando el *porqué*, alcanza a barruntar que al artista de hoy no le interesa tanto la visión como el ángulo desde donde mira, el enfoque. « Es un tema bien enfocado », se dice de una novela. Con ello se está diciendo que agotar una de las partes importa mucho más que abarcar el todo íntegro. Paso de la « plenitud » a la « atomización ».

*

Habiendo dicho ya que la « unidad del ser » en la novela decimonónica se debe no sólo a que el creador poseía una amplia « visión », sino, principalmente, a las propiedades expresivas y aun técnicas que la coloración burguesa confería a tales creaciones, es necesario concluir que esta coloración, con dos guerras catastróficas y sus

consiguientes efectos psicológicos, ha removido el estamento burgués que le servía de base. De manera que —para aducir las mismas razones de los pesimistas—, no tendría objeto revalidar mundos balzacianos o dickensianos, pues que ya están hechos. Para el creador moderno surge, como única posibilidad fecunda, la aventura incierta de conformar una nueva elocución narrativa, de acuerdo con el cambio de óptica.

No vaya a creerse que pretendo pergeñar una teoría estética. Por el contrario, destino todo lo anterior a un fin muchísimo más modesto : el de explicar lo que podría denominarse aherrojamiento formal de muchos escritores actuales.

No pocos autores, en sus primeras obras, se sienten prisioneros de la forma, fenómeno que luego se descubre a la luz de la razón ; crisis que, por otra parte, se plantea en sus obras. Desde este momento, para quienes escriben, la supuesta « decadencia de la novela » reside casi exclusivamente en la falta de coetaneidad entre lo expresado y la expresión misma. En efecto, el escritor continúa usufructuando una retórica antigua para exponer problemas actuales. Incongruencia, pues, entre vinos nuevos y odres viejos. De ahí, entonces, que no interesen tanto los cuentos y novelas, cuya proliferación es el más débil argumento en favor de su permanencia ; no interesa tanto la incontenible catarata narrativa como las vislumbres de esa nueva retórica que permita transcribir las situaciones dentro de una necesaria consonancia estilística y en una completa identidad de contenido y forma.

No obstante, la actitud reaccionaria de Weidlé entraña, en uno de sus aspectos positivos, una inexorable advertencia. La pérdida del estilo supone una muerte del arte. Se trata de un reaccionarismo que tiene causas bien precisas ; falta de espiritualidad, desvitalización, impureza expresiva, uso espurio del idioma. No es acertado definir una época por lo exterior que tiene su estilo : en el caso de la presente, su prisa, su esquematismo. La novela contemporánea, la mayor parte de las veces, estilísticamente hablando es sólo eso : apresurada y sinóptica. El estilo de una época, por el contrario, lo define su lenguaje y su conjugación, que es su propiedad intransferible,

o sea, la retórica. De la diatriba de Weidlé se infiere que un estilo fluye de una comunidad espiritual y cultural. « El estilo —para usar sus propias palabras— es un principio universal que en nada infringe el juego de lo particular y de lo personal... Es la *manifestación exterior de una comunidad profunda*... Cuando la comunidad se disgrega, el estilo se apaga. »

De suerte que al requerir : « Es imprescindible una nueva retórica de expresión », estoy refiriéndome, naturalmente, a la más loable acepción del término. Pierre Mabilie, que fue un milagro de lucidez, no sólo ha querido hacer un retruécano ingenioso cuando, hace ya algunos decenios, afirmó que, en última instancia, la crisis del mundo actual es una crisis de vocabulario : demasiados conceptos —Amor, Dios, Patria, Libertad, Democracia, Paz, etc.—, que tienen para todos una denominación común, pero un significado para cada uno enteramente diverso. En fecha más reciente, Ludwig Wittgenstein ha ido mucho más lejos, para demostrar a través de sus investigaciones sobre lógica simbólica que los grandes problemas de la filosofía y del ser humano no son sino productos de una crisis semántica, de un no entenderse por impropiedad expresiva.

A esta altura, el género narrativo ofrece escaso interés, sumado a la competencia del cine y la televisión, a menos que revalorice los factores retóricos dentro de un vigoroso

sacudimiento formal, a fin de recuperar en nuevos odres el « aura novelesca » y la perdida emotividad.

Tal es lo que muchos pretenden hacer en obras en las que se advierte la complacencia en usar un amplio registro sensorial. Y no en vano : es una manera de suplantar el páramo con una cierta dosis de sensualidad. Imágenes táctiles, visuales, olfativas, auditivas ; asociaciones plásticas, psíquicas o musicales en líneas contrastadas, que van transmutándose a medida que vuelven obsesivamente al curso narrativo, creando una suerte de simultaneidad de hechos para establecer la necesaria identidad entre forma y fondo.

Una obra es buena o mala según sea auténtica su vivencia, y siempre que ésta se transmute en una categoría estética. No hay más juez. Así, en el centro, en la naturaleza misma de su origen, la vivencia del problema. El yo está, pues, transferido al *ego* humano impersonal. Revela —gnoseológicamente, si se me permite— una experiencia común a cualquier etapa determinada de la vida humana. Así, la intimidad individual está referida a lo que es propio de la experiencia humana general. Es decir, el hombre problematizado por la época, pluralizado ; ya no el hombre, o los hombres singulares, de la novelística decimonónica burguesa ; ni tampoco el hombre « bovarista » posterior a Proust, a Joyce, a los gigantes, a los precursores.

ARMAND GASPARD

Moscú y Tirana frente a frente



SORPRENDENTE DESTINO el de los países balcánicos, que parecen llamados a desafiar eternamente a las grandes potencias! El atentado de Sarajevo motivó la primera guerra mundial; en el curso de la segunda, las aventuras más heroicas de la resistencia al nazismo comenzaron en las montañas del Pindo y de Serbia; la posguerra vio cómo Tito se alzaba contra Stalin. Y ahora, he aquí al más insignificante y débil de los protegidos del bloque oriental, Enver Hoxha, que se rebela abiertamente contra Kruschef.

El resultado de esta rebelión no deja de ser paradójico. Albania se halla prácticamente excluida del « campo socialista », es decir, en situación casi idéntica a la de Yugoslavia en 1948, tras su exclusión del Kominform. Ahora bien, si Albania se encuentra en tal situación es únicamente a causa de su hostilidad hacia Yugoslavia, puesto que sus dirigentes se han negado a aceptar la política de normalización de relaciones con Belgrado y han preferido continuar fie-

les a la línea del Kominform trazada por Stalin.

Las sutilezas ideológicas tienen que ver poca cosa con las verdaderas razones de la querrela Tirana-Moscú. El mariscal Tito calificó una vez a Enver Hoxha de « pobre diablo que sólo conoce el marxismo de nombre ». Tal vez es exagerado —y, además, la referencia no es muy imparcial que digamos—, pero lo cierto es que la formación de los cuadros dirigentes albaneses fue siempre muy deficiente y que, por otra parte, se vieron con frecuencia diezmados por las depuraciones. No existe un equipo que pueda reemplazar el de Enver Hoxha, el cual constituye una especie de clan semi-feudal, ya que la mitad de los miembros del Comité Central están unidos entre sí por lazos familiares.

*

La verdadera razón de la absurda conducta de los dirigentes de Tirana hay que buscarla en un motivo de orden étnico y territorial. Para mantener su poder sobre una población compuesta en gran parte de montañeses bastante atrasados —y en todo caso alérgicos a las astucias del marxismo-leninismo—, Enver Hoxha juega la carta del nacionalismo. Periódicamente denuncia los pretendidos intentos de reparto de Albania entre Grecia y Yugoslavia; así alimenta el odio contra esos dos países vecinos, a los que también acusa de haber despojado a Albania de territorios que según Tirana le pertenecen, particularmente la región de Kossovo, considerada como la cuna

de la nación albanesa. El hecho innegable es que en Yugoslavia meridional viven unos 800 mil albaneses, cifra que corresponde a la mitad de la población total de la actual Albania. Los territorios de Kossovo y de Metohija, en los que los albaneses constituyen la mayoría, con una región autónoma albanesa dentro de la República Federal Yugoslava ; los albaneses de la República Federada de Macedonia disfrutaban, por su parte, de los derechos culturales y sociales concedidos a las minorías nacionales. Sin embargo, Tirana jamás aceptó este estatuto y se enfrentó con Belgrado cada vez que se presentó la ocasión.

Todo esto comenzó en 1948, después de la resolución del Kominform. Los dirigentes albaneses aprovecharon el pretexto para liberarse de la protección tutelar de Yugoslavia, que no obstante había contribuido en buena parte a la liberación del país y a la instalación de un poder comunista, amén de aportar la mitad casi del presupuesto de Tirana. A partir de entonces, las discrepancias entre Belgrado y Tirana se fueron agravando y sus relaciones amenazaron ruptura. Un *Libro Blanco* publicado dicho año por el gobierno yugoeslavo respecto a sus relaciones con Albania ofrece numerosos ejemplos de provocaciones y agresiones.

Esta política de hostilidad contra Belgrado practicada por Enver Hoxha procedía de Stalin. Como liquidador del Kominform, Kruschef la atacó. Y Hoxha, lo más naturalmente del mundo, se aproximó a Mao cuando por razones ideológicas éste se convirtió en el adversario más encarnizado de la Yugoslavia herética y « revisionista ».

La particular amistad chino-albanesa descansa, pues, sobre un complejo antiyugoeslavo. El comportamiento expresado en el adagio que dice que « los enemigos de mis enemigos son mis amigos », representa sin duda un papel más importante en dicha aproximación que la llamada « salvaguardia de la pureza del marxismo-leninismo ». Otro punto común entre el más grande y el más pequeño de los países del bloque oriental —situados además ambos en los dos extremos del mundo comunista—, es su retraso económico con respecto a los otros países del mismo campo. Son los más pobres entre los países llamados socialistas; esta condición los empuja posiblemente hacia

las soluciones más extremas, al propio tiempo que da pábulo a su nacionalismo.

El acuerdo Pekín-Tirana ha quedado traducido en forma muy concreta : desde hace un año China ha reemplazado a la U.R.S.S. en el Adriático, enviando sus técnicos y una ayuda económica, lo cual supone un sacrificio indudable. Al mismo tiempo, las relaciones entre Tirana y Moscú son cada día peores.

*

La disputa ruso-albanesa se produjo en noviembre de 1960, durante la Conferencia comunista de Moscú en la que se aprobó la famosa declaración de los 81 partidos. Se supo últimamente que en el curso de la misma se suscitó un altercado entre Hoxha y Kruschef, acusando aquél a éste de abandonar los principios comunistas. El dictador albanés le acusó también de emplear los peores métodos de presión política, económica e incluso militar para obligar a su país a seguir la línea trazada por el Kremlin. Parece ser que hasta los chinos se sintieron un poco incómodos ante la violencia del discurso de Hoxha. Éste, temiendo la venganza de Kruschef, abandonó a Moscú precipitadamente.

A comienzos de este año, el congreso del P.C. albanés señaló una importante etapa en la evolución de las relaciones entre Tirana y Moscú. Los más ensalzados fueron Stalin y los chinos, al mismo tiempo que se denunciaron el imperialismo americano y el revisionismo yugoeslavo como los mayores peligros para la humanidad. Sin embargo, la resolución final resultó menos categórica, puesto que en ella se habla de la amistad soviética y de la política de coexistencia. Tal vez eran los primeros pasos hacia el compromiso preconizado por Pospelov, delegado del Kremlin al congreso.

Según algunos informadores competentes en la materia, la U.R.S.S. hizo otras tentativas para resolver el conflicto existente antes del XXII congreso de Moscú, bien obligando a Hoxha a desdecirse o bien provocando su caída. Mas ninguna de estas tentativas tuvo buen éxito.

Todo hace creer que después de haberse provocado la querrela ruso-albanesa, el propósito de Tirana ha sido el de sacar bruscamente a relucir el conflicto Moscú-Bel-

grado, e incluso el de resucitar el Kominform ; pero los dirigentes albaneses sólo lograron agravar su propio conflicto con Moscú, hasta el extremo de que acaban de ser ellos mismos acusados ante una especie de nuevo Kominform.

A principios del verano último se abrió en Tirana un proceso del más puro estilo stalinista contra diez personas acusadas de haber intentado, a partir de 1953, derrocar la dirección del partido comunista y fomentar una conspiración tendiente a la desmembración de Albania, con la complicidad de Grecia, de Yugoslavia y de la VI flota americana en el Mediterráneo. Cuatro de los inculcados fueron condenados a muerte y ejecutados, entre ellos el contralmirante Sejko, ex comandante jefe de la marina albanesa, que tenía muy buenas relaciones en Moscú. Todo el proceso tuvo por objeto demostrar la existencia de una pretendida amenaza contra la integridad de Albania, a fin de condenar la política de coexistencia preconizada por la U.R.S.S. y justificar la intransigencia de China.

Después de este proceso, las relaciones entre Tirana y Moscú fueron cada día más tirantes. El agregado militar de la embajada de Albania en Moscú fue expulsado, cosa verdaderamente inconcebible en el seno de la alianza oriental. Esta medida era sin duda una respuesta a la retirada de las misiones militar y naval soviéticas en Albania, o al trato infligido a los diplomáticos rusos en Tirana, sometidos a la misma vigilancia que los representantes de los países capitalistas. (Con anterioridad, dos funcionarios del ministerio albanés de Asuntos Exteriores fueron detenidos por haber entregado unos documentos a la embajada soviética.) Pero el acontecimiento más significativo fue la evacuación por parte de la U.R.S.S. de sus submarinos estacionados en Sasseno, una isla del litoral adriático transformada, merced a la ayuda soviética, en una importante base naval, denominada el Gibraltar del bloque oriental.

*

No es, pues, de sorprender que Albania haya dejado de concurrir al XXII congreso de Moscú, aunque el mes de septiembre último se proclamó en Tirana « el mes de la amistad albanos-soviética ». Lo que sí sor-

prendió, no sólo a los observadores occidentales, sino incluso a un gran número de delegados a dicho congreso, fue la violencia del ataque público lanzado por Kruschef contra los dirigentes de Tirana. Tal pasión y la importancia concedida al asunto albanés no guardaban proporción con la importancia del país atacado. Por lo tanto, pronto se vio que la cuestión era de más largo alcance y dejaba atrás la persona de Hoxha y de sus compañeros.

En el discurso de Kruschef, los dirigentes albaneses fueron acusados de haber mantenido el culto de la personalidad y las prácticas stalinistas, combatido la línea adoptada por el XX congreso del partido comunista de la U.R.S.S. y minado la unidad del movimiento comunista mundial.

Al ataque contra los dirigentes albaneses siguió otro no menos fuerte contra lo que en Moscú se denomina grupo antipartido, que en 1957 estuvo a punto de derrocar a Kruschef. Molotov y sus colegas fueron acusados de oponerse a la política de coexistencia, a la descentralización administrativa y al programa agrícola de Kruschef.

Para exponer a la luz del día el asunto albanés y el del grupo antipartido —e indirectamente el contencioso chino-soviético—. Kruschef tenía que estar muy seguro de sí mismo. De hecho se vio sostenido por la casi totalidad de los dirigentes comunistas del mundo entero. Tal vez quiso ofrecer la prueba de que China no puede tener satélites sin la aprobación de la U.R.S.S., y que en todo caso no está en condiciones de protegerlos.

Chu En-lai criticó la forma de plantear una diferencia entre « partidos hermanos », que en este caso resultaba contraria a « una actitud marxista-leninista ». Ningún delegado le siguió por este camino. (Los de Corea del Norte y Vietnam del Norte se abstuvieron al aprobar a Kruschef en esta cuestión. Por lo demás, el primero adoptó resueltamente las tesis del Kremlin, mientras el segundo continúa siendo fiel a Mao.) Sabido es que, acto seguido, Chu En-lai se fue de Moscú bastante súbitamente, no sin depositar antes sobre la tumba de Stalin un ramo de flores dedicado « al gran marxista-leninista ».

*

Entre tanto, Tirana reaccionaba mediante una verdadera declaración de guerra a Kruschef. No sólo los dirigentes albaneses refutaron con la máxima energía las acusaciones del Kremlin, sino que contraatacaron anunciando la publicación de documentos que « pondrán al descubierto la actividad antimarxista y antialbanesa de Nikita Kruschef y de su grupo ». La táctica empleada en la respuesta de Tirana ofrece sorprendentes analogías con la de los dirigentes de Belgrado en el momento de su exclusión del Kominform. Las acusaciones lanzadas contra los jefes del partido son interpretadas como ataques contra el conjunto del mismo, así como contra el pueblo albanés; la respuesta reitera también a los comunistas y pueblos de la Unión Soviética el « afecto » e « indestructible amistad » de Albania. Se trata, pues, de transformar el conflicto existente en una especie de asunto personal con Kruschef. Y la respuesta en cuestión añade : « Venceremos, puesto que no nos encontramos solos... ». Probablemente Pekín no fue ajeno a la redacción de este documento, demasiado perspicaz para ser obra de Hoxha y sus amigos.

Al reaccionar así, Tirana parece haber querido forzar la elección de Pekín y desencadenar la batalla por el poder supremo en el movimiento comunista mundial. Conjugando sus esfuerzos, los adversarios de Kruschef hubieran podido propinarle un rudo golpe, puesto que son bastante numerosos : los dirigentes albaneses, los « ultras » chinos y sus aliados asiáticos (Vietnam, Indonesia, Japón), los miembros del grupo antipartido y, de manera general, todos los nostálgicos del stalinismo en el conjunto de los partidos comunistas, incluido el de la U.R.S.S. Sin embargo, la operación no se intentó. Hubiera sido preciso contar con alguien capaz de medirse con el dueño del Kremlin.

Al mismo tiempo que expresaba cierta fidelidad a la memoria de Stalin y proclamaba su solidaridad con Albania, Pekín trató de contemporizar. Muy hábilmente, Kruschef dirigió un llamamiento a los dirigentes chinos para obligar a Albania a un arreglo : « Si los camaradas chinos desean contribuir a la normalización de las relaciones del partido albanés con los demás partidos hermanos, nadie mejor que ellos para lo-

grarlo. » Después de esa declaración, Mao no podía sino rebelarse abiertamente y crear así en el interior del movimiento comunista el más grave de los cismas, o bien dejar las cosas tal como estaban, que fue lo que hizo. El triunfo de Kruschef quedó asegurado, y pudo él proceder tranquilamente ante cinco mil delegados comunistas a la más espectacular de las destalinizaciones.

No obstante, este triunfo puede ser una victoria pírrica. Trastornada ya por el cisma yugoeslavo, la unidad monolítica del movimiento comunista mundial se halla nuevamente amenazada. El asunto albanés ha hecho surgir a la luz del día la división de los partidos comunistas en dos esferas de influencia. Si bien Moscú continúa siendo la Meca del comunismo mundial, no cabe duda de que Pekín aspira también a la dirección de una parte del sector comunista, el menos asegurado, y en lo futuro esta aspiración se revelará en la realidad asiática y africana, e incluso sudamericana.

*

Por lo que al asunto albanés en sí se refiere, después del XXII congreso ha quedado reducido a sus proporciones balcánicas. En toda Albania se organizaron manifestaciones populares de « indignación » y de « cólera », para rechazar las « calumnias » de Kruschef, comparado según las circunstancias a Foster Dulles, al mariscal Tito o a Judas. Al mismo tiempo, estas manifestaciones adoptan acuerdos en los que se aprueba « la línea justa y heroica » seguida por los jefes albaneses. De esta manera, el dictador de Tirana encuentra el medio de hacerse popular, pulsando la cuerda nacionalista y halagando el amor propio de los albaneses, para los cuales el desafío lanzado por su minúsculo país a una gran potencia no puede dejar de ser motivo de orgullo.

Mediante una nueva paradoja, Enver Hoxha emplea los mismos artificios que su enemigo jurado, el mariscal Tito, cuando hace trece años se enfrentó con Stalin. En apariencia, la única cosa que le interesa es la conservación del poder. Y los descendientes de las águilas, como se llaman a sí mismos los albaneses, no ganarán con ello gran cosa para poder mejorar sus modestos medios de vida, pero sí podrán añadir algunas estrofas a sus canciones épicas.

JACINTO ALMEIDA

Chile en la encrucijada de la democracia



NAPOLEÓN III dijo que el sufragio universal era un disparate que iba a dar la vuelta al mundo. Pero como la democracia libre (no la « popular » de las votaciones al 99,9 % unánimes) no ha descubierto nada que reemplace al sufragio universal, no tiene otro camino sino aceptarlo. La verdad es que resulta un juego peligroso. Votan millones de personas, pero, en realidad, sólo votan unos pocos individuos : los jefes de los partidos, que orientan, agitan o dirigen la opinión por sectores. En suma, ellos son la minoría dirigente que antes se llamó aristocracia. Pero cuando la « minoría dirigente », que debe permanecer unida, se divide, como es el caso de Chile en la hora actual, viene la preocupación, pues el juego del sufragio, con comunistas en acción, puede resultar una ruleta rusa. En este punto residen las inquietudes que está suscitando éste finis-

terre latinoamericano a no pocos observadores, tanto chilenos como internacionales.

En 1925 Chile se dio una nueva Constitución. En ella se estableció el sufragio universal para elegir al Presidente de la República ; o sea, creó la votación directa. La primera división seria de la minoría dirigente se hizo sentir en 1946, pues en la elección presidencial de ese año no hubo vencedor con mayoría absoluta. Obtuvo la mayoría González-Videla, jefe de la socialdemocracia, aliado con los comunistas y otros pequeños grupos. A su vez, en 1938, llegó al poder por mayoría absoluta el economista y educador Pedro Aguirre Cerda, del mismo partido que González-Videla, mediante un « frente popular » en el que figuraban los comunistas. Pero en 1946 las cosas habían cambiado, ya que era el primer año de la postguerra mundial, época en que Rusia estuvo unida con Estados Unidos para vencer al nazismo alemán. Esta alianza dio un auge y un prestigio grandes a los comunistas en todo el mundo. En 1938 —un año antes de la guerra mundial— Aguirre Cerda apenas tomó en cuenta a los comunistas en su gobierno, pero González-Videla en 1946 los llevó al poder con dos ministerios y numerosos cargos.

La acción de los comunistas en 1938 fue muy manifiesta y favorable, pues empujaron —esta es la palabra literal— los planes de industrialización del país de Aguirre Cerda, conjuntamente con los de desarrollo de la energía hidroeléctrica. Entonces,

se creía que la industrialización era la panacea para los pueblos productores de materias primas. Los alimentos, o sea la parte agrícola, se pensó que vendría de Argentina, pero el gobierno pronazi de Perón dijo por boca de su ministro Miguel Miranda que el mundo « no podía acostumbrarse a no comer », por lo que empezó a especular con los precios del trigo y la carne. Chile se industrializó, pero esta industria vino a ser una carga horrible para dos generaciones, y se quedó con pocos alimentos y caros. La industrialización era necesaria, mas resultó impopular y poco productiva. En cuanto a alimentos, falló la Argentina estrepitosamente.

Al poco tiempo de estar gobernando con los comunistas, González-Videla se dio cuenta de que conspiraban desde el propio palacio del gobierno. La huelga carbonífera contra González-Videla fue implacable, pero fracasó. Vinieron unas elecciones de regidores o concejales para los ayuntamientos, y el Partido Comunista obtuvo unos 90 cargos. Luego fueron puestos fuera de la ley y algunos jefes detenidos y concentrados en un puerto medio abandonado de la zona norte, llamado Pisagua.

En 1941, el Presidente Ríos hizo una reforma de la Constitución de 1925 que pasó casi inadvertida. Por ella se declaró relativamente incapaces a los parlamentarios, pues se les prohibió la iniciativa de toda ley que entrañase gastos. Ríos observó que los parlamentarios, en su afán de ganar votos, recargaban el erario en forma desahogada. Queda, pues, al descubierto la irresponsabilidad parlamentaria de la minoría dirigente y de la oposición.

Los comunistas tuvieron buen éxito en su consigna de llamar traidor a González-Videla, pionero de la industrialización de Chile, y lograron en forma indirecta que el general Ibáñez ganase las elecciones presidenciales de 1952. Tampoco logró, como González-Videla, la mayoría absoluta de los sufragios. Nuevamente, en seis años, se vio que en este país austral la minoría dirigente estaba dividida. La elección de este anciano militar demostró la pérdida de los puntos de vista de la clase dirigente chilena o su imposibilidad para hacerlos sentir a la opinión pública. Todos los antecedentes del general aseguraban que su gobier-

no, pese a su honradez, iba a ser un fracaso de enormes proporciones. Algunos observadores dicen que el pueblo chileno —mestizo al fin y al cabo— prefiere los hombres rudos, callados, y que eligió a Ibáñez porque González-Videla amaba el baile y gustaba de andar en bicicleta, con pantalones cortos. He sabido que un obrero dijo que lo elegía porque era capaz de « lanzar patadas a los de arriba y a los de abajo ». En suma, se le eligió por sentimientos, y el resultado irrefutable, cualesquiera que sean los juicios sobre el general, es que Chile, cuando él salió de la presidencia después de seis años, tenía una inflación tal que había perdido la moneda. El país quedó, prácticamente, sin moneda.

*

Para arreglar las cosas, la ciudadanía de ese país, después de haber fracasado con el terco general, no eligió un conductor que amase el baile y gustase de la bicicleta, pese a que González-Videla hizo la industrialización y manejó en forma creadora la inflación para dar trabajo a grandes sectores. Pero el influjo comunista hirió profundamente a González-Videla, quien se alejó de los círculos políticos dando una sensación de fatiga o de un falso complejo de culpa, lo que es peor aún. En 1958, Chile, que era un país sin moneda, eligió como Presidente de la república a Jorge Alessandri, un ex ministro de Hacienda de González-Videla, y ex diputado en los años 20, ya olvidado como político. Ganó por escasa mayoría relativa y la elección demostró, otra vez —y ahora por tercera— que la minoría dirigente nuevamente estaba dividida. Alessandri, hombre terco y probo, pero sentimental en su fondo, es un ingeniero y ex gerente de la empresa papelera principal del país. En 1954 publicó un folleto en que demostraba que la previsión social y los altos tributos habían « desfinanciado » su empresa, pese a la gran eficiencia de su organización fabril. Su voluntad firme y su talla como estadista se hicieron sentir pronto. En Perú siguió sus huellas el ministro Beltrán y en Argentina el ministro Alsogaray. Con su agudeza habitual, José Vasconcelos dijo desde un principio que lo hallaba, en cier-

tos aspectos, influido por el portugués Oliveira Salazar. Tenía razón. Desde luego, la nueva moneda que creó para Chile la denominó « escudo » como en Portugal. Pero hay una gran diferencia : Alessandri es un demócrata auténtico, mientras que Oliveira Salazar no lo es, y aquí reside también el enorme peligro. Alessandri practica la democracia con comunistas en acción y está en pugna con los católicos jóvenes de la democracia cristiana, que cuenta con brillantes figuras. Por otra parte, Alessandri al llegar al poder utilizó a los mejores economistas de la democracia cristiana. Entonces, ¿cómo no va a ser lamentable el encono personal entre él y los jóvenes líderes católicos? A los extranjeros les parece una querrela sin fundamentos serios, agravada por el mal aparato de relaciones públicas o de propaganda de su gestión que tiene la Administración Alessandri, siempre preocupada de hacer economías y de presentarse austera en una época de altoparlantes chillones y de bárbaros políticos que están al acecho del derrumbe final de la democracia. Alessandri no labora en el pacífico recinto de la dictadura portuguesa. Chile ha progresado y se ha prestigiado bajo su mando, aunque la estabilización de la moneda haya impedido un mayor desarrollo, pues el arma de la inflación dirigida —ya lo hemos visto— fue inutilizada por Ibáñez. Chile tiene hoy una moneda estable y realiza un vasto plan de viviendas. Cuando Alessandri esperaba un aplauso de su pueblo, se encuentra con que sus partidos de gobierno, el liberal y el conservador, sufren en 1961 un serio revés en las elecciones, mientras los comunistas obtienen 16 puestos y adquieren gran preponderancia, pasando a disponer de los dineros fiscales, mediante las dietas parlamentarias. Ibáñez, antes de retirarse del poder logró derogar la ley que lanzó a la ilegalidad a los comunistas. Para ello obtuvo el apoyo de los opositores apelando a la soberbia del país, que creía que podía tener una democracia a la suiza o a la inglesa. ¿Cuál ha sido la táctica de los comunistas para desprestigiar a Alessandri? Han dicho que la estabilización de la moneda supone un esfuerzo y que este esfuerzo sólo ha recaído en los más pobres. Sin embargo, callan que sólo una persona de alta clase media puede comprar

en Chile un automóvil « Volkswagen », pues cuesta la suma de 5.100 dólares —a pesar de que sólo vale mil— debido a los tributos con que está gravado.

No sólo en 1946, 1952 y 1958 se ha visto que la minoría dirigente chilena está dividida, sino que en 1952 y en 1958 el Presidente electo ha recibido del parlamento la facultad de legislar a su antojo sobre materias económicas y administrativas. En suma, ya no sólo se ha resignado a ser un « relativamente incapaz », desde la reforma constitucional de 1941, sino que cada seis años, como un enajenado, ha traspasado o delegado la facultad de legislar. Conviene señalar que Alessandri dijo antes de ser electo que no iba a aceptar este procedimiento, pero fue tentado por él, pues se lo vinieron a ofrecer en bandeja, por obsesividad, los opositores.

El candidato de los comunistas y socialistas (Frente de Acción Popular) en 1958, un médico socialista dedicado siempre a la política, sólo obtuvo 30 mil votos menos que Alessandri y fue la segunda mayoría relativa. El gran porcentaje de votos de este político demostró que los comunistas sacaron un gran partido del país sin moneda que había dejado el general Ibáñez, después de lograda la división en 1952 de la minoría dirigente. Los comunistas, en 1961, no le siguieron otorgando importancia a este médico y le opusieron otro candidato similar en la zona donde aspiraba a ser elegido como senador, pero triunfó el médico en cuestión.

En 1958, cuando se eligió a Alessandri, aún no había llegado al poder en Cuba Fidel Castro, que luego montaría una dictadura totalitaria en la línea oficial de Moscú. En la actualidad, muchos socialistas chilenos —y su líder principal— han viajado a La Habana ; y éste último ha dicho que se presentará como candidato presidencial para hacer en Chile una revolución « desde el poder », similar a la de Castro. Los comunistas trabajan con la esperanza de que la base dirigente de Chile, constituida por conservadores, liberales, radicales y demócratas cristianos, siga dividida. Esperan unas elecciones presidenciales para 1964 con cuatro a cinco candidatos, a fin de poder imponer al comunista y decir al mundo que el comunismo llegó al poder mediante la vo-

luntad del pueblo, en elecciones libres y legales, aunque fuesen mayorías relativas y no la mitad más uno de los sufragios. Como puede observarse, este país ha avanzado hasta una zona muy peligrosa.

La clase dirigente chilena es mayoría absoluta, pero está autoanulándose desde hace quince años, cuando González-Videla fue elegido presidente en 1946, con votos comunistas. El partido radical de Chile trató denodadamente de rectificar la línea en 1958, llevando un candidato solitario, pero no ha podido modificar la parte negativa del problema. Tiene en su seno no pocos simpatizantes con algunos puntos de vista de los comunistas. La carencia de líderes y verdaderos mentores espirituales que sin duda presenta este país en la hora de hoy, podría suplirse desde el gobierno.

El presidente Alessandri amplió en 1961 la base de su gobierno, dándoles responsabilidades a los radicales, o sea, la socialdemocracia, pero dejó fuera de ellas —y esto lo consideramos un grave error— a la democracia cristiana, que para captar votos y simpatías se aproxima en la oposición a comunistas y socialistas del « Frente de Acción Popular ». Tal vez sólo el presidente Alessandri, con su gran ascendiente moral, podría unir a todas las fuerzas democráticas de Chile, incluso a los socialistas todavía no fusionados con los comunistas, a fin de que ese conglomerado ocupe su posición normal y no esté ampliando, como sucede en la actualidad, la base de los comunistas. No hay duda de que los tres años próximos van a ser críticos para la democracia chilena y que Alessandri es quien está en las mejores condiciones para desmontar a la democracia cristiana de su actual actitud.

Todo indica, a partir de 1938, que una misma cuota de votos se la están disputando, con altibajos, conservadores, liberales, radicales, demócratas cristianos, etc., produciendo una división artificial de la clase dirigente y una fatiga del electorado. Asimismo, existe el peligro de la política como espectáculo o divertimento tan visible en Cuba y que fue uno de los factores del descalabro final. El terrible juego de la ruleta rusa...

Como corolario de todo lo anterior cabe decir que en 1952 el general Ibáñez ganó la presidencia de esta República presentándose como apolítico y contra los partidos. Esto prueba nuestra tesis: la división continuada de la clase dirigente llevó a los partidos a perder su hegemonía sobre el electorado. En 1958, aunque parezca extraño, Alessandri obtuvo la presidencia con la misma línea de conducta: se presentó solo, como apolítico, aunque él fuese un miembro de una familia de políticos liberales. Su adversario más próximo fue el abanderado de las fuerzas socialistas y comunistas. Finalmente, la elección general de 1961 ha demostrado que la socialdemocracia chilena (el partido radical), ha logrado levantar cabeza; del mismo modo la democracia cristiana y el Partido Comunista.

Algunos políticos de la socialdemocracia radical, más dados a la aventura política que al amor a la verdadera democracia, entran en secretos juegos con los comunistas y se muestran favorables al régimen de Castro en Cuba. Ignoran que la hora de las combinaciones con el Partido Comunista ha pasado ya. Algo similar les sucede, también, a ciertos líderes de la democracia cristiana chilena.

EDWARD DE GRAFF

Cheddi Jagan y el futuro de la Guayana Británica



ENTRE LOS CLISÉS cultivados por los hacedores de frases políticas, ninguno más santificado por la repetición que la metáfora del castillo de naipes que se derrumba. Que un país experimente un giro político desafortunado y —afirma la metáfora— todos los Estados vecinos y relacionados con él se vendrán con toda seguridad abajo.

En el hemisferio occidental, Cuba ha sido el primer naipe que ha caído. Ahora, con la elección el 21 de agosto de 1961 del Dr. Cheddi B. Jagan como primer ministro de una Guayana Británica que va a ser pronto independiente, se ha empezado a especular sobre un segundo naipe.

Estas especulaciones toman como punto de partida la pérdida espectacular del poder por parte de Jagan en 1953, cuando el gobierno británico, temiendo que los comunistas se apoderasen inmediatamente de la Guayana británica, expulsaron a la Admi-

nistración de aquél. Pero aún hay en el balance otras partidas inquietantes :

1) El Dr. Jagan y sus colaboradores más inmediatos se han calificado a sí mismos no oficialmente de marxistas. Durante la reciente campaña electoral, a él, a su esposa y a sus principales asociados se les acusó pública y constantemente de recibir órdenes de Moscú.

2) Brindley Benn, uno de los jefes del partido del Dr. Jagan, ha afirmado públicamente que « es más fácil detener al tiempo que al comunismo ». Otro dirigente del partido visitó a China y la elogió abiertamente a su regreso.

3) En abril de 1960 el Dr. Jagan visitó La Habana por invitación del gobierno cubano. Jagan ha alabado a Castro calificándolo de « liberador de Cuba ».

4) El ministro de Educación Pública del Dr. Jagan en el gobierno que terminó su mandato con las elecciones de agosto pasado consideró oportuno retirar un mes antes de la circulación en la Escuela Normal de Maestros del gobierno un breve folleto del Servicio de Información de Estados Unidos en el que se comparaba la vida en las sociedades libres y en las totalitarias, basándose para ello en que el tal folleto era un escrito de propaganda.

Algunos observadores, entre ellos varios senadores norteamericanos, han comenzado a lanzar gritos de alarma. Muy bien puede ser que tengan razón. Sin embargo, hay otros muchos factores que obligan a matizar todo juicio dogmático.

No era un Eldorado

Este excepcional y heterogéneo país tiene 83 mil millas cuadradas. Casi el 90 % del país se halla cubierto por la selva tropical, puntuada sólo ocasionalmente por pequeños centros de civilización. La mayor parte de la extensión restante la constituye la salvaje sabana interior. Una llana faja aluvial, de unas cuantas millas de anchura, bordea el océano en una longitud de 270 millas y mantiene a la casi totalidad de una población de 558 mil personas. Buena parte de esta faja costera se halla bajo el nivel del mar.

Las comunicaciones interiores son casi inexistentes. En la franja costera existen 260 millas de carreteras bastante buenas, a las que hay que añadir otras 240 de carreteras polvorientas en un sistema interior cercano, pero desconectado. Grandes ríos, navegables en una longitud de 60 a 80 millas, nacen en las selvas interiores y corren hacia el norte para desembocar en el Atlántico.

Los centros de población son también casi inexistentes. La única ciudad de alguna importancia es Georgetown, la capital, con sus 148 mil habitantes. Aparte ella, sólo hay otro municipio, New Amsterdam, con 14 mil habitantes. En el resto del país, existen aquí y allí pequeñas colonias, unos cuantos campamentos mineros, las aglomeraciones de chozas de los amerindios que saludaron a Sir Walter Raleigh cuando éste arribó a esta salvaje región en busca de Eldorado y, finalmente, las zonas agrícolas de la región costera, en las que se extienden grandes plantaciones azucareras.

Más de la mitad de la mano de obra agrícola trabaja directa o indirectamente en el cultivo y el tratamiento de la caña de azúcar. A continuación vienen el arroz y las nueces de coco. Aunque el potencial económico del país es grande, la única industria importante es la extracción y el tratamiento de la bauxita. Existen algunos otros productos mineros explotados, como el manganeso. La mayor parte del capital es canadiense, aunque una compañía de bauxita es norteamericana.

La mezcla racial es muy exótica. Los indios orientales constituyen el 48 % de la población. Los habitantes de origen africano representan otro 34 %. Aparte los de

origen mixto, existen además unos cuantos miles de portugueses y otros europeos, chinos y amerindios. La fidelidad racial es muy fuerte.

Los esclavos africanos fueron los primeros que realizaron el duro trabajo del campo y de las fábricas. Tras la emancipación, ocurrida a principios de este siglo, los africanos empezaron a reunirse en pequeñas aldeas agrícolas. Con los años lograron ser admitidos en la policía, en la administración pública y en varios sectores de la vida económica de Georgetown. Mientras tanto, se importaron grandes cantidades de indios orientales contratados para trabajar en el campo, constituyendo una gran baraúnda de clanes. A veces se celebran matrimonios mixtos, aunque no con mucha frecuencia, y las relaciones entre los dos grandes grupos raciales son relativamente apacibles, salvo cuando suben al poder los políticos patrióticos.

En 1946, la Gran Bretaña redujo los requisitos relativos a la tenencia de propiedades para ser votante y candidato en la colonia, y la política se convirtió en algo más accesible al hombre de la calle. Jóvenes profesionales comenzaron a volver de allende los mares. Entre ellos, uno de los más destacados era el Dr. Cheddi Jagan.

Un dentista en la política

Jagan, hijo de un superintendente de plantación, de raza india oriental, pasó dos años en la Universidad de Howard, en Washington, donde su encuentro con el muro de color contribuyó a conformar su antinorteamericanismo. Posteriormente, mientras estudiaba la profesión de dentista en la Northwestern University, aprovechó su tiempo libre para seguir cursos de economía, sociología, filosofía y ciencias políticas. Tras siete años de estancia en Estados Unidos, Jagan volvió a la Guayana Británica lleno de nuevas ambiciones y con la convicción de que el marxismo es el camino más rápido para el desarrollo de las zonas coloniales. Le acompañaba su esposa, norteamericana, que había sido miembro de la Liga de Juventudes Comunistas en su ciudad natal de Chicago.

Los dos Jagan, marido y mujer, entraron en la política formando equipo, y Janet

Jagan fue ministro de Trabajo, Sanidad y Vivienda en el gobierno de 1953 encabezado por su marido. La esposa es secretaria general del partido de Jagan y se la considera como un organizador y administrador más capacitado que su cónyuge.

Guapo, amable, idealista, demagogo por excelencia, Jagan posee un fino instinto para la acción relampagueante y para el gesto dramático. En 1950 él y su mujer fundaron el People's Progressive Party (P.P.P.), e intentaron unir las diversas fracciones del movimiento obrero. Uno de sus asociados era un joven abogado guayanés de ascendencia africana, L.F.S. Burnham, que había obtenido su título de licenciado en Derecho en la Universidad de Oxford.

En 1953 entró en vigor una nueva Constitución, con sufragio universal y completo para los adultos y mayores poderes internos para el gobierno local que se eligiese. Jagan y el P.P.P. ganaron dieciocho de los veinticuatro escaños legislativos en las elecciones celebradas en junio de dicho año. El programa del partido colocaba en primer término la necesidad de reformas amplias, pero familiares, y difícilmente se le podía considerar como incendiario.

Pero la tendencia izquierdista del gobierno Jagan comenzó a preocupar seriamente en Londres. El 8 de octubre de 1953, el gobierno británico invocó sus poderes reservados y suspendió la Constitución de la colonia, inaugurando un período de cuatro años de administración transitoria por el ministerio británico de Colonias. Se desembarcaron tropas británicas y el Dr. Jagan fue a parar a la cárcel, donde permaneció seis meses, mientras su esposa estuvo en ella cinco.

Unos días después de suspender la Constitución, los británicos publicaron un Libro Blanco, acompañado con la declaración de que « el Gobierno de Su Majestad estaba completamente convencido de que los ministros elegidos y su partido se hallaban totalmente bajo el control de un grupo comunista ».

Posteriormente se ha considerado que los británicos se precipitaron demasiado en su acción y no consiguieron documentar debidamente sus acusaciones. De todos modos, se ha mantenido la convicción de que el breve período de gobierno del P.P.P. des-

pertó serias y legítimas dudas en cuanto a las intenciones de sus dirigentes.

Durante el período de gobierno transitorio, Jagan y Burnham se separaron y pasado algún tiempo el segundo organizó su propio partido, de People's National Congress (P.N.C.). El nuevo partido comenzó a prosperar bajo la experta dirección de su líder, cuyos modales suaves y corteses le sirven para disimular el técnico político que es en el fondo. El P.N.C. se convirtió pronto en el vehículo principal de las aspiraciones políticas de los africanos en la Guayana Británica.

El segundo gobierno del Dr. Jagan, creado tras las nuevas elecciones autorizadas por los británicos en 1957, desarrolló su curso sin ninguno de los fuegos artificiales que provocaron la caída del primero, y en marzo de 1960 los británicos participaron en nuevas discusiones en torno a la constitución. El Dr. Jagan pidió enérgicamente la concesión de la independencia inmediata. « Si ello exige crear un infierno, lo crearemos », declaró.

Pero al final Jagan y los demás líderes se contentaron con un sistema de mayor autonomía interna, sistema que entró en vigor con las elecciones celebradas el pasado agosto. El Dr. Jagan se convirtió en primer ministro investido de plenos poderes internos, con la única salvedad de que todas las leyes promulgadas por el parlamento guayanés han de recibir el visto bueno del gobierno británico, que se reserva además amplios poderes en relación con la defensa y con los asuntos exteriores.

Estos poderes reservados son importantes, pero serán de corta duración. En las negociaciones de 1960 los británicos se comprometieron a discutir acerca de la independencia completa dentro de unas fechas determinadas, la última de las cuales cae exactamente en agosto de 1962. Por su parte, tanto el P.P.P. como el P.N.C. se han comprometido, antes y después de las recientes elecciones, a emprender negociaciones inmediatas con miras a la independencia completa.

Los dos años últimos han sido también testigos de la aparición de un tercer líder político en la Guayana Británica. Se trata de Peter d'Aguiar, un rico y atractivo hombre de negocios de origen portugués, fabri-

cante de una excelente cerveza local. El partido de d'Aguiar, la United Force, carece de una base amplia en un grupo racial importante y aparece claramente marcado como el partido de las capas superiores en la estructura de clases de la Guayana. Su programa, de dinamismo económico, basado en los préstamos extranjeros, la empresa privada y los lazos estrechos con el Oeste, puede parecer sensato a los norteamericanos, pero la izquierdista Guayana Británica considera a d'Aguiar como un reaccionario.

Las elecciones de 1961 constituyeron esencialmente un duelo entre el P.P.P. de Jagan y el P.N.C. de Burnham. De los treinta y cinco escaños disponibles, el P.P.P. ganó veinte, el P.N.C. once y la United Force cuatro.

Un acto en la cuerda floja

Los enigmas rodean la figura del Dr. Jagan al salir victorioso de las elecciones de agosto. Sus antiguos excesos, su nueva actitud de relativa circunspección, la coloración emocional de su temperamento y de su personalidad y las nuevas e incalculables presiones y tentaciones que le van a acosar en adelante, son factores que hay que pesar a la hora de enjuiciar al hombre.

Las elecciones, entre otros resultados, dieron carta de naturaleza a la aparición del P.N.C. como partido integrado y poderoso. Desde el punto de vista de la organización, el P.N.C. es superior al P.P.P. Al contrario que éste, es una entidad política con una base amplia y variada, y no simplemente el instrumento personal de un solo líder. La ideología del P.N.C. se pone de manifiesto en dos observaciones que el señor Burnham me hizo durante la campaña electoral: « No le quepa duda alguna: nosotros somos la izquierda del centro » y « Nuestro partido es anticomunista, pero no hacemos una filosofía del anticomunismo, pues preferimos una visión más afirmativa ». En resumen, Burnham es un socialista (pero favorable a que las industrias del azúcar y de la bauxita continúen en manos privadas), nacionalista, neutralista y reformista.

La existencia del P.N.C. es uno de los factores que obligan a matizar las predic-

ciones más categóricas de los comentaristas adversarios de Jagan. Este habrá de contar en adelante con la firme oposición de un partido bien dirigido, apoyado en un amplio grupo racial y suficientemente izquierdista para luchar contra él en su propio terreno.

Pero aún hay otros factores que obligan a matizar el juicio. Uno de ellos es la duda respecto al carácter real de los deseos del Dr. Jagan en estos momentos. Según cierta opinión, tanto dentro como fuera de la Guayana Británica, las responsabilidades del gobierno y el desastre de 1953 han hecho que sus primitivas ideas marxistas se vuelvan más moderadas, al menos en la práctica. El *Trinidad Guardian*, un observador cercano de la escena política guayanesa, ha afirmado: « El Dr. Jagan ha dado pruebas repetidas de moderación en estos últimos años. Sus palabras, aunque no siempre son reflejo de la más alta sabiduría, hay que considerarlas como reflejo del deseo de obtener los máximos beneficios financieros para su país haciendo jugar a los dos extremos contra el medio —artificio éste bastante familiar entre los dirigentes de los países subdesarrollados—, sin que por ello tenga que apuntar necesariamente a ningún extremo sospechoso. »

Desde que se celebraron las elecciones, el doctor Jagan ha hablado en términos de moderación y acomodamiento. Durante un viaje realizado últimamente al Canadá y a Estados Unidos, el líder guayanés expresó su esperanza de recibir inversiones norteamericanas y canadienses y su deseo de participar en la Alianza para el Progreso, del Presidente Kennedy. Jagan niega tener el propósito de nacionalizar ahora las plantaciones o las minas, pero se reserva el derecho de hacerlo en lo futuro.

La Guayana Británica puede volverse hacia el castrismo, y eso será probablemente lo que haga si Estados Unidos, Gran Bretaña y el Canadá adoptan una actitud hostil. O bien puede esforzarse por evitar hasta donde le sea posible la política internacional de las grandes potencias, mientras sus dirigentes se concentran en la solución de los nuevos y formidables problemas de la nación. Ambas posibilidades se hallan hoy en delicado equilibrio.

JOSE MARIA CORREDOR

Pablo Casals cumple 85 años



EL 29 DE DICIEMBRE ÚLTIMO Pablo Casals cumplió ochenta y cinco años. Ha pasado bastante más de tres cuartos de siglo desde aquel día en que, en la pequeña ciudad catalana de Vendrell, nació el primogénito del organista de la parroquia, Carles Casals. Y a pesar del tiempo transcurrido y de haber llevado una existencia que no ha tenido nada de sedentaria, el hijo del modesto organista conserva, hoy en día, una vitalidad asombrosa.

En el momento en que escribimos estas líneas, lo periódicos publican la noticia de que Pablo Casals dio un concierto privado en la Casa Blanca. Recordamos nuestra última entrevista con el gran músico, en el mes de julio pasado, poco después del último Festival de Prades. Casals nos dijo que un emisario del Presidente norteamericano le había visitado en Puerto Rico y le había invitado a dar un concierto en Washington, a lo que él se había negado

debido a la actitud de protesta que sigue manteniendo desde hace años. Entonces el propio Kennedy le escribió pidiéndole que aceptase ser su huésped en la Casa Blanca e interpretase algunas obras para su familia y varios amigos suyos en una velada a la que también asistiría la élite musical de Estados Unidos. Casals no suele tomar sus decisiones a la ligera, y podemos afirmar que antes de responder al Presidente consultó a destacadas personalidades españolas. « Todavía no he contestado —nos dijo—, pero me parece adivinar cuáles son las intenciones del Presidente Kennedy. Entre el abrazo de Franco a Eisenhower y esta invitación, dirigida a una persona cuya oposición al régimen franquista es de todos conocida, la diferencia es evidente. Tengan la seguridad de que si voy a la Casa Blanca no dejaré de exponer mis puntos de vista a mis interlocutores. ¿Resultados prácticos? Por supuesto, ninguno. Pero nunca está de más hacer un llamamiento a la conciencia moral de los hombres públicos. »

*

No conocemos aún la reacción de la prensa norteamericana ante ese concierto, pero un telegrama de la agencia U.P.I., transmitido hace unos días, hablaba de que la aceptación de Pablo Casals « ha sido objeto de elogiosos comentarios editoriales por parte de importantes periódicos de Estados Unidos ».

El *Washington Post* dijo que « el concierto de Casals en la Casa Blanca, el próximo

13 de noviembre, constituirá un notable acontecimiento ». El editorial añadía : « No fue fácil poder persuadir a Pablo Casals a que abandonase su retiro voluntario y participase en un concierto. Artista genial y de recta conciencia, el señor Casals había rehusado siempre tocar en la capital de cualquier país que sostuviese relaciones diplomáticas con el régimen de Franco (1). Esta es una de las razones por las que el haber aceptado la invitación para tocar el 13 de noviembre en la Casa Blanca representa de por sí un notable acontecimiento ».

« La última vez que el señor Casals visitó la Casa Blanca fue durante la presidencia de Theodore Roosevelt. Verdaderamente, es digna de admiración la forma en que este músico catalán ha rehusado identificarse con las tiranías, lo mismo si éstas han sido impuestas por caudillos que instauradas por comisarios. »

El *Baltimore Sun*, en un editorial titulado « Genio de España », califica la aceptación de « don Pablo » a la invitación del Presidente como un gesto amistoso hacia Estados Unidos. El editorialista llama a Casals, a Pablo Picasso y al escritor Salvador de Madariaga, los tres grandes españoles de la actualidad, y hace observar que los tres vi-

(1) A menudo se ha interpretado erróneamente la actitud adoptada por Casals. Éste declaró en 1947, ante el incumplimiento de las promesas hechas por las potencias aliadas en lo que respecta a arrinconar el régimen franquista, que se veía obligado a protestar, y que en adelante no aceptaría ninguna invitación para dar conciertos públicos. Desde aquella fecha, Pablo Casals sólo ha participado en los Festivales de Prades y Puerto Rico, que se celebran en sus lugares de residencia, así como en el Festival de México, creado en su honor por un país que no ha querido tener relaciones diplomáticas con la dictadura española. A lo que no se ha negado es a actuar como profesor en cursos de interpretación y a aceptar algunos homenajes. Sin embargo, desde 1947 Casals no ha dado ningún concierto público en las capitales que más le han solicitado —Nueva York, Londres, París, Viena, etc.—, ni en cualquier otra ciudad.

ven fuera de España. Concluye con estas palabras : « Es bueno saber que estamos en términos amistosos con los tres grandes exiliados que tan bien representan al genio español. »

El *New York Post* declaró en un editorial : « En cualquier lugar en que Casals interprete su música, la bandera de la República Española vuelve a ondear ; por eso estamos encantados de que el Presidente Kennedy le haya invitado a tocar en la Casa Blanca. » (...) « Casals no sólo es el violoncelista más grande del mundo, sino que además es un enemigo irreconciliable del fascismo español y del general Franco. » El editorial termina diciendo : « Cuando aceptó la invitación del Presidente Kennedy, Casals se refirió a las dolorosas renunciaciones de su vida. La más dolorosa ha sido la de no regresar a su querida España mientras exista la tiranía de Franco. Su concierto será la música de la libertad. »

*

En el discurso que pronunció en la sede de las Naciones Unidas, en 1958, Pablo Casals declaraba « que todas las consideraciones se han vuelto secundarias ante el gran peligro, el peligro quizá mortal, que hoy amenaza a la humanidad entera ». No es de extrañar, pues, que su nombre figure, junto con el de cinco Premios Nóbel (Albert Schweitzer, Bertrand Russell, François Mauriac, Lloyd Boyd-Orr, Max Born) y de otras personalidades que acaban de dirigir un llamamiento al Presidente Kennedy pidiéndole que renuncie a los experimentos atómicos en la atmósfera.

A los 85 años, Casals sigue siendo fiel a las dos grandes pasiones de su vida : el arte musical y el sentido de fraternidad. « Estoy preparado para todo —nos decía serena, tranquilamente, en esa última entrevista de que hemos hablado—. Pero mientras nos queden algunas fuerzas, la edad no debe ser una excusa para la inercia, la indiferencia o el desaliento. »

Cuando nos despedimos de él meditábamos en las palabras del personaje goethiano : « He venido y he luchado ; soy un hombre. »

balcón de París

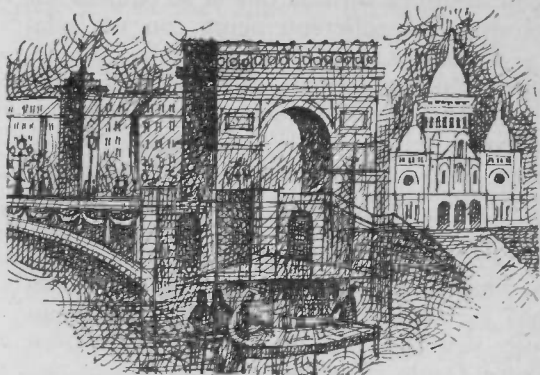
POR DAMIAN CARLOS BAYON

? Los libros contra la literatura ?

EN ESTOS ÚLTIMOS AÑOS puede decirse que en Francia, en general, los premios literarios están degenerando. Es decir, es la institución misma lo que degenera. Por ejemplo, el año 1961 ha sido año de un buen Goncourt (se dice : *buen Goncourt*, como se diría de la cosecha de un vino), y en cambio, de un Renaudot tan mediocre que cuesta trabajo pensar que un jurado de calidad lo haya elegido.

Se trata, en efecto, de encontrar casi académicamente —con lo que tiene de peyorativo el adverbio— por medio de jurados que se supone deberían ser competentes y bajo el patronazgo de las grandes editoriales, los *best sellers*, digamos, « oficiales » de la temporada. ¿Se leerán estos libros dentro de dos o tres años, por no decir dentro de diez o veinte? Eso ya es mucho más problemático. Pero para ese entonces el público y el editor ya estarán en otra cosa. Sólo el pobre autor que creyó en la gloria a fecha fija, si sobrevive a su obra la verá pasar... como tantas otras cosas. *Sic transit gloria mundi*. Los pomposamente llamados « inmortales » de la Academia Francesa son tan mortales en la memoria de los humanos como lo son en la carne. ¿Cuántos de estos que visten levita verde y ciñen una espada que « ni pincha ni corta » recordará la historia?

Con el Goncourt el editor gana —término medio— unos cien mil dólares o más. El autor, en cambio, se contenta con la



mitad (más o menos el Premio Nóbel) lo que tampoco está mal que digamos. Sí, este año el Goncourt ha caído bien. Se trata de *La pitié de Dieu*, de Jean Cau, antiguo secretario de Sartre, colaborador de *L'Express*, treinta y cinco años llevados con desventura deportivo-existencial, soltero, delgado, bien parecido, de facciones aristadas, ojos alerta, en una palabra : el sueño de toda mujer moderna, la envidia de todo hombre del oficio. Este iconoclasta de Saint-Germain-des-Prés —en donde vive en la bohemia que esperan y fotografían las revistas de gran tirada— ha elegido un título confundidor : ¿Piedad de Dios? No hay piedad ni hay Dios en su libro. Salvo un dios con minúscula y de circunstancias : uno de los personajes, el más sórdido quizá, pero también el más lúcido y que sus otros tres compañeros de celda promueven de común acuerdo a ese grado superior. En efecto, el libro trata —un poco con la delectación del joven encantado de escucharse perorar— de las interminables confesiones —¿verdaderas, fraguadas o ambas cosas a la vez?— de cuatro presos que en una celda (cuya situación geográfica o histórica no está aclarada) se cuentan, tratando de « encontrarse » por medio de la confesión pública, de la introspección en alta voz... El problema de la *culpa* es el que aquí se debate y no otro, problema existencial y sartriano si los hay. Jean Cau se cuida muy bien de no solucionarlo. Sus criaturas son : un médico de cierta edad que sufre de ataques epilépticos ; Eugène, un mecánico de

grúas que ha matado a su mujer (¿pero la ha matado realmente?) ; Match, un periodista de niñez sórdida que él se empeña en reconstruir incoherentemente con sus relatos descosidos y que, no obstante, ¡oh deformación profesional!, es capaz de fraguar unos noticieros radiofónicos en el más puro estilo del género. Por último, en fin : Alex, un boxeador que en su decadencia ha explotado mujeres y ha asesinado a una de ellas y quizá también a su amigo : el mítico personaje Guitare d'Amour, un coloso afeminado que sería uno de los personajes más logrados del libro si no recordara un poco demasiado a los de Jean Genêt en *Notre Dame des Fleurs*.

Quizá uno de los méritos mayores de Jean Cau sea el tratar de captar este rasgo tan humano : a fuerza de pensar, de masticar nuestras pasadas acciones, llegamos a saltar fuera del campo de la verdad para caer en el tembladeral de la duda : ¿Era así o era de tal otro modo? ¿Sucedió o no sucedió todo aquello que hoy me persigue? En el mezquino tiempo que nos fue dado al nacer como una limosna, sí, sucedió tal vez. ¿Pero y en nuestra conciencia íntima mucho más rica e insondable? Sí, todos somos culpables también de lo que no hicimos, todos somos inocentes aun de nuestras propias y más flagrantes faltas.

No sé bien qué le falta a *La pitié de Dieu* para llegar a angustiarnos verdaderamente. La temperatura no sube al rojo blanco de la desesperación. Se dicen cosas horrosas, eso sí, pero con una felicidad verbal que no puede dejar de desconcertarnos. Quizá —defecto de escritor joven y brillante— haya una preocupación un poco por demás estetizante que estropea el efecto obsesivo. Creo notar también alguna reflexión barata, alguna página parásita o demasiado insistida que se hubieran podido suprimir. ¿Están puestas acaso ex profeso por el graduado en filosofía que es Jean Cau? Yo diría modestamente que, si es así, ello constituye un error de perspectiva por parte del autor. El libro, como ejercicio literario, es excelente, casi impecable. Le falta algo, sin embargo, para llegar a ser un *gran libro*, pero ¿cuántos son por último los grandes libros de la literatura? No todos los días nace un Proust o un Kafka.

El premio Renaudot, como ya he dicho,

me parece en cambio muy inferior. Quizá esté —como el camino del infierno— empedrado de buenas intenciones, pero no logra lo principal que es « embarcar » al lector en la posición deseada. Y conste que, con gran escándalo de fariseos, siempre he considerado que el arte es y ha sido en todo momento « propaganda de algo ». (¿Dónde quedará el trasnochado *arte por el arte*?) El autor de *Les blés*, Roger Bordier, se propone aquí predicarnos —un tanto burdamente— la arquitectura moderna de hormigón armado, la belleza de la transformación de un campo a la medida moderna del cooperativismo... y todo esto, que sonará tal vez a escandaloso a los púdicos y conservadores (por no decir reaccionarios) oídos franceses de la « vieille vague », no lo es en absoluto para los que estamos convencidos de antemano de todas esas premisas. Pero aquí —¡ay de mí!— la prédica, como todas las prédicas mal realizadas, falla por la base. El tono general es aburrido, sentencioso... y bastante vacío, por último. ¡Pensar que libro semejante tendrá cerca de cien mil lectores, cuando uno sabe las dificultades de comunicación de todos los que escribimos en español! ¡Qué formidable y peligrosa maquinaria es, por último, ésta de los premios literarios!

Vida palpitante y transposición estética

De la importante producción cinematográfica francesa de estos últimos meses voy a elegir dos ejemplos antagónicos y, por eso mismo, reveladores : *Chronique d'un été*, de Rouch y Morin y *L'année dernière à Marienbad*, de Alain Resnais sobre guión de Robbe-Grillet.

Dos polos, dos antípodas. Rouch y Morin deciden durante un verano vacío pasear su cámara por las calles de París. Dos mujeres jóvenes —una de las cuales ha estado en un campo de concentración— preguntan, provistas de un micrófono, a todo el que se les pone a tiro : « ¿Es usted feliz? » Con teleobjetivo se filma la respuesta de los sorprendidos entrevistados a quemarropa. La película se centra, más adelante, sobre otros personajes que aprendemos a conocer mejor : un estudiante lleno

de dudas; una empleada nerviosa, apasionada; un muchacho negro que no sabe qué representa el número tatuado sobre el brazo de una mujer judía... Todo esto —se nos dice al principio— realizado sin preparación, sin maquillaje, sin aprender papeles. De acuerdo por la espontaneidad, pero si el cine es mitad captación de imágenes y sonidos también es, en su otra mitad, *montaje*, trabajo de laboratorio. ¿Es éste, pues, un testimonio verdadero o más verdadero que otros? Al final hay una autocrítica de los propios personajes entrevistados que han vivido un poco bajo nuestros ojos. Se llega a la conclusión de que hay personas que son actores natos mientras que otras, en cambio, no saben en absoluto expresar sus reacciones más íntimas. Resulta sin duda interesante esta crueldad sádica de ir a destapar problemas íntimos ante el ojo de la cámara y su contraparte: el masoquismo de quienes se prestan al juego, pero nos preguntamos ¿qué valor en sí puede tener un documento semejante? El gran actor como el novelista o el hombre de teatro son aquellos seres que por una virtud de desdoblamiento que nos falta al común de los mortales son capaces de asumir nuestras vidas y reacciones. ¿No estaremos, pues, con *Chronique d'un été* ante la *tranche de vie* que reclamaban los naturalistas para la novela? ¿Por qué esta verdad sería más cierta que la otra verdad tradicional, la del gran arte? De todas maneras: una experiencia apasionante realizada con gran discreción.

Concebida en el polo opuesto del cinematógrafo: *Marienbad*. Aquí todos los ejercicios imaginables por recuperar el tiempo, por reinterpretarlo en la memoria. Pero, en la doble actividad que supone toda película: manejo de la cámara, búsquedas plásticas o sonoras y el argumento hay que convenir en que *Marienbad* descuella, sobre todo, en el primer aspecto: o sea el de la pura búsqueda cinematográfica, apoyada en una vaga historia de amor y de adulterio. Los autores no se han atrevido a atacar ese último refugio de lo popular: la historia de amor que nos cuentan por la radio mil canciones anodinas. El mismo Robbe-Grillet que en *Le voyeur*, por ejemplo, abordaba una historia agresiva, chocante, se contenta aquí con el folletín, eso

sí, extremadamente complejo. Claro que la película, cuyo guión fue realizado paso a paso por Robbe-Grillet es apasionante para sus lectores, puesto que siendo él primordialmente un *visual* es lógico que su técnica de la « mirada » se preste más a la cámara que a la escritura. Y más aún cuando el ojo de la cámara está manejado por un director imaginativo, inquieto, refinado como Alain Resnais. Porque es de este último el esfuerzo —logrado— de compaginar la música, los monólogos obsesivos con las imágenes barrocas, expresionistas, congeladas de un hotel inverosímil, de un jardín tan estático que, a fuerza de serlo, desborda los límites de nuestra realidad cotidiana. Hablando en términos fotográficos, unas veces la imagen es en contrastes, aterciopelada como un aguafuerte o sea: sobre-expuesta, otras, en cambio, casi velada deliberadamente a fuerza de luz. Así la maravillosa sucesión de versiones de la muerte de la protagonista que cae y cae herida de muchas maneras diferentes. ¿Era así o así o así...?, parecen preguntarse los autores con nosotros, espectadores.

En *Hiroshima, mon amour*, también de Resnais, el nudo de la acción era más apasionante, no sólo los desencuentros del amor, sino también la ocupación alemana de Francia, la bomba atómica, la desolación, la muerte, temas grandes, eternos. En *Marienbad* el ajedrez es más elemental, más descarnado, pretende también ir aún más lejos. ¿Lo logra plenamente? Los textos de *Hiroshima* (Marguerite Duras) o de *Marienbad* (Robbe-Grillet) pueden ser puestos en tela de juicio, pero no hay duda de que a partir de películas como estas se puede postular, « soñar » iba a decir, un cine futuro hecho de exploraciones, de caminos nuevos. Y no nuevos por el prurito de que lo sean, meramente, sino nuevos *para que sean capaces de llevarnos a otros sitios también nuevos*. A otras expresiones diferentes de nuestro ser hombres. Siempre lo he dicho del arte plástico y no podría dejar de aplicarlo al cinematógrafo: nadie ha dicho que el hombre esté expresado de una vez por todas. Afortunadamente, gracias a sus sentidos, a su sensibilidad, a su inteligencia, el hombre no acabará de decirse nunca, hasta que el mundo se le deshaga —en un relámpago— entre las manos.

Marta Brunet

Premio Nacional de Literatura en Chile



LA NOVELISTA
Marta Brunet ha
sido agraciada
con el Premio
Nacional de Lite-

ratura que se otorga cada año en Chile. En el presente han dado grato realce a la designación dos circunstancias. Ante todo, la calidad del jurado en el que, bajo la presidencia del rector de la Universidad de Chile, Sr. Gómez Millas, se reunían cuatro notables escritores, dos de ellos novelistas, a su vez, y poseedores ya de la misma distinción: el miembro del Consejo de honor de *Cuadernos*, Eduardo Barrios, y Manucl Rojas, más Pedro Lira Urquieta, de la Academia Chilena de la Lengua, y Hernán del Solar, fino crítico literario. Pero también es digna de mención la general coincidencia en apreciar la justicia del discernimiento que, por los términos en que se ha expresado, denota, junto al positivo juicio de valor, un evidente homenaje de simpatía o consideración personal, coincidencia que no suele ser corriente en los círculos literarios.

Marta Brunet, feliz combinación de sangre catalana y asturiana, nació en Chillán (1901), una de las ciudades sureñas con más personalidad de este país encajonado entre la tremenda Cordillera andina y la inmensidad del Pacífico. Criada con holgura en un medio estrechamente vinculado al agro por las actividades paternas, recibió una esmerada educación y pronto tuvo oportunidad de ver mundo y de cultivarse, ensanchando así los limitados horizontes provincianos. Con semejantes ingredientes, y de natural robusto, inteligente y voluntarioso, Marta se forjó una recia personalidad, apta para luchar por la vida a la hora de los infortunios, incluso en la profesión literaria, absurda por excelencia en Latinoamérica desde el punto de vista material.

Es fama que sus primeros impulsos al respecto la empujaron hacia la poesía, con el acierto de

remitir tímidamente sus primeros balbuceos al crítico literario « Alone », acompañados de una carta más extensa que lo corriente en envíos de tal clase. Nuestro amigo, con su ruda y habitual franqueza en estos lances, parece que le contestó que como poetisa nunca haría nada serio, pero que su prosa era excelente. El consejo fue decisivo y Marta se lanzó a conquistar su puesto en la novelística chilena, donde, como observó no ha mucho Luis Alberto Sánchez, llama hoy la atención « la preponderante presencia de la mujer, como autora y como protagonista ».

La obra literaria de Marta Brunet se inicia en 1924 con *Montaña adentro*, muy favorablemente acogida ya, seguida por *Don Florisondo*, colección de vigorosos cuentos, *Bestia dañina* y una decena de volúmenes más, hasta *María Nadie*, novela editada en 1957. Los aficionados a los casilleros precisos la situaron dentro del criollismo. Pero su amplitud de horizontes, constantemente ensanchados, corre parejas con el vigor y limpidez del pensamiento y el lenguaje, haciendo estrecha aquella clasificación. Lisa y llanamente, es la mejor prosista que hasta ahora ha producido Chile, emparejándose con Gabriela Mistral en la poesía.

Para « Alone », Marta ha aportado « un don escaso entre los autores nacionales: el de la buena lengua », pues si bien el terruño le ha impuesto su impronta « en una intensidad bravía », « el giro, la sintaxis, los términos, venían de Castilla y eran firmes ». El mismo distinguido crítico le atribuye « maravillosa claridad mental » y, al propio tiempo, una pasión arrebatadora, « atenuada a veces por una capa de ternura material ». De estas cualidades fueron hijas sus en conjunto tan admirables obras, que especialmente en su segundo período son, por lo común, « breves, ceñidas, terribles de intensidad, envueltas en una atmósfera lindante con la obsesión ».

Una cruel afección a la vista la obligó a fre-

nar sus actividades, y hace cerca de dos años se trasladó a España para ser operada allí. Según nuestros informes, su estado actual es muy satisfactorio, y todo hace suponer que pronto retornará a sus lares en condiciones físicas de reemprender, en plena madurez espiritual, su magnífica obra de novelista y cuentista.

CARLOS DE BARAIBAR

Guillermo de Torre :

« El fiel de la balanza »

EN EL PRÓLOGO aclara el autor el sentido del título que ha querido darle. *El fiel de la balanza* representa para el crítico « ese huido, inseguro punto de equidistancia entre extremos, de equilibrio entre pendulaciones violentas ». En el caso personal del crítico Guillermo de Torre —con más de treinta años de seria labor crítica a sus espaldas—, hay además una circunstancia, quizá caprichosa, que él mismo confiesa y que justifica aquella elección de título : el haberse acogido al signo zodiacal de Libra, en el que ha querido ver una invitación otoñal, de madurez y cosecha, « a las valoraciones justas y en su punto, tan lejos del panegírico como del vejamen ». Pero, me pregunto en seguida, ¿es sólo de ahora esa necesidad, esa exigencia de ponderación, de situarse en *el fiel de la balanza*, para el quehacer crítico de Guillermo de Torre? Confieso que, lector suyo desde hace más de veinte años, le he visto siempre situado en una línea de objetividad y equidad valorativa. No recuerdo haberle sorprendido nunca dando violentos bandazos críticos, ni dejándose arrastrar por el apasionamiento personalista, tan corriente en los anales de la crítica literaria española de ayer y de hoy.

Pero ahora, desde esta otra madura ventana de un joven otoño, gusta Guillermo de Torre de acentuar en sus escritos aquella nota de objetividad y ponderación que viene caracterizando desde hace años, junto a otras muchas virtudes críticas, su tarea de escritor. Así, este reciente libro suyo (Ed. Taurus, Madrid, 1961), no hace sino seguir siendo fiel, y perdóneseme el juego de palabras, a aquel *fiel de la balanza* de su título. En él nos ofrece agudas páginas críticas sobre Ortega, Juan Ramón Jiménez, Machado, García Lorca, Galdós y Jorge Guillén. Hay en esas páginas, sobre la penetrante valoración y afortunada tarea de deslinde a que el autor nos tiene acostumbrados, una clara voluntad de solidaridad con quienes de un modo u otro, con mayor o menor cercanía, fueron sus maestros o sus compañeros de generación, con los que com-

partió afanes literarios y aventuras de arte. Siempre me repugnó la actitud de quienes procuran dejar en silencio lo que deben a sus maestros y rebajar los méritos de éstos, pagando con ingratitud e injusticia, cuando no con malevolencia, la deuda literaria y humana que no podrían negar. Guillermo de Torre ha podido discrepar alguna vez de sus maestros, pero nunca ha intentado rebajar su gloria o escatimar el elogio y la gratitud que debe a quienes le enseñaron mucho y bueno en literatura.

Las páginas sobre Ortega glosan certeramente sus ideas estéticas, principalmente relacionadas con la novela y la poesía. El arte es esencialmente irrealización, afirmó Ortega ; y también, la poesía es metáfora. ¿Fue afortunado Ortega al hacer el diagnóstico del arte de su tiempo en su famoso libro *La deshumanización del arte*? Sin duda, contesta Guillermo de Torre, en lo que se refiere a las artes plásticas. Mucho menos en lo que toca a la literatura, y sobre todo a la poesía, porque no es posible separar la poesía del hombre, ni al hombre de su tiempo. Mas para entender un libro como *La deshumanización del arte* hay que situarlo en su tiempo, y esto es lo que hace Guillermo de Torre, procurando con ello rendir justicia a Ortega, y reconociendo todo lo que le debe su generación.

Igualmente vivas y sugerentes son las páginas que dedica Guillermo de Torre a estudiar aspectos de la personalidad y la obra de Juan Ramón, especialmente las consagradas a glosar el andalucismo y el anticastellanismo del poeta de Moguer, y su relación con el modernismo. Al señalar Guillermo de Torre la repulsa de Juan Ramón a la literatura poética castellana y su preferencia por la poesía periférica, en el sentido geográfico de la palabra, recuerda asimismo una frase del autor de *Platero* que revela más que ninguna otra su esencial andalucismo. Es esta : « Me gustaría que toda mi obra fuese como un defecto de un andaluz. »

Contra la opinión de quienes consideran a Antonio Machado un poeta si no modernista, muy teñido de modernismo, Guillermo de Torre sitúa a Machado en la órbita noventaiochista, para lo cual no le faltan argumentos ya conocidos, a los que se unen ahora los que se desprenden de las cartas de Machado a Unamuno, muy empapadas de noventaiochismo unamuniano. Unas bellas páginas sobre Federico García Lorca, y otras sobre « Redescubrimiento de Galdós » —con motivo del *Galdós* de Ricardo Guillón— y sobre « La nueva poesía clamorosa de Jorge Guillén » —contenida en *Maremagnum*—, completan este nuevo y admirable libro de Guillermo de Torre, tan iluminador como todos los suyos.

J.L. CANO

José M. de Semprún Gurrea :
«Una República para España »

EL SR. SEMPRÚN GURREA, personalidad muy bien calificada entre los españoles desterrados, tiene un talento claro, un estilo digno y unas convicciones políticas definidas y firmes. Estas cualidades conjugadas dan valor y realce a su libro *Una República para España* (Ediciones Ibérica, Nueva York, 1961), que se abre con una larga advertencia previa y un florilegio de sentencias y opiniones sobre la cosa pública que van desde Aristóteles a Quevedo y desde Maquiavelo al Padre Mariana. Después, tras un bosquejo de la situación a que hemos llegado —en el mundo, y naturalmente en España, que casi forma parte de él—, el Sr. Semprún se lanza a exponer a los lectores sus lucubraciones sobre el pueblo, el electorado, el poder y los poderes, el Estado y los regímenes autónomos, relaciones entre el Estado y la Iglesia, y muchos otros asuntos que enjuicia con buen sentido y con ponderación ejemplar, afirmando siempre su fe en la democracia —la verdadera—, único régimen que con todos sus defectos permite corregirlos o atenuarlos utilizando las mismas instituciones y los mismos resortes que le son propios y peculiares.

Excelente libro por su doctrina y por la solidez de su argumentación, cometeríamos, sin embargo, una falta de franqueza si no dijésemos que, a nuestro modo de ver, le perjudica cierta prolijidad, a veces excesiva, con que el autor trata todos los temas, como si no quisiese sacrificar nada, dejar nada en el tintero, ni aun lo que es obvio para cualquier lector medianamente inteligente, con lo cual abruma con su minuciosa prosa la clara línea de su argumentación y de su pensamiento, que indudablemente ganarían en vigor expresivo, despojados de toda esa fronda que los asombra. El trabajo de podar, de « élaguer », es sin duda doloroso, pero cuán útil ; y todos sabemos que en ocasiones se escribe una obra muy larga por no haber tenido tiempo para hacerla más corta y que, como dijo nuestro Gracián —no citado al lado de otros ingenios en el florilegio que precede a la obra, y bien lo merecería—, « más operan quintaesencias que farragos ».

Con todo, entendemos muy provechoso este alegato de *Una República para España*, que llega oportunamente estos días en que se habla de « condiciones pacíficas de sucesión » por lo que se refiere al régimen de España, sin consultar la voluntad del pueblo, claro está ; y el reparo que hemos formulado, que de ningún modo alcanza al fondo y a la doctrina, no ha de interpretarse sino como el deseo de que una heroica conci-

sión diese mayor eficacia a un libro que por su contenido ideológico y por sus propósitos consideramos plausible y merece toda nuestra simpatía.

C. A.

F. Cossío del Pomar :
«Biografía de Haya de la Torre »

LOS BIÓGRAFOS suelen preferir, como tema de sus obras, las figuras que han cumplido su tránsito terrestre. Pero si esta fuera la norma absoluta nos quedaríamos sin comprender algo que nos interesa demasiado : la vida de los hombres significativos de nuestro tiempo. Felipe Cossío del Pomar es de los biógrafos que prefieren el riesgo de tratar personas vivas y biografíarlas, y así ofrecer el mejor servicio a sus contemporáneos.

Su libro *Victor Raúl. Biografía de Haya de la Torre* (Editorial Cultura, México, 1961) es la primera parte de una biografía que cabría señalar como monumental. Es un gran friso biográfico donde si bien la figura central es el ideólogo y líder continental peruano, aparecen también otras personas de significación política, artística, literaria e histórica ; es, también, la biografía de un tiempo —de nuestro tiempo— y de una época latinoamericana —nuestra época—. Me atrevo a afirmar que esta obra será considerada indispensable para el estudio y la comprensión de nuestra América Latina.

El lector que gusta de indagar sobre la arquitectura de los libros biográficos se preguntará por qué el biógrafo de Haya de la Torre no aprovecha más el epistolario de su biografado ; pero Cossío del Pomar, sin desdeñar esta fuente biográfica, prefiere otros testimonios, puesto que ha acompañado personalmente al líder y —no se olvide— Cossío del Pomar es también un actor dentro de la política aprista. Es de suma importancia la cantidad de diálogos, de confidencias, de testimonios de primera o segunda mano que aporta el libro. Es igualmente digna de notarse la aportación de su exégesis política. El libro ofrece otra virtud. Aunque se trata de la primera parte de una biografía monumental, el lector alcanza a abarcar en los capítulos finales —muy especialmente el XIV, « Base filosófica del Aprismo »— una concepción unitaria del pensamiento de Haya de la Torre. Los capítulos sobre la ciudad natal, la infancia y las experiencias de Haya como estudiante y líder universitario resultan insuperables. En el primero se ahonda minuciosamente, con cierta pasión de « arqueólogo » de esta vida tan inmediata, una

explicación vivísima de un ayer que conforma al hoy. La biografía alcanza riqueza de gran reportaje en los capítulos VII, VIII y IX. En los referentes a los viajes —el mundo como escenario— y la fundación del Apra, Cossío del Pomar actúa a veces como humano pintor y a veces como lúcido intérprete político. Un « Índice Onomástico », oportuno y útil para el manejo de la obra, completa esta primera parte.

A. BAEZA FLORES

F. García Pavón :

« Cuentos republicanos »

LA EDITORIAL TAURUS de Madrid va presentando con esmero una colección de relatos y narraciones que dirige Ignacio Aldecoa y en la que se inserta el libro de F. García Pavón *Cuentos republicanos*. F. García Pavón es autor de una antología de cuentistas españoles a través de la cual se advertía ya su preocupación por el género que cultiva ahora con singular acierto.

Al proclamarse la República en España tenía García Pavón doce años. Pertenece a la generación de los que andaban en torno a los veinte al comenzar la guerra civil. Generación tronchada la suya, más que dividida, como la de sus hermanos mayores, en sus hombres y entre sus hombres, hace lo que puede para garantizar por lo menos la continuidad intelectual de España. Tarea tanto más difícil cuanto que las dos generaciones precedentes constituyeron brotes espléndidos sobre el añoso tronco de la cultura española.

Para los hombres de la generación de García Pavón los años de la guerra tuvieron que ser algo así como una dolorosa alucinación, y los de la República, vislumbres ricos como un caleidoscopio en visiones diversas. A través del prisma de sus doce años nos presenta el autor de *Cuentos republicanos* varias estampas de la vida de aquel entonces en una ciudad provinciana. La República figura en ellas como un paisaje de fondo cuyos efluvios llegan a veces hasta los personajes.

Los *Cuentos republicanos* están escritos con humor muy a la española. Bajo un lenguaje chispeante de luz y desparpajo queda siempre un poso de gravedad amarga. La acción recuerda a menudo la picaresca tradicional, y cuando el autor se demora en la descripción, el estilo no está exento de galanura.

El cuento o la narración breve es género difícil, que pocas veces corresponde al temperamento literario del que lo cultiva. Si es de talante

analítico, el autor se pierde en los meandros de la novela, y el cuento se queda en fragmento de lo que pudo ser. Si el ánimo del autor es propenso a la síntesis, expónese a escribir el esqueleto de lo que espera carnación. El lograr en la brevedad del cuento la fluidez del humano discurrir es arte difícil que el autor de *Cuentos republicanos* practica con talento.

Con unidad de tiempo y de tema, como las que existen en el libro de García Pavón, otros autores habríanse lanzado a la aventura de una novela, estirando para ello acción y descripciones con tal de llenar páginas. Alabemos la honradez de F. García Pavón al presentar sus vivencias en un libro o álbum de estampas tan vivas como vividas y vívidas.

L. L. A.

Otros libros

4 POETAS DE HOY : Maruri, Basaldúa, de Nicolás, San Juan

Dibujos de Jesús Jimeno, Ismael Fidalgo, José de Ramón Carrera, Dionisio Blanco ; un breve prólogo de Gabriel Celaya ; palabras finales del poeta vasco Blas de Otero ; la edición a cargo de la Asociación Artística Vizcaína, y el testimonio : *Cuatro poetas de hoy*, Bilbao, 1960. Hay que leer a estos cuatro poetas con el corazón puesto a escuchar el latido de la tierra de España. Gregorio San Juan es melancólico, nunca derramado, y por eso más doloroso. (« La tarde tiene un largo silencio entre las manos / y un lecho de hojas muertas para el viento dormido. ») Es una melancolía de la tierra en la amada, del amor en el silencio, pero una voz de humano dolor universalizado. (« Se anuncia un niño con su llanto al hombro / y un pan moreno y pobre bajo el brazo. ») Es un diálogo con la escondida lágrima, como huracán del hombre ensimismado. Vidal de Nicolás dialoga con la vida de la calle y los niños, con las cosas y los seres más olvidados, con el muerto sin nombre, con los metales y la rosa, y un perro le arranca un réquiem que resuena como el órgano de una capilla bajo el mar. Su acento es modernísimo, su inventiva poética es múltiple y la agita en el libro como un milagroso trébol de miradas de poesía (« ...la palabra redonda en el oído »... « Su inocencia es oeste. Norte el pan »... « Murrió con el alma puesta / y con los cinco sentidos, como un mineral sediento / o un árbol lleno de nidos. ») Hay que leer, con atento oído profundo, su « Réquiem por un perro » y « La innecesaria rosa ». José María de Basaldúa es escueto, secreto, erguido en esa sobriedad de la sola raíz, del verbo solo. Sus primeros temas. « A

una escultura móvil de Calder », « Fuegos artificiales » de Debussy dan paso a otros asuntos trágicos. La muerte está allí de pie, con su número. El padre ausente en la muerte, tantas cosas ausentes en la muerte, la vida misma sangrando, asomándose por esa ventana de la muerte. No se puede leer a este poeta sin que uno sienta que más allá de los versos se levantan delgadas columnas de soledad de pie y que una mano trágica golpea el secreto destino del llanto. España es casi un testimonio en él. Hay que leerlo para averiguar la vena sorda que late bajo la humana tierra del alma desgarrada. Julio F. de Maruri nos muestra en su vocabulario lírico, en su imaginaria poética, el reflejo de un acento de moderno apocalipsis, de ancho ritmo entre la denuncia y la profecía, al modo de León Felipe, aunque Maruri es distinto.

Es necesario escuchar estas cuatro voces líricas —Maruri, Basaldúa, de Nicolás, San Juan— de los poetas vascos, porque son un testimonio de cómo late cierta razón subterránea de España. La poesía en ellos es un directo y simbólico testimonio de cara al ayer y al mañana de España.

A. B. F.

CONSUELO ALVAREZ : La ciudad de los muertos

La novelística española actual oscila entre un intento de objetivismo, más o menos conseguido, y un realismo cotidiano y testimonial. Nos referimos, claro es, a la nueva literatura de postguerra, pues desaparecida la generación del 98 y sus aledaños, el vacío de sus continuadores o la escasa consistencia de los supervivientes poco afecta al mundo de la novela.

Una vez afirmado ésto, anotaremos que *La ciudad de los muertos*, de Consuelo Alvarez, pertenece al primer apartado de una forma clara y decidida. Su autora es una nueva novelista desconocida entre nosotros que aparece a los 35 años en la colección « Formentor » de la Editorial Seix y Barral. En dicha novela, de una forma narrativa sencilla, casi coloquial, diríamos, nos presenta el cuadro de unos personajes modestos que han sobrevivido a sus esperanzas viviendo en una gran ciudad, sometidos a una estructura asfixiante. Todos ellos son oficinistas, mecánicos, representantes, etc., seres proletarizados a quienes la vida sólo les ofrece una existencia gris y desesperanzada, llena de una melancolía amarga, pese a que aún en su interior surgen locos sueños de milagros que cambien su situación.

Estos amargos « humillados y ofendidos » por la vida muestran de una manera objetiva, con sus reacciones y diálogos, con los puros hechos, algo que se da en la realidad de la sociedad contemporánea : por un lado, la desigualdad existente entre los hombres de un mismo país ; por

otro, el vacío de sus vidas, obligados a caminar por un túnel sin fin, preocupados siempre por satisfacer las mínimas necesidades vitales. La partida la tienen perdida de antemano ; sólo se trata de sobrevivir lo mejor posible, sabiendo que no se puede pertenecer al otro grupo, el de los triunfadores de la existencia. Pero en este caso, la originalidad novelesca que muestra el vivir de los personajes está puesta de manifiesto por otros protagonistas pasivos, pero que gravitan sobre las vidas narradas, conformándolas y diferenciándolas : son los muertos, los ocupantes de un cementerio, al que están unidas las vidas narradas, por tener allí a alguien querido.

La ciudad de los muertos resulta una novela interesante que muestra a una nueva escritora con posibilidades narrativas.

J.R.M.L.

MARCOS VICTORIA : Un verde paraíso

Este libro (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960) consta de cuatro narraciones que no resultan fáciles de enmarcar en ninguno de los modelos corrientes de la literatura narrativa menor ; en todo caso, parecen presentar cierto hibridismo de dos de los más tradicionales —el cuento y la novela corta— bastante diferentes y aún opuestos entre sí, pese a todas sus aparentes semejanzas.

La primera de ellas —« La Rosarito »— nos trae a la memoria aquellas viejas novelitas realistas del neorromanticismo que, con mucho sentido, se dio en llamar « novelescas » y que hoy parecen algo olvidadas pese a que grandes escritores —como Turguenev, Galdós, Benoit, etc.— hicieron de ellas un género sabio, ameno y grande. Es una historia, la que nos narra Victoria, en la que se encuentran admirablemente distribuidas gotas de nostalgia —a lo que contribuye su localización temporal en la primera veintena del siglo—, de misterio y de ironía que hacen de ella un ejemplo literario bastante delicado y sin muchas complicaciones.

La segunda —« Un genio »— es probablemente la mejor de las cuatro. Se trata de una sátira estupenda de los medios sociales porteños en los que se desenvuelven los inevitables dentro de las grandes ciudades, literatos estetas y frívolos. Victoria logra un paisaje lleno de gracia en el que no falta esa amargura que acompaña siempre al sarcasmo violento.

El tema leve e irónico de las dos primeras narraciones contrasta duramente con la bronquedad de la tercera —« El tama »—, historia seca y triste de unos seres humanos decepcionados. Y es curioso comprobar como, en la última de las cuatro se resumen casi todos los matices que el escritor ha puesto en las precedentes. En la

historia del niño enamorado —« Un verde paraíso »— hay nostalgia, ironía, amargura y hasta un poco de burla. Es una narración alegre y triste, seria e ingenua, admirablemente contada.

El libro tiene unidad a pesar de los diferentes tratamientos estilísticos de sus diversas partes. Por encima de todas las variaciones y cambios se nota siempre la voz del escritor que unifica. El punto más fuerte de Marcos Victoria es, a nuestro juicio, la precisión con que observa la conducta de sus personajes. No divaga, jamás especula cuando habla de ellos. Su literatura está bastante lejos del llamado objetivismo. El autor no se mantiene imparcial ante sus hombres, sino que los aclara y opina sobre ellos constantemente queriéndonos orientar hacia su comprensión.

ANGEL FERNANDEZ-SANTOS

FERNANDO LORENZO : Arriba pasa el viento

Esta novela es un mundo de fantasmas que se mueven como en las sombras. Nos hace vivir el conflicto, casi angustia pura, donde apenas hay personajes. La acción no empieza nunca. Todo se reduce a proyectos mil veces retrasados. Nadie llega a tomar una decisión porque acaso nadie sabe lo que quiere. No obstante, todos se obstinan, y esta obstinación —acompañada de su atmósfera— nos recuerda a Kafka, aunque existe una diferencia esencial : en Kafka suceden cosas, hay acción, el absurdo se impone a alguien desde afuera, mientras que en Fernando Lorenzo el absurdo está en los propios personajes, la frustración proviene de ellos.

En *Arriba pasa el viento* (Goyanarte, Buenos Aires, 1961) los personajes nunca llegan a partir de la localidad donde viven sin razón : sólo cuando la muerte llega descubre uno de ellos que ama a la que acaba de fallecer ; los pretendientes no conquistan a las que pretenden, ni ellas encuentran esposos, pues los que pudieran serlo jamás llegan a casa de las que quisieran ser desposadas. Así el amor está como inasible : en todas partes y en ninguna. Todos se interfieren entre sí y nada sucede. Todos son inconvenientes. Hay riñas a muerte y los motivos no son firmes. Con voz cargada de misterio la novela nos arrastra en sus aguas oscuras : « Pero sobre todo, pienso en mí, como si tuviera un hijo extraviado en algún camino y tuviera que salir a buscarlo. » (...) « Apoyado en la rama, demacrado, como si Ludmila le transfiriera su palidez desde la muerte y él la aceptara asimilándola. »

Cruza por la novela el caballo, de claridad misteriosa, de una mujer que muere : « Su caballo está nevado... rara forma de nevar... da un blanco sin miramientos... sus cuatro patas colga-

das de su corazón, un corazón de cuatro péndulos. »

Así, ni aún cuando cruza la muerte sucede algo, pues sólo arriba pasa el viento...

A. L.

HELLEN FERRO : No hay burlas con el Señor

« Si Juana de Arco no hubiese sido lo que fue, la Gloria de Dios sería la misma. » Es lo que trata de demostrar Hellen Ferro con las dos versiones de la Doncella de Orleans en *No hay burlas con el Señor* (Goyanarte, Buenos Aires, 1961). Ferro es un autor argentino que profundiza con originalidad en un tema europeo ; un autor católico que posee la libertad de espíritu suficiente para enfocar, de modo objetivo, la tesis racionalista y dar vida a una Juana de Arco impostora. El lector va de la sorpresa al escándalo, a través de las dos versiones que ofrece Ferro en forma de breves relatos. Cada parte del libro está acompañada de notas sin las cuales no sería posible interpretar rectamente la intención apologética del autor y su espíritu católico.

La fe de todos aparece más fuerte que el embuste de uno. Se intenta afirmar que la Iglesia sólo buscó la verdad y pecó por exceso de celo y no por razones políticas. Pero creo que ni el relato ni las notas son suficientes para apoyar sólidamente esta tesis del autor.

El primer relato se llama « No hay burlas con el Señor ». Juana es víctima de su ingenuidad. Juan y las otras hermanas de Juana dan bromas a la Doncella que oye « las voces ». Pero cuando ella conoce la verdad —la falsedad de lo que ha creído oír— se ve moralmente obligada a proseguir « escuchándolas » en nombre de la fe. Juan, el bromista, de pastor solitario se convierte en la soledad de su humano problema. El segundo relato es « Si los ingleses tuvieran razón ». Juana es, ahora, la bromista. Para dar bromas a sus hermanas inventa « oír voces ».

El estilo es ágil. Pero el relato, que empieza con aire de picaresca española, termina con cierta gravedad : Juana acepta « su misión » como única manera de asumir una responsabilidad.

A. L.

En La Paz, donde residía, dejó recientemente de existir el escritor boliviano Luis Terán Gómez.

El Sr. Terán Gómez fue uno de nuestros primeros colaboradores. Asimismo colaboró en diversas revistas y periódicos latinoamericanos.

Nuestro más sentido pésame a su viuda, doña Delia C. de Terán, así como a sus muchos amigos.

revistas

Francia



DE ENTRE las innumerables revistas de toda clase —abundantes hasta el exceso, incluso hasta la deses- peración— que se pu- blican en este país, principalmente en Pa- rís, queremos llamar la atención de nues- tros lectores sobre el número especial de *Sociologie du Travail*, que vio la luz recientemente con el título general de « Ouvriers et Syndicats d'Amérique Latine ». Trátase, más que de un panorama de conjunto de los problemas del trabajo en Latinoamérica, de una serie de artículos que representan otros tantos esfuerzos de análisis propiamente socioló- gicos respecto al desenvolvimiento industrial y a la situación de la clase obrera. En la imposibi- lidad material de exponer el contenido de cada uno de estos estudios, llevados a cabo con la se- riedad y objetividad características del grupo de sociólogos que colaboran en este número espe- cial de *Sociologie du Travail*, limitémonos, pues, a señalar los temas tratados y sus correspon- dientes autores. Lucien Brams y Torquato di Tella han escrito sobre « Dos tipos de mentalidad obrera. Un ejemplo : el deseo de movilidad » ; Juarez Rubens Brandão Lopes, sobre « Relacio- nes industriales en dos comunidades brasileñas » ; Fernando Henrique Cardoso, sobre « El proletariado brasileño » ; Azis Simão trata de « Industrialización y sindicalismo en Brasil » ; Alain Touraine, de « Industrialización y con- ciencia obrera en São Paulo » ; Gino Germani se refiere a « Democracia representativa y clases populares en América Latina » ; y, por último, François Bourricaud escribe sobre « Sindicalis- mo y política en Perú », interesante estudio que nuestros lectores pueden leer en este mismo número de *Cuadernos*.

Développement et Civilisations (julio-septiem- bre de 1961), consagra asimismo una parte de su sumario a dos temas latinoamericanos : « El hambre y el desenvolvimiento en América La-

tina », de Joëué de Castro, y « Las comunida- des indígenas y la unidad nacional de México », de Henri Favre. En el primero de dichos estu- dios, el Sr. de Castro (antiguo presidente del Consejo Ejecutivo de la FAO, director del Ins- tituto de Nutrición de Río de Janeiro, presidente de la Asociación mundial de lucha contra el hambre y autor de dos importátes obras : *La geopolítica del hambre* y *El libro negro del hambre*) denuncia que de « una población de 200 millones de personas, 130 millones de latino- americanos... sufren los efectos de un régimen alimenticio deficiente ». « En América Latina —prosigue—, millones de personas sufren de anemia, no teniendo ni ganas ni fuerzas para tra- bajar, por hallarse privadas del hierro indis- pensable para la formación de la hemoglobina. Millones de niños mueren como moscas de un mal denominado *kwashiorkor* por los especialis- tas, lo cual no es otra cosa que la carencia de proteínas nobles, proporcionadas normalmente por la leche, la carne y los huevos, alimentos de lujo que los hijos de los pobres apenas ven. » Todo esto no deja de ser muy cierto, por sabido que sea ; y hace muy bien el Sr. de Castro en denunciarlo una vez más. Pero donde a nuestro juicio se muestra menos afortunado es cuando achaca el hambre en América Latina al impe- rialismo. La acusación es fácil, cómoda y muy a la moda entre algún que otro trasnochado mo- ralista y, sobre todo, entre ciertos ultranaciona- listas ; mas es impropia de un sociólogo y hasta de un marxista. Que el imperialismo ha impe- dido el desenvolvimiento de ciertas industrias es cosa indiscutible ; pero también lo es que sin el imperialismo otras industrias no existirían. Co- mo muy bien ha dicho y repetido Haya de la Torre, el imperialismo es la etapa postrera del capitalismo superdesarrollado, mas es asimismo la primera etapa en los países de capitalismo na- ciente.

En la misma revista se publica, como hemos dicho, otro artículo relacionado con Latinoamé- rica. Se trata de « Las comunidades indígenas y la unidad nacional en México », de Henri Favre. « En el México contemporáneo, existen

aun importantes islotes de cultura india que no fueron afectados por los trastornos sociales acontecidos después de la conquista española. » Según demuestra el autor, « el problema indio no es en México... un problema de individuos, sino de comunidades que viven fuera de la comunidad nacional ». A continuación señala la creación del Instituto Nacional Indigenista y define su papel, que es el de completar la simbiosis de la cultura occidental y de la cultura indígena, forma ésta de lograr la unidad definitiva de la nación mexicana. El efectivo de este Instituto asciende a 500 personas y su acción se lleva a cabo sobre unos 500 mil indios. Igualmente señala que el Instituto Nacional Indigenista no es una sociedad de beneficencia ni una empresa de discriminación, puesto que los indios no disfrutan de ningún estatuto especial, ni se ven substraídos a las garantías de la ley común.

Otra revista que también merece particular atención es *Le Contrat Social*, revista histórica y crítica de hechos e ideas. El último número, correspondiente a los meses de septiembre y octubre, está íntegramente dedicado a estudiar los diferentes aspectos del nuevo programa comunista aprobado en el XXII Congreso, ofreciendo no sólo el texto íntegro del mismo, sino asimismo el del programa socialdemócrata de 1903 y el del programa comunista de 1919. Boris Souvarine, sin duda alguna uno de los más serios e inteligentes especialistas de las cuestiones soviéticas, pone de manifiesto que lo que quiso ser un congreso para aprobar un nuevo programa se convirtió en una especie de ajuste de cuentas: por un lado el ataque contra la memoria de Stalin, por otro la lucha contra el llamado « grupo antipartido » y, por si fuera poco, las discrepancias públicas entre Moscú y Tirana y entre Moscú y Pekín. Robert C. Tucker señala que « no obstante la impresión de radicalismo que deja su fraseología revolucionaria, el nuevo manifiesto comunista es, en el fondo, un credo de conservadurismo soviético... la expresión de una clase dirigente y poseedora... ». Para Kostas Papiannou, la concepción leninista de la extinción del Estado se ha convertido en un permanente despotismo de capitalismo de Estado. Michel Collinet trata del problema de las nacionalidades en la Unión Soviética, subrayando la diferencia existente entre el programa comunista de liberación de los pueblos y su política anexionista. « El bolchevismo se presentó y se presenta aún como el campeón de la emancipación de los pueblos oprimidos y de las clases explotadas. Pero en menos de medio siglo realizó una opresión y una explotación tales como la historia apenas ha conocido. » Finalmente, Aimé Patrix estudia la escolástica marxista-leninista.

I. E.

Colaboradores

- JACINTO ALMEIDA es el seudónimo de un conocido escritor chileno. Debido a que colabora en un organismo internacional, y para dar a su crónica una mayor objetividad, ha omitido su firma.
- MIGUEL ARTECHE, chileno, nació en 1926. Publicó : *La invitación al olvido, El mar dormido, Solitario, mira hacia la ausencia, Otro continente y Quince poemas.*
- FRANÇOIS BOURRICAUD, profesor en la Universidad de Burdeos (Francia), publicó el artículo que ofrecemos a nuestros lectores en el número especial de *Sociologie du Travail* (Editions du Seuil) dedicado al estudio de la clase obrera y los sindicatos en América Latina.
- ARMAND GASPARD, escritor y periodista suizo, colabora regularmente en *La Gazette de Lausanne* y en la revista *Preuves.*
- CLAUDIO GIACONI, joven escritor chileno, colabora en diversos periódicos y revistas latinoamericanas. Es autor de *La difícil juventud* (Premio Municipal), *El sueño de Amadeo* y *Un hombre en la trampa : Gogol* (Premio Gabriela Mistral).
- EDWARD DE GRAFF es colaborador de la importante revista norteamericana *The Reporter.*
- VICENTE LLORENS, profesor en la Universidad de Princeton (Estados Unidos), es autor de una importante obra, *Liberales y románticos (Una emigración española en Inglaterra).*
- KOSTAS PAPAIOANNOU, escritor griego residente en París, colabora en diversas revistas y es autor de varias obras, entre las que cabe citar : *El hombre y su sombra. Ensayo sobre las ciencias humanas, La crisis del marxismo, La teoría de las clases y Génesis del totalitarismo.*
- LEO SAUVAGE, periodista francés, actualmente corresponsal en Nueva York de uno de los principales diarios parisienses.
- ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA, escritor peruano, dirige el diario *La Tribuna*, de Lima. Es autor, junto con Carlos Manuel Cox y Luis F. Rodríguez, de la recopilación en cinco volúmenes del *Pensamiento político de Haya de la Torre.* Recientemente formó parte de la delegación de su país en la Asamblea General de la O.N.U.
- PASCUAL VENEGAS FILARDO, profesor de la Universidad Central de Venezuela y escritor, dirige el suplemento literario de *El Universal* de Caracas. Su poema corresponde al libro de próxima publicación *La niña del Japón.*

Documentos

El Congreso por la Libertad de la Cultura y la situación dominicana

« El pueblo dominicano ha conocido por más de treinta años un solo sistema : el de la intolerancia política del trujillismo.

« Todo, hasta el nombre de la ilustre capital de la República Dominicana, fue sometido a los intereses particulares de la tiranía.

« En diversas ocasiones, *Cuadernos* y las revistas del Congreso por la Libertad de la Cultura, dieron acogida a responsables páginas de denuncia frente a la agresión a los derechos humanos perpetrada en la « Era de Trujillo ».

« Ha transcurrido medio año desde la desaparición del instaurador de la « Era » y el pueblo dominicano aún continua luchando para el ejercicio de una democracia política, garantía de las reformas sociales, económicas y culturales a que tiene perfecto derecho.

« El Congreso por la Libertad de la Cultura insta a las instituciones, organizaciones y a las personas democráticas para que acrecienten su vigilancia y ayuda al pueblo dominicano a fin de que pueda recuperar sus libertades tanto tiempo conculcadas ; coloca al servicio de tan noble tarea a sus comités y asociaciones que luchan por la libertad de la cultura y exhorta al espíritu de solidaridad interamericana, para que coopere, sin desmayos, a la verdadera solución democrática por la que clama el pueblo dominicano.

« El Congreso por la Libertad de la Cultura formula su firme anhelo por el restablecimiento de los derechos humanos en la patria de Juan Pablo Duarte y los héroes trinitarios, y por el pronto establecimiento de un sistema de garantías para el libre y responsable ejercicio de la democracia en la República Dominicana. »

Correspondencia

Nuestro colaborador Theodore Draper nos pide la publicación de la carta que dirigió al *New York Times*, y que este diario dio a la luz en su edición del 30 de octubre último. También publicamos la respuesta que apareció en el mismo diario unos días después :

« En medio de la justificada campaña contra la supresión total por el régimen de Castro de la libertad de prensa en Cuba, la Sociedad Inter-

americana de Prensa ha juzgado conveniente conceder su Medalla de Héroe de la Prensa Libre a José I. Rivero, director del Diario de la Marina, uno de los antiguos periódicos de La Habana. Leo la información con una mezcla de disgusto y de incredulidad.

« Diario de la Marina era el órgano de los círculos más reaccionarios de la vida pública cubana. El periódico representaba a una pequeña minoría de la aristocracia social, la más alejada de la vida y de las aspiraciones de la inmensa mayoría del pueblo cubano. Apoyó servilmente la dictadura de Batista y todas las otras dictaduras similares de cualquier parte del mundo. Jamás protestó contra las brutalidades y represiones del régimen de Batista. En resumen : si a un periódico cubano se le podía tachar de fanáticamente antiliberal, ese periódico era el Diario de la Marina.

« Cuando comenzó a publicarse en el exilio, en Miami, abusó poco decorosamente de la hospitalidad que le ofrecían Estados Unidos. Por ejemplo, en su número del 18 de marzo último denunciaba a los « izquierdistas del Departamento de Estado » y a los « socialistas de Washington », que según el periódico en cuestión estaban traicionando la causa anticastrista. Irónicamente, un mes después se producía la malhadada invasión de Cuba.

« Hay algo morbosamente grotesco en el hecho de designar al director de semejante periódico como « Héroe de la Prensa Libre » de este año. Pero, si esto fuera todo, podríamos limitarnos a suspirar abochornados y tratar de considerar el hecho como un terrible error. Desgraciadamente esta atribución constituye un acto simbólico por parte de los poderes supremos de la prensa en el hemisferio occidental y su significación nos va a perseguir durante meses y aun años.

« La gran mayoría de los cubanos no tiene por qué elegir entre una dictadura de derecha y una dictadura de izquierda, entre un Batista y un Castro. El gran anhelo histórico de Cuba ha sido un gobierno de reformas democráticas. Diario de la Marina simboliza todas las fuerzas que en la vida cubana jamás sirvieron a la democracia o a las reformas, y en el espíritu de la mayoría de los cubanos se halla fatalmente asociado a las dictaduras de derecha.

« Me figuro que a Fidel Castro no tendrá por qué preocuparle mucho la perspectiva de que su régimen sea reemplazado por el que el director del Diario de la Marina ha defendido. Fidel Castro ha consolidado un régimen totalitario de tipo comunista en Cuba y quizá por primera vez se aproxima una crisis verdadera, tanto en el terreno económico como en el político. Pero si alguien se empeña en pedir al pueblo cubano que vuelva a un pasado reaccionario, tal como se halla simbolizado por el Diario de la Marina, ello ven-

3198

dría a ser como contribuir directamente a prolongar la vida del régimen de Castro. »

THEODORE DRAPER

Nueva York, 19 de octubre de 1961.

*

« El 2 de noviembre se publicó una carta firmada por Theodore Draper en la que éste criticaba a la Sociedad Interamericana de Prensa por haber concedido al doctor J.I. Rivero, del Diario de la Marina de La Habana, la Medalla de Héroe de la Prensa. La crítica se basaba en la creencia por parte del Sr. Draper de que el periódico citado representaba a las clases más reaccionarias de la sociedad cubana y no estaba de acuerdo con las aspiraciones de la mayoría del pueblo de la isla.

« Al parecer, el Sr. Draper desconoce que la medalla no se concedió al Diario de la Marina por su política, sino al Dr. Rivero por su valerosa actitud frente a la dictadura de Fidel Castro.

« No es preciso decir que la Sociedad Interamericana de Prensa no interviene, ni podía tener razón alguna para intervenir, en la política de un periódico. La Sociedad alienta y recompensa a los periodistas que se distinguen en la defensa del derecho a la libertad.

« Por esta razón concedió su medalla justa y oportuna al Dr. Rivero, que se había destacado en la defensa de la libertad en forma decidida y valerosa, arriesgando su vida y enfrentándose con un peligro tan manifiesto que unas cuantas semanas después la imprenta y los edificios de su propiedad fueron incautados y actualmente están siendo utilizados por el periódico

Hoy, órgano del Partido Comunista cubano. ¿Justifica quizá el Sr. Draper esta incautación al lanzar su ataque contra el Dr. Rivero?

« Tal vez no merezca la pena discutir la cuestión de si el Sr. Draper tiene o no derecho a prohibir a un periodista cubano, exiliado en Estados Unidos, el uso del derecho a expresar su opinión sobre la actitud de los funcionarios de Washington en relación con los asuntos cubanos. Pero sería interesante saber cómo justifica su postura de que en la tierra de la libertad a los periodistas se les debe prohibir el uso de esa misma libertad de que se sirven precisamente porque la han perdido en su propio país, incluida la libertad de discutir los asuntos relativos a su tierra natal. Sería curioso que tales periodistas, amantes de la libertad, tuvieran que abandonar la tierra de la libertad para poder expresarse libremente.

« Quizá convenga decir que, antes de salir de Cuba, el Dr. Rivero defendió a Estados Unidos, a su pueblo y a su gobierno frente a los ataques lanzados contra ellos por los amigos de Castro y que lo hizo con tan buen éxito que se ganó el derecho a que le tacharan de « vendido al imperialismo yanqui », etc. Es realmente curioso ver cómo intelectuales y periodistas norteamericanos se dejan desbarriar por los agentes del comunismo en tal forma que se muestran de acuerdo con los comunistas en justificar la acción de Castro. De este modo se colocan en la falsa y peligrosa postura de defender a quienes les atacan, mientras atacan a los que les defienden. »

GUILLERMO M. MARQUEZ

Nueva York, 2 de noviembre de 1961.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a Cuadernos por un período de a partir del N°, a nombre de (1) :

.....
.....
.....

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a Cuadernos, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF
Europa : 1 año : 28 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA
América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

(Concederemos, hasta el 31 de marzo próximo, un descuento del 30 % sobre estas tarifas.)

EUGENIO NOEL

dejó en la literatura española la huella de un recio estilo y un fondo de preocupaciones hondamente españolas, próximas a la generación anterior a la suya, la de 1898.

Pero sobre todas sus novelas, cuentos, artículos e infinitas conferencias estimaba una obra en preparación, cuyo original llevaba siempre con él e iba creciendo día a día, el que pensaba titular

LA NOVELA DE LA VIDA DE UN HOMBRE

y que ahora, con el título de

DIARIO INTIMO

acaba de publicar

taurus ediciones

El primer volumen —390 páginas y 28 de ilustraciones— comprende desde su dura infancia hasta sus primeros años de escritor, con sus jornadas de voluntario en Africa, preso político e incansable conferenciante en sus campañas antiflamenca y republicana.

Pedidos a

taurus ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 10.161 - MADRID-15



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

58

MARZO DE 1962

MARIANO PICON-SALAS

HOMBRE, ANGUSTIA E HISTORIA

ANTONIO STEMPEL PARIS

Viejo y nuevo cesarismo

LUIS MONGUIO

*Nacionalismo y protesta social
en la literatura hispanoamericana*

JEAN BLOCH-MICHEL

Una literatura del aburrimiento

K. A. JELENSKI

Arte "otro" y protesta

THEODORE DRAPER

EL COMUNISMO DE CASTRO

4° P. 5926

taurus ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 10.161 - MADRID-15

UNA COLECCION NUEVA

TESTIMONIO LITERARIO DE LA REALIDAD ESPAÑOLA:

NARRACIONES

FRANCISCO GARCIA PAVON

CUENTOS REPUBLICANOS

« un estupendo libro de relatos y una alegría ver cómo el cuento español crece firme y jocundo. García Pavón es un maestro en el arte de evocar un mundo infantil. »

JOSE LUIS CANO : *Insula*, Madrid.

IGNACIO ALDECOA

CABALLO DE PICA

« un testimonio de realidad existencial de hombres y mujeres que hoy podemos encontrar en cada esquina de nuestra calle. Uno de los más notables libros de narraciones aparecidos últimamente en España. »

JULIO MANEGAT : *Noticiero Universal*, Barcelona.

CARLOS CLARIMON

HOMBRE A SOLAS

« hondo sentimiento y una contenida compasión en estas narraciones en las que sobresale el mérito técnico de una acertadísima captación de detalles significativos. »

R. VAZQUEZ ZAMORA : *Destino*, Barcelona.

Cada volumen, de 11,5 × 18,5 cms., encuadernados en papel tela, con cubierta a dos tintas, en serigrafía, de 165 a 198 págs. 75 ptas.

Pida Ud. catálogo general a "Taurus Ediciones"



SUMARIO

NUMERO 58

MARZO DE 1962

Hombre, angustia e Historia	MARIANO PICON-SALAS	3
viejo y nuevo cesarismo	ANTONIO STEMPEL PARIS	12
El comunismo de Castro	THEODORE DRAPER	19
Dos poemas	GREGORIO SAN JUAN	39
Nacionalismo y protesta social en la literatura hispanoamericana	LUIS MONGUIO	41
Una literatura del aburrimiento	JEAN BLOCH-MICHEL	49
« Lo mejor que Dios ha hecho : un día después del otro »	RAMON SENDER	57

Bellas artes

Arte « otro » y protesta	K.A. JELENSKI	63
--------------------------------	---------------------	----

Crónicas

Venezuela hace su reforma agraria	VICTOR ALBA	72
Lecciones de las Américas	AQUILINO DUQUE	76
Estados Unidos : consecuencias de la guerra fría	WILLIAM PHILLIPS	79
<i>Balcón de París</i>	DAMIAN CARLOS BAYON	83

Libros - Revistas - Colaboradores

Documentos - Correspondencia

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

MARIANO PICÓN-SALAS

Hombre, angustia e Historia

Un hombre con un saco de huesos

BUSCAR en el más remoto pasado que se pliega y arruga en las capas geológicas, en los primeros huesos humanos u hominianos revueltos con las más viejas piedras, no sólo la historia de la vida sino el problema de que ella avance hacia una dirección, hacia un « punto omega » esperanzado y perfectible, fue la gran hazaña del Padre Teilhard de Chardin. Su vida y obra (1881-1955), fueron de las más fecundas y significativas, desde el punto de vista espiritual, que conociera nuestra época. Su gloria y su discusión apenas están comenzando. Aún no se aplacan las polémicas en torno a su nombre, pero ya se le reconoce como un Tomás de Aquino del siglo XX, capaz de acercar en nueva y distinta « Summa » lo que desde el tiempo de Descartes parecía roto o escindido en el pensamiento europeo : los datos, instrumentos, leyes y relaciones de que el hombre dispone para explicarse el mundo con un sentimiento de trascendencia, de fin y esperanza de la aventura humana que en último término se llama Religión. El Padre explica que cuando el sabio observa y ordena los datos de su investigación, tiene el objetivo superior de ligar todos los hechos entre sí, de establecer o restablecer la unidad de la vida que es como sorprender el secreto de Dios. Su mística y apologética es sólo la última razón de su sabiduría. Los datos científicos fueron tan escrupulosos co-

mo para que también los acepten los agnósticos. Así como Santa Teresa buscaba a Dios entre « los pucheros » de su cocina conventual, el Padre Chardin creía que también podría encontrarle en los laboratorios de una Escuela de Ciencias, y aun entre la mejor sociedad de los llamados he-rejes. ¡Qué fervor y tolerancia universal nos ofrece su pensamiento!

El evolucionismo que él aceptó y completó, la extraña línea que desde los primates y la más lejana edad de los hominianos condujo al « homo sapiens », le daba el ejemplo de una progresiva conciencia cósmica. Aun en las sagradas escrituras se decía que el mundo no se hizo en un solo día, y al último día, el del hombre y de la conciencia, se llegó después de millones de años. Pero acaso —y esta es la novedad del Padre Chardin— el día del hombre apenas está amaneciendo en el horizonte de la Historia. A pesar de las catástrofes y colisiones que comporta el proceso, podemos tener fe en lo que el hombre, ese recién llegado al inmenso mundo de la vida, aún es capaz de hacer. Para el reino del espíritu —es su esperanza— estamos en un momento temprano de la creación. Y tampoco entre nuestra materia y nuestro espíritu hay esa frontera que se empeñaban en marcar todas las filosofías dualistas. Son propiedades de una misma cosa ; formas unificadoras de la totalización. La Biología se sumerge en el más variable río de la Historia. Bergsonianamente diríamos que la dimensión del

tiempo está en la conciencia de quien lo mide.

Auvernés como Pascal, nacido en esa vieja tierra volcánica de Francia que guarda las grietas y hendiduras de un plutonismo milenario, semeja parecerse no sólo en la capacidad percibidora sino en el fuego interior, en el desvelo del alma. Y a veces cuando no escribe sobre Paleontología o Prehistoria comparte la vicisitud o el dolor del hombre en prosa casi pascaliana. Si Pascal no fue sólo un gran escritor, sino uno de los creadores de la Física y la Matemática de la Edad moderna, el Padre Chardin ha sido después de Darwin, completándolo y ampliándolo, uno de los definidores de lo que en el lenguaje de sus libros llama el « fenómeno humano », capítulo primordial de toda Biología. ¡Y qué pascaliano es, asimismo, el combate contra la ortodoxia demasiado literal y demasiado rígida de algunos de sus superiores que temían que su Ciencia y el libre ardor de su trabajo le precipitaran en peligroso camino herético! Del más desgarrado acento es la carta que ya en su vejez —en 1951— escribe desde África del Sur al general de los jesuitas, defendiendo contra la intriga y la calumnia su fe de cristiano. Quiere que todos entiendan que si estudió las Ciencias con la más seria objetividad es porque su vida espiritual estuvo siempre dominada por el « sentimiento de la realidad orgánica del mundo » y pretendió encontrar el sentido de « una convergencia general del Universo ». Cristo, la palabra de Dios, la palabra de la redención y de la esperanza estaban para él al término de una larga evolución de nuestra especie ; eran el « punto Omega » de una hazaña de la vida conquistando la Conciencia. En su final Teología el « espíritu de Dios no estaba separado del espíritu de la tierra ». A nuestra vista, ante el testimonio del hombre de ciencia, esa Unidad podía percibirla en « las formidables dimensiones nuevamente halladas de lo real experimental ».

¿Por qué ha de ser heterodoxo creer que el mundo se ha ido creando en larga serie de etapas biológicas, las formas superiores más complejas proceden de las rudimentarias, y el hombre —este habitante tardío— influye en el inconcluso proceso de perfeccionamiento y de cambio? En la Teología y yo diría en la Biología del Padre Char-

din, ni Dios, ni la Vida, ni la Conciencia reposan después de « hacer », en el contento de las formas logradas, y desde los huesos y el tosco raspador de piedra que dejó el hombre paleolítico hasta la poesía de Shakespeare y la más compleja estructura de la técnica moderna se marchó en dirección progresiva ; se subieron otros escalones de la serie. Para esta nueva Teología —si así puede decirse— el cielo no está tan separado de la tierra, ni la trascendencia de la inmanencia, y el hombre es colaborador de Dios. Se le dio la tierra y debe ordenarla y gobernarla. Todavía no sabemos cuántos secretos y fuerzas ha de extraer de la vida y de la materia. Quizás no ha aprendido a conocer todo lo que contiene el mundo y cuánto desprenderá de sí mismo. Adán no ha hecho el inventario del jardín del Edén. La historia de nuestro pasado sólo es prólogo e indicio de un destino cósmico.

Y el Padre Chardin lo estuvo buscando con su martillo de geólogo, su visión de prehistoriador, sus manos clasificadoras a través de un agobiante periplo de sabio en las zonas más desconocidas del planeta. Si la Sorbonne le había enseñado la Ciencia y la Tolerancia, la primera guerra mundial, en la que fue soldado y « camillero » en los campos de Verdun, ensanchó en sensibilidad su experiencia humana. Los marroquíes con quienes se confunde en el Cuarto regimiento de zuavos y fusileros y cuyos cuerpos heridos auxilia en las camillas del convoy, le llaman « sidi marabout », que en su lengua es palabra dulce para el camarada y el amigo. Y aprende allí también el sereno coraje con que en sus dos grandes expediciones asiáticas por Mongolia, Turquestán, el desierto de Gobi, llegando hasta la Siberia, resiste el hambre, la sed, la soledad, y en aquellos años de gran agitación revolucionaria en el Oriente, la pequeña caravana sufre el asalto de bandidos y guerrilleros. Son tiempos de tormenta política en el Asia Central ; luchas de provincias contra provincias, de caudillos contra caudillos, de comunistas contra anticomunistas, de japoneses contra chinos, y el Padre Chardin, que ya es una de las autoridades mundiales en Prehistoria, que ha encontrado las huellas de los primeros « sinantropos » en las capas de « loes » y las estratas agrietadas del desierto, meditará so-

bre las otras mutaciones y revueltas del ser histórico. ¡Qué lástima —dirá alguna vez— que los hombres en su corta vida, contrastándose con los millones de años que precedieron su aparición, no hayan aprendido aún a estar unos al lado de los otros, y no en contra de la humanidad como en el desperdicio y horror de toda guerra!

Por el momento —en esos días de 1923 a 1936 en que se cumplen sus mayores expediciones asiáticas— el Padre Chardin no es más que un investigador tenaz y absorto, llevando a través de las estepas y valles chinos sus sacos de huesos fósiles y reconstituyendo el trabajo de aquellos primeros hominianos, ya industriosos, que debieron de vivir en las tierras que emergían del último terciario. ¡Y qué relación tenían con los otros « pitencatropos hominianos » de Java y la India era lo que quería leer en las estratas! Pero como además de paleontólogo es un místico y un pensador, descubrir con la larga evolución de las especies la más sutil evolución de la conciencia, y dar para las gentes del siglo XX una difícil « Summa » del hombre como Santo Tomás quiso hacer la « Summa » de lo religioso, es su casi desesperado designio. Y si de este pasado, del proceso histórico continuando el proceso biológico puede señalarse una dirección para la humanidad ; si tanta vida no fue sólo dispendio de materia y energía, colecciones de huesos y tumbar, será su pregunta de filósofo y moralista. Por eso un sociólogo como Gaston Berger, que ha llevado a las ciencias sociales en Francia la nueva disciplina de la « Prospectiva », es decir de una posible aceleración de la Historia buscando desde nuestro presente los datos razonables para planear el porvenir, ve en el Padre Chardin uno de los precursores del estudio y proyecto que puede hacerse del futuro humano. Vamos a exprimir de un coloquio con sus libros, a la vez precisos y férvidos, una enseñanza que nos sirva a todos.

Hombre y Biología

La originalidad del Padre Chardin no consiste en que haya conciliado su fe cristiana con la teoría de la evolución de las especies (ya en su tiempo se aplacaban las polémicas del siglo pasado entre la Iglesia

y los evolucionistas, y el dogma se tornó más tolerante), sino que fijara con genio lo peculiar del proceso. Y frente a lo que los físicos llaman la Entropía, es decir la ley de degradación y tendencia a la uniformidad de la energía, lo propio de lo biológico es la complejidad de sus combinaciones. Por una ley de « corpusculización » los elementos se unen no para fundirse en lo homogéneo, sino para diferenciarse en individualidades más elevadas y definidas. Sería obvio probar que el hombre de hoy tiene más capacidad inventora que el primer hominiano « faber » que en India o en Java, en la turbulenta frontera geológica entre el terciario y el cuaternario, comenzó a tomar posesión del Universo. Y la ley de « corpusculización » engendra otra de « complejidad-conciencia », según la cual los elementos uniéndose en individualidades superiores exaltan su interioridad, se convierten a sí mismos en centros de acción y de reacción, perciben y acceden a lo reflexivo. Según la hermosa metáfora bíblica, la pelota de barro de que se había formado el hombre, despertaba a la vida del espíritu. ¡Y qué bello mito forja en las cosmogonías de todos los pueblos esta aparición del hombre dotado ya de conciencia, sustituyendo al animal monstruoso, o robando a Zeus —como Prometeo— la luz y el fuego de su secreto! La evolución en esa etapa, prosigue entonces por lo que el Padre llama « neogénesis » ; la conciencia engendra conciencia, y el hombre partícipe de la creación del Universo, comienza a dar a la vida una dirección y destino.

Si para todo lo que rodea a lo viviente el geólogo Suess había empleado la palabra « biosfera », el Padre Chardin llama con un vocablo nuevo la otra capa pensante, la herencia espiritual que configura la historia y que es para el medio humano tan activa y explosiva como pueden ser las bacterias en lo puramente biológico. Denomina « noosfera » esto que el espíritu agrega a la naturaleza ; no un espíritu disociado, sino integrado en el cosmos. Imagina con lenguaje de poeta que si desde fuera de la tierra se mirase a nuestro planeta, parecería revestido no sólo con el verde y azul de los océanos y las plantas y la llaga de las erosiones, sino también con la luz del pensamiento. La vida primera fue —siguiendo

el símil— « la oscura púrpura de la materia », pero en la inmensa duración de los tiempos prehistóricos brotó también « el oro del espíritu ». Y « yo no sé por qué los geólogos —escribía el Padre— consideran todas las esferas concéntricas de que se formó la tierra, excepto una : la formada por la capa humana pensante, y quienes se interesan por el hombre son habitualmente extraños a la Geología. Sería necesario juntar estos dos puntos de vista ». Y en la evolución, compleja y diversificada de la conciencia, desde el primer hominiano « faber » hasta Shakespeare o Mozart, se acentúa lo que el poeta llama la « blanca incandescencia de la personalidad ». « Lo personal —escribe— es el estadio más alto desde el cual se nos permite asir la tela del Universo. » El mundo del Espíritu es un mundo de « personas ». El hombre imprime la huella de su aventura y sus sueños en la evolución cósmica. Y en ella se traza —como veremos al estudiar el pensamiento histórico del Padre Chardin— el derrotero de un futuro, o como diría Gaston Berger la posibilidad de una « Prospectiva ».

En el mundo de la vida, la aparición del hombre fue la más extraordinaria y reciente emergencia y en él se concentraron cuatro propiedades incomparables : extraordinario poder de expansión, extrema rapidez de diferenciación, persistencia inesperada de la capacidad de germinación, y enlace de las ramas en el seno de un mismo haz. « Hecho zoológico sorprendente, en el hombre se refunde, a partir del fin del terciario, el principal esfuerzo evolutivo de la tierra. En el hombre, la vida, desde el plioceno, concentra (como un árbol hacia su copa), lo mejor que le queda de savia. En el curso de los dos últimos millones de años, si podemos observar una multitud de desapariciones, ninguna realidad nueva, fuera de los hominianos, despierta en la naturaleza. Por sí sólo este hecho sintomático debería atraer nuestra atención y despertar nuestras sospechas. » O siguiendo nosotros la metáfora bíblica, el hombre fue la última creación, y después de ella Dios descansó. Biológicamente la « hominización » parecía una « mutación diferente de todas las demás, en su desarrollo ».

Inicia, pues, el hombre un dominio o compartimento nuevo en el Universo : la

esfera de lo reflexivo. Siguiendo la línea de los antropoides « hominizados », la onda de complejidad-conciencia penetró la tierra. « Y franqueado este paso, el proceso continúa difractándose en haz complicado de radios más o menos divergentes : las diversas radiaciones zoológicas del grupo humano. De acuerdo con una propiedad primaria y universal de la materia vitalizada, estas radiaciones zoológicas que se propagan en un medio psíquicamente convergente, manifiestan la tendencia a acercarse y soldarse entre ellas. Así nace, en una atmósfera —si no por efecto de socialización—, el grupo eminentemente progresivo del *homo sapiens*. » Y el fenómeno humano acarrea con « la asociación en simbiosis, bajo relaciones psíquicas de los corpúsculos histológicamente libres » que ya se observa en las colonias animales, otra tendencia a la personalización. En ninguna esfera de la vida orgánica existió el individuo aislado ; el salvaje nació en un grupo de salvajes, pero el fenómeno de « complejidad-conciencia » acrecienta en el hombre, al mismo tiempo, la personalización. Lo « étnico-social » unifica el conjunto e integra lo que el Padre Chardin llamó la « noosfera » o esa « capa pensante » bajo la cual se desenvuelve la peculiar aventura humana. El antropoide que se tornó « *homo sapiens* » difiere de cualquiera otra familia zoológica en que es ubicuo, engendra él mismo por « antropogénesis » nuevos caminos de evolución ; no sólo tiene presente y pasado, sino que —como quiere demostrarlo el Padre Chardin— puede preparar el porvenir.

Último llegado al reino de la creación, toca al hombre gobernar y dirigir una inmensa herencia de vida. Su juventud, contrastada con los millones de años de la materia, le promete una empresa —que según el vaticinio del jesuita francés— acaso ahora sólo está comenzando.

Angustia e Historia

¿Es posible desprender del pensamiento del Padre Chardin, una Filosofía de la Historia, una dialéctica de la vida que sirva para las angustias, tensiones e incógnitas en que se debate el hombre actual, y combine esa doble corriente de « socialización » y

« personalización » que según su lenguaje es lo propio del « fenómeno humano »? ¿O marchamos desde las tinieblas de la Prehistoria a una meta siempre perfectible de la conciencia? Contra el optimismo que tuvo la Filosofía de la Ilustración y en gran parte la del Romanticismo, desde la segunda mitad del siglo XIX el pensamiento histórico europeo empezó a poblarse de perplejidad y de miedo. O, trazando paralelos entre la nuestra y otras épocas históricas, veáse en el llamado progreso humano síntomas graves de decrepitud y de crisis. La oronda civilización industrial no podía soldar sus propias contradicciones. Las guerras se tornaban más crueles, y entre los nuevos inventos del hombre-Prometeo superabundaban las armas de destrucción y de muerte. La prosperidad de la industria a veces se edificaba sobre la explotación y miseria de los pueblos coloniales, en la feroz carencia de productos y trabajo misérrimo, en tierras de África o de Asia. O mejorando los procedimientos técnicos y la eficacia de las máquinas, la industrialización europea sumía en una labor monótona, mal retribuida y sombría, inmensas masas obreras, o peor que eso, las condenaba al desempleo. Después de la primera revolución industrial las muchedumbres de las grandes urbes capitalistas parecieron —en nombre del liberalismo económico— más desamparadas, rencorosas y sórdidas que aquellas del faubourg Saint-Antoine en París que en 1789 habían marchado a derribar la Bastilla. Los derechos políticos no se integraban en los derechos sociales. Junto al egoísmo de la burguesía caricaturizada por Daumier hace cien años, la proletarización de grandes masas urbanas a quienes Marx quiso imprimir un destino de arcángeles vengadores. La « proletarización » no sólo desde el punto de vista económico, sino espiritual, era una grave enfermedad de la cultura. « El rencor de los oprimidos se juntaba con el rencor de los señores », escribió alguna vez Nietzsche.

E historiadores como Burckhardt en 1870 y Spengler en 1920 advertían, contra los antiguos propagandistas del progreso, el cáncer interior que a pesar de los alardes de opulencia y de fuerza, empezaba a corroer la civilización. ¿Se iniciaba para la humanidad un período como el que siguió en

Roma a las empresas agotadoras del Imperio, en aquella turbia decadencia de formas y unidad espiritual, cuando después de Marco Aurelio el mundo romano comenzó a reventar de sus propias conquistas, de la hinchazón de su soberbia; cuando ya en los arcos de triunfo se inscribía el melancólico cortejo de los cautivos de hoy, que serán los destructores de mañana; cuando al sereno estilo del viejo clasicismo lo sustituía —a partir del siglo III— el falso gigantismo del arte imperial? El libro de Burckhardt sobre Constantino el Grande y las *Reflexiones sobre la Historia Universal* que siguen a la guerra franco-prusiana de 1870; parecen dar ejemplo y advertencia a los nuevos días de implacable capitalismo e implacable proletarización, que emergían en el horizonte histórico. Y no era para el método comparativo de Burckhardt ninguna solución bonancible esa especie de socialismo o capitalismo de Estado completamente compulsivo, destructor de la persona, a que Roma llegó, con las diferencias y limitaciones de su técnica, en los días de Diocleciano. Si para salvar el mundo entonces, para crear una « ciudad de Dios » —ya que no era posible una armoniosa ciudad terrena— surgió el Cristianismo, los aficionados a la comparación dirían que en nuestra edad se les ofrecía en el vaticinio de Marx la promesa de un « tercer reino » comunista. ¿Era Marx el anti-San Agustín de una época que se tornaba anti-cristiana? Pero para alcanzar la gloria de ese nuevo tercer reino había que pasar, apocalípticamente, por el valle de Josafat de una revolución, donde los oprimidos pueden trocarse en los nuevos opresores. ¿Y es sólo una clase social la que debemos salvar, exterminando a las otras, estableciendo la igualdad por disminución, o requerimos también una más difícil revolución de la conciencia para establecer la concordia y equilibrio humano? Si en el ajuste de cuentas de la historia inmediata, Marx concebía que la clase sufriende aniquilase inexpiablemente a la que la hizo sufrir, Nietzsche invocaba el vengador utópico ya no contra una clase, sino contra un sistema de valores. Con la eterna nostalgia romántica alemana, Nietzsche conjuraba, en la imagen de un nuevo sacrificador de monstruos, al superhombre que restablecería el heroísmo y la belleza. Cómo

armonizar en la sociedad el doble impulso de « socialización » y « personalización », de justicia y libertad creadora, parecía el mayor problema de la época. En el graso mundo de fines del siglo XIX —de burguesía abusadora y de mercados repletos— ya se invocaba una especie de salvación por el furor, y los anarquistas de entonces iban a estallar con sus bombas junto a los carruajes de los príncipes, los grandes duques y los primeros ministros. Pero lo que parecía aún tema literario en 1890, torna a hacerse terriblemente vigente cuando después de la primera guerra mundial emergen los totalitarismos europeos.

En su gran « summa » de culturas, con audacia y fuerza de poeta, Oswald Spengler aplicó a la Historia que estábamos viviendo el símil de los ciclos estacionales y anunció el enrarecido tiempo invernal. Soportar con coraje la tormenta que viene ; salvarnos un poco por la desilusión, ya que no podemos hacerlo por la esperanza, era la moraleja spengleriana. Como otras culturas, la nuestra iba a morir de cesarismo, violencia y « masificación ». Admirábamos las grandes urbes en que cristalizó la fuerza, riqueza y derroche del capitalismo, sin ver que en ellas, en la soledad de millones de seres, en las plebes alógenas sin unidad y destino común, desaparecía lo verdaderamente creador. Como en Roma bajo los peores Césares, se volvería a pedir pan y circo. El comercio o el Estado policial se apoderan entonces de la Cultura y apenas advertimos su decadencia en el « colosalismo » o falso esplendor de las propagandas. Desde 1920 Spengler parecía escribir un capítulo anticipado de lo que ocurriría en Alemania trece o catorce años después. Pero en la periferia del hasta entonces dominante mundo europeo iban a acontecer otras cosas, como la rebelión sombría de los pueblos coloniales, esa gran marejada de oprimidos y olvidados, contra la soberbia de los opresores, que suele ser la escena final de todo ciclo histórico. El pánico y letargo de los espíritus se prolonga después por siglos ; la muerte es larga y dolorosa, hasta que en distintos pueblos y latitudes despunta el « símbolo primario » de otra cultura, y los nuevos jefes bárbaros nacidos en la periferia provincial de los imperios deshechos, erigen sobre las ruinas y los palacios vacíos

—como lo hizo Constantino— el signo de una nueva cruz. Prepararse para un tiempo de horror —teológicamente el del Anticristo— era lo que aconsejaban algunos vaticinadores de la Historia.

La « circunstancia » mundial entre las dos grandes guerras del siglo con las diáporas y cautiverios de poblaciones enteras, genocidios y campos de concentración, influía sobre las literaturas y filosofías de la época. Por primera vez desde el Humanismo y el optimismo iluminista con que nació la Edad moderna, el hombre se preguntaba si la vida tenía salida o dirección ; si es sólo nuestro asco o nuestra angustia lo que nos personaliza ante la indiferencia del mundo y nos movemos ante los hechos como los personajes de Kafka, entre una sucesión de laberintos.

Ya veremos cómo el Padre Chardin, que padeció como todos los hombres de su tiempo de la confusión y amargura que ofrecía el siglo —en las trincheras de Verdun, en el pálido cortejo de las multitudes asiáticas, aventadas por guerras y revoluciones ; en los fanatismos totalitarios de Europa— buscará en una visión cósmica del destino humano el signo de esperanza que parecía oscurecido. Las torpes tiranías que azotan el mundo —comenta en una admirable carta del mes de octubre de 1936— han olvidado « las energías progresivas de la tierra », desconocen, además, la síntesis que debe hacerse entre « universalismo y personalismo ». Los « fascismos —agregaba—, no ven otra esperanza que retrollevar al hombre a los días del neolítico ». Y para un espíritu religioso como el suyo, en el desorden y desprecio de nuestra época, olvidamos también que es el amor « la única fuerza que hace que las cosas se unifiquen sin destruirlas ». ¿Es que los césares totalitarios del siglo se vengaron en sus pueblos de su incapacidad de amor? Pero ya en ese momento el geólogo, el paleontólogo, el biólogo que lo es en alto grado el sabio francés, está pensando en una nueva ciencia humana sintética y unificadora que guíe la evolución y que se atreva a leer, preparar y descifrar el futuro. Qué acontecerá, y cómo prepararemos mejor los próximos cincuenta mil años, es una pregunta que de puro audaz y alucinante merece la preocupación de un pensador y un filósofo.

Punto Omega

Para un espíritu profundamente religioso como el del Padre Teilhard de Chardin, el « punto Omega » a donde por convergencia se dispara la vida no es otro que Dios, y en Cristo —el Dios encarnado, copartícipe del dolor de los hombres— ve un símbolo y postrero destino de la Historia. Pero no nos adelantemos a juzgar esta última frontera mística de su pensamiento con la sonrisa y desparpajo incrédulo de cualquier Monsieur Homais, enemigo personal de los clérigos y rebelde a toda Teología. Hombre de fina tolerancia intelectual, conocedor como pocos de las más variadas disciplinas de la Ciencia moderna, el Padre Chardin había dialogado en más de un inolvidable debate parisiense con marxistas, fenomenólogos, existencialistas ; había meditado no sólo en la evolución de las especies y en el hombre prehistórico, sino sobre el quehacer humano en un tiempo tan revuelto como el que le tocó vivir, y nos estaba pidiendo que para este epílogo místico de su Filosofía tuviésemos la misma atención comprensiva que él concedió a sus contrincantes y adversarios. Su sabiduría quiere hablar también a los agnósticos, y fuera ya del plano religioso anhela mostrarnos cómo se ha cumplido la evolución y qué esperanza puede deducirse de una experiencia de milenios. Si al final de su vida pronuncia con dulce nostalgia el nombre de Cristo, y traza un « más allá de la Ciencia » para el cual le sirve el nombre cristiano, es porque según él, cada época podrá interpretar con creciente conciencia la enseñanza de amor unificador que asocia al cristianismo. No evadiéndose del mundo para llegar a la disolución del ser —como en las místicas orientales—, sino poseyendo la tierra, sirviéndola y dirigiéndola en provecho del hombre, es como su religiosidad activa se encuentra con Dios. « Construir la tierra es uno de los primeros deberes humanos. » Y en su final contemplación religiosa, el albedrío y libertad que Dios deja al hombre es para que concluya de « hacer el mundo ». (Los marxistas podrían comparar este pensamiento del Padre con aquel de Marx de que el hombre vino al mundo no sólo para explicárselo, sino para transformarlo.) Eso sí que ese « cambio del mundo » procede de la

evolución progresiva de la conciencia, por fuerza de amor que no destruye sino concilia y unifica. En la marcha de las sociedades humanas, las dos tendencias : la de la « socialización » o la de unificar los grupos, y la de « personalización » necesitan integrarse. ¿Y no ha sido el reciente y trágico disparadero histórico el de un anárquico liberalismo que escindió al individuo de la sociedad, y de un compulsivo totalitarismo que olvida la persona?

Su religiosidad —última etapa de una meditación sobre el hombre— desprende la idea de Dios de este « sentido de la tierra » que « revela a cada uno que existe una parte de sí mismo en los otros y hace aparecer un principio de afección universal en la conciencia del mundo en progreso ». Dios se unificaría en todo, se reflejaría en todo, como la luz del sol « aun en los pedazos del espejo quebrado ». Él, parte de la tierra misma y no escindiría —como en los viejos dualismos— el cuerpo y el espíritu. La hazaña del hombre para buscar a Dios no es su fuga y escape de este mundo —como en las místicas orientales—, ni de un « valle de lágrimas » de los ascetas más desengañados, sino comienza con el dominio y aceptación de lo terrestre ; de esta parcela que se le dejó al hombre para que la cultivara y fecundara ; de su participación en una obra grandiosa de evolución cósmica. La compara el Padre con una travesía, con la nueva jornada que debemos ganar cotidianamente. ¿No era la metáfora del sabio caminador que vencía grandes espacios, tocaba y exploraba muchos suelos (Mongolia, el desierto de Gobi, Siberia, Java, África del Sur) para atar los tiempos desde que los primeros antropoides se pusieron a caminar, avanzaron hasta el « homo faber » y hasta nuestro ya muy complejo, universalizado y especializado « homo sapiens »?

Pero también los que rechacen su pensamiento religioso, verán en la obra del Padre Chardin una de las aventuras intelectuales más fecundas y esperanzadas de nuestra época, y otra filosofía de la Historia que puede oponerse a la de los pensadores apocalípticos. Por una fuerza ínsita a la vida humana —lo que él llama el fenómeno de la « complejidad-conciencia »— el hombre ya no fue sólo fruto tardío en la

evolución biológica, sino que participó como actor y modificador en el drama terrestre. La conciencia colectiva completó la

« Junto a los católicos que se afanan por dar razón psicológica, histórica, metafísica y teológica de la desesperación y la angustia de nuestro tiempo, otros han procurado discernir y entender cristianamente las oscuras posibilidades del tiempo futuro, o —con mucha más osadía— cristianizar todo lo verdadero y todo lo hipotético que hay en la concepción evolucionista del cosmos. A la cabeza de estos últimos se halla el padre Pierre Teilhard de Chardin (...). No debo exponer aquí el pensamiento del padre Teilhard de Chardin : me limitaré a decir que pretende ser una descripción científica de la evolución del cosmos, desde el átomo originario hasta la Parusia. ¿Cómo debe ser juzgada científica, filosófica y teológicamente la tesis de la convergencia de toda la realidad del universo, comprendida la 'noosfera', esto es, el orbe del espíritu humano, en un 'punto omega', al que se declara 'suprapersonal'? ¿Qué pensar de esa predicción de nuestro autor, según la cual la Religión y la Ciencia, concebidas como 'las dos caras o fases conjugadas de un mismo acto de conocimiento', llegarán a fundirse en el futuro, para dar cuenta de todo el curso de la evolución cósmica? ¿Cuál debe ser la actitud del católico ante esa consideración del 'movimiento cristiano' como el desarrollo de un phylum, al término del cual, Cristo, más o menos identificado con el 'punto omega', realizaría sobrenatural y evolutivamente la apokatástasis o 'reconstitución' y la anakephalaiosis o 'recapitulación' de todas las criaturas? No soy yo el llamado a contestarlo. Puedo, en cambio, decir, sin temor a que se me contradiga, que nunca la comprensión cristiana del optimismo evolucionista ha sido más ambiciosa, profunda y abarcadora. El tiempo irá diciendo lo que de ella ha de perdurar. »

P. LAÍN ENTRALGO : La espera y la esperanza.

« biosfera » con una « noosfera » ; un ámbito y herencia espiritual, progresivo y cambiante, que es el escenario de la Historia. Por ese cambio en la « noosfera » —infinitamente más rápido que la evolución biológica— la concepción del mundo del Padre Chardin es diametralmente distinta de la que pudo tener Aristóteles. La aparición del hombre en el proceso de la vida y la historia, origina una « neogénesis », y la tradición y el esfuerzo humano forjando grupos sociales, amaestrando a la naturaleza, inventando técnicas, desenvuelven a su vez la « antropogénesis ». Se dilata, en una palabra, el campo de la conciencia creadora. ¡Qué enorme distancia y horizonte espiritual, separan al primer hominiano « faber », de Goethe o de Beethoven! En el proceso histórico, combaten y se penetran esas dos fuerzas de « socialización » y « personalización », y en cuyo equilibrio radica el mejor secreto de nuestro destino antropológico. Si predominase únicamente la « socialización » los grupos humanos hubieran evolucionado como colonias de termitas u hormigueros, y por contraste el individuo aislado se esterilizaría en el confinamiento incommunicable. No sólo los héroes —como decía Carlyle— hacen la Historia, pero también la hacen (o el ámbito mental en que el hombre se mueve parece distinto cuando lo fecundan) los grandes visionarios que con su acción y pensamiento prepararon el porvenir. Toda evolución en lo biológico y espiritual es irreversible, y una vez lanzado el proceso no se detiene. ¿Es extraño, por eso, que un espíritu religioso como el del Padre Chardin inquiera si la convergencia al futuro se dispara hacia un « punto omega », hacia una meta teológica, crecientemente perfectible? Es la imagen de un Dios no separado del mundo, sino inmerso en él, marchando con él, en el caudal de los tiempos.

Y artífice y transformador del mundo, actor de la evolución por « antropogénesis », al hombre se le ofrece la tarea alucinante de prever lo venidero. Esta visión del futuro —que ya se le pide a la Historia— es otro grado de avance en la fuerza de « complejidad-conciencia ». Demasiado joven en la vida de la tierra, último venido a la creación, la historia del hombre apenas está comenzando y los cincuenta o cien mil años

de los primeros hominianos faber y los seis mil de las primeras monarquías y ciudades, Estados de Egipto y Caldea, son sólo un segundo —un papiro, un templo y una esfinge en el desierto— comparados con los millones de la prehistoria cuando el planeta estaba casi solo, emergían los continentes y empezaron a brotar los monstruos. Pero en toda Mitología hay el Heracles o el Gilgamesch que pone orden en el furor del mundo, descabeza la hidra y las fieras salvajes, y hace más bonancible el « habitat » humano. « Nos gusta vivir » —dice el Padre, cuya religiosidad se fija en la valerosa aceptación de la existencia y no en el llamado a la muerte— y este « gusto de vida » infunde un vigor propulsivo al proceso de la evolución. Sin semejante amor vital, nuestra especie se iría degradando por la ley de entropía que se aplica a los fenómenos físicos.

« Yo voy hacia aquel que viene », había escrito orgullosamente el Padre Chardin en unas notas íntimas, pocos días antes de su muerte. La visión o preparación del porvenir le parecía, con el ejemplo de la evolución biológica y de la más compleja evolución espiritual, un problema indeclinable que ya se estaba planteando a las Ciencias en nuestro tiempo ; la síntesis audaz de lo que podría ser un programa antropológico. De nada serviría la Ciencia si no ayuda al hombre en la penosa búsqueda ; si no le ilumina en el paso de todos los laberintos. En los días más afligidos de la segunda guerra mundial, perdido en China, sin saber de los suyos, y qué sería bajo el furor nazi su dulce tierra francesa, dijo estas palabras reveladoras : « En la raíz de las revueltas mayores en que las naciones se han lanzado hoy, distingo los signos de un cambio de edad humana. Querámoslo o no, la edad de los « pluralismos tibios » ha pasado definitivamente. O bien un solo pueblo llegará a destruir o a absorber a los otros, o bien los pueblos se asociarán en un alma común a fin de ser más humanos. Si no me engaño, es la alternativa planteada por la crisis presente. Que bajo el choque de los sucesos, la pasión de unir se ilumine en nos-

otros, y cada día más ardiente, frente a la pasión de destruir. O que los pueblos que nos combaten reconozcan que les resistimos, porque podemos aportarles lo que han buscado en vano. » Y haciendo en 1948 una síntesis de todas las conquistas que había logrado la teoría de la evolución desde los días de Darwin, perfilaba mejor su pensamiento histórico :

« Una fresca y nueva etapa de la Evolución general comienza actualmente con el hombre. Pues no sólo el hombre en la Evolución se hace consciente de ella misma (Julian Huxley), sino que el hombre (en la medida en que descubre socialmente el procedimiento científico de orientarse hacia la ultra-reflexión), la Vida da un salto hacia adelante bajo un poder apreciable y creciente de autotransformación. Si aceptamos esta perspectiva, una era nueva comienza visiblemente para la Antropología. Hasta ahora esta ciencia se había considerado grosso modo como pura y simple descripción del hombre pasado y presente, individual y social. En lo sucesivo, su principal eje de interés debería ser guiar, promover y operar la evolución humana hacia adelante. Los neobiólogos olvidan, a menudo, que subyaciendo en las reglas variadas de la Ética, la Economía y la Política, se hallan inscritas en la estructura de nuestro Universo ciertas condiciones generales e imprescriptibles de crecimiento orgánico. Determinar —en el caso del hombre— estas condiciones básicas del progreso biológico debería ser el campo específico de la nueva Antropología : la ciencia de la Antropogénesis, la ciencia del desenvolvimiento ulterior de la humanidad. »

Así el Padre Chardin presenta no sólo una « perspectiva », sino una « prospectiva » del hombre que —como lo ha notado Gaston Berger— ofrece la más esperanzada fecundación del pensamiento histórico y social de nuestro tiempo. Imprimir cada vez mayor conciencia en el proceso de la evolución, ¿no es —como vencer el espacio— uno de los desafíos más prometedores que se hayan planteado al quehacer humano?

ANTONIO STEMPER PARIS

Viejo y nuevo cesarismo

NOMBRAR A VENEZUELA —desde que existe como Estado soberano— es casi lo mismo que decir *dictadura*. Ostentamos el raro privilegio de conocer casi todos sus estilos : desde « la dictadura necesaria », envuelta en el pabellón de la emergencia nacional, que recuerda un poco las de la República romana y a algunos de los « leaderships » del corriente siglo, hasta la dictadura policial —sangrienta y corrompida— que atropella las instituciones y pisotea todos los derechos. Entre el año de 1830 y el final del siglo XIX, se suceden las revueltas civiles y los gobiernos « fuertes » de cuatro o cinco generales. Unos son señalados como *godos* y otros se autodenominan *liberales*. Unos hacen gala de su nepotismo y otros de un regionalismo igualmente primitivo. Casi todos dan prueba de su morbosa afición por los dineros públicos y ninguno ejerce su predominio en períodos menores de diez años. Páez —con el prestigio que le dio la guerra de Independencia— fue quizás el más benigno y el que menos daño causó a la moral pública de sus conciudadanos. Gobernaba como un padre severo, a prudente distancia, hasta con cierto respeto por las instituciones republicanas y sin lesionar las arcas públicas. Pero Monagas, el mayor de los dos hermanos, fue ya otra cosa. Se decía liberal y pisoteaba sin ningún pudor los principios democráticos, las leyes, las instituciones de la República naciente. Más tarde Guzmán Blanco —*el Ilustre Americano*— vino a ser para la revolución federal

lo que Napoleón I para la revolución francesa : se supone que consolidó las conquistas sociales del federalismo... Fue un déspota ilustrado, anticlerical, librepensador, constructivo, progresista. Importaba de Europa las normas jurídicas, las recetas de cocina, las obras de arte. Luego vino Crespo, la antítesis del Ilustre criollo : campechano, inculto. Después de Páez fue quizás el menos oneroso de nuestros hombres « fuertes ». Lo mataron de un balazo, en una emboscada, mucho antes de que pudiera concluir « su obra »...

Pero para nosotros los venezolanos, los primeros cincuenta y siete años del siglo XX significan el perfeccionamiento de los métodos y modalidades de la dictadura. Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez y Pérez Jiménez cubren medio siglo de la peor especie de opresión colectiva que pueda imaginarse. En ellos se acumulan todos los vicios del gobierno despótico : la codicia desenfrenada, la ignorancia, la inmoralidad, el regionalismo estrecho, el provincialismo, la ausencia de visión histórica y de nacionalismo constructivo, y, por encima de todo ello, el más absoluto desprecio por la persona humana y por las instituciones y principios democráticos.

Cuando, al fin, en enero del 58, Pérez Jiménez es derribado del poder, nuestro balance social, económico y político ofrece un aspecto lamentable. En lo económico —para comenzar por lo más evidente— los datos son precisos : deuda, a corto plazo, de 4.500 millones de bolívares (unos 1.500

millones de dólares) ; pésima distribución de los ingresos, tanto por regiones, como por sectores de la población (1) ; dependencia económica, casi exclusiva, del petróleo ; mala dirección de las inversiones públicas (en obras suntuarias, improductivas y desproporcionadas). Y para completar el cuadro, ausencia total de planificación económica, de buen sentido nacionalista y de honestidad en el manejo de los dineros públicos.

Sin embargo, no son los daños materiales la más grave secuela de ciento y tantos años de dictadura. En lo social, en lo político y en lo moral, los males son mucho más graves y de consecuencias más duraderas. La pobreza —cualitativa y cuantitativa— de la instrucción pública, las condiciones sanitarias y sociales del campesino y del hombre de los cerros, la falsa ilusión de riqueza, el desenfrenado afán de lucro, la bancarrota de los valores culturales, el déficit impresionante de moral cívica y de espíritu de sacrificio, el poco amor al trabajo, la ausencia de mística y de firmes convicciones políticas, son apenas un simple bosquejo para lo que podríamos llamar el retrato integral del venezolano *standard*, después de cinco generaciones de dictaduras.

Los ensayos de democracia

En 1958 abordamos —con entusiasmo casi inverosímil— un nuevo ensayo de convivencia democrática. No en vano vivimos en pleno siglo XX, tan cerca físicamente

(1) El petróleo que apenas absorbe el 2 % de la población activa, produce el 25 % de los ingresos, la agricultura absorbe el 43 % y produce sólo un 10 %, y las otras actividades (comercio, industria varia, servicios), el 55 % y produce el 66 %. Los grupos profesionales tienen un ingreso medio anual de 80 mil Lólvares, los trabajadores petroleros de 20 mil, los pequeños propietarios agrícolas de 5 mil, los obreros de las ciudades de 3 mil y los obreros agrícolas de apenas mil anuales. En 1950 el factor trabajo absorbía el 58 % del ingreso y el factor capital el 42 %. En 1956 el primero ha descendido al 52 % y el segundo ha subido al 47 %.

de otros pueblos donde no hay necesidad de adular a un tirano para vivir en paz, donde las ideas pueden ser expuestas libremente, donde los votos deciden la suerte del país, donde censuramos al gobernante sin que se nos meta en la cárcel, donde el obrero y el hombre de empresa pueden defender mutuamente sus derechos. Y, sin embargo, ya mucho antes, a todo lo largo del siglo pasado, y cuando menos dos veces en lo que va de éste, hicimos infructuosamente el mismo intento. Y una y otra vez, con monotonía de fatalidad histórica, fuimos a caer en el letargo opresor de las dictaduras.

En esta ocasión, sin embargo —es imperioso reconocerlo—, se juntaron factores mucho más propicios. Tantos, que aun hoy, cuatro años más tarde, subsisten las esperanzas de que Venezuela haya podido encontrar, ¡al fin!, una fórmula estable de convivencia democrática. En efecto, el derrumbe de la dictadura perezjimenista no fue ni obra de la naturaleza, como la muerte de Gómez, ni un simple hecho de fuerza organizado por una camarilla. Por el contrario, contribuyeron a él todos los sectores sociales, persuadidos de la necesidad de liquidar una situación vergonzosa. En segundo término —y ésto es quizás lo más importante— se había ido formando, dentro y fuera del país, una élite, unos cuadros (políticos, administrativos, empresariales, militares) capaces de asumir la dirección nacional en todos sus órdenes. Tercero, la coyuntura internacional, y sobre todo la regional, era y permanece francamente propicia : toda América Latina ha ido liberándose, en una forma o en otra, de las dictaduras tradicionales.

Sin embargo, como en ocasiones anteriores, se oponen a la democracia aquellos grupos o clases que ven amenazados los privilegios que acostumbraba otorgarles la dictadura. Y no podemos olvidar que fueron justamente estos mismos grupos —prevalidos de su preponderancia militar y económica— quienes dieron mil veces al traste con los anhelos democráticos de un pueblo inerme y con los planes de gobierno de los núcleos políticos bien intencionados, pero incapaces. Hoy, no obstante, existen razones que justifican un diagnóstico menos pesimista : dentro del ejército se ha desarro-

llado una fuerte corriente institucionalista, que no olvida los vicios de la dictadura, y que está plenamente consciente del daño que le ha causado a la propia Institución Armada su apoyo a los tiranos de uniforme. Asimismo, una especie de complejo de culpa lo neutraliza políticamente y, al igual que los más poderosos sectores económicos —tradicionalmente reaccionarios—, tiene conciencia hoy el hombre de armas de que a largo plazo los « golpes » de extrema derecha conducen, de un modo inevitable, al contragolpe revolucionario de inspiración comunista.

Pero al lado de estos factores que podríamos llamar positivos, hemos de comprobar la presencia de otros que no lo son tanto. Me refiero, en primer término, a nuestro viejo hábito de recurrir al golpe de mano para resolver nuestras diferencias ideológicas, nuestras querellas parroquiales, o los problemas —siempre apremiantes— de la vida pública. ¿Cuántos de nuestros partidos, que se dicen profundamente democráticos, no patrocinan discretamente un golpe militar, con la esperanza de que « esta vez » los militares se verán desbordados por las masas?

En segundo término, no olvidemos la coyuntura económica. Vivimos hoy los venezolanos una muy peligrosa coincidencia : la crisis económica, recesión, depresión —o como quiera llamársela— ha coincidido con el advenimiento democrático. Y aunque las mentes más lúcidas pueden verificar que los orígenes del fenómeno parten de la propia dictadura (sin desconocer tampoco los repetidos errores del régimen provisional y del gobierno electo), es evidente que un gran sector de la población comienza a ver en el sistema democrático mismo un sinónimo de incapacidad administrativa. Y esta circunstancia, por sí sola, basta para estimular y para justificar cualquier « putsch » derechista o cualquier revolución izquierdizante. Recordemos de paso el antecedente de la República de Weimar, asaltada por los extremistas de izquierda y de derecha, y sumida en una tremenda crisis económica.

Tercero —por si todo lo anterior fuese poco—, la caída de la dictadura trajo como secuela inevitable el colapso de un aparato policial altamente perfeccionado, en el preciso instante en que Venezuela atravie-

sa una marcada crisis de crecimiento. Es decir, que cuando más falta nos hacían unos servicios policiales bien organizados (para reprimir el crimen, la delincuencia juvenil, la vagancia, las taras y los vicios que se multiplican cuando los hombres pasan del feudalismo al capitalismo, del campo a la ciudad, del pequeño empleo rural al desempleo urbano), entonces, justamente entonces, nos vimos obligados —por evidentes razones políticas— a demoler la maquinaria policial existente y a fabricar una nueva, que aún cojea de modo aparatoso.

En cuanto al telón de fondo sobre el cual descansan los tres factores negativos citados, tampoco es muy atrayente : después de una docena de décadas, despilfarradas en dictaduras corrompidas, que ni siquiera se tomaron la molestia de hacer demagogia, es muy obvio que nuestro temperamento « tropical » se halle asediado por la fatiga y la impaciencia. Ni nuestros pueblos quieren continuar esperando, ni nuestros dirigentes democráticos tienen siempre el valor moral y el apoyo popular necesario para dosificar, de un modo sabio y consciente, ese difícil proceso que podría sacarnos de la miseria y del atraso y conducirnos al desarrollo y al bienestar económicos. De ahí que la fatiga y la impaciencia del hombre común latinoamericano sean el mejor combustible con que cuentan los patrocinadores de la panacea comunista.

Entre el comunismo y las espadas

Cualquier observador frío e imparcial puede darse cuenta de que nuestra democracia —como las de la mayor parte de los países de Latinoamérica— está hoy entre dos fuegos : de una parte, la tentación comunista, aventada por el ensayo de Cuba (2) ; y, al otro extremo, la vía expedita del golpe de fuerza reaccionario. Es decir, la vieja solución que consiste en resolver los

(2) Ensayo que desde el punto de vista estrictamente económico despierta, cuando menos, dudas muy serias ; pero que, desde el ángulo emocional se presenta muy atrayente para cierta mentalidad tropical, resentida y antiyanqui.

problemas sociales aplazándolos, dándoles largas, engavetándolos.

Y así, con un extremo de la cuerda en manos de un enemigo, y con el otro en poder del opuesto contrario, resulta poco menos que un prodigio de equilibrio el arte de mantenerse en pie sobre la cuerda floja de la democracia. Esta es la dura realidad que no pueden desconocer ni los más empecinados optimistas. Una realidad que transforma en utopía toda actitud estrictamente institucionalista, todo legalismo ortodoxo, todo liberalismo tradicional. De ahí que las posibilidades con que cuenta nuestra democracia para sobrevivir a los embates de sus enemigos extremos, dependen, en primer término, de la habilidad y de la audacia con que sepa utilizar, de inmediato, todos los recursos —normales o extraordinarios— que confiere el poder.

Sin embargo, tales ardidés —si no van acompañados de una política general constructiva y acertada— sólo son soluciones de momento, paliativos provisionales, estratagemas de muy pobre consistencia, que a la larga revierten contra los mismos que los utilizan, o se transforman éstos —sin quererlo— en unos nuevos dictadores. Y ya sabemos que son muchas más las dictaduras que comenzaron siendo democracias, que las democracias que adoptaron inicialmente los ropajes de la dictadura...

Hoy por hoy resulta evidente que el objetivo primordial de cualquier gobernante latinoamericano —y lo mismo podría decirse de cualquier otro sector del llamado tercer mundo— ha de ser el desarrollo integral de su pueblo, la industrialización, la liquidación de las servidumbres económicas. Al que apenas come una vez por día, al que carece de ropa o de techo, o de ambas cosas a la vez, al que no dispone de medicinas, ni de conocimientos productivos, ni de principios éticos, no puede importarle mucho la libertad política.

Sin embargo, afirmar ésto —en la segunda mitad del siglo XX— es un simple lugar común. Pero hay algo que sigue en pie, que es apremiante y que ya no está tan claro: ¿Puede lograrse el desarrollo económico sin renunciar totalmente a la libertad? ¿Es posible que abandonemos la miseria sin entregarnos en brazos de un partido omnipoten-

te e infalible? O por el contrario: ¿Es imperioso sacrificar las generaciones de hoy en beneficio de un mañana que se nos dice promisor? ¿O acaso la solución está, ¡oh ironía!, en nuestras propias fórmulas autóctonas, en nuestros viejos caudillos paternalistas, en esos « dictadores constructivos » que al menos respetan aquellas libertades que podríamos llamar inofensivas?

Desde acá, desde Europa, donde se suele pensar en nuestra América con bastante más imparcialidad que desde Washington, y con bastante menos pasión que desde nuestras propias capitales, se dice y se repite constantemente que nuestro destino es continuar aprisionados por las peores dictaduras; que la libertad es un lujo demasiado costoso para quienes aún carecen del pan de cada día; que sólo después de lograda la independencia económica es cuando podremos pensar en la sabiduría política... Se dicen estas y muchas otras cosas. Lo dicen unos hombres que meditan seriamente en el destino del mundo, y lo repiten, a veces como loros, otros hombres, encargados de divulgar opiniones simplistas con destino al gran público.

En todo caso, la gravedad de la predicción merece un estudio cuidadoso.

El nuevo "fatalismo"

Hace ya más de un siglo —casi desde que vimos la luz como Estados soberanos— surgió de nuestra propia América lo que alguien llamó la interpretación pesimista de nuestra sociología política. García Calderón, Sarmiento, Alberdi, Ingenieros, Vallenilla Lanz, Bunge y Ayarragaray son algunos de los divulgadores de « la fatalidad » latinoamericana. La mayor parte de ellos creía, de buena fe, en la rigurosa exactitud de sus pronósticos. Otros se movieron al impulso de los más prosaicos intereses. Sarmiento y Alberdi, para citar sólo dos, aceptaban de muy mala gana el fatalismo « caudillista » y patrocinaban como último recurso la europeización en gran escala. E Ingenieros, más pesimista que aquéllos, veía un nexo insoslayable entre barbarie y trópico, entre los tiranos y la geografía. Otros, como García Calderón o Vallenilla Lanz, contemplaban el fenómeno hasta con cierto

regocijo, orgullosos de que nuestra democracia igualitaria encuentre su expresión natural en los caudillos de turno.

Pero el mundo ha evolucionado de entonces a esta parte. Han pasado de moda —o mejor dicho, han perdido vigencia científica— los fatalismos raciales y geográficos. Y en cambio, las teorías de Marx, aunque formuladas hace ya más de un siglo, es ahora cuando comienzan a ser « aplicadas » a los países del tercer mundo. Los problemas políticos de la democracia no pueden ser desligados de los apremiantes imperativos económicos, del desarrollo, de la industrialización, de la reforma agraria. De ahí ha surgido esto que podríamos llamar « el nuevo fatalismo ». La ley inexorable que condiciona la democracia política (el libre juego de los partidos, la libre elección de los gobernantes y el respeto a las libertades individuales y colectivas) a la condición previa del desarrollo económico. Para estos nuevos profetas de la desesperanza, « mientras el nivel de vida de las masas permanezca muy bajo, no es posible elevar su nivel de cultura y de comprensión de los problemas. El hambre, la desnudez, el frío, la miseria no permiten el progreso de la educación, ni general ni política, ya que la segunda es insuperable de la primera ». Pero aún van más lejos en sus negras visiones : « ... el progreso económico de los países subdesarrollados se enfrenta a una contradicción fundamental. Para aumentar la producción hace falta intensificar las inversiones ; y cómo hacerlo, cuando el ingreso nacional es insuficiente para satisfacer las necesidades más elementales? La ayuda exterior, por más grande que ella sea, no puede bastar. En el período de construcción de una infraestructura industrial moderna, hace falta quitar del consumo una parte de los bienes disponibles para afectarlos a las inversiones (reproductivas) ; es decir, disminuir más aún el nivel de vida general, ya de por sí muy bajo. *Sólo una dictadura puede imponer tan enormes sacrificios* » (3).

Por supuesto que tales consideraciones no son sino la mejor explicación teórica que

(3) Exposición que hace Maurice Duverger, *De la Dictature*, al desarrollar lo que califica de « nouvelle théorie de la dictature révolutionnaire ».

ha podido encontrar Occidente para justificar sus propios errores políticos con respecto a los países del tercer mundo, que habiendo recurrido al expediente de las dictaduras revolucionarias, han escapado así a su radio de influencia. Es indudable que la mejor forma de disimular la imprevisión consiste en revestirla con el mando del determinismo.

« La dictadura —completan otros autores de la misma tendencia— es la única alternativa que se ofrece a los países subdesarrollados para descontar, en un plazo más o menos corto, el avance que han logrado sobre ellos los pueblos industrializados. La miseria —añaden—, no puede servir de base a la constitución de un Estado democrático, ya que la servidumbre social va unida fatalmente a la servidumbre política. »

Creo que toda la cuestión justifica un análisis frío y cuidadoso. Es interesante verificar si la tesis expuesta concuerda con la realidad y si, por lo tanto, se justifican en gran medida « los sentimientos de impotencia » que se originan en las clases dirigentes del tercer mundo, enfrentadas hoy con este nuevo determinismo. En efecto, como apuntaba Gorwala en los Coloquios de Berlín, 1960, los hombres de la India, de Marruecos, del Senegal o de Colombia piensan con toda razón : « Si estas personas de gran experiencia, dirigentes de la democracia en sus propios países, nos dicen que nosotros no podemos realizarla, habrá que creer que están en lo cierto. »

Analícemos las dos cuestiones planteadas: 1° ¿pueden convivir democracia y subdesarrollo? ; 2° ¿es necesario sacrificar la democracia para lograr la industrialización?

Para responder a la primera de estas preguntas voy a permitirme tomar prestadas de Gorwala unas frases que considero rigurosamente exactas : « La democracia es en realidad un estado de espíritu, una manera de ser en el plano moral. Cuando estamos habituados a solucionar nuestras diferencias de un modo amigable, a entendernos los unos con los otros, a buscar compromisos para encontrar una salida a las situaciones difíciles, en resumen, a subordinar ciertos intereses particulares al bien general, entonces están llenas las condiciones básicas para establecer una democracia. La

democracia está en la capacidad de funcionar. La otra condición indispensable —continúa el propio Gorwala— son las cualidades morales de los políticos, de las élites, de los cuadros y de las clases medias que influyen en la opinión pública y que la forman. Cuando las costumbres de estos grupos se deterioran, hasta el punto de que desaparece la confianza depositada por el pueblo en su integridad (léase igualmente capacidad o eficiencia), entonces la democracia está herida de muerte. Y esto es tan cierto para un país subdesarrollado como para un país industrializado, para un pueblo instruído como para una población de iletrados.»

Ahí tenemos, por ejemplo, el caso de la India, donde pese al subdesarrollo existente, funciona de modo ejemplar un orden político democrático. Y al contrario, en Francia, donde se ha logrado ya la modernización y una muy aceptable bonanza económica, se experimenta una crisis más o menos aguda de las instituciones democráticas tradicionales.

Por otra parte, carece de todo fundamento la tesis que presupone un nexo insoslayable entre atraso intelectual, ausencia de educación política y nivel de vida. En la Inglaterra, en los Estados Unidos y en la Suiza del siglo XVIII no era nada ejemplar ni el nivel intelectual ni el nivel de vida de las masas y, sin embargo, funciona desde entonces, sin mayores diferencias, el sistema democrático que hoy les conocemos.

No existen, pues, científicamente, razones valederas para establecer un nexo fatal entre bajo nivel educativo e incapacidad para la democracia. Ni entre educación general y educación política. Además, es un hecho bien sabido hoy, que la elevación del nivel educativo de un pueblo no es sólo un fin en sí mismo, sino igualmente un medio eficaz fundamental para elevar su nivel de vida. Esta lección la están aplicando la mayor parte de los países subdesarrollados, sin dejarse arrastrar por el desaliento.

Tampoco puede establecerse un paralelismo entre educación política de las masas y educación política de las capas que dirigen la opinión pública. El papel de las masas —aun dentro de una democracia— depende en grado sumo de la conducta, del modo de pensar, del ejemplo que pueden darles

las élites políticas. En la mayor parte de los países —desarrollados o subdesarrollados— donde la democracia carece de efectividad y, por lo mismo, de estabilidad, encontramos el origen del mal en las deficiencias, en las ineptitudes, en el colapso en suma, de esa clase, de esa élite a la que corresponde la tarea de preservar y de llevar adelante la convivencia democrática. Y sin embargo, nadie podrá afirmar que tales grupos son iletrados y que carecen de educación política por falta de educación general. Su nivel intelectual es, cuando menos, igual al de los hombres que dirigían a Norteamérica a fines del siglo XVIII, o a Inglaterra, o a Suiza en los albores del siglo XIX, o a la India de hoy en día. Así, pues, el elemento esencial para que funcione la democracia ha de buscarse en la formación política de cada pueblo, y en especial de sus dirigentes, en su capacidad —natural o adquirida— para la convivencia, para el diálogo constructivo, para el acuerdo en lugar del desacuerdo, para el compromiso en lugar de la intriga y la insolencia.

En este sentido es muy ilustrativo el caso actual de Venezuela. En efecto, como apunté más arriba, durante los ocho o diez años de la última dictadura se formaron en mi país los cuadros —políticos, administrativos, empresariales y militares— que nos faltaron en 1936 y en 1945. Veinte años después de la muerte de Gómez, y con la experiencia que dan los repetidos fracasos, es cuando comienzan a dar sus frutos las generaciones que dificultosamente se formaron en los primeros 35 años del corriente siglo. Al mismo tiempo, la riqueza del petróleo —independientemente de la capacidad y de la índole de nuestros gobernantes— nos arrancó de lo que podríamos llamar el estadio inferior del subdesarrollo y produjo forzosamente unas élites —administrativas, empresariales, militares— que nada tienen que envidiar de los países medianamente industrializados. Pero, en cambio, ponen en peligro nuestra estabilidad democrática dos factores igualmente negativos. Primero, la secuela de prejuicios, de inclinación al desacuerdo, de pequeñas rivalidades infructuosas, que subsisten entre nuestros dirigentes políticos y —lo que es más grave aún— entre los discípulos y seguidores inmediatos de estos mismos diri-

gentes. Segundo, el divorcio manifiesto entre los objetivos y puntos de vista generales de los cuadros políticos con respecto de los cuadros directoriales, administrativos o empresariales. Los primeros parten de conceptos puramente políticos, teñidos de emoción, de nacionalismo, de lealtad para con una serie de postulados que sirvieron de orientación y de metas a sus más viejos y caros desvelos. Los otros, formados en contacto diario con la realidad nacional, han tratado inútilmente de ser oídos con algo más que cortés atención; empeñados, infructuosamente hasta ahora, en que los dirigentes políticos tomen un poco más en cuenta sus apremiantes consejos.

De todo ello resulta que nuestra democracia luce más sólida, con mejores bases que en 1936 o 1945, pero muy lejos aún del ideal de eficiencia y de estabilidad que fueran de desear.

La cuestión fundamental

Importancia mucho mayor tiene la segunda cuestión planteada: ¿Es necesario sacrificar la democracia en beneficio del desarrollo económico?

No creo que la respuesta tenga que ser necesariamente afirmativa. Es evidente que cada pueblo y cada momento histórico ofrecen particularidades especialísimas; pero es un hecho indiscutible que ninguno de los países occidentales tuvo que sacrificar su libertad interior para alcanzar su desarrollo económico.

Por otra parte, nosotros los latinoamericanos tenemos una experiencia suficientemente grande de las dictaduras como para no forjarnos ilusiones. En 150 años de vida soberana, lo único que nos han dejado las dictaduras son deudas fabulosas, obras públicas llamativas y una profunda corrupción social. Se nos podrá alegar que la inmensa mayoría de estos regímenes fuertes se han apoyado en las derechas, en las clases que sustentan intereses opuestos a las masas populares. Ello es innegable. Pero no menos innegable es el hecho de que cualquier dictadura socialista (en Latinoaméri-

ca, en Africa o en Asia) tendría que sacrificar, además de las libertades « burguesas », todo vestigio de soberanía y de independencia económica.

Entre Rusia y China, de una parte, y cualquier país latinoamericano, de la otra, existen tan profundas diferencias económicas, geográficas, culturales, biológicas y demográficas que alteran completamente los datos que incitan a tomar como ejemplo las transformaciones operadas en Rusia o en China. ¿Por qué no se nos compara más bien con Rumania, con Bulgaria o con Polonia?

Habrán casos, sin duda, en que los factores carismáticos podrían suplir, por algún tiempo, la ausencia de grupos dirigentes suficientemente capaces de llevar a buen término un programa de desarrollo económico planificado. Pero a la larga, el éxito de cualquier sistema de gobierno, su disposición para elevar el nivel de vida de un pueblo, dependerá, en primer término, de la capacidad de sus grupos dirigentes, de sus « élites », de sus cuadros. Es la categoría de estos y su pleno aprovechamiento, y no la superestructura política escogida lo que ha de motivar en definitiva que un determinado país — en un plazo más o menos corto — logre su desarrollo social y económico.

No podemos creer en fórmulas mágicas, aplicables a todas las circunstancias y a todos los países. Habrá casos en que ni la democracia ni la dictadura lograrán fácilmente la industrialización de un país. En otras ocasiones la dictadura revolucionaria podrá obtener aparentes triunfos. Y habrá, finalmente, una serie de países que sólo bajo un clima de libertades democráticas podrán desarrollarse plena y eficazmente.

No podemos, científicamente hablando, establecer reglas generales — « fatalistas » u « optimistas » — para predecir el futuro de los pueblos latinoamericanos. Únicamente la capacidad y la voluntad de los mismos, la destreza de sus cuadros directivos, podrán decir mañana en cuánto tiempo y con qué medios hubieron de contar para sobrevivir o sucumbir ante el reto de la historia.

THEODORE DRAPER

El comunismo de Castro

COMO A MENUDO ha dicho Fidel Castro, y han repetido interminablemente sus admiradores, la revolución cubana es un « proceso ». El proceso lo han formado diversas « etapas », que se han sucedido unas a otras con velocidad vertiginosa. Cada etapa o fase nos iba ilustrando cada vez más, pero ninguna de ellas nos ha ilustrado tanto acerca del proceso total como la última por la que ahora estamos pasando.

La etapa precedente, que empezó aproximadamente en la época de la fracasada invasión, se vio complicada por un problema específicamente cubano : ¿cómo podía haber una « revolución socialista » sin un « partido socialista » en el poder? El anuncio de la « revolución socialista » de Cuba lo hizo Castro el 16 de abril, la víspera de la invasión, en forma improvisada y casi accidental. Volvió a repetir la cosa, más explícita y formalmente, el 1° de mayo ; pero es la primera fecha la que ha quedado como la de la inauguración oficial de la nueva etapa. De todos modos, para los comunistas cubanos, más ortodoxos, la verdadera transición hacia la « revolución socialista » se produjo seis meses antes, el 13 de octubre de 1960, cuando el régimen nacionalizó 382 empresas, casi todas de propiedad cubana.

En cualquier caso, el anuncio de la « revolución socialista » en abril de 1961 vino a dar un carácter nuevo y de más aguda urgencia al problema que venía arrastrándose desde el mes de agosto anterior. En aquella época, Blas Roca, secretario general

del Partido Socialista Popular —partido comunista—, presentó en su informe principal a la VIII Asamblea del Partido la perspectiva de una « unión completa » o « fusión » de todas las fuerzas revolucionarias « en un solo movimiento ». Durante los catorce meses últimos esta propuesta ha constituido con toda seguridad el tema más delicado de la política cubana. Ningún otro asunto se ha tratado en Cuba con tanta cautela ni ha dado nacimiento a tantos rumores fuera del país.

Esta cuestión de « el partido » ha confundido durante mucho tiempo a los observadores de esta revolución aparentemente no conformista. Antes de conquistar el poder, Castro había prometido una y otra vez el restablecimiento pleno de los derechos de los partidos políticos tal como habían quedado reconocidos en la Constitución de 1940. Por ejemplo, en uno de los documentos clave de esta época, su carta a los exiliados cubanos de fecha 14 de diciembre de 1957, Castro se comprometía a defender el « derecho » de los partidos políticos, incluso durante el gobierno provisional, a presentar sus programas ante el pueblo, organizar a los ciudadanos y participar en las elecciones generales. Pero nada de esto ocurrió tras su ascensión al poder. Con excepción del P.S.P. —comunista—, a ninguno de los antiguos partidos se le permitió reorganizarse ; tampoco se permitió la creación de partidos nuevos, ni siquiera del Movimiento 26 de Julio del propio Castro. Este se negó obstinadamente a intervenir cuando sus propios compañeros

del 26 de Julio acudieron a él protestando contra la sustitución de los hombres de dicho Movimiento por militantes del P.S.P. en los puestos de mando. Y quienes protestaban caían pronto en desgracia con Castro mismo.

Cuando Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir visitaron a Cuba, a principios de 1960, les sorprendió la ausencia de « cuadros » y de « aparato », según su expresión. Se les dijo que el Movimiento 26 de Julio había tenido un aparato, pero que se le había dejado morir porque era demasiado « pequeño burgués » y no se mostraba capaz de seguir el ritmo de radicalización de la revolución (1). Esta explicación pareció dejar satisfechos a ambos escritores franceses, pero no me satisfizo a mí cuando visité a Cuba poco después, ya que todas las personas con cargos de responsabilidad con quienes tuve ocasión de hablar eran sin lugar a dudas pequeño burgueses por sus orígenes y no podía por tanto establecerse ninguna distinción de clase entre quienes habían perdido sus cargos y quienes les habían sustituido en ellos. De todos modos, Sartre y Simone de Beauvoir fueron a Cuba buscando una ideología oficial y un partido, y cuando no encontraron ni una ni otro, al menos en una forma reconocible, la cosa les intrigó y les encantó. La ausencia de una ideología y de un partido se convirtió en una garantía de la originalidad de la revolución cubana, y es poco probable que sin esta apariencia de novedad y de inconformismo tantos observadores hubieran perdido la cabeza por ella. Algunas de las páginas más elocuentes del *Escucha, yanqui* de C. Wright Mills suscitaban la simpatía y el respeto precisamente porque los cubanos que Mills pintaba parecían tan nuevos, tan *sui generis* en la forma en que criticaban por igual a los capitalistas y a los comunistas, y tan inocentes que no sabían qué nombre darse a sí mismos. Mills ponía a prueba su propio juicio al asegurar a sus lectores que « los dirigentes del gobierno cubano no son 'comunistas' ni siquiera de tipo comunista », tal como él había experimentado el comunismo en América Latina o en Unión Soviética. No estoy

(1) *France Observateur*, París, 7 de abril de 1960, pág. 12.

seguro de saber lo que es un individuo de « tipo comunista », pero sí de que los tipos más inverosímiles se han convertido en comunistas si en ello pusieron el suficiente empeño ; y de las personas que el profesor Mills cita como sus fuentes informativas, todas con una sola excepción han hecho lo que han podido para demostrar que son, si no comunistas, sí al menos « de tipo comunista ».

La excepción es el ex ministro de Comunicaciones Enrique Oltuski, al que Sartre llamaba « uno de nuestros mejores amigos » y al que dedicó un artículo entero. Oltuski desempeñó en efecto un papel destacado en la tarea de ganar las simpatías de los observadores extranjeros para la revolución cubana. Por lo que a mí respecta, fui a su despacho una mañana, esperando que hablaría con él media hora o poco más, pero Oltuski me retuvo hasta las siete de la tarde, hablando sin cesar. Cuando hacia las tres de la tarde le dije que necesitaba comer algo, Oltuski me confesó que había perdido la costumbre de comer a mediodía durante sus tiempos de lucha clandestina contra Batista ; y aquel día pude resistir gracias a que el entonces ministro me ofreció el helado y la leche que su secretaria terminó por traerle. Oltuski era el arquetipo mismo del joven y ardiente fidelista, tenía entonces sólo veintiocho años y era hijo de padres judíos polacos emigrados a Cuba que habían conseguido enviar a su hijo a estudiar en una escuela de ingenieros de Florida. Oltuski debió de hablarme en la misma forma en que habló a Sartre y a Mills, pues a través de las páginas de éstos era su voz lo que oía, despreciando fuertemente a los comunistas cubanos, discutiendo los méritos relativos de la América del Norte capitalista y de la Rusia comunista y rechazando a ambas en favor de la construcción, según las palabras del profesor Mills, de « un novísimo orden social y económico en Cuba ».

Oltuski fue destituido de su cargo de ministro de Comunicaciones a principios del verano de 1960, dándosele un puesto de segundo orden en la organización de la reforma agraria, el INRA, que por su parte estaba perdiendo mucha de su importancia. Desde entonces, nadie ha vuelto a hablar de él, y su nombre ha desapareci-

do de los periódicos cubanos. Oltuski ha sido víctima de sus propias ilusiones. De todos modos, su historia no es una historia individual y en ello reside su importancia. Oltuski pertenecía a un grupo de fidelistas que creían fervorosamente en Fidel y en la búsqueda de un nuevo camino hacia «la libertad con pan sin terror». Cuando Fidel dijo en cierta ocasión que « el capitalismo puede matar al hombre de hambre » y que « el comunismo mata al hombre al arrebatarle su libertad », ellos le creyeron. En su espíritu esto significaba que los fidelistas podían « utilizar » a los comunistas, pero que no podían en cambio abrazar el comunismo o fundirse con los comunistas. Sin embargo, ya en el verano de 1960 tuvieron que enfrentarse estos hombres con una desgarradora crisis de conciencia. Ya no podían negarse a sí mismos que Fidel se encaminaba hacia una fusión con los comunistas, y sin embargo no podían resolverse a enfrentarse con él. En circunstancias similares, otros se volvieron contra Fidel. Pero este grupo se vio inmobilizado por lo que consideraba era una elección en la alternativa fatal entre el naciente comunismo de Castro y el imperialismo norteamericano. Dado que esta fase del proceso se hallaba ya muy avanzada en agosto de 1960, mes que el profesor Mills pasó en Cuba y casualmente también el mes en que Blas Roca puso en movimiento el « partido unificado », resultaba cruelmente irónico leer en *Escucha, yanqui* tantas opiniones y sentimientos de los hombres del tipo de Oltuski, después que éstos habían ya agotado su utilidad.

De todos modos, el « partido unificado » no constituía un problema fácil. En apariencia, suponíase que habría de englobar el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario estudiantil y el comunista P.S.P. Pero hacía ya tiempo que al Movimiento 26 de Julio se le había convertido en mera fachada, sin contenido real, y, en cuanto al Directorio, llevaba una existencia aún más fantasmal, dado que muchos de sus líderes primitivos fueron expulsados o hubieron de huir al exilio. Evidentemente, ni el Movimiento ni el Directorio podían parangonarse con el P.S.P. que, según jactanciosamente afirmó Blas Roca en la VIII Asamblea del Partido, podía haber multi-

plicado el número de sus afiliados « varias veces » (2). Por tanto, la propuesta de fusión concernía fundamentalmente al P.S.P. y al grupo de altos dirigentes a los que hasta entonces, a falta de otro mejor, se había dado el nombre de « fidelistas ». En efecto, los problemas capitales consistían en cómo encajaría Fidel en un partido único gobernante y en cómo se transformaría Cuba en un Estado-partido.

En esencia, era necesario encajar a Fidel y a su grupo personal dentro de un partido comunista sin hacerles cargar con la dudosa hoja de servicios del partido comunista existente, el P.S.P., que nunca podría borrar sus años de íntima alianza y asociación con el antiguo dictador Fulgencio Batista. De acuerdo con la línea comunista, había dos Batistas, el Batista « bueno » con el que estuvieron estrechamente aliados desde fines de 1938 hasta comienzos de 1946 y el Batista « malo », que se apoderó del poder en 1952. Igual que su antiguo mentor político Eduardo Chibás, Castro no reconoció nunca tal distinción y ha vilipendiado siempre a Batista, sin demasiada verosimilitud histórica, como si nunca hubiese sido otra cosa que un sanguinario y odiado tirano. El P.S.P. no ha podido limpiarse nunca de su pasado pro-batistiano, y desde el principio la extrema tolerancia, si no la activa ayuda, de Castro a los ex asociados de Batista fue algo que le resultó difícil de explicar al líder cubano.

Sin embargo, la solución se hallaba indicada en el pasado mismo del P.S.P. Su primera encarnación fue el Partido Comunista de Cuba, fundado en 1925. Blas Roca ingresó en 1929 y fue nombrado secretario general del mismo en 1934. Todos los demás altos jefes comunistas ingresaron también en el partido en el decenio del 20 o en el del 30, lo que hace que sean productos totales de la escuela stalinista de dirección comunista. A lo largo de un cuarto de siglo aproximadamente, en la bonanza como en la tempestad, a través de todos los quiebros y cambios de marcha, los dirigentes comunistas cubanos han salido adelante juntos, con Blas Roca como una especie de Thorez cubano, nunca admirado por

(2) VIII Asamblea Nacional del P.S.P., pág. 388.

su brillantez personal, pero indispensable por su lealtad a Moscú y por su seguro oportunismo. En 1940 el Partido Comunista de Cuba cambió su nombre por el de Unión Revolucionaria Comunista, en un esfuerzo, no muy distinto del actual, de ensanchar su base. Después, en 1944, respondiendo a otra maniobra táctica, tomó el nombre actual de Partido Socialista Popular. Así, pues, no faltaban precedentes en la propia historia del partido en el sentido de rebautizarse para obtener un nuevo impulso.

Fidel no podía ingresar simplemente en el P.S.P. sin que su prestigio sufriera. Blas Roca había reconocido en la VIII Asamblea del partido que Castro tuvo razón en emprender una lucha armada contra Batista, aunque estropeó un tanto el efecto al censurar en la misma frase a Fidel por no haber prestado bastante atención « a otros aspectos de la lucha ». Pero Blas Roca defendió también enérgicamente los siete años de alianza de los comunistas con Batista, cosa que Castro no podía hacer sin arriesgarse a pasar por tonto. Por otro lado, tampoco existía ningún lugar adecuado para un « líder máximo » dentro de la vieja jerarquía del P.S.P. Por todo ello era preferible crear una nueva organización que no tuviera que asumir la carga que suponía la larga y complicada historia del P.S.P. Para los viejos comunistas, esta nueva organización constituiría su cuarta encarnación, y para los fidelistas, su integración en el movimiento comunista con el menor perjuicio posible para su amor propio. Y, sobre todo, al nuevo partido se le podría presentar a las masas como el partido de Fidel Castro y no como un partido que éste hubiera recibido de manos de Blas Roca.

La forma en que el nuevo partido fue presentado al público nos muestra cómo se tratan estas cuestiones en Cuba. No hubo ninguna discusión pública sobre la naturaleza o la dirección del mismo. La noticia fue dándose a retazos, siempre como un hecho consumado o como una declaración desde arriba. El 24 de mayo de 1961, el órgano semioficial, *Revolución*, publicó en una de sus últimas páginas dos fotografías de una reunión celebrada en la ciudad de Guantánamo, con unas cuantas líneas explicando que se trataba de la escena de la

fusión entre el P.S.P., el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario. De esto podía colegirse que la fusión se estaba realizando a escala local. El 4 de junio, en un mitin estudiantil celebrado en La Habana, el ministro de Industria Ernesto « Che » Guevara hubo de contestar a una pregunta sobre cómo avanzaba el proceso revolucionario a pesar de la ausencia de un partido de masas. Guevara explicó que el partido existía en la unidad real de las organizaciones revolucionarias, si bien aún no estaba organizado. Y añadió que « lo único que falta es crear el partido y nombrar a Fidel su secretario general ». Esto daba a entender por primera vez que ya se había decidido el papel de Fidel dentro del nuevo partido o al menos que se habían reservado puestos en el mismo para sus colaboradores íntimos. Hasta julio no se dio a conocer que al partido se le iba a organizar en dos fases : una fase preparatoria que recibiría el nombre de Organizaciones Revolucionarias Integradas, u O.R.I., y otra fase final a la que se conocería con el nombre de Partido Unido de la Revolución Socialista, o P.U.R.S. La composición de la dirección de las O.R.I. no se reveló nunca formalmente, sino que fue conociéndose poco a poco cuando de repente aparecieron en la prensa ciertos dirigentes del P.S.P. como « dirigentes de las O.R.I. ».

El mismo método se siguió en lo relativo al programa del nuevo partido. A fines de agosto de 1961, un portavoz de las O.R.I., el capitán Emilio Aragonés, anunció : « El Partido Unido de la Revolución se construirá sobre los principios marxista-leninistas. » En el aspecto de la organización, declaró Aragonés que el partido se basaría en el « centralismo democrático », que explicó en los siguientes términos : « El centralismo democrático es el método que Lenin descubre para la aplicación de la verdadera democracia. Es el único método para aplicarla. Consiste en que la democracia sea aplicada por una dirección central. Una idea aprobada por las masas es aplicada por la dirección de la vanguardia obrera que es el Partido. » (*Revolución*, 21 de agosto de 1961.) El ejemplo de Aragonés lo siguieron todas las « organizaciones de masa », tales como la Asociación de Jóvenes Rebeldes, que es el movimiento juvenil cuba-

no, cuyo jefe declaró solemnemente que « nuestra organización se convierte en uno de los puntales marxista-leninistas de nuestra Revolución ». (*Revolución*, 23 de septiembre de 1961.) Y así fue como llegó a Cuba el marxismo-leninismo oficial.

DE TODOS MODOS, con un partido nuevo o con uno viejo, quedaba aún la sutil transmutación de Fidel Castro en comunista. Después de todo, el líder cubano había declarado durante años que él no era comunista ; de cuando en cuando y hasta 1959, había dicho algunas cosas duras del comunismo ; sus propagandistas y simpatizantes se alzaron durante mucho tiempo en virtuosa ira ante la menor imputación de que Castro fuera o pudiera llegar a ser comunista. Era, pues, necesaria alguna explicación. ¿Había sido siempre Castro, como afirmaban muchos de sus enemigos, un comunista oculto? ¿O era un converso más o menos reciente? De hecho, Castro tenía que elegir una de estas dos cosas : o haber sido un timador político o haber sido, como él mismo estuvo cerca de decir, un tonto político.

Tan embarazosa y ardua resultaba esta transfiguración que costó un año entero llevarla a cabo. Me di cuenta de ella por primera vez en la entrevista que el órgano del Partido comunista italiano, *Unità*, publicó el 1 de febrero de 1961. En ella, Castro adoptaba una actitud desacostumbrada de humildad frente a los comunistas cubanos, a los que defendió en su antigua actitud de desconfianza para con sus guerrilleros, los cuales, dijo contritamente Castro, estaban « llenos de prejuicios y defectos pequeño burgueses ». Nuevamente, en un banquete en honor del órgano comunista, *Hoy*, celebrado el 25 de marzo de 1961, Fidel adoptó un tono curioso de disculpa en relación con la debilidad de los líderes de la revolución « en el campo ideológico ». A medida que pasaban los meses, Castro parecía cada vez más modesto, cosa que nunca antes constituyó una característica suya acentuada. En una sesión de televisión llegó a confesar que, en la época de la caída de Batista, « no sabíamos gran cosa pero estábamos llenos de buena voluntad » (*Revolución*, 10 de abril de 1961). En un revelador discurso a los intelectuales, Cas-

tro explicó ó se quejó de que la revolución cubana no tuvo « la etapa de gestación que han tenido otras revoluciones » y de que los dirigentes cubanos no tenían « la madurez intelectual que han tenido los dirigentes de otras revoluciones ». A pesar de su importante contribución, prosiguió Castro, « no nos creemos teóricos de las revoluciones ni intelectuales de las revoluciones » (*Revolución*, 30 de junio de 1961). Un admirador norteamericano citó una frase que al parecer Castro dijo dentro de este mismo período : « Teníamos tantas ideas tontas. Yo tenía tantas ideas tontas y había tanto farrago en mi cabeza... » (3).

Así, pues, durante varios meses la respuesta que Castro parecía dar a la pregunta sobre su conversión al comunismo era que esta conversión había sido más o menos reciente. Fidel nunca proclamó que hubiera sido un comunista oculto o que hubiera sido un comunista en todo menos en el nombre. Y rindió homenaje a los comunistas como si quisiera explicar por qué había decidido convertirse en uno de ellos. Sus discursos cambiaron de carácter y algunos de sus pasajes comenzaron a parecerse a un ABC del « marxismo-leninismo ». Cuando afirmó que « es necesario estudiar y aprender incesantemente, para ir sabiendo encontrar la explicación correcta, la explicación clara, la explicación marxista-leninista de los problemas » (*Revolución*, 11 de noviembre de 1961), se sentía que Fidel mismo había estado estudiando y aprendiendo.

MIENTRAS TANTO, otras fuerzas hacían presión en favor de la creación del nuevo partido. La más importante era la representada por el paso de una economía « fidelista » a una economía comunista.

En el primer año o año y medio de la revolución, la política económica se hallaba esencialmente dominada por consideraciones de tipo político. Esa política ofrecía muchos rasgos atractivos, aunque los economistas profesionales se preguntaban cuánto tiempo podría durar. Cuando Castro declaró que la revolución cubana se caracterizaba por que no pretendía sacrificar

(3) Carl Manzani : *Mainstream*. Mayo de 1961, pág. 29.

a la generación actual en favor de las generaciones futuras, como dio a entender que hizo la revolución rusa, parecía ser fiel a sus palabras. Grandes sumas se gastaron en la construcción de viviendas, escuelas y playas y en diversos tipos de obras públicas cuya finalidad principal era absorber a los parados. Estas inversiones dieron un rendimiento prodigioso en apoyo popular, pero resultaban en gran parte « no productivas » desde el punto de vista económico. La reducción de las rentas y los aumentos de salarios estimularon el consumo, pero se trataba claramente de medidas a corto plazo cuya virtualidad había comenzado ya a agotarse al llegar la primavera de 1960. Por entonces, sin embargo, el régimen de Castro se hallaba ya dispuesto para la etapa siguiente, que tomó la forma de una ruptura con Estados Unidos aquel verano y de una nacionalización intensiva en el otoño.

Cuando Estados Unidos impusieron un embargo a casi todo el comercio con Cuba, en octubre de 1960, la actitud cubana se concretó en un sentimiento de liberación. Guevara, presidente entonces del Banco Nacional, declaró que Cuba no sufriría un serio perjuicio como consecuencia del embargo, gracias a que el país estaba preparado para tal eventualidad y a que el contrabando desde Estados Unidos desafiaría el bloqueo. No negó Guevara que pudieran producirse dificultades económicas, pero pidió al pueblo que demostrara su « confianza en la solidaridad de las naciones que han ofrecido apoyarnos ». Estas naciones del bloque soviético, con las que pronto fue concluyendo Guevara un tratado de comercio tras otro, reemplazaron rápidamente a Estados Unidos como fuente principal de las exportaciones y las importaciones cubanas. La salida de Cuba de la esfera de influencia económica norteamericana no significaba la liberación económica de la isla ; se limitaba a cambiar la dependencia respecto a Estados Unidos por una dependencia respecto al bloque soviético. Las importaciones cubanas del bloque soviético pasaron de golpe de sólo 2 millones de pesos en 1959 a 136 millones en 1960 y a 580 millones calculados para 1961. En 1958, último año antes de la subida al poder de Castro, las importaciones cubanas procedentes de Estados Unidos ascendieron a la can-

tidad de 542 millones de pesos, es decir el 69,8 por ciento del total. A mediados de 1960, tras la reducción de la cuota azucarera, el 75,1 por ciento de las exportaciones cubanas iban a países no comunistas y el 24,9 a países comunistas ; en 1961, los cálculos oficiales son el 74,6 por ciento a los países comunistas y el 25,4 a los países no comunistas. Hoy Cuba depende del bloque soviético más de lo que antes dependía de Estados Unidos.

Esta dependencia respecto de países situados a miles de kilómetros de Cuba ha creado, en cierto sentido, una monstruosidad económica. Según el mismo Guevara reconoció a principios de enero de 1961, la Unión Soviética produce más azúcar que Cuba y por consiguiente no necesita un producto que constituye la base principal de las exportaciones cubanas. Los rusos estaban dispuestos a conceder a Cuba condiciones ventajosas, afirmó Guevara, pero sólo por razones « políticas ». Afirmó también el ministro cubano que los chinos aventajaron en un punto a los rusos, diciéndole que Cuba pagaría sus importaciones chinas cuando pudiera o que, si no podía pagar, la cosa « no tenía importancia ninguna » (4). El cambio de las máquinas y piezas norteamericanas por las del bloque soviético provocó naturalmente enormes trastornos. El deterioro del equipo norteamericano era ya tan grave que se había iniciado una campaña entre los obreros para que « construyeran sus propias máquinas ». Guevara declaró en la Conferencia sobre la producción, celebrada en agosto de 1961, que las reservas de materias primas eran tan escasas que « cualquier pequeña dislocación de la navegación marítima » daba lugar a uno u otro tipo de crisis y que « cualquier retraso de un par de barcos provoca la paralización de muchas industrias ». Guevara añadió : « Además, estamos en perenne crisis en las piezas de repuesto » (5).

Por otro lado, un lector fiel de la prensa cubana podría vivir perfectamente en un estado de euforia perenne. Un día parece perdido si en relación con él no se puede hablar de normas cumplidas con exceso,

(4) *Obra Revolucionaria*, 1961, n.º 2.

(5) *Ibid.*, 1961, n.º 30, 26 de agosto de 1961.

informes de progresos en todos los frentes, cifras cada vez más jactanciosas y otras cosas por el estilo. Si las cifras se pudieran comer, el pueblo cubano sería fácilmente el mejor alimentado del mundo. Pero si se examinan con más detenimiento, esas cifras se refieren generalmente a algo que va a ocurrir en 1962, 1963 o 1965. Guevara y otros dirigentes cubanos, que deberían estar bien enterados, tienen la costumbre desconcertante de quejarse de « la falta de datos » y de ser « muy flojos » en estadística (6). Si todo no hace más que mejorar continuamente, resulta difícil explicarse el radical cambio de orientación en cuanto a la propaganda del régimen castrista frente a las masas. Desde hace varios meses Castro y otros dirigentes vienen pidiendo insistentemente a los cubanos que vivan para el futuro, no para el presente. « Tenemos que vivir enamorados de ese futuro », declaraba Castro en mayo de 1961. « No pensar tanto en el presente como en el futuro » (*Revolución*, 15 de mayo de 1961). Y su hermano Raúl repetía : « Piensen que nuestra lucha no es para hoy, ni es para mañana ; que nuestra lucha es para el futuro, para nuestros hijos » (*Revolución*, 27 de julio de 1961). En la época en que se celebraba la Conferencia sobre la producción (agosto de 1961), Castro hubo de hacer un llamamiento al pueblo diciendo que había que « sacrificarse » (*Obra Revolucionaria*, 26 de agosto de 1961, pág. 232), y en octubre del mismo año se refirió a la generación actual calificándola de « generosa, estoica, sacrificada » (*Revolución*, 25 de octubre de 1961).

El significado completo de la nacionalización tardó también algún tiempo en aparecer a la luz. Aproximadamente el 80 por ciento de la industria cubana quedó nacionalizada en un corto espacio de tiempo ; esa cifra llega hoy al 90 por ciento. Desde el punto de vista administrativo y técnico, Cuba carecía casi totalmente de preparación para el nuevo orden. La vieja burocracia estatal quedó completamente desmantelada, improvisándose con rapidez una nueva. A fines de 1960, gran parte del personal administrativo y técnico cubano había huído al extranjero. El esfuerzo deses-

perado que el régimen de Castro hacía para formar una nueva generación de administradores y técnicos cubanos apenas podía empezar a cubrir las necesidades. Cuba ha recibido gran número de técnicos y « consejeros » del bloque soviético y ha reclutado además peritos en toda América Latina, cosa que ha conseguido ofreciéndoles sueldos más altos que los que pueden obtener en sus propios países. De todos modos, el déficit de personal administrativo y técnico capacitado ha constituido una de las fuentes principales de decepciones y de fracasos. La realidad es que la Cuba de Castro dispone de un número mucho menor de administradores y de técnicos que la Cuba anterior, y eso cuando ha emprendido la construcción de una economía colectivista que exigiría un número mucho mayor.

Que el régimen castrista se encaminaba hacia un período de dificultades es algo que se vio ya claramente a fines de 1960. Los primeros que experimentaron un descenso en sus anteriores niveles de vida, aparte los antiguos propietarios, fueron los profesionales y los obreros industriales. Ya en abril-junio de 1960, un veterano anarcosindicalista de origen alemán, Agustín Souchy, nada amigo de Estados Unidos ni del capitalismo, visitó a Cuba y calculó que sólo un 60 a 70 por ciento de la gente apoyaba a Castro. « En muchas empresas nacionalizadas, los salarios fueron disminuídos y algunas mejoras sociales, obtenidas en años de lucha, reducidas » (7). En diciembre de 1960, Castro y otros dirigentes cubanos pronunciaron discursos, ante grupos de profesionales y de obreros, que indicaban claramente lo preocupados que estaban (8). Pero el fracaso de la invasión de abril de 1961 hizo que la tendencia cambiara de dirección y consolidó el apoyo popular al régimen. De hecho, la victoria fue tan completa y la oposición quedó tan aturdida por el golpe que todo parecía posible y se aceleró el programa económico y político.

Sin embargo, a comienzos del verano de

(7) Agustín Souchy : *Testimonios sobre la revolución cubana*. Editorial Reconstruir, Buenos Aires, 1960, págs. 62 y 65.

(8) Un ejemplo típico fue el discurso de Castro a los trabajadores de la electricidad. (*Obra Revolucionaria*, 15 de diciembre de 1960.)

(6) *Obra Revolucionaria*, 26 de agosto de 1961, y *Revolución*, 5 de septiembre de 1961.

1961 empezaron a dejarse sentir serios déficit. Las grasas y la carne resultaban particularmente escasas, a veces imposibles de conseguir, sobre todo en las ciudades. Y, sin embargo, el consumo de tocino y grasas comestibles en Cuba, por persona, había sido uno de los más altos del mundo ; en cuanto a la carne, Cuba era antes *exportadora* (9). Otros productos escasearon tanto que las amas de casa se vieron obligadas a guardar cola horas enteras para adquirirlos, teniendo que marcharse a menudo con las manos vacías debido a que las provisiones se habían agotado antes de que les llegara su turno. La situación se hizo tan crítica que la prensa no pudo pasarla en silencio ; así, *Revolución*, en su número del 13 de julio de 1961, afirmaba en la primera plana que el precio de la carne de cerdo había subido « astronómicamente », pero que las autoridades habían dado los primeros pasos necesarios para regularlo. Desde entonces los alimentos y productos esenciales se ponen a la venta intermitentemente, provocan aglomeraciones en las tiendas y desaparecen tan súbitamente como han aparecido. Al mismo tiempo, el absentismo de los obreros empezó a ofrecer, según la expresión de Guevara, « características alarmantes » ; Guevara le atacó como « el contrarrevolucionario más tenebroso, más sutil, el ausentismo » (*Revolución*, 25 de septiembre de 1961). Por su parte, el ministro de Relaciones Exteriores Raúl Roa afirmaba que « el ausentismo no es sólo vagancia o negligencia ; está ligado a la gusanería y a la contrarrevolución » (*Verde Olivo*, 5 de noviembre de 1961). (10). A los médicos se les ha amenazado con penas severas si ayudan con falsedades a los obreros a presentar la enfermedad como excusa para sus ausencias,

(9) El consumo de tocino y grasas comestibles por persona en Cuba era igual al de Estados Unidos y Bélgica y mayor que el de Suiza y Francia. (*Revolución*, 15 de mayo de 1961.)

(10) La injuria favorita en la Cuba de Castro es « gusano ». Se le ha dado incluso la forma genérica « gusanería », y se le aplica a toda persona o cosa a los que el régimen considere como enemigos. Así, a Guevara no se le ocurrió nada más ofensivo que decir del difunto Dag Hammarskjöld que llamarle, después de muerto, « un servil gusano imperialista » (*Revolución*, 30 de octubre de 1961).

procedimiento que en el pasado usaban corrientemente.

Castro y otros portavoces han ofrecido diversas explicaciones de estas escaseces y dificultades. La producción ha aumentado, pero no ha podido seguir el mismo ritmo de incremento que la demanda. El embargo norteamericano al que en otro tiempo se ridiculizaba se ha convertido en el « bloque imperialista », responsable de la mayor parte de los males de Cuba. Se ha echado también la culpa a los largos trayectos marítimos desde la Unión Soviética y China, a la necesidad de adaptar la producción cubana a la tecnología del bloque soviético y de acomodar toda la economía cubana a los sistemas de planificación del bloque, a la escasez de personal técnico y administrativo, a la inexperiencia y a los errores. Cualquiera que sea la verdad, de lo que no cabe duda es de que la revolución ha favorecido poco y ha quitado bastante a la clase media y a los obreros industriales de los centros urbanos, especialmente a los de la capital.

El mismo Castro se refirió recientemente con cierto desdén al estado de espíritu de la capital : « En La Habana sobre todo, se podía apreciar un fenómeno : una gran vacilación en la opinión. De manera que, cada quince días, había que hablarles, como cuando se da una dosis » (*Revolución*, 11 de noviembre de 1961). Pero Castro echaba la culpa de este « fenómeno » a la « gran masa de la pequeña burguesía » de La Habana. Sin embargo, ese mismo mes de noviembre, Guevara reconoció que había habido muchas ocasiones en que la clase obrera « daba la impresión de que no entendía el nuevo papel que tenía que jugar ». Un « límite invisible », decía Guevara, había existido entre la administración revolucionaria y los obreros en general, límite o barrera que sólo se había podido traspasar « pocos meses » antes. No era un misterio, declaró, que los obreros del petróleo, de la electricidad y de los teléfonos no se hubiesen beneficiado directamente en un sentido económico con la revolución, la cual se había ocupado esencialmente de los menos privilegiados. Guevara afirmó que en las minas se habían producido un número mayor de accidentes de trabajo graves durante la administración revolucionaria que du-

rante la anterior administración privada. Y reveló la « triste realidad » de que se necesitarían « años » antes de que a los obreros de la industria básica del azúcar se les pudiera pagar más (*Revolución*, 29 de noviembre de 1961).

En las primeras etapas de la revolución cubana, sus dirigentes hubieran dado de lado a estas dificultades con bravuconería romántica y hubieran pasado a través de ellas de un modo u otro. Pero ahora ha venido a añadirse algo nuevo y los viejos métodos ya no funcionan. El nuevo elemento es el Plan Cuatrienal, que se inició en 1962, el « Año de la Planificación ». En el socialismo clásico, había ciertos requisitos o condiciones sociales y económicas que venían antes del plan. En Cuba el plan debe crear los requisitos. Este tipo de « socialismo » invertido tiene sus leyes y su lógica propias y ni siquiera una Cuba libre y cómoda puede escapar a ellas. De ahora en adelante hay « normas » y « metas » que cada obrero, cada fábrica, cada industria debe cumplir y alcanzar. La « competición socialista » ha llegado a Cuba, donde se la ha rebautizado con el nombre de « emulación ». Según ha expuesto claramente Guevara, la tarea más importante de los sindicatos es estimular la « emulación » y aumentar la producción (*Revolución*, 29 de noviembre de 1961). Fidel ha dicho que no se puede construir más casas porque primero tienen que venir las fábricas (*Obra Revolucionaria*, 26 de agosto de 1961). La « productividad » se ha convertido en el grito de guerra y la « improvisación » en el enemigo de la revolución.

« Recuérdelo, nosotros no vamos a pasar por ningún tipo stalinista de industrialización forzosa », afirmaba el cubano imaginado por el profesor Mills, en el verano de 1960. Esto era verdad en 1959 y gran parte de 1960 y menos verdad en 1961, pero es totalmente falso hoy. Porque, sean cuales fueren las razones y la justificación, el hecho es que Cuba ha entrado ahora en la fase de *industrialización forzosa*. Discurso tras discurso y acción tras acción han puesto esto en plena evidencia. Ello explica por qué se ha cargado tanto el acento en sacrificarse por el futuro, en trabajar más por el mismo o menor salario, en la productividad a todo precio y en el fetichismo del Plan.

Como Cuba apenas posee una pequeña fracción de las materias primas y de los recursos humanos con que contó la U.R.S.S., la experiencia cubana no será probablemente más suave ni más fácil que la rusa. Y estos cambios económicos radicales no se pueden llevar a cabo sin radicales cambios políticos.

PARA LOS QUE siguieron de cerca los acontecimientos cubanos durante el pasado año, la adopción del marxismo-leninismo como ideología oficial, la naturaleza del nuevo partido y la fusión del fidelismo y del comunismo constituían fenómenos que se habían ido perfilando durante meses. Un dato revelador fue, por ejemplo, la composición del consejo de redacción del órgano mensual del nuevo partido, *Cuba Socialista*, cuyo primer número vio la luz pública en septiembre de 1961. El consejo lo forman el primer ministro Fidel Castro, el presidente Osvaldo Dorticós, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, director del diario del P.S.P., *Hoy*, y Fabio Grobart, de origen polaco, hombre de confianza de la Komintern que fue expulsado de Cuba en 1948 y que volvió de Rusia el año pasado. La revista es por su contenido una réplica casi exacta del antiguo órgano mensual del P.S.P., *Fundamentos*, al que ha venido a reemplazar. En el primer número de *Cuba Socialista* se insertaban colaboraciones de Castro, Dorticós y Blas Roca, pero ya en su tercer número sus colaboradores eran únicamente antiguos dirigentes del P.S.P., un comunista de la República Dominicana y dos escritores soviéticos. Como los demás miembros del consejo de redacción están tan ocupados en otras cosas, Grobart es el director responsable y, nuevamente, la eminencia gris del comunismo cubano.

Las relaciones del nuevo partido con el movimiento comunista mundial y con la Unión Soviética quedaron aún más esclarecidas con ocasión del XXII Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. celebrado en octubre pasado. La delegación cubana de cinco miembros estaba presidida por Blas Roca e incluía al ministro de Trabajo, Augusto Martínez Sánchez, al embajador cubano en Moscú, Faure Chomón, al capitán Emilio Aragonés y a una mujer, Rita Díaz. Los cinco representaban oficialmente a las O.R.I., lo que venía a confirmar la

idea de que esta organización no era sino un partido comunista más (*Revolución*, 16 de octubre de 1961). En su discurso al Congreso, Blas Roca se puso incondicionalmente de parte de los rusos contra los albaneses. Roca hizo suya la denuncia del « revisionismo y el dogmatismo », los estigmas ideológicos con que los soviéticos califican actualmente a los yugoslavos y a los chinos. De acuerdo con el texto publicado por la *Pravda* del 23 de octubre, el líder comunista cubano declaró : « Nosotros, de completo acuerdo con nuestras convicciones y nuestra experiencia, apoyamos firmemente la postura adoptada por el camarada Kruschef con respecto a las acciones negativas de los dirigentes del Partido del Trabajo albanés. » Al final del discurso de Blas Roca, Kruschef exclamó : « ¡Viva el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro! ¡Viva la delegación cubana presidida por el camarada Blas Roca! » En la celebración del 7 de noviembre, a Blas Roca se le colocó junto a Ho Chi Minh, que a su vez se hallaba junto a Kruschef en la tribuna presidencial del desfile.

Poco ha sido también lo que se ha dejado a la imaginación con respecto a la ideología y la organización del nuevo partido. Tras la declaración hecha por el capitán Aragonés el pasado agosto, Antonio Núñez Jiménez, director del Instituto de Reforma Agraria, INRA, declaró en Praga dos meses más tarde que el P.U.R.S. sería « un partido marxista-leninista, basado en los principios del centralismo democrático » (*Revolución*, 25 de octubre de 1961). Y varios antiguos dirigentes del P.S.P. se han afanado últimamente mucho en hacer disquisiciones sobre el sentido exacto del « centralismo democrático », el papel de la « vanguardia » y la selección de los miembros del partido.

Otra fuente de esclarecimiento ha sido el reciente discurso de Castro al « Primer Congreso de los Responsables del Trabajo de Orientación Revolucionaria ». Lo más interesante de este discurso no es la revelación de que Castro se había convertido en un estudiante y en un devoto del marxismo-leninismo —ya antes ninguna duda había dejado Castro al respecto—, sino más bien su explicación de por qué Cuba iba a tener « orientadores » e « instructores re-

volucionarios » en lugar de « comisarios », « agitadores » y « propagandistas ». El pasaje es tan revelador de lo que promete ser el elemento original del comunismo castriista que merece la pena reproducirlo entero :

« El comisario no es comisario, es instructor revolucionario —aunque, sinceramente, la palabra comisario es una palabra muy bonita—. El antiguo agitador y propagandista, ya no es agitador ni propagandista ; nosotros haríamos mal si dijéramos : el agitador, y les llamáramos a ustedes 'agitadores' o los propagandistas, porque nos parece que esa palabra pega más a la época de lucha por la conquista del poder, en que hay que agitar.

« Otras veces hay que despertar el espíritu revolucionario : entonces sí. Y, sobre todo, hay que orientar. La palabra adoctrinador no es buena. ¿Qué sensación da? De que le están inculcando a un individuo, a fuerza de repetirle las cosas, en la cabeza, que es un individuo que no tiene nada en la cabeza y que le están metiendo, como una estopa se mete en un muñeco de trapo, le están metiendo ideas en la cabeza. Entonces dice : a mí no me adoctrinen.

« El instructor revolucionario es una palabra que sustituye al adoctrinador ; el orientador sustituye al agitador, y hace la misma cosa. Imagínese que se llamara el organismo nacional : 'Comisión Nacional de Agitación Revolucionaria' (Risas). Entonces, se sustituyen las palabras. Hay palabras sobre las que el enemigo se ha ensañado » (*Revolución*, 11 de noviembre de 1961) (11).

Hubo otras cosas que se pusieron en claro en el XI Congreso de la C.T.C., la Con-

(11) Este juego de la « sustitución de palabras » promete convertirse en la principal contribución de Castro al marxismo-leninismo. En un discurso posterior, publicado en *Revolución* del 22 de diciembre de 1961, Fidel habló con gran extensión siguiendo esta vena afirmando que las Escuelas de Instrucción Revolucionaria eran en realidad escuelas de marxismo-leninismo, que las Granjas del Pueblo eran en verdad sovjoses y que el miedo de los campesinos a las cooperativas le había sugerido la idea de organizarlas en una nueva forma con el nombre de « Sociedades Agrícolas ».

federación de Trabajadores Cubanos, celebrado hacia fines de noviembre. El Congreso designó al veterano dirigente sindical comunista Lázaro Peña como secretario general, formalizando así lo que había sido un hecho durante largos meses. El ministro de Trabajo, Martínez Sánchez, hizo una sorprendente y muy indiscreta referencia al anterior Congreso sindical celebrado en noviembre de 1959, en el que se produjo una áspera lucha entre los afiliados al Movimiento 26 de Julio y los comunistas, lucha que sólo terminó con la intervención del mismo Castro en favor de los comunistas en nombre de la « unidad ».

« No están aquí aquellos descarados que gritaban : ¡26!, ¡26!, para oponerlo a la unidad del movimiento obrero ; no están aquí, por cierto, y para gloria de la Revolución y del pueblo, aquellos descarados que gritaban por el pasillo, corriendo de un lado a otro, cuando se celebraba el congreso : 'Melones!, ¡melones!, ¡melones!'. Ellos no están aquí, ¡pero los melones sí estamos aquí con ustedes! ¡Los 'melones' estamos aquí, y seguiremos siendo 'melones', porque seguiremos siendo verdes por fuera y rojos por dentro! » (*Revolución*, 27 de noviembre de 1961).

De nuevo, aquí la novedad consiste no en lo que se dijo, sino en quien lo dijo. A Martínez Sánchez, uno de los numerosos abogados que tan útiles han sido a esta « revolución de obreros y campesinos » (aún sigue sin haber ningún obrero ni campesino en el gabinete de Castro), viene considerándosele desde hace tiempo como el hombre clave en las maniobras que pusieron el movimiento sindical cubano en manos de los comunistas. Pero quienes se atrevieron a decirlo se expusieron a la acusación de « anticomunismo », que desde finales de 1959 es oficialmente equivalente a « contrarrevolución ». Ahora la verdad contrarrevolucionaria se había convertido en la verdad revolucionaria. Martínez Sánchez ha sido una de las figuras principales del gobierno cubano desde enero de 1959, época en que fue nombrado ministro de Defensa, y su autorretrato como « melón » le hace a uno dudar aún más de la idea que se forma el profesor Mills sobre los comunistas y el « tipo comunista ». ¿A qué categoría pertenecen los « melones »?

Los dos portavoces comunistas oficiales en el Congreso sindical, Lázaro Peña y Blas Roca, hicieron también declaraciones reveladoras. La del primero consistió en la utilización de la siguiente fórmula, bastante nueva : « El gobierno revolucionario, dirigido hoy por las O.R.I., mañana por el Partido Unido de la Revolución Socialista » (*Revolución*, 27 de noviembre de 1961). Aunque en este discurso no faltaba la acostumbrada declaración de acatamiento a « nuestro héroe y líder máximo » Fidel, nunca antes había quedado tan claramente establecida la hegemonía del Partido. Por su lado, Blas Roca no dejó lugar a dudas en cuanto al lugar que le correspondía a Fidel dentro del esquema. Por un azar, a Roca se le presentó como secretario general de las O.R.I., papel que rechazó cuidadosamente ya que, según él, pertenecía a Fidel Castro. Y luego declaró : « Fidel no es sólo el líder máximo de la Revolución, no es sólo nuestro héroe nacional. Es, también, el líder máximo de la clase obrera cubana ; es, también, el mejor luchador que tenemos en Cuba por el socialismo » (*Revolución*, 28 de noviembre de 1961).

De este modo, se urdió claramente un *quid pro quo*. Los comunistas aceptaban reconocer a Castro como líder del nuevo Partido ; Castro aceptaba reconocer al Partido como dirigente de la Revolución ; y al Partido se le podía reconocer por sus principios « marxistas-leninistas » y por su organización « centralista democrática ».

A I. TERMINAR el Congreso sindical, se introdujo oficialmente en Cuba el « terror revolucionario ». Este terror adoptó la forma de la Ley n° 988, de fecha 29 de noviembre de 1961, que establecía la pena de muerte para todos aquellos que tomaran las armas contra el régimen de Castro. La ocasión para esta ley fue la noticia de la muerte de un muchacho de dieciséis años, miembro de una « brigada de alfabetización », y de un campesino, a manos de unos atacantes no identificados, dos días antes. La ley era tan violenta y se le dio tal publicidad, motivando incluso un importante discurso de Castro, que resultó evidente que sus raíces eran más profundas. En realidad, Castro había afirmado que los revolucionarios tendrían que « aniquilar » a los

contrarrevolucionarios, si no querían que ocurriera lo contrario, ya en enero de 1961, incluso antes de la intentona de invasión (*Obra Revolucionaria*, 4 de enero de 1961). Por aquella época se promulgó una ley condenando a los « terroristas y saboteadores » a penas que oscilaban entre los veinte años de reclusión y la muerte. De todos modos, en su discurso sobre la nueva ley utilizó Castro por primera vez la expresión « terror revolucionario » y advirtió que los acusados no podían esperar más que « un trámite sencillo y rápido » y la ejecución de la sentencia en un plazo de cuarenta y ocho horas (*Revolución*, 30 de noviembre de 1961). Sin embargo, durante más de un año los presos políticos no han pasado por juicio de ninguna clase, y el caso de David Salvador, el antiguo dirigente del movimiento sindical clandestino contra Batista y jefe de la Confederación de Trabajadores Cubanos durante el primer año del régimen de Castro, es uno de esos escándalos que, si se produjera en la España de Franco, daría lugar a peticiones indignadas y a llamamientos a la indulgencia por parte de los radicales y liberales de todo el mundo. Está claro que existe una justicia para los totalitarios de la « derecha » y otra para los totalitarios de la « izquierda ». Si Batista, cuyo régimen ya era bastante brutal, hubiera tratado a Castro —que después de todo había dirigido un asalto a un cuartel del ejército— y a otros dirigentes del Movimiento 26 de Julio en la misma forma en que Castro propone ahora que se trate a sus oponentes, no existirían hoy un Fidel Castro, ni un Armando Hart, ni un Osvaldo Dorticós, para inaugurar un Estado de « terror revolucionario ».

Así, pues, Cuba ha entrado en una etapa de industrialización forzosa, de terror revolucionario y de organización totalitaria del Estado. En mi opinión, no es accidental el que todas estas cosas hayan surgido al mismo tiempo. El régimen castrista se ha embarcado en una política que al final no se puede llevar adelante sin un terror creciente y sin un aparato totalitario. Naturalmente, existe una lógica fatal en el camino que Castro está hoy siguiendo —según sus propias palabras, una « lucha a muerte », una guerra de « exterminio »—. Quienes pretenden conquistar un

poder total tienen que « aniquilar o ser aniquilados », pero este juego mortal fue precisamente algo que en otro tiempo la revolución cubana se jactó de que se negaría a jugarlo, y me resulta difícil creer que esa revolución habría resultado tan atractiva para tantas personas si éstas hubiesen previsto que también ella terminaría en el terror y el totalitarismo.

EN SUSTANCIA, había muy pocas cosas nuevas que Castro pudiera decir en su tan cacareado y mal interpretado discurso del 1 de diciembre último. En la mayor parte de dicho discurso, Fidel se limitó a formular una serie de variaciones sobre temas de que ya se había ocupado en muchas de sus declaraciones durante el año 1961. Por desgracia, los primeros informes del discurso eran engañosos y susceptibles de descaminar a los lectores; basábanse en frases sacadas de su contexto que daban la impresión de que Castro había sido siempre comunista y de que había cometido un fraude histórico. Pero si algún significado tenía el discurso, era precisamente el contrario; y a los responsables de esta imperfecta información y de los prematuros editoriales a que dio lugar se les debería caer la cara de vergüenza.

El 1 de diciembre, Castro se veía de nuevo enfrentado con la delicada tarea de explicar cómo y cuándo se había convertido en comunista. Anteriormente, como ya he indicado, Fidel se vino reprochando siempre a sí mismo haber sido tan ignorante y tan ingenuo. Este tema volvió a desarrollarlo en su discurso, pero ya no era el único.

Por un lado, se llamó a sí mismo « alfabeto político » hasta la época de su graduación en la Universidad, es decir hasta 1950, cuando Castro tenía veintitrés años. ¿Por qué había estado tan ciego? Sus « orígenes de clase », afirmó, tenían la culpa. Pero otros —Castro se extendió aquí sobre Marx, Engels y Lenin— habían vencido esta dificultad, y dio a entender que lo mismo había hecho él.

Sin embargo, en otra sección de su discurso Castro dio una versión algo diferente de su camino hasta el marxismo-leninismo, versión que ofrece un interés particular porque fue retirada del texto publi-

cado en Cuba (12). En este pasaje aparecía claro que después de todo Castro no había sido tan « políticamente analfabeto » en la Universidad :

« Mis primeros contactos en la Universidad... ya hasta con la economía política burguesa, porque siempre recuerdo que empecé a entrar en contradicción y empecé a concebir algunas ideas revolucionarias estudiando una economía política burguesa. Después, naturalmente, en la Universidad empezamos nosotros a tener los primeros contactos con el *Manifiesto Comunista*, con las obras de Marx, de Engels, de Lenin. Eso marcó un proceso. Yo sí puedo decir, para confesar honradamente, que muchas de las cosas que hemos hecho en la Revolución no son cosas inventadas por nosotros, ni mucho menos. Cuando ya nosotros salimos de la Universidad, en el caso particular mío, ya realmente estaba grandemente influido —no voy a decir que era un marxista-leninista ni mucho menos. Es posible que haya tenido dos millones de

(12) Al discurso de Castro del 1 de diciembre de 1961 se le trató en Cuba en una forma que no tiene precedentes. El discurso lo pronunció Fidel en un programa de televisión llamado « Universidad Popular del Aire ». El primer ministro comenzó a hablar alrededor de media noche y no terminó hasta las cinco de la mañana. *Revolución* del 2 de diciembre de 1961 publicó una « versión libre » preliminar, sólo de la primera parte del discurso. Según el sistema habitual, el periódico habría publicado el texto completo en su número siguiente, pero por primera vez esto no ocurrió. El discurso completo no se publicó nunca en *Revolución* ; incluso se le dejó de mencionar en los días siguientes. De todos modos, once páginas y media del discurso aparecieron en el semanario *Bohemia*, de fecha 10 de diciembre de 1961. Una comparación entre esta versión y una grabación hecha del discurso original nos muestra que la primera contenía sólo el 40 por ciento aproximadamente del total. No podemos hacer aquí un análisis de las omisiones, muchas de ellas del mayor interés históricamente y desde otros puntos de vista, pero tengo la impresión de que un lector de la versión dada por *Bohemia* podría captar la sustancia del discurso en su conjunto. A menos que se especifique en el texto, he preferido citar a partir de la versión de *Bohemia*, que parece dentro de sus límites bastante exacta. *Bohemia* no indica que se hayan hecho cortes ; no sé si otra versión completa ha aparecido en Cuba.

prejuicios pequeño burgueses y una serie de ideas, todavía, que me alegro mucho no tenerlas hoy, pero fundamentalmente... Y a lo mejor si yo no hubiese tenido todos estos prejuicios no hubiera estado en condiciones de hacer un aporte a la Revolución como el que hemos hecho. »

Así, pues, Castro se mostraba en su discurso dividido entre el deseo de repudiar su pasado con el fin de acercarse más a los comunistas y el deseo de salvar ese pasado con el fin de preservar su liderato revolucionario (13). Su discurso era un acto de equilibrio, unas veces inclinándose hacia un lado y otras hacia el contrario. Cada vez que iba demasiado lejos en una dirección, parecía recobrase y precipitarse en la dirección contraria, como en este pasaje en que recuerda su juicio de 1953 :

« Yo recuerdo que en aquella ocasión, unos libros que teníamos nosotros los ocupó la policía ; resultó haber entre ellos un texto de Lenin. Y, entonces, uno de los abogados preguntó en el juicio del Moncada : '¿Y ese libro?, ¿de quién era?' 'Ese libro era de nosotros'. Y, por cierto, como estaba un poco irritado, le añadí y le dije : 'Sí, ese libro era de nosotros, y el que no lea esos libros es un ignorante'. ¡Y se acabó!

« Entonces, ya para aquella fecha, el pensamiento revolucionario nuestro, en líneas generales, estaba formado. No éramos, sin embargo, unos revolucionarios completos ; éramos mucho más revolucionarios cuando llegamos al poder. Somos revolucionarios convencidos. »

Párrafo tras párrafo Castro vacila entre la congratulación y el menosprecio de sí mismo :

« Me considero hoy más revolucionario de lo que era todavía el primero de enero. ¿Era el primero de enero revolucionario?

(13) Está claro que este discurso suponía muy escasa o nula confirmación a la historia de Salvador Díaz Versón, según la cual Castro « entró al servicio de la Unión Soviética » en 1943 a la tierna edad de diecisiete años, o a la de Nathaniel Weyl según el cual Castro se convirtió en un « agente soviético de confianza » ya en 1948, o aun a la de los informantes de Daniel James que afirmaban que Castro « recibió su adoctrinamiento final en el comunismo » en México en 1955-56.

Sí, creo que era revolucionario el primero de enero.

« Ahora bien, ¿soy en este momento un hombre que ha estudiado a fondo toda la filosofía política de la Revolución, toda la historia? No, no las he estudiado a fondo. Desde luego, soy un absoluto convencido y tengo el propósito —que es el propósito que debemos tener todos— de estudiar. »

Siguiendo una curiosa forma de catecismo, Castro se las arregló para creer en el marxismo en 1953, en 1959 y hoy sin haberlo comprendido completamente :

« ¿Creo en el marxismo? ¡Creo absolutamente en el marxismo! ¿Creía el primero de enero (de 1959)? ¡Creía el primero de enero! ¿Creía el 26 de Julio? ¡Creía el 26 de Julio! ¿Lo entendía como lo entiendo hoy, después de casi diez años de lucha? No, no lo entendía como lo entiendo hoy. Comparado como lo entendía entonces a como lo entiendo hoy, hay una gran diferencia. ¿Tenía prejuicios? Sí, tenía prejuicios ; cuando el 26 de Julio, sí. ¿Me puedo llamar un revolucionario cabal cuando el 26 de Julio? No, no me puedo llamar un revolucionario cabal. ¿Me podía llamar un revolucionario cabal el primero de enero? No, no me podía llamar un revolucionario casi cabal. »

Y, finalmente, Castro exclamó : « Soy marxista-leninista, y lo seré hasta los últimos días de mi vida. » Pero por alguna razón estas palabras se suprimieron en el texto publicado en Cuba (*).

Sin embargo, Castro volvió una y otra vez a los « prejuicios » que durante mucho tiempo había tenido contra los comunistas. Habló con mucha mayor extensión de sus diferencias y dificultades con ellos que de los objetivos e ideas que habían tenido en común, y todo lo demás que dijo hay que entenderlo en este contexto. Veamos el siguiente pasaje típico :

« ¿He tenido prejuicios?... —creo que es bueno hablar de eso— ¿he tenido prejuicios con respecto a los comunistas? Sí. ¿Fui influido por la propaganda del imperialismo y de la reacción alguna vez contra los comunistas? Sí. ¿Qué creía de los comunis-

tas?, ¿creía que eran ladrones? No, jamás ; siempre a los comunistas —en la Universidad, y en todas partes— los tenía por gente honrada, honesta, todas esas cosas... Pero, bueno, ese no es ningún mérito especial, porque casi todo el mundo les reconoce eso. ¿Tenía la idea de que eran sectarios? Sí. Sencillamente, estoy absolutamente convencido que las ideas que tenía sobre los comunistas —no sobre el marxismo, sobre el Partido Comunista— eran, como las ideas de muchas gentes, producto de la propaganda y de los prejuicios inculcados desde chiquitos, prácticamente desde la escuela casi, en las Universidades, en dondequiera, en el cine y en todos los lugares ».

De todos modos, en algunos pasajes Castro trató de extraer algún motivo de satisfacción de su atraso político pasado, haciendo ver que esa torpeza y vaguedad suya le habían permitido atraer a más gente que los comunistas. En una frase no publicada hacía notar Castro que « si yo hubiera estado en la situación de Carlos Rafael (Rodríguez), en el mejor de los casos cuando fuimos a la montaña habríamos tenido una situación muchísimo más difícil ». Es curioso, sin embargo, que este punto lo desarrollara Castro en un pasaje mucho más largo de su discurso, pasaje que se publicó y que además ofrece el interés de dar a entender que Castro no fue siempre lo que afirmaba ser ; Fidel afirmaba que su discurso en el proceso por lo del Moncada, conocido con el nombre de « La Historia me absolverá », había sido deliberadamente atenuado en su radicalismo con el fin de conseguir que el movimiento fuera lo más amplio posible. Esto equivalía casi a sugerir que él había estado más cerca de los comunistas de lo que había querido reconocer, pero estaba aún lejos de dar a entender que hubiese sido un « comunista oculto », como han afirmado algunas versiones sensacionalistas del discurso. También aquí su finalidad principal parecía ser defender en cierto modo su posición anterior, que difería de la de los comunistas, pero que por esta misma razón había obtenido mejor éxito en la tarea de seducir a las masas cubanas. De todos modos, el discurso estaba lleno de otra especie de artimañas ; Castro se jactó repetidas veces de haber firmado pactos que no tenía la menor intención de

(*) El texto íntegro de este discurso fue publicado en *Política* (México, 15 de diciembre de 1961), revista mexicana pro castrista. (N. de la R.)

acatar y de colaborar con personas a las que después se proponía destruir.

Castro dedicó la última parte de su discurso a examinar sus relaciones con el nuevo Partido. Hasta entonces, confesó, había ejercido el poder solo ; había llegado ahora el momento de traspasar el poder al partido revolucionario. Fidel explicó su posición anterior de jefe único diciendo que « fue la consecuencia, sencillamente, del proceso revolucionario », pero que ahora era « equivocada », ya que sólo el partido podía garantizar « la continuidad del poder y de la línea revolucionaria ». Castro proclamó su fe en el partido y su subordinación a él en frases tales como : « Creo que el sistema ideal, el más perfecto encontrado por los hombres para gobernar un país... es el sis-

(14) Como contribución preliminar a tal estudio, he aquí algunas de las divergencias entre lo que se afirmó que Castro había dicho y lo que en realidad dijo :

Una versión anterior de la UPI aparecida en el *World Telegram* de Nueva York de fecha 2 de diciembre de 1961 comenzaba así : « El primer ministro cubano Fidel Castro dijo hoy que en realidad él fue un comunista consagrado desde sus días de la Universidad, pero que ocultó sus ideas con el fin de que resultara más fácil conquistar el poder ». Esta cabecera quedó descartada más tarde cuando se supo que Castro se había calificado a sí mismo de « analfabeto político » hasta su graduación en la Universidad, pero esto último llegó demasiado tarde para el *World Telegram*.

La versión de la UPI publicada en el *Washington Post* de 3 de diciembre de 1961 empezaba así : « Fidel Castro reveló hoy jactanciosamente al pueblo cubano que es un marxista-leninista consagrado y seguidor del comunismo y que lo ha sido por lo menos desde el comienzo de su movimiento revolucionario en 1953 ». Esta cabecera se basaba en un párrafo subsiguiente del informe en el que se afirmaba que Castro había dicho que « el pensamiento revolucionario estaba completamente formado » en la época del ataque al Moncada en 1953. Lo que Castro dijo realmente era lo siguiente : « Entonces, ya para aquella fecha, el pensamiento revolucionario nuestro, en líneas generales, estaba formado. No éramos, sin embargo, unos revolucionarios completos ; éramos mucho más revolucionarios cuando llegamos al poder. » Y esto iba seguido por los pasajes, que ya he citado antes, sobre sus diferencias con los comunistas y sus prejuicios contra ellos, pasajes que ignoraba totalmente el despacho de la UPI.

tema de gobierno sobre la base de un partido revolucionario, democrático, organizado, y a través de la dirección colectiva. Quiero decir que ese partido debe ejercer las funciones de dirigente ». El programa, naturalmente, sería « un programa marxista-leninista, ajustado a las condiciones objetivas precisas de nuestro país ».

Por desdicha, uno de los informes de prensa de este discurso, transmitido por la United Press International, constituía en gran parte un *pot-pourri* de citas erróneas. El referido informe daba la impresión de que Castro había hecho una larga confesión de duplicidad o, como decía el título de cabecera de la primera plana del responsable *Washington Post* : « Castro se jacta de haber mentido y reconoce ser rojo desde 1953 ». Este informe flagrantemente tendencioso fue profusamente radiado ; sus causas y consecuencias podrían muy bien constituir el tema de un sugestivo e importante estudio sobre los peligros del periodismo moderno (14). Con mayor razón, pero no

En otros dos pasajes clave, las divergencias eran las siguientes :

UPI : « Se refirió de nuevo a su política de mantener secreta su creencia en el marxismo durante los primeros días de la revolución y dijo : 'Si entonces se hubiera sabido que los hombres que dirigían la lucha de las guerrillas tenían ideas radicales, bueno, todos los que ahora nos hacen la guerra la hubieran comenzado entonces mismo.' »

Castro : « Está fuera de dudas que si a nosotros, cuando comenzamos el esfuerzo, se nos hubiera conocido como personas de ideas muy radicales, es indiscutible que todas las clases sociales, la clase social que hoy nos está haciendo la guerra, la hubiera hecho desde entonces ». Pero esta frase no encerraba absolutamente ninguna referencia a una « política de mantener secreto, etc. » y aparecía simplemente como un dato objetivo de la situación. Era una más entre las varias referencias al punto que Castro intentó marcar en su favor afirmando que él había podido atraer mucha más gente con su vaguedad política que los comunistas con su superioridad política.

UPI : « Afirmó que 'lo primero que han de hacer los revolucionarios, inmediatamente después de la victoria, es destruir la maquinaria del antiguo régimen, según aprendí leyendo el libro de Lenin *El Estado y la Revolución*' ».

Castro : « Cuando una circunstancia de crisis de este tipo se presenta en cualquier país, el primer objetivo del movimiento popular es la des-

con más realidad, la UPI presentó una segunda historia con el mismo mensaje acerca de un discurso pronunciado por Castro veinte días más tarde (15). Es curioso observar cómo las mismas personas que no quisieron creer ni una palabra de lo que Castro decía cuando negaba haber sido comunista se muestran dispuestas a creer cualquier cosa que diga cuando estiman que ha reconocido haber sido comunista.

En realidad, este discurso era el último esfuerzo de Castro para enterrar su pasado de fidelista y para iniciar su carrera de co-

trucción de la maquinaria militar y el apoderamiento de las armas, condición indispensable sin la cual la revolución puede ser frenada, puede ser traicionada y puede ser aplastada... Desde luego, esto no lo inventamos nosotros, ni mucho menos; esto está escrito con mucha claridad en un libro de Lenin —que yo me imagino que todos ustedes, una gran parte de ustedes— que se llama *El Estado y la Revolución*. »

Esta es también una de las varias referencias a otro punto que Castro trató de asegurarse en su favor: a saber, que si bien él no había sido un marxista-leninista completo, sus acciones habían coincidido con las enseñanzas del marxismo-leninismo. En el contexto total del discurso, esta referencia servía al propósito de colmar el foso que había existido entre él y los comunistas, a pesar de los desacuerdos y fricciones entre ellos.

En todo caso, no era éste un discurso que se prestara a los recortes y a los trozos aislados; se necesitaba un armazón interpretativo para poder comprender sus tendencias contradictorias y ocultas. Por añadidura, la oratoria torrencial e infatigable de Castro hace que la información a distancia, sin un texto, sea una empresa aventurada. De todos modos, el despacho de la Associated Press sobre el mismo discurso era, en cierto modo, relativamente sobrio y objetivo.

(15) Este discurso se publicó en *Revolución* del 22 de diciembre de 1961 y el despacho de la UPI que aparecía en el *New York Times* del día siguiente llevaba la siguiente cabecera: « Castro afirma que ocultó su marxismo-leninismo durante la rebelión ». Esto se basaba esencialmente en la siguiente cita del discurso: « Desde luego, si nosotros nos paramos en el Pico Turquino cuando éramos cuatro gatos y decimos: somos marxistas-leninistas —desde el Pico Turquino—, posiblemente no hubiéramos podido bajar al llano. Así que nosotros lo denominábamos de otra manera, no abordábamos ese tema, planteábamos otras cuestiones que las comprendía perfectamente la gente. »

munista reconocido. En muchos aspectos, constituía una patética, digresiva y dislocada disertación hecha por un hombre que ha perdido su primitiva identidad e individualidad y que tiene que reconstruir su pasado para adaptarlo a su presente.

EN MI PRIMER ARTÍCULO sobre « Las teorías del castrismo » (publicado en *Cuadernos* de junio de 1961), me aventuré a presentar un ensayo de teoría para explicar lo que yo llamaba la « variante » cubana en la « familia de las revoluciones comunistas ». Resultaría demasiado extenso y prolijo repetir aquí lo que escribí entonces, pero quizá las conclusiones a que llegaba no hayan perdido su oportunidad. En

Pero el *New York Times* no reproducía este párrafo: « ¿Nosotros éramos marxistas-leninistas cabales? No, no éramos marxistas-leninistas cabales. Yo era, por ejemplo, un tipo de marxista-leninista que me había aferrado a unas cuantas ideas que había tomado del marxismo-leninismo en mi etapa de formación y, por cierto, era una etapa de formación—, una serie de cosas que creí como verdades fundamentales, y ajusté la acción a esas verdades fundamentales. »

Tenemos aquí algunas de las expresiones que aparecen en el discurso anterior del 1 de diciembre, aunque ahora hay un cambio evidente de énfasis. En sus cinco horas de discurso, el 1 de diciembre, Castro no dijo que unos años antes hubiera sido ninguna especie de marxista-leninista; veinte días después, se había convertido en « un tipo de marxista-leninista » y toda su evolución se basa ahora en un juego de palabras, especialmente en la palabra « cabal ». Este no es un fenómeno nuevo en los Estados comunistas; la historia ha sido escrita y reescrita innumerables veces en la Unión Soviética; y ahora se la empieza a reescribir en Cuba, esencialmente por Castro mismo, para hacerle retroactivamente digno de ser secretario general de un partido comunista. En realidad, lo que Castro trata de hacer es introducir la idea de que él era un tipo hasta entonces desconocido de marxista-leninista que no se reconocía a sí mismo como tal, una especie de Monsieur Jourdain político. En otro sentido, Castro está reinterpretando su pasado político entero como un « período formativo » de su actual marxismo-leninismo, fórmula que es lo suficientemente laxa y vaga para que sirva a cualquier propósito. Curiosamente, Castro y algunos de sus enemigos más encarnizados, que siempre le consideraron comunista, muestran ahora un interés mutuo en darle una respetable génesis comunista.

resumen, indicaba yo que Fidel Castro se había visto « catapultado de repente al poder sin un partido, sin un ejército y sin un programa reales ». Durante la lucha por el poder no se le había identificado nunca con ningún tipo de ideas económicas o políticas originales y se había distinguido de los demás enemigos de Batista principalmente por su fe en la lucha armada. Sus dotes políticas eran de tipo demagógico, no creador. Los comunistas podían llenar este vacío existente en Castro una vez que se hubieran hecho a la idea de que había conquistar el poder no contra él, sino sólo a través de él. Y fue también una profunda insuficiencia interna lo que le hizo a Castro incapaz de pasar del curso original de su revolución a cualquier otro que fuera realmente independiente y privativo de Cuba. Castro no disponía de los cuadros disciplinados y experimentados, de la ideología y del apoyo internacional necesarios para pasar de un tipo de revolución a otro y sólo los comunistas cubanos y rusos se los podían proporcionar. De todos modos, él estaba dispuesto a servir a los comunistas únicamente a condición de que éstos aparecieran como viviéndole a él. Y si el « partido unificado » se materializa, escribía yo, « Fidel Castro pasará seguramente a la Historia no como el líder máximo de un nuevo movimiento, sino como el 'gracioso' de uno ya viejo ».

El análisis que Castro hizo de sí mismo el 1 de diciembre no resultaba sustancialmente muy distinto de esta interpretación. En lo esencial, el líder cubano echaba la culpa de sus anteriores desacuerdos y fricciones con los comunistas a sus prejuicios de clase, a su falta de comprensión del marxismo, a su influenciabilidad a la propaganda imperialista y reaccionaria y a su « ingenuidad », en fin. Su conversión real al comunismo, afirmó, se produjo *después* de conquistar el poder, cuando se dio cuenta de que estaba tratando de realizar « una revolución socialista sin socialistas » y de que necesitaba los « cuadros experimentados » del P.S.P. En más de una ocasión se afanó por reconocer que los viejos comunistas —Juan Marinello, Aníbal Escalante, Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, particularmente este último, que parece haberse convertido en su mentor especial— sa-

bían más de la revolución que él, y que él se había convertido en un simple « estudiante » del marxismo-leninismo (16). A pesar de la retórica y el relleno que este discurso encierra, las afirmaciones de Castro sobre su insuficiencia e inferioridad me suenan a sinceras. Ya no cabe duda alguna de que Fidel Castro ha sido el « gracioso » del movimiento comunista, más bien que el líder máximo de un movimiento nuevo. Quienes deseen discutir esto tendrán que hacerlo en adelante con Fidel Castro mismo.

Y SIN EMBARGO, ¿cómo pudieron equivocarse tan rotundamente tantas personas?

Jean-Paul Sartre escribió un libro sobre Cuba en el cual mencionaba muy de pasada al Partido Comunista cubano sólo en dos ocasiones y refiriéndose a un período muy anterior a la toma del poder por Castro. Los lectores de Sartre se quedan inevitablemente con la impresión de que en la primavera de 1960 los comunistas cubanos eran tan poco importantes que prácticamente no había nada que decir de ellos. En septiembre de ese mismo año, tras el llamamiento de Blas Roca en favor de la « fusión », Sartre escribió un prefacio para la edición brasileña de su libro en el cual negaba airadamente que existiera el menor peligro de que la revolución cubana se hiciera comunista, ni siquiera de que el Partido Comunista cubano deseara que tal cosa ocurriese. « No —insistía Sartre—, si Cuba desea separarse del bloque occidental, no es por la loca ambición de atarse al bloque oriental. »

Leo Huberman y Paul M. Sweezy escribieron en 1960 un libro sobre Cuba en el que llegan a la conclusión de que « la hipótesis de una infiltración comunista entre los dirigentes de la revolución es un puro invento de la fantasía anticomunista ». En el número de julio-agosto de 1961 de su revista, Huberman y Sweezy publicaban un artículo de J.P. Morray que en fin de cuentas admitía que Fidel Castro se había convertido en « una especie de marxista-leninista ».

(16) Un estudiante aún no muy avanzado, como lo demuestra el que califique a Engels, que vivía de las rentas de unas fábricas textiles, de « comerciante ».

nista » y que la « fusión » de los partidos estaba cercana, pero insistía en que « es inconcebible que Fidel acepte, o que el Partido le pida que acepte, una subordinación a la opinión colectiva ».

Ya he aludido a la forma en que C. Wright Mills trata al comunismo cubano en su libro, pero todavía merece la pena reproducir otro pasaje del mismo, ya que en él se nos habla de una supuesta causa del comunismo de Castro : « Nuestro primer ministro fue a Washington, inmediatamente después de la insurrección, pero se le recibió friamente y desde luego no se le prestó ayuda alguna. Ni siquiera su petición de concesiones financieras de escasa importancia obtuvo el menor eco. » No cabe duda de que Estados Unidos son culpables de muchos actos egoístas y estúpidos en sus relaciones con Cuba durante este siglo, pero la visita de Castro a Washington en

(17) El 17 de abril de 1959, en su discurso ante la Asociación Norteamericana de Directores de Periódicos en Washington, Fidel Castro declaró (en inglés) : « Deseo explicar que no vinimos aquí por dinero. Es posible que otros muchos gobiernos hayan venido aquí por dinero y mucha gente cree que cada vez que un gobierno viene aquí viene por dinero. Yo estaba más interesado en la opinión pública que en el dinero. Y no estaba de acuerdo en que se confundiera la finalidad del viaje » (*Problems of Journalism*, Actas de la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos, 1959, pág. 82).

El antiguo ministro de Hacienda cubano Rufo López Fresquet ha declarado : « Cuando acompañé a Fidel a este país en abril de 1959, el primer ministro me advirtió cuando salimos de La Habana que no discutiera de los asuntos económicos cubanos con las autoridades, banqueros o inversionistas del Norte. En diversas ocasiones, durante el viaje, Castro repitió la advertencia. Esta es la razón de que, cuando visité al secretario del Tesoro, Robert B. Anderson, no respondiera a las indicaciones oficiales norteamericanas de que Estados Unidos eran favorables a prestar ayuda a nuestro país. También por esta razón, durante nuestra estancia en Washington, cuando cambié puntos de vista con el Subsecretario de Estado para los Asuntos Latinoamericanos, Roy Rubottom, fingí una indiferencia cortés a su declaración concreta de que el gobierno de Estados Unidos deseaba saber cómo y en qué forma podía cooperar con el gobierno cubano en la solución de las necesidades económicas más urgentes » (*The Times of Havana*, Miami, 15-17 de septiembre de 1961).

abril de 1959 no entra precisamente en esa categoría. El mismo Castro tuvo buen cuidado de negar que tuviera deseo alguno de negociar durante aquel viaje y los tres expertos financieros que llevó consigo han testificado que Castro les prohibió que solicitaran ayuda norteamericana e incluso que entraran en discusiones económicas y financieras con personalidades de Washington. La teoría de que Castro deseaba la ayuda norteamericana, pero se volvió hacia la Unión Soviética y hacia el comunismo al verse frustrado en tal deseo, es un simple y espectacular argumento de propaganda, pero constituye un mito en toda regla, indigno de un moralista universitario (17).

Realmente, la comunidad académica en su conjunto no ha conseguido precisamente distinguirse en el estudio o la recta exégesis de la revolución cubana. En una larga declaración publicada con motivo de la reunión anual de la « American Political Science Association » celebrada en septiembre de 1961, el profesor George I. Blanksten, de la Northwestern University, habló de

Otro de los peritos financieros cubanos, el antiguo presidente del Banco Nacional de Cuba, Felipe Pazos, ha hablado de la reunión a que asistieron el subsecretario Rubottom, funcionarios del Departamento de Estado y del Departamento del Tesoro, el ministro de Hacienda cubano López Fresquet, el ministro cubano de Economía Regino Botí y él mismo. Los norteamericanos, que habían tomado la iniciativa de convocar la reunión, pidieron repetidas veces a los cubanos que dijeran lo que Estados Unidos podían hacer para ayudarles económica y financieramente. Atados por las instrucciones de Castro, los cubanos pudieron sólo responder que no necesitaban ayuda y que no tenían ninguna petición que hacer. Pazos pasó por la misma experiencia en el Fondo Monetario Internacional. El tercer perito cubano, Dr. Ernesto Betancourt, ha hecho las mismas revelaciones.

Esto no quiere decir que unas negociaciones financieras o económicas entre Estados Unidos y Cuba habrían tenido necesariamente un final feliz. Sí significa, a pesar de una impresión contraria muy extendida, que Castro ni siquiera quiso intentar la negociación. Podría replicarse que la revolución en que pensaba no podía ser apoyada por Estados Unidos, pero no es esto lo que han dicho los propagandistas de Castro, que han preferido la versión más fantástica del profesor Mills sobre la « fría acogida » dispensada incluso a « peticiones de escasa importancia ».

cuatro « claves » del fidelismo, pero el comunismo no era ninguna de ellas. El profesor Blanksten observó que « el lugar del comunismo dentro del fidelismo es a la vez crucial y sutil », pero la verdad es que prestaba muy poca atención a este crucial y sutil aspecto. La razón de ello se pone en claro cuando Blanksten explica que el papel del comunismo en Cuba « tiene más su origen en el repudio de Estados Unidos que en la aceptación del sistema soviético » y que « no se debe confundir el fidelismo con el comunismo ». Sólo dos meses después de estas afirmaciones, Castro aceptaba el sistema soviético e igualaba el fidelismo con el comunismo. Y el profesor Blanksten no se podrá quejar de que Castro no haya avisado suficientemente muchos meses antes.

En el *New Statesman* del 17 de septiembre de 1960, Paul Johnson realizaba la notable proeza de hacer que, comparados con él, el Departamento de Estado y la C.I.A. parecieran positivamente inspirados : « En Washington, un Departamento de Estado chapucero y mal informado —abastecido de toda clase de desperdicios por la Central Intelligence Agency— da por sentado sin la menor vacilación que fidelismo y comunismo son la misma cosa. Esto es un tremendo error : considerados en la perspectiva de los años 60, ambos son enemigos naturales. » En un editorial del *New Statesman* del 28 de abril de 1961, se calificaba de « absurda hiper-simplificación » la creencia de que Cuba es un centro de la subversión comunista. La fuente en que se apoyaba el editorial era un artículo publicado en el mismo número y firmado por Mr. Kingsley Martin sobre « Castro y los comunistas ».

En diez páginas de su número de mayo-junio de 1961, el director y subdirector de la *New Left Review*, Stuart Hall y Norm Fruchter, me censuraban entre otras cosas por haber sugerido que fidelistas y comunistas se estaban fusionando. Ellos afirmaban por su parte que fidelistas y comunistas *coexistían* simplemente « en los términos fijados por Fidel ». Los lectores a quienes interese pueden leer mi réplica en el número de la *New Left Review* de septiembre-octubre de 1961 ; y no hace falta decir que los acontecimientos ocurridos desde entonces han sido aún menos favorables a la

argumentación de Hall y Fruchter (18).

En el *Hispanic American Report* del 29 de agosto de 1960, Herbert L. Matthews, del *New York Times*, afirmaba : « Por paradójico que parezca, los norteamericanos deberían rezar para que nada le ocurra a Fidel Castro. Toda esperanza de que la situación mejore radica en él. » Un año después, en su libro curiosamente ambivalente *The Cuban Story*, Matthews declaraba que había perdido su fe —aunque no su simpatía y, en muchos aspectos, su admiración— en Castro, al que ahora parece considerar como el enemigo más mortal que Estados Unidos hayan tenido en América Latina. A los fidelistas más ardientes les desagradaron ciertos pasajes de la obra de Matthews, especialmente aquellos en que afirma que la Revolución cubana estaba « en camino de convertirse en un tipo de régimen comunista » y que la llamada fusión de los partidos sería « una criatura del ala comunista, y no del Movimiento 26 de Julio ». Estas perogrulladas más bien moderadas le valieron la desaprobación de sus comentaristas, que se pusieron a rectificar a Matthews para colocarlo en la línea justa.

En *The Nation* del 11 de noviembre de 1961, Warren Miller tuvo la frescura de escribir lo siguiente : « Como su periódico, Matthews está convencido de que el nuevo partido único que se está creando en Cuba va a ser un partido comunista ampliado ; y, como su periódico, no asienta este juicio en ninguna clase de pruebas. El nuevo partido ha de ser una fusión de unos treinta o

(18) Hall y Fruchter trataban, por ejemplo, de explicar mi opinión como sigue : « El terror, el totalitarismo, la dominación de un solo partido, el dogmatismo, la dictadura irresponsable y la penetración soviética —toda la panoplia del bolchevismo en decadencia— se siguen para él como la noche al día. » Pero no soy yo quien marcha por ese camino trazado por ellos, puesto que no soy tan creyente como eso en el determinismo histórico ; de todos modos, *mirabile dictu*, a Hall y Fruchter hay que reconocerles el mérito de haber previsto el inmediato futuro de Cuba (¡en mi nombre!) : terror, totalitarismo, dominación de un solo partido, dogmatismo, dictadura irresponsable y penetración soviética. Es evidente que la ironía no se desperdicia a su respecto, ya que, tras haber prometido contestarme en el número siguiente de su revista, éste ha salido ahora sin que en él se inserte ni una palabra sobre Cuba.

cuarenta grupos, y hoy día hay tantas razones para profetizar que el partido va a ser una Organización de Mujeres cubanas ampliada como una Federación de Estudiantes Universitarios ampliada. » Y en *The Progressive* de diciembre de 1961, Sidney Lens tuvo la malhadada idea de escribir : « Despachar a la Revolución cubana o a Fidel Castro como 'comunistas' es pasar por alto las lecciones de la historia. Ya que Castro no es hoy, ni fue ayer, ni será probablemente nunca comunista. »

Estos no son más que unos pequeños ejemplos de la antología del pro-castrismo que podríamos compilar. La cosa me ha aterrado y, sin embargo, quiero dejar bien claro que yo no soy uno de esos que creen que a Fidel Castro se le puede clasificar de una vez para siempre. Estoy en desacuerdo con quienes se han negado a ver en el castrismo otra cosa que comunismo, así como con quienes se han negado a ver en él nada que se parezca al comunismo. En otra ocasión he escrito : « Sin embargo, mientras los comunistas le necesiten por lo menos tanto como él los necesita a ellos, no pueden descartarse otras sorpresas ; el yo de Fidel puede crearles a los comunistas tantas dificultades como se las ha creado a otros. » Y un poco después : « No puedo eliminar la impresión de que el nuevo Fidel autocrítico está totalmente fuera de su personaje. » No tengo motivo alguno para cambiar de idea. Hay una inestabilidad inherente al modo de ser de Castro que convierte en aventurado el predecir su futura carrera dentro del movimiento comunista. Él mismo insinuó algo el 1 de diciembre al declarar : « Dentro de cinco años quizá descubramos que en esta época éramos unos ignorantes. » Pero el problema no ha sido nunca el de si Fidel Castro tiene el alma y el temperamento de un bolchevique auténtico. Su misma inestabilidad e insuficiencia le han echado en los brazos de los comunistas, a los que ha traspasado todas las palancas del poder en la Cuba actual. Y ha ido tan lejos, que si un día rompiera con ellos suscitaría la guerra civil en sus propias filas, provocaría un desastre económico al perder la ayuda soviética y se despojaría a sí mismo de todas sus armas políticas y morales. Lo que Castro ha hecho es mucho más importante que lo que él « es »

y lo que él es, es mucho más importante que lo que él fue.

ENTRE LAS CRISIS que hay que poner en la cuenta de Castro, no es la menos aguda, a mi parecer, la crisis de los intelectuales que de él han hecho su última encarnación. Desde que Herbert Matthews fue a la Sierra Maestra en febrero de 1957, Castro ha venido jugando con los intelectuales y periodistas simpatizantes. A Matthews se le engañó para que dijera que Castro mandaba una amplia fuerza que había reñido muchas batallas con las tropas de Batista, infligiéndoles cuantiosas pérdidas. En realidad, Castro disponía entonces solamente de dieciocho hombres que habían llevado a cabo una rápida incursión contra una avanzadilla enemiga compuesta sólo por doce hombres. Este primer y más famoso informe de un « testigo ocular » de lo que pasaba en Cuba ha hecho escuela hasta hoy día. No es posible que se tratara meramente de una sucesión de extravíos individuales ; demasiadas personas se han visto implicadas en el asunto. Ha sido más bien una inmersión colectiva en el « estiércol » romántico, según la expresión utilizada por George Orwell hace casi veinte años.

¿Y ahora? Es curioso observar que los intelectuales favorables a Castro han reproducido el ciclo seguido por su propio Movimiento 26 de Julio. Llegó un momento en que los fidelistas que habían creído en las promesas de Castro de una revolución democrática radical hubieron de elegir entre romper con él o seguirle ciegamente hasta el amargo final. Tras la revolución democrática radical vino la revolución social no democrática, pero resueltamente no comunista, original, indígena e independiente. Pero ahora resulta que no sólo ha traicionado Castro esta segunda revolución, sino que se ensaña diciendo que no tenía el propósito de realizarla ni siquiera en la época en que sus portavoces intelectuales la defendían en su nombre. Así, Castro ha puesto en evidencia a los ojos de todos la credulidad de esos intelectuales, igual que un día se jactó pública y regocijadamente de haber hecho caer en la trampa a Matthews. Los Castros de este mundo no sólo son difíciles de servir por los intelectuales, sino que desprecian a los que les sirven.



GREGORIO SAN JUAN

Parte por escrito

*A Gabriel Celaya,
desde el Monte Banderas*

Quando la nieve quema el horizonte
nos muerde la tristeza en los zapatos.
Venimos de las cómodas mentiras
y nos golpea la verdad de canto.

*

Se sube por aquí hasta la cocina
que hoy ocupa la muerte, en pleno campo
donde habitó la paz y hay una madre
que llora desde lo último del llanto.
Un ángel casi rubio, desde el cielo,
refugio tembloroso de los pájaros,
ve a su padre gastado por la pena,
llenándose de días y trabajos.

Porque esta es la cuestión : Esta es la tierra
prometida y negada a tantos brazos
de andaluza pobreza, de extremeña
resignación, de empuje castellano.
Bíblica tierra donde el aire falta
y el cielo no se alcanza de tan alto,
aunque alguien nos apremia desde dentro :
"Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?"

Suburbio no es palabra de domingo
ni es todo esto para irlo pregonando,
suavizando la cosa, reportiendo
leches y catecismos diocesanos,

Quando la nieve quema el horizonte
y fallece la luz, pasan de largo
el mercader, el cura, las parejas,
y hasta el obispo y el samaritano.
Tanto dolor para llevarlo dentro
que yo sé que callar aquí es pecado.
Por eso subo al monte atardecido,
empuño el alma con mi fe y levanto
la voz por si aún le es dado al hombre oirla
o Dios quisiera echarles una mano.

Recado a Jesús López Pacheco desde el espino donde está su tierra

He subido esta tarde al alto Espino
trayendo el libro tuyo bajo el brazo,
Jesús López Pacheco, amigo mío.

La primavera avanza entre los álamos
de la orilla del Duero,
pone un temblor azul sobre los cardos,
y nadie sabe con qué fuerza siento
que llena tu palabra todo el campo
que el río señorea.

Yo también
trato de conseguir el verso claro,
esas pocas palabras verdaderas
con que poder decir, bien alto :
"Pongo la mano sobre España, y juro
que nunca escribiré su nombre en vano."
En el rebelde llano numantino
con el pueblo al alcance de la mano
lo escribo a contraviento, y fecho y firmo
en Soria pura, a diez y seis de marzo.
Y bajo este olmo viejo
hendido por el rayo
pongo tu nombre por testigo, Antonio,
buen Antonio Machado.

LUIS MONGUIÓ

Nacionalismo y protesta social en la literatura hispanoamericana

DESDE LOS PRIMEROS DÍAS de su lucha por la independencia política frente a España, los miembros de la « élite » intelectual de las nacientes repúblicas hispanoamericanas anhelaban una independencia intelectual y literaria como corolario a la independencia política (1). Este nacionalismo literario de comienzos del siglo XIX tenía antecedentes y posteriormente ha pasado —igual que el nacionalismo político— por una serie de etapas diferentes.

Autoconciencia

Desde luego, podemos buscar en la literatura de la época colonial los rasgos que comienzan ya a diferenciarla de la literatura de España. José Ortega y Gasset, por ejemplo, ha explicado cómo el español que vivía en las Américas, incluso en los primeros días del descubrimiento, de la conquista y de la colonización, se distinguía del español que se quedaba en Europa, y cómo era un nuevo hombre en un nuevo mundo. E incluso en las primeras relaciones y crónicas escritas en América, o en España después de su experiencia americana, por hombres nacidos en la península,

(1) Este ensayo tiende a ofrecer —dadas las limitaciones impuestas por el título— una visión unidimensional de la literatura hispanoamericana. Buena parte de ésta —y, en mi opinión, de la mejor— la han escrito o la escriben autores no directamente preocupados por el nacionalismo o la protesta social.

descubrimos un tono, un estado de espíritu bastante diferente del que prevalecía en los escritos de los españoles confinados en Europa.

Es igualmente fácil presentar ejemplos documentales que nos muestren cómo la visión de una nueva realidad invade los escritos de observadores tan agudos como Oviedo y Acosta, por ejemplo. Pronto las primeras obras agónicas de unos hombres cogidos étnica, cultural y emocionalmente entre dos mundos —hombres como el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y una noble de sangre incaica—, nos muestran dramáticamente el nacimiento de una literatura hispanoamericana. También bastante notorios son los poemas y la prosa escritos ya a principios del siglo XVII y que nos indican el choque inicial entre los españoles nacidos en Europa y los nacidos en América, entre el gachupín o chapetón y el criollo, semilla de posteriores y más amplios choques. De todos modos, hasta el siglo XVIII la unidad era mayor que la diferenciación, debido a la común fidelidad a la Corona y a la Iglesia. Y hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la Ilustración y el ejemplo de las revoluciones norteamericana y francesa debilitaron esta fidelidad, no vemos nacer y crecer entre los escritores de las Indias españolas una conciencia de algo que se acerca al sentimiento nacional. En efecto, en esta segunda mitad del siglo XVIII es cuando cierto número de escritores comienzan a darse cuenta. —o, al menos, a dejarlo ver en sus escritos— que son españoles ameri-

canos, o simplemente americanos, más bien que españoles sin más. Y entre ellos no fueron los últimos en proclamarlo los jesuitas hispanoamericanos expulsados de los dominios del rey en 1767. Desde su refugio italiano, en su resentimiento contra el rey que les había desterrado y recordando con nostalgia su tierra natal, comenzaron a hablar de sus países americanos utilizando la palabra « patria » —no en su sentido tradicional, sino en su significación moderna— como concepto político. Y pronto la literatura que venía de España en los años de la guerra de la Independencia —es decir, la guerra contra Napoleón, de 1808 a 1814—, rebosante de llamamientos al amor a la patria, a la sagrada libertad y a la independencia, don de los cielos, unido esto a la ideología liberal de las Cortes de Cádiz y de la Constitución española de 1812, contribuyó a propagar por toda Hispanoamérica la noción de que los derechos de la soberanía nacional eran superiores a los derechos de los reyes, así como la conciencia del derecho de los pueblos a decidir su propio destino.

El nacionalismo durante las guerras de independencia

En medio de tal ambiente, durante los años del constitucionalismo español, un escritor podía escribir en los periódicos de Lima, ante los ojos de las autoridades virreinales : « Toda la inmensa extensión de ambas Américas es lo que nosotros concebimos como nuestra patria... Todos los que vivimos en el Nuevo Mundo somos hermanos... dignos de constituir una nación. » *El Satélite del Peruano* publicó esta declaración el 1 de marzo de 1812. Los hispanoamericanos, imbuídos de este sentimiento de una nacionalidad y una hermandad americanas, se hallaban también impregnados de los principios de la libertad política que los liberales españoles predicaban en la Península. Otro periódico limeño de aquella época, *El Investigador*, publicaba el 15 de septiembre de 1814 el texto de un artículo ya publicado en España en el que se reseñaba el estreno en un teatro de Madrid, el 29 de marzo de 1814, de *La viuda de Padilla*, de Martínez de la Rosa, obra que un crítico moderno califica de decla-

mación política del espíritu de libertad de los antiguos comuneros castellanos en la época de Carlos V. El gacetillero que reseñaba la obra alababa con entusiasmo a la heroína como un símbolo del amor a la patria, a la libertad y a la independencia y de odio a la tiranía. No hay más que sustituir Castilla o España por América y el artículo se convierte en una declaración patriótica americana. También de la pluma de un poeta español y liberal, Quintana, salió la divisa de uno de los primeros periódicos republicanos del Perú, *La Abeja Republicana*, en 1822 : « ¡Antes la muerte que consentir jamás ningún tirano! » La frase procedía de un poema escrito en 1808.

Impulsados por este amor a la libertad y por este sentido de la nacionalidad americana pudieron finalmente los hispanoamericanos obtener su independencia. Cada región ayudaba a la otra a conseguir su libertad política frente a la autoridad española. Los soldados venezolanos, colombianos, argentinos y chilenos lucharon codo con codo junto a los ecuatorianos, peruanos y bolivianos para liberar la totalidad del continente sur. El ejército de Sucre en Ayacucho, en 1824, era un ejército auténticamente americano. La historia literaria, tanto como la militar y la política, permite afirmar que durante la lucha por la independencia y durante algún tiempo después de ella las fidelidades de carácter regional ocupaban un lugar secundario frente a una fidelidad patriótica que se extendía a toda América. Hombres nacidos en uno de los Estados americanos podían servir, y en efecto sirvieron, en los ejércitos, en la administración e incluso en la presidencia de otro Estado americano.

No cabe duda alguna de que, mientras se desarrolló la lucha por la independencia y durante algún tiempo después de terminada, la idea de una literatura nacional se refería más bien a una literatura americana que a una literatura argentina, chilena, mexicana o cualquier otra de carácter local. Por ejemplo, Andrés Bello, en su « Alocución a la Poesía », de 1823, trata de la poesía americana, en general. Continentales fueron también las dos revistas —*Biblioteca americana* en 1823 y *Repertorio americano* en 1826-27— que Bello publicó en Londres, en español, para las Américas. En mayo de

1827, un liberal español exiliado llamado a la Argentina por el gobierno de Rivadavia, José Joaquín de Mora, publicó un artículo en su revista *El Conciliador*, de Buenos Aires, apelando al orgullo de los habitantes de América para que fundaran y fomentaran una literatura indígena adecuada a su situación moral y política y a las necesidades de los nuevos Estados de aquella parte del mundo. Mora afirmaba que semejante empresa sería digna de quienes amaban a su patria. Pues bien, este artículo, que se refiere a los nuevos Estados en plural, habla en cambio de literatura y de patria en singular, refiriéndose evidentemente a una literatura general americana para una común patria americana.

Nacionalismo romántico

De todos modos, tanto Bello como Mora eran hijos de la Ilustración y, por tanto, universalistas. En los decenios siguientes, comenzando hacia 1830, el panorama cambia. Empezamos a encontrar declaraciones hispanoamericanas sobre nacionalismo literario que ya no son de carácter continental, sino particularista. Cabe muy bien preguntarse si la congelación de la antigua división administrativa colonial en las nuevas entidades políticas independientes, rompiendo la antigua unidad genérica, no tendía a llenar las nuevas estructuras políticas —en este caso, creando el órgano la función— con el contenido que el espíritu liberal del siglo XIX daba en otros lugares al Estado. Ese contenido era el del Estado nacional: cada nación un Estado y cada Estado una nación. Este tipo de nacionalismo político se reflejó pronto en la literatura imaginativa de Hispanoamérica con los colores, recibidos de Europa, del nacionalismo literario romántico.

Por ejemplo, a mediados del decenio de 1830, el argentino Esteban Echeverría proclamó su fe en una literatura que, reflejando el espíritu del siglo en un lugar dado, comprendiera que ese tiempo y ese lugar son condiciones inherentes a su existencia. Su ideal era una literatura nacional que reflejara, como él decía, los colores de la naturaleza física que nos rodea y que reflejara también nuestras costumbres, nuestras ideas, los sentimientos y las pasiones nacidos en el choque de nuestros inte-

reses sociales inmediatos. Esta sería la literatura de una época determinada en una nación determinada. Y puesto que Echeverría era cristiano, liberal, americano y específicamente argentino, con sus escritos intentó crear una literatura cristiana, liberal, americana y específicamente argentina, literatura que ilustra por ejemplo su poema de las pampas *La Cautiva* (1837). De un extremo del continente a otro, encontramos esta especie de afirmación nacionalista que se vierte en moldes literarios: « Cantando, ni siquiera sospeché que mi hermosa patria estaba hallando en mí su voz; que estaba naciendo a través de mí, con sus penas, sus glorias, sus montañas y sus lagos, su bello cielo, su alma olorosa », escribía en 1889 Guillermo Prieto, haciendo eco a Echeverría desde México.

Junto al nacionalismo, en las producciones de los escritores de esta época encontramos la expresión de todo género de ideas políticas. La independencia no había creado ni mucho menos en Hispanoamérica una larga etapa de estabilidad. Los escritores —poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas— eran también dirigentes políticos (algunos llegaron a la presidencia de sus respectivos países), hombres de partido o, al menos, políticamente activos. Los poetas políticos querían moldear la realidad según sus gustos y se sentían impacientes, desde distintos puntos de vista desde luego, por la realización de su idea particular de la perfección política. Esta es la razón de que buena parte de aquella literatura perteneciera al género de lo que Pedro Enríquez Ureña calificó tan perspicazmente de literatura de servicio público o quizá a lo que hoy llamamos literatura instrumental, « engagée » o comprometida. Mármol, Sarmiento, Montalvo, Ignacio Ramírez, José Hernández, Altamirano, Roa Bárcena, Felipe Pardo o Rafael Núñez son tan conocidos en la historia política como en la literaria. Pertenecieran a la derecha o a la izquierda, fuesen románticos liberales o románticos conservadores, eran políticos y nacionalistas y se esforzaban por crear en verso y en prosa una literatura nacionalista y política. Incluso a veces esta literatura tenía un radio más limitado que el de las fronteras nacionales: era la literatura costumbrista.

Cosmopolitismo "fin de siglo"

Sin embargo, hacia 1870-1880, se produce en la literatura hispanoamericana otro cambio que es paralelo a los cambios que se estaban produciendo en la vida del continente. Hispanoamérica iba quedando cada vez más sometida a la economía de los grandes países industriales que extraían o compraban sus materias primas y le vendían productos manufacturados. Por otro lado, se estaba produciendo una nueva ola de inmigración europea. Los miembros de las clases dirigentes adquirieron una mentalidad más financiera que política y su manera de ver se aproximó más a la de los capitalistas extranjeros. Hasta los mismos caudillos comenzaron a interesarse más por los negocios y los beneficios que por los laureles y por el poder en sí mismo. La América hispánica pasó de un nacionalismo romántico, liberal o conservador, a un positivismo científico. Es la época simbolizada por un hombre como Porfirio Díaz, pongamos como ejemplo. Los escritores hispanoamericanos de la época —Darío, Jaimes Freyre, Valencia, Nervo, Díaz Rodríguez y otros por el estilo— detestaban el materialismo del medio en que vivían, de la misma manera y por las mismas razones que los escritores europeos —Baudelaire, Verlaine, Mallarmé o Wilde, por ejemplo— detestaban su mundo. En América, igual que en Europa, tales escritores se sentían en la obligación de defender y preservar la belleza contra las irrupciones del materialismo y, siendo para ellos la belleza un valor inmanente, absoluto, sin relación con un país o un tiempo determinados, era de esperar que abandonaran el nacionalismo literario de sus predecesores.

Vuelta a América

Pero esta situación duró sólo desde 1880 hasta el final del siglo, porque en este momento, bajo el impacto de la guerra hispanonorteamericana de 1898 y en particular del asunto de Panamá de 1903, hasta los escritores no nacionalistas, cosmopolitas y modernistas volvieron a descubrir un sentido de la fraternidad hispanoamericana y del nacionalismo continental bastante similar a los sentimientos de hermandad y so-

lidad hispanoamericanas del primer período de lucha por la independencia. A partir de fines de siglo, estos escritores empezaron a sentir que los anglófonos, nórdicos, protestantes y ricos Estados Unidos se estaban convirtiendo en un peligro para la identidad y la independencia de una Hispanoamérica de lengua española, indolatina, católica y pura. Estos escritores se sentían en la obligación de reafirmar los valores espirituales de su idioma, su religión, su tradición y su nacionalidad, valores que a sus ojos daban a Hispanoamérica su sentido, un sentido sin duda alguna superior a los valores materialistas del filisteo burgués hispanoamericano. Este último, enfrentado con la fuerza superior de Estados Unidos, no constituía ningún baluarte del hispanoamericanismo. Aquellos fueron, pues, los años de una serie de campañas literarias en las que se pedía a los hispanoamericanos que se despertaran ante el peligro, un peligro procedente del Norte; tales fueron, por ejemplo, las campañas dirigidas por el cuentista argentino Manuel Ugarte o el novelista venezolano Rufino Blanco Fombona. De mayor importancia aún en este aspecto fueron las palabras del principal poeta hispanoamericano de la época, el nicaragüense Rubén Darío, y del prosista más importante, el uruguayo José Enrique Rodó. ¿Qué hispanoamericano culto no ha leído el *Ariel* de Rodó (1900) o la oda a Teodoro Roosevelt de Darío (1904)? Rodó pedía insistentemente a la juventud hispanoamericana que cultivase su propia tradición cultural, esencialmente mediterránea; que cultivara la razón y el sentimiento, la belleza y el pensamiento, más bien que los instintos calibánicos de la sensualidad y del interés privado; que se esforzara por perfeccionarse en su trabajo cotidiano, pero como un medio, no como un fin en sí, y sin dejar que se interpusiera entre los objetivos superiores de la vida, es decir entre la realización del humanismo y de los valores humanos. En particular les pedía que no se dejaran engañar por el éxito material de Estados Unidos ni aceptaran los valores materialistas y utilitarios que según él eran los valores supremos en la civilización norteamericana. Por su parte, Rubén Darío, en su oda a Teodoro Roosevelt, reconocía la fuerza, la cultura, la energía y la riqueza

de Estados Unidos, pero él tomaba partido por la América de Moctezuma, de los Incas, de Colón, una América católica, una América hispánica en la cual los valores indios, españoles y católicos le parecían combinarse en el único sistema de valores posible y deseable para su pueblo, en contraste con los valores ajenos encarnados en la civilización de Estados Unidos. En su « Salutación del optimista » (1905), Darío convocaba a las « famosas y fructíferas razas, fruto de España la prolífica » para que dieran « nueva vida a linajes viejos y ancestrales, unidos en el corazón, unidos en espíritu y en anhelos y en lenguaje ». Frente a lo que consideraban la amenaza procedente del « coloso del Norte », estos escritores traían de nuevo a la conciencia de los lectores hispanoamericanos un sentimiento de destino y de solidaridad colectivos y reanimaban el sentimiento de nacionalismo continental, por primera vez motivado —exceptuando quizá la agitación en los días de la guerra de México— por una reacción anti-norteamericana.

En los comienzos del siglo XX, las obras de escritores como Rodó y Darío, Blanco Fombona y Ugarte, y muchos otros, invocando la unidad y reafirmando el sentimiento de identidad colectiva de Hispanoamérica en oposición a Estados Unidos, coincidían con otras circunstancias que venían a reforzar y a desarrollar los sentimientos nacionalistas de los escritores hispanoamericanos más jóvenes. Como ya hemos visto —a través de la cita de Amado Nervo, por ejemplo—, las generaciones modernistas tenían su centro cultural en Europa. La primera guerra mundial y sus consecuencias abrieron los ojos de muchos hispanoamericanos al profundo desorden filosófico, económico y social de Europa y aceleraron su retorno intelectual a su propio continente, a una nueva consideración de su propia tierra, de su propio pueblo, de sus problemas y sus posibilidades propias. Por otro lado, el desarrollo económico de América Latina hizo posible que ciertos grupos antes desamparados tuvieran acceso a la enseñanza metódica. Estos grupos, al encontrar una nueva voz, consiguieron que sus necesidades, sus preocupaciones, su vida, quedaran expresadas en la literatura. Hay una serie de acontecimientos políticos

y sociales que simbolizan dramáticamente este hecho : la revolución mexicana de 1910 o la conquista del poder político en la Argentina por Irigoyen y su Partido radical en 1916, pueden ilustrar el ascenso al primer plano en Hispanoamérica de nuevas capas sociales, nuevos productores y consumidores de literatura.

El retorno intelectual a América, tras el cosmopolitismo modernista, y el reconocimiento por los escritores de la conciencia y los intereses políticos, sociales y económicos de un creciente círculo de lectores se pusieron de manifiesto en la aparición de tipos de literatura de ficción como la novela de la revolución mexicana y la novela de la tierra. Por entonces se escribieron muchas novelas en las que, en contraste con la naturaleza domesticada de la tradición europea, la tierra de América —selva tropical, pradera, pampas, Amazonas, Andes— es en sí misma el personaje dramático central que modela el carácter de los hombres que luchan con ella y sobre ella. Los grandes paradigmas del género, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, datan de 1924, 1926 y 1929, respectivamente. A partir de *Los de abajo* (1915), de Mariano Azuela, se han escrito literalmente centenares de novelas en las que se describen los orígenes y consecuencias, destructivas y constructivas, de la revolución mexicana.

Nacionalismo revolucionario

Por el decenio de 1930, cuando comienza a publicar sus obras una nueva generación de escritores, observamos la aparición de una serie de libros en los que podemos ver combinados algunos rasgos de la novela de la tierra con otros de la novela de la revolución mexicana, con una sola adición notable. La novela de la revolución mexicana suele describir lo que ya ha ocurrido, mientras que en las nuevas novelas —escritas en países donde los problemas que dicha revolución trató de resolver siguen siendo muy agudos— los escritores no sólo describen esos problemas, sino que también denuncian sus causas y sugieren o proponen soluciones. Se trata, pues, de novelas partidistas que intentan arrastrar a la opinión pú-

blica, a menudo desde puntos de vista sociales y políticos explícitamente declarados.

Estos escritores ven a Hispanoamérica como un continente en que grandes injusticias raciales, sociales, económicas y políticas están pidiendo a gritos ser corregidas. Ven a Hispanoamérica como un continente en el que los grandes terratenientes, que ya han perdido su sentido paternalista, explotan a sus peones, que por su parte ya no se muestran sumisos y resignados a su destino. Ven a Hispanoamérica como un continente en que grandes compañías extranjeras —principalmente norteamericanas, en connivencia con los dictadores locales o con una clase gobernante corrompida, los vende patrias— explotan con eficacia impersonal e implacable los recursos mineros, agrícolas, industriales y humanos de la nación. Estos escritores comprenden que el obrero hispanoamericano tiene que luchar contra las fuerzas combinadas de las compañías extranjeras dominadoras, sus gobiernos intervencionistas y sus lacayos, el Estado y la Iglesia locales. Como remedio no encuentran más que la revolución. El tipo de revolución que propugnan puede resultar algo diferente según los distintos escritores, pero en general puede decirse que se trata de una revolución indigenista, agrario-proletaria, colectivista y nacionalista : contra la dictadura, contra la oligarquía y contra el capital extranjero.

Novelas

Podríamos hacer una lista de centenares de estas novelas nacionalistas y de protesta social. Casi al azar cabe citar, como ejemplo de la novela indigenista, *Huasipungo* (1934), del ecuatoriano Jorge Icaza ; como ejemplo de la novela agraria, *Nuestro pan* (1942), también de otro ecuatoriano, Enrique Gil Gilbert ; como ejemplo de la novela proletaria, *La asonada* (1931) o *La ciudad roja* (1932), del mexicano José Mancisidor. Ejemplos típicos de la novela semihistórica y antidictatorial son *El autócrata* (1929) y *El señor Presidente* (1948), de los guatemaltecos Carlos Wyld Ospina y Miguel Angel Asturias, respectivamente; de la novela antioligárquica, *El Honorable Ponciano* (1957), del peruano Francisco Vegas Seminario. Como ejemplos de novela antimperialista —que en Hispanoamérica es esencialmente

antiyanqui—, en la que se denuncia la explotación del trabajo y los recursos de la América hispánica por las compañías extranjeras, podemos mencionar *Sangre en el Trópico* (1930), del nicaragüense Hernán Robleto, *Canal Zone* (1934), del ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, *El metal del diablo* (1946), del boliviano Augusto Céspedes, *Mamita Yunai*, del costarricense Carlos Luis Fallas, y *El Papa verde*, del guatemalteco Miguel Angel Asturias.

Poesía

Pero no sólo en la narrativa encontramos expresados estos sentimientos. Desde el decenio del 30 hasta nuestros días se ha escrito también una poesía beligerante de carácter similar, nacionalista y revolucionaria, con arraigo en toda Hispanoamérica : indigenista y agraria por los poetas nativistas del Perú, por ejemplo ; proletaria y revolucionaria por docenas de poetas en todos los países de Hispanoamérica ; en favor de los negros, de sentido social y antimperialista por escritores de los países del Caribe ; verbigracia, en las obras del poeta cubano Nicolás Guillén.

Un compendio del sentimiento nacionalista y revolucionario hispanoamericano podemos encontrarlo en la poesía del chileno Pablo Neruda, particularmente en los poemas reunidos en *Tercera Residencia* (1947), en *Canto General* (1950) y en los varios volúmenes de las *Odas* (1954, 1955, 1957). Desde sus comienzos en 1921 hasta 1935, aproximadamente, Neruda fue un poeta hermético ; pero desde su conversión al comunismo a fines del decenio del 30, se ha declarado a sí mismo un poeta que quiere escribir una poesía utilitaria y útil, una poesía presta para servir, igual que puede servir un arado o un instrumento, y para servir al pueblo que pide escuelas, pan y vino, guitarras y herramientas. Neruda ve la vida hispanoamericana como una lucha entre las gentes buenas y pobres, unidas a su tierra por los lazos del amor, y los malos y ricos hombres de presa y de violencia. De un lado ve a los indios aborígenes y a todos aquellos hombres, cualquiera que sea su origen, que en América sienten en sus corazones la caridad y la libertad : Bartolomé de las Casas, Ercilla, San Martín, Lincoln, Zapata, un obrero de una mina chi-

lena o un trabajador en una plantación de café de Costa Rica. Del otro lado ve a los duros hombres de la codicia : Colón y Cortés, Rosas y García Moreno, los dueños de la Standard Oil Company, de la Anaconda Copper Corporation o de la United Fruit Company, un Somoza o un Trujillo. Y la solución que propone para América es una victoria revolucionaria de las fuerzas representadas por los primeros sobre las fuerzas representadas por los segundos ; es decir, en su interpretación presente, de las fuerzas del socialismo sobre las del capitalismo. El eco e influencia del pensamiento y las obras de Neruda, probablemente el poeta más leído hoy en toda la América hispánica, no debe ser desestimado. Neruda escribe, por ejemplo :

« Cuando sonó la trompeta, estuvo / todo preparado en la tierra, / y Jehová repartió el mundo / a Coca-Cola Inc., Anaconda, / Ford Motors, y otras entidades ; / la Compañía Frutera Inc. / se reservó lo más jugoso, / la costa central de mi tierra, / la dulce cintura de América. / Bautizó de nuevo sus tierras / como « Repúblicas Bananas », / y sobre los muertos dormidos / sobre los héroes inquietos / que conquistaron la grandeza, / la libertad y las banderas, / estableció la ópera bufa : / enajenó los albedríos, / regaló coronas de César, / desenvainó la envidia, atrajo / la dictadura de las moscas, / moscas Trujillos, moscas Tachos, / moscas Carías, moscas Martínez, / moscas Ubico, moscas húmedas / de sangre humilde y mermelada, / moscas borrachas que zumban / sobre las tumbas populares, / moscas de circo, sabias moscas / entendidas en tiranía. »

En estos versos Neruda quiere imprimir en la mente y en el corazón del lector hispanoamericano la imagen de un lazo existente entre ciertas compañías privadas de Estados Unidos y los dictadores más detestados de toda Hispanoamérica, y le recuerda al lector la expresión norteamericana de « banana Republics », con sus connotaciones degradantes, insoportables para el amor propio de cualquier latinoamericano. Los poemas de Neruda consiguen la máxima eficacia creando así en la mente y el corazón de sus millares de lectores y admiradores una imagen de lo que él cree que es justo o injusto en y para la América hispa-

na y de quienes él considera amigos o enemigos de su pueblo. Y en esto le hacen eco docenas de poetas más jóvenes, a menudo con una violencia de expresión y de sentido aún mayor que la suya propia.

Esta prosa y esta poesía nacionalistas y revolucionarias son, por un lado, un indicio y, por otro, un promotor de un estado de ánimo, quizá más emotivo que intelectual, en Hispanoamérica. El conocimiento de ese estado de ánimo podría ayudar a comprender, por ejemplo, la situación cubana y las reacciones ante ella de la opinión pública latinoamericana, en cuanto distintas de la posición oficial de algunos de los gobiernos hispanoamericanos.

Una búsqueda ontológica

Junto a los escritores en prosa o verso de carácter francamente nacionalista y social que acabamos de examinar brevemente, existe hoy en Hispanoamérica un grupo de escritores de obras de imaginación que a través del análisis psicológico y existencial están tratando de definir el sentido de su cultura y de su ser nacionales. Los escritores nacionalistas y de protesta social parten de una aversión por las condiciones políticas, sociales y económicas concretas, condiciones que describen y para las que sugieren o proponen soluciones políticas, sociales y económicas también concretas. Los escritores a que ahora nos referimos parten asimismo de un descontento ante la situación actual de su continente, pero parece que antes que nada quieren descubrir cuál es la verdadera realidad, la íntima y más honda realidad de las naciones de que son ciudadanos. Parecen pensar que, una vez que la naturaleza, las propiedades y las relaciones de la entidad y el ser nacionales queden definidos y después realizados, la solución del resto de los problemas vendrá fácilmente. Así, uno de los más conocidos de estos escritores, Eduardo Mallea, analiza las dos Argentinas que él percibe : una « Argentina visible », poco grata, y una « Argentina invisible » que parece existir más en el acto de buscarla que en la realidad, pero cuya realización acabaría con la angustia que produce el sentir una Argentina actual incompleta y frustrada. En Guatemala, Mario Monteforte Toledo ha intentado

en sus novelas descubrir un puente que allane la solución del problema de la peculiar dicotomía de su país, un puente que cubra el abismo que separa al mundo indio del mundo *ladino* —latino u occidentalizado— de Guatemala, con miras a una integración de ambas culturas para formar una única nacionalidad guatemalteca que para él no existe hoy. En México Carlos Fuentes, en una novela muy discutida, *La región más transparente* (1958), ha tratado de la falta de objetivos y de los fracasos de la sociedad mexicana desde la revolución, y parece ofrecer como solución una especie de culto a lo D.H. Lawrence del mito de la inmersión en la propia sangre ancestral, culto que resulta alarmante en las consecuencias que lleva consigo su confuso etnomisticismo. También el teatro ha participado en este análisis; por ejemplo *El Gesticulador* (1937), de Rodolfo Usigli, y su prefacio vienen a ser una contribución, y no de las menores, a la comprensión de lo mexicano.

El problema de la autodefinition, del esclarecimiento de la psicología y de la identidad nacionales, constituye también uno de los temas principales del ensayo hispanoamericano en los últimos tiempos. Sería excesivamente prolijo hacer una lista de nombres y de títulos; nos limitaremos pues a mencionar aquí, aunque se trate más bien de filosofía, de historia de las ideas o de antropología cultural que de literatura imaginativa, las obras de Ezequiel Martínez Estrada y H.A. Murena en la Argentina, de Mariano Picón Salas en Venezuela, y *El laberinto de la soledad* (1950, 1959), del mexicano Octavio Paz.

Resumen

En los comienzos del siglo XIX el espíritu nacionalista reflejado en la literatura hispanoamericana tenía alcance continental en lugar de centrarse en torno a los Estados particulares, englobaba las ideas generalizadoras del neoclasicismo ilustrado y era paralelo al sentido de hermandad continental americana de que tan nobles pruebas se dieron en los campos de batalla de las guerras de independencia. Posteriormente, desde mediados del decenio del 30 hasta el del 70 u 80, es decir en el período romántico, el nacionalismo en la literatura se

hizo más local, reflejando el concepto de Estado-nación y los intereses e ideas políticas de la burguesía en ascenso. A partir de 1880 y hasta fines de siglo, una serie de escritores hispanoamericanos, disgustados del materialismo positivista en continuo progreso, se retiraron a la torre de marfil del idealismo, que trascendía de las fronteras nacionales y continentales, y a su manera fueron tan cosmopolitas en la cultura como sus materialistas compatriotas lo fueron al penetrar en plena corriente del capitalismo internacional. En los primeros años del siglo XX, algunos de esos mismos escritores, sintiendo que Estados Unidos, tras su victoria en la guerra con España y sus intervenciones en Cuba y en Panamá, se estaban convirtiendo en una amenaza para la independencia y la identidad cultural y política de Hispanoamérica, trataron de conjurar ese peligro mediante la exaltación de sus tradiciones hispánicas, latinas e indias, recalcando con energía la unidad esencial y el destino común de América Latina. El nuevo nacionalismo en la literatura volvió a ser una vez más continental en vez de meramente local. Esta reamericanización de la literatura, unida a las repercusiones de la revolución mexicana y de la primera guerra mundial con sus secuelas revolucionarias, produjo una nueva toma de conciencia de los problemas de América Latina y dio lugar, en los decenios de 1920 y 1930, a una literatura cuyo nacionalismo continental va ligado a una serie de exigencias de carácter racial, político, social y económico. Este tipo de literatura nacionalista y revolucionaria se sigue cultivando aún hoy día. Al mismo tiempo, existe otro tipo de obras nacionalistas escritas por autores más interesados en ahondar en una autodefinition de Hispanoamérica y de sus respectivos países a través de una búsqueda ontológica que, una vez llevada a término, resolverá las frustraciones y deficiencias que perciben y les irritan en su continente.

El descontento, el nacionalismo y el patriotismo han quedado así reflejados —y siguen siéndolo— de diversas maneras en la literatura hispanoamericana. Pero, en su diversidad, todos los escritores han luchado y siguen aún luchando, cada uno a su modo, por el ideal de una Hispanoamérica mejor.

JEAN BLOCH-MICHEL

Una literatura del aburrimiento

TODA EVOLUCIÓN, una vez consumada, aparece como necesaria. Ante la sucesión lógica de los acontecimientos, sus estrechos lazos y el hecho de que se deriven uno del otro, es difícil imaginarse que las cosas hayan podido suceder de distinta manera. La confusión se establece cuando tras haber demostrado, en el caso que hoy nos interesa, que la « nueva novela » no surgió de la nada, que tiene antecedentes próximos y lejanos en la literatura europea, se llega a la conclusión de que tales antecedentes tenían que producir ineluctablemente tales descendientes, y que la evolución que va de Flaubert a Robbe-Grillet, pasando por Proust, Kafka, Joyce y *El Extranjero* de Camus, presenta todos los caracteres de una fatalidad. Esta evolución resulta también fatal en la novela llamada « tradicional » que, en este caso, no sería otra cosa que una pálida supervivencia de una forma ya muerta ; y los que se mantienen aún en ella, desempeñarían un poco el papel de los clásicos rezagados ante la aurora del romanticismo. Hoy serían condenados al ridículo y mañana al olvido.

Una manera semejante de ver las cosas parece llevar la impronta de ese nacionalismo propio desde hace tiempo de los escritores franceses, los cuales tienen tendencia a confundir la literatura francesa con la literatura pura y simple. Puesto que si fuese cierto que la evolución que conduce a la nueva novela tuvo el carácter obligatorio que ellos disciernen, el fenómeno no se habría producido sólo en Francia. Ahora bien, es necesario decir que, si miramos un poco

más allá de nuestras fronteras, vemos que las cosas no se presentan en todas partes de la misma manera. En suma, las demás literaturas ajenas a la francesa han conocido y conocen todavía los mismos problemas que la nuestra, sufren y sufrieron las mismas influencias, y, empero, ninguna ha evolucionado en el mismo sentido. Si bien Proust, Kafka, Faulkner y, en último término y tal vez más intensamente, *El Extranjero* de Camus, son las fuentes de la nueva novela, trátase de autores y de obras cuya influencia fue considerable en otros países y no solamente en Francia. Pues bien : ni la novela norteamericana (con Saul Bellow, particularmente), ni la novela alemana (con Günther Grass), ni la novela italiana (con Alberto Moravia) han seguido el mismo camino que la novela francesa. Ninguno de los escritores de esos países —y los citados, no obstante su significación, no son los únicos— ha tenido dificultad alguna para expresar los problemas de su tiempo y de su mundo —o sea, los que quiere expresar la nueva novela— en formas perfectamente tradicionales. No han recurrido a ningún procedimiento nuevo, ni se preocuparon de construir una técnica propia ; a fin de cuentas, la única originalidad de sus obras estriba en la originalidad de su propio talento. Esto quiere decir que la posteridad de Proust, de Kafka, de Faulkner y de Camus no es necesariamente la nueva novela. Y *El aburrimiento* de Moravia, *El hacedor de lluvia* de Saul Bellow y *El tambor* de Günther Grass son logros lo suficientemente evidentes para conven-

cernos de que la evolución del arte novelesco puede seguir caminos diferentes.

PUESTO que la nueva novela se basa fundamentalmente en negaciones y recusaciones, todo examen de lo que es debe comenzar por definir lo que no contiene. Simplificando las cosas, hemos de decir que las prohibiciones en las que se encierra excluyen de la misma no sólo el destino personal y la pasión, sino asimismo todo sentimiento auténtico. Por ejemplo, no hay nada triste en estas obras, porque la tristeza, para ser percibida por el lector, debe ser un sentimiento auténtico y un estado psicológico, hechos que no tienen derecho a figurar en ellas. Por otra parte, lo que es cierto con respecto a la tristeza o a la melancolía, no deja de serlo menos cuando se trata de cualquier otro sentimiento. Y cuando Robbe-Grillet escribe *La Celosía*, se habla de todo en la novela salvo de la propia celosía, ya que ésta sólo debe expresarse mediante hechos objetivamente percibidos que se presentan ante la mirada. Es esta ausencia de todo sentimiento expresado lo que las más de las veces obliga al autor a escribir en el presente de indicativo. El recuerdo del pasado no puede ser, en efecto, indiferente. Lo que viene o reviene a la memoria, viene o reviene precisamente porque se siente llamado por una conciencia del tiempo transcurrido, conciencia que no puede ser indiferente. Uno se alegra de haber conocido tales circunstancias, o bien se lamenta, mas no se puede ser indiferente al pasado recordado, por la simple razón de que el pasado indiferente es el que se olvida. Por otra parte, un mundo privado de objetos de toda significación y que existen por su única presencia, reducidos al estado de cosas con las cuales se tropieza o que nos rodean, no puede ser efectivamente otra cosa que un mundo en el presente. El mundo de las cosas pasadas no es otra cosa que el recuerdo de sus significaciones. La memoria las cambia en objetos amados o repudiados, lamentados o de los cuales se está satisfecho de haberse desembarazado. En un mundo que sólo existe en sí, no pueden introducirse los recuerdos, ya que las cosas se presentan a nuestra memoria no como son, sino como son para nosotros, es decir afec-

tadas de características antropomórficas que se prohíbe precisamente otorgarles.

Pero el mundo presente —o más bien el mundo en el presente— es también un mundo sin existencia verdadera. Ésta sólo halla su origen, por lo que a nuestra conciencia se refiere, en las significaciones que damos a las cosas. Las cosas sin significación que nos rodean en un presente puro, desaparecen en el instante mismo en que surgen para ser reemplazadas por otras cosas asimismo sin significación, que son tal vez las mismas, mas que desaparecen a su vez. Su presencia verdadera no consiste sino en lo que su pasado y su porvenir les aporten de sentido y nos inspiren de afectación, de esperanza, de temor o de desagrado. Al escribir en el presente de indicativo, los autores de la nueva novela han elegido, sin equivocarse, el tiempo que en la conjugación está cargado sólo de presencia, pero que no tiene significación alguna.

Por otra parte, no existe comunicación posible entre los objetos que nos rodean más que en la duración. El objeto, en un presente perfectamente puntiforme, me es por completo extraño, puesto que sólo la duración puede permitirme establecer con él unas relaciones que harán que resulte hostil o familiar. Si dirijo mi mirada hacia lo que me rodea y me prohíbo al mismo tiempo dar a los objetos o a los seres humanos otras cualidades amén de su única presencia, compruebo solamente que están ahí y que no son yo ; o sea que no son nada para mí. Cuando voy más allá de su pura presencia y establezco un lazo entre ellos y yo, abandono el presente : ese mueble que miro sólo me es grato verlo si lo considero en relación con el tiempo en profundidad. Su presencia me es agradable porque estoy acostumbrado a él o bien porque me sorprende. Tanto en uno como en otro caso establezco mi opinión sobre él mediante una referencia al pasado en el cual se encontraba o, por el contrario, del cual se hallaba ausente. Si pienso en un ser humano, su presencia no puede resultarme asimismo cara o penosa sino relacionándola con un tiempo en profundidad : años vividos conjuntamente en el pasado, años que se espera o que se teme pasar conjuntamente en el futuro. En un presente per-

fectamente puro, no puedo experimentar sentimiento alguno respecto de las cosas y de los seres. En este presente, cosas y seres serán igualmente incapaces de provocar en mí la menor emoción de orden estético. La belleza y la fealdad constituyen un conjunto complejo de significaciones que doy a los objetos, significaciones que el puro presente excluye necesariamente. En la nueva novela, el tiempo elegido para el relato, ese obsesivo presente de indicativo, es por lo tanto empleado para expresar o más bien —puesto que el término gramatical resulta de mayor precisión— para indicar la existencia, perfectamente separada de mí, de los objetos, la ausencia de todo lazo entre yo y lo que me rodea, la falta de comunicación entre yo y unos objetos que me resultan totalmente ajenos. El presente de indicativo es el tiempo del solipsismo, de la extrañeza y de la soledad.

Si examinamos ahora los personajes —o más bien los seres humanos— presentados por la nueva novela, sabido es que en la medida en que no son considerados como simples objetos viven en el « parloteo » y la inautenticidad. Es, pues, que se han tomado todas las precauciones necesarias para que esos personajes —empleamos el término por comodidad, aunque lo prohíban los cánones de la nueva novela— no tengan lazo alguno común y para que no exista ninguna posibilidad de comunicación entre ellos y nosotros. « Comunicar en el lugar común », según la fórmula de Sartre, no pasa de ser una fórmula, a menos que no se trate de auténticos lugares comunes. En suma, para la literatura todos los sentimientos son lugares comunes. No existe nada de original en *Bérénice* o en *Adolphe*, como tampoco en ninguna de las obras maestras de la literatura. Al menos, nada de original en el fondo, puesto que cada obra puede ser reducida a un « lugar común » : amor, celos, pasión, etc. Es decir, que los personajes experimentan sentimientos sin originalidad y que no sólo admitimos que los experimenten, sino que en la substitución de uno mismo por el personaje novelesco o teatral que se verifica en el espíritu del lector o del espectador, participamos asimismo en esos sentimientos y los experimentamos a nuestra vez.

Es necesario precisar que este mundo del

« parloteo » está caracterizado precisamente por la falta de comunicación entre los que hablan. En efecto, el lenguaje no establece entre los seres ninguna relación profunda. En cierto modo, el lenguaje se convierte en un medio de aislarse más que en una manera de encontrarse ; resulta una muralla y no un puente. El « lugar común » es lo que nos viene de afuera, de los otros, lo que no hemos pensado nosotros mismos, lo que sirve precisamente para reemplazar u ocultar todo pensamiento personal. Si la comunicación es la penetración recíproca de dos conciencias, el « parloteo » prohíbe esa penetración. La prohíbe al hacer que los que « hablan » se rodeen de una especie de muralla de lugares comunes. Únicamente sobre los glaciares de esa muralla, es decir lejos de cada uno, tienen lugar los encuentros.

¿Qué mundo es ese sin comunicación posible, ni con los seres ni con las cosas? Todo, incluso nosotros mismos, es presente y sólo presente. Nos ofrece innumerables objetos que nos son extraños porque no tienen para nosotros sentido alguno, así como seres incontables a cuyo lado vivimos sin poder jamás unirnos a ellos o comprenderlos. Entre esos seres reinan falsas relaciones y un lenguaje pervertido que les sirve para obtener lo contrario de aquello para lo cual está hecho el lenguaje. Gracias a él, permanecen extraños los unos a los otros, disimulados, protegidos. Es las más de las veces un mundo sin amor, puesto que el amor es un medio de comunicar, o que no existe amor sin una forma de comunicación. El amor se convierte en erotismo, soledad de dos. Repetimos una vez más : ¿Qué mundo es ese? Lo conocemos perfectamente : es el mundo del aburrimiento.

Digamos inmediatamente que es este un tema que no aguardó la llegada de la nueva novela para que fuese descubierto por la literatura. Existe un aburrimiento flaubertianó, y una de sus manifestaciones más evidentes es el bovarismo. El aburrimiento fue uno de los temas de la literatura rusa de fines del siglo XIX y principios del XX. En suma, Oblomov vino a ser a este respecto durante bastante tiempo un personaje ejemplar, y si Tchejev conoce hoy día una gran aceptación es porque supo hablar del aburrimiento mejor que nadie. Pero es

en esto donde hay que contar con el punto de vista del escritor.

En cierta manera, el mundo de Kafka es el del aburrimiento. Éste es el origen mismo de la desesperación. José K. lucha en un mundo en el que es imposible toda comunicación con los seres. Pero José K. busca desesperadamente establecer con ellos esa comunicación que rechazan. La actitud de Tchejov es distinta. En sus personajes, el origen del aburrimiento no es la hostilidad de las cosas ni la incomunicabilidad de los seres : es el mundo en el presente. Las tres hermanas viven sin porvenir en un mundo al que le falta la dimensión del futuro. Su drama es un presente que surge de sí mismo, constantemente idéntico, separado del pasado —con el que sólo tiene débiles raíces— y privado de porvenir. El futuro que ellas emplean (« iremos a Moscú ») es ficticio, por el hecho de que no creen en él. Saben que nunca irán a Moscú y que su porvenir está abolido para siempre. Es un futuro inauténtico. Volvemos a encontrar, pues, en uno y otro caso los caracteres —incomunicabilidad, hostilidad de las cosas, mundo en el presente— que son precisamente los del mundo tal como lo describe la literatura actual. Pero existe una profunda diferencia entre el mundo del aburrimiento tal como lo ven y hablan de él Kafka y Tchejov, por ejemplo, y tal como se nos muestra en la literatura de hoy día. Hasta ahora ese mundo había sido descrito siempre de manera polémica : bien esa actitud polémica sea violenta y desesperada, como en Kafka, o bien sea irónica y delicada, como en Tchejov. En cierto modo, ese mundo fue siempre objeto de una denuncia, puesto que los escritores intentaron representar la situación de los personajes en lucha contra él.

Se ve en seguida que es en esto donde reside la diferencia esencial entre la antigua y la nueva literatura del aburrimiento. En efecto, la nueva novela no ha intentado expresar la situación de seres enfrentados con el mundo del aburrimiento : su tema es expresar y representar ese mundo mismo. Por esta razón no puede decirse que la obra de Nathalie Sarraute es desmistificadora. Lo sería a condición de adoptar una actitud polémica. Ahora bien, el proyecto mismo de Nathalie Sarraute le prohi-

be en este dominio toda polémica. Su intención es —semejante en esto a la de todos los otros nuevos novelistas— expresar todo lo contrario de un ataque. Lo que ella quiere recrear es el mundo donde los seres no comuniquen entre sí, exactamente como los escritores de la escuela de la mirada quieren recrear un mundo de objetos sin significación, con los cuales el hombre no puede establecer lazo alguno. También ella habla de un mundo en el presente que surge y desaparece al mismo instante, de un mundo sin existencia.

El hecho de expresar no ya la situación de los seres en este mundo, sino este mundo mismo, consiste ante todo en ejecutar una especie de traspaso. Puesto que lo que actualmente se quiere mostrar no son hombres y mujeres enfrentados con el aburrimiento, sino aquello con lo que se encuentran enfrentados, el papel que se atribuye al lector no es, pues, creer que los personajes que se le muestran se aburren, sino comprender hasta qué extremo el mundo al que se le conduce es el del aburrimiento. Por lo tanto, el único medio de que dispone para medir verdaderamente ese mundo, es aburrirse también él. Los escritores escriben hoy con la voluntad firme de hacer vivir al lector en el aburrimiento, de aburrirle. Durante mucho tiempo se contentaron con representar el aburrimiento ; hoy día se lo infligen.

Me inclino a creer que si se dijese a Michel Butor que *Degrés* es un libro aburrido, no comprendería que pudiese tratarse de una crítica, o, si lo comprendiese, sería para él una crítica que despreciaría y que no aceptaría tener en cuenta. En cierto modo, es precisamente esa clase de libro el que Butor quiso escribir. No intentó mostrarnos personajes que se aburren, sino restituirnos el mundo que los aburre. También Kulyguin es profesor y también él se aburre, aunque no cese de pretender ser feliz. Pero Kulyguin no nos aburre, mientras que Henri Jouret y Pierre Vernier nos hacen conocer el mundo en que viven de manera tan perfecta que nos aburrimos en su compañía. Para llegar a este resultado, el novelista debe representar el mundo de que habla con una exactitud y una fidelidad que le impiden adoptar una actitud polémica. Ésta destruiría inmediatamente la

exactitud de la imagen, introduciendo un elemento que necesariamente le es extraño. La adecuación de la obra al objeto que describe, la ausencia de toda polémica e incluso la recusación de toda intención de esta naturaleza, una actitud tal no puede ser definida más que en términos de complicidad. Para lograr restituir el mundo del aburrimiento en toda su verdad es para lo que el escritor se hace cómplice. No existe, por su parte, ni polémica, ni denuncia, ni desmistificación. No puede existir, puesto que su propósito es ofrecer una imagen exacta, simétrica y homóloga de ese mundo. Hay, pues, un consentimiento tácito con ese mundo, un acuerdo profundo con él, a fin de que nada distinto aparezca en la obra acabada.

Ahora bien, ese acuerdo perfecto, esa identificación con el mundo representado es un acontecimiento que raramente aparece en el arte. Hasta el presente había sido la característica de los períodos clásicos. El clasicismo es esencialmente la representación por el artista de una sociedad con la cual está de acuerdo. Nada hay en los clásicos griegos, ni en el teatro clásico francés que pueda considerarse como una acusación de la sociedad en que nació la obra. Pero aparte esos períodos los artistas, por lo general, se hicieron cargo de la expresión del desacuerdo entre el hombre y la sociedad. Esto fue lo que aconteció en Francia desde el fin de la edad clásica, lo que continúa produciéndose en todas las literaturas, excepto en la literatura oficial de la Unión Soviética y en la nueva novela francesa. Pero los nuevos novelistas franceses se encuentran en una situación extraña: son cómplices de un mundo con el cual están en desacuerdo. Su complicidad no tiene nada que ver con el conformismo, sino que es fruto de la voluntad, llevada al último extremo, de representar un mundo que no aprecian,

Es cosa de preguntarse cómo han llegado a esa contradicción. Algunas de las causas de su evolución resultan claras. Trátase, en su mayor parte, de jóvenes escritores que comenzaron a escribir hace una docena de años. En aquel período, en el mundillo literario resonaban aún las admoniciones de Sartre sobre la literatura comprometida, en el momento mismo en que el propio

Sartre demostraba por el absurdo lo falso de su posición: renunciando a la literatura y dejando sin terminar *Los caminos de la libertad*. Puede considerarse que el desagrado hacia una literatura que tenía que caer en la predicación hizo que los jóvenes novelistas volvieran la espalda a toda búsqueda que no fuese la formal, convencidos de que la polémica, la denuncia y la desmistificación no eran otra cosa en literatura que intenciones malsanas. Al mismo tiempo, las esperanzas que los hombres de la generación de Sartre habían puesto en las acciones políticas (Resistencia) o en las ideologías (comunismo) se esfumaron. En consecuencia, el mundo resultaba para esos recién llegados más hostil todavía, ya que ofrecía menos esperanza. Por otra parte, la denuncia de esa hostilidad les parecía inútil, ineficaz y por consiguiente tachada las más de las veces de mala fe. La cuestión para ellos era, pues, escribir teniendo en cuenta un mundo hostil, cerrado y sin futuro, mas convencidos al mismo tiempo de que toda actitud polémica arriesgaba hacer fracasar sus proyectos, en la medida en que dicha actitud ya había mostrado cuán ineficaz resultaba en el plano estético, y peligrosa incluso. En lugar de denunciarlo, decidieron mostrar simplemente ese mundo tal cual es, representarlo con exactitud, hacer de manera que sus obras sean a imagen de la realidad cotidiana. La novela tradicional se les antojaba un mal instrumento para tal empresa, puesto que la consideraban incapaz de escapar a una especie de romanticismo, que procedía a la vez de la tradición y de su actitud polémica. Si bien para muchos de ellos *El Extranjero* fue el origen de la actitud que adoptaron, no perdonaban a este libro sus últimas páginas, aquellas precisamente en las que el narrador abandona su indiferencia, rechaza y recusa su antigua complicidad con el mundo del aburrimiento y, frente a la muerte, lo acusa. Es indiscutible que para Camus esta última parte era tan importante y estaba tan llena de sentido como las otras, puesto que expresaba la única posición que, según él, debía adoptarse ante el absurdo: la rebelión. Al rechazar el romanticismo de la rebelión —así como su esteticismo— los nuevos novelistas se convirtieron, pues, en escritores absur-

dos en un mundo absurdo, adhiriendo la absurdidad de sus obras lo mejor posible a la absurdidad del mundo. Es en este sentido como se han hecho cómplices de ese mundo y de esa absurdidad, puesto que ante todo se han negado a polemizar contra esa absurdidad y ese mundo.

Afirmar que se han equivocado y que la actitud polémica no era tan falsa, tan estéril y tan conformista como creían, resultaría una aserción hartamente ligera. ¿Qué prueba puede aportarse? Las actitudes, las técnicas, las tradiciones, los movimientos y las revoluciones literarias se justifican mediante las obras a que dan nacimiento. No hay buenas y malas escuelas; lo que hay son buenos y malos escritores. Sin embargo, acontece a veces que la literatura se adentra por caminos que luego abandona, conservando empero cierto enriquecimiento de una experiencia que no dio todos los resultados que se esperaba. Es este particularmente el caso de todas las afectaciones. No puede despreciarse la aportación de la afectación al movimiento literario del siglo XVII. Pero había que saber desprenderse de ella. Es una particularidad sobre la cual trataremos más adelante. El hecho importante es que a veces sucede que los escritores se dan cuenta de que lo que expresan o quieren expresar merced a técnicas más o menos revolucionarias, puede ser expresado de manera más sencilla y bastante más eficaz sin preocuparse de descubrir para ello nuevos procedimientos. Es justamente lo que acaba de producirse: un escritor, mediante una forma perfectamente tradicional e ignorando por completo los esfuerzos y las tentativas de la nueva novela, con mayor vigor, mayores cualidades estéticas y mayor poder de evocación, ha expresado todo lo que la nueva novela intenta decir sirviéndose de reglas, prohibiciones y negativas. Nos referimos a Moravia y a *El aburrimiento*.

¿DE QUÉ ABURRIMIENTO habla Moravia? Me referiré a lo que dijo Nicola Chiaromonte: « El aburrimiento del héroe de *El aburrimiento* es, si se quiere, la indiferencia extendida a todo lo real, a los objetos tomados uno por uno y en su conjunto, comenzando por el objeto más obsesivo, uno mismo, y terminando por el más

abstracto y el más omnipresente, el mundo en el que objetos y seres humanos que deberían ordenarse y descubrirse no hacen otra cosa que reflejar, multiplicándola hasta el infinito, una misma absurdidad. » El mundo de que habla Moravia es, pues, no sólo parecido, sino idéntico al que es motivo de nuestra nueva literatura. Es el mundo en el presente, los objetos sin significación, la incomunicabilidad, la soledad y la inexistencia. Pero la actitud polémica adoptada por Moravia hace que su libro pertenezca a la literatura sobre el aburrimiento y no a la literatura del aburrimiento. Incluso se podría reemplazar *sobre* por *contra* sin riesgo de equivocarse. En efecto, en su libro la intención del autor es menos la de adherirse con exactitud a la realidad del aburrimiento que la de describir el hombre enfrentado con esta realidad, de la misma manera que el proyecto de Camus no fue el de reconstituir una imagen del mundo en toda su absurdidad, sino el de mostrar un hombre enfrentado con la absurdidad del mundo.

Al mismo tiempo que Moravia, gracias a su novela, efectuaba ante nuestros ojos un restablecimiento providencial, demostrando que la literatura sobre el aburrimiento continuaba estando justificada —y que, hasta cierto punto, hacía que resultase inútil y sin fundamento la literatura del aburrimiento—, se produjo otro importante suceso: la presentación de *El año último en Marienbad*, el « film » de Robbe-Grillet y de Resnais. En un sentido, este « film » es la obra maestra de la nueva novela y parece demostrar que los escritores hasta ahora se habían equivocado simplemente de instrumento: para lograr lo que tenían intención de hacer, no era la estilográfica lo que debían utilizar, sino la cámara cinematográfica.

Por una vez el objetivo mostró de lo que era capaz. No la pretensa actitud objetiva del escritor, sino el aparato óptico que sirve para impresionar escenas; tampoco la mirada del ojo, sino la de la cámara cinematográfica. Lo que a fin de cuentas las palabras son incapaces de expresar, la imagen resulta perfectamente idónea para hacerlo: ella reconstituye ese mundo de los objetos que no es más que la obsesión de su presencia. Al mismo tiempo aclara esa

noción del mundo en el presente, en el que los objetos surgen para desaparecer, puesto que no tienen significación. Y puebla ese mundo irreal de seres humanos-objetos sin psicología y sin personalidad por no tener profundidad alguna, porque tampoco ellos existen más que en el presente y por su sola presencia. El procedimiento que consiste en hacer oír conversaciones ininterrumpidas o confusas, inventado por Jacques Tati ya en su primer « film », se mantiene aquí, no con la intención de hacer algo « verdadero », sino de destruir el lenguaje empleado por los que hablan, de establecer un « parloteo » que nos impida creer en las personas como no sea en cuanto objetos que existen ante nuestra mirada y en modo alguno cual personajes con su vida propia e individual. El resultado es que esos seres sin pensamientos, esos organismos protoplasmáticos con formas humanas que vemos moverse y que oímos hablar ante nosotros no tienen otra existencia que la que les damos : la existencia del sueño ; igual que el tiempo utilizado en este caso es el tiempo del sueño. En efecto, el sueño nos hace recorrer en unos instantes un período de tiempo que nos parece que abarca varias horas, mientras que en este « film », nos hace recorrer en varias horas un período que sólo abarca algunos instantes.

Dos de los procedimientos utilizados en este « film » merecen ser examinados, puesto que en cierta medida podrían sorprendernos. El primero es uno de los que tienen por objeto hacernos participar en el mundo del aburrimiento. El procedimiento en cuestión es, en resumidas cuentas, bastante burdo en apariencia. Consiste en presentarnos a los huéspedes de un gran hotel de lujo, ociosos, desocupados, salvo en los juegos sin utilidad y sin significación. Para mostrarnos al hombre que se aburre, no se toma por ejemplo al obrero en la fábrica o al empleado en la oficina. El aburrimiento elegido en este caso es a la vez menos dudoso —todo el mundo sabe o cree saber que los ricos se aburren— y más pintoresco. Pero la razón profunda de esta elección es distinta : es que cualquier otro aburrimiento parecería encerrar una intención polémica. Si se nos hubiese mostrado a los trabajadores enfrentados con el abu-

rrimiento de su trabajo, la obra correría el riesgo de caer en la denuncia. Era preciso, pues, para evitar toda tentación de prédica, para que el espectador no estuviese en el caso de ver una intención de prédica allí donde no existía, que los autores y los espectadores se hallasen en estado de absoluta indiferencia. El empleo del lugar común —« los ricos se aburren »— daba toda clase de satisfacciones, puesto que este lugar común apenas ofrece una significación social y una intención polémica.

El segundo procedimiento es más sutil. Trátase esta vez no ya de personas, sino de objetos. A este respecto, una vez más la elección efectuada por los autores es significativa : todo el « film » se desenvuelve en una decoración barroca, en medio de objetos cuyo exceso de ornamentos los priva de toda significación, pues tiene precisamente como fin ese exceso ocultar la significación de los objetos bajo la ornamentación. El sueño del barroco es que una silla se asemeje a cualquier cosa, salvo a una silla ; y que, por consecuencia, la silla como tal silla ya no tenga ninguna existencia. El mundo del aburrimiento —de los objetos sin significación— se confunde aquí con el mundo del sueño y nos muestra al mismo tiempo el camino recorrido por una literatura que pretende ser ascética y objetiva : ella se incorpora a todo lo que la literatura conoce de más excesivo en la afectación y el amaneramiento. Igual que Robbe-Grillet copió de Cocteau y del impresionismo los procedimientos que le permitieron construir su última novela *En el laberinto*, Resnais se apropió la afectación del barroco para expresar el mundo del aburrimiento y de la inexistencia.

Al mismo tiempo, podemos descubrir en este caso tanto los motivos como las justificaciones del presente de indicativo : no es otra cosa que el tiempo gramatical de la narración cinematográfica. Por necesidad, a causa de la presencia de la imagen ante nuestros ojos, el relato cinematográfico no admite otro tiempo. Es para imitar la incapacidad que experimenta el cine de hablar en el pasado por lo que la literatura ha copiado de él el procedimiento del *flash-back*. Para el cinematógrafo, ese pasado puesto en el presente y entre paréntesis no es más que un paliativo, utilizado para

reemplazar una forma de narración imposible. Para la literatura, el *flash-back* imitado del cine ha sido el medio de suprimir el pasado, de transportarlo al presente y de poder hablar de él sin que no obstante aporte a las cosas y a los personajes la dimensión suplementaria del imperfecto o del pretérito simple. Pero en *El año último en Marienbad*, el *flash-back* pierde este aspecto, puesto que no es ni siquiera una vuelta hacia atrás, colocación entre paréntesis de un pasado transportado al presente.

Gracias a este « film » llegamos al meollo de los problemas planteados por la nueva novela. Ésta, mediante un conjunto de técnicas que cada vez tratan de ser más exigentes y precisas, ha tomado a cargo suyo la expresión de una realidad indecible. En efecto, sus autores quieren, para reconstruir en sus obras el mundo del aburrimiento, utilizar un lenguaje que esté desprovisto de todo valor de comunicación, un lenguaje que haya dejado de serlo. Y, por otra parte, quieren emplear las palabras inventadas —o al menos utilizadas por el lenguaje humano— para representar un mundo de objetos deshumanizado, puesto que no tiene significación. Quieren, pues, que el lenguaje no sea lo que es ; que sirva para expresar lo que le resulta totalmente ajeno. Por el contrario, el cine puede prescindir del lenguaje —al menos del lenguaje como comunicación— y es capaz de mostrar las cosas deshumanizándolas. Simple cuestión de enfoque o de iluminación : sabido es que la fotografía puede convertir un cuerpo humano en formas que ya no tienen nada de común con lo que es para nosotros un cuerpo humano.

En estas condiciones, puede pensarse que la nueva novela se halla ante un futuro en cierta manera bífido. En la medida en que continúe —y si renuncia tendrá que desaparecer— a no tener otro objeto que representar con exactitud el mundo del aburrimiento, tendrá que rodearse cada vez más de prohibiciones, de normas y de dogmatismo. Sacrificando todo al procedimiento, se convertirá en puro y simple amaneramiento, en una nueva afectación. Como todas las afectaciones, es susceptible de

aportar un enriquecimiento y contiene un germen de muerte. Toda afectación termina por perderse en sus propias reglas, por no existir más que para ellas y por suprimirse multiplicándolas hasta lo infinito. Se puede llamar a un espejo « el consejero de las gracias ». Se puede emplear esta expresión afectada insertándola en una serie de términos triviales. Pero si se quiere reemplazar todos los términos triviales por afectaciones, se destruye el lenguaje que se utiliza y se le hace perder todas sus cualidades, incluso su afectación. De la misma manera, en una obra novelesca se puede intentar colocar en diferentes lugares objetos sin significación, seres que empleen un lenguaje que no dice nada. Pero pretender mostrar sólo objetos sin significación, tratar de decir sólo palabras que no dicen nada a nadie, es ir más allá de un descubrimiento evidente ya desde el punto mismo de partida : la verdadera inexistencia únicamente se expresa mediante el silencio. Una literatura de la inexistencia es en sí misma una contradicción y está condenada a desaparecer o a callarse, lo cual es a fin de cuentas la misma cosa.

Por el contrario, *El año último en Marienbad* demuestra que la nueva novela es capaz de inspirar una nueva estética en el dominio plástico, puesto que la obsesión de los objetos existentes en el presente puede, hasta cierto punto, expresarse mediante la imagen. Es, pues, posible que el porvenir de la nueva novela se asemeje no poco al pasado del superrealismo. Éste dejó sin duda algunas huellas en la literatura, pero mucho más numerosas fueron las que dejó en la pintura y en la escultura. Y domina en el arte del cartel y de los escaparates de comercios. De la misma manera, la nueva novela, cuando haya desaparecido como tal, víctima del exceso de su amaneramiento y de su afectación, dejará algunas huellas en la literatura : cierto rigor, cierta negativa a la prédica fácil y al romanticismo. Mas su carrera en el cinematógrafo comienza ahora y es posible que llegue a dominar por completo en él. De esta manera no hará sino devolver al cine lo que de él ha recibido.

*"Lo mejor que Dios ha hecho :
un día después del otro"*

LOS TRÓPICOS SON TEMIBLES por los pequeños animales incómodos. Pero he pasado varias semanas en Puerto Rico que como se sabe es una isla tropical y no sólo no hay culebras, ni cucarachas volantes, ni vampiros, ni escorpiones, sino que muchos menos mosquitos que en el continente. Y apenas si se ven moscas. Que en el agua haya tiburones es cosa del mar y hay que salir lejos de la playa para rendirse a su jurisdicción.

En general los pequeños animales de mar, de tierra y de aire son civilizados, amistosos y propicios.

Solía yo pasar la semana en la ciudad montañesa de San Germán y los viernes por la tarde me iba a La Parguera, junto al mar, donde me quedaba hasta el lunes por la mañana. He sido siempre gran amigo del sol, y en verano y en tierras tropicales sólo se puede tolerar al lado del mar, con la humedad salada y las brisas.

En San Germán me hice amigo de un ave que llaman reina : pequeña, nítida y nerviosa, con el pecho amarillo. Por las mañanas, mientras yo tomaba el desayuno en el guest house de la Universidad, entraba por una de las ventanas una reinita. Primero se instalaba en la cadena de la lámpara central, y desde allí ladeaba su cabezita para mirarme. Luego miraba a la puerita que conduce a las cocinas, con recelo.

Por esa puerta salen los camareros. No es que la reina tenga miedo de ellos, pero probablemente está consciente de su tolerancia y no quiere abusar. Porque también esa avecilla delicada viene al comedor a tomar su desayuno. Le gusta especialmente la mermelada.

Desde la lámpara la reinita salta a una mesa desocupada. En el mantel parece un pequeño objeto de adorno. Pero todavía no es ese el lugar que busca. A donde va es a otra mesita, donde una pareja joven ha dejado los restos de su desayuno, entre ellos una salsera con mermelada de guayaba o de papaya. Salta al borde y pone el pico en la mermelada, de la que sorbe una y otra vez. Cuando tiene bastante da las gracias con un pequeño chirp repetido tres veces, vuelve a la lámpara central y después de coquetear un poco saltando, mirando de reojo y esperando a ver qué digo, se va.

Ni un sólo día ha faltado la reinita a la hora del desayuno. A veces, durante el día, la veo en la terraza ; y desde mi balcón del segundo piso he visto la palmera real donde tiene su nido.

Es un animalito diurno, la reina. Entre los nocturnos tengo un vecino sapo y un buho, el ave de Minerva. El sapo es una especie de rruiseñor de los batracios : canta con una poderosa voz cristalina. Sólo tiene dos notas, pero son de una nitidez y diafanidad increíbles. De esas dos notas ha nacido su nombre : cu-tí.

No es un sapo cualquiera. A pesar de su pequeñez —no es mayor que la reina—, es un personaje conspicuo en la fauna de Puerto Rico. Es el único batracio conocido que nace ya como tal sapo y sin necesidad de pasar por procesos humillantes para que nazcan sus patas y desaparezca su rabo. Los naturalistas lo miran, por esas razones, con un respeto especial.

¡Y cómo silba el cu-tí por la noche junto a mi balcón en las ramas floridas de un flamboyant! La primera noche me moles-

tó un poco ; después su canción fue un arrullo y al encontrar al animalito durante el día en otra rama baja del flamboyant, a donde suele ir para verme pasar, me daban ganas de darle las gracias.

El animalito es gris terroso, pero cambia de color según el del lugar donde se instala. Otra particularidad : no tiene membranas entre los dedos. Feliz de su propia importancia, canta de noche llamando a la hembra. Por el amor arriesga gravemente la vida, porque hay buhos cazadores en las cercanías que a falta de otra presa comen cu-ties, y mi pequeño amigo se descubre por la canción.

Así, cuando se oye el buho cerca con su profundo silbo, el cu-ti se calla temeroso y prudente.

En los fines de semana en La Parguera mis relaciones con el mundo animal continuaban, aunque en otros niveles. En el camino de la playa a mi cuarto encontraba a veces —con la primera luz del amanecer o la última de la tarde— un cangrejo.

Entre una puerta y otra en el gran corredor, frente a las habitaciones del piso bajo, hay macizos de flores naturales. Son esos pasillos como invernaderos de flores raras, desde la orquídea lujosa y misteriosa a la humilde y simple margarita.

El cangrejo vivía y supongo que vive todavía en uno de esos macizos de flores. Para ser del todo preciso entre las puertas 104 y 105.

Yo encontraba al cangrejo cada día. A los dos nos gustaba madrugar. Por la arena de la playa el animal caminaba lentamente, pero con firmeza y determinación. Por el cemento con el clap-clap de sus manos se movía de prisa aunque inseguro, como un juguete mecánico. En la alfombra de fibra de coco era donde caminaba más de prisa y más seguro porque no resbalaba ni hacía ruido.

La tercera o cuarta vez que nos encontramos en aquellos pasillos de techo abierto al aire libre, aunque protegidos contra la lluvia, nos miramos de reojo, pero con amistad. Y nos cedimos cortésmente el paso. Quietos los dos, parecíamos decir : « Primero usted, señor. »

El cangrejo es feo y feliz. Es mi amigo, cosa que no importa gran cosa, pero es también amigo —y más que amigo— de tres

niñas que están enamoradas de él. Tres delicadas criaturas, hijas de tres familias diferentes que viven en habitaciones próximas. Una de las niñas es rubia. Las otras trigueñas. Entre las tres, a razón de cinco años cada una, reúnen la encantadora edad de quince años. Los amores de esas tres niñas por el cangrejo son, como todos los grandes amores de la historia, secretos.

Yo me enteré por casualidad. Salí un día bruscamente del cuarto y sorprendí a las tres niñas apoyadas en la barra que bordea los macizos de flores, mirando atentamente a un mismo sitio. Al verme quisieron disimular, pero ya era tarde.

— ¿Qué buscáis ahí?— les dije, riendo.

Ellas confusas me miraban sin contestar. Yo les había hablado en español y pensando que quizá no me habrían entendido volví a hacer la pregunta en inglés. Entonces una de ellas me dijo :

— Es que ahí... entre las flores vive un cangrejo.

Bajando la voz añadió que no debía decirlo a nadie porque entonces los camareros echarían el pobre animal al mar. Yo les prometí guardar el secreto. Detrás de una orquídea, entre dos tuberosas fragantes y una bougainvillée, adivinaba un ojo receloso y alerta. El cangrejo nos miraba y nos oía.

Una de las niñas me dijo :

— El cangrejo vive en el mar y viene a comer aquí.

Yo les advertí que probablemente hacía lo contrario : vivía en el hotel e iba a comer al mar. Lo mismo que a mí, tal vez al cangrejo le gustan los hoteles de lujo para dormir, pero come luego en cualquier parte, cualquier cosa.

Las niñas no creían que comiera en el mar, sino en el hotel. Yo me hice el inocente :

— ¿Y qué come?

La rubita dijo mirándome de frente y parpadeando con coquetería :

— Come violetas.

— Y « bougainvillées » también —añadió otra alzando los sostenes innecesarios de su bikini.

Yo quería restablecer la verdad. Me molestaba que poetizaran de aquel modo a mi amigo, de quien comenzaba a estar celoso. Porque el cangrejo tenía nombre. Un nom-

bre frecuente en la isla. Mi mismo nombre : Ramón. Que llamaran así al cangrejo estaba bien. Que lo amaran tiernamente y le guardaran el secreto se podía tolerar. Pero que com era bougainvillées y violetas era demasiado.

— No, no come flores —les dije—. Los cangrejos no han comido nunca flores.

— ¿Pues qué comen? —me preguntaron las tres al mismo tiempo.

Yo no estaba muy seguro, pero recordaba mis experiencias, casi siempre fallidas, de pescador, cuando ponía en el anzuelo trocitos de arenque o de corteza de tocino o de bacalao seco y en lugar de sacar un pez sacaba un cangrejo. De eso deiducia que a los cangrejos les gustaban esas cosas.

— Los cangrejos comen... cortezas de tocino.

— ¿Sólo? —preguntaba la rubita.

— No. También comen arenque y bacalao seco.

La morenita, que no había hablado hasta entonces, se rascaba en el trasero y preguntaba con el ceño fruncido :

— ¿Arenque y bacalao seco?

Se puede suponer lo que sucedió en el comedor aquella noche. La comida era formal, no se permitía que los comensales estuvieran en traje de baño o en shorts, es decir en calzón corto. Las niñas mismas estaban vestiditas y en tres mesas distintas con sus familias. Una decía al camarero que quería que le sirviera cortezas de tocino, otra bacalao seco y la tercera arenque. Yo oía desde mi mesa las exclamaciones de asombro de los padres. El maître se apartaba de una de las mesas con el gran menú impreso y diciéndose a sí mismo :

— Cortezas de tocino. ¡Qué te parece!

Hubo llantinas, reprimendas a media voz, pero las niñas insistían pensando en la cena de su cangrejo amante. Habían decidido que el cangrejo Ramón comía realmente las cosas que yo había dicho, pero además tomaba las violetas de postre.

Después de la comida, mientras junto a la gran piscina de agua dulce un grupo de gente joven e inspirada tocaba y cantaba canciones isleñas, las tres niñas —la rubita todavía llorosa— hacían excursiones furtivas por los pasillos y se detenían entre las puertas 104 y 105.

Aquellos días en el cielo no dominaba la

constelación del Cangrejo, sino la de Géminis con los dos hijos de Leda y de Júpiter —los dioscuros, decían los griegos— de quienes viene el mito de Santiago reelaborado por la tradición católica, cuyas fiestas celebra la isla los días 24-29 de julio.

Cuando volvía a mi cuarto miraba de reojo al macizo de flores y creía ver los ojos de Ramón en las medias sombras húmedas entre un tulipán y un rododendro.

¡Tres amiguitas encantadoras cuidando del cangrejo en secreto y afrontando el escándalo de los camareros en el comedor y los castigos de sus madres sólo por asegurarse su cena a aquella desairada criatura!

Al día siguiente volvía a encontrar al cangrejo. En la soledad del amanecer nos deteníamos un momento y yo creía oír otra vez, ahora en inglés : « After you, sir ». Ese cangrejo es un pillo bilingüe.

Estoy seguro de que el cangrejo conocía su nombre y asomaba entre las orquídeas al orlo de labios de las niñas. Yo creo que en la presencia del cangrejo hay un augurio, según decían las brujas de los tiempos de Simón Mago. Aunque no soy supersticioso había algo bueno o malo en el augurio, y tal vez el cangrejo sabía que podía impresionarme con eso a juzgar por lo seguro de sí que parecía.

Más tarde descubrí un gato de lustrosa piel con manchas blancas, grises y negras, que miraba desde el fondo del pasillo al cangrejo con una expresión de franca e indignada perplejidad. Me hice muy amigo del gato. Es verdad que aunque no haya problemas de solidaridad masculina contra un intruso, yo siempre me he llevado bien con los gatos. A falta de otra cosa creo que tengo cat appeal.

Por la noche solía yo ir en un barquito a ver las aguas luminosas. Aguas fosforescentes que de veras irradian en la noche. Cuando un pez pequeño o grande salta fuera del agua es como un pez de oro o de plata con luz dentro.

En una de aquellas excursiones venían en el mismo barquito seis o siete personas. Entre ellas una de las tres niñas con su madre, la rubita de los parpadeos.

Teníamos una conversación de doble fondo :

— ¡Qué tonto para un cangrejo vivir en el hotel! —decía yo.

— ¿Pues qué? ¿No puede un cangrejo vivir en un hotel?

— Si yo fuera cangrejo viviría aquí en estas aguas luminosas y así cuando saliera a tierra sería como una linterna que camina.

Es verdad que los cuerpos de crustáceos o de personas sumergidos en aquellas aguas se hacen luminosos hasta que se seca el agua en la piel o en el caparazón. La niña tenía sus argumentos :

— No te convendría si fueras cangrejo andar como una linternita porque entonces te verían y te cazarian. Poco tiempo vivirías. Te atraparían y te echarían en la cazuela. Y entonces ¿qué?

La madre miraba a su niña y a mí como si estuviéramos locos.

Por desgracia el lunes siempre llegaba demasiado pronto y yo tenía que dejar La Parguera. Por el camino de San Germán a un lado y a otro, esparcidas en el jugoso verde había graciosas aves blancas de cuello en forma de interrogación.

Pero en San Germán hay también animales propicios y pequeños seres humanos inspirados. El más pequeño de estos seres no era precisamente un niño sino un enano. Un enanito dueño de una peluquería.

Lo conocí en un restaurante que tiene un nombre curioso : « El Oasis ». Parece que no puede haber un oasis sin que haya un desierto. Y la verdad es que toda la isla es verde como una rara esmeralda y florida como una canastilla de boda. Es decir que toda ella es oasis.

Pero el restaurante se llama así y es un lugar acogedor instalado en un antiguo palacio colonial. Allí conocí al enanito. Tiene sólo 21 años —este 1961 es el año memorable en que puede ya votar, según me dijo—. Es tan pequeño que para sentarse en una silla tiene que trepar antes a ella y una vez sentado sus pies quedan colgando sin llegar al suelo. Pero está bien proporcionado, no hay nada monstruoso ni repelente en su persona como lo hay en Las Meninas de Velázquez, y su jovialidad inalterable y su sonrisa le dan un aire abierto y familiar.

Esa jovialidad es especialmente importante en él por razones profesionales. El enanito tiene como digo una barbería. Para cortar el pelo necesita una especie de andamio con diferentes niveles por los que sube y

baja según corte el pelo de la coronilla o el de la nuca.

Y, como todos los barberos, el enanito habla.

La segunda vez que fui había un número de Life con la foto de Hemingway en la cubierta. Con mi manía de las interpretaciones pensaba : este enanito es un hombre adulto en un cuerpo de niño y Hemingway era lo contrario : un alma de niño en un cuerpo de gigante. El juego de los paralelismos parecía obligado. Y yo seguía pensando : « Conocí a Hemingway personalmente, pero lo traté poco. » Esto último no importaba porque el gigante y el enanito con las diez primeras palabras lo habían dicho todo. En ellas estaban enteros y verdaderos.

Hacia 1942 Ernest, que estaba un poco ebrio del éxito de For whom the bell tolls me dijo un día :

— ¿Harias tú la traducción de mi novela al español?

Yo me quedé dudando porque nunca he traducido un libro y además mi inglés era entonces precario. Aunque la cosa me parecía en principio poco viable estaba pensando si entre mis amigos había alguno que supiera bastante inglés y tuviera instinto literario para ayudarme. Como tardaba en responder, Hemingway dijo :

— Ya veo. Tú debes de ser uno de esos que al traducir un libro lo mejoran.

La impertinencia es peligrosa y más con los aragoneses, cuyo orgullo se inflama fácilmente. Yo le dije :

— Mira, Ernest, yo no he traducido nunca un libro, pero si tradujera el tuyo lo mejoraría de tal modo que no lo conocerías tú mismo. Así es que tienes razón y no hay que hablar más de eso.

*

Su libro distaba de ser la obra maestra que él creía, y por otra parte Hemingway cometía errores históricos como el de atribuir a los republicanos españoles hechos de crueldad y de salvajismo conocidos obviamente como obra de los nacionalistas. Por ejemplo, las sangrientas represiones de Badajoz en la plaza de toros.

En fin, los españoles emigrados no veíamos con simpatía aquel libro sensacionalista y afectadamente brutal. Pero después de mi

réplica Hemingway recogió velas. Tenía una bondad o una impertinencia de niño. Como esas cosas suelen ser recíprocas, ni yo le guardé rencor a él ni él a mí —según creo—. Los dos sabíamos bastante de los hombres para no hacernos víctimas de nuestros propios juicios.

Era Hemingway el hombre más alto que he conocido en mi vida. Y aquel enanito peluquero, el más pequeño. Entre ellos estaba yo con mi estatura discreta de cinco pies y ocho pulgadas.

El enanito hablaba :

— Hago mucho ejercicio cada día con pesas y poleas, pero supongo que es inútil y que no creceré ya más.

— ¿Quién sabe?

— No, un médico me lo ha dicho. Ya no más.

— En todo caso la estatura del hombre importa poco. Por mucho que crezcas y por mucha fuerza que desarrolles nunca serás tan grande ni tan fuerte como un gorila. ¿Y quién quiere ser un gorila o parecerse a un gorila? No yo.

— Yo tampoco —dijo riendo el enanito.

— Lo importante es la inteligencia —añadió.

Veía su carita imberbe en el espejo, detrás de mí. Asomada a mi hombro. Se tocó la frente con el peine y dijo :

— Aquí está el asunto ; es verdad. Por eso a mí no me importa ser pequeño. ¿Ser grande? ¡Bah!

Yo le hablé de los grandes megaterios de la antigüedad, armados con cuernos y espinas, cubiertos de corazas y destruidos por el peso de sus propias armas. En cambio el hombre, que es uno de los animales más pequeños y débiles, vive y prospera y se ha hecho el dueño de la creación.

El enanito señaló la foto de Life :

— ¿Ese escritor tenía mucho talento, verdad?

— Sí.

— Y mataba animales grandes así como leones y elefantes y cocodrilos, ¿no es eso?

— Sí, animales grandes. El más grande fue el último que mató. Se le había sublevado, se le había rebelado y tuvo que matarlo.

— ¿Qué animal era ese?

— Oh, cada cual le da el nombre que mejor le parece.

— ¿Tenía a ese animal en su casa? ¿Sí? ¿Y cómo tenía un animal tan grande en su casa? ¿En una jaula especial?

— No. El animal vivía detrás del espejo.

— ¡Qué raro, detrás del espejo!

Seguía el enanito cortándose el pelo en silencio. Había cosas en la conversación ordinaria que el enanito no comprendía y no preguntaba porque no quería revelar su ignorancia. Aquel animal rebelde que vivía detrás del espejo de Hemingway y que Hemingway mató estaba ocupando su imaginación. No acababa de entenderlo.

Yo quise desviar el diálogo porque era doloroso referirse a la muerte de Hemingway en aquellos términos :

— Un hombre pequeño, pero inteligente, vale tanto como otro cualquiera.

— O más, ¿no es verdad?

— Eso es —dije yo riendo—. O más.

— Inteligente. Además —añadió interrumpiendo su trabajo con el peine y la tijera en el aire— un hombre pequeño como yo, con un rifle en la mano, puede tumbar también un elefante.

— Claro, pero no es necesario. ¿Para qué tumbar un elefante?

— O un hombre.

— Tampoco. Menos, todavía.

— Entonces... ¿el rifle no?

— No. En absoluto.

— Pero en todo caso la verdad es que el hombre más pequeño del mundo puede hacer lo que quiera con un arma.

Apuntando con el peine simulaba una ametralladora :

— Ra, ra, ra, ra, ra...

Me miraba en el espejo. Yo negaba con la cabeza y el enanito se adelantaba a repetir.

— Ya veo. Sólo la inteligencia.

Le dije que él no necesitaría defenderse nunca de nadie. ¿Le había ofendido alguien alguna vez? ¿No? En el futuro tampoco le ofendería nadie. Pensaba yo sin decirselo que hay una extrema pequeñez y una extrema grandeza que hacen al hombre invulnerable. El enanito era el caso primero.

En cuando al segundo, yo miraba en el espejo la foto de Hemingway y dudaba. Él me dijo un día con aquella manera deportiva que tenía de hablar de la literatura :
— « Yo me atrevo con todos. Con todos menos con Tolstoi y con Balzac y con Cer-

vantes y con algún otro... ». Creo que dijo también el nombre de Dostoyewski. Bien, esos son los invulnerables por su grandeza. A esos no se les sublevó la fiera que vivía detrás del espejo. Tampoco al enanito.

Detrás del espejo vive la peligrosa fiera indómita. Los estoicos españoles como Séneca, que hacían del suicidio un sacramento, habían sin embargo sometido y domesticado a la fiera.

La muerte de Hemingway no fue la de un estoico, sino la de un cazador que se cazó a sí mismo.

A mí me dijo un día que se consideraba fracasado por no haber nacido en España. Supongo que quería decir que le habría gustado, para dar a su obra la dimensión metafísica que tan a menudo aparece en los grandes autores españoles. Sin embargo, de la realidad de casi todas sus novelas se desprende una cierta atmósfera metafísica como la niebla se desprende de un paisaje soleado.

Pero es una metafísica dudosa y atrasada como la de Nietzsche, el menos estoico de los hombres, quien de vivir más tiempo y en uso de su razón habría acabado por matar a la fiera detrás del espejo, también. A Nietzsche lo salvó su locura. Esa locura que salva no la tenía Hemingway.

Deseando olvidar el doloroso tema de Hemingway volví a pensar en los animales de Puerto Rico. Desde La Parguera a San Germán había visto, como dije, millares de aves con cuello largo como los flamencos, aunque no tan grandes. El enanito me dijo :

— Esas son garzas. Garzas blancas.

Después me explicó que el ave más simpática es para los portorriqueños la que llaman pitirre, pequeña, pero valiente, que acomete a las aves grandes carniceras y peligrosas. Según el enanito, el pitirre es típico y exclusivo de las islas antillanas. Y es valiente. — « Todo lo hace — repetía el enano — con su inteligencia y su coraje, aunque sea tan pequeño. » Hay aves grandes que le tienen miedo. » Diciendo esto el enanito pensaba sin duda en sí mismo.

Hay un ave negra y grande, una especie de buitre carnicero, que se encuentra en los países tropicales y no falta en Puerto Rico. La llaman allí aura. Es grande, más que un águila, y va bien provista de uñas y de pico. Su mayor enemigo es el pequeño pitirre (ty-

rannus dominicensis), pequeño, ágil y sobre todo valiente. Ataca al aura en vuelo como un avión de caza a un bombardero gigante, y hay que ver en el aire del atardecer al aura huyendo perseguida por la pequeña ave que la acosa, le arranca plumas, la hiere y a veces incluso la mata.

— Tan pequeña, ¡quién lo diría! Y con ese nombre sugestivo : tyrannus dominicensis. Sugestivo de Espartacos y de Davidés.

Algunos nacionalistas románticos de Puerto Rico hacen de esa ave un símbolo de la isla. Consideran al ave pequeña y ágil como un glorioso blasón de su escudo. Y los Estados Unidos son el aura negra.

Hablábamos de eso cuando entró en la barbería un campesino humilde, un jibaro. Terció en la conversación y dijo muchas cosas del pitirre y del aura, todas favorables al primero, como se puede suponer. Ese pajarito valiente y malhumorado tiene ya una tradición y hasta un culto. Yo estoy contribuyendo a hacerle una literatura.

Pensaba en él y en el aura y en sus pelear diarias sobre el cielo violeta de las Antillas cuando el jibaro se sentó ominosamente sobre el ejemplar de Life, sacó un cigarrillo, suspiró y mientras buscaba las cerillas dijo para sí mismo como el que dice un refrán :

— Lo mejor que Dios ha hecho : un día después del otro.

Tarea delicada, esa. El jibaro tenía razón. ¿Qué sería si Dios nos hubiera hecho nacer en un solo día inmenso e interminable como el día sin noche que hay fuera de la tierra en esos espacios a donde suben las cápsulas de los cohetes con un hombre dentro? ¿Y qué sería de nosotros si en lugar de venir los días sucesivamente uno detrás del otro vinieran todos juntos y atropellándose? Un día después del otro. Tarea notable.

El jibaro había dicho una cosa sencilla e inspirada. Le ofrecí cerillas porque él no hallaba las suyas y le pedí la revista encima de la cual se había sentado. Rescaté la foto de Hemingway y me estuve contemplándola. Aquella reflexión del campesino jibaro no se le había tal vez ocurrido nunca a Hemingway : lo mejor que ha hecho Dios : un día después del otro. Tampoco se le ocurrió a Nietzsche ni a otros hombres más o menos gigantescos que lo mismo que Hemingway murieron un día muy malamente.

bellas artes

K. A. JELENSKI

Arte "otro" y protesta

(La joven pintura española y polaca)

EN EL « FILM » ACELERADO que nos presenta la evolución del arte contemporáneo, el historiador futuro no vacilará, a pesar de la riqueza de imágenes que se le ofrecerán, en destacar el hecho saliente de los años 1958 y 1959. Ese hecho es, en Venecia, en São Paulo, en Kassel, en Nueva York, en París, en Pittsburgo, la aparición de una joven pintura española y de una joven pintura polaca. Aparición sorprendente por más de un motivo. En primer lugar, porque fueron los pabellones oficiales polacos y españoles los que nos dieron a conocer esta nueva generación de pintores abstractos. Ya era sorprendente ver que una pintura tan contemporánea, tan internacional, se elaboraba en profundidad en la Polonia comunista, aparentemente consagrada al « realismo socialista », y en la España franquista, a la que asociamos naturalmente con el academicismo retórico que siempre protegieron los fascistas. Hecho aún más sorprendente que el de conceder a estos pintores su patronazgo oficial, el régimen comunista polaco y el régimen fascista español parecían no sólo acomodarse a unas formas creadoras tan libres, sino incluso considerarlas como propias. Otra compro-



bación que se impone con evidencia : el triunfo en estos dos confines de la Europa occidental del llamado « arte informal »

(triunfo más sorprendente aún en España que en Polonia). Si este tipo de pintura se ha impuesto, ha sido gracias a unos cuantos pintores pertenecientes todos a la misma generación. Los mayores son dos polacos, Brzozowski, nacido en 1918, y Kobzdej, nacido en 1920. El menor es el español Canogar, nacido en 1934. Tapiés, Saura, Mi-

llares, Feito, Lebenstein, Dominik, Gierowski, tienen todos hoy entre treinta y uno y treinta y siete años. En cada uno de los dos países debemos destacar dos fechas que señalan la entrada en acción de la joven pintura : en 1955 se celebra en Varsovia la exposición del grupo « Arsenal » y en 1957 tiene lugar en Madrid la fundación del grupo « El Paso »

En España como en Polonia, estos pintores, estas exposiciones y estos grupos coinciden con una corriente de protesta política. Evidentemente, no puede identificarse la oposición de los intelectuales polacos al stalinismo con la oposición de los intelectuales españoles al franquismo. Para los intelectuales polacos antes de 1956, el régi-

men staliniano traicionaba los valores universales que aún continuaba proclamando como suyos ; esos intelectuales combatían la inteligencia tiránica y perversa del « Big brother » orwelliano. El franquismo, con su mezcla de vagos sueños fascistas y de realidades burguesas reaccionarias, se presenta abiertamente como enemigo de la inteligencia : es, pues, contra la cruel e hipócrita estupidez de Ubu Rey contra lo que se rebelan los intelectuales españoles.

Respetables, liberales, europeas, la España republicana y la Polonia democrática de los años 20 no escaparon en el dominio de las artes a su destino provinciano. Y ha sido sólo esta rebelión última, este renacimiento reciente tras tantos años de hibernación forzada, lo que ha atraído hacia la pintura española y hacia la polaca la atención de un público internacional. Es cierto que España posee una tradición pictórica que ha dejado huellas en el mundo occidental, mientras que Polonia carece de ella. Pero la contribución fundamental de los pintores españoles a la formación del arte contemporáneo se ha realizado a través de París. Picasso, Juan Gris, Miró, Dalí y González tuvieron todos que expatriarse. Hasta mediados de este siglo, quedarse en España significaba para un pintor resignarse a la provincia y al olvido. ¿Quién, aparte los españoles, conoce la obra espléndida de un Solana? Así, la entrada de un grupo importante de jóvenes pintores españoles radicados en España en el « Museo de Arte Moderno Imaginario », a escala universal, tiene el mismo carácter sociológico e histórico que en el caso de los jóvenes pintores polacos. Hecho éste sin precedentes en Polonia, mientras que en España habría que remontarse a Goya para encontrar uno. No carece, pues, de interés el comparar estos dos fenómenos estudiándolos circunstancialmente.

*

Antes de 1956, bastaba en Polonia con pintar un cuadro abstracto para quedar convicto de actividades políticamente subversivas. Esto no ocurrió en cambio nunca en la España franquista, que no imitó a la Alemania nazi en su odio al « Entartete Kunst ». De todos los fascismos europeos, el fascismo español ha sido el más oportu-

nista, un fascismo que no tardó mucho en abandonar toda veleidad de erigir su estupidez reaccionaria en ideología coherente. Los seminaristas fracasados que dan a España sus dirigentes « ideológicos » se hallan demasiado ocupados en combatir « el siglo de las luces » para entrar en un combate contemporáneo. A fuerza de levantar diques contra Voltaire y Stendhal, no se ven las olas provocadas por James Joyce y por Picasso. Paradójicamente, el único pintor que podría infundir miedo a los fascistas españoles es Goya, con su rebeldía, su odio al clero y su erotismo. Pero el Prado lo guarda embalsamado como una « gloria nacional ». Dado este grado de involución mental, ¿cómo sentir miedo de la pintura « abstracta », si se es perfectamente incapaz de *verla*? Por el contrario : puede tenerse al menos la seguridad de que el pintor abstracto no « representará » en forma « reconocible » ni una sublevación obrera ni una mujer desnuda. En España lo mismo que en Polonia, la « utilización » en el extranjero de la pintura abstracta con fines de propaganda es un asunto complejo. Se olvida con demasiada frecuencia, en primer lugar, que la línea de separación entre « gobernantes » y « resistentes » resulta poco clara en Polonia desde el « giro » gomulista de 1956, y en España desde que el régimen se ha orientado hacia la sucesión monárquica, el federalismo europeo y la alianza atlántica. Naturalmente, los responsables polacos arriesgan más que sus colegas españoles : el « derecho de ciudadanía » que ha obtenido de hecho en Polonia la pintura abstracta desde 1956 irrita profundamente a los soviéticos, y en la misma Polonia se deja sentir desde hace tres años una reacción que quisiera confinar la abstracción al dominio de las « artes decorativas ». Y es que en Polonia el hecho mismo de « la abstracción » se halla en tela de juicio ; mientras que en España lo único que puede importarles a las autoridades es conocer las convicciones íntimas del pintor, asunto más bien de policías que de « críticos de arte ». De ahí esta otra paradoja puramente española : la organización reaccionaria para-religiosa « Opus Dei », que desde hace varios años constituye en España la verdadera « maffia », que inspira y controla al régimen, posee en Madrid una

gran galería de arte consagrada a la vanguardia abstracta. Tentativa evidente de vaciar a la joven pintura española de su contenido de rebeldía, domesticándola y reduciéndola a la categoría de atracción turística, de fuente de divisas y de medio de propaganda cultural.

La joven pintura española cristaliza en dos grupos distintos: el de Barcelona, dominado por Antoni Tàpies, y el de Madrid, dominado por Antonio Saura. Fue en Barcelona donde se manifestó en primer lugar el renacimiento de la pintura española, gracias a la formación, en 1948, del grupo « Dau al Set » (el siete del dado). Dos influencias nos parece que han sido determinantes en la joven escuela catalana: el barroco y la prehistoria. El barroco no en el sentido del estilo de la Contrarreforma, sino visto en su aspecto de Eterno Retorno, tal como lo representan otros dos artistas catalanes mayores: Gaudí y Dalí. Otro catalán fue seguramente el primero que introdujo en el arte contemporáneo el equivalente de los « grafitos » prehistóricos: Miró (es característico que en los años de 1950 unos cuantos jóvenes pintores españoles intentaran formar un grupo con el nombre de « escuela de Altamira »). Esta *toma de conciencia* perfectamente moderna de la prehistoria y del barroco es lo que en mi opinión representan Tàpies y Cuixart. Ante las obras recientes de Tàpies se siente uno a veces dominado por el vértigo: ¿se trata de un cuadro o de un vaciado de fragmentos de realidad exterior? Realidad, no hace falta decirlo, que corresponde enteramente a una sensibilidad contemporánea: la de los muros viejos, roídos por la sal marina, la de las grutas en que el hombre prehistórico se despertaba a la conciencia. Conozco bien las primeras obras de Tàpies y creo reconocer en el desarrollo tan heterogéneo de su inmenso talento el sello de una personalidad poderosa y única. Sus primeras telas, influídas por Klee y Max Ernst, pertenecen a lo mejor de la nueva ola surrealista europea surgida inmediatamente después de la guerra. Y, viviendo como vive en España, no es de extrañar que haya sufrido durante cierto tiempo otra influencia, la de George Grosz: única obra plástica de crítica social que jamás haya hecho ninguna concesión a la retórica. Per-

sonalmente me seducen menos los cuadros de Modest Cuixart, que constituyen un compromiso entre Tàpies y Dubuffet. Pero no pongo en duda la sinceridad de su exuberancia barroca, de esta Altamira moldeada por Gaudí que es su obra.

Un punto común, por lo menos, entre los jóvenes catalanes y los madrileños del grupo « El Paso » (1): su repulsa al colorismo, su tendencia a una pintura monocroma. El negro y el blanco predominan esencialmente en las telas de Saura, con algunos toques apenas de tierras sombrías, de grises. También Tàpies y Cuixart se limitan esencialmente a las tierras. Los colores de Feito evocan las mesetas abrasadas de la alta Castilla, los severos muros enjalbegados de sus pueblos. Y es que a un pintor español le es difícil escapar a esta atmósfera ibérica tan fuerte que, a partir de las piedras, de las yerbas muertas, de los duros pueblos, ha marcado a Ribera y a Valdés Leal, a Goya, al Picasso de « Guernica » y a Solana.

Manolo Millares hace suya la fórmula de Burri, despojándola voluntariamente de todo lo que la obra del italiano tiene de exquisito y de seductor. Me parece que aquí Millares sigue un camino falso. La forma en que Burri reúne los residuos del cubo de la basura me recuerda el famoso trozo en que Huysmans, el escritor más « decadente » del exquisito « fin de siglo », celebraba el arco iris centelleante del arenque ahumado. Millares me hace pensar en el autor de *A Rebours* imitado por Emilio Zola: ¿para qué sirve la intención realista y brutal, si se trabaja en los residuos de la civilización industrial, residuos con los que no cabe hacer otra cosa que tirarlos a la basura, o bien tratarlos como joyas del más refinado lujo?

Del grupo madrileño, Luis Feito es el más cercano a Tàpies y a Cuixart. A ellos le une la pasión *geológica*, aunque sus cuadros evoquen más bien paisajes soñados que « naturalezas muertas » rupestres.

Rafael Canogar quisiera « realizar estructuras que se completen las unas a las otras, unidas por un ritmo... », « fosilizar instan-

(1) Disuelto, por razones relacionadas a la vez con el arte y con la política, en mayo de 1960.

tes » (2). Me parece que Canogar añade a la visión « geológica », « prehistórica » y « rupestre » de sus contemporáneos un elemento erótico inconfundible. En sus tierras no puedo dejar de ver una tierra herida, violada : ¿vuelve quizá Canogar inconscientemente a los misterios de la « Gran Diosa » que en otros tiempos se celebraban en Elche, añadiendo así a esa « prehistoria » que parece dominar en la joven pintura española la toma de conciencia primordial de los tabúes que van ligados al nacimiento y a la muerte?

De todos los jóvenes pintores españoles, Antonio Saura es seguramente el que posee una personalidad más poderosa. Saura ha aportado a la « action painting » una violencia de signo, hasta podría decirse una crueldad, que le relacionan en forma inconfundible con la tradición cultural de su país. Desde hace unos años, en la obra de Saura reaparece la figura humana. Entre las tentativas, cada vez más frecuentes estos últimos años entre los jóvenes pintores occidentales, de realizar una síntesis dialéctica de las oposiciones, todas intelectuales, entre la « abstracción » y la « figuración », la de Saura me parece una de las más significativas. Y es que Saura no se limita a debatir los problemas enrarecidos que plantea a la pintura contemporánea la reintroducción del « objeto ». El pintor español no retrocede ante la expresión de preocupaciones más profundas y más secretas. Sus rostros desmesurados, caricaturales, llenos de cicatrices, son muestra de una ambigüedad profunda y dolorosa, aprehendida, gracias a la rapidez misma del signo, de una manera inmediata que escapa a toda retórica. Esta mezcla única de expresionismo y de autenticidad en la obra de Saura me hace pensar en los films de Buñuel. Comparación que quizá me facilita el conocimiento que tengo de esos dibujos satíricos de la vida española, de su tauromaquia mítica, que se relacionan al mismo tiempo, renovándolos, con la facundia de un Picasso y con el automatismo de un Henri Michaux.

*

Una ojeada a la pintura polaca contemporánea nos hará ver en ella dos paradojas :

(2) *Cuatro pintores españoles*, Madrid, 1958.

una plástica, la otra política. Paradoja plástica : la vanguardia abstracta se desarrolla en Polonia desde comienzos del decenio de 1920, sin que la pintura polaca haya asimilado jamás la lección de Cézanne ni profundizado la de los impresionistas. Después de todo, Strzeminski, Katarzyna Kobro, Berlewi y Stazewski son contemporáneos y amigos de Malevitch, Mondrian y Delaunay. Pero los grupos de vanguardia de hace treinta y cinco años —« Blok », « Praesens », « A.R. » (artistas revolucionarios)— vivían en la provincia totalmente aislados, mientras los museos de Varsovia se llenaban de pastorcillos, de plácidas vacas, de puestas de sol y de gruesas señoras aladas excitando a los soldados al combate. Dentro de esta perspectiva hay que considerar la empresa de un grupo de jóvenes pintores (entre ellos Jan Cybis, Tadeusz Potworowski y Jozef Czapski) que partieron hacia París en 1923 y volvieron a Polonia siete años después creyendo llevar consigo el mensaje de Cézanne y la visión de Bonnard. Jozef Czapski escribía recientemente que, al volver a su país, se sentían « portadores de verdades pictóricas absolutas y elementales, pero no admitidas en Polonia ». Paradjicamente, mientras en otros países los abstractos geométricos consideraban a los post-impresionistas como sus peores enemigos, en Polonia, según el mismo Czapski, « Strzeminski y sus amigos pensaban que nosotros realizábamos un trabajo útil, un trabajo de pintores de cierta cultura que limpiaban los establos de Augías, y por ello nos respetaban ». Y es que en los establos de Augías de la pintura polaca « respetable », a los veteranos del realismo « pompier » vinieron a añadirse ya en 1930 nuevos reclutas : los nauseabundos pseudo-primitivos clasicizantes que, a imitación de los pintores oficiales de la Italia fascista y de la Alemania nazi, pintarrajeaban con todas sus energías y « al fresco », las glorias de la Polonia pasada y futura.

Con esto abordamos la paradoja política. Como en otros países de Europa, y sobre todo en la U.R.S.S. en la época de la Revolución, los abstractos geométricos polacos hacían causa común con la izquierda revolucionaria. Los « kapistas » (post-impresionistas del « Comité de París »), menos marcados por una actitud política definida pero

resueltamente antinacionalistas, venían a unirse a los abstractos en el frente intelectual antifascista. Los abstractos Henryk Wicinski, Tadeusz Kantor y Maria Jarema pertenecían abiertamente, ya antes de la guerra, al grupo de los raros intelectuales polacos comunistas. El advenimiento del comunismo en Polonia no fue inmediatamente acompañado por las consignas del social-realismo. No era posible hacer desaparecer de un golpe la atmósfera intelectual y artística de la resistencia antinazi. Así, la primera gran exposición colectiva polaca de la posguerra, organizada en Cracovia en 1945, estaba dominada por los no figurativos, los surrealizantes y los expresionistas. Pero la absurda lógica staliniana exigía que este liberalismo pragmático fuera asfixiado. Ya en 1946, se impuso en Polonia el « realismo socialista » como doctrina única, en la literatura y en las artes. A todos los pintores abstractos ligados a la izquierda revolucionaria, incluídos los miembros del partido comunista, se les condenó entonces en bloque, mientras que la « República Polaca Popular » escogía sus pintores oficiales entre los fascizantes de antes de la guerra que, en la óptica staliniana nacionalista y reaccionaria, no tenían más que continuar pintando las hazañas de reyes y héroes, a reserva de aplicar de cuando en cuando su técnica « realista » a fijar sobre el lienzo la felicidad de los obreros y los campesinos. De todos modos, se estableció una especie de connivencia entre ciertos dirigentes de la política cultural polaca de la época staliniana y los artistas, gracias a la cual la pintura polaca —como la literatura y las ciencias— no llegó, ni siquiera durante esta época, al punto de degradación total a que llegó en la U.R.S.S. Naturalmente, había que sacrificar toda la pintura no figurativa. Pero los dirigentes culturales polacos supieron establecer una línea de resistencia al nivel del post-impressionismo, condenado también en la U.R.S.S. como « formalismo ». De este modo, los « kapistas » Jan Cybis, Eugeniusz Eibisz y Artur Nacht-Samborski pudieron conservar durante largo tiempo sus puestos de profesores en la Academia de Bellas Artes y exponer sus exquisitas naturalezas muertas, sus personajes de bruma y sus paisajes evanescentes, a condición de ponerles títulos

como « La comida del obrero », « La lectura de *El Capital* » o « Una cooperativa agrícola en el crepúsculo ».

Esto no deja de tener importancia si consideramos la formación de los jóvenes pintores informales polacos que estamos estudiando. El camino que lleva hasta Wols y Pollock se inicia en Claude Monet. Así, el joven Tadeusz Dominik se revela fiel discípulo de Jan Cybis : eliminada la imagen, añadida una vitalidad más intensa y una voluntad de poder traducida en gestos libres y bruscos, queda un toque de pincel semejante, el mismo amor al color y a la materia opaca y rugosa.

Los comentaristas habituales del arte polaco contemporáneo sucumben casi todos a la fascinación de una palabra hecha : la abstracción. Esos comentaristas les buscan a los jóvenes pintores polacos una genealogía, unos títulos de nobleza que resultan falsos. La nueva generación no debe nada al formismo, al constructivismo ni al unismo. No cuenta ni a Mondrian ni a Malevitch entre sus mayores (trataré de demostrar cómo esta filiación es sólo aparente incluso en Stefan Gierowski, que la proclama explícitamente). Es verdad que el viejo Henryk Stazewski, único superviviente en Polonia de los precursores del arte abstracto, vive rodeado de respeto, pero sólo en cuanto personaje legendario, especie de Livingstone de la abstracción polaca —¿quién podría interesarse por su producción actual de carteles publicitarios para plásticos de color?—. Por pereza, se continúa estableciendo las « influencias » de un pintor sobre otro, como si la pintura de hoy, esencialmente ligada a una visión del hombre en el mundo, pudiese comprenderse fuera de un clima intelectual mucho más amolío.

Fue un escritor polaco de la preguerra, Bruno Schulz, quien, por primera vez según mis informes, formuló una teoría estética que podrían haber hecho suya Pollock y Dubuffet, Wols y Burri. En el *Traité des Mannequins* (3), publicado en 1934, Schulz opone un arte autónomo, un arte « bruto », al arte que ve su origen en la « obra del Demiurgo » : « Hemos vivido demasiado

(3) Traducción francesa publicada en 1961 por la editorial parisiense Julliard en su colección « Les Lettres Nouvelles ».

tiempo aterrorizados por el Demiurgo ; durante demasiado tiempo la perfección de su obra ha paralizado nuestra propia iniciativa. Pero no queremos entrar en competencia con él. No tenemos la ambición de igualarle. Queremos ser creadores en nuestra propia esfera, más baja ; aspiramos a los goces de la creación ; en una palabra, a la demiurgia ». No hay que interpretar este pasaje como una simple negativa a « copiar la naturaleza », como una oposición trivial de la « abstracción » al « realismo ». Es contra todo arte constitutivo, armónico, transparente, contra lo que se pronuncia Schulz en nombre de una libertad del gesto, de una rehabilitación de la materia, de una fascinación ante la opacidad, que encontramos en todas las corrientes que han elegido el nombre de « tachistas » o « informales ». « El Demiurgo —continúa Schulz— amaba los materiales sólidos, complicados y refinados ; nosotros, en cambio, damos preferencia a las baratijas. Nos sentimos atraídos y positivamente seducidos por las baratijas, por todo lo que sea vulgar y común. ¿Comprenden ustedes bien el sentido profundo de esta debilidad, de esta pasión por los trozos de papel de color, por el cartón cuero, el barniz, la estopa y el serrín? Pues bien, se trata de nuestro amor por la materia en cuanto tal, por lo que tiene de vellosa y de porosa, por su consistencia mística. El Demiurgo, este gran maestro y artista, la vuelve invisible haciéndola desaparecer bajo el fuego de la vida. Nosotros por el contrario amamos sus disonancias, sus resistencias, sus torpezas de golem. Tras cada movimiento nos gusta discernir sus pesados esfuerzos, su pasividad y su torpeza de gran oso dócil. »

Otro escritor polaco de vanguardia, Witold Gombrowicz, se nos aparece en su novela *Ferdydurke*, publicada en 1937, como un precursor del existencialismo, particularmente desconfiado frente a las limitaciones que impone « la forma ».

« Ya está —escribe Gombrowicz—, ha llegado la hora. se puede empezar : *tratad de oponeros a la forma, liberaos de la forma*. Cesad de identificaros con lo que os define... Pronto nos daremos cuenta de que desde ahora lo más importante no es morir por las ideas, los estilos, las tesis, las divisas y las creencias, ni siquiera adherirse a ellas

y en ellas hacerse firmes, sino dar un paso atrás y tomar distancias frente a todo lo que no cesa de producirse en nosotros... ».

Los jóvenes intelectuales y artistas polacos son lectores apasionados de Witold Gombrowicz y de Bruno Schulz, autores reeditados en Polonia después del giro de octubre de 1956. Y si Clement Greenberg tiene razón cuando pone de relieve los lazos existentes entre el existencialismo sartriano y el « Arte Bruto » de Dubuffet, no cabe ignorar la influencia del ahumanismo schulziano y de la desconfianza de Gombrowicz frente a toda « forma », sobre el nuevo arte informal polaco.

En los artículos críticos publicados en Occidente a propósito de las exposiciones de la nueva pintura polaca, he observado como una cierta decepción al comprobar que en ellas participan pintores que, después de todo, « se parecen » a los pintores informales parisienses y a los « action painters » norteamericanos. Pues bien, esto no es sólo demostrar un singular chauvinismo « occidental » (¿es que el arte moderno sólo es « universal » dentro de las fronteras de la O.T.A.N.?), sino que es además seguir un camino falso : la mayor parte de los pintores polacos han elaborado un estilo muy personal (y no desprovisto de características específicamente « polacas »).

Sólo en dos pintores polacos encuentro bruscos cambios de estilo y de manera de pintar que demuestran una voluntad bastante exterior de estar « à la page ». Y aun así, se trata de casos muy diferentes el uno del otro. Tadeusz Kantor, el abstracto de la preguerra, ha sabido resistir admirablemente a las presiones stalinianas. Comunista, ha preferido no exponer ni una sola vez antes que adaptarse al « realismo socialista » que le habría proporcionado gloria y riqueza. Por otra parte, Kantor es uno de los escenógrafos polacos de vanguardia más interesantes. El pintor polaco reacciona como un verdadero sismógrafo ante toda novedad en el arte, y su influencia personal sobre los jóvenes pintores polacos ha sido considerable y beneficiosa. Pero estas mismas cualidades de hombre, de aficionado al arte, de decorador, perjudican al pintor : alternativamente surrealizante, abstracto, geométrico, tachista, sus cuadros me parece que son más bien maquetas « repre-

sentativas » del arte actual que obras personales.

Por su parte, el joven Tadeusz Kobzdej era uno de los representantes más conocidos y más apreciados del « realismo socialista » en la Polonia staliniana. El título de uno de sus cuadros (dos sonrientes obreros de la construcción) le ha valido incluso en Polonia el sobrenombre de « Kobzdej-Pásame-el-Ladrillo ». Este artista extraordinariamente bien dotado (hasta sus dibujos « social-realistas » son notables) habría sido en otros tiempos el mejor discípulo en el taller de un maestro. Pero su conversión súbita a la abstracción, así como la influencia demasiado visible de un Tapies y de un Burri, no pueden sino perjudicarlo hoy.

Entre los pintores polacos de la « nueva ola », tres me parecen los más profundamente enraizados en su medio cultural.

Como Saura entre los jóvenes pintores españoles, Jan Lebenstein creo que es, entre los jóvenes pintores polacos, la personalidad más destacada. Sus « figuras axiales » evocan entre los críticos occidentales analogías que por el momento me contentaré con enumerar : « Pasiones » polacas en los cruces de caminos ; ídolos eslavos prehistóricos ; carácter antropomórfico de los campos, de los pastos y de los caminos de una Europa agrícola y arcaica ; símbolos primaverales de fecundidad de esa misma Europa. Vemos, pues, que —para emplear el lenguaje de Jung— ciertos arquetipos característicos de la Europa oriental se abren camino en estos cuadros.

La introducción al catálogo editado por el Ministerio de la Cultura y de las Artes de la República Popular Polaca en 1959 para la Bienal de São Paulo decía que « los jóvenes pintores polacos se apoyan en un humanismo prudente y un tanto escéptico », y de Lebenstein afirmaba que persigue « el objeto buscado : el signo y la prueba de un entendimiento entre los hombres ». Los totems verticales, solitarios, mudos de Lebenstein ¿son de verdad « signos de entendimiento »? Y si lo son, ¿« significan » un humanismo, ni siquiera prudente? Ciertamente, en estas figuras encontramos elementos familiares. Tan familiares incluso, que siglos de cultura nos los habían vuelto invisibles : muros sucios, « grafitos » en las paredes de miserables escaleras, resque-

brajaduras del asfalto, granulado de las aceras, orín de los viejos hierros rotos, reflejos metálicos de petróleo en las zonas húmedas de los suburbios... Objetos humillados y ofendidos que presentan sus superficies llenas de cicatrices, sus hinchadas epidermis, a las divinidades misteriosas y terribles del pintor. Ciertas figuras de Lebenstein nos hacen pensar en postes telegráficos. Pero de sus hilos torcidos y rotos parece emanar un « morse » descompuesto : mensaje ahumano, balbuceo beckettiano que apenas hace aparecer unas cuantas pompas en la epidermis fangosa del silencio. Y, sin embargo, yo tengo la suerte de conocer bien a Lebenstein y de haber visto centenares de esos dibujos suyos automáticos, obsesivos, que garabatea nerviosamente en cualquier parte. Lebenstein es un maravilloso dibujante, que, en broma, sabe imitar a Tiépolo con tanta perfección como a Dautier o a Picasso y cuyos dibujos « figurativos » constituyen una extraordinaria mezcla de finura y de brutalidad. Conozco, pues, algunos de los signos cifrados que conducen a sus figuras axiales y no puedo dejar de sonreír cuando pienso en las señoras de Nueva York o de París que contemplan plácidamente « su Lebenstein » sin ver, bajo el criptograma, los sellos inconfundibles de Eros y de Thanatos.

El segundo pintor que me parece específicamente « polaco » es Tadeusz Dominik, al que ya he mencionado. Sus soles, sus torbellinos, sus plumas cósmicas aportan a la « action painting » el arco iris del arte popular polaco, tras eliminar de él todo elemento de folklore exterior. Dios sabe si el « expresionismo abstracto » me es en general extraño. Pero Dominik introduce en él una alegría dionisiaca, una inteligencia intuitiva a las que es difícil resistirse.

Por su parte, Tadeusz Brzozowski se me antoja ligado a la cultura polaca de una manera más consciente, más intelectual, que Lebenstein o Dominik. Los títulos mismos de sus cuadros —difícilmente traducibles al español— se refieren a personajes de una especie de « Commedia dell'Arte » de la provincia polaca pequeño-burguesa. En ellos vemos los signos de un « patriotismo » hecho de amor y de ironía. Brzozowski pasó su infancia en una pequeña tienda de merceros de provincia. Imagino

esa tienda importando de Viena, con varios años de retraso, baratijas, cintas y telas « Sezession » y « Jugendstil ». Se comprenden, pues, los lazos que unen a Brzozowski con los surrealistas y con el grupo parisense de « Phases » (patrocinado por Édouard Jaguer). La provincia, la periferia, los objetos inútiles, los residuos del siglo XIX, han constituido siempre el terreno más fértil de la poética surrealista. Además, el surrealismo —y sobre todo la abstracción surrealista— han marcado a la nueva pintura polaca antes de que ésta descubriese lo informal y el « arte bruto ». En particular, la influencia de Matta ha sido considerable ; hasta 1957 no comienza a ejercerse la de Dubuffet, Wols o Jackson Pollock. De todos modos, Jerzy Tchorzewski, con su cosmogonía eléctrica atravesada por ideas de pájaros-reptiles, es el único pintor polaco que sigue definiéndose como surrealista.

Un fenómeno aparte es Stefan Gierowski. Anteriormente he dicho que es el único pintor polaco joven que se considera discípulo del constructivismo y del unismo. Pero si las formas esenciales de la geometría euclidiana constituyen en efecto el pretexto de sus cuadros, su búsqueda me parece desembarazada del utopismo y de la intelectualidad de un Malevitch o un Strzeminski. La cualidad principal de Gierowski es su extremado refinamiento. Su recusación de las formas distintas del círculo o de la línea recta no es más que la consecuencia de un dandysmo que no podría, sin decaer, arriesgarse a una elección más libre y más manifiesta. Si sus telas y sobre todo sus guaches no producen aburrimiento, sino por el contrario admiración, es porque Gierowski pone en sus mínimas variaciones la atención de un pintor chino. En esta exquisita e inteligente decadencia, la misma abstracción geométrica asume una dimensión poética que no posee nunca en sus períodos de « Sturm und Drang ».

*

Madrid y Varsovia, Barcelona y Cracovia, sufren en idéntica forma, y con efectos retardados, la influencia de la fenomenología existencial. Pero es curioso que esta manera semejante de enfrentarse con el mundo suponga una actitud política dife-

rente. Para los jóvenes burgueses intelectuales españoles, como para el Saint-Germain-des-Prés de los años inmediatamente posteriores a la Liberación, el existencialismo es un puente hacia el marxismo ; aquél alimenta su sueño de revolución. Para los jóvenes polacos « post-revolucionarios », el existencialismo representa por el contrario un ensanchamiento del marxismo y forma parte de su tentativa *revisionista*.

Naturalmente, los jóvenes españoles son más explícitos (los polacos se contentan con pintar cuadros no conformistas, sin atreverse a añadirles comentarios). Así, para Canogar, lo que importa en pintura es el signo, « expresión de una activa energía vital ». Y en las declaraciones de Saura volvemos a encontrar la violencia, la fuerza vital de sus cuadros que para él son « campos de batalla sin fronteras ». Saura llega hasta decir : « Si no me fuese posible pintar, recurriría a cualquier otro medio de expresión : apuñalar los muros, o simplemente gritar... ».

Idéntica expresión de libertad existencial, que se renueva sin cesar en la obra material, en Millares : « Una superficie que me gusta, que hago, que labro... la exploro hasta las raíces. La abro hasta encontrar mi surco. Viene a mi encuentro. La golpeo, la rompo. A veces me desuello, son caricias. »

La palabra clave de estas declaraciones, como la clave misma de esta pintura, es : libertad. Es en función de esta palabra como quizá nos pongamos en condiciones de comprender por qué el nuevo florecimiento de la pintura polaca y española va ligado en sus comienzos a una inspiración abstracta lírica, orgánica, de origen surrealista, por qué ha cristalizado bajo el signo de lo « informal » (y en esta expresión englobamos al tachismo, al arte « bruto », a la « action painting » y al expresionismo abstracto). Pero antes que nada hay que elevar el debate a un nivel por encima de las condiciones políticas concretas de Polonia o de España.

Si consideramos el arte contemporáneo como una respuesta al « desafío » lanzado al artista por las mutaciones sociológicas que anuncia una « sociedad industrial » (en el sentido tecnológico, altamente organiza-

do y especializado que dan a este término los sociólogos y economistas modernos), veremos que esa respuesta puede ser « positiva » (intento de integrar la sociedad industrial en el marco de una nueva mitología) o « negativa » (o, más exactamente, compensatoria) : el arte en cuanto territorio reservado de mitologías primordiales, individuales, dentro de esa sociedad industrial.

Pues bien, el arte abstracto nació bajo el signo de la respuesta « positiva ». El futurismo, el suprematismo y el constructivismo proyectaban una tecnología naciente en un sueño de futuro utópico. Pero las máquinas, la técnica, no eran sólo la Torre Eiffel, los hermanos Wright, Blériot y Marconi. La guerra de 1914-18, primera guerra « industrial », reveló a ciertos artistas la amenaza de una nueva alienación. Así, dada y el surrealismo serían un medio de protesta inconsciente contra las nuevas formas de organización que aporta la sociedad industrial, contra el impulso « des-naturalizador » del hombre y contra la amenaza de las tecnocracias. Característicamente, fue al terminar la segunda guerra mundial cuando la empresa de estupefacción iniciada por Marcel Duchamp, Max Ernst, Picaabia y Schwitters se prosiguió en la obra de Burri y Schultze, de Pollock, Wols y Dubuffet. A medida que la anónima masa de los plásticos invade el mundo, a medida que el universal refrigerador y el cuarto de baño expansivo nos aislan de todo contacto con la vida orgánica, eliminando las materias primas de la imaginación visual que son el dibujo de la madera, las porosidades de las rocas, las manchas de humedad y de orín..., es natural que el hombre se vuelva hacia un arte para Anteos privados de tierra. En este sentido, los cuadros de Dubuffet son « piedras de vivienda », mientras que los trapos sucios de Burri sustituyen, en los rascacielos milaneses, el contacto con los residuos de la basura, eliminados mediante « gadgets » mecánicos. Si el artista « informal » se vuelve a veces hacia la actividad material, industrial, del hombre, no es más que para explorar sus escorias, para aprovechar sus residuos.

Por otro lado, nunca se ha hablado tanto como hoy de la « libertad » del artista, y es interesante hacer notar que la idea de que esta libertad pueda constituir en sí mis-

ma un valor supremo no aparece hasta la época romántica, en el alba de la primera revolución industrial. ¿No cabría pensar que, si se habla con tan evidente satisfacción de la « libertad » del pintor abstracto contemporáneo, es porque nuestra sociedad industrial realiza una especie de transferencia al artista de su sed de libertad, de que ya no hace uso en su comportamiento cotidiano? Parece incluso que ciertos jóvenes escogen hoy la pintura como medio de expresión, no tanto por necesidad de dar un equivalente plástico a su visión del mundo como porque su rico temperamento, su gusto por la aventura, encuentran en ella una salida más accesible que en los demás terrenos. ¿No constituyen la fuerza del temperamento, la vitalidad, la agresividad del pintor el más seguro criterio de juicio en la « action painting »?

Este intento de interpretación del arte « otro », « bruto » o « informal » en cuanto empresa de libertad compensadora, reserva de inconsciente primordial y vía abierta hacia una posible autenticidad, es naturalmente válido para el conjunto de la nueva pintura occidental. El hecho de que todos los jóvenes pintores polacos y españoles que han conseguido una notoriedad internacional hayan elegido esta vía no me parece de todos modos menos característico. La naturaleza esencialmente oposicional de la pintura « otra » aparece entre esos pintores evidentemente reforzada : el pintor polaco antes de 1956 y después del « rehíelo » relativo, el pintor español siempre, tienen que hacer frente no sólo a las coacciones que implica toda sociedad moderna, sino además a las limitaciones más concretas impuestas por sus regímenes respectivos. Es comprensible que un arte constitutivo, geométrico, de aprobación utópica de una civilización, les tienta muy poco. Sería manifiestamente absurdo confundir el carácter anticonformista del arte « informal » con una oposición « política ». Pero lo que este arte propone de auténtico, de inmediato, parece implicar una cierta visión del hombre que quizá podríamos resumir con esta frase de Sartre : « El hombre no es nada más que lo que se hace. » Es ésta una visión existencial que implica el repudio de todo idealismo reaccionario, cualesquiera que sean sus orígenes.

crónicas

VICTOR ALBA

Venezuela hace su reforma agraria

EL GRADO DE PROGRESO —de esto que ahora llaman desarrollo social, tal vez porque se cree que con un nombre nuevo se disimulará la frustración de un anhelo muy viejo—, se puede medir en América Latina por las condiciones de la vivienda más que por las estadísticas de producción.

El problema de la vivienda es agudo en todas partes del continente. Es agudísimo en Venezuela, especialmente en Caracas. Ya expliqué anteriormente las causas de esta acuidad. Los sindicatos han comenzado a ayudar a poner remedio al problema. El de la construcción, por ejemplo, facilita a sus miembros créditos en materiales, proporcionados por el Banco Obrero, y los obreros forman grupos que construyen las casas de sus componentes. Por cierto que este sindicato acaba de pasar en elecciones bien libres de una dirección comunista a una dirección democrática. Los comunistas incitaban a los inquilinos de los bloques de casas obreras a no pagar el alquiler. Y presentaban demandas de salarios al Banco Obrero superiores a las que exigían a los contratistas privados. El resultado fue que los precios de las casas obreras hubieron de subir en un 40 por ciento. Los albañiles acabaron dándose cuenta de la maniobra y por esto echaron de la dirección del sindicato al conglomerado de comunistas, MIR y URD.



Pero la solución real del problema se encuentra no en la construcción de casas para los que van llegando a las urbes, sino en evitar que se fomente en el campo el deseo de ir a residir a la ciudad antes de que en ésta haya trabajo y vivienda para los nuevos e improvisados obreros. Esto, en un país con la estructura agraria de Venezuela, sólo se puede conseguir si previamente se aplica una reforma agraria. Sin ésta, la vida de los pueblos nunca puede ser cómoda, ni económicamente satisfactoria.

Esta no es, desde luego, la única razón de que Venezuela tenga una reforma agraria en aplicación. El Presidente Rómulo Betancourt obtuvo muchísimos más votos en las provincias que en la capital; es lógico y de sana política que satisfaga las aspiraciones de las provincias en vez de concentrar todos los esfuerzos, como hizo la dictadura, en Caracas. La reforma agraria, además, forma parte desde su iniciación del programa de Acción Democrática y del COPEI (los dos partidos coligados en el gobierno). Y, sobre todo, en Venezuela es más evidente que en ningún otro país latinoamericano que sin reforma agraria no hay desarrollo industrial sólido y estable.

En resumen, la situación puede concretarse en una pregunta y una respuesta: ¿Qué ocurrirá cuando se agoten las reservas pe-

trolíferas venezolanas? La respuesta es : procuremos no tener que saberlo ; hagamos la reforma agraria mientras hay petróleo y el producto de éste nos permite hacer frente a los gastos de la reforma y hasta compensar la disminución de la productividad agrícola, que la experiencia demuestra que acompaña a todo cambio de sistema de propiedad de la tierra.

*

Lo que Venezuela está haciendo es una verdadera revolución, sin alharacas, sin televisión y sin dictadura. De ahí el deseo —la necesidad— para los castristas de hacer fracasar el régimen revolucionario democrático de Betancourt, que demuestra la posibilidad de llevar a cabo una revolución sin establecer la tiranía.

Se habla mucho de la revolución de Castro —que debería ponerse entre comillas—, y muy poco de la de Betancourt. No tiene ésta el carácter obsesivo y teatral del castrismo en Cuba. No se sostiene sobre prejuicios y rencores, sino sobre esperanzas y aspiraciones. Pero que es una revolución se demuestra con un simple hecho, repetido ya dos veces en doce meses : cuando el general Castro León se sublevó, el año pasado, fueron los campesinos quienes primero tomaron las armas, lo vencieron y lo apresaron ; hace poco, cuando se sublevaron unos militares en Barcelona, los campesinos y obreros de esta ciudad agrícola, fueron quienes aislaron a los militares y dejaron en las calles muchos muertos. Nadie se lanza a la muerte si no es en defensa de algo que considera muy suyo y muy indispensable. Haber sabido hacer de la democracia algo que los campesinos sienten como suyo e indispensable es el gran acierto del régimen de Betancourt. Y esto sólo ha sido posible por medio de la reforma agraria. Si no tuviera ésta otros fundamentos de justicia, de economía, de equilibrio social, le bastara con esos dos casos de los campesinos en armas y en defensa del régimen democrático.

*

Venezuela heredó el latifundismo de la colonia. Los criollos que dirigieron la guerra de la independencia eran terratenientes. Sin embargo, Bolívar, por habérselo prometido

al general José Antonio Páez, promulgó una ley de reparto de tierras. Pero el Congreso substituyó luego el reparto por bonos a los soldados. Como muchos de éstos, tras casi cuatro lustros de guerras, no regresaron a unas tierras que no eran suyas, sino que se dedicaron al bandolerismo y al contrabando, se aprobó la feroz Ley de Hurtos, cuya existencia demuestra la poca sensatez política de la oligarquía criolla. Juan Vicente Gómez, dictador durante 28 años, agravó la mala distribución de la tierra al crear grandes latifundios para sí y todos los miembros de su innumerable familia. A la caída de Gómez estas tierras pasaron al dominio nacional.

El latifundismo no favorece ni el progreso técnico de la agricultura ni el aumento de la productividad. Hoy la agricultura proporciona apenas el 6 por ciento de todo el producto nacional bruto. Venezuela debe importar una cantidad considerable de los alimentos que consume. Tres cuartos de la tierra venezolana se hallan sin cultivo y el 20 por ciento de ella está dedicado a pastos.

Menos del 2 por ciento de las familias venezolanas poseen el 75 por ciento de la tierra cultivada. Veintidós millones de hectáreas se distribuyen entre unas seis mil familias agrícolas, cada una de las cuales no posee menos de diez mil hectáreas. El 81 por ciento de las familias agrícolas poseen el 4 por ciento de la tierra cultivada, en lotes de menos de diez y a menudo de menos de cuatro hectáreas. Finalmente hay unos doscientos mil colonos sin título, instalados en las tierras de dominio nacional. En suma, pues, la estructura agraria venezolana no sólo es injusta, sino que resulta anti-económica en cualquiera de sus aspectos.

Agréguese que los métodos de cultivo son en general anacrónicos y los aperos primitivos. Esto, las enfermedades tropicales, las malas comunicaciones y el latifundismo explican la baja productividad agrícola. Se calcula que hay numerosas familias de campesinos que sólo producen para su consumo, lo cual las condena a una miseria inexorable.

La concentración urbana ha hecho aumentar en los últimos años la demanda de alimentos. Las granjas ganaderas han respondido bien, pero el pequeño campesino

se ha encontrado en la imposibilidad de mejorar sus métodos de cultivo y, por tanto, de beneficiarse de la ampliación del mercado urbano.

El 18 de octubre de 1948, el gobierno de Acción Democrática promulgó una ley de reforma agraria que encargaba al Instituto Agrario Nacional organizar colonias, cooperativas y granjas familiares. La expropiación de tierras debía hacerse con indemnización, y estas tierras expropiadas debían distribuirse ya sea en propiedad, ya en usufructo, según los casos y teniendo en cuenta los deseos de los campesinos afectados. Exactamente 36 días después de la promulgación de esta ley, los militares derribaron el gobierno democrático.

*

En cuanto la dictadura terminó, en 1958, y en cuanto un gobierno elegido libremente ocupó el poder, se empezó a preparar una nueva reforma agraria, a la que el congreso dio forma legal en 1960.

Es una ley de muy clara visión. No se limita a fijar medios para redistribuir la tierra, sino que aprovechando la experiencia de otras reformas agrarias determina también los procedimientos para modernizar los métodos de cultivo y de comercialización. Además, se propone mejorar a los trabajadores agrícolas y dar mayores alicientes a la vida en el campo.

La reforma agraria debe reducir la emigración a las ciudades, hacer de las nuevas propiedades unidades económicas viables y dar a los campesinos la posibilidad de intervenir activamente en el progreso económico. Por medio de créditos, de construcción de escuelas y viviendas, de la apertura de carreteras, se espera no sólo aumentar la producción agrícola, sino diversificarla.

La reforma agraria ha sido planificada. Se prevé que en diez años, cerca de medio millón de familias agrícolas —unos dos millones de personas— habrán de beneficiarse de ella. En 1970 la mayoría de las familias campesinas será dueña de sus tierras y éstas bastarán para proporcionarle ingresos que le permitan vivir decorosamente. Los peritos dicen que el ritmo de asentamiento es cuatro veces más rápido —si se cum-

ple el plan— que el de México después de su revolución.

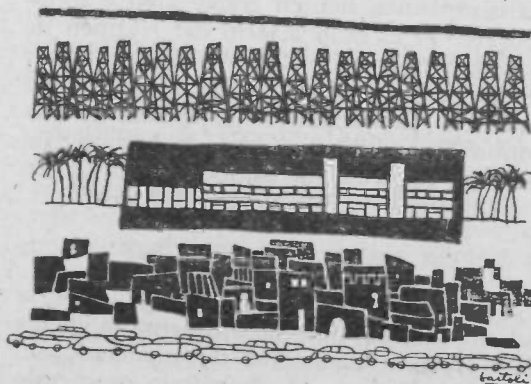
¿Cómo se hará esta distribución de tierras? Los aparceros recibirán las que ya cultivan, compradas a sus actuales propietarios, los cuales tendrán opción a conservar hasta 150 hectáreas de cultivo o 5.000 de pasto. El precio de la tierra se paga un tercio en efectivo y dos tercios en bonos a largo plazo. Finalmente, se distribuirán tierras del dominio nacional, tierras improductivas expropiadas y las que los propietarios ofrezcan o vendan voluntariamente para la reforma.

*

Ésta comenzó hace un año. Naturalmente, los estudios llevaron cierto tiempo, pero los asentamientos comenzaron pronto. En 1960, 24.000 familias recibieron unas 500 mil hectáreas, en unidades de alrededor de 20 hectáreas. Se expropió a unos 150 terratenientes.

Pero dar la tierra no basta. La experiencia de México lo demuestra cumplidamente. Son necesarios no sólo el crédito, sino escuelas, carreteras, canales de riego, tractores, aperos, ganado, casas, etc. Es en este aspecto de la reforma —aspecto que hoy debe considerarse esencial— donde el plan encuentra más dificultades.

Primero, porque diez años de despilfarro administrativo de la dictadura dejaron vacíos los cofres del erario público. Segundo, porque los capitalistas venezolanos parecen no haber comprendido el interés que para la industrialización del país significa la reforma agraria y siguen exportando capitales. Finalmente, porque faltan técnicos, ad-



ministradores... El crédito agrícola absorbe una parte importante del presupuesto y, sin embargo, no basta. Los campesinos, que nunca habían gozado de crédito, no siempre saben usarlo y a veces lo emplean en el consumo. De ahí que se acumulen los créditos irrecuperables. Se estudia ahora el medio de dar el crédito en abonos, semillas, aperos y ganado, en vez de proporcionar dinero.

Pero de igual modo que los obreros sindicados acuden en ayuda del gobierno para resolver el problema de la vivienda urbana, los campesinos mismos buscan activamente solución local a algunos de los problemas concomitantes con el agrario.

La necesidad de la vivienda es esencial. No sólo por razones de justicia y sanidad, sino porque la posesión de una casa con cimientos y muros, en un país donde abundan las viviendas de troncos o adobe y ramaje, constituye un medio eficaz de arraigar a los campesinos en sus nuevas tierras.

Se ha estimado que cerca de medio millón de familias necesitan viviendas nuevas : exactamente, 432.000. Además, hay que proporcionar casa a los nuevos campesinos ; el aumento de la población es de 250.000 personas al año, de las cuales la mitad en zonas rurales.

El Estado no puede por sí solo construir tantas casas en poco tiempo. ¿Qué hacer? Inducir a los campesinos a que las construyan ellos mismos. En Puerto Rico ha tenido éxito excelente un plan en este sentido. ¿Por qué no en Venezuela?

El ministerio de Sanidad planeó una casa fácil de edificar, con materiales locales y baratos, en apenas trece meses. Se enseña a los campesinos a preparar por sí mismos los ladrillos de tierra o de cemento, a hacer puertas, ventanas, instalar cañerías y cables eléctricos. Se les enseña a utilizar la madera de desecho con el fin de no agravar la « desforestación » de ciertas regiones del país. El ministerio de Agricultura envía técnicos para aconsejar y vigilar estas construcciones, y orientar a los campesinos en la decoración de sus casas y hasta en la fabricación de sus muebles.

Lo logrado es todavía poco : unas 7.000 viviendas en dos años. Pero el movimiento

va tomando volumen. Lo que se hace en un pueblo estimula a los pueblos contiguos. Estas casas cuestan unos 1.200 dólares en materiales ; la mano de obra la dan los propios campesinos, que se ayudan unos a otros. Para resolver el problema se necesitarían, pues, quinientos y pico millones de dólares, más de lo ofrecido por Estados Unidos para el desarrollo social de toda América Latina.

La cifra, por sí sola, da idea de la amplitud del problema. Y esto es únicamente un aspecto de toda la cuestión. Se necesitan sistemas de abastecimiento de agua, escuelas, carreteras, canales, redes de electricidad, teléfonos, pequeñas bibliotecas, equipos de cine, hospitales y centros de sanidad... La vivienda es mucho. Pero no es todo. Y cuando se tienen casa y tierra propias, se desea mucho más, y pronto.

Este es el problema de toda reforma agraria hecha en una situación de impaciencia y partiendo de casi cero, que es la única manera como puede hacerse en América Latina.

La reforma no carece de riesgos. Ha dado pie a especulaciones, puede conducir al minifundio y se presta a la demagogia de los que quieren aprovechar la urgencia campesina. Pero estos peligros son inevitables y no justificarían el olvido de la reforma. Al contrario, cuanto más tiempo hubiera transcurrido sin reforma, más habrían aumentado los peligros que entraña...

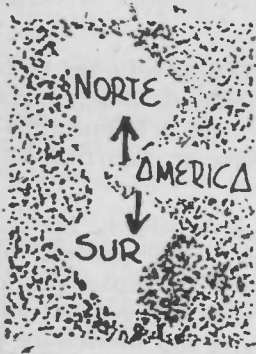
Acaso esta es la gran lección de Venezuela, que otros países deberían apresurarse a aprender : cuando las reformas no se hacen a tiempo, cuestan más y su buen éxito se halla más condicionado.

De momento, la reforma agraria ha tenido ya un triunfo que la hace irreversible. No ha aumentado aún la productividad agrícola. Todavía no ha mejorado apreciablemente el nivel de vida de los campesinos, o sólo mejoró el de una pequeña parte de ellos. Pero ha identificado a los campesinos con el régimen democrático y les ha dado un sentido, para ellos inédito y embriagador, de la dignidad humana y de su propia personalidad como ciudadanos.

Esto vale todos los millones que cuesta y muchos más.

AQUILINO DUQUE

Lecciones de las Américas



CASI TODAS LAS migraciones culturales en la Historia han tenido lugar de Este a Oeste y de Sur a Norte. Este postulado, cierto en principio, puede sin embargo, de ser llevado a extremas consecuencias, conducir a positivas equi-

vocaciones históricas. Al menos esto es lo que ha solido ocurrir con respecto a América en Europa, y más especialmente en los dos países de más clara proyección americana : Inglaterra y España.

Para la Inglaterra victoriana América no producía más que algodón ; para la España de Felipe IV América no daba más que oro ; ya que ambos países, o al menos la opinión predominante en ambos países, se aferra a las épocas aludidas como a las más cómodas o doradas de su historia, tenemos que hoy día la actitud metropolitana hacia las Américas es idéntica a la que imperaba en dicho tiempo, es decir, actitud de Madre Patria suministradora de consejos estéticos y dogmas ideológicos a cambio de una pensión en dólares con que las hijas casadas mantienen nuestra claudicante ancianidad. Esta postura del que cree que todo lo tiene que enseñar y nada que aprender no puede ser más anacrónica ni equivocada.

A este respecto ya decía Ortega y Gasset

que sería conveniente que los españoles dejásemos de ser tan « españoles » y nos preocupásemos de ser más « actuales ». El empeño de vivir conforme a las mismas escalas de valores que siglos atrás nos dieron la gloria, nos causa hoy dificultades e incomprensiones sin número y nos deja flotando, si no en el vacío, sí a medio camino del Atlántico, sin acabar de darnos cuenta de que tanto el Imperio británico como el hispánico no son ya más que meros entes de razón, ni de que a América le interesamos culturalmente sólo en la medida en que nos integremos en las corrientes de cultura que rigen en los demás países de Europa. La prueba es que el pensador español con mayor impacto en Hispanoamérica ha sido un español de estilo europeo : el citado Ortega y Gasset.

El concepto de raza tiene vigencia para el americano sólo mientras demos los del lado de acá del Atlántico que estamos dispuestos a mirar, no sólo al pasado, sino al presente y al porvenir. América es un continente en andamios todavía que no sólo ha de recrearse en su breve historia pasada, sino ocuparse de ir levantando día tras día y clavo a clavo el edificio de su historia presente y, por lo tanto, no le interesa la España que yace y recuerda, sino la España que se renueva y trata de hacer su historia en el siglo que nos toca vivir.

El desdén sistemático ante todo soplo cultural que pueda venir de América no tiene, pues, razón de ser, ni responde a una realidad histórica. Los ingleses, por ejem-

plo, no aceptan en general más novelista americano que Henry James, porque escribe a la inglesa sobre un mundo conservador y burgués en el que predominan, por la medida del lenguaje y la alta escuela victoriana, las buenas maneras sobre las pasiones; porque vivió en Inglaterra, y porque al final de su vida logró hacerse « *civis britannicus* », y la realidad es que, hoy por hoy, no hay novelista británico del poderío de un Faulkner o un Dos Passos, ni dramaturgo inglés de la talla de O'Neill, Miller o Williams. Ya es hora de que los europeos vayamos admitiendo como realidad el papel que América puede desempeñar en el ulterior desarrollo de nuestra cultura. Es posible que ya desde hace tiempo nos hayamos dado cuenta de hecho semejante, pero lo que ahora nos toca es tener el valor y la honradez, y la satisfacción para algunos, de reconocerlo públicamente.

De todos modos, y en evitación de malas interpretaciones, conviene puntualizar qué es exactamente lo que Europa puede o debe aprender de América y por qué motivo ha de hacerse el aprendizaje, pero antes de entrar en esto interesa esclarecer las diferencias de punto de partida existentes entre los escritores de uno y otro lado del Atlántico. Este orden de razonamientos nos lleva a enfrentarnos con dos conceptos clave, a saber, la tradición por un lado; por el otro la naturaleza. Sobre un escritor europeo pesa, quiera él o no quiera, la tradición como una plancha de oro y su labor creadora viene condicionada al legado recibido. En cambio el americano, sin pesadumbre de siglos de oro, tiene ante sí el campo vasto y virgen que le ofrece una fabulosa naturaleza.

Lo que el europeo ha llevado a cabo en los siglos XVI y XVII, siglos de conquista y exploración, es realizado por el americano en los tiempos que vivimos. Toda obra de arte refleja de modo más o menos pleno y más o menos directo el ambiente en que se produce, y en América, a los cinco siglos de los viajes colombinos, tiene el menor acto del hombre impronta de creación y descubrimiento. La naturaleza americana, ancha, larga y siempre nueva, pone a prueba y desafía diariamente el afán de dominio y la capacidad de aventura. No es una mera casualidad el que el Siglo de Oro español que va desde fines del XV con la publica-

ción de *La Celestina* hasta fines del XVII con la muerte de Calderón, corresponda a la gran época de las empresas americanas. A la exuberante energía del español del XVI ofreció América el ámbito de su naturaleza exuberante y misteriosa, y si no la causa, sí que fue el escenario y el galardón que a tales impulsos de imprudencia y gallardía mejor se adecuaban. A la fantasía española opuso América su fantástica realidad, y si la Florida fue descubierta ello se debe a que Ponce de León andaba buscando la fuente de la Eterna Juventud.

Con los movimientos de independencia deja América de ser escena y asume un protagonismo propio. Tiene lugar una revisión de los valores morales y espirituales del Virreinato y la Colonia, y el americano no se considera ya súbdito desplazado de la metrópoli ultramarina, sino dueño y constructor del mundo en que está viviendo. Su lenguaje poético ha de adaptarse, no ya a una nueva y distinta realidad política, sino a una diferente realidad vital y geográfica. Mientras el poeta español describe espirales en torno a sus clásicos, el americano afirma los pies en la tierra madre y edifica su propio clasicismo. La labor descubridora le corresponde a él mismo, no a españoles ni portugueses, y a la vez pierde de vista que, si todo está ya descubierto en las Islas Británicas y en la Península Ibérica, aún quedan en el Orinoco y en el Amazonas vastas regiones inexploradas.

A título de ilustración, el poeta brasileño Cabral de Melo (con cuya fina y vivaz inteligencia tan en deuda están las presentes ideas) me hace notar que actualmente se construye a través del Mato Grosso una larguísima autopista que une la selva del Amazonas con la nueva capital federal. Si en España hubiera que ejecutar obra de semejante importancia, no sería caso de asfaltar zonas que jamás pisó el hombre, sino de reparar y reforzar trechos de trazados antiguos, con sólido fundamento de sillares romanos. Es decir, que mientras el americano huella y explora lo aún desconocido, el europeo se limita a ahondar y reajustar aquello de que ya dispone, lo cual, trasladado al orden de cosas que al presente nos interesa, significa que si la literatura europea progresa a lo alto y a lo hondo, la americana lo hace a lo largo y a lo ancho. En el cam-

po de la estricta filología es innegable la deuda hispánica respecto a las voces indígenas aplicables a una fauna y una flora exclusiva y privativamente ultramarinas. Aún no se ha dado nombre científico a todos los árboles de las selvas americanas, y aún hay flores en olor de gentilidad no regadas por el agua del bautismo linneano. La realidad geográfica exige, pues, un modo de expresión peculiar, así como la realidad social también lo exige, porque aun admitiendo que los problemas americanos sean reflejo y proyección de los de la metrópoli, también es cierto que esta proyección se efectúa sobre una pantalla panorámica, en cuyo ámbito cuestiones como diferencias de raza y rivalidades regionales cobran mayor amplitud y elevan su número a la enésima potencia.

En virtud de estas premisas, el poeta americano no tiene más clásicos de referencia que aquellos que han tratado la realidad social y geográfica del Continente. Para un americano no tiene sentido volver a Dryden, a Camoens o a Quevedo. El uno habla « King's English », el otro portugués y el otro castellano, y en la obra de ninguno de los tres se reflejan desde dentro la vida y la geografía americanas. Ercilla o los cronistas reflejan esa realidad, pero es desde fuera, como castellanos de conquista, no como hijos de América propiamente dichos.

Si el poeta español —o al menos el académico— limpia, fija y da esplendor al idioma, hay que reconocer que quien lo enriquece es el sudamericano. Por otra parte, la naturaleza misma se instala como personaje activo hasta el punto de que incluso cualquier figura de indio descrita por Rómulo Gallegos es pura minería y vegetal carbonizado. Este protagonismo de la naturaleza lleva consigo la llamada del misterio: ciudades habitadas por pumas y fantasmas, tesoros custodiados por reptiles y plantas carnívoras, ritos y mitos de extintas dinastías lanzan al escritor por senderos de magias y delirios. Lo fantástico y sobrenatural llega

a España a través del argentino Borges y del peruano García Calderón. La gran poesía francesa que de Baudelaire pasa a Mallarmé y de éste a Valéry tiene su origen en Edgar Allan Poe.

Pero no olvidemos que América es aún la patria del salvaje ingenuo que trataba de proteger Rousseau; del salvaje que aún no ha perdido su « joli naturel » y esto se traduce, en el siglo XX, en una visión optimista del hombre, en el acto de fe en su íntima bondad que constituye la más noble y gloriosa aportación de la moderna novelística norteamericana. Y esto es algo que tenemos que aprender los europeos, pues desde el Arcipreste de Hita hasta Alberto Moravia, pasando por Cervantes, Stendhal y Bertolt Brecht, no hay autor que no dé fe de sarcasmo o de desesperanza ante la perversidad congénita de sus semejantes. Los personajes de Faulkner, Saroyan, Hemingway, Steinbeck son gente con cerebro de mosquito y corazón de oro, gente ruin y vencida que reparte amor y comprensión, que no dan los buenos días, pero que si es preciso dan la vida por un amigo sin despegar los labios. Los personajes europeos son buídos e inteligentes, envenenados por el amargo fruto de la Ciencia y puestos a demostrar a cada paso que la existencia del hombre (Camus) o que la vida en torno (Kafka) no son más que crueles absurdos. Cervantes se ríe con amargura de la inútil generosidad; Valle-Inclán crea tullidos y jorobetas para burlarse de ellos; Proust hace favores para que los favorecidos le queden obligados.

El humanismo positivo es cosa de la juventud. No olvidemos que América vive ahora su período de conquista y descubrimiento de sí misma y que su dinamismo juvenil es hoy la gran fuerza expresiva y vital. Conviene que no echemos en saco roto estas tres o cuatro cosas esenciales que la América creciente y en marcha está ahora en disposición de suministrarlos.

WILLIAM PHILLIPS

Estados Unidos : consecuencias de la guerra fría



DE REPENTE, la guerra fría ha empezado a sacudir al país. Las ideas oficiales se han endurecido, aunque las consecuencias de ello suelen permanecer a menudo secretas. Una nueva derecha ha estado ejercitando sus músculos.

Una ola de ansiedad y de frustración ha pasado sobre todos los que se sienten impotentes, sean de la izquierda o de la derecha, aunque el efecto sobre la izquierda intelectual sea muy diferente del efecto sobre el resto del país. Pero, dado que nuestro sistema tiene por finalidad ocultar, más bien que expresar, los cambios y los conflictos, muchas de estas actitudes nuevas han ido surgiendo bajo formas extrañas, casi excéntricas, y sin turbar demasiado la imagen homogeneizada de la política norteamericana creada tanto con miras al consumo interior como para la exportación al extranjero.

Las razones de estos cambios no son difíciles de encontrar. Ya de por sí la guerra fría resulta sobreexcitante, pero aún peor es el sentimiento de que en el horizonte no aparece el camino para salir de ella, lo que queda ilustrado en la torva eufonía de la alternativa « red or dead » (rojo o muerto). Ha empezado a introducirse la idea de que

el poder norteamericano ya no es absoluto. De ahí que una política general resulte tanto más importante. Pero ¿quién sabe si es posible establecer una política que satisfaga a esa cosa amorfa que se llama el interés nacional y que al mismo tiempo pueda llegar a un arreglo con los movimientos revolucionarios que están estallando por todo el mundo? Simultáneamente, el alcance de la especulación y de la acción —fuera de la esfera del gobierno— ha ido menguando debido a que « la bomba » se cierne sobre todo lo que pensamos y hacemos. La amenaza constante de la destrucción nuclear, aunque no llegue nunca a materializarse, está destruyendo la política al reducirla a la categoría de las maniobras y cálculos políticos.

El choque ha sido enorme. Por primera vez, no se puede ya contar con la idea de progreso, que realmente termina reduciéndose a la noción de que todo será mejor si sigue siendo lo mismo, para levantarnos los ánimos en épocas de tensión. Crece la convicción de que la historia, a la que suponemos dotada de una lógica interna, puede haberse extraviado. No saber lo que nos espera se ha convertido en la opinión aceptada por todos. Y puesto que los norteamericanos han favorecido siempre lo empírico sobre lo ideológico, la falta de perspectivas se ha convertido de un prejuicio nacional en una verdad histórica.

La vieja teoría de que las crisis tienden a producir una polarización parece tener ple-

na validez hoy día. No sé si es la derecha o la izquierda la que está creciendo ; probablemente ni una ni otra en el sentido convencional. Pero en ambos extremos ha penetrado nueva vida, y puede decirse que en la derecha la vieja actitud del « no sé nada » ha invadido el terreno de la política exterior, mientras en la izquierda diversos movimientos antinucleares, entre los cuales el más extremista es el unilateralismo, han tomado posición en nombre de la salud moral de la nación. Ambas tendencias se derivan del sentimiento de frustración, aunque la derecha carga el acento en la decisión de morir si llega el caso, mientras la izquierda lo pone en la voluntad de seguir viviendo.

La nueva derecha, que va desde el senador Goldwater y la *National Review* hasta la « John Birch Society » y que por primera vez ha logrado reclutar cierto número de seguidores en los « colleges » universitarios, medra a base del miedo al comunismo y de la incapacidad demostrada hasta ahora para encontrar una panacea sencilla. En el extremo más demagógico, tal como la « John Birch Society », los viejos métodos tramposos del maccarthysmo vuelven a estar de moda, pero puestos al día mediante un llamamiento al norteamericanismo de pura sangre y a la masculinidad, lo que parece ser la misma cosa. Dejemos a estos lunáticos relacionar la varonilidad con el anti-comunismo. Pero lo malo es que hasta los portavoces más cuerdos y honrados de la derecha se apoyan en la idea de que la razón de todas las dificultades con los rusos está en que hemos sido demasiado suaves, en que nos hemos dejado dominar demasiado por dudas y escrúpulos y hemos sido por ello incapaces de luchar o incluso de actuar con energía, y esto porque nos han infestado los virus del comunismo, del socialismo y del liberalismo, todos metidos en el mismo saco. A medida que la crisis se agrava, a la izquierda liberal se la convierte cada vez más en chivo emisario del fracaso del país en su conjunto para hacer frente a los movimientos revolucionarios a través del mundo entero, al haber enarbolado frente a ellos el *statu quo* e intentado darles lecciones sobre la libertad. Lo que la derecha realmente desea es una desnuda ostentación de poder, precisamente en un momento en que Estados Unidos no tienen ya

poder que ostentar. Y a todas las cuestiones sociales y políticas del país se las trata como si fueran una enfermedad profesional de los liberales y los radicales.

Hasta ahora, esta nueva tendencia hacia la derecha ha constituido más bien un engorro que una amenaza, dado que el país se orienta naturalmente hacia el centro, constituido por una combinación práctica de liberalismo y de respetable conservadurismo ; aunque supongo que esa tendencia derechista está abocada a crecer si las frustraciones de la guerra fría continúan. Pero hay que decir que en todo caso está teniendo un efecto nocivo : la identificación del anticomunismo con la fuerza, con el norteamericanismo y con el conservadurismo hace que les sea mucho más fácil a los comunistas aparecer como defensores de las reformas, del progreso y de la liberación.

En el otro extremo, los movimientos en pro del desarme se han multiplicado como hongos ; la mayor parte defienden un desarme multilateral, pero algunos lo propugnan unilateral. La titulada SANE ha sido la más equilibrada y enérgica de las organizaciones multilateralistas : dos de sus líderes más eminentes son Norman Cousins y Norman Thomas. En general, los bilateralistas han actuado como una presión moral sobre quienes están encargados de elaborar la política. El menos excéntrico de los unilateralistas es H. Stuart Hughes, historiador y profesor de la Universidad de Harvard. En todo caso, la idea de que nos desarmemos nosotros y después pongamos nuestras esperanzas en lo que habrán de hacer los rusos resulta demasiado masoquista para que logre realizar ningún progreso en este país. No puede confundirse el desarme con la capitulación.

Algunas de estas ideas y movimientos tienen su duplicado o imagen en el extranjero. Pero existe una diferencia importante entre lo que ocurre aquí y lo que ocurre en el resto del mundo. En otros países, los intelectuales tienden a adoptar posiciones « más puras » y se muestran generalmente más moderados en sus ideas y menos preocupados por las consecuencias inmediatas de sus opiniones, porque en cierto sentido esas consecuencias inmediatas no existen. En cambio, en Estados Unidos todo el mundo, pertenezca a la izquierda o a la derecha,

sea o no favorable a la política del gobierno, comparte la convicción de que lo que este país hace es decisivo. En Norteamérica, hasta a los socialistas y a los pacifistas se les hace difícil desentenderse de los intereses nacionales, y el pensamiento en su conjunto raramente se aleja de las consideraciones de tipo práctico. Recientemente la especulación « responsable » ha alcanzado proporciones epidémicas, y es la variedad más típica la nueva generación de « intelectuales militares » —según la expresión del *Times* de Londres—, tales como Kahn, Morgenstern y Schelling, que tratan de pensar en la forma en que pensarían los generales si éstos fuesen capaces de pensar.

El gran problema que está invadiendo al país, y que retiene la atención de los ciudadanos, más que el armamento o el desarme, es el de la propaganda en favor de la construcción de refugios privados contra las bombas nucleares. Son muchos los disparates que pueden oírse en torno al tema, constituyendo una mezcla de miedo y de bravuconería a lo « western », como si aún estuviéramos combatiendo a los indios ; así, cada ciudadano tiene que cavar su refugio, si quiere salvarse a sí mismo y a su familia de un ataque por sorpresa. Muchos de estos refugios atómicos —no podría precisar su número— se están construyendo en zonas suburbanas, pero furtivamente : en parte por un sentimiento de vergüenza y en parte para desembarazarse de los vecinos. Algunos ciudadanos de « alma dura », a los que no detiene ninguna consideración de tipo humanitario y que están resueltos a sobrevivir a toda costa, han llegado hasta almacenar fusiles en sus refugios para disparar contra quien pretenda entrar en ellos por la fuerza. Las justificaciones que se dan en apoyo de los refugios privados van desde los argumentos puramente militares (que esos refugios forman parte del armamento total y de la estrategia de la guerra fría), lo cual es bastante plausible, hasta un espíritu de « vigilantes » basado en ciertas nociones primitivas sobre la libre empresa y la acción individual. Pero a través de estos gastados argumentos —si el argumento militar fuese correcto, debería ser el gobierno quien construyera los refugios, igual que construye cañones—, se transparenta un esfuerzo patético para salvar el propio pelle-

jo, esfuerzo que se presenta a sí mismo como un medio de salvar la civilización. Esta extensión al dominio subterráneo de la propiedad privada podría pasar por un signo de derrotismo si no fuera tan absurda. E incluso en el caso de que un gran número de personas pudieran salvarse en esta forma, como los refugios antiatómicos de fabricación casera están de moda sobre todo en los medios rurales y parece imposible construirlos en las ciudades, resulta que lo que se salvaría con ellos sería lo que Marx llamaba « el idiotismo de la aldea » a expensas de la civilización urbana.

La moda de los refugios antiatómicos es un movimiento clandestino, como el « vigilantismo », los linchamientos, etc. Pero también aquí se ha producido una polarización izquierda-derecha. En efecto, si bien la boga de los refugios es un movimiento de derecha, la izquierda ha venido realizando una especie de actividad intelectual clandestina a través de los llamados « Comités de Correspondencia », que han distribuido —no oficialmente— un boletín de ideas y de polémica sobre la crisis actual. Los miembros más activos y más conocidos de este grupo son David Riesman y Eric Fromm. Aparte la posición del boletín, que tendía hacia el socialismo y el pacifismo, lo más interesante de él es su carácter clandestino y aparentemente antidoctrinario, constituyendo una tentativa de desarrollar una posición espontáneamente, desde abajo, en vez de hacerlo en forma organizada y explícita desde arriba. Un buen número de actitudes polémicas y de interrogaciones se registran también en las páginas de *Commentary*, que actualmente dirige Norman Podhoretz, uno de los más inteligentes entre los jóvenes escritores norteamericanos.

*

En cambio, en las artes no se ha producido nada tan dramático. Han salido a la luz pública algunos buenos libros y unos cuantos interesantes. La nueva novela de Bernard Malamud, *A New Life* (Una vida nueva), un libro muy divertido y emocionante, nos sorprende por la forma en que la personalidad del escritor ha sido capaz de elaborar esos estados de espíritu del « outsider » que a menudo penetraban en la facción de vanguardia bajo formas más

sólidas. Uno se da cuenta de pronto de que gran parte de nuestra mejor literatura de ficción moderna ha quedado domesticada, tras los años de la experimentación y de las visiones turbulentas. Quizá Faulkner sea el postrero en la línea « experimental », y últimamente el gran escritor se ha dedicado a imitarse a sí mismo. Esto también lo apunta en otra forma J.D. Salinger, dos de cuyas novelas cortas más conocidas, *Franny* y *Zooey*, acaban de aparecer en forma de libro. Salinger utiliza una prosa notablemente dúctil y libre que recuerda a Faulkner y a Joyce y construye sus historias con asociaciones aparentemente « remotas » ; pero la historia misma se compone de muchos elementos convencionales.

Un libro notable que acaba de ver la luz es la colección de traducciones —o mejor, recreaciones— hechas por Robert Lowell, de poemas clásicos franceses, italianos y rusos. Es difícilísimo conseguir, como Lowell lo consigue, dar a la poesía de otro idioma una especie de personalidad nativa. Son también notables dos recientes colecciones de ensayos de Mary McCarthy y de Hannah Arendt. Los ensayos de la primera se refieren principalmente a la literatura narrativa y dramática moderna y algunos de ellos se basan en conferencias dadas bajo los auspicios del Departamento de Estado norteamericano en Polonia y otros países comunistas. Al leer estos ensayos se siente uno atraído por la inteligencia de Mary McCarthy, cualidad que suele escapar a la atención de la gente, que en la escritora aprecia sobre todo el uso satírico de sus talentos. El hecho

es que la impaciencia de Mary McCarthy frente a las ideas chapuceras ha sido una función de su inteligencia. En cuanto a la inteligencia de Hannah Arendt, ya se la ha celebrado debidamente ; y aquí yo podría añadir por mi cuenta que las cualidades que me atraen más en sus escritos son el gran alcance de su especulación y su espíritu siempre dispuesto a adoptar una postura anticonvencional, cualidades que hoy parece que se están atrofiando. Cabe aún destacar otro libro : una colección de ensayos dedicados a la obra de David Riesman. Es muy interesante el que este libro aparezca en el momento en que Riesman se ha convertido en el símbolo del descontento radical en este país. Sin embargo, no hace mucho fue el mismo Riesman quien dirigió la vuelta de los intelectuales al seno de la comunidad nacional, tras un período de extrañamiento y de política izquierdista.

Si fuera posible trazar un panorama sinóptico, cabría decir que la mayor parte del país está esperando a que la historia muestre su garra, mientras una minoría se agita, unos ansiosamente, otros estridentemente. Del lado oficial, la impresión que tenemos de la nueva Administración es que es muy inteligente y civilizada, al menos por contraste, pero que se deja aturdir constantemente por la presión de la derecha, que se halla retenida por la inmensa carga de presunción acumulada en decenios de auto-satisfacción y, por último, que le falta una teoría de la historia del tipo que, por desgracia, suele encontrar terreno propicio en la izquierda.

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori

NICOLA CHIAROMONTE — IGNAZIO SILONE

*

TEMPO PRESENTE è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.

TEMPO PRESENTE

Via Sistina, 23, Roma

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER

and MELVIN J. LASKY

*

In the words of one reviewer, ENCOUNTER is "by far the most vital and immediate of the English literary reviews". Seriously (but not too seriously) devoted to current affairs, literature and the arts, it is wide awake to contemporary trends and truly international in outlook.

ENCOUNTER

25 Haymarket, London S.W. 1

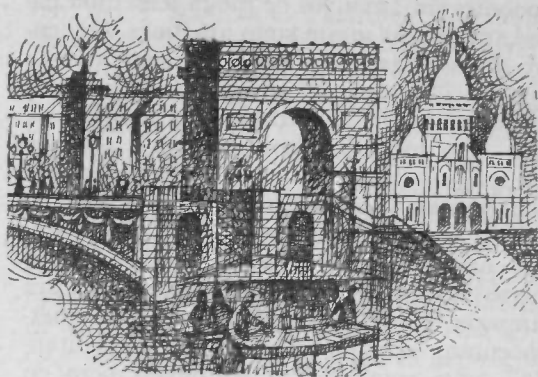
balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON

Goya en París

ESTA CIUDAD cuyo pecado es el esnobismo —ya lo analizó como nadie Proust en su libro infinito!— sigue moviéndose caprichosamente, guiada por unos cuantos « instigadores »... no siempre demasiado inocentes. Pudo cantar admirablemente Léo Ferré durante los años en que París lo ignoraba, como no fuera un círculo muy restringido de incondicionales. Pero he aquí que —como por arte de magia— Ferré empieza a llenar salas inmensas en largas temporadas de recitales. Cambió el viento. También cambió, por suerte, pues estaban a punto de naufragar, para Roland Petit y su mujer Zizi Jeanmaire. París los dejó arruinarse varias veces imperturbablemente. Este año Zizi Jeanmaire debuta sola en un espectáculo de *music-hall* —y no en los sabrosos *ballets* que creó Roland Petit hace unos años— y un pequeño grupo, pero de esos que hacen y deshacen en París, decreta : ¡admirable! (generalmente el adjetivo es : *divino* o *sublime*...) y el grueso del público sigue obediente. He dicho el caso de artistas que merecían el triunfo. A veces el « grupito en cuestión » apunta para lo redondamente malo o superficial.

Con todo pasa un poco así, hasta con las cosas más serias. En ese mismo sentido que digo se han puesto de moda estos últimos años las exposiciones del *Museo Jacquemart-André*. Lo dirige desde 1956 Jean-Gabriel Domergue, pintor mediocre y mundano (aunque académico desde 1949) mimado del



« tout Paris », ... « tout Paris » que está constituido, a lo sumo, por unas dos mil personas. Domergue ha ido sobre seguro : nada de exposiciones de vanguardia (la mitad al menos de ese público es reaccionario por definición), sino los « clásicos del siglo XIX » : Toulouse-Lautrec, Van Gogh, Berthe Morisot. El público fiel paga sin chistar cinco nuevos francos por entrar y diez por el catálogo, menos que mediocre. Pero ese público llega a arrastrar hasta seis mil personas diarias durante meses...

Es éste uno de los museos misteriosos de París. Se trata de un palacio burgués en pleno boulevard Haussmann : en 1880 Nelly Jacquemart —humilde pintora— lo heredaba de Edouard André, su marido, con el cual había coleccionado furiosamente y durante años obras de Donatello, Carpaccio, Paolo Uccello, Mantegna, Watteau, Fragonard, por citar a los más grandes. Cuando hace ya seis años le encargaron a Domergue de la dirección del Museo se encontró con una instalación eléctrica pasada de moda en un edificio que no había recibido los beneficios de la calefacción durante lo menos quince años. La única disculpa que puede haber, quizá, en organizar exposiciones tan mediocres —aunque ya se ha visto que muy fructuosas— radica en la necesidad imperiosa de proveer de fondos para salvar el edificio del Museo y, sobre todo, sus admirables colecciones permanentes.

Dentro de las exposiciones temporarias esta vez le ha tocado el turno a Goya. No dudo de que los fieles del *Jacquemart-André*

encontrarán adjetivos de moda femenina para caracterizar a este rudo aragonés que, entre otras cosas, inventó nada menos que la pintura moderna. ¡Qué se le va a hacer...!

Sin embargo, parafraseando aquello de que « no hay libro por malo que sea que no tenga algo de bueno », diríamos que aquí también, por último, vale la pena de venir. Aunque sólo fuera para ver reunidas unas cuantas obras importantes, por cierto bastante heterogéneas entre sí. Para empezar, el *Retrato de Jovellanos*, de cuerpo entero, sentado en un sillón y meditando —pose romántica si las hay—, pero en un marco de mueblaje neoclásico, lo cual ya bastaría a un buen observador para plantearse el problema de Goya, hombre genial en la bisagra de los tiempos... Apenas una sala más allá, dos señoras retratadas de medio cuerpo; ambas la esencia misma de la españolidad aunque desde los dos polos opuestos. La una: Doña Isabel Cobos de Porcel, toda garbo y buen color saludable, arrogante en su mantilla negra. La otra —que parece mirarla con desaprobación desde su marco vecino— la condesa de Gondomar: nariz larga, ojuelos penetrantes, en una palabra: el porte inconfundible de la beata distinguida.

En el testero de un salón rojo —que parece hecho para él— un retrato de hombre, un cuarentón de negro con chaleco color sangre, cuya silueta dinámica se perfila contra un fondo perlado de gris oscuro: cifra de todas las cualidades que llamamos tradicionalmente *goyescas*. ¿Qué queda aún de bueno por ver...? Sin duda los dos autorretratos del pintor: a la entrada, sobre un atril, el admirable *Goya a los cuarenta y un años*, en que el pintor nos mira por encima de sus pequeñas gafas que le cabalgan a media nariz. ¿Aire incrédulo, socarrón? En todo caso aire de no tomarse en serio, ni aún en la gloria póstuma. Y, por fin, el otro autorretrato tan conocido, en que con la cabeza vuelta un poco hacia un lado, la gran frente despejada, casi viejo, se enfrenta con nosotros a pura desnudez de rostro, rostro en el que ya no hay nada que explorar y que, quizá por eso mismo, resulta tan inquietante. El antiguo guerrero entregado, así, a nuestros ojos, sin armas ni bagajes.

De Castres —pequeña ciudad entre Albi

y Carcasona, donde hay muchos otros cuadros de Goya —viene uno tan grande que ocupa él solo todo el muro de un salón: es el llamado *La Junta de Filipinas*. Modelo de la obra de circunstancias, del encargo del cual el pintor consigue escaparse... por la tangente. Al fondo un gran estrado sobre el que se mueven unas cuantas figuritas, diminutas por la distancia. Un gran golpe de luz atraviesa el cuadro en diagonal, a derecha e izquierda congresistas irreconocibles. Uno, concentrado, se tapa la cara, otro vuelve un rostro vacío hacia el techo en gesto clásico de aburrimiento parlamentario. Algunos en luz, otros decididamente en la penumbra que arroja una gran sombra proyectada, lo cierto es que Goya se las ha arreglado para no pintar un solo retrato en toda esta multitud... mejor dicho, sí, ha pintado de mano maestra el retrato del tedio, de la ceremonia más o menos hueca que da motivo a un cuadro de aparato.

Alicia Penalba : Premio de San Pablo

Alicia Penalba, la escultora argentina radicada en París desde hace trece años, acaba de ganar el Gran Premio de Escultura de la Bienal de San Pablo, en el Brasil. Su triunfo reconforta a la inmensa cantidad de artistas hispanoamericanos que viven transitoria o permanentemente en esta ciudad, centro de la actividad plástica mundial.

Alicia Penalba vino, como digo, hace años para profundizar su arte y, sobre todo, para « encontrarse ». Primero tentó aquí el grabado en el que en seguida consiguió destacarse. Pero tuvo la intuición de que era la escultura la que le reservaba su gran oportunidad. Varios años en el taller de Zadkine —gran maestro si se sabe escapar de él, como ocurre con todos los artistas de mucho carácter— le dieron exactamente lo que ella buscaba: una posibilidad de encauzar la fuerza que sentía en sí, una mentalidad antiacadémica en la que lo único que está en juego son las calidades puramente plásticas de la obra. Alicia Penalba supo también —todo es intuición en el verdadero artista— cuándo tenía que

dejar el taller de Zadkine para empezar a caminar sola.

Uno de los grandes problemas de la escultura es que requiere procedimientos largos y costosos para poder realizar las obras en materiales nobles. El artista poco conocido, sin los medios necesarios, hace el papel de *pariente pobre* mandando eternamente a los salones yesos que se rompen, se ensucian y que, por último, no dan nunca una idea cabal de las posibles calidades del escultor. Con un temple extraordinario Alicia Penalba supo capear ese período negro en el que aun los más dotados abandonan la lucha. Superada esa fase, poco a poco, hubo una serie de galerías de arte que creyeron en ella, los mismos críticos apáticos de antes, los mismos coleccionistas reticentes se empezaron a interesar en su obra; en una palabra, fue el triunfo. Hoy, la sanción de San Pablo no sólo es justa y merecidísima sino que sorprende agradablemente. En efecto: por una vez un artista —en este caso *una artista*— no tiene que esperar al reconocimiento tardío. Alicia Penalba, joven, dinámica, emprende cada día una nueva carrera y no se impone ningún término porque es sanamente ambiciosa y le sobran fuerzas para seguir buscando su expresión.

Teatro

A riesgo de parecer monótono tengo que repetir que aunque hay muchos teatros en París y que la mayoría de los actores son estupendos, la calidad de las obras deja mucho que desear. No hay que asombrarse demasiado: en Londres o Nueva York pasa exactamente lo mismo, por no decir peor. Por suerte, en Francia hay muchos teatros subvencionados por el Estado o por distintas ciudades y ellos pueden correr el riesgo de dar obras que quizá no resulten un buen éxito comercial. Entre esas instituciones figura el Teatro Nacional Popular, animado por ese infatigable director-actor que es Jean Vilar. Este año se repone *La resistible ascensión de Arturo Ui*, de Bertolt Brecht, *la Antígona*, de Sófocles y *El alcalde de Zalamea*, de la cual tuve oportunidad de ocuparme a propósito del Festival de Aviñón.

Un equivalente provinciano, en más jo-

ven, del T.N.P., es el *Teatro de la Ciudad de Villeurbanne* (en las afueras de Lyon) que anima otro gran director-actor: Roger Planchon. Este año y aquí en París triunfa noche tras noche con otra obra también de Bertolt Brecht: *Schweyk*, agregando a su repertorio *George Dandin*, de Molière, *Eduardo II*, de Marlowe, y una desopilante versión de *Los tres mosqueteros*. En el Odéon —*Théâtre de France*— Barrault también practica el eclecticismo: *Judith*, de Giraudoux, *El mercader de Venecia*, y en estos momentos se prepara la reposición de *La Orestíada*, de Esquilo, en versión moderna de André Obey.

Entre los teatros « comerciales » sería injusto no hablar de una maravillosa versión de *La mouette*, de Chejov, que da, en últimas representaciones, la compañía que dirige Sacha Pitoeff con esa actriz llena de misterio que nos reveló *L'année dernière à Marienbad*, me refiero, claro está, a Delphine Seyrig.

Televisión

En Francia, como es sabido, la televisión y la radio son del Estado. Existen cuatro cadenas principales de radio (aparte las regionales) y una sola de televisión, aunque es inminente la apertura de un segundo canal. Pero lo que podría parecer pobreza, desde afuera, se traduce en realidad en una serie de espectáculos siempre interesantes y, a veces, de una gran jerarquía. Para Navidad, en efecto, el público tuvo la agradable sorpresa de poder apreciar unas *Bodas de Figaro*, de Beaumarchais, en versión del director Marcel Bluwal con Jean-Pierre Cassel, Anne Doat y Marie-José Nat. Filmada en los exteriores del castillo de Coustances y, en los interiores, en el estudio, la obra sale intacta de la prueba. No es ni teatro ni cine, es... televisión, uno de los pasos firmes en el descubrimiento y fijación de los procedimientos típicos de esta nueva forma de expresión. En una noche —calculan los especialistas— la obra revolucionaria de Beaumarchais logra más público que en los miles de representaciones que de ella se han dado. ¡Es para quedarse pensando en el poder formidable que representan nuestras técnicas modernas!

libros

“Revolución económica e industrialización en América Latina”



A COMIENZOS del cuarto decenio del presente siglo se abre una etapa de impor-

tancia transcendental en la historia de América Latina, continente en ebullición según acertadamente lo calificó el culto hispanista Lewis Hanke. A consecuencia de la grave crisis económica que conmovió al mundo pocos años antes de la segunda guerra mundial, y más particularmente debido a la depresión industrial de Estados Unidos, tuvieron lugar en Latinoamérica substanciales fenómenos estructurales que influyeron en grado decisivo tanto en el pensamiento político como en la acción de los gobiernos. Fueron esos fenómenos la industrialización progresiva de varios países —entre ellos México, Argentina y Uruguay—, la intervención estatal para impulsar y dirigir el desarrollo económico nacional, la política fiscal orientada a fomentar el progreso industrial con el máximo de recursos propios, la limitación y condicionamiento —de acuerdo con los intereses nacionales— de las inversiones extranjeras, la modificación de la estructura del régimen de la propiedad agraria y, en fecha más reciente, la modernización de las técnicas agrícolas, la distribución más equitativa del ingreso nacional y la integración económica y creación de mercados comunes como base de una política comercial común.

Este período de grandes cambios económicos y sociales, y los problemas que originan, son el tema del libro de Pedro C.M. Teichert *Revolución económica e industrialización en América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1961). La obra se divide en cinco partes, cada una de las cuales examina una etapa de la evolución de América Latina. En la primera, y a fin de facilitar el entendimiento de las raíces históricas del actual proceso de crecimiento e industrialización, se expone el fondo institucional sobre el cual se produjo, ya que no es posi-

ble comprender e interpretar acertadamente la presente revolución de la política económica latinoamericana si no se la considera en sus perspectivas institucionales e históricas. Como es lógico, se señala qué factores tradicionales retrasaron el desenvolvimiento económico de las naciones, siendo el mayor de los obstáculos el sistema de enormes concentraciones de la propiedad agraria que durante siglos, antes y después de la Independencia, funcionó en este continente. Sin embargo, aún siendo el más importante, no es el latifundismo el único factor responsable de lo precario y retrasado de las economías latinoamericanas. Lo son también, y en grado muy notable, el carácter unilateral de aquéllas y la falta de un programa coordinado de desarrollo industrial, bien que estas deficiencias sean el resultado del absoluto predominio de la agricultura en las economías nacionales.

Esta primera parte comprende también el estudio particular de un caso, el del México prerrevolucionario, cuyas finalidades son ampliar el análisis institucional, los antecedentes de la política de la revolución en la política económica de la América Latina en el siglo XX y la transformación de algunas naciones latinoamericanas al pasar del feudalismo a la industrialización. El caso de México se considera de excepcional interés por el autor, pues « quizá el ejemplo mexicano pueda servir de lección al resto de la América sobre el modo de abolir una sociedad feudal y de entrar en el mundo del siglo XX sin llegar a depender, por una ayuda exterior, de ninguna nación ni entidad política extranjera ».

La segunda parte del libro examina el período de 1930, el comienzo de la revolución en la política económica, los primeros intentos de creación de economías nacionales y el comienzo de la industrialización. La nueva etapa histórica, examinada a través de dos valiosas experiencias, la brasileña y la uruguaya, se caracteriza por lo siguiente : « En el pasado, el desarrollo

económico estribaba principalmente en la producción de artículos primarios ávidamente buscados por los centros industriales. En la actualidad, lo que más interesa es elevar el nivel de consumo de los países en que tiene lugar el nuevo proceso de desarrollo. Anteriormente, las exportaciones eran el medio de obtener importaciones manufacturadas, mientras que ahora se utilizan para la adquisición de maquinaria con que realizar el desarrollo progresivo de la producción interior. »

El extraordinario desarrollo económico latinoamericano de los dos decenios últimos y los progresos realizados por México, Argentina y Uruguay, son los temas que trata la parte tercera de la obra. En los últimos treinta años, según el autor, la producción de bienes y servicios aumentó dos veces y media, y el nivel de vida un 2,2 % anual, o sea un 54 % en veinte años. El ritmo de crecimiento en los diversos países es variable y no persistente, correspondiendo las mayores fluctuaciones a Colombia, Venezuela y Perú.

Después de analizar en las dos últimas partes las teorías sobre desarrollo económico, su aplicabilidad a América Latina y los problemas referentes al futuro del mercado latinoamericano, se formulan las siguientes conclusiones : industrialización de las naciones latinoamericanas que posean suficiente base de materias primas, desenvolvimiento agrícola interno de las pequeñas naciones, reforma agraria y política de desarrollo económico que ponga término a la dependencia en que se halla el ingreso nacional de las exportaciones de sus productos primarios.

En resumen : « América Latina necesita un equilibrio adecuado en su desarrollo económico, con espacio para una evolución industrial sólida como apoyo para todos los demás sectores de la economía. Una sólida industrialización será la mejor garantía de un desarrollo rápido de la economía en su conjunto, lo cual a su vez impulsará el progreso agrícola. La revolución en la política económica ha puesto definitivamente a América Latina en la verdadera senda y la progresiva industrialización de la zona es la mejor garantía para nuestros vecinos del Sur de conquistar un nivel más elevado. »

JOSE BULLEJOS

Américo Castro :

« De la edad conflictiva »

EL TEMA PRINCIPAL es el sentimiento de la *honra* española. Quienes recuerden que desde hace cuarenta y cinco años Américo Castro es la primera autoridad en el asunto,

advertirán la importancia de esta obra, más allá de las controversias que hoy suele despertar cualquier publicación del autor : aquí se encuentra en tema cuyo reconocimiento nadie le discute y en la época que, para todos, mejor domina.

El libro se esperaba. Ya en *España en su historia* (1948), Castro declaró la necesidad de revisar su estudio « Algunas observaciones sobre el concepto del honor español en los siglos XVI y XVII » (en *RFE*, 1916). Según este antiguo y excelente trabajo, quedaba establecida la equivalencia de *honra* y *fama* en la vida española y también en el teatro. « El honor —escribió entonces— expresa la relación del individuo con la sociedad » y la *honra* « se encuentra en la base del sistema social ». Al mismo tiempo observó cómo esa identificación de *honra* y *fama*, típica del teatro, no se mantenía en el pensamiento humanístico español, ni tampoco en muchas obras en prosa de los mismos dramaturgos. Así aparecía Lope, por ejemplo, sosteniendo en la escena el sentir común de su público, y en prosa la opinión humanística de que el honor radica en la virtud, no en la fama u opinión.

Ahora Castro puntualiza matices. Declara que debe superar la idea de tener el honor por un concepto, pues « en vez de llamar a eso un concepto, habría que hablar de la expresión de la vivencia de un sentimiento honroso » (p. 15). E insiste : « No hubiera debido yo hablar de concepto del honor en 1916, sino del sentimiento de la *honra* y de su expresión dramática. El idioma distinguía entre la noción ideal y objetiva del honor y el funcionamiento de esa misma noción, vitalmente realizada en un proceso de vida singularizada. El honor es, pero la *honra* pertenece a alguien, actúa y se está moviendo en una vida. La lengua literaria distinguía entre el honor como concepto, y los *casos de la honra* » (p. 55).

Tal como el autor lo había anunciado, el libro vuelve sobre los temas de *honra*, honor, fama y nobleza, recordando para ello el valor que tuvo en España la coexistencia secular de moros, judíos y cristianos. Ya había subrayado Marcel Bataillon que la limpieza de sangre, como « manifestación de la honra », resulta « mucho más típicamente española que las venganzas de los maridos calderonianos ». Entre las aportaciones de don Américo, según su nueva óptica, el tema de la *honra* no puede comprenderse partiendo tan sólo de la nobleza o hidalguía, sino del ser cristiano viejo. Eso nos lleva a entender con mayor sutileza muchos matices del tema. El noble y su encarnación el hidalgo, eran por excelencia los sujetos de la *honra*. Un texto del padre Guevara, que los estudiosos suelen citar, basta para ilustrar el punto : « La culpa del rústico en él se acaba, mas la del hi-

algo redundante en su generación toda, pues mancilla la fama de los pasados, desentierra la vida de los muertos, pone escrúpulos en los que viven y corrompe la sangre de los que están por venir. » Frente a ello, la novela y el teatro cuentan en España con personajes como Peribáñez, Pedro Crespo y Sancho Panza, quienes, pese a su condición de villanos, se sentían tocados por el honor, igual que si fueran hidalgos.

Claro está que la capa superior de los pecheros, durante la Reconquista y asimismo durante la conquista de América, actuaba de manera hidalga y buscaba ennoblecer su estirpe mediante el esfuerzo bélico. Pero de esto a tener al villano convertido en héroe —y en héroe literario— hay un salto difícilísimo para la época y sorprendente fuera de España, según observa Castro. La explicación de esos personajes tan hispánicos resulta por ello de primera importancia. He aquí una de las mayores aportaciones de este trabajo.

Durante el Siglo de Oro, ya expulsados los moros y judíos, todo español continúa obsesionado por el temor de que pudiera discutirse la limpieza de su sangre. El primer punto, como todos saben, de cualquier ejecutoria nobiliaria, es el tener una genealogía libre de « mala ralea de moros ni judíos, ni recientemente convertidos, o penitenciados por el Santo Oficio », según rezan infinitas probanzas. Como subraya Castro agudamente, el poco apego de los judíos a las faenas agrícolas originó el aprecio de los pecheros labradores, quienes por razón de su trabajo no resultaban sospechosos de raza. Del mismo modo, según Castro, el amor de los judíos por las ciencias dio lugar a prevenciones en contra de los estudios humanísticos y científicos.

Al integrar su tesis actual, Castro resume de hecho las aportaciones de ilustres estudiosos sobre la honra hispánica, quienes por cierto se apoyan en « Algunas observaciones », de 1916. Recordemos, por ejemplo, las ideas de Carl Vossler sobre los españoles de aquellos siglos, « aristocrática nación de dominadores y conquistadores », en quienes « la honra ocupaba el lugar del deber, que es un concepto más bien de burgueses, comerciantes y obreros que de hidalgos ». Y continúa: « el canon de la honra era la fe y moral de los héroes, y nótese bien, no sólo de los guerreros, caballeros, oficiales y galanes, sino también de la gente eclesiástica y religiosa y del pueblo menudo, y hasta de las mujeres, pues que todo español aspiraba a héroe ». Concordando con las palabras de Vossler, las cuales partían a su vez del propio Castro, ahora éste escribe: « El honor acabó por centrarse en la intangible pureza de la creencia y en la hombría de la persona, no en acumular riquezas, o en dedicarse a cultivar la mente, o

a hacer cosas útiles para la comunidad. Don Alonso de Cartagena, un converso del siglo XV, muy penetrado del sentido castellanó de las estimaciones, escribía que 'los castellanos no acostumbra tener en mucho las riquezas, mas la virtud': es decir, lo que uno era dentro de sí, multiplicado por la capacidad imperativa y por el esfuerzo heroico » (p. 81).

Quienes, atemorizados por las discusiones surgidas ante los últimos libros de Castro, hayan adoptado la postura timorata de cerrar ojos y oídos, pueden saber que *En la edad conflictiva* (Ed. Taurus, Madrid, 1961) el autor plantea asuntos que ningún interesado en temas de la honra hispánica puede ignorar. Aquí se encuentran frutos de la admirable penetración del autor en asuntos que conoce como pocos o ninguno.

JOSE DURAND

Ricardo Gullón : « Estudios sobre Juan Ramón Jiménez »

EN POCOS AÑOS la obra crítica de Ricardo Gullón —hoy profesor de literatura española en la universidad de Texas— se ha enriquecido considerablemente con libros como *Galdós, novelista moderno*, *Las secretas galerías de Antonio Machado* y *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*. Y sabemos que su labor de cátedra no le impide trabajar intensamente en futuros libros sobre Machado, Unamuno y Juan Ramón, y en el estudio que nos debe sobre el modernismo. Estos recientes *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960), vienen a completar una visión de la figura y la obra del poeta, que ya había esbozado Gullón en sus *Conversaciones con J.R.J.* (Taurus, 1960). Comprenden once ensayos sobre la personalidad y la lírica de Juan Ramón, tan difíciles de separar. Pocos críticos tan preparados como Gullón para hablar del autor de *Platero*, con quien durante un par de años, del verano de 1953 al verano de 1955, convivió casi diariamente en San Juan de Puerto Rico.

El ensayo que abre el volumen, « Esbozo de un retrato », responde a lo que expresa su título. Evoca al Juan Ramón de los años 1953 a 1955 en Puerto Rico, donde Gullón le conoció y habló con él día tras día. Es un retrato vivo, trazado ya muerto el poeta, y dibujado cálidamente, con cariño y emoción. Vemos en él al poeta y a Zenobia en su casita de Hato Rey, recibiendo a sus amigos, leyendo poemas, visitando a los niños en las escuelas portorriqueñas,

o comentando cosas de España. El retrato es favorable y acaso oculta piadosamente algún rasgo poco grato del poeta.

Al plano, sumamente sugestivo, de las relaciones humano-literarias, pertenecen otros capítulos, como los dedicados a analizar tales relaciones entre Juan Ramón y dos poetas de su generación algo mayores que él : Antonio Machado y Francisco Villaespesa. Las relaciones entre Machado y Juan Ramón admiten quizá un estudio más detenido. Habrá que tener en cuenta los papeles y cartas que conserva la familia en Madrid y el archivo de Moguer, sobre todo algunas cartas ya publicadas por Francisco Garfías ; pero en todo caso las páginas que consagra Gullón al tema son ya indispensables para quien desee estudiando con más detenimiento.

Otros capítulos del libro entran más a fondo en la lírica de Juan Ramón, especialmente los titulados « Vivir en poesía », « Plenitudes del poeta », « Hacia la eternidad », « Símbolos » y « La poesía, tema esencial ». A través de esas páginas nos va dando Gullón su imagen e interpretación de la poesía juanramoniana, dentro de una visión unitaria y armoniosamente concebida. Parte Gullón siempre de ver a Juan Ramón identificado con la poesía. La poesía no sólo es el gran tema de Juan Ramón, sino su razón de ser, su ser mismo. En Juan Ramón, vida y poesía son una y la misma cosa. Y en ningún otro poeta —afirma Gullón— se ha dado con tanta intensidad esa identificación entre poeta y poesía. Tal pasión inusitada por la poesía es necesario comprenderla, ahondar en ella, si se quiere ver claro, como sabe verlo Gullón, en la apasionada obra del poeta.

J.L.C.

lector. No eso, sino historia humana y viva : un ser y estar de una época en acción que es fuente, originaria o derivada de, pero al fin algo que produce o aumenta o da un carácter y, por tanto, cuenta, rinde su cuenta a lo que tras eso viene, nutriéndolo también tantísimas veces. Segundo : Porque ese sentido histórico se añade, oportunamente, en homenaje a figura como la de Amado Alonso, a quien sitúa en el paisaje de las letras argentinas, sin privarle de ninguna calidad ni cualidad. Y tercero y principal : Por lo bueno y fino de los estudios hechos en el Cuaderno de que damos sucinta noticia.

Recojamos ahora en pocas líneas la nota simpática a que aludimos. Y es la manera discreta, inteligente, con que Emilio Carilla maneja ese instrumento que se dice estilística, pues es sabido que el tal sirve con harta frecuencia a pedanterías que nada enseñan y son, por tanto, oquedades sin más función que la de mera resonancia, acusando otras veces, en el análisis de textos, una tal falta de sentido poético que viene a dejar a los poetas más grandes en puros huesos mundos. Y eso no es nada, pues que, en todo caso, sería una especie de picaresca sin gracia ni sentido.

Y ello sin nombrar las aproximaciones en que se complacen muchos estilísticos a pretexto de revelar fuentes, porque sin duda olvidaron, o no entendieron, aquello de Lope que empieza : « ¿Qué cómo escribo? Leyendo. » Cerca de este punto no hace falta citar ejemplos que están al alcance de cualquier lector medianamente atento.

Es bueno, es excelente buscar fuentes, si esto se hace con verdadera sed de poesía y, si una vez descubierta la fuente, su inventor es capaz de beber en ella.

A. P.

Otros libros

E. CARILLA : Estudios de literatura argentina

El autor de este Cuaderno (Universidad de Tucumán, 1961), se nos presenta, con modestia digna de todo encomio, diciéndonos que no pretende descubrimientos espectaculares, cuando en realidad, y en todas las páginas, campea una nota a la que hemos de referirnos de modo especial líneas más abajo.

Por el pronto señalemos que su trabajo es de interés máximo. Primero : Por lo que de las letras argentinas dice históricamente. Pero no historia muerta o cuento extraño o no encarnado por quien lo cuenta y que, sin sangre, carne ni hueso, pasa a distancias temporales enormes del

R. GARCIA PINTO : Autores y personajes

Roberto García Pinto, en estos « Ensayos sobre la realidad y la ficción », elige unos cuantos ejemplos que deja en dialéctica a lo largo de las 83 páginas, revelándonos verdaderos autores y personajes —v.g. Don Juan y su autor— y, a contrapunto, los falsos. Don Juan, personaje ejemplar y casi intacto hasta hoy, pues se habló mucho de Juanito y Juanillo, pero nada o muy poco de Don Juan.

Y es que en este Cuaderno (Universidad de Tucumán, 1961), fértil en sugerencias, se nos da a entender también lo que es una verdadera falsedad : eso que se dice *ser un personaje en sociedad*, cuyo solo objeto es llegar, ¡pero en qué estado!, como dijo alguien.

Si eso es así de tales *personajes*, también lo es del ensayista... de paracaídas, cuyas grotescas pataletas en el aire pueden verse en la filigrana

del ensayo « Desde Huxley a Montaigne », del cual retenemos dos cosas : una el dicho sobre Ortega, que tenía « desenvoltura de primer espada », frase que dice mucho bueno, si bien se piensa, y frase que no hubiera rechazado el inolvidable pensador. La otra cosa es : « Sus pensamientos (los de Huxley) dependen de sí mismo y no de los *slogans*... ». Porque la palabra « slogan » es, según creo, de origen escocés y significa originariamente grito de combate, y éste, como se sabe, es un mero afán de hacer secuaces para lanzarlos ciegos contra. Y hoy vivimos en pleno reinado del « slogan » rellenador de cráneos. El « slogan » invade la Ciudad con el anuncio, y campea en el periódico, la revista y la radio, mejor o peor disimulado.

Al leer « Un Poema de Borges », páginas en las que también se cita a César Vallejo, poeta digno de memoria, no hay por menos de notar el contraste (señalo ahora a la dialéctica nombrada antes) entre esa poesía y la arábigo-andaluza —primero de los ensayos—, según la referencia a la antología descubierta y traducida por García Gómez, quien en una conferencia dada en el Instituto de Estudios Hispánicos, en París, habló de la artificiosidad —o no poesía— de la *poesía* árabe, justificando su falsedad con las siguientes palabras : « la poesía es mentira, ya lo dijo Cervantes ». Y la verdad es que eso que Cervantes escribió (en « El Curioso Impertinente ») quiere decir exactamente lo contrario de lo afirmado por el ilustre profesor y embajador madrileño.

¿Es que la poesía arábigo-andaluza no es poesía? No lo sé, pues no sé el árabe, pero creo que lo es, cuando lo es ; aunque en los ejemplos insertos por García Pinto, y tomados de la versión de García Gómez, la poesía está ausente, apareciendo únicamente en el verso de Mutazim : « Todo me ha fallado, hasta la muerte. » Fallo de la muerte que lo sería también de la poesía si el lamento no fuera de poeta ; mas al serlo, la poesía aflora.

A. P.

NERIO ROJAS : Psicología de Sarmiento

Se cumplieron recientemente los 150 años del nacimiento de Sarmiento, escritor, militar, estadista y pedagogo de excepcionales relieves en la vida argentina. Su vida y obra han sido objeto de cientos de estudios. Sobre su psicología, empero, no existían análisis completos. Por eso, en 1915, Nerio Rojas enfocó por vez primera de manera científica el estudio de las reacciones psicológicas de Sarmiento. El autor de *Biología de la Libertad*, atento a las limitaciones de aquel trabajo, lo ha rehecho totalmente y ahora, con

la adición de nuevos capítulos, lo ha editado Kraft, de Buenos Aires.

El estudio psicológico de Sarmiento por el Dr. Rojas está impregnado de admiración al prócer argentino, al que proclama genio, de palabra « admonitoria, visionaria, luminosa, actual », porque es « nuestro contemporáneo y nos habla ». Analiza en el capítulo primero la herencia de Sarmiento, el orgullo en la formación de su personalidad juvenil ; el segundo, describe los caracteres antropológicos y los procesos volitivos del escritor ; del tercero al quinto presenta observaciones sobre las asociaciones elementales de Sarmiento, delirios oníricos, originalidad en la objetivación del pensamiento y su indiferencia ante los criterios ajenos sobre su obra. El capítulo sexto, sobre la afectividad, nos descubre un panorama inédito de Sarmiento, con su pasión generosa por la hija de Vélez Sársfield, más joven que él, doloroso amor y gran crisis espiritual ; también expone otros rasgos de la fuerte y rica emotividad temperamental sarmientina, de difícil catalogación científica, así como las depresiones que le afectaban. En el siguiente capítulo refuta Rojas la « locura » de Sarmiento, que sus enemigos le atribuían, para afirmar que era « un impulsivo... siempre (con) un contenido afectivo y consciente... y no una simple descarga del automatismo » ; sus impulsos los justifica por las situaciones del ambiente político. El octavo —último capítulo del libro—, profundiza en el análisis del genio de Sarmiento, en sus diversas formas, hasta en sus desequilibrios. En síntesis, un trabajo muy interesante desde el punto de vista psiquiátrico, sobre el gran escritor argentino, cuya profunda humanidad y patriotismo se perfilan en su apasionada existencia y en su labor literaria, pedagógica y política.

ANTONIO SALGADO

HECTOR ADOLFO CORDERO : Valoración de Martín Fierro.

Cordero empieza por estudiar los juicios sobre *Martín Fierro* y sus fuentes, la eficacia de su inspiración popular y lo que es en sí la poesía gauchesca. Señala cómo su veta inagotable convierte en positivas hasta las propias incorrecciones de la obra.

Encontramos en este estudio (Ediciones Julio E. Rossi, Buenos Aires, 1960) una breve relación de la aparición del poema, sus primeros comentaristas, las ideas del autor de *Martín Fierro* sobre la condición social del gaucho y su figura como opositor a Mitre. Después de veinticinco años de lucha, Mitre recibirá de su enemigo político, Hernández, una carta elogiosa y un ejemplar de *Martín Fierro*, acabado de salir a luz.

La segunda parte de *Valoración del Martín Fierro* es biográfica. En una obra como la de Hernández este aspecto es de mucha importancia: la niñez del poeta, su primer contacto con la pampa, las luchas por la organización de la República, la guerra de la Triple Alianza y, sobre todo, algo que deja en claro su posición de poeta, como son las palabras de Hernández condenando a Rosas.

La tercera parte del libro ofrece un paralelo entre Martín Fierro y el viejo Vizcacha, definiéndolos por oposición. Cordero desautoriza así el fácil comercio de los « consejos » de este personaje, que en resumidas cuentas es un pícaro.

Esta manera de presentar los hechos da oportunidad al autor para referirse al gaucho y al trabajo, a la vida en los fortines, al culto de la amistad, a la altivez del hombre de la pampa, su decadencia y los móviles éticos del poeta, que comprende que aunque la instrucción no hace más buena a la gente, no hay libertad sin cultura.

A. L.

DANIEL SUEIRO : La criba

Esta novela quedó como finalista del premio de novela « Biblioteca Breve » y ve ahora la luz en la « Colección Formentor » con un considerable retraso debido a ciertas dificultades censoras. Nos explicamos perfectamente estas dificultades después de leída la obra (y aun sin conocer lo que probablemente haya sido suprimido), pues toda ella es un minucioso y veraz documento de las penalidades económicas y morales que padecen ciertos estamentos de la sociedad española. En este caso concreto son los oficinistas, los escribientes, los empleados, burguesía proletarizada que sufre hambre y humillación resignadamente, sin esperanza. Tienen la vida asegurada unos cuantos días al mes, vida precaria, infima, pero viene cualquier acontecimiento « inesperado » (enfermedad, nacimiento o muerte) y el mundo se los traga del todo, anegándoles.

El Madrid de hoy, el de todos los días, el de todos estos años, aparece lúcida, serena, conscientemente presentado sin tremendismos por parte alguna. Lo que Sueiro narra es el drama cotidiano de muchos seres humanos, tragedia sorda y constante que se estrella ante la impotencia. Junto a esta realidad, Sueiro revela también en ciertos momentos claves de la novela la « otra » realidad, la de los seres acomodados y satisfechos, los triunfadores, los que descansan su seguridad en las espaldas de los más.

El tema no es nuevo en nuestra literatura: desde Galdós, numerosos escritores lo han tratado una y otra vez como testimonio de una

realidad. De todas las maneras, *La Criba* es un lúcido documento de estos últimos años, escrito, además, con rigor y espíritu de síntesis, con amargura y desesperación: es la poesía sobre la vida derrotada, con salpicaduras de un humor negro muy español. « Cada hombre, en general, es como una criba: un trozo de piel repleto de agujeros por los que sale, a bocanadas, la sangre o la esperanza, y se vacía. »

Con esta primera novela, Daniel Sueiro, ya apreciable cuentista, demuestra su capacidad y voluntad de testimonio, dignas de ser tenidas en cuenta.

JOSE R. MARRA-LOPEZ

RAFAEL CADENAS : Los Cuadernos del destierro

El autor de este libro, un joven que apenas contará veinticinco años, vivió la clandestinidad venezolana y el exilio político. Es uno de los fundadores de la publicación *Tabla Redonda*, revista literaria de orientación marxista.

Cadenas conmueve cuando palpa su ser íntimo con veracidad y lo expone, sin vanos aditamentos, a la luz o a la sombra. En ocasiones, sin embargo, como ocurre en la segunda mitad del libro (página 35 y sucesivas), otras voces occultan su voz personal. Cadenas al hablar de sí, en confidencia dolorosa, en *Los Cuadernos del Destierro* (Editorial « TR », Caracas, 1960), da trascendencia profunda a cualquier situación histórica determinada y entrega por reflejo o rebote un grave testimonio sobre la época más oscura de su patria venezolana: la del decenio dictatorial.

He aquí, al sesgo, al azar, estas frases: « Habitaba un lugar indeciso. Un dios cobarde usurpaba mis aras » ... « Mi único caudal eran los botines arrancados al miedo » ... « Entonces yo oculté mi rostro bajo mi ala derecha como una ciudad avergonzada y así estuve hasta la hora de morir. »

En otra parte de su poema nos dice: « De noche, bajo el acoso de sueños intranquilos, despertaba con un grano de sal en la frente. » O bien revelar sin rubores la gran penuria de aquellos días: « Mis pasiones absolutas, entre ellas el amor, que para mí eran totalidad, fueron barridas. »

Cadenas indaga en lo más auténtico de sí mismo. Su texto, en ciertas ocasiones, prolonga ecos y resonancias, más allá de la pura contingencia verbal y la periferia humana. Es lamentable que no trate con mayor cuidado en especial el segundo fragmento de su libro, ahí donde se perciben ostensiblemente giros y recursos de Pablo Neruda o Aimé Césaire.

JUAN SANCHEZ PELAEZ

revistas

Hispanoamérica



DE LA ABUNDANTE y variada presencia de revistas editadas en Hispanoamérica queremos detenernos a examinar dos de ellas.

El número 273 de *Sur*, último de 1961 e impreso en Buenos Aires, se abre con el poema a Sarmiento

—« el soñador que sigue soñándonos »— de Jorge Luis Borges. Es Borges uno de los más inquietos y multifacéticos espíritus literarios que ha producido nuestra América. Su maestría es la inquietud, su vocación es la inteligencia. Argentino universal, su poema de ahora nos recuerda que Borges es un poeta capaz de la intimidad e internidad rilkeanas.

Etiemble, el gran estudioso francés de Rimbaud, se vale del poeta de *Una temporada en el infierno* para mostrarnos dos puentes por donde cruzan la intolerancia del gran Paul Claudel y la de Louis Aragon, poeta de la Iglesia staliniana (y hoy, seguramente, oficiante del nuevo rito kruschevista, para poder continuar la tradición). Etiemble nos ofrece los juegos de persecuciones de prosaísmos líricos en el ritmo: Claudel-Aragon-Claudel. Nos desmonta la poética de ambos, con cierto humor de relojero experto y nos recuerda una afirmación de Supervielle: la poesía será discursiva e inteligente.

Esta primera parte poética se completa con la nota y el poema « Salmo » de la austríaca Ingeborg Bachmann (« Callad conmigo, como callan las campanas ») y una muy interesante aportación de Enrique Molina: « Hermano Vagabundo Muerto ». El poeta argentino de *Las Cosas* y *el Delirio* ha hecho suyo el consejo de Lawrence y Keyserling y acaba de recorrer el mundo en busca de sí mismo, con una poesía aún más rica en angustia y ternura, en desesperación y poder evocativo.

A la poesía acompaña el sexo. En « Historia de algo que ocultamos », H.A. Murena nos ofrece una crónica en varias pantallas o en escenarios

giratorios como los del teatro japonés. Dostoyevski, Oscar Wilde, D.H. Lawrence, el marqués de Sade, Nabokov, Descartes, Freud, aparecen en ese ángulo de luz y sombra de las preocupaciones que ruborizan e irritan a los moralistas. « Pornografía es, por lo demás, un tema, una palabra para moralistas: esto es, para gentes que abofetean sus conciencias sucias en las mejillas de los otros », dice Murena. Su meditación sobre los censores es vivamente aguda. « Una sola vez vivimos, por breve tiempo, para una tarea interminable. ¿Está expresada? » Murena es como la síntesis de Borges y Mallea, pero hacia un ángulo social y neohumanista vasto y profundo muy personal, en una como anticipada maestría.

Sexo también hay en « Baile de Máscaras ». Este sociólogo, fino y rico ensayista que es Francisco Ayala, tan serio siempre en sus estudios hondos, nos ofrece un simpático laberinto, un mundo enmascarado que aparece sin máscaras de tanto lucirlas. El diálogo escueto es de una riqueza plástica que fija violentos contrastes en los caracteres. Es una pantomima sin telón de fondo, de una variada riqueza de rostros psicológicos dibujados por el diálogo. La risa final es como si el ojo de Quevedo se asomara al siglo XX.

De las letras literarias pasamos a las letras políticas y sociales. Ese es el paso desde *Sur* hasta *Combate*, en su número 19, de noviembre-diciembre 1961. La revista de San José de Costa Rica —mirador de las Américas— empieza por señalar, en el editorial, que la política latinoamericana marcha hoy sobre el filo de una navaja y que un paso en falso pudiera lanzarnos al vacío, al caos totalitario. Vivimos entre la tensión de las oligarquías, ciegas en su egoísmo y su torpeza, y las tensiones de la « quinta columna » totalitaria al servicio de Moscú. Ese totalitarismo se llama « de izquierda » y « revolucionario » siendo la negación de la izquierda y de la Revolución. En medio: las fuerzas populares, « insuficientemente orientadas sobre tácticas políticas y sobre metas inmediatas ».

Combate apunta hacia una meta de salvación democrática: « Sólo por la acción de las fuer-

zas populares puede salvarse, en fin, el destino de Latinoamérica. Para lograrlo éstas deben organizarse en auténticos partidos democráticos, revolucionarios y populares; deben superar además sus contradicciones internas, definir con claridad sus objetivos, actuar con sabiduría y con la estrategia adecuada para alcanzar el triunfo, único camino para atajar el deslizamiento hacia la antidemocracia oligárquica o comunizante ».

Combate atiende tanto a los temas latinoamericanos como a los de Europa y el Tercer Mundo. Eloy Tomás Ortiz estudia el « Drama de Italia Meridional » y nos parece un espacio de algún país de nuestra América. Es evidente el contrapunteo entre las dos o tres Italías: la del Norte, la del Centro y la del Sur, tan insomne por sus conflictos sociales. Laos continúa siendo un dilema. Lo examina Frank N. Trager. « Nuestro deber es, en síntesis, ayudar a estos pueblos de la nueva Asia, antes de que sea tarde », dice el profesor de la Universidad de New York. Un participante del Movimiento Cooperativista de Israel, Nessim Isaac, nos habla de cómo « la cooperación allanó el camino ». Las experiencias en los « kibutz » y las aldeas agrícolas cooperativas (moshavin) resultan muy interesantes para América Latina.

El ensayo de Rodrigo Borja sobre el « Panorama de la Política Ecuatoriana » nos ayuda a comprender los conflictos producidos a fines de 1961 en Ecuador. El retrato de Velasco Ibarra es certero. Víctor Alba toca un tema candente: « Las Ideologías y la Juventud ». Es la hora de grandes transformaciones sociales latinoamericanas, donde los problemas agrarios y de la industrialización han tomado la palabra. Un amigo de Fidel Castro, de los días universitarios, el abogado y escritor Juan René Betancourt, analiza la traición de Castro a la Revolución Cubana y su traspaso al totalitarismo.

El Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de Santo Domingo, Armando Hoepelman, ofrece un balance de la situación de los jóvenes dominicanos que nacieron bajo la infausta Era de Trujillo y que luchan por la dignidad humana, pero a quienes desean penetrar las fuerzas totalitarias.

Dos trabajos complementan el número: « Artigas para nuestro Tiempo », por Carlos M. Rama, de la Universidad de Montevideo, que ofrece un Artigas para el siglo XX, y la continuación del ensayo del apriista Armando Villanueva del Campo, que estudia los « Partidos Democrático-Revolucionarios en Indoamérica », trabajo muy importante. El número, en sus notas de libros, dedica especial espacio al *Pensamiento Político de Haya de la Torre*. *Combate* está, pues, vuelto hacia el combate de hoy con sus proyecciones futuras.

A. B. F.

Colaboradores

- AQUILINO DUQUE, joven escritor español, colabora en diferentes revistas literarias de su país.
- K.A. JELENSKI, escritor polaco residente en París, forma parte del Comité de Redacción de *Preuves*. Ensayista literario y político, crítico de arte, publicó recientemente en Italia una obra sobre la cultura polaca después del deshielo: *La realtà dell'Ottobre polacco*.
- LUIS MONGUIO entró por oposición en la carrera diplomática española, en la que sirvió hasta el fin de la guerra civil. Emigrado a Estados Unidos, fue profesor de Mills College; desde 1957 es catedrático de español en la Universidad de California. Sus principales obras son: *César Vallejo. Vida y obra* (1952), *La poesía postmodernista peruana* (1954) y *Estudios sobre literatura hispanoamericana y española* (1958).
- WILLIAM PHILLIPS, escritor norteamericano; es en la actualidad el director de la conocida revista *Partisan Review*, de Nueva York.
- GREGORIO SAN JUAN, joven poeta español, con escasa obra en revistas, colaboró junto con Vidal de Nicolás, José María de Basaldúa y Julio F. de Maruri en *Cuatro poetas de hoy*. En la actualidad trabaja en un nuevo libro de poesía y en una antología de la poesía vizcaína.
- ANTONIO STEMPEL PARIS, escritor y diputado venezolano, es actualmente jefe de información del ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela. Publicó, entre otras cosas, *Los hombres, el camino y el mar* y *El recado del ángel*.

Documentos

El Congreso por la Libertad de la Cultura y la situación en el Paraguay

« Dentro del proceso de los países de América Latina hacia una mayor democracia político-social, Paraguay, sometido a la dictadura del general Stroessner, parece ser una excepción. Si bien los problemas económicos y sociales se plantean de una manera por demás aguda y las indispensables relaciones con los vecinos geográficos condicionan la solución de problemas esenciales, es lo cierto que el actual régimen militar mantiene al país prácticamente en el aislamiento y el estancamiento.

« Ni los partidos políticos, prohibidos o amordazados ; ni los sindicatos, sin libertad de acción ; ni la juventud intelectual, imposibilitada de asimilar los valores creadores de una cultura libre, pueden intervenir activamente en la necesaria transformación del país, condenado por la dictadura al inmovilismo. A esto se añade el hecho de que unos 400.000 paraguayos, en su mayoría obreros calificados, estudiantes e intelectuales, se ven condenados a permanecer en el exilio, no pudiendo reintegrarse a la vida nacional mientras no se restablezcan los fundamentales derechos humanos, se emprenda una indispensable reforma agraria y se le abran nuevas perspectivas a la modernización de las industrias, y, consecuentemente, al desarrollo de la democracia política y la justicia social en favor de los dos millones de habitantes.

« El Congreso por la Libertad de la Cultura dirige el presente llamamiento a todos sus Comités y colaboradores, principalmente en el ámbito americano, para que le presten su calor y su apoyo a la emigración paraguaya y a los elementos democráticos del país, en su lucha por el restablecimiento de las libertades democráticas y culturales en ese rincón de América, sometido desde hace veinte años a la triste condición dictatorial. »

La integración cultural latinoamericana

En 1959 el Comité Chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura organizó en la Universidad de Chile un acto en el cual el poeta Julio Barrenechea —Premio Nacional de Literatura y ex presidente de la Sociedad de Escritores— expuso un plan continental para la integración cultural latinoamericana. El 15 de agosto de 1961 inició Barrenechea una gira por distintos países hispanoamericanos. A su regreso, Barrenechea dio a conocer en El Mercurio de Santiago de Chile, el 2 de enero de 1962, los aspectos más importantes de su misión :

« Considero que en estos momentos, en que se orientan los esfuerzos hacia el desarrollo material y la integración económica de nuestros países, es indispensable complementar el esfuerzo del incremento cultural latinoamericano, sobre la base fundamental de fomentar ampliamente el mutuo conocimiento. Los latinoamericanos, en general, no nos conocemos y en consecuencia no sabemos lo que somos.

« La integración cultural tiende a revelar esta verdad profunda a nuestros pueblos. Sostengo que nuestros países, que se autodeterminan subdesarrollados desde el punto de vista económico, no lo son igualmente en el terreno cultural. Cada uno posee valores extraordinarios, no sólo in-

trínsecamente de categoría continental, sino también, muchos de ellos, de calibre universal. Sin entrar a descubrir un sentido o una característica común, debemos aceptar que la sola suma de las culturas de los países latinoamericanos representa un fabuloso aporte a la cultura del mundo. Podemos decir, con énfasis, que tenemos una poesía, una novela, un cuento, un teatro, una música, un arte plástico, un pensamiento, un espíritu latinoamericanos, elaborados por miles de trabajadores de la cultura, que le dan luz al alma de este cuerpo gigantesco de 180 millones de seres.

« Pero, como por falta de intercambio, como por ausencia de una acción correlacionadora suficiente y por barreras que vuelven lejanos a los países vecinos, nuestros valores y sus obras sufren una congelación local, sin reales posibilidades de expansión.

« El caso del escritor nos puede servir de ejemplo. En cualquiera de nuestros países, salvo las raras excepciones que se imponen por sobre las fronteras a pesar de los inconvenientes, la edición de una obra debe medirse de acuerdo con la capacidad de consumo local. Si para ciertas obras, del presente o del pasado, merecedoras del conocimiento exterior, se creara el rango latinoamericano otorgado por un Consejo idóneo, podrían realizarse ediciones de un volumen correspondiente a la suma de la capacidad de consumo de todos nuestros países. Es lo que ocurre en América del Norte, donde justamente las ediciones corresponden a la capacidad de consumo, surgida de una población de 180 millones de habitantes. Como en todo, el Norte tiene la solución por estar unido, en tanto nosotros por estar desunidos tenemos el problema.

« Las obras de jerarquía latinoamericana deben editarse a escala internacional y circular sin vallas aduaneras, creándose el Mercado Común del libro latinoamericano.

« En materia de artes plásticas hay algún avance, pero no es suficiente : la exposición bienal que se celebra en São Paulo y la invitación que ahora mismo está formulando Argentina a cuatro países para una exposición conjunta. Debe haber una exposición de artes plásticas rotativa, latinoamericana, celebrada cada dos años, por turno, en una de nuestras capitales.

« Las cátedras de cultura latinoamericana, con textos uniformes para todos los países, las bibliotecas y museos de arte con el mismo sentido, las misiones culturales mixtas, los encuentros corales, los festivales de teatro y cine latinoamericanos, la creación de nuestro propio premio Nóbel, todas éstas y muchas más son iniciativas que debe llevar a la práctica, con un carácter intenso, de movimiento, un organismo correlacionador superior, que con el nombre de Comisión Cultural para América Latina, desarrolle en el plano cul-

tural lo que ha pretendido la CEPAL en el plano económico.

« En todos los países recorridos hablé con la prensa, con los escritores, con los dirigentes culturales, con las autoridades. Ocupé las tribunas públicas, las aulas universitarias, la radio y la televisión. En todas partes tuve el eco que siempre tienen esas ideas que están en la mente de todos y que el que las formula sólo las ordena y clarifica. Puedo decir que la integración cultural latinoamericana se siente como una necesidad.

« Deseo subrayar que donde los resultados superaron con mucho a las expectativas fue en Venezuela, cuyo Presidente, nuestro antiguo amigo Rómulo Betancourt, reunió (...) a la plana mayor de la intelectualidad venezolana y después de permitirme exponer mi proyecto le dio el apoyo de su gobierno, haciéndolo suyo e instruyendo al ministro de Educación, Dr. Leandro Mora, para que formara una comisión preparatoria que se preocupara de todos los detalles para que Venezuela formulara la proposición en la reunión internacional pertinente.

« También debo citar de manera especial el resultado obtenido en Buenos Aires, donde la Sociedad de Escritores Argentinos aprobó con entusiasmo la idea en principio y el director del Departamento Cultural de la Cancillería, don Rafael Ezquerra, obtuvo la comunicación al Ministro de Educación de Venezuela, expresando la adhesión del gobierno argentino al plan de integración y, además, las instrucciones al Embajador argentino en Caracas para que hiciera verbalmente la misma manifestación.

« La Comisión Cultural para América Latina podría originarse de distintas maneras, preservando siempre su razón de ser, o sea su carácter estrictamente latinoamericano y en consecuencia su autonomía e independencia con respecto a cualquier tutelaje. Podría nacer como la CEPAL, en la ONU, a manera de organismo regional. Podría acordarse su creación en la futura reunión de ministros de Educación, que se verificará en Bogotá en junio de 1962, o bien podría surgir de una reunión de representantes de la cultura latinoamericana especialmente convocada para este objeto. »

Correspondencia

Señor Director :

Ustedes, los intelectuales de izquierda no comunistas, han constituido una Sociedad de Elogios Mutuos con el objeto de no darle entrada a los de derecha o centro. Serán muy devotos

por la libertad de la cultura, pero nada más publican trabajos de autores de tendencias izquierdistas. Por esta razón escribimos esta carta convencidos de que no merecerá ser publicada.

Quiero comentar brevemente el trabajo titulado « La próxima revolución norteamericana », por Arnold Toynbee, que aparece en la edición 54.

Parece conveniente llamar su atención hacia un hecho que hemos podido comprobar los que vivimos desde hace muchos años en Estados Unidos y somos ciudadanos de este país. Se evidencia cada día más que la inmensa mayoría del pueblo está contra las teorías de izquierda que están arruinando el país, moral y económicamente ; no han logrado resolver un problema pendiente y han facilitado una peligrosa infiltración del comunismo internacional en vitales sectores de la sociedad. Afortunadamente en las Universidades es donde se comprueba lo que afirmo ; los jóvenes estudiantes reaccionan masivamente hacia la derecha bien entendida o el centro y desdeñando las enseñanzas socialistas de los profesores.

El Sr. Toynbee recomienda una doctrina muy « liberal » para resolver el problema de desempleo que crea la automación ; que los obreros no sólo trabajen para mantener a sus familias y al gobierno, sino también a los que no laboren. Se trata de convertir a la minoría en zánganos de la colmena humana sin que presten beneficio a la sociedad. ¿ Cree sinceramente el Sr. Toynbee que los que trabajamos estamos dispuestos a aceptar esa solución? »

Hay varios medios que pueden utilizarse para solucionar el problema. Prohibir que las mujeres casadas en general, y especialmente las que tengan hijos, trabajen fuera del hogar ; esto disminuiría considerablemente el desempleo y ocuparían sus puestos los desempleados. Así se reivindicaría el hogar porque la criminalidad juvenil se debe más que nada a que los hijos no tienen el cuidado directo de la madre. Si no quiere aceptarse esa solución, se podrían rebajar las horas de trabajo para que todos tengan que trabajar.

De todas maneras estoy seguro que no habrá que tomar drásticas medidas porque la automación producirá a breve plazo más fuentes de trabajo por las nuevas industrias que por su implantación han de crearse ; así ha sucedido con todos los adelantos tecnológicos, pero obligarnos a unos a trabajar, mientras los restantes se dediquen a cantar maravillas al izquierdismo que los ha convertido en potentes, me parece injusto, inmoral y contrario a la lógica. Si prospera la tesis espero que el Sr. Toynbee me obtenga un puesto entre los que cobran y no trabajan.

De usted muy atentamente.

MARCIAL DIAZ

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a *Cuadernos* que nos envíe el nombre y la dirección de un nuevo suscriptor incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :

- GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales.
JOSE EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
PIO BAROJA : Triptico.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.
LIBRO BLANCO : El Tibet y el imperialismo chino.
JOSE ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
JOSE ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.
VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.
AMERICO CASTRO : Hacia Cervantes.
S. SERRANO PONCELA : Un olor a crisantemo.
JULIAN GORKIN : España, primer ensayo de democracia popular.
CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ : De ayer y de hoy.
GUILLERMO DE TORRE : El fiel de la balanza.
GUILLERMO DE TORRE : La aventura y el orden.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de a partir del N°, a nombre de (1) :

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA

Europa : 1 año : 28 NF

América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

(Concederemos, hasta el 31 de marzo próximo, un descuento del 30 % sobre estas tarifas.)

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	Otros países europeos	América del Norte	América Latina
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 6 \$ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 3,25 \$ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO, Sr. Andrés, Librería Séneca, Huérfanos 656. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA

BOGOTÁ, Vicens, Mestre y Cia., av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia. - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Vicente Pérez, 9a, av. 13-42, zona I, Int. 7.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INDIA

BOMBAY I, Indian Committee for Cultural Freedom, Mahatma Gandhi Road, 148.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2 Zlenov Street.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy - Librería Campos, Allen esq. San José. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA

ESTAMBUL, A. Mazarakis and C^o Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.



NOVEDADES

BIBLIOTECA BREVE

LA RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR, de Pedro Salinas

En este volumen en el que se recogen ensayos prácticamente inéditos, toda vez que aparecieron la mayoría en revistas universitarias latinoamericanas de reducida circulación, el gran poeta hace gala de una extraordinaria madurez de pensamiento y de una prosa rica, ágil y, cuando se tercia, agresiva.

LA AVENTURA ESTETICA DE NUESTRA EDAD, de Guillermo de Torre

La producción de Guillermo de Torre, fundador del movimiento ultraísta allá por los años veinte, catedrático de la Universidad de Buenos Aires y director de varias colecciones editoriales en Hispanoamérica, es poco conocida en España. El presente volumen reúne una selección de las páginas más significativas de sus libros: "La aventura y el orden", "Tríptico del sacrificio", "Picasso, Apollinaire y el cubismo", "Claves de la literatura hispanoamericana", "Problemática de la literatura", etc., precedidas de un interesante estudio de Ricardo Gullón.

CAMPOS DE NIJAR (2.ª edición), de Juan Goytisolo

"El novelista Juan Goytisolo no ha podido proporcionarnos un más oportuno cuaderno de viajes para pregonar con el ejemplo su actitud humana y su cabal idea de la función social del escritor."

El Espectador dominical (Bogotá).

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

Provenza 219, Barcelona 8, España



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

59

ABRIL DE 1962

PAULINO GARAGORRI

De Unamuno y sus virtudes actuales

GEORGES SUFFERT

La mutación de los intelectuales franceses

RICHARD LOWENTHAL

Nikita Kruschef y la destalinización

JERONIMO MALLO - JORGE FREYRE - VICTOR ALBA

*Significación y perspectivas de la
"Alianza para el Progreso"*

ALEX PEREYRA FORMOSO

Punta del Este : un síntoma

ESTUARDO NUÑEZ

Europa, América y la literatura de viajes

GUILLERMO DE TORRE

La aceleración del tiempo artístico

4º P. 5926

Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12. Tel. 231 30 43. Madrid

ACABA DE PUBLICAR :

OBRAS COMPLETAS tomo VII de José Ortega y Gasset
580 páginas, encuadernado en tela, 250 pesetas.

Para los numerosos lectores que poseen los seis volúmenes de las « Obras completas » de Ortega publicamos ahora tres tomos más incluyendo las obras aparecidas con posterioridad a su muerte. Estos tres tomos, que completan efectivamente todo lo escrito por el gran filósofo, aparecerán dentro del primer semestre de 1962. En este tomo VII se incluyen « El Hombre y la Gente », « ¿Qué es filosofía? », « Idea del teatro », « Goya » y varios ensayos sueltos.

EL RAPTO DE EUROPA, por Luis Díez del Corral
segunda edición, 352 páginas, 100 pesetas

Esta obra, desde su publicación original en castellano, se ha visto traducida al alemán, francés, holandés, japonés, italiano e inglés, dentro del catálogo de editores de máximo prestigio de cada uno de los países correspondientes. Ahora aparece la segunda edición en castellano, revisada por el autor. La más lúcida interpretación histórica de nuestro tiempo.



SUMARIO

NUMERO 59

ABRIL DE 1962

De Unamuno y sus virtudes actuales	PAULINO GARAGORRI	3
Conversación con Silone	KENNETH ALLSOP	12
La mutación de los intelectuales franceses	GEORGES SUFFERT	15
Kruschef y la destalinización	RICHARD LOWENTHAL	21
<i>La « Alianza para el Progreso » :</i>		
Su verdadera significación	JERONIMO MALLO	29
Perspectivas económicas	JORGE FREYRE	35
Obstáculos y posibilidades	VICTOR ALBA	43
Dos poemas	RAUL VERA OCAMPO	51
Europa, América y la literatura de viajes	ESTUARDO NUÑEZ	52
La aceleración del tiempo artístico	GUILLERMO DE TORRE	59
Literatura comparada como disciplina literaria	JOSE DE ONIS	63
Círculo (Poema)	MIGUEL ARTECHE	69
<i>Bellas artes</i>		
Humor y caricatura en España	RAMON XURIGUERA	70
<i>Crónicas</i>		
Punta del Este : un síntoma	ALEX PEREYRA FORMOSO	73
Macapagal toma el poder en Filipinas	WILLIAM B. FINK	77
Obreros españoles en Alemania	FRANCISCO AYALA	81
Balcón de París	DAMIÁN CARLOS BAYON	86

Libros - Revistas - Colaboradores

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

PAULINO GARAGORRI

De Unamuno y sus virtudes actuales

En diciembre de 1961 algunos estudiantes quisieron celebrar un acto en homenaje a Miguel de Unamuno, en la Universidad de Madrid, al que fui invitado a participar. Estas cuartillas reproducen mi proyectada intervención, pues por causas ajenas a sus organizadores el homenaje no se efectuó.

LAS EVOCACIONES de aniversario no son escasas en nuestros días aunque suelen menudear las de fechas pretéritas, sin duda eminentes en la historia de la cultura española. Vivimos embarcados por nacimiento en una tradición colectiva nacional y sería impiedad no volver la mirada al pasado para recordar a nuestros mayores en el linaje mental. Pero la tradición decisiva sobre la actualidad, el pasado más influyente es el ayer inmediato. Y ocurre, por desgracia, que debido a la ruptura que la guerra civil impuso en la continuidad de la vida pública, y a la propaganda político-cultural que en vencedores y vencidos sucedió a la contienda (y propaganda es sinónimo de mentira o, más bien, es siempre falsificación de la verdad), nos hallamos en una situación que se caracteriza por la ignorancia en que los jóvenes se hallan de lo que se ha querido, de lo que se hizo, de lo frustrado en la vida española durante el primer tercio de nuestro siglo. El mayor peligro de la situación presente sería que los jóvenes se conformasen con el insensato adanismo que en uno y otro bando llama « estúpido » al siglo XIX y menosprecia cuanto hicieron las generaciones próximas pasadas ; y omitieran en su formación los valores ejemplares de esa reciente historia española. Pues lo más grave del que pierde la memoria no es que ella le falte,

es que no advierte que la ha perdido y acepta sin saberlo el empobrecimiento de su existencia.

La obra de Miguel de Unamuno contiene desde sus primeros escritos hasta los últimos días de su vida que acabó con los del año 1936 —hace, pues, ahora veinticinco años—, una de las más intensas batallas que la inteligencia y el patriotismo han librado en ese tiempo por la reforma y el saneamiento de España. Por ello, esta iniciativa que han tenido algunos estudiantes de la Universidad madrileña de sacar a Unamuno a la luz pública para evocarle y exaltar su obra al conmemorar este aniversario de la muerte del Rector perpetuo de la de Salamanca, me parece un síntoma feliz, un indicio de que quizás sienten curiosidad por ese ayer vecino ; y si es así, si se preocupan en revivir y comprender la obra y la vida de los españoles de ese tiempo —de los famosos y de los secundarios también influyentes— conseguirán algo inestimable y necesario : entenderán mejor cómo y por qué ha sido construido el presente con la figura que hoy nos ofrece, y aun por qué son ustedes tales cuales son, es decir, obtendrán claridad sobre sí mismos, sobre la trama histórica que les da el hilo con que tejen sus vidas.

El comentario a Unamuno no se presta al esquema. Escribió y vivió actuando no-

toría y asiduamente durante más de cuarenta años, y cultivó —o, mejor dicho, los cultivó en él reformándolos a su manera— casi todos los géneros literarios. La poesía, el teatro, la novela, el relato de viajes y paisajes, las memorias y recuerdos, libros formales de tema filosófico y religioso, numerosos ensayos, innumerables artículos e infinitas cartas privadas —quizá el género más próximo a Unamuno—, recogen las huellas de un pensamiento, al parecer, de múltiple y diversa fisonomía. Sin embargo, bajo esa heterogeneidad de superficie resaltan inequívocos, recalcados morosamente escasos temas. Ello es, en rigor, frecuente en los auténticos pensadores, en los hombres cuya mente se diría predestinada para comunicar determinadas intuiciones que rigen su espíritu hasta el punto de someter sus vidas a la servidumbre de su incesante declaración. Y en Unamuno el caso es extremado: él confiesa que un solo y único tema moviliza sus pensamientos: cómo saltar sobre el muro abismal de la muerte sin perderse de sí, manteniéndose en vida perdurable sin término ni acabamiento.

Pero no intentaré recordar ahora el perfil dilatado de su obra ni tampoco ese centro definitivo. Voy a subrayar —sólo eso— dos temas en los que la insistencia y el análisis de Unamuno me parecen hoy ejemplares porque coinciden con valores que se hallan degradados o ausentes en buena parte de la juventud contemporánea. Uno es su radical individualismo; otro es su profunda, su patética religiosidad. Individualismo, religiosidad: dos principios que, según temo, no levantan en muchos de los jóvenes la temperatura del interés. Por ello voy a dedicarles mi intervención.

Hace algunos años se elevaban con frecuencia voces alarmadas porque la vida individual sufría presiones socializadoras. Hoy, la socialización de las vidas personales no es ya una amenaza ni un peligro; se trata de un hecho consumado, de un carácter del presente. La « rebelión de las masas » se termina porque las masas se hallan en el poder; es decir, quienes lo ejercen las temen y halagan: están a su servicio, y el interés social, la primacía de la conveniencia del grupo frente a la del individuo se acata como algo natural y reconocido. Los principios socialistas se instauran

sin oposición en el mundo europeo por obra de repúblicas, monarquías, dictaduras o generalatos; sin duda, con diversos grados, pero uniformemente obedientes a lo que parece ser el irresistible impulso, la dirección única del presente.

En nombre de los derechos colectivos, las transformaciones actuales menosprecian los que parecieron a otras generaciones « sagrados derechos del hombre », que eran sustantivamente individuales. Ciertamente, en postrer instancia, el socialismo no persigue al individuo; por el contrario, pretende construir una sociedad futura en la que la expansión personal fuese óptima para todos. Por ejemplo, la tierra prometida en la utopía marxista quiere ser beatamente el paraíso de las masas y de los egregios. Pero lo que de hecho se practica actualmente en todos los gobiernos bajo esa presión socialista es una rigurosa asfixia de los móviles individuales, y así los principios propios del individualismo vagan desterrados o emergen de modo vergonzante.

No intento, claro está, insinuar ahora la discusión de este enorme hecho histórico cuyas raíces mentales y extrarracionales son por demás azorantes y azarosas, y cuyo logro o fracaso se reserva el futuro. Lo que pretendo es, meramente, advertirles que por ser esa la atmósfera dominante les importa sobremanera a cada uno de ustedes asomarse además a otros paisajes contradictorios. Y ello, cuando menos, por dos razones: una, elemental, es la innegable fertilidad educativa del contraste, pues sin percibir los límites que recortan a un fenómeno, sin la « distinción » que exigía Descartes en el acto de conocimiento, es imposible entender algo adecuadamente. Pero, sobre todo, por otra razón delicada y personal: los estudiantes pertenecen a la minoría humana que practica una efectiva elección entre sus vidas posibles al optar por una u otra carrera, es decir, por alguna de las profesiones establecidas en la sociedad contemporánea; el aprendizaje, que es el oficio propio de la juventud, consiste, se dice, en capacitarse para llevar a cabo con eficacia esa incorporación social de sus vidas. La sociedad actual ha adquirido estructura burocrática y se presenta como un sistema de puestos y empleos que les fuer-

zan a decidir entre ellos lo que van a ser. *Lo que van a ser...* No hollemos de paso esta expresión vulgar y metafísica que tan íntimamente les afecta. Es una de las categorías básicas de la vida misma ; de la vida humana, no de la biológica. El « ir a ser » algo, el « serlo » efectivamente, y el « haberlo sido » son modalidades radicales de la vida misma que la conforman en su totalidad, porque el objeto de esa acción no es algo transitivo, sino una determinación del sujeto mismo ; lo que « voy a ser », « soy » o « he sido » es *yo mismo*, modela a mi propio yo personal. Esa situación básica definida por el hecho de que su ocupación principal es elaborar las condiciones de su propio futuro —es decir, que su trabajo es preparar « lo que van a ser »— es precisamente la suya ; y en esa expectativa tiene una parte visible la estructura de la sociedad que nos circunda, pero no es menos evidente que otra parte aún más decisiva corresponde a el yo individual, personalísimo, insustituible porque es intransferible y con el cual cada uno nos hemos topado al vivir, a la vez que descubrimos el mundo que nos rodea.

La sociedad nos brinda las profesiones socializadas para, entre ellas, decidir « lo que vamos a ser » ; pero lo decidido bajo esa apariencia, lo puesto en juego es el yo que será el nuestro, porque el yo personal es algo maleable y viviente, no es un centro geométrico sin materia. La situación de los jóvenes consiste en lo esencial (aunque el goce o el pesar del presente les parezca lo más importante), en tener el yo aún en vilo, pendiente de lo que hagan consigo. Y el aprendizaje más propio de la juventud, antes que el del perfil de la sociedad envolvente es, en rigor, el del reconocimiento del yo personal de cada uno ; pues la juventud es el momento óptimo, irreplicable para que cada cual se encuentre a sí mismo, para que se encare con quien él es, para que se conozca en su propia y personal individualidad. La pregunta que el joven dirige constantemente en torno suyo, sin proferirla casi nunca, es siempre la misma, ¿quién, cómo soy yo? Los jóvenes tienen, sin duda, la misión de incorporarse a una sociedad, pero antes y más esencialmente han de adiestrarse para ese irremisible proceso de diferenciación individual

que les lleve a la apropiación efectiva de su auténtica personalidad. Es ingrato, pero obligado, recordar que una vida lograda —lograda en ese sentido de incluir una adecuada apropiación del ser personal—, es un caso insólito ; muchas vidas son tristes caricaturas de sí mismas, de sus efectivas posibilidades ; y uno de los ingredientes de ese común fracaso es el imperfecto o nulo conocimiento que de sí mismos obtienen los individuos. Un hombre que no se conoce bien, que no sabe —valga la expresión— usar debidamente de sí mismo, es un deficiente en la índole de su vida misma. Pero por desventura, esa tarea íntima del propio conocimiento no se aprende, y no se aprende porque no se enseña, y no se enseña porque nadie la sabe aún. El hombre es así, el « animal fantástico » : capaz de proyectarse y regresar del cosmos, pero incapaz de saber cómo es el que lo ha conseguido.

Pues bien, en esa ocasión tan delicada y grave como es el despertar individual, para esa aventura incierta del aprendizaje de uno mismo, la obra de Unamuno contiene una levadura inestimable. Para arrancar al sujeto del sonambulismo de la vida cotidiana, para enfrentarle con su intimidad y enseñarle a percibirla, reconocerla, medirla y, en posesión de sí mismo emerger del embotamiento de una existencia invasora socializada a la vida personal, las páginas de Unamuno pueden obrar una acción catalizadora benéfica. Raros escritores alcanzan con la frecuencia de Unamuno la temperatura emocional en la que esa revelación se favorece. Una gran parte de sus escritos pudieran acogerse al programa y al título de uno de sus ensayos, el denominado « ¡Adentro! ». Hay en la prosa de Unamuno una constante irradiación que mana desde la intimidad y nos conduce fácilmente hacia adentro, hacia la interioridad de cada uno, hacia el reducto solitario, individual que sólo habita el yo que hemos logrado hacer —cada cual— mío. Porque —ya lo he recordado— el yo es algo viviente y maleable ; en rigor, cada uno nos enfrentamos con varios « yo » posibles. Unamuno analiza agudamente en el fondo de la persona las tensiones que ligan y separan su central dinamismo. Y afirma : « Además del que uno es para Dios —si

para Dios es uno alguien— y del que es para los otros y del que se cree ser, hay el que se quiere ser. Y que éste, el que uno quiere ser, es en él, en su seno, el creador, y el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos » (Prólogo a *Tres novelas ejemplares*). En ese despertar y aprendizaje no se trata en verdad de alcanzar tan sólo el conocimiento de uno mismo ; al conocimiento ha de seguir la adhesión de la voluntad y la decisión de optar frente a las solicitaciones del ambiente o del menor esfuerzo, por el sí mismo más auténtico, más verdadero.

Como Agustín de Tagaste, como Rousseau o Kierkegaard, como Senancour —su más fraterno amigo—, Unamuno es maestro —y el maestro más cálido e inmediato a vosotros, empapado de la dramática vida de la « inteligencia » española— en la exploración de la soledad personal, en la afirmación del individuo incanjeable que cada uno somos. Por ello creo que la huella de su enérgica mano —ya invisible—, sus vehementes escritos pueden brindar una ayuda cordial para aprender a zambullirse en la compleja interioridad, hacia el adentro donde mora la personalidad, y descubrir y aceptar un yo propio efectivamente querido, hecho mío, que lleve tras de sí la navegación de nuestra existencia.

Pero el individualismo de Unamuno, aun con frecuencia exasperado, no es —importa reconocerlo y decirlo— un caso de narcisismo solitario, su obra no se remata en una satisfacción aislada. « La individualidad —escribe Unamuno— dice más bien respecto a nuestros límites hacia afuera, presenta nuestra finitud ; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites —o, mejor, no límites—, hacia adentro, y presenta nuestra infinitud » (*Ensayos*, « El individualismo español »). Y ese reducido interior de la persona no es, en rigor, insolidario ; precisamente halla su frontera —y aun su justificación para Unamuno— en el segundo tema que me he propuesto recordarles ahora : el de su patética religiosidad.

Una de las facciones más inéditas y explícitas del mundo contemporáneo es el ateísmo frío o beligerante de amplias porciones de la humanidad coetánea. Las ma-

yorías de los países que gobierna el programa comunista y las minorías de los países occidentales en los que el hecho se publica, lo proclaman paladinamente. Pero la profesión de ateísmo es, a mi entender, una fórmula inane o envuelve una afirmación gratuita. Si el ateo pretende rehusar la imagen divina que ofrece una religión determinada, es siervo de ella, y lo único positivo y visible en su decisión es el contenido de aquello que niega. Si intenta una negación genérica, en rigor, ocurre lo mismo ; lo positivo de la negación es el conjunto de los deísmos de las diferentes religiones con las que se enfrenta. Y si se tratase de una negación de la efectividad de toda idea posible de la divinidad, ésta sería una posición irresponsable. Ciertamente que la afirmación expresa de que la imagen divina ofrecida en los textos de una profesión determinada corresponde a la realidad, es la más alentada que cabe en labios humanos ; pero la afirmación contraria, la de que nada corresponde a ninguna idea posible de la divinidad supone tal soberbia que delata perfecta insolencia. Es bien sabido que *de facto* en tales formas de ateísmo beligerante ocurre que el hueco divino es prácticamente ocupado por otras entidades o ideales —la naturaleza, la humanidad, un reino futuro, etc.—, a los que se endiosa en cuanto que su papel en el sistema de las convicciones de hombre suple, en su función trascendente, a la divinidad negada.

Y aun sin contar con esas formas de religión subrepticia, incluso sin acudir a la esfera tradicional de lo religioso (culto, devoción), la misma arquitectura de la vida humana implica en su constitución problemas últimos y primarios que, por fuerza, establecen contacto con zonas allende lo conocido, pero cuya investigación se ha de postular ineludiblemente. Si aceptamos la formulación de Schleiermacher, según la cual la experiencia religiosa es « el sentimiento de una relación de dependencia con algo superior a nosotros y el deseo de establecer contacto con esa misteriosa potencia » (según Unamuno aprobaba) resultará que la religiosidad es una parte integrante de la cultura, y su presunta omisión en la vida contemporánea delata, entre otras cosas, pero muy esencialmente, torpeza y falta de vigor mental. Y además, ignorancia respec-

to del « estado científico » de la cuestión. Las ciencias más perfeccionadas, la física y la biología, nos ofrecen en la actualidad logros prácticos sensacionales : el hombre dispara a la Luna o capta su faz inédita ; pone a su servicio la fauna microbiana y atenaza con triunfos crecientes los morbos hostiles. A la vez, somete a experimento en el laboratorio la trama de la materia física y de la materia viva cuyos límites mutuos se hacen inciertos. Pero se hacen inciertos porque nuestros esquemas mentales de comprensión son impotentes para darnos certeza sobre los nuevos hechos descubiertos. Así, Einstein escribía hace pocos años : « El aumento de nuestro conocimiento de hechos, junto con la lucha por lograr una concepción teórica unificada, que comprenda todos los datos empíricos, ha conducido a la situación actual, caracterizada —no obstante sus éxitos— por la incertidumbre respecto de la elección de los conceptos teóricos fundamentales » (Prólogo a *El universo y el doctor Einstein*, por Lincoln Barnett). Y esta reveladora confidencia es un mero ejemplo de la crisis a que se ha llegado en las doctrinas sobre el conocimiento científico precisamente merced a descubrimientos fértiles. Pero con aludir a esta situación, que ningún interesado en la materia ignora, no intento abonar ningún retorno a mágicas creencias rebasadas, sino invalidar nuevas beaterías « científicas » y cualquier forma de ingenuo materialismo burgués o marxista. La materia, como la naturaleza, son hoy conceptos enteramente vagos e incontrolables en los que no cabe fundamentar una concepción del mundo y del hombre. El orgulloso positivismo científico —avergüenza reiterarlo— pertenece al pasado. Nuestra época es tiempo de modestia y cautela en la actitud mental ; desde una vigilante inseguridad hay que estar libres de dogmas para aceptar la más inesperada evidencia que quizás nuestra época sacará a la luz. Nadie se muere de un ataque de duda, gustaba repetir Ortega ; al contrario, la duda que brota al someterse a los límites efectivos de nuestra precaria certidumbre, es la fuente viva de mayor conocimiento.

Pero esta actitud que es la propia del hombre de ciencia, y la que el estudiante debe proponerse alcanzar, exige sensibili-

dad ante los problemas últimos y primarios. Exige el aprendizaje de algo que tampoco se enseña : el saber ignorar ; la gran tarea de la filosofía.

Pues bien, al margen de la cuestión de cual fuese la religión efectiva de Unamuno, quiero resaltar el valor positivo de auténtica religiosidad, de enérgica remoción de las raíces últimas de la vida que se acusa en sus páginas frente a la bajamar general de esa preocupación. Unamuno, en la literatura española contemporánea, es quien más frontalmente y de manera descarnada y ostensible ha mantenido a la vista los temas radicales del destino humano, los que vinculan precisamente el fondo insondable de la persona al enigma de la trascendencia.

En la novela, desde *Paz en la guerra* (1897) hasta *San Manuel Bueno* (1933) ; en el teatro, desde *La esfinge* (1899) hasta *El hermano Juan* (1934) ; e igualmente en su obra en verso de más tardía iniciación, pero que en su *Cancionero* iba a acoger sus últimos testimonios, es constante la invasión de esas formas literarias por preocupaciones religiosas, morales y filosóficas que se convierten en protagonistas de ellas. Y en su obra más teórica, en sus ensayos, que culminan en su libro máximo *El sentimiento trágico de la vida*, elaborado durante largos años (y cuyo primer título fue *Tratado del amor de Dios*), abundan páginas estrechadas y sensibilizadoras, fértiles para despertar en la conciencia del joven la presencia de los grandes problemas. Temo, sin embargo, referirme a esta gran obra suya en vano, pues ese libro, tan propicio para alimentar las vivencias religiosas, ha desaparecido de las librerías. Pero no quiero traer detalles negativos a este acto, en el que ya he prolongado excesivamente mi intervención.

He pretendido, en homenaje a Unamuno, bogar contra corriente —conforme a un estilo— y recordar dos temas vivaces en su obra y apagados en los fervores actuales. Unamuno es un maestro en cuya prosa se pueden revivir esos temas que sería erróneo y culpable soslayar. Pero además, y quizás sobre todo, quisiera, con mis palabras, moverles a conocer la España vivida por Unamuno, la reciente historia de España en el primer tercio de nuestro siglo, para que les consten los logros y los fallos, las resis-

tencias cerriles y las voluntades resueltas que combatieron en ella. Hasta en la escala zoológica se clasifican las especies por su capacidad para no reiterar el error, y el juicio de la historia suele ser implacable con las generaciones de escasa memoria. Bajo las falsificaciones de la propaganda la historia viva —no la oficial— es continuidad y sería un suicidio no saber aprovecharse de ella. En la obra de Unamuno, sobre sus virtudes actuales, hallarán escenas de esa historia, que es la nuestra, que es la que ustedes continuarán un día no lejano.

Addenda et corrigenda

Al publicar estos apuntes, frustrada su intención circunstancial, quisiera agregar a su improvisación algunas enmiendas y prolongaciones.

*

¿La monotonía de Unamuno le caracteriza, en rigor, como un claro ejemplo de auténtico pensador poseído por la misión de esclarecer y revelar algo que él ha visto privativamente? No lo creo; alcanza acentos maniáticos y egotistas que no aparecen en los casos ejemplares.

*

Aunque las masas estén en el poder no lo ejercen ciertamente por ellas mismas, sino que su imperio suele articularse con alguna forma de la clásica tiranía, con el omnímodo poder personal de un varón insustituible, providente, indefectible conforme aparece en el actual panorama europeo. El caso de Stalin, tras los de Hitler y Mussolini, es el más evidente por hallarse ya desmitificado por sus mismos directos continuadores: otros se irán sucesivamente desvelando. Conviene reconocer que estos regímenes son efectivamente representativos de las masas nacionales. La democracia directa y la autocracia, aunque parecen contrapuestas, se asemejan, conforme es sabido, desde sus principios. « La democracia es para la tiranía como el alfarero para el alfarero, al decir de Hesiodo », refiere Aristóteles en su *Política* (1312 b).

*

¿Qué cambios han sido más influyentes en el proceso de la creciente socialización? En un capítulo que denomina « El espíritu comunitario del siglo XX », de su libro *Teoría y realidad del otro* (tomo I, Madrid, 1961), Pedro Laín Entralgo se refiere y analiza al paso las crisis del « yoísmo », del nacionalismo y del « clasismo », para afirmar que el « pronombre *nosotros* es una de las palabras claves de nuestra atormentada situación histórica ». Es innegable que sensibles apariencias acusan la quiebra de esos tres « ismos », pero los hechos son ambiguos. Ciertamente hoy nadie se recluye en torre de marfil, que nadie practica la vida del estilita, pero un violento particularismo individual preside el trato de las gentes, y bajo él anida el más brutal egoísmo. Ciertamente ninguna nación —o casi ninguna— se organiza en régimen de autarquía, que la autosuficiencia nacional revela ser una pretensión utópica, pero la pasión nacionalista en el orden político conserva energías que actúan gravemente en el presente y sobre el futuro, y no sólo en los países que estrenan anacrónicamente el nacionalismo, sino en los que lo han practicado con mayor oportunidad histórica. Sí, es más inequívoca la crisis clasista, la disolución de los estamentos sociales, que por su índole eran un fenómeno más aleatorio que los otros dos, los principios diferenciadores de las clases sociales —profesión, linaje, dinero, dones personales, etc.— decaen ante los reglamentos niveladores del nuevo Estado-Providencia, que sin embargo originará desusadas jerarquías. Por otra parte, al diagnosticar estos fenómenos convendría insistir en los hechos básicos elementales que fundamentalmente han desencadenado el proceso; hay dos primarios: el crecimiento demográfico y el igualitario humanitarismo de las diversas minorías rectoras. El primero, a su vez, motivado por la higiene alcanzada mediante la técnica (y cuya novedad no es sólo la cifra absoluta de población, sino su cualidad, pues niños y ancianos la componen singularmente); el segundo, por uno de esos cambios de inclinación en la víscera cordial que, en definitiva, presiden el destino humano. Sobre ellos tendrá que actuar la corrección del proceso: la previsión de la natalidad está iniciada, y el redescubrimiento de la des-

igualdad entre los hombres, como principio normativo, también reaparece germinalmente.

*

La desconexión con el pasado que sufren los jóvenes españoles se agrava al ser un caso particular de una situación que afecta a las nuevas generaciones en el ámbito occidental. Aunque en grado y profundidad diversos, lo mismo Alemania que Francia o Italia, como los demás países invadidos por el tercer Reich hitleriano, han sufrido un corte en la vida pública, acentuado porque a la ocupación extranjera se agregaba el colaboracionismo, iniciándose un estado de guerra civil. Un tópico dominante en estas nuevas generaciones ha sido el sentirse sin maestros, fenómeno alimentado por múltiples factores heterogéneos que no cabe resumir, pero que quedará como un hecho decisivo en su formación moral e intelectual.

*

En algunos aspectos Unamuno fue un precursor —por ejemplo, su sensibilidad promisoría frente a la filosofía vigente a fin de siglo—, pero si quisiéramos filiar el tipo de su alma, pienso que ésta pertenece indudablemente a la galería romántica, al pasado. La afinidad —no la influencia— con Kierkegaard y con Senancour, tantas veces proclamada, no pesa suficientemente en los estudios que se le vienen dedicando. Su típico romanticismo aclararía *a priori* bastantes rasgos estructurales de su pensamiento e ideario; e incluso la reiteración de algunas figuraciones simbólicas, como el lago, tan singularmente propias del alma romántica.

*

El personalismo de Unamuno, conforme dejamos señalado, no excluye la apertura hacia el prójimo. Múltiples lugares de su obra testimonian la radicalidad que atribuía a los hechos sociales. « La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo », escribe en *En torno al casticismo* (I, 3); y en el capítulo II de *Del sentimiento trágico de la vida* afirma: « La razón, lo... que distingue al hombre, es un producto social. » Y no es menos significativo el he-

cho de que paladinamente, varios años, profesó el socialismo, lo cual merece reiterarse a los jóvenes actuales, quienes por la lamentable ignorancia a que al principio aludíamos, creen romper moldes cuando endosan prendas manidas. El ensayo « La dignidad humana » ofrece, a mi juicio, una exposición interesante por su contenido y en cuanto expresión del socialismo de los intelectuales en torno al comienzo del siglo. Igualmente, el inicial socialismo de Ortega, revelador del momento a la vez que del proceso de su pensamiento no se ha explicado aún de modo suficiente. En un folleto de la Biblioteca Socialista de la Escuela Nueva (*Luis Blanc y su tiempo*, por Julián Besteiro. Madrid, 1912), se anuncia en el dorso de la cubierta, entre los volúmenes de próxima publicación, un « *Lassalle*, por J. Ortega y Gasset ». Aunque los títulos de los libros anunciados, pero no realizados por Ortega son numerosos, este proyecto —nunca mencionado, que yo sepa— tiene singular interés.

*

La sociabilidad de Unamuno abarcaba el universo entero allende los demás hombres. Su aspiración a la inmortalidad arrastraba consigo, por ejemplo, al animal amigo del hombre. En su « Elegía a la muerte de un perro » (*Poesías*, 1907, pág. 180), imagina su común supervivencia, no queriendo renunciar a su compañía:

*Allá, en el otro mundo,
tu alma, pobre perro,
¿no habrá de recostar en mi regazo
espiritual su espiritual cabeza?
¿la lengua de tu alma, pobre perro,
no lamerá la mano de mi alma?*

Bajo esta peregrina evocación, como tras otros singulares versos de apariencia extravagante, en los que afirma que « el más profundo problema [es] el de la inmortalidad del cangrejo » (*Cancionero*, n.º 70), para concluir:

*Que si el cangrejo se muere
todo en su totalidad,
con él nos morimos todos
por toda una eternidad*

lo que manifiesta es una metafísica repugnancia a cualquier clase de aniquilación

por fútil que parezca. Pero un sentimiento de fraternidad, de interdependencia con todo lo existente me parece un signo positivo que caracteriza a la auténtica religiosidad. Sea la que fuera la índole del enigma de la ascensión del hombre, el hecho es que estamos fabricados con el mismo légamo intramundano que compone cuanto nos rodea.

*

El supuesto individualismo de los españoles es un tópico malsano que, en ocasiones, suele abonarse con una caricatura de Unamuno como ejemplo ; pero lo cierto es que supo analizar y condenó sin miramientos ese proclamado individualismo de nuestra raza. Las consideraciones que contiene el ensayo « El individualismo español », en las que explana su apuntada distinción entre el « individuo » y la « persona », ayudan a comprender que nuestro particularismo es un caso de vicioso individualismo, es decir, que el español común lejos de dissociarse por exuberancia de originalidad lo hace por el impulso de negar y obstruir la eventual originalidad del prójimo ; se trata, pues, más de negar lo ajeno que de afirmar lo propio. Un auténtico individualismo, fruto de riqueza íntima, lejos de consistir en una potencia dissociadora y aislante es una fuerza ejemplar que aglutina voluntades ; donde no brotan estos efectos es que no hay tal individualismo en positivo sentido. En 1908 escribía Unamuno con toda precisión : « Mi batalla en este país que dicen atacado de individualismo y donde en realidad se odia la personalidad y carga a cada uno lo que en el otro es el hombre, es pelear por el respeto y el interés hacia el hombre. » No puede negarse que Unamuno cultivaba con exceso el « llevar la contraria », pero es igualmente cierto que aunó voluntades y presidió movimientos en la opinión pública española.

*

La obligación —en un pensador— de no omitir en el elenco de los problemas ineludibles los que afectan a la esfera de la « religiosidad » no implica, a mi juicio, que el resultado de ese enfrentamiento haya de manifestarse. La única obligación moral

exigible es la de comunicar lo que ve claro, pero pienso que la hay, no menor, de callar donde la lucidez acabe. Otra cosa sólo contribuye a expresar el sonambulismo y la confusión mental que oprimen a la grey humana.

*

La formulación de Schleiermacher ha sido muy positivamente valorada en la filosofía de la religión. Como es sabido, lo que singulariza sus tesis no es el argumento de la doctrina (pues la dependencia y menesterosidad del hombre respecto de entidades que le exceden es algo de siempre advertido), sino el radicar esa dependencia en el sentimiento y no en la conclusión de un proceso discursivo. Dilthey, en su *Vida de Schleiermacher*, le reconoce grandes méritos : « Así como Kant destruyó el edificio de la metafísica filosófica, Schleiermacher, que podemos señalar como el Kant de la teología, ha disuelto también la metafísica teológica con sus oposiciones de racionalismo, sobrenaturalismo, etc. » « La raíz de esta teología se halla en el conocimiento de que la religión constituye una función necesaria en el hombre. En las condiciones en las cuales vive el hombre, el proceso religioso representa la perfección imprescindible de la existencia humana. Pues como se halla dependiente, determinado y condicionado por doquier, en el pensar, en el sentir y en el querer, sólo en Dios y en un orden divino del mundo podrá encontrar el fundamento firme y la garantía de una vida superior. Religión no es dogma. » El interés de estos juicios sobre Schleiermacher reside también en que manifiestan el pensamiento de Dilthey, una de las mentes que han definido los cauces intelectuales por donde discurre nuestro tiempo.

*

La frase de Einstein es un mero testimonio —aunque máximo— de una situación, que no ha hecho desde entonces —1948— sino agravarse desde el punto de vista del conocimiento. La noción de « realidad », que es por fuerza la matriz de todas las demás, se halla entre los científicos en situación flúida. Pero, desde luego, el concepto de naturaleza que se expone por Wer-

ner Heisenberg en *La imagen de la naturaleza en la física actual*, o el de materia que expone Max Born en *Física y política* (1960), por ejemplo, cuenta con la volatilización de los principales conceptos marxisto-burgueses sobre los que descansan las beatrías hoy más extendidas.

*

¿Son problemáticas las positivas creencias religiosas de Unamuno? La verdad es que él se refirió lo bastante explícitamente a ellas como para que no pudiesen parecerlo. Sin embargo, en todo caso, dadas sus incursiones en el campo de la teología de Cristo, es muy natural que la Iglesia Católica Romana definiera la calificación que le merece, desde el norte de su ortodoxia, el pensamiento expuesto en un libro premeditado bajo el nombre de *Tratado del amor de Dios* y en *La agonía del cristianismo*, dejando zanjada la cuestión por quienes tienen encomendado ese oficio. Pero, en cambio, resulta inadmisibles que el *Osservatore Romano* autorice la atrevida acusación de que en la *Vida de don Quijote* y

(1) Considero que en esos « jóvenes » figuran cuantos tienen menos años que los míos ; no, ciertamente, por egotismo, sino por impersonales razones. En 1926 yo tenía veinte años ; salvo raras excepciones, creo que por encima o debajo de ese nivel de edad se produjo la posibilidad de vivir en continuidad el pasado o la probabilidad de anegarlos con las impresiones ulteriores. Perdonezeme puntualizar este dato cuyos efectos intervienen gravemente en la vida española actual.

« Para poder vivir y pervivir en la Historia —que es la vida espiritual—, en la historia nacional ante todo, ya que ésta forma parte de la Historia universal humana, lo primero es tomar posición en ella, situarse. Cabría decir definirse si no se le hubiese dado a este ambiguo y fatídico término un cierto sentido, casi litúrgico, que riñe con el verdadero sentido histórico. Hay que encogerse de sí, el hombre conciente de su propia ciudadanía, de su propia civilidad, y examinar cómo su historia individual, su biografía, se ha fraguado dentro de la historia general de su pueblo. Contemplarse el ciudadano a sí mismo como un producto vivo histórico. »

MIGUEL DE UNAMUNO : « Abolengo liberal » (15 de enero de 1936).

Sancho « viene giustificata la licenziosa condotta di una giovane, Maritornes ».

*

La primera obra teatral de Unamuno, *La esfinge*, redactada hacia 1899, estrenada diez años después y ahora publicada (en *Teatro completo*, Madrid, 1959), resulta un documento revelador sobre la estrecha vinculación que los temas sociales que le impulsaban por aquellos años mantienen con los que luego predominaron en sus páginas ulteriores.

*

En las *Obras completas* de Unamuno, que se hallan en curso de publicación, aparecen por primera vez coleccionados numerosos escritos que ilustran directamente sobre el escenario de su vida. En el tomo VII (1958), por ejemplo, se incluye una serie de conferencias y discursos, que abarcan desde 1896 a 1935, muy aleccionadores sobre la España vivida por Unamuno. Sin embargo, las ediciones de « obras completas » de un autor tienen la ingrata forma de un almacenamiento que, en cierta medida, desvirtúa el hecho social que fue la aparición del libro singular. Quien haya podido experimentar el contraste de una y otra lectura, comprende fácilmente que la aparición de un libro (me refiero, claro está, a los significativos) es un acontecimiento que engloba la intención del autor, el ámbito que la originó y la circunstancia en que aspira a causar efectos. Al tiempo de su aparición esos datos son manifiestos, luego desaparecen y la lectura ha de complementarse aunque sólo se pretenda entender al autor. La lectura de Unamuno —o de otra figura semejante— requiere, si se aspira a no juzgar caprichosamente, esa deseable revisión del escenario de su vida que me permito encarecer a los jóvenes (1).

KENNETH ALLSOP

Conversación con Silone

EN LA FRESCA PENUMBRA de la sala de estar de su piso —se han cerrado ya las contraventanas de madera para protegerse contra el calor del sol en esta mañana del suburbio romano— aparece Ignazio Silone, y por un momento uno imagina que es George Orwell quien ha entrado. El cuerpo, en su traje ligero de color claro y su camisa blanca con el cuello desabrochado, es rechoncho y nada parecido al delgado cuerpo de tuberculoso de George Orwell. Y, sin embargo, es la cara de un hermano : larga y de frente alta ; pelo negro entrecano, peinado hacia atrás ; incluso el mismo fino bigote. Y aún más acentuada es la semejanza en lo que se refiere a la asendereada melancolía y a la sombría y reflexiva tristeza que de cuando en cuando ahuyenta una súbita y radiante sonrisa. ¿Es quizá éste el rostro de los años del decenio 30?

Junto con Orwell, y con Koestler y Malraux, Silone sigue perteneciendo a un grupo específico de escritores revolucionarios de la preguerra, que se distinguen del grupo más amplio de intelectuales políticamente comprometidos como Spender, Steinbeck o Dos Passos. La participación del primer grupo fue física tanto como ideológica, lo que les llevó a pasar por la experiencia de las armas de fuego, de las cárceles y del exilio y a conocer la peor de todas las pruebas : la de soportar, mientras pudieron mantener a raya su desencanto, el dogma de la Internacional Comunista. Hoy, Silone es en su propio país un escritor de sesenta y un años al que se respeta, pero al que se presta escasa atención : la marejada del actual

« boom » italiano le ha dejado de lado en su ola de prosperidad superficial, sustentada en la ayuda norteamericana, y parece como si Silone se hubiera quedado en un banco de arena histórico, como un solitario y pensativo monolito dedicado a los luchadores de la Resistencia que murieron bajo el fascismo mussoliniano. Incluso en el oeste, donde aún se aprecian —y se leen— obras como *Fontamara* y *Pan y vino*, por la belleza y la verdad con que nos presentan la situación angustiosa de los hombres que viven bajo la tiranía, la última novela de Silone, *El zorro y las camelias*, ha tenido el año pasado una acogida más bien tibia. Aunque se la elogiaba por su « humanidad », su « sabiduría » y su « sinceridad », se notaba una falta de interés en ciertas reseñas críticas, en las que significativamente, podían encontrarse frases como « bastante anticuado », « un poco cansado » y « Silone... al que ahora debemos considerar como representante de la vieja generación de escritores italianos ». Difícilmente podían pensar estos comentaristas que la actitud moral implícita en el libro —la insistencia en que la dignidad humana es más preciosa que el orgullo de los sistemas, la repetida advertencia de que el autoritarismo odia incluso la libertad de crecer de una flor— resulte irrelevante o no válida para nuestra época. No, lo más probable es que el aburrimiento que empañaba esos comentarios lo provocaran la localización temporal de la novela —los años 30— y los papeles políticos desempeñados por los protagonistas : el agente fascista, los campesinos comunistas. Ninguno de

los críticos escribía : « Vaya, otra vez », pero se notaba que algunos de ellos habían leído el libro resignados a este embalsamamiento de Silone en un período en que el idealismo era defendible y en que las banderas de nuestra época eran de un blanco y negro immaculados.

Y, en realidad, conversando con Silone uno se da cuenta en seguida de que su punto de vista pertenece aún a aquella época, exactamente al momento glacial en que desobedeció una orden de Moscú para que informara sobre sus camaradas socialistas del movimiento clandestino antifascista italiano, rompiendo consiguientemente con el Partido Comunista. Nos dice :

— « Fue una gran crisis en mi vida, y supongo que esa crisis dejó cicatrices. Aunque traté de ser un militante eficiente, nunca fui un buen comunista, ya que pensaba que el comunismo es algo que en realidad no es. Tardé más de lo que debiera en descubrir esto, pero durante todo aquel período estaba uno tan ocupado en las actividades y los peligros cotidianos de la lucha por la libertad que no se tenía tiempo para escudriñar la verdadera naturaleza del comunismo. Cuando ya no se pudo aplazar por más tiempo la confrontación con la realidad, y aunque no me quedaba otra alternativa, me resultó muy duro tener que abandonar el Partido, abandonar a tantos camaradas, algunos de ellos muertos, otros en prisión. Sin embargo, en cierto modo, cuando llegó el momento, creo que la ruptura interior ya se había realizado.

« Ahora me considero a mí mismo como un socialista sin Partido y un cristiano sin Iglesia. Aún me siento unido a la ética y al idealismo de ambos, pero ya no puedo tener un interés por lo que el Estado ha hecho del socialismo y por lo que la Iglesia ha hecho del cristianismo. Aquí, en Italia, la Iglesia en su efectivo ejercicio del poder refleja simplemente la sociedad de masas de que es parte. Dentro de la Iglesia hay muchas maneras de pensar. Existen en ella hombres a los que desprecio, pero también otros a los que admiro y respeto. Hay quienes aún sueñan con la Inquisición. Pero hay también personas ilustradas y progresistas. Mis libros ya no están prohibidos por la Iglesia y es curioso que a veces lea comentarios afectuosos y favora-

bles sobre mis obras, en publicaciones católicas. Quizá esto se deba a que, aunque éste es un país católico, no tenemos novelistas católicos propiamente dichos —por ejemplo, como Graham Greene en Inglaterra o Mauriac en Francia—.

« Otro aspecto de esto es que mis novelas tal vez no sean muy populares aquí porque los italianos no desean que sus novelistas sean moralizadores. Esos son problemas que competen al cura. Los italianos no han tenido nunca mucho interés por la política, salvo para hacer una carrera o para obtener beneficios, pero raramente por convicción y por deseo de implantar mejoras sociales. El fascismo exageró y agravó algunas de las malas cualidades existentes ya en el carácter italiano, en parte debido a la política deliberada del partido fascista y en parte porque incidentalmente coincidió con los primeros pasos de los medios de comunicación en masa. Uno de los defectos que el fascismo acentuó fue la mentalidad de mendigo, la creencia de que uno se afilia a una organización para obtener algo de ella. Cuando nació el partido de masas, se fomentó intencionadamente la idea de que el que se afiliaba a él disfrutaba de todos los beneficios mientras que al que se quedaba fuera se le negaban todas las ventajas.

« Ahora el fascismo ha desaparecido, pero el partido de masas sigue aún. Los comunistas reciben sus órdenes de Moscú, los cristiano-demócratas las suyas del Vaticano. Y las gentes siguen afiliándose a uno u otro partido con la finalidad de obtener ventajas para sí mismas.

« Otro defecto que el fascismo exageró fue el rasgo italiano de no tener fe, pero hacer los mismos gestos de la fe, por si acaso. El católico italiano no cree de verdad, pero mantiene la simulación de la creencia porque... nunca se sabe. Y lo mismo ocurrió con el fascismo. Cuando cayó, la gente decía que nunca había creído en él, lo que probablemente era cierto. Posiblemente ni el mismo Mussolini creyó nunca en el fascismo. Lo mismo ocurre también hoy con gran parte de los comunistas y de los cristiano-demócratas : no creen, pero continúan practicando el rito sin fe. Si el comunismo fracasa en Italia, sus partidarios vendrán diciéndonos sin du-

da alguna que nunca creyeron en él. Lo cual será una vez más cierto, pero en todo caso supone un terrible vacío moral...

« No me considero a mí mismo como un escritor antifascista. El fascismo fue doloroso, pero resultaba trivial y superficial y constituía una fase pasajera. Mi crítica de la sociedad italiana va más allá y más hondo que el fascismo. La realidad que trato de describir es algo que existía mucho tiempo antes del fascismo y que le ha sobrevivido. Ya no veo la vida en términos de negro y blanco ; quizá como negro y gris, porque he visto ahora que el blanco no existe.

« Sé que se ha planteado la cuestión de si yo había cambiado de idea respecto al fascismo, porque el principal acto de sacrificio en *El zorro y las camelias* lo realiza el fascista, y algunos críticos se han preguntado si yo no quería dar a entender que, después de todo, el fascismo no era completamente malo. Esta es una interpretación equivocada de mis intenciones. El juicio sobre el fascismo es distinto del juicio sobre un fascista. No he modificado mi opinión sobre el fascismo como sistema, pero cuando observo a un fascista, debo lógicamente contemplarle como a un ser humano y juzgarle con piedad y compasión. No es una cuestión de cambio de ideas ; simplemente, al fascismo italiano se le puede considerar ahora en perspectiva como un detalle en el panorama total de los sistemas totalitarios que dirigen la sociedad de masas. Después de todo, el fascismo puede aparecer bajo formas muy distintas, puede llamarse a sí mismo democracia y sin embargo ejercer una dominación de masa sobre el proletariado.

« Esta es la razón de que el papel del escritor resulte hoy cada vez más importante. El escritor pertenece a la sociedad, no al Estado. Cada escritor debe decidir por sí mismo si « se compromete » o no —con esto quiero decir si toma o no parte en la acción política—. Pero su deber sigue siendo defender los derechos individuales contra la invasión o la erosión por parte del Estado. Tiene que poner al descubierto la verdad de que, a medida que la maquinaria del Estado resulta más fuerte y eficiente, se vuelve más hábil para persuadir al individuo de que vive en régimen

de libertad y democracia. Sólo el escritor puede denunciar este fraude.

« Mi propia situación consistía en que durante toda la época que pasé en exilio los escritores que permanecieron en Italia y que continuaron trabajando bajo el fascismo tenían que adoptar un estilo opaco, semejante al de los simbolistas franceses, para evitar que se les reprochase ninguna actitud « peligrosa ». Así, cuando volví, me encontré fuera de la principal corriente de la literatura, ajeno a los críticos y a los demás escritores. Los lectores se habían acostumbrado a una dieta de problemas sexuales y amorosos ; en cuanto a los problemas que a mí me interesan, políticos, espirituales y morales, son extraños al lector italiano corriente...

« La razón de que en más de treinta años de escritor haya publicado tan pocos libros radica, primero, en que escribo muy lentamente y con gran dificultad, y segundo y más importante, en que si dependiera de mí solo, me dedicaría toda la vida a reescribir un solo libro, igual que ciertos pintores de la Edad Media que no hacían más que pintar versiones nuevas del mismo cuadro. Es una lástima que consideraciones de tipo material obliguen a los escritores a escribir un libro nuevo cada año, pretendiendo que se trata de uno nuevo, cuando casi siempre se trata del mismo, vestido de diferente manera. Fundamentalmente, gran parte de los escritores sólo llevan en sí mismos un libro, pero por razones económicas tienen que fingir una fecundidad de que carecen.

« He terminado de reescribir *Fontamara* y *Pan y vino* y estoy ahora trabajando en *El grano bajo la nieve*, que me está resultando dos veces más larga que la novela original. La verdad es que me repugna tener que releer uno de mis propios libros debido a que son muchas las faltas que en él encuentro. De todos modos, esta es la razón de que me sienta obligado a seguir corrigiéndolo y tratando de mejorarlo.

« Creo que el primer libro de un autor es la expresión de su actitud ante la vida. Tras él, cada año que vive debería dar una mayor profundidad, una más sutil refracción a su comprensión de la vida. ¿No es lógico que trate de transmitir a su libro ese mismo crecimiento? »

GEORGES SUFFERT

La mutación de los intelectuales franceses

DE SARTRE Y DE CAMUS, ¿cuál es el que aún está vivo hoy día? Ciertamente, el primero continúa ronroneando ; sus palabras chirriantes golpean de lleno las nubes ; su lanza derriba la fachada de los molinos.

Pero ¿a quién interesa? ¿A quién habla? Desde luego no a los comunistas, perdidos en sus querellas internas, en busca de una equidistancia entre Pekín y Moscú, apasionados por las realizaciones de la revolución albanesa ; no a los comunistas que ya apenas se preocupan de ideología y de dialéctica : Kruschef habla casi como todo el mundo y, en fin de cuentas, apenas si insulta ; tiene otra cosa que hacer, mucho más difícil : gobernar. Un deporte delicado.

¿Apasiona Sartre a los famosos intelectuales de izquierda, a ese puñado que le seguía durante la bella época que siguió a la Resistencia? Ni siquiera a ellos. Algunos hojean aún sus libros, pero es para encojerse de hombros. También esta cohorte de límites imprecisos ha caminado lo suyo. Ayer la política era literatura, y la literatura, política. Las contradicciones se resolvían al final de un estreno teatral, en una pequeña taberna de precio módico. En resumen, la revolución era un juego.

Ahora ya no se juega ; el plástico es plástico de verdad, los paracaidistas disponen de metrallas de verdad ; se asesina a tiros de revólver y los hombres que caen son cadáveres de verdad. La proximidad de la muerte impone un carácter de seriedad ;

sobre los escombros de la democracia, los intelectuales se preguntan por medio de qué sortilegio puede ponerse de nuevo en pie una República aceptable. Con ello, la literatura se marcha por su lado y la política comienza a parecer política.

Miremos más bien del lado de Camus muerto : su altivo moralismo cambia progresivamente de color. Lo que había anunciado sobre el mundo del Este ha venido a ser cierto ; no cabe duda de que había campos, puesto que Kruschef los ha vaciado ; el Este era sin duda a su manera un imperialismo. Hungría, Polonia, la crisis de Berlín, todo confirma la visión que tenía de Moscú el autor de *El extranjero*.

En cuanto a Argelia, Camus había presentado antes que todos los demás su drama profundo y que la tragedia tendría dos personajes, uno y otro entregados a la misma violencia absurda : lo que hoy llamamos las dos comunidades. Y que habría que cargar con uno y otro ; que la metrópoli no se podría lavar las manos ni ante la rebelión nacionalista de la primera ni ante la insurrección desesperada y fascitizante de la segunda ; que en materia de violencia « aún no sabíamos de la misa la media » ; que el cáncer hitleriano no había cesado de supurar ; en una palabra, que los años felices no eran para mañana y que se iba a necesitar una considerable mezcla de inteligencia, de valor y de paciencia para dar con la salida del túnel.

En 1962, ya con cierta perspectiva de

tiempo, Camus acaba por parecer menos en el aire de lo que se decía ; el moralista presentía en qué universo íbamos a encontrarnos, mientras su contradictor de hace diez años prosigue, como un Don Quijote, su lucha encarnizada contra unos decorados de cartón.

LA CUESTIÓN que se plantea es, pues, la siguiente : ¿Es cierto que en el seno del grupo de los intelectuales se ha producido una mutación psicológica y política? Y en caso afirmativo, ¿por qué? y ¿adónde les conduce?

Precisemos primero por qué el problema resulta importante. Después de todo, los intelectuales de izquierda son poco numerosos. Y tienen menos influencia sobre la vida concreta de la nación que un grupo de oficiales o que los dirigentes del gremio de carniceros. No se ve, pues, qué razón hay para estudiar con un cuidado particular el estado de salud de este grupo social.

Pero hacer estas reservas es por el contrario poner de relieve el peso específico de esos hombres en un país como Francia. En Norteamérica, la izquierda intelectual, dispersa en la inmensidad de Nueva York, apenas tiene ningún peso ; la autoridad de que goza ante ciertos profesores no da en fin de cuentas ningún resultado particularmente importante, desde el momento en que los profesores desempeñan sólo un papel insignificante dentro de la vida política norteamericana. Kennedy es uno de los primeros presidentes electos que haya tenido contactos un poco serios con algunos equipos de intelectuales ; de todos modos no hay que exagerar la importancia de ese famoso « brain trust » sobre el actual inquilino de la Casa Blanca.

También en Inglaterra existe una izquierda intelectual que dispone de revistas, de sociedades de cultura y de periódicos ; esta izquierda juega su papel en el seno de la enorme burocracia del Partido laborista ; pero dentro de ese universo sólo dispone de una autoridad muy limitada ; y lo que escribe, lo que dice, afecta muy poco a la sociedad inglesa en cuanto tal.

A su manera, Francia es en este terreno un país privilegiado ; los intelectuales hablan en la universidad y la universidad ha-

bla a la nación ; los enlaces son múltiples, flexibles y diferenciados ; los profesores de la Sorbona escriben en las revistas que leen los alumnos de la Escuela de Administración, los cuales aterrizan dos años más tarde en los gabinetes ministeriales. Naturalmente, las ideas avanzan con dificultad y sufren deformaciones a medida que atraviesan por el seno de la oligarquía. Mas a pesar de todo acaban por encontrar su lugar ; a su manera, *Le Monde* es un producto deformado de la *intelligentsia* de izquierda francesa, y lo leen todos los cuadros del país : intelectuales, sindicalistas, notables y ministros.

Así pues, lo que ocurre en el reducido medio de los intelectuales de izquierda acaba por llegar, si no al país entero, sí al menos a sus cuadros dirigentes. Y a esto es quizá a lo que se debe en parte la evolución del grupo mismo ; para que le oigan a uno, es preciso no estar demasiado alejado de las preocupaciones medias de los cuadros políticos de la nación. Un ajuste inevitable se realiza entre la demanda y la oferta. Debido a lo cual, y gracias a que pueden hablar a alguien, los intelectuales en Francia acaban por verse obligados a pesar sus afirmaciones.

PERO, ANTES QUE NADA, ¿han evolucionado de verdad esos intelectuales? Esquemáticamente, puede afirmarse que el grupo inicial se ha escindido dispersándose en tres direcciones como mínimo.

Una parte del ejército intelectual de los años 46 ha desaparecido con armas y bagajes ; en este grupo hay que incluir a los profesores escritores que se resignaron a ser profesores a secas y a los que se lanzaron en la literatura, el cine o el teatro. Sus preocupaciones ideológicas apenas se traslucen ya en sus obras ; su opinión sólo podemos conocerla al azar de un manifiesto. Por ejemplo, Alain Resnais firmó el llamamiento de los 121 en favor de la insumisión, pero este acto no tiene ninguna influencia sobre el guión de *L'année dernière à Marienbad*. Si bien las primeras imágenes de *Hiroshima mon amour* constituyen una protesta contra la bomba atómica, esta protesta no es una posición específica de los intelectuales. La bomba la maldice el planeta entero, salvo los militares, Kruschef y el

general de Gaulle. Así, pues, hay una separación entre los temas políticos y los temas literarios. La literatura y el cine ya no son de ningún modo « engagés », comprometidos. En la medida en que una y otro ganen en calidad, no cabe sino alegrarse de ello ; pero no es muy seguro. Hay cine bueno y malo, hay buena y mala literatura, lo mismo si hay « compromiso » que si no lo hay ; las historias de parejas amorosas de la « nueva ola » son al fin y al cabo más aburridas que ciertos films « de contenido ».

En todo caso, los que han elegido este camino han abandonado la lucha ; su firma episódica al final de un manifiesto constituye un acto sin alcance real, que expresa probablemente interesantes escrúpulos de conciencia.

SEGUNDA ESPECIE : aquellos a quienes el sentimiento de su soledad iba a llevarles hasta el final de su paradoja. Progresistas hacia el año 1950, aparecen en mayor o menor grado como pro-F.L.N. diez años más tarde. En este punto es interesante observar tal evolución. Y sólo es explicable si se admite desde el principio que los miembros de estos grupos nunca han alcanzado prácticamente una verdadera conciencia política. Siempre por debajo y por encima, nunca al nivel exacto en que se sitúa el acontecimiento, es decir en esa zona donde se entrecruzan los mecanismos psicológicos de las masas, el juego de los imperativos económicos y la incierta voluntad de los hombres. Este tipo de intelectual fundamentalmente « dréyfusard » acepta acercarse a la política sólo porque le parece que es la expresión más alta de una exigencia moral. Llevada al nivel de la historia, esta visión del mundo desemboca necesariamente en una u otra forma de maniqueísmo. Para Foster Dulles, el mundo se descomponía en dos zonas distintas : la de los buenos (el campo de la libertad) y la de los malos (el universo comunista). En último extremo, el universo intelectual de Foster Dulles es religioso. En este aspecto se ponen todos de acuerdo sin dificultad. Pero hay que ir más lejos : el universo de Sartre no es menos religioso ; *grosso modo* es el mismo, sólo que se han invertido los signos.

El universo en el que se mueven los re-

dactores de *Les Temps Modernes* se compone también de los buenos y de los malos. En 1950, los buenos se hallan agrupados en el campo del proletariado, los malos en el de la burguesía. Todo marcha entonces perfectamente, puesto que hay identificación absoluta entre el proletariado y el comunismo soviético. Pasan los años y la dogmática staliniana se va desmoronando ; llega el XX Congreso y comienza en la U.R.S.S. el proceso de rehabilitación de los muertos. El choque es considerable ; su efecto se deja sentir en los partidos comunistas e incluso en las zonas marginales que en parte rechazaban la actitud de dichos partidos, pero que a pesar de todo participaban en su problemática. Como Stalin ya no es Dios, Rájk resulta inocente y Kamev y Zinoviev no tardarán en volver a serlo ; como han hecho observar justamente las juventudes del Partido comunista italiano, un día u otro habrá que rehabilitar al gran maldito : Trotski. Pero los jóvenes del P.C. italiano pecan por falta de lógica, hay que ir más lejos ; el proceso de derrocamiento de los dioses sólo quedará terminado en el día y hora en que se saque de los infiernos al último culpable : Stalin. Es decir en el momento en que se le haya vuelto a colocar en su puesto de hombre relativo ; ese día será posible afirmar que su acción fue útil en tal época, catastrófica en tal otra, inteligente en tal terreno, estúpida en tal otro.

En resumen, la muerte del dios restituye a cada actor de la historia de la Revolución rusa la posibilidad de ser juzgado históricamente con la misma imparcialidad y la misma ausencia de pasión con que hoy podemos estudiar el reinado de Luis XIV. Quizá un día se pueda incluso estudiar científicamente la forma en que funciona realmente una sociedad en la que el Estado —es decir un conjunto complejo de mecanismos técnico-burocráticos— constituye el único centro aparente de decisión.

En todo caso, a través de esta desacralización del fenómeno soviético, toda posibilidad de maniqueísmo simplista se derrumbaba para los observadores del exterior. Ahora éstos tenían que descubrir una nueva frontera entre los buenos y los malos, dado que los antagonismos en el seno del campo soviético hacían difícil la distinción

entre los buenos-buenos y los buenos-malos. A Dios gracias, la aceleración de los nacionalismos en las antiguas colonias de Europa iba a permitir a las conciencias desgarradas efectuar una verdadera traslación psicológica que les restituiría un mundo tan sencillo como el de la condesa de Ségur.

Sin embargo, la explosión nacionalista del tercer mundo no era en sí misma muy diferente de la de los países de Europa durante el final de la primera mitad del siglo XIX : industrialización embrionaria, miseria de una masa que aspiraba a un mayor bienestar material, elaboración teórica intentada por los grupos de intelectuales, todo ello pasando inevitablemente por la etapa nacionalista, primera fase revolucionaria lógica. En sí mismo, el fenómeno sólo podía servir de tema a un lirismo moderado. Había que preparar las transiciones y, si la lucha armada se desencadenaba, pesar todo lo posible en el interior de la propia nación para acelerar el cambio de la relación de fuerzas. El objetivo de la lucha era mediocre, los riesgos considerables. Como la mayoría de los « pasos históricos », éste iba a dejar tras sí una estela de cadáveres, de humillados y de exaltados. La razón exigía que las operaciones se realizaran al menor coste posible. Los gobiernos lo comprendieron difícilmente y lo mismo les ocurrió a los partidos. Al mismo tiempo, la exasperación de las pasiones y el heroísmo de algunos combatientes iban a crear en torno a los movimientos nacionalistas un halo de prestigio ; así en las noches de verano las mariposas se precipitan sobre las lámparas eléctricas. Estaba naciendo un nuevo maniqueísmo : los buenos eran los subdesarrollados, los países del hambre, más exactamente aquellos de entre tales países que escogían conquistar la dignidad por la violencia. Naturalmente, los malos eran las horribles naciones capitalistas cuya clase obrera se iba haciendo cada vez más sospechosa —se negaba a unir su suerte a la de las naciones sublevadas—, y los grandes países socialistas eran también culpables de « blancura ». Este maniqueísmo tendía a convertirse en racial : los blancos eran malos, los otros buenos.

Semejante actitud no podía sino aislar aún más de su público a esta fracción de

los intelectuales. Esta visión excesivamente simplista de las cosas, esta segunda identificación de lo absoluto histórico con el mito de un tercer campo, que venía a suceder al mito del proletariado, todo esto no era como para seducir a la clientela tradicional de los intelectuales. La relativa indiferencia de la opinión pública ante los manifestos y las declaraciones de la aludida pequeña cohorte iba a acentuar la turbación de ésta. Puesto que hablaba en el desierto, es que los hombres que la escuchaban sin convencerse no eran ya hombres. De aquí a concluir que cuarenta y cinco millones de franceses se habían vuelto apáticos, no había más que un paso. Este paso lo dieron algunos. Los años próximos mostrarán si tuvieron razón o no para desesperar hasta ese punto de un país y de un pueblo sin duda más sorprendentes de lo que imaginan.

A decir verdad, la actitud de los dos grupos que acabamos de describir está en la misma línea que sus reflexiones de hace quince años. Por lo demás, todo podría reducirse a las consecuencias lógicas de una « conducta de fracaso » : los primeros huyen e intentan recuperar una coherencia en su arte propio ; la conciencia de los segundos se exagera, va hasta el límite extremo de la lógica, aunque sea al precio de un aislamiento total.

PERO ES SIN DUDA el tercer grupo el que plantea los problemas más interesantes. Su composición es difícil de describir ; el grupo se vio reforzado por la llegada a sus filas de un gran número de antiguos comunistas que abandonaron el partido entre 1954 y 1958, engloba una amplia fracción de los antiguos intelectuales de izquierda « tipo 1946 » y ha asimilado además a los representantes de una generación nueva de jóvenes profesores forjados en gran parte por el sindicalismo estudiantil.

Esquemáticamente, puede decirse que la mutación principal de estos hombres se ha realizado en tres puntos.

En primer lugar, una seria consideración del fenómeno político en cuanto tal, lo que equivale a una negativa sistemática a dejarse engañar. Los hombres que, por ejemplo, han defendido de buena fe las posiciones del P.C. francés hasta los alrededo-

res del año 1954, han adquirido a través de esta experiencia un sentido crítico bastante desarrollado ; no ignoran nada de lo que es el aparato de un partido y de la autoridad prácticamente ilimitada de que disfrutaban los hombres que saben apoderarse de su control. Por lo mismo, les es más fácil hacer extrapolaciones ; cuando se les dice, por ejemplo, que no existen tendencias en el seno del F.L.N., traducen inmediatamente que el F.L.N. juzga inoportuna la discusión pública de sus problemas internos —lo que es su derecho—, pero que éstos existen de todos modos, lo que por lo demás no rebaja el mérito y la representatividad de este organismo, pero le sitúa en su justo lugar.

Pero también los no comunistas se han visto obligados a reconocer las ventajas de la desconfianza. Tomemos el caso de un periodista que, por la época de los acontecimientos de Marruecos, hace campaña en pro de la vuelta del Sultán. Sobrevienen los sucesos de Casablanca ; sus amigos marroquíes, junto a los cuales combate, le hacen saber que la matanza en las Carrières centrales ha hecho mil quinientos muertos ; el periodista pide detalles ; le proporcionan listas. Convencido, publica las cifras y a ellas se atiene con firmeza, contra todos los mentís. Cinco años después, una vez obtenida la independencia, se le revela la verdad : las listas eran falsas, sus amigos le habían engañado, el número de muertos no era superior a cincuenta —lo que en todo caso constituía un hecho desastroso, pero no la matanza que le habían descrito—. Este género de revelación a posteriori conduce a una cierta prudencia. En cuanto a los últimos llegados al equivo —los que proceden del movimiento estudiantil—, su formación sindical les hace por instinto desconfiados, incluso pragmáticos : se muestran reservados con respecto a las teorías generales y les gustaba saber en qué dirección se les conduce. Una actitud, pues, de duda metódica. Es el primer paso en el camino de la razón, si es que continuamos creyendo en Descartes.

DE ESTA ACTITUD CRÍTICA se desprende de modo inmediato un segundo punto : la acción política es más necesaria que nunca ; pero es, por definición, relativa. Todo com-

portamiento moralizador, por ejemplo, resulta ridículo. Las torturas cometidas por los franceses en Argelia constituyen sin duda un motivo de escándalo. Pero la raíz del mal es la guerra ; es con la guerra con lo que hay que acabar, habida cuenta de todos los datos de la situación. ¿Crea la actitud del ejército francés en Argelia una culpabilidad colectiva de la nación francesa? Pregunta absurda, del mismo orden que la que hicieron los tribunales de Nuremberg tras el hundimiento de la Alemania hitleriana. La política no se desarrolla a ese nivel, sino que es un conjunto de juegos de posibilidades y de imposibilidades que no dependen ni de la conciencia infeliz ni de la buena voluntad liberal. Decir por ejemplo : « Argelia será independiente y los franceses de Argelia podrán quedarse en ella », es salirse por la tangente ; si Argelia es independiente, una fracción considerable de los franceses nacidos en Argelia volverán a la metrópoli. De donde la necesidad de organizar su traslado, de estudiar los problemas económicos que se derivarán de ello, etc. ; lo que quiere decir : ¿cómo realizar tal traslado? Pregunta que hay que hacer a los sociólogos, los historiadores, los economistas y los psicólogos.

Por tanto, se acabaron los genios solitarios. Cada problema político expresa una serie de intereses divergentes, de ambiciones contradictorias ; su solución sólo puede buscarla un equipo de hombres de formación diferente, que traten de descubrir los puntos de paso posible, las zonas de interés común, los obstáculos que no hay más remedio que hacer saltar sin más ni más.

Esta actitud es, en fin de cuentas, nueva y vuelve anticuado el estilo de trabajo de los partidos políticos clásicos y caduco el mecanismo de la democracia oratoria. Pero precisamente su resultado es hacer de cada elección política una simple decisión probabilista que lleva aparejado un porcentaje de errores posibles y que produce una serie de consecuencias diversas. Imposible, a partir de ahí, aseverar que se avanza con paso firme en el camino de la justicia ; imposible reconstituir a partir de ahí una visión maniquea del mundo —lo que no quiere decir que todos los actos están justificados, sino simplemente que muy pocos de ellos

ponen en tela de juicio de manera decisiva los inmortales principios.

ÚLTIMA CONSECUENCIA de esta evolución: puesto que el intelectual ya no es un justo que dice en qué consiste el bien, denuncia a los malos y anuncia la venida de los tiempos nuevos, entonces es un hombre como cualquier otro, que tiene por misión el contribuir a esclarecer las situaciones actuales y sus consecuencias y proponer salidas posibles sin tratar con miramientos al auditorio, pero sin por ello aislarse de él.

Vemos, pues, que este comportamiento no es más cómodo que el que le precedió. Ser un heraldo que anuncia la llegada de las legiones, tomarse por Casandra y prever el hundimiento de la ciudad, amurallarse en su soledad y hablar, en una lengua deslumbrante, a mil personas que conocen ya las ideas de uno, pensando en el lugar que se ocupará en los manuales de literatura, no es cosa fácil, pero tampoco es muy difícil. Afrontar una situación de pre-fascismo, imaginar formas de contra-atacar, no perder de vista la situación de conjunto de un universo que evoluciona a prodigiosa velocidad, sugerir alianzas sin forjarse ilusiones, expresar todo esto de una manera clara, para poder ser oído por el mayor número posible de personas, es probablemente una tarea más delicada.

ESTOS SIGNOS de una mutación no prueban que el viejo problema del alejamiento entre los intelectuales de izquierda y los

franceses esté en trance de resolverse. En una situación tan anárquica como la de la Francia de hoy día, resulta perfectamente evidente que la posición de los que en otro tiempo se llamaba intelectuales comprometidos, « engagés », sigue siendo precaria; el país entero doblega las espaldas, sigue los acontecimientos con el rabillo del ojo, guarda la esperanza de que las cosas van a arreglarse y aguarda pacientemente a los Carolingios, como decían los Frères Jacques. Hablar en estas condiciones a hombres fundamentalmente escépticos — escépticos a causa de tantas promesas no cumplidas — es una tarea espinosa. De todos modos, mal que bien, se está produciendo una recuperación; la intervención de la sociología industrial, el aumento de la función de los economistas, las relaciones más estrechas entre intelectuales y sindicalistas, todo esto está creando un clima nuevo.

Quizá los intelectuales — como el ejército — estén cambiando a su manera; la atroz guerra de Argelia liquida las viejas ideas, arrumba los comportamientos endebles, coloca a cada hombre y a cada grupo social ante sus responsabilidades.

El « acontecimiento » sigue siendo el *maître à penser* por excelencia; los juegos de la posguerra han muerto y las voces vengadoras ceden el paso a los razonamientos de más peso, más fríos, más metódicos de los años 1960. Quizá la literatura pierda con ello; la política en cambio tiene probabilidades de ganar algo, una vez que p pase el tiempo de los asesinos.

RICHARD LOWENTHAL

Kruschef y la destalinización

LOS REVELADORES acontecimientos ocurridos durante el XXII Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. y la subsiguiente aparición de nuevas grietas en la alianza chino-soviética marcan un giro realmente decisivo, tanto en la historia del imperio soviético como en la del movimiento comunista internacional. Y si no me equivoco por completo en la interpretación de los hechos, creo que señalan asimismo un momento decisivo en la trayectoria personal de Nikita Kruschef: el fin de su sueño de alcanzar la hegemonía mediante la continua expansión del imperio y del movimiento, por vías separadas aunque paralelas. Kruschef confiaba en que, al final, una vez realizada esta ilusión, lograría disipar la obsesiva sombra de Stalin.

No pretendo afirmar, desde luego, que ese congreso del partido haya debilitado la posición de Kruschef en el seno del actual equipo dirigente soviético, como algunos de sus admiradores occidentales parecían temer, sin demasiado fundamento. La base de su control sobre el partido y el Estado fue establecida sólidamente hace cinco años con la elección de un Comité Central regido por los que él había nombrado en el XX Congreso. Desde que derrotó a sus rivales « stalinistas » del Presidium del partido, gracias a la ayuda de aquel Comité Central durante la grave crisis de junio de 1957, Kruschef ha sido el vencedor indiscutido en la lucha por la sucesión de Stalin. Lo único que cabía preguntarse sobre el XXII Congreso, a este respecto, era si consagraría el triunfo de Kruschef mediante la condenación formal y definitiva del grupo

« antipartido » que se había atrevido a oponérsele (ya que en el XXI Congreso de 1959, celebrado con carácter extraordinario, no hubo ocasión para ello, por no haber presentado el Comité Central ningún informe general) y sí durante el mismo se haría alguna nueva aportación, tanto para la reeducación de las jerarquías del partido y del Estado en el espíritu post-staliniano, como para la renovación del personal de dichos cuadros jerárquicos. Ambas cosas las realizó el Congreso con la debida unanimidad y según un plan.

En realidad existía un aspecto perfectamente planeado en el proceso conocido como la « segunda destalinización », aunque para la opinión pública esto resultó luego totalmente superado por el imprevisto y no planeado drama superpuesto al mismo. Como lo demostraban los artículos aparecidos en la prensa soviética en vísperas del Congreso, Kruschef trataba de aprovechar esta asamblea no sólo para ajustar las cuentas de un modo definitivo a sus contrincantes vencidos, sino para realzar los principios que marcan la diferencia entre el sistema de gobierno de Stalin y el suyo propio. Tal era el significado de la declaración contenida en el nuevo programa del partido, de que la Unión Soviética había dejado de ser una « dictadura del proletariado » para convertirse en un verdadero « Estado popular », seguida de la afirmación de que dicha transición podría haberse realizado veinte años antes, de no haberlo estorbado el gobierno personal de Stalin. La acusación de que Stalin perpetuó de un modo innecesario su sistema autocrático de go-

bierno, cuando ya todas las « clases hostiles » habían sido liquidadas eficazmente, fue lanzada no sólo para que los méritos « democráticos » de su sucesor brillasen con más fuerza sobre aquel fondo sombrío, sino para que todo el ejército de funcionarios soviéticos comprendiese que el cambio *real* —no la transición de la dictadura a la democracia, sino del terror sobre las masas a la normalidad, y del látigo de la explotación forzosa a la seducción del incentivo económico— era irreversible. Kruschef está convencido de que el progreso de la moderna sociedad soviética no puede mantenerse hoy con los mismos procedimientos primitivos y brutales con los que se montó inicialmente su aparato industrial, y de que los funcionarios que no pueden o no quieren aprender las complicadas técnicas de dirección y de administración exigidas por los nuevos tiempos, tienen que hacerlo, aunque sea a fuerza de repetir fielmente cada una de sus palabras.

AHORA BIEN, para conseguir tales objetivos sumamente razonables y por ahora bastante convencionales, no hubiera sido necesario desenterrar el pasado para volver a sepultarlo de nuevo. No había necesidad de volver a relatar públicamente la horrible historia de los crímenes de Stalin contra sus más inmediatos colaboradores, ni de recordar el exterminio de la flor y nata del Ejército rojo en vísperas de la guerra contra Hitler, ni de poner de manifiesto la complicidad de la policía en el asesinato de Kirov, que sirvió de pretexto para desencadenar los procesos contra los primitivos dirigentes bolcheviques. No había ninguna necesidad de privar al tirano muerto de su sitio de honor junto a Lenin, o de rebautizar la ciudad —e incluso la batalla— de Stalingrado. La reeducación del aparato y de los cuadros administrativos del partido requería que el mito de la infalibilidad de Stalin fuera disipado y que sus realizaciones fuesen colocadas en su adecuada perspectiva histórica, pero no exigía que el principal forjador del actual poderío de la Unión Soviética fuese arrastrado por el fango y la sangre sobre los que aquel fue edificado. Tampoco el propio Kruschef pensaba hacerlo antes del Congreso ; ni los preparativos del

mismo, ni siquiera sus informes iniciales ofrecían la menor indicación en tal sentido.

Así se produjo el drama imprevisto del Congreso. Y no obedeció a problemas internos de la Unión Soviética, sino al hecho de que la enconada disputa contra la China comunista, que venía incubándose desde hacía tiempo, estalló de repente. La cosa empezó cuando el primer ministro Chu En-lai, al frente de una delegación china y como reacción contra los primeros ataques moderados contra la memoria de Stalin, depositó una corona sobre su tumba. Desde aquel momento, su traslado del mausoleo donde reposaba se hizo inevitable.

No DEJA DE SER una ironía dialéctica, más que responder a una necesidad lógica, el hecho de que los comunistas chinos tuvieran que convertirse en los defensores póstumos de Stalin, a quien deben menos que cualquier otro partido del bloque soviético. Mao sólo pudo hacerse con el control absoluto del partido chino a espaldas de Stalin en 1935, durante la « larga marcha », cuando las comunicaciones entre Moscú y el Ejército rojo chino se hallaban temporalmente interrumpidas. Mao se aprovechó de ello para inculcar a sus cuadros la desconfianza hacia los modelos extranjeros y el repudio de las purgas colectivas de estilo staliniano. Su primera « rectificación » de 1941 fue una especie de destalinización *avant la lettre*. Y conquistó el poder estatal, como Tito, sin gran ayuda soviética y desoyendo el consejo de Stalin en el momento decisivo, cuando desencadenó su ofensiva total y definitiva, al final de la guerra civil.

Más tarde, los comunistas chinos cosecharon substanciales ventajas de la muerte de Stalin, obteniendo favorables modificaciones en el desigual tratado de alianza, que fue todo lo que habían podido obtener en 1950.

Es cierto que formularon sus reservas acerca de la forma drástica en que Kruschef llevó a cabo la destalinización en 1956, previendo correctamente los peligros de una brusca ruptura en la continuidad ideológica, que podía debilitar la autoridad soviética y, por lo tanto, la unidad de todo el bloque. Pero no es menos cierto que aprobaron en su esencia los intentos de

Kruschef para superar el gran « chauvinismo » ruso de Stalin, para conceder una mayor autonomía a los satélites y para reconquistar a los yugoeslavos. De aquí que durante el período crítico de 1956-57, cuando el control soviético sobre la Europa oriental y el de Kruschef sobre el partido soviético eran bastante problemáticos, los comunistas chinos emplearon todo el peso de su autoridad intacta en apoyo de ambos.

Sin embargo, desde que en la conferencia internacional de Moscú de noviembre de 1957 asumió Mao deliberadamente el papel de activo promotor de la unidad del bloque comunista bajo la dirección soviética, pareció como si considerase que ello le autorizaba a aumentar su influencia sobre la futura política rusa. Por vez primera China había intervenido con buen éxito en los destinos de una parte de Europa. ¿Acaso su constante dependencia material respecto de la Unión Soviética no podría verse compensada en lo futuro por la dependencia ideológica del inexperto sucesor de Stalin respecto de la probada sabiduría de Mao? Pero Kruschef veía las cosas de un modo distinto. Una vez superada —con la ayuda china— la aguda crisis en su imperio de la Europa oriental, ya no necesitó para nada los consejos chinos en lo que consideraba como sus propios asuntos. Ni estaba dispuesto a tomar en consideración los intereses chinos donde estos chocaran con los rusos.

LA PROFUNDA DECEPCIÓN que experimentaron los chinos en sus esperanzas de una mayor ayuda económica, diplomática y militar por parte de los soviéticos, fue la causa del primer desacuerdo importante entre Mao y Kruschef, sobrevenido en 1958. Las inversiones soviéticas destinadas a mejorar las condiciones de vida en Rusia, así como los tratados de ayuda económica a los países no comprometidos en Asia para ganar sus voluntades, adquirieron cada vez mayor importancia. Pero, al mismo tiempo, el hecho de que Rusia dejara de conceder los créditos considerables que China necesitaba para superar el período más crítico de su industrialización, contribuyó decisivamente a precipitarla en plena aventura del « salto adelante » y al establecimiento de las « comunas populares ». Entretanto

Kruschef, consciente de la nueva relación de fuerzas establecida entre Rusia y el Occidente con la aparición de los proyectiles intercontinentales, emprendió una ofensiva a escala mundial, aunque procurando al mismo tiempo limitar cuidadosamente el riesgo de un conflicto militar con Estados Unidos, alternando el fomento de las crisis con las ofertas de reuniones « en la cumbre » y el lenguaje de las amenazas con el de la coexistencia. Estas precauciones provocaron la irritación de Mao, primero cuando los soviéticos se prestaron temporalmente a discutir la crisis del Oriente Medio de aquel verano en una reunión de alto nivel convocada en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y más tarde durante el bombardeo de Quemoy, al negarse a facilitarle proyectiles dirigidos equivalentes a los que los norteamericanos proporcionaron a las fuerzas de Chiang Kai Chek.

Para los dirigentes chinos, privados de libertad de movimientos para desarrollar una táctica flexible similar, al no poseer relaciones diplomáticas con su principal enemigo, y profundamente empeñados en los esfuerzos y sacrificios exigidos por la conmoción revolucionaria interior, el cauteloso egoísmo practicado por los soviéticos a costa suya, parecía demostrar que Kruschef y su equipo faltaban lamentablemente al espíritu de solidaridad internacional y de combatividad revolucionaria, y por lo tanto no estaban en condiciones de desempeñar el papel dirigente en el « campo socialista » y en el movimiento comunista internacional que el propio Mao les había atribuido. Y se dispusieron a disputarle aquel papel mediante argumentos ideológicos. En setiembre de 1958 la pretensión china de que las « comunas populares » constituirían la aplicación del supuesto principio leninista de la « revolución permanente » y un atajo para pasar de la etapa « socialista » inferior a la superior « comunista », implicaba que mientras los rusos procuraban instalar confortables lugares de reposo en aquel camino, los chinos avanzaban vertiginosamente por él y estaban dándoles alcance. Durante los meses siguientes los soviéticos replicaron desencadenando una vigorosa campaña contra el utópico concepto de la posibilidad de la implantación to-

tal del comunismo antes de haber alcanzado un nivel económico de relativa abundancia, y fomentaron su propia concepción del avance hacia el comunismo partiendo de la base de la más progresiva técnica moderna.

EL CONFLICTO se reavivó en una forma más aguda durante el invierno de 1959 y 1960 como consecuencia de la visita de Kruschef a Eisenhower, de sus preparativos para la conferencia de alto nivel y de su actitud de estricta neutralidad benévola en los conflictos de China con la India e Indonesia. En esta ocasión los chinos, francamente alarmados, no se contentaron con amenazar desde una posición teórica el papel dirigente de la Unión Soviética, sino que se dedicaron abiertamente a reclutar aliados en el seno del movimiento comunista internacional. En las reuniones de elementos directivos de las diversas organizaciones internacionales (tales como el Consejo Mundial de la Paz, la Federación Sindical Mundial, el Comité de Solidaridad Afro-asiática, etc.), así como en la reunión de las potencias del Pacto de Varsovia, los chinos criticaron a los rusos por sus ilusiones « no marxistas » acerca de la posibilidad de asegurar la paz gracias a un acuerdo con Eisenhower y por su tendencia « oportunista » a subordinar su apoyo a los movimientos revolucionarios y a las « guerras de liberación » a las exigencias tácticas de su diplomacia de la coexistencia. Por último aprovecharon la ocasión de cumplirse el 90 aniversario de Lenin (abril de 1960) para hacer públicos sus argumentos en una serie de artículos.

Las tesis de una ininterrumpida revolución interior combinada con el apoyo ilimitado a la revolución en el exterior, a partir de las cuales los chinos desencadenaron su ataque, eran más *trotskistas* que *stalinistas*. No obstante, para los elementos stalinistas existentes en Rusia y en el bloque soviético, cualquier voz poderosa que pusiera en duda la ortodoxia leninista de Kruschef y de su equipo tenía que ser bien recibida. Además, les desagradaban las mismas cosas que los chinos estaban criticando, como ciertos aspectos de la diplomacia personal de Kruschef, que suponían la necesidad de creer en las pacíficas intenciones

del otro bando (« desfigurando al imperialismo y engañando a las masas acerca de su carácter belicoso »), su solicitud hacia los dictadores « nacionalistas burgueses », ofreciéndoles ayuda económica y su « blandura » para con los « renegados » yugoeslavos. En cuanto a los chinos, si bien podían contar con aliados entre los comunistas asiáticos y latinoamericanos ansiosos de realizar sus « guerras de liberación », la única esperanza que les quedaba en Rusia y en la Europa del Este la constituían los stalinistas que aún restaban.

En realidad, ahora puede considerarse demostrado que la alianza entre los chinos y los « stalinistas » se estableció en abril de 1960, si no antes. Durante el XXII Congreso, Ilychef, uno de los nuevos secretarios nombrados para el Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S., reveló que al mismo tiempo que los chinos iniciaron su campaña con ocasión del 90 aniversario del nacimiento de Lenin, Molotof, que estaba de embajador soviético en la Mongolia Exterior, envió a la revista *Communist* de Moscú un artículo redactado en términos similares, lo cual no deja de constituir un curioso caso de manifestación del espíritu del maestro simultáneamente en Pekín y en Ulan-Bator. Ello no pasó inadvertido a Kruschef. A las pocas semanas, Molotof fue llamado a Moscú. Vorochilof —el último miembro de la antigua mayoría del Presidium en ser descubierto— fue invitado a abandonar todos sus cargos. Y súbitamente la *Pravda* publicó los poemas antistalinistas de Tvardovsky.

EN ESTE MISMO PERÍODO, los dirigentes comunistas albaneses empezaron a manifestar su desconfianza hacia el liderazgo de Kruschef. Por supuesto que tanto Hoxha como Sheru jamás vacilaron en mostrar su gratitud hacia Stalin, a quien consideraban como el liberador de Albania de la dominación yugoeslava y a quien debían su triunfo personal en el seno del partido sobre el grupo pro-yugoeslavo de Koci Xoxe. Empezaron a desconfiar de Kruschef desde el momento en que éste hizo su primera visita a Belgrado y han venido resistiéndose, calladamente, pero con resultado positivo, a los esfuerzos de este último para que se rehabilitara a Xoxe, que fue ejecu-

tado, y a sus intentos para sustituir a los actuales dirigentes con el fin de mejorar las relaciones con Yugoslavia. Cuando en 1958 las relaciones entre los partidos del bloque soviético y de Yugoslavia fueron nuevamente rotas, los albaneses aprovecharon la oportunidad para denunciar una vez más a sus encarnizados enemigos como « agentes imperialistas », igual que hicieron los chinos, y difícilmente se dejaron persuadir por Kruschef, cuando este visitó Albania en 1959, de que tenían que reducir los tonos violentos de su campaña anti-yugoeslava. Pero hasta 1960 nunca se habían atrevido a criticar abiertamente la política de Kruschef o las resoluciones del XX Congreso. Sólo cuando China desencadenó sus ataques contra la política exterior soviética, los stalinistas albaneses se manifestaron abiertamente, rechazando de plano las propuestas para el establecimiento de una zona « desatomizada » en los Balcanes, presentadas por algunos países miembros del pacto de Varsovia siguiendo las instrucciones soviéticas. En la Conferencia de dirigentes de partidos comunistas en el poder, celebrada en Bucarest en junio de 1960, cuando Kruschef trató de obligar a los chinos a retirar sus críticas, los albaneses se situaron abiertamente al lado de los chinos.

AL DESAFIAR el liderazgo internacional soviético, los chinos no pretendían, evidentemente, romper su alianza. Lo que iban buscando era una mayor ayuda soviética en vez de una reducción de la misma. Pero tampoco podían esperar que lograrían suplantar rápida o fácilmente la dirección soviética, ya que la fuerza superior y la arraigada autoridad de Moscú lo impedían. Tenían que contar para ello con una prolongada contienda ideológica durante la cual la alianza se mantendría, sin que quedase bien definido quién era el auténtico líder, y mientras tanto, de compromiso en compromiso, la influencia china dentro del movimiento comunista mundial iría aumentando gradualmente.

Pero si ésta era su intención, resulta claro, al menos retrospectivamente, que aliándose con los elementos residuales stalinistas de Rusia y del bloque soviético hicieron mucho más difícil la posibilidad de mantener

durante un período prolongado lo que el profesor Brzezinski ha llamado una « unidad divergente ». También Kruschef, por su parte, estaba verdaderamente interesado en mantener la alianza y era de esperar que haría algunas concesiones a los chinos, como en realidad había hecho ya en su conducta internacional durante los meses que precedieron a la Conferencia mundial de partidos comunistas del pasado invierno y en algunas de las conclusiones aprobadas en la misma. Y lo que es aún más importante, renunció explícitamente a la pretensión de la Unión Soviética de mantener su tradicional « papel dirigente » en el movimiento comunista mundial, reconociendo con ello las limitaciones impuestas a su autoridad internacional por la oposición china y la necesidad de adaptar constantemente su política a las exigencias de las nuevas situaciones. Pero lo que de ningún modo podía esperarse de él era que tolerase el constante reto « stalinista » dentro de su propia esfera de influencia.

Incluso antes de la Conferencia de Moscú, los elementos prosoviéticos se ofrecieron a apartar a Hoxha de la dirección del partido albanés, lo cual se impidió mediante una purga en el Comité Central y la detención de funcionarios importantes. Después de la Conferencia, Hoxha hizo aprobar su política por el Congreso del partido y los detenidos fueron ejecutados después de un proceso sumario, acusados de conspirar en favor de Yugoslavia, de Grecia y de Estados Unidos. Estos hechos ocurrieron en 1961 y Moscú intensificó su presión, suspendiendo su ayuda económica, cancelando sus créditos, ordenando el regreso a Rusia de los submarinos que se encontraban en las bases albanesas y, por último, retirando a todos los técnicos rusos y del bloque soviético. Pero un acuerdo de ayuda china y técnicos chinos acudieron lo más rápidamente posible a cerrar la brecha. De este modo los dirigentes de China manifestaron su decisión de no abandonar a la pequeña nación europea que había sido la primera en colocarse a su lado, o, en otras palabras, de mantener un permanente desafío a la autoridad de Kruschef.

El ataque lanzado públicamente por Kruschef contra Albania durante su discurso inaugural del XXII Congreso y la ré-

plica de Chu En-lai al mismo deben considerarse dentro de este contexto. En realidad, al criticar a Albania el dirigente soviético no estaba lanzando « un ataque velado contra China », como se ha dicho, sino que quería advertir a China de que estaba decidido a echar a los stalinistas albaneses del redil, tanto si lo querían los chinos como si no, y que si podía consentir la existencia de prolongadas diferencias con su aliado chino, no estaba dispuesto a tolerar una disidencia china en su propio campo. La réplica de Chu En-lai fue una advertencia de que China no aceptaría la legitimidad de ninguna expulsión del « campo socialista », y la colocación de una corona en la tumba de Stalin fue un claro reto a la legitimidad de los actos de Kruschef aun en la propia Rusia.

EN ESTE PRECISO momento estalló la disputa. Cada parte estaba decidida a evitar la ruptura, pero cada una había sobrestimado la necesidad de la otra de evitarla, así como las limitaciones que ello impondría en su conducta. De este modo cada una de ellas había arriesgado más y más su prestigio para impresionar a la otra y obligarla a retroceder, con lo cual cada una había hecho más difícil su propio repliegue en aras de la unidad. Mao trató de demostrar que Kruschef no podía imponer la aprobación de su línea « anti-stalinista », y especialmente la expulsión del seno del movimiento internacional de los dirigentes albaneses, en contra de la voluntad china ; incluso después del Congreso de Moscú envió un telegrama a los albaneses elogiando su « política correcta » y saludándoles como a hermanos en el « campo socialista ». Kruschef, por su parte, trató de demostrar que se consideraba libre de hacer lo que quisiera contra los continuadores del stalinismo en Rusia o en el bloque soviético, tanto si China lo aprobaba como si no. Al final no tuvo más remedio que romper las relaciones diplomáticas con Albania, sin esperar la condenación de ésta por una Conferencia internacional comunista, cosa a la que ni el propio Stalin se habría atrevido. Mientras los comunistas chinos seguían exhibiendo el retrato de Stalin junto a los de Marx, Lenin y Mao, y mientras en la Europa oriental las estatuas de Stalin eran

derrribadas por orden de Kruschef, éste se vio obligado a ser « más stalinista que el propio Stalin » en sus métodos para resolver su conflicto con un pequeño país.

PARA COMPRENDER la tremenda repercusión de semejantes hechos en la Rusia de Kruschef es preciso tener presente el concepto fundamental de las relaciones entre el imperio soviético y el movimiento comunista mundial impulsado por aquél, y su contraste con las ideas y los procedimientos de Stalin. Durante el largo período de su reinado en pleno aislamiento, Stalin adquirió la firme convicción de que no era factible ni deseable ningún progreso de la revolución comunista mundial a menos de que coincidiese con la expansión territorial del imperio soviético ; la actuación de los partidos comunistas extranjeros tenía que estar subordinada estrictamente a los intereses de la patria soviética, ya que los intereses del comunismo mundial eran, sencillamente, idénticos a los de un fortalecimiento del poderío soviético. Por lo tanto Stalin, al mismo tiempo que ensanchó las fronteras de la Unión Soviética y sometió a cierto número de países vecinos, lanzó una seria advertencia contra cualquier paso decisivo por parte de las revoluciones independientes yugoslava y china y retiró su confianza a los nuevos regímenes establecidos por ambas después de sus respectivas victorias. Su rígida identificación de la causa comunista con la de la Unión Soviética le impedía reconocer la existencia de aliados independientes o de asociados en plena igualdad de derechos en el seno de su propio « campo ». Y ello fue lo que provocó su conflicto con Tito y lo que, pese a su cauto realismo en su relaciones con China, más pronto o más tarde hubiera provocado también su ruptura con Mao.

Kruschef, al llegar al poder en circunstancias muy diferentes, partió de una concepción distinta, basada en su confianza en la naturaleza y el vigor de las fuerzas revolucionarias independientes. De la experiencia china extrajo la lección de que las revoluciones comunistas podían y debían desarrollarse paralelamente y con independencia del aumento directo del poderío de la Unión Soviética, con lo cual contribuían intensamente al fortalecimiento de todo el

« campo socialista ». Y llegó a la conclusión de que estos regímenes revolucionarios independientes tenían que ser tratados en plan de igualdad, y de que incluso los satélites tenían que gozar de una mayor autonomía para que el creciente « sistema socialista mundial » resultara más atractivo. En su consecuencia, en el otoño de 1954 estableció las relaciones con China sobre unas nuevas bases, en 1955 inició la reconciliación con Tito y en 1956, en el XX Congreso del partido, proclamó la doctrina de la independencia de cada partido comunista para encontrar su propio camino de acceso al poder.

Kruschef no abandonó este punto de vista ni siquiera después de haber tenido que emplear la fuerza armada para mantener a Hungría dentro de la órbita soviética, y después de que sus esperanzas de reconciliar a Tito como aliado suyo se hubieron desvanecido. Y se esforzó en mantener unas relaciones diplomáticas normales —y a veces hasta amistosas— con el gobierno yugoeslavo, aunque siguiera combatiendo sus ideas « revisionistas », lo cual demuestra la gran diferencia entre sus métodos y los de Stalin. Y mientras continuaba procurando la realización de sus propios intereses imperiales sin prestar demasiada atención a las quejas de su aliado chino, aceptó su persistente disconformidad sin mostrar una injustificada irritación.

En última instancia, la concepción de Kruschef de la relación mundial de fuerzas y de la « marcha de la Historia » hacia una victoria total del comunismo en el mundo se apoyaba en esta creencia en la armonía fundamental que debe reinar entre los intereses de la Unión Soviética y el desarrollo de las fuerzas revolucionarias independientes en todo el mundo. Gracias a esta dinámica de la revolución, el equilibrio del terror entre las dos grandes superpotencias podría ser soslayado más fácilmente y la actual balanza mundial de fuerzas se inclinaría en favor del campo soviético sin necesidad de recurrir a la guerra.

Naturalmente que Kruschef no era tan ingenuo como para creer en la doctrina oficial de que entre Estados gobernados por partidos comunistas no puede haber intereses contradictorios. Pero parecía confiar

en que una vez admitido el principio de la igualdad entre ellos, cualquier diferencia podría ser resuelta sin llegar a extremos de tirantez, debido a la importancia preponderante del común conflicto con el mundo no comunista. Lo que no previó fue que el mismo vínculo ideológico en el cual él tanto confiaba para resolver aquellas diferencias podía ser el que lo impidiese, convirtiendo un limitado conflicto de intereses en una abierta pugna ideológica a ultranza para la conquista de la dirección suprema.

Esto es, precisamente, lo que ha ocurrido. La disputa chino-soviética ha rebasado sus cauces escapando a todo control, no porque las diferencias de intereses entre las dos grandes potencias comunistas fueran insuperables, sino porque la lucha se desarrolló en un tono ideológico que acabó comprometiendo el prestigio de cada uno de ambos regímenes hasta unos límites de los cuales ninguno de los dos podía ya volver atrás. Desde el momento en que los dirigentes chinos se aliaron con los stalinistas que quedaban en Rusia y en el bloque soviético, todo el poder imperial de Kruschef estaba en juego. Tuvo que elegir entonces entre aceptar las nuevas reglas de un movimiento internacional que Rusia ya no seguiría controlando con exclusividad, lo cual significaba tener que someterse al veredicto de una conferencia internacional, en la cual China podría ejercer un poder de veto, o crear un hecho consumado utilizando todo el poderío imperial ruso. Inevitablemente tuvo que decidirse por lo último. Al romper sus relaciones con Albania sin esperar a que se produjese una condenación internacional contra ella, reconoció que se había equivocado en su creencia en la inevitable armonía entre los intereses soviéticos y los de todo el mundo comunista, y que una vez colocada ante la encrucijada, la Rusia de Kruschef, como la de Stalin, se veía constreñida a anteponer la fuerza de su propio interés.

AL RECONOCER EL FRACASO de su concepción fundamental del progreso del mundo comunista, al llevar a cabo la ruptura con Albania y al exponerse a una posible ruptura con China en consideración hacia los intereses imperiales de Rusia, Kruschef creó

que ha debilitado hasta un punto crítico la fuerza dinámica de la confianza de Rusia en su hegemonía mundial. Ya no podrá confiar más en la posibilidad de seguir rigiendo el imperio y el movimiento mundial a un tiempo y con las mismas riendas. Ha abierto el camino hacia nuevas e imprevisibles evoluciones autónomas de todos aquellos partidos comunistas que posean sus propias energías para tomar un nuevo impulso. Pero, además de esto, ha comprometido gravemente el futuro de la dirección ideológica del partido en la propia Unión Soviética.

Del mismo modo que en el ámbito internacional Kruschef creía que podía promover simultáneamente y sin la menor contradicción el progreso de las fuerzas revolucionarias independientes y el aumento del poderío soviético, creyó asimismo que también en el interior podía desarrollar simultáneamente un rápido mejoramiento de la situación económica, gracias a una serie de reformas pragmáticas, y el mantenimiento de la dirección ideológica del partido. Como lo han puesto de manifiesto numerosos observadores, el desarrollo de una moderna sociedad industrial, con minorías dotadas de una educación superior y con francas exigencias de un mayor bienestar material, junto a la desaparición del régimen de terror en la vida cotidiana soviética, ha debilitado considerablemente la influencia de la ideología oficial, tanto sobre las masas como sobre la « intelligentsia », y hasta la presión para imponer cierto conformismo exterior. Sin embargo, Kruschef, consciente de que el régimen del partido único requiere para su legitimación una visión ideológica amplia, ha tratado insistentemente de contrarrestar la corriente antideológica surgida « de abajo », de la naturaleza misma de la nueva sociedad soviética, por un esfuerzo deliberado de « reideologización » desde arriba. De ahí su interés en establecer un nuevo programa para la « transición hacia el comunismo ».

AHORA BIEN, la creencia en la inminencia de la victoria mundial del movimiento comunista y en la armonización natural de los intereses entre todos los partidos comunistas y todos los gobiernos dirigidos por ellos, es uno de los fundamentos bá-

sicos de aquella concepción ideológica. Los acontecimientos ocurridos durante y después del XXII Congreso resquebrajaron tales bases ; además, la amargura provocada por la reanudación simultánea de la campaña contra Stalin despertó las mayores dudas acerca de la continuidad esencial de la política del partido y de sus principios, e incluso acerca de la naturaleza misma de un sistema que hizo posibles los crímenes del período stalinista. Particularmente para la nueva generación de ciudadanos soviéticos más conscientes y responsables, el valor del régimen actual del partido, como garantía de la alianza con todas las fuerzas progresivas extranjeras y de un futuro más justo y más humano en el interior se encuentra en tela de juicio.

Desde luego, la confianza de Kruschef en el régimen del partido no se verá alterada por estos acontecimientos, ya que su propio poder está vinculado al partido mismo. Ni es probable que este poder se debilite mientras él esté en condiciones de manejarlo. Ahí está la historia de la Yugoslavia titista para recordarnos que el moderno monopolio de un partido, aunque le falte el apoyo internacional, y el sostén popular hacia su ideología se debilite y no exista sobre las masas el terror de tipo stalinista, puede mantenerse en el poder durante largo tiempo, mientras sus más altos dirigentes se conserven unidos exteriormente en torno a un jefe indiscutido. Pero incluso en semejante régimen, las sacudidas que han resquebrajado su corteza ideológica pueden constituir el preludeo de otras experiencias pragmáticas, sobre todo en el terreno económico, mucho más audaces que en el pasado.

A la larga, del duelo entre Kruschef y la sombra de Stalin no saldrá ningún vencedor, exceptuando tal vez al propio pueblo ruso. El régimen stalinista, la síntesis ideológica del stalinismo y la imagen misma de Stalin han sido irremediamente destruidos y Kruschef ha fracasado en su intento de sustituirlos por una síntesis ideológica propia que sea viable. Los efectos completos de este fracaso tal vez saldrán a la superficie cuando se plantee de nuevo la cuestión del futuro del régimen, es decir, en la próxima crisis por la sucesión del mismo.

LA «ALIANZA PARA EL PROGRESO»

Su verdadera significación

POR JERONIMO MALLO

PARA COMPRENDER y apreciar exactamente la significación de la « Alianza para el Progreso », ofrecida por John F. Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, a los países iberoamericanos, es muy conveniente recordar de modo sumario la forma en que se han desarrollado las relaciones entre el gobierno norteamericano y los pueblos de habla española y portuguesa del hemisferio occidental desde que éstos alcanzaron su independencia política.

Estados Unidos procuraron ejercer — y de hecho ejercieron muchas veces— como una hegemonía protectora, de tono frecuentemente amistoso, sobre dichos países, invocando para ello la llamada « Doctrina Monroe » —contra posibles intervenciones europeas en el continente americano— y la hipotética « Doctrina del Destino Manifiesto » —contra posibles inconformidades de las naciones tuteladas—, ambas doctrinas de definición estadounidense. Dentro de esta actitud fundamental de superioridad, el talante político de Washington respecto de Iberoamérica ha tenido las varias modalidades derivadas de las circunstancias históricas. Hubo una política del *big stick* —del garrote— personificada por Teodoro Roosevelt —*I took Panama*—, y siempre algo o mucho de la llamada « diplomacia del dólar », favoreciendo a los dictadores iberoamericanos benévolos respecto de las inversiones de capital norteamericano y dóciles a las sugerencias del gobierno de Washington.

De todas las extralimitaciones cometidas por Estados Unidos en Iberoamérica las que más hirieron los sentimientos de independencia han sido, naturalmente, las ocupaciones militares de larga duración —en la República Dominicana y en Nicaragua, por ejemplo—, de las que nació una extrema susceptibilidad en la defensa del principio de no intervención, que explica en gran parte la resistencia a tomar actitudes respecto del gobierno de Fidel Castro.

Como ha reconocido Kennedy en su visita a Hispanoamérica : « Nosotros en Estados Unidos hemos cometido muchos errores en nuestras relaciones con las otras Repúblicas americanas », dijo sinceramente. La política de Washington ha sido equivocada y no podía despertar adhesión y simpatía. Los iberoamericanos no vieron reconocido definitivamente el principio de no intervención, por el que abogaron en las conferencias panamericanas, hasta el tiempo de Franklin D. Roosevelt. Fue este gran estadista quien cambió el tono de las relaciones interamericanas con su política de « buena vecindad », que al dignificar la personalidad de los demás países estableció las bases de la verdadera solidaridad continental.

Por desgracia, quienes sucedieron a Roosevelt en la presidencia no tenían talla de estadistas. Durante los dos períodos de Truman las relaciones de Washington con Iberoamérica fueron de una fría cortesía diplomática. Tampoco Eisenhower compren-

dió la importancia de los países iberoamericanos como factores de la política continental y mundial. Durante varios años su gobierno rehusó cooperar a la fundación de un Banco Interamericano, so pretexto de que otras instituciones podían financiar el desarrollo económico de Iberoamérica. Sólo en los últimos meses de su Administración, al percibir signos de notorio « antiyankismo » en varios países y peligrosas repercusiones de la actitud de Castro, pensó que era preciso hacer algo y dio su apoyo a los acuerdos del Acta de Bogotá.

El éxito de haber puesto fin al régimen comunista de Cuba hubiera hecho un poco aceptable para muchos iberoamericanos una intervención que en principio les parece siempre condenable. El fracaso colocó al gobierno de Estados Unidos en la peor situación que respecto de Iberoamérica ha tenido desde hace muchos años. Pero Kennedy —que tuvo la gallardía de asumir una responsabilidad a la que le llevaron las torpezas de algunos funcionarios ineptos— ha hecho frente a las infortunadas circunstancias de desprestigio con una iniciativa de grandes vuelos : la « Alianza para el Progreso » de los pueblos de lengua española y portuguesa de aquel hemisferio. La relación que quiere establecer no es de mera « amistad » —palabra de anodino significado en el lenguaje de la diplomacia—, ni está reducida a una « buena vecindad », de limitados deberes, sino que se extiende a la coordinación de medios y actividades en una común empresa : el progreso de las naciones iberoamericanas.

Iniciativa audaz ha sido la del Presidente de Estados Unidos. Lo es frente a los países que trata de beneficiar, porque requiere de ellos un supremo esfuerzo bajo el principio de « ayúdame, que yo te ayudaré » y también ciertas reformas radicales en su estructura social y económica. Y lo es frente a su propio país, al comprometerlo moralmente a una ayuda de 1.000 millones de dólares anuales durante un decenio.

Pero audacia, energía y perseverancia son precisas para dar cima a la empresa de levantar el nivel de 18 naciones —Cuba queda provisionalmente excluída— más o menos retrasadas, en el plazo de diez años. Se ha comparado el grandioso proyecto al Plan Marshall, que promovió la restaura-

ción económica de Europa al terminar la segunda guerra mundial. Pero es una obra mucho más compleja y difícil. En el viejo continente sólo se necesitaba restablecer actividades industriales que existieron antes y podían volver a funcionar sin otra cosa que una ayuda inicial. En Iberoamérica está casi todo por hacer en la mayor parte de los sectores de la vida de los respectivos países. La agricultura, la industria, la tributación, la instrucción pública, la salubridad, la vivienda y las comunicaciones necesitan reformas, desenvolvimientos y coordinaciones sin las cuales no puede haber progreso nacional efectivo. Y todo ello es antecedente indispensable para el funcionamiento de una democracia auténtica, imposible en los pueblos donde falta la cultura o la independencia personal.

En el discurso en que Kennedy, dirigiéndose a los representantes diplomáticos de las naciones iberoamericanas, comunicó su iniciativa, se esbozaron los objetivos fundamentales de su propósito. Entregado éste ya a la deliberación de los delegados de los gobiernos interesados, en la reunión de Punta del Este (Uruguay) se aprobó, el 17 de agosto de 1961, por 19 representaciones, una declaración básica de propósitos en la que se perciben más concretamente la amplitud y el contenido de la gigantesca y trascendental empresa. Es interesante examinar su texto.

« *Mejorar y reforzar las instituciones democráticas mediante la aplicación del principio de autodeterminación de los pueblos.* » Es decir, eliminación de las dictaduras y elección auténtica de los gobernantes. Es preciso reconocer la gran responsabilidad de la política de Washington en cuanto al apoyo prestado a los dictadores —Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Batista, entre ellos— y también tener presente que por la acción de movimientos populares han sido derribados en estos últimos años, lo cual demuestra que en los países iberoamericanos existe permanentemente un sentido de legalidad democrática. Pero la autenticidad en las funciones de la democracia sólo puede conseguirse cuando un más alto nivel de cultura y una suficiente independencia económica permitan el ejercicio consciente y libre del derecho de sufragio.

« *Acelerar el desarrollo económico y social para conseguir un crecimiento sustancial y constante del promedio de ingresos personales lo más pronto posible.* » La escasez de recursos, que llega a los límites de la más terrible miseria en grandes masas de población, es sin duda el problema más grave y apremiante de los países iberoamericanos. Las consecuencias que esta pobreza ocasiona están haciéndose peligrosísimas en todos los sentidos. Se trata de naciones que con el producto de su agricultura y de sus materias primas vendidas a precios bajos han de comprar, pagándolos muy caros, todos los artículos industriales que necesitan. Sólo la diversificación y tecnificación agraria, la industrialización intensiva y una mayor expansión comercial pueden proporcionar a aquellos pueblos un mejoramiento efectivo.

« *Proporcionar viviendas decentes tanto en la ciudad como en el campo.* » La fría elocuencia de las cifras estadísticas, que reflejan las condiciones en que viven la mayor parte de los iberoamericanos, impresiona profundamente. En los suburbios de las ciudades, grandes o pequeñas, en los pueblecitos y en las aldeas, multitud de familias se alojan en viviendas miserables, sin las mínimas condiciones de comodidad, decencia e higiene. Es fácil imaginar las consecuencias de orden fisiológico y moral que de ello se derivan.

« *Estimular programas de reforma agraria de acuerdo con las características de cada país.* » Existe en Estados Unidos la firme convicción de que el régimen agrario de la mayor parte de Iberoamérica es una de las principales causas de su atraso económico. La concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos reduce la producción e impide el acceso a sus beneficios de la inmensa mayoría de los campesinos, que ahora trabajan retribuidos con salarios miserables en las cortas temporadas de las faenas agrícolas. Estas grandes concentraciones provienen unas del período colonial, otras del caudillaje de las guerras de independencia y las más modernas de apropiaciones ilegales realizadas por los políticos. Por ello la reforma agraria es absolutamente indispensable e inaplazable en la mayor parte de aquellos países. Pero verdaderamente la redistribución de las tie-

rras cultivables plantea problemas difíciles si ha de realizarse en condiciones para que no resulte un fracaso. Ciertamente que ya se cuenta con experiencias cuyos resultados pueden servir de guía en los proyectos que se elaboren.

« *Eliminar el analfabetismo ; proporcionar amplias facilidades para la educación superior.* » Mientras haya en los países de Iberoamérica tan altos porcentajes de habitantes que no saben leer ni escribir, es imposible lograr un gran progreso en su desarrollo cultural, económico y político. Los analfabetos son en nuestro tiempo el peso muerto de los pueblos. Faltan escuelas, maestros y posibilidades de que los niños asistan a las clases, ya porque no hay caninos, ya porque tienen que trabajar para ayuda de los mezquinos ingresos familiares. La instrucción elemental mínima es otro de los problemas vivos y apremiantes sin cuya previa solución se cierran todos los horizontes de mejoramiento integral. La enseñanza superior también necesita expansión y recursos para mantenerse a la altura de los conocimientos modernos, si bien existen ya algunas buenas universidades donde ciertas disciplinas alcanzan ya un nivel muy estimable.

« *Asegurar jornales justos y satisfactorias condiciones de trabajo y establecer sistemas efectivos de relaciones entre patronos y obreros.* » Hay sectores de trabajo —como la agricultura, la minería y algunas industrias— donde se pagan retribuciones miserables por jornadas agotadoras, que obligan a las familias proletarias a una existencia infrahumana. La degeneración física y moral y la creación de un ambiente de protesta revolucionaria son efectos inevitables de la explotación inicua a que están sometidos los trabajadores. Ciertamente que los obreros industriales de algunos países han conseguido mejoras no desdeñables bajo una legislación del trabajo bastante progresiva, y aun se han registrado ciertos períodos de demagogia laboral, pero queda todavía mucho que hacer para que se extiendan las normas de justicia a la mayoría de las zonas del trabajo.

« *Reformar las leyes sobre impuestos para exigir más a los que tienen más, castigar severamente las defraudaciones y redistribuir la renta nacional en beneficio de los*

más necesitados, a la vez que promover el ahorro y reinversión de capitales. » Es otra de las creencias muy arraigadas en Estados Unidos la de que los sistemas tributarios existentes en Iberoamérica son a la vez injustos y técnicamente defectuosos. Se piensa también que los terratenientes, los grandes industriales y comerciantes y los políticos enriquecidos eluden el pago de los impuestos, de modo que éstos recaen sobre una clase media de modestos profesionales, artesanos y tenderos, a la vez que las contribuciones indirectas gravan penosamente a los trabajadores. Como consecuencia de todo ello los ingresos fiscales son escasos.

« Proteger el poder de compra de la mayoría y garantizar en lo posible la estabilidad de los precios. » Ha de ser consecuencia de una acertada política económica de normalidad y equilibrio en cada país.

« Estimular la empresa privada y promover el desarrollo de la economía latinoamericana con un ritmo que las ayude a eliminar el desempleo. » La política de intervención del Estado en la economía nacional se ha desarrollado insistentemente en algunos países de Iberoamérica hasta el punto de que importantes sectores de la industria se hallan a cargo de los gobiernos o de organismos de carácter oficial. Por efecto de ello se ha reducido el campo de la empresa privada a la vez que se ha extendido el de las funciones gubernativas. En Estados Unidos predomina la opinión de que los gobiernos y sus agentes no son buenos industriales ni comerciantes y de que esta clase de negocios deben estar encomendados a las empresas privadas, salvo el caso de que éstas dejen desatendidas necesidades esenciales para la nación. Parece que este criterio, reforzado por los fracasos de no pocas explotaciones oficiales en Iberoamérica, ha prevalecido en la reunión de Punta del Este, según refleja el texto antes copiado, donde se relaciona la empresa privada con el desarrollo económico del país y la lucha contra el desempleo de trabajadores.

« Encontrar una solución al problema creado por las excesivas fluctuaciones de precios de las exportaciones básicas de Latinoamérica. » Es éste uno de los puntos neurálgicos de las relaciones entre Estados

Unidos e Iberoamérica. Los productos agrícolas y materias primas que exportan los países iberoamericanos y constituyen la base de su economía se venden a precios bajos y demasiado oscilantes, mientras que los artículos industriales que ellos han de comprar del extranjero tienen que pagarlos a precios elevados. Se trata de un grave y difícil problema derivado de las cotizaciones dominantes en el mercado internacional, pero como la mayor parte de las relaciones comerciales de aquellos países se desarrollan con Estados Unidos, existe en Iberoamérica cierto resentimiento por lo que se considera un injusto desnivel. La solución no es fácil, pero el propósito de encontrarla, para lo cual debe hacerse todo lo posible, merece calurosa aprobación.

Evidentemente, el plan formulado comprende las más apremiantes e importantes necesidades —tal vez sólo se ha omitido la de extender y mejorar las vías de comunicación— que han de satisfacerse para lograr el progreso de las naciones iberoamericanas. Esto sentado, ¿con qué recursos se cuenta para llevarlo a cabo? Iberoamérica posee una gran extensión territorial, diversidad de climas, abundantes recursos naturales y una población de rápido crecimiento. Se ha dicho reiteradas veces que lo que le falta es capital y hasta cierto punto ayuda técnica. Esto es lo que esencialmente le ofrece la « Alianza para el Progreso ». Se contará, pues, con todos los recursos económicos que cada país pueda aportar en su propio beneficio y además con una contribución global de mil millones de dólares al año durante un decenio. Se ha hablado también de otra contribución de igual cuantía procedente de países que están ahora en situación próspera.

Ahora bien, en una empresa de tal magnitud y complejidad, si la capacidad financiera es muy importante, también lo es la obra humana. La competencia y la cooperación de quienes hayan de dirigir y efectuar la labor en cada país y en cada sector de las actividades respectivas no son menos importantes y de ellas dependerá en gran parte el buen éxito. Por eso el resultado será distinto en las diferentes naciones y en las varias direcciones de la obra efectuada.

Como estimables recursos concurrentes,

aunque distintos de la acción de la « Alianza », habrán de tenerse en cuenta dos : el Banco Interamericano de Fomento, constituido con un capital de mil millones de dólares —450 aportados por Estados Unidos y 550 por las naciones iberoamericanas—, que ya está funcionando, y los dos « Mercados Comunes », que algún día englobarán a todos los países interesados para extender recíprocamente el área de las posibles ventas.

Frente a los recursos y posibilidades que he mencionado se presentarán sin duda quiebras, dificultades y obstáculos. Ya la empresa en conjunto es por su propia naturaleza sumamente difícil. Distribuir y coordinar la ayuda entre 19 países, que aunque tienen grandes afinidades difieren en muchos aspectos y hasta invocarán fundamentalmente intereses opuestos, es obra que requiere ecuanimidad, tacto y rectitud de intención al par que clara inteligencia y elevada competencia técnica.

Hay que contar, desde luego, con una obstinada oposición por parte de los grupos sociales cuyos intereses puedan ser menoscabados por las reformas exigidas. Principalmente los propietarios de tierras, que en Iberoamérica poseen la mayor riqueza de los respectivos países, harán toda clase de esfuerzos para impedir cuanto signifique redistribución agraria. Forman estos poderosos grupos las familias de tradicional ahuelgo, rodeadas de gran prestigio, con enorme influencia en la política y en la vida de la nación. A ellas se incorporan, para la defensa de su privilegiada posición, otras personas que se han enriquecido a la sombra de maniobras fraudulentas en la administración pública, convirtiéndose en grandes terratenientes. Estos grupos han impedido hasta ahora toda tentativa de reforma en el régimen agrario de la nación.

También son de temer las intrigas de los políticos que no vean provechos personales en la aplicación de los fondos de la « Alianza ». Abundan demasiado en Iberoamérica los casos de corrupción política, procedentes tanto de las dictaduras como de los movimientos revolucionarios. Ellos han esterilizado las concesiones de fondos hechas anteriormente a varios países. Robert H. Hill, ex embajador de Estados Unidos en

México, ha dicho recientemente en la Convención Nacional de Comercio Exterior lo que sigue : « Demasiado frecuentemente en el pasado, en Latinoamérica, los créditos y el dinero de Estados Unidos no han servido tanto para ayudar al pueblo en los respectivos países como para llenar los bolsillos de un puñado de funcionarios. El pobre sigue siendo pobre, el analfabeto continúa siéndolo, el obrero sin trabajo está todavía buscando un empleo, pero unos cuantos líderes del gobierno compraron automóviles más grandes y construyeron mansiones más lujosas. »

No sólo de la inmoralidad de los políticos, sino de la inestabilidad de la política en las naciones iberoamericanas pueden sobrevenir graves dificultades en el desarrollo de los programas que se adopten. Se trata de una obra que requiere estabilidad, continuidad, concordia, y aparte la caída de los dictadores —que siempre ha de recibirse con satisfacción—, es lo cierto que recientemente se han producido en algunos países cambios violentos, que sin llegar a ser revolucionarios indican una crónica inestabilidad política, que ojalá no cause daños lamentables en los diez años de efectividad de la « Alianza ».

¿Podrán surgir reparos u obstáculos de parte de Estados Unidos? Sería muy arriesgado hacer conjeturas sobre ello. Cuando se discutió en el Congreso el Acta de Bogotá hubo ligera oposición, fundada exclusivamente en que no se concretaba el destino de los 500 millones de dólares solicitados y en que tampoco se fijaba duración para los compromisos que el convenio suponía. Fue significativo, sin embargo, que entre los impugnadores figurase el senador Barry Goldwater, que es ahora el líder de la derecha del partido republicano y que probablemente será aspirante a la candidatura para Presidente de la República en 1964.

Lanzada por Kennedy la iniciativa de la « Alianza para el Progreso » de los países iberoamericanos, no tengo noticia de que haya suscitado oposición pública su proyecto. A mi juicio, se acoge en general con simpatía la idea de ayudar al mejoramiento de los pueblos que hayan de ser beneficiados y también la esperanza de que tal ayuda pueda servir como medio de conte-

ner en lo posible la difusión del comunismo en aquellos países. Pero, si he de decir la verdad completa, no se confía del todo en el buen éxito del grandioso proyecto. Muchos recuerdan como amarga y aleccionadora experiencia, que las grandes cantidades de dinero repartidas por Estados Unidos en todo el mundo han sido en demasiados casos completamente ineficaces desde todos los puntos de vista. Prescindiendo de pareceres influídos por la pasión política, por la irresponsabilidad o la incompetencia, que no merecen tomarse en consideración, quiero citar uno muy autorizado y respetable respecto de las ayudas económicas exteriores en general. Robert L. Garner, que ha sido vicepresidente del Banco Mundial y presidente de la « Internacional Finance Corporation » —con 14 años de experiencia en materia de créditos, préstamos y auxilios— ha dicho, entre otras cosas, en la reunión anual del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, celebrada en Viena, lo siguiente : « Pero yo estoy preocupado por la extensión con que están desarrollándose las insidiosas consecuencias de una confianza demasiado grande en la ayuda extranjera. Hay demasiados casos en que es obvia la actitud de que la principal responsabilidad de un gobierno es conseguir el máximo de ayuda del exterior con menor responsabilidad en movilizar sus propios recursos. Desde el período posterior a la guerra se han destinado sumas inmensas para desarrollar algunas áreas. Sin embargo, para la mayor parte de los países que las recibieron esas cantidades nunca son suficientes. Nunca pueden serlo, porque el dinero por sí solo no realiza nada. Es sólo una herramienta. El gasto eficaz de cuantiosos fondos requiere experiencia, competencia, honradez y organización. Si falta cualquiera de estos factores, las grandes inyecciones de capital en los países en desarrollo pueden causar más daño que beneficio. »

Otras importantes opiniones formuló Garner en su discurso, relativas a la eficacia de las ayudas financieras recibidas del exterior. A su juicio, se requieren determinadas condiciones. *Un cierto grado de consistencia en cuanto a legalidad y orden. Un cierto grado de continuidad en la vida política. Administración pública honrada y*

eficaz. Estabilidad financiera y defensa contra la inflación. Equilibrio entre la agricultura, la industria, el transporte, la fuerza motriz y las comunicaciones. Evidentemente, no concurren en la casi totalidad de los países iberoamericanos las expresadas condiciones, pero ello no debe ser motivo para sentirse desesperanzados, sino para extremar el concurso de las grandes posibilidades que ofrece la vitalidad de aquellos pueblos.

Notoria es la firme voluntad de John F. Kennedy de poner en marcha la « Alianza para el Progreso » de los pueblos iberoamericanos, ratificada con sus viajes a algunos de ellos. Con toda sinceridad les habló desde Caracas y Bogotá. Después de reconocer que en la política norteamericana se habían cometido muchos errores en relación con Iberoamérica, dijo lo siguiente : « Los líderes de Latinoamérica, los industriales y los terratenientes están también dispuestos, yo estoy seguro de ello, a admitir que incurrieron en pasados errores y a aceptar nuevas responsabilidades. » Refiriéndose a su iniciativa, la definió así : « La Alianza para el Progreso es un programa revolucionario en sus dimensiones [...], nosotros estamos bien equipados para tal tarea revolucionaria. Porque la historia de los americanos es un tributo a la fuerza creadora de los hombres libres, al poder sin par de la democracia para reformar la sociedad de modo que pueda hacer frente a sus nuevas necesidades sin violencia, sin represión, sin una disciplina que destruya la libertad. » Dirigiéndose especialmente a los hombres responsables de la dirección de los destinos de las naciones iberoamericanas el Presidente norteamericano les previno con las siguientes palabras : « A menos que estén dispuestos a contribuir con sus recursos al desenvolvimiento nacional ; a menos que estén preparados no meramente a aceptar sino a iniciar básicas reformas en el régimen agrario y en el de los impuestos ; a menos que se pongan al frente en el mejoramiento del bienestar del pueblo... la dirección les será arrebatada y la herencia de siglos será consumida en unos pocos meses de violencia. »

Estos pueblos de la joven América, el « continente de la esperanza », como dijo un escritor insigne, habrán de aprovechar la oportunidad única que ahora se les ofrece.

Perspectivas económicas

« **L**AS REPÚBLICAS AMERICANAS proclaman su decisión de asociarse en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico más acelerado y una más amplia justicia social para sus pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad política. » Esta declaración de principios constituye el primer eslabón de la Carta de Punta del Este, documento sin precedentes que expresa toda el ansia de mejoramiento económico y social de los pueblos latinoamericanos y en el que Estados Unidos reconocen que deben impulsar en forma directa y activa el proceso de desarrollo de las economías latinoamericanas, como único medio de preservar la libertad y la democracia en el hemisferio y paralizar la propagación de ideologías comunistas y totalitarias. América Latina vive un momento crucial. Los próximos años se encargarán de revelar si se cumplen los nobles propósitos plasmados en la Carta de Punta del Este. Para ayudar al buen éxito del programa de la Alianza para el Progreso es necesario que se analice, comprenda y divulgue la magna tarea que tenemos por delante. Este programa, tal como fue acordado en la Carta de Punta del Este, presenta una multiplicidad extraordinaria de facetas dignas de análisis y reflexión.

Aun en el terreno puramente económico, la Carta de Punta del Este suscita toda una serie de cuestiones que han sido objeto de palpitante discusión en la literatura sobre el desarrollo económico : ¿Qué papel debe jugar la planificación en el proceso de desarrollo? ¿Qué reformas estructurales básicas son necesarias para que nuestras economías tomen el camino del desarrollo sostenido? ¿Cuál debe ser el alcance de tales reformas? ¿Cómo puede lograrse una distribución más justa del ingreso sin afectar al tipo de capitalización? Aunque ante muchas de estas cuestiones la Carta de Punta del Este plan-

tea soluciones definidas, indicando los derroteros que seguir, no se perfilan con suficiente detalle los rasgos de las soluciones, lo que era de esperar en un documento de esta naturaleza. Sin embargo, los principios que se aceptan para propulsar el desarrollo económico de América Latina son lo suficientemente claros para que no quepan dudas sobre su orientación general.

A pesar de esta amplitud de horizontes para el análisis económico, en este trabajo nos limitaremos a considerar uno de los problemas de mayor interés que plantea la Carta de Punta del Este : el examen de las metas generales de desarrollo económico propugnadas en el programa de la Alianza para el Progreso, y el enjuiciamiento de las perspectivas de su realización, teniendo en cuenta la aportación de recursos externos que Estados Unidos se han comprometido a canalizar hacia este programa.

Metas generales de crecimiento económico

Las metas generales de crecimiento de las economías latinoamericanas para el presente decenio se consignan en la Carta de Punta del Este en los siguientes términos : « Conseguir en los países latinoamericanos participantes un crecimiento sustancial y sostenido del ingreso per capita, a un ritmo que permita alcanzar, en el menor tiempo posible, un nivel de ingresos capaz de asegurar un desarrollo acumulativo y suficiente para elevar en forma constante ese nivel, en relación con los de las naciones más industrializadas, reduciendo de este modo las distancias entre los niveles de vida de la América Latina y los de los países más desarrollados. » Más adelante se señala : « Se reconoce que para alcanzar estos objetivos dentro de un plazo razonable, la tasa de crecimiento económico en cualquier

país de América Latina no debe ser inferior al 2,5 % anual per capita... ».

Antes de entrar a analizar la viabilidad del logro de estas metas de crecimiento conviene hacer algunas aclaraciones. En primer término, en este trabajo utilizaremos el producto doméstico bruto real per capita —medido en términos de una unidad monetaria común— como la magnitud indicadora del grado de desarrollo económico de un país (1). Este indicador fue básicamente aceptado al formular la Carta de Punta del Este, aunque además se reconoció la conveniencia de utilizar otros índices de desarrollo. Así, se expuso : « Para evaluar el grado de desarrollo relativo se tendrá en cuenta no sólo la expresión estadística del nivel medio del ingreso real o del producto bruto per capita, sino también los índices de mortalidad infantil y de analfabetismo y el número de calorías diarias por habitante. » No cabe duda que el producto bruto real per capita, a pesar de sus deficiencias, resulta un indicador eficaz para efectuar comparaciones, en el tiempo y en el espacio, del grado de bienestar de un país y ha sido constantemente utilizado en la formulación de proyecciones generales de desarrollo económico.

En segundo término debe destacarse que al exponer las metas y objetivos generales de la Alianza para el Progreso se consignó la tasa mínima de desarrollo que deberá alcanzar cada país latinoamericano, pero no se señaló una tasa promedio general de crecimiento de la producción per capita para toda América Latina. Por tanto, sólo se puede conjeturar que si se cumplieran cabalmente las metas fijadas, esa tasa tendría que ser igual o superior al 2,5 % anual.

Pasemos ahora a considerar la primera cuestión que se plantea al analizar las metas de crecimiento del programa de la Alianza para el Progreso. Los países latinoamericanos que crezcan a una tasa mínima de 2,5 % anual durante el presente

(1) Se entiende por producto doméstico bruto real *per capita* el promedio por habitante de la producción total de bienes y servicios que se realiza en el territorio de un país, valorada de forma que al comparar las cifras correspondientes a distintos años se eliminen las variaciones derivadas exclusivamente de cambios en el nivel general de precios.

decenio, ¿podrán realmente lograr el objetivo básico de la Alianza para el Progreso, o sea disminuir la brecha que separa sus niveles de vida respecto a los de las naciones más desarrolladas económicamente? Para resolver este interrogante debemos primeramente analizar cuál ha sido la tasa promedio de crecimiento del ingreso per capita de los países latinoamericanos durante el decenio último. En el período 1950-59 las economías latinoamericanas experimentaron un crecimiento de 2 % anual, mientras que en igual etapa el nivel de producción per capita de Estados Unidos creció a una tasa anual de 1,7 % (2). Estas cifras parecen indicar que en el último decenio se produjo una pequeña reducción en el desnivel existente entre el ingreso per capita de los países latinoamericanos y el de Estados Unidos. Sin embargo, aunque la tasa promedio de desarrollo de América Latina durante el período 1950-59 no parece muy desfavorable en comparación con la de Estados Unidos, es evidente que no resultó lo suficientemente alta para que si persiste la misma situación en el futuro se logre reducir apreciablemente, en un plazo razonable, las diferencias entre el nivel de ingreso de los países latinoamericanos y el de Estados Unidos. Además, estas cifras encubren dos aspectos fundamentales de la cuestión : el hecho de que a partir de 1958 el crecimiento del producto per capita de América Latina viene avanzando a un ritmo mucho más lento ; que durante el último decenio algunos países latinoamericanos han experimentado un crecimiento muy lento y hasta un retroceso en sus niveles de producción.

Por otra parte, no cabe duda de que hay una serie de países que, sin haber alcanzado el grado de bienestar de Estados Unidos, han logrado un extraordinario ritmo de crecimiento durante los últimos años.

(2) Todas las cifras expuestas en este trabajo referentes a Estados Unidos y América Latina, se han tomado de publicaciones de las Naciones Unidas y del Departamento de Comercio de Estados Unidos, principalmente : U.S. Department of Commerce, Office of Business Economics, *Survey of Current Business*. Naciones Unidas, Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), *Estudio Económico de América Latina*, años 1955, 1956, 1957, 1958 y 1959.

Los ejemplos más destacados son el del Japón, que experimentó una tasa de desarrollo de 7 % anual durante el período 1952 a 1959, y el de Alemania, que de 1952 a 1960 creció en una proporción de 6,5 % anual.

En consecuencia, la primera impresión que se obtiene al analizar las metas de desarrollo económico fijadas en la Carta de Punta del Este a la luz de la experiencia reciente de América Latina y de las naciones más avanzadas industrialmente, es que si bien el cumplimiento de la tasa de crecimiento mínima de 2,5 % anual representaría sin duda un avance, en especial para aquellos países latinoamericanos que se han rezagado en la dinámica del desarrollo, no es menos cierto que parece difícil que, aun cuando se alcance esa meta, pueda cumplirse el objetivo fundamental de la Alianza para el Progreso de reducir « las distancias entre los niveles de vida de América Latina y los de los países más desarrollados ».

Llevada nuestra argumentación a otros términos, cabe estimar que si el ingreso medio de cada país latinoamericano creciera en los próximos años a una tasa anual de 2,5 %, aun cuando esto representara una tasa media superior para el conjunto de la región, digamos un 3 % anual, mientras que Estados Unidos se desarrollaran a una tasa de 2 % anual, en el año 1970 la producción per capita de América Latina todavía sería apenas un 15,7 % de la de Estados Unidos.

En conclusión, estimamos que para alcanzar los objetivos generales de la Alianza para el Progreso en el presente decenio es necesario que los países latinoamericanos aceleren significativamente su proceso de desarrollo y crezcan a una tasa no inferior al 5 o 6 % anual.

Perspectivas de buen éxito

Pasemos a considerar ahora si las metas de desarrollo económico planteadas en la Carta de Punta del Este podrán alcanzarse efectivamente con los recursos externos que Estados Unidos se han comprometido a movilizar hacia el programa de la Alianza para el Progreso y, además, cuáles son las posibilidades de que los países latinoame-

ricanos sobrepasen con creces esas metas de crecimiento y logren resolver en amplia medida el problema fundamental de la honda discrepancia entre sus niveles de vida y los de las naciones más desarrolladas.

Nuestra exposición adolece de la deficiencia básica de enfocar la cuestión del crecimiento de las economías latinoamericanas en su conjunto, sin analizar específicamente la situación de cada país. A pesar de las limitaciones de este enfoque global, que es el único posible en un trabajo de esta clase, creemos que puede resultar útil para fundamentar razonadamente un criterio sobre las perspectivas de éxito de la Alianza para el Progreso, consideradas estrictamente desde el punto de vista económico.

A. *Las disponibilidades de recursos externos.* En primer lugar, debemos analizar la magnitud de los recursos externos que Estados Unidos se han comprometido a canalizar hacia el programa de la Alianza para el Progreso. En la Carta de Punta del Este se reconoció que para alcanzar las metas de desarrollo del programa, se requiere « que los países latinoamericanos obtengan suficiente ayuda financiera del exterior, incluyendo una parte sustancial en condiciones flexibles con respecto a plazos y términos de amortización y modos de utilización, para complementar la formación del capital nacional y reforzar la capacidad importadora de dichos países ; y que [...] se ponga a disposición de los países latinoamericanos una aportación de capital de todas las fuentes exteriores, durante los primeros diez años, por lo menos de 20.000 millones de dólares, dando prioridad a los países de menor desarrollo relativo ». Por tanto, los requisitos de capital externo para coordinar la Alianza fueron evaluados en 20.000 millones de dólares, y a fin de obtener esos recursos financieros, Estados Unidos se comprometieron a ayudar « a los países participantes, cuyos programas de desarrollo establezcan medidas de ayuda propia y política económica y social acorde con los principios y objetivos de esta Carta. Para complementar los esfuerzos propios de esos países, Estados Unidos están dispuestos a destinar recursos que, junto con aquéllos que se prevé obtener de otras fuentes externas, serán de una naturaleza y

magnitud adecuadas para realizar los fines considerados en esta Carta ».

B. *La inversión extranjera en América Latina durante el último decenio.* Antes de considerar si los recursos externos que estarán disponibles para los programas de desarrollo de los países latinoamericanos serán suficientes para alcanzar las metas fijadas en la Carta de Punta del Este, conviene hacer un recuento del proceso de las inversiones de capital extranjero en América Latina durante el último decenio. La afluencia neta de capital foráneo (3) hacia América Latina durante el período de 1950-59 resultó inferior a 6.000 millones de dólares. Durante ese período las inversiones brutas de capital fijo (4) de América Latina, valoradas a precios de 1950, se cifraron en unos 83.500 millones de dólares, mientras que la cifra de inversiones netas alcanzó 48.800 millones de dólares. En consecuencia, puede afirmarse que la inversión extranjera neta realizada en los países latinoamericanos durante el pasado decenio alcanzó una proporción muy baja tanto de la formación bruta como de la formación neta de capital de la totalidad de la región. Estas proporciones parecen especialmente insignificantes cuando se tiene en cuenta la experiencia histórica de los países que han recibido fuertes corrientes de capital externo durante determinadas etapas de su proceso de desarrollo, por ejemplo Suecia, durante el período 1861-1890 ; Canadá, en los años 1900-1920 ; Puerto Rico, en el decenio 1950-1960.

Por otra parte, al juzgar el impacto de la corriente de inversión externa hacia América Latina durante los últimos años, hay

(3) La entrada neta de capital externo se mide por el volumen de las inversiones privadas directas, las inversiones en valores y los préstamos otorgados por organismos financieros internacionales, menos los pagos por concepto de amortizaciones y las exportaciones de capital procedentes de los países latinoamericanos.

(4) Por inversión bruta de capital fijo de un período determinado se entiende el valor real de la adición de nuevas maquinarias, plantas industriales, edificaciones y otros bienes duraderos que se destinan a ser utilizados en la producción ulterior de bienes y servicios. Esta cifra menos el capital que se ha consumido en el proceso productivo (depreciación) constituye la inversión neta de capital.

que tener en cuenta que esta inversión muestra una gran concentración por países —Brasil y Venezuela obteniendo no menos del 50 % de la inversión externa total— y por sectores económicos, principalmente el petróleo y los minerales de exportación. Por tanto, basta echar una ojeada a las cifras de inversión externa en América Latina durante el último decenio para convenir en que éstas no ejercieron un papel predominante en el proceso de inversión y de desarrollo económico de los países latinoamericanos. El proceso de capitalización de estos países fue financiado preponderantemente mediante el empleo de recursos y ahorros internos.

C. *Posibilidad de alcanzar las metas de desarrollo fijadas en la Carta de Punta del Este.* La inversión externa prevista en el plan de la Alianza para el Progreso, más la inversión extranjera privada, que razonablemente puede esperarse que fluirá hacia América Latina, representarán una entrada neta de recursos externos en los próximos diez años no menos de cuatro veces superior a la del decenio último. Estas cifras evidencian por sí solas que de cumplirse cabalmente los planes de la Alianza para el Progreso se logrará una elevación extraordinaria en los niveles de inversión externa en los países latinoamericanos. lo que significará una contribución cuantiosa y decisiva al desarrollo económico de estos países. No obstante, cabe plantear algunos interrogantes : ¿Serán suficientes los recursos externos comprometidos en la Alianza para el Progreso para alcanzar las metas generales de crecimiento previstas en Punta del Este? Y en caso afirmativo : ¿serán suficientes esos recursos para lograr metas más deseables de desarrollo económico?

Como se comprenderá, el proceso de desarrollo económico es demasiado complejo, por la serie de factores intangibles que intervienen en el mismo, para que pueda responderse en forma categórica a estos interrogantes. Pero es indudable que cabe emitir juicios fundados sobre estas cuestiones, para lo cual debemos, como primera aproximación, comparar la magnitud del esfuerzo de inversión requerido para cumplimentar las metas de desarrollo plasmadas en la Carta de Punta del Este con el grado de capitalización que podría esperarse que al-

canzarían las economías latinoamericanas en el presente decenio, en ausencia del plan de cooperación mutua. La diferencia entre estas dos magnitudes nos puede dar una idea de la idoneidad de los recursos externos de la Alianza para lograr las metas de crecimiento calculadas. Dado que no se estableció una meta general de crecimiento para el conjunto de los países latinoamericanos en la Carta de Punta del Este, vamos a resolver esta indeterminación suponiendo que la tasa de 2,5 % anual que se fija como requisito mínimo para cada país, podría corresponder a una tasa de 3 % anual para toda la región. Partiendo de este supuesto y teniendo en cuenta que es probable que la población de América Latina alcance una tasa de crecimiento de 2,6 % anual en el presente decenio, llegamos a la conclusión de que el producto bruto total de los países latinoamericanos deberá crecer al 5,6 % anual en los próximos años.

Una vez determinada la meta general de crecimiento y estimando —con base en la experiencia histórica— que la relación producto-capital (5) de América Latina no será muy diferente de 0,40, podemos determinar la tasa de inversión neta, en un tanto por ciento del producto doméstico bruto, que será necesario lograr para alcanzar esa meta. Por esta vía puede calcularse que para obtener una tasa de crecimiento del producto per capita de 5,6 % anual, las economías latinoamericanas tendrían que lograr aproximadamente una tasa neta de inversión de 14 % del producto bruto, que correspondería a una tasa de capitalización bruta de alrededor de 22 %. También podemos expresar este esfuerzo de capitalización en términos absolutos. La inversión bruta total en América Latina durante el período 1962-70, ambos inclusive, deberá alcanzar unos 170.000 millones de dólares, a precios de 1950, con una inversión neta correspondiente de unos 100.000 millones de dólares.

Veamos ahora cuál sería el ritmo probable de capitalización y desarrollo que alcanzaría Latinoamérica si no se pusiera en ejecución el programa de la Alianza para

el Progreso. Una hipótesis razonable es suponer que prevalecerían condiciones similares a las de la etapa 1950-59, aun cuando en los últimos tres años se ha aminorado el proceso de crecimiento. Cuantificando este supuesto, es posible determinar que las economías latinoamericanas, sin la ayuda externa, podrían generar una tasa de capitalización neta de 11 % anual, la que determinaría, aproximadamente, dado un coeficiente producto-capital de 0,40, una tasa de desarrollo de 4,5 % anual en el producto bruto global y de 1,9 % en el producto per capita. Medido en cifras absolutas, este proceso de capitalización conllevaría una inversión bruta de 130.000 millones de dólares, a precios de 1950, y una inversión neta de cerca de 80.000 millones de dólares.

Con base en los datos anteriores podemos tratar de cuantificar el esfuerzo de capitalización extraordinario que se requiere para lograr las metas fijadas en la Carta de Punta del Este. Expresado en pocas palabras, será preciso aumentar la tasa de capitalización neta de las economías latinoamericanas de 11 a 14 % de la producción global, lo que en términos absolutos significaría que en el período 1962-70 deberá lograrse un aumento extraordinario de la inversión bruta sobre el nivel que la misma alcanzaría en condiciones normales, ascendente a unos 40.000 millones de dólares, a precios de 1950. De acuerdo con estas cifras cabe sostener que los recursos de la Alianza para el Progreso podrían servir para financiar directamente una parte sustancial del incremento en las inversiones que se necesitan para cumplir las metas de desarrollo acordadas por las Repúblicas americanas en Punta del Este. Pero sería erróneo pensar que la principal aportación de la Alianza para el Progreso al proceso de creación de nuevos capitales se circunscribe al monto de la financiación directa de las inversiones. Otro aspecto, incluso más importante, de la inversión externa en el caso de América Latina es la adición que representa a la capacidad de importación de la región.

La verdadera limitación para aumentar la tasa de inversiones de las economías latinoamericanas no consiste solamente en la dificultad de elevar el coeficiente de ahorro interno para evitar que el incremento en

(5) Por relación producto-capital se entiende el aumento en el producto bruto derivado de cada unidad de inversión neta.

las inversiones pueda desencadenar un proceso inflacionario. El principal factor limitativo del aumento de la tasa de capitalización es el alto coeficiente medio de importación que requiere el proceso de inversión en América Latina, por la carencia de una estructura de producción de bienes de capital. Los requerimientos de importaciones en tanto por ciento del total de inversiones fluctúan entre 30 y 35 %, lo que quiere decir que por cada dólar de inversión se requiere importar de 30 a 35 centavos de bienes de capital del exterior, mientras que la demanda de bienes de consumo terminados se satisface con sólo alrededor de un 5 % de bienes importados. Por tanto, la liberación de recursos de divisas extranjeras que se produciría por una restricción del consumo —aumento en la tasa de ahorro— no sería suficiente para financiar las importaciones de bienes de capital que se requerirían para un aumento correlativo en la tasa de inversiones. Para acelerar la tasa de crecimiento no basta con aumentar el coeficiente de ahorros, sino que es necesario que se produzca un aumento en la capacidad de importación o un proceso intenso de sustitución de importaciones. Esta es una de las grandes encrucijadas que se plantean a las economías latinoamericanas en su proceso de desarrollo.

Mirado desde este punto de vista, el cumplimiento del compromiso de Estados Unidos al firmar la Carta de Punta del Este significa que las economías latinoamericanas podrán disponer en los próximos diez años de una adición neta a su capacidad de importación de 20.000 millones de dólares (6). Como la inversión extraordinaria adicional que sería necesaria para lograr los objetivos del programa, en el período 1962-70, asciende a unos 40.000 millones de dólares, lo que requerirá una importación de bienes de capital no menor de 12.000 millones de dólares, se aprecia que los recursos externos de la Alianza para el Progreso resultan suficientes para financiar ese cúmulo de importaciones y que aún quedaría un remanente para reforzar la capa-

(6) Puede considerarse que la mayor parte de esta suma, aun valorada en dólares de 1950, representará el aflujo neto de recursos externos de la Alianza para el Progreso que recibirá América Latina en el período 1962-70.

cidad de importación de los países latinoamericanos.

D. *Posibilidad de lograr metas más altas de crecimiento económico.* Nos queda por analizar el otro interrogante planteado en relación a la suficiencia de los recursos externos disponibles para el plan de la Alianza para el Progreso. ¿Será posible lograr que los países latinoamericanos alcancen altas tasas de crecimiento en el presente decenio, no inferiores al 5 o 6 %, que realmente coloquen a América Latina en el camino del desarrollo sostenido y representen un aumento extraordinario en los niveles de vida de los pueblos latinoamericanos? Si América Latina creciera a una tasa de 6 % anual en el presente decenio, el producto bruto total se elevaría en 1970 a unos 136.000 millones de dólares, a precios de 1950, cifra que representa un aumento relativo de 130 % sobre los niveles de 1959. Por otra parte, el producto medio per capita para el conjunto de los países latinoamericanos sobrepasaría los 500 dólares, lo que implicaría la desaparición del estado de pobreza colectiva en los países más atrasados del hemisferio y el comienzo del disfrute de altos niveles de consumo y bienestar en aquellos países latinoamericanos que avanzan en la escala del desarrollo.

Utilizando las mismas hipótesis y procedimientos expuestos anteriormente, puede calcularse que para lograr una tasa de crecimiento del producto doméstico bruto de 6 % anual per capita, equivalente a una tasa de 8,6 % en el producto global, será necesario que las economías latinoamericanas eleven su tasa de inversión neta a cerca de 22 % del producto global, lo que correspondería a una tasa de capitalización bruta de 35 %. Si medimos el esfuerzo en términos absolutos, puede estimarse que la formación bruta de capital durante el período 1962-70 debería alcanzar alrededor de 290.000 millones de dólares, a precios de 1950, y la inversión neta correspondiente unos 175.000 millones de dólares. Si comparamos estas últimas cifras con las de la hipótesis desenvuelta anteriormente sobre el probable desarrollo económico de los países latinoamericanos, si no hubiese entrado en juego el programa de la Alianza para el Progreso, apreciamos que el logro

de una meta de crecimiento de 6 % anual per capita requeriría un aumento de 160.000 millones de dólares en la inversión que en condiciones normales podría esperarse que se produjera en esos países. En consecuencia, estas cifras nos dan una idea de la extraordinaria magnitud del esfuerzo de capitalización que debe realizarse para alcanzar un desarrollo de 6 % anual per capita. Cualquiera que sea el método de cálculo que se utilice, nos parece que habría que llegar a la conclusión que los 20.000 millones de dólares asignados al programa de la Alianza para el Progreso resultan insuficientes para alcanzar esa tasa de crecimiento. A manera de ilustración, podemos señalar que las importaciones adicionales de bienes de capital necesarias para lograr un grado tan alto de capitalización deben calcularse en no menos de 48.000 millones de dólares, lo que superaría el incremento en la capacidad de importación resultante del aflujo de inversión externa del programa. Sin embargo, no creo que estas cifras deban llevarnos a un pesimismo exagerado al evaluar la suficiencia de los recursos externos del programa para alcanzar metas de crecimiento económico verdaderamente deseables en América Latina.

La experiencia histórica demuestra que el desarrollo económico es la mayor fuerza generadora de un mayor desarrollo económico. Esta aparente perogrullada está íntimamente ligada al fundamento de muchas de las teorías en boga sobre la interpretación histórico-analítica del proceso de crecimiento económico, que tienen una fuerte base en la observación empírica. La teoría del « gran impulso » constituye la representación típica de esta corriente de pensamiento. Veamos someramente la tesis básica de esta teoría. Las siguientes palabras de Rostow resultan muy ilustrativas : « El intervalo decisivo en la historia de una sociedad ocurre cuando el crecimiento se convierte en su condición normal. El comienzo del *despegue* (take-off) puede usualmente ligarse de modo particular a un gran estímulo [...], este estímulo puede tomar la forma de grandes importaciones de capital, como en el caso de los Estados Unidos en la última parte del decenio de los 1840, y Canadá y Rusia, a mediados del decenio de los 1890... » (7).

Otro de los sustentadores de esta tesis, Rosenstein-Rodan, ha expresado muy bien su contenido en forma sucinta : « Hay un nivel mínimo de recursos que debe ser dedicado a un programa de desarrollo, si éste ha de tener alguna posibilidad de éxito. Lanzar un país a un crecimiento autosostenido es en cierta forma como hacer despegar un avión ; hay una velocidad crítica sobre la pista que debe ser rebasada antes de que el aparato se eleve... Un quantum mínimo de inversiones es condición necesaria, aunque no suficiente, para el buen éxito. Este es, expresado en pocas palabras, el contenido de la teoría del gran impulso » (8).

El significado de estas ideas al evaluar las perspectivas de la Alianza para el Progreso nos parece en extremo interesante. Toda valoración anticipada de la magnitud del esfuerzo que realizar y de los recursos externos e internos con que contarán los países latinoamericanos para su proceso de desarrollo económico, tenderá por regla general a ofrecer una visión demasiado pesimista del futuro. En varios países latinoamericanos ya se han creado las condiciones previas necesarias para que pueda iniciarse, si reciben un gran impulso de capital extranjero, un proceso de desarrollo acumulativo y sostenido, en el que los obstáculos que retrasan el crecimiento sean superados por la difusión de nuevas y mejores técnicas de producción, que vayan eliminando los factores de atraso de la estructura económica tradicional. Por tanto, es muy posible que en estos países no sólo puedan movilizarse hacia el proceso de desarrollo económico muchos más recursos internos y más esfuerzos dinámicos de la población de lo que cabría suponer en un análisis anticipado, sino que también es probable que el crecimiento sostenido sirva de extraordinaria fuerza de atracción a los inversionistas extranjeros. El aumento de la corriente de inversión foránea implicaría que los recursos externos con que contaría

(7) Walt Rostow : *Las Etapas del Crecimiento Económico*. Fondo de Cultura Económica, México.

(8) P.N. Rosenstein-Rodan : « Notas sobre la teoría del gran impulso », en *El desarrollo económico y América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México.

América Latina para su desarrollo económico sobrepasarían con creces los 20.000 millones de dólares asignados al plan de la Alianza para el Progreso. Aunque en los países más retrasados es imposible que el fenómeno del desarrollo económico pueda alcanzar en el presente decenio a todas las regiones y capas de la población, es factible que la Alianza logre eliminar buena parte de los frenos que dificultan el proceso de desarrollo de estos países.

Necesidad de una acción inmediata

La Alianza para el Progreso representa la respuesta de los hombres libres a la solución económica preconizada por la doctrina comunista. A pesar de que el comunismo como sistema económico capaz de elevar el nivel de vida de los pueblos latinoamericanos ha tenido un fracaso rotundo en el hemisferio, no cabe duda de que las masas empobrecidas de los pueblos latinoamericanos constituyen terreno fácil para la penetración de la ideología comunista. De aquí la urgencia de que comience a coordinarse rápidamente el programa de la Alianza para el Progreso.

El plan de acción inmediata preconizado en Punta del Este, para el que Estados Unidos se comprometieron a aportar más de 1.000 millones de dólares antes de marzo de 1962, ya está en ejecución. Por otra parte, en su mensaje presidencial al Congreso de Estados Unidos, el 11 de enero de este año, el Presidente Kennedy pidió una suma de 3.000 millones de dólares para la ayuda a las naciones del hemisferio, que junto con los recursos que se puedan movilizar a través de las instituciones de crédito internacionales y otros que aporten los países de Europa Occidental, resolverán básicamente las necesidades de financiación del programa para los próximos años, que serán seguramente los más críticos.

En resumen, a pesar de la lentitud inicial que tiene que caracterizar la puesta en marcha de un programa tan ambicioso de cooperación internacional, nos sentimos razonablemente optimistas para creer que muy pronto estará funcionando con plenitud la Alianza para el Progreso.

Conclusiones

1. Las metas generales de desarrollo económico fijadas en la Carta de Punta del Este resultan demasiado bajas, teniendo en cuenta la experiencia histórica reciente, para lograr el objetivo fundamental de la Alianza para el Progreso: reducir el desnivel entre el grado de bienestar de los países latinoamericanos y el de las naciones industrialmente avanzadas.

2. Para que realmente se logren los objetivos de la Alianza para el Progreso se requiere que las economías latinoamericanas crezcan en el presente decenio a un ritmo superior al previsto en la Carta de Punta del Este, no inferior al 5 o 6 % anual per capita.

3. Los recursos externos que Estados Unidos se han comprometido a canalizar hacia los programas de desarrollo económico de los países latinoamericanos, parecen suficientes para alcanzar la meta de un crecimiento mínimo de 2,5 % anual per capita, que constituye el objetivo explícitamente consignado en esa Carta.

4. Sin embargo, esos recursos externos resultan demasiado reducidos para alcanzar metas realmente elevadas de desarrollo, que resuelvan los problemas económicos básicos de las Repúblicas latinoamericanas. No obstante, es posible que cualquier análisis de la idoneidad de los recursos externos de la Alianza para el Progreso en función de esas metas subestime las posibilidades reales de lograr altas tasas de crecimiento económico en América Latina. En efecto, la experiencia histórica demuestra que una vez que el proceso de desarrollo económico toma fuerza, el crecimiento sostenido se convierte en una condición normal de la economía, que ejerce una fuerza de atracción extraordinaria para canalizar los recursos externos e internos que se requieren para la continuación del proceso.

5. El problema fundamental del programa de la Alianza para el Progreso es que pueda comenzar a operar con efectividad a corto plazo. Creemos que se tiene conciencia de la necesidad de instrumentar rápidamente la Carta de Punta del Este y de que se están dando pasos firmes en ese sentido.

Obstáculos y posibilidades

LOS RÍOS DESCENDERÍAN directamente hacia el mar, de no ser por los recodos y curvas que los calman y les dan lentitud, a veces somnolencia. Los meandros permiten la utilización de los ríos y son el deleite de los pescadores de caña. Pero en política, los planes han de ir directamente a su objetivo. Los meandros frustran los fines mismos. Y esto es, justamente, lo que puede suceder a la Alianza para el Progreso.

Porque, no nos engañemos, la Alianza es ante todo un plan político destinado a permitir la realización por vías democráticas de transformaciones sociales —es decir, de una revolución— sin que se debilite el desarrollo económico. Se tiene la impresión, viendo lo que los diplomáticos hablan y lo que los técnicos escriben sobre la Alianza, de que no se ha comprendido lo que ésta es, o que no se quiere comprender y, sobre todo, no se quiere que el hombre de la calle lo comprenda. Y este es el primer peligro con que tropieza la Alianza, el primer meandro que trata de retrasar su curso. Una vez calmado el río, aparece la posibilidad de desviarlo, de amansarlo, de domesticarlo y, más aún, de utilizarlo para toda clase de fines y de evitar que llegue al mar. Esto, repito, en un río es bueno. En política es malísimo.

Conviene, pues, señalar desde ahora las asechanzas, los peligros, que amenazan a la Alianza, los meandros que pueden retrasar su curso... Y si el curso de la Alianza para el Progreso se retrasa, habrá fracasado. Porque un elemento fundamental, previo, del éxito de la Alianza, es su rapidez. Al crearla, se fijó para el plan un plazo de diez años. Han transcurrido varios meses y todavía no ha habido ningún cambio espectacular, profundo. En política los cambios que no son espectaculares, no son cambios.

Porque, no se olvide, en política las cosas importan no sólo por sus resultados, sino también por la manera cómo estos resultados se aprecian y calibran por el hombre de la calle.

Los objetivos de la Alianza

En Estados Unidos se ha llegado a la conclusión de que era cierto lo que tantos latinoamericanos dijeron durante decenios: que la industrialización es precaria y desequilibrada si no va acompañada y, en lo posible, precedida por una reforma agraria, que sin reforma agraria los beneficios del desarrollo no se reparten equitativamente y que la industrialización hace más ricos a los ricos y apenas les quita pobreza a los pobres. Lo paradójico es que cuando Estados Unidos se convencen de esto, parece que lo olvidan los mismos que durante tantos años lo afirmaron sin lograr persuadir a los norteamericanos.

Ahora bien, una reforma agraria, por ordenada que sea, provoca inevitablemente un descenso de la producción agrícola, por cierto tiempo. Esto puede ser peligroso en América Latina, donde la tasa de crecimiento de la población es igual o mayor que la tasa de aumento de la producción. La Alianza, con sus programas de Alimentos para la Paz y otros, está ahí para llenar esos huecos, para proporcionar los medios, técnicos y materiales, que puedan acortar el lapso de baja de la producción.

Pero, al mismo tiempo, una reforma agraria democrática supone que se indemnizará a los propietarios cuyas tierras se expropian y que se proporcionará a los campesinos que pasen a ser dueños de su campo los medios para cultivarlo con provecho: aperos, semillas, tractores, ganado, carreteras, escuelas técnicas, vivienda, es-

cuelas para sus hijos, hospitales, etc. Todo esto cuesta dinero.

No sería justo que lo pagaran también Estados Unidos, y es de suponer que los países mismos sentirían herido su espíritu nacional si se sugiriese siquiera que así fuera. Han de pagarlo los propios países. Pero, ¿con qué? La respuesta es obvia: con el dinero de quienes ganan dinero. Es decir, con impuestos justos. El sistema fiscal latinoamericano es de una injusticia asombrosa. Cuando se saben los detalles del mismo, se extraña uno de que no se hayan producido motines por la injusticia fiscal. Y sólo se explica esto por el hecho de que se trata de una injusticia oculta tras la maraña de la fraseología técnica y del papaleo.

Tal vez no esté de más recordar que hay países en que la gran propiedad abarca el 41 por ciento de las tierras cultivadas y en que los propietarios de tierras no pagan impuestos. (En Guatemala y el Paraguay, por ejemplo, no hay impuestos sobre la renta.) En Estados Unidos, el impuesto sobre la renta absorbe el 26 por ciento del ingreso nacional; en Gran Bretaña, el 30 por ciento. En los países latinoamericanos, del 6 al 12... cuando existe el impuesto sobre la renta. La mayor parte de los ingresos fiscales proceden de los impuestos indirectos.

Para pagar la reforma agraria, pues, se necesita reformar el sistema fiscal. Pero esto provocará protestas en forma de evasión de capitales y de disminución de las reinversiones. Estas protestas pueden contrarrestarse de dos maneras: por un lado, pagando las indemnizaciones a los expropiados, de tal modo que estén obligados a invertir las en la industria nacional. Por el otro, repatriando los capitales evadidos, recurriendo para ello a medios indirectos. Precisamente ésta ha de ser la principal función del Banco Interamericano de Desarrollo, enfascado hasta ahora, al parecer, sobre todo en la administración de los fondos ya recibidos de la Alianza y del capital desembolsado por los países.

En suma, toda transformación social crea problemas que si no se resuelven llevan a adoptar medidas antidemocráticas, coactivas, que a su vez inducen a la dictadura. Pero si hay un mecanismo para acudir en

ayuda de quienes hagan reformas, para que los problemas que éstas suscitan se puedan resolver sin necesidad de coacción, sin recurrir al totalitarismo, entonces la reforma puede triunfar. Este mecanismo es la Alianza. Lo es, cuando menos, en el ánimo de quienes la concibieron y propusieron. No lo es todavía en el ánimo de la mayoría de los latinoamericanos, dirigentes y dirigidos.

Y mientras el hombre de la calle no comprenda las posibilidades que le da la Alianza, no vea que con la Alianza han perdido validez todos los pretextos que se oponían para no hacer reformas agrarias, para no cambiar los sistemas fiscales, para no integrar las economías; mientras no comprenda, en una palabra, lo que es la Alianza, los enemigos de ella —de dentro y de fuera— llevarán las de ganar.

Los enemigos de fuera

Una vez más, vemos —y veremos todavía en mayor grado— el concubinato entre las fuerzas más reaccionarias y las que se pretenden más revolucionarias. Los oligarcas se opondrán, no declaradamente, pero sí de modo solapado, a la Alianza. Y los castristas y comunistas se oponen a ella, so pretexto de que es « un nuevo medio de penetración del capitalismo yanqui ». Sin embargo, esta oposición es mucho más sutil que la que hicieron los comunistas al Plan Marshall (con la oleada de huelgas no reivindicativas de 1947-48), o la que tradicionalmente han hecho los oligarcas a toda tentativa de reforma, es decir, apelando al cuartelazo.

Desde poco antes de la Conferencia de Punta del Este, el castrismo se muestra menos agresivo fuera de Cuba. En parte, esto se explica porque va perdiendo fuerza; pero también es porque La Habana quisiera que la oligarquía perdiera el miedo. El miedo puede inducir a los oligarcas a aceptar las reformas; sin miedo, la oligarquía las saboteará. La Habana sabe que el castrismo y el comunismo, por sí solos, no se bastan para hacer fracasar la Alianza. Pero sabe también que la oligarquía dispone de muchos medios para frustrar las reformas. Y si las reformas se frustran, la Alianza habrá fracasado y entonces La Ha-

vana podrá recobrar las fuerzas perdidas, mostrarse de nuevo agresiva y afirmar que el único camino hacia la revolución es el que Castro llama, con mucho optimismo, el « marxista-leninista ».

Que esta táctica no es desacertada lo indica la creciente oposición de las oligarquías a todas las reformas.

Es importante señalar que ni en América Latina ni en ningún lugar donde se trate de reformar la estructura social, se considerará que una reforma es tal si se limita a dar sin quitar. Más claro : es importante dar tierras a los campesinos, pero es igualmente importante quitar las tierras a los oligarcas, para quitarles el poder político que durante un siglo y medio ha transformado a América Latina en una serie de colonias.

Los enemigos de dentro

Los oligarcas de la tierra y los oligarcas de la consigna, los reaccionarios feudales y los reaccionarios castro-comunistas, son menos peligrosos, sin embargo, que los enemigos que la Alianza puede secretar por sí misma.

La Alianza trata de realizar por medios democráticos una revolución que América Latina hubiera debido llevar a cabo hace cuando menos un siglo.

Emplear medios del siglo XX —como lógicamente los utilizará la Alianza— para resolver una serie de problemas propios del siglo XIX, es algo que puede producir muchos meandros. En vez de acelerar la realización de las reformas, puede retrasarlas. Este retraso, si se produjera, sería obra de los enemigos internos de la Alianza, y serviría, claro está, a sus enemigos externos.

La Alianza es una concepción nueva, para la que, en la práctica, ni siquiera el Plan Marshall puede servir de precedente. Por lo tanto, necesita organismos nuevos. Pero el sistema interamericano tiene una pesada herencia de burócratas acostumbrados a otros problemas y a otro ritmo de realizaciones. No sé si es posible aprovechar una parte de esa herencia. En todo caso, existe el peligro de que los viejos burócratas tiendan a poner la Alianza al nivel de su capacidad y, por ende, la pa-

ralicen. También existe el riesgo, claro está, de que el nuevo funcionario se enquistase y anquiloase, puesto que la tentación administrativa de los estudios y el papeleo es una de las más irresistibles.

Los peritos y técnicos son también burócratas. Es desagradable, pero esto no puede negarse. Mas esta clase de burócratas están obsesionados por la eficiencia. Y la eficiencia no es, precisamente, la característica distintiva de las reformas. Estas suponen siempre cierta dosis de despilfarro, de errores, de desorganización, de ineficiencia, de « amateurismo », incluso de corrupción. El técnico tiende ante esto a poner la eficiencia por encima de los resultados sociales, a sacrificar lo que en las reformas hay de realmente transformador en aras de la estética, de la organización, de los gráficos, de las estadísticas. Y si no puede hacer esto, entonces lo más probable es que se convierta en un burócrata resignado, fabricante de estudios e informes y carente de entusiasmo. Este peligro es doble, además ; porque los jóvenes técnicos latinoamericanos están ya afectados por esta especie de monomanía higiénica de la eficiencia, y los norteamericanos no conciben el despilfarro que no esté bien calculado y nunca dejan lugar para la improvisación del aficionado, a menudo con más olfato que el especialista. Esta veneración por la eficiencia y la especialización tiene consecuencias nada inocuas ; por ejemplo, que para decidir si los planes que presentan los países merecen la ayuda de la Alianza se designen técnicos muy renombrados, pero tan estrictamente técnicos, tan apolíticos, que puede dudarse de que sean capaces de dar un puñetazo sobre la mesa y de enfrentarse con los gobiernos cuando éstos traten de darles gato por liebre, y acaben aceptando como reformas las que lo son sólo en apariencia. Las reformas precedidas de estudios son las mejores, pero, en último extremo, es preferible tener reformas sin estudios que estudios sin reformas.

El mismo técnico, o el político, o el diplomático a la vieja usanza, deseoso de mantener las aguas tranquilas, de no hacer olas, pueden ser también un peligro. Para no crear problemas de detalle, son capaces de sacrificar la solución de los problemas mayores. La Alianza debe encen-

der el entusiasmo, y los « bomberos », los que apagan las velas mientras arde la casa, constituyen otro elemento de frustración posible para la Alianza.

No es menester hablar de los supernationalistas, que ven en la Alianza la posibilidad de hacer en su país lo que no hacen los vecinos, de conseguir ventajas nacionales, de maniobrar para satisfacer clientelas políticas, y que siempre estarán dispuestos a disimular que tal o cual realización es de la Alianza, para ponerla en el haber de su pobre balance gubernamental personal. La verdad es que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos tienen una prevención sistemática contra las actividades internacionales de información pública. Bueno es que vengan millones, coches, técnicos, equipo, proporcionados por los organismos internacionales; pero es mejor que los electores crean que todo esto lo deben únicamente al gobierno. Claro está, si esta actitud persiste la Alianza será un plan confidencial que no llegará al hombre de la calle y frustrará uno de sus objetivos: fomentar la solución continental de los problemas, en vez de fraccionarlos y sólo paliarlos.

Ya el hecho de que en la Conferencia de Punta del Este no se creara un mecanismo de planeamiento continental, sino que se prefiriera, para una concepción nueva, la vieja rutina de los planes nacionales precedidos de largos y proliferantes estudios, es un indicio de cuan peligroso puede ser este supernationalismo oportunista.

Lo más difícil

No hay duda de que entre todas las posibles actitudes que cabe adoptar ante la realidad latinoamericana, la Alianza para el Progreso es la más difícil, la más exigente, la menos complaciente. Por esto, precisamente, es sin duda la única que puede dar resultados, a condición de vencer estos obstáculos, de soslayar esos peligros, de descartar esos enemigos de dentro y de fuera.

Hay que meterse en la cabeza que la Alianza es una concepción política, propuesta por políticos y que debe llevarse a la práctica con una mentalidad y unos fines políticos y sociales. La Alianza debe crear las condiciones para que se puedan

resolver no los problemas de los burócratas, los diplomáticos, los inversionistas, los técnicos, los expertos, los oligarcas o los propagandistas, sino para solucionar los problemas del latinoamericano olvidado, sumergido hasta ahora en la indiferencia de las oligarquías.

La Alianza deber ser no sólo *para* el pueblo, sino también y sobre todo *del* pueblo y *por* el pueblo.

Posibilidades de la Alianza

A comienzos de año, una cadena norteamericana de emisoras de televisión ofreció un programa en el cual sus corresponsales de diversos continentes hacían predicciones respecto a lo que sería el año 1962. El corresponsal en América Latina dijo más o menos así: « Debido a la oposición de las fuerzas reaccionarias y acaudaladas, no tendrá lugar en 1962 el despegue de la Alianza para el Progreso. » Si aplicamos el adjetivo « reaccionario » no sólo a los oligarcas, sino a los comunistas y sus adláteres — cosa que debe hacerse no sólo por razones políticas, sino hasta por motivos de semántica —, la predicción puede resultar acertada.

Pero del mismo modo que hay fuerzas que tratarán de impedir el despegue de la Alianza, las hay que tienen interés en provocar y acelerar este despegue, en lanzar al aire realidades que vayan incluso más allá de las muy modestas ilusiones que los pueblos tienen: tierra, vivienda, salud, comida, escuela, libertad... Estas fuerzas, por demás está decirlo, son las que cuando se hallan en el gobierno se esfuerzan, no siempre con éxito, para crear las condiciones mediante las cuales puedan lograrse estos modestos anhelos.

Pero, ¿están realmente interesadas en la Alianza? Para contestar esta pregunta, conviene, antes, buscar la respuesta a otra pregunta fundamental: ¿Por qué la Alianza y justamente la Alianza?

¿Por qué la Alianza?

El hecho de que la Alianza haya sido propuesta por Estados Unidos no deja de suscitar recelos. Norteamérica, hasta hace muy poco, ni se interesaba por América

Latina ni estaba dispuesta a ayudar a la realización de las aspiraciones de los latinoamericanos.

¿A qué viene, pues, que de súbito, lance la idea de la Alianza? De súbito, en verdad, puesto que una evolución de dos o tres años, desde el viaje de Nixon y desde la caída de Batista, es una evolución casi repentina en el mecanismo de un gobierno (evolución, por cierto, mucho más rápida que la ocurrida en gran parte de los gobiernos latinoamericanos). No cabe duda que en esta evolución han sido factores importantes el viaje de Nixon y el fenómeno castrista; pero no son éstos los únicos factores. El principal, que escapa a casi todos los observadores latinoamericanos, es que Estados Unidos se están dando cuenta de que eso que llaman la revolución del tercer mundo, la revolución latinoamericana, la revolución de los pueblos nuevos, la revolución de las naciones proletarias... eso no es otra cosa, lisa y llanamente, que una revolución burguesa, una revolución cuyo objeto es convertir estructuras sociales semif feudales en estructuras capitalistas.

Y esta es una de las cosas que en América Latina es preciso aclarar. La buena fe de Estados Unidos al proponer la Alianza para el Progreso puede aceptarse si se tiene en cuenta que esta Alianza no es un instrumento para realizar una revolución socialista, sino una revolución burguesa. Revolución que en África tendrá unas características probablemente determinadas por el carácter tribal de la sociedad que trata de transformar, y que en América Latina ofrecerá otros aspectos, determinados por el carácter semifeudal de la sociedad actual y por la larga tradición —heredada de la colonia— de « dirigismo » estatal. Este dirigismo, que en Estados Unidos parecería « creeping socialism », es, escuetamente, una de las muchas formas que puede adoptar una sociedad burguesa. Este es un hecho que han de comprender y aceptar todos, especialmente quienes no consideran que la sociedad burguesa sea el ideal ni el objetivo de su lucha. Sin esta sociedad burguesa no hay posibilidad de ir más allá de ella, no se puede pasar del semifeudalismo a cualquier forma social que supere al capitalismo, sin caer en el totalitarismo. Cuba lo demuestra.

Si esto es así, entonces la Alianza puede ser útil. Durante decenios, las fuerzas más progresivas de América Latina han venido quejándose de que Estados Unidos no ayudaban bastante a Latinoamérica, de que sólo pensaban en ella para sus inversiones privadas. Por primera vez, Estados Unidos ofrecen a América Latina una ayuda que superará a la ofrecida a cualquier otro continente. Y la ofrecen no para fomentar empresas norteamericanas, sino para resolver problemas, esos problemas que mantienen atados a los latinoamericanos a las argollas oligárquicas. Precisamente por esto, donde hay menos interés por la Alianza es en los países que han emprendido ya su marcha hacia la industrialización, es decir, que están haciendo su conversión de economía semifeudal a economía capitalista. Pero aun en esos países la Alianza puede ser útil para consolidar la evolución, estabilizarla y ampliar sus fundamentos.

Nadie puede saber si la Alianza es el mejor método para ayudar a esta revolución, porque nadie hasta ahora ha ofrecido otro. Hasta Castro, cuando fue a la Conferencia económica de Santiago, en 1959, lo único que pudo proponer fue pedir a Estados Unidos una ayuda de 30.000 millones de dólares. Estados Unidos ofrecen ahora 20.000 millones, para los primeros diez años. Quienes se oponen a la Alianza no ofrecen nada mejor. Ni tan sólo sugieren medidas que puedan substituir a la Alianza sin garantía de que sean mejores. Se limitan a decir, unos, que si se empieza con reformas, por modestas que sean, no se sabe dónde se acabará ni cómo se podrán evitar luego reformas mayores (lo cual es cierto, por suerte). Dicen otros que la Alianza es un truco para aumentar la influencia norteamericana en América Latina sin acordarse de que esta influencia es producto de la debilidad económica que la Alianza quiere borrar. Pero, repito, ni unos ni otros proponen soluciones a los problemas ni señalan lo que se podría hacer en lugar de la Alianza.

Y esto, creo, contesta a la pregunta ¿por qué la Alianza? Cuando menos, porque en treinta o cuarenta años nadie ha propuesto otra cosa que parezca mejor que lo ofrecido ahora por la Alianza. Y aquí debe insistirse una vez más en esto: la Alianza

no es un cúmulo de millones y miles de millones ; la Alianza es una serie de reformas sociales, con el dinero para hacerlas posibles sin correr el riesgo de caer en el totalitarismo.

¿Para quién la Alianza?

De ahí deriva otra pregunta : ¿Quién ha de beneficiarse de ella? Sabiendo la respuesta, sabremos quién debe defenderla, apoyarla y encargarse de vencer los obstáculos.

¿Quién quiere, en América Latina, esa revolución burguesa? La clase media, ante todo. La alta burguesía, poco numerosa ha preferido congraciarse con la oligarquía terrateniente. Ahora bien, la clase media, que está creciendo y se halla en ascenso, necesita el apoyo de la clase obrera y del campesinado para descartar a la oligarquía del poder político y para realizar esa revolución. La clase obrera y el campesinado, que por sí mismos no pueden hacer en América Latina esta revolución (en Cuba mismo la inició la clase media y después la monopolizó, no una clase, sino un partido, para utilizarla con el fin de someter tanto a la clase media, a la que quiere borrar del mapa social, como al campesinado y al proletariado). La unión de esas tres fuerzas puede hacer la revolución burguesa. De ella se beneficiará, como es lógico, la clase media y, de rebote, la alta burguesía, que además se verá libre de esa no siempre cómoda alianza de circunstancias con la oligarquía, que limita sus posibilidades. El proletariado y los campesinos también se beneficiarán de esta revolución, aunque no sea más que por el hecho evidente de que la industrialización ha de aumentar el peso específico de la clase obrera y la reforma agraria ha de convertir al campesinado en una clase media rural.

Porque es tan obvia esta conjunción de intereses, los partidos populares latinoamericanos son partidos de alianza, de agrupación de clases. Estos partidos participan lo mismo en la vida de la clase media que en la sindical y en la de las organizaciones campesinas, allí donde existen. Cuando los comunistas proponían al APRA, por ejemplo, la formación de un frente popular, el APRA les contestaba : « Nosotros somos

el frente popular. » Y era cierto. De ahí la constante, permanente enemiga de los comunistas y los oligarcas respecto a los movimientos populares.

Son, pues, estos movimientos, los sindicatos y las organizaciones campesinas, quienes han de vencer los obstáculos a la Alianza, todos los obstáculos, desde la oposición de la oligarquía y el sabotaje de los comunistas y castristas, hasta los peligros de « tecnificación » y « burocratización » de la Alianza.

No pueden combatir tales obstáculos ni los gobiernos, que se hallan en poder de la conjunción de oligarcas y alta burguesía, ni las organizaciones burocráticas y técnicas encargadas de aplicar la Alianza (y hay que aceptarlas, puesto que en nuestro mundo actual no existe otra manera de llevar a cabo un plan económico y social) ; ni los partidos que ven en la Alianza sólo un medio de combatir el comunismo y no algo que debería hacerse incluso si no existiera el comunismo, ni el gobierno norteamericano, siempre tan apegado al hábito de tratar sólo con gobiernos.

Pedir a los burócratas que se conduzcan como revolucionarios, a los técnicos que vean las cosas en términos políticos, a los oligarcas que renuncien a sus privilegios, a los comunistas que acepten una revolución democrática, es pedir milagros y soñar en la posibilidad de actitudes que en política nunca se han dado.

Ahora bien, ¿qué pueden hacer los movimientos populares, los sindicatos y las organizaciones campesinas, para vencer los obstáculos a la Alianza? No se trata aquí de dar recetas. En cada país y en cada circunstancia los métodos de presión, los objetivos inmediatos, han de variar. Pero existen algunas constantes que saltan a la vista y que pueden señalarse ya desde ahora. Estas constantes son, en cierto modo, como los requisitos previos para que la Alianza despegue. Sin el cumplimiento de estas constantes, la predicción del corresponsal norteamericano se realizará probablemente.

Política y todavía más política

El requisito previo fundamental, del cual derivan todos los demás, consiste en plan-

tear los problemas de la Alianza en el plano político ; en concebir la Alianza no como un plan administrativo, técnico, simplemente económico o social, sino como un plan esencialmente político.

Claro que hablo de política, arte de gobernar, y no de politiquería, que es la maña para sacar tajada de la cosa pública. La política como concepción de programas de futuro es la guía que puede conducir a la Alianza a buen puerto. Los millones, los expertos, las buenas intenciones, no bastan para orientar. Se precisa una sana, eficaz, bien meditada concepción política. En el fondo, se trata de decidir cómo queremos que sea la América Latina de mañana, y de utilizar la Alianza para hacer de esta concepción una realidad. Los técnicos, peritos, economistas y administradores pueden ayudar a decidir lo que es posible y lo que no lo es, a buscar los mejores medios, los menos costosos, para llegar a la meta. Pero la meta es algo que sólo la política —la alta política, la de ideas y de idealistas—, puede señalar. Esto no excluye el juego de intereses de grupo, las presiones de estos intereses. Al contrario, precisamente porque este juego es necesario y sano en una sociedad democrática, ha de ser la política —única actividad capaz de hacer de este juego de intereses algo constructivo y útil— la que indique el camino y fije la meta.

Los movimientos populares y los sindicatos han de tomar la dirección política de la Alianza, han de ocupar la cabeza de la presión para que no se frustre. ¿Cómo puede hacerse esto? A los movimientos populares y a los sindicatos les corresponde encontrar la manera. No se trata de darles lecciones. Pero algunas cosas mínimas pueden destacarse sin miedo a herir otras susceptibilidades que aquéllas que es sano y conveniente herir. Por ejemplo, los movimientos políticos y los sindicatos, especialmente estos últimos, han de reclamar y obtener una participación plena —nada de observadores o consultores, que son medios para dorar la píldora— en los organismos nacionales que planifiquen, que decidan qué planes se han de llevar a cabo con fondos de la Alianza. Para esto se requiere que los sindicatos sepan de lo que van a discutir y tengan ideas propias acerca de

cómo los planes que se aprueben afectarán no sólo a los obreros sino a toda la nación.

Los sindicatos latinoamericanos han sido, durante demasiado tiempo, un movimiento del que no se podía decir aquello de que sus intereses coincidían con los intereses de toda la nación. Ahora tienen una oportunidad de hacer que esto sea verdad. Para lograr este objetivo es necesario que los sindicatos sepan atraerse —y no en un futuro lejano, sino ahora mismo— a dos grupos sociales sin los cuales su acción seguirá siendo limitada : los intelectuales y los campesinos. Los intelectuales latinoamericanos, a pesar de que a menudo adoptan actitudes tan radicales como platónicas, no han colaborado casi nunca con los sindicatos. Ha habido una desconfianza mutua. Esto hay que acabarlo y comenzar una nueva etapa. Los sindicatos han de contar con elementos técnicos, con peritos, con hombres de alta cultura que compartan sus concepciones y aspiraciones. Han de captarlos y utilizarlos. Esto no es difícil si se tiene en cuenta que esta es la mejor manera de dar a los intelectuales y expertos el sentimiento de utilidad, de eficacia y de sentido de su actividad que la sociedad actual no puede darles. Claro que se necesita sutileza y conciencia de que los sindicatos son algo más que simples negociadores de contratos de trabajo. Pero esto puede conseguirlo el sindicalismo latinoamericano con sólo recordar un pasado no tan lejano en que realmente representó un papel de inspirador y de atracción de inconformismos. (Un ejemplo que debería tener siempre presente es el del origen de las Universidades Populares peruanas.)

Los sindicatos deben atraerse a los campesinos. Estos están organizados en unos pocos países ; en los restantes, son fuerzas dispersas que se ignoran. Si la reforma agraria ha de triunfar, debe ser con la colaboración activa de los campesinos. Esta colaboración puede obtenerse, mejor que de cualquier otro modo, por la acción sindical.

¿Qué hacer?

Todo esto conduce a un programa mínimo : las centrales sindicales deben organizar a los campesinos allí donde aún no

lo han hecho ; las centrales sindicales han de establecer centros de investigación social, escuelas de militantes, universidades populares en que colaboren intelectuales, expertos y estudiantes ; las centrales sindicales deben reclamar una participación completa en los organismos de planificación nacional, y su central continental debe conseguir lo mismo en los organismos internacionales que colaboran en la Alianza (OEA, Banco Interamericano, etc.) y no han de contentarse con exponer sus puntos de vista. Finalmente, las centrales sindicales podrían proponer a movimientos populares, cooperativas, organizaciones campesinas (allí donde existan), organizaciones de intelectuales y estudiantes democráticos, la formación de centros o grupos de estudio de los problemas nacionales, para formular rápidamente puntos de vista conjuntos acerca de lo que en cada país debe hacer la Alianza, y luego establecer una línea de conducta común para lograr que los gobiernos acepten, aun a regañadientes, estos planes. Si no, es inminente el riesgo de que los obstáculos a la Alianza —y especialmente el de las « reformas Potemkin », de las falsas reformas de simple fachada— conduzca al fracaso de la Alianza.

Diciendo lo que los sindicatos pueden y deben hacer, como mínimo, se dice lo que con otros medios, han de hacer también los movimientos populares : formular soluciones y presionar para que se acepten.

Hay elecciones en puerta en diversos paí-

ses latinoamericanos. Si la Alianza para el Progreso ha de significar algo en América Latina, estas batallas electorales deberían librarse en torno a los programas para la Alianza que cada contrincante presente.

Los gobiernos latinoamericanos (salvo dos o tres excepciones) no tienen interés en hacer conocer la Alianza. Prefieren que la gente crea que las realizaciones de la Alianza son obra del gobierno. Los movimientos populares y los sindicatos tienen, en cambio, el mayor interés en hacer comprender lo que la Alianza es, lo que puede y lo que no puede dar, y lo que debe hacerse por parte de los gobiernos de los pueblos para que alcance un buen éxito.

La Alianza, aunque de momento parezca lo contrario, no está en las manos de los burócratas, los expertos o los gobiernos. No está tampoco en las manos de los gobernantes o diplomáticos norteamericanos. Está, de hecho, en las manos de los dirigentes y militantes de los sindicatos y los movimientos populares. Y la Alianza será lo que esos dirigentes y militantes sean capaces de hacer que sea.

Hasta ahora tenían objetivos, pero les faltaban los medios para alcanzarlos. Los medios existen, por fin. Su responsabilidad histórica, pues, aumenta a medida que aumentan las posibilidades de alcanzar los objetivos por los cuales, durante decenios, se han batido los sindicatos y los movimientos populares latinoamericanos.

Sin otro motivo que tu dolor

EN ESTE mismo instante
en que cerrada toda voz
como una clausura de años, desde atrás
y hacia una noche que los ojos
pueden entrever oscura,
trato de oír,
de mover esa densa humareda enfrente,
alrededor, aquí.

Y los rumores que penetran de lejos
arrastrados entre climas conocidos
por este dolor transitado
que se repite :

quiero salir de nuevo

y es tan fuerte, pesa el aire
y aquí estoy
atado a soportar de afuera adentro
s'n ánimo
el vicio de corroborar la ilusión
adónde.

Te empezaré a escribir de nuevo,
ni sé en qué cae todo signo anterior o último.
el testimonio de este ropaje sin hilos.

La noche será un deterioro.

Todavía en el despojo

AÚN ante el despojo de tu apego
aún sobre el asedio de esta despedida
rodeado
envuelto en el agujero
de una soledad de violencia
querida una miseria que no sería mía
no fue impureza

fue demasiado tarde :

tus ojos quedarán fijos
lo diré
aún después que el viento arrase.

ESTUARDO NUÑEZ

Europa, América y la literatura de viajes

LA LITERATURA DE VIAJES no ha dejado de tener acogida calurosa en ningún momento de la historia de la humanidad, pues la insaciable curiosidad del hombre lo ha inclinado siempre, incansablemente, a conocer y a reconocer lo que le es extraño y no familiar.

Las ideas y los viajes

Un crítico del *Moby-Dick* de Melville decía recientemente : « ¿Por qué tantas obras maestras de la literatura universal son estudios de viajes, como *La Odisea*, *La Eneida*, *Don Quijote*, *Pilgrims Progress*, *Los viajes de Gulliver*, *Tom Jones* y *Huckleberry Finn*? La respuesta reposa, sin duda, en la naturaleza de la metáfora básica, común a todas ellas, del viaje como un símbolo del impulso de progreso espiritual, pues tal como el ser físico busca nuevas visiones en lugares extraños, así el espíritu en su proceso de necesario crecimiento se dirige al océano de la vida ciegamente como el destino, al igual que el barco de Melville, el *Pequod*. Pero no se trata sólo de un ciego impulso según lo ve el crítico norteamericano. Habría además cierto impulso de compensación vital. El hombre de todas las épocas ha tenido siempre la tendencia a superar o compensar las miserias del presente mediante la creación o enunciación de un mundo imaginativo en que se plasman sus aspiraciones más caras. Hacia él se viaja imaginariamente. En la antigüedad el hombre creía en la edad de oro, donde todo

trascurría en los términos más hermosos, con todos los problemas de la vida resueltos en la forma más placentera ; en la edad media prosperó como una realidad casi tangible el Paraíso terrenal, que Colón, como visionario insigne, quiso ya descubrir —al final de sus viajes— en la desembocadura del Orinoco. De otro lado, al comienzo de la época moderna, conquistadores y exploradores de América perseguían febrilmente la conquista de El Dorado, mientras en Europa escritores sedentarios escribían, a base de los relatos de la conquista del Nuevo Mundo, sus utopías fantásticas, destinadas a saciar la imaginación exacerbada de las gentes para quienes el viaje era todavía un problema de costo alto, de sacrificio de tiempo y de riesgo de vida. Con las utopías filosóficas las más de las veces conjugaban las novelas de aventuras de caballeros andantes —viajes imaginarios siempre— y los relatos de viajes reales. Ellas inclinaban a los hombres a desear una vida sencilla e independiente, un tanto fuera de las preocupaciones de la creciente y complicada civilización y tal vez como un refugio amable de las infelicidades e injusticias cotidianas. Invitaban a soñar y a viajar imaginariamente, y en esos sueños encontraba el hombre la única felicidad plena y posible. Pero la imaginación influye siempre sobre la realidad más de lo que se cree y piensa. Las utopías de los siglos XVI a XVII determinan una nueva actitud y culminaron en una nueva filosofía política y en la reforma social liberal. Rousseau, Montes-

quieu, Voltaire y los enciclopedistas fueron nada menos que el producto de esa imaginación al parecer desbordada, pero firmemente consustancial con el alma humana. Los cronistas del Perú y de México nutrieron así a los utopistas, y a su vez éstos generaron, a la larga, a los conductores ideológicos y políticos de un movimiento social liberal. Los pensadores del siglo XVIII —como dice Lanson— *no* construyeron « a priori » una filosofía abstracta conformada con nuevos conceptos generales sobre el hombre (y con nuevas ideas políticas y morales sobre la libertad, la igualdad, la justicia y la razón), sin base en la realidad o la experiencia, sino que ese juego de nuevas ideas se basó en la experiencia vivida latente en los relatos de viajeros laicos y religiosos de los siglos anteriores. Los misioneros, exploradores y piratas al pintar los cuadros de vida americana, primitiva y sin prejuicios, simple y libre, habían ya impresionado desde el siglo XVI a los humanistas como Erasmo y pensadores como Montaigne, Vives y Vitoria. Se induce de todo ello la enorme influencia que sobre las ideas y la cultura de Europa ejercieron descubrimientos del mundo físico operados entre el XV y el XVI, con su secuela de oro material que invadió el viejo mundo y de nuevos conceptos de la vida que constituyeron riqueza mayor en pensamiento, en ensueño y en verdad.

En la historia de la cultura se observa así un doble fenómeno : de un lado, las ideas y las inquietudes humanas inducen a viajar (sea imaginaria o realmente) y, de otro lado, a su vez, los relatos de viajes (ficticios o ciertos) sirven de estímulo y acicate para la renovación de las ideas y para los sueños y las grandes concepciones sociales y políticas que provocan cambios en la organización de las colectividades.

Los viajeros de antes

Nadie podrá negar que el hombre es viajero por naturaleza y que desde tiempos muy antiguos la razón del progreso humano determinó el desplazamiento humano, sea en forma de emigraciones en pos de lugares más productivos, sea en forma de invasiones guerreras, sea en forma de destierro de conquistados y más tarde en plan

individual, por curiosidad literaria o científica. Los libros bíblicos de Moisés constituyen en parte el relato del viaje o viajes maravillosos de un pueblo entero, en pos de la tierra próspera y prometida. Viajeros individuales son Homero y Herodoto. En este último alienta el afán descriptivo un tanto adornado por la leyenda. En los periplos odiseicos de Homero la leyenda dora y deforma deliciosamente la realidad, siempre envuelta en una alada fantasía y en los imaginarios transportes mitológicos. Los griegos compartían con los orientales (indios, persas y árabes) el culto de lo maravilloso aplicado a los relatos de viajes. Las relaciones romanas tienen en cambio más sentido realista y objetivo. Estrabón y Pausanias, Julio César y Tácito, y hasta Plinio el joven, se esfuerzan por despojarse de los desbordes fantasiosos, en persecución del ideal de dar la impresión real de las cosas vistas en el viaje, de los hombres de otros parajes y de la naturaleza de regiones desconocidas. Pero las narraciones de las campañas bélicas de César, las descripciones de la Germania de Tácito y las *Cartas* de Plinio el joven no persiguen relatar el viaje en sí mismo, sino que denuncian un propósito extraño al viaje, o sea la intención política, o moralizadora, o simplemente historicista. Se describe el viaje, pero en función de una idea extraña a su naturaleza.

Otro tipo de viajero aparece en la edad media. Surge entonces el peregrino cristiano, el que se dirige a Santiago de Compostela o el cruzado de las expediciones al Oriente, a « tierra santa ». Sin duda el peregrino o el cruzado es un viajero insigne, pero que no persigue ni ve en el viaje un fin en sí. El peregrino medieval ve en el viaje un medio para lograr una finalidad religiosa, una meta espiritual. El interés político o utilitario de los antiguos se sustituye en estos peregrinos y cruzados por un interés místico de la defensa del credo y de sus símbolos. Cuando el cruzado escribe sus relatos no hace, en buena cuenta, sino un alegato en favor de su idea y de sus creencias cristianas.

Pero ya al término del medievo aparece con Marco Polo un viajero ilustrado y didáctico, que oculta no obstante un fin expansionista, el dominio de las rutas comerciales hacía Oriente. A comienzos de la era

moderna, los viajes adquieren un extraordinario auge y una osadía sin par. El descubrimiento de nuevas rutas y de tierras explotables comercialmente preside en los afanes del viajero. Descubridores y conquistadores del siglo XV y del XVI siguen viendo en los viajes el instrumento para la conquista de nuevos mundos en donde se realice la expansión económica de las nacientes potencias europeas. Hasta los poetas concuerdan en este ideal. Camoens escribe la gran epopeya de los portugueses en la India. Tanto portugueses, españoles y holandeses como ingleses comparten hasta fines del XVII ese ideal con arrojo inigualable en sus empresas colonizadoras. Y escriben sus relatos los descubridores y colonizadores (los cronistas de América) y también los audaces piratas y corsarios para los que el mar no tiene límites, ni fronteras el arrojo. Su innegable idealismo, con todo, se opaca un tanto por su inclinación anexionista. El fin del viaje es el descubrimiento de tierras o la presa de riquezas, y no el viaje en sí. Pero escapan de la regla los misioneros en Oriente y en América, que reviven el fin místico de los peregrinos medievales, mas en la forma de llevar los dones del espíritu y de la creencia a las almas de los hombres de esas regiones.

No obstante, a partir de Magallanes y de Cook se vislumbra el surgimiento de un viajero de nuevo tipo: el viajero científico, que empieza a ver en el viaje un fin en sí en cuanto el viaje significa material aprovechable para la ciencia natural en ciernes. A poco se va perfilando este nuevo tipo de viajero con La Condamine y Frezier y más reciamente en Humboldt, que con sus periplos y recorridos en tierras inhóspitas y desconocidas empiezan a acusar adelantos notables para la ciencia. A fines del siglo XVIII ya tenemos al auténtico viajero con el espíritu de la Ilustración, cuyo objetivo —claro, noble y desinteresado— es el estudio del hombre y de la naturaleza, los fenómenos de la vida y los afanes de la investigación científica.

Pero todavía en el mismo siglo, en pleno período de la Ilustración y mientras los viajeros activos desafiaban los peligros de la naturaleza en tierras lejanas, algunos escritores de gabinete, afines al gusto neoclásico escribían viajes en alas de la imagina-

ción, al modo como lo había hecho sin alejarse de Bristol, Daniel Defoe, el autor de *Robinson* o el francés Duret sin apartarse de Marsella. Podía prosperar en ellos la quimera americana, con animales extraños y hombres gigantes, mezclados con hechos y realidades verídicas tomadas de los libros de auténticos viajeros. En la Francia neoclásica se leían ávidamente el famoso viaje imaginario del Abate Barthelemy, *Viaje del joven Anacarsis por Grecia* y el otro *Viaje de Antenor por Grecia y Roma*, de Lantier. Estos libros acusaban un gusto erudito, mientras ya se difundían intensos libros de viajes reales con directas y auténticas impresiones de la naturaleza como los de Frezier, La Condamine y Humboldt. En ellos alentaba un nuevo impresionismo, el gusto romántico por el paisaje y el directo contacto con los pueblos. El romanticismo destronaba al neoclasicismo lo mismo en la crítica de Lessing, en las conversaciones y obras de Goethe, en las prédicas de Hugo y en los relatos de Chateaubriand, como en las páginas de esos nuevos viajeros que palpitaban al unísono con esos grandes creadores. Se ha dicho con verdad que Goethe viajó por América en la persona de Alejandro de Humboldt. Fue así, en efecto. En muchas páginas de esos relatos de viajes está pronta la cita de los poetas románticos que se perfilan con sus arrogancias incontenibles, con sus arrestos bohemios, sus sentimientos exaltados y su imaginación enfermiza. Byron, Saint-Pierre, Rousseau, Hugo, Lamartine serán las citas frecuentes en que encuentran asidero o concordancia las descripciones de la naturaleza americana contenidas en los grandes viajeros románticos de comienzos del siglo XIX. Estamos ya frente al auténtico viajero.

El viajero romántico

Viajeros hubo en todas las épocas, pero el auténtico viajero desinteresado y libre, espontáneo y ameno sólo aparece a comienzos del siglo XIX. Es el creador del género de relato de viaje y constituye una expresión romántica, una floración típica de dicho siglo. La literatura romántica se nutre de temas exóticos, de paisajes y situaciones lejanas, porque incluso el amor romántico se rinde a amadas ausentes, esquivas o muer-

1788. La noción de lejanía incita a viajar por mares y por tierras ignotas, distantes y desconocidas, y a descubrir nuevas circunstancias de vida y aventura, aconteceres imprevistos o vivencias inesperadas. Desde los centros de activa civilización europea, en donde la frescura de la vida se ha marchitado, el romántico descontento se desplaza en busca de la vida primigenia o el paisaje y la vida distinta y varia. Ese viajero europeo se traslada en dos direcciones, hacia el Este y la realidad asiática: Turquía, Palestina, India y China principalmente. O hacia el Occidente, es decir, hacia América. El Asia es representativa de una actitud conservadora y hace de los viajeros por ella los portadores de tradiciones seculares de una civilización más vieja y completa que la europea. No hay en ellos aliento renovador ni preocupación de lo futuro. En los viajeros por América, en cambio, la experiencia viajera va a significar resistencia al exceso civilizador europeo, aliento de nuevas cosas y de ideas transformadoras. Así como antes del XIX habían alentado estos viajeros la reforma social y liberal, en el curso de este siglo América plantea la proyección de nuevas experiencias en todos los terrenos.

El *Viaje por Oriente* es un libro habitual en la bibliografía de los escritores del romanticismo. Pero también lo son los viajes por América y por otros continentes o países raros. En todo caso, se ha puesto en acción real aquel teórico retorno a la naturaleza de que hablaba Rousseau, a fines del XVIII. Todavía en América la naturaleza está impoluta, no se ha afirmado en ella la inteligencia o la sensibilidad del hombre. Se buscan además los usos simples y espontáneos de pueblos no contaminados aún con el exceso civilizador. Inagotable materia de indagación naturalista constituyen así estas tierras americanas envueltas en la leyenda, sea la negra o la dorada. De otro lado, los intereses científicos se han desarrollado vastamente. Han surgido nuevas ciencias, la etnología, la arqueología, el folklore, la geografía física y no literaria, la lingüística, y en América hay campo abierto para desarrollar esa nueva concepción experimental de la naturaleza. Humboldt sorprende durante su memorable viaje del año I de aquel siglo, el fascinante y portentoso espectáculo

de los grandes ríos como el Marañón o el Orinoco, los gigantescos volcanes o las impresionantes cadenas de los Andes y sus mesetas desoladas. Herder y Rousseau quedan ya atrás como genios sedentarios. Ahora surgen los genios activos y dinámicos, los poetas que viajan como Chateaubriand y se embriagan en la contemplación del paisaje y de la vida insospechada de estos parajes.

Este nuevo tipo de escritor que se traslada, que recorre incansable los desiertos, que escala las montañas, que se abre paso trabajosamente en la espesura, que lo anota todo en sus libretas, que todo lo torna « impresiones », que escribe enfervorizadamente a la luz del candil o de la hoguera formada para calentarse o para ahuyentar a los animales feroces, que se aloja en cabañas primitivas, que no vacila ante el peligro o la incomodidad, que todo lo sacrifica al viaje mismo, es sin lugar a dudas un producto del romanticismo. No se ha dado antes en la humanidad un modo tal de pensar y de mirar el mundo, de captar la vivencia de las cosas desconocidas con tan apasionado interés. Para este escritor el viaje no es un ejercicio literario, no es una práctica de oficio, sino un conjunto de realizaciones auténticamente vividas.

Tipos de viajeros

Tenemos así en los tiempos modernos, con relación a América, tres tipos de viajeros contrapuestos: el renacentista, el de la Ilustración y el romántico.

El Renacimiento europeo coincide con el proceso de la conquista y colonización de América, y desde luego el conquistador y el cronista de los sucesos de América — grandes y extraordinarios viajeros — son tipos renacentistas y, como tales, aventureros arrojados que juegan sin vacilar vida y bolsa. Es verdad que la conquista de América constituye fundamentalmente una hazaña de viajeros y que entre aquellos que la realizaron se dio el caso frecuente de insignes escritores profesionales como Garcilaso, Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León, Juan de Castellanos y tantos otros más. Aquellos cronistas de estirpe literaria alternan con otros escritores improvisados o ingenuos, cuyo testimonio tiene el encan-

to de la frescura de impresiones, a veces un tanto descabulado, a veces justo y veraz, y por lo general de muy buena fe. Ese cronista conquistador fue un tipo de escritor renacentista que miraba asombrado las realidades del Nuevo Mundo recién descubiertas, acaso con un prurito burocrático de dar cuenta de una misión o para justificar actos políticos de conquista, o para afirmar un propósito confesional, o como es el caso de algunos escritores mestizos, como Waman Poma, para esbozar reivindicaciones sociales en favor de los nativos y lograr reconocimiento de derechos adquiridos. El espíritu « renacentista » los lleva a penetrar profundamente en la realidad antes desconocida, a inventariar hechos y cosas y, en buena parte, a sondear lo pasado de las nuevas tierras. Pero es interesante anotar que, después del Renacimiento, en pleno siglo XVIII y en todo su auge la Ilustración, todavía pervive esa manera antigua en ciertos autores neoclásicos, chapados al modelo greco-romano, como el citado abate Barthelemy, que constituye el prototipo del viajero convencional y cortesano, a quien más interesa su propia ideología en acción sobre el paisaje exótico y caduco que la realidad vivida y palpitante. Se enlaza así el espíritu del viajero neoclásico del siglo XVIII con el viajero antiguo, y esa reversión al pasado perfila un contraste tajante con el nuevo viajero que nos brinda la Ilustración ya en ese mismo siglo. Las nuevas ideas, el surgente liberalismo, el progreso de la razón aplicada a la investigación de la naturaleza, la afirmación de los valores de la vida sobre la erudición estéril, conforman en el campo de los viajes a un autor que escribe sobre las realidades sus propias y vividas experiencias. A este tipo pertenecen los ya mencionados franceses Frezier y La Condamine, los ingleses Anson y Cook, el alemán Humboldt, el húngaro Haenke, el austríaco Helms y el marino norteamericano Delano. El viajero se pone en contacto directo con el paisaje y extrae de él sus propias vivencias, despojado de prejuicios escolásticos o cortesanos e imbuído de un afán incoercible de captar la realidad desconocida de naturaleza y de hombres, mediante la aplicación de métodos científicos. Los propios españoles Juan y Ulloa, Azara, Ruiz y Pavón parti-

cipan de esta actitud distinta que perfila un tipo, desconocido hasta entonces, de nuevo viajero. Definiéndolo, ha dicho Mariano Picón Salas que « no es un seco especialista que se contenta con levantar sus cartas o determinar la posición de las estrellas, sino que ofrece también al público que ha de leerlo la crónica o los elementos pintorescos de aquellas sociedades remotas ». Tales científicos son portadores de una nueva filosofía de la vida, adquirida en la contemplación del gran libro de la naturaleza y no en las páginas de la erudición, y que persiguen encontrar como Humboldt la armonía de los fenómenos de la naturaleza con los nuevos sentimientos y aspiraciones del hombre y las ideas renovadoras de los enciclopedistas, que entonces empiezan a imponerse en el ámbito europeo. Ellos traen los gérmenes de una nueva filosofía social (que a la postre fundamenta el ideal emancipador) y una nueva concepción romántica de la naturaleza, del paisaje y de la vida que entonces encuentra arraigo natural en América. Sin proponérselo, aquellos viajeros vienen a afirmar y a descubrir un ideal romántico en América. La primera expresión romántica —ya lo hemos visto— había alentado en las utopías de ingleses y franceses, que bebieron esa inquietud en los viajeros renacentistas que recorrieron América en el siglo XVI. Ahora otra vez en el XVIII los viajeros de nuevo cuño llevarán de regreso de sus periplos por América el material para las novelas del prerromanticismo europeo como *Los Incas* de Marmontel, *Pablo y Virginia* de Saint-Pierre, o las tragedias como *Alzira* de Voltaire, o los poemas como *Atala* de Chateaubriand.

El viajero europeo descubre así la naturaleza romántica americana, importa esa experiencia a Europa y más tarde otros escritores la devolverán nuevamente transformada en « escuela literaria ». Así tenemos finalmente el tercer tipo de viajero, el romántico, que nos invade durante el siglo XIX, al cual ya nos hemos referido.

Pero el romanticismo como expresión cultural no solamente constituyó una escuela literaria o artística, sino toda una nueva y distinta concepción del mundo y de la cultura que se manifiesta en varias direcciones. De un lado el romanticismo tendió a nutrirse de temas o asuntos tomados de las li-

teraturas primitivas, de la creación popular auténtica y espontánea, en un fenómeno que podríamos denominar de « expansión temporal ». Surgió sin duda de allí la investigación del folklore, de las literaturas populares antiguas, del habla y costumbres del pueblo, ampliando insospechadamente el campo de la investigación científica en materias antes desconocidas. Así surgen como ciencias de nuevo impulso la lingüística, la filología, el folklore, la antropología, la etnología. Pero de otro lado, el romanticismo determinó una expansión del afán universalista, en un fenómeno de « expansión especial », hacia nuevas direcciones y parajes. Los escritores románticos se hicieron así viajeros ilustres o los viajeros se volvieron románticos ansiosos por tierras lejanas y desconocidas del globo y trazaron los más bellos, sugestivos y donosos relatos de viajes que se hayan escrito alguna vez. América recibió así un abrumador caudal de miradas y de huellas de caminantes en procura de impresiones y de cuadros exóticos. Por eso el siglo XIX está preñado de ese impulso de viajar escribiendo impresiones intensas y novedosas.

De todo lo dicho fluye que podríamos considerar al siglo XIX como el « siglo de oro » de los viajeros, cuyos libros, sobre todo en lengua francesa e inglesa, se caracterizaron por la gracia alada y la frescura de observación que no ha vuelto a repetirse en la historia literaria.

Pero aquella universalidad en la cultura que ellos demuestran, aquella curiosidad humana que los distinguía, se han trocado un tanto, con el tiempo, en los últimos decenios. El escritor universal, el simple observador, se ha tornado especialista en determinada materia científica. Ya el viajero suele limitar su horizonte a sólo un aspecto restringido de la realidad. Por algo desde mediados del siglo XIX el romanticismo ha ido perdiendo impulso y ha dejado de ser escuela de renovación y nueva sensibilidad. La generación siguiente ha proclamado el realismo o naturalismo y el hombre se ha sentido más prendido a la realidad cruda que al ideal y menos dispuesto a dejarse llevar en alas de la imaginación. A medida que la realidad domina, parece que acreciera su servilismo a ella. Así ha sucedido también con algunos

escritores viajeros que han perdido la gracia al adquirir la exactitud. De otro lado, a medida que América va perdiendo la atracción de lo desconocido, a medida que lo ignoto y lo distante desaparecen con los progresos técnicos en las comunicaciones, el viajero sólo puede alcanzar la originalidad apreciando aspectos limitados y recónditos. Esa ágil observación frente a lo inesperado, a veces hasta equívoca o arbitraria, que era propia del viajero escritor trashumante del ochocientos, se ha sustituido por la confrontación de las realidades escuetas y ciertas, por la especializada investigación de un sector limitado en el interés científico. El viajero ha perdido emoción y agilidad, y su sensibilidad ya no se afina al contacto del paisaje o el hombre. Sin duda el viajero se ha hecho más profundo y sustancial, aunque ha perdido la amplitud del horizonte, la universalidad en su mirada.

La celeridad de las comunicaciones y la complejidad de la vida moderna han determinado, por otra parte, el surgimiento del viajero turístico. El turista ofrece a veces expresiones literarias de este tipo, caracterizadas por la superficialidad irresponsable. Para el turista, aunque parezca paradójico, tampoco es el viaje un fin en sí, y acaso es sólo un pasatiempo para cubrir el ocio de unas vacaciones de descanso, después de las fatigas de un trabajo agobiador. Lo criticable no es tal utilización del viaje —acopio de nuevas energías y distracción de otros afanes—, sino que se pretenda escribir libros como producto de jiras turísticas y aceleradas, y no como resultado de permanencias más o menos prolongadas en que se logre compenetración con el medio visitado. No es caso infrecuente el de ciertos escritores norteamericanos o europeos que escriben libros sobre América Latina después de estancias sorprendentemente cortas y fugaces, como para realizar un deseo de estar y no de co-existir. Porque sólo del co-existir con el paisaje o el hombre puede nacer un auténtico libro de viaje. Hubo caso en que el viaje o transporte fugaz se hizo para justificar los deseos publicitarios de un editor, pues el libro de supuestas impresiones o apreciaciones estaba ya concluido —diríamos mejor, inventado— antes de realizarse la jira. Pero este pretendido escritor de viajes no puede incorporarse a la auténtica se-

rie de aquellos sugestivos artistas de la pluma o apóstoles de la ciencia que dejaron con holocausto de vida y tiempo, con infinito amor y devoción por lo americano, un homenaje intelectual a la buena tierra de América.

Debiéramos volver más a menudo a la lectura de los libros de viajes, sobre todo a los relatos de aquellos escritores del ochocientos que perfilaron impercederamente el género del viaje. Para los americanos lectores ello tendrá siempre atractivo porque es jugoso e ilustrativo, aún en medio de la exageración, de la arbitrariedad o del equívoco, enterarnos de lo que tantos viajeros europeos de todas las nacionalidades dijeron en sus libros o apuntes sobre los más diversos aspectos del hombre y de la naturaleza del Nuevo Mundo. Su testimonio es valiosísimo para entender el propio fenómeno cultural americano. Debiéramos empeñar esfuerzos por conocer y por hacer conocer esa extensa literatura de viajes que se ha escrito sobre América y especialmente sobre el Perú, que en un momento de la historia significó el apelativo general para todo lo americano. Esfuerzos muy laudables se han hecho para revelar esa literatura de viajes, principalmente en Argentina y Chile, Brasil y México. Ella requiere desde luego una difícil tarea de traducciones, pues por lo general se escribió en las lenguas nacionales de sus autores y constituye además una extensa y copiosa bibliografía, sólo en parte conocida. Muchos libros sobre América, que existen en las bibliotecas europeas, se conocen apenas por referencias en este continente americano. El volumen de esa bibliografía puede apreciarse con estos datos referidos al Perú. De las obras de viajes sobre el Perú o con extensas referencias a este país —en los últimos dos siglos—, existen cerca de 100 volúmenes en francés, alrededor de 80 en alemán, y de autores ingleses el número es mayor (120 volúmenes), sin incluir los norteamericanos que suman casi 100. De otro lado, Raúl Porrás en una memorable conferencia reveló un caudal considerable de viajeros italianos que recorrieron o escribieron impresiones sobre el Perú. Algo hemos dado a conocer nosotros sobre los viajeros alemanes y norteamericanos. Pero de los ingleses y franceses se conoce toda-

via muy poco, con ser tan ricos en valor literario y tan conspicuos dichos escritores viajeros.

Tal vez la única intención de este ensayo sea promover una invitación a leer los grandes libros escritos por los viajeros europeos en América y a investigar en sus esencias constructivas. Leer esas impresiones servirá no sólo para conocernos mejor los americanos y para analizar nuestras actitudes y modos de ser y de existir, sino para meditar sobre lo que somos y significamos, y afirmarnos en nuestra actitud ante la vida. Ellos podrán ofrecernos la fe que a veces nos falta en nuestros valores continentales y confianza en muchas actitudes vacilantes. Los libros de los viajeros contienen al respecto un enorme valor documental, aunque no todo fue acierto en ellos, muchos lindaron en la improvisación y el error. Pero también al rectificar los errores se afirmará la verdad de lo que somos.

Es incalculable la « carga » de sugestiones que contiene esa literatura « viajera ». A nuestra América vinieron los viajeros europeos en plan, inconsciente o deliberado, de difundir una fe en los destinos espirituales del hombre y de reafirmarla al contacto de realidades o instituciones antes desconocidas. Al retorno llevaron un mensaje humano y cultural preñado de nuevas perspectivas y proyecciones. Es el caso de los La Condamine y los Humboldt, hasta Bingham y Rivet. En el viaje distendieron el espíritu a horizontes inesperados, en un ejercicio formativo y trascendente para la cultura. Sueñan en América con su raíz humana y su país natal, y cuando escriben en éste, deliran con el lejano país conocido en sus viajes. Por eso son los viajeros los que más hondo calan en la entraña del hombre en todos los parajes, los que más se acercan a lo profundo del sentido universal de la vida. Despojados de sus prevenciones, prejuicios o ingenuidades, y aun con todos esos elementos, con sus miserias y sus grandezas, los escritores viajeros han ofrecido los frutos más sabrosos que el espíritu del hombre haya aportado alguna vez en los fastos literarios. Merecen hoy más que nunca, en que nos orientamos en pos del sentido y comprensión del hombre en todas las latitudes, nuestro recuerdo, nuestro respeto y nuestra comprensión.

GUILLERMO DE TORRE

La aceleración del tiempo artístico

VIVIMOS un tiempo histórico acelerado. Bajo la presión de hechos apremiantes, el mundo adquiere un ritmo estremecedor. Precisar más el adjetivo y calificarlo de catastrófico es casi una tentación insoslayable. Mas como en el campo artístico —que ahora pretende abarcar nuestra mirada— no puede descartarse lo subjetivo, se explica que algunos espíritus prefieran señalar opuestamente este tiempo como auroral o esperanzador. Al menos, cierta brecha de luz es posible, pues el historicismo en que el hombre actual vive inmerso, presupone tanto lo pretérito y lo presente como lo futuro; y de hecho, aunque la idea dialéctica de Hegel haya sido desnaturalizada tendenciosamente, no puede olvidarse que el tiempo humano, al desdoblarse en dos fases, sólo obtiene su pleno sentido cuando alcanza la última, la síntesis constructora, si bien el hegelianismo no previó la posibilidad de una interrupción o disgregación atómica...

Mas, apartando conjeturas sombrías, lo que nos importa señalar es que tal aceleración del tiempo histórico, advertido ya en los fenómenos de órbita colectiva, no ha tenido hasta hoy reflejos en las numerosas interpretaciones que se han dado del arte contemporáneo. Y, por mi parte, yo considero que debe partirse de tal hecho, antes que de ningún otro, para lograr cierta visión clara del significado último que poseen algunas de las recientes direcciones estéticas. Vayan, pues, de modo sintético, algunas precisiones y ejemplos.

DURANTE LARGOS AÑOS —los orígenes del

fenómeno pueden situarse hace más de un siglo, en los días del romanticismo— fue una cantilena obligada, casi un lugar común, la protesta del artista joven contra la incompreensión del público, espectador o lector, a cada paso de las generaciones; todavía la mía y alguna posterior experimentaron tal hostilidad. La queja contra el «burgués», el «filisteo», el «antofagasta», el «putrefacto» y otros muchos nombres que recibió el «monsieur-qui-ne-comprend-pas», era perfectamente legítima, si bien sus consecuencias resultaban paradójicamente beneficiosas. En efecto, el choque que mediante este «challenge» de la sociedad experimentaba el artista se traducía en una incitación, en el más poderoso motor extrínseco de sus audacias y desafíos. Pero en su repercusión pública, los efectos de tal incompreensión y hostilidad contra cualquier nuevo estilo que surgiera, originaban retrasos y anacronismos.

Por ejemplo, en el plano literario, los libros verdaderamente representativos de una época sólo llegaban a ser leídos —lo que se dice leídos y asimilados— treinta, cuarenta años después, cuando de hecho habían perdido buena parte de su vigencia. En el pictórico, los cuadros que marcan hitos se colgaban en los museos o en las grandes colecciones cuando ya habían adquirido cierta pátina espiritual, y cuando colores y formas más frescos suscitaban la curiosidad o se acomodaban mejor a la sensibilidad de la siguiente generación. Fácil sería dar ejemplos de estos rechazos y retrasos: la novela naturalista,

la pintura impresionista, la música wagneriana, y luego la debussyista y stravinskiana...

MAS HE AQUÍ que desde hace aproximadamente tres lustros, desde finales de la última guerra, se ha producido un fenómeno rigurosamente contrario: hemos entrado en un tiempo artístico acelerado.

Ciertas expresiones últimas de la literatura y de la plástica (desde la poesía hermetista hasta la pintura abstracta e informalista, pasando por la novela objetivista; estímlense como provisionales y aproximativas estas denominaciones) no tropiezan ya con ninguna resistencia para ser inmediatamente adoptadas. Y esto contrariando la voluntad polémica que llevan encapsulada y que, en algunos casos, las hace autodefinirse ya hostilmente «a priori» como antinovela, antiteatro, antipintura, herederas así, en cierto modo, del nihilismo dadaísta. Mas sin olvidar tampoco que la novedad real de tales expresiones es muy relativa, y su originalidad más que cuestionable, desde el momento en que por lo general se limitan a «recalentar» o extremar fórmulas de estilos precedentes.

Lo nuevo de veras, lo singular e insólito está en otro aspecto: en el hecho de que sean aceptadas dócilmente por parte del usuario o consumidor, con la misma facilidad que antes ponía en rechazarlas. Lo nuevo está en el fenómeno —aquí por vez primera examinado— de la evolución psicológica del público, con alcances sociológicos; en la ampliación y aun transformación de su capacidad receptiva; mas ¿podríamos asegurar lo mismo de su capacidad comprensiva?

A primera vista parecería que se ha desatado, por vez primera desde el Renacimiento —que, por cierto, fue un movimiento ambivalente, tan futurible como retrospectivo— un afán de novedad en el mundo. Ni en la época gótica, ni en el Barroco, ni en los orígenes del romanticismo se encontraría fácilmente una actitud parecida. Indudablemente hoy no podría plantearse una nueva «querelle des anciens et des modernes» como la que entre 1633 y 1719 (el mismo período que abarca la «crisis de la conciencia euro-

pea», estudiada por Paul Hazard) abrió una brecha en la doctrina clasicista. La «reacción» se da hoy en otros campos —en el políticosocial—, aunque pretenda disfrazarse de todo lo contrario, pues el confusiónismo y la mala fe han llegado ahí a límites increíbles. Pero en el campo artístico, la más abierta franquicia a todo lo experimental. Sin duda la invención científica y aun la audacia tecnológica proyectan sobre él su influjo, penetran la sensibilidad de autores y receptores. No es sólo que se hayan acortado los plazos antes existentes, de aclimatación pausada o incorporación de lo nuevo a lo tradicional; es que, diciéndolo al modo gálico, se han «quemado las etapas», sin tiempo para la decantación de fórmulas y valores en el proceso, antes tan lento, de valoraciones firmes, ya que no definitivas.

Si los museos del mundo estuvieron cerrados a piedra y lodo, durante decenios, para cualquier obra que no se ajustase a los cánones del «arte oficial», ahora les abren sus puertas al minuto. Todavía hemos alcanzado los días en que los cuadros de Cézanne y de algunos impresionistas (aquellos que formaron parte del famoso legado Camondo) eran, si no escondidos, exhibidos de modo vergonzante en los últimos desvanes del Louvre. Debíó pasar más de medio siglo antes de que esas obras, toda la escuela impresionista, fueran acogidas orgánicamente, y con los honores debidos, en el museo del Jeu de Paume. Los que se intitulaban «museos de arte moderno» en España, en Italia, en otros países europeos, eran más exactamente, hasta muy sobrepasada la década del treinta, museos de anacronismos. Cuando por excepción una escuela del siglo llegaba a ser «musealizada» al día —tal fue el caso admirable de los cuadros expresionistas en el Kronprinzpalais de Berlín— las hordas nazis pronto se encargaron de desbaratar y aniquilar el conjunto. Y no hablemos de lo acontecido —por razones muy semejantes, puesto que el nefando «formalismo» soviético equivale al «arte degenerado» del hitlerismo— con los cuadros modernos sepultos en las cuevas del Ermitage de Moscú. Aún más: la hostilidad oficial, durante ciertos años, llegó a adquirir perfiles grotescos. No aludo

a la irritación pública causada por el futurismo, por Dada y el primer superrealismo, puesto que provocarla era su fin inmediato, sino a otros episodios menos conocidos. Con motivo de exhibirse tímidamente algunas muestras del grupo cubista «La section d'or» en el Salón de Otoño de París, 1912, un concejal dirigió una carta al subsecretario de Bellas Artes, protestando contra el hecho de que «se hubiera prestado un monumento público a una banda de malhechores que se comportan en el mundo del arte como los *apaches* en la vida ordinaria». En la misma ocasión, durante un discurso en la Cámara, un diputado consideraba «absolutamente inadmisibles que nuestros palacios nacionales puedan servir a manifestaciones de un carácter tan netamente antiartístico y antinacional». Hubieron de pasar exactamente cuarenta y tres años hasta que llegara la hora del desquite o de la vindicación y las anteriores palabras fueran estampadas irrisoriamente por Jean Cassou al organizar, en el Museo de Arte Moderno, 1953, una muestra retrospectiva de homenaje al cubismo.

¿Cómo no recordar tan significativos episodios cuando actualmente asistimos a un espectáculo radicalmente contrario, cuando todo conato de resistencia oficial o mayoritaria ha desaparecido.

SERÍA UNA TAREA demasiado larga y compleja abordar ahora la explicación detallada de tal cambio en la receptividad artística, puesto que en él se implican muy variados factores. Apuntemos únicamente que una de sus causas determinantes más poderosas se halla de modo indudable en la extensión y perfeccionamiento de los medios de reproducción gráfica; ellos son los que han permitido en los años últimos la superabundancia de ediciones de arte y láminas con reproducciones sueltas, no ya las cromolitografías de antes, sino otras que vienen a ser el cuadro original multiplicado, puesto que rinden la materia y calidad de la obra original, convirtiéndose así, libros y grabados, en un instrumento de alcance incalculable sobre sectores de público en otro tiempo inasequibles. Junto a este auge de las reproducciones se halla la aportación del «museo imaginario», así

nombrado por Malraux, que significa la apertura de nuevas salas históricas; esto es, la incorporación al legado de los siglos de obras y civilizaciones antes casi desconocidas o infravaloradas. Todos los estilos remotos se han hecho presentes, nivelándose en el plano del contemporáneo, pues, como muy bien se ha dicho, nuestra época, al situarse ella misma en el «continuum» histórico, empalma con los estilos remotos de los más diversos tiempos y culturas.

AHORA BIEN, más que seguir especificando las causas últimas y las razones próximas de lo que hemos llamado aceleración del tiempo histórico en las artes, nos interesaría esbozar algunos de los efectos del fenómeno sobre el contemplador, sobre el público en general, y, de modo particular, sobre el crítico o intérprete o intermediario del arte contemporáneo.

Respecto al público: ¿existe una paridad entre su amplitud receptiva y su capacidad comprensiva? Más concretamente aún: ¿comprende realmente el público medio esos estilos, gusta en lo hondo de ellos, los asimila enriqueciéndose, aguzan y amplían —o limitan— su sensibilidad? ¿O más bien, influido por cierto mimetismo —muy propio de esta época de masas, que penetra paradójicamente hasta en las minorías—, trata simplemente de alinearse, de no quedar atrás? Situado ante ciertos cuadros o esculturas, como los no figurativos —en cualquiera de sus varios estilos o desinencias—, que rompen abruptamente con las formas del mundo objetivo y cortan todas las amarras de la penetración lógica, ¿el contemplador los acepta o simula aceptarlos? ¿No será acaso cierta suerte de infuso, turbio, sentimiento sádico-masoquista, el que le lleva a identificarse —como un inconsciente *Heautontimorumenos*— con cierto fondo último de aniquilación general gravitante sobre el planeta, y no ya sólo en el plano de las artes? La interrogación, más allá de su aire terrorífico, alude concretamente a la suma de negaciones y exclusiones que ofrecen ciertos últimos experimentos del informalismo. Si Jean Cassou ha llegado a hablar, por parte de los artistas, de una «complicidad con el caos», de «una negación exasperada del mundo»,

en el sentido de que « únicamente lo admiten en los primeros días de su génesis », muy bien podría extenderse el diagnóstico al público que comparte tal actitud.

PERO EN EL CASO del crítico, del intérprete o simplemente glosador, encargado, en cualquier caso, de razonar y discernir, de establecer tablas de valores con toda objetividad y autonomía, que por ello no debiera dejarse llevar de preferencias o rechazos ajenos, manteniéndose inmune a los contagios ayer mayoritarios y hoy minoritarios, obligado, en fin, a colaborar en sumas y edificaciones, no en destrucciones, ¿cabe pensar que experimente sinceramente el mismo alegre contentamiento, idéntico turbio placer masoquista? Elimínese lo que en este interrogante —formulado aun a riesgo de incurrir en cualquier anatema de « pompierismo »— pueda haber de hiriente o extremado. Sin embargo, al observar cotidianamente, aquí y allí, con cuánta docilidad tanto los espíritus avezados como los novicios se pliegan a semejantes actitudes, todas las conjeturas son permisibles. ¿O acaso deberemos pensar que proceden influídos por cierta suerte de difusa intimidación? Pues del mismo modo que en el hombre-masa se ha dado, en estos últimos años, el conocido fenómeno del « miedo a la libertad », frente a los problemas políticosociales, acaso también pudiera hablarse, en el plano estético, del « miedo a la disidencia ». La coacción mayoritaria que antes obraba en un sentido conservador y aun regresivo, trocados tiempos y circunstancias, bien pudiera ahora cambiar de signo; y convertirse en presión minoritaria subversiva. Pero así como las antiguas diatribas contra el arte de hace pocos decenios no resultaban convincentes, y más bien suscitaban un sentimiento opuesto, del mismo modo las apologías del arte postrimero corren el riesgo de promover un sentimiento de desconfianza, sobre todo al advertir la imprecisión, la logorrea pseudoconceptual con que sus autores se aturden.

Cabe, cierto es, más que adoptar la actitud del opositor —siempre antipática, poblada de equívocos— o del aguafiestas o del exigente, rehuir el examen frontal, ver los hechos con ironía o de soslayo, substitui-

lando « Elogio » un artículo sobre « El arte informal », según ha hecho últimamente un espíritu tan avisado y ágil, tan insospechable de cerrazón —puesto que es un panegirista del « arte bruto » de Dubuffet— como Jean Paulhan (*Nouvelle Revue Française*, París, mayo 1961). Por ejemplo: « Los pintores de otro tiempo comenzaban por el sentido y le encontraban signos. Los nuevos comienzan por signos, a los cuales sólo falta encontrar un sentido. » O hablando de las posibles metamorfosis de objetos en ciertos cuadros: « Creemos reconocer una locomotora, pero es también un tintero. Un tapete de mesa, y es un campo en pleno sol. Una cortina de árboles: es una manzana en el frutero. Un estanque, y es también un desierto arenoso. De los objetos habituales que nos rodean, pasamos sin transición a la ambigüedad. »

AMBIGÜEDAD: retengamos esta palabra. En la ambigüedad, en sus aplicaciones y sugerencias, en sus tentaciones y equívocos, bien pudiera cifrarse cualquier intento de exégesis sobre el arte último, al fin valdedero: tan lejos de la repulsa categórica como de la admiración beata; no agrio, sino bienhumorado. Ambigüedad, como punto de partida, entre la naturaleza y el espíritu; entre el mundo de las formas dadas y el mundo de las formas que no son tales, que se niegan a serlo. Ambigüedad entre la noción permanente del arte y el amago de otra que pretende reemplazarla, sin contenido explícito, puesto que unas veces parece identificarse con la « intención », otras con la « verdad », la « materia » o cualquier otro pseudónimo. Ambigüedad fatal entre la aniquilación devastadora y la creación más virginal; entre el universo sensible de voces familiares y los primeros vagidos de otro universo postatómico. Pero si el artista (al que era habitual designar antonomásticamente « creador » y a quien tal vez en lo sucesivo haya que mudar radicalmente este nombre) viene a ser, al cabo, alegremente irresponsable, jugador kantiano de una « finalidad sin fin », y está en su derecho al divertirse con la ambigüedad y aun con el sinsentido, el crítico, no puede evadirse: debe optar y definir, separando de una vez la luz de la sombra.

JOSE DE ONIS

Literatura comparada, como disciplina literaria

LA LITERATURA COMPARADA es un concepto moderno, y aun cuando se han escrito sobre este tema libros excelentes, artículos y hasta revistas (1), algunos de sus puntos básicos no han sido claramente definidos todavía ; pues como dice Benedetto Croce, el método comparatista, por ser exactamente un método de investigación y nada más, no se presta para definir los límites de ningún campo de estudio, ya sea éste literario o científico.

La mayoría de los « comparatistas », los especialistas en este ramo, están conformes con que cuando hablamos del estudio comparativo de la literatura, nos referimos al estudio que compara las literaturas nacionales entre sí con el fin de poner de relieve no solamente los caracteres nacionales de cada una, sino también su carácter unificador, humano o contemporáneo. Pero los objetivos finales del estudio de un problema literario pueden ir mucho más allá de lo que entraña este simple aserto. A partir de aquí es donde los críticos difieren en sus criterios, y tenemos que confesar francamente que se dan casos en que es difícil saber en cual de los campos diversos de investigación nos encontramos (2).

(1) Referencias : « Comparative Literature » en Shipley, *Dictionary of World Literature* (New York, 1943) ; H.M. Possett, *Comparative Literature* (1886) ; P. Van Tieghem, *La Littérature Comparée* (Paris, 1951) ; M. F. Guyard, *La Littérature Comparée* (Paris, 1958) ; La revista norteamericana, *Comparative Literature* ; y la revista francesa, *Revue de Littérature Comparée*.

Así ocurre que la distinción entre literatura mundial, literatura universal y literatura comparada no es siempre clara. Cuando decimos, por ejemplo, que cierta obra, tal como *Hamlet*, *Don Quijote*, *Fausto* o la *Divina comedia* de Dante, pertenece a la literatura mundial, queremos significar por lo general, que tal obra de arte ha traspasado los límites de la nación donde fue concebida y el lenguaje en que fue escrita ; que ha sido traducida a las lenguas más importantes, y que ha llegado a constituir una parte del tesoro común de la civilización del mundo. En este sentido la denominación de « Literatura mundial » sigue conservando una acepción geográfica, aunque,

(2) Hasta principios del siglo XIX toda la literatura era considerada como literatura ortodoxa, apoyada por las clases ilustradas y los clásicos : autores griegos y romanos o imitaciones de ellos (excepto la literatura provenzal). La literatura, al igual que la cultura, formaba parte de una gran corriente continua. Con el Romanticismo y la aparición de sentimientos nacionales más definidos, dentro y fuera de Europa, surgió el estudio de la literatura como una manifestación del espíritu nacional (Madame de Staël, *De l'Allemagne*, 1810), y posteriormente el estudio de las diferentes literaturas con respecto a sus relaciones entre sí. Así podemos concebir la literatura comparada como el estudio de la convergencia de las relaciones literarias internacionales. Esta es una definición que no implica necesariamente la comparación como tal comparación, sino en estudio crítico de temas e influencias relativos a dos literaturas, por lo menos. Fue también en los primeros años del siglo XIX cuando

naturalmente, la fama de una obra deberá tener también cierta permanencia. Muchos libros han cruzado las fronteras de una nación y han gozado de una breve y arrolladora popularidad en el extranjero, simples modas fugaces, condenadas al olvido poco tiempo después. Las obras literarias mundiales, por lo tanto, son aquéllas que han logrado una significación trascendiendo no

Goethe formuló por primera vez el concepto de « Weltliteratur », coincidente con la idea del « cosmopolitismo romántico ». En 1827, el crítico francés Villemain fue el primero en emplear el término « littérature comparée », en sus conferencias de la Sorbona. Desde entonces esta expresión se ha difundido por todas partes, menos en Alemania, donde se emplea el término más complejo « Vergleichende Literaturegeschichte ». Durante la segunda mitad del siglo XIX, el movimiento positivista dio un tono científico al estudio de la literatura comparada. Eruditos tales como Taine con sus conceptos de « raza », « momento » y « medio ambiente » ; y Brunetière en *L'évolution des genres*, en el que desarrolló una teoría de la evolución de formas fijas literarias, análoga a la evolución de las especies, son los responsables en gran medida de esta nueva orientación. Hoy, críticos como Baldensperger y Hazard continúan esta tradición. El primero de éstos, uno de los profesores que comenzaron a dedicarse enteramente a la literatura comparada, enseñó en las Universidades de Nancy, Lyon, Estrasburgo y París. Fue uno de los primeros en iniciar este género de estudios en los Estados Unidos. Explicó en Harvard, Princeton, y en la Universidad de California en Los Angeles. Juntamente con Paul Hazard fundó la *Revue de Littérature Comparée*, en 1921. Este último, Paul Hazard, fue designado en 1925 para ocupar la cátedra de Literatura Comparada en el Collège de France. En años alternos, entre 1932 y 1940, dio conferencias en la Universidad de Columbia. Reconocido como una de las autoridades más destacadas en literatura comparada, Hazard fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1939. Siendo Rector de la Universidad de París en 1941, tuvo el honor de ser destituido por las autoridades alemanas de ocupación.

Pero una nueva tendencia, significativa y fructífera, apareció al finalizar el siglo, cristalizada en la obra de Georges Brandes, crítico danés poco conocido en la actualidad, titulada *Principales Corrientes de la Literatura europea*. El italiano Croce, en su *Estética*, formuló esta tendencia afirmando que la literatura comparada es un instrumento de investigación que permite trazar paralelos entre literatura e historia. Esta nueva manera de enfrentarse con el tema dio lugar a

sólo la nacionalidad, sino incluso el tiempo. Adquieren valor internacional, y entre ellas podrían incluirse obras españolas como *Amadís de Gaula*, *Don Quijote* y *La vida es sueño*.

Es posible, sin embargo, que una obra de arte pueda haber alcanzado esta difusión, y no deba ser considerada como literatura universal. Si por universal entendemos aquello que es esencialmente humano, común a todos los hombres de todos los tiempos, obras como el *Amadís* o *La vida es sueño* no deberán quizá ser incluidas en esta categoría.

El *Amadís* fue enormemente popular y gozó de fama internacional durante los siglos XVI, XVII, y XVIII. Goethe lo considera como una de las obras maestras de la literatura mundial, pero hoy, para la mayoría de nosotros no es convincente. De

una fructífera relación entre la literatura y la historia. Así nació la disciplina llamada « Historia de las Ideas ». Este movimiento produjo un gran efecto en este país, especialmente. Al ensancharse el campo de visión de la literatura comparada, pudieron estudiarse grandes movimientos tales como el Romanticismo, el Clasicismo, etc., dando por resultado algunas obras de la mayor importancia. En la misma dirección, pero con énfasis más acentuado, comenzaron a aparecer obras en las que se estudiaba la influencia de un solo autor. (Marcel Bataillon : *Erasmus en Espagne*). En América, el campo de la literatura comparada está dividido entre la esfera de la literatura mundial (que los franceses llaman « littérature générale », rechazándola por considerarla fuera de la literatura comparada) y el de la literatura comparada *per se*. El desarrollo de la literatura comparada como disciplina, ha sido incesante en Francia y en América y está apoyado por doctas revistas que sirven de portavoz a un gran número de eruditos. En conclusión, la literatura comparada puede ser o un estudio especial sobre un autor o tema determinados, o, en su sentido más amplio, una rama de la historia de la Cultura.

Francia, Alemania e Italia han sido los países donde se han realizado más estudios bajo el método comparatista. En España, Unamuno (*En torno al casticismo*) y Menéndez Pidal, con sus comparaciones de la poesía épica, han aportado importantes contribuciones a este ramo. Por este mismo tiempo se precisaron con más claridad algunos de los diferentes campos de la literatura comparada : el estudio de los temas, temología o « Stoffgeschichte » ; el estudio de los géneros literarios y las formas. morfología.

igual suerte, el Segismundo de *La vida es sueño* (producto de la filosofía de la época —la Contrarreforma), personaje abstracto que representa al hombre universal, es de muy difícil trasplante a otras épocas o culturas. Carece de lo eterno humano, y por lo tanto no forma parte realmente de la literatura universal. « Las personas que son de todas partes no son de ninguna. » Para alcanzar la universalidad, los caracteres habrán de ser de « carne y hueso » y reaccionar ante los problemas como cualquiera de nosotros. La poesía lírica es quizá el más universal de todos los géneros literarios, aun en sus formas más primitivas y elementales, porque todos los hombres reaccionamos de una manera u otra ante la belleza.

Esto nos trae a las literaturas nacionales. La literatura en nuestra propia civilización occidental no es una unidad simple, sino que está integrada por varias y distintas literaturas que han evolucionado en el tiempo y en el espacio. Cada una de ellas tiene o ha tenido sus características específicas que la sitúan aparte de las otras. Es un conglomerado de diversas literaturas nacionales cuya unidad, lejos de sufrir por la variedad, se beneficia con ella, hasta el punto de que no podría existir de otro modo.

Esta diversidad de los fenómenos naturales, tal como se expresa en las literaturas nacionales, no es sino una manifestación visible de una unidad más profunda. « La Eterna Singularidad, desplegada en muchas formas », como dice Goethe. En la literatura española muchas de las obras nacionales que no forman parte de la literatura mundial, son las más humanas y, por lo tanto, las más universales. Las grandes obras maestras españolas como *El Cid*, *el Libro de Buen Amor*, *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *El Alcalde de Zalamea*, *El Burlador de Sevilla*, o *Fortunata y Jacinta* de Galdós, son rara vez incluídas en un curso de grandes obras (lo que se llama en inglés *Great Books Course*), o sea, dicho en otras palabras, no forman parte en la actualidad de la literatura mundial.

La literatura comparada tiene mucho en común con todo lo que hemos dicho antes y debe abarcar las mismas esferas ya cubiertas por la literatura mundial y la literatura nacional. Difiere de ellas en cuanto a la manera de manejar los materiales.

La literatura mundial tiende a complementar la lección extraída del estudio de la literatura propia con el estudio de la literatura de otros países, realizando, por decirlo así, una incursión por el campo de las literaturas extranjeras ; pero la lección sigue siendo la misma, e idéntica relación subsiste entre el libro y el lector. Hemos ampliado la geografía, pero no hemos cambiado el método.

En literatura comparada el hecho literario es aprehendido objetivamente por el estudiante como entre autor y público, en una cierta época y en un determinado lugar. Los valores transmitidos o experimentados en el acto de la comunicación no afectan al observador. No toma partido. La literatura comparada es, en literatura, el verdadero crucero de alta mar. Desde el punto de vista de la erudición, en un punto en que el conocimiento cesa de diferenciar entre lo que es ciencia y lo que no lo es, éste es el único estudio verdadero de la literatura (3).

(3) En América Latina la técnica comparatista es desconocida hasta fines del siglo XIX. Con el simbolismo empieza cierta internacionalidad literaria que irradia Francia y que se presta a las técnicas de la literatura comparada. Este país (Francia) se convierte en el centro crítico y literario de los dos continentes. Al principio son la literatura francesa y el nacionalismo francés los que se imponen a los otros países, pero pasada esta corta época, al llegar la reacción contra el siglo XIX, el gran siglo de hegemonía gálica, hay un grupo de franceses que empieza a interesarse en literaturas hasta entonces desconocidas, como lo eran la rusa, la escandinava y la de los Estados Unidos. Se empieza a dar importancia a varios escritores extranjeros de diferentes épocas. De esta forma se establecen comparaciones literarias y se habla de Poe, Emerson y Whitman. Como resultado, los hispanoamericanos, que seguían de cerca los movimientos literarios de Francia, llegan a conocer algunos de los escritores norteamericanos más importantes. Es por este tiempo cuando Martí escribe sus famosos ensayos sobre diversos escritores norteamericanos como lo había hecho antes de los de otras literaturas ; cuando Rubén Darío escribe su ensayo, *Los raros* ; cuando Hostos escribe su estudio sobre *Hamlet* ; y cuando Unamuno en España inicia el estudio de las nuevas literaturas desde un punto de vista científico, moderno, y dentro de lo que hoy llamaríamos literatura comparada.

Es un hecho conocido que el modernismo en

La literatura mundial es una expansión al mundo en general de la literatura, considerada como una disciplina humanística, cuyo aprendizaje exige del estudiante que se identifique subjetiva y apasionadamente, por lo menos, con la obra estudiada, extrayendo de ella valores humanísticos. El estudiante de la literatura mundial estudia el *Quijote* para bien de su alma, exactamente igual que si fuese de habla inglesa estudiaría *La Tempestad* o *Hamlet*. Se establece una relación directa entre él y la obra estudiada. Su actitud es subjetiva, mientras que la del estudiante de la literatura comparada es más bien objetiva. Aquí la relación es oblicua. Se interesa especialmente no tanto en lo que el *Quijote* pueda significar para él, como en lo que significó para la época en que, hablando históricamente, la obra irrumpió en la escena literaria y cultural de 1605. No va más allá de lo que ocurrió entre el *Quijote* y un lector de aquél período o a lo sumo un lector de cualquier período subsiguiente —los alemanes de la época romántica, e.g.,— anterior al suyo. « El comparatista », el estudiante de literatura comparada adopta ante el *Quijote* la misma actitud que un etnólogo adoptaría observando las Danzas del Sol de los Indios de las Llanuras. No toma parte en la ceremonia, y por más hermosa que le parezca no deja de ser un espectador amistoso. Podrá sentir deseos de intervenir, de bailar con los indios, pero no lo hará si en algo se estima. Él no es un actor, es un hombre de ciencia. Está interesado en conocer la relación entre la ceremonia y los indios Sioux que participan en ella, en averiguar lo que significa para ellos. Del mismo modo, nosotros, los estudiantes de literatura comparada, tenemos que permanecer al margen de la acción. Como dice el crítico francés, Van Tieghem, en su libro *La Littérature Comparée*: « Le caractère de la vraie littérature comparée, comme celui de toute science historique, est d'embrasser le plus grand nombre possible de faits différents d'origine, pour mieux expliquer chacun

su cosmopolitismo encuentra la forma de entender mejor lo nacional. Los nuevos conocimientos proporcionan puntos de comparación de que antes se carecía. Es el sentido de lo propio que nace al contacto con lo extranjero.

d'eux ; d'élargir les bases de la connaissance afin de trouver les causes du plus grand nombre possible d'effets. Bref, le mot « comparée » doit être vidé de toute valeur esthétique, et recevoir une valeur historique. » Claro está que la palabra estética se refiere aquí, estrictamente, a lo subjetivo y no a la historia de las ideas. *Las Ideas estéticas* de Menéndez y Pelayo o la *Estética* de Croce entrarían perfectamente bien en nuestro concepto de literatura comparada.

Cuando distinguimos entre los términos literatura mundial y literatura comparada, la diferencia entre el punto de vista humanístico, o sea educativo, y el científico, no suele manifestarse con el debido vigor. Yo acaso me incline decididamente a adoptar el punto de vista de que la literatura comparada debe considerarse como un aspecto de la ciencia (4).

En gran medida en la educación humanística se utilizan las obras de arte (literatura, pintura, música) para inculcar valores a la juventud (5). Así ha ocurrido desde los tiempos greco-romanos, y ello nos parece muy bien. Esta es la literatura mundial. Está llena de reminiscencias, igual si enseña a Voltaire que a San Agustín, de la época en que la educación estaba en manos de los ministros del culto. Es apologética. ¿Y por qué no había de serlo? Pero insisto en que nosotros, los especialistas en literatura comparada hayamos de tener el valor de leer la *Divina Comedia* o incluso la *Condition Humaine* de Malraux, con la misma objetividad con que Renan leía las Sagradas Escrituras.

(4) A la palabra ciencia le estamos dando aquí un significado arbitrario, personal que indudablemente chocará a algunos de nuestros compañeros, los comparatistas, pero que está de moda entre muchos de los grandes científicos del siglo XX, entre esos que conciben la ciencia como algo relativo donde encaja perfectamente bien lo humano e incluso lo subjetivo.

Para nosotros la ciencia es simplemente la exposición ordenada de los hechos para poder entender el carácter de las cosas o el carácter de algún fenómeno humano, y esto incluiría a muchos de los fenómenos literarios.

(5) William James, el filósofo norteamericano, tiene un ensayo famoso sobre la función pedagógica de las humanidades: *The Social Value of the College-Bred*.

Para entender las distinciones que pueden hacerse entre literatura mundial y literatura comparada, es necesario que nos forjemos una idea de la forma en que surgió el concepto de las Humanidades. Tan lejos como podemos remontarnos, extrayéndolo de los períodos más bien oscuros en los que la cristiandad asumió parte del bagaje cultural de la antigüedad no cristiana, parece haberse originado por la determinación de conservar al lado de la *Divinitas*, esto es, las Sagradas Escrituras (hebreo, griego, latín), la *Humanitas*, o sea la sabiduría acumulada por la antigüedad no cristiana, y especialmente recogida en lengua latina.

Los contemporáneos de San Agustín comprendieron que habría sido una lástima arrojar por la borda las obras creadas por autores no cristianos (especialmente Cicerón, Aristóteles y Virgilio), tan meritorios en todos los aspectos que podrían ser considerados virtualmente como cristianos, aunque no lo fuesen realmente, y por lo tanto podrían ser utilizadas sus obras a la par con las de los Padres de la Iglesia para la formación moral de la juventud de la época. De suerte que si puedo permitirme una comparación acaso algo apresurada, el estudio de la literatura en las escuelas, la semilla de nuestras humanidades, se desarrolló como una especie de escuela dominical. Mantuvo este carácter a través de toda la edad media, y participa aún de él en nuestros recintos universitarios.

La mayoría de nuestros profesores universitarios no son críticos, son moralistas que operan sobre principios absolutos. ¿Y por qué no? La literatura, las obras de Homero, por ejemplo, fueron utilizadas aun en tiempos paganos para educar a los jóvenes. Se encontraban en ella « ejemplos » que servían de base para entablar debates sobre puntos de moral (6). Esta práctica sigue observándose en las Escuelas Católicas en las que al estudiar el cuarto libro de la *Eneida*, por ejemplo, se discute a fondo si Dido estuvo justificada al quitarse la vida,

punto éste que lleva al profesor a extenderse en una adecuada perorata sobre la licitud del suicidio. Excelente ; pero a todo esto, ¿en qué se convierte la literatura propiamente dicha? ¿Qué es de la *Eneida* como obra de arte, compuesta en el último siglo (a. de J.C.) en la Roma de Augusto? Casi desaparece, como ocurre al estudiar la Biblia « a la sombra de la Iglesia », que se borra su carácter literario, o por lo menos se aleja, se convierte en algo migratorio para el fiel, que ve en las Escrituras la palabra de Dios, y que le desagradaría profundamente que se le dijese que la Biblia —y no digamos los Evangelios— son literatura en el mismo sentido que la *Eneida* o que el *Poema de Fernán González* —por no hablar de *Doña Bárbara* o de *Lady Chatterly's Lover*. Por lo menos la *Eneida* significa el contraste entre lo profano y lo sagrado, aunque a veces pretendemos hacer de Virgilio un profeta de la Iglesia y casi lo conseguimos.

Pero el profesor de literatura, lo mismo que cualquier maestro de las artes liberales en el pasado, ha sido durante mucho tiempo un clérigo, y la actitud clerical, ligeramente atenuada por el matiz humanístico, aún prevalece y se mantiene hoy hasta el punto de que un buen número de profesores de literatura consideran a Homero como un « humanista ». No están muy seguros de lo que éste término significa, es decir, si no un Padre de la Iglesia, al menos un filósofo, un sabio grave y prudente al que puede perdonársele que se expresase en verso, pero cuyo valor radica exclusivamente en las sabias enseñanzas que puede transmitir a aquellos que lo lean. Lo cual, repito, es excelente para sus fines, pero deja al margen la literatura en su contexto histórico-sociológico, lo que llamamos el fenómeno « literatura ». Del mismo modo que en la mayoría de los cultos el fin de la Iglesia fue dejar la Biblia intacta, por lo cual no existió históricamente hasta que los eruditos de mediados del siglo XIX (Strauss (7), Renan (8), Harnack (9) y otros)

(6) El *Amadis* y otros libros de caballería se leían en Europa durante el renacimiento como manuales de etiqueta para enseñarles a los jóvenes urbanidad, y para inculcarles ideales de nobleza.

(7) David Friedrich Strauss, autor de *Das Leben Jesu* (2 tomos, 1835-1836), dio al Evangelio una interpretación histórica. Aplica a la Biblia toda una teoría mitológica que fue muy discutida durante todo el siglo pasado.

comenzaron a mirarla con ojos críticos.

Es la actitud crítica la que aplicada a la literatura constituye lo que en oposición a literatura mundial (que es una disciplina humanística), llamamos literatura comparada en sentido estricto. La literatura mundial y la literatura comparada operan con los mismos materiales, indudablemente, pero difieren en la actitud que adoptan ante ellos. La primera es práctica, la segunda teórica, por lo menos en cuanto a que sus métodos son *a posteriori* y sus móviles son el conocimiento puro y simple. El conocimiento de cómo fue compuesta la Biblia no contribuirá a hacer de uno un « caballero más perfecto », pero es conveniente adquirirlo, si estáis interesados en llegar al conocimiento de las cosas, como les acontece a algunos.

La investigación de este carácter, dentro de la literatura comparada, realizada en la forma antedicha, corresponde al nivel superior universitario, donde la distinción entre ciencia y humanidades desaparece, donde, para decirlo de un modo tajante, las humanidades dejan de ser un reino independiente. Porque, si no estoy equivocado, no hay dos maneras de saber que una cosa es lo que es.

Entre las ideas que acabo de exponer hay una que podría parecer herética a buen número de nuestros colegas, a saber, que las humanidades se repliegan en el momento en que llegamos a la verdadera Facultad universitaria o, dicho en otros términos, en el momento en que los estudios alcanzan su madurez. La antigua distinción entre humanidades y ciencias, para mí injustificada, desaparece. Pues si tiene en absoluto alguna validez, esta distinción no afecta a los temas objeto de estudio, sino al método que empleemos con ellos.

Podemos enfrentarnos con cualquier te-

ina con un criterio científico o humanístico. Porque, repitémoslo, « humanístico » « significa « educativo », y no otra cosa. Hasta a la astronomía puede dársele un arranque humanístico ; inversamente, a la literatura podemos acercarnos con un criterio científico. Si la enseñanza de la astronomía se reduce a lo que cualquier hombre culto debe saber sobre el tema, se llama instrucción, que es lo que atrae al vulgo. Más allá se inicia el propósito de hacer profesionales.

Debido a una larga tradición establecida, la literatura, que es el instrumento más apto para calibrar los valores humanos, ha obtenido en la enseñanza un puesto privilegiado ; pero esto no significa que no sea susceptible de un tratamiento científico. Y cuando se adopta la postura científica sus valores se hacen patentes, la literatura deja de presentarse como algo simplemente bueno, como si la literatura por sí misma no fuese otra cosa que un conglomerado de bondades, igual que todas las cosas que deben enseñarse a los jóvenes, como la Biblia, por ejemplo, a la que se llama « el Buen Libro ». Pues bien, a los ojos del estudiante maduro y objetivo existe la buena y la mala literatura. Pero con harta frecuencia el estudiante medio de nuestras clases espera que una literatura, cualquier obra de esa literatura se le presente como algo ante lo que él tiene que rendirse no sólo moralmente, sino intelectualmente ; lo mismo que en la iglesia uno se rinde ante la incuestionable excelencia, la espiritual excelencia de las Sagradas Escrituras. Y todos los maestros « sabios y prudentes », procuran inconscientemente presentar la literatura que enseñan como un monolito de excelencia. De otra suerte están expuestos a crearse para sí mismos la reputación de palabreros avinagrados.

Los que profesamos los estudios de literatura comparada tenemos que ser algo más que unos simples propagandistas. Tenemos que considerar siempre imperativo para nosotros señalar a los estudiantes que en todas las literaturas hay períodos en los que este o aquel género literario — la poesía, la novela, la dramática — cesan de refulgir en medio del escenario, cuando la escena toda queda en la penumbra. Pues bien, considerando que la literatura, tal y como se en-

(8) Ernest Renan, crítico francés, autor de *Histoire des origines du Christianisme* (8 tomos, 1863-1890). Lo mismo que su predecesor, Strauss, estudió la religión como historia y no como teología.

(9) Adolf von Harnack, teólogo alemán, autor de *Lehrbuch der Dogmengeschichte* (4 tomos, 1886-1890), tal vez la obra que haya ejercido mayor influencia en la teología heterodoxa moderna.

seña en nuestras clases, es una especie de ampliación de la escuela dominical, no está permitido hacer eso, del mismo modo que no se toleraría que afirmáseis, ni aun en la sacristía, que hay momentos flojos en la *Biblia* : « ¡Non dormitas Jehovah! » ¡Y con cuánta frecuencia en las humanidades se la ha juzgado, sin embargo, como una especie de proyección no enteramente laica de Jehovah! Pues bien, este punto de vista desaparece en la literatura comparada, si ésta se concibe en el mismo sentido crítico que permite a la exégesis bíblica reconstruir la historia de aquel momento de la literatura : la *Biblia*.

Si a la literatura se la considera como « *Biblersatz* » ; si, por otra parte, a la *Biblia* se la considera como literatura, lo que se aplica a la una deberá *paripassu* aplicarse a la otra. Mi argumento arranca de la propia *Biblia*, que en los últimos cien años ha sido sometida a la crítica histórica más infatigable y exhaustiva. Hagamos lo mismo, o algo parecido, con la literatura profana, y tendremos la literatura comparada. Pero, por supuesto, yo no enseñaría tal disciplina en los centros docentes elementales, lo mismo que no haría especial hincapié sobre la distinción entre la tradición Elohística y Jarehística del Génesis ante el auditorio de una escuela dominical.

La literatura, para concluir, es un tema en sí mismo, indudablemente, mas no está restringido a un solo método de estudio. La disciplina humanística es una forma espléndida. Pero la literatura, al igual que

todo aquello que puede transformarse en conocimiento, puede ser objeto de la ciencia. En este nivel se encuentra la literatura comparada, y es en relación con esto como tenemos que hacer una distinción entre literatura nacional, literatura mundial y literatura comparada. La diferencia entre ellas no está, como ya hemos visto, en su difusión geográfica, ni en los temas o materias en que se ocupe, pues éstos, en muchos aspectos, son los mismos, sino en los fines del estudio y en los métodos que se empleen para conseguir estos objetivos. No tratemos de reemplazar las literaturas nacionales, sino de darles un mayor significado, abriéndoles nuevas perspectivas por medio de conocimientos frescos, obtenidos de campos afines.

No debe de ningún modo interpretarse este ensayo como una defensa del positivismo, o de las ciencias absolutas en la literatura. No lo permita Dios. A menudo ocurre que las cosas no son lo que parecen en la superficie, ni tampoco la línea recta es siempre la distancia más corta entre dos puntos. En la interpretación de un problema literario, como en la ciencia pura, la intuición juega un papel muy importante, y el crítico, si ha de gozar de alguna visión, tiene que apartarse con frecuencia de los hechos inmediatos y abrirse camino guiado por los instintos psíquicos, el producto de su amplio conocimiento, y sus experiencias en el mismo campo. Pues como dijo Don Quijote una vez : « ¡Y cuán ciego es aquél que no ve por tela de ce-dazo! »

Círculo

*Tomé la taza, y me perdí en el punto
de ver sólo la mano sobre el asa :
las dos en compañero sin mi cuerpo,
sin mi mano más tarde : sólo taza.
Y luego ni eso alrededor, ni rastros
de esa morada.
Ciega en el aire, circular y sola,
¡cómo giraba el agua!*

MIGUEL ARTECHE

bellas artes

Humor y caricatura en España

POR RAMON XURIGUERA

LA CARICATURA es tan vieja como el arte. El hombre ha propendido siempre a querer ver más allá de lo que expresa el aspecto exterior de la imagen. Lo exterior no es más que lo aparente, y la verdad reside en lo que no se ve, en lo que se esconde debajo de la apariencia. Así, la necesidad de reformar y de acusar para subrayar lo que es característico, ha constituido siempre el deseo del artista cuyo interés ha tendido más bien hacia el espíritu que hacia la forma.

Gran parte del arte medieval es caricaturesco. Véanse las gárgolas, los capiteles y aun no pocos retablos de los que abundan en las iglesias. Obsérvense las representaciones simbólicas de ciertas tallas de madera, de las miniaturas de los libros de horas, de los misales. Todas esas quimeras y diablos, todas esas alegorías de los vicios y de las perversiones mundanas han tomado a la caricatura sus recursos esenciales.

A través de esas exageraciones reconocemos los rasgos del avaro, del envidioso, del obscuro. Y si es posible localizar en unos trazos el resumen de un tipo psicológico, es porque la caricatura sintetiza valores genéricos. Y no hay síntesis que no lleve al plano colectivo la significación de datos indi-

viduales. En este campo de lo individual es donde el artista recoge sus elementos, sobre todo el caricaturista personal.



Todos los países poseen en mayor o menor grado una tradición caricatural y España no es de los que andan a la zaga. Goya y Picasso la prolongan quizás porque responde a esta manera de ser de los españoles, a este realismo que para obtener una verdad psicológica no se detiene ante lo feo ni ante la crueldad. Toda la picaresca

española es una vasta caricatura en la que los defectos del hombre sintetizan los defectos de la colectividad.

Para que sea posible tal fuerza representativa, preciso es que el alma genérica posea una característica esencial que la haga apta para escrutarse y expresarse. Esta facultad, en un momento particularmente doloroso, la definió Azaña diciendo que España era quizás el único país capaz de clavarse a sí mismo el propio aguijón. Mas clavarse el propio aguijón supone una gran capacidad de sufrimiento, un no tener miedo al dolor; por consiguiente una disposición favorable para resistir a lo ingrato, a lo trágico, a lo adverso, a todo cuanto puede ser dañino.

En esta capacidad sienta sus bases el hu-

mor. El humor no es propiamente una exageración, sino una nueva escala de valores procedente de un examen de los repliegues más profundos del alma. Este examen se ejerce sobre uno mismo más que en el modelo ajeno. Nada tiene que ver con la ironía. La ironía es el fruto del ingenio y pone de relieve más bien rasgos superficiales. Su campo de acción es el exterior y la apariencia, el hombre o el grupo humano circundantes más que el propio yo. Recalca un aspecto, el cual toma perfil preponderante a base de dejar en silencio los demás. La ironía no revela nada, pero corroe, ridiculiza. No desciende jamás a lacerar los rasgos propios, pero lo hace con los de los demás.

En cambio el humor se confina en uno mismo para revelar verdades psicológicas personales o de un grupo social. No calla ni aminora nada, sino que dispone mediante cierta óptica los valores interiores: favorables o desfavorables. Nada nos prueba que lo que consideramos esencial lo sea realmente. Ni que sea efectivamente accesorio lo que tenemos por tal. Es una facultad del humor el considerar lo substancial y lo accidental mezclados, el nivelarlos a su manera, el hacer que aparezcan igualmente importantes, dando así una visión imprevista de lo que un alma puede tener de contradictorio, de virtuoso y de defectuoso a la vez. Para ello, repetimos, no hay que tener miedo a disecarse, a hundirse en la propia carne el escabelo, a clavarse el propio aguijón.

Por razones muy diversas tal vez, los dos países que mayores disposiciones presentan para el humor son Inglaterra y España.

A España, la crueldad y la pasión y al propio tiempo la capacidad de resignación y de dolor, la inclinan pre eminentemente al humorismo, del que la literatura y el arte plástico están llenos.

Hemos mencionado la picaresca. Asimismo no podemos dejar de recordar los singulares personajes cervantinos, sobre todo los del *Quijote*. Es imposible dejar de evocar también el representativo Fray Gerundio de Campazas, que mantuvo durante tanto tiempo en la cumbre el nombre del Padre Isla. Y no otra cosa que el sentido del humor lleva a Baroja a glosar el análisis que el alemán Juan Pablo Richter hace

de esta inclinación temperamental, aún no superado, en su *Caverna del humorismo*. Pero ¿no es humor —y del más negro— el arte de Valdés Leal, pintando en plena descomposición una alta dignidad eclesiástica? ¿Y los retratos de personajes reales de Goya, amén de su obra grabada? ¿Y el arte de Solana? ¿Y el Valle Inclán del *Ruedo Ibérico* y de los esperpentos? Llena está la poesía también de muestras de humor y juego, a las que el superralismo ha dado nuevos alientos. Cuando Alberti dice:

¡Alicia, Alicia, amor mío!

¡Alicia, Alicia, cabra mía!

*Sígueme por el aire en bicicleta,
aunque la policía no sepa astronomía,
la policía secreta.*

Alberti, entonces, abunda en esa alteración de las asociaciones que nos son habituales produciendo la sorpresa de los valores desplazados que constituyen el humor.

Este humor se halla también y no en grado menor en el sentimiento popular. ¿Acaso una de las características del humor no es la de evitar su intelectualización? Dice una conocidísima cuarteta:

*Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos,*

en la que el pueblo pone todo el escepticismo y toda la amargura de sus desdichas y de sus reveses.

No es necesario insistir más, puesto que el objeto de estas notas no es la literatura, sino el arte caricatural.

En todas partes la caricatura se ha basado siempre en la exageración de ciertos rasgos faciales. Más que la traducción del espíritu era —y aún sigue siendo con frecuencia— la imagen acentuada de ciertos pormenores físicos. Se trata, en la mayoría de los casos, de un dibujo con la nariz o los ojos o los labios exagerados. Piénsese en la mandíbula saliente de Maurice Chevalier, en los dientes equinos de Fernandel, o en el cigarro puro y el cuello orondo de Churchill. El modelo más corriente de este tipo de caricatura es la imagen corriente durante el siglo XIX de la cabezota detallada e imponente sostenida por un cuerpecito muy pequeño.

Esta representación familiar subsiste en cierto modo todavía. Si ahora no abunda,

como ocurrió durante el pasado siglo, es porque ha cedido el paso a la fotografía. El bajón que ha sufrido en el mundo la caricatura personal, es debido al éxito de la fotografía. La caricatura ha sido relegada al monigote integrado en una escena, con una intención política o social y cuya agudeza descansa en general en la luz que proyecta sobre ella la leyenda puesta al pie del dibujo.

España también ha seguido esta evolución condicionada por las figuraciones de tipo social o político. Pero el cultivo de la caricatura personal todavía se conserva. Ni en revistas ni en publicaciones cotidianas se ha perdido el gusto de esta representación fisonómica, ni el interés psicológico que representa. Al contrario: ha evolucionado y los Salones de Humoristas que siguen sucediéndose dan fe de ello.

Durante el proceso de sustitución de la caricatura personal por la fotografía, que caracteriza lo que va de siglo, apareció en España un caricaturista original que él solo aseguró esta evolución modernizando el trazo y aumentando su significación psicológica. Me refiero a Bagaría. Basta recordar la vida española que precedió a la guerra civil y mencionar el papel que desempeñaron en ella publicaciones como la revista *España* y el diario *El Sol* para apreciar el relieve que adquirió el arte de Bagaría.

Los monigotes de este caricaturista se imponían por su simplicidad, pero también por su penetración, por el difícil acierto de desnudar hasta conseguir el valor esencial de la línea. Esta es la simiente que Bagaría dejó y que lejos de haberse perdido reaparece hoy en un conjunto notable de caricaturistas españoles.

Pues existe, en efecto, un amplio grupo de caricaturistas muy personales cuya expresión se ramifica en diferentes tendencias. Los hay que permanecen relativamente cerca de la línea tradicional. Otros que avanzan más en la osadía de la forma. En todos ellos la simplificación y la concentración es de ley, y es visible el salto que efectúan del mundo conformista de la apariencia al azaroso universo de la aventura interior. Merecen ser mencionados Javier Sacristán, Jacinto Gil, Carlos Flores (discípulo del escultor Ángel Ferrant, auténtico valor de la escultura contemporánea espa-

ñola), Luis López Motos, José Ma. de Martín, Policarpo Niebla, Harry Beuster, Luis Marquerie, Jaime Sánchez Pomerale y Ángel Chavarri.

La capacidad sintética que caracteriza a este puñado de artistas es audazmente acentuada por Eduardo Millares, Nicolás Martínez Lage (Niko), Francisco Martínez y Luis Lasa. Sus esquemas son ya puras abstracciones, verdaderas construcciones cerebrales que reclaman, quizás, una iniciación. Las caricaturas de Luis Lasa (filipino, agregado a la embajada de su país en Madrid), han ejercido una profunda influencia en la evolución de la caricatura contemporánea española.

La caricatura personal es un arte para minorías y casi es inútil añadir que resulta improductivo. Ejercerlo, pues, supone un impulso puro, una necesidad interior que no espera goce remuneratorio. Además es un arte difícil. Un caricaturista puede ser fácilmente pintor o escultor: Francisco Martínez es escultor; lo es también Carlos Flores, quien además decora cerámica para las fábricas de Niveiro y Talavera. Es menos probable que lo contrario suceda.

La caricatura personal es una síntesis gráfica que expresa una fisonomía y descubre un mundo interior. Permite al individuo conocerse a sí mismo. Cada línea, dada su concentración, vale por muchas otras, y en muchos casos supera la significación comunicativa de la palabra, pues va más allá del simple logro de un elemental parecido. La espiritualización de rasgos fisonómicos le da nivel de esquema anímico.

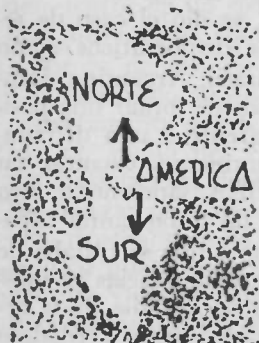
La óptica del caricaturista es libre. Es un modo de ver del artista. Es, pues, un lenguaje que hay que saber descifrar penetrando su sentido y su significado. Es asimismo humor y poesía; verdad a la vez formal y espiritual. Dejo aparte cualquier ropaje inútil, rehuyendo la caricatura grotesca que sólo contiene un parecido exagerado para tender a una interpretación psíquica.

La geometría baña el fondo de estas estilizaciones que parecen oscilar entre las formas desnudas de Piet Mondrian y de Picasso.

Tal es el aspecto que en España presenta actualmente un arte poco difundido y no siempre fácil de gustar, aunque vivo en la tradición de la plástica española.

ALEX PEREYRA FORMOSO

Punta del Este : un síntoma



LA OCTAVA REUNIÓN de Consulta de Cancilleres Americanos, celebrada recientemente en Punta del Este (Uruguay) para examinar las denuncias presentadas por Colombia ante la OEA, denuncias de extrema gravedad contra el régi-

men de Fidel Castro, puede ser considerada sin exageración como un síntoma evidente de la actual situación mental y política de los pueblos y los gobiernos iberoamericanos. Mas para que se vea hasta qué punto esta Conferencia es un síntoma, es necesario presentar previamente una serie de hechos y datos escuetos que den una visión panorámica del momento y la realidad americanas, que es fundamental para comprender los acontecimientos que se sucedieron y sus consecuencias.

En las conversaciones oficiales que tuvieron lugar en Punta del Este los días anteriores a la Conferencia, se delineó ya claramente la estructura de la misma, que por otra parte se refleja en todos los periódicos que en ella se ocuparon : la presencia de dos bloques de países, los que tendían a una condena severa del régimen cubano y los que, amparados en principios de autodeter-

minación y no intervención, no estaban dispuestos a dar su voto a la mayoría. Los dos bloques estaban formados así : 13 países que apoyarían la condena y las sanciones ; 6 países (México, Ecuador, Brasil, Bolivia, Argentina y Chile) agrupados en el bloque antisancionista ; y, por último, Uruguay a la expectativa de lo que fuere a ocurrir sin arriesgar posiciones ni en pro ni en contra de ninguno de los bloques. Cuba, finalmente, en el banquillo de los acusados.

Respecto de los seis países abstencionistas que designaremos para abreviar con la sigla MEBBAC, jugaban situaciones y condiciones diversas. Bolivia y Chile, con fuertes y bien organizados partidos comunistas ; Brasil y Argentina con graves problemas internos, el primero por el foco infeccioso que significa el hambre y la desocupación en el norte, y el segundo por el foco infeccioso representado por el peronismo ; México con su tradición izquierdista que en un tiempo sacó a Cuba las castañas del fuego ; Ecuador, por último, en una situación intermedia y equilibrada. Fuera del MEBBAC, Uruguay sin problemas de comunismo efectivo, pero con un fidelismo actuante entre las masas obreras y los estudiantes. (Digamos, además, que Uruguay y Argentina afrontarán pronto elecciones generales.)

Para que la Conferencia pudiera adoptar resoluciones, se necesitaban los dos tercios

de los votos de las 21 naciones americanas. Luego eran necesarios 14 votos. Excluyendo a Cuba, desde el principio se notó que había sólo 13 votos, y Uruguay era considerado el voto 14, aunque ningún indicio daba el Canciller uruguayo de que ello pudiera ser así. Por el contrario, este último fue a Punta del Este sin órdenes expresas o, mejor dicho, con la orden de no decidir nada, ni arriesgar nada, ni asumir posición sin antes consultar al Consejo Nacional de Gobierno, con lo cual la jerarquía del Canciller fue disminuída al rango de un simple emisario. El Uruguay fue así el factor desconcertante de toda la Conferencia hasta los últimos minutos.

El Canciller norteamericano desplegó una actividad increíble tratando de aunar su bloque y lograr un voto más para asegurar los 14. Creemos estar en lo cierto al suponer que por su tradicional línea de conducta internacional, el Uruguay era para los norteamericanos un voto firme; en consecuencia, menuda tuvo que ser la sorpresa de Rusk al encontrarse con un Canciller flotando entre dos aguas y que trataba de hacer de « conciliador » entre los bloques en pugna. Creemos también estar en lo cierto al decir que nada justificaba esta posición de Uruguay. Si algún atenuante podían tener Argentina y Brasil, los dos grandes, por sus problemas internos y la proximidad de dudosas elecciones generales, no era ese el caso de Uruguay.

Otro de los hechos que es necesario consignar se refiere a la política exterior del régimen cubano, proclamando a todos los vientos que no se proponía exportar su revolución, pero infiltrando en todos los países latinoamericanos agentes propagandistas, agitadores y gran material de impresos. Este otro elemento viene a hacer aún más desconcertante la posición uruguayana. No hace mucho, el Uruguay tuvo que expulsar al embajador cubano por razones de intervención política en nuestro país. Tampoco hace mucho que trató de expulsar del país a dos agitadores chinos llegados de Cuba. Pero el gobierno seguía diciendo que no llevaba posición a la Conferencia por carecer de suficientes elementos de juicio para pronunciarse sobre las denuncias colombianas. Para obtener esos elementos se mandó llamar al embajador uruguayo en Cuba, el

cual presentó al Consejo de gobierno un extenso informe. Pero ese informe no se ha dado a conocer y parece no haber pesado gran cosa en la posición final del Uruguay.

Y el último de los hechos que deseamos consignar se refiere a la situación general de los países iberoamericanos, en lucha contra la penetración castro-comunista, particularmente acentuada en Brasil, Argentina, Chile y Uruguay.

*

Ahora es necesario observar qué pasó en Punta del Este, y cuáles son los síntomas que la Conferencia nos ofrece como resultado. Allí se pusieron de manifiesto dos hechos que creemos que son los más graves, quizá por ser los más difusos, pero que calan hondo en la realidad social y proyectan en ella toda su trascendencia.

En primer término, se dio el caso de regímenes de gobiernos democráticos como son los de Ecuador, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, temerosos de tomar una posición neta y definida frente a una dictadura insertada en el continente. Cuando, en anterior ocasión, la OEA sancionó a otro dictador —Trujillo—, no hubo tantos aspavientos. En cambio ahora que se trataba de sancionar a Castro, las democracias se mostraron débiles y temerosas. Nadie duda actualmente que el castrismo es un verdadero peligro para todas las naciones continentales, por su constante e intensa intervención en los asuntos internos mediante sus agentes y propagandistas, que tienen por único fin crear condiciones de convulsión con miras a derrocar a los gobiernos legítimamente constituidos. Frente a este grave panorama, las democracias de los grandes países se quedaron dormidas. El bloque del MEBBAC esgrimió, para fundamentar su posición, su fidelidad democrática a los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos. No obstante, la falsedad de ese recurso se ponía en evidencia, toda vez que se comprobaba fehacientemente que era Cuba la que intervenía de manera abierta en los asuntos de los demás países. ¿No debían entonces las democracias defenderse frente a esa intervención? También pecaba de falsedad el recurso de apoyarse en el principio de autodeterminación de los pueblos, porque el pueblo cu-

bano no se ha autodeterminado ; el que se ha autodeterminado es Fidel Castro con su permanencia en el poder sin llamar al pueblo a elecciones. Por lo tanto, ¿de qué autodeterminación se estaba hablando en Punta del Este? La falacia de esta posición se demuestra sola si atendemos a otros hechos. Respecto de la autodeterminación y la no intervención, el bloque del MEBBAC se mostró irreduciblemente legalista. Pero no eran tan legalistas cuando se trataba de considerar la expulsión de Cuba de la OEA. ¿Y cuál era el fundamento de tal expulsión? Simplemente que era incompatible con el sistema democrático americano la existencia en el continente de un régimen comunista. Pero ¿no habíamos quedado en que la democracia es por esencia libertad de pensamiento y de autodeterminación? Entonces, ¿por qué no se podía permitir que dentro de un sistema democrático existiese un sistema comunista?

Por lo demás, los líderes del MEBBAC —por ejemplo Brasil y Argentina— sabían perfectamente que la posición que sustentaban en Punta del Este ni era popular en sus naciones ni contaba con el apoyo de las fuerzas dominantes en la política propia. Prueba de ello es el actual conflicto político que sostienen los gobiernos de Argentina y Brasil frente a las censuras públicas a sus Cancilleres. Entonces, ¿cuál era el juego que querían desarrollar en Punta del Este esos países sudamericanos?

La realidad cruda es que no había ningún juego. No existía otra cosa que el temor y la debilidad de la fe democrática de esos gobiernos ; el temor de agarrar el toro por los cuernos y tomar una posición definida. Porque eso era enfrentarse decididamente con problemas internos en sus propios países, y a esos era a los que en última instancia se les escamoteaba el bulto : Brasil escamoteando el enfrentamiento decidido con la deplorable situación económica reinante en el norte, y Argentina esquivando afrontar el problema de una inflación sin límites, de un empapelamiento de moneda y de una futura sucesión de paros y huelgas en cadena, que el gobierno no podía soportar. Entonces fueron débiles en Punta del Este. Y si los grandes de Sudamérica eran los débiles, ¡qué se podía pensar de los chicos!

Pero aún hay más de sintomático en todo este asunto. ¿Qué pasó con Haití, que dio dos vuelcos imprevisibles? ¿Y qué sucedió con Uruguay, que se decidió en el último momento, presentando una moción que con ligeros retoques fue la votada? La realidad de esto radica también en que las Repúblicas latinoamericanas han adoptado desde hace bastante tiempo la política del chantaje. Esperan todo de las dádivas norteamericanas. El comunismo, que ya va siendo importante en un país tan democrático como el Uruguay, toma su fuerza en el hecho de que el gobierno uruguayo no quiere entender la realidad. Y la realidad es que cada nación debe trabajar por sí, engrandecerse por sí, solucionar sus problemas con inteligencia y con trabajo, en vez de esperar a que se los vengan a solucionar los empréstitos exteriores. Y como están siempre a pedir la dádiva, sin aportar por sí mismos nada de sacrificio, no tienen la fuerza moral suficiente para enfrentarse con los problemas, aunque estos problemas internacionales signifiquen además tener que afrontar otros problemas en el interior. El « escapismo » es el tono de la actitud política en Iberoamérica, y así no cabe acometer con seriedad y con altura problemas como el presentado en Punta del Este.

Pero esa decadencia moral de los gobiernos democráticos de América Latina se manifiesta en cuestiones de más calado, aunque menos visibles. Esas cuestiones son, para el caso que nos ocupa, dos harto concretas.

La primera es el profundo desacuerdo reinante entre la opinión pública de los países del MEBBAC y la de Uruguay, y la actitud asumida en Punta del Este por sus Cancilleres. Hemos estado en la sala de periodistas, hemos hablado con unos y con otros, y la indignación era paralela en todos cuando veían lo que en el recinto de la Conferencia estaba sucediendo. Muchos periodistas fueron terminantes al declarar que la actitud de los Cancilleres nada tenía que ver con la opinión del pueblo. Y eso se ha visto claramente con los problemas políticos que han tenido que abordar ahora Brasil y Argentina, e incluso Uruguay, en donde no se sabe si renuncia o no el Canciller. O sea que estos países, tan legalistas y democráticos, critican y condenan a los dic-

tadores porque no representan la voluntad popular ; y esos mismos gobiernos van a Punta del Este para actuar expresamente en contra de la opinión pública de sus pueblos respectivos. ¿Qué representación democrática pueden entonces arrogarse esos gobiernos? Lo cierto es que cada vez se ve con más claridad que muchos de los gobiernos latinoamericanos son democráticos porque han sido elegidos libremente por el voto popular, pero que una vez electos se independizan bastante de la opinión pública e incluso actúan contra ella, como se ha visto ahora.

Ello denuncia algo sobremanera grave en nuestros países, porque tales gobiernos caen entonces en el más absoluto descrédito, desacreditan la fuerza moral de la democracia, y son así fácil presa de grupos oligárquicos, de ciertos grupos económicos o de grupos militares, que son los que al fin y al cabo desde las bambalinas gobiernan al país, como ocurre patentemente en la Argentina.

Pero, además, existe un debilitamiento gravísimo de la fe y de la conciencia democrática. La democracia parece haberse quedado sin armas en estas latitudes frente al empuje comunista. Hay una política del « *laissez faire* » que asusta, sobre todo cuando vemos el avance paulatino de las bien disciplinadas huestes del castro-comunismo. Las democracias no se deciden a adoptar una actitud enérgica frente a estos agentes totalitarios por el prurito de no dejar de ser demócratas, de no ser llamadas agentes del imperialismo, de no ser tildadas de reaccionarias. Y es que se va perdiendo paulatinamente el concepto de que la democracia, si bien es una suma de derechos, es también una suma de deberes, y que en las Cartas constitucionales de estos países están claramente consignadas cláusulas de defensa de la democracia frente a cuantos tratan por todos los medios de destruir violentamente el sistema democrático de gobierno. ¿Por qué esas vacilaciones para hacer funcionar los resortes defensivos de la democracia? Simplemente por el temor de las

huelgas en serie, por el miedo de perder votos en las próximas elecciones. Y con ese temor y esa debilidad, encienden una vela a Dios y otra al Diablo, dando ancho campo para que trabaje el movimiento comunista.

Punta del Este, como hemos dicho, ha sido un claro síntoma de la situación actual latinoamericana, sobre todo con respecto al grupo del MEBBAC y de Uruguay. Evitar el pronunciamiento, evitar el compromiso, evitar el disgustarse con las masas electorales ; y con todo ello, debilitar más aún una democracia que se está resquebrajando a ojos vistas por la pasividad de los que viven sin problemas económicos, por el temor electoral de los grupos encaramados al poder y por la incompreensión consuetudinaria de los grupos del capital, que no acaban de entender que el interés del mismo no está en la moneda inmediata que se recibe, sino en dar a los que lo trabajan para que tengan mayor poder adquisitivo.

Mientras los pueblos latinoamericanos no comprendan que es trabajando por sí propios como se elevará el nivel de vida nacional, no se darán cuenta de que ese es el único medio eficaz de combatir el comunismo y todos los « ismos ». Y caer bien en la cuenta de que es inmoral —y a la postre nefasto, porque corrompe la conciencia democrática del país— estar siempre asustando a Estados Unidos con el coco del comunismo para conseguir unos cuantos dólares que equilibren el presupuesto nacional.

El castrismo, a pesar de su expulsión de la OEA y de la prohibición de venta de armas, únicas sanciones que se han logrado contra él en esta Conferencia, sigue riéndose de todos. Para muestra basta un botón : en este Uruguay, en donde existe el menor coeficiente de analfabetos de Latinoamérica, los castristas se permitieron poner en Punta del Este, a la entrada del lugar en donde estaba su delegación, este cartelito que nadie se atrevió a quitar : « Zona alfabetizada ».

WILLIAM B. FINK

Macapagal toma el poder en Filipinas



LAS ELECCIONES generales celebradas el 14 de noviembre último en Filipinas han producido dos sorpresas. La primera fue la amplitud de la victoria del Vicepresidente Diosdado Macapagal sobre el Presidente Carlos García. En general se consideraba dudoso el resultado de la lucha por la presidencia, pero las cifras no oficiales reconocieron a Macapagal un margen de más de seiscientos mil votos. En un total de seis millones y medio de electores, esta superioridad representa un triunfo indiscutible. En Filipinas, los candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia no siempre siguen la misma tendencia política; pero esta vez la victoria del partido liberal, al que pertenecen tanto Macapagal como Manuel Peláez, significa que el país no tendrá que debatirse con el problema del antagonismo entre el Presidente y el Vicepresidente, como fue el caso en la Administración saliente.

La segunda sorpresa ha sido la paz y el orden relativos en que se han desarrollado las elecciones. Cuando la campaña electoral llegó a su punto culminante, la violencia aumentó en ciertas regiones consideradas más explosivas, como Cavite e Ilocos Sur,

donde se han registrado más de diez muertos a consecuencia de las disensiones políticas. Pero el día mismo de las elecciones transcurrió en medio de una extraordinaria tranquilidad. Las fuerzas de policía se hallaban distribuidas por todo el país y las zonas más levantiscas estaban saturadas de agentes para dominar los posibles desórdenes. El propio Presidente García había declarado con insistencia: « No toleraré ninguna perturbación del orden con propósito de tergiversar la voluntad del pueblo. Mis treinta y seis años de vida política no deben mancillarse al llegar a esta fase de mi vida. » A pesar de haber sido derrotado, puede servirle de consuelo el enorme grado de madurez que, bajo su dirección, ha alcanzado el país en el ejercicio de las normas democráticas.

Ha llegado la hora de cambiar

El partido nacionalista ha gobernado desde 1953 y los resultados obtenidos durante este período no son desfavorables. La renta total de la nación, por ejemplo, ha ido aumentando constantemente hasta alcanzar casi doce mil millones de pesos. (El valor nominal del peso es de cincuenta centavos de dólar, aunque en el mercado libre se adquiera por menos de la mitad.) Pero la rebelión contra los nacionalistas se produjo al nivel de la economía individual. La gran mayoría de los filipinos es pobre. Un estudio efectuado en 1957 estimó el promedio de la renta por familia en 1.471 pesos anuales. Es probable que esta cifra sea su-

perior a la realidad, sin contar con que hay muchas personas sin trabajo en el país.

Casi toda la riqueza de Filipinas se halla concentrada en Manila y sus alrededores. En ciertos suburbios, como Forbes Park y San Lorenzo Village, los coches americanos nuevos están estacionados a lo largo de las avenidas bordeadas de elegantes residencias. Pero a poca distancia de allí hay barracas miserables habitadas por gentes sin arraigo, cuyo nivel de vida es inferior a todo lo que pudiera imaginarse. Y con sólo alejarse del centro de Manila tres cuartos de hora en coche se encuentran barrios donde reina una pobreza crónica y demoralizante. Según un informe del gobierno, «tres personas de cada diez ganan anualmente cien pesos en efectivo, o sea unos veinticuatro dólares. El promedio de los ingresos de los demás no pasa de dos a trescientos pesos por año; pero el 16 por ciento de todas las personas interrogadas aseguró no percibir ningún salario en metálico».

Aun cuando los pobres dispongan de poco o de ningún dinero, los precios de los artículos de primera necesidad han subido en espiral. A principios del otoño último, el arroz alcanzó un precio nunca visto en el curso de los últimos ocho años. Hace tres meses, el gobierno declaró el estado de urgencia e impuso un precio máximo para este producto de primera necesidad. El precio del azúcar es el más elevado que se ha conocido y, en general, el coste de la vida sigue subiendo. En vista de estas dificultades, los campesinos han tenido una reacción unánime: votar contra el partido que se hallaba en el poder.

Si la situación económica ha sido la causa principal de la derrota de los nacionalistas, otro factor importante que también contribuyó a ella ha sido el exceso de abusos y de corrupción. Aun cuando ésta sea endémica en Filipinas, la Administración de García ha sido particularmente vulnerable en tal aspecto. El tráfico de influencias ha prevalecido y, al parecer, ha sido practicado por personas allegadas al Presidente. Pero la corrupción ha dado una triste celebridad al servicio de aduanas, a pesar de los esfuerzos del gobierno para expurgarlo. En ciertas oficinas gubernamentales, la diligencia en la tramitación

de los asuntos depende, según se dice, del importe de la propina. Durante la campaña electoral, Macapagal prometió hacerse responsable de todas las fechorías de los miembros de su gobierno, pero los liberales tuvieron la habilidad de hacer recaer toda la culpa de la corrupción sobre los nacionalistas, a pesar de que su hoja de servicios tampoco estaba muy limpia. La venalidad de la Administración liberal de Elpidio Quirino, de 1948 a 1953, no ha tenido parigual en la historia de los últimos años.

Existe muy poca diferencia entre la orientación económica de los dos principales partidos de esta República de quince años, y ambos solicitan los votos de los mismos grupos de la población. En un país formado por más de siete mil islas, las comunicaciones y los transportes presentan grandes dificultades y, a semejanza de Estados Unidos, la personalidad de los candidatos constituye el factor más importante. La lealtad al partido no se toma muy en serio y las infracciones a sus normas llenarían de asombro a un occidental. Un colaborador del *Times* de Manila hablaba de lo difícil que le era explicar la política filipina a algunos visitantes:

— Hace apenas dos años apareció un anuncio en las calles, apremiando al pueblo para que votase por un candidato a la Presidencia que se proponía salvar a la nación. Pero lo más gracioso del caso es que, una vez empezada la campaña electoral, dicho candidato desapareció de la circulación.

— ¿A qué partido pertenece ese hombre?

— Al partido nacionalista.

— ¿Entonces ha dejado el campo libre al Presidente García?

— No; en realidad, presentó su renuncia al partido, pero éste no quiso aceptarla.

— ¿De modo que sigue perteneciendo al partido?

— Sí; pero ahora hace la campaña en favor de los liberales.

— ¿Quiere decir que se ha afiliado al partido liberal?

— Al contrario, se niega a adherirse.

— ¿Y hace la campaña en su favor?

— Así es. El es quien la dirige realmente.

— ¿Por qué no le expulsa el partido nacionalista?

— El partido nunca expulsa a nadie.

El hombre en cuestión es el conocido comandante Arsenio Lacson, de Manila.

Rogelio el fullero

Durante la campaña, ambos partidos se vieron desgarrados por las disensiones internas, aun cuando las dificultades de los nacionalistas fueran mucho más graves. El desacuerdo que más trascendió fue el que sostuvieron el Presidente García y el venerable Eulogio Rodríguez, presidente del partido nacionalista y del Senado filipino. Este veterano de la política se había opuesto al principio a la designación de García, pero acabó prestándole todo su apoyo. Sin embargo, la falta de entusiasmo de Rodríguez en el curso de la campaña perjudicó enormemente a los nacionalistas de Luzón.

Pero el caso más áombroso de veleidat política registrado durante esa campaña electoral fue el del candidato independiente Rogelio de la Rosa, hermano de la primera mujer de Macapagal. De la Rosa, citado como « el hombre más guapo del Senado », había sido actor cinematográfico antes de su elección a la Cámara. Se presentó como candidato popular para suceder a Ramón Magsaysay. Los cínicos insinuaron en cierto momento que su candidatura no era sino un « complot » urdido por los nacionalistas para quitar votos a Macapagal. En todo caso Roger, como se le llama familiarmente, recorrió las islas en todos los sentidos y con sus discursos se atrajo enormes muchedumbres. Sin embargo, no parecía probable que de la Rosa pudiese triunfar como independiente; pero lo cierto es que conquistó muchos votos entre los enemigos de García. Ahora bien, como consecuencia de ciertas negociaciones secretas, diez días antes de las elecciones de la Rosa se retiró de la contienda y pidió con insistencia a sus partidarios que votaran por Macapagal. En una dramática presentación a la televisión, los dos antiguos adversarios se comprometieron a combatir unidos contra la Administración de García. La retirada de Rogelio de la Rosa fue de un efecto decisivo para el buen éxito de la campaña. Los nacionalistas, sorprendidos

por este cambio brusco, declararon que el apuesto Roger había sido sobornado. Resulta imposible calcular el número de adeptos de Roger que cambiaron de frente, pero muchos observadores políticos los estimaron en un millón o más. Es casi seguro que Diosdado Macapagal debe el triunfo a su cuñado.

Cinco millones

de apretones de manos

En el curso de la campaña, Macapagal propugnó la descentralización del gobierno y una mayor libertad para las actividades particulares. Los candidatos tenían poco que decir acerca de las cuestiones internacionales. Ambos partidos se declararon dispuestos a apoyar la política extranjera de Estados Unidos y hasta parecían partidarios de una actitud más rigurosa que la norteamericana en el sudeste asiático. No obstante, la decisión de Estados Unidos de no hacerse cargo del total de las reclamaciones por daños de guerra, que ascendían a setenta y tres millones de dólares, llenó de amargura a los jefes de ambos grupos.

En realidad los dos partidos eran de tendencia nacionalista, pero el que lleva la etiqueta se mostró más intransigente aún en este aspecto. El dirigido por el Presidente García había adoptado la divisa « Filipino ante todo », para expresar el deseo de independencia económica, particularmente con miras a los comerciantes chinos que se encuentran en todas las islas. Esto no significa que los nacionalistas no critiquen también los acuerdos comerciales que tienden a hacer de Filipinas la cola de la cometa norteamericana. También ven con malos ojos los pactos por los cuales se conceden bases militares a Estados Unidos, y en el curso de una campaña periodística declararon que « el Sr. Macapagal... se halla tan sometido a la influencia norteamericana que, cada vez que los chinos cañonean las islas próximas al continente asiático o envían armas para la guerra del Laos, quiere mandar una división de jóvenes filipinos para apoyar a la flota estadounidense ».

Pero la campaña de ambos candidatos difirió bastante al tratar de cierta cues-

tión de mucha importancia. El Presidente García, por depender en gran parte de su posición en el partido y de la organización del mismo, se valió sobre todo de los dirigentes locales. Varios municipios anunciaron nuevos proyectos de saneamiento, de puentes y carreteras, y los diplomáticos fueron llamados de sus puestos para colaborar en la campaña a favor de la Administración. Macapagal, en cambio, se dedicó a recorrer personalmente los distritos más desheredados. Calcula que durante un período de cuatro años ha estrechado la mano de cinco millones de filipinos. El triunfo de Macapagal ha demostrado que en el porvenir los candidatos a la Presidencia habrán de recorrer las Filipinas de un extremo a otro pronunciando discursos.

¿Qué hará el nuevo Presidente?

Cuando Macapagal tome posesión de su cargo tendrá enfrente un Congreso dominado por la oposición. De los ocho candidatos electos del Senado (un tercio de este cuerpo) seis, o tal vez siete, serán liberales. Los nacionalistas sólo dispondrán de uno o dos votos. En general, los senadores son elegidos por los miembros de la Cámara de los Diputados, que a su vez lo son por los distritos electorales; y al nivel local, los nacionalistas tuvieron una jornada muy difícil. Cuando se hayan recogido los últimos resultados de las elecciones en los distritos más distantes, la nueva Cámara contará probablemente con setenta y dos nacionalistas, treinta y un liberales y un independiente.

Es posible que la posición de Macapagal no sea tan comprometida como parece ahora. El Presidente de Filipinas cuenta con una extraordinaria influencia personal, especialmente entre sus adeptos. En vista de la actitud inestable que prevalece respecto de la regularidad del partido nacionalista, pudiera ocurrir que bastantes senadores colaborasen con los liberales, para asegurar el predominio de la Administración en el Senado. Incluso en la Cámara, la presión del gobierno puede obtener muchas cosas. En su calidad de antiguo diputado, Macapagal conoce los métodos de este organismo tan bien como muchos de sus dirigentes.

En cuanto a la política extranjera, es

de esperar que el nuevo Presidente cumplirá las promesas hechas por su partido de «cooperación franca, entusiasta y leal con Estados Unidos». Ha anunciado ya que el Vicepresidente electo Manuel Peláez actuará también de secretario de Asuntos Exteriores. Peláez, que también ha sido delegado a la Asamblea General de las Naciones Unidas, ha indicado que tratará de fomentar vínculos más estrechos con otras naciones asiáticas y en particular con Indonesia.

Será interesante ver si Macapagal cumple su propósito de acabar con los chanchullos y la corrupción. Los primeros signos son alentadores. Inmediatamente después de su elección, Macapagal repitió su promesa y nombró al respetado comandante Lacson, de Manila, como consejero suyo en la campaña de depuración. Con objeto de impedir que la corrupción se atrinchere, Macapagal aseguró también que no prolongará su mandato más allá del período presidencial y que obtendrá una enmienda de la Constitución para limitar el tiempo de permanencia en el cargo de los futuros presidentes. Esto puede convertirse en un inconveniente para él y significar que la lucha por la próxima elección dominará los cuatro años de su mandato.

Las promesas de Macapagal de descentralizar el gobierno y de reducir la intervención administrativa en los asuntos privados serán difíciles de mantener en una nación que se dispone con mucha energía a crear su propia industria. Además, habrá de enfrentarse con la complicación que representa la disminución de las reservas de oro durante el último año y la baja del peso en relación con el dólar. Há habido tal cantidad de especulaciones, que será preciso devaluar el peso en el curso de los próximos meses. ¿Qué sucedera entonces con otra promesa de Macapagal, que seguramente le ha valido muchos votos: la de impedir que los precios sigan subiendo?

Macapagal se propone establecer un «new deal» para Filipinas. Su misión está bien definida, y el mandato que ha recibido, mediante elecciones regulares y democráticas, no admite la menor objeción.

FRANCISCO AYALA

Obreros españoles en Alemania



MUCHO HABÍA oído ponderar yo, y mucho había leído también, acerca de la enorme afluencia de obreros españoles, atraídos y absorbidos por la industria de la nueva Alemania democrática; pero hasta ahora nunca había

tenido ocasión de ponerme en contacto con alguno de ellos. Cierto es que varias veces, por las calles de ciudades alemanas, tanto como en Francia o Inglaterra, me había tropezado con grupos de muchachos a quienes no hubiera necesitado oírles hablar para saber desde luego que procedían de mi propio país. ¿Cómo, sin embargo, abordarlos y entablar con ellos una conversación que no resultara precaria, forzada, precipitada, extemporánea?

A fines de este año 1961 la casualidad me ha deparado por fin un encuentro cómodo, en circunstancias que nos permitieron a mis interlocutores eventuales y a mí conversar naturalmente. Me encontraba yo durante el mes de noviembre en la histórica ciudad de Münster, donde había concurrido a participar en un congreso sobre el desarrollo económico-social de América Latina, y va durante los días que allí estuve me había cruzado, como otras veces antes en sitios distintos, por la

calle, en las oficinas de correos, con aquellos jóvenes vivaces, alegres, de pantalones estrechísimos a la moda italiana y chaquetones de gusto alemán, tan exagerados en su opulencia que seducen la fantasía de quienes nunca poseyeron nada; jóvenes de manos inquietas y voladoras dentro de sus enormes guantes... Y siempre me había dicho: quizás al visitar una fábrica, podré hablar con algunos de éstos. Pero ni visité después de todo muchas fábricas, ni en las dos o tres que visité se me presentaron obreros españoles.

Por fin, terminaban las sesiones de nuestro congreso, y se acercaba la hora de irse. El burgomaestre de Münster nos había recibido en la sala donde hace más de tres siglos se concertó el tratado de Westfalia, iluminada con candelabros como entonces. «Parecería que estuviéramos velando el cadáver del Imperio español», susurré en medio de tanta solemnidad a un colega venezolano que tenía a mi lado. Y pensé de nuevo en los obreros españoles de la industria alemana: iba a irme sin haber tenido contacto con ellos.

Y a irme iba ya, en efecto, dos días más tarde. Llegué a la estación un poco antes del tiempo en que debía pasar el tren procedente del norte hacia París. Aún no había amanecido; la estación estaba desierta. Me entretuve en leer un anuncio, ITALIA-NII, impreso sobre los colores rojo, blanco y verde, donde los ferrocarriles ofrecían rebajas especiales a los trabajadores italianos para pasar las vacaciones en su pa-

tria. No había nadie en el andén; lo recorrí un par de veces para matar la espera y, al cabo, vi aparecer al fondo, cargando su equipaje, tres personas, dos hombres y una mujer, rubia ésta, corpulenta, muy joven, inconfundiblemente germánica, mientras que ellos eran sin duda españoles, y más españoles cuanto más avanzaban, con sus pasos menudos rompiendo la brumosa penumbra, a cada lado de la muchacha alemana.

Ya estaban cerca de mí, poniendo sus valijas en el suelo, y yo esperaba tan sólo oírles conversar para tener pretexto para hablarles; pero no decían palabra. Uno de ellos tomó de la mano a la mujer, y se apartaron del compañero, que se quedó solo junto al montón de maletas y bolsas. Entonces me dirigí a él, afirmando más bien que preguntándole: —Ustedes son españoles.

— *Bitte!* —me replicó, sobresaltado—. Sí, señor; sí, españoles; perdone. ¿Usted también?

Así comenzó nuestro diálogo. Me dijo que era de Salamanca, es decir, de un pueblo cerca de Salamanca (su compañero, madrileño); que llevaban ya once meses trabajando en Alemania; que trabajaban cerca de Münster en una fábrica de pinturas, esmaltes y barnices, y que ahora volvían a España para pasarse las vacaciones en casa, con la familia. Tomarían aquel tren hasta París, y en París otro para Hendaya, y al otro día por la noche... Al salmantino se le iluminó la cara de pensarlo. Tenía una cara muy cómica, con los ojillos de mono, interrogantes, bajo el pelo rizoso, y una expresión como de tierno desamparo.

La estación seguía desierta. Aún faltaban diez minutos para la llegada del tren. El otro muchacho y su amiga se habían quitado de nuestra vista, ocultos tras de una columna; y mientras, haciendo tiempo, el salmantino y yo conversábamos tranquilamente.

Me dijo que sí, que estaban contentos en Alemania; que para ellos la única dificultad era el idioma. Verdad es que, en lo necesario, uno aprendía pronto a defenderse lo necesario: las rutinas del trabajo, del hospedaje, de la *gastete* —es de-

cir, la *Gaststätte*, la fonda—; pero, fuera de esas rutinas, ¡qué idioma imposible! Ciertos individuos, como uno que conocía él, de cerca de su pueblo, tenían la fuerza de voluntad y se pasaban horas muertas estudiando; pero para eso hay que tener mucha fuerza de voluntad.

— Las que nos ayudan bastante son las chicas —observó sin malicia, sin alarde—. Las chicas, sí, tienen bastante paciencia, y nos ayudan.

— Ya veo —respondí apuntando con la mirada hacia el sitio donde estaban, medio ocultos, su compañero y la rubia corpulenta.

— Las muchachas aquí —prosiguió— piensan que pueden hacer lo que les dé la gana, como los hombres; y tienen razón. Nadie las mira mal por eso; no es como en España. Después de todo, tienen razón, ¿no le parece a usted?

— Ya veo que ustedes se entienden mejor con las mujeres que con los hombres —concluí para tirarle de la lengua.

— No, si los hombres se portan bien con nosotros; no hay queja; nos aprecian; son buenos compañeros. Claro está, hay de todo; pero, en general... Fíjese, un día yo me rompo una pierna jugando al fútbol; bueno, me hospitalizaron, como si hubiera sido un accidente del trabajo.

— Ocurriría a lo mejor en la fábrica.

— No, qué va: en un solar; pero los muchachos me llevaron, y no sé cómo es que se arregló todo; estuve en el hospital veinte días, y...

Con sus gestos y sus inflexiones de cómica ingenuidad me ponderaba mucho el vendaje que le habían hecho. Aquel vendaje, enorme, complicado y tieso, le había llamado la atención; se reía, recordándolo: ¡qué vendaje!

De pronto, cambiando de tema dice:

— Hay que darse cuenta: son un poco raros estos alemanes. Son como son. Conmigo ninguno quiere trabajar en pareja. Cuando el *master* me dice que busque uno para que me ayude, ninguno quiere. Y, ¿por qué? Pues porque dicen que yo hago las cosas con mucha bulla. Lo que pasa es que, a los cuatro meses de estar aquí, ya los españoles hacemos el trabajo

tan bien como los alemanes, y más de prisa; ellos lo hacen bien, pero... Les molesta lo de prisa que nosotros trabajamos.

Lo ha dicho también sin alarde, sin jactancia, sencilla y honestamente. De pronto, suelta una risotada con su boca desportillada:

— Una vez me hizo explosión la caldera. El *master*, que estaba al lado mío, salió más lastimado que yo; y yo, otros quince días de hospital. Pero se comprobó que la culpa no había sido mía; se pudo comprobar que estaba mal hecha la mezcla, de manera que ¿qué culpa iba a tener yo?

Llegó el tren, se detuvo. Me apresuré a montar con mi maleta, y ya arriba observé al grupo de los dos españoles y la alemana afanándose por subir los bultos de su equipaje, que eran varios. Finalmente, la rubia les alargó desde el andén una última bolsa, y se hizo atrás para decirles adiós con la mano.

Ya el tren se había puesto en marcha, y los dos jóvenes avanzaban, cargados, por el pasillo adelante.

— Aquí hay un compartimiento vacío —les grité yo, que había recorrido varios entreabriendo las puertas.

Entré primero, y ellos me siguieron. El compartimiento no estaba tan vacío como yo había creído; alguien, envuelto hasta la cabeza, dormía tendido en uno de los asientos; y ese alguien se incorporó al sentirnos, estirando los brazos, quejándose: « ¡Ay, madre! »; preguntó: « ¿Italianos? », inquirió: « Yo, espanich ».

— ¿Tú eres espanich? —le dijo el salmantino jovialmente—. Pues también nosotros. Anda, majo, despierta.

Entretanto, el durmiente ya había bajado los pies al suelo y, sentado, extendía de nuevo los brazos para juntar las manos tras de la nuca. Era un muchachote alto, fuerte, macizo, rubio, con unos ojos azules que se abrían, reidores, al salir del sueño.

— Con que espanich, ¿eh? —insistió el salmantino—. Y ¿de dónde?

— De Sevilla.

— Pues, mira, hombre, este señor, aquí, es andaluz igual que tú —le informó, seña-

lándome de lado. Con la charla del andén nos habíamos hecho amigos. El salmantino se había sentado junto a mí en el banco libre, mientras que su compañero madrileño, después de acomodar el equipaje, se instalaba, taciturno, en el rincón donde el andaluz había tenido puestos los pies—. De modo —prosiguió con su jovialidad un tanto melancólica el salmantino—, de modo que en este compartimiento ¡españoles todos! ¡todos espanisch! Si quiere meterse algún alemán, lo tiramos por la ventanilla.

El sevillano declaró, bostezando, que estaba muerto de sueño; que había abordado el tren dos horas antes, en Hamburgo, y que esas dos horas era todo lo que había podido dormir aquella noche.

— Pues ya se te ha acabado el sueño, galán. ¿No ves que está amaneciendo?

Estaba amaneciendo. Tras los cristales se dibujaba, nebuloso, el campo lleno de factorías. Todo lleno de factorías, entre la neblina y el humo.

Se produjo un silencio. El madrileño, por lo visto, no tenía gana de hablar. El sevillano, frente a mí, procuró —como quien se rasca la cabeza— arreglar un poco su pelambarrera rubia. Me miraba, caviloso, de vez en cuando.

— Así, que este señor es sevillano —aventuró por fin.

— No, granadino —le dije—; soy granadino, pero hace ya mucho que no vivo allí.

— Y andará por Alemania para negocios.

— Sí, un viaje rápido; pero —le aclaré— yo no vengo de España, no vivo en España; desde hace bastantes años vivo en América.

— Ah, en América —exclama—. Por allá todo debe de ser muy distinto. Algún día quisiera yo irme a América.

— ¿En qué trabajas tú? —inquire el salmantino.

— En el campo; yo trabajo en una granja, cerca de Hamburgo.

« Trabajador agrícola », pensé. « Buen salto, del campo andaluz al norte de Alemania. »

— ¿De qué pueblo decía usted que es, amigo? —le pregunto.

— De Sevilla misma; no soy de ningún pueblo; soy de la misma Sevilla... Aquí no es como en España, aquí todo está mecanizado; mi oficio es mecánico; trabajo con las máquinas —agregó. Seguía mi pensamiento, como yo el suyo.

— Y ahora, de vacaciones, ¿eh?

— Pues sí, señor; hace ya dieciocho meses que estoy aquí.

— Esta tarde, en París, y mañana a la noche, en España —proclamó jubiloso el salmantino—. ¡Qué buen país sería España, si se pudiera vivir allí!

— ¡Que lo digas! Pero...

Hablaron entre ellos de lo que ganaban, de lo que cada cual hacía; de los precios del alojamiento y de la comida en uno u otro sitio; de los jornales y horas extraordinarias; de los sábados, de los domingos. El que lo necesita, o quiere, siempre puede ganar algún dinerito más.

— Pues yo —dice el sevillano—, la verdad, a nada le hago ascos. ¿Horas extraordinarias? ¡Vengan! ¿Que por qué no limpio las máquinas, hoy que es domingo? ¡Cómo no! ¡Las limpio! A las cinco de la tarde una buena ducha, y me voy para la calle hecho un rey, con la cartera bien repleta. Uno es joven. ¿Es que va a tenerle uno miedo al trabajo cuando se es joven? Si lo pagan...

El salmantino opinó que, precisamente porque uno es joven, había que vivir. Hay algunos que, cebados por la codicia, no viven: trabajar y trabajar. El, no; él vivía. Por supuesto que si uno vive, tampoco va a sobrarle luego mucho dinero; gastarlo es fácil. Pero uno vive, eso sí; por lo menos, eso; que en España tú no vives aunque echés el bofe. ¡Qué val! en España, ni para malcomer ganas. ¡Qué buen país sería España, si uno pudiera vivir! Pero aquello, ni se arregla, ni se arreglará; aquello no tiene arreglo. Aquí, siquiera, vives. Y te respetan. Hay respeto. Aquí, uno es un señor. Hay que disfrutar algo, cuando se es joven. No digo los que se han dejado allá una familia y tienen que mantenerla: esos, claro, no pueden nunca darse un gusto, como no sea ése, el de mandarles a la

familia la mitad de lo que ganan, privándose ellos de cualquier expansión. Otros (como aquí, éste) —y apuntó maliciosamente al sevillano, sentado frente a él— vienen a hacer la América en Alemania y regresan hechos unos indios... ¿Eh, mejor? ¿Cuánto llevas ahí, amarrado al bolsillo? Ten cuidado, en París, y sobre todo cuando llegues a Madrid, que hay mucho carterista y mucho granuja.

— Quitate allá, hombre —ríe el sevillano, defendiéndose. Se le ríe la cara curtida, se le ríen los ojos azules; todo él ríe, pensando en la pacotilla que ha hecho—. Quita, hombre, quita.

— Si está bien; si yo no tengo nada en contra —insiste el otro—. Cada cual sabe lo que le conviene.

Y ya en tono serio:

— ¿Piensas regresar?

— Pues todavía no estoy seguro de lo que voy a hacer.

— Volverás —le pronostica—. Y ¡qué remedio! Lo malo es —reflexiona— que no resulta nada fácil entenderse con estos alemanes.

— No crea —le arguyo—. Al principio, es natural; pero al cabo del tiempo se encuentra uno con que domina el idioma sin saber cómo.

— No, si no es la cuestión del idioma. Es que son otros gustos, otras costumbres. Yo ni me explico cómo pueden ser así. A nosotros los españoles nos divierte andar con los amigos, salir, armar barullo... Pero éstos son unos pelmas: del trabajo a casa...

El madrileño había estado callado todo el tiempo, distraído, mirando hacia fuera. Hemos atravesado la región de Essen, hemos pasado Düsseldorf; cae una lluvia finita; y él no ha intervenido en la conversación para nada. Pero ahora tercia, interviene con vehemencia, en tono cortante.

— Lo que ocurre es que los alemanes tienen casa; y si un hombre está casado y contento con su mujer, ¿qué mejor, cuando termina el trabajo, que irse a ver la televisión en casa, muy cómodo, y con su cervicita al lado? No es porque sean alemanes; todo el mundo haría igual, si pudiera. En cambio, ¿qué es lo que pasa en España?

Vuelve el hombre reventado de cinchar, y no se encuentra más que problemas y malos humores: que si hay que pagar esto, que si los zapatos ya no aguantan más, que... Total, se sale para la taberna de la esquina, pide un litro de tinto, y se pone a hablar de fútbol. En España, lo único que se hace es hablar de fútbol. ¿O no tengo razón?

— Es lo que yo digo —asintió el salmantino—. España sería un país estupendo si uno pudiera vivir. Aquí, tal o cual detalle te fastidia; pero puedes vivir; aquí, uno es alguien.

Ya el madrileño está otra vez mirando más allá del vidrio, con la mejilla sobre el puño y el codo en el marco de la ventana. Sin duda, supongo yo, la imagen de su rubia hermosota le ocupa la mente.

— ¡Despierta, chaval! —le sacude su amigo—. Que pasado mañana estás paseándote por la Puerta del Sol. Se acabaron las nieblas, se acabaron las lluvias.

— A ver si te vas a creer tú que en Madrid no llueve también siempre que se le antoja —le replica el madrileño. Decididamente, su humor no es festivo.

Pasamos a hablar sobre el viaje que llevan, cada uno. Van juntos hasta Madrid (y todavía se les agregarán algunos otros por el camino); luego, se separan, y...

— Este señor sí que tiene un viaje largo: América.

— Pero con eso y todo, fíjense, puedo estar en mi casa antes de que lleguen ustedes a las suyas.

El sevillano me pregunta cuánto cuesta el pasaje de avión a Nueva York. Saco mi boleto y se lo paso. Lo escudriña, echa cuentas de equivalencia en pesetas, pondera: «Caramba». Luego, le deja el boleto al salmantino, que también tiene curiosidad.

— En Estados Unidos —aventura el sevillano— un mecánico ganará más que en Alemania.

— En Estados Unidos —le contesto yo— los jornales son casi el doble que en Alemania.

— ¡Casi el doble!—. Se ríen; y el salmantino comenta: —¡Casi el doble que en Alemania, y aquí se gana cuatro veces lo que en España!

Discuten jornales, descuentos, el costo de la vida.

— ¿A ustedes no les hacen rebajas especiales en el ferrocarril, como he visto que se las hacen a los obreros italianos? —les pregunto.

— ¿A nosotros? Qué va; no, señor. A nosotros, no.

— Yo —informa, voluble, el salmantino— el año que viene, en lugar de irme por tren para las vacaciones, volveré a España en automóvil, como un señor. Un muchacho amigo sale para allá el sábado con otros dos en su Volkswagen; a mí me ofreció si quería completar el cargamento, pero, por no esperar al sábado... Ese Volkswagen fue una ganga; si uno está al tanto, surgen oportunidades. Lo que a mí me gustaría encontrar es un DKW.

— Sí, hombre, por cierto —apunto yo—, he visto que hay un modelo nuevo de DKW. Yo ni sabía que vuelven a fabricarlos. Y sí que es un coche bonito. Antes daba buen resultado, pero bonito no era. —Y como observo miradas interrogativas, añado—: Antes de la guerra andaban por España muchísimos, del viejo modelo; pero ustedes, claro, no se acordarán.

El salmantino, con su sonrisa desamparada y cómica, contesta:

— Cómo voy a acordarme, si no había nacido—. Y yo pienso: «La guerra de España pertenece a la historia, ya. Este mismo año se han publicado dos o tres historias de la guerra civil española. Y estos muchachos que trabajan en la industria de la nueva Alemania, todavía no habían nacido. Lo de España ni se arregla, ni se arreglará, había dicho uno en el curso de la charla. Aquello, había agregado, no tiene arreglo.»

Hemos llegado a Colonia: aquí dejo yo el tren. Les doy la mano, y les deseo buen viaje.

— Igualmente —me responden.

balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON



El « atelier » de Braque

DE LOS MÁS GRANDES pintores de la generación anterior exponen en estos momentos en París : Braque —con todos los honores— en el Louvre ; Picasso simplemente en la galería privada de uno de sus viejos amigos.

Parece ser que Braque no aceptó una gran retrospectiva de su obra, lo que —según él— le hubiera dado la impresión de una honra póstuma de esas que sólo se logran después de muerto... Quizá tenga razón desde su punto de vista. Desde el nuestro de espectadores, si fue él quien no autorizó dicha retrospectiva podemos decir que se ha equivocado malamente y es culpable, por ende, de que la actual exposición del Louvre defraude a los incautos y ávidos visitantes. En efecto : todo comienza bien en las salas iniciales dedicadas al cubismo de primera hora —el analítico— y que son un puro deleite. Allí se ven por cierto algunos de los más finos *collages* de Braque en esa época : muy tenues de color, utilizando al máximo con gran economía de medios el contraste entre el fondo blanco, el periódico pegado y las líneas de carbonilla que sirven para unificar el conjunto. El cuadro no está « pintado », sino simplemente « indicado » ; no está hecho —como algunos bocetos de Goya—, sino que hay que « hacerlo » y el espectador sensible comprende gracias a esos mínimos signos de connivencia que le hace el artista, ese guiño que quiere decir : « A buen entendedor... ».

Hasta aquí todo bien. Pero avanza la exposición, y cuando habría que ver a Braque dueño de todos sus medios : cromáticos, de composición, dibujo, deformación, textura, las obras encargadas de ilustrar esa zona central de la vida del pintor no están, en general, a la altura de lo que se les pide. Salvo alguna naturaleza muerta —como una maravillosa, toda en tierras cálidas—, los demás cuadros son casi siempre mediocres y algunos, para colmo, están pésimamente enmarcados con unas grandes varillas de un dorado insultante capaz de acabar con cualquier obra antigua o moderna. Llegamos así, sin pena ni gloria, a lo que los organizadores llaman pomposamente el *atelier* de Braque (cebo que ha servido para designar el conjunto de la exposición). Y este supuesto taller de Braque está reconstituido con unos tristes caballetes, algunas sillas y paletas, sin duda auténticos, pero que suenan a falso puestos así, friamente, en una sala que, por último, sigue siendo una sala más del Museo del Louvre. Pero si esta caricatura teatral no agrega nada al nombre del maestro, sirve, en cambio, para demostrarnos algunas de sus actuales obsesiones, como ese pájaro que constituye el centro de su interés plástico en estos últimos años : un gran pájaro blanco estilizado, que vuela destacándose contra un óvalo de otro color, trabajado en una materia gruesa y poco expresiva... ¿Qué se ha hecho del gran pintor de la sensibilidad casi enfermiza, de los acuerdos tonales de un refinamiento extraordinario, de las distintas

texturas que él, como nadie en la pintura moderna supo crear y coleccionar con el amor de un entomólogo que colecciona mariposas? ¿Decadencia? En esta ciudad impaciente y perentoria ya es un lugar común hablar de la decadencia actual de Braque. Por cariño, por respeto yo no me atrevería ni mucho menos a ser tan contundente. Imposible, no obstante, dejar de reconocer que la exposición, tal como la vemos, no ayuda a la comprensión total de la obra de Braque, desorienta al espectador llevándolo de un conjunto de obras seguras, finísimas, hasta el presente amaneramiento del cual no sabemos cómo podrá liberarse el maestro.

Picasso en Vauvenargues

SU COMPAÑERO DE PROMOCIÓN, Picasso, *enfant terrible* de más de ochenta años, expone ahora lo que ha realizado entre 1959 y 1961, castellano en su castillo de Vauvenargues (que, dicho sea de paso, ya ha abandonado por un riente *mas* provenzal en Mougins). Treinta y una obras en total, de las cuales siete naturalezas muertas que constituyen otras tantas « variaciones sobre un tema », a las que es tan afecto nuestro pintor.

Si hubiera que bautizar con un nombre genérico estas obras se podría, quizá, hablar de *época verde* —así como las hubo azul o rosa— ya que domina en ellas un verde oscuro, sombrío, bastante triste e inesperado en la producción de Picasso.

Siempre en lo oscuro, pero con colores intensos, los retratos de Jacqueline que el flamante marido realiza con amor. Sigue el verde profundo, pero el dibujo lleva su deformación por medio de una brillante y gruesa línea negra, las carnes son de un rosado intenso y muchos fondos son de un rojo saturado capaz de « levantar » notablemente el cuadro.

Pero hay aún otras telas : una grande, apaisada —*La salle à manger*— en que un enorme aparador negro le da al pintor la gran oportunidad de « descargar » un barroquismo pesado que supongo debe llevarse muy bien con el paisaje severo de Vauvenargues. En efecto, un poco más allá tenemos tres cuadros bastante naturalistas que

representan al pueblo tal como lo ha visto Picasso desde las ventanas del castillo. Cuadros que también, como los anteriores, resultan oscuros, austeros.

Lo mejor del conjunto quizá sea una serie de cuatro cuadros pintados en 1960 y que representan a una mujer flanqueada por dos niñas. Cuatro ejercicios de gran tamaño en los que no se sabe qué admirar más : si la deformación tan sabia, verdadero resumen de toda la carrera del pintor, o el color de caramelo ácido : verde, amarillo, celeste, violeta, rojo, el todo sobre un gran fondo blanco, ese fondo que Picasso sabe hacer vibrar y nunca deja inerte como tantos malos pintores (y no puedo dejar de pensar en Buffet, aunque sólo sea por asociación negativa de ideas). Quizá en esa línea « suelta » y más alegre haya también que mencionar una estupenda naturaleza muerta, con una damajuana, pintada con una técnica de acuarela en que, a veces, el color se desfleca y se hace borroso. Fondos paralelos de amarillos oscuros, verdes, crean el encanto incomparable de esta tela que sólo podría encontrarse al final de la carrera de un gran pintor.

Y —para que no falte uno de esos cuadros « a la manera » de un gran pintor antiguo, que tanto gustan a Picasso— también podemos contemplar esta vez su versión libre —libérrima— de *El bobo*, de Murillo. El sistema ya lo conocíamos : unos grandes trazos negros van caricaturizando el modelo que Picasso se propone. El artista « revisado » sufre así un tratamiento expresionista, exasperado. Se diría que Picasso cree no sólo en las infinitas versiones de la realidad que él es capaz de captar, sino también en las infinitas versiones de la realidad tal como fue fijada por otros grandes pintores antepasados suyos. Hay así ya una serie famosa de Cranach-Picasso, de Velázquez-Picasso, de Delacroix-Picasso y se nos anuncia aún una de Manet-Picasso. El pintor sigue su camino como si lo acabara de empezar.

Teatro nuevo

HACE POCO hablé desde estas mismas páginas de *Va donc chez Torpe*, de Billetdoux. En estos momentos se repone con Daniel Gélin y Betsy Blair —la actriz

norteamericana de *Marty*— su anterior obra *Tchin-tchin*, que conoció el éxito restringido de los teatros de bolsillo y que ahora se anuncia como una gran *reprise*. Con los premios literarios pasa algo parecido : casi nadie gana el Goncourt, por ejemplo, con un primer libro. Pero una vez que un autor logra esa tan cotizada recompensa, el editor está seguro de que el dinero arriesgado publicando libros momentáneamente invendibles no sólo será recuperado, sino que se multiplicará como por arte de magia. Lo mismo ocurre en el teatro : tardó en venir el reconocimiento de Billetdoux, pero ahora que ha llegado ya puede el autor estar tranquilo : todo lo que escriba en el futuro tendrá público, todo lo que ya escribió, también. Lo malo sería que se durmiera sobre los laureles porque entonces, por inercia, seguiríamos teniendo Billetdoux para rato, aunque su calidad fuera menos que mediocre.

Ahora le toca el turno a otro autor-actor, el simpático Roland Dubillard, que ha escrito una obrita si no perfecta al menos muy encantadora : *Naïves hirondelles*, que también se estrenó en el « Théâtre de Poche Montparnasse », como ocurrió con Billetdoux. A propósito de esta obra se produjo un episodio simpático que no es frecuente por estas latitudes : André Roussin, el autor de *La petite hutte* y de tantas otras intrascendentes piezas de bulevar sacó un día en *Le Figaro* una nota recuadrada en que exhortaba a Ionesco, Achard y Anouilh a que no dejaran morir una obra de tantos valores como *Naïves hirondelles*. ¡Milagro de la publicidad y del prestigio de un nombre! Desde entonces la salita del teatro de Montparnasse está llena. Para acabar de tener suerte —merecida—, Dubillard se ha visto atribuir el premio de los « U », grupo de escritores conocidos que retribuye, así, anualmente una obra que no ha tenido, a juicio del jurado, todo el buen éxito que merecía. Este premio había sido ganado en años anteriores y entre otros por Georges Soria con *L'étrangère dans l'île*, Billetdoux por el citado *Tchin-tchin* y René de Obaldia por *Génousie*.

Como corresponde a mi debilidad por la vanguardia y mi horror por los ídolos sagrados (escritores o actores) me presenté una de estas noches pasadas en el « Théâtre de Poche ». Dos primeros actos de puro placer : todo es nuevo, ligeramente descosido, un poco gratuito, bastante absurdo. Una muchacha que busca empleo se equivoca de tienda, en vez de una modista de sombreros se topa con dos encantadores chiflados que reparaban bicicletas, antes de componer porcelana, o ambas cosas a la vez u otra cualquiera... Aparece —por fin— la modista de sombreros cincuenta y tutelar, perdidamente enamorada de uno de los descabellados jóvenes (¿o es de los dos?). La muchachita se queda a comer —una comida de antología, digna de los hermanos Marx— y entra así en el juego de aquellos duendes con « duende ». El *leit-motiv* lo da una vieja canción que tararean entre dientes : *Naïves hirondelles* : ingenuas golondrinas, sí, quizá. Charlatanas golondrinas, sin duda. El malhumorado crítico inglés Kenneth Tynan, del *Observer*, de Londres, decía hace poco refiriéndose a esta obra : « ...una orgía de charla a la manera de Pinter, cosa que al principio los franceses parecían detestar, pero que da la impresión de que están sutilmente asimilando ».

El autor joven (nos consta porque es uno de los actores) ha querido ponerlo « todo » en la primera obra. Sus dos primeros actos no llegan a salvar el tercero, que nos deja una impresión de algo trunco, frustrado. El teatro tradicional termina casi siempre apoyando sobre el pedal del « fortissimo » ; Chejov o García Lorca en *Doña Rosita la soltera* juegan, en cambio, al final evanescente en « pianissimo ». La mayor parte de los autores contemporáneos no saben qué hacerse del tercer acto, hasta el punto que se podría pensar seriamente en suprimirlo. Y es que es más fácil promover, despertar, conseguir —como los encantadores de la India— que la serpiente llegue a erguirse, baile, tire picotazos de su lengua, que hacerla volver a entrar en su caja una vez terminada la demostración. ¡Qué gran encantador el que lo consigue : ese sí que es un mago!

Historiografía soviética iberoamericanista



TODO AQUEL QUE, sin ser ni mucho menos un soviólogo o especialista de cuestiones soviéticas, sigue con un mínimo de interés la política del Kremlin, sabe muy bien que el dominio de la cultura —igual que todos los demás de la vida social, sea dicho de paso— sufre la presión constante y poderosa de la llamada línea política del Partido Comunista. En efecto, en la sociedad soviética, la ideología oficial no se limita a formular tales o cuales juicios, a lanzar uno u otro « slogan », a opinar sobre esta o aquella cuestión, sino que abarca todo el dominio intelectual. Impone, pues, una concepción común y hasta un lenguaje idéntico. El intelectual puede pensar en su fuero interno lo que se le antoje —si es que se le antoja algo, acto sin duda insólito en el *homo sovieticus* a causa de sus reflejos hartamente condicionados—, pero públicamente tiene que expresarse de acuerdo con los dictados de la línea imperante, denominando incluso blanco lo que él considera negro, o viceversa. Trátase, indudablemente, de un espectáculo cotidiano de humillaciones y de retracciones frecuentes.

La historia es para los comunistas mera propaganda, puro motivo de panfleto político. Y los historiadores soviéticos son propagandistas que offician de historiadores. En consecuencia, someten el presente o el pasado, según los casos, a las exigencias de la propaganda. Puede afirmarse rotundamente que en ninguna época, ni en sociedad alguna la falsificación de la historia ha alcanzado las proporciones que alcanzó con el stalinismo y que continúa alcanzando con el kruschevismo. El comunismo ha establecido como método de análisis una especie de dicotomía horizontal entre lo que denominan campo socialista y capitalismo, transformando así la concepción materialista de la historia en un materialismo maniqueo, más apto para entender las

pasiones que para analizar lo real. Los historiadores soviéticos se ven obligados a hacer de moralistas —de falsos moralistas, claro está— contra el presente y a ser cínicos en la interpretación, puesto que inexorablemente ha de corresponder en todo instante a las necesidades políticas del Kremlin, motivo por el cual anatematizan un día lo que ensalzan otro, condenan en los demás lo que justifican *a priori* en sí mismos, y hacen constantemente ese doble juego de la rigurosidad y de la indulgencia.

A estas mismas o parecidas conclusiones parece haber llegado el historiador mexicano Juan A. Ortega y Medina, autor de un libro interesantísimo titulado *Historiografía soviética iberoamericanista* (1945-1960), editado recientemente por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Por ejemplo, ya en las primeras páginas de presentación del tema, el señor Ortega y Medina afirma: « La historia, de acuerdo con la interpretación soviética marxista, es decir de acuerdo con el materialismo histórico, es simplemente una rama de la política: justificación de la *verdad* marxista-leninista y de los éxitos logrados por el P.C. soviético y sus líderes. Esta politización de la historia se patentiza en casi todos los trabajos de los académicos soviéticos... » (pág. 17). Y más adelante, refiriéndose a hechos concretos de la historia mexicana, el mismo autor comprueba: « Hay que insistir sobre lo ya dicho: los historiadores soviéticos trabajan nuestra historia sobre aquellas líneas de acción que les proporcionan contundentes argumentos políticos antinorteamericanos. Su concepción histórica, pese al método supuestamente científico que utilizan y del que hacen gala, es intencionadamente ingenua y hasta romántica. Su maniqueísmo histórico separa radicalmente los campos antagónicos, y nos concede el papel de inocente cordero de la famosa fábula diplomática e histórica; por supuesto los Estados Unidos representan el papel de lobo feroz. Este reparto puede tal vez hala-

garnos ; pero la condena de Norteamérica no nos absuelve, empero, de nuestros pecados históricos » (págs. 23-24).

Fácil es, pues, comprender que este interés de los profesores soviéticos por los temas históricos iberoamericanos no es casual, ni mucho menos. Se inicia a partir de 1945, o sea cuando América Latina —para emplear una frase ya consagrada— entra en escena. « Lo que antes no merecía sino la escasa y ligera atención de un reducido grupo de investigadores —señala el Sr. Ortega y Medina—, se ha convertido hoy día en una febril actividad historiográfica en la que está empeñado todo un equipo entusiasta de destacados historiadores soviéticos » (pág. 13). « Según [el profesor norteamericano] Oswald, esta explotación histórica de la América Latina por los profesores soviéticos, que está condicionada por la situación socioeconómica latinoamericana, es parte de un gigantesco plan que tiene por objeto atraer hacia el campo del socialismo a las viejas y nuevas naciones subdesarrolladas, por medio de la interpretación marxista de la historia de dichas naciones ; más aún, el comentarista norteamericano prevé que en el futuro se incrementará la tarea historiográfica soviética de carácter propagandístico, especialmente sobre el área política de la América Latina, y que el tema dominante será la intervención del imperalismo yanqui en los asuntos internos iberoamericanos » (pág. 16-17).

Historiografía soviética iberoamericanista se compone, además de una presentación del propio autor, de tres extensos ensayos sobre la materia. El primero de ellos es en realidad una recensión de Manfred Kossok, profesor de la Universidad de Leipzig, Alemania Oriental, titulada « Estado de la historiografía soviética referente a América Latina », en la que pone de manifiesto la importancia cuantitativa y cualitativa que a su juicio presentan los trabajos de los historiadores soviéticos latinoamericanistas. El segundo de dichos estudios se debe a la pluma del crítico e historiador ruso I.R. Lavretskii, y trata, según Ortega y Medina, de una « feroz revisión » de los trabajos norteamericanos publicados entre 1956 y 1958 en la *Hispanic American Review*. El tercero y último, « Crítica a la crítica », es una extensa reseña del autor del libro, el mentado Ortega y Medina, a una obra soviética recientemente traducida y publicada en español con el título *La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos*, cuyos autores son B.T. Rudenko, N.M. Lavrov y M. S. Alperovich. (El estudio de Rudenko, « México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917 », se refiere a los antecedentes económico-políticos de la revolución de 1910 ; el de Lavrov, que en realidad completa al anterior, estudia ya propiamente el período revolucionario que culmina en

la promulgación de la Constitución de 1917 ; y los dos de Alperovich, titulados « La historia de las relaciones entre México y Estados Unidos en la historiografía mexicana de postguerra » y « El enfoque de algunos problemas de historia moderna y contemporánea de México en la literatura burguesa norteamericana de postguerra », son, como es fácil colegir, una exposición crítica de la bibliografía histórica norteamericana.)

Estos cuatro ensayos soviéticos provocan en el autor de *Historiografía soviética iberoamericanista* estas reflexiones previas : « Juzgando por los cuatro estudios ya indicados, la historiografía soviética presenta un estilo inconfundible. Se puede decir que leyendo a un autor se han leído todos. El tono es el mismo : monótono, seco, antipático, antimetafísico ; sin elevación ni belleza alguna ; adocenado y machacón. Lenguaje, según se cree, apropiado para la masa lectora : llano, práctico, político, a veces hasta rudo. Pero creemos que los lectores sacarían más provecho si brillara en esos escritos cierta dosis de gracia ática. Como en el empleo del método no hay discrepancias, tampoco se dan en las interpretaciones. El autor sacrifica voluntariamente (?) su individualidad a la labor de conjunto, a la tarea del equipo, y anula su personalidad. Esta manera de redactar la historia obedece, según creemos, a dos exigencias : la metódica y la política... » (pág. 25). « Dicho equipo consta, cuando menos, de tres personas : un investigador que estudia los datos históricos y los selecciona ; un segundo investigador que redacta el texto de acuerdo con el plan metodológico ; y un tercer investigador, más bien ideólogo, que retoca lo escrito y lo pule y lubrica convenientemente para que transcurra sin tropiezos ni dificultades por los carriles de la línea ideológica que en ese momento prive en el partido, y que de suyo tiene mucho que ver con las circunstancias políticas internas y externas del momento o del ciclo histórico. Todavía puede darse el caso de que esta vigilancia intelectual se amplíe hasta llegar a las altas esferas de la autoridad política, para que ellas autoricen el *imprimatur* e impongan el *nihil obstat* » (pág. 29).

El historiador José C. Valadés, asimismo mexicano, publicó un artículo en un diario de su país, artículo intitulado « Nosotros, la historia y la ciencia soviética », en el que denunció con cierta vehemencia los atropellos cometidos por los tres citados profesores soviéticos contra la historia mexicana, refiriéndose a las « ciento y tantas equivocaciones e ignorancias » que ofrecen dichos cuatro trabajos históricos. Valadés pone de manifiesto que sólo en dos páginas del ensayo de Rudenko pueden contarse once errores de bulto. Ortega y Medina se muestra de acuerdo con su compatriota y aun añade : « Empero, con todo y ser ello grave, los errores mayores son

los metodológicos, como nos hemos forzado en demostrar, dado que la interpretación marxista mecanicista y científicista de la historia recaba para sí la única, auténtica y posible interpretación de la verdad » (págs. 35-36). En efecto, no debe olvidarse que para los comunistas el partido —el suyo— tiene siempre razón. La propia historia del partido es una especie de historia sagrada. Verdad es que los levitas del Kremlin la someten a periódicas revisiones, de acuerdo con las necesidades políticas del momento. ¿Cuántas veces se ha modificado la *Historia del Partido Comunista de la U.R.S.S.*? ¿Cuántas la llamada *Enciclopedia soviética*?

Apenas hace unos quince años que los historiadores soviéticos se interesan por los problemas históricos hispanoamericanos y, sin embargo, las revisiones, rectificaciones o « virajes » —para emplear una expresión cara a los comunistas— no faltan. Un ejemplo lo tenemos en los trabajos de Mirosevskii, que fueron corregidos « porque en el enjuiciamiento crítico de algunos de los héroes independizadores —nos dice Ortega y Medina— resultaba ya anacrónico y desentonaba en el nuevo plan intelectual y pues político de aproximación, comprensión y progresivismo latinoamericano » (pág. 18). Mirosevskii, fiel a los juicios de Marx sobre Bolívar, había escrito en su *Nueva historia de los países coloniales y dependientes* que « Bolívar era el representante típico del grupo dirigente de los terratenientes separatistas criollos. [...] Aspiraba a separar la América española de la metrópoli y, en este sentido, su actividad tenía un carácter progresista. Pero jamás fue demócrata. [...] Le gustaba rodear su aparición ante las masas populares de efectismos baratos y, ambicioso de popularidad, recurría a veces a la demagogia más grosera ; pero los verdaderos fundamentos de sus puntos de vista políticos eran la desconfianza y el odio al pueblo. » Este Bolívar antidemócrata, demagogo y enemigo de las masas populares, se ha convertido últimamente en un puro héroe nacional, gran demócrata y amigo del pueblo, según puede leerse en la biografía que hace poco más de un año le dedicó el profesor soviético Lavretskii.

No es un secreto para nadie que el Kremlin juega ahora afanosamente por doquier la carta del nacionalismo. Los historiadores soviéticos, pues, han de ponerse a tono con esa política. La consecuencia es esa literatura de propaganda, disfrazada de estudios históricos, que llueve sobre América Latina. En ella se exalta a los héroes de la Independencia y se halagan los más bajos instintos nacionalistas, todo con el fin de mejor denunciar a Estados Unidos como el único responsable de la actual situación iberoamericana. Verdad es, como comenta Ortega y Medina, que « la historia de la América Latina durante el

siglo XIX y lo que corre del presente se presta a las mil maravillas para ser utilizada por los soviéticos contra su oponente ideológico y económico-político ». Pero no es menos verdad que los soviéticos se ven obligados a encerrar con siete llaves lo que Marx escribió sobre todos estos problemas : no sólo respecto a los nacionalismos en general, sino incluso refiriéndose a hechos muy concretos, cual el de la ocupación de Texas por Estados Unidos en 1847, anexión que Marx defendió como ineluctable, necesaria y justa. ¡Marx defendiendo el imperialismo yanqui en nombre del progreso! Como puede comprobarse, estos marxistas se cuidan de ignorar a Marx cuando así les conviene.

Lenin escribió en una ocasión que toda verdad se convierte en un absurdo cuando se la exagera ; el absurdo resultará aún mayor si se la ignora. Lo cierto es que toda esta gente, que proclama *urbi et orbi* que el marxismo es el único método científico verdadero, se ha mostrado totalmente incapaz de hacer un análisis marxista de cualquier problema. Los que pudieran tener alguna duda sobre esa incapacidad congénita deberán leer *Historiografía soviética iberoamericanista* y se convencerán.

I. IGLESIAS

« México, 50 años de revolución.

II. La vida social »

POR SU TRASCENDENCIA SOCIAL, la revolución mexicana ha sido el acontecimiento de más relieve en América Latina durante el siglo actual y marcó la divisoria entre dos grandes épocas de la historia de este continente. Fue México el país que señaló el rumbo a los demás pueblos latinoamericanos anhelosos de conquistar su independencia plena, crear y cimentar con solidez sus regímenes democráticos y entrar en los caminos del desarrollo económico, a fin de terminar con la miseria, el estancamiento material y el analfabetismo. La independencia nacional, conquistada al comenzar el siglo, no debía ser sólo la emancipación del coloniaje, sino que era necesario acabar con todas las demás formas del vasallaje económico, ya proviniera éste del exterior, ya de las propias clases privilegiadas del país.

Hoy, a cincuenta años del comienzo de la revolución, el papel rector de ésta en el continente se reconoce por unanimidad. Y no sólo en el continente americano la experiencia de México es apreciada en sus proporciones históricas reales,

sino que este juicio es compartido por otras naciones que se liberaron hace pocos años de la tutela imperialista de las grandes potencias colonizadoras.

Interesa hoy, transcurridos cinco decenios revolucionarios, conocer cómo plasmaron en realidades aquellos principios, cuáles fueron los logros de la revolución y qué cambios hubo en la estructura de la sociedad mexicana. Por ello es de particular interés la obra *México, 50 años de revolución*, en la que sus autores se proponen estudiar aquellos temas.

El libro que reseñamos (Fondo de Cultura Económica, México, 1961), escrito por autores especializados en las materias que tratan, examina los aspectos e instituciones más importantes de la vida social: demografía, estratificación social, familiar, vivienda, movimientos indigenista, campesino, obrero, burocrático, patronal y juvenil, papel de la mujer, y los problemas de salubridad, comunicaciones y seguridad social. En la imposibilidad de comentar por separado, debido a la extensión del libro, cada una de sus partes, nos limitamos a hacerlo con la que sintetiza el conjunto de la vida social.

Arturo González Cosío, en el capítulo II, titulado « Clases y estratos sociales », estudia el proceso de la generación y cambio de las diversas clases sociales, a partir de la revolución, de la composición de aquéllas, del papel que han desempeñado en la vida económica y política de México y de su situación e importancia actuales. Al final de su estudio el autor formula las siguientes conclusiones:

La estructura de la sociedad, en virtud de la modificación básica del sistema de propiedad territorial, ha cambiado radicalmente. Las clases medias se acrecentaron y se formó paralelamente una burguesía y un proletariado nacionales. Las clases medias crecieron de 8.3 % en 1910 a 17.1 % en 1960. Las clases altas y las populares han disminuído, incrementando el desarrollo de las clases medias. La estructura ocupacional, por consiguiente, se ha modificado también, habiendo disminuído la importancia de la agricultura en beneficio de la industria y el comercio. A pesar de los adelantos económicos y sociales que se han obtenido, prevalece un injusto desnivel social y una distribución poco equitativa del ingreso nacional.

« Debemos reconocer —termina afirmando el Sr. González Cosío—, que el ritmo de desarrollo y ascensión de nuestras clases populares en los últimos veinte años ha decrecido y que es problema grave para los gobiernos de la revolución que México, precursor del movimiento universal de justicia social, pueda quedar a la zaga en un futuro próximo. »

JOSE BULLEJOS

Héctor A. Murena : « Homo atomicus »

HACE CASI UN cuarto de siglo apareció un libro que fue como un testimonio de nuestro tiempo latinoamericano: *Historia de una pasión argentina*, de Eduardo Mallea. Su influencia aún perdura. *Homo atomicus* del también argentino H.A. Murena, parece destinado a remontar el hilo de la meditación continental hacia nuestra época. La diferencia del tono, el tema, las motivaciones y meditaciones entre un libro y el otro testimonian que el tiempo adquiere una doble dimensión einsteniana para nosotros y que si en ciertas etapas de la vida del hombre un cuarto de siglo no es nada, a veces suele ser un estremecimiento. Del libro de Mallea al de Murena han sucedido acontecimientos capaces de provocar una meditación no encerrada en los límites de un país, ni de un continente. El primer satélite, el hombre-número engendrado en los regímenes totalitarios, ese nihilismo disfrazado de conformismo, el disconformismo salvador, esa « bomba-futuro » que reclama del hombre una transformación interior, mueven no sólo a un inventario sino a un necesario diagnóstico. ¿Hacia dónde vamos?

Homo atomicus (Editorial Sur, Buenos Aires, 1961) quiere ser algo así como un corte en la corteza de nuestros conflictos, angustias, problemas y esperanzas. Lo político, lo sexual, lo económico, lo religioso, lo moral, lo científico y lo mítico, van en esta especie de torbellino. Aunque el libro de H.A. Murena está coordinado en forma de etapas —« El perro que nos observó », « La crónica del espejo », « El ultranihilista », « La muerte de Dios », « La irrupción del futuro »— su arquitectura, a la manera de los cuadros de Braque, posee un ritmo de planos y cuadros cambiantes, opuestos, que se entrecrocan, pero que producen una armonía dentro de ese conjunto de la dispersión. No sería posible testimoniar en otra forma una etapa tan contradictoria y alucinante como la nuestra.

Es asimismo un acta que pretende afirmar: desde aquí empieza un modo de sentir y existir distinto. Pero como siempre hay zonas de tránsito y como el día no sucede violentamente a la noche, sino que parece resbalar sobre ella, en este libro de Murena el lector ha de buscar ese pasado en el presente, y el hoy en los signos lanzados hacia el futuro. Una parte de este presente es como un ancla o una cadena primitiva, que parece ser arrastrada sobre el planeta mientras los cosmonautas desafían las zonas prohibidas y, al parecer, somos observados por viajeros de otros mundos. La fuerza cavernaria se viste de proceso científico y el « lavado de cere-

bro » se desprende de las investigaciones de Pavlov y entra a ser aplicado con objetivo político de terror.

La violencia cruza con su máscara. También esa ficción de un 1984 de autómatas fijada por George Orwell. *El Homo atomicus* sufre una fiebre de mitos, entre ellos el del marxismo. Parte de esos mitos son desarmados y examinados. A veces hay comprobaciones y a veces profecías. Esa bomba « cuyo estallido en el espacio exterior se mantiene aún como amenaza, ha estallado y continúa estallando en el alma de los hombres ». Este *Homo atomicus* camina en nuestra América, entre los torbellinos traicioneros, y es un hombre universal también, entre utopías y neopaganismos, entre « guerra psicológica » y « guerra fría ». El final es como la llama salvadora del hombre : el disconformismo con cierto fulgor profético, lejos del pesimismo y del optimismo, para que el hombre pueda seguir siendo un ser desde lo más ínfimo hasta lo más alto, un ser hacia su salvación entre vendavales de angustias y de riesgos.

A. BAEZA FLORES

Otros libros

JOAQUÍN CASALDUERO : Espronceda

La constante dedicación de Joaquín Casaldueño al estudio de la literatura española le ha hecho alcanzar una de las más importantes actitudes críticas de su generación. Pero su característica más acentuada es la de aunar el rigor del crítico especializado y la amplitud del ensayista literario. Porque Casaldueño no es el clásico « especialista » dedicado a un determinado período de nuestra historia literaria y al que nada le interesa fuera de dicha época, sino que su sensibilidad y visión le han permitido ocuparse de las más sobresalientes y dispares figuras literarias, como Cervantes, Galdós y Jorge Guillén.

Ahora nos entrega este *Espronceda* (Madrid, Editorial Gredos, 1961), documentado estudio de una de las figuras más importantes y apasionantes del romanticismo, injustamente preterido en nuestros días, puesto que en unión de Larra simboliza su parcela más noble y bien encaminada. Es cierto —como señala el ensayista— que a Espronceda, todo pasión y sentimiento, le impele a obrar el corazón, mientras que a Figaro, apasionadamente frío y agudamente irónico, es la inteligencia la que le conduce. Pero ambos estaban encaminados a un mismo fin : « No ha habido en la Península un movimiento de Joven

España, pero en Espronceda y Larra se debe a la misma tónica romántica, la que hizo surgir el grupo de la *Joven Europa*. »

Después de estudiar la turbulenta, compleja y apasionante vida de Espronceda, señala las principales características románticas, su tardía aparición en España, su brevedad y las dos generaciones que abarcó, con Pastor Díaz, Gallejos, Duque de Rivas, etc., pasando luego a examinar a fondo la obra del poeta desde sus primeras poesías y las de tema histórico. Resalta la importancia de las canciones, como parte fundamental de la visión esproncediana : dignidad humana, libertad social, sarcasmo ante la indiferencia social, etc. En este aspecto, « El Estudiante de Salamanca » y « El diablo mundo » resultan fundamentales, como obras más completas en las que el poeta inyectó su problemática.

Con este nuevo estudio, Casaldueño realza la figura de Espronceda hasta sus justos límites, prestando un nuevo y valioso servicio a las letras españolas. Esperemos que cuando la familia Núñez de Arenas —descendiente del poeta— publique los papeles que guarda inéditos, se complete la sugerente figura del cantor de Teresa.

JOSE R. MARRA-LOPEZ

ENRIQUE TIERNO GALVÁN : Desde el espectáculo a la trivialización

El profesor Tierno Galván, catedrático de la Universidad de Salamanca, actualmente en Estados Unidos, es una de las más interesantes figuras españolas en el campo del ensayo cultural. Sin embargo, este gran ensayista permanecía casi inédito. Puede decirse, por tanto, que este agrupamiento en volumen de las más importantes manifestaciones debidas a su pluma será una verdadera revelación para el lector no especializado, pero sí interesado en temas sociológicos y culturales. Esta es la primera nota que debe señalarse ante *Desde el espectáculo a la trivialización* (Madrid, Ed. Taurus, 1961), y surge casi en el pórtico del libro.

Pero el lector, conforme va adentrándose en la obra, encuentra otras muchas e interesantes cosas. Hay tal cúmulo de ideas, de sugerencias, unido a un preciso concepto del tema y de sus límites, que se siente la impresión de necesitar la relectura para aprehender lo sustancial. Y en general, el profesor Tierno no ha elegido temas espectaculares, pues busca la clave de importantes acontecimientos sociales y políticos en la entraña de las pequeñas cosas, de lo cotidiano, que muchas veces pasan injustamente inadvertidas. Así, en el « Ensayo acerca del valor social de las cosas » y en « Los toros, acontecimiento nacional ».

Pero su atención investigadora abarca los más variados y atrayentes temas, como lo prueban « Un ensayo acerca del cine », « Teatro y novela en la cultura de hibernación », « Erotismo y trivialización », « Concepción del mundo e ideas políticas en la obra de Dostoyevski » y « Notas sobre el barroco ». Destaca, sobre todos ellos, por su importancia y originalidad el titulado « De las Comunidades, o la historia como proceso », en el que analiza con gran agudeza la ironía histórica que enfrentó a los castellanos « que eran *modernos* desde una visión local ; querían integrarse institucionalmente » con el Emperador, « *moderno* desde una visión casi universal ».

En realidad, todos ellos están llenos de sugerencias capaces de más amplio comentario, imposible de hacer aquí. Quede constancia de ello, así como de la importancia del libro de Tierno Galván.

J.R.M.L.

FERNANDO QUIÑONES : La gran temporada

El autor de este libro (Ediciones Arión, Madrid, 1960) comienza con una nota en la que pone de manifiesto que cuantas veces se ha tratado el tema taurino en las letras españolas ha sido —casi siempre— mistificándolo de algún modo. Gracias a esta advertencia podemos entrar en la lectura de sus cuentos con lógico ánimo de exigir que no caiga en los yerros que achaca a sus predecesores. Pues bien, hay que decir que dicha lectura colma todo lo que previamente pudiera exigírsele al autor en este sentido y en otros muchos.

Habría que hacer un largo comentario para cada una de las quince narraciones que componen *La gran temporada*. No se merecen menos. Todas dicen algo, enseñan o muestran con extraordinaria veracidad una faceta más o menos inédita, pero siempre originalísima, de la fiesta de los toros. Nuestra reseña no da para tanto. ¿Qué decir, entonces? Casi no cabe más que aceptar el libro en bloque y con entusiasmo. Pocas veces hemos visto dentro de la literatura actual de España narraciones tan redondas y acabadas como algunas de las que Quiñones incluye en esta obra suya. Por descontado que, mediante ellas, nos demuestra ser un consumado conocedor del mundo particularísimo en el que se desenvuelven los que viven alrededor de los toros, pero, lo que es más importante, tan consumado como el anterior parece su conocimiento de los hombres en general.

Cabría insistir sobre un aspecto del libro a nuestro parecer de sumo interés : nos referimos a la alta calidad de la prosa, del estilo, del len-

guaje. No se encuentran éstos verdaderamente diferenciados de aquellas características de retrato folklórico y humano a que antes aludimos. Hasta tal punto es esto cierto que puede observarse distinto estilo, distinto lenguaje y hasta distinto esquema o concepción del cuento para cada una de las muchas situaciones que Quiñones plantea. Pero en todas se puede advertir que —sirviéndose de una prosa elegante— el estilo es como un cristal límpido que deja ver, allí donde el escritor lo pone, las cosas en toda su nitidez. Más de un escritor de esos que suelen autocalificarse de realistas debiera aprender de Quiñones cuál es el secreto de la palabra viva, que no deja ver sus letras ni sus sílabas ni, hablada, sus sonidos, para remitirse toda entera a sus contenidos, es decir : a las cosas que llenan el mundo y que, después de todo, son las que importan.

ANGEL FERNANDEZ-SANTOS

DAVID PEÑA : La materia religiosa en la política argentina

En un país al que afluyen corrientes inmigratorias de todas las latitudes, es indispensable actuar con cierto eclecticismo en materia religiosa. Hombres formados en pensamientos religiosos divergentes deben convivir y darse, a diario, ejemplos de mutua tolerancia. El fuerte influjo tradicional del catolicismo tenía que ser atemperado para, sin apartarse de la esencia doctrinaria, hacer posible la armonía de hombres de tan diferente origen. Las fuertes divergencias y los contrapuestos intereses no habían de ser obstáculos para que Argentina, desde las primeras horas de su emancipación de la metrópoli, buscara las sendas de la libertad religiosa. Ya la asamblea del año 1813 declara caduco el Tribunal de la Inquisición, seculariza los establecimientos hospitalarios, legisla sobre capellanes castrenses y rompe toda dependencia de los religiosos establecidos en las provincias del Plata con los preladados o nuncio apostólico residentes fuera del territorio. La Iglesia, aliada de la Corona hispana, dividióse en la hora de la lucha por la independencia.

Der Monat

Begründet von Melvin J. Lasky
Herausgeber : Fritz René Allemann
und Hellmut Jaesrich

Berlin-Dahlem, Schorlemer-Allee 28

Con el gobierno de Rivadavia, en 1822, se establecen las primeras normas de la reforma eclesiástica, que incorporaba a la legislación muchas de las disposiciones de la Asamblea de 1813; y hasta en el período rosista se defendieron los atributos y derechos de las provincias argentinas frente al poder de Roma. La política definitiva se encauza en los días de la Organización Nacional, perfeccionándose con disposiciones posteriores. Tan vasto temario abarca el volumen publicado en Buenos Aires por la Editorial Bases, *La materia religiosa en la política argentina*, de David Peña, historiador, periodista y dramaturgo.

Pese a que los trabajos insertos en el libro fueron publicados en el año 1923 —en colaboraciones para *La Prensa* de Buenos Aires— no han perdido actualidad. Las recientes polémicas sobre la enseñanza religiosa y laica han reavivado el interés de estudios como el del doctor Peña donde, con objetividad, se exponen los acontecimientos más trascendentes relacionados con el sentimiento religioso en el país y su proyección en las leyes.

ANTONIO SALGADO

FELIPE MASSIANI: Chile a lápiz

Este conjunto de crónicas versa en su mayoría sobre Chile, país donde Felipe Massiani —venezolano— ha vivido largas temporadas y conoce por ello perfectamente. La atracción de los venezolanos por Chile tiene abolengo ilustre en las letras venezolanas, desde Andrés Bello, que tan formidable labor realizó en Santiago, hasta Mariano Picón-Salas, quien creo fue en tierras chilenas donde dibujó los gálibos de varias de sus excelentes obras. Esa atracción y simpatía por Chile es la nota continua en estas crónicas de Massiani, lo mismo cuando se refiere a aspectos de Santiago como ciudad que cuando alude a su gente. Hay en nuestra opinión dos tipos de periodismo en este género de crónica: el periodista que refleja personas, hechos y cosas con orden y precisión fotográficos, y el periodista que opera por alusiones, dando con ello a su trabajo una apariencia impresionista. Massiani cultiva este último procedimiento, gracias al cual logra mucha viveza en sus crónicas, mucha variedad en cada uno de los temas que trata y también no pocas y felices sorpresas. En estos trabajos los hay que se refieren exclusivamente a Santiago y su ambiente, a las amistades literarias del autor en la misma capital, a varios viajes por la costa chilena, todo ello sin dejar de apuntar aquí y acullá rasgos típicos chilenos o hispanoamericanos en general. Al lado de crónicas referentes a personalidades del país (Joaquín Edward Bello, Latorre, Santiván, etc.) también hay crónicas con alusiones a personalidades de

otros climas (Baroja, Hemingway, Somerset Maugham, Malaparte, Churchill). El libro va precedido de un buen prólogo de Héctor Fuenzalida, quien dice concretamente de *Chile a lápiz*: « Es un conjunto de crónicas escritas en un estilo vivo y flúido, sin alarde estético, en las que nos podemos reconocer bajo el miraje agudo y cariñoso de uno de esos escritores que, en la hora actual de América, parecen enlazar con su amor y la versatilidad de su talento, patrias distantes a las que sacude una misma pasión vital. »

E. S. CH.

LEONIDAS DE VEDIA: La poesía del Simbolismo

Leónidas de Vedia hace en *La poesía del Simbolismo* (Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1961) no un estudio de la poesía simbolista, sino de los símbolos en la poesía a través de Mallarmé, Baudelaire y Valéry.

Romanticismo y Parnaso serían los antecedentes inmediatos del Simbolismo como tendencia, aunque es a Villón a quien se remontaría ese dejo trágico de muerte y de sufrimiento que hace conciente de sí mismo al poeta, iniciándolo en el gusto por la aventura interior que más tarde Baudelaire llevó tan lejos.

Un breve capítulo dedicado a ofrecer una visión panorámica de la literatura francesa en general, sirve de preámbulo. Luego entra Vedia en el mundo de las correspondencias donde Wagner tiene puesto como figura central y catalizadora. En efecto, el autor del « Barco Fantasma » inspira piezas inolvidables a los tres poetas que ocupan la atención de Vedia.

Baudelaire lo dice expresamente en su poema « Las Correspondencias », inspirado en « Tannhäuser » y en su ensayo « Richard Wagner y Tannhäuser ».

Mallarmé es el poeta tratado con mayor detenimiento en este ensayo. Hermético y conciente de la eficacia de la palabra, no le interesaba tanto Wagner como la música, ni tanto la música como lo que en ella era asequible a la poesía escrita. Mallarmé, aunque lleno de respeto por esa figura de su tiempo, no perdió nunca conciencia de que su obra trascendía la esfera, más bien grandilocuente, del llamado « génio de Bayreuth ».

Para mejor profundizar en el universo del autor de *Hérodiade*, Vedia hace un análisis de « Las Flores », poema que ha traducido con gran amor y que preside el volumen.

El libro termina con el estudio sobre Paul Valéry, a quien con razón se considera, en su actitud, más cerca de Poe que de Mallarmé.

A. L.

revistas

Austria-Alemania



« LA LECTURA, ese vicio impune », decía Valery Larbaud. En realidad, ese vicio lleva cada vez más su castigo en sí mismo. Pues, ¿cómo escoger, a qué cosa renunciar, pero sobre todo, cómo leer, cuando se tiene la suerte, o la desgracia, de encontrar diariamente sobre la mesa de trabajo, gracias al mecanismo de los canjes, centenares de revistas, cada una de las cuales, está uno seguro, contiene por lo menos un texto, o una observación que no se quisiera perder?

« La cultura como ilusión », es el título de un estudio de Eugen Gürster, publicado por la revista austríaca *Forum* (Enero de 1962), que evoca la angustia y la imposibilidad de estar « al corriente », incluso cuando se corre muy aprisa. « Hace algunos meses — escribe el autor — he participado en un debate consagrado a Robert Musil. En el curso de este debate se pudo comprobar que solamente dos personas de las que participaban en él habían tenido tiempo para leer detenidamente los libros de este gran escritor. Y todavía una de estas dos personas confesaba haber leído *El hombre sin cualidades*, su obra cumbre, « en diagonal ». En esta situación, estima Gürster, incumbe a los resúmenes una función nueva. Ya no sirven para llamar la atención sobre una obra que se quisiera leer, sino que deben decir lo suficiente para que el lector apresurado de estos resúmenes tenga la impresión de conocer bastante los libros para poder participar en una conversación. Se lee por persona interpuesta, como la señora a quien se preguntaba si había leído tal novela, y que respondió : « personalmente no ».

Toda « revista de revistas » corre el mismo peligro, al dar a su lector la impresión, forzosamente falsa, de que sabe « de qué se trata ». Subrayemos, pues, hasta qué punto nuestra propia selección es caprichosa y subjetiva, y hecha

siguiendo el criterio simple de señalar lo que nos cae ante los ojos, sin que nos caiga inmediatamente de las manos.

Studium Generale es una revista docta y sabia, que se ha fijado como programa, desde hace catorce años que existe, el favorecer la unidad de las ciencias. La redacción especifica en la cabecera de cada número que paga un precio máximo de cien marcos por artículo, cuando publica artículos que son trabajos magistrales, hasta el punto de que la colección completa de esta revista constituye la ocasión de numerosos descubrimientos. El último número de 1961 agrupa estudios sobre la visión de la humanidad desde la edad media hasta el siglo XVIII, y conviene detenerse en el extenso estudio del profesor de teología Wolfgang Philipp sobre la transición del mundo barroco al iluminismo. El vértigo que se apoderó de los espíritus, a partir del Renacimiento, cuando el mundo cerrado estalló, ha sido dominado a veces, nos enseña Philipp, por los artificios más extraños. Así ocurrió con el descubrimiento inquietante de una humanidad nueva, la de los aborígenes de América, que hacía falta, fuera como fuera, enlazar con la tradición bíblica. Se quiso considerar que los aztecas eran los descendientes de un pueblo del Cercano Oriente llamado los aziotés, con los cuales habían estado en contacto los israelitas ; y el país Parwin, que fue conocido por el rey Salomón, ¿acaso no era el Perú? A falta de expediciones del tipo de la del Kon-Tiki, se planteaba el problema de conocer el origen de este pueblo, y en el año 1609 Juan Torquemada aseguraba que los ángeles habían transportado a los primeros hombres y a los primeros animales hasta el Nuevo Mundo. Pero esta teoría no proporcionaba la tranquilidad del espíritu.

Todo el pensamiento del barroco, según Philipp, está impregnado de pesimismo, y el gran teórico del Estado, Hobbes, escribía : « Mi madre dio a luz dos gemelos : Yo y la angustia. » La dificultad de concebir un universo abierto no ha desaparecido, y el autor recuerda que el Papa Pío VII se indignaba cuando Humboldt le explicaba el origen de los meteoros, y le con-

testaba, con vehemencia, que los meteoros no podían ser más que restos desprendidos del firmamento de cristal que nos rodea. Philipp subraya que el siglo de las luces en Francia es solamente la última fase de un movimiento iluminista, cuyos orígenes son teológicos. Hasta el origen del término procede de la noción de « claritas claritatum » como atributo divino.

Como reacción contra el pesimismo barroco nacía una teología nueva que demostraba a Dios a través de las maravillas de la Creación, lo que produjo un interés nuevo por el Libro de Job, en el cual Dios se demuestra a sí mismo, haciendo valer sus prodigios cósmicos. En este orden de pensamiento habrá una físico-teología, que incluso se dividirá en sismo-, hidro-, zooteología, etc., sin olvidar la brontoteología (el estudio de las tormentas). La busca de Dios a través de los detalles de la naturaleza física y viva viene a ser entonces un motivo de la observación científica, pero preferentemente —añadimos nosotros— en el sentido del inventario de la riqueza de las formas, y no de la investigación de las leyes. Philipp enlaza con esta preocupación la costumbre de utilizar conchas raras, grandes, como pilas bautismales, caso frecuente en las iglesias rococó. Este Dios cósmico es al mismo tiempo el Dios del Antiguo Testamento, y en los orígenes del iluminismo se encuentra una corriente filosemita, particularmente fuerte en Inglaterra y en Holanda, marcada por la sacralización del Sabbath y la práctica de la circuncisión, y por la preferencia acordada a los nombres del Viejo Testamento.

El autor concluye que el gran cambio que se produjo entre el siglo XVII y el siglo XVIII, por efecto de los grandes descubrimientos precedentes, reviste una importancia nueva en nuestra época, que se encuentra sometida al choque producido por los descubrimientos de la física nuclear.

En el último número de la revista literaria *Euphorion* hemos encontrado uno de los mejores estudios que se le hayan consagrado, cuyo título, muy académico —«Del uso del subjuntivo por Robert Musil»— felizmente no nos ha desanimado. Su autor, Albert Schöne, muestra como la categoría de la utopía, de lo imaginario y de la virtualidad es cosa esencial en este pensamiento « proyectivo ». Al contrario de Hegel, que

quería identificar lo real y lo razonable, Robert Musil es de los que quieren explorar el dominio de lo « posible », pensando que, como en matemáticas, se llega a verdades nuevas gracias a procedimientos absurdos y a datos imaginarios, y así la novela puede ser un instrumento de exploración de la virtualidad. En cuanto a la realidad, no es nunca un dato, sino una tarea y una invención. En Musil se reúnen la extrema exactitud y la abertura hacia lo imaginario. Es un soñador meticuloso. Decía que el alma no debe dissociarse jamás de la razón —se comprendió que el hombre que pensaba ésto debía morir, después de la accesión de Hitler al poder, exiliado en Suiza—, y a la mística antirracionalista de Ludwig Klages objetaba : « No es verdad que tengamos demasiada inteligencia y demasiado poca alma. Lo que pasa es que aplicamos demasiado poca inteligencia a las cosas del alma. » Amputada de sus virtualidades, la realidad no es nada, estrictamente. Y Musil tiende a construir una teología de la virtualidad : « No ha habido Dios todavía. Podrá haberlo si nosotros sabemos abreviar su camino. »

Franz Kafka, judío alemán de Praga, pertenece al mismo mundo y a la misma generación que Robert Musil, y también reunía en sí la precisión y lo fantástico. El descubrimiento de Kafka ha sido lento, pero las limitadas personas que lo han conocido no se han equivocado jamás sobre él, y su amiga checa, Milena Jesenska, que debía morir más tarde en un campo de concentración nazi, había publicado en junio de 1924 una necrología de Kafka que situaba la significación intelectual y moral de su obra tan acertadamente que la posteridad sólo ha podido confirmarla. « Permaneció vigilante cuando los sordos se creían seguros », concluía Milena. Este texto acaba de aparecer en *Forum*.

La revista literaria *Akzente* (diciembre de 1961), publica un debate, tan estimulante como sorprendente, sobre las formas de la literatura, la pintura y la música actual. Espíritus competentes han discutido durante mucho tiempo sobre el papel del accidente, del silencio, de lo arbitrario, de todo principio, de una música compuesta a partir de algunos puntos negros que se encuentran accidentalmente sobre un papel pautado, etc. ¿Cómo distinguir, pues, el bluff del arte ; qué criterio nos queda para la creación individual ; y acaso el arte mismo es todavía una función del individualismo? El poeta Walter Höllerer, director de la revista, concluye diciendo que « muchas cosas parecen pequeñas y casi invisibles comparándolas con las dimensiones e inconmensurabilidades en que nos encontramos ». Y hemos aquí a nosotros mismos colocados bajo el « choque de los descubrimientos » que evocaba, con relación a otro siglo, el teólogo Philipp.

FRANÇOIS BONDY

SURVEY

A JOURNAL OF SOVIET
AND EAST EUROPEAN STUDIES

Editor : Walter Z. Laqueur

Associate Editor : Leopold Labedz

SUMMIT HOUSE,

1-2 LANGHAM PLACE, LONDON, W.1

Colaboradores

- KENNETH ALLSOP, escritor inglés, colabora con cierta frecuencia en la revista *Encounter*.
- WILLIAM B. FINK, escritor norteamericano, actualmente residente en Filipinas, es colaborador del semanario *The Reporter*, de Nueva York.
- ESTUARDO NUÑEZ, escritor y profesor peruano, autor de numerosas obras, entre las que cabe señalar *Panorama actual de la poesía peruana*, *La prosa literaria del Perú en los últimos veinte años* y *Suplemento al diccionario de peruanismos*.
- JOSE DE ONIS, español, reside desde hace años en Estados Unidos y es profesor en la Universidad del Colorado. Tiene publicados varios libros y monografías.
- ALEX PEREYRA FORMOSO, escritor uruguayo, colaborador de *El País* de Montevideo y autor de un libro de ensayos titulado *Arena del Tiempo*.
- GEORGES SUFFERT, joven escritor francés, colabora regularmente en el semanario *France-Observateur* y es secretario del « Club Jean Moulin », centro de esa izquierda intelectual a la que se refiere en su artículo.
- RAUL VERA OCAMPO, joven escritor argentino, autor de varios libros de poemas y de una novela.

Recientemente falleció en Puerto Rico, donde se hallaba exiliado, nuestro colaborador y amigo *Pedro Vicente Aja*, ex profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana.

Nuestro más sentido pésame a su familia, en particular a su viuda, así como a toda la democracia cubana.

TRES NUEVOS LIBROS DE JULIAN GORKIN

TEATRO HISTORICO-POLITICO (« Fantasmas de la Historia » y « El Otro Mundo »)
Libro Mex Editores. México, D.F.

COMO ASESINO STALIN A TROTSKI (Nueva y definitiva redacción).
Lujosa edición ilustrada, encuadernada en tela.
Plaza y Janés, Ed. — Barcelona, Buenos Aires, México, Bogotá, Rio de Janeiro.

ESPAÑA, PRIMER ENSAYO DE DEMOCRACIA POPULAR.
Biblioteca de la Libertad, Buenos Aires.

SUR

DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO
N° 275 (Marzo y Abril de 1962)

THOMAS MERTON
Carta a Pablo Antonio Cuadra
con respecto a los gigantes

JORGE LUIS BORGES
Texas

ALBERTO GIRRI
Elegía veneciana

ALEJANDRA PIZARNIK
Zona prohibida

W. W. ROSTOW
El crecimiento de las naciones

ROBERTO CALASSO
Th. W. Adorno, el Surrealismo y el « Mana »

JORGE GAITAN DURAN
Serpientes

NORBERTO SILVETTI PAZ
El poeta de Alejandría

CONSTANTINO KAVAFIS
El dios abandona a Antonio. Las ventanas.
Muy raramente

MADELINE LOCKWOOD
Estimado señor Juez

Crónicas y Libros

Redacción y Administración :
Tucumán 685, 2° D — BUENOS AIRES

PREUVES

18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}

AU SOMMAIRE DE MARS

ANNA AKHMATOVA
Poème sans héros

HANNAH HARENDT
Marx, Kierkegaard et Nietzsche

ROMAIN GARY
La plus vieille histoire du monde

•
Des articles sur l'Afrique
et l'Amérique Latine

•
Art, littérature, cinéma
Spécimen gratuit sur demande

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a *Cuadernos* que nos envíe el nombre y la dirección de un nuevo suscriptor incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :

- GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
- GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
- ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
- MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales.
- JOSE EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
- RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
- RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
- VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
- JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
- JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
- PIO BAROJA : Triptico.
- JULIAN MARIAS : El método histórico de las generaciones.
- LIBRO BLANCO : El Tibet y el imperialismo chino.
- JOSE ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
- JOSE ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
- CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
- PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
- JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
- JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.
- VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
- ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
- FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.
- AMERICO CASTRO : Hacia Cervantes.
- S. SERRANO PONCELA : Un olor a crisantemo.
- JULIAN GORKIN : España, primer ensayo de democracia popular.
- JULIAN GORKIN : Teatro histórico-político.
- CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ : De ayer y de hoy.
- GUILLERMO DE TORRE : El fiel de la balanza.
- GUILLERMO DE TORRE : La aventura y el orden.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de , importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de a partir del N° a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año :	25 NF	Norteamérica : 1 año :	6 \$ USA
Europa : 1 año :	28 NF	América Latina : 1 año :	5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

(Concederemos, hasta el 31 de marzo próximo, un descuento del 30 % sobre estas tarifas.)

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	Otros países europeos	América del Norte	América Latina
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 6 \$ USA	Informarse cerca del co- rresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 3,25 \$ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO, Sr. Andrés, Librería Séneca, Huérfanos 656. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA

BOGOTA, Vicens, Mestre y Cia., av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schlemann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia. - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue. — MIAMI (32), R. del Campo, 704 Seybold Bldg.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Vicente Pérez, 9a, av. 13-42, zona I, Int. 7.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2 Zlenov Street.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy - Librería Campos, Allen esq. San José. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Armengual, El Conde, 49.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA

ESTAMBUL, A. Mazarakis and C^o Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.

ad aequa et bone. No todos los mandatos del príncipe deben ejecutarse. Manteniendo los pueblos en sí los derechos que se han expresado, crearon y diputaron a los cabildos, para que en nombre de los pueblos hablasen. » Según Mompox, el poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea es más grande que el del mismo rey : en manos del común está admitir la ley o el gobernador que guste, porque « aunque se lo diese el príncipe, si el común no quiere, puede justamente resistir y dejar de obedecer ».

Una teoría semejante había penetrado en la conciencia popular paraguaya. El padre Lozano, historiador de las guerras de los comuneros del Paraguay, cuenta de un rústico que había oído hablar a Antequera, y regresando a los campos comunicaba la noticia a los labradores en estos términos : « ¡Jesús, hermanos, qué cosas tan grandes he oído al hombre docto de la ciudad sobre lo que puede el común! Dizque puede más que el rey, y a veces más que el papa. Vea, hermano, lo que teníamos y no lo sabíamos. En verdad que este bien nos lo callaban, y no nos lo querían enseñar porque no supiésemos que bien puede el común dejar de obedecer al virrey. »

A los cinco años de haber sido vencido Antequera en Asunción por las autoridades fieles a la corona —en 1725— se produjo, gracias a Mompox, un nuevo movimiento contra el mal gobierno. Entró la milicia comunera en la ciudad (cuenta el padre Lozano) y « el justicia mayor salió al balcón a hablarles y exhortarlos a que se retiraran en orden a sus casas. Una voz interrumpió : « Señor Provisor : ¿qué quiere decir *Vox Populi, vox Dei*? Usted responderá lo que quisiere, pero sepa que ese es el común. »

Cuando se inició el redescubrimiento del hombre libre que acabó produciendo en Europa la Revolución francesa, la estampa del indio americano, del buen salvaje, que rompía las coronas de los reyes, sirvió de motivo de inspiración a los tratadistas. De hecho, la república se proclamó primero en Estados Unidos y luego en Francia. Franklin, en París, como un dios llegado del Nuevo Mundo, fue la figura de mayor atracción en los salones donde iba cuajando la contradicción que echaría por

tierra la corona de Luis XVI. A veinte llegaban las repúblicas en América cuando en Europa no había sino una, o el recuerdo de una.

República no quiere decir lo mismo que democracia, ni monarquía precisamente ausencia de gobiernos representativos. Inglaterra fue democrática y representativa antes que Francia. Pero antes de serlo en la isla, lo fue en las colonias de América. En la Nueva Inglaterra funcionaban esos sistemas de gobiernos representativos, de gobierno propio, de contrato social, cuando empezaron a ser ideados teóricamente por los filósofos del viejo mundo. Sobra decir que esto se refiere al mundo moderno. Lo de Atenas y la antigua Roma entra en otra categoría histórica. Pero aun pensando en Atenas y en Roma, si lo que ocurre en el siglo XVIII es un Renacimiento, ese Renacimiento tiene cuna americana.

¿Por qué los europeos se anticiparon en América a proclamar esas fórmulas que hoy tienen valor universal? La respuesta es sencilla y surge de las circunstancias políticas. Tanto más difícil es en Europa llegar a las fórmulas democráticas cuanto más honda, arraigada es su historia. En las Américas no hubo el problema de eliminar monarquías, ni existía una clase de nobles poderosos. Eran Américas de gentes comunes : de puros Pérez en la indoespañola, de Smiths en la inglesa. Los europeos que en Europa eran dóciles vasallos, a América iban como aventureros atrevidos.

PERO LO QUE APARECE como una aspiración común del hemisferio occidental, al pasar al campo de la acción muestra profundas diferencias de método en las cuatro Américas. Esas diferencias sirven para ver las cuatro circunstancias que explican sus cuatro caracteres.

El Brasil y el Canadá llegan a conquistar su independencia sin cambiar ni un tiro de fusil con sus madres patrias. En la América indoespañola y en la anglosajona la separación obliga a guerras de años, muy sangrientas.

Cuando el Canadá pasa de ser una colonia inglesa a miembro de esa comunidad británica que es hoy un « club » de naciones, el tránsito se hace por un acuerdo de caballeros ; o mejor : de caballeros ingleses.

Todo ocurrió dentro de un ambiente de parlamento y flemático « club » británico, con discursos muy bien dichos, leyendo las gacetas en poltronas de terciopelo, fumando la pipa, bajo la mirada tranquila de un monarca comprensivo. Si hoy la reina de Inglaterra va al Canadá no entra cómo reina de Inglaterra, sino del Canadá. Y así, un país libre y democrático americano sigue llevando la corona que todos los demás rechazaron. En el Canadá no pesa esa corona.

El caso del Brasil es maravilloso. Pasó de ser colonia a nación independiente con una gentileza y serenidad que bien podía esperarse en el Canadá donde el frío congela hasta el formidable caudal del río San Lorenzo, pero no en el verde paraíso tropical donde se supone que el sol y la música podrían invitar a las soluciones más ardientes. El tránsito ocurrió de esta manera : gobernaba a nombre de la corona de los Braganzas, como regente, don Pedro, cuando se llegaron a él unos caballeros y le explicaron que la nación quería hacerse independiente. Lo era ya toda la antigua América española, lo eran Estados Unidos, y era absurdo que el Brasil siguiera dependiendo de Lisboa. En otras palabras, dijeron a don Pedro : ¿Quiere Ud. ser nuestro emperador? Respondió don Pedro : « Eu quero. » Y se independizó el país. Para el pueblo fue la señal de una fiesta. Para el ejército, día de vacaciones y paradas. De las fuerzas armadas no se oyó sino la banda de música.

Pasaron 67 años, y vino el tránsito del imperio a la república. Don Pedro II era el último de los grandes monarcas ilustrados. Fundador de academias y bibliotecas, filósofo, sabio, amigo de los hombres más ilustres de Europa. Pero emperador. Los republicanos fueron a verle. « Majestad —le dijeron—, lo que el Brasil quiere es república, como hay en toda la América repúblicas. » Su Majestad no encontró ninguna objeción : « Que sea », dijo. Muy gentilmente salieron con don Pedro los caballeros que le visitaron, hasta el puerto, le acompañaron al camarote —un camarote de lujo— y le despidieron agitando los pañuelos en la orilla. Don Pedro, tranquilo, pasó en Europa el resto de su vida, respetado por los brasileiros. La república se anunció en una cartelera de un periódico.

Fue otro día de fiesta para el pueblo. Los militares, que eran grandes filósofos, hacían en la escuela militar una revolución leyendo las obras de Augusto Comte, y llevando a la bandera nacional las dos palabras mágicas : « Ordem e Progresso ».

En la historia más reciente, Getulio Vargas se suicida, Quadros —otro suicidio— abandona el poder ; y las aguas del Amazonas siguen corriendo sin que las manche una gota de sangre. En otros lugares del mundo, de ahí se desprenderían Amazonas de sangre. En Cuba las cosas han sucedido de otra manera, y Cuba también es América...

SI SE LEE cualquier libro de historia patria de una república indoespañola, se encontrará que el proceso está distribuido en cuatro períodos : descubrimiento, conquista, colonia e independencia. Basta detenerse un momento a considerar estas cuatro grandes divisiones y se verá fluir naturalmente la evolución de unos países cuyo descubrimiento se inicia con la llegada de Colón, que luego en la conquista son sojuzgados por capitanes formidables como Cortés y Pizarro, que en la colonia recogen la esencia de lo que era el mundo español, y que al independizarse fulguran con hombres como Bolívar o San Martín. La historia de Estados Unidos podría reducirse a los mismos cuatro períodos, pero en este caso exactamente en sentido inverso. Allá primero es la independencia, luego viene la colonia, de la colonia se pasa a la conquista y de la conquista al descubrimiento. Esta extraña inversión del proceso histórico explica las profundas diferencias entre estas dos Américas mejor que cuanto se dice con referencia al clima, a las razas o a las religiones.

Cuando el « Mayflower » zarpa de Plymouth, en 1620, los cien peregrinos que se embarcan lo hacen como una demostración romántica de la independencia. No van a descubrir tierras, que ya de tiempo atrás son conocidas, ni van a hacer conquistas en el interior. No son los soldados los que suben al buque, sino un grupo de familias, hombres, mujeres y niños, en que sólo figuran 41 hombres adultos. La declaración original que firman antes de embarcarse esos 41 adultos dice textualmente que « han con-

venido y acordado, unidos entre sí, formar un cuerpo político civil, para el mejor orden, preservación y prosegimiento de los fines que los mueven a fundar una primera colonia, y así poner en vigor, promulgar y dictar aquellas leyes justas y equitativas, ordenanzas, reglamentos y establecer la administración que mejor convengan al bienestar de la colonia ». Van, pues, los peregrinos a establecer un gobierno propio y a tener la libertad necesaria para seguir su religión, deseo que ya a muchos había obligado a dejar las islas británicas para establecerse en el continente europeo.

Independizados así, los del « Mayflower » y quienes les siguieron fundaron sus colonias sobre la costa oriental de la América del Norte. Las fundaban a la manera burguesa : en forma de compañías que tenían algo de las sociedades anónimas. Se puntualizaba que no debían internarse a más de cierto número de millas de la costa, porque de otra suerte quedarían expuestos a los ataques de los indios, ni al borde del océano, por temor a los piratas. El *city council* daba las leyes internas. Ellos escogían sus jueces, se gobernaban. Cuando vinieron los gobernadores británicos, quedaron a merced de los colonos que les fijaban el salario. Las colonias fueron robusteciéndose al punto que tuvieron que ir moviendo la frontera, no con el ánimo de avanzar a la conquista del oeste, sino para dar espacio al crecimiento natural de la población. Cuando Washington dirige los ejércitos en una guerra que no era sino el perfeccionamiento de la independencia original, se movió dentro de un territorio que nos parece mínimo a los indoespañoles si lo comparamos con las guerras de Bolívar. A una distancia tan grande del Misisipí, el pequeño teatro de la guerra no cubrió sino una parte de las trece colonias que originalmente formaron la Unión, y que son un detalle de los 50 Estados que forman hoy los Estados Unidos.

La verdadera conquista se inicia con el anuncio del oro en California. Esto ocurre en 1848, es decir, 324 años después de que Verrazano había llegado al punto en donde hoy se levanta Nueva York, 339 años después de la conquista de México y 337 de la conquista del Perú. Así, a mediados del siglo pasado, hace apenas 113 años, se

hizo la conquista de la América en el norte, con revólveres y carretas, a la estampida, como en una maravillosa película del « Far West ». Tan veloz fue esta desbandada hacia el oeste que sólo luego vino a ocurrir el descubrimiento de largos trozos del territorio, como Nevada u Oklahoma.

Tres siglos antes, revestidos con armaduras y cotas de malla, a caballo unos pocos y la mayor parte a pie, defendiéndose de los indios más con los perros que con las espadas y la pólvora, los conquistadores, que parecen salir de un gobelino flamenco, en estilo medieval, exploraron y conquistaron a México y al Perú, exploraron los ríos más grandes del mundo —el Amazonas, el Paraná, el Magdalena, el Pánuco—, fundaron ciudades en las costas del Caribe, sobre el Atlántico en las bocas del Río de la Plata, sobre el Pacífico en Chile, a 3.500 o 4.000 metros de altura sobre los Andes, en una aventura tan fabulosa que les bastaron treinta años para hacerlo todo. En 1519 se hacía la conquista de México y en 1548 se fundaba Santiago de Chile. Naturalmente, esto no puede hacerse llevando la familia como los peregrinos del « Mayflower », ni siquiera una mujer. Los soldados, al final de años de absurdas fatigas por selvas desconocidas, por montañas heladas, por infiernos verdes, a una distancia infinita de su tierra, holgábanse con las indias, que no podían exterminar aún por esta misma razón de la natural relación entre hombre y mujer, que no contuvo a los del norte cuando iban corriendo la frontera exterminando aborígenes. Así fue naciendo esa mancha humana de un nuevo color, que hoy es mucho más extensa y tiene muchos más hijos que los descendientes de las trece colonias del norte.

Las colonias fueron estableciéndose en ciudades al término de la conquista, pero no eran colonias que tuvieran gobierno propio. España nombraba no sólo virreyes que eran la representación del rey, y arzobispos y obispos que eran representantes de la Iglesia española —por el derecho de patronato la Corona elegía a los pastores de la Iglesia en América—, sino que los jueces, los de la corte suprema o Real Audiencia, y los funcionarios menores eran todos nombrados desde España, venidos de la Península no para trabajar como colonos, sino

para gobernar. Después de la guerra de independencia se desembocó en la república sin haber conocido la experiencia de gobernarse a sí mismo, nombrando los colonos sus autoridades o redactando sus leyes. La salida de España, inicialmente, no había sido un acto de independencia, sino de servicio directo a la Corona y a la Iglesia.

La independencia que los del « Mayflower » habían proclamado en 1620, se formuló en la América indoespañola en 1810, dos siglos después. Aunque parezca extraño, los de la América indoespañola han representado el caso único en la historia universal de una masa humana así de grande que permanece trescientos años sin desatar una guerra. Mientras durante ese período Europa se desangró muchas veces, en la América del sur de Río Grande se mezclaban silenciosamente la sangre de los europeos y de los indios.

Al llegar la independencia —un proceso histórico que comenzó antes de la guerra de 1810 y que aún no ha terminado—, los de la América indoespañola tuvieron que hacer todo nuevo, y por eso nos parece a los del sur que lo que en Filadelfia es apenas el progreso natural de algo que ya estaba viviendo en las colonias, en el sur tuvo que ser violentamente revolucionario. Un poco al estilo europeo, que no ha podido pasar de imperios a repúblicas sin que corran ríos de sangre por las calles.

EXPLICADOS ASÍ, en forma muy resumida, los cuatro procesos históricos de las cuatro Américas, es posible entender mejor sus diferencias y sus simpatías. Después de una serie de experiencias, los habitantes de la América indoespañola acabaron por expresarse en español, y con esta lengua les ha quedado un fondo de religión católica, del derecho romano y de las locuras quijotescas. La libre fusión de las sangres provocó en ellos cierta inestabilidad agudizada con la ruptura profundamente revolucionaria de 1810, cuando un espíritu de organización republicana se rebeló contra la tradición de tres siglos de poderosas jerarquías que reducían a los colonos a ser gobernados por un poder remotísimo. Desde entonces, la lengua española adquirió en nuestra América el tono ardiente de un lenguaje combativo.

Los de la América portuguesa terminaron por hablar un portugués que tiene acentos de caricia, deliciosos, casi bailables, que se hacen ardientes y se iluminan con el sol y el carnaval. El tiempo que los otros han dedicado a las armas, lo consagraron al estudio, y habiendo atravesado de una orilla a la otra el Amazonas de la política con inteligentes puentes de pacíficos acuerdos, tienen una carga de buen sentido y serenidad que ha dado al idioma un filológico humorismo.

Los de la América inglesa extendieron su idioma, un inglés vivaz, constructivo, rico como su país, y preciso, sin doble sentido, a una América que se ha ido ensanchando como se agrandan los contornos de una próspera empresa democrática, y donde las complicaciones y dificultades sólo vienen a surgir cuando entran en juego otras razas y otras tradiciones que no son las de los blancos de las trece colonias originales. Es un país de libertad religiosa, con múltiples acentos protestantes y una tradición de trabajadores que les ha permitido destacarse en el mundo con sus fábricas y su Nueva York de rascacielos de vidrio y acero.

Los de la América anglofrancesa terminaron por hablar inglés y francés. Es un mundo donde las dos lenguas no están separadas por ningún canal de la Mancha, y en los templos católicos las imágenes de los santos no se ven decapitadas. El Canadá, grande como casi toda la América indoespañola, tiene menos habitantes que Colombia y el Ecuador unidos. Surgido de un proceso pacífico, el tiempo que los otros han gastado en conquistar por medio de la guerra la propia independencia, lo han empleado en robustecer sus industrias, en derribar pinos para hacer papel, en cazar nutrias para hacer abrigos de piel y convertir sus cascadas en energía eléctrica. Allá la historia se congela en el invierno desde el tiempo de los vikings. Pero cuando se funden las nieves, se ve a los 18 millones de canadienses resurgir, y de ellos, una tercera parte habla un francés viejo, sin malicia.

Para nosotros, estas cuatro Américas son cuatro grandes provincias de un continente que se mueve por senderos diversos en busca de la misma libertad.

H. A. MURENA

El estridor del conformismo

UN VIEJO EDITOR monologaba no hace mucho ante mí respecto a las causas por las cuales puede un libro llegar a venderse en abundancia. Descartaba la calidad de la obra, la ponía de lado con gesto terminante. ¡La calidad! A lo sumo cabe considerar la calidad como un disuasivo, pues ¿quién quiere hoy un libro serio o profundo o difícil? Para dificultades basta la vida, se dice. En cuanto a la presentación, el editor vacilaba: hay casos en que el atractivo externo del libro es fundamental, otros en que la gente se arrebata de las manos verdaderos ejemplos de inmundicia gráfica. Lo mismo en lo que concierne al precio. Etc. ¿Conclusión? Mi interlocutor la expresó meneando la cabeza en señal casi de desesperanza: «Hay que crear una psicosis. Todo lo demás no importa. Un libro se vende cuando se ha provocado una psicosis en torno a él. ¿Me entiende? Una psicosis.»

Una psicosis, esto es, una infección psíquica, una invasión de nuestro albedrío por una fuerza ajena a él, una conducta que no practicaríamos espontáneamente; en suma, el brazo que nos temblequea sin que se lo ordenemos, aferra el aire en lugar de la copa que buscábamos, un comportamiento de enfermos...

¿Entendía yo al editor?

He podido enterarme de que en las villas miseria que rodean a Buenos Aires suelen hallarse en posesión de sus habitantes artefactos eléctricos, tales como heladeras, lavarropas, etc., que estas gentes compran pese a carecer de electricidad y pese a que, por ello, les resultan del

todo inútiles y pasan a servir como juguetes para los niños. He sido también testigo de las psicosis a favor de las camisas de nylon, a favor de las píldoras de vitaminas, a favor de las ollas a presión y, luego, de las psicosis contra las camisas de nylon, contra las vitaminas, contra las ollas a presión... Sé que la organización *Son et lumière*, en su afán de «valorizar los sitios históricos» (como si éstos no valiesen esencialmente por sí), ha logrado que el turista desdeñe jubiloso la visión directa de los grandes monumentos históricos que antes lo extasiaba, y los prefiera disfrazados por una interpretación sonora y luminosa que, en el mejor de los casos, los oculta, para configurar así lo *Kitsch* en la materia de turismo... No ignoro tampoco que llamar tabaco a lo que millones de personas fuman en Argentina y otras comarcas constituye el resultado de una psicosis, desde que el análisis reveló que dicho producto se halla compuesto por diversas yerbas, estiércol, agregados químicos, pero muy poco de lo que se llama tabaco. Y para continuar con esa hoja y sus fantasmas, en Estados Unidos se ha pasado de la psicosis del cáncer del fumador —nunca comprobado fehacientemente— a la psicosis del filtro de *micronite* (?), cuya capacidad de protección resulta tan cuestionable como la realidad del cáncer contra el que debería proteger. Pero ¿acaso el brillo sobrenatural con que cada noche resplandecen sobre la tierra nuestras ciudades no se debe al obsesivo reclamo de millones de intentos luminosos de crear psicosis diversas en las criaturas que las

habitamos? Y, por otro lado, el ideal al que tendían las reflexiones del editor había sido ya puesto a la vista con escandalosa crudeza mediante las experiencias de inducción subliminal, proceso para *smudging the subconscious* con el que se logra que la clientela enfocada termine —sin advertirlo en absoluto y al cabo de una sola e inocente sesión cinematográfica— prefiriendo aquello (candidato político, idea, producto de consumo) que íntimamente teme o detesta. La verdad es que las artes para engendrar una psicosis en el prójimo no sólo tienen carácter « oficial » y reclutan los talentos más codiciosos, sino que constituyen como conjunto una de las fuerzas decisivas en la dinámica y la estática de la sociedad: su capacidad para lograr que la gran mayoría no compre, no piense, no lea, no vea, no elija, no sienta tal como lo haría espontáneamente (y tampoco como podrían quererlo quienes manejan esas artes, sino como lo determina una avasalladora corriente « abstracta », « estadística », ajena a todos) es tan acabada que la sociología ha llegado a la conclusión de que nos hemos convertido en « *other-directed persons* ». ¿Se conoce lenguaje más pudibundo que el de la sociología? ¡*Other-directed!* ¿Qué significa eso sino autómatas, para hablar claro, hombres alienados de sí mismos a causa de innumerables psicosis?

Propaganda. ¿De dónde viene? Este arte con el que el capitalismo occidental ha procurado y procura enloquecer sistemáticamente a una clientela ecuménica ¿salió entero y con armadura, como Palas Atenea, de la cabeza de los mercaderes que lo aplican con tan sórdida eficacia? No. Y lo singular resulta que tal arte tiene el más puro origen *religioso*. ¡En el cartel que anuncia la bebida « X-Cola » debemos ver simplemente la versión profana de la voz del profeta que anuncia una « buena nueva » sacra! Pues la propaganda nació como corolario de una iluminación religiosa superior, que en ciertas criaturas engendraba la necesidad de modificar el alma del prójimo mediante la comunicación espiritualmente compulsiva de una revelación divina. Toda alta religión —toda religión, en algún grado— trae al mundo esta radical novedad que consiste en que

una minoría de hombres se siente de improviso autorizada, obligada incluso, a influir y alterar la psiquis de las mayorías para abrirles de tal suerte las puertas de una vida « regenerada ». Pero si bien profetas, hechiceros, gurus, sacerdotes, etc. —pese a estar persuadidos de que su credo es el « único y verdadero »— se limitan en general a aplicar el aparato de la *propagatio fidei* a aquellos que acuden espontáneamente a ellos o reservan su compulsividad para los miembros de la comunidad ciudadana o nacional, contentándose con desdenar como fuera de la ley a quienes no pertenecen a la tribu —aunque sin intentar convertirlos a la revelación « ortodoxa »—, con el cristianismo, con el ejemplo de Saulo de Tarso y sus viajes y epístolas, la predicación cobra un giro distinto. Para el cristianismo *todos* los hombres deben ser convertidos a su credo y la existencia de aquellos que no forman parte de su Iglesia se les aparece como una dolorosa mancha que es preciso lavar: el cristianismo está agitado por un ansia de conversión total e inaugura así la propaganda totalitaria. Naturalmente, hay en este ecumenismo un tremendo impulso amoroso, frente al cual la tolerancia de las demás religiones podría apreciarse como indiferencia por el prójimo o hasta como el repulsivo egoísmo de quienes quieren gozar a solas de un tesoro que ellos han descubierto, pero que es de todos. Sin embargo, de la ferocidad que fue capaz de asumir dicho impulso cuando palideció en él lo amoroso pueden asimismo dar pruebas incontables y abrumadoras todas las comunidades del mundo que se vieron sometidas a su catequesis, desde los diezmos y explotados indígenas americanos hasta los vasallos moscovitas de la Orden Teutónica, pasando por las multitudes de « herejes » de toda laya asesinados en masa y por los infinitos clientes de los tribunales de la Santa Inquisición, minuciosamente torturados y ejecutados en forma individual. Este insólito furor propagativo —desconocido en Oriente y Occidente antes del Cristianismo—, tras de recorrer abismos de crueldad y horror, culminó en las guerras de religión que terminaron por suscitar, hacia los siglos xvii y xviii, en una conciencia europea saturada y sublevada por más

de un milenio y medio de excesos, la reacción contraria que significó la primera utilización generalizada de la propaganda para fines abiertamente no religiosos. Tal fue el fenómeno que se conoce bajo el nombre de Enciclopedismo. La propaganda enciclopedista —Locke, Bayle, Diderot, Holbach, Turgot, Voltaire, Rousseau, etc.— esgrime el esclarecimiento y la ironía para desacralizar culturalmente una sociedad crispada por el fanatismo religioso, aunque la vena intolerante que delata su origen no deja de aparecer: «*L'église, voilà l'ennemi ! Ecrasez l'infâme !*» Por sus propios medios y ayudado eventualmente *vi et armis* por ejércitos de inspiración napoleónica que actuaron en casi todo el Occidente, el Enciclopedismo cumplió su misión de transformar la estructura social y otorgar el dominio a la ascendente burguesía. Fue a esta clase a la que le cupo el papel de aprovechar la nueva ilustración de las masas y de dar a la propaganda su ulterior y prosaico avatar de promotora de las ventas de un comercio que crecía en forma fabulosa. ¿Y luego? ¿Concluyeron en la liturgia de la venta a plazos las transformaciones de la propaganda?

Hacia el quinto decenio del siglo xx —en circunstancias en que la aparición de Estados nacionales adorados declaradamente como un Baal absoluto habían hecho manifiesto, para quienes no quisiesen taparse los ojos o los oídos, que la desacralización se había ejecutado hasta el punto de que nos hallábamos ya en una era postcristiana—, una de las grandes potencias contendientes en la arena mundial hizo uso de un arma, llamada bomba atómica, que le confirió a la sazón una primacía de apariencia incontestable. Y esta derrota potencial que Estados Unidos, como líder del bloque de mercaderes liberales de Occidente, infligió a su fugaz aliada la U.R.S.S., como líder del bloque de Estados discípulos del heresiarca Karl Marx, obró de tal suerte que hizo que la propaganda, después de haber servido a la religión, a la cultura y al comercio, pasara a ser esgrimida en un cuarto reino. Este cuarto reino es el de la política, en el cual se habían hecho hasta entonces usos limitados a los campos nacionales o regionales, es cierto que con creciente intensidad —tal como

se observaba en la Alemania y la Italia nacionalsocialistas—, pero jamás en el estilo total, sistemático y mundial en que comenzó a emplearla el bloque comunista. Pues a la luz mortal de los estallidos atómicos el comunismo «recordó» el carácter compulsivamente ecuménico con que su profeta había concebido el credo y, en forma simultánea —al igual que el naciente cristianismo ante un poder romano que en el orden material resulta invencible—, trasladó la contienda al plano psíquico de la propaganda, para inaugurar así la «guerra fría» en cuyos primeros rounds el bloque capitalista occidental —evidentemente desconcertado, perplejo, ante unos golpes inmateriales que le hacían perder más vigor que el que podía haber ganado con su reciente victoria física— fue llevado adonde no quería ni le convenía y sufrió muchas derrotas. Pero en seguida, tras de haber aprendido muy cerca del suelo el *know how*, se lanzó, no sin cierta torpeza, a la guerra de la propaganda a la que había sido convocado.

Así «Occidente» llama cada día a mi puerta para recordarme la bondad de sus ideales. Pero ¿por qué digo que llama? Se desliza, se filtra, atraviesa las paredes bajo forma de periódico, radio televisión, libro... ¿Cuáles son esos ideales? Esos ideales son algo concreto que me alimenta hora tras hora y me corregirá. Es ante todo la libertad del ser humano, esa libertad sin la cual ningún hombre puede hallar la vida digna de ser vivida. Libertad para amar, pensar, trabajar, reverenciar, moverse, expresarse, etc. En sus arranques de franqueza agrega: hasta una libertad para morir de hambre. Se apresura a aclararme que, aunque pueda parecer cruel, esa libertad para morir de hambre es tan imprescindible para preservar los derechos humanos como el reverso de una medalla para que exista el anverso. Pues de lo contrario habría que regimentar la economía y esto, nadie lo ignora, significa la regimentación total, la colmena, la esclavización, la inhumanidad. Por otro lado —prosigue afanoso «Occidente»—, para luchar contra las imperfecciones se me asegura el derecho a la crítica, a la libertad de opinión, que puedo ejercer indirectamente, mediante aquellos a quienes elija para re-

presentarme en el parlamento, o en forma directa, a través de los escritos que pueda publicar y también con la simple palabra hablada. «Occidente» quiere que siempre esté abierto ante mí el camino para que realice todas mis potencialidades. Y cuando pregunto por qué insiste en elogiar las virtudes de una situación que, por lo visto es tan buena que no necesita «réclame», reacciona con la generosa irritación de los bien nacidos y me pregunta, a su vez, en qué mundo vivo. No me da tiempo a responderle. ¿No sé que estamos amenazados? ¿Ignoro que el enemigo se halla ante nuestra misma puerta, que acaso ya ha entrado, de algún modo? Y ese enemigo es un monstruo que busca avasallarnos, agreda. Quiere destruir la sociedad, la familia. Nos arrancará a nuestros hijos. Aniquilará nuestra forma de vida cristiana. Llegado a este punto, «Occidente» me toma por el brazo y comienza a sacudirme. ¿Me hago cargo de la situación? Debo correr a la puerta, debo salir a defenderlo. Su voz es patética ahora: debo luchar por «Occidente» porque hacerlo es la única forma de luchar por mí, de salvarme...

POR SUPUESTO, como aun el corazón más desilusionado conserva cierta zona sensible, uno, al oír hablar de cosas tales como hijos, familia, etc., termina por acudir a la puerta que le indican, monta guardia. Y es notorio que el soldado que no duerme en la guardia, reflexiona: sobre la causa por la que lucha, por ejemplo.

En principio, respecto a la libertad para morir de hambre que Occidente asegura, no me quedan dudas de que es ejercitada con amplitud y hasta virtuosismo. La negra mancha de la miseria y el hambre crónica cubre a 1.700 de los 2.500 millones de seres vivos, dos tercios de la humanidad: O.N.U. *dixit*. Practican esa libertad, 1.700 millones de criaturas humanas, bajo la opresión y la indiferencia de las grandes potencias industrializadas que integran ese Occidente, que hace de tal suerte gala al sentido latino de su nombre. El 16% de la población mundial usufructúa el 70% de la renta universal, y que el 84% se las arregle con el 30% de renta que queda. ¿Será por esto por lo que ese 16% que son los países privilegiados in-

siste en no regimentar la economía? Pues el tránsito de una economía precapitalista a una economía industrial capitalista y el mantenimiento del nivel de vida que ésta asegura, exigen —nadie lo ignora— grandes sacrificios a los pueblos que los cumplen, salvo que el peso del esfuerzo se haga recaer sobre otros pueblos. Pero esto tiene un calificativo bien claro: explotación, palabra gruesa, si se quiere, aunque uno no encuentra otra para describir lo que han hecho ingleses, holandeses, alemanes, franceses, etc., en Asia, Africa y Oceanía, e ingleses, norteamericanos, etc., en América Latina. Occidente, sin embargo, declara ante mí que esa desigualdad económica es el precio que hay que pagar para no verse privado de libertad, política y humana en general. Bien. Durante unos instantes el soldado raso de Occidente se tranquiliza, abandona la indignación. No la abandona, en verdad, pero se dice que, para poder luchar contra la desigualdad y el hambre, es preciso primero ser libre. Y se luchará, afirma, aunque sea poco a poco. Se lo promete. Entonces se adormila. Hasta que de pronto un nombre se le cruza por la cabeza y lo despeja totalmente. ¿Qué nombre es ese? ¡Nada menos que el del generalísimo Francisco Franco! Nombre terrible que abre una brecha por la que irrumpen en sucesión interminable los de sus variados colegas: Pérez Jiménez, Chang Kai Chek, Perón, Rojas Pinilla, Magloire, Salazar, Somoza, Syngman Rhee, Stroessner, Batista... Basta, ¡por favor! Todos ellos tiranos, liberticidas, amparados por Occidente. ¿En qué quedamos? Mejor dicho: ¿dónde está la libertad? Respuesta de Occidente: la libertad está en el respeto de la autodeterminación de los pueblos y en que ustedes han llevado al poder a sus propios tiranos, ustedes los han elegido o, por lo menos, los han confirmado casi siempre con los votos en las urnas. Las urnas. Y los votos. Aquí la cuestión parecería tomar un giro nuevo, el de la libertad de elegir gobernantes. Pero a quien haya sido testigo de la práctica endémica del fraude electoral (o preelectoral) en América Latina, a quien haya llegado incluso a leer las declaraciones del senador norteamericano Estes Kefauver (presidente del Special Committee to Investigate

Organized Crime) de que en 1940 un agente electoral de Kansas City consagró senador a Harry S. Truman mediante 130.000 votos de los cuales 60.000 eran de electores muertos, o a quien sencillamente reflexione sobre los costos millonarios de una campaña electoral o sobre la circunstancia de que en U.S.A. el ciudadano sólo puede elegir entre dos grandes partidos que son... prácticamente iguales, a ése las promesas y beneficios de la representatividad democrática no le sonarán como música de las esferas. La libertad política... Yo (el soldado) no puedo olvidar lo que dijo un ministro de Colonias británico *circa* 1830, cuando las repúblicas latinoamericanas terminaban de conquistar su independencia: « América Latina está libre... para nosotros. » Y tuvo razón. En caso de que desechase los recuerdos me toparía con un presente peor: en 1959, al proyecto casi unánime de América Latina de reducir sus gastos en armamentos sin sentido en la era nuclear, U.S.A. respondió que tenía armamentos por valor de 60 millones de dólares para arrendarle. Sobrantes, antiguallas, que U.S.A. y otras grandes potencias de Occidente colocan aprovechando mezquinas rivalidades provincianas y bajo la sobrentendida amenaza de suspender la ayuda o las compras de materia prima. Ello cuando se calcula que con lo que invierte en fuerzas armadas Latinoamérica podría solucionar la mayoría de sus problemas: Brasil, *e. g.*, sólo con lo que gastó en su portaaviones hubiera podido alimentar a dos millones de niños hasta el año 2000, o construir 6.500 kilómetros de carreteras, en un país en que la gente suele morir de hambre por falta de transporte para los alimentos. Ello, además, cuando a nadie se le oculta que las castas militares constituyen el nido en que se cría la estirpe de los dictadores. Es obvio que Occidente se esfuerza en asegurarle a América Latina el destino que para ella previó el perspicaz Alexis de Tocqueville: « Cuando llego a considerarlo [al continente latinoamericano] —dice— en ese estado alternativo de miserias y de crímenes, me veo tentado a creer que para él el despotismo sería un beneficio. » Tal cual. Empero, Occidente insiste en que busca « el mayor bien para

la mayoría ». Mas ¿cómo creerle ante la formación de un mercado común europeo con el que potencias aproximadamente ex coloniales buscan remediar en parte la pérdida de colonias encerrándose en un avaro caparazón económico con el que sumen en la angustia a sus habituales proveedores vasallos intraoccidentales? ¿Cómo creerle cuando U.S.A. invierte regularmente cientos de millones de dólares para asegurar el mantenimiento de la cotización internacional de su moneda —artificialmente elevada, se afirma, desde 1930, pero que le permite comprar en el exterior a precios devaluados—, con lo que demuestra que no están dispuestos a sacrificar ni un ápice de su propio nivel de vida, aun a costa de perpetuar a sus « subdesarrollados » colegas occidentales en un subdesarrollo que ninguno de sus voceados planes de desarrollo podría mitigar? ¿Cómo creerles cuando fue necesario que surgiera el absceso premonitorio de una Cuba que de « dulce » se había convertido en « amarga », para que U.S.A. (a fin de proteger sus espaldas) y las clases dominantes filo-occidentales latinoamericanas (a fin de conservar el poder) se lanzasen a formular medrosos y apresurados planes de mejoramiento de una situación social que siempre había saltado a la vista por el horror de su inhumanidad? Claro está, se me susurra a esta altura, que aun en el caso de que lo que antecede fuere así, siempre le queda a usted la preciosa libertad de opinión, siempre le queda la posibilidad de decir lo que antecede, lo cual —se sabe— no es poco... Puedo decirlo, en efecto, pero ¿ante quién? ¿Ante los amigos que reúna en mi casa, bastante estrecha, por lo demás? ¿Ante el público de una revista literaria, cuya amplitud numérica suele ser —comparativamente— parecida a la de mi casa? Se trata de una libertad ilusoria, puesto que no conduce a nada, de un juego, puesto que no modificará la realidad, tal como lo haría esa libertad verdadera de la que es sustituta. Nadie va a la trincheira por un juguete, concluye el soldado. ¿Y el periodismo?, pregunta Occidente en tono confiado. Vasto público y no hay censuras. ¿Eh? ¿Qué dice del periodismo? ¿Qué digo? Cedo la palabra a Harold Laski, quien se basa en lo declarado por lord

Northcliffe, ciertamente no un agitador social: «Como todo el mundo sabe, la prensa ha llegado a ser un departamento de los grandes negocios y está deliberadamente organizada... sobre la base del provecho. El periódico de hoy debe vivir de los avisos y no puede asegurarse avisos socavando el sistema de cuyas habitualidades dependen los avisadores.» Ergo: prohibido «socavar el sistema» desde el periodismo. Escriba, pues, su libro sobre el «sistema», me insta Occidente: nadie se interpondrá entre usted y su público. Sin embargo, dice Robert Brustein, en *Partisan Review*: «En la sociedad norteamericana hemos perfeccionado una notable forma de censura: otorgar a cada cual el derecho político de decir lo que piensa, pero al mismo tiempo hundir su botecito con literalmente miles de millones de periódicos, revistas de masas, *best-sellers*, emisiones radiales y pronunciamientos públicos que ocultan esa opinión e imponen la forma oficial de encarar las cosas... En la actualidad no hay forma alguna en que las opiniones no oficiales o no populares alcancen un público sustancial.» *Genug*. Tras esta última cita, el soldado siente que el arma que le habían dado se le escapa de entre las manos y la deja caer. Occidente se pone nervioso, me grita con cólera: ¿Y la familia? Pienso que defender una familia que cuenta entre sus miembros al generalísimo Franco sería proceder como esas madres que exterminarían a la humanidad entera para salvar a su hijo asesino. Y de tal suerte prefiero perder la familia, prefiero la orfandad. Doy unos pasos para alejarme de ese mundo de fetiches. Ya en la tierra de nadie, me siento en el suelo. Occidente me mira y en sus ojos leo una sola palabra: traidor.

EN TALES CIRCUNSTANCIAS, no tarda en llegar a oídos del soldado, desde el campo opuesto, otra voz, una música, en efecto: se trata de «La Internacional», pero a veces suena como «La Marsellesa», otras como un coro litúrgico, y llega al extremo de parecerse a Mozart, «La ci darem la mano»... El comunismo considera que el soldado cuenta ya con una iluminación suficiente respecto a la índole del mundo capitalista como para poder

atender a sus ideales. Se presenta como salvador, como redentor. Me dice que, puesto que he entendido que la libertad capitalista es sólo una falacia jurídica destinada a hacer posible la explotación y que la explotación abarca desde el trabajo hasta el pensar, advertiré que, para terminar con él, es preciso oponerle una lucha total. Esa lucha total es el marxismo, afirma el «marxismo». De tal suerte, mi primer deber consiste en renunciar a las ilusorias libertades burguesas, tales como lo son la clase social, los caprichos ideológicos, las vanidades subjetivas, etc. Y dado que tales libertades se han revelado como inexistentes, no tendré reparos en abandonarlas, ¿verdad? Inexistentes, son empero fundamentales, puesto que constituyen los fetiches con que el capitalismo me mantiene adormecido en la ilusión. Al abandonarlas asumiré mi situación real, me incorporaré al proletariado, o sea a la mayoría de los componentes de la sociedad, a los que el capitalismo ha *reificado*, no les ha permitido ser personas, al convertirlos en la *cosa* a la que se le arroja un salario de acuerdo con la cantidad que produce. Pero, dotado ahora de conciencia de su situación, este proletariado es revolucionario. Y se adueña del poder, para ejercer una transitoria dictadura. Tal dictadura tiene por fin liquidar las clases sociales y las acumulaciones económicas capitalistas, para racionalizar la producción sobre las bases de una asociación libre e igual, que es el único fundamento de la verdadera democracia (y el capitalismo se niega con causa a la planificación de la economía, pues ello significa el ocaso de su inicio privilegiado). En tales circunstancias, la *Lebensnot*, el desamparo radical al que la criatura se halla sometida en el orbe capitalista —puesto que, por elevado y seguro que sea su salario, está crucificado a la angustia económica, debido a que es un servidor sometido a los caprichos de un amo— desaparecerá: «A cada uno le será dado, no de acuerdo con su capacidad, sino de acuerdo con su necesidad.» Aquí el «marxismo» hace un alto, mira al soldado, le da unos golpecitos de estímulo en la mejilla, aunque éste ya sonrío. Luego le pregunta si ha advertido la importancia suprema de lo que termina de

oír. Pero no le da tiempo a responder. Prosigue. Este cambio de actitud respecto al trabajo, que deja de ser compulsivo, constituye «el comienzo de la verdadera libertad» y el advenimiento, por primera vez en la historia, de «una sociedad humana». En la sociedad capitalista cada cual produce para sí y los demás son vistos con la hostilidad con que se columbra siempre al competidor. En la sociedad comunista no sólo cada cual produce para todos, con lo que se liquida la competencia y aparece la hermandad, sino que gracias a ello se concreta el *Gemeinwesen*, el *ser comunal*, que es tanto el individuo en esa sociedad como la sociedad que configuran tales individuos y que indica que, superada la alienación capitalista, desaparece la milenaria y ficticia oposición entre individuo y sociedad. Pero esta palingenesia de las criaturas es el horizonte en el que comenzarán su ascenso los astros más luminosos, hasta ahora ocultos: 1.º) *la paz mundial*, pues «en la medida en que se desvanece el antagonismo de clases dentro de la nación, la hostilidad de las naciones entre sí concluirá»; 2.º) *la desaparición del Estado*, porque si bien «el poder político es simplemente el poder organizado de una clase para oprimir a otra», «cuando toda la producción haya sido concentrada en las manos de la nación, el poder público perderá su carácter político»; 3.º) *la plenitud del hombre*, pues al desembarazarse de la sociedad alienada, la criatura podrá ser enteramente racional, libre y total, en cuanto al trabajar, al amar, al pensar, al expresarse, etc., y llegará a ser lo que nunca ha sido: específicamente humana. El «marxismo» concluye así su exposición. Dice al soldado que no vacile, que lo siga: ese paraíso no es una utopía, pero su edificación depende de los hombres.

El soldado mira hacia ese Oriente —cada vez más cercano— en el que el sol comienza a nacer como si confirmase las palabras del «marxismo». Se pone de pie. Está conmovido, ¿por qué negarlo? No es sólo el hecho de que, en conjunto, lo que acaba de oír le parezca razonable. No. Es que le resulta sobre todo atractivo, noble. ¿Cómo no lo ha visto antes? Aprisionado por un modo de vida dentro del cual había nacido y respecto al cual lo mantenían

aún en la ilusión, ¿cómo podía verlo? Era preciso que conociese la mentira radical del capitalismo para descubrir, por ejemplo, que las versiones que éste le daba del marxismo constituían una monstruosa deformación. Pero ahora ve la verdad. Será difícil hacerla encarnar, pero representa una salida, la única, al parecer.

Hay algo, empero, que en principio me produce cierto resquemor: que el «marxismo» se presente como salvador. Este calificativo puede hacer erizar los cabellos de cualquier latinoamericano: hemos sido salvados primero por los españoles, quienes solían esmerarse tanto con los indios que los mandaban directamente al otro mundo, luego fuimos salvados por los misioneros del comercio norteamericano y europeo en general, quienes, en su ramo, nos salvaron en la medida de lo posible; que Rusia aspire también a ese título no la torna tranquilizadora. Pero no quiero prejuzgar y avanzo. La proximidad, sumada a la creciente luz solar (que en definitiva no es capitalista ni marxista), me permite observar en el panorama detalles que en la pintura del «marxismo» no aparecían. Se trata, e.g., de la condición de las masas en los países en los cuales el proletariado conquistó el poder (Rusia, Hungría, China, Cuba), de la persistencia del hambre (bien que ahora sistematizada, controlada), de la opresión policíaca, de la exigencia de sumisión absoluta a que se las somete. No parece que la revolución que estos proletarios cumplieron haya servido para terminar con la alienación que padecían bajo el capitalismo. El «marxismo» responde por la boca de su catequista Henri Lefebvre: «La alienación, al tornarse consciente es rechazada al campo de lo aparential y superada.» Caramba: lo «aparential» del hambre... Resulta francamente extraño, kantiano, para decirlo con una sola palabra. ¿Cuál sería *das Ding an Sich* del hambre? No creo que la pregunta le agradase demasiado a un hambriento. Y ni siquiera Marx estaría de acuerdo con Lefebvre: para él la conciencia de la alienación torna a ésta «más oprimente». Continuemos, sin embargo. Ya avanzada la mañana, me topo con la racionalización de la economía y el trabajo. Ante todo, llama la atención el hecho de que Hitler,

al invadir a Rusia, decidiera mantener los koljoses en los territorios que ocupaba. ¿Era Hitler un comunista encubierto? La duda salta. Pero en seguida es superada: Hitler no aprueba con su gesto una realización marxista, sino la perfección del mecanismo montado para explotar al campesino. Y los campos de trabajo forzado, la esclavización de nacionalidades íntegras, más que una «racionalización de la producción», parecen nuevas ilustraciones de la leyenda que figura a la entrada de los *lager nazis*: *Arbeit Macht Frei*, la cual —como se sabe— ocultaba el hecho de que esa liberación mediante el trabajo consistía en la muerte. Por lo demás, el stajanovismo trae la sospecha de que el salario no se paga «según la necesidad», sino según el rendimiento, igual que en el más desvergonzado de los capitalismo. El «marxismo» me detiene aquí y me señala con mala cara que tales anomalías eran necesarias para «construir la patria de la revolución cercada por el capitalismo». El soldado comprueba que «la patria de la revolución» ha sido construida, en efecto, al cabo de cuarenta años. Pero se pregunta asimismo qué dirían Marx y Engels —que señalaban como un cáncer de la sociedad la acumulación industrialista de capital— ante la monstruosa acumulación de capital efectuada por el «marxismo». Porque tan fulminante ha sido esta acumulación que en cuatro decenios el «marxismo» ha llegado a lo mismo que le costó siglos al capitalismo, ha llegado —*horresco referens*— a lo que Lenin describió como «última o superior etapa del capitalismo»: el imperialismo económico. Pues Europa Oriental, ciertas zonas de Asia, Africa y América, donde la U.R.S.S. se ha instalado o pugna por instalarse, ¿qué son sino índice de que el capitalismo «comunista», alcanzada la etapa epilgal del superdesarrollo, necesita de otros campos de inversión y mercados a los cuales difundirse? El «marxismo» me hace notar que, aun en el caso de que lo que digo fuese cierto, las utilidades son repartidas en forma por completo diversa, con un sentido estrictamente social. Pero yo no puedo menos que descubrir que ese reparto se cumple con manifiesta ventaja para el grupo de jerarcas que componen la

burocracia gobernante, el cual, en el momento de la apropiación, bien puede ser parangonado al grupo capitalista de Occidente. El «marxismo» me informa que hace ya mucho que la disolvente insistencia en el igualitarismo ha sido denunciada en su raíz desviacionista pequeñoburguesa. Pienso que la diferencia se deberá tal vez a la mayor simpatía que Lenin sentía por la *intelligentzia*, a la que le acordaba preeminente «espontaneidad revolucionaria». Aunque la espontaneidad revolucionaria de esos cuadros no brilló durante la época de Stalin, cuando el más suave chistar bastaba para hacerles aplaudir actos que el propio «marxismo» considera ahora como antirrevolucionarios. Pero ¿y hoy? ¿Quién asegura que lo que hoy acontece es la revolución? Porque también hoy la «espontaneidad es el enemigo mortal» (Kruschef). Y ante pareja advertencia ¿qué puede hacer la «élite» con su espontaneidad si no guardársela en el más recóndito de los bolsillos interiores? Es mediodía. El soldado se detiene y advierte que suda. Pero se trata de un sudor curiosamente frío. Continúa. Pregunta —no sin alguna timidez— por el prometido paso «de la necesidad a la libertad», por «el control obrero»... Y se encuentra con que el cumplimiento de tales objetivos, reclamado con fines subversivos por traidores revisionistas de Yugoslavia, Hungría, Polonia, ha debido ser lamentablemente postergado. ¿Y el «tránsito insensible al socialismo»? Bien. La verdad es que el tránsito no ha resultado tan insensible, si se juzga por las dimensiones de policías y ejércitos —y por los efectos de éstos—. Y si bien el socialismo no se alcanzó, muchos han conseguido llegar al más allá. Por lo demás, el método entre todos recomendable para países que deben cumplir el tránsito ha sido el de dejarse absorber por la U.R.S.S., lo cual —por ser ésta la madre de la revolución— les presta un matiz de dulce retorno al seno materno. Pero ¿qué hay de la desaparición del Estado? Oh, responde el «comunismo», conocemos bien esa línea de ataque, es típicamente anarquista; «cada vez que se plantea el problema del Estado, se lo desvía hacia el de su desaparición» (*Voprossy filosofii*, Moscú, 1960). Por otro lado, «el tiempo de la utopía, de los pro-

yectos insensatos respecto al porvenir, ha pasado: fue reemplazado por otro de una mayor responsabilidad» (*Pravda*, 1960). Esa mayor responsabilidad corresponde « al Partido, que es el único que puede dar las orientaciones políticas correctas. El Partido ve más lejos que nadie» (*Kommounist*, 1959). Pero ¿no habíamos quedado en que el poder político es el poder organizado con que una clase explota a otra? ¿Constituye entonces el Partido la nueva clase explotadora? Considere, dice aquí el soldado al « comunismo » que no le estoy formulando interrogantes desde el punto de vista agresivo y burgués de una « moral » y una « verdad » situadas fuera de la historia y de la política, sino problemas que dan por descontada la necesidad de la revolución y que se plantean justamente en nombre de ésta y del marxismo. El « comunismo » responde: el Partido es proletario y, por lo tanto, libertador; sin embargo, un buen revolucionario debe tener la fortaleza y la fe para esperar el glorioso futuro en que el enemigo capitalista haya sido derrotado y pueda implantarse el comunismo total. Al atardecer el soldado —de la guerra « contra todos los dioses que oprimen al hombre » (Marx)— tiene oportunidad de contemplar recuerdos de la campaña soviética contra el pueblo húngaro sublevado y de estremecerse ante la formidable coraza que protege a las repúblicas « comunistas », pero este eventual culto a Marte —que no deja de ser uno de los dioses peores del hombre— no le sorprende demasiado, e incluso se siente inclinado a justificarlo, puesto que sabe que es cierto que, de faltar tal protección, el capitalismo acabaría sin vacilaciones con lo que lo pone en riesgo (*vide* Bahía de los Cochinos, Cuba). Pero de improviso un estruendo terrible conmueve la tierra, el aire se incendia con luz cegadora. ¿Qué ocurre? Cuando el soldado se levanta, aún aturdido, el « comunismo », con sonriente superioridad, le explica que « la patria de la Revolución » acaba de hacer estallar una bomba de 75 megatones. ¿Han sido agredidos? No. ¿Entonces? ¿Es ese el temple más adecuado para la sociedad que, liquidadas clases sociales, se prepara para inaugurar la paz mundial? En todo caso trae el recuerdo de los reyes asirios, de Gengis Kan, de

Tamerlán. Lleno de pesadumbre, el soldado busca levantarse el ánimo mediante la contemplación de ese proyecto de hombre libre y pleno que *debe existir* en los países en que, al acabar con las clases, se ha superado la alienación. ¿Y qué ve? Ve por doquier millones de criaturas acaso ya no reificadas por el salario, pero sí petrificadas por el terror, endurecidas incluso por el *rigor mortis*. El soldado, desde su perspectiva, no tarda en advertir que la vida cotidiana de tales criaturas se desarrolla en un curioso laberinto cuyos caminos están bautizados con nombres tales como trotskismo, subjetivismo, titoísmo, conciliacionismo, bujarinismo, anarquismo, escisionismo, objetivismo, bonapartismo, revisionismo, stalinismo, burocratismo, pesimismo, kautskismo, liberalismo, teoricismo, liquidacionismo, antipartidismo, belicismo, dogmatismo, pacificacionismo, igualitarismo, anticampesinismo, albanismo... Se comprende que resultaría divertido andar allí, donde basta un paso para hallarse sin saber cómo en otras calles, algunas nuevecitas y otras viejísimas aunque todavía transitables; resultaría gracioso, la libertad verdadera, puesto que todas ellas conducen pronto al exterior, si no fuese porque en el exterior aguarda... el paredón de los fusilamientos. En tales circunstancias, ¿quién se atreve a moverse, a respirar, quién se siente tan osado para atreverse a declarar siquiera que es... marxista? Pero tal vez estas estatuas piensen con libertad, se dice el soldado en la noche oscura. ¿Qué tiene que ver el pensar con el movimiento? Acaso en estos cadáveres lata el germen del futuro *Gemeinwesen*. Aguza el oído. Y oye: « La conciencia de clase del proletariado se halla intencionalmente dirigida hacia la verdad, incluso cuando comete errores » (Lukacs). La verdad es el error y el error es la verdad: curiosa gnoseología. Lo cual explica, sin embargo, que « la conciencia de clase del proletariado » haya podido aplaudir al Padre Stalin y a su grupo cuando liquidaban a millones de inocentes, entre los que se contaba la flor del país, que aplauda ahora a Kruschef cuando liquida al grupo stalinista y aplauda mañana a... Se tiene la impresión de que « la conciencia de clase del proletariado » es un disco al que —quienes manejan el apa-

rato— rayaron en la parte del aplauso. Aunque, para no ser injustos, notemos que también puede condenar al *Padre* como a un vulgar *hijo*... al que hay que reprender dándole una tumba ¡proletaria! Ocurre, dice el « marxismo » (Adam Schaff, profesor de filosofía de la Universidad de Varsovia), que la « responsabilidad personal del individuo por sus actos, comprendidos los políticos, y la cuestión del sentido de la vida, son problemas que no figuran, por desgracia, en el desarrollo tradicional de la ética marxista ». Es realmente una desgracia, porque la ética marxista, colocada « más allá del bien y del mal », se parece en exceso a la ética nietzscheana, ¿no? Bien. Pero ¿qué acontece con la ciencia, que se divorció de la ética?, pregunta el soldado, asomándose. Y cuando observa el destino de la física relativista, condenada primero por sus demoníacos orígenes en el empiriocriticismo (denunciado por Lenin!), rehabilitada luego por las censuras que Einstein formuló contra las armas nucleares en circunstancias en que « la madre de la Revolución » no las tenía, y acaso hoy al borde de ser anatematizada nuevamente, puesto que ahora la U.R.S.S. posee tales armas, al soldado le basta para comprender que la ciencia, en cambio, ha vuelto a ser casada con esa ética de la que se había separado por encontrarla demasiado tiránica. Tras esto el filósofo « desalienado » o petrificado aún repite: « La cobardía del intelectual burgués es lo que le hace temer la libertad que ante él abre el marxismo. » (Lukacs). Pero una fuente más ortodoxa —el *Diccionario Filosófico Soviético*— confiesa: « Los intelectuales nunca han sido una clase particular porque no tienen posición independiente en el sistema de producción social. En calidad de capa social los intelectuales son incapaces de tener una política independiente. » Lo cual significa: 1) los intelectuales no existen políticamente; 2) quien no existe políticamente, no existe; y 3) quien no existe no puede tener libertad. El general Millán Astray, como buen español, era más sintético y rugía: « Muera la inteligencia ». El « marxismo » toma al soldado (del intelecto) por el brazo, lo sacude un poquito, le dice: Veá, amigo, usted debe comprometerse. No puede continuar así, su indecisión favorece al impe-

rialismo. La única forma de superar el nihilismo en que usted se debate, la única salida, consiste en comprometerse con la causa del proletariado. Pero ¿cómo comprometerme? —se pregunta el soldado—; ¿acaso el mismo Sartre, el abogado del compromiso, no ha terminado por descubrir que « *le marxisme tend à éliminer le questionneur de son investigation et à faire du questionné l'objet d'un savoir absolu* », que es una sutil forma de decir que el marxismo se ha convertido en un nuevo idealismo, tan reaccionario y solipsista como el clásico, que sólo se interesa por su abstracto movimiento dialéctico y no ya por el sufriente hombre concreto? ¿Cómo comprometerse otra vez con la reacción? Aquí el soldado no puede menos que recordar con melancolía que ya el 18 de octubre de 1827 el anciano Goethe, después de haber oído a Hegel celebrar las virtudes de la dialéctica, opinó: « Lo malo es que de estas artes espirituales se abusa a menudo empleándolas en hacer lo falso verdadero y lo verdadero falso. » Goethe tenía imaginación. Sartre ha necesitado del asesinato y la esclavización de millones de criaturas para comprender *cette faille, en dépit de lui-même*, del « marxismo ». « El período actual es sombrío —dice el « marxismo » a Czeslaw Milosz—; pero considerado desde el punto de vista del año 2950, parecerá tan corto como lo son hoy para nosotros los años sangrientos de la Revolución francesa; y el número de víctimas (doscientos o trescientos millones quizá) no suscitará más emoción que la que provocan los aristócratas franceses. » Pero eso es una utopía, exclama el soldado. ¿Es entonces una utopía el opio con que el proletariado soporta al « marxismo »? Lo que Marx temía como el mayor de los peligros eran las utopías. Por lo demás, ¿puede la Revolución llegar al poder y continuar siendo la revolución? ¿Termina la revolución consigo misma para seguir siendo ella misma? ¿La historia no muestra que inevitablemente toda revolución triunfante se petrifica como poder? El marxismo es la excepción, dice el « marxismo ». ¿Excepción? Me suena, comenta el soldado. Y en seguida recuerda y dice: Otra vez Dios encarnado en hombre, ¿verdad? Hay que creer, ¿no? La respuesta no se oye. Sin

embargo, a esta altura yo (el soldado) veo ya que el « marxismo » es una salida tal que se corre el riesgo de salir por ella tan perfectamente que nadie nos vuelva a encontrar. El « marxismo » es hoy la tumba de la revolución. El « marxismo » es un fetiche del marxismo. De tal suerte, igual que Ivan Karamazof, devuelvo mi boleto de entrada a ese paraíso. Me dirijo de nuevo hacia la tierra de nadie. Pero antes noto la mirada que el « marxismo » me dirige y hay en ella una condena a muerte.

DESDE LA TIERRA de nadie ideal en que se halla aquel que en lo íntimo no ha sido poseído por ninguna de las dos vociferantes ideologías que saturan el aire mundial se advierte, pues, que ambas son propaganda. Y la propaganda — hoy constituye un deber decirlo en forma abierta — es esencialmente negativa. Porque la propaganda consiste en la explotación maligna — ejecútesela en forma consciente o inconsciente — de la apertura del hombre hacia el mundo, de esa capacidad de amor que es la posibilidad de comunicación. Es maligna a causa de que se opone a la comunicación, y, en esa medida, resulta contraria a la Revolución, a toda revolución. La Revolución — que bajo nombres diversos agita e impulsa al hombre, desde el alba histórica, hacia complejidades cada vez más altas — quiere liberar al hombre de los mitos que lo oprimen, para que sea con toda plenitud. La Revolución quiere que el hombre se vea algún día devuelto por entero a sí mismo, mientras que la propaganda busca adueñarse de la criatura. La propaganda se propone alterar al hombre, alienarlo de sí. Afirma que es con el fin de promover la Revolución o de defender la libertad, pero su cumplimiento consiste en paralizar al hombre, en poseerlo y esclavizarlo. Es cierto que la propaganda arrastra en su flujo fragmentos de comunicación, pero en verdad para cumplirse debe oponerse a la comunicación, debe bloquearla, dado que su fin es imponer una única y fija imagen de la realidad. El afán de la propaganda por inculcar una imagen única y fija — aunque pueda variar en los distintos momentos, según necesidades distintas — delata, paradójicamente, que la realidad ofrece una pluralidad de

imágenes variables: la propaganda es letal porque quiere sustituir ese alimento que representa la comunicación infinitamente mutable de la vida por un arquetipo mecánico, petrificado. En tal sentido la educación es un tipo de propaganda en el que, bajo el aspecto de información, predomina la comunicación libre, aunque la verdadera educación es la que empuja cada cual hacia sí, y deja de serlo en la medida en que tiende a domesticar al hombre para que se adecúe a un universo rígidamente preestablecido. Lo más grave, empero, en cuanto a la propaganda es el corolario de la conciencia de su propia ilegitimidad: la violencia. La propaganda sabe que presentar una imagen fija como única es un fraude y un crimen contra el fluir infinito de la vida. Y lo sabe porque ese saber es justamente su origen: el conocimiento de una pluralidad de imágenes es lo que obliga a insistir en una. Pero tal saber la marca desde el comienzo con una culpa por ese crimen y un miedo a ser derrotada por cualquier otra imagen, que la inducen a la violencia, violencia sobre el prójimo a quien se dirige. Tras la violencia subyace, por lo demás, un juicio de superioridad respecto al prójimo, la presunción no sólo de que se logrará imponerle la imagen, sino incluso de que aquél la necesita y lo ignora, en suma, la convicción de que el prójimo es inferior a quien le asesta la propaganda. La violenta soberbia que presupone la propaganda es un tumor que la religión que la usó por primera vez, el Cristianismo, no consiguió extirpar jamás de sí: por el contrario, a lo largo de los siglos ese tumor hizo una monstruosa metástasis en persecuciones, guerras y crímenes tan adversos al mensaje religioso que buscaba comunicar que ha terminado por conducir a las puertas de una era que se llama postcristiana. Pues aquel que es arrancado de sí por la violencia de la propaganda nunca llegará al fondo de sí — por lo menos en el orden en que la propaganda lo ha persuadido —, aunque se trate de la especial propaganda religiosa que afirma que intenta conducir al hombre a su interioridad: ése llegará a una falsa interioridad que le han introyectado en el nivel de la voluntad racional. El Cristianismo admite que su propaganda tiene por objeto lle-

var al hombre a un Dios preexistente en el hombre, pero más le hubiera valido dejar que cada criatura lo deseubriese por sí, antes que introyectarle una imagen externa de Dios, de suerte tal que el hombre acaba por suponer que en esa «profundidad» exterior está el fondo, y se habitúa a hallarlo allí, con lo que la falsa profundidad queda a merced de los más superficiales embates. La propaganda, en realidad, persigue y obtiene en sus clientes un *conformismo*, pero no una *creencia*. La creencia surge de lo interno, mientras que la propaganda, procedente del exterior, se limita a doblegar o enervar las voluntades que se le oponen a fin de que se le *conformen*. Ahora bien, ¿cuál es el conformismo que con el estridor más totalitario que haya conocido la tierra buscan en el hombre contemporáneo esos dos movimientos de propaganda conocidos como capitalismo y marxismo? El capitalismo y el marxismo se proponen por igual obtener de mí un conformismo respecto a la violencia. El capitalismo, respecto a esa violencia, por lo general silenciosa y encubierta, con la que una clase dirigente comparativamente exigua mantiene en la alienación y la frustración social (antaño en un sentido económico puro; hoy —retirándose a veces en forma aparente y astuta de lo económico— en un más pérfido sentido psicológico) a millones de criaturas; el marxismo, primero respecto a esa violencia que preconiza abiertamente porque, según Marx, es «la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva» y, segundo, respecto a esa violencia con que, una vez en el poder, reifica y aliena a sus súbditos en un sentido total. La violencia de la propaganda, pues, es ejercida por el capitalismo y el marxismo para provocar en mí un conformismo respecto a los sistemas de violencia con que cada uno de ellos aspira a enseñorearse de los hombres. Pero cuando la propaganda se dirige a un hombre de letras y le exige que se comprometa con la imagen fija que ella postula, su presión alcanza un máximo: *el compromiso significa que yo haga por mi parte violencia para propagar la violencia de una propaganda que encubre un sistema de violencias.*

Por otro lado, estas dos Medusas nu-

tridas por la tecnología y la voluntad de poder mantienen entre sí una relación a la vez ambigua y fatal. Piénsese, por ejemplo, en lo que acontece en uno de sus actuales campos de pugna, Latinoamérica, donde cada movimiento de avance del comunismo provoca una autoafirmación y un fortalecimiento de las oligarquías capitalistas, y viceversa. En efecto, basta con que los comunistas organicen un acto o disturbio callejero, o se adueñen gracias a la habilidad de alguno de sus dirigentes de una central obrera o una universidad, o consigan que un matiz de su propaganda se mezcle en una declaración de política exterior, para que los mojigatos representantes del más sórdido clericalismo logren apoyo para ganar las subsiguientes elecciones universitarias, para que la usura internacional aumente aterrorizada las tasas de interés a que presta sus capitales o para que el abigarrado parasitismo militar empiece a bramar sobre la defensa de la democracia. Y basta con que el capitalismo anuncie una inversión en cualquier país, u obtenga que un gobierno se declare adverso al comunismo, o suprima medianamente la mano de sus personeros *natives* en el poder algún órgano de administración o expresión comunista, para que el comunismo tenga el éxito de desatar una feliz campaña de desprestigio contra el capitalismo, o consiga el apoyo de un obtuso nacionalismo que clama por la soberanía, o incluso se adueñe de algunos escaños en el parlamento, respaldado por la avivada hostilidad estudiantil y obrera. Esta relación es ambigua porque cada uno de los contendores a la vez debilita y fortalece a su adversario. Es fatal porque ambas Medusas se hipnotizan, se petrifican recíprocamente, se obligan —en un ritmo ciego y mecánico— a reiterar siempre la misma imagen de sí. Y quiero señalarlo: tal relación en la que el avance de uno de los protagonistas provoca el avance ulterior del otro, en una obediencia al primero que se traduce en una afirmación de sí, la cual es a la vez un debilitamiento, puede ser vista en verdad como un trance erótico, como un gigantesco acto sexual. Y en este *coitus furens*, naturalmente, no hay lugar para el razonamiento, con lo que resulta obvio que el intelectual que decide com-

prometerse opta al cabo por anularse, por renunciar a su condición, para incorporarse —vencido por el erotismo de la situación— al rugido en que no es, en lugar de mantenerse en el no-compromiso que le permita atender al parto y los primeros pasos del hijo que se está engendrando, a fin de cumplir con el más hondo y previo compromiso que tiene con todo el género humano de hacer que tal hijo entreabra de algún modo las puertas de la ciudad justa. Puesto que si se acepta que esta guerra fría es realmente un *coitus furens*, o sea un contacto en que no puede haber ni vencedor ni vencido, se desprende la conclusión de que ambos representan formas esclerosadas de dos ideologías del siglo XIX, ineptas ya para afrontar la problemática contemporánea) y se plantea la pregunta por sobre todo importante: ¿los rasgos de cuál de los contendores predominarán en el nuevo vástago?

La vida es movimiento. Es historia, que debe continuar fluyendo: su ser reside en ese paso con que al deshacerse se hace y marcha hacia su autoliberación. La participación plena en ese movimiento de la vida es la esencia eterna de lo religioso, que no debe ser confundido con las pasajeras religiones, que eventualmente se lo adueñan, lo codifican, lo representan de verdad durante unos instantes ideales y quedan luego vacías y anquilosadas como señales de que una vez lo religioso pasó por ellas. «Quien quisiere salvar su vida la perderá», declara el paradójico y grave *logion* con que el Cristianismo ha expresado un principio común a todas las religiones. Por ello, quien retiene va en contra de la vida, en contra de lo religioso. Quien retiene lo hace porque se halla poseído por el miedo a perder. Pero teme perder porque no comprende: supone que la vida puede ser poseída e ignora así que, como la vida es movimiento, todo lo que se «posee» es muerte, es inexistencia. En realidad, quien tiene miedo a perder lo tiene porque ya ha perdido, a causa de que no entiende qué es lo que pretende poseer. Pretender salvar la vida es señal de que se la ha perdido. En esta medida, el capitalismo va contra la vida, es antirreligioso. Pues el capitalismo ejerce su violencia para asegurarse la posesión en el reino de

lo creado. Su norma es la retención de bienes materiales y de tal suerte bloquea la vida y acumula muerte. El mismo espíritu de competencia en la retención que aconseja a sus súbditos es la ciega codicia de la muerte que sostiene una sociedad en la que todo —inclusive el prójimo y uno mismo— constituye mercancía adquirible —retenible—, o sea algo cadaverizado. En su momento inicial —fijado por convención en 1789—, al nacer históricamente como burguesía, el capitalismo constituyó un movimiento religioso, pues vino a romper una estructura en la que la retención se hallaba en manos de unos pocos y por arbitrarias razones de herencia. Pero la solución que propuso, basada en la retención según la capacidad de adueñamiento, no sólo ha venido a concentrar los bienes otra vez en manos de unos pocos —aunque sean comparativamente más que en el régimen anterior—, sino que ha perpetuado una sociedad cuya ética, regida por una escala de la cual se vale según la cotización como mercancía de lo que se retiene, es una ética de muerte. Y, en efecto, la altura histórica ha conducido a una situación extrema en la que lisa y llanamente «sólo los preparativos de guerra pueden asegurar el pleno empleo en el régimen capitalista» (R.C.O. Matthews, *Post-Keiynesian Economics*, New Brunswick). Frente al capitalismo, el marxismo es —en un sentido ideal— un movimiento religioso, porque, al venir a luchar contra la retención de bienes materiales, trabaja a favor del movimiento de la vida. Tal es la causa que permite afirmar que en la nueva sociedad que surja de la «guerra fría» predominarán los rasgos marxistas (según se preanuncia ya en el impacto que el marxismo está causando en el capitalismo contemporáneo). Sin embargo, hay en el marxismo otra característica que permite también afirmar que no podrá ser el vencedor. Pues si bien es religioso en la medida en que propugna la no retención de bienes, ejerce violencia para impedir la posesión. Y a fin de ejercer violencia el marxismo retiene poder, o sea que va contra la vida, es antirreligioso en grado más intenso que el propio capitalismo. Pero este grado configura un caso límite. Porque si una religión, nacida de la intuición religiosa del movimien-

to de la vida, procura poner término a las violencias —en todo plano, nunca sólo en el social— que paralizan ese movimiento, el marxismo constituye la inversión perfecta según la cual se pretende implantar la vida mediante la violencia. Y si ha sido comparado al cristianismo, justamente porque parecen tender a la misma liberación de la vida, hay que declarar que el marxismo no sólo es el cristianismo con signo invertido, sino que señala el fin de éste. El cristianismo lo ha preanunciado: «Pues se levantarán falsos mesías y falsos profetas y obrarán señales y portentos. Y entonces vendrá el fin.» Lo que este *logion* dice es que al final se repite siempre lo que estaba en el principio, aunque con signo inverso. «Mesías» y «profetas», pues el cristianismo comenzó con ellos: y mesiánico y profético es el marxismo, porque en él alienta hoy la mayor religiosidad de nuestro tiempo. Pero «falso», dado que pone su intuición de lo religioso al servicio de lo antirreligioso. Pues si el cristianismo aconseja la no retención porque la posesión es muerte, el marxismo aconseja la no retención para que todos puedan poseer. El marxismo reduce el movimiento de la vida al movimiento de los bienes, y, como éstos son regulables, supone que pueda regular la vida. Su compleja antirreligiosidad consiste en pretender regular el religioso movimiento libre de la vida, para que sea libre. Tales profetas, por lo demás, «obrarán señales y portentos»: el portento que obra el marxismo consiste en ese milagro al revés de fascinar con una negación de vida a los millones de corazones humanos ávidos de la religiosidad de la vida que ven en él una esperanza. «Y entonces vendrá el fin.» El fin, no de los tiempos, sino el del cristianismo, del ciclo cristiano. Porque el marxismo es todo lo que hoy queda de cristianismo, es la forma en que el verdadero cristianismo perece, con estertores y convulsiones que se asemejan a las de su nacimiento, pero que significan precisamente lo contrario. Las Iglesias cristianas son fósiles por los que una vez pasó lo religioso, pero hoy no guardan ya relación con el cristianismo vivo: tal es la razón por la cual el capitalismo se alía con ellas, porque, como él, son fósiles. A esta luz se descubre entonces

como cosa del todo coherente, y en modo alguno una coincidencia, el hecho de que haya sido el marxismo precisamente quien al cabo de dos mil años tomase la propaganda y comenzara a librar con ella una guerra que por su carácter espiritual se asemeja —aunque se cumpla por distinto reino— a aquella con que se inició el cristianismo. Si el marxismo es lo que hoy queda más vivo del cristianismo, constituye en verdad un catolicismo *revenant* que retorna para consumar un suicidio *in extremis* al ultimar en el capitalismo el degenerado retoño económico de una herejía protestante que fue un corolario de la violencia inicial del cristianismo e inauguró el ocaso de la vigencia espiritual del símbolo cristiano. La vociferación de la propaganda del marxismo «católico», que suscita el contraestruido de la propaganda del capitalismo «protestante», es la transformación final de aquella voz con que Saulo de Tarso se creyó autorizado a imponer compulsivamente en los corazones una «buena nueva» y que hoy, cumplido su ciclo, paga el precio de su violencia intrínseca al verse obligada a mostrar esa violencia en la horrible desnudez del rugido imprescindible para imponer otra «nueva» de la que se tiene conciencia que es «mala».

ENTRETANTO la Revolución verdadera se halla hoy estancada. La Revolución es siempre lo religioso por excelencia, puesto que busca para el movimiento de la vida ese máximo de libertad que haga posible la plenitud del hombre. Por ello la Revolución destroza al cabo toda forma de vida que, ensayada, se revela como contraria al libre fluir de la vida. Pero nunca el muro a romper que la Revolución halla ante sí ha sido tan gigantesco como hoy. Los dos fetiches trabados en lucha agónica ocupan el mundo entero y casi la totalidad de los corazones. Quien pretenda luchar hoy por la Revolución sabe que el lugar que le corresponde es tan estrecho que resulta como el filo de una navaja. Es la tierra de nadie en la que el soldado, calificado por ambos bandos de derrotista y traidor, está condenado a muerte. Pero por cierto que, si su oído es bueno, el soldado terminará por escuchar una voz que le templará

el ánimo para que sobrelleve esa situación sin duda superior a sus fuerzas y capacidades. Es voz que llega desde una lejanía de milenios, que, como prueba de su validez, ha atravesado sin ayuda de Iglesias ni Estados, ni sectas ni partidos. Más aún: ha atravesado los milenios justamente porque no se comprometió con Iglesias ni Estados, ni sectas ni partidos. Y tal voz, que llega desde antes que la de Saulo de Tarso, es la de Sócrates, quien habla en una plaza en la que se le condena a muerte. Porque Sócrates encarna el espíritu de la Revolución; y forma parte del destino de la Revolución hallarse siempre condenada a muerte por el conformismo. En un proceso que no dejará de repetirse mientras haya vida humana con ansias de vivir, Sócrates es acusado de corromper a la juventud, de negar a los dioses tribales y de pretender introducir nuevas divinidades. Sócrates alega que «descuidando lo que la mayoría cuida —el dinero, el hogar, el ser estratega o caudillo y las conjuraciones o sediciones ciudadanas—, traté de convencer a cada uno de vosotros de que se preocupara de sí mismo antes que de sus intereses, a fin de llegar a ser más bueno y más sabio». ¿Más bueno y más sabio?, pregunta el capitalismo alarmado. ¿Cómo puede ser bueno quien se desprecupa de sus intereses? ¡A ese ya no lo podremos mantener encadenado al sistema reificante! Y libre, ¿en qué peligro, en qué elemento de subversión no se convertirá? Ya lo ven: se desentiende del hogar: ¡empieza por destruir el hogar, la familia! Es suficiente para nosotros. Por otro lado, su argumentación de que, porque se lo ordenaba «el Dios, su demonio interior», se ha resistido siempre a todo compromiso político, a toda actividad o cargo público, resulta intolerable para el marxismo. ¿De qué sirve que alguien no cese de examinar a las gentes «exhortándolas a mejorar su alma», si no llega a comprometerse en defensa del proletariado? No queremos filósofos que piensen inútilmente, pues, para empezar, la palabra «alma» no nos dice nada: queremos gente dispuesta a cambiar la sociedad. Este, en el mejor de los casos, es un parásito. Pero también es algo más grave: un aliado de la explotación capitalista, dado que impulsa a los jóve-

nes a imitarlo y desentenderse de toda función social. Para no hablar de su aspecto clericalista: ya sabemos que ese «Dios» que invoca es el opio de los pueblos. ¿«Dios»? salta aquí el cristianismo. ¿«Un dios interior»? No hay más Dios que el Único y Verdadero, que es el que nosotros reverenciamos. Este hombre no es ni siquiera un hereje: es un ateo. El sumo sacerdote se rasga las vestiduras y clama: blasfemó. ¿Qué necesidad tenemos de testigo? Reo es de muerte. Claro que si Sócrates —le musitan los jueces— se arrepintiera, si se declarase defensor del hogar y la libre empresa y Occidente, o decidiese dejar de filosofar para comprometerse con la razón del Partido y del proletariado internacional o se arrodillase y gritara que a pesar de todo es un adherente a la fe cristiana, si se negara a sí mismo y se entregase a cualquiera de las facciones del conformismo —que no dejan de respetar ciertos compromisos—, entonces se le absolvería. Pero he aquí que Sócrates sonríe y responde: «Mis queridos atenieses, os quiero y os amo, pero obedeceré al Dios antes que a vosotros y en tanto tenga aliento no cesaré de filosofar y de amonestar y aconsejar a vosotros y a cualquiera de vosotros a quien tenga ocasión de hablar... Me absolváis o no, no haré otra cosa aun cuando me exponga a morir mil veces.» Y en la víspera de la muerte lo aguarda aún otra tentación, la del simple apego a la existencia —que se emboza bajo el pretexto de preservarse porque es valioso—, la cual, por boca de Critón, le suplica que huya y se libre de su destino. Pero Sócrates lo vence con su razón y le dice: «Basta, pues, Critón, y vamos por el camino por donde el Dios nos lleva.» Sócrates muere porque sabe que permanecer vivo a ese precio es también entregarse al conformismo, es quitar a sus palabras el tremendo aguijón revolucionario que las distingue, es en realidad nulificarlas, convertirlas en silencio. Y cuando muere, el silencio que su muerte produce es el ámbito en que sus palabras se tornan absolutas, imbatibles, vivas para siempre.

Tal es lo que dice la voz de Sócrates, con las palabras y con el silencio. Tal es lo que quienes quieran la Revolución de la vida deben procurar oír.



JOSÉ M. DE BASALDUA

Dos poemas

QUÉ POCA cosa el hombre

y es todo cuanto cuenta

*qué montón de huesos o palabras,
de nervios o de clavos, de dedos
o de alambres o de alas...*

*qué cosa poca, qué cosa triste,
qué quisicosa el hombre*

*qué asco el hombre tan hombre
y tan humano y magnífico*

y eso es todo.

*que nada más el hombre,
que nada solo —a brazo partido—
que nada más allá
dentro y fuera...*

*

*La palabra
y el pan de cada día
en paz*

*la palabra como un pájaro libre volando
y el pan en la mano*

*El pan y la palabra,
creedme,
en nuestras manos está, estará
otro día, otra vez...*

*la palabra libre
y el pan de todos los días y
para siempre en paz.*

NICOLE DETHOOR Y THOMAS SCHREIBER

¿ A dónde van las democracias populares ?

COMO ES SABIDO, la Unión Soviética ha roto sus relaciones diplomáticas con Albania. He aquí a lo que hemos llegado unos meses después del XXII Congreso de Moscú : se pone en duda espectacularmente la unidad del campo socialista. Los acontecimientos se precipitan : cinco años después del octubre polaco y de la sublevación húngara, las democracias populares afrontan un drama nuevo. ¿En qué condiciones?

Desde fines de la segunda guerra mundial, la evolución de este mundo se realizó en diversas etapas. La liberación de Europa oriental ha sido obra del Este, fue traída por el ejército soviético, que se entregaba a los peores excesos sobre estos territorios, excesos motivados por la falta de disciplina de las tropas más bien que por la mala voluntad de los jefes.

Pero —y esto nos parece lo más importante— la guerra ha acarreado profundos trastornos en la estructura social y económica de los países de Europa oriental. Las masas obreras y campesinas, e incluso una parte importante de la « inteligentzia », sentían la necesidad, cada vez más fuerte, de una modificación radical de las condiciones sociales y económicas, capaz de dar mayores posibilidades para la mejora del nivel de vida de las clases más desfavorecidas. Esta evolución de la opinión pública —como lo advierte el profesor Marczewski en su importante obra *Planification et croissance économique des démocraties populaires*— « no estaba inspirada general-

mente por la doctrina comunista, cuya influencia es, además, difícil de apreciar con exactitud, pues los partidos comunistas estaban prohibidos antes de la guerra —salvo en Checoslovaquia— y parecían ser escasos y poco eficaces. »

Durante los primeros años de la postguerra (1945-1948), años del período llamado de « reconstrucción », se realizaron importantes cambios de estructura en los países del Este : reforma agraria, nacionalizaciones, democratización de la enseñanza y otras medidas en cuya elaboración jugaron un papel de primerísimo plan todos los partidos de izquierdas (organizadores de la resistencia antifascista).

Un nacionalismo nuevo

Pero si la Unión Soviética ha favorecido más o menos directamente la instalación de los gobiernos de coalición con participación comunista, se aseguró —desde el principio— la dirección efectiva de la policía, del ejército y de los negocios extranjeros ; los comunistas —en su mayor parte antiguos moscovitas— se introdujeron en los puestos decisivos.

El embargo comunista sobre el aparato estatal se efectuó progresivamente, teniendo en cuenta la situación inicial en los países interesados. Naturalmente, las modificaciones territoriales y demográficas consecutivas a la segunda guerra mundial y el grado de la industrialización (notemos al pasar que, con excepción de Checoslovaquia,

los países de Europa oriental eran esencialmente países agrícolas con un problema grave de superpoblación en los campos), han tenido un papel importante en la elaboración de las reformas iniciales de estructura.

En conjunto hay que notar que, durante los primeros planes económicos, en la mayor parte de los países del Este se han registrado progresos importantes del nivel de vida.

A partir de la reunión —en septiembre de 1947, en Szklarska Poreba, Polonia— que congregó a los delegados de los nueve partidos comunistas y decidió « las próximas etapas de la construcción del socialismo en los países del Este », se ha acelerado la liquidación de la oposición democrática. Aproximadamente un año más tarde, es decir, después de la « escisión » yugoeslava, en todos estos países que son dirigidos por Rakosi, Ulbricht u otros stalinianos formados en Moscú, el partido comunista era el dueño del poder.

El mismo año empezaron los procesos contra los comunistas calificados de nacionalistas. Al propio tiempo que se efectúa la eliminación de L. Patrascanu, de Laszlo Rajk, de Rudolf Slansky y de... Janos Kardar (detenido en 1951 y condenado a la detención perpetua) empieza la « reorganización » de la planificación económica, subordinada por completo a los intereses soviéticos. La explotación de los países de democracia popular ha revestido proporciones considerables : así, por ejemplo, el precio de las remesas de carbón polaco a la U.R.S.S. fue fijado, después de 1950, en 1,25 dólares por tonelada, es decir, menos de una décima parte del precio mundial en aquellos días.

Por razones fácilmente comprensibles, la superindustrialización —acompañada en el plan cultural de una rusificación forzosa— no ha dejado de provocar el descontento de las masas populares.

Entretanto, a consecuencia de las transformaciones de la sociedad (emigración en masa de los campesinos hacia las ciudades, envío a las universidades de jóvenes obreros y campesinos, deportación de los burgueses al campo, democratización del aparato del Estado, etc.), un nacionalismo de tipo nuevo nació en Europa oriental hacia

1952, a finales del reinado de Stalin. Muy diferente del fanatismo tradicional de estos países, este nacionalismo era, sobre todo, una reacción natural contra el stalinismo, y su contenido ha sido democrático y auténticamente progresista. Entre los nacionalistas de « tipo nuevo » se encontraban en primera línea los miembros de la « generación joven », compuesta en su mayor parte de hijos de campesinos y de obreros, que habían hecho sus estudios en la universidad y que debían todo a un régimen que les había dado los medios de elevarse socialmente.

En Polonia y en Hungría sobre todo, estaban inscritos en gran número en el partido (ya antes de 1956), formaban parte de los cuadros medios e incluso de una parte importante de los cuadros superiores, y deseaban la « destalinización ». Animados por el XX Congreso han venido a ser, en cierto modo, la fuerza motriz de los países del Este. Durante los acontecimientos de Polonia y de Hungría « encuadraban » masas descontentas y se encontraban al frente de los manifestantes. Pero estos acontecimientos han demostrado claramente que si en todos los países del Este, en especial en Polonia y en Hungría, existe una aspiración real y viva a la verdadera libertad, el contenido progresista del levantamiento (por ejemplo la aparición espontánea de los consejos obreros) prueba que las fuerzas activas de la insurrección no tenían el intento de liquidar las conquistas reales del socialismo, y que el levantamiento húngaro, a pesar de los manejos de ciertos elementos auténticamente contrarrevolucionarios, animados por toda la reacción internacional, no tenía como objetivo una restauración del pasado, a todas luces inimaginable. *La transformación de las estructuras económicas y sociales es irreversible, tanto en Hungría como en los otros países del Este.*

Desde la « normalización » de la situación en los países de democracia popular —sancionada por la declaración de los partidos comunistas y obreros en noviembre de 1957—, cada régimen ha procedido, con la bendición de Moscú, a una revisión más o menos importante de su planificación económica. Al mismo tiempo, se ha podido comprobar que la presión directa o indirecta ejercida sobre diversas capas de la

población se ha aflojado un poco, siempre según los países : en Rumania, en Bulgaria, en Checoslovaquia, en Alemania del Este... o en Albania, la « liberalización » no ha seguido jamás el « ritmo » polaco o húngaro.

Los matices regionales

A partir de 1958, se hizo evidente que los países de democracia popular no formaban un bloque homogéneo, muy al contrario.

Desde el XXII Congreso del partido comunista soviético, las divergencias, que recuerdan en ocasiones las que aparecieron en el seno del Commonwealth británico a consecuencia de la desaparición del imperio centralizado, se manifiestan con más vigor todavía. Europa oriental, compuesta de pueblos cuya historia nacional se remonta a veces a más de mil años, colonizada, es decir, ocupada, aterrorizada y explotada bajo el reino de Stalin y de sus acólitos « locales », disfruta actualmente de cierta autonomía, autonomía cuyos límites es difícil, sino imposible, determinar, puesto que se trata de países independientes jurídicamente.

Sin embargo, el examen de la situación interior del « bloque » revela que el nivel de esta independencia varía a veces sensiblemente de un país a otro. Así, Polonia y Hungría son dos democracias populares « liberales », en las que el partido comunista en el poder ya no es el mismo que el de antes de 1956 ; las víctimas del stalinismo están en los puestos de mando, lo que no significa, evidentemente, la desaparición total de los « sectarios y dogmáticos », cuya presencia —tanto en el aparato del partido como en el del Estado— conoce todo el mundo. Es cierto, la situación de Gomulka es más fácil que la de Kadar, que se ha instalado en el poder gracias al ejército soviético. Pero la gran fuerza del primer secretario del partido comunista húngaro y de sus amigos consiste en el hecho de que el pueblo húngaro, aun despreciando al régimen (y sobre este punto, todos los informes obtenidos son concordantes), se adapta a la situación y no sueña con una sublevación nueva. Por otro lado, las lecciones de los acontecimientos de 1956 han sido úti-

les, y la mejora de la situación económica y del clima general es un hecho indiscutible. En último análisis, el levantamiento no ha sido inútil : sin él los stalinianos estarían todavía en el poder, como en Rumania, en Bulgaria o en otras partes.

La actividad del partido comunista polaco y húngaro difiere sensiblemente de la de los otros países del Este, y en primer lugar de la del partido comunista checoslovaco, el más estable y quizás el más ortodoxo del « bloque ». Checoslovaquia, que se titula República Socialista y no República Popular, está dirigida todavía por un equipo que conserva más o menos las « costumbres stalinianas » y se niega a abordar la vía de una liberalización política, aún tímida... pero peligrosa. Es cierto, los éxitos obtenidos en el plan económico (el nivel de vida allí es relativamente alto a causa del grado de industrialización, que empezó antes de 1945), y el temor al militarismo alemán, añadidos a los sentimientos rusófilos de una parte de la población, han facilitado el trabajo de los dirigentes, por lo menos hasta ahora.

Bulgaria y Rumania forman otro « tipo » de democracia popular. Durante largos años, Bulgaria dio la impresión de ser uno de los países que infundían menos preocupaciones al Kremlin. Los remolinos de la « destalinización » no han sido muy fuertes, pero el esfuerzo de los dirigentes de Sofía, con miras a transformar en algunos años solamente el país en un Estado comunista, se ha saldado con un fracaso, cuyo resultado ha sido, sobre todo, una crisis agrícola y una depuración en el interior del partido. Pero las personas depuradas al principio del año 1961 no pertenecían a los medios dirigentes del país, que son los mismos que hace cinco o diez años.

En Rumania, donde el nivel de vida insuficiente está « compensado » por un régimen policíaco particularmente severo y donde el número de prisioneros políticos excede, con mucho, al de los otros países, el « desatornillamiento » de Stalin ante el XXII congreso puede tener repercusiones importantes. Además, la existencia en Transilvania de una minoría húngara fuerte, que envidiaba la mejor situación reservada a los húngaros de la « madre patria », plantea problemas particulares ; paradóji-

camente, es más fácil ahora para un húngaro el ir a Austria que a Transilvania, que se encuentra separada de Hungría por un verdadero telón de acero.

En la República Democrática Alemana, el régimen de Ulbricht ha conservado todos los aspectos de un régimen staliniano, aunque para el editorialista de *Neues Deutschland* del 12 de noviembre pasado « el culto de la personalidad no haya existido jamás en este país ». Es verdad que la velocidad a que desaparecen los retratos de Ulbricht y las estatuas de Stalin, o son desbautizadas las avenidas que llevan sus nombres, bate todos los « records ».

En cuanto a Albania, todavía miembro oficialmente de la « gran familia de los países socialistas », su pertenencia a las organizaciones económicas y militares es aleatoria desde la ruptura de las relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. Sus representantes no asistieron a la reunión del « Comecon » que empezó en Varsovia en diciembre de 1961.

La nueva generación

Falta saber como reaccionarán estos países de democracia popular de tipos diferentes ante los acontecimientos del histórico XXII Congreso del P.C. soviético, en los próximos meses. Probablemente, dada la diversidad de estos países, las repercusiones presentarán formas diferentes. La posición de Gomulka y sobre todo la de Kadar se encuentran reforzadas considerablemente, y para este último, la liberación de los últimos prisioneros políticos todavía encarcelados —el profesor Bibó y otros hombres de izquierda— sería la prueba de que desea verdaderamente terminar con los abusos y con los métodos stalinianos.

Naturalmente, la « destalinización pacífica » propugnada por Moscú al día siguiente del XXII Congreso, es un asunto delicado, excepto para Polonia y Hungría, donde los dirigentes (y los militantes) no disimulan su satisfacción. Además, en Hungría, la mano de obra especializada y las herramientas necesarias para derribar la estatua monumental de Stalin pueden ser utilizadas en tareas más constructivas, pues la estatua ya no existe desde el 23 de octubre de 1956.

Muy diferente es la situación en los países de democracia popular insuficientemente destalinizados, donde la dirección del partido, muy tibia ante el aspecto del XXII Congreso, considera su situación incierta.

Por otro lado es interesante advertir que los países más reacios a la destalinización —Checoslovaquia aparte, que posee una amplia tradición de oportunismo político, puesto que ha sido fiel sucesivamente a la monarquía dualista, a la alianza occidental, y finalmente a la disciplina soviética— son los de Europa balcánica : Albania, Bulgaria y Rumania. Encontramos aquí datos de geografía política indudablemente muy importantes : estas sociedades, en las que el predominio agrario es tan tradicional como la amistad rusa, y que actualmente es aplastante todavía, tendrán sin duda más dificultades para adaptarse al curso nuevo de las cosas que la Polonia de Gomulka o la Hungría de Kadar. El ejemplo albanés es típico en este aspecto.

Pero, como en Unión Soviética, una generación nueva de comunistas se forma actualmente en los países del Este. Esta generación ha sido formada por los regímenes, pero no está contaminada por el stalinismo, como la mayor parte de aquellos que lo denuestan con más estrépito. Es posible, y hasta probable, que con esta generación nueva, que ocupará el poder más o menos tarde en Europa oriental, los socialistas de todo el mundo encuentren un lenguaje común.

La cooperación económica

En el dominio de la cooperación económica, el año 1961 ha señalado el principio de la realización de los planes a largo plazo (llamados planes perspectivas) coordinados por el Consejo de Asistencia Económica Mutua (llamado « Comecon »). El punto de partida para la elaboración de los planes a largo plazo en los otros países socialistas ha sido la preparación del plan soviético de veinte años. Algunos de los planes de estos países —sobre todo los de Hungría y de Checoslovaquia— ya se conocen en sus líneas generales, y los de los otros países miembros del Consejo serán conocidos pronto.

Un trabajo de coordinación importante

incumbe actualmente al Consejo de Asistencia Económica Mutua. Creado en 1949, agrupando a la U.R.S.S., a los países de democracia popular en Europa, y, como observadores, a los países socialistas de Asia, el Consejo se había limitado, durante los cuatro primeros años de su existencia, a ampliar los cambios comerciales entre los Estados miembros del mismo. Fue solamente en el curso de su reunión de 1954 cuando se empezó a prever cierta división del trabajo y una cooperación científica y técnica. En 1956, durante la VII sesión, que se celebró en Berlín, los esfuerzos del Consejo se orientaron hacia la especialización de la producción y la supresión gradual de las actividades paralelas. En mayo de 1958, los representantes de los partidos de los países adherentes se reunieron en Moscú y encomendaron al Consejo la tarea de preparación y de coordinación de los planes económicos a largo plazo —de quince a veinte años— de modo sistemático, por medio de recomendaciones y de negociaciones bilaterales.

En principio, el Consejo no puede ejercer presión alguna sobre los Estados miembros, que conservan su autonomía en el aspecto económico. Sin embargo, es evidente que a medida que la división del trabajo y de la producción se hace más efectiva, la dependencia económica de los Estados miembros aumenta con ventaja manifiesta para la U.R.S.S., dada su importancia con relación a los otros países adherentes. Está claro que actualmente, en el seno del Consejo, el desarrollo económico de los países de Europa del Este depende mucho de los intereses de la Unión Soviética, y que esta dependencia se hará mayor por el desarrollo proyectado de la interconexión de las redes eléctricas y por la creación del oleoducto como fuente de energía para la alimentación principal de ciertas industrias. La cooperación de los países socialistas conducirá así, fatalmente, a un embargo casi completo de la U.R.S.S. sobre el conjunto de la economía de las democracias populares.

Disensiones internas

Detrás de una fachada unánime, no pueden dejar de existir disensiones graves, que

opongan entre sí a los Estados miembros del « Comecon ». La supresión reciente de la industria aeronáutica en la R.D.A., por ejemplo, no se ha efectuado sin choques, y se puede recordar la disensión que opuso, en 1960, Polonia a Checoslovaquia y a Alemania Oriental, en la elección de ciertas inversiones. Estas dificultades han sido apreciadas por los participantes en la sesión de Moscú, en mayo de 1958. Oscar Lange, en un discurso pronunciado recientemente ante el Comité Central del Partido Obrero (P.C.) polaco, ha criticado también las relaciones entre los países socialistas. En Polonia, los especialistas incluso, no vacilan en reconocer que el comercio con los países socialistas es, en general, más difícil que con los países capitalistas.

Un punto muy discutido es el de los precios para los cambios entre la Unión Soviética y las democracias populares. En los textos oficiales del Este se dice que estos precios se fijan por adelantado y son « establecidos para un período bastante largo, teniendo en cuenta los precios impuestos en el mercado mundial y tomando como base los promedios de varios años, con objeto de preservar los precios del efecto de las fluctuaciones especulativas y de la influencia de la coyuntura del mercado capitalista ». Es difícil decir exactamente en qué medida se aplican estas decisiones. Según ciertos cálculos, las relaciones económicas entre la U.R.S.S. y las democracias populares se han caracterizado, desde 1958, por una discriminación de los precios, con detrimento de las democracias populares, y la U.R.S.S. ha podido realizar un beneficio de 1.149 millones de dólares sobre los cambios efectuados, con un importe global de 5.470 millones de dólares. Si estas cifras tienen un fundamento, la situación no podrá mejorar para las democracias populares cuando entren en acción las redes eléctricas interconectadas y sobre todo el famoso oleoducto.

En efecto, en el dominio del petróleo, las riquezas de la Unión Soviética ascendieron, para 1960, a 148 millones de toneladas, y además posee reservas equivalentes a treinta años de producción. Constituye, pues, el primero, y prácticamente el único proveedor de los Estados socialistas de Europa del Este de un combustible que tiende cada

vez más a reemplazar al carbón —dado su coste menos elevado— en muchas ramas industriales.

Para lograr un encaminamiento más rápido y menos oneroso de las remesas de petróleo, desde los yacimientos soviéticos hasta las refinerías de las democracias populares, durante la X sesión del Consejo de Asistencia Mutua Económica, en Praga, el 18 de diciembre de 1958, se firmó un acuerdo entre la Unión Soviética, Polonia, la R.D.A. y Hungría, para la construcción de un oleoducto internacional. Previsto con un trazado de 5.000 kilómetros, este oleoducto partirá de la región petrolífera del Ural y atravesará la República de Rusia y una parte de Ucrania; después se dividirá en dos trozos, uno al norte, que después de atravesar Polonia se terminará en Schwedt en el Oder; en R.D.A., y otro al sur, que se dirigirá hacia Checoslovaquia, donde se dividirá a su vez en dos secciones, una septentrional, destinada a alimentar Checoslovaquia, y otra meridional, que terminará en Hungría.

Un oleoducto de 5.000 km.

Este oleoducto será ciertamente el más importante del mundo. Estará provisto de instalaciones ultramodernas, y funcionará en forma completamente automática. Se ha convenido que cada uno de los países interesados financiará su tronco nacional y que, por otro lado, la Unión Soviética proporcionará peritos familiarizados desde hace muchos años con las técnicas más modernas del petróleo, que Checoslovaquia proporcionará las armaduras y las canalizaciones, que la R.D.A. enviará el material para las estaciones elevadoras, que Polonia costeará los tubos, y que Hungría proporcionará las instalaciones automáticas técnicas teleguidadas. El transporte anual previsto es de 40 a 50 millones de toneladas de petróleo.

¿Cuál será el efecto económico del oleoducto para las democracias populares de Europa oriental? Para responder a esta pregunta es necesario examinar la situación particular de cada uno de los países signatarios del acuerdo de Praga.

En Polonia, la producción actual de petróleo es de unas 180.000 toneladas, para cubrir necesidades que se elevan a un mi-

llón de toneladas. Para resolver este problema, el plan quinquenal actual hace tratar el petróleo en Checoslovaquia —un millón y medio de toneladas en 1962-63— y ha emprendido la construcción de una refinería gigantesca en Plock, a orillas del Vístula. Se prevé que un 70 por ciento de las necesidades polacas será cubierto por esta producción.

Los trabajos de construcción del trozo polaco empezaron el 2 de mayo de 1960, cerca de Plock. Desde el punto de vista económico, la prensa polaca estima que, gracias al oleoducto, Polonia realizará una economía de divisas de unos diez dólares por cada tonelada suplementaria de petróleo refinada en Plock.

En Alemania oriental, el plan septenal (1959-1965), prevé la necesidad de importar de la Unión Soviética 4,8 millones de toneladas de petróleo, para las necesidades, en aumento constante, de la industria. Este petróleo será transportado por el oleoducto hasta el centro petro-químico de Schwedt en el Oder, cuyos trabajos de construcción están en curso actualmente. El emplazamiento de este centro, muy cerca de la frontera polaca, ofrece la ventaja de permitir a la R.D.A. acortar el trazado del oleoducto sobre su territorio, lo que redundará en una considerable economía. Las importaciones de petróleo bruto permitirán a Alemania oriental desarrollar su industria de fibras y de materias sintéticas, y aventajar a Alemania del Oeste en el dominio de las materias plásticas.

En Checoslovaquia, solamente el 5,5 por ciento de las cantidades de petróleo refinadas actualmente, proviene de la extracción nacional; lo que motiva la necesidad de aumentar considerablemente las importaciones procedentes de la Unión Soviética y parcialmente, de Bulgaria, de Rumania y de Austria. El oleoducto suministrará aproximadamente un millón de toneladas anuales, y debería representar para Checoslovaquia una economía de un millón y medio de coronas al año.

En Hungría, la producción petrolífera registra un retraso importante con relación a una producción industrial en aumento. Por ello, el segundo plan quinquenal (1961-1965) reserva las inversiones más importantes a la refinería de petróleo del Danu-

bio, actualmente en construcción, a la central termo-eléctrica del Danubio, que trabajará en colaboración con la refinería, y al centro de distribución de gasolina y de gas-oil de Szajol. La sección húngara del oleoducto tendrá 130 kilómetros de longitud, lo que representa gastos de instalación relativamente poco elevados, mientras que el transporte del petróleo por el oleoducto permitirá a Hungría la realización de una economía anual de 130 a 150 millones de forints.

Animados por los resultados previstos en este aspecto, los representantes de los partidos comunistas que han participado en Moscú en la discusión de los problemas de la agricultura, en febrero de 1961, han subrayado, unánimes, la necesidad de realizar esfuerzos análogos en el sector agrícola, para llegar a un intercambio provechoso de las experiencias científicas y a una especialización y coordinación mejores de la producción.

Los años próximos verán, pues, según parece, la elaboración y la realización de planes agrícolas de largo alcance, parecidos a los establecidos en mayo de 1958 para el sector industrial. La preparación de estos planes constituirá un lazo económico suplementario entre los Estados socialistas.

Un problema esencial : la agricultura

Las dificultades agrícolas no son una peculiaridad de las democracias populares. En realidad, estas dificultades constituyen el núcleo de los problemas afrontados por el mundo comunista de hoy, y en este aspecto Novotny y Jivkov tienen las mismas preocupaciones que Kruschef.

Porque las democracias populares son las herederas de los imperativos prioritarios que fueron impuestos durante largo tiempo, bajo el reino de Stalin, a los objetivos de la industrialización, y en primer lugar a la industria pesada. Durante años y años, siguiendo el ejemplo de lo que se había hecho en la Unión Soviética desde 1930, los campesinos de Europa oriental y central han sido sacrificados a los ritmos de la industrialización ; ha sido su trabajo, en primer lugar, lo que ha financiado las inver-

siones carboníferas, petrolíferas o siderúrgicas.

Por esta razón, las dificultades agrícolas presentan hoy un aspecto doble : en el plan económico puro, la desaparición de los estímulos individuales no ha permitido el aumento de la producción de los artículos alimenticios, con referencia a la preguerra ; al mismo tiempo, la importancia de las entregas forzosas al Estado explica que el nivel de vida sea poco elevado. En el plan social, la hostilidad casi general de la población, no solamente hacia los ritmos, sino igualmente hacia los principios de la colectivización agraria, ha planteado continuamente problemas temibles a los dirigentes de las democracias populares.

La situación en otoño de 1961

En tiempos más recientes, dos hechos esenciales han caracterizado a los años 1960 y 1961 en este sector : la terminación casi por completo de la colectivización, y la concentración progresiva de las explotaciones pequeñas y medias en grandes unidades, que se trata de equipar con las técnicas más modernas.

En Bulgaria, la colectivización completa, es decir, del 95 por ciento aproximadamente de todas las tierras, ha sido terminada prácticamente en la primavera de 1960. Paralelamente, el gobierno búlgaro ha hecho todo lo posible para agrupar las granjas cooperativas pequeñas en unidades mayores. Pero el plan general para la producción agrícola en 1961 no será realizado : la producción total llegará apenas a un valor de 22.800 millones de leva, en vez de los 26.861 millones previstos. Las cosechas de cereales, de tabaco y de remolacha azucarera son muy inferiores al promedio, y si la producción de frutos y de legumbres es buena, la mala organización de la comercialización de los productos provoca enormes dificultades.

En Rumania, el 77 por ciento aproximadamente de las tierras cultivables —es decir 10 millones de hectáreas— pertenece actualmente al sector socializado. El plan para 1961 preveía una cosecha de cereales superior en una tercera parte a la del año anterior. No se sabe todavía si se llegará a obtener este resultado, aunque la cosecha ha

sido buena. En cambio la ganadería está muy atrasada con relación a las previsiones.

En Albania, la proporción de las tierras colectivizadas es de 90 por ciento, desde 1960. El gobierno y el partido del trabajo hacen grandes esfuerzos para consolidar las explotaciones colectivas que se acaban de crear. Se dispone actualmente de muy pocos informes sobre el nivel real de la producción.

En Checoslovaquia, la superficie media de las explotaciones cooperativas ha aumentado regularmente durante los últimos años. Desde el principio de 1960, se ha intensificado fuertemente la campaña de concentración, y 2.100 explotaciones cooperativas se han fusionado para constituir menos de 900 explotaciones nuevas, lo cual dio por resultado el que la superficie media de una explotación alcanza actualmente 430 hectáreas, en vez de 381, que era la superficie media de una explotación a fines de 1959. Como en Bulgaria, esta concentración tiene como objetivo aproximar la superficie de las explotaciones a la forma y extensión más adecuadas para la mejor utilización de máquinas grandes. Actualmente las cooperativas poseen más de la mitad del parque de tractores del país. Para 1961 la producción de cereales debería ser aproximadamente igual a la del año anterior, pero la sequía ha retrasado los trabajos de otoño. El estado del ganado no varió prácticamente : 4.380.000 bovinos, 6.000.000 de cerdos y 646.000 carneros.

En Alemania oriental, en el curso de los primeros meses de 1960, se ha intensificado considerablemente la campaña de colectivización. A principios de 1960, cerca de la mitad de las tierras pertenecía todavía a propietarios particulares. Después de un período de dos meses de aceleración de la colectivización, que ni siquiera la Unión Soviética conoció nunca, en el mes de abril de 1960 la mayor parte de los agricultores habían ingresado en las cooperativas agrícolas. Se puede creer que casi todos los campesinos propietarios de explotaciones de importancia media, han aceptado simplemente inscribirse en cooperativas en las cuales sólo se ponen en común las tierras, pero que están poco dispuestos a llegar a la fórmula de los koljoses de tipo soviéti-

co. Sea lo que sea, el diario del partido, *Neues Deutschland*, reprocha a los campesinos la falta de entusiasmo que han mostrado para los trabajos de las cosechas de otoño : la producción de cereales va a ser este año muy inferior a la del año pasado, y se teme que la cosecha de patatas sea inferior a la cosecha media. Por otro lado, según la Comisión central de control gubernamental, un 20 por ciento aproximadamente del ganado porcino ha perecido por falta de cuidados.

En Hungría, en la primavera de 1961, más del 95 por ciento de la superficie de las tierras cultivables pertenecía al sector socialista, y las cooperativas de producción administraban el 79 por ciento. El número de miembros de las cooperativas ha excedido de 1.200.000, pero se advierte que el número de jóvenes que abandonan la tierra es cada vez mayor y que las familias de agricultores que han ingresado recientemente en las cooperativas revelan tendencia a trabajar menos que cuando eran propietarias de sus tierras. Muchas granjas colectivas tienen personal insuficiente y, según parece, la cosecha de cereales será un poco inferior a la que se había previsto. La sequía ha comprometido seriamente la cosecha de remolacha, por haber sido descuidada la intensidad de los riegos. (Actualmente se riega el 2 por ciento de las tierras cultivables.) El ganado bovino y ovino están en progresión ligera.

La última declaración de Imre Kovacs, ministro de la Alimentación, publicada el 2 de diciembre, deja prever dificultades en el plan de abastecimientos durante los próximos meses, dificultades ocasionadas —según dice el ministro— por la sequía. Sin embargo, la colectivización o, mejor dicho, la hostilidad de una parte importante del campesinado va a tener un papel evidente en la evolución de la situación agrícola.

Polonia constituye un caso particular. La mayor parte de las tierras cultivables no está colectivizada todavía, y el 10 de abril próximo pasado, durante una reunión electoral en Poznan, Gomulka afirmaba de nuevo : « No haremos nada sin la conformidad de los campesinos. » Pero inmediatamente añadía : « Los campesinos se darán cuenta por sí mismos de que el desarrollo de la socialización está de acuerdo

con sus intereses. » El gobierno polaco pretende generalizar el « proceso de socialización » por intermedio de los círculos agrícolas, organización casi a medio camino entre la explotación individual y la cooperativa ; actualmente existen más de 22.000 círculos agrícolas, que agrupan más de medio millón de campesinos. Entretanto, en 1961 Polonia ha obtenido los mejores resultados agrícolas de los países de Europa del Este, sobre todo en lo referente a los cereales. Las cosechas de remolacha y de patata son también muy buenas, y el ganado ha aumentado sensiblemente desde el invierno de 1959 a 1960, cuando el gobierno ofreció nuevos incentivos materiales bajo la forma de un aumento del precio gubernamental de compra de la carne.

Resultados insuficientes

A pesar de las esperanzas basadas en la colectivización, ésta no ha aportado soluciones definitivas al problema agrícola. Se han tomado medidas importantes para elevar el nivel técnico de la agricultura, pero los resultados obtenidos hasta ahora quedan muy por debajo de los que se habían previsto, y esto por diversas razones : por un lado el cambio de ritmo y de costumbres impuesto a los campesinos por una socialización quizás demasiado rápida (como en Alemania oriental y en Hungría) y que ha provocado una actitud de indiferencia hacia las cosechas colectivas y la deserción de los campos ; por otro lado, una mala organización del trabajo, que se traduce en un derroche (pérdidas durante la recogida de las cosechas, almacenajes deficientes, etc.) y precios de compra gubernamentales poco estimulantes para los agricultores, por ser a menudo demasiado bajos con relación al coste de la producción. A estos factores debe añadirse un reparto defectuoso de la producción, y en ciertos países un retraso considerable en el sector de las inversiones.

Estos resultados insuficientes obtenidos en el dominio agrícola frenan considerablemente los esfuerzos emprendidos por los gobiernos de democracia popular para ele-

var el nivel de vida. Se ha observado, en ciertos países, tensiones relativamente agudas en el sector del abastecimiento, aumentadas todavía por los defectos del aparato comercial, y últimamente por los « stocks » constituídos por la población en el momento de la crisis de Berlín. En Polonia, por ejemplo, se puede decir que no se ha previsto ningún aumento de los ingresos ni del consumo a consecuencia de la « crisis de la carne » del otoño de 1959, pues el gobierno teme un aumento excesivo de la demanda de productos alimenticios. En Hungría, igualmente, el plan anual prevé tan sólo un aumento muy pequeño —4 por ciento— de los salarios, debido a que la producción agrícola ha sido inferior a la prevista. En Checoslovaquia ha sido declarado que « antes de que se pueda tomar una decisión sobre la importancia y las fechas de disminución de los precios de los productos alimenticios, es necesario que la producción agrícola se mejore radicalmente ». En Alemania oriental, estos últimos tiempos, el comercio al por menor se ha caracterizado por una demanda bastante fuerte de productos alimenticios, pero la cantidad de bienes puesta a la disposición de los consumidores no parece haber aumentado en la misma proporción que los salarios.

En el momento actual, la mayor parte de los Estados de democracia popular aborda una fase nueva de su desarrollo agrícola, que debe permitirles resolver progresivamente los problemas de la alimentación y, en general, del suministro de materias primas agrícolas para la industria. Casi todos ellos han anunciado proyectos bastante ambiciosos de aumento de la producción en los años próximos.

Falta saber si, a pesar de la hostilidad casi general hacia la colectivización, será posible llevar a cabo estos proyectos ambiciosos, o si —ahora o más tarde— los dirigentes agrícolas de los países del Este no se verán obligados —por las buenas o por las malas— a buscar otros remedios para resolver el grave problema que representa el porvenir de la agricultura en la Europa del Este.

LUIS SIMON

Mis relaciones con el «Che» Guevara

CONOCÍ AL «Che» una tarde en la orilla occidental del río Cauto, en la segunda semana de septiembre de 1958 y cuando se dirigía con su columna «Ciro Redondo» hacia Las Villas, cumpliendo el plan trazado en junio por la Comandancia General. Fue una tarde plomiza y húmeda. Los mosquitos y el fango de las lluvias unidos a la creciente de las aguas eran nuestros peores enemigos. Era por la zona del Guamo, situado entre Bayamo y Manzanillo, hacia la región suroeste de la provincia de Oriente, en la casa de un mayoral caprichoso que se hacía llamar el «Coronel Peláez» y tenía la manía de pellizcar fuertemente, como saludo, a todos los visitantes; el «Che» no se salvó de la gracia del viejo campesino y supo soportarla con paciencia y aparente buen humor. Yo había salido de la finca del hacendado Gustavo de los Reyes, mandado a buscar por Fidel Castro para que me hiciera cargo del pelotón de monteros, porque «este Pedrito Miret es una basura que no sirve para nada»... según me explicó el propio Fidel. Por otra ruta paralela a la mía, iba el comandante Delio Gómez Ochoa también hacia la Sierra Maestra; habíamos salido juntos de La Habana y nos separamos en Camagüey para dividir los riesgos.

Simpatiqué con el «Che» y ambos lamentamos no poderme incorporar a su recién comenzada invasión; partió dos días después del campamento, y antes de las treinta horas se sintieron los tiros del combate de «La Federal». Planeamos ir

en su ayuda, pero al poco rato los guías nos dijeron que las tropas del «Che» habían pasado bien y que «no había problemas...» por lo que suspendimos el intento.

Mientras duró la estancia de dos días en la finca del coronel Peláez, hablamos sobre las elecciones que trataba de impulsar para el día 3 de noviembre la tambaleante dictadura de Batista, del clima que reinaba en La Habana y en el interior; la situación del «clandestinaje»; la muerte de «Machaco» Aimejeiras, jefe de Acción del Movimiento 26 de Julio y de algunas particularidades y problemas de organización del mismo, del que precisamente era yo coordinador militar en ese momento. Había dejado la combinación para que el general Eulogio Cantillo se entrevistara «en un lugar de la Sierra Maestra» con Fidel Castro, como en efecto se entrevistaron el 28 de diciembre, tres días antes del desplome de la dictadura. El «Che», para mi asombro, se manifestó displicente ante esa posible entrevista en la que tan ardua y delicadamente habíamos trabajado en La Habana y para conseguir la cual se habían arriesgado muchas personas.

Se mostró en general bien informado y muy interesado por la situación en todos sus pormenores. Conversamos de economía y de filosofía política; atacó el dogmatismo de los marxistas y me pidió uno de los tres libros que yo llevaba en la mochila. Le di a elegir entre *Las Confecciones*, de San Agustín; *El Espectador*, de José Ortega y Gasset y *Existencialismo*

y *Marxismo*, de Mauricio Merleau-Ponty, por el que se decidió. Manejaba con soltura y familiaridad los conceptos de la sociología de Gurtvitch y de Pareto, aunque al tratarlos transparentaba cierto irónico desdén; atacó cáusticamente el stalinismo y la matanza de Budapest. Después me enteré de que había pertenecido a grupos trotskistas de la Argentina y al movimiento peronista.

Me dio la impresión de ser un hombre estudioso. Se interesaba por la idiosincrasia del cubano y por entonces ya estaba tomando notas para un libro del que nunca ha hablado y que no es su *Guerra de guerrillas*, sino una especie de estudio sociológico, fino, donde iba recogiendo observaciones sobre la conducta de los tipos serranos que trataba, así como de los poblados de Santiago, La Habana y otros lugares que conocía. Se manifestó, naturalmente, como de tendencias socialistas, pero del tipo que podría tenerlas cualquier revolucionario de nuestro continente.

Agradaba su ejemplar estoicismo y aguante: padecía asma constantemente, estaba mojado, y la húmeda atmósfera se hallaba cargada de enormes mosquitos que volaban en espesas nubes. Dos caballos habían muerto cubiertos por capas de insectos. Por entonces estaba muy delgado, enjuto y magro. No obstante, compartía las privaciones con la tropa, rechazaba las distinciones, comía conjuntamente el rancho coloquial con los soldados o se dejaba para el último y entregaba equitativamente a cada guerrillero los obsequios —dulces, tabacos, cigarrillos— que nos hacía la población. Su porción era igual o menor que la de los demás. Esta fama de justo fue uno de los datos que ya en forma de leyenda circulaban por Las Vegas de Jibacoa, Minas del Frío, Mompié, Loma Caracas o Palma Mocha. Yo había estado ya un mes con Fidel en el campamento de La Plata desde mayo hasta junio y había podido notar en él con desagrado cierta tendencia egoísta a comer más y mejor que la tropa, aislado en lugar especial, y a practicar cierto amistoso despojo con las prendas de los compañeros, como hizo con un suéter verde de Andrés García, combatiente del Moncada y capitán de guerrilla.

Esa conducta de Fidel contrastaba con la del «Che». Nos despedimos afectuosamente, y en todo momento lo encontré expansivo sin reservas, amistoso y cordial. En un momento de las conversaciones se mostró asombrado de lo que calificó mi cultura social; a mi vez, yo me asombré de su asombro y le dije que la mía era una preparación corriente en cualquier hombre de mi edad y mi extracción. Supo reírse cuando le reconvine diciéndole que tuviera cuidado y no se dejara llevar por el complejo continental y europeísta de los argentinos, que ridiculizó, creo, Pérez Galdós. En realidad y aun cuando tratara de ocultarlo, el «Che» tenía cierta predisposición a la pose de «magister dixit» para con sus compañeros, disfrazada de compañerismo paternalista...

La gente aguantaba sus rigurosos castigos —tres días sin comer, tres días de posta continua—, hasta con agrado, y luego los comentaba entre juegos con cariño: el «Che» exigía, pero todos veían que se exigía a sí mismo. Además enseñaba siempre con el aforismo guerrillero, practicando la vieja recomendación de que «una guerrilla ha de ser una unidad social en combate», lo que quiere decir que había que ser carpintero, albañil, labrador, mecánico, armero, maestro, zapatero, panadero, curtidor... soldado. Como Pardo Llada dice, «era severo, quizá duro en la disciplina», pero no sólo la imponía, además la soportaba.

Ya desde la Sierra se pudo observar lo que luego se desarrolló como un mayorazgo intelectual de Guevara sobre Fidel, y luego le permitirá decir a Theodore Draper que «es habitual en labios del «Che» lo que Fidel dirá poco después». Entonces no me pareció tan evidente, pero *a posteriori*, iluminados aquellos días por los acontecimientos de tres años, es innegable la diferencia de jerarquías intelectuales del uno respecto al otro. Fidel me pidió que fuera hasta Las Vegas, en el mes de mayo, para que presentara al «Che» unos informes escritos que con mucho riesgo había podido trasladar por toda la Isla hasta su comandancia, y que contenían firmadas por todos los coordinadores nacionales del Movimiento 26 de Julio y los capitanes de milicia, unas tesis

sobre la huelga insurreccional del 9 de abril, frustrada por la dictadura; unas proposiciones sobre la reforma agraria y un plan de reformas institucionales dirigido a enmendar los defectos del país, aludiendo también el informe —hoy nuevamente extraviado en el « clandestinaje » isleño— a posiciones como las del neutralismo y otros problemas internacionales. Fidel mostró un gran interés hacia los documentos, pero luego, por el deseo personal de retenerme a su lado para hacerme innumerables preguntas y que le ayudara en la preparación y práctica de las cargas de dinamita con que alfombraría con minas los caminos de acceso a la Sierra, no insistió. Supe que le envió los planes al « Che », pero éste nunca los discutió conmigo ni con nadie; al parecer, simplemente se archivaron. Aunque Pardo Llada dice que el argentino nunca demostró ninguna preocupación ideológica en las montañas, yo pude examinar algunos cajones de libros que el guajiro Medina llevaba para su comandancia, entre los que iban libros anuales del Banco Nacional, *Los Mandarines*, de Simone de Beauvoir, unos ensayos de Etienne Fajon y el cuarto tomo del *Estudio de Historia* de Toynbee, traducido y editado por la editorial Emecé.

Me encontré de nuevo con el « Che » en la Cabaña, donde le fui a saludar con algunos amigos en la segunda o tercera semana de enero. Me vio ya sin barbas y con traje civil; le extrañó y me preguntó distraídamente y sin mucho interés aparente la razón de mi estado y lo que hacía; yo le confesé mi convicción y hábito civilista, la larga lucha del pueblo contra el militarismo y que no me creía personalmente en actitud de cultivar ningún fetichismo en el pueblo con el « culto a las barbas » y que, además, no me sentía héroe. Se sonrió discretamente y proseguimos conversando sobre recuerdos comunes. De súbito, me preguntó que si no participaba en los juicios revolucionarios que a la sazón se efectuaban, a lo que respondí que no, que había hablado con Fidel sobre ello en Matanzas el día 6 de enero, y rechazado su insinuación de que me incorporase a alguno de los tribunales en Santiago o en La Habana; y que

yo le dije que prefería incorporarme a una responsabilidad en el sector de la Federación de las plantas eléctricas, donde requerían mi presencia, función en la cual y como secretario de organización de la Federación me encontraba en esos momentos. En esa entrevista, de poco más de dos horas, se mostró alternativamente cordial y cauteloso, mucho más cauteloso que en nuestro primer encuentro en las márgenes del Cauto.

Mostró deseos de participar en actos de la clase obrera y concurrió a otros que celebrábamos en la Federación de plantas eléctricas, la misma entidad que organizó la primera protesta colectiva contra el régimen comunista un año y ocho meses después, la primera ante la que el « Premier » hizo un pronunciamiento de tipo socialista al anunciar que el deber de la clase obrera en un país moderno era « tomar el poder político » y no andar en reformismos. Dicho sector dio al Movimiento 26 de Julio muchos militantes y dirigentes, por lo que tenía mucha importancia para ellos. En la época a que me refiero —primavera de 1959— el « Che » sólo se negó a concurrir a una velada de homenaje póstumo a Evelio Rodríguez, combatiente de la columna que mandaba Huber Matos y que había muerto valientemente en un combate, velada a la que concurrió su comandante. Esta ausencia del « Che » cobra significado después, pero en su momento pareció causada por las ocupaciones que entonces teníamos todos.

Cierta vez me mandó a buscar para preguntarme la razón de lo que calificó « mi problema con Fidel » y otros. Le respondí que desconocía las causas exactas, pero que las atribuía a desavenencias de tipo ideológico y orgánico producidas al calor de algunas conversaciones sobre esos temas, y al modo desconsiderado que empleó para criticar mi actuación en La Habana en las tareas que me encomendó en mayo y que ejecuté con el comandante Delio Gómez Ochoa y otros compañeros. También le expresé que podía deberse a la acrimonia personal que Celia me profesaba como reacción a un disgusto mío con una amiga de su séquito, circunstancias que habían dado motivo a muchas intrigas, a las que se sumaban

las de Carlos Franqui, Manolo Ray y Faustino Pérez, que habían sido depuestos de sus mandos revolucionarios después del fracaso del 9 de abril, del que fueron principales causantes. El «Che» se mostró incómodo, farfulló algo sobre las mujeres en la revolución y, aunque no me lo confesó abiertamente, su actitud me demostró confianza y simpatía.

Me siguió llamando con frecuencia y le visitaba tres o cuatro veces por semana en la casa de Tarará, de la que se mudó «porque era muy lujosa» y luego en la finca «Los Cocos», cerca del pueblo de Santiago de Las Vegas. Allí me hacía examinar a veces documentos industriales de planes que le llevaban elementos de las clases económicas. Intercambiamos libros—recuerdo que le regalé los dos tomos de *La Agonía del Imperialismo*, del trotskista argentino Abrahán Guillén, algunos *Cuadernos Mexicanos*, a los que se suscribió— y unos escritos personales. En su oportunidad, comentamos la tesis de Mauricio Merleau-Ponty sobre la posibilidad de «redescubrir el marxismo en la práctica de la revolución» y sobre si se podía hacer, modernamente, una verdadera revolución no marxista. Su criterio en esto se mostró intelectualmente ecléctico, dubitativo. Su voluntad activista y el culto a «hacer lo que en cada momento sea necesario» le obligó a derivar en el sentido de sus prejuicios revolucionarios de izquierda. Después le oí en un discurso hablar de este asunto, que han comentado Draper y José Pardo Llada. Por mi parte, creo que el «Che» no ha hecho sino racionalizar *a posteriori* su conducta y justificarla con la ideología que más ventajas prácticas le ofrece.

Cierta vez que salíamos de la Universidad después de pronunciar una conferencia y llegamos a la casa de «Los Cocos», se quitó violentamente la chaqueta y comenzó a vociferar descompuestamente contra Fidel, apostrofándole y diciendo: «No seré yo quien suba a una tribuna a hablar de la desacreditada doctrina del pan con libertad que Haya de la Torre enunció y enterró...». Eran los días del «humanismo» fidelista, cuando éste se enmascaraba con la tesis redencionista del peruano. Supe que tuvo una

discusión, que me dijeron que fue violenta, con Fidel sobre esto, pero desconozco a fondo su alcance y sus particularidades. Sólo las consecuencias esclarecen aquellos hechos al demostrar que poco después el pan, la libertad y el humanismo se borraban en los labios del «Premier» y después... en los hechos.

A fines de mayo le pedí apoyo para una empresa militar. Me lo negó de plano y me aconsejó que desistiera del empeño. Era la época en que Jiménez Moya y mi entonces amigo el comandante Gómez Ochoa trataban de preparar la expedición militar a Santo Domingo, un tanto «por la libre», a los que también negó recursos. Fue la última vez que lo vi en muchos meses; ambos salimos: para Europa yo; hacia los países afroasiáticos él, y no nos vimos sino en Madrid durante un breve almuerzo, ya de regreso hacia Cuba, en el mes de septiembre. Días después nos veíamos en La Habana.

A comienzos de octubre se hallaba muy entusiasmado con la organización del Departamento Industrial del Instituto Nacional de Reforma Agraria, que nacía destinado a convertirse en Ministerio de Industrias en su momento. Me dijo que le hacía falta que le ayudara, a lo que accedí, y comenzó el período de más estrecho contacto entre ambos, que duraría hasta el mes de abril del año siguiente. Durante cinco meses largos tuvimos reuniones frecuentes con los economistas Loyola, Barrios, un personaje abacial que era teniente del ejército rebelde, llamado «Pancho» García, de quien era secretario otro sujeto ignaro, también teniente, Orlando Borrego, un guatemalteco enano a quien le decían «Patojo» y por quien «Che» parecía sentir una deferente conmiseración, y otros elementos de Chile y Argentina, que se jactaban de economistas y que habían sido importados como «técnicos», absolutos desconocedores de la economía cubana industrial y que tenían sólo interés en hacer su «zafra revolucionaria» en dólares y en hacerse pasar por virulentos revolucionarios. El «Che» los motejaba un poco de broma y otro poco de veras como esnobistas, oportunistas y charlatanes, y criticaba sus prejuicios librescos y sus lujos y comodi-

dades; ellos aceptaban sonrientes los chistes. Pero detrás de cada andanada, el « Che » les hacía una advertencia o les daba un consejo como el de que fueran los fines de semana al interior, a conocer el país y las industrias; socarronamente aludía a la necesidad de combinar la « teoría con la práctica » en el campo económico, y citaba a Lenin con burla.

Nos reuníamos oficialmente todos los viernes a las tres de la tarde con el « staff » técnico del Departamento, además de despachar todas las noches hasta la madrugada en el Banco Nacional. Las primeras reuniones resultaron terriblemente cargadas y terminaron mal, con la recomendación del « Che » a sus economistas y técnicos de que quería « verlos en sus respectivos países haciendo la revolución con las armas en la mano ». El complejo guerrillero parece que se le subía a la cabeza. Eran los días en que se pensaba crear un régimen de economía mixta, respetando la propiedad privada de determinados sectores y haciendo intervenir al Estado en función de empresario. Se hicieron numerosos intentos de empresas mixtas, en las que el Estado compraba o intervenía algún lote de acciones de alguna empresa y se pretendía establecer normas para una nueva estructura. Las dificultades de ese sistema y las interminables discusiones con los teorizantes importados lo exasperaban; las combinaciones técnicas que un régimen mixto —económica y políticamente hablando— presentaba a diario no se podían resolver, ni con la rapidez que el « Che » quería, ni con los conocimientos sectarios de la mayoría de los técnicos foráneos.

La mayor parte de las empresas fue pasando lentamente a manos del Estado, hasta que, ya en enero, más del 75 % de la economía había sido nacionalizado. Esta realidad determinó que se ideara un medio para simplificar y centralizar la administración del monopolio estatal. En consecuencia, nacieron los monopolios bajo el nombre de « consolidados » que tomaban por apellido el de la especialidad del ramo. En las interminables discusiones para determinar la denominación oficial de dichas empresas estatales, el « Che » argumentó y razonó, votando al fin por el

nombre de monopolio, aduciendo que la dicha expresión no era una « mala palabra » y que no aceptaba el eufemismo de consolidado, que era una cobardía política. Al fin Boti y Fidel, lo mismo que Carlos Rafael, más conocedores de la suspicacia criolla, sabedores de que la expresión tenía un ingrato recuerdo para la mayoría del pueblo, que además evocaba al « imperialismo », y por otras razones de táctica propagandística de esa especie, convencieron al « Che » de la conveniencia de no emplearla. Este incidente revela la formación intelectualoide del argentino y su desdén cínico en la expresión de sus concepciones políticas.

En enero de 1960 me preguntó por primera vez si ya « me había afiliado al Partido Comunista » —Partido Socialista Popular—, pregunta que repetiría varias veces hasta nuestra última reunión el 21 de abril de ese año. Debo aclarar que no me dijo que lo hiciera, sino que si ya lo había hecho, y ni siquiera que si lo pensaba hacer. Yo le respondí que no lo creía necesario, que no era comunista, que el Partido Comunista tenía un mal lastre histórico en nuestro país por su entrega a la dictadura de Batista en 1934 y el intento frustrado de 1952, que la juventud y el pueblo no aceptaban el comunismo porque lo habían semiexperimentado cuando Lázaro Pena demostró su despotismo laboral en la regencia de la C.T.C. y el Partido compartió el poder del 40 al 44, que el reciente aplastamiento de la juventud húngara por tanques rusos había predisuesto más aún al pueblo y sobre todo a la juventud contra los bolcheviques y que, personalmente yo, por razones de convicción filosófica no me sentía materialista. Discutimos algo sobre el « socialismo oficial » y el socialismo libre o « por la libre » como solía decirse. Mi experiencia de dos meses en los países comunistas, como viajero, me hacía pensar que lo que tal vez dio resultado en zonas muy atrasadas no lo podía dar en Cuba, con más de treinta años de adelanto respecto a China, Hungría y la misma Unión Soviética. Después de varias respuestas equivalentes, el « Che » no me interrogó más al respecto, y hasta creo que secretamente coincidía conmigo. Tampoco me retiró ninguna de mis fa-

cultades ni su confianza... por el momento.

En esos días de mediados de enero, hasta marzo, se habían agudizado las dificultades con los comunistas en las fábricas intervenidas o nacionalizadas. Los problemas consistían en que los comunistas «apoyaban» más de lo necesario y de lo conveniente las medidas que se adoptaban en nombre de la revolución. En realidad, más que apoyarlas lo que hacían era apoyarse ellos en la revolución, empujarla y darle impulso hasta lograr lo que querían: desbocarla, sacarla de sus controles en los momentos en que éstos no eran mantenidos por ellos, y tomarlos en su momento. Ese plan, un tanto cinemático si se quiere, los llevaba al asalto de las industrias en todo el país; especulaban con la Administración revolucionaria en contra de la masa obrera, y con la masa obrera en contra de la Administración en muchos casos; pretendían, esencialmente, conquistar el poder industrial y el poder sindical. Como unas recientes elecciones democráticas presididas por David Salvador habían sido desfavorables al Partido, éste presionaba ahora desde arriba a través de los administradores. La situación se tornaba caótica en casi todos los centros laborales, y se imponía la necesidad de hacer frenar a los camaradas en sus pretensiones o agudizar la crisis.

Me amplió las facultades y me dijo que actuara como «delegado personal» en esos conflictos. Horas después, me las reiteró y me recomendó que eliminase a determinados comunistas de algunos centros de los que había tenido especial información. Después me enteré de que la «especial información» había sido por intermedio de Jesús Soto. Tuve que ejecutar sus indicaciones, pues ya sabía yo que eso era necesario, y celebramos una reunión en la que estuvieron Carlos Rafael Rodríguez, Lázaro Peña, Rafael Castellano, otros funcionarios, el «Che» y yo. En ella calificó a los comunistas de «oportunistas de izquierda» y les increpó, diciéndoles que el procedimiento que estaban empleando, no era el más adecuado para apoyar la revolución. A pesar del significado de la reunión y de las frases duras que en términos revolucionarios saturaron el ambiente, la actitud simpática y amistosa del «Che»

hacia los comunistas se manifestó entonces y siempre, aunque, evidentemente, se veía la intención de demostrarles que allí los jefes no eran ellos y que, por el mero hecho de exhibir un carnet del Partido no tenían derecho a nada, sino que más bien estaban obligados a todos los deberes y sacrificios.

El burocratismo anotó su primer triunfo con motivo de la polémica pública con el líder obrero y revolucionario Conrado Rodríguez, discusión que afectó gravemente a su conducta futura. Se vio obligado a defender al funcionario del Banco doctor Santiesteban para afianzar su propia infalibilidad de jefe. En el fondo, sabía que eran ciertas las imputaciones de Conrado al funcionario batistiano, pero creyó que tenía que demostrar «firmeza» en sus decisiones. Los tres primeros meses del año 60 fueron decisivos en los cambios de conducta y actitud del «Che», que tomaron un sesgo contradictorio e inseguro. Cualquiera podía ver que estaba sometido a grandes presiones. Por esa época, salíamos dos o tres veces por semana para inspeccionar industrias; observaba las maquinarias con interés y acierto, poseía sentido mecánico y gusto para el oficio. Declaró que había estudiado un año ingeniería, pero que luego desistió. Se mostraba contento durante el trayecto, hacía chistes y cantaba. Le gustaba ir conduciendo a veces. No obstante, se mantenía al tanto de las conversaciones que un poco *sotto voce* sosteníamos los dos o tres que íbamos en la máquina. En una ocasión en que criticaba yo al teniente Borrego su método para nombrar administradores, me pidió que aclarase la crítica y pusiera ejemplos. Cuando satisface la petición, había quedado transferida hacia mí la facultad de nombrar los administradores. Tomaba esas graves decisiones algo a la ligera, lo que parece contradecir, y en efecto contradice, su natural reflexivo y taimado.

Por esa época estudiaba teoría combinatoria, cálculo de probabilidades y análisis matemático aplicado a la economía. Estudiaba la economía cubana intensamente y tenía al alcance de la mano el texto de Alienes Urosa, el informe del Foreign Policy Academy y de la Misión Truslow. Aunque se burlaba de Raúl Prebisch, lo

leía, y estudiaba las estadísticas de la C.E. P.A.L. Esas y otras contradicciones se producían frecuentemente en su conducta. Comenzaba a observarse que a pesar de la amistad o preferencia que mostraba por alguna persona, cuando las circunstancias lo « exigían » la sacrificaba de modo implacable y hasta invocando motivos falsos y deshonrosos para ella.

En todos estos casos, las personas nombradas fueron sustituidas por elementos menos capaces y cualificados, cuya única virtud fue la de que resultaron acomodaticios unos y militantes del Partido Comunista otros. El « Che » no defiende con firmeza a una persona a la que ha demostrado amistad, y en esto se manifiesta o su debilidad o su hipocresía egoísta. Si uno de los responsables que lo ayuda es atacado por cualquier otro de los jerarcas del régimen, siempre actúa como si tuviera en precario la propia jerarquía. Con motivo de los problemas suscitados por la « militancia » del Partido Comunista, comenzó a permitir que los militantes se salieran con la suya, después de intentar detenerlos como ya se refirió. Mi opinión es que se fue stalinizando, comunizando con el ejercicio del poder, y de un tipo de socialismo romántico fue pasando a una serie de posiciones en las que el burocratismo, la lucha por las posiciones de mando, las intrigas, la presión de los ataques enemigos y el recuerdo de sus propias experiencias le obligan a agarrarse a su propio destino de modo desesperado. El tendrá que pasar por la prueba de someterse a la jerarquía del Partido y renunciar a su propio ego y vanidad, pero dicho proceso no está libre de conflictos que pueden estallar en muchas formas.

En ese sentido se mostraba personalmente despectivo con Luis Más Martín, hombre de confianza del Partido y amigo de Fidel, así como ayudante principal de Raúl. Respetaba a Carlos Rafael Rodríguez, pero no gusta de acatarle jerárquicamente; cuando se ve obligado a hacerlo, es después de una ficción de discusiones o de críticas. La reciente autocrítica pública del mismo, revela en el fondo esas contradicciones; al propio tiempo, las relaciones con el resto de la jerarquía del Partido no llegan a normales, lo que no obsta para

que tenga a Jacinto Torras como su principal asesor económico. Le desagradó el resultado del Congreso del Partido Comunista, al que tuvo que ir Jacques Duclos, que se trasladó a La Habana, para conciliar las tendencias partidistas de Carlos Rafael Rodríguez y de Blas Roca, responsable este último de los dos pactos con la dictadura de Batista, por lo que no es tolerado por el pueblo.

La entrega de la revolución al Partido Comunista en lo interno, y en lo externo al bloque soviético, puede ser el resultado de un minucioso plan, pero parece más probable que sea resultado de determinadas circunstancias en las que la presión de los hechos, las preferencias y los prejuicios de izquierda, el chauvinismo de signo antimperialista y el concepto de que la revolución sólo se mantiene « caminando », sumado al síndrome de un afán de poder y ambiciones personales desmesuradas, no dieron más alternativa que la comunización. Sumado a eso, la capacidad de los comunistas para filtrarse y vincularse al movimiento nacionalista que la revolución desató, y la falta de un aparato revolucionario no comunista, le entregó al Partido las riendas del poder. Esto no significa, claro, que Fidel y sus compañeros, « Che » entre ellos, se vieron forzados a hacer lo que no querían, sino más bien que les han asombrado un poco las consecuencias de sus actos. Pensar que todo es el desarrollo de un vasto plan, me parece que sería hiperbolizar la capacidad de planeamiento, ejecución y facultades de los comunistas con exceso. El camino elegido puede ser, entre otras circunstancias, el más grato a unos temperamentos ya de suyo aventureros y erráticos, anárquicos e inescrupulosos, que encajan más bien en individuos como el « Che », presuntuoso, cínico, noctámbulo, atorrante y atosigado, pero al mismo tiempo estudioso, estoico, valiente y decidido.

Nunca tuve evidencia de contactos del « Che » con los representantes de Moscú, y personalmente pienso que si los hubo no fueron del calibre posteriormente ponderado. Me consta que Carlos Rafael Rodríguez y Luis Más Martín, los únicos comunistas de importancia que tuvieron alguna participación en la revolución y a los que

pude tratar a fondo, se sentían más bien preocupados y constantemente pretendían utilizar con comedimiento y discreción a las personas que estábamos al lado de los dirigentes. Cierta desconfianza que cabe perfectamente en lo que el propio Fidel calificó en sus « confesiones » como « prejuicios anticomunistas » estaba presente en todas esas relaciones, y no creo desaparezca aunque todas las circunstancias externas así lo indiquen.

En ese sentido, recuerdo las expresiones despectivas del « Che » sobre Jacobo Arbenz cuando éste decidió ir a La Habana. La primera entrevista fue fríamente oficial y la atmósfera estuvo cargada de reticencias y recelos. Arbenz no pudo disimular que no recordaba al argentino en la etapa de lucha que culminó con su fuga, y el « Che » no pudo reprimir su incomodidad por la mala memoria del guatemalteco. Hablando con nosotros después, dijo que la diferencia entre Fidel y Arbenz era que el primero sí estaba decidido a morir peleando. Después, comiendo, se mostró reservado y hostil.

Originalmente amigo de la coexistencia y del neutralismo, se ha dejado llevar hacia una posición de agresión abierta. Le indujo a ello la certidumbre de que « no podemos aguantar esta tensión cinco años, más lo que tenemos arriba », refiriéndose a la situación hacia el Norte —arriba en los mapas— de los Estados Unidos. Aunque personalmente parece o aparenta ser enemigo del lujo que rodea a la « nueva clase » y amigo de la sencillez serrana de la lucha guerrillera, también se ha dejado llevar hacia el disfrute de privilegios y el orgullo del triunfo, principalmente por las presiones de su esposa y otras influencias familiares.

Como todos los comunistas o personas de mente marxista, el « Che » es frío y calculador, fusila, elimina y derrama la sangre de todo aquel que se ponga « en el camino de la revolución », con absoluta indiferencia. Es capaz de sentir más cariño por un animal cualquiera que por un hombre; en este sentido, supera a los otros monstruos contemporáneos. No vacilaría en sacrificar (no olvidemos cuánto menciona esta palabra en sus discursos) a una familia, a un pueblo o a una gene-

ración, del modo más horrendo, si el hecho se le presenta como una « necesidad » para consolidar el triunfo de la revolución o asegurar el « camino del socialismo » tal como él lo concibe y trata de imponerlo.

Convencido de la superioridad de su creencia, disfraza cualquier duda o escrúpulo con la excusa de la « necesidad », provocada por los « imperialistas enemigos del socialismo », a los que presenta siempre, claro, como alimañas contrarrevolucionarias, agentes y cómplices del capitalismo, desviados o confundidos a los que hay que reeducar. Para él no hay más libertad que la de apoyar incondicionalmente a la revolución y a sus líderes; lo que atenta a éstos o a aquélla, favorece al enemigo y convierte en traidor al que disiente. La incondicionalidad es la primera virtud que exige, la obediencia absoluta; este servilismo lo rechazan necesariamente los verdaderos revolucionarios, acostumbrados a la responsabilidad libre de la lucha clandestina. Por eso la dúctil burguesía que lo rodea y los analfabetos oficiales y soldados o la tecnocracia pagada que lo siguen, tienen que tener, como condición primera, la imbecilidad, y como segunda condición, el servilismo.

Las alienaciones marxistas y las alienaciones del poder han hecho del « Che » del Ministerio de Industrias el antípoda del que acostumbraba representar en su papel de guerrillero. La diferencia entre uno y otro la cubre la hipocresía; los criminales son los vencidos, ¡qué casualidad!, y su exterminio no es sólo legítimo, sino necesario para él. Esta misma hipocresía le obliga a fingir suficiencia cuando apenas se halla enterado de un hecho o de una noticia; su infalibilidad le obsesiona, y tiene que probarse a sí mismo y a los demás que no falla.

Cuando al « Che » le informaron de mi « militancia » anticomunista y antitotalitaria, diciéndole que, además, me había dirigido al exilio, a Estados Unidos, se encogió de hombros despectivamente y dijo: —« Yo ya lo sabía... ». Se sintió obligado « a no fallar », fingiendo que me « conocía bien »; después indagó más en firme y, posteriormente, me han informado que no se perdona el « no haberme penetrado » lo bastante.

El anfibio

(Cuento)

POR AUGUSTO LUNEL

DESDE EL PRINCIPIO nunca echó de menos el aire cuando estaba en el fondo del lago. Por el contrario, cuando volvía a la superficie, su olfato, que había recuperado la inocencia primera, no soportaba las emanaciones repugnantes del mundo exterior. Ahora sólo respira agua y luz.

Su retorno del lago obedecía más bien que a la nostalgia a las leyes de periodicidad que los alberios, como las estrellas, hacían cumplir rigurosamente. Empujado al vacío, no le quedaba sino caer o llenarlo. Así, lo encontramos gastando fortunas en descabelladas empresas como la construcción de un castillo dentro de un estanque y el cruzamiento de peces y palomas hasta llegar a un ave que volase bajo el agua. Tío Federico, su pariente más cercano, llevó la cuestión a los tribunales, que lo hubiesen declarado pródigo y depositado su gran hacienda en manos del codicioso viejo, de no haber mediado la feliz enemistad entre el juez y el recurrente. Después de su derrota, el tío Federico redobló las visitas a su sobrino con la esperanza de salvar algo, ya que no el alma de la oveja descarriada —pronto se resignó a un mal sin remedio—, por lo menos el dinero que se esfumaba.

Yo sólo temía que muriese muy joven si se prolongaba el extraordinario esfuerzo necesario para soportar la realidad cada vez más desorbitada que vivía.

TODO EMPEZÓ un día delante de una costa algo alejada de la ciudad.

La tierra parecía un viejo barco, la sentía moverse bajo sus plantas. Una bandada de gaviotas se lanzó al abordaje y la tarde misma como un ave inmensa se apoderó del navio. Abandonó el acantilado desde donde contemplaba las agitadas aguas como quien se retira de cubierta para no caer al mar. Gravemente tocado, sin embargo, se alejó en busca de agua dulce y tranquila, para lavar sus heridas abiertas y ardientes por los golpes del océano. ¿Cuántas horas caminó? No lo supo nunca. Más bien que en el espacio se había desplazado en la noche; tanto era así que al sumergirse en el lago su cuerpo sintió menos el frío del agua que la claridad del ambiente. Por el contrario, sus ojos, más asequibles a lo inesperado, no tuvieron tiempo de reparar en ella porque innumerables maravillas los cautivaron antes, y sobre todo porque, al aventurarse más en el nuevo universo, la vio. Ella dormía; siete grandes alberios velaban su sueño como peligrosas orquídeas.

La bella mujer abrió los ojos; la oscura mirada del joven la había despertado.

— ¿Eres un habitante de la superficie? —le preguntó.

— Ya no —repuso él, y su voz se confundió con el agua.

Ella sonrió.

— ¿No temes ahogarte?

El calló intensamente. Unos ojos azules llenaron el vacío que dejó su silencio.

El tiempo corría a velocidades increíbles en el fondo del lago. Únicamente los alberios, brillantes criaturas de formas caprichosas, que se unían entre sí hasta formar altísimos castillos como lámparas alucinantes, lograban contrarrestar su rapidez; gracias a ellos toda la ciudad cambiaba lentamente como un enorme sueño del que no se pudiese despertar.

Los alberios estaban celosos y su indignación provocaba descargas cuya brillantez se hacía irrespirable. Pero en presencia de su señora eran serenos y parecían nadar en un lago vacío que ella hubiese llenado con su mirada; entonces el agua adquiría hermosas tonalidades, como si en el azul se originasen todos los colores. Sin embargo, no los dejaban solos sino el tiempo preciso para hacer el amor o mejor dicho para pasar una noche juntos; tiempo que traducido al que transcurre afuera significaba semanas y hasta meses, lo cual nos hace sospechar que ya en aquella época se vivía más en ese extraño reino que entre nosotros.

Aunque viéndolo bien, inclusive su regreso era sólo aparente, pues aun el aire se volvía agua cuando él lo respiraba. Era como si su mutismo hubiese bañado las cosas que lo rodeaban o como si su propia soledad hubiese sido un elemento distinto donde no era posible otra vida que la suya.

La realidad de sus sueños afectó la seguridad pública. Edificó un palacio constantemente en llamas, y en una de sus prolongadas ausencias su tío Federico murió quemado tratando de tomar posesión de él. Se empeñó en ver lo que verían los alberios si nos visitasen y creó un infinito sistema de lentes con el cual llegó a descubrir que los planetas del átomo estaban habitados y que había oro en uno de los corpúsculos que observaba. Al propagarse la noticia, la fiebre del oro hizo presa en las gentes. Se vio entonces compelido a inventar —invirtiendo el sistema de lentes que había puesto en práctica— un microcon-

centrador radioactivo, con el cual redujo al tamaño apropiado a todos los audaces que quisieron aventurarse en aquellas lejanas comarcas. Y cuando ya había perdido millares de enemigos, las autoridades intervinieron para evitar la despoblación precoz que padecemos. Era en ese inmenso amor por la realidad, que yo no sabría explicar ni reducir a los límites del mío, donde radicaba su más alta peligrosidad.

Como sus ausencias eran cada vez más dilatadas, las cosas en la superficie sufrieron cambios ostensibles. Hace poco había dejado el invierno que ardía con llama azul y, después de una noche de amor en las profundidades, encontraba un verano que todo lo consumía. Su inadaptación se agudizó hasta hacerle imposible el retorno a nosotros. Los mismos alberios, sometidos a sus propias leyes, tuvieron que aceptarlo. Por eso hoy se ha retirado para siempre. Es lo que me impulsa a escribir estas líneas. ¡Y yo que pensaba que pudiese morir joven!

Las últimas veces que estuvo entre nosotros veía el mundo como a través de un diamante, y la pureza de las formas en que se revelaba eran para él motivo de regocijo. Pero cuando se dirigía a los demás lo hacía a través del mismo diamante y eso era muy mal visto. Igualmente acostumbraba escuchar lo que nadie se atrevía a decir, como quien tuviese un diamante para el oído, que descompusiese en palabras auténticas la idiota conversación de sus semejantes; pero responder adecuadamente a tanta sinceridad era el colmo de la audacia. Se le juzgó, pues, un tipo perverso, y tal fue la manifestación de protesta, que durante cierto tiempo la piedra relampagueó hasta dejarle sordo.

Soy su último amigo y el depositario de su obra: un volumen, más bien breve, de textos enigmáticos cuya luz cegadora no me permite abrirlo. Ya él me había prevenido que su lectura sólo era posible a cierta profundidad, pues de otra manera podría herir susceptibilidades.

No lo volveré a ver más, pero creo que lo leeré pronto.

El español, colonia lingüística del inglés

LOS ESPAÑOLES dicen *Aquisgrán* por Aachen o Aix-la-Chapelle y dijeron Maastrique por Maastricht ; dicen Estrasburgo y Estocolmo, pero ya no osan decir Estalin. Han perdido el vigor necesario para defender las fronteras de su lengua contra la invasión ayer francesa, hoy anglosajona. Buen número de anglosajonismos se van infiltrando en nuestro lenguaje corriente. Daré algunos ejemplos generales antes de limitar mi tema como luego lo haré.

Un anglicismo moderno aflige no sólo a nuestra lengua sino al francés también. Es el uso inútil del artículo indefinido en los subtítulos de películas, piezas teatrales y novelas. Lo castizo es : « VIRIDIANA, película de Buñuel » ; pues no. Hoy se dice : « Viridiana, una película de Buñuel ». Y así novelas y piezas de teatro. Todo ello traducido del inglés.

No hablaré de solecismos de cuasi-alfabetos, como los que se leen a veces en periódicos descuidados. *Romance* por *idilio*, *orden* por *encargo* y otros muchos, debidos a que los cables de las agencias vienen redactados en inglés, y el que traduce no tiene tiempo para afinar. Menos hablaré todavía de combinaciones de esnobismo, ignorancia y tontería como eso de « un piso con dos alcobas y un *livin* », cosa que hay que dejar a los « haigas ». Pero sí hay que denunciar la tendencia a aplicar a la inglesa la forma « estoy haciendo ». En español, « estoy escribiendo » sólo puede significar que el que lo dice está en efecto plu-

ma en mano. « Le estoy escribiendo a Ud. con un fuerte dolor de cabeza ». En inglés, puede significar intención, proyecto. En lugar de « voy a escribir a su amigo », « estoy escribiendo a su amigo ». Y así se viene diciendo por mucha gente en ambos lados del Atlántico, con harto detrimento de nuestra lengua.

No era, sin embargo, mi intención plantear el tema de la anglicización progresiva de nuestra lengua en toda su amplitud, sino tan sólo en lo que concierne a las transliteraciones de nombres propios y similares. Si *Kennedy* se escribe con *K*, en un país cuyo alfabeto es también el nuestro, con *K* parece razonable escribirlo en español. Pero si *Qasim* es nombre que en su país se escribe con el alfabeto árabe, ¿por qué hemos de escribir nosotros *Kassim* como lo hacen los ingleses?

Hemos tenido la fuerza de transliterar *philosophia* en *filosofía* pero no *theoria* en *zeoría*. Y, sin embargo, debiéramos no sólo escribir sino pronunciar *zeoría*, *zeatro* y *zema*, como lo pronuncian los ingleses escribiendo *theory*, *theatre* y *theme*. Pronunciar *teoría* equivale a pronunciar *filosofía*. En el caso de *filosofía* hemos tomado el buen camino ; en el de *teoría* el malo.

La transliteración debe atenerse al sonido y reproducirlo en la nueva lengua según las reglas de su pronunciación. Pero, en nuestro caso, hemos perdido el *valor* de hacerlo, que tuvimos en el gran siglo. Es de admirar la egregia libertad con la que Gondomar se adueña de los nombres ingleses,

haciendo de *Falmouth*, *Falamonte*, y de *Wight*, *Huic*, y de *Windsor*, *Vindisoro*. La obra maestra del género la da el venerable y grave Zurita en sus Anales de Aragón, cuando al referirse al impostor pretendiente al trono de Inglaterra Perkin Warbeck, lo llama *Periquín Urabeque*.

No pido tanto. Pero sí que, al menos en los nombres originalmente escritos en alfabetos no latinos, adoptemos formas que se acerquen al fonema del original, puesto que si adoptamos la grafía inglesa, pronunciaremos disparatadamente, porque nuestro modo de leer el alfabeto latino difiere fundamentalmente del modo inglés.

Esta diferencia se debe en parte al inglés y en parte al español. Como el inglés hace de la A, E ; de la E, I ; de la I, AI ; de la O, OU, y de la U, YU, cuando translitera tiene que adoptar artificios para restablecer el valor original de las vocales que las otras lenguas respetan. Así para pronunciar A escribe AH ; E, EH ; I, EE ; O, OH ; y U, OO. El español ingenuo copia, y en vez de pronunciar el nombre original correctamente, que es lo que el inglés se propone y logra, disparata.

Otra dificultad procede de los sonidos de que el inglés o el español carecen. La aspirada que nosotros pronunciamos J es un poco más fuerte que la H inglesa ; pero bastaría escribir H en inglés. Sin embargo, los anglosajones prefieren escribir KH, y así escriben *Khrushchev*. Nosotros, que tenemos la J, copiamos servilmente esa Kh que no nos hace falta. Sobre esto volveré al detallar el nombre del Caudillo soviético, nombre erizado de problemas ortográficos.

Otro sonido de que carece el inglés es el que procura representar en ZH. Este sonido se parece tanto a la J inglesa en *joy* o *jam* que uno se pregunta por qué los anglosajones no escriben como en francés Dr. *Jivago* y prefieren Dr. *Zhivago*. Nosotros carecemos de este sonido, aunque es casi idéntico al de la Y consonante argentina. La traducción española de Dr. *Zhivago* o *Jivago* que anda impresa copia la J francesa, y por lo tanto hace pronunciar esta sílaba como una J aspirada fuerte, lo que es pura barbarie.

Hay que encontrar un modo de representar en español este sonido. Antaño, en la época de la hegemonía francesa (cuando

por no existir ni la radio ni el avión, todo llegaba por tierra a España, y por lo tanto, a través de Francia) *bijouterie* dio *bisutería*. Pero creo que esa transliteración es defectuosa. En español se da un sonido muy cercano a la J francesa en ciertas coincidencias de consonantes dentro de vocablos ; por ejemplo en la palabra *disyuntiva*, porque la combinación SY suena casi igual a la J de Francia. Lo mejor sería escribir Dr. *Syvago* (a condición de que no se pronuncie *Esyivago*).

Nos crea otro problema la falta en español de un sonido igual a la CH francesa o a la SH inglesa. En el período « francés » *cliché* dio *clisé*. Si se compara con *bijouterie* = *bisutería*, se verá que por empobrecimiento de los dos sonidos franceses iniciales se llega a un sonido igual para los dos en español, lo que es inadmisibile. Creo que por analogía con CH habría que adoptar SH para expresar la CH francesa y la SH inglesa en nuestra lengua.

Otra anomalía se debe a que en español hemos creado una letra aparte, Ñ, para un sonido que las demás lenguas escriben con combinaciones de dos consonantes : NH en portugués ; GN en francés ; NY en inglés. Así Tanganyika va por Tangañica.

Viene ahora el problema de la K. No acierto a explicarme por qué los españoles se han de creer obligados a poner kaes por todas partes siendo así que nuestra lengua es refractaria a esta letra, la más revesada y antipática del alfabeto. Tan contraria es la K al genio lingüístico español que los separatistas vascos y los indigenistas « indo-americanos » ponen kaes por todas partes, aunque no vengan a pelo. Yo he leído en un libro peruano no sólo *inka* sino *inkaiko* ; y en Acapulco había un hotel cuyo propietario, separatista vasco, le puso HOTEL ELKANO, que es ya el colmo del analfabeto-separatismo ; hasta que un nuevo propietario lo pensó mejor.

El diccionario de la Academia no da más que 22 palabras que comienzan con K ; y sobran algunas, como luego diré. En alemán las que comienzan con C no son muchas más. Sin embargo, se da el caso paradójico de que nosotros escribamos *Khrushchev* con K y los alemanes *Chrushchev*, con C. La CH alemana equivale a

nuestra J (Bach = Baj). La razón es muy sencilla : los alemanes saben lo que hacen y nosotros no.

De las pocas palabras que empiezan con K en español casi todas son de origen griego. Es pura superstición filológica escribir las con K. *Kan* es una aberración o mala transliteración. Debe decirse *jan*. *Kantiano*, por discípulo de Kant tiene que subsistir. Lo mismo digo de *Krausista* y *Krausismo*. Quede el nombre al menos, si no la cosa. La *Kappa* puede llamarse *cappa* sin perder nada. *Kermes*, que equivale a *quermes*, puede borrarse del diccionario. Y todas las palabras de prefijo *Kil* o *Kili* incluso el propio *Kilo* debieran pasar a la Q. *Kiosco* debe escribirse *quiosco*. Queden *Kirie* y *Kirie Eleison* en buena hora, ya que no van a ir corriendo las calles, y apenas saldrán de los coros de las iglesias, donde no estorban a nadie ; y en cuanto a *Kurdo*, le va mucho mejor la C y hasta la Q.

La Q es letra muy española que habría que vivificar un poco. Va muy bien a todo lo árabe que hay en España y desde España hasta Damasco y aun hasta Paquistán. No sé por qué hay que seguir pegándole esa U inútil. Sería cosa para estudio el ver de suprimir esta letra parásita.

Finalmente queda el problema de la S. En muchos casos se transliteran nombres extranjeros con SS doble, porque la lengua puente, que es casi siempre la inglesa, representa así un fonema que es precisamente el de la S sencilla española. Por lo tanto, es inútil esa SS doble en español, aunque, por lo menos, en este caso, no se desbarra.

Algunos ejemplos ilustrarán el tema. De la época « francesa », hemos conservado algunas formas agudas, como *Canadá* y *Moscú*. La primera podría justificarse por ser Canadá un país de origen primero indio y luego francés, lenguas ambas de frecuente acento agudo (Paraná).

En cuanto a Moscú, la cosa se complica. La forma actual es absurda. Ni corresponde al ruso ni al español. La forma rusa se aproxima a *Moscová* ; pero ese intervalo entre la c y la s hay que llenarlo en español con una vocal breve, por lo cual como *Moscová* sería, a mi ver, poco incorporable al ritmo español, estimo preferible *Móscova*, que tiene el aire de *Córdoba* ; y explica *moscovita*.

Los dos caracteres chinos que los ingleses transliteran en *Hong Kong* debieran transliterarse en español en *Jong Cong*. Los que designan la ciudad en tierra firme frente a la isla de Jong Cong, que los ingleses escriben *Kow Loon*, debieran escribirse en español *Cao Lun*.

Gracias a que los portugueses precedieron a los ingleses en aquel lugar, decimos *Macao* ; hasta los ingleses lo dicen. Pero si hubieran llegado ellos antes, diríamos todos *Mah Kow*, nosotros disparatando, claro está. Por lo mismo decimos *Cantón* y no *Kwan Tung*. Pero escribimos todos *Taipeh* porque si los ingleses no pusieran esa H lo pronunciarían *Taipei*. Nosotros debiéramos escribirlo *Taipe*.

Escribimos *Calcutta* y lo pronunciamos disparatadamente *Calcuta*. Los del país, que lo escriben en alfabeto bengalí, lo pronuncian de un modo que a un español suena *Calcta* o *Cálcata*. Las dos tes que le ponen los ingleses sirven para hacer la U corta, y tan corta, como que es un simple apoyo para esa C que precede a la T en *Calctá* (1). *Dacca* decimos a la capital del Paquistán oriental ; porque los ingleses, si no le pusieran dos ces, lo pronunciarían DECA. Y a propósito, escribo *Paquistán* y no *Pakistán*.

Nehru escriben los ingleses porque sin la H pronunciarían NTRU. Nosotros podemos escribir NERU sin inconveniente. Otro tanto digo de NKRUMAH, que debiéramos escribir NCRUMA. Los príncipes indios, que no pecan de modestos, se llaman a sí mismos *grandes reyes*. Este nombre adjetivado se translitera en inglés *maharaja*, y aun *maharajah*. Así pasa al español, acarreado pronunciaciones tan pintorescas como inexactas. Para acercarnos todo lo que nuestra lengua permite a la pronunciación original india habría que escribir en español *majarasya*. Escribimos *Lahore*, a la inglesa, pronunciándolo desde luego disparata-

(1) Estas vocales que sólo sirven de apoyo son inciertas. Por ejemplo, para rendir el TDEUTSCH de los antiguos alemanes, las lenguas latinas necesitaban un vocal apoyo entre la T y la D. De ahí *tudesco* en castellano y *tedesco* en italiano. Por eso propongo que a *Calcta* que los ingleses llaman *Calcutta* la llamemos nosotros *Cálcata*.

damente, en vez de *Lajor*, que es como suena, aunque con una *j* algo ligera ; escribimos *Karachi*, en vez de *Qarachi* o *Carachi* ; *Ispahán* en vez de *Isfaján*, *Tehrán* o *Teherán* en vez de *Tejrán* o *Tejerán*. Y escribimos *Shah* en vez de *Sha*, *Xa* o hasta *Ja* (¿no escribimos *bajá*?).

Y así entramos en el mundo islámico. Decimos *Kassim*. ¿Por qué? La *Q* va muy bien a los nombres árabes ; y las dos eses son mera necesidad inglesa para pronunciar la *S* nuestra ; porque la *S* inglesa, como la francesa, es mucho más suave. Nosotros debiéramos escribir *Quasim* o *Qasim*. Escribimos *Abd El Krim*. No sé por qué no escribir *Abd el Crim* o *Abd el Qrim*. Escribimos *Nasser*, pero nuestra *S* es dura, por lo tanto basta *Naser*, y ¡cuántas veces se ha escrito *Farouk* en vez de *Faruc* y hasta *Farruco*! Escribimos *Husseín*, pero, por las diversas razones aducidas, debiéramos escribir *Jusein*. *Hassan* debiera ser *Jasán*.

Uno de los casos más curiosos es el de *Kenya*. Con esta grafía el inglés busca reproducir el sonido del nombre que los africanos de aquella zona dan al país. Nosotros copiamos la grafía inglesa, y sale un verdadero buñuelo que así se parece al nombre del país como las coplas de Caláinos. Nuestra grafía debe ser *Quiña* o *Qiña*. Por lo mismo, en vez de *Tanganyka*, escribamos *Tangañica*. *Katanga* debe escribirse *Catanga*. Como fueron latinos sus primeros exploradores decimos *Congo* y no *Kongo*. Pero hay tontilocos que ponen *Kongolo* en vez de *Congolo*. Todos escribimos *Tschombé*. Los italianos, muy adecuadamente, escriben *Ciombé*. Nosotros debiéramos escribir *Chombé*. ¿Por qué *Adoula*? Es forma francesa. A nosotros nos basta *Adula*.

Vamos ahora a los nombres rusos ; empezando por el del caudillo bolchevique (dicho sea de paso, excelente adaptación y muy española de forma, esta de *bolchevique*, aunque sería más correcta si se escribiera, dada mi proposición anterior, *bolshevique*). Esa *KH* inicial debe transliterarse en *J*, por las razones que ya he dado más arriba. A veces se suprime la *H* en textos españoles, quedando sólo la *K*, que ni corresponde a lo escrito ni a lo hablado del original. La letra rusa que en el nombre del dictador de Moscú (o *Móscova*) separa la *U* de la *E* acumula sucesivamente los sonidos de la

CH francesa y de la *CH* española. Lo mejor sería que escribiéramos *SHCH*. La *E* mayúscula se pronuncia *O* mayúscula ; y así habría que escribirla. Y la *V* final reforzada suena *F*. Creo, pues, que en español debiéramos transliterar *JRUSHCHOF*.

Muchas veces se ve en español la sílaba final de los patronímicos rusos escrita *ITCH*. Esa *T* mayúscula es un afrancesamiento, para hacer de la *CH* francesa precisamente una *CH* española. Por lo tanto, huelga esa *T* en toda transliteración española de patronímicos rusos. Escribamos, pues, *Caganovich* en vez de *Kaganovitch*. No hay razón ninguna para adoptar *K* en vez de *C* en los nombres rusos transliterados. Escribamos *Malencof* y no *Malenkov*, *Syucof* y no *Zhukov*. *Pasternac* (o *Pasternaq*) y no *Pasternak*, *Timoshenco* y no *Timoshenko*, *Odesa* y no *Odessa*, *Quiéf* y no *Kiev*, *Móscova* y no *Moscú* ; *Dostoyesqui* (como lo escribe Unamuno) y no *Dostoievski* ; *Trotsquy* y no *Trotsky* ; *Chaicovsquy* y no *Tchaikovsky*.

*

Todas estas indicaciones van sugeridas a título de meras proposiciones. Su cometido no es dictar reglas para la transliteración, fin para el cual me faltan competencia y poder, sino llamar la atención sobre el estado lamentable en que hoy se encuentra la lengua española, que va cayendo al rango de colonia lingüística de la lengua inglesa. Esta evolución se debe a un cúmulo de causas, entre ellas quizá la más importante la influencia avasalladora del cine. Es necesario reaccionar para que el mundo literario hispánico no degenera en una especie de purgatorio lingüístico como el de Nuevo México hoy, y mañana quizá el de Puerto Rico y aun el de Méjico. Quien puede y debe, intervenga. Yo me atrevería a proponer a la Academia Española que, de acuerdo con las Academias de la lengua de los países de Ultramar, constituyera una Junta permanente de transliteraciones que periódicamente dirigiera sus consejos en forma de circulares a la prensa, a las casas editoriales, a las empresas de cine y a las televisoras, a fin de reducir a un orden razonable la anarquía actual de las grafías transliteradas. Es humillante que libros, revistas y periódicos sigan imprimiendo gra-

fías importadas a ciegas de una lengua ajena y que armoniza tan poco con la nuestra, aun en casos (como el de *Kenya* por *Quiña*) en los que el inglés busca expresar un sonido para el que tenemos nosotros perfecta expresión. No se trata aquí de un nacionalismo que a estas fechas sería poco menos que ridículo. Se trata de reducir a términos de lógica y de sentido común lo que anda ahora revuelto en anarquía, ignorancia, prisa e indiferencia.

Queda por levantar un escrúpulo. En nuestra era internacional, ¿no sería mejor atenerse a una grafía inglesa en todas las lenguas? Estimo que el argumento es más generoso que afortunado. Lo importante es conservar el carácter en cada lengua escrita y respetar la pronunciación original en lo que se pueda. La grafía única sólo puede servir para los índices. Pero estos índices seguirán naturalmente el orden de las lenguas en que se escriben. No parece razonable conceder una ventaja, al fin y al cabo tan sólo relativa, a los rebuscadores de

bibliotecas, a cambio de una anarquía de pronunciación en los nombres de personas y lugares, y de un deterioro notable del aspecto de las literaturas nacionales.

Esto aparte, la lógica se rebela ante las monstruosidades a que lleva la adopción de una grafía precisamente inglesa, puesto que se da el caso de que el inglés es quizá la lengua más arbitraria en su propia ortografía, y la que más deforma las vocales. Que el nombre de un chino llamado *Li* tenga que escribirse *Lee* es sencillamente absurdo. Que *Cao Lun* tenga que escribirse *Kow Loon* no lo es menos. Y así por el estilo. Ya que se apela a lo universal, no hay nada más universal que la lógica. Por lo tanto, si prevaleciera el criterio de una grafía única internacional para los nombres propios, aun aceptado el principio, no podría aceptarse que la grafía adoptada fuera la inglesa. Casi me atrevería a apuntar que el estudio objetivo del problema iría a dar en la mayoría de los casos a una grafía española.

Esa es la mía

(Soneto de gracias)

A Jean Sarrailh

MIS DEUDAS suman ya más que mis años.
Así cuanto más vivo más me empeño.
Y cuanto más me empeño, me despeño
y de mis sueños caigo a mis engaños.

La vida se me va en buscar apaños,
querer medir lo grande en lo pequeño,
pensar que se me da por pedigüeño
y no porque es del agua ir a los caños.

¿Cómo mereceré lo inmerecido?
¡Tanto deber y ser tan poca cosa!
¿Cómo pagar cuando se debe tanto?

Y al no poder pagar, más deudas pido :
reconocer la mano generosa,
saber que esa es la mía y que así aguanto.

A. SERRANO PLAJA

SYLVIA MOLLOY

El descubrimiento de la literatura hispanoamericana en Francia

CUENTA GIDE cómo a principios de siglo estaba muy de moda en los salones el juego siguiente: «Si tuviese Ud. que pasar el resto de sus días en una isla desierta, ¿cuáles son los veinte libros que desearía llevar consigo?» Todo el mundo tenía a flor de labio, no una, sino varias listas, a cada cual más seductora. La elección, cuenta Gide, no era fácil. ¿Qué resultado, nos preguntamos nosotros, tendríamos en 1962, si intentásemos lanzar un juego similar?: «¿Cuáles son (no diremos los veinte) los diez libros de la literatura hispanoamericana que juzga usted más representativos?» O bien, para simplificar las cosas: «¿Qué diez autores hispanoamericanos puede usted nombrar?» Nos permitimos dudar del éxito que encontraría nuestro juego. Se citarían dos o tres nombres —Asturias, Carpentier, Borges (ese Jorge Luis Borges, «mexicano», del cual se habla en una crónica sobre el Premio Formentor). Por auténtica admiración o por motivos políticos se nos nombraría a Neruda; acaso alguien adelantase el nombre de Gabriela Mistral; y no faltaría quien —nos ha sido dada la prueba— nos hablaría de las obras de Manuel Gálvez y de Hugo Wast, leídas durante la guerra cuando escaseaba el material de lectura.

Nombres aislados, apreciaciones exageradas, visión incompleta. ¿Cómo podemos, en estas condiciones, hablar del «descubrimiento» de nuestra literatura en Francia? (¿Qué puede decirnos sobre el descubrimiento de la literatura hispanoamericana

na en Francia?, preguntábamos hace unos meses a un conocido escritor francés, especialista en letras hispánicas. —¡Que aún no ha sido descubierta!, fue la enérgica respuesta.) Como en otros países —y quizás más que en otros países— existe en Francia, en el mundo de las letras, una mayoría de satisfechos —de «crustáceos», diría Gide— que no sienten ninguna necesidad de asomarse a las literaturas extranjeras, y que testifican, no sin cierta vanidad, sus propios límites. Pero existen aquellos —en minoría por supuesto— para quienes los límites de la república de las letras van más lejos que los límites del propio país, y que saben cuán erróneo es creer que se conoce mejor la literatura nacional cuando más se ignoran las demás. En este ambiente de los *happy few* (desgraciadamente bastante escasos en lo que concierne la América hispánica) nos situaremos, pues, para hablar del «descubrimiento» de nuestra literatura en Francia, veremos aclararse poco a poco el horizonte, y comprobaremos con alegría que allá por no sé qué año ha sido traducido tal autor que juzgamos importante y cuya traducción ignorábamos, que hay en Francia lectores de tal otro, que se conoce a nuestros novelistas y se escribe sobre nuestros poetas. Y comenzaremos a recobrar nuestra fe perdida, y nos diremos que el día llegará en que nuestra literatura rompa la barrera entre minoría y mayoría, como ya lo han hecho otras literaturas extranjeras, y en que el francés medio podrá

jugar nuestro juego, y decirnos que Borges es argentino, y citarnos otros nombres que el de Hugo Wast. Y, a la espera de ese día, analicemos los esfuerzos de quienes habrán sido, en materia de literatura hispanoamericana, los primeros « adelantados ».

El descubrimiento de la literatura hispanoamericana en el siglo xx... ¿Por qué fijar así un período? ¿Acaso no se conocía nada de lo nuestro antes de esa fecha? ¿O es que hemos elegido el siglo xx obedeciendo a una vaga preocupación estética, con el fin de que así, cercado en una época, el « descubrimiento » de nuestras letras presente mayor unidad, mayor coherencia? A decir verdad, antes del siglo xx se conocía muy poco nuestra literatura, sólo algunos ejemplos aislados. La América hispana interesaba más a Francia por sus paisajes que por sus letras, como nos consta por las crónicas de la *Revue des Deux Mondes*. Lo cual, por otra parte, no debe extrañarnos, puesto que muy pocas eran las voces hispanoamericanas que se elevaban, con acento auténtico, por sobre los discípulos de la retórica española, esas « generaciones de buenos alumnos de los jesuitas », como los llamaba Valery Larbaud. El siglo xx marca un paso decisivo, tanto para América como para Francia. Con Rubén Darío las letras hispanoamericanas se liberan de una tutela que amenazaba volverse estéril, y sus representantes más lúcidos —los que no caen ciegamente en la otra tutela, la de Francia, que puede ser tan pernicioso como la antigua— contribuyen a que nuestras letras se acerquen más al tan buscado « nuevo acento ». Pero en Francia, ¿qué ocurre? Paradójicamente los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX encuentran a Francia muy poco dispuesta a aceptar las literaturas extranjeras. Bajo la influencia de Barrès y del nacionalismo los espíritus se atrincheran tras la fácil religión de la tierra y de los muertos. « La generación de la cual formo parte era casera —escribe Gide—; ignoraba mucho de lo extranjero, y lejos de sufrir de esta ignorancia estaba dispuesta a glorificarse de ella. » Afortunadamente es entonces cuando vemos surgir ciertas figuras que se rebelan contra esta « infatuación aislante » del nacionalismo, que abren de par en par las puertas a las literaturas

extranjeras: Gide, Larbaud, el grupo de la *Nouvelle Revue Française*, el de la « Maison des Amis des Livres »... Francia aprende a desarraigarse, « par la tête et par les pieds », física y espiritualmente. Los franceses redescubren el placer de viajar, y es la generación de los poetas viajeros, de Larbaud, de Cendrars, de Morand. El cosmopolitismo está a la moda; y como reaprenden a viajar por el mundo, los escritores franceses aprenden también a viajar en espíritu al encuentro de las literaturas extranjeras. Se descubren las literaturas rusa, inglesa, estadounidense, española; y —ha llegado el gran momento— se descubre la literatura hispanoamericana. No nos forjemos grandes ilusiones sobre la belleza de este encuentro: ningún nombre genial hizo de embajador nuestro, como Dostoyevski para la literatura rusa o Joyce para la inglesa. (No es que no lo tuviésemos: pero los ecos de Verlaine y del simbolismo eran demasiado recientes para que Francia pudiese apreciar en su justa medida a Rubén Darío.) Nuestra literatura entró en Francia humildemente, por la puerta de costado, como pariente pobre de la literatura española. Pero ya esto era algo... No podemos pretender tampoco que entrase como lo hubiéramos querido nosotros, de manera racional y ordenada, pausadamente y sin desaliños. (¿Podemos decir, por otra parte, que nuestra literatura es racional y ordenada?) Como en todo verdadero descubrimiento el azar ayudó a pilotear la nave, y más de uno se apresuró a dar voces de « ¡Tierra! » en lo que luego no resultó más que una pequeñísima isla. Hubo sorpresas y decepciones, pero también encuentros sólidos.

¿Cuáles fueron, pues, los caminos que emprendió Francia para descubrir la literatura hispanoamericana, y quiénes la guiaron en esta aventura? Analicemos a continuación los factores que determinaron la « expedición », la parte de la ruta que ha sido recorrida, y lo que queda aún por recorrer.

LA INFLUENCIA de las letras francesas sobre la literatura hispanoamericana es ya un lugar común en la historia literaria, y no creemos útil volver a insistir sobre ello. A fines del siglo XVIII, madura para

la independencia, Hispanoamérica está ávida de nuevas ideas: y en la Francia revolucionaria encontrará eco a sus inquietudes. Poco a poco, es reemplazada España en su función de guía de los países hispanoamericanos. En el plano político al principio: los criollos que viajan a Europa vuelven impregnados de las ideas filosóficas francesas y traducen a Voltaire, a Montesquieu, a Rousseau. En el plano literario más tarde: habiendo roto políticamente con España, Hispanoamérica deja que Francia la oriente estéticamente. De esta época data la ya proverbial peregrinación del escritor hispanoamericano a Francia. Son viajeros aislados los que se aventuran al principio: así Montalvo que visita en su juventud a Lamartine; Echeverría que aprende en París la lección de los románticos; Blest Gana, ministro chileno en Francia, que ambiciona ser «el Balzac de Chile». Pero es sobre todo a fines del siglo xix y a principios del xx cuando aumenta esta ola de viajeros, cuando encontramos verdaderas colonias de hispanoamericanos en París. De estos escritores queremos hablar, pues han desempeñado y desempeñan, a nuestro parecer, un papel importantísimo en el «descubrimiento» de nuestras letras. En efecto, este grupo de hispanoamericanos, infinitamente variado en cuanto a tendencias y continuamente renovado en el tiempo, dará a Francia, a la vez por su presencia y por su acción, un vivo testimonio de la literatura de América hispana.

Alrededor de un nombre y de una revista se reúne el grupo hispanoamericano a principios de siglo. La revista: *Mundial Magazine*; su director: Rubén Darío. De 1911 a 1914 *Mundial* publica mensualmente artículos de la actualidad francesa e hispanoamericana, crónicas sobre los países de América, notas sobre los libros publicados, poemas, ensayos y cuentos. Forman, entre otros, el grupo de *Mundial*: el guatemalteco Gómez Carrillo; los hermanos García Calderón, del Perú; el mexicano Amado Nervo; los argentinos Lugones y Larreta; Francisco Contreras, de Chile; Blanco Fombona, de Venezuela; el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide; el boliviano Arguedas... *Mundial*, no nos engañemos, fue una revista de hispanoamericanos, para

hispanoamericanos. No tuvo la pretensión de hacer conocer nuestras letras al público francés, y sería, pues, injusto exigirle cuentas en ese dominio. Pero por el hecho de ser publicada en Francia llegó a algunos círculos franceses y contó con la simpatía cordial aunque lejana de los amigos de Darío: Moréas, Rémy de Gourmont y Paul Fort. Lo mismo aconteció con otras revistas hispanoamericanas, publicadas por la misma época: la *Revue Sudaméricaine* de Lugones y *El Nuevo Mercurio*, de Gómez Carrillo. Mayor duración y más público conocieron *Hispania* y la *Revue de l'Amérique latine*, revistas que ayudó a fundar Ventura García Calderón y en las cuales colaboraron escritores y críticos franceses. Sin embargo, en este período de preguerra, Francia —salvo raras excepciones— se mantiene distante. «París no nos conoce en absoluto», protestaba desencantado Rubén Darío.

Si Darío y el grupo de *Mundial* continúan —con suerte diversa— la tradición simbolista, otro hispanoamericano, Vicente Huidobro, le tuerce resueltamente el cuello al cisne y llega a París como representante de una literatura nueva, agresivamente iconoclasta, «creacionista». Reconociendo en el grupo de Apollinaire ideales semejantes a los suyos se acerca a la revista *SIC*, y más tarde al grupo de la revista *Nord-Sud* —formado por Reverdy, Paul Dermée y Max Jacob—, con el cual colabora durante todo el año 1917. Son varios los libros de poemas que Huidobro publica en París, escritos directamente en francés: *Horizon Carré*, *Tour Eiffel*, *Saisons Choisis*. Cuenta como amigos, además de los poetas mencionados, a Hans Arp, a Picasso, a Juan Gris. No es nuestra intención sacar a relucir las viejas polémicas que acompañan invariablemente a Huidobro y a la historia del creacionismo. El testimonio poético y personal que dejó fue, creemos, lo suficientemente sólido como para marcar un nuevo contacto de Francia con lo hispanoamericano.

Posterior y muy distinto fue el testimonio dejado por Ricardo Güiraldes. Es el autor de *Don Segundo Sombra* el prototipo del hispanoamericano cosmopolita que aprende el francés a la par que el español y que dice con Walt Whitman:

« Veo las ciudades de la tierra y al azar Me hago ciudadano de una u otra. »

Pero no por esto es Güiraldes un « afrancesado » ; las raíces que lo unen a su tierra son sólidas y busca afanosamente la manera de aliar lo nacional a la lección aprendida de Flaubert y de los simbolistas franceses. Un día lee el diario y los poemas de *Barnabooth*, escritos por Valery Larbaud, y esta lectura es para él una verdadera revelación : « Barnabooth, complejo y simple, escapando a toda clasificación tan cara a los herboristas de la psicología, contiene a cuantos han vagado mundo con algo más que un cuerpo y resume una entidad moral nueva : un Europeo. » En 1919, al volver a Francia, Güiraldes conoce a Larbaud. Una gran amistad crece entre los dos hombres y Larbaud completa la formación literaria de su amigo hispanoamericano. Llevado por el escritor francés, Güiraldes hará su entrada en la « Maison des Amis des Livres », la famosa librería de Adrienne Monnier, y será pronto uno de sus concurrentes más asiduos. Conocerá y trabará amistad con Léon-Paul Fargue, con Saint John Perse, compartirá con ellos sus preocupaciones estéticas, sus inquietudes... No podemos exagerar la importancia que tuvo la amistad Larbaud-Güiraldes para el acercamiento entre Francia e Hispanoamérica. Gracias al patrocinio de Larbaud, cuya obra de hispanista comentaremos más tarde, Francia entró en contacto, no sólo con la obra de Güiraldes, sino, de manera más general, con las inquietudes de la joven generación de escritores argentinos. Por el cenáculo de la « Maison des Amis des Livres » Güiraldes fue considerado como un compañero más. (A título puramente anecdótico recordamos lo que nos contó doña Adelina del Carril de Güiraldes. Conversando un día con el grupo, Güiraldes comenzó una frase : « Nous autres, écrivains étrangers... » — « Toi, Ricardo ! interrumpió Fargue, tu n'es pas étranger, tu es des nôtres... ») Recordemos asimismo que la traducción de *Don Segundo Sombra* está entre las primeras novelas hispanoamericanas que publicó Gallimard.

Llega a París por esa época en misión diplomática otro hispanoamericano que mucho haría por que Francia conociese nues-

tras letras : viene de Madrid, donde le han llevado tareas diplomáticas, pero dice con orgullo ser hijo de Monterrey : se trata, por supuesto, de Alfonso Reyes. Embajador de su país en Francia, Reyes será durante largo tiempo embajador de nuestra literatura. « Reyes ha logrado una cosa difícil, como un repecho : hacer estimar del europeo al muy discutido hombre de la América española ; hemos sido empinados en él, en sus capacidades y en su hidalguía. Le debemos, ni más ni menos, que el haber dado testimonio de nosotros, el haber sido nuestra prueba irrefutable », escribe Gabriela Mistral. Reyes, en nuestra opinión, ha juzgado con gran lucidez el problema de Hispanoamérica tal como la ve Francia, en un artículo publicado en el primer número de *Sur* y que resume una conversación con Jules Romains. Comprobando « la existencia de América como hecho patético », resume Reyes la actitud de Francia en esa época, que es por otra parte la de toda la Europa ultrapirenaica, frente a nuestras letras. La crítica europea se asoma a nuestras letras « a la caza del grano de especia », buscando el exotismo fácil ; no pide literatura de ideas ni lirismo abstracto, que es justamente lo que la joven literatura hispanoamericana quisiera darle. Sin embargo, comprueba Reyes, « América ha dado un paso adelante y es innegable que también la otra persona del diálogo, Europa, ha dado el suyo hacia nosotros. Bien sé que todavía quedan escritores europeos para quienes eso de que haya países extranjeros es, a lo sumo, *très drôle*, y, en particular, eso de que haya hispanoamericanos sólo es admisible en calidad de extravagancia y, como la pimienta en los guisos, hasta ahí no más. Pero de este prejuicio ateniense se han liberado ya los mejores —que es lo que nos importa— y aun la inmensa mayoría de los medianos, lo cual tampoco deja de importarnos en un fenómeno que trasciende de lo literario a lo social ».

Y puesto que hablamos de *Sur* no podemos dejar de nombrar a Victoria Ocampo, que siempre contribuyó, con su presencia frecuente en París, a estrechar los vínculos entre Francia y América. En contacto con el movimiento literario de Francia, Victoria Ocampo ha sabido hacer de *Sur* una

plaza fuerte de la cultura francoamericana, un sitio ideal de encuentro, comprensión e intercambio entre los intelectuales europeos y americanos. Más de un escritor francés, no lo olvidemos, ha hecho y hace su encuentro con Hispanoamérica a través de *Sur*, de la misma manera que nuestros jóvenes descubren en esas páginas los grandes nombres del pensamiento europeo.

Sería demasiado largo enumerar los escritores que a partir de la postguerra han residido o residen aún en París, contribuyendo con su presencia y con su obra a la tarea de difundir nuestras letras, pero no dejaremos de nombrar a Jaime Torres Bodet, a Julio Cortázar y sobre todo a Octavio Paz, en quien encontramos un digno continuador de la obra de Alfonso Reyes, un nuevo embajador de la literatura hispanoamericana.

¡Qué lejos ha quedado *Mundial*! Desde entonces, cuántos grupos, cuántas tendencias, cuántos testimonios, no siempre deslumbrantes, pero sí valiosos! Actualmente la situación no ha cambiado. París es siempre la encrucijada por donde pasan y siguen pasando nuestros peregrinos hispanoamericanos, y es significativo que los jóvenes escritores cuyos textos publica un número reciente de una revista francesa se encuentren en su mayoría en París: Alejandra Pizarnik (cuyos poemas, traducidos por André Pieyre de Mandiargues, han sido recientemente publicados en la *Nouvelle Revue Française*), Augusto Lunel, Mario Vargas, Nivaria Tejera, son éstos algunos nombres, nuevos y variados testimonios que nuestra literatura ofrece a Francia.

NO HEMOS LIMITADO, hasta ahora, a evocar sólo a los escritores hispanoamericanos que contribuyeron a hacer conocer nuestras letras. Conviene, pues, examinar el otro volante del díptico, y preguntarnos cuales fueron los escritores franceses que mediante traducciones y artículos, o simplemente por acción personal, hicieron obra de « adelantados » en este descubrimiento literario. Surge en seguida un nombre en nuestra mente: Valery Larbaud, el « hombre sin fronteras » que tanto hizo por nuestra literatura en Francia. Dos literaturas retienen sobre todo la atención de Larbaud: la inglesa y la hispánica. Larbaud

es uno de los primeros que descubren las letras hispánicas y que llaman la atención sobre el « renacimiento de la literatura española ». Sin embargo, el interés hispánico de Larbaud no se detiene en la Península. Atraído siempre por lo lejano, por lo no descubierto o lo mal conocido, Larbaud ve siempre a través de España el Nuevo Mundo y considera que el « *Domaine Espagnol* » — título que tenía proyectado para un libro de crítica literaria— comprende también todos los países hispanoamericanos.

Alumno del colegio Sainte-Barbe, « más cosmopolita que una exposición universal », Larbaud descubre, siendo niño, el ambiente hispanoamericano que evocará más tarde en *Fermina Márquez*. Conoce luego a Rubén Darío y al grupo de *Mundial*, y desde entonces permanece siempre en contacto con los escritores de Hispanoamérica. Publica varios artículos sobre nuestras letras, presenta a Jorge Isaacs, a Mariano Azuela, a Jorge Luis Borges... Tiene sobre todo dos grandes amigos hispanoamericanos: Alfonso Reyes y Ricardo Güiraldes. Sobre Reyes, ha escrito Larbaud una interesante crónica en la *Revue de l'Amérique Latine*, y ha traducido para *Commerce* las *Yerbas del Tarahumara*; numerosas e interesantes cartas cruzaron estos dos escritores, unidos por una misma « preocupación de América ». Sobre Güiraldes escribió Larbaud en la *Nouvelle Revue Française*, en la *Revue Européenne*, en el *Roseau d'Or* y en la *Revue de Genève*; tradujo además los *Poemas Solitarios* en *Commerce*, y los *Poemas Místicos* en el *Roseau d'Or*, y formó parte del grupo de escritores que ayudaron a Marcelle Auclair y a Jean Prévost en la traducción de *Don Segundo Sombra*.

En un plano más general ha hablado Larbaud al público francés de los problemas del escritor hispanoamericano. Escribe sobre el grupo de *Proa*, publica una carta abierta a « dos amigos » — Adelina y Ricardo Güiraldes — en *Commerce*, que es realmente una carta para todos los escritores americanos, con consejos y observaciones, y en 1935 publica en la *Nouvelle Revue Française* un artículo, « *Notre Amérique* » (prólogo del libro de José Antuña *El Nuevo Acento*), donde encontramos

planteados con lucidez algunos de los problemas que preocupan a Hispanoamérica.

Por la misma época, y siguiendo quizás el ejemplo de Larbaud, varios escritores y críticos se interesan en la literatura hispanoamericana. El más importante es sin duda Francis de Miomandre. Si Larbaud fue un iniciador que preparó los espíritus para que recibiesen nuestras letras, por medio de traducciones y artículos, cierto, pero sobre todo por influencia personal, Miomandre toma resueltamente el partido de la traducción, poniendo al alcance del público francés un sin fin de obras maestras. Se le deben entre otras cosas, traducciones de Asturias, Gabriela Mistral, Darío, Rodó, Amorim, Larreta y Teresa de la Parra, así como artículos sobre nuestras letras.

Georges Pillement es otro aficionado a nuestra literatura. Ha traducido a Gallegos (*Doña Bárbara*), Icaza (*Huasipungo*), Asturias (*El señor Presidente*), Pareja Diez-Canseco (*La Beldaca*), y a muchos otros escritores. Señalamos además uno de sus artículos, particularmente interesante, « Le mirage de la Pampa », publicado en la *Revue Européenne* en 1929.

Hispanista entusiasta, Jean Cassou es otro de los escritores franceses que han contribuido a divulgar nuestra literatura. Como Larbaud, Cassou tiene conciencia de un mundo latino, que hermana a Francia con la Europa mediterránea y con las naciones de Hispanoamérica, más allá de los límites impuestos por la geografía o por las idiosincrasias diferentes. Al desconocer la literatura española, y por ende la de nuestra América, « Francia —dice Cassou— ya no se siente solidaria de la latinidad [...] ha perdido su vocación latina. » En lugar del interés condescendiente y no exento de cierta vanidad que demostraba como « grande sœur latine de ces petits peuples ingénus », se le pide una atención más profunda, y esta atención, dice Cassou, Francia la regatea. Sin embargo, desmintiendo esta declaración, está la obra del mismo Cassou, que ha traducido a Darío y a Uslar Pietri y que ha publicado varios artículos sobre nuestra literatura.

Otros nombres podríamos citar : Marius André, Mathilde Pomès, y, más cerca de nosotros, Claude Couffon, Laure Guille, René L. Durand... Pero cerramos esta lista

—no tan completa como simbólica— con el nombre de Roger Caillois, actualmente sin duda el especialista más importante de nuestras letras. Varios años pasados en América han permitido a Caillois tener un contacto más directo con nuestra literatura. Ha traducido a Gabriela Mistral y a Borges, pero se le conoce sobre todo como animador de dos importantes empresas para la divulgación de las letras hispanoamericanas: la colección de la « Croix du Sud » de la editorial Gallimard y la colección de obras representativas de Hispanoamérica que publica la U.N.E.S.C.O.

Hemos hablado de los escritores hispanoamericanos en París y de los escritores franceses hispanistas. Queda por nombrar una figura que resume los dos volantes de este díptico, que es a la vez hispanoamericano en Francia y gran escritor francés, poeta maravilloso con el cual quedan hermandadas Francia e Hispanoamérica: Jules Supervielle. Hijo a la vez de Montevideo y de París, Supervielle elige ser poeta de Francia, pero no por eso olvida a América. No hablamos sólo de las reminiscencias o alusiones que encontramos en su obra, sino también del papel activo que desempeñó, a la par que Larbaud y los otros escritores franceses, para hacer conocer nuestra literatura. Colaboró asiduamente con notas y artículos en la *Revue de l'Amérique latine*, tradujo poemas para *La Licorne*, adaptó la traducción de *Tabaré* de Zorrilla de San Martín para la U.N.E.S.C.O. Gran amigo de Güiraldes, se preocupó siempre por la suerte de su obra en Francia y revisó la traducción de *Don Segundo Sombra*, cumpliendo así los deseos del autor. Amigo también de Larbaud, compartió con éste la misma preocupación americanista. Hemos tenido ocasión de consultar la correspondencia de estos dos escritores y hemos visto hasta qué punto fue profundo el interés de Supervielle por América, y como —sintiéndose a la vez de allá y de aquí— establece eficazmente el lazo de unión de nuestros países —Uruguay y Argentina sobre todo— con Francia.

CABE PREGUNTARNOS ahora en qué forma se ha respondido a este doble llamamiento —hispanoamericano y francés— y

cuáles han sido los « esfuerzos organizados », sistemáticos —donde ya no interviene el azar ni el encuentro fortuito— para hacer conocer nuestras letras.

El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual creó en 1931 una colección iberoamericana en la que se publican las traducciones de nuestras obras más representativas. Al reemplazar a dicho Instituto, la U.N.E.S.C.O. continúa esta colección, que debe mucho, lo hemos dicho, a la actividad de Roger Caillois. Se han publicado, entre otras cosas, obras de Sarmiento, Martí, Rodó, Palma, Hostos, Concolorcorvo, Hernández, Zorrilla de San Martín y dos antologías: una de poesía mexicana y otra de poesía iberoamericana en general.

Si la U.N.E.S.C.O. publica a nuestros « clásicos », la colección de la « Croix du Sud » prefiere publicar a nuestros autores modernos. Se ha traducido principalmente a Borges, Asturias, Guzmán, Carpentier, Güiraldes, Rulfo, Amorim, Ciro Alegría y Gallegos. Por otra parte la colección « Du Monde Entier » que publica Pierre Seghers se ha encargado de presentar buen número de nuestros poetas al público francés: Neruda, Guillén, Vicente Gerbasi, Mariano Brull, Juan Liscano, Carrera Andrade, Undurraga, Manuel Maples Arce, etc.

Las revistas literarias también han respondido a esta apelación. Ya desde principios de siglo el *Mercure de France* tenía su crónica hispanoamericana que pasaba revista quincenalmente a los nuevos libros de América. Aunque no de manera tan asidua, la *Nouvelle Revue Française*, la *Revue européenne* y *Les Nouvelles littéraires* han publicado artículos críticos sobre la literatura hispanoamericana. Encontramos además, en traducción, poemas de Hispanoamérica en *Commerce*, *Lettres*, *Volontés*, *Fontaine*, y en *La Licorne*, revista que fundó en París la poetisa uruguaya Susana Soca.

Después de la guerra, varias revistas han publicado números especiales enteramente consagrados a nuestra literatura. *Cahiers du Sud* publicó en 1954 un número dedicado a los poetas argentinos y en 1960 otro que abarca toda la poesía hispanoamericana contemporánea. *Esprit*, en 1958, pu-

blicó un número dedicado a los problemas de América Latina. Un número del *Pont de l'Épée* publicó a seis poetas nuestros (1959); en el mismo año *Europe* habló de la literatura mexicana; asimismo tenemos un número de la *Table Ronde* (1960) y el número de junio de 1961 de *Lettres Nouvelles*, dedicado a la nueva generación de escritores hispanoamericanos. *Preuves* se ocupó en diversas ocasiones de Hispanoamérica y dio acogida a escritores hispanoamericanos, últimamente (febrero de 1962) a Julio Cortázar.

Sería demasiado largo enumerar los estudios críticos llevados a cabo por profesores franceses en los últimos años. Citaremos entre otros los trabajos del profesor Bataillon sobre la « Vera Paz » y sobre la novela picaresca en Hispanoamérica; la historia de la literatura iberoamericana del profesor Aubrun; el estudio sobre la conquista espiritual de México del profesor Ricard; y actualmente las tesis, aún no sostenidas, del profesor Verdevoye, sobre Sarmiento, y del profesor Durand sobre la poesía venezolana romántica.

La literatura hispanoamericana comienza a interesar al « estudiantado », abundan en los ficheros de los institutos hispánico y de América Latina, en París, monografías sobre temas nuestros: « Les séjours de Rubén Darío en France », « Leopoldo Lugones et la littérature européenne », « Vallejo et son œuvre poétique »: no son estos más que algunos de los títulos que hemos encontrado. Además se ha creado un « Certificat d'Études Supérieures de Littérature et Civilisation latino-américaines », y a título de información citamos algunos de los temas de estudio propuestos para el año en curso: « L'esprit d'indépendance en Amérique espagnole » (Fray Servando Teresa de Mier, José Martí), « Le Roman et le Conte régionalistes » (Güiraldes, Gallegos, Latorre, Palmerio), « Poètes contemporains » (Neruda, Guillén, Ibarbourou, Meireles). Además, en los programas de primera y segunda enseñanza para la asignatura de español, encontramos autores y textos de nuestra literatura, de manera que creemos poder decir que las letras hispanoamericanas han adquirido derecho de ciudadanía en la educación francesa.

PARÍS, 1962. Detengámonos aquí hoy, y acompañemos con la vista el camino recorrido por Francia. Para medir el resultado de este descubrimiento no nos interesa tanto la cantidad —podríamos seguir enumerando muchos títulos más— como la forma en que Francia ha llegado hasta nosotros. Creemos notar cierto progreso intelectual a través de este medio siglo de descubrimiento literario, el cual, mirado así, a distancia, ya no se nos antoja tan caprichoso ni tan irracional. El encuentro entre Francia y América, iniciado hace sesenta años, se nos presenta más bien como una lógica sucesión de contactos en planos cada vez más superiores, y al mismo tiempo más profundos.

A principios de siglo, en la época de *Mundial*, el grupo hispanoamericano era resueltamente afrancesado; y afrancesada y cosmopolita se presentó nuestra literatura ante los ojos de Francia, que creyó que el acento hispanoamericano era el de los libros de Gómez Carrillo. Sin embargo, los que estudiaron por esa época, y algo más tarde, a nuestros escritores vieron lo falsa que era esa idea de Hispanoamérica. Así Valery Larbaud, desde 1907, pedía a los jóvenes americanos algo más que « una obra literaria parecida a sus trajes y a sus corbatas, algo más que una obra literaria a la última moda de París ». La solución que proponía Larbaud puede parecer hoy no exenta de cierto simplismo, de cierto exotismo fácil: « Los libros que vendrán de América Latina, escribía en 1924, nos hablarán de cosas que deseamos conocer *a fondo*, es decir *poéticamente*: la Pampa [...] los Andes, vuestras grandes ciudades, vuestros pueblos, mezcla de razas, los rincones donde quedan rastros del pasado colonial, vuestra sorprendente historia, y lo que constituye vuestro exotismo: las poderosas ruinas de las civilizaciones indígenas. Terminadas las descripciones de Versalles y de Venecia, sin interés para nosotros. » Larbaud no veía, sin duda, de manera suficientemente clara, que « el nuevo acento » dependía, más bien que del tema, de la manera como se lo trataba. Sin embargo, mirando hacia atrás, veremos que el consejo de volver a la tradición no sobra en una época en que lo extranjero se presenta como cima de pres-

tigio. El consejo de Larbaud es el primer paso de un proceso fecundo: al ahondar lo nacional aprendemos a transfigurararlo en su imagen más auténtica, que es lo universal.

A medida que hemos ido superando a la vez el « afrancesamiento » y el regionalismo fácil, Francia ha aprendido a descubrir en nuestras letras ese acento universal a que aspiramos. Poco a poco ha comprendido la lección de Borges: « Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental. [...] Los argentinos, los sudamericanos en general, pueden manejar todos los temas europeos, manejarlos sin superstición, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas. » La obra del mismo Borges, la de Paz, la de Cortázar, abogan aquí por nosotros para que Francia acepte nuestra mayoría de edad. Aún quedan espíritus para quienes Hispanoamérica sigue siendo « el continente del tercer día de la creación », los grandes espacios y el problema indio. Pero no pocos comienzan a superar esa etapa: « Lo que se conoce bien de la literatura de América Latina —escribe Maurice Nadeau al presentar el número de *Lettres Nouvelles* dedicado a nuestras letras— es la literatura de inspiración folklórica, la literatura de reivindicación o de compromiso político, que ofrecía menos interés para nosotros que una literatura de búsqueda, de imaginación o de creación, que se esfuerza por descubrir sus fines en sí misma. Presentamos, pues, esta última, que es menos conocida y hasta completamente ignorada, y que, sea donde sea, indica en general el verdadero nivel de desarrollo de las técnicas poéticas y novelísticas. »

Si Hispanoamérica desea que siga madurando este descubrimiento, si ofrece siempre nuevos testimonios a Francia, no lo hace como quien, inseguro, busca una tutela. No hay nada más peligroso, en efecto, que el fijarse cánones exteriores al desenvolvimiento íntimo. Tener conciencia de nosotros y de nuestros medios de expresión será exigirle a Francia esa crítica ajustada de la cual ha sido siempre la más perfecta representante: será orientar el « descubrimiento » de la literatura hispanoamericana hacia el intercambio y el diálogo.

Ideas e ideales políticos de los jóvenes latinoamericanos

POR CARLOS ALBERTO FLORIA

TEMA EQUÍVOCO, que sin embargo exige algunas precisiones. La primera, acerca de la confusión entre ideas e ideales. La segunda, el deslinde neces-

Vivimos un mundo en el que la juventud juega cada día más un papel sumamente importante. Incluso en aquellos países de signo totalitario, en los que se aniquiló toda vida política y los jóvenes quedaron sin maestros, sin guías, desamparados, las nuevas generaciones se aglutinan y dejan traslucir sus sentimientos opuestos al sometimiento, irrumpiendo a veces con violencia, como ocurrió hace pocos años en Alemania del Este, en Hungría, en España, en Cuba... Esto quiere decir que la juventud continúa enarbolando, conscientemente o no, la bandera de una cierta rebeldía.

Nos hallamos, pues, más decididamente que nunca en una época que se caracteriza por la rebelión de los jóvenes. Por este motivo, hemos creído interesante ofrecer a nuestros lectores una serie de estudios y reportajes sobre la juventud de distintos continentes y de diferentes países. En este número nos referimos a los jóvenes latinoamericanos y a los estudiantes indios. En números sucesivos trataremos de la juventud soviética, norteamericana, española, china, etc.

rio de las « juventudes » latinoamericanas que se encuentran de algún modo comprimidas en una denominación generacional. Y algunas más. Cuando se habla de la « juventud » y de los « jóvenes », se incita a un desentendimiento de las diferencias nacionales, de los matices impuestos por las tradiciones. Y eso sin contar con que lo que se llama « gente joven » incluye por lo menos dos etapas vitales diferentes.

El problema es real, pero difícilmente soslayable. La idea misma de generación carece de perfiles definibles y permanentes. Marías ha señalado el extraño espectáculo de una prolongación aparentemente anormal de la juventud. Pero quienes nos hallamos insertados en alguna situación latinoamericana, percibimos que la etapa juvenil —cualquiera que sea su prolongación— vive con el apremio de una madurez inoportuna.

Es obvio que las breves reflexiones que siguen deben referirse a una perspectiva y que el lector merece que se le prevenga acerca de sus contornos. Sobre todo porque debe ocurrir que los puntos de vista que se exponen no están desadscriptos de una doble y simultánea experiencia: una experiencia generacional —escribo « desde dentro » de la juventud—, y una experiencia nacional —escribo « sobre todo » desde la Argentina—. Lo dicho parece bastante para ubicar críticas eventuales y para limitar los cauces posibles de una voluntad de comprensión.

Las generaciones distantes

Diferenciables entre sí por circunstancias nacionales —o aun regionales dentro de cada nación—, las juventudes latinoamericanas no pueden desentenderse de aquellos factores sociológicos, culturales, psicológicos o históricos que tienen una presencia *constante* en la articulación de las generaciones. Esos factores otorgan cierta homogeneidad a las actitudes colectivas de las juventudes latinoamericanas y al mismo tiempo estimulan la comunicación entre ellas. Tengo para mí, sin embargo, que no es el *tipo* de actitudes lo que debe inquietar en nuestro tiempo, sino el *estilo*, la *dirección* y el *contenido* de las mismas.

Desde una óptica *política*, que es la adoptada en estas notas, la cuestión me parece particularmente notable. En la medida que la juventud cumple su papel histórico, observaba recientemente Emile Rideau, actúa como una fuerza de negatividad: su primer gesto es de alejamiento, su actitud inicial es una toma de distancia. Un apartamiento de la realidad sin sustraerse totalmente de ella. Naturalmente, esa es la postura habitual del crítico. La actitud de la juventud es habitualmente una actitud crítica. El problema comienza, sobre todo para los adultos, cuando se percibe un ánimo de discordia, de disconformidad beligerante en esa postura crítica. Lo que pudo ser un pretexto para el diálogo es un motivo de conflicto. La juventud es agresiva en la crítica y radical en sus negaciones. No se está lejos de calificar como resentimiento lo que es una derivación de la rebeldía.

Y en efecto, hay épocas en las cuales la *distancia* natural entre las generaciones parece más extensa. La comunicación es difícil. El llamamiento dirigido por la generación adulta a la juventud apenas es percibido. No sólo hay distancia, sino distensión. No sólo hay apartamiento, sino la sensación de que el diálogo es imposible y que por lo tanto la aproximación necesaria para que la comunicación exista es tiempo perdido.

Apenas me parece preciso señalar que esa situación de conflicto, de rechazo y de

ruptura, es el contorno de las actitudes políticas de las juventudes latinoamericanas. Lo que importa destacar, sin embargo, es que las juventudes latinoamericanas no parecen encontrar estímulos suficientes para tomar conciencia de que los naturales gestos de apartamiento deben ser compensados, asumiendo el compromiso del diálogo con las generaciones precedentes. Y en ese sentido, ni las juventudes latinoamericanas han emprendido, cabalmente todavía, esa tarea necesaria, ni las generaciones precedentes encuentran caminos transitables para reducir la distancia. Las generaciones actúan en compartimientos estancos, y una suerte de « conciencia de clase », cerrada e inaccesible, es fácilmente elaborable.

Esa actitud, sin embargo, perfilada en nuestro tiempo y en nuestra situación, no ha sido una *constante* histórica. Puede encontrarse en esto un signo positivo. Pocos años después de haberse producido la mayor parte de los movimientos de emancipación política de colonias y ciudades americanas, en el siglo pasado existieron actitudes generacionales con objetivos precisos, sentidos y adoptados con cierta « conciencia de generación ». La denominada « generación de 1837 » que « nucleó » buena parte de la juventud intelectual de la época de Rosas en la Argentina, y que respondía a resonancias europeas, adoptó una actitud tendiente a la conciliación política de las fracciones en lucha. El fenómeno es bastante complejo como para intentar siquiera su descripción, pero el ejemplo es válido para demostrar la posibilidad de una canalización positiva y peculiar de la rebeldía. La rebeldía de ciertos estratos de un grupo generacional latinoamericano actuó entonces contra un estado de cosas que representaban el conflicto y la lucha por la dominación. No fue precisamente la juventud la que desertó en la tentativa por lograr una solución cohesiva e integradora. Si bien frustrada, la intención política de la « generación de 1837 » tiene valor por sí misma como tentativa de restauración —o mejor de estructuración— de un diálogo inexistente. Aquella generación fue lo que alguna vez denominamos « una generación desamparada », y puede advertirse en esa experiencia que el desamparo —una

sensación reiterable en el conflicto de las generaciones— procedió de generaciones adultas sin predisposición para acoger a la juventud, como tal, en la elaboración de soluciones políticas que aquellos dirigentes encarnizados sólo imaginaban a través de la uniformidad, no de la unidad.

Generaciones distantes, cada una procura elaborar por su cuenta las « políticas » latinoamericanas. No hay maestros en quienes crea la juventud. No hay personalidades políticas entre las generaciones adultas que conciten la admiración de las juventudes. Cada nación vive en estos momentos el problema de la falta de prestigio y de autoridad de las denominadas « clases dirigentes ». El tema constituye no sólo un tópico habitual en la literatura política latinoamericana. Es también una *creencia* política de nuestro tiempo, aquí y ahora. No puede extrañar, entonces, que los movimientos políticos encabezados y « personalizados » por jóvenes atraigan la atención de los núcleos juveniles políticamente activos de las naciones latinoamericanas. Así aconteció con el movimiento revolucionario cubano en sus primeras etapas. El grupo revolucionario cubano de la « primera hora » estaba compuesto predominantemente por jóvenes entre los 25 y los 30 años. El dato no es desdeñable. La revolución cubana comenzó a transitar por los senderos de la mitología cuando las juventudes latinoamericanas hallaron una *identificación generacional* con los conductores visibles de la revolución. La « iracundia », la audacia, las actitudes desafiantes contra el « poder americano » pertenecían al inventario de las actitudes previsibles en juventudes estimuladas por mitos y realidades peligrosamente mezclados.

¿Es aventurado señalar entonces, que la fuerza mítica de la revolución cubana comenzará a debilitarse en la medida en que el grupo conductor se adscriba a la burocracia militante del comunismo?

Derechas e izquierdas en torno de la juventud

Esa posibilidad nos introduce en una vertiente netamente política. El periódico

uruguayo *Marcha* (29 de diciembre de 1961) denuncia lo que considera un « acelerado vuelco del pueblo argentino hacia los partidos moderados y aun hacia los netamente derechistas ». Ese vuelco confirmaría la « tendencia » que según dicho periódico sigue igual rumbo entre « la oficialidad joven de las Fuerzas Armadas y los estudiantes universitarios ». La observación merece notarse, pues dicho periódico es un exponente de opiniones similares a las que alienta nuestra « izquierda nacional ». El proceso señalado por el periódico uruguayo no es un fenómeno claramente discernible en la gran mayoría de los restantes países latinoamericanos. Eso quiere decir, en suma, que la situación de la juventud argentina no es asimilable en un todo a las actitudes predominantes en otras juventudes latinoamericanas. En rigor, el hecho no debe sorprender. Hay numerosas razones históricas —remotas y contemporáneas— de todo orden que explican una *relativa* « galvanización » ideológica de las masas y de la juventud argentina respecto de los esquemas en circulación que se imponen y penetran más netamente en otros pueblos. Es este un ejemplo entre varios que confirman la necesidad de un deslinde entre las juventudes latinoamericanas. Porque ocurre que una buena parte de la Argentina no « es » Latinoamérica.

Bien podría describirse la historia política de los países latinoamericanos como una pugna entre el « orden » y el « movimiento ». Y fácilmente se tenderá a reemplazar los términos: los tiempos de « orden » fueron aquellos en que las derechas tenían vigencia. Los tiempos de « movimiento » son alentados por la izquierda. La identificación es tentadora, pero con ello no se logra sino aumentar los equívocos. Pocas nociones políticas son más propicias a la simplificación que las de « derecha » e « izquierda ». Así como no existe una juventud, sino juventudes, no hubo —ni hay— en Latinoamérica una derecha y una izquierda, sino « derechas » e « izquierdas » que se suceden y aun coexisten en cualquiera de las fases de su historia política. La oposición entre las derechas y las izquierdas, siempre difusa desde que salió de su cauce original y se transformó

de una simple noción parlamentaria en una suerte de antinomia absoluta y categórica, ha servido sin embargo para alentar la formación de esquemas idealistas en los movimientos juveniles latinoamericanos. Ahora bien: los esquemas idealistas pueden ser originales en cuanto esquemas, no por las ideas que contienen. Las ideas en Latinoamérica, sobre todo en política, casi siempre han sido prestadas, más bien «importadas». Creo que las juventudes latinoamericanas deben tomar conciencia de ese hecho, que por sí mismo no es malo ni bueno, sino neutro. Pero es necesario que no pase inadvertido. Las juventudes latinoamericanas disfrutaron de un buen acopio de «ideales», pero deben reconocer por ahora un serio déficit de ideas. La juventud no es enteramente responsable de eso, mas no se trata en nuestra situación de deslindar responsabilidades cuanto de desbrozar realidades y mitologías. Los ideales orientan la conducta, el quehacer. La proyección de los ideales es una función de la juventud, pero a menudo el destino de los ideales reside en que no serán cumplidos. Empero, la función militante de los ideales exige una seria depuración de los esquemas. El linaje de la juventud es el de ser «misionera de ideales». Esa «precedencia del ideal» es lo que caracteriza la función militante de las juventudes latinoamericanas. Pero hay épocas en las cuales las ideas germinadas en el pasado conservan vigencia como estímulo, parece que no se hubieran agotado con ser pensadas y que exigen desarrollo y aplicación a realidades concretas. Son épocas ideológicamente pacíficas. En otras épocas, en cambio, el pasado se considera como un legado inevitable, pero que es urgente reformar de raíz. Son épocas ideológicamente beligerantes. Latinoamérica vive en una época de este tipo.

«Derechas» e «izquierdas» procuran en nuestro tiempo atraer, encantar, ilusionar a nuestras juventudes. Para eso existen ciertos temas polarizadores que van cambiando con el tiempo. Hacia fines del siglo pasado la *cuestión religiosa* constituyó uno de esos temas distintivos. Hoy, y desde hace cuando menos veinte años, la distinción entre las derechas y las izquierdas responde a problemas *sociales y económi-*

cos. Comienzan a percibirse, sin embargo, las fronteras de esa polarización temática. Todo lo que hace a la «derecha» y a la «izquierda» no son tanto sistemas de ideas, cuanto temperamentos y complejos psicológicos. Me parece advertir, en ese sentido, una suerte de «pleamar política» de las generaciones adultas en Latinoamérica, y por consiguiente, el ascenso de la juventud como elaboradora de las opiniones políticas militantes. Con ello ascienden el temperamento y los complejos psicológicos juveniles a un primer plano en la elaboración del contenido de las derechas y las izquierdas. El hecho, de ser cierto, coincide con otro no menos importante: la relativa ausencia *militante* de las derechas. Entre varias causas posibles menciono una que en la situación latinoamericana me parece fundamental: *las derechas en Latinoamérica carecen de «mitología»*. No menciono especialmente a los «derechismos», salvo para señalar que muchos de los «mitos políticos» que contribuyeron a elaborar les fueron arrebatados por las izquierdas. Ahora bien, Latinoamérica es todavía, por muchos motivos, el «paraíso de la mitología política». El dato importa, en la medida que las revoluciones no pueden hacerse sin un arsenal mitológico bien surtido. Y como Latinoamérica vive una época de «ideologías beligerantes», no concibo que la revolución pueda tener otro signo, en la actual situación latinoamericana, que el de las «revoluciones de izquierda».

Habitualmente, la madurez política trae consigo cierta «conciencia de la oportunidad». La sensación de que la oportunidad política del momento es en Latinoamérica «estar cada vez más a la izquierda» ha conducido a buen número de políticos adultos que ven transcurrir sus vidas públicas lejos del poder, a cultivar la realidad —pero sobre todo la mitología— de las izquierdas contemporáneas. Así ha ocurrido, por ejemplo, respecto del «fidelismo». Cuando faltan ideas claras, se acude a los lugares comunes. Ortega llamaba a los lugares comunes los «tranvías» de la vida intelectual. En la vida política la cosa no es diferente. Cuando se carece de ideas a la altura de las necesidades políticas concretas, se toma el «tranvía» que circula

en ese momento. Pero el problema no reside en «tomar el tranvía», sino en conducirlo... No es suficiente, parece, agitar el tema de la «liberación nacional» con resonancias marxistas, sino promover la «liberación nacional» sin entrar en la órbita política y burocrática de un nuevo y vigente imperialismo.

El riesgo de un «vacío» de legitimidad

La mayor parte de las juventudes latinoamericanas han asumido el papel de vanguardias políticas. Ponen en movimiento la opinión de sus respectivos países, la agitan y contribuyen a estimular el enfrentamiento con los problemas. Es ciertamente una virtud positiva de los ideales su capacidad para «problematizar» la realidad. Idealistas y rebeldes, las juventudes latinoamericanas han logrado cierta *presencia* innegable en la elaboración de las opiniones políticas. Y las opiniones políticas no se forman generalmente en torno de lo que la gente entiende, sino de lo que atiende. Sobre todo importa, en la acción política latinoamericana, lo que concita la atención de las poblaciones urbanas. Las poblaciones campesinas no participan con igual intensidad en la formación de las corrientes principales de opinión política.

De lo expuesto puede deducirse que, como ocurre en casi todos los órdenes de la actividad política, no sólo es preciso deslindar las situaciones nacionales y regionales que conforman la circunstancia propia de las juventudes latinoamericanas. Precisando más, es sólo un núcleo particularmente activo, y sobre todo con mayores posibilidades de acceso a los centros de opinión, el que da la *pauta* para la acción política de cada país o región determinada. El predominio de las juventudes urbanas —en términos generales— y esa natural estructuración de los diversos estratos por los que transitan los ideales hasta hacerse opinión, propician la formación de «oligarquías juveniles», cuyo centro de poder habitual reside en las universidades latinoamericanas. El papel de la Universidad como «grupo

de presión» en las situaciones políticas latinoamericanas es uno de los datos más sugestivos para el análisis del «modo de hacer política» de las juventudes latinoamericanas. No sólo las organizaciones estudiantiles, sino la Universidad toda, son en Latinoamérica un grupo de presión. El fenómeno ha sido particularmente visible en la Argentina, sobre todo cuando las versiones actuales del «reformismo» dominaban holgadamente sus claustros. Se ha observado que la Universidad oficial era la caja de resonancias de un «grupo de presión» cuyos conductores trabajaban en pos de ciertos objetivos ostensibles: la hipertrofia de la Universidad y sus funciones, la autonomía frente a toda otra instancia externa, la concentración del poder desde el punto de vista interno. El proceso parece interrumpido en la Argentina por el retroceso apreciable de las corrientes «reformistas» en todos los centros universitarios importantes, pero continúa donde el izquierdismo universitario mantiene vigencia, en el propio seno de la Universidad o a través de organizaciones estudiantiles universitarias o parauniversitarias en los otros casos.

De todos modos, queda en pie el hecho de que la juventud es hoy, en Latinoamérica, un laboratorio activo de opiniones políticas. Las generaciones adultas, conscientemente o no, comienzan a sentirse a la zaga de los ideales de la juventud. La «precedencia de los ideales» —fenómeno habitual— se identifica con la precedencia de la juventud, precedencia distante, peligrosamente distante, para hacer posible la necesaria comunicación entre las generaciones.

En la medida en que la juventud actúa sobre la opinión, contribuye a elaborar la legitimidad política. Ahora bien, los ideales políticos proyectados en las opiniones *militantes* de una época representan los datos esenciales para avizorar las fronteras de la legitimidad. La legitimidad, según expresa Seymour Lipset, implica la capacidad de un sistema político para engendrar y mantener la creencia de que sus instituciones políticas son las mejores del mundo (consenso procedente del compromiso positivo) o que, si bien no son particularmente buenas, no hay otras me-

jores (consenso basado en la carencia de alternativas conocidas). Los grupos pueden considerar un sistema como legítimo o ilegítimo según el modo en que sus valores concuerden con su *Weltanschauung*.

Las juventudes latinoamericanas han sido educadas en la creencia de que el sistema político *democrático* se *había dado ya* en Latinoamérica, incluso en un grado de elaboración aceptable. Las juventudes latinoamericanas escucharon —y escuchan— a menudo de sus maestros y de sus clases dirigentes que la democracia no sólo es una ambición, sino una ambición *lograda*. Largas épocas de las historias políticas nacionales eran identificadas con la democracia, y las dictaduras, los personalismos constantes de la política latinoamericana, el inventario de « salvadores » o de personajes mesiánicos, eran expuestos como paréntesis patológicos entré períodos democráticos. El fraude, el cultivo maniqueo de la política, las prácticas de un feudalismo irritante que frecuentaron y frecuentan la vida política de muchos de nuestros pueblos, desfilaban en boca de los « salvadores » de turno o en los « actos de contrición » de políticos redimidos. La legitimidad democrática es identificada hoy, entre fuertes núcleos nacionales, con el subdesarrollo cultural, económico y social. En la visión del mundo contemporáneo que corresponde a la perspectiva de las juventudes latinoamericanas, la legitimidad democrática no parece concordar con los valores que la juventud cree necesario instalar en la realidad. Nada parece más distorsionado en la vida política latinoamericana que el llamamiento estéril de muchos componentes de las generaciones adultas para restaurar el diálogo con la juventud sobre el presupuesto de la democracia como una *experiencia cumplida*.

Nada más discutible, en el terreno político, que ese presupuesto. Esa manera de encarar la comunicación con la juventud ha falseado la relación política entre las generaciones. Las juventudes latinoamericanas, es cierto, no podrían lícitamente sustraerse al llamamiento de las generaciones precedentes, si el llamamiento se hace desde presupuestos auténticos. No solamente se opondría la juventud a la generación adulta sino, como bien ha dicho alguna

vez Alain Barrère, a su misión personal. Pero sería injusto exigir de la juventud la comprensión cabal de una actitud que la generación precedente adopta sin asumir con autenticidad sus responsabilidades.

Asistimos, tal vez, a un « vacío » de legitimidad, en la medida que la legitimidad democrática es impugnada por las izquierdas marxistas y aun por los « marxismos nacionales » latinoamericanos, y la juventud no marxista o aquellos núcleos juveniles en disponibilidad ideológica no han tomado conciencia de que la democracia no es una experiencia cumplida y superada, no es una idea « que ha quedado atrás », sino una idea nueva, una experiencia digna de ser lograda en el futuro que la juventud latinoamericana y sus pueblos tienen por delante.

El nuevo rostro de América Latina

El problema del subdesarrollo es hoy el gran *tema* latinoamericano. Puede ser aprobado o despreciado, no puede ignorarse. Se ha incorporado a las sensaciones colectivas latinoamericanas. Latinoamérica *siente* el subdesarrollo. En ese sentido, el tema es original. Frente al mismo se hace más patente el equívoco de la distinción entre las « derechas » y las « izquierdas ». Porque el afán de desarrollo social, cultural, económico de América Latina, es patrimonio de la « derecha » o de la « izquierda » (aunque la distinción se habrá de elaborar en torno a los *medios* para lograr el desarrollo).

En un mundo unificado por el universalismo técnico y social América Latina parece promover una contramarcha de la historia. El nacionalismo, fenómeno que los europeos consideran una experiencia caduca cuando estiman su propia realidad, encuentra en América Latina una nueva circunstancia para su expresión. El subdesarrollo actúa en la situación latinoamericana de este siglo como un estímulo de contornos parecidos a la dependencia colonial en el siglo pasado. El nacionalismo renace alentado por circunstancias distintas, pero cierto ambiguo paralelismo invita a la reflexión. Cuando las nuevas naciones

latinoamericanas tuvieron que afirmar sus designios de independencia política, los grupos dirigentes de los movimientos emancipadores se reclutaron especialmente entre la juventud. Los grupos « extremistas » que controlaron al cabo aquellas revoluciones por la independencia política, contaban muchos hombres jóvenes, de apenas treinta años. No es, entonces, una experiencia extraña a la historia política latinoamericana que la juventud pretenda asumir, con peligrosa impaciencia, la modificación de estructuras que hoy Latinoamérica *siente* caducas.

El problema reside, por lo tanto, en la canalización y contenido de esa rebeldía, no ya en la propia rebeldía. El marxismo trata de explotar la rebeldía de las juventudes latinoamericanas brindando esquemas de acción inmediata que satisfagan su capacidad de « ilusión ». El marxismo no es en Latinoamérica « prehistoria intelectual ». Para muchos es una forma de « fuga hacia adelante ». El comunismo que conocieron las generaciones pasadas, monótono e inadaptado, alienta sus ambiciones expansivas a través de las « izquierdas nacionales », que canalizan ideales nacionalistas y transitan todos los cauces abiertos por la mitología política. Frente a esas corrientes, incluso los « neoliberalismos » carecen de capacidad suficiente para asumir el papel de un llamamiento íntegro de las generaciones precedentes. Debe advertirse que las generaciones adultas no han constituido un sistema de coordenadas fijas. También se encuentran en movimiento. Jóvenes y adultos se juzgan recíprocamente en crisis. Si se considera con atención la realidad política, hay dos generaciones en crisis en medio de un « sistema latinoamericano » en crisis. La interacción es recíproca. La diferencia es, sobre todo, de grado. Cierta egocentrismo de las generaciones adultas las hace propensas a « detener » la verdad en sus criterios de generación. « Los jóvenes son peligrosos en su rebeldía, porque no enfrentan la realidad como nosotros. » Cierta es que las generaciones adultas son reclamadas por una realidad donde la aceleración histórica jue-

ga un papel preponderante. Pero la juventud comparte esa situación. El ritmo evolutivo, especialmente en los últimos treinta años, se ha transformado y acelerado. A medida que la aceleración es mayor, más grande es el esfuerzo de adaptación de las jóvenes generaciones.

En un estudio relativamente reciente, Georges Teindas y Yann Thireau advertían acerca de la contradicción aparente a la que conducen las reflexiones anteriores. Porque en los países « subdesarrollados », la evolución de la civilización está en retraso. La crisis debería ser menos aguda. Sin embargo, la realidad histórica demuestra que esa crisis es, cuando menos, tan virulenta como la otra. La contradicción es más aparente que real. La crisis ocurre en medio de factores nuevos o de distinto contenido. En particular los « neoneoliberalismos », aparentemente análogos a aquellos que conocieron también ciertos Estados europeos en el siglo XIX. Pero además, porque la crisis es más radical, profunda y generalizada. El desajuste producido por el impacto de la « era técnica » en países que no han llegado aún a la cohesión política ni a la afirmación cultural y social, es sencillamente violento.

Todo parece indicar que en una época de filosofías beligerantes, el modo de contrarrestar la expansión de la ideología marxista es la *militancia* de una doctrina que llame a todos los hombres, pero también a todo el hombre. En ese sentido, los ideales de las juventudes latinoamericanas serán alentados, en un futuro inmediato, por una « praxis » marxista y una « praxis » socialcristiana. El futuro apenas mediato de Latinoamérica se juega en ello. Que es decir el « patrimonio común » de las generaciones latinoamericanas. Todo depende de la lucidez y responsabilidad de las generaciones adultas, pero también de la capacidad de la juventud para recrear los factores que han hecho la cohesión latinoamericana, para asumir un patrimonio cuyos valores más esenciales deben ser salvados. (« No se engaña al árbol : se le hace crecer según se le dirige », escribió Antoine de Saint-Exupéry.)

EDWARD SHILS

Los estudiantes indios : unos rebeldes sin causa verdadera

LA CURIOSIDAD, perezosa u ordenada, nos lleva a una universidad o a un « college » indio. Atravesamos campos polvorientos y soleados, húmedos y oscuros corredores y lavabos malolientes ; y vemos grupos de muchachos, gorjeando como pájaros, o una pareja paseando agarrados de la mano, o a veces un corrillo de muchachas con el pelo en cola de caballo. Todos tienen un aire extraordinariamente infantil, con la blanda delicadeza de los niños, terriblemente tímidos, la mirada dulce, simpáticos, frágiles, la sonrisa siempre dispuesta. Hasta los que llevan bigote siguen pareciendo muchachos. Sus voces son lentas y suaves, sus movimientos ligeros, elásticos, reposados. Si uno de ellos, dando una de esas cabriolas propias de las bromas entre muchachos, se topa con usted, en seguida le pide perdón con tímido embarazo. Y si a cualquiera se le pregunta dónde puede encontrarse a determinado profesor o al director de este o aquel departamento, se desviará de su camino para mostrarnos el lugar preciso donde daremos con él y nos impresionará con su aire tímido y deferente.

Unos días después vamos a la Asociación de estudiantes para asistir durante un rato a un debate. Torrentes de elocuencia, no siempre inteligible, tronar como de volcanes, chisporroteo de insultos, denuncias excitadas contra las autoridades : esto dará la pauta del ambiente. Allí está uno de esos jóvenes. Le veremos ardiendo de excitación, tembloroso de placer cuando el que habla cubre de barro el nombre o la función de algún dignatario. Y si está en la tribuna, nos sorprenderá con su voluble charloteo y con el calor que pone en sus pasiones desatadas.

Un día podemos leer que en Misora los estudiantes han apedreado autobuses y tranvías, provocado incendios y atacado a la policía que trataba de contenerlos y que, no habiéndolo conseguido, tuvo que utilizar gases lacrimógenos contra ellos. En otra ocasión el periódico nos informará de que han sido detenidos cincuenta estudiantes en Patiala, en el Penyab, por destacar una orden que prohibía los desfiles ; o bien nos hablará de la manifestación organizada por los estudiantes de la universidad de Utkal durante la visita del ministro del Interior a Cuttack, con el fin de hacerle ver la urgencia de asimilar los antiguos Estados principescos de Sarai Kela y de Kharsawan a su Estado de Orissa. En Lucknow hubo que cerrar la universidad durante una larga temporada como consecuencia de los disturbios estudiantiles. Por orden del Presidente de la República se cerró también la universidad de Benarés, debido a los desórdenes provocados por los estudiantes. Por las mismas razones se suspendieron los cursos en la universidad de Allahabad por orden de su vicerrector. En la universidad de Visvabharati los estudiantes atacaron y dejaron casi ciego a un eminente profesor, muy conocido en los medios literarios de Londres. En Nueva Delhi, los estudiantes universitarios, protestando contra las tarifas ferroviarias, dificultaron el movimiento de trenes y rompieron los carteles-horarios. En la universidad de Osmania los estudiantes pidieron estar representados en el Senado de aquel centro. En Agra, varios estudiantes universitarios dieron muerte a uno de sus compañeros por divergencias relacionadas con las elecciones para el Sindicato estudiantil. En Aligarh la universidad se mantiene en un hervor continuo. Y en Cal-

cuta —con sus cien mil estudiantes de la universidad y de los « colleges » asociados— la turbulencia de los estudiantes es tan grave y tan difícil de contener que un observador moderado, hablando de una convocatoria reciente de la universidad, ha podido decir que « las medidas de seguridad adoptadas para prevenir posibles fechorías por parte de los estudiantes dejarán pequeñas y muertas de vergüenza a las que se adoptaban bajo la dominación inglesa en la India ».

Indisciplina

Naturalmente, todos los años con regularidad, cuando llega la época de las convocatorias, o esporádicamente durante el resto del curso, podemos leer hasta hartarnos largos discursos de gobernadores, primeros ministros, ministros del gobierno central o de los Estados y vicerrectores. Todos ellos dicen lo mismo : la « indisciplina » de los estudiantes es algo terrible. La joven generación ha perdido el sentido del sacrificio que sus padres —y el que habla, claro está— poseían cuando eran jóvenes. Carecen de seriedad en sus propósitos. Si están en la universidad no es por amor al estudio, sino únicamente por razones profesionales. Su conducta es una deshonra para el país ; sus profesores y maestros les han dejado de la mano. Son las víctimas de « la transformación de los valores sociales » ; han perdido la fe en lo viejo y carecen de fe en lo nuevo.

Toda esta oratoria resulta bastante hueca : es una manera de no utilizar la inteligencia. De todos modos, hay algo que no marcha bien entre los estudiantes indios. Sin duda alguna, en los mejores « colleges » o en los grupos que rodean a los pocos estudiosos y científicos de categoría, existen algunos estudiantes que se interesan por sus estudios y que están tan alerta y tan ávidos de conocimientos como en cualquier otro país del mundo. Pero la gran mayoría se muestran pasivos y muchos hacen una guerra furiosa contra el orden establecido por sus mayores. No son muchos los que parecen sentir placer por esta fase de su vida o aceptar lo que les brinda. En gran parte del norte y del este de la India, los

estudiantes de universidades y « colleges » se hallan frecuentemente en un estado de ruidosa y a menudo violenta « indisciplina ». Y en el oeste y el sur, donde las cosas parecen marchar un poco mejor, la inquietud es grande y no son raros los estallidos.

El estudiante indio, como tantos estudiantes de otros países, no es un celoso investigador de la verdad científica y erudita. Entre el casi millón de estudiantes universitarios que existen en la India, pocos son los realmente aficionados al estudio y rarísimas las inteligencias genuinas y ambiciosas. La mente estudiantil no llega a entrar en sus libros ; además, esta falta de contacto no suele ocultarse bajo un aire fingido de respetuoso interés. La muda sumisión es lo más que el estudiante puede ofrecer y ni siquiera esto siempre. Las salas de clase a que asisten los estudiantes que aspiran a la licenciatura son a menudo escenarios del desorden, desorden que no siempre es la agitación organizada que regularmente denuncian el Presidente de la República, el primer ministro, los gobernadores y primeros ministros de los Estados, los periodistas, la Comisión de asignaciones universitarias, etc., sino el desorden individual al azar del pataleo, la conversación en voz alta, el paso de notas y los gestos de bravuconería. Fuera de las aulas, pero aún dentro del recinto académico, se celebran campañas violentamente disputadas para la elección a los puestos del Sindicato estudiantil y se producen continuas denuncias, riñas, refriegas e incluso asesinatos. Los « dirigentes estudiantiles » presentan constantemente peticiones y memoriales a las autoridades universitarias, considerándose a sí mismos como gobernantes de un reino soberano y autorizados a tratar de tú a tú e incluso en plan de superioridad con los decanos y vicerrectores. Más a la vista del público están las huelgas, las manifestaciones ruidosas, los desfiles o piquetes con banderas, las huelgas del hambre, los combates cuerpo a cuerpo con la policía, el descarrilamiento de los tranvías y el derribo de los autobuses, el saqueo y destrozamiento de las salas de examen, el acordonamiento de la residencia del vicerrector, la connivencia con periodistas de pistola y con políticos locales, la organización de campañas de difamación contra profesores y

administradores y los ataques materiales contra los profesores.

Todas estas acciones se llevan a cabo tomando pretexto en una serie de causas diversas, muchas de las cuales parecen desproporcionadamente pequeñas en comparación con la pasión con que se las defiende y las formas violentas que toma esta defensa. La mayor o menor amplitud de las concesiones en relación con los billetes de cine, autobús, tranvías o trenes ; la negativa de las autoridades universitarias a admitir a un estudiante no preparado o la política de admisión general en la universidad ; ciertos temas de examen o la severidad de los exámenes en general ; la conducta del conserje o vigilante de un « college » ; la supuesta conducta sexual de los profesores ; la calidad de la alimentación y del servicio en los comedores universitarios ; la declaración de un profesor sobre las cualidades de un poeta indio ; los derechos que tienen que pagar los estudiantes ; las medidas disciplinarias adoptadas por las autoridades de la universidad o del « college » contra determinados estudiantes por haber infringido las reglas académicas ; la actuación de la policía frente a las manifestaciones de los estudiantes ; el proyecto de fusión de Bihar y Bengala ; la unión de Bombay con Maharashtra : todas estas son cosas que pueden desencadenar las manifestaciones estudiantiles, moderadas o violentas. Todo es pretexto para gritar y excitarse. Pero lo que realmente hace que el estudiante indio responda tan fácilmente a esas situaciones, que a veces constituyen motivos razonables de queja, es algo distinto, algo que tiene sus raíces más profundas en la naturaleza del actual sistema universitario y en la situación del joven en la sociedad india de nuestros días.

Modelo londinense

El actual sistema universitario indio es una adaptación, ya más que centenaria, del modelo de la universidad de Londres. Existen más de setecientos « colleges » asimilados, por federación o afiliación, a las treinta y nueve universidades. Los « colleges » que forman una universidad se encuentran a menudo dispersos en un am-

plio territorio. Las universidades son las que establecen los programas, efectúan los exámenes y conceden los títulos. La mayor parte de las universidades las sostienen los gobiernos provinciales, pero reciben ayudas financieras sustanciales de la Comisión de asignaciones universitarias. Una pequeña minoría de los « colleges » pertenece al gobierno y suele sobresalir por la calidad de su profesorado. Algunos son « colleges » misionales y disfrutan también de un buen nivel pedagógico. La gran mayoría son de carácter « privado » y están mal instalados, empobrecidos, equipados miserablemente y muy sobrecargados de estudiantes.

Nominalmente los « colleges » son instituciones autónomas, aunque sus programas y los exámenes que han de sufrir sus estudiantes constituyen funciones universitarias. Su política de contratación de profesores debe en principio someterse a los niveles universitarios vigentes, pero con frecuencia los sueldos quedan por debajo de esos niveles.

Las universidades y « colleges » indios, con sus facultades y departamentos, son terriblemente jerárquicos en su constitución y en su espíritu. Prácticamente todos los profesores enseñan de acuerdo con programas en cuya redacción no han intervenido para nada y con miras a unos exámenes que tampoco ellos disponen. Si enseñan en « colleges » del gobierno —que se cuentan entre los mejores—, se les trata como funcionarios, sometidos a traslados según la voluntad de sus superiores, envueltos en papeles oficiales y ahogados en medio de la burocracia académica. Si trabajan en colegios « privados », como les ocurre a muchos de ellos, tendrán que vivir en una estrechez asfixiante y en una inseguridad total. Los directores se limitan a contratarlos y a acosarlos con exigencias continuas y muchos de ellos temen la inspección desaprobadora de las autoridades del « college », que suelen preocuparse muy poco de la calidad del trabajo intelectual realizado por los profesores y por los alumnos.

A pesar de la concentración de la autoridad, los « colleges » y universidades indias hierven de intrigas, de partidismos políticos y de animosidades internas, que vienen a aumentar el desorden general. Los profesos-

res indios están mezquinamente pagados ; casi siempre hay que reforzar sus sueldos con ingresos adicionales procedentes de los exámenes, trabajos complementarios, etc. Además, tienen que trabajar durante largas horas en tareas aburridas y luchan por conseguir el alivio que supone el ascenso y ciertos gajes miserables. La avidez por conseguir estas leves ventajas, su impotencia general y la ausencia de serios intereses intelectuales y pedagógicos entre la gran masa de profesores, hacen que aumente su preocupación por la política académica interna y por las ventajas que da la victoria. De este modo se forman facciones a las que sólo son capaces de escapar unos cuantos espíritus firmemente independientes. El caos se acrece con la intrusión en la vida académica de la política de partidos y clientelas. Esto exacerba el rencor y la desconfianza que ya han fomentado la miseria, el aburrimiento y la jerarquía. Los conflictos arrastran a casi todo el mundo. Los objetivos genuinos de la vida académica se pierden en medio de la excitación provocada por la lucha incesante para lograr ascender y sobrevivir.

Profesores inaccesibles

La facilidad con que los profesores de « colleges » y universidades indias se transforman en políticos académicos se halla íntimamente relacionada con su anquilosamiento y torpeza en las cuestiones propiamente intelectuales. La carga de la enseñanza es sumamente pesada ; el nivel pedagógico es excesivamente elemental ; y la técnica consistente en dar la lección « a velocidad de dictado », con la falta de atención que ello provoca en el estudiante, hace casi imposible que la enseñanza sea un placer para el profesor o para el alumno. El distanciamiento del profesor respecto al estudiante (y en las universidades y « colleges » más volcánicos, el miedo real a los estudiantes) privan a la enseñanza y al estudio de uno de sus mayores encantos. Las clases se hallan muy sobrecargadas. Los profesores no pueden disponer de salas en las que reunirse con los estudiantes o realizar un trabajo personal. Su propio hogar suele estar también sobrecargado. Y en todo caso no existe la tradición de invitar a

un estudiante a comer o tomar el té en casa del profesor. Ni el profesor ni el alumno se encontrarían a gusto en tal situación.

La tradición de la investigación independiente, que procura los placeres de la curiosidad intelectual y la participación en la amplia comunidad de los estudiosos, carece aún de raíces profundas en la India ; y aquellos que la poseen chocan con persistentes obstáculos en la envidia de los colegas más viejos, la obstrucción de los administradores y el ambiente generalmente desalentador de la institución. Existen individuos de excepcional fortaleza que sobreviven a todo esto y que realizan un trabajo admirable como profesores, científicos y estudiosos. Sin embargo, la mayoría se rinden a las fuerzas de desmoralización. Los profesores de universidades y « colleges » oyen decir constantemente que se han apartado de la tradición del *guru* y de los altos ideales del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Creen que los políticos los consideran perezosos empleados de oficina. Y no son muchos los que pueden resistir a este ambiente desmoralizador. Con ello, la cálida humanidad del profesor universitario indio se marchita y sus anhelos encuentran una satisfacción fuera del ámbito de la enseñanza y de la investigación. Y, como tan frecuentemente ocurre en otras universidades, la intriga académica, que ni siquiera tiene siempre por objeto asuntos de orden académico, ocupa el tiempo y ahoga la conciencia del hombre que aún conserva un débil sentimiento de las obligaciones intelectuales del profesor universitario.

Algunos de los mejores elementos en este campo de batalla universitario tranquilizan más fácilmente su conciencia gracias a la intervención de poderes y de intereses extrauniversitarios en la vida académica. A los gobiernos de los Estados les corresponde pagar todos los gastos regulares de las universidades indias, salvo cuatro. El gobernador del Estado suele ser al mismo tiempo rector de la universidad y al vicerrector lo elige generalmente un político. Los políticos en el poder, así como algunos que no lo están, consideran a menudo las universidades como peones en el juego de los partidos y las facciones. Estos políticos se mueven con holgura en el ambiente de patronos y clientes y se muestran ávidos

de aprovecharse de su posición y utilizar las universidades para reforzar su prestigio y su poder y ampliar la clientela a su disposición. Las universidades de Uttar Pradesh constituyen los ejemplos más sobresalientes de esta mezcla de lo político y lo académico.

El desorden dentro del profesorado, agravado por la intervención desde arriba y desde fuera, no termina en la línea que separa a los profesores de los estudiantes. En algunas instituciones académicas, los profesores pertenecientes a una facción han instigado a los estudiantes para que actúan contra otros profesores miembros de la facción rival. Y aunque los profesores no se dedicaran a esta agitación deliberada de los estudiantes, no se les podría ocultar a éstos unos actos tan poco decorosos. Los estudiantes se enteran de las disensiones entre los profesores a través de los empleados de la administración académica, de los profesores jóvenes y de los estudiantes postgraduados.

Como los estudiantes de otros países, o quizá algo más, los estudiantes indios sienten simpatía por los profesores dotados de un cierto carácter carismático: profesores expansivos y entusiastas, que parecen saber lo que se traen entre manos y que se consagran desinteresadamente a algo que está más allá de sus intereses privados. La facilidad india para « consagrarse a una causa » atrae su rebeldía. Pero profesores de este tipo, escasos en cualquier parte, resultan más escasos todavía en la India, donde la gran masa de los profesores de universidad y de « college » han llegado a creer que se les considera como una casta de intocables. El humillado y ofendido, si no es capaz de elevarse a la santidad, puede volverse maligno, desconfiado, indiferente y opaco. A ello el estudiante responde en forma adecuada.

Problemas lingüísticos

Antes de la segunda guerra mundial, cuando en la India sólo existían 125.000 estudiantes de universidad y de « college », la inmensa mayoría procedían de familias de la clase media relativamente acomodadas. Sus padres eran hombres educados:

abogados, médicos, funcionarios del gobierno, profesores, o bien terratenientes prósperos. No era corriente que los hijos de empleados, tenderos o agricultores pobres hicieran estudios universitarios. Hoy todo esto ha cambiado. La clase media, que ya antes de la independencia tenía graves problemas, ha tenido que sufrir la inflación, y sus vástagos tienen hoy que enfrentarse con una perspectiva aún más ardua que antes. Hoy es mucho más fácil que hace dos o tres decenios encontrar a los hijos de la clase media baja y de los campesinos entre el millón aproximado de estudiantes universitarios. Los estudiantes comienzan ahora a reclutarse entre las castas inferiores, aunque todavía son muy pocos los procedentes de las castas y clases más bajas. Proceden también en mayor proporción que sus predecesores de hace veinticinco años de los medios rurales. De este fondo rural traen una mayor predisposición a participar en la política, ya que en el campo los políticos solicitan su ayuda más frecuentemente de lo que ocurre en las ciudades, donde es mayor el número de personas disponibles para las tareas de las campañas políticas.

Estos cambios significan además que los estudiantes proceden de familias menos afectadas por el respeto tradicional, indígena u occidentalizado, hacia la enseñanza; familias donde se habla menos el inglés y se le comprende peor, sin que ello quiera decir que el inglés sea el idioma familiar en muchos hogares indios. Ni la enseñanza moderna, ni el inglés como vehículo de esa enseñanza han formado sus mentes antes de abandonar la enseñanza media. Este nuevo tipo de estudiantes resulta un tanto extraño en el ambiente de las universidades y « colleges ». En ese ambiente se siente menos a gusto y además su escasa capacidad lingüística le coloca en una situación difícil.

La actual generación de estudiantes ha tenido por lo común sólo cuatro años de inglés, en contraste con los siete que se asignaban a su estudio antes de la independencia. Un número mucho mayor de ellos han pasado por los centros de enseñanza media, donde se les enseñaba en el idioma indio local más bien que en inglés. En la mayoría de los centros de enseñanza superior de la India, el inglés sigue siendo el

res indios están mezquinamente pagados ; casi siempre hay que reforzar sus sueldos con ingresos adicionales procedentes de los exámenes, trabajos complementarios, etc. Además, tienen que trabajar durante largas horas en tareas aburridas y luchan por conseguir el alivio que supone el ascenso y ciertos gajes miserables. La avidez por conseguir estas leves ventajas, su impotencia general y la ausencia de serios intereses intelectuales y pedagógicos entre la gran masa de profesores, hacen que aumente su preocupación por la política académica interna y por las ventajas que da la victoria. De este modo se forman facciones a las que sólo son capaces de escapar unos cuantos espíritus firmemente independientes. El caos se acrece con la intrusión en la vida académica de la política de partidos y clientelas. Esto exacerba el rencor y la desconfianza que ya han fomentado la miseria, el aburrimiento y la jerarquía. Los conflictos arrastran a casi todo el mundo. Los objetivos genuinos de la vida académica se pierden en medio de la excitación provocada por la lucha incesante para lograr ascender y sobrevivir.

Profesores inaccesibles

La facilidad con que los profesores de « colleges » y universidades indias se transforman en políticos académicos se halla íntimamente relacionada con su anquilosamiento y torpeza en las cuestiones propiamente intelectuales. La carga de la enseñanza es sumamente pesada ; el nivel pedagógico es excesivamente elemental ; y la técnica consistente en dar la lección « a velocidad de dictado », con la falta de atención que ello provoca en el estudiante, hace casi imposible que la enseñanza sea un placer para el profesor o para el alumno. El distanciamiento del profesor respecto al estudiante (y en las universidades y « colleges » más volcánicos, el miedo real a los estudiantes) privan a la enseñanza y al estudio de uno de sus mayores encantos. Las clases se hallan muy sobrecargadas. Los profesores no pueden disponer de salas en las que reunirse con los estudiantes o realizar un trabajo personal. Su propio hogar suele estar también sobrecargado. Y en todo caso no existe la tradición de invitar a

un estudiante a comer o tomar el té en casa del profesor. Ni el profesor ni el alumno se encontrarían a gusto en tal situación.

La tradición de la investigación independiente, que procura los placeres de la curiosidad intelectual y la participación en la amplia comunidad de los estudiosos, carece aún de raíces profundas en la India ; y aquellos que la poseen chocan con persistentes obstáculos en la envidia de los colegas más viejos, la obstrucción de los administradores y el ambiente generalmente desalentador de la institución. Existen individuos de excepcional fortaleza que sobreviven a todo esto y que realizan un trabajo admirable como profesores, científicos y estudiosos. Sin embargo, la mayoría se rinden a las fuerzas de desmoralización. Los profesores de universidades y « colleges » oyen decir constantemente que se han apartado de la tradición del *guru* y de los altos ideales del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Creen que los políticos los consideran perezosos empleados de oficina. Y no son muchos los que pueden resistir a este ambiente desmoralizador. Con ello, la cálida humanidad del profesor universitario indio se marchita y sus anhelos encuentran una satisfacción fuera del ámbito de la enseñanza y de la investigación. Y, como tan frecuentemente ocurre en otras universidades, la intriga académica, que ni siquiera tiene siempre por objeto asuntos de orden académico, ocupa el tiempo y ahoga la conciencia del hombre que aún conserva un débil sentimiento de las obligaciones intelectuales del profesor universitario.

Algunos de los mejores elementos en este campo de batalla universitario tranquilizan más fácilmente su conciencia gracias a la intervención de poderes y de intereses extrauniversitarios en la vida académica. A los gobiernos de los Estados les corresponde pagar todos los gastos regulares de las universidades indias, salvo cuatro. El gobernador del Estado suele ser al mismo tiempo rector de la universidad y al vicerrector lo elige generalmente un político. Los políticos en el poder, así como algunos que no lo están, consideran a menudo las universidades como peones en el juego de los partidos y las facciones. Estos políticos se mueven con holgura en el ambiente de patrones y clientes y se muestran ávidos

de aprovecharse de su posición y utilizar las universidades para reforzar su prestigio y su poder y ampliar la clientela a su disposición. Las universidades de Uttar Pradesh constituyen los ejemplos más sobresalientes de esta mezcolanza de lo político y lo académico.

El desorden dentro del profesorado, agravado por la intervención desde arriba y desde fuera, no termina en la línea que separa a los profesores de los estudiantes. En algunas instituciones académicas, los profesores pertenecientes a una facción han instigado a los estudiantes para que actúan contra otros profesores miembros de la facción rival. Y aunque los profesores no se dedicaran a esta agitación deliberada de los estudiantes, no se les podría ocultar a éstos unos actos tan poco decorosos. Los estudiantes se enteran de las disensiones entre los profesores a través de los empleados de la administración académica, de los profesores jóvenes y de los estudiantes postgraduados.

Como los estudiantes de otros países, o quizá algo más, los estudiantes indios sienten simpatía por los profesores dotados de un cierto carácter carismático: profesores expansivos y entusiastas, que parecen saber lo que se traen entre manos y que se consagran desinteresadamente a algo que está más allá de sus intereses privados. La facilidad india para « consagrarse a una causa » atrae su rebeldía. Pero profesores de este tipo, escasos en cualquier parte, resultan más escasos todavía en la India, donde la gran masa de los profesores de universidad y de « college » han llegado a creer que se les considera como una casta de intocables. El humillado y ofendido, si no es capaz de elevarse a la santidad, puede volverse maligno, desconfiado, indiferente y opaco. A ello el estudiante responde en forma adecuada.

Problemas lingüísticos

Antes de la segunda guerra mundial, cuando en la India sólo existían 125.000 estudiantes de universidad y de « college », la inmensa mayoría procedían de familias de la clase media relativamente acomodadas. Sus padres eran hombres educados:

abogados, médicos, funcionarios del gobierno, profesores, o bien terratenientes prósperos. No era corriente que los hijos de empleados, tenderos o agricultores pobres hicieran estudios universitarios. Hoy todo esto ha cambiado. La clase media, que ya antes de la independencia tenía graves problemas, ha tenido que sufrir la inflación, y sus vástagos tienen hoy que enfrentarse con una perspectiva aún más ardua que antes. Hoy es mucho más fácil que hace dos o tres decenios encontrar a los hijos de la clase media baja y de los campesinos entre el millón aproximado de estudiantes universitarios. Los estudiantes comienzan ahora a reclutarse entre las castas inferiores, aunque todavía son muy pocos los procedentes de las castas y clases más bajas. Proceden también en mayor proporción que sus predecesores de hace veinticinco años de los medios rurales. De este fondo rural traen una mayor predisposición a participar en la política, ya que en el campo los políticos solicitan su ayuda más frecuentemente de lo que ocurre en las ciudades, donde es mayor el número de personas disponibles para las tareas de las campañas políticas.

Estos cambios significan además que los estudiantes proceden de familias menos afectadas por el respeto tradicional, indígena u occidentalizado, hacia la enseñanza; familias donde se habla menos el inglés y se le comprende peor, sin que ello quiera decir que el inglés sea el idioma familiar en muchos hogares indios. Ni la enseñanza moderna, ni el inglés como vehículo de esa enseñanza han formado sus mentes antes de abandonar la enseñanza media. Este nuevo tipo de estudiantes resulta un tanto extraño en el ambiente de las universidades y « colleges ». En ese ambiente se siente menos a gusto y además su escasa capacidad lingüística le coloca en una situación difícil.

La actual generación de estudiantes ha tenido por lo común sólo cuatro años de inglés, en contraste con los siete que se asignaban a su estudio antes de la independencia. Un número mucho mayor de ellos han pasado por los centros de enseñanza media, donde se les enseñaba en el idioma indio local más bien que en inglés. En la mayoría de los centros de enseñanza superior de la India, el inglés sigue siendo el

vehículo de la enseñanza. El estudiante indio tiene que leer libros de texto ingleses, oír lecciones en inglés, escribir disertaciones en inglés. No puede leer con rapidez ni hablar fácilmente y escribe con dificultad. Así, el conocimiento del mundo tiene que apropiárselo a través de su inglés fragmentario. Esto sería por sí sólo suficiente para ponerle en un estado de continuo malestar y azoramiento y para entorpecer su contacto con las materias de su estudio. Nada peor para un joven sensible y ya de por sí poco seguro, que obligarle a realizar su vida pública e intelectual en un idioma que comprende con dificultad y en el que se expresa con embarazo y titubeos.

Pero tampoco marchan mejor las cosas en aquellos centros donde se ha decidido facilitar la enseñanza en el idioma regional. No sólo les resulta difícil a los profesores expresarse sobre temas académicos en el lenguaje que utilizan para fines domésticos y coloquiales, sino que además los libros indispensables siguen siendo ingleses. De este modo el pobre estudiante se ve cogido entre una mayor debilitación de su ya débil inglés y la necesidad persistente de interpretar con acierto libros de texto ingleses. Tan angustiosa experiencia no puede permitir que sobreviva una gran curiosidad intelectual.

De sus poco interesantes e incómodos estudios el estudiante desvía fácilmente su atención hacia la comunidad estudiantil. ¡Qué fiesta para su asendereado espíritu! La asociación estudiantil, los cafés y la agitación política le ofrecen la acalorada excitación del conflicto, la legitimación de su ausencia de las clases, la ocasión de gritar, de hacer travesuras y de proclamar ruidosamente su descontento ante un mundo repulsivo que él no ha creado y del que tanto trabajo le cuesta formar parte.

La India no es la patria de una ética profesional tal como la que Max Weber descubrió en las sectas protestantes de Europa y de América. No existe la entrega total a una tarea profesional, el amor a la realización de un trabajo y el sentimiento de honor que de ello se deriva. Sea cual sea el origen de esta situación de espíritu, no cabe duda que se ve agravada por la escasez de oportunidades profesionales que ofrezcan

ventajas e ingresos suficientes y que permitan la satisfacción de la tarea cumplida. La economía de la India no puede ofrecer un número suficiente de puestos administrativos e intelectuales para la masa en rápido crecimiento de los graduados. No lo podía ofrecer antes de la segunda guerra mundial; y, después de ella, el número de estudiantes universitarios se ha multiplicado por ocho. Ninguna economía en el mundo se ha desarrollado lo suficientemente de prisa para poder asimilar semejante aumento en una masa ya de por sí tan grande de aspirantes a los puestos profesionales, técnicos y administrativos. Y no facilita precisamente la situación el hecho de que la mayoría de los graduados que salen cada año han optado por la carrera de letras, que ofrece tan pocas salidas provechosas. De todos modos, hay que señalar que también los técnicos y los científicos carecen de empleos o el empleo que encuentran es malo.

Este desequilibrio característico de la estructura social de la India —formación de graduados desproporcionada respecto de la capacidad de absorción de la economía— es paralelo a otro desequilibrio que parece contribuir igualmente a la inquietud e indisciplina del estudiante universitario indio. Se trata de la falta de articulación entre ciertos cambios en las costumbres matrimoniales de la India y las relaciones sexuales relativamente inalteradas de la clase media. En la India, la edad a que se casan los varones de la clase media ha aumentado durante el presente siglo, y hoy la gran mayoría de los estudiantes son solteros. Este cambio en cuanto a la edad tradicional del matrimonio no ha ido acompañado por un cambio correspondiente en las relaciones entre hombres y mujeres solteros durante el período que ha dejado vacante ese aumento de edad. El estudiante indio de hoy no dispone en general de ninguna oportunidad para mantener relaciones sexuales legítimas; sus propias condiciones de residencia y el control de seguridad que se ejerce sobre las jóvenes en los « colleges » le cierran el paso a esas relaciones, aun cuando quisiera tenerlas ilegítimamente. Por otra parte, apenas es mucho mayor la oportunidad que tiene de encontrar ciertos derivativos eróticos tales como las caricias,

los besos o la simple presencia de una muchacha. Las jóvenes indias siguen aún sometidas a una estrecha vigilancia por parte de sus padres y celadores.

Su situación familiar no es muy diferente. La familia india sigue teniendo un carácter muy jerarquizado ; pero el estudiante universitario vive fuera de su esfera. Bien porque viva fuera del hogar, en una pensión u hotel, o aun viviendo en casa, el hecho es que el estudiante pasa fuera la mayor parte del día y de la noche : en el « college », en el sindicato, en el café o paseándose por la ciudad. Huye de este modo del peso de la autoridad del padre, del tío o del hermano mayor, poniendo en ello un sentimiento de silenciosa protesta.

El estudiante indio, que vive en el ambiente de una cultura densa, famosa por su carácter autoritario, es como los jóvenes de cualquier otro país : un rebelde en el fondo de su corazón. No es un Prometeo, un rebelde solitario. No es un Byron o un de Rozio. La gran masa de los estudiantes no descendería nunca a la arena de la agitación si unos pocos de sus compañeros no le mostraran que eso es algo que puede hacerse con impunidad. Una vez que la ocasión se presenta, la agresividad, que de otro modo permanece fluctuante y sin objeto, adopta una forma definida.

En la sociedad india —como quizá en cualquier otra sociedad— hay bastantes motivos para provocar impulsos agresivos. El sistema familiar, con la preponderancia de los mayores que lleva aparejada ; la imposibilidad de escoger en las esferas superiores de la vida (por ejemplo, en cuanto al matrimonio o la profesión), el sistema educativo jerarquizado, todo esto engendra ocultas resistencias que permanecen reprimidas mientras las autoridades contra las cuales van dirigidas se mantienen en una posición firmemente autoritaria.

Esta autoridad que por liberalismo de principio, por división interna, por miedo, o por incompetencia, o por una mezcla de todo ello, es incapaz de imponerse, o no quiere imponerse, aparece a los ojos del estudiante indio como una autoridad débil. Y una autoridad débil ejercida por los vacilantes, los divididos y los indignos no puede constituir un freno para la rebeldía en

el corazón del estudiante indio. Las vacilaciones con que las autoridades de universidades y « colleges » responden a los deseos frecuentemente legítimos de los estudiantes y la cobarde presteza con que se someten cuando se las amenaza con la indisciplina abierta, las desacreditan aún más. La inaccesibilidad de esta autoridad débil, su impersonalidad burocrática y la falta de convicción en su propio valor no satisfacen la necesidad que el joven indio siente de una autoridad unitaria, inmediatamente presente, completa y moralmente pura. Allí donde, como en el sur, la autoridad de la generación adulta ha conservado algunas de sus cualidades tradicionales y al joven no se le ha permitido escapar a su influjo, la indisciplina no se ha extendido tanto como en el resto del país.

Con frecuencia se dice en la India por gentes entendidas en la cuestión, que la generación actual de profesores de universidad y de « college » no vale nada. Se les compara, con resultados totalmente desfavorables para ellos, con los *gurus* del pasado, que se consagraban a sus alumnos, guiaban sus vidas y las alentaban completamente con su autoridad, que era a la vez personal y trascendente. Este menosprecio pone de manifiesto los sentimientos inarticulados del estudiante indio para con quienes le gobiernan y dirigen.

Es un hecho conocido que las instituciones de jesuitas existentes en la India están gobernadas con rigor, lo que las libra de tener problemas con la disciplina. La dedicación desinteresada de sus profesores ordenados contribuye al establecimiento de su autoridad moral tanto como su suave disciplina correctora. El estudiante indio responde siempre positivamente a una autoridad severa y decidida que sabe lo que quiere y confía moralmente en sí misma, una autoridad cuya integridad moral sea patente. En cambio, no acepta una autoridad que se desacredita a sí misma con su indiferencia, su inaccesibilidad, su inseguridad y su ignominia moral. Por desgracia, bajo este aspecto se le presentan al estudiante indio —y no carece en modo alguno de razón— sus profesores, sus superiores académicos y los políticos que gobiernan el país y que tratan los asuntos en el mismo estilo.

"Sadhus" sin causa

En el recto sentido de la palabra, la India no es una sociedad enteramente moderna. Los jóvenes educados de la India se enfrentan con muchas dificultades para vivir en una sociedad moderna, organizada socialmente, dentro de la cual el individuo elige a sus amigos, a su esposa, su trabajo o su profesión y vive en una compleja red de relaciones personales y sociales. La aburrida existencia del adulto no atrae a los jóvenes de espíritu vivo y sensible en ningún país del mundo. Además, en la India la adolescencia y la juventud oponen fuerte resistencia a esa maquinaria impersonal que convierte en adultos apagados y vulgares a jóvenes maleables —y hay que tener en cuenta que en la India los jóvenes entran en la universidad o en el « college » antes que en Occidente. Esa resistencia es tanto mayor entre los jóvenes indios cuanto que la vida del padre de familia —el segundo *asrama*— ha sido lo que más se ha transformado en la modernización parcial de la sociedad india. Y esta no es una fase en la que el estudiante desee entrar, como tan bien nos ha mostrado R.K. Narayan en sus expresivos libros sobre la juventud india (sobre todo en *The Bachelor of Arts*). El camino del *sadhu* lo siguen aún unos pocos, pero atrae todavía a muchos espíritus. La senda del resistente a la dominación británica era una variante de la senda del *sadhu* ; por aquella senda pasaron muchos y durante largo tiempo ; en el decenio de 1907 a 1917, de 186 personas detenidas por actividades revolucionarias 68 eran estudiantes. Ahora que ya el dominio británico ha desaparecido, los mismos impulsos siguen aún inspirando a los jóvenes, pero sin la gran « causa » que justificaba el « sacrificio » de su apartamiento de la preparación rutinaria para una vida de adulto responsable. (La indisciplina resulta mucho más rara —aunque no sea desconocida— en los « colleges » médicos y técnicos, que, al contrario que las facultades de letras,

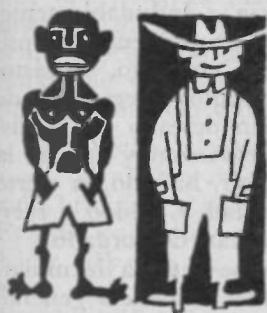
atraen a los jóvenes con algo más del promedio de vocación profesional y con un poco más de confianza en que sus aspiraciones habrán de encontrar oportunidad de realizarse en una estructura social india modernizada. También es importante el hecho de que en estas « escuelas profesionales » las clases sean más reducidas, el equipo más adecuado y la supervisión más estrecha.)

El « college » y la universidad son las primeras estaciones en el camino hacia la sociedad moderna. A ellas se llega cuando las aspiraciones a una existencia individual se hallan en su más tierno embrión, cuando el miedo a la dureza y a la frialdad sociales es aún fuerte y cuando la resistencia a las imposiciones de la autoridad es más enérgica. Una mente que no consigue ponerse en contacto con objetos intelectuales, una sensualidad a la que se impide concentrarse en objetos sexuales, un espíritu que se resiente de la carga de la disciplina familiar y que se resiste a incorporarse a las modernas instituciones impersonales propias del adulto, ¿qué otro camino puede tomar sino el de la rebelión, el de la rebelión ciega e inmotivada?

La turbulencia del estudiante indio no es el producto de la tradición del movimiento de Desobediencia Civil en que los estudiantes indios desempeñaron un papel tan importante en los primeros años del decenio del 20, en el del 30 y en el del 40. Más bien es verdad lo contrario. La participación de los estudiantes indios en el movimiento de Desobediencia Civil fue un resultado de su inclinación a negarse a entrar en el mundo de las reglas burocráticas impersonales. Aquello fue una especie de « novillos » que manifestaban un desconcierto más profundo. Este desconcierto era el primer fruto del paso de la India de una situación esencialmente tradicional a un orden civil moderno en gran escala. Contra esto es contra lo que protesta el estudiante indio, y aún no se ve el final de esa protesta.

JORGE VELA

Ojeada sobre el colonialismo



ES PRONTO TODAVÍA para intentar un análisis desapasionado del fenómeno colonial. La desaparición de los distintos imperios es reciente y prejuicios y resentimientos conservan todavía una gran influencia sobre

los espíritus. En torno del concepto « colonialismo » giran unos cuantos tópicos —siempre los mismos— y la opinión pública los acepta y repite sin cesar.

Todo ello es natural e inevitable. Fresca todavía la lucha por la libertad del mundo afroasiático, el análisis del colonialismo no se lleva a cabo con criterios históricos, sino éticos. Ambas partes, antiguos dominadores y antiguos dominados, parecen preguntarse sobre todo dos cosas. De un lado, si los imperios coloniales eran éticamente justificables, y del otro si el balance general de la dominación europea arroja un resultado final beneficioso o nocivo para las antiguas colonias. Ninguno de los dos problemas es nuevo. Ya los teólogos y moralistas españoles del siglo XVI intentaron dar un fundamento ético a nuestra presencia en las Indias. Y la lucha contra la llamada « leyenda negra » no es más que el esfuerzo del historiador hispano para probar que, en resumidas cuentas, nuestra presencia en América redundó en beneficio

general. Naturalmente, las tesis exactamente opuestas han sido sostenidas y defendidas con tenacidad. Hoy, en Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y en sus antiguas y respectivas colonias se reproducen polémicas parecidas. El fenómeno es normal y probablemente inevitable. En ocasiones toma formas de envenenada hostilidad, como en el duelo entre Holanda e Indonesia ; en otras, las heridas cicatrizan rápidamente. Inglaterra parece especialmente hábil en hacer olvidar el pasado a los pueblos coloniales. Pero sea de ello lo que fuere, el fenómeno de la descolonización es el mismo en todas partes y ocasiones y produce resultados parecidos. En torno suyo, la única labor científica que parece posible de momento, es el estudio de aquellos problemas que no guarden relación con los dos ya enumerados. Es decir, que no impliquen calificación ética alguna y que no versen, directa o indirectamente, sobre los métodos y resultados de la administración colonial.

Dentro de estos límites, intentaremos analizar dos tipos de fenómenos íntimamente ligados a la descolonización, pero cuya aparición y desarrollo no dependen de la voluntad de ninguna de las dos partes en presencia, sino de imperativos históricos y geopolíticos que actúan, por decirlo así, ciega-

*

Un primer fenómeno es el de que las dominaciones coloniales tienden a crear

conglomerados políticos, los cuales a su vez tienden a desintegrarse a raíz de la obtención de la independencia.

Los ejemplos históricos son abundantes. La unidad mantenida por la corona española en América, desde California a la Patagonia, desapareció con la Liberación. Y hoy comprobamos que una porción de los territorios españoles han pasado a formar parte de las zonas de habla inglesa y portuguesa y que el resto se ha escindido en dieciocho Estados distintos. El imperio francés en África ha seguido un proceso similar y la Indochina francesa se ha dividido en tres Estados, uno de ellos subdividido en dos: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Del mismo modo, el África inglesa, de Egipto al Cabo, ha saltado en pedazos. Las Indias holandesas, privadas de Nueva Guinea han mantenido la unidad, pero no sin graves tensiones interiores y revueltas separatistas. En nuestros días, el caos del Congo representa el paradigma supremo. La desaparición de los belgas ha producido, casi inmediatamente, una cadena de reacciones secesionistas. Y si por un momento imaginamos el colapso de la Unión Soviética, nos es imposible concebir la continuación del Asia rusa bajo la forma de un solo Estado u obediencia política. Lengua, religión, historia, mentalidad, todo contribuye a separar, de forma inevitable, al ciudadano de Kasakstán, pongamos por caso, del de la Provincia Marítima.

Una de las conclusiones parece ser la de que colonización implica unificación. Sin embargo, esta generalización superficial podría resultar engañosa. En primer lugar, la unificación imperial no es, en muchos casos, más que el resultado directo de la aplicación de la fuerza. La ocupación militar explica una unidad que de otro modo no existiría; una vez esta ocupación desaparecida, los pueblos recobran sus respectivas fisonomías históricas y se separan o reagrupan de acuerdo con sus profundas tendencias naturales.

Esta argumentación contiene, indudablemente, una parte de verdad. Sin embargo, no bastaría por sí sola para explicar por completo la fuerza integradora de los grandes imperios coloniales. Decir, por ejemplo, que sólo la presencia militar es-

pañola mantenía unidos a mexicanos y peruanos y que una vez libres de nuevo se separaron de acuerdo con sus auténticas naturalezas, es forzar y deformar la realidad histórica. Pues si por una parte es cierto que en la era precolombina los dos pueblos eran extranjeros entre sí, no es menos cierto que después de tres siglos de dominación española tenían ya tanto en común —lengua, sangre, creencias, modos de pensar y de vivir— que la continuación de la unidad habría parecido natural al resto del mundo.

Otra razón que suele aducirse para explicar el fraccionamiento de los imperios es la de la fuerza determinante de la ambición de los caudillos locales. « Quién puede ser jefe de un Estado no se contenta con gobernar una provincia. » Indudablemente, el argumento se basa en propensiones psicológicas perennes. Sin embargo, la historia enseña que los caudillos liberadores, de Bolívar a Gandhi, han deseado no la disgregación sino la integración, y que si la primera ha tenido lugar, ha sido en cierto modo contra su voluntad y debido a fuerzas superiores que les han desbordado.

Como siempre que se intenta formular, no ya una ley sino una tendencia general, los argumentos, favorables o contrarios, podrían multiplicarse a voluntad. En el caso que nos ocupa la objeción más universalmente aplicable es la de que la cohesión imperial se debe a la fuerza material de las metrópolis. Sin embargo, el análisis algo más detenido del caso de un país, deliberadamente no mencionado hasta ahora, la India, parece probar que en la obra integradora de una potencia colonial hay algo más que una simple ocupación militar. Los hechos que vamos a analizar brevemente han sido reconocidos a la vez por historiadores ingleses e indios y parecen adquiridos para la Historia, independientemente de la posición que quiera adoptarse respecto del problema que hemos llamado más arriba « ético ».

*

El imperio inglés de Asia comprendía no sólo los actuales Estados del Pakistán y la India, sino también Ceilán, Birmania y Singapur. Este conjunto estaba conveniente-

mente flanqueado por posesiones o zonas de influencia en Afganistán, Persia, Tibet, Borneo, Península Arábiga y archipiélagos del Océano Indico. A fin de no extendernos excesivamente, estudiaremos la obra unificadora inglesa en la India estricta, prescindiendo del resto de los países enumerados.

Naturalmente, en primer lugar y por definición, la unificación fue realizada por la mera presencia del aparato inglés de dominación. Nunca poder alguno había subyugado la totalidad del territorio que la India reconoce como propio. Alejandro no pasó de la cuenca del Indo y los emperadores mongoles no sometieron nunca, de forma efectiva, la totalidad de la península. Fue una potencia marítima, Inglaterra, la que realizó por primera vez la hazaña, sentando con ello un decisivo precedente y dotándolo de la fuerza de inercia que representa un siglo y medio de duración.

Este hecho básico, primario, no constituye, de ningún modo, la única contribución británica a la integración de la India. Es más, por sí solo no habría bastado para hacer del caos de religiones, lenguas, castas y razas de la península indostánica, un Estado unificado.

Inglaterra actuó, más o menos deliberadamente, más o menos conscientemente, en muchos otros sentidos. En primer lugar, reconstruyendo la Historia del país, resucitando su brillante pasado y descubriendo los tesoros arqueológicos de las civilizaciones sucesivas. En contraste con la marcada vocación china por la Historia, la actitud india fue siempre la de abandono y apatía. Un puñado de eruditos ingleses y europeos fue el que dio a conocer a las « élites » indígenas la magnitud de su propio pasado. El resultado fue inmediato y profundo. « El estudiante indio — escribe el profesor americano Latourette— se sintió, de pronto, desmesuradamente orgulloso de la cultura india ». Y no sólo de la cultura, sino también de la expansión política de un pueblo que había llevado sus armas a las Indias Orientales y al Pacífico. El orgullo nacional, premisa indispensable para todo nacionalismo futuro, se estimuló con tales memorias. La perspectiva se ampliaba automáticamente, y de las luchas

civiles en pequeña escala entre las diversas provincias, el intelectual indio pasaba a contemplar la grandeza total de la llamada « Mother India », la Madre India.

Por otra parte, la dominación inglesa rindió a la unidad india otro servicio impagable : el de la lengua. En un país donde se hablan catorce grandes lenguas y numerosos dialectos y variantes, el inglés pasó a ser y es todavía hoy, en muchos casos, la lengua común, la lengua franca, que permite la comunicación entre todos los indios.

Este presente de la lengua tuvo además una inesperada e importantísima consecuencia. A la llegada de los ingleses, la religión hinduista, cuya complejidad es bien conocida, estaba fraccionada en una serie de sectas y escuelas que constituían verdaderos compartimientos estancos. Las distancias geográficas de una parte y las dificultades lingüísticas de otra, hacían casi imposible la comunicación. De este modo la religión que era el alma misma del país, empezó a dividir en vez de unir. Fue la dominación inglesa, mejorando las comunicaciones y, sobre todo, proporcionando una lengua común, la que hizo posible la relativa unificación y la revisión modernizadora del hinduismo. El Dr. K.M. Pannikar puso de relieve el hecho hartamente expresivo de que los grandes libros que reformaron el hinduismo en el siglo pasado fueron todos escritos en inglés, con una sola excepción. Es fácil comprender lo que este fenómeno representó para la cohesión espiritual de la India. El servicio así prestado fue tanto más notable cuanto que no sólo no representó el abandono del sánscrito, sino, al contrario, su resurgimiento. Relativamente preterido por los invasores musulmanes, el sánscrito fue solícitamente estudiado y revitalizado por la erudición inglesa y europea.

Por si todo ello fuera poco, Inglaterra legó además a la India las ideas y los instrumentos indispensables para gobernar, de modo viable, el conjunto del país. La teoría y práctica del Estado federal ; un sistema administrativo y burocrático, servido por hombres ya formados en la tarea ; unos cuadros intelectuales preparados en las universidades inglesas y comprendiendo a los propios líderes antibritánicos, y finalmente

una doctrina estratégica de defensa para el conjunto de la India, de la que ésta había carecido siempre, así como del embrión de un ejército moderno. Por otra parte, el largo período de dominación inglesa debilitó el prestigio de los príncipes de los diversos Estados tanto, por lo menos, como su poder efectivo. Y obtenida la independencia, los príncipes fueron incapaces, en casi todos los casos, de oponerse con alguna eficacia a la unificación del país.

Finalmente, Inglaterra rindió otro servicio, no por absolutamente involuntario menos importante, a la unidad nacional india. Nos referimos a la solidaridad moral creada entre pueblos y razas distintos, por la lucha contra un mismo invasor y dominador extranjero.

Este somero análisis basta para demostrar que la capacidad integradora de la dominación colonial estaba formada por un conjunto de fuerzas a ella inherentes y no sólo por la mera presencia militar. En el caso del imperio inglés en Asia, la independencia provocó la partición inmediata; el Pakistán formó un Estado aparte, mientras Ceilán y Birmania seguían también su propio camino. El acceso a la libertad suele ir acompañado, en cierta variable medida, de una tendencia desintegradora. Unas veces para el bien de países artificialmente reunidos, pero otras, indiscutiblemente, para su mal, pues la división produce un inevitable debilitamiento.

*

Otro fenómeno ligado —hasta el presente— a las descolonizaciones, es el de la producción de un « vacío de poder ». Los nuevos Estados son, por definición, políticamente inexpertos y militar e industrialmente débiles. Sólo la unión podría darles alguna fuerza. Pero precisamente acabamos de ver que la independencia suele ir acompañada de efectos desintegradores. Y a menudo de luchas civiles que son, hasta cierto punto, equiparables a las crisis de crecimiento en el hombre. Ahora bien, el poder tiene, por decirlo así, las propiedades de los gases; el poder es expansivo y el « vacío » de que hemos hablado le atrae irresistiblemente. Así, al hundimiento de los imperios español y portugués en América sucedió, casi inmediatamente, la intromi-

sión económica y política de los anglosajones.

Algo semejante ocurre en nuestros días con los nuevos países afroasiáticos. Como mercados económicos y como campos de propaganda ideológica, estos países se ven ampliamente festejados por los dos grandes antagonistas mundiales. La teoría del neutralismo y del « non-alignement » no es más que un intento de escapar del anillo de hierro de un fenómeno histórico permanente. Débiles todavía por sí mismos, los Estados que fueron colonias recientemente, crean en la atmósfera internacional un verdadero vacío. La « chasse gardée » ha dejado de serlo. El caso del Congo, cuya debilidad ha llegado al punto de la anarquía o casi anarquía, es el más descollante. La tentación para las grandes potencias es demasiado fuerte para ser vencida. Y es revelador el contemplar los esfuerzos realizados por cada una de ellas para evitar la ingerencia de las demás.

Los Estados sujetos a tales peligros no dejan, naturalmente, de percibirlos. Así en el África negra se ha usado y abusado de la retórica para ensalzar el tema de la unidad. Los « Estados Unidos Africanos » son un lema y un ideal. Pero la mecánica histórica no se deja forzar fácilmente. Hasta ahora no sólo no hemos presenciado pasos efectivos hacia la federación general, sino que hemos visto escindirse grupos ya existentes, como la Federación de Malí. Por otra parte, todo intento demasiado enérgico de integración es inmediatamente denunciado como sospechoso de imperialismo. Las pretensiones de Marruecos sobre Mauritania, por ejemplo, han sido condenadas con este pretexto en el resto del continente.

La obtención de la libertad es un paso considerable. Pero no coincide necesariamente con la obtención de una « cantidad » importante o suficiente de poder. Los vacíos dejados en el mundo por la desaparición del sistema colonial europeo preocupan hoy esencialmente en Washington y en Moscú. La descolonización es, en efecto, un fenómeno infinitamente más amplio y complejo que la simple concesión, en una ceremonia conmovedora, de la libertad política. Comprenderlo así significa hallarse en posesión de una de las claves esenciales de la política mundial de nuestro tiempo.

PHILIPPE DECRAENE

La Guinea frente a sus dificultades



LA REPÚBLICA de Guinea atraviesa actualmente la más grave crisis que haya conocido desde su accesión a la independencia. Tras haber contribuido con su opción política a la dislocación progresiva de la Comunidad franco-africana, en la que se negó a entrar en septiembre de 1958, tiene hoy que hacer frente a dificultades económicas considerables y la autoridad de su gobierno parece cada vez más seriamente quebrantada. En agosto de 1958, unos días antes de invitar a las masas guineanas a votar *no* en el referéndum sobre la Comunidad, Seku Turé declaraba ante el general de Gaulle, al que acababa de recibir en Conakry: « Preferimos la pobreza en la libertad a la riqueza en la esclavitud ». Y hoy la población guineana es sin duda alguna, entre todas las de los Estados de la antigua A.E.F. (África Ecuatorial Francesa), aquella cuyo nivel de vida es más bajo.

Al llegar en avión a la capital guineana, procedente de Accra, me llenó de estupor contemplar el estado de la ciudad. Por todas partes se ven calles llenas de baches, canaletas obstruídas, rejas de desagüaderos dislocadas, aceras hundidas, socavones. Este aspecto de aldea abandonada es de tal índole que parece que la invasora vegetación de la selva vuelve a tomar poco a poco posesión de lo que fue la urbe. Naturalmente

sería vano buscar en Conakry esas obras en construcción hoy tan numerosas que forman parte del paisaje en todos los puertos de la costa occidental, de Dakar a Duala, pasando por Abidjan y Lagos. La inestabilidad desalienta a los capitales privados; por ello las únicas obras de urbanismo emprendidas en Conakry pertenecen al Estado mismo. Con la ayuda de los peritos soviéticos, el Estado procede actualmente a la construcción de un Instituto Politécnico, un teatro al aire libre y un gran hotel. Por otra parte, la pista del aeródromo está siendo agrandada y próximamente podrá servir para el aterrizaje y despegue de los más poderosos aviones de reacción.

Penuria y fracaso económico

El abastecimiento local es precario. La época en que el carburante y el azúcar soviéticos inundaban la plaza y se encaminaban después por camiones enteros hacia el Malí y el Senegal pertenece ya al pasado. La U.R.S.S. ha cesado prácticamente de enviar bienes de consumo corriente. A la euforia de comienzos de 1959 ha sucedido la penuria.

Una simple visita a las tiendas y almacenes de la ciudad me permitió comprobarlo. El espectáculo es idéntico en los diversos almacenes de Estado que han sustituido a las antiguas sociedades privadas: estanterías vacías o sobrecargadas de mercancías que nadie quiere. Me detengo ante un gigantesco montón de conservas italianas; realmente incomedibles, esperan desde hace meses que alguien se las lleve. En otro

almacén, me paro delante de una serie de estanterías con vinos chinos, licores yugoslavos y checos y alcoholes polacos y soviéticos que, a pesar de sus precios módicos, sólo atraen medianamente a una población muy islamizada y, por tanto, en principio insensible al encanto de las bebidas alcohólicas.

Esto se debe en parte a la incuria del personal de las sociedades de Estado encargadas de la importación. La multiplicidad de las gestiones necesarias para introducir la más leve mercancía en Guinea y el número de formularios que hay que llenar antes de obtener la autorización para vender las mercancías importadas complican inútilmente los circuitos comerciales. Por otra parte, un vergonzoso sistema de concusión reina en los diversos servicios, a pesar de las penas severas con que se castiga la prevaricación.

Es sin duda esta falta de sentido cívico lo que en parte explica el fracaso del famoso plan trienal. Pues si Seku Turé mismo y algunos de sus ministros practican la austeridad, cuántos otros dan en cambio el ejemplo contrario.

De un total de cuarenta mil millones de francos inicialmente previstos para las inversiones, diez habían de provenir del ahorro local. Era no contar con las consecuencias catastróficas de la creación del franco guineano en marzo de 1960. Esta moneda carece hoy de valor al no hallarse garantizada ni por el oro, ni por ninguna moneda extranjera, ni por unos recursos económicos suficientes. Los campesinos del interior se niegan a ceder sus productos a cambio de este papel moneda con el que no saben qué hacer. Como los kulaks rusos en la época de la N.E.P., ocultan sus cereales y los transportan fraudulentamente al Malí y al Senegal, contribuyendo así a agravar la penuria en las aglomeraciones guineanas.

A pesar de un aumento sensible de la producción de arroz desde hace dos años, Guinea tiene que importar todos los meses cantidades cada vez más considerables de este producto, que constituye la base de la alimentación local. En diciembre de 1961, durante mi última visita al país, la gente acudía en tropel a comprar el arroz importado de la República Árabe Unida: durante seis semanas la población de Conakry se vio

completamente privada de un producto que le es tan indispensable como la harina a los europeos. Por las mismas razones, la carne falta varios días por semana en las carnicerías de ciudades y pueblos. Por centenares de cabezas, los rebaños atraviesan como contrabando las fronteras de los países limítrofes, donde a los ganaderos se les paga con una moneda sana.

El desarrollo de la pesca marítima, en cooperación con expertos polacos, no basta aún para suprimir totalmente la amenaza de penuria que se cierne constantemente sobre las masas urbanas, cada día más numerosas como consecuencia de la desertión del campo por los campesinos, fenómeno general a todos los Estados africanos.

La debilidad del franco guineano desalienta a los inversionistas, a pesar de la prohibición impuesta a las sociedades extranjeras de sacar sus capitales del territorio guineano. Dichas sociedades prefieren generalmente reducir su actividad; este es el caso de ciertas compañías aéreas occidentales que, disponiendo de reservas considerables en francos guineanos, inutilizables incluso para la satisfacción de sus necesidades locales, han suprimido algunas de sus líneas.

El complot de los intelectuales

La autoridad del presidente de la República de Guinea se halla seriamente quebrantada, como lo demuestra lo que sus ministros han llamado « el complot de los profesores ». Este asunto ha puesto de manifiesto la stalinización de ciertos cuadros guineanos. Ha demostrado también que Seku Turé no quiere aparecer como sometido a Moscú, aun reservándose el derecho a utilizar los métodos comunistas. Se ha podido asimismo comprobar los grandes progresos hechos por la ideología china en Conakry, donde la radio repitió durante meses enteros, en 1959 y 1960: « El imperialismo es un tigre de papel », y donde a su vuelta de Pekín « el hombre fuerte de Guinea » lanzaba a la muchedumbre: « Cambiaremos de economía, cambiaremos de lenguaje, pero no de sentimientos », insistiendo en los méritos de la experiencia china.

En noviembre, ciertos miembros del

cuerpo docente, descontentos de sus sueldos, redactaron una memoria con destino al gobierno guineano solicitando un reajuste de los mismos. Este documento, realmente moderado, sirvió entonces de pretexto al gobierno para atacar a los recalitrantes.

Aprovechando el congreso de la Confederación Nacional de Trabajadores Guineanos (C.N.T.G.), el jefe del Estado subió a la tribuna para atacar con gran violencia a la dirección del sindicato de la enseñanza y particularmente a Keita Koumendian y Mamadou Traoré (también llamado Ray Autra), sus principales animadores. Adversario personal de Seku Turé, Keita Koumendian, musulmán ferviente, es uno de los antiguos responsables del Bloque Africano de Guinea, organización rival del Partido Democrático de Guinea. En cuanto a Ray Autra, antiguo empleado del ministerio de Información, anarquizante de tendencia marxista, su espíritu rebelde y crítico ha desagradado siempre a los gobernantes.

El 19 de noviembre, se constituía a toda prisa un Alto Tribunal de Justicia. Este tribunal puso inmediatamente en libertad a siete de los inculpados y el 23 de noviembre condenó a los señores Ray Autra y Keita Koumendian a diez años de prisión. Tres de sus amigos —entre ellos el historiador Djibril Tamsir Niane, autor de una obra sobre el emperador mandinga Soundiata— fueron condenados a cinco años de la misma pena. Al día siguiente, incitados por los profesores e incluso encuadrados por ellos, los alumnos de los establecimientos técnicos y modernos de Donka, en las cercanías de Conakry, reaccionaban con violencia. Las paredes de las salas de clase y los encerados se cubrieron de inscripciones tales como « ¡Seku, nos has traicionado! », « ¡Basta de discursos : arroz! » o « ¡Muera Seku Turé ! »

La represión se generalizó tras el violento discurso pronunciado por Seku Turé en Conakry, en el que habló de « complot imperialista » y de « enemigos del exterior », acusando sobre todo a las « embajadas del Este ». En la capital se practicaron decenas de detenciones, entre ellas la de un periodista de la Agencia guineana de prensa, Diallo Alpha Ibrahima Diawa-

ra, cuya suerte se ignora desde entonces. La radio le acusó de ser « el alma maldita del complot », de « dedicarse a un espionaje económico sistemático », de considerarse militante comunista y de mantener contactos prolongados con embajadas del Este.

La costumbre del terror

Estos métodos, destinados a acostumbrar a la gente al terror con el fin de quebrantar la « contrarrevolución » por el miedo, no son nuevos en Guinea. En 1959 se fusiló públicamente a varios ladrones para impresionar a las masas. Como consecuencia del primer « complot », el inspector de trabajo Ibrahima Diallo fue pasado por las armas, tras de haberle torturado salvajemente. Un súbdito libanés, complicado en el mismo asunto, murió a consecuencia de los malos tratos que se le infligieron, y un comunicado oficial hizo saber que « se había ahorcado en su celda ».

Utilizando metódicamente la radiodifusión, los dirigentes guineanos mantienen sabiamente una continua psicosis de denuncia. Desde comienzos de año, los editoriales cotidianos toman sobre todo como blanco « las actividades antinacionales en el terreno económico », es decir el acaparamiento y almacenamiento de las mercancías, el tráfico de divisas, la exportación de productos agrícolas destinados al consumo local y el tráfico fraudulento de diamantes. A la población se la invita a informar a las autoridades sobre las actividades de ese tipo de que tenga conocimiento.

En Guinea, más que en ningún otro país de la costa occidental de África —donde sin embargo la libertad no es siempre la cosa mejor distribuída—, el viajero tiene la sensación de vivir a la sombra de la policía. En Conakry no se puede celebrar una conversación telefónica sin que quede registrada en el tablero de escucha. En cuanto a la correspondencia, la vigilancia del censor provoca una lentitud extraordinaria en su distribución ; por lo demás, los servicios postales no tienen escrúpulo alguno en la materia y a menudo entregan a sus destinatarios cartas sumariamente vueltas a cerrar. Cualquiera que sea su nacionalidad, los corresponsales de prensa extranje-

ros establecidos en Conakry se hallan en la imposibilidad de ejercer normalmente su oficio. Norteamericanos, rusos, checos y franceses han adoptado un método de trabajo idéntico : graban en magnetófono las emisiones del diario hablado de la radio guineana y de ellas extraen sin comentario alguno breves despachos que envían a sus agencias respectivas.

El cuerpo diplomático se halla sometido a un régimen particularmente descortés. Sus miembros no pueden salir de la ciudad de Conakry sin una autorización especial del gobierno. Les está prohibido también dirigir, incluso con ocasión de recepciones oficiales, invitaciones directas a súbditos guineanos ; sus tarjetas han de enviarse al ministerio de Asuntos Exteriores que se encarga de transmitir las a los interesados. Las autoridades han cerrado las oficinas de información soviética y norteamericana y está prohibido distribuir folletos; sean los que sean, sin previo visado del ministerio de Información.

De Solod a Mikoyan

Daniel Solod, embajador soviético en Conakry, considerado como uno de los « ases » de la diplomacia rusa desde su paso por El Cairo en 1956, tenía la reputación de interesarse demasiado por los asuntos interiores guineanos y sobre todo de no saber medir sus palabras cuando criticaba la eficacia del gobierno local. Resultaría aventurado decir que su partida de Conakry se debe a un deseo de cambiar totalmente el sistema de alianzas por parte del gobierno guineano. Lo único que puede afirmarse es que el hombre se les había hecho odioso a los dirigentes de Conakry. Interrogado por un parlamentario francés sobre la personalidad del diplomático, el presidente de la República de Guinea declaraba sin ambages, cinco semanas después de la expulsión : « En todo caso es un excelente especialista de la subversión ». Y Seku Turé añadió : « El que se hubieran establecido ciertos contactos entre círculos rusos y algunos grupos de opositores, ciudadanos guineanos, era algo que no podía tolerarse. » Sin duda para evitar nuevas y desagradables interferencias, se ha abstenido Kruschef en esta ocasión de designar una

personalidad de primer plano para representar a su país en Guinea. Nombrado el 9 de enero último por el presidium del Soviet Supremo, el señor Dimitri Degtiar es un personaje más borroso y menos inclinado a intervenir en asuntos que no le conciernen de modo directo.

Merece la pena examinar detenidamente las circunstancias en que se produjo la marcha de Solod. El día 13 de diciembre pasado, el embajador soviético fue, como el resto de sus colegas, a saludar al primer ministro federal de Nigeria, entonces en visita oficial en Guinea ; pero el jefe de protocolo le rogó que abandonase inmediatamente el grupo del cuerpo diplomático. Acompañado por su esposa, el representante soviético abandonaba Conakry el 16 de diciembre, sin haber obtenido siquiera autorización para esperar el avión checo que una vez por semana asegura el enlace con Moscú.

Los rusos han hablado públicamente de « retirada » de su embajador, a la vez para ocultar la bofetada recibida, para dejar una hipotética ocasión de remordimiento a los guineanos y para no comprometer irremediablemente el futuro. Guinea sigue conservando a sus ojos demasiada importancia política para dar la impresión de que abandonan esta « cabeza de puente ». Esta es la razón de que el Kremlin enviase a Anastas Mikoyan a Conakry, « por invitación de los dirigentes guineanos », a comienzos de enero.

Esta nueva y piadosa mentira soviética no engaña a nadie. En efecto, el primer vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética no ha sido nunca « invitado » a trasladarse a Guinea. Incluso la acogida fue más bien fría. Las guirnaldas y banderolas tendidas a través de las calles de la capital guineana con ocasión de toda recepción de personalidades importantes fueron retiradas antes de su llegada, a pesar de que acababan de ser colocadas. Y, cosa muy rara en tales circunstancias, el día 5 de enero no fue declarado fiesta, con lo cual el cortejo oficial del huésped soviético hubo de pasar por calles casi desiertas.

Así, pues, si los soviéticos pretenden conservar las posiciones conquistadas en Guinea, Seku Turé y sus amigos no compar-

ten tal deseo. En efecto, han comprobado que en Guinea como en otras partes, la ayuda de la U.R.S.S. tenía relativamente poco en cuenta las necesidades locales. Los millares de camiones soviéticos que se amontonan en los aparcaderos del puerto y de la ciudad son la prueba de que los donantes han tratado a la vez de deshacerse de excedentes sin utilidad para ellos y de atar lo más estrechamente posible la economía guineana a su propio sistema económico. De todos modos, los técnicos socialistas desempeñan dentro de la actividad local un papel demasiado importante para que los guineanos puedan de un día a otro volver completamente la espalda a los países del Este.

Se calcula, en efecto, que unos mil quinientos técnicos y expertos socialistas se hallan establecidos en el país, de ellos setecientos cincuenta con carácter permanente. Mas, a pesar del interés demostrado por China en la realización de ciertos proyectos industriales —papeleras, manufacturas de tabaco, fábricas de cerillas—, no hay ningún indicio que permita afirmar que existan hoy « millares de chinos » instalados en Guinea. Se trata sin duda de uno de esos rumores que constantemente circulan por Conakry. Hay, pues, que acogerlo con la misma cautela que los que hace poco tiempo se referían a la existencia de una base para submarinos soviéticos en las islas de Loos.

Un aislamiento trágico

La Unión de los Estados africanos que agrupa a Ghana, Guinea y el Malí se ha quedado en letra muerta. El Dr. N'Krumah, presidente de la República ghanesana, está cada vez más cansado de una alianza que en su opinión empobrece sus finanzas sin aportarle ningún elemento de prestigio político. La reciente decisión tomada por Estados Unidos de ayudar a los ghanesanos a construir la presa del río Volta irrita a los guineanos, que desde hace cinco años esperan una ayuda financiera exterior para edificar un conjunto hidroeléctrico en el río Konkouré. En adelante, aun en el caso de que los dirigentes de Conakry llegaran a encontrar los fondos necesarios para la realización de su proyecto, tendrían que en-

trar en competencia directa con los de Ghana. En efecto, el combinado del Konkouré produciría, como el del Volta inferior, enormes cantidades de aluminio puro.

Así, en este año 1962, el aislamiento de Guinea parece más completo que nunca. Si se piensa que la trágica situación actual es una de las consecuencias indirectas de la ruptura de septiembre de 1958, podrá tenerse una idea de la gravedad de los peligros que amenazan al país. Sin embargo, aquí como en cualquier otra parte, sería contrario a la moral internacional que los occidentales adoptasen una actitud de indiferencia. Semejante postura sería aún más absurda en Guinea que en cualquier otro punto de la costa occidental de África.

Ciertos Estados socialistas o socializantes, como Yugoslavia e Israel, tienen quizá un papel que desempeñar. Pero no disponen de los fondos necesarios para una asistencia que ha de ser muy importante si se quiere que sea eficaz. La Alemania occidental piensa más en desarrollar su comercio con África que en aumentar el volumen de sus inversiones en el continente negro. Los Estados Unidos, largo tiempo vacilantes, sobre todo a causa de la actitud francesa en 1958, están reconsiderando el conjunto de su sistema de ayuda al Oeste africano. Por el canal de la « Agency of International Development » y mediante la extensión de los acuerdos firmados con Guinea en septiembre de 1960, pueden aportar a los guineanos una ayuda económica y técnica considerable.

Por lo demás, los dirigentes de Conakry se preocupan muy poco de la posición geográfica de los Estados dispuestos a aportar un concurso total y sin contrapartida política. En todo caso, nadie tiene interés en que se prolongue la confusión actual, que puede resultar temible para la estabilidad del conjunto geopolítico del África occidental. El esfuerzo que actualmente despliega Francia para liquidar su querrela con la República del Malí debería servir de ejemplo al conjunto de las potencias occidentales. A pesar de la resistencia soviética —o a causa de ella—, ha llegado la hora de que el Oeste entre seriamente en escena, demostrando que su ayuda técnica y económica es a la vez más desinteresada y más eficaz que la de los países del Este.

JULIAN GORKIN

Los grandes muertos de la emigración española



LAS CUATRO figuras políticas de rasgos más acentuados —y más representativas— de la emigración española eran Azaña, Largo Caballero, Martínez Barrio y Prieto. Aun cuando sirvieron la misma causa republicana, juntos en la lucha por su triunfo y en el primer período gubernamental, con divergencias no exentas de pasión luego, es lo cierto que ni por su temperamento ni por su formación guardaban semejanza entre sí. Componían cuatro modelos del fuerte individualismo español, admirable como expresión de la variedad del carácter, pero de efectos contradictorios y nocivos en la necesaria obra de conjunto. Frente a esta diversidad —reflejo por otra parte de los comprensibles tanteos en la creación de una España nueva y en una Europa plagada de contradicciones en marcha hacia la segunda guerra mundial—, los enemigos irreconciliables recibían su unidad de la tradición, de los arcaísmos de casta, del instinto de conservación de todos los intereses creados y, a la vez, de la dinámica nazifascista europea enderezada hacia la conquista. Teniendo en cuenta estas características intrínsecas y la relación de fuerzas internacionales, con unas democracias a la defensiva y una Rusia en plena liquidación revolucionaria bajo el terror, la causa en-

carnada por esos hombres estaba condenada a perecer.

Azaña fue la gran revelación de la República. La revelación y la sorpresa, pues nadie había sospechado antes el papel que estaba llamado a jugar. Universitario y figura principal del famoso Ateneo de Madrid, escritor de enjundia clásica, orador no menos enjundioso y de una arquitectura sobria y perfecta —en contraste con el barroquismo ampuloso de un Alcalá Zamora y la demagogia populachera de un Lerroux—, auténtico señor del pensamiento liberal asimilado a la española, Azaña le imprimió su sello a la juridicidad republicana en una mezcla de jacobinismo retardado y de moderantismo leguleyo y reformista. Herido de muerte por las violencias de la guerra civil y por las amarguras de la derrota, dimitió la Presidencia de la República antes de la caída de la Zona Centro y se extinguió sin ruido en Francia a fines de 1940.

Representaba el polo opuesto Largo Caballero. De modestísimo origen y de infancia trabajosa, abrazó muy joven las ideas socialistas y se convirtió en un obstinado organizador a la sombra del viejo y probo Pablo Iglesias, el padre —o el abuelo— del socialismo español a lo Jules Guesde. Firme y austero carácter, de gustos modestos y de fiera integridad moral, hombre en línea recta, Caballero fue a la vez la creación y uno de los principales creadores —con Julián Besteiro— del pueblo madrileño organizado. Sus grandes virtudes y sus grandes defectos, sin términos

medios, eran incluso los de ese pueblo a la vez sencillo y orgulloso. Escaso de cultura libresca, sin dotes de periodista ni de escritor, mal orador incluso, nadie disfrutó nunca de su influjo ni de su autoridad sobre las masas españolas. Yo iba a oírle no por lo que decía, sino por convivir con ese fenómeno de identificación total entre un auditorio y su intérprete natural. Exiliado en Francia, no quiso irse a un país americano, abandonando al grueso de sus compañeros. Ocurrió lo que era fatal que ocurriera : fue detenido por la Gestapo —con la complicidad directa de Vichy— y deportado meses más tarde a un campo alemán, donde presencié y padeció grandes sufrimientos ; liberado por los rusos y de regreso a París, semiagotado y enfermo, no obstante su recia voluntad, murió en marzo de 1946 tras de sufrir la amputación de una pierna.

Recientemente desaparecieron las otras dos figuras altamente representativas de la emigración española : Martínez Barrio, el 1 de enero, en París, e Indalecio Prieto, el 11 de febrero, en México. Bordeaban ambos los ochenta años. Ambos arrastraban un corazón fatigado y enfermo.

Tanto Martínez Barrio como Prieto procedían de un medio por demás modesto : el padre del primero era albañil en Sevilla, trabajó él como tipógrafo y, adscrito muy joven a las ideas republicanas, fue elegido concejal por vez primera en 1910. Nacido el segundo en Oviedo y huérfano de padre desde temprana edad, trasplántose, niño aún, con su familia a Bilbao, voceó periódicos por las calles, se hizo taquígrafo y más tarde periodista. Periodista de fuste y con brío tenía que serlo, no obstante sus graves dolencias, hasta el día de su muerte.

Martínez Barrio empezó a adquirir resonancia nacional poco antes de la proclamación de la República y, sobre todo, después. Sin renegar nunca su origen humilde, formó siempre en el republicanismo moderado. No podía confundírsele, sin embargo, con Alcalá Zamora y Miguel Maura, pasados del liberalismo monárquico al republicanismo conservador. Tratábase por éstos de conservar las bases y los estamentos del régimen monárquico en los institucionales cuadros republicanos ; para

ellos la República debía ser el fin del proceso revolucionario en vez de ser, como lo exigían el atraso y las condiciones todas del país, el verdadero inicio económico-social de ese proceso. El resultado tenía que ser catastrófico : no se derramó una sola gota de sangre al comienzo de la República, pero se preparó el hundimiento de ésta en medio de torrentes de sangre.

Aunque moderado por convicción y por temperamento, Martínez Barrio dio siempre pruebas de entereza y de independencia. Perteneciente al partido de Lerroux, y comprometido éste de antiguo en turbias corruptelas, Martínez Barrio se mantuvo limpio de éstas en su reducto sevillano. Cuando Lerroux se dispuso a patrocinar la entrega de la República a las derechas, rompió dignamente con él. Era hombre mesurado, de equilibrio y ponderación ; no se avenían con él los gestos espectaculares ni la demagogia vana. Se ha dicho y repetido que, al estallar la rebelión militar-fascista y hundirse el gobierno Casares Quiroga, al encargarle el Presidente de la República la formación del nuevo gobierno, Martínez Barrio les ofreció carteras por teléfono a dos de los generales rebeldes. Lo ha desmentido el interesado y nadie ha aportado pruebas de lo contrario ; lo que pretendió fue la formación de un gobierno nacional-republicano amplísimo, con el fin de desbaratar la subversión. Mas la suerte estaba echada y el choque era ya inevitable.

He tenido ocasión de hablar con Martínez Barrio múltiples veces durante los últimos años. Era un liberal y un democrata consecuente ; nunca se dejó seducir por ninguna sirena totalitaria. En unas cuartillas inéditas que poseo de él plasma claramente su pensamiento : a las generaciones banderizas durante la guerra civil sólo nos queda ya un papel de puente o de asesoría y consejo respecto de las nuevas ; hay que procurar, como meta central, la reconciliación española en la libertad, la concordia civil ; España pertenece al Occidente y pone sus esperanzas en la Europa en unificación libre y en los países americanos. Más que testamento, palabra hartó gastada, vibra ahí la plasmación de un pensamiento y una experiencia.

Indalecio Prieto —el muy famoso « Don

Inda»— era un tipo humano harto singular, diferente de todos los otros. Siempre fue mucho más un temperamento que un carácter; poseía unas dotes personales extraordinarias: talento natural, mente ágil, asimilación rápida, instinto político y golpe de vista, gran capacidad maniobrera. Nunca le interesaron gran cosa los libros de doctrina ni de economía política; era un gran lector de periódicos e incluso de libros, pero conforme a las necesidades y al servicio de los objetivos inmediatos. Se jactaba de no haber leído nunca obras de teoría socialista; sin embargo, desde que se adhirió muy joven al socialismo bilbaíno hasta el día de su muerte, permaneció indefectiblemente fiel al socialismo español e internacional. Cardíaco desde hacía años y aquejado de otras graves dolencias, a sabiendas de que en cualquier momento podía atacarle un infarto mortal —el tercero o el cuarto—, hacía el viaje de México a Francia cada vez que se reunía en Congreso el Partido Socialista. Su pensamiento era fundamentalmente liberal y, en un país evolucionado, hubiera sido quizá el jefe brillante de la izquierda burguesa; en una España atrasada, de masas obreras y campesinas combativas más por instinto que por doctrina, fue un gran orador, un fértil periodista y un dinámico hombre de acción del socialismo. Diputado provincial de Bilbao desde 1911, diputado a Cortes desde 1918, le temían y le respetaban a un tiempo sus adversarios: era, en efecto, un polemista sagaz, temible. Donde estaba él, se imponía por la fuerza y por el dinamismo de su personalidad. Sentía arrebatación la pasión española; esta pasión y su temperamento intuitivo y polémico le hacían caer no pocas veces en pasioncillas. Dicho de otra manera: movido por una profunda justicia humana, podía caer fácilmente en pequeñas injusticias. Víctor Serge, que le trató en México, me dijo cierta vez con una mezcla de admiración y de ironía: «C'est un grand bonhomme». Lo era. Me unían a él más de treinta años de amistad; no obstante haber recibido algún zarpazo suyo —¿quién no los ha recibido?—, le admiraba y le quería sinceramente.

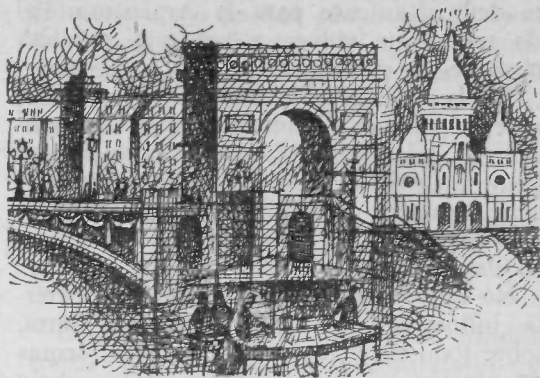
Fue casi el único en prever y en anunciar públicamente, poco después del triunfo del

Frente Popular, lo que preparaban los militares españoles. (El otro fue mi amigo Joaquín Maurín.) No se le hizo caso. Tomó desde el primer día de la sublevación una actitud decidida. Consciente de que la lucha sería larga y sangrienta, dirigió en los primeros meses un patético llamamiento a los sublevados. Tuvo el valor de hablar más tarde de mediación... Interesado el Kremlin en hacer durar la guerra de España al servicio de su política exterior, le acusaron los comunistas de pesimista, de derrotista e incluso de traidor. ¡Ellos que lo han reverenciado y traicionado todo por turno!

Fieles al ideal y a la causa de toda su vida, esos hombres merecen el respeto y el homenaje de todos. Pero el exilio español debe tener el valor de reconocer que, con su muerte, se cierra un capítulo de nuestra Historia. Un capítulo en el que alternan y se entremezclan aciertos y desaciertos, sinceridad y buena fe, pero escasa visión, ya que de haberla tenido no hubiera podido hundirlo todo la contrarrevolución; un capítulo heroico y trágico como pocos, que podemos reivindicar pese a todo con legítimo orgullo. Mas la España de hoy y de mañana no pueden ser la España de ayer. Ante estos grandes muertos, ha hecho bien el régimen franquista en no echar las campanas a vuelo, pues si existe en el mundo occidental un cadáver en descomposición es ese régimen. Ha convertido a España en un desierto, en el país proletario de Europa y exportador de mano de obra doméstica, en un cuerpo extraño en la evolución del mundo de hoy. Su única gran virtud ha sido una virtud negativa para él: ha vuelto a las nuevas generaciones en contra suya y se ha cerrado totalmente las puertas del porvenir. Desaparecidos los viejos cuadros sociales establecidos desde la generación del 98, los nuevos se están formando en España misma, entre esas generaciones que no conocieron la guerra y que no quieren conocer otra. Se trata de fundirnos con ellas, aportándoles nuestra experiencia y el conocimiento del mundo a que nos ha obligado la lengua y trabajosa emigración. Pues España, la nueva España, se construirá sobre las ruinas de la vieja y superada, y en función del mundo moderno.

balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON



Sudamericanos en París

DESPUÉS de haber abierto últimamente mi « balcón » a la gloria antigua de Goya, a la gloria contemporánea de Picasso y Braque, podría hacerlo hoy sin grandes quebraderos de cabeza ocupándome, por ejemplo, en la gran retrospectiva de Arp, en el Museo de Arte Moderno. Prefiero, no obstante, alternar los famosos, de quienes todo ha sido dicho ya, con los nombres de artistas quizá menos conocidos, pero que representan la actitud de búsqueda seria que puede interesar más especialmente a mis lectores en lengua española. Por eso me voy a referir hoy a unos cuantos artistas sudamericanos que exponen en estos momentos en París.

Hace poco y desde estas mismas páginas hablaba de la escultora argentina Alicia Penalba y del importante premio que había obtenido en la Bienal de San Pablo. Casi contemporáneamente otro gran escultor de la misma nacionalidad: Marino Di Teana, ganaba un concurso instituido por la fábrica de cristales « Saint-Gobain » y su obra —en la que está trabajando ahora— es una enorme escultura abstracta de acero inoxidable de más de diez metros de altura y que, sin duda, representará un monumento-clave para comprender nuestro tiempo.

En estos días también, la galería Creuze realiza una exposición retrospectiva de la obra de Pablo Curatella Manes, el escultor

argentino discípulo de Bourdelle que desde hace años reside en la Argentina después de haber pasado toda su juventud en París. Y se trata, precisamente, de esculturas escalonadas entre los años 1921 y 1942, la mayoría en sus versiones originales, lo que las hace más interesantes aún.

Para los más jóvenes resulta extraordinario encontrar hoy una obra comenzada hace ya más de cuarenta años y que, no obstante, se inscribe con toda naturalidad en las corrientes más avanzadas del arte. Ser « abstracto » en nuestros días es lo normal para un artista que marcha con su tiempo ; no lo era tanto cuando Curatella empezó a serlo.

Si al principio de su búsqueda existe una deformación muy refinada de la cosa vista —paralela de la actitud de los mejores escultores de ese momento— a partir de 1926, en cambio, se produce una verdadera liberación : la obra se construye por medio de una serie de « cintas » curvas de materia que de un modo muy complejo llegan a aprisionar un espacio interior. Pero no para lograr meramente lo estático, sino para comunicarnos, en vez, una urgente impresión de dinamismo que resiste —como la gran escultura de todos los tiempos— los infinitos ángulos visuales desde donde la podamos contemplar. Más adelante la especulación se dirigirá, más bien, al problema de la masa de la escultura, como en el « Torso femenino », de 1942, solemne y monumental. Antes de que par-

ta definitivamente para la Argentina, París tenía que volver a ver esta inquieta obra de un precursor.

En la « Galerie du Dragon » se expone en estos momentos una *plaque* —en edición de lujo numerada— que contiene un texto de Michel Butor : *Rencontres*, con cinco grandes y magníficas aguafuertes de Enrique Zañartu, pintor chileno radicado en París desde hace años.

No deja de estar presente en él una cierta influencia de su compatriota Matta, sobre todo en el repertorio de sus « formas en tensión ». Pero Zañartu, más sobrio que el último Matta, llega a expresarse con gran economía de medios casi exclusivamente en blancos, negros, grises de muy ricas texturas, llenos de imaginación en lo que al rendimiento de la materia se refiere.

En la magnífica « Galerie du XX^e siècle » se expone ahora la obra de un pintor brasileño nacido en Polonia y que, desde hace algún tiempo, vuelve a residir en Europa : me refiero a Krajcberg. Veamos un poco en qué consiste el arte de Krajcberg presentado en esta ocasión con el respaldo de un catálogo a todo lujo. Por un procedimiento que le es original y del cual saca mucho partido, construye unas superficies rugosas que parecen mapas en relieve de una materia totalmente opaca y que da la impresión de ser muy liviana y, al mismo tiempo, indefinible. Los colores son terrosos, inútil querer eludir el recuerdo de Dubuffet, por una parte, de Fautrier por otra. La materia, abultada como nubes o abierta en explosiones, es básicamente blanca o gris y se va tiñendo de negro, de tierras, de rojos apagados.

Aun dentro de sistema tan original el ojo descubre pronto —esa es nuestra elasticidad actual— cuáles son las más logradas de esas obras. No creo, sin embargo, que las varillas que las limitan como « cuadros » sea la mejor manera de presentarlas. Si yo pudiera encargarle una obra a Krajcberg le pediría que creara un gran « muro erosionado » para el interior de una vasta sala. Al lado de semejante obra —si resultara totalmente lograda— lo que expone ahora no parecería sino un mero muestrario de sus posibilidades expresivas.

Otro argentino de París —Juan Langlois— expone en estos momentos en la « Galerie du Fleuve ». Hace años que Langlois viene buscando su expresión. Ahora bien, en arte todos los caminos son buenos si se los recorre con empecinamiento y sinceridad. El, que empezó su exploración por el lado del surrealismo, se encuentra hoy superando cualquier movimiento que pudiera encasillarlo. Y es que, a fuerza de abrir la puerta del mucho buscarse, un buen día el pintor se topa de pronto con lo mejor que podía esperar : *la pintura*, a secas.

Hace unos años Langlois creaba unas formas extrañas como raíces de grandes árboles. Quizá entonces lo más interesante de sus cuadros fuera —permítaseme la expresión cinematográfica— el « encuadre » de sus telas, en que extrañas formas oscuras sobre fondos claros eran cortadas brutal, pero sabiamente, por los límites que constituyen las cuatro caras del rectángulo. De aquellas formas vegetales a la deriva por un espacio indeterminado, Langlois pasa ahora a unas figuras monumentales, extrañas. No es lo humano explícitamente dicho, sino lo oculto de verdaderos ídolos viscerales, amenazantes, llenos de sugestión.

La gama sigue siendo fría, pero mucho más rica que antes y la materia pictórica que resultaba un poco esquemática se hace más compleja. En una palabra : un artista en pleno camino de su encuentro consigo mismo y en una vía totalmente original a fuerza de ser personalísima.

Pirandello penúltimo

Michel Arnaud ha traducido admirablemente *Non si sa come* (o sea : *No se sabe cómo*), de Pirandello. Y esa obra —penúltima en la producción del maestro—, escrita en 1934, ha venido a tentar muchos años después al joven director francés Jean Tasso, que la ofrece ahora con un grupo de artistas conocidos, entre los que figuran Alain Cuny, Maria Mauban y Delphine Seyrig.

Obsesionado con la locura —no hay que olvidar que su propia mujer era enferma mental—, Pirandello volvió una y otra vez sobre el tema. Gran escritor : cuentista, no

velista, Pirandello es capaz de hacer un teatro de ideas que no huele en absoluto a laboratorio. Y es que sus personajes cuando sufren y se debaten no nos pueden ser ajenos, no nos pueden dejar indiferentes: todos somos también personajes pirandelianos en la medida en que nos rebelamos contra un destino o que nos interrogamos, desorientados, acerca de nuestra íntima esencia.

En *No se sabe cómo*, sin embargo, los elementos quedan reducidos, quizá, demasiado esquemáticamente a lo esencial. Para colmo el director escénico no ha querido señalar casi el ambiente, y los personajes se encuentran hablando y luchando en un marco irreal que hace aún más descarnada a la obra.

Se trata de dos parejas casadas, gente noble y rica, amigos entre sí. Uno de los maridos —Romeo— se ha vuelto loco. Al menos eso es lo que afirman los otros de él. Y loco porque sospecha que entre su mujer y los otros hombres puede haber habido una aventura galante, la sombra de una aventura. Pero el « loco » se explica a lo largo de toda la obra y llega a convencernos de su lógica masoquista, porque él no quiere castigar a los demás sino, sobre todo, castigarse a sí mismo.

Maria Mauban, Delphine Seyrig, Yves Vincent se limitan —con algunos « tics » de buenos actores— a encarnar esos seres sombra que rodean a Romeo. El papel de este último es asumido por Alain Cuny, que es todo él un manojo de « tics », pero llevados tanto hasta sus últimas consecuencias que el espectador queda atrapado como un insecto en una gran tela de araña. Su extraña cara de león, sus andares de fiera enjaulada retorciéndose sobre sí mismo, el juego inconfundible de sus manos que parecen palpar un invisible polvo, desintegrar una ceniza inexistente, se complementan con su voz ronca, obsesiva. Cuerdo o loco es el hombre de una sola idea. Ruggero Ruggieri que creó la obra en italiano insistía, en cambio, en el aspecto contradictorio de la locura que se afirma y se niega permanentemente.

Se trata de un texto denso, bastante confuso y difícil de asimilar desde una butaca de teatro. No estamos aquí ante el esplén-

dido equilibrio de *Seis personajes en busca de autor*, ni de *Enrique IV*, pero el nuevo espectador —educado por el mejor cine de vanguardia— tiene la elasticidad mental suficiente para captar, en un esfuerzo, este teatro de la duda y de la angustia. La sala del « Vieux-Colombier » seguirá llena, pues, durante largos meses.

Sociología para aficionados

La fábrica Renault —que está administrada por el Estado— ha contratado quinientos obreros italianos en vista de que no los encontraba en Francia. Lo cierto es que esos hombres extranjeros que han venido como « solteros », aunque no siempre lo sean, se han visto injertados, de pronto, en un pequeño pueblo del departamento de Seine-et-Oise que cuenta normalmente con mil doscientos habitantes.

Hasta aquí los datos. Lo cierto es que los italianos han producido una verdadera revolución. El alcalde del pueblo se queja a las autoridades alegando que su comuna no está preparada para recibir, así de golpe, quinientos hombres en « edad de merecer ». No hay estadio, no hay cine. En cambio sí hay una iglesia, dos cafés... y treinta muchachas casaderas. El peluquero exulta: apenas llegados los transalpinos ya ha hecho cincuenta cortes de pelo; el dueño del café languidece, los italianos son simpáticos, sí, qué duda cabe..., pero apenas toman una copa de vino los domingos. La tienda de comestibles no se queja aunque ha debido reforzar sus provisiones de « pasta asciutta » y hasta la panadera tiene que hacer hornadas suplementarias. Pero lo más sabroso son las reflexiones de las propias mujeres del pueblo: « Primero se interesan por nuestros niños, después por nosotras: nos abordan en la calle, en las tiendas. No tienen la costumbre de correr las cortinas y algunos se desvisten demasiado cerca de las ventanas. Por último: son ruidosos, alborotadores y no hay noche en que no canten rascando alguna guitarra o tocando el acordeón. »

El tema está ya listo para el « guión » de una película. Pero, eso sí, sobre todo para una película italiana.

" Historia de la persecución religiosa en España "



EL AUTOR de este libro es un joven sacerdote, director de la revista *Ecclesia*.

Fue editada la obra por la « Biblioteca de Autores Cristianos » que, según reza el prospecto anunciador, dirige una Comisión de la Pontificia Universidad de Salamanca presidida por el Obispo de la diócesis. Como puede suponerse, el libro está autorizado con el indispensable *Nihil obstat* y con el consabido *Imprimatur*.

Todo ello es más que suficiente para acreditar su ortodoxia y para garantizarnos de antemano que sus 883 páginas están impregnadas del espíritu cristiano que corresponde a la condición del autor y a la de quienes patrocinan la publicación. Sin embargo, el autor quiere tranquilizar aún más a sus lectores y para ello, en sus « Aclaraciones introductorias », nos advierte que su libro fue escrito « con preocupación netamente científica »; que las afirmaciones que contiene están « avaladas por un análisis objetivo de los hechos »; que la obra responde a « un esfuerzo de investigación histórica cada vez más necesario »; que ha sido realizada con « afán de verdad y comprensión cristiana » y que « todas sus líneas han sido pensadas y redactadas con una consciente economía de adjetivos, cuidando de moderar a la vez el vituperio para los verdugos y el elogio para las víctimas ». No caben mejores propósitos en boca de quien se propone escribir una historia. Mas a medida que vamos avanzando en la lectura, vamos comprobando que todas las promesas hechas están muy lejos de cumplirse.

Por lo que se refiere a la « consciente economía de adjetivos, cuidando de moderar a la vez el vituperio para los verdugos y el elogio para las víctimas » pueden servirnos de ejemplo las siguientes líneas que encontramos en la página 63: « ¡Cuánto daríamos muchos para poder borrar de nuestra historia ese canibalismo feroz de los que degollaban, descuartizaban, quemaban y enterraban con vida a sus víctimas, mezclando en salvaje paroxismo animal, los instin-

tos de sangre con la lujuria sádica, entre diabólicas blasfemias! Por desgracia, este desenfreno no es, en modo alguno, casual. Historiando la muerte de las víctimas de Cuenca, Badajoz, Ciudad Real, Barcelona, Tortosa, Almería y sitios innumerables, lo común es encontrarse con el martirio sistemático, del que no estuvo exento, según algunos, ni el ser pasto de las fieras, ni quizá la misma crucifixión. »

El texto que acabamos de transcribir dice suficientemente el carácter de la obra que nos prometía responder a « preocupaciones netamente científicas ». El inciso « según algunos », nos advierte asimismo que el libro ha sido construido, fundamentalmente, a base de textos que fueron escritos, la mayoría de ellos, en momentos en que se carecía de la necesaria serenidad para escribir historia, y en los que, por el contrario, existía excesiva preocupación propagandista. Así se explica que el autor cite y utilice sin discernimiento lo que se ha dicho y escrito con manifiesta mala fe contra los republicanos. Para completar las buenas fuentes que utiliza, no le ha faltado más que citar a Jean Creach, que ha escrito sin ruborizarse que en las carnicerías de Barcelona se expendía carne de sacerdotes.

La obra está dedicada casi toda ella a inventariar el número de religiosos que perecieron en la zona republicana, víctimas del furor homicida. No se ocupa para nada de los religiosos que perecieron o fueron cruelmente perseguidos en la zona « nacional ». Y, sin embargo, también los hubo. Lo que no podemos aceptar, cual se pretende, es que todos los religiosos perseguidos o asesinados en la zona republicana, lo fueron por su condición de religiosos, y que, en cambio, los religiosos perseguidos o asesinados en la zona « nacional » lo fueron, no por su condición de religiosos, sino por sus actividades políticas. En las dos zonas hubo persecuciones, excesos y asesinatos. De religiosos y de no religiosos. Y hay que condenar por igual las persecuciones, excesos y crímenes cometidos en ambas zonas durante la guerra civil.

Lo que pasó a este respecto durante la gue-

rra lo ha definido con toda claridad Monseñor Mateo Mújica, obispo de Vitoria, en su escrito « Imperativos de mi conciencia », publicado en abril de 1945, al decir : « La lógica simplista de las masas, que clasifica entre sus enemigos a cuantos no militan en sus filas y que indujo a los rojos a cometer tantos crímenes, fue erigida en instrumento de gobierno por los insurgentes. Y así fueron muertos varios sacerdotes de nuestra diócesis, otros sufrieron cárceles, otros fueron internados en campos de concentración, muchos fueron desterrados... ».

Hay en el libro dos capítulos que se titulan « Cimientos históricos del anticlericalismo español » y « El laicismo agresivo de la segunda República ». Esa parte del libro, que pudo ser la más interesante por sus proyecciones de futuro, no lo es, por desgracia. No basta enumerar unilateralmente toda una serie de hechos estimados por el autor como agresiones del anticlericalismo. Hubiese sido menester, además y sobre todo, descubrir las causas ocasionales y las causas profundas de ese anticlericalismo español. Descubrir las, para extirparlas. Decir que el anticlericalismo español es una creación de la masonería, no es decir nada serio ni eficaz. Con suprimir la masonería no se suprimirá el anticlericalismo.

Todos los informes coinciden en afirmar que el anticlericalismo es más fuerte que nunca hoy en España. Y que se ha extendido a zonas de la población que no son las tradicionalmente anticlericales. A nosotros no nos produce extrañeza. Para muchos españoles, la Iglesia se ha comprometido lamentablemente con su Concorato de desquite, aceptando privilegios exorbitantes, pretendiendo dominar las conciencias y ahormar los cerebros, aliándose con un capitalismo feudal y apoyando públicamente al régimen franquista hasta confundirse con él. Ciertamente que hay una parte del clero, la más inteligente, que se ha dado cuenta de las catastróficas consecuencias que esa actitud oficial de la Iglesia puede tener mañana, y trabajan con ardor, incluso contra sus superiores, para salvarla de la situación que se ha creado. Ojalá, para bien de España y de los españoles, sus generosos esfuerzos de hoy contribuyan a cimentar la paz religiosa de mañana.

RODOLFO LLOPIS

Stanley G. Payne:

« A History of Spanish Fascism »

HACE algunos años oí decir a un ex falangista, refiriéndose a su propia experiencia de la Falange : « No se puede hacer una revolución *para* el pueblo *contra* el pueblo. » La frase, ya suficientemente significativa, pudiera completarse con esta otra variación : « No se puede hacer una revolución para el pueblo aliándose con la reacción antipopular. » En estas dos frases podría verse la clave de lo que ha sido (apenas es lícito decir ya : lo que es) la actuación histórica de Falange Española. Tragicomedia, ésta, de las intenciones : de cómo un movimiento que a la hora de los propósitos generales se pretende revolucionario (y que en algunos aspectos lo es, si se le compara con la derecha tradicional española), a la hora de los hechos resulta ser sólo un arma eficaz en manos de esa derecha tradicional para luchar contra la verdadera revolución española, la única en todo caso, aquella que se manifestaba en los hechos, en la realidad del campo, de las fábricas, de los comités y las milicias, de los sindicatos, del ejército popular... (con mayor o menor acierto y justicia, que ese es otro tema).

La historia de esta « tragicomedia de las intenciones » es lo que nos cuenta el profesor norteamericano Stanley G. Payne en su obra *Falange. A History of Spanish Fascism* (Stanford University Press, Stanford, California, 1961). Y nos la cuenta con un lujo de detalles, con una preparación material y teórica y con una inteligencia y objetividad en el juicio que hacen de este libro quizá el primer intento serio de historiar a la Falange o, más generalmente, al fascismo español. Sin duda, en adelante otros autores profundizarán más en el análisis y documentación de ciertos aspectos del tema, hasta que se consiga la obra definitiva. Pero el libro de Payne constituirá en todo caso el primer hito importante al que habrá que referirse siempre.

El autor inicia su historia del fascismo español con el Partido Nacionalista Español del doctor Albiñana, movimiento de tipo más bien maurrasiano, para pasar después al grupo de *La Conquista del Estado*, la revista de Ramiro Ledesma (ya francamente fascista), y a las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica de Onésimo Redondo, que en 1932 se funden para formar las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), una de las dos fuentes de la futura Falange. El retrato que Payne traza de José Antonio Primo de Rivera es excelente de equilibrio y penetración. Según el autor, la virtud fundamental del fundador de la Falange fue

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER
and MELVIN J. LASKY

25 Haymarket, London S.W. 1

« un sentido extremadamente fino del estilo », que a menudo se desencadenaba en retórica desbordante. Tras ella, Payne nos muestra una honda confusión ideológica y un nudo de graves contradicciones vitales, sin dejar por otro lado de destacar la honradez y la nobleza personales de José Antonio. En los capítulos siguientes el autor estudia la fundación de la Falange y sus diversos avatares hasta la guerra civil, desgarrada entre la « poesía y el terrorismo » y buscando inútilmente una vía media entre una derecha y una izquierda ya dispuestas al combate armado. Uno de los capítulos más interesantes y reveladores, ya iniciada la guerra civil, es el dedicado a « las intrigas políticas en Salamanca » : Payne nos muestra las maniobras de Franco, a través de Serrano Suñer, para acabar con la Falange en cuanto fuerza independiente, cosa que consigue el 19 de abril de 1937 mediante el Decreto de Unificación, por el que Franco, suplantando al Jefe Nacional electo, Manuel Hedilla, se nombra a sí mismo Jefe Nacional y decreta la unión con los Requetés.

La caída de Hedilla señala la liquidación de lo poco que aún quedaba de la Falange como fuerza independiente ; en adelante, « la única cosa —dice Payne— que dominarán los falangistas en la nueva España es la retórica ». Y veinte años después, en 1957, uno de los pocos « camisas viejas » que aún ejercen alguna autoridad, José Luis de Arrese, reconocerá que a los falangistas los expulsaron del poder « los curas y los militares, que son los únicos que han gobernado desde el principio ». En 1959, el falangismo, « absorbido irresistiblemente por la derecha y por el maestro en maniobras Franco », había dejado prácticamente de existir como fuerza viva. En cuanto a los miembros de lo que ahora se llama, evasivamente, « Movimiento », se limitan más o menos a vegetar en los aledaños burocráticos del poder, unos contentos, otros desilusionados y resentidos, pero en todo caso políticamente impotentes, algunos con ciertas veleidades antifranquistas cuando su necesidad personal y política, al no haber roto radicalmente con su pasado político, les liga irremediabilmente al franquismo, al que han dado, si no la sustancia, sí la retórica, los oropeles y, en algún momento, la fuerza represiva.

He aquí cómo, por fuerza implacable de la historia, lo que sin duda fue tragedia en el Fundador (tragedia sellada con la sangre de una muerte digna), termina veinticinco años después, en sus nominales seguidores, en tragicomedia, trivial, aburrida y pavorosa.

F. F. S.

Manuel Arce :

« La tentación de vivir »

DE pocos años a esta parte, la novelística española se nos presenta en forma de díptico : de un lado tenemos la novela más o menos tradicional, ñoña, provincianota, en la que no suele pasar nada aunque el autor quisiera que pasasen muchas cosas, y abundosa de toda clase de detalles para hacer comprender al lector que la lluvia moja y el sol de verano calienta ; y de otro, la que se ha dado en llamar un poco abusivamente joven novela, que trata de ser testimonio de nuestro tiempo, denuncia social o algo así, realismo un tantico socializante y no menos abundosa de detalles para que el lector compruebe que los burgueses se conducen en la vida como burgueses y no como otra clase social. Se diría, pues, que la novelística española sufre de anemia aguda ; en efecto, parece que a todos esos novelistas se les han acabado los recursos literarios. (Y conste que no me parece mal la literatura comprometida, ni mucho menos. Lo que exijo es que sea de veras literatura y no panfleto político o reportaje sociológico. Mas este asunto nos llevaría muy lejos, por lo mucho que pudiera decirse...)

Sin embargo, fuera de ese díptico aludido, algunos novelistas jóvenes —pocos, por desgracia— se adentran por la buena senda de la verdadera novela y construyen su obra sin efectismos, sin alharacas, sin falsas rebeldías comodonas, procurando no dar gato por liebre y sin dejar por ello de ser hombres y hasta testigos de nuestro tiempo. Después de tanta novela anti-novela o anovela como nos cae en las manos —y de las manos, ¡qué caray!— uno siente un cierto alivio y placer incommensurable al poder pasar un rato leyendo una novela que sea novela, máxime si está bien escrita, pues por desgracia otro de los signos del momento actual es que no pocos de los que teorizan sobre la nueva novela desdennan la sintaxis correcta cual si fuese una especie de prejuicio burgués. ¡Hasta aquí hemos llegado! ¿No se tratará más bien de una concesión a la facilidad, de un afán de brûler les étapes y de no aprender como Dios manda el duro, penoso y difícil oficio de escritor?

Todo esto viene un poco a cuento de la última

SURVEY

A JOURNAL OF SOVIET
AND EAST EUROPEAN STUDIES

Editor : Walter Z. Laqueur
Associate Editor : Leopold Labedz

SUMMIT HOUSE,
1-2 LANGHAM PLACE, LONDON, W.1

novela de Manuel Arce, *La tentación de vivir* (Ediciones Destino, Barcelona, 1961). Este joven autor, del que inexplicablemente apenas se habla cuando se discurre sobre la actual novelística española —tal vez por vivir en provincia, alejado de los cenáculos capitalinos—, nos dio pruebas de sus posibilidades en sus dos novelas anteriores. Esta vez, gracias a *La tentación de vivir*, nos aparece como un novelista digno de figurar entre los primeros de la tal joven novela. Y logra esto plenamente, valiéndose de los recursos literarios que deben ser los de todo novelista: un buen dominio del arte de narrar y un estilo sobrio a la par que correcto. El tema elegido esta vez por Arce es el de un hombre sometido a la doble presión del pasado y del presente, junto con una mujer que representa un papel decisivo en el desenlace de ese conflicto último. Algunos dirán que esto es mero psicologismo, en vías de desaparición. Se equivocan. Como muy atinadamente recordó Mario Maurín en estas mismas columnas, «mientras el hombre siga siendo problema para sí mismo, habrá psicología...».

I. I.

Dámaso Alonso:

“Góngora el «Polifemo»”

DESDE QUE, EN 1927, con ocasión del tercer centenario de la muerte de Góngora, publicó Dámaso Alonso su magnífica edición de *Las Soledades*, que tanto acercó a Góngora a las jóvenes generaciones literarias de entonces, hasta hoy en que acabamos de celebrar no con demasiado entusiasmo el cuarto centenario de su nacimiento, la labor de investigación en torno a Góngora de Dámaso Alonso le ha convertido en el máximo conocedor y crítico de la poesía del gran cordobés. Prueba de ello son los libros y estudios publicados por Dámaso Alonso, tales como *La lengua poética de Góngora*, *Góngora y la literatura contemporánea*, las tres ediciones de *Las Soledades*, y sobre todo su espléndido volumen *Estudios y ensayos gongorinos*, publicado en 1955. Sobre el *Polifemo*, otro de los grandes poemas barrocos de Góngora, había trabajado ya Dámaso Alonso, habiendo publicado en su libro *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950), un esclarecedor estudio sobre «Monstruosidad y belleza del *Polifemo* de Góngora». Y ahora nos ofrece Dámaso con este nuevo libro, *Góngora y el Polifemo* (Editorial Credos, Madrid, 1961), un trabajo que ha necesitado de dos volúmenes para abarcar su rico contenido. Pero antes de referirme a éste,

conviene advertir que el nuevo libro de Dámaso Alonso aspira, según palabras del autor, «a dar un conocimiento de Góngora lo más completo y lo más exacto posible, al público culto en general».

El volumen primero es una magistral introducción a Góngora: una biografía del poeta, finamente matizada, un estudio del gongorismo y de la poesía de Góngora, deteniéndose especialmente en el examen, iluminador, del *Polifemo*, al que consagra dos capítulos enteros. Esta parte analítica, en la que Dámaso Alonso se supera a sí mismo en el arte de la síntesis, se ve completada con una sorpresa que el lector agradece: una antología gongorina que ofrece la ventaja de que el antólogo es, además de un estupendo conocedor de Góngora, un gran poeta y un gran crítico, lo que garantiza el gusto y el acierto en la selección.

El volumen segundo es en realidad algo que Dámaso Alonso nos había prometido desde hacía tiempo: una edición completa, con comentarios y notas, del *Polifemo* gongorino. Cada una de las 63 estrofas del poema va acompañada de una versión en prosa, un comentario crítico y unas notas al texto. El poema, bellissimo, pero a veces difícil para el lector corriente, queda así nítidamente iluminado, y su lectura es un renovado gozo. Toda la sabiduría crítica de Dámaso Alonso, y su impar arte literario, se han unido en *Góngora y el Polifemo* para darnos una visión que por una parte es totalizadora —vida y poesía de Góngora— y por otra se detiene con arte de miniaturista a iluminar cada estrofa, cada verso.

Libro este que, como tantos otros de Dámaso Alonso, se hará pronto clásico e indispensable para el estudioso y el lector culto que desee saber lo esencial de la vida y el arte de Góngora.

J.L.C.

Juan Liscano:

«Rito de Sombra»

JUAN LISCANO, poeta y combatiente, escritor y militante en la lucha contra el régimen perezjimenista, guardó inédito el libro escrito en 1947 y 1948, porque el tema del combate era el de *Nuevo Mundo Orinoco*. Así quedaron los poemas de *Rito de Sombra* hasta que «Editorial Cordillera» los ha dado a conocer ahora, al cabo de casi quince años. Es un lapso suficiente para que una poesía de nuestro tiempo se sostenga en su razón humana o pase como página arrastrada por el vendaval de agua y sangre, de pólvora y silencio.

El poeta venezolano abre su confesión lírica advirtiendo el mundo nocturno de que suele estar hecho el hombre. « Estoy hecho de noches, de tinieblas activas... Están en mí las noches primordiales. » Son las noches de « limo de la tierra ». Todo se une, se mezcla, rueda y canta en esta primitiva noche del hombre adámico. Es en esa noche donde el hombre busca y encuentra el testimonio de su grandeza « sobre el ciego estupor de un mundo silencioso ».

El lector de Liscano se sorprenderá un poco al encontrar en *Rito de Sombra* que lo que en *Tierra muerta de sed* es otorgado a través de una austeridad firme, como la vastedad llanera, aquí es mar obscuro golpeando sobre la costa, como multiplicándose. La adjetivación es ancha, de ola repartida en abanico de blanco golpe. Su respiración es profunda. Al lector ligero pudiera parecerle que aquí hay una aproximación hacia el mundo de Neruda —el del poeta de *Residencia en la Tierra* y el agua sexual—, pero en Liscano, aunque la adjetivación fulgura, el ritmo es otro. En Neruda el adjetivo tiene un ritmo de desgaste, de vencimiento. Agota el adjetivo, que le sirve para descargarse del sonido interior del alma. En Liscano el adjetivo asciende siempre. Es el crecimiento de la marea lo que en la poesía de Neruda era la baja marea, el descenso. Son dos modos. Durante mucho tiempo he celebrado al Neruda de *Residencia* precisamente por ese ritmo de la tierra llovida. El libro de Liscano plantea un problema distinto : el ascenso de la adjetivación. Si en Neruda el tema se va deshojando de adjetivos, en Liscano va floreciendo de ellos, hacia una primavera de estupor. Es un tema para estudiosos futuros de la poesía de ambos. (No de la poesía política partidista, sino de la poesía humana, que es la del testimonio verdadero.)

Los colores de las imágenes de la poesía de Liscano suelen ser como esa « hora pura de la primera estrella » y pasan de la raíz nocturna a la plata del alba. El agua le sirve también para reflejar ese ritmo interno, esa embriaguez del corazón. « Rompen a aullar las bestias salvajes de mi alma », escribe Liscano. Aquí la soledad es la del comienzo de todo deseo, de todo amor, de todo abrazo, es casi la soledad del inicio del mundo y del hombre. El poeta —testimonio pri-

migenio— encuentra su existir en la soledad húmeda de su noche de instinto y de magia.

A medida que avanza, *Rito de Sombra* viaja hacia un amanecer de ola desnuda en la playa del instinto ciego. Pero el poeta levanta la rosa de la sangre y se pregunta : « ¿Quién es el ser que soy, de mí desconocido / que cuando te acaricio me traduce a tu ser? ». Goethe afirmó un día que desde cualquier sitio que se partiera se encontraría la plenitud, el resplandor, la eternidad. El amor sexual es así. Y las grandes interrogaciones de espacio, tiempo, eternidad, golpean a la hora en que el hombre vuelve a quedarse solo con su experiencia y su recuerdo. Este es el viaje de *Rito de Sombra*. Su poema final es casi este canto : « Vida que siento y pienso : gota de luz conciente / que si brillar apenas puede entre tantas luces, / alcanza, sin embargo ; vana, a pensar lo eterno ; / ciega, a sentirse parte del esplendor nocturno. »

Rito de Sombra es en la poesía de Juan Liscano la definición del testimonio de un humano amanecer.

A. B. F.

Otros libros

GIMENEZ DE PARGA : Los regímenes políticos contemporáneos

Ese es el título de una obra de Derecho Público escrita por el profesor de la Universidad de Barcelona Sr. Giménez de Parga.

El tomo primero que tenemos a la vista, consta de una parte general donde se trata de la teoría del régimen político, que se completa con una reseña histórica o tipología de regímenes clásicos, seguida de la contemporánea. A esas bases doctrinales e históricas, necesarias para la inteligencia del tema, sigue la parte especial de la obra, en la que se estudian los regímenes francés, inglés y norteamericano en todos los aspectos deseables, terminando ahí este volumen de que hoy damos cuenta.

Si esas dos partes indicadas están escritas con el rigor científico que nuestro tiempo exige, no por eso el distinguido profesor barcelonés ahorra una explicación, que diríamos verdadero curso de profesor, que se contiene en las páginas del prólogo y que se hila sobre estas preguntas : ¿Quién manda en el régimen? ¿Cómo manda? ¿Para qué manda? —en el régimen que sea.

Pero ¿es que basta hacer unas preguntas para entenderse? O dicho de otro modo : las preguntas, aunque consten de los mismos términos, ¿son siempre equivalentes? Un análisis lógico

Der Monat

Begründet von Melvin J. Lasky
Herausgeber : Fritz René Allemann
und Hellmut Jaesrich

Berlin-Dahlem, Schorlemer-Allee 28

de esta última pregunta nos llevaría a ver claro que no ; pero la demostración no sería breve, ahorrándonos espacio y tiempo esta consideración : Toda pregunta se hace desde un punto de vista. Es, por tanto, intencional, y ya se sabe que la perspectiva es señora del mundo. Por eso las tres preguntas del profesor Giménez de Parga vienen siendo consideradas desde distintos puntos de vista, según quien es el que considera. Uno de esos puntos de vista es el constitucionalista (importancia del texto fundamental). Otro es el de la moderna politicología que, sin quitar importancia al texto constitucional, lo considera insuficiente y ha de completarlo con el estudio de las fuerzas políticas y —¿por qué no?— con el estudio de la *entera circunstancia*. Quiere decirse : lo social en su más amplio sentido, llegando al análisis del estado o situación de hecho total general de la sociedad de que se trate ; pues es evidente que lo que es un país en un *aquí* y *ahora*, si de un lado parece determinado por un régimen, de otro lado es el ambiente el que pone, en más o en menos, en marcha los fundamentos del régimen mismo, o modifica su acción. Y eso sin contar con los enmascaramientos de que puede usar y usa con frecuencia quien manda de hecho, y sin nombrar ahora tampoco los artificios que pudieran emplearse, de un lado y otro, ya por afán de mando, conservación del mismo, o defensa en determinadas direcciones.

Fértil en sugerencias y datos es esta lección que figura a manera de prólogo.

A. P.

A. USLAR-PIETRI : La ciudad de nadie

Todavía se escriben buenos libros de viajes. Uno de ellos es *La ciudad de nadie* (Buenos Aires, Losada, 1961), donde Uslar-Pietri muestra su fina sensibilidad, su saber ensimismarse ante el mundo que aparece ante sus ojos. Nueva York, primera parte del libro, es una ciudad que ha tentado a numerosos escritores : su capacidad de monstruo artificial es como un desafío a la sensibilidad del artista, que se siente atraído por el deseo de descifrar su secreto. Pero mientras que Paul Morand —como representante de una

tendencia— desgrana anécdotas neoyorkinas con el intento de descifrar el alma inapresable de la ciudad, Uslar-Pietri, como Sartre o Dos Passos, siente la ambición de mostrarnos su símbolo esencial.

La segunda y tercera parte son también atractivas en sumo grado, pues tanto « Otoño en Europa » como « Un turista en el Cercano Oriente » muestran la agudeza y originalidad del escritor ante temas más cotidianos para nosotros, un mundo más « visto ». Pero lo más importante de todo ello es el talante con que Uslar-Pietri se encara con el Viejo Mundo. Hace años se venía a Europa como en peregrinación a la tierra sagrada. Ahora la perspectiva ha cambiado : América Latina está surgiendo y Europa se debate en mil contradicciones. Sin embargo, no tanto como Sudamérica, mundo del porvenir, pudiera creer : todavía Europa, cultural y espiritualmente, permanece en actitud señora y así lo hace notar la justa y emocionada pluma de Uslar-Pietri.

Digamos, para acabar, que el inolvidable autor de *Las lanzas coloradas* ha escrito un magnífico y completo libro de viajes ; esto es, no sólo descripción, sino también ensayo, intento de comprensión. Aunque ya el solo nombre de Uslar-Pietri lo garantice, el lector encontrará en *La ciudad de nadie* sugestivas realidades.

J.R.M.L.

ANTONIORROBLES : ¡Zig Zas! 106 Columpios

Cuando se habla de Antoniorrobles se siente la propensión a recordar tan sólo su literatura infantil, sus libros para niños, que son los que le han caracterizado. Sus obras para « mayores » se olvidan un poco, y sin embargo hay entre ellas algunas de gran mérito —*El Refugiado Centauro Flores*, por ejemplo, que le acredita como excelente novelista—. Pero la fama, legítima, que disfruta como cuentista para « chicos » ensombrece injustamente su prestigio como escritor para adultos.

Ahora, en un florilegio de sus mejores « Columpios », publicados en un diario de México y seleccionados para formar un volumen por el gran periodista Carlos Esplá, nos sorprende con un nuevo género literario que consiste en observar atentamente un momento cualquiera de la vida cotidiana, de la vida corriente, uno de esos momentos que los demás dejamos pasar inadvertidos sin darles la menor importancia, y sacarles el jugo, montarlos en oro y presentarlos como un objeto de auténtico valor expresivo, como una joyita artística. Donde nosotros no habíamos visto nada de interés, la aguda y bondadosa observación de Antoniorrobles ha encontrado un tema literario y ha hecho un primoroso cuadrito que suscita nuestra admiración

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori

NICOLA CHIAROMONTE — IGNAZIO SILONE

Via Sistina, 23, Roma

y que nos hace reflexionar sobre la trascendencia de las cosas sencillas y ordinarias. Tienen éstas su emoción, su poesía, su humor a veces, y no los vemos porque andamos absortos, preocupados con nuestros negocios, con nuestras dificultades profesionales o domésticas, y no sabemos mirar, y menos aún destacar una de estas escenas de la vida corriente para hacer de ella un apunte lleno de gracia y de sugerencias, como los « Columpios » que nos brinda Antoniorrobles en este nuevo libro, editado por el diario *Excelsior*, de México, con un prólogo de Manuel Horta y una donosa introducción explicativa de Carlos Esplá.

Hubiera sido lástima que estos retazos de vida, tan bien recogidos y puestos en valor, se hubiesen perdido en las efímeras hojas de un periódico, porque es así, coleccionados en esta especie de antología, como se valora mejor su mérito y como se aprecia que son algo enteramente nuevo, un género cuya invención pertenece a Antoniorrobles, el único a quien hasta ahora se le ha ocurrido extraer una esencia literaria de esas aparentes naderías que los demás dejamos pasar y que él anota, pule y nos las ofrece engarzadas en su prosa sencilla y clara.

Tenemos que agradecer a Antoniorrobles que haya investido de categoría literaria, con tanto acierto, estos aspectos y escenas de la vida cotidiana, que sin un espíritu observador y atento como el suyo se quedarían para siempre inéditos.

C. A.

ANTONIO PRIETO : Encuentro con Ilitia

El protagonista de esta novela (Editorial Planeta, Barcelona), vive su vida en un viaje de ida y vuelta en el tren de Almería a Madrid. Así, sólo consta el libro de dos capítulos, y en el primero vemos al joven poco a poco atraído hacia una compañera de viaje. De trivial, el diálogo se hace emocionante por cuanto se adivina tras una pasión sin par : la de la vida para con la muerte ; fascinación de la muerte para el ser joven que a ella se entrega sin saber quien es. Vida, muerte, amor, eterna trilogía que Prieto junta en una trinidad casi santa. Es que « una persona puede amar a otra y ser su

muerte », dice Ilitia, moderna Átropos, la de las tijeras de oro. Pero ella es bella y por eso sí que nos parece normal oír la sentenciar : « Cada uno tiene la muerte que merece. » No para todos es la muerte algo repugnante, y la que nos enseña Prieto, sí que puede hacerse amar. Y ella también : « En aquel primer viaje me alegró muchísimo poder decirle a mi padre que se había equivocado. Me separé de ti, tuve que abandonarte, pero me alegró que mi padre se equivocara. » Eso dice Ilitia en el viaje de vuelta, refiriéndose al destino, su padre ciego.

Resulta curioso comprobar hasta qué punto Prieto vuelve en esta novela a la serenidad que prestó a uno de sus héroes de *Tres pisadas de hombre*. De aquí viene que no vaciló en citarse a sí mismo al principio del segundo capítulo :

« Es la vieja ley biológica de que todo se transforma. Y he recordado —¿dónde lo leí, en qué libro?— la muerte, en la selva, de un italiano buscador de aventuras en América. He comprendido cómo en plena selva virgen aquel italiano se defendía instintivamente de la muerte pensando que no iba a morir, sino a transformarse en vida de la selva, a continuar en ella su vida, convirtiéndose en un alimento más de su vitalidad. Recordé que, muriendo, decía : 'Mi vida empieza a ser vida de la selva'. »

Misterio de la creación literaria : Entre *Tres pisadas de hombre* y *Encuentro con Ilitia*, hubo *Vuelve atrás, Lázaro*, el muerto resucitado, condenado a morir nuevamente por el olvido de los suyos. Ilitia, la parca incansablemente bella, no es de las que olvidan. Es extrañamente consolador el sentimiento que del libro se desprende...

ROGER NOEL-MAYER

AURORA DE ALBORNOZ : Poesías de guerra de Antonio Machado

En este librito, publicado por las Ediciones Asomante, ha logrado reunir Aurora de Albornoz unos veinte poemas de Antonio Machado, escritos por el gran poeta durante la guerra civil española. Aurora de Albornoz, profesora en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, y fina poetisa, lleva varios años consagrada a estudiar la figura y la obra de Machado, con el propósito de preparar una edición crítica de sus poesías y sus prosas completas. Recoger todas las poesías escritas y publicadas por Machado durante la guerra española no era tarea fácil, dada la casi imposibilidad de disponer de las revistas y periódicos donde fueron viendo la luz pública, algunos de ellos tan inencontrables hoy como el Boletín *Ayuda*, órgano del Socorro Obrero Español. La mayor par-

PREUVES

Revue mensuelle

Comité de rédaction :

François Bondy, Jacques Carat,
Jean Bloch-Michel.18, avenue de l'Opéra, Paris-I^{er}

te de esos poemas de guerra los escribió Machado en Rocafort, el pueblecito valenciano donde se instaló con su familia a fines de noviembre de 1936, en una casa rodeada de naranjos, con el azul Mediterráneo al fondo. Allí escribió la serie espléndida de los sonetos —entre ellos el bellísimo a su amada Guiomar— y el tierno « Canto » a Valencia. Algunos de los poemas incluidos en el librito de Aurora de Albornoz son poco o nada conocidos, como el himno « ¡Alerta! », dedicado a las juventudes deportivas y militares, o los poemas a los generales Miaja y Lister, o el titulado « Meditación de un día », que se publicó en un libro casi desconocido de Machado, *La Guerra* (Espasa Calpe, Madrid 1937).

En su estudio inicial, breve introducción a los poemas, nos da Aurora de Albornoz curiosos datos y noticias de la vida de Machado durante la guerra española, primero en Madrid, luego en Rocafort y finalmente en Barcelona. Y evoca doloridamente los últimos días del poeta en Collioure, el pueblecito francés cerca de la frontera, junto al mar, donde se refugió Machado con su madre ancianísima. Su hermano José, que estuvo también a su lado hasta su muerte, en febrero del 39, encontró en el bolsillo de su gabán, ya sin dueño, un papel en el que el gran poeta había escrito un verso, seguramente el último que salió de su pluma, y el primero de un poema que quedó sin hacer: « Estos días azules y este sol de la infancia. ».

J. L. C.

Damián Carlos Bayón : Diario poético

La arquitectura del libro es neorromántica. El tema del diario poético es, de por sí, muy personal frente a cierta línea « deshumanizada » de cierta poesía. No llega al ultrarromanticismo que suele ser el surrealismo, porque el lenguaje surrealista es barroco y el del cuaderno *Diario Poético* (Buenos Aires, 1961), del poeta argentino Damián Carlos Bayón, es de una claridad intimista y de un control profundamente inspirado en una lucidez sentimental.

Este amor va al mundo y sus cosas (« 21 de junio »), se une a las criaturas y las interpreta desde su luz interior, como quería Rilke. Una

sonrisa o un guante, los tristes ruidos familiares, los mínimos gestos, todo tiene cabida en esta poesía de intimidad rendida de Bayón. De Madrid a París, del campo de Francia a Cavallasca, de Laglio a Roma y de Roma a Cannes, va esta versión —como por galerías sonámbulas— del tiempo y el paisaje interior, recorridos sin prisa y sin tregua. El silencio tiene un pulso de sangre, la soledad hace el inventario lírico de sus fronteras. El dolor de pasar está en ese « Lamento en una tumba »; el dolor de quedar en « 4 de agosto » y en « Pietá ». Está la angustia de ese tiempo que se desmorona dentro de nosotros. Y, también, algo menos y algo más.

No es fácil encontrar parentescos al libro de Damián Carlos Bayón en la poesía argentina. Acaso no los tiene, porque su lirismo muestra raíces que son de todas partes y de ninguna parte: de lo humano solamente en función de su amor y soledad. El poeta no ve nada más ni nada menos que la vida desnuda y de ella recibe como un imperativo de ternura: expresarla en unas imágenes que suelen permanecer cuando los arcos y las ciudades son sólo sílabas de olvido. « Sólo en el solo espacio de la lluvia se aprende a meditar », dice Bayón. En el libro hay zonas como « La cara de la ruina » y « Pequeña Mitología de Bolsillo » que conviene leerlas como se leen los buenos testimonios antológicos de la joven poesía latinoamericana, porque estos poemas lo son.

A. B. F.

THE CHINA QUATERLY

Editor : Roderick MacFarquhar

Advisory Editor : G. F. Hudson

SUMMIT HOUSE, 1-2 LANGHAM PLACE

LONDON, W. 1.

IL MULINO

Rivista mensile di cultura e politica

*

Fascicolo 112

Febbraio 1962

Anno XI

Numero 2

Per la libertà dei popoli iberici

Parabola di un dittatore, di Firmin G. Lozano

Portogallo, anno zero, di Antonio Bru

L'insegnamento politico della Chiesa, di Alfonso Prandi

Ospedali e medici a Bologna, di Diego Brescia e Severino Delogu

Dialoghi di Cleante

Nuovo romanzo e cultura di massa, di Jean Bloch-Michel

Lecture : *Il fascismo*, di Gianni Sofri. — *Interpretazioni della costituzione americana*, di Max Salvadori.

*

Bologna, via Gramsci 5, tel. 277800.

Un fascicolo L. 200. Abb. annuo L. 2.000; semestrale L. 1.100; estero il doppio; abb. sost. 10.000. Versamenti sul c.c.p. 8/12926.

Sped. abb. post. gruppo III.

revistas

Estados Unidos



ES CADA DÍA más evidente la atención que la prensa periódica de Estados Unidos presta a Hispanoamérica y a España. En algunas ocasiones con una superficialidad anonadante, otras con una erudición académica respetable, los escritores norteamericanos, aparentemente, quieren recuperar el tiempo perdido. Los reporteros de las agencias tratan de captar el pulso de lo hispanoamericano. Perciben la agitación, el desasosiego, la impaciencia crecientes en Hispanoamérica. Apuntan, con buena razón, que a menos que se realicen con efectividad los programas de asistencia mutua, como la Alianza para el Progreso, del actual gobierno de Estados Unidos, se corre el peligro de que aumente la penetración comunista en el Nuevo Mundo.

Sin duda que no todo se circunscribe a lo político. Las publicaciones académicas de primera categoría como *Revista Hispánica Moderna*, *Hispania*, *Hispanic Review*, *Modern Language Notes*, *Modern Language Quarterly*, *PMLA*, *Revista Inter-Americana de Bibliografía*, *Hispanic American Historical Review* y *The Americas*, continúan su tarea, dando a conocer estudios firmados por los más eminentes especialistas. Sin embargo, no faltan artículos que van dirigidos al público no especializado. *Américas*, de la Unión Panamericana, realiza una encomiable labor en este sentido, así como *National Geographic*, que en su número de enero publica un reportaje de Harold Schultz, bellamente ilustrado, sobre los indios suyá del Brasil. A fines de diciembre de 1961 comenzó a publicarse *Odyssey Review*, entre cuyos asesores figuran Ángel del Río, Eugenio Florit, Carlos Blanco, Francisco Aguilera, Raimundo Lida y Federico de Onís. Su propósito es dar a conocer en inglés la literatura de habla española. En el primer número hay traducciones de H.A.

Murena, Carmen Gándara, Jorge Luis Borges, etc. *Current History* dedica el número de febrero a Hispanoamérica. Hay artículos de Robert Alexander, Robert Potash, David D. Burks, William S. Stokes, John J. Johnson, Edmund S. Urbanski y Donald W. Beatty, todos especialistas en estudios hispanoamericanos.

En *Arizona and the West* (vol. 2, núm. 2), de la Universidad de Arizona, Joseph F. Park analiza en « The Apaches in Mexican-American Relations, 1848-1861 », los problemas creados por las incursiones de los indios apaches y la amistad que existió entre españoles, norteamericanos y mexicanos para protegerse mutuamente. En el mismo número John C. Rayburn, en « The Rough Riders in San Antonio, 1898 », describe la vida militar de las fuerzas expedicionarias que fueron a Cuba.

Christian Century (enero), publicación protestante, contiene un trabajo de Alexander Winston titulado « Iberia : Evangelicals in a Cage », sobre la precaria situación del protestantismo en la Península Ibérica. « Hace 25 años que se dificulta, y a veces se impide edificar nuevos templos protestantes en España. » En *The Commonwealth* (enero), revista católica, James J. Graham, dice en « Yankee Dollar, Latin Discontent », que « los esfuerzos de Estados Unidos para ganarse la amistad con Hispanoamérica serán una tarea difícil ». En el número de febrero de la misma revista, Douglas Hyde, antiguo director del *Daily Worker*, de Londres, advierte los peligros del comunismo en la Guayana Británica aunque afirma que « aún es muy temprano para decir si la Guayana Británica, una vez independiente, seguirá de modo inevitable el camino de Cuba ». Dennis H. Wrong publica en *Commentary* (febrero), revista judía, un excelente estudio sobre lo que la prensa izquierdista de Estados Unidos ha hecho con respecto a Cuba.

Peter R. Nehemkis, Jr., asesor de la Whirlpool Corporation, advierte en *Current* (febrero), en « Emergent Latin America : a program of positive intervention », que la Alianza para el

Progreso tal vez esté en bancarrota aun antes de tener una oportunidad para comenzar sus tareas ». La revista mensual *Fortune* emplea buena parte del número de febrero en un análisis crítico de la « Alianza para el Progreso ». C.L. Sulzberger, a fines de 1961, señaló en el *New York Times*, « A Procrustean Bed for U.S. Industria », los problemas de las empresas privadas y los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos en su nuevo programa de asistencia económica. Sin embargo, Williard M. Fox, representante de la Standard and Poor's Corporation, en *Industrial Marketing*, de febrero, apunta en su artículo « New Profit opportunities south of the border » que la R.C.A. y la Smith-Corona-Marchant, obtienen pingües utilidades en México compartiendo con los mexicanos la propiedad de sus respectivas empresas. La trimestral *Latin American Business Highlights*, del Chase Manhattan Bank, describe las inversiones norteamericanas en Hispanoamérica.

Edward B. Glick, en la *Midstream* correspondiente al invierno de 1961, describe la situación de los hebreos en la Cuba de Castro. En el artículo titulado « The Cuban Cauldron », Glick afirma que gran número de judíos han tenido que salir de Cuba, sin que ello signifique necesariamente que exista en aquella isla un movimiento antisemita. E.P. Whittemore, en *The New Leader*, del 5 de febrero, en un trabajo que lleva por título « Cuba's Union come full circle », describe la técnica empleada por el fidelismo para imponer sobre los gremios cubanos el dominio comunista.

The New Republic (8 de enero) publicó un energético editorial sobre la caótica situación en el Brasil, titulado « Corruption, robbery, misery and stagnation ». En el mismo número James P. Brady advierte a Estados Unidos, en « Haití después de Duvalier », que deben cuidar de que Haití no caiga bajo la órbita comunista después de la caída del dictador. El 5 de febrero Louis L. Wiznitzer reafirma en su artículo « Brazil's Drift to Anarchy », lo dicho sobre el Brasil en el número del 8 de enero. El 12 de febrero analiza los resultados de la Conferencia Interamericana de Punta del Este, la penetración comunista en Hispanoamérica y la posición de Estados Unidos. En *The Reporter* (15 de febrero), Paul D. Bethel se pregunta « ¿Gobierna Castro a Cuba? ». El articulista sugiere que Castro se halla ahora limitado en sus acciones y decisiones por los dirigentes prosoviéticos. En *The Yale Review* (invierno de 1962), O. Ernest Moore se pregunta también « Is Haiti Next? ». El autor comenta la situación económica de dicha República y señala que « There has been no adequate arousing of the citizenry and no explaining to them in simple language of the meaning and necessity of economic development ». En el mis-

mo número, el psiquiatra Theodore Lidz, que asistió a Juan Ramón Jiménez en Estados Unidos, describe en « Juan Ramón Jiménez. A Remembrance » las conversaciones que sostuvo con el laureado poeta español y la cordialidad y comprensión de Zenobia, su inolvidable y heroica esposa. Sobre Juan Ramón también Graciela P. Nemes escribió en *Books Abroad* (otoño de 1961) un paralelo entre él y Tagore, en un artículo titulado « Of Tagore and Jiménez ».

A fines de 1961 la conocida crítica norteamericana Mildred Adams publicó en el suplemento del *New York Times* un excelente resumen de la literatura hispanoamericana y brasileña de 1961. En el *Saturday Review*, Germán Arciniegas comenta el amplio y juicioso viaje del ex senador William Benton, que recorrió a Hispanoamérica en busca de información.

En *The papers of the Bibliographical Society of America* (tercer trimestre de 1961), James O. Crosby publicó un trabajo erudito, « El poeta Claudio en los Sueños del Juicio Final de Quevedo ». Carleton Beals, en el *Arizona Quarterly* (otoño de 1961), describe la cosmología azteca en contraste con el México de nuestros días. En el suplemento del *International Journal of American Linguistics*, de la Universidad de Indiana, aparece la primera parte (enero de 1962) del estudio realizado por C.F. y F.M. Voegelin, de la Universidad de Indiana y Kennet L. Hale, de la Universidad de Illinois, sobre « Typological and Comparative Grammar of Uto-Aztecan ».

Art News (enero) publica « El Greco Means The Greek », por José López-Rey, sucinta, pero excelente reseña del libro *El Greco Revisited*, de Pál Kelemen. En el mismo número hay una descripción del ábside de la iglesia de San Martín de Fuentidueña, traído de España y en la actualidad exhibido por el Museo Metropolitano de Nueva York en el Claustro situado en la parte norte de la ciudad de Nueva York.

Erika Spivakovsky sugiere en « The Lazarillo de Tormes y Mendoza », publicado en *Symposium* (invierno de 1962), la posibilidad de que Diego Hurtado de Mendoza sea el autor de *Lazarillo*. En el *Journal of History of Ideas* (enero-mayo de 1962), Marcia L. Colish publica « The Mime of God » : Vives on the nature of man ». En el *American Anthropologist* (diciembre de 1961), George M. Foster estudia una villa campesina y G. Albin y Jane Swanson investigan problemas de herencia sanguínea en los indios de mesoamérica. Richard M. Morse, en *The American Historical Review* (enero) informa sobre « Algunas características de la Historia Urbana de Latinoamérica ». Y en *Rural Sociology* (volumen 26, número 4), Víctor Goldkin estudia la América Central en su « Sociocultural Contrasts in Rural and Urban Settlement types in Costa Rica ». David J. Fox des-

cribe en « Recent Work on British Honduras », publicado en *The Geographical Review* (enero), los trabajos realizados en geomorfología y climatología en esa región.

En realidad, estos datos no dan más que una vaga idea de lo que se viene publicando en Estados Unidos sobre Hispanoamérica. Reiteramos lo que hemos dicho en el primer artículo de esta serie. Cada universidad, cada publicación de importancia, cada periódico de tirada nacional o estatal, dedica buen espacio a la comprensión del mundo hispánico. Eso sin contar los programas de televisión y de radio, que constantemente tienden a informar al público sobre la cultura, la historia y la tradición hispánicas. Por ejemplo, la NBC preparó recientemente una transmisión de una hora sobre España. Julián Marías explicó lo que es su patria. Poco después la misma empresa emisora dedicó igual tiempo al Brasil. El norteamericano se percata en la actualidad como pocas veces lo ha hecho de que el hispánico no es sólo un mundo de contrastes políticos y sociales, sino también un mundo en ebullición cultural y artística. Aumenta el interés de las casas editoriales y de las Fundaciones, como la William Faulkner Foundation, hacia lo que se escribe en español. Y en la nueva generación de estudiantes hay una genuina curiosidad que es de esperar que se traduzca en un acercamiento duradero y respetuoso.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Colaboradores

- JOSE MARIA DE BASALDUA, español, licenciado en Derecho, publicó en unión de otros poetas el libro *Cuatro poetas de hoy*, uno de los más significativos de la joven poesía española.
- PHILIPPE DECRAENE, periodista francés, especialista de los problemas del África negra en el diario parisiense *Le Monde*. Publicó un libro sobre el panafricanismo.
- CARLOS ALBERTO FLORIA, joven escritor argentino, profesor de Historia en la Facultad de Derecho de Buenos Aires y miembro de la redacción de la revista *Criterio*.
- SYLVIA MOLLOY, joven argentina, amplía sus estudios en París para terminar su tesis doctoral sobre la importancia de la literatura hispanoamericana en Francia.
- THOMAS SCHREIBER, de origen húngaro, es uno de los periodistas franceses que mejor conocen los países del Este europeo. Colabora en diferentes periódicos y revistas.
- EDWARD SHILS, sociólogo norteamericano, profesor de la Universidad de Chicago, reside actualmente en Inglaterra. Prepara una vasta obra sobre los intelectuales indios.
- LUIS SIMÓN, ingeniero cubano, fue compañero de Castro y de Guevara en Sierra Maestra. Capitán del Ejército Rebelde, ocupó diversos cargos oficiales, hasta que decidió exiliarse.

HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

por

Daniel Cosío Villegas

TOMOS PUBLICADOS

- I. — La República restaurada. — Vida política : \$ 140.00
- II. — La República restaurada. — Vida económica : \$ 140.00
- III. — La República restaurada. — Vida social : \$ 140.00
- IV. — El Porfiriato. — Vida social : \$ 140.00
- V. — El Porfiriato. — Vida política exterior (I parte) : \$ 125.00

Ampliamente ilustrado con grabados y mapas desplegados

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

EDITORIAL HERMES, S. A.

Ignacio Mariscal, N° 41 — Apartado 21110 — México 1, D.F.

3108

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a *Cuadernos* que nos envíe el nombre y la dirección de un nuevo suscriptor incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :

- GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
- GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
- VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
- ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
- PIO BAROJA : Tríptico.
- AMERICO CASTRO : Hacia Cervantes.
- JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
- CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
- PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
- FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.
- JUAN GARCIA HORTELANO : Nuevas amistades.
- ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
- JULIAN GORKIN : España, primer ensayo de democracia popular.
- JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
- JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
- VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
- JOSE ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
- JOSE ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
- JOSE EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
- RICARDO ROJAS : Blason de plata.
- CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ : De ayer y de hoy.
- S. SERRANO PONCELA : Un olor a crisantemo.
- IGNAZIO SILONE : Un puñado de moras.
- GUILLERMO DE TORRE : El fiel de la balanza.
- GUILLERMO DE TORRE : La aventura y el orden.
- MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (2 tomos).
- STEFAN ZWEIG : Magallanes.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de a partir del N°, a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año :	25 NF	Norteamérica : 1 año :	6 \$ USA
Europa : 1 año :	28 NF	América Latina : 1 año :	5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12. Tel. 231 30 43. Madrid

ACABA DE PUBLICAR :

Colección « Tribuna de la Revista de Occidente » :

¿DONDE ESTAMOS HOY? por Spranguer, Schweitzer, Jaspers, Buber, Thielicke, Pieper, Röpke, Toynbee, Marías, Picard, Heimpel, Mehnert, Thiess, Preetorius, Jünger, Schelsky, Freyer, Portmann, Born y Jores. 408 páginas, 100 pesetas. (Traducción de Germán Bleiberg.)

Veintiuna grandes figuras del pensamiento contemporáneo analizan la situación del presente para columbrar las rutas del porvenir. Al proceder esas grandes figuras de muy distintos campos de la cultura —filósofos, historiadores, estetas, literatos, biólogos, físicos y médicos— sus puntos de vista son muy diferentes y logra la obra con ello una respuesta amplia a la palpitante pregunta que le da título.

Colección « El Arquero » :

EL HOMBRE Y LA GENTE, por José Ortega y Gasset, t. I, 188 págs., 40 ptas. ; t. II, 214 págs., 40 ptas.

Se incorpora a "El Arquero" la gran obra sociológica de Ortega. ¿Qué es la sociedad? ¿Qué es lo social? ¿Qué es un uso? Una nueva concepción de la Sociología que abre un método nuevo para su comprensión, tan importante en un mundo de creciente socialización.



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

60

MAYO DE 1962

CARLOS ALBERTO FLORIA • EDWARD SHILS
ENCUESTA SOBRE LA JUVENTUD

H. A. MURENA
El estridor del conformismo

SALVADOR DE MADARIAGA
El español, colonia lingüística del inglés

SYLVIA MOLLOY
La literatura hispanoamericana en Francia

NICOLE DETHOOR • THOMAS SCHREIBER
¿A dónde van las democracias populares?

LUIS SIMON
Mis relaciones con el "Che" Guevara

GERMAN ARCINIEGAS
LAS CUATRO AMERICAS

4° P. 5926



BIBLIOTECA BREVE

RELATOS

DIAS ENTEROS EN LAS RAMAS, de Marguerite Duras

En este libro de relatos, Marguerite Duras plantea el conflicto esencial, o mejor, existencial entre la voluntad del individuo y la cerrazón impenetrable del mundo y de la muerte.

LA PLAYA, de Cesare Pavese

Cesare Pavese es, sin duda alguna, uno de los tres o cuatro prosistas más importantes de la literatura europea posterior a la segunda guerra mundial, y en este libro alcanza la perfección en su dominio originalísimo de la novela corta.

ULTIMA NOVEDAD

EL SEÑUELO, de Renzo Rosso

Este libro reúne tres novelas cortas que narran situaciones de la guerra o de la postguerra y tienen en común la preocupación por el sentimiento de compasión. Su autor pertenece a esa estirpe de escritores triestinos que va de Stuparich y Svevo hasta Quarantotti Gambini, y que injerta en la moderna literatura italiana una rama de influencias centro-europeas.

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

Provenza-219, Barcelona 8, España



SUMARIO

NUMERO 60

MAYO DE 1962

Las cuatro Américas	GERMAN ARCINIEGAS	3
El estridor del conformismo	H. A. MURENA	10
Dos poemas	JOSE MARIA DE BASALDUA	25
¿A dónde van las democracias populares? ..	NICOLE DETHOOR Y THOMAS SCHREIBER ..	26
Mis relaciones con el « Che » Guevara	LUIS SIMON	35
El anfibio (Cuento)	AUGUSTO LUNEL	43
El español, colonia lingüística del inglés ..	SALVADOR DE MADARIAGA	45
Esa es la mía (Poema)	A. SERRANO PLAJA	49
El descubrimiento de la literatura hispano- americana en Francia	SYLVIA MOLLOY	50
<i>La juventud de nuestro tiempo :</i>		
Ideas e ideales políticos de los jóvenes latino- americanos	CARLOS ALBERTO FLORIA	58
Los estudiantes indios : unos rebeldes sin causa verdadera	EDWARD SHILS	65
 <i>Crónicas</i>		
Ojeada sobre el colonialismo	JORGE VELA	73
La Guinea frente a sus dificultades	PHILIPPE DECRAENE	77
Los grandes muertos de la emigración espa- ñola	JULIAN GORKIN	82
<i>Balcón de París</i>	DAMIAN CARLOS BAYON	85

Libros - Revistas - Colaboradores

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

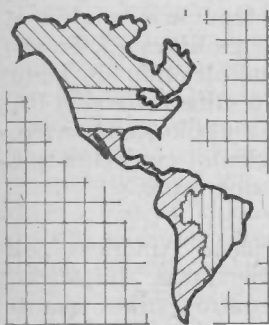
Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

GERMAN ARCINIEGAS

Las cuatro Américas



HABLANDO el lenguaje de todos los días, un europeo nos resulta un europeo, como un africano es un africano. Pero un americano no es siempre un americano. Cuando se dice que los ame-

icanos son ricos, o que los americanos tienen un ejército que rivaliza con el de Rusia, esto no tiene nada que ver con los paraguayos, que son pobres, ni con los de Costa Rica, que no tienen ejército. Y sin embargo, un paraguayo es tan americano y más que un neoyorquino, y Costa Rica era ya una parte de América un siglo antes de que los peregrinos del « Mayflower » desembarcaran en Plymouth.

En los diarios de Estados Unidos viene acentuándose la costumbre de llamar « latinos » simplemente a los habitantes de « América Latina ». Cuando en una información del *New York Times* se dice que en Washington se prepara un plan de ayuda a los latinos, se sabe que no se está hablando ni de Italia o Francia, ni de Portugal o España, sino de las repúblicas al sur del Río Grande. ¿Qué tan latinos son los pueblos de estas repúblicas? Mucho más latina es Nueva Orleans que el Cuzco del Perú, que Otavalo del Ecuador o que Pázcuar de México. Y Cuzco, Otavalo o Pázcuar son expresiones tan auténticas de la América que está al sur del Río Grande,

como Boston de Estados Unidos. Nueva Orleans, tan latina, está ya incorporada substancialmente al mundo estadounidense, y si se consideran como latinoamericanos los descendientes de italianos que viven en Estados Unidos, su número excede al de varias repúblicas de las que están situadas al sur del Río Grande.

Lo equívoco del nombre de América es algo que no tiene parecido con el de ninguna otra comarca del globo. Los españoles se empeñaron durante dos o tres siglos en no adoptar el nombre de América, sino el de las Indias Occidentales. Se llamó a los habitantes del Nuevo Mundo « indios » porque Colón creyó haber llegado a una de las Indias del Asia, y esta creencia se incrustó de tal manera en la mente de los Reyes de Castilla que acuñado el nombre de Indias ya no hubo manera de desterrarlo del vocabulario popular, ni del erudito. Cuando se vio que lo descubierto era un nuevo continente o Nuevo Mundo, no era ya tiempo de rectificar, o faltó ánimo para hacerlo. Simplemente, se dijo « Indias Occidentales ». América resultaba una palabra demasiado independiente, era una revolución que rechazaron los tratadistas. Al primer cuerpo de leyes que se formó bajo el emperador Carlos V se le dio el nombre de « Leyes de Indias » y de ahí nació el « Derecho Indiano ». Todavía en este siglo a un hijo de españoles que naciera en Cuba se le llamaba un « indiano ». Aún hoy, en el diccionario español la palabra « indiano » está definida así : « Natural, pero no originario de América. [...] Dícese también del que vuelve rico de América. »

De otra parte, la leyenda negra, que ya en tiempos del obispo Fray Bartolomé de Las Casas se formó contra Amerigo Vespucci, hizo que el nombre de América, maravillosamente inventado por los canónigos de Saint-Dié, en Lorena, en homenaje a Amerigo Vespucci, se hiciese sospechoso. La sospecha ha persistido al extremo de que el grande Emerson decía : « Sorprende que la América grande hubiera de llevar el nombre de un ladrón, Amerigo Vespucci, un vendedor de encurtidos de Sevilla [...] cuyo más alto rango naval fue el de segundo contramaestre en una expedición que no zarpó nunca, pero quien logró ingeniarse en este mundo hecho de mentiras para suplantar a Colón y bautizar medio planeta con su nombre nada honorable. » Emerson murió ignorando quién era Amerigo Vespucci, y no supo ni de sus cuatro viajes al Nuevo Mundo ni que los reyes de Castilla le hubiesen hecho piloto mayor para colocarlo por encima de todos los pilotos de España. En la misma forma en que Colón murió sin saber que hubiera un nuevo continente, convencido de que había llegado al Japón y que las islas del Caribe eran del archipiélago japonés.

Para que esta comedia de equivocaciones resultase más complicada, cuando las colonias del norte se independizaron y sus filósofos se reunieron en Filadelfia para redactar la constitución de Jefferson y Adams, no pensaron en darle al nuevo Estado un nombre propio, y así Estados Unidos son el único país del mundo que no lo tiene. Decir *Estados Unidos* es como decir *federación, república* o *monarquía*. Los del Norte no son los únicos Estados Unidos de América, porque existen los Estados Unidos de México, los Estados Unidos de Venezuela y los Estados Unidos del Brasil. Pero si Brasil es Brasil, México es México y Venezuela Venezuela, de América son lo mismo Brasil, México y Venezuela que la república del Norte. Steward, en un curioso libro sobre los nombres de América —es decir, de la geografía de Estados Unidos—, cuenta que habiéndose dejado en Filadelfia, para más tarde, el hallar el nombre justo que debería tener la nueva república, quedó como denominación provisional la genérica de Estados Unidos. Luego se pensó en dar al país el nombre de Co-

lombia o Colombia, por Colón. Pero esta vez, mientras en el norte las cosas no andaban de prisa, el antiguo virreinato de la Nueva Granada tomó en el sur el nombre de Colombia, inventado en 1806 por Miranda. Bolívar adoptó el de la Gran Colombia para el conjunto de la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. Esto imposibilitó a Estados Unidos para llamarse Estados Unidos de Colombia y alguien sugirió entonces, como sustituto, el de Freedonia —de *free*, libre. Una manera helenizada de llamar al país de la « libertad ». Por aquel tiempo algún espíritu travieso escribió una carta en un periódico del sur haciendo ver que la palabra « Donia » (doña) en español significaba mujer, y la república vendría a llamarse de las « mujeres libres »... Se desistió. Se cerró el debate, dejando sin nombre propio al país. El resultado ha sido llamar hoy « americanos » a sólo ciento setenta millones de los trescientos cincuenta que habitan el continente americano.

EN REALIDAD, hay cuatro Américas que representan cuatro áreas históricas, cuatro experiencias, cuatro estilos, cuatro personajes que andan en busca de una expresión, es decir : de una cultura. Son la América indoespañola, la América portuguesa (El Brasil), la América inglesa (Estados Unidos) y la América anglofrancesa (El Canadá). Cada una de estas Américas tiene un área semejante : 3.800.000 millas cuadradas la América indoespañola, 3.400.000 el Canadá, 3.200.000 el Brasil y 2.900.000 la América inglesa. Son cuatro Américas que inician su historia en años diversos, aun en siglos diversos.

La América indoespañola es antiquísima. Es la que verdaderamente tiene prehistoria, en el sentido de que antes de ser española vio surgir grandes civilizaciones dentro de su territorio, que han dejado huellas profundas en su espíritu. En México y Guatemala hay testimonios de naciones cuyas culturas se acercan, en horas de gran esplendor, al comienzo de la era cristiana. Las excavaciones que se hacen en el Perú, en Colombia, en el Ecuador, conducen a conclusiones parecidas. El maridaje con España se inicia en 1492. Desde 1500 la conquista se expande con tal velocidad y las colonias se inician tan pronto, que cualquie-

ra de las naciones indoespañolas puede decir que tiene hoy cuatro siglos y medio de historia postcolombina. Entre muchas otras ciudades fundadas por los españoles, y refiriéndonos sólo a las capitales, San Juan de Puerto Rico fue fundada en 1508, La Habana en 1515, Panamá en 1519, Guatemala en 1524, San Salvador en 1525, Quito en 1534, Lima en 1535, Buenos Aires en 1536, Asunción en 1537, Bogotá en 1538 y Santiago de Chile en 1542. La ciudad de México quedó definitivamente en poder de los españoles en 1521.

La América portuguesa no tiene ese fondo prehistórico. Allí, las culturas indígenas eran elementales, rudimentarias. No alcanzaron a crear una civilización. No hubo una ciudad precolombina en el Brasil, como no la hubo en el Canadá. Los portugueses no se precipitaron como los españoles de la conquista. Llegaron más tarde y penetraron con mayor lentitud. Bahía, la más antigua ciudad del Brasil, se funda en 1549; Río de Janeiro en 1567. Una y otra fueron mínimas comparadas con México o Lima. Sólo el traslado de la capital del imperio de Lisboa a Río de Janeiro, cuando la familia real de los Braganza abandonó a Portugal temiendo caer en manos de Napoleón, vino a darle a Río de Janeiro, en el siglo XIX, el brillo de una ciudad. Fue entonces cuando se movieron a la capital las familias de los colonos que hasta esa época vivían en las casas grandes de las haciendas. El Brasil, en realidad, ha tenido la historia de una capital peregrina. Primero fue Bahía, que dejó de ser capital en 1763, cuando el gobierno se trasladó a Río de Janeiro; ahora, definitivamente se ha instalado en Brasilia.

Frente a estas dos Américas de colonización ibera, las del norte nos parecen jóvenes. La historia del Canadá comienza un siglo después de la América indoespañola. En 1603 se funda Quebec por un francés, y el desarrollo fue tan lento que medio siglo más tarde la ciudad apenas llegaba a 2.500 habitantes. Sólo alcanzaban entonces las tierras cultivadas una extensión de 3.500 acres de tierra: menos de lo que sería por aquel tiempo una hacienda grande de México.

Los últimos en llegar fueron los ingleses. Fundaron a Jamestown en 1607. Si se pien-

sa que Caboto había reconocido las costas del norte para el rey Enrique VII de Inglaterra ciento diez años antes, saltan a la vista las reservas que tuvieron los hijos de la Gran Bretaña para cruzar definitivamente el mar, con la intención de establecerse en esas tierras. Lo vinieron a hacer los peregrinos del « Mayflower », presionados por un deseo de independencia religiosa.

EN SU CONJUNTO, las cuatro Américas aportan a la cultura universal un nuevo concepto de la vida civil. El haber producido una filosofía política que acabó por dominar el mundo, escapó a los ojos de Papini, tan alerta a todo y tan curioso — y también tan arbitrario —, cuando en un famosísimo alegato enjuiciaba a América Latina diciendo que no había dado nada nuevo al Occidente. Dio, con Estados Unidos, esa dimensión de la democracia que en la Europa moderna no había podido prosperar por la presión de las jerarquías establecidas por los reyes. Mucho antes de la Revolución francesa y de la Enciclopedia, y de Rousseau y de Montesquieu, los europeos que dejaban el viejo mundo y se instalaban en el nuevo adquirían un sentido de libertad más o menos conquistada, de democracia más o menos ejercida, que puso las bases de una nueva filosofía. Fue algo que cambió las bases tradicionales de la ciencia política. En esto estuvieron de acuerdo el blanco, el indio y el negro. Al hacer crisis las viejas fórmulas de gobierno colonial, se pudieron ver las cosas que sin decirlo todos pensaban. Adams decía: « Yo no me maravillo de ver que de repente todos los hijos de estas colonias inglesas se declaren por la independencia, porque ya ellos la habían declarado al embarcarse en los puertos de Europa para buscar en América una tierra propia. »

Cuando Rousseau no era sino un aprendiz de grabador que se escapaba del taller de su maestro para correr las aventuras espirituales que relata en sus *Confesiones* — treinta años antes de escribir *El Contrato Social* —, dos criollos panameños, don José de Antequera y don Fernando Mompo, sentaban en Asunción del Paraguay las bases de una doctrina que es precursora de la del ginebrino. Antequera decía: « El pueblo puede oponerse al príncipe que no proceda

ad aequa et bone. No todos los mandatos del príncipe deben ejecutarse. Manteniendo los pueblos en sí los derechos que se han expresado, crearon y diputaron a los cabildos, para que en nombre de los pueblos hablasen. » Según Mompox, el poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea es más grande que el del mismo rey : en manos del común está admitir la ley o el gobernador que guste, porque « aunque se lo diese el príncipe, si el común no quiere, puede justamente resistir y dejar de obedecer ».

Una teoría semejante había penetrado en la conciencia popular paraguaya. El padre Lozano, historiador de las guerras de los comuneros del Paraguay, cuenta de un rústico que había oído hablar a Antequera, y regresando a los campos comunicaba la noticia a los labradores en estos términos : « ¡Jesús, hermanos, qué cosas tan grandes he oído al hombre docto de la ciudad sobre lo que puede el común! Dizque puede más que el rey, y a veces más que el papa. Vea, hermano, lo que teníamos y no lo sabíamos. En verdad que este bien nos lo callaban, y no nos lo querían enseñar porque no supiésemos que bien puede el común dejar de obedecer al virrey. »

A los cinco años de haber sido vencido Antequera en Asunción por las autoridades fieles a la corona —en 1725— se produjo, gracias a Mompox, un nuevo movimiento contra el mal gobierno. Entró la milicia comunera en la ciudad (cuenta el padre Lozano) y « el justicia mayor salió al balcón a hablarles y exhortarlos a que se retiraran en orden a sus casas. Una voz interrumpió : « Señor Provisor : ¿qué quiere decir *Vox Populi, vox Dei?* Usted responderá lo que quisiere, pero sepa que ese es el común. »

Cuando se inició el redescubrimiento del hombre libre que acabó produciendo en Europa la Revolución francesa, la estampa del indio americano, del buen salvaje, que rompía las coronas de los reyes, sirvió de motivo de inspiración a los tratadistas. De hecho, la república se proclamó primero en Estados Unidos y luego en Francia. Franklin, en París, como un dios llegado del Nuevo Mundo, fue la figura de mayor atracción en los salones donde iba cuajando la contradicción que echaría por

tierra la corona de Luis XVI. A veinte llegaban las repúblicas en América cuando en Europa no había sino una, o el recuerdo de una.

República no quiere decir lo mismo que democracia, ni monarquía precisamente ausencia de gobiernos representativos. Inglaterra fue democrática y representativa antes que Francia. Pero antes de serlo en la isla, lo fue en las colonias de América. En la Nueva Inglaterra funcionaban esos sistemas de gobiernos representativos, de gobierno propio, de contrato social, cuando empezaron a ser ideados teóricamente por los filósofos del viejo mundo. Sobra decir que esto se refiere al mundo moderno. Lo de Atenas y la antigua Roma entra en otra categoría histórica. Pero aun pensando en Atenas y en Roma, si lo que ocurre en el siglo XVIII es un Renacimiento, ese Renacimiento tiene cuna americana.

¿Por qué los europeos se anticiparon en América a proclamar esas fórmulas que hoy tienen valor universal? La respuesta es sencilla y surge de las circunstancias políticas. Tanto más difícil es en Europa llegar a las fórmulas democráticas cuanto más honda, arraigada es su historia. En las Américas no hubo el problema de eliminar monarquías, ni existía una clase de nobles poderosos. Eran Américas de gentes comunes : de puros Pérez en la indoespañola, de Smiths en la inglesa. Los europeos que en Europa eran dóciles vasallos, a América iban como aventureros atrevidos.

PERO LO QUE APARECE como una aspiración común del hemisferio occidental, al pasar al campo de la acción muestra profundas diferencias de método en las cuatro Américas. Esas diferencias sirven para ver las cuatro circunstancias que explican sus cuatro caracteres.

El Brasil y el Canadá llegan a conquistar su independencia sin cambiar ni un tiro de fusil con sus madres patrias. En la América indoespañola y en la anglosajona la separación obliga a guerras de años, muy sangrientas.

Cuando el Canadá pasa de ser una colonia inglesa a miembro de esa comunidad británica que es hoy un « club » de naciones, el tránsito se hace por un acuerdo de caballeros ; o mejor : de caballeros ingleses.

Cuadernos

REVISTA MENSUAL

61

JUNIO DE 1962

ELBA M. LARREA

La prosa de Martí en "La Edad de Oro"

S. SERRANO PONCELA

Antonio Machado y Don Sen Tob

JEAN MARABINI • KENNETH KENISTON

*Encuesta sobre la juventud
en Unión Soviética y Estados Unidos*

MARIANO PICON-SALAS

América Latina : vecindad y frontera

FRANÇOIS FEJTO

China contra su modelo ruso

GEOFFREY GORER

El Marqués de Sade

DAMIAN CARLOS BAYON

EXPOSICION DE ARTE MEXICANO EN PARIS

4° P-5926

taurus ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 10.161 - MADRID-15

**PRESENTA NUEVOS TITULOS EN SU PROPOSITO DE REFLEJAR
ASPECTOS LITERARIOS Y ARTISTICOS DE LA REALIDAD ESPAÑOLA**

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

TRATADO DE MENDICIDAD

El autor de "El santero de San Saturio" continúa en este original libro la vena observadora y humorista, recia y garbosa, con prosa certera y plástica que hace de él uno de los mejores prosistas españoles actuales. El gran crítico de arte deja paso a un hombre que mira con ojos de novelista mientras recorre España estudiando sus monumentos.

270 págs.

MANUEL SANCHEZ CAMARGO

SOLANA, VIDA Y PINTURA

Después de la publicación de la "Obra Literaria" completa del gran pintor, se reedita ahora su biografía escrita por el crítico de arte Manuel Sánchez-Camargo, ilustrada profusamente.

320 págs. 120 láminas, 4 en color



SUMARIO

NUMERO 61

JUNIO DE 1962

La prosa de José Martí en « La Edad de Oro » Machado y Don Sen Tob	ELBA M. LARREA	3
El Marqués de Sade	S. SERRANO PONCELA	11
Día para no estar (Poema)	GEOFFREY GORER	17
	OLGA OROZCO	22
<i>La juventud de nuestro tiempo (II) :</i>		
La gran incógnita de las juventudes soviéticas El cambio social y la juventud en Estados Unidos	JEAN MARABINI	23
	KENNETH KENISTON	34
América Latina : Vecindad y frontera (Mitos y formas del subdesarrollo)	MARIANO PICON-SALAS	45
La casa muerta (Poema)	CARLOS EDMUNDO DE ORY	52
El contrahecho español	J. GARCIA PRADAS	53
China contra su modelo ruso	FRANÇOIS FEJTO	58
 <i>Bellas Artes</i>		
Treinta y cinco siglos de arte mexicano	DAMIAN CARLOS BAYON	67
 <i>Crónicas</i>		
Argentina : la crisis cumple 34 años	EDMUNDO E. EICHELBAUM	71
Argelia hacia su independencia	JEAN BLOCH-MICHEL	75
Las elecciones peruanas y la democracia indo- americana	EUGENIO CHANG-RODRIGUEZ	78
<i>Balcón de París</i>	RAMON XURIGUERA	81

Libros - Revistas - Colaboradores
Correspondencia

EDITORIAL GREDOS

Benito Gutiérrez, 26. Madrid-8

BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA

Director : Dámaso Alonso

Algunos libros fundamentales

para profundizar en el conocimiento del idioma español :

W. VON WARTBURG : La fragmentación lingüística de la Romania.

AMADO ALONSO : De la pronunciación medieval a la moderna en español. Vol. I.

FREDRICK H. JUNGEMANN : La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascones.

AMADO ALONSO : Estudios lingüísticos. Temas españoles.

AMADO ALONSO : Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos.

VICENTE GARCIA DE DIEGO : Lecciones de lingüística española.

ALVARO GALMES DE FUENTES : Las sibilantes en la Romania.

EMILIO ALARCOS LLORACH : Fonología española.

SAMUEL GILI GAYA : Elementos de fonética general.

FERNANDO LAZARO CARRETER : Diccionario de términos filológicos.

MANUEL ALVAR : El dialecto aragonés.

ALONSO ZAMORA VICENTE : Dialectología española.

JOAN COROMINAS : Breve diccionario etimológico de la lengua castellana.

Fuera de colección :

Studia philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60.º aniversario. 3 vol.

VICENTE GARCIA DE DIEGO : Gramática histórica española.

Pida Ud. nuestro catálogo y cualquier información bibliográfica

ELBA M. LARREA

La prosa de José Martí en "La Edad de Oro"

EN LA SOLEDAD de su alma pura, cristalina, «extraña por su misma capacidad para sufrir» (1), Martí, acuciado por «poner de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre» le «ha ido madurando en el alma» (2), inicia en julio de 1889 su riego de almas buenas (3), ese mensaje de amor, de ternura, de fe en el hombre y en América, en nuestra América, que es su periódico infantil *La Edad de Oro*.

En sus páginas está Martí dándose entero, entregando, en plenitud de amor y de heroísmo, la poesía de su alma luminosa, ese tesoro de comprensión y ternura, a la niñez que fue el aliento revitalizador que le hacía disimular las lágrimas y sonreír al futuro, infundiendo la certeza de un porvenir de luz aún en vísperas de su muerte.

El apóstol de la verdad, el mártir de la dignidad, el maestro del amor; el descubridor de la poesía en «la verdad y música del árbol y su fuerza y sus amores» (4); el constante viajero en busca de la estrella azul, que extendía sus manos pobladas de luces, de fuegos, de alas, concluye la última carta a su niña querida, a su Mariensa, con un mensaje de comunión, de empatía, de un vivir más allá de la muerte, en el amor de los niños, de esos seres sencillos, puros, espontáneos, dulces, capaces de vibrar al influjo de los héroes:

«*Tu alma es tu seda*. Envuelve a tu madre, y mímalala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que

haces, te encuentres como la tierra por la mañana, *bañada de luz*. Siéntete *limpia y ligera como la luz*. Deja a otros el mundo frívolo: tú vales más. *Sonríe y pasa*. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín de Franz Sórzano: *pon un libro —el libro que te pido— sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres*. Trabaja. Un beso. Y espérame» (5).

Es para esas almas de seda, ligeras y luminosas, que tan bien saben mimar y envolver la vida en amor y donde se puede morir para vivir por siempre, para quienes escribe su periódico, con la enorme alegría de poder conversar con ellas y contarles cuanto hay de bueno y de maravilloso en este mundo. Andando por la vida, sabe que algún niño de América, hecho hombre, estrechará su mano amiga para decirle con el gozo de un encuentro largamente querido y hondamente esperado: «Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo» (6).

(1) J. Martí, *Cartas a una niña*, pág. 32.

(2) Ib., «Carta a Mercado», *Obras completas*. Tomo II (La Habana, 1946), pág. 1.200.

(3) Ib., *Cartas a una niña*, pág. 31.

(4) Ib., pág. 26.

(5) Ib., pág. 28.

(6) J. Martí, «La Edad de Oro», *Obras completas*, Tomo II (La Habana, 1946), pág. 1.208.

Con su preclara visión de Maestro, siente la urgencia de formar al hombre de América, y con la infinita dulcedumbre de su espíritu se acerca a los niños para estimularlos a ser dignos, decorosos, sinceros. Desde su heroico destierro, escribe las líneas que siguen a su «hermano querido» Manuel Mercado, comunicándole los propósitos de su periódico:

«Verá por la circular que lleva pensamiento hondo, y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a *llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo ha de hacerse conforme al suelo.* A nuestros niños les hemos de criar para *hombres de su tiempo, y hombres de América* » (7).

En síntesis elocuente hace conocer su programa: formación del hombre de esa parte de mundo que se llama América, del hombre «original» que ha encontrado la esencia de su ser clavando las raíces en su suelo, en su tradición india e hispánica y abriéndose al influjo de otras culturas, para amalgamar lo propio con lo de fuera en simbiosis consciente, creadora. Porque esa es la originalidad que Martí quiere para el hombre americano: concentración en sí y vivificación de sí: no copia, imitación, repetición, eco: no trasplante anulador.

Para los niños de América escribe en páginas breves, alegres, comunicativas, llenas de vida, «de lenguaje más claro, escrito todo como se lo ve» (8), para formar en español maravillosamente original en su simplicidad, una lengua donde la música capta la esencia de la idea y nos la da en trazos impresionísticos o la va desovillando cantarínamente al engrandecer lo trivial, lo pequeño, lo diminuto.

A propósito de la lengua de *La Edad de Oro*, anota en carta a María, lo siguiente:

«Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este *español simple y puro*. Yo quise es-

cribir así en *La Edad de Oro*, para que *los niños me entendieran y el lenguaje tuviera sentido y música* » (9).

Comunicación intelectual, intuición toda música, melodía hecha carne y nervio de la idea, palabras que se arremolinan jugando para dibujar un pensamiento o trazos firmes, viriles, relampagueantes, esenciales, forman la urdimbre de su lenguaje con «sentido y música», de ese «español simple y puro», ligero y dúctil, que tan bien capta y expresa los matices del alma infantil.

Conforme a su deseo de formación del hombre americano, dedica la primera página de su periódico a exaltar el valor, la sinceridad, el decoro, la dignidad de tres libertadores de pueblos: Bolívar, San Martín e Hidalgo. La titula *Los tres héroes*. Ejemplifica en estos tres hombres las altas virtudes cívicas americanas sin caer en la subordinación de la Historia a la finalidad moral o didáctica como se observa en los relatos de *El Semanario Pintoresco Español*, dedicado a los niños y publicado entre los años de 1836 y 1837. Martí toma de la Historia los elementos más afines a su espíritu y sabe presentarlos de tal manera que la lengua se hace fiel expresión del fuego heroico, de la lucha y los sinsabores de estos tres grandes.

La presentación de los tres héroes está precedida de un breve relato que la motiva:

«*Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino no preguntó donde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo*» (10).

En este breve relato, Martí ofrece un fragmento de vida lleno de significación, de sugerencias e hiere la sensibilidad del lector hondamente, es decir, se realizan

(7) Ib., Op. cit., pág. 1.200.

(8) Ib., *Cartas a una niña*, pág. 26.

(9) Ib.

(10) Ib., «*La Edad de Oro*», pág. 1.208-1.209.

en él las condiciones requeridas en todo cuento. En este trozo se dan ciertas características esenciales de su prosa. Martí huye de la vieja fórmula de los cuentos infantiles (Había una vez...) y de su uso repetido al comienzo del relato. La reemplaza con otra remozada por el segundo elemento (viajero) que se repite y que aumenta el valor estilístico de *cuentan*. *Cuentan* revela la permanencia y profundidad del efecto del hecho en todos aquellos, en un sujeto indiferenciado, que conservan y transmiten lo que han visto u oído. Es decir, *cuentan* revela el efecto de una impresión, nos estimula para adquirir conciencia de la resonancia del hecho.

En los cuentos, la presencia del mundo natural es generalmente escueta. En el caso que venimos comentando, Martí nos habla de los «árboles altos» que sirven de marco natural a ese viajero solo. La percepción de su soledad se liga intuitivamente al adjetivo *altos* a través del cual se llega a visualizar en todo su contenido psíquico, esta experiencia de comunión ideal del viajero con el héroe. Para hacer más evidente esta comunicación, nuestro autor recurre a una comparación encabezada de acuerdo con las conocidas fórmulas lógicas: «como un padre cuando se le acerca un hijo»; pero, este *como* introduce no una comparación material, concreta, sino espiritual y profundamente afectiva. Es decir, se comunica un contenido vital y se establece una vinculación más íntima entre autor y lector que la que se logra con el predominio lógico.

En este cuento, los tres tiempos —exposición, nudo, desenlace— de las viejas preceptivas se reducen a uno solo. Al finalizar el relato, Martí emite las conclusiones en una serie de reflexiones expresadas en oraciones yuxtapuestas:

«El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon con él porque América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria» (11).

El párrafo se abre y se cierra con dos generalizaciones de las cuales la segunda

constituye ampliación de la primera. Martí encadena las oraciones mediante una frase: *A Bolívar, a todos*, que al repetirse encabezan sentencias paralelas que amplifican la primera oración del párrafo mediante una síntesis (a todos los que pelearon como él porque América fuese del hombre americano) y un análisis (al héroe famoso y al último soldado). Es decir, hay un constante juego de síntesis y análisis, de condensación y amplificación que tienden a dar unidad al párrafo.

Martí expone sus ideas en oraciones desnudas de artificio pero que calan hondo en el ánimo del lector, puesto que sabe encontrar el recurso afectivo que aumente el efecto producido por las ideas:

«Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que lo maltratan, no es un hombre honrado» (12).

En este párrafo se da también la oración sintética al comienzo que se abre en dos ramas analíticas. Estas dos se ordenan en progresión ascendente respecto de su contenido. La repetición de la frase: *no es un hombre honrado*, tiene un valor expresivo, enfatiza la condena moral. La alteración del orden normal de los elementos oracionales permite destacar el sujeto y aumentar la tensión de la impresión causada en el lector.

Pero, sin duda, lo más valioso de este relato, desde el punto de vista estilístico, es la presentación de los tres héroes. Dos o tres oraciones le bastan a Martí para mostrarnos al personaje en sus rasgos más característicos. Conoce a la perfección el arte de acertar con el detalle que haga inolvidables sus pinturas. Está pintando héroes. Le hacen falta trazos firmes, penetrantes, esenciales, deslumbrantes. Nada de líneas grises, inciertas, sino llenas de vida; frases que sintetizan, que condensan, que

(11) Ib., 1.209.

(12) Ib.

saben expresarlo todo con el menor número posible de palabras :

« Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios » (13).

Martí deja de lado las comparaciones de acuerdo a la retórica del siglo, la de los *como*, *parecía*, *semejante a* para darnos la imagen en todo su valor sugestivo. Le basta un verbo, el verbo *relampaguear*, para que el lector sienta cuánto fuego y qué profunda penetración tenía la mirada de ese hombre « pequeño de cuerpo »; y una oración, *las palabras se le salían de los labios*, para comunicar mediante una transferencia semántica original (se le salían de los labios) el magnífico poder de elocuencia de este libertador de pueblos.

Pintando a San Martín, dice :

« Hablaba poco : parecía de acero : miraba como un águila : nadie le desobedecía : su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire » (14).

Oraciones breves, consecutivas, yuxtapuestas mediante una puntuación absolutamente original. El elemento introductorio de la comparación enmarca una imagen : *acero*, *águila*, *rayo por el aire*, semánticamente inmersa en el mundo del personaje.

Al presentarnos al cura Hidalgo, un cura de pueblo, que a los sesenta años sale a luchar por la libertad, las oraciones se alargan y aumentan, explica los hechos que estimularon a este personaje a tomar las armas ; pero, la raíz de su heroísmo se concentra en una oración, en un verbo :

« Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien : la música que consuela ; la cría del gusano, que da la seda ; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego de sí, y le gustaba fabricar : creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho, de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba bien, que sabía mucho de nuevo, que daba muchas limosnas al señor cura del pueblo de Dolores » (15).

Este cura poseía en sí el fuégo de los héroes. Bajo su mansedumbre se percibían sus rasgos de libertador de hombres en ese

lucir mucho de sus ojos verdes, que pasaron de la potencia al acto (de cuando en cuando) en el momento de dar ese *fuego de sí*, ese fuego capaz de *crear*. Es interesante notar que Martí emplea el verbo *crear* para definir el rasgo esencial de Hidalgo. Saca esta palabra de su uso habitual, hace una combinación semántica en contra de las normas, pero ella distingue a Hidalgo de Bolívar, de San Martín, al presentarlo como un creador de pueblos. Este verbo presenta su significación pormenorizada en el siguiente trozo, referido a la actitud de Hidalgo en acción libertadora :

« El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón ; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería ; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con música y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El les devolvió las tierras a los indios. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas » (16).

Hidalgo es un héroe dulce, un cura hecho general por el amor a y de su pueblo. Su ley es la del amor, la del perdón. Su vida contrasta con la de Bolívar o la de San Martín. La prosa de Martí se adapta a cada uno de sus personajes y frente a la presentación de Hidalgo en acción libertadora, encontramos la de los otros héroes, escueta en sus oraciones analíticas que concluyen en una síntesis sumamente expresiva. Veamos la de Bolívar :

« Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. *Todo*

(13) Ib.

(14) Ib.

(15) Ib., pág. 1.210.

(16) Ib., pág. 1.211.

se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor » (17).

Martí enfatiza la acción bolivariana mediante la géminación del verbo *libertar* y el uso del punto y seguido. De esta manera, cada acción se destaca nítidamente. La oración final cierra el párrafo en magnífica condensación que recoge y comunica los elementos esenciales de la psicología de Bolívar revelando el efecto de la figura del héroe en su medio, y haciéndolo percibir al lector, como si estuviera en presencia misma de Bolívar.

De San Martín dice lo siguiente :

« Llegó a Buenos Aires ; no dijo discursos : levantó un escuadrón de caballería : en San Lorenzo fue su primera batalla : sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera » (18).

Las oraciones breves, semejantes a fogonazos, usadas para presentar a los héroes. guerreros de profesión, en acciones consecutivas, a veces, como en este caso, son rubricadas con una tajante economía de palabras, en una oración que remata magistralmente el párrafo.

El estilo de Martí culmina en sus cuentos originales, cuando nos habla desde dentro mismo del mundo infantil ; cuando disuelve, amalgama, suelda en la materia de sus relatos, ese contenido formativo que aparece expresado directamente en sus otras páginas, de manera predominante ; cuando se abandonan los caminos conocidos de la gramática para encontrar las propias formas, donde la espontaneidad infantil halla su sintaxis que atesora las creaciones gozosas y saltarinas de su fantasía. Es decir, a medida que la literatura infantil se independiza de la tiranía de los elementos que la perturban, que la subordinan a condición de medio. En progresión ascendente se puede señalar esta liberación partiendo del cuento *Bebé y el señor don Pomposo*, donde hay un constante tironeo entre declaración verbal formativa y su revelación en acto, pasando por *Nené traviesa*, lucha entre fantasía y realidad, hasta llegar a la joya del periódico, *La muñeca negra*, donde toda la ternura se expresa en la minucia, en el mimo de la palabra, en ese adelgazamiento intelecti-

vo del significante para enriquecerlo con todos los matices expresivos de la intuición.

Martí puebla el mundo de la literatura infantil —en los cuentos a que venimos refiriéndonos— con niños buenos, juguetones, alegres, sinceros, pícaros, que llenan de ternura el mundo del adulto triste, que comparten sus juguetes con el pariente pobre, que defienden el mundo de su fantasía, con gracia inolvidable, de la profanación del adulto.

Los argumentos son trozos de vida plenos de belleza, donde el autor ha puesto lo que su excelso espíritu ha sabido captar finamente del mundo de los pequeños y guardar con profundo amor para ofrecerlo en sus largas conversaciones con los lectores de *La Edad de Oro*. A propósito, es interesante recordar la opinión de Gutiérrez Nájera acerca de este periódico :

« (Martí) se ha hecho niño... Un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalia : es Hércules jugando con la reina Mab. No parece que escribe para los muchachos, como si temiera que los muchachos no supiesen leer aún. Parece que se los sube a las rodillas y que allí les habla. Los instruye, los educa, y para que no se vayan, para que estén contentos, les da los mil juguetes primorosos que él sabe hacer con su palabra » (19).

Esos « juguetes primorosos » se dan en rica variedad en los cuentos originales.

En *Bebé y el señor don Pomposo* se cuenta la historia de un niño rico y bueno que da a su primo huérfano el regalo de un sable que le hizo su tío. *Bebé* sueña con ser general ; tendrá traje de dril blanco, sombrero de plumas y un caballo morado, un caballo morado, porque si no existe se lo mandarían hacer.

Martí en este cuento crea interés desde el principio al fin. El desenlace se expresa a través de una pregunta, un comentario de admiración, donde el autor se dirige a sus lectores, y la enunciación del hecho :

« ¿Qué hace, qué hace *Bebé*? ¡Va rién-

(17) *Ib.*, pág. 1.210.

(18) *Ib.*, pág. 1.211.

(19) M. Gutiérrez Nájera, *Obras. Crítica literaria*. (México, 1959), pág. 372-373.

dose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl y le pone el sable dorado en la almohada » (20).

El autor va preparando este final mediante la geminación de la oración: *Bebé está pensando*, que remata los párrafos más sugerentes del relato.

La impresión de aburrimiento, de fastidio que le produce a Bebé su tío don Pomposo, está expresada desde dentro de la experiencia psíquica del personaje:

« ¡qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo! » (21).

Es decir, la lengua comunica una impresión mediante un comentario admirativo que contiene un adjetivo intensificado en su significación mediante la repetición. Aumenta este énfasis la comparación que sigue.

Líneas más adelante, Martí emplea el adjetivo *largos* para definir tíos como don Pomposo; es decir, generaliza su uso. La frase *tíos largos* (22) representa un sugerente contenido impresionista.

Dijimos que en este cuento hay una constante fluctuación entre declaración verbal formativa y su revelación en acto. Ejemplos de ello son oraciones como las que siguen, que revelan la preocupación evidente de Martí por engarzar en el mundo infantil el interés por los seres disminuídos en algún sentido:

« A Bebé lo visten como al duquesito Fauleroy, *el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres* » (23).

« Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá *a ver a los ciegos*, que leen con los dedos, en libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, *a ver cómo los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después y pagar su casa* » (24).

Las oraciones subrayadas revelan la urgencia del escritor por comunicar su mensaje. Pero la verdad es que su estilo cautiva cuando la prosa capta, sigue, expresa todos los movimientos del espíritu infantil con originalidad incomparable.

Nené traviesa es el cuento de la niña que desea ir cuando se muera a la estrella azul, envuelta en los arrullos de las mejores músicas que sepan tañer los hombres,

sin atisbo de llanto ni de dolor. En este cuento, nuestro autor se aferra con una mano a la realidad, pero con la otra no disimula su urgencia, su ansiedad por volar al mundo fantástico de Nené:

« A ella le gustaban mucho unos libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y color; y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que *la luz tiene siete colores*, y que *las estrellas se pasean por el cielo*, lo mismo que las niñas por el jardín. Pero no, lo mismo no; porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre por el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren; ¿quién sabe?, puede ser que haya allá arriba *quien cuide de las estrellas*, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas » (25).

Martí pone freno a la fantasía después de un « desvío » por medio de una explicación objetiva (la luz tiene siete colores), de una comparación (lo mismo que las niñas en el jardín), de una negación enfática (pero no, lo mismo no) o de una interrogación dubitativa (¿quién sabe?). Pero los dos planos —fantasía y realidad— se superponen dubitativamente en la oración final. Por ello, Martí vuelve a la explicación más extensa para reemplazar, esta vez, la fantasía infantil con la visión esperanzada y curiosa del adulto (introducida por *dicen* que):

« Sólo que *las estrellas no son niñas*, por supuesto, *ni flores de luz* como parece de aquí abajo, sino grandes como este mundo, y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá » (26).

Por supuesto, como parece, son fórmulas del lenguaje de la comunicación estrictamente lógica que enmarcan la imagen flo-

(20) J. Martí, « La Edad de Oro », pág. 1.239.

(21) Ib., pág. 1.238.

(22) Ib., pág. 1.239.

(23) Ib., pág. 1.237.

(24) Ib.

(25) Ib., pág. 1.251.

(26) Ib.

res de luz, donde la lengua se llena de contenido individual, de poesía.

Este andar en la frontera de realidad e irrealidad se define con el triunfo de la fantasía. Se rechazan por inexpressivas las perceptivas gramaticales y la lengua registra la experiencia psíquica del personaje desde dentro; se pasa de la simple descripción a la situación dramática, al diálogo, borrando toda distinción externa entre narración y representación. La lengua, empujada por la tensión afectiva, se hace inseparable de ella y rechaza todo elemento formal externo que pueda destruir el encanto de la comunicación intuitiva:

« ¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre este perro! ¡ven acá, perro! ¡te voy a pegar, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja » (27).

La oración final destaca, con el uso predominante de elementos lógicos, el momento que acaba de vivir el personaje. Al utilizar esta oración aseverativa, el contraste subraya el contenido intuitivo de las que le precedieron.

Otras veces, Martí presenta la experiencia psíquica de su personaje estableciendo comparaciones que registran impresionísticamente el momento que está viviendo:

« Nené no ve. Nené no oye. *Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega al techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte, que se le viene encima* » (28).

Martí retuerce la frase, encuentra otro orden para destacar lo afectivo. De ahí también el uso del verbo en infinitivo mediante el cual no se pone límite a la aflicción del personaje:

« A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar » (29).

Nuestro autor sabe de ese jugar con los objetos pequeños, de alinear las palabras en repetición inversa y paralela para que la lengua sea pura música, gracia, espontaneidad, captación íntima del mundo infantil:

« Verlo no más, no más que verlo » (30).
Martí define a su personaje con una se-

rie de oraciones que enhebran la historia de Nené y de sus gustos:

« A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar; ¿y por qué será? ¡quién sabe! Será porque para jugar a los dulces le dan azúcar de veras; por cierto que los dulces nunca le salen bien la primera vez, ¡son unos dulces más difíciles! : *siempre tiene que pedir azúcar dos veces*. Y se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si nunca hubiera pensado en comprar el lápiz: lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino Merengue de Fresa » (31).

Las oraciones de este diálogo entre autor y lector muestran con gracia muy tierna cuán golosa es Nené. Es decir, trazan, delinean el rasgo fundamental del personaje sin una declaración directa. Hasta el seudónimo *Merengue de Fresa* está en función de ese arte de la sugerencia para concluir el período.

En *La muñeca negra*, Martí hace reír a sus lectores con el guiño cómplice de sus picardías que son las mismas que comenta acerca de Piedad.

La tensión y fuerza dramáticas —sostenidas a lo largo del cuento— se presentan en un ambiente de misterio magistralmente creado por Martí.

Mediante una descripción pormenorizada penetramos en ese mundo de Piedad, donde todo está vivificado por la imaginación infantil, y nos sentimos dentro mismo de él:

« El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por

(27) Ib., pág. 1.253.

(28) Ib.

(29) Ib., pág. 1.250.

(30) Ib., pág. 1.252.

(31) Ib., pág. 1.251.

un lado, para la espalda, y forrada de rosa ; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados ; y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento ; y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala ; y el levantapiés es una cajita japonesa, puesta boca abajo » (32).

Esta demora en el detalle, esta complacencia en lo trivial, permite entender el mundo infantil en el que reina la muñeca negra :

« Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra » (33).

Para hacer más vívida la tendencia animista infantil, Martí la presenta en diálogo :

« Tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres ; te quiero mucho porque no te quieren » (34).

Cuando a nuestro personaje se le obliga a romper con los objetos de su querer, su rebeldía se plasma en diálogo que expresa ira, angustia, usando las formas lingüísticas comunes en la lengua :

« ¡Pero, muñeca, háblame, háblame! » (35).

Y la lengua expresa un contenido esencialmente simbólico cuando la niña se acoraza en su mundo para defenderlo de la profanación del adulto, con toda la astucia que sea menester :

« ¡Ay, mamá, no me mates el ramo! ¡mira, ya me mataste mi flor! » (36).

Martí juega con las frases, las repite en geminación a lo largo del cuento para crear ese ambiente de misterio que precede a la sorpresa, como en :

(32) Ib., pág. 1.314.

(33) Ib.

(34) Ib.

(35) Ib., pág. 1.316.

(36) Ib., pág. 1.316.

(37) Ib., pág. 1.312.

(38) Ib.

(39) Ib., pág. 1.315.

(40) Ib., pág. 1.312.

(41) Ib., pág. 1.313.

(42) Ib., pág. 1.312.

(43) Ib.

« Mañana hace ocho años que nació Piedad » (37). « Mañana cumple Piedad ocho años » (38). « Hoy cumple Piedad ocho años » (39).

Es de destacar en este cuento la variedad en la geminación de frases y palabras. Unas veces se repite una frase al comienzo de un párrafo preparándonos para entrar en el ambiente donde se desarrolla la escena :

« De puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre » (40).

O al final de la frase, enfatizando por medio de la síntesis :

« Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos » (41).

O al comienzo de la segunda oración ligando, enhebrando las sentencias en infantil juego expresivo :

« Vienen riéndose, como dos muchachos. » « Vienen de la mano como dos muchachos » (42).

Otras veces, la frase se gemina en distintas partes del párrafo, jugando con el orden de los elementos que la constituyen para sostener una comparación poblada de objetos del mundo del pequeño :

« Es un sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve uno vestidos muy bonitos o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito, con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra azul ; sueño no más » (43).

Este tipo de geminación está en función de la musicalidad que Martí trata de captar en su lengua y se relaciona con ese gusto por la repetición de sonidos, característica que se da especialmente en la infancia.

Martí, inmerso en el mundo infantil, ha vencido intuitivamente la tiranía de los materiales con que crea. Ha sabido fundir sus más finas intuiciones y descubrimientos del mundo del niño con la forma lingüística y técnicas de estilo que expresan todos los movimientos del alma del pequeño mediante combinaciones llenas de sugerencias. *La Edad de Oro* es una revelación más del genio artístico de Martí. Su prosa fluye cristalina y rica en este « ensayo » que es obra maestra de amor, de arte y de promociones espirituales eternas.

S. SERRANO PONCELA

Machado y Don Sen Tob

ME INTERESA SUBRAYAR algunos aspectos de la poesía de Antonio Machado que nos muestran la vía de acceso a una de sus lecturas provechosas : los *Proverbios morales* de Don Sen Tob, oscuro poeta hebraico de mediados del siglo XIV, perteneciente a la aljama de Carrión y médico del rey don Pedro I de Castilla. Las alusiones a poesía y poetas medievales son frecuentes en la obra machadina ; tales viejas voces hispánicas fueron achaque de amor para los hombres de la generación del 98. Azorín nos informa como dejaron atrás, con indiferencia, el rico ámbito de los siglos de oro para buscar en su nacimiento la *fons hispaniae* : Gonzalo de Berceo, Arcipreste de Hita, Manrique, el Romanero. En varias de sus poesías Machado alude a estos preferidos :

*El primero es Gonzalo de Berceo, llamado
Gonzalo de Berceo poeta y peregrino*

.....
*Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar*

contraponiendo al último con Calderón el barroco, en un ejercicio de análisis estilístico que para sí quisieran muchos profesores de la materia. Juan de Mairena reitera tales simpatías en más de una ocasión. Lo que buscaba la generación del 98 en la literatura medieval no está muy claro : posiblemente fue un gesto de rebeldía y disconformidad frente a los lugares comunes

literarios en uso entre los eruditos de la que titularía Ortega « la España oficial » o quizá un atisbo intuitivo profundo de las formas primerizas y tiernas de la estructura de vida hispánica (utilizo el expresivo vocablo puesto en uso por Américo Castro). De su expedición regresaron con rico material inspirador : gusto por la simplicidad y arcaísmo del lenguaje y algunos *topois* literarios hispanos que, a principios de este siglo, sobre todo bajo la influencia cosmopolita del modernismo habíanse desvaído. Azorín y Machado fueron los más beneficiados ; un poco menos Valle Inclán ; casi nada Baroja. En cuanto a Unamuno, el ámbito universal de lecturas en que se movió diluye en su obra estas influencias, y su peculiar manera de digerir lo leído por medio de un proceso de emplacentamiento —como él diría— oculta con facilidad el ensamblaje entre lo propio y lo ajeno.

Vida, acentos y preferencias

La biografía de Antonio Machado explica ciertos aspectos de estas preferencias. No fue, en verdad, poeta de incidentes anecdóticos como Garcilaso, Lope o Espronceda, sino poeta oscuro de mediocre biografía —« dentro del pecho llevo un león ». Tímido, introvertido, apacible escriba decantó su verso a lo largo de años que le ofrecieron muy pocas ocasiones de hacerse notar, con excepción del halo postrero de popularidad que la guerra civil española, azar cósmico,

dio a su vejez. Lo mismo que su amado Berceo :

*a quien los sabios pintan copiando un pergamino
mientras le sale afuera la luz del corazón*

vivió en la penumbra y sólo marginalmente se derrama en sus versos lo anecdótico. Sabemos que fue hombre sentencioso, de sentencia un poco cazurra al modo de Juan de Mairena, su « alter ego » más logrado entre la cáfila de apócrifos —unos nonnatos, otros nacidos— que imaginativamente le rodearon. Tuvo una vida triste sedimentada en memorias de lo que pasó, de lo que pudo ser y no fue. Profesor oscuro de lenguas, « maestro del gay saber » viajó de provincia en provincia al amparo del escalafón oficial : Soria, Baeza, Segovia, Madrid por último. Perdió un grave amor prematuramente, y la memoria de su dicha, evaporada por estúpido azar, le acompañó en los años últimos cuando otro amor casi senecto, de rey David que busca su ideal Sunamita, encendió en el viejo rescoldo la llama poética de una segunda pasión : Guiomar. Hubiera querido ser filósofo de oficio, enseñar filosofía, codearse con el pensamiento refulgente y universal de Unamuno y Ortega a quienes admiró con honestidad. No pudo serlo por circunstancias ajenas a su deseo ; estudió tarde y no muy bien para alcanzar saberes técnicos : cursos con Bergson, lecturas de Kant, Spinoza, Heidegger, de segunda mano. Este conflicto entre su persona y su situación le llevó a protegerse con un caparazón estoico a fin de ocultar un profundo escepticismo objetivado más tarde en otro de sus apócrifos : Abel Martín.

No me parece que hubiera en Machado inquietudes religiosas ni que buscarse en las aguas de una fe viva esa peculiar *tranquillitate animi* del cristiano para quien el mundo resulta episodio percedero, teatro, lugar de sombras. Su escepticismo le viene de más adentro, de las « mismas aguas de la vida ». Es racional y agnóstico. Aprende a verse a sí mismo a través de un descreído proceso intelectual que se trasparenta en su poesía, la más tierna y triste a la vez del Parnaso castellano. Esta razón de ser le alejó también de los poetas clásicos cuya poesía se ampara en firmes soportes católicos sentidos en unos casos, utilizados en otros, como férrea armadura defensiva —su

antipatía por Calderón es bien reveladora— a la vez que le mostró hontanares poéticos más antiguos, con preferencia aquellos en que la criatura humana bebe para justificar y calmar, en lo posible, la inseguridad de la existencia. Voces viejas, milenarias consultas acerca del ser, la muerte, el alma, la caducidad, el sentido del tiempo que nuestra época moderna amparada en armaduras defensivas técnico-científicas no desea escuchar y cuyo auténtico acento pervive, en el ámbito de la cultura occidental, en los poetas y moralistas medievales.

*Bueno es recordar
las palabras viejas
que han de volver a sonar*

.....
*ya se oyen palabras viejas
pues aguzad las orejas*

Toda la poesía de Machado despide, como resonante caracola, sonos de frenada desesperación y melancólica tristeza ante la inseguridad e ignorancia de nuestro destino. Machado no fue criatura satisfecha con el ahora y el aquí, dispuesto a estimar al hombre sólo con medidas antropológicas o sociológicas, ni aun por su historicismo —el caso de Ortega, por ejemplo. Parecióle siempre incompleto, desatinado y miope con sus torpes plantas sobre la tierra ; juguete de algo más fuerte y recóndito, especie de *fatum* clásico que se entretiene en retozar con la humanal sustancia « cual niño bárbaro ». En esta tristeza que clama por una trascendencia inteligible, aunque no cree en ella, emparranta con Unamuno aunque llegue a distintas conclusiones y su gesticulación mental resulte mucho más comedida. Habría que buscarle, asimismo, ciertas analogías con el pensamiento helénico-romano : un Epicteto, un Marco Aurelio desconsolados que traducen en recetarios de conducta la falta de entusiasmo consustancial con la ipsecidad y gratuidad del hombre.

Debió recorrer Machado, bien por curiosidad o por afán de consuelo, los eriales proféticos hebreos, las vacías heredades del Salmista, el tejar de Job. No quisiera que se me acusase de ver duendes ; digo, un tipo de duende hoy activo y corpóreo en los estudios hispánicos, el duende hebreo, pero lo cierto es que la poesía de Machado se teje, en parte, con un hilo poco visible en la superficie, cuyo cabo inicial se anuda

en su simpatía por ciertos temas poéticos peculiares de la tradición hebraica: el hombre que se marchita como flor y fluye como sombra; la vanidad del sarmiento que no se verá reverdecer; el ciego pasar de las generaciones que van y vienen; el retorno al polvo; la oscuridad que cubre, una vez pasada, toda actividad terrena; el *ubi sunt*. Una comparación de temas y poemas podría resultar satisfactoria aunque no es esta la ocasión, baste con apuntarla. Buscar, por ejemplo, en la poesía de Machado las resonancias del texto del *Eclesiastés* (I-4, 9, 10. III-20. IV-4) o del *Libro de Job* (XIV-1, 2. XV-31, 32. XL-4. XLII, 2) o del *Libro de la Sabiduría* (II-4. V-14) por citar algunos espigados superficialmente, podría ser revelador. Que leyese o no los libros bíblicos no cuenta ahora; pudo leerlos, por supuesto, e inspirarse en ellos. Pudieron venir a él desde la poesía medieval española. Imágenes poéticas tales como *era la muerte, al hombre la cuchilla — el paso largo, torva y esquelética; el soplo que el polvo barre y la ceniza avienta; en el hueco acibarado — queda el gusano escondido; el sabio amargo dijo: vanidad de vanidades: ¿dónde están los huertos floridos de rosas?; un día es como otro día — hoy es lo mismo que ayer* son tópicos de la poesía hebrea y cristiano medieval, no franciscana ni claravilana, menos aún tomista. Traslúcense en ellas las imágenes del cementerio de Pisa, las danzas macabras, Morlay, El Bosco y algunas aguafuertes de Durero. Recomendando para llevar a cabo esta operación connotativa la lectura de los poemas CXXXVI: 2, 12, 15, 16, 29, 36, 40, 44, 51. Hebraísmo latente en figuras de dicción poética, imágenes sensoriales y tropos encontramos a cada paso en *Soledades* y *Galerías*: oasis, mirra, incienso, salmo, sombra de Caín, palabra del sabio, faz vengativa de Dios, etc. Así, *la mirra y el incienso salmodiarán su olor; el salmo verdadero de tenue voz; la tarde todavía dará su incienso de oro; algo que es tierra en nuestra carne; he visto como pasan las blancas sombras; bajo las palmeras del oasis el agua buena*. Ahora sólo trato de rastrear una lectura concreta de segura influencia: la de don Sen Tob de Carrión, poeta judío medieval, y a esto voy a reducir las siguientes anotaciones.

El poeta don Sen Tob

Don Sen Tob fue un poeta « situado » como diríamos hoy; pensador, moralista y creyente; hombre de rica experiencia y mirada interior que utilizó el verso, siguiendo en esto una clara tradición hebraica, como cápsula para verter su gusto por la sentenciosidad. El libro de *Proverbios* o consejos al rey don Pedro de Castilla, de quien fue *físico*, ha sido poco estudiado. Posiblemente Machado lo leyó en la única edición asequible por entonces: el venerable e incorrecto volumen de poesía medieval editado por la Biblioteca de Autores Españoles. Hoy, la edición crítica de González Lluberá lo ha hecho más asequible al erudito aunque sigue cerrado al lector popular y valdría la pena una edición modernizada. Sen Tob significa « buen nombre »; se llamó Sen Tob ben Is haq ibn Ardútiel; compuso, además, una *Disputa entre el cálam y las tijeras* y poesías sagradas en hebreo, aún no traducidas. A él se refiere el marqués de Santillana en su *Prohemio*: « un judío que se llamó Rabí Santo, escribió muy buenas cosas e entre otras, Proverbios morales, en verdat de assaz commandables sentencias. Púselo en cuanto de tan nobles gentes por gran trovador ». Vivió, al parecer, entre 1350 y 1400. Las razones que movieron a don Sen Tob a dedicar su libro al monarca castellano no están claras; posiblemente en solicitud de favores o en pago de mercedes. Se trata de una obra didáctica encaminada a ofrecer al monarca testimonio de ciertas experiencias recogidas a la vez en los libros y en la observación de la vida: 686 estrofas en versos de siete sílabas y rima alternante. Como inspiradores están allí, sazonados y revueltos con experiencias humanas directas, la Biblia, el Talmud, Avicebrón, la *Disciplina Clericalis* y algunos textos árabes. Cuando don Sen Tob escribió su libro ya no era joven; él mismo alude a sus canas y años como generadores de experiencia y a lo largo de tanta sentencia de fina contextura intelectual se percibe el aliento de un vivir que se apaga. Américo Castro señala con acierto como fue la corriente expresiva de su propia vida la que dio a don Sen Tob oportunidad para escribir la primera página filosófica en lengua española: « Analizar la

vida como fenómeno le urgió más que definirla conceptualmente y por eso bucea en el peligroso mar de sus sentimientos y pasiones. »

Dos temples afectivos en contacto

Lo que más debió estimular y satisfacer a Machado de este encuentro fue la percepción de un *sympathetic thought*, un pensamiento congenital y afín ante las cosas de la vida : las que pasan, las que recogen los hombres al relacionarse unos con otros y las que están más allá de la relación humana. En el viejo rabino aflora una sabiduría popular henchida de apólogos y decires alquitarados por el intelecto que será, más tarde, peculiar de Juan de Mairena cuando se dirija a sus discípulos. Delgado y conciso manantial del que Mairena, enemigo de la retórica, no hubiese tenido que recortar nada. Al mismo tiempo, ¡qué intensidad de sabiduría laboriosamente trabajada por la adversidad! Para don Sen Tob, la primera cualidad del hombre es ser recto e inteligente ; le cargan los vanos presuntuosos del saber, tal como al profesor de la fabulosa Escuela Popular de Sabiduría. También le fastidian los torpes y brutos : *querría más yacer — solo en la montaña, entre sierpes cercado — que entre campaña de hombre torpe, pesado*. Recuérdese el gracioso diálogo de Mairena con aquel paisano sorprendido por su arte pedagógica, quien le reclama por la reprobación escolar de su vástago : — ¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo? — ¡Me basta ver a su padre! Uno y otro lamentan con agridulce frecuencia la gran cantidad de estúpidos que circulan por el mundo y la necesidad de rehuirles para impedir su acceso al solitario huerto del espíritu. Las cualidades más estimables en el hombre son para don Sen Tob : *mesura, franqueza, discreción e saber — cordura e llaneza e vergüenza tener*. Machado debió sentir el deseo de apadrinarlas como suyas, cuando menos como « eidos » muy deseables.

Razona don Sen Tob con lenguaje de refranero, característica ésta muy hispánica. Razonan del mismo modo Machado y Mairena. El gimnasta y sofista machadino gusta de entreverar su conversación con nu-

merosos donaires, sentencias y decires. Se me ocurre que no desentonarían en la Escuela Popular, ante el grupo de alumnos mairenianos, sentencias como las siguientes :

*de fino acero sano — sale rota vaina
y del fino gusano — se fase seda fina*

*razón muy granada — se dice en pocos versos
y cinta muy delgada — sufre costados gruesos*

*nin fea nin fermosa — en el mundo que ves
se puede alcanzar cosa — sino con su envés*

*non hay noche sin dia — nin segar sin sembrar
ni sin caliente fría — nin reír sin llorar*

*conócese la cosa — buena por su revés
por la agra, la sabrosa — la has por su envés*

*cuando el alto cae — el bajo se alza luego
vida el humo trae — cuando se mata el fuego*

*de peligro e mengua — si quieres venir quito
guárdate de tu lengua — e más de tu scripto*

*por ende no füllece — placer de compañía
de sabios siempre crece — e va en mejoría.*

Como veremos luego, algunas de estas sentencias y otras análogas quedaron bien grabadas en la memoria del poeta y se hilvanaron, más tarde, en sus *Proverbios y Cantares*.

Señala Castro el poder de concentración lírica del rabí Sen Tob. Yo añadiría, subrayando esta apreciación, que su sensibilidad lírica está atravesada por un temblor erótico que huele, a veces, a franca lujuria. De erotismo sofrenado hay constancia en muchos poemas machadinos : un erotismo a la española — es decir, entre cristiano, judío y musulmán con olor a pecado, trasmuro, jardín recoleto y algo de cama. De la sensualidad del viejo físico medieval nos dice mucho su sorprendente poemita del sueño y la bella :

*En sueños una fermosa — besava una vegada
estando muy medrosa — de los de su posada.
Fallé boca sabrosa — saliva muy temprada
non ví tan dulce cosa — más agra a la dexada.*

Judíos y musulmanes sabían mezclar el negocio del alma con el del cuerpo, así, no debe extrañarnos tan gráfica descripción

donde la « saliva temprada » aparece con todo su poderío perturbador y afrodisíaco. En Machado también se da, constantemente, esta dualidad de fantasía y sentidos que llaman lujuria los teólogos. Refiriéndose a Abel Martín, su otro « alter ego », manifiesta que se trató de un hombre en extremo erótico y por ello abundan en su obra « expresiones más o menos hiperbólicas de un culto a la mujer » llevado también a pasos tan perturbadores como el de la « temprada saliva »

*Porque a veces sabe Onán
cosas que ignora don Juan*

o como el soneto que exalta la plenitud amorosa juvenil :

*pasead vuestra mutua primavera
y aun bebed sin temor la dulce leche
que os brinda hoy la lúbrica pantera...*

Viejo y tristón, Machado anota sus vivencias ; viejo y cansado escribe don Sen Tob. Machado pasea con su león en el pecho por las calles andaluzas y castellanas, mirando de través hacia las rejas, hacia los pórticos de la plaza, dondequiera que la mujer asoma :

*¿A quién esperas
con esos ojos y esas ojeras,
enjauladita como las fieras
tras de los hierros de tu ventana?*

Uno y otro no podían dejar de mezclar algo de sí mismos en la abstracta moralidad de los proverbios, encarnándolos y personalizándolos con la directa observación de su intimidad.

Ejemplos de paralelismo temático

Me ha parecido interesante someter a la consideración del lector ciertos paralelos temáticos que se dan entre los *Proverbios* de don Sen Tob y los *Proverbios y cantares* de Machado. La tendencia al sermonarismo y la contracción lírica dentro del poema gnómico aparecen en el Machado maduro

MACHADO

*Ni vale nada el fruto
cogido sin sazón
ni aunque te elogie el bruto
ha de tener razón*

después de la experiencia vivida en Soria y del trajinar por provincias españolas y territorios intelectuales filosóficos : cursos en París, lecturas de Schopenhauer, Kant, Leibniz. Es un repliegue hacia las cavernas reflexivas para vivir más lúcidamente, con sacrificio de zonas enteras de la vida, y ver vivir a los demás ofreciendo como resultado un ejemplario de actitudes. Pertenecen los primeros proverbios al libro *Campos de Castilla*, donde más visibles se hacen las lecturas de clásicos medievales. Los segundos aparecen en el libro *Nuevas Canciones*, editado quince años más tarde. En esta segunda serie se percibe la influencia gnómica del folklore poético andaluz sobreañadida a la seca sentenciosidad de Castilla. El conocimiento y frecuentación de don Sen Tob debió de producirse alrededor del año 1914, ya establecido el poeta en Baeza como profesor de literatura. No hay alusiones directas relacionadas con el descubrimiento. Sólo una breve y elusiva referencia :

*Como don Sen Tob
se tiñe las canas
y con más razón.*

No se entienda en ningún momento que trato de llevar a cabo eso que se llama cotejo de influencias, tan cercano al plagio poético. Si el lector está familiarizado con el pensamiento de Machado verá que esta poesía sentenciosa responde a necesidades interiores ineluctables puestas en evidencia al contacto con el judío de la aljama de Carrión. Don Sen Tob le dio el instrumento poético o cuando menos le recordó que estaba ahí. He escogido sólo unos cuantos proverbios ; podría efectuar un cotejo general y ordenado aunque lo importante para mi propósito no es la adecuación estricta de temas, sino el similar temple poético de ambos. Así entendido, este análisis crítico tendrá algún valor. De otro modo, no pasará de ser un ejemplo más de la serie, ya desacreditada, de influencias dentro del reducido mundo de la literatura — *nihil novum sub sole*.

DON SEN TOB

*Nin vale el azor menos
porque vil nido siga
ni los ejemplos buenos
porque judío los diga*

(MACHADO)

*Cantad conmigo en coro
saber nada sabemos
de arcano mar vinimos
a ignota mar iremos*

*¿Dónde está la utilidad
de nuestras utilidades?
Volvamos a la verdad
Vanidad de vanidades*

*El hombre sólo es rico
en hipocresía
En sus diez mil disfraces
para engañar confía*

*La mano del piadoso
nos quita siempre honor
mas nunca ofende al darnos
su mano el lidiador*

*Virtud es la alegría
que alivia el corazón
más grave, y desarruga
el ceño de Catón*

*El más truhán se lleva
la mano al corazón
y el bruto más espeso
se carga de razón*

*Es el mejor de los buenos
quien sabe que en esta vida
todo es cuestión de medida
un poco más algo menos*

*En preguntar lo que sabes
el tiempo no has de perder
y a preguntas sin respuesta
¿quién te podrá responder?*

(DON SEN TOB)

*So un cielo todavía
encerrados yacemos
facemos noche y día
e nos al non sabemos*

*Sabe, si el mundo alaba
cosa o por mejor nombra
que muy aina se acaba
y pasa como sombra*

*El ome mesmo busca
su mal con su malicia
non fartándose nunca
con celo e con codicia*

*La paz no se alcanza
sino con guerrear
nin se gana holganza
sinon con bien lazarar*

*Non hay tan buen tesoro
como el bien fazer
ni tan precioso oro
ni tan dulce placer*

*El hombre de metales
dos es confeccionado
metales desiguales
uno vil otro honrado*

*Mas esto es señal
que non hay bien certero
en el mundo, nin mal
que sea duradero*

*Si fuese el hablar
de plata figurado
debe ser el callar
de oro afinado*

GEOFFREY GORER

El Marqués de Sade

SE PUEDE SOSTENER con visos de verosimilitud que la filosofía moral inherente a las obras, e implícita en la vida, del Marqués de Sade es más a propósito para nuestra época que para la época de fines del siglo XVIII en que el Marqués escribía, ya que el suyo es el desafío más coherente que nunca se haya lanzado a la visión humanista-liberal del mundo y de la naturaleza humana. Cuando Sade escribía, esta visión humanista-liberal la representaban fundamentalmente las obras de J. J. Rousseau y de sus seguidores y Sade no les concedió nunca mucha importancia; pero hoy esas ideas dominan en la mayor parte del mundo civilizado. Para Sade, el cristianismo, recopilado en las doctrinas de la Iglesia Católica y puesto en práctica por las leyes de Francia, era el enemigo que su deber le mandaba socavar; pero las ideas de Sade y de la Iglesia sobre la naturaleza no regenerada del hombre se hallaban mucho más cerca entre sí que las ideas de Sade y las de los humanistas democráticos.

Sade es un aliado de los humanistas, y en este sentido se le puede considerar como un precursor de la moderna edad científica, porque consideraba la verdad y el conocimiento como valores absolutos en sí mismos. Al conocimiento se le debe valorar siempre y en toda situación por encima de la tradición, la superstición y la revelación; no existen límites más allá de los cuales no deba pasar el conocimiento. Pero el conocimiento de la gente de-

pende de que ésta diga la verdad sobre sí misma; y con un valor comparable al de Freud cuando escribió *La interpretación de los sueños*, Sade puso en forma de ficción todas las fantasías que la mayor parte de los seres humanos ocultan en su subconsciente. Según sus propias palabras, « cogió entre sus manos sin miedo el corazón humano y pintó sus gigantescas divagaciones »; el único corazón humano que no podía coger entre sus manos era el suyo propio.

La filosofía de Sade y su visión del hombre pueden reducirse a una serie de axiomas:

- 1) El placer es el signo de que estamos obrando de acuerdo con la Naturaleza en general y con nuestra propia naturaleza en particular.
- 2) Consecuentemente, todos los actos que producen placer deben ser naturales y justos.
- 3) Un objetivo esencial del placer sexual es producir cambios visibles y audibles en el otro participante.
- 4) Toda acción que produce cambios visibles y audibles en otra persona lleva en sí un ingrediente de placer sexual.
- 5) El dolor tiende a producir en los seres humanos cambios más marcados que el placer.
- 6) « Yo » he comprobado que « yo » siento un intenso placer sexual si « yo » produzco dolor a los otros. (« Yo » puedo también obtener un placer intenso del dolor agudo que me inflige otra persona,

siempre que la situación permanezca bajo « mi » control.)

7) « Mi » experiencia me induce a creer que este lazo entre el sufrimiento infligido y el placer sexual es muy corriente, si no universal. Muchas personas carecen de valor o de capacidad para poner en acción sus deseos inconscientes; pero siempre que una persona valiente consiga poder o facultad para hacerlo se dedicará a estos placeres.

8) De esto se deduce que debemos esperar un mundo en el que esa facultad o poder vaya *siempre* acompañada de una imposición placentera de dolor. Esta es la ley de la Naturaleza y por definición (punto 2) debe ser *justa*. Toda visión del mundo que ignore la afección innata del hombre por la crueldad es por ello necesariamente falsa; en la búsqueda de ese valor supremo que es la Verdad hay que explicar y eliminar tales engaños. Las personas enérgicas buscarán siempre el poder; y el placer del poder es la capacidad para producir cambios en otras personas. El mundo sería mejor si se reconociera la perversidad del corazón humano y si se autorizaran sus inclinaciones, circunscribiéndolas al mismo tiempo.

En su juventud, Sade supo sacar todo el provecho posible del poder inherente a su situación de aristócrata hereditario; y sufrió sus muchos años de encarcelamiento en la madurez a causa del poder arbitrario de la monarquía francesa. Es, pues, comprensible que, en sus primeras obras (especialmente en *Aline et Valcour*), pudiera esperar con optimismo que la eliminación de la serie de opresores de entonces —la monarquía, la aristocracia, el alto clero— traería consigo un mundo de libertad, de justicia y de razón y que por tanto sus observaciones tuviesen sólo una aplicación limitada. Cuando vio lo rápidamente que los Derechos del Hombre conducían a la guillotina, cuando bajo la República volvió a ser encarcelado por su posición moderada, Sade concluyó que el poder y la crueldad se hallaban inextricablemente unidos y que sólo bajo una hipotética anarquía (anticipada en *Juliette* y en *La Philosophie dans le Boudoir*) cabría reducir la opresión al mínimo que los fuertes pudieran aplicar a los débiles. En

toda forma imaginable de sociedad, los que manejaran la autoridad sentirían un placer cruel dominando a los sometidos a esa autoridad, y cuanto menos conscientes y menos físicos fueran los placeres derivados de ese ejercicio de la autoridad, más irremediablemente continuarían practicándose esos mismos placeres.

Este desafío está aún por contestar. ¿Se puede tener confianza en ningún ser humano que se halle en situación de poder completo sobre sus semejantes? Los humanistas liberales, cuando carecen de poder, se sienten absolutamente seguros de que, si lo tuvieran, lo ejercerían con total benevolencia; pero ¿qué razones tenemos para creer tal cosa? El siglo y medio transcurrido desde la muerte de Sade fue testigo de una crueldad infinitamente mayor por parte de los detentadores del poder que todo lo que Sade pudo imaginar en sus más locas fantasías; su visión de la naturaleza del hombre parece haber recibido una confirmación rotunda.

Gracias a la costumbre francesa de conservar indefinidamente los papeles, la vida de Sade se halla hoy tan documentada como casi todas las de las otras figuras literarias del siglo XVIII, con la excepción posible de memorialistas como James Boswell. La cosa resulta tanto más notable cuanto que en el siglo que siguió a la muerte de Sade (1814), existían muy pocos documentos o hechos conocidos referentes a él, y sí en cambio muchos rumores y fantasías. En su testamento, hecho en 1806, Sade expresaba la esperanza de que « su memoria sería borrada de la mente de los hombres »; y la destrucción por su hijo y por la policía de muchos de los papeles de Sade, encontrados a su muerte, parece demostrar que al menos este deseo recibió satisfacción. Pero las actas de sus dos procesos y de sus muchos encarcelamientos continuaban en los archivos; se conservó también la correspondencia con el abogado de la familia; y, lo más sorprendente de todo, su familia guardó un baúl lleno de manuscritos no publicados y de cartas. Durante los últimos cuarenta años salieron a la luz todos estos materiales.

El conocimiento contemporáneo de la vida y la obra del marqués depende fun-

damentalmente de la extensa y erudita obra de dos devotos estudiosos de Sade que han dedicado casi enteramente su vida a este trabajo. Maurice Heine (1884-1940) publicó muchos manuscritos inéditos (entre ellos la primera edición correcta de *Les 120 Journées de Sodome*, la obra maestra literaria de Sade), recobró y publicó las actas originales de los dos procesos escandalosos en que se vio envuelto Sade e hizo la luz sobre muchos detalles de su vida. Su anterior colaborador literario y sucesor, Gilbert Lely, prosiguió la labor de búsqueda en los archivos de instituciones francesas e italianas y sacó a la luz pública una gran variedad de testimonios inéditos. Y, lo más importante de todo, en 1948 el Conde Xavier de Sade puso a disposición de Gilbert Lely todos los restantes archivos familiares de sus antecesores. Estos archivos fueron saqueados por los alemanes y algunos de los materiales más valiosos resultaron destruidos o se perdieron; pero lo que quedó ha sido sumamente valioso para documentar las fases más oscuras de la vida de Sade, los períodos de su encarcelamiento en Vincennes y en la Bastilla bajo el reinado de Luis XIV, y en Charenton bajo Napoleón I. Incluían también los archivos una serie de obras inéditas —un par de novelas históricas que después se han publicado, sin que añadan gran cosa a la estatura literaria de Sade, una serie de piezas teatrales rematadamente malas y sobre todo su extensa correspondencia con su esposa.

Gilbert Lely utilizó toda esta documentación para componer su magistral obra en dos tomos *Vie du Marquis de Sade* (Gallimard, París, 1952 y 1957). Este macizo estudio es una de las biografías más completas en cuanto a documentación que se hayan escrito nunca; está redactada en forma de una relación fechada, con el día, el mes y el año en que ocurrió lo que se narra; el autor presenta íntegramente la justificación de cada hecho referido. Los comentarios y la exégesis se separan claramente de la presentación de los datos, y de este modo el lector, si lo desea, puede dejar de lado los violentos prejuicios del señor Lely contra la primera República francesa y las parrafadas un tanto embarazosas de lirismo con que el autor tra-

ta de ensalzar la obra literaria de Sade.

Hasta que se iniciaron sus largas temporadas en la cárcel, a la edad de treinta y ocho años, Sade fue un libertino que ejerció gran variedad de prácticas sexuales, en particular la flagelación activa y pasiva; pero si se exceptúa su falta de prudencia, que fue la causa de dos escándalos públicos y del escándalo privado de la fuga con la hermana de su esposa, no parece que Sade fuera ni más excesivo ni más cruel que un número considerable de sus contemporáneos: su interés radica en el hecho de que consideró sus propios gustos e inclinaciones como un moralista, invocando una extraña variante del imperativo categórico kantiano. Como científico, Sade exploró y catalogó la serie de perversiones y fantasías sexuales con una perfección que está pidiendo sólo el apuntalamiento estadístico que, a pesar de Kinsey y su famoso informe, nunca ha recibido hasta ahora. Sade era un pensador original de singular importancia y, como ya he indicado anteriormente, sigue aún siendo de gran interés y actualidad en nuestros días. Por esta razón su vida y sus obras son todavía merecedoras de atención detenida.

Existe un aspecto de la vida de Sade al que, a pesar de que reúne una documentación completa al respecto, Gilbert Lely no concede en mi opinión suficiente importancia. Este punto se refiere al papel constante y fundamental desempeñado en su vida desde la juventud hasta la vejez por el teatro y por la teatralidad. Sade era un auténtico «fanático de la escena»; y la relación de esta obsesión con su carácter y con sus gustos sexuales merece la pena de ser explorada.

En primer lugar, y por lo que se refiere a los hechos: Gilbert Lely no ha podido documentar la tradición largo tiempo establecida de que Sade actuó en escena siendo alumno del Lycée Louis-le-Grand; pero toma esta tradición lo suficientemente en serio como para establecer la lista de las obras teatrales que se representaron en los años que Sade pasó como alumno de dicho instituto. De todos modos, desde el momento en que Sade consiguió la independencia como un joven aristócrata en medio de la ciudad, el teatro es un tema

constante en su vida. Las primeras que-ridas que se le conocen fueron bailarinas y una actriz; casi inmediatamente después de casarse, intervino en funciones de aficionados como actor y como escritor de epílogos; y muy poco tiempo después de sus primeras —y aún inéditas— tentativas de escritor, empezó a realizar ensayos como dramaturgo. En su «château» de La Coste tenía una «sala de teatro» —aún subsiste el inventario de sus muebles— en la que actuaban tanto actores aficionados como profesionales.

Cuando se le redujo a solitario confinamiento, según parecía para el resto de sus días, en virtud de una *lettre de cachet* concedida a su suegra, Sade dedicó una gran parte de su tiempo a reflexionar sobre el teatro. En las cartas a su esposa pedía constantemente textos de nuevas obras. Durante su estancia en Vincennes y en la Bastilla, escribió por lo menos diecisiete dramas largos; y una buena parte de su perdida obra *Portefeuille d'un Homme de Lettres* la ocupaban discusiones en torno a la forma de construir y de escribir las obras dramáticas. Cuando Sade fue liberado por la revolución en 1790, creía que conseguiría fama y fortuna con sus dramas.

Durante sus diez años de libertad (si dejamos aparte su encarcelamiento como moderado, desde diciembre de 1793 hasta octubre de 1794), el teatro continuó desempeñando un papel preponderante en su vida. Sade consiguió que le representasen y publicasen un drama, *Oxtiern*, pero obtuvo mal éxito, y bombardeaba constantemente a los directores y actores con manuscritos y cartas; naturalmente, sus mejores amigos eran actores y su última y leal amante, Constance Quesnet, era una actriz. Sus últimos meses de libertad los vivió en parte en Versalles, en cuyo teatro local interpretaba el papel del protagonista de su drama. Cuando se le redujo a la situación de «detención preventiva» en el manicomio de Charenton, preparó y llevó a las tablas dramas con sus compañeros de encierro como actores, y él mismo hacía el papel de maestro de ceremonias cuando se invitaba al público y componía versos de ocasión para dar la bienvenida a los invitados más distinguidos.

No sabemos nada de los talentos de Sade como actor o director escénico —no existen testimonios contemporáneos al respecto—; pero lo que sí conocemos son sus cualidades como dramaturgo, ya que, además del drama que se publicó en vida del autor, los manuscritos de gran parte de los otros dramas, que pertenecen al Conde Xavier de Sade, han sido examinados por Gilbert Lely, que publicó extractos de ellos. Ni siquiera Lely encuentra nada bueno que decir sobre tales obras y no se decidió a publicar ni una sola, ni aun como muestra. Los dramas de Sade son torpes, vulgares e inaprovechables, incluso en un período en que el teatro francés se hallaba a un nivel muy bajo. En general están escritos en verso y lo más que se puede decir de sus versos es que generalmente riman. Esos dramas no parecen poseer ningún mérito aparte el de la facilidad y en ellos no existen prácticamente ideas originales y desde luego nada de ideas «chocantes».

De todos modos su misma mala calidad resulta interesante. ¿Por qué los sobreloró Sade tan persistentemente? ¿Por qué presionó tanto y tanto para que se llevasen a escena? ¿Por qué se consideraba a sí mismo como dramaturgo más bien que como novelista? Junto a sus publicaciones clandestinas y a sus manuscritos, Sade había publicado abiertamente *Aline et Valcour*, una novela de mérito muy considerable a la que nunca se valoró con justicia y una selección de sus relatos breves bajo el título de *Les Crimes de l'Amour*. Estas obras son serias y dignas de ser tomadas en serio, mientras que los dramas no lo son; pero, a juzgar por su correspondencia, no parece que Sade sospechara nunca esto.

Por mi parte, yo sugeriría que la razón de esta continua preocupación de Sade por el teatro y de que no acertase a reconocer su propia incapacidad como dramaturgo estriba en el hecho de que, en un nivel lo suficientemente abstracto, existe una estrecha relación entre la teatralidad y el auténtico sadismo. ¿Qué es lo que hace un actor o dramaturgo afortunado? Gracias a sus talentos, controla las emociones de sus oyentes, les hace reír o llorar, sentir escalofríos o exultar de alegría, según sus

planes: produce cambios visibles y audibles en las personas sometidas a su hechizo. Pero, en forma concreta y cruda, esto es precisamente lo que un sádico desea hacer con sus víctimas; en un gran número de casos podría decirse que el sádico está representando un drama con una sola persona como público.

Quizá sea mejor que diga inmediata y claramente que no quiero dar a entender que los actores o los dramaturgos sean sádicos sexuales, consciente o inconscientemente; lo más que quiero significar es que ciertos mecanismos idénticos actúan en ambas situaciones o, si se quiere, que los sádicos son actores o dramaturgos fallidos. Puedo de todos modos recordar que cuando el Gran Guiñol actuaba en Londres en el decenio de 1920, se dijo en un periódico que una actriz tan pura y tan consagrada a su oficio como Sybil Thorn-dyke se regocijaba viendo entre el público el número de personas que se desvanecían de horror.

Evidentemente, es con el Gran Guiñol, el teatro de la sangre y del horror, con el que las relaciones del sadismo son más evidentes. Parece ser que Sade mismo montó guiñoles privados. En una larga carta de confesión y de justificación escrita desde la cárcel, el escritor explica la presencia de huesos humanos en su jardín:

« Los traje la joven conocida como la bailarina Du Plan; está llena de vida y se la puede preguntar. En broma... se adornó una salita con ellos; se utilizaron sólo con este fin, y cuando la broma, o mejor la estupidez, se terminó, fueron enterrados en el jardín ».

Igualmente, en sus cartas festivas a su esposa —festivas, pero con tonos siniestros de semilocura—, Sade le sugiere que se procure dos cráneos y que se los envíe como si fueran un paquete procedente de su casa de Provenza: « lo abriré con avidez, miraré lo que hay dentro y me asustaré terriblemente ».

Esta misma pasión por el efecto teatral puede, en mi opinión, discernirse en algunos de los episodios de sus dos escándalos públicos, particularmente en el trato que dio a Rose Keller en Arcueil; semejante pasión es además un rasgo constante de sus novelas. Los lugares donde se desarro-

lla la acción los describe frecuentemente Sade como si fueran verdaderos escenarios, con el fin de que produzcan por sí mismos una impresión emocional. Por ejemplo, el castillo de montaña que constituye el escenario de *Les 120 Journées de Sodome* tiene en su vestíbulo central dos columnas de las que cuelgan los « necesarios instrumentos de corrección »; y este espectáculo impresionante era útil para mantener la humildad tan necesaria en reuniones de este tipo, ya que de esta humildad se deriva casi todo el placer voluptuoso en el alma de los que castigan ». Aquí, igual que en *Justine* y en *Juliette*, hay una elaboración interminable de disfraces y trajes de fantasía, de cuadros vivos y todos los demás atavíos del teatro de aficionados. Los sexólogos nos dicen que esta representación casi teatral, a partir de una escena elegida por el cliente, es muy frecuente en las prácticas perversas de muchos patronos de prostitutas.

Si no me equivoco al pensar que cierto tipo de teatralidad o de ritual dramático era un ingrediente constante del sadomasoquismo sexual de Sade, quizá entonces resulte comprensible por qué no supo admitir nunca su incapacidad como dramaturgo profesional. Si hubiera conseguido ser un dramaturgo afortunado, habría podido obtener en una forma socialmente aceptable muchos de los placeres que de otro modo sólo podía proporcionarle ciertos actos peligrosamente asociales. Gilbert Lely, que por lo demás hace escaso hincapié en el tema del fracaso de Sade como dramaturgo, insinúa que como orador público en la *Section des Piques*, en 1793, disfrutó Sade ciegamente del aplauso tumultuoso que nunca pudo conseguir como dramaturgo. Lely presenta esta excusa porque es tal su odio hacia la primera República francesa, que no puede creer que el entusiasmo de Sade por ella no fuese fingido. Yo personalmente creo que el entusiasmo de Sade durante los primeros años de la República era absolutamente sincero; pero es cierto también que encontró una enorme satisfacción en jugar con las emociones de la gente.

En cuanto hombre, Sade es importante como paradigma. Salvo en lo que se refiere a su honradez y a su fácil acceso a

sus más profundos deseos inconscientes, no hay razón alguna para considerarle único. A pesar de los esfuerzos de los psicoanalistas, es aún muy poco lo que conocemos de las razones que hacen que la creación artística sea tan imperativa para ciertas personas. Con su visión histórica simplificada de la evolución humana, los psicoanalistas tienden a considerar la creación artística como una sublimación lograda de deseos sexuales o parasexuales infantiles reprimidos, y probablemente explicarían el fracaso de Sade como dramaturgo por el hecho de que sus represiones no eran suficientemente fuertes, de que « representaba » demasiado.

Pero para mí existe otra posible interpretación: que esta misteriosa tendencia hacia la creación artística es muy primitiva en ciertos individuos y que cuando tal tendencia resulta frustrada por la incapacidad técnica o por la indiferencia pública, se produce una « endoformación » hacia un sado-masoquismo más directo, antes bien que lo contrario; que el sado-masoquismo es un sustituto de la creatividad más bien que la creatividad una sublimación de inclinaciones infantiles.

Si Mussolini hubiese sido un dramaturgo aplaudido o Hitler un arquitecto afortunado, la historia de nuestro siglo podría haber sido muy diferente.

Día para no estar

VETE, día maldito.

*Guarda bajo tus párpados de yeso la mirada de lobo que me olvida mejor;
camina sobre mí con tu paso salvaje,
simulando un desierto entre el hambre y la sed,
para que todos crean que estoy,
que soy una señal de adiós sobre las piedras;
cierra de par en par, lejos de mí, tus fauces sin crueldad y sin misericordia,
como si fuera ya la invulnerable,
aquella que sin pena puede probarse ya los gestos, de los otros;
y tiéndete a dormir, bajo la ciega lona de los siglos,
el sueño en que me arrojas desde ayer a mañana:
esta escarcha que corre por mi cara.*

Aún así he de llegar contigo.

Aún así has de resucitar conmigo entre los muertos.

OLGA OROZCO

La gran incógnita de las juventudes soviéticas

POR JEAN MARABINI

ES RELATIVAMENTE fácil hacer hablar a los jóvenes rusos sobre un asunto determinado. En general, son sinceros, confiados, de buena fe, se dejan abordar fácilmente e incluso toman la iniciativa del contacto.

Muchos de los visitantes de la U.R.S.S., curiosos profesionales, se contentan con cambiar algunas palabras en su lengua materna con un soviético poligloto que hable el alemán, el inglés o, lo que es más raro, el francés. Los resultados obtenidos por este procedimiento son pobres y, a veces, grotescos. Pasando un día en taxi ante un cine de Leningrado, donde se proyectaba « Babette », he recogido de un chófer de la nueva generación y con cierta cultura, un triple juicio entusiasta, que conviene apreciar en su sabia progresión : « Babette muy linda ; Torre Eiffel muy linda ; Thorez muy linda. »

Este método de investigación, que era suficiente en la época del viaje de Alejandro Dumas a Rusia, ya no basta ahora para tener una opinión sólida sobre la juventud soviética. Procedamos científicamente « en el país de la ciencia » y, en primer lugar, continuemos el debate sobre el ex-

tranjero, que algún intelectual provoca periódicamente entre millares de jóvenes que contestan con prolijidad, como se advierte leyendo la prensa. En Rusia no existe un verdadero Gallup ni un Instituto de la Opinión Pública ; pero se establece un formidable intercambio de ideas entre el público y la prensa, en la que, paradójicamente, se expresa esta opinión (la sección de las cartas de los lectores es tan importante como la de los sucesos en nuestro país), sin dejar de ser un organismo dirigido por el Partido Comunista. Después completaremos esta visión de conjunto, este sondeo exacto en la medida de lo posible, teniendo en cuenta que algunas contestaciones han podido ser seleccionadas o eliminadas, como consecuencia de nuestra investigación personal.

Nuevo descubrimiento del mundo

« ¿Qué os aportan las culturas extranjeras que tan abundantemente se difunden en la U.R.S.S., desde hace algunos años? », pregunta una revista literaria. Esta interrogación dirigida a todo el mundo provoca una afluencia de miles de cartas que emanan en un 80 % de jóvenes de menos de treinta años. Si queremos entresacar una respuesta « robot » que exprese más o menos la opinión general, advierte el director del periódico, será ésta : « *Las culturas extranjeras nos confirman en nuestro deseo de acercarnos al extranjero, de establecer*

Proseguimos la publicación de una serie de estudios y encuestas sobre la juventud de nuestro tiempo, iniciada en nuestro número anterior. (Véase Cuadernos, n° 60, mayo de 1962.)

relaciones con el mundo exterior y de formar con él un universo mejor. »

Esta opinión puede atribuirse a todos los que agotan, en el mismo día de su aparición en librería, lo mismo las obras de Rabelais que las de Apuleyo, de Teócrito, de Rimbaud, de Francis Bacon o de Cicerón. « La lectura es una lotería maravillosa », declara ingenuamente un obrero convaléciente en una casa de reposo. Traduce sobre todo el apetito del espíritu, subrayado en otro tiempo por Dudintsef (no sólo de pan vive el hombre), que una joven expresa así: « Leyendo a Rabindranath Tagore y la epopeya india *Panchatantra* he tenido la revelación de un humanismo poético que me ha transformado enteramente, hasta el punto de que he decidido abandonar los estudios de construcción mecánica y consagrarme a las lenguas orientales, a pesar del criterio contrario de mis camaradas. — ¿Cómo podrás ser útil a la sociedad soviética?, me objetaron. Y yo contesté: Comprendiendo mejor la civilización india, trabajando en favor de una compenetración más íntima entre mi país y la India. »

Esta joven conquistada por la India tiene émulos que hubieran hecho vibrar el corazón de los viejos americanos de Montparnasse: « Quisiera ser cazador de tigres con Hemingway », declara un joven aprendiz. Y el de los primeros precursores de *La Nouvelle Revue Française* que, sin embargo, ya están de vuelta de la U.R.S.S. « Estoy enamorada de *Le Grand Meaulnes*, el libro más poético, más tierno, más exquisito de la literatura francesa », declara Olga V., una joven de veinticinco años todavía soltera. El hecho de que Simone de Beauvoir haya calificado en otro tiempo *Le Grand Meaulnes* de notable análisis del pensamiento de las derechas, con lo que encierra de sueño, de ideología infantil, de huida ante la realidad, no preocupa a la encantadora Olga V., que sigue siendo una joven honesta que no ha tropezado con Sartre. Estos jóvenes corresponsales que estudian literatura clásica, conservadores sin saberlo, y que se asombran como un contemporáneo del Príncipe de Lampedusa, *Le Guepard*, lo hubiera hecho, « de la generosidad de las Memorias de Garibaldi, de que puede enorgullecerse Italia », o del « escéptico Montaigne, que me ha abierto el

espíritu ». Observemos cómo interviene en este último caso la Academia de Ciencias. Cuando un libro da lugar a un debate muy amplio, como sucedió con las obras polémicas de Gorki y de Mayakovsky, en el que se discute el pensamiento de Lenin sobre el arte, siempre son las ediciones de la Academia de Ciencias las que se atreven a iniciar la controversia.

Se observa el mismo entusiasmo inagotable por Einstein, Langevin, Ehrenfert y Bohr, paralelo en cierto modo al que provocó Alain Fournier: « En Langevin se encuentran todos los rasgos de la imagen que uno se forma de Francia », escribe de manera conmovedora « uno de los millones de jóvenes que saben cuánto deben a este país ». Pero este soldado de infantería del ejército soviético de los neófitos, que no ha sido señalado por nuestros servicios oficiales de espionaje intelectual, no vacila « aunque adorando a Francia como Fabricio », en apreciar « el humanismo militante » de Anouilh y « la vehemente defensa de la paz » hecha por Giraudoux. La ciencia marxista, no obstante, se combina, por desgracia, con una encantadora frescura que nos avergüenza un poco.

¿Lectores para Delly, como se ha dicho con mala intención? No, jamás. Pues en esta tierra virgen que es la juventud soviética, cuando descubre el mundo de las humanidades, se encuentra tal vez un atisbo de ingenuidad, pero nunca de complacencia para la vulgaridad y la tontería. Pueden leerse *Les Rois Maudits*, de Maurice Druon, en el texto original, pero no en bandas ilustradas. Además, si es cierto que existe una lotería (la de la elección impuesta por las Academias), los jóvenes saben distinguir el buen grano de la cizaña y adoptar a Simenon, en cuanto se publica en su país, « como el mejor escritor de nuestro tiempo ». A la incomparable superioridad de Francia y de su literatura, mencionada por otra lectora fanática de Madame de Staël, que subraya esta frase de su ídolo: « La literatura es la expresión de la sociedad », responde como un eco una especie de indulgencia en relación con el plan cultural, con un ligero tinte de justificación marxista y que hace escribir a un grupo de jóvenes profesores clásicos, evidentemente deseosos de mantener las distancias con los científi-

cos : « Entre todas las culturas, la francesa es la que más nos seduce, como Grecia sedujo a Roma. »

Somos unos « yanquis »

Esta indulgencia es la que hace tragarlo todo del mismo modo, como ciertos « rusófilos » aceptaron sin discusión en nuestro país *La caída de Berlín* y *La dama del perrito*, los cuadros de Guerasimof y el ingeniero Bajiref, y la que aquí afecta indistintamente « al olímpico Leconte de Lisle », « al dulce trovador Jacques Prévert (el autor poético más vendido en la U.R.S.S.), « al fustigante Cocteau », « a la mordaz Geneviève Tabouis » y « al escritor patriota Charles de Gaulle ». Se concibe fácilmente que en el infinito soviético nuestra jerarquía de las magnitudes sufra algunas modificaciones.

Sin embargo, cuando se pasa de la literatura a la ciencia, el tono cambia, el debate se eleva, la ternura indulgente y el entusiasmo a veces ingenuo ceden el paso a los fríos cálculos y razonamientos de los técnicos. Así se dice de Norteamérica :

« Nuestra hermana enferma, porque posee todo lo que nosotros tenemos y todo lo que queremos, excepto nuestro régimen social », brilla con todo su esplendor, incluso morbosos. « Si una sociedad hubiese de ser fuerte sólo por su técnica, nuestro ideal sería Norteamérica », escribe en la *Komsomolskaya Pravda* un joven ingeniero, que añade : « En Norteamérica han tenido una invención genial : el « digest », que permite una rápida ojeada sobre la cultura. »

« Les escucho, les leo », escribe otro corresponsal del periódico del *Komsomol*, pero no comprendo nada de la jerga que emplean ustedes. ¿Quiénes son los *Nibelungos* (¿ondas hertzianas?), esas *Memorias de Casanova* (¿un atomista italoamericano?) cuya aparición anuncian ustedes. Nos dicen, por ejemplo : « Puede romperse una máquina, pero no es posible destruir una canción. » Puede medirse la superficie exacta de una « agrogorod » (ciudad agraria) ; pero ¿cómo pueden calcular ustedes la emoción que produce en nuestros corazones el poema de Aragon *Los ojos de Elsa*? Ustedes son románticos, como los hay por cientos de mi-

les todavía en nuestro país. ¿Qué es un joven romántico soviético? Alguien que no sabe medir sus fuerzas y olvida que, en el siglo del átomo y de los cohetes espaciales, un hombre no está físicamente en condiciones de comprender un universo demasidado complejo que corre con demasiada velocidad. Así pues, el hombre nuevo no tiene más solución que especializarse. Yo tenía una novia que se sabía de memoria a Nicolai Mamai, a Alejandro Jemelek y todas las óperas, incluso las extranjeras, que se representan en nuestra pequeña ciudad de Sverdlovsk. Se extasiaba con *Otelo* y lloraba leyendo a Goethe. Yo me reía y le hacía observar que me emocionaría más ante una porqueriza capaz de cuidar simultáneamente mil lechoncillos. La muchacha me ha abandonado, declarando que yo era un hombre « bestial », con el que nunca se casaría. Confieso que para mí ha sido una suerte poder evitar así la unión con una « retrasada » de esta índole. No es frecuentando el Museo Puchkin de arte occidental en Moscú o escuchando a Chopin como se puede llegar a ser un técnico consecuente. Muy al contrario, cada hora perdida con estas tonterías amenaza con no dejarnos salir de la fila, a beneficio de otros más ágiles y más circunspectos. ¿De qué sirve también estudiar la historia, cuando hay mil ciencias completamente nuevas y fascinadoras? Los que disertan sobre el pasado harían mejor inscribiéndose en la clase de construcción electrónica. Hoy se aprecia mucho más al hombre que sabe construir su aparato de televisión. Ese es un hombre de « kultura », es un hombre social y útil. Usted plantea el problema de nuestra juventud frente al extranjero. Conveniría definir antes de qué extranjero se trata. Yo no tengo nada contra Edison, ni Perín, ni siquiera contra los sabios alemanes que han contribuido tanto a nuestra ciencia como a la norteamericana. Para mí el mundo es uno solo ; de Leibniz a Pavlov, de Kepler a Sedov. »

A esta afirmación que, de conformidad con el sondeo aproximado que he realizado en la medida de lo posible, expresa más o menos el 35 % de los sufragios de los jóvenes técnicos, responden los humanistas científicos, que constituyen el 65 % restante. Estos desean volver « a una noción

más equilibrada del hombre », con « digest » o sin él, pero teniendo cierta libertad de lenguaje. « El especialista es un absceso, con grasa en un solo lado », escribe un cirujano ; « debemos estudiar, estudiar sin descanso, para poseer las riquezas espirituales de la humanidad », opina un estudiante de ciencias sociales, al referirse a un discurso de Lenin en el III Congreso del Komsomol. « Lenin tenía mucho que hacer y, sin embargo, leía los clásicos », concluye diciendo. Y hay aún otras opiniones : « Nuestra época es la del espíritu de síntesis, que nos asegurará el paso del socialismo al comunismo ; pero todos los pueblos buscan algo parecido, que cada uno denomina de modo distinto. Sin duda alguna, llegaremos a aproximarnos a Norteamérica en una sociedad futura que no estará formada sólo de técnicos. »

« En relación con el extranjero colonialista, deliciosamente entumecido en su Capua occidental, beneficiándose del trabajo de sus negros, nosotros somos algo así como los yanquis de una nueva guerra de secesión, aunque felizmente fría. Pero si queremos vencer, es preciso que nos mostremos generosos con nuestros adversarios y que asimilemos al mismo tiempo su espíritu. » Merece recalcarse esta aseveración de nordista ansioso de sol, que ha sabido resumir de una manera extraña a Montesquieu y las generosas lecciones de los revolucionarios norteamericanos y franceses. Yo he podido comprobar en todas las ocasiones este estado de espíritu formado a la vez por una superioridad benévola y una envidia secreta.

Los « buenos salvajes » y los otros

En cuanto se trata del tercer mundo, los árabes y los negros, la envidia desaparece evidentemente y la generosidad de intención se derrama con abundancia, como si cada soviético fuese una especie de Jean-Jacques Rousseau, para el cual sólo existen los « buenos salvajes ». Cierta día dije a unos estudiantes :

— Sospecho que ustedes son un poco paternalistas y que tratan a sus negros de la Universidad Lumumba como el autor de

La cabaña del tío Tom, o como ciertos franceses que abordan de buena fe los problemas africanos, con una negrofilia evidente, como el general de Gaulle.

— ¡Qué ocurrencia! — exclamó una joven, provocando la risa del auditorio—. No somos racistas. Por mi parte puedo decir que me casaría « incluso » con un negro. ¿Qué pensaban estos mismos estudiantes de los asiáticos y particularmente de los chinos? Aquí los criterios aparecían más matizados y circunspectos. Ya no era cuestión « de liberar a los esclavos congolese de la vergonzosa explotación de los mercenarios blancos y de la Unión Minera », ni de extasiarse « ante el pintoresquismo, tan simpático y caluroso, de los barbudos de Fidel Castro », ni siquiera « de devolver a los desdichados árabes su única riqueza : el petróleo ». Los asiáticos no son ni latinos que inspiran una gran simpatía a los rusos (« ¡Ah Italia, Graziella, oh sole mio! », suspira una joven, que podría ser una vieja dama de Agata Christie) ; ni franceses, « esos bromistas tan alegres, que se burlan de todo y hacen amar la vida » ; ni turcos, « esos sicarios » ; ni ingleses, « esos leningradienses flemáticos » ; ni españoles, resueltamente vistos a la americana bajo el aspecto de guerrilleros de *¿Por quién doblan las campanas?*, con pañuelos de piratas y bucles de opereta. No ; el asiático sigue siendo, por regla general, un ser misterioso, algo temible, del que no se burlan nunca, ni aun amablemente, con un poco de ternura, como suelen hacerlo los humoristas rusos Ilf y Petrof, de los parisenses e incluso de los multimillonarios norteamericanos. Se adula a los japoneses y a los alemanes (¿cuántos banquetes ruso-nipones o ruso-alemanes he visto durante mis viajes, con banderitas, reverencias, brindis, discursos solemnes...? Ni me acuerdo ya) ; pero se espera con una inquietud contenida el advenimiento de los « colegas » chinos, ante los cuales los jóvenes técnicos rusos fruncen el entrecejo, como ante un problema muy difícil, en el que interviene el sentimiento (entusiasmo, fraternidad, envidia), el cálculo (su contribución al campo socialista), su producción (la competencia, en la que ya se debe ir pensando), la esperanza (¿están decididos a seguir fielmente, hasta su madurez económica, la dirección

soviética?) y el temor (¿no seguirán, por el contrario, su propio camino, tanto en la política extranjera como en la cuestión de las comunidades populares?). Aunque expresada en « silencios » más que en términos concretos, esta preocupación constante representa la cuadratura del círculo ; el rompecabezas chino se percibe y llega hasta la superficie en frases de este género : « Yo no veo la posibilidad de que nuestra generación acepte el acuartelamiento en dormitorios, donde los maridos estén separados de sus mujeres, o donde no exista ya la vida de familia. » Y esta, todavía más brutal, que recuerda ciertos razonamientos neocapitalistas : « En relación con nosotros, esas gentes —los chinos— son proletarios. Tienen que superar su retraso, y debemos ayudarles para evitar todo conflicto. »

El Antártico, condominio ruso-norteamericano

Sin embargo, la despreocupación de la juventud y la agradable comprobación de un avance técnico fulgurante devuelven a nuestra nueva promoción de ingenieros una tranquilidad parecida a la de los norteamericanos en otro tiempo :

— Nosotros ya no tenemos complejos —afirma un joven sabio muy simpático, llamado Krivitsky—. Nuestro adelanto en el dominio de los cohetes espaciales se debe en parte a una opción clarividente en favor de los « sputniks » pesados y a su sistema de propulsión. En esto, como en otras cosas, nuestros técnicos saben subsanar las tonterías que cometen los demás. Pero ello no es una razón para que se subestimen los esfuerzos puestos en acción en Estados Unidos. Este país, que será tal vez la tercera potencia al final de este siglo, es todavía ligeramente superior a nosotros en el terreno económico y en el técnico, en la clasificación general para la gran carrera hacia la supremacía mundial. Se ha comprobado que nosotros avanzamos más rápidamente, pero ellos lo hacen con más holgura; al mismo tiempo que aceleran también el ritmo. Aunque la fuerza militar esté destinada en cada país a neutralizar al otro, no perdemos de vista que la partida que se juega aquí es de carácter económico. Sabe-

mos asimismo que, a pesar de lo que llaman ustedes las barreras doctrinales, que tienden a bajar, fuerzas considerables y divergentes crean en la U.R.S.S., lo mismo que en Estados Unidos, una situación democrática común. Aquí y allá tenemos « manías », como tenemos sectarios y militares que quieren la guerra, porque disponemos de poderosos medios para movilizar la opinión, de grandes reservas naturales y de laboratorios formidables. En muchos aspectos, aun cuando aquí trabajemos más y preparemos tres veces más ingenieros que Norteamérica, cuando olvidamos nuestras rivalidades inmediatas, juntos formamos ya en el tercer mundo un universo común que prefigura verdaderamente los futuros Estados Unidos del mundo.

Esta apreciación, que coincide con la de Walter Lipmann, este punto de vista « hugoliano » hasta en su conclusión, está muy generalizado, en la convicción de que la guerra no tendrá lugar.

— El porvenir —me dice un geólogo—, es el Antártico (1). Aquí nada de militares, ni de cohetes, ni de armas : se trata de un universo de sabios. Nosotros ya no estamos en el año 60 de este siglo, sino más allá del año 2.000. Ya no hablamos el mismo lenguaje que ustedes ; allí no hay especuladores, policía política ni regímenes económicos distintos. Todas estas secuelas han sido barridas. Los hombres que viven en el Antártico, sean americanos, rusos o de otros países, se interesan, con un acuerdo perfecto, por descubrir maravillosos un sexto continente de catorce millones de kilómetros cuadrados, tan extenso como América del Sur, lleno de riquezas fabulosas recubiertas por una capa de hielo de dos a tres kilómetros de espesor, que si llegara a derretirse elevaría en sesenta metros el nivel de todos los océanos del globo. Como nosotros hemos superado el colonialismo en un mundo nuevo, no hay querellas de campanario, sino una sólida fe común en la ciencia, y si enarbolamos todavía nuestros emblemas, es para reconocernos, como hacen los deportivos en los juegos olímpicos y como harán mañana los cosmonautas fraternalmente en el espacio. Claro está que

(1) Toda la juventud rusa se apasiona por el Antártico.

es un mundo difícil, aun cuando la experiencia haya demostrado que es posible dominarlo. Allí se trabaja con una temperatura de -88° , en las tinieblas, con escasez de oxígeno y en medio de las tempestades. Se avanza agarrándose a una cuerda tendida, sujetándose a jalones, como los alpinistas que pronto explorarán los cráteres de Venus... ¡Este es el universo de mañana!

Los ojos de Krivitsky brillaron con sincera exaltación. Todos los jóvenes soviéticos muestran la misma sinceridad, aun cuando « esa ironía, que es un rasgo característico de cierta aristocracia del espíritu », como escribe uno de ellos, viniese a suavizar con una sonrisa lo que el discurso tenía de excesivamente categórico. « Nosotros somos hijos de Chejov », hubiera podido precisar con Víctor B., un joven amigo que veo cada vez que paso por la U.R.S.S., desde 1955, el « teknik » que afirma, al mismo tiempo, en el periódico *Komsomol* y en *El cazador del Ural* (una revista juvenil editada en Sverdlovsk), que es un especialista irreductible, el que « fingía » confundir los Nibelungos con las ondas hertzianas y al seductor Casanova con el atomista Enrico Fermi. De este modo, Julio Verne y Chejov se daban la mano, y la realidad sonriente superaba a la ficción. Este es el « positivismo » de esa juventud, aun cuando « ciertos refractarios ya no lean los manuales escolares, por considerarlos demasiado insípidos », aun cuando (?) « los jóvenes se preparen a librar batallas de Hernani contra el conformismo », aun cuando —y esto es el colmo de la aberración— « los jóvenes 'huligan' (gamberros) se permitan apalear, en pleno 1961, a un joven comunista en medio de la Plaza de la Revolución ».

El país de las mujeres y del vino

Cuando preguntaba yo a esos jóvenes su opinión acerca de la vieja Europa, todos, comunistas o no, clásicos o científicos, acababan por contestar en un momento dado: « Nosotros la amamos como un lujo. » Y un poeta armenio de veintitrés años añadió incluso: « La vieja Europa, país de mujeres y de vino, nos es necesaria, a pesar de su supuesta decadencia. Podemos y de-

bemos aprovecharnos de ella para perfeccionarnos, pulirnos, abrirle nuestro espíritu para el esparcimiento y los placeres gratuitos, antes de llegar al final de la historia que nos amenaza y al aburrimiento que trae consigo. Necesitamos incluso el elogio de la pereza y del humor, de la perfección en todas las cosas, y del gusto, o más bien de la aceptación del absurdo... ». ¡Qué terrible madurez tienen ciertos jóvenes y qué espantosa lucidez!

Es de esperar que, después de Teócrito, Stravinsky, Saroyan, Laclós y Fernand Léger, serán Robbe-Grillet, Camus, Freud, Moore y Raymond Queneau los que encuentren en este país tan complejo legiones de jóvenes para defenderles (2).

Yo apuesto a que esta última invasión se producirá por esas « islas meridionales » del Cáucaso, definidas así por Kachaturián, y que rodean el Monte Ararat y los vestigios del Arca de Noé.

Pero si los viejos mitos siguen renovándose, ¿qué importa el diluvio del pensamiento y del arte universal sobre la juventud soviética? Esta juventud está representada por una heroína de veinte años que ha tenido la ocurrencia de pedir a los sabios de la Universidad de Lomonosov que se envíe un ramo de olivo al Cosmos, a bordo de la nave espacial « Venusik ».

A MONTONADOS en una habitación, sentados encima de los muebles, del sofá, en el suelo, nos hallábamos una veintena de jóvenes « filósofos » enzarzados desde hacía horas en un animado debate. Los pesados ceniceros rebosaban de colillas de cartón de los « Players » recientemente introducidos en la U.R.S.S.; las botellas de jugos de frutas vacías iban acumulándose; en la ventana abierta, un rascacielos dominado por una estrella roja se recortaba sobre el firmamento de Moscú, cuyo azul iba palideciendo. En este instante borroso, esfumado, en que Dostoyevski sitúa la proximidad de un misterio imperceptible, es cuando Natasha —calificada de « romantik » por sus

(2) La nueva novela, así como el arte abstracto (una invención rusa) y todas nuestras invenciones estéticas existían ya en Rusia, como veremos más adelante.

camaradas, es decir, una de esas muchachas que se tumban sobre un diván para leer a la luz del icono a Ehrenburg, mientras escuchan un disco de Ray Charles— echó hacia atrás su espesa cabellera oscura, descubriendo el óvalo perfecto de su cara, y dijo : — « El objeto de toda vida es la muerte. »

Estas palabras definitivas cayeron en medio de un grave silencio, como si las sombras de Turgueniev y de Bakunin pasaran por allí inopinadamente y como un eterno retorno en medio de esa asamblea de sus nietos. Un joven llamado Alexis prorrumpió entonces en una de esas risitas entrecortadas (a la manera rusa), que son obligadas entre ciertos jóvenes soviéticos que llevan gafas y tienen la frente abultada : — « ¡Ahí va! —dijo triunfante—, Freud ha traído al mundo una nueva apología pesimista de la existencia. » — « ¡Si ha existido en todos los tiempos! » — « ¡Nos viene de los sabios de Oriente! » Las exclamaciones empezaron a restallar por todas partes. La conversación volvió a tomar un sesgo furioso, mientras que Natacha, satisfecha de su provocación, contemplaba su pie desnudo. « Nadie pone en duda ya —dijo Alexis—, que todas las ideas fundamentales y las tendencias decadentes de la filosofía occidental, expresadas en otro tiempo de una manera aristocrática y hermética para la sencilla madre de familia, han sido 'democratizadas' por Freud. Éste pretende revelar el secreto de la conciencia social y fundar una especie de ideología universal para todos. Puede decirse que en Occidente ya ha logrado salir del marco de la psicología e influir en la filosofía moderna de la personalidad... ».

Dioramas en color

Varias voces interrumpieron a Alexis, al que llamaban el hombre filósofo. — « Pero, ¿dónde estamos, en medio de honrados trabajadores o de jóvenes decadentes de la 'dolce vida' de Moscú? » — « Y ¿qué es, además, la naturaleza del hombre? » — « ¡Háblanos más bien de nuestra búsqueda de la felicidad, de nuestro deseo de aprovecharnos de la vida y de mejorar su nivel, de organizar nuestro tiempo libre...! » — « Esto es otra zanahoria para el alma

—respondió Alexis—, una nueva promesa de abundancia para mañana, al mismo tiempo que un nuevo llamamiento a la paciencia. » Las risas partían de todas partes, la habitación se había llenado del olor acre del tabaco ruso, mezclado con el más meloso del « Navy Cut ».

— Sin embargo, nuestra sociedad se transforma a una cadencia inaudita —observó un muchacho alto, de rasgos firmes e inteligentes, volubles y alegres—. Antes teníamos plantas verdes en todas las casas. Ahora tenemos tantas flores como queremos. No sé si lo habéis notado, pero la calidad de los « helados de fruta » en los cafés ha mejorado mucho. Antes hacíamos cola para tomar un taxi, ahora podemos llamarlo directamente por teléfono; podemos escoger entre el cine panorámico, el cine circular y no sé cuántas cosas más, del mismo modo que podemos bañarnos en pleno invierno en el Moscova tibio o esquiar en plena capital. ¿Habéis visto esas revistas americanas que se venden ya en los quioscos? Nuestras muchachas, como Tamara y Raya, aquí presentes, parecen « cover girls », y ni siquiera faltan en nuestras ciudades nuevas esas encantadoras casas de madera iluminadas bajo la nieve, esos jardincillos particulares, esos caballos de pura sangre en los parques, con amazonas (en realidad, lindas obreras) y esos deportivos elegantes (los trabajadores del club Spartak), todo lo que constituye el sueño de las clases medias occidentales. Esto parece demostrar que el « american way of life » es imitado gracias a Kruschef y Mikoyan, y que nuestra joven sociedad, ávida de leches perfumadas y de aparatos fotográficos, cuando no de cámaras cinematográficas y de automóviles, parece aceptarlo, como acepta los céspedes recortados y hasta la esgrima, ese deporte refinado, en el que nos hacemos campeones mundiales. Pero si empezamos a vivir con chaquetas de « tweed », el correo del corazón, una pipa de Carelia y el espliego del Ural, ¡Freud no ha tenido ninguna intervención en ello!

— Este es el lado de la « fotografía en colores » de las cosas ; hay otras —dijo alguien—. En realidad, nada puede objetarse a esta americanización del paisaje, de la vivienda, del hombre y de sus costumbres. Sólo sirve para demostrar que somos,

como los norteamericanos, un pueblo de tendencia nórdica, que ha alcanzado la riqueza, dispone de espacio, de una naturaleza exuberante, de estaciones violentas y, sobre todo, de una mayoría de jóvenes. Hasta nuestros cosmonautas, con la piel cubierta de tiras blancas adhesivas y de electrodos, revestidos de una escafandra de color de naranja, tan calentita, pero más ligera que los abrigo de pieles de nuestros boyardos ; conducidos en cochecitos confortables hasta el cohete enfilado hacia el cielo, son hermanos de sus homólogos norteamericanos, aun cuando éstos tengan algún retraso... Pero no es menos cierto que, en conjunto, el « capitalismo » que se oculta detrás del paisaje en colores no nos ha pudrido aquí, como lo ha hecho allí. No necesitamos de un neurólogo para aconsejarnos si debemos ir a una cita o para dominar nuestra timidez en el restaurante « Budapest », antes de iniciar un cha-cha-chá. En realidad, tenemos perfecta conciencia de nuestras responsabilidades hasta para las cosas más importantes y nos gusta más la vida que la muerte. » — « Tú eres esquemático, dijo Alexis sonriendo con cierta complicidad. Si en el arte clásico de los siglos XIX y XX la representación de los sentimientos y del amor está sujeta a un análisis crítico y artístico de la sociedad, el freudismo lo hace derivar todo del conflicto entre el instinto de conservación y la sexualidad, que desembocan infaliblemente en la aspiración a la muerte.

— Eso es —interrumpió Natacha— ; pero ya nos lo has dicho. Los deseos tienen un carácter conservador, puesto que están orientados hacia la repetición, hacia la regresión... Pero yo creo que la vida tiende a repetirse... Lee a Turgueniev, a los escritores orientales y a los de nuestro siglo XIX, a los de América y de la Europa actual o a los que hablan de las corridas de toros en España. Lee a Aristóteles y hasta a Camus. En éstos no hay nada de freudiano. Tomás Mann definía la decadencia como una aspiración a la enfermedad y a la muerte. Nosotros estamos en ella, fuera del marxismo.

— Aquí no se trata de Freud ni del marxismo —replicó alguien—, sino del eterno conflicto entre una noción optimista de la existencia y una noción pesimista. Freud,

pensando que « la opresión social se deriva de la opresión sexual » y dando como origen único de los fenómenos psicológicos « la libido », distaba mucho de ser un monstruo sexual, sino que era el marido más cándido y apacible que pudiera imaginarse. Asimismo, este judío, este perseguido por el hitlerismo, que odiaba personalmente la guerra, escribía a Einstein « que la lucha armada le parecía completamente normal, pues tenía una sólida base biológica y era casi inevitable ». Es evidente que no tenía razón ; pero ¿era acaso un belicista en una época en que no existía la bomba H y en que la U.R.S.S. no podía imponer aún la paz? ¡No ; para mí, Freud debe situarse en su tiempo, sin duda como un pesimista, pero no como un ideólogo burgués y decadente. ¿Los escépticos de hace tres mil años eran burgueses decadentes? Freud aporta un correctivo al exceso de optimismo, que nosotros sacamos del marxismo, de una manera que, por lo demás, no es tan marxista como todo eso. Así, cuando un literato eminente escribe en nuestro país que Barbusse, en *El Fuego*, y Hemingway, en *Adiós a las armas*, han demostrado que « la guerra no es una consecuencia del instinto de crueldad », y que no se encuentra en los soldados « un afán inconsciente de la terrible orgía de la violencia », yo tiendo a creer que nuestros filósofos oficiales son un poco ingenuos, y que su teoría, muy justa por otra parte, so-



bre los monopolios provocadores de conflictos, les aparta de lo « humano » de las trincheras.

La imagen de la voluptuosidad

Yo había escuchado con vivo interés esta discusión sobre las necesidades y sobre Freud, pues tendía a demostrar que, si bien casi todos los jóvenes soviéticos son unánimes en reconocer los excesos del freudismo, cuando tienen conocimiento de él, no por ello tienden menos a discutirlo de una manera matizada, que traduce, según los unos y los otros, « una voluntad de concretar », « de servirse de todo » y hasta de « debatirlo todo, como lo impone el espíritu científico ».

— Nosotros sólo seremos un gran pueblo —había hecho observar uno de los jóvenes que participaban en aquella « noche filosófica »— cuando sepamos burlarnos de nosotros mismos, como lo hacen en el extranjero Twain o Marcel Aymé, o los cineastas como Tashlin o el italiano Mario Monticelli, autor del *Palomo* y de la *Gran Guerra*.

Estos jóvenes —o por lo menos los que se hallaban presentes en aquella reunión nocturna— buscan el « plano chejoviano de las cosas », y no la realidad épica, como la generación anterior. De este modo, criticando a Freud, después de haber consentido en discutir sobre él, una joven concluyó hasta cierto punto en nombre de todos :

— No es la parte sensual lo que condeno en el pensamiento de Freud; puesto que el arte ha demostrado, con una fuerza extraordinaria, la importancia del placer sexual para vida espiritual de los hombres y las mujeres. No, yo reprocho a Freud el ser un pintor de conceptos, el desviar la atención de la imagen artística, hasta la más voluptuosa, hacia la técnica casi farmacéutica de la voluptuosidad.

En conjunto, esa juventud, formada en su mayoría de técnicos, reprobaba con toda naturalidad la « técnica » en el amor, como todas las juventudes del mundo.

— Para nosotros —afirmaba otro muchacho, llamado Tola, con cierto matiz de pe-

dantería y con una risa de niño— el macrocosmos de la humanidad explica el microcosmos del individuo.

— Esto ya no lo aceptamos —añadía una chica de estilo jdanoviano, que definía la sociedad norteamericana con la presencia del psiquiatra, y la de Francia, en tiempos de Balzac, con la del usurero—. Tampoco podemos aceptar ya a una Bovary, cuya sed de amor quedaba enterrada en la tumba helada del mundo capitalista, que le imprimía el cuño de las relaciones burguesas, como solía decir mi padre, no sin cierta ironía.

— Es que —proseguía en seguida otro joven—, si estamos en contra del exceso de la familia, como lo preconiza Mauriac, por ejemplo, debido al cual la *musa* ha de taparse las narices en el pequeño mundo sofocante de los deseos incestuosos, « los instintos fuera del tiempo » no son menos interesantes, aunque escapen « a la influencia de la historia o no se sienta en ellos el aliento poderoso del pueblo ».

— Después de todo —terminaba diciendo otra muchacha— no se trata de ser fariseos como nuestros padres. Las Bovary siguen presentes entre nosotros, lo mismo que los capitalistas, la explotación sexual o no de la mujer obrera por su marido obrero, cuando ambos regresan por la noche de la fábrica, y la mujer ha de hacer aún la cena, acostar a los niños y servir a su marido sentado en la butaca.

Esbozo de un héroe nietzscheano

Natacha, la joven de la casa, que nos recibía en « su » habitación, se había ido a preparar el café con una máquina « Espresso » que sus padres habían traído de Italia durante un viaje colectivo del « *Inturist* ». Todo el que bebía una taza del café italiano demostraba que había nacido una necesidad, que venía a reemplazar entre los jóvenes la pasión por el alcohol, todavía funesta entre las personas de más de cuarenta años.

— Desde hace mucho tiempo —volvió a decir Alexis—, el pensamiento realista ha probado que las necesidades de los ma-

míferos inteligentes que somos nosotros se transforman en sistemas de interés. Ahora bien, el interés, según Hegel, lleva consigo « una finalidad » y « circunstancias » que debe tener en cuenta la necesidad satisfecha, así como los « medios » necesarios para alcanzar esa finalidad. Por lo tanto, somos una generación hegeliana, que sólo se reconoce como grupo de individuos cuando ha logrado realizarse mediante la acción.

— Esto es muy bonito —observó Natacha—, pero lo que me interesa, hablando no desde mi nube, sino con un lenguaje corriente, son mis zapatos de tacones altos, un vestido de moda y mi peinado « pañisiense ».

— Ya se ve que te identificas mitológicamente con la diosa del Amor o con Brigitte Bardot —repuso Alexis sarcástico—. Vosotras las mujeres —según Freud—, no tenéis acceso a la moral más que gracias a la parcela masculina de vuestra herencia.

— Estás muy despectivo —contestó Natacha molesta—. Así me recuerdas al héroe nietzscheano, el futuro cosmonauta con uniforme soviético, el gran « teknik » que desprecia secretamente a la mujer, solitario cáustico, cuya misión más noble es guiar a la U.R.S.S. en el mundo. Ese héroe, naturalmente —pero ese no es tu caso—, no condesciende con los placeres. Desprecia el arte, así como el gusto de un cine « apolitizado », el maquillaje y el baile. Si eres así, en efecto, me das miedo. Acuérdate que algunos jóvenes del Tercer Reich no necesitaban a Mendelssohn, ni los « Lyrische Intermezzo » de Henri Heine, odiaban a las mujeres « femeninas », la comodidad, la aspiración razonable a una vivienda por familia, a una « datcha » a cien kilómetros de Moscú o a un cochecillo « Moskovitch » para salir de vacaciones. Pero, ¡ten cuidado, Alexis! ¡Apuesto a que ese héroe « alemán », ya que en Rusia estamos secretamente dominados por Alemania desde hace siglos, cuando se dirija, pálido y ascético, a su fábrica electrónica, será cornamentado en el mismo día!

La vehemencia de Natacha se perdió en medio de una carcajada general, que el « hombre filósofo » fingió tomar como un homenaje, antes de proseguir : — He aquí a donde hemos llegado. Construimos

una sociedad, con una seriedad desconocida hasta ahora en el extranjero, en debates seguidos por cien mil jóvenes técnicos, un mundo que debe adaptarse al tránsito, tan esperado y siempre aplazado, hacia el comunismo y, en realidad, estamos dominados por las mujeres, llevados de nuevo a sus problemas mezquinos, a su miedo de todo lo nuevo, a su sociedad tradicional, retrógrada, maternal, que hace una revolución con su espíritu conservador. El mismo Kruschef os halaga, como se halaga en Estados Unidos a millones de mujeres norteamericanas que hacen las modas, los éxitos, e imponen « su civilización de las necesidades ».

Los soles de Van Gogh

Esta vez los hombres se unieron al « sexo débil » para calmar a Alexis. Todos sabían que Natacha era la prometida del « hombre filósofo » y que era preferible tranquilizar a nuestra joven anfitriona para evitar al desdichado camarada represalias que, por otra parte, éste empezaba a temer. Ya comenzaba a reflejarse el día en los rostros demacrados, y la estrella roja que dominaba el cercano rascacielos se había apagado inmediatamente después de la desaparición de Venus. Estos jóvenes no eran unos ociosos, y dentro de una hora habrían de marcharse, sin haber dormido, a su fábrica, a su oficina o a su facultad, después de haber rendido culto a esa pasión por la discusión nocturna a que hacen referencia las posaderas de todo el mundo que alojan a rusos.

En el « club de los jóvenes filósofos » nadie tenía coche, y todos, para empezar la jornada, iban a tomar el metro en la cercana estación « Komsomolskaya », donde sólo unas pequeñas aureolas en los frescos murales indican el emplazamiento apenas perceptible, ocupado en otro tiempo por los apóstoles de una cena comunista, jerárquicamente dispuestos alrededor del viejo « número uno », pero sin que éste distribuyese pan ni vino. Al pasar a « esta catedral de los trabajadores », ¿mis interlocutores levantaron los ojos hacia esos vacíos, testimonios de la fragilidad del culto consagrado a ciertos mortales? Supuse que ya no veían siquiera esos cambios, esa día-

léctica del raspado y de la piedra pómez en los frescos que Guerasimof había creído más inmortales que los soles de Van Gogh. Natacha sería la última en partir, sin ver en la nave de la estación de la « Komsomolskaya » otra cosa que una muchedumbre atareada e indiferente. Iría en el metro hasta la estación de « Biblioteka Lenina », trabajaría en su oficina, almorzaría en el club de su administración, comiendo bistés de carne picada, un tarro de nata y una fruta, antes de reunirse con Alexis a las cinco de la tarde, en el café de la Amistad, detrás del Teatro Bolchoy. Juntos comentarían la noche pasada con el extranjero, harían proyectos de vacaciones en el Cáucaso o de una velada en el teatro de títeres. En invierno, atravesarían los hermosos jardines Alexandrovsky, que lindan con las murallas del Kremlin, tomando un helado, con una temperatura de -20° , o deteniéndose para seguir la partida de ajedrez de algunos jubilados cubiertos de capuchones. Después, siguiendo el ritmo de las estaciones, trocarían con el corazón jubiloso sus pesados vestidos de invierno y la toca de piel por la chaqueta entreabierta, en espera de la eclosión brutal de la primavera, que trae consigo un deleite de la carne, un impulso de simpatía y, durante unas semanas, convierte a todos los jóvenes rusos, incluso a los más serios, en mediterráneos exuberantes.

« En ningún otro país se siente la naturaleza como en Rusia, en ningún otro se es tan tributario de ella », había dicho Alexis, contestando a Natacha y confesando su conciencia de la muerte. Detrás de su máscara filosófica, realizaría, como su padre y como más tarde sus hijos, ese gesto de sumergirse, a la manera de Gorki, « en el interior ruso », perdiéndose en el torbellino de las estaciones, antes de aceptar su fin, como Tolstoy. « ¿Podría combinarse esto con lo demás? », le había preguntado yo. Lo demás era, *grosso modo*, el jazz en las calles de Moscú, en la época de los festivales, las « cafeterías », algunas prostitutas, muy raras, que operaban en taxi, la propina dada al portero, para que les dejase entrar en el restaurante « Arabia », de la calle Gorki, los escaparates presentando a Francia bajo el aspecto de Dior y del

Folies Bergère, el nuevo gusto por el *week-end* y la pasión por el hogar, símbolo de la libertad individual, el aspecto moderno, afinado de las muchachas con cabellos cortos, que ostentaban las letras CCCP en sus abrigos olímpicos, y hasta los jóvenes peinados a la *Titus* y llevando las camisas chillonas de Saint-Germain-des-Prés...

— Por el momento, esto puede pasar — había dicho Alexis imitando muy serio, al punto de separarnos todos, al clown Popov cuando hace equilibrios—. ¿Ha visto usted los periódicos? Nos acercamos a la edad de oro, de la armonía entre la vida privada y la vida colectiva... Pero, ¿sabe usted lo que me ha contestado mi hermanito Mijail, que tiene diez años, dando vueltas a los pulgares, cuando le he hablado de la época de la gratuidad, que ya está próxima, del trabajo mínimo, de las vacaciones, en una palabra, del paraíso sobre la tierra? — « Yo, a no ser que vayamos a la Luna, lo encuentro aburrido. » — « Los niños ven siempre al rey desnudo », había concluido Natacha, cerrando suavemente la puerta.

« ¿El soberano desnudo? »... ¿Era Carlos Marx en persona? El « aburrimento » expresado por el joven Mijail, ante la perspectiva del paraíso terrenal, ¿era efecto de una aprensión ante la « consecución » del comunismo? Ahora los jóvenes rusos no tienen que dar cuentas a nadie cuando se trata de burlarse de ellos mismos o de lapidar un poco a los ídolos en una especie de juego, como en Carnaval, o el Primero de Mayo, que es a la vez un rito solar y la fiesta del trabajo. ¿Estaban dispuestos a franquear las puertas de una eternidad seráfica, que el cristianismo retira prudentemente hasta el más allá? Estas preguntas sólo puede hacérselas un hombre después de una noche de discusión y de insomnio; pero yo no me dejaba engañar por la llamada conciencia de la muerte, expresada por Natacha, ni por las críticas acerbas o las necesidades de Alexis. Estos jóvenes y todos los demás, disimulaban apenas, detrás de esa ironía explosiva, a veces pedante, la alegría de vivir y el orgullo de pertenecer a una generación que « heredaba » de las anteriores un patrimonio tan fabuloso como rudamente amasado.

El cambio social y la juventud en Estados Unidos

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS más destacadas (y para muchos miembros de la generación vieja, más desconcertantes) que presenta la juventud de hoy es su visible falta de solidaridad profunda con los valores y funciones de los adultos. Un número creciente de jóvenes —estudiantes, gamberros (*teenagers* : entre los 13 a los 19 años), delincuentes juveniles y *beats* (o *beatniks*, derrotados)— se han hecho ajenos a las concepciones de lo que es adulto sostenidas por sus padres, son desafectos a las corrientes principales de la vida pública tradicional, y están desafiados de muchas de las instituciones históricas de nuestra sociedad. Este enajenamiento es, por supuesto, uno de los lemas cardinales de la « generación batida » ; pero caracteriza muy sutilmente a muchísimos otros jóvenes, aun aquellos que a primera vista aparecen como muy preocupados de salir adelante y hacerse lugar en el mundo. Una cantidad sorprendente de esos jóvenes, de uno y otro sexo, a pesar de sus esfuerzos para conseguir buenas becas y notas elevadas de manera que puedan pasar a una buena escuela de medicina y conseguir una gran práctica, miran sin embargo al mundo donde están entrando con desconfianza profunda. Paul Goodman describe atinadamente su visión de la sociedad como « un cuarto que al parecer está cerrado, y por en medio del cual tiene lugar una carrera de ratas ». Que le llamen ellos o no carrera de ratas, no tiene importancia (aunque muchos se lo llaman) : un número sorprendente de jóvenes que parecen ambiciosos, lo

ven así. Ven el mundo adulto al que se encaminan como un lugar frío, mecánico, abstracto, especializado y emocionalmente desprovisto de sentido, al que uno va porque sí, pero sin convicción de que valga la pena, ni ello sea humano, digno, importante o atractivo. Así, para muchos jóvenes, es esencial mantenerse « frío » ; y « frialdad » implica distancia, falta de solidaridad, no ser entusiasta ni tampoco desesperarse nunca por nada.

Éste es un cuadro sombrío, y en parte hay que matizarlo. Pues pocos jóvenes son deliberadamente escépticos o calculadores ; más bien se ven forzados muchos de ellos al distanciamiento y prematuro escepticismo a causa de que la sociedad parece ofrecerles muy poco que resulte de importancia, estable y significativo. Desearían que hubiera valores, finalidades o instituciones a favor de los que pudieran comprometerse genuinamente ; continúan buscándolos ; y tan pronto como algo por el estilo del Cuerpo de la Paz promete un reto y una auténtica expresión de idealismo, hay un número extraordinario de jóvenes que están dispuestos a dejarlo todo para sumarse. Pero cuando la sociedad en su conjunto les ofrece pocas oportunidades atractivas o excitantes —pocos de los que Erikson hubiera llamado objetos de « fidelidad »—, les parece a muchos que « tomarlo fríamente » es el único camino de evitar el dañino compromiso con estilos de vida o finalidades falsos.

Para mucha gente mayor esta actitud parece tener un gusto a ingratitud e irresponsabilidad. En una época anterior, la mayor parte de los hombres se hubieran sentido agradecidos por las oportunidades que se le ofrecen a esta juventud contemporánea. A los estudiantes que han pasado el liceo

Publicado con autorización de Dædalus (Invierno de 1962), Journal of the American Academy of Arts and Sciences.

(college) les aguardan bellas perspectivas ; y sin embargo muchos tienen escaso entusiasmo por esas oportunidades. Si tienen entusiasmo por algo, es por su novia, por su papel en la sociedad dramática del liceo, por escribir poesía, o por un grato fin de semana con sus amigos. Al mismo tiempo, los miembros de esta generación tan irresponsable en apariencia son sorprendentemente sanos, realistas y sensatos. Podrán no librarse a los grandes entusiasmos, pero tampoco se entregan al fanatismo. Tienen una grande, quizás excesiva, conciencia de las complejidades del mundo que los rodea ; son leídos e informados ; son amables, decentes y moderados en sus relaciones personales.

Parte del contraste entre la aparente madurez y el enajenamiento de la juventud es comprensible en términos de la fenomenología del cambio sin freno. Pues la sensatez de la gente joven de hoy en parte se manifiesta en la conciencia que tiene de que su mundo es muy diferente del de sus padres. Saben que ciertos compromisos precipitados pueden mostrarse mañana pasados de moda ; saben que la mayoría de los criterios están cambiando rápidamente, y por eso encuentran difícil fijar una posición en que mantenerse. Más aún, muchos jóvenes, de uno y otro sexo, se dan cuenta de que sus padres son malos modelos para la especie de vida que ellos mismos deberán hacer en sus años maduros, es decir, malos ejemplares de lo que ellos deben y no deben ser. O quizás sería más exacto decir, no que sus padres son malos modelos (pues un mal modelo es, de todos modos, modelo de lo que no se debe ser), sino que los padres son cada vez más inservibles como modelos para sus hijos. Muchos jóvenes están de veras desorientados en cuanto a lo que deben tratar de llegar a ser : no existen modelos válidos para el mundo todavía no imaginado en que habrán de vivir. No deberá sorprendernos que su misma sensatez y realismo los lleve a veces a ser desafectos a los valores de sus padres.

Otro hecho saliente en los muchachos de hoy es su relativa falta de rebeldía frente a sus padres o la generación de sus padres. Dada su mala disposición a solidarizarse con el « mundo adulto » en general, parece

sorprendente su falta de rebeldía, pues estamos acostumbrados a pensar que si un joven no acepta los valores de sus padres es porque los rechaza de manera activa. Y cuando las generaciones enfrentan situaciones vitales semejantes, la imitación o la oposición son por supuesto las dos posibilidades principales. Pero la rebelión presupone, después de todo, que el blanco de la hostilidad de uno constituye una amenaza activa : en los relatos clásicos de rebelión filial el hijo se encuentra en un peligro real de verse forzado a ser igual que su padre, y se rebela antes que aceptar esta definición de sí mismo. Pero cuando un joven no ve siquiera la posibilidad de llegar a ser igual que sus padres, el mundo de éstos le resulta tan remoto que ni le tienta ni le intimida. De hecho, una gran cantidad de jóvenes están a tal distancia de sus padres, en términos generacionales si no en afecto, que pueden permitirse « entenderlos », y hasta mostrar una conmovedora benevolencia hacia sus vacilantes esfuerzos por guiarlos y aconsejarlos. También los padres se dan cuenta con frecuencia de que a los ojos de sus hijos aparecen anticuados u « obtusos » ; y esto les quita aún más las ganas de tratar de imponerles sus propios valores o preferencias. El resultado suele ser un tácito *gentleman's agreement* entre las generaciones, ninguna de las cuales se meterá en las cosas de la otra. Ese acuerdo presta reconocimiento a un hecho real de la existencia actual ; pero muchas veces crea nuevos problemas.

Uno de ellos se encuentra reflejado de forma vívida en multitud de obras teatrales, novelas y películas contemporáneas : es la *ausencia de ejemplares paternos*. Es un hecho característico de la mayoría de nuestros héroes contemporáneos el de que no tienen padres, o cuando los tienen, se los retrata como incapaces, o como psicológicamente ausentes de una manera u otra. Tomemos a Augie March o a Holden Caulfield, tomemos los héroes de las piezas de Arthur Miller y Tennessee Williams, o consideremos el personaje principal de una película como *Rebel Without a Cause* (Rebelde sin motivo). Ninguno de ellos tiene un padre que pueda actuar como modelo o, para estos efectos, como blanco de una

rebelión declarada. Lo mismo puede decirse, siquiera menos dramáticamente, respecto de gran número de los muchachos actuales. A veces oye uno a los estudiantes, en conversaciones privadas, quejarse incluso de la tolerancia y blandura de sus padres ejemplares : « Si al menos, por una vez siquiera, me dijese lo que piensan ellos que debo hacer. » Los jóvenes necesitan modelos y guardianes de su desarrollo ; y a menudo se sienten engañados si no los encuentran a mano. El *gentlemen's agreement* rara vez funciona.

Sería erróneo, sin embargo, inferir de eso que los padres se han hecho incompetentes de pronto. Por el contrario, la mayoría de los padres norteamericanos sienten un interés genuino por sus hijos, hacen toda clase de esfuerzos por comprenderlos y compenetrarse con ellos, piensan y se preocupan de continuo acerca de cómo guiar su desarrollo. En tiempos más estables, esos mismos padres hubieran sido modelo excelente para sus hijos, alimentando su crecimiento a la vez que reconociendo su personalidad. Pero hoy suelen dar a sus hijos la sensación de no haber tenido nunca, de veras, padres, como si de un modo u otro les hubieran falsificado la partida de nacimiento. Y no es difícil encontrar la explicación ; ni aún los padres mejor intencionados pueden tener esperanzas hoy en día de constituir un modelo perfecto para el futuro de sus hijos. Un hombre nacido en el decenio de 1910 o de 1920 y formado durante el período de depresión económica se encuentra ya, él mismo, en un mundo que por entonces era inconcebible ; sus hijos vivirán en un mundo más inconcebible todavía. Sería poco realista esperar que modelen su vida sobre la del padre.

Otro aspecto de la psicología del cambio rápido es el difundido sentimiento de impotencia —social, política y personal— que mucha gente padece hoy. En el decenio de 1930 había una minoría que expresaba su creencia de que la sociedad debía y, lo que es más importante, podía ser transformada radicalmente ; y había otros que estaban convencidos, cuando menos, de que sus esfuerzos representaban algo y podían influir en política y en la organización de la sociedad. Ahora el sentimiento de impotencia se extiende incluso más allá de

las cuestiones de interés político y social ; muchos jóvenes se consideran a sí mismos como incapaces de influir salvo en las esferas más personales de su vida. El mundo se presenta como flúido y caótico, y se mira a los individuos como víctimas de fuerzas impersonales que rara vez se pueden entender y nunca controlar. Los estudiantes, por ejemplo, no sólo son propensos a tener una visión altamente negativa del trabajo del norteamericano adulto promedio, considerándolo estéril, vacío e infecundo, sino que ellos mismos se sienten presas de un sistema que no pueden cambiar y al que tampoco pueden sustraerse. Son pesimistas en lo que se refiere a sus propias posibilidades de reformar o mejorar las grandes empresas, burocracias y academias para las que la mayoría de ellos habrán de trabajar, y no menos pesimistas acerca de la perspectiva de encontrar fuera del sistema un trabajo que pueda ser más eficaz.

Sentimientos tales de impotencia tienden, claro está, a precipitar su propio cumplimiento. El muchacho que se cree incapaz de encontrar un empleo fuera del sistema burocrático y, una vez empleado en él, incapaz de configurarlo de manera que se haga más eficiente y útil, terminará por lo general exactamente allí donde tenía estar : en un empleo carente de sentido (1). Pero, aunque sea incorrecta, esta convicción resulta fácil de entender. El mundo ha sido siempre asombrosamente complejo, y conforme se amplía nuestra comprensión se produce una conciencia a veces paralizante de su complejidad. Más aún, cuando el punto de observación se desplaza continuamente, cuando de hecho el futuro es más cambiante que nunca, cuando el pasado sólo proporciona poquísimas indicaciones de cómo llevar una vida fructuosa en una sociedad que evoluciona, entonces es muy difícil tener la convicción de que uno puede dominar el medio ambiente.

(1) Es irónico que esta generación, mejor preparada que ninguna otra, y que sabe más acerca de sí misma y del mundo, estando así en mejor posición para encontrar los puntos de apoyo a partir de los cuales pueden cambiarse las cosas, se sienta incapaz de moldear su propio destino en todo lo que se refiere a la vida pública.

La respuesta más común a este sentimiento de desamparo es lo que David Riesman ha llamado « privatismo ». La gente más joven subraya y valora cada vez más precisamente aquellas áreas de su vida menos envueltas en la sociedad amplia, y que por consiguiente parecen más manejables y controlables. Los muchachos y muchachas de hoy desean formar familias numerosas, con frecuencia ponen la intimidad de la familia por encima del trabajo eficaz, y muchos esperan que la vida de familia sea el aspecto más importante de su existencia. En el seno de la propia familia uno parece capaz de controlar el presente y, dentro de ciertos límites, de configurar el futuro. También la diversión se encuentra bastante más sometida al control personal del individuo que su vida pública; un hombre puede sentirse obligado a hacer un trabajo poco interesante para ganarse la vida, pero puede emplear sus ocios como guste. Muchos jóvenes esperan hallar en el recreo una medida de estabilidad, goce y control que sin eso les faltaría. De ahí su interés en conseguir tiempo libre, en aprovechar bien ese tiempo, en lograr empleos con vacaciones largas, y en vivir en zonas que permitan disfrutar a fondo del ocio. Incluso muchos piensan trabajar suplementariamente en su tiempo libre con una dedicación que falta por completo en su trabajo profesional propiamente dicho. En el ocio, como en la familia, esperan encontrar los jóvenes aquella satisfacción interior que no encuentran en sus ocupaciones habituales, en su cotidiano trabajo.

En estrecha relación con ese interés predominante por las esferas privadas de la vida está el acortamiento del tiempo previsible. Empeños y compromisos a largo plazo parecen cada vez más problemáticos, pues aun si pudiera uno estar seguro de que no habrá un holocausto mundial, la dirección futura de la sociedad parece no menos incierta. De igual manera que el pasado se hace más remoto, en términos psicológicos si no en la efectiva cronología, hay una mayor tendencia a desdibujarlo por entero. La forma extrema de ese rasgo se encuentra en la insistencia de los *beats* sobre las satisfacciones actuales, con una casi total negativa a considerar consecuencias futuras o compromisos pasados. Aquí el futuro

y el pasado desaparecen por completo, y se busca la mayor intensificación posible del presente. Bajo una forma menos psicopática, se encuentra en muchos jóvenes la misma insistencia sobre objetivos que puedan cumplirse en el presente por sí mismos y no en espera de alguna recompensa futura. La perspectiva de inflación continuada hace trasnochado el concepto del pequeño ahorro; la existencia de un mercado de trabajo cambiante hace problemática la dedicación a una labor especializada; la posibilidad de una guerra, si se la toma en serio, hace ridículo todo plan para el futuro. La consecuencia es que sólo raros jóvenes se proponen proyectos de vida para más lejos de cinco o diez años; la mayoría no ven más allá de la escuela graduada, y muchos, no es que escojan sus futuras carreras, sino que van a dar en ellas. Los objetivos a largo plazo, las satisfacciones pospuestas y las recompensas indefinidamente postergadas de la ética protestante, han sido sustituidos por un hedonismo del momento, muchas veces renuente.

Un corolario del interés predominante por lo privado y lo presente es la declinación de las adscripciones políticas entre los estudiantes de liceo. Desde luego, los estudiantes norteamericanos nunca mostraron las intensas preocupaciones políticas de sus contemporáneos del Continente; y además también hay excepciones, especialmente en los movimientos de « acción directa » centrados alrededor de la desagregación. Pero la norma general de indiferencia política permanece relativamente inalterada, o si acaso se ha hecho más marcada todavía. Quienes están familiarizados con los estudiantes de liceos selectos en el decenio de 1930 y al final del de 1950 contrastan la actividad política de la ruidosa minoría que actuaba entonces, con la apatía general de ahora frente a problemas mundiales de mayor magnitud. En lugar de acción política, tenemos en muchas universidades una ebullición de las artes, con centenares de piezas teatrales, óperas, poemas y novelas cortas producidas anualmente por los estudiantes. Por debajo de esta preferencia a favor de lo estético y en perjuicio de lo político se encuentran muchos de los rasgos que he mencionado: el sentimiento de impotencia pública, el interés por los as-

pectos privados e inmediatos de la vida, el sentimiento de insolidaridad con los valores de la generación paterna. Pero lo más importante es la verdadera ansiedad que se apodera de muchos jóvenes reflexivos cuando contemplan su propio desamparo frente a fuerzas sociales e históricas que pueden llevar el mundo a la destrucción. Es quizás significativo que los estudiantes de Harvard hayan comenzado a amotinarse contra los diplomas en latín la tarde en que tenía lugar un mitin para protestar contra la intervención norteamericana en Cuba, mitin al que acudió relativamente poca gente, a pesar de que la mayoría de los estudiantes tal vez hubieran suscrito la protesta. Cualquier discusión de relaciones internacionales complejas, las posibilidades de guerra nuclear, e incluso las complicadas cuestiones de la política interna norteamericana, generan un grado tan elevado de ansiedad que, salvo los extraordinariamente honestos o extraordinariamente masoquistas, los demás prefieren descargar sus tensiones por caminos distintos del de la actividad política.

En general, muchos estudiantes de liceo tienen una especie de culto de la experiencia que apunta, en palabras de uno de ellos, al « máximo posible de experiencias sensoriales ». Parte de la fascinación que la « generación batida » ejerce sobre los estudiantes de liceo radica en su demanda de « latigazos », de una intensificación de las experiencias privadas actuales sin referencia a otra gente, a normas sociales, al pasado o al futuro. Pocos estudiantes van tan lejos, aun en el pequeño grupo que viste « derrotado », monta en motocicleta y frecuenta los bares de café expreso : la mayoría busca la experiencia por caminos menos asociales que el sexo, la velocidad y los estimulantes. Pero el viaje, la experiencia artística y expresiva, el goce de la naturaleza, la intimidad del amor erótico o la compañía de amigos ocupan un lugar semejante en la jerarquía de los valores. Paralelo con esto va la búsqueda de sí propio dentro de uno mismo más bien que en la sociedad, la actividad o el compromiso, y una creencia de que la verdad puede descubrirse escarbando en la psique. La búsqueda de la experiencia es privada e incluso solipsística y acarrea una indife-

rencia hacia las llamadas de la sociedad más amplia. No hay duda de que también Teddy Roosevelt era a su manera un buscador de experiencias ; pero, al contrario de la mayoría de los jóvenes norteamericanos contemporáneos, las buscaba en una extroversión frenética, en la bravata y en la acción heroica ; y su recompensa fue por último la aclamación pública. Pero para la mayoría de los estudiantes actuales, Teddy Roosevelt y los valores de su época se han hecho sencillamente cómicos.

Cultura de juventud e identidad

Muchos de estos aspectos de la juventud pueden resumirse como una versión refinada del fenómeno, casi exclusivo de Estados Unidos, de la « cultura de juventud », esto es, la cultura especial de aquellos que están entre la infancia y la edad adulta, cultura que difiere de ambas, tanto de la del niño como de la del adulto. Para entender la cultura de juventud tenemos que considerar no sólo la brecha creciente que separa a las generaciones, sino la discontinuidad entre la infancia y la edad adulta. Las discontinuidades generacionales son lapsos en el tiempo entre una generación madura y la siguiente ; pero las discontinuidades de los grupos de edad son lapsos entre diferentes grupos de edad al mismo tiempo. La transición de la infancia a la edad adulta nunca es, en ninguna sociedad, completamente continua ; pero en algunas sociedades como la nuestra hay discontinuidades radicales entre las definiciones culturalmente dadas del niño y del adulto. Se ve al niño como irresponsable, y al adulto como responsable ; el niño es dependiente, y el adulto independiente ; al niño se le supone asexual, mientras que el adulto está interesado en el sexo ; el niño juega, el adulto trabaja, etc. En las sociedades donde son más agudas las discontinuidades de los grupos de edad, hay por lo general alguna forma de iniciación para garantizar que cada cual crezca, que la transición quede claramente marcada y que no haya recaídas en actitudes infantiles.

Pero en nuestra sociedad carecemos de ritos formales de iniciación a la edad adulta ; los maltrechos vestigios de esos ritos,

tales como bar mitzvah, confirmación, o ejercicios del día de la graduación, han perdido casi todo su anterior significado. En cambio tenemos una cultura de juventud, no tan manifiestamente transicional, sino más parecida a un período de espera en el que el muchacho está preparándose ostensiblemente para las responsabilidades de adulto, pero en la que a los adultos les parece con frecuencia que está armándose contra ellos. Por supuesto que los años de la cultura de juventud suelen emplearse en adquirir una preparación en la escuela superior, en el colegio, en el « entrenamiento » de un oficio o de una profesión. Pero sería erróneo representarse la cultura de juventud como un mero aprendizaje, una manera de enseñar al joven las habilidades técnicas de la edad adulta. Pues la esencia de la cultura de juventud consiste en que no es un período racional de transición ; si lo fuera, combinaría simplemente los valores de la infancia y los de la edad adulta. Lejos de ello, tiene papeles, valores y modos de conducta peculiares ; hace hincapié en la indiferencia hacia los valores adultos, en el ser uno sexualmente atractivo, en la osadía, en el placer inmediato y en la camaradería, en hábitos y modos que no se dan ni en la infancia ni en la edad adulta. La cultura de juventud no es siempre, o en forma explícita, anti-adulta, pero es beligerantemente no adulta. El chico del « rock'n'roll », el típico estudiante del montón, el delincuente juvenil y el « beatnik », cualesquiera que sean sus importantes diferencias, todos forman parte de esa cultura general de juventud.

Para entender esta subcultura tenemos que considerar su relación tanto con las discontinuidades entre grupos de edad como con las discontinuidades entre generaciones. He señalado que la gente joven acostumbra mirar los aspectos más públicos de la vida adulta como vacíos, sin sentido, una carrera de ratas, un tráfico fútil ; sólo en áreas privadas puede hallarse sentido y calor. La infancia contrasta agudamente con esta imagen : la infancia se contempla (y con frecuencia es de veras así) como un tiempo que absorbe por completo los talentos e intereses de uno, un tiempo en que el trabajo, el amor y el juego están relacionados de manera integral, en que a

la imaginación se le da libre juego, y la vida tiene espontaneidad, libertad y calor. Es evidente que, en comparación suya, la edad adulta sufre, y se comprende que aquellos que están siendo empujados a la madurez claven los pies en tierra si lo que preven es eso. La cultura de juventud ofrece una especie de estación en el camino, una parada temporal durante la cual puede uno reunir fuerzas para el próximo trecho horripilante del viaje. Y para muchos la cultura de juventud no es sólo una de las paradas, sino la última parada de la que disfrutarán en verdad o con la que se sentirán solidarios. Así, la cultura de juventud es en parte una consecuencia de la discontinuidad de los grupos de edad, una expresión de la repugnancia de muchos jóvenes a afrontar los peligros desconocidos de la edad adulta.

La cultura de juventud no sólo expresa la mala voluntad del joven para hacerse hombre maduro, sino que sirve a una función más positiva al resolver las discontinuidades generacionales. Erik H. Erikson hubiera caracterizado nuestra cultura de juventud como una moratoria psicosocial de la edad adulta, por cuya virtud los jóvenes obtienen una oportunidad para desarrollar su identidad como adultos. Una de las principales funciones psicológicas del sentido de identidad es suministrar una sensación interior de la continuidad de uno consigo mismo ligando el pasado, el presente y el futuro en un todo coherente ; y la primera tarea de la adolescencia y del comienzo de la edad adulta consiste en realizar esa identidad. La palabra « realizar » es esencial aquí, pues la identidad no la da simplemente la sociedad en que el adolescente vive ; en muchos casos y en grado diverso, él tiene que hacer su propia y singular síntesis de los modelos, identificaciones e ideales, con frecuencia incompatibles, que la sociedad le ofrece. Cuanto más incompatibles sean los componentes con que ha de edificarse el sentido de identidad, y más incierto el futuro para el cual trata uno de realizar su identidad, más difícil resulta la tarea. Si el hacerse hombre maduro fuera mera cuestión de « socializarse », esto es, de aprender como « adaptarse a » la sociedad, difícil sería que nadie pudiera hacerse ple-

namente hombre en Estados Unidos en nuestro tiempo, pues la sociedad a la que la gente joven se deberá « adaptar » un día, está aún por producirse y hasta por imaginar. Simplificando mucho, podríamos decir que la socialización es el problema principal en una sociedad donde hay papeles conocidos y estables a los que deban adaptarse los niños ; pero en una sociedad como la nuestra, que cambia rápidamente, la formación de la identidad reemplaza cada vez más en importancia a la socialización.

Y aun la realización de la identidad se hace, sin embargo, más difícil en unos tiempos de cambio rápido. Recuérdese que una de las tareas capitales de la formación de identidad es la creación de un sentido de sí mismo que ligue el pasado, el presente y el futuro. Cuando el pasado generacional llega a ser todavía más distante, y cuando el futuro es cada vez más impredecible, tal continuidad exige más trabajo, más esfuerzo creador. Además, como hace notar Erikson, otra de las tareas capitales de la formación de identidad es el desarrollo de una « ideología », es decir, de una filosofía de la vida, una visión básica del mundo que pueda orientar las acciones de uno en la vida adulta. En tiempos de rápido cambio ideológico, rara vez basta para un hombre o mujer joven con aceptar sencillamente alguna ideología del pasado. La tarea es más difícil : requiere seleccionar de entre muchas ideologías aquellos elementos esenciales que más convienen y que son más firmes. Hacer esto exige tiempo, y a veces más tiempo a los mejor dotados, quienes suelen tomar la cosa más en serio.

La cultura de juventud ofrece, pues, no sólo una oportunidad para posponer la edad adulta, sino también una probabilidad mayor para desarrollar un sentido de la identidad que resuelva la discontinuidad entre infancia y edad adulta por un lado, y por el otro tienda un puente de una generación a la siguiente. Por supuesto, unos pocos muchachos y muchachas tratan de encontrar una alternativa a la identidad, dejándose llevar por la corriente. Incapaces de descubrir o crear una base interior sólida para sus vidas, se hacen superadaptados ; desarrollan una extraordinaria sen-

sibilidad para captar los deseos y expectativas del prójimo ; en un sentido literal, se dejan definir por las exigencias del ambiente. Así, quedan a salvo de desilusiones, pues no habiendo hecho apuesta alguna sobre el futuro jamás habrán aventurado su dinero al caballo perdedor. Pero esta alternativa es una evasión y no una solución al problema de la identidad. El hombre dirigido por los demás (*other-directed man*) se queda vacío por dentro ; ha arreglado el asunto desempeñando los papeles que los demás le piden. Y desempeñar papeles no satisface ni llena ; dejar que el ambiente decida acredita carecer de personalidad. La mayor parte de los jóvenes ven esto muy claramente, y sólo unos cuantos caen en la tentación de abandonar la lucha.

Hay otro pequeño grupo, los llamados *beats* y sus inmediatos compañeros de viaje, que eligen el otro término de la alternativa : colocarse por completo fuera del sistema y tratar de permanecer para siempre dentro de la cultura de juventud. Al hacerlo, algunos jóvenes son capaces de crear para sí mismos un mundo de disfrute inmediato, privado y simple. Pero dejar el sistema tiene también sus problemas. Esa búsqueda de uno mismo que corre a través de la cultura de juventud y el mundo *beat*, no es la totalidad de la vida, y continuarla indefinidamente suele significar la renuncia a logros que tradicionalmente han sido parte de la definición de un hombre o una mujer : intimidad y amor a otros ; creatividad personal en forma de trabajo, ideas e hijos ; y la plenitud y redondeamiento de la vida que es idealmente la recompensa de la vejez. Así, aun cuando muchos jóvenes se sienten tentados y fascinados por la alternativa *beat*, pocos la eligen de hecho.

La inmensa mayoría de los jóvenes de hoy no acepta ni la evasión de abandonarse a los demás, ni la evasión del derrotado, frente al problema de la identidad. Si bien desolidarizados en muchos aspectos de los sectores públicos de la vida adulta, están sin embargo dispuestos a entrar en el juego sin comprometerse a fondo. Tienen una especie de « doble conciencia », en parte orientada hacia el mundo adulto donde pronto entrarán, y en parte engranada con su versión de la cultura de juventud. No

son indóciles (en realidad, quieren a sus padres), pero se sienten distanciados y ajenos a lo que ellos representan. Con frecuencia desearían poder modelarse de acuerdo (o en contra) de lo que sus padres propugnan, pero son lo bastante sensatos para ver que la gente mayor está a su vez confusa y desorientada. Se sienten relativamente impotentes para controlar o influir el mundo personal que les rodea, pero tratan de compensar este sentimiento acentuando aquellos aspectos privados de la vida en los que acaso puede obtenerse una cierta medida de predictibilidad y calor. Con frecuencia toman parte entusiasta en la cultura de juventud, pero la mayoría de ellos están, sin embargo, intentando « graduarse » de adultos. Y aun cuando muchos vacilan en los umbrales de la edad adulta, no lo hacen sólo por antagonismo o miedo, sino muchas veces por conciencia de que todavía tienen que desarrollar una identidad viable que proporcione una continuidad, tanto dentro de sus vidas como en la generación propia, la de sus padres y la de sus futuros hijos. Y con cada una de estas complejas y ambivalentes reacciones, los jóvenes responden en parte al proceso mismo de cambio sin freno en el que ellos, como todos nosotros, están envueltos.

Evaluaciones y perspectivas

Si pasamos de un punto de vista sociológico a otro psicológico y preguntamos cómo experimentan los jóvenes el proceso de su crecimiento en esta sociedad cambiante, el cuadro que surge es menos esperanzador. Con razón o sin ella, muchos jóvenes experimentan las emancipaciones como enajenaciones; hallan que sus muchas libertades son una carga, puesto que ellos carecen de criterios para elegir entre alternativas igualmente atractivas; y con frecuencia la estabilidad de nuestra sociedad actual se les antoja opresiva e ingrata. Más aún: lo que desde un punto de vista sociológico puede constituir una « adaptación » (por ejemplo, la regresión del indio norteamericano frente a la cultura básica de los Estados Unidos), puede ser no sólo penoso para el individuo, sino a la larga desastroso para la sociedad. Un examen sociológico y otro psicológico de la juven-

tud puede ofrecer así cuadros diferentes, aunque quizás complementarios, y conducir a evaluaciones distintas de la fisonomía del joven norteamericano. A pesar de la estabilidad de la sociedad estadounidense y de la indudable plétora de oportunidades y de libertades que los jóvenes tienen hoy en ella a su disposición, muchas de sus actitudes me parecen bastante poco optimistas.

El impulso de la juventud norteamericana, he sostenido, se aparta de los compromisos públicos y de las responsabilidades sociales para dirigirse hacia un mundo de satisfacciones privadas y personales. Casi todos los jóvenes entrarán por último en el sistema —es decir, desempeñarán funciones profesionales u otras dentro de la estructura social—, pero un número relativamente grande de ellos nunca estarán a favor del sistema. Como el típico agente de publicidad de Madison Avenue que trabaja para ganar dinero y poder nutrir su sueño privado (y no realizado jamás) de escribir una novela, su trabajo y su participación en la vida pública tendrán siempre una calidad en cierto modo descorazonada, pues sus entusiasmos estarán en otro sitio —en la familia, en el taller doméstico, en las vacaciones próximas, o en los cuadros concebidos y no pintados. Su visión y su conciencia estará dividida, con un ojo puesto a espiar la mejor conveniencia y el otro (el mejor) dirigido hacia alguna utopía privada. Esto hará de ellos buenos empleados dentro de una organización, trabajando con objetividad y corrección, pero sin la intensidad o participación íntima capaz de humanizar el tinglado burocrático. Y asegurarán un orden político y social de alta estabilidad, pero pocos de ellos estarán tan interesados en la política como para pensar en revolución, subversión o siquiera en cambios radicales. Esta orientación es también muy plausible desde el ángulo individual: lo privado e inmediato es sin duda la esfera sujeta a mayor control personal, y donde mayor satisfacción puede hallarse. Una « vida rica y plena » tiene muchas virtudes, sobre todo si se la contrasta con el espíritu adquisitivo puritano y orientado al futuro de las primeras generaciones norteamericanas. Y dudo yo de que desaparezcan la solidaridad y « fidelidad »; sólo que,

más bien, serán transferidas a lo estético, sensual y experimental, transferencia que contiene un buen presagio para el porvenir de las artes.

Sin embargo, las dificultades que supone esa conciencia dividida me parecen abrumadoras, tanto para el individuo como para la sociedad. Por lo pronto, pocos individuos consiguen mantener tal posición. El hombre que emplea su jornada en un trabajo cuyo sentido primario consiste para él tan sólo en ganar el dinero que le permita disfrutar del resto de su tiempo, rara vez puede gozar realmente de su ocio, de su familia o de sus distracciones. La vida está hecha de una pieza, y si el trabajo es vulgar o rutinario, el resto de la existencia quedará contaminado también inevitablemente de vulgaridad y rutinismo, convirtiéndose en una fuga angustiada o un forzado impulso a compensar aquellas satisfacciones que deben ser inherentes al trabajo. De igual manera, tratar de sustraerse a los problemas políticos y sociales cultivando el propio jardín puede resultar bien sólo en parte, y esto en el mejor de los casos. Cuando los efectos del gobierno y de la sociedad son tan ubicuos, uno puede eludirlos sólo en los remansos, y nunca más que por breve tiempo. El meter en un compartimiento el trabajo, la sociedad y la política, y en otro la familia, el ocio y el placer, crea una separación que está siempre en continuo peligro de desplomarse. O, para decirlo más concretamente, esa división de la vida en esferas que no se superponen crea tan sólo una nueva tensión psicológica.

También tiene carácter psicológicamente negativo la voluntaria limitación de visión que el privatismo envuelve, la negativa a aceptar que el mundo no privado posee realidad o importancia. Dado el inevitable choque que las fuerzas sociales producen en cada individuo, pretender que no existen (o que, si existen, no tienen efecto sobre uno) implica una grosera deformación de la realidad. Por supuesto que se comprende tal ceguera: ante la ansiedad que uno ha de sentir inevitablemente por una situación mundial tan flúida, junta con la impresión que se tiene de ser incapaz de influir sobre los acontecimientos mundiales, las anteojeras parecen por lo pronto el me-

jor medio de evitar la constante inquietud. O, en términos similares, dada la creencia general de que el trabajo no es más que una manera de ganarse la vida, negarse a admitir la importancia efectiva que para la vida psíquica de uno tiene la forma en que emplea su jornada de trabajo puede ser una especie de seudosolución. Pero es sólo una seudosolución, pues la capacidad de reconocer las realidades desagradables y de vivir con la ansiedad concomitante es uno de los criterios de la salud psicológica. Desde un punto de vista psicológico, el enajenamiento y el privatismo apenas pueden considerarse respuestas ideales al cambio social.

Igualmente considerables parecen a la larga las limitaciones de estas « adaptaciones » desde un punto de vista social. Por supuesto, cabe que, prescindiendo de la preocupación por la forma general de la sociedad, consigamos una estabilidad social de corto alcance al precio de un estancamiento a la larga y de la incapacidad de adaptación que éste supone. La gente joven, exagerando su propia impotencia, ve el « sistema », sea en el trabajo, en la política o en las cuestiones internacionales, mucho más inexorable e inflexible de lo que realmente es. Considérese, por ejemplo, la actitud de la mayoría de los jóvenes norteamericanos (y de la mayoría de la gente mayor también) hacia los esfuerzos encaminados a dirigir o a restringir los efectos del cambio social. En parte por una falsa equiparación del stalinismo con la planificación social, en parte por el supuesto de que el cambio social sin freno es « natural », y en parte por la convicción de que la planificación social es de todas maneras imposible, los jóvenes suelen declararse desinteresados. Aparte de que tales creencias son falsas, la dificultad está en que tienden a confirmarse por sí mismas en la práctica. Si una generación mantiene tales ideas, los cambios sociales tenderán a producirse inevitablemente, muchas veces sin atención a las necesidades del público. O bien, parece probable que si una considerable proporción de estudiantes norteamericanos exigieran que su trabajo futuro fuese estimulante para el individuo y socialmente útil, serían capaces de crear o encontrar semejante trabajo, y revolucionarían de

paso la calidad del trabajo para sus compañeros. Pero pocos son los que tal exigen. O, lo que es más ominoso todavía, si los futuros líderes de la opinión pública deciden que pueden abandonar el planeamiento de la política exterior a los expertos en armas y a los especialistas militares, hay demasiadas probabilidades de que el « duro realismo » de los técnicos no encuentre el contrapeso del deseo público de sobrevivir.

En suma, una generación desinteresada de la cosa pública parece un lujo hartamente grande para el decenio de 1960. Cultivar el propio huerto es una posición más adecuada en tiempos de paz y calma, y menos a propósito en una era de desesperada crisis internacional. Tendría que ser un mundo más feliz que éste el que permitiera a los hombres consagrarse a las devociones personales y a las utopías privadas. El de hoy no lo permite. Los problemas internacionales por sí solos son ya tan apremiantes que parece casi suicida que tomen una posición apolítica muchos de los mejores estudiantes. Aunque fueran menos graves los problemas mundiales, hay mucho por hacer en nuestra propia sociedad, que a muchos, jóvenes y viejos, les parece todavía corrompida, injusta, fea e inhumana. Pero en la medida en que la generación joven pierde interés por esas tareas públicas, contentándose con la virtud privada, las tareas públicas se quedan sin cumplir. Sólo una utopía puede permitirse el enajenamiento.

Dado que éste y el privatismo son las respuestas dominantes de la actual generación estudiantil a las tensiones de un cambio sin freno, las perspectivas no resultan brillantes. Pero me parece que, por varias razones, este pronóstico necesita matizarse. Para empezar, he pasado por alto las muchas excepciones que hay al cuadro bosquejado por mí : los muchachos y muchachas que tienen el valor de afrontar los problemas de su sociedad y del mundo, que han realizado un sentido de identidad que les permite permanecer interesados y aplicados a la solución de esos problemas. Más aún, para la mayoría de los estudiantes el enajenamiento es una especie de respuesta *faute de mieux*, que abandonarían con gusto si encontrasen estilos de vida más dignos de adhesión. Creo que la mayoría de los estudiantes reflexivos coinciden con mis

juicios severos acerca del privatismo, y aceptan la retirada sólo como último recurso cuando han fallado otras opciones. Pero, lo que es más importante, he omitido en mi reseña hasta ahora todo estudio de aquellas fuerzas que ofrecen o pueden ofrecer un mayor sentido de continuidad, a pesar del cambio rápido. El análisis de esas fuerzas puede rectificar un cuadro quizás innecesariamente desolador.

A lo largo de este trabajo he sugerido que los norteamericanos no están dispuestos a planear, guiar, frenar o coordinar el cambio social en atención al bien público. Siendo esto verdad si se comparan los Estados Unidos con otras naciones industrializadas, lo es menos que en el pasado, y hay señales indicadoras de que muchos norteamericanos son escépticos en medida creciente frente a la noción de que el cambio sin freno es en algún modo más « libre » o más « natural » que la planificación social. Acaso estemos comenzando a darnos cuenta de que la decisión de no planear los cambios sociales supone en realidad la decisión de permitir a fuerzas y presiones distintas del interés público que tracen el curso del cambio. Por ejemplo, no es más natural, estoy seguro, permitir que nuestras ciudades sean arrasadas y destruidas por los requerimientos técnicos del automóvil que preguntarse si acaso no exigen las consideraciones humanas y sociales prohibir o limitar esos vehículos en las ciudades grandes. O bien, las decisiones de los anunciantes y de las cadenas de televisión y radio les parecen a muchos menos « libres » que el control por entidades públicas. Si estamos dispuestos a guiar y limitar el curso del cambio social, dando un empujoncito acá y un tirón allá cuando los cambios « naturales » en nuestra sociedad contradicen las necesidades del público, entonces el futuro podrá ofrecer perspectivas menos inciertas para nuestros hijos. Desde luego que si una pequeña parte siquiera de la energía que ahora gastamos tratando de adivinar cual será el futuro se canalizara en esfuerzos para configurarlo, a nosotros y a nuestros hijos nos costaría menos trabajo descubrir cómo darle sentido a nuestra existencia en la sociedad cambiante, y a la sociedad misma.

También he pasado por alto el papel que

la comprensión de este estado de cosas puede desempeñar al servicio de la generación joven. No quiero decir con esto, claro está, que los estudiantes deban ser adoctrinados con moralizaciones acerca de la necesidad de responsabilidad social y lo censurable de recluirse en la vida privada. Esos sermones tendrían sin duda efecto contra-productente, aunque no sea más que porque la mayoría de los muchachos están ya muy dispuestos a abandonar el privatismo tan pronto como puedan encontrar cosa mejor. Lo que quiero decir es que a los estudiantes reflexivos debe animárseles a entender la significación e importancia de su propia posición en la vida y de los problemas que les afectan en cuanto generación. El interés hacia una capacitación psicológica individual, que caracteriza a muchas universidades « progresivas », sólo puede proporcionar una parte de la comprensión que se necesita. El resto tiene que venir de un esfuerzo para poner término a la ignorancia pluralística de las tensiones que confrontan todos los miembros de la generación joven actual. En esto las universidades y liceos hacen demasiado poco, pues los cursos relativos a las amplias presiones sociales que gravitan sobre el individuo, procuran con frecuencia evitar deliberadamente la indispensable toma de posición personal a través de la cual puede adquirirse una penetración adecuada. Pero de todos modos hay que admitir que una comprensión concreta de las fuerzas psicológicas que afectan a una generación puede ejercer sobre los miembros más reflexivos de ella algunos de los efectos terapéuticos que ejerce sobre el individuo atento la penetración de las fuerzas psicodinámicas.

Y por último, he atribuído escasa consideración a la importancia que los valores y principios pueden tener y tienen, en el sentido de ofrecer continuidad dentro del cambio rápido. Si uno está convencido de que hay principios que permanecen constantes —y si puede uno hallar esos valores duraderos—, la vida puede ser significativa y vivible a pesar del cambio rápido. Pero en esto necesitamos proceder con cautela. Tanto las tecnologías, como las instituciones, ideologías y personas, todos reaccionan yéndose a los extremos cuando enfrentan el temor a quedarse atrasados. O bien insisten

con firmeza en que nada ha cambiado y que son integralmente válidos como antes, o bien —y ello resulta desastroso en igual medida— despliegan tal celo por abandonar lo pasado de moda que, junto con lo que no importa, abandonan también principios esenciales. Así, los padres que temen confusamente aparecer como « obtusos » ante sus hijos, pueden reaccionar, ya mediante una completa negativa a admitir que nada haya cambiado desde su edad temprana, ya (y es lo más frecuente) sofocando toda expresión de preocupación moral. El segundo término de la alternativa es el que me parece más generalizado y peligroso. Los jóvenes se limitan a no hacer caso de una actitud anticuada. Pero la persona o la institución que abandona sus principios esenciales sugiere indirectamente que no hay principios capaces de resistir la prueba del tiempo, y por lo tanto hacen aún más difícil la tarea de la juventud.

Sin embargo, las bases para la continuidad de las generaciones tienen que variar por necesidad. Los padres no pueden esperar ya ser modelos literales para sus hijos; las instituciones no pueden esperar que van a persistir sin un cambio en el rito, la práctica y la costumbre. Y si bien muchos de los principios esenciales de los padres, de los antepasados y de las instituciones pueden persistir, aun aquéllos que tratan de mantener la continuidad de una tradición necesitan, paradójicamente, asumir un papel creador y renovador. Nos hace falta, no sólo un redescubrimiento de los ideales vitales del pasado, sino estar dispuestos a crear nuevos ideales —nuevos valores, nuevos mitos y nuevas utopías— que nos ayuden a adaptarnos a un mundo que sufre continuas y radicales transformaciones. Esos ideales son los que está buscando la gente joven: necesitan fundamentos para sus vidas que los ligen a su pasado personal y comunal y a su sociedad presente, pero que al mismo tiempo les suministren una base sólida para su futuro. A la total imitación o la total repulsa de la generación anterior por parte de los jóvenes debe sustituir una recreación, en cada una de las generaciones, de los aspectos vivos y significativos del pasado, y la creación de nuevas imágenes de vida capaces de ofrecer puntos de permanencia en un tiempo de cambio rápido.

MARIANO PICON-SALAS

América Latina : Vecindad y frontera

(Mitos y formas del subdesarrollo)

UNA DE LAS FÓRMULAS más comunes de la época, muy grata a los expertos que delegan por el planeta los organismos internacionales, es dividirnos entre países desarrollados y subdesarrollados. La fórmula, que suele tener vigencia en el terreno económico y trata de equilibrar el mejor reparto de los bienes de la tierra y el acceso a la tecnología de regiones atrasadas, resulta demasiado esquemática cuando se aplica a la cultura y la vida espiritual. Porque el subdesarrollo que en términos de Estadística definiría la situación de la América Latina —a pesar de las propias desigualdades dentro de la zona— es bastante distinto al de otros continentes como África y muchas naciones asiáticas. Históricamente son comarcas muy diversas los pueblos africanos que recientemente obtuvieron la independencia política, pero donde la organización de los nuevos Estados tropieza con la escasez de los cuadros dirigentes y el rudimentario alborear de su cultura moderna, los viejos países de Asia que se desarrollaron hasta el siglo XIX con módulos y formas extraeuropeas, y los de América que en medida considerable constituyen hoy una lejana pero agitada frontera de la civilización de Occidente. O no fue lo mismo el estilo de « factoría », con insuficiente penetración entre las poblaciones nativas que ingleses, belgas y franceses, principalmente, desarrollaron en tierras tropicales de Asia y de África, que el más largo proceso de poblamiento y mestizaje

que españoles y portugueses lograron en la América Latina. O la conquista de América no fue una empresa « capitalista » —pues el capitalismo apenas estaba naciendo en sus lejanas vísperas en el siglo XVI—, sino arribo y aventura de invasores que, vencidos por la distancia entre el Viejo y el Nuevo Mundo, terminan « por fundar perpetua casa » —como dice uno de los cronistas indios—, en las costas y en las alturas andinas. Y el « mestizaje », la raza cósmica —de que habló alguna vez Vasconcelos— ya se había logrado, a pesar de las disputas coloniales sobre « la limpieza de sangre » mucho antes de que aconteciera la rebelión de 1810. ¡Qué herencia de mestizos, al lado de la familia « criolla » —que nunca fue tan limpia—, dejan en todo el continente los conquistadores desde Cortés o Pedro de Alvarado hasta aquel capitán Garcilaso de la Vega, padre del primer gran escritor de nuestro coloniaje! (En un hermoso libro sobre los orígenes de Venezuela, Isaac J. Pardo ha demostrado que la mayor parte de las familias venezolanas descienden de una media docena de soldados y pobladores españoles del siglo XVI y de tan abundante linaje como Sancho Briceño, García de Paredes, el bastardo, Diego de Losada, Garcigonzález de Silva o Simón de Bolívar el viejo, quien ya en las postrimerías de la centuria y como verdadero precursor de su gran descendiente, va a alegar a la Corte de España el derecho de los que se quedaron.)

Así era una civilización de módulos occidentales, de españoles trasplantados, la que se fundó en los siglos del coloniaje y en las formas y estilos de vida —aunque los indios dieran otro color y rareza a las fiestas eclesiásticas y al bullicio de los mercados— ; ciudades como México o Lima no eran tan diferentes de Madrid o Sevilla. La Catedral española, la Universidad, la Audiencia, la Plaza Mayor y hasta el temido Tribunal de la Santa Inquisición, fueron en América demasiado peninsulares. Ya era tarde cuando a fines del siglo XVIII historiadores tan mexicanos como Clavijero, Cavo y Márquez se duelen del destruido mundo indígena. Entre los monumentos mayas y aztecas y los indios y mestizos que siguieron naciendo, se habían roto las claves de comunicación. En las fiestas populares y el folklore se imbricaron tanto —hasta no separarse ya— las formas indígenas y las españolas. Los indios y mestizos que se destacaban del montón humillado, habían dicho en español sus agravios y reivindicaciones. Un hombre de la época de la Independencia ya sólo miraba los monumentos indígenas con esa melancolía de algo roto e irretornable que se expresa en el poema de José María de Heredia, « El teocalf de Cholula ».

Lo peculiar del movimiento independentista comenzado en 1810, y diferenciándose de las rebeliones indígenas del siglo XVIII fue que América quería comunicarse con todo el mundo, comerciar con Inglaterra, adaptar instituciones políticas surgidas con la revolución francesa y con la naciente democracia norteamericana ; ser un mundo occidental y no el incanato negado a los criollos que pretendió erigir Tupac-Amaru, ni la hermética colonia española cerrada al pensamiento y las fecundas herejías de Europa como fuera el ideal de Fernando VII. Así los grandes libertadores —Bolívar, San Martín, Belgrano, Sucre u O'Higgins— son hombres de formación europea. Y un nuevo trasplante de estilos occidentales fue la Independencia y la constitución entre 1810 y 1830 de los nuevos Estados.

Si la Conquista nos trajo el Cristianismo, la lengua española y un poco de humanismo europeo, la República aportó el derecho político al modo como lo desarrollaron in-

gleses, franceses y norteamericanos : « la igualdad ante la ley », el código civil, la diferenciación moderna entre Iglesia y Estado y aquella cultura puesta al servicio de necesidades nacionales que Bello invocaba en su memorable discurso de 1843 al inaugurar la Universidad de Chile. La turbulencia latinoamericana en el siglo XIX, prolongada hasta largos períodos del presente siglo, no fue sino la explicable lucha por acomodar esas nuevas formas en el subsuelo de tradiciones, prejuicios o intereses arcaicos. Pero ¿no vivieron equiparable turbulencia los países europeos cuando a partir del siglo XVI, comenzaron a crear los Estados modernos? La libertad, la igualdad jurídica, la tolerancia y más recientemente la justicia social, no se ganaron en ninguna parte sin lucha y convulsión. Y contra todos los esquemas rencorosos que puedan erigir el odio o las propagandas políticas, nuestros arquetipos de cultura y progreso social los absorbemos en la llamada civilización de Occidente.

Esto no significa que todos los latinoamericanos desde el río Bravo hasta el Cabo de Hornos ya se « europeizaron » ; pero la necesidad de alfabeto, aprendizaje técnico, vestido, trabajo y nutrición que tienen las masas indígenas que han vivido en casi todas partes como marginadas de los criollos poseedores, ya no puede formularse en quechua, nahuatl u otomí, porque tiene más validez en español. Sería demasiado tarde para ligar de nuevo las arterias que desgarró la conquista. Volver a un « incanato » autóctono —como quiso en el siglo XVIII Tupac Amaru— no sería avanzar sino retroceder a la protohistoria. Lima era capital del Perú porque, en el juego de intereses, interrelaciones culturales y económicas que integran la civilización moderna, estaba más cerca de Londres, París o Nueva York que la vieja capital del Tahuantinsuyo. En la cultura europea buscaron su modelo expresivo los grandes escritores y artistas de América, desde los letrados del coloniaje hasta Rubén Darío o César Vallejo. Podemos decir que palpita la sensibilidad indígena, una forma de melancolía o extrañeza americana en la prosa del inca Garcilaso o en los poemas de Vallejo, pero esto ya nos viene a través de la lengua española ; de esa lengua que Andrés Bello

rescataba en su gramática como el más necesario signo de nuestra unidad hispanoamericana.

Está, pues, bien que para salvarnos de algunos mitos los hispanoamericanos recordemos cuanto de raizalmente occidental hay en nuestra formación histórica. Y sin negar la comprensión de todas las culturas, el necesario diálogo entre Oriente y Occidente en que está empeñada la civilización contemporánea, examinemos como vivencia inmediata la relación de los latinoamericanos entre sí y la subsiguiente relación con Europa y los Estados Unidos, nuestras zonas de conocimiento más accesibles.

Los latinoamericanos entre sí

Más de cien Estados tienen hoy representación en los organismos internacionales ; treinta o cuarenta más que cuando se fundaron la ONU o la UNESCO al iniciarse la nerviosa paz firmada en 1945. Y para que no reine entre los Estados la más babélica confusión de lenguas, hay ya el hábito de agruparlos por familias de pueblos. Se nos escucha más cuando en esos grandes foros del mundo hablamos en nombre de la América Latina que cuando sólo expresamos una aislada opinión de Chile, Venezuela o Perú. O formamos frente a las fronteras lingüísticas y espirituales de Europa y de Asia el más apretado conjunto de naciones hermanas. Perdonamos muchos de los abusos de los conquistadores por este hecho maravilloso que significa que desde las estepas del norte mexicano hasta la fría soledad patagónica, se hable una sola lengua franca. Y equilibrando las convulsiones de toda Historia diríamos que si Pedro de Alvarado y Pizarro fueron tan crueles, el Padre Las Casas nos trajo el catecismo y la primera idea de justicia cristiana, Inés de Suárez las semillitas de trigo extremeño, Alonso de Ercilla la poesía, Vasco de Quiroga las utopías sociales y Cervantes de Salazar enseñaba a los primeros mestizos mexicanos del siglo XVI, los diálogos humanistas de Juan Luis Vives. Es abundante este legado espiritual común, la historia que hemos vivido o padecido juntos. No es desdenable que el código civil que Andrés Bello escribiera para la República de Chile sirviese de modelo para todos nuestros paí-

ses ; ni que para consumir la independencia suramericana subieran hasta las alturas de Ayacucho y parecían reconquistar otra vez el templo del Sol, soldados de Buenos Aires y Caracas, de Santiago de Chile y Bogotá, de Lima y de Quito. A pesar de las fronteras cerradas que intentaron siempre levantar dictaduras y caudillos, en todo momento de emergencia, cuando el falso cesarismo de Napoleón III pretendió erigir una monarquía vasalla en México o cuando los barcos de una hinchada reconquista española recorrían las costas de Perú y Chile, o cuando el primer Roosevelt —Roosevelt el malo— nos amenazó con su garrote, o cuando Sandino se alzó en su manigua, hubo una común conciencia hispanoamericana erguida contra el atropello y la injusticia. O golpeaba en el corazón de todos la epopeya que vivió Benito Juárez, el pistoletazo con que selló su vida de gentil-hombre populista José Manuel Balmaceda o el tránsito heroico de Martí en su caballo blanco, escribiendo con la muerte la última estrofa de su poema.

Los avatares de nuestra lucha social y política, esa penosa búsqueda de la modernidad y la justicia que fue nuestra historia a partir de la Independencia, engendran una definida problemática hispanoamericana. Si ahora existe una CEPAL, una Comisión económica para América Latina que anhela ayudar a los Estados en las deficiencias de nuestro desarrollo, sabemos que otra confederación de los espíritus deberá formarse para integrar nuestra dispersa cultura. Y las diferencias y pequeños nacionalismos que todavía pueden alejar una nación de otra, no son mayores que los que en la unida Francia o en Italia distinguían a Bretaña de Provenza, a Milán de Nápoles o de Toscana. Entre las voces familiares puede orquestarse el gran coro de la unidad. Pocos continentes juntaron más razas y siguen recibiendo inmigraciones, integrándolas al mismo tiempo en una lengua común. Si hay fanáticos que menosprecian esa experiencia histórica, que quisieran fomentar las catástrofes y crear desde la tábula rasa, otros creemos que nuestro progreso o nuestro cambio debe venir de una conciencia americana solidaria e indivisible. Ningún pueblo o conjunto de pueblos se liberó con libertadores extranjeros. ¡Cuánta voracidad

de predominio y opresión política se suele ocultar en el disfraz de las ideologías! El lobo que devoró a Caperucita puede vestirse con inocente disfraz de buen proletario. Y aun con todas las oscilaciones de una historia desgarrada, los latinoamericanos absorbimos ya bastante liberalismo, para que se nos aplique tardíamente un régimen de comunas chinas. En la confusa paradoja de la vida contemporánea, muchos que se quieren llamar progresistas tan sólo están anhelando que les vuelvan a remachar las cadenas.

Lo continental americano

Al estar en América y compartir mares y fronteras con otros americanos que fundaron los Estados Unidos y realizaron una aventura material más próspera, tiene que plantearse objetivamente nuestra relación de vecindad. O que ellos y nosotros —como suele decirse— no nos acordemos tan sólo de Santa Bárbara cuando truena. El « espléndido aislamiento » en que quisieron vivir confortablemente los norteamericanos como potentados en su casa rica, se les acabó de modo decisivo en 1939, cuando Herr Hitler y sus nazis intentaron tragarse el mundo. Desde entonces fue preciso, establecer y negociar amistades. En los días en que Rubén Darío escribía su oda al primer Roosevelt y los marinos del Norte estaban desembarcando en Santo Domingo, Panamá o Nicaragua, y Teodoro, el cazador, nos amenazaba con su garrote, no podíamos disimular la injuria o el resentimiento. Pero acaso ya maduró suficientemente la conciencia de ambas Américas para que el vecino pobre no se resigna a servir sacrificadamente al vecino rico, y le proponga convertirse en socio industrial. Llega para el destino común de América una hora de justicia y de paridad. O la marcha del mundo y el viento de cambio que sopla en todas partes obligan a formular estas relaciones de modo muy diverso a como se concebían en 1905 o en 1920. Ni nosotros quisiéramos seguir intoxicados de rencor estéril, ni ellos envanecidos en su predominio unilateral. Ni puede ya decirse a Chile o a Venezuela que retarden su industrialización hasta que concluya de lograrlo el Estado de Texas. En el tiempo de Rubén Darío

un barco semanal o quincenal venía de Nueva York a los puertos del Caribe ; podía dejar marinos de ocupación o interventores en más de una aduana centroamericana y regresar a Estados Unidos con su dócil y colonial carga de plátanos y de café. En nuestros días del avión a chorro, Santiago de Chile está más cerca de Nueva York que lo que la metrópoli atlántica estaba de Chicago en los trenes de 1910. Un mundo urbano creció en proporción casi monstruosa en América Latina, en contraste con las sociedades predominantemente rurales de comienzos del siglo. Hasta los analfabetos empiezan a comprender en este mundo tan comunicado, por qué y por quién votan. Los vestigios de sociedad arcaica, privilegiada o feudal que subsisten en la América Latina, se remecan ante el avance de las estructuras nuevas. Y la multitud latinoamericana anhela crear la industria y el avance tecnológico como lo hicieron los Estados Unidos a fines del siglo XIX. A pesar del llamado « carácter latino » y de la falsa vocación que se nos atribuye para la siesta, que en todo caso fue siesta de unos pocos, en algunas ciudades nuestras se comienza a vivir con el mismo frenesí económico y la misma urgencia de exactitud técnica que en las babilonias norteamericanas. Y no hay otra alternativa —como parece haberlo comprendido el Presidente Kennedy— que la de elegir, entre las formas ya imposibles de un colonialismo económico hostil, otro estilo de cooperación activa que, al mejorar las condiciones sociales, ahorre la sangre que podría verterse en las más ciegas revoluciones.

Desde ese punto de vista la « Alianza para el Progreso » podría trocarse en el hecho más significativo de América desde los días en que proclamamos la independencia política. Vamos a fraternizar en el lenguaje de la técnica que hoy trata de vencer los desniveles humanos. Hay un negocio común que es el de llenar de producción y gentes activas las inmensas zonas vacantes y combatir contra la ignorancia y la miseria que son las tristes compañeras del atraso económico. Más recelos para ponerse de acuerdo había en la Europa que ha creado el mercado común, y no sólo se rehizo de los desastres de la segunda guerra mundial, sino que es ahora más prospe-

ra y nos ofrece el ejemplo de su milagrosa transformación.

Porque contra Estados Unidos se lanzaron en los últimos años todas las propagandas ; porque a veces el representante de una torpe vecindad fue Mr. Foster Dulles, porque los financieros ávidos acorralaron y vencieron a los hombres de espíritu, y porque una cortina de tiranías y fascismo vernáculo frustraba al mundo latinoamericano bajo Perón, Trujillo o Pérez Jiménez, nada pudimos hacer por un entendimiento veraz y auténtico. Diríamos que se prolongaban en nuestro continente las luchas que sajones y latinos libraron en el siglo XVI, en la época de Felipe II y de la reina Isabel. Si hubo norteamericanos que parecían los primos coloniales de Walter Raleigh o de Drake, otros hispanoamericanos desearían ser los vengadores de Felipe II. Pero toda política real consiste en sublimar la pasión y convertir el prejuicio en servicio. Alguna vez Jefferson y Francisco de Miranda, en un año tan lejano como el de 1806, se pusieron a conversar sobre lo que América podría crear de sí misma y lo que estaba llamada a ofrecer para la concordia y conciliación del mundo. Fueron también los años en que, desde México hasta Chile, el « Acta de Filadelfia » servía de modelo a nuestros pueblos, que levantaban contra la metrópoli española su reclamo de independencia política y de sociedad democrática. El entendimiento de América impuesto por la contigüidad geográfica y económica, será de este modo el trabajo de los buenos americanos. Y superando los mitos de la xenofobia y la deformación nacionalista, es preciso decir que no todos los « americanos malos », los « villanos » de una fábula incompleta, vinieron del norte del Río Bravo. Tan detestables como los Mr. Danger o los Papa Verdes que ha inventado la novelística latinoamericana, fueron los dictadores del sur que se pusieron a su servicio, y una ecuación se establecía entre los abusos del imperialismo y los de nuestras tiranías domésticas.

Un espíritu tan justo y ferviente como el de José Martí, que conocía de los Estados Unidos todo lo bueno y todo lo malo, invitaba ya a fines del siglo XIX a hacer el equitativo balance de nuestras relaciones. Denunciaba la codicia agresora, pero tam-

bién sabía mostrarnos la otra América de Emerson, Lincoln o Withman. Quien era el último libertador latinoamericano no había dejado de aprender la lección de ascenso democrático, de esfuerzo creador, de educación para todos, que ya ofrecían contra nuestra terrible desigualdad los Estados Unidos de entonces. Y porque en la abultada cuenta sólo quisimos advertir los agravios, vale la pena conocer asimismo los factores positivos que pueden ayudarnos a la convivencia. Fue un honor para el mundo que en un momento en que la Europa de la segunda guerra mundial parecía el botín de dos o tres césares totalitarios, hablara y combatiera por América Franklin Delano Roosevelt. Y dentro del continente un sistema jurídico de relaciones interamericanas ha ido prevaleciendo, a pesar de todo, contra la política del « destino manifiesto » y del « big stick ». Hacer cada día más práctica, fértil y equitativa esa convivencia es el desafío que se nos lanza.

Sería torpe que por encerrarnos en un autoctonismo regresivo de plumas y flechas, o seguir la querrela colonial de la Santa Inquisición con el hereje pirata nos negáramos a aprender la experiencia científica, social y tecnológica que ofrecen Estados Unidos. No vamos a renunciar a conocerla ni aprovecharla, a nuestra alma propia, sino ampliaremos nuestra comprensión universal. La amistad —cuando se respetan los amigos— es el antídoto contra la soberbia y la envidia, dos pecados capitales que a veces envenenaron nuestras relaciones americanas. Defendámonos de aquel autoctonismo selvático que no mejoraría las bibliotecas, los equipos industriales o los laboratorios para no usar métodos que probaron su eficacia en los Estados Unidos. Al pequeño nacionalismo ya respondieron los grandes latinoamericanos para quienes la independencia no consistía en regresar a la América precolombina, sino también en hacer nuestras todas las empresas y responsabilidades de la civilización moderna. Era el prospecto de una cultura que tomaba conciencia de su situación histórica y pretendía explorar el porvenir como en el alocucionador discurso de Andrés Bello en 1843. Y la enseñanza y programa del gran humanista casi coincidía con unas palabras semejantes de Emerson en Boston, al trazar

el generoso derrotero espiritual a los, para entonces, muy jóvenes Estados Unidos.

En el fragor de propagandas e ideologías que envenenan la época, cualquier problema cultural y político como el de la equilibrada relación entre ambas Américas, necesita una terapéutica de objetividad. No resolvemos el asunto pronunciando desmenadas arengas de desconfianza y recelo, sino preparando el hecho nuevo, la conciencia de justicia que facilite la legítima cooperación. Más que la enconada reticencia, se impone una amistad de cuentas claras. En la gran casa de América, los latinoamericanos ya no queremos que se nos rechuya en el tercer patio, porque queremos pasar también al salón. La tecnología, la industria, la aplicación de las ciencias a una gran tarea social no es privilegio de un solo país dominador entre pequeños países satélites. Los seiscientos o setecientos millones que tendrán las dos Américas antes de que nuestro agitado siglo desemboque en el año dos mil, nos exigen semejante prospectiva de futuro. Si esto no se cumple desde ahora, a ellos y a nosotros —como previene el refrán popular— nos puede salir el diablo.

Amistad con Europa

Nuestra relación con Europa que nos mandó el Cristianismo y el Humanismo, los derechos del hombre y los conceptos políticos de soberanía popular y democracia representativa, se ha expresado en la historia latinoamericana en doble y contradictorio impulso de respeto hacia los valores europeos y de cierta nostalgia y deficiencia por vivir como en la lejana periferia de su cultura, o en la fórmula desdeñosa del experto que nos puso el mote de países subdesarrollados. Un joven ensayista argentino, Murena, aplicaba al europeísmo sólo reverencia que heredó América, cierto complejo de parricidio según el cual el hijo niega al padre demasiado poderoso o demasiado soberbio. O bien otros sentían en América, cuando absorbieron demasiada cultura europea, una tristeza de trasplantados. O para la generación modernista de fines del siglo último y comienzos del presente, Europa era la evasión, el goce casi alucinante e ilegítimo al compararlo con la soledad y el

combate violento que significaba nuestra existencia colectiva. « Mi querida es de París », decía Rubén Darío como expresando que debía buscar fuera de su estrecha casa centroamericana el cosmopolitismo del arte y la excitación de la cultura. También en Estados Unidos a fines del siglo XIX, y a pesar del poderío material de la nación, artistas como Henry James se marchaban a pedir a Europa el sosiego y aprendizaje estético que no podía darles su bulliciosa democracia. Nada más ejemplar en el debate de vocaciones y tareas intelectuales que la correspondencia entre Henry James, el novelista que partió a Londres, y su hermano William, el filósofo que permaneció en Norteamérica y ofrecía a su pueblo el camino de la llamada filosofía pragmática.

Desde el tiempo de James y de Rubén Darío, ambas Américas ganaron en conciencia histórica, definieron más firmemente sus literaturas, y las generaciones que llegaron después —fuera de algunos paseantes trasnochados de Saint-Germain-des-Prés— ya padecieron menos el nostálgico espejismo europeo. No nos imaginamos a los grandes novelistas norteamericanos del presente siglo desde el fuerte viejo Dreiser hasta Faulkner o Hemingway, tan sometidos a Europa, porque pretendieron llevar, más bien, a la literatura universal la expresión de su mundo más cambiante y dinámico. Igual proceso, aunque no respaldado por un prestigio comparable de poderío material y de mercado, puede señalarse en la literatura latinoamericana de que sólo se exportan a Europa algunos escasos fragmentos. Pero el viaje y la larga residencia que hizo en París un poeta tan grande como César Vallejo perfila con mayor desgarramiento su dolor indígena. El « moriré en París con aguacero » de Vallejo parece la respuesta desolada de las anteriores palabras hedonistas de Darío. El alegre mundo de la tapicería modernista, del « gabinete del café galante donde ella se encontraba con su nuevo amante, peregrino pálido de un país distante » comienza a poblarse de estupor cuando desde la liviana « belle époque » se desciende a un mundo de angustia y de sombras. El propio Darío había advertido la transición, y su alma de gran fauno juvenil se tornó más meditativa

y perpleja cuando pasó de la fiesta verbal de « Prosas profanas » a sus poemas de madurez ; de los cisnes ornamentados de su primera canción, « al vuelo de cuervos » con que advierte la guerra europea de 1914. Era ya bien distinto el mundo que comenzó entonces al del desenfadado modernismo de 1895. Y creo que a ningún escritor americano de hoy le pueden importar en exceso las modas de París o de Londres que, por otra parte, llegan demasiado pronto a las ciudades de nuestro continente. Aunque necesitemos seguir aprendiendo la cultura y los elaborados métodos de Europa, nuestra circunstancia peculiar impone su reclamo de auténtica y definida expresión.

De la reverencia y el dócil aprendizaje, quisiéramos pasar a otra etapa de responsabilidad más creciente en el destino civilizador, en nuestras relaciones europeas. Es ocasión de decir que, en algunos tensos momentos de la historia contemporánea, miramos con espanto aquel eclipse de la ética cristiana y de los derechos del hombre que con la bárbara regresión nacistá amenazó a toda la cultura occidental. Fue el instante en que esa otra Europa de trasplantados que también se llama América, debió alegar en las palabras del Presidente Roosevelt la causa del hombre amenazado. En la segunda guerra mundial debió hacer Europa la expiación del vergonzoso pacto de Munich, el oprobio de los campos de concentración, del ghetto de Varsovia y las matanzas de los « no arios » ordenadas por Hitler. Aun para salvarse, la civilización europea empezó a comprender que una de sus fronteras necesarias estaba en el mundo americano. Los discípulos de Europa debieron recordar a su sabia maestra algunas preteridas normas éticas y jurídicas. Y estamos ahora apuntalando, en medio de la recurrente guerra fría, la compleja paz del mundo en las siempre remecidas organizaciones internacionales. ¡Qué coloquio ecuménico de pueblos, qué préstamo de ideas y asistencia para librarnos de la mayor catástrofe y trocar la Babel en concordia, en auténtica civilización humana, se ofrece a la inmediata Historia universal!

No sólo con las fórmulas de la ayuda técnica que en el mundo de hoy impone a las naciones más desarrolladas auxiliar a las deficientes, se fija nuestra cooperación con

Europa, que logró resurgir de las pruebas de la última guerra con mayor opulencia transformadora. Desde la nueva Alemania hasta la nueva Italia, el continente europeo está otra vez sembrado de fábricas, laboratorios, instituciones científicas y tecnológicas. Logró cambiar el temor de ayer en esperanza. Está enseñando a los pueblos impacientes que el trabajo y la educación son las mejores armas revolucionarias para mejorar las condiciones sociales. De haber nacido Marx en la Europa de este instante, su profecía hubiera sido distinta a la de 1848. Empiezan a estudiarse las nuevas técnicas de conjurar lo fatídico. Y la revolución para los pueblos que estudian y trabajan ya no se opera en las barricadas de los coléricos y violentos, sino en la investigación del sabio, el economista, el sociólogo. No son los gritos del demagogo y la aventura a campo traviesa del « blouson noir », que se declaró en rebeldía y abrazó una reciente fe terrorista, lo que cambia los desniveles del subdesarrollo, sino la voluntad de justicia y de invención. Ahorrar la sangre que era el combustible de las viejas revoluciones ; librarnos del miedo y la miseria que todavía pesan sobre muchos pueblos del planeta, es el desafío a que convida esta civilización orgullosa que desde la estrecha tierra se dispara ya a explorar los astros. Pero ¿qué saldríamos a buscar en los cohetes interplanetarios, cuando todavía no logramos la concordia y equidad en nuestra morada terrestre?

En nuestra América Latina, como impaciente enfermedad de adolescencia, todavía sufrimos el romanticismo de la subversión autónoma. Pero cuando los díscolos y coléricos que ahora hacen tanto ruido en grandes o pequeñas algaradas se descarguen de su violencia, descubrirán que deben estudiar en serio lo mucho que ignoran, o necesitarán buscar en la lejana China —si les desengañó el Occidente— los terribles cirujanos del orden compulsorio. Hay falsas revoluciones que terminan divinizando la policía política o entregando a ella la cabeza de sus propios autores. O ¿es que nada enseña la experiencia histórica, y la fiebre de violencia que aún sufrió la cultísima Europa entre el tercero y el cuarto decenio del presente siglo no se liquidó en las bombas que cayeron sobre Berlín, en el juicio de

Nuremberg o en las ampollas de veneno que absorbieron los jerarcas nazis?

Si el subdesarrollo que sufren desigualmente muchos países latinoamericanos necesita vencerse con todos los recursos materiales y técnicos de la civilización de hoy, también requiere de aquel humanismo y aquella ética cristiana que en el propio fragor de la conquista querían sembrar en el Nuevo Mundo un Bartolomé de las Casas o un Vasco de Quiroga. En la imagen de un poeta español, el descubrimiento de América parecía ensanchar aquel peregrinaje de la fe medieval que finalizaba en el « Campus stellae » de la Galicia atlántica, y otro camino de Santiago empezó más allá del « Finis terrae » donde concluía Europa y se encendía la esperanza de las nuevas

constelaciones. América surgía con la aventura grandiosa de circuir la tierra y acercar, en nuevo poblamiento y peregrinación de argonautas, la dividida familia de los hombres. Si en ese mundo nuevo las gentes podrán ser felices y vencer la desigualdad y la guerra que imperaba en las viejas sociedades, es la pregunta que durante todo el siglo XVI se formularon los humanistas que comentaron la extraordinaria aventura, desde Pedro Mártir hasta Montaigne, pasando por Tomás Moro. Cumplir esa esperanza que se recogió después en el « Acta de Filadelfia » y en el pensamiento de los libertadores, es todavía la mejor meta de toda la cultura americana, síntesis y concordia de las otras, de los que poblaron y los que llegaron, que fraternalmente debemos hacer.

La casa muerta

*PASO A PASO llegué a la verja un día
no habiendo nadie y con mi poca altura
abrí la puerta y penetré en la oscura
casa que estaba en su interior vacía.*

*Como la lluvia allí no me podía
dormité con un sueño que aún me dura ;
pues bien, nunca saldré de esta aventura,
la que yo llamo la ventura mía.*

*Yo soy aquella la lejana casa
y aquel el hombre triste que la habita
empeñado en no abrir jamás la puerta.*

*No el viento pasa. No la lluvia pasa.
Ni aun nadie se le acerca porque evita
el miedo que le da la casa muerta.*

CARLOS EDMUNDO DE ORY

J. GARCIA PRADAS

El contrahecho español

HAY NOVEDADES muy antiguas. Pocos años atrás, al celebrarse el centenario del nacimiento de Freud, reavivado el interés por las doctrinas —o intuiciones— del gran psicólogo austríaco, se hizo hincapié en dos de ellas, que descollaban entre las suyas: la que, en recuerdo del libro que ofreció sus primicias, llamaremos de *interpretación de los sueños*, y la que atañe a la relación entre los impulsos reprimidos y consiguiente agresividad. Pero es claro que las dos estaban ya más que en germen en un par de refranes españoles, poco tenidos en cuenta porque, a fuer de verdaderos, parecen perogrulladas; a saber: «quien hambre tiene, con pan sueña», y «donde no hay harina, todo es mohina».

El primero encierra en su brevedad muchísima más substancia que todo el libro de Freud sobre el sentido de los sueños, pues el psicólogo, un tanto monomaniático, tendió en exceso a derivarlos de un solo instinto —el sexual—, y el proverbio, por el contrario, admite infinitos móviles, cuenta con todos los resortes de la preocupación, con todas las ansiedades que nos hacen soñar o dan sentido causal a esos revuelos y trinos del magín en su jaula, que denominamos *sueños*.

Parejamente, el segundo, si es entendido como hay que entenderlos todos —a modo de insinuación con la que se dice poco para hacer pensar mucho—, también es algo más amplio que la doctrina de Freud sobre lo que él denominó *represión*,

pues con sus posibles analogías alude a todas las frustraciones —físicas y psíquicas, personales y sociales— que contrahechan al hombre, le dan alma de lisiado y, por ende, resentimiento agresivo.

No es accidente, desde luego, que ambos refranes sean nuestros; los hizo el pueblo para expresar su experiencia, para explicar su conducta. Somos gente soñadora y somos gente mohina —dicho sea con todas las licencias necesarias para hablar de un pueblo entero—; mas no somos así siempre, ni de modo radical, pues ratos hay en que el español es jovial y realista como él solo.

Notar esto es comprender la ejemplar dicotomía del carácter de la raza, que hizo Miguel de Cervantes. Si español es don Quijote, no lo es menos Sancho Panza, que de las mismas ilusiones quiere sacar jugo real, como el otro es quimerista, quisquilloso, agresivo a su pesar —aunque en serlo se goce su carácter—, y todas las realidades reduce a ensueño, a visión, a trampantojo ambiental o trasunto del anhelo que lleva en el corazón. Y celebro recordar a la pareja cervantina, pues con ella me es posible dar emplazamiento histórico o fecha de procedencia a esos distintos aspectos del carácter español.

Como tipo castellano por lo menos, Sancho es más viejo que don Quijote, data de antes y es también más radicalmente indígena. Tiene la gracia socarrona, la terrenal levadura, la irónica sal humana de la madre Celestina, de Juan Ruiz, de los

sanos Carrillos de las églogas, del Cancionero de Baena, de las coplas y decires medievales. Hombre de entrañas glotonas y optimistas, en sus mismos apetitos hace gala de mesura, salvo en el de la codicia —que se debe a la pobreza en que le han hecho vivir—, y es, aunque no lo parezca, de la raza del Cid y Fernán González, que lucharon por el fuero y por el huevo, sin dar nunca —como luego harían muchos— al uno el nombre del otro.

Trátase de un español formado por la cultura precedente a Carlos V, calentado por el sol cuya puesta se ve en *Fuenteovejuna*, y en su molde no cayó plasma extranjero, ni godo, y por eso vive sin manía de grandeza, ni árabe, y así está libre de sensualismo hecho mística, ni hebreo, gracias a lo cual carece de obstinación ritualista, de tendencia al análisis negativo, y también de sentido crematístico o abstracto del valor, pues en su misma codicia de pelantrín, cuando guarda unos cobres en la olla, siempre es rústico, concreto y barruntador de magras.

Ni siquiera le dañaron en su ser, por muchas veces que le talaran sus campos, los siete siglos y pico de pelea entre moros y cristianos, pues la lucha fue cosa para los nobles, no para el pueblo labrador, y aunque éste tuvo que entrar en ella a menudo, más la sufrió que la hizo, menos se dio a sus mesnadas que le opuso sus Concejos. Para no pagar tributos se hizo musulmán al llegar los árabes a su tierra; para no perderla volvió a hacerse cristiano cuando se encontró a la sombra de jinetes neogodos, y hasta aspiró a ser hidalgo... para librarse de pechos; mas, por lo que hace a la guerra misma, su actitud fue siempre la que revela el cantar:

*mate moros quien quisiere,
que a mí no me han hecho mal.*

Don Quijote es posterior; más que el español indígena, es el híbrido español, el nuevo engendro manchego resultante de mezclar lo gótico y lo semita, el Imperio de Toledo y el Jalifato de Córdoba, las culturas extranjeras contra las cuales lucharon los vascones y los cántabros, y después sus herederos del condado de Castilla; poco tiene de auténtico castellano, pues la genuina Castilla fue la vieja, la enfren-

tada con León, la que alzó Fernán González, la del Cid y los Concejos, mas tiene mucho de castellano a la nueva usanza, de hombre avezado a luchar, a vencer, a exaltar las premáticas de sus bríos, a imponer su voluntad para trocarla en su gloria.

Es un mestizo de extranjerías, nacido en tierra de talas, entre ceniza de quemas y polvo de secarales, junto al campo de batalla de Montiel; y está educado en la cultura, también alógena y mixta, ganadera y belicosa, de la Mesta y las mesnadas, de una imperial contra-España, toda delirios caballerescos en catres de frustración, convertidos en potros de tortura como aquel de la venta —¡tan simbólico!— en que el hidalgo, creyendo, por ganas de presumir, que tocaba el cendal de una princesa, tocó la arpillera de Maritornes y sufrió los mamporros del arriero.

Sancho, el ladino inocente, el risueño ganapán, atento a sus realidades y docto en su refranero, es el pardillo ancestral, un español de los vencidos, pero jamás convencidos, por Carlos V y los nobles en el nunca bien llorado Villalar; don Quijote es señor sin señorío, hidalgo de los formados a partir de aquel desastre frustrador, y por eso rezuma pesimismo, como su último heredero literario: don Quintán el Amargao. No fueron sólo los comuneros, sino también toda España, y especialmente la interior —que es su crisol—, con sus usos y costumbres, su idiosincrasia y su sino, la que perdió aquella guerra librada entre ambas Castillas a principios del siglo xvi.

Después, nuestra frustración sólo tuvo las salidas de la prédica, y la guerra, de la cruz y de la espada, de la Iglesia y el Estado, y por ellas se fue al mundo nuestro furor de vencidos, casi siempre hecho agresión. Tanto es así, que la suprema epopeya de la raza, la de asombrosos descubrimientos y portentosas conquistas, tuvo mucho de fuga, de huída a tierras en que podía ser puma quien en la suya natal se veía condenado a ser ratón de iglesia o de castillo inhóspito. Si se quiere prueba de ello, bastará que recordemos tres casos:

Sebastián de Belalcázar cruzó el Atlántico y los Andes tan sólo por no afrontar

al alcalde de su pueblo, cuyo burro dejó seco de un leñazo. Vasco Núñez de Balboa se escapó de la Española en una cuba, con su perro Leoncico, para emprender, pese a Enciso, la aventura de Darién y descubrir el Mar del Sur. Y Juan Sebastián Elcano se unió en Sevilla a Magallanes para escapar de una condena a muerte, pues algunos años antes se vio en la necesidad de vender la nave con que había participado en la campaña de Italia, para pagar a su dotación, y tal venta, hecha a extranjeros, con la pena de muerte era castigada por un Estado moroso a la hora de pagar.

Desgarrados llamó el pueblo a sus valientes, huidizos trotamundos, en el siglo XVI. Retuvieron reinos, conquistaron mundos, ¿y qué pago se les dio? Recordemos a Colón, suplantado por el necio Bobadilla; a Balboa, desplazado por Pedrarias; a Hernán Cortés, casi arrepentido de sus hazañas en México. No es sorprendente que en el siglo XVII, como prueban sus soberanos satíricos, todo fuera hablar de *pícaros* y *podridos*, de míseros amargados, de pesimistas adustos; es decir, de agresión entre españoles por «quítame allá esas pajas» o líbrame de ese estorbo.

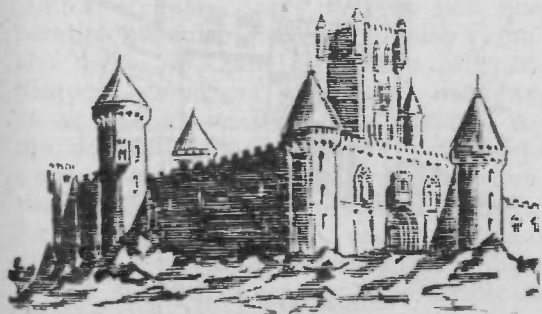
Cierto es, sí, que el español representado por Sancho no se extinguió por completo, pues no podía extinguirse, siendo brote del perdurable terruño; pero no es menos verdad que el español más campanante desde entonces, aunque le echemos en falta por haberse encanijado, ha sido el puesto de relieve por el hidalgo manchego, quien, si bien se le estudia, si se le ve sin la vanidad de quien se mira al espejo, es, como godo, conquistador, por lo menos de boquilla; como árabe, vi-

sionario; como mestizo de filas o subalterno, ambicioso y frustrado al mismo tiempo; como ingenio sin destino verdadero —y aunque tenga el *destino* garbancero de una ya tricentenaria aspiración—, entre caballero y pícaro, torturado por tensiones que a menudo le disparan y le hacen buscar ideas que le sirvan de pretexto para agredir con honor...

¿Quiso Cervantes hacernos ver otra cosa cuando compuso la sátira que hoy se toma por elogio, exaltación, endiosamiento del español contrahecho, frustrado y extranjero a que llamó don Quijote? Creo que no. Lo advierte en el prólogo de su obra, si bien fingiendo que dice lo contrario; se ve a las claras cuando el ventero, entre mozas del partido, tomando por Biblia y código el cuaderno de la paja y la cebada, trocando su miedo en burla, finge armarle caballero; y son innumerables las empresas en que el hidalgo, por baladrón, quimerista o excesivamente bueno, fracasa y casi se deshonorra. ¿Con qué pluma, excepto la del satírico, podría tocar Cervantes las locuras de su raza, cuando tan caras le habían costado a él?

Cierto es también que en casi todos los españoles, como en el libro inmortal, conviven entrambos tipos; pero suelen convivir del mismo modo que allí: sirviendo Sancho a don Quijote, quien si se precia de ser llano, sólo lo es por merced, por gentil condescendencia de señor, y si presume de liberal, más lo es al modo germánico, por orgullo de nobleza, por anárquica altivez, que por mesura y anarquismo de concejil igualdad.

También somos ganapanes hacendosos, como Sancho, y si posible nos fuera ganar el pan necesario con nuestro propio sudor, nuestro mismo don Quijote se avendría de grado a trabajar; mas como es punto menos que imposible, pues somos un pueblo desposeído por los romanos, por los godos venidos a suplantarnos, por todos los herederos de su raza, sus tierras o su Estado, da en soñar imperios de Trapisonda —o *azules*—, y nuestro Sancho le sigue si se le ofrece una Barataria —barata tiene que ser—, porque, siendo gobernados o siendo gobernadores, tantas gentes nos pelaron y trasquilamos a tantas en veinte siglos



de historia, que hasta cosa de taberna y de presidio fue cobrar el barato en las Españas.

Pero claro es que si analizo el ten con ten o la pugna del Sancho y el don Quijote que conviven en nosotros, tan sólo es por suponer que no esclarece el asunto de que deseo tratar; y a él me vuelvo diciendo que el español ordinario, típico, de los tres últimos siglos por lo menos, es un español vencido, siempre sujeto a represión, y, por ende, sufridor de innúmeras *represiones*; es un hombre contrahecho por la historia, servidor de causas extranjeras, que ha tenido que elegir entre el presidio de los trabajos forzados y la hazaña a campo abierto: campo de aventura, cada vez más restringido, quizá inexistente ahora, en el que sólo le fue posible luchar contra su propio destino.

Y este español reprimido, contrahecho, sin libertad de opinión, de trabajo ni de empresa existencial, pero fecundo heredero de fuertes razas y muy fértiles culturas, se sabe recio, tenaz, bien dotado de genio creador, por lo cual es ambicioso, grandiosamente ambicioso —siquiera sea con cuartana— hasta llegar a la cumbre de la vida; mas la ambición que le sublima, que le da fortaleza en su infortunio, que le incita a abrir jaulas de leones y a cabalgar Clavileños, de continuo se siente alicortada, reclusa en la carreta quijotesca del escarnio y del quebranto, carente de educación, de recursos económicos y técnicos, de garantías civiles, de instituciones sociales que le sirvan de sillares para su obra de grandeza.

Dijo Bertrand de Jouvenel en *Du Pouvoir* que « el Estado es la revolución permanente », y creo que lo probó; pero bien cabe añadir que la existencia del Estado es un proceso de fosilización para sociedad sometida a él. Tan antiguo es en España ese proceso, tal intensidad ha tenido y tiene, que ha fosilizado ya no sólo la mayor parte de la estructura social, sino también buena porción de nuestra mentalidad. Eso es muy desesperante de por sí, aunque sea un proceso natural, ineludible para toda sociedad a lo largo de su historia; pero lo es más en nuestro caso, porque el Estado español no es creación de los españoles, sino imposición alógena, infección

varias veces extranjera. Desde la invasión romana nos hallamos en estado de colonia, oprimidos y esquilados por un ejército invasor.

No es sorprendente que Luis Araquistáin, tras pasar muchos años en el error del marxismo por lo que atañe al Estado, reaccionase contra él como español y, por fin, viera en tal institución un régimen y una casta procedentes de la guerra —no de la lucha de clases, que siempre le es posterior, y acaso su consecuencia—, radicalmente militar y debido a una invasión que con él se perpetúa, se hace más devoradora y sofocante, hasta trocarse en progresiva parálisis.

¿Qué hay de extraño en que hayamos dado al mundo nuestra voz *desesperado*? En España, vivir, o comenzar a vivir, es esperar; y « quien espera, desespera », dice el refrán castellano. El español es el constante desesperado, el consumido de atroz desesperación, por ser hombre reprimido y contrahecho, manco de causa ajena a él, siempre en aceda frustración; la de Fray Luis en la cárcel salmantina, la de San Juan de la Cruz en la cárcel toledana, la de Quevedo en San Marcos de León, la de Gracián en su celda archifisgada, la de Cervantes donde fuere que escribió el libro inmortal...

Siempre así desde hace siglos: nuestra hazaña y nuestro hacer tienen fondo de protesta; nuestro grito —porque no es que hablemos alto, querido León Felipe, sino



más bien que gritamos— suele subir a nuestra boca como si fuera al brocal del pozo en que toda facultad se nos está ahogando en llanto. La frustración nos devora: nos comió el optimismo medieval, la arrogancia de los Tercios, la escurialense gravedad que hasta los pícaros tuvieron, la majeza señorial que Goya vio en su mocedad, el primer liberalismo democrático del mundo, para dejarnos los odios de innumerables contiendas, la amargura de Unamuno, de Baroja, del dulcísimo Miró, del claro y sereno Ortega, del furioso Samblancat, de la ceniza y el polvo, que se muerden en *El Hacha*, y también la de tantas, tantas muertes como hemos llorado ya.

No es sorprendente tampoco que la obsesión de la muerte, sobre dar sentido trágico a nuestra vida, se nos haga en ocasiones necrofilia. Tanto esperar para tan sólo desesperar, tanto querer para desquerer, tanto vivir desviviéndonos, basta y sobra para que el místico clame su « muero porque no muero », para que muchos presientan en la muerte la sola liberación, y para que el campesino, confundiendo la vida con la muerte, cante a la anchura del alto cielo:

*Cuando a veces considero
que me tengo que morir,
tiendo la manta en el suelo
y no me harto de dormir...*

Decía Felipe Alaiz, el más penetrante ingenio del anarquismo español, que en nuestra tierra, desde hacía mucho tiempo, todo lo bueno era obra de segundones desposeídos, y que aun ellos tenían que añadir a su carácter una maña: la del proceder furtivo. Tan cierto es eso en el conjunto nacional como en todos sus enjambres celulares, pues no hay uno que permita pensar por cuenta propia, y mucho menos proceder de manera independiente. La opresora mentalidad mayorazga se apodera de todo conglomerado, como del conjunto de ellos; y si el espejo nacional se hiciera añicos, quizá la viéramos reflejada en sus inúmeros pedazos. La ortodoxia nos baldó, como un potro de tortura, y tanto nos contrahizo de mentalidad también, que nos es insufrible la herejía, definida ya como pertinaz error.

Sólo españoles de excepción, que cada vez son más raros, logran sufrir las frustraciones que implica el ser español sin devenir agresivos, sin dar en la violencia —que no es uso de la fuerza, sino invasión del derecho ajeno—, sin perder por completo la medida que fue honor de los viejos castellanos en la ruda era del Cid: el guerrero comedido de la Historia y del *Cantar*, arrogante en los romances posteriores, jactancioso ya en el drama valenciano, baladrón en la farsa de Corneille.

Los demás somos agresivos, nos dejamos llevar por nuestra furia, nos disparamos de frenesí, y esto redobla temores, enciende rivalidades, solivianta lo anárquico de España, priva de hora a su anarquismo, para sólo repetir las de la antigua opresión. Es un círculo vicioso: la falta de libertad nos empobrece, nos lisa, nos encocora, nos tiene en agria agresividad, y ésta amenaza de tal modo, hace temer tales horrores, que a muchos fuerza a pedir la falsa paz del terror, la constante tiranía, la jaula de frustración.

¿Pero hay que seguir así? ¿No ha llegado el momento de saber cuál es nuestra enfermedad y en qué consiste su cura? Del atasco en que estamos no saldremos con magia politiquera ni sacudidas sociales, puesto que ha venido a hacerse no ya un régimen político, no ya un sistema social, sino un estado mental, una anquilosis del espíritu, que hay que curar con exorcismos, con profundo psicoanálisis, con el más bravo examen de conciencia: un examen de conciencia revelador, purgativo, que nos redima de culpas y nos libere de errores, que nos cure las heridas enconadas, nos llene de sensatez y nos dé civilidad para el perdón y el respeto, la convivencia y la estima, a fin de que cada uno tenga su pan, su justicia, en la libertad común.

No sé si cabrá lograrlo. De lo que sí estoy seguro es de que España sólo tendrá porvenir si se perdonan los españoles, si se reconcilian ellos para que caigan sus opresores, si la escasa sociedad no fosilizada aún se libera del Estado en la medida necesaria para ponerse de pie. ¡Ojalá lo haga tan pronto que aún le sea posible andar!

FRANÇOIS FEJTÖ

China contra su modelo ruso

EN 1949, año de la proclamación de la República Popular en China, Mao Tse-tung dijo: « La Rusia de hoy es la China de mañana. » Palabras llenas de sentido en las que se expresa una elección. Al adoptar a Rusia como modelo —la Rusia de 1949, es decir la Rusia de las estructuras stalinianas— Mao Tse-tung y sus seguidores —de seis a siete millones de comunistas aguerridos— decidieron sacar a China del aislacionismo mental, político y técnico que durante largos siglos la mantuvo condenada al estancamiento, haciendo de ella una presa natural para los apetitos extranjeros.

La toma del poder por el partido comunista en 1949 significa antes que nada el fin del aislamiento y al mismo tiempo de la pasividad, de la impotencia y de las vacilaciones chinas. Ruidosa y tumultuariamente, superando su desgarradora alternativa entre la tradición y la asimilación, China hace su entrada en el siglo XX, en la escena política mundial, en la modernidad y el progreso científico y técnico, con todo lo que esto representa de ambiciones, de adopción de valores nuevos, de destrucción de valores y costumbres tradicionales. Así, la conquista por China de su unidad centralizada, de su independencia, de su soberanía, conquista cuyo instrumento intelectual fue el marxismo-leninismo, aprendido en la escuela de Lenin y de Stalin, significaba al mismo tiempo la conquista de China por las ideas, las costumbres y las técnicas de Occidente, y ello con el apadrinamiento soviético, con la media-

ción de Rusia que parecía una garantía de no explotación y de fraternidad.

Lo que el catolicismo, los jesuitas y los misioneros protestantes no pudieron lograr, lo que tampoco lograron los enclaves capitalistas establecidos tras la « guerra del opio », Sun Yat-sen, los artífices de la revolución de 1912, los partidarios de la *free enterprise*, los militantes del Kuomintang de la primera y la segunda épocas, los nacionalistas, liberales, demócratas o fascizantes, lo que nadie logró —la integración de China en la civilización técnica, en el mercado mundial—, lo han conseguido los comunistas tras una dura batalla. El marxismo-leninismo, revisado por Stalin, remodelado y aplicado por Mao Tse-tung, se ha impuesto al conjunto de China como una ideología supranacional, supraracial, de validez universal, planetaria, que satisface a la vez las exigencias de la verdad racional una e indivisible y el impulso vital de una « élite » harta de humillaciones, totalmente decidida a barrer a una burguesía incapaz de sacar a China de la anarquía y del marasmo y a vencer al enemigo con sus propias armas.

En 1949 se terminó el monólogo chino. En adelante China se define en relación con... En relación con los países más desarrollados. Hoy se ha convertido en un país en que las relaciones con el resto del mundo, en particular con Rusia, desempeñan un papel verdaderamente determinante en todos los terrenos y en cada momento de la existencia. « Es una cuestión que todos discutimos —escribía Tchen Ha-po hablando

de las relaciones de China con la U.R.S.S. en la revista *Hsue Hsi* (3 de enero de 1957)—. Para el pueblo chino, el marxismo-leninismo no constituye una doctrina autóctona. En China lo introdujeron y presentaron los intelectuales avanzados de nuestro país... Ahora bien, el hecho de poseer el marxismo-leninismo no significaba que todo iba a marchar en adelante sobre carriles. La tarea más urgente consistía en hacer que el marxismo arraigara en la tierra china, que en ella floreciera y diese frutos. Esta es la responsabilidad de los miembros del partido comunista chino. *Se trata de combinar la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica revolucionaria china... »*.

En efecto, en este párrafo está todo.

BASTA CON SEGUIR de cerca la prensa cotidiana china para ver hasta qué punto la entrada de China en el mundo coincide con la entrada del mundo en China. En ningún otro país del globo ocupa la información sobre el exterior, sobre los contactos con el extranjero, un lugar tan preponderante como en la prensa china. Leyéndola, se tiene la impresión de que toda China se halla pendiente de lo que pasa en Rusia, en Albania, en el Vietnam y hasta en Cuba y Argelia, en Siria y en el Congo. A los comunistas chinos les interesa y les afecta todo lo que se mueve y todo lo que se construye en otros países. Esta verdad —la verdad de la revolución, de la lucha armada contra todas las formas del colonialismo, del imperialismo y de la dominación burguesa— se esfuerzan encarnizadamente por descubrirla en todas partes, como único camino de salvación, excluyendo todas las demás posibilidades y desterrando toda clase de dudas y de incertidumbres.

INFLACIÓN, PUES, de informaciones sobre el mundo, pero de informaciones que sólo ofrecen de la realidad una imagen deformada, mutilada por esquemas que a menudo dejan de lado lo esencial. Esta es una de las grandes paradojas de la obsesión internacionalista con que los chinos han sustituido la indiferencia y el aislamiento de los viejos tiempos. Sin duda

esta obsesión es el precio que los chinos han de pagar por el atajo (soviético, staliniano) a través del cual han alcanzado la universalidad de los tiempos modernos. La Rusia de 1949, adoptada como modelo, era una Rusia casi paranoica, al menos en lo que respecta a su visión del mundo exterior y a su conciencia de sí. La Rusia de 1949 es el dogmatismo staliniano de un aparato que se ha aislado no sólo de las masas sino también de los hechos, para el cual la voluntad de ver lo que es, de ser objetivo, constituye una desviación. Cuanto más fuertemente llaman a la puerta las dudas y las incertidumbres, más se turba la visión del mundo; y la información se convierte en un pretexto para reafirmar la fe en la verdad universal de la vía revolucionaria.

El impulso original llevó a China a romper las barricadas, a hacer desaparecer la Muralla, a comunicar con la Historia. Pero el hecho es que la verdad universal, en la forma en que fue adoptada, ha servido a sus dirigentes para rodear el país de una red protectora más sutil que la vieja muralla, pero que de todos modos aísla filtrando sistemáticamente las informaciones y solicitudes del exterior, incluso las del interior del campo socialista.

CREO QUE LAS DIFICULTADES más graves de la experiencia china proceden del hecho de que el modelo ha entrado en crisis. Sólo unos años después de haber impuesto la fe en Stalin, como en una especie de Super-Papa mundial, he aquí que el padre de todos los pueblos, entre ellos del chino, desaparece, creando un vacío que sus sucesores iconoclastas llenan poniendo al descubierto todas las taras de un sistema al que los dirigentes chinos, a pesar de todo lo que sobre él sabían —y era mucho—, dieron su preferencia.

Ciertamente, existen otros factores, múltiples y complejos de carácter histórico, racial, económico y estratégico, que han contribuido a perjudicar las relaciones entre China y la U.R.S.S., tan poco tiempo después de la alianza sellada para la eternidad. Pero el factor primordial es la desestalinización. Es decir, la desagregación de las estructuras stalinianas que se ha producido en la U.R.S.S. precisamente en el

momento en que acababan de ser instaladas en el suelo chino. La China comunista es como el adolescente cuyo guía y maestro, por el cual había abandonado todo, comienza a dar señales inquietantes de desequilibrio psíquico y se pone a desmentir con sus actos y con confesiones sinceras, pero terriblemente inoportunas, toda la enseñanza que antes era el fundamento de su ascendiente y autoridad. Y si se piensa que se trata de un adolescente que en el exceso de su fe, por la persuasión y por la fuerza, ha impuesto a su maestro sobre 600 millones de hombres, se comprenderá el efecto desastroso del choque psicológico que han sufrido los responsables comunistas chinos a consecuencia de la acción de Kruschef, motivada únicamente por consideraciones políticas interiores de la U.R.S.S. y que el interés imperativo del régimen chino habría exigido, al contrario, diferir si no impedir. La crisis del stalinismo provocó en China una conmoción tanto más grave cuanto que la aplicación de las recetas stalinianas de desarrollo unilateral de la industria pesada, la campaña de las cooperativas y la organización del aparato totalitario a partir de 1953 no dejaban de topar con dificultades. Pues bien, la ola de críticas y de autocríticas suscitada por Kruschef en la U.R.S.S., en Polonia y en Hungría, conmovió en plena batalla la fe incondicional de los constructores del comunismo chino.

POR ELLO, para poder formar una idea clara de la experiencia china, es indispensable conocer el período de « las cien flores y las cien escuelas ». No existe mejor introducción a la problemática china que la antología de textos aparecidos entre 1956 y 1957, publicada recientemente por el sinólogo inglés MacFarquhar. Gracias a esta antología de las decepciones, los sueños y las utopías de los intelectuales, poseemos una especie de radiografía de lo que realmente ocurrió tras la fachada de serenidad y de unidad monolítica que la China oficial presentaba, durante aquel período, a los ojos de tantos visitantes occidentales entusiastas que no vieron nada del asunto y que no se enteraron de la existencia de las huelgas y de los disturbios graves de 1956 hasta más tarde y por los periódicos,

cuando Mao Tse-tung creyó necesario hablar del asunto en su tratado sobre las contradicciones.

Ahora bien, precisamente en 1956, año crítico, el ruidoso proceso del stalinismo en el seno del partido ruso, así como en Polonia y en Hungría, y el « incidente húngaro », provocaron una conmoción en la clase « política » china. Mao Tse-tung ha imputado la responsabilidad de esta crisis al diletantismo y la imprevisión de Kruschef, cosa que le venía muy bien si se piensa que él mismo —y éste es un aspecto del problema que suele olvidarse demasiado fácilmente— contribuyó en gran parte a la desagregación del imperio staliniano, en particular con sus críticas del « chauvinismo gran-ruso » y de la forma en que Stalin concebía las relaciones económicas con los países socialistas. Es cierto que las críticas de Mao fueron siempre de carácter interno, pero a partir de la muerte de Stalin, en sus conversaciones con otros jefes comunistas, el líder chino se hizo el campeón de una reforma del sistema mundial del comunismo. Alentó a los polacos y a los húngaros a que se hicieran más independientes, aprovechó la crisis de autoridad de la U.R.S.S. para conquistar —en la Conferencia de Bandung de 1955— un campo de acción ideológica más vasto para China y lanzó los « Cinco principios » que luego inspirarían a Gomulka y a Imre Nagy.

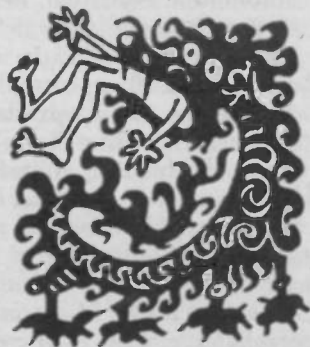
No obstante, las críticas de Mao se referían sólo a las relaciones internacionales del comunismo y no afectaban a lo que en el stalinismo era técnica de gobierno y de desarrollo económico, dictadura incontestada del partido único y empleo de métodos terroristas para aplastar a la oposición y para combatir la tentación de Occidente.

Según los chinos, el paso al comunismo policentrista debió producirse sin choques ni rupturas y sin atacar a Stalin. Pero Kruschef, al revelar los crímenes del tirano, hundió en el descrédito todo el sistema ; el sistema que China acababa de adoptar y que sus dirigentes querían conservar.

ABRAMOS AQUÍ un paréntesis para decir unas palabras sobre las razones que tenían Mao Tse-tung y su partido para identificarse hasta tal punto con Stalin. ¿Esta fidelidad a Stalin y al stalinismo no está en

contradicción con la originalidad aparente de la experiencia china, con el « maoísmo » de Mao, con sus técnicas que se inspiran en las condiciones particulares de China y hasta con su vocabulario? ¿Cómo comprender la campaña de « las cien flores y las cien escuelas » si no se tiene en cuenta lo que el término evoca para los chinos : las innumerables « escuelas » que florecieron entre los letrados durante la dinastía preconfuciana de los Chou? ¿No se hablaba ya en 1949 del « titismo » virtual de Mao, del carácter nacional, e incluso nacionalista, del comunismo que él ponía en práctica?

Pienso de todos modos que K.A. Wittfogel tiene razón en atacar el mito del « maoísmo » y en atribuir al genio de Lenin la paternidad de esa hazaña gracias a la cual la idea comunista ha podido implantarse en las condiciones específicas de China. En efecto, ya en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin concretó la adaptación de la revolución comunista a los países coloniales y subdesarrollados, preconizando un plan de acción que la ausencia o la debilidad de una vanguardia proletaria no debían dificultar y en la que se cargaba el acento sobre la formación de un aparato de revolucionarios profesionales, capaces de utilizar para sus fines la efervescencia de los campesinos. Así, la revolución podía pasar directamente del feudalismo al comunismo por el intermedio de los soviets campesinos, saltando la eta-



pa de la industrialización capitalista. Fue, pues, Lenin quien indicó el camino a Mao.

Es cierto que posteriormente Stalin modificó un tanto las orientaciones leninistas, fundamento de la revolución china, po-

niendo de relieve el papel progresivo que la burguesía nacional estaba aún llamada a desempeñar. Lo que en la gran discusión de 1927 sobre las posibilidades de la revolución china distinguía a Stalin de Trotsky no era sólo su desaprobación del punto de vista trotskista acerca de la vocación revolucionaria de los proletarios de los grandes centros industriales, sino sobre todo la idea de que durante un largo período los comunistas chinos deberían tratar aún de cooperar con el Kuomintang burgués con miras a unos objetivos nacionales. Pero esto no era para él una cuestión de principio. « Sirvámonos de la burguesía nacional china y después arrojémosla como un limón exprimido », aconsejó Stalin a los comunistas chinos.

Estos supieron tener en cuenta el pragmatismo staliniano, inspirado en los intereses inmediatos del Estado soviético, y la enseñanza esencial que consistía en subordinar todos los demás puntos de vista a la construcción de un aparato político-militar fuertemente centralizado, capaz de extender sistemáticamente su zona de influencia y de aprovechar todas las debilidades del adversario. Aparato al mismo tiempo lo bastante flexible para poder realizar todos los cambios tácticos que aconsejasen las circunstancias.

Por ello, en el plano teórico y hasta la crisis de 1956, el maoísmo se presentaba sólo como una aplicación brillante de ideas y de técnicas tomadas de Lenin y de Stalin. La originalidad de la experiencia china era únicamente de detalle : se derivaba del hecho de que, al contrario que la U.R.S.S., pero en forma muy semejante a Yugoslavia y a Albania, la futura estructura del Estado chino se elaboró a partir de un núcleo (Yenan) en el que el tono dominante lo dieron los campesinos-soldados que manejaban al mismo tiempo el fusil y la hoz. Era un régimen cuya armazón esencial se hallaba constituida por franco tiradores convertidos al comunismo por letrados revolucionarios.

En cuanto a los dirigentes chinos, desde antes de la toma del poder les ocurría casi la misma aventura que a los bolcheviques en 1918. A pesar de la prioridad que durante el combate por el poder concedían a los problemas de lucha de clases,

la entrada en posesión del aparato del Estado les impuso también la necesidad de representar los intereses nacionales. La interpenetración entre el comunismo y el nacionalismo se hizo sentir en China con tanta mayor rapidez cuanto que los comunistas, aunque sólo fuera por razones de táctica, se vieron obligados durante la guerra contra el Japón a aventajar en este terreno a los nacionalistas, a los que reprochaban no serlo con bastante firmeza.

Encontramos, pues, desde los orígenes un fuerte ingrediente nacionalista en la ideología de Mao. Pero lo que en ella prevalecía era la convicción de que los objetivos nacionales, que el comunismo había asumido, eran perfectamente compatibles con el universalismo comunista, ya que la U.R.S.S. aparecía como la protectora natural de los países que se liberaban del yugo colonial. Por esta razón Mao Tse-tung dijo todavía en 1957, cuando esta convicción comenzaba ya a quebrantarse : « *Reforzar la unión con la U.R.S.S., tal es nuestra política fundamental y en ello radican nuestros intereses esenciales* ». Sin embargo, la « degeneración » del espíritu revolucionario e internacionalista en la U.R.S.S., el hecho de que la Unión Soviética estaba iniciando un camino en el que los chinos ya no la podían seguir y de que sus dirigentes parecían no hacer el menor caso de las preocupaciones chinas, obligaban a Mao Tse-tung a llenar el vacío volviéndose, esta vez de verdad, « maóista » e improvisándose —él, que hasta entonces había sido un epígono y un virtuoso de la táctica— teórico original, extrayendo inspiración y vigor de la fuente misma de su movimiento. Fue la mediocridad de Kruschef lo que incitó a Mao a presentar su candidatura para la dirección ideológica y estratégica del movimiento internacional.

EL PUNTO DE PARTIDA es el famoso informe sobre *La justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo*, presentado en febrero y publicado en junio de 1957, en forma dulcificada y con bastantes retoques. El informe de Mao es una respuesta crítica al famoso informe secreto de Kruschef ; abarca al mismo tiempo una meditación sobre la desestalinización y sobre el incidente húngaro y una serie de variacio-

nes sobre un tema bimilenario de Lao Tseu : « En la desgracia vive la felicidad, en la felicidad se esconde la desgracia. » (Algo así como : no hay mal que por bien no venga.) El informe sobrentiende que, si bien tampoco en China marcha todo a pedir de boca, de todos modos el Partido chino no se ha equivocado en lo esencial. Si es verdad que también en China se manifiestan « ciertas contradicciones entre el gobierno y las masas populares », no lo es menos que el gobierno « representa efectivamente los intereses del pueblo y sirve al pueblo ». Sin duda, es esta convicción orgullosamente expuesta lo que más irritó a los soviéticos en ese informe lleno de alusiones discretas a los « métodos administrativos y métodos de coacción » empleados en otros países.

En efecto, al mismo tiempo que declara no haberse engañado y no tener nada que cambiar, Mao Tse-tung toma sus distancias. Y aquí aparecen ya los dos *leitmotiv* que caracterizarán su pensamiento en los años siguientes. Por un lado, frente a Kruschef, que al lanzarse a la desestalinización olvidó sus obligaciones para con el mundo comunista, Mao insiste en el internacionalismo y en la necesidad de la unidad ideológica ; proclama al revisionismo « el enemigo número 1 » precisamente porque el revisionismo significa, según él, antes que nada, ruptura de la unidad del campo, falta de coordinación estratégica. Y por otro lado, paralelamente a este llamamiento a la unidad, Mao Tse-tung refuerza la autonomía espiritual de su movimiento, se presenta como rival ideológico, emplea un vocabulario cada vez más « chino » y estimula el espíritu de invención de sus cuadros. Muy sensible sobre todo a la crítica revisionista de esta « nueva clase » que también se manifiesta en China, Mao denuncia « *las tendencias peligrosas... que se expresan en un gran número de nuestros militantes por el deseo de no compartir con las masas las alegrías y las penas, la aspiración a la gloria y a las ventajas personales* ». Con el fin de corregir este vicio se envía buen número de cuadros a las organizaciones de base y a la producción y se restablece en el ejército el espíritu igualitario. De un golpe, frente a la Rusia desestalinizada y en camino de aburguesarse, Mao hace que China adop-

te un rostro severo, puritano, autodisciplinado. Esto supone un retorno a las fuentes morales del movimiento : a la igualdad y a la fraternidad del comunismo de guerra.

EN ESTE CONTEXTO se inserta el episodio más emocionante de la historia de China en la posguerra : los « cien días » de liberalización durante los cuales los dirigentes incitan a todos los cuadros, a todos los intelectuales del partido y de fuera del partido, a todos los aliados no comunistas del movimiento, a ayudar a éste a corregir sus defectos dando libre curso a sus críticas y a sus objeciones.

¿Se trataba de una astucia de guerra, como Mao afirmará más tarde, de una táctica destinada a desenmascarar al enemigo prometiéndole la impunidad? Algunos lo creen así ; yo no comparto su opinión. Me parece más bien que Mao quiso hacer una demostración del alto grado de arraigo de su régimen ; que estaba convencido de que el peor momento había pasado ya, que cinco meses después de la represión de la insurrección húngara, represión que él había aprobado, los intelectuales de su país se expresarían con prudencia y que, por consiguiente, la operación de liberalización aumentaría a la vez el crédito exterior del régimen y su dinamismo interno.

Pero lo que ocurrió puo en evidencia una desafección tan grande, un desencanto tan profundo de los cuadros, que los directores de conciencia del régimen, los organizadores de las discusiones públicas, se sentían profundamente sorprendidos. La *intelligentsia*, maltratada durante largos años, manifestó una especie de frenesí crítico y el desahogo colectivo hizo brotar una hostilidad general contra la arbitrariedad del partido, al que no sólo se reprochaban sus métodos dictatoriales, las represiones en masa y sin discernimiento, su desprecio de las tradiciones chinas más esenciales, su misticismo « peor que el del budismo », sino también, y sobre todo, su servilismo para con los rusos que, como ha dicho un viejo militar progresista, Lung Yun, vicepresidente del consejo nacional de defensa, recordando el saqueo de Manchuria y la ayuda parsimoniosa concedida por Stalin durante la guerra de Corea, « se han

mostrado mucho menos generosos que Estados Unidos con sus aliados ».

Esta explosión casi salvaje de espíritu crítico, de resentimientos y de ensueños tan largo tiempo reprimidos, puso de manifiesto que para la *intelligentsia*, cuya adhesión era indispensable para hacer progresar a un país de 650 millones de habitantes —de ellos 550 millones de campesinos—, su decisión de 1949 no tenía aún ningún carácter definitivo ; que, sin renegar de la revolución, los cuadros y los letrados conservaban todavía nostalgias de un universalismo más universal que el soviético, de un socialismo a la vez más humano y más nacional que el del modelo ruso.

Ciertos economistas occidentales, que meditan sobre la experiencia china, tienen quizá razón al creer que Mao no tenía otra alternativa ; que no existen otros medios, otras técnicas de gobierno capaces de sacar a un país atrasado de su estancamiento, de movilizar todas sus energías exasperándolas, de ganar la carrera contra la miseria. De todos modos, conviene no perder de vista el hecho de que, como demostraron los acontecimientos de 1957, una parte importante de las personas que pesan en China, en el seno mismo de su partido comunista, no estaban convencidas de la necesidad de los métodos totalitarios. Estas personas influyentes expresaban cierto escepticismo en relación con la superioridad de los métodos de planificación, a la vez meticulosos y rudimentarios, copiados de la Rusia soviética por el equipo de Mao. Y no cabe duda de que el dismantelamiento por Kruschef de la centralización staliniana no hizo más que amplificar en China la lucha entre derechistas e izquierdistas, partidarios del frenaje y partidarios de la aceleración, tanto más cuanto que los expertos soviéticos parecían —como en Yugoslavia en 1948— presionar en el sentido de la moderación.

Como es sabido, los « cien días de libertad » terminaron con una campaña de « rectificación », es decir, con una purga en masa, el traslado de centenares de millares de intelectuales a los campos llamados de « reforma por el trabajo » y un nuevo desencadenamiento del fanatismo. Y todo ello en un momento en que la naturaleza misma se ensañaba contra el país.

Así, LA DESESTALINIZACIÓN en la U.R.S.S. atizaba y exasperaba las disensiones internas en China, empujaba a Mao, que sin embargo procuraba conservar, como corresponde a un dirigente del partido, una posición « centrista », hacia posiciones cada vez más « izquierdistas ». Por su parte, el deslizamiento hacia la izquierda del partido chino ensanchaba el foso entre él y el partido soviético. China se ideologizaba precisamente en el momento en que el partido comunista ruso se desideologizaba y se volvía —como demuestra su nuevo programa— cada vez más « práctico ». Este proceso divergente embrollaba aún más las relaciones entre la U.R.S.S. y China y acentuaba la tensión personal y política entre Mao y Kruschef.

En vano se esforzaba Mao por aprisionar a Kruschef en el vocabulario leninista y por coligar contra la dirección soviética a todos los « gruñones » del stalinismo internacional. Kruschef firmaba, primero en la Conferencia de 1957 y después en la de 1960, textos anti-revisionistas, denunciaba el colonialismo y el imperialismo en todas sus formas y enseñaba los dientes —y las bombas— a Occidente. Pero, en lo esencial, Kruschef seguía su propio camino.

¿Y QUÉ ES LO ESENCIAL? Tengo la impresión de que en todo lo que se ha dicho y escrito en torno a la disputa entre chinos y soviéticos, disputa que alcanzó su paroxismo en el XXII Congreso del partido comunista soviético celebrado en octubre de 1961, se ha concedido demasiada atención a los temas ideológicos. Sentido de la coexistencia, interpretaciones de la dictadura del proletariado, fatalidad o no fatalidad de la guerra, pluralidad de caminos hacia el socialismo : todas estas cuestiones tienen ciertamente una significación política incontestable. Pero en la polémica chino-soviética tienen sobre todo un valor instrumental, de camuflaje, de justificación, de mixtificación —a menudo de sí mismo—. La verdadera batalla tiene lugar más allá de la ideología y no es posible comprender el objetivo real de la misma —prescindiendo de los escapes y de los lapsus que se han producido— más que en aquellos momentos en que, como ocurrió con Hoxha tras el XXII Congreso, los pro-

tagonistas pierden el control de sus nervios y descubren sus cartas.

Habiendo asistido a uno de estos « momentos de verdad », podemos hoy, gracias a una serie de comparaciones, reconstituir los puntos del litigio y separar lo sustancial de lo accidental. Pues bien, lo que parece constituir el elemento esencial, el elemento que empuja a los protagonistas hacia el divorcio, es la concepción de Mao Tse-tung que preconiza un mando unificado —ideológico, estratégico, político y cultural— del movimiento comunista internacional, y sobre todo de los países socialistas. Mando unificado en el que el papel de la U.R.S.S., el país más poderoso del campo, sería admitido por todos, pero que excluiría por parte de la Unión Soviética toda iniciativa, toda decisión internacional —e incluso nacional— sin previa consulta de sus aliados.

Seguramente al formular esta reivindicación los chinos sobrentendían que no confiaban en las capacidades de Kruschef para dirigir los asuntos del mundo comunista. Es poco probable que bajo Stalin hubiesen podido pensar nunca en reclamar semejante cosa. Pero la desconfianza de los chinos no se refiere únicamente a la persona de Kruschef. A través de éste, esa desconfianza pone en tela de juicio toda la orientación tradicional de la política soviética, su autonomía de decisión. So pretexto de la unidad, Mao Tse-tung reclama realmente una política colectiva.

No es tan sólo en el ardor de la polémica como los chinos han llegado a identificar a Kruschef con Tito y a denunciarle —por boca de Hoxha— como « escisionista ». Sabido es que Stalin distinguía ya desde 1948 en Tito —tras sus ambiciones balcánicas, sus ideas izquierdistas, su gusto por la independencia —la negativa a colocarse definitivamente al lado de la Eurasia soviética. Igualmente, lo que Mao Tse-tung combate en Kruschef con el máximo encarnizamiento es su inclinación hacia Occidente, que ni siquiera está seguro de que sea consciente. Esa inclinación se deriva probablemente de un miedo casi instintivo ante la integración a una Eurasia comunista donde, gracias a los chinos, el elemento asiático sería preponderante, primero demográfica e ideológicamente, y poco

tiempo después en todos los terrenos : económico, técnico y político.

Existen otros muchos indicios de este miedo : colonización intensa y acelerada por los rusos del Extremo Oriente soviético ; negativa obstinada a entregar a China los secretos de fabricación de las bombas atómicas y las bombas mismas ; insuficiencia crónica de la ayuda económica a China, en el momento mismo en que la U.R.S.S. acentúa su asistencia a la India y a otros países subdesarrollados ; vacilaciones en relación con la creación, aunque sólo sea para el Pacífico, de un mando estratégico unificado, cuya ausencia han deplorado más de una vez los chinos ; sorprendente neutralidad mostrada por los soviéticos durante la disputa chino-india de 1959 ; negativa soviética a respetar el *gentlemen's agreement* concluído en 1957 y que concedía al partido chino ciertos derechos de supervisión y de orientación de los movimientos revolucionarios de los países subdesarrollados en Asia y en América Latina ; y, sobre todo, esfuerzos siempre renovados de Kruschef para encontrar un *modus vivendi* con Estados Unidos en relación con Alemania y con el desarme, siempre con exclusión de China.

Los chinos se dan cuenta de que existe una corriente subterránea muy fuerte en Rusia que la lleva hacia Occidente y que la empuja a creer que tiene por lo menos un interés común con Estados Unidos : el de impedir que China se convierta rápidamente en la potencia dominadora de Asia y, por ello mismo, su candidata a la hegemonía mundial. De otro modo, ¿cómo explicar las repetidas iniciativas de negociación por parte de Kruschef, que se obstina en no consultar nunca previamente a China y en ignorar los objetivos nacionales más importantes de su aliada y se niega a hacer del reconocimiento de la China popular, de la restitución de Formosa y de la admisión de la China Popular en las Naciones Unidas —de donde sigue excluída, cuando hasta Mongolia Exterior y Mauritania han ingresado ya—, una condición previa para toda negociación?

Aquí, en esta situación humillante y no aceptada, está el nudo del conflicto chino-soviético. Todo lo demás —desacuerdo sobre las comunas con cuya organización los

chinos han querido manifestar espectacular y orgullosamente su independencia práctica ; divergencias en torno a la política que debe adoptarse respecto de los países y de los movimientos nacionalistas anticomunistas, del sentido que hay que dar al término « coexistencia » y de lo justificado o no de los proyectos de anexión atribuidos por Hoxha a Tito—, todo lo demás, digo, no son sino detalles y pretextos. Si se reconoce que el fondo del litigio se refiere a la naturaleza de la alianza, al derecho de cogestión reclamado por China, se comprenderá fácilmente por qué la China de Mao, a riesgo incluso de condenarse a cierto inmovilismo en el interior y a la suspensión de su carrera hacia la industrialización, concentra desde hace cuatro años sus esfuerzos en hacer fracasar la política de Kruschef y sus proyectos de negociación, organizando contra él facciones y complots, sirviéndose de Albania como base de cohetes de propaganda, movilizándolo contra Kruschef todas las corrientes izquierdistas del movimiento internacional, no sólo a los stalinianos y a los conservadores de toda especie, sino también —y sobre todo— a los revolucionarios auténticos de los países subdesarrollados, que no han tardado mucho en descubrir el oportunismo y el chauvinismo del jefe soviético y sus deseos de compromiso con los « imperialistas ». La mejor arma —quizá la única verdaderamente eficaz— con que cuentan los chinos en esta lucha es la ortodoxia leninista. Así, el marxismo-leninismo, que con Stalin se transformó en una ideología que justificaba la dominación, en el interior del primer país socialista, del aparato de un partido, y después en una ideología que justificaba en el seno del movimiento comunista internacional la hegemonía de la U.R.S.S., está a punto de convertirse entre las manos de Mao Tse-tung en una ideología de rebelión y de venganza de todas las razas no blancas, desheredadas, humilladas y oprimidas, cuya causa se les acusa de haber abandonado a los herederos de la gran Revolución de Octubre. La ultraortodoxia de Mao —igual que la ultraortodoxia de Tito en 1948— expresa las ambiciones de hegemonía —ambiciones nacionales, imperiales— de la China revolucionaria.

Un delegado negro que asistió a la Conferencia de noviembre de 1960 en Moscú nos confió que en ciertos momentos, cuando los representantes chinos y soviéticos se enfrentaron por primera vez con violencia, se tenía la penosa impresión de una escisión ya consumada, y esta escisión se establecía, contrariamente a lo que cabía esperar de una comunidad internacionalista supranacional, según el color de la piel. En efecto, mientras que la casi totalidad de los partidos « europeos y demás blancos » siguieron a Kruschef, la mayor parte de las gentes de color se dejaban arrastrar por los argumentos chinos, que apelaban a su imaginación, a su intransigencia revolucionaria y a sus resentimientos contra la raza blanca. Enver Hóxha es sólo una excepción que confirma la regla, lo cual hace que sea tan valioso para los chinos que se defienden con tesón —y con buena conciencia— de la acusación de ser racistas.

Después de la conferencia de noviembre de 1960, los chinos han conseguido ampliar su clientela y organizar una fracción bastante considerable. Este éxito les ha alentado a intensificar su presión contra Kruschef y a citarle —con ocasión del XXII Congreso— ante el alto tribunal de una nueva conferencia internacional, con el fin de obligarle, so pretexto de discutir el caso albanés, a capitular o a ceder el puesto a otro, a menos que aceptara el riesgo y la enorme responsabilidad de provocar una escisión.

Ya se sabe cómo, gracias a qué medios « putchistas » —la expresión es de Enver Hóxha— hizo fracasar Kruschef este proyecto tomando la ofensiva contra los albaneses y rechazando la idea de una conferencia internacional. Así, por intermedio de Kruschef, la U.R.S.S. ha preferido aceptar el riesgo de un cisma antes que sacrificar aunque sólo sea una pequeña parte de su soberanía externa e interna en el altar de la comunidad comunista. Esto suponía el fin del chantaje oculto y al mismo tiempo el comienzo de una terrible guerra de nervios entre la U.R.S.S. y China, guerra cuyas repercusiones sobre el movimiento internacional serán mucho más graves que

las del cisma yugoeslavo de 1948 o las del « incidente » húngaro de 1956.

Pero, con ello, la significación de toda la experiencia china y el buen sentido mismo de Mao quedan bruscamente en situación dudosa e inestable. ¿Debía Mao dejarse arrastrar por esta rivalidad, a la vez personal, ideológica e imperial, contra la dirección de un país con el que la razón de Estado y el interés económico, técnico y estratégico de China le recomiendan —como él mismo lo ha dicho y reconocido en múltiples ocasiones— mantener la alianza y la cohesión? Desde 1957, la prisa de Mao por ganar en todos los terrenos, su impaciencia desmesurada, recuerdan la de los soberanos Ts'in, tema de meditación para tantos cronistas antiguos, que a pesar de la inteligencia y de la eficacia de sus reformas antifeudales, se hundieron por haber querido abarcar demasiadas cosas de un golpe, descuidando las « bases esenciales ».

Ahora poseemos la clave del enigma que planteó en enero de 1961 el anuncio que hizo Kruschef de su renuncia al « papel dirigente del partido comunista de la U.R.S.S. en el seno del movimiento comunista internacional ». Lejos de abrir el camino al policentrismo, esta renuncia expresa la negativa de Rusia a compartir con China sus responsabilidades de dirección, así como la voluntad de Kruschef de reagrupar en torno a la U.R.S.S. sola, todo el campo socialista, acorralando al cisma a todos los que discutan su hegemonía.

En 1955, Molotov dejaba entrever que la dirección del mundo comunista podría convertirse en bicéfala. En 1961, Kruschef descartó esta posibilidad. Así, China se ve enfrentada con una alternativa patética. O se inclina, dejándose reducir al papel de satélite, o bien, denunciando el chauvinismo y el revisionismo del Kremlin, se constituye en iglesia imperial independiente, en « titismo » a la enésima potencia.

En el momento de terminar este estudio, los rusos parecen convencidos de que conseguirán provocar en China un cambio de dirección favorable para ellos.

Hacha representando perfil de un personaje importante. Civ. del C. fo. Col. Dr. K. Staven gen, México. (Foto J. Biaugetaud.)





Brasero ceremonial con la máscara de Tlaloc, dios de la lluvia. Civ. Azteca. Col. Museo de Antropología de México. (Foto Jean Biaugeaud.)



Cocijo, dios de la lluvia. Urna funeraria. Civ. Zapoteca. Col. Museo de Antropología de México. (Foto Jean Biaugeaud.)

bellas artes

Treinta y cinco siglos de arte mexicano

POR DAMIAN CARLOS BAYON

CÓMO HACER REVIVIR por medio de nuestras pobres palabras cotidianas el esplendor del arte indígena mexicano? Dan ganas de salir corriendo para gritar la buena nueva y decirle a la gente: ¡Ha llegado el arte mexicano! ¡Venid a ver, pues, cacharros y alhajas, ídolos y cuchillos rituales de once civilizaciones que crecieron y produjeron sobre ese suelo sagrado de volcanes, de llanuras sin ríos donde las aguas escondidas afloran en los cenotes fijos como ojos sin párpados, ese suelo de azules mesetas en donde llueve a horario fijo!

Pese a la tentación, debo renunciar al himno para conformarme con el inventario de toda esta belleza. Hay dos peligros en las exposiciones de esta índole para el espectador desprevenido: uno es el de creer en la *gratuidad* de este arte, encontrando las obras simplemente «graciosas» o «terribles», sin más. El otro es el de caer en esa «literatura nebulosa» que hacen los europeos a propósito de las cosas americanas, que admiran y no acaban de entender. Vayamos asomándonos, pues, a cada una de estas distintas interpretaciones del mundo.

Civilización preclásica: del 1500 al 100 antes de Cristo. Situación: el corazón mismo de México. Se trata de grandes modeladores; de sus dedos sale pasmosamente la cerámica antropomorfa, zoomorfa que

define el carácter de cada hombre o cada animal. Las formas son ya, desde los albores, las del futuro vocabulario mexicano tan inconfundible. Cabezas deformadas en el sentido de la longitud, estrechas y largas, un poco como las de la Isla de Pascua. Hay estatuillas pequeñas, chatas como bizcochos, máscaras, figuritas cabezonas, sellos cilíndricos de profundo relieve.

Este pueblo cultivaba el maíz, se dedicaba a la caza, la pesca, consumía los frutos de la tierra. No en vano los cultos de la fertilidad han marcado su paso por la historia. Todo este mundo de figurinas expresivas está bajo el signo del dinamismo. Las estatuillas —la mayoría femeninas— están realizadas por el sistema llamado de «pastillas», los miembros modelados con las manos forman los cuerpos. Los detalles: ojos, boca, orejas se agregan como bolitas aplastadas que sólo dedos muy ágiles son capaces de manejar. Muchas veces los ojos están literalmente rasgados en la masa, aún fresca, antes de la cocción.

El arte de *La Venta*, el arte *olmeca*, cubre dieciséis siglos: de 800 antes a 800 después de nuestra era. Los olmecas —«gentes del país del hule», quiere decir su nombre— eran originarios de la Costa del Golfo; su dios: el Jaguar. Dos formas principales de arte: la cerámica y la gran escultura. Prefiero esta última, impresionante y grandiosa. La forma general se



acerca al cubo o a la esfera. Se trata de enormes bloques de basalto de varias toneladas, tallados en grandes planos eludiendo el detalle empequeñecedor. Una de estas esculturas representa el sol, un sol-felino con grandes colmillos, atributo de las divindades de la lluvia.

Este pueblo terminó por emigrar, por subir a la meseta central y si bien no conoció los animales de tiro —y por lo tanto no utilizó la rueda—, fue astrónomo, matemático, se gozó en calcular los ciclos del maíz; entendió el tiempo como una concreción del espacio. Estableció arcanos paralelos entre el hombre y las fuerzas de la naturaleza que resumió en algún animal totémico. Habría quizá que profundizar sus mitos para comprenderlo un poco mejor. Nos queda, no obstante, el testimonio de la belleza y de la belleza expresiva. Como decía Focillon: «la forma nos instruye sobre el contenido». Hemos perdido los contenidos, los buscamos pacientemente a través de la erudición, pero no perdemos la esperanza de saber captar también —a nuestra manera occidental y moderna— parte de lo que aquí se nos dice.

Vamos ahora a asomarnos a la otra costa, la Costa del Pacífico y su civilización, que se extiende desde un milenario antes de nuestra era hasta la Conquista. Nos topamos con una cerámica extraordinariamente refinada desde el punto de vista de la realización material y de la calidad artística. Los elementos antropomórficos y zoomórficos se manejan como letras sueltas de un alfabeto que se domina y con el que se pueden formar palabras nuevas. Todos los atrevimientos quedan permitidos y serán interpretados por el pueblo al que van dirigidos. Así, uno de los vasos consiste en una calabaza, sobre la cual el asa —formando puente— lleva dos indicaciones rudimentarias de senos femeninos y está coronada por una cabecita que es el vertedero del cántaro. Otras veces, por ejemplo, se trata de una mujercita sentada que apoya su cabeza en una de sus rodillas, una larga cabeza como una máscara. La violencia de la postura no ha preocupado al artista. Si seguramente hay razones mágicas para estas contorsiones que nos asombran, hay que convenir que desde el punto

de vista formal y expresivo no pueden ser mejor logradas.

De la misma zona geográfica, pero posteriores en el tiempo son los *tarascas*, que en el siglo XIII fundaron el reino de Michoacán. Pueblo misterioso que parece tener conexiones con los antiguos pobladores del Perú. Si bien no sabemos el origen de su lengua ni de su raza podemos, en cambio, estar seguros de su arte. Sobre todo si contemplamos la gran figura en piedra de Chac Mool, Dios de la Lluvia —que se seguirá adorando en el Yucatán maya— figura casi de tamaño natural de hombre acostado, con las rodillas plegadas y la espalda y cabeza como proa de piragua que sostiene sobre el vientre el plato de las ofrendas. Lo que en los olmecas era expresionismo para aterrorizar, se vuelve aquí un arte aristado, cúbico, en que domina la orientación cristalina del bloque de basalto. A su lado —comparable como estilo y como calidad— el coyote aullante, Dios de las Montañas, de las Estrellas fugaces y de los Misterios de la noche.

Seguimos caminando. Ahora nos habla —de otra manera aún— la civilización de *Teotihuacán*. Volvemos al centro, sobre la meseta de la futura México-Tenochtitlán. Pueblo agrícola conquistado después por un pueblo guerrero. En el dominio general de la historia del arte las obras maestras de la civilización de Teotihuacán no caben en una exposición... porque se trata nada menos que de las dos grandes pirámides: del Sol y de la Luna, vestigio indestructible de su genio. Como buen pueblo de arquitectos, su escultura es más simple, austera, de una gran economía de medios expresivos. Desde el punto de vista estrictamente formal estamos en presencia de un arte «geometrizable». Lo vemos en el estupendo brasero de piedra volcánica que representa a Huehuetotl, Viejo Dios, Dios del fuego original, especie de Prometeo mexicano.

Pero quizá si hubiera que resumir la gloria del arte de Teotihuacán habría que mencionar las máscaras funerarias que se fijaban sobre el rostro del difunto. Incrustadas de materiales de colores vivos como la serpentina, la turquesa o la conchilla roja, estas máscaras consisten en un triángulo esquemático en que fulguran los ojos —con piedras figurando las pupilas— y una

boca se entreabre como en la primera vida o en la muerte...

Vayamos ahora a lo *zapoteca*, civilización que floreció entre el 650 antes de nuestra era y la invasión de los españoles. Su gran centro es Monte Albán, en Oaxaca, también sobre la costa del Pacífico. Una de las contribuciones más originales de los zapotecas es la de las urnas funerarias de barro cocido. El recipiente queda respaldado por unas alas incurvadas, el frente se adorna con rostros aterrorizantes tratados en un modelado lleno de crispación.

Los temas de la escultura son dioses-murciélagos y jaguares, algún «escrība» con las piernas cruzadas como su hermano egipcio, y una diosa de la tierra, de nariz aguileña y sonrisa amenazante, monumental pese a su reducido tamaño. Sobrecargada de adornos hieráticos, recuerda intuitivamente a la Dama de Elche de la cultura prehispanica. Pero todo lo que en la otra es serenidad y calma es aquí agresividad: en la actitud y en la manera como están tratados los planos curvos, todos protuberantes y tensos.

En las altas sierras de Oaxaca floreció entre el año 800 y la Conquista, la cultura denominada *mixteca-puebla*. Si bien no fueron arquitectos —aunque es de ellos la decoración de Mitla y Yagul, obras zapotecas—, son los inventores de una cerámica policroma, de una maravillosa orfebrería, de manuscritos iluminados, de mosaicos de piedras de colores brillantes. En Monte Albán se han encontrado algunos de esos tesoros. Como arte de guerreros es violento y expresivo pero —cosa que parece contradictoria— también excepcionalmente refinado en el cincelado de los metales preciosos. Lo vemos en los pectorales de oro cuya parte superior está constituida por la imagen de un dios cuyas manos se apoyan en una gran superficie de metal pulido y liso. Y en los pequeños cráneos de cristal de roca, obsesionantes en su misma transparencia; en los animalitos de piedras semipreciosas pacientemente labrados. Pero nadie crea que sólo saben ser artistas de lo minucioso: ¿quién podría olvidar en la serie pavorosa de la cerámica mexicana, a este dios Tlaloc, impasible, sentado como un juez, mirándonos fijamente a través de dos aros que subrayan sus ojos, los

brazos definitivos cruzados sobre las rodillas?

Llegamos ahora a la civilización *huasteca*, situada en el norte del Golfo de México, antigua de 1.100 años antes de nuestra era. Hijos de una región fértil, los huastecas tuvieron una vida material más fácil que sus vecinos, lo que se traduce en el culto de la fecundidad y en una actitud sensual ante la vida. Muchas veces su cultura se hace casi bidimensional como en la magnífica estela que representa a Xolotl, la Estrella de la tarde o Lucero. Se trata de una figura violenta, de gran sabiduría plástica. Dejando todo simbolismo de lado —difícil de captar para nosotros modernos— podemos, no obstante, reconocer el valor artístico del juego de los brazos y las piernas, simétricos en su movimiento, la corona plegada «en golilla» que aureola la cabeza del dios y la serie de decoraciones, típicas del «horror al vacío», característico de ciertas culturas que llenan de dibujos toda la superficie aprovechable.

Más baja, y en la misma costa del Golfo, nos encontramos con otra cultura contemporánea de la anterior, la llamada de *El Tajín*. Parecidos en sus costumbres a los huastecas los *totonacas* fueron también grandes arquitectos, como lo prueba la pirámide de El Tajín, en Veracruz, emparentada ya de muy cerca con las escalonadas de los mayas. Hay aquí varios «yugos» (se los llama así por su forma) realizados en piedra dura. Difícil de llenar la forma de imán de un yugo, sin embargo estos grandes artistas anónimos nos muestran en una incisión imperturbable: un buho reducido a sus grandes ojos fijos, un jaguar en acecho o un personaje nadando eternamente en el granito verde de la masa de piedra. Al lado —complemento del arte severo— una vitrina llena de caritas triangulares del dios Xochipilli: sonriente y burlón.

Con la civilización *tolteca* volvemos al centro de México. Confundidos un tiempo con los hombres de la cultura de Teotihuacán, los toltecas son más recientes y parecen haber florecido entre el siglo IX antes de Cristo y el XIII de nuestra era. Son los grandes adoradores de Quetzalcoatl, ese dios más rico y complejo quizá que nin-

gún otro de los adorados en toda América. Grandes arquitectos, son ellos los que penetrando entre los mayas en el siglo x, ejercen su dominación militar... y su arte, que influye en Chichén-Itzá y en Uxmal. Su propia ciudad fue Tula y su invención más feliz consiste en las columnas humanizadas o «atlantes» que sostienen entablamentos y techos.

Llegamos por fin, a las culturas clásicas: la maya y la azteca. Los mayas existen desde el año 1000 antes de Cristo y perdurarán hasta el siglo xvii. Desbordan de la península de Yucatán para llegar hasta Honduras y El Salvador.

Dos veces estuve en México, y el haber palpado los templos mayas al sol de mañanitas vacías y azules me permite recuperar en el aire gris de un museo todo lo que entonces intuí. De la gran arquitectura de Chichén-Itzá y Uxmal ya he hablado otras veces, hoy prefiero referirme sólo a lo que aquí se ha atesorado: la gran placa de cerámica roja que simboliza el sol, con dos ojos desorbitados; la pequeña figura de mujer sentada, del Museo de Michoacán, incapaz de envejecer; el estuco que representa la cabeza de un guerrero sacrificado.

Llegamos así hasta los aztecas que existen desde el siglo xiv antes de nuestra era y que serán los grandes enemigos del invasor español. De la profusión y el sentido de la violencia y la muerte del arte azteca saldrá mucho del arte colonial, del moderno, del popular del México actual. Aquí ya lo vemos en Coatlicue, diosa de la Tierra, de la Vida y de la Muerte rodeada de calaveras: frontal, hierática, paralizante en su basalto. El mismo sonriente Xochipilli, Señor de las Flores, es aquí terrible y complejo. La serpiente Lové, que representa la tierra, pesada, milenaria, latente como una larva inmensa de piedra. Y, por último, Quetzalcoatl triunfante, serpiente emplumada, pavorosa y potente que aquí se nos muestra sólo en una excelente copia, pues quizá nadie se haya atrevido a mover el original de su sede en el Museo de Antropología de México.

Me refiero ahora a toda la parte indígena de la exposición: me parece un llamamiento al *mea culpa* de cualquier hombre moderno de esos que creen saberlo todo.

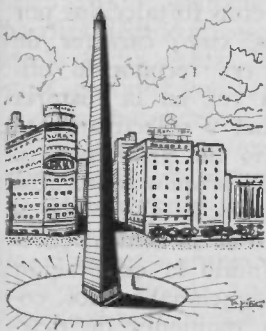
Aquí nos asombramos de la violencia expresiva, de la ductilidad de la imaginación que juega con las esencias y las hace encarnar en el barro, en la piedra. Este navegar simultáneamente en muchas aguas sin perder de vista la *belleza operante* nos admira y de una manera extraña nos deja descorazonados. Hemos ganado en ingenio: ¿hemos, acaso, perdido en genio? No titubeo en decir que en estas salas hay varias obras maestras de la escultura universal de todos los tiempos.

He dicho con fervor lo indígena. Flaco servicio les han hecho a los otros artistas al ponerlos a continuación de semejantes monumentos. Los siglos xvii y xviii parecen así pesados, ingenuos y un poco superficiales. No así en México, por cierto, cuando uno se enfrasca en el magnífico barroco de iglesias y conventos. Estas salas de un museo nada pueden conjurar de aquel prestigio. Decepcionante también la pintura de caballete de Rivera, Orozco y Siqueiros, todos muralistas de proyección arquitectónica. Tamayo —que cierra en esta exposición el ciclo de lo contemporáneo— se salva por haber sabido preservar el hieratismo antiguo que los pintores anteriores no supieron quizá ver bien: obnubilados por lo social urgente, por el fulgurante color local mexicano.

Termina la exposición con una vivísima recopilación de arte popular, que, sola y en otra oportunidad, hubiera valido la pena de comentar extensamente, tan rica y sabrosa resulta. Hoy no. Que se me permita ahora el silencio. Alto, duro, implacable, tierno, humanísimo y divino este aire que sopla del México antiguo puede hacer volar como pobre ceniza mucho del arte de nuestros días. Que los mexicanos no se autocopien en inútiles folklorismos como el de los frescos de hace treinta años, de los más imperdonables mosaicos con que han cubierto bellas y nobles formas arquitectónicas en la nueva Ciudad Universitaria de México. Que «olviden» —como deben olvidar los griegos o los egipcios modernos— la gloria, para no caer en la tentación de imitarla. Que se inspiren —eso sí— en la *belleza antigua* para llegar a ser capaces de volvernos a dar la *belleza futura* que quizá tengan la fuerza y la audacia de crear.

EDMUNDO E. EICHELBAUM

Argentina : la crisis cumple 34 años



EN 1928 Irigoyen, el ya anciano jefe de la Unión Cívica Radical, asumió la presidencia de la nación por segunda vez. El país fue gobernado durante dos años por sus amigos políticos de manera caótica y el 6 de septiembre de 1930

el ejército argentino lo destituyó mediante un golpe militar que permitió al general Uriburu ensayar la primera y desembosada tentativa de instaurar en la República un Estado fascista. Su fracaso se repetiría en otras oportunidades en que el mismo intento se hizo con menos ingenuidad, pero sin que en ningún momento se pudiese asistir en cambio a un auténtico triunfo de las concepciones democráticas. En verdad, bajo distintas formas producidas por la evolución histórica del país y del mundo, el proceso argentino ha sido el de los alternativos fracasos de la democracia y de las dictaduras. Pero cada una de las dictaduras —y también cada uno de los períodos en que la democracia tuvo su oportunidad— degradaron un poco más el funcionamiento de los resortes democráticos y la fe democrática de las masas populares. El problema de la escasa o ninguna participación de esas masas en la vida política nacional no fue resuelto por la Unión Cívica

Radical, que había levantado como bandera esa reivindicación popular, por lo que perdió su justificación histórica. Cuando el 4 de junio de 1943 un nuevo golpe militar constituye el trampolín que llevaría al poder al coronel Perón, la no participación de las masas en la vida nacional se extendía desde los aspectos de la distribución de la riqueza hasta la indiferencia general para tomar parte incluso en los organismos de defensa, como los sindicatos. Sólo un 10 % de los obreros argentinos estaban sindicados, pese a que existían dos centrales fuertes —la CGT número 1 y la CGT número 2, ambas dirigidas por socialistas, unidos en aquellos tiempos— ya que los anarquistas tenían también las suyas: la FORA y la FACA, amén de numerosas organizaciones sindicales independientes. Argentina era un país de escépticos e indiferentes.

Pero esa inercia espiritual, que trascendía de lo individual al plano político y al de la actividad social, cuando menos era sacudida por una buena parte de la población si se trataba del fascismo. El sentimiento democrático de los argentinos se mantenía vivo y los sacaba de su indiferencia si era cuestión de resistir una prueba frente a las formas totalitarias modernas. Ciertamente es que en este aspecto la participación de los sectores de clase media era mucho más importante que la de los sectores obreros, y que los olvidados campesinos quedaban completamente al margen. Pero Argentina era un país de clase media, con muy pocas e incipientes indus-

trias. La orientación de la enseñanza primaria y de la segunda enseñanza era enteramente liberal y laica y la universidad había asistido desde 1918 a la sacudida continental de la Reforma Universitaria, antidogmática, democrática y fuertemente inclinada hacia la actuación política juvenil. En ese cuadro, Perón representó justamente el caudillo que vino a formular una apelación a las grandes masas del país, a esas masas aisladas, olvidadas e indiferentes, vacantes por culpa de los partidos democráticos y de izquierda. Desde luego, Perón no las llamó en nombre de la democracia, sino en nombre de un poder personal, cuya nueva tentativa fascista fracasó en cuanto a la organización de un Estado totalitario moderno, pero no en cuanto a la amplia y profunda liquidación de las estructuras democráticas del país.

Además de las estructuras del Estado, el peronismo alteró toda la vida política del país en su contenido mismo, ya que las formas normales de expresión de la voluntad y las opiniones de los distintos sectores del pueblo, es decir los partidos políticos, los órganos de expresión y las diversas organizaciones obreras, patronales, etc., vieron cambiadas sus relaciones. El régimen de partidos fue substituído por el dominio de los llamados « grupos de presión », que en una democracia sólo constituyen factores de compensación de las decisiones puramente políticas. El ejército, la Iglesia, los sindicatos y las organizaciones empresarias, los grupos principales de la burocracia estatal y los sectores económicos vinculados al capital extranjero, fueron los únicos y reales factores de poder, frente al Presidente de la República, que gobernaba sobre la composición de esas fuerzas de manera enteramente personal. Lo que creaba el equívoco ante el movimiento peronista era la composición social de sus partidarios, entre quienes predominaban los sectores obreros y campesinos, descuidados y olvidados por los partidos tradicionales y que se sentían, por eso mismo, al margen de la experiencia democrática anterior. Las esperanzas de esas masas populares, cuyo voto en épocas anteriores se había arrancado mediante promesas nunca cumplidas, parecieron encontrar un cauce, y ese cauce rompía justa-

mente de manera deliberada la tradición democrática. O, para ser más claro, las esperanzas populares en una auténtica democracia creativa y con sentido social, más bien intuídas que claramente expresadas, se convirtieron en la realidad de un desquite otorgado desde arriba e impuesto verticalmente por una dictadura que necesitó el apoyo popular para neutralizar a los otros grupos de presión. Lógicamente, esa « revancha » era parcial, condicionada y en sus aspectos más profundos engañosa. El apoyo popular se « compraba » al precio de concesiones en lo económico y servía para sancionar el ejercicio del poder dictatorial, sin control y sin principios. El obrero y el campesino vieron mejorado su nivel de vida y se sintieron fortalecidos por el poder de sindicatos, cuyo carácter de « grupos de presión » era reconocido oficialmente por primera vez en la historia del país. Pero individual y colectivamente renunciaban al ejercicio de sus derechos.

Ni siquiera sobre sus propios sindicatos y organismos tenían derecho a ese ejercicio, ya que los estatutos de la central obrera única habían suprimido la celebración de asambleas y sólo funcionaban los comités dirigentes y las reuniones de delegados, que en la mayoría de los casos eran elegidos por su sumisión al peronismo, su falta de escrúpulos y hasta por sus funciones policíacas en las fábricas, talleres u oficinas. Los secretarios de la CGT fueron destituidos sin protestas mayores cada vez que algún escrúpulo de conciencia les impuso una disidencia con la política de Perón. El primer secretario general de la CGT conquistada por el peronismo, Luis F. Gay, dirigente de antiguo prestigio, de formación socialista, que se acercó a Perón sin aceptar jamás una sumisión total, desapareció de manera misteriosa en cuanto quiso reafirmar la independencia del movimiento obrero y durante años no se supo qué había sido de él. La relativa importancia de la reacción en su antiguo sindicato, el de los obreros telefónicos, fue ahogada ante la falta de solidaridad de los otros gremios. Huelgas importantes y prolongadas se extinguieron de la misma manera y crearon la sensación de que no cabía otra solución para el movimiento obrero que someterse al peronismo, dispensador de bienes para

sus partidarios y de violenta represión para sus enemigos. Entre la concesión y la represión, la débil fe democrática de los sectores populares más amplios se quebró. Y la torpeza de los dirigentes de los partidos tradicionales hizo el resto, al caer en todas las trampas del peronismo, que conseguía enfrentarlos siempre con las masas y presentarlos invariablemente como aliados de intereses extranjeros con los que el propio Perón pactaba en los salones de las entrevistas diplomáticas.

Pero el Estado peronista nunca llegó a organizarse totalitariamente de manera estable y coherente. Y, en su mejor época, el dictador no reunió más que el 53 % de la voluntad del país. El 47 % restante fortaleció su empecinada fe en el retorno a carriles democráticos, precisamente a causa de la lucha contra la dictadura. Los antiguos partidos políticos veían en el cambio posible de régimen una vuelta al pasado constitucional, es decir, al régimen de los partidos y a la estructura de la República. Y cuando Perón se mostró impotente para continuar manteniendo un equilibrio entre los diversos « grupos de presión » y el ejército y la Iglesia resolvieron voltearlo, los políticos aplaudieron porque creían en ese retorno. Su primer error fue no advertir que el ejército, a su vez, entendía el retorno de otro modo: lo concebía como la vuelta a un pasado en el que, desde 1930, eran los militares quienes constituían el único « grupo de presión » predominante. Sólo hubo un dirigente político que se cuidó de no aplaudir abiertamente el golpe militar que desalojó a Perón: Frondizi. Desde entonces, Frondizi padecía ya las contradicciones que acaban de estallar y provocar su derrocamiento y su prisión. Es que si su única posibilidad de arribar al poder residía en la caída de Perón, sus planes políticos le exigían aparecer al margen del movimiento militar y mantenerse en reserva para poder dialogar con la masa peronista. De modo que, aunque deseaba que se produjera el golpe militar, su actitud sería más bien hostil y en consecuencia se abstendría de toda colaboración con el gobierno provisional. El ejército, que se adjudicó desde el primer momento el control de la vida política nacional, trató de dificultar su elevación al poder, y nadie

ignora que el general Aramburu debió poner en juego toda su autoridad para que se le entregara el mando.

Frondizi se caracteriza por su elasticidad para llegar al compromiso. Si presentó su candidatura a la presidencia de la nación provocando la división de la Unión Cívica Radical con un programa que pareció a muchos la expresión de una izquierda nacional coherente, capaz de realizar la reconciliación de los diversos sectores y la incorporación de los peronistas, fue porque invocó a su vez la « crisis democrática » del país y el llamamiento a las masas populares. Trató de restar importancia a lo puramente partidista y de crear tras de sí un movimiento nacional en el que se recogía hasta cierto punto la « enseñanza » peronista, al aliar a los descontentos de todos los sectores. Radicales, nacionalistas de derecha —incluso fascistas—, conservadores « progresistas », ex peronistas, comunistas, socialistas, dirigentes obreros, intelectuales, militares, sectores de la Iglesia, grupos económicos vinculados a la industrialización del país, etc., se unieron para apoyar su candidatura. Pero la amalgama era demasiado amplia e ideológicamente muy heterogénea. Era evidente que allí, en el seno de las fuerzas que le apoyaron, yacía la base de unas relaciones de fuerza ajenas a una programación ideológica. Y si, además, debió aceptar el poder bajo condiciones impuestas por las fuerzas militares, se comprenderá que al tomar el mando Frondizi no inauguró en realidad un retorno a la Constitución, sino la continuidad en el funcionamiento de los « grupos de presión » que prosiguen sus conflictos sin arribar a una solución institucional duradera. De esto que, paradójicamente, nunca haya gobernado en el sentido de que no pudo hacer su propia política. Tuvo que moverse, mediante difíciles ejercicios de equilibrio, obedeciendo al empuje de los « grupos de presión » para mantener el poder. Su consejero, contra quien las iras del ejército se desataron en innumerables oportunidades, Rogelio Frigerio, antiguo militante comunista, es el teórico de una concepción política que tiene en cuenta esos « grupos de presión » como factores que reemplazan a las clásicas estructuras democráticas de la República. Sus minis-

tros fueron, en muchos casos, militantes de sectores políticos tradicionalmente enemigos del radicalismo, como su último ministro de Relaciones Exteriores, Cárcano.

Cuando las elecciones del 18 de marzo demostraron lo que todos sabían, que el peronismo continúa teniendo una fuerza electoral importante, algo más del 30% de los votos, el ejército pasó a ejercer violentamente el poder de «control» que se adjudicó a sí mismo, al margen también de toda concepción democrática. La crisis de la democracia argentina, que cumplió 34 años el 1 de mayo último, vive uno de sus episodios más importantes y no puede ser interpretada con claridad si se pretende tener en cuenta sólo los criterios políticos expresados por los partidos. La crisis se hace más grave, porque entretanto Argentina ha presenciado la depreciación de su economía, la liquidación de sus exportaciones y la radicalización de los conflictos entre los distintos factores de fuerza. Ha madurado la crisis, pero no han madurado los elementos para resolverla. El general Aramburu, que fue durante unos días el mediador entre Frondizi y el ejército, propuso que se dejara asumir sus cargos a los peronistas que triunfaron en las elecciones, pero mediante un compromiso que asegurase una normalidad en las relaciones políticas del peronismo con las otras fuerzas, para evitar una explosión más peligrosa. El ejército argentino no aceptó esta salida. Frondizi, con todo su oportunismo, con todos sus errores y con su excesiva proclividad hacia los compromisos imposibles es el Presidente electo que hubiera podido abrir una nueva era de respeto gradual hacia la legalidad democrática. La actitud del ejército, que ha burlado incluso las esperanzas de quienes en el campo democrático quisieron creer en él, cierra ese proceso aún tímido y deficiente, para repetir una vieja experiencia de la que ningún resultado positivo se ha obtenido hasta ahora: el golpe militar en nombre del orden y de la Constitución, para detentar la autoridad civil. La catastrófica situación económica, cuya solución se buscaba mediante la ayuda exterior y el estudio de nuevos mercados, lleva al país al borde del abismo. Y la confianza de las masas en un proceso democrático recibe un nuevo

golpe cuando su debilidad era notoria.

El doctor Guido, ex presidente del Senado, que asumió el poder con pretensión de continuidad constitucional garantizada por la Corte Suprema de Justicia, no ha podido obtener una clara definición de los especialistas de Derecho Constitucional. Y su gabinete incluye nombres en quienes ninguna tendencia política importante tiene confianza. Quedan tres posibilidades más o menos visibles: o se realiza una tregua política que permita vivir la ficción de una continuidad constitucional, y entonces los peronistas desencadenarán una lucha social prolongada, de consecuencias imprevisibles; o se produce un contragolpe legalista, que reponga en su cargo al doctor Frondizi y busque una tregua política más amplia, dando cabida a los peronistas; o, por último, el ejército deberá ir hacia una dictadura militar, cortando vínculos con el exterior por cierto tiempo y empujando a todos los sectores, incluso a los grupos democráticos, a una oposición no menos catastrófica. Una Argentina empobrecida está menos preparada que nunca para soportar a sus propias fuerzas armadas como «ejército de ocupación». Y las consecuencias continentales serían asimismo desastrosas. Los virajes hacia la extrema derecha, constituida en el ejército por los oficiales «nasseristas» y otros grupos de origen fascista, pueden aún agravar las cosas. Treinta y cuatro años de búsqueda de la democracia son muchos años y los factores visibles de la crisis argentina no permiten un optimismo siquiera moderado. Los grupos financieros e industriales que se han consolidado al calor de la política industrialista de Perón y de Frondizi, se alarman ante las consecuencias de esta situación, que puede arrebatarles la ayuda exterior. La Iglesia misma, por su parte, ha desarrollado también una política propia de «integración» del peronismo. Esta vez el ejército argentino estaría más solo que nunca si pretendiese tomar nuevamente en sus manos la conducción política del país. Una perspectiva democrática en la otrora poderosa nación de América del Sur, no puede formularse ya sino a lo largo de un proceso lento y paciente, con nuevas fuerzas creadoras y con partidos renovados.

JEAN BLOCH-MICHEL

Argelia hacia su independencia



SI REDUJÉRAMOS los hechos a su simple apariencia, podríamos afirmar que el general de Gaulle, llevado al poder el 13 de mayo de 1958 por una conjura de generales y por los miembros parisenses del « lobby » de la Argelia Francesa

—todos ellos asustados por el anuncio de que el presidente del gobierno de entonces, M. Pflimlin, iba a iniciar las negociaciones con el FLN—, invirtió cuatro años en hacer exactamente lo que no querían que hiciese, para reanudar una política con la que se quiso terminar al llamarle al poder. Este esquema corresponde sin duda alguna al estado de ánimo de los conjurados del 13 de mayo, hoy víctimas de la decepción, como Soustelle y Salan. Al fin y al cabo no mostraron todos la capacidad de adaptación de M. Debré, al que su conciencia no le impidió pasar súbitamente de la condena de los « liquidadores » del imperio al ejercicio de la política que antaño anatematizó. Pero una imagen tal resultaría hartamente simplista.

En efecto, para los franceses que votaron « sí » en el referéndum de 1958 —la gran mayoría— el problema se presentaba bajo otro aspecto. Hubo muchos « sí », pero cada uno de ellos expresaba la aprobación

de una política diferente. De todas las maneras, lo cierto es que ante la incapacidad en que se encontraba la IV República para resolver el problema, los franceses buscaron el medio de desembarazarse de tal problema, confiando la solución a alguien que se encargase de encontrarla. No estaban todos de acuerdo respecto a la índole misma de la solución; mas sobre la naturaleza de este abandono, de esta renuncia de los ciudadanos a la dirección de un Estado que les escapaba, no puede haber duda alguna. En tales condiciones, si bien al día siguiente del acuerdo con el GPRA quedó un núcleo de opositores irreductibles y decepcionados, este núcleo es inferior en importancia numérica a los electores partidarios de esta solución en 1958, pero partidarios ante todo de acabar con una guerra cuyo fin no vislumbraban.

Los acuerdos de Evian responden, pues, a un determinado número de cuestiones planteadas por las aventuras del 13 de mayo. Demuestran, sobre todo, que el ejercicio del poder conduce ineluctablemente a tener en cuenta las realidades, realidades que la oposición puede desdeñar. Asimismo demuestran que, no obstante los errores que cometió y los zig-zags de su política, de Gaulle era el hombre que Francia necesitaba para ejecutar esta operación. Quiero decir con esto que sólo un hombre de derechas podía cargar con la responsabilidad de una política que de llevarla otro a cabo no dejaría de ser acu-

sada de « política de abandono » ; y que únicamente un general podía pedir a los militares el cambio que se les exigió sin ser tratado de traidor por todo el ejército.

Mas si la firma de estos acuerdos responde a todas esas cuestiones, plantea empero otras nuevas. Una de ellas, al menos, ha encontrado su respuesta : ¿Qué haría el ejército, al que se pedía, como hemos dicho, desmentirse a sí mismo de forma harto evidente? Pues bien, puede afirmarse que la mayor parte de los mandos no ha cambiado de parecer : la mayoría continúa siendo partidaria de esa Argelia francesa por la que se les dio la orden de luchar desde noviembre de 1954 ; todos los que se encontraban en Argelia y gran parte de los que fueron destinados a la metrópoli manifestaron hasta estos últimos días su acuerdo con los partidarios más intransigentes de la permanencia de Francia en tierras argelinas, muchos de ellos colaboraban activamente con la OAS, y la mayoría se había negado a romper sus relaciones con los generales y oficiales rebeldes, autores del « putsch » del 21 de abril. Sin embargo, después de algunos titubeos, pudo verse en Argelia que el ejército en su conjunto no sólo aceptaba esos acuerdos, sino que emprendía lealmente un duro combate contra la OAS y contra los oficiales que la dirigen.

No hay que ver en este cambio de conducta una conversión de los militares a la nueva política que se les quiso imponer. No ; el hecho es otro : si una parte del ejército de Argelia se pronunciaba por la disidencia, la ruptura del mismo con la nación —así como entre los propios militares— hubiese resultado tan grave que sin estar absolutamente seguro de que todo el país acabaría por plegarse a una política que no le era grata, el ejército consumiría su propia ruina. Las consecuencias del « putsch » del 21 de abril fueron difíciles de liquidar ; un nuevo pronunciamiento hubiese destruído durante muchos años la cohesión, la disciplina del ejército, diezmado sus cuadros, reforzado la desconfianza tradicional que el país siente hacia él. Es decir, cualquier otra actitud que no fuese una disciplina a contrapelo, podría reducir en unos días a la nada al propio ejército francés. Ha sido este temor el que

mantuvo y mantiene al ejército en el cumplimiento de sus deberes respecto al Estado. El origen, pues, de su fidelidad no es ni una convicción nueva ni el prestigio del general de Gaulle, jefe de ese Estado.

La segunda cuestión planteada por los acuerdos de Evian concierne a la actitud de los argelinos de origen europeo. Todos saben que no aceptarían una paz negociada, que ni tan siquiera conciben. Desde los primeros días de la conquista, los franceses de Argelia nunca aceptaron que la metrópoli se entrometiese en la administración de aquel territorio ; jamás esperaron ni quisieron otra cosa que un sostén para hacer en tierra argelina la política de su agrado. De esta manera, todas las tentativas liberales —desde Napoleón III hasta el estatuto de 1947— fueron rechazadas o convertidas por ellos en inaplicables. Y los gobernadores nombrados por las sucesivas Repúblicas fueron sus instrumentos o, si se negaron a serlo, los expulsaron prácticamente, imponiéndose al propio gobierno. Por lo tanto, los acuerdos de Evian son la primera decisión del gobierno de la metrópoli que se exige sea respetada por esos franceses de Argelia, decisión que señala precisamente el fin de su supremacía en un país que habían hecho a su medida. Por este motivo nunca creyeron ellos hasta ahora que se les podría imponer una solución distinta a la que habían elegido. Al pasar las cosas de manera diferente, esto les hunde en la sorpresa y en la desesperación. Y son esta desesperación y esta sorpresa el origen de la creación de la OAS, así como de los crímenes que comete.

Y los comete —al menos en Argelia— para obtener lo que creían algo cierto, indiscutible : el sostén del ejército. Al ver que éste permanece fiel al Estado y se niega a asociarse a la secesión, el objetivo de la OAS fue el de provocar incidentes de tal gravedad que la cólera incite a los musulmanes a efectuar actos de represalia contra la población europea. Consideraban que entonces el ejército, al oponerse a esas represalias, se colocaría del lado de los europeos. Tal cálculo resultó no sólo vil, sino falso : los cuadros del FLN han demostrado hasta qué punto era fuerte su influencia sobre la población musulmana,

puesto que han logrado mantenerla tranquila y disciplinada, no obstante las atrocidades de que fue víctima. Actualmente la OAS está vencida, si no militarmente —ya que todavía está muy bien armada— al menos políticamente. Lo que juró impedir —los acuerdos de Evian, el alto el fuego, la instalación en Rocher Noir de un Ejecutivo provisional presidido por el argelino Abderrahman Fares— es hoy día realidad. Esta derrota política está preñada de consecuencias y es más importante que la detención de algunos jefes. Cada día que pasa ofrece la prueba de que sin el sostén del ejército la OAS, aparte sus actos de terrorismo, no es capaz de una acción política. Podrá continuar durante algún tiempo, hasta el agotamiento de su cólera y de sus municiones, asesinando musulmanes y soldados franceses. Pero sabe que ello no conducirá a nada, que no cambiará el curso de las cosas. Los acuerdos de Evian y sus consecuencias —la independencia de Argelia—, son acontecimientos ineludibles y que no pueden revertirse.

Dentro de unos meses tendrá lugar en Argelia el referéndum de autodeterminación. Los argelinos se pronunciarán sobre el futuro de su país y su estatuto. Sabido es que los argelinos nunca votaron libremente: todas las elecciones fueron falsificadas. Y no porque los colonos introdujesen en las urnas las papeletas que se les antojaba, sino porque mediante simples métodos de intimidación lograron siempre que los argelinos votasen como ellos querían que votasen. En cierto modo, nada cambiará en el próximo escrutinio. En efecto, acostumbrados a votar como se les ordena, los argelinos votarán una vez más en la forma que se les señale. La diferencia esencial consistirá en que esta vez recibirán sus órdenes tanto de las autoridades francesas —a lo que ya están acostumbrados— como de los nuevos representantes políticos que se designaron durante la guerra: los delegados del FLN. Y el principal éxito de los acuerdos de Evian consistió en hacer que ambas órdenes coincidieran: las autoridades francesas y el FLN «aconsejarán» a los electores

musulmanes votar por la independencia y la asociación. Sólo los argelinos de origen europeo rechazarán esta doble presión y votarán en contra. De todos modos la independencia será pronto un hecho.

Como quiera que sea, el porvenir de esta población de origen europeo es inquietante. Sin duda una parte podrá continuar en Argelia, para lo cual ya se prepara, particularmente en el interior del país. Otra parte podría permanecer también, pero no querrá. Y habrá aún otros que no tendrán sitio en el que hasta ahora consideraban su país, por el simple hecho de que en tales circunstancias una minoría no tiene otra defensa que la utilidad que puede ofrecer su presencia a la mayoría. Por lo general los técnicos serán bien recibidos, pero ¿los demás? Algunos intentarán probar suerte en otro continente, mas la mayoría se refugiará en Francia; ésta tiene que prepararse política, económica y moralmente a recibirlos.

Política y económicamente no será difícil, puesto que la prosperidad que disfruta Francia permitirá asimilar con facilidad unos cuantos miles de hombres y mujeres. Pero moralmente resultará más arduo. El rencor de los franceses de Argelia contra sus compatriotas de la metrópoli, así como el que éstos sienten contra aquéllos, a los que acusan de ser causantes de una guerra que ellos, los metropolitanos, no querían, y de oponerse hoy día a una paz que ansían de todo corazón, hace que las cosas no sean fáciles de resolver. Semejante estado de ánimo, por lo que a la metrópoli se refiere, resulta particularmente sensible en los medios izquierdistas, en los que comienza a nacer una especie de racismo contra los franceses de Argelia. Y mientras el racismo de derecha no pudo impedir que cuatrocientos mil trabajadores argelinos ganasen en Francia su existencia y la de sus familias, este nuevo racismo de izquierda ¿impedirá ahora que un número aproximado de franceses de Argelia puedan hallar en su país la acogida y los recursos a que todo ciudadano tiene derecho? Es un problema que cada cual debe plantearse.

EUGENIO CHANG-RODRIGUEZ

Las elecciones peruanas y la democracia indoamericana



UN PACIENTE Y cuidadoso examen del momento político actual que vive el Perú revela el hondo significado del proceso electoral peruano que determinará quiénes serán el presidente, los dos vicepresidentes, los senadores y diputados que gobernarán el país durante seis años, a partir del 28 de julio de 1962. Los que tienen presente la interrelación de los acontecimientos políticos latinoamericanos no hallan dificultad en concederle importancia continental a estas elecciones. Saben que los hechos de vasto alcance histórico de un lugar de América producen correspondientes repercusiones en otras partes del hemisferio, como sucedió con la guerra civil entre conquistadores, con el conflicto de intereses entre el gobierno civil y el poder eclesiástico, con las luchas por la independencia y con la entronización de los caudillos bárbaros. Y al mencionar esta especie *sui generis* del mundo hispánico, inmediatamente recuerdan el mal ejemplo que en 1948 dio a Venezuela y Colombia la usurpación del poder que efectuó el general peruano Manuel Odría.

Como es del dominio público, los apristas peruanos fueron los primeros, en la

historia reciente de Indoamérica, en ingeniar un nuevo tipo de *modus vivendi* político: la convivencia. En 1956, los apristas, perseguidos como estaban, obligaron al dictador Odría a convocar a elecciones generales y a cancelar sus planes de prolongación de la tiranía militar. El déspota convocó a elecciones, pero impidió por la fuerza que el Aprismo lanzara sus propios candidatos y participara libremente en el proceso electoral. Como el Dr. Manuel Prado y Ugarteche fuera el único candidato que honradamente prometía la restauración de la democracia, los apristas votaron por él y le dieron el triunfo. Una vez en el poder, el Presidente Prado derogó el decreto anticonstitucional que perjudicaba a los apristas, e inauguró el período de coexistencia política nacional. El consenso sostenía la necesidad de un régimen administrativo transitorio postdictatorial, que preparase al pueblo para la verdadera democracia que se establecería en 1962. Pocos meses después, los liberales y conservadores de Colombia llegaron a un entendimiento parecido al producirse el derrocamiento de Rojas Pinilla. Meses más tarde, nuevamente otra convivencia aparecía en Sudamérica al triunfar el candidato de Acción Democrática en la Venezuela que todavía experimentaba los efectos perniciosos de la tiranía de Pérez Jiménez.

Este experimento, bastante nuevo en países donde la intransigencia solía considerar a los rivales políticos como enemigos de facto de la nación, ha dado provechosos

frutos, no obstante las amargas pruebas por las que ha habido que pasar. El balance de los resultados es muy favorable. Gracias a la convivencia, los regímenes de Prado, Lleras Camargo y Betancourt han podido mantenerse en el poder, derrotando las conspiraciones y calumnias de los radicales izquierdizantes (zurdos) y de los ultraconservadores intransigentes (duendes). En el Perú, la mayoría de los políticos no apristas reconoce hoy que el Apra debiera disfrutar de todos sus derechos cívicos y que no puede haber democracia sin su participación. Ya no llama la atención ver a los apristas y sus antiguos adversarios políticos trabajar juntos en proyectos nacionales que benefician al país. Ya tampoco se excluye con la misma arbitrariedad a los miembros del Partido del Pueblo cuando se elabora un *Quién es quién*. A regañadientes se los acepta ahora y se remedia en parte la curiosa situación que resultaba cuando los latinoamericanistas en sus pesquisas de datos sobre apristas destacados tenían que recurrir a un *Quién es quién* en México, en Estados Unidos o en otro país democrático. La convivencia en el Perú, sin embargo, con todas sus conquistas políticas, necesita avanzar hacia una nueva etapa progresista para que resuelva con prontitud democrática los serios problemas económicos y sociales latentes.

En la patria de González Prada más que en ninguna otra parte de Hispanoamérica, la lucha por la autonomía iniciada por Tupac Amaru sigue siendo una revolución inconclusa. El Apra forjó su programa para completar el proceso de emancipación y darle al pueblo la libertad política, el bienestar económico y la seguridad social que su espacio-tiempo histórico exige. Las fuerzas retardatarias impidieron por las armas que el Apra participara libremente en la vida nacional, y si no hubiera sido por los breves *intermezzos* democráticos de los últimos decenios, que permitieron la adopción de algunas propuestas apristas, la situación del país sería mucho peor. Con todo, el Perú vive ahora un período grave de su historia. La magnitud del drama peruano no la describen siquiera las patéticas cifras de las estadísticas oficiales. El promedio de ingreso anual de 120 dólares *per capita* no es lo suficientemente

elocuente cuando se considera a los varios millones de indios y mestizos que viven en condiciones infrahumanas, con una renta inferior al promedio nacional. Cuando leemos que el 85 % de las viviendas es insalubre, tampoco nos basta para imaginarnos la pobreza del hogar peruano, que ni las barriadas de Lima reflejan en toda su tréfica visión. El que se diga escuetamente que el 60 % de los peruanos son analfabetos, tampoco basta, porque el problema educativo se extiende a todos los niveles. Se necesita con urgencia edificar millares de escuelas y colegios y centenares de aulas universitarias. Con un número de habitantes semejante al que tiene Nueva York y los condados vecinos, el Perú apenas cuenta con una población universitaria inferior a la tercera parte del estudiantado de la Universidad de Nueva York. Y si a estas cifras deprimentes añadimos la presión de la población, que duplicará el número de peruanos en los próximos 25 años y hará de su patria un país de 40 millones para 1999, entonces es más fácil comprender la metáfora que afirma que los peruanos viven en las laderas de un volcán que amenaza erupción.

Sólo después de familiarizarse con la crisis presente del Perú y después de vincularla con el drama actual indoamericano, se puede evaluar con más precisión el significado histórico de las elecciones que se avecinan. La mayoría de los observadores imparciales predicen que el próximo presidente del Perú será Víctor Raúl Haya de la Torre, jefe y fundador del Aprismo y su candidato presidencial. Aparentemente el pronóstico se basa en un minucioso examen de los factores políticos, económicos y sociales, y de la fuerza popular de los otros candidatos: Fernando Belaúnde y Terry, de Acción Popular; Héctor Cornejo Chávez, del Partido Demócrata Cristiano; y Manuel Odría, del grupo de los favorecidos durante su dictadura, improvisados en partido político personalista.

Es obvio que la crítica situación económica del país le haya dado al proceso electoral especial giro y lo distinga de todas las elecciones que han tenido lugar antes.

El triunfo del Apra evitará que el Perú se convierta en una segunda Cuba y, con ello, que se cumpla el deseo de Fidel Castro

de prender fuego a los Andes y convertir el espinazo montañoso sudamericano en una gigantesca Sierra Maestra continental. Afortunadamente para el mundo democrático, todo parece indicar que al millón y medio de electores apristas se le unirán varios centenares de miles de simpatizantes que creen que sólo con el Apra en el poder, rodeado de los hombres más capaces, se podrá conseguir la total independencia del peruano y alcanzar la felicidad, mediante la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales. Conforme empeora la crisis nacional, se hace más imperativa la victoria electoral aprista. Y como el Apra ofrece un programa realista de proyecciones continentales, los auténticos demócratas que creen en la libertad con pan observan con atención el desenvolvimiento político peruano, cuyas características más salientes son:

1) La completa atmósfera de libertad que hay para todos los partidos políticos, lo cual permite que por primera vez el Partido del Pueblo participe en las elecciones, convencido de la pureza de los resultados.

2) La determinación del Gobierno, respaldada por las fuerzas armadas, de garantizar el cumplimiento de la voluntad

popular, asegurando así que se registre por segunda vez la entrega de la banda presidencial por el Dr. Prado al legítimo vencedor, como sucedió en 1945, cuando ascendió al poder Don José Luis Bustamante y Rivero con los votos apristas.

3) La actitud conciliadora y transigente de la mayoría de los políticos, quienes, dentro de una discrepancia inteligente con sus opositores, están prestos a aceptar el candidato vencedor, sea quien fuere.

La encomiástica actitud de *political fair play*, consolidada durante los últimos seis años, augura la limpieza de los escrutinios y la tranquilidad nacional que prevalecerá a despecho de los esfuerzos aislados de elementos extremistas interesados en alterar el orden preelectoral, en cumplimiento de consignas extracontinentales, como sucedió a principios de marzo en las cercanías de la Oroya. El sentido común se impondrá, impidiendo que los sectores extremistas pasen más allá de su inocua virulencia verbal.

En conclusión puede decirse que las próximas elecciones del Perú servirán de barómetro para interpretar el clima democrático indoamericano y entrever el posible derrotero político continental del próximo lustro.

HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

por

Daniel Cosío Villegas

TOMOS PUBLICADOS

- I. — La República restaurada. — Vida política : \$ 140.00
- II. — La República restaurada. — Vida económica : \$ 140.00
- III. — La República restaurada. — Vida social : \$ 140.00
- IV. — El Porfiriato. — Vida social : \$ 140.00
- V. — El Porfiriato. — Vida política exterior (I parte) : \$ 125.00

Ampliamente ilustrado con grabados y mapas desplegados

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

EDITORIAL HERMES, S. A.

Ignacio Mariscal, N° 41 — Apartado 21110 — México 1, D.F.

balcón de París

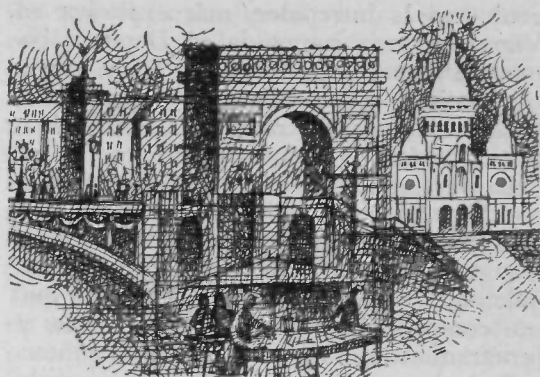
POR RAMON XURIGUERA

Actualidad de los « fauves »

UNO DE LOS EFECTOS del importante conjunto de « fauves » reunidos durante tres meses en la Galería Charpentier, será la revisión del concepto que se tenía de este movimiento. Ya después de la retrospectiva Derain, organizada en el Museo Nacional de Arte Moderno poco después de la muerte del artista, sorprendió la frescura y la juventud de una pintura que se había creído excesiva y pasajera. Después de la reunión de las 150 obras de la Galería Charpentier, la sorpresa cede ante la convicción de que se trata de un arte menos fugaz de lo que se suponía y que sus bases se inscriben en el meollo mismo de la actual evolución.

En primer lugar, porque los colores puros que tanto escandalizaron a los honestos espectadores del Salón de Otoño de 1905, que fue cuando aparecieron por primera vez agrupados los iniciadores del movimiento « fauve », son los que han renovado e intensificado los tonos fríos y apagados de la plástica académica. Luego, porque la libertad de su forma tendía a desobedecer y a destruir las leyes de una pintura tomada equivocadamente como clásica.

No era poco cambiar de golpe y porrazo una óptica, para entronizar otra que se oponía a la sorda y lamida de la época, en forma agresiva y bárbara. Pero los « fauves » poseían el instinto que la estética varía con los tiempos. Y después del anuncio de Van Gogh y del ejemplo de los impresionistas, la exaltación del color



trazaba el verdadero camino. Este camino, los « fauves » lo siguieron con impetuoso arrojo. La vida, la fuerza, la luminosidad de las obras de la Galería Charpentier lo prueban. Y atestiguan con ello que su impulso era sano. Pues es un arte optimista y sus estallidos de color se conservan muy lozanos.

El « fauvismo », en general, perseveró en la orientación del aire libre adoptada por los impresionistas. Los mejores lienzos « fauves » no son los retratos ni los bodegones, sino las calles, los ríos con sus embarcaciones, la vegetación campestre. En estos exteriores, la forma es apenas indicada; el color lo invade todo, libre y llameante.

De este frenesí cromático, Vlaminck es un decidido propulsor. ¿No dice que sus amarillos, sus azules prúsicos y sus verdes Veronés eran dinamita? Con esta dinamita encendía la expresión. Y hoy todavía es apreciable su rescoldo. Como más tarde el cubismo, el « fauvismo » ha sobrevivido entrelazado en innumerables aspectos de la pintura de hoy.

Mueve a reflexión cuando se evoca la producción de Vlaminck y de Derain posterior a 1910 y se compara con este manantial burbujeante y fresco. Ambos derivaron hacia un arte ponderado aunque Vlaminck con una expresión más suelta.

Vlaminck y Derain fueron los dos grandes pilotos de los « fauves ». Su gloria irá a la creación de su arte juvenil, a sus resplandecientes colores, a sus audacias de forma, mucho más actuales que sus moderadas expresiones posteriores. Porque su

genio era la intrepidez, más explosiva en Vlaminck, más contenida en Derain ; como era ligera y flotante de Dufy, sorda en Matisse, ponderada en Braque, matizada en Marquet, romántica en Friesz, apenas « fauve » en Camoin.

La revelación de esta exposición corresponde a la original aportación de Van Donguen. Tardíamente incorporado, Van Donguen aparece como un « fauve » inquietante, menos violento y optimista que sus compañeros, pero a la vez turbio y penetrante, con rasgos de auténtico pintor.

Toda retrospectiva, toda tendencia, toda producción de grupo encierra una lección. La que se desprende de esta exhibición de « fauves » es que contribuyó a la revaloración de la materia y a la libertad de la expresión.

Goldoni

Después de las representaciones de « Les Rustres » que se suceden en el Teatro Nacional Popular, la Comedia de Bourges contribuye a la actualización de Goldoni con « C'est la guerre, Arlequin ».

La idea que se tenía del autor de « La Locandiera » cambia con el carácter que se da a sus representaciones actuales. En vez de conceptuarlo como un autor amable y vivaracho, sujeto a las convenciones de la *Commedia dell'Arte*, se le restituye al concepto que se formó de él Voltaire : hijo y pintor de la Naturaleza.

De este hecho, sus personajes no son vistos ya como joviales creaciones, sino impuestos de valores sociales y morales.

De ello se infiere el estudio de una sociedad y de una época y por extensión de un país y aun de un continente, pues se hallan en los temas goldonianos no pocas resonancias europeas.

Muy aplaudido en su época, Goldoni continúa siéndolo en nuestras escenas. Quizás porque los problemas dominantes de sus obras son humanos y verdaderos. Goldoni conocía bien su país por haberlo recorrido y por los minuciosos tratos que establecía con la gente. Era una rica experiencia para un autor dramático. Y así se complace en consignarla en sus comedias : « pescar las comedias en el mar inmenso de la naturaleza ».

Estas revisiones son frecuentes en la vida de las literaturas. Goldoni es un renovador y su influencia en la modernización del teatro italiano estaba ya bien establecida en Italia. Había que generalizar esta significación fuera de ella. Y este fue quizás el papel que se impuso Visconti cuando eligió una obra de Goldoni para representar a su país en el Teatro de las Naciones.

Su voz ha sido escuchada. Y no es poco enriquecimiento aumentar la dimensión de un prestigio literario haciéndolo acceder de comediógrafo ligero a observador agudo y aun a moralista y a filósofo.

Dos jóvenes pintores

Las bienales de pintura han acrecentado la boga de los grupos de artistas representativos de una generación o de un país. Estos conjuntos, en general, ofrecen una visión errónea, no ya de la escala de valores que traduce la calidad intrínseca de un arte, sino aun de la verdadera representatividad de los componentes de un mismo grupo. Las omisiones en ellos son tan importantes, a menudo, como las mismas participaciones. Y ello porque toda selección es tendenciosa. Lo es en la medida que lo son las antologías literarias, no por deliberada mala fe, sino porque obedecen a orientaciones por lo común muy distantes de todo sentimiento ecléctico. El carácter sustancial de la obra artística es relegado ante el atrevimiento y la novedad.

Esta es la imagen que ofrecen las bienales, ocasión inesperada para manifestaciones de grupos nacionales tan ávidos de afirmación exterior como frágiles de tradición plástica. Esto se observa asimismo en los conjuntos que, frecuentemente, con el apoyo del Estado, se exhiben en determinadas galerías de Londres, de Nueva York, de París, en busca de una mención en el concierto internacional de valores.

El propósito en sí es loable, como lo son todas las relaciones que tienden a reducir las latitudes del hombre por medio de sus creaciones. Pero decrece su sentido cuando, en lugar de creación, lo que se observa no son más que imitaciones.

Pocos valores han revelado esas presentaciones colectivas destinadas a certámenes internacionales intervenidas por los poderes oficiales. En cambio, sin tantos redobles ni clarines, aparecen discernibles auténticas vocaciones en la sucesión normal de esfuerzos individuales observados en las galerías.

Dos de ellas descuellan merecidamente hoy: la del argentino Ansa (Galería L'Indifférent) y la del español Todó (Galería Lambert).

Luis Ansa es un verdadero pintor. Su arte traduce el proceso de no pocas inquietudes y experiencias. En contacto estrecho con las múltiples tendencias que no cesan de manifestarse en este agitado París donde reside desde hace catorce años, ha medido y observado cuanto ha surgido, perecido y medrado en el dominio del arte, sometiéndolo a sus propias exigencias. Estas le han preservado de despersonalizarse. Con un pie en el impresionismo y otro en el cubismo de Picasso, ha examinado con provecho la obra de Poliakov, de Soulages y de Nicolás de Staël.

En la fase actual de su evolución, Ansa ejecuta un arte delicado y sobrio, con una segura intuición de los valores, y en el que la organización por manchas, expresa el dato objetivo en función de una unidad sinfónica. En este universo de transfiguración, el objeto se entreteje sugerido en la rica espiritualización del color.

Sensible y en extremo vigilada, esta pintura encomienda a sus matices la expresión lírica que encierra.

El arte de Todó se distingue por lo que tiene de inconfundiblemente personal. No existe en la pintura española actual un acento que de cerca o de lejos se le asemeje. No diré como sus panegiristas que se trate de un neofigurativismo. Pero fuerza es reconocer ante las obras de este artista que la originalidad es la base misma de su expresión. Y ello porque no procede ni de un recurso técnico ni de una modalidad temática, sino porque nace de una óptica. Todó transcribe su universo tal como lo ve; y tal como lo ve lo siente. De ahí que al exponerlo lo singularice comunicándole a la vez un valor emotivo.

¿En qué consiste, pues, este universo?

En una visión enumerativa de los objetos corrientes y de los complejos mecánicos, es decir, de todo cuanto aparentemente carece de sugestión lírica. Lo sorprendente es que en el cuadro la alcance. Y por ello, y únicamente por ello merece nivel artístico. Pues no es el color, ni la arquitectura, ni los tonos, ni cuanto constituye las relaciones tradicionales de la plástica lo que da a la producción de Todó valor de creación. Se lo da la poesía, el misterio, la prolongación que se desprende de las cosas y que, no se sabe cómo, las une a la emoción.

La exposición que acaba de celebrar en la galería Lambert es un muestrario variado de este insólito arsenal que transfigura Todó: frascos y píldoras farmacéuticos, aperos de labranza, toscos cuchillos, tuberías barrocas, torres metálicas, mundo inerte y mecánico resuelto en esquemas liminares o expuesto en unidades separadas cuyo orden armonioso es secreto de creación.

Insólito, este mundo lo es por la elección del objeto, pero a la vez aparece humanizado a la vista del espectador. Esta magia corresponde a la transfiguración del pintor, sin la cual no habría comunicación gozosa. Pues este arte es optimista y sano. Todó se complace en explicar que no sólo hay belleza en la Naturaleza, sino que aquélla es potencial en todo cuanto el hombre crea, por tosca y ruda que sea su presencia. A lo que podría objetarse que esta belleza en potencia no es cierta hasta que el lirismo la revela.

Es el lirismo el que conduce a Todó hasta la estructura íntima del elemento, el que le mueve a expresarlo con escueta simplificación. Este arte que ignora la perspectiva, tan rayano con el arte de aplicación, se mantiene como un milagro en los difíciles linderos de la magia. Más que articular, reúne; más que afirmar, sugiere; más que apoyarse en el color, lo atenúa y lo enrarece para los fines de su poética ilusión. Pues las estructuras de Todó no son relaciones objetivas, ni libres arquitecturas, sino correspondencia de objetos al servicio de una idea. Y esta abstracción, esta base considerada antiplástica es lo que, paradójicamente, infunde a su arte un innegable valor de creación.

libros

Poesía de soledad y nostalgia



No HABRÍA nunca mejor ilustración para un libro de poemas de Amelia Biagioni que su mismo retrato. Verla —y oírla— es como leer su poesía. La persona y la obra destellan idéntico halo de espiritualidad. Idéntica la delicadeza de los versos a la del rostro y figura de esta muchacha sensitiva que avanza por la vida, incontaminada de sus impurezas, con su alegría y su dolor convertidos, jornada tras jornada, en pura melodía, sin una nota estridente o discordante.

Fina, grácil, toda temblor contenido, toda luz interior que se le sale al semblante y parece hacer translúcidas sus manos, es esta muchacha. Y así también su poesía. Esta poesía es sinceridad, sencillez quintaesenciada, confesión a media voz, discreción exquisita. Poetisa y poesía, hermanas gemelas. La una viviendo en el espacio y en el tiempo; la otra, ya liberada, ya salva en el trasmundo que les es común, fraterna aspiración: la Belleza.

Amelia Biagioni nació en Gálvez, provincia de Santa Fe, y vive ahora en Buenos Aires. En esta ciudad, en rigor, comienza lo esencial de su biografía. Porque en Buenos Aires, Amelia Biagioni vuelve a nacer. En la enorme urbe la muchacha de Gálvez se encuentra un día sola. Y en esta soledad nace la poetisa. Mejor, la soledad preside el doloroso alumbramiento.

*Casas enfiladas, casas enfiladas,
casas enfiladas.*

Cuadrados, cuadrados...

había cantado otra solitaria, la Storni, en Buenos Aires. Pero Amelia tenía otros paisajes. Habían venido con ella desde su provincia. Eran reminiscencias de un mundo paradisiaco, de otra vida, como desde antes de nacer. Y entonces surge su poesía. Poesía de soledad y de nostalgia, su hermana gemela.

Poesía de soledad y nostalgia, he dicho. Nostalgia del paisaje nativo exacerbada por la presencia ubicua del cemento y del asfalto:

Palomo del rocío era mi pueblo.

*Iba del lino hacia el tragal.
Su corazón era de arrullo lento
y su horizonte era de pan.*

*Quien lo posó en el plano calcó rumbos
de sombra y silbo de perdiz,
siguió sustos de liebre y de caballo
y estableció grillos sin fin.*

He aquí a la solitaria en Buenos Aires añorando el terruño del lino y del tragal: el pueblo blanco del linar más verde cuyo horizonte —por los trigales y por la bondad— la poetisa lo ve como de pan. Borges, en su fervor de porteño, escribió un día su « Fundación mitológica de Buenos Aires ». Amelia insinúa en la segunda estrofa de su « Pueblo en el viento », una « fundación mitológica » de su Gálvez santafesino, fundación que presiden sombras y silbos de perdiz, sustos de liebre y de caballo y un infinito cántico de grillos. ¡Cuántas transfiguraciones en la nostalgia! Todo se llena de vida, de alma, de pureza y bondad en el recuerdo. Y en el contraste de aquel mundo verde con su apacible pueblo blanco y la ciudad de geometría gris, de cemento y ruido, se siente Amelia desvalida, náufraga, perdida. « Yo » —exclama en otro poema—

*Yo era silbo de una tierra
verde, sin fin, sin quizás.
Porque el verde era tan quieto
lo dejé atrás.*

*El campo se fue a la luna,
y al aire está mi raíz.
Soy, entre ruido y cemento,
leve perdiz.*

Pasado y presente, sueño y realidad. El verde aquel era infinito. El horizonte aquel, de pan. Pero era un verde que, pese al color que era su ser, no tenía esperanza. Era un verde quieto, sin futuro. « Sin quizás ». La muchacha partió de su pueblo, como tantos, hacia la esperanza. Como, por ejemplo, al adolescente de Moguer, hacia la gran ciudad. « ¿Por qué te vas? » le preguntan al Juan Ramón adolescente:

(— ¿Por qué te vas? — He sentido

*que quiere gritar mi pecho,
y en estos valles callados,
voy a gritar y no puedo.)*

La vieja historia, la misma. Y también, como en otros casos —no todos— el éxito. ¡Pero a qué precio! En otro poema —«Tiempo de angustia»— Amelia ha escrito :

*Ciudad, bajo tu losa y en tu frío infinito,
esta pausa ¿es el polvo o la raíz del grito?*

*Oh ciudad celular, ¿puedes soñar, a veces,
que un tribunal de pájaros sustituye tus jueces?*
Por doquiera ve caras con miedo, o caras de piedra, o « caras de filo ». La Storni había ya antes visto con angustia pareja al Baudelaire de la *fourmillante cité*, gentes con

*...el alma cuadrada,
ideas en fila
y ángulo en la espalda...*

Y la poetisa de hoy siente idéntica angustia ante la dureza de seres y cosas en la Babel moderna :
*¿Ando por el final de una ciudad de bruces,
o ando por el comienzo de un gran campo de*
[cruces?

Respiro mi porción del aire dividido.

Resto de mí, esperanza, dame tu pan roído.

Es como una aniquilación espiritual. El « aire dividido » alude al cuarto del hotel, en que la soledad se adensa, en que los muebles hablan de otros huéspedes anónimos, también solitarios. De aquí los poemas : « Canción para un ropero de hotel », « Canción para una cama de hotel », « Canción para la mesa de luz », en la segunda parte del libro *La llave*, titulada, « Habitación 114 ». Del lejano pueblo de provincia siguen llegando a su soledad, por la vía del recuerdo, imágenes deleitosas, tanto más deleitosas cuanto más cruel se revela el contraste en « el aire dividido » de ese cuarto de hotel :

*Yo tenía una vez el aire, su impaciencia
gloriosa, sus palomas. Mío todo el país
de silbos y tormentas. Ahora que he perdido
la tierra, la certeza de que el mundo era un nido,
aquí estoy, arañando, con dolor de raíz,
cuatro muros y un cielo de cal e indiferencia...
De vuelta en la vorágine de calles y avenidas, la
poetisa angustiada, « leve perdiz » —como se llama a sí misma— « entre ruido y cemento », tiene una súbita alucinación :*

*Mientras la luz, gacela azul, futura,
alza en las avenidas suave salto
sin otoño, y en dárseñas fulgura,
brotó una rosa en el asfalto.*

*Nadie la ve, de tan vertiginosa
que es su felicidad...*

Y ese mismo día en que asiste al milagro del brote de una rosa en el asfalto, la ciudad, más benigna, le ofrece en seres y cosas, otras visiones de fugaz belleza :

*Todo valsa conmigo. El aire suena
como si recordara una campana...*

y a la noche, el cielo antes de cal e indiferencia, se vuelve azul, luminoso, puro. Y entonces, aliviada, reconfortada, mirando hacia la altura Amelia dice :

*El tiempo, el ruido, el miedo, la rutina,
el portland, toda cárcel está abierta.
Sin cerradura, reja ni cortina
cada estrellita es una puerta.*

*

Los versos citados arriba son todos del libro *La llave*, el del premio municipal. Y hasta aquí todo lo dicho se refiere a la vida espiritual de la poetisa en la soledad que la abisma y la nostalgia que la entristece. Debe sin embargo subrayarse que tal poesía de la soledad y la nostalgia es sólo un aspecto del arte de Amelia Biagioni. Sería trivializar su figura de artista afirmar, como únicos motivos de su canto, sus penas provincianas en la gran ciudad. Aun en el caso de que éstas fueran el único motivo, habría que valorarlas entonces en su significación trascendente, en lo que logran como trasmutaciones de angustia humana en visión metafísica. Pero esto requeriría mucho más espacio. Debemos sí, puntualizar que el Buenos Aires de *La llave* no está sentido solamente desde lo que sin precisión (y con poca justicia) podría llamarse una soledad y añoranza de provincia. Hay tres poemas en el libro que bien merecen especial estudio. Son los inspirados por el entusiasmo que sacudió a la Argentina al producirse el derrumbe de la dictadura peronista. Se llaman « Libertad », « Carta a mi padre en setiembre de la libertad » y « Palabras a Dios ».

¿Serán estos poemas « poesía civil »? ¿Tendrán una retórica anticipable? Amelia no sería Amelia, dejaría de serlo si al tratar ese tema, declamara. El tono en estos poemas civiles es el mismo que el de los poemas puramente líricos. Son poemas a media voz, como los demás. No hay una sola exclamación. La libertad que esperaba anhelante la poetisa parece ser algo tan íntimo y personal como el lírico deseo de ver surgir una gran rosa en el asfalto. Ciertamente es que este anhelado florecer suscita ahora una exultación colectiva. De aquí que el yo de la poetisa se vuelva un nosotros. Pero también es éste un nosotros dicho a media voz. « La llamábamos », canta Amelia,

*Mordíamos los años
vacíos y talados...*

en espera de la Libertad. Ella se anunció « en la ciudad, primero »

*Y llegó por el río
y por el aire y por la tierra en vilo.*

La alegría es para ese « nosotros » colectivo, es cierto. Pero leamos el final del breve poema :

*La vimos renacer de sus cenizas
como renace el día.
Ahora somos su mástil. En mi sitio
miro cómo flamea su sonido.*

En los dos últimos versos reaparece el yo. No estuvo nunca ausente, sino acompañado. Amelia ha trascendido su intimismo llenándolo de patria.

En la « Carta a mi padre en setiembre de la libertad », la poetisa completamente olvidada de su soledad y su nostalgia, canta :

*Para honrar a los hombres
de amor y de altivez,
sobre todo a los héroes
que esperan su ciprés,
para cantar el Himno
como en primera vez,*

*a la Plaza del júbilo
llegamos los hermanos,
y también, en palomas,
tú y los demás lejanos.
Un ala nos sonaba
en la voz y en las manos...*

Esto es Buenos Aires en la hora del renacer de la libertad. Es la Plaza de Mayo, ahora llena de hombres libres, bajo el vuelo de las palomas aquerenciadas a los monumentos, inquilinas aladas de cornisas y estatuas patinadas de gloria. A los ojos de Amelia ellas llenan el cuadro. Y son un puro símbolo. Ellas le dan sus alas para expresar el júbilo :

*(Un ala nos sonaba
en la voz y en las manos)*

Y el Cabildo blanquísimo de Mayo aparece en dos versos, no con los resplandores retóricos al uso, sino como visión muy personal de Amelia, visión que nos recuerda poemas de intimismo :

*La Casa de la Historia
como una rosa ardía...*

(Recuérdese : « Brota una rosa en el asfalto... »)
Y entonces otra vez el *nosotros* se vuelve, líricamente, yo :

*Cuando la libertad
ya todo el viento era
—paloma, clarín, canto,
catedral, primavera—,
yo sentí que en mis huesos
izaban la bandera.*

El tercer poema civil es el titulado « Palabras a Dios » :

*Señor, por esta patria que logramos izar
con la verde palabra que volvemos a usar,
te pedimos, primero, nos laves a nosotros
pues sombra nuestra tiene el error de los otros.*

Amelia es siempre la misma criatura sensitiva en esta oración lírica en la hora del júbilo patriótico. Exenta de toda impureza de odio o rencor, implora :

*Devuélvele los ojos al errado inocente,
y altura al que cedió por el pan de su gente.*

*Al que se acostumbra con el robo en las venas
ordénale que cubra la pampa de azucenas.*

*Y al que lleva no sangre, sino oscuro rencor,
traspásalo con nuestro relámpago de amor.*

¿Con « nuestro »? En este poema el « nosotros » abarca en su proyección todos los versos. Pero es casi seguro que esta poetisa lírica, en su inspiración civil, ha convertido el « mí » en un generoso « nuestro ».

Poetisa y poesía, hermanas gemelas. Cuando esta poesía se hace para todos, sigue por tanto teniendo la misma voz de Amelia.

Sin embargo, anotemos que esta poetisa de la soledad y la nostalgia, promete en una evolución ya hace unos años iniciada, un nuevo tipo de poesía. Una poesía mucho más compleja, producto de una aspiración artística exigente y alerta a nuevos horizontes de belleza. Aún no reunidos en volumen, los poemas de su nueva etapa anuncian nuevas metamorfosis de sus temas. Y pareciera que la poetisa, lista para una gran siembra poética, se dispusiera a ensanchar el panorama de su arte, como para cubrir, ella sola, en generoso esfuerzo, toda la pampa de azucenas.

HUGO RODRIGUEZ-ALCALA

José Antonio Balbontín : « Three Spanish Poets »

LOS TRES POETAS SON Rosalía de Castro, Federico García Lorca y Antonio Machado. Este libro de José Antonio Balbontín tiene su historia, como sin duda la tienen todos los libros. Primeramente sus páginas no fueron palabras escritas, sino palabras habladas, o sea conferencias habladas ante auditorios ingleses, ni que decir tiene con aquel feliz *ars dicendi* que ha singularizado siempre a Balbontín. Después los tres temas de estas conferencias fueron reconstruidos y escritos por su autor en forma de ensayos y publicados como tales en México en 1957. Por último, el propio Balbontín ha traducido sus propios ensayos al inglés, enriqueciéndolos de paso con numerosos pasajes nuevos. El resultado de esta última labor es *Three Spanish Poets*.

Balbontín hace preceder cada uno de sus estudios de los datos biográficos más importantes de cada poeta. Con Rosalía de Castro se fija especialmente en su crisis espiritual a los quince

años, cuando ella se ve repudiada de sus amigas y se entera con estupor de la ilegitimidad de su nacimiento. El profesor S. G. Morley cree que el padre de la ilegítima era un sacerdote consagrado, no un seminarista como aventuraba Victoriano García Martí. Balbontín se inclina a lo primero con muchas poderosas razones, pero fuera el autor de la criatura sacerdote o aprendiz de lo mismo —desde luego era caballero que portaba faldas color carbón—, es lo cierto que ello debió representar para la precoz poetisa un doble cataclismo espiritual y social. De este último, del cataclismo social se recobra Rosalía seis años después en la forma más evidente de este recobro, como fue contraer matrimonio con Martínez Murguía, ya en la fecha muy conocido como escritor y más adelante reconocido como eminente historiador de Galicia. Aquella crisis (dice Balbontín) « es a mi juicio la causa fundamental de todas las tristezas de Rosalía », aunque también es verdad que esa crisis « no llegó a destruir su fe religiosa, como algunos apuntan, ni la empujó siquiera al enconado anticlericalismo de Curros Enríquez ». Balbontín nos presenta como ilustración de su estudio muy bellos ejemplos de la poesía de Rosalía en gallego y en castellano, parando especial atención en la rica sentimentalidad de la poetisa frente al amor, la soledad, la eternidad, Dios.

El autor no nos dice las razones por las cuales ha invertido el orden cronológico y nos da a Lorca antes que a Machado, pero creo no equivocarme al suponer que la alteración obedece a que en opinión suya « Antonio Machado es, sin disputa, el poeta más grande de la España contemporánea ». (Esta opinión la comparten ahora muchos). La visión que Balbontín nos da del vate —el hombre, su vida, su obra en verso y en prosa— es tan certera como completa y vale en verdad por una excelente lección literaria y humana. Lorca está asimismo perfectamente presentado a través de su lírica y por alusiones a través también de su teatro. En el arte lírico del gran granadino ve Balbontín lo popular y lo culto. « Maneja con la misma maestría (dice el ensayista) el 'mester de juglaría', o arte de los juglares andariegos, y el 'mester de clerecía', o arte de los monjes recogidos en sus conventos, a los que podríamos llamar 'intelectuales' de la Edad Media. » En el teatro de Lorca observa Balbontín, en nuestra opinión con mucho acierto, una evolución hacia lo dramático sin adornos. « Federico se siente tan alucinado por el dramatismo de su tema que poco a poco va abandonando a lo largo de su carrera teatral sus galas líricas personales hasta ceñirse escuetamente, en su última tragedia de Bernarda Alba, al lenguaje vivo del pueblo. »

Escritor de fina sensibilidad, Balbontín ha sa-

bido penetrar y además explicar muy galanamente la rica alma de tan excelsos poetas.

E. S. CH.

Arthur P. Whitaker:

«Spain and defence of the West»

PASIÓN Y RESPONSABILIDAD SON las características de esta obra, publicada por encargo del « Council on Foreign Relations » de Estados Unidos y editada por « Harper & Brothers » de Nueva York. Apasionado, no es un libro polémico, ni mucho menos una diatriba política contra el franquismo. Su seriedad y objetividad no le impiden, por otra parte, retener la anécdota y el dato menudo, reveladores de ciertas tendencias dominantes dentro de una situación ambigua y de incidencias capaces de determinar una política.

El libro es, sobre todo, una seria advertencia dirigida a los rectores de la política exterior norteamericana. La responsabilidad contraída por Estados Unidos al establecer su alianza con la España de Franco constituye una preocupación constante del autor. Y, lejos de exponer en abstracto sus propias opiniones sobre lo que « debería ser », se limita a analizar y poner al descubierto la realidad española, la contextura moral y política del régimen, es decir, la « clase » de aliado que su gobierno ha buscado. Las pretendidas ventajas de la alianza —apoyadas, sobre todo, en consideraciones estratégicas y sobre las cuales los militares de todos los países no suelen tolerar otra interpretación que la suya— son discutidas con el mismo rigor que sus inconvenientes; el llamado Pacto de Madrid, el establecimiento de las bases militares, el volumen de sus efectivos, el coste de las instalaciones, las cifras y destino de la ayuda económica, etc., son analizados con todo detalle. Pero es España misma el objeto esencial del análisis: las « dos Españas » a lo largo de la historia contemporánea, que acabarían enfrentándose durante y después de la guerra civil; la estructura del régimen y la personalidad de su creador; las diversas fuerzas que lo sostienen —Ejército, Iglesia, oligarquía financiera, Falange, etc.—; los distintos sectores de la que, por contraste con la institución británica, llama la « oposición desleal » o clandestina; los problemas de la infraestructura económica, las relaciones con Europa, África y América Latina, etc., constituyen los temas de los principales capítulos de la obra, cuya conclusión resume el autor en estas tres recomendaciones:

1) « Estados Unidos deben volver a su actitud correcta, pero fría de 1953 con respecto al dictador español, concordante con la posición oficialmente adoptada en sus relaciones con los dic-

tadores latinoamericanos. Así lo exige el más elemental decoro internacional » ; 2) « Estados Unidos deben tratar de vencer a otras naciones para que adopten la misma actitud, si no quieren agravar la situación » ; 3) « Estados Unidos deben manifestar claramente su desagrado ante la resistencia del gobierno español a poner en práctica los principios de libertad individual y de la existencia de instituciones libres a cuyo establecimiento se comprometió al firmar los acuerdos de 1953 » ; a los ocho años de vigencia del Pacto de Madrid « persiste la contradicción entre el carácter de la dictadura española y los propósitos de las naciones que crearon la OTAN para defender la libertad y la democracia ».

Todo esto merecía ser dicho a la opinión norteamericana. Pero el libro contiene además tantos datos sobre la política interior del régimen, la estructura y funcionamiento del gobierno, el papel del « Opus Dei », la acción y posibilidades de la oposición —desde los monárquicos a los comunistas— los problemas agrarios, sindicales, educativos, religiosos, etc., que lo hacen de un interés excepcional para todos los lectores. Baste citar como ejemplo el lúcido análisis de las relaciones de Franco con las potencias del Eje, a través de sus distintas fases, o el hecho, menos conocido, de la presencia en Washington de un « lobby » franquista, « hábilmente secundado por José Félix de Lequerica »...

Recomendamos muy vivamente la lectura de este libro, cuya traducción al castellano sería de la mayor utilidad para los propios españoles, ignorantes de la mayoría de los hechos que en él se exponen.

F. F.

Otros libros

FERNANDO MORAN : El profeta

En 1958 publicó Fernando Morán, joven diplomático español, su primera novela, *También se muere el mar*, ambicioso intento de explicar la joven generación española de postguerra, en extremo compleja para dejarse encerrar satisfactoriamente en una primera obra. Sin embargo, en ella se apuntaba ya a un novelista que podía llegar a serlo, y bueno. Ahora, con *El profeta* (Barcelona, Ed. Seix Barral, 1961) se confirma el anterior juicio. El paso dado por Morán, en cuanto a técnica, estilo y maduración, es considerable, hasta el punto de que podemos afirmar que nos encontramos ante uno de los novelistas jóvenes más interesantes de la España de hoy.

La importancia de la obra aumenta al hacer

constancia de que Morán aborda con *El profeta* algo no frecuente en la novelística española, como es la narración desgajada del suelo patrio. En este caso, su estancia en tierras sudafricanas por motivos profesionales le ha permitido escribir una novela radicada en aquel país, con toda la compleja y apasionante problemática que ello entraña desde el punto de vista de la actualidad. No es, sin embargo, un reportaje periodístico sobre unas tierras más o menos exóticas, sino una seria y bien construida novela en la que el autor ha intentado dar una visión abarcadora de las siempre diversas existencias humanas en cualquier lugar de la tierra. El problema racial, el « apartheid », la vieja y conservadora ideología boer y el fascinante y extraño mundo de los hombres de color —mezcla de progreso y supersticiones primitivas— están presentes en las páginas de la novela, formando un conjunto más que suficiente para captar al lector, representando los caracteres universales de algo muy vivo y real en el mundo de hoy, aunque pueda ser considerado por algunos como un mero problema local.

El resultado de todos estos aciertos es una buena novela, escrita con estilo y técnica perfectos. El lector no se sentirá defraudado al leer la obra de este joven novelista, al que hay que abrir un amplio crédito para lo futuro.

J.R.M.L.

FERNANDO AVALOS : En plazo

Fernando Avalos es un joven novelista español, de formación autodidacta, que hace con *En plazo* (Barcelona, Seix Barral, 1961) su primera salida literaria. Con ella plantea, en líneas generales, la problemática trayectoria de la joven novelística española, empeñada en un nuevo realismo testimonial. En este caso, Avalos nos presenta cierta clase social que habita en Madrid y su lucha por la existencia, que adquiere muy diversas facetas, aun cuando una paz aparente y una serie de trámites burocráticos, naturales a ciertas estructuras, encubra tales realidades.

El ambiente, pues, es popular, al mostrarnos una familia obrera madrileña que resulta impotente, aunque luche con angustia, ante el problema de la venta por pisos de la casa en que vive. Igual ocurre con los demás personajes de la obra, todos ellos seres modestos que intentan sobrevivir salvando una tras otra dificultad. Lo narrado no sólo es real, sino que nos parece muy encomiable la intención del autor, consciente de su posibilidad de denuncia y de la mejor responsabilidad ética o intelectual. Avalos escribe desde la situación en que se encuentra y, por ello, narra lo que ve, el mundo que le rodea. Pero, y aquí aparece el reverso de la moneda, si no hay nada que oponer a lo que se dice, si

—y mucho— a cómo está dicho y, sobre todo, al « talante » con que se ven las cosas. Y es que las buenas intenciones, la justicia del tema, no bastan para conseguir una buena obra literaria. Falla en este caso el lenguaje, aún no formado, incorrecto repetidas veces y pobre en su expresión.

Supeditada la forma de decir a lo que se ha querido expresar, resulta que este fondo es extremadamente parcial, al encararse con las cosas de modo unilateral, sin intentar reflejar objetivamente la compleja y multiforme existencia humana. Los personajes de Avalos *tienen* razón, pero no es tan simple lo mostrado, un mundo esquemático de « buenos » y « malos », rígido y convencional. Esta voluntad de denunciar, de demostrar, es lo que ha hecho naufragar una novela que podía haber resultado mucho más lograda.

J.R.M.L.

CASTILLO-NAVARRO : Los perros mueren en la calle

A veces, ante la lectura de un libro determinado, surge en el lector la conciencia de un vasto mundo intuido por el autor, que ha intentado con todas sus fuerzas expresarlo y que, al final, se le ha quedado inaprehensible en su misma complejidad. Una novela tiene su longitud variable, según los deseos del novelista. Pero es difícil que el novelista —y ahí radicaría la potencia de su pluma— llegue a tener el suficiente poder de asimilación para condensar en una novela de trescientas cincuenta y siete páginas la variedad de mundos, de anécdotas, de sentimientos y de situaciones sociales que pretende plantear Castillo-Navarro en su último libro, *Los perros mueren en la calle* (Ed. Planeta, Barcelona, 1961). Por eso, muchas veces —demasiadas— el vigor indudable de algunas situaciones, una maestría estilística de escritor avezado —esta es la octava o novena novela de su autor—, un lenguaje claro, directo y conciso, hacen que sólo al final, terminada la lectura, nos demos cuenta de cuantos cabos sueltos han quedado, cuantas situaciones interesantes apenas entredichas, cuanta realidad española perdida en aras de un vigor que muy a menudo se convierte en tremendismo. Tremendismo de caracteres, todos de una pieza, de situaciones llevadas al extremo casi cinematográfico de película de « gangsters », de erotismo fácil y caprichoso que hace pensar en una intencionalidad escandalosa del autor, ávido de hacerse con el lector a costa de lo que sea.

Los perros mueren en la calle podría haber sido la historia de tres hermanos y de una madre que quiere servir de aglutinante en la fami-

lia y que no logra más que sentir predilección por los peores, por los desarraigados de la sociedad. Podría haber sido la historia de una rebeldía femenina, la rebeldía de una muchacha hastiada de la buena sociedad en la que vive y entregada a su capricho. Podría haber sido la historia de un hombre vuelto de espaldas a la realidad humana y social española, la historia de un escapista que quiere vivir bien y al margen de cualquier peligro su vida, o en su precaria posición. Podría, en fin, haber sido la historia de los que vuelven de Francia con intenciones terroristas. Podría haber sido todo, menos la unión anárquica de todos estos temas, cuyo tratamiento, según apuntábamos al principio, habría exigido muchas más páginas o un poder de síntesis novelística que Castillo-Navarro, hoy por hoy, no tiene todavía.

J. G. ATIENZA

JUAN ANTONIO PAYNO : El curso

Nuevamente el Premio Nadal ha sido adjudicado a un escritor novel. Juan Antonio Payno no tiene todavía veintiún años. *El curso* (Ed. Destino, 1962) es su primer intento literario, al menos el primero que ve en letras de molde. Narra en su novela la vida de un grupo de muchachos y muchachas en su primer curso universitario. Su edad, entre los dieciséis y los dieciocho años ; su condición social, la burguesía media madrileña, con su vida superficial, sus débiles intentos por salir de la mediocridad en la que se ven embutidos, su caída una y otra vez en lo rutinario, en la vida absurda de las boleras, de las fiestas, de los paseos domingueros por la Castellana. La Universidad apenas logra en el mejor de los casos despertar momentáneamente su interés por algo ajeno a su existencia artificiosa. Apenas será unas líneas en el diario de uno de ellos : « A veces pienso en el porvenir que nos espera. ¡Pensar que sean Fry y sus amigos y los demás como ellos los que dentro de unos años van a formar la alta sociedad de España! Los hijos de los grandes industriales, banqueros, políticos, son esos grandes idiotas que andan por ahí, venga a tomar medias combinaciones y a correr en coche con una al lado. Y son más idiotas cuanto más importante sea el padre. »

No es Payno un escritor maduro. Sería casi monstruoso que lo fuera. Su novela está llena de baches, de caracteres que se diluyen, de situaciones apenas apuntadas, incompletas. Pero tiene algo que la sitúa en el plano si cabe más importante del documento humano, con el calor de lo vivido y amado, con el entusiasmo de los veinte años en los que todo, aun lo más horrible, es sujeto de esperanza.

J.G.A.

revistas

Italia



Dos TEMAS ligados al viraje, quizás decisivo, iniciado en la política interior italiana han ocupado un lugar privilegiado en las revistas de estos últimos meses: la « apertura a la izquierda » y el nuevo impulso crítico que acaba de marcar la larga evolución del partido comunista. Bajo el efecto conjugado de las nuevas revelaciones del XXII Congreso del P.C. de la Unión Soviética y de la orientación claramente reformadora proclamada por la Democracia Cristiana, el partido del Sr. Togliatti ha sido sacudido violentamente por las tendencias hacia la democratización, o mejor dicho, hacia la discusión. No hacía falta nada más para que, sobre todo en gran número de publicaciones de izquierdas, se llegara a conclusiones de un optimismo simplista, desmentidas rápidamente por los hechos. Casi solo y casi en seguida (en diciembre de 1961), el Sr. Tito indicó en *Nord e Sud* la significación y los límites del debate comunista: « Dada su estructura, el partido ya no llega a someter a la disciplina de las simples tareas de ejecución y a la regla de la unanimidad a las clases nuevas de militantes, a los militantes de los sindicatos, a los jóvenes, a los cuadros nuevos y a los antiguos adherentes que se habían plegado al conformismo staliniano, solamente porque lo juzgaban una necesidad ineluctable en el clima de la guerra fría. » Sin embargo, la ruptura prevista no se realizó, pues si « en un momento dado Togliatti se encontró aislado, después de todo ha podido jactarse de que él mismo había indicado desde hace varios años la vía que la joven guardia y el partido en su conjunto quieren seguir de ahora en adelante: la vía del policentrismo, de la autonomía, de una revisión crítica de la historia del régimen soviético [...] de la negación de las tesis chinas y de la estrategia extremista basada en el dogma de la depauperación progresiva de la clase

obrera en el régimen capitalista, inspiradora de la acción del partido comunista francés. Los oponentes a Togliatti, una vez obtenido el debate que deseaban [...] han considerado oportuno devolverle lo que se le debía, y apretar sus filas en torno suyo. El objetivo es abordar la nueva etapa « pasando sin choques del conformismo oficial a una independencia relativa ».

Esta independencia era todavía más necesaria al P.C.I., puesto que el aislamiento le amenazaba por la evolución de su asociado fiel, el partido socialista neniiano, arrastrado en el surco del partido gubernamental. Los comunistas, muy hábilmente, han seguido el movimiento, y ello, entre paréntesis, les ha permitido evitar, al menos por cierto tiempo, su crisis interior: « El viraje del centro-izquierda — escribe U. Segre en *Il Ponte* (febrero) — representa el desafío más rotundo que se haya hecho a los comunistas en Europa Occidental en el curso de esta postguerra. Su actitud ha sido pertinente y ponderada, puesto que se han colocado en posición bastante realista, es decir que el centro-izquierda necesita una presión popular imperativa para no degenerar en un centrismo camuflado y desilusionador... Sin embargo, a medida que la presión comunista se ejerza y cumpla su objetivo, la urgencia y la ocasión de su función tenderán a disminuir. »

Pero el objetivo político de la Democracia Cristiana es precisamente aprovechar su ventaja, gracias al impulso económico excepcional, y atraer a las masas en torno de un programa de amplias reformas económicas y sociales que, con raras excepciones, ha sido acogido favorablemente desde los puntos más variados del horizonte político. La venerable y muy moderada *Nuova Antologia* (marzo) insiste particularmente sobre el clima del congreso demócrata-cristiano de Nápoles, donde la política nueva fue verdaderamente plebiscitada: « Casi ningún signo de moderantismo clerical; al contrario, la preocupación de subrayar la autonomía con respecto a la Iglesia, la satisfacción evidente por esta ampliación del Tíber iniciada bajo el Pontificado de Juan XXIII contra todas las rigideces y prohibiciones del pa-

sado [...] de preferencia la espera ansiosa de cosas nuevas [...] de un viraje que permita sellar una fase de la vida italiana, y colocar la palabra 'fin' al término de una era de equilibrios y de compromisos centristas. » La revista de vanguardia *Il Mulino* (febrero), en la cual colaboran jóvenes intelectuales laicos de izquierda, y católicos, determina las tres razones que imponen una política de centro-izquierda : 1) el desarrollo económico no podría continuar sin un grado alto de racionalización, que puede obtenerse solamente con una política de planificación y una intervención más fuerte de la empresa pública ; 2) las transformaciones sociales en curso —migraciones interiores, desarrollo del urbanismo, paso de la agricultura a la industria y a las actividades terciarias, así como las modificaciones que todos estos factores provocan en el plan cultural— exigen un control social y político más amplio ; 3) es deseable que en el mayor número de países el gobierno sea confiado a fuerzas que amen sinceramente la paz, que estén decididas a explorar con sagacidad y prudencia las vías del apaciguamiento, y que deseen contribuir a la afirmación de la libertad de todos los pueblos.

Pacifismo y anticolonialismo —en todas sus formas— están tan anclados en la conciencia de las masas italianas que se puede afirmar que el fracaso del fascismo fue provocado por haberlos desconocido, mientras que el progreso de las fuerzas de izquierda se debe esencialmente al reconocimiento de esos principios. Estas tendencias ideológicas, junto con la preocupación de provocar el desarrollo de las regiones atrasadas del Sur explican el interés que se da a los países subdesarrollados política y económicamente. Se pasa detenida revista a la situación de España, de Portugal, y de los países de América Latina. Y esto no solamente en las publicaciones de izquierda. El periódico mensual católico *Humanitas* ha reproducido el año pasado (noviembre de 1961) un estudio del profesor J.L.L. Aranguren, de la Universidad de Madrid, sobre la « España de 1970 », estudio que, conviene notar, parte del principio de la desaparición del sistema de Franco « Reino sin rey », para llegar a la idea de una restauración monárquica... sin los monárquicos, única solución que podría apartar el doble peligro « de una dictadura militar que no resolvería nada, y de un castrismo que se inclinaría alternativamente hacia el comunismo y la anarquía ». El número de *Il Mulino* antes citado sugiere principalmente el estudio y la preparación de un « plan de asistencia que Europa democrática debería ofrecer a las democracias española y portuguesa renacidas, comprometiéndose solemnemente a aplicarlo en cuanto las instituciones democráticas y las libertades fundamentales sean restablecidas en España y Portu-

gal, ¡pero no antes! En *Comunità* (diciembre 1961) G. Cintioli aprovecha la oportunidad de la aparición en Italia de un libro de poesías de J.L. Pacheco, *Pongo la mano sobre España*, para pasar revista a cierto número de trabajos recientes, que gracias a un análisis profundo le ayudan a poner en relieve diversos aspectos del problema español. En el número de febrero de la misma revista se encuentran excelentes análisis históricos y críticos de la política colonial portuguesa, por G.C. Novati y de la situación política en la República Dominicana, por S. de Santis, mientras que E. Fermi continúa su estudio sobre « La Iglesia en el mundo », especialmente en el iberoamericano, con una exposición sobre el Perú, donde las jerarquías eclesiásticas se levantan contra los privilegios mantenidos por la acción « del sistema feudal de gobierno, del liberalismo político-económico, del egoísmo de los grandes propietarios de tierras y la indiferencia interesada de un gran número de políticos ».

Pero la acción en este dominio no se limita solamente a los objetivos inmediatos de la lucha anticomunista, sino que arrastra consigo una evolución ideológica profunda —cuya manifestación más reciente es la encíclica *Mater et Magistra*, analizada detenidamente en números sucesivos del periódico bimensual oficioso del Vaticano *La Civiltà Cattolica*— en que emiten sus testimonios y opiniones gentes tan poco sospechosas de clericalismo como las del grupo de *Nord e Sud* ya nombrado, y que en su número de marzo admite, generalizando quizás demasiado a la ligera, que « los católicos italianos han alcanzado un nivel alto de conciencia crítica ante los problemas que ciertos medios laicos pretenden abordar todavía por medio de fórmulas simplistas, liberales o marxistas, cuando no se limitan simplemente a ignorarlos ». Como ejemplo, la revista inserta un estudio de P. Saraceno, en el cual el eminente economista católico italiano indica la necesidad cada vez mayor de la intervención estatal, después de haber recalado sobre todo la insuficiencia « de las grandes ideologías contrastantes nacidas en el siglo pasado y que se apoyan en realidades de clases o en mecanismos de mercados desaparecidos, o que están desapareciendo por sí mismos, independientemente de toda acción revolucionaria ».

En otro aspecto, se debe señalar la publicación en *Tempo Presente* (enero) de un cuento de guerra de Milovan Djilas, en el que el autor de *La nueva clase* revela cualidades literarias positivas y que constituye, desde este punto de vista, uno de los acontecimientos literarios de la temporada. A consecuencia de este relato, la entrada del número de la revista ha sido prohibida en Yugoslavia.

Colaboradores

- EUGENIO CHANG-RODRIGUEZ, escritor peruano en cuya extensa bibliografía sobresalen *La literatura política* y *La América Latina de hoy*. Actualmente es profesor en la Universidad de Nueva York.
- FRANÇOIS FEJTO, historiador y periodista húngaro, reside actualmente en Francia. Publicó varias obras: *Histoire des Démocraties populaires*, *La Tragédie hongroise*, *Les Juifs et l'Antisémitisme dans les pays communistes*, etc.
- GEOFFREY GORER, excelente escritor y crítico inglés, colabora asiduamente en la revista *Encounter*.
- KENNETH KENISTON, joven escritor y sociólogo norteamericano, profesor en el Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad de Harvard.
- ELBA M. LARREA, licenciada y profesora de Lengua y Literatura Españolas, publicó en colaboración con su esposo, el profesor ecuatoriano Julio Larrea, una *Didáctica de Lengua y Literatura Españolas*.
- JEAN MARABINI, periodista francés, suele publicar en la prensa internacional sus reportajes. El que reproducimos sobre la juventud soviética vio la luz en *Arts*, de París.
- OLGA OROZCO, nació en Argentina y pertenece a la llamada « Generación de 1940 ». Publicó dos libros de poemas: *Desde lejos* y *Las muertas*.

Correspondencia

Ofrecemos a nuestros lectores una carta del conocido periodista norteamericano Herbert L. Matthews, en la que comenta los artículos de Theodore Draper sobre la cuestión cubana, así como la respuesta de este último.

APENAS necesito decirles a ustedes con que interés lei la última contribución de Draper al estudio de la cuestión cubana (*Cuadernos*, marzo de 1962). Una vez más, me encuentro en lo que él llamaría « una posición ambivalente », ya que en su estudio hay muchas cosas que admiro y con las que estoy de acuerdo y, al mismo tiempo, otras muchas de las que disiento. Puesto que Draper discutió mi obra, supongo que les interesará conocer lo que pienso.

Me sentí realmente sobrecogido ante el devastador análisis que Draper hace de la rematadamente mala información dada por la United

Press International de los dos discursos de Fidel de 2 y de 22 de diciembre. Como quizá ustedes sepan, también yo he señalado las erróneas interpretaciones de los mismos, en especial del de 2 de diciembre. Tal vez se hayan dado cuenta de que el *Hispanic American Report* de la Universidad de Stanford, en su número de enero, llama también la atención sobre la « hazaña » de la U.P.I., aunque no tan bien como Draper. Creo que está fuera de dudas que la U.P.I. ha cometido (estoy seguro de que inadvertidamente) uno de los engaños históricos más grandes en la historia de los asuntos latinoamericanos. Ahora ha quedado firmemente arraigada en la mente norteamericana la idea de que Fidel ha confesado haber sido siempre comunista y estar engañando a todo el mundo. Este mito lo utilizaron hasta Adlai Stevenson y Mrs. Roosevelt en una entrevista para la televisión, que yo presencié. Voy a sugerir a Dean Barrett, de la Escuela de Periodismo de Columbia, que encargue a uno de sus alumnos hacer el estudio que Draper sugiere sobre este ejemplo de « los peligros del periodismo moderno ».

En lo que respecta a la estructura general de lo que Draper escribe, me doy cuenta de que es impresionante, pero sigo tan poco convencido como antes de que sea posible trazar el tipo de esquema que Draper traza de la revolución cubana y de sus líderes más importantes. Sigo creyendo que Draper ha considerado una situación después del acontecimiento y ha encontrado entonces pruebas para convencerse de que la evolución era inevitable y, por parte de algunas de las personas implicadas en ella, deliberada. Al parecer Draper ha llegado incluso a convencerse a sí mismo de que la situación no era después de todo tan mala bajo la dictadura de Batista. En mi opinión, todo esto prueba que no conocía a Cuba y a los cubanos, en el sentido de que no comprendió cuáles eran los sentimientos de estos últimos. Creo también que Draper no tiene ni la más remota idea de los problemas técnicos y humanos con que Fidel hubo de enfrentarse al llevar adelante su revolución.

Pero sobre todo —y pienso que este es uno de sus mayores fallos en sus trabajos sobre Cuba— Draper no conoce a Fidel Castro y por ello le atribuye ideas y sentimientos que es casi con toda seguridad falso atribuirle. Si le hubiera conocido mejor, o me hubiera conocido mejor a mí, no habría escrito en la última parte, tan emocional, de su artículo que « a Matthews se le embaucó para que informara que Castro mandaba una gran fuerza ». En ello no hubo ninguna clase de embaucamiento. Cuando yo le pregunté a Fidel con cuantas fuerzas contaba, se negó a revelármelo. Por entonces adiviné que poseía aproximadamente 40 hombres y esta cifra era *grosso modo* exacta, ya que un cierto

número de miembros del Movimiento 26 de Julio habían llegado a la Sierra en el momento en que yo estaba allí. Posteriormente Fidel reconoció que en aquel período sólo contaba con 18 rifles. Desde los comienzos de la historia los jefes militares han tratado de hacer ver que sus fuerzas eran más poderosas de lo que en realidad eran. Yo fui engañado, y desde entonces hasta el final de la insurrección todos los corresponsales que fueron a Cuba sobrestimaron la fuerza de las guerrillas de Castro. Evidentemente Draper olvidó, o no lo ha leído, el libro de Guevara sobre la guerra de guerrillas. Fidel podría haber contado con una fuerza mayor a partir de la primavera de 1957 si hubiera deseado más hombres. Está claro que Draper no tiene en cuenta los complicados preparativos y el número de hombres y de mujeres que exigió la organización de mi viaje a la Sierra Maestra. Es también patente que no sabe que por aquel entonces existía un poderoso movimiento de opinión en La Habana y en toda la provincia de Oriente contra Batista. Hay una cosa que se me debe reconocer como mérito en la entrevista con Fidel, y es que supe captar sus cualidades de líder y el hecho de que la hostilidad popular contra Batista era lo bastante fuerte para convertir a Fidel y a su grupo en una fuerza formidable.

No creo que Draper haya demostrado de ningún modo su afirmación de que Fidel « engañó a quienes habían creído en él ». Con esto quiero decir simplemente que lo más probable es que se engañara a sí mismo.

Finalmente, creo que es una lástima que la emotividad de Draper respecto a los intelectuales haya llevado a ustedes a suponer que Fidel Castro no siente ahora « más que desprecio » por mí. Lo cual es cien por ciento falso. Estoy seguro de que Fidel se siente molesto con la postura fuertemente crítica que yo he adoptado desde hace tiempo, pero no ha dicho ni hecho nada que pueda justificar lo que Draper ha escrito. Realmente, la verdad es lo contrario.

No quiero que mi carta termine en esta nota crítica. Permítanme decir de nuevo que en mi opinión Draper ha realizado algo de gran valor en su largo estudio de la revolución cubana, aunque yo no esté de acuerdo con buena parte de lo que ha escrito.

HERBERT L. MATTHEWS

*

PARECE SER que nos leemos mutuamente con sentimientos mezclados. Claro está, en muchas cosas estamos de acuerdo. Por desgracia, los desacuerdos surgen en relación con puntos capitales. Al menos nos es posible discutir nuestras diferencias con sinceridad, lo que no es poca suerte. Su carta me ha obligado a examinar de

nuevo estas penosas cuestiones y me he decidido a tratarlas con mayor extensión que hasta ahora, aun a riesgo de enviarle a usted una carta de más páginas que la suya. Estos no son problemas fáciles, especialmente los de carácter personal, y no veo una forma de tratarlos que sea breve y cómoda.

No estoy seguro de reconocerme a mí mismo en el tercer párrafo de su carta. Por segunda vez me acusa usted de trazar un « esquema » y por segunda vez también debo protestar. Yo traté de dejar bien claro que lo que ofrecía a los lectores era un « ensayo de teoría » para explicar la peculiar evolución de Castro, y lo que ha ocurrido desde que formulé esa teoría, hace ya más de un año, no me ha obligado a cambiar de opinión. Sospecho que cualquier teoría explícita le parecería a usted un « esquema », ya que, como decía en su carta anterior a *Encounter*, ve sólo « emocionalidad e irracionalidad » en la revolución cubana (aunque no es esto todo lo que usted ve). ¿No hay nada entremedias? Incluso lo emocional y lo irracional pueden prestarse al análisis racional ; todos los acontecimientos históricos contienen una buena dosis de emocionalidad e irracionalidad, pero esto no impide que otras fuerzas más vastas actúen al mismo tiempo. Creo poder demostrar que no se manifiesta usted en este punto enteramente consecuente. Usted ha dado de la conducta de Castro muchas explicaciones que en conjunto equivalen prácticamente a una « teoría ». Si empleara sus mismos términos, diría que también usted tiene un « esquema », pero ese esquema está implícito en lo que ha escrito y, por ello, resulta menos claro para sus lectores y quizá para usted mismo. Pero ya hablaremos posteriormente de esto.

Se equivoca también usted al imaginar que me he convencido a mí mismo de la « inevitabilidad » de la evolución cubana. Por el contrario, creo que en 1959 la situación cubana era muy flúida y que Castro podría haber elegido un camino diferente. Me siento sin embargo dispuesto a reconocer mi equivocación en un punto. Estoy convencido de que « algunas de las personas implicadas » actuaron deliberadamente en cuanto a la determinación de los acontecimientos. Usted mismo ha escrito que dos de los líderes más importantes, Raúl Castro y « Che » Guevara, eran procomunistas. ¿Qué hay de absurdo en la idea de que hayan actuado con plena « deliberación »? Una cosa es negar o dudar de que todos los que participaron en esta revolución supieran en todo momento a donde iban. Pero ¿algunos?

En cambio, el punto siguiente me deja un tanto pasmado. No puedo comprender lo que le ha llevado a usted a sugerir que al parecer me he convencido a mí mismo de que « la situa-

ción no era después de todo tan mala bajo la dictadura de Batista ». Yo me limité a señalar que el papel de Batista en 1938-44 no fue el del mismo Batista en 1952-58, y que Fidel, « sin demasiada verosimilitud histórica », ha acusado a Batista de haber sido siempre un sangriento y odiado tirano. No cabe la menor duda de que la carrera política de Batista fue mucho más variada y compleja de lo que Fidel ha querido hacer ver ; esto es todo lo que yo dije. La acusación de que de repente yo decidí limpiar de toda mácula a Batista es realmente injustificada.

Pasemos ahora a la cuestión de quién « conoce » a Castro. Me desconcierta la certidumbre que ciertas personas como usted tienen de « conocer » a Castro. Yo nunca afirmé que le conociera personalmente. He estudiado sus palabras y sus actos con cierto cuidado y he llegado a mis conclusiones basándome esencialmente en las pruebas objetivas, acumuladas a costa de no escaso tiempo y esfuerzo. Usted habló con él por primera vez en circunstancias muy especiales en febrero de 1957. Por lo que yo sé, no volvió usted a verle hasta enero de 1959, casi dos años tras el primer encuentro. Después, habló usted con él unas cuantas veces, siempre como alguien ajeno a la revolución, aunque simpatizante. Docenas de cubanos tenían una relación mucho más amplia y mucho más íntima con Castro y buena parte de ellos carecen de la confianza que usted muestra en que le « conocieron » realmente o en que él les permitiera nunca « conocerle » de verdad. Hay tantas personas que « conocieron » a Fidel en uno u otro momento y que disienten tan violentamente respecto a él, que resulta evidente que este tipo de conocimiento personal es sumamente engañoso o al menos vulnerable. Me es imposible comprender cómo puede usted creer que pudo penetrar en sus verdaderos sentimientos e ideas por haberle servido de oyente en determinadas ocasiones.

¿Cree verdaderamente que Castro le dijo algo más de lo que él quería que usted creyera o de lo que pensaba que usted podría desear oír? ¿Puede usted creer realmente que Fidel le confió nada que no fuera lo que convenía a sus propósitos inmediatos? Como periodista, tenía usted perfecto derecho a escucharle y a utilizar sus informaciones como mejor le pareciera. Pero esto es algo muy distinto de la cuestión de si llegó a conocer al Castro « auténtico ».

Le molesta a usted que yo escribiera que Castro le « embaucó » para que dijera que en febrero de 1957 tenía bajo su mando una amplia fuerza. ¿Ha olvidado usted su discurso ante unas mil personas en el Hotel Astor de Nueva York, en abril de 1959, cuando el líder cubano explicó con gran regocijo cómo le había engañado para que exagerase la fuerza de su pequeña tropa de dieciocho hombres? Muchos de

los presentes elogiaron esta exhibición de dudoso gusto realizada a expensas de una persona que tanto había hecho por Castro. Por desgracia, no existe el texto del discurso del Hotel Astor, pero no es necesario para demostrar que Castro le desorientó a usted. En su propio artículo del 24 de febrero de 1957 se contiene la prueba de ello. Escribía usted : « Han tenido muchos encuentros e infligido muchas pérdidas, dijo el señor Castro. » Y también : « Hemos luchado durante setenta y nueve días y somos más fuertes que nunca, dijo el señor Castro. » Y Castro afirmaba también que « Batista opera en columnas de 200 hombres ; nosotros en grupos de diez a cuarenta, y estamos ganando ». En el segundo párrafo de este artículo, no ya citando a Castro, sino en su propio nombre, decía usted al lector que la flor y nata del ejército de Batista estaba « luchando en una batalla hasta ahora perdida ». Todo esto era absurdo.

Dudo mucho de que sus artículos hubieran producido un efecto tan electrizante si usted mismo no hubiera dado fe de la existencia de unas fuerzas de Castro potentes y victoriosas. Afirma usted ahora que « por entonces adiviné que Castro poseía unos 40 hombres ». Si es así, ¿por qué hizo usted pública en aquella ocasión, sin la menor sombra de escepticismo, la fanfarronada de Castro de que disponía de « grupos de diez a cuarenta hombres »? Y en su libro dio usted una versión diferente de este asunto. Allí declaraba usted que había visto a unos veinticinco hombres de Castro y que sabía que otros cuantos estaban estacionados cerca, con lo que la cifra se elevaba quizá a cuarenta, pero que en lo que usted se equivocó fue en « creer que este grupo que vi era una parte de una fuerza mayor » (pág. 41). Por otro lado, su mismo artículo deja ver que Castro le ayudó a usted a que se equivocara. En todo caso, era una extraña manera de informar el dar fe de la existencia de una gran fuerza que sólo existía en su imaginación.

Tras quejarse de que yo emplee la palabra « embaucamiento », se aviene usted a reconocer que fue « engañado ». Y observa usted entonces : « Desde los comienzos de la historia los jefes militares han tratado de hacer creer que sus fuerzas eran más poderosas de lo que en realidad eran. » Así es en efecto. Desde los comienzos de la historia los jefes militares han practicado el engaño. ¿Sería la cosa muy distinta si yo hubiera escrito « engañar » en vez de « embaucar »? En tal caso, retiro con mucho gusto esta última palabra y la sustituyo por la primera. El hecho esencial sigue en pie.

Voy a continuar tratando de explicarle lo que su papel en todo este asunto ha tenido de perturbador. Desde luego se trata de un papel muy poco habitual para un periodista. ¿Cuántos perio-

distas han podido decir, como usted ha dicho, que sus artículos « alteraron literalmente el curso de la Historia »? Esta es la razón de que sus responsabilidades sean inusitadamente considerables. En este asunto ha representado usted al periódico más influyente de Estados Unidos, quizá incluso del mundo actual. Sus palabras se han reproducido a menudo : « En mis treinta y ocho años en el *New York Times* no he conocido un gran asunto tan mal comprendido, tan mal interpretado y tan mal tratado como la revolución cubana. » Me inclino a darle la razón, pero no puedo eximirle a usted de incluirle en su propia crítica.

No quiero simplificar con exceso. Usted ha ido adoptando una actitud cada vez más agudamente crítica hacia el régimen de Castro. ¿Por qué su actitud resulta entonces tan inquietante y perturbadora? Porque en los puntos fundamentales se las arregla usted siempre para encontrar la forma de justificar lo que afirma aborrecer : la entrega que Castro ha hecho de la revolución cubana a los comunistas.

Veamos dos ejemplos al respecto, uno tomado de su libro, el otro del *New York Times* de hace poco más de dos meses.

En *The Cuban Story* escribía usted : « En virtud de la lógica de la revolución, Huber Matos era un traidor. Quienes condenaron la forma atroz en que se le trató, tenían que condenar la revolución » (pág. 155).

Cuando leí estas palabras me quedé boquiabierto. En primer lugar, usted es uno de los que afirman que ven poca o ninguna lógica en esta revolución. Cuando yo propongo una teoría, usted exclama : « esquema ». Entonces ¿qué nombre hay que dar a su « lógica »? En segundo lugar, su veredicto es menos lógico que político. Según sus propias palabras, a Matos se le condenó porque « observaba con alarma la fuerza creciente del comunismo en el ejército.

Trató de discutir el asunto con Fidel, pero Fidel no quiso oírle ni siquiera verle ». Por ello, desesperado, Matos dimitió. Después fue detenido y se convirtió en un « traidor ».

Pero un traidor ¿a qué revolución? ¿A la revolución humanista, democrática, no comunista por la que luchó? Evidentemente no. Sólo había una respuesta : Matos era un « traidor » a la « revolución » comunista. Pero usted no lo dice. Justifica su condena, e incluso la condena de los que protestaron contra tal desafuero, al considerar equivalente la « revolución comunista » a « la revolución ». Todo lo que usted había escrito anteriormente debió llevarle a la conclusión de que los traidores eran los que se habían vendido a los comunistas. Pero no, se las compone usted para cambiar los papeles completamente y acepta la condena de Matos basándose en que resistir a los comunistas como él hizo era traicionar la revolución. ¿De qué sirven todas sus protestas contra las tendencias comunistas de la política de Castro cuando hace usted suyo este género de « lógica » ?

El 17 de febrero de 1962, el *New York Times* publicaba un editorial titulado « Otro comunista cubano », en el que se hablaba del nombramiento de un dirigente comunista, Carlos Rafael Rodríguez, como presidente del INRA. ¿Qué significaba este nombramiento? He aquí lo que decía el editorial : « Lo que él [Fidel Castro] y sus primeros colaboradores han descubierto evidentemente es que no pueden hacer una revolución social y dirigir con eficacia un país sin unos conocimientos prácticos y sin una asistencia técnica. » Carlos Rafael, aunque comunista, tiene esos conocimientos y esa experiencia técnica. Por lo tanto era el hombre adecuado para semejante tarea. De este modo, afirmaba el editorial, « los dirigentes de la revolución descubrieron que los únicos elementos experimentados y preparados eran los comunistas ».

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de , importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de a partir del N°

Nombre :

Dirección :

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA

Europa : 1 año : 28 NF

América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

Realmente, este es un hueso demasiado duro de roer... en febrero de 1962.

En su libro utilizaba usted la « lógica » exactamente inversa para justificar la sustitución de Felipe Pazos por « Che » Guevara como presidente del Banco Nacional de Cuba en noviembre de 1959. Según sus mismas palabras, Pazos era « uno de los economistas cubanos más competentes y más conocidos internacionalmente ». Pero después creía usted oportuno añadir : « Sin embargo, en aquella fase de la revolución era un cambio lógico. El « Che » no sabía nada de cuestiones bancarias, pero Fidel necesitaba un revolucionario, y no existe ningún banquero revolucionario » (pág. 103).

De este modo, empleaba usted una medida cuando se retiró a Pazos de su puesto y otra distinta cuando se nombró a Carlos Rafael Rodríguez. Además, el caso de Pazos revela con toda claridad el increíble irrealismo del editorial referido. Antes y sobre todo después de Pazos, Castro y su grupo retiraron sistemáticamente al personal técnico y profesional experimentado de que —caso inusitado tratándose de un país latinoamericano— Cuba podía disponer. A partir de 1959 y a un ritmo creciente en 1960, una serie de comunistas sin el menor título que justificara sus conocimientos técnicos se fueron apoderando de un departamento ministerial tras otro, de una fábrica tras otra, de un cargo tras otro.

Carlos Rafael Rodríguez es el tipo del intelectual comunista que ha pasado gran parte de su vida trabajando como propagandista, escritor y profesor, no como economista activo. No es un perito en cuestiones agrícolas, aunque ha escrito artículos sobre la reforma agraria, rigurosamente de acuerdo con la línea del partido. En su libro le califica usted de « periodista ». Su nombramiento puede constituir o no un progreso respecto a Núñez Jiménez, que, dicho sea de paso, se suponía era el hombre adecuado por sus antecedentes para la tarea de dirigir el INRA.

La Rusia soviética está llena de economistas que no han conseguido resolver el problema alimenticio. En todo caso, la crisis de productos alimenticios en Cuba la han provocado los comunistas y sus servidores, y sin embargo en el editorial se nos dice que Castro tuvo que recurrir de nuevo a un comunista porque « los únicos elementos experimentados y preparados eran los comunistas ». Esta premisa es fantástica, pero sirve para justificar un nuevo paso en pro de la dominación comunista.

Me es imposible afirmar que le comprendo a usted. En una página escribe usted que « la lógica de la revolución cubana » era « censurable », y en otra enhebra usted una argumentación para hacer que esa lógica funcione en interés de los comunistas. Me critica usted por construir « esquemas » y sin embargo se refugia repetidamente en una « lógica que lleva implícito un esquema comunista. Cree usted conocer a Fidel Castro con una intimidad que le concede un *status* especial y fue usted capaz de afirmar todavía en 1960 que « los norteamericanos deberían rezar por Castro, ya que « toda esperanza de que la situación mejore reside en él ».

En su libro, a pesar de sus temores, reconoce usted que sigue sintiendo « simpatía » y « en muchos aspectos, admiración por Fidel Castro ». Supongo que no ha podido conservar esta simpatía y esta admiración sin dejarse arrastrar por una lógica que otra parte de su propio yo considera « censurable ».

¿En qué consiste el « conocimiento » de un hombre semejante y de sus obras? Yo he tratado de conseguir ese conocimiento mediante un estudio cuidadoso de lo que ha dicho y de lo que ha hecho ese hombre. Usted cree que posee tal conocimiento porque ha celebrado varias entrevistas con él. En fin de cuentas, existen pruebas objetivas del propio conocimiento. A otras personas les toca decir cómo hemos rendido esas pruebas usted y yo.

Fundada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad.

Consejo de Honor : *Germán Arciniegas, Eduardo Barrios, Américo Castro, Rómulo Gállegos, Salvador de Madariaga, Francisco Monterde, Francisco Romero, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Verissimo.*

Director : *Julián Gorkin.*

Redactor Jefe : *Ignacio Iglesias.*

Miembros de la Redacción : *Alberto Baeza Flores y Damián Carlos Bayón.*

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, Paris (I).



INDICE DE MATERIAS DE "CUADERNOS"

1962
jul. - dic.

(Julio 1962 - Diciembre 1962)

ARTICULOS

	N°	Pág.		
El futuro de la Universidad española (José Luis L. Aranguren)	62	3	Bolivia : diez años de revolución nacional (Richard W. Patch)	64 18
El intelectual y la política (Manuel Maldonado Denis)	62	14	Un rasgo humanístico del Inca Garcilaso (José Durand)	64 36
Apunte sobre Carlos Vaz Ferreira (Francisco Romero)	62	23	Goya, León Felipe y la nueva poesía española (Maria Scuderi)	64 43
El fin del monolitismo (Walter Z. Laqueur)	62	27	Djilas o la herejía castigada (Manés Sperber)	64 49
La sensualidad en el Romanticismo (Joaquín Casaldueiro)	62	37	Los jóvenes en la sociedad de masas (Edgar Morin)	64 63
Radiografía de las juventudes de América Latina (José Enrique Miguens)	62	44	La juventud enfrentada con nuestro mundo técnico (Georges Friedmann)	64 69
Los jóvenes estudiantes franceses (Daniel Bernet y Renaud Matignon)	62	53	« Mater et Magistra » y la sociedad contemporánea (Marc Jussieu)	65 3
Situación del escritor en América Latina (Arturo Torres Rioseco)	63	3	La Historia como libertad (Julián Izquierdo Ortega)	65 16
Utopía, mito, revolución (José Luis Abellán)	63	10	Las bases económicas de la educación en América Latina (Julio Larrea)	65 25
Reflexiones sobre la prerrevolución brasileña (Celso Furtado)	63	17	Autobiografías de Unamuno : « Teresa », novela de amor (Ricardo Gullón)	65 38
Elogio del « cholo » (François Bourricaud)	63	26	Del Inka Wirakocha y la deidad telúrica (F. Díez de Medina)	65 55
Notas sobre la novela española contemporánea (Miguel Delibes)	63	34	Epistolario Ortega-Navarro Ledesma (Salvador de Madariaga)	66 2
El mundo azul del modernismo (Ernesto Arduro)	63	39	Cartas inéditas a Navarro Ledesma (José Ortega y Gasset)	66 3
Los jóvenes de hoy en el Japón (Takehito Nishiyama)	63	46	Dos cartas a Ortega y Gasset (Francisco Navarro Ledesma)	66 19
Testimonio de las nuevas generaciones españolas (E. Pérez de las Horas)	63	56	Venezuela : la construcción de un país (Arturo Uslar Pietri)	66 24
Un año de Alianza para el Progreso (Roberto Marchant)	64	3	La literatura venezolana (Juan Liscano)	66 29
La Administración Kennedy y sus relaciones con Latinoamérica (Harry Kantor)	64	12	América Latina : demografía y problemas sociales (Enrique Ruiz García)	66 39
			La Argentina a mediados de 1962 (Francisco Ayala)	66 48
			Ciencia y cultura (J. Robert Oppenheimer)	67 3

40 P
5926



Nuestra América y el nuevo mundo africano (Germán Arciniegas)	67	13
« España y Europa », veinte años después (José Ferrater Mora)	67	22
El intelectual en la sociedad comunista (Petru Dumitriu)	67	35
Sarmiento y Unamuno (Dardo Cúneo)	67	48

NARRACIONES

La paz en el fondo del mar (Antonio-rrobes)	62	42
Solo (Jorge Medina)	63	44
La guerra (Milovan Djilas)	64	58
La sombra de los olivos (Luciano F. Rincón)	65	52
« Yo no he venido a traer la paz... » (Ana María Matute)	67	53

BELLAS ARTES

Pensando en la pintura argentina (O. López Chuhurra)	62	65
La pintura en París : oferta y demanda (Damián Carlos Bayón)	63	62
América Latina y su expresión estética (F. Cossio del Pomar)	65	63
Acercamiento a la pintura de Miró (Damián Carlos Bayón)	66	55
América Latina en la Bienal de Venecia (Ramón Xuriguera)	67	64
Arte latinoamericano en París (Damián Carlos Bayón)	67	68

CRONICAS

Imagen de Chile (Luis Oyarzún)	62	70
Comunismo y anticomunismo en España (J. Amezaga)	62	76
El hambre en los países subdesarrollados (Theodore Beregi)	62	79
« Balcón de París » (Ramón Xuriguera)	62	83
República Dominicana : La herencia del « Benefactor » (Victor Alba)	63	67
Londres : Las dos culturas (Anthony Hartley)	63	73
España : Franco y el « club » europeo (François Bondy)	63	77
« Balcón de París » (Ramón Xuriguera)	63	81
El Congreso Europeo de Munich (Salvador de Madariaga)	64	75
Portugal : desintegración de un imperio (Ronald H. Chilcote)	64	80
Vudú y « diamat » en Haití (V. Blanc)	64	83

« Balcón de París » (Damián Carlos Bayón)	64	87
La agonía de la democracia en Latinoamérica (Luis Aguilar León)	65	69
De la Declaración Universal a la Convención Americana de los Derechos del Hombre (Karel Vařak)	65	75
Las dos Italias : antagonismos actuales (Luigi Barzini)	65	79
« Balcón de París » (Damián Carlos Bayón)	65	86
El Perú : Los militares en el poder (Victor Alba)	66	64
El radicalismo de izquierda en Estados Unidos (Heinz Paechter)	66	70
Nicaragua : La dinastía de los Somoza (Rudolph P. Hafter)	66	77
Redescubrimiento de Andorra (Luis Capdevila)	66	81
« Balcón de París » (Damián Carlos Bayón)	66	87
Los chilenos no aprenden historia (Victor Alba)	67	73
Costa Rica y Honduras : una excepción y un peligro (Rudolph P. Hafter)	67	79
« Viridiana », de Buñuel (Joaquín Casaldueiro)	67	85
« Balcón de París » (Damián Carlos Bayón)	67	89

POESIA

Poema (Rafael Pineda)	62	36
Poema (Romualdo Brughetti)	62	43
Poema (Raúl Vera Ocampo)	62	64
Una ventana (María Urzúa)	63	33
Al río Neckar (Alberto Baeza Flores)	63	43
Dos poemas (Alejandra Pizarnik)	64	35
Un poema (Miguel Arteche)	64	42
Los peces del suicidio (Ariel Ferraro)	65	37
Destiempo (Dora Isella Russell)	65	54
Dime hombre (Carlos Edmundo de Ory)	66	47
Eventualmente (H.A. Murena)	66	53
El ignorado (María Urzúa)	67	21

REVISTAS

Revistas de España (I. Iglesias)	62	92
Revistas de Inglaterra (E. Salazar Chápela)	63	91
Revistas de Estados Unidos (K.A. Jelenkski)	64	96
Revistas de Hispanoamérica (I. Iglesias)	65	96
« España y Europa » (I. Iglesias)	66	95
Revistas de Italia (P. Bonuzzi)	67	96

« <i>Hombre, cultura, nación</i> », de Francisco Hipólito Uzal	62	91	SCUDERI María : <i>Goya, León Felipe y la nueva poesía española</i>	64	43
« <i>Hacia más allá de los linderos</i> », de Alberto Wagner de Reyna	63	89	SPERBER Manès : <i>Djilas o la herejía castigada</i>	64	49
« <i>La miseria del historicismo</i> », de Karl R. Popper	65	90	TORRE Guillermo de : <i>Plenitud de Eduardo Mallea</i>	66	89
« <i>Signos del ser</i> », de Emilio Prados	66	92	TORRES-RIOSECO Arturo : <i>Situación del escritor en América Latina</i>	63	3
RINCÓN Luciano F. : <i>La sombra de los olivos (cuento)</i>	65	52	UNDURRAGA Antonio de : « <i>Las dos Sicilias</i> », de A. Lernet-Holenia	64	95
RODRIGUEZ-TARDITI José : « <i>Reforma agraria en América</i> », de Carlos P. Carranza	63	86	URZUA María : <i>Una ventana (poema) El ignorado (poema)</i>	63	33
« <i>Crisis en la Universidad</i> », de Alejandro Dussaut	63	87	USLAR PIETRI Arturo : <i>Venezuela : la construcción de un país</i>	66	24
ROMERO Francisco : <i>Apunte sobre Carlos Vaz Ferreira</i>	62	23	VASAK Karel : <i>De la Declaración Universal a la Convención Americana de los Derechos del Hombre</i>	65	75
RUIZ GARCIA Enrique : <i>América Latina : demografía y problemas sociales</i>	66	39	VERA OCAMPO Raúl : <i>Poema</i>	62	64
RUSSELL Dora Isella : <i>Destiempo (poema)</i>	65	54	XURIGUERA Ramón : « <i>Balcón de París</i> »	62	83
SALAZAR CHAPELA E. : <i>Revistas de Inglaterra</i>	63	91	« <i>Balcón de París</i> »	63	81
SALGADO Antonio : « <i>Idealismo y humanismo</i> », de M.F. Sciacca	63	87	<i>América Latina en la Bienal de Venecia</i>	67	64

Encounter

Edited by STEPHEN SPENDER and
MELVIN J. LASKY

"I can remember no equivalent of *Encounter's* present blend of world politics, sociology and the arts... It is easily the most successful magazine of its scope and type, and for my part I find it the most compulsively readable" — Philip Toynbee in *The Observer* (London).

"One of the most stimulating and wide-awake of all our monthly reviews" — *The Times Literary Supplement*.

ENCOUNTER, which has the largest circulation of any monthly of its type, costs 75 c. Annual subscription \$7.50 Od. including postage.

ENCOUNTER 25 HAYMARKET
LONDON SW1

PREUVES

18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}

AU SOMMAIRE DE NOVEMBRE

HERBERT LUTHY

Rousseau le Genevois

ANDRE THIERRY

A la recherche
d'une planification européenne

PHILIPPE DECRAENE

L'aventure cubaine et le monde caraïbe

EMMANUEL BERL

François Mauriac et la justice

ALFRED MANEVY

L'Irlande
et le paradoxe d'Extrême-Occident

Art, littérature, cinéma

Spécimen gratuit sur demande

France

Etranger

Le numéro : 3 NF Le numéro : 3.50 NF
Abonnement : 28 NF Abonnement : 32 NF

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

<i>Francia</i>	<i>Otros países europeos</i>	<i>América del Norte</i>	<i>América Latina</i>
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 6 \$ USA	Informarse cerca del co-
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 3,25 \$ USA	rresponsal de cada país.

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, « Der Monat ».

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO ; Suscripciones : Catedral 1261.

COLOMBIA

CALI, Librería Nacional Limitada, Calle 11 n^o 442.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue. — MIAMI (32), R. del Campo, 1st. Avenue 135 S.E.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Feria del Libro, 6a, Av. 15-65, zona 1.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1, « Encounter », Pantons House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Steimatzky's Agency Limited, Citrus House, P.O. Box 628.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218 ; Suscripciones : Sr. M. Torres-Campaña, Victoria 315.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy, P.O. Box 3.511 - Librería Campos, San Francisco 266. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR

SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.



Cuadernos

REVISTA MENSUAL

62

JULIO DE 1962

JOSE ENRIQUE MIGUENS

LAS JUVENTUDES DE AMERICA LATINA

MANUEL MALDONADO DENIS

EL INTELLECTUAL Y LA POLITICA

WALTER Z. LAQUEUR

EL MUNDO COMUNISTA EN 1962

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

bién que los antiguos modelos se han tornado inservibles. Hagamos la « composición de lugar », correspondiente al modo humanístico de docencia : el maestro, revestido del traje académico, y elevado, merced al estrado o tarima profesoral, por encima de sus alumnos, éstos rigurosamente colocados —por orden de « aprovechamiento », de matrícula o alfabético— en un recinto áulico prestigiosamente decorado —templos y bustos clásicos, cuadros del Renacimiento o neoclásicos, entre nosotros mucho Escorial— ; todo ello contribuyendo de este modo a subrayar una distancia intelectual y a aureolar una « doctrina » impartida desde la cátedra de modo objetivo e impersonal, pues había de operar en el alma del alumno por decirlo así *ex opere operato*. A esta concepción de la docencia corresponde, es claro, la resurrección del título rectoral de « Magnífico Señor », título que yo, personalmente, me siento incapaz de dar a ningún Rector, por magnífico que en realidad sea.

Con el tránsito de la Universidad teológica a la Universidad metafísica, las cosas cambiaron un tanto, sobre todo después de la etapa « idealista », muy reminiscente aún del aura carismática y sacerdotal. Cuando se empieza a pensar que el « filosofar » es más importante que la « filosofía », el acento es trasladado a la relación maestro-discípulo, concebida al modo socrático. El saber es vivido ahora *ex opere operantis*, en función de las personalidades del maestro, del discípulo y de la « comunicación » entre ambos. El « filosofar » conduce al problematismo. La docencia ahora —es la época del comienzo de la « escuela activa »— inventa su modo propio de operar, el « seminario ». El estudiante es imaginado como una planta que ha de desarrollarse, y en el alma del cual han de crecer asimismo las « semillas » que se siembren. El estudiante se ensaya en esta especie de Parlamento cultural del seminario y es visto como inmaduro aún, ciertamente, pero al propio tiempo como « interesante ». Este período metafísico, al psicologizarse, da lugar a la « dirección espiritual » laica, asumida por el maestro en el que, más que el saber libresco, importa ahora la « experiencia de la vida » y el conocimiento de las almas. Nunca como a este nivel —que

en España, siempre retrasada, estamos viendo ahora con bastante intensidad— han estado tan cerca maestros y discípulos, ha sido tan íntima su vinculación. El eros pedagógico apenas encuentra o encontraba obstáculo para su vuelo por encima de la distancia generacional.

La nueva relación entre profesores y alumnos

Dentro del período teológico el acento estaba puesto, inequívoca y rotundamente, en el maestro. El período metafísico establece un cierto equilibrio entre la significación de maestro y la de discípulo en cuanto que el acento se pone más en la *relación* misma entre ambos que en el uno o en el otro tomados por separado. El período positivo ha de ser, parece, de claro predominio del papel del alumno, del estudiante.

Por de pronto entre los universitarios de nuestro tiempo se desvanece la ilusión de esa llana y fácil relación intersubjetiva de maestros y discípulos. En definitiva es casi tan irrealizable como la de transformar la vinculación paterno-filial en una relación de camaradería. El hiato de las generaciones es siempre, y ahora más que nunca, difícilmente salvable.

En segundo lugar, la generación decisiva es hoy la juvenil. Como he puesto de manifiesto en otro lugar, la juventud actual tiene una conciencia mesiánica de sí misma : sin idealizarse, al contrario, reconociendo con todo realismo sus fallos y limitaciones, está convencida de ser la portadora de toda renovación, y de encarnar el ímpetu progresivo de la historia.

En tercer lugar, es característico de la situación actual el hecho de que los adultos, de buena o mala gana, tendamos a aceptar esa pretensión juvenil y, en definitiva, nos acomodemos a ella. ¿Qué otra cosa significa ese esfuerzo de *juvenilización*, esa imitación en que los mayores incurrimos hoy constantemente del estilo y modo de vida de los jóvenes?

Vemos, pues, en resumen que los jóvenes y los adultos aparecen hoy tajantemente se-

especie de ángel caído : el intelectual tiene algo de luciferino. Iván Karamazof, dispuesto a llevar hasta sus consecuencias últimas su famosa aseveración : « Si Dios no existe, todo está permitido, incluso el asesinato » ; Kirilov, empeñado en demostrar, con el sacrificio de su propia vida, el camino que debe seguir el hombre del futuro, si es que se quiere crear una nueva moralidad en donde los hombres puedan sobreponerse al miedo de la muerte ; el príncipe Hamlet de Dinamarca, vacilante hasta lo último frente a la decisión inaplazable de vengar el asesinato de su padre, todos ellos ilustran el desgarramiento interno que sufre el intelectual cuando osa penetrar en los misterios del mundo que le rodea. Con la inocencia dejada atrás —perdida para siempre— el intelectual es el ser que se debate en un mundo cuya disección ha hecho, de la manera más implacable, mediante su fina inteligencia.

Debido a que pone en jaque las creencias más firmemente establecidas en una sociedad, su función es necesariamente de carácter radical. Por su devoción a la verdad, se ve obligado a poner en tela de juicio todo lo existente, sometiéndolo a la más implacable de las críticas. Al así hacerlo, no puede sino incurrir en la hostilidad de todos los grupos que defienden el orden establecido. Por su propia vocación, y en la medida en que cumple cabalmente su « llamado », el intelectual está abocado a entrar en conflicto con los grupos más poderosos de una sociedad. Esto es cierto particularmente cuando hablamos del intelectual moderno, y muy especialmente de la situación del intelectual en el siglo XX. Pues si estudiamos con detenimiento la historia del pensamiento político, encontraremos que no es hasta el siglo XIX cuando la teoría política toma un cariz que no había tenido anteriormente : el de la crítica social y económica del orden existente. En su excelente estudio *Verdad e Ideología*, Hans Barth ha estudiado los orígenes del « desenmascaramiento » de las teorías políticas que habrían de culminar en el análisis clásico de Marx sobre las ideologías. Barth encuentra en todo el movimiento de la Ilustración una hostilidad implacable hacia los « prejuicios » o creencias fundadas sobre bases tales como la costumbre, la tradición o la

religión. El intelectual moderno es hijo de este movimiento, puesto que su crítica implacable a los « ídolos » de que hablaba Bacon es el comienzo de toda la tradición radical del pensamiento occidental que culmina en Marx. Este, buen hijo de la Ilustración, quería no sólo rescatar de manos del idealismo alemán la « aquendidad » del mundo existente, sino también exclamaba, en su famosa *Tesis sobre Fierbach* : « Los filósofos hasta el momento han interpretado el mundo. Lo importante, sin embargo, es cambiarlo. » Raymond Williams, en un libro reciente titulado *Culture and Society 1780-1950*, ha estudiado las manifestaciones de este surgimiento de la conciencia radical, especialmente en Inglaterra, y demuestra de que manera la crítica social hizo su aparición, no sólo en libros y panfletos de carácter socialista, sino también en las novelas de la época. Un nuevo sistema económico había surgido a la par de la revolución industrial : el capitalismo, y podemos decir sin temor a equivocarnos que el pensamiento de los intelectuales modernos estará hasta cierto punto condicionado por este acontecimiento.

Ahora bien, esta intensificación de la crítica social y económica de parte de los intelectuales va a ocasionar, de aquí en adelante, una agudización del dilema del intelectual y la política. Porque el intelectual, inquietado profundamente por la miseria y la explotación de sus congéneres menos afortunados, tendrá que enfrentarse con la decisión de si el camino que seguir es el de entrar de lleno en el torbellino político o el de permanecer al margen de la acción política, aunque desde el punto de vista de un espectador interesado en la contienda. Para los marxistas había entonces —como hoy— una sola respuesta : no puede haber separación entre la teoría y la práctica, entre la contemplación y la acción. Pero para los intelectuales no marxistas, la contestación no era —ni es— tan fácil : su devoción a la verdad, alegan ellos, les impide comprometerse *in toto* con un movimiento político. Para aquél, no hay escapatoria : la teoría es un mero instrumento para la acción política ; para éste hay la esperanza en la posibilidad de lo que Mannheim —siguiendo a Alfred Weber— ha llamado una « intelligentsia, socialmente desvinculada ».

armadas occidentales pronto forzaron sus puertas a abrirse ante el poderío tecnológico de los países imperialistas. ¡Y qué diremos de América, de nuestra América, cuando hemos sentido el imperialismo no por experiencia ajena, sino en nuestra propia carne!

Yo no voy a entrar en este trabajo en el problema del imperialismo moderno. No intentaré dilucidar la controversia sobre si es la fase superior del capitalismo, según Lenin, o si es un mero « atavismo », destinado a desaparecer, de acuerdo con la tesis de Schumpeter. Me limitaré a delinear sus rasgos fundamentales : expansión territorial mediante agresión y guerra ; adquisición de otros territorios y dominación política y económica impuesta sobre ellos en contra de su voluntad ; explotación de materias primas y de mano de obra barata ; emigración de la riqueza de los países coloniales hacia los países imperialistas ; apertura de nuevos mercados para éstos, que mediante ventajosos arreglos comerciales siempre obtienen la tajada del león ; finalmente, aunque no menos importante, un estado subdesarrollado de las economías de los países coloniales en su relación con los países imperialistas. John Strachey, en un libro reciente que se titula, muy significativamente, *The End of Empire*, aduce, para refutar la tesis marxista de que el mejoramiento de la clase obrera en los países ricos de Occidente se hizo a costa de la expansión imperialista, que el beneficio de toda la aventura colonial en realidad fue absorbido por un puñado de ricos de los países capitalistas. Quiere ello decir que un pequeño grupo de la población en los países industrialmente avanzados de Occidente mantuvo en la más atroz explotación y miseria a la gran mayoría de los habitantes del globo terráqueo. Y no ha sido un economista marxista, sino Gunnar Myrdal, el que ha señalado que de la manera en que funcionan las fuerzas del mercado mundial actualmente, los países ricos se están tornando más ricos y los países pobres más pobres. ¿No es este el epítome de la injusticia? ¿Con qué derecho podemos nosotros, los que disfrutamos de la prosperidad material de Occidente, ir ahora ante los países proletarios del mundo a hablarles de « las bendiciones de la civilización occiden-

tal »? ¿No sería ello una solemne burla y una tosca pantomima?

No nos quepa de esto la menor duda : el imperialismo, cual Proteo, toma muchas formas, y está muy lejos de ser una cosa del pasado. El propio Strachey, en el libro ya citado, no para mientes para apuntar hacia el colonialismo británico en el Medio Oriente. ¿Y qué diremos de Kenya, y de Rodesia del Sur, y de todas las colonias inglesas que aún esperan la liberación? Todos son ejemplos de la operación de un sistema político que con buen éxito « conquista y subyuga a un pueblo con la intención de gobernarlo por un período indefinido de tiempo », según la acertada definición de Strachey sobre el imperialismo.

« El imperialismo económico —nos dice de otra parte un distinguido escritor belga—, no es menos defendible que el colonialismo del que ciertos imperialistas impenitentes nos acusan y con el que nos abruman. » Parte de la retórica liberaloide norteamericana repite incesantemente que Estados Unidos nunca han sido un país imperialista, pretendiendo con ello borrar, de un solo plumazo, más de un siglo de relaciones entre Norteamérica e Iberoamérica. Sin embargo, una serie de estudios hechos bajo la dirección de Harry Elmer Barnes sobre el imperialismo norteamericano —especialmente en el área del Caribe— deberían disipar sus dudas. El proceso imperialista, según el distinguido sociólogo norteamericano, aparece generalmente de la manera siguiente : a) comerciantes y banqueros reconocen las oportunidades para ganancia pecuniaria en áreas relativamente atrasadas económica y políticamente ; b) su penetración es seguida por apelaciones a las oficinas de relaciones exteriores de sus respectivos Estados ; c) estas solicitudes conducen en última instancia a la intervención militar y a la administración política de estas áreas. ¿No es acaso la doctrina Monroe —con todos sus corolarios— una expresión cabal de este proceso delineado por Barnes? ¿No ha sido nuestra América, la América de Bolívar, de Martí, de Hostos, la que sufrió en su forma más cruda esta dominación —a veces solapada, a veces abierta— del coloso norteamericano? No pretendo aquí atribuir todos los males de Iberoamérica al « imperialismo yanqui », como se

Hay hoy día dos países igualmente poderosos en el orden tecnológico, pero igualmente incapaces —ya lo predijo Ortega— de echarse sobre sus hombros la jefatura espiritual del mundo. Europa, dividida, guarda aún las profundas cicatrices de dos conflictos mundiales, y aunque hay quienes todavía sueñan con un resurgimiento del viejo continente como el portaestandarte del poder espiritual del mundo, el dato radical del poder político limita sus facultades, dejando un vacío que no pueden llenar los dos colosos que, unidos por el culto a la eficiencia y a la productividad, sólo pueden presentar al mundo como modelos el « businessman » o el « stajanovista ».

A mi juicio, ha surgido una nueva esperanza en el ingente tercer mundo, compuesto de los países de Asia, África y —¿por qué no?— de Iberoamérica. En un interesante artículo titulado « El Occidente frente al porvenir ». Maurice Lambilliotte ha expuesto con suma claridad el reto que para los Estados Unidos y la Unión Soviética representa este mundo que comienza a despertar. Éste, el mundo de los países proletarios —víctimas del coloniaje por tantos años— representa una fértil cantera de vitalidad, de energía y de entusiasmo. Sin el estigma del expansionismo y de la explotación, llegan estos países al campo internacional con una cierta inocencia —no digo ingenuidad— de las realidades del poder político. Pueblos al margen de la historia mundial hasta hace muy poco, se despiertan de su profundo letargo, y con su despertar —y el despertar de sus continentes— comienza una nueva página en la historia de la humanidad : los pueblos pequeños, los pueblos proletarios, los conquistados en el mundo internacional comienzan a alzar

su voz y a ser oídos. La postura política de esta tercera fuerza es la del neutralismo, porque ven en ella la oportunidad de pasar por entre los escollos que se ocultan tras el canto de sirenas que entonan los dos grandes bloques.

América, la nuestra, tiene mucho que ofrecer en este aspecto. Su tradición pacifista, siempre respetuosa del orden internacional ; el humanismo que ha sido un rasgo ínsito a nuestros pueblos desde su emergencia ; el ecumenismo que sirvió como inspiración para nuestra unión espiritual y que persistió como un sueño en la sublime idea de nuestra anficiónía política, todo eso puede ofrecer nuestra América a ese tercer mundo recién creado. Si África puede ofrecer la enorme vitalidad de sus inmensos contingentes humanos, y Asia ese sentido de lo eterno que tanto ha fascinado al intelectual occidental, Iberoamérica puede ofrecer —mediante su filiación espiritual a Occidente— el fruto de lo mejor que hay en nuestra tradición : tolerancia, respeto a la dignidad humana, una apasionada devoción a la justicia.

El intelectual, confrontado con esta nueva realidad, debe esforzarse por comprenderla, brindarle su apoyo, darle el beneficio de su simpatía y de su devoción. En ella cabe encontrar una fuerza sin una conciencia culpable, un mundo que todavía no ha probado el apetito de poder y el ansia de dominación sobre otros pueblos. Haciendo causa común con las demandas de la inteligencia de los países proletarios del mundo, los intelectuales occidentales podrán laborar por la creación de una « tercera fuerza intelectual », opuesta lo mismo al comunismo totalitario que al imperialismo en todos sus aspectos.

FRANCISCO ROMERO

Apunte sobre Carlos Vaz Ferreira

SOY LECTOR Y RELECTOR de Carlos Vaz Ferreira desde la juventud ; sus trabajos cuentan entre los que estimularon en edad lejana mis preocupaciones filosóficas, me han interesado casi sin excepción y cada vez más, han suscitado frecuentemente mi adhesión a los puntos de vista sostenidos en ellos y una admiración creciente hacia el autor. Entablé relación con él en fecha temprana para mí, a poco de iniciarme como escritor, y por cierto de manera inolvidable. Con motivo de la remisión de algunos de mis ensayos primeros, me dirigió una carta que guardo entre los papeles más preciados de mi archivo, que empezaba así : « Resulta que usted era el autor de cierto artículo que yo había recortado de *El Hogar*, interesado, para averiguar *quién* era el autor. » Ya esto envolvía un honor y un aliciente inesperados para el meditador solitario que emprendía la ardua y doble lucha por la aclaración de sus ideas y la domesticación del instrumento verbal. Otras líneas de la carta, tras comentar puntos de los escritos enviados, traían las palabras más generosamente alentadoras que haya recibido yo en los comienzos de mi carrera intelectual, cuando apenas había publicado unos pocos artículos en revistas argentinas y él era figura consagrada en su país. La carta de Vaz es de junio de 1919. Aprovecho la ocasión para declarar públicamente esta deuda con el insigne pensador uruguayo ; débito que, por cierto, nunca he dejado de reconocer en privado y cuya constancia he mantenido permanentemente en el ánimo, porque

siempre he creído que entre lo mejor que cada uno tiene está lo que debe a los mejores.

« Su generación —ha escrito Antonio M. Grompone— vio en él un espíritu excepcional en el estudio de todos los problemas filosóficos, sociales y aun jurídicos. » Con este prestigio nacional, prontamente asegurado, contrasta penosamente la lenta difusión de Vaz en el común ámbito latinoamericano. Muchos sin duda han frecuentado en él sus escritos o han tenido noticia de la envergadura del filósofo ; pero, hasta los últimos años, la distancia entre sus méritos y el reconocimiento de ellos fuera de su patria ha sido literalmente inmensurable. Vaz reunía todos los requisitos para haberse convertido desde hace mucho en uno de los más acatados valores de nuestra cultura, en una de las mayores fuerzas espirituales actuantes en ella. Contra el conocimiento —y contra el consiguiente aprovechamiento— de su personalidad y de su obra han conspirado algunas desdichadas propensiones nuestras y el imperfecto régimen de nuestra vida intelectual ; nótese que no me refiero exclusivamente a su obra, sino también a su personalidad, a su cabal entidad humana. Una cultura viviente no es meramente un conjunto de productos o realizaciones, una suma de creaciones y de « rendimientos ». Así como la sociedad no es sólo un sistema de relaciones, normas, instituciones, etcétera, sino ante todo los hombres y las mujeres que inventan esas formas y cuya existencia transcurre dentro de ellas, así tam-

bién, aunque de otro modo, los aspectos superiores del complejo social, las manifestaciones culturales más elevadas no han de entenderse como un repertorio de obras y de funciones separadas y subsistentes por sí, sino como esa realidad inextricablemente enlazada a aquellos de quienes proviene y a aquellos otros que la utilizan y disfrutan. Desentenderse de los agentes de la actividad cultural o tomarlos en cuenta únicamente con referencia a cada aportación es incurrir en « cosificación » y subsumir lo personal en el rendimiento. Una noble y rica personalidad es por ella misma uno de los más eminentes bienes sociales, y no sólo por su alcance paradigmático, por su irradiación y sus influjos, sino además, y acaso sobre todo, porque la persona es el sumo valor y la cúspide de la realidad, y la significación y dignidad que encarna resisten carácter definitivo y final, sin que deba buscárseles otro sentido o justificación que los que ostentan intrínsecamente y por derecho propio. El rescate y realce de las grandes figuras, en su intransferible relieve individual, no es, como muchos imaginan por un descaminado escrúpulo de objetivismo, complemento o acotación ilustrativa al registro de los sucesos o de las contribuciones más o menos duraderas que componen la trama histórica, sino destaque de la parte principal de esa trama, de su sustancia más considerable. Por todo ello, cuando comprobamos la deficiente incorporación de figuras como la de Vaz Ferreira al común acervo de nuestra cultura, no sólo debemos lamentar que sean imperfectamente apreciados su legado de filósofo y de moralista y sus intervenciones en muchos recintos del quehacer social, sino también que su entera personalidad con todas sus calificaciones humanas no haya pasado a integrar y enriquecer el cuadro de la civilización americana.

La propagación de la obra de Vaz fuera del Uruguay ha tropezado con muchos obstáculos. El primero y más grave ha sido la incomunicación entre nuestros países, habitual en los asuntos intelectuales hasta hace poco, salvo para algunos resonantes acontecimientos literarios; señal extrema de esta incomunicación es que, según creo, no haya habido relación entre Vaz y Alejandro Korn, ni acaso una noción del uno

por parte del otro. La negligencia y falta de interés hacia lo propio ha sido otro de los impedimentos; el lector interesado en cosas de pensamiento de Buenos Aires, Bogotá o México acogía con curiosidad el libro de cualquier prestigio europeo de tercera o cuarta fila más o menos fabricado por la propaganda, y no reparaba en lo de aquí, actitud no siempre censurable porque mucho de lo de casa solía ser tan flojo como mucho de lo forastero y ni siquiera venía ornado del brillo propagandístico y del prestado reflejo de una tradición ilustre; por este lado cabe mucha culpa a nuestro descuido en jerarquizar cuidadosamente nuestros valores y en destacar y poner aparte los de categoría sobresaliente con energía y tenacidad, evitando ese prejuicio o complejo de inferioridad que acostumbra juzgar lo excelente nuestro como bueno y estimable... para andar por casa. Ha de agregarse que la obra de puro pensamiento y de pensamiento en acción, la del filósofo o pensador, por la escasa cantidad de autores y libros, no se había conquistado un lugar exclusivo y separado en el área intelectual, se la agrupaba con heterogéneas producciones bajo el rubro equívoco del ensayismo, y de este modo no resultaba favorecida la justa apreciación de quienes se consagraban a ella; recuérdese que el reconocimiento de un movimiento filosófico latinoamericano consistente y conexo es cosa de los últimos decenios. No ayudaba tampoco a un cómodo acceso a los escritos de Vaz la forma de su publicación, en revistas de circulación limitada y en ediciones que raras veces se hacían presentes en el gran mercado librero; situación ésta compartida con muchos escritores latinoamericanos y que paulatinamente se va corrigiendo. Otra circunstancia ha restringido la difusión que, por sus calidades de pensador, le era debida en el ámbito total del idioma: el estado de reserva y silencio imperante en España, que traba la franca relación intelectual entre peninsulares y americanos y señala allá fronteras de suspicacia y recelo que crean a la larga una situación difícilmente superable de desconocimiento y de indiferencia.

Nuestra cultura espiritual, no sólo la iberoamericana, sino toda la que se expresa en nuestra lengua, no posee en el presente,

WALTER Z. LAQUEUR

El fin del monolitismo

(El mundo comunista en 1962)

PARA EL COMUNISMO MUNDIAL fue 1961 el año del gran cisma. El «policentrismo», término que al parecer utilizó por primera vez Palmiro Togliatti en junio de 1956, no ha entrado aún en los diccionarios, pero se ha convertido en un fenómeno sumamente importante de la política mundial. En 1948, cuando Tito rompió con Stalin, no era más que una pequeña nube en el horizonte; en 1956, tras el «Octubre» polaco y la revolución húngara, se había convertido en un gran espectro de la demonología comunista. Otros cinco años más bastaron para transformar lo que, al menos exteriormente, era un bloque comunista unido, en un campo de batalla por la supremacía ideológica y la dirección política entre dos centros principales y varios otros secundarios. Ya no es ni siquiera seguro que esta lucha no acabe con la actual estructura policéntrica y no termine en una ruptura duradera e irreparable. Aun en el caso de que de uno u otro modo se consiga resolver el conflicto chino-soviético (eventualidad muy poco verosímil), el comunismo mundial no volverá a ser nunca el mismo, ya que mientras tanto otros partidos comunistas de Europa orien-

tal y de la occidental han afirmado su derecho a la independencia y a la autodeterminación, y los comunistas nacionales de Asia y de Africa han ido aún más lejos. Los ideólogos comunistas han dedicado mucho tiempo a desarrollar sus teorías sobre la aparición del comunismo como sistema mundial, como comunidad social, política y económica de pueblos libres y soberanos unidos por estrechos lazos de solidaridad proletaria internacional, por objetivos e intereses comunes. Sus relaciones mutuas debían basarse en los principios del marxismo-leninismo. Esas teorías partían de la negación de que en la naturaleza de la comunidad comunista internacional se dieran razones objetivas para la existencia de conflictos entre Estados y partidos pertenecientes a ella, en contraste con los conflictos entre naciones y Estados situados fuera del mundo comunista.

En 1962 todo esto suena a burla cruel. Si existen o no razones «objetivas» para la existencia de discordias puede constituir un tema de interminables discusiones escolásticas. Mientras tanto, las relaciones entre Moscú y Tirana, hasta el punto en que aún existen, no se basan precisamente en la solidaridad proletaria; y a las relaciones chino-soviéticas no se las puede definir, por mucho que se esfuerce la imaginación, como estrechas o amistosas; los comunistas italianos y franceses se han lanzado a una controversia ideológica en la que

Texto traducido y reproducido con autorización especial de Foreign Affairs (abril de 1962). Copyright by the Council on Foreign Relations, Inc. New York.

y contradicciones. Edvard Kardelj atrajo la atención sobre un extremo que ya pusieron de relieve hace muchos años los críticos socialdemócratas del bolchevismo: que el punto de partida de cada país en su camino hacia el socialismo tiene una importancia capital para su desarrollo ulterior. Si ese punto de partida es muy bajo, es más que probable que el atraso político se perpetúe y quizá resulte incluso canonizado como parte de la gran herencia del pasado. Ni que decir tiene que semejante interpretación herética provocó las más duras críticas de Moscú y de Pekín.

En Occidente no existía unanimidad en cuanto a la aparición de varios centros autónomos dentro del mundo comunista. Para una escuela de pensamiento, todo era cuestión de fuerzas productivas; esta escuela interpretaba el desarrollo de Rusia desde Stalin a Kruschef y de éste en adelante, principalmente en términos de una mejora de los niveles de vida que, más o menos automáticamente, conduciría a una sociedad más libre; los defensores de esta escuela afirman ahora que las recientes disputas reflejan simplemente la gran disparidad del desarrollo económico en los diferentes países comunistas. En esta interpretación hay una parte de verdad; el hecho de que los chinos tengan sus partidarios en las regiones más atrasadas del mundo y de que Albania sea su único baluarte europeo difícilmente puede considerarse como accidental. Por desgracia, mientras que el atraso fomenta la tiranía, aún no se ha demostrado que el aumento del nivel de vida conduzca por sí mismo a la democracia. Checoslovaquia, que económicamente es el país más próspero del bloque oriental, figura políticamente entre los más reaccionarios, y el progreso económico realizado por la Alemania del Este durante los seis o siete años últimos no se ha reflejado en el carácter político del régimen de Ulbricht. Dejando aparte a los «deterministas económicos», las opiniones autorizadas en el Oeste van desde la de los profetas de un choque inevitable a la de quienes niegan la posibilidad misma de conflictos. Entre los que previeron la actual tensión chino-soviética con mucha antelación figura el desaparecido Wilhelm Staringer, un físico alemán que en 1951 es-

cribía que los factores geopolíticos, no sometidos a su control, enfrentarían pronto a los soviéticos con los comunistas chinos. Staringer llegaba a una conclusión certera a partir de una base errónea, ya que la lucha por la dominación de Siberia y de la Mongolia Exterior no es hoy el caballo de batalla entre las dos superpotencias comunistas. Mientras que el también desaparecido Franz Borkenau desarrollaba aproximadamente por la misma época la teoría más refinada de que el conflicto entre Moscú y Pekín era inevitable debido a que los regímenes totalitarios propenden a imponer su control absoluto hasta donde ello les es posible; así, la unidad del campo comunista se basaría únicamente en la dominación, no en la igualdad, por lo que necesariamente provocaría la discordia. A esto podría haberse añadido otra ley aparente de las sociedades totalitarias: que en las alturas no hay sitio más que para un hombre o para un grupo de hombres.

En el otro extremo, se replicaba hasta hace poco que entre dos o más potencias comunistas era imposible un conflicto fundamental puesto que, estando todos los comunistas de acuerdo en las cosas esenciales, cualquier disputa entre ellos sólo puede tener un carácter táctico. Algunos iban aún más lejos y afirmaban que podrían organizarse deliberadamente ciertos conflictos aparentes con el fin de despistar al Oeste. Esta idea exagerada de la autoridad y de la validez de la doctrina marxista-leninista, alejaba a sus defensores de la realidad tanto como la concepción de quienes negaban la importancia de los motivos ideológicos.

Se ha sugerido que resultaría instructivo establecer una comparación entre las fuerzas centrífugas que hoy existen en el mundo comunista y las fuerzas centrífugas que actuaron en la historia del Papado, sobre todo en sus primeros tiempos y, posteriormente, en la baja Edad Media. Algunos de estos paralelos parecen atractivos, particularmente a distancia; pero, tras un examen más detenido, resultan en gran parte discordes, cuando no francamente engañosos. Y es que cada situación histórica es única; Kruschef y Mao no tienen ningún parecido con Arrio o con Atanasio; el actual período de crisis en el campo co-

IV

Los comunistas de la Europa occidental, libres del peso y de la responsabilidad del poder estatal, divergieron aún más en sus reacciones. La discusión ideológica se encendió con la polémica entre los comunistas italianos y los franceses, polémica que data del año 1956 en que París denunció a Togliatti por sus herejías policentristas. Al reanudarse de nuevo la polémica, los franceses arguyeron, como era de prever, que la unidad era una condición previa para la victoria del comunismo y que el policentrismo abriría la puerta al fraccionarismo en el movimiento comunista mundial. Pero la verdadera disputa no se refería al policentrismo, que hoy es ya un hecho definitivamente establecido, sino al uso que se hizo de su autonomía por los diversos Partidos comunistas. Togliatti, y aun con mayor ahinco los dirigentes más jóvenes del Partido, desean someter la época de Stalin a una crítica investigadora y obtener de ella conclusiones de gran importancia para el presente.

¿A qué se debe que los comunistas franceses hayan optado por una política que, salvo en lo que se refiere al apoyo prestado a Kruschef contra Albania y China, es de carácter neo-stalinista, mientras los italianos se han unido al ala extrema revisionista del movimiento comunista mundial? La causa de esto puede buscarse sin duda alguna en la composición de ambos partidos; los dos poseen un fuerte apoyo de masa entre los obreros industriales, pero el Partido comunista francés ha sido siempre de carácter más stalinista. Durante cierta época el Partido francés atrajo a muchos intelectuales, pero luego se fue malquistando gradualmente con la mayor parte de ellos. Durante el último decenio su alta dirección se vio sometida a múltiples purgas. El partido se ha osificado, aunque las circunstancias domésticas de Francia parecen tener un efecto galvanizador incluso sobre los fósiles. Por ello los acontecimientos internacionales influyen poco sobre el Partido francés, mientras que el Partido italiano, que es mucho más vivo y sensible, registró inmediatamente el choque. Sus dirigentes son muy superiores a los franceses en inteligencia política y en inteligencia

a secas. La mayor parte de los demás Partidos comunistas europeos se sitúan entre estos dos extremos del neo-stalinismo y el « revisionismo ». Por el momento los italianos se hallan más o menos aislados. Hablar de un eje Roma-Varsovia-Belgrado resulta prematuro, ya que Tito continúa estando fuera del redil y Gomulka no puede por ahora expresar públicamente sus simpatías. Pero existen señales de que la corriente es favorable a Togliatti. Por ejemplo, los Partidos comunistas norteafricanos, que durante largo tiempo permanecieron bajo la tutela del Partido francés, han llegado a considerar en estos años últimos a Roma como el refugio al que acudir en busca de ayuda y de consejos.

Los problemas que acosan al comunismo europeo resultan extraños y probablemente un tanto imaginarios a los ojos de los partidos hermanos de otras regiones del mundo. Gran parte de los partidos comunistas de fuera de Europa se han abstenido de expresar ideas claras y precisas sobre la desestalinización y el policentrismo. Esos partidos sólo se han establecido como tales en el último decenio y el período stalinista entero pertenece para ellos a la prehistoria. Mientras los franceses y los italianos discuten acerca de si se debe rehabilitar a Trotski, los comunistas de Ceilán han concluido ya una alianza con los trotskistas locales; igualmente, la dirección del Partido comunista indio se dedica a actividades sumamente heterodoxas. Estos partidos vienen disfrutando desde hace bastantes años de un grado comparativamente alto de autonomía. En parte esta autonomía se les concedió por razones tácticas y en parte se la tomaron ellos mismos, en ausencia de una institución central que ejerciera un control sobre las actividades de las diversas ramas del comunismo mundial.

En los años últimos la línea divisoria antes tan clara entre comunistas, comunistas nacionales y amigos diversos del movimiento se ha borrado en parte. En 1960, países como Cuba, el Mali, Ghana y Guinea fueron elevados a la categoría de « democracias nacionales » —en contraste con otros países independientes, tales como la India, Indonesia y Egipto, todavía bajo el imperio de la « burguesía nacional »—. En el XXII Congreso, a los representantes del

El padre no quiere esto o lo otro, lo que ansía es el poder. Plebeyo adinerado, se sale del ámbito de las riquezas; con la fuerza del oro quiere apoderarse de la sociedad. El burgués romántico se veía en ese espejo fielmente. Busca el poder sin maquiavelismos novelescos, debe alcanzarlo por medio del grupo, de la política de partido, triunfando o cayendo con sus amigos. Larra no nos da la lucha por ideales y principios, sino un nivel más bajo, el del avance personal conseguido a través de una espesa red de favores, de toma y daca. En realidad, cuando Nuño sacrifica a su hija, Larra no está exponiendo tanto un bajo chalaneo como la fuerza despiadada de la pasión. Además, Nuño ya no puede retroceder, está demasiado ligado a Fernán Pérez de Vadillo, quien puede dar posiciones de mando, pero necesita dinero. Ese noble tras una plebeya, que a cambio del prestigio que otorga se enriquece, es también una figura muy siglo XIX. Tanto a Nuño como a Fernán Pérez hemos de encontrarles a menudo en la novela realista y la naturalista.

El drama ofrece situaciones que en realidad no vale la pena de comentarlas; por ejemplo, Elvira celosa, al decirle que Macías la ha olvidado y probablemente está casado ya. No es que me parezca una situación trivial y un recurso al cual se ha acudido con excesiva frecuencia, sino que Larra no se detiene en ella. En cambio presenta otra que no se encontraba en la novela y que la trata con mucha pasión. Como en *El Doncel*, el drama, sin duda, buscando lo pintoresco, enfrenta la sabiduría de Don Enrique con las creencias vulgares de los ignorantes, con sus supersticiones. No acontece lo mismo en el careo entre Don Enrique y Macías (Act. III, Esc. VI). El Maestre ha intervenido en los amores de su Escudero y su Doncel por motivos únicamente personales. Macías, cuando Don Enrique quería divorciarse, se lo afeó y se puso del lado de su mujer. Don Enrique, al mismo tiempo que se venga, desea que desaparezca. La nobleza de Manrique le había cegado, le había impedido ver toda la bajeza y la ignominia del Maestre, ahora se lo echa en cara; pero no lo hace sólo desde un punto de vista moral. En el Romanticismo surge la actitud política, aunque quizás en los

versos de Larra el tono sea todavía próximo al del siglo XVIII, al *Sturm und Drang*:

*Si en vuestra cuna y en honores vanos
tanto orgullo fundáis, eso os obliga
a proceder mejor. Sois inhumano,
injusto sois conmigo, Don Enrique,
porque en la cumbre os veis; porque ese
poder gozáis, con que oprimís vilmente,
en vez de proteger al desdichado,
a una débil mujer.*

Es una inteligencia dirigiéndose a otra inteligencia, ya no tiene que recordar que son iguales, sino notar que uno está en la cumbre, gozando del poder y el otro sometido. El burgués enriquecido, el aristócrata sin dinero desfilan ante los ojos del espectador, ahora tenemos al intelectual de la clase media enfrente al intelectual de alto rango. No se sabe si el rango favorece o perjudica al hombre inteligente que goza de una alta posición social. Lo cierto es que vemos a Larra desde el puesto modesto que ocupa en la sociedad desafiando a todos, apoyado en su inteligencia.

El desenlace aleja por completo el drama de la novela. En ésta, el vendaval de la acción se calma, dejándonos en la situación tan romántica del dolor del individuo rodeado de la indiferencia de los demás —visión romántica que en Espronceda se hace cósmica. No sólo el mundo contempla indiferente al hombre y su dolor, también los astros. El drama torna la tormenta de la vida en una tempestad de pasión: no tenemos a Elvira, a quien su mismo marido no reconoce —hasta tal punto el dolor deja en soledad, aísla y aleja del resto de los hombres, aun de aquellos con quienes ha existido una mayor intimidad; Elvira incomprendida y loca, yendo a morir a la tumba de Macías—, sino a una mujer que celebra en la cárcel su noche de bodas con el amante, mientras oyen como se aproximan los pasos del esposo. La libertad, el sacrificio, todo ello es una sublimación erótico-sexual, y así el puñal del amante al buscar el corazón de la amada toma posesión al mismo tiempo del cuerpo y del alma. Es el abrazo más estrecho, la sangre de la amada y la del amante corren unidas. El marido —nuevo Vulcano— contempla a los adúlteros enlazados.

El plazo dramático y el lírico

Macías tuvo que dejar la corte de Don Enrique de Villena y permanecer un año fuera, pues el Maestre había dado la orden de que le retuvieran por un motivo o por otro sin permitirle volver. Cuando el plazo que puso Nuño para la boda de su hija está a punto de terminar, Don Enrique extrema su rigor, hace que acuda a Alhama de Murcia y quiere que le den las misiones más peligrosas y arriesgadas en la guerra para que encuentre la muerte. Macías desobedece esta última orden y vuelve a la corte. Llega en el momento en que Elvira ya desposada va a salir de la capilla.

El motivo del plazo es muy característico del siglo XIX y aun del siglo XX. Ha sido utilizado con propósitos diferentes. Se ha manejado como mero recurso de suspensión, otras veces queda incorporado al drama, otras es el drama mismo. De aquí que, de recurso externo, el plazo haya podido llegar a expresar uno de los aspectos esenciales del hombre moderno, de la civilización actual. Con el plazo el conflicto se desarrolla en el tiempo, no en el espacio.

Para Larra el plazo es sólo el medio de dar lugar al conflicto. *Los amantes de Teruel* están cargados de novela. El color de las civilizaciones, la cristiana y la árabe, amor, caridad, odio, venganza; la vida política imaginada en esos dos mundos diferentes, pero siempre con referencia al siglo XIX, a sus luchas, motines y levantamientos, al terrible deber de hacer justicia, a esa necesidad moral de que el vencedor perdona; la lucha económica, que el joven Hartzenbusch debió conocer tan bien, está igualmente transportada al medio novelesco: Marsilla y su pobreza, verse una vez tras otra llamado por la fortuna sólo para perder cada vez más. El medio novelesco nos pinta los conflictos íntimos, los azares y circunstancias de la existencia, el remordimiento por una culpa sentida a medias, el castigo que uno mismo se impone, la conciencia individual haciéndose social, las relaciones matrimoniales, filiales. Y Hartzenbusch da muy bien las luces, las sombras, el misterio, el aire de época; lo da con paciencia y sabiduría. Aquí y allí sorprendemos un toque ingenuo, como al hablar

de las ruinas góticas. En ese mundo múltiple y dispar, en el cual el interés se mantiene siempre vivo, florece inmarcesible, puro y ardiente el amor. Ni la distancia lo aminora, ni la contigüidad lo contamina y rebaja. Como siempre en el Romanticismo, el amor es una pasión obsesiva y absorbente. Ni el desierto, ni el mar, ni las batallas, ni la soledad y el calabozo, ni las máximas tentaciones —la carne, el poder, las riquezas— pueden hacer que el amor no se mantenga en el plano altísimo en el que se coloca desde el primer momento. Pero todo ello no es nada más que la atmósfera del drama, el cual consiste únicamente en el plazo. Isabel y Marsilla, los dos amantes, luchando cada cual por su lado con la angustia del tiempo. Aún más que amor les une el tiempo, ese momento fatal al cual se dirigen sus vidas. El tiempo pasa ni lento ni rápido, siempre igual, indiferente, monótonamente regular, desesperadamente. ¡Pero qué variedad tiene esa nota vivida por la ansiedad, por la angustia del hombre! ¡Qué diversidad ese cauce! La imposibilidad y el tormento, lo objetivo y lo subjetivo, la antítesis romántica en toda su atroz inquietud.

Cuando Larra asistió al estreno de *Los amantes de Teruel*, debió pensar en la gran fuerza dramática del motivo del plazo empleado por un poeta como Hartzenbusch. El autor de *Macías*, que dio con situaciones muy semejantes a las que más tarde encontró García Gutiérrez, tampoco logra los valores líricos que el tema del plazo ofrece en *El Trovador*. Frente a la sabiduría de Hartzenbusch, tenemos el movimiento instintivo de García Gutiérrez. Los dos aciertan, pero el ritmo del gaditano es más atractivo y avasallador. Larra maneja los recursos dramáticos de una manera algo árida, poco comunicativa. Es él quien deja oír en la escena española, por primera vez, versos que luego oiremos en otros autores dramáticos:

*Los amantes son sólo los esposos.
Su lazo es el amor...*

O bien:

¿Qué es la vida?

*Un tormento insufrible si a tu lado
no he de pasarla ya. (Acto III, Esc. 4)*

Macías se presentará en escena —arma-

ojos y que durante siglos y siglos no ha gustado. Es sobrecogedor ver con qué pasión acusa a su hija de frialdad; disfrutaría viendo que con el sexo se apodera de Fernán Pérez y le aniquila. El padre se da cuenta del deseo del valido y tiembla cuando no es correspondido.

Fernán Pérez es una figura intermedia entre el Maestre y Nuño, es el prudente que nos conduce a la zona del amor. Cuando Nuño habla de lealtad —al partido, a los jefes— sentimos la capacidad que tiene de disminuir y rebajar cuanto toca; el Maestre se dirige exclusivamente por el egoísmo, que con mayor o menor refinamiento mueve toda su vida. Fernán ni se instala en un plano tan alto como el Maestre ni tan bajo como Nuño. Su placer también, como valido que es, consiste en repartir dones y otorgar favores, pero no se debe al placer puro del poder, sino a cambio de dinero. Esa riqueza que trocará el disfrute del poder en fasto y ostentación, en dominio sensual del mundo. Elvira es el trazo de unión entre el dinero y el poder; Fernán la codicia, sin embargo, también por su belleza. El pretendiente altanero y codicioso no puede menos de confesar:

*Tan hermosa
sois, asombro del sentido,
que le tuviera perdido
si vuestra mano preciosa
no anhelara.* (Acto I, Esc. 2)

Esa atracción sensual, Fernán insiste: «Sois muy bella», resalta sobre el fondo de frialdad de Elvira.

Elvira, cuando le dicen que Macías ya se ha casado, pasa de un amor ardiente a unos celos furiosos, por eso decide casarse ella también. Desde ese momento el cuerpo se convierte en punzante deseo total. Deseo, apetito, hambre, inacabable pasión tras un momento imaginado. Toda la imaginación se dirige al gran encuentro solitario. No sabemos que García Gutiérrez conociera Macías. Los puntos de contacto son numerosísimos, pero lo que en el gaditano es siempre líquido temblor, en el madrileño es un tormento dramático. La muerte en *El Trovador* acrecienta el deseo de la carne. Esa eternidad le saca al tiempo todo su deleite inagotable. Así se siente de nuevo la vida: deseo y tiempo, deseo en el tiempo.

Se siente de nuevo correr el chorro de la vida, saltar a borbotones. Larra marca el dirigirse hacia. Hay un instante pleno y total que la atrae fatalmente. El instante de la iluminación súbita, de la realización absoluta.

Cuando Elvira pide a su marido que la mate, éste responderá: «No; sed mía antes de todo»; para librarse piensa en el suicidio, buscándolo así: «¡En balde te halaga/ mi esperada posesión...!» Con el amante tendrá más éxito: «Recuerda que a sus brazos de los tuyos/ pasará, y que esta noche a las odiosas/ caricias de un rival...». Antes había dicho Macías:

*¿Tú en sus brazos?
Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego
mis abrasados ojos, ¡ah! ¡gozando
otro estará de tu beldad! ¡Y entonces
tú gozarás también, y con halagos
a los halagos suyos respondiendo!!!
¡Imposible! ¡Jamás! No, yo no alcanzo
a sufrir tanto horror. ¿Yo, yo he de verlo?
Primero he de morir o he de estorbarlo.*

Macías ha seguido a Elvira a sus habitaciones, ésta teme que venga su marido; al llegar, el amante quiere que tenga inmediatamente lugar el duelo:

*Aquí el duelo será ¿Por qué a mañana
remitirlo? Lo entiendo, sí; temblando
de mi espada, quieres antes ser dichoso.
¿Lo esperas Fernán Pérez? ¡Insensato!
No, no la estrecharás, mientras mi sangre
hierva en mi corazón. Abrate paso
por medio de él tu espada. Este el camino
es al bien celestial que me has robado.*

Pero en el último acto, en la mazmorra, antesala de la muerte preparada por la traición, los dos amantes, por fin y por un momento, están solos. Macías recibe a Elvira: «De tus ropas/ al roce sólo, al ruido de tus pasos,/ estremecido tiemblo.» Y luego continúa:

*Si te llego a ver, mi alma se arroba,
y me siento morir, cuando en tus ojos
clavo los míos; si por suerte toca
a la tuya mi mano, por mis venas
siento un fuego correr que me devora,
vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
y abrasado y pendiente de tu boca,
anhelo oírte hablar.*

Elvira contesta a este delirio: «Sí, yo también sé amar. Mujer ninguna/ amó cual te amo yo», y la pasión llega a un pianísimo. Macías: «Más bajo, por piedad, que envidia tengo/ hasta del aire que te escucha.»

La voluptuosidad del siglo XVIII, el juego de caricias ha sido sustituido por este estremecimiento. Amor legal o ilegal, no importa. El Romanticismo descubre con toda violencia la trascendencia de la carne. El cuerpo con su fuerza irresistible arranca al amor de toda zona frívola y vuelve a entregarlo al mundo en su dimensión única, inmensa.

El lecho nupcial tiene que ser la tumba, inmenso, misterioso, abierto a la eternidad del ser o a la nada originaria. La muerte en

Macías tiene este sentido. No es como en *El Trovador* el límite del tiempo, sino el abismo, único lugar que puede contener este amor. Larra también echará en cara: «¿Qué, a ese mundo,/ que murmura de aquellos que no logra/ ni comprender siquiera, qué debemos?»

Al hablar del hombre rodeado de indiferencia fue necesario citar a Espronceda. La pasión del poder, de los celos, del dinero, el orgullo romántico de la inteligencia tan diferente del renacentista y del orgullo barroco; sobre todo la trascendentalización de lo sexual hasta hacerle coincidir con la muerte, que Larra aprehende de una manera tan personal, encontrarán toda su profundidad e intensidad líricas en la poesía de Espronceda.

Las pequeñas hojas

A Li Po,
que « la cabeza apoya
en el descanso de las nubes azules »

*EL POETA se asoma a la ventana y mira desfilar las nubes
que los ojos alargan en el viento.*

*¿Por qué pensar que ese viento de otoño
bajo el ala sumisa de las nubes
anticipa el castigador invierno?*

*Junto a las aguas del Río que acoge las delgadas riberas
donde la pampa sustituyó sus pastos duros y hierbas delicadas
en el crecer de la Buenos Aires babilónica,
las estaciones no clausuran su casa, las flores
no reprimen su resplandor
aún más puro sin los atavíos del verano,
y las ventanas saben del retorno de la primavera.*

*Sólo las pequeñas hojas nostálgicas de los paraísos
acogen en su boca, en el bosque
que adormecen los sonos de la guitarra sureña,
el tibio vino de otoño y coronan,
huéspedes de caducas lámparas,
los aires que hilaron sus flores en octubre.*

ROMUALDO BRUGHETTI

Radiografía de las juventudes latinoamericanas

POR JOSE ENRIQUE MIGUENS

ESCRIBIENDO para gentes de otras regiones, nos damos cuenta de que el concepto « juventud latinoamericana » y la realidad que designa responden a situaciones sociales tan distintas a las de ellas, que corremos el riesgo de estar hablando permanentemente de cosas no comparables. Corresponde entonces aclarar el asunto, para reducir a sus verdaderas proporciones el agrupamiento social que se denomina « juventud latinoamericana ».

Para los europeos y norteamericanos, el término juventud es más o menos unívoco. Designa un cierto sector de edades de la población total, que como tal tiene peso y vigencia dentro de la vida social. Este peso, este hacerse sentir en la vida colectiva como sector total y diferenciado, por mínimo que sea existe siempre. En última instancia pesan aunque sea solamente como consumidores de enseñanzas o de productos alimenticios específicos producidos en escala nacional.

En América Latina, desde la Colonia hasta ahora, no la cultura, pero sí la civilización y el progreso han ido penetrando en las abrumadoras extensiones irradiados desde las ciudades capitales, y como este proceso de penetración no ha terminado en

Proseguimos la publicación de una serie de estudios y encuestas sobre la juventud de nuestro tiempo. (Véase Cuadernos, núms. 60 y 61.)

ninguno de nuestros países, tenemos todavía en ellos, con tamaños variables, inmensos sectores de población ajenos completamente a la historia universal y al quehacer nacional.

Tomando de estos sectores solamente a sus juventudes, vemos que ellas no existen histórica ni socialmente y mucho menos políticamente. Ni siquiera cumplen los mínimos requisitos de peso social que apuntábamos arriba.

No son consumidores de alimentos producidos en escala nacional porque consumen productos locales o no consumen alimento alguno, muriendo de inanición en pavorosas proporciones.

No son consumidores de enseñanza porque en su mayoría no la reciben. En América Latina, de los jóvenes entre 5 y 14 años, la mayoría no recibe educación alguna, no están matriculados en ninguna escuela. En ocho de nuestros países el porcentaje de matriculados para esas edades no llega al 40 % y en once países está entre 40 y 59,9 %, o sea que quedan solamente dos países con mayoría de alumnos, aunque bien ligera por cierto, dado que uno de ellos tiene 60 % de matriculados y el otro 68 %.

Y estas cifras que nos señalan un inmenso sector de juventud que permanece en la oscuridad también son engañosas, pues hay otro sector de incalculable tamaño en mayor penumbra aún si cabe. Porque aquellas cifras toman como total de población

el total registrado estadísticamente, cuando sabemos que en toda Latinoamérica los registros estadísticos no computan la población real, por lo inaccesible de algunas zonas, por falta de oficinas, por falta de denuncias de nacimientos, diversidad de dialectos de algunas poblaciones indígenas, etcétera. Ni siquiera en los países más adelantados, los censos, cuando se hacen, cubren satisfactoriamente la población total.

Quiere decir entonces que un sector de la juventud latinoamericana que creemos considerable, ni siquiera pesa como número en los cómputos de población, o sea que oficialmente no existe. Esta es la primera parte del engaño que se hace al mundo cuando se habla sobre la juventud de América Latina.

Un segundo sector ignorado de esta juventud, tiene existencia oficial porque figura en los registros, tiene derecho al voto o sea a asentir a los candidatos que le proponen cuando se lo permiten, y concurre a las escuelas aprobando por lo menos un primer año de estudios, dado que la media estadística de años aprobados en América Latina está alrededor de 1,5 años. Pero fuera de estas míseras connotaciones vitales, una serie de trabas y dificultades les impide existir socialmente.

La estructura familiar patriarcal vigente en las tribus indígenas y poblaciones campesinas semindígenas traba la participación en cualquier actividad societaria, por respeto a la autoridad paterna. Y en las demás poblaciones, sea por los remanentes de patriarcalismo, sea por la anemia social y desgana individual, el hecho es que la participación social es mínima. Una encuesta de las pocas sobre el tema, realizada en 1957 en la ciudad de Guadalajara (México), señaló que las 4/5 partes de las personas de ingresos reducidos no estaban afiliadas a ninguna organización oficial ni privada, y hasta en la ciudad de Buenos Aires que con sus seis millones de habitantes se considera una urbe civilizada, he podido comprobar en un reciente estudio que solamente el 40% de su población mayor de edad está afiliada a un grupo formal cualquiera y solamente el 2% considera que participa activamente.

Tenemos, pues, un inmenso sector de ju-

ventud, que si bien existe oficialmente en las cifras, no tiene existencia social.

De este modo, lo que se llama «juventudes latinoamericanas» se reduce a pequeños grupos ciudadanos de jóvenes, casi todos de clase media y en su mayoría estudiantes. Cuando se habla entonces de lo que sienten o lo que piensan esas pretendidas juventudes latinoamericanas, se olvida o desconoce a esas incontables muchedumbres silenciosas, o mejor aún, pueblos silenciados, de los que nadie sabe ni lo que sienten, ni lo que piensan, ni siquiera cuántos son. Y cuando los representantes de algunos de esos mínimos grupos ciudadanos, hablan como lo hacen tan a menudo en nombre de la juventud latinoamericana, saben que están usurpando un título y un mandato que nadie les dio e interpretando prepotentemente a masas incontables y mudas que nada les han revelado.

Solamente en Latinoamérica se da esa horrible contradicción entre una inmensa juventud enmudecida y una mínima juventud que vocifera sus problemas o lo que cree que son sus problemas, con una increíble algarabía que impide conocer, meditar y solucionar los problemas reales de toda la juventud (1).

El tanto por ciento de este sector más dinámico con respecto al total de la población de cada país y el tanto por ciento de mujeres del sector, aumenta en proporción directa al grado de desarrollo económico del respectivo país. A medida que aumenta la industrialización y la urbanización, van incrementando el sector influyente otros grupos dirigentes fuera de los estudiantiles y aumenta la participación social de sectores mayores de juventud. Pero al mismo tiempo el peso e influencia de los estudiantes organizados en la vida del país decrece proporcionalmente al grado de desarrollo,

(1) Con todo, a pesar de sus defectos y falta de representatividad, las juventudes estudiantiles son el único elemento dinámico de nuestra sociedad, porque en los otros factores de poder típicos (Ejército, Iglesia, empresas y partidos políticos) los jóvenes pesan bien poco. En los dos primeros por estar dentro de rígidas escalas jerárquicas que son principalmente de edades y en los últimos por la primacía de los viejos dirigentes y el difícil *cursus honorum* que imponen a los jóvenes.

lo menos en la teoría, pero el segundo nunca pasó de meras declaraciones verbales y buenos propósitos. En cierto país latinoamericano me preocupé por averiguar en su Oficina de Propiedad Intelectual, cuántos inventos o descubrimientos habían registrado entre todas las venerables universidades del país y descubrí con asombro que ninguno en los varios siglos que tenían de existencia y los varios decenios de aplicación de la Reforma Universitaria, y no por razón jurídica alguna, sino simplemente porque no los había. Privado de ese imprescindible contacto con la realidad en alas del racionalismo imperante, el eclecticismo se ha convertido en vacío ejercicio verbal.

De hecho la enseñanza universitaria en Latinoamérica se adscribe como teoría ontológica a una especie de nominalismo; no existe para ella la realidad, sino las palabras, lo que se dice de ella. Casi no hay materia en la que no se enseñe toda la historia de la disciplina y lo que ha dicho o dejado de decir todo el mundo acerca de cada tema. Ante cualquier cuestión, antes de exponerla, se cita al modo de la peor escolástica de la decadencia, todo lo que han enseñado sobre ella los maestros y escuelas anteriores, lo que han criticado las escuelas siguientes a sus antecesores y así, siguiendo en la escalera del tiempo y de las opiniones, hasta llegar al dómine usualmente mediocre que dirige el curso en el cual parecería resumirse la sabiduría universal, pues tiene la última y concluyente opinión sobre todo. El alumno ve desfilar todas las lumbreras de la humanidad en cada especialidad, expuestas y criticadas superficialmente, construidos sus sistemas como castillos de naipes como para asegurarse fácilmente el triunfo, derribándolos. Llega así a la convicción, después de años de ese ejercicio, de que cualquiera con mínimos conocimientos y algo de ingenio puede discutir cualquier cosa.

Así van emergiendo las sucesivas generaciones de jóvenes: petulantes, suficientes, con la falsa seguridad de una permanente adolescencia y la total carencia de autorresponsabilidad creativa. Piensan según lo que semánticamente se denomina « términos excluyentes », lo que sólo genera intolerancia y autoritarismo. Faltos de autocrítica, de rigor científico en el pensamiento y llenos de una falsa objetividad, creen que mane-

jando ideas se conocen los problemas y que cuanto más simplemente se definan los hechos más fácilmente se resolverán. Y para ellos la mejor técnica de arreglos y soluciones son las palabras, declaraciones, leyes, decretos, posturas y gestos.

En algunas de nuestras zonas campesinas subsiste una forma de magia que creo poco común: es la denominada « cura de palabras ». Cuando el ganado tiene sus heridas agusanadas, se llama al curandero, que se limita a decirle al animal algunas palabras poderosas al oído, y todos coinciden en que con esto desaparecen los gusanos y las heridas quedan curadas.

La función social de la magia la desempeña en Latinoamérica la política.

Románticamente cree todavía esta « juventud latinoamericana », que las fórmulas políticas proferidas, escritas o adoptadas oficialmente por los gobiernos, les garantizarán por su sola virtud el paraíso terrenal y de hecho sienten que al actuar políticamente eliminan la incertidumbre, la angustia y las intolerables tensiones, por la seguridad de este buen fin.

Las palabras « planificación », « colectivización », « nacionalización » y « antimperialismo » van a operar la reforma y son proferidas con la misma convicción con que los abuelos de estos jóvenes actuales decían las palabras « iluminismo », « liberalismo », « progreso » y « democracia ». Ninguna de estas palabras cobró vigencia real en nuestras sociedades, ni siquiera con los márgenes tolerables de violación que admitimos los sociólogos para considerarlas, ni se realizarán las nuevas, pero todos actúan como si así fuera, en un ambiente crepuscular de la razón que por desgracia muchas veces se convierte en alienaciones y euforias colectivas de noche sabática.

Sería patética esta ronda de fantasmas si no ocurriera que, con toda nuestra vehemencia latina, la gente cree en ellas y mata o muere por ellas.

Además del íntimo reconocimiento de esta vacuidad que tienen los más alertas de los jóvenes estudiantes, está frente a sus ojos el « frustrante » panorama de su futuro próximo como intelectuales.

No hay posición más desairada ni espectáculo más desalentador que el del intelectual latinoamericano, que en el fondo de

su conciencia sabe que lo que hace no tiene importancia alguna y en última instancia no aporta nada a la cultura universal. Con excepción de algunos poetas y literatos, ninguna idea o teoría de pensador latinoamericano, por más que nos duela, ha sido adoptada por el resto del mundo. Y eso que cada intelectual de país subdesarrollado, como ajustadamente dice el profesor de Chicago, Edward Shils, vive escribiendo para un imaginario jurado universal constituido por profesores de Heidelberg, Oxford y la Sorbona. De ahí esa feroz concentración en lo autóctono, pensando que allí por lo menos será exclusiva su aportación, esa rebusca del « ser nacional » o de entelequias como la « argentinidad », la « mexicanidad » o la « cubanidad », que son meras agrupaciones de actitudes y rasgos caracterológicos. De ahí también esa impresionante sensación de frustración que da la intelectualidad latinoamericana, frustración cultural como hemos dicho y frustración profesional porque en sus sociedades no hay lugar para ellos. Los egresados, en número increíble, de las múltiples universidades no encuentran en general ubicación práctica para sus conocimientos, tienen la honda impresión de que no son necesarios para sus sociedades, que no solamente los mantienen en infraocupación con mínimas retribuciones, sino que fuera del halago verbal, no les dan reconocimiento ni otras gratificaciones sociales.

Los mecanismos sociales de selección, ubicación y ascenso, responden a criterios que denomino familísticos, vale decir, que en lugar de criterios funcionales, prevalece para designar personas para los cargos de toda índole, el que sean parientes, amigos, compinches, correligionarios, leales al mismo jefe o a la misma camarilla, o sea que se repiten los mismos patrones de relaciones familiares entre padres e hijos y hermanos. Poquísimos ocupan cargos por sus méritos intrínsecos y nadie tiene la seguridad de permanecer en ellos aunque los desempeñe eficazmente. Cualidades externas, y no resultados, son las que deciden el progreso de los individuos.

Sin el estímulo de la competencia, en los caracteres juveniles que no son de hierro, desaparecen la fuerza y el tesón para capacitarse y rendir lo mejor. Cualquiera puede imaginarse cómo será el funciona-

miento, el rendimiento y los resultados en todos los mecanismos sociales. Son organismos de pueblos viejos con personas jóvenes.

Frente a ese real desaire de la sociedad a sus reales capacidades, tienen los jóvenes el halago permanente y sin razón por el mero hecho de ser jóvenes. En ningún lugar he visto como en Latinoamérica una tal beatearía verbal hacia la juventud, « esperanza de la patria », « prenda del futuro », « divino tesoro » y otras cursilerías por el estilo, coincidente con un gesto permanente de pedirle opiniones, más aún, orientaciones. Todo se arreglará en los países por la sola presencia de la juventud en el liderazgo social; pero ocurre que los jóvenes dejan de serlo *al llegar* y terminan esperando que las nuevas y posteriores juventudes realicen en el futuro los sueños de todos. Hay un permanente efebismo y puerilidad en los dirigentes y una permanente petulancia y falsa seguridad en los jóvenes. A pocos se les ha ocurrido pensar si la juventud debe ser una esperanza de los dirigentes y no un desafío a éstos, como obra incompleta que deben llevar a cabo.

Pero frente a estos mimos y halagos verbales aparece en la vida el choque con la realidad que hemos bosquejado. Viene entonces el escepticismo, el cinismo, el aplastamiento, el nihilismo y la resignación, sólo alimentada con esperanzas de que los otros harán la tarea que ellos cuando jóvenes creyeron necesaria (2).

O si no, viene la evasión, el escapismo en utopías y ensoñaciones revolucionarias, la entrega extremosa e irresponsable a novelescas actividades subversivas. El idealismo romántico no deja de ser idealismo porque romantice la acción o la praxis y construya un nuevo mito con ella.

Decir o pensar con Goethe que « en el

(2) Como indicativa muestra de ese espíritu, va una frase de un ensayo de un autor joven premiado en un concurso dedicado a *Los Problemas de la Juventud Uruguaya*: « Ante él se extiende una realidad cultural conformada por la derrota de sucesivas generaciones, realidad frente a la cual no cree doblegarse, pero a la cual sucumbe irremisiblemente. En último término su propio ademán está infectado, es un término más, requerido por la serie que pretende interrumpir. » Ed. Marcha, Montevideo, 1954.

principio fue la acción», es quedarse en otro esteticismo, y más esteticista es todavía quererlo realizar. Posturas, pero que tienen peligrosidad en sociedades enfermas y provisionales como las nuestras, especialmente como pretexto y disculpa a la inacción en lo que realmente importa.

En una encuesta realizada por mí en seis grandes ciudades de la República Argentina, de los jóvenes «encuestados», el 34 % manifestó que «en el país no se podía hacer nada sin antes darle vuelta de pies a cabeza» y el 70 % de los jóvenes quería «un gobierno fuerte que ponga en vereda a todo el mundo». Nadie se preguntó a sí mismo, para qué debía hacerse aquel revoltillo, con qué objeto había que aplicar esta dictadura o quiénes debían ser los destinatarios de tan amenazadoras disciplinas.

Mientras todo esto ocurre, los jóvenes mantienen su justificación por no hacer nada positivo ni capacitarse para hacerlo, ante la culpa de estructuras malignas y grupos todopoderosos que les impiden arreglar los problemas, las injusticias y las irracionalidades de todos los días en los sectores con los que conviven, para hacer su mundo y el nuestro más habitable o menos intolerable. Estas creencias impotentes y pasivas, estas pataletas de niños malcriados que creo sólo se dan en Latinoamérica, en el fondo están disculpando y justificando todas las holgazanerías y hasta complicidades tácitas, con una buena consciencia de revolucionarios... para «mañana», que se está volviendo inconsciencia.

Los síntomas del actual cambio

En este clima inmaduro de verbalismo, vacuidad, autoengaño, agresividad, magia política y romanticismo, y dentro mismo de él, está comenzando a aparecer en la juventud un cambio radical de orientación hacia la realidad.

Como todo momento histórico se puede detectar en la presencia política destacada y en los esquemas de actuación de algunas personalidades (3).

Iniciados todos ellos dentro del romanticismo político en su ala izquierdista —única acepción en la que me tolero el uso del

indefinido vocablo «izquierdista»—, tienen de común también el ser la avanzada de la juventud nacida con la Reforma Universitaria y formada durante la segunda guerra mundial, juventud que ahora está comenzando a llegar a los cargos de liderazgo social en América Latina.

Con riesgo de olvidar alguno citaré a Frondizi, Presidente de la Argentina (*); Betancourt, Presidente de Venezuela; López Mateos, Presidente de México; Villeda Morales, Presidente de Honduras; Figueres, ex Presidente de Costa Rica y líder del partido que acaba de triunfar por abrumadora mayoría; y el admirable Haya de la Torre, candidato a la Presidencia del Perú.

El real cambio que han dado a su orientación y a su acción, desde un originario «izquierdismo» y «antimperialismo», ha sorprendido a muchos inclusive latinoamericanos conocedores, y ha sido objeto de denuestos y de críticas malévolas, atribuyéndolo a artilugios políticos y secretas «ventas al oro yanqui». La contradicción llega a su ápice y adquiere quizás la tensión más dramática en el caso de la modificación que dio el Presidente Frondizi a la tradicional política petrolera argentina de arraigado estatismo, que lo obligó a defenderse hace pocos días en una conversación televisada, con estas palabras definidoras de la nueva posición: «La opción para el ciudadano que ocupaba la presidencia era muy simple: o se aferraba a su postulación teórica de años anteriores... o se extraía el petróleo con el auxilio del capital extranjero... En una palabra: o se salvaba el prestigio intelectual del autor de *Petróleo y Política* o se salvaba el país» (4).

El hondo movimiento que representan se

(3) Escojo estas personalidades políticas por su valor sintomático y representativo de una juventud actual, dado que no soy partidario en materia de cambio social de la llamada «teoría del gran hombre», dejada de lado por la sociología, porque creo que los cambios los hacen todos.

(*) Advirtamos al lector que este ensayo fue escrito antes de los acontecimientos políticos últimos, que provocaron la deposición del Presidente Frondizi. (N. de la R.)

(4) Diario *La Prensa* de Buenos Aires, 16 de febrero de 1962.

Los jóvenes estudiantes franceses

H ELOS AQUÍ que salen del instituto. En grupos silenciosos, reconcentrados, con el rostro inmóvil: inaccesibles al parecer al diálogo, a la simpatía, a la palabra misma. Su pelo largo, sus chaquetones de ante o de imitación de cuero, sus gestos indiferentes, lejanos, falsamente desenvueltos, les dan ese aspecto agresivo que es la consecuencia de una timidez no aceptada. Los jóvenes de hoy conocen y sienten confusamente la diferencia que les separa de sus mayores y saben que están más lejos de la generación precedente que ésta lo estaba de sus padres o de sus abuelos. Saben que entre ellos y sus padres no existe ya un lenguaje verdaderamente común, que son los personajes de un libro nuevo. Este libro, hemos visto como se iba elaborando; años de transición le han servido de prefacio a nuestros ojos. Lo que nosotros leemos como si fueran obras de « science-fiction » se ha convertido para los jóvenes en la realidad. Quizá consista en esto el secreto de la predilección que muestran, como veremos más adelante, por este género de literatura: en ella se sienten como en su casa. Una sociedad nueva, una vida nueva, un espíritu nuevo: esto es lo que encarnan. Y precisamente porque no esperan de los supervivientes del mundo antiguo que les comprendan verdaderamente, estos jóvenes enemigos de las efusiones, que se niegan a quejarse y a compadecerse, se cierran, se repliegan sobre sí mismos y exageran sus diferencias.

Por ello su autorretrato debe ser acogido con cautela. En lo que dicen de sí mismos entra una parte de desafío. Una voluntad de chocar, de hacerse más duros, más indiferentes, más inmorales de lo que en realidad son; de minimizar sus dificultades, su complejidad, sus problemas o, por el contrario, de exagerarlos: hay alumnos

que juntos, valiéndose de su número y del anónimo —y esto no es característico de la generación actual— gustan de hacer la comedia. El señor Abélanet, profesor de literatura en el Instituto Victor Hugo de Narbona nos pone en guardia:

« Los ejercicios permiten a veces averiguar algunos gustos de los alumnos. Es prácticamente imposible conversar con ellos. Pero hay que desconfiar de los alumnos, que no sólo son seres cambiantes, sino también seres contradictorios y actores temibles. Muchos alumnos se preocuparán de que el profesor tenga buena opinión de ellos; otros querrán hacerle hablar para burlarse de él. »

El señor Petitjean, profesor de literatura en un instituto de Dijon, precisa:

« A los catorce años, los alumnos se confían mucho (o creen confiarse), pero cuentan sobre todo (o se cuentan) cuentos; no hay que creer nada. Más tarde, se muestran mudos. El pudor de los muchachos después de los quince años es notable. »

Los profesores son los que están en mejores condiciones para comprender las faras de sus alumnos, a pesar de las clases pletóricas y de los horarios asfixiantes; ven a los estudiantes y leen sus escritos, que les descubren a pesar suyo. A menudo, gracias a su abnegación, a su desinterés y a su tolerancia, suscitan en ellos la confianza. La joven generación no entrega fácilmente sus confidencias y sus secretos. Prefiere burlarse, escandalizar. Sin embargo, no está desprovista de confidencias ni de secretos.

A los profesores les hicimos la siguiente pregunta:

— ¿Tienen los alumnos con sus profesores relaciones de desdén, de indiferencia, de respeto distante, de confianza, etc.? ¿Qué relaciones tratan ustedes de establecer con ellos?

De 992 profesores que han respondido a esta pregunta, 751 declaran la confianza que en ellos tienen sus alumnos. Muchos precisan: la mayor parte de la clase. Entre cuarenta o cincuenta alumnos siempre hay algunos que se muestran menos comunicativos, más distantes o indiferentes. La actitud de las clases varía igualmente con las regiones y con el origen social de las familias. En pequeños centros, esencialmente rurales, de los Pirineos, las Landas y la Nièvre, la proximidad con el profesor, intelectual respetado por su cultura, sus títulos y su superioridad intelectual y moral, es mayor que en ciertos institutos de París o de las grandes ciudades de provincia, donde los alumnos son sobre todo de origen burgués, disponen de más relaciones y distracciones y encuentran suficientes oportunidades para confiarse sin tener que recurrir al profesor, que por otra parte no disfruta, a menudo ni siquiera ante los padres, de ningún prestigio particular. Así, 118 profesores denuncian la indiferencia de sus alumnos y 25 hablan incluso de desdén o de falta de respeto. Los demás vacilan entre el respeto distante, la timidez y la ausencia total de relaciones.

Por lo demás, el comportamiento de los alumnos depende también del comportamiento del profesor, de las relaciones que éste trata de establecer con ellos. Son muchos los profesores que ponen de relieve la necesidad, para suscitar la confianza y el afecto de los alumnos, de manifestar, si no por el trato riguroso y por una disciplina exterior al menos por un comportamiento general, una superioridad moral y de mantener ciertas distancias. Los que nos dicen que buscan su amistad son los mismos que indican su indiferencia, su carencia de respeto o incluso, en siete casos, su burla abierta o su ironía. Otros añaden: « Hay que hacerse respetar ». O bien: « Solicitar su amistad es enfrentarse con una negativa ». O aún: « La familiaridad excesiva perjudica ».

Una generación que no se parece a ninguna otra

« Me parece que en los años de 1945 a 1950 poníamos en nuestro trabajo más se-

riedad que la generación actual », nos escribe una mujer joven, profesora de un instituto técnico. « Sigue sorprendiéndome, ahora que vigilo los exámenes, el gran número de alumnos que salen antes del final del examen... y a menudo sin haber releído atentamente. (...) No obstante, sus trabajos revelan una gran exigencia para con sus profesores, sus padres y las personas que les rodean. Las alumnas de mis clases aspiran a ganarse la vida para dejar de ser internas, para ser independientes. Con bastante frecuencia es posible descubrir en ellas la esperanza de casarse pronto, de permanecer en la casa, de fundar un hogar unido. Entre un número muy pequeño de ellas se observa gran dureza y gran incompreensión para con las chicas más jóvenes. Finalmente, durante las vacaciones, si tuvieran dinero les gustaría viajar. »

En Dijon, en Besançon, en La Rochelle, en Mazamet y en otros varios centros de menor importancia, diversos profesores nos refieren que los delegados locales, los clubs de la Unesco o, con carácter privado, algunos de sus colegas realizaron pequeñas encuestas entre los alumnos de 1945 a 1950; todos ponen de relieve hasta qué punto resultan inconcebibles en boca de los adolescentes actuales las respuestas que les dieron entonces los jóvenes que hoy tienen entre veinticinco y treinta años.

En 1945 se sentía sobre todo una especie de inquietud vaga, abstracta, forma adolescente de la angustia. Los problemas concretos, las situaciones reales tenían escasa cabida en el espíritu de los jóvenes; lo mismo ocurría con la política —salvo en lo que tenía de general, de intelectual—. La vaguedad, el espíritu razonador, la sequedad de corazón, el egocentrismo, todo esto era aún una forma degenerada del romanticismo. El romanticismo ha desaparecido. Quedan los exámenes, la situación, el dinero que se va a ganar, la adaptación a un mundo del que a los quince años se siente ya uno miembro activo, la participación en el progreso técnico y científico y, ya, la conciencia de una independencia, de una libertad interior que hay que proteger contra ese progreso, contra el envejecimiento y la muerte.

« Eran —nos escribe un profesor que enseña en una pequeña ciudad industrial

de Lorena— *más trabajadores quizá en 1945-50; sentían en todo caso más confianza en la Francia victoriosa; en 1960 son más pesimistas. Tal vez sean materialistas.* »

Un profesor de Saint-Etienne observa :

« *Sí, hay una diferencia de estado de espíritu, pero no se puede decir que unos fueran mejores que otros. Tengo incluso la impresión —aunque en general se piensa lo contrario— de que los alumnos actuales son más trabajadores y de que se preocupan más por el éxito de sus exámenes y por su porvenir.* »

Mientras que el señor Gérard, profesor de historia y geografía en el Instituto Henri Poincaré de Nancy, cree observar lo contrario : « *¡Cada vez más ligereza en el trabajo!* »

¿Más trabajadora? ¿Más inmoral? ¿Más confiada o más pesimista? Un punto, en todo caso, en el que hay acuerdo, punto que se destaca tanto más claramente cuanto que las interpretaciones que de él se dan son contradictorias : esta juventud no se parece a ninguna otra ; hay algo en ella que es nuevo, profundamente diferente de las generaciones tradicionales de estudiantes. Esta juventud lleva en sí un porvenir inédito.

Los hijos de una sociedad del dinero

La juventud es la edad de la generosidad. O por lo menos la idea de la juventud : la cabeza alta, la mirada orgullosa, la mano en la espada y esa fogosidad, esa inclinación a la aventura que se atribuye a los héroes de veinte años, el rostro del Cid y de Gérard Philipe. Pero una idea general no es nunca más que un promedio. Ninguna realidad responde a ella. Nada más alejado de esa idea, en todo caso, que la juventud de 1960 : su primera preocupación es el dinero. En este punto, los profesores confirman y a veces acentúan la impresión que se desprendía de las respuestas de los alumnos mismos.

La señorita Pras, profesora de francés y de latín en el Instituto Femenino del Mont, en Saint-Etienne, escribe :

« *A juzgar por las reflexiones de las alumnas, cabe pensar que conceden una importancia primordial al buen éxito social y al dinero. Por todo lo restante quizá sientan una vaga admiración, pero su ideal del futuro es antes que nada una buena situación. Por lo demás, esto es perfectamente comprensible, puesto que el mundo de los adultos les da ejemplo de ello.* »

La señora Monéger, profesora de literatura clásica del Instituto Municipal de Saint-Pourçain-sur-Sibule, en el departamento del Allier, lo confirma :

« *Éxito social y dinero van unidos a la idea del oficio futuro y se sitúan en el primer plano de sus preocupaciones.* »

En nuestros sondeos figuraban las preguntas siguientes :

— *¿Cómo se establece, por orden de importancia decreciente, el interés que sus alumnos parecen conceder al dinero, al buen éxito social, al trabajo, al oficio futuro, a la investigación científica y a los descubrimientos, a la política, a la guerra, al patriotismo, a Francia, a Europa, al mundo, etc.? ¿Puede darnos usted una explicación?*

De 1.015 profesores que han respondido a la pregunta, 688 (es decir, casi el setenta por ciento) colocan en cabeza, indisociables, el dinero y el buen éxito social, sin contar a sus 120 colegas que citan el dinero solamente y a los otros 47 que colocan en primer lugar el buen éxito social. Lo que en conjunto supone un ochenta y cinco por ciento.

« *Qué quiere usted, es normal —me decía un profesor de literatura del Instituto Janson-de-Sailly, de París—. ¿En qué piensan los adultos?, ¿cuál es su preocupación dominante, casi constante? El dinero. Se dice que ya no existen niños. Es cierto : la separación entre niños y adultos tiende a hacerse cada vez más borrosa, más indefinida ; periódicos, publicidad, radio, cine y televisión aportan a unos y a otros las mismas informaciones ; a los jóvenes ya no se les mantiene separados del mundo de sus padres. No hace mucho tiempo que los niños pequeños hacían sus comidas aparte, desaparecían en cuanto llegaban irridados y no participaban en las salidas ni en los viajes familiares. Hoy no se puede*

dividir en dos turnos la misma comida; no hay tiempo para ello, puesto que a menudo la madre trabaja también. Gracias al desarrollo del automóvil y del turismo, las actividades son comunes. De tal modo que el niño que vuelve del instituto oye las discusiones de dinero de sus padres como puede oír las historias picantes que cuenta un invitado poco discreto o los proyectos de vacaciones —que son también proyectos financieros—, así como las preocupaciones sobre la salud, ligadas a los honorarios del médico. Igual que en otros tiempos hubo la era pagana y después la cristiana, hoy existe la edad del dinero.»

En un mundo en el que participan de pleno derecho, sometiéndose en todos los terrenos a la ley común a los adultos, los niños no escapan evidentemente a la tiranía del dinero. Son muy raros los profesores que conceden el primer puesto, en el espíritu de sus alumnos, al trabajo (86), a la política (52), al oficio futuro (17), a la investigación científica y a los descubrimientos (3). Más raros aún son los que añaden, como el señor Dassonville, profesor del Instituto de Chauny, en el Aisne: «*La política y el dinero son lo que menos les interesa.*»

Quizá en este terreno sean los padres los primeros responsables. Parecen ser ellos los que crean o alientan este estado de espíritu en sus hijos. Tal vez los alumnos de hoy —que en la mayoría de los casos disponen de una suma de dinero de cierta consideración para sus gastos personales: de 2.000 a 3.000 antiguos francos al mes como promedio— no se preocuparían tanto por el dinero si sus propios padres hicieran lo mismo.

Cuando uno se ve lanzado en una selva, se convierte en animal salvaje. Lo grave no es tanto que los niños piensen en el dinero como el ver que el mundo infantil y el mundo adulto son cada vez menos disociables. ¿Qué resultado dará, a pesar de todas sus virtudes, una generación de hombres que no han tenido infancia?

— ¿Muestran los alumnos un interés real por la historia? ¿Por qué períodos de ella?

Las respuestas son muy claras: entre el cuarto año y filosofía, los alumnos se inte-

resan por la historia, esencialmente desde la Revolución francesa hasta nuestros días.

La juventud cumplirá más de lo que promete

Esto no quiere decir que se apasionen siempre por la política. Lo que les apasiona es menos este o el otro punto preciso, este o el otro programa de partido, que el mundo concreto, la realidad, el futuro. Bajo unas apariencias bruscas y distantes que la vida les enseña a adoptar a medida que van entrando en ella, los jóvenes de hoy están llenos de exigencias secretas. Salvo cuando la proximidad de un examen les impone una elección interesada, raramente sacrifican una asignatura importante a otra. En opinión de los profesores, aproximadamente el sesenta por ciento conceden sus preferencias al francés —y al mismo tiempo a las matemáticas—. ¿Estarán dejando de ser enemigos la literatura y las matemáticas?

El deporte les atrae también. Y no sólo las grandes figuras del deporte, sino los detalles, los periódicos especializados como *L'Equipe* y su práctica misma. En las clases a cuyos profesores hemos interrogado puede cifrarse en un sesenta por ciento la proporción de los alumnos que practican regularmente un deporte. Así, el señor Lecocq, profesor en Quimperlé, en el departamento del Finistère ha llegado a la conclusión de que el deporte desvía a sus alumnos del trabajo intelectual. Los jóvenes se interesan igualmente por el cine, incluso por el cine educativo y escolar, cuya extensión al trabajo de clase desean el ochenta y dos por ciento de los alumnos del Instituto mixto de Amiens, según una encuesta reciente a la que alude el señor Dépret, profesor de dicho instituto.

«*Raramente* —nos escribe el señor L., profesor en Bourg, en el departamento del Ain— *he visto una juventud más ansiosa de actuar, más curiosa del mundo y de la vida bajo todas sus formas y más deseosa de lanzarse a la lucha y de hacer algo.*»

Esta juventud utiliza poco la palabra porque desconfía de lo que sea sólo verbal. En cuanto a su amistad, no la concede fácilmente. Pero tampoco la presta. Cuando

por qué su personaje preferido era Luis XV : « *Porque —me dijo— es uno de los hombres más grandes del Renacimiento.* »

El diez por ciento de ellos afirman haber ido —a veces— al teatro. Como autor preferido designan —al azar— a Racine, a Anouilh o a Pagnol.

Los jóvenes de hoy leen más bien los periódicos —*Confidences, Cinémonde y Match*—. En ellos encuentran un reflejo directo de sus preocupaciones. Lo mismo ocurre con *L'Equipe* y *Tintin*, que conserva hasta muy tarde los favores de un público abundante (dieciséis, diecisiete e incluso dieciocho años). En el fondo ¿para qué sirven las lecturas serias? ¿Para qué sirven el francés y la moral? Pregunta infantil, que se repite en su argumentación con incansable monotonía. Asimismo, Malraux —citado solamente 212 veces mientras que para la generación precedente era uno de los grandes favoritos— y Bernanos —citado 190 veces— son menos útiles que un coche o que un billete de mil francos. Lo que no sirve para la vida práctica no es nada.

Gérard D. tiene, a los diecisiete años, los andares de Jean Gabin y los cabellos negros ondulados de un « blouson noir ». Gérard me explica por qué no le interesan esos autores : « *Todo eso son cuentos. Cosas de intelectuales. Yo soy demasiado perezoso.* »

En el origen de esta desconfianza, de esta ignorancia, de esta cultura sumaria, late el miedo a ser engañado, estafado, y una voluntad de ver claro. Ya les han contado « demasiados cuentos ». No les gustan las palabras. Afición a lo concreto, necesidad de una certeza ; y estas exigencias, si terminan en decepción, no forman nunca corazones dóciles. La única calidad moral que les parece importante es la franqueza, citada más de 1.000 veces. No importa si a veces esa franqueza se manifiesta contra ellos mismos. No creen sino en lo que harán.

Una civilización de bandas de dibujos

En cuanto a esta lectura de *Tintin*, a esta cultura de bandas de dibujos los profesores nos confirman su carácter sumario, su nivel

infantil, su aspecto caricaturesco. Les habíamos preguntado :

— ¿Por qué autores del programa manifiestan mayor interés sus alumnos? ¿Antigüedad, Edad Media, Renacimiento, Clasicismo, Romanticismo?

De mil respuestas, quinientas hablan de una indiferencia generalizada por todas las épocas citadas o de un *interés muy débil o una aceptación pasiva*. Las demás son sobre todo de profesores de secciones clásicas, últimas clases del bachillerato, mejor formadas y constituídas generalmente por alumnos mejor dotados y más cultos. Parece ser que en estas clases la época favorita es el siglo XIX, tanto por lo que se refiere a la poesía —Hugo, Lamartine—, los románticos, Baudelaire, y en menor grado Verlaine y Nerval, como en relación con la novela, sobre todo Stendhal y Zola. A este período se le cita 226 veces. Después viene el Renacimiento (107 veces). Clásicos, obras medievales y autores griegos y latinos se hunden en un mismo desprecio, en idéntica ignorancia.

La literatura contemporánea es la que suscita en ellos una curiosidad mayor —o una indiferencia menor. También en este terreno el gusto por el desafío, la omisión, la falta de costumbre de confiarse y de hablar de sí mismo, ennegrecen el retrato que los alumnos hacen de sí propios. Los jóvenes suelen hablar de Cronin y de Slaughter. Sus profesores dan fe del éxito en sus clases de la colección del libro de bolsillo, de la que los alumnos leen todos los volúmenes, un poco al azar, sin discernimiento. Pero este mismo desorden es signo de una curiosidad reprimida que se expansiona en cuanto tiene ocasión para ello ; en sus lecturas, Sartre se codea con Gilbert Cesbron, Malraux con Hemingway, Hervé Bazin con Mazo de la Roche. En cuanto tienen un momento de libertad, tratan de dedicarlo a leer obras y pensamientos que no se hallen ligados con su trabajo escolar. El mundo de hoy les atrae : van al libro de bolsillo como al cine, igual que leen *L'Equipe* o van a oír los discos de los « juke-boxes » : ávidamente. ¿Cómo distinguir la calidad antes de conocerla? Estos jóvenes quieren ver todo y juzgar todo. En realidad, a los jóvenes de hoy día les faltan consejeros y guías que en primer lugar les informen y después distinguan por ellos

ciertas prohibiciones teóricas: *Dentro de diez minutos te vas a acostar*. Pero mientras tanto se ha anunciado en la televisión un « western » o un reportaje sobre las abejas y el padre cede: *Un minuto más, pero nada más que un minuto*. Han pasado ya las once cuando el niño se va a su habitación. Y aún es corriente —varios profesores han oído esta confesión— que por la puerta entornada el niño siga el espectáculo desde lejos, a espaldas de sus demasiado crédulos padres.

Al día siguiente, ¿qué ha retenido el niño de todo ello? Nada. No hay nada más fugaz, ligero e inconsistente que la imagen, sobre todo cuando pasan dieciséis por segundo. La televisión es una de las actividades que apartan el espíritu de los jóvenes de hoy de sus adquisiciones normales y que acaparan su atención sin ocuparla en otra cosa, cambiando así en su espíritu una sustancia real por una sustancia ficticia.

No tan acentuada en el caso del cine —donde la atención se dispersa menos que ante un programa de diez emisiones diferentes—, esta desviación del espíritu del niño existe también aquí de todos modos. Los jóvenes de hoy van mucho al cine. Aproximadamente el cuarenta por ciento afirman ir cuatro o cinco veces al mes. El veinte por ciento dicen: cinco o seis veces. El diez por ciento, siete o más veces. Lo que supone en total que el setenta por ciento de los escolares franceses ven por término medio más una película a la semana.

¿Sus films preferidos? Quizá sea éste el signo revelador, la presunción inquietante: los films que citan parecen ser menos sus films preferidos que los que han visto últimamente y de los que por consiguiente se acuerdan mejor. Ninguna preferencia en cuanto al género, ni ninguna tendencia general. Citan los más recientes: « Los diez mandamientos », « Los siete mercenarios », « Ben-Hur », « La Princesa de Clèves ». Y otros, a menudo prohibidos a los menores de dieciocho años y de los que en sus respuestas hablan muchachos o muchachas de catorce o quince. ¿Los actores? Se in-

teresan poco por ellos. El preferido parece ser Jean Gabin, mencionado 1.500 veces. Brigitte Bardot sólo aparece 253 veces —generalmente citada por las chicas.

Los mayores dan el mal ejemplo

El teatro les es desconocido, si exceptuamos algunos escolares parisienses, que en todo caso forman un número muy reducido. Pero —y también en este punto la juventud de hoy vale más que las condiciones en que tiene que vivir— ello no es por ausencia de curiosidad, de ardor o de vitalidad. A la pregunta: ¿Hay un grupo teatral en el centro en que usted enseña?, el cincuenta y cinco por ciento de los profesores nos han respondido afirmativamente. El grupo está ya formado o en vías de formación, añadiendo a menudo: « resultados felices » o « excelentes comienzos ».

Igualmente, frente a la ignorancia que los jóvenes de hoy tienen de los músicos, los profesores consultados hablan a menudo de su sensibilidad para la música.

La pintura y los museos les dejan mucho más fríos. Cuando se organiza una visita colectiva, a un museo, hay que hacerla obligatoria para que los alumnos asistan. Y la visita transcurre en medio de murmullos y de sonrisas burlonas.

Una juventud se prepara para su oficio, para su vida. Y quiere triunfar en ese oficio y en esa vida. Está llena de curiosidad, de avidez, de exigencias. Pero accede al mundo de los adultos en un momento trágico: la cultura se muere. O al menos la forma de cultura que hemos conocido y que es aún la única que existe hoy, en tanto no se haya instaurado una nueva para responder a un mundo nuevo. De esta cultura nueva apenas si se perciben los primeros elementos. Mientras tanto, la antigua agoniza.

Las condiciones materiales, los programas, los métodos, el espíritu mismo de la enseñanza que se le dispensa a la juventud, ¿son capaces de proporcionarle esa estabilidad, esa armazón espiritual que necesita para convertirse en lo que quizá es ya en el fondo?

La paz en el fondo del mar

(Cuento)

POR ANTONIORROBLES

DOS O TRES SIGLOS llevaba aquel hombre sin emplear más arma que el anzuelo, y eso para su distracción; pero a un capitán es difícil que se le borren del todo aquellos años de intensidad bien armada, vividos en su velero bergantín. Naturalmente, es posible que, a quien lo leyere, le extrañen esas palabras: «dos o tres siglos llevaba aquel hombre»... Mas si sigue leyendo, llegará a conocer la extraña historia.

Si el personaje del relato era tuerto, y además tenía una pata de palo, es natural que lo completase con un chambergo, una espada rápida de sacar y una de aquellas primeras armas de fuego de tosco herraje; porque ¿qué podía ser, si no era capitán de pícaros piratas?

Mas como ahora nos trasladamos al año de 1940 y tantos, allá va un acorazado de monstruoso blindaje, en aquella lucha del mundo contra el mundo; y en él, la marinería ha transformado su estampa frívola y tabernaria de los puertos, por la preparación técnica de la guerra; y el capitán, en vez de aquella corbata blanca y la sonrisa de los vales, lleva el ceño duro de su responsabilidad.

De pronto —viniendo allá lejos el alba— estallan los avisos; la marinería corre a sus puestos de guerra y suena luego el primer cañonazo, seguido del rizo bélico de los bombarderos aéreos.

Brinca el mar aquí y allá; las espesas columnas de humo confiesan la angustiada agonía de las naves heridas, y algunas de

las lanchas abarrotadas —cada hombre prendido con su egoísmo a la vida— sufren también el horror de su destrozo.

Allá están, en el fondo, algunos cuerpos, unos boca arriba y otros boca abajo, muy liviano su peso, libres al fin del trueno de la guerra. La paz es con ellos.

Claro está que, pasado un tiempo prudencial, aquellos hombres, acostumbrados por fin a la inesperada respiración submarina —pues la necesidad dicen que crea el órgano—, empezaron a moverse despacio, muy despacio; porque en esa vida de la muerte hay tiempo para todo; no hay prisa para nada.

Poco a poco les llega la sensación consciente; luego se sientan en el suelo; se hacen señas, se sonríen cada vez que ven a un compañero que goza de los mismos avances: se levantan... andan torpemente... se ayudan unos a otros...

Silencio... ¡Ah, qué vida de paz!...

Sin embargo, en sus ojos les va creciendo la gula, porque las especies marinas les recuerdan el refrán adecuado; en efecto, «el pez grande se come al chico». Surgen las palabras precisas, porque no han renacido aún entre ellos aquellos inventos de la filosofía ni del humor. Ahí está, sí, la alegría del movimiento, pero ajena a la sutilidad humorística.

Es entonces cuando el recuerdo de los alimentos invita a tres marinos a ponerse en marcha en busca de un banco de sardinas que había pasado por delante; y, en con-

si bien, claro está, no consiguieron matar a ningún muerto. Pero los crímenes frustrados crearon un ambiente tan desagradable y confuso, que la convivencia era totalmente insoportable.

Y entonces sí: el de más conciencia e imaginación consiguió el modo de matar a quien él había robado; el cual, en retroceso, se defendió atravesando al pícaro, sin consecuencias, con una espada.

— ¡Le mataré!... ¿Cómo?... Haciéndole desaparecer de mi vida; no sólo de mi vista, sino también de mi vida...

Efectivamente: huyó... y nadie volvió a verle ni a saber de él; ese fue su crimen.

Otro aprendió esa lección y dejó un papel escrito: «Nuestra sociedad está podrida; los rencores no pueden calmarse ante la presencia eterna de ciertas injusticias. Me voy de este mundo». Y, claro está, el suicidio no fue otro que su total desaparición de la comarca.

Y huyó el tercero por otra ruta... y otro... y otro...

Dejaron solo al almirante, que por la

senda de los corales a la izquierda se fue de visita al velero bergantín.

— ¿Cómo te va, capitán?

— Viviendo la vida, señor almirante.

— ¿Eres feliz?

— No tengo queja —respondió el tuerto.

— ¿No sabes?... Todos mis compañeros se han marchado, uno por uno.

— Ya me lo suponía, ilustre jefe. Igual nos pasó a nosotros. La muerte es soledad, es paz y es calma, para evitar la inevitable dilatación de los rencores humanos. Es la única manera de soportar la eternidad: amoldarse a ella, ¡sólo a ella!

— Tienes razón, capitán. La experiencia, ¡larga experiencia!, ha convertido tu picardía en sensatez. Si me lo permites, voy a avecindarme contigo en esta nave, que ya tiene la bella línea del tiempo.

— ¡Nunca! Aprenda usted a estar muerto, y déjeme en paz; se lo suplico, señor almirante.

— Ni una palabra más. Buenas noches.

— ¡Que usted lo pase bien!

Así, definitivo

EVENTUAL, inundado entero hasta el último instante
que recuerda la memoria, la hora inicial
de una tentativa, el brillo de una luz que se apaga.

Así te dije mi propia historia; me conociste
en el reducto inaccesible de todo acceso,
me acudiste, me subordiné, trasladé la región
más distante a tu pronunciación, el sabor de tu nombre.

Ahora una oleada de insondables existencias
me permanecen en tu profundidad atado de pies y manos;
ya sin olvidar nunca, despojado, liberado
en el umbral de todas tus vidas.

RAUL VERA OCAMPO

bellas artes

Pensando en la pintura argentina

POR O. LOPEZ CHUHURRA

EL NACIMIENTO Y DESARROLLO de las artes plásticas en la República Argentina presenta los problemas inherentes y comunes a todos los países americanos, en materia de fenómenos culturales. Los pocos años de historia, la aportación de las corrientes colonizadoras, la influencia de una desarrollada inmigración y, sobre todo, la presencia de civilizaciones indígenas que pesaron en la nueva conformación social, dan complejidad a las cosas; pero, a no dudar, multiplican los caminos de la búsqueda y enriquecen las posibilidades expresivas.

El arte argentino no escapa, por consiguiente, a ese su pasado histórico de formación y nacimiento; formación muy complicada y nacimiento sin fecha precisa. Diríamos que el proceso se realiza en dos tiempos: primero, el momento en que los extranjeros ofrecieron su obra con los caracteres propios de las corrientes en boga en la Europa de entonces —ella no excluye la introducción de alguna temática americana—, y en segundo lugar, cuando los nativos se lanzan a la aventura del arte, teniendo como maestros a esos artistas y como inspiración la naturaleza de su suelo. Sin entrar a considerar el problema delicado que plantea el encuentro

del europeo con las tierras de América, donde se produce el choque entre una civilización milenaria y un tesoro por descubrir, podemos afirmar que, a partir del segundo tiempo del proceso inicial, existe un arte argentino.



Cuando digo « arte argentino » me refiero a la forma de expresión espiritual de un pueblo, que vive y se manifiesta en una determinada región de América. No deseo destacar que en su planteamiento estético o en sus realizaciones plásticas

—reveladoras del mismo— presente caracteres propios que lo distingan de otros pueblos o regiones de la tierra. No podemos limitar la expresión del arte encuadrándola dentro de un marco geográfico donde actúa un grupo social « con algunas características propias ». El arte es más que eso. Si el cubismo de Picasso resulta distinto al del Braque, el cubismo considerado como un sistema de valores plásticos aparecido en el siglo XX está por encima de una individualidad francesa o española. La historia de la humanidad registra las aportaciones de uno o varios hombres de inventiva o de genio —con un lugar de nacimiento por supuesto—; cuando estas individualidades se manifiestan en el terreno artístico, aparece la obra de arte. Esa obra es un símbolo con lenguaje pro-

Lino E. Spilimbergo, en cuyas imágenes la línea y el trazo sobre todo son los rectores de la expresividad. El artista recurre al mismo elemento plástico que habían manejado los expresionistas, pero va más allá en el alcance de sus posibilidades. Las figuras de Spilimbergo entroncan, tal vez, con un clasicismo « sui generis », porque se adivina a través de ellas la búsqueda y logro de un ideal de belleza. Difícil tarea para muchos apartarse de las enseñanzas de este pintor, que transmitió durante años y años, con fuerza y convicción, sus propias experiencias.

Emilio Petorutti es el « revolucionario intelectual » de la pintura en la Argentina. Conoció en Europa la significación y los alcances del cubismo, y la « agitada » transformación que proponía el futurismo. La nueva realidad apelaba al plano como elemento representativo, y la velocidad se las ingeniaba para aparecer en una superficie plana. Con el cubismo se inicia una nueva era para el mundo de la plástica. Este pintor lo captó y se identificó con el movimiento ; al presentar su obra en Buenos Aires, sintió el repudio de sus contemporáneos, que no lo habían comprendido. El episodio no significa mucho ; lo importante era dar *un paso adelante*. Petorutti lo dio, haciendo pintura en respuesta a un planteamiento estético.

Horacio Butler es el pintor que elabora sus estructuras con arreglo a esos principios ; estructuras a las que otorga un color y una materia tan personales como para llegar a la invención de un « estilo propio ». Es éste un buen ejemplo para comprender con cuantos matices se maneja la problemática del arte ; tantos, podríamos decir, como existen en el espíritu del hombre. La confirmación más inmediata la daría el poder estudiar la pintura de los artistas argentinos que se enrolaron en las filas del cubismo. Presentado un caso, quedan abiertas las posibilidades para futuras investigaciones.

Esos cuadros « tan extraños » no fueron los únicos expuestos durante este período ; reaparece una forma del romanticismo —esa « constante humana » que no abandona al artista—, a través de un conjunto de cultivadores significativos. Miguel Diomedes, el « romántico de la intimidad ».

Raúl Soldi, el poeta de la lírica pictórica, y Raúl Russo, el sinfonista apasionado, pusieron su acento en lo sentimental, pero de distintas maneras. Dadas las características de sus obras, estos artistas que tomamos como ejemplos, pueden ser considerados « solitarios ». No pertenecen a ningún grupo plástico, porque están preocupados por resolver el enigma del arte, como un hecho que no admite ser compartido.

Cuando se exponen las primeras obras superrealistas en Buenos Aires, ya contaba esta tendencia con muchos pintores simpatizantes. El artista encuentra un nuevo camino que lo conduce a las esferas misteriosas de su propio « yo ». La naturaleza pierde su primacía como modelo, y el hombre es seriamente reconsiderado ; faltaba ahondar todavía en el mundo de su intimidad para llegar a la región del inconsciente. Como elemento de transmisión se apela a los reflejos del automatismo, y como resultado de la búsqueda se revelará la obra pintada.

Juan Batlle Planas es un ejemplo que nos sirve para demostrar la seriedad con que fueron planteados los términos de la cuestión. Junto a él, un grupo de pintores rindió culto a ese mundo misterioso, apareciendo así un auténtico movimiento, rico en experiencias y manifestaciones, cuya vigencia es de permanente actualidad. Y siguiendo los principios de los superrealistas de Europa, que pusieron los elementos plásticos al servicio de una « poesía de lo desconocido », entregaron el cetro a esa nueva expresión poética que se cantaba con pomos y colores.

Llegamos ahora a un momento crucial para la vida pictórica de Argentina. Hace su entrada en escena la « no-figuración », con un sistema inédito de formas. Es la primera vez que aparece una imagen sin referencia a la realidad visible del mundo de la naturaleza. (Debemos tomar el concepto en un sentido primario ; las « formas » de las cosas constituyen una gran parte del repertorio de las estructuras no-figurativas.)

Hasta este momento la imagen se captaba sin dificultad, o se recomponía por medio de las referencias que aparecían en el cuadro. Aun el ojo más exigente —el

que quiere ver con claridad las cosas pintadas— se satisfacía a medias, pero no se encontraba perdido. Ahora, frente a una tela de Sarah Grilo, el espectador se pierde y se desespera; han desaparecido las imágenes que, a fuerza de verlas ya le resultaban familiares (aun aquellas que debía adivinar); las nuevas formas se le escapan y se siente incapaz de penetrar en esa « otra realidad ». Hasta que no descubra el lenguaje que le habla del signo plástico, no podrá comunicarse con la obra, no podrá llegar a gozarla. Desilusionado, termina por rechazarla, porque « no la entiende ». Y tiene razón. La tendencia del espectador a resistirse frente al arte no-figurativo, obedece a que 40.000 años de pintura le enseñaron a creer en un tipo determinado de figuración. Imposible pretender que después de asistir a dos o tres exposiciones de esta índole, se deleite y se estremezca de emoción. Pero pese a todo, la lucha por descifrar el enigma de los cuadros, provoca un ambiente de interés, curiosidad auténtica, polémica constructiva, y consigue aumentar el número de amantes de la forma abstracta, porque ahora que la conocen pueden incorporarla al mundo de sus emociones.

Si cada componente manifiesta su valor individual y además se presta al juego de relaciones que le exige la unidad total, el planteo de la pintura no ha cambiado desde sus orígenes. Siempre dudo de aquellos conocedores de la pintura que consideran obra de arte una tela de Rafael y no una de Klee. Se me ocurre que lo que no encuentran en la pintura abstracta, tampoco lo han descubierto en la figurativa; pero ésta tiene a su favor una anécdota fácil y directa, con la que él se satisface. Si les preguntáramos en qué radica la diferencia, con seguridad que hablarían de todo, menos de arte.

La pintura abstracta ha ocupado —y ocupa— un lugar destacado en la actividad plástica argentina. Resulta tan rica en posibilidades, que permite emprender cada vez nuevas aventuras de experimentación y búsqueda, muchas de ellas con resultados de auténtico valor. Antonio Fernández Muro maneja en la actualidad, los elementos de la abstracción, con procedimientos absolutamente personales. Alude

a las formas geométricas para utilizarlas como planos de color y como elementos de composición, y por medio de un juego incesante de tonalidades, transparencias y luces, consigue crear imágenes de acento lírico, que se mueven en espacios surgidos de la fantasía. No es gratuita la elección del término « lírico », utilizado para caracterizar a Soldi y a Fernández Muro. Si sabemos distinguir el problema formal del expresivo, encontraremos una lógica al hablar de « figuración lírica » y « abstracción lírica ».

El arte concreto, identificado casi con el nombre de Max Bill, tuvo en Argentina un gran momento de esplendor. Un grupo de pintores se alistó en este frente de batalla, enarbolando una bandera nueva. Atendiendo a sus necesidades estéticas, el artista modifica ahora la estructura general del lienzo. Sobre una superficie bidimensional debe crear un espacio importante, porque va a ser el protagonista de la expresión. Los elementos generadores del mismo deben ser mínimos —puntos, líneas, triángulos, cuadrados—, y el plano, manejado por los hilos de la ilusión, se encargará de dibujar espacios infinitos, donde penetrará el espectador para buscar el goce estético. Cada pintor respondió al planteo general con obras de distinto carácter, pero concordantes en un punto: en la lucha por vencer las dos dimensiones de la tela. Los triunfadores fueron los artistas auténticos.

El paso de Vasarely por Buenos Aires fue doblemente significativo. Por una parte se pudo apreciar « de cerca » el valor de su obra, y en segundo lugar sirvió a los jóvenes pintores que buscaban en las profundidades de un arte cinético, para embarcarse definitivamente en la tendencia. Poco tiempo después de la muestra, un grupo de pintores argentinos viaja a París para dedicarse a una labor intensa y lenta. Surgen de este laboratorio artístico —donde cada día se experimenta con nuevos descubrimientos de la « alquimia plástica »—, algunos resultados insospechados. Como paradigma del grupo podemos citar a Julio Le Parc, creador de « objetos maravillosos ». La contemplación de cualquiera de ellos, maravilla realmente y atrapa en seguida al espectador, disponiéndolo a participar mucho tiempo en ese juego, que

le divierte, le produce placer, le hace sonreír...

Es difícil explicar un objeto de esta índole. Hay que imaginar una caja dentro de la cual se producen las más inusitadas combinaciones de formas coloreadas, luces, reflejos, y mil sorpresas más. La construcción se logra, en general, con elementos ajenos a los que proporciona la paleta del pintor, y la luz no es una ilusión artificiosa, sino una realidad física. ¿Corresponde incluir esta expresión plástica, dentro del campo pictórico? Es un tema de discusión que por ahora sólo me limito a enunciar. Lo que sí puedo vislumbrar es la importancia que pueden tener estos nuevos objetos, para futuros maridajes con la arquitectura. Comenzaría por fin a ser una realidad esa tan famosa y deseada « integración de las artes » de la que tanto se habla y tan poco se hace en su favor.

Me he permitido nombrar a este plástico residente en París —aludiendo por su intermedio al grupo al cual pertenece—, porque el viaje puede significar nada más que un paréntesis en la vida de estos pintores. Son argentinos, se formaron allá y es muy posible que regresen —algunos por lo menos— para ofrecer el botín de sus conquistas.

Cuando ya parecían agotadas todas las posibilidades de búsqueda, experimentación y hallazgos, el informalismo provoca una conmoción desconcertante. La primera consigna establece declarar la guerra a la forma, para entrar en contacto directo y absoluto con la materia, considerada como el primer elemento de la creación. Aparecen entonces nuevos demiurgos, dispuestos a crear Adanes inéditos con ese barro al que ellos se aventuran a dar vida, gracias al soplo divino de su poder de artistas. La filosofía es una aliada incondicional, y el budismo tzen alcanza el pináculo de la gloria; la literatura siente que la necesitan y se hace portavoz en este segundo principio del mundo. La obra pintada se acepta y se la aclama, o se la rechaza tra-

tando de destruirla. Se es informalista o antiformalista.

Con esta fuerza generadora, lo que se crea son legiones de jóvenes que se sienten capaces de ser pintores, corriendo el peligro de confundir una experiencia y deleite personales con la expresión seria e importante que impone toda obra artística. El tiempo es en estos casos el mejor juez, y él nos dará la respuesta justa, que corresponda a nuestros interrogantes.

Como protesta contra la actitud informalista, aparece el grupo denominado « otra figuración ». Se insiste de nuevo en el problema de la imagen y se aspira a dar una visión original —en el sentido de inédita—, de la figura humana y de las cosas. Utilizando los argumentos diametralmente opuestos a los esgrimidos por el otro grupo, se inicia la campaña de lo figurativo. Junto a estos apasionados e impulsivos temperamentos, actúan otros pintores con iguales inquietudes, pero menos desesperados. Un verdadero remanso en esa isla convulsionada lo constituye el grupo de « arte generativo », donde la geometría dibuja formas plásticas, suspendidas en espacios ideales.

Si tuviéramos que considerar cada experiencia individual, el comentario resultaría caótico e interminable. Me propuse recalcar los movimientos más recientes —sintiéndome culpable por los olvidos inconscientes—, sin mencionar nombres de la generación de los más jóvenes, por temor a caer en arbitrariedades.

He dejado para el final la figura de Leonidas Gambartes (3), pintor de factura personal y extraña, cuyos temas se remontan a la época precolombina, con sus mitos, brujerías y leyendas, porque me parece que el contenido de su obra reviste gran importancia.

Gambartes significa una vuelta al pasado, una mirada retrospectiva a la figura del indio, personaje ancestral en vías de extinguirse. Es posible que toda la pintura de Gambartes sirva para mantener presente la vivencia de nuestras civilizaciones desaparecidas y contribuya, con el valor de un jeroglífico —documento que en este caso pertenecería a la historia y a las artes—, a eternizar los orígenes de América, continente aún tan lleno de misterios.

(3) Deseo aclarar que la mención de nombres de pintores residentes en Buenos Aires no significa desconocimiento de la obra de los artistas del interior de la República Argentina.

LUIS OYARZUN

Imagen de Chile



CHILE, a través de su historia, como en muchos de sus problemas y perspectivas actuales, se constituye en íntimo contacto con su geografía, con su posición singular dentro de América

del Sur y con los rasgos anatómicos y dinámicos de su tierra: desiertos, estrechos valles, un largo llano central, archipiélagos, benignidad del clima y rigores catastróficos de su conducta geológica, todo esto unido a una larga costa sobre los deshabitados del Océano Pacífico. La tierra chilena imprime carácter a la vida social, y en conjunción con los empujes y vicisitudes de la vida humana, crea ciertas constantes que dan al país un perfil especial dentro de América, aun cuando sus grandes temas sean análogos a los de las naciones hermanas.

Es la nuestra una tierra lejana, la más lejana del mundo occidental, un auténtico Finisterre. Esta « remotez » de nuestra *residencia en la tierra* convirtió desde antiguo a este país en suelo que surge como leyenda ante los ojos distantes y que es difícilmente poblado por olas sucesivas de conquistadores —araucanos, incas, españoles— que fundieron sus sangres en la

guerra, sin llegar a fundir sus mitos ni a crear otros nuevos. Una tierra con muchas sangres y sin mitos realmente propios. Habría que decir —quién sabe— que el único mito nacional que ha dado una base común al vuelo de las imaginaciones a través de la historia chilena ha sido un poema del Renacimiento español: *La Araucana* de Alonso de Ercilla.

La guerra de conquista, en esta tierra sin muchas riquezas aparentes, creó pronto el mestizaje, con todos sus matices conflictivos operando más desde el inconsciente que en la conciencia. La propia lejanía se traduce también en la pobreza de tierras y gentes, que tienen que habérselas con riquezas difíciles y no siempre visibles. Chile es un país sin palacios o templos imponentes, sin ruinas señoriales de ninguno de sus ocupantes sucesivos. La ciudad de Concepción, por ejemplo, segunda capital del país durante cuatro siglos, no tiene una sola mansión colonial, siquiera en ruinas, que mostrar al visitante interesado en su azarosa historia. Y ello no es culpa exclusiva de los terremotos, sino consecuencia de la austeridad de la vida de los pobladores y de la precariedad de la colonización hasta mediados del siglo XIX.

Las tierras fértiles, acumuladas desde la Conquista en pocas manos, permitieron la consolidación de una clase agraria dominante que gobernó a Chile sin mayores contrariedades hasta 1920. En compara-

ción con otras clases dirigentes de América, fue pobre, paternalista, sobria, carente de grandes visiones imaginativas, insular, canchepchana y filisteo. Desarrolló, por eso, una concepción política estrecha, opuesta a las reformas audaces y halló su arquetipo y su mentor en el más importante y discutido de nuestros políticos del siglo XIX, Diego Portales, quien acostumbraba decir que el orden se mantiene en Chile en favor del *peso de la noche*. Esta afirmación de Portales, intuición profunda en su género y bien característica de su clase, sirve de epígrafe a la política de mano dura que él instauró y nos permite entrever algo del trasfondo de las vicisitudes políticas chilenas en el siglo XIX. No sin razón un político liberal de tan alto coturno como Lastarria, cuando llegó a ocupar en 1876 el cargo de ministro del Interior, con el presidente liberal Aníbal Pinto, al encontrarse en su despacho el retrato de Diego Portales, en el primer acto de su gestión ministerial ordenó que fuera descolgado del muro.

Esta República, sostenida sobre el peso de la noche, que aspira al orden y teme los excesos de la libertad, se salva efectivamente de la anarquía y la monotonía sin ley de otros países de Hispanoamérica, y comienza a organizar sus cuadros intelectuales y técnicos a ritmo lento, tal vez lentísimo, temiendo que cualquier innovación radical pudiera abrir las esclusas del desorden. Se consolida así aquella que los liberales, con sarcasmo, llamaron la « República modelo », que Lastarria, Bilbao y otros intelectuales de su tiempo no se cansaron de zaherir, mostrándola como el despotismo de la noche, una continuación de la Monarquía española en tierras de América. Los reventones revolucionarios de estos mismos liberales son sofocados con mano tolerante, con mano que tiene menos dureza y crueldad que las manos sombrías que topamos en otros episodios de la historia de América. Por lo demás, aquellos rebeldes pertenecían a las mismas familias gobernantes.

*

El pueblo, entretanto, trabajaba y dormía. A veces llegaba a adquirir el alfabeto.

El régimen económico imperante descansa en una base feudal. Proviene de las encomiendas coloniales y es refractario a la aventura científica y tecnológica. Y de tal manera lo es, que resulta significativo recordar un suceso curioso de mediados del siglo. Cuando después de haber sido diez años Presidente de la República —a la sombra de Portales—, el general José Joaquín Prieto ocupó el cargo de superintendente general de Marina, se opuso en un documentado informe al bien fundado proyecto de establecer en Chile la industria de los astilleros, pues estimaba que siempre sería más fácil y barato importar barcos del exterior. Cualquiera iniciativa de esta clase chocaba, naturalmente, con esa mentalidad apegada a los usos y costumbres tradicionales de la tierra, envuelta en hábitos que venían desde siempre. Estilo de vida opuesto a otro tipo de espíritu que podemos encontrar también en Chile, en conflicto con éste representado por el general Prieto: me refiero al del hombre andariego, el hombre de imaginación, que no encuentra su sitio preciso en ninguna parte establecida del país, vaga a lo largo del territorio, sale a tierras extrañas, se mete en guerras y guerrillas como mercenario o simple buscador de aventuras, se embarca en buques sin itinerario fijo, se desparrama por el mundo, y constituye la imagen de ese *roto pata de perro*, tan propia de la psicología de una parte de los chilenos. Y es curioso ver cómo esta distinción de tipos humanos halla expresiones significativas en nuestra historia republicana. Frente al hacendado o al huaso, este chileno diablo que no se siente ligado a ningún oficio establecido, que tiene una cierta vocación universal o americanista o, simplemente, la picazón de correr mundos. Es ése el que sorprende a Lastarria en El Callao cuando llega, desterrado por Montt, a radicarse en Lima, alrededor de 1860. Este chileno —que forma legión— lo llena de asombro, porque desempeña toda clase de oficios con tal sentido de la iniciativa, que lo hace escribir en su *Carta de Lima* que no reconoció en él a sus compatriotas, a quienes se había acostumbrado a ver bajo la figura de los graves senadores y agricultores, que más se parecen, según él, a los gallinazos

ción filosófica de nuestra historia o de la historia en general, si no conocemos lo que ella ha sido en los hechos que la constituyen!, apuntaba Bello. No olvidemos que estamos recién apareciendo en el mundo intelectual, que no tenemos todavía luces suficientes ni mayores noticias fidedignas sobre los sucesos de nuestro pasado. Lastarria replicaba, desde un punto de vista que podemos considerar con respeto, que lo que interesa a países nuevos como los nuestros no es tanto el engolfarse en investigaciones de detalle acerca del pretérito, como el hacer, en cierto modo, la historia del porvenir para iluminar el presente, es decir, lo que él llamaba la « filosofía de la historia ».

*

Un debate semejante se concentra también en el tema de las relaciones entre América y Europa. Cómo tendremos nosotros, americanos del sur, que plantearnos el problema del desarrollo cultural de América en sus relaciones con Europa —el resto del mundo no figuraba aún para nosotros en esos tiempos—. Andrés Bello, siempre mesurado y prudente, recomendaba que los americanos imitésemos los mejores ejemplos de Europa, que siguiéramos el camino ya experimentado, que podíamos reconocer bien y recorrer sin tropiezos, asimilando todo aquello que fuera digno de ser asimilado con éxito y preparándonos para que, en un futuro indefinido y distante, pudiéramos ingresar con pleno derecho en la comunidad creadora de la cultura moderna.

Contra Bello, un Domingo Faustino Sarmiento y un Francisco Bilbao defienden una posición opuesta y anticlásica. Para Sarmiento, lo más importante no es echar las bases de nuestra cultura de una manera perfectamente orgánica, lógica y exhaustiva, avanzando paso a paso, para adelantar con entera seguridad. Ello sería imposible en un mundo en formación como el nuestro. Lo importante es trabajar con lo poco que tenemos; como adelantándose a la fórmula china de este siglo, la de « caminar con las dos piernas », es decir, avanzando como se pueda, pues todavía es-

tamos en gran parte incivilizados y nos falta mucho para ingresar en la comunidad de los más altos espíritus. Pero, en todo caso, debemos actuar ahora, desde ahora y aquí mismo, expresando, tal vez mejor por nuestras mismas deficiencias e imperfecciones, lo original de nuestra naturaleza como pueblos. Bilbao, por su parte, con su lenguaje inflamatorio, característico del pensamiento romántico latinoamericano, habla de la « virginidad de América ». América tiene una pureza que debe exhibir ante el resto del mundo, una tierra y una gente intocadas, no mancilladas por los errores de las viejas civilizaciones.

Pero todos estos pensamientos, que tienen amplia difusión en la clase intelectual de la América Española, no llegan a traducirse en actos o en instituciones. Son sólo síntomas de una inquietud que después llegaría a difundirse.

*

Hacia la mitad del siglo XIX, nuestros liberales teóricos descubren el universalismo. Descubren que nuestros países tienen una vocación universal, y que sólo en contacto con las fuentes universales de la cultura podremos abandonar nuestra situación de atraso. Desdó poco antes, los banqueros habían impuesto el libre cambio, la apertura de las aduanas comerciales. Para hombres como Lastarria, Marcial González, Ambrosio Montt o Manuel Antonio Matta, Chile y América debían sumarse a la corriente del progreso europeo y norteamericano, practicando un liberalismo integral, para instaurar la *semecracia* o gobierno de cada uno por sí mismo, que habría hecho la grandeza y el dinamismo cultural de los pueblos anglosajones. América ha de ser el continente de la libertad frente al autoritarismo de Europa y del Asia. En su credo dogmático en favor de la libertad sin condiciones, Lastarria llegó a afirmar que no existe la cuestión social, que existe sólo el problema político, que para él era asunto de leyes y de ideas.

Una segunda ola descubre el positivismo en la última mitad del siglo. Este trae, victoriosamente, a la larga, para la estructura institucional chilena, grandes y sig-

nificativos cambios. Por ejemplo, el laicismo del Estado, después de una lucha ardua contra la Iglesia clericalista, y la educación científica en las escuelas, aunque se tratara de una ciencia más verbal que real. Sin embargo, las masas no habían sido incorporadas aún a la vida nacional, a pesar de los esfuerzos de Sarmiento y muchos otros en la enseñanza primaria. Mas, como consecuencia de tales esfuerzos y de la constitución de un buen sistema de educación secundaria en Santiago y las provincias, empieza ya en la segunda mitad del XIX a perfilarse una clase media, la primera que surge con tal ímpetu en América Latina, clase que en cincuenta años llegará a ser el factor social decisivo de la vida chilena en muchos de sus aspectos. Bajo la influencia del positivismo y por medio de la educación pública laica, y yendo en contra del propio ideario de Comte, el Estado llega a erigirse en poder espiritual, por falta de organizaciones intermedias moderadoras y enriquecedoras, situadas entre el Estado y el individuo. La ausencia de estos organismos nos hace vivir entre Scilla y Caribdis, entre el estatismo avasallador y la anarquía. Ellos constituyen la base concreta de la vida democrática en una democracia orgánica. Pero entre nosotros recién comienzan a aparecer hacia 1900. De ningún modo existían como centros poderosos en el siglo XIX, cuyas únicas grandes instituciones son el Estado y la Iglesia. Tal vez por ello se explica en parte el avance del gran capital extranjero en los últimos decenios del siglo XIX. En ese período, no pocos historiadores, ensayistas y críticos de la vida chilena —citamos sólo a Valentín Letelier, Nicolás Palacios y al Presidente Balmaceda— registran la irrupción de una nueva atmósfera social, como consecuencia de la liquidación de la guerra del Pacífico, de la introducción del capital inglés en la explotación de las minas y del comercio externo. Empieza a hablarse cada vez con más énfasis de que el país ha cambiado de estilo al pasar de una vida ordenada y austera a una *dolce vita* de derroche y licencia. Letelier señaló con crudeza que entre los factores influyentes en esa transformación se hallaban los estímulos de tipo financiero, que se repartían en prebendas entre

los grupos dirigentes y los propios cuerpos legislativos, haciendo cada vez más necesaria una radical reforma intelectual y moral.

*

Así llegamos, en el umbral de nuestro siglo, a una situación que podemos calificar de expansión disgregadora de la vida nacional. Aparecen, por ejemplo, como puede verse en la novela de Blest Gana, los primeros *transplantados*. Es decir, algunos chilenos quieren sentirse totalmente europeos y viven en Europa como tales, o bien viven nostálgicamente en Chile la ausencia de Europa. Esta ruptura parcial del tradicional aislamiento promueve inéditos fermentos anímicos, que no se hallaban en la conciencia chilena pero que, desde esa época ejercerán una influencia cada vez más profunda. Surge un pensamiento revolucionario, de raíz anárquica o marxista, que influye en el movimiento obrero y estudiantil e incluso en la poesía, que por su parte es otro hecho nuevo, pues tiene características propias y es muy distinta a la que cultivaban los vates del siglo XIX, instrumental, adjetiva. Se instauran una mayor libertad de costumbres, una nueva sensibilidad en la relación social, al mismo tiempo que prospera un movimiento feminista de los más importantes de la América Española. Progresivamente los economistas y sociólogos van reconociendo, por su lado, que Chile vive en una crisis económica crónica, contra la cual se estrellan todos los esfuerzos reales o aparentes de los gobernantes, tal vez porque no se plantean los problemas básicos en sus términos fundamentales.

Hoy volvemos difícilmente a la realidad, justamente con esta conciencia de crisis que afecta a la posición de Chile en América, a la de América Latina en el mundo y a nuestra visión de nosotros mismos como nación y como personas. Descubrimos de pronto, abandonando la insularidad característica de nuestra historia, que somos un pequeño país aislado y pobre, comparativamente cada vez más aislado y más pobre. Un país que por pobreza tiende a cerrarse sobre sí y a hacerse, por lo mismo, más pobre que antes. Pero comprendemos también que no debemos se-

guir tan aislados ni ser tan pobres. Tenemos que repensarlo todo, volver a plantear nuestros problemas rompiendo algunas tradiciones y asegurando otras, en el seno de una nueva América Latina. Tenemos que reactualizar nuestro régimen de libertad, para que ésta sea libertad real y libertad de todos y no simplemente libertad jurídica. Pero ello no significa que tengamos que abjurar de nuestra tradición de democracia política, de país que ha sido, en efecto, un asilo contra la opresión en nuestra América. Debemos ser audaces y utilizar hasta nuestro humor escéptico, fruto del aislamiento y la pobreza, como correctivo de los dogmatismos que nos amenazan.

*

Como corolarios anexos agreguemos que, a nuestro juicio, el resultado espiritual de las revoluciones, del dinamismo social acelerado o de la lucha de clases, depende de la mayor o menor riqueza humana de esa revolución y sus dirigentes. No depende de factores puramente mecánicos y esquemáticos, sino de los que hayamos podido inspirar al proceso revolucionario. Los latinoamericanos debemos defendernos de los esquemas simplistas y aprovechar la rica experiencia moderna en donde esté: en la ciencia, la técnica, el arte o la política de todos los países del mundo. No basta asimilar tácticas ni técnicas. Es preciso desarrollar al espíritu en todas sus direcciones, pues la supervivencia de nuestras culturas y la suerte de nuestras aspiraciones dependen de nuestra capacidad de adaptación creadora a las nuevas circunstancias históricas. Estas circunstancias nos ofrecen la posibilidad de un encuentro con los países tecnológicamente atrasados, con aquellos que, bajo la influencia del idioma inglés, se llaman hoy subdesarrollados. Aprovechemos esta coyuntura en

lo que tenga de aprovechable, pero que ello no lleve a cortar lazos que nos vinculan a un futuro imprevisible, a una realidad mundial cambiante, que no podríamos nosotros esquematizar sin empobrecernos.

Nuestra orfandad cultural, por otra parte, nos da la posibilidad, que no tienen tal vez los pueblos de más viejas y unificadas culturas, de ser los primeros ciudadanos del mundo, pues podemos apropiarnos con legitimidad de todas las herencias. No nos aplasta la exigüidad de nuestro peso cultural. Podemos sentirnos comensales de las distintas culturas fundamentales del planeta. Podemos vivir tan íntimamente la herencia de las culturas orientales como la de las culturas de Occidente y podemos transformar este caudal hereditario en un movimiento de avance hacia un ecumenismo cultural, para el que no se encuentran todavía bien preparados otros pueblos más ricos, prisioneros de sus propios patrones históricos o de sus programas de vida demasiado estrechos. Como querían iluministas y románticos, podemos ser otra vez la Virgen América, la primera tierra del hombre universal, sin prejuicios de razas, de tradiciones excluyentes, de religiones o de sectas económicas y políticas.

Y como recién estamos comenzando a planificar continentalmente nuestro destino, tenemos la posibilidad de realizar esta planificación manteniendo las libertades, sensibles a lo imprevisible del hombre y del futuro humano, y sintiendo que, por encima de los problemas de emergencia que hoy nos agobian, se halla ante nosotros la perspectiva de un desarrollo libre del hombre, que podría verse trabado por culpa nuestra, y no verificarse entre nosotros, un desarrollo que podrá convertirse en regresión, si abandonamos, por una parte, el afán de libertad expresiva del hombre o, por otra, el deber de justicia.

THEODORE BEREGI

El hambre en los países subdesarrollados



EL PROBLEMA del hambre constituye actualmente el centro de las preocupaciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. Y la tarea es enorme, teniendo en cuenta

que mil quinientos millones de seres humanos padecen hambre.

Lo que todavía agrava la mala condición alimenticia de los países subdesarrollados es que la población del universo aumenta cada año en cincuenta millones de personas. Siguiendo este ritmo, a fines del siglo XX la cifra de habitantes llegará a seis mil millones. A medida que la población aumenta en los países pobres, donde el control de los nacimientos brilla por su ausencia, la alimentación se hace más problemática, debido a este aumento de población y al hecho de que las tierras laborables no son utilizadas convenientemente.

Hay una historia del hambre. Desde que la humanidad apareció sobre la tierra, la miseria subsiste como un fenómeno doble, biológico y social, pues los poderosos del mundo, para conservar sus privilegios y su dominio, han hecho todo lo posible para mantener la miseria y la pobreza, para aniquilar toda la resistencia de los humildes, y para disminuir sus facultades combativas y para las desigualdades del orden social.

Hace siglos se consideraba la miseria co-

mo una cosa natural, un azote de los dioses. más aún, los hombres la aceptaban con resignación, por ignorancia o por superstición, como una fatalidad del destino humano.

Pero, más tarde, los filósofos revolucionarios instruidos y los reformadores sociales se elevaron con fuerza contra la ignorancia humana, contra la miseria —que no era más que una forma de esclavitud todavía más cruel— e incitaron a los hombres a sublevarse contra su condición social desgraciada.

Es cierto que en los países occidentales el progreso de la civilización industrial, la explotación racional del suelo, y después la evolución de la conciencia obrera y el desarrollo del movimiento sindical han liberado en gran parte a la población de la miseria fisiológica y han modificado profundamente sus condiciones de existencia. Desde hace cien años, las luchas reivindicatorias han contribuido a mejorar progresivamente las condiciones de vida de los pueblos. Sin embargo, incluso en los países ricos como Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, todavía no se trata del paraíso; quedan aún muchos desafortunados que no tienen el mínimo de bienestar.

No obstante, hay que convenir en que si en estos países no se encuentran epidemias de hambre, con su aspecto, con sus manifestaciones biológicas tan alucinantes y tan horrosas como en Africa, en Asia y en los países de América Latina, es porque el progreso de la ciencia técnica, las posibilidades inmensas de aumentar las riquezas industriales y naturales, han sido puestas al servicio de la producción y de la distribu-

ción de los bienes de consumo. La situación geográfica, la condición excelente del suelo y las inversiones financieras han favorecido, sobre todo, las posibilidades infinitas del desarrollo agrícola e industrial.

« Según estudios recientes sobre el consumo alimenticio — escribe B.R. Sen, director general de la F.A.O.—, sólo una sexta parte de la humanidad está alimentada convenientemente. En su mayoría, estos pueblos viven en América del Norte, en Europa Occidental, en Oceanía y en ciertas partes de América del Sur. Su alimentación es buena, tanto en cantidad como en calidad. »

En cambio, en los países subdesarrollados de África, de Asia y en algunos países de América Latina, la situación social de los pueblos es desastrosa y hasta catastrófica, y esta situación se puede atribuir, no solamente al suelo ingrato, a las epidemias, a las calamidades periódicas como los sismos, las sequías y las inundaciones, sino también a una vida económica poco desarrollada y a un aumento demográfico excesivo.

« En vastas regiones del mundo, particularmente en esos continentes subdesarrollados que son África, Asia y América Latina, la mayor parte de los individuos reciben una alimentación monótona e insuficiente: algunos de ellos comen dos veces al día, pero muchos otros una vez solamente. En muchos países, los niños ya no beben leche a partir del destete. Muchos otros caen enfermos o mueren antes de llegar a la edad de recibir una alimentación de persona adulta. En estas regiones la mortalidad infantil correspondiente a los niños entre uno y cinco años es a menudo quince veces mayor que la de los países avanzados. En ciertos sitios los hombres viven en un estado de hambre casi perpetuo. Muchos otros, durante toda su existencia no tendrán nunca el régimen alimenticio equilibrado que les hubiera permitido desarrollarse sanamente y llevar una vida activa » (1).

La condición biológica desequilibrada de las masas populares que se llama hambre o miseria engendra forzosamente enfermedades destructoras y difíciles de curar, a causa precisamente de la privación alimen-

ticia permanente que diezma millares de niños muy pequeños: como el kwashiorkor o desnutrición maligna, el raquitismo, la avitaminosis, la pelagra, las paperas y la anemia. « He sido testigo ocular del hambre terrible de Bengala en 1943, que mató cerca de tres millones de hombres », escribe el señor Sen.

El hambre, debilitando los cuerpos y zampando las energías, es responsable del paro, de la elevada mortalidad de los nenes y de las futuras madres, de las enfermedades de carencia y de la tuberculosis... El analfabetismo, la enfermedad y el cargarse de deudas, asociados a las formas sociales caducas, mantienen a las poblaciones rurales de las regiones subdesarrolladas en estado de apatía y les quitan todo deseo de aumentar su productividad.

Para resolver el problema de la mala alimentación es indispensable aumentar la producción alimenticia y el poder de compra, desarrollar la actividad económica, suprimir las restricciones de los intercambios internacionales de los géneros alimenticios y mejorar el bienestar de las poblaciones rurales...

Puesto que la agricultura es el sector clave para llegar a la solución de la pobreza, es necesario empezar por el desarrollo de la agricultura, si se quiere transformar la economía de subsistencia en economía de mercado... Pero en los países subdesarrollados las técnicas agrícolas son muy atrasadas y las instituciones dificultan su modernización. Es difícil salir del círculo vicioso: rendimientos flojos, agricultura de subsistencia, falta de capitales, insuficiencia de las inversiones que tienden a mejorar las tierras y a racionalizar el trabajo agrícola gracias al empleo de los abonos sintéticos, de las semillas seleccionadas y de las máquinas.

Sin embargo, la F.A.O. ha decidido realizar una campaña vigorosa contra el hambre, a pesar de los obstáculos que son múltiples. Pero, ¿cómo? Existen dos medios: uno consiste en explotar las tierras y las aguas que todavía no han sido utilizadas; el otro es el aplicar de manera más general y racional las técnicas modernas que son el resultado de las investigaciones científicas.

El primer método exige planes a largo plazo e inversiones considerables y puede suscitar problemas enormes. El segundo mé-

(1) *La lutte contre la faim*, F.A.O., Rome, 1960.

glo XVI al siglo XX, que ahorra para comprar máquinas y equipos. El campesino de los trópicos, de 1961, generalmente no ha alcanzado la productividad de su colega del noroeste de Europa en el siglo XVIII. En Africa cultiva todavía con la azada, con la fuerza de sus brazos solamente. Y la energía animal de que dispone en el Asia del sudeste y en América Latina es muy limitada. Lo mismo ocurre con sus sobras y con sus excedentes monetarios.

« Una revolución técnica por la intensificación y la diversificación de las producciones, la alianza íntima de la ganadería y de la agricultura son la base del buen éxito de una reforma agraria.

« La cooperativa de producción, si llega a suscitar el entusiasmo de sus adherentes, puede ser mañana, después de la reforma agraria, el factor esencial del progreso de la agricultura : así sería suprimido con rapidez este arcaísmo inaceptable que es todavía el hambre del mundo. »

Sin embargo, sin control de los nacimientos, sin progresos muy rápidos de la agri-

cultura, el hambre va a agravarse peligrosamente. ¿Quién podría prever las consecuencias políticas de esta agravación?

Josué de Castro, presidente del Consejo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, autor de libros importantes (*Géopolitique de la faim, Géographie de la faim, Le Livre Noir de la Faim*), combate a los neomaltusianos que atribuyen al exceso de población el origen del hambre. Para resolver este problema complejo, recomienda la asistencia técnica a los países subdesarrollados :

« Si en estos últimos años el aumento de la producción alimenticia había excedido sensiblemente el de la población, no es menos cierto que en las zonas de miseria las condiciones de vida no han experimentado ninguna mejora substancial. Si el hambre y la miseria existen en el mundo no es porque hay demasiados hombres, sino porque hay pocos hombres que producen y muchos hombres que deben comer.

« Hay una solución verdaderamente realizable para hacer desaparecer el hambre y la miseria, y es la asistencia técnica a las regiones de economía poco desarrollada, que debe comprender la explotación racional y científica del suelo, la reconstitución de las tierras agotadas, la electrificación, la irrigación, las redes de transporte. Gracias a las aplicaciones técnicas, se podrán transformar esas regiones en zonas de productividad elevada y de pleno empleo, en el cuadro de una economía mundial en expansión.

« Al liberarse del hambre, los grupos humanos escapan al mismo tiempo al miedo que les oprime, a este miedo que les conduce, demasiado a menudo, a actitudes deplorables e incompatibles con la dignidad de la condición humana. »

De las conjeturas y de las consideraciones diversas, pero análogas en sus líneas fundamentales, de los tres especialistas reputados de la sociología del hambre y de la miseria, se desprende, en último análisis, una preocupación común y angustiosa : es no solamente la de querer yugular el hambre en su expansión dramática, sino la de suprimirla radicalmente por medios técnicos racionales y experimentales, para que no haya más hombres, mujeres y niños que sufran y mueran de hambre cada día en el mundo.

POLYCENTRISM

a special number of

SURVEY

presenting a comprehensive and up-to-date report on the schism in world communism and the current policies of the major communist parties and states.

including articles on : Russia and Eastern Europe (by *Melvin Croan, Boris Levitski, K. Jelenski, G.R. Urban*), East Germany (by *Evelyn Anderson*), Albania, Yugoslavia, the Balkans (*Ernest Halperin, J.F. Brown*), France (*Pierre Fougeyrollas*), Italy (*Giorgio Galli*), Sino-Soviet rivalry (*G.F. Hudson, W.A.C. Adie*), Cuba and Latin America (*Boris Goldenberg*), Africa between nationalism and communism (*Fritz Schatten*).

This is the first systematic attempt to analyse one of the newest and most significant trends in world politics. Make sure of your copy by taking out a subscription. SURVEY is published six times a year.

Yearly subscription rates : £ 1 or \$ 3.00 ; France, 14 NF ; Germany, 12 DM. Special student rates : 10/- or \$ 2.00 ; elsewhere, half price. Write for further information and a specimen copy to

SURVEY

SUMMIT HOUSE, 1 LANGHAM PLACE, LONDON W.1.

balcón de París

POR RAMON XURIGUERA

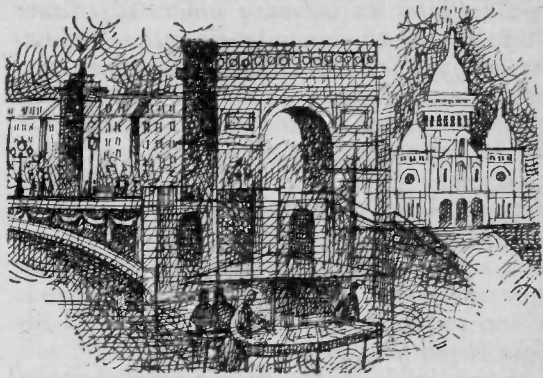
Henry Miller, escritor maldito

EL PASO DE Henry Miller por París no ha dejado de ser señalado por la prensa. Su semblante apacible, suavizado todavía por la edad, apenas deja adivinar al terrible inconformista que escribió *Trópico de Cáncer*.

Henry Miller vivió durante diez años en la capital francesa; años duros, de privación y de desorden, años fecundos también si se tiene en cuenta lo que debe a su experiencia. Se alojaba en un hotelito de Montparnasse, cuando este barrio era aún centro de confrontación agitada de métodos y de principios artístico-literarios. De ellos extrajo Miller reparos y orientaciones, y a ellos debe muy probablemente su vocación de escritor.

Escribir, para el hombre azotado que era en aquel entonces Miller, amargado con respecto a su país, menesteroso, soliviantado contra todo y contra todos, devorado por una aciaga pasión, no le era concebible sino trazando las circunstancias de su vida, contándose, reflejándose tal cual era, cómo actuaba, cómo sentía, y ello sin omisión de detalle ni repliegue, por procaces e impúdicos que fueran.

La publicación de estos primeros escritos levantó una vasta ola de escándalo. Miller fue tildado de insolente, de pernicioso, de escritor disoluto e inmoral. No por eso dejó de continuar fiel a su cruda manera. A *Trópico de Cáncer* siguieron *Trópico de Capricornio*, *Primavera negra*, *La sonrisa al pie de la escala...*



Su manera consistía en decir las cosas por su nombre, en consignar las intimidades más secretas, a veces inconfesables, a menudo deprimentes. Sin deseo de crear tipos ni héroes, los libros de Henry Miller emanaban de una autobiografía despiadada, la de un ser compelido a luchar por la existencia, de su amor por Moona, exaltante y degradante. En este examen a la vez severo y complaciente de su vida, Miller iba en pos de una verdad no siempre juzgada sana. Su impulso era sincero, su consecuencia morbosa, al menos para los lectores puritanos. En nada atenuaban las anotaciones atrevidas los arranques torrenciales de lirismo desprendidos como un charrón de diamantes entre montones de cieno.

Las secuelas de esta reputación malsana todavía se dejan sentir hoy a pesar de la avanzada edad de Miller. Hasta el año pasado no fue autorizada la publicación íntegra de *Trópico de Cáncer* en Estados Unidos, país natal de su autor. Y aun así, sus ligas morales no dan tregua. Después de haber dedicado a su obra una lucha sin cuartel durante más de veinte años, Miller y su editor se hallan todavía ante unos setenta y cinco procesos. La fama de escritor maldito que acompaña a Miller deja a la zaga la de Sade, la de Baudelaire y la de D. H. Lawrence de *El amante de Lady Chatterley*.

El autor de los *Trópicos* ha sido recibido en París con la atención que se concede a los grandes escritores. Con motivo de su paso se ha anunciado la próxima aparición en francés de *Ida y vuelta a Nueva York*

y de *Pintar es volver a amar*. El primer libro es una correspondencia que se remonta a 1935. En esta época, Miller hizo una estancia de dos meses en Nueva York. Después de haber permanecido ausente durante siete años, vio ciertos aspectos de su país como antes los vieron en España Larra y Cadalso, como los imaginara en Francia Montesquieu. Miller es riguroso para con su patria. Reprocha a sus compatriotas que no saben ser felices: « Podrían vivir como príncipes, pero no saben vivir. » Según él porque son hipócritas.

Es un juicio severo. Bien es verdad que si Miller concede virtudes a la vida se las niega obstinadamente al hombre.

Este escritor escandaloso es, en el fondo, un romántico. Ha querido alojarse en el mismo modesto hotelito que habitó durante sus años de penuria en Montparnasse; se complace en hablar con la gente de la calle que, según él, dialoga cumplidamente, cualidad de la que carecen los norteamericanos; se embelesa con el amor que los franceses experimentan por sus ropas, por sus muebles, tan contrario al frenesí americano por lo nuevo y por el cambio; llora cuando visita a Blaise Cendrars enfermo, con quien había contraído tan buena amistad cuando andaba vigoroso y lozano; no resiste al deseo de volver a ver Moona, al cabo de veinticinco años, hallándola desmerecida, envejecida, recién salida de un asilo, y se conmueve pensando que semejante ruina un día le enloqueció porque le había abandonado, llevándole al borde del suicidio.

Este aguerrido defensor de la libertad del escritor, va a reunirse en Formentor con el jurado del cual forma parte, a fin de otorgar un premio literario internacional.

Quizás tenga ocasión de meditar que sus obras están prohibidas en España. Y que la forma y el contenido mismo de sus libros son allí considerados con horror.

Viridiana

No porque la película fuera realizada en España iba a cambiar en lo más mínimo el universo habitual de Buñuel. El autor despiadado de *Las Hurdes* es el mismo que ha dado forma a *Viridiana*: idénticos problemas, los mismos desniveles de esta

España pobre y trágica. Cuando Buñuel ha operado en otros climas —en Francia en México— lo ha hecho asimismo con los valores de su mundo, que hoy, por su inalterable permanencia, podemos considerar como esenciales: la miseria, la rebelión, la crueldad. Todo ello espolvoreado de erotismo, de irreverencia para con lo sacro, de lirismo superrealista. Este realista veterano, debe al superrealismo de sus años mozos un poético rescoldo que se infiltra en toda su producción. En *Viridiana* lo constituye el episodio de la muchacha sonámbula. Y para que nada falte al romanticismo superrealista, ahí está la escena de la ceniza, símbolo del pecado y de la expiación.

Viridiana es la primera película realizada por Buñuel en España, después de su salida de ella hace veinticuatro años. Las facilidades concedidas por los poderes públicos españoles se explican por el afán de congraciarse con las figuras del exilio que han adquirido relieve internacional. Era desconocer a Buñuel el creer que haciendo uso de la prometida libertad ello implicaba que desnaturalizase el universo al que ha permanecido siempre fiel. Este universo constituye su personalidad. Y de esto nació el escándalo que causó alguna destitución oficial, amén del veto opuesto al acceso de la película a ciertas pantallas.

Nada tiene, pues, de sorprendente que cuando este anatema fue suspendido en Francia, la película de Buñuel fuese recibida como un acontecimiento. Dos cines la proyectan actualmente en París, y la crítica no le regatea plácemes.

Buñuel se ha creado una reputación de cineasta cruel, amante de las escenas feroces, captador de bellas imágenes repletas de intención atroz. El recuerdo de *Los olvidados* ha contribuido no poco a esta imagen de patético opresor.

Por una parte, cediendo Buñuel a la demasia, cumple con la violencia de la época y aun le corresponde ser uno de sus agoreros: recuérdese la irrupción de *Un chien andalou* en un período de amables comedietas y la del aturdidor *Age d'or*, que no sabemos por qué misteriosos motivos puede haber desaparecido definitivamente de las salas oscuras.

Por otra parte, propendiendo a la mi-

seria, a la impiedad y a la carencia de escrúpulos en el duro batallar por la existencia, Buñuel se coloca en la más pura tradición de la picaresca española. Es desde esta arista donde toman sentido los ciegos, los lisiados, toda esta pobreza que pulula en las cintas del acerbo cineasta. Y es en ella donde se revelan los resortes de estos transportes eróticos, de estas exaltaciones de beatas, de estos símbolos trágicos que contienen mucho de idolátrico y muy poco de apóstolico.

Viridiana es una película picaresca. Poco importa la nota de modernidad que quiere asumir el hijo del campesino rico. Por de pronto es un hijo natural, héroe de melodrama, como corresponde a la picaresca afabulación. ¿Qué más da que desvíe de su vocación a la devota primita que se destinaba al claustro? En esta intriga se inscribe el fresco de pordioseros y de gazmoñería que refleja un cariz muy peculiar de España.

Toda esta miserable humanidad no le merece a Buñuel otra estima que la de traducir un documento. Sus bajezas y sus crueldades son descritas con implacable libertad. Ello subraya la trágica sensación de iluminación devota y de plebeyos instintos, de atraso, de feudalismo y de hambre que se desprende de toda la película.

Espectáculo Béjart-Scarlatti-Dalí

Donde anda Dalí, merodea un propósito de escándalo. Si éste no surge, es contra su voluntad. Ni las coliflores de sus peroraciones ante los estudiantes del Barrio Latino, ni sus jergas rinocerónicas al socaire de *La dentelière* de Vermeer de Delf, ni sus payasadas al lado de Cocteau al servicio publicitario de un grupo de constructores de casas, han producido este efecto. Pero lo ha conseguido en el espectáculo que bajo la responsabilidad de Béjart, director de danza en el Teatro de la Moneda de Bruselas, ha sido presentado recientemente en el Teatro de los Campos Elíseos.

Para ello ha sido necesario pisotear el buen gusto y escarnecer los símbolos de la fe, así como los más respetables sentimientos de humanidad. Por ejemplo, montar un ballet de paralíticos, lacerar las ban-

deras nacionales, ridiculizar los mitos sagrados...

Diríase que Béjart quiere parangonarse con Dalí recurriendo a la provocación con el único fin de suscitar el escándalo. No otra cosa parecen sus coreografías violentas, su gusto por las anatomías acusadas, sus eróticas audacias tales como aparecen en *Sinfonía para un hombre solo* y más aún en *Le Sacre du Printemps*.

Pero para que el público se alterase ha sido necesario caer en la vulgaridad. En ello Dalí es mejor maestro que Béjart. Lo atestigua la repulsión que su colaboración ha suscitado. Pues el escándalo no se ha producido porque los espectadores no hayan sabido admitir lo nuevo ni lo original, sino por la mediocridad del espectáculo, que es trivial, aburrido y estúpido...

Los árboles de la capital

Los de la calle solamente, sin contar los de los jardines públicos, ascienden a 85.000. Contribuyen a esta sonriente fisionomía de París que las tarjetas postales reblandecen con sus colores emolientes. Al llegar la primavera, verdean con encajes de hojuelas que recubren sus tristes ramas negras. Es un encanto entonces discurrir por los muelles del Sena, contemplando el agua verde que supo fijar Marquet y el rico enjambre de grises que fluctúa entre cúpulas y agudas flechas de iglesias. Quizás en parte alguna del orbe el enlace del árbol, del agua y de la piedra se armoniza con tan distinguida sencillez.

En el ángulo de la Plaza de la Concordia que linda con el Petit Palais, hay un frágil ciruelo del Japón que precede a todo el arbolado parisiense en el estallido de sus yemas. Por su precoz despertar es clarín de la primavera. ¡Cuántos parisenses iniciados acechan su temprano despertar, salpicando con sus bolitas sonrosadas el oscuro cinturón de árboles que lo rodea!

Poco tardan después plátanos, catalpas y castaños en redondear sus copas. Su optimista follaje remoja parques y calles. Hasta que el otoño lo azota. Doce mil metros cúbicos de hojas muertas son su anual despojo. Así entran abatidos en las nieblas del invierno aguardando el milagroso renacer de otra primavera.

libros

« La juventud europea y otros ensayos »



ESTE LIBRO que acaba de publicar el profesor Aranguren (Seix Barral, Barcelona,

1961), una de las inteligencias católicas más claras de la España « interior », nos permite plantear dos temas : uno, explícitamente desarrollado, la juventud europea y su posible conexión con la juventud española ; otro, que sólo implícitamente está planteado, la función social del intelectual en las sociedades desarrolladas y semidesarrolladas.

En términos generales, podemos partir de la hipótesis de trabajo de que la función del intelectual, en cualquier tipo de sociedad, se puede reducir a dos puntos : investigar en su campo concreto intelectual y participar en la vida social a la que pertenece. Esta segunda función es ante todo una función crítica : denunciar y protestar contra lo que no está bien, lo que no funciona bien. Se protesta ante el Gobierno o Parlamento y se denuncia ante la opinión pública. Así, por ejemplo, se denuncia y se protesta contra las posibles corrupciones, contra el exceso de poder, los peligros de una guerra nuclear, la superación de los esquemas de las guerras civiles, el colonialismo, etc. Son, en realidad, protestas éticas : ideas y valores a los que la cultura humana ha llegado. Estas protestas se aceptan o no se aceptan ; crean un clima de opinión o no lo crean. Pero hay un hecho claro : las protestas en un país democrático no ocasionan conflictos serios con el sistema jurídico-político. Pueden ocasionar, en excepcionales casos, ciertas sanciones cuando las protestas traspasan los límites de la propia legalidad democrática. Aun en este último supuesto, las consecuencias se diluyen en un plano trivial : una amonestación o una pequeña multa. La protesta intelectual se considera válida, legítima e incluso necesaria : es una función concreta del intelectual en la sociedad en que vive.

Ahora bien, ¿qué función debe cumplir el intelectual en las sociedades no democráticas, por

ejemplo en los totalitarismos o en los países semidesarrollados? El punto de partida es distinto. Carl Schmitt, teórico más o menos ambiguo del nazismo alemán, afirma en su *Ex captivitate salus* : « En un sistema totalitario de un partido está mandado todo lo que no está prohibido. » Es decir, si la protesta no se manda, la protesta está prohibida. La razón puede ser ésta : la vida política, la vida de los ciudadanos, no es un juego pacífico (democracia) sino un juego bélico (dictadura). En toda dictadura hay siempre una guerra latente. A veces, la dictadura es o será el resultado de la guerra ; otras, la guerra es o será el resultado de la dictadura. Las dictaduras encubren la guerra latente con paz retórica. ¿Cuál es en este tipo de sociedades la función del intelectual? Hay, por lo menos, a mi juicio, tres actitudes :

1) *El compromiso*. Si es un sistema totalitario, la participación incondicional en el mismo. El intelectual, íntegramente comprometido, se enajena : vende su capacidad crítica, vende su inteligencia. Juega a las ideas y evita los hechos ; es el gran retórico, el gran metafísico. Las cosas que están bien, dice que están bien ; las cosas que están mal, dice que están bien. El poder, por ser el poder, es verdad y todo lo que se deriva del mismo es verdadero. El poder es la legalidad y la legitimidad. Por ello, el poder convence y seduce : la forma de convencimiento y seducción se llama corrupción. El poder —decía lord Acton— corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente. El intelectual así comprometido, buscará la corrupción absoluta : la retórica será la liberación de su mala conciencia.

2) *El silencio*. Es la tesis que ha defendido Carl Schmitt. El intelectual cuando no puede protestar, debe ironizar y si no puede siquiera ironizar, debe callar. Es la protesta por el silencio. Es evidente que en un sistema totalitario el que no participa en el sistema es un enemigo silencioso y tímido del sistema. Pero el silencio es un arma de dos filos. En efecto, es

una forma discreta de protesta ; mas puede ser también una forma discreta de colaboración. El silencio se justifica por el terror. Dice Schmitt en la obra ya citada : « Cuando la situación se hace completamente anormal y cuando nadie desde fuera le protege contra el terror interior, él mismo (el intelectual) tiene que determinar los límites de su lealtad. » Pero debe quedar claro que el silencio no es nunca neutralidad. O es resistencia pasiva cuando el terror o el miedo al terror pasado impide manifestar cualquier protesta, o es colaboración pasiva cuando pudiendo protestar, por su especial situación social o personal, no lo hace. La neutralidad no existe. Ningún intelectual ha sido, históricamente, neutral a su situación histórica ; ningún intelectual ha podido, aunque lo diga, quedar al margen de los problemas de su tiempo.

En los sistemas totalitarios y en las sociedades semidesarrolladas, en donde el silencio se practica como sistema usual de convivencia intelectual, surge lo que el profesor Tierno Galván denomina « las culturas de hibernación » ; la ambigüedad intelectual. Es decir, la criptopolítica, la criptoliteratura, la criptofilosofía, etc. Hay, además de silencio, declaraciones ambiguas, confusión, no clarificación, y protestas encubiertas. Se aprende a decir cosas sin decir las ; también se aprende a no decir nada diciendo cosas. En algunos países semidesarrollados, la historia de los intelectuales ha sido la historia del silencio forzado, de la ambigüedad forzada o la del exilio periódico.

3) *La protesta radical o la simple protesta.* El grado de radicalización vendrá determinado por las posibilidades del sistema y por la propia realidad social y cultural. Las protestas en los países supradesarrollados tienden a perder radicalización o son radicalizaciones transitorias. Así, la actitud ante los chantajes y asesinatos de la OAS francesa o el neomacarthismo de la John Birch Society norteamericana. En los países semidesarrollados, en las culturas de hibernación, es la actitud que parece más ética y coherente. Es la tesis de Tierno Galván aplicada a la novela y al teatro. Y la tesis que implícitamente desarrolla Aranguren cuando estudia la situación del catolicismo español actual. Dice Tierno Galván en su libro *Desde el espectáculo a la trivialización* :

« Las únicas novelas que en estas condiciones pueden escaparse de la minimidad... son las que, de un modo u otro, encierran una protesta : la protesta y el modo literario de protestar pueden denunciar cómo son los miembros humanos del rebaño. Se puede protestar desde dentro, desde una intimidad que no se resigna, o desde fuera, percatándose de la miseria del rebaño y de sus modos colectivos de vida, pero, en todo caso, lo único serio es protestar. »

Pero no sólo hay que protestar, sino que hay que protestar eficazmente. Es eficaz lo que es operativo, lo que es viable o lo que puede ser viable. En los países semidesarrollados hay el peligro de lo que Tierno Galván denomina la « radicalización estética ». La ambigüedad propia de un país semidesarrollado permite adoptar actitudes, aparentemente de protesta, pero cuya eficacia es mínima y, a veces, produce resultados contrarios : es un coadyuvante de la permanencia de aquello contra lo que se protesta. Es decir, la protesta estética. La generación literaria del 98, si tomamos un ejemplo español, fue en gran medida una protesta estética ante la política del sistema canovista. Las protestas radicales auténticas son sólo aquellas que parten de los hechos. El economista americano Galbraith observó ya que las ideas son reaccionarias y los hechos progresistas. La protesta desde los hechos aparece como la protesta más seria y operativa.

En este sentido, el profesor Aranguren denuncia desde hechos concretos. Es evidente que no pretende realizar una crítica radical de la sociedad y cultura españolas. Se limita en estos ensayos a tres temas muy importantes en sí y también por su impacto social : la juventud europea, el estado actual y futuro del catolicismo español y el problema del humanismo en el mundo actual. Por lo pronto, tienen ya un mérito inicial : son temas que están en el « nivel de los tiempos » y, por otra parte, están vistos con gran inteligencia y penetración. En esta nota vamos a comentar exclusivamente el tema primero.

En su ensayo sobre la juventud europea Aranguren pone de relieve el tipo de mentalidad dominante en esta juventud. Inevitablemente, la comparación con la juventud española surge en el contexto : hechos y juicios se entrelazan muy inteligentemente. En la medida en que España forma parte de Europa, la juventud española forma parte de la juventud europea. El problema está en cuantificar la medida de esta relación. A esto nos referiremos más adelante. El punto de partida es éste : tomando como base las encuestas de Schelsky sobre la juventud alemana y el informe publicado en el semanario *L'Express* sobre la juventud francesa, Aranguren comenta las notas que cualifican la mentalidad juvenil europea. Se pueden reducir a estas : positivismo, conformismo social, apoliticismo, privatización de la vida, pérdida de la fe religiosa, nivelación de las relaciones sexuales, etc. Recogemos unos textos que condensan estas conclusiones. Dice Aranguren :

« Lo que caracteriza a esta juventud, inclinada a lo positivo, es el desvío de las grandes frases, e incluso, de los grandes sentimientos, y su inclinación a un sobrio 'idealismo de la utilidad', para emplear esta afortunada expresi-

sión de Schelsky. » Más adelante añade : « La generación actual no es ya, en ese sentido, generación política. Tampoco es que haya regresado al viejo apoliticismo. Se ha despolitizado en cuanto que, sumamente escéptica por lo que se refiere a las ideologías y mitos políticos, no está dispuesta a dejar que lo público invada el ambiente de su existencia privada. La nueva generación no es 'revolucionaria', en el sentido de antes de la guerra, pero tampoco conservadora. Su interés se dirige, sobre todo, a la eficacia funcional. » Y luego : « En estos países, donde se ha alcanzado el tope de la prosperidad para todos, compatible con un régimen capitalista, los partidos de izquierda no pueden ofrecer más que una derecha inteligente, como no sea emprendiendo el camino de la lucha por la transformación radical de las estructuras sociales. Pero esta lucha asusta a todos... La gente, en general, y los jóvenes, en particular, aspiran a vivir tranquilos. »

Las citas, muy significativas, podrían multiplicarse. Pero no parece necesario. Los hechos, a escala europea, verifican todo esto ; más aún, estas conclusiones están basadas precisamente en hechos. Lo que nos interesa plantear es otra cuestión, íntimamente vinculada : ¿Hasta qué punto son válidas estas conclusiones para la juventud española? Está claro que los datos manejados son datos europeos y no fruto de encuestas españolas. Es cierto que Aranguren habla de la juventud europea, pero implícitamente —y, algunas veces, explícitamente— la juventud española recibe con ciertas atenuantes o agravantes los análisis de aquélla. Como el propio Aranguren señala, hay una coincidencia innegable : la guerra. Para los europeos, la guerra internacional ; para los españoles, la guerra civil. Las demás notas, a mi juicio, hay que considerarlas en función del sistema jurídico-político y de la peculiar realidad socioeconómica.

Confiemos en que estos ensayos del profesor Aranguren fomenten entre la juventud española universitaria la inquietud de conciencia necesaria para que adopte sus responsabilidades.

RAUL MORODO

Rosa Chacel :

« La sinrazón »

TRATASE de una novela originalísima, al margen del tiempo y de las modas literarias. Lejos de la *nouvelle vague*, pero sacudida por grandes olas oceánicas que se suceden rítmica e inexorablemente, como tantas fuerzas cósmicas cuyo orden y tiempo desconocé ca-

si siempre el ser humano. Muchas vidas enredadas en un mismo camino y que, sin embargo, tienen destinos diferentes.

El protagonista, Santiago, es al principio inominado. No necesita nombre para surgir con ímpetu y con misterio ; dos cosas que no son antagónicas. Rosa Chacel ha puesto ella también su misterio que, al fin, se resuelve en claridad ; algo recóndito y difícil de explicar, pero que surge cuando percibimos distintamente la intención que brota con diáfana espontaneidad. La autora siente en el fondo de las cosas una voluntad oscura. En la novela el hombre se nos muestra aplastado por una fuerza superior : la de la naturaleza o el azar indiferente y a veces hostil, o la de los errores contenidos en nuestros propios errores y también el fatalismo o determinismo provocado por la necesidad. El arte de la novelista sigue una línea sinuosa. El argumento se desarrolla en el campo, en un ambiente callado, influido por la naturaleza. La escritora siente una especial predilección por los personajes de un intelectualismo enérgico y doloroso, asentado en las ciudades o bien en la rudeza de la tierra. La trama está lejos de ser sencilla ; la acción resalta esa voluntad a la que antes hemos aludido. Un destino irónico y malévolos preside la fatalidad irremediable de esta *sinrazón* del universo. Rosa Chacel despliega libremente su talento descriptivo y muestra una percepción cuya grave armonía contiene un amplio registro. El análisis no es meramente literario, sino muy directo, surgiendo del objeto con extrema delicadeza y vastas intuiciones en que la imaginación tiene una parte importante. La hondura es lo más característico de esta obra que, pese a su originalidad, nos recuerda ciertas novelas alemanas : *La montaña mágica*, de Thomas Mann, por ejemplo. Es el mismo procedimiento introspectivo y analítico de los problemas internos que jalonan la vida humana.

El libro tiene mucho de autobiografía, no en la peripecia, pero sí en los complicados fenómenos de la conciencia. La autora está presente en el protagonista, observador y lúcido. Quitina, la esposa, es la eterna adolescente en la que la ingenuidad perdura aun después de ser madre y que conserva inalterable el candor de los primeros años de la vida. Elfriede, aunque parece paradójico, es la hembra elemental con ribetes de cultura. Su espíritu germánico, un entrevero de romanticismo y sensualidad. Mujer fatal y a un tiempo inocente ; víctima de esa fatalidad a la que su alma primitiva se somete. Uno de los personajes más curiosos de *La sinrazón* es Herminia. En ella existe una perfecta armonía entre su maternidad y una femineidad de tipo intelectual. Damián, el marido de Herminia, es hombre mal centrado, romántico de una época ya pretérita, igualmente intelectual

y que no encuentra más camino abierto que el de la muerte. Santiago es la voluntad de poder, el ansia de trabajo, la necesidad de amor, la facultad de comprender. En él se perciben tenues resonancias de héroe nórdico, a pesar de su ascendencia española y de su ubicación argentina.

La novela está escrita en primera persona y todos los incidentes, sensaciones, ideaciones y hechos concretos están meticulosamente analizados por el protagonista. De este modo no puede extrañar que siendo en parte una novela autobiográfica, su planteamiento, ejecutado por mano y mente femeninas, no corresponda exactamente a las características propias del varón absoluto.

MARÍA ALFARO

Eugenio Noel :

« Diario íntimo »

ENTRE LOS MONSTRUOS literarios —la expresión es de Ramón Gómez de la Serna— que dio la España de comienzos de siglo, Eugenio Noel, nacido en 1885 y muerto en abril de 1936, es uno de los más pintorescos y de los que menos merecen el olvido. Hijo de una criada de servir y de un barbero, se hizo escritor a fuerza de lecturas y de una tenacidad de hierro. Noel pertenece a la generación siguiente a la del 98, es decir, a la de Solana, Marañón, Ortega y Ramón Gómez de la Serna, quien ha definido a Noel como « la figura representativa del escritor que pudo ser genial, que nació para ser genial, pero el medio se empeñó en no dejarle, en hostilizarle, en hacerle vivir de precario ». Fue —añade Ramón— « un estupendo escritor de raigambre española, a ratos pícaro, pero en definitiva un gran hombre malogrado, desoído, sin mesa fija en que escribir ».

A los libros que publicó en vida —*Aguafuertes ibéricos*, *España nervio a nervio*, *Pan y toros*, *Notas de un voluntario*, *Lo que vi en la guerra*, y una extraordinaria novela, *Las siete Cucas* (1927)— se une hoy este póstumo *Diario íntimo* (Ediciones Taurus, Madrid), que es sin duda uno de sus libros más curiosos, y un documento de época —social y literaria— de evidente interés. Alcanza este diario desde los primeros años de la infancia de Noel hasta fines del año 1913, en que se publica su libro *El Rey se divierte*. Bohemio y andariego incansable, mientras viajaba sin parar y daba miles de conferencias, Noel tenía aún tiempo para escribir este pintoresco diario en que nos cuenta, con expresivo estilo, su vida de luchador : sus juegos infantiles, sus

primeras lecturas, sus amoríos secretos con chiquillas de su barrio, su estancia en el colegio religioso de Tardajos —fue, como no pocos escritores españoles, seminarista rebotado—, y sus infinitas correrías y aventuras recorriendo España *nervio a nervio*. Noel pasó hambre y miseria —« la miseria, escribe una vez, obliga a cometer actos dudosos », así llamaba sin duda a los sablazos que se veía obligado a dar—. Pero ¡qué cantidad de alma ingenua, de entusiasmo, de amor por su pueblo, Madrid, y por España hay en las páginas de este diario! Su gusto no era seguro, pero su curiosidad era inmensa, y su corazón, grande. « Llevo Madrid —y lo mismo podía decir de España— en la médula de los huesos. » Ese amor le llevó a campañas desatinadas contra la fiesta de los toros y contra el flamenquismo, en que consumió increíbles energías. Su *Diario íntimo* merece leerse : es una autobiografía llena de sabor de época, con páginas estupendas a ratos, de escritor de garra que se salta a la torera el sentido crítico y escribe porque tiene necesidad de escribir. Ha hecho muy bien la editorial Taurus en rescatar del olvido y del polvo estas páginas que se leen de un tirón y que nos hacen pensar en aquella España zaragatera y triste de que nos habla Antonio Machado.

J.L.C.

Otros libros

PEDRO SALINAS : La responsabilidad del escritor y otros ensayos

A pesar de que Salinas ha pasado a la historia literaria por sus obras poéticas, no dejó por ello de ejercer una amplia y fecunda labor intelectual. Como indica Juan Marichal, prologuista de este volumen (Seix Barral, Barcelona, 1961), durante el último decenio de su vida escribió novelas, piezas teatrales, estudios y ensayos literarios. Estos últimos, dispersos por revistas de toda América, van siendo agrupados después de su muerte en volúmenes al alcance del lector, hecho que nos permite descubrir una nueva imagen de Salinas, mucho más completa y sugestiva : la del humanista preocupado por los problemas culturales de la época.

Tal es el sentido y trayectoria de los trabajos insertados en el presente volumen, alguno publicado ya en « El Defensor », que no llegó nunca al público por haber coincidido con el famoso « bogotazo ». Aunque ninguno de ellos se corresponda con el título del libro, todos están

inmersos en dicha preocupación. El primero (« Aprecio y defensa del lenguaje ») es una encendida defensa del lenguaje en general y del español en particular, al pisar de nuevo Puerto Rico y sentir, con esa especial sensibilidad de exiliado, el hondo sentido de la comunidad del idioma.

El segundo trabajo (« Los nuevos analfabetos ») versa sobre las grandes mayorías alfabetizadas a quienes la deficiente formación moderna les aparta de todo interés que no sea el meramente pragmático. Para Salinas resulta peor enemigo que el decreciente analfabetismo, ya que nos engaña, haciéndonos creer que él ya no es problema, « que es uno de los obreros de la ciudad del espíritu, cuando, en verdad, es una quinta columna del analfabetismo total ».

Otro problema que el escritor acomete en « La gran cabeza de turco o la minoría literaria » es una honda defensa de dicha minoría, en tiempos en que no está muy de moda, que digamos. Pero Salinas apunta certeramente el sentido de las minorías —en absoluto sectas inconscientes y frívolas—, merced a las cuales ha sido posible la potenciación de tantas obras fundamentales en la historia de la humanidad. Sí, todo arte verdadero es social, pero esto no tiene nada que ver con el dictado de tal o cual necesidad política del momento... El escritor, el artista, debe tener libertad tanto externa como interna.

Completa el volumen un sugerente estudio sobre Balzac, que demuestra la penetración crítica de Pedro Salinas, uno de los más completos intelectuales contemporáneos de lengua española.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

IGNACIO ALDECOA : *Arqueología*

El nuevo libro de Ignacio Aldecoa (Ed. Rocas, Barcelona, 1961) es una colección de relatos en los que su autor, a través de los ambientes más distintos y de los personajes vulgares de la más vulgar vida cotidiana, va trazando un atractivo mosaico lírico lleno de extraordinaria ternura por las cosas pequeñas de nuestro mundo circundante.

Aldecoa nos tiene ya acostumbrados a este peculiar mundo suyo a lo largo de sus anteriores libros de relatos : *El corazón y otros frutos amargos*, *Visperas de silencio*, *Caballo de pica*. En el actual, sin embargo, su estilo se ha depurado y, con él, la sencillez de la narración, el ir cada vez más a lo que importa, a la pincelada certera y de un solo trazo en caracteres y situaciones. Sus personajes son los que podríamos encontrarnos cada día, pero Aldecoa tiene la virtud de señalárnoslos y mantener fija sobre ellos una atención que, de otro modo, nos habría pasado inadvertida.

Este es el caso de uno de los cuentos, que tomo al azar, como podría haber tomado cualquier otro : « El caballero de la anécdota », ese caballero anciano que va a sentarse cada día, a la misma hora en la misma mesa del mismo café. El camarero le sirve todos los días lo mismo y no sabe quién es ; él, que conoce a todos sus clientes, tiene uno que se le escapa. Teje a su alrededor las historias más descabelladas. ¿Para qué? Para matar el aburrimiento cotidiano, para tener algo en qué pensar. Lo importante es lo que imagine, no el hecho de que el caballero sea alguien tan vulgar como él mismo.

Hay veces en este volumen de relatos en que Aldecoa, a fuerza de síntesis lírica, adquiere cierta semejanza con los relatos cortos de Cela. Es el mismo modo de trazar a hachazos un personaje o la situación por la que discurre. El mismo modo de describirlo en cuatro palabras certeras : « A Maese Zaragosí le daban como lunas. El humor maligno del plenilunio le entraba por el cogote y le recorría la columna vertebral o raspa hasta que se le escapaba por la rabadilla... Andaba por la casa retorcido como un muelle. »

J.C.A.

LUIS REISSIG : *Educación y desarrollo económico*

Reissig es un hombre especializado en problemas de educación. No es un puro teórico, pues la observación directa de los hechos, lo que en la práctica sucede, viene a poner su relevante trazo en el estudio. Si la educación y la enseñanza en el estricto sentido parecen tener que ver muy poco con la economía, los hechos nos dicen que no es así, y ello lo vemos claramente en la investigación programática llegada a término por el autor.

Este libro (Editorial Losada, Buenos Aires, 1961), que cala más hondo de lo que puede suponerse a primera vista, va contra fáciles predicaciones demagógicas que infectan hoy el mundo y que dimanan, muchas veces, de que los predicadores no se dan cuenta del momento en que viven, dicho sea en su favor.

Veamos, por ejemplo, lo que Reissig dice en punto tan esencial como es el de la educación y alfabetización del elemento rural y campesino, tal como se lleva a efecto. Parte de esta verdad innegable : hace años la economía general era fundamentalmente agraria ; hoy es industrial.

No hace falta que se nos señale la importancia de la industrialización, pues el hecho es tan patente que nadie podrá negarlo. Efecto del

revistas

España



ENTRE LAS REVISTAS de arte españolas sobresale sin la menor duda *Goya*, editada en Madrid por la Fundación Lázaro Galdiano. Trátase de una publicación de gran calidad intelectual, de pulcra presentación y de interés

permanente. El número extraordinario dedicado al arte románico en toda Europa (julio-diciembre 1961, núms. 43, 44 y 45) merece ser comentado con amplitud.

A lo largo de más de 250 páginas se estudia tan amplio temario, profusamente ilustrados los textos con una magnífica colección de fotografías, algunas de ellas en color, de manera que el lector pueda formar una idea cabal de los múltiples aspectos del románico, cuya característica es precisamente su diversidad, lo cual dio motivo a que hace ya más de un siglo Arcisse de Caumont, entre otros, plantease la teoría de las escuelas románicas. El sumario que ofrece *Goya* es, pues, riquísimo merced a la variedad de las colaboraciones. En la imposibilidad material de referirnos a todas ellas, mencionemos sólo las que se nos antojan de mayor importancia.

José Manuel Pita Andrade desarrolla el tema « Estructuras arquitectónicas del románico en España », trazando un esbozo de las que « han tenido mayor difusión o se destacan por su mayor originalidad » ; René Crozet trata de « Diversidad y universalidad en el arte románico » y señala el grave defecto que consiste « en admitir a priori que toda región poseedora de una personalidad histórica definida debe tener, por consecuencia, una personalidad artística caracterizada con igual nitidez » ; Francisco García Romo se refiere a « Metamorfosis en la escultura románica », señalando que « en la historia de los estilos es sin duda el románico el más identificado con los procesos de metamor-

fosis antes de llegar al radicalismo de nuestro presente artístico » ; Juan Antonio Gaya Nuño escribe acerca de « Tímpanos románicos españoles », que considera « gran tesoro escultórico » ; Marcel Durliat estudia la « Arquitectura y escultura románica en Cataluña y Rosellón », pues considera que « dentro del cuadro ibérico, Cataluña románica ofrece un aspecto original en el que puede verse una manifestación de la sensibilidad y del gusto artístico del pueblo catalán, aunque ello se debe más a la situación geográfica del país y a la orientación que en esta época le imprimió su destino histórico » ; Mario Salmi se enfrenta con el tema « El románico en Italia », recordándonos que éste « deja su huella en la escultura que, como sierva de la arquitectura, florece en el exterior de los templos, en las portadas y asciende hasta las ventanas y los adornos de la cubierta, da vida a los capiteles de los interiores y hace más bella la casa de Dios en los altares, en los cimborrios, en las cátedras episcopales, en los ambones, en los recintos presbiterales, en los pavimentos marmóreos que imitan alfombras » ; Georges Gaillard nos presenta « El claustro y el pórtico de Moissac », la abadía francesa que « es, sin duda, uno de los monumentos más célebres del arte románico », si bien « su puesto en la historia de la escultura no ha sido siempre apreciado en su justo valor » ; Luis Vázquez de Parga discurre sobre « La escultura románica emiliana », señalando que « todavía es un misterio, y es probable que siga siéndolo mucho tiempo, el porqué de este renacimiento de la plasticidad en la decoración esculpida románica de Italia », así como el hecho de que ese renacimiento se produjo precisamente en la Emilia, « que debe su nombre a la antigua vía que hizo construir el cónsul Marco Emilio Lépidio, el primero de una dinastía y al mismo tiempo el fundador de las ciudades de Módena y Parma » ; Edgar Lehmann, por su parte, desarrolla el tema « Arquitectura románica en Alemania », arrancando del hecho histórico de que « una parte de los territorios alemanes no

conoció con anterioridad a esta época cultura metropolitana alguna, mientras que otros estuvieron también sellados en su totalidad por el último período clásico y siguieron conservando esta herencia por encima de la interrupción producida por la invasión de los bárbaros » ; Wilhelm Holmqvist trata sobre « El arte nórdico en tiempos de los vikingos », comenzando así : « Los siglos IX y X constituyen la gran época vikinga en los países nórdicos. El siglo XI, y, en cierto modo, también el XII, forman la transición a la Edad Media cristiana. Durante esos siglos, el arte nórdico conserva todavía, en gran parte, sus especiales características propias, muy ligadas a las antiguas tradiciones y, al menos durante los primeros tiempos, es muy ligera la influencia de la Europa occidental cristiana y la del este y sureste de Europa. »

Harold G. Leask se refiere a « El románico irlandés », el cual « debe alguna de sus cualidades peculiares al paralelo y coetáneo estilo normando de Inglaterra, pero la mayoría de sus rasgos son puramente nativos, celtas, lo que lo distingue y justifica su pretensión de ser llamado románico irlandés » ; Jesús Hernández Perera nos ilustra acerca de « Las artes industriales españolas de la época románica », señalando que « con excepción de la miniatura, que tiene su cometido específico como complemento catequético de la doctrina o del rezo litúrgico escritos, las artes industriales románicas se ciñen muy estrechamente al enriquecimiento de uno de los utensilios más frecuentes —y suntuosos— del momento, el relicario, el receptáculo o arqueta para conservar reliquias, cenizas, huesos o vestigios sacros. Las artes del marfil y las del metal (oro, plata, cobre, incluso hierro), con sus aditamentos de pedrerías y esmaltes policromos, aparecen en los siglos XI y XII ocupadas en crear belleza sobre las paredes de la arqueta relicario con una exclusividad que no deja de ser sorprendente » ; Víctor H. Elbern trata de « Orfebrería en la Edad Media románica », y considera que « en el desarrollo del arte de la Edad Media es fácil observar la posición privilegiada de la orfebrería ; el caudal formal de la época romana y los influjos orientales confluyen en obras de arte, de pequeño formato y de valiosas materias primas, que inundan el mundo europeo durante la invasión de los bárbaros ; un arte que responde a la inseguridad de la época de la constitución de los Estados, a la vida inestable de sus príncipes y guerreros y a su afán por el oro que trae la victoria y por las piedras que producen un efecto mágico ».

Louis Grodecki aborda el tema de « Las vidrieras románicas », cuyo arte « estuvo estrechamente ligado a la arquitectura gótica », lo

cual significa que las vidrieras no desempeñaron más que un papel secundario en la decoración de las iglesias románicas ; Antonio Bonet Correa se refiere a « Las peregrinaciones a Santiago de Compostela y el arte románico », afirmando que después de « los detenidos estudios y análisis de Lambert, Gaillard, Vázquez de Praga, Lacarra, Uría y otros autores, que demostraron la complejidad del tema, hay que concluir que la peregrinación más que un único y exclusivo aglutinador y nexos común del arte románico fue solamente una vía de comunicación, un vehículo de devoción y de formas artísticas, que estableció contactos entre talleres distantes y diversos. Gracias a ellas fueron posibles los intercambios entre los centros más activos de la época, siendo utilizados los caminos por equipos itinerantes de artistas. El internacionalismo del estilo románico no fue un producto de las peregrinaciones a Santiago, sino que, por el contrario, éstas entran, como un fenómeno más, dentro del cuadro general de la época, igual que las peregrinaciones a Roma y a Jerusalén, el comercio con el Próximo Oriente y más tarde las Cruzadas » ; Reynaldo dos Santos discurre sobre « Lo románico en Portugal », informándonos de que el arte románico « penetró de una forma natural en Portugal, lo mismo que en España, debido a la influencia de la Orden de Cluny ; por ello, y también por la fuente común en que bebió su inspiración arquitectónica, muestra grandes afinidades con el románico español y de una forma más estrecha con el románico de Galicia » ; el marqués de Lozoya trata de « El románico en Segovia » y afirma que « en toda Europa no es posible citar una comarca que contenga tal cantidad de edificios del estilo, labrados en un largo espacio de tiempo, que va del siglo XI al XIV » como la que ofrece la provincia de Segovia ; J.J. Martín González escribe acerca de « Arte español de transición al gótico », señalando que los « tanteos de la arquitectura naciente gótica sobre el románico se efectúan en España con gran morosidad y timidez », pues « los arquitectos no se deciden a introducir de golpe la arquitectura gótica, que ya está plenamente constituida en Francia, y prefieren, por el contrario, ensayar lentamente » ; José Camón Aznar, director de *Goya*, nos habla de « La pintura románica española » en un importantísimo y extenso ensayo, refiriéndose a las pinturas murales (frescos catalanes y castellanos, principalmente), a los frontales románicos y a la miniatura de los siglos XI y XII.

Este número extraordinario de *Goya* se cierra con una amplia información respecto a las dos importantes exposiciones de arte románico que tuvieron lugar durante estos últimos tiempos en Barcelona y Santiago de Compostela.

Colaboradores

- J. AMEZAGA es el seudónimo de un joven estudiante español, animador de la Asociación Euzkogastebi, entidad de carácter radical propagadora de un renacimiento vasco.
- THEODORE BEREGI trabajó en la Biblioteca Nacional de París y fue durante varios años crítico literario de la Radiodifusión y Televisión Francesa. Colabora en diversas revistas y en la Agencia France-Press.
- DANIEL BERNET y RENAUD MATIGNON, periodistas franceses, colaboran en el semanario parisiense *Arts*, donde publicaron una serie de encuestas sobre la juventud estudiantil, de las que hemos extraído la parte que en este número ofrecemos a nuestros lectores.
- WALTER Z. LAQUEUR dirige en Londres la importante revista *Survey*, dedicada al estudio de los problemas del mundo comunista. Colabora en numerosas revistas de diferentes países.
- O. LOPEZ CHUHURRA, argentino, fue profesor de Historia del Arte de la Escuela de Bellas Artes de Buenos Aires. En la actualidad reside en París, donde hace estudios sobre teatro.
- JOSE ENRIQUE MIGUENS fue profesor de sociología en la Universidad Nacional de Buenos Aires y en la Católica Argentina. Actualmente es director del Departamento de Sociología de esta última Universidad, así como del Instituto de Investigaciones Motivacionales y Sociales.
- LUIS OYARZUN, chileno, es profesor en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile y autor de novelas y libros de poemas: *La infancia*, *Las murallas del sueño*, *Poemas en prosa*, *Los días ocultos*, etc.
- RAFAEL PINEDA, poeta y periodista venezolano, es autor de varios libros, entre los cuales cabe mencionar *Poemas para recordar a Venezuela*, *La caza del unicornio*, *El pie de espuma*, *La inmortalidad del cangrejo* y *Armando Reverón*.

Correspondencia

En el último número publicamos la primera parte de la correspondencia cambiada entre Herbert L. Matthews, del New York Times, y nuestro colaborador Theodore Draper, acerca del problema cubano. Ahora ofrecemos la segunda y última parte.

ME IMPRESIONÓ mucho su carta, créalo o no, y me sentí verdaderamente fascinado por lo que

usted escribe en ella. Me alegra que piense que podemos discutir estas cuestiones con entera franqueza y respeto mutuo. Puesto que se ha tomado tantas molestias para contestarme, creo que le interesará a usted que yo reanude esta correspondencia una vez más.

Mi argumentación en torno a lo del « esquema » podría aplicarse a cualquier otra racionalización de un desarrollo histórico volcánico —por ejemplo, la forma en que durante la guerra civil española el gobierno republicano se fue apoyando cada vez más en los comunistas—. Como periodista que trataba de seguir día tras día la revolución cubana, mi posición tenía que cambiar a medida que la revolución avanzaba. Reconozco que también cometí algunos errores, errores que traté de corregir; pero siempre con referencia a la real situación del momento.

Le pido excusas por mi conclusión acerca de su actitud frente a Batista, pero esa conclusión me parecía desprenderse de su artículo. Quizá no se dio usted cuenta de la forma en que podría interpretarse lo que usted escribía. Evidentemente, yo también tengo que acusarme de lo mismo en mis propios escritos.

En cuanto a la cuestión de conocer a Fidel, sigo creyendo que este es un punto de máxima importancia. Estas cosas son relativas. Como decía en mi libro, Fidel es un enigma y lo será siempre. Yo creo que, con esta limitación, le conozco, ya que desde enero de 1959 he hablado con él lo menos media docena de veces y siempre durante horas enteras —una vez toda una noche y otra todo un día—. He tenido también ocasión de hablar con otras personas que se hallaban en contacto diario con él. Castro es un hombre muy complejo y con mayores limitaciones de lo que creí en un principio. Pero para mí (y para mi esposa, que también le conoce y que aplica al caso su penetración psicológica femenina), Fidel es una persona muy distinta de la que usted pinta.

Supongo que nuestra discusión sobre si Fidel embaucó o engañó es en parte una cuestión puramente gramatical. De todos modos, usted daba a entender que la intención de Fidel era maligna; yo creo que era una intención táctica. Me molestó la forma en que Castro hizo pública esta cuestión en el banquete del Club de Prensa Extranjera, pero en él existe una vena infantil y es evidente que no supo resistir la tentación. Mucho más importante es que en la Sierra Maestra había mucha más gente de lo que dijo Castro. Los cuarenta hombres con los que afirmé que había estado en contacto se hallaban estacionados en los alrededores del lugar donde yo me encontraba. Según más tarde supe, el negro que llegó a ser comandante de la provincia de Oriente, Calixto García, se hallaba en la Sierra al mismo tiempo que yo y

luchaba también contra Batista con un grupo de hombres cuyo número no conozco. Se habían ya producido escaramuzas, lo cual no era un « absurdo ». Por otro lado, no comprendió usted la importancia de la resistencia en la provincia de Oriente, incluyendo a los guajiros de la Sierra Maestra. Nunca podré creer que yo confundí a nadie diciendo que Batista estaba librando « una batalla perdida ». Por el contrario, fue esta una de las raras ocasiones en que pude comprender con acierto cómo iba a evolucionar la situación.

En general, cae usted en la trampa corriente de atribuirme una aprobación cuando lo que hago es una mera descripción. Según la concepción revolucionaria de Fidel y de sus colaboradores, Huber Matos era un traidor. Esto respondía a una lógica revolucionaria y le hubiera parecido « lógico », por ejemplo, a un jacobino durante la Revolución francesa. Ello no significa que yo apruebe lo que Fidel hizo; por el contrario, lo lamenté, y todas mis simpatías estaban con Huber Matos. Simplemente creí comprender por qué Fidel Castro obró como obró. Es una petición de principio el que usted ahora afirme que esto constituía una apología de « la revolución comunista ». Niego que existiera entonces una revolución comunista.

En otro sentido, no es más que mera polémica el que usted afirme que me muestro inconsecuente al comprender las razones por las que Fidel puso a Carlos Rafael Rodríguez a la cabeza del I.N.R.A. y expulsó a Felipe Pazos de la dirección del Banco Nacional. Las circunstancias y las razones en que se basaba la acción de Castro no son de ningún modo comparables. Por ejemplo, yo afirmaba que Fidel podía confiar en que « Che » Guevara llevaría adelante la revolución. De la misma manera, cree ahora que puede confiar en Rodríguez. Esto es lo que yo llamo lógica revolucionaria, aunque piense que es perniciosa para Cuba. « Los técnicos experimentados y el personal profesional » de que usted habla no eran « revolucionarios » según la concepción de Fidel. Era una estupidez separarse de ellos, como Fidel reconoce hoy, pero no era « ilógico » desde su punto de vista de entonces.

No estoy de acuerdo con usted en que « la crisis alimenticia fue provocada por los comunistas y sus servidores ». Esa crisis se debió a la incompetencia y al « amateurismo », que hicieron que un método ya de suyo poco eficaz lo fuese menos aún.

En agosto de 1960 afirmaba yo que la única esperanza de que la situación cambie reside en Fidel. Sin duda le sorprenderá a usted oír que sigo afirmando lo mismo, aunque mis esperanzas son desde luego escasas. A mi juicio, la revolución cubana es aún la revolución de Cas-

tro y, a pesar del aparato comunista, la revolución se hundiría en quince días sin él. Fidel es un prisionero de su política, de las fuerzas que ha desatado y de la guerra fría; pero no menosprecie usted lo que es capaz de hacer.

HERBERT L. MATTHEWS

POR UNA VEZ, creo que se ha ganado algo tratando de discutir unas divergencias profundas y vehementes. No sería justo, ni es necesario, que yo le conteste a usted de nuevo por extenso. Me voy a limitar, pues, a hacer tres observaciones.

Su postura en relación con Matos y Carlos Rafael Rodríguez sufre, a mi parecer, de una profunda confusión de base. La raíz del problema en ambos casos está en lo siguiente: ¿a qué revolución era Matos « traidor » y a qué revolución sirve Carlos Rafael? Porque « la Revolución » no existe. Existen diferentes revoluciones y algunas de ellas comienzan siendo una cosa y terminan siendo otra. Si Fidel cree que puede confiar en Carlos Rafael, la lógica de la situación es « comunista », no simplemente « revolucionaria ». Al hacer intercambiables los términos « revolución » y « comunista », o al menos al dar de lado al hecho de que no son intercambiables, proporciona usted objetivamente una coartada « revolucionaria » para cada una de las fases de la dominación comunista.

En cuanto a la responsabilidad por la crisis alimenticia, la cuestión es de nuevo a quién hay que atribuir esa « incompetencia y amateurismo ». Los comunistas y quienes aceptan su dirección han ocupado tantos puestos clave en Cuba, y durante tanto tiempo, que no se les puede absolver de la responsabilidad simplemente porque se haya recurrido a otro comunista en un esfuerzo desesperado para reparar el daño hecho.

No menosprecio a Fidel. No creo que sin él los comunistas hubieran podido subir al poder. Estoy completamente de acuerdo en que habrían topado con enormes dificultades para mantenerse en el poder sin él. Pero tampoco puedo admirarle tanto como usted. Si por cualquier razón considerase necesario separarse de los comunistas, ¿qué significaría ello? Que habría dividido al país en beneficio de los comunistas y que ni siquiera podría vivir por su propia cuenta. Y si aún es capaz de liberarse de ello, como usted parece dar a entender, necesitaría a personas como Matos y Pazos a las que ha aplastado o expulsado del país. ¿Cómo quedaría en tal caso la « lógica de la revolución » de que usted habla?

De paso, quiero decir que usted no escribió que Batista estaba « librando una batalla perdida », sino « librando una batalla hasta entonces perdida ».

Advierto, pues, que seguimos discutiendo. Espero que al menos esto sirva para que otros vean las cosas más claras.

THEODORE DRAPER

*

Señor director :

El interesante artículo de Kenneth Allsop sobre Ignazio Silone, publicado en el número de su revista correspondiente al mes de abril, contiene un error de juicio que a mi entender debería ser enmendado.

La lentitud de la penetración de la obra de Silone entre el gran público italiano (lentitud que es, no obstante, relativa, puesto que la divulgación de los trabajos silonianos está aquí en progresión constante), se debería, según afirma Kenneth Allsop, al hecho de que los italianos le consideraran como un autor perteneciente a la época literaria de los años 1930-1936. Pero en lo que concierne a esta apreciación, conviene observar que este criterio correspondió a la crónica literaria inglesa y no a la italiana. Entre 1930 y 1936, los italianos vivieron bajo el fascismo : salvo el grupito literario formado alrededor de Croce, que guardaba silencio ; los poetas Ungarretti, Montale y Quasimodo, que se habían refugiado en el hermetismo ; Piovene, que se hallaba en España, al lado de Franco, y Moravia que, a pesar de ser judío, se casaba en la Iglesia, haciendo celebrar el rito por el padre Tacchi-Venturi, S.J., confesor de Mussolini. En esta época, la obra de Silone era conocida en el extranjero, pero en Italia sólo empezó a difundirse una vez terminada la guerra.

Ha habido otros autores, jóvenes también, que se han visto igualmente en la imposibilidad de dar a conocer el arte libre durante el período de la dictadura, hasta después de la contienda. Pero en la obra de Silone se encuentra una claridad ideológica y una experiencia bastante desagradable para los comunistas, que tienen en sus manos las palancas más importantes de los medios editoriales y de la crítica literaria del país. Quien desee conocer un análisis serio de la posición de Silone en las letras italianas, deberá leer la monografía que le dedicó Richard W.B. Lewis (*Introduzione all'opera di Ignazio Silone*, Ed. Opere Nuove, Roma, 1961). Un artículo del *Times Literary Supplement*, aparecido el 18 de agosto de 1961, titulado « Moralism with a cause », ha demostrado que en Inglaterra tampoco faltan las gentes bien informadas.

Permítame, por último, hacerle observar que no es justo que, partiendo del tema de una novela (*El zorro y las camelias*), se afirme que desde 1930 Silone ha cultivado invariablemente los mismos temas. *Un puñado de moras, El secreto*

de Lucas y sus ensayos en *Tiempo presente* demuestran lo contrario.

Convendría ser más prudente al utilizar el concepto de generación. ¿Ha sido realmente superado Orwell? A muchos parece más vivaz que los jovencuelos modernos, que se fingen furiosos.

Con los mejores saludos,

P. DE SANCTIS

Roma, marzo de 1962.

Con motivo del fallecimiento de nuestro colaborador y amigo Angel del Río, se celebró el 28 de marzo último un funeral en la capilla de la Universidad de Columbia. En dicho acto el profesor Francisco García Lorca leyó unas cuartillas, de las que reproducimos a continuación unos párrafos en homenaje al finado amigo :

« Es pertinente y por otra parte casi ocioso, recordar aquí la labor que en el campo de los estudios hispánicos llevó a cabo Angel del Río. A través de diversas instituciones de enseñanza, forman hoy legión el número de estudiantes que fueron orientados por él, o en los que despertó con su magisterio aficiones o vocaciones que determinaron el noble rumbo de muchas vidas que hoy concurren a nuestro duelo.

« En los temas a los que aplicó su atención y su saber dejó establecidos juicios de valor que han quedado incorporados a la historia de la crítica. Por eso es magistral su *Historia de la literatura española*, donde con criterios y proporciones pedagógicas, organizó con aquel rigor tan suyo, y con viva sensibilidad moderna todo el largo y variado proceso de nuestras letras.

« Pero es aquí, en la Universidad de Columbia, donde dejó lo mejor de su esfuerzo ; como profesor, como guía de estudiantes, como ejemplo de profesores, como director de ese hogar de culturas que es la Casa Hispánica, y como director de la *Revista Hispánica Moderna*, que él elevó a más prestigio.

« Lo caracterizó y definió en vida esa madurez de juicio que es el resultado de una rara coincidencia de virtudes intelectuales y de virtudes morales. Así el profesional, el historiador de la literatura o de la crítica eran inseparables del amigo, del consejero, del hombre. Perfil moral de vigoroso trazo, sin un solo rasgo extremado, todo se compensaba noblemente en él. Hombre templado, que no quiere decir tibio, sino de temple. Con ese temple de la mejor y más vieja Castilla pasó por la vida y se acercó a la muerte.

« En la vigorosa templanza de Angel del Río, en su recatada ternura, nos encontramos y reconocemos sus deudos y amigos ; más amigos hoy que ayer, estamos irremediablemente atados por su recuerdo imborrable. »

Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12. Tel. 231 30 43. Madrid

ACABA DE PUBLICAR :

MARAÑON Y EL ENFERMO, por Pedro Laín Entralgo, 144 páginas.
Precio : 50 pesetas.

Dos trabajos, distintos en apariencia pero, en realidad, estrechamente relacionados. En el primero —« Marañón y el enfermo »— destaca la alta lección que ha dejado nuestro gran clínico sobre la relación entre el médico y el enfermo. En el segundo —« La asistencia médica en la obra de Platón »— da una animada pintura de la medicina en la Atenas platónica.

SEGUNDA ANTOLOGIA DE LA POESIA CHINA, por Marcela de Juan, 272 páginas. Precio : 100 pesetas.

El gran éxito alcanzado por la « Breve Antología de la Poesía China » que publicamos hace años de la misma autora nos anima a dar ahora esta « Segunda Antología » que duplica el número de poemas de la anterior penetrando más intensamente en el acervo tradicional y llegando hasta los poetas actuales de las dos Chinas.

EL ESPIRITU DEL DERECHO ROMANO, de R. von Ihering. Abreviatura por Fernando Vela (segunda edición), 468 págs. Precio : 90 pesetas.

Este es uno de los grandes libros del siglo XIX, verdadera hazaña intelectual del gran jurista alemán, que permanece vivo para el hombre actual al aclararle en qué consiste el Derecho Romano y, en definitiva, todo Derecho. Lo ingente de la obra nos ha aconsejado esta « Abreviatura » que conserva la misma estructura de los libros abreviados sin supresión de ningún punto esencial y sin perder el estilo propio del autor.

OBRAS COMPLETAS, t. VIII, por José Ortega y Gasset, 672 páginas, encuadernado en tela. Precio : 250 pesetas.

Comprende este tomo varias obras póstumas de Ortega, entre ellas, « Prólogo para alemanés », « La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva » y « Meditación del pueblo joven ». A todos los poseedores de los seis tomos publicados en vida del autor les interesará completarlos con la adquisición del tomo VII, ya publicado, este VIII que aparece ahora y el IX que aparecerá próximamente.

SUMARIO



NUMERO 63

AGOSTO DE 1962

Situación del escritor en América Latina . . .	ARTURO TORRES-RIOSECO	3
Utopía, mito, revolución	JOSE LUIS ABELLAN	10
Reflexiones sobre la prerrevolución brasileña	CELSO FURTADO	17
Elogio del « cholo »	FRANÇOIS BOURRICAUD	26
Una ventana (Poema)	MARIA URZUA	33
Notas sobre la novela española contemporánea	MIGUEL DELIBES	34
El mundo azul del Modernismo	ERNESTO ARDURA	39
Al río Neckar (Poema)	ALBERTO BAEZA FLORES	43
Solo (Cuento)	JORGE MEDINA	44
 <i>La juventud de nuestro tiempo (IV) :</i>		
Los jóvenes de hoy en el Japón	TAKEHIKO NISHIYAMA	46
Testimonio de las nuevas generaciones españolas	E. PEREZ DE LAS HORAS	56
 Bellas Artes		
La pintura en París : oferta y demanda	DAMIAN CARLOS BAYON	62
 Crónicas		
República Dominicana : La herencia del « Benefactor »	VICTOR ALBA	67
Londres : Las dos culturas	ANTHONY HARTLEY	73
España : Franco y el « club » europeo	FRANÇOIS BONDY	77
Balcón de París	RAMON XURIGUERA	81

Libros - Revistas - Colaboradores
Documentos

EDITORIAL GREDOS

Benito Gutiérrez, 26. Madrid-8

BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA

Director : Dámaso Alonso

Una nueva sección cuya finalidad no puede ser más noble : mover cordialmente a las gentes, moverlas en el amor a nuestra lengua y a nuestra literatura. Obras dirigidas directamente a la sensibilidad del lector, de gratísima lectura, por no estar sujetas o entorpecidas por arrastres eruditos, escritas por los mejores especialistas.

Alonso Zamora Vicente

CAMILO JOSE CELA

(Acercamiento a un escritor)

Antonio Sánchez Barbudo

LA SEGUNDA EPOCA DE JUAN RAMON JIMENEZ

(1916-1953)

Dámaso Alonso

CUATRO POETAS ESPAÑOLES

(Garcilaso - Góngora - Maragall - Antonio Machado)

Alonso Zamora Vicente

LOPE DE VEGA

Enrique Moreno Báez

NOSOTROS Y NUESTROS CLASICOS

ARTURO TORRES-RIOSECO

Situación del escritor en América Latina

COMO LA POSTURA del escritor en una sociedad va modificándose con los cambios políticos, económicos, sociales de esa sociedad, hay que limitar el estudio de un tema de esta clase a una época definida. Para nuestro propósito la época más interesante sería el siglo XX, ya que el interés que podría ofrecer un estudio anterior tendría solamente un valor histórico.

Una manera de enfocar este trabajo sería establecer el « caso » de las figuras literarias más importantes en estos sesenta años en los distintos campos de las actividades creadoras. Así podríamos destacar en poesía los siguientes nombres : Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Gabriela Mistral, Pablo Neruda y César Vallejo. Como representantes del género novela podríamos señalar a Manuel Díaz Rodríguez, Enrique R. Larreta, Mariano Azuela, Manuel Gálvez, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes, Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier. En el campo del ensayo habría que colocar a José Enrique Rodó, Francisco García Calderón, Ricardo Rojas, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Piñón-Salas y Jorge Luis Borges.

En general podemos establecer una « constante » en la relación de cada uno de estos escritores con su sociedad, aunque aparentemente a veces se nos escapan del marco. Esta « constante » es de importancia simbólica, ya que se esperaría que la eficacia de un poeta en la « cosa pública »

debería ser muy diferente de la de un pensador o aun de la de un novelista. Lo cual quiere decir que lo más valioso en el hombre de letras en este juego de valores es su prestigio intelectual y no su capacidad técnica en una actividad distinta de su interés individual.

¿Cuál es la situación de estos escritores en el mundo político, social, económico en que viven? Puede afirmarse que es el resultado directo de la filosofía de esa sociedad.

Tenemos aquí dos generaciones : la del modernismo y la postmodernista que van de 1888 a 1918 y de 1918 hasta nuestros días.

El modernismo aparece en esa época de organización política y paz que sigue a las dictaduras. Con el desarrollo de la educación pública, de la inmigración y del industrialismo se prepara lo que podría llamarse la edad de oro de la cultura hispanoamericana. Con frecuentes interrupciones, emerge el liberalismo, con la colaboración de los intelectuales. Las naciones intensifican el proceso de europeización. El arte se europeiza más y la economía florece. Prosperidad.

Desaparecen las personalidades fogosas y violentas que habían luchado contra los despotismos políticos y sociales, como Juan Montalvo, González Prada y José Martí.

Los escritores empiezan el cultivo de las letras como si fuera una profesión. Se apartan de la política y en su papel de estetas les gustaría vivir sólo del arte. Los moder-

nistas se aprovechan de la prosperidad de sus países, del éxito de las oligarquías liberales y del movimiento de europeización. En cierto sentido se desnacionalizan dentro de su país, como en el caso de José Asunción Silva en Colombia, o se trasladan a nuevas tierras de promisión como en el de Rubén Darío. Guiado por su afán esteticista, atraído por el exotismo y por el cosmopolitismo, favorecido por gobiernos liberales, el escritor de la época modernista encuentra la solución de sus desvelos en la carrera diplomática. Bástenos señalar los casos de Rubén Darío, Amado Nervo, E. González Martínez, F. García Calderón, R. Jaimes Freyre, Alfonso Reyes, Gonzalo Zaldumbide... Desgraciadamente, Hispanoamérica perdió en este proceso a muchos intelectuales que habrían sido fuerzas culturales de extraordinaria importancia, de haber permanecido en su patria.

El escritor modernista adoptaba a menudo en su sociedad una actitud olímpica. Era el hombre ungido por los dioses ; el « hombre singular » del Renacimiento ; el hombre idealista en una vecindad de filisteos. Tenía que demostrar su superioridad sobre los demás mortales y si era incapaz de hacerlo por nobleza de sangre o por riqueza o por poder, lo hacía por otros medios. José Asunción Silva quiso erigirse en el árbitro de la elegancia en Bogotá ; Díaz Mirón fue el paladín de la violencia en México y para sostenerse en ese terreno llegó hasta el asesinato ; José Santos Chocano se paseó por toda América adulando tiranos, instándoles al crimen colectivo y él mismo dio muerte en Lima a un joven escritor ; Rufino Blanco Fombona, un egocéntrico desesperado, manchó con sangre humana sus manos de poeta ; Ricardo Jaimes Freyre, para demostrar su calidad de aristócrata, mantenía alejados con su bastón a los niños que circulaban por la misma acera que él ; Julio Herrera y Reissig dictaba decretos literarios desde la torre de Montevideo que le servía de habitación. ¡ Gestos pueriles o dramáticos que definen la filosofía de toda una generación !

Esta postura olímpica separaba a estos intelectuales de sus compatriotas ; les hacía imposible mantener un magisterio moral y aun ser elementos deseables en una sociedad.

Inútil habría sido pedir a estos literatos que volvieran los ojos a sus pueblos. El drama humano era para ellos, en el mejor caso, su propia angustia, un fracaso amoroso, un desencanto burocrático o dificultades económicas o conyugales. Cuando Rubén Darío, con más retórica que pasión, amenazaba a Theodore Roosevelt en nombre de la libertad hispanoamericana, se aplaudía su patriotismo continental ; cuando José Enrique Rodó postulaba para América un programa de vida vagamente idealista, y sin ver ni sentir la miseria de su pueblo ofrecía engañosos espejismos de consuelo, se aplaudía su « conciencia americana » ; cuando Blanco Fombona o Manuel Ugarte quebraban lanzas en contra de Estados Unidos y de su imperialismo sin comentar la degradación de sus propias patrias, la culpa que en este asunto tenían sus dirigentes, sus gestores, adquirirían prestigio de redentores y de patriotas.

Los escritores del período modernista vivieron en el crepúsculo de la edad de oro hispanoamericana, cuando las oligarquías enriquecidas se daban el lujo de mantener costosas embajadas, cuando las élites de escritores y de artistas, levantadas en la cresta de la ola cultural europea, quedaban en un nivel excesivamente superior al de las masas miserables, analfabetas ; cuando era forzoso premiar la cultura y el talento de unos pocos para justificar la existencia de naciones semicivilizadas que tenían el descaro de llamarse democracias.

Pero desde la guerra del 14 el escritor se halla frente a un mundo violentamente transformado. Es un mundo lleno de inquietudes y contradicciones en que por un lado la Naturaleza y por otro el torbellino ideológico arrastran al hombre, a veces en contra de su voluntad y de su lógico destino. Desaparece el refugio de una religión infalible y promisoro ; la fe ciega en una cultura clasista, sin raíces autóctonas y afianzada en una filosofía de tipo aristocrático ; se debilita el sistema económico capitalista por la infiltración de ideas socialistas y por el relativo progreso cultural del proletariado. Tanto la influencia rusa como la norteamericana han tenido mucho que ver en esta transformación.

La generación literaria de 1920 es sobre todo una promoción de novelistas, lo que

indica en el acto un mayor interés por el mundo externo, por la realidad ambiente, por el factor social. Surgen naturalmente algunos grandes poetas, pero éstos o se pliegan a las escuelas de vanguardia, o, como veremos luego, siguen una trayectoria parecida a la de los novelistas.

Desde ahora todo interés literario va a concentrarse en el hombre, visto y considerado en su aspecto racial, político o económico. Si una novela se sitúa en la sierra peruana, su punto de mayor concentración ideológica y de intensidad emotiva es « el indio » ; si en los ingenios de azúcar del Brasil, su propósito es interpretar la vida del « negro » ; si en la selva amazónica, el interés esencial de la obra reside en el hombre aventurero. Sólo el título de algunas novelas —*Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *Los de Abajo*— indica claramente la postura antropocéntrica del autor ; sin embargo, parecería a primera vista que estas novelas fueran estudios objetivos de la llanura venezolana, de la pampa argentina y de la revolución mexicana.

Los novelistas van adquiriendo rápidamente una conciencia social. Si ésta es aún imprecisa en Azuela, ya es mucho más segura en Rivera ; si en Gallegos se preocupa por la explicación de antecedentes y causas, en Ciro Alegría adquiere fuerza de denuncia y condenación, en Icaza acusación directa y en Carlos Fuentes fría exposición de la podredumbre social.

La novela, pese a su aparato literario, complicado con técnicas nuevas y confusas, sigue siendo una fiel manifestación de la vida hispanoamericana. El novelista trata de cerca al mozo de hotel, al chófer, al policía, al agente de investigaciones, al peón, al cargador de barcos, al estudiante, a la prostituta, al ladrón, al maestro de escuela. Convive con ellos, penetra en su angustia, habla su mismo idioma, sufre su misma tragedia, así se llame Spota, Rulfo o Revueltas en México ; Novás Calvo o Carpentier en Cuba ; Manuel Rojas o Nicomedes Guzmán en Chile ; Aguilera Maltá en Ecuador ; Asturias en Guatemala. Ya terminó la edad de oro de nuestra sociedad ; ya empezó la teoría marxista a conmoverla desde sus cimientos. La ruptura de la tradición cultural de principios del siglo es

evidente ; la concepción grecorromana de cultura deja libre paso a la técnica y al maquinismo ; la dictadura moral de la Iglesia católica termina o tiene validez sólo en las zonas de mayor ignorancia ; el sistema capitalista es denunciado, atacado o destruído ; y a la concepción de una sociedad burguesa, simbolizada en Estados Unidos por el « hombre medio », se empieza a oponer en ciertas regiones de la América hispana la concepción de una sociedad proletaria, simbolizada por el campesino y por el obrero.

El novelista de hoy, que es una mezcla de filósofo, de luchador social, de artista, de moralista, elige su posición a la derecha, en el centro o a la izquierda del campo de batalla. Las filas de izquierda son siempre las más numerosas. También el poeta busca su puesto en este nuevo escenario. Algunas figuras de transición, en especial las mujeres, siguen en la tradicional actitud narcisista y quedan al margen de su tiempo ; unos pocos encuentran refugio espiritual en una poesía católica o en una torturada metafísica ; los falsos redentores y falsos poetas tratan de combinar fórmulas estéticas de vanguardia con fáciles posturas marxistas. Sólo dos poetas han logrado mantenerse en este resbaladizo plano : Pablo Neruda, en Chile, y César Vallejo, en el Perú. El problema que afrontan estos poetas es el siguiente : como escritores de vanguardia (cubistas, creacionistas, surrealistas) tienen que emplear un estilo difícil, metafórico, hermético casi, o de todos modos que está por encima de la comprensión del pueblo, y como escritores comunistas deben dirigirse directamente a este pueblo. Yo creo que Neruda y Vallejo lograron, por lo menos parcialmente, solucionar esta dicotomía.

Desde el punto de vista económico la actividad literaria no constituye todavía una profesión. Para simplificar el planteamiento de este tema y su estudio escojamos un país determinado y veamos lo que pasa con sus tres escritores principales en el terreno de la novela, de la poesía y de la crítica literaria. Este país es Chile. Sus tres poetas mayores en tres promociones distintas serían Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Juvencio Valle ; sus tres novelistas principales Eduardo Barrios, Manuel Rojas y Nicomedes Guzmán ; sus críticos más conocidos

« Alone », Silva Castro y Ricardo Latcham.

Gabriela Mistral fue en su juventud maestra de escuela. Después fue cónsul de su país en algunos países de Europa y de América. Es evidente que no podía haber vivido con el producto de su poesía ni de su periodismo. El consulado fue un medio para que llevara su gloria con dignidad. Neruda ha ganado dinero con las múltiples ediciones de sus versos, pero esta no ha sido su única fuente de entradas, pues también tuvo puestos oficiales y al cabo el gobierno ruso ha sido generoso con él. Por fin, Juvencio Valle creo que no ha ganado nada con su pluma y vive de un puesto humilde en la Biblioteca Nacional.

Eduardo Barrios fue protegido del Presidente Ibáñez y llegó a ser ministro de Educación dos veces y dos veces director de la Biblioteca Nacional ; es también un pequeño hacendado. (Es probable que sus dos novelas más difundidas —*Un perdido* y *Hermano Asno*— hayan contribuido a su prestigio de intelectual, pero no a su éxito político y económico.) Manuel Rojas fue director de la Editorial Universitaria de Chile y ahora se gana el sustento en las universidades norteamericanas. Nicomedes Guzmán es, a pesar de su media docena de novelas, pobre de solemnidad.

¿Y cuál es la suerte de los críticos? « Alone » es redactor del diario mayor de Santiago, *El Mercurio* ; Silva Castro, jefe de sección en la Biblioteca Nacional y también redactor de *El Mercurio*, Latcham ha sido profesor y más tarde embajador en el Uruguay.

Y lo que pasa en Chile se repite en cada país hispanoamericano. Es casi seguro que los dos escritores más medianos del continente, Vargas Vila y Hugo Wast, hayan sido los únicos capaces de vivir de su pluma.

Es probable que esta situación se deba al bajo nivel cultural de nuestros pueblos. Como no hay lectores, es decir consumidores de libros, no hay editores, y no existiendo éstos tampoco hay librerías. El autor permanece inédito por muchos años y, cuando logra ser editado, el editor es quien recoge las ganancias.

La posición social del escritor con buen éxito me parece muy superior a su estado económico. Alfonso Reyes era admirado por

toda la nación mexicana. El último viaje de Gabriela Mistral a Chile fue una verdadera apoteosis ; Juana de Ibarbourou es la figura femenina más gloriosa del Uruguay.

La posición moral del hombre de letras está a un nivel bastante alto, excepto que a veces él mismo la rebaja con su conducta anárquica, resultado de su egolatría, como en los casos ya señalados de Díaz Mirón y de Chocano, o a causa del aflojamiento de su carácter debido a la vida bohemia.

El acogimiento dispensado en Estados Unidos a los grandes estadistas, políticos, generales o deportistas se reserva a menudo en la América hispana a los hombres de letras. Pienso en las grandes manifestaciones públicas que se hicieron con motivo de la visita de Anatole France, Vicente Blasco Ibáñez y Gabriela Mistral a algunos países hispanoamericanos. En cambio, cuando los grandes escritores norteamericanos como Robert Frost, T.S. Eliot, Hemingway o Faulkner viajan por Estados Unidos, se mantienen en un prudente anónimo y no hay muchedumbres esperándoles en aeropuertos o estaciones de ferrocarril.

El culto al héroe parece que estuviera reservado en los países anglosajones para el hombre de acción y en los países latinos para el hombre de contemplación.

*

Para comprender mejor la posición del escritor en la sociedad veamos como nace el intelectual a la vida. Reincido en tomarme como ejemplo. Yo nací en una ciudad chilena de unos 30.000 habitantes. La gente de más cultura en este pueblo eran los médicos, los abogados, los curas y los profesores del Liceo. Muy pocos estudiantes llegaban al Liceo, y eran contados los que terminaban sus estudios de humanidades. En mi curso llegamos sólo quince al final de la carrera. Nosotros fuimos afortunados en tener como maestros a dos intelectuales de valía : Enrique Molina, profesor de filosofía, y Alejandro Venegas, de castellano. Molina era un grave estudioso que ya en ese tiempo había escrito sobre Nietzsche, William James y Bergson. Venegas había escrito una novela y un libro muy valiente intitulado *Sinceridad* en que estudiaba y de-

nunciaba la enfermedad moral de su patria. Los jóvenes encontrábamos en ellos un ejemplo de curiosidad intelectual, de dedicación al estudio, de valor cívico. Los que teníamos alguna inclinación a la literatura encontramos en ellos una ayuda constante, una inspiración guiadora, una voz de alienato. Molina, filósofo idealista, hacía resaltar en sus clases los valores espirituales, a la manera de José Enrique Rodó. Venegas enseñaba literatura, haciéndonos aprender de memoria trozos literarios selectos y exigiendo que escribiéramos poemas en imitación de Fray Luis de León, de San Juan de la Cruz o de Bécquer. Mis primeras composiciones poéticas son de este tiempo: débiles imitaciones de los grandes poetas españoles. Pero ¡qué útiles en mi formación literaria! Porque si la forma era imitada; el contenido era el producto de mi observación y de mi sensibilidad. Estos poemas nacían con la corrección fría de las imitaciones, pero yo sentía que en ellos había algo mío, una visión personal de la vida. Venegas nos corregía sólo los errores de forma y trataba los temas con seriedad y respeto. Luego nos aconsejaba que leyéramos a otros poetas y que aprendiéramos más cosas de memoria.

Nosotros le seguimos cierto tiempo con la docilidad de los niños, pero luego empezamos a independizarnos. En vez de leer a Fray Luis de Granada o al Divino Herrera preferíamos la lectura de Rodó o de José Asunción Silva. Uno de mis compañeros, Roberto Meza Fuentes, se aprendió de memoria el libro *Prosas Profanas* de Rubén Darío; otro estudiante, Raimundo Echevarría, sin saber francés, elogiaba a Baudelaire; nuestro colega Juan Marín copiaba a mano largos poemas de Julio Herrera y Reissig que los demás escuchábamos extasiados durante los recreos, aunque sin comprenderlos. Pronto nos encontramos editando una flamante revista literaria. ¡Hay que ver que sólo teníamos dieciséis años! Al llegar a Santiago todos entramos en los círculos literarios y tres aparecimos en la antología *Selva Lírica*, publicada en 1917.

Yo me matriculé en el departamento de inglés del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Si alguien me pidiera que explicara esta decisión no sabría responder, excepto que alguna fuerza secreta iba orientando mi vida hacia Estados Unidos.

El Instituto Pedagógico era en esos días una institución famosa. Entre mis profesores figuraban Federico Hansen y Rodolfo Lenz. En una generación anterior a la mía había estudiado allí el novelista Mariano Latorre y en una directamente posterior estudió el poeta Pablo Neruda.

Cabe concluir entonces que por razones de carácter económico la Facultad que podemos llamar de Filosofía y Letras era el refugio inmediato de los jóvenes que se dedicaban a la literatura.

Como la carrera literaria no existe en nuestros países, anotemos las evasiones más frecuentes del hombre de letras hacia:

1. La diplomacia.
2. La política.
3. La pedagogía.
4. El periodismo.
5. La burocracia.

Ahora bien, para mí el hombre de letras no puede rendir el fruto de su pensamiento sino en un ambiente de total libertad. Todas las carreras que acabo de anotar son vallas que dificultan el desarrollo de su genio y la expresión de su originalidad. Imagináos a Pablo Neruda como secretario en una notaría; a Juan Ramón Jiménez como periodista; a Henry Miller como maestro de escuela; a Hemingway como embajador; a Upton Sinclair como gobernador de California.

Si alguien, con tono humorístico, quisiera exagerar estos conceptos, podría afirmar que todos los hombres de letras hispanoamericanos del siglo XIX no fueron tal cosa, sino presidentes de Repúblicas, ministros de Estado, diplomáticos, empleados de gobierno, rectores de liceo, directores de periódicos, gacetilleros y maestros de escuela; por lo tanto, escritores frustrados, víctimas de sociedades subdesarrolladas que no alcanzan a comprender cual es el papel del intelectual en el mundo.

Lo que los países hispanoamericanos han hecho con respeto al intelectual es reemplazar al mecenas del Renacimiento, pero siempre en una relación de vergonzosa desigualdad, en una relación de vasallaje. Y aquí se insinúa un peligro muy grande. El escritor-diplomático puede llegar a creer que el estilo engolado y falso de su misión

oficial debe determinar su estilo de escritor, y aunque no lo crea, así sucede muy a menudo. Rubén Romero, el novelista mexicano que fue embajador en Cuba, me decía en cierta ocasión : « A pesar de la embajada usted notará que todavía escribo como mexicano y como hombre. » Y yo le contesté : « Pero no todos los embajadores de su patria pueden decir lo mismo. » El escritor-político ciertamente se deja influir por el apasionamiento y la violencia de este oficio, y así lo demuestran Sarmiento, Montalvo, González Prada, y hasta Martí, el apóstol. El escritor-pedagogo se deja seducir por la ineficaz corrección gramatical, por la impertinencia de la añeja preceptiva o por la impertinencia peor de las fórmulas de los nuevos sistemas de crítica. El escritor-periodista pierde su elegancia y su poder de síntesis para llenar mayor número de líneas con mayor rapidez. El escritor-burócrata hace de la literatura un segundo deber y sus escritos tienen color de pergamino y olor de humedad.

Si el escritor hispanoamericano no puede vivir del producto de sus libros ¿quiere decir que no hay suficientes lectores en el continente? El factor principal, claro está, lo constituye la falta de lectores, o mejor, la incapacidad económica de la gente para comprar libros. El libro pasa de mano en mano en nuestros países y por fin se pierde o queda destruído. Quedarse con un libro ajeno en Sudamérica es una prueba de cultura literaria.

Por otro lado el libro no es mercancía que se pueda comprar y vender, es una cosa ideal, no utilitaria. Mis amigos hispanoamericanos me escriben, creyendo darme una muestra de su admiración : « Todavía no nos ha enviado su último libro de poemas. » Y yo tengo que comprar mi propio libro, hacer un paquete, llevarlo al correo y poner en la dedicatoria : « Con mil perdones por no haberlo mandado antes. » Algunos de estos amigos, si acusan recibo—no siempre lo hacen— tienen la finura de agregar : « Queda Ud. perdonado, pues sabemos que los escritores son personas des-cuidadas. »

Las editoriales conspiran contra los escritores jóvenes, pues les exigen el pago de su edición como un gran favor que les hacen. Anuncian los libros que se venden mucho,

pero no el del novel escritor. El joven deja su libro en consignación y después de dos o tres años encuentra exactamente el mismo número de ejemplares. Aun las relaciones del escritor ya consagrado con el editor son difíciles, pues este último no rinde cuentas periódicamente, sino cuando el autor le coge por sorpresa. Y esto es un milagro. Como puede verse, la existencia económica del escritor no es fácil.

¡No hay suficientes lectores! Y sin embargo, los puestos de libros en las calles ostentan una variedad pintoresca de revistas, novelas, obras de divulgación científica, biografías, obras humorísticas, colecciones de chistes y cuanto Dios crió. Pero todas estas publicaciones son antiliterarias, anti-artísticas, antimorales. La gente en Hispanoamérica lee estas cosas, dicen que para « pasar el rato », o van al cine, dicen que para « descansar », pues literatura y arte para esta gente es una manera de embriutecerse o de dormir.

Es probable que el escritor tenga mucha culpa en este fenómeno de vulgaridad. El escritor de hoy se cree intérprete del pueblo, en especial el escritor de izquierda, sobre todo si es marxista. Pero ¿cuál es el contacto de este escritor con el hombre de trabajo, con el obrero, el campesino? Yo diría que el único acercamiento es de índole política ; quiere despertar al leñador, al minero, al soldado ; quiere convertirle en factor militante en la lucha de clases.

La técnica literaria de los novelistas, poetas y dramaturgos de hoy es completamente extraña al hombre pobre, que, por pobre, es analfabeto e inculto. En un discurso demagógico puede empezar el escritor, diciendo : « Trabajadores, estudiantes, intelectuales », pero en un banquete dirá, levantando su copa de champaña : « Señoras y señores », porque aquí no habrá lavanderas, ni marineros, ni chóferes, sino damas aristocráticas, artistas, diplomáticos, políticos. Habrá mozos de hotel, sí, pero éstos estarán sirviendo la comida.

Si el poeta siempre fue enemigo del burgués, o « filisteo » porque éste no entendía su arte, ¿con qué razones puede sentirse más cerca del operario o del peón? Sólo por esas razones políticas que ha traído el marxismo.

Es probable que mi experiencia sea muy incompleta pero yo nunca he visto a los poetas o novelistas de la América hispana conviviendo con las masas, aunque sí he visto a muchos en reuniones con ministros de Estado, rectores de colegios, damas de sociedad, caballeros de la aristocracia. Esta es la vida real, lo demás queda para los discursos, las asambleas, la vida doctrinaria.

Y esto, a pesar de lo mucho que se escribe sobre la « conciencia social del escritor », « literatura comprometida », existencialismo, novela proletaria, criollismo, marxismo. En una forma un poco violenta yo diría que el peor enemigo del pueblo es el poeta, y el peor enemigo del poeta el pueblo. El poeta de hoy escribe en un idioma que el operario o el campesino no entienden, en un estilo metafórico, literario, con una temática ajena a los intereses de la masa ; y es peor si el poeta usa el habla vernácula porque la poesía híbrida que resulta —el cisma entre expresión y sensibilidad estética— es absolutamente ridícula. El hombre del pueblo o del campo prefiere la poesía folklórica, en forma de cuentos, relatos de fantasmas, consejos, cantos populares, coplas, payadas, corridos, adivinanzas, chistes. Sería absurdo esperar que un hombre del pueblo sintiera entusiasmo por los cuentos de Alejo Carpentier, de Miguel Angel Asturias, de Carlos Fuentes o de cualquier otro novelista de conciencia social.

Es evidente que el escritor actual en la América hispana está luchando por crear su profesión, independiente de las otras que hasta hoy ha utilizado como sostén. Para que lo logre será necesario traer muchos cambios económicos y sociales, como, por ejemplo, que todo el mundo sepa leer y escribir, que todo el mundo gane lo suficiente para comprar libros ; que el trabajador de las fábricas y de los campos disfrute de unas cuantas horas al día para leer ; que la gente culta conceda al campesino el derecho de aspirar al goce estético.

En Estados Unidos, al contrario, todo el mundo puede comprar libros de versos y novelas. No digo que todo el mundo lee, sino que todos tienen dinero para comprar libros. En Estados Unidos todos los habitantes tienen tiempo para dedicarse a la lectura ; muchos no lo hacen simplemente por pereza o porque la televisión les coge

con sus tentáculos de pulpo, o el cine con sus redes de colores.

El futuro del escritor hispanoamericano me parece a mí muy brillante. La población del hemisferio se acerca a los 200 millones y no es difícil imaginarse el alcance que adquirirán las ediciones cuando todos sepan leer. A su favor está el respeto que hay en Hispanoamérica a la palabra escrita. Si alguien pone en duda la veracidad de algún acontecimiento a menudo se le responde : « La pura verdad, lo dijo el periódico de hoy. » En nuestros países la gente que no sabe leer, escucha. No es raro ver en las plazas o parques de nuestros pueblos grupos de personas oyendo la lectura de las noticias del día.

En alguna ocasión he contado lo que me pasó en una pensión en México. Cuando a fines de la semana fui a dar propina a la criada, ésta rehusó aceptarla, diciéndome : « ¿No podría el señor, en vez de darme dinero, enseñarme a leer? » Y aun este mismo año, en Santiago de Chile, ciudad de cerca de dos millones de habitantes, un peluquero desconocido, mientras me cortaba el pelo, me preguntó : « ¿No es Ud. el Sr. Torres-Ríoeseo? » Cuando le contesté afirmativamente, me dijo : « Yo he leído sus libros. » Todo esto es simbólico, bello, prometedor.

Yo creo que el escritor no tiene por qué depender de mecenas, de gobiernos, ni de partidos políticos, ni de instituciones. El escritor puede y debe aspirar a ser el profesional más independiente dentro de una sociedad. Las sociedades hispanoamericanas están hoy en pleno desarrollo y necesitan del poeta, del novelista, del autor teatral y del ensayista para aspirar a la integración de una alta cultura. Yo creo que el escritor puede ir a la política, a la diplomacia, al magisterio, al periodismo, pero manteniendo por encima de todo su calidad de escritor. No debe ser nunca « instrumento » de un partido político, ni burócrata en una embajada, ni buscar nunca una canonjía en una escuela, ni un puesto fácil en un periódico. Debe, por el contrario, ser un orientador, un guía ; debe crear « standards », imponer principios, definir valores y sólo de esta manera la profesión del escritor tendrá el alto puesto que se merece en una nación joven.

JOSE LUIS ABELLAN

Utopía, mito, revolución

EL DESPLIEGUE de utopías ha sido uno de los caracteres más constantes y decisivos de la dinámica histórica. La historia está constituida, en cierta medida, por los acontecimientos que el hombre produce en la persecución de sus utopías. La moderna filosofía ha señalado esto de alguna manera al insistir en la dimensión de «proyecto» que toda acción humana lleva consigo. Ortega, Heidegger y Zubiri han incidido de modos diversos sobre la misma realidad; sin embargo, ninguno de ellos ha prestado atención especial al carácter utópico e ideal del quehacer histórico del hombre. Ortega, a pesar de todo, es el que estuvo más cerca de la cuestión cuando caracterizaba el quehacer de la vida humana como una tarea literaria y asemejaba el vivir al novelar. Pero ni siquiera él me parece haber llegado a una formulación exacta del tema.

Esta razón es suficiente para tratar este punto que entra de lleno en dos disciplinas de gran relevancia en nuestros días: por un lado, la antropología filosófica; por otro, la filosofía de la historia. En primer lugar, vamos a detenernos en la aceptación del hecho; nos parece tan importante que no creemos deba pasarse sobre él sin más. Lo verdaderamente significativo de éste es que el hombre ha proyectado su vida, en casi todas las épocas, hacia una meta más o menos utópica; ahora bien, la forma de esta utopía ha ido cambiando a lo largo del tiempo conforme cambiaban no sólo las circunstancias his-

tóricas, sino la mentalidad del hombre mismo. En este sentido, las utopías se han desplegado en una doble dirección: en el espacio y en el tiempo.

Las utopías espaciales

En principio, cuando la morada terrestre era todavía una incógnita para el hombre, la utopía se situaba en algún remoto lugar del espacio, probablemente más allá de las columnas de Hércules, que ostentaban el conocido «non plus ultra», lugares misteriosos y bellos que ocultaban tesoros incalculables y que se identificaban frecuentemente con el paraíso o el cielo. El Jardín de las Hespérides, la Atlántida, las islas Afortunadas, El Dorado, la isla de Jauja, han sido algunos de estos lugares que el hombre perseguía con un afán religioso y donde situaba poco menos que la solución a todas las contradicciones de su condición humana. Pero los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI no dejaron tierra sin conocer ni continente sin visitar: Vasco de Gama con las Indias Orientales y Cristóbal Colón con las Occidentales ciñeron en un gran abrazo el mundo hasta entonces desconocido. El Dorado fue el último rincón del mundo donde los hombres creyeron poder encontrar ese Paraíso terrenal que hasta entonces no había aparecido por ninguna parte y que, sin embargo, no habían desesperado de hallar; allí, lugar de inconmensurables riquezas y de hermosas mujeres, debía re-

solverse el eterno problema de la vida humana, allí debía estar la Fuente de la Eterna Juventud que tan ávidamente buscó Ponce de León por tierras de Florida. Las pesquisas fueron inútiles; se registró toda Colombia, especialmente la misteriosa meseta de Cundinamarca, pero ni Gonzalo Jiménez de Quesada, ni sus hombres, ni las exploraciones posteriores por toda América lograron encontrar el maravilloso país.

Las utopías temporales

La tierra era ya conocida en todas sus dimensiones, en sus territorios más alejados y misteriosos, pero la meta utópica del hombre no se había encontrado en parte alguna. Precisamente desde entonces la utopía deja de situarse en algún lugar del espacio para hacerlo en un tiempo futuro; ahora es tarea humana que ha de realizarse en un plazo de tiempo determinado; deja de ser espacial para convertirse en temporal, histórica. La utopía —de *u*, sin, y *topos*, lugar— debía entonces llamarse con rigor *ucronía* —de *u*, sin y *chronos*, tiempo—. Pero dejemos los neologismos para gentes más autorizadas; solamente tengámoslo presente para conocer el sentido exacto que desde entonces va a tener esta palabra. Es significativo a este respecto el gran florecimiento de utopías que tuvo lugar a partir de los siglos XVI y XVII; desde que Tomás Moro escribió su célebre libro, no ha dejado de surgir constantemente en nuestra cultura una gran literatura utópica. Nuestro siglo ha sido especialmente fecundo en lo que se refiere a este tema. Aldous Huxley, Herbert G. Wells, Hermann Hesse son nombres que continúan una tradición que se remonta a *La República* de Platón, pero que no ha encontrado eco social, político y literario hasta los tres últimos siglos.

Sin embargo, en cada uno de éstos la literatura utópica ha tomado un matiz diferente. En el siglo XVIII tuvo carácter marcadamente político como se desprende de los tratados de Hobbes y Rousseau, y principalmente de la entonces decisiva Enciclopedia Francesa. Durante el XIX las utopías fueron científicas como podía esperarse de los ideales de progreso en todo ese siglo: en lo literario, Julio Verne es

el autor auténticamente representativo, en lo filosófico el ideal utópico se expresa en el positivismo de Augusto Comte, que hizo de su filosofía la religión de la humanidad y esperó del estado positivo la satisfacción de todos los afanes humanos. El siglo XX se ha caracterizado por las utopías sociales, más que por las políticas o las científicas. Hegel, Marx y Engels, por un lado, o Prudhon, Bakunin y Kropotkin, por otro, son los hombres más representativos de esta época de revoluciones sociales y paraísos socialistas en que vivimos. La utopía surge normalmente en el mundo de hoy con carácter social.

Utopía y mito

Estamos ya ante el hecho decisivo que queríamos dejar claro. La tarea histórica del hombre en el mundo se caracteriza, en gran medida, por la persecución de utopías, ya se sitúen en el espacio como ocurría entre los antiguos, ya en el tiempo como ocurre entre los modernos. La utopía es, en este sentido, el motor de la dinámica histórica, que nos incita hacia el futuro, y proyecta al hombre hacia una meta trascendente: la realización del objetivo utópico. Ahora bien: como su misma etimología nos dice, la utopía implica un elemento de irrealidad. Por tanto, no es realizable en este mundo. Conserva un elemento ideal que impulsa al hombre en su realización histórica, pero que nunca es alcanzable, pues se mantiene en la esfera de los entes ideales. En este sentido, la utopía goza de una doble dimensión: por un lado, histórica, en cuanto impulsa a la realización del hombre en este mundo; por otro, mítica, en cuanto supone la inserción del hombre en un orden ideal eterno. Por ejemplo: las distintas utopías espaciales de la Atlántida, de las islas Afortunadas o de El Dorado instaban al hombre a situarse en el lugar de la salvación eterna, en aquellos países donde el hombre superaba su condición carnal, y la verdad es que, aunque esos países de características mágicas no se hayan encontrado, han constituido un factor de máxima importancia en el conocimiento geográfico del globo.

En este punto nos parece oportuno hacer algunas aclaraciones sobre el mito que nos

dimensión profunda, el pecado original de la raza humana. La misma verdad psicológica se expresa con la rebelión de Luzbel, quien no sólo se negó a adorar a Dios, sino que se propuso a sí mismo como objeto de adoración; el resultado fue, como todo el mundo sabe, la rápida expulsión al infierno.

Por el contrario, las tradiciones religiosas del Oriente, especialmente la budista y la hindú, consideran que la existencia en sí misma consiste en dolor y sufrimiento. Por eso la creación es ya como tal una caída; su panteísmo explícito les lleva a considerar que el simple paso del Uno indiferenciado a la diferenciada multiplicidad de la naturaleza es en sí mismo la parte esencial de la Caída, pues la mera existencia individual en el tiempo es inseparable del mal (4).

En cualquier caso, sea una u otra la interpretación que de ello se dé, el hombre es un ser caído, con nostalgia del Paraíso que ha abandonado. Y esta nostalgia va cargada del deseo de incorporarse nuevamente al Paraíso perdido, mediante alguna nueva acción; en este sentido se orientan todas esas utopías de que hemos hablado, tanto las espaciales como las temporales. En las primeras es muy claro el elemento mítico que trata de introducirnos en un espacio sagrado, «Centro del Mundo», donde la condición humana queda superada por una reincorporación al estado paradisiáco de antes de la Caída. Por lo

(4) Sería interesante examinar la concepción del mal en el Cristianismo y en el Budismo. Para éste el mal se identifica con el dolor y el sufrimiento que implica la existencia en un tiempo y un espacio limitados; el deseo de realización de lo absoluto que todo ser lleva consigo choca dolorosamente con la limitación propia de la existencia individual, relativa. Por el contrario, para el Cristianismo la existencia en sí misma considerada no es buena ni mala; es simplemente un medio indiferente: bueno cuando lo utilizamos para la consecución del bien, malo cuando nos ayuda a la realización del mal. El mal —como el bien— implica libertad de elección, y esta es una categoría exclusivamente propia del hombre o de los seres espirituales. Por esta razón para el cristianismo no puede haber mal en el orden material de la naturaleza (se entiende mal moral, no evidentemente mal físico).

que respecta a las utopías temporales tampoco podemos dudar de ello; sin embargo, su demostración exige un espacio más dilatado. Las utopías espaciales se limitan a expresar el deseo de ingreso en un espacio mítico y en este sentido no ofrecen dificultad alguna. Por el contrario, las utopías temporales al introducir el factor tiempo, nos presentan toda la serie de cuestiones históricas que éste lleva consigo.

La utopía temporal trata de instaurar el Paraíso terrenal en una época futura de la historia, mediante unos u otros medios. La utopía de la Revolución Francesa pretende lograr el Orden perfecto por la realización de las estructuras políticas que se enunciaron en la *Declaración de los Derechos del Hombre*: soberanía popular, sufragio universal, división de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; estas nuevas estructuras traerían como consecuencia una sociedad feliz, donde habría de reinar la *Liberté, Egalité et Fraternité*. La utopía cientifista y positivista del siglo XIX creyó en la instauración de un orden social perfecto, lleno de abundancia, comodidad y bienestar, por la simple aplicación de los ideales de ciencia y progreso; pero hoy ya sabemos donde acaba el ideal cientifista abandonado a sí mismo. Huxley ha hecho una sátira implacable de esa utopía en su gran novela *Un mundo feliz* (*Brave new World!*). Las utopías revolucionarias de nuestro tiempo tratan, más que otra cosa, de trastocar el orden social y producir, mediante la supresión de las diferencias de clase y las desigualdades económicas, el ideal de fraternidad y solidaridad entre todos los hombres.

En la persecución de estas utopías entra de lleno un elemento decisivo que Mircea Eliade ha estudiado con detenimiento; nos referimos al «terror a la historia» propio del hombre normal en todas las épocas. Este hombre no ha podido escapar al estremecimiento que le produce la irreversibilidad del tiempo histórico con las fatalidades geográficas, las destrucciones bélicas, las transformaciones económicas o los cambios políticos. Y para escapar a la pesadilla de la historia ha tratado de abolirla mediante el mito de los ciclos cósmicos: la repetición periódica de la cosmogonía que lleva a una regeneración del tiempo por

la intromisión de una finalidad metahistórica en el proceso de la historia. En este sentido las épocas malas de la historia —«de las vacas flacas»— son, en realidad, el resultado de un enojo del dios o de un abandono del mundo a su propio curso, pero están siempre seguidas de épocas buenas —«de las vacas gordas»— en las que la divinidad vuelve a reconciliarse con los hombres y a dirigir el curso cósmico.

Las utopías temporales contienen, pues, en su estructura dos elementos dispares y contradictorios: por un lado, suponen el tiempo y tratan de realizarse en él, a través de la marcha histórica de la Humanidad; por otro, tienen un último sentido religioso de «salvación», pues con la instauración de la utopía el hombre trata de resolver el problema de la condición humana como tal, anulando el tiempo histórico e ingresando en el «Gran Tiempo» cósmico, donde se recupera —*illud tempus*— aquel Paraíso perdido de que venimos hablando. No se trata ya de ingresar en un espacio sagrado, sino en la eternidad. Es decir, tratamos de suprimir la historia mediante la recuperación de una «Edad de Oro» que tuvo lugar al principio de ella —aquel paraíso primordial— y que se repite al final de la misma. Por tanto, en las utopías temporales el mito del Paraíso perdido toma la forma de otro mito más conocido y estudiado: el mito del Eterno retorno (5). Una versión significativa de este mito aparece en las doctrinas revolucionarias de nuestro tiempo. Vamos a tratar de aproximarnos un poco a ellas.

Las utopías revolucionarias de nuestra época

La forma normal de despliegue de las utopías en nuestro tiempo son las doctrinas revolucionarias de orientación social que tratan de conformar una sociedad perfecta, donde reinen la felicidad y la fraternidad universal. Entre el sinnúmero de utopías revolucionarias que han surgido

en nuestro siglo —y no podemos olvidar los distintos fascismos— merecen especial atención para nosotros, tanto por su fuerza de propulsión histórica como por su hondo sentido escatológico, el marxismo y el anarquismo. Es indiferente que hasta ahora sólo el primero haya concretado su afán de realización histórica encarnándose en sociedades políticas —Rusia, China, Cuba— determinadas; lo realmente importante es su trascendencia cultural y espiritual para los hombres de nuestro tiempo. Por lo que respecta al anarquismo, es posible que aún tenga una labor por delante, si logra dar una fundamentación filosófica a su doctrinario social. Entre el anarquismo y el marxismo, el primero responde a una necesidad imperiosa de nuestros días: la descentralización política de la sociedad, frente a la centralización que siempre ha acompañado al segundo en su realización histórica.

Estos dos movimientos están inspirados en el sentido «historicista» de la filosofía contemporánea que trata de reducir al hombre a mero ser histórico; principalmente el marxismo, basado en la interpretación hegeliana de la historia, reduce ésta al despliegue dialéctico de la realidad, esto es, convierte al ser del hombre en el ser del proceso histórico. Sin embargo, ninguno de ellos ha podido renunciar a un último sentido trascendente. Hegel, en cuanto veía en el desarrollo histórico una manifestación del Espíritu Absoluto, concedía todavía cierta significación transhistórica a los acontecimientos temporales. Marx conserva también, a pesar de las apariencias en contra, un último sentido mítico de su revolución proletaria. Dostoyewski se preguntaba cómo sería posible rescatar en la perspectiva de la dialéctica marxista los dramas de la opresión, las deportaciones colectivas, las humillaciones y las matanzas de la historia universal. Pero esta pregunta olvidaba que para Marx la historia tenía también un *sentido*: la eliminación final del terror a la historia, la «salvación». La filosofía marxista de la historia tiene su término en la instauración de la Edad de Oro de las escatologías arcaicas; el logro de esa Edad de Oro al fin de la historia justificaría todos los sufrimientos posibles, sin tener en

(5) El estudio más completo sobre este mito es el que ha hecho Mircea Eliade en su libro *El mito del Eterno Retorno*, Buenos Aires, 1954.

asunto con absoluta franqueza si pretendemos mantener un diálogo eficaz con la juventud idealista y actuante de esta época. ¿Qué viene a ser el marxismo de una gran parte de nuestra juventud? Creo que podemos encerrarlo en unas pocas actitudes, independientemente del análisis que las fundamenta:

a) el reconocimiento de que el orden social que ahí está se basa, en buena medida, en la explotación del hombre por el hombre, fundando el bienestar de una clase, que abriga muchos parásitos y ociosos, en la miseria de la gran mayoría,

b) el reconocimiento de que la realidad social es *histórica*, por consiguiente en permanente mutación, debiendo el orden presente ser superado,

c) el reconocimiento de que es posible identificar los factores estratégicos que actúan en el proceso social, lo que abre las puertas a la política consciente de reconstrucción social.

Del último punto resulta una actitud positiva y optimista con respecto a la acción política, que corresponde perfectamente a las ansiedades de la juventud.

Si vamos a la esencia de esa filosofía, encontramos, por un lado, el deseo de liberar al hombre de todas las ataduras que lo esclavizan socialmente, permitiéndole que se afirme en la plenitud de sus potencialidades; por el otro, descubrimos una actitud optimista con respecto a la autodeterminación consciente de las comunidades humanas. Trátase, en última instancia, de una etapa superior del humanismo, ya que, colocando al hombre en el centro de sus propias preocupaciones reconoce, con todo, que la plenitud del desarrollo del individuo sólo puede alcanzarse mediante la orientación racional de las relaciones sociales.

Cualquiera que sea el nombre que se le atribuya es imposible combatir de frente esa doctrina, pues encierra las ansiedades profundas del hombre moderno. Sus raíces más vigorosas vienen del humanismo renacentista, que volvió a colocar en el ser humano el foco de su propio destino, y su optimismo congénito emana de la revolución industrial que dio al hombre el control del mundo exterior.

Si pretendemos mantener un diálogo fecundo con la nueva generación, debemos entendernos sobre lo que es realmente fundamental. Relegaremos a un segundo plano aquello que es simplemente operacional y que por definición tiene que estar subordinado a los fines perseguidos. Por ejemplo: no sería posible atribuir más que un carácter operacional a la propiedad privada de los medios de producción, a la empresa privada. Estamos todos de acuerdo en que la empresa privada es simplemente una forma descentralizada de organizar la producción y que debe estar subordinada a criterios sociales. Siempre que exista conflicto entre los objetivos sociales de la producción y la forma de organización de ésta en empresa privada, será necesario tomar medidas para preservar el interés social. Por otro lado, a medida que se va alcanzando mayor abundancia en la oferta de bienes, esto es, en las etapas superiores del desarrollo, menor importancia van teniendo las formas de organización de la producción y mayor es el control de los centros del poder político. Desde estos últimos es donde se dictan, en última instancia, las normas de distribución y de utilización del ingreso social, en forma de consumo público y privado.

Cabe por lo tanto preguntar: ¿cuáles son los objetivos fundamentales en torno de los que podríamos unirnos, esto es, que son irreductibles porque constituyen los elementos últimos de nuestra concepción de la vida? Creo que es de absoluta importancia que establezcamos con claridad esos objetivos, pues de lo contrario confundiremos medios con fines, o transformaremos en nuestros fines aquello que para otros son apenas medios. Tenemos el derecho de hacer esta reflexión independientemente del problema de la preeminencia rusa o americana con respecto a los destinos del mundo. Subordinar el futuro de nuestra cultura a las conveniencias de orden táctico de uno u otro de los grandes centros de poder militar moderno es dar la lucha por pérdida de antemano, dada la carencia total de objetivos propios finales. Debemos considerar como un dato de la realidad objetiva contemporánea el « impasse » existente entre los polos del poder político-militar. Considerarlo como un dato, significa

En efecto : es un hecho más o menos evidente que el rápido desarrollo material de la Unión Soviética, hasta hace poco país subdesarrollado, se basó parcialmente en métodos antihumanos. Las apropiaciones de los excedentes agrícolas, destinadas a financiar el desarrollo industrial, fueron hechas « manu militari », mediante colectivización compulsiva y represión violenta de toda resistencia. Para justificar ese método drástico, se creó la « teoría » de que el campesino es fundamentalmente individualista y que la única forma de superar ese « individualismo » es imponer la colectivización. Es la teoría de la salvación por el castigo. Sin embargo, todos sabemos que la productividad agrícola se deriva principalmente del nivel técnico de la agricultura ; que ningún « individualismo » campesino puede contraponerse a la elevación de ese nivel técnico, y que el ingreso real del sector agrícola está determinado por los precios relativos de lo que produce y de lo que compra el campesino. La apropiación directa del producto excedente del sector campesino, realizada en la Rusia Soviética, se debió al hecho de que ese era el método administrativamente más fácil. Y por esa facilidad administrativa se pagó el enorme precio en vidas humanas conocido. Más aún ; aunque dejásemos de lado

países de economía colectivista ha estado acompañado de formas de organización político-social en que se restringen más allá de los límites de lo que consideramos tolerable todas las formas de libertad individual. Esas restricciones, si bien aceptadas voluntariamente en las fases de ardor revolucionario, difícilmente pueden ser toleradas como formas normales de convivencia humana.

Hay que reconocer, no obstante, que desde el punto de vista de las masas de los países subdesarrollados, el argumento de la experiencia histórica de los países socialistas, con su pérdida de libertad individual, ha sido de reducida eficacia. Ello porque dichas masas, como no tuvieron cualquier acceso a formas superiores de vida pública, no pueden comprender el verdadero alcance del argumento. Más aún : la supuesta alternativa libertad-desarrollo rápido puede resultar peligrosa para la libertad como aspiración colectiva, pues podría inferirse que la libertad a que tiene acceso una minoría se paga con el sacrificio del bienestar de grandes mayorías. Si llegásemos a admitir como una tesis válida que el desarrollo económico de los países socialistas fue la contraparte del cercenamiento de las libertades cívicas, deberíamos también aceptar como verdadero el corolario de que el precio de la libertad que disfrutamos se paga con el retraso del desarrollo económico general.

Aún menos eficaz, desde el punto de vista de las masas de los países subdesarrollados, es la versión más directa del argumento según el cual el desarrollo de los países socialistas está siendo obtenido con enorme costo humano, inclusive mediante formas de trabajo semiesclavo. Lo que ocurre es que los pueblos subdesarrollados están dispuestos a pagar un precio por el desarrollo, aun cuando ese precio sea muy alto. Y esto porque saben, a través de la dura experiencia de la miseria en que viven, el precio altísimo que pagan para continuar subdesarrollados. ¿Cuántos millones de vidas son segadas, anualmente, en un país como el Brasil, por culpa del subdesarrollo? ¿Cuántos millones de vidas son consumidas por el hambre y por el desgaste físico provocado por formas primitivas de trabajo, antes de que alcancen



la dolorosa experiencia agraria soviética, cabe reconocer como evidencia universal que el rápido desarrollo económico de los

la plena madurez? ¿Cuántos millones de seres humanos por ahí están sin que tengan acceso a la alfabetización o a cualquier otra oportunidad de participar en las manifestaciones media y superior de la cultura? Pocos hay entre nosotros que tengan conciencia del carácter antihumano del subdesarrollo. Cuando comprendemos eso, fácilmente explicamos por qué las masas están dispuestas a hacer todo para superarlo. Si el precio de la libertad de algunos debiera ser la miseria de muchos, estemos seguros de que sería escasa la probabilidad de que permaneciésemos libres.

Si tuviésemos que aceptar como real esa alternativa, estaríamos frente a un « *impasse* » fundamental, derivado de una contradicción entre los objetivos últimos, vale decir, entre las metas que deseamos alcanzar. La explicación colateral de que esa contradicción puede ser superada mediante el sacrificio de las generaciones presentes en beneficio de las futuras es totalmente falaz, pues no podemos estar seguros de que los valores destruidos hoy puedan ser mañana reconstruidos. A menos que aceptemos la teoría lineal según la cual a cada grado de desarrollo material de la sociedad corresponde otro de desarrollo de los demás valores, teoría ésta que implicaría el abandono del objetivo humanístico que antes formulamos, ya que sólo el desarrollo económico sería variable, independiente, en nuestro sistema de filosofía social.

La universalidad con que se viene insistiendo en la referida doctrina se debe a que la misma ha sido deducida de maneras diferentes por contendores antagónicos. Aquellos que se dicen defensores de la libertad la deducen del hecho de que las modificaciones estructurales en el orden social, necesarias a una rápida aceleración del desarrollo de los países subdesarrollados, sólo han sido viables con la supresión de las libertades fundamentales del hombre. Y aquellos que argumentan del lado opuesto deducen la misma alternativa del otro hecho histórico de que el único método eficaz para introducir las modificaciones sociales necesarias al rápido desarrollo ha sido la revolución de tipo marxista-leninista, que por su naturaleza exige la implantación de rígida dictadura. En esa forma, se reconoce por ambos lados

que las transformaciones sociales son causa eficiente de la aceleración del desarrollo material en países subdesarrollados. Por un lado, se comprueba que esas transformaciones, allí donde han surgido, vienen acompañadas de la supresión de las libertades fundamentales. Por el otro, se postula que el método eficaz para lograr tales transformaciones engendra la rígida dictadura.

La discusión en torno de esta materia de tanta importancia, ha sido oscurecida por una gran confusión de conceptos, inconsciente o intencionada. Ahora más que nunca es necesario que hagamos una clara distinción entre aquellos objetivos últimos, de los que no debemos alejarnos en la lucha por el perfeccionamiento de las formas de convivencia social —que fueron incorporados a la filosofía social de Marx, pero que constituyen elementos de una concepción más amplia del mundo y que está en gestación en el Occidente desde el Renacimiento— de las técnicas elaboradas para la consecución total o parcial de esos objetivos. El marxismo-leninismo es una de esas técnicas. Postula la inevitabilidad de la revolución violenta, dirigida por un partido de profesionales de la revolución, debiendo ser asegurado el nuevo orden por un régimen dictatorial, el cual perdurará durante un período de transición de duración indefinida. Es necesario no olvidar que esa técnica fue forjada y perfeccionada en la lucha por la destrucción de una estructura político-social totalmente rígida, que era el zarismo. La experiencia histórica de los últimos decenios ha demostrado que, aplicada contra otra estructura rígida —la China nacionalista y de la ocupación japonesa, la Cuba de Batista, son ejemplos conspicuos—, esa técnica revolucionaria, que exige disciplina espartana en la base y la audacia de dirección de un Alejandro, puede ser de elevada eficacia.

Sin embargo, no se puede decir lo mismo con respecto a las sociedades abiertas. El ejemplo de Europa Occidental parece ser concluyente : grandes máquinas partidarias de orientación marxista-leninista quedaron traumatizadas frente a una realidad político-social en permanente mutación. La explicación de ese hecho histórico no es difícil : el marxismo-leninismo reconoce

en el Estado —que define como « fuerza especial de represión »— la dictadura de una clase, la burguesía. La unidad de acción revolucionaria está facilitada por la clara definición de objetivo. Pero a partir del momento en que el Estado deja de ser simple dictadura de clase para transformarse en un sistema compuesto, representativo de varias clases, si bien bajo la égida de una de ellas, aquella técnica revolucionaria pierde eficacia. La necesidad de discriminar entre lo que el Estado hace de bien y de mal, desde el punto de vista de una clase, exige una capacidad de adaptación que no puede tener un partido revolucionario monolítico.

De la experiencia histórica cabe inferir que solamente allí donde la revolución de tipo marxista-leninista tuvo buen éxito, fueron alcanzadas profundas transformaciones sociales, causa eficiente de un gran desarrollo económico. Por otro lado, la misma experiencia histórica indica que la revolución de ese tipo solamente tuvo lugar donde la estructura político-social era rígida y anacrónica. De la conjunción de esas dos observaciones de base histórica, resulta aquella falsa alternativa. Donde hubo revolución social ya había dictadura. Y el método empleado para destruir la dictadura traía implícita la necesidad de sustituirla por otra. De ahí que unos hayan deducido que las transformaciones sociales engendran pérdida de las libertades fundamentales, y otros que la aceleración del desarrollo sólo puede ser garantizada por un régimen dictatorial.

Dualidad de la estructura político-social brasileña

Consideremos ahora de frente el problema brasileño. A la luz de la experiencia histórica no es difícil explicar por qué la clase campesina en el Brasil es mucho más susceptible de ser trabajada por técnicas revolucionarias del tipo marxista-leninista que la clase obrera, si bien que, desde el punto de vista de la ortodoxia marxista, esta última debería ser la vanguardia del movimiento revolucionario. Es que la nuestra es una sociedad abierta para la

clase obrera, pero no para la campesina. En efecto : nuestro sistema político permite que la clase obrera se organice para llevar a efecto, dentro de las reglas del juego democrático, sus reivindicaciones. No obstante, la situación de los campesinos es completamente diferente. Como no poseen ningún derecho, no pueden tener reivindicaciones *legales*. Si se organizan se deduce que lo hacen con fines subversivos. La conclusión necesaria que tenemos que sacar es la de que la sociedad brasileña es rígida en una gran parte : aquella parte formada por el sector rural. Y con respecto a esa porción es válida la tesis de que las técnicas revolucionarias marxistas-leninistas son eficaces.

Llegamos así a una conclusión de extraordinaria importancia para nosotros : la existencia de una dualidad en el proceso revolucionario brasileño. En la medida en que vivimos en una sociedad abierta, la consecución de los supremos objetivos sociales tiende a asumir la forma de aproximaciones sucesivas. En la medida en que vivimos en una sociedad rígida, esos objetivos tenderán a ser alcanzados por ruptura cataclísmica.

Me voy a permitir una reflexión más sobre métodos revolucionarios : basándose el marxismo-leninismo en la sustitución de una dictadura de clase por otra, constituiría un retroceso, desde el punto de vista político, aplicarlo a sociedades que hayan alcanzado formas de convivencia social más complejas, vale decir, en las modernas sociedades abiertas. Ese retroceso se traduciría en sacrificio de los objetivos mismos que antes definimos como esenciales. Si es verdad que la ampliación de la base material traída por el desarrollo facilita al hombre una vida más plena, no es menos cierto que la forma de organización político-social constituye el marco dentro del cual se afirman las manifestaciones superiores de la vida del hombre. Si bien sea probable que en el futuro coexistan el pleno desarrollo material y las formas de organización político-social capaces de permitir la plena afirmación de los valores humanos, en la etapa histórica en que nos encontramos no ocurre así necesariamente. Haber logrado formas superiores de organización político-social representa una

FRANÇOIS BOURRICAUD

Elogio del « cholo »

DE LOS TRES GRUPOS que hemos distinguido —indio, cholo, misti—, ¿qué cultura parece como dominante? Según los indigenistas, la evolución que transforma las relaciones entre los pastores indígenas y sus patronos, los comuneros y los grandes propietarios, que seduce y atrae a las ciudades un gran número de jóvenes campesinos indígenas, conduce a una indianización rápida del Perú. ¿Define la vida indígena un modelo cultural bastante prestigioso para retener o atraer a los más evolucionados, los más « cultivados »? Notemos el gran prestigio de la instrucción, de la castellanización sobre el campesino indio. Hablar y escribir en español, ser capaz de discutir con el juez, el militar o el funcionario, es ciertamente la ambición de los comuneros más despabilados. No concluyamos por esto que renieguen su grupo de origen; a propósito de los núcleos de indígenas adventicios, hemos notado que los más emprendedores, los más eficaces expresaban al mismo tiempo el orgullo muy natural de ser indios. Pero no olvidemos que por el momento no hay entre las comunidades indígenas ningún movimiento « nativista » que pretenda restaurar las costumbres autóctonas. El fracaso relativo de la legislación comunitaria viene del sentimiento, muy vivo entre los indígenas, de que la comunidad, con sus instituciones tradicionales, muy probablemente no se adapta a las exigencias actuales. Digamos, exponiéndonos a simplificar, que las tendencias « nativistas », si es que aparecen, son mucho más frecuentes en el

misti indigenista que en el propio indígena: el indigenismo es una ideología de mestizos.

Pero la cultura misti ya no es capaz de constituir un foco de atracción y de integrar las formas de la cultura nueva emergente. La condición del misti hace soñar a los más ambiciosos y quizás a los más inteligentes indígenas. Pero ¿qué profesiones elegían los alumnos jóvenes de Puno que se negaban a vivir en el campo? La de abogado, militar, policía y comerciante. Cuando decimos que el indígena trata de identificarse con el modelo misti, queremos decir simplemente que desea para sí mismo o para sus hijos *profesiones de misti*. No vayamos a imaginar que trata de asimilarse todas las características de la cultura misti. Sobre todo no vayamos a creer que la cultura criolla pueda ser preferida por el indígena (1). Históricamente, el criollo designaba al español nacido en América, recién desembarcado, con el epíteto de chapetón, como se dice todavía en Lima. Pero el criollo, al mismo tiempo que se distingue del extranjero, se opone también al autóctono, sobre todo al serrano, al montañés del interior. El indio y el cholo no pueden en ningún caso ser considerados como criollos. El régimen alimenticio, los ves-

(1) Este error es sensible sobre todo en John Gillin (Moche, «A Peruvian Coastal Community», pág. 151-154; véase también su artículo «Mestizo America» en *Most of the World*, editado por Ralph Linton, pág. 156-212, que habla fácilmente de cultura «criolla», y que la considera como dominante en el Perú contemporáneo.

hombres se formó alrededor de ellos. Después el primero quiso golpear a su contrincante. Los otros se metieron por en medio, unos apoyando al borracho y los otros al que parecía forastero.» (Nota del 25 de marzo de 1953.)

¿Manifiesta el misti las mismas aptitudes que el indígena, en sus relaciones con los individuos que pertenecen al mismo grupo? El «ayni» no tiene equivalente riguroso en el mundo de los mistis: el cambio de las jornadas de trabajo es posible solamente si las unidades cambiadas así son comparables, es decir homogéneas. El «ayni» es practicable si se trata de trabajo agrícola. Pero el misti no es campesino: es comerciante, propietario de tierras, abogado o médico. En cambio, el principio de reciprocidad aparece en una de las instituciones más características de la sociedad misti, de donde se ha difundido, por otro lado, en la sociedad indígena. El compadrazgo constituye, en cierto modo, una relación de reciprocidad entre el padrino y el ahijado, y entre el padrino y el padre del ahijado. Las obligaciones a que están sometidos los compadres no son sólo de complacencia. Aquel que intentara sustraerse a ellas, sin una razón valedera, sería criticado. Cuando pedimos un favor para un amigo, empezamos por excusarnos de solicitar una excepción. El compadre que insinuara un motivo tan pobre sería considerado como un cobarde o como un felón. Precisemos que las obligaciones del padrino no constituyen tampoco un sistema de «prestaciones totales». El ahijado no es, ni mucho menos, un vasallo, y el padrino no es un señor: por otro lado, nadie está obligado a hacer lo imposible. Pero como estas obligaciones son confusas y están mal definidas en la sociedad misti, el antagonismo y la rivalidad predominan claramente sobre la cooperación y la reciprocidad. La fuerza del «ayni» proviene del hecho de que rige los cambios de objetos que se pueden comprar y medir con bastante aproximación, y que este cambio, en vez de ser puramente utilitario, ha conservado un valor simbólico. Los bienes y los servicios que se devuelven en un orden fijo los individuos comprendidos en el sistema del compadrazgo, no son en su mayoría sino ritos que han perdido

una gran parte de su eficacia (los regalos cambiados con ocasión de los casamientos), o bien los valores así en trueque son indeterminados, y dependen más de la buena voluntad del donador que de su docilidad a las exigencias de la justicia estricta. Se expone así a no dar bastante cuando a él le parece que da demasiado. El cambio no se presta en este caso, como en el «ayni», a una sencilla medida indiscutible. Digamos que el principio de reciprocidad, en el misti, no obedece a reglas claras y evidentes, que no está encarnado en las instituciones que aseguran su aplicación constante y sin dificultades.

Sin embargo, para el indio, como para el misti, cooperación y hostilidad se dirigen siempre a las personas, y no se producen casi nunca partiendo de prescripciones abstractas y anónimas. Si los indios y los mistis se comprenden es porque unos y otros se imaginan las relaciones sociales sobre el modelo del lazo personal. La cooperación organizada por el «ayni» reúne a los parientes, a los compadres y a los amigos, en fin, se desarrolla en el interior de la unidad familiar, o todo lo más, del grupo de residencia. Sin duda está regida por la intervención de un principio abstracto: si recibo, debo dar; si doy, tengo derecho a recibir. Pero me represento muy concretamente lo que doy y lo que recibo: se trata de jornadas de trabajo, asociadas en mi espíritu a un tipo de producción bien definido, a un círculo de intercambiantes bien circunscrito. La actitud del misti de Puno sobre este aspecto puede ser comparada a la del indio. En primer lugar, el campo en donde se desarrolla su acción no es mucho más grande que el del indígena y, sobre todo, este campo está considerado también como una estructura cualitativa, y no como un sistema mecánico de posiciones y de movimientos. El «status» está personalizado («porque era él, porque era yo»); casi nunca está relacionado con una jerarquía de papeles independiente de los individuos que los representan. La sociedad aparece como una colección de relaciones interpersonales entre el individuo, sus parientes, sus compadres y sus amigos. La idea de que estas relaciones puedan ser determinadas o modificadas por reglas transcendentales se compren-

de con mucha dificultad. No hay ley, hay solamente voluntades coercitivas y eficaces. Este rasgo aparece particularmente en la actitud observada hacia la justicia y los magistrados. Y lo mismo en la conducta de nuestros amigos de Puno hacia los funcionarios. Lo que importa ante todo es saber si podemos considerarlos como amigos, pues si no, tendrán tendencia a escuchar y dar la razón a nuestro adversario.

Esta personalización extremada de las relaciones sociales se observa no solamente en el interior del grupo misti y en el interior del grupo indio, sino también en las relaciones entre los dos grupos. Se juzga al indio en nombre de una justicia que él no comprende. Se le imponen cargas (como el servicio militar), que considera como meras coerciones y vejaciones. Sin duda respeta las tradiciones, pero solamente por prudencia. Por lo demás, no ve ninguna razón en la mayor parte de las órdenes que tiene que ejecutar. No puede, pues, considerarlas sino como manifestaciones de una voluntad a la que debe someterse. Pero, por otro lado, las voluntades son movedizas; pueden ser debilitadas, seducidas. Todos nuestros amigos abogados han insistido sobre este punto: el indígena está convencido de que todas las cosas se pueden arreglar, si el juez quiere hacerlo. El misti también considera sus relaciones con los indios, espontáneamente, según las mismas imágenes y los mismos esquemas. La razón es diferente, pero el resultado es idéntico. El terrateniente, por ejemplo, no se creará moralmente obligado por la ley, que le impone tales obligaciones con respecto a «sus» indios. Estrictamente hablando no se siente obligado para con ellos, o mejor dicho, solamente se siente obligado por los deberes que él mismo reconoce, pues, en su espíritu, los deberes solamente pueden obligar a gentes iguales, o, por lo menos, a gentes que pertenecen a la misma familia o a la misma clientela que él mismo. Todas las obligaciones que el misti acepta para con el indio proceden de un acto de generosidad de parte suya; son concedidas por su voluntad y estrictamente personales.

Aquí tocamos quizás una de las razones por las cuales, a pesar de la falta de tierras para los indios y de las ansias de acaparamiento de algunos mistis, los con-

flictos agrarios no han rebasado hasta la fecha el nivel del motín campesino. Las situaciones se particularizan, se individualizan. Se malean en cierto sector porque un hacendado se revela muy duro y cruel, o porque la resistencia indígena está organizada en torno a un jefe emprendedor y valiente. Pero este movimiento se extiende raras veces a toda una región. Se quebranta en las diferencias locales, y no alcanza jamás toda su amplitud. Añadamos que la represión, al contrario, está centralizada. La coordinación de estas pequeñas rebeliones locales no sería posible más que en el caso de que el órgano central de las mismas se encontrase entre las manos de los mistis. Las cosas han estado a punto de malearse completamente en la región de Puno dos veces: una vez en 1906-1907, y la otra en 1922. En los dos casos fueron los mistis los que asumieron la dirección del movimiento. El jefe de la primera insurrección era un antiguo subgobernador de la provincia de Chucuito, el comandante Gutiérrez, quien finalmente se escapó a las montañas. (Sobre esta figura he podido recoger informaciones orales; Gutiérrez desapareció de la región hacia 1910, para dirigirse o a Bolivia o a Chile; al parecer se encontraba todavía en 1920 metido en un movimiento revolucionario boliviano.) La segunda insurrección parece haber sido dirigida, de lejos y bajo mano, por un personaje relevante, intelectual de renombre, y actualmente senador. Si en ambos casos los acontecimientos llegaron a extremos inquietantes, fue probablemente porque los rebeldes habían concertado acuerdos con la policía o con el ejército y porque la sublevación disfrutaba cierta simpatía de los mistis.

Es extremadamente difícil organizar la masa indígena, que sin embargo está cimentada por una cultura vivaz, en un grupo animado por una voluntad propia. Al final de nuestro capítulo sobre la ciudad de Puno hemos indicado por qué nos negábamos a hablar de clases en Puno. Indios y mistis pugnan por la posesión de las tierras, y tienen conciencia de que pertenecen a grupos de intereses opuestos. Pero si el hacendado cree que su autoridad se apoya sobre el aparato administrativo y policíaco, el indio en cambio tiene solamente una

de saturación en España. La puerta se ha abierto y se ha cerrado en un lapso de tiempo demasiado breve. Los premios ya no crean figuras. Las editoriales siguen ofreciendo, sin embargo, libros españoles. No obstante, en muy buena parte, son libros que no se venden, libros por los que nadie se interesa. La literatura, la novela, *va fallando como salida*. Este proceso, que se consumará sin demora, pondrá de nuevo al aspirante a novelista en la arriesgada disyuntiva de asentar su vida en un puesto estable o lanzarse a correr *la aventura literaria* con todas las incógnitas por delante.

Alemania, a este respecto, puede representar un ejemplo. Y ante el caso alemán uno ha de admitir que o bien la novela terminará sucumbiendo como género anacrónico o bien la sociedad recapacitará y retornará a la estimación de otros valores —aparte los valores de confortabilidad material en que hoy ciframos el progreso— y en tal caso la literatura —la novela— dejará de afrontarse *como salida* y se enfocará con otras miras más nobles, único camino que garantiza, a mi entender, la supervivencia del género.

*

Pero resulta obvio que en los últimos años se ha escrito mucho en España y, por añadidura, se ha escrito bien. Suele aducirse, sin embargo, que hoy no hay en el país grandes figuras literarias. A esto ha de responderse: primero, que los maduros de las generaciones de postguerra apenas han cumplido los cuarenta años, y segundo, que en el arte —como en la técnica— se opera cada día sobre un acervo cultural más rico y, consecuentemente, cada día es más difícil sobresalir. En la época del romanticismo le era suficiente a un poeta rimar con alguna gracia «suerte» con «muerte» y leer su poema con cierto énfasis ante la tumba de un suicida, para llamar la atención y encontrar una amplia resonancia en el pueblo. Hoy tal cosa es imposible, en primer lugar porque el rigor del artista, su sentido autocrítico se lo prohíbe, y en segundo lugar porque el hombre culto hila mucho más delgado que el de antaño, en tanto el pueblo continúa

anclado en el melodrama; se ha quedado atrás. Resultado: la disociación poesía-pueblo es un hecho. El poeta ha subido, se ha sutilizado, mientras que el hombre del pueblo sigue siendo analfabeto aunque sepa leer y escribir. En la actualidad existe en España un plantel de excelentes poetas que no lo parecen tanto porque son demasiados. Si en lugar de ser doscientos fueran media docena otro gallo les cantara. Pero las cosas son así. Para destacar hay que hacerlo cada día mejor o más difícil.

Algo de esto acontece con la novela. En los últimos veinte años se han escrito en España muchas novelas dignas, pero pocas novelas sobresalientes, lo que no quiere decir que muchas de estas novelas no hubieran sobresalido hace 50 ó 60 años. Y yo lo creo así a pesar de que las características narrativas han variado mucho en poco tiempo. En todo caso, en buena parte de la novela española de postguerra se da un fenómeno curioso: la contradicción entre la amargura escéptica —como apesadumbrada y senil— de los temas y el vigor de la forma. Claro que hay circunstancias que pueden justificar aquélla, mientras la robustez, la sobria robustez formal de la narrativa española del momento queda suficientemente explicada por la edad —25 a 40 años— de sus cultivadores.

En cualquier caso, la ruptura con el adorno, con la divagación, es un hecho que se produce ya en las primeras novelas de postguerra. Apenas se descubre en éstas alguna vaga reminiscencia del decadente lirismo de otros tiempos. La contundencia, la rigidez de matiz, es el vehículo expresivo de nuestros jóvenes. Es notorio que los novelistas del XIX no se resignaban, en sus relatos, a eludir su erudición. Contar un cuento, aun bien contado, se les antojaba una tarea en exceso pueril. De ahí que en sus narraciones tanta importancia como el asunto tenga la divagación. Divagaciones en torno al arte, la religión o la política, pero inspiradas ineluctablemente en el afán de infundir al relato un poco de trascendencia. Estas digresiones, analizadas con ojos de la época, tal vez revalorizaran la obra, pero a los ojos actuales desmerecen, y rompen la unidad y el ritmo del relato. Este diferente enfoque explica la aversión que sienten en España los vie-

es un ser con algo que decir, con una personal manera de interpretar el mundo que le rodea. Resulta lógico, en vista de lo expuesto, que ni literaria ni espiritualmente exista entre estos novelistas una afinidad de grupo, o, si se prefiere, una *conciencia generacional*.

Muy distintas consideraciones nos sugiere el grupo de novelistas aparecido en España a partir de 1950. El bloqueo intelectual ha perdido su virulencia en este tiempo; las fronteras se han ido haciendo cada vez más permeables. En el país penetran vientos renovadores impulsados casi en su totalidad por la « generación perdida » norteamericana, Sartre, Camus y Kafka. Los novelistas que ahora inician su carrera en España no pueden sustraerse a tan fuertes influencias. Y esto, unido a su procedencia universitaria, les dota de un aguzado sentido crítico, les confiere —diríamos— una fría posición intelectual ante la novela, que les empuja a la resolución previa de los problemas técnicos que aquélla plantea y a una búsqueda de nuevas soluciones. El resultado inmediato es un vivo anhelo de modernizar, de poner al día las viejas fórmulas nacionales. Pero su actitud es más bien experimental, y de este modo la novela española se pone a tono con las corrientes estéticas del momento, es cierto, mas también se desarraiga, pierde pasión, y consecuentemente enajena parte de sus peculiaridades raciales. La objetividad narrativa toma carta de naturaleza con un rigor y una rigidez que revelan, tanto como el retraso de la importación, el firme impacto que en los jóvenes escritores ha causado su descubrimiento.

Por otro lado el grupo de novelistas que aparece después de 1950 se muestra desco-

nectado del drama de la guerra civil. No ha tenido en él arte ni parte. Está, pues, moralmente autorizado para reprochar la incomprensión de unos y de otros. Es decir, el novelista español del último decenio se enfrenta, de pronto, con una *realidad ya hecha*, y paulatinamente va entrando en ella, va analizándola y planteándose los problemas que de la misma se derivan. Por este camino, la joven novela española se va *socializando*. La socialización de la novela española ofrece dos vertientes: de un lado se tiende a destruir la novela con protagonista individual y a encararse con temas cuyos protagonistas son colectividades. De otro, la novela, convertida en instrumento de combate, se utiliza para denunciar la injusticia de unas estructuras sociales a estas alturas manifiestamente inservibles.

Es, pues, evidente que entre este grupo de novelistas sí existe una afinidad espiritual que afecta tanto al aspecto técnico de la novela como a su contenido y, por tanto, en este caso no es aventurado hablar de una *conciencia generacional*.

No obstante, las incursiones cada día más frecuentes de los novelistas del primer grupo en el terreno social y su creciente preocupación técnica, junto al relajamiento de ciertos cánones formales que hace apenas cinco años parecían intangibles para los novelistas del segundo, nos hacen pensar que ambos grupos se aproximan, de tal modo que el día en que el análisis de este proceso pueda hacerse con perspectiva, se habrán difuminado lo bastante los respectivos contornos para que pueda hablarse de un solo grupo de novelistas de la postguerra española.

ERNESTO ARDURA

El mundo azul del Modernismo

HACIA FINES del pasado siglo se abre paso en Iberoamérica un nuevo espíritu, inclinado a la originalidad y, en cierto modo, al exotismo. Así se explica que el fulgor del estilo coincida con la lejanía de los temas. La poesía se enciende con nuevos giros y con un ritmo lleno de cadencias, en combinaciones métricas que tienen un sabor arcaico o muy moderno.

Este nuevo espíritu se distingue fundamentalmente por su repudio de lo vulgar y prosaico. Se quiere elevar la vida a planos poéticos. Y como la realidad es mediocre y primitiva —siempre toda realidad está por debajo del sueño del artista—, los escritores se fabrican un mundo de imaginación y maravilla, cuyo meridiano pasa por París.

Los poetas de este movimiento literario, llamado Modernismo, se hacen extremadamente líricos y subjetivos. Crean su « jardín de sueño, lleno de rosas y de cisnes vagos », según la expresión de Rubén Darío. Es un mundo límpidamente azul, color que domina la óptica del Modernismo. Todo adquiere una tonalidad celeste, de cielo sin nubes, para estos enamorados de la belleza.

El azul es como la bandera rebelde frente a la sordidez y el atraso. La imaginación de los poetas modernistas es exquisitamente delicada. José Martí, refiriéndose al bardo mexicano Gutiérrez Nájera, dice que su verso es de « ópalo tenue y de luz

de luna ». En efecto, hay en todos los creadores del Modernismo un sentido nuevo del color y de la forma, unido a una honda ternura sentimental.

La famosa princesa de la « Sonatina » de Darío quiere « ir al Sol por la escala luminosa de un rayo, tener alas ligeras, bajo el cielo volar ». Es como acercarse al mundo azul de los sueños, al mundo de los sentimientos profundos, de la poesía y del amor. La realidad es la gran enemiga de los modernistas y el ideal está en elevarse hacia planos de exaltado lirismo.

Como movimiento literario, el Modernismo muestra una vigorosa personalidad. Sus poetas crean un nuevo estilo. Y traducen con simbólicas palabras la crisis en que se debate la conciencia iberoamericana. Su influencia se deja sentir fuertemente.

Se ha reprochado al Modernismo su carencia de preocupación social y política. Pero hay que tener en cuenta que el movimiento atraviesa por varias etapas y que, si en sus inicios hubo de mostrar inclinación a lo exótico y lejano, después se inspira frecuentemente en temas americanos. Por lo demás, es injusto reprocharle culpas de omisión política, tratándose de una escuela específicamente entregada a la renovación de las letras.

Los poetas del Modernismo querían cumplir aquella misión que les había dado su jefe y guía, el genial Rubén Darío: ser « pararrayos celestes », « rompeolas de eternidades ». No siempre, desde luego, esta-

*¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso
algo, en la urna diáfana del verso
piadosa guardará la Poesía.*

Otro de los precursores del Modernismo, el colombiano José Asunción Silva, da al misterio una dimensión poética, como ocurre también en el norteamericano Edgar Allan Poe. Ambos están gobernados por una sensibilidad honda y angustiada. En uno de sus « Nocturnos », Silva marcha del brazo de sus recuerdos para convertir una experiencia melancólica en fuente de belleza poética. Tras el fondo desgarrado, se abre paso la extraordinaria musicalidad de los versos :

*Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria ;
y tu sombra, esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta
[primavera,
como en esa noche llena de murmullos,
[de perfumes y de música de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las
[sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se
[juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las
[noches de tristezas y de lágrimas!*

Ya la atmósfera del Modernismo está casi formada : tiene la sensibilidad romántica de José Martí, el colorido de Gutiérrez Nájera, la musicalidad y la melancolía de José Asunción Silva. En cuanto a la forma, se advierte una radical discrepancia con las retóricas y un fuerte impulso hacia un nuevo estilo de expresión.

Faltará aún el exotismo característico de Julián del Casal, el poeta cubano que parece hermano de Silva por su pesimismo, y que sueña con paraísos lejanos. Trabaja Casal en su verso para liberarse de la realidad y le salen estrofas de gran perfección formal, a las que se asoma la delicada angustia de su alma.

Todos estos poetas tienen de común el

exquisito dominio de la palabra, su sentido del ritmo y del color. Es un nuevo estilo que pone a vibrar en América un cabrilleo de metáforas, un sonoro ejercicio de galanuras literarias.

Luego llega Rubén Darío, que es por sí solo una revolución en las letras contemporáneas.

En su primera producción, se muestra Rubén Darío como un preciosista que renueva las formas verbales con el empleo de originales estrofas métricas y con un hondo acento musical. Su verso adquiere majestuosa prestancia, como si una sensibilidad nueva hubiese despertado en América.

Aquello fue un cataclismo en el « antiguo régimen » literario. Se estremecieron las academias, y la azorada familia de los retóricos comenzó a sentir mortales escalofríos.

La primera salida lírica de Rubén fue en 1888, con *Azul*, cuyo título ya anuncia una concepción revolucionaria del arte. El velo maravilloso de la reina Mab, con el cual convertía la triste realidad en sueños, parece cubrir todo el ámbito del libro. Versos y prosas se combinan en alianza poética de muy acendrado carácter.

« El libro está impregnado de espiritualidad cosmopolita » —apuntó el crítico Juan Valera—. Y señalaba en él « galicismo mental ». En efecto, así era. El libro respiraba atmósfera de París y de Europa, ansias de evasión intelectual. Era una manera de cubrir con un manto opalino los panoramas renegridos, y de acogerse, ya sin romanticismos, a la fórmula de Hugo : « El arte es azul ».

El azul venía a ser un símbolo de lo límpido sereno y poético, una especie de región ideal del alma. Si repasamos las páginas del primer libro de Rubén, nos hallamos con una profusión de asuntos en que el color parece dar el tono dominante. Hay acuarelas, paisajes, aguas fuertes, naturalezas muertas. Pero un fondo azuláceo es el que sirve de atmósfera a toda la efusión lírica que Rubén pone en su itinerario de aeda.

Vendrá luego el sabor de un libro más maduro : *Prosas Profanas*. Por uno de

Ariel es un alegato contra el materialismo y una defensa de los valores del espíritu. Rodó advierte el peligro de una civilización que sólo tenga en cuenta los intereses económicos. Quiere que, en los jóvenes, se desarrollen íntegramente sus condiciones. «Ariel triunfante —dice— significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en la moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres». Es decir, hombres dotados de una plenitud armoniosa.

No es la mera posesión de bienes lo que, según Rodó, da al hombre su felicidad y fuerza. Requiere la lucha por el ideal, el esfuerzo por ennoblecer la conducta.

El pensador uruguayo, al observar la civilización norteamericana, cree ver en ella una vida mecánica, que se traduce en el orden moral en un utilitarismo frenado sólo por la tradición religiosa.

Rodó entiende que los pueblos del sur deben ser los guardianes de un orden espiritual de la vida que mantenga el culto de los valores morales y estéticos, de acuerdo con la tradición de Grecia y el cristianismo.

En su crítica de la vida norteamericana, Rodó confunde algunas manifestaciones parciales con el carácter esencial de su civilización. Sin duda hay en los Estados Unidos preocupación por los problemas

del bienestar y la adquisición de bienes, pero al mismo tiempo en las universidades, laboratorios y bibliotecas son muchas las personas entregadas al estudio, la investigación y las más nobles empresas culturales.

El libro de Rodó despertó en cierto modo la conciencia iberoamericana para una misión de futuro. Tuvo la visión de señalar a las juventudes un rumbo idealista. La exageración en algunos de sus planteamientos no le resta a *Ariel* su valor como un alegato de vigoroso contenido y de bella finalidad constructiva.

Los poetas y prosistas del Modernismo no sólo mostraron una nueva sensibilidad para el cultivo de las letras, sino que suscitaban temas de trascendencia ideológica, como en el caso de José Enrique Rodó.

A pesar de la tendencia exótica que se manifestó en sus primeros cultivadores, incluyendo a Darío, esta promoción de grandes escritores llegó a identificarse con las cuestiones básicas de América. Gracias a su inquietud ideológica y su aguda sensibilidad, se fortaleció la conciencia iberoamericana y se avanzó hacia una franca discusión de los problemas comunes.

El Modernismo renovó el estilo de los escritores, redimiéndolos de la vulgaridad y el prosaísmo, al mismo tiempo que contribuyó a crear un nuevo espíritu, que ha influido en el adelanto civilizador de América.

Al Río Neckar

COMPRENDI tu tristeza, río Neckar,
de lento vagabundo de los años,
cansado de copiar viejos puentes dormidos
con sus miradas de apagados párpados,
un poco envejecido en este siglo
de angustiadas esquinas y asombrados espacios,
donde aún sonríe la primavera.

ALBERTO BAEZA FLORES

3103

JORGE MEDINA

Solo

(Cuento)

NO TIENE NADA DE ANORMAL que un individuo permanezca ante una tumba unos instantes. Miguel frente a aquella lápida de mármol se reconoció a sí mismo. La losa representaba un mundo. Era él. Significaba : sueños y palabras. Pero ahora sin sentido. Alguien había dicho : « La hora del nacimiento es también la hora de la muerte. » Miguel se hallaba a mitad de la cuerda. Pero frente a él, un extremo de ella. Puso entonces la frase en pasivo : « La muerte marca la hora del nacimiento. » ¿Acaso el suyo?

Aquella tumba significaba también que, en el futuro, Miguel tendría que mirarse en el espejo para poder verse. Miguel sentía íntimamente que este razonamiento era absurdo. No obstante lo repensó.

Parado frente a la tumba, en medio de otras muchas similares, dispersas algunas flores a sus pies, su figura se recortaba algo grotescamente. Miguel era bajo y flaco. Pelado. Enfundado en un sobretodo lustroso por el uso. Se asemejaba al verdugo que luego de ajusticiar al reo reza una oración por el alma del desdichado.

Los otros se habían ido, dejándole solo. Después de cumplir con el consabido rito de echar un puñado de tierra sobre el féretro, le habían tendido la mano silenciosamente una vez más. La mano se da al encontrar o despedir a una persona —pensó Miguel—. El que se había ido era el muerto...

¡Solo! Una y otra vez repitió esta pa-

labra : Solo. Solo... Retumbaba en sus oídos. Primero, como la palabra que se pronuncia tenuemente. Así penetraba en sus oídos. Entonces comenzaba a cobrar fuerza y llegaba a su cerebro como abriéndose en círculos, cada vez más extensos, la idea de esta palabra : SOLO.

Miguel necesitaba permanecer frente a la tumba. Necesitaba pensar. Recién en esos momentos lograba hacerlo. Antes, el nerviosismo de la repentina enfermedad; el ajeteo de la ida al hospital; luego el correr hasta el Registro Civil para que le firmasen el acta de defunción, le habían impedido hacerlo... Pero mucho antes, ¿tampoco había pensado? No supo responder a esta pregunta.

De pronto, otra vez lo mismo. La palabra que resonaba lejana, para avanzar después hacia su caja craneana, como el convoy ferroviario que a escasos metros del cementerio anunciaba estrepitosamente su proximidad. Unos segundos más y todo trepidaba a su paso. El monótono rodar de las ruedas sobre los carriles parecía decir : Solo... Solo... ¡Solo!

De pronto esta palabra no fue sinónimo de soledad. En esos momentos comenzaba a serlo de libertad. Miguel no pudo reprimir el deseo de mirar a su alrededor. Eran casi las seis de la tarde. La gente lentamente se retiraba de « Chacarita ». Rumbo a la puerta, la mayoría con su vestimenta negra semejabán monjes penitentes. Aún faltaban unos minutos para que

cerrasen las puertas del cementerio. Las altas paredes no impedían que llegasen hasta Miguel los ruidos de la calle. Más allá de esos muros, la vida continuaba, y él, dentro de unos minutos se vería envuelto en el tráfico urbano. Sabía que a partir de ese momento cobraría renovada vigencia su imprevista libertad.

Miguel era soltero. Tenía 45 años. La suerte le había sido esquiva. Se dijo que otros a su edad poseían cosas que a él le faltaban. No pensó que a quienes se hallaban allí, frente a él enterrados, les faltaba mucho más.

Ahora no pronunciaba cual una obsesión la palabra « solo ». Era la otra : libre. Sintió de pronto la imperiosa necesidad de salir. Sin volverse se dirigió hacia la calle. Con cada paso repetíase que no se sentiría atado a sí mismo ; (quiso decir a su otro yo material) ; que podría andar por las calles sin que nadie le mirase. Que podría vivir una vida nueva... y quizás casarse. Se dijo que tendría que dejar pasar un tiempo prudencial. Luego realizaría un viaje. Y que además podría levantarse a cualquier hora o comer lo que le viniera en gana.

Cuando llegó a la puerta dudó un instante. Quiso volverse para mirar por última vez hacia la tumba, pero no lo hizo. Todo parecía lejano, como si hubiera sucedido mucho tiempo atrás. Siguió caminando. Al trasponer la puerta, el sereno echó la llave. El ruido de la vida le dio de lleno. Se sintió aturdido. Vaciló un poco. Al cabo de unos minutos prosiguió su marcha. Paralelamente al paredón de la « Chacarita » caminó en dirección a Jorge Newbery. Ya allí, enfiló hacia Corrientes. Cuando hubo llegado, quedó en una de las cinco esquinas. Eran casi las siete. Un sábado a esa hora, ¿qué hacer?

Recordó que, por lo general, solía estar en su casa hasta las ocho. Luego iba al cine del barrio... Pero en ese momento no deseaba volver a casa. En ella revivirían los recuerdos. Tampoco deseaba en-

cerrarse en un cine. Ni sentía siquiera deseos de caminar. Llevaba casi tres días de vigilia.

El ruido de las bocinas, la algazara de los chicos que jugaban en la plaza de « Los Andes », el silbato del agente de policía dirigiendo el tránsito, la risa de una mujer que pasó casi rozándole se entremezclaban con la monocorde letanía interior : solo... solo... solo...

—¿Solo? —fue la imprevista pregunta formulada a sus espaldas.

Miguel se volvió casi con un brinco hacia su interlocutor. Era un viejo conocido.

— Sí —asintió de malhumor Miguel.

— ¿Qué le sucedió a Manuel? —insistió el recién llegado.

Miguel quedó mirándole fijamente. Luego, con dificultad, le indicó con una seña el cementerio. El interlocutor no pudo reprimir una exclamación. Luego agregó :

— ¿Cuándo sucedió?

— Hoy.

— Lo lamento.

Miguel estrechó la mano que se le ofrecía. Cuando el viejo conocido quiso retirarla, Miguel la retuvo.

— Por favor...

— Sí, Miguel... ¿necesita algo?

— ¿Puedo acompañarle? —preguntó tímidamente.

— Claro que puede... Vamos...

Camaron una, dos, tres, cuatro cuadras. En silencio. Luego el viejo conocido se decidió.

— Miguel... usted perdone, pero tengo una curiosidad...

Miguel asintió sin mirarle. El otro continuó :

— ¿Cómo se siente uno cuando después de tanto tiempo desaparece el hermano gemelo?

Miguel estuvo a punto de responderle : ¡Solo!... Pero se encogió de hombros y continuó caminando en silencio.

grarlo es preciso poseer vastos conocimientos, que abracen los diversos dominios de nuestra historia, y, sobre todo, estar dotado de una penetración que vaya directamente a los hechos esenciales. Ahora bien: no poseo ninguna de esas cualidades. El único título que puedo reivindicar es el de ser yo también un joven japonés que se encuentra en medio de la tormenta que devasta el espíritu de nuestra juventud.

*

A fines de 1956, el célebre historiador inglés Arnold Toynbee pasó por el Japón, en el curso de su viaje alrededor del mundo. Más tarde publicó un libro sobre su periplo, titulado *Del Este al Oeste*, en el que daba sus impresiones sobre el Japón en estos términos: « El hundimiento del mundo mental en que vivía el pueblo japonés de la anteguerra dejó un vacío espiritual que permanece aún sin llenar. No puede ignorarse la existencia de ese vacío ni impedirse hacer diversas hipótesis respecto a lo que un día lo llenará. » Estas dos frases resumen escueta y brillantemente el actual estado de espíritu de los japoneses.

¿Cuál es ese « mundo mental » a que se refirió Toynbee? ¿Cuál era el sistema de valores sobre el que se asentaba la vida espiritual de nuestro pueblo con anterioridad a 1945? Una rápida ojeada sobre la historia japonesa nos dará la respuesta.

La modernización de nuestro país comenzó en 1868, fecha en que se produjo una revolución política —insisto en este término—, conocida generalmente con el nombre de « Restauración Meiji »; ésta puso fin al chogún de la familia Tokugawa, que había durado más de dos siglos y medio. El Japón adoptó entonces un nuevo régimen: una monarquía constitucional que imitaba el modelo prusiano, a cuya cabeza se colocó el Emperador. Al mismo tiempo que se efectuaba este cambio político, el Japón abría sus puertas a los extranjeros y por ende a las civilizaciones y técnicas occidentales. El resultado fue una rápida industrialización del país, así como un aumento de su poderío militar. Inmediatamente después de la primera guerra mundial, el Japón logró ocupar uno de los cuatro puestos permanentes en el Consejo

de la Sociedad de las Naciones y situarse en primera fila de las potencias mundiales. Desde el exterior parecía haber recorrido un largo camino ascendente. Pero, ¿cuál

De 1603 a 1867, el imperio del Sol Naciente vivió en régimen chogunal, período durante el cual su pueblo elaboró un universo espiritual particular, único en su género. Este universo descansaba esencialmente sobre la enseñanza de dos doctrinas de origen extranjero, pero que habían sido asimiladas poco a poco, hasta japonizarse.

La sociedad japonesa estaba entonces dividida en cuatro clases principales: los samuráis o guerreros, los campesinos, los artesanos y los comerciantes. Los guerreros —la clase menos numerosa— formaban una minoría dirigente. En las escalas sociales inferiores se alineaban las tres otras clases, en el orden decreciente mencionado. Esta división tenía un carácter sagrado e inviolable; eran, en suma, verdaderas castas, como en la India. La jerarquía social se hallaba preservada mediante leyes y reglamentos draconianos. Es necesario insistir en el hecho de que la clase de los guerreros dependía de las otras tres, particularmente de la clase campesina. Era, pues, natural que los samuráis se esforzasen en dominar el resto del pueblo, es decir, los elementos que tenían un valor desde el punto de vista económico y que formaban las clases « alimentadoras ». Esto explica las penas severas dictadas para mantener con todo su rigor el orden social compartimentado y jerarquizado. Sin embargo, la presión exterior ejercida desde arriba apenas podía asegurar una larga existencia a esta forma de sociedad, a menos que sus miembros no fuesen persuadidos a adherirse a ella íntimamente.

*

El confucianismo entró entonces en escena. Como es sabido, esta doctrina sitúa el amor filial como base de todas las virtudes superiores, expresada mediante esta máxima: « La piedad filial y la obediencia son el fundamento de la humanidad. » El profesor H. von Glasenapp escribió que « la deferencia hacia los padres es considerada como el primero de los deberes. Ampliada y aplicada al conjunto, esta mo-

dependiente en el fondo de la metafísica— poseen un Ser principio de todas las cosas; el chogún no era más que un padre supremo en esa sociedad patriarcal. Al otorgar al Emperador atributos divinos se añadía, pues, al sistema de valores tradicionales japoneses un elemento final y absoluto. Resultó un cambio capital en el universo espiritual de los nipones.

Indudablemente, la influencia de las ideas occidentales se había ejercido sobre los intelectuales desde que el Japón abrió sus puertas al mundo exterior. Esas ideas habrían debido propagarse entre las masas, pero fueron deformadas hasta tal punto que no produjeron efecto alguno, terminando por ser asfixiadas en el pesado clima que reinó durante las guerras sostenidas por el Japón. Por el contrario, esas guerras contribuyeron a desarrollar en grado sumo el culto al Emperador, puesto que la unidad espiritual del país era necesaria en el curso de la lucha, sobre todo a medida que se agravaba la situación internacional. El patriotismo se confundió con la devoción. Dejando a un lado, por el momento, las nefastas consecuencias de tal idolatría, es preciso reconocer que existía en el Japón —antes y durante la segunda guerra mundial— una corriente de energía que brotaba del fondo de las almas y las ligaba en pro de una causa que cada cual creía eterna y absoluta.

La derrota del Japón, en agosto de 1945, provocó el hundimiento de todo el sistema. ¿Cuáles fueron las reacciones del pueblo japonés ante esta catástrofe sin precedentes en su historia? Resultaron distintas según las generaciones. Estas pueden dividirse en tres: la de la anteguerra, la de la guerra y la de la posguerra, de acuerdo con los acontecimientos de que cada una de ellas fue testigo o víctima en el curso de esta inmensa desgracia nacional.

La primera está formada por todos aquellos que habían terminado su preparación intelectual y espiritual en la época más gloriosa del imperio: la que va de la victoria de 1905 sobre la Rusia zarista hasta el comienzo de la guerra del Pacífico, pasando por la primera guerra mundial. La gloria cada día mayor de su patria era para ellos la prueba más elocuente de la superioridad de su sistema de valores, basado en el cul-

to al Emperador, el orden social confuciano y la concepción budista del mundo. Esta generación absorbió, pues, esos valores, no sólo por el espíritu, sino hasta por los poros de la piel. Los dirigentes del Japón durante la última guerra procedían de este medio social. Para ellos, la derrota significó la ruina de sus ideales. Desorientados, incapaces de adaptarse a un orden de cosas nuevo, se retiraron de la escena.

La segunda se compone de aquellos cuyo período de formación intelectual y espiritual se sitúa inmediatamente antes o durante la última guerra. Fueron inducidos a creer en la divinidad y superioridad de su imperio así como de su universo espiritual, a pesar de que el camino seguido para llegar a esta convicción fue diverso y complejo. Con estos ideales por guía, lucharon valientemente y murieron con dignidad por su patria. Fue esta generación la que facilitó los jóvenes pilotos de aviación célebres por sus « ataques suicidas ». También ellos se vieron abrumados por la derrota del Japón, mas este estado de ánimo no tardó en cambiar de furor: furor contra todo lo que había contribuido a estropear su juventud y su vida, cuyo símbolo era el Emperador, la familia patriarcal y todas las demás instituciones específicamente nacionales. Esta crisis adoptó dos formas diferentes: los que poseían una poderosa voluntad y ardían en deseos de establecer un orden nuevo volvieron la espalda radicalmente al antiguo y se fueron hacia el comunismo; los otros, que sólo querían catar el vino amargo de las ilusiones perdidas, se hicieron nihilistas. Por lo demás, en la actualidad todos ellos coinciden en su negación categórica de cualquier valor tradicional.

Se comprenderán mejor los acontecimientos políticos y sociales que se desarrollaron durante el período que se extiende entre 1945 y comienzos de 1947, si se tiene en cuenta el desaliento y la parálisis que prendieron en la generación de la anteguerra, así como el furor de la generación de la guerra. El cambio de clima internacional, simbolizado por el célebre discurso de Churchill en mayo de 1946 —donde lanzó la expresión histórica de « cortina de hierro »,— hizo evolucionar radicalmente la política norteamericana referente a la ocu-

iógico. Casi no encuentra en ellas placer alguno. Al mismo tiempo que se tumba sobre el cuerpo flácido de su querida, que lanza insólitos quejidos, no deja de soliloquiar : « Los jóvenes japoneses no tienen nada que puedan nombrar a sabiendas esperanza ; este término no es más que un concepto abstracto, desprovisto de sentido. Cuando yo era niño, había la guerra. En aquella época gloriosa y ya lejana, los jóvenes tenían esperanza. Sus ojos y su boca estaban llenos de ella. Ninguna duda a este respecto. Algunos alimentaban la esperanza de una victoria gloriosa sobre el enemigo ; otros, la de volver a encontrar, una vez lograda la paz, su tranquilo salón de conferencias. La esperanza es una palabra para hombres que se enfrentan en los campos de batalla, donde la vida y la muerte luchan entre sí. Y la amistad que debe unir a los hombres de una misma generación también está hecha para los que viven en tiempos de guerra. Hoy día sólo existe a nuestro alrededor, más que desconfianza, duda, orgullo, vanidad y desprecio. El período de paz no es otra cosa que una era de desconfianza, en la que los hombres solitarios se desprecian mutuamente. ¡Ah!, la esperanza, la amistad... ¿Las conoceré un día? Nací demasiado tarde o harto pronto. »

Para Yasuo, el sentimiento de libertad se limita a la sensación grata de estar desnudo por completo en la cama tibia que acaba de abandonar su querida ; y el de la pérdida de la libertad a la sensación de aburrimiento y tristeza sentidos en los brazos de su amiga después del acto sexual.

¿La libertad que se ha generalizado en el Japón no es de esta índole? Yasuo se dice : « Perdida o encontrada, jamás ella podrá provocar reacciones susceptibles de zurrarnos el cuerpo y el espíritu. Es incapaz de desparramarse intensamente sobre los jóvenes nipones. Resulta, pues, imposible que éstos se forjen una voluntad firme, bien sea para romper con la libertad o para defenderla en sangrienta lucha. » « Mi vida consistiría en hallar uno de ambos sentimientos. ¡Ah!, soy como un animalito al que se le ceba en un Edén protegido contra toda tragedia. El Japón está infestado de seres como yo, acostados entre las sábanas húmedas de su cama, exhalando alientos tibios mientras aguardan envejecer y morir de un

cáncer, en paz, sin energía, lascivos y asquerosos. No vivimos en tiempos heroicos que permitan a los jóvenes morir después de haber combatido. Nuestros músculos duros y vigorosos son de una inutilidad total. »

Yasuo desea evadirse de este estado de apatía. Ahora bien, su ensayo « Relaciones recíprocas entre las civilizaciones japonesa y francesa », que presentó en un concurso organizado por el gobierno francés, recibe el primer premio, consistente en una beca para efectuar un viaje a Francia. Abandonar el Japón no significa que lograrse liberarse de su desidia, pero tal vez ese viaje le ofrecerá la ocasión de liberarse físicamente. Yasuo percibe un porvenir más claro. En ese momento encuentra a un joven norafriicano que había venido al Japón para hacer propaganda en favor de la independencia de Argelia.

En este árabe que lucha poniendo en peligro su vida, Yasuo cree hallar una imagen de los hombres de la época heroica ya concluída. Lo que anima y une a este militante y a sus camaradas no es la amistad, sino la solidaridad. « Se puede mantener una amistad conservando al mismo tiempo su posición propia y sin comprometerse. Por el contrario, la solidaridad exige que uno se comprometa. La amistad puede durar permaneciendo solitario. Encerrarse en una torre de marfil sería tal vez el mejor medio de lograrlo. Pero cuando uno se solidariza con otro, ya no es posible cultivar la soledad y es necesario renunciar a la libertad. El recluso tendrá que abrir la puerta de su torre y dejar escapar la libertad que guardaba para sí solamente. La amistad no exige el valor, mientras que la solidaridad necesita un valor desesperado. »

La próxima salida de Yasuo crea en su espíritu la impresión de estar ya liberado de la realidad japonesa, al propio tiempo que parece ofrecerle la posibilidad de una colaboración efectiva con los árabes. El japonés podrá unirse a ellos y salir de sí mismo. El porvenir se le antoja más sonriente. Sin embargo, el joven árabe es expulsado por la policía japonesa por utilizar un falso pasaporte. Por su parte, Yasuo es interrogado en la embajada francesa a causa de sus relaciones con el musulmán. Declara que es partidario del Frente de Liberación Nacional, en cuyas filas milita su

amigo. Las autoridades francesas le suprimen la beca.

Por este motivo, pierde la posibilidad de abandonar el Japón y de evadirse de su medio social. ¿Contra qué hay que luchar para poder establecer una solidaridad? Contra nada. Vuelve, pues, a encerrarse en su torre de marfil. Uno de sus amigos, jefe de una organización de estudiantes comunistas, le incita a adherirse a este movimiento: ¿si Yasuo pudo aliarse a un árabe y « comprometerse » en la defensa de su causa, por qué no puede hacer lo mismo respecto a su propio país? Su amigo no deja de lanzarle con vehemencia este argumento. « ¿La causa del Japón? —se dice mentalmente Yasuo con amargura—. Este hombre se forma de ella una imagen engañosa, como si la revolución fuese cosa de días y nos hallásemos en una situación desesperada. He ahí por qué invita a los jóvenes japoneses a que elijan. Ahora bien, la realidad es distinta a la imagen que él se forja. Es una realidad maloliente, rebosante de desidia y de impotencia. »

Y Yasuo pregunta a su amigo: « ¿Tu grupo responde a la situación real? ¿Es que adherirse a él significa verdaderamente comprometerse por una causa que no tiene nada de quimérica? » Irritado, el amigo palidece, ya que también él sabe que su pretendida realidad es una ficción. La amistad entre ambos queda rota. Yasuo vuelve a caer « en el estado inerte, húmedo y maloliente, lo mismo que el órgano sexual de su vieja querida que lo retendrá para siempre ».

Bien se ve que Kensaburo Ohé baja la pendiente que trepó Camus y cae en un círculo vicioso. Parte del hecho de que los jóvenes nipones se encierran en su « yo » y no quieren conocer sino el lado concreto, dicho de otro modo: animal, sensorio, sexual. La realidad japonesa no facilita las ocasiones heroicas, por lo que ninguna solidaridad puede establecerse. Así resulta imposible que los hombres puedan conocerse profundamente entre sí, ni que se afirme el instinto de piedad y de solidaridad. Están, pues, eternamente condenados a la soledad, es decir, a una existencia individual y separada, sin poder encontrar cosa alguna que supere o trascienda su *ego*. ¿Cómo poder entonces afirmar la finalidad de este

« yo »? La razón está enterrada desde hace mucho tiempo, lo mismo que la llamada edad de oro. La única finalidad es aún el lado animal del « yo ». He aquí al autor de regreso a su punto de partida.

Al final de la novela, Ohé preconiza el suicidio como el único acto heroico que le reste a la juventud. No obstante, el héroe, paralizado por el terror, no llega a matarse. Expone el drama en estos términos: « Sabemos que el suicidio es el único acto heroico y que nada nos impide ejecutarlo. Y sin embargo no tenemos el valor suficiente para arrojarnos bajo un tren. Continuamos, pues, viviendo, amando, odiando, acostándonos con las mujeres, participando en manifestaciones políticas, siendo pederastas, recibiendo honores, etc. Y un buen día nos despertamos y nos damos cuenta de que las ocasiones de suicidio se nos presentan por todas partes y que basta con tener la voluntad de aprovecharlas. Pero la mayor parte de nosotros no tenemos la fuerza moral necesaria y continuamos existiendo, acechados por las ocasiones ubicuas de suicidio. ¡Esta es nuestra época! »

Indudablemente, el suicidio representa un acto heroico, puesto que exige un valor desesperado, ¿pero no es un acto gratuito e inútil, desde el momento en que se perpetúa en la soledad más total y cierra para siempre el acceso a la solidaridad? Su única significación es la derrota completa de lo humano. El terror que se apodera del héroe en el momento de cumplir su gesto fatal es un elemento capital. El autor no analizó su naturaleza, mas consideró que es ahí donde se halla el germen de lo que transforma la existencia animal en una vida humana digna de ser vivida.

*

Para resumir lo que sabemos respecto a la generación de la posguerra, podemos decir que la tragedia de esta juventud tiene por origen dos elementos: el individualismo en que se ha recluso como consecuencia de los acontecimientos de que fue testigo, y la pérdida casi total de conciencia de lo que fue el pasado de nuestro país. Esto es consecuencia de la formación que recibió, la cual abolió todos los valores tradicionales y agotó la energía del pueblo,

considerada como consumida desde 1868.

Para nuestra generación, el presente está por lo tanto totalmente cortado del pasado y flota en el aire como una cometa de papel privada de su hilo, sin saber a dónde va, ya que no tenemos idea alguna de lo que será el porvenir. Este presente sin dirección ni objetivo se nos ofrece como una paralización eterna. Es el « estado inerte, húmedo y maloliente » de que nos habló Ohé. En estas condiciones no puede haber lucha ardiente para alcanzar un ideal inexistente, ni actos heroicos que provoquen la solidaridad entre contemporáneos. Es por todo esto por lo que los jóvenes japoneses se encierran en una torre de marfil. Son solitarios en el espacio y en el tiempo, y lanzan gritos de angustia sin saber cuál es el lugar que ocupan en el universo.

¿De dónde vendrá, pues, la salvación para nuestra desgraciada juventud? Vendrá, me apresuro a decirlo, de la exhumación de nuestro pasado nacional. Sólo él podrá hacer salir a « la raza del rayo » de su soledad maldita y dará un sentido a su existencia. En esto cabe acusar a la generación de la guerra, puesto que fue ella sobre todo la que enterró la historia del Japón que era anterior. ¿No debía haber jugado, por el contrario, un papel de unión, de enlace, entre la generación de la anteguerra y la juventud de ahora? Sí, tenía que haber cumplido esta tarea.

¿Cómo hubiera podido desempeñar ese papel? Ante todo, metiendo las manos en el caos en que cayó el país a la caída del Imperio del Sol Levante e intentar, aprovechando las lecciones de la guerra, extraer los valores permanentes, los valores privativos del pueblo japonés y que se compenetran con lo más profundo de su alma. Es de ahí de donde se extraerá la energía espiritual que se desprendía ya de las figurinas de tierra del Japón prehistórico y de los poemas escritos en el alba de nuestra historia. Si nuestra generación de la guerra hubiese cumplido esta tarea, se habría abierto una posibilidad para cristalizar un nuevo orden de valores en torno a los valores antiguos recobrados. Pero la generación de la guerra cedió a sus furores y se apresuró a destruir todo.

En segundo lugar, esta generación debería haber confiado su testimonio a la juven-

tud de hoy día, no refiriendo sin tregua recuerdos individuales, sino mostrando las cicatrices que había dejado la guerra y que aún sangran. Los recuerdos de la guerra, efectivamente, no están conectados con el presente y apenas pueden provocar en el espíritu de nuestra juventud el sentimiento real de la continuidad de la historia. Los auditores se inclinan a considerar estos episodios con el mismo interés anecdótico que los relatos de los combates de los caballeros de la Edad Media ; incluso a veces se entusiasman por estos « actos heroicos », ya que algunos, como hemos visto, aspiran a realizar tales actos con peligro de su vida para poder salir del « estado de inercia » y de su impotencia actuales. ¡Qué trastrueque de valores! Las únicas cosas de que fue capaz la generación de la guerra han sido insistir en sus actos guerreros, con la mirada vuelta hacia el pasado y el corazón rebotante de hastío y de desesperación ante el presente, o bien lanzar imprecaciones contra el gobierno, las bombas atómicas, etc., en lugar de prepararnos para la paz y darnos el sentido de las palabras que hacen vivir.

*

En Europa, los dos últimos conflictos mundiales arrastraron el humanismo tradicional, fruto de la cultura greco-latina y del cristianismo, al borde del abismo. Pero los espíritus más sensibles de la generación de la guerra supieron meditar sobre los recuerdos de ese período y arrojar de sí, sin ilusión ni trampa, las sombras que dichos recuerdos habían dejado en su espíritu. Gracias a esto pudieron alcanzar, más allá de la desesperación, un nuevo humanismo reafirmado y reforzado. Me parece que este fue el caso de Sartre y Camus. La generación de la posguerra pudo, pues, hallar su punto de partida en la tradición recobrada. Las palabras pronunciadas por Albert Camus en su discurso de Estocolmo ofrecen una gran fuerza de persuasión : « Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas ; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer ; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse

al servicio del odio y de la opresión, esa generación ha debido, en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir. »

Camus concluye que la tarea de la generación de la guerra « consiste en impedir que el mundo se deshaga » y que para realizarla debe ser comprensiva, « sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han lanzado a los nihilismos de la época » y « luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia ».

*

Entre los intelectuales japoneses de la generación de la guerra, ¿hay alguno que se haya declarado en los términos de Camus? Me atrevo a afirmar que no. ¿Cómo hubieran podido hacerlo, decepcionados unos por las perspectivas comunistas del futuro, entrevistas al hundirse el Imperio del Sol Levante y que muy pronto se evidenciaron falsas, y desesperados otros ante el triste espectáculo ofrecido actualmente a todos por el Parlamento japonés, que deja presagiar un sombrío porvenir para nuestra democracia de importación? Todos se perdieron en una especie de bruma que difumina las perspectivas futuras de nuestra nación.

Nosotros, los de la generación de la posguerra, aun respetando sus luchas penosas, sentimos hacia ellos simpatía, pero no podemos otorgarles el papel de guías a causa de su evidente impotencia. Nos burlamos de su generación cuando pretenden reivindicar tal honor y sólo escuchamos nuestras voces interiores. Esta actitud, a su vez, irrita a nuestros mayores y tratan de ridiculizar a esos « malos muchachos » que, según ellos, igual que niños mimados, se encolerizan sin motivo alguno y se conducen con una brutalidad injustificada. Por lo tanto, las generaciones de la guerra y de la posguerra se lanzan recíprocamente miradas sospechosas. Esta ruptura a medias es deplorable, puesto que, por el contrario, deberían formar un frente común contra determinadas tendencias de la generación de la anteguerra.

El hecho de que nuestro país se halle dividido en tres sectores, según la edad, manifiesta un desorden espiritual motivado por la ausencia de unos valores comunes. Visto desde el exterior, este cuadro puede ser interpretado como « el vacío espiritual » de que habló Arnold Toynbee.

¿A dónde nos conduce todo esto?

El escritor inglés Angus Wilson, que estuvo en nuestro país en 1957 con motivo del Congreso Internacional del Pen Club, escribió en la revista *Encounter* que el Japón le pareció semejar a la Alemania de Weimar, donde el desorden era tal en los espíritus que el II Reich preparaba el clima favorable al surgimiento del fascismo hitleriano. Y se preguntaba : ¿Es que el Japón va a seguir el mismo camino?

Personalmente no lo creo, por dos razones principales : la primera es que la situación política y económica del Japón de hoy día es muy distinta a la que atravesó Alemania entre 1920 y 1930 ; la segunda es que no existen entre nosotros dirigentes políticos con el genio de Hitler, el cual fue capaz de arrastrar a su pueblo con medios tales como el mito de la sangre o la música de Wagner, esa música surgida de la profundidad del bosque germánico y que es algo así como las pulsaciones del corazón de la nación. Sería, pues, exagerado afirmar que en el Japón se va preparando el terreno para el triunfo del fascismo.

Pongo toda mi confianza en lo que provocó la irritación implícita de un Ishihara y el terror ante el suicidio en un Ohé, puesto que estos sentimientos son los testimonios más elocuentes de la ardiente aspiración de ambos autores a un orden nuevo y a la eficacia. ¿Soy demasiado optimista cuando espero que terminarán por formular, tras un largo y difícil camino, un sistema de valores que dé sentido a la vida y la haga constructiva, eficaz y digna de ser vivida? La juventud japonesa se halla hoy día a la búsqueda de una luz. Toynbee escribió : « No hay duda de que ese vacío espiritual se llenará un día, puesto que la naturaleza tiene horror tanto al vacío espiritual como al vacío físico. » Aceptemos el augurio, pero juremos hacer todo lo posible para que sea así a la luz de una estrella y no en la noche profunda.

Testimonio de las jóvenes generaciones españolas

NUESTROS LIMITES como generación están bastante claros: por arriba alcanzan a los que conocieron como remoto recuerdo de la infancia los años finales de la República y el desarrollo de la guerra civil. A cobijo de este límite, constituido por quienes en 1936 tenían como máximo 12 ó 13 años, seguimos los demás españoles cuyo espíritu ha ido asomándose a la realidad, y cobrando conciencia de ella, desde 1939 en adelante.

Ninguno de nosotros ha podido tomar la menor participación en la estructura social que se ha impuesto al país después de la inútil matanza fratricida, y este vínculo nos une incluso con las promociones todavía más jóvenes que la nuestra, con los muchachos que están ahora acabando su bachillerato y que empiezan a asombrarse de lo que ven y oyen a su alrededor, y a sacar, también ellos, sus conclusiones propias.

Nadie puede decir, pues, que hemos sido seducidos por ideologías extranjeras. Los libros y folletos que contenían esas ideologías desaparecieron de las librerías y de las bibliotecas públicas mucho antes de que nuestras mentes sintieran la necesidad de leer textos políticos. Y con ese barrido inquisitorial de letra impresa, fueron arrojados también del país los hombres que eran capaces de enseñar a pensar en términos políticos.

Por el contrario, toda nuestra adolescencia y nuestra primera juventud se han desarrollado en un clima mitológico, de cultura reverencial a un hombre « enviado por la Providencia para salvar a España ». Desde los periódicos, desde la radio, desde las organizaciones juveniles y universitarias se nos rodeó de mitos imperiales, y al-

gunos de nosotros creímos en ellos y tomamos la retórica por realidad.

Ha sido la experiencia propia —no los libros, ni propagandas ajenas— la que ha ido, dolorosamente, abriéndonos los ojos. Han sido las preguntas a nuestros padres, cobardemente contestadas o dejadas caer en silencio, las que nos han espoleado en una amarga búsqueda de respuestas verdaderas.

No hemos tenido maestros, y las pocas cosas que sabemos las aprendimos personalmente, en contacto directo con la realidad. No se ha ejercido con nosotros un verdadero magisterio, y por eso cuando descubrimos la mentira de todos los mitos nos quedamos con el alma desnuda, teniendo que empezar desde el mismísimo principio del camino a reconstruir el mundo que estaba a nuestro alrededor y que carecía de sentido.

Hablamos, pues, con una gran fuerza: no hablamos de ideas, sino de hechos. Y lo hacemos con la garantía de ser, casi siempre, o testigos o protagonistas.

*

La imagen de nuestro país y de nuestra historia que se nos ha querido inculcar —a saber, la de una España metafísica, perversa— hace años por nefandos ideólogos y recobrada en su pureza en 1939— es una imagen irreal en la que nadie cree ya. Si sigue repitiéndose en los discursos y en los artículos de consigna, esto se debe, más que a falta de imaginación, al mezquino deseo de privar a la inmensa mayoría de los españoles del acceso a otras posibilidades en este eterno proyecto que se llama España.

Nuestra suma cotidiana de pequeñas experiencias derribó en nuestras almas el mito de la España metafísica. Se nos ha dicho que se ha instaurado un orden justo y permanente, con el cual han concluido los problemas que desde el siglo XVIII herían el corazón y el intelecto de notables pensadores y patriotas españoles. La realidad que hemos ido descubriendo nos prueba lo contrario: quienes permanecen son los problemas tradicionalmente irresueltos: reforma agraria, bajísimo nivel medio de cultura, escasez de enseñanzas técnicas, estructura social injusta, división de la comunidad en estratos aislados e insolidarios entre sí, desarraigo de las instituciones sociales y políticas respecto de la gran masa de la nación, ausencia de una sana ética pública y de una conciencia colectiva, etc.

Pero quizá estamos usando expresiones demasiado abstractas. No importa. Nos sentimos también preparados para narrar nuestra historia en términos más sencillos y humanos. La vida nos ha enseñado la verdad, y por tanto no debemos negarnos a hablar con sus propias imágenes. Como jalones en las diversas vidas de millares de individuos de nuestra generación, hay hechos suficientes para llenar montañas de páginas contra los textos embusteros de los periódicos. Apenas unos cuantos ejemplos bastarán para simbolizar nuestro primerizo, imborrable conocimiento de la realidad social.

He aquí unos cuantos hechos cogidos al azar. Los muchachos que un verano, en cualquier parte de España, se alistaron en el Servicio Universitario del Trabajo y tuvieron unas semanas de convivencia con trabajadores —mineros o campesinos—, conocieron por sí mismos el alto coste que, medido en esfuerzo humano, exige arrancar a la tierra cualquier riqueza. Y se percataron de unos cuantos datos fundamentales: la angustiosa distancia que separa a las clases en nuestro país, el abandono social en que yacen precisamente los que realizan mayor esfuerzo, la falta de culpabilidad de tantos hombres por su impotencia para elevarse por encima del mundo cerrado en que viven, y el tesoro de posibilidades que hay en el fondo de todo español y que no pueden actualizarse nunca. Muchos de nosotros hemos trabajado en

organizaciones profesionales católicas. Se ha dicho que formamos la primera generación de jóvenes católicos que ha aparecido en el país, trayendo consigo una conciencia social que parecía negada para los secos corazones de la « derecha española ». Sea esto cierto o no, creímos cumplir con nuestro deber tanto para con la religión que profesamos como para con las demandas de nuestro tiempo, tratando de dar nueva vida a las organizaciones católicas y de superar el conformismo egoísta en que vegetaban sus antiguos dirigentes. Nuestro sonrojo no fue pequeño cuando advertimos que, en un régimen oficialmente católico, no era factible traducir en hechos prácticos el mandato de nuestra creencia religiosa. En las entidades católicas podíamos cumplir algunos actos más o menos elogiados y piadosos, pero siempre que careciesen de trascendencia social. En cuanto se trataba de empezar a construir un nuevo orden, más cristiano y más justo, nos encontrábamos maniados por el régimen, incluso perseguidos. Cuando volvíamos los ojos hacia la jerarquía en busca de una autorización tácita para compartir la suerte de otros compañeros de generación, no practicantes, a los que su autenticidad había ocasionado graves daños personales, el encogimiento de hombros de la jerarquía nos dejaba un doloroso interrogante clavado en la mente. No es ilógico, pues, que tantos jóvenes españoles quieran tener las manos limpias respecto de cualquier herencia del régimen. Y que cuando piensen en un orden social cristiano, imaginen algo muy distinto de este orden católico sólo en la letra, no en el espíritu ni en los hechos.

Pero no queremos seguir con esta clase de ejemplos. No hemos de dar pie para que se nos acuse de estar haciendo literatura. Claro está, empero, que la verdad de los hechos no puede ser desmentida y que en todo caso una culpa literaria nunca servirá de disculpa para tantas injusticias.

Hablemos, pues, de otras cosas más positivas. Nuestra generación ha ido alcanzando en estos últimos años la plena edad activa y, por consiguiente, está ya entrando en cuenta en los sumarios de la renta nacional. Como la economía del país anda

en trance de reconstrucción y desarrollo, sería lógico que encontráramos el orden estatal lleno de estímulos para formar ingenieros, peritos industriales y agrónomos, químicos, etc., y para el espíritu de empresa en el sentido más amplio de este término. Pero sin duda nuestra lógica es demasiado racionalista y juvenil. No hay ningún estímulo para alistar a la juventud en una gran tarea nacional. El espíritu de empresa se permite sólo para unas pocas y grandes compañías monopolísticas, propiedad de grupos financieros muy concretos y políticamente definidos. Veamos con más detalle tres aspectos: el formativo de promociones de técnicos, el de su inserción en actividades profesionales, y el de la experiencia de nuestra generación en industrias no monopolísticas y en relación con los organismos del Estado.

En el aspecto pedagógico, el régimen, desde su nacimiento, ha invertido diez veces menos dinero del que debería invertir. Una gran parte de la enseñanza está subarrendada a organizaciones privadas que la explotan como un negocio y que mantienen un criterio clasista. Cada año comparecen ante las escuelas especiales y otros centros docentes miles de muchachos que tienen una capacidad por desarrollar. No se ejercen con ellos métodos modernos de selección, y como las instituciones docentes son pocas y sus recursos limitados, la política que se sigue es la de mantener un límite numéricamente admisible para la cabida física de las aulas. Esto significa una selección brutal y mal hecha, que favorece a los alumnos que vienen de estratos sociales ociosos y que rechaza precisamente a los que proceden de familias que viven más de cerca la realidad industrial del país. (En algún centro docente los alumnos que pagan crecidos derechos académicos se sientan en los bancos del aula por orden alfabético de apellidos; luego se acomodan en los últimos bancos los alumnos de matrícula gratuita y de beca.) Una vez allí dentro, nos encontramos con que impera, salvo algunas valiosas excepciones personales, la rutina pedagógica más atrasada. No se cuenta con instrumental idóneo y se dan pocas clases prácticas. Los profesores explican de mal humor y de prisa, porque muchos de ellos han de

tener otras ocupaciones que les permitan completar su economía privada. El entero perfil social y moral de un Estado mal constituido, con mala organización, incompetente, con responsabilidades y deberes mal definidos, se refleja en el campo pedagógico. Que en estas circunstancias salgan especialistas realmente capacitados en alguna materia, se debe únicamente a ese entrañable milagro humano que siempre hace la excepción en España. Ahora bien: ese aislado milagro humano, por egregio que sea, no puede dar tensión, continuidad y permanencia, con altura histórica, a todo el ensamblaje de la moderna comunidad industrial. Las necesidades de ésta requieren, cada vez más, la existencia de unos datos-base colectivos y la acción de promociones de técnicos de una calidad y eficacia media, nada milagrosas. La estructura pedagógica vigente no responde a las necesidades de la moderna comunidad industrial en que debemos convertir a España; se halla en correlato con un orden económico y social viejo, y por tanto no merece nuestra adhesión.

*

Tales son las fuentes de nuestra experiencia diaria sobre la vida pública española. Y aún esta descripción que acabamos de hacer es parte de la perspectiva de sólo un sector de nuestra generación: la de aquellos jóvenes que han tenido acceso a los niveles superiores de las funciones educativas y económicas. ¿Qué podría decirnos el hijo del campesino cuyo horizonte vital empieza en el arado romano, sigue por la casa del usurero, luego por la llamada al servicio militar, y vuelve al arado como en un círculo vicioso inútil? ¿Qué perspectiva podría añadir el joven proletario de nuestras grandes ciudades, mal especializado en cualquier oficio, mal retribuido, obligado espectador pasivo del lujo inmoral de una minoría ociosa?

Se nos dijo que encontrábamos instaurado un orden justo y permanente, y lo que nos ha salido al encuentro por todas partes es la imposición de una situación injusta, en la cual vastos sectores del pueblo español permanecen en desarraigo.

Se nos dijo que ésta es una España honesta y pura, y hemos visto con nuestros

propios ojos la corrupción en los órganos gestores de las funciones sociales y económicas. Y hemos aprendido la insultante verdad de que, en esta España honesta y pura, casi todos los hombres públicos tienen un precio.

Se nos dijo que llegábamos a la vida activa de una España nueva, moderna, revolucionaria, en marcha progresiva, y lo que hemos encontrado por doquier es la rutina, la pereza en la obra creadora, la falta de imaginación, métodos viejos, mentalidades reaccionarias, intereses creados, puertas que se cierran, temor a la juventud, falta de fe en el pueblo, dificultades artificiales y aduanas políticas erigidas ex profeso para defender posiciones privadas.

Quando hemos dirigido preguntas a la generación más vieja que la nuestra, es decir, a la que combatió en la guerra, la mayoría de sus respuestas han sido reveladoras. Quien entonces era joven y empuñó las armas, ¡qué lejos estaba de saber que vendía su vida para que la Patria fuera el negocio de unas cuantas familias! Algunos no han querido contestarnos; otros nos han dicho que es mejor no pensar, no acordarse de nada; la mayoría han confesado su sentimiento profundo de haber sido víctimas de una gran estafa. Alguien, incluso, ha escrito: « Cuando los combatientes del Ejército nacional entrábamos en Málaga, o en Bilbao, o en Barcelona, lo hacíamos con una moral victoriosa; poco sospechábamos entonces que la derrota iba en nuestras filas tanto como en las del Ejército enemigo. »

Nadie debe asombrarse, pues, de que la riada de propaganda que se ha vertido sobre la generación posterior a la que hizo la guerra, tratando de inculcarnos un odio permanente contra los que fueron derrotados, haya terminado por despertar nuestra violenta indignación. La juventud no puede odiar por mandato de testamento ajeno. Lo que haremos es combatir con todas nuestras fuerzas esa consigna de odio que todavía se mantiene. Porque ahora sabemos que la derrota fue de todos y contra todos. Y no es posible estar odiando a todo nuestro pueblo. Nos causaríamos una herida moral a nosotros mismos si compartiéramos la propaganda contra quienes quisieron hacer la revolución que Es-

paña necesita y no supieron, o no pudieron, o no se la dejaron hacer.

Para que nos hiciéramos sostenedores y continuadores de esta situación, sería preciso que tuviésemos en ella una fe totalitaria, o que, convertidos en cínicos, escogiéramos los medios de explotarla en nuestro beneficio particular. Lo primero es imposible; los mitos totalitarios han perdido todo poder sugestivo. La teoría del caudillaje es inadmisibile. Y sobre la bondad de la clase oligárquica, la perfección de su sistema y la adecuación de su obra a las actuales necesidades de España, ya hemos emitido juicio al narrar la experiencia vivida. No sentimos respeto por el viejo edificio barroco, lleno de pompa funeraria, de vejez y de mentira. Queremos una casa nuestra, es decir, de todos: modesta, pero nueva, alegre, verdadera y limpia.

Durante mucho tiempo estuvimos condenados a una especie de derrota provisional; las necesidades de nuestro propio vivir nos iban obligando, conforme íbamos llegando al momento de asumir la responsabilidad de nuestras vidas, a buscar un hueco dentro de la gran ficción. Fueron los más jóvenes los que primero proclamaron en alta voz la verdad contra esta ficción. Como fruto de los sucesos universitarios de Madrid de febrero de 1956, y los de Barcelona en enero y febrero de 1957, varios de los miembros más jóvenes de nuestra generación conocieron los calabozos de la Dirección General de Seguridad o de la Jefatura Superior de Policía, y algunos, después, incluso la cárcel por haber dado testimonio de esa verdad. Otros, ya no tan jóvenes, fueron después a testimoniar con ellos. Estos acontecimientos representan nuestra verdadera acta colectiva de nacimiento en la Historia.

*

El clima actual ya no es de invenciones doctrinales o ideológicas. Nuestra hora presente solicita, más que doctrinas, una serie de hechos sustanciales y de un valor entrañable para el hombre, a saber: justicia, autenticidad, eficacia, espíritu de comunidad, participación de todos en los bienes y en la gestión común, respeto para el hombre, confianza en el pueblo y en las

gente aún— de la mayoría de los países consideraba ingenuamente que había que premiar la « espiritualidad », la obra de « cultura » que suponía ese modo de invertir cuantiosas sumas de dinero. Pero los Estados modernos, siempre ávidos de nuevos impuestos y contribuciones, se verán obligados a cambiar esa legislación de privilegio, ya que las obras de arte son en nuestros días —y para la mayoría de la gente— además de un placer estético una buena « colocación de capitales ».

Pero volvamos a los artistas que nos interesan hoy, es decir algunos de los más importantes en la vanguardia, a quienes aludo sin nombrarlos. Compruebo, como digo, con cierto desencanto que sus obras de hace unos años —cuando eran apenas conocidos— resultan hoy mucho más polémicas y atrevidas que las actuales. Muchos de ellos se han convertido « en estatuas de sal », insistiendo simplemente en lo que en un momento dado les dio nombre y fortuna. No puedo dejar de pensar que existe una estrecha relación entre la « oferta » y la « demanda », para emplear términos económicos que no me parecen excesivos.

Pero ¿quién es, por último, el responsable de este estancamiento en la gloria...? Para ser justo hay que citar a todos los culpables, voluntarios o involuntarios. En la larga vida de búsqueda de casi todos estos artistas en quienes pienso hay un episodio clave que ha desencadenado el resto... Sí, un día, un amigo inteligente, casi siempre un escritor o un hombre influyente, atrae la atención sobre ese artista que no era ni admirado ni vilipendiado, que estaba simplemente esperando el alma caritativa que lo descubriera, que fuera capaz de interesar en una obra a un grupo de entendidos en ese campo. Y otro día, con asombro, se comprueba que el artista navega ya por su propia cuenta, con viento a su favor y con las velas desplegadas al máximo. Ahora bien: un artista de éxito supone un elemento de ganancia alrededor del cual se organiza todo un mundo ávido también, a su vez, de nombre y de dinero. Cuando se da cuenta el pobre artista —causante de todo ese proceso— resulta la propia víctima de su talento y de la aceptación que ese talento

tiene entre una « inmensa minoría », como decía Juan Ramón Jiménez. El artista tiene que convertirse en *estrella*, sacrificar horas de trabajo a mostrarse, a conocer gentes, a asistir a reuniones que le interesan poco o mucho. Por otra parte su *marchand* o sus coleccionistas lo azuzan para que produzca cada vez más, para que repita infinitas veces el cuadro que ya tuvo buen éxito una vez, el cuadro que su público fiel está en condiciones de asimilar y de digerir. Nada de ir más allá, nada de buscar algo nuevo, aunque sea más torpe e imperfecto. ¿Valores plásticos...? Cuántos entre los que llenan las galerías —comprando o vendiendo— son capaces de reconocerlos? Una vez, pues, que se vio lo que gustaba, que se dio en la tecla, se sigue forzando la máquina de producir... para hacer lo mismo en muchos ejemplares, repetidos casi al pie de la letra. Pero lo primero que siente un artista —uno verdadero— es el afán de cambiar para seguir buscando, para tratar de ir más lejos cada vez en las intuiciones. Aunque sólo sea por hartazgo, por el enojo profundo que nos produce a los humanos el sentirnos máquinas que repiten indefinidamente lo que una vez fue un hallazgo.

Ahora bien, como cada museo poderoso, como cada coleccionista rico quiere también tener sus cuadros de X, de Y, de Z: esos artistas, aguijoneados por los intermediarios, perdiendo la cabeza porque de pronto se sienten centro de interés en círculos privilegiados, no son capaces de resistir a la tentación de lo que les proponen: seguir siendo iguales a sí mismos. Llegamos así a la fabricación forzada, a la producción en masa. Los primeros culpables son los propios coleccionistas, los intermediarios, que siempre tienen que ganar en cualquier operación mercantil. Pero conste que, sin echarles encima el mayor fardo, los mismos artistas que se prestan a todo ese juego son también responsables de la situación. Hay algo que no anda, « algo de podrido en el reino de la pintura » cuando se empuja al artista a *producir en serie lo que es fundamentalmente único: la obra de arte*.

Pero sigamos destripando el mecanismo: ¿cómo se llega a la situación privilegiada en que un enorme público es capaz de

nú, una caricatura, un estudio intrascendente, hasta un garabato; sí, todo adquiere un valor descomunal, desproporcionado. Cuando llega a ese punto el artista, en general, no tiene la fuerza suficiente para privarse de vender, de producir lo que él mismo —honradamente— tiene que comprender que no es ni lo mejor ni lo más interesante de su obra. A no ser que vaya más lejos aún y sea tan tonto que se crea un demiurgo y que todo lo que sale de sus manos es sagrado o lleva automáticamente la huella del genio. Digamos, en su disculpa, que hace muchos años que el artista plástico estaba buscando su desquite con la sociedad; y la gloria —en forma de renombre y dinero— se sube fácilmente a la cabeza, de la cual cuesta mucho trabajo hacerla bajar...

Temo, por último, que este panorama pueda parecer más siniestro de lo que es en realidad. Visto de cerca tiene un ele-

mento vital, de lotería, que tienta a muchos como un juego peligroso y deslumbrante. El tiempo decantará los verdaderos valores estables, ya que con él no hay trampas. Lo demás forma parte del mundo en que vivimos. Pero no exageremos las cosas; el tráfico actual de la obra de arte obedece a las características comunes a toda empresa en que hay muchos interesados y mucho beneficio en danza. Si en el mundo de los negocios hay personas perfectamente decentes —en contra de lo que creen los misántropos—, también en arte hay mucha gente honrada. Ya que el arte se ha hecho en nuestros días «también un negocio», apliquémosle estrictamente las mismas reglas que a todas las otras actividades mercantiles. En fin de cuentas, el creador y todos los que se mueven alrededor de él como satélites, siguen perteneciendo a nuestra condición humana, de la cual sentimos —alternadamente— vergüenza y orgullo de formar parte.

HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

por

Daniel Cosío Villegas

TOMOS PUBLICADOS

- I. — La República restaurada. — Vida política : \$ 140.00
- II. — La República restaurada. — Vida económica : \$ 140.00
- III. — La República restaurada. — Vida social : \$ 140.00
- IV. — El Porfiriato. — Vida social : \$ 140.00
- V. — El Porfiriato. — Vida política exterior (I parte) : \$ 125.00

Ampliamente ilustrado con grabados y mapas despleables

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

EDITORIAL HERMES, S. A.

Ignacio Mariscal, N° 41 — Apartado 21110 — México 1, D.F.

de Relaciones... aquí tenía una querida... ». En el lugar donde lo mataron, un pedestal hecho pedazos sin estatua. Era un monumento fúnebre al dictador, levantado inmediatamente después de su muerte.

Cada uno tiene su interpretación de los motivos de quienes lo mataron. Unos creen que querían tomar el poder en su lugar ; otros, que se proponían saciar una venganza particular, puesto que todos ellos habían colaborado con Trujillo. Lo cierto es que hoy la gente los llama corrientemente « los héroes ». Dos —los dos únicos supervivientes— están en el Consejo de Estado. Otros murieron cuando los descubrieron, asados a tiros. Otros fueron asesinados cuando estaban encarcelados.

Y todo esto parece lejano, cuando se oye que la gente habla de ello. Dan la impresión de que cuentan recuerdos de su mocedad, de otra época, como cuando se dice : « En mis tiempos... ».

*

En sus tiempos... Porque los tiempos de Trujillo fueron los tiempos de todos los dominicanos, en cierto modo. Nadie puede permanecer al margen de una dictadura de treinta años, a menos de marcharse del país.

Patéticos los circunloquios que amigos y desconocidos hacen, al hablar de ese tan largo pasado reciente, para llevar la conversación hacia un pretexto que les permita contar cómo ellos se vieron obligados a someterse, o a firmar una declaración de entusiasta adhesión, a participar en una suscripción o a cualquier otra actitud...

Y no hablemos de los que cuentan cómo el dictador los forzó a ser ministros o subsecretarios o directores de algo, sin consultarles, simplemente publicando su nombramiento en el periódico... con la misma indiferencia con que los obligaba a cesar luego, los volvía a nombrar y a deponer, los ascendía o los degradaba... Uno tiene la impresión de que al contar esto, no se excusan propiamente. Ni siquiera tratan de hacer comprender una atmósfera especial. Porque para ellos la atmósfera no era especial —era la única—, y muchos consideran que no tienen nada de que arrepentirse, puesto que no había alternativa... El heroísmo, vienen a decir sin decirlo, no es obligatorio ni se obtiene por encargo.

Es reveladora esa necesidad de hablar de las actitudes pasadas. Tal vez se considera, en el fondo, que lo peor sería tratar de ocultarlas. Pues quienes las ocultan son los que no se vieron forzados, los que hicieron méritos, los que se aprovecharon de modo desusado.

La lección es interesante. Puede ser útil para otros países. Imaginemos que cayera Franco, o Somoza, o Salazar. ¿Quién podría tener, fuera de los exiliados, una reacción diferente a la de los dominicanos?

*

Acaso esto explique que los jóvenes protesten constantemente, en sus periódicos y manifestaciones, contra la presencia de los que llaman « trujillistas » en puestos oficiales. Y la indiferencia con que se acogen estas protestas.

Claro que hay casos muy sospechosos. Por ejemplo, el 1 de mayo, en un mitin de la FOUPSA, entre varios obreros que hablaron de cosas inmediatas, un orador florido, muy radical, pidiendo la socialización, la prisión, la revolución. Era diputado en el último parlamento de Trujillo. « Ese fue nombrado por Johnny Abbés », me dijo un amigo. Abbés era el Beria de Trujillo.

Una amiga mexicana no puede salir del país, no puede casar a sus hijas menores, no puede comprar o vender su casa. Porque le falta la autorización marital. El marido desapareció, sin que se sepa cómo, al llegar al aeropuerto de Ciudad Trujillo (así se llamaba entonces). En la Dominicana corren rumores acerca del modo como lo secuestraron y liquidaron. Pero el gobierno no encuentra manera de dar un certificado de defunción, porque no puede demostrarse jurídicamente que llegó al país y desapareció. Y la viuda debe esperar siete años antes de recobrar sus derechos...

En la antesala del despacho del procurador general, un abogado perseguido por Trujillo, encarcelado y torturado. Dos mujeres de luto, jóvenes. Nerviosas, irritadas. Viudas de dos de los « héroes », de los que mataron a Trujillo. Asesinados en la cárcel. Todavía no se ha encontrado el lugar donde enterraron los cadáveres. Nadie quiere haber sido testigo de nada referente a ellos.

pueblo. No sabían qué hacer para impedir-la. Y se quedaron maravillados cuando alguien, un sudamericano, les dijo que el mejor medio sería fomentar distracciones en los pueblos y los barrios : teatro de aficionados, bailes, conciertos, deportes... Quisieron hacerlo y se encontraron sin mecanismo para llevar a cabo el plan (que yo, claro está, considero siniestro).

En la noche del día de mi llegada había un programa de televisión muy popular : « Ante la prensa ». En él aparecen, semana tras semana, las figuras políticas, a las que interroga un grupo de periodistas. De los seis periodistas, dos habían estado en el exilio y ocupan posiciones ventajosas en el periodismo nacional actual. Los otros cuatro eran de periódicos locales o de la capital.

Pues bien, el 80 por ciento de las preguntas se refirieron al empleo de fondos hechos por el político interrogado —un exiliado de regreso— durante el exilio. Un 10 por ciento a otras cuestiones personales y sólo el 10 por ciento restante a cuestiones políticas. El político, muy inteligente, muy hábil, trataba de aprovechar sus respuestas a las preguntas personales para hacer, al mismo tiempo, afirmaciones ideológicas o de programa.

Yo presenciaba la sesión en el vestíbulo del hotel —un hotel para dominicanos, no para turistas—. Los espectadores se impacientaban. Había allí campesinos ricos, comerciantes de provincias, algunos dueños de tiendas contiguas y los empleados del hotel. Los espectadores se impacientaban. « Eso no es política », decía uno. « Que le pregunten por los problemas », decía otro...

Nunca vi un grupo menos representativo de la opinión pública que esos periodistas —especialmente los exiliados— ensañándose con un político, en vez de tratar de saber lo que pensaba de la situación nacional.

La gente de la calle, los espectadores, me parecieron más preparados políticamente —con estarlo poco— que los interrogadores. Y cuando, para explicar esto, supuse, en un grupo de amigos, que algunos de los interrogadores se mostraron personales por consigna, que se les veía el latón del castrismo, la respuesta fue unánime : « No, no es posible. Si es sobrino de... », y aquí el nombre de un secretario de Estado. Y sin

embargo, ese sobrino anduvo mucho tiempo por América Latina con un pasaporte oficial cubano dado por el gobierno de Castro.

Por cierto que algunas de sus preguntas eran reveladoras. El político interrogado sostenía la conveniencia de nacionalizar la banca, en vez de autorizar la instalación de dos bancos norteamericanos más (como acaba de hacer el Consejo de Estado). « Entonces, ¿quiere usted que copiemos una de las medidas de Fidel Castro? » preguntó el sobrino de marras. Y la respuesta vino tajante : « No. Una de las medidas que Fidel Castro, en todo caso, copió de José Figueres, quien nacionalizó la Banca de Costa Rica en 1948... ».

*

Ese político interrogado era Juan Bosch, el dirigente del Partido Revolucionario Dominicano, el « Perredé », como dice la gente con la manía por las siglas que parece acompañar a la política moderna.

¿Por qué le tienen tanta inquina? Unos dicen que por rivalidades y rencores de exilio. Otros, que porque tiene una concepción clara de la política. Yo creo que porque dirige el único partido que de veras es un partido.

La historia del P.R.D. es interesante. Algunos se la reprochan, pero creo que gracias a ella posee hoy la fuerza que todos le reconocen. Cuando uno pregunta : ¿Quién ganará en las elecciones de diciembre (si las hay)? La respuesta siempre es : Fiallo o el P.R.D. Nadie le concede probabilidades a ninguno de los otros doce partidos. El « 14 de Junio » podría venir en tercer lugar, dicen, pero no ganar, ni mucho menos.

Lo revelador de la respuesta es que la gente no dice « Fiallo o Bosch », o bien « Unión Cívica o el P.R.D. ». Dicen Fiallo (el hombre) o el P.R.D. (el partido). Y eso que la popularidad de Juan Bosch, fuera de la capital, me pareció comparable a la del Dr. Viriato Fiallo, aunque en la capital la de éste supera a la de cualquier otra personalidad y Bosch parece concentrar los rencores de muchos lados. « Ladran..., señal de que cabalgamos », me contestó Bosch cuando lo interrogué sobre esto.

La Unión Cívica Nacional y el P.R.D.

tienen dos orígenes opuestos. La Unión nació como un movimiento colectivo, para aglutinar el esfuerzo contra Trujillo. Se ha convertido en partido (y no sin discrepancias en su seno respecto a la conveniencia de hacerlo) sólo hace unos meses. Esto lo debilita. Tiene, es cierto, oficinas (las únicas ordenadas, amuebladas convenientemente, con secretarías profesionales), comités, cotizantes. Pero da la sensación de que la gente la toma como un recurso, una protección, más bien que como instrumento para realizar un programa. La Unión Cívica, políticamente, es la convergencia del miedo al desorden y del prestigio del Dr. Fiallo. Es el partido conservador democrático.

El P.R.D., en cambio, nació como un partido, con la voluntad de ser un partido. Es decir, de convertirse en un instrumento de gobierno, para realizar un programa. Cuando en la capital, bajo Balaguer, los partidos y personalidades discutían acerca de quién debía gobernar, de las medidas políticas, de los detalles propagandísticos, el P.R.D. mandó sus cuadros (llegados del exilio) a los campos. Los campesinos, que Trujillo consideraba suyos, se revelaron como perfectamente conscientes de que el dictador los había comprado con algunas dádivas y los había forzado a disimular, a fingir. Y el P.R.D., mientras los demás hablaban de política, se ocupaba en las cuestiones sociales inmediatas: el desempleo, la vivienda, el paludismo, la tierra... Por ejemplo, el gobierno provisional decreta una ley de reforma agraria (tan moderada que habrán de transcurrir muchos años antes de que se resuelva el problema). El P.R.D. pide que, además de una reforma agraria, se vaya inmediatamente al asentamiento de los millares de campesinos sin tierras y dispuestos a trabajarlas, y de los obreros sin empleo, que abundan. No es extraño, pues, que haya en el P.R.D. ese patriotismo de partido que falta en los otros doce partidos existentes. El único en que también lo encontré (por motivos distintos), fue el « 14 de Junio », el « Uno Jota Cuatro », como lo llama la gente, porque sus militantes cubren los muros con la sigla 1J4.

¿Qué es el « Uno Jota Cuatro »? Nadie lo sabe con exactitud. Nació bajo Trujillo, para ayudar un desembarco. Su líder, Ma-

nuel Tavarez, fue perseguido, torturado, detenido muchas veces. Su esposa y dos hermanas de ésta (las hermanas Mirabal, como las llama la gente) fueron asesinadas. En el « 14 de Junio » están, sobre todo, estudiantes, jóvenes empleados. Es un movimiento dinámico, entusiasta. Pero no tuve la impresión de que sea coherente, de que sepa a dónde quiere realmente ir.

« El único modo de hacer cambios es por la fuerza. Castro tiene razón », me decía uno de los dirigentes de segunda fila. Y Tavarez, cuando le pregunté si su partido era castrista, me contestó: « No nos toca a nosotros juzgar el castrismo; eso es cosa de los cubanos. » La gente dice que el « 14 de Junio » está lleno de comunistas (y hasta que Tavarez es comunista). Debe de haber infiltrados. Los hay en todos los partidos, estoy seguro, menos en el P.R.D., porque en él perderían el tiempo.

El grupo comunista y castrista ortodoxo, el Movimiento de Liberación, formado por Máximo López Molina bajo Trujillo y con la connivencia de éste, ha entrado en una especie de clandestinidad benévola. Tiene poca influencia directa, pero parece que « trabaja » sobre todo a los militares jóvenes. La fuerza de los comunistas está en los restantes partidos, en la universidad —como de costumbre—, en los comerciantes que quieren protegerse de antemano, en la lentitud en hacer reformas.

Y esto nos lleva a hablar de los bienes de los Trujillos.

*

Las reformas casi podría decirse que están hechas. Las hizo Trujillo. Él nacionalizó —repito— lo mejor del país: industrias, tierras buenas... El Consejo de Estado no se atreve a decidir acerca del destino de esos bienes. ¿Nacionalizarlos, darlos a administrar a organismos autónomos o por contrato, venderlos en subasta? El Consejo de Estado se considera provisional y no se arriesga a adoptar medidas. No sabe que son justamente los regímenes provisionales los que, por lo general, mejor pueden adoptar decisiones definitivas.

El país es rico. Se dan en él hasta cuatro cosechas de arroz al año. Pero la mayoría de sus habitantes no ingieren más de 800-1000 calorías al día. Por consiguiente

ANTHONY HARTLEY

Londres: Las dos culturas



EN OPINIÓN GENERAL el acontecimiento literario más sobresaliente en Londres durante los últimos meses ha sido el ataque bastante feroz —según las normas inglesas— lanzado contra Sir Charles Snow por el Dr. F.R. Leavis en una conferencia dada en Cambridge y reproducida posteriormente por *The Spectator*. La conferencia era privada y no se invitó a ella a la prensa, pero terminó siendo del dominio público, como ocurre siempre en estos casos, y en el alboroto resultante había resonancias que penetraban muy hondo en la situación cultural inglesa. Desde luego, en estas ocasiones suele manifestarse una tendencia a que las cuestiones debatidas se pierdan en un choque de personalidades. Cuando un distinguido crítico literario dice de un conocido novelista que no es de ningún modo novelista o que es « intelectualmente vulgar », gran parte de sus lectores sentirán un grato estremecimiento sin tener una idea clara de cuál de las dos partes es la

que tiene razón. Pero C.P. Snow no es simplemente un novelista conocido ni el Dr. Leavis un crítico literario corriente, y las razones de su desacuerdo resultan complejas y ponen en juego fuerzas que preceden nada menos que del siglo XIX. *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*.

Además de ser un novelista, Sir Charles Snow comenzó su carrera como físico y pasó posteriormente a ser funcionario encargado del reclutamiento de personal científico para los servicios del gobierno. Sus novelas tratan de la administración, de las decisiones de alto nivel y de los hombres que las toman, y sus personajes se nos muestran en su aspecto más dramático cuando, sentados en torno a la mesa de un comité, sus rostros permanecen impassibles mientras sus lápices rasguean con emoción. Su punto fuerte como creador de situaciones consiste en que Snow sabe cómo funcionan las cosas. Como el personaje narrador de su ciclo de novelas, Lewis Eliot, Sir Charles Snow ha « vivido en los corredores del poder » y, como muchos hombres en su misma situación, se sintió de cuando en cuando obligado a dar consejos o dirigir admoniciones a sus compatriotas. En una conferencia pronunciada en Estados Unidos lanzó un ataque contra Lord Cherwell, principal consejero científico de Sir Winston Churchill, y sugirió la idea de que los hombres de ciencia deberían desempeñar un papel más importante en el gobierno norteamericano durante la guerra. Tras una visita reciente a la Unión

Soviética, Sir Charles Snow declaró que había muchas cosas dignas de elogio en el sistema ruso de gobierno. Pero fue su conferencia dada en 1959 en la Universidad de Cambridge la que proporcionó al Dr. Leavis la ocasión para su arremetida contra Sir Charles Snow y sus ideas.

Es posible que el nombre del Dr. Leavis no sea muy conocido fuera del mundo de habla inglesa, pero sin tener una idea de quién es y de lo que representa es imposible comprender por qué tal arremetida es una cuestión tan seria. Porque el Dr. Leavis es uno de los poquísimos escritores ingleses de los tres últimos decenios que ejerce una auténtica autoridad moral, y su revista *Scrutiny*, además de ser el centro de un viejo grupo de críticos, ha tenido una profunda repercusión en la generación inmediatamente posterior a la guerra. Esta repercusión ha sido triple. Su seriedad moral iba acompañada de un intento de relacionar la literatura con la cultura inglesa como un todo y de la adhesión a una tradición radical no conformista en la vida y la literatura inglesa tal como se desarrolló en la gran tradición de la novela inglesa. Esto iba además naturalmente acompañado de una honda preocupación por la educación o, según las propias palabras del Dr. Leavis, por « el intento de establecer una auténtica educación liberal en este país, de restaurar en relación con el mundo moderno la idea de una educación liberal ». La relación entre esta tarea más amplia y la enseñanza de la literatura inglesa se pone en evidencia cuando comprendemos el papel cultural preeminente que el Dr. Leavis atribuye al lenguaje transmitido y preservado gracias al cuidado de una minoría vigilante.

Que Sir Charles Snow incurra en la reprobación del radicalismo moral del Dr. Leavis no tiene nada de extraño, pero sí resulta en cambio curioso que haya sido la conferencia de Cambridge la que haya proporcionado la ocasión. El título completo de dicha conferencia es « Las dos culturas y la revolución científica », y la tesis sostenida en ella parece a primera vista relativamente sencilla e incluso evidente. Sir Charles Snow observa los dos mundos diferentes en que viven por un lado los intelectuales del campo literario y

por el otro los hombres de ciencia, haciendo constar también la ausencia de contacto entre unos y otros.

En un polo los intelectuales literarios y en el otro los científicos y, como más representativos, los físicos. Entre ambos, un foso de incompreensión mutua y a veces —particularmente entre los jóvenes— de hostilidad y aversión, pero sobre todo de desconocimiento mutuo. Cada grupo tiene una imagen curiosamente falseada del otro y sus actitudes son tan diferentes que, ni siquiera al nivel de la emoción, pueden encontrar una amplia base común de inteligencia.

Esta ausencia de contacto es una situación que a Sir Charles Snow le gustaría ver remediada y parece evidente que su conferencia es un alegato para que los científicos conozcan mejor la literatura y para que los hombres de letras conozcan mejor la ciencia: « Muchas veces he asistido a reuniones de gentes que, de acuerdo con los niveles de la cultura tradicional, son consideradas como altamente instruídas y que con placer considerable expresan su incredulidad ante el analfabetismo de los científicos. Una o dos veces he sido provocado y entonces pregunté a los reunidos cuántos de entre ellos podían describir la segunda ley de la termodinámica. La respuesta fue fría; y, además, negativa. Sin embargo, lo que yo preguntaba era aproximadamente el equivalente científico de la lectura de una obra de Shakespeare? »

Pues bien, en todo esto hay pocas cosas con las que uno no esté de acuerdo (aunque cabría pensar que el conocimiento de la segunda ley de la termodinámica es más bien histórico que estrictamente científico; todos la conocemos como un fenómeno, pero no todos sabemos que se le llama con ese nombre). El Dr. Leavis no afirma ni sugiere que Sir Charles Snow se equivoque en pedir una mejora de la enseñanza científica. Este punto particular se suele poner frecuentemente de relieve; de hecho, siempre que hay un debate relacionado con los méritos de las asignaturas generales y especializadas en nuestros centros de enseñanza. Sin duda sería muy deseable que los estudiantes iniciaran su carrera universitaria con un bagaje mayor de conoci-

mientos generales, y varios experimentos recientes realizados en la enseñanza de la ciencia general para los no especialistas permiten ciertas esperanzas de que esto puede conseguirse sin limitarse a proporcionar una capa superficial e inútil de conocimientos no asimilados.

Pero la conferencia de Sir Charles Snow contiene también juicios de valor en cuanto a la naturaleza y fines de la cultura, y es esta parte la que proporciona al Dr. Leavis las municiones para su ataque. En realidad, aunque Sir Charles Snow habla de « las dos culturas », pronto se hace evidente que uno de los propósitos de su conferencia es denigrar una de esas culturas y exaltar la otra. Los científicos llevan « el futuro en sus huesos » (lo que Sir Charles Snow quiere decir con esto puede verse en la comparación, menospreciadora para Orwell, que hace en una nota entre el 1984 de este último y el *World without War* del profesor J.D. Bernal), están « más libres que la mayor parte de la gente de los sentimientos raciales » y sólo la cultura científica puede « ponerse al paso » de la transformación del mundo moderno. Frente a estas cualidades, los hombres de letras hacen mal papel. Su cultura es lo que Sir Charles Snow llama « cultura tradicional » ; de ellos dijo el conferenciante que son « antisociales » en sus opiniones políticas y « sabotadores natos », incapaces de ponerse a la altura de los cambios que la moderna tecnología ha producido.

¿Qué hemos de pensar de este desconocimiento de la reacción que la literatura del siglo XIX tuvo ante los cambios sociales? El Dr. Leavis ve en ello ignorancia y desdén hacia el mejor tipo de tradición cultural : « Así, (Snow) desdeña y considera sin importancia a Dickens y a Ruskin y a todos los demás escritores que nos llevan hasta Lawrence. Sin embargo... fue Ruskin quien introdujo la distinción entre riqueza y bienestar, distinción que pasa a través de Morris y del movimiento socialista británico hasta el *Welfare State*. »

Para el Dr. Leavis, la conferencia de Sir Charles demuestra una gran insensibilidad para con aquellos valores humanos que son los únicos que pueden dirigir y guiar el poder liberado por el progreso de la tecnología. Y acusa a su oponente de defender

una forma vulgar de « cientificismo », un « wellsonianismo grosero », en el que la cantidad de progreso técnico se considera como un bien en sí, independientemente de la dirección que tome. Y esta insensibilidad para la cualidad del cambio va aliada a una incapacidad para apreciar la sutileza tanto de los seres humanos como de la cultura humana. « Sin pensar en ello — escribe Sir Charles a propósito de los hombres de ciencia— responden de manera parecida. Esto es precisamente lo que significa una cultura. » Es fácil comprender que al Dr. Leavis tal definición debe parecerle la negación de la cultura y es difícil no advertir en ello una visión, cuando menos falsa, ya que las grandes culturas llegan a ser tales precisamente gracias a su variedad, así como también potencialmente totalitaria, ya que viene a suponer una justificación teórica de la imposición de cualquier tipo de uniformidad cultural. Lo que para el Dr. Leavis falta en la visión de la vida de Sir Charles Snow es esa especie de piedad o religiosidad cósmica que en opinión suya es quizá la razón de ser y la característica fundamental de la gran literatura : « ¿Para qué?, ¿para qué en última instancia?, ¿y por qué viven los hombres? Estas preguntas apuntan a lo que sólo puedo llamar una profundidad religiosa de pensamiento y de sentimiento. »

Y como para el Dr. Leavis la ineptitud para conseguir esta cualidad se halla ilustrada con máxima claridad allí precisamente donde esa cualidad debiera estar presente, es decir en los escritos de creación de Sir Charles Snow, gran parte del ataque del Dr. Leavis contra la susodicha conferencia está dedicada a la demolición del Snow novelista. En efecto, la introducción de las novelas en el debate no constituye un ataque suplementario, sino una parte esencial de la argumentación. Y es curioso que en su conferencia de Cambridge se incluya ya casi al final una profesión de fe :

« Como Snow, yo miro hacia la universalidad. Al contrario que Snow, me preocupo por hacer de ella una verdadera universalidad —es decir algo que no sea una sección de los departamentos especializados—, por convertirla en un centro de la conciencia humana : percepción, conocimiento, juicio y responsabilidad. »

De este resumen de la controversia puede deducirse claramente cuál es el fondo de la disputa. Las objeciones del Dr. Leavis a Sir Charles Snow no están lejos de la crítica del utilitarismo realizada por John Stuart Mill, el fracaso de un sistema que afirma preocuparse esencialmente de la felicidad humana para comprender la compleja grandeza de la humanidad. En el retrato que hace de Sidney y Beatrice Webb en su novela *The New Machiavelli*, H.G. Wells opone también los auténticos seres humanos a los insensibles y pretendidos organizadores de aquéllos con vistas a su propio bien. A este respecto resulta significativo el que Sir Charles Snow no encuentre nada malo ni equivocado en el actual sistema educativo ruso. Porque, naturalmente, si se dejan de lado los valores humanos, a un sistema educativo se le puede juzgar simplemente por el número de estudiantes que envía a las universidades, y que el sistema se halle o no inspirado en un espíritu de libre discusión resulta así una cuestión indiferente. El no tomar en cuenta el contenido moral de la educación no deja cabida alguna para conceptos tan anticuados como libertad y tiranía y excluye la diversidad individual de la cultura en nombre de los « valores sociales », valores que, como se ha demostrado repetidamente, resultan además menoscabados cuando se les considera como fines en sí mismos y no como medios para un mayor desarrollo del individuo.

La controversia entre Sir Charles Snow y el Dr. Leavis es por todo ello una disputa que tiene sus raíces en el siglo XIX. En su sentido político más inmediato es un choque entre dos tradiciones divergentes de la izquierda británica: por un lado, el espíritu radical no conformista, que tanto ha contribuido a formar el Partido laborista británico; por el otro, el cultivo del progreso social a través de una organización eficiente cuyas raíces se sitúan en el utilitarismo y en los Webb. Y si la primera tradición tiende hacia un puritanismo excesivo, la segunda, fundiéndose con la nueva figura sociológica del « hombre de la organización », ha demostrado con frecuen-

cia que no proporciona un criterio suficiente para comprender la verdadera naturaleza de la acción política. La inocencia de los Webb en lo que respecta al carácter de la sociedad soviética parece repetirse en Sir Charles Snow, cuya admiración por la tecnología rusa despierta ecos fantasmales de un pasado algunos de cuyos errores es de esperar no volverán a repetirse. La correspondencia que siguió a la publicación en *The Spectator* del ataque del Dr. Leavis apenas destaca estos puntos, ya que en gran parte se refiere a las personalidades mezcladas en el caso; pero la moraleja del incidente la sacó el mismo semanario al resumir la controversia:

« El conocimiento es poder, pero no es conocimiento de cómo debe utilizarse ese poder. Este es asunto de la conciencia. Admirar un régimen político tiránico por sus realizaciones técnicas se sitúa en el mismo nivel de juicio que admirarle por tener un gran ejército. Podemos maravillarnos ante una hazaña colosal de la ingeniería como nos maravillamos ante las Pirámides de Egipto; pero sólo un esfuerzo de imaginación y un sentido de los valores humanos pueden permitirnos apreciar lo que tal cosa ha costado o compadecer a los esclavos que la construyeron. La tarea de los escritores, filósofos y moralistas consiste en representar esos valores que son los únicos que pueden dar vida a la cultura o una dirección a las grandes realizaciones humanas de la ciencia. Ellos deben y pueden aprender de la ciencia y de los científicos, pero no se puede dar de lado al papel esencial que les corresponde con expresiones tales como la de « saboteadores natos ».

Y el editorialista de *The Spectator* concluía: « Las preguntas que formula la conferencia sobre *Las dos culturas* son precisamente las que nosotros tenemos que responder. »

Y a las que, podría añadirse, una larga sucesión de grandes hombres desde Mill a Newman, desde Pitt a Lawrence (personalmente, yo añadiría a su número el nombre del doctor Leavis) han dado ya su respuesta.

Puede decirse que las ventajas y las limitaciones de esta liberalización ortodoxa han empujado a España a franquear este nuevo paso. En efecto, en un trabajo sobre la situación de la economía española, que publica la revista inglesa *The World Today* (mayo de 1962), leemos: «La verdadera reanudación sólo data del año pasado; es incompleta, pero ya deja prever los peligros de una nueva inflación.» Las exportaciones españolas han disminuído, mientras que las importaciones han aumentado. España, después de abandonar la autarquía, ya no puede permitirse continuar fuera del Mercado Común, debido al papel cada vez más importante para su economía que desempeñan los intercambios con los Seis. En 1958-59, los países del Mercado Común recibieron el veintiocho por ciento de las exportaciones españolas; en 1960, absorbieron el treinta y nueve por ciento, y en 1961 el treinta y ocho por ciento. La expansión se convierte en el imperativo de una economía que se liberaliza y, en la coyuntura española, la asociación con el Mercado Común es la premisa de la expansión.

Los expertos españoles han estudiado cuidadosamente el Tratado de Asociación de Grecia con el Mercado Común, especialmente en lo que se refiere a la ayuda durante las etapas de transición y de adaptación del sector agrícola. «Si nuestra agricultura no evoluciona más rápidamente —escribía *Estudios Económicos* en el número citado—, si no se beneficia de los progresos a que ha dado lugar el Mercado Común, la diferencia entre nuestra productividad y la de los demás países de Europa Occidental se acentuará todavía más, causándonos un grave perjuicio. Los países mediterráneos del Mercado Común podrán mejorar su agricultura y competirán con nuestra producción en mejores condiciones que hasta ahora...

Uno de los hechos que más han contribuído a abrir para España un nuevo horizonte europeo es la libertad de emigración para los obreros españoles. Actualmente se hallan trabajando en Alemania Occidental cerca de 70.000. Pero esta salida en masa de obreros especializados de las regiones del Norte no está compensada por la existencia de una superpoblación

agrícola en las provincias del Sur. La posibilidad que se ofrece a los trabajadores de hacer presión para obtener un aumento de salarios se ha incrementado en la misma proporción que la necesidad de esta reivindicación ante la subida de los precios. Tal vez no se ha hecho resaltar bastante que los movimientos de huelga en Asturias están relacionados con esta nueva coyuntura. El informe presentado a la última Asamblea General de la Minero-Siderúrgica de Ponferrada precisaba que, en octubre de 1961, había 85.187 mineros contra 89.248 en el año anterior. Y en las huelgas de solidaridad este movimiento refleja el sentimiento de una fuerza creciente en una industria que tiene falta de obreros especializados. La liberalización, por ortodoxa y restringida que sea, ha tenido consecuencias ineluctables en el plano reivindicativo, y hasta los sindicatos «verticales» oficiales se han visto obligados a registrar este nuevo clima social y a convertirse en portavoces de ciertas demandas.

Por consiguiente, si España no avanza hacia Europa, habrá de retroceder hacia el nivel de miseria y coacción que había logrado superar a duras penas, por lo menos en las zonas más progresivas del país. Ahora bien, después de haber soportado el estancamiento autárquico, si hoy hubiera de abandonar la nueva esperanza y retroceder a dicho nivel inferior, las consecuencias serían insostenibles. Para Franco, la apertura hacia Europa y el progreso encierran riesgos considerables, aun cuando él confie poder limitar las incidencias. Pero la negativa a esta «apertura» acarrearía también grandes peligros. El principal de ellos sería la contradicción interna entre el liberalismo económico y el antiliberalismo intelectual. Los estudiantes de Madrid han demostrado su discrepancia con el Opus Dei y proclamado su simpatía hacia los huelguistas. Nadie ignora que el Opus Dei es responsable de una política intelectual oscurantista simbolizada por una pseudo-universidad recientemente creada en Navarra —los estudiantes de Barcelona, por su parte, la han convertido en tema de una «revista satírica»— y al mismo tiempo es la propulsora de una política económica liberal representada por ministros que, dentro de su esfera, son indudablemente más inteli-

gentes y más capaces que los representantes del burocratismo falangista y corrompido, a quienes han sustituido.

Además, la apertura hacia Europa favorece los viajes, la penetración de las ideas, una información más amplia, y los primeros elementos que se aprovechan de ella son los jóvenes patronos de Cataluña, que no tienen ningún vínculo común con la ortodoxia fanática y doctrinaria. En efecto, la apertura no es sólo el libre movimiento de las mercancías, acerca del cual me ha dicho un industrial de Barcelona: «Al fin podemos hacer oficialmente lo que desde hace años hacíamos, en virtud de arreglos particulares con los aduaneros y a despecho de los decretos inaplicables que todo el mundo sorteaba como podía.» Representa también la libertad de movimientos de los hombres. El nuevo horizonte europeo que se abre ante España se ha creado en gran parte gracias al turismo, que va camino de convertirse en la industria principal del país. El año pasado, España, con siete millones y medio de entradas —lo que significa un aumento del veintidós por ciento respecto al año anterior— era el segundo país turístico del mundo. Ahora bien, en este movimiento de turistas se advierte un aumento incesante de los procedentes de países europeos, mientras que la afluencia de los de América ha disminuído. De estos siete millones y medio de entradas, 5,8 millones corresponden a Europa, y sólo Francia figura con 3,3 millones. Al mismo tiempo, los españoles empiezan a franquear sus fronteras, lo que hasta ahora estaba reservado a un número muy reducido de privilegiados. Los turistas españoles que viajaron por el extranjero en 1959 pasaron de 850.000. En 1961, su número se ha triplicado, elevándose a 2,7 millones, hecho que la revista *Información Comercial Española*, publicada bajo los auspicios del Ministerio del Comercio, en su número del 5 de abril de 1962, califica con cierta ironía de «propensión superflua a viajar por el extranjero». ¿Superflua o más bien peligrosa?

Se sabe que la liberalización no ha tenido sólo estos efectos de incitación, que nos permitiremos calificar de beneficiosos, sino que ha dado origen también a algunas cri-

sis, y no ya en las ramas menos eficaces de la industria. La adaptación y la transformación de un país muy pobre que ha de incorporarse a un conjunto de una riqueza y de una productividad muy superiores son difíciles y suponen etapas, nuevas instalaciones y exigen una concepción de conjunto. La primera demostración de ello es que la petición de ingreso en el Mercado Común —o como dicen los españoles, «en Europa»—, constituye un acontecimiento considerable que ha transformado las perspectivas en las esferas del poder, lo mismo que entre los diferentes grupos de oposición. La fuerza principal del régimen franquista, el secreto de su persistencia durante veintitrés años era el inmovilismo. Los acuerdos bilaterales con Estados Unidos no han hecho salir a España de este inmovilismo, y la ayuda norteamericana, desde el punto de vista del progreso económico, ha sido singularmente ineficaz. El movimiento hacia la unificación de Europa, por el contrario, representa un reto en todos los aspectos y pone fin a la época inmovilista.

Es muy significativo el hecho de que, en marzo último, un grupo de jóvenes patronos de Barcelona, en el curso de un banquete ofrecido en el Ritz a los promotores del Instituto de Estudios Europeos, aplaudiera un discurso del abogado Gil Robles, que es uno de los animadores del Instituto de Estudios Europeos de Madrid, y que había defendido recientemente, en un proceso político de mucha resonancia, a unos adversarios del régimen. Ahora bien, Gil Robles, que en tiempos de la República había sido jefe de la derecha católica, se interesa cada vez más por las cuestiones sociales y, personalmente, se le respeta en los medios políticos cuyas ideologías difieren mucho de la suya.

Gracias al éxito del Mercado Común, unos factores dinámicos nuevos e incontralables han hecho su aparición en España y han transformado la situación. Es cierto que la oposición se halla dividida ante las preguntas: ¿qué acogida dispensará un organismo de la Europa democrática a la petición de un régimen dictatorial? ¿No se dará con ello una apariencia de respetabilidad a un régimen moribundo? ¿No se contribuirá una vez más a salvarlo? Es

natural que los comunistas sean contrarios a la apertura europea, pero por otras razones: las mismas que les hacían oponerse a toda colaboración entre los países democráticos de la Europa Occidental. Por lo tanto estas razones son completamente ajenas a las consideraciones de principio de ciertos demócratas. No obstante, me ha parecido que, en los medios antifranquistas, la esperanza de un cambio como consecuencia del acceso al Mercado Común predomina sobre la actitud negativa, a condición de que su acogida vaya acompañada de ciertas condiciones, entre las cuales figura en primer lugar la representación de los sindicatos. Los españoles bien informados creen, en efecto, que existe todavía una solidaridad sindical y que en los organismos de la Europa supranacional que se está creando, los sindicatos tienen cierta autoridad, mientras que su fe en la solidaridad de los partidos políticos en las democracias, incluso los socialistas, está extinguida.

Vista la situación desde nuestro lado, es decir el de las democracias europeas, se nos aparecen dos hechos innegables: el dinamismo económico del Mercado Común se ha traducido en un interés inmenso en todos los países de Europa (tanto del Este como del Oeste) tan pronto como han tenido conciencia de las nuevas posibilidades que se les ofrecen, y la Europa de los Seis se ha convertido en un foco de atracción para España, más que para ningún otro país. Además, conviene precisar, frente a ciertas reservas y a ciertas esperanzas, que el Mercado Común no es una concepción política, aunque su inspiración y sus consecuencias tengan este carácter. Al realizar en un dominio limitado todo lo que la colaboración económica es capaz de producir, el Mercado Común ha aislado, haciéndola más sensible y visible, la diferencia entre una reforma económica útil y una nueva institución política. Entre las virtualidades del Mercado Común veo dos tendencias principales: la expansión de la economía del Mercado Común más allá del núcleo inicial y hacia una « Europa sin orillas », y la transformación del núcleo inicial en una comunidad política dotada de instituciones propias. En último término, la confusión a veces voluntaria entre estas dos tendencias distintas puede ser perjudi-

cias para ambas. Es probable que, en adelante, el Mercado Común y la Europa política ya no se confundan, puesto que el Mercado está destinado a la extensión, y la autoridad europea a la intensificación. Por esto la adhesión de una España, incluso autoritaria, al Mercado Común no significa que pueda pretender convertirse en un miembro del « club » económico. Las condiciones requeridas pueden ser menos estrictas y se trata de determinar un mínimo de representatividad de los organismos que pudieran ser llamados a adherirse. No solamente no convendría responder con la negativa a la petición de Franco y sumergir de este modo a España en una profunda miseria, para castigarla — como si dijéramos — porque nuestras democracias no hayan podido hacer nada por su libertad, sino que sería menester, además, formular condiciones tales que impidiesen a Franco rehusar. Así le sería imposible desembarazarse de lo que le empuja hacia Europa a pesar suyo, diciendo: « Ya veis que no nos quieren. » En el mortal aislamiento de España, que sería la consecuencia de una negativa, el franquismo volvería fatalmente a la plenitud de un totalitarismo represivo integral y los comunistas monopolizarían inevitablemente la oposición. La causa de la democracia no ganaría nada con ello. La España que ha respondido con tanto ardor y con un entusiasmo tan espontáneo a la solicitud de adhesión no es la España oficial: es la de los jóvenes patronos, de los jóvenes economistas y de los jóvenes administradores que, si bien ocupan puestos del Estado, casi nunca son franquistas.

Para la Europa del Mercado Común, decir no a Franco, porque es Franco, cuando no puede ofrecer otra cosa a los españoles, sería una solución de facilidad. En una negativa, los principios desempeñarían, o parecerían desempeñar, un papel menor que el interés económico de algunos agricultores mediterráneos que compiten con los españoles. La asociación de España al Mercado Común es tan difícil para los Seis como para Franco. Mas para España es la única oportunidad de progreso, y para el Mercado Común estos problemas nuevos y espinosos son la medida y el precio de su éxito.

Balcón de París

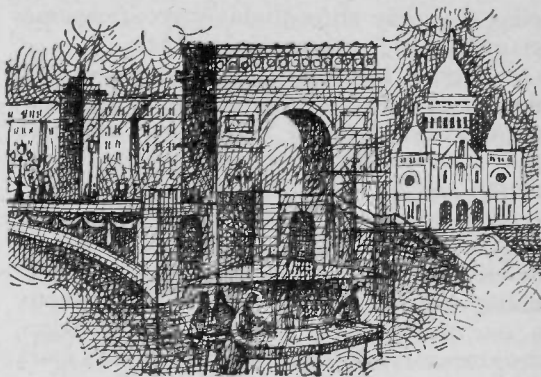
POR RAMON XURIGUERA

Los « Carnets » de Camus

EL RECUERDO DE CAMUS continúa siendo vivo. No hay encuesta efectuada en el mundo estudiantil que no acuse una marcada devoción por sus escritos. Son los jóvenes sobre todo los que ven en él un guía, un maestro. En general, la muerte de un escritor abre un lapso de silencio. Paréntesis a veces largo, como una necesidad de poner orden con paciencia y con reposo en el hombre, en la obra. Nada de eso en Camus: como si disfrutase del privilegio reservado a los que mueren jóvenes. Son los viejos los que acaban con la vida, porque todo lo han cumplido o, siquiera, han tenido tiempo para ello. Los jóvenes que se van a pesar suyo siguen injertos en ella, se prolongan a través de sus promesas.

De mensajes incompletos están llenos el arte y la literatura. Y Camus, como Pascal, como Rimbaud, como Seurat, sobreviven en la nostalgia de sus huellas, pues nada hay como la nostalgia para animar el recuerdo.

El recuerdo de Camus es de fervor por la justicia, de noble impulso para hallar una razón de vivir en esa absurda existencia. Esta inclinación moralizante le acerca al desdichado, a la víctima, a la humanidad desencantada. Es una disposición comprensiva y a la vez una postura de rebelde. Pero de una rebeldía amortiguada más que desabrida e insurgente. Su condena no se encamina a la acción, sino



que tiende al sentimiento: al sentimiento como un paliativo, y no como una solución. De suerte que más que un sublevado agresivo es una conciencia amiga.

Y ahí es donde quizás la juventud halla su mayor aliciente: la amistad, el amor. Contra lo absurdo, la crueldad y la falsedad de este mundo, Camus opone las leyes del corazón.

Este idealista en pugna con una existencia irracional y fea, no puede ocultar el atractivo que por ella siente.

Esta inclinación aparece manifiesta en *Carnets*, primer volumen publicado de los tres que nos anuncian. En él se lee: « Lo absurdo reina, y el amor nos salva de él. » Y esta otra afirmación: « El mundo no ofrece verdades, sino amores. »

Por corresponder estas anotaciones a la época de la formación de su autor, revelan ya todo el sentido futuro de su obra de escritor.

Camus apuntaba casi diariamente sus impresiones desde la edad de veintidós años. Era la época de su iniciación, y recorriendo este primer volumen que contiene el período comprendido entre los años 1935 y 1942, surgen aquí y allá destellos a manera de sintéticos esbozos de lo que serán sus ensayos, sobre todo *El Mito de Sísifo*, sus novelas *L'Etranger* y *La Peste* y la obra dramática *Calígula*.

Avaro de su vida personal, Camus omite casi todo cuanto a ella se refiere. Sólo consigna sus reflexiones morales. Y en

ellas se diseña entre dudas y rectificaciones el proceso de su creación literaria.

Abundan las notas sobre Argelia, su país de nacimiento; y su prosa, modelándolas, adquiere ya toda la belleza que no hará más que confirmarse en escritos posteriores.

Más tributario de los griegos que de la disposición a la congoja del pensamiento de Kierkegaard, ya desde que era estudiante se siente inclinado a lo concreto, a este universo de sol y de azul marino, de aromas y de colores que culmina para él en el Mediterráneo. El Mediterráneo es su cuna y de ella entresaca su optimismo, el idealismo que discierne en Plotino y que le compensará de la fealdad del mundo. Más tarde querrá proyectar su rebelión en sus conflictos, pero será con un rescoldo de esperanza.

En este primer volumen de *Carnets*, Camus no menciona para nada la guerra civil española que tanto afectó a su espíritu y por la que tomó partido, por amor a la justicia, al lado de los vencidos.

Quizás sus repercusiones aparezcan en las meditaciones de los otros dos volúmenes.

La colección Sonia Henie-Niels Onstad

Este notable conjunto puede admirarse estos días en el Museo Nacional de Arte Moderno. Pertenece a la célebre patinadora Sonia Henie y su presencia en París corresponde a una de las etapas del recorrido que está efectuando por Europa.

La orientación de esta reunión de pinturas es historicista en el sentido de que se inspira más bien en la evolución del arte contemporáneo que en las preferencias dictadas por el gusto. Y aunque no todos los pintores están bien representados, la línea general que conduce del arte figurativo al arte abstracto aparece bien observada. Con una sola omisión: la de los cultivadores de la « action painting », deliberadamente alejados de esta colección didáctica.

El arranque procede de Bonnard y de Munch —el primero tan vecino, por no decir tan presente, en la aparición de

los « fauves »—, pero sólo en calidad de antecedentes. El verdadero comienzo lo constituyen los « fauves », primeros impulsores serios de la actual evolución pictórica después de haberla propiciado el arte de los impresionistas. Estos « fauves » se llaman Matisse, Dufy y Rouault.

Desde luego, dada la tendencia cronológica del conjunto, hubiera resultado más probante la aportación de Derain y de Vlaminck. Enlaza mejor con Braque, y éste con el cubismo.

El cubismo cuenta con un lienzo de Leger y cuatro de Gris, uno de ellos, del año 1926, es un modelo del género por su factura precisa y ordenada.

Picasso figura con tres muestras de dislocaciones: dos humanas y una —muy poco representativa— con tendencia al bodegón.

Las representaciones de Klee fluctúan entre el cubismo y el alfabeto suelto de los signos en el que ha de ilustrarse luego.

Al cubismo pertenecen también unos pocos resabios de los cuadros de Max Ernst, mal escogidos para dar fe del supercubismo.

En cambio, lo que supone el cubismo en el proceso posterior de la pintura, lo resume con mucho acierto el acopio de telas de Villon, quien con Leger, Estève y Hartung merecen los honores del número en este metódico conjunto.

Entre el cubismo y el triunfo de la afiguración —hacia el año 1945— se sitúa el liminarismo de Miró, cuya presencia se centra en un par de ejemplares de mediana significación.

Luego aparece el despliegue de la abstracción, verdadero centro de esta colección advertidamente calculada. Sus intereses mayores los representan Staël, Hartung, Estève, Manessier, Le Moal y Soulages. Todos ellos figuran con varios lienzos cuyo interés cromático y rigor intelectual son indudables.

Completan esta constelación Bazaine, Vieira da Silva, Bissière, Poliakoff, Singier, Riopelle, Appel y otros más.

Si la selección de todas estas obras ofrece valores de ritmo y de sorpresa, y mueven el interés por la forma con que abordan los problemas del espacio, en cambio la incorporación de las cuatro pinturas de Dubuffet parece poco afortunada. Su obra

contiene ejemplares más representativos en relación con la influencia que ha ejercido en las más recientes fases del arte contemporáneo.

Plausible es la presencia de Tamayo con sus lienzos de materia tan sensible.

Entre los más jóvenes, si el flamenco Appel se acerca a las fronteras de la « action painting », el sueco Weidemann revisite las parcelaciones que recuerdan a Poliakov con una rica materia que tiene las calidades del esmalte. Sus cuadros dan la sensación de una pujante personalidad.

Además de la línea evolutiva general, esta exposición permite distinguir las fases de ciertos procesos individuales : el de Leger, derivando del cubismo a los símbolos del trabajo y del circo, tan aptos para las figuraciones murales ; el de Staël, pasando de los tonos sombríos de 1946 a los grises de 1948 y finalmente a los radiantes de 1953, de suerte que puede decirse que uno de los polos de la obra de este artista es su lucha por la luminosidad ; el de Estève, saltando de la figuración a la expresión abstracta ; por fin el de Klee, transformando los cubos enlazados del año 1930 en una escritura emancipada de toda trabazón.

Todas estas facetas y estos cambios, toda esta búsqueda moviente dictada por la innovación y la ansiedad, reflejan las inquietudes de artistas de múltiples países que han elegido a París como campo experimental. París ha sido el centro de confrontación de toda esta ebullición que es la génesis y el desarrollo del arte contemporáneo. Y en este sentido, por su calidad y su ambición, la colección Sonia Henie-Niels Onstad puede ser visitada con provecho.

El lavado de París

¿Era necesaria esta fiebre de limpieza de los edificios de París? He aquí una decisión que pudiera ser materia de debate. Era tan tradicional esta pátina de luto que cubría la ciudad, que hiere ahora la retina el verla lavada y blanca. Hay una arisca crudeza en esas piedras desnudas que aparecen bajo el hollín arrancado. Ese polvillo incrustado que tejía crespones blanquinegros en casuchas y en palacios, vinculaba

el aire de París, se fundía con sus grises, entre sutiles y vagos. Mullía las perspectivas sumergiendo sus confines en lontananzas suaves. Si ahora descuellan sueltas, sin trabazón con el aire, es debido a los sillares cepillados.

Las piedras son exigentes y tan tributarias del ambiente como las frágiles plantas : el mediodía las dora, al norte se vuelven pardas. Es la ley del sol y de la niebla : ley de la expresión rotunda y de la plástica pálida.

Así, sometidas a esa dependencia, ¡cuán desoladoras aparecen esas cicatrices relucientes que son las restauraciones desveladas!

¿Qué será de este París de matices cuando brillen con áspero estallido las moles de los Inválidos, de Nuestra Señora, del Arco de Triunfo y del Louvre?

El consuelo de los descontentos es que no transcurrirá mucho tiempo sin que la polución y la llovizna les restituyan su tizne.

Teatro ruso

La seducción de Chejov no cesa. Repetidamente llevado a la escena, ni público ni actores agotan el encanto de sus piezas. Ultimamente ha sido una compañía de actores jóvenes la que en un modesto teatro de la calle Mouffetard ha representado *El genio de los bosques*, juvenil tentativa del autor, anuncio de lo que un decenio después debía ser *El tío Vanía*.

Al mismo tiempo, en el cuadro del Teatro de las Naciones, el Teatro nacional de Helsinki presenta *La gaviota*. Ello mientras *El pensamiento* de Andreev continúa su triunfante carrera en el teatro Hébertot, y la novela de Dostoyevski *El idiota* es adaptada y puesta en escena por Jean Gillibert en el teatro Récamier.

Coronando este flujo de teatro ruso, el joven director de escena André Clair ha dado cuatro representaciones de la deliciosa *La provinciana* y de *El dinero* de Turgueniev.

Si se añade que es reciente todavía el paso por la escena de *Himenea* de Gogol, fuerza es reconocer que el gusto por el teatro romántico ruso conserva en el público parisiense un señalado vigor.

cente y suicida ante el problema social creado por la dinámica de la producción económica, sentando las bases para que el Estado se convierta en un regulador de las relaciones entre el trabajo y el capital. (Art. 123 constitucional.) Es decir, el Estado mexicano ha superado dialécticamente el liberalismo, negándolo en sus frustraciones, afirmándolo en sus conquistas. »

En los siguientes capítulos se analizan las instituciones políticas fundamentales del Estado mexicano : la administración pública y de justicia, el federalismo, el ejército y la Iglesia. También se tratan temas tan sugestivos como los siguientes : legislación obrera, reforma agraria, política exterior, nacionalismo, partidos políticos, opinión pública, procesos electorales y ciudadanía.

El último capítulo del libro, redactado por el licenciado Portes Gil, es una exposición sintetizada de los orígenes, evolución y del futuro de la Revolución. ¿Cuál es el sentido y el destino de ésta a los cincuenta años de su triunfo?

« El régimen revolucionario debe fortalecer, vigorizar, inyectar dinamismo y moralidad a todos los organismos políticos, campesinos, sindicales, magisteriales y del sector popular y, sobre todo, seguir el programa de izquierda, de aspiración socialista ; retornar a la mística democrática y social que inspiró cuantos esfuerzos sean necesarios a fin de que todos los elementos revolucionarios formen un solo frente, unificado y compacto, que pueda oponerse, en un momento dado, a las fuerzas reaccionarias y clericales que pretendan disputar al régimen revolucionario y al Estado la prerrogativa de dirigir la política. Es urgente repetir constantemente y en toda oportunidad los principios básicos del movimiento social, haciendo especial mención de su influencia en México y en el mundo ; para que los entiendan quienes nos siguen y, sobre todo, la juventud revolucionaria, que es la llamada a hacerse cargo de la situación futura. »

JOSE BULLEJOS

Julían Gorkin : «Cómo asesinó Stalin a Trotsky»

EL MEJOR ELOGIO que cabe hacer de este libro (Plaza & Janés, Barcelona, 1961) es afirmar de buenas a primeras que se lee de un tirón. Tal es su interés. Ya sé que habrá quien diga con tono displicente que el asunto no ofrece interés en la hora actual, sobre todo desde que Kruschef denunció públicamente los crímenes de Stalin, aliviando así el espíritu intranquilo de no pocos simpatizantes comunis-

tas, para los cuales no se compaginaba muy bien la marcha hacia la felicidad socialista a través del crimen...

(Abramos un paréntesis para recordar que la llamada desestalinización continúa estando de moda, aunque hoy día algo menos que meses atrás, lo cual no es casual, desde luego. Pero se habla más que se hace, lo que nos dice largo sobre su verdadero alcance. En efecto, si elevamos la cabeza por encima de tanta palabrería inocua, ¿qué es lo que vemos? Ante todo los mismos partidos comunistas con los mismos dirigentes, que repiten idénticas cantilenas, anatematizando hogaño lo que incensaban antaño, al mismo tiempo que alaban desmesuradamente, siguiendo su costumbre, al nuevo « Jefe », que un día más o menos próximo condenarán sin rubor. Y es que esta gente ha transformado el marxismo en puro maniqueísmo, la dialéctica en simple subjetivismo, la revolución en vulgar razón de Estado.)

En realidad este libro es una nueva versión de una primera edición que vio la luz en 1948. El autor nos explica en un breve prefacio los motivos que le indujeron a obrar así : « ¿Por qué he emprendido esta nueva y definitiva redacción? Varias son las razones que me lo han aconsejado. En primer lugar : en la anterior relación había no pocos puntos oscuros en torno a la trama criminal y a los que intervinieron en ella. Se conocía a los comparsas, pero no a los principales actores. Habían logrado éstos escurrir el bulto y permanecer en el anonimato. » (...) « Por otra parte, este libro tiene quizá hoy mayor actualidad, sobre todo si se tiene en cuenta que la mayoría de las ediciones hechas sobre la base de la anterior edición se han agotado ya hace algunos años. »

A lo largo de poco más de doscientas páginas, Gorkin nos refiere cómo Stalin hizo asesinar a Trotsky. Todo el mundo sabe y reconoce que los crímenes del Gengis Kan del Kremlin fueron numerosísimos ; pero tal vez ninguno de ellos alcanzó el grado de monstruosidad del que se nos narra en este libro, tanto por la personalidad de la víctima como por la paciente saña del asesino. No hay que olvidar que Trotsky fue el hombre más perseguido por Stalin y los stalinistas, no obstante haber sido la primera figura revolucionaria rusa después de Lenin. « Arrancarle la vida — escribe Gorkin — fue para él una obsesión ; y los medios de que se valió hicieron de ello, sin duda, su crimen más monstruoso. »

El interés del libro que nos ocupa es, pues, innegable ; su lectura resulta a la par estremecedora y entretenida. A veces se tiene la impresión de leer una novela policíaca. Con toda razón alega el autor : « ¿Tengo yo la culpa si el crimen fue preparado y ejecutado por la más

lismo y el humanismo en sendos volúmenes de la Colección « Esquemas », de la Editorial Columba de Buenos Aires. Ajustándose a los breves límites de una exposición de tipo pedagógico, Sciacca formula sus criterios sobre el « idealismo » a partir de Platón, descubridor de la Idea eterna, inmutable, universal y trascendente, hasta el criticismo de Kant ; desde las modificaciones del pensamiento platónico con Plotino y San Agustín, al idealismo renacentista y al empírico de Locke y Hume. Se detiene en el examen de las doctrinas de Hegel y en la crítica del problema de la Idea, desde Descartes a sus sucesores, para terminar con la exposición de las concepciones de Gentile, así como las de su propio criterio de « idealismo objetivo ».

En el volumen consagrado a explicar el « humanismo » —génesis renacentista del pensamiento y civilidad moderna—, Sciacca lo define « como una revolución en lo interior de la conciencia cristiana », en cuanto su problema central es el hombre y no la naturaleza física ; más una antropología que una cosmología. El profesor Sciacca analiza el humanismo absoluto y sus aspectos antiescolásticos, que no juzga anticristianos, así como la « conciliación » hegeliana y sus posteriores « crisis », en las que observa la solución social de Feuerbach y Marx, la moral de Nietzsche y la religiosa de Kierkegaard. Critica las varias formas del humanismo moderno y contemporáneo, deteniéndose en los aspectos del que denomina « existencialismo ateo » con sus consecuencias extremas de la historicidad metafísica del hombre : « si la existencia es toda temporal y sólo temporal, su ser se identifica con la muerte y con la nada ». Y exalta Sciacca las tesis del humanismo integral de Maritain y del espiritualismo cristiano, que él preconiza.

Libro breve, denso en conceptos, se presta a la polémica y contribuye a esclarecer el pensamiento de la escuela filosófica humanística de raíz cristiana.

ANTONIO SALGADO

AQUILINO RIBEIRO : No cabalo de pau com Sancho Pança

La vasta producción del fecundo escritor portugués Aquilino Ribeiro, autor de unas sesenta obras, se ha acrecentado en estos últimos meses con un nuevo libro, editado en Lisboa con el título *No cabalo de pau com Sancho Pança*, título que no deja colegir el carácter verdadero de este volumen de más de trescientas páginas de nutrida lectura. Ensayo le llama el propio Ribeiro en la portada, y no hemos de contra-

decirle, porque, en efecto, es acaso el ensayo su nota predominante, pero no única, puesto que hay en sus páginas no poco de relato histórico, bastante de análisis literario y, si atendemos a sus conjeturas —algunas muy bien fundadas—, algo también de fantasía y de novela. Si se nos conminase a clasificar el libro de Aquilino Ribeiro con toda justeza se nos pondría en un grave aprieto. A cambio de esta incertidumbre, lo que sí podemos afirmar es que *No cabalo de pau com Sancho Pança* es, entre tantas obras que se han escrito sobre Cervantes y su *Quijote*, una de las que reúnen en forma amena, ágil y exenta de esa afectada gravedad de los eruditos, mayor número de informaciones interesantes y curiosas acerca de un asunto tan profusamente frecuentado.

Traductor del *Ingenioso Hidalgo* y de las *Novelas Ejemplares*, conocedor a fondo de cuanto se ha escrito sobre Cervantes y su obra, disiente Ribeiro en algunos puntos, bien que no esenciales, de las deducciones de Astrana Marín y de otros autorizados investigadores y comentaristas y expone puntos de vista muy peculiares y dignos de atención sobre múltiples aspectos de la vida de nuestro preclaro ingenio español, especialmente en lo que atañe al período de su cautividad en Argel, al tópic de la cárcel como forja (que juzga muy hipotética) del *Quijote* y a la posible heterodoxia más o menos disimulada de Cervantes. En donde nos parece que el autor sutiliza demasiado es en sus alegaciones para demostrarnos lo que él llama la « misoginia de Cervantes ». Una misoginia muy relativa, se nos antoja, tanto en su vida como en sus escritos.

C. A.

LUIS MARTIN-SANTOS : Tiempo de silencio

Luis Martín-Santos acaba de publicar su primera novela (Ed. Seix Barral, Barcelona, 1962). Y si le comparamos con el resto de los novelistas de la joven generación, comprobamos inmediatamente que lo que en los otros —hablando en términos generales— es experiencia personal desnuda, deseo de comunicación directa, testimonio puro y descarnado, se ha transmutado aquí en una búsqueda constante de la belleza formal y del modo de transmitir bajo una forma literaria concreta. De esta manera, siempre en comparación con el resto de los escritores jóvenes de España, Martín-Santos parece haber intentado —y de hecho lo ha conseguido— un dominio del lenguaje y una serie de experiencias literarias que, arrancando de estilos literarios concretos —la *forma de hacer* de Faulkner y Joyce están muy a menudo presentes— los transforma en algo netamente español y que,

al hacerlo, logra que su libro nos suene a algo nuevo dentro del panorama actual de las letras españolas.

En *Tiempo de silencio* se plantea un asunto concreto y vulgar : un médico que no ejerce y que se dedica a la investigación es llevado, a través de una serie de circunstancias, a colaborar impremeditadamente en un aborto. Pero tan estricto tema sirve para que Martín-Santos desarrolle un panorama completo y objetivo de todos los estratos sociales que componen una gran ciudad como Madrid. Desde el mundo de las chabolas al de la aristocracia advenediza y pseudointelectual, pasando por el ambiente sórdido de las pensiones familiares, de los institutos de investigación biológica, de los cafés de escritores y artistas, vamos viendo a través de las páginas del libro un asombroso fresco de la vida española de hoy y, al mismo tiempo, un audaz intento de búsqueda de una forma literaria. Martín-Santos juega con el tiempo, trasponiéndolo, alterándolo en un ritmo que a veces resulta escalofriante, mezclando con inteligencia inusitada el monólogo también interior, en que el objetivismo llega a su más depurada desnudez, con el largo monólogo interior, en el que el protagonista se pregunta y se afirma incansable y monótonamente en las razones que le han llevado hasta allí.

Martín-Santos se ha servido en esta su primera novela de todas las técnicas novelísticas de un modo ecléctico y sin duda efectivo. Su libro resulta apasionante y, para el lector, una sorpresa estilística, un incansable encontrar términos, ideas, conceptos y neologismos que asombran por su novedad y por la audacia con que están intercalados, siempre en un punto justo y de tal modo que nos hace sentir que únicamente así y no de otro modo podían ser definidos : en suma, un libro interesante en todos los sentidos y la esperanza de un escritor total.

J. C. ATIENZA

ALBERTO WAGNER DE REYNA : Hacia más allá de los linderos

Con ese título se reúnen cinco ensayos de máximo interés en uno de los cuadernos de la Universidad de Tucumán. Conciérne el primero de ellos al con frecuencia maltratado, por malentendido, Francisco de Quevedo, mal trato y malentendimiento derivados de una cosa no obstante bien patente, a saber : que Quevedo no se deja poner etiquetas, siendo difícil —quizá imposible— meterlo en un cuadrículado cómodo y definirlo de una vez para siempre.

El mérito de este ensayo de Wagner de Reyna

está, a nuestro juicio, en dos cosas : una en que ve a Quevedo, lo toma, en su realidad compleja de viviente. Permítasenos hacer aquí un paréntesis para subrayar la palabra *viviente* a fin de diferenciarla de *existente*, pues en nuestra opinión Quevedo no es existencialista, ya que su raíz ahinca no en el *estar* sino en el *vivir la muerte* en la circunstancia *cosista* que le obliga a ir, muerte viviente, hacia la Muerte como total revelación. Ese vivir de Quevedo llevando la muerte en sí —« condena de muerte es el nacer », dijo— es faena en el total paisaje ; es un quehacer haciéndose : haciéndose hombre por sus actos y haciéndose, al par, muerto de veras, haciéndose *su propia* muerte en el espacio y en el tiempo (« cada minuto que se nos pasa se nos muere », afirmó). De donde sale que para él el puro existir es un auténtico pararse ante, una comparecencia de, una como sorpresa que dice : ¡he ahí! Quiere decirse : algo así como un *afuera* que viene a ser una *nueva cosa* en el propio mundo en torno o paisaje, como antes se dijo, o de otro modo : una cosa más con la que se tiene que hacer algo.

La otra cosa es la importancia que Wagner de Reyna da al lenguaje en Quevedo, siendo magnífico cuanto en tal punto anota, porque alude claramente al poder creador, poético de don Francisco, poder que viene directamente de cuanto antes queda dicho, o sea : una verdadera encarnación del paisaje total que le rodea, el cual, digerido cosa a cosa, hace saltar a una síntesis dentro de la dialéctica vida-muerte. Porque Quevedo no emplea las palabras como representación de objetos, sino que la palabra es el objeto mismo —por lo menos en los mejores casos— y le pasa lo que a los antiguos griegos que dijeron : El decir crea ser, plenitud es lo que a decir y pensar se da, es decir : le viene de ahí ; y venir de ahí no dice otra cosa que lo que de tal modo viene es la realidad del ser que no se revela por completo sino en la muerte. Y todo esto quiere decir : Quevedo es esencialmente poeta en el más alto sentido.

Grande, enorme realismo el de Quevedo, no desentrañado aún como fuera debido, y esto bien pudiera intentarlo el Sr. Wagner de Reyna.

Cada uno de los restantes ensayos merecería detenerse. Wagner de Reyna ha hecho trabajo serio.

A. P.

MIGUEL ARTECHE : Quince Poemas

Los *Quince Poemas* de Miguel Arteché, editados en 1961 por la Sociedad de Escritores de Chile, obtuvieron el « Premio Alerce ». El libro no por breve deja de ser hondo. Arteché viene de regreso de modas y de modos. Su poesía cre-

brotos determinados por solidaridad con aquella. Entre tanto, la prensa y la radio española permanecen en silencio, como si tales hechos no debieran interesar a nadie. De un modo o de otro, vamos informándonos de que las huelgas tienen un carácter económico y reivindicativo que se pone en estrecha relación con el estado de malestar social que nadie desconoce, que el Gobierno ha admitido incidentalmente en más de una ocasión, y que la Jerarquía eclesiástica, usando de su fuero, ha denunciado con frecuencia, como muy recientemente lo hizo el Exmo Sr. Arzobispo de Sevilla. Según todas las apariencias, las huelgas de Asturias y Vizcaya son de la especie normalísima de las que, con regularidad y dentro de la ley, se producen en casi todos los países. Sin embargo, roto de pronto el silencio oficial, se nos comunica por medio de una nota gubernativa que tales huelgas han sido promovidas por agentes extraños, conductores de ideologías importadas. Nada se nos dice del estado social real al que las huelgas se refieren, ni del alcance de las mismas, ni de sus objetivos, ni de los incidentes a que han dado lugar. Todo parece indicar, en consecuencia, que la nota no se ha publicado para hacernos salir de nuestro estado de incertidumbre, sino exclusivamente para permitir la adopción de medidas extraordinarias que, en efecto, no han tardado en producirse, sin que tampoco en este caso haya sentido el Gobierno la necesidad de justificar mediante una explicación informativa tan grave resolución, y el silencio ha continuado después.

La situación que las circunstancias anteriores dibujan no nos parece satisfactoria, y por lo que a nosotros se refiere —hombres de vocación intelectual, obligados a la orientación y a la crítica— hemos de pensar que nos compromete a alguna suerte de manifestación, ya que sería absurdo e inhumano que nos consideráramos ajenos y desligados de las realidades colectivas que nos envuelven. Nos es patente que el malestar so-

cial extendido en España constituye un problema grave al que corresponde un tratamiento de sinceración incompatible con unas medidas meramente silenciadoras o represivas. Es evidente también que la información a la opinión pública no se practica en España con la debida lealtad. Nos parece que sobre ambos puntos tenemos el deber de instar al Gobierno y a la opinión, practicando una especie de mediación moral que, prudente y enérgicamente favorezca el establecimiento de una situación más próxima al estado de libertad, concordia y justicia que hemos de desear para los españoles.

A tal fin proponemos a usted, si está de acuerdo con nuestra manera de contemplar el problema, que se dirija al Jefe del Estado, ejerciendo individualmente el Derecho de Petición y haciendo presentes sus puntos de vista favorables:

1º A la práctica de la lealtad informativa para con los españoles por parte del Gobierno, la prensa y la radio nacionales.

2º A la normalización del sistema de negociación de las reivindicaciones económicas por los medios generalmente practicados en el mundo occidental, con renuncia a los métodos represivos y autoritarios.

Le saludan atentamente,

RAMON MENENDEZ PIDAL, RAMON PEREZ DE AYALA, CAMILO JOSE CELA, PEDRO LAIN ENTRALGO, JUAN ANTONIO ZUNZUNEGUI, VICENTE ALEIXANDRE, IGNACIO ALDECOA, JOSE BERGAMIN, GABRIEL CELAYA, FAUSTINO CORDON, JOSE MARIA GIL ROBLES, FERNANDO CHUECA, TEOFILO HERNANDO, MANUEL JIMENEZ FERNANDEZ, JOSE LUIS ARANGUREN, JULIAN MARIAS, MANUEL MILLARES, ANTONIO QUIROS, DIONISIO RIDRUEJO, ALFONSO SASTRE, ANTONIO SAURA, LUIS FELIPE VIVANCO, GONZALO TORRENTE BALLESTER, Dr. VEGA DIAZ, JOSE SUAREZ CARRENO, etc., etc.

Madrid, 6 de mayo de 1962.

Fundada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo: la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad.

Consejo de Honor: *Germán Arciniegas, Eduardo Barrios, Américo Castro, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Francisco Monterde, Francisco Romero, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Verissimo.*

Director: *Julián Gorkin.*

Redactor Jefe: *Ignacio Iglesias.*

Miembros de la Redacción: *Alberto Baeza Flores y Damián Carlos Bayón.*

Redacción y Administración: 18, Avenue de l'Opéra, Paris (I).

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia
1 año : 25 NF
6 meses : 13 NF

Otros países europeos
1 año : 28 NF
6 meses : 15 NF

América del Norte
1 año : 6 \$ USA
6 meses : 3,25 \$ USA

América Latina
Informarse cerca del co-
rresponsal de cada país.

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO ; Suscripciones : Agustinas 1022. of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA

BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía., av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue. — MIAMI (32), R. del Campo, 704 Seybold Bldg.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Feria del Libro, 6a, Av. 15-65, zona 1.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1, « Encounter », Pantom House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2 Zlenov Street.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertà della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218 ; Suscripciones : Sr. M. Torres Campaña, Victoria 315.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy, P.O. Box 3.511 - Librería Campos, Allen esq. San José, Apart. 961. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR

SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.

Vudú y "diamat" en Haití



ANALIZANDO lo ocurrido en Guatemala, en Cuba, lo que puede suceder en otros países, uno se da cuenta de que hay en esos acontecimientos tres factores comunes constantes : falta de experiencia política democrática, falta de partidos y falta de programa. Aprovechando la primera falta y para cubrir las otras dos, elementos extraños al juego político normal se hacen indispensables y acaban tomando el poder, utilizando figuras que, a la vez, los necesitan y los sirven : Arbenz, Castro... En Haití, Duvalier.

Pero en Haití las cosas son más complejas. Se complican con otros factores peculiares : la extrema sensibilidad racial de una parte de la sociedad haitiana ; el nivel de vida que, por lo bajísimo, no puede ofrecer ni siquiera una pista de despegue al desarrollo ; y el aislamiento de Haití en América Latina.

Empecemos por unas cuantas comprobaciones ya repetidas, pero indispensables para comprender la extraña y trágicamente pintoresca situación de la mitad franco-parlante de la vieja isla de la Hispaniola.

Hay en Haití nada menos que doscientos cuarenta sustantivos peculiares. Sirven para designar otras tantas variantes, sub-

variantes, matices y submatices en el color de la piel y la forma de los rasgos : piel oscura con rasgos no africanos ; labios africanos, piel clara y nariz helénica ; nieto de blanco y mulata ; biznieto de negro y blanca... Y así, hasta doscientos cuarenta.

La gente del campo no usa esos sustantivos. Los campesinos haitianos tienen un gran respeto por los blancos, llevan su generosidad campesina a extremos casi de ternura ingenua cuando los visita algún blanco (y ello sin servilismo alguno). Al mismo tiempo, el hombre del campo muestra una desconfianza pertinaz frente a quienquiera no es ni blanco ni negro, a quien pertenece a alguna de las doscientas cuarenta caprichosas subdivisiones establecidas por la especie de psicosis colectiva de la raza que predomina en los que no son negros.

El hombre de la ciudad —mejor dicho, el de la clase media y de la muy escasa burguesía urbana— vive obseso por esos doscientos cuarenta sustantivos y por las cuestiones de color y de precedencia que de ellos se derivan. En tiempos, esa obsesión se manifestaba en los círculos gobernantes. Pero ahora que la clase media ha sido desalojada del poder, esas pequeñeces se encuentran en los salones —que son apenas cuartos de estar, con cromos y vasos de porcelana importados— y en las oficinas de empresas privadas.

Hay, pues, una especie de aislamiento de las clases en el país, del que los hom-

bres tratan de salir por el matrimonio. Es frecuente ver altos funcionarios negros casados con mulatas feas, pero de tez clara... y, al mismo tiempo, dedicados a negras bellísimas, esbeltas, alegres. Lo primero para el prestigio ; lo segundo para el solaz.

Hay otro aislamiento del que nadie intenta salir : los haitianos no se sienten latinoamericanos ni africanos, sino, sobre todo, franceses en la ciudad y haitianos sin nacionalismo en el campo. Lo que ocurre en América Latina y en Africa ocupa mucho menos espacio en las conversaciones y en los periódicos —en los cuales la información extranjera es reducidísima— que los acontecimientos de Francia y los locales.

En Haití no hay partidos ni sindicatos. Los políticos están exiliados, lo mismo que los dirigentes sindicales (de movimientos siempre muy débiles), o están muertos. Ni siquiera el gobierno tiene un partido que lo sea de veras. Únicamente los viejos recuerdan una época en que Haití haya vivido sin dictadura.

Y sospecho que no hay haitiano que recuerde un gobierno que de veras haya intentado hacer algo por el país. El haitiano está ya acostumbrado a no esperar del gobierno otra cosa que molestias, gastos y persecuciones.

*

La pobreza de Haití es increíble, general, absoluta. No hay en el país ni siquiera esas manchas de riqueza desafiantes que se encuentran en las naciones donde una oligarquía criolla heredó a la aristocracia colonial. En Haití, donde los esclavos sublevados destruyeron la oligarquía, los ricos viven apenas mejor que los pobres acomodados de los países latinoamericanos. La burguesía vive como la muy modesta clase media de México. En toda la capital no debe de haber más de una docena de casas particulares que pudieran encontrarse en los barrios suburbanos, decrepitos y tristes, de muchas de nuestras ciudades.

El año pasado, François Duvalier se construyó una casa de campo cerca de Port-au-Prince, en Duvalierville. La casa, sin duda la más rica del país, se pagó con

aportaciones de los hombres de negocios, nacionales y extranjeros, que no pudieron negarlas a los secuaces del Presidente encargados de organizar la suscripción. El presupuesto nacional es de 30 millones de dólares, en un país de menos de cuatro millones de habitantes. Y muchos diplomáticos afirman que Duvalier y su grupo absorben unos seis millones.

« El haitiano que no esté con el presidente Duvalier es un peligroso enemigo del Estado », se lee en los postes públicos. Para que reciban el trato que como tales les reserva, Duvalier ha organizado a unos cinco mil pistoleros, que el pueblo llama « tonton macute », el nombre del ser legendario que da miedo a los niños. « Mira que vendrá tonton macute », decían las madres a sus hijos que se negaban a comer. « Mira que vendrán los tonton macute », dicen ahora los funcionarios del gobierno a quienes se niegan a cotizar...

Una fuerza auxiliar es el ejército. Sus diez mil soldados, casi todos campesinos, se sienten privilegiados cuando se comparan con sus hermanos de los valles y las montañas. Duvalier destrozó por completo la jefatura del ejército. Sabía que algún día se le opondría y aprovechó sus primeros meses en el poder para deportar, ejecutar o destituir a los jefes. Ahora, el ejército se halla al mando de soldados y cabos ascendidos, lo cual refuerza su lealtad al Presidente pero anula el ya dudoso valor militar que pudo tener antes.

La clase media está no menos destruída que el ejército. Una parte interviene en el ejercicio del poder ; mejor dicho, en sus beneficios, puesto que quienes mandan son los siete u ocho hombres del equipo de Duvalier. Al lado de este grupo reducido se hallan los comerciantes y algunos propietarios ; prefieren callar, apartarse de la cosa pública, pagar cuando no hay más remedio. Y los profesionales —médicos, abogados, profesores— y los estudiantes, hablan entre ellos (con mucho temor, pues la delación es frecuente) pero no actúan, o se marchan al extranjero a estudiar. El país se empobrece, pues, intelectualmente, en el momento en que necesitaría más capacidades para progresar.

*

Duvalier y su régimen son impopulares entre esa clase media, entre algunos obreros y las gentes de las ciudades de provincia. Pero entre los campesinos, es popular. Duvalier se presenta como el hombre del pueblo, el médico que antes curaba a los pobres, deseoso de hacer cosas, de mejorar a todos. Y él mismo explica : « No puedo hacer nada. Los Estados Unidos no me lo permiten »... Sin embargo, uno no ve lo que podría hacer, puesto que Haití no es un pueblo que necesite una distribución de tierras o la nacionalización de industrias inexistentes. Haití necesita, ante todo, una administración honesta y competente, el fomento de las cooperativas agrícolas para contrarrestar los efectos del minifundio, y la educación —no sólo escolar, sino política— que estos dos objetivos exigen. Duvalier podría dar —o empezar a dar— esas dos cosas. Pero no lo hace ; prefiere perderse en vaguedades y seguir en el poder.

¿Quién es el poder? Al lado de Duvalier, las dos figuras principales, más odiados del país, son los hermanos Blanchet : Jules, jefe del control económico, educado en Francia, donde fue miembro del Partido Comunista, y Paul, ministro de Información. Además, está Hervé Boyer, ministro de Hacienda, casado con una francesa militante en el Partido Comunista de Francia, que dirige un colegio en la capital. Lucien Daumec, cuñado de Duvalier y su secretario particular, ha manifestado muchas veces simpatías por Castro. Félix Just Constant, un ex pastor episcopal, dirigente antes del Partido Comunista, al que Moscú desautorizó por sus caprichosas teorías, y excelente propagandista, es consejero de Duvalier. Otras dos figuras, ajenas al aparato gubernamental, pero muy influyentes en él, son Roger Gaillard, profesor del Instituto de Estudios Superiores, casado con una rumana, y Edris Saint Armand, ambos miembros, antaño, del Partido Comunista de Francia y residentes por largo tiempo en Praga. Se dedican, sobre todo, a inyectar el « diamat » a los jóvenes estudiantes.

¿Quiere decir esto que Duvalier es comunista? Sospecho que no. Pero quiere decir que para perpetuarse en el poder, necesita organizadores y propagandistas. El

movimiento comunista (más de individuos que de organización) le proporciona la gente que sabe actuar en esos terrenos.

Necesita también un partido. Duvalier —o sus consejeros— no perdieron el tiempo organizando uno. Aprovecharon una institución popular y despreciada, para que hiciera las veces de partido, dándole prestigio, respetabilidad y apoyo : el vudú.

*

El vudú estaba vivo y combatido. La Iglesia católica lo condenaba. Sigue haciéndolo, pero con menos eficacia, porque ahora hay rituales vudúes en el Palacio presidencial y en los tres edificios blancos, modernos, que lo encuadran : el cuartel de la guardia presidencial, el cuartel de la policía y el ministerio del ejército. Duvalier, además, tiene a su « hougán » particular.

Los « hougans » disfrutan de influencia entre sus fieles. No hay barrio ni pueblo sin su centro de vudú, pintado de nuevo, con altares brillantes cubiertos de botellas, de una extraña mescolanza de imágenes católicas y de figuras animistas, y con la serie de botes de arcilla en los que los « hougans » guardan los espíritus que abandonan los cuerpos muertos...

El vudú —que en cuanto religión me parece tan lógica, coherente y respetable como otra cualquiera—, está en auge. Salvo la clase media y la burguesía, que tienen a menos participar en los ritos del vudú, la masa del pueblo acude a ellos, asiste a bailes, trances, ceremonias. Y los « hougans » no dejan de aprovechar esto para influir en el pueblo, hacer propaganda en favor de Duvalier, espiar, y si es preciso, para lanzar al pueblo contra los enemigos del dictador. Con presentar a Duvalier como un ferviente del vudú y decir que sus enemigos prohibirían el vudú, tienen el noventa por ciento de la propaganda hecha...

Ese partido, que no lo es, pero que sirve de tal, se extiende por toda la isla, disfruta del prestigio de la religión y escapa a los peligros de todo partido, puesto que no tiene jerarquías, sino sólo la autoridad del vudúista mayor sobre los « hougans », a los que protege.

Evidentemente, desde el comienzo Agnès Varda ha querido hacer una película distinta : las dos horas de la protagonista son las dos horas de duración de la obra. Tenemos así Cléo de 5 a 5 y cuarto ; de 5 y cuarto a 5 y veintitrés... En esas dos horas Cléo se prueba infatigables sombreros, camina, va a un café, pasa a buscar a una amiga, toma taxis, automóviles descubiertos, un autobús... La directora ha querido demostrarnos un poco todo lo que sabe, y sabe mucho. Para empezar, la fotografía es de un blanco radiante y de un negro aterciopelado ; pocas veces se ha retratado a París mejor y más amorosamente. El ambiente de la obra, sin embargo, se va deslizado insensiblemente del documento filmado en la calle (algunas secuencias de hombres volviéndose al paso de la provocativa rubia resultan excelentes) a una irrealidad un tanto surrealista aunque de buena ley. Se inserta —costumbre de la *nouvelle vague*— una falsa pequeña película a lo Mack Sennet, que si no viene muy al caso resulta graciosa y simpática en sí, y, cuando queremos acordar, nos vemos por fin arrastrados a un terreno de verdad humana más profunda. Cléo encuentra en un parque a un muchacho cualquiera —un soldado entre dos trenes— con quien habla, con quien va, por último, a buscar al hospital el resultado de su examen. París en verano —como en el caso de *Chronique d'un été*, de Morin et Rouch— resulta el inigualable telón de fondo.

Francia demuestra estos últimos años una capacidad extraordinaria para inventar nuevas aproximaciones al cinematógrafo. Quizá ninguna de estas buenas películas como *Jules et Jim* o *Cléo de 5 à 7*, sea perfecta, cabal, totalmente decantada. No hay duda, no obstante, de que se trata de acercamientos menos solemnes, obvios que los de otros países dotados para este arte. En cine es muy fácil caer en academismos y copiarse a sí mismo. Estos directores jóvenes, inquietos, no están muy seguros —afortunadamente para ellos— del punto al que quieren ir, suponiendo que quieran ir a alguno. Las mejores, las más logradas de sus obras resultan un modelo de levedad, de gracia, de « sabia improvisación », si así puede decirse. No veo en

este momento que de ningún otro país del mundo nos puedan venir películas de tan raras cualidades.

Terapia de grupo

Permítaseme terminar como comencé: con el tema de los turistas, que está de plena actualidad en estos días. Hace poco un joven periodista sudamericano me invitó al *Folies Bergère*, venerado templo del desnudo en donde yo hacía años no ponía los pies. El dicho templo viene —según sabías estadísticas— después de la Torre Eiffel y de la tumba de Napoleón en las preferencias de los turistas, los que, como se ve, no pueden ser más eclécticos, ya que entre sus tres preferencias combinan una torre-panorama, la tumba de un hombre execrado y admirado y la desnudez elemental de nuestros primeros padres.

Pero no seré yo quien hable del espectáculo del escenario y sí, en cambio, del de la sala, que me pareció mucho más fascinante. Si las localidades menos caras están invadidas por un mosaico heterogéneo de razas, el baluarte central de la platea puede decirse que pertenece a la *zona del dólar*. Llegan los norteamericanos por bandadas de hombres y mujeres, generalmente matrimonios, que no quieren perder esa noche picante de París. La gente se reconoce, se llama, los señores se quitan las chaquetas... Por fin rompe la música y cierta decepción cunde por la sala ante los primeros cuadros de evidente mal gusto muy caro. Pero he aquí que —¡por fin!— llega el primer desnudo integral y se produce en la sala un silencio sospechoso. Mi deformación de crítico de arte no me llega a hacer creer ingenuamente que tanto respeto se deba sólo a la contemplación de la belleza desnuda (nunca más apropiado el calificativo).

Varias horas de este fatigoso tratamiento permiten a cada espectador sublimar sus propios reprimidos en un ambiente de *terapia de grupo* en que hay miradas de reojo, rubores y connivencias tácitas. Al salir quizá estemos más liberados, pero no hay duda de que al mirarnos de nuevo los unos a los otros nos encontramos, evidentemente —¡ay de mí!—, más vestidos y más feos que nunca...

libros

"Los Españoles", de Julián Marías



A PRINCIPIOS de 1941 publicó Julián Marías su primer libro, esa *Historia de la Fi-*

losofía, casi con tantas ediciones como años, que mereció a su prologuista, Xavier Zubiri, este juicio profético: « Al publicarlo tenga la seguridad de que pone en manos de los recién llegados a una Facultad de Filosofía un instrumento de trabajo de considerable precisión, que les ahorrará búsquedas difíciles, les evitará pasos perdidos en el vacío y, sobre todo, les hará echar a andar por el camino de la Filosofía. » Una carrera tan bien iniciada ha sido fértil y a los veinte años de emprendida cuenta en su haber con los seis copiosos volúmenes de sus *Obras* y el primero del largo y fundamental estudio sobre Ortega.

Esa precisión de que habla Zubiri en su prólogo ha sido la musa predilecta de Marías en toda su obra, acompañada siempre por una virtuosa y clásica concisión y casi invariablemente por la serenidad. La imagen que suscita nuestro autor es la de un pulcro cirujano que manejando con suprema destreza sus instrumentos va desembarazando su camino de obstáculos para llegar al órgano que quiere operar. Al revés de su gran maestro Ortega, del que heredó la precisión, Marías no se deja distraer por los encantos del camino y va recto a su fin.

Este preámbulo viene a cuento de su último libro: *Los Españoles* (Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1962). Diremos, ante todo, que se trata de un copioso volumen compuesto de trabajos destinados a publicaciones extranjeras o que no pudieron ver la luz en España cuando fueron escritos. La censura española, inextricable en sus designios y versátil como las modas, considera santo en este momento lo que meses atrás reputó condenable o peligroso. Tal vez piensa que un libro sólo alcanza, cuando tiene suerte, una tirada incomparablemente menor que un periódico o una revista. Los lectores españoles que acaso se sintieran reos de heterodoxia

al leer esos textos en publicaciones extranjeras, ahora pueden tranquilizar sus conciencias al verlos incluídos en la más pura ortodoxia y ver expuesto el libro en los escaparates de las librerías españolas, máxima prueba de su idoneidad y pureza de sangre.

Junto a esa novedad que pudiera llamarse externa, este reciente libro de Marías presenta la del tema y la manera de tratarlo y hasta una temperatura literaria diversa. *Los Españoles* no desmiente las características conocidas de su autor, pero si hasta ahora éste había operado en frío, sin temblarle la mano, sin la menor alteración del pulso, asistimos al leer las recientes páginas a un espectáculo apasionante y conmovedor. Nos encontramos con la grata sorpresa de un Julián Marías que deja asomar, pese a los frenos de su temperamento y a los que le imponen el respeto, nunca olvidado, a las exigencias de la labor intelectual, otra nobilísima pasión: la pasión de España, de su futuro inmediato, casi puede decirse de su presente. Ese paciente que parecía aquejado de una dolencia que el tiempo podía, si no curar, por lo menos aliviar, asusta de súbito al médico: la enfermedad es, no sólo grave, sino que apremia curarla, si se quiere evitar el riesgo de que muy pronto no tenga remedio. Este enfermo, como el lector habrá imaginado, no es una persona, es un país: es la vida española.

Esta enfermedad de España es antigua. Quien quiera conocer su historia, contada con fina intuición de lo que importa y de lo deleznable, puede leer un libro delicioso en el que aparecen desde las primeras sospechas del mal en cierne hasta los diagnósticos más precisos de la enfermedad declarada. En *España como preocupación*, de Dolores Franco, asistimos a un desfile impresionante de figuras españolas que van estudiando los avatares de la enfermedad nacional. El desfile comienza nada menos que con Cervantes y termina con Ortega y Gasset. Lo que en Cervantes no es más que leve inquietud es en Ortega grave certeza: España está enferma. Y, como no podía ser menos en mente tan responsa-

ble y nada frívola, Ortega expone, junto al diagnóstico, su tratamiento, que no otra cosa es el breve y estupendo tratado de patología española que tituló *España Invertebrada*.

La enfermedad de nuestro país ha evolucionado, como es natural, en el curso de los siglos, y la que estudia Julián Marías —la que aqueja a la España de 1962— es muy otra que la que preocupaba a Cervantes o a Quevedo. No se trata ahora de un imperio que se desmorona, sino de una sociedad que no funciona como otras contemporáneas que tienen con ella bastantes semejanzas y afinidades. Esa enfermedad, la que Ortega diagnostica en su libro citado, se ha agravado enormemente con la guerra civil y continúa empeorando con la guerra fría que la ha sucedido. De ahí la preocupación de tantos españoles, patente en el libro que comentamos con más intensidad que en la obra anterior de Julián Marías:

«Cuál es el juicio que merece al autor de *Los Españoles* el problema de su país? Creo que, sin grave riesgo de ofender a la exactitud, puede resumirse en este párrafo de su libro: « Se habla mucho, aquí y fuera de aquí, de los problemas de España. Yo creo que no son muy graves. Dado el desarrollo técnico y las potencialidades del mundo actual, dada la escala universal en que todo se plantea, los problemas españoles —económicos, sociales, administrativos— son menores y fácilmente superables, con un poco de esfuerzo, acierto y una ayuda que no faltaría. El único problema grave de España es el de ella misma. Quiero decir salvar su *concordia*, tantas veces rota y siempre amenazada; respetar la multiplicidad de elementos —regiones, grupos sociales, intereses, opiniones— de que su *unidad* se nutre, sin intentar sustituir una unidad viviente por un inerte bloque monolítico; abrirle el futuro, que es reino de *libertad*. »

Los Españoles es, además de un libro excelente y lleno de sorpresas, una tertulia ideal en la que participan unos cuantos compatriotas de alta calidad y de diversos modos de pensar y sentir. Los problemas españoles y el problema español son abordados desde ángulos distintos y desde épocas diversas. Abierta la discusión por el propio Marías, como perfecto dueño de casa, asistimos a un espléndido desfile: Jovellanos (1744-1811) es el primero que expone sus angustias y sus esperanzas españolas. Aquí aparecen los problemas junto al problema. Oigamos lo que dice, refiriéndose a Mansilla de las Mulas, pueblo murado, derrotado, que tuvo setecientos vecinos y hoy —cuando lo visita Jovellanos— tiene ciento veinte, las dos terceras partes jornaleros y pobres: « Todavía hay riego; buena tierra para centeno y lino; cría de potros, mulas y ganado vacuno y lanar. ¿Cómo, pues, tanta pobreza? Porque hay baldíos, porque las tierras están

abiertas, porque el lugar es de señorío del duque de Alba, porque hay mayorazgos, vínculos y capellanías. ¡Oh suspirada Ley Agraria! »

Jovellanos es un « ilustrado por excelencia » —sigo a Marías—, un lector apasionado y constante; sentía indisimulada predilección por « las artes útiles », lo que hoy llamamos la técnica. Fundó el Instituto de Gijón con « el fin particular y determinado de doctrinar hábiles pilotos para el servicio de la Marina Real y Mercantil y buenos mineros para el beneficio de las minas de aquel principado, y señaladamente, las de carbón de piedra ». Mineros y pilotos; esto es lo que busca Jovellanos. Sobre todo hacen falta libros para su Instituto; para ello necesita dinero y permiso. En 1795 dirige una solicitud al Inquisidor General, Cardenal Lorenzana, para tener libros prohibidos en el Instituto « que solamente pudieran leer los jefes y maestros de aquel establecimiento ». No consigue el permiso. Lo cuenta el propio Jovellanos: « El tonto del Cardenal Lorenzana insiste en negar la licencia de tener libros prohibidos en la Biblioteca del Instituto, aunque circunscrita a jefes y maestros. Dice que hay en castellano muy buenas obras... y añade en postdata que los libros prohibidos corrompieron a jóvenes y maestros en Vergara, Ocaña y Avila; pero ¿serían los libros de Física y Mineralogía para que pedíamos la licencia? Y ¿se hará sistema de perpetuar nuestra ignorancia? ¿Qué dirá de él la generación que nos aguarda, y que a pesar del despotismo y la ignorancia que la oprimen, será más ilustrada, más libre y más feliz que la presente? ¡Qué barreras podrán cerrar las avenidas de la luz y la ilustración! »

Jovellanos es religioso. Son constantes las referencias a las misas, frecuentes, muchas veces diarias. Comentando un texto suyo, dice Marías: « La joven generación de sacerdotes y religiosos se sentía en afinidad con los católicos seculares 'a la altura del tiempo', como Jovellanos, y no quería perpetuar, en nombre de la religión, un estado de cosas que, sobre ser anacrónico e injusto, no tenía nada que ver con ella y se oponía a su espíritu. » Jovellanos fue ministro de Carlos IV; dura poco en el cargo. No pasa mucho tiempo sin que una delación le lleve a la cárcel. Las circunstancias de esa delación, la prisión de Jovellanos, consecuencia de un « retrato pintado al odio » —según la feliz expresión de Marías—, tienen un triste sabor de actualidad. « Es el momento —dice Marías—, antes no, en que surgen « las dos Españas »; es el momento en que España pierde su concordia radical —que no excluye, sino exige, discrepancia y aun lucha— para vivir en discordia. »

En Jovellanos aparecen, como hemos visto, los problemas y, agudísimo, el problema. Pero esa discordia, ese antagonismo enfurecido de las « dos

Españas », no enfrenta sólo con los dos bloques de ciudadanos en que parece escindida España. Dentro de un mismo bloque deja sentir sus efectos. Veamos lo que le sucede a un jesuita, el Padre Isla, con motivo de la publicación de su *Fray Gerundio de Campazas*. Lo cuenta otro tertuliano del libro de Marías, Leandro Fernández de Moratín : « No puede ponderarse el furor cruel con que le trataron sus enemigos ; basta considerar cuál sería cuando llegó el caso de que un religioso sacó de la manga, en el púlpito, un ejemplar impreso de la *Historia de Fray Gerundio* y después de aplicar al autor los títulos de impío, sacrilego y atea y asegurar que aquella obra era la más escandalosa y abominable que jamás se había escrito contra la religión, la hizo mil pedazos y los esparció frenético sobre el auditorio que llenaba el templo. » El tribunal de la Inquisición —continúa Moratín— « haciéndose del partido de los necios, de los pedantes, de los desatinados oradores que tenían convertido el púlpito en un tablado de arlequines, prohibió la *Historia de Fray Gerundio*, porque en ella se censuraban escandalosos disparates y se enseñaba el arte de explicar al pueblo con método, con erudición oportuna, con grave y elegante estilo los altos misterios de nuestra religión y los preceptos de su moral santísima ». No obstante —esta esperanza une al pasado con el presente español—, Moratín no desespera : « A pesar de todos sus equivocados esfuerzos, existirá en ella [España] la religión, habrá leyes y patria, florecerán las ciencias y su cultura la hará poderosa... »

El comentario de Julián Marías no se hace esperar : « Así escribía Moratín, hace siglo y medio. Como era progresista, creía que las tinieblas quedaban atrás para no volver ya nunca. Poco tiempo tuvo que esperar para ver su error. »

Moratín recorre Europa, primero como pensionado, luego ¡ay! (otra vez el *problema* de España) como emigrado. Recorre y visita despaciosamente unos cuantos países europeos, lo ve todo, conversa con los personajes famosos, se sumerge en la vida cotidiana, juzga con humor, ironía, complacencia, admiración o desdén lo que encuentra. Es la ocasión —afirma Marías— en que Moratín llega a ser plenamente escritor : olvidado de las censuras, de los ojos suspicaces, de la mojigatería y la malevolencia, de las « tres unidades » y los preceptos, moja la pluma en tantos tinteros y nos va dejando, a lo largo de los caminos de Europa, algunas de las páginas más vivaces, inteligentes, divertidas y bien escritas que podemos leer en castellano.

A Moratín le gusta Italia. Italia no es extrema. En otro aspecto, sus semejanzas con España son grandes y bien pudiera servirnos a los españoles para, aprovechando su lección reciente, evitar nuestros repetidos errores. Uno de ellos,

el querer empezar siempre desde el principio, deshaciendo lo que otros han hecho.

Don Juan Valera, Unamuno, Ortega, Marañón, Menéndez Pidal dicen también su palabra en el coloquio regido con hábil mano por Julián Marías. Este desaprueba los gestos extremos de don Miguel cuando la dictadura de Primo de Rivera. Viendo las cosas desde ahora, parecen excesivos. Pero no fue sólo don Miguel el que se escandalizó. Algunos de los contertulios de este libro echaron también su cuarto a espadas. A don Miguel, que tanto se venía esforzando por sacudir el letargo y la atonía de España, tenía que irritarle el ver instaurada de real orden la quietud nauseabunda de los pantanos.

Cuenta Marías en este libro una anécdota de profundo interés : Después de una conferencia de Ortega en Aspen (Estados Unidos), Ernst Robert Curtius dijo a un grupo de oyentes : « Ahí tienen ustedes el Mediterráneo y un pueblo que ha mandado en el mundo. » Al contarle en Madrid, Ortega comentó : « No me interesa el éxito personal ; he tenido muchos en esta vida ; me ha interesado el éxito étnico. Porque, desengáñense ustedes, el chulito madrileño, pasado por Kant, no está nada mal. ¡Pero hay que pasarlo por Kant!

Es posible que una de las posibilidades de curación del mal de España esté en ese paso por Kant, pero no cabe duda que la labor enorme de Ortega consiguió magníficos resultados en esa dirección y, a pesar de ello, Julián Marías y tantos otros españoles siguen preocupados por el *problema* de España. Unamuno no dejó de agitar las aguas toda su vida. Y, sin embargo...

No cabe duda de que hay en España una extensa zona de coincidencia negativa. Falta ahora, y es urgente necesidad, crear o ampliar la zona de coincidencia positiva. La construcción de la España posible requiere no ser demasiado extremo en las exclusiones. Parece haber síntomas apreciables de que los jóvenes de ambos lados del *muro* tienen un estímulo común. Y cosa muy importante : el catolicismo o el acatolicismo no son determinantes para la coincidencia o la discrepancia. Algo más próximo une o separa, y la barrera no parece insalvable.

ANTONIO DORTA

Miguel Delibes :

" Las ratas "

SE PUEDE AFIRMAR de manera terminante que Miguel Delibes forma parte del pequeño grupo de novelistas españoles más destacados de la postguerra, en la que se alinean ya

dos promociones distintas. Delibes pertenece a la primera, la que tuvo que enfrentarse con mayores dificultades de expresión, que abrió un camino gracias al cual son factibles las esperanzas y posibilidades actuales.

Quizá por ello el novelista valisoletano adoptó una actitud de profunda seriedad profesional, trabajando callada y continuamente, de forma que al publicar ahora *Las ratas* (Barcelona, Ed. Destino, 1962), su última novela, su labor está garantizada por una serie de importantes títulos anteriores. En toda obra literaria personal hay, fatalmente, unos libros más valiosos que otros. Pero con Delibes ocurre que sus novelas, incluso las « menores », nunca defraudan. En el ingrato mundo novelesco que el escritor ha elegido —fiel cronista, narrador de hechos cotidianos, con unos personajes grises y sin relieve—, siempre ha alcanzado el tono justo y, en el peor de los casos, una altura estimable. Sin embargo, cuando acierta, sus novelas, sin ser excesivamente « brillantes » ni acomodarse a la moda del momento, poseen tal acento de verdad, y sus personajes resultan tan entrañablemente humanos y significativos, que ningún otro de nuestros narradores alcanza semejantes resultados en lo que a este aspecto se refiere.

Hay que colocar *Las ratas* en este apartado, como una de sus obras más importantes, junto con *Mi idolatrado hijo Sisí*, *El Camino* y *Diario de un cazador*. En ella aparecen las características del autor antes señaladas, pero con una madurez de fondo y de forma que da verdadera significación a la novela y hace sobresalir a Delibes dentro del panorama novelístico español.

El escenario de un pueblo castellano, que Delibes conoce como la palma de su mano —habiéndolo alternado en sus obras con la capital de provincias—, es marco de poderosa presencia —el paisaje, la tierra— y protagonista a la vez del relato, ya que en realidad es un personaje más, descrito amorosa y minuciosamente por el escritor. Al mismo tiempo persisten los personajes humildes, grises, sin grandes hazañas que relatar, pero hondamente convincentes, retratados con un humor lleno de ternura y una precisión realista que a veces resulta dramática. La figura de Nini, el niño-adulto protagonista, sabedor de todas las cosas necesarias para la vida en el campo, con una hombría y una sencillez bíblicas, sin dejar de ser niño, resulta extraordinaria y señala la maestría de Delibes en escurrir el alma infantil, ya puesta de manifiesto anteriormente en *El Camino*. Junto a Nini, el tío Ratero, que se dedica a cazar ratas para surtir al pueblo, cuidando amorosamente las camadas, a fin de que no se agote el cazadero; el Centenario, el Furtivo, Justito, el Alcalde, « El Undécimo Mandamiento », etc., toda una impresionante y convincente galería de tipos huma-

nos, con sus características personales perfectamente definidas y acabadas, seres vivos y no muñecos movidos a capricho por el autor, de suerte que una vez acabada la novela se siguen recordando de manera entrañable, bien en los sucesos jocosos —la llegada del gobernador con los peritos para investigar el hallazgo del pozo de « petróleo », de humor cinematográfico muy a lo Berlanga—, bien en los dramáticos, como la impresionante escena de la locura colectiva que degenera en juerga tabernaria durante la noche en que la helada arrasa las cosechas.

Las ratas, por todo esto y por más que aún podría señalarse, es un profundo documento sobre poética— del novelista es evidente desde la riendo, pero de una manera perfectamente seria, se nos presenta una situación real y se nos muestran unos hombres con sus afanes y congojas, sus ensueños y sus decepciones. Es, también, mucho más: una plena creación en la que fondo y forma se conjugan perfectamente para llegar a formar una de las más convincentes e importantes novelas de Miguel Delibes, en su ya descollante carrera novelística.

JOSE R. MARRA-LOPEZ

Ramón J. Sender :

” Las imágenes migratorias ”

QUE RAMÓN SENDER, el mayor novelista español contemporáneo, haya publicado una colección de sus poesías, parece algo natural, y sin embargo sorprendente, con una sorpresa que incita a prestar especial atención a la significación del libro. Parece natural porque el talento poético —pero sobre todo la raigambre poética, del novelista— es evidente desde la primera frase de su primera novela. (Casi todas sus novelas, además, contienen fragmentos poéticos, sobre todo las de la serie autobiográfica que comenzó en 1942 con *Crónica del alba*.) Pero un libro de poemas como *Las imágenes migratorias* (Ediciones Atenea, México, 1960) sorprende no obstante por su madurez, por la altura señorial de su estatura poética, por la personalidad de Sender como poeta propio y no sólo como poeta de la novela. He aquí un gran libro de poemas, en el que se admira a la vez la potencia de la inspiración poética autónoma y la coincidencia de inspiraciones con el creador novelístico. Muchos de los temas de *Las imágenes migratorias* han sido también, de alguna manera, temas de las novelas, no en forma de argumentos o desarrollos de la construcción literaria, sino como aspectos fundamentales de la visión del mundo. Ciertos elementos de esa intuición có-

mica y humana, tales como « la acción esencial », el « poder hablar sólo con Dios y con los animales », la amenaza de la nada siempre cernida sobre el hombre, presentado como un muerto en vida, y muchos otros temas recurrentes de la novelística senderiana, aparecen aquí también con nueva potencia.

Es éste un libro lleno de misterio, penetrado por el sentido del misterio, por virtud de un impulso mágico que vive en la transmutación constante de todos los seres y de todas las cosas. Es un libro de visión íntima y alucinada, en que el poeta traza el tejido de sus perfectos sonetos y de sus formas libres en combinaciones asonantes alrededor del recuerdo de la infancia y juventud, por medio de una ansiedad que sabe de su propia frustración, ya que esa vital vuelta al pasado no nos libraré de la muerte, la muerte que parece penetrar como noche del ser toda esta poesía que constantemente retorna a la angustia de la guerra civil.

La poesía de Sender tiene el tono extravagante, el erotismo y la exploración de la perversidad propia de la creación de Valle Inclán, pero en Sender todo eso se ha hecho vivencia íntima punzante, dolorida metafísica del hombre y su vitalidad combatida por la nada existencial. El novelista que ya en 1934 (mucho antes de la novela existencialista francesa) escribía : « Salimos de las sombras, vivimos sobre las sombras, vamos a las sombras », ha tenido desde 1939 experiencias más que suficientes para intensificar ese regreso del hombre sobre sí mismo, regreso a la fuerza y a la desolación elementales en que el hombre se reconoce en su fe vital y en su angustia de vivir, imagen del mundo que es propia de la más auténtica literatura española de nuestros días. Imagen que supone la valentía estoica del español ante la tragedia y su afirmación persistente de los valores de la vida que apunta a la esperanza de recuperar la patria auténtica, lo que en este libro se señala con el estudio de la figura ideal de Don Quijote. Es por esta afirmación en medio mismo de las sombras por lo que la gran poesía de Sender ha de ejercer una mayor influencia sobre las generaciones más jóvenes.

RAFAEL BOSCHI

Otros libros

EMILIO GONZALEZ LOPEZ : *Historia de la literatura española*

Pulcramente editada por « Las Américas Publishing Company » de Nueva York, acaba

de ver la luz el primer volumen de una *Historia de la literatura española* debida a la pluma del profesor Emilio González López. Esta primera parte abarca la Edad Media y el Siglo de Oro, es decir, el período formativo de nuestra literatura y aquel otro en que logró espléndido florecimiento.

Trátase de un estudio muy completo, en el que la agudeza del análisis se combina magníficamente con un estilo claro y expresivo. El ambiente cultural de las diferentes fases estudiadas, la presentación viva de los escritores y su correspondiente obra, así como la variedad del material ofrecido al lector, hacen que esta *Historia de la literatura española* resulte un libro de consulta de capital importancia para los estudios de esta materia, cada día más abundantes.

El autor ha concebido esta historia en su amplitud nacional, por lo que tuvo la buena idea de incluir en ella las producciones literarias creadas en otras lenguas hispanas neolatinas, en catalán y en gallego, las cuales —no debe olvidarse— dejaron profunda huella en la literatura española. Asimismo —nos advierte el Sr. González en el prefacio— « la composición general de la obra está informada por una concepción dinámica de la historia y panorámica de la cultura española ».

Es indudable que una obra de este velamen no puede ser recensada como debiera en unas breves líneas. Mal que nos pese, estamos obligados a limitarnos a anunciar su publicación a nuestros lectores, si bien hemos de recomendarla muy encarecidamente. Recordemos que el Sr. González López nos ofreció ya una muestra inequívoca de su saber, de su agudo espíritu de análisis y de su loable ponderación en una *Historia de la civilización española* que publicó hace pocos años y de la que en su momento dimos aquí debida cuenta.

I. I.

E. TIERNO GALVAN : *Costa y el regeneracionismo*

El cincuentenario de la muerte de Joaquín Costa, celebrado parcamente el año pasado, reveló de manera inequívoca la falta de interés que los españoles sienten actualmente por la antaño influyente figura del ideólogo. Pero, al mismo tiempo, surge un claro equívoco al tropezar con las apreciaciones que suscita : Costa, ignorado por sus obras, es una tradición de gran hombre en el país, lo cual es suficiente para que se le haga militar en los más diversos campos ideológicos.

Es cierto que Costa fue un hombre eminentemente preocupado por el problema de España

—preocupación que le duró toda la vida— y que luchó en la forma celtíbera más típica, energuménicamente, contra una serie de vicios y taras nacionales, en su deseo de transformar la realidad. Pero hoy, a la hora de la verdad, cuando ya es historia, se le recuerda sin estudiarle, sin asomarse siquiera de manera superficial a su pensamiento. Y así se da la paradoja de que el pensamiento liberal español le ha alineado entre sus filas, considerándole como un gran rebelde —con eso parece bastar— y un precursor; por su parte, la derecha intelectual le cita y asimila de igual forma.

Contra tal ambigüedad, el profesor Tierno Galván acaba de publicar un libro (*Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, Ed. Barna) que significa el más serio, razonado y objetivo intento de esclarecer tema tan espinoso. En él está contenida en síntesis nuestra historia contemporánea, y ya sabemos lo problemático que resulta asomarse a ella. Pero Tierno, con insobornabilidad intelectual, examina los diversos problemas que surgen de la ideología del aragonés, a pesar de la falta de sistemática de la obra costista.

Es cierto que Costa fue un apasionado luchador de España, pero un luchador político con ideología cambiante a cada circunstancia y con la ambigüedad de querer conciliar un espíritu tradicionalista con el moderno europeísmo. Su afán regeneracionista estaba inmerso en un loable espíritu científico y racional, de dato y estadística, en contraposición con el esteticismo del 98, pero la retórica y sobre todo los fracasos prácticos le vencieron, haciéndole evolucionar paulatinamente desde una concepción democrática hasta un autoritarismo riguroso, que tampoco pudo poner en práctica. Como señala Tierno, el intelectual desengañado de la política acaba por abstenerse, desentendiéndose del asunto. Costa, que recogió el anhelo regeneracionista procedente de nuestros desastres nacionales y lo proyectó hacia adelante, perseveró en su actitud política hasta el final.

Costa y el regeneracionismo es un libro verdaderamente importante y valiente que fija en forma seria y objetiva la figura y la obra de Costa, como el mejor homenaje posible al polígrafo aragonés en el cincuentenario de su muerte.

J. R. MARRA-LOPEZ

FRANCISCO CARAVACA : *Exodo*

¿Dónde ubicar, en la poesía española del destierro, la voz de este poeta que nos entrega su *Exodo* impreso en Francia (1962), después de haber publicado *Arena* (1953) y *Umbral* (1956)? Una nota inicial de Caravaca coloca estas tres etapas de su obra bajo los signos de la esperanza, la amargura y la desesperanza.

De la obra original de Caravaca creemos que « Parthenon », « Delphos : los olivos », « Ocaso », « Ruina », « Prisioneras » y « Geórgica elemental », son poemas de rango antológico dentro de la poesía española del destierro, que posee una raíz desgarradora, un clima trágico, un lirismo fuerte, que la señalan sobre gran parte de la otra poesía escrita dentro de España en los últimos veintitantos años. (Salvo las naturales excepciones.)

Roger Noël-Mayer, el fino prologuista de *Exodo*, sitúa a Caravaca en un neorromanticismo desesperado y lúcido, como un poeta social con un amor profundo por lo humano.

Al leer *Exodo* se advierte que Caravaca es fiel a la mejor línea sentenciosa, profunda, simple y grave de la lírica española, esa que empieza en los poetas medievales y desemboca en nuestro siglo XX a través de Antonio Machado. El verso de Caravaca es escueto, severo, su luz está en lo concentrado, como su dolor. A veces cruza alguna sombra de un melodramatismo desolado que suele empañar algún verso, pero en el *Exodo* ocurre así. Lo dramático suele torcer, por su ay doloroso, lo que en otro tiempo pudo ser simple espejo del cielo claro. Su poesía es testimonio de un lirismo desgarrado, patético y hondo.

A. BAEZA FLORES

A. LERNET-HOLENIA : *Las dos Sicilias*

Un poeta surrealista nos recomendó la lectura de esta obra, una presunta novela de 289 páginas publicada en Buenos Aires. Es verdad que resulta un poco tardío —en 1961— decir que se es un poeta surrealista. Pero Latinoamérica no va en muchos aspectos —es un hecho— a la vanguardia del mundo.

Holenia es austriaco y tiene una sólida cultura de humanista. De sus páginas parece deducirse al menos esta conclusión. Tiene frases inquietantes : « La desgracia nunca llega de la dirección que uno había esperado. Siempre llega por otro lado. » (Una, al azar, aunque bastante mal traducida). Otra : « Era esa una época (1925) en que no se amaba a la muerte, sin que por ello se fuera capaz de vivir verdaderamente. »

Parece haber materia para un cuento largo de carácter policial, que habría sido notable dada la delicadeza y dotes de escritor de Holenia. Pero quiso hacer una « novela » y el fracaso técnico es evidente. Al parecer, la verdadera técnica novelesca —que debe existir y que yo creo que existe— está absolutamente al margen de la mayoría inmensa de los escritores del siglo XX. Lo que pudo ser una novela terminó en una dispersión de cuadros sin mayor interés.

A. DE U.

revistas

Estados Unidos



LA REVISTA *Partisan Review*, editada por el Comité norteamericano del Congreso por la Libertad de la Cultura, ha pedido a sus colaboradores y amigos que respondan a un cuestionario sobre el tema general: « La guerra fría y Occidente ». En su último número publica la primera serie de respuestas, entre las cuales se encuentran las de Hannah Arendt, Sidneh Hook, Irving Howe, Mary Mc. Carthy, Norman Podhoretz, Harold Rosenberg, C.P. Snow. Esta es sin duda la cuarta o quinta encuesta de alcance político general que la revista *Partisan Review* emprende acerca de los intelectuales americanos « liberales », durante su existencia de veinte y algunos años. El interés de esta clase de encuestas estriba menos en las ideas expuestas, que pueden ser tan sólo bosquejadas ligeramente, que en que son un medio para comprobar ciertas evoluciones y transformaciones de opinión y de atmósfera intelectual.

He aquí las preguntas formuladas por *Partisan Review* :

1. ¿Cuál es la posición del Oeste en la guerra fría? Si el Oeste se encuentra en pérdida de velocidad, ¿a qué elementos de su sistema económico y social (particularmente en los Estados Unidos) se debe atribuir su torpeza para medirse con el comunismo soviético?
2. ¿Hasta qué punto es posible y deseable para los Estados Unidos el dar una orientación nueva a su política, para identificarse con los movimientos evolutivos en todo el mundo, en vez de sostener a los adversarios de una reforma social radical, como han tendido a hacer los Estados Unidos en los últimos tiempos? ¿Ha traído la administración nueva un cambio decisivo en este aspecto?
3. ¿Tiene la posición del socialismo democrático una influencia, a la corta o la larga, sobre la guerra fría (tanto en Europa y en los países

subdesarrollados como en los Estados Unidos)?

4. ¿Qué defendemos en Occidente? ¿Son inseparables los valores intelectuales y las libertades políticas, que todos afirmamos, de las instituciones políticas y sociales actuales de Occidente?

5. ¿Cuál ha sido el efecto de la guerra fría sobre el pensamiento y la especulación política en Occidente?

6. ¿Cuáles son los objetivos del Este y del Oeste? Pueden hacerse negociaciones sobre ellos? En caso afirmativo, ¿qué posibilidades de desarme nuclear existen? En caso de desarme nuclear, cuáles serían las posibilidades de Occidente en la competición política, económica e ideológica? Si el desarme es imposible, ¿puede detenerse el avance del comunismo sin un conflicto nuclear?

7. Juzgan ustedes que el juego de la guerra fría es bastante decisivo para justificar una guerra nuclear?

La mayor parte de las respuestas expresan la convicción de que el tercer mundo atraviesa un período revolucionario y de que la debilidad de la política americana consiste en su incapacidad para comprender el proceso revolucionario, y en su actitud de desconfianza, o, cuando más, ambigua, hacia los movimientos revolucionarios.

Hannah Arendt recuerda que « el objetivo de la revolución ha sido siempre la libertad y nada más ». Y da la explicación siguiente de la dialéctica revolucionaria : « Cada revolución debe atravesar dos etapas, la etapa de la liberación —de la pobreza (liberándose de la necesidad) o del dominio político extranjero o interior (liberándose de la tiranía)— y la etapa de la fundación, de la constitución de una forma nueva de gobierno... La liberación, y especialmente la abolición del yugo de la necesidad, precede siempre a la construcción de la libertad, debido al carácter urgente de la necesidad. Además, la liberación, aunque ya esté realizada, no garantiza el establecimiento de la libertad ; lo único que hace es suprimir el obstáculo más evidente ». Para Hannah Arendt, « el error de la aventura cubana no consistía solamente en una información errónea, sino en una falta de aptitud evi-

grata a los intelectuales del franquismo— me parece inexacta.

Antonio Machado fue, en efecto, un escéptico radical en el campo de la teoría pura ; casi tan radical como Ortega y Gasset, el cual llega, en su libro sobre *La idea de principio en Leibniz*, al extremo de negar la validez absoluta del principio de contradicción. Pero Machado, siempre más cerca de Unamuno que de Ortega, supo conciliar muy bien su escepticismo trascendental con un apasionado interés por la justicia qui-jotesca.

Como creo haber explicado en mi libro *Three Spanish Poets*, Antonio Machado no creía ni en el racionalismo de Kant ni en el intuicionismo de Bergson : el primero le parecía demasiado vacío y el segundo demasiado fantástico. Pero, pese a todas sus dudas metafísicas —que acaso aprendiera en el *Eclesiastés* mucho antes de leer a Don Sen Tob— Machado mantuvo siempre y manifestó en todos los tonos una fe profunda en la nobleza innata del pueblo español y en la justicia de sus aspiraciones.

Por eso a la hora de la verdad, es decir, a la hora de la guerra armada, Antonio Machado se puso resueltamente al lado del pueblo español y en contra de sus tradicionales adversarios. Pudo escapar de nuestra zona, como lo hicieron otros, o permanecer en ella callado, como lo hicieron muchos más. Lejos de esto expresó valientemente su indignación contra la revuelta fascista en versos y prosas que no se extinguirán fácilmente. Ahí están, cincelados con vigor perdurable, su poema consagrado a la muerte de Federico García Lorca y su famoso soneto dedicado al tirano.

No se puede decir con fundamento que Antonio Machado estuviera al lado de la República por casualidad, ni me parece justo tratar de arrebatárle a nuestro pueblo uno de los pocos amigos de alta calidad que le acompañaron lealmente

en la hora de su gran prueba. Antonio Machado lo hizo así perpetuamente, hasta el instante de morir en el destierro.

JOSE ANTONIO BALBONTIN

El Sr. Serrano Poncela, al que hemos comunicado la carta anterior, nos envía las siguientes líneas de respuesta :

Permítanme esta breve aclaración. La frase glosada por J.A. Balbontín ni « da a entender ni se presta a sugerir » que Antonio Machado estuviese por azar o involuntariamente al lado del gobierno republicano, durante la guerra civil española.

Supongo que una más cuidadosa lectura del texto revelará al Sr. Balbontín cómo el « azar cósmico » es complemento directo y determinativo, por tanto, del sujeto « guerra civil » y no del poeta Machado. Se trata de un *topoi*, como diría E.R. Curtius, con el que se significa lo que en aquel luctuoso, terrible e inútil acontecimiento hubo de fuerzas históricas objetivas —diríamos hoy—, planeando sobre el individuo. (Los antiguos hablarían de exceso de Hybris, Fatum, acontecimiento trágico, etc.) Que estemos o no de acuerdo con esta versión sería otro cantar.

No vale, pues, la pena referirse al final, desafortunado en su interpretación, de esta nota de J.A. Balbontín. Me refiero a la « hipótesis grata a los intelectuales franquistas », al « tratar de arrebatár al pueblo uno de sus pocos amigos » y demás. Una nueva y cuidadosa lectura que espero de mi estimado y vidrioso crítico le vencerá de su *lapsus mentis*. Y aún más, considero que si tuviese oportunidad de leer estas líneas antes de su publicación, uno y otro retiraríamos las glosas correspondientes que van a sustraer espacio a publicaciones de mayor interés en la valiosas páginas de *Cuadernos*.

S. SERRANO PONCELA

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de a partir del N°

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF
Europa : 1 año : 28 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA
América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1^{er} (Francia). Tel.: OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	Otros países europeos	América del Norte	América Latina
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 6 \$ USA	Informarse cerca del co- rrresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 3,25 \$ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA

BUENOS AIRES, Central Distribuidora de Cuadernos, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA

WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 55 (C.C.P. 151.804).

BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA

LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125. Librería Selecciones, av. Camacho 369. - Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3^o andar.

CHILE

SANTIAGO ; Suscripciones : Agustinas 1022. of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA

BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía., av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503.

COSTA RICA

SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

ESTADOS UNIDOS

NUEVA YORK, Las Américas Publishing Company, 152 East, 23rd Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue. — MIAMI (32), R. del Campo, 704 Seybold Bldg.

FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA

GUATEMALA, Feria del Libro, 6a, Av. 15-65, zona 1.

HAITI

PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B 594.

HOLANDA

LA HAYA, Martinus Hijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA

LONDRES S.W.1, « Encounter », Pantom House 25 Haymarket.

ISRAEL

TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2 Zlenov Street.

ITALIA

ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoung.

MEXICO

MEXICO 17, DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218 ; Suscripciones : Sr. M. Torres-Campaña, Victoria 315.

PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango. - Librería Ibero-Americana, av. B 32.

PARAGUAY

ASUNCION, Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

PERU

LIMA, The University Society Peruana, av. Piérola 798. - Librería Mejía Baca, Jirón A zangaro 722.

PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicações, 119 Rua de S. Nicolau.

PUERTO RICO

SAN JUAN, Pan American Book Cy, P.O. Box 3.511 - Librería Campos, Allen esq. San José, Apart. 961. - RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

EL SALVADOR

SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

VENEZUELA

CARACAS, Distribuciones EDIME, av. Urdaneta de Ibarra a Pelota, Edif. Caoma, sótano.

Quadermos



BIBLIOTECA BREVE

Ya está a la venta el

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1961

DOS DIAS DE SETIEMBRE

de

J.M. CABALLERO BONALD

Novelista y crítico ya conocido, J.M. Caballero Bonald ha sido profesor de Lengua Española e Hispanoamericana en la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente reside en Madrid donde continúa ejerciendo su vocación literaria. Ha obtenido los premios Boscán de poesía (1958) y el de Crítica (1959).

Su novela « Dos días de Setiembre » que le ha valido el Premio Biblioteca Breve 1961, se basa en la superposición de hombres y ambientes en una pequeña y aristocrática ciudad andaluza, en los enfebrecidos días de la vendimia. El viño es el eje central alrededor del cual gira el mundo de la novela : el paisaje, los personajes, y sus problemas. Es un libro rico de lenguaje y procedimientos, objetivo, brillante y denso.

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

Provenza 219, Barcelona 8, España



SUMARIO

NUMERO 64

SETIEMBRE DE 1962

Un año de Alianza para el Progreso	ROBERTO MARCHANT	3
La Administración Kennedy y sus relaciones con Latinoamérica	HARRY KANTOR	12
Bolivia : diez años de revolución nacional	RICHARD W. PATCH	18
Dos poemas	ALEJANDRA PIZARNIK	35
Un rasgo humanístico del Inca Garcilaso ..	JOSE DURAND	36
Un poema	MIGUEL ARTECHE	42
Goya, León Felipe y la nueva poesía española	MARIA SCUDERI	43
Djilas o la herejía castigada	MANES SPERBER	49
La guerra (Cuento)	MILOVAN DJILAS	58
<i>La juventud de nuestro tiempo (V) :</i>		
Los jóvenes en la sociedad de masas	ÉDGAR MORIN	63
La juventud enfrentada con nuestro mundo técnico	GEORGES FRIEDMANN	69
 <i>Crónicas</i>		
El Congreso Europeo de Munich	SALVADOR DE MADARIAGA	75
Portugal : desintegración de un imperio	RONALD H. CHILCOTE	80
Vudú y « diamat » en Haití	V. BLANC	83
Balcón de París	DAMIAN CARLOS BAYON	87

Libros - Revistas - Colaboradores
Correspondencia

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYON

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

de los varios enfoques con que respondían los distintos países a esta extraordinaria empresa hemisférica.

Aparecieron incomprensiones en círculos importantes de la gran república del Norte y también se hicieron sentir los desafíos y los ataques latinos a las exigencias sociales propuestas para nuestros países. Se percibió la incredulidad de algunos núcleos dentro de Estados Unidos, que no confiaban en los objetivos de esta acción, ya sea por falta de interés en los comunes destinos hemisféricos o por escepticismo ante la inmensidad de las fallas por reparar. Pero la actitud pública norteamericana fue de tolerancia hacia esta cruzada, que en muchos aspectos recuerda otra similar realizada en 1947 para la recuperación europea por medio del Plan Marshall.

Contrastó en el Sur la extrema lentitud latina para imponer las medidas necesarias, tras la reacción temprana de aplauso general. Las principales colectividades prefirieron aguardar a que se hicieran efectivas las oportunidades de contribución financiera del vecino poderoso, sin poner demasiado énfasis en que correspondía a cada una vitalizar sus añejos sistemas de convivencia interna y abrir las puertas a economías de tipo moderno y dignas de figurar en el siglo XX. En consecuencia, puede decirse que fue una minoría de ellas la que entró de lleno a adaptar las condiciones domésticas a los requerimientos del plan.

Evolución en Estados Unidos

Dentro del actual panorama internacional, parece distante la tentativa anterior que hizo Norteamérica para revisar sus contactos con las comunidades del Sur. En 1953, a pocos meses de tomar en sus manos el gobierno, el Presidente Dwight D. Eisenhower designó una misión de estudios para analizar la realidad latino-americana, misión que fue enviada bajo la dirección de Milton Eisenhower, hermano del famoso general y educador distinguido y de larga trayectoria en asuntos gubernativos. Tras el correspondiente recorrido por tierras americanas y después de ponderar en Washington las recomendaciones surgidas de este análisis, se presentó con celeridad al Ejecutivo el informe que lleva el nom-

bre de quien encabezó este grupo técnico.

A pesar de la calidad del trabajo desarrollado y de la estrecha relación existente entre los hermanos, el hecho fue que la valiosa investigación de América Latina y la serie de indicaciones propuestas, hace cerca de un decenio, no merecieron la debida acogida. Aparte los comentarios periodísticos de rigor y las referencias ocasionales en esos días en el Congreso Federal, las conclusiones del equipo capitaneado por este profesor universitario no se trasladaron jamás a la práctica.

La escena latino-americana, que pasó por un período de relativa calma y cierta facilidad financiera en los años posteriores a la segunda guerra mundial y hasta el fin de la guerra de Corea, vio empeorarse paulatinamente las condiciones materiales de los diversos pueblos, con la excepción de Venezuela, algunas naciones del Caribe y México. Luego, en el decenio último, tal situación fue reflejando, cada año en mayor grado, el desasosiego interno provocado por la ausencia de suficientes incentivos económicos para sus habitantes y el creciente deterioro del comercio exterior con las naciones avanzadas de Occidente. La liquidación de la mayoría de las dictaduras militares que afligían a Sudamérica, en la segunda parte del decenio 1950-60, fue haciendo brotar a la superficie algunos problemas sociales que hasta entonces no se manifestaban, ante el rígido imperio del orden uniformado. Fue así como, a mediados de 1958, coincidieron explosivamente varios de estos factores cuando el Vicepresidente Richard Nixon culminaba su trayecto por Sudamérica, debiendo presenciar y sufrir en persona las violencias a que se le sometió precisamente en dos capitales —Lima y Caracas— que hasta poco antes habían vivido bajo la quietud dictatorial.

Se puede afirmar que la odisea del viaje de Nixon y su esposa a estas agitadas repúblicas fue el punto de partida de la nueva etapa que se abría para Norteamérica en el intercambio continental. Tan es así que se procuró buscar los motivos del desencanto latino-americano y de la agresividad de las masas ante la presencia de los representantes oficiales del vecino del Norte, llegándose a la tardía evidencia de que ya un lustro antes se había echado una mira-

da al continente y propuesto soluciones que acaso hubiesen sido adecuadas en el momento. La administración republicana promovió otra evaluación de aquellas condiciones que más directamente influían sobre el devenir latino y a raíz de este examen se provocó un cambio en las orientaciones predominantes. Los frutos de este proceso fueron apareciendo gradualmente: hubo acuerdos para estabilizar el precio de algunos productos sudamericanos, en particular el café, que constituye la mayor exportación hacia Norteamérica; se echaron las bases para la creación del Banco Interamericano de Fomento y, por fin, la Unión patrocinó la Conferencia de Bogotá en septiembre de 1960, de donde saldrían las ponencias financieras para instaurar, bajo el patrocinio de la administración siguiente, la Alianza para el Progreso.

Paralelamente a este desarrollo histórico, cual se presenciaba desde el Norte, se hacía manifiesta la inquietud de los principales dirigentes sudamericanos por mejorar los aspectos más críticos de la situación. Como una derivación del tránsito del vicepresidente Nixon, el presidente brasileño Juscelino Kubitschek, hondamente preocupado por la visión que se extendía en torno a su país, transmitió sus observaciones e indicaciones continentales a su colega norteamericano. Pronto habría de ampliarse este epistolario y dársele un contenido programático en agosto de 1958, mediante la pública convocatoria a la tarea hemisférica que Kubitschek bautizó como « Operación Pan América ». Ante el empuje proporcionado por los incidentes en Sudamérica, que causaron ansiedad en Washington, y con el agregado de las ideas de Kubitschek, se pudo avanzar más en los 24 meses siguientes que en los 8 años precedentes de ese decenio, lográndose la necesaria conciliación de criterios que habría de dar paso, con la administración democrata de Kennedy, a la Alianza.

Desarrollo de la Alianza

En el año y meses transcurridos desde su nacimiento en la mansión presidencial, esta asociación ha cruzado por diversas etapas, durante la formación y fundación de los instrumentos que servirán para derro-

tar a la pobreza y a la ignorancia en nuestros países. Debido, en buena parte, al entusiasmo público que acogió la propuesta del jefe de la Unión, no se opusieron objeciones de importancia al mensaje legislativo que llevó su esquema al Congreso Federal. Así se fueron aprobando con relativa facilidad las normas del ejecutivo, para otorgar contenido a este notable y original pacto interamericano y proporcionarle los fondos requeridos para las jornadas iniciales.

El concepto de la Alianza, según el cual el gobierno norteamericano y las organizaciones internacionales de crédito concederían aportaciones financieras a aquellas nacionalidades que reorganizaran sus economías y sistemas domésticos, para ponerse a tono con las aspiraciones de las mayorías de sus propias poblaciones, no llegó a traducirse inmediatamente en las enmiendas sustanciales que suponían quienes concibieron este programa mutuo. La regla fue, más bien, que las principales repúblicas latinas omitieran esta exigencia de la Alianza, mientras consecutivamente se esperaba la entrada en funciones de la asistencia financiera prometida por Norteamérica.

A medida que fueron pasando los meses, en 1961, se pudo presenciar el curioso espectáculo de muchas naciones que, tras aplaudir los objetivos materiales del proyecto interamericano, alegaban excusas de variada índole para no introducir sin demora las reformas esenciales consultadas. Dentro de este panorama poco alentador y que demostraba la resistencia de ciertos círculos directivos de las repúblicas latinas para dar cumplimiento al convenio de Punta del Este, se pudo admirar la excepcional agilidad y solidaridad de las administraciones de Venezuela y Colombia, que fueron precisamente las que sacudieron esta ola de inercia que afectaba a la posición latina.

Bajo la inspiración de dos figuras democráticas de alto prestigio continental —el gobierno de coalición venezolano, encabezado por Rómulo Betancourt, y el régimen igualmente nacional de Alberto Lleras en Colombia— se hizo posible que la Alianza dispusiera al menos de estas dos repúblicas para inaugurar sus operaciones. Para hacer resaltar estas actitudes de cooperación y el

denotan distintos grados de cooperación y comprensión del espíritu de la Alianza. En Ecuador hay un asomo de asentimiento por parte de los núcleos poseedores de la tierra para instaurar la reforma, a petición del Presidente Carlos J. Arosemena, habiéndose estipulado en enero la pronta distribución de terrenos agrícolas a los campesinos que los trabajan. El Perú, a pesar de los buenos deseos del primer ministro entre 1958 y 1961, Pedro G. Beltrán, no llegó a acelerar el lento curso de la política peruana y los mensajes legislativos estableciendo una reforma agraria y otros esquemas de contenido social yacen sin aprobación. Y siendo este año de elecciones presidenciales, es muy probable que el gobierno de Lima no figurará, debido a la ausencia de planes efectivos y debidamente renovadores, como merecedor de la ayuda prevista por los reglamentos de la Alianza, salvo en lo referente a las entregas de alimentos a los estudiantes de las escuelas populares, en vigencia por dos años.

También en Chile se presentaron dificultades a la aplicación de esta fórmula, tanto por la ligera comprensión desplegada por muchos de los sectores influyentes como por la grave situación financiera actual. Fue en Santiago precisamente, a través de 1961, donde tuvieron lugar las primeras críticas periodísticas en el continente al concepto del Presidente Kennedy. Con posterioridad, el ambiente interno no superó las faltas en este sentido, ante la redacción incompleta y la tramitación prolongada de los esquemas de mejoramiento agrario y tributario sometidos por la administración del Presidente Jorge Alessandri al Congreso. Los proyectos de desarrollo nacional, preparados por el competente cuerpo de técnicos chilenos en economía, hallaron una reacción distinta en las fuentes internacionales de crédito, habiéndose aprobado, a comienzos de año, los financiamientos para estos planes decenales.

En la costa atlántica persiste la tendencia a continuar a la expectativa. Argentina, que se creyó que dispondría de las mayores aportaciones de la Alianza, pues se la estima el país más apropiado para lograr rendimientos rápidos y de amplia repercusión, vio destruirse esta esperanza ante el colapso del régimen del Presidente Arturo Frón-

dizi, que había consolidado una estrecha relación con las autoridades de Washington. De Uruguay se sabe que la inercia provocada por el ejecutivo colegiado le está impidiendo no sólo incrementar su crecimiento, que se halla detenido a todas luces, sino también adoptar cualquier acuerdo alterador del cuadro de hoy, por lo que no contribuye positivamente, como se esperaba de los gobernantes de Montevideo. En cuanto a Paraguay, es difícil prever de qué manera podría elaborar sugerencias ante la escasez de expertos y por la falta de una administración representativa y con sentido progresista, si bien los problemas sociales no llegaron al grado crítico de los puramente políticos. Algo parecido ocurre en Bolivia, pero ya aprobó sus planes de avance nacional y tributario a más de aplicar, desde 1953, su reforma agraria, por lo que el país hace un decenio que recibe generosas donaciones de los Estados Unidos en dinero y alimentos y cuenta con una partida permanente de financiamiento presupuestario concedida desde Washington.

La realidad interna del Brasil lo coloca en una posición semejante a la de sus vecinos del Sur, pues el traspaso presidencial de Janio Quadros a João Goulart en agosto de 1961, con sus consecuencias tan conocidas, debilitó la apertura de una obra colectiva tan compleja. La excepción, como en tantos otros índices, la revela el progresista Estado de São Paulo, donde ya se puso en vigencia la propia ley de reforma agraria. Penden del Congreso Federal los proyectos agrario, tributario y de desarrollo conjunto, en los últimos meses. La tendencia actual en el régimen de Brasilia es de moderación y enfocada hacia la cooperación interamericana, por lo que habrá de concebirse un ascenso en la estabilidad interna y en el mejoramiento económico. Cuando el Presidente Goulart visitó a Washington y Nueva York en abril, se firmaron convenios mutuos de largo alcance, centrando los esfuerzos en la difícil tarea de compensar los déficit presupuestarios de 1961 y buscar un apoyo material de emergencia, para aliviar la angustiada miseria y el hambre que hoy asedia a 25 millones de personas en los sufridos Estados del noreste brasileño. Los pronósticos sobre la evolución del gigante sudamericano han ido experimentando un

Cabe agregar que esta orientación de índole hemisférica y dedicada a la asimilación de las diversas nacionalidades predomina entre las juventudes, que por cierto forman mayoría en las poblaciones latinas, por lo que habrá de imponerse en la hora del resurgimiento latinoamericano a que dará lugar el cumplimiento de los fines de la Alianza.

Uno de los obstáculos que amenazan al ritmo acelerado que precisaría llevar un plan de esta naturaleza, lo encarna la mentalidad predominante en tantos de los círculos dirigentes de nuestros países. Aunque las condiciones del continente son lo suficientemente dramáticas como para suponer un mayor sentido de responsabilidad, los medios tradicionales de muchas de las repúblicas no despiertan del largo sueño colonial que fue la regla de convivencia en el pretérito. Es en ellos donde surgieron las críticas iniciales al programa de Kennedy, las que luego se fueron acentuando hasta constituir un frente de resistencia a las medidas de modernización institucional y desarrollo social. Por eso el jefe norteamericano consideró imperativo dirigirles al párrafo sustancial del mensaje conmemorativo de marzo —« Quienes poseen las riquezas y el poder en las naciones pobres deben aceptar su propia responsabilidad. Deben encabezar la lucha por aquellas reformas básicas que son las únicas que pueden preservar la trama de sus propias sociedades. Quienes hacen imposible la revolución pacífica harán inevitable la revolución violenta »— en la esperanza de que sus palabras serían meditadas y alcanzarían algún efecto.

Junto a su discordia, esos núcleos, reducidos en número pero decisivos en la influencia política y económica, han desplegado una argumentación contradictoria respecto a la creación de la Alianza. Sostienen en varias de las capitales sudamericanas, y particularmente dentro de asociaciones financieras y comerciales, que la tesis del pacto de Punta del Este proviene del « extranjero » y que, por lo tanto, no se le debe otorgar acogida dentro de las respectivas ciudadanías, dejando en claro que resentían la proyección interamericana de esta idea lanzada en la Casa Blanca y sus probables derivaciones en los medios locales.

A más de ser esta una noción ya superada por la realidad del mundo contemporáneo, en que juegan los factores externos tanto o más que las corrientes domésticas, es notoria su falta de consecuencia con lo sostenido por estos personeros, en ocasiones anteriores, ante el concurso económico exterior. Previamente a la gestación del programa renovador fueron ellos, en efecto, quienes durante bastantes años desearon engrasar el empleo de las financiaciones internacionales con preferencia a la provisión creciente de fondos internos en los presupuestos de nuestros países. Ahora, paradójicamente, se procura detener la marcha del plan con el cargo de que constituye una intervención foránea en los asuntos de cada república.

Del otro lado se cuentan los ataques del comunismo y sus aliados, que característicamente repiten en el ámbito latinoamericano la misma propaganda que emplearon en la Europa agobiada de la posguerra. Durante 1947-48, cuando se inauguraba la cruzada del Plan Marshall y su significado restaurador se hizo evidente, los partidos obedientes a Moscú optaron por negar toda colaboración a la acción conjunta entre Norteamérica y las grandes democracias europeas, so pretexto de que el auxilio material de la Unión era una conspiración capitalista para penetrar las débiles economías europeas y dominarlas en definitiva. Aunque los hechos se encargaron de ir desmintiendo el absurdo de esta tesis totalitaria, las agrupaciones comunistas no cesaron en sus consignas hostiles a las donaciones y créditos emanados de Washington, aun en medio de la notoria reconstrucción física y espiritual que se efectuaba en torno a ellas. Igual actitud y parecida obstinación revelan hoy las ramas del comunismo latino-ante la existencia de un acontecimiento tan importante y decisivo para el futuro de nuestras poblaciones como es la Alianza.

Aparte su ceguera ideológica para reconocer las ventajas de esta aportación externa en las duras circunstancias actuales, es obvio que las filas marxistas no miran con simpatía el avance de una política reformista que, además de corregir las injusticias sociales, habrá de cuajar en más holgadas normas de vida para los 200 millones de latinoamericanos. Es ampliamente

conocida la postura comunista en este sentido, que lleva a sus adeptos a mantenerse fuera de cualquier proyecto que permita enmendar, dentro de la libertad y la democracia, las deficiencias de las sociedades latinas. Su conducta fue de abstención o de censura ante aquellos cambios que sinceramente tienden al alivio progresivo del deprimente estado general de las masas del continente. La estrategia de su movimiento les hace luchar para obstruir cualquier proposición constructiva, en la confianza de que, continuando la gravedad de la situación doméstica en la mayoría de estos países, tendrán que beneficiarse a la larga con la conmoción interna que sobrevendría en caso de persistir la situación presente.

Por último, la acción comunista en América Latina ha sido antagónica con los decisivos ensayos de colaboración continental acordados en los años últimos. Con monótona insistencia, utilizando el pretexto del imperialismo norteamericano y la amenaza de la infiltración capitalista, los comunistas fueron pertinaces en su oposición a los convenios fundamentales de la marcha latinoamericana. Intentaron detener la Carta de Bogotá, en 1960, que a través de las dos asambleas de Punta del Este daría nacimiento a la Alianza y, de modo paralelo, a las negociaciones para la Zona de Comercio Libre, que sirve de antecedente al futuro Mercado Común del hemisferio latino. Los votos negativos de los parlamentarios comunistas en aquellas repúblicas donde disponen de representación y la crítica constante de su prensa, son demostraciones claras del carácter antiamericano que guía a los seguidores de Moscú dentro de nuestras comunidades.

Balance de un año

La evolución del pacto interamericano durante 1961 y lo que va transcurrido de este año revela lo mucho que queda aún por hacer para trasladar la Alianza a un plano de eficiencia y verla tomar un paso más desenvuelto. Observando este período resaltan los errores de orientación cometidos por ambas partes, a través de la transición seguramente más difícil, cual es la instauración de las reformas. Y ya que aludimos a las vacilaciones gubernativas que fueron el co-

mún denominador de la mayor porción de las colectividades latinas, corresponde mencionar las debilidades que igualmente se perciben en el sector oficial norteamericano.

En Washington subsiste todavía un ambiente de preparativos para las actividades en que habrá de intervenir la cooperación de la Unión junto al rehacer interno latinoamericano. A pesar de la buena voluntad y el interés del Presidente, más la dedicación de las principales figuras que disponen de autoridad en la esfera interamericana, es notorio el margen que media entre los deseos que inspiraron a la coalición y los resultados logrados hasta hoy. Influyen en este retraso los diversos relevos administrativos que se fueron sucediendo en 1961 entre los ejecutores de la nueva política, a la vez que se descubren los inevitables vacíos humanos que acompañan a una tarea de tal relieve y complejidad. Mediando 1962, recién se contemplan las disposiciones de carácter funcionario que intentarán reforzar esta operación de emergencia, empeñándose las directivas del Departamento de Estado en conseguir la actuación de personas con la debida potestad y el indispensable empuje para hacer avanzar la obra común de los 20 países.

Con motivo de la conmemoración del primer aniversario, se estimó oportuno efectuar una revisión del camino andado y trazar las rutas por recorrer en esta empresa americana. En una serie de conferencias leídas en abril, que tuvieron lugar en la Unión Pan Americana, elementos distinguidos de Norteamérica y de Latinoamérica resumieron los puntos de vista de quienes confían en que la Alianza habrá de llegar a buen término, no obstante los atrasos ocasionales de tipo burocrático y la desigual interpretación que de sus objetivos tienen muchos de los poderes asociados.

Los conferenciantes insistieron en el apremio que reviste la cruzada continental, ahora en su fase determinante. Dijo así el ex presidente José Figueres, de Costa Rica: « La Alianza puede considerarse como la tercera entrada de Estados Unidos en un mundo en batalla. En esta lucha el teatro de guerra es el hemisferio americano. Las contiendas son de una naturaleza diferente. Una vez más, sin embargo, la aparición del nuevo luchador en el campo de batalla

Estados Unidos no supieron aprovechar la oportunidad de hacer amigos después de la guerra. Allí, en 1944, una revolución derrocó la dictadura de quince años de Ubico, y un grupo de jóvenes idealistas, sin ninguna experiencia política, intentó establecer un régimen democrático estable en un país donde no había experiencia del funcionamiento democrático constitucional. Guatemala no tenía en 1944 la estructura social en torno a la cual pudiese construirse un régimen democrático, puesto que no había allí sindicatos, ni partidos políticos, ni gobiernos locales cuyos jefes organizaran el nuevo régimen. Todo cuanto había era un resurgimiento de opinión pública, estimulado por la victoria de los aliados, en favor de una sociedad democrática y de una mejor vida para los guatemaltecos. La tragedia de Guatemala fue que Estados Unidos no acudieron a ayudar a esos jóvenes idealistas, no ayudaron a construir allí el régimen estable que necesitaba el país. Como Estados Unidos no acudieron en su ayuda, fueron fáciles víctimas del movimiento comunista internacional. Naturalmente, Estados Unidos se interesaron entonces en Guatemala y ayudaron una invasión para expulsar a los comunistas del poder, lo cual dio ocasión a que se les acusara una vez más de ingerirse en los asuntos latinoamericanos. Sin embargo, en 1948 Guatemala estaba tan distante de ser un Estado comunista que ella ayudó a José Figueres y a sus amigos en Costa Rica, quienes libraban una guerra civil contra un gobierno usurpador apoyado por los comunistas. Muchas de las armas que dieron la victoria a Figueres habían sido acumuladas por un grupo de dominicanos demócratas, a la cabeza de los cuales estaba Juan Bosch. Esas armas fueron embarcadas desde cierto lugar en el Caribe con destino a Cuba, reexpedidas después a Guatemala y de allí llegaron a Figueres y su ejército, en lucha contra Calderón García y sus aliados comunistas. Sin embargo, todos cuantos han investigado los acontecimientos de Guatemala están de acuerdo en que Estados Unidos ayudaron muy poco al Dr. Arévalo, a quien todavía se acusa de haber respaldado a los comunistas para conquistar Guatemala. Pero hasta 1948 estaba ayudando a combatir a los comunistas en Costa Rica.

¿No es lógico suponer que una fuerte ayuda y un fuerte aliento de Estados Unidos habrían evitado la captura de la revolución guatemalteca por los comunistas?

Pero el gobierno norteamericano ni ayudó a los revolucionarios guatemaltecos ni se interesó en Guatemala hasta mucho después. José Figueres, a quien ya he mencionado, uno de los mejores amigos que Estados Unidos tienen en Latinoamérica, ha escrito que « en Latinoamérica persiste la errónea creencia de que el principal objetivo de la política exterior de Estados Unidos es proteger a las compañías americanas en el extranjero y que, en vista de que a estas compañías le es más fácil entenderse con regímenes absolutos que con regímenes democráticos, Estados Unidos tienen simpatía por las dictaduras en este hemisferio ». Esto se escribió en 1955. Recalco que el ex presidente Figueres decía « persiste la errónea creencia », pero ¿qué podían creer los demócratas latinoamericanos cuando el presidente Eisenhower otorgó a Pérez Jiménez, el corrupto tirano de Venezuela, la más alta condecoración que el gobierno de Estados Unidos concede a personalidades extranjeras : la Legión del Mérito con el grado de comandante en jefe? ¿O qué podían pensar los latinoamericanos cuando leían en los diarios locales que Eisenhower había citado al tirano incluyendo la frase : « el coronel Marcos Pérez Jiménez, como presidente de la república de Venezuela, y también anteriormente, ha mostrado un espíritu de amistad y cooperación con los Estados Unidos »?

Hubo varios hechos de este orden bajo Eisenhower y bajo sus predecesores. Todos ellos ofendían a los demócratas latinoamericanos y los hacían propicios a las sugerencias comunistas de que Estados Unidos eran culpables de todos los males que aquejaban a Latinoamérica. Se dice frecuentemente que Estados Unidos no son culpables de los problemas interiores de Latinoamérica, los cuales son en buena parte el producto de un desarrollo de cuatro siglos y medio bajo un régimen semifeudal y que, consecuentemente, se ven forzados a sostener relaciones con cualquier gobierno que esté en el poder. A esto replican los latinoamericanos que Estados Unidos pueden mantener esas relaciones con los dictadores

si ellas son necesarias, pero sin concederles condecoraciones.

Hasta qué punto Latinoamérica difiere de Estados Unidos en estos asuntos se ve ilustrado gráficamente por lo ocurrido cuando fue tiroteado el dictador de Nicaragua Anastasio Somoza. Eisenhower envió su médico particular y un aeroplano para llevar a Somoza a un hospital del gobierno de Estados Unidos en la zona del canal, en un intento baldío para salvar la vida del tirano. Al mismo tiempo el Uruguay, el más democrata país de Latinoamérica, votaba en la cámara una disposición en señal de duelo por la muerte del joven que había matado a Somoza.

En suma : después de 1955, Estados Unidos, la sede de la Declaración de Independencia y el líder de la lucha mundial contra el comunismo totalitario, estaban tan embrollados que en Latinoamérica parecían ser sus amigos dictadores como Somoza y sus enemigos aquellos que luchaban por la democracia. Debido en buena parte a esto, la trágica realidad con que se enfrentó la administración de Kennedy al advenir al poder en enero de 1961 fue el gran peligro de que el comunismo ruso se apoderase de toda Latinoamérica. En 1961 estas naciones habían llegado a un momento crítico. Aunque no era posible saber todavía qué dirección tomarían, las dos direcciones estaban claras. Un camino conducía al totalitarismo de estilo ruso (Fidel Castro y sus amigos avanzaban ya en aquella dirección) ; otro camino conducía a una sociedad estable democrática (la mayor parte de los líderes políticos favorecían esta ruta). Es de gran importancia para el futuro del mundo que Estados Unidos patrocinen aquellas políticas que conduzcan a ayudar a los Estados latinoamericanos a construir sociedades democráticas estables. Y ellos deben favorecer esa política de tal manera que ningún latinoamericano tenga duda alguna sobre cuál sea la política de Estados Unidos.

Debo subrayar este punto, pues Norteamérica, además de no haber tenido en el pasado una política definida, ha fluctuado en sus políticas. Por ejemplo, al mismo tiempo que la administración de Eisenhower concedía condecoraciones a tiranos como Pérez Jiménez y Odría, ayudaba al gobierno revolucionario de Bolivia. Mu-

chos observadores están convencidos de que la ayuda de Estados Unidos evitó el derribamiento del gobierno revolucionario boliviano. Pero el historial no está claro. En Latinoamérica, como en el resto del mundo, Estados Unidos se ven frente al movimiento comunista mundial, enemigo capaz de convencer a mucha gente de las malévolas intenciones del gobierno norteamericano, señalando las cosas que hicieron mal y callando o tergiversando las cosas buenas.

Como los americanos que piensan comprenden la importancia capital de la lucha en que se debaten ahora, siguieron con mucho interés las elecciones de Estados Unidos en 1961. Los líderes de la opinión pública en Latinoamérica no desean ver sus países conquistados por los comunistas, ni que estos países sean en consecuencia una pieza de juego en la guerra a veces fría, a veces caliente que los rusos hacen contra Estados Unidos. Al mismo tiempo, los latinoamericanos saben que con sus propios recursos no pueden levantar sus países ni superar la trágica herencia de más de cuatro siglos de malos gobiernos y explotación. Latinoamérica ha de ser ayudada desde fuera y los líderes de sus fuerzas democráticas hace ya tiempo tomaron posición al lado de Estados Unidos.

La desilusión ante la administración de Eisenhower trajo por consecuencia que la opinión pública latinoamericana fuera, en su inmensa mayoría, opuesta a Nixon, pues veía en éste el representante de todo cuanto Eisenhower y John Foster Dulles hicieron de desagradable para los latinoamericanos. Debe señalarse que lo que se ha llamado receso al final de la administración de Eisenhower había hecho bajar los precios de casi todas las materias primas que los latinoamericanos venden en el mercado mundial. El café, la lana, el cobre, el estaño y otros productos latinoamericanos fueron vendidos entonces a precios tan bajos que todos los países tuvieron dificultades financieras. Cualquier cambio los beneficiaría y por este motivo apoyaron la elección de Kennedy. Los latinoamericanos sabían muy poco de Kennedy, pero estaban tan unánimes contra Nixon que la victoria de aquél la recibieron con entusiasmo. Ellos vieron una nueva etapa o quizá la única oportunidad

de Cuba era intolerable, Estados Unidos podían en cambio tolerar a Trujillo, Somoza, Stroesner y a tantos dictadores anteriores.

La invasión de Cuba hizo retroceder a la administración de Kennedy al punto donde estaba antes de anunciar la Alianza para el Progreso. Actualmente los latinoamericanos se preguntan si la Alianza va a ser en realidad lo que ellos creyeron o reducirse sólo a bellas frases como muchas de la política de Buena Vecindad. En el momento de escribir estas líneas la Alianza para el Progreso es básicamente otro Plan Marshall : una promesa de infusión de grandes sumas de dinero para construir la economía de Latinoamérica. Como dijo José Figueres, « lo que necesitamos de Estados Unidos es lealtad en Latinoamérica a esos principios que ustedes los norteamericanos sostienen en su nación. Esto significa que ustedes deberían dirigir nuestra revolución social democrática en vez de oponerse a ella ». O como escribieron dos miembros del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de Estados Unidos : « Por nuestra parte debemos sobre todo llevar a los latinoamericanos la convicción de que comprendemos sus aspiraciones de libertad económica y política, de que estamos ansiosos de que triunfen. Debemos hacer cuanto podamos para disipar cualquier impresión de que Estados Unidos son indiferentes a la lucha dramática de Latinoamérica, o que apoyamos cualquier gobierno sin importarnos su representación o su injusticia, con tal que mantenga estabilidad política. Nuestra política debe basarse en el conocimiento de que todo debilitamiento de las instituciones democráticas, o su fracaso en cumplir las aspiraciones legítimas de sus pueblos, pueden crear un clima favorable a la infiltración comunista y acabar en gobiernos enemigos de Estados Unidos. »

Los hombres del congreso y José Figueres están en lo cierto. Lo que Latinoamérica necesita de Estados Unidos es comprensión y cooperación para resolver ciertos problemas que Latinoamérica no puede resolver por sí misma. En esta cooperación es el dinero el ingrediente menos importante ; en realidad, mucho dinero ver-

tido en sistemas administrativos incapaces de absorber grandes sumas puede solamente empeorar las cosas. Hay varias evidencias de que los forjadores de la política de Estados Unidos comienzan a darse cuenta de ello y están orientando la Alianza para el Progreso a ganar la amistad permanente del pueblo de Latinoamérica. Síntoma esperanzador es que se ha comenzado a colocar a personas competentes, animadas de la ideología democrática, en puestos claves del gobierno. De esto son buenos ejemplos el nombramiento de Teodoro Moscoso de director de la Alianza para el Progreso, y el nombramiento de Arturo Morales Carrión de vicesecretario de Estado de Asuntos Interamericanos. Muchos latinoamericanos recibieron asimismo con gran entusiasmo el nombramiento por el presidente Kennedy de personalidades bien elegidas para ser embajadores en el Perú, Bolivia, Venezuela y Costa Rica.

Hoy Latinoamérica atraviesa un período de cambios revolucionarios. Después de 450 años de vivir sujetos a influencias exteriores, el continente comienza al fin a emerger como una fuerza independiente y es lo más probable que Latinoamérica sea pronto el hogar de gobiernos demócratas organizados que rijan sobre pueblos prósperos y felices. Sin embargo, Latinoamérica se enfrenta con el peligro del movimiento comunista, el cual, a fin de conservar el mito de poseer el monopolio de las reformas, se opone en todo el mundo al movimiento democrático reformista. La inundación a precios bajos del estaño de Rusia, que hizo bajar el precio del estaño en general y casi destruyó el gobierno revolucionario boliviano, es el mejor ejemplo de lo que desean en realidad los comunistas. La ruina que ellos han llevado a Cuba da idea de sus verdaderos fines. La amistad de Estados Unidos y Latinoamérica es absolutamente esencial, pues ambos tienen más que ganar que perder en la cooperación mutua. Al cargar el acento la administración de Kennedy en la cooperación a través de la Alianza para el Progreso, parece que al fin se están cimentando las bases de una justa y duradera amistad, para que los pueblos de América sean entre ellos sus mejores amigos, como debe ser.

RICHARD W. PATCH

Bolivia : diez años de revolución nacional

MUCHOS PAÍSES LATINOAMERICANOS han llegado a temer la revolución política y social con un miedo anónimo. Guatemala gasta millones de dólares con el fin de llevar campesinos a las zonas costeras del Pacífico y alejarlos así de las regiones donde su presión viene provocando tradicionalmente un estado de malestar. En Perú es difícil hablar a una persona, desde los indios a los hombres de negocios de Lima, sin sentir el miedo al cambio revolucionario, especialmente a medida que se iban aproximando las elecciones de junio. La sensación de malestar se ha extendido por todos los países, especialmente por los que tienen una gran población india y en los que la distancia social y económica entre una pequeña élite y una masa de campesinos empobrecidos ya no se acepta como una ley de la vida. Esa sensación afecta incluso a los países « desarrollados » como Brasil y Argentina, que se han mostrado incapaces de hacer frente al problema de proporcionar empleo y vivienda a una población urbana en vertiginosa expansión.

Este miedo obedece a razones históricas fundadas, a juzgar por los terribles comienzos de la revolución mexicana y por la tragedia que se ha producido en Cuba. Pero existe una nación latinoamericana que hace diez años sufrió agudamente unos problemas comunes a todos los americanos del sur : la población india, formada por verdaderos siervos, no hablaba el idioma nacional ni tomaba parte en la vida nacional, a pesar de constituir la mayoría de la po-

blación total ; la economía dependía casi totalmente de la exportación de un solo producto y el puñado de hombres que controlaba ese producto manejaba un poder económico mayor que el gobierno ; la ausencia de carreteras suponía que las tres quintas partes más ricas del territorio nacional se hallaban virtualmente despobladas, aisladas del resto y en peligro de ser absorbidas por los vecinos más poderosos del país ; y el gobierno, una junta militar provisional, se estaba quedando al margen. Esta era la situación desalentadora de Bolivia antes de abril de 1952.

El 9 de abril de 1952 se produjo en el país una revolución que bien puede convertirse en una definición de este proceso como cambio político y social positivo en América Latina. La revolución boliviana fue una revolución que iba más allá de los golpes de Estado, las revoluciones de palacio y las sublevaciones cuartelarias que degradaron el significado de la palabra « revolución » en las Américas. Fue una revolución que destruyó un sistema político, que está en camino de transformar la sociedad y que hizo pedazos la economía ; pero que demostró también que incluso una revolución auténtica puede ser guiada y hasta cierto punto frenada para obtener unos beneficios, sin tener que sufrir el tan temido cataclismo.

Una conversación con el Presidente

El 19 de abril de 1962, diez años y una semana justamente después de la conclu-

Presidente disenta. Para él la guerra del Chaco fue un incidente desafortunado, al margen de la corriente principal de los acontecimientos que conducían a la revolución, y que tuvo un efecto poco duradero sobre los indios que participaron en ella. Esta diferencia de opinión se deriva en parte de la familiaridad relativamente mayor del Presidente con los campesinos de lengua aymará que rodean La Paz y a los que la guerra afectó poco y de mi conocimiento relativamente más íntimo de los indios quechuas de los valles de Cochabamba, a los que sí afectó la guerra. La opinión de Paz Estenssoro es la generalmente aceptada, mientras que la mía es menos ortodoxa, pero se basa en mis impresiones y conversaciones durante un año de residencia y estudio en el centro indio de Cliza-Ucureña, en Cochabamba. Allí hablé con veteranos indios de la guerra que habían creado la primera proto-organización de campesinos en los años de 1930 y preparando el clima que hizo posible que la organización creciera, que tomaran posesión de ella campesinos más jóvenes y que se convirtiera en la fuerza más poderosa entre los campesinos de Bolivia. Al menos esto lo reconoció Paz Estenssoro cuando eligió el pueblo de Ucureña para la firma del decreto de reforma agraria, en 1953.

La guerra del Chaco hizo pedazos la filosofía del gobierno civil que había venido desarrollándose precariamente desde 1883 y reforzó un sentimiento de nacionalismo y de anticonstitucionalismo en función del cual se consideraba la revolución como un camino legítimo para conseguir la reforma. La guerra precipitó además la escisión entre los oficiales jóvenes y los viejos, culpando los primeros a los segundos de la pérdida de la guerra. Los oficiales jóvenes formaron una logia a la que dieron el nombre de RADEPA, logia que se convirtió en uno de los grupos influyentes dentro del M.N.R. en la época (decenio de 1940) en que éste luchaba por constituirse, con el profesor de economía Víctor Paz Estenssoro a su cabeza.

Durante la guerra el Presidente Salamanca —un civil— fue hecho prisionero por un grupo de oficiales durante una imprudente visita que hizo a las tropas en el Chaco. Salamanca se vio obligado a dimi-

tir en favor de su vicepresidente. En 1936 otro golpe militar llevó a la presidencia al coronel David Toro y dio lugar a la implantación de un régimen de « socialismo militar ». El gobierno de Toro expropió los bienes de la Standard Oil en Bolivia. A Toro le sucedió un coronel de treinta años, Germán Busch, héroe de la guerra del Chaco. En junio de 1939 Busch promulgó un decreto en virtud del cual las compañías mineras debían entregar al gobierno sus beneficios en divisas. Esta medida fue bloqueada por la agrupación monopolística del gran propietario de minas Simón Patiño. Busch fue asesinado, o se suicidó, tres meses más tarde.

La muerte de Busch permitió a los partidos tradicionales, aliados con los oficiales viejos hostiles al RADEPA, recuperar el control del país. El general Enrique Peñaranda, comandante en jefe tras la retirada de Kundt, subió a la presidencia en 1940. Pero su accesión a ella profundizó el cisma en el seno del ejército y afianzó la desilusión final respecto a las fuerzas armadas. Los viejos oficiales, con Peñaranda a la cabeza, simpatizaban con los Aliados durante la segunda guerra mundial, mientras los oficiales jóvenes miembros del RADEPA se mostraban favorables al Eje.

En julio de 1941 los oficiales jóvenes conspiraron con el embajador alemán con el fin de asegurar al Eje la producción boliviana de estaño. Peñaranda arrestó a los oficiales, expulsó al embajador y rompió las relaciones diplomáticas con Alemania. En diciembre de 1942 algunos de los nuevos partidos que entonces se estaban formando para oponerse al ejército, y en particular al grupo de oficiales viejos, inspiraron una serie de disturbios entre los mineros insuficientemente pagados de las minas de estaño de Catavi. Peñaranda envió tropas que ametrallaron a más de cien mineros, atrocidad que selló el destino de los oficiales viejos. En diciembre de 1943 el Congreso constituido bajo Peñaranda declaró la guerra a Alemania y al Japón. Pero casi inmediatamente Peñaranda fue derrocado por los oficiales del RADEPA, que instalaron en la presidencia al comandante Gualberto Villarroel. Peñaranda fue el último viejo oficial que ocupó la presidencia. Villarroel iba a ser el último oficial de uno u otro grupo que ocu-

pó una alta magistratura, si se exceptúa la breve y desafortunada junta de 1951-1952.

El Presidente Paz Estenssoro considera que el primer período de poder del M.N.R. fue la Administración de Villarroel, que duró de 1943 a 1946 ; en este período el partido tuvo por primera vez ministros en el gabinete. Paz mismo era el ministro de Hacienda de Villarroel. Hablando de este período, Paz demostró que aún sentía inquina contra Estados Unidos. Durante los seis meses que siguieron al golpe militar que llevó a Villarroel al poder, Norteamérica se negó a reconocer al nuevo gobierno y logró persuadir a los demás países latinoamericanos, excepto a Argentina, para que hicieran lo mismo, basándose para ello en que se trataba de un golpe de inspiración fascista. El reconocimiento no se produjo hasta que los miembros M.N.R. del gabinete abandonaron el gobierno. Paz Estenssoro sigue considerando que esto constituyó una intervención injustificable y cuando le visité me dijo : « Ahora puede comprender por qué no queremos seguir a Estados Unidos en cuanto a la ruptura de relaciones con Cuba. Todos los países tienen derecho a la autodeterminación. » (De todos modos, existen también importantes razones de política interior que harían muy difícil una ruptura con Cuba.)

Paz Estenssoro señaló un error de hecho en uno de mis artículos publicados, en el que yo había escrito que « Villarroel formó su gabinete con miembros del M.N.R. y del P.I.R. (Partido de Izquierda Revolucionaria)... » La verdad era lo contrario. El P.I.R. no desempeñó ningún papel en el gobierno de Villarroel, era hostil a él y tuvo participación en la sublevación que le derrocó.

Villarroel se desprendió de los miembros M.N.R. del gabinete, expropió los bienes alemanes y entregó a los agentes de la misma nacionalidad. Tras un período de seis meses las Repúblicas latinoamericanas y Estados Unidos reconocieron al gobierno. Los miembros de filiación M.N.R., entre ellos Paz Estenssoro, volvieron al gabinete. (Paz puso objeciones a mi expresión « rápidamente », que parecía dar a entender que la reintegración al gabinete fue cíclicamente automática. Paz Estenssoro cree, y tiene poderosas razones para ello, que la reintegración del M.N.R. supuso la reconstitución

del gobierno tal como lo querían los bolivianos, y observa que los miembros M.N.R. no volvieron al gobierno hasta enero de 1945.) El gobierno prosiguió la presión que Busch había ejercido sobre las compañías mineras, creó nuevo impuestos, elevó los salarios y obligó a las compañías a vender a los mineros mercancías por bajo de su coste.

Yo había escrito : « Pero los días del ejército se habían acabado. La situación interior de Bolivia era grave y el final de la segunda guerra mundial encontró al país con un gobierno militar una vez más en el lado de los vencidos, aunque encubiertamente. El rencor, el descontento y la violencia estallaron en La Paz en julio de 1946. La causa inmediata fue el intento del gobierno de reprimir la huelga de maestros. Estudiantes y obreros declararon una huelga de protesta, se produjeron manifestaciones y el ejército disparó contra los manifestantes. La oposición sacó las armas de sus escondites y se lanzó también a la lucha. Los combates continuaron durante unos cuantos días, produciendo la muerte de varios centenares de personas. El populacho asaltó el Palacio presidencial, disparó contra Villarroel, le arrojó de una ventana a la plaza donde le mutilaron y finalmente le colgó de una farola. Algunos dirigentes del M.N.R. buscaron asilo en las embajadas, otros fueron asesinados. Paz Estenssoro se exilió a la Argentina. »

Esta interpretación de la sublevación —que fue un movimiento popular contra el que el gobierno intentó defenderse utilizando al ejército— molestó grandemente al Presidente, el cual me dijo que, por el contrario, Villarroel fue derribado por una conspiración de viejos oficiales del ejército, algunos de ellos en connivencia con representantes de los propietarios de minas. Estas personas se aprovecharon simplemente de los desórdenes públicos y del « aura » de sentimiento popular suscitado por el P.I.R. para atacar a las fuerzas leales a Villarroel. Las manifestaciones públicas fueron « menores que la manifestación castrista del 23 de enero » y « los obreros no se declararon en huelga ». Evidentemente, Paz Estenssoro considera esta época como el primer período públicamente sostenido del M.N.R. Su frustración en el poder no fue

pesinos, que tan importante papel desempeñan en los asuntos bolivianos. Al hombre fuerte del altiplano, Toribio Salas, le descartó diciendo que no era en modo alguno un campesino, sino un zapatero. Señaló la importancia creciente de un tal Salas, del que dijo que era joven, enérgico e inteligente. (Sin embargo, más tarde este Salas apareció en la lista de los candidatos del M.N.R. para el puesto de diputado por La Paz). Habló con orgullo de Julián Chávez, el nuevo líder campesino de Cochabamba, que ha sustituido al feroz José Rojas (ahora atrincherado en la ciudad de Punata), y a Miguel Veizaga, hombre de mano dura. Yo he tenido ocasión de hablar con Chávez y estoy de acuerdo en que es humano, agradable e inteligente. Al Presidente se le olvidó mencionar que era él personalmente quien había nombrado a Chávez y queda por ver si el nuevo líder posee el vigor y la energía necesarios para dirigir a los campesinos que en dos ocasiones estuvieron a punto de provocar la guerra civil en los valles de Cochabamba.

La nacionalización de las minas de estaño más importantes no era sólo una necesidad política, sino un firme propósito del gobierno M.N.R. Paz Estenssoro decretó el secuestro de las propiedades de Patiño, Hochschild y Aramayo en octubre de 1952. La ceremonia de la expropiación se celebró en Catavi, donde en 1942 Peñaranda había dado la orden de disparar contra los mineros. Las minas de importancia media y pequeña no fueron afectadas por la medida de expropiación. El gobierno consintió en pagar a los propietarios de las minas 22 millones de dólares, aunque bajo la condición de que aquellos pagaran al gobierno 485 millones de dólares, que según Paz Estenssoro debían en concepto de impuestos y de multas. Pero de hecho el gobierno está pagando las minas, ya que la fundición inglesa controlada por Patiño —que es la única que puede tratar los minerales bolivianos, si exceptuamos la fundición, hoy cerrada, que el gobierno norteamericano posee en Texas City y una nueva, pero pequeña, fundición brasileña— deduce un porcentaje de sus pagos por el mineral para enjugar el valor de las minas. Por desgracia para el M.N.R. y para el gobierno, las minas fueron nacionalizadas después de ago-

tarse las reservas de alto porcentaje. Pero los mineros, a los que había organizado Lechín, pidieron que se les recompensara no sólo por los años de trabajo en condiciones inferiores a lo normal, sino porque además realizaban en gran parte la función de un ejército, desde que el ejército nominal había quedado sistemáticamente neutralizado. Se crearon nuevos puestos de trabajo para emplear a antiguos mineros, se elevaron los salarios y las delegaciones mineras vendieron los alimentos y otros artículos de primera necesidad a un precio inferior a su coste. El resultado fue que las minas, en lugar de producir como en años anteriores entre el 70 y el 80 por ciento de los ingresos públicos, se convirtieron en un sumidero de dinero para el gobierno, que se veía obligado a pagar la diferencia entre el coste de producción y los bajos precios mundiales —cosa que hace con el fin de agenciarse divisas extranjeras. La nacionalización de las minas fue un importante acto simbólico, pero no constituyó una parte fundamental de la auténtica revolución social.

Había ido oscureciendo mientras hablábamos en el tranquilo despacho; temiendo ocupar demasiado el tiempo de un hombre que tiene tanto que hacer, di las gracias a Víctor Paz Estenssoro y le dejé para que recibiera a las muchas personas que aún esperaban en la antesala. Mientras descendía por la escalera, —más allá del monumental y extraño mural en la pared sur del gran vestíbulo— y salía a la plaza con su torva farola enfrente mismo del Palacio, pensé que había estado hablando con un hombre razonable y hábil que se halla profundamente sumergido e interesado en los problemas de su país. Paz Estenssoro no había recurrido a generalidades brillantes ni presentado ningún grandioso proyecto para lo futuro, pero daba la impresión de que los problemas cotidianos resultan demasiado absorbentes para permitir tales ejercicios.

La reforma agraria y la transformación social

La extensión de la revolución no es algo que salte sin más a los ojos del visitante casual de Bolivia, y menos aún de quien li-

mita sus observaciones a La Paz. La revolución provocó una depresión económica, en parte por el grado mismo de destrucción de las instituciones en que antes se apoyaba la economía y en parte por la miseria y la falta de prudencia y buen sentido. La depresión económica es algo bastante evidente, tanto en La Paz como en Bolivia en general. Las armazones de los edificios que se hallaban en construcción en La Paz en 1956 siguen hoy en el mismo estado que entonces. Un jornalero de La Paz puede darse por contento si gana 0,80 dólar diario. Con esa cantidad puede comprar dos kilos de carne, cuatro kilos de harina o menos de litro y medio de aceite comestible. Un empleado ordinario del gobierno gana 25 dólares al mes en un país donde el coste de la vida se sitúa a los niveles mundiales. Es un hecho indiscutible que los efectos económicos inmediatos de la revolución en las ciudades y en las minas han sido catastróficos. Pero esto no puede servir como módulo final para juzgar la revolución.

En dos aspectos está realizando progresos sustanciales la revolución boliviana. Su sociedad se está acercando a la de una nación integrada de ciudadanos más bien que a un grupo minoritario de « blancos », un grupo desprovisto de carácter de « mestizos » y una masa de « indios ». Y desde el punto de vista geográfico Bolivia está realizando la integración de su territorio, que desde la independencia ha amenazado con desintegrarse en las órbitas de los cinco países con los que limita. La revolución está dando en Bolivia un sentido al concepto de nacionalidad.

Sólo alguien que se halle familiarizado con el sistema de latifundios tal como existía en Bolivia y todavía existe en Perú puede comprender la profundidad del cambio operado en la mayor parte de los bolivianos, que han pasado de ser « indios » a ser « campesinos ». Una vez más, este cambio apenas se expresa en términos económicos: el régimen alimenticio de los campesinos es insuficiente en proteínas animales, calcio y vitaminas A y C. Muchos siguen aún durmiendo sobre pieles de oveja en el suelo de sus chozas, comen con cucharas de madera de fabricación casera, llevan sandalias hechas con llantas de camión y conducen sus cosechas al mercado sobre el hombro

porque no disponen de un animal. Pero desde el punto de vista social y político el cambio es enorme.

El latifundio imponía un modelo a la vida de los indios antes de 1952. El latifundio era una extensa finca, propiedad de una persona que normalmente no residía en ella y administrada por un empleado que concebía las obligaciones de los siervos según un sistema paternalista, pero que ignoraba las obligaciones correspondientes del patrón. Los siervos ocupaban diminutas parcelas en usufructo y se hallaban sometidos al arbitrio del administrador. Como contrapartida, el siervo debía al patrón de tres días de servicio a la semana (en Cochabamba) a seis a la semana (durante la recolección en el altiplano). Era privilegio del patrón —o con mayor frecuencia del administrador— utilizar estos días de servicio gratuito en las tierras del latifundio o alquilar los siervos a otros terratenientes, o incluso para trabajar en las ciudades, « como si fueran ganado », según la expresión misma de los campesinos. El siervo tenía que pagar un canon anual en dinero. Él y su mujer debían cada año varias semanas de trabajo gratuito llamado « pongüejaje » durante las cuales él servía como lacayo, portero o fogonero, mientras la esposa cocinaba, lavaba o hacía de doncella. Además, la familia tenía que pagar como impuesto una cantidad de pollos, huevos, kilos de lana hilada, etc. Los hijos del siervo tenían que atender al ganado del latifundio y cualquier pérdida que se produjera había de pagarla el siervo. No existían escuelas y el tratamiento médico se reducía al administrado por los curanderos indígenas, entre cuyos métodos figuraban la aplicación de ventosas, la sangría y la curación del mal de ojo mediante la aplicación de hojas de coca. El siervo se quitaba el sombrero en presencia de los « blancos », le besaba la mano al patrón, hablaba únicamente cuando se le dirigía la palabra y generalmente vivía y moría en las tierras y dentro de los horizontes del latifundio, sin que por su cabeza pasara nunca la idea de una alternativa, de un país o de un Dios distinto del que le instaba a aceptar su destino y a respetar a sus superiores.

Hoy día el campesino ocupa su parcela de tierra con la seguridad que le da un

título expedido por el Consejo de la Reforma Agraria y firmado por el Presidente de la República. A veces puede pasar por momentos de duda y son muchos los que han llegado privadamente a un acuerdo con los antiguos propietarios, a los que han pagado ciertas cantidades, pero la tierra es suya y la idea de servidumbre ha desaparecido. La reforma electoral ha concedido el voto al campesino, sepa o no leer o, incluso, hablar español. Como la población de lengua quechua y aymará constituye el 60 por ciento de la población total, es ella la que elige al Presidente, a los senadores y a los diputados. Los votos campesinos se cuentan como del M.N.R., pero aquéllos participan metiendo en la urna electoral su papeleta de color. Los campesinos bolivianos viajan libremente en camiones, trenes, autobuses, aviones y en los nuevos « microbuses » europeos que se han hecho tan populares en las difíciles carreteras de Bolivia. Pueden visitar las ciudades o emigrar a ellas sin abandonar sus formas de vida campesinas. Las mujeres, con su camisa campesina (pollera) y su típico sombrero hongo del altiplano o su sombrero de paja charolado, de Cochabamba, se agolpan en los mercados comprando telas, azúcar y té, y vendiendo patatas, hortalizas y huevos. Los campesinos y las campesinas asisten a los cines y llenan la principal calle comercial de La Paz, la Calle Comercio, y la plaza central

de Cochabamba, la Plaza 14 de Septiembre. El cambio de *status* del indio boliviano ha sido muy notable en el corto espacio de diez años.

Pero su incorporación a la vida nacional no es todavía completa. El campesino sigue aún siendo visiblemente un campesino y ciertas gentes de las ciudades que pretenden atribuirle una diferencia racial emplean la palabra « cholo », es decir un antiguo indio que se esfuerza por elevarse por encima de su condición. Pero los hijos de los campesinos aprenden ahora español en las escuelas y encontrarán su puesto en la sociedad en función de sus capacidades.

En todo examen de la revolución boliviana hay que distinguir claramente entre sus resultados sociales y sus resultados económicos. Unos pueden ser positivos y los otros negativos, pero esto no significa que se anulen unos a otros. El ejemplo más claro es la reforma agraria, que según ya hemos explicado constituye sin duda alguna la máxima realización social de la revolución. Pero no puede negarse que sus efectos económicos han sido desafortunados. En ausencia de estadísticas dignas de crédito resulta difícil formarse una idea clara del asunto y los testimonios resultan un tanto contradictorios. El número de hectáreas de tierra cultivada aumentó de 1950 a 1957-58 en un promedio del 11,2 por ciento :

Cultivo	Censo agrícola Hectáreas	1950 %	Cálculo Hectáreas	1957-58 %	Aumento (+) o disminución (-) %
Maíz	118.232	18,1	216.300	29,8	82,9 (+)
Papa	113.053	17,4	112.400	15,5	0,6 (-)
Cebada	96.913	14,8	121.600	16,7	25,5 (+)
Trigo	84.709	12,9	92.700	12,7	9,4 (+)
Quinua	18.998	2,9	16.900	2,3	11,0 (-)
Oca	18.334	2,8	10.600	1,5	42,2 (-)
Arroz	15.602	2,4	19.300	2,7	23,7 (+)
Caña de azúcar	10.013	1,5	17.800	2,4	77,8 (+)
Alfalfa	4.774	0,7	8.200	1,1	71,7 (+)
Yuca	3.950	0,6	9.100	1,3	130,4 (+)
Café	3.395	0,5	5.800	0,8	70,8 (+)
Frutales	16.762	2,6	29.400	4,0	75,4 (+)
Otros	149.523	22,8	67.100	9,2	44,8 (-)
TOTAL	654.258	100,0	727.200	100,0	11,2 (+) (1)

(1) Casto Ferragut : *La Reforma Agraria Boliviana*, La Paz, 1961 (Texto mimeografiado).

Pero un cuadro de la actual producción agrícola preparado por la Misión de Operaciones de Estados Unidos en Bolivia, en cooperación con el Servicio Agrícola Interamericano y el Ministerio de Economía, nos ofrece una imagen distinta. Aplicando la base 100 al año 1950, este índice de la producción agrícola nos da las siguientes cifras :

1950	100,0
1951	103,5
1952	98,4
1953	87,9
1954	67,1
1955	69,8
1956	68,8
1957	81,7
1958	80,0
1959	83,5
1960	(preliminar) 82,0

Es posible que la producción agrícola haya disminuído mientras aumentaba la superficie cultivada, y ello por dos razones. En primer lugar, es prácticamente imposible conseguir cifras exactas del aumento del consumo campesino de su propia producción e incluirlo así en sus cifras globales de producción. Esta disminución aparente de la producción quizá puede atribuirse en gran parte al consumo por el campesino-productor de una porción mayor de la producción que no vende por tanto en el mercado. En segundo lugar, la reforma agraria se aplicó en un sentido político y revolucionario que necesariamente ignoraba muchas consideraciones de carácter técnico y económico. De este modo un número bastante considerable de empresas altamente capitalizadas y eficientes se vieron afectadas por la reforma agraria y distribuídas al mismo tiempo que los latifundios. La desmembración de estas explotaciones y la proliferación de minifundios no podían dejar de menoscabar la eficiencia y provocar un descenso de la producción.

La propagación de los minifundios se convirtió en una realidad como consecuencia de la aplicación de la reforma agraria. En los valles de Cochabamba se entregó a más de 8.000 campesinos parcelas menores de una hectárea. Para poder subsistir, estos campesinos, incapaces de vivir de tan escasa extensión de tierra, dedican el 70 por

ciento de su tiempo a actividades distintas de las agrícolas.

Pero es también importante recordar, como señala Casto Ferragut, que la distribución efectiva de tierra en aplicación de la reforma agraria está a punto de completarse. Ferragut hace el cálculo siguiente :

Jefes de familia que ya han recibido títulos de propiedad o cuyos títulos de propiedad ya se encontraban en tramitación el 31 de octubre de 1961	107.397
Cálculo de jefes de familia que recibirán títulos de propiedad de los dos mil expedientes que se encontraban en la fase final de su tramitación en el Ministerio de Asuntos Campesinos en noviembre de 1961	40.000
Número que se calcula de agricultores en fincas menores de 10 hectáreas, inafectables de acuerdo con la ley, y que no han iniciado el expediente de inexpropiabilidad	58.000
Número probable de familias en 3.779 comunidades indígenas, considerando un promedio de 30 familias por comunidad	113.370
TOTAL	318.767

El Censo Agrícola de 1950 nos da la cifra de 1.337.770 personas que viven en fincas. Tomando en consideración un aumento natural de esta población, podemos calcular que actualmente viven en las explotaciones agrícolas 1.500.000 personas. Tomando la cifra de 4,5 como promedio de individuos en una familia campesina, llegamos a la cifra de 333.333 familias campesinas que según la ley tienen derecho a recibir tierras. Aun aceptando estas cifras aproximativas y moderadas, resulta que hay un déficit de sólo 14.566 familias con derecho a tierra que no la han recibido. Y este cálculo no tiene en cuenta el número de familias campesinas que han emigrado desde el altiplano y los valles a las tierras bajas del norte y del este. Es muy posible que la reforma agraria esté hoy prácticamente terminada, salvo una distribución final de títulos en el altiplano y los valles, que son las zonas campesinas tradicionales.

La consolidación de la reforma agraria y

la propagación de los minifundios ha supuesto en Bolivia el comienzo de una nueva fase en su desarrollo agrícola. Esta fase está constituida por la emigración de la población campesina indígena desde las tierras altas, que han sido su lugar natural casi desde la época preincaica, hasta las zonas vírgenes del Amazonas con sus tierras bajas y sus yungas, que se están llenando de colonos con la misma rapidez con que se construye en ellas carreteras.

Estas son las direcciones que está tomando la revolución nacional. El nuevo objetivo es la integración del territorio nacional mediante la colonización de las zonas que nunca antes estuvieron habitadas. Al mismo tiempo esta nueva empresa promete aliviar la miseria de un nivel de vida de pura subsistencia en las tierras altas y aumentar grandemente la producción agrícola, gracias a la implantación de una serie de productos para el consumo y la exportación. Así es como la revolución se renueva a sí misma.

En la frontera

El ímpetu nuevo de la migración interna es una parte y un resultado de la revolución, y ello por varias razones. La reforma agraria, que acabó con la sujeción feudal a la tierra, hizo posible que el campesino pudiera abandonar su tierra en busca de nuevas oportunidades sin la seguridad de perder su antigua parcela. Ahora le cabe abandonar esa parcela sabiendo que, si no encuentra nada mejor, puede volver a ella. Por otra parte, el gobierno ha construido carreteras: la de Cochabamba a Santa Cruz, alargando la carretera de La Paz hasta las zonas más alejadas de las yungas septentrionales, la de Santa Cruz a Montero y aún más lejos hasta Yapacaní, etc. Una docena de proyectos esperan sólo la financiación necesaria para iniciar su realización. Y Víctor Paz Estenssoro ha elegido a un hombre de gran visión, Alfonso Gumucio Reyes, para el puesto de ministro de Economía.

Alfonso Gumucio tiene una visión de Bolivia que se extiende profundamente hacia el futuro. Quizá sea él mejor que nadie quien pueda cambiar el clisé en que solemos ver el país. Muchas personas, in-

cluso los que conocen bien a Bolivia, la ven primordialmente como una nación de indios medio muertos de hambre extrayendo el estaño de los altos Andes; una nación simbolizada por la desdeñosa llama errando por el desierto y ventoso altiplano y contemplando la misteriosa extensión del Lago Titicaca. El centro de la conciencia nacional ha estado siempre en las altas tierras densamente pobladas: el altiplano y los valles entre las montañas. Sin embargo, Alfonso Gumucio ve una Bolivia subtropical, un país en el que las exportaciones de productos tales como el cacao, el café, el caucho, las maderas preciosas, las especias y los aceites vegetales pueden superar a las exportaciones de minerales. Gumucio contempla ya el día en que las altas tierras inhóspitas serán sólo un apéndice de las ricas tres quintas partes de la nación que son tierras bajas y que ahora se están haciendo accesibles y colonizando. El ministro de Economía boliviano tiene clara visión en este punto y está haciendo tanto como cualquier otra persona para que esa visión se convierta en una realidad.

Existe un mito según el cual el campesino de las altas tierras bolivianas se niega a asentarse en las tierras bajas. El mito se refuerza con alusiones a las desafortunadas tentativas realizadas para trasladar a mineros sin experiencia agrícola a zonas remotas, donde se les abandonaba sin ayuda de ninguna clase, o a otros intentos mal planeados de colonización dirigida, tales como el experimento realizado en Cotoca, en la provincia de Santa Cruz. Estos fracasos no deben ocultar el hecho contrario y definitivo de que la emigración desde las tierras altas a las bajas ya no es un experimento, sino un movimiento de masas que aprovecha toda ruta que ofrezca una nueva abertura hacia las zonas vírgenes. No deja de ser significativo el hecho de que se oiga la lengua aymará en las yungas más remotas al norte de La Paz y la lengua quechua junto a los afluentes del Amazonas del norte de Santa Cruz. De hecho, los campesinos no siempre esperan a que se construyan las carreteras, sino que a menudo se anticipan a ellas. En la región septentrional de Santa Cruz y en Chapare, al norte de Cochabamba, existen senderos que quizá no se conviertan en carreteras durante años y

cios médicos ni escuelas. De la tenacidad de los colonos da fe la gran cantidad de ellos que permanecieron en los alrededores de Espíritu Santo aun después que el río Chapare cambió hace unos años de curso, haciendo impracticable la carretera y devolviendo la región a su situación original de aislamiento.

La carretera de Cochabamba a Santa Cruz, que se inauguró en 1955 y que hoy es la única carretera pavimentada del país, hizo por fin de Santa Cruz una parte de Bolivia. Anteriormente, la región disponía de una débil conexión por ferrocarril con Corumbá, en el Brasil, y la zona parecía inclinarse más hacia el poderoso vecino que hacia la distante capital de La Paz. El ministro Alfonso Gumucio ordenó, a pesar de una gran oposición, que se acelerase la construcción de la fábrica azucarera de Guabirá, cerca de Santa Cruz. A la fábrica se le dio el sobrenombre de « La mascota de Gumucio », debido a que cuando se terminó de construir apenas había caña azucarera que tratar en ella. Ahora la refinera está consiguiendo para Bolivia la autosuficiencia en cuanto a la producción azucarera y ha dotado a Santa Cruz de una industria de primer orden y de una buena renta líquida para los agricultores. La región ha atraído a colonos de países tan lejanos como Paraguay y Canadá, Italia, Okinawa y el Japón. Pero el asentamiento más importante es el de los bolivianos mismos. Hoy, prácticamente, toda la tierra en torno a la capital departamental de Santa Cruz se halla ocupada y a los nuevos colonizadores se les obliga a trasladarse cada vez más al norte, región que dispone de un suelo agrícola mejor y de un mayor índice pluviométrico que el sur. La mayoría de estos colonos han seguido la carretera hasta el río Yapacaní. Ciento treinta familias han cruzado ya el río en piraguas y se han asentado en parcelas a lo largo del camino primitivo abierto hasta Puerto Grether, a 61 kilómetros de Yapacaní.

Durante muchos años Alfonso Gumucio ha luchado en favor de la construcción de una carretera, hoy ya iniciada, desde la carretera de Cochabamba-Santa Cruz, hacia el norte, hasta Puerto Villarroel, el punto navegable más meridional del sistema de afluentes de la Amazonia boliviana. La

combinación de carreteras y ríos abrirá al tráfico las llanuras de Moxos y liberará a Bolivia de su dependencia respecto a la carne argentina; pondrá además al servicio del país nuevas tierras para una explotación casi ilimitada de productos tropicales y subtropicales. El ministro Alfonso Gumucio es un realista y concibe el proceso, en su primera fase, simplemente como un medio de ofrecer la posibilidad de subsistir a más de la mitad de la población boliviana que vive literalmente en un nivel de vida inferior al de la pura subsistencia. Pero es lo bastante clarividente para prever el día en que el proceso iniciado ayudará a Bolivia a convertirse en un país próspero y unificado, un país en el que los progresos sociales de la revolución podrán traducirse en beneficios económicos.

Juan Lechín y su política

Hasta ahora los progresos sociales de la revolución no se han traducido en esos beneficios económicos. Ello se debe en gran parte a que la revolución no se basó en criterios técnicos y económicos, sino en unos objetivos políticos y sociales. Es posible que una revolución sólo pueda ser verdaderamente revolucionaria sobre esa base. Ha habido también una mala administración de los recursos económicos. Resulta difícil justificar la superinflación del período de 1952 a 1956, que hizo que el cambio del boliviano descendiera de 190 por dólar a 12.000 por dólar, antes de que un enérgico plan de estabilización lo fijara en este nivel, manteniéndolo en él desde entonces. La negativa a aumentar las tarifas ferroviarias provocó la retirada de los directores e ingenieros británicos y condujo los ferrocarriles al borde del aniquilamiento. Actualmente se está poniendo en práctica un plan para su rehabilitación. La entrada en los ferrocarriles del personal sobrante de las minas nacionalizadas tuvo quizá sus razones políticas, pero contribuyó grandemente a crear un déficit que el gobierno no podía soportar. Los precios artificialmente bajos de la gasolina hacían que la compañía pública del petróleo no dispusiera de fondos para emprender la vital exploración del territorio. Por su parte, las líneas aéreas del gobierno no pueden pagar sus factu-

ras a la compañía del petróleo. La industria funciona a un bajo porcentaje de su capacidad y el paro es grande.

Hay, o había, razones políticas a corto plazo que justificaban estas prácticas. La inflación venía a proporcionar una subvención indirecta a los obreros industriales y mineros, satisfaciendo así sus exigencias, aunque a un costo enorme. La inflación completó también la nivelación de clases provocada por la reforma agraria. La estabilización de 1956 se realizó sobre todo a costa de los trabajadores asalariados, especialmente los de las fábricas y las minas. Los salarios quedaron bloqueados, mientras se permitía que los precios subieran. La presión política a que dio lugar este acto necesario hizo más difícil elevar las tarifas controladas por el gobierno : fletes, productos petrolíferos, precios de los minerales, tarifas aéreas. Poco a poco estas tarifas han ido ajustándose mediante una serie de elevaciones, lo que ha dado lugar a una economía más equilibrada pero ha intensificado constantemente la presión política sobre el gobierno y sobre el M.N.R.

El hombre que ha de soportar gran parte de la carga que esta presión supone es el Vicepresidente Juan Lechín Oquendo. Lechín desempeña un doble papel. Además de asumir las funciones de segundo personaje del Estado, después de Paz Estenssoro, es secretario ejecutivo de la Central Obrera de Bolivia. De modo que Lechín asume las funciones contradictorias de representar al gobierno y de representar los intereses de los obreros ante el gobierno.

Juan Lechín es el hombre que tiene más probabilidades de suceder a Paz Estenssoro en 1964 ; y es el portavoz de miles de mineros y obreros industriales, de cuyo apoyo depende el gobierno y a cuyas exigencias tiene sin embargo que resistir. A Lechín se le ha calificado de comunista en publicaciones oficiales de Estados Unidos ; él por su parte se ha calificado de trotskista y, sin embargo, igual que Paz Estenssoro, se ha vuelto más moderado y responsable a medida que tenía que enfrentarse con responsabilidades ineluctables. El 4 de mayo pasado Lechín hizo una importante declaración sobre su posición personal con motivo de la inauguración del Tercer Congreso Anual de la Central Obrera Bolivia-

na. El Vicepresidente parecía un tanto contrariado por un busto de Carlos Marx que aportó un « delegado » de la Alemania oriental. Sus declaraciones consistieron en siete puntos sobre los asuntos internacionales y 25 puntos relacionados con los asuntos nacionales. En el terreno internacional Juan Lechín abogó por :

« 1. Relaciones económicas, culturales y diplomáticas con todos los pueblos del mundo, independientemente de sus regímenes económicos, sociales o políticos ; pero sobre la base del mutuo beneficio y el respeto en los asuntos internos de los Estados.

2. Sólidos lazos de amistad y cooperación con los países latinoamericanos...

3. Defensa inalterable de los principios de no intervención y autodeterminación, ya que cada país tiene derecho a elegir para sí mismo el régimen económico, social y político que sea más conveniente a sus intereses.

4. El mantenimiento de la actual posición de la Central Obrera Boliviana con respecto a las organizaciones obreras internacionales, manteniendo relaciones con todas ellas.

5. Participación activa en la estructura de la Central Obrera Latinoamericana.

6. Ayuda mutua entre los movimientos de liberación nacional de todos los países subdesarrollados del mundo, especialmente los de América Latina...

7. Acción común en defensa de los precios de las materias primas. »

En el terreno de la política interior, Lechín propugnó lo siguiente :

« 1. Aceptación de (todos) los créditos, vengan de donde vengan.

2. Defensa de la Compañía de Minerales de Bolivia (administradora de las minas de estaño nacionalizadas) y transformación de la misma en una empresa respetable, eficiente, honesta y altamente capitalizada.

3. Diversificación de la producción de minerales...

4. Suspensión permanente de los pagos por indemnizaciones (por las minas de estaño) a los antiguos señores del estaño...

5. La fundición y la industrialización de todos nuestros minerales, y no sólo del estaño, dentro del país.

6. Estímulo a la explotación minera privada...

tos internacionales. De todos modos, el comunismo sigue siendo una fuerza poderosa en los sindicatos mineros, donde el M.N.R. ha sido menos afortunado al llevar a la práctica sus promesas.

A los « indios » — como se llamaba en Bolivia a los campesinos antes de 1952 — se les puede integrar en la vida de la nación. Incluso en Bolivia, donde constituyen el 60 por ciento de la población, se les han concedido los mismos derechos que al resto de los ciudadanos, el derecho de voto y la posibilidad de instruirse sin provocar un estado de violencia o una guerra de clases permanente. Tras permitírseles la entrada en « el sistema », han aceptado la mayor parte de él. Los campesinos que sólo saben hablar en su propia lengua no se hallan todavía completamente integrados, pero sus hijos aprenden el español y pueden sentirse seguros de gozar de una movilidad ilimitada dentro de la sociedad nacional.

La reforma agraria en las zonas densamente pobladas es un proceso social, no económico. El reparto de las tierras se impone muy frecuentemente allí donde será menos beneficioso. El clamor en pro de la reforma agraria en el altiplano y en los valles ignoraba que lo más probable era que extendiese la pobreza en vez de repartir la riqueza. Pero el importante progreso conseguido es de carácter social: liberación de los deberes impuestos por el latifundio y libertad para buscar nuevas oportunidades. Y el sentido de la propiedad es un elemento importante en la participación nacional.

El reasentamiento no es un sustituto de la reforma agraria. Las posibilidades de colonización existían en Bolivia antes de la revolución, pero habían sido muy escasamente aprovechadas. Los intentos del gobierno para acelerar el reasentamiento fueron considerados como actos de coacción. Resultaba difícil alentar un movimiento hacia una nueva zona cuando ese movimiento suponía la pérdida de los derechos usufructuarios y una ruptura definitiva de los lazos con la comunidad tradicional. Bolivia parece demostrar que la colonización da sus mayores rendimientos cuando es sólo un complemento de la reforma agraria.

La segunda fase de la revolución, el esfuerzo por conseguir una racionalización

económica que sigue a la destrucción institucional de la reforma, provoca serios conflictos políticos. Bolivia atraviesa ahora ese terreno peligroso en que el intento de enfrentarse con las realidades económicas crea molestias y penalidades para la base popular del gobierno en el poder. La llamada al orden del gobierno no tiene más remedio que ser un poco conservadora y exigir austeridad a las masas. Éstas tienden a rechazar la austeridad como una pobre recompensa por su apoyo y hacen presión en favor de medidas extremas. La disyuntiva se halla perfectamente expresada en el discurso de Juan Lechín a la Central Obrera Boliviana.

La reforma revolucionaria es uno de los caminos hacia el nacionalismo razonable. Aquí hay que distinguir entre nacionalismo y nacionalismo, y entre un nacionalismo fanático y agresivo, de estilo « chauvinista », y un nacionalismo que es un resultado natural de una autoconciencia nacional.

Bolivia es una nación desde hace 137 años, pero su sentimiento nacionalista sólo ha empezado a desarrollarse en los últimos tiempos. Es el nacionalismo lo que refleja la integración social y territorial realizada por la revolución, pero no un nacionalismo que intenta confirmar un dudoso sentimiento de la comunidad mediante una aserción precipitada y temeraria.

Bolivia fue una nación sin nacionalismo durante 127 años. Un clima predominante de opinión se impuso después de las guerras de independencia, cuando el debate fundamental consistía en si Bolivia — constituida entonces por las Charcas o alto Perú — debería convertirse en una nación o bien ser (o seguir siendo) una parte del Perú, o incluso colocarse bajo la tutela de los países del río de la Plata. Bolivia se convirtió en una nación apoyándose en el sorprendente argumento de que « sería más fácil unirse a otro país posteriormente que declararse independiente después de unirse a él ».

La nación fue esencialmente el resultado de un acuerdo práctico de los paceños (de La Paz), los cochabambinos, los cruceños (de Santa Cruz), los chuquisaqueños (de Sucre), los tarijeños, etc. Sucre y La Paz

JOSE DURAND

Un rasgo humanístico del Inca Garcilaso

Lo mismo al ocuparse de labranza que de construcciones arquitectónicas, tanto al discernir vocablos como al hablar de música o detenerse en cuestiones morales : siempre un trasfondo humanístico deja su impronta en las páginas de ese noble mestizo que, allá en su vejez, escribía las cosas de su tierra. Lo grande y lo menudo revelan por igual el espíritu de Garcilaso. En ello hay delicia y también un sentido profundo, que escapará al lector actual, pero que entonces debió contribuir firmemente a la fama del autor.

Recordemos algunos puntos. El Inca quería componer historias elevadas, capaces de salvar del olvido los grandes hechos, proponiéndolos a la admiración del universo. Esa tarea histórica requería virtudes literarias y de hecho se convirtió en literatura. Pero no en literatura de intención meramente estética o recreativa, pues belleza y amenidad son aquí sólo aspectos de una gran visión del mundo. El Inca será menos objetivo y más arbitrario que algunas crónicas, como suele ocurrir con toda obra de tesis, la cual difícilmente puede limitarse a *crónica*. Aquí interesará la concepción que un autor genial tuvo de la historia que narra, no obstante ser historia en parte idealizada y en parte deformada por una intención polémica.

Muchas veces la intención se halla oculta. El mestizo ladino, para quien sepa leerlo, no sólo discute con otros autores cuando lo declara abiertamente. Hay otra disputa que se mantiene, por ejemplo, cuando presenta a los indios como nobles intachables, esos mismos indios a quienes Oviedo y Gómara acusaban de *no tener honra*. Los alegatos en favor de la nobleza india americana van desde la portada de su primer libro en 1590 hasta el capítulo final del último, que dio a la imprenta al tiempo de morir.

Este hombre amante de las confidencias era también el indio que, muy a la manera de su raza, sabe a cada paso callar y eludir. Comprender tales sutilezas resulta a menudo tarea complicada. La afirmación tajante de que esas obras contienen historia pura o pura novela resulta falsa e ingenua. Para el Inca la historia es algo tan peculiar que al cabo se convierte en *su* historia propia, como hijo de palla inca y de conquistador español. No tendremos aquí la actitud autobiográfica del héroe que escribe, como César o Cortés, sino el relato de tiempos idos y perdidos, como lo eran ya entonces los mundos de incas y conquistadores. La autobiografía adquiere otro sentido, más difuso y amplio, pero igualmente íntimo. Literatura, historia, huma-

nismo resultan así como partes de un todo. El cual, como entraña viva, no puede dividirse ni cortarse sino a costa de su muerte.

Si nos resignamos a perder al historiador, lleno de admirables atisbos que trascienden sus propias noticias ; si dejamos también al escritor, aquel cuya maestría nadie discute, nos quedará aún el humanista : tanta es su riqueza. Toparemos con el curioso insaciable, fruto del Renacimiento tardío ; como el hombre que, por encima de todos los desengaños, ama siempre la vida y los modos humanos de vivirla, conocerla, admirarla. Lo tendremos registrando las cronografías y repertorios de los computistas, que hoy aparecen en el inventario de su biblioteca, para establecer fechas lejanas. O bien traduciendo magistralmente, en labor humanística ejemplar, los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo. En sus ideas sobre honra, fama, nobleza, rey, fortuna, riquezas, desengaño del mundo, guerra justa, edad de oro y muchas más, participará del mejor pensamiento de su época (salvo el erasmismo, de cuyo espíritu crítico careció). Neoplatonismo, estoicismo cristiano, petrarquismo, providencialismo, influyen de hecho en sus concepciones históricas. Ya lo veremos en otra ocasión.

Henchido de curiosidad humanística, Garcilaso se complace en descubrir lo nuevo o, al recordar lo antiguo, gusta en todo de la propiedad, quiere tener noticia de artes, ciencias u oficios. Aun oficios manuales, como cuando describe la técnica de los incas para hacer un zurcido. Esta actitud ante faenas tenidas por villanas, que extrañaría a un hidalgo peninsular, aparece aquí no sólo como rasgo humanístico, sino también como actitud propia de un americano. Los españoles en Indias, según cuenta Garcilaso, aun los más nobles, trabajaron en ocasiones con sus manos y, corrientemente, comerciaron ; él también comerció, en la misma España. De otro lado, recuérdese que la nobleza incaica estaba obligada a aprender a fabricar personalmente armas y calzado (*Comentarios*, lib. VI, cap. XXV). Si su condición de mestizo influía en la amplitud de su criterio respecto a « bajos menesteres », ello se confirmaba en las corrientes humanísticas y literarias, amantes de poetizar a los humildes. Y no olvidemos que el Inca leyó copiosamente a fray Luis

de Granada, de cuyo amor a la naturaleza participa, prodigando admiración a las últimas criaturas. Desde el zurcir hasta la teología, todo resultará para Garcilaso digno de conocerse y saborearse. Digamos, en fin, que, fuera del pensamiento cristiano, también aquí vuelve a contar León Hebreo, en cuya concepción emanatista del universo las líneas que bajan de Dios a la materia y de ésta suben a Dios, ligan a todas las criaturas del orbe, empapadas de amor.

Lengua : arcaísmo y renovación

No se conoce aún con justeza el español que se hablaba en el Perú durante el siglo XVI. Garcilaso vivió en el Cuzco hasta los veinte años y luego pasó definitivamente a España : un par de años en Madrid, unos veinticinco en Montilla, pueblo de la provincia de Córdoba, y finalmente, arraigó en Córdoba misma. Cuando llegó a esta ciudad, ya había escrito sus primeros libros y completado su formación. Nadie ignora que el habla rural —la de Montilla y también, en este caso, la del Cuzco—, suele tener tendencia arcaizante. De otro lado, el oficio de historiador lo inclinaba en ese mismo sentido, según puede comprobarse en ilustres ejemplos, empezando por el padre Mariana. Nada más natural, según ello, que el Inca emplee arcaísmos con alguna frecuencia. No sólo *ca*, *asaz*, *aina*, *acaecedero* y *mesmo* (que alterna con *mis-*), sino también *bocayuso*, *do*, *non*, *so*, *cabe*, *dende*, *catar* y otros, los cuales aparecen a lo largo de toda su obra, pero especialmente en la traducción de los *Diálogos* (1590) ; allí mismo encontramos formas como *parecerme hía* o *seguirse hía*, de arcaísmo manifiesto. Por lo demás, ello es tan frecuente entonces que iguales arcaísmos hallamos en Cervantes.

Este rasgo sólo puede apreciarse mirando su contrapartida : la soltura con que el Inca, desde los mismos *Diálogos*, recurre a latinismos y neologismos, cuando la necesidad lo pide. Volviendo los *Dialoghi* a lengua castellana, no vacila en poner estas palabras en boca de Sofía : « ¿Pudierase conocer la cosa que por el *conociente* no se comprehende? » (ed. NBAE, p. 297a) ; tampoco vacila en usar *iluminante* (p. 299a).

o Milán, brillaron como compositores, instrumentistas y, en algunos casos, como escritores. Allí está, por ejemplo, el *Cortesano* de Luis Milán, obra que al parecer leyó el Inca, sin contar el *Cortigiano* de Castiglione.

A semejanza de otros ingenios literarios, entre ellos Cervantes, el Inca demuestra conocer diversos instrumentos musicales, así como algunos principios teóricos que suponen estudio. De música, escribe, los incas « alcanzaron algunas consonancias, las cuales tañían los indios collas, o de su distrito, en unos instrumentos hechos de cañutos de caña, cuatro o cinco cañutos atados a la par ; cada cañuto tenía un punto más alto que el otro, a manera de órganos. Estos cañutos atados eran cuatro, diferentes unos de otros. Uno de ellos andaba en puntos bajos y otro en más altos y otro en más y más, como las cuatro voces naturales : tiple, tenor, contralto y contrabajo. Cuando un indio tomaba un cañuto, respondía el otro en consonancia de quinta o de otra cualquiera, y luego el otro en otra consonancia y el otro en otra, unas veces subiendo a los puntos más altos y otras bajando a los bajos, siempre en compás. No supieron echar glosa con puntos disminuídos ; todos eran enteros de un compás... Tuvieron flautas de cuatro y cinco puntos, como las de los pastores ; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar » (*Comentarios*, lib. II, cap. 26 ; ver lib. IX, cap. 23).

Ignoramos hasta qué punto llegaron sus conocimientos musicales, y también desde cuándo los adquirió. Resulta interesante al respecto un pasaje de los *Comentarios*, donde descubrimos al autor en su infancia, a los doce o trece años, rondando con sus condiscípulos en torno a un organista español. Los otros cantan en el coro, y él no, al menos en aquella ocasión. Garcilaso narra la escena tras hablar del estribillo o « retruécano *hailli* », propio de himnos incaicos, y cuenta que, « pareciendo bien estos cantares de los indios al maestro de capilla de aquella iglesia catedral, compuso el año de cincuenta y uno, o el de cincuenta y dos, una chanzoneta en canto de órgano para la fiesta del Santísimo Sacramento, contrahecha muy al natural del canto de los incas. Salieron ocho muchachos mesti-

zos, de mis condiscípulos, vestidos como indios, con sendos arados en las manos, con que representaron en la procesión el cantar y el *hailli* de los indios, ayudándoles toda la capilla al retruécano de las coplas » (lib. V, cap. 2). He aquí un ejemplo de cómo ocurría en el Cuzco, a mediados del XVI, el mestizaje cultural. Son, de otro lado, los primeros recuerdos musicales que refiere el autor. A los cuales agregaremos aquel tan conocido de la flauta india que llama a la amada con tierna melodía.

En carta dedicatoria al príncipe Maximiliano, el Inca habla de su entusiasmo por los *Dialoghi* de León Hebreo. Busca una comparación y el libro le parece música : « También se podrá advertir que muchas veces la materia de que va tratando la concluye no con buena satisfacción, y es artificiosamente hecho, como cuando en la música se da la consonancia imperfecta, para que tras ella la perfecta suene con mayor suavidad y sea mejor recibida ». Nada más revelador, sobre todo cuando se piensa que León, eclético por principio, junta su platonismo con la vieja idea pitagórica de la música de las esferas. En el diálogo segundo, junto a la apostilla « Opinión de Pitágoras en el movimiento del cielo », que pone el Inca en su traducción, escribe León Hebreo : « Pitágoras decía que, moviéndose los cuerpos celestiales, engendrabán excelentes voces, correspondientes la una a la otra en concordancia armónica. La cual música celestial decía ser causa de la sustentación de todo el universo en su peso, en su número y en su medida. Señalaba a cada orbe y a cada planeta su tono y su voz propia, y declaraba la armonía que resultaba de todos ». Pasa luego a resolver una duda : « Razón por qué no oímos la armonía del movimiento del cielo », según la apostilla de Garcilaso ; recuerda León que Pitágoras « decía ser la causa que nosotros no oyésemos ni sintiésemos esta música celestial, la distancia del cielo a nosotros o la costumbre della, la cual hacía que nosotros no la sintiésemos, como acaece a los que viven cerca del mar ». Luego pensará el Inca, como vemos, que en León Hebreo hay también una secreta música de razones concertadas. Años antes de esta traducción, según se sabe, el texto original italiano inspira la oda A

MARIA SCUDERI

Goya, León Felipe y la nueva poesía española

LÉON FELIPE, el « español del éxodo y el llanto », ha precisado en qué momento la que se considera a primera vista simple prosa se convierte en poesía ; cuándo —utilizando la palabra « poesía » en un sentido amplio y actual— dicha prosa llega a alcanzar la plenitud de su expresión, esencia en última instancia de toda obra de arte. Dice al respecto : « Un escrito sin rima y sin retórica aparente se convierte de improviso en poema cuando empezamos a advertir que sus palabras siguen encendidas y que riman con luces lejanas y pretéritas que no se han apagado y con otras que comienzan a encenderse en los horizontes tenebrosos. »

No compartimos del todo esta opinión de León Felipe. Para nosotros el poema debe existir por sí mismo, independientemente de la advertencia de esa rima histórica ; es decir, tener un carácter autónomo. Ahora bien, coincidimos con él al afirmar categóricamente la continuidad que subyace en todo el quehacer artístico, aun cuando en las sucesivas etapas del arte pareciera advertirse una quiebra total. Sabemos que esta quiebra es sólo virtual y que la auténtica obra perdura a través de los tiempos y a través de los múltiples cambios del gusto, influyendo en las nuevas creaciones. Y aun hasta en los casos en que esta influencia cambie de signo, erigiéndose la obra actual —aparentemente— en la negación absoluta del pasado, el ojo avizor percibirá siempre esa continuidad de que hablamos. No se trata de una vuelta atrás, sino del aca-

reco constante de materiales anteriores, de la selección de esos materiales y de la agregación de nuevos elementos : es la evidencia del continuo fluir histórico que alcanza quizá su grado más alto en el arte.

Indiscutiblemente, como ya lo expresó entre otros Unamuno (1), casi todas las obras de arte nacen de otras. Pero no basta conocer este origen e intuir que la creación actual dará, a su vez, nacimiento a nuevas creaciones para concluir sin más que la obra está lograda, que un « escrito sin rima y sin retórica aparente » se transforma por ello en poema. ¿Dónde queda entonces la personalidad del creador? ¿Dónde su *pathos* existencial? Porque si bien existe un número limitado de temas que han preocupado al hombre desde su amanecer vital —no sólo en su condición de *homo ethicus*, sino también de *homo aestheticus*—, es necesario que estos temas sean tratados de manera siempre nueva, con un colorido distinto, con un trazo original, con palabras que parezcan ser lanzadas al aire por primera vez. En suma, es necesario sustanciar nuevamente las voces y los colores en cada creación.

Sin embargo, buscando contrarrestar algunas exageraciones, resulta muy oportuno recordar en la actualidad las palabras de León Felipe. Sobre todo, quisiéramos que las leyera tantos pseudopoetas o pseudopintores que declaran enfáticamente haber destruido por completo los puentes que los

(1) Miguel de Unamuno : Prólogo a la *Estética* de B. Croce, Salamanca, 1911.

en los hospitales,
 en los depósitos de los cementerios,
 en las cunetas de las carreteras,
 en los escombros de las casas bombardeadas
 (resbalando en la sangre,
 tanteando en las sombras y en las ruinas).
 Contando muertos este otoño, en el Paseo
 del Prado, creí una noche que caminaba sobre
 barro, y eran sesos humanos que llevé
 por mucho tiempo pegados a las suelas de
 mis zapatos.

En esta cuenta obsesiva, en este martilleo de muerte, resuena la plasticidad de los aguafuertes goyescos y sus lacónicos epígrafes: *Tanto y más* (n° 22), que representa un alucinante grupo de cadáveres; *Las camas de la muerte* (n° 62), en el que una figura fantasmal se eleva entre míseros camastros de agonizantes (por su increíble modernidad y su poder sugeridor, esta plancha equivale al « He contado mis muertos », de León Felipe, tan simple y significativo); *Carretadas al cementerio* (n° 64), donde el cuerpo inerte de una joven es arrojado impudicamente sobre un carro que lleva ya una atroz carga fúnebre; *Caridad* (n° 27), en el cual los vivos se deshacen brutalmente de los muertos — a los que previamente se ha despojado de sus ropas —, arrojándolos a un precipicio; *Lo mismo en otras partes* (n° 23), que muestra un espeluzante paisaje montañoso sembrado de muertos y heridos. Además, *Con razón o sin ella* (n° 2), en el que soldados franceses apuntan con sus bayonetas a dos campesinos absurdamente armados: uno con una pica y otro con un cuchillo; *¡Qué valor!* (n° 7), donde Agustina — la heroína popular del primer sitio de Zaragoza, asentadas sus plantas sobre cadáveres, enciende la mecha de un cañón; *Estragos de la guerra* (n° 30), en el cual se muestra el derrumbe de un techo, la quiebra de vigas y el desplomarse de seres humanos, todo en lúgubre confusión y trágico movimiento. Frente a este último aguafuerte, de tan moderna factura, y frente al llamado *Amarga presencia* (n° 13), no podemos dejar de pensar en *Guernica* de Picasso, si bien esta última obra tiene un carácter más simbólico, razón por la cual su mensaje no nos abrasa, no nos sacude; sólo nos invita a deleitarnos serenamente con su estructura, entregándonos gozosamente al juego intelectual que nos permite desen-

trañar su simbolismo. Goya, en cambio, nos grita, nos zamarrea con manos semejantes a tenazas al rojo, nos trasmite su indignación contra tanta crueldad inútil, indignación semejante, según palabras de Antonina Vallentin, a una « llaga enconada ».

León Felipe, tan goyesco en muchos de sus poemas, ha creado para él y para sus discípulos una poética que los guía, pero no los coacciona: « Todo buen combustible es material poético excelente... Todo... hasta la prosa... La prosa, aquí ahora, no es ni excipiente ni exégesis tan sólo. Es un elemento poético que gana calidad no con el ritmo sino con la temperatura. La línea de la llama es la línea organizadora y arquitectónica del poema. » Sí, la línea de la llama, llama nacida por un golpe, no de mar, sino guerra / que destierra los ángeles mejores (5). ¿No es también una línea de llama la que dibuja los cuerpos destrozados y los rostros de espanto en los aguafuertes de Goya? Pero, también, ¿no es ella la que en ambos enciende la esperanza?

Pero sé

— y esto es mi esencia y mi orgullo,
 mi eterno cascabel y mi penacho—
 sé

que el firmamento está lleno de luz,
 de luz
 de luz

que es un mercado de luz,
 que es una feria de luz,
 que la luz se cotiza con sangre...
 y lanzo esta oferta a las estrellas:
 « Por una gota de luz
 toda la sangre de España :

.....
 España no tiene otra moneda...

¡Toda la sangre de España
 por una gota de luz!

¡Toda la sangre de España... por el destino
 del Hombre!

(« Oferta »)

En esta confrontación, en esta búsqueda de correspondencias, nos enfrentamos con el aguafuerte n° 79 — *Murió la verdad* — muy significativo como testimonio de nuestra afirmación original: el signo goyesco en la obra de León Felipe y, a través de éste, en los nuevos poetas. La verdad está repre-

(5) Blas de Otero: « Puertas cerradas ».

sentada en esta plancha por una hermosa joven que, aun muerta, proyecta luz sobre las tinieblas pobladas por los enloquecidos fantasmas de la negación. A su lado, vencida, la justicia llora su impotencia ; una de sus manos sostiene la balanza ya innecesaria. León Felipe escribe :

*Si no es ahora, ahora que la justicia vale
menos, infinitamente menos
que el orín de los perros ;
si no es ahora, ahora que la justicia tiene
menos, infinitamente menos
categoría que el estiércol ;
si no es ahora... ¿cuándo se pierde el juicio?...
(« Pero ya no hay locos »)*

Pero en el aguafuerte n° 80 —¿*Si resucitará?*— todo lo negativo : violencia, indignidad, opresión, comienza a ser anulado por la luz que irradia la verdad a punto de volver a la vida. Esta plancha, en la que se renueva la esperanza, encuentra tal vez su mejor acorde, no en León Felipe, sino en Blas de Otero, el representante más valioso —a nuestro parecer— de los últimos poetas españoles :

*Oh patria, árbol de sangre, lóbrega
España*

Abramos juntos
el último capullo del futuro.

(« Vencer juntos »)

El poeta no concibe sus días futuros desarraigado de su tierra ; ante ese solo capullo de porvenir, poderosamente cargado de sugestión por su unicidad, invita a España para que juntos lo desfloren. Y en otra poesía, ya en clara coincidencia con el Goya de *Esto es lo verdadero* (n° 82) —simbolización del pueblo español que, después del desastre, se eleva sobre los cadáveres—, expresa su creencia en el hombre y en la paz :

*Creo en el hombre. He visto
espaldas astilladas a trallazos.
almas cegadas avanzando a brinccs
(españás a caballo
del dolor y del hambre). Y he creído.*

(6) Gabriel Celaya : « A Blas de Otero ».

*Creo en la paz. He visto
altas estrellas, llameantes ámbitos
amanecientes, incendiando ríos
hondos, caudal humano
hacia otra luz : he visto y de creído.*

(« Fidelidad »)

Si ha creído, ha creído después de haber visto. También Goya ha visto el *Fiero monstruo* (n° 81), todo el horror de la guerra, devorando, triturando, vomitando pobres seres humanos ; ha visto lo que *No se puede mirar* (n° 26). Blas de Otero, que ha visto y sabe que « vivir se ha puesto al rojo vivo », que ser hombre es « horror a manos llenas », grita desesperado :

*¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la
[tierra,
salid por esas calles dando gritos de espanto!
Los veintitrés millones de muertos en la
[guerra
se agolpan ante un cielo cerrado a cal y
[canto.
(« Hijos de la tierra »)*

Y esos gritos de espanto, verdaderos gritos goyescos, golpean a la puerta del Señor, refugio, última luz del hombre angustiado por tantos « muertos boca arriba que no, no perdonamos » (6). Blas de Otero, enternecido, suplicante, eleva un « Salmo por el hombre de hoy » :

*Salva al hombre, Señor, en esta hora
horrorosa, de trágico destino ;*

*Mira, Señor, que tanto llanto, arriba,
en pleamar, oleando a la deriva,
amenaza cubrirnos con la Nada.*

¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!

Una súplica semejante surge del célebre aguafuerte *Nada de ello dirá* (n° 69). En él se llega a una conclusión patética : la sinrazón, la inutilidad de tanta muerte. ¿Quién vence entonces? Sólo la nada.

Vemos, pues, en este rápido estudio, no exhaustivo por cierto, que la coincidencia a través de los tiempos y las sensibilidades, —la rima histórica de que habla León Felipe— existe y que ésta emerge no sólo en el ámbito poético, sino también en el plástico.

MANES SPERBER

Djilas o la herejía castigada

AVECES, en los silencios que prometen lo insólito, nos gusta escuchar los suspiros de un penitente que desespera de poder hallar en su contrición el frenesí de sus pecados.

No nos resulta desagradable que un hombre denuncie su pasado y que, para arrancarse a él definitivamente, se hiera como si en su persona torturase a su peor enemigo. Sin embargo, es preciso que ese diálogo del arrepentido solitario no se prolongue demasiado. La expiación no exime del buen gusto, que exige que el extraviado de antaño no se acuse antes del acto final. La última escena corresponde a los sobrevivientes reunidos en torno de la fosa del arrepentimiento.

Esto quiere decir que, igual que el héroe tras su triunfo, el penitente que no desaparece rápidamente corre el riesgo de importunar a sus contemporáneos más indulgentes. Sobre todo si se trata de un hombre que, después de haber abandonado el poder, se dedica a comprometerlo y a descargar su culpa sobre el pecho de los grandes, resignados a conservar su privilegiada situación.

Después de su abdicación el príncipe heredero puede convertirse en mendigo o en profeta de una nueva fe. Pero debe cuidarse de no juzgar al rey o las costumbres de los cortesanos, si no quiere que todo el mundo se pronuncie contra él...

DE TODOS LOS COMUNISTAS que por su propia voluntad se han separado de su partido, Milovan Djilas es el único que, ante una última alternativa, ha abandonado todos los privilegios del pequeño grupo de hombres que desde hace unos diecisiete años domina en Yugoslavia. Djilas no ha cesado de enajenarse a los amos de su país desde enero de 1954. Totalmente solo, sin protección, el escritor yugoeslavo libra un combate desigual cuyo desenlace no parece difícil prever. Y sin embargo...

Lo que en el caso Djilas está en juego excede con mucho de su persona y de sus escritos, lo mismo que sus extravíos pasados y sus sufrimientos presentes. Se trata incluso de algo más que de Tito, de su régimen o de Yugoslavia.

Pero, para comenzar, se trata de todos modos de un hombre que, desde que abandonó el poder, vive como emparedado en la soledad más desalentadora: en la soledad de quien se ve perseguido por seres a los que aún ayer quería y que sabía le querían lo mismo en la adversidad que en el triunfo; y en la soledad del preso que no olvida que todavía no hace mucho sus carceleros eran sus camaradas de armas y que sabe que sus compañeros de cautiverio no olvidarán jamás que él ha sido, entre todos sus enemigos, el más implacable.

*

DJILAS NACIÓ EN 1911, en las últimas horas de un día de primavera, como él mis-

subversivo. Esto no impedía que Josip Broz-Tito le confiara tareas cada vez más importantes en la nueva dirección del Partido. Las liquidaciones sucesivas en Moscú de todos los jefes del movimiento yugoeslavo abrían el camino al propio Josip Broz y a los jóvenes militantes de que se había rodeado.

Tras su primer encuentro con Tito, en Zagreb, en 1937, Djilas no cesó de ascender en la jerarquía comunista. Miembro del Comité Central, actuaba con creciente severidad contra toda « desviación ideológica », a la que trataba como traición « objetiva », si no subjetiva incluso, al servicio del enemigo sangriento, etc. Staliniano ejemplar, Djilas escribe en octubre de 1942, en medio de los desastres de la guerra : « ¿Existe un honor y una alegría mayores que sentir que tu camarada más próximo y más querido es Stalin?... Stalin ha realizado el poema glorioso de la libertad y de la fraternidad entre los hombres y los pueblos : la Constitución staliniana... Stalin es el único hombre de Estado cuya conciencia esté tranquila y cuyo corazón sea altruista... Stalin es el hombre más perfecto... Sabe todo y ve todo ; nada humano le es ajeno... Para Stalin no existe enigma insoluble... ».

Tanto por sus actos como por sus palabras, Djilas es el tipo mismo del celoso funcionario staliniano en el que la duda se convierte en desconfianza y en sospecha antes de transformarse en condena inapelable.

Vladimir Dediđer cuenta en su autobiografía (1) cómo su amigo Djilas le prohibió ayudar al joven poeta Oscar Davitcho. Davitcho acababa de purgar una condena de cinco años de cárcel. Lo que el joven escritor había sufrido por el comunismo hacía que fuera tanto más intolerable su audacia de escribir como si tuviera derecho a ser un surrealista. Había que denunciarle como trotskista e impedir a los simpatizantes como Dediđer que ayudaran al poeta en la miseria. Djilas le explicó : « Davitcho es esencialmente un surrealista... ¿No sabes que el Partido crea hombres, pero que sabe también aniquilarlos cuando abandonan su línea? »

(1) *The Beloved Land*, Megibbon and Kee. Londres, 1961, págs. 263-4.

Fue también Djilas quien libró el combate contra los intelectuales comunistas y simpatizantes agrupados en torno al gran escritor Miroslav Krleža y a la revista que editaba en Zagreb. Estos hombres pretendían permanecer fieles a la causa, al mismo tiempo que rechazaban el oscurantismo al que más tarde Jdanov iba a dar su nombre.

La caza de los desviacionistas prosiguió incansablemente en la época en que las amenazas de Hitler se cernían sobre todo el mundo. El fascismo se lanzaba en todas partes al asalto ; estalló la guerra de España. Occidente vacilaba en resistir y perdía posición tras posición.

Ni siquiera después del VII Congreso del Komintern, celebrado en 1935, que ordenó el abandono de las locuras de la política « clase contra clase » y la lucha contra los « social-fascistas », consiguió el Partido Comunista yugoeslavo salir de su aislamiento y tomar la iniciativa de un Frente popular. El Partido no abandonó su sectarismo dogmático ni su bizantinismo exasperante.

Djilas, guardián de la pureza ideológica, provoca conflictos, denuncia, acusa, condena a todos los que, al menos en su especialidad, no renuncian a su derecho a juzgar por sí mismos. Así, Krleža se obstina peligrosamente y continúa escribiendo como mejor le parece sus novelas, sus obras de teatro y sus ensayos. Djilas, autor entonces de varios escritos más bien lastimosos, pretende imponerle una « línea general estética » en interés de la emancipación del proletariado mundial y de la futura sociedad sin clases.

*

SIN DUDA, el joven burócrata no está solo. Sin el apoyo de Tito y de Mocha Piade, no se atrevería a desafiar injuriosamente a sus camaradas. Los dos jefes piensan que persiguiendo a un intelectual por una desviación en su crítica de *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin o de *Dialéctica de la Naturaleza* de Engels, por ejemplo, el Partido demuestra perentoriamente que no tolerará el menor rastro de duda ; ya que ninguna duda es anodina en la época de los procesos de Moscú, que, entre otras cosas, preparan el pacto Hitler-Stalin.

bios en Croacia, Bosnia y Herzegovina ; por su parte, los « tchetniks » habían perseguido a los croatas allí donde se encontraban. Sólo el Ejército de Liberación, organizado bajo la dirección de los comunistas, había mantenido realmente el principio de la igualdad y la fraternidad de todos los pueblos yugoeslavos. Los odios nacionales estallaban en diversos lugares y muchos se resignaban a vivir bajo el régimen comunista con la esperanza de que su dictadura pondría término a las discordias étnicas y encontraría por fin una solución federal al problema de las nacionalidades.

Evidentemente, después de semejante guerra, tras el reinado de un Pavelic, se habían producido rencores que incitaban a venganzas sangrientas. Rankovitch y Djilas imponían el terror según la concepción policíaca de la historia, de la que, como stalinianos fervientes, eran firmes partidarios.

Durante estos años Milovan Djilas, que entonces era el « delfín » del régimen, el arcángel de la vigilancia sectaria, el acusador inexorable, dispone por fin del poder para resolver las disputas « ideológicas » de otros tiempos. Y esta vez vence sin oposición. Los libros que no le gustan no gustarán a nadie, por la sencilla razón de que no aparecerán en las librerías o desaparecerán sin dejar rastro ; lo mismo ocurrirá con las obras de teatro, los cuadros, etc.

Belgrado se convierte en la Medina, junto a la Meca moscovita, de los comunistas de la posguerra. La gloria del mariscal Tito sólo se inclina ante la del generalísimo Stalin, que se siente celoso de ella. El Kominform se instala en la capital yugoeslava y con él innumerables organizaciones de buena voluntad al servicio del stalinismo.

Djilas se entrevista varias veces en Moscú con « el hombre más perfecto ». Si se siente decepcionado, el líder yugoeslavo lo oculta bien. Por lo demás, Stalin muestra una gran curiosidad por este montenegrino que habla como si ignorase las ventajas de ciertos silencios. Stalin le invita al Cáucaso para que pase una temporada de descanso y... para que los servicios especiales aprendan a conocerle mejor.

V. Dedijer, que en su libro *Tito habla* relata las peripecias de la crisis cismática,

se muestra extremadamente discreto sobre las reacciones de su amigo Djilas durante estas semanas en que los comunistas yugoeslavos sienten que la tierra tiembla bajo sus pies. Hagan lo que hagan, a todas las protestas de su amor deificador responde Stalin con el odio y el desprecio. En el V Congreso del Partido Comunista yugoeslavo, un mes antes de la ruptura decidida por el Kominform, Tito termina su discurso de clausura con estos términos: « ¡Larga vida para la Unión Soviética! ¡Larga vida para Stalin! » Y las miradas de los 2.344 delegados se vuelven una vez más hacia el busto del « más grande jefe de todos los tiempos », colocado junto a los de Marx y Lenin.

« Moveré mi dedo meñique y ya no habrá Tito ; ¡caerá! », le confesó Stalin a Kruschef, que refirió la frase en el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S., añadiendo : « Stalin no movía sólo su dedo meñique, sino todo lo que podía mover. Pero Tito no cayó. »

Tito no cayó porque disponía de los medios de un Estado autoritario, de una policía secreta formada exactamente como la G.P.U. Esta policía había descubierto a tiempo a todos los que, por orden de Stalin, dirigían la operación que había de llevar a Tito a confesar ante el mundo entero haber sido desde siempre un agente de la policía de Zagreb y de la Gestapo, un espía norteamericano, etc. Por primera vez Stalin se enfrentó directamente con hombres resueltos y capaces de emplear sus propios métodos para defenderse contra él. En lugar de tener que denunciar solamente la traición de unos cuantos, Stalin tenía en fin de cuentas que condenar a todo un partido —un partido en el poder— y a todo un país, un país socialista glorificado como tal por todos los corifeos del comunismo mundial.

Un año después se montó el proceso Rajk para comprometer al Partido Comunista yugoeslavo y para « desenmascarar » su carácter fascista. Seguramente no fue hasta entonces cuando Tito y sus camaradas rompieron por su parte definitivamente con Stalin. Los dirigentes yugoeslavos habían aceptado y propagado las asombrosas mentiras dramatizadas en los procesos públicos en que los acusados, desfigurando todo su

media noche en el siglo de que hablaba —vanamente— Víctor Serge, para advertir a los extraviados. Stalin ha muerto ; los más « fieles compañeros » del difunto se apresuran a modificar su pasado y a poblarlo retroactivamente de gestos, si no de actos, de resistencia al tirano.

Ha llegado el día de la gloria para el tirisimo, que deja de ser ya un fascismo y que por poco podría también dejar de ser un revisionismo. Ya se le pueden abrir todos los terrenos : el del socialismo como el de la paz. Kruschef vendrá a Belgrado a poner fin al « equívoco ».

Salvo a los ojos de los stalinianos, el Partido Comunista yugoeslavo no era herético ; tampoco lo es hoy. La ruptura que se le impuso fue el resultado de una oposición entre dos aparatos de poder : el más pequeño de ellos rechazó una de las innumerables órdenes del grande, la orden que le intimaba a que se suicidara.

*

EN 1948 COMO EN 1953, en 1956 como hoy, la ideología de los amos de Yugoslavia sigue siendo la de las *falsas identidades*. Su dictadura no es la de su Partido (bautizado con el nombre de Liga) y aún menos la del proletariado o la del pueblo. Se trata de una oligarquía esencialmente burocrática que no quiere ceder la menor parcela de su poder estatal, ni permitir la menor formación política que pueda aspirar a una independencia cualquiera. En cambio, el régimen titista ha hecho concesiones sustanciales en todos los terrenos de la organización económica y ha otorgado a los Consejos obreros un papel considerable en la gestión de las empresas. Finalmente, ha restablecido un gran número de libertades. Los ciudadanos, especialmente los no comunistas, gozan de bastante libertad para formular opiniones divergentes sobre temas filosóficos, estéticos y económicos.

No obstante, los amos se mantienen vigilantes cuando se trata de las desviaciones de todos los que pertenecen a la burocracia dirigente, lo mismo que hacían los reyes de la Prusia militarista para con los antiguos cuerpos de oficiales.

Se trata, en efecto, de una nueva clase dirigente ; esto es lo que afirmará Milovan

Djilas, tras tantos otros que lo han dicho y demostrado antes que él. Simplemente, los otros no pertenecían a esta clase, no compartían su poder en el momento en que le quitaban su disfraz sublime. En cambio, Djilas se atacaba a sí mismo y denunciaba su propio poder. Por ello se excluyó de la nueva clase y se exilió a una « tierra de nadie » que es la patria de los rebeldes sin partido y sin apoyos.

¡Qué aventura! Djilas se había lanzado a la búsqueda de argumentos de propaganda para defender a Tito y a su régimen contra la agresión staliniana. En el camino se encontró con la verdad sobre la dictadura del proletariado en la Unión Soviética. Y así aprendió lo que era en su propio país, describiendo en su espejo a un hombre al que había que combatir tanto como a su amigo Tito y a todos sus compañeros de armas.

*

EL ÚLTIMO EPISODIO antes de la ruptura comienza el 11 de octubre de 1953 con el artículo « Los nuevos contenidos », que publica *Borba*, y acaba con el artículo del 7 de enero de 1954 titulado « Revolución ». Entre estas dos fechas se sitúan otros quince artículos que, aunque escritos todavía en el lenguaje habitual del Partido, ponen en tela de juicio con encarnizamiento todas las certezas de los fieles de la Liga Comunista. Estos se sienten desconcertados, pero, como en el pasado, se apresuran a adaptarse a la nueva línea que, en su creencia, Djilas acaba de esbozar en la publicación oficial. Podrían ya jurar que están completamente convencidos y que son felices de estarlo. Pero pronto van a quedar engañados una vez para siempre.

Djilas, al que la Asamblea Nacional había elegido unánimemente para la presidencia el 26 de noviembre de 1953, no será ya nada cuatro semanas más tarde. Titograd, la capital de Montenegro, circunscripción que le había designado para la « Skupstina » con el 98,8 % de los votos, exigirá sin tardar la destitución de su diputado, en nombre de la totalidad de sus electores.

Las buenas gentes creían que Djilas era un hombre acabado, ya que el Comité Central le había excluido durante su reunión del 17 de enero de 1954, en que aquél se

mostró bastante confuso. En un momento de la reunión su desconcierto fue tal, que pidió votar con los demás, contra sí mismo. Sólo Mitra Mitrovica, su ex esposa, y De-dijer, valeroso y elocuente, le defendieron, aunque sin efecto positivo.

Djilas tenía frente a él a Tito, que, con pena más que con vehemencia, le reprochó no sus opiniones divergentes, sino el hecho de haberlas divulgado en lugar de discutir-las *in camera caritatis* « en broma, pues de este modo se puede decir todo a los amigos ».

Djilas perdió así la amistad que fue, tras la de su hermano mayor, la más significativa de su vida. Sin duda lo sintió, y por eso obró como si se hubiera perdido a sí mismo irremediabilmente.

Ya sabemos lo que ocurrió después en esta caída espectacular que en realidad era sólo un nuevo comienzo, que aún hoy día prosigue. Djilas se recobró en seguida y dimitió del Partido cuatro meses más tarde. Inició así una nueva vida, en la que las cautividades señalan las cesuras y los libros las etapas de su búsqueda apasionada de la libertad, que para él ha dejado de ser un prejuicio pequeño burgués, convirtiéndose en el tema principal del socialista demócrata que Djilas es desde el Octubre húngaro.

*

DE SUS DOS LIBROS publicados en todo el mundo, menos en su patria y en los países comunistas, *La Nueva Clase* es el que ha obtenido mejor éxito. Se trata, como indica el ambicioso subtítulo, de un análisis del sistema comunista. « Casi todo lo que hay en este libro ha sido ya expresado en otras partes », confiesa el autor al comienzo de su texto.

Era justo que se acogiera *La Nueva Clase* con elogios y palabras de estímulo en un momento en que su autor pagaba en Sremska Mitrovica, la prisión de su juventud, el precio por la libertad de « pensar de otro modo », como decía Rosa Luxemburgo, y de escribir cosas divergentes. De todas formas, los críticos habrían hecho un mejor servicio al herético Djilas advirtiéndole que de él se esperaba, más bien que trabajos teóricos, la re-creación de una experiencia

única, la suya : la confesión de un conformista staliniano que, en la cumbre del poder, se rebeló contra las ficciones opresivas.

« Anatomía de una moral » : tal fue el título de un artículo con el que Djilas provocó un escándalo que le enajenó todas las simpatías de las mujeres de los burócratas dirigentes de Belgrado. Djilas y más tarde la prensa mundial han sobrestimado grandemente la significación del episodio mundano a que Djilas se refería, así como el valor de esta « Anatomía ». Pero sería importante escribir la anatomía de la moral de las diferentes capas sociales en los países dominados por una nueva clase que pretende ser socialista o comunista. Sería importante conocer la historia de la moral de un hombre como Djilas, el comunista clandestino, el censor totalitario, el general en la guerra civil, el alto funcionario de una dictadura. Ni Zamiatin, ni Víctor Serge, ni Silone, ni Orwell, ni Koestler, ni los que les siguieron, han vivido estas experiencias, de las que sólo Djilas está en condiciones de dar cuenta. Haciéndolo, el escritor yugoeslavo desarmaría también a ciertos intelectuales yugoeslavos que no han olvidado su intolerancia ; para que le concedan su perdón, es necesario primero que se lo pida.

Si *País sin justicia*, su segundo libro, constituye sólo el primero y no único volumen de su autobiografía, la continuación nos aportará quizá esa confesión que le permitiría entrar en la literatura por la puerta grande.

Sabido es que Djilas ha consagrado un largo estudio, no publicado, a la vida y a las obras del príncipe-obispo Negos, el primer poeta de Montenegro. Finalmente, el librito *Conversaciones con Stalin* acaba de ver la luz en Nueva York.

El anuncio de esta publicación ha provocado la promulgación de una nueva ley, que ha servido para condenar a Djilas, detenido el 7 de abril último por cuarta vez, acusándole de « haber causado un perjuicio a los intereses de su país ».

Poco importa. Todo régimen encuentra cuantos jueces necesite para arruinar a sus adversarios. Y Tito, muy mal aconsejado, ha resuelto imponer a su antiguo discípulo y amigo un silencio total. ¿Por qué? ¿Para

impedir que divulgue secretos de Estado? Esto no tiene sentido. El único gran secreto común a todos los regímenes —que a los pueblos se les gobierna con poca inteligencia—, ese secreto de Estado, y con él muchos otros, ha sido hecho público desde hace mucho tiempo, y sin resultado positivo.

*

DJILAS NO TIENE SECRETOS que traicionar. Pero... la difusión de la revista *Tempo Presente* (número de enero de 1962) ha sido prohibida en Yugoslavia porque en sus páginas se publicaba « La guerra », una narración breve a la que el secretario de Estado para los Asuntos interiores reprocha que « calumnia contra la lucha por la liberación nacional, así como contra los cuadros militares y dirigentes del Ejército ». Pero esta decisión, publicada en el *Diario Oficial* de Belgrado, deja en silencio el nombre del autor : Milovan Djilas.

« La guerra » es un texto de excepcional calidad, el más prometedor que hayamos podido leer del escritor yugoeslavo. ¿Es un capítulo de un libro en el que el antiguo general del Ejército de Liberación cuenta « su guerra »? ¿Es un extracto de una confesión? Lo ignoramos.

¿Por qué prohibir estas escasas páginas en las que se cuenta un episodio trágico de una guerra, sin determinar la fecha ni el lugar? Se dice que el relato refleja unos acontecimientos que se desarrollaron al final de la guerra en el frente de Sirmie. Los jefes del Ejército de Liberación lanzaron a unos jóvenes serbios, sin preparación militar y casi sin armas, contra las trincheras de las unidades alemanas, que abatían a los asaltantes ola tras ola. ¿Es verdad esto? ¿Quién puede saberlo?

Pero la prohibición es en todo caso insólita.

*

HACE TREINTA Y CUATRO AÑOS, Josip Broz declaraba ante el tribunal de Zagreb que las leyes de represión no le obligaban y que nada podía impedir que obrase según su conciencia. Es imposible que Tito haya olvidado todo lo que se refiere al joven que era entonces, ni a los verdaderos objetivos por los que se batía y sufría sin quejarse.

En las horas crepusculares en que el recuerdo del pasado se apodera del hombre de edad por largos períodos, el Presidente Tito debe reconocer en su interior que el Estado en que él es el jefe desmesuradamente adulado se parece muy poco a la sociedad por la que Josip Broz luchó hasta la edad de cincuenta y cinco años. Sin duda, se han producido cambios y numerosas mejoras. Pero ¡cuántos muertos, cuántos sufrimientos apocalípticos para llegar hasta aquí!

Y ahora se promulgan de nuevo leyes de excepción para juzgar a un hombre y se adoptan medidas policíacas y administrativas contra un hereje lamentablemente aislado...

Nos gustaría que entre los viejos amigos del mariscal haya alguien, algún hombre desilusionado —por ejemplo, un escritor que en otro tiempo sufriera a causa del « supercomisario » Djilas— que se atreva a explicarle a Tito los graves inconvenientes que para él supone el hecho de perseguir al autor de « La guerra » : « ¡Deje que el montenegrino se vaya! Ya se enterará a sus expensas de que al mundo no le gustan los heréticos, que desprecia a los vencidos y que las historias de exiliados, penitentes o no, le interesan un momento y después le aburren una eternidad. ¿Puede perjudicarle a usted Djilas en el extranjero? De ninguna manera, ya que en el peor de los casos se limitará a decir lo que los viejos adversarios de usted propagan desde hace mucho tiempo sin impresionar a nadie ; mientras que Djilas en la cárcel, enfermo quizá, se convertiría en un adversario fuerte, incluso demasiado fuerte, cuando ya ni él ni ninguno de nosotros existamos. »

En el campo de Milovan Djilas no se trata sólo de él, sino de nuestro tiempo, de todos nosotros. Se trata de nuestro derecho a pensar y a escribir según nuestra conciencia : contra las mayorías reales o ficticias, contra los poderes establecidos, contra Hitler, Stalin y demás congéneres, vivos o muertos, contra las mentiras dictatoriales y contra todas las falsificaciones ideológicas, sin excepción ; contra nuestro propio pasado y sus extravíos : contra nosotros mismos. El derecho, en fin, a escribir en defensa de las víctimas.

La guerra

EL GRAN RÍO que discurría de Oriente a Occidente confluía con otro río mayor. Los ríos pequeños han ido siempre a reunirse con otros más caudalosos y así seguirán haciéndolo. En las márgenes de estos ríos, como en las de todos los cursos de agua, se han librado en todo tiempo batallas y guerras y se han trazado fronteras, porque la vida mana a través de los ríos, y éstos separan o unen, según las circunstancias.

Hacia ya tres meses que se estaba desarrollando una batalla sobre el gran río. Y como las fuerzas de los adversarios eran equilibradas, ninguno había podido desalojar al otro. Y sobre todo ahora en que el invierno avanzaba a grandes pasos —la lucha en la estación invernal requiere más material y más hombres—, los ejércitos se habían atrincherado entre los ríos, cada uno en sus orillas, y reagrupaban las fuerzas, en espera de la primavera; cuando llegara el deshielo y la tierra volviera a cubrirse de verde, podrían destruirse mutuamente. El frente de batalla atravesaba el gran río. Todos los ríos —y por lo tanto éste también— permanecen indiferentes al hecho de que el frente los parta o no por la mitad. Desde aquel punto, el frente se extendía hacia el sur y hacia el noroeste, donde formaba gozne con otro río más importante, para seguir luego su curso. Al río le es también indiferente que las batallas se libren sobre sus orillas o en otro lugar cualquiera. El frente, con sus trincheras, refugios y excavaciones de diversas clases, había obligado a remover una superficie de terreno de unos cincuenta kilómetros de ancho, delimitado por los dos ríos, el grande y el otro aún mayor. A la tierra le es asimismo indiferente que el frente la divida o no. E indiferentes eran igualmente los campos y las viñas, las aldeas y las ciudades.

Pero los hombres, que vivían en las márgenes de los ríos, no eran indiferentes, aun

cuando tampoco fuesen culpables de que se hubiese desencadenado la guerra. En aquel lugar la tierra y el sol eran buenos para la vida del hombre; por esta razón vivían los hombres allí. La guerra significa rapiña e impone su hegemonía sobre los hombres y sus condiciones de existencia, y es imposible que no perturbe la vida de las gentes: hubiese trastornado la vida de esas gentes, aunque hubiesen vivido en otra parte, en cuanto se hubiese acercado a sus casas.

Y puesto que donde hay guerra ha de haber siempre frente a frente, por lo menos, dos campos armados —sin ellos no habría guerra—, cada uno de los dos ejércitos se dedicaba a destruir todo lo que hubiese podido favorecer al otro. Por la misma razón, en tiempo de guerra no hay acción del brazo o de la mente del hombre que no pueda ser útil al adversario. Así es que el medio más seguro de quebrantarlo consiste en destruir todo lo que pudiera caer en sus manos. La guerra es irracional e incapaz de discernir lo que, en cierto modo, puede ser útil a la parte contraria. De ahí que en la guerra lo más prudente sea destruir todo sin distinción: casas y sembrados, puentes y museos; pero ante todo y sobre todo, los seres humanos y sus medios de vida.

Al retirarse hacia el oeste, las tropas enemigas habían destruido todos los puentes que atravesaban los ríos y destrozado todas las barcas, hasta la más pequeña e inútil, como aquella que apenas podía acoger a una pareja de enamorados (los cuales, precisamente porque se aman, suelen sentarse muy apretados uno contra otro). Ahora, en ningún lugar próximo al frente y ni siquiera alejado —ya que el frente hoy está aquí y mañana puede estar en otra parte—, quedaban puentes, ni barcazas, ni trashedores. Además, hasta las pocas barquichuelas que los pescadores habían ocultado al ejército en retirada, fueron confiscadas por

las tropas que avanzaban, no tanto porque tuviesen necesidad de ellas, como porque hubiesen podido servir al enemigo para transportar espías o saboteadores, o para usarlas en caso de una contraofensiva.

Pero los hombres necesitan vivir también durante la guerra y a pesar de la guerra; y por esto suelen ingeniar para restablecer detrás del frente los transportes entre las dos orillas. Pero éstos no disponían de medios para hacerlo, y sabían, además, que si hubiesen logrado hacerse con una barca o un pontón nuevos, les hubieran sido confiscados. Así, pues, efectuaban todo el tráfico valiéndose de una barcaza militar con motor; porque el ejército necesitaba tener forzosamente —y en realidad los tenía— todos los elementos para comunicar entre las dos orillas del río. (Por lo demás, el ejército se impone el poseer las mismas cosas que tenga, o no tenga, o que pudiera llegar a tener el enemigo.)

Los soldados que utilizaban la barcaza eran buena gente —todos los soldados son buena gente cuando no son soldados, y hasta lo son como soldados mientras no combatan— y transportaban gratuitamente a la población, a su ganado y todas las demás cosas. Lo hacían de buen grado, puesto que eran de la misma región en que se desarrollaba la guerra; y lo hacían en las horas en que la barcaza no servía al ejército para la guerra, lo que después de todo era comprensible, ya que si se encontraban en aquel lugar y hacían lo que hacían era justamente por causa de la guerra.

La aviación enemiga atacaba con preferencia durante el día, de manera que la barcaza trabajaba para el ejército por la noche y para el pueblo durante el día. Pero la población, aunque no formaba parte del ejército, había encontrado estrictamente el medio de agruparse al anochecer en el lugar de pasaje, cuando el enemigo había cesado de atacar y el ejército del país no había empezado aún el traspaso a la otra orilla; o bien cuando empezaba a alborar y el enemigo no había iniciado todavía sus incursiones y el ejército del país cesaba de atravesar el río.

DURANTE TODA AQUELLA tarde nubosa, helada y húmeda —como son muchas tardes invernales, sobre todo las tardes de gue-

rra—, se oyó desde la orilla izquierda donde estaba el frente, el rumor de un canto fúnebre. Los soldados y tres oficiales —un comandante del contraespionaje, un capitán ayudante suyo y un teniente que dirigía el tráfico con la barcaza— sabían que un campesino (sólo los campesinos lloran a sus muertos de manera tan obstinadamente ruidosa y embrutecedora) transportaba del frente el cadáver de un hermano o padre o hijo muerto en la guerra. Los oficiales hubieran querido poner en marcha la barcaza antes de la puesta del sol y transportar así a esos desgraciados hasta la otra orilla; pero tenían que mantener oculta la barcaza porque los enemigos, en sus operaciones de reconocimiento, salían a cada momento de entre las nubes, complaciéndose en escudriñar desde las alturas del río, que ni era azul, ni plateado, sino cenagoso, bordeado de sauces desnudos y ennegrecidos, que surgían entre los juncos oscuros y podridos y se confundían con el cielo del mismo color.

La barcaza salió con estrépito del cañaveral, antes de la hora acostumbrada; las nubes, compactas y grises, habían descendido hasta rozar la superficie del agua y la oscuridad había caído más rápidamente de lo que solía, por lo que los oficiales juzgaron que los aviones enemigos ya no constituían un peligro.

El canto fúnebre, al principio bajo y confuso, resonó súbitamente con más fuerza, como si hubiese esperado que el motor cesara de ronronear y la barcaza atracase a la orilla. Una muchedumbre de aldeanos, mezclada con los animales, entró en la embarcación. Entre los campesinos había uno decrepito, de barba hirsuta, que con una voz llena de ternura se esforzaba en convencer a los caballos nerviosos que se resistían a entrar en la barcaza. Esos gestos eran habituales en él, pero esta vez eran más tiernos y tristes, porque en el carro se hallaba un ataúd de madera sin desbistar; y una campesina ya de edad, con la cabeza cubierta con un pañuelo que sólo dejaba ver los ojos y la boca, apoyaba la mano huesuda en la tapa de la caja, como si no pudiera separarse de ella.

« ¡Hala, majos, hala! ¡Llebadme a mi casa vacía, con mi dolor! », susurraba dulcemente el campesino, dando ligeros tirones

de las riendas, mientras la mujer lanzaba gritos y pronunciaba palabras conmovedoras, tocando y palpando el ataúd con las dos manos.

El capitán, rubio y rechoncho (pero también hubiera podido tener otro aspecto, pues lo único que importaba era que fuese capitán), gritó con cierto enfado a los pasajeros amontonados ya en la barcaza que dejasen espacio para el carro. De pronto saltó a la orilla, agarró las riendas y tiró con fuerza de los caballos hacia la embarcación, diciendo: « ¡Déjmelos, abuelo! Yo me he criado entre caballos. ¡Y vosotros, allá abajo, dejad sitio! »

Los caballos, al sentir una mano fuerte y tenaz, siguieron al capitán con las orejas aguzadas, tanteando con las pezuñas la solidez del entarimado y la profundidad del agua que había debajo. El campesino empezó a dar las gracias al capitán, derramando sobre él y el ejército toda suerte de bendiciones. Tantas y tales frases de agradecimiento causaron al capitán una sensación de malestar. Frotándose las manos como si quisiera quitarles la suciedad (en efecto, las riendas estaban impregnadas de grasa y de barro), respondió con una modestia llena de reserva: « ¡Eso no es nada, abuelo! Nuestro deber es ayudar al pueblo; para eso estamos aquí. Pero, ¿podrías decirme a quién llevas en la caja? »

« ¿ A quién? —contestó dolorosamente asombrado el campesino—. Llevo a mi vida destruída, a mi hijo único. Ya he dado dos, y ahora se ha ido éste también. He aquí lo que llevo en la caja. »

SE VEÍA CLARAMENTE que el capitán hubiera querido pronunciar algunas palabras de consuelo, que fuesen al mismo tiempo de reconocimiento, algo como: « ¡Ah sí, la libertad cuesta cara...! » Pero no encontró los términos adecuados, o tal vez le parecieron inútiles ante la infinita tristeza del anciano y de su mujer (que era, sin duda alguna, la madre del muerto); y así se limitó a suspirar y guardó silencio. En su lugar intervino el teniente, que estaba junto al timón (también el teniente era rubio, pero alto y con un bigotillo ralo y descolorido, que hacía resaltar más aún el mentón imberbe. Y él también hubiera podido tener un aspecto distinto, pues lo que impor-

taba era que fuese teniente): « ¡Qué quiere usted! ¡La guerra es la guerra! Todos los días hay muertos. A veces transportamos más cadáveres que vivos. »

Otro aldeano viejo, alto y flaco, con el rostro demacrado, preguntó al padre: « ¿Eres tú quien trae al hijo del frente? »

El viejo empezó a contar. Había ido con su mujer adonde se combatía, con el propósito de llevar al hijo un poco de comida y de ropa para que se mudara (como él también había hecho la guerra, sabía lo que necesitaba un soldado). Dos días antes, el enemigo realizó una salida al amanecer y quiso la desgracia que su hijo, joven e inexperto —aún no había cumplido los veinte años— fuese alcanzado por una granada. « Le arrancó todos los intestinos. El padre y la madre no lo han visto vivo ni han podido recoger de su boca las últimas palabras. » El hombre pronunció esta frase como si no se tratase de sí mismo y de su mujer, por lo que parecía aún más desesperada. Y la madre añadió en un lamento: « ¿Qué podemos decir? Es nuestro fin, el hogar deshecho para siempre... »

El campesino flaco, como si no hubiese oído las palabras de los dos infelices, dijo agitando la nuez de Adán en su largo cuello: « También mi hijo ha muerto hace un mes, pero no me lo he llevado. ¡Que descanse al lado de sus compañeros! Pero vosotros, ¿cómo habéis podido procuraros un féretro en el frente? Allí no hay madera, ni carpinteros, ni nada. »

El padre seguía lamentándose, como si no hubiese oído la pregunta: « Tampoco sé yo adónde y por qué lo llevamos. Es justamente nuestra estupidez de campesinos, nada más que para poder consolarnos con una tumba. »

El capitán confirmó que otros padres se llevaban a sus muertos, aunque a decir verdad, sin caja. « El alto mando militar —añadió—, respeta las costumbres populares, sin discutir si sería más justo que el soldado reposara al lado de los compañeros caídos. »

En aquel momento la barcaza tocó la otra orilla; los caballos dieron un tirón, el capitán agarró nuevamente las riendas y esta vez los animales le siguieron dócilmente, deseosos de apoyar las pezuñas en tierra firme.

EN LA ORILLA, a lo largo del río, se extendía la carretera; para llegar a ella el ejército había construido una senda a través del lodo y los charcos. Por este breve y angosto sendero rodeado de montones de fango casi líquido, machacado por las ruedas, los viajeros se formaron en fila india, disponiéndose a exhibir los documentos para que los verificase el comandante, que estaba dentro de la barraca construída a un lado de la carretera. El capitán tiraba de los caballos, sin preocuparse de la hilera de personas; la gente se apartaba de mala gana, pisando el barro, pero sin protestar. Se trataba de dejar paso a un muerto que, además, iba conducido por un hombre con uniforme militar. Pero el campesino macilento, el que había perdido a su hijo un mes antes, encorvado y agitando el bastón en la mano derecha —como si de este modo le fuese más fácil correr—, se precipitó hacia la barraca, sin hacer caso de nadie. Y cuando el teniente le conminó para que siguiese el ejemplo de los otros, se limitó a volverse sin dejar de correr e hizo un gesto de impaciencia con la mano, indicando la barraca con el bastón: « ¡Tengo que despachar una cosa urgente ahí dentro! »

Súbitamente se hizo el silencio. Sólo el carro chirriaba sobre los guijarros y los pies se hundían en el barro. Todos comprendieron de pronto que el campesino macilento tenía que comunicar algo importante al comandante de la barraca. Por lo demás el campesino no ocultaba este propósito.

Cuando el carro llegó a lo alto de la orilla, el comandante le esperaba ya. Hizo señal de que se acercara, y el campesino se colocó detrás de él, sonriendo con una mezcla de curiosidad y cazurrería, y saltando de un pie a otro. « ¡Ah sí —se jactaba— lo he oído bien! Hay algo vivo dentro de la caja. Y usted, capitán, no tome a mal que no se lo haya dicho: tenía que echara usted la caja al agua. He esperado que llegara a este lado del río, donde, entre otras cosas, hay un hombre con más autoridad. Y vosotros tampoco debéis tomarlo a mal, dijo volviéndose hacia los padres. Nuestro deber es dar cuenta de todo lo que parezca sospechoso. ¡La guerra es la guerra! »

El padre y la madre se irguieron confusos y mudos. La mujer fue la primera en

reaccionar, maldiciendo al campesino por su perversidad y bellaquería, conjurando al comandante: « ¡Sea bueno, déjenos ir con nuestro muerto, mientras aún es de día! »

Envalentonado y conmovido por la invocación de la mujer, el padre se cuadró ante el comandante y empezó a suplicar también, añadiendo al tono quejumbroso y doliente, una nota de gravedad militar: « ¡Tenga consideración, señor compañero comandante! Somos los padres; éste es nuestro hijo, la aldea está lejos! »

El comandante era un hombre moreno de aspecto juvenil y su rostro expresaba más curiosidad que indiferencia (él también hubiera podido tener otro aspecto, puesto que era comandante). Contestó al campesino, como si hablase con una persona ausente, con la cual el reglamento prescribe que se emplee un tono cortés: « ¡No se preocupen! Ahora lo resolveremos todo de conformidad con las disposiciones. »

Se acercó al carro y golpeando la caja con el índice, ordenó que se abriera.

En seguida los soldados desataron la caja y la bajaron del carro. La madre se echó encima, gimiendo en voz baja: « ¡Mi casa, mi casa destruída...! »

Los soldados no tenían ninguna herramienta para desclavar la tapa. Esto envalentonó de nuevo al padre, que volvió a suplicar al comandante: « ¡No condene usted su alma, comandante! ¡Tenga un poco de consideración! »

El comandante parecía no oír las palabras del hombre; es posible que en realidad no las oyese, ocupado en la inspección de los documentos de los viajeros. Y todavía dijo al padre, o quizás a un hombre de la fila: « ¡En regla, en regla; todo se hará en regla! »

Pasó un camión, y el comandante lo detuvo levantando la mano, en la que revoloteaban un par de tarjetas de identidad que estaba revisando. El capitán comprendió en seguida lo que tenía que hacer, sin que nadie se lo ordenase. Pidió al chófer unas tenazas y un martillo. Quiso apartar suavemente del ataúd a la madre, pero ella no se movió. Seguía agachada, como absorta en sí misma, con los puños apretados contra las mejillas e invocando con más desesperación todavía el hogar destruído y su suerte negra.

LOS SOLDADOS DESCLAVARON en un instante la tapa de la caja ; y el comandante, que había terminado de revisar los documentos, mandó levantarla. Dentro yacía un joven moreno, barbilampiño, vestido de campesino : volvió los ojos, intentó levantarse, después sonrió con una expresión de vergüenza y permaneció acostado.

— ¿Es tu hijo? —preguntó el comandante.

— Mi hijo —respondió el campesino— ; el único hijo. Los otros dos han muerto...

— ¿Ha huído del frente?

— No, no ha huído. He querido salvarle, conservar a alguien de mi sangre. ¿De qué me sirven la casa y el Estado, si todo lo mío se ha desmoronado? —respondió gravemente el campesino.

Los viajeros contemplaban la escena con curiosidad ; pero el comandante ordenó a los soldados que los alejaran. Todos, súbitamente, se retiraron ante los cañones de los fusiles. También se marchó el chófer del camión, en cuanto le restituyeron sus herramientas. Evidentemente, aquello no le interesaba, o tal vez pensaba que tenía cosas más importantes que despachar, además de sus propios problemas.

Sólo permaneció allí el campesino macilento. Nadie le había invitado a marcharse, y hasta parecía tener un derecho muy especial para permanecer donde estaba. Decía para sus adentros : « Yo creí que era un espía o algo por el estilo. ¡No he querido hacer daño a nadie, tan cierto como hay un Dios, tan cierto como hay un Dios...! »

Acurrucada junto a la caja, la madre apartaba de la frente del muchacho los cabellos empapados de sudor y le consolaba : « ¡No tengas miedo, mi encanto! ¡Él es bueno, es bueno... ! Es uno de nuestro gobierno, del gobierno del pueblo... »

Animado el muchacho, se levantó para sentarse en la caja ; pero el comandante le hizo una seña con la mano para que volviera a tenderse. Como obedeciendo a una orden, se acostó rígido en el fondo.

— ¡Capitán —ordenó el comandante—, cumpla con su deber!

Rápidamente el capitán extrajo el revólver de su funda, como si sólo hubiese estado esperando este momento, y puso una bala en el cañón. Sin aguardar más órdenes, el teniente agarró a la madre por los

hombros y, con fuerza, pero sin rudeza, la apartó de su hijo, la obligó a ponerse de pie y la condujo a otro lado. Del mismo modo, un soldado, con el cañón del fusil, empujó al padre hasta donde estaba la madre.

Entonces el capitán dio la vuelta alrededor de la caja y disparó al corazón del muchacho, con tanta destreza que el eco del tiro pareció resonar antes de que el cañón se hubiese acercado al pecho del joven y antes de que los padres, petrificados, se dieran cuenta de lo que pasaba.

Tampoco el muchacho pareció comprender hasta que la bala le partió el corazón. Lanzó un grito, se arqueó en la caja, los miembros y la cabeza golpearon con suavidad la madera e inmediatamente todo el cuerpo se distendió, como si se hubiese vaciado.

El comandante dijo furioso : « ¡Ahora, lleváoslo! » Y después añadió con calma : « Nosotros cumplimos siempre con nuestro deber. »

Tumbados sobre el cadáver del hijo, los padres, entre sollozos, gritos y espasmos de dolor, no oyeron estas palabras.

Con decisión, pero sin brutalidad, los soldados los separaron del ataúd, que depositaron después delicadamente en el carro y lo ataron. Colocaron la tapa al lado de la caja, por no tener herramientas ni tiempo para clavarla. La barcaza debía salir cuanto antes, porque ya las filas de camiones militares esperaban en la carretera.

Cuando los soldados hubieron depositado la caja, los caballos se pusieron en marcha por sí solos. Detrás del carro andaban presurosos los padres. Y el campesino macilento se decía asombrado : « Pero, ¿cómo podía saber yo, cómo podía saber yo? »

En el fondo de la caja faltaba un nudo a la madera, y la sangre negra se escurría por el agujero sin hacer ruido. La madre apoyaba una mano sobre la caja, lamentándose con palabras confusas, mientras el padre caminaba al lado de los caballos, olvidándose ahora de estimularlos con diminutivos cariñosos.

El teniente dijo : « ¡Qué extraños son estos campesinos! Ahora lloran y se lamentan lo mismo que antes. »

Pero tampoco lo oyó nadie. Todos se hallaban ocupados en el transporte de los camiones a la otra orilla.

madre, fue sin duda la aparición ejemplar del problema profundo del hombre a la conquista de su propia identidad. Pero ¿existe hoy todavía un Padre soberano al que hay que matar para arrebatarle su centro e identificarse con él? Fue sin duda en el momento en que la situación edipiana entraba en decadencia cuando el gran Tabú podía ser por fin reconocido, desvelado y « laicizado » por el psicoanálisis... Éste señalaba la muerte del misterio sagrado.

La obsesión de los padres ha marcado la imaginación hasta estos años últimos. De la tragedia antigua a la novela popular, la familia es el campo de los desgarramientos existenciales (hijos y padres, suegras y yernos, « vendettas ») ; el melodrama encuentra sus resortes en el misterio del nacimiento (niño abandonado o robado), el padrastro y la madrastra.

Pero esta relación imaginaria entre el hijo y el padre y más generalmente entre los hijos y los padres sigue a su manera la evolución real a partir del siglo XVI. En los siglos XVI y XVII, Hamlet y el Cid abren una brecha en la obediencia incondicional al padre. Hamlet vacila en obedecer al imperativo vengador del padre asesinado ; no presta su adhesión absoluta a la lógica implacable de la « vendetta » familiar, se siente demasiado preocupado por su propio problema. En esta vacilación se infiltra la modernidad, es decir la grieta en la identificación con el padre. Y sólo *in extremis* realiza Hamlet el acto identificador.

En *El Cid* de Corneille, Rodrigo se mantiene sin duda fiel a la exigencia paternal y repele en su interior la exigencia amorosa. Pero la nueva ley, simbolizada por el rey, autoriza a Jimena a olvidar la venganza. Esta vez la modernidad triunfa : por encima del padre está de una parte el rey (es decir, el deber nacional) y de otra el amor.

Y el amor va a resultar progresivamente vencedor ; es cierto que todavía en el siglo XIX habrá melodramas y tragedias familiares en que padres e hijos se pierden, se buscan y se desgarran entre sí y en que la ley de la familia aplasta al amor impotente. Pero al amor se le reconocen cada vez más los derechos supremos. Y, sobre todo, con el florecimiento de la cultura de

masas, los padres van a borrarse hasta desaparecer del horizonte imaginario.

Los *comics* y los films norteamericanos impondrán el reino del héroe sin familia. Tema heroico por excelencia —los héroes mitológicos son huérfanos, o bastardos de los dioses, como Prometeo y Hércules—. Pero tema moderno, en el sentido de que no se sabe nada de los padres de los héroes, no porque haya un misterio en su nacimiento, sino porque se ignora pura y simplemente esta determinación. Un hombre y una mujer, solos en la vida, se encuentran o hacen frente al destino.

En la cultura de masas hay una zona central en la que desaparece el tema de los padres. La invisibilidad de los padres es el tema significativo del cine norteamericano, aunque hay sectores en que la familia aparece como tema eufórico (*La familia Hardy*) o vodevilesco, y existe el sector marginal del padre o de la madre caídos (*La muerte de un viajante*, *Al Este del Edén*, *El furor de vivir*).

*

El anciano sabio se ha convertido en el viejecito jubilado. El hombre maduro se ha transformado en el carcamal. El padre caído o amistoso se desvanece en un esfumado gris en el mundo imaginario del cine. La mujer está presente en todas partes, pero la madre envolvente ha desaparecido.

Los modelos de identificación, las funciones tutelares, desaparecen a la vez de la familia y del hombre maduro para transferirse a otra parte : los olímpicos de carne y hueso, los héroes imaginarios de la cultura de masas, se apoderan de funciones que tradicionalmente realizaban la familia y los antepasados.

El nuevo modelo es el hombre en busca de la realización de sí mismo, a través del amor, del bienestar, de la vida privada. Es el hombre y la mujer que no quieren envejecer, que quieren seguir siendo siempre jóvenes para amarse siempre y para gozar siempre del presente.

*

Por ello, el tema de la juventud no concierne sólo a los jóvenes, sino también a los que envejecen. Éstos no se preparan

para la senescencia, sino que por el contrario luchan por seguir siendo jóvenes.

En los años 30, las estrellas de cine apenas pasaban de los veinticinco años, y los astros de los veintiocho o treinta. Superado este límite entraban en decadencia cinematográfica.

A partir de la guerra, los límites de edad han retrocedido. Existen actores y actrices en actividad que pasan de la cincuentena, como Marlène Dietrich, Joan Crawford, Gary Cooper y Clark Gable. Esto no significa que la juventud haya cesado de ser una exigencia del cine; significa que la edad del envejecimiento ha retrocedido; el galán joven cinematográfico continúa siendo *siempre* joven galán; cronológicamente, estos actores se hacen viejos, pero física y psicológicamente siguen siendo jóvenes, es decir activos, amigos de aventuras y enamoradizos. A los cincuenta, e incluso a los sesenta años, siguen siendo viriles y bellos, musculosos, bronceados y totalmente diferentes de los ventrudos cantantes de ópera de sesenta años que cantan *Romeo y Julieta*.

Hace un siglo, la mujer de treinta años era ya otoñal. El hombre de cuarenta años vivía su última aventura, atormentado por su decadencia sexual. Pero el retroceso del momento del declinar se ha acelerado bruscamente con la industria del rejuvenecimiento. Esta industria, nacida del maquillaje hollywoodense, no es ya sólo el arte de camuflar el envejecimiento, sino que además repara los estragos de los años: cirugía estética, masajes, sustancias a base de embriones o de jugos regeneradores mantienen o resucitan las apariencias de la juventud o llegan incluso a rejuvenecer efectivamente los tejidos; al mismo tiempo, todos los sentimientos que corresponden a la juventud permanecen vivaces, en particular el amor.

Mientras tanto, la nueva trinidad—amor, belleza, juventud— aureola al nuevo modelo: el adulto juvenil a los treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta años y quizá pronto más allá, hasta las puertas de la muerte, con la angustia de la muerte que confiere su fiebre al presente.

*

La vejez se ha desvalorizado. La edad adulta se juveniliza. Por su parte, la juventud no es ya, hablando propiamente, la adolescencia: es la adolescencia. La adolescencia surge en cuanto tipo de edad en la civilización del siglo XX.

Las sociedades arcaicas realizaban por medio de los ritos de la iniciación el paso brutal de la infancia a la edad de hombre: a los doce, a los catorce o a los dieciséis años, el iniciado entraba a formar parte de la sociedad de los adultos. Si bien siempre han existido en un momento dado de la evolución juvenil ingredientes adolescentes que corresponden a la pubertad o a la integración social en el universo adulto, la adolescencia en cuanto tal aparece sólo cuando el rito social de la iniciación pierde su virtud operativa, entra en decadencia o desaparece. La adolescencia es efectivamente la edad de la búsqueda individual de la iniciación, el tránsito atormentado de una infancia que aún no ha acabado a una madurez aún no asumida, de una presocialidad (aprendizaje, estudios) a una socialización (trabajo, derechos cívicos). El bosquejo del adolescente aparece en la antigüedad con el efebo ateniense y sobre todo con el personaje de Alcibíades, este « blouson noir » primitivo, este James Dean ático que por la noche rompía las estatuas sagradas y que se embarcó en la aventura siciliana. Pero la inquietud adolescente parece ausente de Dafnis y Cloe, como lo está también de Romeo y Julieta, niños que se aman como adultos (los amantes adultos se aman a su vez como niños). Igualmente, la princesa de Clèves es una mujer en edad adolescente, no una adolescente. Hay que esperar al Querubín de *Las bodas de Figaro* y al joven Werther para que efectivamente tome figura un personaje verdaderamente nuevo, incierto, inestable, contradictorio, no ya niño de una parte y adulto de otra, sino conjugando en un estado turbio las virtualidades de las dos edades. A partir de ese momento, la adolescencia va a expresarse directamente y a aportar a la poesía su dimensión moderna: Shelley, Novalis y Rimbaud expresan los secretos de la adolescencia; desde los *Pensamientos* de Pascal y las *Confesiones* de Rousseau nunca se habían formulado hasta tal punto la esencia contra-

dictoria, las verdades profundas de la vida humana, formuladas oscuramente como todas las verdades profundas. Estos adolescentes de genio están calcinados por su fuego interior o fulminados por la vida. Su mensaje nos revela que es efectivamente en la adolescencia donde se encuentran concentradas todas las verdades que se dispersan a lo largo del caminar del hombre.

En la adolescencia, la « personalidad » social no se halla aún cristalizada : los papeles no se han solidificado todavía en máscaras sobre los rostros, el adolescente está a la busca de sí mismo y de la condición adulta ; de lo que se desprende una primera y fundamental contradicción entre la búsqueda de la autenticidad y la búsqueda de la integración en la sociedad. A esta doble búsqueda va ligada la búsqueda de la « verdadera vida ». En esta búsqueda todo se halla intensificado : el escepticismo y los fervores. La necesidad de verdad es imperativa en ella ; los « valores de sinceridad » prevalecen sobre los « valores de fidelidad ». Brigitte Bardot expresa a su manera esta ética adolescente : a la pregunta « ¿qué cualidades pide usted a un hombre en la vida? », la estrella responde : « No ser nunca un farsante ». Los primeros tanteos en el universo adulto procuran contradictoriamente las satisfacciones de la afirmación de sí mismo (ganar dinero, tener relaciones sexuales) y también la profunda insatisfacción de entrar en una gran maquinaria monótona (casarse, tener un empleo, ascender en categoría) que termina en la jubilación y en la muerte. Los valores de oposición se cristalizan en la adolescencia : actitud de aversión o de rechazo frente a las relaciones hipócritas y convencionales y a los tabúes, rechazo incluso del mundo. Entonces se produce, o bien el repliegue sobre sí mismo o sobre el grupo adolescente, o bien la rebeldía —rebeldía sin causa o rebeldía que adquiere una coloración política.

Hacia mediados del siglo XX, todas estas tendencias dispersas, individuales, han adquirido una consistencia sociológica : la constitución de un tipo de edad adolescente se efectúa no sólo en la civilización occidental, sino a escala mundial. En Norteamérica, en la U.R.S.S., en Suecia, en Inglaterra, en Francia, en Marruecos, vemos

una tendencia común a los grupos de adolescentes en el sentido de afirmar su propia moral, de usar su propio uniforme (blue jeans, cazadoras, polos), de seguir su propia moda, de reconocerse en ciertos héroes, unos exhibidos por el cine (James Dean, Belmondo), otros tomados de la crónica de sucesos. Al mismo tiempo se infiltra en la cultura de masas una sensibilidad adolescente (films de la Nueva Ola, novelas de Françoise Sagan).

Los grupos de « zazous », de « blousons noirs » y de « hooligans » afirman el nihilismo rabioso, la rebeldía, el desprecio y la asocialidad del adolescente. En el otro extremo la oposición puede volverse firmemente revolucionaria, como ocurrió en Polonia y en Hungría en 1956 y en el Japón y Turquía de 1960. La adolescencia actual se siente profundamente desmoralizada por el tedio burocrático que chorrea de la sociedad actual y quizá aún más por la inconsistencia y la hipocresía de los valores establecidos ; siente muy vivamente la gran cuestión del sentido de la existencia humana ; tal vez se halle muy profundamente marcada por ese sentimiento de aniquilamiento-suicidio posible de la humanidad que ha hecho nacer la bomba atómica. De todos modos, encuentra en la cultura de masas un estilo estético-lúcido que se adapta a su nihilismo, una afirmación de los valores privados que corresponde a su nihilismo y la aventura imaginaria que mantiene viva, sin satisfacerla, su necesidad de aventura. Esto es lo que puede explicar que la adolescencia haya practicado un boquete en la cultura de masas : James Dean ha sido el héroe primero y supremo de la adolescencia, encarnando el furor de vivir y la rebelión sin causa, el frenesí y la lasitud, la aspiración a la plenitud y la fascinación del riesgo. Su vida autentiza su muerte, su muerte autentiza su vida : así, James Dean es el Shelley de la cultura de masas. En pos de él vinieron Anthony Perkins y Jean-Paul Belmondo. Después, el rock and roll fue la oportunidad para una nueva erupción adolescente a escala mundial. Hoy existe ya un sector de la cultura de masas para los héroes y los valores de la adolescencia. Sector por lo demás turbio : los valores aparecen raramente en él en estado puro, pues la cultura de masas mezcla

en su interior su concepción estereotipada del amor, su tema del *happy end*, la apología del éxito. Raros son los films como los de James Dean, *A bout de souffle* o *Le petit soldat* de Godard, *The Wild One* de Marlon Brando, *Paris nous appartient* de Rivette o *Les sorciers innocents* de Vajda, en que la adolescencia impone su sentimiento de la tragedia... Lo mismo ocurre con la canción.

La cultura de masas tiende a integrar los temas disonantes de la adolescencia en sus armonías « standardizadas ». Tiende a establecer un « Olimpo de los menores de veinte años », con Prometeos domesticados al nivel de Ganimedes. La cultura de masas completa la cristalización del nuevo tipo de edad adolescente y le proporciona héroes, modelos y panoplias. Al mismo tiempo, tiende a embotar las aristas, a atrofiar las virulencias.

*

Las relaciones de proyección-identificación entre la adolescencia y la cultura de masas funcionan en forma menos ordenada que en lo que se refiere a los adultos : mientras que para éstos el mundo de « gang », de la libertad, del asesinato constituye una serie de evasiones proyectivas, estos temas pueden convertirse en modelos de conducta para los adolescentes ; de ahí ciertos efectos de la cultura de masas, en particular del cine, sobre la delincuencia juvenil. Esta influencia sólo se ejerce evidentemente sobre una minoría de los adolescentes, predispuestos a la delincuencia por sus determinaciones sociales o familiares, y dentro de este límite la cultura de masas proporciona ejemplos, da el estilo. Más generalmente existe de un lado una afinidad entre el grupo adolescente pre-socializado, fundada en las relaciones afec-

(1) Pero el espectro del padre y de la madre no quedan exorcizados. Toda crisis de la sociedad « opulenta » suscita o va a suscitar necesariamente el recurso a los grandes mitos paternos-maternales, a los grandes Jefes, a la gran Iglesia, al gran Partido, a la Nación.

tivas, y de otro lado el *gang*, entre la llamada a la aventura, el gran aliento extralegal del mundo imaginario y las aspiraciones a la libertad, al riesgo, el oscuro sentimiento de que el asesinato es una iniciación y el « lafadismo » natural presentes en el adolescente. La cultura de masas se vuelve, pues, ambivalente con respecto a la edad ambivalente... La adolescencia es el fermento vivo de la cultura de masas ; ésta es a la vez caldo de cultivo y caldo del cocido que alimenta y disuelve ese fermento.

Finalmente, en el plano esencial, la acción práctica de los grandes temas identificadores de la cultura de masas (amor, felicidad, valores privados, individualismo) se ejerce más intensamente sobre la juventud, la edad plástica por excelencia, que sobre cualquier otra edad. La cultura de masas « aclimata » las nuevas generaciones a la sociedad moderna. Recíprocamente, la juventud es la que siente más intensamente la llamada de la modernidad y la que orienta la cultura de masas en ese sentido. Hay, pues, en el plano de la adolescencia una intensificación de los contenidos y de los efectos de la cultura de masas. Los *modelos* dominantes ya no son los de la familia (1) o los de la escuela, sino los de la prensa y el cine. Pero, inversamente, esos modelos resultan juvenilizados. Hay homogeneización sobre la dominante masculina como hay también homogeneización sobre la dominante femenina.

Así, la cultura de masas desagrega los valores gerontocráticos, acentúa la desvalorización de la vejez, da forma a la promoción de los valores juveniles y asimila una parte de las experiencias adolescentes.

Su máxima es « sed bellos, sed enamorados, sed jóvenes ». Históricamente, esta máxima acelera el devenir ya de por sí acelerado de una civilización. Sociológicamente, contribuye al rejuvenecimiento de una sociedad. Antropológicamente, demuestra la ley del retraso continuo de Bolck, prolongando la infancia y la juvenilidad en el adulto. Metafísicamente, es una protesta ilimitada contra el mal irremediable de la vejez.

(Del libro de Edgar Morin *L'Esprit du Temps*, editado por Grasset, París, 1962.)

La juventud enfrentada con nuestro mundo técnico

NUESTRO MUNDO, en el corazón mismo del siglo XX, es técnico. La humanidad se ha lanzado a una aventura plurimilenaria, profundamente transformada después del comienzo de las revoluciones industriales y cuyo ritmo no cesó de aumentar en el curso de los últimos cincuenta años. Las técnicas de toda clase y para todos los fines invaden la vida diurna y hasta nocturna del hombre contemporáneo, conquistando los pueblos después de las capitales, las aldeas después de las ciudades, sobre regiones cada vez más vastas del planeta. No sólo la producción de las fábricas y de los campos, sino también los transportes, el comercio, la administración, los ocios, las relaciones y las comunicaciones entre los individuos, las distracciones, el deporte, la enseñanza, etc. Ningún aspecto de la vida humana le escapa en lo sucesivo. Ya en 1930 Waldo Frank, en su *Nuevo descubrimiento de América*, se refería a una nueva selva, asimismo desprovista de carreteras y de postes indicadores, pero a la cual, admitida en su inextricable abundancia, confesamos un culto, esculpiendo nuestras divinidades según los rostros más falaces y a veces más crueles. Ella nos enreda con la hiedra de nuestro espíritu y de nuestras manos, creando en torno de nosotros un nuevo medio cuyos efectos físicos y psíquicos sobre el ser humano son aún hoy día desconocidos en su mayor parte. Es en este mundo donde cada joven —nos referimos sobre todo a la juventud francesa— debe vivir, formarse, trabajar sirviendo a la colectividad, mas igualmente realizarse a sí mismo, hallar su estilo de vida, lograr los beneficios de la cultura, afirmar su dignidad de hombre y de ciudadano.

Afirmar que nuestro universo es técnico no significa que provoque —sobre todo en el caso de los jóvenes —problemas exclusivamente técnicos. Aquellos cuya urgencia comprobamos dependen de múltiples condiciones biológicas, sociales, económicas, familiares... Por ejemplo, es evidente la necesidad de una formación profesional adaptada a un mundo con el que cada día es más difícil enfrentarse sin preparación ni conocimientos. Pero las dificultades de tal formación, el fracaso de muchos jóvenes que no pueden encontrar sitio en las instituciones actuales, ampliamente deficitarias en número y en capacidad —y por lo que respecta a la segunda enseñanza y a la superior, prácticamente reservadas a determinadas categorías de la población— se insertan en el conjunto de las estructuras de nuestra sociedad. Por el contrario, la mayor parte de los problemas específicos de la juventud —higiene, educación, cultura, ocios— muestran las huellas de los nuevos caracteres de la civilización en que surgieron.

Esto quiere asimismo decir que, desde el punto de vista adoptado para este breve examen, la cuestión central es la siguiente : ¿Cómo pueden los jóvenes *adaptarse* al mundo técnico en las estructuras actuales de la sociedad francesa? ¿Cómo deberán ser transformadas nuestras instituciones para que aquéllos puedan —al menos los menores— adaptarse, formarse y desarrollarse?

A decir verdad, en un mundo así, entregado a mutaciones tan rápidas, todos estamos obligados a readaptarnos a cada momento : basta con ver en torno nuestro el número de gentes que cruzamos y que « se acomodan mal a la vida » para comprender cuán necesaria es esa adaptación tam-

bajaban en las fábricas textiles se veían obligados a recorrer todos los días, en autobús, de 60 a 95 kilómetros.

Con la ley del 7 de enero de 1959, que como hemos dicho prolonga la escolaridad hasta los 16 años a partir de 1967, trátase de disposiciones orgánicas que han menester de distintos textos para su puesta en aplicación ; mientras tanto, es necesario equipar más generosamente la orientación profesional —que en 1953 sólo se había aplicado a un tercio de los niños de 14 años— y multiplicar los establecimientos de la índole del « Centro piloto de orientación y de colocación de la mano de obra juvenil », establecido en París. Este Centro, que depende del ministerio de Trabajo, coordina en un solo organismo, en forma decidida y eficaz, un servicio médico, otro de orientación profesional y un tercero de colocación ; desde 1949 examinó cada año unos 10 mil jóvenes, de los cuales los dos tercios se enfrentaron luego en las mejores condiciones con la vida profesional. A consecuencia de esta experiencia, muy positiva, se crearon otros Centros con la misma fórmula y dependientes asimismo del ministerio de Trabajo.

III

Las observaciones anteriores se refieren a los adolescentes que comienzan directamente a trabajar. Entre ellos, una considerable proporción se inicia desde la salida de la escuela —y a veces antes— en el trabajo del campo, sin aprendizaje alguno : sólo un 2 % aproximadamente de los jóvenes de 14 años reciben una enseñanza agrícola profesional. Un informe oficial de 1947 juzgaba que de 660 mil jóvenes que cada año alcanzaban la edad de 14 años, 230 mil se orientaban inmediatamente hacia los trabajos agrícolas. Esta proporción disminuyó en los últimos años, pero es todavía bastante importante, puesto que la enseñanza postescolar agrícola es sólo embrionaria, si bien acaba de depositarse un proyecto (junio de 1962) en la Asamblea Nacional para que dicha enseñanza se amplifique. Señalemos igualmente que la gravedad de estos problemas se acrecentará cuando se deje sentir el aflujo de los jóvenes que nacieron después de la Liberación.

Recordemos que en 1953-54, sólo en la enseñanza técnica, 60 mil jóvenes no pudieron ingresar en tales establecimientos por no disponer de sitio ; esta cifra no dejó de aumentar en los años siguientes, llegando a 100 mil en 1961.

Ahora bien : si, como hemos indicado, nuestro mundo técnico exige una renovación de la segunda enseñanza, necesita asimismo la creación de una vasta red de escuelas y de centros que faciliten a todos los jóvenes de 14 a 17 años una educación profesional junto con una cultura general. Para que los jóvenes se vean bien pertrechados para las tareas merced a las cuales deben ganar su vida ; para que puedan valorizarlas intelectualmente ; para que puedan cambiar y hacer frente a las exigencias de la plasticidad y de la movilidad profesionales, inseparables del progreso técnico, tienen que beneficiarse de una auténtica formación. Incluso la actual tendencia, predominante en muchos talleres, de emplear obreros « pluriespecializados », haciendo alternar diversos trabajos repetidos y parcelarios, hace que resulte aún más urgente una formación que, bien asentada sobre elementos de tecnología general, permita a los jóvenes conectar las diferentes partes de una tarea, situarlas en un conjunto, comprender la significación y hallar un interés en todo ello.

La enseñanza técnica conoció en Francia un desenvolvimiento rápido, pues los 68 mil alumnos de 1938 pasaron a ser 308 mil en 1953 y 378 mil en 1959. No obstante, teniendo en cuenta las mutaciones económicas y psicológicas de la nación, este progreso resulta insuficiente. La industria francesa tiene necesidad de miles de técnicos y de « cuadros » medios. El equipo de muchos de estos establecimientos de enseñanza técnica, cuya función a la vez educativa y cultural debería ser inmensa, es la mayor parte de las veces deplorable. De los 913 centros de aprendizaje (después de la ley del 7 de enero de 1959, esos centros se denominan Colegios de Enseñanza Técnica, siendo así que los antiguos Colegios Técnicos y Escuelas Nacionales Profesionales pasaron a llamarse Liceos Técnicos), más de un tercio, o sea 302 exactamente, ocupan desde hace años una especie de barracas « provisionales » que se extienden

No tenemos por qué referirnos aquí a los problemas de la educación popular. El ocio activo, que debe a la vez hacer descansar, divertir, y desarrollar las actitudes y los conocimientos, supone para las instituciones del Estado o mantenidas por él —asociaciones, grupos de empresa y de barriada, cine-clubs, bibliotecas, etc.—, la necesidad de una orientación cultural. Resulta imposible dejar la plena iniciativa al sector comercial y entregar los jóvenes a las producciones degradantes o estúpidas que se encuentran hoy en todas partes : en las pantallas cinematográficas, los escenarios, la radio, los periódicos y las revistas ilustradas, sin olvidar las paredes de nuestras ciudades e incluso de nuestros pueblos. En espera de que se organice la protección de los adultos contra esta permanente intoxicación, aseguremos a los jóvenes refugios y recursos. Indudablemente, un centralismo estatal en materia de ocio puede, si es demasiado exigente y exclusivo, conducir a graves peligros. Los Estados totalitarios han ofrecido tristes ejemplos con su manera de « modelar » los espíritus desde la infancia y gracias al ocio ; pero no menos nociva resulta la anarquía en la producción y la publicidad del ocio, que acompaña a la libre empresa y a la competencia comercial. Actualmente es necesaria una zona central de organización y de orientación culturales, basada en una política inteligente y generosa por parte del Estado con respecto a las asociaciones creadas espontáneamente.

Por lo tanto, el aprendizaje será al mismo tiempo, merced al íntimo enlace entre formación profesional y formación general, una preparación a la vida de trabajo y a la vida fuera del trabajo. Sin duda esta ambición puede parecer utópica, chocante, incluso escandalosa respecto a los objetivos inmediatamente utilitarios del aprendizaje que algunos consideran con exclusión de todos los demás. Mas quíerese o no, la adaptación de los jóvenes a nuestro mundo forma un conjunto, « un fenómeno social total », para emplear una expresión del gran sociólogo Marcel Mauss. La preparación que recibe el joven en el centro de aprendizaje debe permitirle más tarde dominar y valorizar tanto su oficio como

sus ocios, no verse entregado sin discriminación, a la salida del taller o del despacho, a todas las influencias del medio.

Tarea inmensa, desde luego, comprendida por los inspiradores de nuestra Enseñanza técnica y de sus Escuelas normales, así como de bastantes profesores de los colegios técnicos y centros de aprendizaje. Pero es necesario expresar en forma aún más osada y clara la doctrina, para luego inspirar la selección y la preparación tanto de los maestros de enseñanza general como de los maestros de talleres. El aprendizaje debe ser cada vez más el verdadero *viático* asegurado al joven, ayudándole a emprender y proseguir su camino, ofreciéndole los medios de desenvolvimiento personal y acceso a la cultura.

Todo cuanto acabamos de exponer supone, desde luego, una economía de pleno empleo, un sistema de subsidios y de becas que permitan a los jóvenes de todos los medios sociales proseguir su formación durante tres años como mínimo, después de haber terminado los estudios de primera enseñanza. Estos *posibles* se inscriben en estructuras sociales libres y progresivas.

La técnica no se detiene en su marcha y sabemos que su fuerza, no controlada, es inmensa. Si no tenemos cuidado, la selva de que hablaba Waldo Frank se volverá más frondosa y multiplicará sus acciones nefastas, sobre todo por lo que concierne al cuerpo y al espíritu de los jóvenes. Por el contrario, despejada metódicamente por la ciencia y la acción, puede convertirse en una nueva dimensión de lo humano, en una nueva Naturaleza que multiplique para todos las posibilidades de conocer el mundo, de desarrollarse, de hacerse una cultura. Esta progresiva integración de la técnica en la cultura, en la formación de la juventud —sin renegar por ello de ninguna de las grandes herencias espirituales del pasado—, según muchos amigos de nuestro país, en el extranjero, debe ser la tarea que Francia puede muy bien llevar a cabo. Cualesquiera que sean nuestras actuales divisiones, nuestras dificultades y los defectos de nuestras instituciones, conservemos en el espíritu y en el corazón esta gran ambición.

la opinión pública no respondía, quizá por insularismo nacional o por flojera y dejadez de los dirigentes. Al retrotraerse Inglaterra, Francia sintió temores de verse sola frente a Alemania, y de aquí su repudio a la comunidad de Defensa Europea propuesta por Robert Schuman. A su vez la izquierda europea concibió sospechas de toda índole : que si se trataba de ir contra Moscú (pecado para los filocomunistas) ; que si lo que se tramaba era una conspiración de banqueros para mejor explotar a la clase obrera europea sin trabas aduaneras ni demográficas ; que si los tres corifeos, Gasperi-Schuman-Adenauer, eran tres agentes del Vaticano para someter Europa a Roma ; y para dar más variedad al cuadro se esbozaba una tensión, a través de todas estas sospechas, entre los que so color de federación buscaban la realización de una nación europea casi jacobinamente una e indivisible y los que limitaban sus aspiraciones a crear una atmósfera de buena voluntad y de cooperación entre naciones tan soberanas e independientes como antes.

*

Estas eran las grandes líneas del cuadro cuando vinieron a transfigurarlo dos acontecimientos : la ascensión al poder del general de Gaulle y la conversión de Inglaterra al europeísmo.

Un gran hombre y un gran país, ¿cabrán juntos en el continente más chico del planeta? Este es el problema en su fondo. El general-presidente quiere una Francia bastante grande para merecer un monarca de su talla ; y una Francia a la medida de Charles de Gaulle le resulta un poco grande a Inglaterra. Henos aquí en pleno nacionalismo. Para la Francia de hoy —que no es ni la de Jean Monnet ni la de Robert Schuman— Europa viene a ser un arrabal de París, como si dijéramos *Europe sur Seine*. Como mínimo, esta Francia, que es una Gaulle, con dos eles, ansía una igualdad de preeminencia en un futuro triunvirato dirigente occidental que amplíe y complete el duumvirato anglosajón. La oposición del general-presidente a Inglaterra no tiene otro objeto que asegurar la entrada de la Gaulle en el triunvirato ; y la insistencia en hacerse con un aparato militar

nuclear independiente del norteamericano y del inglés no se debe a otra causa.

La discusión del pro y contra de esta actitud nos llevaría fuera de los límites de este esbozo sobre lo ocurrido en Munich. El ambiente de la asamblea de Munich no podía ser más que afirmativo en cuanto a los fines del Movimiento Europeo : una nueva declaración de fe en el porvenir de la federación europea frente a todas las tensiones y vacilaciones que, a medida que avanza la idea, van manifestándose en el añoso tronco del continente todo recubierto de musgo histórico. En general, la Asamblea tuvo que situarse frente a de Gaulle, si bien con el respeto y aun la simpatía que su figura despierta hasta en sus adversarios más decididos. Frente a de Gaulle en cuanto a la Europa de los pueblos y no sólo de los Estados ; en cuanto a la soberanía de la federación ; en cuanto a la acogida cordial para con Inglaterra.

En cuanto a la concurrencia, el Congreso fue brillante en cantidad y calidad. Más de ochocientos delegados de todos los países europeos libres, todos ellos representativos de partidos, asociaciones o movimientos ya nacionales ya europeos, y entre ellos numerosos dirigentes de la vida pública de sus respectivos países no atados por cargos ministeriales. Un ministro del gabinete Adenauer, H.J. von Merkatz, fue la única excepción a esta regla, y no contento con dar su acogida a los delegados, en lo que juzgo consistía su misión, asistió a los debates desde el principio hasta el fin. Por la tribuna circularon von Brentano, hasta hace poco ministro de Negocios Extranjeros de Adenauer, que asistía a la cabeza de un grupo de veinte diputados ; Hallstein, eminencia gris de Adenauer y espíritu rector del Mercado Común ; el veterano prohombre francés Paul Reynaud, otro expresidente del Consejo, René Mayer, el socialista André Philip, Lord Gladwyn, antaño embajador británico en Londres, Sir Edward Beddington Behrens, y sobre todo el ponente general Pierre Vigny, ex ministro de Negocios Extranjeros del partido católico de Bélgica, que centralizó y dirigió la discusión con maestría. Es de retener de todos estos discursos el admirable, claro y constructivo de Jean Rey, vocal belga de la comisión del Mercado Común, que subrayó lo mucho

que puede hacerse todavía por Europa con las instituciones y poderes actuales antes de crear más instituciones o solicitar nuevos poderes. En cuanto al aspecto constitucional de la evolución europea, el Congreso escuchó con la mayor atención las opiniones de su constitucionalista más eminente, el profesor Dehousse.

*

Venía fluyendo el debate, con interés sin duda, pero no sin cierta placidez, cuando vino a apasionarse de súbito. Fiel a su historia, España traía a Europa la pasión. Porque ocurrió que este Congreso de Munich vino a recoger la cosecha de unas siembras que se han estado haciendo desde años ha entre españoles de dentro y de fuera de España, sin pensar en él. Ya hace tres años que veníamos intentando reunir en un lugar de Europa una « asamblea de notables » del exterior y del interior, para examinar juntos los problemas de España sin la tapadera de la censura. El objeto de esta asamblea hubiera sido dar fe ante el mundo de la existencia de una unión suficiente entre los españoles creyentes en la democracia liberal para constituir una alternativa al régimen actual, ya que las democracias occidentales cubrían la vergüenza de su política de apoyo a Franco con la hoja de parra de la no existencia de esa alternativa (como si tal cosa pudiera afirmarse mientras el régimen taponase toda expresión libre de la opinión del país).

Más de una vez hubo que aplazar la proyectada asamblea, en parte por dificultades de organización debidas a la opresión misma del régimen, en parte por la oposición del régimen pertinazmente ejercida contra nosotros por sus representantes diplomáticos. Algún día se podrán relatar episodios sabrosos de este duelo diplomático, en que no siempre salen bien paradas las susodichas democracias. Baste decir que el proyecto seguía en pie cuando vino a realizarse de un modo inesperado con motivo del Congreso de Munich.

El Consejo Federal Español del Movimiento Europeo, organismo cuya sede es París, pero que no carece de ramificaciones discretas en España, y que representa a España en el Movimiento, había decidido or-

ganizar un coloquio sobre Europa que tendría lugar durante los dos días anteriores al Congreso, con asistencia de todos los delegados españoles. El programa del coloquio no podía ser más claro ni más escueto : preparar un texto de resolución afirmando que Europa no puede constituirse sin España y que España no puede entrar en Europa como mera esclava pasiva de un dictador, sino por voz y voluntad propias.

Se había pensado en unos veinte delegados del destierro y otros veinte del interior. Se descontaba una fuerte oposición del gobierno, quizá seguida de represalias ; por eso no se hacían cálculos optimistas sobre la cuantía del contingente que vendría del interior. Grande fue, pues, nuestra sorpresa cuando se nos dijo de España que sólo del interior vendría el doble de lo que habíamos calculado para el total de la delegación. Y así fue en efecto. Nos reunimos en Munich el día 5 ciento dieciocho delegados, de ellos ochenta del interior y treinta y ocho del destierro. Nuestra soñada asamblea iba a tener lugar. Entre los reunidos había de todos los colores del arco iris político, menos los comunistas y los fascistas. Importa hacerlo constar, porque algunos periódicos extranjeros han errado a este respecto con la mejor buena fe. En ningún momento se ha pensado en otra cosa que una asamblea explícitamente convocada a base de los principios de la democracia liberal, lo que excluye a los comunistas ; y la resolución adoptada así lo prueba.

En la delegación del interior predominaba el elemento derechista, y en particular los católicos monárquicos y ante todo don José María Gil Robles. Sabedor de lo que el régimen tomaría como pretexto para denunciarlo y perseguirlo después, Gil Robles deseaba evitar a toda costa cualquier acto o trámite que diese pábulo a la sospecha de que se había llegado en Munich a un pacto entre derechas e izquierdas. Esto no planteaba ninguna dificultad, pues nadie pensaba en tal pacto y sí sólo en una afirmación de europeísmo liberal democrático. El coloquio se limitó a poner de relieve el acuerdo espontáneo de unos y otros sobre unas cuantas ideas que pueden resumirse así :

— necesidad para ambas tendencias de

En los períodos de crisis, la oposición ha tratado de presentar un frente único. Durante las elecciones presidenciales de 1958, Arlindo Vicente retiró su candidatura para permitir al candidato independiente, general Humberto Da Silva Delgado, que obtuviera un resultado respetable de 22,5 % « oficialmente » de los votos emitidos. El año pasado, la oposición unió de nuevo sus fuerzas para apoyar el programa de 20.000 palabras para la democratización de la República, que sintetizaba el pensamiento de la oposición en los últimos años.

La actividad de la oposición se intensificó con motivo de las elecciones para la Asamblea General de 1961, de la sublevación de Beja en enero del año corriente, de las protestas de los estudiantes en Lisboa, Coimbra y Oporto en marzo y en abril, y de las huelgas de trabajadores y los desórdenes de mayo. Por consiguiente, ha habido un resquebrajamiento del apoyo de la Iglesia, del Ejército y de los monárquicos a Salazar. Pequeños grupos disidentes se han pasado a la oposición, mientras que los intereses de la oligarquía continúan manteniendo a Salazar como un mascarón de proa, únicamente para proteger sus intereses intrínsecos.

El ala liberal de la Iglesia apoya al obispo de Oporto, quien se permitió criticar a Salazar después de las elecciones de 1958, y que por ello fue desterrado a España. Otro clérigo liberal, Abel Varzim, un sacerdote y antiguo diputado de la Asamblea General, se encuentra actualmente en residencia vigilada en Barcelos, al norte de Oporto. Muchos sacerdotes jóvenes, particularmente en el distrito de Oporto, apoyan a estos liberales. Desean formar un movimiento democrático cristiano en favor de las reformas sociales. En las elecciones de noviembre, y por primera vez durante el gobierno de Salazar, este grupo se unió a la oposición, y estaba representado por candidatos como Francisco Lino Neto.

Durante los últimos veinte años la jerarquía de la Iglesia Católica se ha mantenido en el cuadro del Concordato de 1940, que oficialmente establece la separación de la Iglesia y del Estado, pero que en realidad permite lazos estrechísimos, muy ventajosos para ambas partes. El cardenal patriarca Manuel Gonçalves Cerejeira, y Sa-

lazar, fueron miembros de la Centro Católica, hoy desaparecida : estas relaciones se han enfriado bastante los últimos años. La Acción Católica y su movimiento juvenil la Juventude Operaria Católica (JOC), han sido políticamente activos, aunque las pocas críticas emitidas fueron suprimidas rápidamente. Manuel Serra, un antiguo dirigente de la JOC, fue uno de los participantes en la sublevación de Beja. En la extrema derecha, pero igualmente opuesto moderadamente a Salazar, el Opus Dei se infiltra lentamente en la sociedad portuguesa : su influencia política es inferior a la del Opus Dei en España.

Hay divergencias políticas en el Ejército. Detrás de Salazar está la eminencia gris, el general Fernando Santos Costa, un oportunista dispuesto a apoderarse del gobierno. Su grupo ultraconservador tiene tendencias claramente fascistas, expuestas en el periódico semanal *Agora*. Opuesto a Santos Costa se encuentra el elemento « liberal », dirigido por el antiguo ministro de la Defensa Nacional Julio Botelho Moniz, un general que estuvo complicado en la tentativa de golpe de Estado de abril de 1961. Con un cambio de gobierno, Botelho Moniz y el antiguo Presidente Francisco Higinio Craveiro Lopes cooperarían seguramente con el Directorio Demócrata Social, para apoyar un gobierno militar de transición. También se encuentran en la oposición contra Salazar algunos oficiales jóvenes, como el capitán João María Paulo Varela Gomes, que fue uno de los candidatos de la oposición durante las elecciones de noviembre y el jefe de la sublevación de Beja. Varela Gomes representa un elemento militar izquierdista nuevo, que ha venido a unirse a la oposición.

Hay tres grupos monárquicos. El llamado Causa Monárquica, dirigido por el presidente de la Universidad de Coimbra Guilherme Braga da Cruz, apoya oficialmente al pretendiente a la Corona, Dom Duarte Nuño de Bragança ; los monárquicos de extrema derecha critican fuertemente al Gobierno en su semanario *Debate* ; y los monárquicos liberales apoyan al Directorio. El diario católico monárquico *A Voz* apoya al pretendiente algunas veces, aunque los observadores tienden a creer que este periódico está controlado por la orga-

nización de la policía secreta, Policía Internacional de Defensa do Estado (PIDE).

A la izquierda se encuentra el Partido Comunista, poco numeroso, pero bien organizado. Los comunistas son muy activos en la provincia de Alemtejo. Publican dos periódicos mensuales, *Avante* y *O Militante*, así como la revista *O Camponês*, que estudia los problemas de la agricultura portuguesa. *O Corticeiro* y *O Textil* son publicaciones patrocinadas por los trabajadores del corcho y de la industria textil.

Henrique Malta Galvão, que se apoderó en enero de 1961 del lujoso transatlántico « Santa María », y que planeó en noviembre el rapto de un avión Super Constelación, que dejó caer octavillas sobre Lisboa para pedir a la población que se abstuviera de votar, se encuentra en el exilio. Las travesuras desacostumbradas de Galvão han producido una grieta en el Movimiento Nacional de Independencia (MNI) de Delgado en el exilio. Por consiguiente, Galvão ha formado su propio movimiento, el Frente Antitotalitario.

El problema más serio de Portugal es la guerra de Angola. Varios movimientos rebeldes controlan las regiones septentrionales de este país. El más importante es la União das Populações de Angola (UPA) de Holden Roberto, quien, según un informe reciente del Comité Americano en África, ha establecido un gobierno rudimentario en el interior del territorio portugués. La UPA recibe gran cantidad de armas, y algunos de sus hombres se encuentran en Argelia, donde el FLN los instruye militarmente. Roberto ha tratado de evitar el establecimiento de acuerdos tanto con Galvão o Delgado como con la oposición en Portugal. Proclama que no combate a los portugueses desde hace tantos años. La UPA no tiene ninguna relación política con el Movimiento Popular para a Libertação de Angola (MPLA) de Mario Pinto de Andrade. Este último anunció en diciembre que él y Delgado se habían puesto de acuerdo sobre la autodeterminación para Angola. Sin embargo, Delgado preferiría mantener Angola y los otros territorios portugueses en una especie de Commonwealth.

La oposición se mantuvo muy activa en Mozambique durante las elecciones de noviembre, pero fue suprimida radicalmente

cuando varios de los líderes del Movimiento Democrático de Moçambique fueron encarcelados por haber reclamado la autodeterminación del territorio. El obispo de Beira, Dom Sebastião Soares de Resende, publica el diario liberal, *Diario de Moçambique* y critica francamente al régimen. Hay varios movimientos políticos africanos en el interior del territorio, y además dos grupos fuertes, constituídos por exiliados, en Dar es Salaam. También ha habido actividad de la oposición en la Guinea Portuguesa y en las islas de Cabo Verde.

En Oriente, los portugueses han perdido los territorios de Goa, Damao y Diu. Salazar se ha negado, estúpidamente, a reconocer su derrota por la India, y ha establecido « de facto » el funcionamiento del gobierno de la India portuguesa en Lisboa. Timor no corre peligro por el momento, mientras el Presidente de Indonesia Soekarno amenaza con apoderarse de la Nueva Guinea Occidental. En periódicos recientes de Lisboa han aparecido ciertos artículos que permiten pensar que Salazar estaría dispuesto a reconocer la China comunista, con tal de conservar Macao, enclave portugués sobre la costa china.

En medio de los esfuerzos frenéticos de Salazar para conservar intacto su imperio y su dominio en el interior de Portugal, la Asamblea General de las Naciones Unidas tomó una decisión en enero, por 99 votos contra 2, reconociendo el derecho no enajenable del pueblo de Angola a la autodeterminación y a la independencia. En desquite, Salazar amenaza con retirarse de las Naciones Unidas, « no sólo inútiles, sino dañinas ». Pero el aislamiento de Portugal únicamente puede ser provisional. El gobierno disciplinario de los tres decenios últimos está todavía firme, pero los apoyos que le dan fuerza empiezan a vacilar. Portugal es un país pobre y atrasado. Su pueblo no puede soportar una guerra larga en Angola. Si la oposición, reforzada por elementos nuevos que van surgiendo, no consigue convencer a Salazar de que existen medios para resolver la crisis en Angola y los problemas en los otros territorios de Ultramar, parece inevitable que esta dictadura « duradera » se termine en medio del desorden interno y con la muerte de un imperio.

taurus ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 10.161 - MADRID-15

NOVEDADES

FRANCISCO GARCIA PAVON

EL TEATRO SOCIAL EN ESPAÑA

Col. Persiles N.º 20 190 págs. 90 ptas.

Un tema ausente hasta ahora de la bibliografía española : el de la ascensión a la escena dramática de la llamada « cuestión social », que se produce con Galdós y alcanza su prototipo en « Juan José » de Dícenta. Sigue el estudio del teatro de signo contrario, y el nuevo sentido del teatro social de nuestros días : Buero Vallejo, Sastre, Múñiz, Lauro Olmo.

GERARDO DIEGO

POESIA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

Col. Temas de España (Ser y Tiempo) N.º 13

Nueva edición, económica, de la famosa y estimada antología de los poetas que constituyen la llamada « generación del 25 » y los postmodernistas que le dieron paso.

ALFRED SAUVY

LA NATURALEZA SOCIAL

Col. Ciencia y Sociedad N.º 5 368 págs. 125 ptas.

Es sugestivo el propósito del autor, al intentar una teoría general de la psicología colectiva y, para llegar a ella, calar en diversos aspectos de la vida social y política y comentar sus relaciones.

KARL RAHNER

ESCRITOS RECIENTES

520 págs. 300 ptas.

Cuarto y último volumen de la serie completa de los escritos teológicos, profundamente renovadores, desde un punto de vista totalmente actual, cargado de acentos existencialistas.

Solicite el Catálogo General 1962.



SUMARIO

NUMERO 65

OCTUBRE 1962

« Mater et Magistra » y la sociedad contemporánea	MARC JUSSIEU	3
La Historia como libertad	JULIAN IZQUIERDÓ ORTEGA	16
Las bases económicas de la educación en América Latina	JULIO LARREA	25
Los peces del suicidio (Poema)	ARIEL FERRARO	37
Autobiografías de Unamuno : « Teresa », novela de amor	RICARDO GULLON	38
La sombra de los olivos (Cuento)	LUCIANO F. RINCON	52
Destiempo (Poema)	DORA ISELLA RUSSELL	54
Del Inka Wirakocha y la deidad telúrica ..	F. DIEZ DE MEDINA	55

Bellas Artes

América Latina y su expresión estética	F. COSSIO DEL POMAR	63
--	---------------------------	----

Crónicas

La agonía de la democracia en Latinoamérica	LUIS AGUILAR LEON	69
De la Declaración Universal a la Convención Americana de los Derechos del Hombre	KAREL VASAK	75
Las dos Italias : antagonismos actuales ..	LUIGI BARZINI	79
<i>Balcón de París</i>	DAMIAN CARLOS BAYON	86

Libros - Revistas - Colaboradores

mas de la economía agrícola tradicional, se confundía con los elementos permanentes de la vida humana. A partir del momento en que entró en actividad, en que se convirtió en un campo de intervención para la voluntad de los hombres, es decir a partir de la industrialización, ha exigido una enseñanza más específica y más explícita por parte de la Iglesia. La novedad no está en la actitud de la Iglesia, sino en la evolución de la historia. León XIII lo decía con fuerza en una carta a Gaspar De curtins (1893) : « Su naturaleza y su enseñanza hacen de la Iglesia la madre y la educadora de los pueblos. »

Dando a su encíclica el título de *Mater et Magistra*, Juan XXIII quiso poner de relieve la permanencia de esta vocación. La intervención de la Iglesia en el terreno económico y social es, pues, *doctrinal* y la obliga como obliga a todos los cristianos. Esto no significa de ningún modo que todo lo que la autoridad jerárquica dice sobre el tema sea igualmente obligatorio y definitivo. Volveremos a examinar este punto.

La segunda razón por la que la Iglesia se aferra tanto al apelativo de « doctrina social » es que ésta constituye un conjunto coordinado y no una serie de intervenciones disciplinarias, en dominios limitados.

En otros términos, la enseñanza de la Iglesia en las cuestiones económicas y sociales adopta la forma doctrinal porque pone en ejecución los principios fundamentales del cristianismo, los aplica a una esfera de la actividad humana que no escapa más que las otras a la competencia de la Iglesia, que tiene a su cargo al hombre entero, y lo hace de una manera sistemática y no al azar de las circunstancias. Desde este punto de vista, la enseñanza de la Iglesia es siempre doctrinal y podría hablarse, equivalentemente, de una « doctrina política » de la Iglesia, no en el sentido de que ésta participe en el juego político, es decir en el ejercicio del poder —aunque pueda verse llamada a hacerlo—, sino porque tiene el deber de iluminar en nombre de los principios generales la acción de los cristianos en este aspecto. Observemos de paso que la Iglesia apenas recurre a esta apelación en materia política, verosímelmente porque teme los equívocos del len-

guaje en un sector tan delicado, lo que sin duda le permite comprender las vacilaciones de algunos ante la expresión « doctrina social », sin más precisiones.

Dicho esto, guardémonos de tomar unos documentos que exponen la « doctrina social » de la Iglesia por lo que no son, es decir por textos dogmáticos en los que todas las proposiciones son inmutables y gozan de la misma autoridad. La mejor prueba de ello está en que es posible descubrir la existencia de divergencias e incluso de contradicciones en las actitudes adoptadas por los últimos pontífices romanos en torno a problemas importantes, en documentos que entran todos en el campo de la « doctrina social ». Lo hemos de ver posteriormente con referencia a problemas tales como el de la cogestión o el de la participación de los obreros en los beneficios de la empresa. Y el Cardenal Montini ha distinguido entre el « Magisterio doctoral » de los Papas y su « Magisterio pastoral », al que según él pertenece la « doctrina social » (1).

El R.P. de Soras escribe a este respecto : « El magisterio pastoral trata con sus actos de insinuar, en todo momento de la historia, en el espíritu, la inteligencia y el corazón de la cristiandad, que milita y camina por esta tierra, una inteligencia de actitudes, una sabiduría de vida, una prudencia de acción, un *recta sapere*, que toman como base la verdad del misterio de la salvación, cuya Revelación y cuya simiente posee la Iglesia y para las que el mundo es el campo de siembra y de desarrollo » (2). Y el R.P. de Soras añade, comparando el género literario de estos documentos pontificios con el de una carta de dirección de conciencia más bien que con el de un tratado de dogma : « Las aserciones, los juicios sobre las doctrinas y las estructuras, los mandamientos, los consejos, las sugerencias y las exhortaciones se escalonan en una serie sumamente diversa en la que se pasa de lo menos categórico a lo más categórico, incluyendo de

(1) Cardenal Montini : « El magisterio pastoral de Pío XII ». *Documentación católica*, 1º de setiembre de 1957.

(2) *Revue de l'Action Populaire*, febrero y marzo de 1961.

cuando en cuando, pero sólo de cuando en cuando, lo que tienen de perentorio las notificaciones doctrinales y morales indiscutibles. »

Las distinciones no son siempre fáciles en la práctica, aunque una diferencia importante aparezca claramente en la *Mater et Magistra*, por ejemplo entre la afirmación : « Su principio esencial (el de la doctrina social de la Iglesia) es que el hombre es el fundamento, la causa y el fin de todas las instituciones sociales... », y esta o la otra precisión sobre los medios de interesar a los asalariados en la vida de la empresa. Por lo demás, Juan XXIII distingue explícitamente en esta Encíclica entre los *principios probados, las normas de acción y las admoniciones paternales*. Una cosa es el principio y otra sus modalidades de aplicación, las cuales no tienen a menudo otra finalidad que la de ilustrar la necesidad de la aplicación. Así es como Pío XI habló de organización de tipo corporatista, mientras que Juan XXIII no hace ya ninguna alusión a ella.

De este modo, la « doctrina social » viene a ser como un acto de gobierno de la Iglesia y como tal parece evidentemente sujeta a nuevos desarrollos. Los mismos principios confrontados con realidades históricas diferentes engendran actitudes nuevas.

Mater et Magistra debe, pues, ser considerada como un acto de gobierno en el sentido de que la autoridad de la Iglesia la ha redactado no sólo fundándose en una doctrina, sino teniendo en cuenta las oportunidades y las interpretaciones que puedan darse a tal argumentación o a tal palabra. Hay por tanto que situarla en el desarrollo de una « doctrina social » que pasará por otras evoluciones. Sin duda, los historiadores se interesarán por las condiciones de su elaboración. Anunciada ya en diciembre de 1960, fechada el 15 de mayo de 1961, día del setenta aniversario de la *Rerum Novarum* y del treinta aniversario de la *Quadragesimo Anno*, la Encíclica se publicó el 15 de julio de 1961. Quizá los historiadores confirmen ciertos rumores según los cuales la tarea de preparar la redacción del texto fue confiada en un principio a los jesuitas, entre ellos a dos franceses, y terminada por personas del círculo íntimo del Santo Padre, en particular

por Monseñor Parente, asesor del Santo Oficio, Monseñor Pavan, consultor de la congregación consistorial y vicepresidente de las Semanas sociales italianas, y Monseñor Ferrari Toniolo, secretario de dichas Semanas. ¿Conseguirán los historiadores garantizar la autenticidad de estas palabras atribuidas al Santo Padre tras la lectura de un primer documento de trabajo que no se aceptó? : « Nunca creerán que es mío. No es así como yo hablo. » ¿Confirmarán la decepción de ciertos especialistas franceses y alemanes, que esperaban un texto muy elaborado, al estilo de *Quadragesimo Anno*? Lo ignoramos y, en definitiva, todo esto tiene poca importancia. El Papa dirige un documento a la Iglesia ; hay que aceptarle tal como es, sin preocuparse exageradamente por las intenciones o por los métodos.

Existen ya numerosos y pertinentes análisis de la *Mater et Magistra*. Nuestro propósito no es rehacer, mejor o peor, lo que esos análisis han hecho ya perfectamente. En el título de la Encíclica encontramos ya una invitación a adoptar una actitud diferente. El título reza en efecto así : *Carta Encíclica a los venerables Hermanos, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios, en paz y comunión con la Sede Apostólica, así como a todo el clero y a los fieles del universo católico, sobre la evolución contemporánea de la vida social a la luz de los principios cristianos*. Se trata, como vemos, de iluminar los principales problemas económicos y sociales de nuestro tiempo. Y es partiendo de estos problemas como vamos a tratar de penetrar en el pensamiento de la Iglesia, observando de paso la evolución de ésta y señalando eventualmente los aspectos que han quedado en la sombra, es decir inventariando nuestras necesidades al mismo tiempo que su enseñanza.

Indiquemos previamente que es un católico quien escribe este artículo ; en consecuencia, el lector debe comprender que el autor se sitúa dentro del problema mismo ; se siente pues *concernido* y no sólo *interesado*, como sería el caso de un observador extraño.

¿Cuál es « el problema » en la sociedad contemporánea? ¿Qué es lo que nos provoca y maltrata nuestros conceptos? ¿Qué in-

socialización el hombre está destinado a embrutecerse y a convertirse en un autó-mata? A esta pregunta hay que responder resueltamente con la negativa. »

De todos modos, conviene entender bien el sentido en que el Soberano Pontífice emplea la palabra *socialización*. Se trata, sin duda alguna y antes que nada, de su sentido sociológico : el crecimiento de los lazos y de las interdependencias en las sociedades humanas. Pero el Papa va más allá de esto cuando reconoce que semejante fenómeno sociológico aumenta por una parte inevitablemente la dosis de las intervenciones del Estado y por otra no constituye un determinismo ciego, sino que resulta de la voluntad del hombre, capaz de orientar el fenómeno en un sentido favorable. Los textos son categóricos : « Estos desarrollos de la vida social son a la vez indicio y causa de la intervención creciente del Estado... La socialización no se debe ni poco ni mucho al impulso ciego de las fuerzas de la naturaleza ; por el contrario, como ya hemos dicho, es obra del hombre, ser libre : su naturaleza, que le empuja a actuar, no le arrebatada la responsabilidad de sus actos, aunque haya de reconocer las leyes de la humanidad en devenir y las del movimiento de la economía y no pueda sustraerse enteramente a la influencia del medio. »

Si bien el Santo Padre no utiliza la palabra *socialización* en el sentido de apropiación de los bienes y de las responsabilidades por la colectividad, de todos modos va claramente más allá de una simple descripción sociológica, de la verificación de un fenómeno que habría que soportar a falta de poder impedirlo. El Pontífice hace algo más que sugerir que existe una especie de relación dialéctica entre el *hecho* sociológico de la intensificación de las relaciones sociales y el *derecho* de la colectividad a intervenir en la gestión de tal sociedad.

Al decir esto no queremos dar a entender que la *socialización* es la antesala del « socialismo » en el pensamiento de la Iglesia, sino sólo que a los católicos no les está prohibido buscar por su cuenta y riesgo, siguiendo los caminos trazados por las diversas doctrinas políticas, entre ellas los socialismos, los medios de imponer a la socialización un sentido que garantice cier-

tos valores. Pero hay aún que concretar a qué socialismo nos referimos. La Iglesia no tiene por qué recomendar esta o la otra doctrina política para resolver los problemas de nuestro tiempo, pero tiene el deber de poner en guardia a sus miembros contra los peligros de ciertas doctrinas. Y esto es algo que no deja de hacer. A este respecto la *Mater et Magistra* es quizá menos explícita que las precedentes encíclicas sociales, pero todo inclina a creer que la presente encíclica acepta pura y simplemente por su cuenta las advertencias anteriores. El primer condenado es el liberalismo : « En un régimen como éste, la ley del más fuerte no sólo era tenida por legítima, sino que de hecho regulaba las relaciones entre los hombres ; así, el mundo económico se hallaba entregado al más profundo desorden. » La condena del comunismo no necesita ya de largos desarrollos : « El Soberano Pontífice recuerda que la oposición entre el comunismo y el cristianismo es fundamental. »

Lo que se dice del socialismo exige mayor atención. El Soberano Pontífice recoge en *Mater et Magistra* los argumentos de Pío XI en *Quadragesimo Anno* y los resume en los siguientes términos : « ...que los católicos no pueden de ninguna manera prestar su adhesión a las teorías de los socialistas, a pesar de la apariencia de su posición más moderada. Pues al encerrar el orden social dentro de los horizontes temporales, no le asignan otro objetivo que el bienestar terrestre ; además, al hacer de la producción de los bienes materiales el fin de la sociedad, limitan indebidamente la libertad humana ; finalmente, carecen de una verdadera concepción de la autoridad en la sociedad ». Así, pues, se rechazan las teorías socialistas moderadas por motivos precisos ; y como, al contrario que el comunismo, estas teorías no se basan en una sola escuela sino en un gran número de inspiraciones, conviene preguntarse en cada caso si su carácter corresponde a los extravíos que denuncia el gobierno de la Iglesia. Esta es una tarea delicada que los católicos deben realizar en conciencia y de la que en definitiva es juez la autoridad disciplinaria de la Iglesia. En todo caso, tras la lectura de *Mater et Magistra* no cabe concluir que todo socialismo, sea cual sea

su carácter, es algo prohibido para los cristianos.

En el fondo, si los socialismos han perdido —al menos en nuestras sociedades occidentales— algo de su poder de seducción, ello no se debe tanto a que todos contradicen ciertos valores humanos, cuya defensa asegura la Iglesia, como a que a menudo resultan inadaptados a nuestros problemas. Es evidente, por ejemplo, que la cuestión de la propiedad —de la que las doctrinas socialistas han vivido desde su origen— se halla subordinada (no anulada) a la cuestión más general del poder. Lo mismo si se trata del poder económico que del poder político, así como de sus relaciones recíprocas, el pensamiento socialista demuestra ser bastante pobre; piénsese por ejemplo en la debilidad de sus teorías sobre el Estado.

¿Qué luz proyecta *Mater et Magistra* sobre estos problemas?

Distribución y uso de los poderes

La reciente Encíclica no analiza la sociedad moderna directamente en términos de poderes. La manera de ver los problemas no resulta sensiblemente diferente de la utilizada por las anteriores encíclicas sociales. Pero es fácil encontrar estas cuestiones a través de los clásicos encabezamientos de capítulos empleados en el documento: el papel del Estado, el de los cuerpos intermediarios, la estructura y el papel de las empresas.

La Encíclica empieza por reafirmar un principio que debemos examinar con detalle: el principio de *subsidiaridad*. Juan XXIII recoge formalmente la definición dada por Pío XI en *Quadragesimo Anno*: « No es por ello menos indiscutible que no se puede cambiar ni quebrantar este principio tan grave de filosofía social: así como no cabe quitar a los particulares, para transferirlas a la comunidad, las atribuciones que pueden ejecutar por su propia iniciativa y por sus propios medios, igualmente sería cometer una injusticia, al mismo tiempo que perturbar en forma muy perjudicial el orden social, el retirar a las agrupaciones de orden inferior, para confiarlas a una colectividad más amplia y de rango más elevado, funciones que aque-

llas están en condiciones de realizar por sí mismas. El objeto natural de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo, no destruirlos y absorberlos. »

De todos modos, en la idea de subsidiaridad hay algo más que esta noción de suplencia en caso de fallo o incapacidad. El diccionario Littré define lo *subsidiario* en los siguientes términos: « Lo que ayuda a algo que es principal. » La noción de ayuda se halla, pues, explícitamente contenida en la de subsidiaridad, y Juan XXIII no lo ignora, a juzgar por otros pasajes de *Mater et Magistra*. La intervención del Estado debe *estimular, coordinar, suplir e integrar*, lo que ya es algo. Y aún hay más: « No es a cada órgano de producción al que corresponde tomar las decisiones que influyen sobre el estado general de la economía; eso es asunto de los poderes públicos y de las instituciones responsables de los diversos sectores de la vida económica en el plano nacional o internacional. » Henos aquí muy cerca de la noción de planificación, noción que por desgracia no figura en el documento, siendo así que los principios formulados y las líneas de exploración trazadas conducen a ella y que el mundo entero se plantea este problema. A un lector precipitado *Mater et Magistra* podría figurársele como la Encíclica que ha encontrado una palabra (*socialización*) y ha olvidado otra (*planificación*).

Ciertamente, la Iglesia no tiene por qué pronunciarse en favor o en contra de la planificación, pero, en la medida en que ésta constituye un método de gestión adaptado a nuestro tiempo, puede resultar útil que aquélla haga explícitos sus principios generales en función de este método nuevo. Pueden imaginarse, y ya existen hoy, muchas formas de planificación. Los criterios en virtud de los cuales se elige una u otra dependen evidentemente del estado de desarrollo y de las estructuras de cada país, pero deben también hallarse en relación con las decisiones fundamentales en torno a los principios de la vida social. Resulta por lo demás significativo comprobar que, por ejemplo, en Francia estos problemas de la finalidad de la planificación están adquiriendo una importancia creciente. En cierto modo la planificación ha permitido vol-

ver a enfrentarse con problemas de fondo que ya no era posible plantear en términos rigurosos en las formas anteriores de organización de la economía. Por otra parte, como la Unión Soviética recurrió muy pronto a la planificación —lo mismo hicieron las empresas privadas, pero sin fundar su publicidad en este aspecto—, la palabra les parece aún a ciertos espíritus maculada por una especie de pecado original. Una referencia explícita por parte del gobierno de la Iglesia contribuiría a disolver esta unión ilegítima y daría un impulso nuevo a las investigaciones y a las realizaciones.

Si bien Juan XXIII no dice nada de la planificación, examina en cambio el problema clásico de las nacionalizaciones. Tampoco en este punto trata el Pontífice de innovar, recogiendo especialmente los argumentos de Pío XI. De todos modos, Juan XXIII añade : « Nuestra época muestra una tendencia a la extensión de la propiedad pública. La razón de ello hay que buscarla en las atribuciones más extensas que los poderes públicos deben asumir en pro del bien común. No obstante, también en este punto importa adaptarse al principio de la subsidiaridad anteriormente mencionado. » En otros términos, las nacionalizaciones —tanto más legítimas cuanto más crecen las empresas privadas— no deben abolir el derecho de propiedad privada (incluida la de los bienes de producción, precisa la Encíclica) « claramente establecida por la autoridad del Evangelio ».

Para comprender bien esta insistencia del Papa en la legitimidad de la propiedad privada, parece que hay que referirse a dos preocupaciones fundamentales : preservar el derecho de *iniciativa* de las personas y proporcionar a éstas los medios de garantizar su *seguridad*. El mismo principio que va a hacer que Juan XXIII recomiende la participación de los trabajadores en la gestión de la empresa, le impulsa a reafirmar la legitimidad del derecho de propiedad, en cuanto medio de iniciativa para asumir responsabilidades en la vida económica y social. En la base de todo esto encontramos la idea de la dignidad de la persona humana, a la que la vida económica debe proporcionar una justa participación en los frutos de la producción y una justa participación en la responsabilidad de esa mis-

ma producción. La dificultad viene precisamente de que igual principio de base da lugar a consecuencias prácticas que pueden resultar contradictorias. El equilibrio que hay que establecer depende del tipo de sociedad en que el individuo se encuentra y de su nivel de desarrollo.

En cuanto a la seguridad, la Encíclica hace observar que la propiedad de un capital ya no es el único medio de conseguirla : « Ocurre también hoy día que se aspira más a adquirir una capacidad profesional que a poseer un capital. Se tiene más confianza en los ingresos procedentes del trabajo o de derechos fundados en el trabajo que en los ingresos que provienen del capital o de derechos fundados en el capital. Esta actitud es perfectamente conforme con el carácter propio del trabajo : al proceder directamente de la persona humana, el trabajo está como valor antes que la riqueza en bienes exteriores, que por su naturaleza son sólo instrumentos. Esto constituye el indicio de un progreso de la humanidad. »

De manera general, cabe preguntarse si el principio de subsidiaridad, tal como se le entiende comunmente, da cuenta exacta del rico desarrollo del pensamiento de la Iglesia. Prácticamente, a través de todos los artículos de *Mater et Magistra* (podríamos ver otros ejemplos a propósito de la agricultura o de los países subdesarrollados), la intervención de la colectividad en la gestión de la economía aparece mucho menos como una *suplencia* o una *substitución* de la iniciativa privada que como una *condición necesaria* para la realización de esta última. Hoy, la iniciativa privada ya sólo puede desarrollarse limitándose, articulándose con la iniciativa pública. Ayer, para poner remedio al paro ; hoy, para garantizar el crecimiento óptimo y el reparto equitativo de sus frutos. De ello poseemos múltiples ejemplos. Lo que la Iglesia nos recuerda con vigor es que todos estos sistemas deben tener por sujeto y por objeto al hombre, a la humanidad en el hombre. Juan XXIII escribe : « Si las estructuras y el funcionamiento de un sistema económico son tales que pueden comprometer la dignidad humana de quienes en ellos trabajan, embotar en ellos el sentido de las responsabilidades y quitarles toda iniciati-

la, regional y de ayuda al subdesarrollo constituyen hoy preocupaciones esenciales para los responsables de la vida económica y social. La Encíclica da sobre todos estos temas numerosos consejos prácticos, sin atribuirles, no obstante, el rigor de declaraciones de principio.

De ahora en adelante no se debería hablar de « la cuestión social », sino de « las cuestiones sociales », entre las cuales existen relaciones estrechas. Es evidente que la clase obrera de los países industrializados debe participar también en la redistribución de las riquezas en favor de los sectores o de los países subdesarrollados, igual que se ha beneficiado más o menos de la explotación colonial. El hecho es evidente en Gran Bretaña, por ejemplo.

Pero el problema esencial consiste menos en convencer a los más ricos de que den a los más pobres, que en proporcionar a éstos los instrumentos de su propio desarrollo, entre los cuales las transferencias gratuitas de capitales son sólo una condición necesaria, pero no suficiente. En los medios católicos se tiende demasiado a plantear los problemas del subdesarrollo en términos de redistribución de las riquezas, como si, por ejemplo, la distribución de los excedentes agrícolas fuese a resolver el problema del hambre en el mundo.

Desde este punto de vista, la disociación del problema agrícola del de la expansión regional y del de los países subdesarrollados dificulta sin duda alguna el análisis, y *Mater et Magistra* adolece hasta cierto punto de esta dificultad de método. El problema de los países subdesarrollados es en primer lugar un problema agrícola, pero este problema no se plantea en dichos países en los mismos términos que en los países industrializados.

Mater et Magistra reconoce el hecho del éxodo rural y se inquieta por él, pero en este punto se muestra relativamente más optimista que las ideas que suelen dominar en el mundo católico. Al abandono de la tierra en favor de la ciudad no se le presenta sistemáticamente como una pérdida y un desamparo. Y los medios preconizados para mantener a los trabajadores en el campo se fundan menos en la intimidación moral que en la modificación positiva de las estructuras. Se trata de que

los agricultores « se convenzan de que consagrar su vida a la tierra permite no sólo afirmar y desarrollar la propia personalidad, sino también hacer frente al futuro confiadamente ». Una política positiva permitirá además « controlar el movimiento de los agricultores privados de trabajo por la modernización de las técnicas agrícolas, darles la formación técnica necesaria para permitir su traslado a otras profesiones y proporcionarles la ayuda económica, cultural y espiritual necesaria para su integración en los nuevos medios sociales ».

Los problemas concretos de la fiscalidad, el crédito, la seguridad social y los precios agrícolas se examinan con un sentido en el que se dejan ver espíritus defensores de una política agrícola dinámica en los países europeos. En materia de estructuras de explotación, el ideal preconizado por *Mater et Magistra* es la explotación familiar. De todos modos, se afirma que « es imposible dar una regla general sobre las estructuras que convienen mejor a la agricultura » y se invita en forma apremiante a los campesinos a que trabajen en asociación : « no es posible dejar de subrayar que, en la agricultura igual que en los demás sectores de la producción, la asociación es la necesidad vital, sobre todo cuando se trata de empresas familiares ». Así, pues, la Encíclica alienta explícitamente la creación de sociedades mutuas y de cooperativas.

Resta una cuestión difícil en torno a la cual la Iglesia no nos ofrece una enseñanza precisa : ¿no existe el riesgo de que en el mundo campesino se produzca una contradicción entre la apropiación privada de la tierra y el mejoramiento de la explotación agrícola? ¿El endeudamiento que resulta de la compra de la tierra por el agricultor, no le impide a éste en muchos casos realizar las otras inversiones necesarias para su desenvolvimiento?

En nuestros países, los problemas agrícolas no encuentran a menudo solución fuera del marco de una política regional. *Mater et Magistra* hace una breve alusión a la cuestión, insistiendo en el imperativo del empleo. Más vale transportar a las industrias que a los hombres : esto es algo que no se dice de manera explícita, pero que se deduce claramente de varios artículos consagrados al tema.

Por otra parte, sería vano buscar en la Encíclica una exaltación comparable del trabajo industrial, aunque Juan XXIII se abstenga de repetir ciertas descripciones particularmente sombrías del mundo de la industria, que eran corrientes entre sus predecesores.

En general, *Mater et Magistra* carga más el acento en el aspecto de redención que en el de creación del trabajo. Este « continúa en cierto modo el trabajo de Jesucristo y toma de él su virtud redentora... Así, el trabajo humano ha sido exaltado y ennoblecido para conducir a quienes lo ejecutan a la perfección y para contribuir a comunicar a los demás y a propagar en todas partes los frutos de la Redención ».

Al trabajo se le presenta esencialmente como un medio de cultura y de perfeccionamiento individual. Al parecer, los hombres de hoy aspiran —y de ello es prueba el interés despertado por la obra del Padre Teilhard de Chardin— a una concepción más profunda aún de su trabajo temporal. La Iglesia no puede ignorar su aspiración, y la tarea de los laicos cristianos consiste precisamente en ofrecer a aquélla la gama de experiencias y de reflexiones de que nutrirá su propia enseñanza.

Juan XXIII ha tenido a bien concluir su Encíclica con una invitación apremiante a la acción, lo que contribuye a la originalidad del documento. El Papa envía a los cristianos al mundo, no sólo para que apliquen consignas, sino también para que descubran por sí mismos los nuevos caminos y los nuevos métodos que responden a los problemas sociales de su tiempo.

Por su estilo —directo—, por su forma —bastante pragmática—, por su fondo, *Mater et Magistra* no trata tanto de innovar en el orden de los principios como de adaptar una doctrina permanente a unas necesidades nuevas, con miras a que los cristianos puedan realizar una acción eficaz.

Desde hace veinte años, los católicos franceses han reaccionado ante los actos de la Iglesia en formas muy diferentes. En medio de los trastornos de la guerra se lanzaron por caminos inexplorados; este período ha quedado marcado en sus espíritus por la carta pastoral del cardenal Suhard, *Essor ou déclin de l'Eglise* (1947), donde podían leer: « Esta pululación de ideas y de em-

presas es mucho más tranquilizadora que una satisfacción inerte. » En particular, los intelectuales no podían dejar de oír el llamamiento del arzobispo de París: « A ellos les toca tender con todo su poder a esta creación de una sociedad cristiana en la que el primer objetivo será el Reino de Dios. En la encrucijada en que nos hallamos, el primer apostolado es el del Pensamiento. La Iglesia atraviesa un momento decisivo en que puede perder todo o ganar todo, según la espiritualidad que proponga a la humanidad. »

¿Consiste la vocación de las vanguardias en ser sacrificadas? ¿Fueron inferiores a sus tareas? ¿Fueron víctimas de unos enlaces mal ajustados entre el centro y la periferia de la Iglesia? Sea como sea, el hecho es que iban a producirse diez años de canalización de las iniciativas, de advertencias e incluso de condenas. No se trata aquí de discutir lo bien fundado de estas intervenciones, sino simplemente de comprobar sus efectos en capas hasta entonces vivas de los católicos franceses: amargura, temor, inmovilismo, indiferencia.

En la historia de la Iglesia universal, diez años de incertidumbres en 550.000 km² de territorio europeo apenas pesan; tanto más cuanto que una serie de militantes tenaces no cesaron de lanzar su puñado de semillas, cuya cosecha ignoramos. Pero seguramente era hoy oportuno recordar de modo solemne que las puertas del futuro seguían abiertas y que los cristianos, convenientemente informados, no debían vacilar en entrar por ellas, naturalmente bajo su propia responsabilidad.

Ciertamente, el objetivo de *Mater et Magistra* no es sólo éste: la Encíclica va dirigida a toda la Iglesia, es decir mucho más allá de este tipo de católicos franceses incómodos y llenos de sí mismos. Pero una de sus consecuencias —sobre todo en el clima actual de preparación del Concilio— podría ser despertar generosidades dormidas y movilizar inteligencias a la defensiva. *Mater et Magistra* no es —¡gracias a Dios!— un tratado católico de economía política, ni un nuevo *Syllabus*. Su actitud frente a nuestros problemas no consiste tanto en resolverlos como en contribuir a liberar y estimular nuevas energías que puedan ayudar a darles solución.

de tal modo que la voluntad es la base abstracta de la libertad, pero el producto es la existencia moral entera de un pueblo ». « La idea como tal es la realidad ; las pasiones son el brazo con que se extiende. » Para Hegel, lo que enlaza la idea con las pasiones es la libertad moral. Es un acierto en Hegel su concepción de la Historia como progreso en la conciencia de la libertad. Su tesis mencionada es profunda. Pero nos parece un tremendo error sostener que en el Estado la libertad se realiza positivamente. Es indudable que la libertad que puede realizarse en el Estado es siempre la libertad política, que es en la gran mayoría de los hombres una condición para la libertad del espíritu. Ahora bien : para que esa libertad se realice en el Estado se necesita sin duda que éste se proponga acogerla, protegerla y defenderla como uno de sus fines capitales. Todos sabemos que en la Historia ha habido Estados que no la acogieron y que otros muchos se propusieron triturarla, lo mismo en Oriente que en Occidente. Un ejemplo moderno es el Estado de Luis XIV. Generalmente las revoluciones significan la manifestación de una lucha de la libertad contra determinadas formas anticuadas de algunos Estados. Y no hablemos de ciertos Estados actuales que simbolizan el intento de aniquilar toda libertad del individuo.

Si es amplia y certera la concepción hegeliana de la Historia como desarrollo hacia la libertad, es una contradictoria limitación pensar que la libertad sólo se realiza en el Estado. En rigor, la libertad nunca se realiza en el Estado, sino que éste debe ser el que la garantice y la proteja. La teoría política de Hegel se refiere a una época de restauración del poder absoluto en la mayor parte de Europa. El filósofo alemán juzgó de manera optimista tal absolutismo, porque no veía las fuerzas que incubaba el Estado absolutista y su carácter efímero. La doctrina hegeliana equivale a una inadmisibles hipertrofia cultural y política del Estado, que tomaba por modelo un absolutismo que no tardaría en hundirse. Hegel no ve en el Estado lo que es realmente : un mero instrumento de la sociedad, y que ciertos Estados, al intentar borrar la libertad de su

ámbito, son grandes enemigos de toda cultura, porque la libertad es la condición de la cultura.

La referida doctrina hegeliana de la Historia como libertad ejerció un profundo influjo sobre Marx, según el cual « la historia de toda sociedad existente hasta la actualidad, es la historia de la lucha de clases ». Expone Marx el desarrollo de las fuerzas productivas en la época de los cien años anteriores a la redacción del *Manifiesto*, como un progreso originado por la subyugación de las fuerzas naturales por el hombre. Según dicho pensador, proporcionalmente al desarrollo del capital tiene lugar el desarrollo del proletariado formado por obreros solamente. Y considera que estos obreros, en el proceso económico, son una mercancía. Para Marx el proletariado salva toda sociedad humana, trayendo a primer plano sus propios intereses. Al final de ese proceso el proletariado organizado no se convertirá en una clase dirigente como la burguesía, sino que abolirá su supremacía como clase, y, en lugar de la vieja sociedad burguesa con su antagonismo de clases, tendremos una asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos. Finalmente, el campo entero de las necesidades humanas será reemplazado por un reino de libertad.

En definitiva, también para Marx, como para Hegel, la Historia es un progreso hacia la libertad, si bien difieren en que si en Hegel la libertad se realiza en el Estado, en Marx se realiza en el movimiento proletario que destruye al Estado burgués y con él los antagonismo de clase, para crear una sociedad sin clases que haga del Estado un instrumento anticuado e inservible. Para Hegel la libertad se va obteniendo progresivamente. Para Marx, si las condiciones económicas implican un desarrollo, al desaparecer las clases se producirá un salto del reino de la necesidad al de la libertad. Si el logro de esa libertad es la finalidad de la Historia, cumplido ese fin se habrían logrado todos sus objetivos y entonces, con la realización de la libertad, se agotará la Historia como movimiento. Se trata sin duda de una concepción mesiánica de la Historia, como ha visto, entre otros, Ferrater Mora. Pero se

impone preguntar: ¿acaso no ha existido ninguna libertad en la Historia? ¿Puede existir un salto de la necesidad a la libertad por obra de la supresión de las clases en el futuro? ¿Cómo es posible esto? Nosotros creemos que a pesar de sus eclipses momentáneos —a veces terribles—, la Historia significa la conquista diaria de una porción de libertad, si no para todos al menos para muchos. La Historia es un enriquecimiento paulatino de libertad en el espíritu humano y en la sociedad. Hasta dentro de los campos de concentración del fascismo alemán es posible conquistar alguna libertad de espíritu, como Sartre ha descrito admirablemente en su « República del Silencio ». Ya sabemos que esa libertad heroica sólo es asequible a una insignificante minoría, pero esa minoría es una maravillosa lucecita en la noche de la Historia cuando ésta sufre un eclipse de libertad. Grecia, la Reforma y la Revolución francesa nos dicen si ha existido alguna libertad en la Historia, o algún movimiento cuyo impulso y obra haya implicado cierta libertad.

En cuanto a la última cuestión: la de si es posible un salto de la necesidad a la libertad mediante la destrucción del poderío económico y político de la clase dominante, operada por el proletariado, pensamos que ese salto implica una confusión en el pensamiento marxista: la que supone identificar la necesidad con la falta de libertad. La falta de libertad originada por la sujeción económica y la tiranía política de una clase, no es necesidad desde el punto de vista histórico filosófico. Lo contrario de la libertad económica y política no es la necesidad, sino la servidumbre económica y política.

Según Marx, cuando se produzca en la Historia la sociedad sin clases, la economía dejará de ser el factor determinante para transformarse en superestructura de esa sociedad. ¿Cuál es entonces el factor determinante? ¿Cuál sería en ese momento la posición de lo espiritual? ¿O es que habría desaparecido todo condicionamiento del espíritu por obra y gracia de la desaparición de clases? La respuesta a estas preguntas no ha de resultar fácil al marxismo.

Sostiene Dilthey agudamente que la con-

cepción hegeliana, según la cual la marcha de la Historia universal es un desarrollo hacia la libertad, implica «la independización gradual y la formación individual de la persona, su determinación por la razón, en la que se verifica la libertad interna, la realización de la libertad en la forma política de la sociedad». Y agrega que esta determinación de la marcha de la Historia se halla condicionada por un supuesto acerca del valor supremo que la Historia sería capaz de realizar. Para Dilthey no son el presente y su situación los que indican los límites de nuestra captación histórica, porque ese presente está lleno de afanes y de acciones que trascienden al futuro. Y en esa zona frontera del saber histórico, en la que actúan sobre el futuro grandes tendencias, nacen para Dilthey las concepciones que, valiéndose de ideas acerca de los valores cuya realización sería propósito de la Historia, trazan una línea que desde el pasado marcha hacia el futuro. Esta concepción diltheyana de la Historia, que articula el presente al futuro, verdaderamente honda y que difiere tanto de la de Hegel —para el cual el presente es la frontera de la Historia, o mejor su culminación—, es un antecedente importante de la tesis de Heidegger sobre la temporalidad, en la que los tres éxtasis del tiempo se imbrican. ¿Acaso es el presente el que camina hacia el futuro o el futuro el que camina hacia el presente, es decir, se hace presente? Me parece más profundo Heidegger al concebir la existencia y la historicidad como una anticipación del futuro. No es el presente el que huye hacia el porvenir, sino el porvenir el que se adelanta. La vida es futuridad, dirá Ortega al afirmar que el futuro es el que arrastra al presente y al pasado.

Pero a Dilthey no le basta con concebir la hegelianamente como un desarrollo hacia la libertad. Se pregunta con todo rigor si no existen desarrollos universales que atraviesan la Historia y que con independencia del progreso hacia la libre subjetividad, pudieran pretender una significación propia. Y contesta que a través de toda la Historia se encuentra el progreso de las ciencias respecto del progreso de la libertad, nosotros creemos que ambos son

como dos ríos que pueden converger en determinadas épocas históricas. Por ejemplo: la Ilustración, que significó un alcance en el reino de las ideas e influyó poderosamente en la Revolución francesa.

Croce, que luchó con todo entusiasmo, hizo un gran esfuerzo para concebir la Historia como libertad. A su juicio la libertad no es el término de la Historia, un final logrado o por lograr, sino su principio motor y por eso idéntica con él. Es inevitable preguntar si la libertad es el sujeto de la Historia o su principio explicativo, es decir, si la Historia es sólo libertad y no existe en ella alguna forma de necesidad. Nosotros pensamos que la sola libertad no basta para explicar el curso de la Historia. La libertad implica lucha con elementos que le son antagonistas. Supone, por tanto, una conquista. Croce no supo admirarse del hecho de que si, según su filosofía, la libertad es la forjadora de la Historia y su sujeto, no es fácilmente comprensible cómo parece yacer derribada en numerosas épocas históricas. Sin duda hay algo que condiciona la Historia y con lo que la libertad se ve obligada a luchar duramente. Ciertamente que la libertad no es el término de la Historia, pues si lo fuera, ésta se congelaría; pero tiene que ser más que su principio motor: tiene que ser también una conquista diaria. La libertad política y la libertad espiritual deben constituir logros de cada día. El hombre que lucha por la libertad con los demás hombres es el que hace la Historia, pero no cabe negar que la Historia influye también profundamente sobre el hombre, es decir, bajo la forma de pasado y de presente; en suma, la cultura es un esencial factor que condiciona al hombre. La cultura, que es la más alta creación humana, está condicionada por la libertad, pero no es fruto exclusivo de la libertad. La cultura presta siempre el mejor apoyo a la libertad y sin ésta no existe la cultura.

Según Croce, la libertad no es un hecho contingente, sino una idea o el mismo conocimiento moral que consiste en la incitación a acrecentar la vida y en reconocer en sí y en los demás al hombre, la fuerza que se ha de respetar y promover en su capacidad creadora. Para él la libertad no tiene comienzo absoluto, pues se

cometería el error de considerar históricas a las categorías —bien, belleza, logos— que no son hechos históricos, sino las creadoras perpetuas de los hechos de la Historia. La categoría de la libertad es inagotable. En el mundo de los hechos, que es el mundo de la Historia, la libertad no es nunca perfecta en abstracto, sino, a veces, tal como es concretamente y hay que reconocerla y aceptarla en las condiciones dadas. Objétase que la libertad antigua no fue verdadera libertad, porque se fundaba en la economía esclavista; pero a esto replica Croce que el hecho de la existencia de los esclavos no impidió la realización de las grandes obras culturales que crearon los hombres libres de Atenas.

Croce considera que la libertad vive en la Historia con vida peligrosa y combatiente. Sostiene dicho pensador que las edades de libertad son momentos de resplandor moral que abren paso a tiempos de luz insegura o de tiniebla total. Para Croce, en tiempos de violencia el ideal es lo único humano, porque siempre se aspira y se trabaja por la libertad.

En su larga y fecunda vida, Croce, que conoció el triunfo de la dictadura soviética, el triunfo y la caída de las dictaduras fascistas de Mussolini y de Hitler, meditó, luchó y escribió creyendo siempre profundamente en la libertad, sin dejarse abatir por sus tenebrosos colapsos, más o menos terribles, pero efímeros al fin. Y así pudo escribir estas palabras, en las que palpita una viva convicción heroica, en una época de violencias en la que la libertad es como una ave cilla que yace en el suelo con el ala rota: « La acción moral no debe regularse por lo que vendrá, pues aunque la servidumbre dure siglos es sólo un pestañeo que no interfiere su misión, que es la de encender la libertad con la libertad. »

¿A qué libertad se refiere el pensador italiano? Veámoslo. Existe una libertad ética, que para Alejandro Korn es la autarquía que encuadra la voluntad en una disciplina que ella misma fija; y según el pensador argentino existe una libertad económica que es el dominio sobre el mundo objetivo. Ambas constituyen la

sin esa libertad ha sido posible una profunda vida anímica.

Jaspers es uno de los espíritus más libres, profundos y humanos de la época actual. Profesa un auténtico humanismo. Si para él la libertad está en movimiento, esto quiere decir que en la Historia el hombre logra siempre algo de libertad y aspira a la mayor plenitud de ella. Pero no explica Jaspers satisfactoriamente cómo se produce el brinco a la libertad. Creemos que está en lo cierto cuando afirma que la libertad política debe hacer posible la restante libertad del hombre. La libertad a que alude el filósofo, en relación con la Historia, es la libertad del espíritu. Su alta estimación de la libertad política, cuya pérdida total en la Alemania hitleriana le originó tremendos sufrimientos, no le impide ver que tal libertad es un fenómeno occidental, ni tampoco reconocer que ella no es condición para todo elevado ser del hombre.

Como desde Hegel a Ortega varios pensadores han ligado la idea de progreso a la de libertad, veamos ahora la posición de los más sobresalientes de ellos sobre la cuestión del progreso.

Sostiene Hegel que el fin de la Historia universal es que el espíritu llegue a saber lo que es verdaderamente y haga objetivo este saber. Dilthey atribuye a Hegel la concepción de la Historia como desenvolvimiento, en el que los valores actúan como causas. El desarrollo del espíritu consiste en la realización de su esencia, que es la libertad. Ese desarrollo se efectúa en tres etapas: como espíritu subjetivo obtiene para sí la conciencia de su libertad; como espíritu objetivo realiza esta libertad en el mundo de la moral, del derecho, del Estado y de la Historia; y como espíritu absoluto se establece en la unidad de su existencia y de su concepto en el arte, en la religión y en la filosofía.

Hagamos una apretada síntesis del pensamiento hegeliano sobre el tema, siguiendo a Heimsoeth, uno de sus mejores expositores.

Los pueblos que han formado un Estado tienen su florecimiento y cumplen su destino eterno en el tiempo. El desarrollo de los Estados y de la cultura de los pueblos es una interacción a través de la

oposición y de la síntesis superior. En esa lucha se manifiestan los grandes períodos de la Historia universal. De lo que perece en el tiempo surge una nueva forma superadora. Historia es espíritu exteriorizado en el tiempo. Para Hegel el tiempo ya no es «una mera forma de la exterioridad, de la división, del perecer, sino al par aquella dimensión que hace posibles todas las síntesis y realizaciones espirituales, la dimensión del poner a salvo, del vivo introducir lo pasado en lo presente, del «superar» que transfigura la limitación pretérita en el futuro más amplio». Hay aquí una intuición que es un evidente avance sobre la doctrina kantiana del tiempo, rígida, subjetiva, ahistórica.

La vida de cada pueblo es sólo «un momento parcial y transitorio» del proceso de la Historia universal. El tema de ese total proceso temporal es la libertad. Para Hegel, cada época pone de manifiesto a su manera el organismo de la razón. La razón también evoluciona y no se la debe separar del devenir histórico de la humanidad entera como un sistema constante extraño al tiempo.

En Hegel, como piensa Croce, hay que distinguir un devenir ideal, otro real y otro temporal. El devenir ideal es la inteligencia del devenir real. El devenir temporal implica un tiempo aritmético y por tanto, abstracto. Considerar el devenir temporal como puramente abstracto significa desvincularlo del devenir real, cuando a nuestro juicio el primero es la raíz del segundo. El devenir ideal en Hegel se identifica con un progreso finito, y si el progreso tiene una meta que se realiza, cesa el movimiento dialéctico de la Historia, cuyo curso en esa forma se congela. ¿Por qué si la razón evoluciona no se la debe separar del devenir histórico de la humanidad? Será no porque la razón dicte sus leyes al mundo histórico, como cree Hegel, sino porque las formas de la razón dependen en cierto modo del devenir de la Historia.

Afirma Hegel que «el único pensamiento que la filosofía lleva consigo al abordar el problema de la historia es el simple concepto de la razón; o sea el supuesto de que la razón domina al mundo y que, por

Hobbes enunció ese principio. Para el primero, la conciencia que tiene de sí mismo es la de progreso y desarrollo.

Se nos impone preguntar: ¿no es un regreso el Estado fascista respecto del Estado liberal? Desde luego; y entonces hemos de reconocer que si en general la Historia es progreso, se dan también casos de regreso o retroceso, como remansos de un río que no le impiden proseguir su curso. Pero entendemos que estos momentos de regreso dificultan, pero no imposibilitan el desarrollo hacia adelante de las fuerzas vivas que alientan por debajo o al margen de tales retrocesos momentáneos.

Marx afirma que la historia de toda la sociedad es la historia de la lucha de clases, o sea, del antagonismo social entre el hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el señor y el siervo, el maestro gremial y el oficial agremiado. La última época se caracteriza por el desarrollo de la moderna industria y de los ejércitos industriales de la burguesía, la cual en una etapa relativamente breve hizo surgir fuerzas productivas superiores a las de todas las generaciones anteriores y que significaron un avance inmenso de la civilización occidental. Pero el reverso de ese avance consistió en que la industria moderna transformó el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalismo burgués, con estas consecuencias: masas de obreros amontonados en las fábricas, esclavizados por la máquina, por el capataz y por el mismo burgués dueño de la fábrica. En ese estado de su evolución —opina Marx— la sociedad humana no puede subsistir sin el cambio constante de las relaciones de producción. Proporcionalmente al desarrollo de la burguesía tiene lugar el del proletariado, integrado por obreros obligados a venderse diariamente. El movimiento proletario es el movimiento consciente de la mayoría. Y el proletariado no puede levantarse a sí mismo sin hacer saltar todas las capas superpuestas que constituyen la sociedad oficial. El Estado, instrumento de dominación en manos de la burguesía, se convertirá en instrumento de liberación en manos del proletariado.

Acierta Marx al subrayar el progreso técnico o de las fuerzas productivas y al

observar los efectos de ese progreso en la vida de las masas obreras en cierta etapa histórica. Pero no ha previsto la vinculación concreta en nuestra época del desarrollo de las fuerzas de producción y las relaciones de producción. Ni tampoco ha acertado en su doctrina relacionada con el Estado, cuya finalidad no radica, en manos del proletariado, en preparar su propia dimisión. El Estado soviético es hoy uno de los más fuertes y pretende ser cada vez más poderoso. No se atisba por ninguna parte el salto a la libertad, preconizado por Marx.

Concibe Croce la libertad como principio sinónimo de actividad o espiritualidad, en suma, como perpetua creación de vida, y que también se traduce en el enriquecimiento propio sobre sí misma, en el que nada se pierde de lo que fue creado; es, en una palabra, el progreso perpetuo. Sostiene el filósofo italiano que todo en el progreso perece y todo se conserva. Profesa dicho pensador una dialéctica que concibe la realidad como desenvolvimiento o síntesis de ser y no ser, en la cual la síntesis es la tesis enriquecida por su antítesis, siendo la tesis el bien, el ser. El progreso cósmico consiste, según Croce, en la victoria de la vida sobre la muerte. Progreso y actividad se identifican. En toda situación nueva el individuo recomienza de cabo a rabo su vida y progresa precisamente porque la situación es nueva. Croce encuentra más claramente en la contemplación cósmica la realidad en continuo crecimiento, en incesante superación, sin que advierta en ella regreso real.

La concepción crociana del progreso es sin duda marcadamente optimista. Todo optimismo topa siempre con argumentos de algún peso que intentan cerrarle el paso decididamente. El propio Croce, anticipándose a serias objeciones, se preguntó si fue progreso la Edad Media con respecto a Roma o la victoria de la reacción europea sobre la civilización burguesa de la Revolución y del Imperio, y si fue progreso Comte sobre Kant y Spencer sobre Hegel. Y contesta que la civilización antigua en lo que tuvo de verdaderamente real no murió, sino que se transmitió como pensamiento, instituciones y aptitudes adquiridas, porque volvió a aparecer a tra-

JULIO LARREA

Las bases económicas de la educación en América Latina

EL RECONOCIMIENTO del valor de la base económica en la estructura y desarrollo de la sociedad humana es uno de los hechos característicos de la historia contemporánea. Deber de la educación es formar la conciencia nueva de la sociedad, fundándola en el ideal de justicia, de libertad y cooperación en los planes y esfuerzos por la conquista del bienestar de todos.

En inmensas zonas de América Latina no puede ser el panorama más aflictivo: alto porcentaje de mortalidad infantil, pueblo desnutrido y enfermo, mano de obra barata, bajos salarios para los trabajadores y las grandes masas de empleados públicos, vida civil pobre, presupuestos de miseria para la educación, trabajo prematuro de los niños, explotación del trabajo de las mujeres. Una cama de hospital es el anticipo del descanso definitivo. Los países latinoamericanos son en su mayor parte potencialmente ricos, pero están habitados por pueblos pobres. Nadie ignora que la riqueza se produce por la acción física y por la actividad intelectual o por la concurrencia de ambas actuando sobre la materia. Y como ni el trabajo manual ni el cerebral pueden ser eficientes sin un organismo sano, es obvio que la primera condición para tener productores de riqueza es formar hombres sanos. Cuestión previa y fundamental es, por tanto, que la política general del Estado —y dentro de ella la educativa— pongan en marcha las orientaciones de su acción hacia una vida y una educación higiénicas: higiénicas

deben ser el edificio escolar, el horario, el método, el texto y cuanto afecta al niño y al joven durante la época escolar. Además, la acción educativa debe estar provista de equipos de asistencia, de amplios recursos de medicina preventiva y curativa, de comedores escolares, de roperos y de campos de recreo para los períodos de vacaciones. Todos estos recursos hay que multiplicarlos en América Latina. Hay que superar la etapa presente, en que las mayores extensiones de la geografía pedagógica se cuentan solamente como cosas de « muestra ».

A través del trabajo manual, hay que realizar una amplia campaña que traiga como consecuencia alegre la dignificación de las manos. Hay que convertir la mano en el « cerebro externo del hombre ». Que las manos, tengan la competencia y el poder de expresar las ideas y los designios de la voluntad. Necesitamos más y mejores talleres. Hay que enseñar a aprovechar las cosas aparentemente inútiles. Hay que aprovechar con las técnicas más nuevas las materias primas que abundan por todas partes en América Latina. Pero hay que evitar al mismo tiempo la desviación hacia un sentido unilateralmente práctico de la existencia. En la práctica, como en la teoría, hay miseria y grandeza. Teoría y práctica, pensamiento y acción, ideal y realidad, principio y técnica, no son términos contrapuestos y excluyentes: al contrario, son términos que se integran y que alcanzan su plenitud solamente en una relación íntima y profunda. Cuando se

didas de gobierno nacional que obren sobre la población y sobre los recursos económicos y culturales.

El tipo de producción es todavía colonial en muy grandes zonas de América Latina porque depende decisivamente de la exportación forestal. Las materias primas son la base de la exportación. Hay países que fundan su economía en la explotación minera, pero la mayor parte dependen de la de tipo forestal. Semejante forma de la economía ha contribuido en muchas partes al desarrollo y mantenimiento del monocultivo y a los azares financieros que confían excesivamente en la suerte de los precios que imponen los mercados más poderosos del mundo, regidos por la ley mecanicista e inhumana de la oferta y la demanda. Los países latinoamericanos importan como si fueran altas sus economías y venden sus productos como mercaderes muy pobres, cuyas fuerzas dependen de los artificios amenazantes de los compradores. La exportación expresa el sacrificio de las grandes masas postergadas en las economías nacionales, y la importación se hace por los grupos plutocráticos que tienen poderes omnímodos para cambiar los fieles en las balanzas de pagos y en la administración de divisas.

En algunos países se ha desarrollado la industria nacional a través del aprovechamiento de las materias primas. De todas maneras son exportadas éstas en cantidades muy considerables. En no raras ocasiones los países latinoamericanos compran los objetos manufacturados con sus materias primas a precios casi prohibitivos. Hay en la actualidad proyectos interesantes en la educación técnica para enseñar a utilizar las materias primas con el uso de maquinarias cuyo costo no es excesivo. Hay escuelas vocacionales para uno y otro sexo, empeñadas en el impulso de la producción de objetos correspondientes a las artes manuales. Lo que hace falta es mejores medios técnicos, herramientas y equipos para una producción extensiva. En las artes manuales se ponen de relieve las capacidades extraordinarias de ingenio y creación que tienen los nativos de las regiones aun menos desarrolladas en sentido industrial. Es una capacidad que viene de siglos atrás y a la cual se debe en algunos

casos la tradición artística. Los ejemplos serían tan abundantes como para no poder citarlos detalladamente aquí. La industria liviana ha tenido un desarrollo notable en los últimos veinte años. Casi no hay país que no tenga focos de importancia que esperan incentivos para un pujante desenvolvimiento. La ayuda técnica de las Naciones Unidas y de sus agencias especializadas no ha producido todavía una consecuencia de veras reconocible en relación con su calidad, su extensión y su novedad. La educación técnica no recibe ni luces ni medios de parte de organismos internacionales como la Unesco. Como es sabido, lo que necesita la educación técnica es presupuestos, considerables presupuestos, presupuestos en constante crecimiento. Los consejos están sobrando, por útiles que sean, allí donde faltan completamente los medios. Y, desde luego, ni el expediente para el consejo existe allí donde el personal extranjero de los organismos internacionales es nombrado por simples influjos políticos y de camarillas burocráticas. Cuesta demasiado un llamado « experto » para papel tan desairado frente a las más inclementes situaciones presupuestarias de desolación y angustia de los pueblos. ¡Y pensar que un « experto » semejante, absolutamente desconocedor de cada medio nacional, gana más que el ministro de Educación!

La política del « buen vecino », que fue iniciada bajo buenos auspicios por Roosevelt, tuvo un decrecimiento brusco después de la muerte del ilustre Presidente. En más de veinte años de existencia no ha dado resultados realmente apreciables. No es la obra de « muestra » la que resuelve los problemas nacionales más inquietantes y más profundos, sobre todo si la muestra es mediocre.

A América del Sur le ha hecho falta el dominio de la geografía a través de una acción solidaria de los países sobre los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Estados Unidos demuestran objetivamente la importancia del dominio de los dos océanos. De esa manera la Cordillera de los Andes no sería una barrera. La salida libre a uno y otro océano facilitaría el contacto de los pueblos del sur entre sí y con los pueblos que están al frente de ellos. Sólo ante ta-

les circunstancias fundamentales nuevas podría hablarse con propiedad de un mercado común.

El trópico, en realidad, no representa una inesquivable limitación para el desarrollo. Los grandes destinos del trópico se vuelven hoy tangibles. El Brasil es una de las más gloriosas demostraciones. La higiene, la sanidad, la arquitectura moderna y la investigación múltiple de las posibilidades del suelo y del hombre constituyen los caminos del Brasil moderno.

El milagro del ferrocarril está dominando la naturaleza inhóspita en todas partes, en la geografía atormentada y multifacética de América Latina. Antes de las redes ferroviarias y de las carreteras, América Latina, igual que Africa, consistía en simples contornos costeros, no en bloques continentales de firmeza y solidez apreciables.

La Organización de los Estados Americanos no se enfrenta todavía con la resolución frontal de ninguno de los problemas magnos interamericanos. Los ciudadanos latinoamericanos encuentran en Estados Unidos impedimentos de toda clase para vivir y trabajar y tener posiciones a la altura de su valer y saber, si es que buscan posiciones en instituciones culturales y educativas, hasta en los sectores en donde hay un rótulo en el que se exprese que hay un instituto o centro para estudios latinoamericanos. En cambio, en América Latina los norteamericanos no tienen dificultad alguna con relación a sus « visas ». Y si quieren trabajar, las puertas encuentran abiertas en todo sitio, sin pagar los muy considerables impuestos que en Estados Unidos. La Organización de los Estados Americanos, tal como es sentida en la vida diaria por los hombres de la calle, por los hombres comunes, por los hombres que no valen sino por sus méritos personales, por los que no encuentran en el apoyo oficial de sus países el trampolín para saltar al Consejo de la Organización de los Estados Americanos y a las posiciones de las oficinas de la Unión Panamericana, es todavía una organización internacional que no cumple fines culturales, económicos, sociales y políticos de largo y trascendental alcance.

Es éste el escenario en el que se mueven los complejos fenómenos de la economía

en relación con los procesos de la educación. Para tener una comprensión global de los problemas habrá que señalar por lo menos enumerativamente los marcos y los fondos que rodean a tales fenómenos.

Inflación económica y educación

De los datos que quedan indicados es fácil deducir una suma de consecuencias irrefragables : América Latina importa mercancías en la medida correspondiente a su desenvolvimiento industrial y cultural. Donde el desarrollo industrial está en una etapa de comienzo, la importación consiste hasta en lo que concierne a los objetos manufacturados con las materias primas propias. El nivel de cultura se revierte en una capacidad para consumir. Lo que quiere decir que se es mejor mercado para el extranjero en la justa medida en que la cultura crea necesidades, apetencias y ambiciones. Tal como está América Latina, no es el mejor posible mercado. Hay enormes regiones en donde los cuadros de miseria inclinan a las gentes a la inacción, al conformismo y al fanatismo religioso. Cincuenta millones de indios, de negros y de mestizos vegetan en la rutina más agobiante ; es decir, alrededor de la cuarta parte de la población total. El atraso no es debido sino a la falta de oportunidades de toda naturaleza. No se trata de ninguna manera de estados constitucionales. El atraso no es jamás de connotación congénita. Del atraso es posible salir siempre a condición de ajustarse a planes realmente salvadores. Bastaría observar la irrigación de las zonas desérticas, la introducción de nuevas semillas y la fundación de escuelas en esas mismas zonas. O la lucha civilizadora en las selvas. Algunas veces la historia fue decisivamente hacia adelante con medidas revolucionarias que comenzaron con una inteligente distribución de la tierra.

En un proceso de inflación hay un círculo cerrado. La inflación significa, de un lado, la elevación de costos. De otro, el descenso del poder adquisitivo de la moneda. Hay más dinero circulante, pero la contabilidad que se eleva en algunos países como en Bolivia a cifras astronómicas, porque la moneda sigue una violentísima

ese en el cual reside el « pueblo soberano », constituye un problema serio, acaso más grave que el del analfabetismo. Son semialfabetos que apenas saben dibujar el nombre propio, en muchos casos, los que votan para elegir Presidente de la República, diputados, senadores, etc. Suele recalcarse demasiado la importancia del porcentaje de « alfabetizados » para tratar de señalar el grado de cultura de un país. No basta ese signo. Acaso es de mayor significación el estudiar, en diferentes niveles, las capacidades, el saber, los hábitos y las actitudes de los semialfabetos. En las condiciones humanas, sociales y económicas de éstos pueden encontrarse las realidades y las posibilidades políticas y culturales de los países. Desde el primer momento el problema es complejo. Ni los países en apariencia más desarrollados son en realidad más cultos. Es bien sabido que la conquista de puestos no obedece al mayor saber, al mayor grado de conciencia sobre los problemas generales y especiales, al mayor vigor de las luchas en favor de bienes humanos y nacionales, sino por regla general a la inocuidad y a la carencia de aptitud para impartir opiniones y juicios de valor. La inofensividad mimética se premia en todas partes y para ello basta pasar apenas las exigencias « alfabetizantes ». En Argentina no se ha hecho todavía un estudio serio, analítico y objetivo sobre las condiciones del semialfabetismo. Las conclusiones serían en todo caso desconcertantes. Los fenómenos políticos son explicables por la deserción escolar muy temprana, que hace aumentar considerablemente el sector de los semialfabetos.

La obligatoriedad de la educación elemental es, pues, todavía letra muerta. No por la falta de interés de los padres para educar a sus hijos, sino por las deficiencias de la organización social dentro de la cual es la educación aún en gran parte concebida y realizada en función del privilegio de las clases dominantes. Para pasar de una educación de castas a una de masas hace falta fundamentalmente un nuevo concepto del Estado en el sentido de democratizar la enseñanza volviendo universal la escuela primaria. Y cuando ésta haya acabado con el analfabetismo y re-

suelto los problemas debidos a la presencia del semialfabetismo, al cual se debe la falta de madurez política, comprender la necesidad de hacer universal también la educación secundaria y la superior.

El laicismo sufre en estos momentos trabas de toda especie. La enseñanza confesional aprovecha toda ocasión para servir más a las presiones políticas bajo las cuales opera, que para educar a las masas en un sentido de servicio social. Por eso elige las ciudades y no los campos. Existe excepcionalmente educación confesional que está alineada con los movimientos progresistas más valiosos.

La enseñanza pública es gratuita ampliamente en países como Argentina, Ecuador, Chile y Uruguay. En la mayor parte de los otros países hay una firme tendencia hacia una creciente gratuidad. Pero en algunos ella consiste solamente en el pago del sueldo al maestro y en el arrendamiento del edificio por parte del Estado y de los municipios. En todos los presupuestos se tiende a dedicar partidas cada vez mayores para el sostenimiento de becas para los estudiantes de la enseñanza media y de la superior. El número es siempre insignificante en relación con las necesidades de ayuda a los grupos de bajas economías y en los cuales hay niños y adolescentes muy capaces.

La democracia debe ser considerada por dentro y por fuera. Mientras la sociedad esté basada en los privilegios de una minoría y los beneficios y ganancias sean alcanzados a expensas de la explotación de unos hombres por otros ; mientras haya naciones ricas y países pobres, explotados por aquéllas ; mientras haya potencias expansionistas que constriñen y absorben a países coloniales impotentes para decidir libremente sobre sus destinos, no se puede hablar de democracia.

Vista desde dentro, la democracia es, sobre todo esto : el poder político más sujeto de deber que de derecho, al revés que en los sistemas totalitarios. La libertad aumenta en grados y en iniciativas hacia abajo en la democracia : beneficia por tanto más al hombre común, al de la calle y al maestro de escuela que, proporcionalmente, a quien manda.

La fenomenología económica frente a la educación

¿Qué lugar, en un orden de prioridades, ocupa la educación frente a los otros servicios públicos? En regímenes de fuerza, de ostentación y de exhibicionismo, la educación viene siempre después de la llamada defensa nacional y de las obras públicas. En los países que tienen viejos litigios de fronteras, los planes de reivindicación para un futuro próximo o remoto estimulan una carrera armamentista y la absorción de fondos del presupuesto nacional. En los regímenes impopulares, al renunciar total o gradualmente al ejercicio de los métodos del planeamiento científico y de la organización técnica y a la creación de una atmósfera de confianza para la discusión y para la dirección del pueblo por medio de la convicción, un llamado sistema de orden, visto como finalidad en sí mismo y no como simple procedimiento gubernativo, se establece *manu militari*. El descontento y la insatisfacción de las masas son sofocados con la fuerza. El Estado se convierte tan sólo, como en los peores sistemas políticos, en un Estado-gendarme. No hay derecho de ninguna manera para la disconformidad, la crítica de la experiencia y la demanda de corrección y mejoramiento. La policía y el ejército constituyen, según la expresión de los gobiernos impopulares, las columnas vertebrales de la nación. Los ascensos militares están al orden del día. Los sueldos de la tropa son incrementados. Pero son elevados a cifras muy altas, en agudo contraste con la pobreza del pueblo, los de los oficiales y los de los comandantes y generales. La vida civil languidece ante semejante panorama grotesco de humillación de la vida humana. La educación sirve, en tales regímenes políticos, que se vuelven crónicos males algunas veces, solamente para preparar individuos conformistas, pero no para enseñar a razonar y a elegir caminos. El volumen del servicio educativo no crece paralelamente con las necesidades del aumento de la población ni con los avances del progreso tecnológico. La educación es preterida financieramente, porque los maestros no tienen bayonetas para hacerse oír. La obra educativa es una misión de luces

y una cruzada espiritual que rinde a largo plazo. Y las obras públicas, como son visibles más inmediatamente, se prefieren por los gobiernos demagógicos, a ritmo acelerado, como recurso de afianzamiento. Por eso ponen más atención proporcionalmente en el edificio escolar que en la selección y formación de los maestros.

Panamá y Costa Rica no tienen en realidad ejército. Tienen solamente policía. Por eso pueden dedicar a la educación el 34 % del presupuesto nacional. No obstante, como en todas las cosas, cada sector de la vida nacional, en este caso el presupuesto, tiene un valor relativo aunque de primera importancia. El presupuesto no es el que por sí solo forma maestros de la más alta calidad, pueblos de la más elevada conciencia nacional e internacional y por tanto países de muy hondos sentimientos e ideales nacionales. El maestro, en su estatura humana más significada, no es al fin y al cabo el sueldo que gana. Por este metro unilateral de estimación del valor se cometerían errores muy lamentables, sobre todo en la vida internacional. Hay países muy pobres que tienen maestros insignes. Aquel símbolo económico expresado en las dos palabras *per capita* es absurdo cuando se mira el área cultural más que el área simplemente de las finanzas y de la simple vida material.

Comienza a admitirse en América Latina que la universidad debe ser al mismo tiempo un alto centro para la cultura, así como para la ciencia y la técnica. No son raras las universidades que cuentan hoy con altas escuelas técnicas. En otros países, la educación técnica superior se realiza fuera de la universidad propiamente dicha. El problema del lugar no es el fundamental, sino el del contenido, el de los métodos de investigación y de trabajo, y el de la calidad profesoral y de los medios de observación y experimentación. La Universidad Rural del Brasil, el Instituto Politécnico de México, la Escuela Politécnica de Quito, la Universidad Técnica de Valparaíso, son valiosas demostraciones de la iniciativa técnica de la enseñanza superior.

En las escuelas técnicas hace falta mejorar todas las formas ricas de la artesanía, a fin de producir obras de arte y artefactos

tos en gran escala. En este campo se necesita introducir técnicas nuevas que, sin perjuicio de fomentar la capacidad creadora de las manos, aceleren el trabajo y ensanchen la economía nacional. Los telares, por ejemplo, están recibiendo el influjo alentador de la técnica nueva. También la cerámica y la decoración. La organización de exposiciones internacionales, dentro y fuera de América Latina, cumpliría objetivos estimuladores notables.

¿Existe eficiencia en el manejo y fiscalización de la administración? Son frecuentes los casos en que la administración cuesta proporcionalmente más que el servicio mismo: ese es uno de los lados débiles del burocratismo. Constantemente los altos empleos se crean, más que con el empeño de mejorar y orientar la administración, con el objetivo de dar un sueldo alto a algún compañero de partido político o de una camarilla profesional. La ocupación de técnicos extranjeros en los servicios públicos nacionales ha sido evidenciada como inútil, por la falta de conocimiento del ambiente y de las capacidades profesionales de los ciudadanos de cada país. Por otra parte los metros del valor se refieren más a las cosas que a las personas. Los extranjeros no se identifican jamás con la entraña de los problemas más profundos. Permanecen en la periferia. Nunca están dispuestos a realizar ninguna lucha en favor de ideales ni a pasar tampoco ninguna situación de dificultad. Es decir, no poseen las cualidades que hacen sobresalientes a los ciudadanos de cada país y por las cuales se adueñan de la historia. Los técnicos extranjeros se inclinan demasiado ante los mandones de turno. No hacen sino, al final, lo que quieren éstos.

A los capitales latinoamericanos, en los países menos desarrollados, les sobra rutina y les falta espíritu de inventiva y de iniciativa valiente. Por eso se espera demasiado del milagro de los capitales extranjeros. En orden de importancia, los incentivos para el desarrollo económico serían éstos: defensa del capital humano por medio de la elevación del nivel de vida y profundización y ensanchamiento del espíritu cooperativo en todas sus formas y escalas económicas. El capitalismo, culminación y al mismo tiempo declinación del

liberalismo, tiene que ser canalizado hacia una colaboración más humana con los trabajadores y a emprender labores de utilidad social.

¿Hay movilidad geográfica vocacional y social? Relativamente, sí. Hay mucha gente, en todas partes, que trata febrilmente de ganar más dinero. No importa que las ocupaciones no correspondan exactamente a las aptitudes y que queden muchas veces muy por debajo del nivel de éstas. Los trabajos, las tareas, las profesiones, son buscados bajo tremendas presiones de conveniencia familiar e individual de carácter económico y hasta de codicia financiera y no de obediencia al reclamo de las capacidades especiales. El paso de una ocupación a otra es violento en muchos casos. Y el individuo altamente calificado surge con suma dificultad, diríamos en forma heroica, ya que la voz de orden de la conveniencia calculadora y acomodaticia es la improvisación en los más diferentes e in-comunicados campos. El caso del individuo « sábelotodo », del « hombre-orquesta », del charlatán, prolifera en todas las realidades ocupacionales, sobre todo en la administración pública. Es que la lealtad para la vocación supone desinterés.

La administración eficiente inicia ya, en los países mejor organizados, sus pasos firmes orientados hacia metas bien definidas. Se evita la seudorreforma y se tiende a cambios controlados por la investigación y la experimentación. No se cambia, por cambiar, nada. Se pone de lado la politización excesiva. Comienzan a penetrar en las oficinas de los ministerios de Educación los rayos saludables de la técnica. No tanto porque existan alguna vez ministros con alguna preparación técnica, pero absolutamente miopes para ver los fines y los problemas de una auténtica política educativa. No tanto porque en alguna ocasión, en forma esporádica, sea nombrado ministro un profesional de la enseñanza adiestrado en cometidos de papeleo oficinesco. Sobre todo ocurre eso cuando el ministerio entero se organiza con visión nueva de las responsabilidades científicas y técnicas de la educación. El ministerio de Educación del Brasil tiene un gran departamento en el cual se esclarecen los problemas de la educación nacional bajo

co », y, como en ocasiones anteriores, insertó alguna muestra de ellas. Envidiaba al amigo por escribir en verso « sus efusiones », recordando la opinión de quien al aparecer *Paz en la guerra* dijera que el final de este libro « estaría mucho mejor en verso ». ¿Por qué no alternar en la novela prosa y verso, conforme ya lo había intentado, con éxito, en una obra de otro género : *Andanzas y visiones españolas*? Al mencionar tal posibilidad estaba preparando al lector para que aceptara la técnica de *Teresa*, en donde las rimas de Rafael van precedidas y seguidas por las prosas de Miguel, constituyendo en conjunto una novelesca historia de amor.

Así fue familiarizando al público con la idea y el nombre del ignorado Rafael de Teresa, nacido anacrónicamente a la poesía, pues aunque Unamuno le llama siempre joven, tenía —por sentimiento y estilo— la misma edad que él. El libro salió al fin, llevando bajo el título —*Teresa*— un largo rótulo explicativo : *Rimas de un poeta desconocido, presentadas y presentado por Miguel de Unamuno*. Incluía como prólogo el artículo de Rubén Darío, *Unamuno, poeta*, publicado por vez primera en *La Nación* de Buenos Aires (1909). La novela constaba de cuatro partes : presentación extensa y noticiosa, poesías de Rafael, notas, y despedida-epílogo. Las partes primera, tercera y cuarta, de Miguel, completaban en prosa, con las repeticiones propias del genio unamuniano, lo dicho en verso por Rafael ; sirviéndole —conforme se declara en las páginas finales— de marco, cumpliendo respecto a las rimas su doble función de aislador y comunicante, pues « a la vez que aísla al cuadro del ámbito de grosera realidad que suele cercarle, suele relacionarle con él. El marco representa una ventana abierta al infinito del arte, a la eternidad. »

Y no se trataba solamente de palabras. Unamuno, utilizando un recurso tan viejo como el arte de novelar, atribuye los poemas a un desconocido, a un soñador del campo salmantino, y le trata como a persona real. Habla de él en sus artículos, y da la sensación de estar refiriéndose a un hombre de carne y hueso, situándolo en el mundo de sus relaciones y preocupaciones, para hacer verosímil la ficción. Co-

mo Cervantes y tantos otros, se finge transmisor de un mensaje, ejecutor de voluntad ajena, y al mismo tiempo se incluye en la novela, como personaje de primer plano, *alter ego* de Rafael. Para destruir las fronteras entre lo vivido y lo imaginado insertó al héroe en nuestro mundo ; luego, pasó él al ámbito de la invención y dialogó en ambos con su amigo. Pero ¿en cuál de los círculos posibles crece esa amistad? De una zancada Unamuno y Rafael pasan de éste a aquél, de una sombra a la otra, de la vida que se sueña al sueño que se vive.

El carácter novelesco de *Teresa* no pasó inadvertido : « relato poético » le llamó Julián Marías (5) ; « podríamos decir de este libro que es un argumento de novela en verso », dijo Agustín Esclasans (6). Más aún : novela a secas, pero unamuniana, es decir, heterodoxa, por la mezcla de prosa y verso, no tan detonante después de todo si las rimas se leen como fragmentos de un diario. Incluir un testimonio personal complementario es recurso corriente en la novelística moderna, y por aquellas fechas lo hallamos en *Les faux monnayeurs* (1925), de André Gide. Técnicamente, la variedad de *Teresa* facilita el desplazamiento del lector desde las afueras del personaje —y del tema— a su interior ; la transición de la tercera persona a la primera se cumple sin violencia, pues el Miguel narrador es tan obviamente partícipe en el drama que cualquier sospecha de impersonalidad o, siquiera, de objetividad, queda descartada desde la primera página.

El argumento y el símbolo

El argumento de la novela está trazado sobre patrón conocido : un joven provinciano, Rafael, entra en relación epistolar con el escritor famoso, Miguel [de Unamuno], hacia quien se siente atraído por claras afinidades espirituales. El muchacho ha perdido recientemente su novia, Te-

(5) *Miguel de Unamuno*, Colección Austral, Buenos Aires, p. 135.

(6) *Miguel de Unamuno*, Juventud, Buenos Aires, p. 182.

resa, muerta de consunción, y él también está enfermo, tal vez contagiado por la chica ; para seguir viviendo con ella escribe poemas, recordándola y glosando sus relaciones. Miguel, primer destinatario de la confidencia, le sugiere lecturas y le remite versos propios a cambio de los que él recibe. La correspondencia se intimiza, cargándose de inquietudes compartidas. Rafael es receptivo, lector discriminante e intenso y encuentra en el famoso hombre de letras un confesor.

La relación epistolar dura poco más de un año ; cierto día Unamuno recibe carta de otro amigo de Rafael, quien le comunica la muerte del poeta y el encargo —que cumple— de enviarle un paquete de papeles y últimas rimas, con ruego de no divulgar la identidad del autor. Miguel decide publicarlas con la introducción y los comentarios precisos. Así completa la novela o historia, como dice en la introducción : « sencillísima y muy vulgar, más bien cursi ; la historia del pobre chico provinciano, pueblero, mejor ; parroquial, que se enamora sin darse cuenta de ello, de una de sus amigas de la niñez, con uno de esos amoríos que nacen como el alba, que se hace desde su comienzo costumbre del corazón y pasa a ser noviazgo, de esos noviazgos trágicamente apacibles, a la española, que quema y aun calcina sus sentires y sus pensamientos en la caladura de la pubertad y que ve languidecer y morir de tisis a su primera, a su última, a su única novia ».

El tono autobiográfico de estas líneas es inconfundible. Fue Unamuno también provinciano, pueblero, parroquial y, como Rafael de Teresa, se enamoró de Concha pronto, « con uno de esos amoríos que nacen como el alba », sin aventura y sin esfuerzo, y hacen de la mujer costumbre, dulzura y refugio. Noviazgo —y luego matrimonio— apacible, pero —y tal es la diferencia de donde *Teresa* nace— no trágico, ni con la secuela catastrófica del de su amigo. Habla de él y de sus amores como podría hablar de los suyos : el punto de partida es idéntico ; diferirán en lo sucesivo, cuando al destino hogareño del escritor maduro se contraponga el « fatal » del joven poeta.

En *Teresa*, como en las restantes nove-

las del autor —con la consabida excepción de *Paz en la guerra*— no hay paisaje : acción desnuda, peripecia limitada al conflicto espiritual y emocional de tres, si no dos personajes —pues Teresa ha muerto cuando la narración comienza—. Diálogos y monólogos, recuerdos e imaginaciones fluyendo incesante y lentamente... ¿Dónde y cuándo? Localizada en el recinto interior, intemporal, cualquier alma grande pudo servir de escenario al drama que refleja un avatar unamuniano : el del joven soñador cuyo romanticismo, reprimido durante lustros, cristaliza en una figura novelesca gracias a la cual vivirá el autor vicariamente lo que no pudo vivir en la realidad.

Que Jugo de la Raza —en *Cómo se hace una novela*— es a la vez una encarnación de Unamuno y un símbolo, lo veremos en el capítulo siguiente ; que Rafael de Teresa lo es, no tardaremos en comprobarlo. Símbolo de irradiación múltiple, reverberante de sentido, y cambiante según el punto de vista desde el que se le contempla. Símbolo de la vida hecha pasión, del esfuerzo por salvar a la amada y devolverle la vida. Orfeo sin lira, entra en los infiernos para rescatar a Teresa-Eurídice, consciente de que si logra vencer a las fuerzas oscuras, su victoria hará inmortales a los dos.

Reviviscencia y catarsis

La novela contará por lo tanto la crónica de una agonía que en su dimensión más honda coincidirá con la padecida por el autor, pero que, en otro nivel, divergirá de su experiencia y la contradecirá. En las vidas más equilibradas, sismógrafos sensibles pueden captar tendencias a la ruptura de lo que parece su razón de ser ; un impulso demoníaco excita a destruir lo más entrañable, la felicidad de vivir en paz. No podría explicarse esta sinuosa ansia de catástrofe si no se pensara al hombre como tejido de contradicciones en quien los instintos sometidos pugnan por alzar cabeza. El guerrero sueña con el reposo y el hogareño con la aventura ; quien vagó por siete mares se complace en retirarse al pequeño jardín, mientras el jar-

dinero —como en el poema de Machado— se embarca cuando el jardín está en flor.

Si en cada hombre hay varios hombres y en cada vida posibilidades infinitas, la realidad impone mutilaciones y renunciencias. Día por día nos forja mediante ininterrumpida cadena de opciones, y día por día destruye las que hasta entonces fueron posibilidades. Pero aceptar la ley común no es resignarse a ella y por la ventana de la imaginación entran de nuevo las arrojadas por la puerta del buen sentido. Walter Mitty es el héroe de esta rebeldía con que tantos se consuelan, y la purgación por la fantasía es tan vieja como el mundo. Exorcizar al fantasma de niebla, suicidar a Werther para seguir viviendo, son medios de legítima defensa contra impulsos destructores. Los griegos llamaron catarsis a este ejercicio y Unamuno lo practicó más de una vez.

El ortodoxo del matrimonio y del « gran aparte » —como llamó Jorge Guillén a la familia— llevaba dentro un apasionado. Las obras y las vidas de los grandes románticos ponían al rojo su imaginación : Espronceda, aventurero ; Leopardi, desesperado ; Nietzsche, profético ; Hölderlin, delirante en la noche oscura del alma ; Byron, satánico —de quien copió ocho versos al final de *Teresa*—... Pero la vida, la casa, los hijos, le habían dejado al margen del delirio, y su desesperación metafísica nada tenía que ver con las experiencias de esos hombres, cuyos sueños le exaltaban sin dominarle.

Entre 1922 y 1923, mientras escribía su novela de amor, se cernía sobre España la sombra de las impunidades. Al clamor nacional que exigía el castigo de los responsables de la derrota marroquí de 1921, respondieron los de arriba con la grotesca farsa iniciada en septiembre de 1923. Queda constancia en las últimas páginas de *Teresa*, donde Unamuno explica cómo esta obra le sirvió de baluarte momentáneo : « a la desesperanza que me invade al oír a cuatro botarates jerárquicos hablar de su *moral* y de su *doctrina* y proclamarse *casta*, le busco consuelo en la lectura y el arreglo de estas Rimas que en las alas de las horas se alzan por encima de las pesadumbres del siglo, y dejo que pase la película de los héroes casineros ». (Al fin,

no pudo dejarla pasar, pues los « héroes » quisieron imponer la ley del silencio, y Unamuno no quiso avenirse a ella.)

Presentía la llamada escena de su yo histórico e histriónico —lo uno no va sin lo otro, y recuérdese cómo le atormentaba la duda sobre la sinceridad de su conducta en este punto— ; tal vez entre bastidores le hacía señas el traspunte, y pienso si, intuyendo lo imperativo de su intervención en el drama político, quiso antes de iniciarla conjurar al espectro que le obsesionaba, dándole rostro y ser de hombre. Había escrito más de una vez sobre los yos ex futuros que vamos dejando a lo largo del camino, víctimas de elecciones inevitables, y explicando en qué consistían. Y en aquel momento (1923), recogido en la poesía, nutrido y acaso exaltado por las lecturas de sus favoritos afines, sintió la necesidad de dar vida a uno de esos yos que fueron algún día posibles y no llegaron a tener existencia, por inexorable incompatibilidad con el Unamuno real. El que la vida forjó y el que pudo ser van a encontrarse en esta novela como, de otra manera, se encuentran en el cuento de Henry James, *The Jolly Corner*, donde el emigrante, vuelto al caserón familiar, halla en las salas, vagando por los pasillos, el espectro del hombre que habría sido si en vez de marchar al extranjero hubiera optado por quedarse. La dualidad está profundamente arraigada en el corazón humano ; ese espectro puede resultar obsesivo e imponer la liberación catártica ya señalada. ¿Fue éste el caso de Unamuno?

En la primera parte de *Teresa*, anticipándose a eventuales identificaciones, hace una declaración que queriendo parecer terminante es un tanto ambigua : « se dirá que aparece aquí en estas rimas, un Unamuno que se contuvo y contrajo a los veinte años. Mas yo le aseguraría que no es así, y que ese mi ex futuro Unamuno se murió, si no fuera porque no creo —es decir, no quiero creer— en la muerte definitiva e irrevocable de ninguno de nuestros otros yos posibles ». En la blanda negación se desliza la clave : no soy yo, pero pudiera ser yo. Las coincidencias iniciales, históricas y psicológicas, son tan evidentes que pareció necesaria esa advertencia para

salvaguardar la integridad del personaje. Pero ésta no corría peligro, pues la novela iba a enfrentarle con el autor, y a través del diálogo no tarda el lector en averiguar su identidad.

Le reconoce en el sentimental desdoblamiento que cada cual experimenta al recordar. ¿Quién no sintió la contigüidad de aquella sombra lejana que habita dentro de nosotros y a la vez nos sigue, o nos prende, como lúcidamente viéron los poetas? Machado :

*Hoy, con la primavera,
soñé que un fino cuerpo me seguía
cual dócil sombra. Era
mi cuerpo juvenil, el que subía
de tres en tres peldaños la escalera.
—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
trocaba el hondo espejo
por agria luz sobre un rincón de osario.)
—¿Tú conmigo, rapaz?*

—Contigo, viejo.

y Juan Ramón :

*¿El jardín no estaba blanco
de luna...? El cielo era limpio
y azul... Y hay nubes y viento
y el jardín está sombrío...
Creo que mi barba era
negra... yo estaba vestido
de gris... y mi barba es blanca
y estoy enlutado... ¿Es mío
este andar? ¿tiene esta voz
que ahora suena en mí, los ritmos
de la voz que yo tenía?*

Los límites de la confianza

En Machado y en Juan Ramón la juventud vivida, según se vivió, se alza junto al hombre maduro (o que se cree tal). La imagen nace de la nostalgia y está inspirada por la emoción del contraste entre lo pasado y lo actual de un mismo ser. Rafael es diferente y más complejo : el yo ex futuro es la proyección de las frustraciones del yo presente ; creado para compensar una ausencia, no pertenece al ayer sino al hoy en que el autor lo inventa, pues es ahora cuando se le sintió necesario para expresar emociones que resaltarán con más fuerza encarnadas en el

personaje. Edmund Wilson dijo hace años : « los elementos reales de cualquier obra de ficción son los elementos de la personalidad de su autor : su imaginación encarna en las imágenes de los personajes, en las situaciones y escenas, los conflictos fundamentales de su naturaleza o el ciclo de fases por el que ordinariamente pasa » (7). A nadie podrían aplicarle estas palabras con más exactitud que a Unamuno cuyos personajes son siempre imágenes de su yo múltiple, y sobre todo al protagonista de *Teresa*, exaltado reflejo de un imposable.

Nadie se dejará convencer por la negación de la identidad entre Rafael y Miguel, aun cuando sería igualmente torpe imaginar al *alter ego* desprovisto de autonomía para desarrollarse y crecer en su peculiar dirección compensatoria. Nuestros son los sueños, pero ingobernables. Salen de lo oscuro para vivir su propia vida y desde ella comunican con nosotros, a la vez dentro y libres del espíritu que los engendra. Identidad y autonomía, coincidentes sin contradicción en la realidad del alma y símbolos de cómo se produce la pugna, en abrazo-fusión, « como la de un fuego con su aire », según la bellísima línea juanramoniana.

Hay otra razón para explicar la cautela de Unamuno al hablar de Rafael, y la expone con su habitual sinceridad. No quería que la malicia le supusiera protagonista de un episodio amoroso transfigurado en poesía ; no quiero, escribió, « que cuando me falta apenas un año para cumplir los sesenta, vaya, en un veranillo de San Martín romántico, a resucitar lo que entre la mocedad de hoy colijo que nacería muerto ». Disimular lo personal era obligado en quien no quería pasar por loco, al modo del Doctor Montarco. Participar en la novela y no ser confundido con el protagonista sólo podía lograrse reforzando la independencia de éste y al mismo tiempo convirtiéndose en su interlocutor y cronista.

1923-1924. La vanguardia y los ismos parecían hostiles al sentimiento romántico. ¿De verdad lo eran? Con que Unamu-

(7) *Alex's Castle*, Scribner, New York, pág. 176.

no lo creyera basta para explicar *Teresa* como signo de su permanente heterodoxia, de su rebeldía, nunca más violenta que cuando se ejercitaba contra los conformistas del anticonformismo, los rebeldes provisionales y adrede, según la bandera y la consigna del tiempo. Mediante el artificio novelesco declaraba la adscripción y rechazaba la identificación. Era y no era, a la vez, el romántico pasado de moda que escribió las becquerianas rimas de la segunda parte. Ni aun en este caso es lícito atribuir al novelista todas las opiniones y los sentimientos del personaje : si encarna algo suyo, la encarnación es parcial y mezcla elementos diversos. Al dejarle vivir autónomamente consiente en que poco a poco se diferencie y vaya teniendo forma más compleja y flúida, menos sujeta a quien empezó viéndolo como reflejo de la propia sombra.

Un curioso ejemplo de yo ex futuro novelado se encuentra en *Correspondencia de Fradrique Mendes*, de Eça de Queiroz, donde el personaje inventado es también un poeta romántico o post-romántico, un « poeta maldito » de quien en 1869 insertaron poesías dos publicaciones portuguesas. La figura y la ficción son diferentes, pero el mecanismo purgativo es análogo, siquiera en Eça funcione en plena juventud y se integre en el proyecto, compartido con otros escritores, de inventar un poeta satánico que llenara en la literatura portuguesa el vacío de que algunos se lamentaban. También en este caso la gestación del personaje se inició en los diarios, y no todos los versos del apócrifo fueron escritos por Eça.

Ernesto G. Da Cal, que ha estudiado muy bien este curioso punto de historia literaria, señala (8) que los versos del primer Fradrique, presentados en la *Revolução de Setembro* (22 noviembre 1869), fueron escritos por Eça y por Antero de Quental, y advierte : « por otra parte, el personaje de Fradrique era al principio una proyección de la personalidad del propio Eça, el portavoz de las aspiraciones

poéticas que éste tenía en los comienzos de su carrera literaria, y a las que renunció más tarde ». Y precisando lo que la figura novelesca pudo representar más tarde para su inventor, añade : « Fradrique y Eça parecen disociados en la confesión de Queiroz, siendo cada uno el representante de una faceta del poeta malogrado que sobrevivió siempre en el novelista. » De estas líneas se deduce la existencia de, por lo menos, dos yo ex futuros de Queiroz : el personaje propiamente dicho y el « galgo de ayer », que de vez en cuando se atravesaría en el recuerdo de aquél.

Teresa no es autobiografía al modo de *Cómo se hace una novela*, pero en la pareja Rafael-Miguel hallamos la emoción del pudo ser unamuniano y la problemática esencial del gran Rector, apuntando a una solución que racionalmente negaba. La presentación novelesca y el desdoblamiento del *ego* entre el yo real y el ex futuro no intentan ocultar la confidencia, limitándose a desplazarla desde el autor al personaje. El romanticismo remansado, la aventura soslayada, se proyectan en los personajes : Teresa, Rafael. Teresa, como la heroína de *Amor de perdição* ; Teresa, raptada por Espronceda, seducida por Espronceda, y Rafael, héroe de Lamartine, el lacrimoso francés ; Rafael, protagonista de la balzaciana *Peau de chagrin*, cuya relectura, en 1925, desencadenará la novela de Jugo de la Raza. Entre quienes llevan estos nombres y las figuras de Unamuno no hay de común sino el sentimiento, y es curioso que también en este caso se adelantara a negar cualquier parecido entre la Teresa de *Buscarruidos* y la suya ; si así es, ¿para qué destacar la posibilidad de un paralelo, de una asociación mental sugerida por el nombre?

La novela comienza velando la pugna de la creación en el creador y trasladándola a la criatura, puesta en comunicación con él, como en *Niebla*, para mostrarle « otro » a través del diálogo. El yo agónico y el yo contemplativo ceden el paso al yo ex futuro de la aventura sentimental, a la nostalgia de no haber vivido un sentimiento cuya posibilidad es evidente, pero del que no da testimonio el corazón. A veces el hombre intuye una emoción en el ansia de sentirla, en el hueco de

(8) Ernesto G. Da Cal : *Eça de Queiroz, Baudelaire et « Le Parnasse contemporain »* - Separata de *Revue de Littérature Comparée*.

su ausencia —Ortega dixit—, al comprobar frustrada, negada la experiencia. Para colmar el vacío, se acoge al ensueño o a la creación artística, sino a los dos.

¿Quiso Miguel escribir un ejercicio poético o plantear en la ficción lo más entrañable suyo? ¿Rafael sueña el amor o lo vive? Edgar A. Poe, cuyas ideas influyeron decisivamente en los modernistas, afirma en *Filosofía de la composición*: « La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo. » (Espronceda lo demuestra en el *Canto a Teresa*.) Pero Unamuno, según dije más arriba, no escribe su novela para cantar la muerte, sino el retorno a la vida en la poesía. No la desesperación esproncediana, sino el rescate de Teresa, des-nacida para renacer en la imaginación y en los versos de Rafael. El tema tradicional vinculado al de la supervivencia en la obra.

Fusión y desgarro

A la pregunta sobre el sueño de amor responderé así: la amada es invención del amante, figura creada para ser poseída y para que nos posea. Machado lo dijo con decisiva sencillez. Miguel, en su encarnación primera, había inventado a Concha, símbolo de la atracción oscura y permanente de la mujer-madre, del anhelo de retorno a la paz de la infancia —ilustrado magistralmente por Carlos Blanco Aguinaga—, de refugiarse en la protectora tibieza del útero. El ansia de volver a la madre la hallamos declarada con plural valente expresión en otras obras de la época, como el *Diario de un poeta recién casado* (1916), de Juan Ramón Jiménez, donde Zenobia —y no el mar, en este caso— es símbolo de lo maternal omnipresente, de la naturaleza de que nacimos y a la cual inconscientemente deseamos retornar, para fundirnos en la totalidad inmensa de que nos sentimos huérfanos.

El claustro materno, el regazo de la mujer es un microcosmos, miniatura del útero gigantesco en donde se originó la vida: el mar. Kenneth Burke expuso el paralelo y su significado profundo (9). Venus na-

ciendo del mar; Venus saliendo de las aguas encarna el mito de cuya energía nos sustentamos, pues con ella emerge el amor, el principio creador. Y esta emergencia explica por analogía la encarnación del yo ex futuro en Rafael, en el otro, pues si el mar-madre fue nuestra estación inicial, abandonarlo —como hizo Venus— es el impulso irreprímible para vivir.

Instalados en esa dualidad radical, oscilamos entre la atracción de la mujer-madre y las múltiples imágenes de la aventura, desplegadas en un variado repertorio de figuras que va desde el «ángel de amor» a la «mujer fatal». (Por supuesto, la Teresa de Rafael corresponde al primero de estos arquetipos.) El abandono de la comunión inicial, el separarse para ser, constituye, según Burke, el pecado original. El desgarro, la ruptura del orden establecido, al abrir las puertas a la vida personal (donde antes —en la inmensa unidad del mar— no había sino metamorfosis, mutaciones insignificantes en relación con la totalidad), al constituir las conciencias individuales las marcó de nostalgia por la unidad perdida y las destinó a la muerte.

Unamuno se aferra a Concha para seguir integrado en la vasta comunidad inicial, pero, siguiendo la ley común, lucha también por separarse y ser distinto y único. Su «infidelidad» a la mujer-madre se cumple con quien se parece a ella en dulzura y potencialmente podría pasar del ángel idealizado a la costumbre maternal del hogar salmantino. El contacto con la realidad hubiera alterado la invención del sueño si éste no llevara consigo la muerte como requisito necesario de la imagen. El autor lo sabía: un destino no se cumple sin recorrer el ciclo de la ruptura-caída, crisis de agonía-nostalgia y catástrofe.

La palabra aventura suscita resonancias bélicas, coloreadas: esfuerzo desmedido, cabalgadas o tormentas, Ulises y Circe, Rodrigo caballeresco, Simbad por los siete mares, la locura de Almayer. Según el héroe, así la aventura. Entre el Juanito Santa Cruz, de Galdós, heredero afortunado, y el Rafael de Unamuno ¡qué distancia! Juanito encarna la ruptura frívola, inconsciente, del orden establecido por el amor, y la maravillosa pasión creadora de Fortunata no basta para redimirle de su pe-

(9) *A Rhetoric of Motives*, Braziller, New York, 1955, págs. 138 y siguientes.

queño donjuanismo burgués; Rafael intenta la empresa, tan heroica como las de Hércules, de realizarse en el amor. La objeción de que esa empresa se acometa en el recinto de la mente no afecta a la sustancia de la aventura; en el ámbito de la imaginación y el pensamiento se desencadenan tormentas comparables —y no sólo metafóricamente— a las de la naturaleza.

Para hacerse inmortal

Correspondiendo con Rafael se rejuvenece Miguel y rememora lo nunca acontecido: «aunque apenas logro contestar las cartas que se me dirigen, ya que quien se dedica al púlpito ha de abandonar el confesionario, contestaba las de Rafael de la Teresa muerta, y era porque con ello me sentía remozar y aun renacer». ¡Claro! Cada carta añadía algo a la relación cuyo desarrollo iba dando de sí al yo ex futuro. El remozamiento se produjo por imaginativo desplazamiento a la juventud donde el personaje vive. Rafael está enfermo; la idea de la muerte le apremia, pero, como Unamuno, se niega a aceptarla: «Rafael no quería morir, anhelaba vivir en su obra, no en su nombre. Lo que parece, como en él, amor a la muerte suele ser un amor frenético y desenfrenado a la vida, amor que quiere dar vida a la muerte, amor a la inmortalidad, a la resurrección.»

Para hacerse inmortal es preciso morir primero; la inmortalidad no se refiere a esta vida: consiste en prolongarla más allá de la pasarela, atravesando el río oscuro de la muerte sin perder la memoria, la conciencia de lo que fuimos y lo que somos. Olvidar es morir, y ni la más elevada transmigración puede compensar el olvido. El amor de Rafael, el de vivir en la obra, es el amor de salvación (contrapuesto al *Amor de perdição* de Camilo Castello Branco, el de la otra Teresa), el resucitable en la creación. Resurrección simbólica, pero la única posible. En la muerte espera Teresa la llamada, la llegada de quien vendrá a sacarla del reino sombrío:

*Tú sabes que moriste, vida mía,
pero tienes sentido
de que vives en mí y viva aguardas
que a ti torne yo vivo.*

mientras Rafael delira razonablemente, como su patrón el hidalgo manchego:

*Yo por querer creer vivo,
sabiendo que vivo en sueño,
y en mi sueño no concibo
que uno despierte en su empeño.*

*Viendo a mi Teresa en carne
sé que la carne es idea,
ni temo que la descarne
el mismo amor que la crea.*

El clásico tema vida-sueño y el de la idealización creadora, con el recuerdo (omitido en la cita) de la conversión de Aldonza en Dulcinea, por la voluntad del lúcido soñador Quijano que acierta a cumplir la más singular transfiguración de la historia. La supuesta «cursilería» de Rafael es tan ambigua como la «locura» del Caballero y sirve de trampa para los «razonables», los del gusto medido por la moderación y la reserva. «Cursi» se escribió para que se leyera, traducido al idioma unamuniano, sublime. (Diez años más tarde Federico García Lorca propondría la misma equivalencia, en ejemplo de otra clase, al enfrentar a su fragante doña Rosita con la desmandada chabacanería del vulgo burlón y grosero.)

Se cuentan en *Teresa* los menudos incidentes de un noviazgo «sencillo»: el dedo cortado al pelar una manzana, las iniciales enlazadas en el encaje de bolillos, la muchacha persignando a Rafael, la canción susurrada, la pareja de recién casados a quienes ven pasar desde la reja... Sucesos triviales y significantes, como los versos de Machado en donde se habla de iniciales y cifras grabadas en los chopos, a orillas del Duero; como la página final de *Camino de perfección*, cuando la abuela cose el escapulario sobre la ropita del niño; como lo cotidiano trascendente que liga la exaltación apasionada a la vida común. Unamuno dijo y practicó que hay que escribir lo mismo de siempre, aceptando los temas eternos, pues lo son, para volcar en ellos el jugo de lo personal. En *Teresa* el tema del amor y la muerte aparece en las relaciones entre los jóvenes y en la correspondencia de Rafael y Miguel como ingrediente esencial de una novela que trata de cómo se hace un poema y para qué.

completa y da sentido. El amor significa reproducción, y sin la muerte la reproducción carecería de finalidad. El sexo supone muerte y engendra vida. Nacer y morir, dos caras del fenómeno llamado vida. Unamuno llamaba des-nacer al morir, y en el culto fálico, en los ritos de fertilidad se asocian las ideas de vida, amor y muerte. La de Cristo es origen de vida, y fue aceptada por amor.

El amor de vida y muerte. Dramática ambivalencia Eros-Thanatos. ¿No está Unamuno justificando de algún modo el yo real frente al yo ex futuro, al insistir en esa vinculación entre lo amoroso y lo morboso? La analogía amor-enfermedad, justamente por que tiene de enfermiza, explicaría el inconsciente rechazo de ese tipo de pasión en persona de tan buena salud espiritual como Unamuno. No podía tolerar en su vida la acción de un sentimiento que por ser tóxico la amenazaba. Su agonía es de otro tipo: agresiva y sin desmayo. La turbia aceptación de la debilidad (Rafael se complace en ver la sangre de su pecho en el pañuelo, junto a « las rosas » de Teresa) que parece esconderse en los pliegues del amor « romántico » es otra razón para que lo relativo a éste sea experiencia del personaje, observada y comentada por el autor.

El vaso en que beben los enamorados es el cáliz de su comunión simbólica; cuando él se corta el dedo mientras pela una manzana, la muchacha, « ansiosa de aquel hilo de sangre », lo bebió, en acto de instintivo vampirismo encaminado a perfeccionar aquella comunión. Otro día Teresa le persigna en la frente, para ahuyentar « cuidados ». Acto mágico-religioso: esa cruz es un conjuro, el signo de una llamada y de una toma de posesión; alude a la rosa mística misteriosamente vinculada a ella. La yuxtaposición rosa-cruz no se refiere para nada al rito de los rosacruces; tal vez se relaciona vagamente con la visión de Dante —en Paradiso, XXXI—, pues, como la celestial rosa blanca, parece ser una culminación.

Unamuno sugiere la identificación amor-muerte de múltiples maneras y aquí la consigue en forma estéticamente eficaz mediante la parábola del contagio: Rafael

muere de la misma enfermedad que la muchacha. Quien contagió de amor, contagió de muerte. Nadie como los románticos vivió esta verdad tan intensamente: Chatterton adolescente; Teresa Mancha; nuestro Larra; Kleist buscando en el suicidio la continuidad del amor que no puede crecer en la vida. Los autores de novelas o dramas « populares », tan sensibles al sentir del público y para halagarle presentándole imágenes en las que reconozca sus prejuicios, se complacen en folletines y melodramas « cursis », de mal gusto, pues el suyo no es bueno, en donde se proclamó —a veces desde el título— el amor vencedor de la muerte. El símbolo, en *Teresa*, es transparente, y a quien lo vulgar y cotidiano le parezca inadecuado para desempeñar función simbólica, le recordaré la observación de un experto: « En ciertos estados de ánimo casi sobrenaturales la profundidad de la vida se revela en los sucesos ordinarios de cada día. La vida ordinaria, entonces, se convierte en Símbolo », dijo Baudelaire.

El proceso de transmutar lo cotidiano en eternidad se realiza en ese Tiempo que nos va llevando mientras pugnamos por impregnar sus horas de algo esencialmente nuestro. La realidad, desde el punto de vista unamuniano, es trágica, pues implica la caída del hombre, frustrado en sus anhelos de eternidad; novelada puede plantear como posible otra respuesta a las mismas preguntas. En la rima séptima, Rafael sugiere en angustiosa cadena, como pudiera hacerlo su mentor y amigo:

¿Por qué esos lirios que los hielos matan?

¿Por qué esas rosas a que agosta el sol?

*¿Por qué esos pajarillos que sin vuelo
se mueren en plumón?*

¿Por qué derrocha el cielo tantas vidas

que no son de otras nuevas eslabón?

*¿Por qué fue dique de tu sangre pura
tu pobre corazón?*

*¿Por qué no se mezclaron nuestras sangres
del amor en la santa comunión?*

*¿Por qué tú y yo, Teresa de mi alma,
no dimos granazón?*

¿Por qué, Teresa, y para qué nacimos?

¿Por qué y para qué fuimos los dos?

¿Por qué y para qué es todo nada?

¿Por qué nos hizo Dios?

Si no hay respuesta, la vida no tiene sentido y la condición humana es absurda; si la respuesta es «nada», si el Dios de que se habla es el gran Cero de Antonio Machado (a quien de seguro Rafael leía, siquiera de puro obvio ni se mencione el hecho en la narración), la vida será el sentimiento trágico de vivirla, la desesperación padecida al notar amputadas las raíces religiosas y metafísicas y en crisis la idea de un ser cuya autenticidad depende de la existencia del alma. La esterilidad de la relación amorosa, la discontinuidad de la vida, son testimonios de ese absurdo de la creación sin sentido. Si Dios es cero y el futuro nada, el presente será anticipación del hueco, antesala del vacío, y cuanto en él hagamos tendrá la futilidad de los gestos sin trascendencia, de los diálogos con la propia sombra. ¿Nada queda, cuando Teresa y Rafael mueren? ¿Fue su amor estéril?

Tópicos inefables

Queda *Teresa*. ¿Fueron, pues, creados para vivir su novela y componerla? Unamuno hizo con Rafael lo que el creador con Miguel: inventarle para que escribiera un libro, para que inscribiera su palabra en el tiempo y así lo diferenciara, acotando una parcela para la eternidad. La creación espiritual —tanto lo es de espíritu como de intelecto— no es una metáfora, sino realidad sustantiva en donde la vida continúa. En dieciséis líneas leímos once «por qué» y tres «para qué». El martilleo de la repetición, de la matización en la repetición, útil para meter en el corazón del lector la desolada sospecha de que se derivan las preguntas; aparte esta concesión a la retórica, todas están resumidas, concentradas en la última. Una sola respuesta basta.

Las preguntas son parte del diálogo entre Rafael y Teresa. El lector las supone escritas para él, y tiene razón, pero sólo Teresa podría responderlas, porque ella ya sabe. Recordemos esta obvia diferencia: si unidos en el amor y luego en la muerte, la novela los presenta en ámbitos distintos y quizá no comunicables. Cuando en la rima treinta y tres se recuerda que la muchacha decía a su hermanita:

*Los muertos no se ríen, hija,
sino callan y esperan...*

se sugiere algo semejante a la esperanza; ese silencio sí tiene sentido, pues está asociado a una espera que en castellano puede ser también esperanza. No es la espera inútil por Godot, según Samuel Beckett la escenificaría veinte años después, pero tampoco cabe asegurar que presagie una llegada, una comunicación. ¿Cuál es la finalidad de esa espera?

*Tu hermanita, Teresa, no sabía
qué es lo que nos espera...
¿Lo sabes tú? ¿Lo sabes ya en la tumba?
¿Es que de mí te acuerdas?*

En el tema del funcionamiento de la memoria, en la muerte, se manifiestan dos órdenes de preocupaciones: el de la continuidad espiritual, que se refiere a la existencia de un alma única, diferente, anhelante de recordar las experiencias vividas, y el de la participación en la vida, desde la sombra, implicando algún tipo de comunicación con quienes habitan a este lado de la divisoria. Cuando Rafael piensa a Teresa no la siente perdida, sino accesible por los canales de siempre; la muchacha permanece en su ámbito natural de existencia: el corazón de quien la canta, y en la singularidad de la comunicación desde dentro apunta el problema de la realidad del otro, quien no es «yo», pero solamente vive si «yo» vivo.

Rafael aparece así unamuniano hasta las cachas, en rebeldía contra el punto de vista empírico expresado con tajante claridad en obras como la *Autobiografía* de John Stuart Mill: «Estoy convencido de que, en estos tiempos, el gran apoyo intelectual de las falsas doctrinas y las malas instituciones es la noción de que verdades exteriores a la mente pueden ser conocidas por intuición o conciencia, independientemente de la observación o la experiencia.» Sólo la intuición, es decir, la poesía, abrirá la puerta del misterio. Negarlo es fácil, pero la negativa —necesariamente falta de pruebas— no resuelve nada, ni siquiera en el racionalista, que si es sincero reconocerá la realidad de la duda, emergente bajo la supuesta seguridad de la razón.

Lugares comunes, poco angélicos; tó-

picos, pero inefables. La erosión positivista poco podrá contra Rafael, pues la verdad latente en las metáforas arraiga en estrato más hondo del alcanzado por el análisis textual. Excluir el ensueño, condenar la imaginación es loca empresa de la mente: sustituir el delirio creador por la estéril paranoia. La validez de ese ensueño se demuestra por cómo, siendo individual y único, resuena en cada lector como propio, porque el impulso desencadenante arraiga en el vasto espacio del inconsciente colectivo. Amor-creación brizando el dormir del creador; posesión de lo creado y por lo creado renacer en ello. Sea eterno el ensueño para garantizarnos eternidad:

*Hasta que me venciste, mi batalla
fue buscar la verdad;
tú eres la única prueba que no falla
de mi inmortalidad.*

El tema de la inmortalidad por el amor reaparece en la rima 70, donde otra vez el amor es escudo contra la certeza de la muerte. En el unamuniano vaivén entre incredulidad y fe, sobre el filo de la duda, Rafael dice en qué consiste el sueño del amor: «el divino engaño / de la inmortalidad». El amor es vía de ascensión y salvación, y por eso, toma de conciencia. Hasta Teresa, hasta desear recrearse creándola, Rafael no tenía conciencia de vida y muerte. En el aprendizaje del amor nacieron también Augusto Pérez, en *Niebla*, y el tragicómico Avito Carrascal, en *Amor y pedagogía*. En la vía purgativa de la pasión amorosa se aprehende y aprende la vida; por eso dice la rima quince:

*Si tú y yo, Teresa mía, nunca
nos hubiéramos visto,
nos hubiéramos muerto sin saberlo:
no habríamos vivido.*

*Vivir es solamente, vida mía,
saber que se ha vivido,
es morir a sabiendas dando gracias
a Dios de haber nacido.*

La muerte aceptada a cambio del conocimiento, como en la alegoría del paraíso terrenal: el hombre prefiere saber y morir a ignorar y vivir. Desdeñemos las triviales interpretaciones del gesto de Adán: cuando cede a las incitaciones de su ardor

secreto, de la serpiente, quiere robar el fuego a los dioses para igualárseles. Hasta el momento de aceptar la manzana simbólica, Adán está inmerso en la delicia del Paraíso y su vivir es inerte, vegetal. Sólo conoce a Eva y con ella al mundo cuando se rebela contra la prohibición de probar los frutos del bien y del mal. La rebeldía adánica le trae, con el castigo, la muerte, pero también la vida. Rafael, a su manera elegíaca, expresa en los versos citados la dignidad de ser hombre.

Y, como señalé, el ansia de inmortalidad le llevará a la creación poética, forma unamuniana de igualarse a Dios. La vida «eterna» que Teresa reclama desde las sombras, sólo Rafael puede dársela con su canto. El noviazgo provinciano, «sencillo», resulta parábola de la creación redentora. Teresa-Eva ha salido del hombre, estuvo en su costado antes que en su corazón, y le habla a la vez desde dentro y desde fuera con las palabras que cada mujer dice o sueña decir: dame la inmortalidad en el amor; forjemos en él algo etéreo, invulnerable al tiempo y a los azares, que nos sobreviva y retenga lo mejor de nuestro ser. Sálvame en la palabra.

Sólo hombres de temple vigoroso, sólo hombres como Unamuno osan desafiar (no digo explotar) los riesgos del lugar común y aventurarse en la trivialidad para extraer de las imágenes manidas aquella verdad última que es a la vez permanente y cambiante, según el corazón que la filtra. Unamuno, remando contracorriente de su tiempo, es más Unamuno que nunca. El yo ex futuro a quien convierte en protagonista de la novela, se me antoja el antagonista —y el complemento— natural de sus contemporáneos: Monsieur Teste —de Paul Valéry— y J. Alfred Prufrock —de T.S. Eliot—. Tratar el tema amoroso en forma «romántica», sin brizna de ironía, y con propósito de subrayar el carácter integrador y salvador del amor, era desafiar la moda intelectual.

1925 es el año en que se publican en *El Sol*, de Madrid, los artículos de Ortega sobre *La deshumanización del arte*, donde se formula un diagnóstico sobre el arte contemporáneo que leído, como sugiere Guillermo de Torre, en «su indispensable

contexto histórico » (10), puntualiza las causas determinantes de la nueva sensibilidad. *Teresa y La deshumanización del arte*. Escritas en el mismo año y ¡tan diferentes! Compararlas sería útil para medir la distancia entre sus autores, pero no puedo ni esbozar ahora tan curioso ejercicio. A la desrealización aconsejada por Ortega oponía Unamuno la inmersión en lo real, hasta el punto de imposibilitar el deslinde entre autor y personaje. Frente al alegórico tope de Kafka, perfeccionando a ciegas, día tras día, su madriguera, su refugio artificial —¿a prueba de bomba nuclear?—, el hombre de Unamuno luchará —incluso contra su creador— por no perder la dignidad de su condición. No ocultará la elocuencia del sentimiento, y desplegándola agresivamente dirá:

*Tú no puedes morir aunque me muera,
tú eres, Teresa, mi parte inmortal,
tú eres mi vida que viviendo espera,
la estrella de mi flor breve y fatal.*

.....
Mientras me hacías te hice yo...

.....
*Supiste del dolor de conocerte
las ansias de mi pecho al conocer,
supiste que la vida acaba en muerte
cuando en mí te sentiste renacer.*

.....
*y al hacer que no mueras, mi Teresa,
aunque me muera yo no he de morir.*

En esta rima —la 48— se resumen las inferencias decisivas: Teresa es la parte inmortal —el alma— del poeta, y quien le crea —le ilumina, trae la luz— con su mirada. La forma cargada de reminiscencias, de vocabulario y manierismos becquerianos, declara la voluntad unamuniana de parecer anacrónico: vida, estrella, flor, muerte, dolor, ansias. «breve y fatal», tú, tú, tú... El autor acumula signos, señales de sentimiento y emoción y los utiliza convencionalmente, según el patrón escogido. Pero, ¡cuidado!, bajo la superficie familiar hay un fondo de realidades oscuras ajenas al becquerismo, reveladoras de cómo los círculos de vida, sueño y muerte

comunican entre sí y constituyen el ámbito de nuestro destino. Penetramos en la novela por la vía de acceso puramente realista de la correspondencia entre Rafael y el autor; desde allí pasamos a la historia de amor vivida por aquél; luego al tercer plano, para asistir a la lucha del hombre con la muerte y por último, al más hondo nivel de significación, donde ese combate revela su genuino sentido de tentación suprema: la de conocer para ser, y siendo, igualarse a Dios.

Tan pronto como ingresamos en uno de estos círculos o planos nos atrae la luz que se filtra del inmediato, y la sentimos apremiándonos, arrastrándonos. Rafael no es solamente el yo ex futuro del amor triste, sino reencarnación del Unamuno vencido por la razón, de quien en *El sentimiento trágico de la vida* había contado su fracaso y ahora reaparece para el desquite, para vivir de nuevo los problemas decisivos y dejar abiertas las cuestiones que parecían zanjadas. La esperanza vuelve: «como mi Rafael sentía lo que decía, elevó su amor, no ya a metafísica de él, a meterótica, sino a religión».

«*Cosas más eternas
tengo a la vista*»

Unamuno, por lo menos desde 1897, se sentía irremisiblemente vocado a la desesperanza. La razón acabó con la fe. Pero Rafael podía creer. El autor le coloca en una situación distinta de la suya y muestra cómo, viviendo otras experiencias, es posible la esperanza y, por lo tanto, la fe. El amor será más que costumbre si se depura y transfigura místicamente. La historia de amor aparece como punto de partida para, en la exaltación «romántica», ascender a la eternidad y participar en lo divino. Al calificativo «romántica», tantas veces aplicado a la novela *Teresa*, podemos añadir otro que en apariencia le contradice: mística.

Pero la contradicción constituye a Unamuno, y es clave de su método: lo uno y lo otro, y no alternativa o sucesivamente, sino a la vez. El amor de Rafael, impulsándole a meditar sobre la muerte y el tiempo le incita a buscar un Dios con

(10) *El fiel de la balanza*, Ediciones Taurus, Madrid, 1961, pág. 48.

quien unirse. La imagen perdida para el atormentado Unamuno reaparece en los sueños del personaje como la de quien, si hace los hombres a su imagen y semejanza, los hace eternos. Teresa, el alma, ha de ser inmortal, y en una carta de Rafael se remacha el clavo tan reciamente clavado en los poemas: « Podré dudar de mí, de mi propia existencia; pero de lo que no puedo dudar es de ella, de la existencia y de la insistencia, que usted diría, de ella. *La amo, luego ella es*; ella me crea para que yo la cree y creándola crea en ella, como ella cree en mí. »

En la primera parte de la obra, Unamuno cita a los cantores del amor y de la muerte presentes de algún modo en su corazón; la nómina está llena de nombres ilustres, y no es excluyente: Petrarca, Ausias March, Diego de San Pedro, Espronceda, Castello Branco, João de Deus, Bécquer, Rubén Darío... La filiación becqueriana, aparte de ser una provocación, se declara para superarla. En el artículo citado al comienzo (11) confesó cómo leyendo a Bécquer había « vuelto a sentir su prestigio y a la vez a pecararme de sus flaquezas. La mayor de ellas, a nuestro sentir, el que las anécdotas que canta no las supo elevar a categoría. » Y *Teresa* eleva el episodio amoroso a complicaciones donde Bécquer no imaginó llevarlo.

Señala Unamuno la conexión entre sentimiento y creación. El verso nace de la emoción y no de la « prosa previa ». Y en la « presentación » novelesca de las rimas explica la calidad de esa emoción y cuándo debe operar sobre el poeta: « Un esteticista, creo que Vischer, comentando la sentencia horaciana de: *si vis me flere dolendum est tibi primum*, (si quieres hacerme llorar, es menester que te haya dolido antes), decía que la mayor fuerza del precepto estriba en el *primum*, en el 'an-

(11) Releyendo las « Rimas » de Bécquer, en *Mi vida*.

(12) J. Ortega Morejón, « Unamuno y el guitarrillo de tres cuerdas de João de Deus », *Miscelanea de Estudos a Joaquim de Carvalho*, Figueira da Foz, No. 6, 1961, págs. 645-646.

tes', ya que no es la mano del calentamiento la más hecha para describir la fiebre. » Es decir: no hay poesía sin emoción, pero ésta se adscribe a lo pasado; Wordsworth y Bécquer coincidían en que, para ser aceptable, la emoción debe ser recordada en el sosiego. (Paralelamente, la paradoja del comediante, según Diderot la formula.)

¿Tal es el caso de Unamuno? En el Rafael novelesco, no; en el Miguel personaje, dudoso; en el novelador, sí. Más de un cuarto de siglo había transcurrido desde la crisis de 1897, cuando el desamparo sentido al comprobar su incapacidad para creer le arrojó en los maternales brazos de Concha. La angustia se había calmado. Ahora, en *Teresa*, el artificio utilizado para dar impresión de proximidad y lejanía, de que la emoción está siendo vivida cuando realmente pertenece al ayer, es el corriente y característico de la ficción novelesca: el personaje revive en la actualidad los sentimientos que el autor vivió en otro tiempo.

En cuanto a otros poetas cuya voz resuena en el corazón de Unamuno, Julio Ortega Morejón ha demostrado que João de Deus está presente en *Teresa* y no sólo « por el tono de la misma, triste, elegiaco, romántico » (12) (perceptible en cien páginas de la época), sino por la sublimación del amor, por la elevación de la anécdota a categoría. El lírico portugués asciende por la misma vía, pero a distinto cielo.

Bécquer, João de Deus, Rafael de Teresa... Y mientras la novela acaba, se apoderan de la patria « cuatro botarates jerárquicos » que no tardarán en sacar a Unamuno de su casa y de sus casillas. ¿Quiso resistir los apremios de lo inmediato? Sin duda, y quizá pudo hacerlo olvidando la historia, ensordeciéndose para « la pesadumbre del siglo », olvidando quien era. Después de todo, nadie tenía más derecho que él a dejar pasar « la película de los héroes casineros », porque nadie con más verdad podía escribir, como lo hizo en el epílogo de *Teresa*: « cosas más eternas tengo a la vista ».

La sombra de los olivos

LOS CUATRO HOMBRES estaban allí delante, mirándole sin decir nada. El tampoco hablaba. Fijaba los ojos en su mesa, ordenaba los papeles, paseaba después la vista por los libros que formaban un montón irregular. Desviaba la mirada por las paredes de la habitación.

Una mesa de despacho, cuatro sillas de varios modelos, su sillón detrás; un sillón de madera muy dura al que había tenido que poner un cojín. Esos muebles los había traído de casa de su madre; ¡mira que irsele a meter cura el pequeño! Qué ocurrencia la suya, ciertamente. Los estantes para libros los había comprado él, poco a poco, porque era una biblioteca moderna que se podía ampliar. En las paredes seguían aguantando unas reproducciones, las mismas de siempre, y una « Sagrada Cena » recortada de un calendario, muy antiguo también, de casa de su madre.

— Usted dirá, padre.

Era el más viejo; sin mirarles sabía que hablaría él, que él rompería el silencio. Era igual que su padre. Su padre, cuando murió, tenía la misma cara tosca, como modelada a puñetazos, y los mismos ojos entornados ya un poco, cayéndosele los párpados, quizá por sus sesenta años sin dormir lo suficiente. Le extrañaba que dijera « usted dirá, padre » un hombre que podía ser el suyo.

Los cuadros de las paredes no le decían nada, no le inspiraban nada; pero los hombres estaban esperando. « La Cena » estaba llena de motitas negras, cagaditas de mosca que la punteaban como de viuela; estaba moteada la cara de Judas, la de Juan, mucho más guapo que Judas, claro, reclinándose en el regazo de Cristo; también la barba marrón de Jesús tenía cagaditas de mosca, y la hostia redonda,

cortada extrañamente de un pan alargado que tenía junto al plato, un pan moreno ahora, después de tanto tiempo.

— Bueno, Salvador, dinos algo.

Era el más joven, tanto como él, ninguno de los dos había cumplido treinta años; se tuteaban, eran amigos, quizá sólo por amistad estaba allí todavía, junto al cura, junto al cuadro y andando por el mismo camino.

— No sé... — empezó con una voz que él creyó le saldría tranquila, de compañero, pero que le sonó solemne, de cura, que era lo que más rabia le daba.

Entre los papeles estaba la carta. La secretaria de Monseñor había sido oportuna, y sus ideas bien claras; nada de ayuda a huelguistas, nada de hablar desde el púlpito sobre quienes no querían trabajar; las organizaciones que de él dependían eran sólo piadosas, le recordaba; sólo piadosas. Los otros conflictos nada tenían que ver con él.

Sí, pero estaban allí, preguntándole; eran sólo piadosas las organizaciones, pero creían en ellas. Se daba cuenta ahora de que había tantas clases de fe...

— Veréis, empezó de nuevo.

Pero su padre, el hombre que era como su padre, tan ignorante como su padre, tan cansado también como su padre, sin saber dónde poner la boina, sin saber cómo sentarse porque era la casa del cura, estaba hablando al mismo tiempo:

— Verá usted, lo que nosotros necesitamos...

Y luego, enérgico, imperioso y amistoso al mismo tiempo:

— Salvador — era el otro el que urgía, el amigo —, dinos algo concreto; nosotros como organización, ¿vamos o no vamos? Todos estamos esperando tu decisión, sabes

que ahora nos atienden, que no podemos decir que no, pero el sí nos lo tienes que dar...

Se echó a reír para terminar la frase :
— Esto es como de novios.

¿Por qué? El no había estudiado para eso ; él sabía latín y teología y decir a unas viejas que se encucillaban ante él por las mañanas que rezasen un avemaria como penitencia, y perdonar todos los días a los mismos adolescentes que se masturbaban cada tarde y piadosamente se confesaban cada noche ; y decir a las chiquillas que bailar suelto era más bonito, y crearlo además ; pero ¿por qué tenía él que decidir?

— Yo, ya sabéis como pienso.

— Por eso hemos venido, pero no podíamos decidir sin hablar antes contigo.

Se incorporaban ya ; estaban ansiosos, rabiosos de ganas de echar a correr y decirles a los demás ¡también nosotros! ¿sabéis?, ¡también nosotros!, no estamos escondidos, ni somos esquirols, también nosotros, ¡al fin!, somos iguales, que era la frase que se llevaban siglos esperando pronunciar, también nosotros vamos, no somos blandos ni estamos de su parte, las viejas palabras podridas dentro tantas veces. Y a alguno le diría más de cerca y con más asco ¡tampoco a nosotros se nos encoge el ombligo, que pasamos tanta hambre como vosotros!, a lo que el otro seguro que contestaba con su mala leche de siempre : « Y eso que os hincháis de comer hostias. » Estaba de pie ya para correr a gritarlo, su amigo, tiritando de excitación y oliendo el aire como un perro de caza que sintiese el tufo ya cercano.

— No, no, espera.

Y el viejo, dándole vueltas a la boina, impaciente, indeciso, casi temblando de nerviosismo :

— Pero ¿en qué quedamos, padre?

Por qué no me llamará hijo, pensó angustiado ; no puedo hablar mientras me llame padre, no puedo ni mirarle siquiera ; él mismo estaría también ahí enfrente, con la boina en la mano, nervioso igualmente, con los riñones partidos de cansancio y sueño, mucho sueño hecho agua y nubes en aquellos ojos líquidos medio cerrados.

« La Cena » les miraba ; inquieta y

serena al mismo tiempo. La copa, con un vino oscuro, el pan moreno de tiempo y humo en aquella cocina de su madre que lo había guardado tanto tiempo ; y todas las docenas, los centenares de cagaditas de mosca que parecían granos de mostaza bíblica en un campo envejecido y triste ; y Cristo, sucio también, lleno de humo, de mal olor de comidas siempre iguales, miraba como todos, callado como siempre en aquel cuadro viejo que había recibido con paciencia las oraciones interminables de su madre, capaz de convertir las palabras tan concretas en los ruidos abstractos que la tranquilizaban.

El más joven no se había vuelto a sentar, le miraba interrogante, iba a empezar a hablar de nuevo ; no quería oírle ; cualquier cosa que dijese hacía daño, le hacía daño a él, hacía daño a su amistad y a su vida ; posiblemente también a su indecisión.

Pero él no podía mandar nada, la carta estaba allí, era tajante, le ordenaba decir que no, y su padre estaba sentado, su amigo de pie, pero ambos esperaban entre exigentes y confiados.

— Salvador...

Quería gritarle una cosa solamente, quería pedirle por favor, de rodillas si era preciso, que no dijese Salvador así, con aquel tono, con aquella dulzura unas veces y otras con la terrible exigencia de respuesta ; que le llamase Salvador como uno más, como alguien que le hubiera conocido en aquel momento.

— Bueno, ¿qué les decimos?

Otro hablaba, se lo agradecía porque había quitado el sitio a las palabras del muchacho. ¿Qué les decían? La carta respondía a la pregunta, pero ellos esperaban otra cosa y él no podía hablar porque lo tenía todo encima, todo presente, todo junto, entre las cuatro sillas de modelo diferente que se había traído de casa de su madre, entre la librería, ampliable, que había pagado a plazos, entre sus veintitantos años que sólo sabían absolver, decir misa, hablar los domingos, pero que no sabían hablar entre semana.

— No lo sé, no sé qué deciros. Yo creo que si pudiéramos...

Había empezado a hablar como sin

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Del Inka Wirakocha y la deidad telúrica

POR ESE TIEMPO el Imperio quéchua dominaba vastos territorios del continente : los que hoy forman Bolivia y Perú, parte de los valles que descienden al Pacífico, las estribaciones cordilleranas que conducen a las llanuras del este amazónico y platense. Una civilización agraria y militar descendía de las montañas al océano, a los grandes ríos, a los llanos.

Yahuar-Huácac —el que llora sangre—, llamado así porque padecía una enfermedad de la vista, señoreaba el imperio.

Pero ni los sacerdotes, ni los amautas, ni los jefes militares escondían su ansiedad ante las debilidades del monarca. Desmintiendo la tradición guerrera y organizadora de sus antepasados, Yahuar-Huácac detestaba las conquistas. Su mano blanda aflojaba insensiblemente la rígida estructura del inkario. Prefería a los deberes del gobierno los placeres de la corte : fiestas, danzas, representaciones dramáticas. Premiaba a los poetas y a los músicos. Amado por las mozas y los jóvenes, merecía vituperio de los dignatarios y los caudillos. Mas era el inka, de origen divino, y aun desviado de la línea dura, austera, viril de sus antecesores —seis desde el gran Manco-Cápac fundador de la dinastía— recibía tributo y homenaje de su pueblo y de los otros sometidos a su mando.

— El inka está enfermo —murmuraban los más audaces—, porque si estuviera en juicio no procedería así.

Pero la mirada de Yahuar-Huácac era

límpida ; su inteligencia, despejada. Sólo la voluntad se le paralizaba el momento de la acción. Y amaba más los cantos de los rapso-das que los informes de sus generales.

Tan vasto era el Imperio incásico, tan poderosa la máquina bélica y política que lo gobernaba, que a pesar de la blandura del monarca los dignatarios y los guerreros se esforzaban por mantener sus leyes inexorables castigando las rebeliones por lejanas que ocurrieran. Los quéchuas veneraban a sus reyes y a sus leyes ; mas las naciones por ellos conquistadas solían levantarse en ímpetu sangriento : degollaban la guarnición del inka y recuperaban momentáneamente su libertad. Tarde o temprano la metrópoli ajustaba su garra de acero sobre los sublevados. Decapitaba diez por uno de los suyos. Traslataba pueblos íntegros de una región a otra —mitimaes— para descabezar conspiraciones. Y cuando los rebeldes reincidían derramando por segunda vez la sangre incaica, entonces la sanción era tremenda : se exterminaba el foco de la rebelión con todos sus pobladores.

Estos sucesos eran ocultados a Yahuar-Huácac, que odiaba la efusión de sangre y la violencia. Mas sus consejeros le hacían reflexiones sobre la necesidad de expandir el imperio y aumentar sus territorios.

— ¿No es suficientemente grande el imperio? —respondiales el monarca—. Es mejor ordenar y mantener en paz lo que ya tenemos.

Y los amautas y los capitanes, educados

en escuela de rigor y de ambición, volvían al impulso ancestral del inkario : descubrir, conquistar, empujar siempre más allá la raya del horizonte, para que las tierras del Sol, del inka, y de su pueblo no tuvieran término.

Y esta pugna entre Yahuar-Huácac y su corte duraba ya varios años, porque nadie compartía su política indolente y moderada.

Para el quéchua altivo, dominante, la obsesión geográfica se resolvía en empresa bélica. ¿Qué hay detrás de aquel monte que aún no sobrepasamos? ¿Dónde nace ese río que riega nuestros valles? Pasando el desierto ¿llegaremos al mar? Sesgando la cordillera, hacia el sur ¿habrá muchos pueblos capaces de resistir nuestra acometida? Y el genio visionario de los dignatarios, y la sangre impetuosa de los generales, acostumbrados a ensanchar fronteras y someter naciones, se debatían impacientes sin poder romper la inactividad del soberano.

¡Qué extraña y bravía condición la del príncipe heredero, el hijo de Yahuar-Huácac!

Era el antípoda de su padre. El que debía llegar a ser el mayor emperador de los inkas, fue tal vez el peor de sus príncipes en la adolescencia. Natural imperio de la sangre o reacción misteriosa frente a la disipación paterna, crece como una fuerza de la naturaleza : áspero, revoltoso, apasionado, fiero, incontenible. No reconocía ley ni mando sobre su persona. Desafiaba a los guerreros, se mofaba de los amautas, despreciaba a las doncellas. El monarca evitaba su presencia, porque era torpe y deslenguado en sus críticas. Tantas fueron sus fechorías, tales sus desmanes juveniles que, gastada la paciencia en el vano reprender, el inka desterró al primogénito al valle de Chita, a muchas leguas del Cuzco imperial, mandándole vivir en soledad hasta que modificara su carácter.

Tres años permaneció el príncipe en aquella solitaria región, sin otra compañía que los chasquis o mensajeros que el inka le enviaba de cuando en cuando solicitando su enmienda y sometimiento antes de concederle perdón. Cuenta la leyenda que cuando Yahuar-Huácac le mandó decir que podía perder el trono por su rebeldía, el fiero mozo replicó despectivo :

— Sabré ganarme otro con mis manos. Chita es un hermoso valle encajonado entre montañas. Se había ordenado a sus habitantes, que pastoreaban el ganado del Sol, retirarse dos leguas a la redonda, de modo que el príncipe viese solo entre altísimos peñascos y verdes sementeras. Entreteníase en la caza, en ejercicios atléticos, trepando riscos. Y como no tenía con quien hacer diálogo, gentes para mandar, ni empresa capaz de absorber sus energías, se le excitó la imaginación y comenzó a templar la voluntad en hondos sueños que lo rescataban del estúpido cautiverio. Mirando atrás, se le antojaba pueril el culto al Sol : debían de existir otros dioses, otras hazañas que el celo mayestático del inka escondía a su pueblo. Poniendo la fantasía adelante, soñaba en el Imperio acrecentado, guerrero siempre, siempre en expansión, porque es ley del fuerte aumentar su estatura y poderío.

Diose asimismo a la contemplación del paisaje. Lo atraían la cumbre y el abismo, las grandes rocas adustas, el monte grave y silencioso que abrumba con su presencia formidable. Al fondo, como un festón cimero, la cordillera enarcaba su reino de gigantes : los nevados imponentes que señorean el Huascarán y el Coropuna, y ese otro coloso que denominan Salkantay, el más salvaje de todos. No se divisaban desde el cajón de Chita, pero el cautivo trepaba a la meseta y salía a su encuentro para sumirse en largos éxtasis visuales.

Los árboles le parecían fuertes y pacientes guerreros. Los ríos savia de vida. Las montañas lecciones permanentes de fortaleza y de ambición. Y buscaba el viento cólico en las quiebras y la caída de aludes y peñascos. No pudiendo moverse en la propia acción dinámica de los hechos, su pensamiento inquieto animaba las formas de la naturaleza, descubría un nuevo sentido en el mundo de sus relaciones. En las fortalezas imperiales, las grandes piedras eran sólo manifestaciones de fuerza bélica y política : anonadaban con sus masas poderosas. Pero aquí, en la soledad del Valle de Chita, el monte y el peñasco adquirían otra vida, se acercaban al hombre, dábanle acogida y confianza : lo reanimaban. Si al atardecer las cumbres de los cerros fingían un desfile de grandiosos guerreros, en los

fábula de que el dios Wirakocha, en persona, comandaba a los defensores del Cuzco; y para justificar su ubicuidad —entre los chancas se decía que un famoso general había aparecido entre los inkas y que se le divisaba tan pronto dentro como fuera del Cuzco— deslizó la especie de que el gran jefe que defendía el recinto imperial se trasladaba por los aires más allá de los muros imperiales.

Cundió la sorpresa entre los sitiadores, pero no cesaron ni en el cerco ni en su bravura para el combate. Ellos sabían que el inka se había fugado y se resistían a creer que un caudillo desconocido encabezaba a los quéchuas.

Wirakocha se dio tan buena maña y con tal denuedo dirigió a los defensores del Cuzco, así como a las montoneras que organizaba a espaldas de los sitiadores, que en cierto momento a éstos no les quedó otra solución que afrontar el doble ataque campal de los sitiados y de los guerreros que brotaban detrás de sus líneas.

Hermoso y fiero como un dios antiguo, centelleante de ira, aplastando cabezas con su porra de combate, Wirakocha encabezó las huestes del inkario que en Yahuar-Pampa, gracias a su coraje y a su talento militar, aplastaron a 60.000 chancas. Con 30.000 inkas, el nuevo soberano aniquiló un ejército que le duplicaba en número y que peleó valerosamente por su libertad. « Campo de sangre » se llamó el paraje de la lucha donde el inka afirmó su poderío y su valor.

El político y el visionario siguieron prestando ayuda al guerrero para crear un aura mítica en torno a su persona. En pleno combate, mientras hacía lanzar galgas de los cerros con indios mimetizados en el terreno, Wirakocha hizo difundir entre las tropas que las piedras se tornaban hombres para pelear por los inkas. Y el mito telúrico volvió a sonar por sus labios cuando al perdonar a los chancas sobrevivientes y sus familias, les previno que si no eran buenos vasallos en lo sucesivo, « el Sol los castigará mandando al genio de la Tierra que se los trague vivos ».

A su padre no quiso verlo más. Dejó que se retirase a un valle plácido rodeado de sus cortesanos y sus mujeres. Hizo decapi-

tar a sacerdotes, amautas y dignatarios por deserción y cobardía. Sólo a los muy eminentes hizo regalo de la vida. Y forjó una nueva generación de estadistas, administradores y capitanes sobre la base de lealtad, valentía y eficiencia.

Desde la victoria de Yahuar-Pampa, el inka Wirakocha se convierte en restaurador del imperio incaico y en genio tutelar de la historia andina.

No bastaría un libro para estampar sus hechos. El octavo de los inkas reinantes, personaje histórico y a un tiempo figura legendaria y novelesca, vive todavía en la memoria del pueblo indio.

Reinó cerca de sesenta años, consolidando y acrecentando el imperio quéchua hasta extremos increíbles si se considera el marco de su época. Libró osados combates, emprendió difíciles conquistas. Siempre el primero en atacar, el último en la retirada. Dominó las tierras del Tucumán, alcanzó a Copiapó por el sur, sometió catorce nuevas naciones, sometió totalmente el Antisuyo. Sus legiones batieron a las tribus guaraníicas. Y dice la leyenda que exploraron las riberas de los grandes ríos que conducen a la Amazona tropical. El Húmac-Túmuc, nombre de un monte en el Brasil, señala un hito en sus conquistas.

Organizó férreamente el sistema de transportes y comunicaciones; así, en pocos días, se informaba de cuanto pasaba en sus vastos dominios.

Y era justo con los justos, implacable con los pícaros. Y al ocioso y al blando castigaba sin contemplaciones, porque el gobierno —enseñaba— se funda en el arte de hacer trabajar y endurecer a las gentes.

De la reforma religiosa que acometió, poco se sabe. Fue de índole esotérica y no trascendió al pueblo quéchua ni a las naciones sometidas. Se mantuvo el culto al Padre Sol, el Inti de los quéchuas, el Willka de los aimáras. Parece que el mito telúrico se reservó al inka, a sus sacerdotes y a pocos altos dignatarios y guerreros. Levantó grandes templos y edificios públicos y principalmente el templo monumental al dios Wirakocha, en Cacha, como demostración de su fe en la deidad abolida que lo había elevado al trono. Aún pueden verse los restos de sus muros colosales. Era un edi-

bellas artes

América Latina y su expresión estética

POR F. COSSIO DEL POMAR

CUANDO QUEREMOS sondear en lo más profundo de nosotros mismos, cuando nos proponemos reconstruir sensaciones placenteras, recurrimos a nuestros recuerdos. Y cuanto más ligados están a hechos lejanos, más nos acercan a episodios de nuestra infancia. Esto no lo he inventado yo ; se lo debemos a la valoración científica de Freud, uno de los más grandes descubridores de mundos. Por él sabemos que el arte es una apasionada exploración en lo más hondo de nuestra conciencia, una percepción visual de lo que puede ser nuestro destino. Por eso antes de hablar de la expresión estética en la América Latina, acudo a la ayuda del recuerdo para asociarlo a dos cuadros que colgaban en la casa familiar ; uno representaba un boulevard de París, el otro, colocado en lugar mucho menos importante, era una reproducción del pintor peruano Francisco Lazo, de mediados del siglo XIX, y representaba una « Pascana », o descanso de arrieros ; sereno paisaje que respondía a la romántica necesidad de los artistas de aquella época de participar con la mente y con el corazón en la representación de aspectos de la naturaleza a través de la sensibilidad. Este grupo de hombres en cuclillas, comiendo tristemente junto a sus

bestias de carga en un camino desolado, rodeado de imponentes nevados de la Cordillera de los Andes, nunca despertó en mí la menor emoción ni incitó mi imaginación de niño.



En cambio, la escena del boulevard con su trajín impresionista, los carruajes, las mujeres con sombrillas de colores, las terrazas de los cafés, me transportaba a lugares maravillosos y lejanos. Era Europa. La magia de Europa que todos los suramericanos soñaban explorar hasta en sus rincones más íntimos. América resultaba un territorio de paso, de castigo, o impuesto por la fatalidad a los que no podían escapar de ella. Oscar Wilde cuando viajó por los Estados Unidos dijo en una de sus osadas conferencias que cuando el norteamericano se portaba bien, iba a morir a Europa, y cuando era malo se quedaba irremisiblemente en América. Lo mismo decían nuestros abuelos del siglo XIX, tanto en el Perú como en el resto de América Latina. Nadie se preocupaba por conocer las bellezas, las ventajas, la originalidad que ofrecía el mundo americano. Naturalmente, tampoco sus artistas. Pocos fueron los que se interesaron por explorar más allá de la ciudad o de la hacienda en el territorio nacional, como lo habían hecho los conquistadores. Era na-

tural que los habitantes de un país nutrido de culturas extrañas prefirieran lo ignoto y lejano. Se leía apasionadamente libros de aventuras, románticos y realistas. Se especulaba sobre los problemas psicológicos y sociales planteados por Flaubert y Zola. Stevenson nos incitó a buscar tesoros de piratas, Livingstone nos llevó a las selvas africanas y Julio Verne y los exploradores polares a las desoladas estepas. Nos atraían países exóticos y geografías remotas cuando teníamos al alcance de la mano el mapa más extraordinario de montañas, de selvas, de ríos, y ejemplos de rudos aventureros, como los caucheros, capaces de conducirnos a las más inesperadas facetas del alma abismal.

Pero estábamos convencidos que de Europa nos vendría la « luz del progreso ». A Europa marchaba todo el que podía para estudiar, así fuera a medias, aquello que descubría la ciencia y el arte, los adelantos de la medicina, la ingeniería, la filosofía, la poesía, los sistemas económicos, la arquitectura, los trajes, la comida, el adorno. Todo lo útil y lo inútil. Ya que nadie se preocupaba por descubrir la realidad nacional y nos empeñábamos en pensar como europeos, a falta de un estilo propio había que vivir de prestado.

Después de tanto viajar, de tanto aprender y vivir como vivían en otros países, nos percatamos que faltaba descubrirnos a nosotros mismos. Que había que viajar en su propia nación cultural, en su propio país. Viaje terrible que nos haría palpar muchas calamidades ; mucha culpable indiferencia, mucha pesadumbre en los hombres cargados de miseria, mucha ignorancia y muchas injusticias que restaban fuerza a nuestra conciencia de hombres de América. Y, al lado de éstos, inapreciables tesoros enterrados en antiguas culturas que nos desafiaban, no a resucitarlas puesto que estaban bien muertas, sino a estimular nuestro esfuerzo hacia otras experiencias.

Pasó lo que con Xavier de Maistre. En momentos en que los viajes de Cook y las observaciones de sus compañeros Banks y Salander comenzaban a hastiar a los lectores, Maistre por razones políticas fue confinado en su casa de Turín. Durante ese forzado encierro descubrió su « doble », y con él se dedicó a observar multitud de

cosas en las que nunca había reparado a fuerza de tenerlas cerca. En los cuarenta y dos días que duró su prisión, escribió aquel famoso *Viaje alrededor de mi cuarto*. Sin abrir ventanas incursionó por los senderos especulativos de la metafísica, por la infinita geografía de aquella habitación con sus cuatro puntos cardinales. Realizó excursiones de estudio por silenciosos rincones encantadores. Exploró los estantes de libros, analizó las estampas en las paredes, y saboreó el sentido estético de los cuadros ; describió el lecho « color rosa y blanco », la chimenea. Relacionó cada objeto con sus recuerdos y las inútiles aventuras de su corazón. El recorrido abarcó miles de leguas, variados paisajes, auroras y crepúsculos, reflexiones que enriquecieron de útiles ideas su inteligencia.

Como Maistre, algunos escritores y artistas —pocos, por desgracia—, decidieron permanecer en América para indagar en la inmensa variedad de nuestros territorios y descubrir cosas que ignorábamos de nuestra existencia. Y los que realizaron aquella excursión trajeron muestras que por su magnificencia y originalidad superaban todos los asombros, rebasaban toda fantasía. En tierra americana había poesía, drama, dolor, misterio y sorpresas ; sólo faltaba la curiosidad, el interés para interpretarlos con pasión. Que lo digan los primeros pensadores del continente llamado con poca justicia « joven ». Aquellos que mucho antes de la primera guerra mundial prepararon la liberación del cuerpo físico y moral de Europa para hacer funcionar una inteligencia motora decididamente americana. Pues no es el artista el que plantea en América el problema de la nacionalidad substancial con sus elementos decisivos, dilemas y urgencias. Es el pensador el que primero se encarga de interpretar nuestra realidad ; poetas, literatos y sociólogos. Son éstos los que amplían la visión de intereses comunes, rompen localismos ultramontanos y asumen función directiva en el pensamiento americano. Sarmiento, Rodó, González Prada, Martí, Montalvo y otros son poetas en el sentido creador que daban los griegos a esta palabra. Estos pioneros enseñaron a los artistas a ver más allá de la superficie dorada del fruto, a penetrar hasta su entraña.

El argentino Sarmiento cuando entre sus tareas educativas y políticas escribe su formidable *Facundo*, hace « pintura en cuadros etnológicos de una elocuencia contundente. Su compatriota el poeta Hernández también « pinta » en *Martín Fierro* la serena psicología del gaucho identificado con la pampa argentina. En Brasil, Euclides de Cunha, en su libro *Os Sertoes* presenta cuadros inolvidables de los « bandeirantes » avanzando con paso lento en el camino de la civilización. En Perú ¿qué son sino cuadros históricos, sociales y costumbristas las tradiciones de Ricardo Palma? Y en algunos países, al lado de estos agudos descubridores del alma nacional, han aparecido tenebrosos tiranos para escribir la historia con otras armas que las del espíritu. En Ecuador, García Moreno « El Santo del Patíbulo », como le llama Benjamín Carrión, ha dejado más huella que la luminosa figura de Juan Montalvo; en Bolivia, Melgarejo corrobora las aseeraciones de Alcides Arguedas, y en el Paraguay, Solano López resume toda una época de nefanda vida política, social y religiosa.

A los pintores, contemporáneos de estos tiranos y de los hombres de pensamiento en América, no podemos considerarlos artistas creadores. Son simples ilustradores, muchas veces de talento, del tema que inspira a los escritores. « Ilustrador » es Carlos Pellegrini, retratista de la sociedad porteña de los primeros decenios del XIX. En Uruguay el poeta Zorrilla de San Martín cuando se asoma al paisaje y al alma nacional en el poema *Tabaré*, encuentra en Manuel Blanes un notable intérprete plástico de sus personajes, de la vida campesina y las costumbres del país. Estos cuadros de Blanes también ilustran las escenas costumbristas de *Tierra Purpúrea*, la novela imponderable del inglés Hudson. La epopeya bolivariana fue acompañada en Venezuela por pintores de gran talento, como Carmelo Fernández, Domingo Tovar y, más tarde, Arturo Michelena; en el Brasil, Mireles ilustra la odisea heroica de Tiradentes y el fugaz y pacífico Imperio de Pedro II; en Colombia José María Espinosa, « figura central de la pintura colombiana », hace una biografía del Libertador Bolívar al ejecutar un retrato « de semejanza tal que fue bautizado « el Bolívar

de Espinosa ». Los pintores anónimos, sobre todo los pintores de retratos, hacen escuela en América; calan en profundidad ese silencioso proceso de gestación del mestizaje. A fuerza de ser realistas nos han transmitido la perspectiva social, las costumbres, los trajes, la anatomía de esos primeros brotes de la raíz nativa. A todos podemos clasificarlos como colaboradores en el descubrimiento del espíritu americano. Todos contribuyeron a modificar la visión europea a que estábamos acostumbrados, a eliminar influencias extranjeras, pero aún sin lograr la unidad de conjunto dictada por las circunstancias particulares de América.

Cuando la América Latina llegó al punto histórico del arte, aquel que no se crea por decreto, que corresponde a una conciencia social definida —esto a principios del siglo XX— sólo en México aparecen los primeros artistas poseedores de sentido propio al interpretar la naturaleza y el hombre. En los otros países continuó en pie la tradicional concepción clásico-europea. Los artistas siguieron apegados a teorías, escuelas y corrientes internacionales; fueron construyendo un arte ecléctico que logra, en proceso lento, débiles características nacionales. Y no es de admirar esta conquista tardía. Se había roto con la tradición que nos unía a España, la única que se había cultivado hasta entonces. Al rechazar el legado cultural de la Península, fue necesario encontrar otro estilo particular, no por lo que este estilo representaba, sino por la ayuda que pudo dar como medio de representar lo específico. Sabemos que los estilos no se buscan. Se encuentran. Tienen que surgir de los dictados de la naturaleza, del alma y las circunstancias de vida. Esa tarea de descubrimiento naturalmente exige un proceso de preparación, de capacitación, ya que es difícil adoptar un estilo o influir sobre él por simple contacto; es necesaria una evolución natural para llegar a la conquista de un mundo plástico original.

Tras el prolongado proceso de experimentación y captación que hemos ligeramente anotado, aparece, no diré un estilo, aquella suprema conquista de los pueblos que no ha vuelto a aparecer desde el siglo de Pericles, o, si se quiere, desde la desaparición del Gótico, sino una representación

personal, un « modo » americano, creado primero por novelistas y poetas del calibre de Rómulo Gallegos en Venezuela, de Eustasio Rivera en Colombia, Jorge Icaza en Ecuador, Ricardo Güiraldes en la Argentina, Edwards Bello en Chile, Coello Neto en Brasil, José María Arguedas y López Albújar en Perú, en coincidencia con los poetas : Rubén Darío, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, César Vallejo y tantos otros. Como dijimos, tras las huellas de estos novelistas y poetas de ritmo americano, la mayoría de los pintores siguen indiferentes a las manifestaciones probatorias de una vida americana ; el « tono » americano, ya inconfundible, permanece oculto, sin ser tomado en cuenta.

Cuando más tarde el artista se decide a emprender la conquista de la expresión americana, se debate en un pluralismo que abarca todas las escuelas, desde las primitivas y elementales hasta las más complejas y avanzadas, siempre dentro de las dos tendencias conocidas : la que corresponde a invenciones individuales y la que depende de realidades históricas. El « Realismo Social », nacido y desarrollado en México, inspirado por la escuela mexicana, y el expresionismo abstracto brotado del esfuerzo apasionado de los artistas por ahondar valores universales. En cada uno de los países suramericanos podemos encontrar estas dos tendencias, las dos en busca del significado vital que reclama el mestizaje de cuatro siglos y que corresponde a una nueva unidad de sangre, de cultura y de espíritu. Tanto los realistas como los abstractistas, unos en los hechos reales, en el drama cotidiano, en la justicia por remediar ; los otros en la ambición por conquistar aquella « suprema belleza abstracta » que el dogmático Worringher trata de rehabilitar científicamente.

Ambas tendencias disponen en la América Latina de material inagotable. Para los realistas el hecho no puede ser más brutal en su fuerza expresiva, ni la naturaleza en ninguna parte ofrece mayor variedad y vigor, ni el hombre más inquietante personalidad.

El abstractismo tampoco resulta extraño para nuestras tierras. El uruguayo Torres García, padre de la pintura abstracta en Suramérica y su teorizante por excelencia,

no anda lejos de la verdad cuando apoyándose en el fenómeno americano aconseja « volver a lo cósmico por sobre lo histórico ».

¿Dónde el artista encontrará pruebas más contundentes del mensaje cósmico? El mundo abstracto y geométrico del arte tiawana-cota saca del caos signos tan poderosos que enriquecen estilos epigonales de civilizaciones remotísimas ; la China del siglo XII (a. de C.), emplea estos signos como fórmulas rituales. El artista de América que logre esa huella cósmica puede traspasar orgulloso las anchas portadas de Copán y Tiwanako para explorar signos eternos. En Palenque, Uxmal, San Agustín, Parakas, Chavín, encontrará los innumerables testimonios que ha dejado el limo telúrico en la tierra americana.

Por eso las dos tendencias en Indoamérica no se oponen. Las dos nacen de realidades históricas y del ejercicio libre de la voluntad creadora ; el entrecruzamiento del artista, de su trasiego, con la naturaleza y del genuino sentir del pueblo. Son « formas definidas, activas y universales », lo que constituye una abstracción.

Los partidarios del abstractismo sostienen que éste, al « afirmar un nuevo principio de universalidad » nos lleva a lo *standard*, que es « lo único que puede crear una cultura con unidad y sentido ». Un *standard* impuesto por las « grandes épocas » como la del antiguo imperio egipcio, Grecia o el Renacimiento... o por las grandes potencias políticas como las de Rusia y Norteamérica. ¿No tendría derecho nuestro continente a defenderse de la imposición de un sistema de representación nacido de circunstancias ajenas? ¿Renunciará el « *homo americanus* » a la esperanza de que algún día parta de sus playas, con una denominación que no sea sajona o moscovita, una manifestación de acuerdo con su capacidad humana, hecha con su mismo barro, su mismo sufrimiento y, quizás, más intensiva, más pasional, más desinteresada, menos deformada por la civilización totalitaria? ¿Cabe en el artista y el escritor indoamericano renunciar a la ambición de ser el autor de una nueva configuración del mundo basándose en los ya viejos conceptos de espacio, movimiento, tiempo y causalidad?

Para alcanzar esta meta indefinida, el

hombre de pensamiento está obligado a descubrir su propio mundo. El artista para realizar una tarea verdadera debe intuir en el insondable misterio que lo rodea. No tratar de imitar, sino de crear con las verdades a su alcance. No hay necesidad de « arrancar los ojos a los pintores » —como aconseja la moral taoísta— para expresar la belleza infinita. Hay que llegar a la « región del ritmo » de Torres García o a la « pasión sanguínea » de Diego Rivera por caminos incontaminados de raciocinio, como llegaron los mexicanos impulsados por fuerzas históricas fundamentalmente americanas. Por eso han resistido con mejor éxito las influencias del arte abstracto y han mantenido la vigencia de un arte nacional. Me refiero a José Clemente Orozco, a Diego Rivera y a los que —sin copiarlos— siguen una tendencia realista americana.

En las repúblicas suramericanas, después que la revolución independentista puso punto final al gusto fino de las formas graciosas, cuando desaparece —con el dominio español— la delicada virtud de hacer amables las ideas y todo se esfuma bajo el peso de vulgares intereses novedosos, aparecen algunos embriones acriollados, pero mueren sin germinar. Las repúblicas, en busca de estabilidad política, se contentan con adoptar ideas europeas que son las que dan normas a todas las manifestaciones sociales. En nuestras principales capitales brota un arte académico sin tradición nacional : el realismo de Manet, el decadente naturalismo de Bouguereau, la buena pintura de Puvis de Chavannes, la pintura ilustrativa de Fortuni, el academismo fin de siglo de Albert Besnard, la elegante prestancia de la pintura inglesa. Hasta que aparecen grupos « indigenistas », fundados por talentosos pintores como José Sabogal en Perú, Rosas en Bolivia, Egas en Ecuador, Terry en Argentina y otros. Estos pintores se acercaron al alma nacional para extraer lo que pudieron de la escondida realidad americana ; ruda tarea que requería un respaldo de las instituciones nacionales. No encontrándolo, teniendo que enfrentarse con la indiferencia, incomprensión y hasta hostilidad del medio, poco pudieron avanzar en la cimentación de un arte nacional. El movimiento « indigenista » murió a medio ca-

mino, ahogado en las fronteras geográficas del continente.

Luego, cuando el mundo fue sacudido por otra guerra y volvieron a hacer crisis las leyes y las normas que regían la conducta de los hombres, no sólo Europa, el mundo entero se revolvió contra los valores tradicionales reclamando otros sistemas furiosamente científicos, a base de estadísticas y de armas atómicas. El hombre se convirtió en una cifra, y el arte, que ya mostraba inquietantes transformaciones, se desprendió definitivamente de la representación figurativa buscando un apoyo lejos del poco atrayente mundo objetivo. En pos de un estilo se refugió en el abstractismo : la forma, el espacio y el movimiento se convirtieron en creación pura, y el arte dejó de ser « la naturaleza vista a través de un temperamento » para convertirse en una aséptica combinación de planos y colores ajenos a toda evocación del mundo real. La técnica en la nueva manifestación abstracta se irguió tiránica ejerciendo la misma preponderancia que antaño había ejercido en la Academia. Arrastró a expresionistas, fauves, surrealistas y puristas. Todos se dejaron llevar por la furiosa corriente del arte universal : ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos, hasta los japoneses olvidaron la tradición del arte nacional para incorporarse a la pintura abstracta. Fue un abrazo apasionado que unió a todos los pintores de todos los continentes. Jóvenes y viejos se dieron cita en las Bienales de Venecia y de São Paulo y en las grandes exposiciones internacionales promovidas por las formidables instituciones de « marchantes » que llevaban la batuta en el concierto del arte aséptico. Naturalmente, los pintores y escultores latinoamericanos no faltaron a la cita de estas bienales, y figuraron en las galerías de las grandes urbes porque sabían a qué atenerse sobre la capacidad sensitiva de sus connacionales : plutocracia de abogados, ingenieros e industriales que poco o nada entienden de arte.

Y así dio la vuelta al mundo el arte de los pintores de América Latina : la geometría de planos luminosos del argentino Emilio Pettoruti y del peruano Alberto Dávila ; las incandescentes siluetas del chileno Roberto Matta, el manchismo decorativo y la plasticidad intelectual del brasileño Ca-

valcanti, además de otras fuertes personalidades de Venezuela, Colombia, Uruguay que siguen la manera neoyorquina, la sustancia dubuffetista, la tapiesista catalana, toda una variada muestra de pintura deshumanizada, aliada al « concierto del arte universal ». Talentos perdidos para un arte nacional —ya que los pintores abstractos cuando nunca han estado en el arte figurativo resulta un enigma su retorno a lo objetivo. El proceso es fatal ; va de lo figurativo a lo abstracto, jamás de lo abstracto a lo figurativo.

Esto no quiere decir que en las disciplinas de la escuela abstractista —ya que de otra escuela se trata— dejen de figurar respetables muestras de arte. No todo en el abstractismo es farsa y charlatanería. Bajo su aparente facilidad hay un creciente esfuerzo creativo y hay que resolver difíciles problemas de valor estético ; y si es verdad que es un arte al alcance sólo de una minoría de privilegiados, de críticos y de « snobs », también es un error creer que cualquiera puede ser pintor abstracto. He visto una caricatura que representa un grupo de pintores rindiendo homenaje a Picasso. « Gracias, maestro —le dicen— porque habéis abierto las puertas de la pintura a los que no sabemos pintar. » Bien puede ser esto cierto. Al lado de un De Kónin, de un Pollock o un Clavé hay mil jovencitos y jovencitas que hacen exposiciones de sus obras y ostentan el título de pintores sin saber el A, B, C, del dibujo y el color, lo que aumenta la confusión y el desconcierto de la crítica, no siempre capacitada para emitir juicios exactos.

En el campo del arte latinoamericano, al margen de la superficialidad del costumbrismo, existe un grupo de pintores figurativos y semifigurativos que no han perdido contacto con la realidad de cada país. Basándose en la herencia cultural, que es herencia de valores eternos, han hecho frente a la forma figurativa ligada a la íntima percepción del destino del hombre en su espacio natural, quiere decir en el particular aspecto de sus pueblos, sus cordilleras, sus ríos, sus bosques y su ambiente telúrico.

Entre estos pintores merecen puesto de honor en la Argentina Juan del Prete y Raquel Forner, en Brasil el genial Cándido Portinari, en Ecuador Oswaldo Guayasamín,

en Perú Macedonio de la Torre, artista de prodigiosa imaginación, descubridor de mundos extraordinarios. Ahí donde la visión parece simple y cotidiana, Macedonio ve el alba y la tarde prendiendo fuego a la floresta ; ve al caracol incrustado en un espejo, ve la playa sin arena, y una muchedumbre gesticulante amontonada en la superficie cósmica de un pedazo de piedra. Marejadas, arroyuelos y rastros brotan de los botes de pintura derramados sobre un lienzo. Este es Macedonio de la Torre, dispuesto cada día a lanzarse en órbita envuelto en la camisa de Neso ; pintor figurativo y pintor abstracto de impalpable esencia americana.

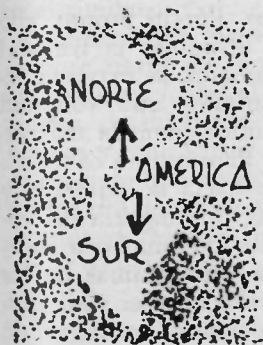
Otro artista de talento es Alfredo Ruiz Rosas, que cultiva la pintura semifigurativa con un profundo sentido del acontecer nacional. Estoy seguro de que con mayor experiencia del medio irá depurando su visión y despreocupándose del intolerante academismo del presente que —como el academismo de fines del siglo XVIII— terminará por destruir a los pintores.

Para terminar, quiero dejar sentada mi convicción de que tanto los pintores abstractos como los semifigurativos son pintores de destacados méritos. Pueden figurar en primera línea entre los miles de pintores que vemos hoy aparecer en cada nación, en cada continente, en cada Bienal, aportando nuevas invenciones y descubrimientos para contribuir a la uniformidad de la conciencia universal. Cada sabio, cada banquero, cada filósofo, cada artista, está avocado a esa actitud entreguista, entreguismo espiritual que es el más penoso, que hará del mundo un enorme laboratorio preocupado de un solo problema : subsistir.

Pero yo, que poseo un incorregible orgullo americano, a pesar de la crisis por la que atraviesa hoy América Latina, de algunas vergonzosas claudicaciones de la democracia, de las extrañas ideologías que han tratado de imponerse rompiendo nuestra unidad, del egoísmo suicida de nuestras oligarquías, no pierdo la esperanza que de nuestro continente parta algún día no lejano una nueva galaxia de verdades, de doctrinas justicieras expresadas en un lenguaje de armonía y belleza para todo el universo.

La agonía de la democracia en Latinoamérica

POR LUIS AGUILAR LEON



a muerte, dura y diaria, como en América Latina. Ni siquiera en los nuevos países que asoman en África. Porque en África están en pleno proceso de formar conceptos, mientras que en nuestra América se esgrimen conceptos ya deformados, a los cuales hay que empezar por enderezarles el sentido. En África los pueblos han arrancado de un casi idéntico nivel social, que les abre oportunidades más o menos iguales a todos, mientras que en América Latina dan vértigo los desniveles, sonrojan los contrastes, están endurecidas las desigualdades, y las oportunidades suelen cerrarse sobre un solo sector usufructuario.

Estas escabrosidades sociales, más ásperas que las geográficas; la dilatada lucha entre el pasado y el futuro, entre las formas y las reformas; las intenciones totalitarias contra las vocaciones democráticas y la pujanza urbana contra el campo misérrimo, son las que hacen tan arriesgado y difícil el análisis de nuestros problemas. Nótese como se

A GONÍA, en su sentido etimológico, en su acento unamuniano, como contienda, como lucha desesperada por sobrevivir. Porque en ninguna franja terrestre tiene hoy la política esa aguda dimensión de guerra

prodigan los sustantivos cargados de violencia en todo estudio sobre Latinoamérica: « fermentación », « erupción », « hervidero », « revolución », tales son los términos inevitables. Y la única conclusión unánime es que el destino de millones de seres va a depender íntegramente de las fuerzas que emerjan victoriosas de esa turbulencia. De ahí la necesidad del esfuerzo por comprender la naturaleza de las fuerzas que luchan en y por Latinoamérica.

De entre todas las tendencias ideológicas que hoy en día pugnan dentro de esa urdimbre de tensiones continentales, hay unas que se encuentran en precaria y peculiar posición: las que luchan por el establecimiento de una verdadera democracia en Latinoamérica. Estas fuerzas están enfrentadas, entre otras muchas cosas, a un doble embate de suma peligrosidad. Por un lado, todos los factores que significan oposición al progreso democrático, la vieja politiquería corrompida, los grandes intereses económicos, los grupos ultraconservadores, han cerrado filas ante la presión de los tiempos y redoblan el anatema de « comunista » contra toda insinuación renovadora. Por otro lado, las fuerzas de penetración comunista multiplican su propaganda, levantan promesas fulgurantes y acusan de « reaccionario » a todo el que no se doblega a sus consignas.

Antes de 1930, fecha clave en la historia de Latinoamérica, la contienda estaba más definida: dictaduras y oligarquías contra movimientos populares democráticos. Pero

sin motivo alguno, sólo como medio idóneo, y, desde luego, ineficaz, para evitar el calificativo de « reaccionario ».

Esta vacilante actitud, en cuanto a encontrar la propia postura democrática para erguirla y defenderla frente a todos como eficaz fórmula de futuro, representa un grave riesgo para la causa de la libertad. No sólo porque la democracia está amenazada por ambas bandas por fuerzas poderosas que saben muy bien lo que quieren y que han demostrado que no van a vacilar en obtenerlo, sino también porque hoy más que nunca, en tiempos que se aborrascan por minutos, enfrentadas a partidos disciplinados en la teoría y en la práctica, los líderes y grupos democráticos necesitan, sobre todo, pulso firme, ideas claras y certeza en el rumbo.

Sabido es que nuestro continente ha sido siempre tierra de improvisaciones, de programas pergeñados al galope de las circunstancias, de doctrinas tomadas para suturar heridas y nunca para prevenirlas. Hace más de un siglo que andamos arremetiendo contra los problemas con la misma ciega certidumbre de Martín Fierro :

*Si hemos de salvar o no,
de esto naide responde
Derecho ande el sol se esconde
Tierra adentro hay que tirar
Algún día hemos de llegar
Después sabremos adónde.*

No se me oculta, desde luego, que este « tirar » sin rumbo fijo hacia el horizonte de problemas que cada época despliega, nos ha sido impuesto por la Historia : las circunstancias no nos han dado alternativa ni receso. No entenderá bien a Hispanoamérica quien no comprenda que nosotros nos abrimos al mundo en el mismo momento en que se desbocaba la Historia. El « tempo » del acontecer occidental fue parsimonioso y lento hasta el siglo XVI, y de ahí en adelante se inició un progresivo aceleramiento que se hizo vertiginoso en el siglo XIX, precisamente cuando Hispanoamérica se pone de pie con vacilante libertad. Así, apenas habíamos roto la corteza colonial, cuando ya se nos apremiaba para que instaurásemos constituciones y gobiernos parlamentarios ; aún luchábamos ferozmente en torno a tales instituciones, entorpecidas

por el atraso colectivo y la fauna caudillesca, cuando se nos demanda la industrialización y el progreso positivista ; recién abríamos nuestras tierras al capital extranjero para que nos clavara ferrocarriles, industrias, explotación y soborno, cuando se nos empieza a hablar de superación de la etapa capitalista, de lucha de clases, de socialismo, de plena independencia económica. Y atiborrados de constituciones que no habíamos asimilado, de empresas que no eran nuestras, de programas urdidos con ideas europeas, de contradicciones y oscuras vehemencias, nos estalla entre las manos el hirviente nacionalismo de nuestros pueblos, las urgencias del mejoramiento social y los enredos del conflicto ideológico internacional. No habíamos llegado y ya nos obligaban a arrancar. ¿Hacia dónde? « De esto naide responde... algún día hemos de llegar, después sabremos a dónde. »

Lo único que ahora, acosados por posturas radicales, ceñidos por la peligrosidad de la época, el andar sin saber a dónde es un lujo que no podemos permitirnos. La improvisación tiene que ceder paso a la planificación. Tenemos que saber enfocar seriamente los problemas continentales ; tenemos que conocer y que proclamar cuál es el tipo de democracia que queremos ; tenemos que demostrar que ese tipo, la democracia social, la democracia dinámica, es el único que puede dar bienestar económico sin sacrificar la libertad. Se trata, pues, esencialmente, de fijar rumbos. Porque si no empezamos por brujulear nitidamente hacia donde queremos ir, puede ser que no lleguemos nunca o, lo que es peor, que entre gritos y doblegamientos, sin apenas darnos cuenta de las concesiones que estamos haciendo al enemigo, un día descubramos que hemos llegado a donde no queríamos llegar.

Tomemos, por ejemplo, como principio de clarificación, la crítica indiscriminada hacia la democracia, que se escucha en tantos medios supuestamente democráticos. No hay duda de que, al cabo de casi siglo y medio de « formas » democráticas, amplias masas latinoamericanas se agitan en condiciones coloniales y oprobiosas. La lucha por elevar el nivel vital de tales sectores e incorporarlos a las oportunidades del mundo moderno, es la tarea primaria e im-

la lógica de la idea de nacionalidad y provocadas por razones históricas, estratégicas o económicas, han suscitado el difícil problema de las minorías. La Sociedad de las Naciones tuvo, pues, que organizar un verdadero mecanismo de protección internacional de las minorías, que funcionó sin demasiados quebrantos hasta 1932. Pero a partir de la llegada al poder del partido nazi en Alemania, vióse claramente que *cualquier hombre* podía ser minoritario en un país —minoritario racial, político, religiosa y hasta socialmente— sin pertenecer a un grupo étnico distinto de la mayoría de la población. Los derechos elementales de *todo* individuo debían gozar, pues, de una protección internacional, ya que cada hombre podía tener necesidad de prevalerse, en un momento cualquiera de su existencia, de un tratado internacional, a falta de una ley nacional, o junto con dicha ley.

De la Declaración Universal a la Convención Europea

Desde su creación, la Organización de las Naciones Unidas ha tratado de asegurar, en la escala mundial, la protección internacional de los derechos del hombre. La obra emprendida debía abarcar tres partes complementarias :

— la proclamación de una declaración universal de los derechos del hombre, considerada como « el ideal común que debe ser realizado por todos los pueblos y por todas las naciones » ;

— la elaboración de uno o varios pactos internacionales de los derechos del hombre, *con fuerza de ley* para todos los Estados contratantes ;

— la institución de organismos encargados del control del respeto a los pactos por los Estados.

Solamente ha sido realizada la primera parte del programa, gracias a la adopción por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 10 de diciembre de 1948, en París, de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Las otras dos partes están aún muy lejos de ser una realidad, y seguramente no podrán serlo en un próximo porvenir. Si la solución *universal* del problema de la protección internacional de

los derechos del hombre constituye hoy y siempre el ideal, este ideal se hace cada vez más difícil de realizar por Estados que no encuentran en la base de los derechos del hombre la misma noción de hombre.

Ante esta carencia congénita de las Naciones Unidas, ha sido necesario buscar la solución en un cuadro geográfico más reducido : el de un continente, o el de una gran región geográfica, donde la naturaleza, los mismos sufrimientos y las mismas satisfacciones han aproximado a los hombres suficientemente para inspirarles el sentimiento de su solidaridad.

La Convención Europea de los Derechos del Hombre, firmada en Roma el 4 de noviembre de 1950 y puesta en vigor el 3 de setiembre de 1953 responde a esta preocupación, pues organiza la protección internacional de cierto número de derechos esenciales en la escala de Europa Occidental.

Mientras que la Declaración Universal es una simple recomendación dirigida a los Estados miembros de la O.N.U., la Convención Europea liga a los Estados Contratantes, que se comprometen a respetarla. Mientras que la Declaración Universal tiende a la definición de un ideal superior que estimule a los Estados hacia progresos nuevos en cuanto se refiere a los derechos del hombre, la Convención Europea tiene un objetivo mucho más concreto : organizar entre los Estados miembros del Consejo de Europa la *garantía colectiva* de los derechos y libertades que constituyen la base esencial del régimen democrático.

En la Convención Europea lo importante no es la parte que define estos derechos y estas libertades ; lo que merece retener la atención con preferencia es el mecanismo de protección. Este mecanismo no es más que la traducción jurídica de la responsabilidad contraída por cada Estado contratante para el respeto de los derechos del hombre, no sólo sobre su propio territorio, sino igualmente sobre el territorio de los otros Estados contratantes.

En efecto, en caso de violación de uno de los derechos protegidos por la Convención, la acción judicial puede ser provocada :

— sea por un Estado que deposita una demanda, contra otro Estado (demanda estatal), ante la Comisión Europea de los De-

rechos del Hombre, órgano de información y de conciliación ;

— sea bajo ciertas condiciones, por un simple particular, que puede presentar una demanda contra el Estado que él acusa de violación de la convención, aun en el caso de que el demandante sea ciudadano de este Estado (demanda individual).

Cuando la demanda ha sido declarada aceptable, la Comisión la instruye, y por medio de un informe establece los hechos de la causa, y formula su opinión sobre su fundamento. Pero es el Tribunal Europeo de los Derechos del Hombre el que decide si la acusación formulada contra el Estado interesado es fundada o no. Para aquellos Estados que no hayan reconocido la jurisdicción del Tribunal, es el Comité de Ministros del Consejo de Europa el que por una mayoría de dos tercios decide sobre si ha habido o no violación de la Convención.

La Convención no se limita a ofrecerse a la admiración del jurista, que ve en ella la prueba de los progresos realizados por el derecho internacional. El hombre de la calle, este *homo europeanus* que lentamente va cobrando consistencia gracias a la imaginación creadora de los autores de todas las Comunidades europeas en gestación, no tiene inconveniente en recurrir a los organismos instituidos por la Convención, que funcionan en Estrasburgo desde hace casi siete años. Hasta ahora, cerca de 1400 demandas han sido presentadas ante la Comisión Europea de los Derechos del Hombre por simples particulares, que en la mayor parte de los casos se quejaban de sus propios gobiernos. Las demandas estatales han sido mucho menos copiosas : dos demandas de Grecia contra el Reino Unido, por violación de la Convención en la isla de Chipre, cuando ésta no era independiente todavía ; una demanda de Austria contra Italia, relativa a un proceso penal que se efectuó ante los tribunales italianos y que se terminó condenando a varios jóvenes.

El Tribunal Europeo de los Derechos del Hombre, por su lado, ha debido ocuparse en dos casos. El primero ponía en entredicho al gobierno irlandés, acusado de haber violado la Convención, tomando contra uno de sus ciudadanos —Lawless— una decisión de internamiento administrativo

en un campo. El segundo caso, que se refiere a Bélgica, concierne a una disposición del Código Penal belga, en virtud de la cual un hombre condenado por colaboración con el enemigo pierde, entre otros, el derecho de participar en la administración o en la redacción de un periódico o de cualquier otra publicación. En el caso Lawless el tribunal dio la razón al gobierno irlandés ; el segundo caso está todavía en espera de una decisión, pero antes de que se dicte la sentencia, el legislador belga ha modificado ya la disposición del Código Penal objeto de la demanda.

De la Convención Europea a la Convención Americana

La solución regional del problema de la protección internacional de los derechos del hombre, constituida por la Convención Europea, es un buen éxito incontestable. Por este hecho, la Convención ha adquirido el valor, no de modelo, sino de ejemplo. No es un modelo, pues su mecanismo, pesado y de delicado manejo, puede mejorarse en muchos aspectos. Pero es un ejemplo, porque ha dado la prueba de que una garantía internacional de los derechos del hombre puede funcionar sin paralizar el Estado.

Los africanos se han dado cuenta muy bien de este valor de ejemplo de la Convención Europea. En el I Congreso de Juristas Africanos, celebrado en Lagos (Nigeria) en enero de 1961, los juristas procedentes de 23 países africanos se han referido a la Convención Europea cuando han propuesto la elaboración de una Convención Africana de los Derechos del Hombre que, siguiendo el ejemplo de la Convención Europea, prevería « la creación de un tribunal apropiado y de vías de recurso abiertas a todas las personas dependientes de la jurisdicción de los Estados firmantes ».

La idea de una Convención Africana de los Derechos del Hombre ha hecho desde entonces un progreso bastante positivo y sin duda no tardará en ser una realidad. Así, la idea parece haber sido discutida durante la Conferencia de Monrovia, que reunió en mayo de 1961 a los jefes de Estado y de gobierno africanos. Por otro lado, el eminente hombre de Estado africano, Doc-

tor Nnamdi Azikiwe, gobernador general de Nigeria, se ha pronunciado claramente en favor de una Convención Africana de los Derechos del Hombre, durante un discurso pronunciado en agosto de 1961 sobre el Panafricanismo, discurso que fue muy comentado. No es imposible que los jefes de Estado y de gobierno africanos, reunidos en Lagos en enero de 1962, hayan efectuado un nuevo intercambio de ideas sobre este punto.

En el continente americano, la preocupación de proteger los derechos del hombre no estuvo jamás ausente del espíritu de los promotores de la « americanidad ». La « americanidad » de hoy es un estado de espíritu constituido no solamente por la desconfianza hacia los otros continentes, sino también por el deseo apasionado de conservar al hombre americano su libertad individual y a su pueblo la independencia política.

Sin remontarnos al período anterior a la segunda guerra mundial, se debe mencionar la IX Conferencia Internacional Americana de Bogotá, celebrada en 1948, que adoptó la Declaración americana de los Derechos y Deberes del Hombre. Esta Declaración concreta que « la protección internacional de los Derechos del Hombre debe servir de guía principal al derecho americano en evolución ». En esta misma Conferencia se ha confiado al Comité Jurídico Interamericano la tarea de redactar un proyecto de Estatuto de un « Tribunal Interamericano destinado a garantizar los Derechos del Hombre ». Ya entonces se vio claramente que una simple declaración no bastaría y no tendría valor práctico para el hombre americano, si no se creaban organismos encargados de hacerla respetar.

Desde entonces el problema de la protección de los derechos del hombre ha figurado en el orden del día de las Conferencias y reuniones interamericanas. La idea de la necesidad de organismos judiciales supranacionales, encargados de controlar el respeto de los derechos del hombre reclutaba cada día nuevos adeptos, aun cuando aparentemente esta idea abría una

brecha en el principio de no intervención, tan esencial para los americanos.

Pero fue necesario esperar la V reunión de los ministros de Estado de la Organización de los Estados Americanos para que la idea tomara su forma definitiva. En efecto, por la Resolución VII, los ministros han encargado al Consejo Interamericano de Jurisconsultos la elaboración de un proyecto de Convención Americana de los Derechos del Hombre, inspirándose en la Convención Europea de los Derechos del Hombre.

En el transcurso de su reunión de agosto-setiembre de 1959, en Santiago de Chile, el Consejo de Jurisconsultos redactó un proyecto que se parece mucho a la Convención Europea. En efecto, ese proyecto prevé la creación de una Comisión y de un Tribunal interamericanos de los Derechos del Hombre, que tendrían la misma competencia que los organismos correspondientes en Europa.

El proyecto debía ser sometido a la XI Conferencia Interamericana que había de celebrarse en Quito (Ecuador) en mayo de 1961. Se sabe que a consecuencia de los sucesos de Cuba esta Conferencia fue aplazada hasta una fecha posterior. Sobre este punto no se volvió a facilitar ningún dato concreto.

Tal estado de cosas no deja de ser lamentable. Es una lástima, en efecto, que la gran idea de una Convención Americana de los Derechos del Hombre esté a punto de encallar en la arena acumulada por el desembarco de Cuba, cuando la protección de los derechos del hombre constituye precisamente toda la diferencia que distingue a la democracia nacional de la dictadura totalitaria.

Sólo un impulso nuevo, que surja de la base, de todos los hombres libres y conscientes de las dos Américas, será capaz de imponer a los gobiernos de los Estados americanos la necesidad de decidirse a la realización efectiva del proyecto de Santiago. Debemos esperar que el Congreso de Juristas Americanos que ha de celebrarse en Río de Janeiro, en agosto de 1962, pondrá todo su ardiente empeño en dar feliz cima a esta empresa.

LUIGI BARZINI

Las dos Italias



ES QUE EXISTE una sola Italia o bien varias, como a veces se afirma un poco arriesgadamente? ¿Existe entre nosotros cierto parecido y nos diferenciamos de los extranjeros, aunque sólo sea por determinados

rasgos de carácter más o menos uniformes y reconocibles de buenas a primeras? ¿Hablamos todos la misma lengua, poseemos poco más o menos las virtudes y los defectos que nos atribuyen más allá de nuestras fronteras?

Las semejanzas y las afinidades entre la gente del Norte y los meridionales son en realidad tan numerosas e íntimas, ora profundas y casi imperceptibles, ora evidentes, incluso llamativas, que pueden engañar. Pero existe una diferencia, que no es de poca monta, que hace que resultemos casi extranjeros entre nosotros mismos. Ahora bien, esta diferencia nadie la definió jamás con claridad. La mayor parte de la gente tal vez la notó, pero sin otorgarle importancia por considerarla natural; otros, sin duda, han preferido ignorarla. Se trata, empero, de un rasgo característico, fácil de reconocer en todos los aspectos de la vida, tanto en los más notables como en los más vulgares; se manifiesta asimismo ya en las grandes decisiones históricas como en los acontecimientos cotidianos, en la dirección de los negocios de mayor importancia como

en la administración de la reducida hacienda familiar. La « diferencia » domina desde hace decenios las relaciones entre las dos Italias y contribuye a agravar la desconfianza, la envidia, la incomprensión, los roces entre la gente del Norte y los meridionales. Si no logramos establecer claramente, de una vez para siempre, en qué consiste, tal vez resultará vano el que continuemos hablando de unidad nacional y evocando el « problema del Mediodía ».

¿Poder o riqueza?

Esta diferencia fundamental es la siguiente. En el Norte, la mayoría considera que sólo la riqueza puede permitir al hombre procurarse todo cuanto desea: seguridad, estabilidad, bienestar para sí y para los suyos, dignidad, etc. En el Sur, por el contrario, casi todos están convencidos de que la única protección eficaz contra la adversidad reside en el ejercicio del poder en cualquier forma. En el Norte, la actividad e incluso la vida de la mayoría tiende, pues, muy particularmente a la conquista de los múltiples medios de asegurar la riqueza: capitales, créditos, conocimientos técnicos y científicos, cargos bien retribuidos, creación de empresas sólidamente establecidas, matrimonios beneficiosos... Inversamente, la vida de la mayor parte de los meridionales es bastante desinteresada; tiende sobre todo hacia la conquista de la autoridad o, al menos, de los signos externos de ésta: títulos, grados, fama, prestigio, influencia, respetabilidad. Cada cual cuida de

lo que es necesario para lograrlo : relaciones, protecciones, red de amistades o de complicidades, lazos de parentesco, solidaridades locales y regionales, etc.

Desde luego, las excepciones son múltiples. Todo el Norte no es característicamente septentrional, ni el sur meridional. Se encuentra en el Norte gente desinteresada respecto al dinero y ambiciosa de fama, prestigio y poder. Igualmente se hallan en el Sur técnicos, banqueros, agricultores, negociantes, industriales, organizadores y comerciantes que por lo visto sólo obedecen a las leyes del más estricto interés económico. Hay meridionales que quieren enriquecerse para poder mandar y gente del Norte que aspira a mandar para lograr enriquecerse.

La diferencia, pues, no se halla en el plano individual —todos son más o menos semejantes—, sino en el de la sociedad, en el del medio social, puesto que depende de las hábitos innatas e inconscientes, de la tradición, de la experiencia secular, que limita estrechamente las actividades de cada uno, a veces incluso contra sus propias tendencias y su voluntad. Además, debe señalarse que las « dos Italias » están aún divididas por concepciones de la vida opuestas, tan alejadas espiritualmente una de la otra como pueden estarlo dos países como Bélgica y España. La lengua común sirve sobre todo para disimular estas oposiciones, aun cuando las mismas palabras no tienen idéntica significación en el Norte y en el Sur.

No obstante disponer desde hace un siglo de instituciones comunes, la unificación de las dos sociedades no se ha llevado a cabo : la misma ley, el mismo reglamento, el mismo uniforme, la misma escuela, el mismo empleo administrativo, la misma profesión, la misma categoría en la escala social, son frecuentemente muy distintos en una y otra parte del país. Así, en una provincia meridional un gobernador tiene otros poderes, otras prerrogativas, otras funciones que su colega del Norte. Igualmente se siente uno diferente porque se le considera de manera distinta.

Todo esto no debe olvidarse, a pesar de que los italianos, tanto los del Norte como los del Sur, se sorprenden parejamente, se

irritan y se desconsuelan cada vez que se evocan estas diferencias : niegan la realidad —públicamente, desde luego— o afirman que no tiene importancia. Se esfuerzan, pues, en plantear y resolver el problema de la coexistencia —que constituye por sí sólo el « problema del Mediodía »—, como si toda la península estuviese habitada por gente casi semejante, por una sociedad más o menos nórdica, que actúa en función de los puntos de vista y de los métodos de la parte septentrional del país.

La atracción de la eficacia

Por lo tanto, ¿cuáles son los medios más idóneos para garantizar un elevado nivel de civilización? Señalemos ante todo que no se puede afirmar que la gente del Norte sea más o menos feliz que la del Mediodía. Cierto es que la civilización técnica asegura grandes ventajas materiales. Mas, ¿son suficientes para compensar el aburrimiento, la nivelación, que llevan a la exaltación del espíritu de posesión, a la satisfacción de una cultura desacreditada, a la disciplina uniforme y al empobrecimiento espiritual? ¿Cómo saberlo, cómo medir la felicidad de los hombres? Asimismo, ¿cómo sostener que la vida meridional, arcaica, rebotante de sencillez y de indulgencia, profundamente determinada por el clima, los placeres, las artes, las costumbres, las predilecciones y los refinamientos espirituales y culturales compensa efectivamente los inconvenientes de unas condiciones materiales a menudo trágicas, las injusticias, las miserias, el hambre y la desesperación, que son el lote común?

A falta de algo mejor, nos limitaremos a sostener que el propio meridional parece considerar su peculiar modo de vida de manera crítica y que no lo juzga envidiable. Los que en el Mediodía están aún íntimamente ligados a los ideales de su tierra se comportan por lo general como los habitantes de un país invadido y ocupado : sólo se expresan mediante gesticulaciones, chistes, bromas, sarcasmos o frases irónicas, cuando no escriben ensayos rimbombantes, llenos de erudición y de perfrases, en los que parece que nada se dice claramente. Por un reflejo de autodefensa, practican la astucia, la intriga, el pesimis-

mo, el cinismo comedido o la resignación. Muchos se refugian en los partidos de extrema izquierda con el propósito de luchar por una civilización que, no obstante, les sería harto hostil y les repelería mucho más —por estar dominada por las tiránicas preocupaciones económicas, así como por las de eficacia, disciplina y nivelación social— que la de nuestro Norte, la cual resultaría en comparación cordial, familiar y bonachona. Empero, es así como prosiguen a su manera el combate contra el enemigo tradicional, con el inconsciente y vano deseo de una vuelta al pasado.

El Norte y la euforia económica

No es, pues, posible ni honrado comparar el Norte y el Sur cual si se tratase de elementos de una misma civilización que se desenvolvesen de modo distinto. La comparación sería injusta y hasta desfavorable para el Mediodía, puesto que, según la manera de juzgar de una sociedad victoriosa y triunfante, aparece como la supervivencia degenerada y casi vergonzosa de una civilización en ruinas. El Norte ofrece el espectáculo de una sociedad coherente, en paz consigo misma, sin atormentarse por una duda cualquiera, que vive o procura vivir de acuerdo con una ética que comparte con el resto del mundo. Procura educar a la juventud, imprime diarios, fabrica máquinas, construye casas, promulga leyes y crea instituciones de acuerdo con las aspiraciones de la mayoría. Los propios revolucionarios, persuadidos de que las bases de la sociedad deben ser transformadas por la violencia, no tienen la menor duda respecto a este punto: igual que los conservadores, presentan el mismo interés por la técnica, las ciencias aplicadas, la economía y la organización; su oposición reside en algo a fin de cuentas secundario: el régimen de propiedad de la empresa.

Prácticamente, la industrialización del Norte se halla aún en sus comienzos. Fascinados muy justamente por las múltiples ventajas que ofrece un tal tipo de organización social, los italianos no perciben todavía los límites, los inconvenientes, las miserias, la suma de angustias y de irreparables sacrificios que constituyen la con-

trapartida. Aún no tienen conciencia de que un mundo totalmente dominado por imperativos funcionales, de producción, de utilidad, ya sea marxista o capitalista, se convierte normalmente en algo donde no se puede vivir. En países más « avanzados » que el nuestro la industrialización plantea problemas sociológicos insolubles; países en los que se comienza a considerar con nostalgia las virtudes, placeres y tradiciones tal vez perdidas para siempre. En la Europa protestante y en los Estados Unidos ciertos peritos piensan que para que nuestra civilización pueda sobrevivir es necesario preservar —o más bien adaptar a las necesidades de nuestra época— esos valores esenciales sin los cuales el hombre corre el riesgo de caer en la barbarie o en la locura. Y esos valores, que precisamente tienden a desaparecer en el Norte, se hallan todavía vivos, por lo que parece, en el Mediodía.

Resulta, pues, vano buscar cuál es el mejor modo de vida. Baste recordar que mucha gente, tanto en el Norte como en el Sur, tiende a considerar el nivel de civilización de un país —incluyendo el suyo— según las estadísticas únicamente. Por eso un sinnúmero de meridionales consideran que el Mediodía es una región bárbara, atrasada, inculta, digna todo lo más de piedad y de socorro. El meridional considera el Norte como el modelo único, que es preciso imitar a toda costa. Se trata, desde luego, de un Norte imaginario, idealizado, nuevo y reluciente, sin la menor traza de subdesarrollo, país de riquezas, dinámico, honrado, pleno de voluntad y próspero, especie de Golconda mecanizada, de Pactolo electrónico en el cual, inexplicablemente, cada ser sería feliz.

El culto de los poderosos

Se ha convertido en simple lugar común afirmar que mientras el « problema del Mediodía » no se resuelva, Italia no disfrutará de paz. Todos los problemas, el más ínfimo como el más importante, están determinados en las « dos Italias » —particularmente en el Sur— por esta diferencia que hemos definido.

En efecto, el meridional es víctima de una sensibilidad casi mórbida ante todo

cuanto amenaza desdibujar su fama y su prestigio, debilitar su influencia o el respeto que se le debe : en el Sur, « hacerse respetar » es un imperativo moral absoluto. Por tal motivo se cultiva todo cuanto tiende a reforzar la autoridad, que se cree « realza la personalidad humana », cual sucede con la propiedad en otras regiones ; se alimentan odios tenaces e implacables respecto a los enemigos ; se practica el arte refinado de atraer la atención de las personas que ocupan puestos elevados... Se venera a los amigos y se les ayuda. Para ellos, todo sacrificio es poca cosa. Se muere y se mata por el honor.

Si se quiere intentar ver claro en la política de estas regiones, deben tenerse en cuenta, entre otros, estos factores. Las aclamaciones, el entusiasmo, los sufragios, se ofrecen preferentemente al jefe, al hombre que presenta las mayores garantías de poderío, del que se quiere acrecentar así su fuerza esperando a cambio su agradecimiento y su protección. El bando que por adelantado se considera como ganador, suele salir casi siempre victorioso en las elecciones : son los partidos más fuertes los que generalmente atraen a las mayorías. En otros términos, la elección no depende siempre de las preferencias ideológicas por tal o cual sociedad, sino más bien de la idea que se forma del poderío. Esto explica que la tradición de las « clientelas » subsista no obstante la aparición de los partidos de masa. Asimismo, sucede frecuentemente, sobre todo en Sicilia, que los políticos pasen de un partido a otro, en ocasiones de un extremo al otro : el fascista se hace comunista ; el republicano, monárquico ; el liberal, socialista planificador ; o bien establecen coaliciones verdaderamente contradictorias sin provocar escándalo alguno.

En un pasado reciente, bastantes meridionales se mostraron partidarios, mucho más que la gente del Norte, de ciertas manifestaciones espectaculares del fascismo : uniforme y penacho, guerra colonial, vaniloquencia insolente, gastos militares enormes destinados sobre todo a impresionar al extranjero. Hoy día, los « camaradas » meridionales —que en privado pueden muy bien ser gente tímida y resignada— aprecian sobre todo el aspecto amenazador del

comunismo, la disciplina de centenares de millones de individuos que, en el mundo entero, aguardan las órdenes. La difusión desvergonzada de noticias falsas, de teorías inverosímiles lanzadas con todo desparpajo como si el mundo estuviese habitado por cretinos, la grosería que se manifiesta en los organismos internacionales —donde un primer ministro se descalza para golpear sobre el pupitre con el zapato—, la crueldad, la disciplina, el miedo que el partido logra provocar en torno suyo, en suma, el « stalinismo », ejerce sobre ellos un verdadero poder de seducción. Así, en 1956, los carros blindados de Budapest hicieron que los comunistas conquistasen nuevos partidarios en el Sur, mientras los perdían en el Norte. Y lo contrario se ha producido cuantas veces el Partido Comunista adoptaba una máscara sonriente, democrática, indulgente, cual sucedió en las últimas elecciones. Por idénticas razones, los socialistas meridionales son por lo general « maximalistas », partidarios de la fuerza y de la insurrección blanquista, lo que no les impide ser a su vez en lo privado gente tranquila y hasta timorata.

Por otra parte, el meridional tiene una indiscutible superioridad sobre el hombre del Norte en el dominio de la política. Es un ser hecho para la competición, en la que su sutileza le permite descontar los resultados. Sabe juzgar con una simple mirada el poder y la firmeza reales del interlocutor, adversario, concurrente o aliado. Y es que en el Mediodía, desde el príncipe gran terrateniente hasta el último mozo de cuadra, la vida de cada cual obedece a las mismas reglas que en el resto del mundo rigen los asuntos públicos, las relaciones internacionales, la paz y la guerra. En el Sur todos despliegan para vivir talento de diplomático. No es casual que el Mediodía nos haya proporcionado nuestros hombres de Estado más capaces. Nuestros mejores embajadores y ministros de Asuntos Exteriores fueron sobre todo sicilianos.

Indudablemente, tales capacidades presentan también sus límites y sus lagunas. Una bravura excesiva hace que a veces el meridional acometa empresas casi imposibles y fracase allí donde otro, menos astuto, pero más prudente, habría sin duda alguna triunfado. La falta de sentido moral,

de convicciones profundas, le hacen creer que nada le está prohibido. El obstáculo más serio para sus empresas procede, empero, de que sólo logra resultados verdaderamente notables —y casi increíbles— frente a adversarios extraños a su país y a su medio social. Allí donde sus procedimientos son conocidos o donde se practiquen las mismas maniobras, el hombre del Sur gasta sus energías en vano : entonces reina el caos, la apatía, la miseria y la desesperación.

La intervención estatal

Desde principios de siglo se estudiaron, se votaron y se mejoraron constantemente diversas leyes especiales en favor de tal o cual región o ciudad del Mediodía. Toda esta actividad legislativa y burocrática fue casi exclusivamente obra de meridionales. El problema era tan vasto, tan oscuro, tan incomprendible que no podía dejarse a la sola iniciativa de unos pocos meridionales emprendedores consagrados a las actividades económicas. Resultaba además normal que en un mundo que concibe el poder como el distribuidor natural de la prosperidad, acostumbrado a contar para todo con la magnanimidad del príncipe o del señor local, se esperase la salvación de las instituciones y de los personajes más poderosos del momento, es decir, del aparato estatal y de sus ministros. Además, de manera progresiva los meridionales se han ido apoderando del aparato de Estado italiano. Es, pues, evidente que sin estas intervenciones estatales las condiciones del Mediodía serían en la actualidad mucho más dramáticas aún, a pesar de que no hayan resuelto el « problema », puesto que las actividades meridionales no siempre se hallan íntimamente insertadas en la vida italiana. Las diferencias y disparidades de las « dos Italias » no han desaparecido ; apenas se han atenuado mediante ese tratamiento especial.

Basta con efectuar un viaje de unas horas, por carretera o ferrocarril, entre dos ciudades del Mediodía para ver numerosos edificios, de antigüedad y aspecto muy diferentes. A menudo, al lado de un pueblo nuevo y modernísimo, levantado por Obras Públicas, se percibe una de esas glo-

meraciones construídas durante el período del fascismo : parecen verdaderos vestigios, al igual que esos poblachos medievales compuestos de casuchas y cabañas construídas en completo desorden, cubiertas de hierbas de toda clase.

Por otra parte, algunas construcciones resultan manifiestamente desproporcionadas a las necesidades. Del Tirreno al Adriático se escalonan una serie de puertos vacíos y silenciosos, abrigos intermitentes de raros barcos de pesca, pero a donde ningún paquebote fue a atracar. Todo ello se construyó, haciendo gastos excesivos, con miras a un porvenir próspero e hipotético.

Estas instalaciones harto vastas y rimbombantes, sin relación alguna con las necesidades, mal adaptadas al medio y pésimamente cuidadas, son otros tantos ejemplos de los errores cometidos durante más de medio siglo en el estudio y soluciones del problema meridional, ejemplos característicos de las preocupaciones dominantes, que buscan sobre todo el efecto psicológico. Así, en una gran ciudad siciliana se construyó en esta posguerra una central térmica muy moderna, que sin duda alguna contribuyó a la prosperidad local. La inmensa construcción no fue levantada en una zona alejada, accesible a los cargos y de manera que el humo no caiga sobre la ciudad ; por el contrario, se erigió en el puerto, en uno de los lugares más bellos de la urbe, desfigurando para siempre un panorama histórico, en el lugar mismo donde antaño hubieran construído una catedral...

Las posibilidades económicas del Mediodía

Si el « problema del Mediodía » fuese puramente económico, su solución sería bastante fácil. No pocas experiencias de esta índole fueron emprendidas, con más o menos buen éxito, en diversos países del mundo.

La naturaleza de la economía meridional es esencialmente agrícola, por lo que el problema que hay que resolver resulta sobre todo de orden comercial. El cultivo de zonas de secano o de regadío al precio

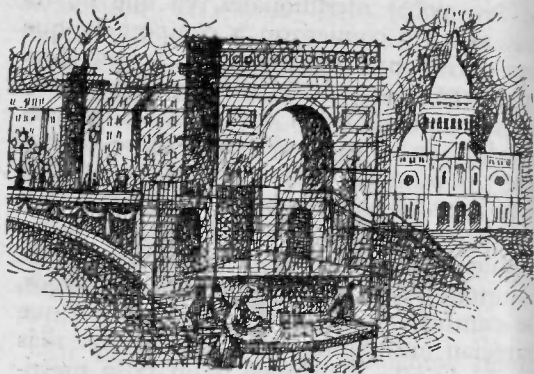
balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON

Un libro francés sobre Federico

PERECEDEROS COMO SOMOS, los humanos no podemos perdonar que ciertos de entre nosotros —los que llevaban un privilegio de gracia y de talento— mueran jóvenes. Veinticinco años se cumplieron ya desde que Federico García Lorca persiste en nuestra memoria « con toda su muerte a costas ». Francia —con razón o sin ella— tiene una especial debilidad por el poeta y no pasa año en que no aparezca algún ensayo o libro importante sobre su vida o su obra. En francés los libros clásicos sobre el tema son : el de J. L. Fleckniakoska (agotado) ; el tomito de la colección *Poètes d'aujourd'hui*, con textos y traducciones de L. Parrot, M. Schweitzer y A. Guibert ; el de F. Nourissier y, sobre todo, el de J. L. Schonberg publicado en 1956. El año pasado Gallimard emprendió la publicación de las obras completas en la traducción de A. Belamich y otros muchos especialistas. Justamente de André Belamich es este último *Lorca* —a secas— que publica también Gallimard en la colección *La bibliothèque idéale*.

Hace unos meses tuve que leer todo lo que se encuentra en Francia en librerías y bibliotecas (hay tesis doctorales todavía sin publicar) sobre García Lorca para escribir un artículo que me pidió la revista *Asomante*, de Puerto Rico, que acaba de publicar un excelente número de homenaje al poeta. Reconozco que fui en la ocasión bastante duro con los traductores franceses con una fuerte inclinación a la « española » y una incapacidad desoladora para recrear —aunque fuera lejanamente— algo



del misterio sonoro y significativo que constituye la esencia misma de esa poesía. Quizá si este Lorca no aporta nada nuevo como información, su mayor originalidad consista en el estudio serio, ceñido, inspirado de la poesía y el teatro del autor granadino. En cuanto a las traducciones —casi todas del autor del ensayo—, si bien son mucho mejores que la mayoría de lo que circula por ahí, no pueden servir para ilustrar dignamente las propias intuiciones de Belamich sobre la obra de García Lorca. O sea : que este libro francés tiene sentido, sobre todo para los que pudiendo leer en español los originales les aplicamos las consideraciones : finas, sensibles, profundas del autor francés. Es decir : André Belamich ensayista vale cien veces más que André Belamich traductor. Pero seamos justos : la ingrata tarea de traducir no nos deja —en este caso límite— sino una pobre ceniza, ceniza donde hubo fuego.

Variaciones sobre un tema de Manet

Estas variaciones están firmadas por Picasso y pueden contemplarse estos días en la « Galería Louise Leiris ». El *enfant terrible* de ochenta años ha trabajado esta vez con unidad y coherencia la enorme serie de dibujos y las veintisiete telas que constituyen la dicha exposición. A partir del *Déjeuner sur l'herbe*, de Manet, he aquí que el maestro nos sigue deslumbrando por la imaginación, por el atrevimiento combinatorio. Se ha dicho, quizá

con razón, que Picasso es un expresionista, un violento, un apasionado... y todo eso es verdad. Si los años le dan experiencia no lo anquilosan como a la mayoría, y así ocurre que a través del tiempo lo vemos dándose el gustazo de dibujar y pintar incansablemente, porque la verdad : él dibuja y pinta como nosotros respiramos, con la misma naturalidad y bajo el mismo imperativo categórico.

Esta vez, en los cuadros de estas *variaciones*, muchas de las pinceladas están dadas en redondo : especie de espirales que uno siente siempre sensibles y no demasiadas preconcebidas. Y es que el pincel también se da el gusto como el propio pintor : se pasea, corre, se detiene donde quiere. En una palabra : es la maestría. Pero, en general, cuando se tiene un oficio tan escandalosamente eficaz como el de Picasso, el artista común se distrae, es decir hace como el vanidoso que *se escucha hablar*, siendo las palabras mismas las que lo traicionan, puesto que lo alejan de las esencias en vez de acercarlo. Es lo que los críticos llamamos la mera pirotecnia del oficio vacío. En Picasso eso no ocurre nunca. En contra de lo que suponen algunos desaprensivos, Picasso es muy serio con su trabajo, pero ese mismo trabajo le resulta una ocupación tan dichosa que el placer que experimenta armando sus invenciones se transmite de piel a piel, como una onda que aflora en nuestros rostros en forma de sonrisa beatífica. *Feliz con los pinceles*, le hubieran llamado los antiguos.

Esta vez, como digo, Picasso varía sobre el tema del *almuerzo campestre* que le dejó Manet, el cual, a su vez, lo había tomado del *Concierto campestre*, de Giorgione y que constituye una de las permanentes provocaciones de la pintura : representar hombres vestidos y mujeres desnudas en un marco de arboledas y agua. Picasso, enérgico improvisador, pone una figura de más o de menos ; transforma el pintor de la derecha en un pastor griego, un adivino o el ídolo hierático de una religión salvaje. No son los hombres lo que más le importa, no obstante. Las mujeres llenan la parte izquierda de los cuadros y dibujos con sus desnudos que pueden recordar a los clásicos o a Ingres cuando él quiere, o que también llegan a monumen-

talizarse en grandes mujerotas deformadas y tensas o simplemente, en un arranque de humor, convertirse en triángulos rosados y exuberantes. En los cuadros —un poco como en la exposición anterior— el color dominante es el negro, el verde en varias gamas, el ocre, el rosa, a veces también varios azules o un soberbio rojo de clarinada. Pero hay también mucho blanco, en forma de fondo de tela o como pigmento que se mezcla a los otros pigmentos para aclararlos y enfriarlos.

Pero no sólo de Manet hay en estas comidas campestres. Planeando como una gran sombra, está también el recuerdo de Cézanne, sobre todo del Cézanne de los bañistas, que Picasso debe llevar grabado muy adentro en las circunvoluciones de la memoria pictórica. Porque, al fin de cuentas, Picasso el hereje, Picasso el demoleedor es un discípulo modelo de la historia del arte.

El mundo obsesivo de Matta

Al lado de ese mundo de la *violencia dichosa* de Picasso, he aquí —en la *Galerie du Dragon*, también en París— la *violencia angustiada* de Matta. Mejores, mucho mejores, más interesantes y profundos estos trece dibujos del pintor chileno-internacional que sus últimas amaneradas pinturas de la *Galería Daniel Cordier*. Aquí, por suerte, Matta se queda en lo que siempre ha sido, o sea : un gran dibujante con una imaginación hermosa y descabellada. Sobre fondos claros del papel que deja en su color natural, ocre, Matta dibuja con carbonilla, con tizas de colores que después borra, ensucia deliberadamente, esas formas favoritas suyas y que constituyen como su más íntima firma : pequeñas bolas exasperadas, émbolos, ídolos, hombrecillos larvados monstruosos y viscerales. Pero esas aglomeraciones heterogéneas son, si puede decirse : *pesadillas hermosas*, confirmando la contradicción de todos los grandes artistas cuando tocan temas horribrosos. Esos seres indeterminados, esas « vísceras en libertad », esos objetos no inventados aún, flotan en un espacio sin gravedad como el de los modernos cosmonautas y están vinculados entre sí por punteados, líneas de fuerza que parecen

marcar incomprensibles trayectorias. Hay rectas, elipses como órbitas, y, siempre, la expresión de un dinamismo latente, exasperado. Todo nuestro desconcierto moderno, nuestro culto al automatismo, al sexo, a la destrucción atómica y a los ídolos innominados —velocidad, psicoanálisis— quedan registrados en estas verdaderas *planillas de temperatura* lindantes con la locura y el genio.

Ionesco antes de Ionesco

Hace seis años que noche tras noche en el minúsculo teatro de *La Huchette* sube a escena esa pareja de clásicos de Ionesco que constituyen *La cantatrice chauve* y *La leçon*. Y hace seis años también que noche tras noche se renueva —de manera conmovedora— el público internacional de jóvenes que quieren ir a beber en las fuentes el « absurdo con sentido » del teatro de Ionesco cuando quizá estaba escrito para nadie y, así, nos llegaba plenamente. Ahora ¡ay de mí! Ionesco escribe para alguien, estrena en el *Odéon Théâtre de France*, teatro oficial, subvencionado si los hay, en que Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud se sobreviven sin aportar ya nada nuevo, por lo menos en lo que a presentación de las obras se refiere. Mala suerte: se diría que ahora que los burgueses bien pensantes llegan a Ionesco —tres actos y teatro garantizado oficial—, Ionesco ya no es el de antes: nuevo, absurdo, apasionante. Desde hace un tiempo Ionesco compone la voz para endilgarnos —quieras que no— una moraleja. Moraleja que antes estaba como entretejida en todo su aparente disparate y que cumpliendo con el precepto del *castigat ridendo mores* nos hacía también reír incontinentemente. De ese antiguo teatro memorable de Ionesco se exhuma ahora *Amédée ou comment s'en débarrasser*, en que presenciamos las tribulaciones de una pareja realmente alarmada ante el hecho irremediable de que el cadáver de un ex amante de la mujer, conservado por ellos en su exiguo departamento, sigue y sigue creciendo inexorablemente con toda la fuerza de la juventud del difunto. Viven y discuten los desdichados atentos al menor ruido que mar-

ca la expansión del obsesivo cadáver, del cual no supieron librarse a tiempo una vez que el marido procedió a vengar su honor manchado. Cuando, hete aquí que con un crujido espantoso un pie enorme, con zapato y todo, hace irrupción en la escena. Y es tal el terror que el mero tamaño descomunal nos produce que « vemos », por decirlo así, al muerto entero en su espantoso crecimiento.

Si Ionesco tuvo el buen gusto de no agobiarnos con el símbolo, no seré yo quien pedantemente trate de elucidarlo. Los ingleses suelen decir de alguien con misterio que « tiene un cadáver en la alacena »; aquí el cadáver desborda la alacena para ocupar todo el espacio vital. Todo hombre moderno tiene algo que reconocerse en *Amédée*; nuestra risa —diría posiblemente un psiquiatra— proviene del reconocimiento de un rasgo nuestro. Sí, algo crece desmesuradamente en nuestras vidas, en contra de nuestra voluntad, algo que nos molesta, que nos persigue y de lo cual no sabemos cómo desembarazarnos... Quizá no sea otra cosa que el tiempo, el tiempo irreversible y que se acumula como una polvareda persistente.

Balcón sonoro

La *Radiodifusión Francesa* ha desdoblado sus transmisiones en español de modo que hay ahora una sección especial que se sigue ocupando de la Península y otra que emite en onda corta todas las noches para la América hispana. Las audiciones están muy bien compuestas y los temas de candente actualidad van desde la información política a la moda, pasando por la filatelia, la literatura, el teatro, el cine y las artes plásticas. André Camp dirige estas emisiones secundado entre otros por la argentina María del Huerto Barletta, por el peruano Mario Vargas y quien firma, precisamente, estas líneas. París sigue dialogando con los que en el mundo hablan español y no ya solamente por el más lento camino de la letra impresa, sino ahora también a través del veloz aire nocturno. Que nos lleguen a escuchar muchos y que nos escriban dándonos sus impresiones es el ferviente deseo del equipo al cual me honro en pertenecer.

"Historia de la literatura hispanoamericana"



CONDENADO de antemano a la discusión, era, ante todo, un libro necesario ; y

tanto, que su traducción al inglés se anuncia para próxima fecha. El autor, Enrique Anderson-Imbert, escritor y catedrático argentino que enseña en la Universidad de Michigan, ofrece en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (México, 1961), ahora largamente añadida, una obra de información, una guía práctica para el estudiante y también para el maestro. Cuenta, además, con pasajes de alto valor crítico respecto a diversos escritores, de quienes Anderson-Imbert había tratado monográficamente (Montalvo, Darío, Lugones, Carpentier, Rulfo, etc.). La nueva obra —que ahora comprende dos *breviarios* del Fondo de Cultura Económica—, tendrá limitaciones, tal como el autor lo previene honradamente ; causará enojo y desilusión entre los mismos escritores de quienes habla, y sin embargo el trabajo supone pasión, tenacidad y esfuerzo en el acopio de noticias y en el discernimiento de las mismas : cuatro siglos y medio, del XVI al XX, se presentan aquí, panorámicamente. La buena fortuna del libro se demuestra en lo pronto que ha llegado a su tercera edición ; y como si fuera poco, el autor promete continuar ampliando y mejorando su obra, que « alguna vez será definitiva » ; pues, según confiesa, « escrita con una perspectiva abierta, crece junto con mi conocimiento ».

Cuando, a mediados del XVI, los conquistadores indios supieron de unos libros que se ocupaban de sus propias campañas, acudieron sedientos a descubrirse en esas páginas. Invariablemente, todos arremetieron contra los autores, y en particular contra los más famosos, como Francisco López de Gómara. Algo semejante empieza a ocurrir con el libro de Anderson-Imbert : unos se quejan de que incluye demasiados contemporáneos (lo cual es cierto), y otros se irritan de no verse tratados más extensamente. No

hay remedio. En tales historias panorámicas parece no haber manera de llegar a la perfección, ni menos de conformar a todos.

Si se quiere recordar la obra más lograda hasta hoy sobre el asunto, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, advertiremos que se trata de una lúcida y orgánica serie de ensayos, pero no de una historia literaria propiamente dicha. Y la gran síntesis ofrece menores posibilidades de error que la historia integral, sin escapatoria posible. Cuando compuso esa obra, Henríquez Ureña andaba por los sesenta : sesenta años de una vida consagrada al tema que le permitieron abordarlo con abundantísimas noticias y esa madurez, con sabor a vino añejo, cuya sobriedad se echa a veces de menos en Anderson-Imbert.

No pidamos en uno y otro caso la misma solidez. Sería injusto. Los temas de ambos libros coinciden, pero difieren en substancia.

Al crecer el trabajo de Anderson-Imbert y separarse en dos volúmenes, ha seguido un destino natural. Cada tomo aparece ahora animado de espíritu distinto, aun cuando se mantengan los propósitos. En el tomo primero (la colonia, cien años de república), el autor se halla en condiciones de escribir más desahogadamente una historia literaria, refiriéndose a autores ya estudiados, aun cuando tales estudios no suelen ser exhaustivos. Cuenta además con la perspectiva histórica, necesarísima, que brinda el tiempo transcurrido.

Ya en el volumen segundo, la situación cambia por entero. Para tratar a los contemporáneos, faltan a menudo estudios monográficos serios y existe el riesgo de caer en el criterio de modas pasajeras. Tales problemas los declara el autor : « A medida que nos aproximamos a nuestra propia época... aumentan los nombres, vacilan los datos y se embrollan las clasificaciones críticas. Es natural : dejamos de hacer historia para hacer crónica. »

Se ve así a Anderson-Imbert librando secreta lucha contra las modas literarias. Si, hace unos

mamente algunos de sus artículos sobre el indicado tema y con ellos ha compuesto el volumen titulado *Qué es la inflación* (Emecé Editores, Buenos Aires).

Define a ésta cual « un aumento del dinero y del crédito bancario con relación al volumen de mercancías » ; seguidamente, en forma no muy ordenada ni sistemática, se refiere a las causas, las consecuencias, los perjuicios y los remedios de ese fenómeno. Acierta en la definición, aunque sin completarla con la obligada referencia a la deflación, para presentar las dos caras del hecho constituido por la alteración del indispensable equilibrio entre el conjunto de los medios adquisitivos —moneda, depósitos bancarios y créditos— y el volumen de las mercancías. También deben reconocérsele aciertos positivos en el análisis del hecho inflacionario y en los consejos que emite. Pero es inexcusable, por otra parte, destacar algunos de los errores y de las omisiones en que incurre.

La primera falla que se advierte es que no se ha percatado —y si se ha dado cuenta, se lo calla— de que el actual sistema económico, al que podríamos denominar « sistema económico del siglo XX », adolece de defectos e incongruencias que inevitablemente provocan fenómenos lamentables, como este de la inflación. Ocurre, en efecto, que así como en todo organismo enfermo surgen alteraciones perturbadoras de su buen funcionamiento, de igual modo en una economía defectuosa y antinatural tienen que presentarse anormalidades engendradoras de perniciosos efectos. Lo desconoce o lo olvida Hazlitt ; y por ello, cuando trata de fijar las causas de la inflación, peca de confuso y superficial. Por lo general, se limita a cargar todas las culpas sobre los gobiernos, a quienes imputa una equivocada política de gastos excesivos, déficit presupuestario, emisión de papel moneda sin el debido respaldo, contraproducente tasa de los precios, fijación de un tipo de interés demasiado bajo, etc.

Son muy ciertas tales culpas y errores ; pero, a su vez, Hazlitt se equivoca cuando supone que todo se debe a la mala política financiera de los gobiernos, que ellos podrían eludir. La verdad es, sin embargo, que se ven forzados a seguir ese camino porque el sistema de economía patológica en que vivimos impone la intervención oficial para paliar los desastrosos efectos de la acumulación de riqueza y poder adquisitivo en pocas manos, a costa del despojo de la mayoría. El sistema del siglo XX se caracteriza precisamente por la creciente intervención oficial en el campo económico y por el incremento de poder de presión en los sindicatos obreros. Clama contra ambas realidades Hazlitt y denuncia los efectos de ellas, en lo que tienen de perjudicial ; mas debiera comprender que sin esa acción combinada de los gobiernos y los sindicatos, no se habría

podido evitar la catástrofe que pronosticó Carlos Marx : el derrumbamiento del sistema económico del siglo XIX para dar paso al comunismo.

Evidentemente, esta doble acción —gubernamental y sindical— se practica a costa de un tremendo derroche de riqueza y esfuerzo a través de procedimientos no muy recomendables, uno de los cuales es la inflación ; pero no menos cierto es que no existe manera de escapar de la férrea alternativa : o se modifica por su base el sistema de monopolios y privilegios que surgió a raíz de la revolución industrial y de la revolución francesa —sistema del siglo XIX— o se tiene que recurrir a los paliativos, contrapesos y compensaciones derivados de la acción oficial y de la sindical que constituyen el sistema del siglo XX.

Por no decidirse en favor de la solución lógica y justa, la que en definitiva preconiza la economía del orden natural, Hazlitt se ve constreñido a proponer soluciones que nada resuelven, como el retorno al anacrónico patrón oro, al que sus empeñados partidarios consagran una obstinada defensa digna de mejor causa, por atribuirle efectos poco menos que mágicos que ningún conocedor de la ciencia económica puede aceptar.

CARLOS P. CARRANZA

Jorge Carrera Andrade : « Mi vida en poemas »

UNA DE LAS CONSTANTES de la poesía contemporánea es su repudio del mundo, su exaltación de la ausencia. En ella, el hombre aparece desarraigado y desposeído. De manera que la historia de la poesía contemporánea es —en su mayor parte— la historia de una desposesión. De ahí que nos asombren los pocos poetas que cantan y alaban las gracias de este mundo ; y no en un lenguaje sin vigencia, sino empleando para ello los resultados de las conquistas que obtuvo la poesía en nuestro siglo. Pensamos en poetas como Saint-John Perse, para quienes el mundo se abre y les muestra, mágicamente, sus maravillas, o en Jorge Carrera Andrade, ahora, al comentar su libro *Mi vida en poemas* (Ediciones Casa del Escritor, Caracas, 1962), que recoge composiciones de otros anteriores : *Registro del Mundo*, *El Gallo de la Catedral*, *Últimas Noticias del Cielo*, *Lugar de Origen*, *Familia de la Noche*, *Moneda del Forastero* y *Hombre Planetario*. Precedido por un ensayo autocrítico del poeta, el libro finaliza con varios poemas no coleccionados.

Otros libros

Lejos de nuestra intención definir mediante una fórmula la poesía de Carrera Andrade ; no obstante, nos sentimos tentados a definirla con las propias palabras del poeta después de haber leído su ensayo autocrítico —escrito en una prosa de increíble tersura— al encontrarnos con frases como éstas : « He vivido para ver » ; « mis poemas son visuales como una colección de estampas o pinturas que integran una autobiografía apasionada y nostálgica » ; « la frase que contiene todo mi credo poético : las cosas, o sea la vida » ; « la certidumbre de la condición pasajera del ser humano ante la duración permanente del mundo ». Podríamos seguir citando muchas otras, pues raras veces se ha dado el ejemplo de un poeta que se autoanaliza con semejante coherencia —tanto es así que cada poema de este libro ilustra con fidelidad los conceptos expresados por su autor en el prefacio.

No es frecuente hallar en la poesía latinoamericana un poeta poseedor de un mundo verdaderamente propio, alguien que vemos crecer y persistir fiel a sí mismo a lo largo de su obra. Después de Vallejo, Huidobro y Neruda no encontramos otros sino Octavio Paz, Juan Liscano y Jorge Carrera Andrade. Entendámonos : hay muchos creadores de poemas valiosos, pero sólo estos tres poetas presentan una obra en estado de plenitud.

La poesía de Jorge Carrera Andrade es una auténtica recreación del universo lograda por medio de imágenes hermosas y transparentes —esto último en un grado tal que nos hace pensar en la mejor poesía japonesa que Carrera, poeta erudito, conoce perfectamente. Las imágenes de su poesía se presentan en su necesidad primordial y son como pequeñas joyas extremadamente simples. El mismo Carrera Andrade lo explica : « No tengo confianza en la riqueza verbal, pues su abundancia ahoga al objeto, ahoga la verdad. » No obstante, su riqueza verbal es enorme dentro de su desnudez, pues cada verso entraña una valiosa carga de belleza en modo alguno disminuida por el afán de veracidad de nuestro poeta. Ese universo que recrea es sobre todo el universo físico, la naturaleza. Flores, pájaros, insectos, espuma, arena, pero también el amor erótico, y siempre el amor al hombre en general. Poemas de viajero, de testigo demiurgo, de alguien que ve lo que casi nadie. Las cosas se comunican incansablemente en sus poemas, las palabras se corresponden. Recordamos a Breton : « Les mots font l'amour. » Pero en la poesía de Carrera Andrade también las cosas se aman. Comprendemos al poeta cuando dice : « La poesía me hizo un hombre libre... ».

Digamos de estos poemas escritos en una « lengua de resplandores » lo que el poeta dice del pino : « Todo raíz y altura, galas pocas. »

A. PIZARNIK

FERNANDO ALEGRÍA : Breve historia de la novela hispanoamericana

El profesor y laureado escritor Fernando Alegría, de la Universidad de Berkeley, California, ofrece en *Breve historia de la novela hispanoamericana* (Manuales Studium, México, 1959), libro de cerca de 300 apretadas páginas con abundantes notas bibliográficas, su visión de la novela hispanoamericana desde sus orígenes hasta las últimas tendencias actuales.

Novelista en *Caballo de Copas*, Alegría domina el género por dentro. En el prefacio da a conocer su intención de una historia sistemática del género, proponiéndose la continuación de la obra de Sánchez y Torres Rioseco. « Pero, como al leer novelas me gusta desmenuzarlas y gozarlas en sus entretelas, también incurro en atentados críticos y, a veces, me sorprende polemizando con mis antecesores. »

Los lectores que celebraron el libro sobre *Poesía chilena* (1954) de Fernando Alegría podrán recordar el método ante las nutridas páginas que se refieren a la novela hispanoamericana en sus orígenes y en el siglo XIX. Frente a la producción del siglo XX y a la más reciente dentro del siglo, ese lector acaso esperaba más espacio y análisis de los autores que Fernando Alegría cita demasiado de prisa. Soy uno de esos lectores y por eso creo que es más lo que cabe exigir y esperar del profesor y creador a la vez.

Resulta interesante —página 213— lo que cuenta de la lucha estética de una parte de su generación chilena frente a un criollismo, a la que se consideró « la primera crítica a fondo en contra del criollismo » chileno—, pero Alegría frena su confidencia en el momento en el que el lector esperaba mucho más.

El autor de *Breve historia de la novela hispanoamericana* no oculta su poca simpatía hacia el *Enriquillo*, la novela histórica dominicana de Manuel de Jesús Galván. Ante *La Vorágine* de Rivera señala que originó « una subliteratura dada al pintoresquismo, a la banal descripción, al relleno decorativo y al abuso dialectal ».

En cuanto a las valoraciones, según el espacio otorgado en el libro, Alejo Carpentier figura con cinco páginas y media de minuciosa ponderación, en tanto que a una gran parte de autores de creadora importancia en América Latina se les despacha con dos o tres líneas y a otros únicamente se les nombra. Miguel Angel Asturias ocupa tres páginas y media en el libro de Alegría, mientras que un Adolfo Bioy Casares sólo merece dos líneas y media y Jorge Luis Borges unas ocho líneas. Otros, ni siquiera son citados. Es el caso de Vicente Huidobro como novelista,

autor de *Cagliostro, novela-film* (1934), de *La próxima (historia que pasó en poco tiempo más)*, publicada en 1934, en la que se empina hacia el futuro, *Papá o el diario de Alicia Mir* (1934) donde reúne un lirismo psicológico narrativo muy personal, etc.

Como es de suponer que el tema será motivo de nuevos estudios y que la *Breve historia* crecerá, sería interesante que Fernando Alegría situara, por ejemplo, las novelas del cubano Martín Morúa Delgado que fue uno de los primeros en abordar con buen éxito el tema de la integración. La novelística antillana tiene creadores como los dominicanos Juan Bosch —autor de *La Mañosa*— y Ramón Marrero Arísty —autor de *Over*—, como la cubana Surama Ferrer, autora de *Romelia Vargas*, la mejor novela sobre la lucha revolucionaria contra la tiranía de Machado, que requieren atento estudio. Por otra parte, la labor de la novelística cubana que continúa a la generación de Lino Novas Calvo es digna de estudio. Cabe esperar en Fernando Alegría, por su ubicación generacional, un libro donde tenga mayor espacio la creación más reciente, que es la que necesita mayor examen y divulgación. Fernando Alegría puede realizar tan importante —y aún vigente labor— si se deja llevar más por su visión personal y su buen gusto y menos por el sentido de la política literaria, tan frecuente en críticos, creadores, ensayistas y autores de panoramas de las letras hispanoamericanas.

A. B. F.

E. BARCO TERUEL : Elogio y nostalgia de Marañón

El libro de Enrique Barco Teruel no pretende ser un estudio completo de la obra marañoniana, sino una suerte de introducción a los temas predilectos del gran escritor y ensayista: el tema de don Juan —el más detenidamente estudiado, pues abarca casi la mitad del volumen—, el de Toledo y el Greco, el de la vocación histórica de Marañón, el de la ética y el liberalismo, y, en fin, el tema del ensayo y de la posición del intelectual frente al mundo. El autor no está de acuerdo a veces con las ideas de don Gregorio —por ejemplo, con su valoración excesiva del siglo XIX—, pero en lo esencial muestra una adhesión fervorosa a su figura y a su actitud frente a los problemas españoles de convivencia, libertad y cultura. Sintomática de la posición del autor es la misma dedicatoria de su libro, « a la gloria inmarcesible de la generación de Gregorio Marañón, heredera de lemas y problemas de los hombres del 98 : Ortega, Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Miró, d'Ors, Juan Ramón Jiménez... ». Y aún añade en el prólogo : « Para nosotros, vivir sin la presencia física de Marañón, de Orte-

ga, de Baroja, de Benavente, de todos los que faltaron antes que ellos, supone una nostalgia por cada una de esas ausencias, y una amputación esencial de la vida española ». Hacemos esta cita, porque no es frecuente que se publiquen hoy en España afirmaciones de esta clase. En su libro, Enrique Barco hace una valiente defensa de la generación de Marañón, contra aquellos que la tachan de demasiado intelectualista. Y ciertamente, España, rica en grandes poetas, artistas, novelistas, necesita con urgencia grandes intelectuales —filósofos, hombres de ciencia, ensayistas— del tipo de Ortega y de Marañón. « Afortunadamente —escribe el autor—, esta tradición intelectual la vemos hoy continuada en escritores como Marías y Laín Entralgo. »

Diremos, para terminar, que este *Elogio y nostalgia de Marañón* es un libro sereno, ponderado, escrito con amor y conocimiento : un homenaje limpio a la figura excelsa del autor de *El Greco y Toledo*.

J. L. C.

ANGEL MARIA DE LERA : Trampa

De Ángel María de Lera he señalado anteriormente, incluso en estas mismas columnas, defectos y virtudes importantes. Aparecido tardíamente, a causa de la guerra civil española y sus consecuencias, es evidente que existen en este escritor una vocación y unas condiciones de novelista poco comunes en la España actual. Su facilidad y fuerza narrativas hacen de él una figura singular en nuestras letras. Pero, al mismo tiempo, posee unos graves defectos, de innata tendencia, que le impiden avanzar por el camino de la superación a cada obra que publica.

Estas reflexiones sintetizadas se comprueban claramente ante su última novela, *Trampa* (Madrid, Ed. Aguilar, 1962), en la que Lera intenta analizar una parte de la alta sociedad madrileña de nuestros días, con verdadero afán de testimonio, de crítica social bien encaminada, incluso con intenciones claramente éticas. Los supuestos son válidos, pero insuficientes desde el punto de vista narrativo, en cuanto que falla el planteamiento y a veces la pura narración literaria. El primero por dos razones : porque Lera desconoce el ambiente que está narrando —que a veces suena a falso al lector, aunque igual ocurra en muchas novelas contemporáneas, pues la tendencia es general—, y también porque nos presenta una serie de hechos que son exclusivamente *pasiones* casi animales —la novela gira en torno a un problema matrimonial y de inversión del marido—, pasiones que existen en el ser humano, claro es, pero acompañadas siempre de otras cualidades que el escritor elimina, lo cual significa enfocar la realidad des-

revistas

Hispanoamérica



Se está convirtiendo en un vulgar lugar común el afirmar que nuestra América, la que se extiende del Río Grande a la Tierra del Fuego, ha entrado de lleno en la escena mundial; es decir, que su importancia es hoy día capital

y que sus acontecimientos hallan eco en el mundo entero. Al mismo tiempo se afirma y repite insistentemente que es necesario emprender con la máxima urgencia reformas de estructura social en todos —¡en todos!— los países latinoamericanos, para sacarlos de su atraso congénito y ofrecer a sus poblaciones un nivel de vida decente. De todo esto se habla uno y otro día. La Alianza para el Progreso se propone ofrecer los primeros medios para reformar las actuales estructuras sociales. Algunos gobiernos de Hispanoamérica se preocupan en establecer planes para industrializar sus países respectivos y efectuar las imprescindibles reformas agrarias. Diversos organismos *ad hoc* estudian los problemas técnicos que hay que resolver. Pero el público, en general, no está enterado de nada. Ni la prensa ni los partidos políticos —ni tan siquiera aquellos que hablan de revolución social— se preocupan de analizar la situación real: los unos prefieren la demagogia fácil y barata, los otros la conservación del actual orden de cosas por temor a los cambios.

Uno se pregunta angustiado si los hispanoamericanos tienen conciencia de la gravedad de sus problemas. En todo caso se comprueba fácilmente que no disponen de los elementos necesarios para hacer frente a la situación con garantías suficientes de buen éxito. ¿Es que las universidades, las escuelas técnicas, los partidos, los sindicatos, etc., se preocupan en formar los cuadros que se precisan? En Hispanoamérica, hoy como ayer, abundan los poetas pero escasean los economistas; hay más literatos que técnicos, más ensayistas que sociólogos... Los partidos políticos mismos prefieren la retórica a la

estadística. Las revistas de carácter político, económico o sociológico son contadas: así y todo las más no salen de un estrecho círculo universitario. Existe, pues, una especie de paramera ideológica que resulta campo abonado para los caudillos, para los demagogos de todos los colores. El raciocinio no ha llegado todavía a reemplazar la pasión tropical. Las muchedumbres, por lo tanto, se lanzan a la calle y hasta matan o se hacen matar sin saber exactamente por qué. Existe, es indudable, una ingente labor que realizar: presentar los problemas, estudiarlos, buscar las soluciones apropiadas.

Dos revistas hispanoamericanas están enfrascadas desde hace poco tiempo en esta ardua tarea: *Política*, que ve la luz en Caracas, y *Combate*, editada en San José de Costa Rica. Dos títulos harto significativos, cual puede verse. Las dos dedicadas a analizar las cuestiones de máximo interés político, preferentemente las latinoamericanas.

El último número de *Política* llegado a nuestras manos (enero-marzo) estudia en su artículo editorial lo que denomina muy justamente ofensiva comunista contra la democracia venezolana, en realidad un episodio de la ofensiva castrocomunista contra toda la democracia hispanoamericana. En efecto, « la América Latina ha sido elegida y designada por los dirigentes de la Unión Soviética como área de primera e inmediata importancia para sus planes de dominación mundial ». ¿Por qué? « Ninguna mente lúcida puede ignorar que el propósito inmediato del comunismo en América estriba en desarticular y cancelar el proceso de reconstrucción democrática que se abrió hace unos seis años. » Recordemos que hasta hace poco tiempo, las dictaduras militares dominaban en casi toda América Latina: Perón en Argentina, Odría en Perú, Rojas Pinilla en Colombia, Pérez Jiménez en Venezuela... Y recordemos asimismo, porque vale la pena y aclara no pocas cosas, que los comunistas nada hacían para luchar contra ellas.

Mas, por lo que a la ofensiva comunista contra Venezuela se refiere, existen todavía otras razones particulares, una de ellas fundamental, que el editorial de *Política* indica: « A Vene-

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director

Julián GORKIN

Redactor Jefe

Ignacio IGLESIAS

Miembros de la Redacción

Alberto BAEZA FLORES y Damián Carlos BAYÓN

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1^{er})

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Epistolario Ortega-Navarro Ledesma

TODOS LOS QUE ESTAMOS CONVENCIDOS de que la figura de Ortega irá agrandándose a medida que pase el tiempo, debemos gratitud a la familia Cubas por el hallazgo de estas cartas inéditas y a la familia Ortega por su publicación. Van dirigidas a Francisco Navarro Ledesma, amigo de la familia y por decirlo así ciudadano de El Imparcial, hermano de Eloisa, la mujer de José de Cubas. Este José, cuyo espíritu humanista y liberal logró subsistir vivaz y espontáneo a través de una larga carrera diplomática, era cónsul general en Glasgow en 1910 y como tal homologó mi matrimonio en aquella ciudad y en aquella fecha, quedando desde entonces unido a mí y a los míos por una amistad que sólo quebró la muerte en su ya avanzada ancianidad.

Milagro que estas cartas se salvaran de las constantes peregrinaciones de un diplomático cuyas hijas heredaron las tendencias trajinantes de sus padres. Las de Navarro, sin alcanzar la calidad de su joven, pero ya genial amigo, realzan la colección, porque al fin y al cabo era Navarro Ledesma hombre de personalidad fuerte y original, muy capaz de expresar con vigor y gracejo el ambiente de una época.

En el diálogo revive el Madrid de principios de siglo. Empieza a despuntar Azorín, ya en elegante lejanía; rasgan el aire las paradojas explosivas de Unamuno (a quien pocos años más tarde llamará Ortega «el hermano enemigo»); pasea por la capital la barba distinguida y académica de Icaza, el erudito diplomático mexicano; perdura el recuerdo de Ganivet, cuyo suicidio en Riga seis años antes había sacudido el mundo literario; como una sombra pasa por calles y plazas la figura curiosa y callada de Pérez Galdós; suena en cátedras y academias la voz autorizada del estudioso Menéndez y Pelayo llamando a los españoles a la labor seria y científica a la luz de la verdadera fe; mientras que Ramón y Cajal construye en paciente silencio su gran teoría de los nervios, aunque también para su solaz observa cosas y gentes con el humor sonriente que sazonará sus cuentos; el ex jesuita Cejador se vuelve filólogo, trabajador

algo baturro, y aparece de cuando en cuando por el Ateneo, mirando atentamente con los cansados ojos tras los cristales, no tan espesos como los que refuerzan los ojos ultra miopes de Luis Hoyos Sáinz. Es la época que amenizan Luis Taboada en el Blanco y Negro con sus esbozos cómicos de las pequeñas gentes de Madrid, y Mariano de Cavia con sus crónicas rápidas y a veces agudísimas de El Imparcial. El venteriano Silvela y el hamletiano Moret, conservador a su modo el uno, liberal el otro a su modo, circulan en landós, de levita y chistera, del Palacio al Parlamento y del Parlamento al Palacio. Por las calles, empedradas, como decía doña Emilia Pardo Bazán, de modo que los adoquines mordiesen los pies de los transeúntes, apenas si pasaba, amén de los tranvías de mulas, algún que otro coche de dos caballos con su cochero y lacayo.

De este Madrid se marchó a Alemania el joven Ortega que, como él mismo dirá más tarde, había nacido sobre una rotativa: la de El Imparcial. Tan joven sale, que en sus cartas se observa el impacto de un ambiente extraño y frío, deprimente para un español sensible y tierno todavía, criado al sol y alegría de nuestra tierra. Pese a sus dudas sobre su capacidad literaria, que tan extrañas suenan hoy, el joven estudiante expone a su amigo Navarro sus estados de ánimo con una maestría ya lograda. Y no se trata tan sólo de esa felicidad de expresión que fue siempre el don más evidente de Ortega; sino de la madurez, la penetración, la complejidad de su pensamiento. Ya está aquí en ciernes todo entero el maestro de pensar que va a revelar el porvenir. La seguridad de su crítica, la elevación, por decirlo así, instintiva de su actitud en las cartas en que analiza el libro de Navarro asombran en un mozo de su temprana edad.

Esta madurez temprana del que todavía Navarro Ledesma llamaba Pepito otorga valor intrínseco a las cartas, testigos de cómo se iba ya formando su pensamiento; y por la gracia de ambos corresponsales se ilumina el alborar del siglo con luz intelectual.

SALVADOR DE MADARIAGA

La Galerie de l'Odéon fue un desencanto para mí. Los *quais* estaban helados y las cajas de los « bouquinistas » cerradas sobre los malecones infinitos. No obstante consagré un recuerdo cariñosísimo a Constantino, al cual *Jupiter vagamundis sive Errans* escribiré en breve y por largo. En este recuerdo se me fue todo el resto de energía que me quedaba. Hubo también su miája de tragedia : por ir una tarde en coche descubierta y conmigo al *Bois de Boulogne*, en nada coge Icaza una pulmonía balzariana. Día y medio estuvimos sentados en el hotel uno frente a otro : él tiritando de un modo horrible, y los dos preguntándonos : ¿La tiene usted ya? Por fin, todo quedó en un catarro, es decir, creo, porque yo dejé París.

La impresión de París que tengo es, naturalmente, muy vaga y general : la desolación que en un habitante de ciudades montañosas, Madrid, Toledo, Málaga, etc., produce una gran ciudad plana. Por no salirme del vaso dejo la explicación para un artículo que será el primero que haga (para *El Imparcial*), si dentro de unos días me siento mejor de mí mismo.

Por lo demás, *Paris-cocotte* no existe, créame Ud. *Folies Bergère*, Casino de París, son cosas inventadas por unos cuantos señoritos. Entre todas las señoras que vide no había ni una sola que, no ya para mí, pero para nadie, valiera la pena de deformar un luis ni medio. El colmo de la ingeniosidad se redujo a que en la *Revue de Folies Bergère* cantan un coro las amas de cría, con sus bebés de cartón al brazo. Y en cierto instante se les enciende a estas amas el pezón derecho mediante una lamparita eléctrica, colocada ignoro si dentro o fuera del pezón. Como ve Ud. la malignidad parisiense no va a ninguna parte. En suma, la vida de los bulevares es un cinematógrafo interesante, pero con tendencias al ridículo. En esta parte de París se respira efectivamente en todo momento y lugar que esta gente tiene una seria preocupación por el cohabitar. Y sabe Ud. que en esto no me apeo y que la cohabitación elevada a preocupación me parece el colmo de la ridiculidad y de la burocracia.

Colonia, en cambio, es suprema. Cada casa, desde la estación (¡cuánto recuerdo los libros de Ganivet!) hasta el ínfimo edificio son labor artística y cuidada.

Luego llegué aquí y aquí me tiene. No quiero prolongar más esta carta y por eso no le cuento lo que voy viendo de cosas y costumbres sajonas.

Como creo le interesan los detalles de mi vida, le digo que he tomado mediante 30 m. un soberbio cuarto o *garçon-logis*, según llaman aquí, con el desayuno comprendido. Como y ceno fuera, en restaurantes mediante unos 3 m. diarios ; eso sí, muy mal, porque aquí hasta los millonarios comen muy mal. Luz (gas), estufa (¡oh, qué estufa blanca y gigantesca poseo toda llena de metafísica!), etc., corre de mi cuenta. De suerte que resulta *muy cara* la vida aquí. En cuanto me suelte en alemán me mudaré a una pensión o casa de huéspedes.

Y doy fin conmigo porque tantas cosas habría de contarle que no acabaría en diez pliegos.

Ahora a Ud. Supongo « con las espuelas calzadas » a ese ingenioso hidalgo. Bien siento haberme quedado sin conocerlo todo. Pero, en fin, cuando salga podré decir con orgullo, como suelen decir las personas mayores con los nuevos hombres ilustres : ¡Lo he visto nacer! Creo que, al cabo, como ocurre siempre, se habrá notado Ud. muy discontento de la obra. Y sin embargo será —lo creo firmemente— un éxito verdaderamente sólido para Ud.

¿De sus nervios, qué tal?

Recuerdo con sumo cariño nuestros paseos. Creo —y esto lo digo como sabe Ud. que yo digo estas cosas—, creo que he ganado con la amistad de Ud. una considerable cantidad intelectual y moralmente. Demás de este modo egoísta de ver, he ganado su amistad. Y ésta es una de las cosas que echo más de menos aquí.

Maintenant... me encuentro en un *pequeño momento terrible*. Yo tengo gran interés en saber detalles de su vida y milagros pero, al mismo tiempo, no quiero que se suponga Ud. en el caso de contestarme una carta tan larga como esta, ni tan para *obras completas*. Arréglese como mejor le venga en la primera gana.

Salude muy afectuosamente a Tomás Cubas, dé un abrazo a Palomero y muchas expresiones a su padre de Ud.

A Constantino fuertes abrazos, cuidando de no estropearle los 23 volúmenes que de

fijo lleva sobre sí; sin que esto quiera decir que son suyos ni tres. Le preparo un regalo estupendo: la primera edición del Decálogo (¡Que busque en el Brunnet!).

No puede Ud. imaginar con cuanto afecto recuerdo a Uds. dos: esto me hace pensar en que soy más sentimental de lo que suponía.

Perdone que le cuente tanta cosa externa, pero tengo un verdadero hartazgo de ellas. Ya le hablaré más tranquilamente de mis cuestiones y observaciones y de sus problemas, sírvanle o no mis pensamientos.

Conque, adiós y hasta la próxima. Un abrazo; ya sabe cuán suyo es

PEPE

Con lo que le digo habrá Ud. explicado que no le haya enviado nada para *Blanco y Negro*. En breve lo haré: tres o cuatro de París y una de Colonia.

Sin saber el idioma se está como un recién nacido. Se pierde en absoluto la más precisa confianza en sí mismo y las ideas o no existen o son infantiles. Crea de verdad que pienso si me habré vuelto imbécil o semi. No son palabras.

Mis señas: Thalstrasse 1. II- r.

Leipzig, 16 mayo 1905

QUERIDISIMO PACO: Buena crujía ha pasado Ud. con el Centenario. Pero, en fin, siquiera a Ud. le ha sido el trabajo fructífero y al terminar lo único que ha quedado como cosa sólida es la consagración de su personalidad. Aunque no con cuantos detalles hubiera querido me llegan noticias de su éxito, que según parece ha sido compacto y sustancioso.

Ahora le viene a Ud. encima otra historia que son mis cartas. Le he dejado descansar, pero hoy comienzo a epistolearle que será un dolor. Es cosa agradable conservar la amistad de un hombre *arrivé*, como le llama a Ud. Constantino Céfalos. Del cual, por cierto, he tenido anteayer carta donde trata mansavanamente de llevar a mi *espíritu* o mejor traer, el *convencimiento* de

que no ha recibido una extensa misiva que le escribí hará sobre dos meses. Ya conoce Ud. el tono ingenuo con que afirma de ordinario cosas terribles como esta.

He leído su libro (n.º 7) en cuatro tirones y me ha sabido tan bien como luego verá. Pero antes de hablarle de su libro hablaré de mí, siguiendo el orden más recomendado por los gramáticos.

Y lo que primero he de considerar es mi soledad. Cerca de tres meses llevo viviendo absolutamente solo, encerrado conmigo mismo, luchando conmigo mismo: no se puede Ud. imaginar nada más doloroso.

Pero es algo peor, es expuesto, peligroso. Momentos he tenido en que he estado a dos dedos de la alucinación, como lo oye Ud.: una gran tensión de la voluntad me ha arrancado de esos atolladeros y he seguido adelante sin graves desfalleceres. Crea que es una prueba gorda ésta que me da derecho a estar un tantico orgulloso. En cambio, este excesivo solitarismo produce lagunas de esterilidad que de manera desesperante se extienden sobre el cerebro durante semanas enteras. Ahora comprendo como pueden vivir los trapenses y otros regulares extremados; al medio año de contraer la regla se vuelven tontos, se les pone la imaginación como un sarmiento o un hacete de esparto.

Las faenas universitarias comenzadas me encuentro mejor; pero no a gusto por completo. La soledad mía es algo terrible porque no es única y meramente estar solo, sino el superlativo de la soledad: es estar solo y extranjero, es estar vago. Odio la vaguedad en todo y hoy vivo en medio de ella. Porque, aun cuando llego a conocer gramaticalmente el idioma y a *interpretarlo*, esto no basta; mientras no se lo incorpore uno a la ideación y sea automática la comprensión de las palabras, todo queda vago, apagado, grumoso y esto es lo horrendo. Es el caso de un hombre que sea un verdadero sanskritista pero que si le obligan a vivir en sanscrito se vuelve loco; pues el conocimiento de ese idioma (que es el que hablan en el junco los elefantes) no puede pasar de una interpretación mejor o peor, nunca llegar a la asimilación instintiva. Yo estoy respecto al alemán, respecto a hombres, casas, cosas, libros, cuadros en ese período de interpretación en que se queda uno

vincia de la crítica, sobre los que apenas si cabe explicación, no ya investigación. Por muy independientes que queramos ser, ese único se impone a nosotros como un mito, como la memoria de nuestra madre. Tal el *Quijote*: lo hemos mamado, desde que nacimos lo tenemos puesto en otra perspectiva distinta de la racional, en la emocional, junto al sentimiento simbólico, junto al filial. Ahora bien, no es posible pensar con finura y justeza sino sobre lo que de antemano puede ser negado, sobre lo que si molesta se puede tranquilamente tirar por la borda. De aquí la fuerza de perduración de las religiones: son precisos muchos siglos durante los cuales, a costa del uso, se vayan desgastando las fórmulas acerca de lo primero y de lo último, para que nazcan hombres que se coloquen frente a esos mismos problemas con una disposición de espíritu capaz de negar, aunque sea sólo por dialéctica, esas fórmulas. Los dos papás de la filosofía, Descartes y Kant, no han sido sino eso: gentes capaces de negar previamente un primer principio que se suponía necesario. No es necesario negarlo pero es necesario poder negarlo.

Pues bien, en su libro hay una parte mística y teológica en que el *teos* es Cervantes, que a mí no me gusta aunque sí al público. Pero, y conste de una vez, *yo no soy un hombre-de-letras* (¡ésta ha sido la gran salvación de mi viaje!), un crítico al uso que aplica a los libros el escantillón adecuado a los artículos de Azorín, sin decir ni mucho menos que éstos no suelen estar muy bien como tales artículos, sino que sólo tengo a la vista como puntos de comparación obras *aere perennius*. Le ruego que en ello no vea pedantería sino una disciplina utilísima, más aún, de humildad que procura comparar las propias ideas sólo con ideas enormes, casi inalcanzables. Por si no me explico bien lo que con respecto al *objeto* le quiero decir, vaya un ejemplo: la *Vida de Jesús* de Renán. ¿No ha pensado Ud. en que tiene con éste su libro muchas analogías, salvo que el libro de Renán es menos feliz y simpático que el de Ud. por un lado y por otro en cambio que él hizo un viaje a Palestina sólo con el fin de hacer los fondos? Así, pues, su libro de Ud. en cuanto a la vida de Cervantes es lo más que podía ser: una obra maestra de verosimilitud. Pe-

ro quisiera que en la que tiene aún que escribir, *que es todo*, no volviera Ud. a escoger un objeto fantástico como es la *vida* de Cervantes. Hay en ese empeño necesariamente una parte de apañusco de *novejarquismo* que —no se lo ocultó— me molesta y me disuena.

El *sujeto*: esto es lo bueno. La parte mística y teológica linfatiza un poco el libro, pero venturosamente el libro tiene sus nervios, sobre todo en la segunda mitad, cuando la parte mística, por no ser repetida, va faltando. ¿Qué nervios son esos? Sus confesiones. Sin quererlo Ud. acaso, le ha salido, para el que sepa ver, un libro de confesiones. Tiene Ud. hartos cansancio y hartos greujes contra la vida para que no haya llegado Ud. ya, aunque por la edad no fuera supponible, al momento de las confesiones. Y esto es lo hermoso, lo feliz que veo en su libro: un escritor que ha madurado; mejor, que está en ese punto del *faisandé* en que empieza a rezumar por sí mismo el zumo, ya muy glucoso y añejo y ésto joven aún, cuando aún tiene por delante toda su carrera de autor. Felices los escritores que pueden (que necesitan ¿eh?) antes de los cuarenta años comenzar la serie interminable de sus memorias y confesiones. ¿Qué es lo que da esa preguntosidad y esa consistencia a los artículos de Sainte Beuve? ¿No es esa parte discreta, insinuante que hay en todos de confesión personal? ¿La visión de la vida, propia, super-y-peri-científica, como si dijéramos la visión orgánica, elaborada casi materialmente en el hombre al través de sus años, involuntaria y casi inconscientemente como se han elaborado los tejidos de sus miembros? Mucho de esto ha puesto Ud. en su primer libro! Sólo con esas cosas viven los libros nuevos, que no pueden ser representantes de un pasado considerable (por eso —acuérdesese— lo pasará mal a pesar de su mastodontismo Galdós). Lo de Goethe, de que sólo las obras de circunstancias (quiere decir, interiores, del autor) son firmes, es el evangelio.

Pero... si esto es así, si el libro sólido es el de confesiones generalizadas, el sujeto necesita ante todo *confianza en sí mismo* como debía tenerla Cervantes cuando escribió el *Quijote*, aunque no cenara. En realidad como no se dé el caso de un acúmulo excesivo que rompa el dique y se desborde —ca-

so de todos los humoristas geniales—, lo que ocurre es que el público confiesa al escritor, lo ordeña dulcísimo (Platón, S. Beuve, Renán; de este último puede decirse que consta el hecho —véanse *Souv. d'enfance et de jeunesse*, prólogo—). Esta confianza sólo puede lograrse o por un gran éxito o no se sabe por qué o por una labor científica afirmativa. Pero Ud. ayer mañana carecía en absoluto de esa confianza, uno de cuyos efectos es la estimación de todas las ideas propias, que ayuda a limpiarlas y precisarlas; hoy la tiene Ud. ya y como esto es un sifón, cada día aumentará con sólo dejarse ir. Por todo ello creo firmemente que su libro es sólo un comienzo, una sombra y figura de cosas que vendrán. Cuando con mejor objeto se encuentre el sujeto en mejores condiciones habrá que leer. Así será en el libro sobre Lope, sobre Quevedo que promete, y en otro que no promete, pero que hará, sobre la vida española anterior a los reyes Católicos, un libro siglo XII que se llamará algo así como *Los Caprichos del Archipreste de Hita* y que pueden ser un *pendant* a los de Goya. Entonces tendrá Ud. las dos únicas cosas —por fin vengo al hito— que echo de menos en su libro: severidad y serenidad. Severidad = más espacio y tranquilidad, más rumia y sobre todo más exigencia para consigo mismo, que le haga dar una vuelta de torno más a las ideas y al estilo. Serenidad = exigencia para con los demás por derechos adquiridos que le proporcione calma en la marcha, soltura absoluta y algún que otro brinco, pero todo bajo una gran norma de sobriedad. Sobre todo esto. Ya que —por creerlo una obligación, ¿eh?— me haya metido a darle a Ud. mi franco parecer y exponiéndome a que me encuentre Ud. impertinente, diré todo lo que pienso: ya una vez le he dicho que hay en los libros de Ganivet una cosa que me enoja, aunque este enojo es muy secundario: a saber, la manía de dar la propia opinión sobre todo lo que sale al paso. No señor; si Ud. va a tal sitio, vaya allá y no se entretenga en las demás cosas que tropiece. Esto da una marcha fatigosa e inquieta a sus libros de crítica. En su libro noto algo semejante: falta de sobriedad en ideas, en observaciones, en estimaciones de personas que se citan muy de pasada. Comprendo la seduc-

ción que a esto lleva, comprendo que es un santo pecado de exceso pero es un gran crimen contra la euritmia sacrosanta y contra el ideal de escritor, río manso y sereno que riega una provincia sin detenerse en tanteos. Y si Ud. no es eso ¿qué deja para nosotros los muchachuelos azorados? Cuando un escritor siente necesidad de vaciarse en un solo libro hay que pensar que es un dogmático.

En cuanto a cosas de detalle el libro me parece admirablemente: una verdadera serie de aciertos y no es retórica.

Supe las psicologías hechas en varias tandas de los reinados de ambos Felipes y divinamente formulada y vista —a mi entender— la transición que casi no lo fue. Porque en nuestra historia —es curioso— pasa como en nuestro cielo: no hay crepúsculos; el día es algo que acaba cortado a pico y la noche lo mismo. De aquí tal vez la facilidad con que nos despeñamos. Veo que en ciertas grandes ocasiones, cuando es lugar para sacar el Cristo de Plata, me menta Ud. a mi Nietszche, lo cual me alegra las entrañas. *On ne peut remuer rien de grand sans le toucher*. He escrito faltándole a Cavia, porque el miércoles 10 escribí: «...sin tomar para nada en cuenta las burlas de Nietszche», a propósito de Schiller. Esto, querido Paco, es lo que me saca de quicio en los hombres-de-letras. Vea Ud. al *mildew* de Cavia suprimiendo de un plumazo a todo Nietszche, puesto que suprime sus burlas acerca del Romanticismo, que es el gran invento y donde él encontró el resorte de su filosofía. Creo que, contra lo que Cavia diga (supongo que no ha leído más de *Zaratus-tra*), hasta 80 ó 100 años no habrá otro remedio que tomarlas en cuenta, esas burlas despreciadas.

Otra cosa: las Cortes de Valladolid, Montano, Cervantes y otros sabios varones dicen que los libros de caballería hacían daño... Esto se ha repetido sin cesar, pero ¿por qué no se ha citado o buscado algún hecho que lo pruebe, que explique una preocupación que debió ser considerable cuando sabios varones y hasta unas Cortes la sintieron? Porque a Loyola y Santa Teresa no creo que le hicieran daño.

Me duele la mano de escribir y a Ud. los ojos de leer, si por un bien parecer ha lle-

gado Ud. hasta aquí. Y lo siento porque se me queda en el tintero lo único interesante : hasta aquí la carta es sólo literatura, como Uds. dicen. Ahora iba a discutir valientemente esa división —que juzgo falsa y sin fundamento— hecha por Unamuno y Ud. entre *vida y literatura o ciencia*.

Si tiene un rato para mí no se olvide, y cuando me escriba pregúnteme algo concreto con referencia a cosas de aquí (sean de vida o de literatura) que le interesen. Yo le contestaré como mejor pueda y así me obligo a enterarme de ellas.

Espero me envíe algo de lo que en pro o en contra de su libro se publique.

No olvide lo de las traducciones que le pedía. Además, quisiera que Constantino o Ud. se enteraran de qué concursos hay sobre materias científicas (filosóficas, ¿eh?) o literarias para el porvenir, es decir, para dentro de uno o dos años : como el premio Charro Hidalgo, los de la Academia, etc.

Con que abur, querido Paco. Sepa que estoy contento con su apoteosis y que con ese motivo y con el de mi amistad le abrazo

PEPE

No olvide hablarme cuando pueda de Cejador y de comunicarle la fausta nueva de mi consagración a la filología y lingüística.

Leipzig, 28 mayo 1905

QUERIDO NAVARRO : Hoy hace aquí un calor insoportable ; le escribo junto a una de mis ventanas (poseo dos ¿eh?) abierta y tengo, sin embargo, que respirar científicamente para orearne la sangre. La calle, aunque es bastante principal y vía de primera, está completamente vacía. La gente es aquí terriblemente dominguera y se va a comer y cenar a uno cualquiera de los jardines enormes que hay por las afueras. Estos jardines —ciertamente no comparables al Retiro— son unas magníficas manchas de verde donde hay millares y millares de mesas, de sillas y una o dos o tres charangas, deplorables generalmente. Los domingos están atestados todos estos jardines y todos

los demás restaurantes y cafés de la población. Los sajones necesitan absolutamente —según voy viendo— reunirse una vez a la semana en rebaños, sentirse manada, rodearse de una pesada atmósfera de humo. No tiene Ud. idea de lo *pueblo* que son : aún no he visto ni un hombre ni una mujer que parezcan *señores*.

La impresión que producen estas vastísimas salas de comer y beber es de las más duraderas para el extraño : no se hace un español a la idea de qué necesidad puede existir para que esos hombres tengan que ir diariamente y cuando menos semanalmente a comer al restaurant. Van las familias enteras, con niños minúsculos inclusive que se entretienen en corretear y fastidiar. Sin embargo, lo que más abundan son parejas de novios de clases modestas.

La diferencia latina del aspecto entre *señores y hombres* —yo tenía una parienta vieja y andaluza para quien la palabra hombre quería decir un cavador, un zapatero de portal, un albañil, etc.— no se advierte aquí : todos van igualmente vestidos y tienen iguales rasgos fisionómicos ; los señores son un punto menos señores en todo que los nuestros y los *hombres* son un poco menos bestias ; luego existe una clase social —la más numerosa— que sirve de trazo de unión : los *kaufmänner*. Todos hacen la misma vida ; el estudiante hijo de familia millonaria, el portero y el propietario de industria comen en el mismo sitio y por el mismo dinero. Así están los restaurantes. Hay innumerables y todos igualmente feos. Es este un negocio seguro. Si algún día hago bancarrota en la filosofía me vendré aquí a poner un restaurant : el secreto está en que cada nuevo establecimiento se ponga dentro de un local mayor que los existentes para poder servir más cubiertos unos pfenigs más baratos y de porciones un milímetro mayores ; a los quince días está lleno y por taumaturgia, sin que ningún otro se vacíe. Yo como en uno de estos restaurant-saurios o cafedontes, donde se colocan diariamente sobre 1.500 almuerzos y 2.000 comidas. ¿Y qué comen? Cualquier cosa ; lo mismo les da.

Para que vea Ud. si « luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos », le voy a anotar algo sobre este capítulo de la manducación. Repetimos insistentemente, y

basamos en ellas teorías psico y sociológicas, que los españoles después de los napolitanos somos los que menos comemos : la flor de la raza sobria nos suena a verso de romance. Y sin embargo, es falso : puede que una ínfima clase española, la miserable, la que acaba en el tifus o la lepra, coma menos ; pero esa clase no cuenta : el resto de nuestros coterreños se zampa una tercera parte más de gracia de Dios que los sajones estos. Los primeros días solía yo pasar lisa y llanamente hambre. Sepa Ud., por no hablar más, que aquí lo ordinario es no cenar seriamente (aun en las casas holgadas), sino tomar un poco de jamón y embuchado frío, con un cuzcurro de pan, manteca y el vaso de cerveza luterano.

Claro que este régimen es muy sano, y así yo que ahí andaba mal del estómago aquí estoy como un gerifalte en cuestiones gástricas ; en cambio siento que me voy empleyeciendo. Un caso de apetito enciclopédico y pantagruélico como nuestro consocio Constantino es aquí tan raro que pienso si al venir Constantino, cuando venga (lo digo por si se lo cree, esto de venir) no le contratarán en el Jardín Zoológico para darle de comer con público bajo un cartel que diga así, poco más o menos : *Bibliophilus paradoxus*, fiera megalófaga, cazada en la calle de Pontejos. Cultiva la compañía de las llamas (Bello) y de las avutardas (Niquis). Nota : léanse las « Lecturas Extranjeras » en los *Lunes de El Imparcial*.

Esto es de más importancia de lo que parece, porque yo había pensado muchas veces y aun dicho que en España nos moríamos de falta de necesidades, de sobriedad, de renuncia a toda clase de lujos y creía firmemente que un medio de despertar la raza era predicarla el lujo y el aumento ilimitado de exigencias a la vida. Parece en verdad lógico : la función crea el órgano y muchos parisienses son inteligentes sólo gracias a que sus queridas les piden encajes y joyas que hay que comprar a todo trance. La mayor parte de los libros franceses que hoy se publican me huelen a esto, y la única crítica justa habría de comenzar titulándose : lo que cuesta mantener una querida.

Pero resulta que no es verdad, por desgracia ; y digo por desgracia, porque a ser así podía esperarse un brote de necesida-

des suntuarias en nuestros compatriotas, que les diera unas pocas de alas. No siéndolo hay que buscar nuestra penuria en algo más hondo e irremediable, en algún secreto étnico fatal de esos que no se pueden cultivar exóticamente, sino que han de ser eternos en la raza.

Con esto se da la mano otra cuestión que me ha sorprendido mucho. Hablamos de la protección a la ciencia en otros países y cuando vemos, por ejemplo, los trabajos de Wundt y aún más los de Bruggmann, Meyer, etc., sobre gramáticas indoeuropeas, tanta labor minuciosa, tranquila, lenta y sólida, pensamos en que en el país donde tales libros parecen los sabios deben atar los perros con longanizas. De cuanto hasta ahora he visto nada me ha producido tanto pesimismo patriótico como esto, a saber : *aquí* (salvo rarísimas excepciones) *nadie se dedica a la ciencia si no tiene por su casa medios de vida.* ¿Sabía Ud. esto? ¿Se ha dicho alguna vez? Creo que no y sin embargo no es una interpretación mía de hechos, sino los hechos mismos. Por ejemplo : compro un libro que se llama *¿Cómo se estudia filología clásica?*, donde se dan consejos a este fin, se indican los especialistas actuales, los libros fundamentales, etc., y en una de las primeras páginas me encuentro : « Sólo a aquellos que posean una base holgada de fortuna, les puede ser recomendado dedicarse a una carrera académica. » Y efectivamente, si Ud. viviera aquí, empezaría ahora a cobrar sueldo como catedrático después de haberse pasado cinco, ocho o diez años explicando gratis. En cambio algunos años ha ganado Ud. más que Wundt —¿conste?— gana ahora y el pobre es un viejo decrépito a la sazón. Lo propio ocurre con los abogados : primero que puedan ejercer tienen tiempo de morir de hambre si no poseen bienes más o menos raíces. ¿No es esto sorprendente?

La cosa está muy bien : la ciencia y la enseñanza no pueden ser —so pena de que como en nuestra tierra no sean nada— un ganapán. Y aquí radica la causa de que en Alemania no haya sido ahogada nunca, ni lleve camino, la ciencia seria y la filosofía por el hombre-de-letras. En España todo el que vive intelectualmente corre el peligro de tener que dar consigo

toy pasando. Mira, Paco, la soledad cuando es algo ya serio y temible como la mía no se deja tomar el pelo; es como su prima la muerte, un rostro desagradable y agrio que no aguanta tonteos. Así, pues, enhilo.

Si cediera la presión atmosférica considerablemente, el efecto que sentiríamos sería de volvernos todos locos en un instante: esa presión nos es necesaria. En cambio nuestros hijos soportarían mejor la nueva atmósfera más liviana y a nuestros nietos les parecería la única soportable. Pienso que algo análogo puede decirse de la moralidad y de la jerarquía. Entiendo por la primera una tarifa más o menos rígida y precisa de valores puesta sobre los sentimientos, sobre los ideales, sobre los proyectos, sobre las ideas y sobre las personas. Por jerarquía entiendo unas palabras (por cierto las únicas que me parecen contradictorias de lo que representa el que las dice) de D. Quijote a Sancho: «Considera, amigo S., que nadie puede creerse mejor que otro mientras no hace más que otro.»

Cuando una generación viene al mundo de los molientes vivos ha de encontrarse pesando sobre la corteza terrestre una moralidad y una jerarquía: si falta, esa generación no crecerá: la presión produce la comparidad: su falta, la aerosidad, ventosidad o aguanosidad. Y vea Ud. lo que estamos llamados a ser durante nuestra cochina existencia los que ahora nos andamos por los veinte años: unos aguanosos.

No es esto decir que ni aun a los 18 años se vaya a admitir en bloque todo un sistema ya hecho: basta con que influyan sobre nosotros algunas de sus partes o concepciones. Pero es preciso que los dedos de ideas preexistentes a nuestra apertura de ojos intelectual nos amasen el ánimo y el cerebro. La labor que con la humanidad joven han realizado las religiones, metiéndola en una horma de moral, tiene que verificarse en minúsculo para con cada hombre, so pena de *devenir* un sudamericano.

Yo me he encontrado ahora, cuando por primera vez he tratado de que no sea mi espíritu una formación volcánica, sino una firme estratificación, con que lo primero que tengo que hacerme es una mo-

ralidad: ¿cuál es ésta? Cualquiera inteligente. Porque entendámonos, no voy ahora a plañir los mandamientos de nuestra Madre la Iglesia: no. Leemos las criaturas a Nietzsche y lo interpretamos como criaturas a quienes alguien dice: Hoy no hay escuela. Y lo que en realidad pasa es que Nietzsche es un hombre tan terriblemente moral (moralizado) que lo puede seguir siendo sin moral ninguna especial. (Fíese de esto *que no es paradoja: ya sabe cómo he mamado a Nietzsche.*) Nietzsche, por ejemplo, es a mi lado un ingenuo: él cree que se debe uno dejar la carne en las parrillas de la verdad, por ejemplo. Yo ni eso creo: ¿cómo andar, cómo caminar? No pienso como se piensa hoy en España: «aquí hemos venido a pasar el rato.» Y esto es una majadería propia de los Silvela, Echegaray, etc., que la han inventado... para no trabajar.

Y aquí me tiene Ud. que trabajo en hacerme lo que nuestros padres debieron darnos hecho: una moralidad lo bastante inteligente para que me ayude y sostenga en el período de formación,

Consecuencia: el educador que quiera influir de verdad tiene que empezar por decir (lo que es verdad) que entre nosotros (como en China) se han dado por falsas y muertas muchas cosas que todavía no se sabe realmente que sean falsas y, desde luego, están aún muy vivas en las razas inteligentes. Pienso, pues, que el *educador* españolizante *tiene, con valor, que dar un aparente paso hacia atrás* en ese escepticismo nuestro que nos parece el colmo y *non plus* de lo inteligente, agudo y del lado de allá.

Creo que a Ud. mismo le costará trabajo convencerse de ello, porque Ud. también tiene bastante volcánica la conformación interior y sólo su inexplicable voluntad y su gran curiosidad le han hecho llenarse de cosas.

En nuestra tierra, Ud. mismo, no se cree en la efectividad de la educación: porque esta idea pertenece a la clase de lo que llamaría ideas crepusculares, ideas cuya cúpula es el *werden*, el *devenir*, no nuestro dogmático y momentáneo, explosivo, *ser*; y —como le decía otra vez— en nuestra tierra no hay crepúsculos: ese concepto,

el Korán a todos los Delcassé=Delroto o séase la castaña. El primero que con solidez se levante a hablar de estas cosas se hace el amo. Hoy la política ha llegado a ser una cosa tan sin peligro, tan casera (lo cual demuestra la falta de fuerza real de los republicanos) que en cuanto un señor se alce a decir cosas tras las cuales está o un par de millones de obreros regimentados o las grandes potencias, producirá el pánico. En el fondo esta es la única razón satisfactoria para explicar que Soriano en guasa, en guasa sea tímido. Es la única persona que puede amenazar con lo que tras sí tiene.

Pero, ahora pienso que Ud. va al Congreso a pasar el rato y a no hablar, lo cual me parece muy mal.

Miércoles 9

Me he levantado de mi casto lecho de filólogo, lecho, según es uso, más corto que mis aspiraciones a dormir estirado. En lo cual puede Ud. ver si tiene hoy el vino para ello una muestra del cultivo intenso pedagógico de los descendientes de Pestalozzi y Herbart. Empiezan por obligar al mozo a que se achique para dormir y en consecuencia a que se achique, pode y enovillezca sus sueños: de este modo le es más fácil el obligatorio achicamiento que los años traerán consigo. Sin embargo, es de notar que nunca se sueña más sino cuando se duerme en postura incómoda.

Pues bien, a eso de las 8 me ha entrado mi patrona —que siente una gran admiración por mí y me pide consejos sobre cómo ha de educar y qué carrera ha de dar a su único hijo, joven de nueve o diez años—, me ha entrado, digo, una epístola nuncupatoria de nuestro Constantino, *nostrae dimidium animae*. Mucho le agradezco que me recuerde por valor de seis cuartillas y sin pérdida de momentos seré en contestarle. Pero le participo a Ud. que en esta carta me descubre la *Minerva* del amigo Sanctius, la cual me dice «es muy ponderada o sigue siéndolo». Felicítelo y déle gracias en mi oscuro nombre y añádale que largos días hace *poseo* una *Minerva, seu de causis linguae latinae* impresa en Amsterdam en 1733 y que he adquirido en una librería previo pago de dos marcos

imperiales, uno con la efigie de Luis de Baviera y otro con la de no sé qué bien alimentado monarca del Wuttemberg.

De todos modos cuando leo una carta de Constantino lamento que no escriba con fe cosas de propia ¡Minerva! Porque tiene un estilo muy agradable, sobrio y transparente, apto para ironías. Eso del «transparente» pienso que le halagará: pero lo digo en serio.

Perdóneme, Paco, el cambio de papel, mas se me ha acabado el de las cartas y en secreto le diré que en este momento poseo 50 pfennigs, también imperiales, con los que habré de pagar el chico de München y la propina del almuerzo (tengo abono para lo demás). Así que hasta mañana que reciba cuantiosas rentas no puedo comprar papel de cartas. Con el dinero que me manda mi padre debía yo tener bastante para comprar un automóvil y tener por *chauffeur* al propio Wundt, pero mis conocimientos económicos son tan escasos como los de Echegaray, que ahora se muestra tan ocupado con la tarifa B y que acabará por «ocuparse» con la tarifa M. Así que, de ordinario me viene justo el *geld*. No obstante voy viendo que pocas cosas son precisas para pasarlo bien y me aferro más y más a mi idea de no derivar energías en conquista de fortuna.

Y a propósito. Esa cátedra de latín me parece el puesto más envidiable que es posible imaginar. Con la gramática, un diccionario decente y unos librillos baratísimos pero muy útiles de ejercicios y versión que se me han ocurrido, puede llegarse pienso a una bonita cantidad que le ponga a uno allende de todo malestar y grave preocupación. Si antes de año y medio no ha salido a oposición tengo ciertas probabilidades de ganármela y entonces mi vida toda tranquilizada por siempre se entregaría a más altas labores lleno de fe y de ilusión y de exclusivismo.

Es preciso, Paco, rehacer la historia de España, hasta en sus primeros postulados. Aquí en la Bibl. Paulina (Universidad) hay una cantidad muy considerable de libros sobre Hist. de España. Yo en los pocos ratos que me dejan libre las otras faenas leo algunos y se me presentan a los ojos palmariaemente la serie no interrumpida de

majaderías que se han dicho sobre la Historia. Es preciso hacer una historia de la civilización española: esa es, una faena casi divina por lo fecunda, que merece que una vida se dé toda a ella. Ese libro podía ser la primera piedra sólida de una reconstrucción. Las cuatro o cinco veces que Alemania se ha reconstruido, lo ha hecho bajo la moción de un libro nuevo de historia y de un historiador. Este hombre es el que de tiempo en tiempo reúne la madre y el hijo, el ánimo de la raza y el pueblo y los pone en comunicación mediante el cordón umbilical de su libro. No es posible que un pueblo renazca dejando tras sí una solución de continuidad consigo mismo. Me explicaré. Francia, Alemania, Inglaterra ofrecen el tipo normal de la vida histórica de una raza: todo ese montón de ideas y maneras de sentir que se llama civilización francesa, alemana, inglesa se ha ido desarrollando al través del tiempo sin que un solo grano, un solo concepto quede estéril entre las piedras del camino. Las cosechas de civilización han ido saliendo unas de otras sin años de hambre, sin siglos en blanco. Nosotros... ¿qué montón de ideas no ha quedado infecundo desde hace cuatro siglos? En el siglo XVII, muy a sus comienzos, se paró la muela: de entonces acá el trigo aquel se ha quedado sin moler ni sembrar; es una solución de continuidad de cuatro siglos; porque políticamente con Carlos I se rompió el cordón umbilical. Para poder pensar en una seria renovación es preciso antes que nada llenar ese hueco, producir artificialmente en una o dos generaciones el número de cosechas de cuatro siglos. Esto sólo puede hacerlo una legión de jóvenes sabios a cuyo servicio esté una armada de archiveros, que es lo que nos hace falta y no caminos vecinales. Con saltos no se hace nada firme: ahí está la América que ha querido saltar toda la Edad Media y no lo ha conseguido; moral y económicamente, para quien sepa traducir los medios de entonces a los de ahora, tanto los Estados Unidos como la República Argentina y D. Porfirio están en la Edad Media. Los 300 por 100 de Buenos Aires y el contar por dollars de New York son una purísima medioevalería, como diría nuestro amigo Sils-María.

Hay que llenar el hueco, Paco. Las con-

ferencias de Ud. pueden ser y deben ser principalmente un aperitivo. Decir cosas bonitas las puede decir cualquiera con un poco de ingenio; y hoy hay mucha gente que tiene ingenio si quiere. Lo único que puede satisfacer a un *hombre* que lo es de verdad es que al terminar su oración, se le acerquen dos o cuatro jóvenes con los ojos encendidos y le digan: también yo quiero dedicarme a esto. Yo no sé cómo un pensador tiene tan poco orgullo que se contente con menos que con encender hasta la exaltación los ánimos de algunos de los oyentes capaces de exaltarse. Este es el secreto de los fundadores de religión y si somos sinceros convendremos en que no paran en menos nuestras aspiraciones. Si no llegamos hasta lograrlo es por falta de talento o por holgazanería o por mariconería. La literatura jornalera que se contenta con hacer pasar el rato, es una cosa misma con el juglar y el comediante. Al que sea un hombre —tenga un ideario escéptico o dogmático— debe pedirle el cuerpo que hasta sus más breves palabras hagan hijos en los demás. Claro que mucho más fácil que esto es imitar a Anatolio France. ¡Caray! Estoy hasta los pelos harto de ese escepticismo de segunda mano que por ahí pulula, y que se admite como un instrumento para hacer más fácilmente frases en los periódicos. El que tenga un poco de aristocracia cerebral debe mirar con desprecio esos instrumentos; yo desde luego me he jurado no escribir sino cosas antiescéticas casi religiosas, aun cuando pensara escépticamente, sólo porque de este modo es más difícil escribir *bien*, según hoy se entiende esto.

Vuelvo a su diputación. Podía Ud. hacerse un formidable *dossier* de materias de enseñanza. Su cuñado se podía encargar de la parte anglo-sajona y yankee-sajona; yo me comprometo a hacerle un detallado y sólido dictamen con ricos datos de la parte alemana. Asimismo, podría traducirle los trozos más conducentes de las obras modernas sobre pedagogía no vertidas aún a idioma civilizado. Pero había Ud. de estar decidido: porque la faena me costaría cuando menos cuatro o cinco meses.

Veo que trata Ud. ahora con alguna intimidad a mi hermano Eduardo. Habrá Ud. tenido ocasión de observar que es una

porción de codos más hombre que yo en toda la extensión de la palabra. Yo tengo el espíritu tuberculoso y él es sano y de primera intención como un viento de sierra. Además tiene un gran talento, sobre todo de cosas coercibles. Seguro estoy de que hará honrada y productiva carrera y que —¡quién sabe!— podrá recogerme y sostenerme si no se me cuajan las cosas y me vienen mal los dados, cuando ande yo por ahí hecho un *gréculo*. Porque en el fondo y contra todo mi esfuerzo por legalizarme me siento en ocasiones con la médula de un *gréculo*. «Aquí hay algo podrido en Dinamarca», como decía su jefe Romanones en el Congreso. Veremos si un par de años de régimen y desinfección me curan. Y no hablo más de esto porque son cosas desagradables.

He encuadrado imperialmente en badana su *Cervantes*; me he arruinado con ello.

Dígame en qué orden de materias prefiere cobrar la apuesta libresca que le debo.

Me parece muy bien su decisión de meterse muy despacio en Lope. Con éste no es justificada una novela. Historia, santa Historia... Taine, Renan, Ranke, Ranner, Tristschke. ¡Eso nos hace falta! Le prometo dedicarle el primer libro que haga, el cual versará sobre «El estudio del clasicismo en España». Raro, inútil ¿no? ¡Sé lo que me digo! Como aún han de correr años hasta que llegue el caso, traslado la explicación a cuatro o cinco revoluciones del Sol por el Zodíaco.

Estoy viendo que para que se case Ud. es preciso que yo esté ahí. Pero tarde o luego lo hará Ud.: y más vale luego que tarde. Sería para mí un fracaso en cuanto psicólogo si pudiera Ud. aguantar dos años solo. Póngase este raciocinio, querido Paco: «Si yo tuviera ocasión de conocer y tratar criaturas aceptables, si no viera como un monte el ponerme en comunicación con ellas, ¿no me casaría?» Creo que se casaría Ud.: y no es razón para dejarlo una pequeña dificultad.

Me dice Ud. siempre que hay que vivir. Paco, voy a serle franco: me creo uno de los seres que sin necesidad de haber andado de acá para allá conoce mejor la exis-

tencia. Vea Ud. si soy vanidoso. Después de dos horas de hablar con alguien le conozco como si le hubiera parido. Esta es la hora en que no me he equivocado. Le revelo este secreto de mi vanidad para que se tranquilice respecto a mi desarrollo espiritual. Lo que ocurre es que yo voy por mi camino, no por el que los demás se empeñan en que vaya. «Me admiro de las dificultades que se busca», sé que ha dicho con referencia a mí Tomás Cubas; (guárdeme el secreto) ya veremos a la vuelta de unos pocos años. Lo único que tengo que perder es un poco de pedantería; pero esto no procede de falta de conocimiento de la vida, sino de propia mina y veta y tal vez de educación. Es lo único que me han hecho los jesuitas: tímido y pedante.

¿O es que Ud. cree que lo que yo debía hacer es prepararme a ser «director del *Imparcial*»? ¿Y para qué? ¿No es mucho mejor pasarse la vida más tranquilo y enjugándose la curiosidad intelectual, que aparte el comer y el amar es la única cosa verdaderamente positiva que tenemos los sublunares?

Diga a Constantino que me envíe esa gramática del P. Suaña y el diccionario de Miguel, ambos a ser posible de viejo. La cobranza la verificará por medio de mi hermano. También si halla a Nebrija se lo agradeceré, porque el que hay en la biblioteca de aquí es la primera (1480 si no recuerdo mal) y otra de 1650 que debe ser rara: el caso es que no dejan traérselas a casa como libros ordinarios. Dígame asimismo que tengo en casa el Viñaza, que no lo envíe porque ahora me sería de la misma utilidad que un bastón de tambor mayor.

A propósito, si necesita Ud. alguna nota, traducción, etc., sobre la épica, o alguna noticia por si se mete Ud. en comparaciones con las ramas todas de los mitos románticos, aquí me tiene.

Nada más por hoy, sino que se conserve lo mejor posible.

Suyo

PEPE

No paso a creer lo de los 30.000 del «A B C». Esas son viles añagazas de hombre poseído por Tena.

largo como los que, también con el dedo, habrá escrito sobre sí misma Alma Calzado (1) que acaba de pasar ahora por frente a mi balcón no menos necesitada de polvo que su estufa y su cafetera de usted, entonces será usted hombre de pro. E si non, non.

Eso de la ausencia de nosotros mismos o de la doble personalidad yo, cada vez más aquejado por semejantes fenómenos, estoy seguro de que es una crisis o transformación que está verificándose en la textura del cerebro activo contemporáneo: preparativos para otros cerebros futuros más diferenciados en los que no exista equilibrio de conciencia, sino una hipoconciencia para lo interno pensante. Prueba de ello: cuando más ausente se encuentra uno, sólo una cosa le parece lógica y natural: la lectura o la composición literaria y, en los demás, será la composición musical o la oratoria, etc.; es decir, el trabajo reconcentrado. *Similia similibus*. En cambio, una emoción, un caso afectivo o afectante basta para echar patas arriba todo equilibrio. A mí me pasa esto muchas veces y así cuando me vio Jaime Vera se equivocó pensando que era la enfermedad lo que es un simple síntoma, la predisposición emocional. Le señalo a usted este peligro que es muy digno de estar apercebido: el de que nuestra emotividad sea exclusivamente intelectual. Es muy dolorosa la transformación rápida de emociones en ideas y puede originar hasta verdaderas manías. Mientras Wundt no me demuestre lo contrario, creeré que el impulso muscular del corazón manda a veces la sangre con gran fuerza, a veces con gran lenidad sin que en ello intervenga el cerebro como señor de los vasomotores, sino, en todo caso, como un señor viejo y débil a quien le salen los criados respondones. En suma, de lo que se ha tratado siempre (Epicteto, Séneca, místicos y ascéticos) no ha sido más que de eso: de mandar en la sangre, de sujetarla y sofrenarla con la fuerza del cerebro; lucha inútil, como lo sería la del agua con la tierra. Tú, tierra, tienes que sostener el agua sobre tus lomos para que el agua te riegue y te fecunde. Por tal arte, vamos creando los cerebros anafroditas (aguas sin

tierra o tierras sin agua) o los cerebros hermafroditas (fueron o intentan ser agua y tierra a la vez), cuando era tan sencilla y natural y plausible y gustosa la existencia de cerebros machos y cerebros hembras y nada más. Tarde cae uno en la cuenta de su engaño y siente la tristeza de lo irreparable. Usted debe escarmentar en cabeza ajena. Yo que ya soy muy viejo, porque he pasado muchos años de tristeza y no veo clara la alegría futura, le digo que nada vale ni para nada sirve una intelectualidad anafrodita y que es monstruosa la intelectualidad hermafrodita de algunos refinados a quienes con toda justicia mandaría ahorcar o quemar nuestro amado monarca el señor Don Felipe II. Pero no piense usted que ya tiene buscado y hallado el cerebro femenino (la media tostada de abajo, dicho groseramente) si se limita usted a seguir pensando en casarse, a su vuelta a Madrid. Recuerde, fíjese bien en el sentido que en la Biblia tiene la palabra *conocer*. Hay que conocer a las mujeres y ¡guay del que conoce a una sola! Fíjese en lo estúpidos que ha hecho la Naturaleza a los animales monógamos (las perdices, las palomas) y en lo listos y graciosos que son los polígamos. Y la sociedad, completando lo hecho y dictado por la Naturaleza, marca justísimamente con su desprecio a quien se contenta con una mujer, la propia, habiendo tantas que conocer en el mundo; y este desprecio ¿creo usted que es cosa inventada por los hombres? ¡Quiá! Lo han organizado valientes, sabias, prácticas, discretas, las mismas mujeres. Ellas perdonan todo, menos la castidad y tienen razón que les sobra.

Después de estas corruptoras divagaciones, creo que mis canas le convencerán a usted de que la estufa y la cafetera son buenas en principio, pero pronto deben ser desechadas por algo que dé más grato y dulce calor, sin atufar o atontar la cabeza, como el carbón, ni sobrexcitarla, como el café. Y tienen más valor aún estas advertencias por cuanto quien las hace no las practica, sino en esfera muy limitada: pero haz lo que digo y no hagas lo que hago.

Hablando ahora de menudencias personales, le diré que nada hice aún para resolver mi particular situación. Intento acer-

(1) Poco claro en el texto (N. de la R.).

van a ofrecerse circunstancias más propicias, ni el nombre de Lope tiene tantos devotos como el de Cs.

En lo de la Academia, no hay que pensar por ahora. Las vacantes últimas las ocuparon D. Valentín Gómez, Don Cristóbal Pérez Pastor y Don Santiago R. Cajal. Para la de Villaverde, será elegido D. Francisco Rodríguez Marín y aún se quedará Grilo a la puerta. Aparte esto, yo no pongo empeño alguno en el asunto, pues se trata de una cosa que no proporciona tranquilidad material ni moral, ni produce dinero.

Me parece muy acertado que piense usted en lo que yo le dije respecto de la cátedra de Latín: pero es necesario que esté usted dispuesto a presentarse aquí en cuanto la vacante ocurra, lo cual puede suceder pasado mañana o dentro de dos años. Y es una ocasión que no debe desaprovecharse. Con lo que usted sabía antes de marcharse le sobraban más de mil para ser cátedra por oposición. Por tanto, lo que ha de hacerse en esto es que usted vigile por medio de la gente que esté a su devoción en el Ministerio, para que salga la cátedra a oposición cuando a usted le convenga. Cexador me había hablado también de esto, pero a tontas y a locas, como él hace todo cuanto no se relacione con las dravidianas o las uralaltaicas. La cátedra esa puede ser una gran base para usted, pues decentísimamente y sin ningún apremio le puede proporcionar almuerzo y comida. La cena ya se la buscará usted luego. Además, es absolutamente necesario que se haga en la tierra del Brocense una nueva *Minerva* modernizada y presentable y en la tierra de Maese Rodrigo un nuevo *Lexicón* decentito y esto lo podrá usted hacer mejor que los Sres. Guardia y Wirzeisky, etc. Asentadas sobre el cimientito del latín oficial pueden venir después cuantas divagaciones metafísicas o de las otras le pida a usted el cuerpo, pero no hay que olvidar nunca el sabio axioma de Ganivet: «Para probar el rancho es menester meterse en filas.» Hay en esto además una especie de helénica *sofrosyne* que es muy propia de las almas grandes. Mas, como la cosa en sí ni es difícil ni tiene nada de grandiosa, es necesario hacerla pronto, aprovechar los

minutos. La edad de usted es la más oportuna para ello.

Sigo sin resolver el problema gordo y tengo grandes probabilidades de no resolverlo jamás. Ando medio liado con una cubana rubia criada en Sevilla: pero hasta ahora sin más consecuencias que las del contacto material. No creo que lleguemos más adelante en lo espiritual... ni en lo fisiológico, porque en este punto ya hemos hecho toda la lira, toda el arpa y aun toda la flauta... y como decía no sé qué personaje del maestro Salas Barbadillo, no tenemos haber hecho uso nuevo en el mundo. Esta mujer es tal como la necesitaría un joven filólogo clásico para digerir con calma los anacolutos. Tiene en el cuerpo la cantidad de demonios necesaria para que recuerde uno su condición humana, la cual nos exige poner en toda gloria un poco de infierno. Los hombres, por nuestra imperfección, no podemos o no sabemos gozar del paraíso como los ángeles, según Santo Tomás: no acertamos a distinguir la fruición de Dios, que es el goce de la gloria, de la permanencia en el Limbo.

Creo que le indiqué a usted algo de proyectos editoriales que se han deshecho. El hombre de la cabeza gorda tiene compradas las obras de France. Yo pensaba que usted y yo hubiéramos ido traduciendo algunos tomos, pero luego he sabido que ese amigo no paga, aunque promete mucho, por lo cual he renunciado a todo trato. En cuanto a Sempere y Blasco Ibáñez acabo de palpar su insolvencia. Le encargaron a Manolito Sandoval una traducción de Carlyle. Manolito la entregó concluida en febrero y aún no ha cogido una peseta. Así andamos aquí todos.

No me extraña lo que me dice de los germanos. Si yo hubiese ido a Inglaterra, ya tenía pensado un libro o serie de artículos titulados *En qué consiste la inferioridad de los anglosajones*. Son muy brutos y en esto consiste su fuerza. Cuanto más brutas sean las ovejas, mejor es el rabaño y más a gusto anda el rabadán. No deje de escribirme. Yo lo haré cuando pueda. Un abrazo.

II
IV

ARTURO USLAR PIETRI

Venezuela : la construcción de un país

LA CONSTRUCCIÓN de un país es la empresa que tenemos planteada todos los venezolanos de hoy ; también es la empresa que tenían planteada los venezolanos de ayer, pero con la diferencia de que los venezolanos de hoy disponemos de medios y, por lo tanto, asumimos responsabilidades que los venezolanos de ayer no pudieron asumir porque no disponían de medios equivalentes. Nosotros no sólo tenemos que construir un país en Venezuela, sino que además podemos construirlo. Venezuela ha sido pobre a lo largo de casi toda su historia —de su corta historia en términos occidentales— que alcanza escasamente cuatro siglos y medio. En esa corta historia, por lo menos, cuatro de esos cuatro siglos y medio fueron de terrible pobreza. Venezuela fue uno de los países más pobres de América Latina. Un país de escasez y de atraso y de desvalimiento verdaderamente conmovedor. Hay que leer los viejos cronistas, desde el inicio de la conquista, cuando la ilusión de encontrar El Dorado y de hallar grandes minas había desaparecido ; un rezago de amargura y de desengaño aflora a la prosa de Aguado cuando dice que « la empresa de la colonización del país no había sido muy feliz ».

Cuando a fines del siglo XVI el tirano Aguirre, como un bólido de fuego, atraviesa a Venezuela y viene a morir en Barquisimeto, en lo que queda en la memoria de quienes le acompañaron, lo que aparece es la despectiva y desengañada manera con

que el vizcaíno hablaba de la tierra venezolana y decía que le daría gran lástima ir a morir en esa tierra tan pobre, rodeado de gente miserable, y habitada —son sus palabras textuales— por comedores de arepa. Esta gente que le parecía tan ruin, y tan abandonada y tan miserable a Aguirre, que andaba buscando la fabulosa Lima y la conquista del reino del Perú, no mejoró de suerte en los siglos siguientes. Apenas a fines del siglo XVIII comenzó a haber cierta prosperidad, limitada a la ciudad de Caracas, a los Valles de Aragua y a una pequeña clase social. Es la estampa de esa ciudad idílica la que se encuentra en los viajeros de ese siglo : en Depons, en Humboldt, atractiva y grata como una imagen de aquellas pastorales a que eran aficionadas las gentes de ese tiempo, pero que no dejaba de traslucir tampoco la pobreza excesiva del país. Pocas gentes podían salir, las comunicaciones eran mínimas, la población era escasa, las gentes más ricas vivían en lo que, con mucha exageración, podía llamarse una buena casa, de dos patios y un corral. No había coches, no había teatros, no había diversiones.

Ese estado de pobreza llega casi hasta nuestros días. A comienzos de este siglo, Venezuela seguía siendo un país desoladamente pobre. Hay una imagen del siglo XIX que podríamos recordar también de paso, que es la de las conmovidas y dolorosas palabras de Fermín Toro en la Convención de Valencia, cuando dice que basta lanzar una mirada a los pueblos de Ara-

gua, que era la región más rica en tierras de Venezuela, para darse cuenta de que sus pueblos tienen todos el aspecto de milenarios, es decir, de pueblos en decadencia, en pobreza ; que estaban llegando, como decía el viejo poeta español, al arrabal de senectud, en una nación que sin embargo debía ser joven y que medida por el tiempo que llevaba la colonización debía estar en la flor de su empuje y de su progreso. Esas circunstancias llegaron prácticamente hasta la primera guerra mundial. En efecto, cuando estalló esta guerra, Venezuela era un país incomunicado, en el cual sólo había un escaso servicio de cables con el exterior, en el que no se podía ir por carretera más allá de los valles de Aragua, en el que toda la comunicación se hacía por mar o por río, en que ir a los Andes era una aventura, en que ir a la Guayana era otra aventura, en que lanzarse a los Llanos era una expedición.

El monótono panorama era de paludismo, aislamiento, estrechez. Es entonces cuando la fisonomía del país comienza a cambiar. En realidad, cambia desde 1936. En 1936, Venezuela hace dos descubrimientos muy importantes : descubre, en primer lugar, el tamaño de su pobreza, y luego, descubre igualmente, que por primera vez en su historia, tiene una gran riqueza potencial. El tamaño de la pobreza apareció en 1936 por encima de toda aquella vieja tradición optimista de los viejos geógrafos, que podríamos sintetizar en la hermosa frase, por desgracia tan poco verdadera, de Cecilio Acosta, que decía que todo cuanto se tocaba era pan y que todo cuanto se pisaba era oro.

La verdad es que en el año de 1936 Venezuela descubre que es un país atrasado, que las tierras agrícolas de primera clase no abundan y donde, prácticamente, casi todo está por hacer. En ese tiempo se puso de moda un curioso expediente que se llamaba « Los Censos de Necesidades », y en los cuales cada pueblo hacía una interminable lista de las cosas que necesitaba y allí figuraban desde la refacción del templo en ruinas, desde la estatua de Bolívar para la plaza, hasta el hospital y la escuela y el camino y las aceras y las cloacas y el acueducto. Y de cada pueblo venía uno de estos censos, la suma de los cuales arrojaba una

astronómica cantidad de obras por hacer y de dinero por solicitar. Es decir, Venezuela estaba como un pequeño David desmirriado, con una mala honda en la mano, frente a un gigantesco Goliat de problemas y de necesidades plantado en su camino. Esa situación, ese descubrimiento de la pobreza y de las inmensas necesidades, coincide con el descubrimiento de que teníamos una riqueza potencial importante, mucho más grande que ningún Dorado con el que pudimos soñar en el siglo dieciséis y que de allí podía venir aquella prosperidad, aquella civilización, aquel adelanto por el que tan inútilmente estuvimos suspirando durante el siglo diecinueve, cuando no combatiendo sangrientamente, sin mejor resultado.

La riqueza petrolera que Venezuela empieza a conocer el año de 1936, va a desarrollarse rápidamente ; y también desordenadamente. Va a revestir casi la forma de una torrentera, de un alud que cae sobre el país, y por lo tanto no va a tener un crecimiento orgánico, ni va a estar concebida y dirigida en función de aquella necesidad de construcción nacional. A aquel país, que en muchas de sus zonas estaba en el siglo dieciséis poblado por campesinos tradicionales, que sembraban con chícura y araban con buey y vivían en un bohío de paja como los indios, le cae esta torrentera de dólares, sin plan, sin concepción de para qué podía servir aquello o qué orden de necesidades había que llenar.

En el folklore venezolano hay un cuento que a mí siempre me ha parecido muy simbólico de nuestro destino, que es el de la cucarachita Martínez. Se encontró una monedita y se le planteó el gran problema de qué hacer con ella ; y no hallaba qué hacer con ella porque todas las posibles inversiones tenían el inconveniente de que se le iban a acabar. Venezuela se encontró un poco en el caso de la cucarachita Martínez porque tenía tantas cosas que hacer con aquella moneda petrolera, que era difícil decidirse por un empleo racional, y en realidad lo que ocurrió fue que terminamos por emplearla a la buena de Dios. Esa inversión azarosa produjo sus efectos. Uno de los principales efectos que produjo fue, lógicamente, un enriquecimiento del país, pero un enriquecimiento desigual. Aumen-

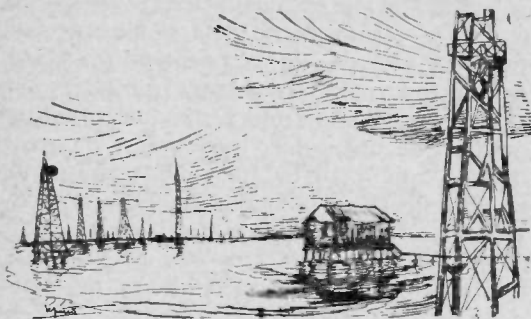
tó la capacidad adquisitiva de Venezuela, aumentó el dinero circulante y eso se tradujo, lógicamente, no en un aumento de la producción, sino en un aumento de las importaciones. Nos volvimos rápidamente —y era difícil que no nos volviéramos— un país de nuevos ricos. Un país de gentes que de pronto habían ganado a la lotería, y gastamos el dinero, en gran parte, como lo gastan las gentes que ganan el premio gordo. Esto trajo como consecuencia un desarrollo desigual. Hubo zonas, hubo actividades en las cuales ocurrió un desarrollo hipertrófico, como en la ciudad de Caracas, por ejemplo, la actividad de la construcción. Hubo otras zonas y otras actividades en las que no solamente no ocurrió ese desarrollo, sino que, relativamente, la desproporción entre esas actividades o esas zonas y la de la actividad privilegiada, se hizo enorme. Es decir, para decirlo con una frase que muchas veces he empleado, se crearon dos Venezuelas, dos Venezuelas superpuestas, dos Venezuelas coexistentes y casi sin relación. Un país pequeño de privilegiados del petróleo que comprendía algunas ciudades y algunas zonas limitadas del territorio y una pequeña parte de la población, la que trabaja directamente para el petróleo o indirectamente del petróleo, y la otra, remota y vieja Venezuela de los campesinos, que siguió viviendo en sus mismas condiciones tradicionales, sólo que ahora la conciencia de su miseria era mucho mayor de lo que podía ser antes, porque la vara de medir había crecido mucho. Esa situación dramática de las dos Venezuelas la hemos venido a comprender tal vez un poco tarde, cuando se ha presentado y nos ha puesto cerco. La Venezuela petrolera está cercada por la Venezuela miserable que viene del pasado colonial ; y ese ejército

que nos cerca está, como en los viejos romances y en las viejas historias épicas, acampando en torno a la ciudad rica. Ese campamento de la Venezuela rural miserable es el cerco de ranchos y de miseria que rodea a una ciudad como Caracas o a una ciudad como Maracay y a otras muchas ciudades de Venezuela, donde se ha concentrado la riqueza. Por lo tanto, eso nos está revelando dramáticamente que esa contradicción, que ese contraste significa que no hemos hecho con esa riqueza la inversión justa que debimos hacer ; que no aprovechamos esa riqueza para crear un país equilibrado, un país en el cual hubiera habido un desarrollo armonioso y compensatorio de las distintas actividades proporcionalmente, sino que ese desarrollo se hizo azarosamente, por tumbos, eruptivamente, sin plan y sin equilibrio y sin un ritmo director. Esa situación ha llegado hasta nuestros días y la confrontamos hoy de un modo mucho más dramático.

En 1936, cuando empezaba a asomar ese contraste entre la pobreza del país y la riqueza potencial del petróleo, yo lancé una frase que tuvo éxito ; desgraciadamente tuvo mejor éxito de resonancia que de posibilidad de convertirse en acción, que fue la de aconsejar como divisa de la actividad venezolana : *sembrar el petróleo* ; es decir, aprovechar esa riqueza que estaba bajo el suelo para convertirla en riqueza reproductiva, porque el petróleo tenía, entre otras, la gravísima característica de que es una actividad destructiva. Cada barril de petróleo que sale de la tierra es un barril menos de petróleo con el que cuenta Venezuela, y por lo tanto, si ese barril o parte de ese barril no se reinvierte en alguna forma reproductiva, es, en gran parte, un barril perdido y, en resumidas cuentas, un empobrecimiento neto para el país.

Esa situación se ha hecho hoy mucho más dramática porque en los años transcurridos, sólo una parte muy pequeña de esa riqueza ha sido reinvertida. No ha habido un crecimiento económico racional en Venezuela. Hemos tenido un crecimiento que está muy lejos de ser parejo y equilibrado y por consiguiente la coexistencia de las dos Venezuelas sigue siendo tanto o más amenazadora de lo que era en 1936.

Hoy nos encontramos los venezolanos



más dramáticamente que nunca frente a ese desafío, frente a esa necesidad de responder con la acción a ese grave problema. Tenemos hoy una industria petrolera extraordinariamente desarrollada, somos el primer exportador de petróleo del mundo ; fuimos hasta hace muy poco el segundo productor del mundo, y por lo tanto, hoy más que nunca, tenemos la posibilidad de utilizar y de explotar inteligentemente esa riqueza para convertirla en un instrumento de desarrollo. Ahora bien, ésto implica una posición conceptual. Nosotros podemos concebir el petróleo de dos maneras extremas y distintas : o podemos concebirlo como una industria más dentro del panorama económico de Venezuela, como podríamos concebir, por ejemplo, la producción de electricidad, y entonces decimos ¿cuál es el mejor sistema para que se haga más eficiente la producción de electricidad, cuál será el sistema ideal para que la distribución resulte todavía más efectiva? Esta sería la manera de considerarla como una cosa en sí, aislada del complejo general del país. Yo creo un error considerar la industria petrolera del mismo modo que podríamos considerar la industria eléctrica. Nosotros tenemos que considerar la industria petrolera desde otro ángulo totalmente distinto. Nosotros tenemos que considerar la industria petrolera como un instrumento de desarrollo del país y, por lo tanto, es posible que ello implique, en ciertos momentos, prescindir o apartarse de lo que pudiera ser el concepto teórico y abstracto de una explotación o conservación ideal, porque lo que importa es la utilización instrumental de esa riqueza en el desarrollo del país en un plazo breve que nos ha sido dado y no más allá.

Construir un país o desarrollar un país



implica fundamentalmente invertir capital. Los capitales, en su forma más simple y llana, provienen de un hecho : del hecho de que una parte de la riqueza producida no se destine directamente al consumo sino que se ahorre. Ese hecho simple, que está en la base del nacimiento del capital, establece una relación estrecha entre capital y ahorro. Por lo tanto, cuando un país tiene que invertir en su desarrollo, tiene que ahorrar ; y ese ahorro puede hacerse de muchas maneras, pero siempre constituye una operación difícil y un sacrificio. Tenemos dos ejemplos muy importantes de este tipo de desarrollo. Uno es el ejemplo de cómo se hizo la Inglaterra del siglo XIX, la Inglaterra industrial. Inglaterra se hizo imponiéndole a la población rural inglesa transformada en obreros, los sacrificios más monstruosos. Basta leer a Carlos Dickens, a los novelistas ingleses de comienzos del siglo XIX, a los viajeros y a los historiadores, para darnos cuenta de la inenarrable miseria, el precio de sudor y lágrimas que el pueblo inglés pagó para construir el poderío industrial de Inglaterra. Trabajaban no solamente los hombres sino las mujeres y los niños. Las jornadas de trabajo eran en ocasiones de 18 horas. Los salarios, extraordinariamente bajos, las condiciones de vida, infrahumanas, y entre los instrumentos de trabajo figuraba el látigo del capataz.

A esa costa se hizo el poderío industrial de Inglaterra. Es decir, a costa de un ahorro no solamente en moneda, sino también en sacrificio humano muy grande de una o dos generaciones. En nuestros días hemos presenciado un caso similar, el segundo ejemplo : la construcción del socialismo en Rusia hecha por Stalin. Stalin, en el transcurso de una veintena de años, decidió, contra toda norma de la teoría marxista, que podía construirse el socialismo en un país, y le impuso al pueblo ruso, por medio de un régimen de hierro, el sacrificio de convertir aquel país, esencialmente rural, en una gran potencia industrial. Y lo consiguió a costa de millares de vidas, de negarle todo derecho y toda comodidad a la gente, de transplantar los hombres y la fuerza de trabajo como carneros, de no tener piedad ni compasión de ninguna índole por ninguna aspiración humana y de utilizar al hombre como un avaro utiliza

JUAN LISCANO

La literatura venezolana

ANTES DE 1811, es decir, del año de la Independencia, Venezuela no contaba, como México y Perú, con figuras destacadas en el ejercicio de las letras y de las artes. Nuestra literatura colonial resulta desoladoramente pobre. Nuestros primeros escritores fueron los cronistas que se refirieron a la Provincia de Venezuela. Entre ellos Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado y Fray Pedro Simón. En nuestros días, Isaac Pardo publicó un trabajo exhaustivo sobre Juan de Castellanos (1522-1607), versificador de la Conquista que estuvo en Coro, Margarita y Costa de Paria. Los 150.000 versos de que consta su obra (*Elegías de Varones Ilustres de Indias*), pese a los hallazgos poéticos que pueden ser entresacados de aquella relación, no bastan para convencer de que su autor fuese un poeta. La prosa de Fray Pedro Simón supera a la de Fray Pedro de Aguado, pero sus *Noticias Historiales de la Conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales* se limitan, en lo que a investigación histórica se refiere, a glosar la *Historia del Descubrimiento y Fundación de la Gobernación y Provincia de Venezuela* (1581), del segundo nombrado.

José de Oviedo y Baños, nacido en Bogotá en 1671 y fallecido en Caracas en 1738, donde residió desde los 14 años, puede ser mencionado como el primer escritor venezolano, no sólo por haber pasado la mayor parte de su vida en nuestro territorio, sino por las galas de su escritura, que escapó a los excesos del barroco y del culturanismo, tan en boga en su época, sin des-

pojarse por eso de lujo y de belleza. Con estilo clásico y realista, cuenta la conquista y población de la Provincia de Venezuela y un aire de canción de gesta, de poema heroico, envuelve las acciones evocadas. Acaso semejante característica se deba a que Oviedo y Baños tuvo ante sus ojos el poema épico que, según se supone, compuso para el Cabildo de Caracas un soldado de fortuna llamado Ulloa, a quien en 1593 le fue contratada esa producción. Ese poema, de haber sido escrito, se perdió y correspondería a Oviedo y Baños haberlo vertido a su prosa elegante y discreta. La obra de Oviedo y Baños vio la luz de la publicidad en 1723.

Aunque se tengan numerosas referencias sobre la actividad teatral durante la Colonia, ningún autor dejó el recuerdo de su nombre, así como ningún poeta ilustre agitó con sus composiciones el ambiente sosegado de aquella existencia patriarcal y ceremoniosa. Desde el siglo XVI se representaban autos, comedias y loas con músicas y bailes, en ocasiones solemnes o durante festividades religiosas como el Corpus. Hacia 1766, en Caracas, el *Auto a Nuestra Señora del Rosario*, escrito por un natural de aquella villa, mereció el interés del público capitalino. Aparecían en escena divinidades mitológicas y santos católicos, además de la Culpa, Caracas, la Justicia, la Música y hasta un personaje popular llamado « el loco ropasanta ».

En vísperas de la independencia, en 1802, Andrés Bello que contaba 21 años, compuso una pieza dramática de circunstancia

para celebrar la introducción de la vacuna en Venezuela. La obra se titulaba *Venezuela Consolada*. En 1808, las primeras derrotas infligidas a los ejércitos napoleónicos que invadían a España, dieron lugar a la representación de *España Restaurada*. Con motivo de la victoria de Bailén, Andrés Bello compuso su celebrado soneto :

*Rompe el león, soberbio, la cadena
con que atarle pensó la felonía...*

La acaudalada familia de los Ustáriz mantenía sus salones abiertos a la tertulia de la inteligencia venezolana de aquel entonces. Quizás entre lecturas y discusiones, se solían representar piezas escogidas. Quizás el poeta Vicente Salias —autor de la letra del himno nacional— o Andrés Bello o Domingo Navas Spínola, ferviente amigo del arte teatral como lo demostraron su traducción de *Ifigenia en Aulide* de Racine y su tragedia en cinco actos *Virginia*, estrenada mucho después, en 1824, compusieron algunos juguetes escénicos para esas reuniones de esparcimiento elevado que recataban, antes del estruendo de la guerra en ciernes, la ilustración de la aristocracia intelectual caraqueña, y un estilo de vida feudal y patriarcal, a punto de desaparecer, que en esos deleites del espíritu daba sus mejores frutos.

De 1810 a 1830

La narración de las guerras de independencia constituirá el tema fundamental de la naciente Historia patria. Desde ese centro de conciencia histórica y política se desprenderán, en exploraciones cada vez más extendidas, el estudio del pasado precolombino, del presente bullicioso y de los procesos sociales, jurídicos y económicos.

Los primeros escritores republicanos fueron tratadistas, jurisconsultos, compiladores, historiadores. Tres tipos de obras se distinguen en ese campo : las compilaciones, las narraciones y los tratados adoctrinados o interpretativos.

Mencionaremos las recopilaciones fundamentales : las colecciones de documentos para la vida pública de Bolívar reunidas respectivamente por Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza (22 volúmenes) y por José Félix Blanco y Ramón Azpúrua (14

volúmenes), así como las *Memorias* del general Daniel O'Leary, edecán del Libertador. La primera recopilación fue publicada entre 1826 y 1833, la segunda entre 1875 y 1877, y las *Memorias* entre 1879 y 1888.

En relación con las narraciones sobresale la conocida *Autobiografía* escrita por Páez hacia el final de su vida, para corregir la imagen de su gloria empañada por Felipe Larrazábal. También el *Bosquejo Histórico* de José de Austria, actor en muchas campañas militares.

Entre los tratados más importantes está *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo* (Filadelfia, 1817) por Juan Germán Roscio (1763-1810), en el cual el autor revisa las Sagradas Escrituras para demostrar que en ninguna parte de ellas se sustenta la doctrina del derecho divino de la monarquía. La obra de Roscio tuvo una gran repercusión ; alcanzó varias ediciones y disfrutó del prestigio singular de que fuera escrita por un católico convencido. Francisco Javier Yanes (1777-1842) dejó varias obras que le acreditan como una de las inteligencias más equilibradas de su época : *Manual Político del Venezolano* (1824), *Compendio de Historia de Venezuela* (1840), *Historia de Margarita e Historia de la Provincia de Cumaná*. El notable polígrafo Pedro Grases descubrió recientemente que las *Epístolas Catilinares* (1835), atribuidas a Juan Vicente González, son de Yanes. Pero la personalidad más original de ese período es, sin dejar lugar a dudas, Simón Carreño Rodríguez (1771-1854), cuyo estilo y cuyo pensamiento rompen con todos los moldes tradicionales. En 1791, cuando apenas había cumplido los 20 años, el Cabildo de Caracas, su ciudad natal, le nombró maestro de escuela de primeras letras. Así se inició una vocación de pedagogo harto turbulenta. En 1794 presentó un informe bastante revolucionario proponiendo reformas en la rama de la enseñanza a su cuidado. Formuló desde entonces algunos de sus postulados : la conveniencia de la enseñanza artesanal y popular y la aspiración a la igualdad en el campo de la instrucción. Aproximadamente en esa época le fue confiada la instrucción del joven Simón Bolívar. El preceptor reformista y rousseauiano influyó profundamente sobre la sensibilidad del joven criollo. Más tarde

La resonancia de la *Silva* llena el ámbito de la cultura venezolana. El movimiento nativista puede apreciarse como una respuesta a ese poema y a la invitación formulada en él de cantar nuestra geografía, nuestra fauna y nuestra flora. El tema del regreso al campo y del repudio a la guerra y a la ciudad disociadora inspirará poemas posteriores, como la *Silva Criolla* de Lazo Martí, y novelas como *Peonía* de Romero-García, *Reinaldo Solar* y *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos.

Neoclasicismo y romanticismo

Entre 1860 y 1866 mueren cuatro grandes figuras de las letras venezolanas: Andrés Bello (1781-1865), el clásico, el humanista que presagia el Romanticismo; Fermín Toro (1807-1865), el hombre público que se acerca a las letras sin buen éxito, aunque haya sido el primero, en nuestro país, en cultivar la novela —*Los Mártires*, *La Viuda de Corinto*, *La Sibila de los Andes*—, postizas narraciones que mezclan, sin verdadera inspiración, el folletín con la ficción romántica, pero cuyo pensamiento rector alienta en discursos, ensayos, artículos y epistolarios ratificando su actuación ejemplar y la honestidad de sus proceder republicanos; Rafael María Baralt (1810-1860), el estilista, el literato que desechando las efusiones del Romanticismo busca la tierra firme de una escritura tan castiza como antiespañol pudo ser su juicio histórico; Juan Vicente González (1810-1866), el apasionado, el romántico, inteligencia impetuosa, pero contradictoria, acabada expresión anímica de la violencia y de la improvisación tropicales, del autodidacta, de la política entendida como un fanatismo religioso, del sueño de grandeza nunca cumplido y de la generosidad siempre corta.

La obra de Andrés Bello, como es sabido, resulta fundamental en los orígenes de nuestras Repúblicas. Jurista, filósofo, gramático, fundador de los estudios universitarios en Chile, poeta a sus horas, crítico esclarecido, su pensamiento ordenador y analítico constituye una de las vigas maestras de la vida intelectual republicana.

Baralt escribió poemas perfectos desde un punto de vista preceptivo, pero carentes de autenticidad lírica. Su *Resumen de la His-*

toria Antigua y Moderna de Venezuela mereció elogios hasta que la reacción positivista, hacia finales del siglo XIX, la enjuició severamente tanto por lo arcaico del estilo como por la pobreza documental.

La crítica venezolana ha sido siempre favorable a Juan Vicente González, acaso porque sus defectos y sus características responden a la naturaleza profunda del criollo. Hoy se sabe que su *Manual de Historia Universal* parafrasea a Michelet, cuando no lo copia; que escribió sólo las *Catilnarias* de 1845, que su *Historia del Poder Civil* deja mucho que desear, que la *Revista Literaria* publicada en 1865, poco antes de morir, está fuera de las corrientes de su época y de espaldas a los jóvenes autores venezolanos. Sin embargo, su *Biografía de José Félix Ribas*, además de inaugurar el género de historia novelada y enfática, intuye en lo venezolano ingente y formula apreciaciones sociológicas y políticas a veces certeras. Trazó con inspiración de pintura heroica, el retrato de Boves y de sus laneros. Volcó sus sentimientos elegíacos, sus nostalgias por los amigos fallecidos, sus angustias por la Patria desangrada, en las *Mesenianas*, a las cuales no se les puede negar ni sinceridad ni vigor en el estilo.

El Romanticismo español e hispanoamericano, a pesar de Bécquer y Larra, constituyó casi siempre una forma de elocuencia o de grandilocuencia que nada común tuvo con la angustia metafísica y existencial del romanticismo germano y anglosajón, o con la rebelión del yo y la voluntad de exaltar la pasión como acto supremo creador, propios del que se expandió por Francia. Simulación de sentimientos verdaderos, exaltación declamatoria, exotismo superficial, retórica, énfasis, constituyen los rasgos principales del romanticismo practicado por los escritores de lengua española.

El único poeta de autenticidad romántica producido por Venezuela se llama Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892), aunque bien pudiera denominarse «el desterrado», pues casi toda su existencia transcurrió en el exilio político. Cuando pudo regresar a su país, fue para llorar sobre la tumba de su madre la pena sin consuelo, la soledad, la salud definitivamente perdida. Apenas cumplidos dos años de ese regreso, Pérez

Bonalde falleció, minado por las drogas con las que quiso mitigar sus duelos íntimos. Contaba 46 años. Al pisar de nuevo el suelo patrio, una vez que el autócrata Presidente Guzmán Blanco hubo perdido el poder y la influencia política, escribió el segundo gran poema de la literatura venezolana: *Vuelta a la Patria*. Su música patética y elevada acalla inexorablemente los cantos genebundos y nocturnales de José Antonio Maitín (1804-1874) y de Abigaíl Lozano (1821-1866); las versificaciones de Ros de Olano (1808-1886) y de José Heriberto García de Quevedo (1819-1871), este último copioso autor de folletines, con residencia en Europa; la poesía honorable de José Antonio Calcaño, de José Ramón Yépez (1822-1881) y de Jacinto Gutiérrez Coll (1835-1901); los vitores y las palmas que acogieron las producciones de Heraclio Martín de la Guardia (1829-1908) —también longevo autor de teatro que cultivó tanto el drama de capa y espada como la llamada «comedia moderna»— y de Francisco Guaycaipuro Pardo (1829-1882), y en general, las imitaciones más o menos felices de Espronceda, Núñez de Arce, José María de Heredia, Zorrilla, Bécquer y Víctor Hugo.

Pérez Bonalde residió en los Estados Unidos y viajó por Europa, Asia y África. Hablaba varias lenguas vivas. Adquirió ilustración y sensibilidad cosmopolita, sin olvidar por eso a su tierra. Leyó a los románticos ingleses y alemanes en la lengua original y tradujo magistralmente a Heine y a Poe. Nacido el mismo año que Lautréamont, murió un año antes que Rimbaud, pero su acción poética fue renovadora tan sólo en función venezolana. Con sus traducciones y sus versos reveló valores emocionales más auténticos que los del seudorromanticismo declamatorio. Clásico por la forma, fue romántico por la inspiración. Su búsqueda no era estilística, sino ontológica. Con él nace y se extingue el verdadero romanticismo en nuestra poesía.

Eduardo Blanco (1838-1912) escribió el Evangelio de esa historia entendida y sentida como «segunda religión» —según la calificara cáusticamente el joven historiador contemporáneo Germán Carrera Damas—; se titula: *Venezuela Heroica*. Allí las acciones de la guerra de independencia se trans-

figuran en epopeyas inagotables. Además, es autor de un drama de capa y espada y de relatos de un tanto folletinescos y truculentos como *Una Noche en Ferrara*. Pese a su grandilocuencia, Blanco se muestra poseedor de un estilo vigoroso, rico en colores y ritmos. Algunos críticos creen que su novela *Santos Zárate* (1882), inspirada en la guerra de emancipación y en la vida social venezolana, inaugura la narrativa nacional, ya que los llamados costumbristas se limitaban al apunte y al boceto literarios. Entre los costumbristas venezolanos destacamos a Daniel Mendoza (1823-1853), a Francisco Salas Pérez (1836-?), a Nicanor Bolet Peraza (1838-1906), a Tosta García, a Rafael Bolívar Álvarez y a Rafael Bolívar Coronado (1884-1924), autor de *El Llano* y a Manuel Mármol.

Dos escritores de carácter más bien didáctico y científico señalan la transición hacia nuevas posiciones intelectuales y creadoras, nacidas del naturalismo, del positivismo y del revolucionismo: Cecilio Acosta (1818-1881) y Aristides Rojas (1826-1894).

Acosta dispersó su lucidez crítica y sus conocimientos en textos sueltos, epistolarios reales o imaginarios, poemas, discursos y ensayos. Sus comentarios, tan enjundiosos como serenos, se refieren a jurisprudencia, política, filosofía, educación y bellas letras. Condenó las formas de la violencia social, el regusto por las revueltas armadas y exaltó el orden nacido del Derecho y del respeto a las instituciones representativas.

Aristides Rojas fue un apasionado recopilador de tradiciones y un cultivador de las ciencias objetivas. Enrique Bernardo Núñez le calificó de «anticuario del Nuevo Mundo». Pedro Grases, a cuya acuciosidad se debe la bibliografía más completa sobre este autor de quien reunió más de 788 fichas solamente en folletos y en libros, señaló que Rojas, a pesar de haber publicado hacia el final de su vida algunas recopilaciones de trabajos suyos, «es fundamentalmente autor de monografías... como correspondía, por otra parte, a quien iniciaba en muchos aspectos el estudio de asuntos prácticamente inexplorados en Venezuela».

Reacio a intervenir en las disputas políticas de su país, tan vehementes y destructoras como inútiles, se dedicó a interpre-

Fombona (1874-1944), el más conocido de los nombrados hasta ahora, en razón de su gestión como director de editorial y polemista político, usó la novela como arma de combate, alterando así sus propios fines y sus medios intrínsecos. Con José Rafael Pocaterra (1888-1954), Teresa de la Parra (1898-1936) y Rómulo Gallegos (1884), la narrativa venezolana alcanza su mayoría de edad.

Pocaterra pintó vidas humildes de la provincia y vicios de la alta sociedad, en cuentos, novelas y novelines escritos con estilo vigoroso, punzante, mordaz, a veces exageradamente sarcástico, otras tembloroso de solidaridad humana. Arrastrado por las luchas políticas vernáculas, padeció por ello el presidio. Una vez libertado, se dedicó a combatir la dictadura de Gómez y a escribir un escalofriante documento, requisitoria contra el régimen y testimonio de la crueldad en las cárceles: *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* (1936). La política, en este caso, le restó a Venezuela un brillante escritor de ficción.

Teresa de la Parra descubrió en sus dos novelas —*Ifigenia* (1924) y *Memorias de Mamá Blanca* (1927)— la intimidad de una « señorita bien », de esa « flor del barroco », como la calificara Uslar Pietri. Ifigenia es la niña de sociedad sacrificada en el altar de las convenciones y conveniencias familiares.

Con Rómulo Gallegos culmina toda una etapa de nuestra narrativa, aquella sometida a las influencias del nativismo, del costumbrismo, del realismo, del lirismo descriptivo que alcanza tonos épicos cuando contempla las luchas del hombre con la naturaleza. *Doña Bárbara* (1929) aventó la fama de su nombre por el mundo, aunque en nuestra opinión *Cantaclaro* (1934) y *Caima* (1935) la superan. Gallegos, en las tres novelas nombradas, en sus cuentos, en sus otras obras, entre las cuales sobresalen *El Último Solar* (1920), *La Trepadora* (1925), *Pobre Negro* (1937), *El Forastero* (1942), crea arquetipos y tipos venezolanos, condena la barbarie, el regusto por el « machismo », trasciende conflictos sociales y psicológicos a un ámbito clásico y universal, descubre los valores emblemáticos de nuestra extensa geografía y de nuestra cultura. La Venezuela descrita por él pertene-

ce aún a la Edad del Caballo. El petróleo no ha transformado todavía costumbres y estructuras. Es nuestro primer clásico y uno de los escritores ejemplares de lengua española.

Venezuela no ha vuelto a producir otro novelista de su talla. Los narradores parecen no encontrar el camino que los lleve a librarse de su influencia o a superar su obra, renovando medios expresivos, temas, enfoques y lenguaje. La transición de un país agrario hacia un país industrial, la increíble expansión demográfica de una ciudad como Caracas, la explotación petrolera y las transformaciones derivadas de ella, constituirán los temas de las próximas novelas. Por el momento, la narrativa se limita a enfocar temas sociales, con una técnica realista o se extravía en creaciones postizas concebidas a la manera de escritores extranjeros de moda.

Sin embargo, no han faltado libros aislados prometedores. Entre estos citaremos *Cubagua* (1931) de Enrique Bernardo Núñez (1895), cuya acción transcurre en tiempos diferentes y reversibles, con personajes que los atraviesan y proyectan hacia el porvenir; *Las Lanzas Coloradas* (1931) de Arturo Uslar Pietri (1906), poderoso fresco épico lírico de la guerra a muerte que pone en relieve los términos contradictorios del carácter nacional; *Puros Hombres* (1938) de Antonio Arráiz (1903), terrible testimonio contra el presidio venezolano, formulado en diálogos escuetos de personajes, sin descripciones exteriores ni efusión literaria alguna. Todo se manifiesta por el diálogo de los hombres encarcelados.

Entre los novelistas activos de hoy en día nombraremos a Ramón Díaz Sánchez (1903), requerido también por los estudios de la Historia; a Miguel Otero Silva (1908), que se supera en cada uno de sus libros; a José Fabbiani Ruiz (1911), quien centra su interés en el mundo de la infancia evocado en términos líricos y hermosos; a Guillermo Meneses (1911), mejor cuentista que novelista y una de las naturalezas mejor dotadas para la creación literaria; a Lucila Palacios, sin propensión a la confidencia pero sí a la acción reformista y al testimonio de su tiempo; a Arturo Croce, animado por un propósito de denuncia y justicia social.

Desde 1928, el cuento y el relato se lanzaron por el camino de la vanguardia. Arturo Uslar Pietri escribió la obra más válida de ese período: *Barrabás y otros relatos*. La técnica de la narración corta progresó desde entonces, superando definitivamente el naturalismo y el realismo. Antes que la novela, encontró nuevas posibilidades estilísticas y temáticas, nuevos enfoques de la vida venezolana. Contribuyeron a esa renovación del cuento muchos escritores, entre quienes mencionaremos a Ramón Díaz Sánchez, Guillermo Meneses, Gustavo Díaz Solís, Humberto Rivas Mijares, Andrés Mariño Palacios, Antonio Márques Salas, Pedro Berroeta, Oscar Guaramato, Hector Mujica, Alfredo Armas Alfonzo, Enrique Izaguirre, Antonio Stemple, Adriano González León, Ramón González Paredes y Manuel Trujillo.

ENSAYO Y CRÍTICA: Gonzalo Picón Febres, en su obra *La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve* (1909), se declara partidario del realismo nativista y del evolucionismo. Luis López Méndez (1862-1891), fallecido prematuramente, fue adalid de la revisión y crítica positivistas en su único libro: *Mosaicos de Política y Literatura* (1890). Jesús Semprún (1882-1931) fue respetado como la máxima autoridad crítica en su tiempo. Lo fundamental de la obra crítica de Julio Planchart (1885-1948) está contenido en un solo volumen: *Temas Críticos* (1948). Luis Correa (1888-1942) escribió con gracia e inteligencia sobre asuntos relacionados con las bellas letras. César Zumeta, de brevísima obra conocida, señala el paso de las valoraciones regionales al ámbito de lo universal. Venezuela no ha tenido ningún historiador de la cultura de tanta virtud estilística e ilustración humanista como Mariano Picón Salas (1901). Su obra, vasta y variada, abarca desde la evocación autobiográfica —*Viaje al Amanecer, Regreso de Tres Mundos*— hasta la historia de las Ideas —*De la Conquista a la Independencia*—, pasando por el ensayo —*Preguntas a Europa, Comprensión de Venezuela*—, la biografía —*Pedro Claver, Miranda, Los Días de Cipriano Castro*—, la novela —*Registro de Huéspedes, Tratos de la Noche*— y los estudios sobre temas de literatura —*Literatura Venezolana*—. Ella

constituye no solamente un ejercicio de estilo, sino una afirmación permanente de lucidez intelectual, de respeto por la cultura, de información humanista y de conocimiento hispanoamericano.

Pocos cultivadores ha tenido la crítica literaria y el ensayo de fondo sobre materias artísticas. Abundan, en cambio, los textos y los estudios de tipo didáctico, así como los ensayistas en el campo de la sociología, la historia y la economía. Venezuela cuenta con destacados polígrafos y bibliófilos.

Arturo Uslar Pietri, también requerido por la economía, ha cultivado esporádicamente el ensayo literario. *Hombres y Letras de Venezuela* lo atestigüa. Rafael Angarita Arvelo, en 1934, asentó cátedra con *Historia y Crítica de la Novela Venezolana*. Santiago Key Ayala (1874-1959), hombre de buena formación humanística, elaboró a lo largo de su vida las series Hemero-bibliográficas que constan de unas 10.000 fichas sobre asuntos venezolanos. Pedro Grases (1909), nacido en Cataluña, pero nacionalizado venezolano, se ha destacado en los últimos 24 años como el más calificado ordenador de la documentación patria en materia de historia, bellas letras y bibliografía. Además, ha dirigido las más importantes recopilaciones llevadas hasta ahora a efecto en Venezuela sobre autores del siglo XIX. Pedro Díaz Seijas, el más joven de los nombrados, sobresale por su *Historia y Antología de la Literatura Venezolana*, y por algunos otros estudios sobre bellas letras. Consignaremos los nombres de otros escritores que han contribuido desde distintos aspectos al estudio de la literatura venezolana: Eduardo Crema, Ulrich Leo, Felipe Massiani, Eduardo Arroyo Lameda, R.A. Rondón Márquez, Angel Mancera Galetti, José Fabbiani Ruiz, Pascual Venegas Filaro, Rafael Olivares Figueroa, Pedro S. Barnola, Carlos Augusto León, José Ramón Medina, Pastor Cortés, Luis Beltrán Guerrero, Eddi Morales Crespo, Mario Torrealba Lossi, Oscar Sambrano Urdaneta, Orlando Araujo, José Cañizales Márques, José Francisco Sucre, Eduardo Arroyo Alvarez, Guillermo Sucre y Ramón Losada Aldana.

Diversas tendencias han impulsado las búsquedas en el campo de lo social y de lo

tión renovadora dignificando, por una parte, la actividad del poeta, exigiéndole algo más que la simple improvisación circunstancial, comprometiéndole con su arte en función de destino, y por otra parte revelando a través de sus publicaciones nuevos autores y figuras mundiales consagradas, pero un tanto desconocidas en las tierras tropicales : Rilke, Hoederlin, Novalis, Rimbaud, Lautréamont, Valéry, Eliot. Al influjo de esos grandes alucinados, la poesía venezolana adquirió una calidad introspectiva y metafísica de la cual se creía incapaz. Integraron originalmente el « Grupo Viernes » : Rafael Olivares Figueroa, Pascual Venegas Filardo, Pablo Rojas Guardia, Luis Fernando Alvarez, José Ramón Heredia, Oscar Rojas Jiménez, Fernando Cabrices (el crítico del grupo), Angel Miguel Queremel, Otto de Sola y Vicente Gerbasi. De todos los nombrados, los dos últimos continúan en plena actividad creadora, pues Alvarez y Queremel fallecieron, Rojas Guardia Heredia y Rojas Jiménez hicieron mutis, Olivares Figueroa derivó hacia la indagación del folklore y la poesía epigramática y Venegas Filardo se dedicó preferentemente a la crítica y a los estudios geoeconómicos.

Si tuviésemos que destacar algunas obras fundamentales de los poetas nombrados mencionaríamos : *Portafolio del navío desmantelado* (1939), *Visperas de la Muerte* (1940) de Luis Fernando Alvarez (1902-1952) ; *Santo y Señá* (1938) de Queremel (1899-1939), *Acero Signo* (1937) y *Trópico Lacerado* (1945) de Rojas Guardia ; *De la Soledad y de las Visiones* (1940), *El desterrado en el Océano* (1952) y *El Arbol del Paraíso* (1960) de Otto de Sola ; *Mi padre, el inmigrante* (1945) —uno de los más hermosos y subyugadores cantos escritos en Venezuela, comprendido en la línea de las *Silvas*, pero con una emoción existencial—, *Los Espacios Cálidos* (1952) y *Olivos de Eternidad* (1961) de Vicente Gerbasi, sin olvidar *Gong en el Tiempo*, de José Ramón Heredia.

Después del « Grupo Viernes », cuya existencia duró aproximadamente hasta 1942 o 43, se multiplicaron las tendencias poéticas, ya abierta nuestra lírica a todas las posibilidades estéticas contemporáneas. No sería posible circunstanciar grupos ni

estudiar en particular a cada poeta que lo merezca, pues alargaría demasiado estos apuntes. De modo que nos limitaremos a nombrar los que juzgamos más representativos y más auténticos : Pálmenes Yarza, Enriqueta Arvelo Larriva, Luz Machado de Arnao, Ida Gramcko, Jean Aristiguieta, Ana Enriqueta Terán, Juan Beroes, Carlos Augusto León, Alberto Arvelo Torrealba, José Ramón Medina, Pedro Francisco Lizardo, Juan Manuel González, Rafael Pineda, Juan Sánchez Peláez, Carlos Gottberg, Ramón Palomares, Guillermo Sucre, Juan Ángel Mogollón y Luis García Morales, con lo cual no creemos ni mucho menos haber agotado la nómina de cultivadores calificados de la poesía.

Conclusión

La literatura, y por ende el pensamiento venezolano, ha pugnado desde la independencia por ponerse al día, por integrarse a los movimientos intelectuales y artísticos contemporáneos, por interpretar y expresar el complejo de lo nacional —hombres, tierra, cultura—, por formular esa interpretación en un lenguaje que usase validez universal. En general, los esfuerzos desplegados no han tenido la compensación del éxito deseado. Venezuela es un país belicoso, devorado por la acción política y las disensiones internas. Singular significación y trágico valor emblemático tiene la última proclama de Bolívar : « Si mi muerte contribuye a que cese la lucha de partidos y se consolide la unión bajaré tranquilo al sepulcro. » Esa invitación resuena inútilmente desde hace ciento treinta años. Los venezolanos no la han escuchado. Esa tendencia al embrollo político, a la pugna por el poder, ese utilitarismo positivista unido a la secular carencia de editoriales y de mercado interno para los libros, ahoga las esperanzas legítimas del escritor de poderse comunicar con un auditorio suficiente. Las rutas de nuestras bellas letras están sembradas de vocaciones frustradas. Venezuela no empuja hacia el mundo a sus escritores : los ahoga. De modo que la tarea literaria exige, más que en otros países, fervor tenaz, austera constancia y estoicismo heroico.

ficiente, en sí misma, para facilitar una perspectiva completa. Cuando se dice que esos pueblos crecen al ritmo de un 2,7 % se alude, indudablemente, a unas proporciones globales, pero es preciso tener en cuenta que ese índice —ya de por sí enorme y sobrecogedor— es aun superado en muchas de sus naciones.

Ese hecho se produce de manera bien notoria en México, cuya tasa de crecimiento neto por año se centra actualmente en un 3,1 %, después de haber sido de un 3,4 % en el decenio 1950-1960. Una curva tan rápida de aumento hizo posible que la población mexicana de 1961 sea casi el 80 % más alta que la de 1940. Estamos, pues, ante unos acontecimientos formidables e impresionantes. Piénsese que todo hace suponer que en 1980 la población de México quedará centrada entre los 55 y los 65 millones de personas.

A Venezuela se le presenta el mismo o parecido problema, puesto que su crecimiento neto anual se consideraba en 1961 de un 3,3 %, lo que significa una tasa realmente vertiginosa que tampoco es muy inferior en América Central. Indudablemente es imposible eludir la importancia de tales hechos, porque ellos representan por sí mismos una de las características esenciales de nuestra época. Nadie olvide que según una hipótesis sobre el crecimiento demográfico, América Latina se encontrará con estas cifras en el curso de dos generaciones :

Años :	1961	1975	1990	2000
Millones habit. :	209	303	455	592

El simple enunciado de que pueda casi triplicarse la población en el curso de cuarenta años ya es suficientemente elocuente, pero no hay que desconocer lo dicho antes sobre México : que su masa de habitantes representaba un 39 % de aumento con relación a la de 1950, y algo así como el 80 % con respecto a la de 1940. Unas proporciones, pues, inmensas y que se traducen también en necesidades inmensas.

Juventud y vejez

Bajo este esquema demográfico laten y emergen multitud de importantes cuestio-

nes. Una, sin embargo, no deja de ser fundamental y manifiesta : la aparición de una gran ola de juventudes. En Ecuador, por ejemplo, el 61,4 % de la población tiene menos de 25 años. La presión juvenil adquiere, por tanto, una fuerza dialéctica que no ha sido justamente sopesada. Al contrario, se ha hablado de las tensiones suscitadas en América Latina por la juventud como refiriéndose o hablando de algo que era más bien cuestionable y asunto superficial manejado por grupos extremistas. Los hechos y las cifras demuestran que aunque eso pudiera ser cierto en algunos casos, lo verdaderamente significativo es la existencia y persistencia de esa explosión juvenil determinada por la ley biológica de una curva demográfica inverosímil.

En orden, pues, a la comprensión de los acontecimientos iberoamericanos será importante tener en cuenta tales supuestos porque, de una u otra forma, son determinantes. Para tener una idea amplia de su problemática, nada mejor que ver la otra cara de la medalla, por ejemplo la situación demográfica de una « ciudad-límite » para Occidente, como es el caso de Berlín. En esta ciudad —cuyo nivel de vida altísimo proporciona un automóvil por cada diez habitantes, siendo así que es de uno por cada quince en la propia República Federal—, en 1958 el número de defunciones fue el doble de los nacimientos ; en 1959 se registraron a su vez 34.552 defunciones y 20.098 nacimientos. El resultado concreto es que una sexta parte de los habitantes del Berlín occidental tiene más de sesenta y cinco años ; dicho de otra forma : alrededor de 770.000 personas están comprendidas entre los cuarenta y cinco y los sesenta y cinco años. La juventud « más joven » emigra hacia Alemania Occidental. Pues bien, el caso de Ecuador —que tomo como representativo, pero que es parecido en otros países iberoamericanos— presenta las proporciones contrarias : una inmensa juventud que, con redundancia, podríamos decir que es muy joven. Tal es la razón y la causa de ese dinamismo positivo —a la vez dramático y excitante— que se nota en las venas y en los trazos vitales de América Latina.

¿Tales elementos son de valor permanen-

1957 pasaba a ser el 17 % del total. Es un salto del mismo alcance el efectuado en la ciudad de México, que supera ya los cinco millones de habitantes.

El crecimiento urbano

En Argentina, donde el proceso de industrialización se ha iniciado primero —es curioso poner de relieve que su crecimiento demográfico es casi la mitad más bajo que el nivel global que se da para el conjunto de América Latina—, los cambios estructurales se han reflejado de manera vertiginosa en la urbanización del país. Para formarse una idea de esta mutación argentina nada mejor que tener a la vista los datos que a continuación proporcionamos :

Años	Población de las zonas urbanas
1914	53 %
1947	62 %
1960	66 %

Claro está que esta « huída » hacia las ciudades se ha verificado con motivo de una repulsa psicológica y social a las condiciones de vida existentes en las zonas agrarias, pero que no ha tenido como compensación estabilizadora un crecimiento armónico de *todas* las zonas urbanas. Ello ha hecho posible, por tanto, que solamente Buenos Aires —mejor dicho, el « gran Buenos Aires »— concentre el 46 % de la población urbana del país. No es menos interesante destacar, como muy bien ha demostrado el investigador Gino Germani en *El proceso de urbanización en la Argentina*, que esa afluencia de población no obedece ya a las mismas leyes dinámicas que fueron, durante mucho tiempo, las reglas clásicas. Así queda patente, por ejemplo, que hasta 1930 la *fixación* del argentino a sus zonas rurales era muy intensa, por lo que en líneas generales el crecimiento excedente de las grandes ciudades, y sobremanera de Buenos Aires, estaba asegurado por los emigrantes europeos. Sin embargo, a partir de esa época se produce una alteración en los términos, que se agudiza por momentos y que ha dado motivo a una verdadera ola inmigratoria desde el *interior* rural argentino al *exterior*

urbano de las ciudades y fundamentalmente de la capital de la nación.

Estas grandes concentraciones urbanas suscitan, en orden a los problemas sociales y económicos latinoamericanos, grandes problemas porque —repito— las inmigraciones y los éxodos en busca de mejor nivel de vida tienen un grado de rapidez psicológica mucho mayor que el producido por el desarrollo interior. En última instancia, pues, esos movimientos son reveladores de la tensión social de las poblaciones, pero su concentración en masa en una o dos grandes capitales por cada país refleja también el género de las economías nacionales, puesto que en muchos casos no se trata nada más que de *capitales-puerto* o *ciudades-Estado-burocracia* que sirven de centro nervioso para el circuito de consumo (exportación de materias primas o de alimentos de monocultivo, café, azúcar, bananas, y de importación de productos manufacturados e incluso de gran parte de los alimentos imprescindibles para las primeras poblaciones industriales), pero sin representar totalmente transformaciones estructurales de fondo.

Lo cierto es que la mutación psicológica y social provocada por el desarrollo urbano es innegable y lleva consigo, se quiera o no, problemas de integración económica y cultural que sólo pueden ser resueltos en el cuadro de un plan armónico nacional. Por supuesto, existen zonas urbanas como Sao Paulo, en Brasil, que son la medida y la síntesis de crecimientos industriales enormes, pero ello no altera el desequilibrio profundo que trasciende de una ciudad como Sao Paulo, mas su contorno industrial, y las zonas pobres de los flagelados del nordeste brasileño.

Es obvio, pues, que una vez verificado el salto socio-político hacia las grandes ciudades se ha activado, incluso de manera más honda, la tensión hacia la reforma de las estructuras agrarias. *Estructuras que no sólo descansan en el gravísimo hecho de que el 1,52 % de los propietarios controla y domina el 52 % de la tierra cultivable —cifras de la ONU—, sino en torno a la dedicación de gran parte de las zonas cultivables a faenas de monocultivo, de modo que la balanza comercial del país descansa*

y gravita esencialmente sobre uno o dos productos. El café sigue siendo, en más de un 60 %, el principal producto de exportación de Brasil y Colombia, pese al inmenso y rápido desarrollo industrial del primer país. Ello demuestra de manera bien ostensible que la modificación estructural no puede proyectarse ni hacerse adecuadamente sin que los grandes países industriales, devoradores de los productos de monocultivo y de las materias primas, acepten la estabilización de los intercambios internacionales y el aseguramiento de unos precios mundiales que hoy son contrarios a los países más pobres, puesto que estos últimos se ven obligados a vender sus productos a precios fluctuantes, mientras los productos manufacturados y las máquinas indispensables para el desarrollo económico elevan sus índices de costo perjudicando completamente el equilibrio de los intercambios. Lúcidamente José Figueres ha llamado al café, como ejemplo de tal situación, el «salario del miedo», puesto que la baja de un centavo significa una catástrofe para los planes nacionales.

Las reformas estructurales

La reforma estructural de la tierra es no menos indispensable, porque el crecimiento industrial exige, al aumentar la masa de obreros y crecer la demanda del sector terciario, alimentos más variados y complejos. La organización actual de la agricultura latinoamericana no permite pensar en tal mutación, aunque sí cabe examinar sus consecuencias inmediatas a tenor de los estudios de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (F.A.O.), que si bien indican que se ha aumentado la cifra total de alimentos en Iberoamérica no ha ocurrido así en lo que respecta a la producción de alimentos por habitante, con lo cual se demuestra que el nivel real de la alimentación permanece, pues, en planos semejantes a los de antes de la guerra, aunque la evolución mental y psicológica ha sido enorme, activándose con ello la tensión continental. Ofrecemos a continuación los índices de producción de alimentos por habitante facilitados por la F.A.O. con relación a Iberoamérica:

Media antes de la guerra : 100 ;
Media para 1949-1952 : 94 ;
Media 1958-1959 : 100 ;
Media 1959-1960 : 97.

No es raro que ante tales precisiones la problemática se haya agudizado en extremo. Es justo reconocer que los especialistas del plan de la Alianza para el Progreso han señalado a todos los vientos que una serie de reformas estructurales es indispensable para la reordenación de un sistema de desarrollo continental. Este es el punto capital y central del momento presente. Desconocerlo o eludirlo es aumentar la gravedad del problema, puesto que la explosión demográfica acentúa anualmente las características de premura y urgencia en virtud de un supuesto cósmico : la presencia de los cinco millones y medio de habitantes más cada año. Olvidar este acontecimiento demográfico supondría un enorme error, porque de ahora en adelante hay que ganar terreno minuto a minuto. De ahí que recientemente el propio José Figueres, en una conferencia pronunciada en la Escuela de Estudios Internacionales Superiores de la Universidad John Hopkins de los Estados Unidos, hiciera la siguiente advertencia : «La Alianza para el Progreso puede ser considerada como la tercera entrada de los Estados Unidos en un mundo en guerra. En esta batalla el teatro de operaciones es el hemisferio occidental. Es preciso decir que la lucha tiene ahora otro signo, pero no cambia el empeño.»

Por supuesto, José Figueres centró su conferencia en la definición de los caracteres de la lucha presente de América Latina por su desarrollo económico y social. No dejó de añadir algo que gravita en estas páginas : la urgencia de la situación. «En 1962 —dijo Figueres—, después de un largo período de baja en los precios de los productos de exportación y de nuevas tormentas políticas, la realidad de muchos de los países [iberoamericanos] es tan grave que necesitan, primero, medidas de emergencia y luego, o simultáneamente, la aplicación de programas económicos.»

La crisis de la moneda, la huída de las divisas y el déficit en la balanza comercial han creado, efectivamente, un círculo

vicioso del que es necesario salir con esfuerzos nuevos y originales, que no dependen sólo —y esto es necesario subrayarlo— de la ayuda económica, sino de los cambios de estructura y de la reforma de numerosos circuitos comerciales nacidos y originados, precisamente, por el planteamiento cerrado y oligárquico de muchas de las economías.

El espíritu de la reforma : educación y desarrollo económico

¿Cómo enfrentarse, por tanto, con tan graves problemas sin caer en la abstracción puramente demagógica? Para contestar esta pregunta, tendríamos que señalar previamente algunos aspectos nuevos de la interpretación misma que se tiene hoy del desarrollo y del progreso, tal como comienzan a entenderse desde hace muy pocos años. Lo primero que salta a la vista en esa evolución mental es que, como afirma Sauvy, « el elemento esencial del desarrollo no es el capital exactamente, sino la aptitud de los hombres para forzar a la naturaleza a entregar sus riquezas ».

Este ha sido el planteamiento general, por otra parte, de la Conferencia de la UNESCO en Santiago de Chile, celebrada entre el 5 y el 19 de marzo último. En el curso de ella el gran tema de las comisiones se centró en los problemas paralelos de « educación y desarrollo económico social en América Latina ».

Hubo coincidencia en aceptar que es preciso revisar y transformar con urgencia las estructuras agrarias, que por su esquema de latifundio de monocultivo y de minifundio de pobreza han terminado por crear un enorme proletariado rural y del cual buena parte se halla en un estado de subempleo manifiesto, aparte además de la descapitalización de la tierra por ausencia de una clase media organizada a escala de una agricultura moderna.

Pero si la necesidad de la reforma de esas estructuras ha sido ostensible para todos, no menos cierto es que « la importación o la fabricación de máquinas agrícolas —dice Alfred Sauvy— será menos útil que la formación agronómica de los

agricultores o la creación de numerosos empleos de peritos o consejeros agrícolas. Y es así porque la importación de maquinaria significaría, al menos en los países con superpoblación, un progreso de recesión, ya que rechazaría mano de obra sin tener además una eficacia tan grande sobre la producción como la suscitada, a su vez, por un conocimiento suficiente del empleo de los abonos, de la elección apropiada de las semillas, de la alimentación del ganado o de la lucha contra la erosión del suelo. En el fondo, y paradójicamente, los pueblos superpoblados suelen escasear menos de capitales que de hombres con cualificación suficiente... »

Aunque estas afirmaciones no puedan ser aplicadas totalmente a los problemas económicos de América Latina —no hay que confundir la gran ola demográfica con la idea concreta de superpoblación, puesto que los países iberoamericanos no se encuentran en trance, ni mucho menos, de faltarles espacio, sino de movilizar sus energías y posibilidades por encima de los enclaves oligárquicos de economías que sólo ponen en circulación unos cortos sectores de la población—, apenas puede dudarse de que sí plantean, en términos muy concretos, situaciones comunes. La reforma agraria lleva aparejados, por ineludiblemente necesaria y justa que sea, unos dilemas muy complejos que es preciso resolver por la cirugía política y la técnica, puesto que el empleo de la primera con olvido de la segunda implicaría un período de caos muy grave para países que viven pendientes dramáticamente, como es bien sabido, de una cosecha de exportación.

El agro latinoamericano tiene sin duda en su seno millones de parados tácitos —piénsese, por ejemplo, que la agricultura española, que emplea al 41,5 % de la población activa, posee un excedente humano posible, según los propios estudios sindicales españoles, de un millón ochocientas mil personas— que es preciso calificar y desplazar hacia los niveles secundario (industria) y terciario (empleos, profesiones liberales y transportes), cosa que obliga a una gran planificación. En los estudios iniciales del plan de la Alianza para el Progreso se advertía que era preciso pre-

paso adelante sin establecer un plan nacional de trabajo y de reconversión, que oriente la evolución técnica. Eludir la existencia de las enormes masas campesinas, necesitadas de mejorar su información y preparación, sería colocarse, abstractamente, en un punto cero. En efecto, a la explosión demográfica sucede, paralelamente, una explosión social. La revolución pedagógica es, pues, parte fundamental de la reforma de la vida y de las estructuras sociales.

Sobre estos extremos se poseen ya valiosas experiencias, que ratifican la importancia singular de la preparación de los hombres en orden al progreso. Las tenemos, igualmente, respecto al desarrollo agrícola. En Europa, el fenomenal avance de Holanda y Dinamarca se basa en la inversión en los hombres. En el primero de los países citados, el 46 % de los agricultores ha recibido una educación profesional; en el segundo, de la misma manera, el 45 %. Los resultados obtenidos han sido espectaculares y las estadísticas nos dicen que el ganado holandés produce casi cuatro mil litros de leche por res y año, cuando apenas si alcanzan los 2.500 en Francia (que produce, sin embargo, casi 1.000 litros por res más que España), que es un país superindustrial, pero cuya población agraria —un 25 % de la activa— no posee el grado de avance profesional de los dos países antes citados. Si bien es cierto que Holanda y Dinamarca son naciones con un gran desarrollo técnico, no se puede desconocer este aspecto porque es de fenomenal importancia para América Latina, donde falta por integrar en el circuito de consumo a grandes masas campesinas.

Por lo tanto, toda aproximación al desarrollo económico de América Latina va acompañada en todo momento de una serie de situaciones paralelas —estructuras, dependencia comercial, valor de los intercambios, significado de los productos de monocultivo, demografía y sociedad— que no pueden considerarse de forma aislada y unilateral. En los últimos años, como es bien sabido, el crecimiento del producto nacional bruto de gran número de los países situados al sur del Río Grande parece indudable, pero no es menos cierto que el

deterioro de los términos del intercambio comercial crea momentos angustiosos. Así vemos que el producto interior bruto de 1955 ascendió a 49.800.000 millones de dólares, mientras que pasaba de 59.000 en 1959 (en precios de 1950); pero la evolución desfavorable de los intercambios comerciales se había agudizado, ya que la relación entre los precios medios de importación y los de exportación era doblemente más desfavorable para América Latina en 1959 que en 1955. Si se tiene en cuenta la rapidísima curva demográfica, se comprenderá la importancia de la cuestión y la crisis monetaria que lleva aparejada.

Tales supuestos son excepcionalmente importantes a la hora de establecer —como se hizo en Santiago de Chile— el 4 % del producto nacional bruto para inversiones de educación. Por ello mismo, América Latina está obligada a establecer mayores contactos entre los países que la componen. Estas relaciones harán más fáciles en determinados momentos incluso ciertos planes regionales de educación o desarrollo que afectan, no a un sector de un país determinado, sino a una zona de confluencia multinacional. Por otra parte —y como anteriormente se ha dicho— es difícil aislar los problemas de cada país del conjunto latinoamericano, por la particular dependencia de las exportaciones a una docena escasa de productos. Si es cierto que América Latina, « pese a aumentar el índice de sus exportaciones y recibir menos de lo que ella vende, paga más y más por lo que ella compra », es obvio que debe haber una especie de concierto continental, del que los Estados Unidos no pueden quedar al margen, para establecer las líneas de trabajo y cooperación para los próximos diez años. Diez años a los que se ha llamado, bien expresivamente, « el decenio crucial ».

Esta colaboración intercontinental tampoco puede realizarse ni cumplirse al margen de un plan, porque algunos de los productos de la exportación latinoamericana van a sufrir el choque, en los próximos años, del incremento considerable de las producciones tropicales africanas. Incremento fácil de predecir por la inserción de muchas de las jóvenes naciones negras en

el área —o en términos de asociación— del Mercado Común Europeo. Posiblemente las inversiones europeas se multiplicarán en algunas regiones africanas y ello dará motivo a nuevas dificultades del comercio internacional. Tales posibilidades comienzan a preocupar, aunque sea de una manera oblicua, a los Centros de Estudio o a las Organizaciones encargadas de verificar el comportamiento de los mercados. Tanto aquéllos como éstas parecen coincidir en la necesidad de hacerse eco de unas interrogaciones sobre el porvenir que afectan al equilibrio comercial del mundo entero, particularmente a los países limitados aún a la exportación de alimentos o materias primas. ¿Es posible desconocer que la prosperidad, equilibrio o crisis de Argentina descansa en la exportación de

lana y carne, del café y el algodón para el Brasil, del cobre y el nitrato para Chile, del café para Colombia y del petróleo para Venezuela?

Esta característica común —así como la dirección de la exportación dirigida fundamentalmente hacia Norteamérica, que es el primer comprador y el primer vendedor al sur del Río Grande—, determina unas condiciones que tienen que ser consideradas, al menos en las grandes líneas generales, como bastante próximas entre sí. De aquí, pues, que América Latina se haya convertido, sin más, en el gran problema del mundo occidental, porque su desarrollo económico y social en el contexto de un orden democrático ha pasado a transformarse, en cierta medida, en un verdadero desafío.

Dime hombre

*DIME HOMBRE hecho de sombra
Dime hombre hecho de lumbre
si mereces la picuda negra cumbre
que en la noche nos escombra.*

*Si es sincera tu presencia en esta alfombra
que el sol pisa de costumbre
si a la luna que la alumbre
con sus luces te la nombra.*

*¿Qué es tu vida en esta tierra?
¿Verdaderamente luce o es oscura?
¿Qué tú entiendes de esta guerra?*

*Sal cuanto antes del encierro
que tu alma, aunque es muy pura
va a la muerte como un perro.*

CARLOS EDMUNDO DE ORY

no provisional hubiera desmantelado la formidable máquina de poder montada por el régimen de Perón. Un escrúpulo de liberalismo que me parece mal entendido le hizo dejar prácticamente intacta la organización del trabajo con su estructura totalitaria, quedando así en manos de sus eventuales jerarcas el único poder efectivo que, además de las fuerzas armadas, sigue existiendo hasta hoy en la Argentina.

¿Y la famosa oligarquía? ¿Qué había sido de ella entre tanto?, se preguntará. Desde que llegué a Buenos Aires por vez primera, en 1936, siempre he oído a mis amigos, intelectuales en gran parte, en gran parte hijos de inmigrantes, denigrar a la oligarquía agropecuaria como causa de todos sus males y obstáculo a todas sus aspiraciones en la vida civil. También el peronismo hizo de esa tan denostada oligarquía su bestia negra. Pero cuando, en 1945, un golpe militar que preludiaba el sentido de la revolución libertadora derribó a Perón, nadie quiso ocupar el poder vacante, y Perón volvió pocos días más tarde, y casi por un efecto automático, a llenar de nuevo el vacío que se había visto forzado a dejar. La oligarquía estaba muerta; no era ya sino una sombra. Y la clase media profesional e intelectual no se apresuraba a reemplazarla...

Ahora, tras el segundo golpe militar —la llamada revolución libertadora—, esa nueva clase media tenía ya despejado el camino para organizar la república bajo su propia dirección y según sus propios criterios democráticos y liberales. De hecho, los generales victoriosos habían puesto el poder en sus manos, le habían entregado el manejo de las instituciones. Era, pues, el momento de pensar, y proyectar, y hacer planteos políticos adecuados a las condiciones actuales del país y del mundo, planteos de los cuales surgieran a su vez los partidos y grupos políticos idóneos.

Probablemente no hubo tiempo para nada de eso. Se fue hacia las elecciones con escrupulosa celeridad. Inmovilizada de momento, pero intacta, la formidable máquina de poder totalitario del peronismo, a un siniestro « arreglo » con ella debió su elección Frondizi. Pero una vez elegido, y vigorosamente sostenido por las fuerzas armadas que deseaban ante todo la legalidad

democrático-constitucional, el Presidente disponía de una oportunidad única: seis años de gobierno, a favor de la corriente mundial, hoy en curso, de un crecimiento económico fabuloso dentro de cauces liberales.

Aquí entra en juego el factor « personalidad », que tanto contribuye a determinar la suerte, favorable o adversa, de los pueblos en el campo de la historia. Si Frondizi hubiese poseído, no ya genio político —es mucho pedir—, ni siquiera grandeza, pero al menos el elemento de buena fe que distingue a la inteligencia auténtica de la mera « viveza », hubiera podido sacar adelante a su país, reconstruyéndolo hacia el futuro sobre las ruinas materiales y morales a que el régimen peronista lo había reducido. En estas posibilidades extraordinarias suyas se cifraban muchísimas esperanzas. Que en su campaña electoral —y dejando aparte el pacto con Perón— hubiera acudido a imposibles promesas demagógicas en cuestiones que, evidentemente, no tenían sino una solución razonable, para burlarse al día siguiente de su palabra, no era, después de todo, demasiado grave. La democracia de masa y, en general, el juego político obliga con frecuencia a cosas tales. ¿Acaso Rockefeller no hace sus campañas electorales comiendo pizza en las esquinas de Nueva York? ¿Acaso Kennedy no usa en favor propio la popularidad de un Frank Sinatra? ¿Acaso de Gaulle no habló en su momento de *Algérie française*? Lo grave en el caso de Frondizi es que su contubernio inicial establecía —innecesariamente— la pauta para toda su gestión de gobierno.

Cuando, por fin, sus « habilidades » pusieron a la república en positivo riesgo creando una crisis del principio democrático, la presión de las fuerzas armadas que, tras de infinitas contemplaciones, terminaron por desplazarlo de la presidencia ha desencadenado, sobre todo fuera de la Argentina, una serie de jeremiadas, sinceras unas y otras insinceras, a cuenta de la pureza profanada de ese mismo principio. El *New York Times*, por ejemplo, no ha vacilado en mencionar una vez más a este respecto —tal es la persistencia de los lugares comunes— el clisé del viejo « militarismo sudamericano ». Se olvida que, con arreglo a un principio democrático riguro-

lo pronto, ya se ha hecho pública una alianza entre ciertos jerarcas sindicales y el partido comunista, que prelude un desarrollo según el modelo « Fidel Castro ». Si las fuerzas armadas respondieran como en el pasado a un orden público basado en una clase alta terrateniente —la llamada oligarquía agropecuaria—, es decir, si hubiera todavía en la Argentina la posibilidad de efectivo « militarismo sudamericano », es claro que ese conglomerado pseudorevolucionario de peronistas y comunistas carecería de instrumentos para abrirse paso hacia el poder, pues éste, sólo por medios de poder se alcanza. Pero la realidad presente —dicho queda— es muy otra. De hecho, no existe clase dirigente alguna que posea decidida conciencia de su posición y la consiguiente voluntad de mando. En una sociedad tal, las fuerzas armadas son exponente de una clase media que, a pesar de su considerable volumen y abundancia de talentos, no ha mostrado hasta ahora la capacidad suficiente para afirmar sus propios valores y dirigir a la nación con referencia a ellos. Por eso es lógico encontrar en los mandos de los institutos armados las mismas vacilaciones, desorientación y angustia en que esta misma clase media superior se debate. Expresión de ello, y muy elocuente, es el aludido amago de diversos golpes militares, postergados una y otra vez. Durante los días que pasé en Buenos Aires, y hasta la fecha en que redacto estas impresiones, la reluctancia del grupo militar predominante a asumir el poder público en forma directa ha sido tal, que más bien parece inclinado a prolongar el estado de « sede vacante » hasta tanto que una reforma electoral con dispersión de los actuales partidos permita elegir autoridades nuevas. Por supuesto, mientras no se haya desmontado la estructura totalitaria de los sindicatos, todo lo demás será insuficiente y, en definitiva, inútil.

Pero el peligro inminente viene de otro lado. Siendo las fuerzas armadas exponente de una clase media desconcertada y desprovista de íntima cohesión, debe esperarse hallar en su seno toda la variedad de actitudes y disposiciones que se encuentran en la clase media misma, a cuya indecisión político-social corresponde una gran inestabilidad ideológica y, en consecuencia, una

enorme susceptibilidad mimética. Cuando triunfaba en Europa el nazismo, el nazismo tuvo serios reflejos en la sociedad argentina, y... en las fuerzas armadas. No se olvide que el golpe militar contra esa supervivencia oligárquica que fue el Presidente Castillo ostentaba dicha significación. Y, evolucionando desde ella a compás de los acontecimientos mundiales, ¿acaso Perón mismo, el gran demagogo, no era un coronel del ejército? Por más que la constelación actual de las fuerzas armadas sea resueltamente democrática y desee preservar las instituciones libres en el país, debe considerarse el riesgo de que, con el progresivo deterioro de una situación insostenible, cuando no se acierta a afirmar con autoridad los principios de un gobierno liberal y decente, cuando la experiencia de Frondizi ha coonestado el peronismo, esa constelación pueda alterarse, o bien le gane por la mano cualquier otro grupo de oficiales, que hace treinta años hubieran sido pro nazis, y hoy serían pro comunistas y pondrían en juego el aparato sindical totalitario, movilizándolo en tal dirección a las masas obreras.

Las recientes intenciones militares de carácter comunista en Venezuela libran a semejante perspectiva de toda sospecha de especulación gratuita.

SI COMENCÉ ESTAS IMPRESIONES refiriéndome a cierto escrito mío de hace años no fue por el placer dudoso de recordar una peripecia personal, sino porque esto que digo ahora enlaza con aquello y se encamina en igual dirección ; y porque el hecho de que entonces se negara publicidad en un diario a lo que no pasaba de ser el punto de vista de un escritor cualquiera, respaldado con la firma de su autor, es acaso, como síntoma, muy significativo.

Las condiciones actuales de la Argentina son tan penosas que nadie quiere hablar de ellas, airearlas. Se comenta en voz baja, cavilosamente, con sobrentendidos, como alrededor de la cama de un enfermo grave, en una atmósfera de prematura resignación. Al publicar lo que me parece haber visto, mi único deseo es contribuir, aunque sea en medida mínima, a purificar esa atmósfera.

Agosto de 1962.

Eventualmente

No el poder ni el reino,
menos la gloria. Mañana adversa,
en cambio, acaso de esas
en que la crispación prosigue
después de que te has inclinado
para calzarte (uno de los peores
momentos del hombre).

Caminata luego, ocio
improbable, ser o no ser
con saldo positivo, el error
de la rapiña concebida
como puerta del laberinto,
o tal vez trabajo dependiente,
horario, jefes
que en primavera te hablan
de la literatura española
del siglo diecinueve
y en el astro de la salud
acaso también sombras.

Siempre hacia el fin
(que es, curiosamente,
hacia donde se dirige
todo paso, mientras
desde la nada acuden volúmenes
informes, olores, contradictorias
naciones, sonidos espasmódicos,
cenizas, una nariz interesante,
precios elevados, la nada
desde la nada llega
y es la desolación y las tinieblas
y el caos.

bellas artes

Acercamiento a la pintura de Miró

POR DAMIAN CARLOS BAYON

EN EL « MUSEO DE ARTE MODERNO » de París se ha abierto por varios meses una gran retrospectiva de la obra del pintor catalán Joan Miró. Desde el punto de vista de lo que se debe reclamar en esta clase de manifestaciones hay que convenir en que la exposición resulta casi perfecta: muchas salas con centenares de obras; las distintas evoluciones, tendencias, técnicas del artista magníficamente representadas; por último, un catálogo lujoso y no demasiado caro... Sí, desde el punto de vista de la realización, Miró tiene en París la exposición que se merece. Por una vez, si hay algo limitativo que decir ello recaerá sobre la propia obra del artista.

Muchas veces —desde estas mismas páginas— he practicado un sistema que si no muy brillante resulta, al menos, el más didáctico en estos casos: me refiero a la « crónica » que supone el recorrer la exposición y hacérsela recorrer al lector comentando cada una de las obras a medida que aparece y realizando, a cada instante, las aproximaciones de toda índole que puedan aclarar de algún modo las nociones o juicios que quiero transmitir. Por una vez, sin embargo, pretendo alejarme de ese cómodo procedimiento y le propongo al valiente cuanto hipotético lector que se atreva a correr conmigo el riesgo de una aventura menos sistemática, quizá, pero por eso mismo más atrevida y tal vez, con un poco de suerte, más fructífera. Hay algo de muerto en cualquier acercamiento profesoral a un tema: se parte de puntos de vista que se dan por probados y se edifica todo

un andamiaje que, quizá, una nueva teoría pueda echar por tierra como un golpe de viento puede acabar con un castillo de naipes.

Y ya que la metáfora nos lleva a los naipes procedamos a dar las cartas: Miró nace en Barcelona en 1893; en 1911, por razones de salud, está en Montroig, un pueblo catalán que ha pintado muchas veces; en 1919 primer viaje a París donde se hace amigo de Reverdy, Tzara y Max Jacob; en 1924 conoce a Breton, Aragon, Eluard y el grupo surrealista; en 1928 viaja a Holanda; en 1936 se aleja de España adonde vuelve a partir de 1940; después, exposiciones, libros ilustrados, cerámicas. En una palabra: la fama. De estos datos un historiador bien educado sacará las inevitables consecuencias: Miró es por nacimiento e influencia juvenil un catalán cien por ciento, en la tradición del gran Gaudí. Por ser español tiene un sentido innato de lo popular que combinado con su acercamiento al surrealismo francés va a dar origen a su arte rico, alegre, innovador... Si seguimos así, evidentemente que el artículo y hasta el libro —depende de la extensión— están ya hechos *a priori*, antes de empezar. Suponiendo incommovibles los datos biográficos entramos en el dominio de la fatalidad artística que se mueve dentro de la más vasta fatalidad histórica. Pero da la maldita casualidad de que no creo en absoluto en « catalanes iguales a sí mismos », en españoles « por definición » ni otras lindezas por el estilo. No habrá más remedio, pues, que agarrar al toro por las

astas y *mirar*, mirar bien lo que se nos muestra en esta exposición. Y no como el fariseo que nada quiere saber del arte difícil de estos últimos cien años, ni tampoco como el inocente *snoob* que pasa de largo ante un cuadro, se acerca a mirar la firma... y se pasma (como es debido) cuando se entera de que se trataba de un Picasso, de un Matisse, de un Braque, impresionado con un mero nombre y no con la prueba tangible de la calidad.

Empezamos a recorrer la exposición: si bien los primeros cuadros de Miró —de 1912 a 1919— son bastante feos, duros, de color chocante, hay que admitir, no obstante, que se trata de obras de carácter, con fuerza. Sobre todo en lo que se refiere al dibujo: seco, lineal, pero ya con personalidad, influido, quizá, por la manera de dibujar de los antiguos chinos. El color, en cambio, puede ser de dos clases: unas veces, como en la vista de Prades, resulta fuerte, extraño, agresivo con una calidad tornasol rara en la pintura de la época. Otras veces, por el contrario, el color «rellena» el dibujo y parece más frío, menos espontáneo. Aquí encuentro ya una característica de Miró que me parece descubrir a lo largo de toda su carrera: la voluntad superando a la mera intuición. Nada de malo en ello, que conste, nada de peyorativo. El arte es don, pero es sobre todo trabajo. «El arte nuevo es un arte artístico», dijo una vez Ortega. Pero hago hincapié en mi observación porque choca de frente con la habitual retahíla sobre el automatismo de Miró. El verdadero artista o es un intuitivo o no es nada, pero lo que quiero decir aquí es que Miró, por un esfuerzo de voluntad activa, ha dirigido su talento hacia diferentes metas, a veces con verdaderos golpes de timón para cambiar un derrotero que parecía ir perdiendo interés.

R. M. Albérès en su flamante *Histoire du roman moderne*, analiza cómo la novela contemporánea se ha hecho experimental a fuerza de preguntarse en todo momento qué es exactamente lo que persigue, lo que le interesa por encima de todo. Pienso que en un momento dado de su carrera —o en cada uno de ellos— Miró se debe de haber interrogado de la misma manera. Sí, entre la «conducta Miró»

y la «conducta Picasso» (pongo dos ejemplos españoles y contemporáneos para que haya menos diferencia) existe un verdadero abismo. Picasso da la impresión de empezar siempre *da capo* y lanzarse a la aventura en cada tela. Miró, por el contrario, parece reflexionar y calcular todos sus efectos. No digo que sea peor sistema; compruebo simplemente dos actitudes vitales distintas.

Podría decirse también que Miró empieza copiando a quien admira: tampoco es demasiado extraño ni censurable. Hay así, en la primera sala de la exposición, ciertos Miró-Juan Gris, como hay Miró-Dufy y Miró-Matisse. De quien menos haya quizá —podría ser que deliberadamente por obvio y por pegadizo— es del propio Picasso, a pesar de que el *Desnudo de pie*, de 1918, tiene la agresividad de las *Demoiselles d'Avignon*, del maestro.

Me interesa ahora, en cambio, tratar de invalidar otro lugar común: Miró es un mediterráneo, por ende un clásico. No es tan fácil la conclusión. Los que afirman estas cosas parecen no tener en cuenta la ecuación personal. Hay catalanes y catalanes, y nadie ha dicho que todos los mediterráneos estén cortados por la misma tijera. Lo cierto es que desde un principio encontramos caracteres de primera hora que —ya sean nativos o adquiridos por un esfuerzo de voluntad— van a durar en la carrera del artista. Resumiendo los tres que me parecen más importantes: a) el dibujo duro que hace que cada forma se destaque como un sello nítido y que, al mismo tiempo, se aisle independientemente dentro de la composición; b) lo que voy a llamar la forma «hormigueante» —posible consecuencia del dibujo duro—, o sea la proliferación de detalles que llenan literalmente el cuadro de pequeños signos que valen cada uno por sí mismo; y c) la capacidad de usar el color de varias maneras, ya sea trasponiendo la luz mediterránea —no copiándola, sino recreándola por equivalentes plásticos— o, en cambio, inventando alianzas nuevas de colores, alianzas que no siempre resultan agradables al ojo a primera vista, pero que son siempre provocativas y estimulantes.

Hasta esa altura de su vida y su carrera yo veo a Miró como a un artista de con-

cuando esa concepción del hombre haya pasado a la historia, grandes artistas nutridos de influencia oriental ensayarán la *mise en pages* intencionadamente «des-equilibrada»; no hay más que recordar algunos cuadros de bailarinas o de hipódromos de Degas, o las mejores grandes telas de Toulouse-Lautrec.

Miró ha meditado mucho en la pintura antigua, la inmediatamente anterior a él, la que le era contemporánea y ha comprendido (quizá no por decisión lúcida, sino por oscuro instinto) que había mucho que hacer en el dominio del «ajuste de la página», como lo estamos llamando. Sospecho —con fundamento a mi manera de ver— que, en contra de lo que se dice normalmente, la mayor contribución de Miró hay que buscarla en ese preciso nivel y no tanto en el de la pura imaginación descabellada como se ha pretendido.

A partir más o menos de 1919 a 1922, Miró presenta sus paisajes rurales de una manera que a primera vista puede parecer normal, pero que no lo es en absoluto si sabemos mirar bien. A veces el horizonte es muy alto, los elementos grandes —casas, tierras labradas— se presentan muy claros como masa. Pero acercándose bien nos quedamos confundidos ante la proliferación del detalle, un poco como en los grabados populares en que cada cosa aludida debe quedar perfectamente descrita sin posibilidad de error o duda. Y es precisamente este carácter minucioso el que confiere al cuadro su extrañeza, lo que después será más fácil de calificar como «carácter surreal»; pero hago notar que este surrealismo de Miró es *avant la lettre*. El color es intenso, cálido; dominan los ocres, los azules fosforescentes, algún verde.

Pero, por lo menos hasta el año 1928, el enfoque general del cuadro ha quedado establecido, aunque cambian después los signos de detalle. En efecto, ya el cuadro titulado *Campo labrado* resulta más «avanzado» que las vistas rurales. Mirándolo de lejos o como totalidad nos seguimos encontrando, sin embargo, con grandes zonas de color plano, no modulado, que se ensamblan con detalles minuciosos y obsesivos. El color también se hace más imaginativo. Ya no hay tierras ocres ni cielos azules, puesto que, en rigor, ni hay más

cielos ni tierras. Todo es más fantástico, flotante, las relaciones que se establecen entre unas partes y otras no son ya las de la gravedad, la verosimilitud de nuestro mundo circundante, sino una serie de signos desparramados que pueden ser triángulos, ojos, orejas, líneas de puntos o fragmentos de palabras claramente escritas. El gran espacio vacío y monocromo desempeña, a veces, un papel importante y resulta el resonador contra el que se inscriben los pequeños detalles que se podrían seguir con la lupa como en un cuadro del Bosco. Quizá una de las obras maestras de este momento sea *El Carnaval del arlequín*, en que están en potencia todos los desarrollos de la época llamada «holandesa» de 1928. Hubo en ese año, efectivamente, un viaje de Miró a Holanda y es posible que los interiores minuciosos de los pintores holandeses hayan influido —confirmado, diría yo— una intuición anterior de nuestro artista.

Sin embargo, este momento, si bien es interesante, no podía rendir mucho en el plano estrictamente experimental de la pintura. Miró lo siente como tal y ya desde 1926 empieza a especular con otra serie de problemas plásticos. Los signos no son ya hormigueantes ni minuciosos. El número de signos desparramados por la tela disminuye, se concentra en unos pocos: grandes y claramente contrastados, ejemplo el cuadro llamado *Mano atrapando un pájaro* o el conocido *Perro ladrando a la luna*, en que ambas telas quedan prácticamente divididas en dos solas grandes zonas de colores opuestos sobre los que se destacan unos pocos elementos, que en razón misma de su aislamiento cobran una significación mucho mayor.

De los años 1928 al 32 puede decirse que provienen, en cambio, las «formas Miró» que rondarán su pintura hasta el año cuarenta y tantos, aunque alternando con otros repertorios de formas que se van decantando posteriormente. De todas maneras estamos ya de lleno en el «gran signo dominante» que ordena todo el cuadro y le da sentido. Es ésta otra de las grandes conquistas de Miró en la que acertó con otros, muy pocos, de sus contemporáneos, Léger especialmente. Me refiero a la importancia del signo claro, destacado, nítido.

HA LLEGADO EL MOMENTO de las preguntas insidiosas en bandada: ¿Ser un gran artista será acaso la capacidad de inventar muchas actitudes nuevas? ¿Es dirigir la investigación hacia lo que después probará ser el arte del futuro? ¿O es, simplemente, la calidad intrínseca, invulnerable, de la obra? Vayamos por partes.

¿Ser gran artista es inventar muchas actitudes? Sí, por cierto, esa es una de las características desde Van Eyck a Matisse. Los grandes artistas de todos los tiempos—incluso los nuestros—son complejos y ricos como el mar. Pero no sólo por inventar nuevas actitudes se debe retener el nombre y la obra de un artista. Si hubo los que inventaron una tontería que olvidamos, hubo aquellos que sin inventar quizá nada trascendental nos negamos a echar en olvido.

Hecha la aclaración, no nos queda más remedio que reconocer que al lado de un Picasso, de un Matisse, Miró tal vez ha inventado pocas cosas en la pintura moderna, siendo lo más importante la *mise en pages* en cuestión, lo que le confiere automáticamente una gran preeminencia en el dominio de lo puramente gráfico. Con Matisse, Miró ha sido el artista capaz de crear libros más atrevidos, hermosos, de toda nuestra época.

¿Es dirigir la investigación hacia lo que después probará tener un destino, en una palabra: ser lo que se llama un «precursor»? Sí, quizá también sea esa una de las características del gran artista. No hay duda de que, en cierto modo, Miró hace treinta años resultaba quizá más «moderno» que el propio Picasso... aunque sin su genialidad. Pero si en 1940 había el derecho de pensar que el talento de Miró iba a seguir armoniosamente evolucionando, hoy podemos comprobar—con cierto desencanto—que quizá por autosatisfacción se ha conformado con el alto nivel que ya pudo lograr hace veinte años.

Mucha agua ha pasado bajo los puentes desde entonces. En algunos casos, sí, Miró resulta un precursor: por ejemplo, en lo que yo decía más arriba sobre el impacto del signo gráfico y su repercusión sobre el libro, la propaganda. Pero muchos otros pozos se han explorado después de la guerra. Para empezar, el triunfo del arte abs-

tracto. Miró estaba bien situado para resistir el golpe. Poco a poco él solo había ido encontrando un repertorio de formas ambiguas que podían valer como figurativas—y simbólicas—o simplemente resultar abstractas para el insensible a esos atractivos. También hubo el despertar de la «materia»: después de la composición y la línea de los cubistas, del color de los «fauves» y los expresionistas no podía faltar la especulación sobre la materia, pariente pobre de la pintura. Fue el gran desquite; y entre los más frenéticos, los españoles, precisamente antiguos discípulos de Miró como el propio Tapies. Tampoco Miró era ajeno a esto. En 1948 decía: «Hoy día muy raras veces comienzo a pintar partiendo de una alucinación, como hacía en los años veinte, o, como más tarde hice, tomando los *collages* como punto de partida. Lo que más me interesa ahora es el material con que trabajo. A él le debo la emoción que me sugiere la forma, como las grietas de una pared sugerían las formas a Leonardo» (2). Pero yo diría que en vez de crearse una nueva materia, Miró aprovecha la rugosidad, la aspereza del elemento básico como punto de partida para crear su obra. Por eso hay en él tanta preocupación en estos últimos años por trabajar en cerámica, por utilizar medios nuevos como los grabados sobre pergamino que pueden verse al final de la exposición.

También en la *action-painting* de los norteamericanos puede considerarse a Miró como a un precursor, ya que él ha estado preocupado desde hace mucho con el «gesto» capaz de liberar el «signo». Pero al lado de la acción fulminante—condenada muchas veces al fracaso—la acción de Miró parece siempre tímida por lo controlada y al mismo tiempo de orientación hacia lo equilibrado y no lo informe angustioso. En ese sentido, por raro que pueda parecer a primera vista, el último Picasso puede coincidir más con los jóvenes, ya que él también practica, desde siempre, esa aventura de lanzarse a pintar con brazos, manos y dedos en una especie de loca desesperación por apresar lo inasible, de

(2) Declaraciones hechas a J.J. Sweeney y que figuran en el libro de James Thrall Soby *Joan Miró* (Universidad de Puerto Rico, 1960).

creando otros: la «comunicación», por ende, ha dejado de existir entre público y artista.

Esto me lleva como de la mano a las últimas salas de la exposición o sea a los últimos años de la producción de Miró, terriblemente decepcionantes para los que queríamos prever a todo trance una apotheosis gloriosa. Hace poco (4) hablaba yo de los artistas que se contentan con lo que han llegado a hacer muy bien, repitiéndose cínicamente. Y ya se sabe que de todos los plagios el más triste e infecundo es el autoplagio. Pero no tocamos entonces el delicado punto del artista que quiere, seguramente, renovarse y no encuentra ya más en él la fuerza de la invención. Lo *ya dicho* pesa más en ellos que lo latente *por decir*, que no será nunca expresado. Para la miopía del mundo, artista semejante sigue creando todavía. Para unos pocos que miran con lupa, para el mismo artista —si es consciente— la vena fatalmente se ha secado. Unas veces se repite el antiguo mecanismo que tanto rendía en la juventud, con la esperanza de dar de nuevo en la tecla; otras se complican inútilmente las cosas, se hace de más. Los últimos grabados de Miró son amontonados, confusos, lo que jamás le ocurría antes, ya que era un artista que se caracterizaba precisamente por la economía de sus medios. Ahora, en cambio, exagera la cantidad de efectos que, al superponerse, en cierto modo se anulan. Peca por exceso.

Lo mismo pasa con la última cerámica. No dudo de que su colaborador Artigas sea también un gran artista y que ambos dominen totalmente sus medios expresivos. Lástima que lo que tienen que decir uno y otro resulte tan pobre, tan confuso. Hace poco, visitando en «Le Point Cardinal», nueva galería de vanguardia, la exposición de esculturas de Marx Ernst —contemporánea más o menos de la magnífica exposición de arte antiguo mexicano en el «Petit Palais»—, me decía yo para mis adentros: ¡Cuánto más estimulante y rico es el mito verdadero que lleva a la invención de ídolos que la *soi-disant* desenfrenada

imaginación de artistas reputados como surrealistas! Puestos a inventar ídolos hay que reconocer que tanto Ernst como Miró inventan poco y muy pobre.

En cambio ya he dicho hasta qué punto en la ilustración de libros Miró me parece insuperable. Sólo entre nosotros algunas veces Matisse ha podido hacer algo mejor. Ya que él también tenía el sentido innato de la página escrita, impresa, y quizá con una imaginación más libre que la del propio Miró. A Miró el problema que supone el libro le viene como anillo al dedo: como tiene básicamente el sentido de lo gráfico, con un pincel y pocos colores —el negro solo, en último caso— es capaz de encontrar la manera de hacer de la página en blanco, inerte, una superficie viva y llena de interés plástico. Pero no olvidemos tampoco que, justamente, el problema que supone la página impresa es menos vasto y complejo que la pintura. Como nunca ha usado una materia rica, «escultórica», sino plana, sus mejores obras se prestan a la reproducción gráfica; de ahí que su talento se tenga que llevar forzosamente bien con las técnicas de lo impreso.

NUESTRO SIGLO HA SIDO Y ES goloso como ningún otro de todo lo que es visual. Pruébenlo si no las revistas ilustradas, fotos, cine, televisión, propaganda, pintura: buena o mala, antigua o moderna. Ahora bien, como corolario de esta comprobación debemos agregar que tampoco nunca la imagen «se gastó» tan pronto como entre nosotros. Si los artistas logran ahora rápidamente un renombre internacional es porque sus imágenes dan la vuelta al mundo; pero ellas mismas, si no son renovadas, terminan por matar al propio creador porque envejecen a toda velocidad y llegan a hacerse inocuas a fuerza de resultarnos normales y obvias. En la propaganda ya es un lugar común que cada tantos años hay que cambiar el «impacto», hay que «hacer distinto» a todo precio.

Pasando al dominio del arte, que es de un nivel mucho más elevado, pero que se apoya en los mismos principios de la propaganda (el arte es y ha sido siempre una forma de propaganda), retomemos el ca-

(4) D.C. Bayón: «La pintura en París: oferta y demanda», *Cuadernos*, n° 63.

créditos de la Alianza para el Progreso al Perú, y el Presidente Kennedy expresó su «grave preocupación» por el golpe militar. Sólo al cabo de un mes, cuando se vio que la junta militar no emprendía ninguna persecución, no limitaba las libertades ni declaraba fuera de la ley a los partidos y sindicatos, y cuando la propia junta hubo anunciado solemnemente que convocaría elecciones para junio de 1963, cosa que todos los partidos peruanos aceptaron, Washington reconoció el régimen de Lima.

Los países pequeños latinoamericanos no reconocieron a la junta de Lima durante varias semanas. Los países «grandes» lo hicieron mucho más pronto.

*

La verdad —según la recogí en Lima misma de labios de socialcristianos, apristas e independientes— es que dos generales pusieron al Ejército entre la espada y la pared, y que el Ejército acabó viéndose en el caso de actuar para no perder lo que todavía los militares peruanos consideran su prestigio. Tras una larga tradición de militarismo, el Ejército peruano se halla aún presa de ciertos prejuicios, que ponen el prestigio de la institución no en su respeto a la voluntad popular y a las reglas constitucionales, sino en la imposición de su voluntad.

El ministro de Marina del gobierno Prado, Guillermo Tirado, y el ministro del Ejército, Cuadra Ravines, sabiendo que con un nuevo presidente constitucional no seguirían participando en el poder, se dedicaron a lanzar comunicados oficiales, como si fueran de las Fuerzas Armadas, acerca de los fraudes electorales. El gobierno y el Tribunal Supremo Electoral negaron la existencia de tales fraudes. Los dos ministros militares colocaron al Ejército, con su insistencia, en el trance de quedar como maniobrero o de dejarse desmentir por dos instituciones civiles. Esto, para los militares acostumbrados a que su palabra sea ley, resultaba intolerable. Y las Fuerzas Armadas acabaron considerando que perderían su prestigio si aceptaban el veredicto civil.

Por lo demás, eso de los fraudes tiene su miga. El Ejército aceptó vigilar las elecciones. Parece difícil, pues, que pudieran

cometerse fraudes sin la connivencia de los militares.

Mi impresión es que, pese a no haber habido persecución, ni censura, ni brutalidad alguna, el Ejército, con su golpe, ha perdido definitivamente el respeto del pueblo peruano.

Fracasó una huelga general de protesta contra el golpe militar. No hubo, salvo algunas manifestaciones estudiantiles, lucha activa contra la junta. Pero la repulsa de la opinión —prácticamente de toda la opinión— ha sido mucho más general, aunque sorda y pasiva, que frente a ningún golpe militar de los que tanto abundan en la historia del Perú.

El 28 de julio, día en que debía tomar posesión de su cargo el Presidente elegido —y nunca proclamado—, y fiesta nacional, hubo en la Plaza de Armas, frente al Palacio Presidencial, una ceremonia. Asistían a ella, formados y uniformados, varios miles de militares. No había, en las amplias aceras y bajo los arcos de la plaza, ni un millar de civiles, de los cuales la mitad cuando menos eran policías.

Pero acaso la prueba más clara de la repulsa al golpe se halla en la descomposición fulminante del partido de Belaúnde y en la súbita impopularidad de ese demagogo, que fue el único —el único con los comunistas— en pedir primero y aplaudir después el golpe militar.

*

Hablemos todavía de los fraudes, en plan anecdótico.

El Tribunal electoral había seleccionado una tinta verde para marcar los dedos de los votantes, con el fin de evitar que pudieran votar de nuevo. El Ejército aseguró que esa tinta no era indeleble y el tribunal encargó entonces al propio Ejército que adquiriera la tinta conveniente. Los militares enviaron a buscar a Londres una tinta roja. Se hicieron pruebas con ella y la verde. Esta no se borraba y la roja desaparecía a los pocos minutos o frotando con la energía que cabe suponer en quien quiere votar más de una vez...

Parece que fraude hubo, de todos modos. Unos expertos internacionales, invitados en calidad de técnicos privados, aseguraron en particular que creían que hubo fraude en

de desarme o, cuando menos, de suspensión de nuevos armamentos; se encontraba con un presupuesto desequilibrado y con que, a pesar de ello, sus militares le pedían nuevos tanques y sus marinos nuevos buques, porque el Perú y la Argentina habían adquirido algunos de esos «juguetes». Los países «grandes» no se hicieron eco de ese plan.

Va siendo hora, a la luz de lo acaecido en la Argentina, en el Brasil y en el Perú, de que se llegue a un plan concreto, bien claro, para evitar la carrera de los armamentos, que si es absurda en el plano mundial, es grotesca en el plano latinoamericano.

Y va siendo hora de que se arrumbe ese concepto anacrónico, ahora reaccionario y sólo favorecedor de dictadores, de la «no intervención», que los países «grandes» latinoamericanos utilizan para evitar comprometerse y actuar. Venezuela y Costa Rica han propuesto que se estudien los medios de atajar los golpes militares. Es urgente determinar un procedimiento continental que permita que la OEA controle las elecciones (para evitar fraudes allí donde los dictadores quieren cometerlos y alejar pretextos de fraude allí donde los militares quieren utilizarlos). Y es urgentísimo señalar caminos ineludibles que dejen a los regímenes dictatoriales al margen de la comunidad diplomática, económica y jurídica americana.

Pero eso no se logrará sólo con propuestas de los gobiernos. Es preciso que en cada país los sindicatos, los partidos democráticos, los movimientos populares ejerzan presión para evitar que sus gobiernos eludan el adoptar actitudes inequívocas. Los equívocos, en este terreno, sólo pueden favorecer a los dictadores y a los comunistas.

*

El papel de los comunistas en los sucesos del Perú se echa en olvido con excesiva rapidez. No puede sorprender, pero debe recordarse.

En el Perú, además de un partido comunista declarado, hay una serie de grupos que se llaman, modestamente, marxistas; todos defienden a Castro, proclaman (desde los cafés literarios y a veces desde las emisoras) la necesidad de imitar

a Castro y presentaron a un general retirado como candidato de «liberación nacional», apoyado por un cura que a la hora de las elecciones se fue de viaje a algún festival detrás del telón de acero.

Como sucedió meses antes en Costa Rica (donde los comunistas lanzaron a dos castristas y luego, a la hora de la votación, votaron por Calderón Guardia, el candidato conservador), en el Perú los comunistas, que habían hecho buenas migas y migas suculentas con el dictador Odría, hicieron creer a éste que lo apoyarían, metieron en las listas odríistas a algunos de sus portavoces y luego, como hace seis años, volcaron sus votos en la escarcela de Belaúnde, de cuyo partido improvisado los comunistas formaban los cuadros y en cuyas listas de candidatos los comunistas se codeaban con los ex apristas que, en el curso de los años de lucha, se habían ido separando de un Apra al cual parecía vedado el poder.

Belaúnde, como dijimos, reclamó desde su lamentable «resistencia» de Arequipa la intervención del Ejército. Cuando los militares tomaron el poder, hasta Odría los condenó, pero Belaúnde los aplaudió. Y la segunda adhesión que recibió la junta militar fue la de aquellos encendidos «libertadores» que tan mal sirvieron para disimular el apoyo comunista a Belaúnde.

No es que este apoyo pudiera darle la victoria por el número de votos. Pero le dio, eso sí, cuadros, dirigentes, fuerzas de choque y hasta teorizantes. Los comunistas fueron el brazo y el cerebro de Belaúnde, mientras éste era, de hecho, la voz de los comunistas. Los castristas de café de toda América Latina y los locutores de La Habana no cesaban en sus ditirambos en pro de ese «arquitecto que va a construir un nuevo Perú», y que, en fin de cuentas, lo único que construyó fue un puente de palabras resentidas de vencido para que los militares transitaran por él.

Inmediatamente que los Estados Unidos anunciaron la retirada a los militares de los fondos de la Alianza para el Progreso y su negativa a reconocer la dictadura, los periódicos comunistas, que abundan con distintos disfraces, lanzaron una campaña en la que coincidieron con el diario de los oligarcas: «Abajo la intervención yanqui.»

Y atacaron a fondo al embajador James Loeb, un liberal norteamericano que no vuelve a Lima porque no es persona grata a los militares. Como se ve, dictadores y comunistas tienen las mismas aversiones personales. Pocas veces un embajador de los Estados Unidos ha recibido un homenaje « de facto » más explícito.

*

Prado se portó como un señor. El ex dictador (que cuando lo era fue llamado el « Stalin criollo » por Lombardo Toledano), había querido rescatar su figura para la historia. Elegido en 1956 con los votos del Apra y de elementos industriales, liquidó las secuelas de la dictadura e inauguró, de acuerdo con el aprismo, un período de convivencia cívica. Muchos apristas se sorprendieron al principio, pero acabaron comprendiendo que la primera tarea, para transformar el Perú, era desarmar suspicacias, establecer un clima de política civil y de tolerancia. Cuantos habían combatido al Apra, durante decenios —de los comunistas a los oligarcas— descubrieron en sí mismos un súbito interés por la virginidad ideológica del aprismo y reprocharon a los dirigentes del partido que llevaran a cabo la política de convivencia en vez de lanzarse a una aventura de violencia que sólo podía desembocar en una nueva dictadura.

Se decía que el Apra había cambiado. Desde luego que sí, y este cambio era una prueba de la vitalidad del partido. Pero, sobre todo, los tiempos habían cambiado. Lo que en 1930 era anatema, extremismo, hoy se aceptaba por casi todos. Lo que el Apra y Haya de la Torre reclamaban en 1930 —y hasta en 1924— está en vías de realización, en una u otra forma. Una de las injusticias políticas más tristes de ese continente nuestro, en el que tanto abundan, ha sido el silencio guardado sistemáticamente en torno a la paternidad ideológica de muchas actitudes que hoy parecen corrientes y que el Apra y Haya lanzaron a la palestra, con no poca audacia y clarividencia, hace más de tres decenios.

Pero mucho más que el Apra ha cambiado la derecha peruana. Por de pronto, se ha dividido. La derecha de la Sie-

rra, los oligarcas « dueños de indios », encomenderos del siglo XX, siguen tan intratables como siempre, porque saben que cualquier transformación del país debe empezar por una reforma de sus escandalosos privilegios. Pero los terratenientes de la costa, que explotan más racionalmente sus tierras, los banqueros y los nuevos industriales, aceptan ya —si no contentos, por lo menos con inteligencia— la necesidad de cambios, de reformas agrarias, de fortalecer e « institucionalizar » las comunidades indígenas, de dar a la vida política una estabilidad basada en la participación de las masas... No quieren una revolución, desde luego, pero reconocen la urgencia de reformas. Estos sectores no han acogido el golpe militar con agrado y mantienen una sorda oposición. Prado, con su negativa a abdicar, simboliza esa actitud.

Prado pudo hacer mucho más, claro. Pudo haber pedido al pueblo, por radio, que se metiera en casa y no saliera de ella hasta que los militares se marcharan. Pudo haber licenciado las tropas. Pudo haber ordenado la captura, vivos o muertos, de los militares sublevados. Pero Prado, por su formación misma, no era hombre para medidas de ese tipo.

*

¿Por qué no hubo resistencia activa al golpe militar? La pregunta es inevitable y ha de hacerse con crudeza y contestarse con sinceridad. No estoy seguro de que mi respuesta agrade a todos. No juraría que sea la acertada. Pero he llegado a ella después de muchas entrevistas, conversaciones con hombres de la calle y un examen objetivo de lo sucedido en el Perú.

En América Latina los golpes militares raramente se encuentran con resistencia popular activa inmediata. En el Uruguay, una vez, un político de izquierdas se suicidó como protesta contra un cuartelazo. En México, el gobierno dispuso siempre de fuerzas para aplastar a los militares sublevados... y gracias a ello hace ya un cuarto de siglo que no ha habido ninguna intentona. Fuera de esto los dictadores han encontrado los primeros días fáciles, porque los Presidentes se dejaban deponer y los dirigentes se asilaban. Sin embargo, luego, en la clandestinidad, la resistencia

contra la dictadura ha sido siempre dura, heroica a veces, tenaz... El Perú, porque tenía un partido como el Apra, fuerte, disciplinado, aguerrido, parecía que iba a ser la excepción.

¿Por qué no hubo una huelga general? Los apristas dominan en la dirección de los sindicatos, salvo en algunos dirigidos por comunistas o belaundistas. Pero cuando estalló el golpe había una huelga de obreros del teléfono. El teléfono es hoy tan importante como ayer lo eran las barricadas. El interés del país y de la clase obrera estuvo, esta vez, en oposición al interés de un grupo de trabajadores. Estos, los telefonistas, suspendieron su huelga a las 48 horas, pero ya era tarde. La huelga general, para ser eficaz, ha de estallar en el mismo momento en que los militares dan el golpe, ha de ser automática... Y cuando una semana más tarde los sindicatos dieron orden de huelga, ésta fue seguida por un gran porcentaje de obreros; sin embargo no se vio, porque los del transporte y los de los espectáculos no dejaron el trabajo... Pero además era una huelga de protesta, no una lucha hasta derribar a la dictadura.

¿Y por qué no?

Porque ocurrieron algunas cosas que le mellaron el filo a la dictadura, que la hicieron llamar « dictablanda ». No hubo detenciones, ejecuciones, destierros (aparte la detención por unos días de Prado y dos o tres de sus hombres de confianza). Los partidos siguieron funcionando abiertamente. Un juez acudió a la Casa del Pueblo, sede del Apra, para evaluar los daños causados por el Ejército o los policías cuando, en la noche misma del golpe, esas fuerzas ocuparon el local; y el gobierno indemnizará al Apra; la cosa no tiene importancia en sí misma, pero es reveladora. No hubo censura. Y, sobre todo, los militares anunciaron que se celebrarán elecciones libres, sin exclusivas, en junio de 1963.

Los dos ministros militares de Prado habían colocado al país en una situación sin salida constitucional, dada la mentalidad militar sobre el prestigio del Ejército. El golpe dio una salida, por desagradable que fuera, y esto melló la protesta. Igual efecto tuvo la composición de la junta, en la

cual al lado de algunos pradistas y de un derechista como Llosa, hay un militar considerado liberal, antioligárquico, como Bosio, que tiene a su cargo la cartera de Gobernación. Todo esto desconcertó, dio a la gente la impresión de que se encontraba ante un fenómeno nuevo; y en cierto modo lo es, como lo es en el caso de la Argentina, y sin que el adjetivo « nuevo » deba interpretarse en el sentido de « bueno », « conveniente » o « tolerable ».

Todos —menos belaundistas y comunistas en público y sólo en público— reconocen que esta suavidad de la junta militar no es espontánea y que posiblemente ni la convocatoria de elecciones habría venido de no ser por la decisión norteamericana de no reconocer a la junta y de suspender los créditos. Esta decisión no pudo derribar a la junta, pero frenó sus ímpetus y la obligó a buscar una manera de salir del poder en un plazo próximo. (No deja de ser significativo que la actitud norteamericana haya sido criticada, al alimón, por la prensa comunista y por la franquista.)

*

¿Qué ocurrirá ahora? Imposible decirlo, claro está. En Lima se afirma que si los créditos norteamericanos se entregan de tal modo que los militares no se engolosinen con el poder, habrá elecciones dentro de unos meses. Si hay elecciones, Belaúnde quedará en el ridículo que se ha ganado, y posiblemente el Apra gane, al recoger una gran masa de votos de protesta contra el veto militar al aprismo y a Haya de la Torre. Y probablemente, cualquiera que sea el resultado de las elecciones, los militares no se atreverán de nuevo a no respetarlo. Todo, repito, con tal de que se logre evitar que se engolosinen con el poder. Hacer el poder amargo, por la indiferencia y el desprecio públicos y por la frialdad diplomática, es, pues, lo indispensable.

Por primera vez en la historia de América Latina se puede demostrar a los militares que el poder no da respetabilidad; que la única fuente de respetabilidad está, no en los cuarteles, sino en la soberanía popular.

Aunque de momento nos hayamos sentido decepcionados por las apariencias, el Perú empezó a dar esta lección.

jóvenes.» «¿Qué diferencia habría para nosotros si tuviésemos un sistema socialista en vez del Estado paternalista?» «La prosperidad capitalista de la postguerra ha colocado a los socialistas ante el deber ineluctable de predicar la revolución a estómagos satisfechos.» «Las revoluciones, desde Cuba hasta China, son la esperanza de la humanidad. Las naciones jóvenes experimentan con valores nuevos.» «Ser radical significa no tener objetivos filosóficos, ni abrir perspectivas.» (Esta declaración es quizás la más asombrosa desde el punto de vista del antiguo radicalismo, orientado ideológicamente. Pero, ¿con qué se sustituirán los programas? A esto responde otro: «Al adherirme a una manifestación, con lo cual me expongo a ir a la cárcel, actúo como hombre y expreso mi fe en los valores humanos.»)

En primer lugar, dejemos que las declaraciones hablen por sí mismas y consideremos el carácter de la nueva ética, que es la manifestación del moderno radicalismo. El gran ejemplo exaltante que ha inspirado a todos los radicales una nueva confianza en su causa es la «marcha de la libertad» y el movimiento de *sit-in*: los estudiantes blancos y negros viajaron juntos a través de los Estados del Sur, penetraron en las casas de bebidas que según la ley local practicaban la segregación, o bien organizaron en el Norte grupos de boicot que colocaron ante las tiendas cuyas sucursales en los Estados meridionales sólo servían a los negros estando de pie. Así es que ahora, al sentarse un negro ante el mostrador y pedir que le sirvan, se arroga un derecho que la ley local le niega y que los tribunales federales no pueden garantizarle. De este modo pone al poder del Estado ante la alternativa de reconocerle su derecho de ciudadano o de prenderle. Si opta por esto último, el negro no rehuye la violencia, sino que se deja arrastrar «sin oponer resistencia alguna». Este movimiento está dirigido por el «Congress for Racial Equality» y el «Students' Non-Violent Coordinating Committee».

Esta técnica de obligar al Estado a adoptar una actitud injusta y a reconocer su carácter de violencia, practicada por los negros, ha sido imitada ahora por el movimiento pacifista estudiantil. Es posible

que se haya inspirado también en la agitación de lord Russell o en la actividad de los zengures japoneses. Los estudiantes pacifistas buscan asimismo el modo de llegar al martirio sin emplear la violencia, como cuando paralizan el tráfico en las calles. Pero este movimiento encierra un fondo malsano que se manifiesta en la afectación, el remedo de las ideas ajenas y su adulteración. El negro que se sienta ante el mostrador anuncia solamente el objetivo de su lucha; hace lo que considera es su derecho, y para su contienda emplea los medios que pueden hacerle triunfar. Pero el pacifista que se sienta en medio de la calzada no hace nada en beneficio de su causa. Su actividad no sirve siquiera como propaganda, pues se presenta en el lugar donde «estorba», no como un mártir, sino en una forma patética. De ahí que el público juzgue con el mismo rasero a los agitadores e indignados de la derecha y a los militantes y a los que protestan francamente por desesperación, y califica a todos de «sonámbulos de izquierda».

¿Estaría justificada esta objeción si el pacifismo de Norteamérica fuese un gran movimiento y no la actitud de una secta? La respuesta depende de cómo se entienda el pacifismo. En la mayoría de los Estados —y en Nueva York sin duda más que en Kansas— hay una multitud de ciudadanos inmunizados contra toda clase de propaganda patriotería, que no quieren oír hablar de la guerra fría y mucho menos de soluciones de carácter general para ponerle fin inmediatamente, tales como el Plan Rapacki, y hasta se niegan a construir en su localidad refugios antiatómicos a pesar de la fuerte presión que se ejerce sobre ellos. Un reducido número de electores demócratas de izquierda condena lo mismo la invasión de Cuba que la reanudación ilimitada de los ensayos atómicos (es decir, independientemente del éxito o de la necesidad), atribuye al Gobierno norteamericano, por lo menos, una parte de culpa por el fracaso de todas las conferencias de desarme y al más alto nivel y rehusa morir por Berlín. Antes de enjuiciar el carácter político de estos disidentes, observémosles en sus actividades.

Cuando el Presidente Kennedy anunció su decisión de reanudar los ensayos ató-

micos, en algunas de las grandes ciudades empezaron a sonar los teléfonos. Las amas de casa se pusieron de acuerdo, diciendo que debía hacerse algo. Una organización sin oficinas ni funcionarios, la « Women Strike for Peace », lanzó un llamamiento, que pasó de boca en boca, destinado a preparar una manifestación. Algunas asociaciones de estudiantes se adhirieron a ella y, el sábado por la tarde, a la hora en que los teatros abren sus puertas para la representación, se encontraban en « Times Square » unos millares de personas, en general bien vestidas, algunas acompañadas de sus hijos y otras que apenas habían salido de la pubertad. La policía no sabía cómo separar a los verdaderos militantes políticos de los manifestantes pacíficos y a éstos de los curiosos que no participaban en el movimiento. La manifestación carecía de oradores y no tenía rumbo determinado, sino que deambulaba silenciosa. Cuando la policía intentó dispersarla, algunos estudiantes se sentaron en medio de la calzada y no opusieron la menor resistencia a ser transportados a los camiones.

*

Todo este proceso es típico de los Estados Unidos y de su radicalismo. Es una protesta espontánea, una manifestación sin objetivo concreto, una organización sin plan ni orden, para acabar en la misma « frustración » que se sentía al principio: una ira impotente. Así puede traducirse tal vez esa palabra que los jóvenes norteamericanos furiosos tienen tan a menudo en la boca. Sienten una necesidad invencible de « hacer algo ». Después de haber considerado al radicalismo norteamericano como muerto y liquidado, brotan súbitamente en todas partes grupos de acción pacíficos, lo que viene a desmentir, en esta época dominada por el pánico de la guerra y el miedo al comunismo, la leyenda del « conformismo norteamericano ». La organización de hombres de ciencia « Committee for a Sane Nuclear Policy » no necesitó esforzarse mucho para reunir en el espacio de veinticuatro horas, en la venerable Universidad de Harvard, más de cien firmas entre los profesores, para poder insertar en un periódico, a toda

plana, un « comunicado » —que aun hubieron de pagar de su bolsillo— contra el histerismo de los refugios atómicos. La fundadora de la « Women Strike for Peace », Dagmar Wilson, es profesora de arte en Washington y madre de tres niños. Hace un año no tenía la menor idea de que podría organizar un movimiento; hoy se halla en relación con mujeres de más de cien ciudades, y en todo momento está en condiciones de destacar piquetes de huelga ante las Naciones Unidas, la Casa Blanca, la Embajada Soviética o un laboratorio atómico. Ninguna de estas organizaciones tiene más objetivos políticos que el « Friends' Peace Committee » de los Cuáqueros, y no obstante sería difícil encontrar entre sus animadores personalidades de derechas.

Entretanto han surgido grupos juveniles y otros han intensificado su actividad; grupos que según su procedencia y su formación combinan el pacifismo con la política radical. Existen los adeptos de santa Dorotea (Dorothy Day, editora de *Catholic Worker*, que sigue una tendencia parecida a la de los sacerdotes obreros franceses) y la « People's Socialist League », que simpatiza con el viejo dirigente socialista Norman Thomas; hay una nueva « Students' Peace Union » y un grupo socialista llamado « Students for a Democratic Society ». En la Universidad de Harvard se formó un núcleo pacifista radical, que ha tomado el nombre de « Tocsin » (campana de rebato); en la de Berkeley (California), hay otro denominado « Slate », que ya ha sido objeto de las persecuciones de la Comisión del Congreso contra las Actividades Antiamericanas. Terminaremos la enumeración mencionando el « Correspondence Group » académico, que debe su inspiración al psicólogo Fromm y al sociólogo Riesman, si bien por desgracia suya da muestras de poco tacto en la elección de sus colaboradores. Estos grupos enviaron en febrero último dos mil manifestantes ante la Casa Blanca, para prevenir a Kennedy contra una decisión en favor de los ensayos atómicos (« contra la paz »). El Presidente ordenó a su consejero científico, el Dr. Wiesner, que recibiera a una delegación y mandó café caliente a los demás que se hallaban expuestos a los rigores del frío.

Un ex comunista radical comentó escandalizado : « ¡Valientes revolucionarios! Si fuerais realmente adversarios del Presidente, hubierais rehusado con indignación su café. »

*

En todo caso, la posición de los pacifistas se basa en una contradicción. Los estudiantes hubieron de dirigirse al Presidente, pretextando que estaba insuficientemente informado acerca de los datos del problema o que se hallaba sometido a influencias perniciosas. ¡Como si él no supiera que la construcción de refugios sólo podría llevar a los rusos a preparar armas ofensivas todavía más eficaces y mortíferas, que para la seguridad de Norteamérica no bastan los ensayos atómicos o que incluso podrían provocar lo contrario de lo que se persigue con ellos! ¡Como si el Presidente no hubiese comprendido ya que la transigencia sería más provechosa que la intolerancia! Pero, ante la amenaza de la muerte atómica, el pacifista está obligado a creer que la política exterior americana debe encontrar soluciones transaccionales. Al contrario de su predecesor, el pacifista de 1920, el de hoy no puede volver la espalda a la política defensiva ni aceptar la idea de que los gobiernos pueden convertir en realidad sus temores más graves. El precio que el pacifista habría de pagar por el privilegio de tener razón hoy, es precisamente el tenerla y que llegasen a cumplirse sus pronósticos de la guerra atómica. Pero su lucha en favor de la paz ya no le sirve de palanca, como a su predecesor, para combatir el orden social, sino que ha de actuar con diplomacia y presentar al Gobierno proyectos de desarme que considere realizables dentro del ámbito del orden social existente.

Por lo tanto, el pacifista hábil, para transformar la espiral del rearme en espiral del desarme, ha de demostrar al hombre de Estado no pacifista que para Norteamérica sería, en efecto, más conveniente no estar vinculada a la República Federal de Alemania, abandonar las bases que tiene fuera del continente y no ayudar a los gobiernos amenazados. Pero sería proceder de mala fe si se le plantearan estos problemas, ante los que tendría que declararse

vencido, pues su verdadera oposición se basa sobre motivos éticos y por consiguiente no considera indispensable ser más fuerte que la Unión Soviética, sino demostrar la superioridad moral de Norteamérica; pero en el terreno de las fórmulas de política defensiva siempre se siente frustrado y su impotencia ante los hechos se transforma en cólera contra el Gobierno que los dirige. Lo que al principio se presentó como una contradicción entre el fin y los medios, se convierte ahora en divergencia entre el pacifista y el Gobierno. De ahí que el conocido filántropo y urbanista Paul Goodman pueda escribir que la esencia del Gobierno de Kennedy se funda en los preparativos guerreros y la única alternativa es la guerra total. La gente ya no se vuelve *ad presidentem melius informandum*, sino que organiza protestas revolucionarias. « Nosotros, los pacifistas, tratamos de oponernos a la guerra, sin ser por ello adversarios de las razones que son su causa », escribe un joven en la revista *Dissent*. Y otro dice : « Admiro a los que hacen manifestaciones en favor de la paz, porque enfrentan directamente a los hombres con un hecho evidente. » Numerosos estudiantes declaran : « Para esos problemas tan enormes no bastan soluciones políticas. » Bien ; ¿qué hacer entonces? ¿No se exige de los políticos que hagan esto y se abstengan de lo otro?

El radical, colocado ante la alternativa de una política utópica que ha de presentar como realista, y las acciones positivas que conducen a una utopía derrotista, se halla sometido a una especie de depresión nerviosa intelectual, y entonces elige el antintelectualismo, la « acción directa » o acepta la idea de una conocida poesía que dice : « Ser radical no es ser algo, sino hacer algo » ; y lo mejor sería derogar las normas que nos obligan a entrar en el círculo vicioso. De ahí procede la admiración de los radicales por Castro y Lumumba. Castro no tendría partidarios en las universidades norteamericanas si hubiese llegado al poder por medios legales o sólo hubiese construido casas para los campesinos. Les tiene absolutamente sin cuidado que escarnezca los Derechos del Hombre —por cuya violación se ataca al propio Gobierno— o que aparezca como un ins-

trumento de los comunistas, a los que todos repudiamos con indignación. Lo importante es que sea un barbián, una mezcla de Robín de los Bosques y de Garibaldi. Su figura simboliza el anhelo de oponerse a lo habitual, normal, legal y decente. El no conformismo ya no significa ahora tener opiniones disidentes, sino la repudiación de las opiniones que no se consideren adecuadas. Al principio estaba el hecho y no el programa, como escribe el joven antes citado.

Si preguntamos a los estudiantes de esta tendencia qué relación tienen con el antiguo radicalismo, especialmente con los partidos socialistas y comunistas, sólo obtenemos esta respuesta desdeñosa: « Todos nos han defraudado. Discuten, redactan programas y explotan el progreso. Con los métodos de lucha persuasivos han creado un mundo lamentable, cuyas leyes nos colocan ante alternativas imposibles. » Por consiguiente, el radicalismo es completamente ajeno a las ideologías. Sólo exige adhesiones activas. La juventud radical ni es marxista ni antimarxista, ni existencialista ni antiexistencialista (en el sentido filosófico). Está amargada y es opuesta a todo. Durante las últimas elecciones presidenciales, su consigna favorita fue: « ¡No votéis por ningún candidato! » Desconfía de todas las ideologías y se desinteresa de la vida de las organizaciones. Al contrario de los radicales de 1930, los estudiantes no conformistas de 1962, como es natural, no se dedican a la política. Son apolíticos, e incluso antipolíticos. El *mal du siècle* que padecen no puede curarse con reformas sociales, porque no merece la pena modificar la sociedad, únicamente digna de desprecio.

Los jóvenes intelectuales de la generación anterior se agrupaban alrededor de la revista *New Masses*, se afiliaban al Partido Comunista o por lo menos colaboraban en alguna formación de Frente Popular y se consideraban « vinculados » a la nación. Anteriormente hubo hasta « terceros partidos » a la izquierda: el populismo partidario de la reforma agraria, el partido progresista y, a lo largo de la frontera canadiense, el partido llamado « Farmer-Labor ». Todos ellos eran movimientos de rebelión contra la preponde-

rancia de los medios capitalistas de la costa atlántica. Roosevelt logró fusionar estos movimientos minoritarios con los grupos de emigrantes de las ciudades y formar un gran partido democrático, en el que encontraron también un lugar los intelectuales, como precursores de una nueva alianza. Pero desde entonces son prisioneros, en calidad de « trabajadores intelectuales », del Estado paternalista, en el que los movimientos disidentes sólo aspiran a conquistar paso a paso objetivos parciales, pero no consiguen encontrar lo que pudiera ser el foco de atracción para una renovación total, única que puede dar satisfacción al pensamiento radical.

*

La repugnancia por las cuestiones políticas, que por ser una protesta de carácter cultural es también un fenómeno político de masas rayano en el radicalismo político, se convierte en activismo radical cuando ciertos acontecimientos extraordinarios le permiten manifestar su actitud reprobadora. En su calidad de enemigo de todas las instituciones, el *beatnik* o bohemio lo es también del servicio militar y de la policía, se adhiere a los movimientos pacifistas o protesta cuando otros rebeldes son víctimas de alguna injusticia. Desfila en favor de Castro porque es el enemigo de sus enemigos. Pero también desfila por causas con las que no está identificado. Defiende a los comunistas a pesar de execrarlos. Una gran parte del radicalismo aparente no es partidario de nada, sino enemigo de todo. Miles de estudiantes reclamaron el indulto de Chesman, a pesar de que la sentencia se había dictado de conformidad con el derecho vigente y el procedimiento legal norteamericano; pero la juventud que no había asistido al proceso de Sacco y Vanzetti quería tener su asesinato legal, para poder oponerse. Con más fundamento podría creerse que los estudiantes combaten a la Comisión del Congreso contra las Actividades Antiamericanas, pero es interesante ver la unanimidad con que juzgan los trabajos de esta Comisión. Todo profesor universitario sabe que en su clase la mayoría de los estudiantes tiende más bien a la derecha o siente una total indiferencia por las cuestiones polí-

que en general tienen pocas probabilidades de influir en la política actual. Hasta el movimiento pacifista, que en realidad podría ser su vehículo natural, se les ha escapado de las manos y todas sus manifestaciones van de la Casa Blanca a la Embajada Soviética.

Sin embargo, el mayor obstáculo que encuentran los comunistas es el carácter del nuevo radicalismo. Un amplio movimiento social suele ser poco exigente en cuanto a las cualidades y a los métodos de sus dirigentes. Un movimiento cuya fuerza interna es un idealismo puro, resulta impenetrable para el maquiavelismo cínico de los comunistas, porque no necesita las consignas de la lucha de clases y en su ideología y en su composición es cualquier cosa menos « proletario ». Es un movimiento utópico y a menudo engañoso, que no tiene nada de político. Está más lejos de los órganos tradicionales de la izquierda norteamericana que los jóvenes rebeldes ingleses del Partido Laborista, y carece de condiciones para fundar un « tercer partido ». Sus héroes triunfan cuando son objeto de alguna injusticia y su actividad no se apoya en las fuerzas obreras del país ni en problemas nacionales. Ni siquiera en el terreno que le es propio, la política atómica, ha logrado la SANE hacer proposiciones concretas para entablar una negociación con la Unión Soviética.

*

La forma difusa, espontánea y esporádica del movimiento radical se distingue de los problemas decisivos que se plantean a las organizaciones democráticas de izquierda, como la « Americans for Democratic Action » y la defensora de los negros, la « National Association for the Advancement of Colored People ». Sólo mencionamos aquí esta organización porque las rechaza la acusan siempre de « radical » y hasta de « impregnada de comunismo ». Claro está que dicho grupo es partidario de la reanudación de las relaciones con Pekín ; contrario a la carrera de los armamentos y a las leyes destinadas a combatir a los comunistas ; defiende el aumento y la desmilitarización de la ayuda al extranjero ; es favorable a las Naciones Unidas

y se opone al colonialismo de los aliados y a la entrega de armas atómicas a Alemania. Pero frente a las dos cuestiones decisivas, en cuya apreciación se distinguen los radicales de los liberales, esta agrupación ha adoptado una actitud ambigua. No se ha definido en cuanto a la reanudación de los ensayos atómicos, y en lo que concierne a la invasión de Cuba sólo ha murmurado que fue inútil. Sin embargo, lo que separa a esta organización de los radicales es su vana tentativa de continuar la acción del « New Deal », del que salieron sus dirigentes actuales. El Estado paternalista no ha terminado su obra y todavía quedan por realizar bastantes misiones concretas que podrían mejorar la situación de amplias capas sociales, en particular de los negros. Ahora bien, los neoradicales se desinteresan de estos problemas ; no temen la amenaza del paro que puede traer consigo la automatización, ni la creciente dependencia del rearme a que se halla expuesta la economía, ni las pérdidas de oro originadas por la ayuda al extranjero, ni la resistencia a la reforma social que oponen los más favorecidos en los países en vías de desarrollo. Los viejos liberales no logran despertar el interés de sus jóvenes amigos hacia dichos problemas bien definidos. El resultado es que para ellos sólo existen dos cosas de importancia política : las manifestaciones en favor de la libertad y la protesta contra los ensayos atómicos, es decir, la exhibición y la busca del sacrificio. En relación con los negros, las organizaciones revolucionarias ya han dejado atrás a la NAACP : los nacionalistas africanos, los musulmanes negros y la CORE (Congress on Racial Equality) que prepara las expediciones en favor de la libertad, les impulsan a la acción directa mucho más que los problemas inmediatos. Se entregan a fantasías originales y organizan manifestaciones en favor de Lumumba. Y entretanto, la lucha urgente por el derecho al sufragio de los negros se estanca en las salas de los tribunales. Para los ultraizquierdistas y los bohemios, la diferencia entre las razones que se alegan para la lucha, y la realidad, es igualmente abstracta. Pero la náusea no es una orientación política, ni siquiera un fenómeno de masas.

gracias a la cual pueden dirigir sus ataques contra la « dictadura de Somoza », ataques que realmente no corresponden a una situación de tiranía. En los últimos años, allí donde su autoridad y los intereses económicos de la familia no se hallaban directamente amenazados, Luis Somoza ha aflojado las riendas del poder; ha tratado de ganarse las simpatías de la población obrera mediante ciertas reformas sociales, ha autorizado la creación de sindicatos y ha reconocido expresamente los principios de la democracia que constituyen la base de la « Alianza para el Progreso ». La imagen que sus enemigos han dado de él, presentándolo como un dictador ávido de poder y deseoso de perpetuar su régimen, ha quedado desvirtuada en los últimos tiempos, después de haber declarado Somoza públicamente que abandonaría el cargo al terminarse su mandato, que expira en la primavera de 1963, y de haber inducido al Congreso a modificar la ley electoral existente, en el sentido de prohibir la reelección inmediata del Presidente o su sustitución por un pariente cercano de éste.

Es indudable que Luis Somoza cumplirá sus promesas y que el año próximo, un nuevo jefe de Estado ingresará en el palacio morisco de la Presidencia, situado en la Loma de Tiscapa. En el curso de la audiencia que concedió en su residencia, convertida por su padre en una fortaleza inexpugnable, el Presidente, que tiene hoy treinta y ocho años, no daba la impresión de un caudillo aferrado al poder. Más bien sugería la idea de un inteligente sibarita, decidido a retirarse del juego cuando todavía tiene triunfos en sus manos. De conformidad con el ceremonial del Palacio, el visitante es convocado a las once de la mañana, para someterse a una prueba de paciencia que dura varias horas, antes de que se abran las puertas del gran salón de conferencias. La espera resulta menos pesada gracias a los informes sobre la situación que van dando de vez en cuando los diversos ayudantes de campo: el Presidente está con el peluquero, el Presidente desayuna, el Presidente despacha con sus colaboradores para tratar de los últimos acontecimientos.

*

Su afinidad con los Estados Unidos es una de las características de su política. El Presidente declara con orgullo que él —lo mismo que Nicaragua— es el aliado latinoamericano más seguro y leal de Washington en la lucha contra el comunismo. Está perfectamente de acuerdo con los principios fundamentales de la Alianza para el Progreso, presentados por el Presidente Kennedy; pero considera que Washington ha anunciado su programa demostrando cierta falta de tacto psicológico. Ha vinculado públicamente los miles de millones de dólares prometidos a condiciones que en muchos países latinoamericanos, en vez de la esperada pacificación, hubieran podido inducir fácilmente a los demagogos a desencadenar nuevos conflictos y excitar a las masas populares ignorantes a levantarse contra las clases acomodadas. Esto ha creado situaciones delicadas que provocaron la pérdida de hombres de Estado, como Janio Quadros y Frondizi, cuya política correspondía indiscutiblemente a las ideas de la Alianza para el Progreso. Somoza está convencido de que el tiempo apremia, es decir, que la proclamación de los principios hubiera debido ir acompañada de una generosa ayuda norteamericana, sin necesidad de crear una burocracia excesiva, sobre todo para evitar que siguieran bajando los precios del café y del algodón, y hacer posible la explotación de las riquezas del subsuelo.

*

Cuando en la segunda quincena de mayo los delegados de todas las regiones del país se reunieron en Managua para designar el candidato del partido gubernamental, se comprobó que la gran mayoría estaba de acuerdo para nombrar al protegido de Somoza, el actual ministro de Negocios extranjeros, Dr. René Schick Gutiérrez. Según todas las apariencias, la elección de los delegados, celebrada una semana antes, se había llevado a cabo con un espíritu muy amplio, para asegurar la deseada composición de la Asamblea. Esto dio origen a ásperas discusiones con el hasta entonces ministro del Interior, Julio Quintana, que también había presentado su candidatura a la Presidencia y acusaba francamente de maniobras desleales a los

dirigentes del partido gubernamental. Quintana abandonó al fin la reunión dando un portazo, al mismo tiempo que se retiraba del Gobierno, mientras que Schick, con una unanimidad que distaba mucho de corresponder a las corrientes efectivas de opinión en el seno del partido gubernamental, era designado por los liberales como candidato a la Presidencia.

A este primer error en la campaña por la más alta magistratura de Nicaragua, el propio Schick añadió inmediatamente otro. En el discurso que pronunció en público, declarándose dispuesto a aceptar la candidatura, aseguró que emprendería la lucha, libre de todo compromiso secreto de carácter personal; pero luego, para concretar su pensamiento, siguió diciendo que estaba firmemente decidido a seguir confiando el mando de la Guardia Nacional al jefe que la había dirigido hasta entonces: el hermano menor del Presidente, general «Tachito» Somoza.

Esta declaración poco hábil, que sin duda lamentó inmediatamente después, sirvió para confirmar la tesis de la opinión pública, según la cual la candidatura de Schick no es sino una confabulación destinada a perpetuar, tras una fachada democrática, la dominación efectiva de la dinastía de los Somoza. La Guardia Nacional, cuyos efectivos son oficialmente de unos 5.000 hombres, pero que cuenta en realidad con reservistas suplementarios de toda confianza, era considerada ya bajo el viejo Somoza y después bajo «Tachito» —más ambicioso y cínico que su hermano— como el ejército mejor equipado y disciplinado de toda América Latina. Por lo tanto, si continúa bajo las órdenes de «Tachito», arguye la oposición, los Somoza seguirán siendo los verdaderos amos de Nicaragua, quienquiera que sea el Presidente. El primer Somoza subió al poder en 1936, cuando en su calidad de jefe de la Guardia Nacional desalojó de su cargo al Presidente Juan Bautista Sacasa, que pertenecía también al partido liberal. Y las gentes se preguntan: ¿por qué no puede seguir un día el hijo el ejemplo de su padre?

Pero aun prescindiendo de los rumores desfavorables sobre las circunstancias en que se ha impuesto la candidatura de René Schick, éste dista mucho de parecer un

títere movido a distancia. Es, sin la menor duda, un político íntegro e inteligente, que posee las cualidades necesarias para asumir la dirección del país. Su padre llegó a Nicaragua en 1905 procedente de Basilea y murió un año después del nacimiento de su hijo, que si bien empezó su vida en unas condiciones lamentables, consiguió hacerse abogado prestigioso y, después de actuar como diplomático, llegó a ser ministro de Educación y finalmente ministro de Negocios extranjeros.

Aun cuando la verdadera campaña electoral no empezará hasta dentro de unos meses, Schick está tratando de ganarse la voluntad de los electores. Constituye la médula de sus discursos, no sólo el proyecto de una grandiosa reforma del sistema de enseñanza —Nicaragua sigue contando con más del 70 % de analfabetos—, sino también la seguridad de que no aceptará el cargo de Presidente si no es a base de una victoria electoral obtenida por medios legítimos.

Por el momento no pueden preverse fácilmente las probabilidades que tiene Schick para triunfar en unas elecciones realmente libres y sinceras, porque existe una incertidumbre absoluta en lo que concierne a sus posibles rivales. Se acusa a los enemigos tradicionales de los liberales, es decir, a los conservadores, de que al amparo de la ley electoral nicaragüense, que tiende a establecer el sistema de dos partidos y la supresión de todas las formaciones de escasa importancia, boicotearon las elecciones de 1957, que consagraron a Somoza como Presidente. Por esta razón perdieron automáticamente el derecho a participar en la campaña electoral, privilegio exclusivo de los dos grandes partidos que obtuvieron el mayor número de votos. Ahora va tomando incremento un grupo desgajado del partido que, en 1957, con el nombre de Partido Conservador Nicaragüense —en contraste con el Partido Conservador Tradicional— presentó un candidato derrotado de antemano, confiriendo así al triunfo de Somoza el barniz democrático que quería evitar el partido primitivo.

*

Actualmente en Managua todos los debates políticos se proponen dilucidar si los

herradura, y el transporte de viajeros y mercancías se hacía a lomos de un pollino. El viaje era sin duda bastante incómodo, pero resultaba más pintoresco. El ultracivilizado Jacinto de *A cidade e as serras*, la novela de Eça de Queiroz, habría rezonegado un poco, y nosotros con él, añorando el lujo y el « confort » de la ciudad. Pero, como le ocurrió al ultracivilizado Jacinto, una puesta de sol, una noche de luna, la voz cantarina del agua tendiendo su cabellera de cristal en las peñas, la buena compañía del fuego del lar le habrían reconciliado con el ambiente, con el paisaje primitivos. Y a nosotros con él.

A fin de cuentas lo que el habitante de la gran ciudad va a buscar al campo no es la caricatura de la gran ciudad: es el campo, el cromo del campo más o menos auténtico. Así lo han comprendido en el Tirol austríaco, cuyos pueblos y pequeñas ciudades parecen de escenografía; cuyas danzas y cantos parecen cosas de teatro, dirigidos por un director de la Staatsoper de Viena.

Ver bailar en Andorra esos bailes salvajes que hoy están de moda en las ciudades llamadas civilizadas es un anacronismo muy desagradable. Ver bailar, en cambio, el Contrapás o el Ball de Santa Anna, tan elegantes —yo he dicho alguna vez en alguna parte que hay más distinción y elegancia en los bailes catalanes del siglo XVIII, nacidos en los campos y no en los palacios, que en los minués bailados en Versalles por los cortesanos de Luis XV el Bien Amado—, es una delicia.

Andorra la Vieja, como la mayoría de los demás pueblos del pequeño territorio, ha perdido carácter, personalidad, y se ha convertido en un pueblo cualquiera, en uno de tantos, con muchos hoteles, muchos bares —no me atrevo, por galantería, a decir tabernas— y muchas tiendas de « recuerdos del país ». Los « recuerdos » son, negarlo sería una verdadera herejía, típicamente andorranos: castañuelas, panderetas, mantillas, etc. Gracias a todo lo cual el turista inglés, el alemán, el sueco, el holandés —y el francés, cuyo amor a la geografía es proverbial en el orbe entero—, confunde la catalanísima Andorra con una provincia andaluza. Por si fuera poco, desde hace un par de años el cuadro

típico del país se ha enriquecido con una plaza de toros.

Los hoteles abundan casi tanto como las tiendas, en las que los « recuerdos de Andorra » alternan con el nylon —que los turistas españoles se llevan como oro en paño—, la perfumería francesa y el tabaco inglés. Hoteles muy modernos, bastante confortables, en algunos de los cuales se come bastante bien y que no tienen otro inconveniente que el de ser poco más o menos como los de Barcelona, Madrid, Toulouse o Marsella.

Andorra ha querido modernizarse, cosa que nos parece muy lógica y digna de elogio siempre que se haga con discreción y buen gusto. Andorra ha abierto sus puertas a la civilización, al virus de la civilización. Andorra usa el automóvil en vez de la tartana, bebe whisky en vez de vino tinto y fuma tabaco inglés en vez del tradicional tabaco del país. ¡Incluso tiene, Señor, plaza de toros!

Andorra la Vieja, víctima de la feroz invasión civilizadora, está perdiendo su carácter, su aspecto de pueblo montañés. Con Las Escaldas sucede lo mismo. Un rincón había en Las Escaldas muy agradable: Engordany, pero también lo están estropeando. Para mi gusto prefiero San Julián de Loria, que ha sabido conservar mejor su aire de pueblo.

En Andorra la Vieja quedan todavía dos rincones en los que no ha desaparecido totalmente lo pintoresco: el Puyal de arriba y el de abajo, partidos por la carretera. Y queda la Casa de los Valles. Y la plaza, que me recuerda las de algunos pueblos manchegos.

Detengámonos —tú, lector, y yo— unos momentos en esta plaza de la capital del pequeño territorio. Afortunadamente, no tenemos prisa —la prisa es siempre plebeya e inútil—, no tenemos ni tú ni yo nada que hacer.

Son las once y media de la mañana. Septiembre, que es, en Andorra, un mes mucho más recomendable que agosto: porque los turistas de septiembre son más escasos, más reposados y menos turbulentos que los de agosto; porque el calor no aprieta como en agosto; porque el paisaje empieza a adquirir suntuosas coloraciones otoñales.

Aquí se come tarde, aunque no tanto como en España, y nos queda tiempo para charlar, antes de la comida, con el señor Mitjavila, el farmacéutico —un farmacéutico, un boticario, mejor, típicamente de pueblo y, por lo tanto, muy simpático—, con el electricista, madrileño tan simpático como el farmacéutico, con un consejero de los Valles...

La plaza es ancha, desnuda, de trazado irregular y en ella desembocan dos calles angostas y la carretera que, desde la frontera española a la francesa, cruza el territorio.

Las casas tienen tres pisos, cuatro a lo sumo, aunque las hay también, más modestas, de dos. Una de las casas, en cuyos bajos está instalado el Banco Agrícola, ofrece con su ancho portalón en arco y su balcón volado, aspecto de casona hidalga. En un pueblo manchego, aquí estaría el Casino: el Casino destartado donde unos viejos señores —señores sin dejar de ser campesinos— hablan de las cosechas que la sequía echará a perder, de que los tiempos son calamitosos y ya no quedan decoro ni honradez, de que antes se vivía mejor, de que el mundo está perdido... Pero en esta casa de la plaza de Andorra la Vieja no hay Casino. En esta casa de la plaza de Andorra la Vieja vive un médico que además de ser excelente como médico lo es también como persona y sabe estimar los nobles, los bellos, los agudos decires de Juan de Mairena. Y vive también en ella un hombre fino, cordial, inteligente, que ama la buena música —en su casa he visto un piano y un violín— y los buenos libros.

En una esquina, la de la carretera de la Seo, frente a frente, se hallaba hasta hace poco la Casa de Correos española y la Poste francesa. Las dos banderas, la tricolor, que los ejércitos de la República «una e indivisible» pasaron triunfalmente por Europa, y la rojo y gualda, cantada con tan lírico y patriótico arrebató por los inmortales autores de *Las Corsarias*, parecen, ondeando agresivas, desafiarse, diciendo:

— Yo curso más correspondencia que tú.

— Mis cartas llegan a su destino más rápidamente que las tuyas.

Puesto que había desafío, o así me lo parecía a mí, siempre era preferible el de las banderas al de los carteros, que eran dos: el Samarra, de los Correos Españoles, que alternaba sus funciones de mensajero de buenas y malas noticias con las de camarero en un bar de la plaza, y el Poilet, de la Poste francesa, muy cabales uno y otro.

En esta plaza existe otro edificio importante y de muy discreta arquitectura, que guarda cierta relación con el Banco: la Caja de Pensiones. La del ahorro, si uno sabe controlarla, si no se deja dominar por ella, es virtud muy útil y recomendable. A pesar de que, según afirma Ganivet, no da buenos resultados a los españoles. Y a pesar de que Anatole France le tenía mucha hinchada y a ella atribuía todos los males que pesan sobre Francia. Pero la importancia de la Caja de Pensiones de Andorra no consiste, a mi entender, en el ahorro —he sido y soy, afortunadamente, hombre poco ahorrador—, sino en que, a su amparo, se ha fundado una Biblioteca pública. Bella manera de redimir, por obra y gracia del libro, lo que hay de sucio y de vil en el dinero.

Es todavía pronto para ir a comer y hemos visto ya todo lo que hay que ver en la plaza. Nos queda el recurso de meternos en el bar del Hotel Mirador a charlar un rato con Juan, el dueño. Juan es un mozo alto, magro, que discurrea, se indigna, se apasiona y grita. Cosa que no me parece mal, ni mucho menos, pues siento invencible simpatía por todos los que saben indignarse cuando es debido; pero en el bar del Mirador, como en la mayoría de los bares del mundo, gritan, además de Juan, los parroquianos. Y yo tengo, entre otros muchos, el defecto de sentir predilección, invencible también, por el silencio.

De la plaza, aparte la carretera, arrancan, como he dicho, dos o tres callejuelas que se bifurcan después en otras, angostas, empedradas con guijarros y retorcidas. En una de ellas se hallaba una barbería, hoy convertida en bar. Era una barbería pequeñita, tan pequeñita que a los gordos, por no caber en ella, seguramente tenían que afeitarse y cortarles el pelo en la calle. En dicha barbería, Román, su

dueño, siempre con la voz tomada, ponía cátedra y discutía acerca de todo lo humano y lo divino, blandiendo la navaja o las tijeras, poseído por el más peligroso de los demonios: el de la elocuencia.

En otra de las callejuelas vive un personaje importante: el ex secretario del Consejo de los Valles. Es un hombre bajito, con el pelo y los ojos negros, que anda siempre atareado y con prisas.

A pesar del respeto que, como es sabido, siempre me han inspirado las autoridades —todas las autoridades: eclesiásticas, militares y civiles—, lo que menos me interesa en este hombre es su condición de ex secretario del Consejo. Lo que más me interesa en él son su sonrisa de hombre cortés —saber sonreír a tiempo es ciencia que no todo el mundo posee— y su amor a los libros. La casa de este hombre atareado y cortés está llena de ellos.

Pasamos luego a otra calle que, ensanchándose un poquito, se convierte en pequeña plaza. En ella hay una fondita: la del Calones, hoy cerrada. (Es decir, hoy precisamente no puedo afirmarlo y es muy posible que de nuevo esté abierta.) Fue la primera que hubo en Andorra, y años ha la frecuentaban gentes de muy diversas cataduras, muy de pelo en pecho, muy agradables y pintorescas, que poseían el don de convertir la noche en día y, amén de sus otras innumerables hazañas, eran capaces de comerse una « paella » a las tres de la madrugada. Tan pintorescos eran los parroquianos del Hostal Calones, que entre ellos figuró un aficionado a rey.

Un amigo mío, escritor francés que en septiembre de 1944 visitaba Andorra por vez primera, se quedó asombrado, turulado, al llegar una madrugada, ya muy dadas las dos, y encontrarse el comedor lleno de gente bulliciosa que comía y sobre todo, bebía. Al día siguiente, en una empresa romántica, se jugarían la vida en la montaña, pero, mientras, entre trago y bocado, cantaban unas canciones de melodía triste y letra cómica. Uno de ellos dirigía el improvisado orfeón rasgueando las cuerdas de una guitarra, el bello instrumento perfeccionado por Vicente Espinel, padre de Marcos de Obregón.

Extrañóse el escritor francés:

—¿Pero qué hace aquí y a tales horas tanta gente?

A lo que respondió Antonio, el dueño:

—¿Pues no lo está usted viendo? Lo que suele hacerse en casas como la mía cuando se tiene apetito, buen humor y algún dinero: comer, beber, cantar. ¿Le parece poco?

No; no le pareció poco al escritor. Tanto es así que mientras permaneció en Andorra habituóse a una vida nocherniega y jacarandosa que había desconocido en París, comiendo a las once de la noche y acostándose a las tres o a las cuatro de la madrugada.

En una callejuela vecina se encuentra el Hotel Mirador, llamado así por su magnífico belvedere abierto al valle, cromo verde, azul, siena y gris. El Hotel Mirador tiene « aire », tiene « tipo », no desentona en el paisaje agreste. El bar del hotel es lugar de reunión, en verano como en invierno, de los más empedernidos noctámbulos del pueblo. Aunque en verano la primera parte, el primer acto de la tertulia suele celebrarse en el belvedere, bajo el parpadear de los luceros. Por regla general son los del pueblo, los andorranos, quienes constituyen y alimentan el fuego sagrado de la tertulia.

En las ciudades, donde menudean las diversiones y la vida es más variada, más rica en tonos y matices, la tertulia —me refiero, claro está a la de los cafés— carece de importancia. En los pueblos la vida es más monótona y uniforme y, por lo tanto, la tertulia adquiere mayor relieve y tiene, por más viva, una importancia mayor que la prensa y la radio. No olvidemos que ya Eça de Queiroz, con fino humorismo, opinaba que la mayoría de los hombres sienten más intensamente el insignificante percance ocurrido a un vecino que la catástrofe espantosa ocurrida a miles de kilómetros a unos desconocidos. Cercana al Mirador y en una calle en declive se halla la llamada Casa de los Valles, en la que se reúne de cuando en cuando el Consejo General. Una de las dependencias de la Casa es la cárcel. Ello se debe sin duda al deseo de que la Justicia —con mayúscula, sí, señor— no pierda de vista al delincuente. La Casa de los Valles, de adusto aspecto de fortaleza, se yergue en un altozano, mi-

rando abierta al río de aguas de cristal y a los campos en los que, como en una paleta, destaca toda la gama de los verdes. Sobre la puerta en arco florece en piedra el escudo del territorio: el báculo y la mitra, las cuatro barras de Cataluña, las tres del condado de Foix y las dos vacas de la casa de Bearn, que tan alto puso el rey Enrique IV, llamado el Verde Galán. En la parte baja del escudo puede leerse: *Virtus unita fortior*, palabras que así, en latín, suenan muy bien, pero de las que la mayoría de los humanos, desgraciadamente, hace poco caso.

La Casa de los Valles es una construcción de aspecto severo y vetusto, con vestigios, claro está, románicos. Parece ser que en las ceremonias solemnes los consejeros visten capa parda, que el príncipe de Esquilache hubiese mandado recortar, y se cubren con el sombrero de tres picos, cantado por el granadino Pedro Antonio de Alarcón y el gaditano Manuel de Falla.

Yo creo, dicho sea con todo respeto, que en la indumentaria oficial de los consejeros hay un anacronismo. El sombrero de tres picos no cuadra, no entona con el estilo románico. El sombrero de tres picos requiere el marco galante y elegante del rococó, del churrigueresco español o el del neoclásico del turbulento reinado de Luis XVI. Por lo tanto, el sombrero de tres picos debe ir acompañado de la chupa, el calzón, la media blanca de seda y el zapato de tacón rojo. Vestidos así, los honorables y simpáticos consejeros harían honor al sombrero que hoy les distingue del resto de los mortales. Pero, por desgracia, con ello no harían honor al románico, estilo de acentuada austeridad y una de las más legítimas glorias de Andorra. El sombrero de tres picos —Enciclopedia, Pequeño Trianón, minúsculos ceremoniosos del caballero Gluck, almbarradas églogas del abate Delille, *Les liaisons dangereuses*, la novela cínica y corrosiva de Choderlos de Laclos, agente del crapuloso e intrigante duque de Orleans y, pasada la tormenta revolucionaria, general de artillería— es la antítesis del románico. Resulta difícil imaginarse en Andorra a los Crébillon, Rivarol, La Harpe, André Chénier, etc. Es mucho más fácil suponer que por aquí camparon Carlomagno, Ludovico Pío y, años después, el conde trovador Feba

de Foix, autor de una canción que también se canta en Cataluña:

*Aquestes muntanyes que tan altes son
em priven de veure mos amors on son.*

Es, pues, en prueba de respeto y veneración al estilo románico por lo que opino que los consejeros deberían vestir, en las ceremonias oficiales, cota de malla, yelmo empenachado y en vez de bastón o paraguas —el paraguas que tan vergonzosamente desacreditó en Munich el catastrófico Neville Chamberlain— empuñar una heroica lanza.

¿Que esto resultaría quijotesco? Puede que sí, pero es que existe algo más noble, más pulcro que el llamado espíritu quijotesco? Hay que ser, por elegancia espiritual y por reacción contra el granuja de uña larga y caletre corto, quijotesco. Mejor: donquijotesco, como quería Unamuno. Con el sanchopancismo por norma no se logran grandes empresas. Aunque, valgan variedades, también Sancho acabó enquistado. (No quijotizado: enquistado como en-simismado, adentrado.) Los Sanchos verdaderamente despreciables son los que no tienen necesidad moral de allegarse a don Quijote.

En la sala del consejo, de muros austera-mente encalados —creo que es en esta sala o en la contigua donde Manuel Humbert y Rafael Benet han descubierto unas pinturas románicas muy interesantes—, hay una mesa ante el balcón, unas perchas de las que, manchas pardas en el blanco muro, cuelgan las capas y tricornos de los consejeros, y gran número de sillas de anea. En el muro central hay tres retratos: el del Papa y, más pequeños, el del presidente de la República francesa y el del obispo de la Seo de Urgel. Un reloj les hace compañía, quizás para dar fe de la inanidad de las cosas de nuestro mundo deleznable.

Junto a la sala del Consejo se encuentra la capilla: una capilla pequeña —no cabrían en ella los libros de mi biblioteca— en la que, antes de empezar las deliberaciones, los consejeros oyen misa e imploran el cielo para que les ilumine; una capilla de aire aldeano y simpático, con la bandera tricolor de Andorra, que le da prestancia bélica.

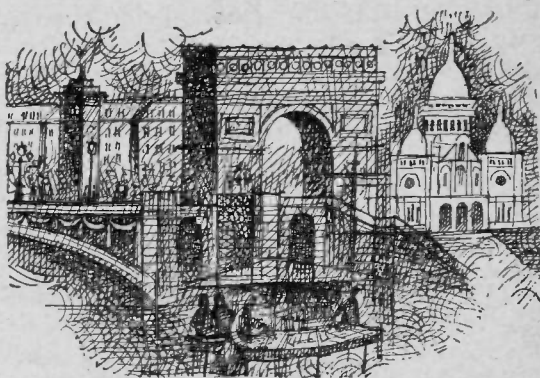
Simpática, sí, señor; una capillita extre-

balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON

El mito de las vacaciones

HUBO EPOCAS en que una minoría privilegiada estaba de vacaciones todo el año, mientras que las otras clases sociales sólo conocían de oídas esa institución. Hoy, en los países de Europa muy desarrollados, las vacaciones están prácticamente al alcance de todos. Y como por una conocida ley sociológica, lo que hacen las clases pudientes es imitado —lo más pronto posible— por los grupos que ahora llamamos púdicamente « menos favorecidos », he aquí que las vacaciones se han convertido más que en una sana costumbre en un verdadero rito. En Francia se llega a hacer obsesivo eso de veranear: desde los ricos que van cambiando de mar, montaña, yate, automóvil para matar su abulia hasta los *congés payés*, cariñosa manera despectiva de nombrar —en este democrático país— a quienes gozan de las tres clásicas semanas pagadas, de desintoxicación más o menos garantizada. En la radio —desde meses antes y hasta meses después— no se oye hablar de otra cosa que de veraneo. Las canciones lo repiten como un *slogan*: el sol, el mar azul, las velas blancas... Escapismo, puro escapismo. La gente cree que cambiando los telones cambiará al protagonista. Al volver al trabajo, a la misma ciudad, a la rutina tienen la triste sorpresa de comprobar que siguen siendo los mismos; y el único consuelo, quizá, es encontrarse la piel un poco más tostada. Pero mientras tanto los años pasan, los hijos crecen, hay cada vez menos tiempo para todo. Se



nos irá la vida en esperar sucesivas vacaciones, hasta que un día nos den las definitivas. Y entonces nos parecerán prematuras. Al menos por una vez llegarán demasiado pronto.

El gusto francés

Como todos los veranos, para deleite de aficionados, París provee de unas cuantas buenas exposiciones temporales al intrépido turista. En el « Louvre », por ejemplo, se pueden ver ahora dos exposiciones relacionadas con Corot; en el « Pavillon de Marsan », tres, heterogéneas y apasionantes: una, *La vida cotidiana 1962* que hace juego con la de *Estética industrial* del museo de Besançon; otra, cuyo tema es el del *Mosaico moderno*; y, por fin, la más importante, titulada: *Colecciones de expresión francesa*. Prefiero ocuparme de esta última ya que no dispongo de espacio para hablar de cada una de ellas.

Estas colecciones de expresión francesa podrían emparentarse, vagamente, con las *Obras maestras modernas en colecciones particulares*, que atraen su público habitual en la « Galería Charpentier », de la rue du Faubourg-St-Honoré. Pero la ventaja de la exposición del « Pavillon de Marsan » es que tiene un plan preconcebido y ese plan —como casi siempre en Francia— es inteligente y didáctico. Cinco grandes coleccionistas (anónimos, pero descubribles) han prestado sus obras de arte para componer esta exposición. Lo que se trata de descubrir, pues, no es tanto el gusto de cada cual, sino más bien si

Plenitud de Eduardo Mallea



PARA QUIEN asistió al orto literario de Eduardo Mallea y leyó con afectuosa, creciente admiración sus primeros manuscritos novelescos (los que más tarde integrarían *La ciudad junto al río inmóvil*: por ejemplo, aquel relato « El páramo », de acento tan nuevo y calado tan hondo, que luego se titularía « Sumersión » en uno de los primeros números de *Sur*); para quien gozó el privilegio de disipar sus juveniles perplejidades, nacidas no propiamente de indecisiones —puesto que una vocación rectilínea y una caudalosa fluidez le libraban de ellas—, sino de la exigencia, del rigor estético y ético, de la ambición de alturas que siempre le singularizaron; para quien antes había trazado ya sus primeras coordenadas, al saludar en la *Revista de Occidente* los *Cuentos para una inglesa desesperada*, siguiendo más tarde paso a paso toda su obra, alcanzando a comentar sus fases sucesivas, a subrayar sus mejores logros, pocos trances tan satisfactorios —desde el mirador crítico— como avistar ahora nuevamente al novelista argentino por excelencia en su hora de reconocimiento máximo y plenitud. Y ésta no es otra —personalizando, al cabo— para mí que la publicación del primer volumen de las *Obras completas* de Eduardo Mallea (Emecé Editores, Buenos Aires, 1962), hallando así la ocasión de repasar lugares familiares, personajes amigos, páginas siempre fragantes y de una calidad inmarcesible.

En efecto, aquí tenemos una buena parte —la tercera, aproximadamente— de su vasta, armónica y continua producción hasta el día; aquí reencontramos sus primeras cinco novelas largas, amén de varias series de narraciones y cuatro libros de ensayos; aquí podemos releer algunos de sus textos capitales, como el soliloquio novelesco *Nocturno europeo*, la primera, insuperable indagación autoscópica del autor y de su país, *Historia de una pasión argentina*, el más esforzado intento de novelización generacional,

La bahía de silencio, los dos tramos más altos de su perfección en el campo genéricamente opuesto, el de la novela corta —relativamente—, representados por *Fiesta en noviembre* y *Todo verdor perecerá*, punto donde Eduardo Mallea alcanza una maestría incuestionable.

Por cierto —antes de seguir adelante— advertiré que la anterior calificación de superioridad podría ser refutada, atendiendo a quienes prefieren, en el caso de Mallea, la novela de onda larga —por ejemplo, la ya citada *Bahía de silencio*, o bien una última variante, *Simbad*—, por estimar que se trata de una preferencia puramente subjetiva. Pero sucede que no ya el firmante, sino un crítico procedente de otras latitudes y diverso mundo intelectual, John B. Hughes, ha otorgado objetivamente la misma prioridad cualitativa a los relatos y novelas breves —nunca estrictos, apresurados cuentos— de Eduardo Mallea, acertando a ver cómo en ellos se espeja « su concepción temática, musical, un estilo cíclico acumulador, cargado de una gran tensión lírica y la capacidad de transformar lo aparentemente insignificante y vacío de sentido en la expresión misma de la condición humana »; esto último merced al « sentido ritual », de comunión con el lector, que el crítico norteamericano descubre en tales libros. Pero, en cualquier caso, más allá de preferencias personales, hay otro dato confirmatorio que la puntual bibliografía de H.J. Becco nos brinda al registrar las reiteradas reediciones alcanzadas por *Fiesta en noviembre* y *Todo verdor perecerá*; únase a ello la coincidencia unánime de los lectores en señalar *Chaves* como una de las obras maestras malleanas. Del mismo modo, por sus virtudes de depuración formal y condensación temática, fueron luego alabados otros libros de parecida estructura, que este primer tomo de *Obras completas* no alcanza a incluir, tales como las tres novelas breves *El vínculo*, el políptico *La sala de espera*, sin olvidar *Posesión*, *La razón humana*... Entiéndase que nada de ello significa preterir, dejar en segundo plano, libros que desplazan mayor volumen físico y es-

piritual en el tiempo y en espacio, como el díp-tico *Las águilas* y *La torre*, y particularmente *Los enemigos del alma*; libro este último que no obstante la reiteración temática, o más bien ambiental, de obras anteriores y posteriores, puede considerarse uno de los más felices. Pero tal vez en el futuro, el día que se haga el balance conjunto de la novelística malleana, acontezca algo de lo sucedido con la de su único par —en punto a calidad estética y rigor técnico— dentro de la narrativa americana general, Henry James, cuando se antepone, por ejemplo, *The Aspern papers* a *The ambassadors* o *The turn of the screw* a *The golden bowl*.

Dejando al margen esa y otras posibles correlaciones extranjerías, lo que importaría a estas alturas es situar de una vez la obra de Eduardo Mallea en el plano que le es propio: el de la literatura hispanoamericana y particularmente argentina. Pero ¿caso —dicho con rigor, sin ninguna concesión sentimental o nacional— admite confrontaciones linderas una novelística como la suya, tan distinta, de órbita más amplia, superior en muchos grados a los niveles medios? En la técnica literaria y en su alcance moral, no; en la raíz inspiradora, en algunos motivos nutricios, sí. En su mensaje último —tanto latente como expreso, y aunque el segundo a veces, por recargamiento verbal y conceptual, no resulte siempre diáfano—, las novelas de Mallea, si bien arrancan del humus natal, rebasan su contorno, lo trascienden triunfalmente. Todo esto —que requeriría mayor explicación— ¿qué otra cosa significa, en definitiva, sino la afirmación de su imparidad, el hecho absoluto de que Eduardo Mallea inaugura la novela argentina moderna? La circunstancia de que no tenga ningún continuador inmediato no niega, al contrario, refuerza tal precedencia y singularidad; de suerte que a la hora actual, sin desdeñar otras aportaciones, pero hablando con rigor, y cuando se quiera señalar sin vaguedades la fisonomía de la novela argentina moderna, cabalmente digna de tal nombre, sólo podrá incorporarse —en un plano análogo de excelencias artísticas— otro nombre y otra obra de orientación diversa, pero asimismo irreductiblemente personal, la de Manuel Mujica Láinez.

Porque Eduardo Mallea es uno de los contadísimos escritores que trascienden lo reputado con alguna estrechez como privativamente argentino. En su obra se conjugan y armonizan lo terrígeno y lo universal: la indagación de lo nacional en *Historia de una pasión argentina* y *La vida blanca*, y la exploración de abismos humanos superfronterizos en *Todo verdor perecerá*, *Los enemigos del alma* y libros afines. Según escribí en otra ocasión (en el prólogo a una edición española de *Todo verdor...*) si la raíz de sus temas y sus preocupaciones es peculiarmente sur-

americana, su lenguaje de ideas, su repertorio de personajes alcanza confines no localizables geográficamente; adquiere, en suma, una inteligibilidad pluralmente humana. Americanismo de raíz y europeísmo de maneras, de cultura, de estilo aciertan a conciliarse en sus imaginaciones y en sus ideaciones apasionadas. Se corrobora así cómo en nuestro novelista coexisten equilibradamente el lírico (un poeta que no escribió nunca un solo verso), el meditador y el creador de mundos imaginarios. Aisladamente, disociados, ninguno de ellos adquiriría en Mallea el realce que su ensamblamiento consigue. Intentando minimizar al narrador se dijo (Mariano Picón-Salas, en el prólogo a *Obras completas*, expone y aclara el reparo) que sus personajes parecían encarnaciones de ideas, valían más como vehículos de conceptos que como agnistas humanos. Ciertamente es que el sello del gran novelista consiste en crear personajes humanos que adquieran vida propia y sigan viviendo en la mente del lector —una vez cerrado el libro— con más intensidad que la mayoría de los seres del mundo a nuestro alrededor, según sucede, verbigracia, con los de Galdós. Refutando este criterio que, en son de carencia, advertía Gaëtan Picon en André Malraux, el autor de *La condition humaine* ha escrito que el novelista, contrariando el supuesto balzaciano, no debe hacer la competencia al registro civil, sino crear un mundo coherente y particular. Y he aquí que Mallea viene a coincidir con tal punto de vista cuando concibe la novela como un mundo con sus propias leyes, escribiendo (en *Las travesías*, II): « La única prueba de la legitimidad de una novela es que su mundo viva »; en definitiva, cuando forja —diciéndolo ahora con frase de Ortega— un « ámbito cerrado ». Lo afirma al replicar indirectamente a aquellos que diputaron sus novelas como « no canónicas » o no tradicionales, puesto que en ellas predomina a veces la reflexión sobre la narración; creían así señalar una inferioridad, cuando en realidad no lo es, puesto que, continúan un linaje no menos ilustre que el secamente narrativo, nutrido de peripecias externas y transcripciones realistas.

Ahora bien, el eje de tal pleito no radica en este punto, sino en otro previo y capital: en el concepto de realidad que se utilice al leer y componer novelas. Pues aunque el realismo —bajo diversas máscaras— nunca haya dejado de reaparecer en las letras españolas casi desde sus orígenes, sobre todo desde el siglo XVI hasta el día, pocos aciertan a distinguir —según hacía Unamuno— la diferencia entre la realidad fenoménica o aparential y la numérica o sustancial; la primera es la que ligera, perezosamente, suele considerarse sólo apta para entrar en la novela. Y consecuencia de tan limitado criterio es la tendencia a reducir la mayoría de

los diálogos de novelas a aquello que precisamente no es novelesco, al gárrulo charlar sobre lo más llano y trivial. Quienes basándose en tan limitativo supuesto y fortaleciendo sus argumentos con el lamentable ejemplo que nos dan tantas novelas últimas del neorrealismo y anexos —merced al uso y abuso de transcripciones fonográficas a base de conversaciones mostrencas— objetan a Mallea la identidad expresiva del autor con sus personajes, no hacen sino repetir un viejo absurdo, puesto que ya en el pasado siglo se reprochaba lo mismo a Valera, sin mejor éxito que el de suscitar sus donosas réplicas. En otro registro más grave, exento de humor, Mallea, por su parte (y aunque los argumentos más positivos de sus convicciones —sobrados de énfasis— no cuajan en lo teórico, sino en lo puramente imaginativo), replica también a los alegatos del realismo servil, afirmando los fueros de la imaginación y definiendo la novela como un « mundo inventado » ; de ahí que la psicología de sus personajes pueda considerarse real y ficticia a la vez, y que éstos ingresen en la galería de ciertas grandes novelas pretéritas y presentes, al punto de merecer el calificativo orteguiano de « psicologías imaginarias ».

Y a propósito de tales personajes, uno de los deleites de los fieles, acrecidos lectores conquistados por Eduardo Mallea en varios idiomas, a lo largo de más de tres decenios de ininterrumpida y ascendente labor, será seguramente reencontrar los rastros conocidos de Arabella, Agata Cruz, Gloria Bambil, Marta Rague, las múltiples figuras masculinas que pueblan *La bahía de silencio* ; en suma, esa humanidad tan varia que tal vez alguien se encargará —según se hizo con Balzac, con Galdós— de « censar ». Podrá así anotarse, entre tales seres, más allá de parecidos y diferencias, una mutua afinidad espiritual ; se medirá la distancia que va desde sus primeras creaciones, las heroínas evanescentes de los comienzos, hasta los caracteres más acentuados de las ficciones de madurez. Al mismo tiempo, los lectores de las últimas producciones tendrán ocasión de descubrir —por lo que concierne a los libros ensayísticos de Mallea— el origen de ciertos conceptos y expresiones que han pasado en la Argentina casi a ser proverbiales (como la distinción entre la Argentina visible y la invisible, entre el vivir y el representar, la exaltación severa de la vida, el descontento creador...), filiando así la raíz de temas, creencias, aspiraciones que han nutrido a sus inmediatos antecesores, que para los más jóvenes no han prescrito —puesto que no se han cumplido cabalmente—, y que para todos —al margen de vaivenes históricos—, mantienen la fuerza de correctivos y estímulos morales.

GUILLELMO DE TORRE

Víctor L. Urquidí : «Viabilidad económica de América Latina»

EL PROCESO de integración económica internacional, iniciado en Europa al constituirse la Comunidad Económica Europea, se extiende a otros continentes, pese a las diferencias de su desarrollo económico y a que en algunos de ellos, Asia y África, muchas de las naciones recientemente independizadas se hallan en la primera fase de su evolución, es decir han transpuesto apenas el umbral del sistema capitalista y comienzan a recorrer la etapa por la que pasó Europa a fines del siglo XVIII y en los albores del XIX.

La integración económica es de particular importancia en América Latina, región donde las naciones están perfectamente delimitadas y constituidas en el orden político y cuyas economías nacionales reclaman por múltiples razones de orden exterior e interno ser consideradas en común. ¿Es posible tratar los problemas económicos latinoamericanos en conjunto? ¿Es acertado considerar este continente como unidad económica? Víctor Urquidí lo cree así, y a exponer y demostrar su opinión consagra la obra *Viabilidad económica de América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1962).

Es cierto, comienza afirmando, que la diversidad entre los países es muy grande y que presentan características diferentes, pero ello no es impedimento para estimar que hay rasgos, tendencias y fenómenos que son comunes a la mayoría de las naciones, y, por lo tanto, representativos del conjunto. ¿Cuáles son los elementos constitutivos de éste? El primero, y más importante, el dinamismo de la población. América Latina es la región de más elevado índice demográfico del mundo ; su población es de 210 millones de habitantes (o sea 50 millones más que Estados Unidos y Canadá juntos), y aumenta a razón de 2,5 a 2,6 por ciento anual acumulativo. De no interrumpirse este ritmo de crecimiento, habrá en 1980 unos 333 millones de latinoamericanos.

La economía latinoamericana, bien se la considere en cada una de sus partes nacionales o se la estudie en su totalidad, no es autónoma ; está vinculada en forma inmediata y directa al resto del mundo y refleja sensiblemente sus vaivenes. Fenómeno debido, no como erróneamente se ha venido diciendo hasta ahora al simple comportamiento del mercado exterior, sino a la tasa y modalidades del desarrollo económico mundial, y sobre todo, de los países más industrializados y de mayor ingreso nacional. Si se estu-

diara la evolución histórica latinoamericana del siglo XIX, sería patente el vínculo directo que hay entre el crecimiento de las exportaciones de América Latina y los progresos de algunas ramas industriales de Europa y Estados Unidos.

Después de examinar los diversos aspectos de la dependencia económica latinoamericana, de su subordinación a los países de gran desarrollo industrial y de los factores más importantes que la originan —relación de los precios de intercambio, inversiones extranjeras, créditos del exterior— el autor afirma : « Las economías latinoamericanas son, en fin, dependientes de las del resto del mundo porque tienen necesidad de importar equipo, maquinaria, materias primas, algunos bienes de consumo y aun alimentos básicos... El problema consiste en que América Latina necesita obtener por vía de exportaciones, o por endeudamiento, los recursos con que adquirir las importaciones. Si tales recursos son insuficientes, el desarrollo económico puede retrasarse. »

El libro que reseñamos analiza también los aspectos sociales y los factores institucionales que en toda América Latina son causas del retraso, y con el fin de eliminarlas propone como medio de acelerar el desarrollo económico lo siguiente : intervención del Estado, reforma de las instituciones e instrumentos de gobierno —para adaptarlas a los fines del progreso—, y adopción de formas democráticas institucionales. Termina el estudio con un interesante capítulo sobre la Alianza para el Progreso, en la cual por primera vez han aceptado los Estados Unidos el concepto de que el desarrollo económico y social de América Latina es un problema de conjunto y que requiere resoluciones también de conjunto.

JOSÉ BULLEJOS

Emilio Prados : «Signos del Ser»

¿SER QUÉ? Pregunta de poeta, que pregunta porque la respuesta —su respuesta— va incluida en la pregunta y porque lo que busca es que el lector —el hombre— responda conociéndose, en virtud del signo que la poesía le hace. « Ser o no ser » es la frase primera del inmortal monólogo : lugar común o base de todo pensar de hombre, porque esa fue, es y será la cuestión. Quiere decirse : Shakespeare expresó claramente la inquietud que todo hombre lleva dentro, y al evidenciarla con el famoso verso, dijo también otra cosa que sólo saben los poetas de verdad : que la poesía es *un frente a la muerte*.

Todo eso, y todo el misterio que en torno a eso hay, va implícito en el libro de Emilio Prados, desde el título hasta la última línea. Por eso la pregunta inicial la leemos, a través de cada estrofa, como filigrana de lenta presura : « Apresúrate despacio », dijeron los antiguos señalando norma de vida, pues sabemos que vivir no es sino un irse haciendo uno mismo, y sin más su propia muerte, con despaciosa prisa. Desde esa perspectiva se entiende este gran poema de Prados : Vida frente a la Muerte como opuesta a vida, pero no en reniego y sí en acordada oposición, que al ser acorde suena a lo que en verdad es : revelación, desnudo, descubierta, desvelo. Porque es la muerte la que pronuncia de verdad la frase *Ecce Homo*, he ahí al hombre, privado de todas sus máscaras.

Hacia ese desnudo caminó siempre la poesía de Emilio, pero es aquí, en este poema, donde sus temas poéticos mayores vienen a concentrarse, dando lugar a la gran frase que es *Signos del Ser*. Signos del ser del hombre y de la poesía : *Es la poesía y es el hombre*. Pero el ser es siempre fugitivo, inaprensible de necesidad concretísima, hasta el punto de que se hace imposible concebir el ser fuera de una humana perspectiva. Mas acontece que ésta no se aclara sino a una luz que parece venir de fuera cuando en realidad viene de adentro : la viviente muerte, con y en la cual, es toda la contienda.

Emilio Prados se asienta por derecho propio como poeta máximo de nuestros días, con este su poema en el que eliminó todo cuanto pudiera ser asidero para lector turista. No busque este libro quien no esté dispuesto a quedarse en cada estrofa quieto y abierto. Y vacío, que es la única manera de llenarse.

Signos del Ser está limpiamente editado por Ediciones de los Papeles de Son Armadans, de Palma de Mallorca. Llegó a nosotros junto con la noticia de la muerte de su autor : descansen en paz el poeta y amigo queridísimo.

ANTONIO PORRAS

F. García Pavón : «Teatro social en España»

ESTE ENSAYO, como lo califica harto modestamente su autor, se divide en tres partes. En la primera se estudia el teatro social revolucionario, desde sus orígenes hasta la guerra civil : mejor dicho, desde Galdós, más que nada por la importancia de éste en las corrientes del teatro español que siguieron inmediatamente al Romanticismo, puesto que don Benito, no obstante su acendrado liberalismo, no llevó a su

obra escénica la llamada cuestión social ; quien la llevó con la máxima fuerza fue Dicenta, gracias al cual puede afirmarse que el drama social tomó carta de naturaleza en nuestro país. « La brecha —nos dice García Pavón— la abrió Juan José, porque en él coincidían, además de la nueva fórmula del teatro social, una serie de valores estéticos indiscutibles y, sobre todo, un moderno tratamiento de determinadas recetas dramáticas, ya sin vitalidad en el teatro coetáneo. » El autor de *Teatro social en España* alude, claro está, a otros autores más modernos, algunos de ellos de más alto vuelo en sus especulaciones políticas que Dicenta : Federico Oliver, Marcelino Domingo, Julián Gorkin...

La segunda parte del libro está destinada al estudio de los autores de tendencia derechista, pocos y malos, pues « las posiciones derechistas sólo produjeron en escasa cantidad y no mayor calidad un teatro antirrevolucionario. Conformista en el mejor de los casos ; satírico, paternalista o clasista ; negativo a secas, sin el menor fulgor de la avanzada y evangelizadora doctrina de León XIII ». « Nuestro teatro contrarrevolucionario —comenta García Pavón— escasas veces calza el alto coturno del drama. Prefiere las fáciles evasiones del teatro cómico, la sátira, la caricatura y la astracanada, en las que se solía pintar a los obreros revolucionarios como vagos, resentidos y borrachos... ».

La tercera y última —amén de un brevísimo epílogo— está dedicada al actual teatro social, « surgido en 1949 con la aparición de Buero Vallejo ». Teatro social de nuevo cuño, por decirlo así, fruto de las actuales circunstancias españolas que impiden la presencia en los escenarios de obras de marcado color político ; unas situaciones, pero sin el menor contenido doctrinal : « la nueva literatura social —anota el autor de *Teatro social en España*— despersonaliza, achacando el motor de la injusticia no a tal o cual casta social, sino a la sociedad entera ; a unos hábitos mentales y equivocada mecánica del planteamiento económico ». Tal es, pues, la tendencia dominante, de la que parecen discrepar algunos autores, como Alfonso Sastre, por ejemplo, de intenciones políticas más acentuadas.

Teatro social en España (Ediciones Taurus, Madrid, 1962) ofrece una panorámica, a grandes rasgos, pero muy bien lograda, de un género literario poco estudiado, cierto, pero que a decir verdad no ofrece grandes posibilidades de exposición y análisis, dada su pobreza. Salvo media docena de obras —y tal vez sea ya mucho— no creo que todas las demás merezcan la pena de figurar en una verdadera historia del teatro social en nuestro país. El teatro social, como el teatro en general, es en España de una pobreza aterradora. Lo viene siendo —¡ay!— desde hace muchos años...

I.I.

R. García Serrano : «Domingo por la tarde»

TRATASE de un conjunto de breves relatos, escritos con gran soltura y humor fino, en los que su autor hace gala de un estilo fácil y a la par brillante. En estas rápidas narraciones, en las que no se tiende a demostrar nada, ni mucho menos a defender esto o denunciar aquello, se nos presenta el hombre español de la calle en su asueto dominical, enfrentado con una preocupación inmediata : pasar el domingo por la tarde en el fútbol o en los toros.

El autor domina el tema con gracia, gracia que suele ir acompañada a veces de una sutil y hasta amarga ironía, como en el relato primero, titulado « La instancia », en el que se describe a un ordenanza bebiendo café con leche y a un gobernador civil pidiendo café con leche. Y leemos : « Toda España era un lago de café con leche. La nave del Estado flotaba en café con leche. Toda España era de bicarbonato y café con leche. Cortado o sin cortar, mitad y mitad, España entera sabía a café con leche. A veces el echador servía más negro que blanco y gobernaban los liberales ; a veces el echador servía más blanco que negro y gobernaban los conservadores. A veces servía mitad y mitad y era que la Patria estaba en peligro y se formaba un Gabinete de concentración... ».

Esto de liberales y conservadores suena ya a cosa vieja, aunque lo del fútbol y los toros podía parecer muy del presente. No sabemos, pues, si España continúa o no nadando en café con leche. Pero, como diría el viejo Kipling, esto es otra historia. Posiblemente el autor de *Domingo por la tarde* (Ediciones Taurus, Madrid, 1962) no se propuso otra cosa que hacernos pasar un rato de amena lectura. Desde luego, afirmemos que lo ha conseguido.

I.

Juan Antonio Gaya Nuño : «Tratado de mendicidad»

HACE UNOS AÑOS, nos sorprendió Juan Antonio Gaya Nuño —cuyos libros de crítica e historia del arte le han ganado tan sólido prestigio— dando a la estampa un raro libro titulado *El Santero de San Saturio*, que nada tenía que ver con las bellas artes y sí con las costumbres, tentaciones, ocios, curas y ramerías de la muy ilustre ciudad de Soria. Aquel

libro nos reveló un gran escritor, con un gran sentido del lenguaje y una voracidad por lo popular hispánico más fresco y vivo. Era a un tiempo un bien sazonado retablo de tipos y un documento sociológico, pero todo ello armonizado en unas páginas de buena y sabrosa literatura. Parece que el raro libro provocó la indignación y hasta la furia de las gentes bienpensantes de Soria, incluyendo al señor Obispo, que clamó contra él y contra su autor públicamente. Todo ello no ha impedido, sin embargo, que Gaya Nuño vuelva a las andadas, y se arriesgue a publicar un nuevo libro estrafalario, como él gusta llamar a estos libros que no entran en los casilleros de los géneros literarios más corrientes, pues que no son novela, ni ensayo, ni biografía, ni relato. Este *Tratado de mendicidad* (Ed. Taurus, Madrid, 1962) es libro singularísimo y del todo insólito en la literatura habitual que hoy se cuece en España. Es ya un libro clásico desde el primer día, y no sólo por lo castizo de su prosa, sino también por su sustancioso contenido, sus historias admirablemente contadas, y hasta por su ejemplaridad moral, que difiere totalmente de la que los lectores bienpensantes esperarían de un libro de tal título. Pues Gaya Nuño habla de los mendigos con humanísima comprensión y ternura, defendiéndolos de las persecuciones de que tantas veces y con manifiesta injusticia son objeto, y sólo en algún caso de mendigo malvado, antipático u olvidadizo de las leyes y ritos de la mendiguez, se atreve a reprimirle con severidad. Es difícil entre tantas sugestivas páginas, señalar las preferidas, pero yo quisiera al menos destacar el capítulo titulado « De la mendicidad como vocación », con la verídica relación de un interminable viaje en tren entre Barcelona y Tarragona ; o el divertido ejemplo « De lo que contesció a la muchacha mendiga que casó con pintor abstracto » —o astrato, según solía decir un estupendo personaje del capítulo, Clemente Zafra el Zulu, amigo del autor ; o en fin, las sabrosas « pláticas de mendigos » en torno a la muerte y entierro de don Narciso, un ricachón sin entrañas, en las cuales encontramos alguna resonancia de los soberbios diálogos de mendigos valleinclanescos. Pero todo el libro, de lectura sabrosísima, se recomienda por sí solo. Y yo lo recomiendo al lector, cuyo gusto, seguramente estragado con tanta repetida fórmula novelística o poética, agradecerá un libro tan personal e individualizado como éste.

Una palabra final sobre la edición, en la que hay que destacar las magníficas ilustraciones de Alvaro Delgado, uno de los jóvenes maestros de la pintura española actual. Aunque las ilustraciones ideales para este ejemplar *Tratado de*

mendicidad hubiesen sido quizá algunas escenas de *Viridiana*, el impresionante film de Buñuel, sobre todo las de la bacanal de mendigos en el comedor del palacio...

J. L. CANO

F. Vegas Seminario :

« El honorable Ponciano »

LAS AGITACIONES políticas en Sudamérica, y sobre todo el golpe de Estado en el Perú, vienen a dar renovada actualidad a la novela de Francisco Vegas Seminario *El honorable Ponciano*, editada en Lima por Mejía Baca y Villanueva. Pintura de costumbres —de muy malas costumbres—, su acción, sus episodios culminantes y sus personajes parecen inverosímiles al lector no iniciado en la vida pública de ciertos países americanos. Pero, lejos de parecer tales a los que están en autos, y pese a la advertencia del autor de que « no se ha inspirado en ninguno de los personajes de nuestro escenario político del pasado o del presente », el libro « sirve, al revés, según la aguda crítica de Luis Jaime Cisneros, para que el lector, a fuerza de reconocerlos y de sentir ligada su biografía a muchos de ellos, adquiera y perfeccione su esperanza de que la política del Perú sea lo que alguna vez hemos soñado ».

La publicación de una obra tal, llena de tan crudas verdades y de realidades tan ingratas es, por encima de su valor literario, un acto de civismo, una contribución al esfuerzo de una minoría sana, empeñada en la tarea de desterrar los vicios y corruptelas que en esas páginas se denuncian y en crear una verdadera democracia eficaz y sin falsificaciones.

El honorable Ponciano nos muestra, a través de los cambios y equilibrios del personaje central, las peripecias increíbles —y sin embargo ciertas—, las alternativas de fortuna y desgracia, triunfos y riesgos en que puede verse embarcado un hombre público en el Perú, y el modo cómo este hombre se bandea en medio de todas estas situaciones, guiado por un maquiavelismo barato.

Libro de provechosa lectura para comprender el juego político de unos países donde la verdadera democracia está aún inédita, lo hemos leído con agrado y lo reputamos como una noble protesta de su autor contra un estado de cosas de cuya persistencia dan claro testimonio sucesos recientes y deplorables.

C. A.

“ España y Europa ”



La revista parisien-
se *Les Temps Modernes*, dirigida por Jean-
Paul Sartre —el in-
quieto filósofo del
existencialismo, al que
sus obsesiones ideoló-
gicas, sus tics prole-
tarios y su concepción
teatral de las luchas
sociales le empujan

sine ira et studio hacia el movimiento comunis-
ta, al que considera como sola encarnación de la
« fuerza motriz de la historia »—, ofrece en su
número de julio un extenso ensayo del joven
novelista español Juan Goytisolo, con el atractivo
título de « España y Europa ». Como estamos
seguros de que este ensayo no dejará de ser re-
producido y difundido en Hispanoamérica, nos
parece oportuno y hasta necesario comentar las
partes principales del mismo.

Digamos de buenas a primeras que hemos sentido siempre una particular simpatía por este joven escritor, cuyas primeras novelas saludamos esperanzados, mucho antes, pues, que su nombre saltase a la palestra internacional y apareciese en la prensa de numerosos países, un poquito abusivamente, como representante de la nueva novelística española. (Una nueva novelística que, dicho sea de paso, no es tan nueva ni presenta el saldo favorable que cabía esperar. Pero esto es harina de otro costal.) Considerando que el arte de novelar —de novelar bien, claro está— es ante todo el resultado de un largo y penoso aprendizaje, no paramos mientes en las imperfecciones o defectos que presentaban esas primeras novelas de Goytisolo, escritas al menos sin cartabón y plenas de frescura juvenil ; algunos de esos defectos fueron subsanados más tarde, en sus otras novelas, lo cual no dejó de alegrarnos en grado sumo, si bien lo que ganaban en el terreno estético lo perdían en espontaneidad.

Ahora bien ; se me antoja que nuestro joven novelista se ha propuesto *brûler les étapes*, como

dicen los franceses. En efecto, apenas adentrado en ese aprendizaje del novelar se consideró obligado —¡ay!— a ponerse a teorizar sobre la novela. Y nos ofreció un librito titulado *Problemas de la novela*, en el que, como observó en nuestra revista el crítico Mario Maurín (*Cuadernos*, nº 41), patentiza « una cultura mal asimilada, el temor de quedarse atrás de la crítica contemporánea y un extraño confusionismo... » Ahora, considerando sin duda que el compromiso en literatura —ese *engagement* tan de moda en nuestros días— supone ineluctablemente ocuparse de todo lo divino y humano, Juan Goytisolo decide ampliar su empeño y salta a teorizar en el terreno político : el ejemplo es su último ensayo, « España y Europa ». Una vez más habremos de repetir lo de « una cultura mal asimilada, el temor de quedarse atrás de la crítica contemporánea y un extraño confusionismo... ».

Como suponemos que este ensayo (1) habrá sido escrito con idéntico espíritu que lo fueron las páginas de *Problemas de la novela*, es decir, « con una intención crítica o polémica », según las propias palabras de Goytisolo, es de creer que éste no tendrá inconveniente en que critiquemos y polemiquemos. *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Consideramos, en efecto, que el problema de fondo planteado en « España y Europa » es de mayor importancia que cualquier tiquismiquis de orden estético. Trátase, no de problemas de la novela, sino de problemas de España ; nada más, ni nada menos, que del presente y del futuro de España. ¿Cómo no sentirse acuciados por el afán de poner un poco de orden en los conceptos lanzados a voleo, sin lógica y a veces sin sentido común, por Goytisolo? Un problema de gran calado histórico cual es el español, ofrece

(1) Verdad es que *Les Temps Modernes* lo publicó como crónica. Como todo el mundo sabe, la crónica no pasa de ser un simple artículo periodístico sobre temas de actualidad. Esto nos hace pensar que quizás seamos hartos generosos al calificarlo de ensayo.

el marxismo-leninismo? (6). Por lo demás es obvio que el caso de España no es el de los países asiáticos o africanos que se hallan ahora enfrentados con la urgente tarea de formar su nacionalidad. No se borra así, de un gesto malhumorado o ligero, todo un pasado histórico y unas realidades económicas innegables. Lo de africanizar a España fue en boca de Unamuno una paradoja más. Hoy, el caso de España exige mayor seriedad.

(6) Debe de referirse a esa Cuba « marxista-leninista », si tenemos en cuenta el entusiasmo que muestra al referir en su crónica de *France-Observateur* que en las calles de La Habana se encontró con una anciana que caminaba leyendo « un grueso volumen » : *El manifiesto comunista*, de Marx. No sólo hasta las viejecitas leen a los maestros del marxismo, sino que los libros como *El manifiesto comunista* se convierten en volúmenes gruesos...

Este problema español que nos desvela, como desveló a nuestros mayores, no es un simple problema nacionalmente delimitado. España no puede vivir aislada como en el pasado ; tampoco ha de convertirse en el ghetto nacionalista que algunos ansiaron ; en fin, el salto en el vacío al estilo cubano tampoco es una solución. Lo será una España democrática en una Europa democrática, primer paso hacia un mañana de liberación total del hombre.

I. IGLESIAS

Colaboradores

- LUIS CAPDEVILA, escritor catalán, actualmente profesor en la Facultad de Letras de Poitiers (Francia), es autor de una obra considerable, que abarca el ensayo, la novela, la biografía y el teatro.
- RUDOLPH P. HAFTER, corresponsal del periódico suizo *Neue Zürcher Zeitung*, acaba de hacer un viaje por los distintos países de América Central.
- JUAN LISCANO, poeta y ensayista venezolano, ex director del « Papel Literario » de *El Nacional*, ha publicado *Ocho poemas, Del alba al alba, Contiéndala, Humano destino, Tierra muerta de sed y Rito de Sombra* (poesía), *Folklore y Cultura* y *Por los caminos de la prosa* (ensayos).
- HEINZ PAECHTER, corresponsal en Estados Unidos del periódico alemán *Deutsche*

Zeitung mit Wirtschaftszeitung, colabora asimismo en diversas revistas, principalmente en *Der Monat*.

- ENRIQUE RUIZ GARCIA, joven escritor y periodista español, colabora en diversas revistas sobre temas sociales de actualidad, prestando particular atención a los referentes a Hispanoamérica. Publicó *Iberoamérica entre el bisonte y el toro* y *Suspense atómico*.
- ARTURO USLAR PIETRI, profesor de la Universidad Central de Caracas, ha tenido una sobresaliente actuación en la vida política venezolana. Es autor de numerosos libros, entre los que cabe señalar : *Las lanzas coloradas, Red, El camino de El Dorado, Sumario de economía venezolana, Breve historia de la novela hispanoamericana* y *Un retrato en la geografía*, que acaba de ver la luz.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de a partir del N°

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF

Europa : 1 año : 28 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA

América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.



SUMARIO

NUMERO 67

DICIEMBRE DE 1962

Ciencia y cultura	J. ROBERT OPPENHEIMER	3
Nuestra América y el nuevo mundo africano	GERMAN ARCINIEGAS	13
El ignorado (Poema)	MARIA URZUA	21
« España y Europa », veinte años después ..	JOSE FERRATER MORA	22
El intelectual en la sociedad comunista	PETRU DUMITRIU	35
Sarmiento y Unamuno	DARDO CUNEO	48
« Yo no he venido a traer la paz... » (Cuento)	ANA MARIA MATUTE	53

Bellas Artes

América Latina en la Bienal de Venecia ..	RAMON XURIGUERA	64
Arte latinoamericano en París	DAMIAN CARLOS BAYON	68

Crónicas

Los chilenos no aprenden historia	VICTOR ALBA	73
Costa Rica y Honduras : una excepción y un peligro	RUDOLPH P. HAFTER	79
« Viridiana », de Buñuel	JOAQUIN CASALDUERO	85
Balcón de París	D.C.B.	89

Libros - Revistas - Colaboradores

en el crecimiento enormemente rápido de muchas ramas de la biología y en el hecho, tremendo pero no cerrado a la esperanza, de que el hombre es una parte de la naturaleza y se halla como tal muy abierto al estudio.

La razón de este gran cambio —desde un mundo de evolución lenta, casi estático, al mundo en que hoy vivimos— es el carácter acumulativo, la solidez y la objetividad de todo lo que hemos aprendido acerca de la naturaleza. Ciertamente es que esto queda superado cuando nos adentramos en otros campos de la experiencia. Lo que es verdadero en la escala de la pulgada y del centímetro puede no serlo en la de los mil millones de años luz ; y quizá no lo sea tampoco en la escala de una centésima de billón de un centímetro ; pero permanece cierto en la escala para la que quedó demostrado. Así, todo lo que se descubre queda agregado a lo que ya se sabía antes, lo enriquece y no tiene que ser repetido. Este carácter esencialmente acumulativo e irreversible del conocimiento de las cosas constituye el sello distintivo de la ciencia.

Esto significa que en la historia humana las ciencias producen cambios que no pueden hacerse desaparecer, por más que uno lo desee, y que no pueden anularse. Voy a dar un par de ejemplos completamente diferentes acerca de esto. Se habla mucho de que hay que desembarazarse de las bombas atómicas. Me agrada que se hable de estas cosas, pero no debemos engañarnos. El mundo ya no será el mismo, independientemente de lo que hagamos con las bombas, porque es imposible exorcizar el conocimiento que nos permite fabricarlas. Ahí está, y todas las disposiciones que tomemos para vivir en una nueva era han de tener en cuenta su presencia virtual omnipresente, así como el hecho de que no podemos modificar tal estado de cosas. Un ejemplo diferente : nunca volveremos a repetir los errores que se cometieron acerca del carácter central y la importancia de nuestro *habitat* físico, ahora que sabemos algo sobre el lugar que ocupa la Tierra en el sistema solar y que sabemos que existen centenares de miles de millones de soles en nuestra galaxia, dentro del alcance de los grandes telescopios del mundo. Ya no podremos nunca más basar la dignidad de

la vida humana en las especiales características de espacio y tiempo del lugar y de la época en que nos ha tocado vivir.

Estos son cambios irreversibles, y así es como el carácter acumulativo establece un paradigma, un ejemplo de algo que, en otros aspectos, se halla mucho más sujeto a debate : la idea del progreso humano. No cabe duda alguna de que en el campo de las ciencias la dirección del crecimiento significa el progreso. Esto resulta cierto tanto por lo que respecta al conocimiento de los hechos, la comprensión de la naturaleza, como al conocimiento de la práctica, de la tecnología, del aprender cómo hacer las cosas. Cuando aplicamos esto a la situación humana y nos quejamos de que realizamos grandes progresos en las investigaciones en torno a la automatización, las calculadoras electrónicas o el espacio, pero no en cambio un progreso moral comparable, incurrimos en una falta absoluta de comprensión de la diferencia existente entre los dos tipos de progreso. No quiero decir que el progreso moral sea imposible, sino que no es en modo alguno automático. El retroceso moral, tal como lo hemos podido ver en nuestra época, es igualmente posible. En cambio, el retroceso científico no es compatible con la práctica continuada de la ciencia.

Es cierto, desde luego —y nos sentimos orgullosos de que así sea— que la ciencia es perfectamente internacional e idéntica, con pequeñas diferencias de énfasis, en Japón, Francia, Estados Unidos y Rusia. Pero la cultura no es internacional. En verdad, yo me cuento entre los que esperan que, en cierto sentido, nunca lo será del todo, que la influencia de nuestro pasado, de nuestra historia —que por diversas causas y para pueblos diferentes son distintas— se dejará sentir y no se perderá en una homogeneidad total.

No puedo suscribir la idea de que la ciencia y la cultura son coextensivas, de que representan la misma cosa con diferentes nombres ; y no puedo tampoco aceptar la afirmación de que la ciencia es algo útil pero que en esencia no tiene relación alguna con la cultura. Creo que vivimos en una época que tiene pocos paralelos históricos, que hay problemas de índole práctica en relación con las instituciones humanas, con

cubierto y la forma como lo descubrimos. Si no nos comprende, le hacemos una visita y le ayudamos a que nos entienda ; y si aún así no nos comprende, volvemos a casa y repetimos nuestra observación. De este modo es como se establecen la firmeza y la solidez de la ciencia.

¿Cuál es entonces el procedimiento? Al estudiar las diferentes partes de la naturaleza, exploramos con ayuda de diferentes instrumentos, exploramos distintos objetos y así tenemos una ramificación de lo que antes había sido discurso corriente, sentido común. Cada rama desarrolla nuevos instrumentos, ideas y palabras apropiadas para descubrir esa parte del mundo de la naturaleza. Esta estructura de árbol, que surge en su totalidad del tronco único de la experiencia común primordial del hombre, posee ramificaciones que no se relacionan ya con los mismos temas, con las mismas palabras, con las mismas técnicas. La unidad de la ciencia, aparte el hecho de que toda ella tiene un origen común en la vida cotidiana del hombre, no es una unidad en que cada una de las partes se derive de otra ni en que exista una identidad entre una parte y otra, entre genética y topología, digamos, para tomar dos ejemplos improbables, donde efectivamente existe cierta conexión.

La unidad consiste en dos cosas : la primera y más sorprendente es su falta de consistencia. Así, podemos hablar de la vida en términos de finalidad, de adaptación y de función ; pero no hemos encontrado en las cosas vivientes artificios o trampas que burlen las leyes físicas y químicas. Hemos encontrado y espero que seguiremos encontrando una consistencia total ; y entre materias distintas, incluso tan remotas como la biología y la topología, encontramos ocasionalmente una marcada pertinencia recíproca. La una ilumina la otra ; ambas se hallan mutuamente relacionadas. A menudo, en el campo de las ciencias los grandes acontecimientos ocurren cuando dos descubrimientos diferentes, realizados en mundos distintos, resultan tener tanto en común que constituyen ejemplos de un descubrimiento todavía más importante.

El cuadro no corresponde al de una formación ordenada de hechos en el que cada uno de ellos procede, en cierto modo, de

otro más fundamental ; sino que sugiere más bien la imagen de un ser viviente : un árbol que hace algo que los árboles no hacen normalmente, un árbol que ocasionalmente pudiera hacer que sus ramas crecieran juntas y se separaran de nuevo formando una gran red.

El conocimiento que se acrecienta de esta manera extraordinaria es, inherente e inevitablemente, un conocimiento muy especializado. Es diferente para el físico, para el astrónomo, para el microbiólogo, para el matemático. Existen conexiones ; se da una pertinencia mutua a menudo importante. Ni siquiera en la física, en cuyo ámbito tenemos que luchar mucho para evitar que las diferentes partes de nuestra materia se dispersen (de tal modo que un individuo sabrá una cosa y otro sabrá otra, y no se comunican entre sí), llegamos a conseguir un éxito completo, a pesar de nuestra fuerte pasión por la unidad. Las tradiciones de la ciencia son tradiciones especializadas ; esa es su fuerza. Su fuerza consiste en que emplean las palabras, la maquinaria, los conceptos y las teorías que mejor se adaptan a sus temas y no se embarazan con la obligación de tratar de adaptarse a otros tipos de hechos. Son estas tradiciones especializadas las que proporcionan a la experiencia científica su enorme impulso y vigor. Esta es también una de las causas que engendran el problema de la enseñanza y la explicación de las ciencias. Cuando accedemos a un resultado general trascendente que ilumina una gran parte del mundo de la naturaleza, en virtud del hecho de ser general en el sentido lógico, de abarcar una enorme cantidad de experiencia, justamente entonces es, en sus conceptos y su terminología, un resultado altamente especializado, casi ininteligible, excepto para aquellos individuos que han trabajado en ese mismo campo. Las grandes leyes físicas del presente —que no lo describen todo, pues de lo contrario no nos quedaría nada por hacer, pero que desexplican casi todo lo que la experiencia humana común puede observar acerca del mundo físico— no pueden formularse en términos que sea posible definir en forma razonable sin un largo período de aprendizaje. Esto resulta no menos cierto aplicado a otras materias.

Dentro de estas especializaciones tenemos a las comunidades profesionales de las diversas ciencias, comunidades de carácter muy íntimo, que trabajan en estrecho contacto y se conocen unas a otras a través de todo el mundo ; satisfechas por lo general cuando un miembro de la comunidad hace un descubrimiento ; celosas en ocasiones, pero manteniendo cordiales relaciones mutuas. Pienso, por ejemplo, que lo que hoy llamamos psicología será quizá un día muchas ciencias y que éstas serán practicadas por un gran número de diversas comunidades especializadas, las cuales se comunicarán entre sí, cada una dentro de su propia profesión y de su propio modo.

Estas comunidades especializadas, o gremios, constituyen una experiencia sumamente emocionante para quienes en ellas participan. En muchas ocasiones se ha intentado ver en ellas analogías para otras actividades humanas. El intento del que se habla con más frecuencia es el siguiente : « Si los físicos pueden trabajar juntos en países de culturas diferentes, en países con políticas diferentes, incluso mutuamente hostiles, o con religiones diversas, ¿no es ésta una forma de reunir y conciliar al mundo? »

Como consecuencia de las costumbres de la universidad, los hábitos de especialización de las ciencias se han extendido, hasta cierto punto, a otras actividades, por ejemplo a la filosofía y a las artes. Existe una filosofía técnica que es la filosofía como artesanía, la filosofía para otros filósofos, y existe también un arte para los artistas y los críticos. En mi opinión, cualesquiera que sean sus virtudes en cuanto al perfeccionamiento de los instrumentos profesionales, éstas son interpretaciones profundamente falsas, incluso subversiones profundas de las verdaderas funciones de la filosofía y el arte, que han de orientarse hacia el problema humano general y se dirigen si no a todo el mundo sí a cualquier individuo, pero no a los especialistas.

Se ha afirmado con frecuencia que los grandes descubrimientos científicos, al penetrar en la vida de los hombres, influyen sobre sus actitudes frente a su puesto en la vida, sobre sus opiniones y su filosofía. Sin duda hay cierta verdad en esto (1).

Si los descubrimientos científicos han de ejercer un efecto probado sobre el pensamiento y la cultura humanos, tienen que ser comprensibles. Pero lo normal es que esto sólo resulte cierto en el período inicial de una ciencia, cuando se refiere a cosas que no se hallan muy alejadas de la experiencia común. Dos de los grandes descubrimientos de este siglo se conocen con el nombre de relatividad e incertidumbre, y cuando los oímos nombrar, quizá pensemos : « Así es como me sentí este mañana : me sentía relativamente confuso y bastante incierto. » Esto no tiene nada que ver con la noción de las cuestiones técnicas que abarcan esos grandes descubrimientos, o con las lecciones que de ellos se derivan.

Creo que la razón de que la hipótesis de Darwin tuviera gran resonancia se debió, en parte, a que era algo muy sencillo expresado en términos corrientes. Hoy no podemos hablar de los descubrimientos contemporáneos en la biología en semejante lenguaje o refiriéndonos simplemente a las cosas que todos hemos podido experimentar.

Creo, pues, que el marcado efecto ejercido por las ciencias en el fomento y el enriquecimiento de la vida filosófica y de los intereses culturales se ha limitado necesariamente más bien a las etapas iniciales del desarrollo de una ciencia. Y aun existe otra restricción : me parece que los descubrimientos tendrán realmente un eco y cambiarán la manera de pensar de los hombres sólo cuando alimenten alguna esperanza, alguna necesidad preexistente en la sociedad. Creo que las verdaderas fuentes de la Ilustración, alimentadas en parte por los descubrimientos científicos de la época, surgieron con el redescubrimiento de los clásicos, de la teoría política clásica y quizá

(1) Entre los ejemplos que suelen citarse generalmente figuran los de Newton y Darwin. El primero no constituye un buen ejemplo, ya que cuando lo examinamos con detenimiento nos sorprende el hecho de que, en el sentido de la Ilustración —el sentido del acoplamiento entre la fe en el progreso científico y la razón humana y la creencia en el progreso político y la secularización de la vida humana—, Newton mismo no fue en modo alguno un newtoniano. Sus sucesores sí lo fueron.

sobre todo con el redescubrimiento de los estoicos. El afán del siglo XVIII por creer en el poder de la razón, por desear el derrocamiento de la autoridad, por ambicionar la secularización, por adoptar un punto de vista optimista en cuanto a la condición humana, se apoderó de Newton y de sus descubrimientos como ejemplo de algo en que ya se creía firmemente, con independencia absoluta de la ley de la gravedad y de las leyes del movimiento. El afán con que el siglo XIX se apoderó de Darwin tenía mucho que ver con el conocimiento creciente de la historia y de sus cambios, con el gran deseo de naturalizar al hombre, de colocarle dentro del mundo de la naturaleza, que ya existían mucho antes de Darwin y que hicieron que fuera bien recibido. En este siglo he observado un ejemplo, relacionado con el gran físico danés Niels Bohr, el cual descubrió en la teoría de los cuanta, cuando se estableció hace treinta años, esta notable característica: dicha teoría es coherente con la descripción de un sistema atómico, pero mucho menos completamente de lo que estamos acostumbrados al descubrir objetos a nuestra escala. Tenemos cierta posibilidad de elección en cuanto a los rasgos del sistema atómico que queremos estudiar y medir y a cuales dejar de lado; pero no tenemos opción para abarcarlos todos. Esta situación, que todos reconocemos, reforzó en Bohr su antiguo punto de vista acerca de la condición humana: existen formas mutuamente excluyentes de utilizar nuestras palabras, nuestra mente, nuestra alma, cualquiera de ellas accesible a nosotros, pero que no pueden combinarse; formas tan diferentes como, por ejemplo, la de prepararse para la acción y la de embarcarse en una búsqueda introspectiva de los motivos de la acción. En mi opinión, este descubrimiento no ha penetrado en la vida cultural general. Ojalá ya lo hubiera hecho; constituye un buen ejemplo de algo que sería importante con sólo que pudiera ser entendido.

Einstein dijo una vez que una teoría física no está determinada por los hechos de la naturaleza, sino que es una libre invención de la mente humana. Esto plantea la cuestión de lo necesario que sea el contenido de la ciencia: ¿hasta qué punto es algo que nosotros somos libres de no en-

contrar?, ¿hasta qué punto es algo que pudo ser de otro modo? Esto tiene naturalmente gran importancia en relación con el problema de cómo podemos emplear las palabras « objetividad » y « verdad ». Cuando encontramos algo, ¿lo « inventamos » o lo « descubrimos »?

El hecho estriba, en mi opinión, en lo que cabe imaginar. Desde luego, somos libres dentro de nuestra tradición y de nuestra práctica, y en un grado mucho más limitado individualmente, de decidir hacia qué parte de la naturaleza dirigiremos nuestra mirada, y cómo mirarla, qué problemas hemos de plantear, con qué instrumentos y con qué finalidad. Pero no somos libres ni en el más mínimo grado de determinar lo que encontramos. Es cierto que el hombre ha de ser libre de inventar la idea de masa, como hizo Newton y como después se ha repetido perfeccionándola; pero, tras hacer esto, no somos libres de determinar que la masa del quantum de luz o del neutrino sea algo más que cero. Somos libres en el comienzo de las cosas. Somos libres en lo que toca a cómo proceder en relación con ello; pero después el mundo real configura esta libertad con una respuesta necesaria e implacable. Esta es la razón de que las interpretaciones ontológicas de la palabra « objetivo » parezcan inútiles y de por qué la empleamos para describir la claridad, la falta de ambigüedad y la eficacia del modo como nos comunicamos mutuamente lo que hemos descubierto.

Así, en las ciencias, es difícil que lleguen a producirse pronunciamientos totales como los comprendidos en la palabra « todo », sin restricción o atenuación de ninguna clase. En cada investigación, en cada ampliación de nuestros conocimientos, nos hallamos implicados en una acción; en cada acción estamos implicados en una elección; y en cada elección nos vemos implicados en una pérdida, la pérdida de lo que no hicimos. Comprobamos esto en las situaciones más sencillas. Lo comprobamos en la percepción, en la que la posibilidad de percibir es compatible con nuestra ignorancia de muchas cosas que están sucediendo. Lo comprobamos en el lenguaje hablado, en el que la posibilidad de un discurso comprensible radica en no prestar

man el grueso de las exportaciones latinoamericanas. La circunstancia del bajo costo de la mano de obra en Africa aseguró por el momento un buen negocio para todos los comprometidos en esta operación, operación que en último término haría pagar a los latinoamericanos una cuota notable de la emancipación africana. No se tuvo en consideración el posible conflicto futuro entre las economías de Africa y de América Latina, que será ruinoso para unos y otros. Los Estados Unidos, sin pensarlo, contribuyeron a preparar semejante situación, dándole el visto bueno a estos programas. Aun faltó a los mismos latinoamericanos un elemental sentido de previsión y ellos mismos aprobaron con sus votos los planes de ayuda técnica que la FAO preparó para estimular las siembras de café en Africa. Estas reflexiones no son de hoy. Don Carlos Dávila, en un libro publicado en 1949 —*We of the Americas*— señaló este peligro que ya veía cernirse sobre la estabilidad latinoamericana.

Francia condicionó su entrada a formar parte del mercado común europeo a una discriminación en favor de los productos africanos. Ha tocado a los embajadores latinoamericanos, ante el mercado común europeo, luchar en los últimos meses para que el café y los bananos que llegan a Europa del hemisferio occidental no sufran con el tratamiento de naciones más favorecidas que se quiere dar a los países africanos. Se hubiera podido orientar la vida agrícola de la nueva Africa en el sentido de emprender otros cultivos, que en vez de crear conflictos con la producción latinoamericana complementarían los cuadros generales de aprovechamiento de la tierra en el mundo. Era absurdo estimular nuevas plantaciones de café, cuando estaba a tal punto saturado de este grano el mercado mundial que en los almacenes de retención se guardaban sacos en número igual a lo que suma en un año la producción total del mundo, o cuando se quemaban o tiraban al mar millones de toneladas para mantener un nivel de precios lo suficientemente remunerador como para pagar el salario que por fuerza debe ganar el latinoamericano. Hoy, los africanos comienzan a participar de este problema de los excedentes inconsultamen-

te agravado, y ellos mismos declaran que hubo un error en el punto de partida y que ese error no fue de ellos.

Una revista de lo que han sido las políticas europeas en el Africa de los últimos años muestra la variedad de soluciones que se han propuesto y, más que todo, el afán con que las distintas naciones se mueven en busca de una tabla de salvación. Inglaterra ha pasado de lo que fue la guerra de los boers en el siglo XIX a sistemas de gradual liberación que puedan ser utilizados por la comunidad británica. Bélgica hizo lo que todos sabemos en el Congo antes de la independencia, durante la independencia y después de la independencia. El caso de las dos Francias : la europea y la colonial, es trágico. Logró la europea montar los planes de su recuperación sobre bases tan sólidas que hoy podría hablarse sin vacilar del milagro francés, como se habla del milagro alemán o del italiano. Pero mientras que alemanes e italianos han aprovechado en su tierra, invertido en su tierra, puesto a producir en su tierra las ganancias de sus milagros, Francia las ha enterrado en Argelia. La misma teoría de que Argelia es un pedazo del territorio francés que ha dado el salto por encima del Mediterráneo, ilustra este espíritu de proyección extracontinental. De otra manera, pero con el mismo espíritu, se produjo en América a fines del siglo pasado la teoría del « destino manifiesto » que llevó a los Estados Unidos a señalar una vasta zona que sería su campo de expansión extraterritorial.

Los africanos han visto muy bien hasta dónde Europa les autoriza para que hagan uso del crédito que inesperadamente les abre. Africa ha hecho su propia carta de Punta del Este, solicitando en este año créditos a las naciones del mercado común por mil doscientos millones de dólares —ya han recibido cuatrocientos ochenta—, que serían como el comienzo de una especie de plan Kennedy aprovechado por los propios africanos para su uso interno.

SUMADAS TODAS LAS AMERICAS, hay en ellas un número de habitantes con sangre europea mucho más grande que en la Europa occidental. Nos acercamos ya a los cuatrocientos millones de americanos, que a

ción política que se les dé. Los partidos que alcanzan un poder preponderante proceden de dos maneras: o fijan como condición esencial de su gestión el respeto a la dignidad del hombre, el derecho a dudar, a discutir, a disentir, como elementos esenciales de juicio del hombre libre, o someten todo el proceso al imperio despótico de una dictadura que se reduce a un referéndum sobre su conducta, sistema ideado por Hitler.

La política de América Latina se ha visto profundamente afectada en los últimos treinta años por causas extrañas a su propia iniciativa. Europa, que durante los siglos anteriores exportó a América sus inmigrantes, que estimuló los movimientos de emancipación con las ideas revolucionarias de la enciclopedia, del contrato social, de los derechos del hombre, en los últimos años ha exportado al hemisferio occidental, y particularmente a América Latina, ciertas enfermedades: el nazismo, el fascismo, el falangismo, el comunismo. En la raíz de los movimientos perturbadores que han afectado más hondamente la vida americana están estas ideologías, las más radicalmente opuestas al espíritu libre y sin discriminaciones de una tierra de humanidad que se emancipó para superar el absolutismo que, como el totalitarismo, no puede considerarse como adelanto revolucionario en la búsqueda de la justicia social.

Si el totalitarismo cautiva porque suministra soluciones fáciles y halaga porque satisface a quienes buscan el poder por la violencia, también altera la calidad de los partidos políticos. En América Latina se agrega a esto el desmesurado robustecimiento de las fuerzas armadas, que amenaza hacer de las repúblicas latinoamericanas países —como lo dijo con maravillosa exactitud un día Eduardo Santos— ocupados por su propio ejército. América Latina es el primer continente en donde la guerra internacional se ha eliminado por medio de una convención que, efectivamente, hace imposible la agresión triunfal de un Estado sobre otro. Desde el punto de vista de la seguridad internacional, a nuestros países podría bastar una adecuada fuerza de policía. Allí carecen de sentido las armas modernas, las gran-

des flotas marítimas y aéreas, los ejércitos de cientos de miles de soldados. Fue un error imperdonable de los responsables de la política militar de los Estados Unidos estimular el crecimiento de los ejércitos latinoamericanos, de unos ejércitos que no iban a servir sino para agudizar los problemas internos y para perturbar la vida civil de que tanto necesitábamos para la seguridad democrática. Los ejércitos contrariando los principios constitucionales de cada país, han asumido la función de árbitros —arbitrarios— de los procesos electores, de los debates políticos, de las decisiones populares. Se quiso, en cada constitución, alejar a la fuerza pública de los partidos. Ahora, esa fuerza forma su propio partido. Nacieron los ejércitos para hacer de centinelas de la constitución: ahora, se vuelven contra la constitución. Es heroico el desvelo que ponen hoy los grupos selectos de la oficialidad para impedir esta desnaturalización del ejército. Por desgracia, contra el orden moral del mundo civil conspiran la penetración de las doctrinas antidemocráticas en los estados mayores, y el desmesurado poder de unos ejércitos ociosos, sobrecargados de las armas más modernas.

El daño que causó a nuestros países la política de los militares de Washington enviándoles este exceso de armas, se repite ahora con la decisión ruso-china de hacer de Cuba la base militar más poderosa de toda América Latina. Por segunda vez, con la invasión de Cuba, erró en su política el pentágono de Washington. Y el mundo comunista encontró más ancho el camino para hacer de Cuba su Santa Bárbara en el hemisferio occidental.

TALES SON, vistas a través de sus dificultades, las perspectivas que oscurecen el futuro de América Latina. Dificultades mínimas, perspectivas que no tendríamos por qué temer si un pensamiento de vigorosa unidad, si un instinto elemental de conservación, corrigiese una serie de situaciones artificiales que no tienen nada que ver con las formidables reservas morales que mantenemos sin aprovechar, pero que están a nuestra disposición. Desde los tiempos de la conquista, lo mismo Cortés, Quesada u Orellana que Cuauhtemoc

o Lautaro convierten a nuestra América en un escenario donde el hombre desarraigado supera todas las medidas tradicionales de los héroes. Cuando en los tiempos de la independencia se luchaba, para usar de una expresión de Bolívar, contra la naturaleza, no hubo montaña de hielo, ni selva, ni desierto que detuviera a unos ejércitos sin armas, movidos por el ansia de libertad. Basta comparar lo que eran las tropas desnudas de Bolívar, saliendo de los llanos con el agua hasta la cincha de los caballos, con los ejércitos europeos que las esperaban para destruirlas como se disipa un fantasma en la niebla, para ver en qué términos se han batido los latinoamericanos, y han vencido. No se trata de ejemplos sacados de edades heroicas. Ayer mismo, para derrotar a las dictaduras, salían las mujeres a la calle, cantando, y ante ellas se rendían las tropas armadas con todas las armas de la última guerra europea. Mientras no se aniquile o nivele a la

fuerza, por lo bajo, la calidad humana del latinoamericano, existen todas las posibilidades de que estos doscientos millones de hombres que están industrializando sus ciudades, que van a poner un toque de justicia en los campos, que acabarán por tener escuelas y caminos, y aldeas limpias, y agua, y luz y ruedas, pasen a jugar un papel de gentes que no dependan de las de otros continentes. Lo esencial es tener una postura de sencilla afirmación solidaria. No huir de una dependencia para buscar otra. No atarse a nada distinto de la propia tierra. Y no creer que todas nuestras desventuras vienen de fuera, sino de nuestra disposición a aceptarlas, de nuestra resignación a ser cartas que otros juegan para sacar sus propias ganancias. De una América Latina que dignamente se comporte y sólidamente se agrupe sacará ventajas todo el mundo libre. Esta es la misión cuyo cumplimiento queda en manos de las nuevas generaciones.

El ignorado

*ESE HOMBRE taciturno que vive en el hospicio
gravita en un planeta lejos de todo alcance.
Para él no cantaron los pájaros del alba.
Del fondo de su cuna llamaba a las estrellas,
y en un crujido seco de puertas que cerraron
se quedó sin infancia.
Tal vez no le preocupa saber si él está lejos
o cerca, o no ha estado nunca.
¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?
La indiferencia hiela su mirada vacía.
Dentro de su cerebro nadie es rico ni pobre.
Ese hombre no tiene convenciones sociales
pero bajo su piel hay heridas abiertas,
porque cuando medita, mirándose las manos,
es posible que ese hombre interrogue a sus huesos :
porque hasta sus repliegues ocultos llega el frío
o es que la cal se apaga desde adentro.*

MARIA URZUA

JOSE FERRATER MORA

« España y Europa »

(Veinte años después)

M I TÍTULO ES TRUCADO. No se trata de España y Europa « veinte años después », sino de « España y Europa » veinte años después. Verá el lector... Hace algunos años —pues, veinte— escribí un folleto titulado « España y Europa ». Lo he vuelto a leer y me ha parecido francamente inaguantable. El contenido es raquítico ; en cambio, la retórica es tan frondosa que costaría duelos y quebrantos desmocharla.

¿Qué podía hacer? He aquí varias posibilidades : utilizar el susodicho folleto como combustible ; darlo de nuevo a la imprenta sin inmutarme, acaso alegando que *habent sua fata libella* y otras cómodas boberías ; lavarle la cara ; reescribirlo ; escribir otra cosa ; no hacer nada.

Después de darle vueltas al asunto, me las he ingeniado para producir un pájaro raro : he ido escribiendo, o vuelto a escribir, sobre el mismo tema a medida que me iba irritando con la lectura de mi añoso engendro. Sin embargo, lo que he escrito no es simplemente el reverso de la medalla. Eso sería entretenido, pero es mejor dejarlo para las noches de insomnio. He ido siguiendo, con mayor o menor repugnancia, las líneas de antaño sin hacerles demasiado caso, pero sin ponerlas tampoco por completo en cuarentena. Como resultado de esta operación, ahí va un escrito que se me antoja algo más tolerable. Ello no significa que haya logrado extirpar todas las anteriores deformidades. Las hay que no ce-

den, a menos de exterminar al paciente. Por ejemplo, el carácter galopante de estas páginas. A fuerza de trotar velozmente sobre naciones, sociedades, civilizaciones y culturas, se acaba por despeñarse. He tirado de las riendas de vez en cuando, por medio de algunas notas al pie —lo cual es visible—, pero también, y sobre todo, por las novedades embutidas —lo cual será menos visible—. En todo caso, espero haber adecentado mis ideas —y la forma de expresarlas.

Si el presunto lector se ha limitado a agarrarse al título sin percatarse de que es trucado, pensará quizás que mi ensayo versa sobre los problemas planteados hoy por la integración europea y en particular por la muy decantada integración hispano-europea. Bueno, en último término allá voy. No sólo esto : presupongo que la oportuna integración económica y política de España con Europa es cosa deseable y, por añadidura, indispensable. Algunos problemas españoles hasta ahora bastante puntiagudos se esfumarán tan pronto como los españoles no necesiten ya sentirse europeístas, porque serán, sencillamente, europeos. Pero voy a ello al modo de los filósofos : con rodeos. Sobre todo, voy a ello partiendo de un examen del pasado. Como, a pesar mío, sigo galopando un poco, me ocupo del asunto en un lenguaje un tanto abstracto y, en todo caso, poco satisfactorio para los que no gustan demasiado de subirse a las nubes, o de andarse por las ramas. Confieso

simpatizar bastante con estos espíritus « terrenales » y, desde luego, no olvido que « el problema de España », y el de Europa, y el de su integración mutua, sabe a poco cuando no se enlaza estrechamente con problemas harto concretos —problemas económicos, políticos, sociales y otros de perfil semejante. Pero hechas estas salvedades, no veo inconveniente en segregar de vez en vez algunas abstracciones. Este mundo es tan rico y vario que no hay por qué desterrarlas por completo. También las abstracciones tienen su corazoncito.

Puesto que he seguido en parte las líneas generales de un pensamiento viejo de dos decenios, no he podido evitar, aun en esta nueva versión, ciertos modos de decir que juzgo un tanto atolondrados. Sólo que me he curado en salud pretendiendo que en la mayor parte de los casos se trata de paradojas, y que éstas, cuando se toman como un grano de sal, tienen su utilidad.

Si, como irá resultando obvio, lo que digo en estas páginas es más un ensayo de escrutar el sentido del pasado que un intento de esclarecer la marcha del presente o de diagnosticar el futuro, ¿puede pretenderse que interesen hoy a nadie? Por supuesto que no puede pretenderse. Pero puede cuando menos esperarse. Las cosas pasadas no son siempre cosas del otro jueves. En todo caso, no está del todo mal que, antes de procederse a una inversión, se haga un inventario. Las cosas pasadas, además, se convertirán fácilmente en una obsesión si, en vez de integrarlas como es debido con las presentes, se quiere a toda costa hacer borrón y cuenta nueva. Las cuentas, por cierto, deben ser nuevas, pero conviene que no haya borrones. Las cuentas, claras.

Pero ya he preambulado bastante, me parece. He aquí, pues, « España y Europa » veinte años después.

DECIR « EUROPA » es algo así como decir « Edad Moderna », por lo menos en un sentido : el que tiene en Europa el período que va « desde los comienzos » hasta fines del siglo XIX, o, si se quiere, hasta 1914, o 1918. Los últimos decenios son también, y más de lo que se sospecha, « modernos », pero esto es ya otra historia.

He escrito « desde los comienzos » sin ponerme a contarlos, porque esas cuentas

nunca salen bien : dada una fecha, siempre se puede desenterrar otra un poco más remota. Pero si nos llamamos a razón y nos confinamos, por añadidura, a lo que puede llamarse « conciencia intelectual », avistaremos los orígenes de la « Europa moderna » allá por el siglo XI, cuando hubo un barrunto de que los « nuevos » o « modernos », *moderni*, tenían no poco que alegar contra los « viejos » o los « antiguos », *veteri*. Desde aquella sazón comenzaron a abrirse paso varias manifestaciones de una *moderna via*. Algunas de esas manifestaciones eran harto paradójicas : consistían en arremeter contra lo « actual » o contra algún pasado relativamente reciente, en nombre de lo « primitivo », de lo « auténtico », de las fuentes o raíces. Es el caso, entre otros, de la llamada *devotio moderna*. Otras manifestaciones eran menos sutiles : consistían en intentar hacer tabla rasa de casi todo. Así comenzó lo que Américo Castro ha llamado « la edad conflictiva ». Esta pareció culminar en el siglo XVI, cuando los techos (por lo menos los « techos intelectuales ») comenzaron a temblar de veras, de modo que pareció más « económico » abstenerse de repararlos. Para guarecerse contra ciertos temblores, no hay nada como un flamante edificio. Es un tópico decir que la época moderna se inicia « realmente » cuando se produce, con Descartes y otros dubitadores, una primera estabilización de « la crisis ». Pero me parece difícil soslayar el tópico. El tópico no sólo es cómodo, sino también harto plausible.

Con todas las excepciones que se quiera, con todos los posibles, e imposibles, « retornos a lo antiguo », misticismos, piedades y fervores, la cosa parece bastante clara : la época moderna, y con ella Europa, empieza cuando se tiene la sensación de que se está edificando sobre otros, y más sólidos, cimientos. Estos cimientos son de composición muy varia, pero hay un ingrediente que casi todo el mundo está dispuesto a reconocer como indispensable. Lo llamaremos, a sabiendas de lo vaporoso que es el término, « la razón ». Muy vaporoso, y dilatado, porque en él parece caber todo. Podemos comprimirlo un poco añadiendo que, a diferencia de otras formas de « razón », la moderna se caracteriza por ensamblarse

cuencia « el europeo »— ha sido « hombre desconfiado ». Desconfiado de las cosas, porque o suponía que le engañaban o que se le rebelaban. Desconfiado de Dios, porque se le ocultaba demasiado ; desconfiado inclusive, y hasta sobre todo, de sí mismo. Lo último parece cosa peregrina en quien se ha puesto a vivir « desde la razón ». ¿No es tal vivir la mayor y mejor prueba de que hay confianza en sí mismo? Si la razón no viene de uno mismo, ¿de dónde vendrá? La paradoja se desvanece cuando se tiene en cuenta que la tal razón es justamente como un « director de conciencia », a quien todos los hombres, por ser hombres, escuchan, o deberían escuchar. Desconfiar de sí mismo significa entonces no entregarse a lo espontáneo y, desde luego, hacer todo lo contrario de lo que proponía Unamuno : ir « a lo que salga » (2). La cautela y la desconfianza pueden ser así perfectamente « racionales » : la razón europea moderna es, en este sentido, recato, astucia y precaución (3).

Comparemos estos rasgos del europeo —o del pensar europeo— con otros que se han manifestado a menudo en la vida de los españoles, « modernos » también por la cronología, pero no siempre por la actitud. Sería impertinente proclamar que los españoles no han sido, en muchas dimensiones de su existencia, « modernos » (4) y punto menos que disparatado concluir que ningún español ha sido o ha podido ser moderno. Pero *grosso modo* por lo menos —muy *grosso modo*—, los españoles parecen haberse empeñado en ir a redropelo de los europeos. Consideremos el racionalismo. Aunque Salvador de Madariaga hizo las cosas demasiado fáciles convirtiendo al español en « hombre de pasión » —a diferencia del francés, « hombre de razón », y del inglés, « hombre de acción »—, no es una barbaridad decir que los españoles han sido durante la época moderna bastante apasionados. Sí, ya sé, la famosa « gravedad espa-

ñola » y hasta el « carácter sombrío » de que siguen hablando los franceses para describir todo lo español, incluyendo, ¿quién lo diría?, a Cervantes y Joan Miró. Pero se me hará el favor de concederme que no soy lo bastante ingenuo para pensar que cuando uno se muestra reposado, grave y ponderoso, ello quiere decir que no tiene nada de apasionado. El apasionamiento de que hablo no consiste en la iracundia, la gesticulación o el jaleo ; los italianos, que yo sepa, gesticulan bastante, pero si son realmente apasionados lo disimulan muy bien. El aspecto grave y reposado puede muy bien ser la manifestación de lo que se llama « furia concentrada ». Desde este punto de vista me será permitido decir que el español no es, o por lo menos no ha sido, racionalista. No ha sido tampoco, en el sentido antes descrito, idealista. En todo caso, si se quiere seguir usando el término « idealismo », digamos que entre los españoles ha sido menos un « idealismo de las ideas » que un « idealismo de los ideales ». Como las ideas son lo que segrega la razón, los ideales son lo que proyecta la « pasión », incluyendo la que razona de continuo para alimentarse a sí misma. Ello explica, entre otras cosas, que mientras el europeo ha fabricado vertiginosamente ideas, el español ha forjado, no menos vertiginosamente, ideales. El europeo se ha interesado muy particularmente por formas de pensar ; el español, no menos particularmente, por formas de vivir.

Hay cierta sospecha de que la razón principal de la sinrazón española ha sido la actitud digamos antieuropea (5) de confianza extrema en « la vida » (6) y en lo que Max Scheller llamaba algo así como « el desbordamiento de la vida ». La cosa es estupefaciente (7), porque cuando consideramos la sociedad española institucionalmente, esa famosa « vida » se nos volatiliza pronto. Después de mucho empuje, y no escasa diligencia, las instituciones españolas

(2) Por lo demás, lo que le salía a Unamuno era siempre lo mismo que había puesto.

(3) Ortega y Gasset modulaba : « la inútil precaución ».

(4) Obsérvese que hablo de lo que los españoles han sido o no han sido ; por el instante no me meto a averiguar lo que son, o lo que van a ser : por supuesto que europeos, modernos o no.

(5) Digámoslo, pero sin creerlo demasiado.

(6) Uno de los vocablos más enormes aquí usados. No me tranquiliza pensar que otros autores han cometido el mismo delito.

(7) Estas cuatro palabras proceden directamente de Ortega y Gasset. Me parecen tan gráficas que vale la pena hacerlas circular.

parecen irse vaciando : la organización y aun la superorganización (la burocracia y el orden militar españoles son lo más alejado que cabe de lo que los cubanos llaman, o llamaron, « relajo ») se anquilosan a fuerza de rigidez. Por supuesto que esto no es históricamente un proceso continuo : la superestructura institucional española ha pasado por muchos avatares, y lo que parecía un tiempo punto menos que huerdo se vuelve a hinchar más tarde con nueva savia. Pero en último término hay como un desequilibrio entre lo institucional y lo « social ». Ahora bien, este último es el que aquí tengo sobre todo en cuenta. Se observará, por lo demás, que escribo « social » entre comillas. Con ello me curo en salud, pues no me refiero necesariamente a estructuras usualmente llamadas « sociales » —las cuales se han puesto a menudo en España de una rigidez alarmante—, sino a lo que llamaré, por falta de mejor vocabulario, « vida social » o, si se quiere, « modos de vivir », o también « el humano vivir ». Sólo desde este ángulo puede decirse que los españoles han echado por la borda las cautelas, reservas y precauciones. Pensándolo bien, análoga actitud han adoptado durante la época moderna las instituciones estatales y las clases sociales en España. El embarazoso maquiavelismo con frecuencia practicado, y en parte ingeniado por ellas, no les ha impedido dirigirse por los vericuetos que, a la postre, menos podían convenirles. Para emplear el lenguaje bélico, es como si hubiesen preparado con minucia ejemplar innumerables éxitos tácticos para cosechar, con no menos ejemplar minucia, y sorprendente pertinacia, un gran fracaso estratégico. Y así ha podido decirse que los españoles en conjunto no han marchado tras los vencedores, sino tras los vencidos. Por lo demás, los « fracasos históricos » no parecen haberlos arredrado. Y así van las cosas : unos cambian de ideas, y hasta de camisa, cuando huelen a chamusquina ; otros siguen sin mudarse y se arrojan, impávidos, a las llamas.

HABER VIVIDO con frecuencia a redropelo de Europa no significa, por cierto, haberse pasado el tiempo reaccionando. Significa más bien haber vivido « a destiempo ». Ello ha ocurrido a los españoles principal-

mente de dos modos : por demasiado tardíos en la imitación o por demasiado apresurados en la anticipación.

De la tardanza en la imitación no es menester hablar : bastan los recuerdos. El apresuramiento en la anticipación es menos obvio, pero acaso más interesante.

Consideremos, por ejemplo, el « pensamiento ». De vez en vez algunos españoles se han puesto a pensar « antes de tiempo » —como « inoportunamente »—. He aquí a Juan Luis Vives o a Francisco Sánchez. Menéndez y Pelayo se pasó de la raya al proclamar que en el pensamiento de estos dos « renacentistas » se halla el origen directo de la filosofía moderna. Pero cuando no nos dejamos despistar por los manuales escolares de filosofía o de historia, donde todo tópico tiene su asiento, no tenemos más remedio que reconocer que Vives, Sánchez y algunos otros expresaron ideas muy semejantes a las que luego informaron y conformaron varias grandes corrientes de la filosofía europea moderna. En la mayor parte de los casos, esas ideas fueron expresadas con poco más que balbuceos. En ciertos casos —como el de Francisco Suárez— las ideas producidas no fueron precisamente fragmentarias, pero el sistema intelectual dentro del cual las alojó el autor no estaba, o pronto no iba a estar, « a tono ». Así es que de un modo o de otro varios españoles egregios se pusieron a « europeizar », a proponer « un nuevo método » o una « nueva ciencia ». Pero como propusieron un nuevo método sin método, o una nueva ciencia que parecía vieja, sus voces sonaron por algún tiempo —y más de lo que muchos historiadores de la filosofía europea nos quieren hacer creer—, pero acabaron por evaporarse. Los pensadores españoles en cues-



tión, en suma, se pasaron de la raya... cuando todavía no se había establecido una raya. Para « fracasar históricamente », el procedimiento es admirable.

Pero los pensadores, y escritores, españoles no se limitaron a anticipar ; a menudo se complacieron en subrayar la inanidad de lo anticipado. La razón, el método, la ciencia, la técnica son, parecieron decir, cosas excelentes siempre que no sean lo que han pretendido ser —siempre que no sean ideas, sino más bien ideales—. Si se quiere, los pensadores españoles en cuestión pecaron por falta de recelo. Si se propone un nuevo método, ¿cómo es posible no sentirse arrastrado por él? ¿Qué manera de pensar es esa que « no se pone » a lo pensado? ¿Es pensar, realmente pensar, o es aprovecharse del pensamiento? Los « europeos » parecieron interesarse sobre todo por el provecho que pueda sacarse del pensar sin provecho. Su actitud básica fue siendo cada vez más « burguesa » y, en todo caso, cada vez más « económica ». Hay que pensar lo que sea necesario, no despilfarrar el pensamiento. En última instancia, el despilfarro del pensamiento, el hacer del pensamiento una actividad no « económica », es un eco del despilfarro de la vida. Hasta se puede malbaratar y derrochar, pero siempre que se coseche algún beneficio (8). Si no hay tal, es mejor ahorrar —ahorrar energías, esto es, concentrarlas. La tendencia europea al « sistema de pensar » es paralela a la tendencia al « sistema de vivir ». Vivir sin sistema, ¿se ha visto nada más descabellado? No es extraño que los españoles hayan inventado a Don Quijote. Éste tiene un método, pero es un método para conducir la sinrazón, para que ésta prospere y fructifique. En Europa ha habido, por supuesto, conquistadores, contrarreformadores y místicos. Pero no anduvieron como en España, por así decirlo, a patadas. En todo caso, se ha tenido en Europa buen cuidado en ponerlos en su sitio ; si se quiere, en « neutralizarlos ». Pascal es un hombre arrebatado ; hasta parece un poco insensato. Pero sus arrebatos y su « demencia » son tam-

bién « económicos ». Y lo son, además, harto « burguesamente ». En España abunda asimismo la tendencia a la « economía ». Pero es una « economía a lo divino ». Por tanto, una economía bien poco « económica » —una « economía » a largo plazo, sin provechos « palpables ». Los contrarreformadores españoles son cualquier cosa, excepto dementes ; su misión no es espolear los potros, sino tirar de las riendas. Son, pues, hombres reposados, graves, maduros y sesudos. Pero tiran de las riendas con « furor concentrado » ; tiran de ellas más de lo « necesario ». Los conquistadores españoles plantan la cruz de Cristo en valles y cimas. Por supuesto, no son franciscanos : buscan el oro, la plata, y los honores a ellos allegados. Pero los medios que emplean para satisfacer su afán de lucro son desproporcionados con respecto a los fines alcanzados. No calculan si los réditos van a compensar las inversiones. Hasta los que más calculan, los más « modernos » —los cortesanos, los diplomáticos, acaso los jesuitas—, parecen apostar a menudo sobre naipes poco prometedores ; como en los novelones de la Legión Extranjera. llega un momento en que están hasta dispuestos a dejar la piel por un « beau geste ».

Aunque he bordeado peligrosamente el vocabulario hablando de cosas tales como pasarse de la raya, despilfarrar energías, método de la sinrazón y otras análogas, me interesa hacer constar que nada de esto significa que el pensamiento español sea *velis nolis* desaforado. De los tres pensadores que he citado como ejemplos, sólo uno de ellos —Francisco Sánchez— da la impresión de ser un tanto lunático. Suárez, en cambio, es un sistemático reposadísimo, y Vives, un mesurado hasta las cachas. Por lo demás la medida y la ponderación suelen ser frecuentes en los mejores pensadores hispánicos. ¿Cómo se puede, pues, confrontarlos con los europeos? Muy sencillamente, porque cuando los pensadores españoles son temperados, lo son también « a destiempo ». De modo que lo que importa para el caso no es tanto el modo de pensar como lo que podríamos llamar la « justeza histórica » del pensamiento. « Justeza histórica », por supuesto, a corto plazo, pues a largo plazo hay todavía que demostrar

(8) El cual no tiene por qué ser contante y sonante. Puede ser puramente intelectual y « especulativo ». En este sentido, la matemática más « pura » es beneficiosa.

quién ha estado o no « a tono ». El pensamiento español se ha enraizado con la vida en una época en que el pensamiento europeo ha puesto « la vida » en cuarentena. Las cosas son hoy harto diferentes, y ello no porque los pensadores españoles hayan decidido « seguir » a Europa, ni tampoco porque hayan anticipado intempestivamente los motivos y problemas intelectuales europeos, sino sencillamente porque, después de tanto sonado debate entre « europeizantes » e « hispanizantes », se ha vislumbrado que ninguno de los dos bandos tenía completamente razón. (Lo cual no significa que sus polémicas hubiesen sido pura pérdida ; fueron seguramente insustituibles). Cuando se llega a ser europeo, no es menester ser ya « europeizante » ; se puede ser todo lo « hispanizante » que se quiera. El problema se ha esfumado —o, seamos sensatos, está en camino de esfumarse ; o, más sensatos todavía, puede estar en camino de esfumarse— por haberse agotado el combustible que lo incendiaba.

Pero, adviértase bien, el problema se ha esfumado, o puede haberse esfumado, no sólo porque los españoles han dejado de marchar a redropelo de Europa, sino también porque los europeos han dejado de ser en gran parte lo que fueron. En alguna medida, por lo menos en lo que toca al pensamiento, los europeos se han « hispanizado ». Sea lo que fuere lo que digan, han olfateado que el pensamiento tiene raíces en la « vida » —o, si se quiere, en la « práctica ». La posible coincidencia de España y Europa —que es, perdónese el hermetismo, una coincidencia de Europa consigo misma— tiene, por descontado, raíces concretas : esas cosas no suceden en el aire. Pero, puesto que por el momento nos las tenemos con el pensamiento, anotaré que ya empezó a haber « coincidencia » cuando comenzaron a fermentar los motivos románticos. En el romanticismo hay, ¿quién lo duda? abundante paja. El romanticismo, o un fragmento de él, es, además, responsable de que los europeos se interesaran por España como un caso « típico ». Pero no hay que perder de vista el grano que el romanticismo arrastraba consigo. Ciertos espíritus románticos, especialmente ciertos espíritus románticos alemanes, decidieron un buen día arrojarse vorazmente

sobre la cultura y en particular sobre la literatura española. Había en ello no poco de falsa « nostalgia del Sur » y de patéticos gestos hacia el país —de hecho, « los países»— « donde florecen los limoneros ». Había, además, un monstruoso equívoco histórico : los románticos llegaron a creer que lo más romántico del mundo es el barroco. Cervantes, Quevedo, Gracián y Calderón se pusieron un tiempo de moda por una descomunal coladura histórico-literaria. Pero, en fin de cuentas, había en los desenfrenos románticos atisbos que iban a fructificar. El asunto es bastante divertido, porque han venido a fructificar en una época que no parece tener ya nada de « romántica ». Pero así son las cosas ; por si fuera poco, es la misma época en la que la actitud « económica » ha triunfado, no obstante no estilarse ya el « pensar económicamente » —en el sentido antes dilucidado de estas palabras—. Pero no nos metamos en honduras. Además, nuestra tarea por el momento no consiste en confirmar la « integración » —o posible « integración »— de España con Europa, sino en reconocer que antes de producirse las coincidencias hubo, y posiblemente persisten, cierto número de interesantes contrastes. Especialmente uno mayúsculo que procederé sin más a debatir.

HAY EN LA OBRA de Unamuno unas palabras que saltan a la vista como una monstruosidad retórica : « la España eterna y celestial ». Cuando se es joven y se tiene la cabeza a pájaros, estas palabras fascinan. Cuando se ha sentado un poco la cabeza, las mismas palabras irritan. Sólo cuando se empieza a estar intelectualmente maduro se barrunta que se podría hacer algo menos emotivo con ellas : intentar comprenderlas.

No pretendo que, al hablar de tal guisa, Unamuno hubiese dado en el blanco. España no es eterna ni celestial, ni nada parecido. Pero en materia de pensamiento hay algo tan interesante por lo menos como dar en el blanco : es dar más allá del blanco. Cuando se discurre sobre la vida humana, la hipérbole no es siempre incompatible con el buen entendimiento. La realidad humana puede, y a veces debe, hasta « caricaturizarse ».

Al analizar el significado de esas palabras de Unamuno no me propongo, pues, interpretarlas literalmente. Ello equivaldría a tomar el rábano por las hojas. Pero en temas como los aquí manipulados, no va mal de vez en cuando sumergirse en la exageración y en la paradoja.

Pues paradoja es, y gorda. Decir que España es « eterna y celestial » equivale a decir que no tiene historia, o que, si la tiene, no cuenta. Hay países en los cuales no se puede distinguir entre su existencia y su historia ; en verdad, su existencia *es* su historia. La realidad de esos países, aunque siempre algo problemática, es bastante transparente. Los países « tradicionalmente » europeos, como, por ejemplo, y sobre todo, Francia, y aun los países decididamente « pre-europeos », como, por ejemplo, y especialmente, Inglaterra, son lo que en gran parte fueron, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que su ser actual sea una « repetición ». Justamente porque tales países consisten de algún modo en su historia, pueden liberarse, por decirlo así, de la historia. La historia puede ser para ellos una tradición, pero no es necesariamente una obsesión.

Consideremos ahora el « caso » de España. De hecho, claro, tiene asimismo una historia y su realidad es, como Américo Castro ha recalcado, una « realidad histórica ». Pero si la conciencia es una parte del ser, las cosas se complican. A diferencia de los « europeos », no pocos españoles han tenido a menudo la extraña sensación de que si se les cercenara una parte de su historia no por ello se les amputaría una parte de su realidad. Poniéndolo en fórmulas convenientemente tajantes : los « europeos » no sólo se preguntan ante su historia « ¿Cómo ocurrió? », sino también, y especialmente « ¿Cómo pudo no ocurrir? », en tanto que los españoles o, por lo menos, buena copia de ellos, se preguntan « ¿Cómo es posible que ocurriera? ». Y también, claro está, « ¿Para qué diablos ocurrió? ». Dos respuestas pueden darse a esta última pregunta. Una es : « Mejor hubiera sido que no ocurriera. » La otra es : « ¡Qué más da! ». Es interesante ver que estas respuestas no son propiamente tales : una expresa, una exhortación, o un deseo ; la otra, un desapego.

Las dos « respuestas » se hallan, por lo demás, estrechamente relacionadas entre sí : esperar que la historia no hubiese ocurrido (o hubiese ocurrido de otro modo) y encogerse de hombros ante ella es suponer que entre el ser —como « ser colectivo »— y la historia hay una especie de desencaje. En ambos casos la historia no aparece como una lección más o menos aprovechable, sino como un « error ». Por eso Unamuno, que llevó aquí la paradoja al extremo, concluyó que los españoles se sentirían como « aliviados » si pudieran descargarse de su historia para remontarse —o, más exactamente, descender o sumergirse— hacia la misteriosa « intra-historia » —la cual es, por supuesto, una fantasía, pero una fantasía muy elocuente. Así, en vez de continuar, o renacer, el español, cuando menos el español de temple unamuniano, se esfuerza por « des-continuar » o « des-nacer ». No sólo, pues, por vivir como si la historia no hubiese ocurrido, o por lo menos como si no hubiese debido ocurrir. La historia, en suma, aparece entonces como una pesadilla ; mejor, pues, olvidarla y tratar de creer que uno es todavía virgen.

Se dirá que ese intento de recomenzar virginalmente la existencia colectiva no cuadra muy bien con el tenaz, y hasta feroz, « tradicionalismo » español, el cual no sólo parece admitir la historia, sino, y sobre todo, exaltarla. Pero semejante « tradicionalismo » no tiene de tal sino el nombre. Por una parte, exaltar la historia al modo de los « tradicionalistas » (9) no es vitalizar la historia, sino paralizarla ; la verdadera historia se hace mortecina cuando no es continuada. Por otra parte, los « tradicionalistas » en cuestión no jalean realmente *la* historia, sino por ventura *una* historia : « lo demás » es para ellos una especie de pesadilla. Para el « tradicionalista » su particular historia es también un modo de descargarse de la historia. El « tradicionalista » no dice acaso de toda la historia :

(9) Los vocablos « tradicionalismo » y « tradicionalistas » son usados aquí a falta de otros mejores ; ni que decir tiene no designan necesariamente una determinada ideología política. El término « tradicionalismo » designa una actitud que puede rellenarse con muy varias ideologías, no todas ellas siempre « tradicionales ».

« ¡Qué más da! » Pero dice de una parte —y a menudo, una parte harto substancial de ella— : « Esto no reza para mí. »

En ambos casos, pues —aunque sólo en el primero se va al fondo de la cuestión—, la historia aparece como una falsedad y un error. Lo que importa no es la historia, sino la vida o, como se dice a veces, « el alma ». La historia es algo sobrepuesto ; la historia es un estorbo. Mejor hacer con ella fuego nuevo y darse luego el gran gusto de aventar las cenizas.

En vista de lo cual podría concluirse que tan singular vivir —o, lo que a veces es lo mismo, tan singular conciencia de vivir— consiste en desdeñar toda experiencia. Pero las cosas no son tan simples. Los presuntos habitantes de la « España eterna y celestial » poseen, o alegan poseer, también una experiencia : la experiencia, como diría Unamuno, de algo « entrañable ». No discutiremos si todo eso es sólida realidad o pura fábula, pero el hecho es que, en tanto que ponen la historia bajo siete llaves, tales habitantes tienen la impresión de que en vez de andarse por las ramas están hurgando en la raíz.

Todo ello tiene varias interesantes consecuencias, de las que me ocuparé a gran velocidad.

Primero, que cuando el presunto español se decide a hacer algo que tenga todos los visos de ser histórico, no se anda en chiquitas : tiene que ser algo descomunal. Por ejemplo, poblar un continente, hacer « la » revolución, defender « la » civilización y vastas tareas similares. Todo lo cual es tan desbordantemente histórico, que hace salir a la historia de madre. Por supuesto que en la mayor parte de los casos los hechos no corresponden a las intenciones. Pero aquí no nos interesan tanto los hechos como la conciencia que se tenga de ellos. Los españoles han hecho historia como el que más. Por alguna misteriosa razón, sin embargo, han solido creer que lo que hacían no era algo « real ». O, si se quiere, que era tan « real » que casi se podía llamar « ideal ».

Segundo, que ello ha conducido a no pocos españoles a pensar que los seres humanos en cuanto humanos son naturalmente españoles, o por lo menos tienen algo de « hispánico ». No es que hayan creído que los demás son de hecho españoles ; no son

tan necios. Es que han podido imaginar que si la realidad del ser humano se halla « más acá » de la historia, el ser español y el ser humano de alguna manera concuerdan. Como es obvio, ello tiene poco, o nada, que ver con lo que se dejan traslucir los franceses apenas se los mira a contraluz : la idea de que *no* ser francés es algo realmente extravagante y, en último término, inexplicable. En este sentido puede decirse que los franceses ven a los demás como sujetos por lo menos potencialmente franceses. Tal ocurre en virtud del carácter de la cultura francesa, la cual es una mezcla bastante singular de provincianismo y universalismo. Que los españoles hayan podido ver a los demás como variantes de sí mismos es, pues, cosa muy distinta que verlos como seguidores, imitadores, admiradores —o, por reacción natural, adversarios— de la cultura española. Los han visto a lo sumo como seguidores, efectivos o potenciales, de la vida española, pero ésta ya no ha representado la historia sino, de alguna manera, la « humanidad » —en cuanto algo distinto de « la » humanidad—.

Tercero, que aunque de hecho haya habido una historia y una cultura españolas que se huelen a mil leguas, muchos españoles han tenido la ocurrencia de pensar, o de soñar, que España no tiene gran cosa que ver con una cultura *determinada*, con una creencia *determinada* y, en general, con nada históricamente *determinado*. Subrayo el término « determinado », porque es aquí esencial. En efecto, se podría alegar que lo dicho es una pura majadería en vista del empeño que no pocos españoles han tenido en identificar a España con una forma cultural específica, con un sistema de creencia específico, con



re así siempre—. Los extranjeros pueden no sólo convivir con los españoles, sino también con « lo español » —y *a fortiori* con todo « lo hispánico »— sin necesidad de hacerse propiamente hablando españoles. No se hacen españoles, pero, por decirlo así, se « convierten a » ellos. Pues ya no les es menester entonces salirse de madre. La constitutiva ilimitación de lo español y de lo hispánico permite esos portentos. No hace falta entonces ni siquiera desnacionalizarse para renacionalizarse. No es cuestión de nacionalización, sino de algo más etéreo : de participación vital. Para ser justos habría que agregar que la medalla tiene un reverso : lo español puede ejercer tan estrenua seducción justamente porque puede despertar asimismo aversiones mayúsculas. La « España eterna y celestial », o lo que hace a las veces de ella, atrae o repele. No hay término medio. Los españoles no tienen satélites, y mucho menos de los artificiales. Tienen cuerpos extraños que se alejan de ellos hasta perderse de vista, o meteoros que caen entre ellos con gran estrépito y algazara. Con ello no aludo a esos papanatas a quienes seduce lo español porque ahí sí que hay salero, y jaleo, y mucho olé. O cuadros goyescos y humor macabro. O mujeres arrugadas y vestidas de negro. O bailarinas y pasionarias. De tales seducciones, librenos el Señor. Lo verdaderamente español es menos turístico. En rigor, es lo menos turístico que cabe : una actitud humana.

EN LOS MOMENTOS en que se está desinflando en Europa, o parte substancial de ella, la idea de nación —y de nación-Estado— en el sentido ya « tradicional » de estos términos, sería una broma pesada que los españoles se pusieron a darle aire. Por supuesto que, de hacerlo así, los más viejos del lugar tendrían razón, y que « genio y figura hasta la sepultura ». Pero no hay por qué emperrarse en baladronadas que, además, ya no impresionan ni al mismo que las masculla. Está bien ser porfiado siempre que no sea sólo para demostrar que se tiene la testa dura.

Aun trotando como lo he hecho, no he pasado ni mucho menos por encima de to-

dos los intrínquilis del asunto « España y Europa ». Terminaré, pues, aquí un poco al modo como algunos pintores llamados « abstractos » terminan sus cuadros : porque un telefonazo, o una jaqueca, los interrumpe. No se me eche demasiado en cara ; al fin y al cabo, todavía no se sabe muy bien qué significa realmente « terminar ».

Sólo un par de reflexiones, que tienen —lo lamento mucho— todo el aire de advertencias.

La primera es que, veinte años después, la expresión « España y Europa » va en camino, todo lo lento que se quiera, de designar lo que designa : una relación que es una conjunción. Tanto que, a fin de cuentas, ya va siendo cada vez menos significativa. Mucho más de veinte años ha se escribió lo que sigue : « España es el problema y Europa la solución. » Se escribió, por cierto, con otras miras y todavía dentro del famoso debate « europeizantes contra hispanizantes » (y viceversa). Por lo tanto, no hay que tomar la frase en cuestión como si con ella estuviéramos al cabo de la calle. « Europa como solución » es hoy otra cosa de lo que fue antaño. Pero una vez esto bien masticado, la susodicha frase dice algo que no está del todo mal. Queden, por ahora, las cosas ahí.

La segunda es que, bien entendidas, las conjunciones no necesitan ser identificaciones. Una cosa es juntar y la otra es soldar. Además y sobre todo, no es obligado que las integraciones tengan dirección única. No es preciso que los españoles se pongan mustios pensando en que van a perder el alma. Ante todo, ocurre a menudo en estos asuntos que algo se pierde sólo porque se gana. Luego, y finalmente, hasta puede uno envanecerse un tanto con lo que aporta a la dote común. Por ejemplo : un modo de vivir que pareció « anti-moderno » —y que, por descontado, lo fue en buena medida—, pero que, a la hora de la verdad, puede ayudar a extirpar algunos tumores —algunas « fijaciones históricas »— que los europeos modernos inevitablemente acumularon. Así, por ejemplo, la obsesión por los « límites », de los que acaso no se pueda prescindir, pero que no conviene exagerar.

PETRU DUMITRIU

El intelectual en la sociedad comunista

CONSIDERO que la sociedad occidental es en esta segunda mitad del siglo XX tan original y nueva como la que cristalizó en el Este después de la primera guerra mundial y, todavía más, después de la segunda guerra. La nivelación social, la prosperidad extraordinaria, los gérmenes de una nueva ideología, las tendencias de integración internacional y una gran urbanización son fenómenos que sorprenden al observador que llega del Este, cuya situación es a este respecto radicalmente distinta. Pero como pensamos y vemos a través de las formas mentales heredadas del pasado, el visitante que procede del Este sólo tiende a ver en Occidente el mundo capitalista ; el que llega de un país antaño colonial, únicamente el imperialismo ; y tanto el uno como el otro, el Occidente de 1900, que en realidad ya desapareció. Incluso parece que los intelectuales occidentales no se reconocen siempre en este mundo cada día más nuevo que es el suyo y continúan, a menudo prisioneros del *pathos* de la decadencia, de la descomposición, que fue justamente el de fines del siglo XIX y el de ese terrible período de transición comprendido entre las dos guerras mundiales. Aún les domina el sentimiento de la crisis. El *pathos* de la edificación de una nueva sociedad apenas comienza a surgir ; mas es ya reconocible y merecería un paciente análisis, comenzado por la nueva visión del mundo en el urbanismo, en la logística, en las matemáticas, en la física

y en la biología y hasta en la llamada ciencia-ficción ; desde la nueva espiritualidad sincrética al anticolonialismo y el pacifismo ; desde una mayor libertad sexual a una renovación de la función de la familia, basada en la solidaridad moral y no en la propiedad y la solidaridad económica.

Los temas son variadísimos. Tal vez es esta novedad la que ha incitado a ciertos teóricos a ver en la sociedad occidental de nuestros días una sociedad sin clases o que, al menos, tiende a eliminarlas. Y son esos caracteres los que inspiran la continua búsqueda del puesto y de la función de los intelectuales en el seno de las nuevas situaciones sociales e históricas : capital, Estado cada vez más absorbente, sindicatos, organismos supranacionales, liberalismo económico corregido por un Estado con preocupaciones y responsabilidades sociales, tecnología directamente relacionada con el poder político y militar. Algunas breves apreciaciones respecto a la situación del intelectual en la nueva sociedad del Este y la estructura de clase en que se halla incluido, podrán quizás sugerir un análisis similar en lo que se refiere a la posición social del intelectual en Occidente y a la nueva organización social en que vive. Desde luego, trátase sólo de un simple esbozo, pero nos esforzaremos en referirnos a los aspectos esenciales, aunque sea brevemente.

Sin que pretendamos ofrecer una definición del intelectual, nos limitaremos a con-

de la clase de los directores— sean aún solidarias de la oligarquía. Volveremos a referirnos a estos elementos, que hacen que la nueva imagen de la sociedad del Este no sea un diseño esquemático, sino el retrato fiel de una estructura viva.

La posición personal del autor de estas líneas fue durante varios años la de un intelectual al servicio del poder, recompensado por éste lo mejor posible. Esa situación me condujo a verme situado en la línea misma que divide las dos clases, permitiéndome sentir casi en mí mismo lo que es una y otra. Y, sobre todo, lo que las separa. No son las breves incursiones por los recintos del poder totalitario y las propinas más o menos importantes lo que harán del intelectual un componente de la clase dominante ; lo será sólo cuando su propia clase, aquella a la que pertenece funcionalmente, llegue al poder, llevada por el desarrollo de la industria moderna en los países todavía atrasados del Este ; es decir, cuando resulte inevitable una producción de bienes de consumo a causa de la saturación industrial. Esta es la tarea de los cincuenta años próximos.

Para ser más concretos, veamos cuál es el carácter distintivo de la nueva clase dirigente descrita por Djilas. Para ello, consideremos sucesivamente los cuatro criterios señalados, los cuales se aclararán, se complementarán y se confirmarán recíprocamente.

COMENCEMOS por el más vago : la ideología. Dondequiera que ocupa el poder, la clase dominante reivindica a Marx, Engels y Lenin ; pero, en el fondo, no es el valor científico de la doctrina oficial lo que importa, sino la fidelidad y la conformidad a la doctrina de los fundadores : la ortodoxia. El factor carismático antecede así a los factores racionales, y la insistencia sobre la fidelidad a los principios del marxismo-leninismo asume a menudo un acento patético y emotivo que pone de manifiesto su verdadera naturaleza : la de una señal de unión. Discutir la realidad de esta fidelidad, más o menos de acuerdo con las enseñanzas de los clásicos del marxismo-leninismo, resulta completamente inútil para lo que ahora nos interesa, puesto que no es la realidad intelectual de esa fidelidad

lo que tiene una significación, sino el componente emotivo, la exigencia irracional de permanecer fiel a una enseñanza sentida como la Verdad, en torno a la cual se organizan la personalidad individual y el mundo entero. Mientras que para la psicología del hombre racional esta especie de eje es *una disposición del espíritu y una actividad* —el espíritu de investigación y de crítica, la investigación y la crítica mismas—, para la psicología estática del hombre irracional dicho eje está constituido por un cuerpo de doctrina esencialmente inmóvil. No se trata, en efecto, de un contraste entre el espíritu científico y el religioso, ni de cualquier otra antinomia semejante : se puede concebir fácilmente un espíritu religioso muy activo, independiente de los dogmas, como ocurre con el profetismo hebreo. Por el contrario, existe una mentalidad completamente privada del sentido de lo sagrado y de lo divino, mas anclada en algunos dogmas derivados de una actividad científica extraña a esa mentalidad : tal es la de la nueva clase dominante.

Preocupados exclusivamente en exaltarla o execrarla, en adoptarla o en liberarse de ella, nadie ha intentado dar una explicación de esa nueva clase ; pero para el que haya nacido en el Este, sus orígenes históricos y sociales son evidentes : es la mentalidad propia de los campesinos rusos, de los de la Europa oriental, de los balcánicos, formados por mil años de ortodoxia bizantina, en la cual la esterilidad dogmática sólo puede compararse al *pathos* de la estricta observancia. (No nos referimos a las corrientes religiosas y filosóficas que animan en la hora actual a ciertos círculos ortodoxos, sino al fenómeno social e histórico de las masas populares ortodoxas en el Este. Tampoco ignoramos la espontaneidad creadora de esas mismas masas en materia religiosa, pero preferimos considerarlas tal como las ha estructurado y encuadrado el Estado burocrático y policíaco de tradición asimismo bizantina y tártara, o más bien oriental, resurgido de nuevo del abatido Estado zarista.) El mismo *pathos* animó en el curso de la historia a los antiguos creyentes y a los stalinistas que condenaron en 1958, en la Conferencia de Moscú, el revisionismo yugoeslavo. Idéntica angustia siente el campesino o el pope de aldea ante

el cambio del calendario juliano que el simple militante o el secretario regional del Partido ante el abandono de la doctrina de las guerras justas. Sus intereses materiales no sufren perjuicio alguno, mas la estabilidad de la imagen en torno a la cual se había organizado su visión del mundo parece en peligro. Y como esta visión es unitaria, todos los valores se sienten quebrantados. El Occidente descubrió que se puede vivir, aunque de manera incómoda, basando la existencia en una concepción dinámica, la cual, probablemente, es el fundamento tanto de la actividad científica como de la técnica y de la industria modernas. La visión estática del mundo resulta, por el contrario, el producto de un mundo aldeano en trance de desaparecer. Por este motivo el *pathos* de la ortodoxia marxista-leninista no sólo es reaccionario —puede ser ello una virtud o un crimen, según el punto de vista adoptado—, sino igualmente lo contrario de la superestructura mental que impone la ciencia y la tecnología modernas. Por eso la industrialización del Este y la difusión no tanto del conocimiento técnico como del espíritu científico, esencialmente dinámico y crítico, son contrarias al inmovilismo de la clase dominante, cuyo carácter específico estriba en apoyarse en una verdad definitiva, contenida en la doctrina marxista-leninista. La necesidad de sentirse afirmado en la doctrina es tan fuerte que toda novedad tiene que ser presentada como una vuelta a los orígenes, al mismo tiempo que se hacen declaraciones de fidelidad a lo que se abandona. Lo que no se abandona, lo que no puede ser abandonado más que por la fuerza, es la tranquilidad de espíritu que proporciona una imagen inalterable del mundo.

Mas un obrero, un campesino, un oficial, un profesor, un director de fábrica, un responsable de almacén, un poeta, pueden estar ligados a la ideología de la clase dominante. ¿Son por ello miembros de la oligarquía? De ningún modo. Este criterio harto vago no basta para definir la oligarquía y sólo es motivo de equívoco. Es necesario buscar otros que lo complementen.

LA OLIGARQUÍA que reina en la sociedad del Este ha sido definida como la clase que detenta la propiedad colectiva de los me-

dios de producción. Pero, para ser precisos, diremos que la burocracia no tiene sobre esos medios de producción el *ius utendi et abutendi*, ya que a su vez ella depende de la dirección del Partido. Es ésta, o sea la docena de personas que forman la cúspide de la pirámide, la que concentra en sus manos esa propiedad. El Politburó o Presidium del Comité Central dispone, pues, de los bienes y de las personas, sobre todo de los bienes de producción, sin tener que rendir cuentas a nadie. De esta manera pueden ser exterminados los individuos y las categorías sociales; y cabe imponer a la economía planes irrealizables que luego se abandonan, de la misma manera que los cambios de política se efectúan sin otra justificación que el reemplazo de los miembros del Politburó o Presidium. (Por ejemplo, los planes quinquenales fueron abandonados por iniciativa de Malenkov, el nuevo jefe, en favor del desarrollo de la industria ligera; este nuevo programa fue cambiado a su vez por Kruschev, que lo reemplazó por un plan septenal consagrado a la expansión de la industria pesada, para terminar anunciando en 1961 que la industria ligera disfrutaría de las mismas inversiones que la pesada.)

Estos cambios de programa son mucho menos arbitrarios de lo que parece, puesto que al mismo tiempo expresan y determinan ciertas corrientes sociales y económicas. En síntesis, son la expresión económica de las dos nuevas clases sociales y las identificaremos como tales más adelante. Pero esto no impide que la tentativa de definir la oligarquía dominante como la detentadora de los medios de producción termine por obligarnos, empleando con cierta rigidez el concepto de propiedad, a entender por oligarquía un grupo de individuos situados en lo alto de la jerarquía. Esto sería atribuir a la palabra oligarquía un sentido estrictamente etimológico. El propio Djilas —que a mi parecer da un significado harto restringido a su concepto de oligarquía— no la circunscribe exclusivamente a los miembros del Politburó. Tratemos, pues, de aplicar un criterio menos limitado que el de la propiedad, conservándolo empero como valedero con respecto al núcleo esencial de la clase en cuestión, puesto que la identifica perfectamente. La pro-

riedad de los medios de producción pertenece al grupo que constituye la cúspide, pero la oligarquía no está formada sólo por ese limitado número de individuos : es una clase social.

De esta manera llegamos al concepto de iniciativa política y económica, así como al de autoridad también política y económica. El derecho de dar órdenes, de dirigir la política y la economía, distingue a los miembros de la clase dominante de los demás ciudadanos, que son únicamente ejecutores. Mas no hay que engañarse : la autoridad y la iniciativa son manifestaciones activas de la propiedad ; lo son en grado sumo por lo que concierne a los miembros del Politburó y van decreciendo gradualmente hasta el nivel límite, el de la unidad de producción : fábrica, granja estatal y granja colectiva. El director de fábrica, el responsable de almacén, el dirigente de una granja de Estado, el presidente de una colectividad agrícola, son los últimos de la jerarquía burocrática que tienen derecho a dar órdenes ; después de ellos sólo quedan los simples ejecutantes. La iniciativa de estos dirigentes está limitada a una sola unidad de producción. ¿Son miembros de la oligarquía? Nuestra respuesta inmediata es negativa ; sin embargo, su función en el proceso de producción no lo demuestra claramente. ¿En qué consiste la diferencia esencial entre un ministro de Industria, miembro del Politburó, y el director de una acería? La diferencia en cuestión parece ser de grado y no de calidad. El segundo criterio de distinción, pues, es el privilegio. Por lo que respecta al papel de la clase dominante en el proceso de producción, repetimos que consiste en imponer un determinado programa, en elaborar un plan, en señalar la dirección del desarrollo económico y en decidir la suma total del ingreso nacional y las normas para su reparto.

SE PUEDE PROFUNDIZAR aún más y tratar así de definir el objetivo principal de la política económica de la oligarquía, que es la industrialización, con particular preferencia por la industria pesada. A este respecto poco puede añadirse a los análisis de Djilas : en efecto, así como el *pathos* ideológico de la nueva clase dirigente es la ortodoxia, su *pathos* económico es la indus-

tria pesada. En los países satélites, la ascensión al poder y la sucesiva estabilización de la nueva clase dominante coincidió con la creación de la industria pesada, en condiciones por lo general tan difíciles e incluso absurdas que pusieron de manifiesto su carácter de mito político. Parte esencial no sólo del programa económico, sino también y sobre todo del esquema fundamental para la conciencia de la nueva élite, la creación de la industria pesada contribuye a definir la oligarquía y —como luego veremos—, la pérdida de su supremacía dará un carácter determinado al programa de la nueva clase media.

No puede separarse la iniciativa económica de la iniciativa política, ni la industria pesada del imperialismo. El patriotismo soviético, que comienza a manifestarse, caracteriza, junto con su imperialismo, el programa político de la oligarquía. El hecho de que en política interior no se produce nada original, es índice claro del agotamiento del programa inicial de esa oligarquía. Ese programa era inicialmente revolucionario, puesto que tendía a la destrucción de la antigua sociedad —hecho ya cumplido— y a la edificación de una sociedad nueva —hecho igualmente realizado—; pero se ha creado una sociedad distinta a la deseada por los revolucionarios, demostrando así la impotencia del hombre para hacerse independiente de su historia y lograr superarla.

Por lo que concierne a ciertas supuestas reformas, como la supresión en la URSS hace unos años del ministerio del Interior, la realidad es que consisten más en una cuestión de lenguaje que en una verdadera reorganización política. Empero, es preciso prestar atención a la reforma de la enseñanza —en trance, según parece, de ser abandonada—, que tiende a impedir la creación de nuevas clases sociales. Obligado es preguntarse si los miembros de la oligarquía aceptarán que sus hijos no tengan mayores posibilidades de estudiar carreras de mejor porvenir que los hijos de las clases populares. ¿Es que la reforma no se propone más bien dificultar la consolidación de la nueva clase media? Podemos señalar el ejemplo de Rumania, donde un severo *numerus clausus* limita la admisión en las universidades de los aspirantes que

rativa, a la que sólo tienen acceso los dirigentes, que los que viven en las capitales.

El círculo se cierra y el verdadero retrato del nuevo espartano se precisa. Lo hemos identificado según su ideología —o más bien de acuerdo con su comportamiento ideológico—, su función política y el contenido de su conducta también política, su papel y sus objetivos en la economía y, por último, de acuerdo con los privilegios de que disfruta. La cuestión que ahora se plantea es la de saber cuáles son los grupos a los que corresponde ese retrato. No será difícil establecer una lista, que podrá ser discutida en uno o dos aspectos, puesto que habrá una zona marginal en la que se efectúa el tránsito de una clase a otra, pero el que haya vivido en las sociedades del Este no dejará de aprobarla.

La lista es la siguiente : los miembros del Politburó o Presidium ; los del Consejo de Estado y Consejo de ministros ; los del Presidium de la Asamblea legislativa ; la mitad de los componentes de esa Asamblea (son los que participan en el poder, mientras la otra mitad se compone de gente de la clase media, que está allí para cubrir las formas) ; los *apparatchiks* del Comité Central, de los sindicatos y de las organizaciones juveniles, deportivas, femeninas, etc. ; los oficiales y suboficiales —tal vez los soldados de las tropas de policía ; los generales « políticos » del ejército ; los directores y redactores de la prensa del Partido, sobre todo los del órgano central ; los profesores de las universidades políticas y catedráticos de marxismo-leninismo ; todos los funcionarios del ministerio de Policía y del de Asuntos Exteriores ; los *apparatchiks* de las organizaciones centrales y nacionales, como cooperativas, institutos de relaciones culturales con el extranjero, Cruz Roja, etc. ; los dirigentes de las asociaciones de intelectuales (Academia de Ciencias, Unión de escritores y artistas, Unión de periodistas) que no forman parte de la clase superior más que en la medida en que ejercen la dirección política de sus respectivas organizaciones ; y, por último, los directores de las grandes unidades económicas o administrativas, siempre que su misión consista en la iniciativa y control políticos, y no en la dirección y organización técnica de la producción. (Por ejemplo, el

director de un combinado industrial es un funcionario político, pero la dirección efectiva está en manos del ingeniero jefe ; es en este nivel donde se verifica el paso de una clase a otra. Asimismo, en los ministerios no políticos, que en realidad son grandes « trusts » de las distintas actividades económicas, la línea de demarcación entre las dos clases pasa por debajo del nivel de los subsecretarios y alcanza el de los directores generales : pertenecer a la clase superior o a las clases medias es una cuestión de situación personal. En todo caso, por debajo de las direcciones generales de los ministerios, uno al menos de los cuatro criterios —el de los privilegios económicos—, demuestra que nos encontramos en presencia de la nueva clase media, la cual se distingue por gozar del privilegio de una remuneración más elevada.)

AHORA TENEMOS que identificar mediante un procedimiento análogo la nueva clase media, a la que podría denominarse con toda propiedad la clase dirigente, ya que el grupo más numeroso que la compone dirige las unidades de producción. Esta clase surgió de la estructura social impuesta por la moderna tecnología y de ella forman parte los técnicos de toda clase, incluidos los militares y los jefes de la organización agrícola. Si la misión histórica de la clase descrita por Djilas es la industrialización rápida y forzada de los vastos territorios rurales de Europa oriental y de Asia —e incluso de otros lugares, si una nueva clase ideológicamente distinta no asume a tiempo esa tarea—, la función de la nueva clase media es la de hacer marchar esa industria y apresurar su ulterior desarrollo hacia la edificación de una economía industrialmente saturada, una economía de la abundancia, tal como se percibe claramente en Occidente.

Si la nueva clase superior tiene sus raíces históricas en las sociedades agrarias y semi-feudales del Este, la nueva clase media es engendrada por la industrialización y la urbanización. La oligarquía ha cumplido o está en trance de cumplir su tarea mediante una técnica política y administrativa tradicional en el Este : es la del Estado totalitario y burocrático, perfeccionada por ese invento de indudable originalidad —aun-

que no falten antecedentes históricos— que es el partido único. La nueva clase media producirá sin la menor duda otras fórmulas políticas y administrativas, aunque sólo sea por el hecho de que el error policíaco y la ideología monolítica y estática resultarán inútiles en una sociedad saturada de bienes materiales ; más aún, obstaculizarán ese desarrollo. Por otra parte, cuanto más importantes resulten para la expansión ulterior de la economía en el Este la tecnología y el progreso técnico, tanto más las actitudes mentales que facilitan el espíritu científico, el de investigación, el de invención y el de control crítico se propagarán entre las masas, minando las bases emotivas de la mentalidad dogmática y fideista. Por el hecho mismo de su contacto inmediato con los problemas concretos de la producción de bienes materiales e intelectuales, la clase media es empujada hacia una mentalidad pragmática, racionalista, distinta del voluntarismo heroico y metafísico de la oligarquía comunista. La práctica, en el sentido que Marx dio al término de praxis, les demuestra la inanidad de los mitos que dominan la ideología comunista. Las masas atrasadas, con mentalidad aún campesina, siguen creyendo en esos mitos ; en todo caso no han desarrollado las imágenes mentales correspondientes a la nueva realidad. De esta manera, docenas y tal vez centenares de millones de individuos viven como en un sueño, en medio de imágenes míticas, el socialismo, el capitalismo, la sociedad comunista. El realismo y la actividad intelectual determinados por la industrialización, la urbanización y la difusión de los conocimientos y prácticas científicas acabarán finalmente con esos estados de conciencia inadecuados. Cuanto más se desarrolle la clase media, más fácilmente tendrán acceso a ella las masas populares, más de prisa se cumplirá ese proceso inevitable. El terror policíaco impide todavía la cristalización de una nueva ideología, expresión de la nueva clase de dirigentes. Pero allí donde la urbanización estaba más adelantada que en la URSS, allí donde momentáneamente el terror perdió su virulencia —como en Polonia y en Hungría—, la nueva ideología surgió bajo la forma del revisionismo.

Sin duda es necesario tener en cuenta los

factores nacionales y la tendencia de la Europa oriental a producir un tipo de civilización propia ; sobre todo no hay que olvidar la influencia tradicional de Occidente. Sin embargo, resulta sorprendente el comprobar que los portadores de la nueva ideología jamás fueron miembros de la oligarquía y que la afirmación ideológica del revisionismo se acompaña de la afirmación política y social de un movimiento antioligárquico, que en la circunstancia tomó como denominación la de antistalinismo o destalinización, pero que se verá reaparecer cuando la actualidad política e ideológica de Stalin habrá desaparecido desde hace tiempo. Aplicando esta manera de ver las cosas al fenómeno yugoeslavo, donde el revisionismo es la doctrina oficial, diremos sólo que el tal revisionismo no es lo que se presenta con esa denominación, sino el hecho de que la doctrina se ha puesto en movimiento, que el pensamiento se libera y se democratiza al admitir la discusión y dejar de reservar las innovaciones al Politburó, el cual las ejecuta como si fuesen actos de ortodoxia, como una vuelta a la pureza de los orígenes. Esto último no es revisionismo, ni libre actividad del intelecto.

Sin poder predecir el contenido del pensamiento propio de la nueva clase media, esperamos no obstante que corresponda a un liberalismo intelectual, a una ideología abierta mucho más próxima a la que actualmente existe en Occidente y que seguirá existiendo mientras las condiciones sociales e históricas permitan la libre actividad del espíritu científico. Al propio tiempo, consideramos poder interpretar la debilitación de los dogmas en la ideología comunista y la aparición de ideas nuevas —aunque todavía sean monopolio de la dirección del Partido— como otros tantos efectos de la presión del desarrollo mundial por una parte, y de la influencia cada vez mayor —aunque subterránea y silenciosa— de la nueva clase media, por otra parte. La doctrina de la coexistencia —aunque disimule la continuación del imperialismo— y la de la posibilidad de evitar las guerras entre el « campo socialista » y el « campo capitalista », son tan evidentemente extrañas a la tradición y a la mentalidad de los oligarcas, son aceptadas tan a re-

producción privada. El término último del programa político y económico de esa clase media será la discusión pública del plan por una asamblea libremente elegida. Pero sólo una mayor urbanización del Este y un nivel cultural más elevado que el actual permitirán tal desarrollo, el cual deberá superar una tradición política milenaria, absolutamente extraña a toda democracia, en Rusia, China y la mayor parte de los satélites.

Añadamos que en política extranjera la nueva clase media, pacífica en la URSS, es en los países satélites opuesta al imperialismo soviético y permeable a las ideas neutralistas y federales. En consecuencia, la posición de esa clase resulta bastante difícil de mantener en la Unión Soviética, puesto que no comparte el orgullo, el patriotismo y el mesianismo nacionales, de origen tradicional, campesino y burocrático al mismo tiempo, sino que es, en los países satélites, sustentadora de los valores patrióticos, y por lo tanto enemiga de la oligarquía de obediencia soviética.

La sorda y permanente oposición de la nueva clase media frena constantemente las actividades económicas, administrativas, los planes osados y desprovistos de espíritu práctico de la oligarquía. En efecto, ésta quiso industrializar y modernizar el Este, pero como un ideal al cual resultaba extraña a causa de sus orígenes campesinos, burocráticos y semiproletarios, así como su mentalidad irracional y fideísta. Por el contrario, la nueva clase media se ha formado, si bien sobre ínfimas bases tradicionalmente pequeñoburguesas, en el seno mismo de la actual sociedad industrial y urbana. El secreto desprecio del director de fábrica o de granja hacia el personaje importante o el *apparatchik*, que le piden a base de consignas y de órdenes contradictorias grandes éxitos totalmente imposibles, es incommensurable. Tal es el origen —y en modo alguno la falta de honradez— de las falsificaciones de las estadísticas, tan perseguidas y condenadas hoy día en el Este. Recuerdo haber concurrido a una reunión de contra maestros de una acería, a los cuales un ingeniero cansado y resignado comunicaba las tareas establecidas desde « arriba ». Un viejo contra maestro exclamó : « ¡Pero no somos artistas de circo! » Este senti-

miento opresor domina la existencia de todos los jefes de unidades productivas del Este. Mas es asimismo el sentimiento, al cual se asocia la certidumbre de que la economía podría ir mucho mejor si hubiese mayor libertad y menos mitos, el que cimienta la oposición de la clase media a la oligarquía. A diferencia de los dirigentes, los directores tienen que ejecutar órdenes las más de las veces absurdas, y al mismo tiempo dar a sus subordinados órdenes razonables y de fácil ejecución. Los jefes son irresponsables y no tienen otra cosa que hacer sino imponer la línea general, casi siempre errónea. En cambio, los directores son responsables incluso de los errores que no les corresponden. Por ejemplo, un director de fábrica es responsable de la ejecución de su plan de producción, aunque no reciba a su debido tiempo las materias primas que necesita. La rebelión de la clase media contra la oligarquía —por lo general sorda y poco visible, pero que no dejará de acentarse—, es la rebelión de la razón práctica contra el mito.

LA CLASE MEDIA se caracteriza, pues, por un liberalismo y racionalismo ideológico, por una tendencia —más que por un programa— pacifista y democrática en política, por una función concreta e inmediata en la economía, por un deseo cada vez más consciente de orientarla hacia una producción con miras al bienestar. Resulta mucho más difícil definir esta clase media en función de sus privilegios económicos. Lo que la caracteriza —lo cual sucede también con las masas populares— es que su única fuente de ingresos es el salario, públicamente conocido. El hecho de que disponga de cooperativas no mejora su nivel de vida de manera decisiva ; también los obreros y los empleados disfrutaban de los mismos derechos. La sola diferencia es el importe del salario, el cual es tres o cuatro veces más elevado que el del obrero en general, pero sin superar el de un « obrero de choque » o un obrero especializado. En los sectores superiores, entre los directores de fábrica o jefes de servicios ministeriales, existe asimismo el salario personal ; en el caso de grandes empresas industriales, el Estado concede a los directores primas importantes. Todas estas ventajas son variables y

con ejercicios, no simulacros, de guerrillas en las callejas y puentes de la pobre ciudad. Una de sus más jactanciosas páginas rememorativas referirá sus andanzas de muchachito en junta de guerrilleros, enfrentando y batiéndose con los de la otra banda más numerosa y que por tal le impone derrota a la suya y lo quiere hacer, a él, su cautivo: «opúseme yo con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados». Ya estaba en guerra, que fue su manera de vivir. Como en Unamuno. De su iniciación en guerra ya lo sabemos: la bomba carlista llega a muy poca distancia de donde él y sus amiguitos juegan —son ellas sus primeras pajaritas— a movilizar ejércitos de soldaditos de papel mientras la lucha se libraba sobre la ciudad sitiada. Mas en Unamuno falta con relación a su infancia un recuerdo que perdurará —y que ennoblece— a Sarmiento: el recuerdo de la madre. ¿Por qué Unamuno no nos habla de Salomé Iñigo, su madre, como Sarmiento lo hace de Paula Albarracín, la suya? El lugar que, en su vida, parece no conferir a su madre, será recubierto enteramente por Unamuno por el que otorga a su esposa. ¿Traslación de afectos? Evidentemente, sí. Traslación incluso de sensaciones maternas, pues uno de los momentos más intensos de su vida ocurre durante su crisis religiosa —año del 97—, en que al verle llorar, ella lo llama así: «¡Hijo mío!» En una carta que escribirá desde el destierro, dirá de ella: «...que me ha llenado de maternidad el exilio», mientras a sí mismo se llama «padre maternal de mi España...» (En sus novelas, da paso Unamuno a mujeres de fuertes voluntades maternas, matriarcales, creadoras y recreadoras de destinos; más que madres, tías; tías con voluntad de madres.)

Autodidacta Sarmiento. Y se jacta de ello, o por lo menos lo reconoce como una de sus «grandes ventajas» y que le ha dado «cierta propensión —lo dice en *Mi defensa*— a crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros», lo que, habitualmente, lo lanzará a excursionar toda índole de heterodoxias, que es ejercicio en el que contó, como contó Unamuno, con un antecedente familiar que fue a dar procesado al tribunal limeño de la Inquisi-

ción. Mas son soledad y vacíos quienes lo hacen autodidacta. El actor de patria está forzado primero —o al mismo tiempo— a ser actor de sí mismo, haciéndose a sí mientras hace patria. Por eso, podrá decir: «Nacido en la pobreza, criado en la lucha de la existencia más que mía de mi patria.» Y la patria es, a su vez, su madre y su hija. Doble parentesco del que sabía, como párrafos arriba queda dicho, Unamuno. En ese parentesco o relación, Sarmiento se excederá —la única pauta en el autodidacta— en todo; se excederá en vida. El mestizo, pleno de energía y pobre de sociedad —eso es en definitiva Sarmiento—, se excederá constantemente en energía —en vida— para crear formas sociales, para poblar la historia vacía. Y su ansiedad aumentará a medida que se le vayan revelando los déficit de su mundo incivil, vacío. Al vacío opondrá personal respuesta de acción, de energía, de vida. De esa experiencia junto a los vacíos, precisamente, el autodidacta llevará todas las señas de una total independencia. «Cuando como yo —le ha escrito a Alberdi, desde su provincia, en el 38—, no se ha podido recibir una educación regular y sistemada, cuando no se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incontestables, cuando se ha tenido desde temprano el penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación, que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sancionado...». Educado a campo. Mas, ¿no es, también, Unamuno un autodidacta con todas las señas de una total independencia, que se forma a sí mismo, discriminando y escogiendo él los elementos de su formación, y enfrentándose a todo y contra todo? Habrá siempre un Unamuno en medio de la calle, en campamento, que no en aula o en gabinete cerrados. Entre sus recuerdos de niño, hay claras reminiscencias de desacomodos que desde entonces se le abren paso y le dictan esta deducción: «Los niños de estufa, criados en casita al arrimo del aya o de algún curita francés no pueden saber lo que es la vida, si es que alguno lo sabe.» Unamuno desbordará títulos con vida. «Y no

rededor de esos pocos temas como junto a intransferibles banderas? Una de las características del hombre de acción —la primera, acaso— es replegar su espíritu sobre el limitado radio de uno o dos o tres como objetivos centrales, en los que funde toda la energía de su propia naturaleza y a los que infunde la movilidad de su pasión. En Sarmiento, igual. Sus libros —los que van desde *Facundo* a la *Campaña del Ejército Grande*— pueden ser reconocidos «sólo capítulos de un mismo libro»; es decir, conducta por la que trasciende el temperamento y la exigencia del hombre de acción, los que en su caso se mostrarán, también, en ese afán insistente de aspirar a ser o a presentarse como hombre de armas y que lo acercan al ridículo, suscitando en Vicuña Mackena esta burla del 55: «una gran parada de pretensiones militares»; y que le confunden cuando, en recuento, se asigna —fue en una página de la *Vida de Domínguito*— dos diferentes grados militares para un mismo período.

Mas lo fundamental en la pelea, lo esencial en la polémica es la existencia del «otro» en una versión completa de discordia y concordia, de disidencia e integración. Reparemos en esto, pues Unamuno nos ofrece suficientes pautas. Quien lidia como ellos lidian; quien se deshace y rehace en la pelea como saben ellos hacerlo termina por sentirse emparentado con el «otro». En *La agonía del Cristianismo* tenemos en Unamuno este aviso: «Lo que más nos une a los hombres unos con otros son nuestras discordias.» Es decir, la unidad de los contrarios. En *El Cristo de Velázquez*, refiriéndose a la palabra de Cristo como espada, había también advertido:

*eres acero que divide y junta,
pues sólo junta aquello que divide...*

Su Joaquín Monegro, en la novela de *Abel Sánchez*, no se resuelve a eliminar a Abel —y sólo en la última página lo hace para desaparecer también él— porque necesita contar a su frente, a su lado, dentro de él mismo al otro, al término de su odio, o de su envidia. «¡Necesito que viva!», grita. Y Joaquín Monegro carga con Abel como con cosa propia. Sin Abel, sin el

«otro» inmediato, no hay posibilidad de existencia para Joaquín Monegro, como no hay ejercicio de odio ni de envidia en soledad, ni a larga distancia, porque el duelo del odio y de la envidia se desempeñan en el cuadro familiar, local, propio. «No se envidia —alude Unamuno en el caso de su Joaquín Monegro— al de otras tierras ni al de otros tiempos. No se envidia al forastero, sino los del mismo pueblo entre sí.» Aquí, esta reflexión: la envidia, la envidia española —tema constante en Unamuno y que corre por las sangres de Sarmiento—, la envidia requetespañola, ¿no es una manifestación de vida que ansía completarse? Caines y Abeles españoles se envidian, acaso, no para negarse uno al otro, no para retacearle el uno al otro lo que éste cuenta de más, sino que, envidiados y envidiosos, son sostenidos en el deseo de agregar siempre algo más a sus vidas. Con lo que esta envidia española no resultaría operación de resta, sí de suma. De aproximación. El envidioso español ama en el otro lo que a él quiere sumar; es decir, es envidia del fuerte, acumulativa. ¿Así Sarmiento? Terriblemente envidioso. «Se nos secaría una parte del alma como un costado a los paralíticos —escribe en la primera de sus cartas de *Viajes* al ver, desde el barco, la totalmente desolada isla de Más-a-Fuera y entrever la imposibilidad para él de vivir en tal desolación—, si no tuviésemos sobre quienes ejercitar la envidia, los celos, la ambición, la codicia, y otras tantas pasiones eminentemente sociales, que con apariencia de egoístas ha puesto Dios en nuestros corazones... ¡Santa pasión de la envidia!» En sus comentarios del 33, reaparece en Unamuno el tema —mito bíblico y realidad doméstica—, y en uno de ellos, no el menos intranquilo y anheloso, al culpar a las masas que, activas, llenan las calles esos días, de moverse por resentimiento y por envidia, requiere en préstamo a Fray Luis su fórmula feliz: «ni envidiado ni envidioso». «Ni aquejado —comenta— de la envidia pasiva, la de buscar ser envidiado, ni de la activa, la de envidiar.» Mas cuando se repite la fórmula, se rinde ante ella como ante una imposibilidad: «Pero, Dios mío de mi alma, hay que vivir en sociedad y perpetuarla y pa-

ANA MARIA MATUTE

« Yo no he venido a traer la paz... »

(Cuento)

« Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. »

RIPO, HIJO, que no subas —le dijo su madre por una vez más—. Que no me entere yo que vuelves a subir adonde esa gentuza. ¿No tienes cabeza o qué? A tus doce años ya podías ser más avisado. Si se entera don Marcelino, con lo religioso que es, de que te juntas con esos indecentes, nos pone en la calle.

Desde que se vinieron a la ciudad, su madre tenía los ojos opacos. Ripo la miraba mientras ella le planchaba la camisa.

— Es por el Chapo —explicó con su voz demasiado ronca. Por eso hablaba poco, por la voz, que ya no era de niño, ni aún de hombre. Una voz que le humillaba, de pronto, con gallos inesperados.

— ¡Por el Chapo! —contestó la madre entregándole la camisa con gesto impaciente—. ¡Ese Chapo, qué se te dará a ti!

— Es paisano —dijo él. Resultaba un argumento bueno, por lo general. Los ojos de la madre se reblandecían levemente en cuanto se le decía, más o menos: « Ese es de allá, de nuestra tierra ».

— ¡Bueno, pues, el Chapo que baje él! —resumió la madre, recogiendo aprisa la plancha, arrollando el cordón en torno a su mano de dedos ásperos y rojizos: manos de criada, no de labradora, como antes de la inundación, cuando vivían en el pueblo.

— No le gusta bajar aquí —añadió Ripo

con rencor. A su pesar, le salía esa rabia, casi siempre, acordándose de su llegada a aquella ciudad, pequeña, sórdida, que no le gustaba.

— Hala, hijo, que llegas tarde.

Ripo se metió la camisa aún caliente. La sintió con agrado sobre la piel fría, tiritante. La madre lo miró de reojo. « Está delgado », pensó. También a ella la roía un dolor rabioso. « Si no hubiéramos tenido que venir aquí... » Allí, en el pueblo, lo tenían de pastor. No era quizás un oficio demasiado bueno, pero la piel de Ripo tenía allí un tinte dorado, de corteza de pan. Y estaba fuerte.

Ahora casi no parecía una piel de niño: pálida, como floja, sobre los brazos que empezaban a abombarse precozmente junto a los hombros. Ripo se acabó de vestir y bajó a la tienda.

Don Marcelino era dueño de la mayor tienda de ultramarinos de la ciudad. Como también era paisano —incluso medio pariente—, al ocurrir la desgracia de la inundación, en la que murió el marido de ella y se quedaron sin casa, don Marcelino les dijo que se vinieran a su tienda. Necesitaban, él y su mujer, doña Elpidia, que les ayudaran. Ella, pues, hacía las veces de criada y Ripo de mozo. « Con el tiempo irá ascendiendo », dijo don Marcelino. Aún no le pagaba sueldo. Prácticamente los tenían por la comida y el alojamiento, en lo alto de la casa —que era propia—, bajo el techo abuhardillado. Todos comían abajo, en el gran comedor de muebles ne-

gros, con guerreros y serpientes labrados, y pantalla de seda verde, de cuyo borde pendían, como flecos, lágrimas de cristal tintineando cada vez que el tren, allá detrás, en la estación, pasaba silbando locamente hacia otras ciudades. Las grandes ciudades que sólo conocían por el cine, por los « santos » del calendario con el anuncio de la tienda de don Marcelino...

« Porque el hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido. »

El Chapo vivía detrás del cementerio, en lo alto de la colina que dominaba a la pequeña ciudad. Y se veía desde allí el cementerio, también como otra ciudad, muy ordenada, igual que un panalillo. Como Ripo había venido del campo le gustaba mucho ver la ciudad ordenada de los muertos, ya que él y su padre, antes de morir éste, iban a por colmenas silvestres. A Ripo siempre le gustó el orden, y por eso se extasiaba delante de un panal o un cementerio. Esto se lo contaba al Chapo, porque era el único que le escuchaba sus cosas, entendiéndolas. A aquel como raro pueblo de la colina, montado por todos los que estaban como el Chapo, sin trabajo ni oficio, por unas o por otras cosas —tullidos, idiotas, enfermos, en fin lo que fuera—, le llamaban La Cornera.

Junto a la chabola del Chapo, entre dos árboles desnudos, color sepia, se abría el azul-gris de la niebla. Y era como el marco de todo lo de allá abajo de la ciudad. El nombre de la ciudad estaba escrito a la entrada, en la carretera, sobre un cartel blanco, con letras azules.

Había huertas ricas alrededor. El Chapo las veía desde su chabola. Hacia las afueras, hileras de chopos, hermosos y amarillos por el frío. En la ciudad, calles tortuosas al estilo antiguo; dos o tres barrios nuevos, con casas como cajas de zapatos, que dejaban entrar la luz, el aire y la higiene. Lo demás : el río, con el gran puente, pintado en el escudo de la ciudad ; las casuchas de la orilla, los solares calvos, el descampado, las grutas del barrio de las Latas (para imitar a Madrid) ; los escaparates de los comerciantes, las casas de los hombres y mujeres ; el Gran Casino,

la Colegiata de Santa María, el Mercado de la Lonja. Y el campo : el campo de ellos dos, otra vez, inundado de hierba y agua, de raíces y manantiales soterrados, de viñas, chopos, álamos, aulagas, romeros ; árboles que miraban, con agujeros huecos, como los ojos del Chapo. Pero el Chapo no era ciego. El Chapo lo miraba todo, desde lo alto de la colina sacudida por el frío. Quedaba allá, hacia el Este, un resto de la antigua muralla, negruzca y manchada de rojo a la luz del Poniente. Guarida de murciélagos y lagartijas, mariposas negras, con verdes manchas de hiedra en algún punto. La muralla manchada con sangre de mil cosas heroicas : estúpidas, injustas o simplemente crueles. Olía a mohó y musgo antiguo por la muralla. Y crecían, allí cerca, las plantas de cólera y las humildes y salvajes flores del arzadú. El Chapo también las conocía. Solía cogerlas cuando llevaba a pastar el rebaño de cabras ciudadanas, negras como diablos, secas y malolientes. ¡Qué distinto de los rebaños de la sierra! La sierra añorada, que se transparentaba como tras una cortina de humo por allá lejos, por sobre la ciudad y las huertas, allí donde no se atrevía a mirar. Cuidó el rebaño del lechero de la calle de la Real Vara, detrás del mercado. Rebaño que mascaba, en el invierno, papeles sucios, arrugados y empujados por el viento, hojarasca muerta, piensos secos. Al Chapo también le gustaba, por todo eso, hablar con Ripo. Porque Ripo le recordaba lo otro : lo de los rebaños que pacían hierba fuerte y rabiosamente verde entre las piedras. Ripo venía de allí, y por eso le quería. No eran del mismo pueblo. Ripo y su madre se vinieron por lo de la inundación. Los demás de La Cornera no sabían de esas cosas : siempre habían estado allí, detrás del cementerio, el Cojo, el Zarrías, el Curro, no conocían otra cosa. Recogían los papeles, las basuras, en sus sacos. Luego los vendían, se compraban cosas, comían ; dormían. Alguno, aprovechando la gruta de la roca. Otros, como el Chapo, se apañaron una chabola ellos mismos. Había alguna ruina por allí cerca, casas bombardeadas de cuando la guerra, y servían sus ladrillos, sus vigas. Se apañaron bien. Mientras no hiciera frío, claro. Pero lo hacía. Rosa, la mujer del Rugo, había tenido el

niño cuando el Rugo estaba en la cárcel. « Esa gentuza... ¡Ojo con acercarte! », decía la madre a Ripo. « El Chapo, si tanto le quieres, que baje acá, donde la gente decente. » La madre lo decía metiéndole debajo del brazo un pan para el Chapo, bien envuelto en papel de periódico. « No vas a subir tú siempre. No te mezcles a esa gentuza ; sólo aprenderás cosas que no te convienen, y si andas en malas compañías te van a despedir. Porque don Marcelino es muy religioso y sólo quiere gente decente a su alrededor. »

Pero él, ¿cómo no iba a subir a La Cornera si sólo el Chapo sabía de qué hablaba, si sólo al Chapo, como a él, le interesaban las cosas de más allá de la ciudad?

Subía entre recado y recado, con los ojos saltones por el esfuerzo, enrojecido. La Rosa había tenido el niño hacía unos meses. Era muy fuerte la Rosa. Lo dejaba metido en la cuna amarilla, que le había regalado doña Magdalena, con unas rosas pintadas por la parte de la cabecera.

Al Chapo le decía :

— Guárdamelo, Chapo, hasta que vuelva.

Como el Chapo estaba vacío, sin trabajo, no le costaba estar allí, guardando al hijo de la Rosa. El niño era una criatura muy sana, parecía mentira, con todo lo que había pasado la Rosa : lo de Rugo, y todo lo que vino después. La Rosa se lo había dicho :

— Ya he perdido el piso, ya he perdido el piso—. Le iban a dar un piso, de los que distribuían las damas del Patronato. Pero

ahora, con eso de salir el Rugo un ladrón, un criminal...

— Claro, no van a dar un piso al ladrón y criminal antes que a otros sin ninguna mancha encima...

Luego salió lo de que no estaban casados. Doña Magdalena, que era la que la protegía, se puso roja de vergüenza ante las otras damas. Pero no la abandonó del todo :

— ¡Criatura de Dios!... Bueno, lo del pisito será más adelante. Pero ahora, por de pronto, pasarán otras antes, con vida más arreglada que usted.

Claro, esas cosas ya se sabían. La Rosa lo comprendió bien. No la abandonaría del todo. Seguía lavando en casa de doña Magdalena. Y ella miraba lo de los papeles, para ver si los casaban en la cárcel. Pero la Rosa le dijo, sólo al Chapo :

— Y si te digo, Chapo, a mí no me da la gana de casarme con el Rugo.

Eso no contaba. El Chapo dijo :

— Pues no te cases.

— Le han salido doce años. ¿Pa qué voy a casarme con él?

El Chapo pensó algo, y añadió :

— Si le van a llevar a un Campo, como dijeron, y trabaja, tendrás algo de la paga, ¿no es así? Así lo creo, vaya.

Y la Rosa contestó :

— ¡Y a mí qué se me da la paga! Que se la coma él. Yo ganaré más pa el chico y pa mí.

Bueno, la Rosa ganaba más que nadie, allí en La Cornera. La que más. Los hombres la envidiaban, ninguno tenía un jornal como el de la Rosa. El trabajo de ella se pagaba mejor que las basuras que podían recoger en La Cornera ; porque la parte gorda, la buena, la tenían otros, claro está. Ellos eran los que sobraban, sólo los que sobraban en todas partes. Y, entero de cuerpo, lo que se dice entero, ¿quién vivía en La Cornera, como no fueran la Rosa y el Chapo? Cojos, enfermos, idiotas... Gente así.

El Chapo no servía para nada más que para pastor ; y de pastor nadie le quería en la sierra, porque les tenía miedo a los lobos desde la noche en que le mataron a Norbertín. Todos le conocían en la sierra : « Ojo, el Chapo ; se dejó matar al zagal, tuvo miedo, no es de fiar. » Ahora, o allí



por cuidarle al niño, al que pusieron Miguelín y que era majísimo. Desde que nació estaba el Chapo embobado con él. Con papel y cordeles le hizo un muñeco, al que llamaban Bernardino el del Bombardino. Lo hacía bailar, y hay que ver. ¡Poco que se reían ellos con eso! Y también Miguelín, que ya empezaba a gatear por la cueva. La Rosa le decía al Chapo :

— Mire usted, Chapo, ahí le dejo yo la muda limpia del Miguelín. En cuanto que se moje, me lo cambia.

— Sabes, Ripo, no es mal oficio éste —decía el Chapo. Después de cuidar cabras, cuidar críos ; pues me gusta. Porque este ya me conoce, como me conocían la « Mohina », la « Guirnalda », la « Pinta ».

Así sería, seguramente.

« Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos : pero el hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza. »

Como se acercaba la Nochebuena, don Marcelino y todos en la tienda estaban como locos. Primero con los pedidos : don Marcelino sentado a la mesa del comedor con la mujer al lado y la pluma en ristre : « tanto de esto, tanto de lo otro... » Mariano, el dependiente, que cada día se parecía más a don Marcelino, enumeraba con la boca llena de saliva : « chorizo, jamón, embutidos, turrones », etc. Ya estaba engordando como don Marcelino y cogía aquel color de hígado, por tanta grasa como empapuzaba. La madre, en la cocina, recogía los cacharros y canturreaba por lo bajo un aire de la tierra. Doña Elpidia dijo : « Calle, mujer, calle, que interrumpe. » Y, luego, las órdenes para lo del escaparate :

— Que resulte bien alegre —decía don Marcelino—, que tiene mucho...

Se metían de pie en el escaparate, y doña Elpidia les hacía quitarse las alpargatas, para no manchar.

— Que tiene mucho —repetía don Marcelino—. La verdad, pocas fiestas son tan hermosas como ésta.

Todas las calles estaban iluminadas con bombillas de colores, gallos y pavos pintados. Ripo dijo : « Es como si fuera la

fiesta de la comida. » Y de su voz ronca salió un gallo inoportuno. Don Marcelino le dio un pescozón :

— ¡Irreverente! En mi casa no tolero irreverencias, ¿sabes truhán? Allá en el pueblo, lo que quieras. Pero aquí somos gente creyente, no como aquellos salvajes.

En la sierra de los salvajes era distinta la Nochebuena. No se comía así. Acaso besugo, si lo traían los « fresqueros » en las cestas con nieve. Los niños bajaban con ramos e iban a la iglesia, a la Misa del Gallo. Le llevaban los ramos al altar. Luego tocaban la zambomba, y se acostaban. Era muy distinto de aquí, sí. Sin eso que llamaban alegría. Sin bombillas de colores, cánticos de borrachos por las calles, sin sopores de una cena terrible, donde, por única vez al año, Mariano, su madre y él comían igual que don Marcelino y doña Elpidia. Era diferente, sí. También iban a la Misa del Gallo, a la Colegiata ; don Marcelino y ellos. El se durmió, entre el oro y los cánticos. Su madre le había pellizcado. Todas las Congregaciones de la ciudad iban a adorar al Niño, que no estaba desnudo como en el pueblo, sino cubierto de cintas de oro y plata. Y allí se veía a todos los « importantes » de la ciudad. La madre estaba embobada, con la boca abierta, los ojos llenos de sueño y los riñones molidos ; como él, de tanto reparar aquí a allá, y despachar, y correr de un lado a otro. Se sentaron a la mesa sin apetito ; apenas cenaron de puro cansados. Y la madre, aún así, decía : « Mira, Ripo, el señor alcalde, la señora baronesa de Puerto Grande ; mira, Ripo, los niños de la Beneficencia... » Los huérfanos vestidos de azul, y cantaban, alrededor del Niño. Uno se cayó al suelo, de puro sueño. Sangró de la nariz y se lo llevaron. Una sola Nochebuena había pasado en la ciudad, donde los creyentes. Se acordaba muy bien. Y temblaba ante esta nueva Navidad :

— A mí, madre —dijo—, ojalá que me dejaran solo sin celebrar nada todo el día.

— ¡Ay, pagano, judío, malvado, que me has de matar con esa lengua que tienes, y esas aficiones! Desgraciado, que no te oiga hablar así don Marcelino de las cosas más santas.

No veía él que hubiera nada de santo en aquel lugar ; al menos donde él vivía.



Porque los que iban a la iglesia de la Colegiata sólo estaban atentos a quién llegaba y a quién vestía mejor. Doña Elpidia ponía los ojos en blanco, pero no rezaba, ca, no señor; que él sabía que no. Sólo movía los labios y vigilaba de una esquina a otra, y decía por lo bajo: « la de Ruiz-Corregidor », « las de Brandolín », « las de don Ramiro, el sedero... » Y así, todo el rato, con los ojillos levantados hacia arriba, como dos botones.

Luego, don Marcelino empezaba a roncar. Allí vio su cabeza, por primera vez sin la boina. Qué cabeza, ay. Por eso se la tapaba; ya decía él, ya: cubierta de pelusa como los polluelos recién nacidos; y de color negrilla, además. ¡Pué, qué asco! ¡Pero qué asco! Y, de repente, la tercera de las papadas se le caía sobre la corbata, como un rollo de manteca; y luego la segunda, y la primera. Y empezaba el concierto de ronquidos y resoplidos. Y dos codazos de doña Elpidia. La madre y él se quedaban mirándose embobados, con la boca abierta. Y doña Elpidia se enfadaba: ¡Qué miráis, atontaos? ¡A rezar, descreídos!...

Y así, hasta el final, en que salían. El con los pies helados y dormidos, dando una con otra las rodillas. Delante iba el matrimonio, con sus abrigazos peludos; detrás Mariano, con su gabardina, su boinita y su bigotito, mirando con ojillos golosos a los borrachos que pasaban. Los borrachos llevaban gorros de papel; tropezaban y soplaban con la corneta en las

orejas de los serios que salían de la Colegiata. La madre y él, muy apretados uno al otro, medio dormidos, y tropezantes como los borrachos, se decían: « Ojalá que mañana nos dejaran dormir hasta las diez ». Pero ¡ca!, con el trabajo que había.

Don Marcelino le pidió: « A ver esas propinas ». Y él, el muy idiota, que había recogido más de trescientas pesetas, se las dio; y don Marcelino se las quitó diciendo: « Para una cartilla de ahorros, y que no despilfarres en vicios, que ya te voy conociendo ». Y él le odió y le deseó que se pusiera malo. (Como aquel día, que se iba a morir, parecía, y llamó corriendo al cura; y ¿para qué tanto alboroto? Fue sólo una indigestión.)

Por eso ahora estaba prevenido. Llegó el 24 de diciembre; su madre le había planchado la camisa, y a él se le preparaba un día suave: como que desde hacía ocho días que no papaba. Ya habían puesto el escaparate, con sus turrónes en forma de pared, sus gallos pintados, sus estrellas de papel dorado, sus letreros de: « Paz a los hombres de buena voluntad », sobre una ristra de chorizos. Todo en fila. Ya había pasado su tarjetita —hecha entre la madre y él, porque no tenían dinero para la imprenta— donde se leía: « El repartidor de ultramarinos les desea felices Pascuas »; y tenía ya, bien escondidos, más de veinte duros, que no iba a enseñar a nadie. Más de la mitad de lo recogido se quedaría don Marcelino, pero aquellos veinte duros, para sus vicios. A buena hora se los iban a quitar.

Sus vicios, ya se sabía, eran el Chapo, el Miguelín, y las charlas: « ¿Y usted se acuerda, Chapo, del olor de la leña quemada? » Subía a La Cornera con cierto remusguillo, porque, de tanto oírlo, le creaba una culpabilidad dentro, de frecuentar malas compañías. Es verdad que la Rosa llevaba una vida así asá... y el Chapo, a veces, se emborrachaba, ni iba a misa ni nada. Pero, en fin, eran sus vicios. Sus vicios, qué le iba a hacer. Sus vicios, subir la colina que le traía de nuevo el aroma a tomillo, a hierba, a frío grato y alto, a noches cara al cielo (ardiendo julio allá abajo, y en las cumbres el viento, como una mano fresca sobre la fiebre). Porque él era pastor, pastor, pastor, sí señor, como el Chá-

po. No chico de los recados. De los recados de salchichón, jamón, Coca-Cola, etc. Que además no le gustaba. Como buen montañés gustaba de comidas simples, pocas y secas. « Fuera la grasa, fuera... »

Y era la mañana del día 24 de diciembre, y él temía todo lo que se avecinaba, y amaba todo lo que había dejado. Brillaban al sol los cristallitos de la ciudad de los muertos. A veces, estando cansado, con qué amargura le decía al Chapo: « Chapo, ¿sabes?, cuando me duelen los riñones envíalo a los que están ahí abajo ». Y el Chapo se reía y decía, haciendo bailar, ante Miguelín, Bernardino el del Bombardino: « ¡Ah!, todos, todos iremos ahí, no te apures ».

Se levantaron la madre y él a las cinco, cuando aún no lucía el sol. Abajo ya habían empezado los trajines, los recuentos, las peleas: « Si tú lo dijiste, ¿no te acuerdas, Marcelino? » « ¡Qué he de decir yo, mujer, qué he de decir! Gastos, gastos y gastos por todas partes. La ruina me quieres tú, parece... », etc.

Un año y pico llevaba allí, ¡y cómo se los conocía! Y pensar que...

— Pensar, Chapo, que estaría yo tan ricamente allá arriba, con el rebaño.

Ahora, en La Cornera, el Chapo estaba serio. Se quedó frío, mirándole:

— Sabes, Ripó, hace tres noches que falta la Rosa. Se ha terminado todo: la comida, el tabaco, el vino... todo. Nadie lava la muda del Miguelín.

El Miguelín, envuelto en un jersey verde, se arrastraba por el suelo, empeñado en abrir un bote vacío de « Nescafé ».

— ¿Cómo, qué falta?

— Pues ya ves; ella tendrá sus cosas, la Rosa, pero ni un día deja de venir para acá. Y he « mandao » al Cojo, y me dice que la han « pescao » en una redada.

— ¿Qué es eso?

— Pues ya sabes, la Rosa, con lo guapa que es. A veces, pues ya sabes. El dinero, hijo, el dinero que hace falta.

— ¿Pero no lava para doña Magdalena?

— Pues no, ya no lava para doña Magdalena. Así es la cosa, hijo. Y ahora, ¿qué vamos a hacer con el Miguelín? Porque yo no importo, ya me apañaré, pero este hijo...

— Pues... algo habrá que hacer.

— Mira, me mandó recado la Rosa: que no ha dicho del niño para que no se lo lleven al asilo, ¿sabes?, y que ella saldrá pronto, a lo mejor, dice. Para pasadas fiestas, saldrá. Y que entre tanto le cuidemos al niño y que nadie se entere, porque... ¿qué vamos a hacer? Mira, me bajo al lechero, a ver si me quiere tomar otra vez. Que me adelante algo... Cuida del chico.

— No tarde « usted », que tengo yo un trabajo hoy...

— Descuida...

Se fue.

— Eh, « usted »... —le llamó, de pronto, al quedarse solo.

Y miró alrededor, cogió a Miguelín en brazos, y Miguelín luchó por bajar al suelo. Le dejó. Sus piernecillas, gorditas, estaban rojas de frío. Pero ya estaba acostumbrado, era un chaval muy fuerte. « Hasta pasadas fiestas »... Había un catre en la cueva donde dormía la Rosa, junto a la cuna del Miguelín. Estampitas en la pared, un espejo... ¡Qué apañada era la Rosa! ¡Qué apañada! Y, de pronto, pensó: « Y el Chapo, ¿dónde duerme el Chapo? » No lo había pensado nunca. « Aquí come, aquí cuida del Miguelín; pero, ¿dónde duerme el Chapo? » Y salió afuera y vio la tierra fría, con sus raíces gelatinosas, y el frío y la escarcha de las zanjas. Y los árboles desnudos, y, allá abajo, la ciudad de cristallitos rojos, verdes y amarillos, fosforescentes al sol. La tierra, la tierra. La oscura y sórdida ciudad, allá abajo, entre la bruma. « ¿Dónde, dónde duerme el Chapo? ¿Por qué les había vendido su chabola al Cojo y al Curro, cuando le despidió el lechero? »

« En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen en los hombros de los otros, pero ellos ni con un dedo hacen para moverlas. »

Pasó más tiempo, mucho más del que él hubiera querido. Algo parecido al miedo le daba tirones del estómago, porque había

muchas, muchísimas cosas que hacer. Dejó la cesta allí en la cueva de la Rosa, y la miraba, repleta de cosas que ya no eran repartidas a su debido tiempo. Si no tardara el Chapo...

El Chapo subió despacio, colina arriba. Qué viejo le vio, de pronto. No se le ocurrió hasta aquel momento pensar que era un viejo, un pobre viejo solo e incapaz (aunque no hubiera ocurrido lo de Norbertin), de volver a los pastos verdes, a la hermosa, terriblemente amada y deseada tierra de « los salvajes »...

— Que no —dijo, jadeando.

Le miró a los ojos. Y el Chapo, el gran Chapo, valiente, que pasara noches de lobos al aire libre, que dormía no se sabía dónde, se le puso a llorar. O, al menos, se tapó la cara con el antebrazo, y se quedó así, con toda su soledad de relieve, frente a él. Miró su pantalón raído, sus pies desnudos dentro de las alpargatas.

Y dijo con voz temblorosa :

— Yo no quiero que me lleven « allí »... Yo no quiero que me lleven « allí »...

— Chapo, Chapo... No se apure « usted », Chapo —dijo, con un inoportuno gallo en la voz, que levantó su rabia, de un golpe. Y, pateando el suelo con la bota de clavos, regalo de doña Elpidia, gritó : « ¡Que no se ponga « usted » así! ¡Que no se ponga así, Chapo!... »

El Chapo apartó su antebrazo, cubierto de paño harapiento, y mostró sus ojillos encarnados, bordeados de arrugas : ojos que en un tiempo otearon las montañas, los bosques lejanos, los hayedos que él amaba.

— Es que dice el lechero que no, que no... Y que yo me vaya a...

— Bueno, ¿y qué? Ya sé yo dónde vamos a ir. Ande « usted », Chapo, cójame la cesta y sígame. ¿No dice « usted » que hay una de esas señoras que a la Rosa la protegía? ¿No? ¿Cómo dice « usted » que se llamaba?

— La señora esa... Pues sí, la protegía. Pero eso era antes...

— Sí, pero dice la Rosa que era mejor que las otras, que le tenía cariño a ella. Era la que le iba a dar el piso, ¿no? ¿Cómo se llamaba la señora esa? ¿Dónde vivía, dice « usted »...?

Dónde vivía, el Chapo no podía decirlo,

pero sabía que se llamaba « doña Magdalena, la de las Mercéricas »...

— ¡Ah, pues ya sé!

Como que le llevaba siempre los recados. Era buena cliente de don Marcelino y daba buenas propinas :

— Amable, sí es. Una vez me dio un traje para que lo arreglaran, de su hijo mayor. Un traje muy bueno, apenas gastado...

Decía esto mientras cargaba en brazos al Miguelín.

— ¿No tiene éste algo de más abrigo?

El Chapo no sabía. El pantaloncillo del Miguelín estaba húmedo, y las piernas y el trasero helados. Pero cualquiera sabía dónde habría otra muda...

— Bueno, no vamos a perder más tiempo.

Ripo abrigó al Miguelín con su propia chaqueta. A media colina ya se daba cuenta de lo que pesaba el crío. ¡Vaya, qué se le iba a hacer!

— Este aún no sabe andar, ¿verdad, Chapo?

— ¡Qué ha de saber! Arrastrarse, si acaso...

Estaba la casa de doña Magdalena en la calle de los Héroes de Mayo. Una calle larga, con muchas tiendas. Bajo los soportales, las luces estallaban, como bolas de fuego rojo, azul, verde.

— Ay, qué majo lo ponen todo —dijo el Chapo. Por decir, porque seguro que en el fondo no le gustaba tampoco. La gente tropezaba con ellos. Todo el mundo iba de prisa, empujándose, afanándose en las compras de últimas horas. La casa de doña Magdalena estaba junto al bar de las « Tres guapas ». Antes era bar, ahora lo estaban convirtiendo en cafetería, y salía hacia los soportales una música chillona ; tres mendigos miraban hacia dentro, con la boca abierta.

Dijo Ripo con cierto temblor de voz :

— Si acaso, espéreme aquí « usted » —miró la chaqueta mugrienta, mucho más mugrienta en aquella parte de la ciudad que en la colina. Y le venían como a vahos, los escrúpulos que le metían en la cabeza y en el pecho don Marcelino y su madre :

« Esa gentuza indecente... » Bueno, a lo mejor doña Magdalena...

— Ay, no me dejes aquí, hijo mío.

El Chapo se le había agarrado al brazo. Y Ripo sintió una pena rara, caliente, pecho arriba, trepándole como hormigas daininas. « Es un pastor, sólo un pastor. Y yo, otro pastor. ¿Qué hacemos aquí, Dios mío? » Nunca había preguntado nada a Dios. Era la primera vez.

— Pues espere abajo, en el portal. En el tercer piso vivía doña Magdalena. La criada le miró de arriba abajo :

— ¿No eres tú el de la tienda...? ¿Por qué no vas por la otra puerta?

— Ya me conoce la señora. Dígale que es urgente...

Doña Magdalena era alta, rubia, de ojos afables. Se quedó mirándoles, al Miguelín y a él, con la boca un poco abierta :

— Hola, Ripo, ¿qué te pasa?

Se lo dijo. Como pudo, se lo dijo. No sabía cómo, se lo dijo :

— ...Y la Rosa, como no quiere que le quiten al Miguelín...

Doña Magdalena se tocaba las sienes con las manos :

— Pero bueno, ¿qué galimatías es éste? ¿Dónde está la Rosa?

Bajó la cabeza. Lo dijo todo, todo. ¿Cómo iba a esconderlo? Había que decir toda la verdad :

— ...Y si usted quiere guardar al Miguelín hasta que salga la Rosa...

Doña Magdalena, de pronto, se había quedado seria. Miraba muy fijo al Miguelín, que despedía aquí, en esta casa, en esta habitación, un olor nada grato. Un olor que, la verdad, allá en la colina ni lo notaba uno.

— Pero, vamos, ¿qué calamidad me cuentas, Ripo? ¿Conque este niño está allí, abandonado, en manos de las gentes de La Cornera?...

¿Un viejo, dices? ¿El Chapo, dices?... ¿Ese borracho, ese haragán, cuida a este ángel de Dios?... Abandonado por su propia madre...

¡Bendito sea Dios, que te manda a mí! Ripo tragó saliva.

— ¿Va a cuidar al Miguelín, hasta que salga la Rosa de la cárcel?

Doña Magdalena estaba pálida :

— Ripo, este niño irá allí donde debe ir, y el Chapo igual. Es una vergüenza que no haya ocurrido hasta ahora : Dios te envía... ¡y precisamente en esta tarde, en vis-



peras de esta Santa Noche! El Cielo te envía : aún hay tiempo, llamaré en seguida a doña Cristina. Espera un momento aquí, Ripo. Voy a ponerme el abrigo... ¡Esa desgraciada, por fin, cayó en las manos del diablo!

Doña Magdalena salió de la habitación dejando la puerta abierta. El niño pequeño de doña Magdalena asomó su naricilla respingada, bajo el flequillo rubio y tendió una oveja de Belén.

De pronto, Ripo se dio cuenta. Como un rayo, le vino : « A donde debe ir... y el Chapo, igual. » Allí estaba. Doña Cristina era la presidenta de allí, de allí donde no quería que le llevaran a su niño. La Rosa lo había dicho. Se acordó de las tapias altas, de aquel niño que se cayó al suelo en la Colegiata, la Nochebuena anterior. Y el Chapo, que decía : « Yo no quiero ir allí, porque... » ¿Por qué dijo?

No pensó más y salió. Salió, dando un portazo, tropezando por las escaleras. Miguelín lloraba y le daba en la cabeza con las dos manos. Lo apretaba contra el pecho, con todas sus fuerzas.

En el portal, junto a la cesta, tiritando, estaba el Chapo :

— Corra usted, Chapo, que hemos metido la pata...

El Chapo, sin preguntar nada (¿para qué?) le seguía por las calles, tropezando con todos y llorando. Sí, iba llorando, y él se sentía inundado de rabia, y volvía la cabeza por encima de Miguelín y le decía :

— ¡Que no se ponga « usted » así, que no se ponga así! Y se lo gritaba con furia, casi con odio. Un odio que no sabía de dónde le venía ni hacia dónde iba. Allí, detrás de la calle de los Héroes de Mayo, estaban las tapias grises. Nunca le parecieron tan oscuras, tan altas.

Se pararon en la plazuela, detrás de la Colegiata.

— Vamos a entrar ahí... Pensaremos.

Entraron, Estaba toda iluminada, brillante. Era enorme, era terriblemente grande y llena de oro, de luz. Estaban preparando la nave para la función de la noche. Habían puesto los reclinatorios de terciopelo rojo para las autoridades. El Chapo se quedó con la boca abierta, el moco brillando en la punta de su nariz ganchuda. El pelo le salía en mechones grises por debajo del raído pasamontañas. No sabía qué hacer. No sabía qué hacer, allí.

Eran como pobres hormigas, entre el oro, la luz, el terciopelo...

— Vamos, madre nos ayudará...

« Madre, madre », iba pensando, por el camino. « Madre, el pueblo, los ramos... » Los ramos que olían a verde, a frío, tan hermosamente, bajo las estrellas del invierno. « Paisano » era una palabra que traía el olor de la madreseña, y el rumor del río, y la dulzura, a veces, a los ojos de la madre.

— Que se espere « usted » aquí, Chapo...

— ¡No me dejes, hijo...!

Miró un segundo, ciego de rabia, las dos manos heridas —y no se había dado cuenta antes : heridas de frío, de recoger ramas para calentarse—, asidas de su brazo como ganchos :

— Que no quiero que me lleven allí... porque, ¿sabes...? En La Cornera era como estar un poco allá arriba... donde tú sabes..., pero si me encierran, ay, por las noches vendrá el fantasma de Norbertín y no podré dormir y lloraré, lloraré, lloraré...

— ¡Que no me cuente « usted » eso, que no quiero saber lo del Norbertín! —gritó desesperado. Y le dijo :

— Sígame, entraremos por la puerta de atrás. Están todos en la tienda, a estas horas, y no nos verán...

Arriba estaba la madre, limpiando, encendiendo la lumbre :

— ¿Tú aquí, a estas horas... y éste... y ése...?

Cuando vio la cesta en la mano del Chapo, empezó a lamentarse.

— ¡Cállese madre, cállese y ayúdenos...!

Levantó los dos brazos, mas apenas dijo algo. No era como doña Magdalena, que no entendía. Madre entendió demasiado de prisa, quizá : demasiado bien, quizá.

— ¡Desgraciado, mal hijo, que nos quieres perder...!

No dijo que sí, no llegó a decirlo, pero entre cuchicheos y maldiciones los condujo arriba, a su habitación bajo el tejado. Iban de puntillas, pues se había abierto la puerta de la tienda, allá abajo, y llamaba doña Elpidia :

— ¡María Antonia! ¡María Antonia! ¿Qué pasa ahí arriba...?

A empellones, entraron. Y la madre les cerró la puerta, casi pillándoles los talones.

— Madre, si es sólo hasta que salga la Rosa de la cárcel... porque no quieren ir allí, ni el Miguelín... ni el Chapo... porque, ¿sabe « usted »? el Chapo también se añora de « aquello », como yo...

« Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio. »

El Miguelín se puso a llorar a gritos. Era inútil que le taparan la boca con las manos, que le subieran el jersey hasta la boca. Le oyeron.

Se abrió la puerta, y el batiente golpeó contra el muro. El gran cuerpo de doña Elpidia lo llenó todo.

— Pero ¿qué es esto?

Nunca le pidió nada. Nunca lo hubiera hecho para él, que secretamente deseaba que le despidieran (lo sabía de pronto, ahora : deseaba que le despidieran para poder volver allí, donde nadie le hablaba de cosas que no quería escuchar, donde no veía lo que no quería ver, donde no decía lo que no quería decir...), pero estaban los dos llorando a su lado : el Chapo, con lágrimas a ambos lados de la cara y la boca sin dientes abierta. Y el Miguelín, asustado, que no sabía lo que pasaba, que seguramente no había comido nada en todo el

día y tenía frío, con sus desnudas piernas rojas y su trasero mojado...

— Yo le pido... le pido por favor, doña Elpidia; no para mí, que yo pagaré lo que sea, lo que sea...

— ¿Qué vas a pagar tú, desgraciado?

Se asomó a la escalera y gritó con su áspera voz ultrajada :

— ¡Sube, Marcelino! ¡Sube!

El llegó despacio, temblando de indignación la tripa bajo el chaleco de paño negro. Pensó, con clara observación, entre el miedo y la rabia que le iban invadiendo poco a poco : « No lleva el guardapolvo, porque ya está preparado para celebrar su Nochebuena ». Hablaba doña Elpidia, con el pecho agitado dentro del corsé, ahogadamente.

— ...Queriendo llenar esta casa decente con sus golfos, con sus sinvergüenzas... ¿a dónde vamos a parar...? ¡El hijo de esa ramera, y ese borracho golfo y vago! ¡Nuestra casa guarida de hampones y desvergonzados!...

Temblaba de ira. Se acercó, agarró con las dos manos a don Marcelino : su voz, ¡ay!, estaba llena de ronquidos, de gallos aflautados. Qué pobre voz era, bajo la voz clara, gruesa, viril, de don Marcelino.

— ¡Hasta que salga la Rosa de la cárcel, sólo! Luego, todo volverá a ser como antes, don Marcelino. No les molestarán, no sabrán más de ellos : se lo juro, don Marcelino...

— Desgraciado —dijo reposadamente don Marcelino—. No jures, desgraciado.

La madre lloraba :

— ¡Ay!, no le tengan en cuenta, es un niño : ya ven, es un inocente, que sólo anduvo de pastor.. ¡Perdónenle, que no sabe lo que dice...!

Sonó el teléfono, abajo. Subió Mariano :

— Es doña Magdalena, la de las Damas del Patronato, que si puede ponerse doña Elpidia...

Cerró los ojos, se dejó caer sobre la cama. Los brazos, a lo largo del cuerpo. Se llevaron al Chapo, al Miguelín. Van llorando, los dos. El Chapo repetía :

— Se me aparecerá el Norbertín... yo no quería... se me representará el Norbertín : tenga piedad, ya me valgo yo solo, allá arriba. ¿Qué mal les hago, señores, qué mal les hago allá arriba?...

Había oscurecido, estaba solo, todo callado. En silencio todo. Hacía rato, por lo visto ; él seguía en la misma postura, mirándose las botas.

Y de pronto se abrió la puerta. La madre está allí, pálida, con los ojos encarnados :

— Anda, que bajas, que bajas, que dice don Marcelino que te perdona, en gracia a tu falta de educación ; que en una noche como ésta, te perdona. Que te apañes « pa » cenar en un salto, que nos vamos a la Colegiata...

« Le reconoceréis por este signo : es un recién nacido, envuelto en pañales, que yace en un pesebre. »

La miró, y de pronto no le pareció su madre, ni nadie. Todo le era ajeno y desconocido. ¡Estuvo así tanto rato, mirándose las botas! Y pensando en los árboles, en las hojas barridas por el viento, en el olor de la tierra. Dijo con su ronca voz de muchacho :

— No bajo. Que no me perdonen. No quiero que nadie me perdona.

Detrás de la madre salió don Marcelino con las manos en alto :

— ¿Qué dices, desgraciado?... ¡Blasfemas en una noche como ésta! ¡Arrepiéntete, desgraciado!

Rípo se levantó y dijo sólo con su ronca voz :

— ¿Y por qué? ¿Quién es usted? ¿Es usted Dios acaso, para saberlo todo? ¿Es acaso usted Dios para perdonar...?

Y no bajó : ni por súplicas de la madre, ni por amenazas de los otros. No bajó. Y toda la noche de Navidad estuvo así, de bruces sobre la cama, llorando, llorando. Solo y llorando.

Cuando volvían de la Colegiata, don Marcelino aún no estaba repuesto del asombro :

— ¡Hatajo de rebeldes! ¡En una noche como ésta, una noche de paz, traer la guerra a mi casa!

« No penséis que he venido a poner paz en la Tierra : no vine a poner paz, sino espada. »

listas. La flexibilidad, a veces como esponjosa que alcanza la materia, atestigua la habilidad de este artista.

Finalmente, Canogar se manifiesta a través de un tumulto de formas que en ocasiones no carecen de fuerza.

La participación latinoamericana se reduce únicamente a tres países: Brasil —de valores poco representativos—, Argentina y Uruguay.

De ellos, Argentina presenta el grupo más nutrido. Pintores y escultores practican un arte común a los países europeos, sin pizca de acento local ni notable personalidad. El pintor de más relieve, Antonio Berni, distinguido con el premio del ministerio de Instrucción Pública, —uno de los preciados galardones de la bienal— ejecuta un arte vario, en parte con aplicaciones de elementos ajenos a la pintura, aunque siempre en función de ella, en parte tratando la expresión como un linoleum o recurriendo asimismo a los *collages*. Los *collages* son uno de los aspectos más interesantes de su producción. Una sala entera está dedicada a su obra, y allí pueden seguirse las diversas fases de un proceso que revela apreciables cualidades. El arte de Berni es humano, de una humanidad a menudo piadosa, y a pesar de ciertos resabios picassianos conserva siempre en el fondo un acento personal.

Sakai, Testa y Maccio figuran con grandes lienzos. Los de Testa, a base de gamas de grises; los de Sakai y de Maccio, con oposiciones violentas de color.

Los fondos ocre y negros de Pucciarelli, son ilustrados con aplicaciones de tejidos, de madera y de diversos otros elementos, a la manera de ciertos concursantes españoles, tal como hemos señalado.

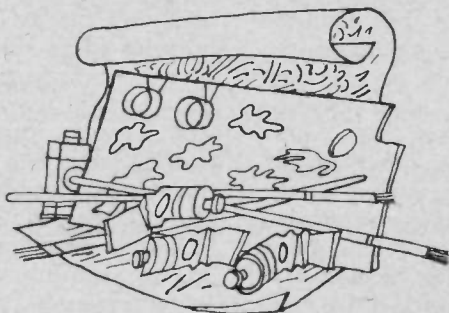
En escultura, Girola y Brook utilizan el metal, gran boga de nuestra época, cuyo pródigo reflejo acusa esta bienal. Sus formas se confunden con el uniformismo general.

A este fondo común corresponden las piezas del escultor uruguayo Germán Cabrera. Este artista expone también unos dibujos, trasunto de su obra de escultor.

Juan Ventayol, el otro representante del Uruguay, expone diez pinturas afigurativas tratadas en tonos grises y apoyadas con relieves.

Poco crédito nos merecen estas selecciones oficiales para dar idea ecléctica de un arte. En general, reflejan mejor una tendencia. Tal se nos presenta la aportación que comentamos: parcial, parca en individualidades, pródiga en uniformismo imperante. Pero, en 68 años de existencia, la bienal de Venecia habrá conocido otros aludes similares.

La innovación conduce la pintura a una enojosa semejanza. Lo que fue señal de libertad, sin freno ahora ante la arbitrariedad y la demasía, es ya un libertinaje. Basta recorrer las salas de estas grandes confrontaciones para darse cuenta de ello. Lo cual no carece de interés, a falta de nuevas orientaciones o de revelaciones más importantes.



bién en Munich y Amsterdam ha «contaminado» —como usted dice— a los artistas latinoamericanos. Pero —me pregunto— ¿cómo podría haber sido de otra manera? El mundo resulta cada vez más chico y lo que se hace en el Japón, en los EE.UU. o en Francia es conocido con semanas, y, a veces, con días de diferencia en toda América Latina. ¿Cómo remediarlo, y lo que es más: para qué impedirlo? Lo que usted pretende es antihistórico. ¿No vemos acaso igualarse la arquitectura del mundo entero en un estilo internacional? Podemos lamentar la desaparición de los respectivos pintoresquismos, pero ello no deja de ser una de las señales más características de nuestra civilización. Usted dice: «en detrimento de la evolución propia» y agregó yo: ¿qué es eso de la evolución propia? ¿Qué pretenden los europeos de los artistas latinoamericanos: que sigan pintando indios, paisajes típicos o costumbres folklóricas? Reconozco que el continente americano no es fácil de comprender para quien no ha podido viajar por él. No es ya la «tierra de promisión» de hace medio siglo, pero tampoco, exclusivamente, un vivero de revoluciones y de golpes de Estado. No es ni un «paraíso terrenal» ni un «infierno verde», ni, en general, ninguno de esos cómodos clisés. Es, al mismo tiempo y por paradójico que parezca, los barrios miserables de latas... y Brasilia. Y eso al unísono. El atraso y la pobreza, sí, pero también una curiosidad universal, un afán casi infantil de estar al día, de saberlo todo...

En cuanto al folklore, ¡ojo!, América es más compleja de lo que parece. Claro que hay indios y los sigue habiendo —¡a Dios gracias!—, pero no hay que olvidar tampoco todas las razas que se volcaron sobre el continente. No hay que olvidar que el previsor Padre Las Casas —como hace notar Jorge Luis Borges con su serena ironía— importó millones de negros como esclavos para poder liberar a los indios que tenían un alma que salvar. O sea que hoy por hoy América resulta una explosiva mezcla de indios, blancos, mestizos, negros, mulatos más todos los otros pueblos heterogéneos que se acogieron a su inmenso perímetro. Ahora quiero que me diga R.H. qué significa exactamente cuan-

do escribe: «...si hubiera quedado tributaria de su solo talento o de las tradiciones puramente latinas o precolombinas». Los españoles se enfurecen —no sin cierta razón— cuando los franceses o norteamericanos nos llaman latinoamericanos; la palabra y el concepto son más que discutibles en efecto y ya de por sí. Pero reconozco que hay algo que va más lejos aún y es esto de hablar de «tradiciones latinas» ante semejante volcán étnico. En cuanto a las «tradiciones precolombinas» como programa obligatorio de trabajo para un artista latinoamericano en pleno 1962 me resulta sencillamente absurdo. No digo —conste que no lo digo ni lo pienso— que si la tierra tiene que aflorar de alguna manera en la obra haya que postergarla. No, nada de eso. Pero creo también firmemente que si tiene que hacer su aparición la hará, de cualquier modo y hasta en contra de la voluntad del artista. En arte, tarde o temprano, siempre se muestra la hilacha. Picasso nunca «se hace el español»: lo es con la misma naturalidad con que respira. Hay que ser uno mismo cada vez más y de manera intransigente. A fuerza de vivir en París tratando de expresarse en un lenguaje de nuestra época el artista puede encontrarse con que de pronto le salen a relucir los antepasados (los americanos o los otros), lo telúrico, la tierra. ¡Tanto mejor si esa era su verdadera esencia...! Pero de ahí a *ponerse folklórico* deliberadamente para contentar a unos cuantos extranjeros en busca de pintoresquismo... no, redondamente no. Quizá una de las mejores cosas de esta exposición sea, precisamente, el repudio de todo aquello que parece demasiado obviamente latinoamericano. Con temas de sabor indígena, con pintura fácilmente social muchos de estos críticos se hubieran quedado contentos y sus respectivos artículos escritos en un santiamén. En cambio, así, hay que reconsiderar las cosas: resulta, pues, que estos latinoamericanos —¡los muy salvajes!— pertenecen también a la Escuela de París, como el italiano Magnelli, como el español Bores, como el húngaro Vasarely... ¿Y por qué no?, agregamos nosotros. ¿Dónde está la sorpresa? ¿No veían desde hace años los cuadros del chileno Matta, del argentino Pettoruti, del vene-

tivistas cualquiera comprende rápidamente que los que no son argentinos son venezolanos, ya que ese movimiento tiene antiguas y sólidas raíces en esos dos países de origen. Atreviéndose contra la opinión de la mayoría de los críticos de Venecia y París que se han mostrado muy interesados en la obra de Berni, Conil Lacoste no titubea en escribir: «Pero nos preguntamos todavía cómo Antonio Berni (Argentina) pudo merecer un premio de dibujo y grabado en la Bienal de Venecia: ¿quizá porque agranda las dimensiones del grabado tradicional en madera hasta las del cartelón cinematográfico?»

Raymond Cogniat escribe en *Le Figaro* el artículo típico que quiere elogiar sin comprometerse: encuentra esta exposición de «extrema vanguardia» y no deja de ser fino en algunas apreciaciones de detalle, citando a los artistas —cada crítico encuentra distintos nombres que retener— que más le han interesado.

Sería injusto no confesar que *Arts*, publicación que se caracteriza en general por la arbitrariedad y fantasía de sus juicios, acierta esta vez plenamente gracias a su colaborador Michel Ragon, que puntualiza con agudeza las tendencias. Para él se distinguen aquí: a) la tendencia indigenista socializante en la línea de Rivera, Siqueiros; b) el arte abstracto de estricta observancia; c) la abstracción lírica e informal; d) la nueva figuración; y, por último: e) el nuevo geometrismo. Agrega que estas dos últimas tendencias le parecen las «más vivas» de todas las representadas. Y concluye: «Virtud de los extremos. Por un lado el extremo límite purista de la abstracción, por el otro los extremos ultrajes blasfematorios de la figuración.» No estoy de acuerdo con él en que la nueva figuración resulte, ni mucho menos, una de las tendencias actuales más «vivas» de la exposición; al contrario, en muchos casos yo diría que esa tendencia da la impresión de haber «nacido muerta», muerta de amaneramiento, de artificiosidad, de querer estar al último grito de la moda. Pero retengo de las palabras de Ragon algo que me parece significativo: lo que él nombra «virtud de los extremos». Sí, yo también considero el arte latinoamericano extremista o, al menos —para

el que se asuste del término— extremoso. Hace poco, en un artículo para una revista sudamericana y a propósito de esta misma exposición me encontraba yo mismo diciendo algo equivalente. Permítaseme la autocita: «...diría, hoy por hoy, que se trata de un arte cuya inspiración básica está en la *violencia, atemperada por un cierto sentido del equilibrio, de la medida...* Y conste que cuando digo *violento*, quiero decir que asume —voluntaria o involuntariamente— una actitud apasionada que puede llevarse hasta el límite». Extremos..., límite, evidentemente se trata de la misma noción. Pero —como digo— yo creo que siendo básicamente exagerada la actitud artística latinoamericana, ella sabe encontrar, no obstante, ese cierto equilibrio que vendría a constituir una verdadera extroversión controlada (si así puede decirse), muy típica de nuestro carácter que, pareciendo a los ojos extranjeros desmesuradamente exuberante, tiene, por último, unos mecanismos reguladores que artistas escandinavos o alemanes —pienso en Munch, pienso en Nolde— nunca poseyeron en su «otra violencia», tan nórdica y tan distinta de la nuestra.

Al llegar a París para trabajar, pero sobre todo para «encontrarse», casi todos estos artistas sufren un curioso proceso: a fuerza de tener que adaptarse a lo ajeno empiezan a tomar conciencia de su ser latinoamericano. París —como es bien sabido— resulta un formidable agente catalizador que acelera tanto los procesos buenos como los malos. El que viene inquieto, dotado, desarrolla aquí sus potencias creadoras. El que viene apenas improvisado puede rodar también aquí toda la barranca del arte fingido: siempre encontrará alguien que lo defienda o lo justifique. Terrible peligro éste, sobre todo para los jóvenes.

Los críticos europeos al no conocernos bien se engañan con nosotros y nuestra personalidad. No comprenden que la mitad de nosotros somos hijos o descendientes de inmigrantes, que nuestros compañeros de escuela eran generalmente de distintos colores de piel, llevaban los apellidos reveladores de todos los pueblos y razas del mundo. Al lado de una ciudad cosmopolita como Buenos Aires o Río, una gran

ciudad europea como Madrid, Lyon o Francfort parecen únicamente centradas en su exclusivo nacionalismo cultural. ¿Cómo asombrarse, pues, de que los que venimos de México, Santiago o Caracas tengamos una formación europea, un conocimiento, un ansia de Europa? Las lenguas y hasta los dialectos nos son familiares, nos adaptamos más pronto, aprendemos los idiomas extranjeros —bien o mal— más rápidamente que los europeos. Quizá la falta misma de carácter definido de nuestras culturas nos haga más permeables, más adaptables. Un gran pueblo como el norteamericano ya está, en cierto modo, más anquilosado que nosotros para esos ejercicios. Todo el que viaja nota cómo los norteamericanos van pidiendo, reclamando —por las buenas o por las malas— sus bebidas, sus comidas, su «american way of life», para decirlo con sus propios términos. Nuestra cultura —informe quizá todavía en el peor de los casos— es abierta y no cerrada. Estamos en la etapa infantil de las comparaciones.

Además, cualquier generalización es falsa: un chileno no es igual a un venezolano, un cubano a un uruguayo, un argentino a un mexicano. Cada uno de nuestros países tiene un origen distinto: algunos con viejas culturas indígenas muy desarrolladas como el Perú, otros, en cambio, casi salvajes hasta la Conquista. En unos la inmigración vino de una parte del mundo que nada tiene que ver con la población dominante del vecino. Unos son agrícolas, otros mineros; en unos sólo hay dos clases brutalmente opuestas: los ricos y los miserables; en otros, en cambio, la sociedad se estructura en una burguesía de muchos peldaños según el modelo de las viejas democracias. Hay, sin embargo, un cierto denominador común que, en arte, podría ser justamente lo que decía John Ashbery: una voracidad por todo que es prueba, ella misma, de juventud, de buena salud. México tuvo una pintura social porque poseyó los artistas que la hicieron posible. En la Argentina, en cambio —fenómeno tan opuesto—, sopló desde hace mucho el viento del arte constructivista, del arte

concreto. Orientados así ciertos jóvenes desembarcaron aquí hace ya unos años sabiendo muy bien con quién querían estudiar, en qué galería exponer... Nada de extraño si hoy se han encontrado plenamente. Valían mucho y valen cada vez más. Pero quedan otras venas aún: la del surrealismo, por ejemplo, que ha ayudado a muchos sensibles a lanzarse al mundo de la pintura. Se empieza con premisas intransigentes, con manifiestos que a la larga nadie cumple. Poco a poco los artistas que valen por su signo plástico —y no por la mera historieta onírica o sexual que tienen que contar— van entrando en su propio camino de autoexpresión. ¿Y los otros? ¿Los «rebeldes sin causa», nuestros *angry men* de la pintura? También ellos protestan: unos mediante la forma y el color exasperados, de acuerdo a las normas que en los EE.UU. se llaman de la *action-painting*, pero reclamando en su búsqueda más lucidez y menos automatismo que sus hermanos del norte. Otros todavía, los de la «nueva figuración», humillando a la figura humana —como hace magistralmente el pintor inglés Francis Bacon—, única manera para ellos, por lo visto, de poder entrar de nuevo en el circuito de todo aquello que no es meramente abstracto.

No podía, no quise hablar de ciento cincuenta artistas y sus obras. Espero que ellos me justifiquen y, dejando su pequeña vanidad de lado, comprendan que puede ser más útil para todos tratar de romper lanzas con los críticos europeos, y entendernos con ellos finalmente, que prodigar los dos renglones reglamentarios de elogios con cuyo reparto, por último y a la larga, nadie queda satisfecho.

Naturalmente que doy por sobreentendido que considero esta exposición como de un alto nivel general, en nada inferior a otras de este tipo de manifestaciones colectivas de las que se realizan anualmente en París. Estoy persuadido de que esta presentación de Arte Latinoamericano marcará una etapa en la comprensión de nuestro arte por parte del público y de los críticos europeos.

Los chilenos no aprenden historia

POR VICTOR ALBA



CHILE ES UNO de los países latinoamericanos en los que más se edita y más se lee. Uno, también, en que la prensa se vende más y es menos provinciana. Y sus universidades son de las más

severas del continente.

Es, asimismo, uno de los escasos países de nuestra América en que existe una tradición de partidos organizados, no simplemente personalistas, sino ideológicos (aunque, a decir verdad, corre paralela con esta tradición la de las escisiones y micropartidos).

La oligarquía chilena es de las menos obtusas, más cultivadas y más hábiles, con un espíritu más abierto en lo estrictamente político... y más cerrado en lo social.

De igual modo, Chile cuenta con una larga serie de inconformistas, desde los positivistas del XIX hasta los economistas « cepalinos ». Bilbao, Arlegui, el Partido Democrático, las sociedades mancomunales, Recabarren, Grove, incluso Alessandri son nombres que despiertan todavía ecos en los lectores.

Y, sin embargo... Sin embargo, la mucha lectura, el hábito de militar en partidos políticos, la larga historia democrática, la abundancia de periódicos extranjeros en los quioscos, ni siquiera el uso y abuso de

las citas de Marx parecen haber protegido a los chilenos de eso que es la gran enfermedad política de nuestra época : el deseo de pasarse de listos, el no aprender historia.

Porque el haber tenido un Frente Popular —que sirvió de laboratorio para esta táctica comunista—, el haberse visto obligados a romperlo por dos veces, el haber experimentado cómo los comunistas, al calor del « frentismo », se apoderaban de sindicatos y escindían partidos, el haber comprobado como el « frentismo » en el poder no hizo ninguna reforma social y como sólo sirvió para consolidar a la oligarquía, nada de eso parece haber sido lección para las izquierdas de Chile.

Y nada parecen haber aprendido las derechas chilenas, ni siquiera la advertencia evidente de que como tales derechas no pueden ya oponerse al ascenso hacia el poder de esas izquierdas obnubiladas por la extraña convicción de que a ellas no les ocurrirá lo que sucedió a otras izquierdas en el resto del mundo, de que ellas son más listas.

Y tampoco los demócratas cristianos parecen haber aprendido la lección de Europa, en que hubieron de colaborar socialistas y demócratas cristianos (incluso cuando esta colaboración consistía en que los socialistas quedaran en la oposición, como en Alemania Occidental), y que tal colaboración ha conducido a la etapa de prosperidad y progreso más considerable que ha conocido el Viejo Mundo.

Dentro de año y medio habrá elecciones en Chile. Los partidos toman ya posiciones.

se en los cadáveres de sus aliados, esos mismos aliados que los consideraban distintos de los comunistas de otros países donde habían hecho lo mismo.

Pero en Chile, le replican a uno, las cosas no ocurrirán así. En Chile, el aliado de los comunistas es Salvador Allende. Y Allende ha dado vuelta tantas veces a su casaca que ya no es posible distinguir donde está el derecho y donde el revés. Allende era en 1946 el más enérgico enemigo de los comunistas y partidario de la ley contra ellos. La consecuencia es que los chilenos se tranquilizan a base de confiar en la doblez política y la falta de consistencia de los principios del hombre que muchos están dispuestos a votar para Presidente, con la esperanza de que una vez en el poder dé un puntapié a los comunistas, sus aliados de hoy, y sin el temor de que sean los comunistas quienes maniaten a Allende.

« Pero González Videla lo hizo », le dicen a uno en respuesta a esas lamentaciones sobre la incapacidad de los chilenos para aprovechar las lecciones en cabeza ajena.

Es cierto. Gabriel González Videla se deshizo de los comunistas, como, por la misma época, se deshicieron de ellos Ramadier en Francia y un demócrata cristiano en Italia. Pero entonces Moscú quería que sus representantes en los países occidentales salieran de los gobiernos. Además, en el caso de Chile hubo circunstancias especiales, que no se repetirán, porque ahora Moscú ordenaría a los comunistas chilenos (tan tremendamente distintos) que permanecieran a toda costa en el poder, o que lo detentaran, si así conviniera a la táctica soviética de provocar conflictos a Washington.

*

Tal vez en esta última frase se encontrará la explicación profunda, en el plano de los impulsos emotivos, irracionales, de toda la política chilena que no sea la de la extrema derecha.

Estaba yo en Santiago cuando Washington anunció que no reconocía la junta militar peruana. Los chilenos de izquierdas (y casi todos se dicen tales, menos los conservadores y liberales) condenaron el golpe, pero pasivamente. Y cuando los Estados Unidos adoptaron una actitud clara, tajante, entonces muchos hablaron de « in-

tervencción norteamericana »... igual que lo hicieron los periódicos comunistas. Pero no hubo ninguna presión enérgica para que el gobierno chileno imitara al de Washington.

Por lo demás, no pocos de quienes condenaban el golpe peruano se alegraban en silencio de él y casi no podían disimularlo. En fuerza de preguntas, algunos reconocieron ante mí : « Mejor los militares que el Apra. » Pero, ¿por qué? Porque la propaganda comunista contra el Apra se acepta a ciegas, sin beneficio de inventario y, por tanto, el aprismo aparece como « pro norteamericano ». Y al parecer es preferible una dictadura militar que una democracia que no sea antinorteamericana.

Otro signo : una especie de desconfianza hacia la revolución boliviana. Hablando con amigos, descubro que esta desconfianza no se debe a motivos políticos directos, sino al hecho de que desde hace años Washington ayuda financieramente al gobierno revolucionario de La Paz.

*

Uno acaba preguntándose a qué se debe esa obsesión. Después de mucho interrogar y mucho cavilar, he llegado a formular una respuesta ; no sé si es acertada, pero estoy seguro de que me enajenará la amistad de algunos chilenos. La respuesta es : el antinorteamericanismo sistemático (insisto en lo de sistemático, porque sólo a él me refiero cuando hablo de obsesión) se debe al deseo de encontrar una justificación o un chivo expiatorio a la incapacidad demostrada hasta ahora por las izquierdas chilenas para resolver los problemas del país.

Veamos. Cuando hubo un primer gobierno de Frente Popular, nadie habló del problema agrario. Cuando hubo un segundo gobierno frentista, con un ministro comunista de Tierras, tampoco se intentó una reforma agraria (aunque los comunistas aprovecharon su presencia en el gabinete para sentar las bases de una organización agraria del Partido). A fines de la etapa González Videla se inició la inflación ; era entonces, todavía, una inflación de desarrollo. Con Ibáñez del Campo (elegido gracias al apoyo de un grupo socialista y al comunista) la inflación se desbocó y se convirtió en un fenómeno a la vez efecto y causa

del estancamiento económico del país. Hasta ahora ningún movimiento de izquierdas ha ofrecido un programa viable, concreto, para combatir la inflación y, al mismo tiempo, realizar la reforma agraria y salir del estancamiento. Las demandas sindicales de aumento de salarios, a las que se accede casi automáticamente, son necesarias, cierto, para evitar una depauperación mayor de la clase obrera, pero no constituyen una solución.

Esas mismas izquierdas (cuyo izquierdismo tengo para mí que sólo es verbal), aspirarán al poder en septiembre de 1964 y posiblemente lo consigan. Quieren borrar el recuerdo —ya muy desvaído— de sus fracasos anteriores y, sobre todo, quieren crearse una coartada al fracaso que prevén, pues nadie con formación política mediana encuentra en la propaganda, en los programas y en los planes del FRAP ningún atisbo de pensamiento coherente sobre la manera de poner de nuevo en marcha al país con mayor justicia social y sin menos libertad. Para borrar los fracasos pasados y para justificar por adelantado la incapacidad futura, ¿qué mejor que achacar todas las culpas —las reales y las imaginarias— al tan socorrido « imperialismo yanqui »? Sobre todo si se completa el truco con un juego malabar verbal consistente en afirmar que, de todos modos, lo que Chile necesita es una revolución según el modelo cubano.

— ¿Cuántas armas tiene usted escondidas... o, por lo menos, cuántas horas dedica usted a hablar, convencer, organizar a los obreros?— he preguntado a quienes me han hablado de la « necesidad de un castrismo chileno ». Y la respuesta ha sido siempre la misma : una doble negativa.

Pero qué cómodo será, dentro de unos años, poder afirmar que si no hubo cambios con las « izquierdas » fue porque no lo permitió el « imperialismo yanqui » y porque « no se llegó al castrismo ». De este modo la coartada es completa : el imperialismo para cubrir a las « izquierdas » en general y la falta de castrismo para cubrir a los « izquierdistas » individualmente... (« Yo ya quería... pero los demás no se atrevieron », dirán en 1966 o 68 mis interlocutores de hoy.)

Por cierto que, como anécdota revelado-

ra, uno de esos interlocutores se lanzó a acusar de « vendido al imperialismo » a un funcionario de la OEA que asistía a la cena en que discutíamos. Y luego resultó que él, el purísimo, intransigente, acrisolado acusador, trabajaba como técnico en un programa de la OEA. Pues, al parecer, los dólares sólo tienen olor cuando se ofrecen ; pero lo han perdido ya cuando se reciben.

*

Mas todo esto es cosa de intelectuales, estudiantes (y aún no todos) y algunos sectores de la clase media frustrados, exasperados por la inflación. En Chile, como en el resto de América Latina, se tiende a confundir al país con la parte de la opinión pública que mete más ruido.

La verdad —que es fácil descubrir— resulta distinta. Los obreros se desentenden por completo de la política. Los campesinos igual, salvo en aquellos lugares donde una propaganda muy hábil y muy cara de los comunistas comienza a organizarlos a base de trazar ya los planos de como se distribuirán las tierras de su pueblo cuando el FRAP gane las elecciones.

Los sindicatos chilenos son relativamente fuertes, en su mayoría adheridos a la CUTCH « neutralista » y semiprocastrista. Pero las decisiones de la CUTCH (aun después de haberse retirado de su presidencia uno de los farsantes más eficaces de América Latina, el « cristiano » Clotario Blest, instrumento constante de los comunistas) las adoptan no los dirigentes de la CUTCH, sino los comités de los partidos (socialista, comunista, demócrata cristiano y radical), que se reparten los puestos de dirección. De hecho, sólo los militantes de esos partidos afiliados a los sindicatos asisten a las asambleas, votan y se atribuyen la voz de los trabajadores.

Los comunistas predominan en la CUTCH ; Juan Campos, del Partido, es su presidente. Pero los socialistas les van ganando terreno y lo mismo los demócratas cristianos. Para contrarrestarlos, los comunistas han movilizado cuatro mil militantes pagados, que organizan a los campesinos.

*

Un fenómeno curioso en esa « izquierda » chilena devoradora de libros y apasio-

nada de las discusiones teóricas : la proliferación de los grupitos marxistas que leen a Lukacs, consideran como doctrina la propaganda titista, se olvidan de leer a Dji-las, desconfían de los comunistas, a los que consideran primarios, pero adoptan todas las consignas comunistas. Entre todos esos « marxistas », no pude encontrar uno solo que tenga contacto con los obreros.

En la cortesía chilena —refinada, afable, exquisita—, el marxismo se ha convertido de un medio de interpretación y acción, en un truco intelectual para tener la conciencia tranquila sin perder los buenos modales.

*

Y eso que en el país abundan los motivos de perder los modales, la ecuanimidad y hasta el vocabulario tolerable para las señoras. He aquí unos cuantos de esos motivos :

Un dólar vale 1.700 pesos. Un empleado gana, al mes, alrededor de 150.000 pesos. Menos de cien dólares.

En los últimos tres años, el crecimiento vegetativo del país ha sido superior en un medio por ciento al crecimiento económico. El país, pues, retrocede. No está estancado, sino que va para atrás.

Las juventudes radicales se muestran partidarias del Frente Popular. Y gran parte del Partido Radical también...

En agosto fue expulsado del ejército el coronel Marcos Concha García, porque daba información al Partido Comunista. Pero al Partido, que actuaba de agencia de una potencia extranjera, nadie le pidió cuentas y nadie parece reprocharle su papel...

Entre radicales y demócratas cristianos hay un antagonismo de tipo confesional, por el anticlericalismo de los primeros. Entre demócratas cristianos y socialistas hay un antagonismo por la conquista de sindicatos y por el titismo de los segundos. Entre socialistas y comunistas hay desconfianza, por el deseo de los segundos de buscar una alianza respetable (con liberales o con demócratas cristianos, si pudieran). Entre los socialistas hay por lo menos dos alas : la de Ampuero y la de Allende. Entre los demócratas cristianos había dos tendencias : la de Frei y la de Lomich. Y en torno a todas esas divisiones potenciales pululan una serie de grupitos « marxistas »

obsesos por el temor a que los comunistas aparezcan como más de « izquierdas » que ellos...

En Chile se lee mucho ; pero son muy pocos los sindicatos que cuentan con una biblioteca. La cultura sigue siendo abiertamente una cultura de casta, y quienes la poseen no hacen nada para llevarla al pueblo.

Numerosos burgueses creen comprar un seguro cotizando para el partido comunista.

Y numerosos intelectuales se repiten, para llegarlo a creer, que « El Partido Comunista, en Chile, cambiará... ».

Los técnicos del gobierno conservador no han encontrado mejor medio de aumentar los ingresos fiscales que imponer un recargo del 20 por ciento a la importación de libros y hasta de revistas, con la excepción de los libros « técnicos, científicos y religioso-técnicos » (sic), que sólo se gravan con el 0,1 por ciento.

Chile es país forestal. Se cortan 1.338 millones de pies cúbicos de madera al año, y al año sólo crecen 220 millones de pies cúbicos de reservas madereras.

El desierto avanza. Las dunas conquistan unas 33.000 hectáreas al año. Y nadie hace nada para combatir esto.

Los propietarios, esos grandes terratenientes « modelos », han dejado que se erosionaran, en unos pocos años, nada menos que un millón y medio de hectáreas en Arauco y Cautín, que forman el 31 por ciento de las tierras arables de esa región...

La Corporación de Fomento había elaborado un plan para aumentar la producción agrícola en un 30,5 por ciento, entre 1956 y 1960. En este lapso, la producción agrícola ha descendido en un 9 por ciento.

La carne está cara, el consumo de grasas descende. Pero los pastos chilenos —con ser susceptibles de muchas mejoras— podrían sostener, tal cual están, un número de cabezas de ganado mucho mayor del existente.

Cuatrocientas mil personas han de vivir en viviendas baratas, en barrios que los « planeadores » han distribuido en torno a Santiago. San Rafael es uno de esos barrios. Diez mil personas tienen allí casa. Sin embargo, carecen de escuelas, de alcantarillado, de agua potable, de policlínica,

de corriente eléctrica. La único que abunda es, desde luego, el militante comunista.

¿Díganme si con todo esto no hay para perder los buenos modales?

*

¿Quiere decir que Chile se encuentra perdido?

Ni mucho menos. Los motivos para creer que esta situación tiene remedio son diversos, aunque cada uno va acompañado de un « si » condicional de considerable alcance.

Es indudable, a los ojos de un observador latinoamericano, que la situación económica de Chile (el retroceso ya iniciado, la inflación, la enorme injusticia fiscal, social y agraria) ha llegado a un estado tal que sólo puede encontrar solución en un contexto latinoamericano. Chile, por sí solo, no puede salir del atolladero, ni siquiera con muchas ayudas exteriores. Chile, pues, debería, por interés propio, ocupar la cabeza del movimiento en pro de la integración económica de América Latina. Pero los chilenos, hasta ahora, parecen pensar sus problemas en términos estrechamente locales (y hablando de Chile esto no es una imagen), cegados tal vez por el mito de que Chile es distinto (paralelo al mito de que los comunistas chilenos son también distintos y, sin duda, al mito que hace que se considere a Pablo Neruda como una figura nacional y que se olvide que recibió a Perón en la Universidad de Santiago).

Políticamente, es de toda evidencia claro que la única salida posible (las demás « soluciones » no podrían conducir a ninguna parte) no es la de las derechas fracasadas ahora ni la del « frentismo » con comunistas, fracasado dos veces antes, sino la solución que podríamos llamar europea, la que ha dado buenos resultados en el Viejo Mundo : la alianza de demócratas cristianos y socialistas.

Es curioso que los chilenos (especialmente los de centro e izquierda) que se consideran tan de cultura europea, que conocen más a Lukacs que a Mariátegui, no hayan llegado a esa conclusión y todavía anden perdiendo el tiempo en busca de combinaciones electorales ya decrépitas en la propia historia chilena. Eso de querer preparar el futuro con maniobras del pasado parece

increíble, pero es la comidilla de todos los cafés santiaguinos a esa hora del atardecer en que el cielo de la capital, en invierno, se parece al de Bruselas o al de Londres.

Los demócratas cristianos afirman —y probablemente tienen razón— que si aceptaran el apoyo de las derechas, muchos posibles electores suyos votarían al FRAP para evitar la perpetuación de la oligarquía. Pero los demócratas cristianos solos no parece que puedan vencer. Al mismo tiempo, en el partido socialista hay muchos elementos que comienzan a sentirse inquietos por la alianza con los comunistas, que al plantearse la cuestión de la crisis de las izquierdas dan ya el primer paso para tratar de resolverla.

¿No sería lo lógico que esos socialistas —purgados de allendismo— y los demócratas cristianos se aliaran? Tal alianza podría ganar las elecciones y crear en Chile las condiciones para un cambio en las estructuras sociales. Esto, sin duda, acarrearía una amalgama de comunistas, derechas y castistas de salón, lo cual sería, de propina, una ventaja, porque aclararía las posiciones ideológicas.

No deja de ser inquietante, claro está, que el porvenir de un país como Chile —y con él no poco del porvenir de toda la América Latina— dependa de la clarividencia y de la capacidad para superar prejuicios de unos cuantos grupos reducidos de dirigentes y militantes socialistas y demócratas cristianos.

Y no deja de ser deprimente el ver que en un país de muchos lectores, de tradición política añeja, como Chile, predominan las mismas actitudes y reacciones emotivas, irracionales, a veces las mismas pequeñas ambiciones personales, que encontramos en naciones sin tradición democrática, sin preparación política, sin lectores y sin « izquierdas » ni « marxistas ».

Trotsky escribió, poco antes de morir, que si el stalinismo sobrevivía a la guerra mundial, habría que revisar todas las concepciones bolcheviques. Hoy podríamos afirmar que si la crisis chilena no encuentra una solución racional, transformadora, habrá que empezar a revisar todas nuestras concepciones sobre lo que estamos acostumbrados a llamar la revolución latinoamericana.

RUDOLPH P. HAFTER

Costa Rica y Honduras : una excepción y un peligro



gueres, disolvió bruscamente el ejército, que había apoyado al gobierno. Desde entonces, Costa Rica ha sido el único Estado latinoamericano cuya Constitución ha abolido el ejército en cuanto institución permanente, confiando la defensa de la ley y del orden a una fuerza de policía compuesta por 1.500 hombres : la « Guardia Civil ». El único centro militar existente en San José, el Cuartel Bellayista, se ha dedicado a actividades culturales : actualmente es el Museo Nacional.

EN CONTRASTE con la contraposición usual de pobreza y riqueza extremadas, característica de América Latina, la estructura social de Costa Rica parece comparativamente equilibrada, casi pequeño burguesa por su carácter y capaz a primera vista de proporcionar a cada uno la oportunidad de vivir una vida decorosa. Por ello, la amenaza latente de guerra civil que se advierte en gran parte de los países latinoamericanos no puede surgir en Costa Rica. El ejército, que prácticamente en todos los demás países de América Latina determina el curso de los acontecimientos, no ha desempeñado nunca en Costa Rica un papel decisivo. La única guerra civil que el país tuvo que sufrir en varios decenios se produjo en 1948, al intentar el Presidente Teodoro Picado Michalski boicotear el resultado de unas elecciones democráticas. Una vez terminada la guerra, el líder victorioso de los rebeldes, el nuevo Presidente José Fi-

Con ocasión del plebiscito celebrado el 4 de febrero, pasado a fin de elegir un nuevo Presidente y el Parlamento unicameral para el próximo período de cuatro años, los electores costarricenses han demostrado lo disciplinados que hoy están. Las elecciones se deslizaron sin ningún incidente y nadie, ni siquiera los partidos derrotados, ha puesto en tela de juicio su resultado. En esas elecciones obtuvo una clara victoria el Partido Liberación Nacional (P.L.N.), fundado por José Figueres en 1948 : el P.L.N. consiguió veintinueve de los cincuenta y siete escaños del Parlamento, es decir la mayoría absoluta con un margen estrecho. El candidato presidencial del P.L.N., Francisco José Orlich, derrotó a sus dos rivales, los ex Presidentes Rafael Angel Calderón y Otilio Ulate Blanco, con bastante facilidad. Orlich fue ministro de Trabajo en el gobierno del Presidente Figueres hasta 1958 y se considera que habrá de ser un leal

representante de este último hasta 1966, fecha en que el actual jefe del P.L.N. podrá ser reelegido a la Presidencia tras el intervalo de ocho años entre dos mandatos que exige la Constitución.

Otros resultados de las elecciones fueron el gran número de votos perdidos por el conservador Partido Unión Nacional (P. U.N.), que es el partido del Presidente saliente Mario Echandi, así como la victoria simbólica del Partido Republicano, de izquierda, y la aplastante derrota del cripto-comunista Partido Acción Democrática Popular, que consiguió sólo unos cuantos miles de votos y un puesto en el Parlamento. Hace cuatro años el Presidente Echandi se había hecho cargo de una administración organizada conforme a las ideas de su predecesor, José Figueres, campeón del progresismo y del bienestar social. La ausencia de una amplia mayoría en el Parlamento impidió a Echandi, dadas sus convicciones democráticas, adaptar esa maquinaria a su propia política conservadora. Como consecuencia de ello su mandato fue considerado como un período de vacilación oportunista y ésta es quizá la razón de que muchos electores retirasen su voto al P.U.N. El carácter del ex Presidente Ulate, que se querelló no sólo con sus adversarios sino incluso con varios de sus amigos políticos, explica también en parte el hecho de que en las recientes elecciones el candidato del P.U.N. quedara muy por debajo no sólo de Francisco José Orlich, sino también del republicano Rafael Angel Calderón. El hombre que fue Presidente entre 1940 y 1944 y que ahora era candidato a la reelección no podía presentar un historial limpio, políticamente hablando. Igual que el de los demás candidatos, su programa incluía, naturalmente, como uno de sus puntos fundamentales la defensa de Costa Rica contra el comunismo y el castrismo; pero los electores recordaban que durante la guerra Ulate eligió a algunos de sus colaboradores más íntimos precisamente entre esos mismos círculos izquierdistas de los que ahora intentaba mantenerse a distancia.

A José Figueres, que es sin duda alguna el dirigente de mayor autoridad e influencia de Costa Rica y que probablemente seguirá siendo entre bastidores la fuerza im-

pulsora de la política del país durante el mandato del Presidente Orlich, se le considera como uno de los representantes más eminentes de la « izquierda moderada », que con la ayuda secreta de Washington y el apoyo de la Alianza para el Progreso está tratando de llevar a cabo la democratización gradual de la estructura social de América Latina. Tras acabar en 1948 con los últimos vestigios de la supremacía militar en su propio país, una especie de celo político misionero hizo que a veces Figueres tomara parte en ciertas incursiones bastante aventuradas en la política extranjera. Junto al actual Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt y al antiguo Presidente de Guatemala, el procomunista Jacobo Arbenz, fue Figueres uno de los fundadores de la « Legión del Caribe », cuyo objetivo era el derrocamiento violento de las dictaduras de Nicaragua, Venezuela y la República Dominicana. Su querrela personal con el viejo Somoza dio lugar a una serie de situaciones embarazosas en la frontera de Costa Rica con Nicaragua. El desarrollo de esta tendencia de José Figueres a dar lecciones de democracia al mundo circundante no consiguió la aprobación pública en su propio país, aunque sólo fuera porque Costa Rica, habiendo abolido su ejército, se había despojado a sí misma de los medios para oponerse eficazmente a cualquier presión externa que se pudiera ejercer sobre el país.

Durante la última campaña electoral los adversarios del P.L.N. advirtieron constantemente a los electores que una victoria de los seguidores de Figueres daría lugar a una nueva ola de reformas sociales y de acciones propagandísticas en el campo de la política extranjera; pero en la situación presente no parece que el país tome muy en serio este peligro. Ahora Costa Rica se enfrenta con una serie de problemas económicos y fiscales que probablemente ocuparán la atención del nuevo gobierno instalado el 8 de mayo pasado, con exclusión de cualquier experimento nuevo e incierto. En los años 50, cuando Figueres creó por docenas nuevas instituciones estatales, así como una omnipresente maquinaria burocrática defendida por toda clase de leyes de seguridad social, el café, que constituye la principal

producción agrícola de Costa Rica y representa el 50 % de sus exportaciones, alcanzó precios record y, unido esto a las grandes cosechas de plátanos de aquellos años, la United Fruit Company norteamericana demostró ser una fuente abundante de beneficios. En cambio Costa Rica está sufriendo hoy, igual que sus vecinos, del bajo nivel de los precios del café y el cacao en el mercado mundial ; además, desde 1959, la United Fruit ha pasado por unos años de vacas flacas, al verse obligada en varias ocasiones a trasladar sus plantaciones de plátanos, amenazadas por la epidemia de Panamá y de Sigatoka, a otras regiones. Pero la superabundante burocracia y los altos costes sociales siguen ahí, planteando hoy día un problema que difícilmente puede resolver un Estado formado por algo menos de 1.300.000 habitantes.

*

No cabe duda que en los pasados años de prosperidad Costa Rica ha estado viviendo en cierto modo por encima de sus propios recursos y ahora se encuentra con graves dificultades para hacer frente a los gastos ordinarios. Pero si ha ocurrido esto ha sido menos porque Costa Rica se haya comportado a la manera de un individuo manirroto que a la manera de un padre de familia sensato que vehementemente invierte una parte tan grande de sus ingresos en seguros y garantías ostentosas que no le queda nada para pagar las facturas mensuales. Costa Rica va por delante de todos los demás países de América Central en cuanto a producción de energía hidroeléctrica, y su industrialización está mucho más avanzada que la de sus vecinos, aunque posea pocas grandes industrias. Unas 1.500 escuelas de enseñanza primaria, servidas por 7.500 maestros, llevan a la práctica la ley de enseñanza obligatoria vigente en Costa Rica ; ellas explican el hecho de que, en contraste con el resto de la América Central, exista en en el país un porcentaje sumamente reducido de analfabetos. Gracias al sistema escolar, organizado con esmero durante largos años, el nivel medio de instrucción en Costa Rica es actualmente muy superior al de los países vecinos y se ha conseguido hasta ahora inmunizar a la población con-

tra las falsas doctrinas de los demagogos y extremistas políticos.

Los innumerables y pequeños taxis, generalmente coches de origen europeo, tales como el « 4 CV Renault » o el « Fiat 600 », que pueden verse en las calles de San José aparecen a los ojos del visitante como un símbolo del país, cuya prosperidad modesta, pero sólidamente fundamentada, forma un agudo contraste con la brillante fachada tras la cual otros países latinoamericanos tratan de ocultar su pobreza y su atraso. Una excursión en coche desde la capital a la verde y fértil campiña que la rodea nos muestra que en Costa Rica la tierra no se mide por caballerías (40,689 hectáreas cada caballería), sino por unidades más pequeñas, las « manzanas », que apenas llegan a las 28 hectáreas cada una. Con la excepción de las plantaciones norteamericanas de plátanos de la costa sudoriental —que, entre paréntesis, pagan a sus obreros un salario muy superior al ordinario—, no existen en Costa Rica ni las grandes haciendas de los demás países latinoamericanos ni las hambrientas masas de campesinos que suelen ser el corolario de aquéllas. Por el contrario, hilera tras hilera de pequeñas granjas se extienden hasta perderse de vista, cada una de ellas compuesta por una sencilla pero atractiva casa de campo sobre una tierra que se cultiva hasta la última pulgada y con plantaciones de café, mango, papaya, piña tropical, naranjas y tomates que no parecen terminarse nunca. Estas pequeñas y bien cultivadas granjas y sus inteligentes propietarios representan la riqueza efectiva de Costa Rica, pues sólo a ellos debe el país la esperanza de poder superar la crisis financiera temporal en que hoy se halla sumergido.

*

En el momento en que alguien con la menor apariencia de extranjero sale de la estrecha calle que lleva el orgulloso título de « avenida » y entra en la plaza Francisco Morazán, caminando cuidadosamente por el fragoso pavimento hacia la estatua ecuestre del héroe nacional de Honduras, el centro de Tegucigalpa estalla en una súbita aunque pasajera actividad. El viajero se ve inmediatamente rodeado por una serie de hombres en mangas de camisa

que surgen velozmente de la sombra de los pequeños muros y arbustos del ruinoso jardín ornamental que rodea al monumento. Esos hombres señalan en signo de invitación los carritos aparcados junto a la acera; vendedores de novedades y muchachos que ofrecen goma de mascar tratan de atraer la atención del «gringo» hacia la excelencia de sus mercancías. El hecho de que el extranjero no necesite para nada ninguna de las cosas que se le ofrecen no parece sino encender aún más su interés hacia él como cliente potencial. Y cuando el extranjero desaparece finalmente sin haber rendido su esperada contribución al desarrollo de la economía local, la plaza se hunde de nuevo en la soñolienta apatía de antes.

Unos cuantos días pasados en Honduras bastan para convencer al visitante de que la plaza de Tegucigalpa constituye un símbolo del país entero. En casi 130 años de independencia Honduras tuvo casi otros tantos gobiernos; el país ostenta el record de América Central en cuanto a golpes de Estado y revoluciones de palacio.

Tegucigalpa, unida al suburbio de Comayagua, situado en la orilla opuesta del río Cholateca, posee aproximadamente cien mil habitantes y es la única capital latinoamericana —aparte la gran excepción que es Brasilia— a la que no se puede llegar por tren. Las compañías plataneras norteamericanas, la United Fruit Company y la Standard Fruit and Steamship Company, han construido unos 1.200 kilómetros de vías férreas a través de las húmedas llanuras de la costa del Caribe, para el transporte de sus mercancías a los puertos. Por su parte, el Estado hondureño administra únicamente una sección del ferrocarril construido por los norteamericanos en el noroeste del país, los noventa y cinco kilómetros que unen Potrerillos, San Pedro Sula y el puerto de Puerto Cortez. No menos medieval resulta la situación en lo que se refiere a las carreteras.

La ausencia casi total de una infraestructura ha constituido un serio obstáculo para el desarrollo económico del país. Aunque la producción de las compañías norteamericanas, antes todopoderosas, ha venido declinando desde mediados del decenio de 1930-40 —en parte a consecuencia de las

epidemias en las plantaciones y en parte por razones políticas—, los plátanos han seguido constituyendo la principal exportación y fuente de ingresos de Honduras. El café es también importante. Los ricos bosques del país no pueden explotarse plenamente debido a que el transporte desde el interior a la costa resulta sumamente difícil y los intentos de desarrollar los recursos minerales de Honduras hubieron de ser abandonados en la mayoría de los casos por falta de rendimiento. La lista de industrias existentes en el país es breve: la única gran empresa es la fábrica de cemento inaugurada hace tres años en San Pedro Sula y situada cerca de la costa; existen también dos fábricas de tabacos, dos de cerveza y unas cuantas factorías menos importantes de la industria textil y del cuero.

Para el viajero de paso, el aislamiento y el atraso de este país, con sus «junglas» impenetrables, sus animales de presa, sus monos, sus caimanes y sus aves raras, no dejan quizá de tener un encanto romántico. Una primera ojeada a la capital, que es prácticamente inaccesible salvo por el aire, le mostrará una ciudad pequeña y de brillantes coloridos que asciende por una colina cubierta de palmeras cocoteras, y quizá evoque visiones de una Arcadia muy alejada de las inquietudes y de los problemas de la civilización. Pero si prolonga su visita, la visión idílica quedará borrada antes por los síntomas de pobreza, de corrupción y de decadencia política con que topa a cada paso.

En las calles de Tegucigalpa pueden verse más mendigos que en cualquier otra ciudad de América Latina. Esos mendigos pertenecen al ejército de los parados, que se calculan en unos 50.000, y que, junto con sus familias, representan bastante más del 10% de los dos millones de habitantes del país. Los sirios y otros individuos originarios del Levante mediterráneo —a los que para abreviar se les llama «turcos»—, así como los chinos, a los que se ve tras los mostradores de sus verdulerías y tiendas de telas, demuestran diariamente que el trabajo perseverante tiene su recompensa incluso en Honduras. Pero la perseverancia oriental no es una de las características principales de los hondureños. Imbuídos

de los más altos puestos del gobierno se hallan en las manos de miembros de la extrema izquierda. Folletos de propaganda en favor de la Cuba de Fidel Castro se imprimen y se distribuyen en Tegucigalpa a la vista de los funcionarios del gobierno; mas quizá sean todavía más eficaces, en este país que cuenta aún con un 80% de analfabetos, las emisiones de Radio La Habana, que gozan de una audiencia tan amplia y tan ávida como los programas de onda corta de Radio Moscú para la América Central.

Sin embargo, apenas se han tomado medidas para organizar una defensa coordinada contra el comunismo, que es sin duda alguna una amenaza mucho más seria para Honduras que para cualquier otro de los países situados entre México y Colombia. En las elecciones celebradas el pasado año para designar los funcionarios del sindicato estudiantil, sólo con muy grandes dificultades pudo evitarse una victoria del Frente de Reforma Universitaria, que proclama francamente su adhesión al castrismo. La organización anticomunista llamada Comité Coordinador de Organizaciones Democráticas en Honduras (C.O.R.D.E.H.), fundada hace un año por miembros de la Iglesia y de la clase media, ha tenido al parecer muy poco eco precisamente en esos círculos de la población que se hallan en más inmediato peligro de sucumbir al comunismo. Es cierto que el líder de los conservadores, general Tiburcio Andino—bajo cuya férula disfrutó Honduras entre 1933 y 1938 de un período de relativa paz—, es un anticomunista convencido; pero es ya viejo y, además, en cuanto miembro de la oposición, carece de medios para influir eficazmente sobre las masas.

Los seguidores del Presidente Villeda parecen tomar mucho más en serio el peligro de un « pusch » derechista que la amenaza latente constituída por la extrema izquierda. La prensa gubernamental dirigió recientemente gran parte de su atención al aventurero coronel Armando Velázquez, que ocupó en 1959 un sector de la capital al mando de un grupo de tropas revolucionarias y que según se afirma está hoy, tras varios años de exilio, en México, maquinando nuevos planes para un golpe de Estado. La opinión se muestra dividida

acerca de si el coronel Velázquez puede convertirse de nuevo en una seria amenaza para el régimen o si el gobierno le está utilizando simplemente como pretexto para amordazar a la oposición mientras los preparativos para la campaña preelectoral se hallan en pleno auge.

*

Que la población hondureña necesita imperiosamente una ayuda rápida y eficaz, que hay que crear nuevas oportunidades de trabajo y mejorar las condiciones higiénicas para que el país no siga, a la corta o a la larga, el ejemplo de Cuba, es algo perfectamente claro para cualquier observador que visite el país. La negligencia con que las autoridades tratan el problema del abastecimiento de agua potable dio lugar hace poco a una epidemia de gastroenteritis en San Pedro Sula, epidemia que tuvo un desenlace fatal para casi un centenar de los atacados, la mayoría de ellos niños subalimentados. De cuando en cuando, el gobierno del doctor Villeda Morales anuncia que va a presentar pronto al Congreso un proyecto de ley de reforma agraria o algún otro proyecto inspirado en la Alianza para el Progreso, pero manteniendo al mismo tiempo secreto para el público el contenido del documento. La delegación que se trasladó en avión a Washington en junio pasado para negociar un préstamo de 9 millones de dólares con miras a la mejora del abastecimiento de aguas en Tegucigalpa y otras cuantas ciudades, estaba formada nada menos que por cuarenta personas. La razón de tan gran número estriba en que la mayor parte de los delegados aprovecharon la ocasión para ofrecer a sus familias unas vacaciones que iba a pagar el perennemente empobrecido Tesoro.

La ignorancia, el fatalismo, y la impresión de un desastre inminente constituyen los ingredientes principales del ambiente que hoy domina en Tegucigalpa. La clase gobernante parece interesarse únicamente en explotar las tendencias momentáneamente favorables para su existencia, negándose a pensar en lo futuro.

Mientras tanto el pueblo, vagueando por las calles, anda a la espera de la próxima revolución hondureña.

advertir que no se debe intentar penetrar en *Viridiana* a través de Galdós.

Pero lo más extraordinario es como vemos en el « film » toda la acción benéfica y vivificante del superrealismo, el cual no sólo fue una nueva forma de la sensibilidad y del sentimiento, una nueva visión del mundo y del hombre, sino un nuevo instrumento. Buñuel, uno de los creadores en el cine del superrealismo, hoy, tan lejos de *Le chien andalou*, recoge la fecundidad de esa visión. Todo en *Viridiana* sale del superrealismo: la manera de enfocar la cámara, la manera de presentarnos la historia, de crear los momentos dramáticos, de cortar y ensamblar la película. (No estamos seguros de los cortes debidos al censor. He visto *Viridiana* en Munich, versión alemana, y en París, versión original.) La fotografía de los pechos no se hubiera podido tomar antes del superrealismo. La estampa del Tío, el actor junto al que hace de ciego (1) y las actrices que interpretan el papel de Viridiana y de la criada son buenos y su dicción, especialmente por lo que se refiere a la entonación, es excelente. Los otros actores secundan muy bien a los principales. El que tiene el papel de hijo natural no está mal; alguna vez (la escena del perro) está bien y con alguna mirada muy acertada, pero en otros momentos hubieran tenido que hacerle repetir la escena unas cuantas docenas de veces. La estampa del Tío está sacada de la pintura de la segunda mitad del siglo XIX; afortunadamente, con ese instinto artístico tan característico de Buñuel, no se copia ningún cuadro. Además en ese personaje es donde más ha actuado el psicoanálisis y el superrealismo. La escena sonambulesca y la del somnífero parecen las más inventadas; inventadas lo son, pero para mí poseen una emoción de cosa vivida y no en el momento de la creación artística. Se dirían vivencias, experiencias del autor. Por otra parte, toda la obra da la impresión de ser una de esas historias guardadas en el ático de la subconsciencia, bajo las capas de polvo y de telarañas de los prejuicios y convencionalismos sociales, familiares e individuales. De otro lado, escenas que pueden parecer

sumamente realistas — Ramona examinando la cama para ver si el Tío ha dicho verdad y no ha violado a Viridiana dormida— las encontramos con la gracia lopesca de siempre en *El anzueto de Fenisa*, si la memoria no me falla. Es casi seguro que Buñuel no ha tenido ese apoyo poético.

El simbolismo en « Viridiana »

En la época actual, desde el espiritualismo y durante todo el final del siglo XIX, el arte recurre al simbolismo. El superrealismo tanto en pintura como en literatura necesita la mitificación y necesita los símbolos personales. En parte, el hermetismo de esa época reside en la dificultad de penetrar en el significado del símbolo. Público y críticos tienen que actuar de psicoanalistas.

Buñuel vuelve a un símbolo para las masas. Es un símbolo clarísimo — corona de espinas, cruz, martillo, clavos (en un momento de la película hay una foto preciosa), quemar la corona de la pasión—; al no ser explícito lo declara el autor, ceniza: penitencia y muerte. Por muy claro que quiera ser, el mensaje no se puede hacer llegar al público. Ese será siempre el problema de la claridad. ¿A qué nivel nos dirigimos? Cenizas igual penitencia y muerte, bien; pero ¿por qué las ha depositado en la cama? Temo que el enlace —no necesariamente con la lujuria— que Viridiana en su inocencia podía ignorar, se les escape a aquellos a quienes hay que explicarles lo que representa la ceniza. La cuerda de saltar es uno de esos símbolos psicoanalítico-superrealistas que Buñuel no aclara, pero que presenta límpidamente. El Tío ha regalado la cuerda a la hija de su criada. Es la cuerda con que se suicidará después del intento fallido, por obstáculos morales y psíquicos, de violación de Viridiana. La niña continúa saltando a la comba con la misma cuerda delante del árbol en que se ha colgado el Tío; es una especie de danza fúnebre. Con esa cuerda se ata los pantalones al mendigo que violará a Viridiana. El aullido del perro con que se queja la noche es un motivo muy frecuente, pero acompaña con mucha oportunidad. La selección musical es también un acierto.

(1) Recordemos que el actor que hace de ciego es el propio Buñuel. (N. de la R.)

Lo cual nos conduce a « La Última Cena », que es siempre la primera. Francisco Ayala utilizó ya ese motivo en una narración, hace de eso varios años. La profanación consiste en el tono y la intención, pues « la última cena », « la última comida », « el último desayuno » son frases corrientes, naturales y cotidianas. La profanación más grande puede cometerse al emplear la frase de la manera más natural. Pero esta escena —volveré a insistir sobre ello— servirá para que veamos la complejidad intencional de la obra, que no podemos estar seguros que sea también del autor. Además, al penetrar en esa intencionalidad es posible que no coincidamos con Buñuel e incluso que nos alejemos de su propósito. Esto convendría dilucidarlo. Lo importante, sin embargo, es que sin pretender enriquecer —¿agobiar?— la obra, hagamos surgir su significado manifiesto o latente.

Los mendigos que ha recogido Viridiana al morir su tío, al verse en libertad, cuando va con el hijo natural a casa del notario, deciden proporcionarse una comilona. Una serie de datos sumamente concisos —comilona, múltiples curiosidades y deseos : libertad, mirar, tocar, ansia de lujo, poseer lo femenino y lo masculino, habilidad culinaria, gula, autoridad—, enlazados, transforman la comilona en festín, la bebida en borrachera, la alegría en bacanal y en orgía. No puede ser un cuadro de Veronés. Todo tiene lugar en el comedor de un rico terrateniente. La gula y la lujuria, la homosexualidad subconsciente o no ; la paloma, la inocencia, sacrificada, reduciendo el pecho a la suavidad de la pluma. La suciedad, la bajeza, la repugnante brutalidad de los sentidos y de los apetitos es cada vez mayor. En el disco suena la « Pasión » y el aleluya es cada vez más insistente, más sonoro, más amplio. Canto a la Resurrección ¿del cuerpo? ¿del alma? ¿qué es lo que se salva? ¿hacia dónde ha ido el Sacrificio? Tanto movimiento se detiene por un momento, por un segundo ; el gran bullicio se apaga. Es el instante de la fotografía. A pesar de las mujeres, olvidadas en Jerusalén, la disposición para la foto es un recuerdo muy querido de la « última cena ». Con la profanación doble, imitación de la escena y revelación de lo que todo cuadro de « La Última Cena » tiene de

foto de Consejo de administración, de Comité dirigente de partido. Este es el choque superrealista. Del escándalo de esa profanación histórica, obra de las generaciones que arrancando de la piedad y la devoción se han ido petrificando y materializando, Buñuel nos conduce al verdadero y único significado del Sacrificio, a la violación brutal de Viridiana por la fealdad y la suciedad del alma y del cuerpo ; esa violación primera y última, única y constante. Ese sacrificio que es una resurrección del alma y del cuerpo, el cual nos dirige al final de la película.

No intento coincidir con Buñuel, no intento enriquecer la obra. Quisiera no haberla deformado. Me parece difícil que Buñuel no haya reaccionado ante las cursilerías mercantiles de Dalí.

El simbolismo del *Angelus* con las escenas que lo interrumpen es evidente. La niña con su infantilidad aún al margen de la razón y de la lógica es un ejemplo del superrealismo superado. La niña es un instrumento « natural » para concentrar la intencionalidad de la obra y penetrar en ella. La cuerda de saltar ; cuando Viridiana no puede exprimir las tetas de la vaca, la niña le dice que la ha visto en camisa. La noche del somnífero, la niña tiene miedo, habla de toros —este motivo, que quizás esté en Federico, se encuentra en una de las poesías más bellas de Guillén—, espía por la ventana y ve lo que hace el Tío con Viridiana dormida ; al irse todos a casa del notario, la niña aparece con un flemón y sufre al pensar que le van a arrancar la muela.

El simbolismo social no podía faltar. Si se tratara únicamente de la escena del perro careceríamos de los datos necesarios para interpretarla. El hijo natural, al ver bajarse del carro a la pareja, le dice al carretero que ahora que ya no va la guardia civil debía montar al perro, que iba atado debajo del carro, trotando sin aliento y con la lengua fuera. El carretero contesta que el carro es sólo para las personas. Primer dato : la brutalidad y el sufrimiento *no los causan* la guardia civil, sino el carretero, la sociedad. El hijo natural compra el perro e inmediatamente, en la otra dirección, se ve venir otro carro con otro perrito atado de la misma manera. El público se ríe

mucho. Este cuadro es un motivo realista ; todos lo hemos visto en las carreteras, caminos y calles de España. Podría ser que la cámara de Buñuel se moviera sólo por ese afán de devorar realidad. Sin embargo, a esta escena le sucede inmediatamente la aparición de Viridiana en los campos, seguida por un mendigo, al cual echa el hijo natural. A una pregunta de Viridiana, contesta el hijo natural que los mendigos esos, viviendo en la propiedad de ambos le molestan mucho.

El hijo natural no guarda ningún rencor al hombre —el Tío— que le ha abandonado y reconocido momentos antes de suicidarse. El hijo natural es un hombre de acción. Las mujeres ocupan en su vida lo que deben ocupar ; su placer consiste en volver a trabajar esos campos fértiles, también abandonados por su tío. Segundo dato : el hijo natural le dice a Viridiana que con recoger a unos cuantos mendigos no se soluciona nada. Sería un error, creo, acudir al siglo XVI para enfrentar protestantismo con catolicismo. El pensamiento de Buñuel —en todo caso el nuestro— al ver la escena de los perros, al oír el diálogo, es que lo que fue cometido de la caridad es hoy obligación de la sociedad y que países como Dinamarca y Suiza han resuelto desde hace tiempo el problema de la pobreza y el sufrimiento, fruto de una desorganización social.

Sentido de « Viridiana »

El argumento de *Viridiana* es la historia más o menos excepcional, más bien menos que más, de una muchacha. Si no fuera por los atributos del medio —polvo, carros, guardia civil, convento, monjas y un cura, mendigos, autobuses y la arquitectura—,

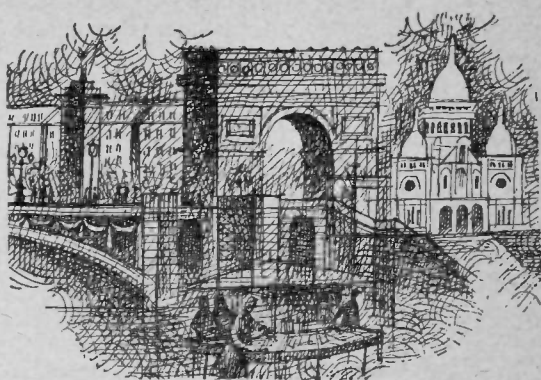
esta muchacha podría ser sueca lo mismo que española. Es la de esa muchacha una vida vivida en España.

Viridiana es una obra maestra y como tal su tema es viejo como el mundo. La vida desconcertante con su crueldad y ternura, su horror y atracción, su pulcritud y su asquerosidad. Como siempre, el valor de *Viridiana* consiste en aprehender esa realidad fuertemente, personalmente y transmitírnosla, hacernos partícipes, hacer que formemos parte de una comunión. Buñuel, arrancando de la vida tan compleja, por azar y destino, del Tío, se ha sentido imantado por la inocencia y la pureza. Los sentidos van dirigidos a una zona de ensueño (que también tiene sus raicillas psicológicas, subconscientes y sociales) ; la vida de Viridiana se ha apartado naturalmente de los deseos y apetitos, se ha alejado del cuerpo. Parece haberlo hecho sin sacrificio ; como la niña, salta igualmente a la comba, psicoanalíticamente salta unida con ella. Pero el cuerpo existe y los deseos y los apetitos, y la crueldad y lo sucio, y junto a lo femenino lo masculino ; vida de hembras y machos con terrores de hace cientos de miles de años.

« ¡Qué pena que la vida sea así! », « la vida manda » ; no hay mensaje en la obra de Buñuel, por lo menos no se intenta con las presentaciones de la realidad imponer uno. De aquí acaso que haya sido tan incomprendida y mal comprendida. Como toda obra maestra, *Viridiana* está ahí (cuando no la prohíben temporalmente) para que cada cual la viva a su manera. El final no es —no puede ser— el triunfo de esa mata de pelo. Si los sentidos por fin *resucitan* ¿entre qué espinas nuevas no florecerán? Y vemos otros dolores, atroces enlaces y encadenamientos, otras luchas y conflictos en la continuidad de la vida.

balcón de París

POR DAMIAN CARLOS BAYON



Gris violento de verano sueco

LOS ESTRENOS cinematográficos al orden del día. Cine de escándalo: Brigitte Bardot dirigida por su ex marido Vadim en la versión —libre, en todo el sentido de la palabra— del *Repos du guerrier*, de Christiane de Rochefort. Grandes colas impasibles en los Campos Elíseos esperando el acceso a la contemplación del encantador monstruo sagrado y rubio.

Para no perder demasiado nuestras noches preferimos ir sobre seguro. *A través del espejo*, de Ingmar Bergman nos hace recordar la segunda parte de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Coincidencia de título, nada más. Cuatro personas salen del mar en un verano sueco, de esos obsesivos veranos de noches con luz, tan absurdos para los que hemos nacido y vivido siempre en otras latitudes. Una mujer joven, un adolescente, un hombre y otro hombre mayor. Es una familia: la muchacha, que sufre de crisis de locura, casada con el hombre joven es la hermana del adolescente y la hija del hombre maduro.

¿Qué pasa en esos días? Aparentemente no pasa nada, pero en seguida entramos en el juego bergmaniano: el padre es un novelista conocido, pero no famoso; vive en Suiza y viene a visitar a sus hijos que se sienten alejados de él. Meticuloso hasta en el sufrimiento, anota en su diario íntimo que la enfermedad de su hija es in-

curable. Y ella con una curiosidad malsana lee ese decreto irrevocable. Y si rehuye el contacto de su marido arrastra, en cambio, a su pobre hermano: joven, débil, a medio formar, hasta el incesto, como en una fatalidad antigua. Definitivamente la muchacha enloquece escuchando voces en las buhardillas, esperando la venida de Dios, que siempre se le rehuye.

Película gris, filmada en gris desesperante, sobria. Si un mérito tiene este director irregular es el de hacernos sentir extraños a la violencia, a la exasperación escandinava que oculta una apariencia fría y poco comunicativa. La luz y la sombra opuestas de Dostoyevski, la amargura melancólica con música de fondo de Chejov, son parientes lejanos de este cine de las situaciones extremas, de la incomunicabilidad y del sexo desatado. No es poco elogio para Bergman.

Gris lento de provincia francesa

Otro mundo más lúcido aunque igualmente alucinante es el de *Thérèse Desqueyroux*, novela de François Mauriac llevada a la pantalla por su hijo Claude —también escritor de talento— y el joven director Franju. Con una actriz de excepción: Emmanuelle Riva, que acaba de ganar el *León de oro* de la mejor interpretación femenina en el Festival de Venecia. Tejidas también en grises deliberados estas distintas estaciones de las landas: veranos ardidos con olor a pino, irritantes in-

viernos de lluvia y viento en casas blancas llenas de hostilidad, de convencionalismo provinciano. ¿La historia de una envenenadora? La historia de una mujer superior a la chatura de su medio: duro, cínico, aferrado a la tierra de donde sólo sabe sacar su fuerza. Pocas veces un libro ha «pasado» a una película tan plenamente, con tanta honradez. El ritmo deliberadamente lento, las conversaciones llenas de biombos tras los que se oculta siempre la última intención: todo está. Sólo las maravillosas descripciones de las landas, de sus landas, que Mauriac ha analizado con implacable verdad, no existen, no pueden existir. Pero es allí donde Franju ha venido, precisamente, a ejercer su fotografía rica, matizada, capaz de seguir hasta el fin un árbol, un humo, una nube, un cruel vuelo de palomas aprisionadas. Y los ojos, los ojos permanentes de Emmanuelle Riva: alegres, opacos, desorbitados, muertos, vacíos, distantes. Nunca una actriz hizo más con menos gestos. Toda ella es un temblor, una interrogación. No estamos ya en el mundo de la actuación de una actriz que se recompensa con premios, sino que experimentamos, en carne propia, los ritmos internos de una personalidad que sufre, que fuma incansablemente, que agoniza poco a poco de vacío en una casa cerrada en las landas lluviosas, sola.

Psicosis colectiva

Los franceses han vuelto a regañadientes de las vacaciones. Todo el año la gente se lo pasa preparándose para esa pausa... y ahora: ¡ya está!, de golpe y porrazo las vacaciones se terminaron. Así, tal como suena.

Naturalmente que París está lleno, rebosante. Cada vez hay menos sitio para circular, y encontrar un lugar de estacionamiento para el automóvil forma parte de una lotería cotidiana a la que el parisense-tipo —protestón por naturaleza— no acaba de resignarse. Sin embargo, por una de esas contradicciones que lo caracterizan, el tiempo está suave, dulce, acogedor como en una primavera otoñal, equívoca. Parece que fuéramos hacia el buen tiempo en vez de precipitarnos en el malo. ¡Ay de mí!, dentro de muy poco empezará a llo-

ver lenta, blandamente como suele llover en París, sin aparato de truenos y relámpagos como en los países de clima más cálido. París volverá a estar gris como lo cantaron sus poetas.

Se ven aún, sin embargo, algunos últimos turistas rezagados. Los que tienen hijos en edad escolar tuvieron ya que partir. Quedan los jubilados, unos cuantos ricos —aves sin estación fija— y esos maravillosos seres inclasificables: jóvenes barbudos, mujercitas desgreñadas, viejas vestidas de colores claros con sombrero de maceta flo-



rida. ¿Qué se lleva esta gente en la maleta y en el alma...? Cada uno, por cierto, una cosa distinta: desde una botella de coñac o un perfume a una revista más o menos pornográfica o un tirabuzón escabroso —que me entienda quien pueda, no cabe ser más explícito— que hará sonrojar a los invitados de futuras reuniones en la púdica Albión, en la monolítica Alemania del Oeste por no decir en el petrolífero Texas. Pero cada uno se lleva una presea a su imagen y semejanza: «Dime lo que compras de recuerdo y te diré quién eres». ¡Cómo lo saben los cínicos fabricantes de *souvenirs*, a cual más feo, más cursi, más inútil! París será así, pues, en la memoria, nada más que una muñequita diminuta bailando el can-can o una Torre Eiffel de plomo dorado. ¿Nada más? Sí, nada más que eso: un pobre testimonio de un minuto del tiempo, uno de esos testimonios que coleccionamos los humanos y que pueden hacernos llorar de ternura cuando los vemos apilados, anónimos en un depósito de objetos extraviados.

protagonista que domina : Venezuela, la ingeniería geográfica de la explotación petrolífera, esa geopolítica naturalizada en un trozo de suelo sobre el cual pululan las hormigas febriles que se llaman masa, títeres aún con cabeza de un guiñol archiconocido : la acción política. Sublevaciones, campos de batalla cívicos, las calles, tertulias caseras, citas de amor, estudiantes de la última hornada. Habladurías y pozo de intrigas se suceden panorámicamente levantando polvo y voces.

« Se podría escribir una especie de novela surrealista sobre el petróleo en Venezuela. En la que de repente las gentes se dan cuenta de que están vestidas de petróleo, de que comen petróleo... ». « Este whisky es petróleo. Esta noche es petróleo. Y hasta estas palabras que estamos hablando son petróleo... ». Sí, el mito del rey Midas. Y su interlocutor, entusiasmado por la idea de quien propone la redacción de tal novela, concibe el magnífico título : « El país derretido. » ¿Por qué, nos preguntamos, Arturo Uslar Pietri, no ha comenzado por ahí? Por dar a su obra el calor del infierno joyciano, de utópica fantasía de un Erebo petrolífero, en vez de conformarse con la reproducción instantánea ofreciéndonos un retrato de familia, la fotografía que pronto se pondrá amarilla de un modelo fantomático que no se deja captar.

CARLOS EDMUNDO DE ORY

Agustín Yáñez : « La tierra pródiga »

ES INDUDABLE la importancia alcanzada por la novela iberoamericana actual, hecho que se ha revelado de forma clara en los últimos años. Y como conjunto, quizá sea la novela mexicana la más considerable, puesto que posee la tradición inmediata del espléndido ciclo de la época revolucionaria.

Este ciclo fue continuado por una serie de escritores entre los que descuella, con acentuadas características, Agustín Yáñez, uno de los más famosos novelistas del México actual. Ahora bien, tanto Yáñez como el resto de su generación —cada uno con matices y tendencias particulares— pertenece a la época post-revolucionaria, que asimiló una serie de formas de hacer propias de la novelística europea, dándole una dimensión nueva a la literatura nacional, y sin perder por ello los acentos mexicanos se enfrenta, en un intento de síntesis, con los dos manantiales de donde procede : el indígena y el occidental.

Si esto estaba patente en *Al filo del agua*, la

más ambiciosa novela de Yáñez, *La tierra pródiga* (México, Fondo de Cultura Económica) lo confirma plenamente. Es un logrado intento de componer un retrato de la vida mexicana, de alguna de sus regiones costeras en donde todavía impera la lucha por el dominio de esas fértiles tierras y en donde la ley del más fuerte es la única válida. La humillación del ser humano, la violencia y la crueldad más feroces están maravillosamente expresadas, en una sabia alternación con la prosa poética que describe la inmensa belleza natural de la región. Pero, al mismo tiempo que expresa una realidad social de su nación, que acusa vigorosamente esta situación, al tiempo que exalta la naturaleza, cierra perfectamente el cuadro con un método literario que le permite expresar la intimidad de los personajes, sus estados de conciencia, en relación con Joyce y Faulkner.

Violencia y lirismo, muerte y ensoñación se sintetizan admirablemente en *La tierra pródiga*, una magnífica novela que confirma la importancia novelística de Agustín Yáñez.

J.R. MARRA-LOPEZ

Silvina Ocampo : « Las invitadas »

SILVINA OCAMPO pertenece a esa reducida familia argentina de grandes creadores de cuentos fantásticos compuesta además por Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares. Pero aun conociendo la literatura fantástica argentina el lector de *Las invitadas* (Losada, Buenos Aires, 1961) es invitado a un encuentro inédito, indefinible y fascinante. El lugar del encuentro son cuentos muy breves, realizados con esa maestría que nos obliga a reconocer cuando un cuento está « acabado », como si un círculo se cerrara en derredor de él o que él mismo fuera un círculo perfecto. Si hablamos de fascinación y de extrañeza es a causa de su ambigüedad. En ellos, las cosas más cercanas se vuelven lejanas. Y también, naturalmente, sucede lo contrario. No pocas veces se ha dicho que así es o debiera ser la verdadera literatura : juego de transformaciones entre lo real y lo irreal, cuyos límites opresivos se apaciguan y a veces terminan borrándose.

Notable es la serenidad narrativa de Silvina Ocampo : los sucesos más atroces o « increíbles » los relata con gravedad o ternura o indiferencia o humor. Cuentos poblados por criaturas insignificantes. Es que no son ellas los verdaderos personajes, sino sus actos y sus sentimientos. Pero aquí nada de lugares comunes

freudianos : la psicología ortodoxa no nos ayuda a comprenderlos. Y en verdad, ni siquiera deseamos comprender, porque sucede que estos cuentos son sobre todo poemas y su poder de evocación nos atrae más allá de las causas y de los efectos.

Queremos destacar la importancia del mal en la obra de Silvina Ocampo, que ya advirtieron, sin duda, los lectores de su libro anterior a éste que comentamos (*Las Furias*). Sus personajes odian de una manera tan pura que hasta les sucede vengarse del ser odiado después de que éste muere, o vengarse de él no por determinación propia, sino arrastrados por la persona odiada, que también retribuye ese odio y que prefiere la muerte si ella le valdrá transformar al que odia en asesino : « su odio por mí era sólo comparable a mi odio por ella ». Este odio —o, mejor, esta práctica del mal—, nos resulta misterioso aun cuando se esbozan algunos breves hechos a manera de causas.

No quisiéramos de ningún modo que esta noción del mal a la que aludimos fuese considerada como elemento exclusivo de la obra de Silvina Ocampo. La gran variedad de temas y de sentimientos nos desmentiría. La hemos apuntado porque nos atrajo su originalidad. Pero hay mucho más en este libro : hay un dar validez literaria a las fantasías más extrañas y poéticas ; hay la fuerte ironía y un sentido del humor decididamente negro y hay, también, constantes en todos los cuentos, las breves y maduras reflexiones de carácter general que son como llamadas de retorno a « este mundo » en medio de tanto suspenso.

Mientras leemos algunos de estos brevísimos cuentos asistimos a la realización del milagro literario : tanta exactitud y tanto realismo terminan por dibujar una suerte de magnífico paisaje alucinatorio. Lo real es corroído por su propia intensidad. Se podría hablar de una nueva manera de ver las cosas. Pero lo más apropiado es decir de Silvina Ocampo lo que se dice, con hermosa simplicidad, de todo escritor importante : tiene un mundo propio.

A.

Agostinho Caramelo : « Fogo »

TAL ES el título común de un tríptico novelasco del que se han publicado ya las dos primeras partes (« Desespero » y « Angustia ») y se anuncia la tercera (« Incerteza »). Es sin duda una obra de buena voluntad sobre las realidades sociales de Mozambique. Pero ha pa-

sado a ser un axioma que ni la buena voluntad, ni los buenos sentimientos bastan para escribir una buena novela. Estas cuatrocientas páginas, casi exclusivamente de diálogo descosido, a que acabamos de dar cima, no hacen sino confirmar tan triste verdad. Hay en *Fogo* todos los elementos para una acción dramática en torno a la vida en las plantaciones aisladas del mundo en aquella posesión portuguesa de la costa africana, una visión certera de la pequeña burguesía de su capital, algunos pasajes no exentos de emoción y también innegables aciertos episódicos entre un maremágnum de prosa que no consiguen amenizar los artificios tipográficos a que el autor apela ; pero falta el arte, la disciplina, la feliz disposición de esos elementos en un conjunto equilibrado, armonioso e interesante. Falta la novela, en fin, el relato hábil que *prende* desde su comienzo e incita la curiosidad del lector, forzándole a seguirlo con la atención en suspenso.

La sinceridad, que tenemos por norma, nos obliga a exponer nuestra opinión con entera franqueza, aun inspirándonos la mayor simpatía la elevada finalidad que anima a esta obra, digna por su tema y por su propósito de una técnica literaria más afortunada.

C. A.

Virgilio Botella Pastor : « Encrucijadas »

P ERTENECE Botella Pastor, en el aspecto cronológico, a la generación del 25. Sin embargo, realmente y desde un punto de vista histórico, nada más alejado que su figura de los supuestos de dicho grupo, tanto en la temática como en los medios de expresión. Contribuye a ello su tardía aparición literaria y las circunstancias en que ésta se produjo. Exiliado al fin de la guerra civil española, comenzó entonces a escribir un testimonio que ha ido ganando en fuerza y profundidad literaria conforme avanzaban los años.

Hoy, examinadas sus tres novelas publicadas, con otras tantas en preparación, se puede afirmar que Botella Pastor es uno de los novelistas españoles emigrados más interesantes del momento. No escribe simplemente unos recuerdos del tiempo pasado, como justificación de existencia, sino que está cumpliendo de forma sistemática el ciclo histórico-literario al que pertenece. Su obra prefigurada abarca lo que el escritor español emigrado —que no quiere renunciar a su condición de tal— puede relatar : la guerra, la huida, la emigración, la nueva cara

del mundo, en una continuada circunstancia trágica.

Encrucijadas (Choisy-le-Roi, Imprimerie des Gondoles, 1962), pertenece al ciclo de la huída, una vez ya en el exilio, con los campos de concentración franceses en pleno funcionamiento, en una dramática carrera contra el tiempo para conseguir marchar a Sudamérica, con la guerra mundial encima, amenazando tragarse a la amplia emigración europea : judíos, italianos, alemanes, españoles, etc .

Algunos españoles, débiles, engañados o cínicos, vuelven a recruzar la frontera, ya que el porvenir es desesperanzador. Como prueba de ello, con gran tino literario, Botella nos muestra el exilio ruso, de tan distinto signo —como también lo señaló Max Aub en el teatro—, pero escéptico, humanizado, tamizado por largos años de acomodación...

Por ello, en esta convincente novela de Botella Pastor, cuando los privilegiados logran subir al barco que les llevará a México, su final se cierra con estas palabras realmente impresionantes : « Ya echamos anclas. ¿Echaremos raíces también?... El tono de voz, la expresión del semblante de don Juan es todo un mundo contradictorio. »

J.R. MARRA-LOPEZ

Federico de Onís : «Luis Palés Matos. Vida y obra»

FEDERICO DE ONÍS llama « modesta » a su monografía sobre Palés Matos (Ediciones Ateneo Puertorriqueño), pero es difícil superarla. Aparte la antología sobre el poeta, aparecen ocho poesías inéditas de las que son particularmente interesantes « Directes a la muerte tramposa » y « Fragmentos », que nos muestran un nuevo ángulo de Palés Matos. La Universidad de Puerto Rico publicó en 1957 *Poesía 1915-1956* de Palés Matos, con introducción de Federico de Onís, quien incluyó esta obra en su antología española e hispanoamericana de 1934. Onís defiende en Palés Matos la amplitud de la poesía del poeta de Puerto Rico y la variedad de sus temas y acentos poéticos, dado que Palés Matos alcanzó renombre con dos poemas que recorrieron América Latina y llegaron a España en ese viaje de la poesía afroantillana que coincidió con la moda negra europea. Esos poemas, « Danza Negra » y « Canción Festiva para ser llorada », unidos a alguno más, ocultaron « el otro Palés Matos ».

Federico de Onís señala, con razón, que el ca-

so de Palés se asemeja al de García Lorca, que sólo diez años más tarde ordenó en libro los poemas que andaban desperdigados en revistas y recitales, disfrutando de ancha fama popular. Son interesantes las observaciones de Federico de Onís sobre esos dos mundos que parecen un vivo contraste de colores y motivos en Palés : el sueño en el mundo nórdico y las visiones del Africa negra. Góngora ofreció, en estas inspiraciones, un ejemplo. El caso poético de Palés Matos es otro ejemplo singular de asimilación, concentración y eclectismo, pero en beneficio del acento personal. Onís se detiene en la influencia de la « infancia guayamesa » de Palés, que aparece como fondo y raíz. Lo sitúa entre los poetas ultramodernistas, pero no en el camino de la desrealización del arte nuevo europeo. Por ser Palés Matos un « americano de todos los tiempos » « no puede renunciar a ningún pasado, sino que necesita salvarlo integrándolo en el presente, que es así una síntesis de todos los tiempos. » Antes nos ha advertido de Onís : « Para Palés, poeta nato consciente de su arte, la poesía no sólo es independiente de la realidad, sino que es la única realidad, la que da sentido a su alma y al mundo. » La iconografía es excelente y la bibliografía muy completa. Los que estudien mañana la obra y la vida de Palés Matos tienen en esta monografía la raíz indispensable. Dos caminos futuros pudieran desprenderse : el ahondamiento de los fuegos de infancia y adolescencia —los « paudeumas » de Frobenius— referentes a las imágenes y símiles en la obra de Palés y, hacia otro horizonte, la influencia socio-económica y política de Puerto Rico, la amada patria, en la obra de este auténtico poeta de su tierra.

A. BAEZA FLORES

Alonso Zamora Vicente : «Camilo José Cela»

LA VERDAD ES que estaba haciendo falta un libro como éste (Editorial Gredos, Madrid, 1962). Nos encontramos ante un serio intento de comprensión ; y, en el enrarecido ambiente de la España actual, salir airoso de la empresa no era cosa fácil. Cabe incluso preguntarse quién mejor que Zamora Vicente hubiese podido asumir la tarea de hablarnos de Cela a la vez como escritor y como *homo hispanicus*. Porque si en las nobles tareas literarias la simbiosis hombre-escritor es corriente, en el caso de Cela adquiere proporciones inhabituales. Dar fe de ella requería la puesta en juego de lo que el propio Zamora Vicente califica como el abecé

de toda crítica : una práctica leal de voluntad de entendimiento.

Ya en las solapas del libro se nos ofrece en breves líneas la clave del acercamiento :

« Lo que aquí se nos explica es cómo una personalidad auténtica, de escritor de raza, se ha ido expresando en una obra de creación. Ahora sabemos que Cela no es un ente solitario, sino que está sólidamente ligado a la tradición literaria española y más concretamente a los maestros inolvidables del 98 (desde Antonio Machado hasta Valle-Inclán), con quienes comparte la preocupación por España. Se trata de una actitud crítica, noblemente disconforme ; un amargor que no cesa ante tantas cosas que piden reforma ; un querer saber más sobre su pueblo. No nos engañen esos quiebro de la prosa de Cela, cuando se hace despegada o ácida ; por detrás hay siempre —fiero a veces, otras manso y tierno— un inmenso amor que todo lo empapa. Cela ansía compenetrarse con su pueblo en los libros y en la vida de cada hora, fundirse con él en la misma tierra sustentadora. No le preocupan los problemas abstractos, sino los de la más próxima realidad española. Así se explica que el recuerdo de nuestra guerra actúe en sus obras a modo de un cataclismo. Así también que su estilo repugne toda retórica o convencionalismo. Siempre, en el fondo, es el mismo afán de renovación espiritual el que lo preside todo. »

La lectura de este libro es revivir —intensa, gozosa y dramáticamente a un mismo tiempo— una obra cuya característica fundamental es su inmenso poder de penetración, de invasión, de conquista y esto con la máxima plenitud. Quizá se deba ello —y la estructura de todos sus escritos lo prueba— a que cuanto mana de la pluma celiana tiene talante cinematográfico. (La noticia de la próxima adaptación al cine de *La familia de Pascual Duarte* no nos ha sorprendido lo más mínimo.)

Con la disección que opera en tres de las mejores novelas de Cela (*La familia de Pascual Duarte*, *La colmena* y *La catira*), en sus libros de viajes (*Viaje a la Alcarria*, *Del Miño al Bidasoa*, *Judíos, moros y cristianos* y *Primer viaje andaluz*) o en sus agrídulces apuntes carpetovetónicos, Zamora Vicente nos ofrece una vez más holgado testimonio de la profunda y vigorosa vena poética que nutre la obra del estupendo escritor gallego. Poesía que es, ante todo, amor ; ese sentimiento que los españoles prodigamos con tan rara frecuencia.

A Alonso Zamora Vicente hay que agradecerle su feliz intento y la rica e inédita gama de recursos que pone a nuestro alcance para que nos acerquemos y comprendamos al hombre que Ortega y Gasset definió, hace ya tres lustros, como « un buceador de almas ».

E. PONS-PRADES

Matilde Ladrón de Guevara : « Adiós al cañaveral »

SE NOS ANTOJA que la autora de este libro sobre Cuba es —al menos lo fue hasta hace poco— la imagen misma de cierto sector de la intelectualidad y hasta de la burguesía hispanoamericanas. Objetiva y subjetivamente, —como diría un ceporro comunista—, pertenecen a las clases poseedoras ; y sin embargo no dejan de mostrar su entusiasmo e incondicional adhesión a las revoluciones de tipo soviético. ¿Es que acaso rompen con su clase y se entregan por entero a la nueva causa? ¡Pamplinas! Para la mayor parte de esta gente tal especie de solidaridad no pasa de ser un pasatiempo. Juegan a la revolución como podían jugar a la canasta. No ofrecen nada, como no sea su oratoria; ni entregan nada, como no sea su pluma. Y hablan y escriben sobre lo que no conocen, dejándose llevar por un trasnochado romanticismo... y por el activista de turno .

A estos intelectuales nos los pasean por Moscú, Pekín o La Habana. Les encargan artículos, les pagan libros y les organizan congresos. Es, ni más ni menos, la *dolce vita* con signo seudorevolucionario, lo cual ayuda a que la conciencia continúe dormida. Después se van a sus respectivos países para cantar las excelencias de un régimen que sólo han conocido en su aspecto exterior y oficial. No han visto otra cosa que lo que les permitieron ver ; tampoco, por lo general, se permiten querer ver otra cosa. De todas formas, lo visto o lo no visto les resulta suficiente para llenar cuartillas y más cuartillas que la « prensa burguesa » se encarga de publicar.

A veces, merced a un incidente cualquiera, salta la liebre y se produce la excepción. Entonces uno de esos escritores abre los ojos y éstos se les llenan de otra clase de imágenes. Comprueban que no todo el monte es orégano, ni oro todo cuanto reluce. Algo así le aconteció a Matilde Ladrón de Guevara, escritora chilena, la cual vivió medio año en Cuba, compartiendo la euforia de la Sierra Maestra y la intimidación de los jefes, para terminar en la cárcel sin saber ni cómo ni por qué. *Adiós al cañaveral. Diario de una mujer en Cuba* (Editorial Goyanarte, Buenos Aires, 1962) refiere esta experiencia. Es un libro apasionado, generoso, muy subjetivo, en el que la sensibilidad femenina se impone a cualquier otra consideración. Es, por lo tanto, la breve historia de una gran decepción. Ojalá sirva de lección a los otros intelectuales hispanoamericanos que continúan empeñados en confundir sus deseos con las realidades.

I. I.

las publicaciones de signo más político algunas tentativas de análisis más profundizado de los resultados obtenidos, tanto más cuanto que la política económica del gobierno de « centro izquierda » aborda, con la nacionalización de las industrias eléctricas y la puesta en estudio de un plan nacional de desarrollo, una nueva fase de ese proceso acelerado gracias al cual Italia puede aspirar legítimamente a elevarse hasta el nivel de los países occidentales más avanzados. En *Nord e Sud* (julio), G. Galasso pone de relieve los « tremendos » desequilibrios regionales y sociales que aún siguen caracterizando la vida económica y social del país y que, no es menester subrayarlo, hacen que el Norte y el Sur de Italia sean dos mundos totalmente diferentes. La solución, afirma el autor, no está en la búsqueda de una « imposible igualdad », sino en una fecunda diversificación que tienda a « conservar todo lo que a lo largo del proceso de desarrollo manifieste prácticamente su vitalidad, su valor esencial y positivo. » Ahora bien, esta diversificación tiene sólo posibilidades de buen éxito « en el marco de una democracia reformista, con sus métodos experimentales y su repudio de los principios abstractos, los cuales no tienen nada de común con los principios democráticos que constituyen, incondicionalmente, el fundamento de toda la acción reformista ». En otros términos, esto supone un alto grado de madurez política, no sólo en el nivel gubernamental, sino también en el de los partidos y, en última instancia, de los ciudadanos. Problema éste que aborda la revista demócrata-cristiana *Nuovo Osservatore* (setiembre) en el marco de un análisis de la relación entre « planificación y sociedad ». « En nuestra patria, la voluntad del Estado no es aún el resultado de una formación democrática de la voluntad de los ciudadanos, y la institución de la representación política no es desde luego suficiente a estos efectos en un Estado que ensancha constantemente su campo de intervención. Construir una democracia es revisar las formas actuales de la dirección política y permitir la expansión de las autonomías de los grupos sociales y no sólo de las comunidades locales. El papel del Estado no consiste sólo en coordinar, sino también en asegurar la articulación y la delegación del poder, de modo que los ciudadanos piensen en los problemas generales del gobierno del país en forma más práctica y menos abstracta que en el pasado. La planificación económica sólo constituirá un hecho nuevo hasta el punto en que contribuya a alcanzar ese objetivo y en que la organización del plan sea sobre todo la expresión de la autonomía y de la libertad, fundadas una y otra en la voluntad y en el sentido de las responsabilidades de los grupos ».

Cabe preguntarse si esta toma de conciencia

de los individuos y de los grupos resultará más difícil en una sociedad en que la supervivencia de tantos vestigios feudales ha permitido la consolidación de esos poderosos partidos de masa que dominan todos los aspectos de la vida pública. Pues bien, es un hecho que a medida que se desarrolla la evolución tecnológica y económica del país, la relación masa-partido cambia de signo : ya no es este último el que impone a aquélla sus concepciones ideológicas, sino la primera la que obliga al segundo a tener en cuenta sus aspiraciones y necesidades reales, a dejar de lado la vana ideología ante la necesidad práctica. Esto es algo que se ha demostrado particularmente en relación con el Partido comunista, cuya impotencia resulta cada vez más manifiesta, especialmente tras la encuesta realizada por la revista *Paradosso* (núms. 29-30) : « El P.C.I. está hoy quebrantado por una grave crisis interna, debida no sólo a las consecuencias de la desestalinización, sino también al hecho de que las condiciones de la lucha política y social de nuestro país han cambiado. » Así : « El primer resultado del gobierno de centro-izquierda ha sido imponer en el seno del P.C.I. un debate que se desarrolla y profundiza cada día más... El P.C.I. tendrá que elegir entre la fidelidad a los viejos principios, entre la dictadura del proletariado y, por consiguiente, la adhesión incondicional a la política extranjera de la Unión Soviética, y las nuevas perspectivas que abre la política de centro-izquierda. » ¿Es necesario añadir que el P.C.I. no tiene ya la posibilidad de elegir? Una vez más, en la revista oficial del Partido, *Rinascita* (25 de agosto), Togliatti admite que « las transformaciones económicas y políticas que deben realizarse para llegar a una sociedad nueva » —lo que, naturalmente, supone a su entender una sociedad comunista— « pueden serlo progresivamente, como consecuencia de una serie de luchas y de conquistas sucesivas ». Por otra parte, sabido es que por iniciativa de los comunistas italianos la conferencia de los teóricos del marxismo, reunida en Moscú en setiembre pasado, revisó las posiciones oficiales del comunismo en relación con el Mercado Común. En Moscú han quedado en gran parte consagradas las « tesis » del P.C.I. con miras a su próximo congreso, y la revista *Rinascita* (15 y 22 de setiembre), que se esfuerza en justificar el nuevo « cambio de dirección », adquiere un tono inesperado, « revisando » columna tras columna y apresurándose a recordar que ya en 1957 se había considerado « comprensible e incluso justa la tendencia a superar la situación actual y a preparar un futuro mejor, gracias a la ampliación de los mercados nacionales y a las nuevas formas de colaboración internacional en el terreno económico ».

P. B.

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a *Cuadernos* que nos envíe el nombre y la dirección de un nuevo suscriptor incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :

VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
JOSE LUIS ARANGUREN : Crítica y meditación.
LUIS ARAQUISTAIN : El pensamiento español contemporáneo.
ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
AMERICO CASTRO : Hacia Cervantes.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.
JUAN GARCIA HORTELANO : Nuevas amistades.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
JULIAN GORKIN : España, primer ensayo de democracia popular.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JULIAN MARIAS : El método histórico de las generaciones.
JULIAN MARIAS : Los españoles.
RAMON MENENDEZ PIDAL : Mis páginas preferidas.
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JOSE ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
JOSE ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
JOSE EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ : De ayer y de hoy.
S. SERRANO PONCELA : Un olor a crisantemo.
GUILLERMO DE TORRE : El fiel de la balanza.
GUILLERMO DE TORRE : La aventura y el orden.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (2 tomos).

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de, importe de una suscripción a *Cuadernos* por un periodo de a partir del N°, a nombre de (1) :

.....
.....
.....

(1) Indicar la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9992-63) a *Cuadernos*, 18, avenue de l'Opéra, Paris 1^{er}.

Francia : 1 año : 25 NF
Europa : 1 año : 28 NF

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA
América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.